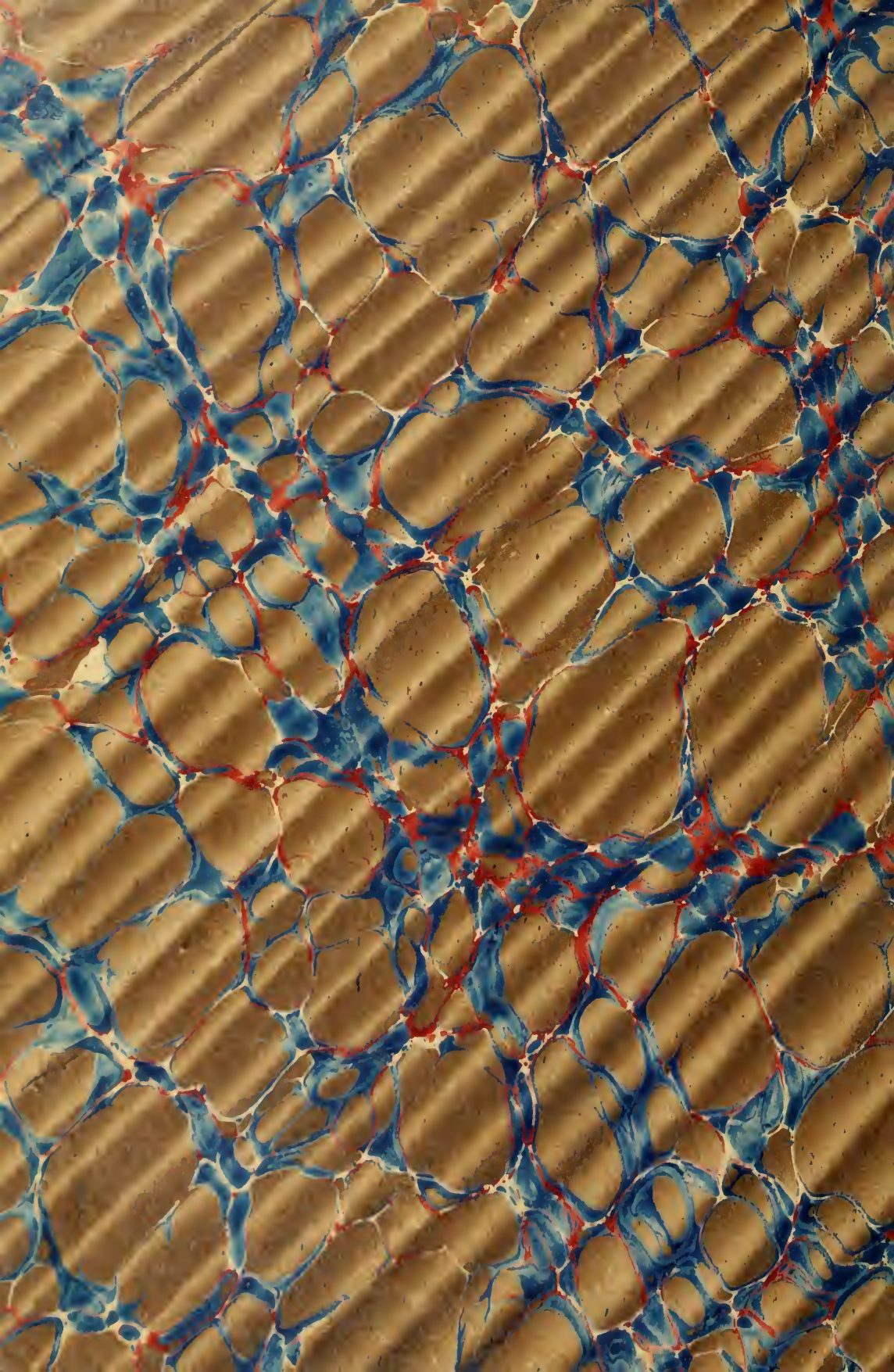
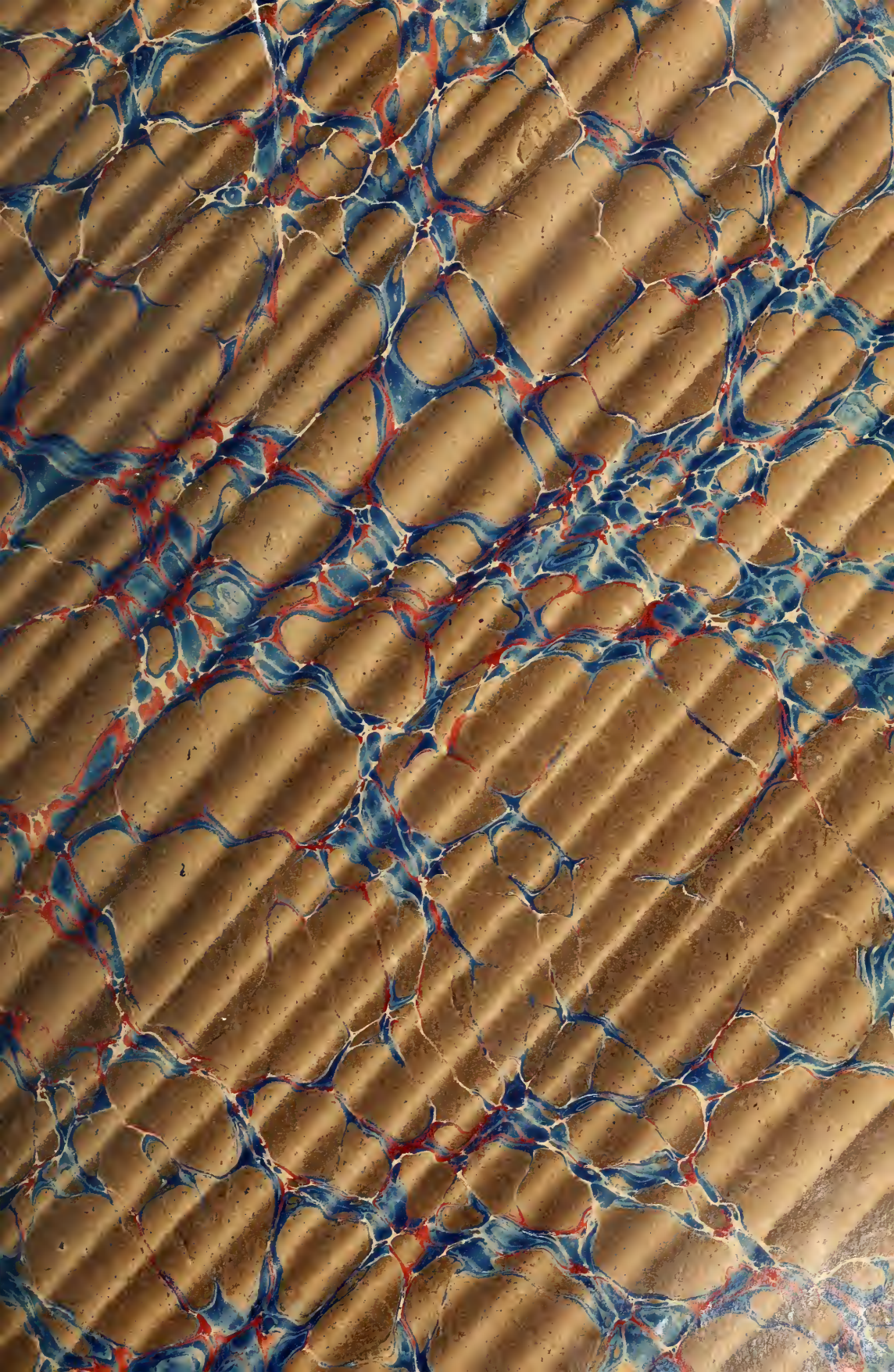


UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY





BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

45.C
B5823

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS

18

NOVELISTAS POSTERIORES A CERVANTES.

COLECCION REVISADA Y PRECEDIDA DE UNA NOTICIA CRÍTICO-BIBLIOGRÁFICA,

POR DON CAYETANO ROSELL.



MADRID.

M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,
GALLE DE LA MADERA, 8.

—
1863

PQ

6171

A2 B5-

t.18

21159
c.

NOTICIA

DE LAS

OBRAS Y AUTORES QUE SE INCLUYEN EN ESTE TOMO.

EL género de composiciones que contiene el presente volumen, y el tiempo á que se refieren, no suministran muchos materiales ni muy importantes tampoco para la historia de nuestra literatura. Forzoso es sin embargo contemplarla y seguirla en todas sus vicisitudes; y pues en los principios de esta publicacion se reimprimieron las obras de Cervántes y las de los novelistas que le precedieron (1), tiempo parece ya de proseguir aquella tarea, sacando del olvido á sus sucesores, y manifestando quiénes dirigieron sus pasos por las sendas ya trilladas, y quiénes se separaron de ellas; hasta qué punto el arte y la lengua mejoraron ó desmerecieron; qué espíritu, en suma, crearon las producciones de tan célebres ingenios, y cómo los que vinieron detras se aprovecharon de sus lecciones. A esto pues deben por ahora limitarse nuestras conjeturas, reservándonos investigaciones más amplias sobre la materia para cuando, completada la serie de épocas hasta nuestros días, podamos examinar el cuadro en toda su extension, penetrarnos de su conjunto, y analizarlo en todos sus pormenores.

La novela, que durante el siglo xvi adquirió, como hemos visto, los caractéres que por entónces bastaban á constituirla, vinculó despues en el ingenio de Cervántes no solo los principales géneros á la sazón conocidos, sino todas las perfecciones de que estos eran susceptibles; y no contento el autor de la *Galatea*, de las *Novelas ejemplares* y de *Persiles y Sigismunda* con haber proscrito de nuestra literatura el fruto bastardo y nocivo de los libros caballerescos, abrió en su *Don Quijote* un campo vastísimo á los que, bien siguiendo su ejemplo, bien aspirando al título de innovadores, pretendiesen granjearse el aplauso público y alcanzar el fin que esta clase de escritos se proponen, el de *deleitar aprovechando*.

Por otra parte, si las obras literarias, como primera condicion de su existencia y perpetuidad, han de ser traslado fiel de la sociedad para quien se escriben, ninguna época ofreció á nuestros ingenios circunstancias más favorables que esta á que nos referimos. La *novela amatoria* con pretensiones de *heróica*, por el estilo de *Persiles y Sigismunda*, léjos de ser una invencion laboriosa, se reducía á tomar por tipo la vida de un caballero noble, enamorado, valiente, dotado de cierto espíritu aventurero; y caballeros de estas prendas, de este idealismo de carácter, abundaban en la corte de los Felipes. Para modelo de la *novela social* y de *costumbres* bastaban las de aquel tiempo, varias como las clases de la sociedad, que en este sentido subsistian aun muy separadas, originales, como de una nacion que predominaba todavía en Europa, y poéticas, porque ni la fe ni el entusiasmo se habian enteramente desterrado de los corazones. Para la *novela satírica* ofrecian innumerables argumentos los abusos del poder, los extravíos del fanatismo, la hipocresía, la ignorancia ó preocupacion, por ejemplo, de un gobierno que expulsaba de su suelo á los industriosos moriscos, y tantos otros vicios, así de las personas constituidas en dignidad como de los particulares. En la *novela picaresca*, lo mucho que se hizo muestra bien lo que podia hacerse; y en la *histórica*, sin necesidad de recurrir á artificiosas invenciones, con solo el relato de la verdad de ciertos hechos hubiera resultado siempre un tejido maravilloso. De estos elementos su-

(1) El tomo i de la Biblioteca comprende las obras de Cervántes; y el iii, los Novelistas anteriores á su época.

pieron aprovecharse nuestros autores dramáticos; y nació que contaba con un teatro tan rico, tan original y en que tan fielmente se veían pintadas la sociedad y la época, no debió carecer de novelistas hábiles en todos los géneros mencionados.

No fueron pocos seguramente los que se dedicaron á esta empresa: la presente coleccion solo comprende los doce años que median desde 1614 á 1626 (1), y ántes y despues se advierte la misma fecundidad; pero bien, como algunos creen, porque el rigor de la censura amedrentase á los más y no dejase tratar á los restantes sino asuntos estériles y vulgares, ó porque la manía del culteranismo que tanto habia comenzado á influir en el estilo hiciera desatender la parte esencial y estética de las composiciones; bien porque la exagerada aceptacion concedida á la *novela picaresca* alucinara á los que podian emplearse en géneros mas útiles y fecundos, ó en fin porque la literatura toda se hallaba resumida en el teatro: es lo cierto que el número de las obras no guarda analogía, generalmente hablando, con su mérito; y que autores que, ó por la fuerza de su invencion ó por la maestría con que manejaban la lengua, hubieran podido producir composiciones más acabadas, por cualquiera de las causas indicadas, ó por todas juntas, afearon las suyas con notables imperfecciones.

Sin embargo, y á pesar de esta opinion, que si de algo peca, es de severa en demasia, aun queda mucho que admirar en ellas, y aun podemos sacar de su estudio lecciones muy provechosas, sobre todo hoy dia que la novela pretende avasallar todo, que en el ensanche dado á su dominio parece sucesora de la enciclopedia del postrer siglo, y que, así como forma la única erudicion de muchos, constituye tambien el único alimento de ciertas almas privilegiadas. La antigua novela española, ménos ambiciosa que la moderna de nuestros vecinos (pues propia en la actualidad no merecemos tenerla), era ménos *social*, ménos *filosófica* si se quiere, pero más literaria en cambio, y no es de despreciar esta dote, tan poco característica de las obras de nuestros tiempos. Démos pues una breve idea de las contenidas en este tomo.

Cervántes tuvo un competidor, como anteriormente lo habia tenido Mateo Aleman, que haciéndose dueño de su pensamiento creyó usurparle tambien su gloria; pero tal es el tormento de los envidiosos, no conocerse á si propios y conocer el mérito de aquellos á quienes odian. La falta no consistia tanto en aprovecharse del trabajo ajeno, como en vilipendiar al verdadero autor de su obra, con el dañado fin de retraerle de su propósito: perversidad de índole (2), mas bien que audacia; y si de audacia se califica, ya que no recibió castigo de las leyes, halle al ménos reprobacion en el juicio de la posteridad.

Para que la ruindad pareciese más manifiesta, ocultó su verdadero nombre y tomó el supuesto de ALONSO FERNANDEZ DE AVELLANEDA, fingiéndose tambien natural de Tordesillas. Hay datos para creer que fuese aragones, pues á más de hacerlo sospechar algunos de sus modismos, el mismo Cervántes lo declara, indicando con esto que le conocia, y por temor ó por otros respetos no se atrevia á descubrirle: por ciertas conjeturas dedúcese asimismo que era escritor dramático, ó amigo de Lope de Vega, á quien alude en su prólogo; y aun llegan algunos á determinar su persona, diciendo ser nada ménos que la del famoso padre fray Luis de Aliaga, confesor del rey Felipe III, y

(1) No son, sin embargo, estas todas las obras publicadas en igual periodo, pues entre otras pueden citarse por via de ejemplo las siguientes: *Historia tragi-cómica de don Enrique de Castro*, por Francisco Louvaissin de Lamarca, París, 1617. *El curioso y sabio Alejandro*, de Salas Barbadillo, Madrid, 1615. *El Caballero perfecto, el sutil cordobés Pedro de Urdemalas*, y *la Casa del Placer Honesto*, las tres del mismo Salas Barbadillo, y publicadas en 1820. *La sabia Flora malsabidilla*, *La incasable mal casada*, y *Don Diego de Noche*, del propio autor; la primera de 1621, la segunda de 1622, y la última de 1625. *Novelas morales y ejemplares*, de Diego de Agreda y Vargas, 1620. *Guia y avisos de forasteros*, por don Antonio Liñan y Verdugo, 1620. *Clavellinas de recreacion*, por Ambrosio de Salazar, 1622. *Novelas* de Francisco de Lugo y Avila, 1622. *Novelas amorosas*, de José Camerino, 1625. *Noches de invierno*, por Francisco Ruiz Lobo, 1625. *Donaires del Parnaso*, de don Alonso del Castillo Solórzano, 1624. *Tardes entretenidas*, del mismo autor, 1625. *Jornadas alegres*, del mismo, 1626.

(2) Para hacer más evidente la mala intencion del AVELLANEDA, hemos copiado en una nota, al pié de la primera página de su *Quijote*, el título con que se publicó la primitiva edicion. Está hecha en Tarragona por Felipe Roberto, 1614, 8.º Despues se reimprimió en Madrid en 1752, en 4.º, y en 1805 en 2 vol. 8.º: esta última vez expurgando el texto; pero nosotros hemos seguido la edicion antigua.

El *Quijote* de AVELLANEDA mereció el honor de que Lesage lo tradujera á su idioma en 1704; mas con tan poca fidelidad, que á veces lo desfiguró completamente, mejorándolo sin embargo.

favorito del duque de Lerma; ó el religioso dominico fray Juan Blanco de Paz, que en Argel se enemistó con Cervántes (1).

Respecto al mérito de la obra andan divididos y aun encontrados los pareceres, pues miéntras unos sostienen que sin el *Quijote* verdadero, el falso hubiera perecido en la oscuridad, otros

(1) Repetimos en este, como en otros pormenores relativos á la publicacion del *Quijote* de AVELLANEDA, lo que dice el señor Aribau (tomo I de nuestra BIBLIOTECA) y otros biógrafos de Cervántes; pero animados con las indicaciones que nos ha hecho nuestro erudito amigo el señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, y por las que hemos leído en la *Historia del conde-duque de Olivares*, del no ménos entendido escritor don Adolfo de Castro, hemos procurado indagar hasta qué punto pudieran ser fundadas las conjeturas de los que creen ser un mismo sugeto el célebre AVELLANEDA y el padre fray Luis de Aliaga; y el resultado de nuestras investigaciones es el siguiente:

Si AVELLANEDA era aragones, también nació en Aragon el padre Aliaga. Entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional se conservan varias copias de un memorial dirigido al señor don Felipe IV á principios de su reinado, en que enumerándose acusaciones contra Aliaga, hombre de baja educacion, que de oscuro fraile dominico habia llegado á confesor del Rey é inquisidor general, y contra su hermano el arzobispo de Valencia, se dice que aquel era natural de una aldea de la comunidad de Teruel. En una coleccion de certámenes de aquel tiempo hemos hallado el cartel del que se celebró en Zaragoza con motivo de la promocion á la presidencia y oficio de inquisidor general del mismo fray Luis de Aliaga, y en una composicion adjunta é impresa, que sin duda debió ser de las premiadas, se leen los siguientes versos, en verdad harto ramplones:

Zaragoza es el jardin
Desta Aliaga poderosa,
Tan fuerte y tan provechosa.
Con justicia Zaragoza
Hace á tan supremo hijo
Universal regocijo.
.....
La parroquia de San Gil
Gozaba el siglo de oro,
Pues nos dió tan gran tesoro.
.....
Como esta Aliaga nació
Tan vecina de San Pedro,
La hizo en su ribera cedro.

Difieren pues ambos testimonios en cuanto al pueblo, pero no en cuanto á la provincia.

Don Juan Antonio Pellicer, en su *Vida de Cervántes*, opina que AVELLANEDA fué fraile dominico, y que por lo informado que se muestra de las prácticas de las religiosas en el episodio de los *felices amantes*, debió estar en algun convento de monjas. Pues bien: el memorial citado refiere por qué causa tuvo el padre Aliaga que emplearse en uno de estos conventos, yendo por compañero del padre maestro Xaviere, que más adelante fué generalísimo de la órden de predicadores. ¿Tendria acaso Pellicer algun dato más seguro, y no se atreveria á exponerlo? Confesamos que en otro caso nos parece su sospecha demasiado sutil y cavilosa.

Hay sin embargo otra coincidencia más notable. El mismo señor Pellicer habla de otro certámen, tenido también en Zaragoza, y copia estos versos del vejámen que se dió con tal motivo:

A SANCHO PANZA, estudiante,
Oficial ó paseante,
Cosa justa á su talento,
Le dará el verdugó ciento,
Caballero en Rocinante.

Y vuelve á manifestar su opinion de que en esta quintilla se alude á AVELLANEDA. Si esto es cierto, resulta que al tal se le apellidaba *Sancho Panza*; y admirémonos: con el propio apodo se conocia al famoso padre Aliaga. La prueba que tenemos es irrecusable. En el citado departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional, bajo el núm. M. 200, existe un tomo en 4.º que contiene varias poesías inéditas del conde de Villamediana, y entre varias décimas *á la caída de los ministros y privados del rey Felipe III* se encuentra esta:

SANCHO PANZA, el confesor
Del ya difunto monarca,
Que de la vena del arca
Fué de Osuna sangrador,
El cuchillo de dolor
Lleva á lluete atravesado,
Y en tan miserable estado,
Que será, segun he oído,
De inquisidor, inquirido,
De confesor, confesado.

Lo de que sangrase la vena del arca de Osuna está evidentemente probado en la causa que se formó al duque de Uceda, y que hemos registrado también en dicho establecimiento. Era pues Aliaga conocido en la corte con el dictado de *Sancho Panza*. ¿Por qué? Por su figura no, pues nos dice Quevedo que era *de buena estatura, color turbio*,

conceptúan que la fama del de Cervántes es lo que únicamente perjudicó al segundo. Entrambas opiniones las reputamos exageradas : el supuesto AVELLANEDA era sin duda escritor notable, y por esto, y para que se vea de qué modo trataron dos autores un mismo asunto, hemos incluido en nuestra coleccion al *Ingenioso hidalgo* de Argamasilla; pero pensar, sospechar siquiera, que el émulo de Cervántes pueda disputarle la preeminencia, y que á haberse él anticipado con la primera parte de su obra, hubiera dejado atras al ingenio que admira el mundo, nos parece una insensatez indigna de refutarse. Ya la concepcion del pensamiento entra por mucho en la dificultad de una obra, por más que se diga lo contrario; y aprovecharse no solo de él, sino del plan bosquejado de antemano, como indudablemente lo hizo AVELLANEDA, es hallar la dificultad vencida: sin embargo, su accion camina con lentitud y carece de desenlace, á pesar de que el autor terminantemente renuncia á proseguirla, pues en este caso hubiera debido indicar por lo ménos cómo pensaba terminar su fábula; y no todos los episodios, haciéndole merced de contar por tales los del *rico desesperado* y de los *felices amantes*, son oportunos ni están muy hábilmente preparados. Los caracteres de don Quijote y Sancho, trazados y conducidos por Cervántes con tanta maestría, degeneran mucho en manos de su imitador; y los inventados por él son generalmente débiles y vulgares, como el de Bárbara, convertida en reina de las Amazonas, figura bajo todos aspectos repugnante.

Considerado meramente como escrito, el libro de AVELLANEDA es algo más apreciable. Adolece, sí, su estilo con frecuencia de faltas de buen gusto, y de cierta pesadez mal avenida con los donaires que pretende poner en boca de sus interlocutores; pero se encuentra al cabo artificio, y no pocas veces habilidad, en las descripciones, así como en la parte de locucion bastante soltura, práctica, propiedad de voces y destreza en la manera de construir la frase. Todo pues nos hace creer que si en su *Ingenioso hidalgo* quedó AVELLANEDA muy inferior á Cervántes, en una composicion ideada por él y acomodada á sus fuerzas, hubiera quizas alcanzado legítima nombradía, sin necesidad de mancharse con una infamia, ni de cubrirse con una máscara para poder salir á la luz del mundo. No nos detengamos más en el juicio de una obra cuya lectura basta para formar lo completo y desapasionado.

El año siguiente de 1615 (1) se publicó en Madrid con el título de *Poema trágico ó discursos trágicos* (2) la novela de *El español Gerardo*, escrita por don GONZALO DE CÉSPEDES Y MENESES, vecino y natural de la misma villa, como se dice en la portada: única noticia que tenemos de este escritor, pues Baena, en sus *Hijos de Madrid*, se contenta con indicar que pasó lo más de su vida

faccions robustas, esto es, de presencia que no podía merecer tal calificación. Ni su carácter ni sus circunstancias le dieron nunca semejanza alguna con el escudero de Don Quijote: mediaba otra razon, mas no era para dicha; y en seguida se nos viene á la mente el Sancho Panza fingido, y el nombre supuesto de su autor.

Por más que examinamos la primera parte del *Quijote* de Cervántes, no hallamos alusion ninguna, é injuriosa ménos, hacia el tal AVELLANEDA: de manera que en vista de todos estos antecedentes, hemos llegado á sospechar si el agravio hecho por Cervántes consistiria en aplicar á su escudero el nombre que por apodo llevaba ya anteriormente AVELLANEDA; mas como este apodo está probado con los versos de Villamediana que recaía sobre el padre Aliaga, él y no otro debió ser el autor del falso *Quijote*.

La última prueba es meramente de analogía. Se sabe de positivo que Aliaga escribió un libro (Véase el *Semanario erudito* de Valladares.) con este título: *Venganza de la lengua española contra el autor del CUENTO DE CUENTOS, por don Juan Alonso Laureles, caballero de hábito y peon de costumbres, aragones liso y castellano revuelto*. Léase este folio, léase el *Quijote* de AVELLANEDA, y se hallará el mismo estilo, las mismas locuciones; en una palabra, la misma pluma.

Mucho pudiéramos alargarnos sobre este asunto, pero tememos abusar de la paciencia de nuestros lectores. Con estos datos quizá se obtengan nuevas aclaraciones, que serán muy interesantes; porque si bien es materia de pura curiosidad, no es de curiosidad mujeril, sino de aquellas en que pueden ocuparse hombres formales, y mucho más tratándose de un asunto que tiene tanta conexcion con nuestra mejor obra literaria.

(1) Segun don Nicolas Antonio, Brunet, Ticknor y otros bibliógrafos, las ediciones de *El español Gerardo* hechas en Madrid son de 1613, 1617 y 18, 1634, 1666, 1722 y 1788; una de Barcelona, por Sebastian Cornellás, 1618, 2 vol. 8.º; otra de Lisboa, de 1625, 4.º; y otra de Valencia, por Miguel Sorolla, 1628, 8.º Descuido es no haber citado la que hizo en Madrid Juan Gonzalez en 1625, en un tomo en 4.º Titúlase segunda impresion, corregida y enmendada por su autor, y acaso por esto la llamarian segunda. Indudablemente es la más correcta, y así la hemos adoptado por texto, pues las demas, y entre ellas la de Madrid de 1788 hecha por don Pedro Marin, están llenas de variantes y supresiones. Quizá la última será copia de la primitiva.

(2) *Poema trágico del español Gerardo, y desengaño del amor lascivo*, tiene por título la edicion de 1625; pero las

en Zaragoza, y que él y su hermano don Sebastian, cuyos son los versos de la epístola que antecede á la edicion de esta obra, eran poetas alabados por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*. El padre fray Francisco Téllez de Leon, en un panegirico latino que puso al frente de la *Historia de Felipe IV*, del mismo CÉSPEDES, dice, para probar sin duda la nobleza de su estirpe, estas palabras: *Sequere vestigia avorum tuorum, in bello horribiles, in pace amabiles, utrobique fortunati*. Nada más sabemos; que tan en embrion subsiste aun una gran parte de nuestra historia literaria.

Coligese, sin embargo, de lo que CÉSPEDES da á entender en el discurso de su obra, y de lo que su hermano manifiesta en la epístola mencionada, que padeció persecucion por la justicia, que los motivos debieron ser algunas aventuras eróticas, y que muchos de los lances de su novela serían escenas de su propia vida, segun la minuciosidad con que los describe, y las reflexiones y lamentos que de vez en cuando se le escapan, como sugeridos por algun recuerdo. Muy cierta debe ser esta presuncion, ó muy rica la imaginacion de un hombre que inventa semejante multitud de acaecimientos, y todos con circunstancias tan variadas y tan originales; porque, si bien en el suceso de don Jaime é Ismenia, por ejemplo, se ve una imitacion del *rico desesperado*, de AVELLANEDA (algo más decente, sin embargo), ó de otro hecho ú escrito más antiguo, y en la historia de don Fernando una narracion muy conocida de las crónicas de España, hay en cambio muchos relatos tan nuevos, tan característicos de aquellos tiempos y de aquellas costumbres, que ó son históricos, ó denotan, como hemos dicho, increíble habilidad en el escritor que así ha sabido ataviarlos.

Insensiblemente hemos venido á hacer el elogio de CÉSPEDES Y MENESES, suponiéndole dotado del primer mérito de un novelista, cual es el de la inventiva: mérito que en verdad nadie podrá negarle, siendo en esta parte de tal modo fecundo, que el exceso de esta cualidad á veces le perjudica. En efecto, el cúmulo de relaciones, de sucesos y de incidentes llega á formar un laberinto en que se pierde la memoria, interrumpiéndose la ilacion de hechos y personajes. La accion, que desde el principio al fin es una, parece con frecuencia ahogada por otras que la entorpecen. No se debilita el interés, sino que crece, y á favor del protagonista, á medida que este avanza en su camino; pero con tan repetidas pausas é interrupciones, que á veces se fatiga el lector, y apetece encontrar algun descanso. Sin embargo, en la época en que el autor vivia, este defecto era recomendable: la mayor parte de las obras de este género adolecian de falta de invencion, sobre todo las extranjeras; y no era gran pecado esforzar un tanto la fantasía donde, precisamente por el defecto opuesto, vegetaba raquítica y oscura la novela pastoril, sostenida con languidez, escasa de recursos, y únicamente tolerada por la pulcritud y galas de su lenguaje.

¡Ojalá pudiésemos alabar del mismo modo el estilo y las formas de *El español Gerardo*! CÉSPEDES estaba contagiado con los resabios del culteranismo, como la mayor parte de los autores, y en esta obra quiso hacer gala del vano oropel que deslumbraba á nuestros ingenios. Frases conceptuosas, periodos enmarañados, violentas trasposiciones, metáforas altisonantes: todo lo que entónces se creía afluencia de imaginacion, no siendo más que extravagancias del mal gusto y desvarios del atrevimiento, lo hallarán nuestros lectores en la produccion á que nos referimos. Los versos diseminados por ella son del mismo zurcido que la prosa; las cartas con que se anima la narracion nada tienen de ciceronianas; pero ¿qué mucho si así, poco más ó ménos, discurría y hablaba la sociedad de entónces, y su lenguaje convencional era lo que después se ha llamado *discreteo*? Lo singular es que hasta el vulgo debia poseer la clave de aquel enigma, pues todos sabemos que las interminables y pedantescas exposiciones que se oian en el teatro constituian la principal delicia de los espectadores. No culpemos pues inconsideradamente á los que se dejaron llevar de un delirio cuyas verdaderas causas están en la naturaleza: la historia no puede prescindir de estos monumentos literarios, tan preciosos para ella como las obras más clásicas de la antigüedad, pues aun cuando se contemplen como aberraciones del entendimiento humano,

aprobaciones, que son del año 1614, y la tasa y privilegio, que se refieren al siguiente, dicen unas veces *discursos ejemplares*, otras *discursòs trágicos*, y otras *trágicos ejemplares*. Como el titulo de *poema* sea tal vez del editor, y la obra esté dividida en *discursos*, hemos conciliado estas diferencias, poniendo el título que verán nuestros lectores en la portada correspondiente.

El año 1650 se publicó en Venecia una traduccion de esta novela, hecha por Barezzi Barezzi.

su utilidad tienen y sus lecciones dejan á la enseñanza. La evidencia de la verdad adquiere mayor realce con la contraposicion de los errores.

Más feliz, sin contradiccion, fué CÉSPEDES en la pintura de los caractéres, comunmente bien ideados, expresivos y consecuentes. El de Gerardo tiene toda la verdad que el idealismo del género permitia: es valiente, no pendenciero; generoso sin altivez, sufrido sin abyeccion, licencioso en ocasiones, más bien por abandono que por perversidad de índole, y enamorado hasta el sentimentalismo. La figura de don Fernando, tan vehemente y atropellado en sus celos como sensible y heroico en su arrepentimiento, está pintada con delicadeza y maestría. Pero en lo que CÉSPEDES aparece más diestro y artificioso, es en el colorido que sabe dar á la fisonomía y al carácter de las mujeres, ya cuando en doña Clara retrata á una egoista, ya cuando á una frenética de pasion en Lisis; en Clori vemos la apoteosis de la honestidad, en Leonora el castigo del amor culpable, al lado de la licenciosa Camila resplandece Elisa con su pureza, y el horrible despecho de Isdaura contrasta primero con la debilidad, y despues con la expiacion meritoria de Jacinta. ¡Lástima que la bella creacion de Nise quede mancillada con algunas pinceladas que la desfiguran! Bien merecia mujer que así sabe sacrificarse guardar ilesa su honra, y caminar al claustro sin vergüenza y sin remordimiento. ¿Cómo se le ocultó á CÉSPEDES lo que su composicion hubiera ganado coronándola con este hermoso trofeo de la virtud, y labrando la conversion de Gerardo por medio de la única mano que no habia logrado profanar, de la única que habia resistido á sus deseos tantas veces vencedores? El arte exigia este esmero en su concepcion más interesante, y la moralidad de la obra este postrer desagravio.

A continuacion, é infringiendo el órden cronológico por conservar el de procedencia, insertamos *El soldado Pindaro* (1), del mismo CÉSPEDES, cuya segunda parte, á pesar de lo que ofrece en el párrafo añadido al final de la primera, ó no llegó á escribirla, ó por lo ménos no hay noticia de que la imprimiese. *El soldado Pindaro* es una composicion de diferente corte que *El Gerardo*. Aglomeranse en ella tambien las historias, los sucesos, las aventuras; pero hay muchos episodios completamente extraños, la conexion de las partes es ménos íntima, y el todo más heterogéneo. La mezcla del género *picaresco* con el *heroico* la juzgamos desacertada, predominando el primero de estos, al parecer contra los designios del autor, que apenas consigue caracterizar alguna vez el segundo; y para que la fusion sea más difícil, hállase asimismo alguna que otra muestra del género *fantástico*, que hace pierda la obra en regularidad cuanto en el concepto de original pueda ganar, segun el dictámen de otros. Aquellos misterios de la bruja, la tempestad, y la mula en que cabalgaba don Francisco de Silva, junto con la historia del anciano Quevedo, con el apasionado cariño de la sensible Hortensia, con los tiránicos amores de la misteriosa dama de Valladolid, los sucesos del ventero, y la lindísima historia de Anselmo y Estela, que es la parte mejor desempeñada del libro, forman ciertamente un cuadro bastante nuevo; pero en cambio dan al conjunto un colorido incierto, que á nuestro modo de ver no le añade expresion, sino que, por el contrario, la debilita.

En lo que *El soldado Pindaro* aventaja evidentemente á *El español Gerardo* es en la parte de locucion y estilo. Este es más variado y ameno, aquella más natural y flúida; por consiguiente ni la construccion es tan monótona y amanerada, ni la dicción tan impropia y laboriosa. En la confeccion de los caractéres se deja bien conocer la mano ejercitada en trazarlos, porque aun-

(1) *Fortuna varia del soldado Pindaro*, Lishoa, 1726, 4.º Madrid, Melchor Sanchez, 1661, 8.º Madrid, 1755, 4.º

Ademas de las ediciones citadas, hemos tenido presente la de Zaragoza, de Pascual Bueno, 1696, 8.º; y debe haber muchas más, porque la dedicatoria que se hace de esta al sargento mayor don Pedro de Leon dice que despues de tantas veces, sale nuevamente al teatro del mundo.

En 1815 emprendió en Madrid una impresion de esta misma obra, en 4.º, con buenos tipos, excelente papel y multitud de grabados, don Vicente Castelló; pero no llegó á terminarse.

De los demas escritos de don GONZALO DE CÉSPEDES y MENESSES, los principales son: *Historia apologetica de los sucesos de Aragon en los años de 1591 y 1592*, *Relaciones fieles de la verdad*, Madrid, 1622, 4.º, y Zaragoza, 1624.

Historias peregrinas: primera parte, en que prometió otras, con el origen y excelencias de algunas ciudades de España; Zaragoza, 1623, 4.º

Historia del señor don Felipe IV. Lishoa, 1651, y Barcelona, 1651, folio.

Francia engañada y Francia respondida, con el nombre de *Gerardo hispano*, Geller, 1653, 4.º

que no todos sean igualmente felices, hay algunos inmejorables, como el de Hortensia, el de la dama misteriosa, y los de Estela y Anselmo, cuya historia ya hemos recomendado. El objeto moral de esta composicion no aparece tan manifesto como en la anterior, y tal vez hubiera resultado más claro en la segunda parte; con todo, puede muy bien deducirse uno indeterminado, tan vario como la fortuna del protagonista, á saber: las ventajas ó inconvenientes que ciertas virtudes y vicios tienen en la sociedad y en la vida humanas; y nos mueve á creerlo así el aparato de máximas y sentencias con que se comentan los relatos de los hechos y las situaciones de los personajes, como si el autor previera de antemano que no hay un principio general aplicable á todas sus circunstancias; y de aquí tambien procederá acaso la incoherencia ó poca unidad que, como dejamos dicho, se advierte en el pensamiento de esta obra.

El célebre poeta y músico VICENTE ESPINEL, cuyo talento armónico le sugirió dos invenciones notables, la de la quinta cuerda de la guitarra, que ántes de él solo constaba de cuatro, y la de la composicion de arte menor, llamada *décima*, ó *espinela* (1), de su propio nombre, dió á luz por primera vez en 1618 (2) las *Relaciones de la vida del escudero Márκος de Obregon*: libro muy aplaudido en su tiempo, famoso despues por las imitaciones y controversias á que dió origen, y hoy dia muy digno, por más de un concepto, de ser conocido y estudiado.

En el plan es semejante á las composiciones del mismo género de sus predecesores el *Lazarillo de Tórnes* y el *Guzman de Alfarache*, á pesar de que su accion es más completa que la del primero, y más nutrida y rápida que la del segundo. *Márκος de Obregon* abandona la casa de su padre, y va por el mundo á probar fortuna; se hace estudiante, soldado, viajero; queda cautivo en una de sus peregrinaciones; vuelve á España; entra al servicio de varias personas, por cuyo medio adquiere el conocimiento de la sociedad, y cuando ya los años le obligan á descansar, refiere las aventuras de su vida, y procura ser útil con sus consejos á las personas que le rodean.

Esta serie de acaecimientos, y la circunstancia de viajar Obregon por los mismos países que se dice recorrió ESPINEL durante su larga vida, induce á muchos á presumir que bajo el nombre de su héroe no hizo este autor más que referirnos su propia historia; pero no ha de entenderse esta opinion, ni aun siendo cierta, tan al pié de la letra como se enuncia: siempre la realidad tiene que ir adornada de accidentes que la embellezcan y que el escritor forja en su mente; y si don del cielo se necesita para crear una fábula cualquiera, ingenio, y grande, es menester tambien para revestir de atractivos la materialidad prosáica de la vida.

Lo que respecto á ESPINEL parece averiguado, es que fué natural de la ciudad de Ronda, donde nació en 1544, aunque otros, sin que sepamos por qué razon, afirman que en 1551. Siguió los estudios en Salamanca, y siendo todavía muy jóven, se cree que abandonó su patria y fué á militar en Italia y Flándes, de donde, no ménos maltratado de la fortuna, regresó á España, se ordenó de sacerdote con el favor y proteccion del obispo de Málaga don Francisco Pacheco, y llegó á obtener un beneficio ó capellanía en el hospital de Ronda, muriendo por último de capellan de Santa Catalina de los Donados de Madrid, de edad de noventa años, como lo asegura Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*. Con este célebre poeta vivió siempre unido ESPINEL, sirviéndole de consejero en su juventud, y dejándose aconsejar por él cuando Lope era ya el fénix de los ingenios, segun confesion del prólogo del *Escudero*: rasgo que honra mucho el carácter de nuestro autor, y que involuntariamente recuerda la enemistad que, por el contrario, se suscitó entre él y

(1) Propiamente no puede decirse que ESPINEL inventó la *décima*, sino que regularizó esta clase de composicion, que consta de dos quintillas, las cuales se usaban desde muy antiguo, prescribiendo la manera de unir las bajo una forma ingeniosa é inmutable.

(2) Dos ediciones se hicieron este año: una en Madrid, que creemos sea la primera, por Juan de la Cuesta, 4.º; y otra en Barcelona, por Sebastian de Cornellas. Don Nicéas Antonio cita otra de la misma fecha y tambien de Barcelona, por Jerónimo Margarit; mas no hemos podido haberla á las manos.

Repitieron las publicaciones del *Márκος de Obregon* en Madrid, por Gregorio Rodriguez, 1657, 8.º; y por Repullés en 1804, 2 vol. en 8.º. No tenemos noticia de otras.

Esta obra se tradujo al inglés por Major Algernon Langton, Londres, 1816, 2 vol. en 8.º; y al alemán por Tieck, con un prólogo y varias notas, Breslau, 1827, 2 vol. en 18.º.

ESPINEL tradujo á Horacio, y escribió un poema con el título de *Casa de la Memoria, y Diversas rimas*, que forman un tomo, impreso en Madrid en 1591.

Cervántes. Ambos participaban de los beneficios del digno arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, ambos eran desgraciados y habian vivido ántes en buenas relaciones. ¿Proverdrían de mera emulacion sus rencillas, ó de qué otra causa? ¿Cuándo y por quién se efectuó el rompimiento? Lo ignoramos, aunque hemos tratado de averiguarlo (4).

El escudero Márco de Obregon es una obra magistralmente escrita, llena de sabias máximas y advertencias morales, que aunque muy repetidas, gracias á su oportunidad y á la manera ingeniosa con que están amenizadas, se reciben y escuchan con agrado. El lenguaje es puro y sencillito, y en las escenas que se describen no se advierte, como en otros escritores, el empeño de apurar ciertas situaciones peligrosas; lo cual, unido á un plan hábilmente dispuesto y á una accion animada, que camina sin entorpecimientos, justifica los elogios que en todos tiempos se han hecho de esta composicion. Algunos los han exagerado hasta el punto de afirmar que era el verdadero original del *Gil Blas de Santillana*, de Lesage, citando en prueba de ello algunos pasajes que el escritor frances tomó de nuestra novela, como el cuento de los estudiantes que se lee en el prólogo, la aventura del barbero con la mujer del médico, la de la posada de Peñaflo, la del arriero en Cacabelos, la del cautiverio en la Cabrera, la de la señora Camila, y algunas otras. Lesage se valió de todos estos materiales, y los refundió á su modo; por lo cual no merece la calificacion de plagiario, ni siquiera la de traductor; que una cosa es imitar más ó ménos estrictamente, y otra despojar á un autor del título de propietario, alzándose con su obra (2).

De la preciosa novela titulada *Los tres Maridos burlados*, que insertamos á continuacion, y que es un bello ejemplo de diction y estilo, así como un lindísimo cuadro de costumbres y de carácter, nada podemos añadir á lo que el celebrado escritor Don Juan Eugenio Hartzenbusch dijo el año 1843 al publicar este escrito en uno de los periódicos de aquel tiempo (3).

«El PADRE FRAY GABRIEL TÉLLEZ, religioso mercenario, conocido generalmente por el seudónimo de *El maestro Tirso de Molina* (4) publicó en el año 1621 un volumen titulado *Los cigarrales de*

(1) En prueba del buen carácter de ESPINEL, imitamos el ejemplo dado por Sedano en su *Parnaso Español*, copiando el siguiente retrato que aquel hace de sí en una de sus *Epistolas*:

«Y quien me ve tan reverendo y gordo,
Piensa que es del añoje y magra lonja,
O que de rico y perezoso engordo;
Que aunque este día me pidió una monja
(Pues le negaba mi presencia y trato),
Que le haria singular lisonja
En darle de mi cara algun retrato,
Que lo tendria en excesiva estima,
Por contemplar en mi belleza un rato;
Por darle gusto (que es un poco prima)
Le envié, por memoria de mi rostro,
Un botijon con un bonete encima.
Con la gordura tengo un sér de mastro,
Grande la cara, el cuello corto y ancho,
Los pechos gruesos, casi con calostro;
Los brazos cortos, muy orondo el pancho,
El ceñidero de hechura de olla,
Y á do me siento, hago allí mi rancho;
Cada mano parece una rentolla,
Las piernas torpes, el andar de pato,
Y la carne al tobillo se me arrolla;
No traigo ya pantuflos, y el zapato
Injusto y ancho, por mover la corva;
Cortado á ojo, y sin medida el hato.
Cualquiera cosa para andar me estorba:
Redondo el pié, la planta de bayeta,
Las piernas tiesas, y la espalda corva;
¿Qué gentil proporcion para poeta!» etc.

(2) La defensa de un amigo imprudente suele perjudicar más que la hostilidad de un enemigo; y es muy cierto. Años atras leímos en un *Diccionario biográfico*, publicado en Barcelona, que el original del *Gil Blas* era español, y que existia manuscrito en la biblioteca del Escorial, citándose el armario y tabla donde estaba colocado. Todo falso: aquellos buenos bibliotecarios nos dijeron que era una invencion sin fundamento; porque jamás habia existido allí semejante obra. De manera que por demostrar una impostura, se cometia otra.

(3) *El Laberinto*, Madrid, Boix; 2 tomos con grabados intercalados en el texto.

(4) Véase el tomo V de nuestra BIBLIOTECA.

Toledo (1), en cuya obra supone que, reunidos ciertos caballeros y damas para divertirse, obsecuándose recíprocamente y por su turno en las casas de campo inmediatas á aquella ciudad, representan comedias y refieren anécdotas varias. Méenos una, todas aquellas narraciones son del género grave, para el cual no era el ingenio de TÉLLEZ tan acomodado como para lo festivo: así es que ni la inventiva ni la elocucion de las primeras las hacen recomendables, al paso que la sola que pertenece al género cómico está discretamente combinada, y escrita en un lenguaje tan lleno de amenidad, viveza y soltura, que puede compararse con el del *Quijote*... Esta novela, que en *Los cigarrales* no lleva título, no es precisamente original de EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA; pero en justicia tampoco puede señalársele autor: comprende tres de esos cuentos nacidos entre las tinieblas de la edad media y que han pasado de boca en boca hasta que un autor eminente ha echado despues mano de ellos y les ha dado su nombre. Tirso pudo muy bien haber leído en el *Decameron* de Bocaccio un lance sustancialmente el mismo que le sucede al celoso Santillana; pero pudo tambien haberlo oido por la tradicion, á causa de haberse difundido tales cuentos por toda Europa: de cualquier modo que sea, ello es que si Tirso lo imitó de Bocaccio, mejoró notablemente la idea, quitándole toda la parte indecente é inmoral que tiene en la coleccion del novelista italiano, y aventajándole, á mi modo de ver, en el gracejo de la narrativa.»

Terminamos esta noticia y tambien el presente tomo con *El Donado hablador* (2), del doctor JERÓNIMO DE ALCALÁ, cuya primera parte se dió á luz en 1624 (3). Fué obra bien recibida, aunque en el fondo ofreciese poca novedad el pensamiento de hacer al protagonista criado de varias personas pertenecientes á distintas clases de la sociedad, para por este medio someterlas á la jurisdiccion de la critica. La juzgamos inferior al *Escudero Márquez de Obregon*, y con todo no exenta de mérito, sobre todo en la diccion, en la parte expositiva de los hechos y en las reflexiones que se deducen de estos. El uso del diálogo, sin embargo, no tanto por la forma en si cuanto por el modo de desempeñarlo, nos parece idea poco feliz. Con él queda desvirtuada la narracion, la accion suspendida á menudo, y la doctrina que debiera suministrarse insensiblemente, se convierte en una discusion calculada y fria, en que solamente se reconoce al teólogo ó al hablista.

EL DOCTOR JERÓNIMO DE ALCALÁ, hijo de don Fernando Yáñez y doña Petronila de Ribera, estudió medicina en Valencia, y la ejerció muchos años en Segovia, de donde era natural, imitando el ejemplo de su padre y abuelos. Nació en 1563, y murió en 1632. De lo que indica en el prólogo de su primera parte, se deduce que cuando publicó *El Donado hablador* llevaba veinte y seis años de práctica en su carrera; y aunque allí prometia no escribir más libros si no fueren tocantes á la facultad que profesaba, añadió la segunda parte. En su temor pudo influir el mal éxito que parece tuvo otro escrito suyo anterior y de muy diverso género (4); en el quebrantamiento de su propósito, la favorable acogida que halló el *Alonso*.

Hemos pues referido á nuestros lectores las circunstancias que concurren en las obras de esta coleccion, y los principales datos relativos á la existencia de sus autores. De lo que brevemente hemos expuesto se colige: que la novela española no hizo progreso alguno en los géneros cono-

(1) Debe ser yerro de imprenta, en vez de 1651. Se publicó en Barcelona por Jerónimo Margarit, en 4.º; pero esta es la segunda edicion: la primera, hoy dia rarísima, debe ser de 1624, pues ademas de afirmarlo así la aprobacion de fray Tomas Roca, inserta en la impresion de Barcelona, lo asegura Baena en sus *Hijos de Madrid*, rectificando la equivocacion en que habia incurrido cuando la atribuyó á fecha anterior.

El año 1847 la reimprimió en Paris el señor don Eugenio de Ochoa en el primer tomo del *Tesoro de Novelistas españoles*, si bien un tanto alterado el texto.

(2) Las primeras ediciones no llevan mas título que el de *Alonso, mozo de muchos amos*: el de *Donado hablador* debió ser invencion de algun editor de las impresiones posteriores; pero como la obra es ya más conocida por el segundo que por el verdadero, los hemos combinado de manera que resulten ambos juntos y puedan separarse sin inconveniente.

(3) Esta es la primera edicion de la primera parte, hecha en Madrid, que se repitió el año siguiente de 1625 en Barcelona por Esteban Liberos. La segunda parte se publicó en Valladolid en 1626. Entre otras muchas ediciones que despues se hicieron de las dos partes reunidas, nos contentaremos con citar la de don Benito Cano, Madrid, 1788, y la que hizo en el mismo punto don Mateo Repullés el año 1803 en dos tomos en 8.º, con varias láminas.

Tambien forma parte del tomo II del *Tesoro de Novelistas españoles*, que dejamos mencionado.

(4) Los *Milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla*, cuya fecha cierta ignoramos. Suya es tambien la obra titulada: *Verdades para la vida cristiana*, Valladolid 1632.

cidos, ni creó ninguno otro nuevo, despues de los ejemplos dados por Cervántes; lo cual, entre otras causas, pudo provenir de la poca importancia que se daba á todo lo que no fuese el género *picaresco*, y de la predileccion con que en la literatura social, por decirlo así, se miraban las composiciones escénicas; que si la lengua en algunos escritores se conservaba floreciente y pura, en otros comenzaba ya á aduiterarse, y viciado el instrumento, necesariamente habia de influir mucho en la imperfeccion de la obra; que el arte no habia degenerado visiblemente, pero que en el hecho de no abrirse sendas nuevas ni elevarse á mayor altura, lo que al presente era para- lizacion se convertiria no mucho despues en decadencia.

Quedan, sin embargo, aun frutos muy sazonados de que podemos sacar provecho; y ántes de ese estéril invierno que se aproxima, nacerán algunas flores que, conservando vida por largo tiempo, mantengan nuestra aficion y sean objeto de nuestro estudio hasta que llegue estacion más agradable.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

COMPUESTO

POR EL LICENCIADO ALONSO FERNANDEZ DE AVELLANEDA,
NATURAL DE TORDESILLAS (1).

QUINTA PARTE.

AL ALCALDE, REGIDORES Y HIDALGOS

de la noble villa del Argamesilla de la Mancha, patria feliz del hidalgo caballero don Quijote, lustre de los profesores de la caballería andantesca.

ANTIGUA es la costumbre de dirigirse los libros de las excelencias y hazañas de algun hombre famoso á las patrias ilustres que como madres los criaron y sacaron á luz, y aun competir mil ciudades sobre cuál lo habia de ser de un buen ingenio y grave personaje; y como lo sea tanto el hidalgo caballero don Quijote de la Mancha, tan conocido en el mundo por sus inauditas proezas, justo es, para que lo sea tambien esa venturosa villa que vuestas mercedes rigen, patria suya y de su fidelísimo escudero Sancho Panza, dirigirles esta *Segunda Parte*, que relata las vitorias del uno y buenos servicios del otro, no ménos invidiados que verdaderos. Reciban pues vuestas mercedes bajo de su manchega proteccion el libro y el celo de quien, contra mil detracciones, le ha trabajado, pues lo merece por él y por el peligro á que su autor se ha puesto, poniéndole en la plaza del vulgo, que es decir en los cuernos de un toro indómito, etc.

PRÓLOGO.

Como casi es comedia toda la *Historia de Don Quijote de la Mancha*, no puede ni debe ir sin prólogo; y así sale al principio desta *Segunda Parte* de sus hazañas este, ménos caca-reado y agresor de sus lectores que el que á su *Primera Parte* puso Miguel de Cervantes Saavedra, y más humilde que el que segundó en sus novelas, más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas. No le parecerán á él lo son las razones desta historia, que se prosigue con la autoridad que él la comenzó, y con la copia de fieles relaciones que á su mano llegaron; y digo mano, pues confiesa de sí que tiene sola una; y hablando tanto de todos, hemos de decir del que, como soldado tan viejo en años cuanto mozo en brios, tiene más lengua que manos; pero quájese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su *Segunda Parte*; pues no podrá, por lo ménos, dejar de confesar tenemos ambos un fin, que es desterrar la perniciosa lición de los vanos libros de caballerías, tan ordinaria en gente rústica y ociosa; si bien en los medios diferenciamos, pues él tomó por tales el ofender á mí, y particularmente á quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra debe tanto, por haber entretenido

(1) La portada de la primera edición dice á la letra: «SEGUNDO TOMO DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA, que contiene su tercera salida: y es la quinta parte de sus aventuras. Compuesto por el Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de la Villa de Tordesillas. Al alcalde, Regidores y hidalgos de la noble villa del Argamesilla, patria feliz del hidalgo Cavallero don Quixote de la Mancha. Con Licencia, En Tarragona, en casa de Felipe Roberto, Año 1614.»

La aprobacion está dada por el doctor Rafael Ortoneda, á 18 de abril de 1614; la licencia lo está, con fecha de 4 de julio del mismo año, por el doctor Francisco de Tórme y Liori, vicario general del arzobispado de Tarragona.

ALONSO FERNANDEZ DE AVELLANEDA es nombre supuesto; el verdadero del autor nos es desconocido. (Véase la *Vida de Cervantes* en el tomo I de esta BIBLIOTECA.)

honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas é innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo, y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar.

No solo he tomado por medio entremesar la presente comedia con las simplicidades de Sancho Panza, buyendo de ofender á nadie ni de hacer ostentacion de sinónomos voluntarios, si bien supiera hacer lo segundo, y mal lo primero; solo digo que nadie se espante de que salga de diferente autor esta *Segunda Parte*, pues no es nuevo el proseguir una historia diferentes sugetos. ¿Cuántos han hablado de los amores de Angélica y de sus sucesos? Las Arcadias, diferentes las han escrito; la *Diana* no es toda de una mano. Y pues Miguel de Cervántes es ya de viejo como el castillo de San Cervántes, y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le emadan, y por ello está tan falto de amigos, que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, habia de ahijarlos, como él dice, al Preste Juan de las Indias ó al emperador de Trapisonda, por no hallar título quizas en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca, con permitir tantos vayan los suyos en los principios de los libros del autor de quien murmura, y ¡plegue á Dios aun (1) deje, ahora que se ha acogido á la Iglesia y sagrado! Conténtese con su *Galatea* y comedias en prosa; que eso son las más de sus novelas: no nos canse. Santo Tomás, en la *Secundae secundae, quaestione* 56, enseña que la invidia es tristeza del bien y aumento ajeno, doctrina que la tomó de san Juan Damasceno: á este vicio da por hijos san Gregorio, en el lib. 51, cap. 51 de la Exposicion moral que hizo á la historia del santo Job, al odio, susurracion y detraccion del prójimo, gozo de sus pesares, y pesar de sus buenas diéhas; y bien se llama este pecado invidia á *non videndo, quia invidus non potest videre bona aliorum*: efectos todos tan infernales como su causa, tan contrarios á los de la caridad cristiana, de quien dijo san Pablo (1, Corint., 13), *Charitas patiens est, benigna est, non aemulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, congaudet veritati*, etc. Pero disculpa los yerros de su *Primera Parte*, en esta materia, el haberse escrito entre los de una cárcel; y así no pudo dejar de salir tiznada dellos, ni salir ménos que quejosa, murmuradora, impaciente y colérica, cual lo están los encarcelados. En algo diferencia esta parte, de la primera suya; porque tengo opuesto humor tambien al suyo; y en materia de opiniones en cosas de historia, y tan auténtica como esta, cada cual puede echar por donde le pareciere; y más dando para ello tan dilatado campo la cáfila de los papeles que para componerla he leído, que son tantos como los que he dejado de leer.

No me murmure nadie de que se permitan impresiones de semejantes libros, pues este no enseña á ser deshonesto, sino á no ser loco; y permitiéndose tantas Celestinas, que ya andan madre y hija por las plazas, bien se puede permitir por los campos un Don Quijote y un Sancho Panza, á quienes jamas se les conoció vicio; antes bien buenos deseos de desagrarar huérfanas y deshacer tuertos, etc.

DE PERO FERNANDEZ.

SONETO.

Magüer que las más altas fechorías
 Homes requieren doctos é sesudos,
 E yo soy el menguado entre los rudos,
 De buen talaute escribo á más porfías.
 Puesto que habia una sin fin de días
 Que la fama escondia en libros mudos
 Los fechos más sin tino y cabezudos
 Que se han visto de Illéscas hasta Olías;
 Ya vos endono, nobres leyenderos,
 Las segundas sandeces sin medida
 Del manchego fidalgo don Quijote,
 Para que escarmenteis en sus aceros;
 Que el que correr quisiere tan al trote,
 Non puede haber mejor solaz de vida.

(1) O falta el pronombre *te*, ó debia decir: y á quien, plegue á Dios, deje ahora.

QUINTA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Y

DE SU ANDANTESCA CABALLERIA.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo don Quijote de la Mancha volvió á sus desvanecimientos de caballero andante, y de la venida á su lugar del Argamesilla (1) ciertos caballeros granadinos.

El sabio Alisolan, historiador no ménos moderno que verdadero, dice que, siendo expelidos los moros agarenos de Aragon, de cuya nacion él decendia, entre ciertos anales de historias halló escrita en arábigo la tercera salida que hizo del lugar del Argamesilla el invicto hidalgo don Quijote de la Mancha, para ir á unas justas que se hacian en la insigne ciudad de Zaragoza, y dice desta manera: Despues de haber sido llevado don Quijote por el Cura y el Barbero y la hermosa Dorotea (2) á su lugar en una jaula, con Sancho Panza, su escudero, fué metido en un aposento con una muy gruesa y pesada cadena al pié; adonde, no con pequeño regalo de pistos y cosas conservativas y sustanciales, le volvieron poco á poco á su natural juicio; y para que no volviese á los antiguos desvanecimientos de sus fabulosos libros de caballerías, pasados algunos dias de su encerramiento, empezó con mucha instancia á rogar á Madalena, su sobrina, que le buscase algun buen libro en que poder entreteener aquellos setecientos años que él pensaba estar en aquel duro encantamiento; la cual, por consejo del cura Pedro Perez y de maese Nicolas, barbero, le dió un *Flos Sanctorum*, de Villegas, y los Evangelios y Epístolas de todo el año en vulgar, y la *Guia de pecadores*, de fray Luis de Granada; con la cual licion, olvidándose de las quimeras de los caballeros andantes, fué reducido dentro de seis meses á su antiguo juicio, y suelto de la prision en que estaba. Comenzó tras esto á ir á misa con su rosario en las manos, con las *Horas de nuestra Señora*, oyendo tambien con mucha atencion los sermones; de tal manera, que ya todos los vecinos del lugar pensaban que totalmente estaba sano de su accidente, y daban muchas gracias á Dios, sin osarle decir ninguno (por consejo del Cura) cosa de las que por él habian pasado. Ya no le llamaban *don Quijote*, sino *el señor Martin Quijada*, que era su propio nombre; aunque en ausencia suya tenian algunos ratos de pasatiempo con lo que dél se decia, y de que se acordaban todos, como lo del rescatar ó libertar los galeotes, lo de la penitencia que hizo en Sierra Morena, y todo lo demas que en las primeras partes de su historia se refiere. Sucedió pues en este tiempo, que, dándole á su sobrina, el mes de agosto, una calentura de las que los físicos llaman efime-

ras, que son de veinte y cuatro horas, el accidente fué tal, que dentro dese tiempo la sobrina Madalena murió. quedando el buen hidalgo solo (3) y desconsolado; pero el Cura le dió una harto devota vieja y buena cristiana, para que la tuviese en casa, le guisase la comida, le hiciese la cama, y acudiese á lo demas del servicio de su persona, y para que, finalmente, les diese aviso á él ó al Barbero de todo lo que don Quijote hiciese ó dijese dentro ó fuera de casa, para ver si volvía á la necia porfia de su caballería andantesca. Sucedió pues en este tiempo que un día de fiesta, despues de comer, que hacia un calor excesivo, vino á visitarle Sancho Panza, y hallándole en su aposento leyendo el *Flos Sanctorum*, le dijo: ¿Qué hace, señor Quijada? ¿Cómo va? Oh Sancho! dijo don Quijote, seas bien venido: siéntate aquí un poco; que á fe que tenia harto deseo de hablar contigo. ¿Qué libro es ese, dijo Sancho, en que lee su mercé? ¿Es de algunas caballerías como aquellas en que nosotros anduvimos tan neciamente el otro año? Lea un poco por su vida, á ver si hay algun escudero que medrase mejor que yo; que por vida de mi sayo, que me costó la burla de la caballería mas de veinte y seis reales, mi buen Rucio, que me hurtó Ginesillo, el buena voya, y yo me quedé tras todo eso sin ser rey ni Roque, si ya estas carnestolendas no me hacen los muchachos rey de los gallos: en fin, todo mi trabajo ha sido hasta agora en vano. No leo, dijo don Quijote, en libro de caballerías; que no tengo alguno; pero leo en este *Flos Sanctorum*, que es muy bueno. ¿Y quién fué ese *Flos Santorum*? replicó Sancho; ¿fué rey, ó algun gigante de aquellos que se tornaron molinos ahora un año? Todavía, Sancho, dijo don Quijote, eres necio y rudo. Este libro trata de las vidas de los santos, como de san Lorenzo, que fué asado; de san Bartolomé, que fué desollado; de santa Catalina, que fué pasada por la rueda de las navajas; y asimismo de todos los demas santos y mártires de todo el año. Siéntate, y lee te lé la vida del santo que hoy, á 20 de agosto, celebra la Iglesia, que es san Bernardo. Par Dios, dijo Sancho, que yo no soy amigo de saber vidas ajenas, y más de mala gana me dejaria quitar el pellejo ni asar en parrillas. Pero dígame: ¿á san Bartolomé quitáronle el pellejo, y á san Lorenzo pusieronle á asar despues de muerto ó acabando de vivir? Oigan qué necedad! dijo don Quijote: vivo desollaron al uno, y vivo asaron al otro. ¿Ci, hi de puta, dijo Sancho, y cómo les escocería! Pardiobre, no valia yo un higo para *Flos Santorum*: rezar de rodillas media docena de cre-

(1) Parece que falta la preposicion *de*.

(2) Dorotea no llegó al pueblo de don Quijote.

(3) ¿Y el ama? ¿se murió tambien

dos, vaya enhorabuena; y aun ayunar, como comiese tres veces al día razonablemente, bien lo podría llevar. Todos los trabajos, dijo don Quijote, que padecieron los santos que te he dicho, y los demás de quien trata este libro, los sufrían ellos valerosamente por amor de Dios, y así ganaron el reino de los cielos. A fe, dijo Sancho, que pasámos nosotros, ahora un año, hartos desafortunios para ganar el reino Miconicon, y nos quedamos hechos micos; pero creo que vuestra merced querrá ahora que nos volvamos santos andantes para ganar el paraíso terrenal. Mas dejado esto aparte, lea, y veamos la vida que dice, de san Bernardo. Leyóla el buen hidalgo, y á cada hoja le decía algunas cosas de buena consideración, mezclando sentencias de filósofos, por donde se descubría ser hombre de buen entendimiento y de juicio claro, si no le hubiera perdido por haberse dado sin moderación á leer libros de caballerías, que fueron la causa de todo su desvanecimiento. Acabando don Quijote de leer la vida de san Bernardo, dijo: ¿Qué te parece, Sancho? ¿Has leído santo que más aficionado fuese á nuestra Señora que este? ¿Más devoto en la oración, más tierno en las lágrimas y más humilde en obras y palabras? A fe, dijo Sancho, que era santo de chapá: yo le quiero tomar por devoto de aquí adelante, por si me viere en algún trabajo (como aquel de los batanes de marras ó manta de la venta), y me ayude, ya que vuesa merced no pudo saltar las bardas del corral. Pero ¿sabe, señor Quijada, que me acuerdo que el domingo pasado llevó el hijo de Pedro Alonso, el que anda á la escuela, un libro debajo de un árbol, junto al molino, y nos estubo leyendo más de dos horas en él? El libro es lindo á las mil maravillas, y mucho mayor que ese *Flas Santorum*, tras que tiene al principio un hombre armado en su caballo, con una espada más ancha que esta mano, desenvainada, y da en una peña un golpe tal, que la parte por medio, de un terrible porrazo, y por la cortadura sale una serpiente, y él le corta la cabeza. ¡Este sí, cuerpo non de Dios, que es buen libro! ¿Cómo se llama? dijo don Quijote; que si yo no me engaño, el muchacho de Pedro Alonso creo que me le hurtó ahora un año, y se ha de llamar *Don Florisbán de Candaria*, un caballero valerosísimo, de quien trata, y de otros valerosos, como son Almiral de Zuazía, Palmerín del Pomo, Blastrodas de la Torre y el gigante Maleorte de Bradanca, con las dos famosas encantadoras Zuldasa y Dalfadea. A fe que tiene razón, dijo Sancho; que esas dos llevaron á un caballero al castillo de no sé cómo se llama. De Acefaros, dijo don Quijote. Sí, á la fe; y que si puedo, se le tengo de hurtar, dijo Sancho, y traerle acá el domingo para que leamos; que aunque no sé leer, me alegro mucho en oír aquellos terribles porrazos y cuchilladas que parten hombre y caballo. Pues, Sancho, dijo don Quijote, hazme placer de traermele; pero ha de ser de manera que no lo sepa el Cura ni otra persona. Yo se lo prometo, dijo Sancho, y aun esta noche, si puedo, tengo de procurar traersele debajo de la halsa de mi sayo; y con esto quede con Dios; que mi mujer me estará aguardando para cenar. Fuéase Sancho, y quedó el buen hidalgo levantada la mollera con el nuevo refresco que Sancho le trajo á la memoria, de las desvanecidas caballerías. Cerró el libro, y comenzó á pasearse por el aposento, haciendo en su imaginación terribles quimeras, trayendo á la fantasía todo aquello en que solía ántes desvanecerse. En esto

tocaron á vísperas, y él, tomando su capa y rosario, se fué á oírlas con el Alcalde, que vivía junto á su casa; las cuales acabadas, se fueron los alcaldes, el Cura, don Quijote y toda la demás gente de cuenta del lugar á la plaza, y puestos en corrillo, comenzaron á tratar de lo que más les agradaba. En este punto vieron entrar por la calle principal en la plaza cuatro hombres principales á caballo, con sus criados y pajes, y doce lacayos que traían doce caballos del diestro ricamente enjaezados; lo cual visto por los que en la plaza estaban, aguardaron un poco á ver qué sería aquello, y entonces dijo el Cura, hablando con don Quijote: Por mi santiguada, señor Quijada, que si esta gente viniera por aquí hoy hace seis meses, que á vuesa merced le pareciera una de las más extrañas y peligrosas aventuras que en sus libros de caballerías había jamás oído ni visto; y que imaginara vuesa merced que estos caballeros llevarían alguna princesa de alta guisa forzada; y que aquellos que ahora se apean eran cuatro descomunales gigantes, señores del castillo de Bramiforan, el encantador. Ya todo eso, señor licenciado, dijo don Quijote, es agua pasada, con la cual, como dicen, no puede moler molino; mas lleguémonos hacia ellos á saber quién son; que si yo no me engaño, deben de ir á la corte á negocios de importancia, pues su traje muestra ser gente principal. Llegáronse todos á ellos, y hecha la debida cortesía, el Cura, como más avisado, les dijo desta manera: Por cierto, señores caballeros, que nos pesa en extremo que tanta nobleza haya venido á dar cabo en un lugar tan pequeño como este, y tan desaperecebido de todo regalo y buen acogimiento, como vuestas mercedes merecen; porque en él no hay meson ni posada capaz de tanta gente y caballos como aquí vienen; mas con todo, estos señores y yo, si de algún provecho fuéremos, y vuestas mercedes determinaren de quedar aquí esta noche, procurarémos que se les dé el mejor recado que ser pudiere. El uno de ellos, que parecía ser el más principal, le rindió las gracias, diciendo en nombre de todos: En extremo, señores, agradecemos esa buena voluntad que sin conocernos se nos muestra, y quedarémos obligados con muy justa razón á agradecer y tener en memoria tan buen desseo. Nosotros somos caballeros granadinos, y vamos á la insigne ciudad de Zaragoza á unas justas que allí se hacen; que teniendo noticia que es su mantenedor un valiente caballero, nos habemos dispuesto á tomar este trabajo, para ganar en ellas alguna honra, la cual sin él es imposible alcanzarse. Pensábamos pasar dos leguas más adelante; pero los caballos y gente vienen algo fatigada, y así nos pareció quedar aquí esta noche, aunque hayamos de dormir sobre los poyos de la iglesia, si el señor Cura diere licencia para ello. Uno de los alcaldes, que sabía más de segar y de uncir las mulas y bueyes de su labranza, que de razones cortesanas, le dijo: No se les dé nada á sus mercedes; que aquí les harémos merced de alojarles esta noche; que siete cientos veces al año tenemos capitanías de otros mayores fanfarrones que ellos, y no son tan agradecidos y bien hablados como vuestas mercedes son; y á fe que nos cuesta al Concejo más de noventa maravedís por año. El Cura, por atajarle que no pasase adelante con sus necesidades, les dijo: Vuestas mercedes, mis señores, han de tener paciencia; que yo les tengo de alojar por mi mano, y ha de ser desta manera: que los dos señores alcaldes se lleven á sus casas estos

dos señores caballeros con todos sus criados y caballos, y yo á vuesa merced, y el señor Quijada á esotro señor; y cada uno, conforme sus fuerzas alcanzaren, procure de regalar á su huésped; porque, como dicen, el huésped, quien quiera que sea, merece ser honrado; y siéndolo estos señores, tanta mayor obligacion tenemos de servirles, siquiera porque no se diga que llegando á un lugar de gente tan política, aunque pequeño, se fuéron á dormir, como este señor dijo lo harían, á los poyos de la iglesia. Don Quijote dijo á aquel que por suerte le cupo, que parecia ser el más principal: Por cierto, señor caballero, que yo he sido muy dichoso en que vuesa merced se quiera servir de mi casa, que, aunque es pobre de lo que es necesario para acudir al perfecto servicio de un tan gran caballero, será á lo ménos muy rica de voluntad, la cual podrá vuesa merced recibir sin más ceremonias. Por cierto, señor hidalgo, respondió el caballero, que yo me tengo por bien afortunado en recibir merced de quien tan buenas palabras tiene, con las cuales es cierto conformarán las obras. Tras esto, despidiéndose los unos de los otros, cada uno con su huésped, se resolvieron, al partir, en que tomasen un poco la mañana, por causa de los excesivos calores que en aquel tiempo hacían. Don Quijote se fué á su casa con el caballero que le cupo en suerte; y poniendo los caballos en un pequeño establo, mandó á su vieja ama que aderezase algunas aves y palominos, de que él tenía en casa no pequeña abundancia, para cenar toda aquella gente que consigo traía; y mandó juntamente á un muchacho llamase á Sancho Panza para que ayudase en lo que fuese menester en casa; el cual vino al punto de muy buena gana. Entre tanto que la cena se aparejaba, comenzaron á pasearse el caballero y don Quijote por el patio, que estaba fresco; y entre otras razones le preguntó don Quijote la causa que le había movido á venir de tantas leguas á aquellas justas, y cómo se llamaba: á lo cual respondió el caballero que se llamaba don Alvaro Tarfe, y que descendía del antiguo linaje de los moros Tarfes de Granada, deudos cercanos de sus reyes, y valerosos por sus personas, como se lee en las historias de los reyes de aquel reino, de los Abencerrajes, Cegries, Gomeles y Mazas, que fuéron cristianos despues que el Católico rey Fernando ganó la insigne ciudad de Granada; y ahora (1) esta jornada por mandado de un serafín en hábito de mujer, el cual (2) es reina de mi voluntad, objeto de mis deseos, centro de mis suspiros, archivo de mis pensamientos, paraíso de mis memorias, y finalmente, consumada gloria de la vida que poseo. Esta, como digo, me mandó que partiese para estas justas, y entrase en ellas en su nombre, y le trjese alguna de las ricas joyas y preases que en premio se les ha de dar á los venturosos aventureros vencedores; y voy cierto y no poco seguro de que no dejaré de llevársela; porque yendo ella conmigo, como va dentro de mi corazón, será el vencimiento infalible, la vitoria cierta, el premio seguro, y mis trabajos alcanzarán la gloria que por tan largos días he con tan inflamado afecto deseado. Por cierto, señor don Alvaro Tarfe, dijo don Quijote, que aquella señora tiene grandísima obligacion á corresponder á los justos ruegos de vuesa merced por muchas razones. La primera, por el trabajo que toma vuesa merced en hacer

tan largo camino en tiempo tan terrible. La segunda, por el ir por solo su mandado, pues con él, aunque las cosas sucedan al contrario de su deseo, habrá cumplido con la obligacion de fiel amante, habiendo hecho de su parte todo lo posible. Mas suplico á vuesa merced me dé cuenta desa hermosa señora y de su edad y nombre, y del de sus nobles padres. Menester era, respondió don Alvaro, un muy grande calepino para declarar una de las tres cosas que vuesa merced me ha preguntado; y pasando por alto las dos postreras, por el respeto que debo á su calidad, solo digo de sus años que son diez y seis, y su hermosura tanta, que á dicho de todos los que la miran aun con ojos ménos apasionados que los míos, afirman della no haber visto, no solamente en Granada, pero ni en toda la Andalucía, más hermosa criatura; porque, fuera de las virtudes del ánimo, es sin duda blanca como el sol, las mejillas de rosas recién cortadas, los dientes de marfil, los labios de coral, el cuello de alabastro, las manos de leche, y finalmente, tiene todas las gracias perfectísimas de que puede juzgar la vista; si bien es verdad que es algo pequeña de cuerpo. Paréceme, señor don Alvaro, replicó don Quijote, que no deja esa de ser alguna pequeña falta; porque una de las condiciones que ponen los curiosos para hacer á una dama hermosa es la buena disposicion del cuerpo; aunque es verdad que esta falta muchas damas la remedian con un palmo de chapin valenciano; pero quitado este, que no en todas partes ni á todas horas se puede traer, parecen las damas, quedando en zapatillas, algo feas, porque las basquiñas y ropas de seda y brocados, que están cortadas á la medida de la disposicion que tienen sobre los chapines, les vienen largas de tal modo que arrastran dos palmos por el suelo; y así no dejará esto de ser alguna pequeña imperfeccion en la dama de vuesa merced. Antes, señor hidalgo, dijo don Alvaro, esa la hallo yo por una muy grande perfeccion. Verdad es que Aristóteles, en el cuarto de sus *Éticas*, entre las cosas que ha de tener una mujer hermosa cual él allí la describe, dice que ha de ser de una disposicion que tire á lo grande; mas otros ha habido de contrario parecer, porque la naturaleza, como dicen los filósofos, mayores milagros hace en las cosas pequeñas que en las grandes; y cuando ella en alguna parte hubiese errado en la formacion de un cuerpo pequeño, será más dificultoso de conocer el yerro, que si fuese hecho en cuerpo grande. No hay piedra preciosa que no sea pequeña, y los ojos de nuestros cuerpos son las partes más pequeñas que hay en él, y son las más bellas y más hermosas: así que mi serafín es un milagro de la naturaleza, la cual ha querido darnos á conocer por ella cómo en poco espacio puede recoger con su maravilloso artificio el innumerable número de gracias que puede producir; porque la hermosura, como dice Ciceron, no consiste en otra cosa que en una conveniente disposicion de los miembros, que con deleite mueve los ojos de los otros á mirar aquel cuerpo cuyas partes entre sí mismas con una cierta graciosidad (3) se corresponden. Paréceme, señor don Alvaro, dijo don Quijote, que vuesa merced ha satisfecho con muy sutiles razones á la objeccion que contra la pequeñez del cuerpo de su reina propuse; y porque me parece que ya la cena por ser poca estará aparejada, suplico á vuesa merced nos entremos á cenar; que despues sobre cena tengo un ne-

(1) Falta el verbo *hacia* ú otro equivalente.

(2) Debe faltar un *dijo* ó *prosiguió*, etc.

(3) *Ociosidad*, se lee en la primera edicion.

gocio de importancia que tratar con vuesa merced, como con persona que tan bien sabe hablar en todas materias.

CAPITULO II.

De las razones que pasaron entre don Alvaro Tarfe y don Quijote sobre cena, y cómo le descubre los amores que tiene con Dulcinea del Toboso, comunicándole dos cartas ridículas: por todo lo cual el caballero cae en la cuenta de lo que es don Quijote.

De pues de haber dado don Quijote razonablemente de cenar á su noble huésped, por postre de la cena, levantados ya los manteles, oyó de sus cuerdos labios las siguientes razones: Por cierto, señor Quijada, que estoy en extremo maravillado de que en el tiempo que nos ha durado la cena, he visto á vuesa merced algo diferente del que le vi cuando entré en su casa; pues en la mayor parte della le he visto tan absorto y elevado en no sé qué imaginación, que apenas me ha respondido jamás á propósito, sino tan *ad Ephesios*, como dicen, que he venido á sospechar que algun grave cuidado le ataliga y aprieta el ánimo; porque le he visto quedarse á ratos con el bocado en la boca, mirando sin pestañear á los manteles, con tal suspensión que, preguntándole si era casado, me respondió: «Rocinante, señor, el mejor caballo es que se ha criado en Córdoba;» y por esto digo que algunapasion ó interno cuidado atormenta á vuesa merced; porque no es posible nazca de otra causa tal efecto; y tal puede ser que, como otras muchas veces he visto en otros, pueda quitarle la vida, ó á lo ménos, si es vehemente, apurarle el juicio; y así suplico á vuesa merced se sirva comunicarme su sentimiento; porque si fuere tal la causa del que yo con mi persona pueda remediarla, lo haré con las veras que la razón y mis obligaciones piden, pues así como con las lágrimas, con el sangre del corazón, él mismo desfoga y descansa, y queda aliviado de las melancolías que le oprimen, vaporeando por el venero de los ojos; así, ni mas ni ménos el dolor y aflicción, siendo comunicado, se alivian algun tanto, porque suele el que lo oye, como desapasionado, dar el consejo que es más sano y seguro al remedio de la persona alligida. Don Quijote entonces le respondió: Agradezco, señor don Alvaro, esa buena voluntad, y el deseo que muestra tener vuesa merced de hacérmela; pero es fuerza que los que profesamos el órden de caballería, y nos hemos visto en tanta multitud de peligros, ya con fieros y descomunales jayanes, ya con malandrines sabios ó magos, desencantando princesas, matando grifos y serpientes, rinocerontes y endriagos, llevados de alguna imaginación destas, como son negocios de honra, quedemos suspensos y elevados y pnestos en un honroso éxtasi, como el en que vuesa merced dice haberme visto, aunque yo no he echado de verlo: verdad es que ninguna cosa destas por ahora me ha suspendido la imaginación; que ya todas han pasado por mí. Maravíllase mucho don Alvaro Tarfe de oírle decir que habia desencantado princesas y muerto gigantes, y comenzó á tenerle por hombre que le faltaba algun poco de juicio; y así, para enterarse dell, le dijo: ¿Pues no se podrá saber qué causa por ahora allige á vuesa merced? Son negocios, dijo don Quijote, que aunque á los caballeros andantes no todas las veces es lícito decirlos, por ser vuesa merced quien es y tan noble y discreto, y estar herido con la propia saeta con que el hijo de Vénus me tiene herido á mí, le quiero descubrir mi dolor, no para que me dé remedio para él, que solo me le puede dar aquella bella ingrata y dulcísima

Dulcinea, robadora de mi voluntad; sino para que vuesa merced entienda que yo camino y he caminado por el camino real de la caballería andantesca, imitando en obras y en amores á aquellos valerosos y primitivos caballeros andantes que fuéron luz y espejo de todos aquellos que despues dellos han por sus buenas prendas merecido profesar el sacro órden de caballería que yo profeso, como fuéron el invicto Amadis de Gaula, don Belianis de Grecia y su hijo Esplandian, Palmerin de Oliva, Tablante de Ricamonte, el caballero del Febo y su hermano Rosicler, con otros valentísimos príncipes aun de nuestros tiempos, á todos los cuales, ya que les he imitado en obras y hazañas, los sigo tambien en los amores: así que, vuesa merced sabrá que yo estoy enamorado. Don Alvaro, como era hombre de sutil entendimiento, luego cayó en todo lo que su huésped podia ser, pues decia haber imitado á aquellos caballeros fabulosos de los libros de caballería; y así, maravillado de su loca enfermedad, para enterarse cumplidamente della le dijo: Admírome no poco, señor Quijada, que un hombre como vuesa merced, flaco y seco de cara, y que á mí parecer pasa ya de los cuarenta y cinco, ande enamorado; porque el amor no se alcanza sino con muchos trabajos, malas noches, peores días, mil disgustos, celos, zozobras, pendencias y peligros; que todos estos y otros semejantes son los caminos por donde se camina al amor; y si vuesa merced ha de pasar por ellos, no me parece tiene sugeto para sufrir dos noches malas al sereno, aguas y nieves, como yo sé por experiencia que pasan los enamorados. Mas dígame vuesa merced, con todo: esa mujer que ama, ¿es de aquí del lugar, ó forastera? que gustaría en extremo, si fuese posible, verla ántes que me fuese; porque un hombre de tan buen gusto como vuesa merced es, no es creíble sino que ha de haber puesto los ojos en no ménos que en una Diana efesina, Policena troyana, Dido cartaginense, Lucrecia romana ó Doralice granadina. A todas esas, respondió don Quijote, excede en hermosura y gracia; y solo imita en fiereza y crueldad á la inhumana Medea; pero ya querrá Dios que con el tiempo, que todas las cosas muda, trueque su corazón diamantino, y con las nuevas que de mí y mis invencibles hazañas terná, se molifique y sujete á mis no ménos importantes justos ruegos. Así que, señor, ella se llama Princesa Dulcinea del Toboso (como yo don Quijote de la Mancha), si nunca vuesa merced la ha oído nombrar; que sí habrá, siendo tan célebre por sus milagros y celestiales prendas. Quiso reírse de muy buena gana don Alvaro cuando oyó decir la princesa Dulcinea del Toboso; pero disimuló, porque su huésped no lo celase de ver y se enojase, y así le dijo: Por cierto, señor hidalgo, ó por mejor decir, señor caballero, que yo no he oído en todos los días de mi vida nombrar tal princesa, ni creo la hay en toda la Mancha, si no es que ella se llame por sobrenombre Princesa, como otras se llaman Marquesas. No todos saben todas las cosas, replicó don Quijote; pero yo haré ántes de mucho tiempo que su nombre sea conocido, no solamente en España, pero en los reinos y provincias más distantes del mundo. Esta es pues, señor, la que me eleva los pensamientos; esta me enajena de mí mismo; por esta he estado desterrado muchos días de mi casa y patria, haciendo en su servicio heroicas hazañas, enviándole gigantes y bravos jayanes y caballeros rendidos á sus pies; y con todo eso ella se muestra á

mis ruegos una leona de Africa y una tigre de Hircania, respondiéndome á los papeles que le envío, llenos de amor y dulzura, con el mayor desabrimiento y despego que jamas princesa á caballero andante escribió. Yo le escribo más largas arengas, que las que Catilina hizo al senado de Roma; más heroicas poesías, que las de Homero ó Virgilio; con más ternezas, que el Petrarca escribió á su querida Laura, y con más agradables episodios, que Lucano ni Ariosto pudieron escribir en su tiempo, ni en el nuestro ha hecho Lope de Vega á su Filis, Celia, Lucinda, ni á las demás que tan divinamente ha celebrado, hecho en aventuras un Amadis, en gravedad un Cévolá, en sufrimiento un Perineo de Persia, en nobleza un Enéas, en astucia un Ulises, en constancia un Belisario, y en derramar sangre humana un bravo Cid Campeador; y porque vuesa merced, señor don Alvaro, vea ser verdad todo lo que digo, quiero sacar dos cartas que tengo allí en aquel escritorio: una que con mi escudero Sancho Panza la escribí en los días pasados, y otra que ella me envió en respuesta suya. Levantóse para sacarlas, y don Alvaro se quedó haciendo cruces de ver la locura del huésped, y acabó de caer en la cuenta de que él estaba desvanecido con los vanos libros de caballerías, teniéndolos por muy auténticos y verdaderos. Al ruido que don Quijote hizo abriendo el escritorio, entró Sancho Panza, harto bien llena la barriga de los relieves que habian sobrado de la cena; y como don Quijote se asentó con las dos cartas en la mano, él se puso repantigado tras las espaldas de su silla para gustar un poco de la conversacion. Ve aquí, dijo don Quijote, vuesa merced á Sancho Panza mi escudero, que no me dejará mentir á lo que toca al inhumano rigor de aquella mi señora. Si á fe, dijo Sancho Panza; que Aldonza Lorenzo, á las Nogales (como así se llamaba la infanta Dulcinea del Toboso por proprio nombre, como consta de las primeras partes desta grave historia), es una grandísima... Téngaselo por dicho; porque ¡cuero de un ciruelo! ¿la de andar mi señor heudo tantas caballerías de día y de noche, y hendo ernal penitencia en Sierra Morena, dándose de calabazadas, y sin comer por una?... Mas quiero callar; allá se lo haya, con su pan se lo coma; que quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda; que una ánima sola ni canta ni llora; y cuando la perdz canta, señal es de agua; y á falta de pan, buenas son tortas. Pasara adelante Sancho con sus refranes, si don Quijote no le mandara, *imperativo modo*, que callara; mas con todo replicó diciendo: ¿Quiere saber, señor don Tarfe, lo que hizo la muy zurrada cuando la llevé esa carta que ahora mi señor quiere leer? Estábase en la caballeriza la muy puerca, porque llovía, hinchendo un seron de basura con una pala; y cuando yo le dije que le traía una carta de mi señor (¡infernál torzon le dé Dios por ello!), tomó una gran palada del estiércol que estaba mas hondo y mas remojado, y arrojómele de boleo, sin decir agua va, en estas pecadoras barbas. Yo, como por mis pecados las tengo más espesas que escobilla de barbero, estuve despues más de tres días sin poder acabar de agotar la porquería que en ellas me dejó, perfectamente. Dióse, oyendo esto, una palmada en la frente don Alvaro, diciendo: Por cierto, señor Sancho, que semejante porte que ese no le merecia la mucha discrecion vuestra. No se espante vuesa merced, replicó Sancho; que á fe que nos ha sucedido á mí y á mi señor, andando por amor della en las aventuras ó desventuras del

año pasado, darnos pasadas de cuatro veces muy gentiles garrotazos. Yo os prometo, dijo colérico don Quijote, que si me levanto, don bellaco desvergonzado, y cojo una estaca de aquel carro, que os muela las costillas y haga que se os acuerde *per omnia saecula saeculorum*. Amén, respondió Sancho. Levantárase don Quijote á castigarle la desvergüenza, si don Alvaro no le tuviera el brazo y le hiciera volver á sentar en su silla, haciendo con el dedo señas á Sancho para que callase, con que lo hizo por entónces; y don Quijote, abriendo la carta, dijo: Ve aquí vuesa merced la carta que este mozo llevó los días pasados á mi señora, y juntamente la respuesta della, para que de ambas colija vuesa merced si tengo razon de quejarme de su inandita ingratitud.

Sobrescrito de la carta.—*A la infanta Dulcinea del Toboso.*

«Si el amor afinado, ¡oh bella ingrata! que asaz bulle
»por los poros de mis venas, diera lugar á que me ensa-
»ñara contra vuestra fermosura, cedo tomara venganza
»de la sandez con que más cuitas os dan enojoso repro-
»che. Cuidedes, dulce enemiga mia, que non atiendo
»con todas mis fuerzas en al que en desfacer tuertos de
»gente menesterosa; magüer que muchas veces ando en-
»vuelto en sangre de jayanes, cedo el pensamiento sin
»polilla está además ledo, y tiene remembranza que está
»preso por una de las más altas fемbras que entre las
»reinas de alta guisa fallar se puede. Empero lo que agora
»vos demandó es, que si alguna desmesuranza he tenido,
»me perdonedes; que los yerros por amare, dignos son
»de perdonare. Esto pido de finojos ante vuestro imperial
»acatamiento. Vuestro hasta el fin de la vida.—*El caba-
»llero de la Triste Figura, don Quijote de la Mancha.*»

Por Dios, dijo don Alvaro riéndose, que es la mas donosa carta que en su tiempo pudo escribir el rey don Sancho de Leon á la noble doña Jimena Gomez, al tiempo que, por estar ausente della el Cid, la consolaba; pero siendo vuesa merced tan cortesano, me espanto que escribiese esa carta ahora tan á lo del tiempo antiguo; porque ya no se usan esos vocablos en Castilla sino es cuando se hacen comedias de los reyes y condes de aquellos siglos dorados. Escribóla desta suerte, dijo don Quijote, porque, ya que imito á los antiguos en la fortaleza, como son al conde Fernán Gonzalez, Peranzúles, Bernardo y al Cid, los quiero tambien imitar en las palabras. ¿Pues para qué, replicó don Alvaro, puso vuesa merced en la firma *El caballero de la Triste Figura*? Sancho Panza, que habia estado escuchando la carta, dijo: Yo se lo aconsejé, y á fe en toda ella no va cosa mas verdadera que esa. Púseme *El de la Triste Figura*, añadió don Quijote, no por lo que este necio dice, sino porque la ausencia de mi señora Dulcinea me causaba tanta tristeza, que no me podia alegrar: de la suerte que Amadis se llamó Beltenébros, otro el caballero de los Fuegos, otro de las imágenes, ó de la Ardiente espada. Don Alvaro le replicó: y el llamarse vuesa merced don Quijote, ¿á imitacion de quién fué? A imitacion de ninguno, dijo don Quijote, sino como me llamo Quijada, saqué deste nombre el de don Quijote el día que me dieron el órden de caballería (1). Pero oiga vuesa merced, le suplico, la respuesta que aquella enemiga de mi libertad me escribe.

Sobrescrito.—*A Martín Quijada, el mentecapto.*

«El portador desta habia de ser un hermano mio,

(1) Antes fué. Véanse los capítulos primero y tercero del *Quijote* de Cervantes, parte primera.

»para darle la respuesta en las costillas con un gentil »garrote. ¿No sabe lo que le digo, señor Quijada? Que »por el siglo de mi madre, que si otra vez me escribe de »emperatriz ó reina, poniéndome nombres burlescos, »como es *A la infanta manchega Dulcinea del Toboso* y »otros semejantes que me suele escribir, que tengo de »hacer que se le acuerde. Mi nombre propio es Aldonza »Lorenzo ó Nogales, por mar y por tierra.»

Vea vuesa merced si habrá en el mundo caballero andante, por más discreto y sufrido que sea, que pueda sin morir tolerar semejantes razones. ¡Oh, hi de puta! dijo Sancho Panza, conmigo las había de haber la relamida: á fe que la había de her peer por ingenio; que aunque es moza forzuda, yo fío que si la agarro, no se me escape de entre las uñas: mi señor don Quijote es muy demasiado de blando. Si él la enviase media docena de coces dentro de una carta, para que se la depositasen en la barriga, á fe que no fuera tan repostona. Sepa vuesa merced que estas mozas (yo las conozco mejor que un huevo vale una blanca), si las hablan bien, dan al hombre el pescocón y pasagonzalo que le hacen saltar las lágrimas de los ojos: sobre mí, que conmigo no se burlan, porque luego les arrojo una cox mas redonda que de mula de fraile hierónimo; y más si me pongo los zapatos nuevos: ¡mal año para la mula del Preste Juan que mejor las endilgne! Levantóse riendo don Alvaro, y dijo: Por Dios que si el rey de España supiese que este entretenimiento había en este lugar, que aunque le costase un millon, procurara tenerlo consigo en su casa. Señor don Quijote, ello hemos de madrugar por lo ménos una hora ántes del día, por huir del sol; y así, con licencia de vuesa merced, querria tratar de acostarme. Don Quijote dijo que su merced la tenía; y así comenzó á desnudarse para hacerle la cama que en el mismo aposento estaba, y mandó á Sancho Panza que le descalzase las botas. Llegaron en esto á quererlo hacer dos pajes del mismo don Alvaro que habían estado oyendo la conversacion desde la puerta; pero no consintió Sancho Panza que otro que él hiciese tal oficio, de que gustó en extremo don Alvaro, el cual le dijo, mientras don Quijote salió afuera por unas peras en conserva para darle: Tirá, hermano Sancho, bien, y tened paciencia. Si tendrán, respondió Sancho; que no son bestias; y aunque no soy don, mi padre lo era. ¿Cómo es eso? dijo don Alvaro: ¡vuestro padre tenía don! Sí, señor, dijo Sancho; pero teniale á la postre. ¿Cómo á la postre? replicó don Alvaro. ¡Llamábase Francisco Don, Juan Don ó Diego Don? No, señor, dijo Sancho, sino Pedro el Remendon. Rieron mucho del dicho los pajes y don Alvaro, que prosiguió preguntándole si era aun su padre vivo; y él respondió: No, señor; que mas há de diez años que murió de una de las más malas enfermedades que se puede imaginar. ¿De qué enfermedad murió? replicó don Alvaro. De sabañones, respondió Sancho. ¡Santo Dios! dijo don Alvaro con grandísima risa: ¡de sabañones! El primer hombre que en los días de mi vida oí decir que muriese de esa enfermedad fué vuestro padre, y así no lo creo. ¿No puede cada uno, dijo Sancho, morir la muerte que le da gusto? Pues si mi padre quiso morir de sabañones, ¿qué se le da á vuesa merced? En medio de la risa de don Alvaro y sus pajes, entró don Quijote y su ama la vieja con un plato de peras en conserva y una garrafa de buen vino blanco, y dijo: Vuesa merced, mi señor don Alvaro, podrá comer

un par destas peras, y tras ellas tomar una vez de vino, que le dará mil vidas. Yo beso á vuesa merced las manos, respondió don Alvaro, señor don Quijote, por la merced que me hace; pero no podré servirle, porque no acostumbro comer cosa alguna sobre cena; que me daña, y tengo larga experiencia en mí de la verdad del aforismo de Avicena ó Galeno, que dice que lo crudo sobre lo indigesto engendra enfermedad. Pues por vida de la que me parió, dijo Sancho, que aunque ese Azucena ó Galena que su merced dice, me dijese más latines que tiene todo el a, b, c, así dejase yo de comer, habiéndolo á mano, como de escupir. ¡Mirá qué cuerpo de San Belorge! El no comer para los castraleones, que se sustentan del aire. Pues por vida de la que adoro, dijo don Alvaro, tomando una pera con la punta del enchillo, que os habeis de comer esta, con licencia del señor don Quijote. ¡Ah! no, por su vida, señor don Tarfe, respondió Sancho; que estas cosas dulces, siendo pocas, me hacen mal; aunque es verdad que cuando son en cantidad, me hacen grandísimo provecho. Con todo, la comió, y tras esto se puso don Alvaro en la cama, y á los pajes les hicieron otra junto á ella do se acostasen, como lo hicieron. En esto dijo don Quijote á Sancho: Vamos, Sancho amigo, al aposento de arriba; que allí podremos dormir lo poco que de la noche queda; que no hay para qué irte ahora á tu casa; que ya tu mujer estará acostada; y tambien que tengo un poco que comunicar contigo esta noche sobre un negocio de importancia. Pardiez, señor, dijo Sancho, que estoy yo esta noche para dar buenos consejos, porque estoy redondo como una chueca; solo será la falta que me dormiré luego, porque ya los bostezos menudean mucho. Subiéronse arriba tras esto ambos á acostar, y puestos en una misma cama, dijo don Quijote: Hijo Sancho, bien sabes ó has leído que la ociosidad es madre y principio de todos los vicios, y que el hombre ocioso está dispuesto para pensar cualquier mal, y pensándolo, ponerlo por obra, y que el diablo de ordinario acomete y vence fácilmente á los ociosos, porque hace como el cazador, que no tira á las aves mientras que las ve andar volando, porque entónces sería la caza incierta y dificultosa, sino que aguarda á que se asienten en algun puesto, y viéndolas ociosas, les tira y las mata. Digo esto, amigo Sancho, porque veo que há algunos meses que estamos ociosos, y no cumplimos, yo con el órden de caballería que recibí, y tú con la lealtad de escudero fiel que me prometiste. Querria pues (para que no se diga que yo he recibido en vano el talento que Dios me dió, y sea reprehendido como aquel del Evangelio, que ató el que su amo le fió en el pañuelo, y no quiso ganarje con él) que volviésemos lo más presto que ser pudiese á nuestro militar ejercicio, porque en ello harémos dos cosas: la una, servicio muy grande á Dios, y la otra, provecho al mundo, desterando dél los descomunales jayanes y soberbios gigantes que hacen tuertos de sus fueros, y agravios á caballeros menesterosos y á doncellas afligidas; y juntamente ganarémos honra y fama para nosotros y nuestros sucesores, conservando y aumentando la de nuestros antepasados; tras que adquiriremos mil reinos y provincias en un quita allá esas pajas, con que serémos ricos, y enriquecerémos nuestra patria. Señor, dijo Sancho, no tiene que meterme en el caletre esos guerreamientos, pues ya ve lo mucho que me costaron ese otro año, con

la pérdida de mi Rucio, que buen siglo haya; tras que jamas me cumplió lo que mil veces me tenia prometido, de que nos vieramos dentro de un año, yo adelantado, ó rey por lo ménos, mi mujer admiranta y mis hijos infantiles; ninguna de las cuales cosas veo cumplidas por mí (¿oye vuesa merced, ó duérmese?), y mi mujer tan Mari-Gutierrez se es hoy como agora un año: así que, yo no quiero perro con cencerro. Y fuera deso, si nuestro cura el licenciado Pero Perez sabe que queremos tornar á nuestras caballerías, le tiene de meter á vuesa merced con una cadena por unos seis ó siete meses en *domus Ietro*, quedecien, como la otra vez; y así, digo que no quiero ir con vuesa merced, y déjeme dormir por vida suya; que ya se me van pegando los ojos. Mira, Sancho, dijo don Quijote, que yo no quiero que vayas como la otra vez; ántes quiero comprarte un asno en que vayas como un patriarca, mucho mejor que el otro que te le hurtó Ginesillo; y en fin, irémos ambos con mejor órden, y llevaremos dineros y provisiones, y una maleta con nuestra ropa; que ya he echado de ver que es muy necesario, porque no nos suceda lo que en aquellos malditos castillos encantados nos sucedió. Aun desá manera, respondió Sancho, y pagándome cada mes mi trabajo, yo iré de muy buena gana. Oyendo su resolucíon, alegre don Quijote, prosiguió diciendo: Pues Dulcinea se me ha mostrado tan inhumana y cruel, y lo que peor es, desagradecida á mis servicios, sorda á mis ruegos, inerédula á mis palabras, y finalmente, contraria á mis deseos, quiero probar, á imitacíon del caballero del Febo, que dejó á Claridana, y otros muchos que buscaron nuevo amor, y ver si en otra halló mejor fe y mayor correspondencia á mis fervorosos intentos, y ver juntamente... ¿Duermes, Sancho? ¡Ah Sancho! En esto Sancho recordó, diciendo: Digo, señor, que tiene razón; que esos jayanzos son grandisimos bellacos, y es muy bien que les hagamos tuertos. ¡Por Dios, dijo don Quijote, que estás muy bien en el cuento! Estoyne yo quebrando la cabeza diciéndote lo que á tí y á mí más, despues de Dios, nos importa, y tú duermes como un lirón. Lo que digo, Sancho, es, ¿entiendes?... ¡Oh! reniego de la puta que me parió, dijo Sancho: déjeme dormir con Barrabas; que yo creo bien y verdaderamente en tanto me dijere y piensa decir todos los dias de su vida. Harto trabajo tiene un hombre, dijo don Quijote, que trata cosas de peso con salvajes como este: quiérole dejar dormir; que yo, mientras que no diere fin y cabo á estas honradas justas, ganando en ellas el primero, segundo y tercero dia las joyas de más importancia que hubiere, no quiero dormir, sino velar, trazando con la imaginacíon lo que despues tengo de poner por efecto, como hace el sabio arquitecto, que ántes que comience la obra, tiene confusamente en su imaginativa todos los aposentos, patios, chapiteles y ventanas de la casa, para despues sacarlos perfectamente á luz. En fin, al buen hidalgo se le pasó lo que de la noche quedaba, haciendo grandisimas quimeras en su desvanecida fantasía, ya hablando con los caballeros, ya con los jueces de las justas, pidiéndoles el premio; ya, finalmente, saludando con grandisima mesura á una dama hermosísima y ricamente aderezada, á quien presentaba desde el caballo con la punta de la lanza una rica joya. Con estos y otros semejantes desvanecimientos se quedó al cabo dormido.

CAPITULO III.

De cómo el Cura y don Quijote se despidieron de aquellos caballeros, y de lo que á él le sucedió con Sancho Panza despues de ellos idos.

Una hora ántes que amaneciese llegaron á la puerta de don Quijote el Cura y los alcaldes á llamar, que venían á despertar al señor don Alvaro; á cuyas voces don Quijote llamó á Sancho Panza para que les fuese á abrir, el cual despertó con harto dolor de su corazón. Entrados que fueron al aposento de don Alvaro, el Cura se asentó junto á su cama, y le comenzó á preguntar cómo le habia ido con su huésped; á lo cual respondió contándole brevemente lo que con él y con Sancho Panza le habia pasado aquella noche; y dijo que si no fuera el plazo de las justas tan corto, se quedara allí cuatro ó seis dias á gustar de la buena conversacíon de su huésped; pero propuso de estarse allí más despacio á la vuelta. El Cura le contó todo lo que don Quijote era, y lo que con él le habia acontecido el año pasado, de lo cual quedó muy maravillado; y mudando plática, fingieron hablaban de otro, porque vieron entrar á don Quijote, con cuyos buenos dias y apacible vision se levantó don Alvaro, y mandó aprestar los caballos y demas recado para irse. Entre tanto los alcaldes y el Cura volvieron á dar de almorzar á sus huéspedes, quedando concertados que todos volverían á casa de don Quijote, para partirse desde allí juntos. Idos ellos, y vestido don Alvaro, dijo aparte á don Quijote: Señor mío, vuesa merced me la ha de hacer de que unas armas grabadas de Milan, que traigo aquí en un baul grande, se me guarden con cuidado en su casa hasta la vuelta; que me parece que en Zaragoza no serán menester, pues no faltarán en ella amigos que me provean de otras que sean ménos sutiles, pues estas lo son tanto, que solo pueden servir para la vista, y es notable el embarazo que me causa el llevarlas. Hizolas sacar luego allí todas en diciendo esto, y eran peto, espaldar, gola, brazaletes, escarcelas y morrion; y don Quijote, enando las vió, se le alegró la pajarrilla infinitamente, y propuso luego en su entendimiento lo que habia de hacer dellas, y así le dijo: Por cierto, mi señor don Alvaro, que esto es lo ménos en que yo pienso servir á vuesa merced, pues espero en Dios vendrá tiempo en que vuesa merced se holgará más de verme á su lado, que no en el Argamesilla. Y prosiguió preguntándole, mientras se volvian á poner en el baul las armas, qué divisa pensaba sacar en las justas, qué libreas, qué letras ó qué motes: á todo lo cual, por complacerle, le respondió don Alvaro, no entendiendo que le pasaba por la imaginacíon el ir á Zaragoza ni hacer lo que hizo, que adelante se dirá. En esto entró Sancho muy colorado, sudándole la cara y diciendo: Bien puede, mi señor don Tarfe, sentarse á la mesa; que ya está el almuerzo á punto. A lo cual respondió don Alvaro: ¿Teneis buen apetito de almorzar, Sancho amigo? E-e, dijo él, señor mío, *gloria tibi, Domine*, nunca me falta, y es de manera, que (en salud sea mentado, y vaya el diablo para ruin) no me acuerdo en todos los dias de mi vida haberme levantado harto de la mesa, sino fué ahora un año, que, siendo mi tío Diego Alonso mayordomo del Rosario, me hizo á mí repartidor del pan y queso de la caridad que da la confradía, y entónces allí hubo de aflojar dos agujeros al cinto. Dios os conserve, dijo don Alvaro, esa disposicíon; que solo della y de vuestra

buená condición os tengo envidia. Almorzó don Alvaro, y luego llegaron los tres caballeros con su gente y con el Cura; porque ya amanecía; y viéndolos don Alvaro, se puso al momento las espuelas y subió á caballo; tras lo cual sacó don Quijote del establo á Rocinante ensillado y enfrenado para acompañarles, y dijo, teniéndole por el freno, á don Alvaro: Ve aquí vuesa merced, señor don Alvaro, uno de los mejores caballos que á duras penas se podrían hallar en todo el mundo. No hay Bucéfalo, Alfana, Seyano, Babieca ni Pegaso que se le ignore. Por cierto, dijo don Alvaro, mirándole y sonriéndose, que ello puedes ser como vuesa merced dice; pero no lo muestra en el talle, porque es demasiado de alto y sobrado de largo, fuera de estar muy delgado; pero debe ser la causa del estar tan flaco el ser de su naturaleza algo astrólogo ó filósofo, ó la larga experiencia que tendrá de las cosas del mundo; que no deben haber pasado pocas por él, según los muchos años que descubre tener encebriertos bajo la silla; pero, como quiera que sea, él es digno de alabanza, por lo que muestra ser discreto y pacífico. En esto salieron todos á caballo, y el Cura y don Quijote les acompañaron casi un cuarto de legua del lugar. Iba el Cura tratando con don Alvaro de las cosas de don Quijote; el cual se maravillaba en extremo de su extraña locura. Despidiéronse, forzados de los ruegos de los caballeros, y vueltos al Argamesilla, el Cura se fué á su casa, y llegando á la suya don Quijote, lo primero que hizo en apeándose, fué enviar luego á llamar con su ama á Sancho Panza, con orden de que le dijese trajese consigo, cuando viniese, aquello que le había dicho le traería, que era *Floribian de Candaria*, libro no ménos necio que impertinente. Vino luego volando Sancho; y cerrando el aposento por adentro, y quedando en él solos, sacó el libro debajo de las haldas del sayo, y diósele; el cual le tomó en las manos con mucha alegría, diciendo: Ves aquí, Sancho, uno de los mejores y más verdaderos libros del mundo, donde hay caballeros de tan grande fama y valor, que ¡mal año para el Cid ó Bernardo del Carpio que les lleguen al zapato! Al punto le puso sobre un escritorio, y volvió de nuevo á repetir á Sancho muy por extenso todo lo que la noche pasada le había dicho, y no había podido entender por estar tan dormido, concluyendo la plática con decir quería partir para Zaragoza á las justas, y que pensaba olvidar á la ingrata infanta Dulcinea del Toboso, y buscar otra dama que mejor correspondiese á sus servicios; y que de allí pensaba después ir á la corte del rey de España para darse á conocer por sus hazañas. Y traharé amistad, añadía el buen don Quijote, con los grandes, duques, marqueses y condes que al servicio de su real persona asisten; do verá si alguna de aquellas hermosas damas que están con la Reina, enamorada de mi tallazo, en competencia de otras, muestra algunas señales de verdadero amor, ya con apariencias exteriores de la persona y vestido, ya con papeles ó recados enviados al cuarto que sin duda el Rey me dará en su real palacio, para que desta manera, siendo envidiado de muchos caballeros de los del tison, procuren todos por varios caminos descomponerme con el Rey; á los cuales, en sabiéndolo, desafío y reto, matando la mayor parte dellos: con que vista mi gran valentía por el Rey nuestro señor, es fuerza que su majestad Católica me alabe por uno de los mejores caballeros de Europa. Todo esto decía él con tanto brio, levantando las cejas,

con voz sonora, y puesta la mano sobre la guarnición de la espada, que no se había aun quitado desde que había salido á acompañar á don Alvaro, que parecía que ya pasaba por él todo lo que iba diciendo. Quiero pues, Sancho mío, proseguia luego, que veas ahora unas armas que el sabio Alquife, mi grande amigo, esta noche me ha traído, estando yo trazando la dicha ida de Zaragoza, porque quiere que con ellas éntre en las aplazadas justas, y lleve el mejor precio que dieren los jueces, con inaudita fama y gloria de mi nombre y de los andantes caballeros antepasados, á quien imito y aun excedo. Y abriendo una arca grande, á donde las había metido, las sacó. Cuando Sancho vió las armas nuevas y tan buenas, llenas de trofeos y grabaduras milanesas, acicaladas y limpias, pensó sin duda que eran de plata, y dijo pasmado: Por vía del fundador de la torre de Babilonia, que si ellas fueran mías, que las había de hacer todas de reales de á ocho, destos que corren ahora, más redondos que hostias; porque solamente la plata, fuera de las imágenes que tienen, vale al menorete, á quererlas echar en la calle, mas de noventa mil millones. ¡Oh hi de puta, traidoras, y cómo relucen! Y tomando el morrion en las manos, dijo: Pues el sombrero de plata ¡es bobo! Por las barbas de Pilatos, que si tuviera cuatro dedos mas de falda, se le podría poner el mismo Rey, y aun juro que el día de la procesion del Rosario se le habermos de poner en la cabeza al señor Cura, pues saldrá con él y con la capa de brocado por esas calles hecho un reloj. Mas dígame, señor, estas armas ¿quién las hizo? ¿Hizolas ese sabio Esquife, ó nacióronse así del vientre de su madre? ¡Oh gran necio! dijo don Quijote: estas se hicieron y forjaron junto al río Leteo, media legua de la barca de Acaronte, por las manos de Vulcano, herrero del infierno. ¡Oh, pestilencia en el herrero! dijo Sancho: ¡el diablo podía ir á su fragua á sacar la punta de la reja del arado! Yo apostaré que, como no me conoce, me echase una grande escudilla de aquella pez y trementina que tiene ardiendo, sobre estas virginales barbas, tal, que fuera harto peor de quitar y aun de smar que la basura que me echó en ellas Aldonza Lorenzo los otros días. Tomó en esto las armas don Quijote, diciendo: Quiero, amigo Sancho, que veas cómo me están: ayúdame las á poner. Y diciendo y haciendo, se puso la gola, peto y espaldas, y dijo Sancho: Par diez que aquestas planchas parecen un capote, y si no fueran tan pesadas, eran lindisimas para segar, y más con estos guantes: — lo cual dijo tomando las manoplas en la mano. Armóse don Quijote de todas piezas, y luego habló con voz entonada á Sancho desta manera: ¿Qué te parece, Sancho? ¿Estánme bien? ¿No te admiras de mi gallardía y brava postura? Esto decía paseándose por el aposento, haciendo piernas y continentes, pisando de careaño, y levantando más la voz y haciéndola más gruesa, grave y reposada; tras lo cual le vino luego súbitamente un accidente tal en la fantasía, que, metiendo con mucha presteza mano á la espada, se fué acercando con notable cólera á Sancho, diciendo: Espera, dragon maldito, sierpe de Libia, basilisco infernal: verás por experiencia el valor de don Quijote, segundo san Jorge en fortaleza; verás, digo, si de un golpe solo puedo partir, no solamente á ti, sino á los diez más fieros gigantes que la nacion gigantea jamas produjo. Sancho, que le vió venir para sí tan desaforado, comenzó á correr por el aposen-

to; y metiéndose detras de la cama, andaba al derredor della huyendo de la furia de su amo, el cual decia, dando muchas cuchilladas á tuertas y derechas por el aposento, cortando muchas veces las cortinas, mantas y almohadas de la cama: Espera, jayan soberbio; que ya ha llegado la hora en que quiere la Majestad divina que pagues las malas obras que has hecho en el mundo. Andaba en esto tras del pobre Sancho al derredor de la cama, diciéndole mil palabras injuriosas, y juntamente con cada una arrojándole una estocada ó cuchillada larga; que si la cama no fuera tan ancha como era, lo pasara el pobre de Sancho harto mal; y el cual le dijo: Señor don Quijote, por todas cuantas llagas tuvieron Job, el señor san Lázaro, el señor san Francisco, y lo que más es, nuestro Señor Jesucristo, y por aquellas benditas saetas que sus padres tiraron al señor san Sebastian, que tenga compasion, piedad, lástima y misericordia de mi ánima pecadora. Embravecíase más con esto don Quijote, diciendo: ¡Oh soberbio! ¿Agora piensas con tus blandas palabras y ruegos aplacar la justa ira que contigo tengo? Vuelve, vuelve las princesas y caballeros que contra ley y razon en este tu castillo tienes; vuelve los grandes tesoros que tienes usurpados, las doncellas que tienes encantadas, y la maga encantadora, causadora de todos estos males. Señor, ¡pecador de mí! decia Sancho Panza, que yo no soy princesa ni caballero, ni esa señora maga que dice, sino el negro de Sancho Panza, su vecino y antiguo escudero, marido de la buena Mari-Gutierrez, que ya vuesa merced tiene media viuda. ¡Desventurada de la madre que me parió, y de quien me metió aquí! Sácame aquí luego, añadia con mas cólera don Quijote, sana y salva y sin lision ni detrimento alguno la emperatriz que digo; que despues quedará tu vil y superba persona á mi merced, dándoteme primero por vencido. Si haré con todos los diablos, dijo Sancho: ábrame la puerta, y meta la espada en la vaina primero; que yo le traeré luego, no solamente todas las princesas que hay en el mundo, sino al mesmo Anas y Caifas, cada y cuando su merced los quiera. Envainó don Quijote con mucha pausa y gravedad, quedando molido y sudado de dar cuchilladas en la pobre cama, cuyas mantas y almohadas dejó hechas una criba; y lo mesmo hiciera del pobre Sancho si pudiera alcanzarle; el cual salió de detras de la cama descolorido, ronco y lleno de lágrimas de miedo, y hincándose de rodillas delante de don Quijote, le dijo: Yo me doy por vencido, señor caballero andante: su merced mande perdonarme; que yo seré bueno todo lo restante de mi vida. Don Quijote le respondió con un verso latino que él sabía y repetía muchas veces, diciendo: *Parcere prostratis docuit nobis ira leonis*; y tras él le dijo: Soberbio jayan, aunque tu arrogancia no merecia clemencia alguna, á imitacion de aquellos caballeros y principes antiguos, á quien imito y pienso imitar, te perdono, con presupuesto que del todo dejes las malas obras pasadas, y seas de aquí adelante amparo de pobres y menesterosos, desfaciendo los tuertos y agravios que en el mundo con tanta sinrazon se hacen. Yo lo juro y prometo, dijo Sancho, de her todo eso que me dice; pero dígame, en lo de deshacer esos tuertos, ¿ha de entrar tambien el licenciado Pedro García, beneficiado del Toboso, que es tuerto de un ojo? Porque no me quisiera meter en cosas de nuestra santa madre la Iglesia. Levantó entónces don Quijote á San-

cho, diciendo: ¿Qué te parece, amigo Sancho? Quien hace esto en un aposento cerrado con un hombre solo como tú, mejor lo hiciera en una campaña con un ejército de hombres, por bravos que fuesen. Lo que me parece, dijo Sancho, que si estas experiencias quiere her muchas veces conmigo, que me echaré con la carga. Don Quijote le respondió: ¿No ves, Sancho, que todo era fingido, no más de por darte á entender mi grande esfuerzo en el combati, destreza en el derribar y maña en el acometer? ¡Mal haya el putó de mi linaje! replicó Sancho: pues ¿por qué me arrojaba aquellas descomunales cuchilladas, que si no fuera porque cuando tiró una me encomendé al glorioso san Anton, me llevara medias narices, pues el aire de la espada me pasó zorriando por las orejas? Esos ensayamientos quisiera que vuesa merced hubiera hecho cuando aquellos pastores de marras, de aquellos dos ejércitos de ovejas, le tiraron con las hondas aquellas lágrimas de Moisen, con que le derribaron la mitad de las mueblas, y no conmigo; pero por ser la primera vez, pase, y mire lo que hace de aquí adelante; y perdone, que me voy á comer. Eso no, Sancho, dijo don Quijote: desármame, y quédate á comer conmigo, para que despues de comer tratemos de nuestra partida. Acetó facilmente el convite Sancho, y despues de comer le mandó que de casa de un zapatero le trujese dos ó tres badanas grandes para hacer una fina adarga, la cual él hizo con ciertos papelones y cuernudo, tan grande como una rueda de hilar cáñamo. Vendió tambien dos tierras y una harto buena viña, y lo hizo todo dineros para la jornada que pensaba hacer. Hizo tambien un buen lanzon con un hierro ancho como la mano, y compró un jumento á Sancho Panza, en el cual llevara una maleta pequeña con algunas camisas suyas y de Sancho, y el dinero, que sería más de trescientos ducados: de suerte que Sancho con su jumento, y don Quijote con Rocinante, segun dice la nueva y fiel historia, hicieron su tercera y más famosa salida del Argamesilla por el fin de agosto del año que Dios sabe, sin que el Cura ni el Barbero ni otra persona alguna los echase ménos hasta el día siguiente de su salida.

CAPITULO IV.

Cómo don Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero salieron tercera vez del Argamesilla, de noche; y de lo que en el camino desta tercera y famosa salida les sucedió.

Tres horas ántes que el rojo Apolo esparciese sus rayos sobre la tierra, salieron de su lugar el buen hidalgo don Quijote y Sancho Panza: el uno sobre su caballo Rocinante, armado de todas piezas y el morrion puesto en la cabeza con gentil talante y postura, y Sancho con su jumento enalbardado, con unas muy buenas alforjas encima y una maleta pequeña, en que llevaban la ropa blanca. Salidos del lugar, dijo don Quijote á Sancho: Ya ves, Sancho mío, cómo en nuestra salida todo se nos muestra favorable, pues, como ves, la luna resplandece y está clara, no hemos topado en lo que hasta aquí habemos andado, cosa de que podamos tomar mal agüero, tras que nadie nos ha sentido al salir: en fin, hasta ahora todo nos viene á pedir de boca. Es verdad, dijo Sancho; pero temo que en echándonos ménos en el lugar, han de salir en nuestra busca el Cura y el Barbero con otra gente, y topándonos, á pesar nuestro nos han de volver á nuestras casas, agarrados por los cabezones ó meti-

dos en una janla, como el año pasado; y si tal fuese, por diez que sería peor la caída que la recaída. ¡Oh barbero cobarde! dijo don Quijote: juro por el órden de caballería que recibí, que solo por eso que has dicho, y porque entiendas que no puede haber temor alguno en mi corazón, estoy por volver al lugar y desafiar á singular batalla, no solamente al Cura, sino á cuantos curas, vicarios, sacristanes, canónigos, arcedianos, deanes, chantres, racioneros y beneficiados tiene toda la Iglesia romana, griega y latina, y á todos cuantos barberos, médicos, cirujanos y albéitares militan debajo de la bandera de Esculapio, Galeno, Hipócrates y Avicena. ¿Es posible, Sancho, que en tan poca opinion estoy acerca de tí, y que nunca has echado de ver el valor de mi persona, las invencibles fuerzas de mi brazo, la inaudita ligereza de mis piés y el vigor intrínseco de mi ánimo? Osaríate apostar (y esto es sin duda) que si me abriesen por medio y sacasen el corazón, que le hallarían como aquel de Alejandro Magno, de quien se dice que le tenía lleno de vello, señal evidéntísima de su gran virtud y fortaleza: por tanto, Sancho, de aquí adelante no pienses asombrarme, aunque me pongas delante más tigres que produce la Hircania, más leones que sustentan la Africa, más serpientes que habitan la Libia, y más ejércitos que tuvo César, Aníbal ó Jérrjes; y quedemos en esto por ahora; que la verdad de todo verás en aquellas famosas justas de Zaragoza, donde ahora vamos. Allí verás por vista de ojos lo que te digo; pero es menester, Sancho, para esto, en esta adarga que llevo (mejor que aquella de Fez que pedía el bravo moro granadino cuando á voces mandaba que le ensillasen el potro rancio del alcalde de los Vélez), poner alguna letra ó divisa que denote la pasión que lleva en el corazón el caballero que la trae en su brazo; y así quiero que en el primer lugar que llegáremos, un pintor me pinte en ella dos hermosísimas doncellas que estén enamoradas de mi brio, y el dios Cupido encima, que me esté asestando una flecha, la cual yo reciba en el adarga, riendo dél y teniéndolas en poco á ellas, con una letra que diga al derredor de la adarga, *El Caballero Desamorado*, poniendo encima esta, curiosa aunque ajena, de suerte que esté entre mí, entre Cupido y las damas:

Sus flechas saca Cupido
De las venas del Picu,
A los hombres dando el Cu,
Y á las damas dando el pido.

¿Y qué habemos de her, dijo Sancho, nosotros con esa Cu? ¿Es alguna joya de las que habemos de traer de las justas? No, replicó don Quijote; que aquel Cu es un plumaje de dos relevadas plumas, que suelen ponerse algunos sobre la cabeza, á veces de oro, á veces de plata, y á veces de la madera (1) que hace diáfano encerrado á las linternas, llegando unos con dichas plumas hasta el signo Aries, otros al de Capricornio, y otros se fortifican en el castillo de San Cervantes (2). Par diez, dijo Sancho, que ya que yo me hubiese de poner esas plumas, me las había de poner de oro ó de plata. No te conviene á tí, dijo don Quijote, esos dijes; que tienes la mujer buena cristiana

y fea. No importa eso, dijo Sancho; que de noche todos los gatos son pardos, y á falta de colcha no es mala manta. Dejemos eso, replicó don Quijote; porque delante de nosotros tenemos ya uno de los mejores castillos que á duras penas se podrán hallar en todos los países altos y bajos, y estados de Milan y Lombardia. Esto dijo por una venta que un cuarto de legua lejos se divisaba. Respondió Sancho: En buena fe que me linelgo, porque aquello que vuesa merced llama castillo es una venta, para la cual, pues ya el sol se va poniendo, será bueno que enderecemos el camino para pasar en ella la noche muy á nuestro placer; que mañana proseguiremos nuestro viaje. Porfiaba don Quijote en que era castillo, y Sancho en que era venta. Acertaron en esto á pasar dos caminantes á pié, los cuales, maravillados de ver la figura de don Quijote, armado de todas piezas, y con morrion, haciendo el calor que hacía, que no era poco, se detuvieron mirándole, á los cuales se llegó don Quijote diciendo: Valerosos caballeros, á quien algun soberbio jayan, contra todo órden de caballería, haciendo batalla con vosotros, ha quitado los caballos y alguna hermosa doncella que en vuestra compañía traíades, hija de algun príncipe ó señor destos reinos, la cual había de ser casada con un hijo de un conde, que aunque mozo, es valeroso caballero por su persona: fablad, y decidme punto por punto vuestra cuita; que aquí está en vuestra presencia el Caballero Desamorado, si nunca le oistes nombrar (que sí habréis, pues tan conocido es por sus fañanas), el cual os jura por las ingratitudes de la infanta Dulcinea del Toboso, causa total de mi desamor, de vos hacer tan bien vengados y tan á vuestro sabor, que digáis que en buen día la fortuna os ha ofrecido en este camino quien vos desfaga el tuerto que se os ha hecho. Los dos caminantes no supieron qué le responder, sino, mirándose el uno al otro, le dijeron: Señor caballero, nosotros con ningún soberbio jayan hemos peleado, ni tenemos caballos ni doncellas que se nos hayan quitado; pero si su merced habla de una batalla que habemos tenido allí debajo de aquellos árboles con cierto número de gentes que nos daba harto fastidio en el enello del jubón y pliegues de los calzones, ya hemos habido cumplida victoria de semejante gente; y si no es que alguno senos haya escapado por entre los bosques de los renitendos, todos los demás han sido muertos por el conde de Uñate. Antes que respondiese don Quijote, salió Sancho diciendo: Díganmos, señores caminantes: aquella casa que allí se ve, ¿es venta ó castillo? Replicó don Quijote: Majadero, insensato, ¿no ves desde aquí los altos chapiteles, la famosa puente levadiza, y los dos muy fieros grifos que defienden su entrada á aquellos que contra la voluntad del castellano pretenden entrar dentro? Los caminantes dijeron: Si vuesa merced es servido, señor caballero armado, aquella es la venta que llaman del Ahorcado desde que junto á ella ahorcaron ahora un año al ventero, porque mató á un huésped y le robó lo que tenía. Ahora pues andad en hora mala, dijo don Quijote; que ello será lo que yo digo, á pesar de todo el mundo. Los caminantes se fueron muy maravillados de la locura del caballero; y don Quijote, ya que llegaban á tiro de arcabuz de la venta, dijo á Sancho: Conviene mucho, Sancho, para que en todo cumplamos con el órden de caballería, y vamos por el camino que la verdadera milicia enseña, que tú vayas delante, y te llegues á aquel

(1) El hasta ó cuerno que ántes empleaban en las linternas, por su transparencia.

(2) ¿A qué vendrá esto aquí? AVELLANEDA, como ya se ha visto, dice en el prólogo que Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes; aquí vuelve á nombrar el castillo, trayéndolo, como suele decirse, por los cabellos: ¿sería este un insulto á Cervantes?

castillo como si fueses verdadera espía, y adviertas en él con mucho cuidado la anchura, altura y profundidad del foso, la disposición de las puertas y puentes levadizas, los torreones, plataformas, estradas encubiertas, diques, contradiques, trinchas, rastrillos, garitas, plazas y cuerpos de guardia que hay en él; la artillería que tienen los de dentro; qué bastimentos y para cuántos años; qué municiones; si tienen agua en las cisternas; y finalmente, cuántos y qué tales son los que tan gran fortaleza defienden. ¡Cuerpo de quien me parió! dijo Sancho: esto es lo que me agota la paciencia en estas aventuras ó desventuras que andamos buscando por nuestros pecados. Tenemos la venta aquí al ojo, donde podemos entrar sin embarazo ninguno y cenar con nuestros dineros muy á nuestro placer, sin tener batalla ni pendencia con nadie; y quiere vuesa merced que yo vaya á reconocer puentes y fosos y extrañas cubiertas, ó cómo diablos llama esa letanía que ha nombrado, adonde salga el ventero, viéndome andar alrededor de la casa midiendo las paredes, con algún garrote, y me muela las costillas, pensando que le voy á hurtar por los trascorrales las gallinas ó otra cosa. Vamos, por vida suya; que yo salgo por fiador á todo aquello que nos puede suceder, si no es que nosotros mismos nos tomen las pendencias con las manos. Bien parece, Sancho, dijo don Quijote, que no sabes lo que á la buena espía toca de hacer: pues porque lo sepas, entiendo que lo primero ha de ser fiel; que si es espía doble, dando aviso á una parte y á otra de lo que pasa, es muy perjudicial al ejército y digna de cualquiera castigo. Lo segundo, ha de ser diligente, avisando con presteza de todo lo que ha oído y visto en los contrarios, pues por venir tarde el aviso se suele á veces perder todo un campo. Lo tercero, ha de ser secreta, de tal manera, que á persona nacida, aunque sea grande amigo ó camarada, no ha de decir el secreto que trae en su pecho, sino es al propio general en persona. Por tanto, Sancho, vé al momento y haz lo que te digo, sin réplica alguna; que bien sabes y has leído que una de las cosas por donde los españoles son la nación más temida y estimada en el mundo, fuera de su valor y fortaleza, es por la pronta obediencia que tienen á sus superiores en la milicia: esta los hace victoriosos casi en todas las ocasiones; esta desmaya al enemigo; esta da ánimo á los cobardes y temerosos; y finalmente, por esta los reyes de España han alcanzado el venir á ser señores de todo el orbe; porque, siendo obedientes los inferiores á los superiores, con buen orden y concierto se hacen firmes y estables, y dificultosamente son rompidos y desbaratados, como vemos lo son con facilidad muchas naciones, por faltarles esta obediencia, que es la llave de todo suceso próspero en la guerra y en la paz. Ahora bien, dijo Sancho, no quiero más replicar, pues nunca acabáramos. Vuesa merced se venga tras mí poco á poco; que yo voy con mi jumento á her lo que me manda; y si no hay nada de lo que vuesa merced me dice, podrémos quedar ahí; porque á fe que me zorrían ya las tripas de pura hambre. Dios te dé ventura en lides, dijo don Quijote, para que en esta empresa que ahora vas salgas con mucha honra, y alcances por los maeses de campo ó generales de algún ejército, alguna ventaja honrosa para todos los días de tu vida; y mi bendición y la de Dios te alcance; y mira que no te olvides de lo que te he dicho, de hacer la buena espía. Comenzó Sancho á arrear su asno de tal manera,

que llegó brevemente á la venta; y como vió que no había fosos, puentes ni chapiteles, como su amo decía, rióse mucho entre sí, diciendo: Sin duda que todos los torreones y fosos que mi amo decía que había en esta venta, los debe él tener metidos en la cabeza; porque yo no veo aquí sino solo una casa con un corralazo, y es sin duda venta como yo dije. Acercóse á la puerta della y preguntó al ventero si había posada. Díjole que sí, con que bajó luego de su asno, y dió al ventero la maleta para que le diese cuenta della cuando se la pidiese, tras lo cual lo preguntó si había qué cenar; y respondiéndole el ventero que había una muy buena olla de vaca, carnero y tocino, con muy lindas berzas, y un conejo asado, dió dos saltos de contento en oír nombrar aquella devota olla el buen Sancho. Pidió al punto cebada y paja para su jumento, y llevóle con esta provision á la caballeriza, y mientras estaba ocupado en ella en dársela, llegó don Quijote cerca de la venta sobre su rocín, con la figura ya dicha. El ventero y otros cuatro ó cinco que estaban con él á la puerta, se maravillaron infinito de ver semejante estantigua, y esperaron á ver lo que haría ó diría. Llegó él, sin hablar palabra, á dos picas de la puerta, y mirando de medio lado y con grave continente á la gente que en ella estaba, pasó sin hablar palabra, y dió una vuelta alrededor de toda la venta, mirándola por arriba y por abajo, y á veces midiendo con el lanzon la tierra desde la pared por defuera; y habiendo dado la vuelta, se puso otra vez delante la puerta, y con una voz arrogante, puesto de piés sobre los estribos, comenzó á decir: Castellano desta fortaleza, y vosotros, caballeros, que para defenderla con todos los soldados que dentro están, atalayáis, puestos en perpetua centinela días y noches, invierno y verano, con intolerables frios y fastidiosos calores, los enemigos que os vienen á dar asaltos y hacer salir en campaña á probar ventura, dadme luego aquí sin réplica alguna un escudero mio que, como falsos y alevosos, contra todo orden de caballería habeis prendido, sin hacer batalla primero con él; que yo sé por experiencia que éles tal por su persona, que á hacerlo, no tenía para empezar en diez de vosotros; y pues estoy certificado de que le prendisteis como alevosos, con la fuerza del encantamiento de la vieja maga que dentro tenéis, ó por traición, demasiado comedimiento os hago en pedirlos con el término que os le pido. Volvémele, digo otra vez, al punto, si queréis quedar con las vidas y excusar de que no os pase á todos con los filos de mi espada, y deshaga este castillo sin dejar en él piedra sobre piedra. Ea, entregádmelo luego, decía levantando la voz con más cólera, aquí, sano, salvo y sin lesión alguna, juntamente con todos los caballeros, doncellas y escuderos que en vuestras oscuras mazmorras con crueldad inhumana tenéis presos; y si no, salid todos juntos, no desarmados como ahora os veo, sino con vuestros preciados caballos, puestas vuestras corazas fuertes y vuestras blandeadoras lanzas de recio fresno; que á todos os espero aquí. Y con esto tiraba á cada paso á Rocinante de las riendas hacía atrás, porque se fatigaba mucho por entrar en la venta; que también tenía picado el molino como Sancho Panza. El ventero y los demás, maravillados de las razones de don Quijote, y viendo que, la lanza baja, les desafiaba á batalla, llamándoles gallinas y cobardes, haciendo piernas en su caballo, llegaronse á él, y díjole el ventero: Señor caballero, aquí no hay castillo ni fortaleza; y si alguna hay es la del vino, que es tan

bravo y fuerte, que basta no solamente para derribar, sino para hacer decir mucho más de lo que vuesa merced nos ha dicho, y así decimos y respondemos todos en mí, y yo por todos, que aquí no ha venido escudero alguno de vuesa merced: si quiere posada, éntre; que le daremos buena cena y mejor cama, y aun, si fuere menester, no le faltará una moza gallega que le quite los zapatos; que aunque tiene las tetas grandes, es ya cerrada de años; y como vuesa merced no cierre la bolsa, no haya miedo que cierre los brazos ni deje de recebirle en ellos. Por el orden de caballería que profeso, replicó don Quijote, que si, como digo, no me dais el escudero y aquesta princesa gallega que decís, que habeis de morir la más abatida muerte que venteros andantes hayan muerto en el mundo. Al ruido salió Sancho diciendo: Señor don Quijote, bien puede entrar; que al punto que yo llegué se dieron todos por vencidos: baje, baje; que todos son amigos, y habemos echado pelillos á la mar, y nos están aguardando con una muy gentil olla de vaca, tocino, carnero, nabos y berzas, que está diciendo: cómeme, cómeme. Como don Quijote vió á Sancho tan alegre, le dijo: Dime por Dios, Sancho amigo, si esta gente te ha hecho algun tuerto ó desagnisado; que aquí estoy, como ves, á punto de pelear. Señor, dijo Sancho, ninguno desta casa me ha hecho tuerto; que, como vuesa merced ve, los dos ojos me tengo sanos y buenos, que saqué del vientre de mi madre; ni tampoco me han hecho desagnisado; ántes tienen guisada una olla y un conejo, tal, que el mismo Juan de Espera en Dios la puede comer. Pues toma, Sancho, dijo don Quijote, esta adarga, y tenme del estribo mientras me aseo; que me parece esta gente de buena condicion, aunque pagana. ¡Y cómo si es pagana! respondió Sancho, pues en pagando tres reales y medio, serémos señores disolutos de aquella grasísima olla. Bajó en esto del caballo, y Sancho le llevó á la caballeriza con su jumento. El ventero dijo á don Quijote que se desarmase; que en parte segura estaba, donde, pagando la cena y cama, no habria pendencia alguna; pero él no lo quiso hacer, diciendo que entre gente pagana no era menester fiarse de todos. Llegó en esto Sancho, y pudo acabar con él á puros ruegos se quitase el morrión: tras lo cual le puso delante una mesa pequeña con sus manteles, y dijo al ventero que trujese luego la olla y el conejo asado, lo cual fué traído en un punto; de todo lo cual cenó harto poco don Quijote, pues lo más de la cena se le fué en hacer discursos y visajes; pero Sancho sacó de vergüenza á su amo, pues á dos carrillos se comió todo lo que quedaba de la olla y conejo, con la ayuda de un gentil azumbre de lo de Xépes, de suerte que se puso hecho una trompa. Alzada la mesa, llevó el ventero á don Quijote y á Sancho á un razonable aposento para acostarse; y después que Sancho le hubo desarmado, se fué á echar el segundo pienso á Rocinante y á su jumento, y á llevarles á la agua. Mientras pues que Sancho andaba en estos bestiales ejercicios, llegó una moza gallega, que por ser muy cortés era fácil en el prometer y mucho más en el cumplir, y dijo á don Quijote: Buenas noches tenga vuesa merced, señor caballero: ¿manda algo en su servicio? que aunque negras, no tiznamos: ¿gusta vuesa merced le quite las botas, ó le limpie los zapatos, ó que me quede aquí esta noche por si algo se le ofreciere? que por el siglo de mi madre, que me parece haberle visto aquí otra vez, y aun que en su cara y figura

me parece á otro que yo quise harto; pero agua pasada no muele molino: déjeme y déjeme libre como el cuclillo: no soy yo mujer de todos, como otras disolutas. Doncella, pero recogida; mujer de bien, y criada de un ventero honrado, engañóme un traidor de un capitán que me sacó de mi casa, dándome palabra de casamiento: fué á Italia, y déjeme perdida, como vuesa merced ve: llevo-me todas mis ropas y joyas que de casa de mi padre habia sacado. Comenzó la moza á llorar tras esto, y decir: ¡Ay de mí! ¡Ay de mí, huérfana y sola, y sin remedio alguno sino del cielo! ¡Ay de mí! Y si Dios deparase quien á aquel bellaco diese de puñaladas, vengándome de tantos agravios como me ha hecho! Don Quijote, que oyó llorar aquella moza, como era compasivo de suyo, le dijo: Cierito, hermosa doncella, que vuestras dolorosas cuitas de tal manera han ferido mi corazón, que, conser para las lides de acero, vos me le habedes tornado de cera; y así, por el orden de caballería que juro y prometo, como verdadero caballero andante cuyo oficio es desfacier semejantes tuertos, de no comer pan en manteles, nin con la Reina folgare, nin peinarme barba ó cabello, nin cortarme las uñas de los piés ni de las manos, y aun de non entrar en poblado, pasadas las justas donde agora voy á Zaragoza, fasta faceros bien vengada de aquesa desleal caballero ó capitán tan á vuestro sabor, que digais que Dios vos ha topado con un verdadero desface-dor de agravios. Dadme, doncella mia, esa mano; que yo vos la doy de caballero de cumplir cuanto digo; y mañana en ese dia subid sobre vuestro preciado palafren, puesto vuestro velo delante de vuestros ojos, sola ó con vuestro enano que yo vos seguiré, y aun podria ser; en las justas reales donde agora voy defender con los filos de mi espada contra todo el mundo vuestra fermosura, y despues faceros reina de algun extraño reino ó isla, adonde seais casada con algun príncipe poderoso: por tanto, idos agora á acostar, y reposad en vuestro blando lecho, y fiad de mi palabra, que no puede faltar. La disoluta moza, que se vió despedir de aquella manera, contra la esperanza que ella tenia de dormir con don Quijote y que le daria tres ó cuatro reales, se puso muy triste con tan resoluta respuesta tras tan prolija arenga, y así le dijo: Yo por agora, señor, no puedo salir de mi casa por cierto inconveniente: lo que á vuesa merced suplico, si alguna me piensa hacer, es se sirva de prestarme hasta mañana dos reales, que los he mucho menester; porque fiegando ayer quebré dos platos de Talavera, y si no los pago, me dará mi amo dos docenas de palos muy bien dados. Quien á vos os tocara, dijo don Quijote, me tocará á mí en las niñas de los ojos, y yo solo seré bastante para desafiar á singular batalla, no solamente á ese vuestro amo que decís, sino á cuantos amos hoy gobiernan castillos y fortalezas. Andad y acostados sin temor; que aquí está mi brazo, que faltaros non puede. Así lo tengo yo creído, dijo la moza; y mire si me hace merced de esos dos reales agora, que aquí estoy para lo que vuesa merced mandare. Don Quijote no entendia la música de la gallega, y así le dijo: Señora infanta, no digo yo los dos reales que me pedís, sino docientos ducados os quiero dar luego á la hora. La moza, que sabia que quien mucho abraza poco aprieta, y que más vale pájaro en mano que buitre volando, se llegó á él para abrazarle, por ver si por allí le podia sacar los dos reales que le habia pedido; pero don Quijote se levantó diciendo: Muy pocos ca-

balleros andantes he visto ni leído que, puestos en semejantes trances cual este en que yo me veo, hayan caído en deshonestedad alguna; y así, ni yo tampoco, imitándoles á estos, pienso caer en ella. Comenzó tras esto á llamar á Sancho, diciendo: Sancho, Sancho, sube y tráeme esa maleta. Subió Sancho (que había estado hasta entónces ocupado en una grande plática con el ventero y los huéspedes, alabándoles la singular fortaleza de su señor, echando de la gloriosa, como estaba tan relleno con la olla podrida que había cenado), subiendo juntamente la maleta, y díjole don Quijote: Sancho, abre esa maleta, y dale á esta señora infanta á buena cuenta docientos ducados desos que ahí traemos; que en haciéndola vengada de cierto agravio que contra su voluntad le han fecho, ella te dará, no solamente eso, pero muchas y muy ricas joyas que un descortés caballero á pesar suyo la ha robado. Sancho, que oyó el mandato, le respondió colérico: ¿Cómo docientos ducados! Por los huesos de mis padres, y aun de mis agüelos, los puedo yo dar como dar una testarada en el cielo. Mírese la muy zurrada, hija de otra: ¿no es ella la que denántes me dijo en la caballeriza que si quería dormir con ella, que como le diese ocho cuartos, estaba allí para herme toda merced? Pues á fe que si la agarro por los cabellos, que ha de saltar de un brinco las escaleras. Como la pobre gallega vió tan enojado á Sancho, le dijo: Hermano, vuestro señor ha mandado que me deis dos reales; que ni pido ni quiero los docientos ducados; que bien veo que este señor lo dice por hacer burla de mí. Estaba en esto don Quijote maravillado de ver lo que Sancho decía, y así le dijo: Haz, Sancho, luego lo que te digo: dale luego los docientos ducados, y si más te pidiere, dale más; que mañana iremos con ella hasta su tierra, donde serémos cumplidamente pagados. Ahora sus, dijo Sancho, baje acá abajo, señora: ¿así señoreaseis de la mala perra que os parió! Y agarrando de la maleta, bajó la moza delante dél, y dióle cuatro cuartos, diciendo: Por las armas del gigante Golias, que si decis á mi amo que no os he dado los docientos ducados, que os tengo de hacer más tajadas que hay puntos en la albarda de mi asno. Señor, dijo la gallega, déme esos cuatro cuartos (1); que con ellos quedo contentísima. Sancho se los dió diciendo: Y bien pagada queda la muy zurrada de lo que no ha trabajado. Y el ventero en esto llamó á Sancho para que se acostase en una cama que de dos jalmas le había hecho, y Sancho lo hizo, echando su maleta por cabecera, con que durmió aquella noche muy de repapó.

CAPITULO V.

De la repentina pendencia que á nuestro don Quijote se le ofreció con el huésped al salir de la venta.

Llegada la mañana, Sanchó echó de comer á Rocinante y á su jumento, y hizo poner á asar un razonable pedazo de carnero, si no es que fuese de su madre (que de la virtud del ventero todo se podía presumir), y tras esto se fué á despertar á don Quijote, el cual en toda la noche no había podido pegar los ojos, sino al amanecer un poco, desvelado con las trazas de sus negras justas, que le sacaban de juicio; y más aquella noche, que había imaginado defender la hermosura de la gallega contra todos los caballeros extranjeros y naturales, y llevarla al reino ó provincia de donde imaginaba que era reina ó

señora. Despertó don Quijote desfavorido á las voces que dió Sancho, diciendo: Date por vencido, ¡oh valiente caballero! y confiesa la hermosura de la princesa gallega, la cual es tan grande, que ni Policena, Porcia, Albana ni Dido fueran dignas, si vivieran, de descalzarle su muy justo y pequeño zapato. Señor, dijo Sancho, la gallega está muy contenta y bien pagada; que ya yo le he dado los docientos ducados que vuesa merced me mandó; y dice que besa á vuesa merced las manos, y que la mande; que allí está pintipintada para helle toda merced. Pues dile, Sancho, dijo don Quijote, que aparezca su preciado palafren miéntas yo me visto y armo, para que partamos. Bajó Sancho, y lo que primero hizo fué ir á ver si estaba aderezado el almuerzo. Ensilló á Rocinante y enalbardó á su jumento, poniendo á punto el adarga y lanzon de don Quijote, el cual bajó muy de espacio con sus armas en la mano, y dijo á Sancho que le armase, porque quería partir luego. Sancho le dijo que almorzase; que despues se podría armar; lo cual él no quiso hacer en ninguna manera, ni quiso tampoco sentarse á la mesa, porque dijo que no podía comer en manteles hasta acabar cierta aventura que había prometido; y así comió en pié cuatro bocados de pan y un poco de carnero asado, y luego subió en su caballo con gentil continente, y dijo al ventero y á los demas huéspedes que allí estaban: Castellano y caballeros, mirad si de presente se os ofrece alguna cosa en que yo os sea de provecho; que aquí estoy pronto y aparejado para servirlos. El ventero respondió: Señor caballero, aquí no habemos menester cosa alguna, salvo que vuesa merced óeste labrador que consigo trae me paguen la cena, cama, paja y cebada, y váyanse tras esto muy en hora buena. Amigo, dijo don Quijote, yo no he visto en libro alguno que haya leído, que cuando algun castellano ó señor de fortaleza merece por su buena dicha hospedar en su casa á algun caballero andante, le pida dinero por la posada; pero pues vos, dejando el honroso nombre de castellano, os haceis ventero, yo soy contento que os paguen: mirad cuántos es lo que os debemos. Dijo el ventero que se le debían catorce reales y cuatro cuartos. De vos hiciera yo esos por la desvergüenza de la cuenta, replicó don Quijote, si me estuviera bien; pero no quiero emplear tan mal mi valor:—y volviéndose á Sancho, le mandó se los pagase. A la que volvió la cabeza para decírselo, vió junto al ventero á la moza gallega, que estaba con la escoba en la mano para barrer el patio, y díjola con mucha cortesía: Soberana señora, yo estoy dispuesto para cumplir todo aquello que la noche pasada vos he prometido, y seréis sin duda alguna muy presto colocada en vuestro precioso reino; que no es justo que una infanta como vos ande así desahogada, y tan mal vestida como estáis, y barriendo las ventas de gente tan infame como esta es: por tanto, subid luego en vuestro vistoso palafren; y si acaso, por la vuelta que ha dado la enemiga fortuna, no le teneis, subid en este jumento de Sancho Panza, mi fiel escudero: venios conmigo á la ciudad de Zaragoza; que allí, despues de las justas, defenderé contra todo el mundo vuestra extremada fermosura, poniendo una rica tienda en medio de la plaza, y junto á ella un cartel, junto al cartel un pequeño aunque bien rico tablado con un precioso sitial, adonde vos estéis vestida de riquísimas vestiduras, miéntas yo peleare contra muchos caballeros, que por

(1) Ya se los había dado; más arriba se lee: dióle cuatro cuartos.

ganar las voluntades de sus amantes damas vendrán allí con infinitas cifras y motes, que declararán bien la pasión que traerán en sus fogosos corazones y el deseo de vencerme; aunque les será dificultosa empresa (por no decir imposible) emprender ganar la prez y honra que yo les ganaré con facilidad, amparado de vuestra bondad; y así digo, señora, que dejando todas las cosas, os vengais luego conmigo. El ventero y los demás huéspedes, que semejantes razones oyeron á don Quijote, le tuvieron totalmente por loco, y se rieron de oír llamar á su llegada, princesa y infanta: con todo, el ventero se volvió á su moza colérico, diciéndola: Yo os voto á tal, doña puta desvergonzada, que os tengo de hacer que se os acuerde el concierto que con este loco habeis hecho; que ya yo os entiendo. ¡Así me agradeceis el haberos sacado de la putería de Alcalá y haberos traído aquí á mi casa, donde estáis honrada, y haberos comprado esa sayuela, que me costó diez y seis reales, y los zapatos tres y medio, tras que estaba de hoy para mañana para compraros una camisa, viendo no teneis andrago della? Pero no me la haga yo en bacín de barbero si no me lo pagáredes todo junto; y despusen ostengo de enviar como vos mereceis, con un espigón (como dicen) en el rabo, á ver si hallaréis que nadie os haga el bien que yo en esta venta os he hecho: andad ahora en hora mala, bellaca, á fregar los platos; que despus nos veremos. Y diciendo esto, alzó la mano y dióla una bofetada, con tres ó cuatro coces en las costillas, de suerte que la hizo ir tropezando y medio cayendo. ¡Oh santo Dios, y quién pudiera en esta hora notar la inflamada ira y encendida cólera que en el corazón de nuestro caballero entró! No hay áspid pisado, con mayor rabia que la con que él puso mano á su espada, levantándose bien sobre los estribos, de los cuales, con voz soberbia y arrogante dijo: ¡Oh sandio y vil caballero! ¡así has ferido en el rostro á una de las más hermosas fемbras que á duras penas en todo el mundo se podrá fallar! Pero no me quedará el cielo que tan grande follonía y sandez quede sin castigo. Arrojó en esto una terrible encullada al ventero, y dióle con toda su fuerza sobre la cabeza, de suerte que á no torcer un poco la mano don Quijote, le pasara sin duda mal; pero con todo eso le descalabró muy bien. Alborotáronse todos los de la venta, y cada uno tomó las armas que más cerca de sí halló. El ventero entró en la cocina y sacó un asador de tres ganchos bien grande, y su mujer un medio clunzo de viñadero. Don Quijote volvió las riendas á Rocinante, diciendo á grandes voces: ¡Guerra, guerra! La venta estaba en una cunestecilla, y luego á tiro de piedra había un prado bien grande, en medio del cual se puso don Quijote haciendo gambetas con su caballo, la espada desnuda en la mano, porque Sancho tenía la adarga y lanzón; al cual, luego que vió todo el caldo revuelto, se le representó que había de ser segunda vez mantenido, y así peleaba cuanto podía por sosegar la gente y aplacar aquella pendencia; pero el ventero, como se sintió descalabrado, estaba hecho un león, y pedía muy aprisa su escopeta, y sin duda fuera y matara con ella á don Quijote, si el cielo no le tuviera guardado para mayores trances. Estorbóla la mujer y los huéspedes con Sancho, diciendo que aquel hombre era falto de juicio; y pues la herida era poca, que le dejase ir con todos los diablos. Con esto se sosegó, y Sancho, excusándose que no tenía culpa de lo sucedido, se despidió

dellos muy cortesmente, y se fué para su amo, llevando al jumento del cabestro, y la adarga y lanzón. Llegando á don Quijote, le dijo: ¿Es posible, señor, que por una moza de soldada, peor que la de Pilatos, Anas y Caifas, que está hecha una pícara, quiera vuesa merced que nos veamos en tanta revuelta, que casi nos costara el pellejo, pues quería venir el ventero con su escopeta á tirarle? Y á hacerlo, sobre mí, que no le defendieran sus armas de plata, aunque estuvieran aforradas en terciopelo. ¡Oh Sancho! dijo don Quijote, ¿cuánta gente es la que viene? ¿Viene un escudron volante, ó viene por tercios? ¿Cuánta es la artillería, corazas y morriones que traen, y cuántas compañías de flecheros? Los soldados ¿son viejos ó bisonos? ¿Están bien pagados? ¿Hay hambre ó peste en el ejército? ¿Cuántos son los alemanes, indescos, franceses, españoles, italianos y esguizaros? ¿Cómo se llaman los generales, maeses de campo, prebostes, y capitanes de campaña? Presto, Sancho, presto, dílo; que importa para que, conforme á la gente, hagamos en este grande prado trincheas, fosos, contrafosos, rebellines, plataformas, bastiones, estacadas, mantas y reparos, para que dentro les echemos naranjas y bombas de fuego, disparando todos á un tiempo nuestra artillería, y primero las piezas que están llenas de clavos y medias balas, porque estas hacen grande efecto al primero ímpetu y asalto. Respondió Sancho: Señor, aquí no hay peto ni salto, ¡pecador de mí! ni hay ejércitos de turquescos, ni animales, ni borricadas ni bestiones; bestias sí que lo seremos nosotros si no nos vamos al punto. Tome su adarga y lanza; que quiero subir en mi asno; y pues nuestra Señora de los Dolores nos ha librado de los que nos podían cansar los palos que tan bien merecidos teníamos en esta venta, huyamos de ella como de la ballena de Jonas; que no le faltarán á vuesa merced por esos mundos otras aventuras más fáciles de vencer que esta. Calla, Sancho, dijo don Quijote; que si me ven huir, dirán que soy un gallina cobarde. Pues par diez, replicó Sancho, que aunque digan que somos gallinas, capones ó faisanes, que por esta vez que nos tenemos de ir: arre acá, señor jumento. Don Quijote, que vió resuelto á Sancho, no quiso contradecirle más; ántes comenzó á caminar tras él diciendo: Por cierto, Sancho, que lo hemos errado mucho en no volver á la venta y retar á todos aquellos por traidores y alevosos, pues lo son verdaderamente, dándoles despus desto á todos la muerte; porque tan vil canalla y tan soez no es bien viva sobre la haz de la tierra; pues quedando, como ves quedas, vivos, mañana dirán que no tuvimos ánimo para acometellos, cosa que sentiré á par de muerte se diga de mí. En fin, Sancho, nosotros habemos sido, en volvernos, grandísimos borrachos. ¿Borrachos, señor? respondió Sancho: borrachos seamos delante de Dios; que para lo deste mundo, ello hemos hecho lo que toca á nuestras fuerzas: por tanto, caminemos ántes que éntre más el sol; que deja vuesa merced bien castigados todos los de la venta.

CAPITULO VI.

De la no ménos extraña que peligrosa batalla que nuestro caballero tuvo con una guarda de un melonar, que él pensaba ser Roldán el Furioso.

Caminaron la via de Zaragoza el buen hidalgo don Quijote y Sancho Panza su escudero, y anduvieron seis

días sin que les sucediese en ellos cosa de notable consideracion, solo que por todos los lugares que pasaban eran en extremo notados, y en cualquiera parte daban harto que reír las simplicidades de Sancho Panza y las quimeras de don Quijote; porque se ofreció en Ariza hacer él propio un cartel y fijarle en un poste de la plaza, diciendo que cualquier caballero natural ó andante que dijese que las mujeres merecian ser amadas de los caballeros, mentía, como él solo se lo haria confesar uno á uno ó diez á diez; bien que merecian ser defendidas y amparadas en sus euitas, como lo manda el órden de caballería; pero que en lo demas, que se sirviesen los hombres dellas para la generacion con el vínculo del santo matrimonio, sin mas arrequives de festejos; pues desengañaban bien de cuán gran locura era lo contrario las ingratitudes de la infanta Dulcinea del Toboso; y luego firmaba al pié del cartel: *El Caballero Desamorado*. Tras este pasaron otros tan apacibles y más extraños enantos en los demas lugares del camino, hasta que sucedió que llegando él y Sancho cerca de Calatayud, en un lugar que llaman Ateca, á tiro de mosquete de la tierra, yendo platicando los dos sobre lo que pensaba hacer en las justas de Zaragoza, y cómo desde allí pensaba dar la vuelta á la corte del Rey, y dar en ella á conocer el valor de su persona, volvió la cabeza y vió en medio de un melonar una cabaña, y junto á ella un hombre que le estaba guardando con un lanzon en la mano. Detúvose un poco mirándole de hito á hito; y despues de haber hecho en su fantasía un desvariado discurso, dijo: Detente, Sancho, detente; que si yo no me engaño, esta es una de las más extrañas y nunca vistas aventuras que en los días de tu vida hayas visto ni oído decir; porque aquel que allí ves con la lanza ó venablo en la mano, essin duda el señor de Anglante, Orlando el Furioso, que, como se dice en el auténtico y verdadero libro que llaman *Espejo de caballerías*, fué encantado por un moro, y llevado á que guardase y defendiese la entrada de cierto castillo, por ser él el caballero de mayores fuerzas del universo; encantándole el moro de suerte, que por ninguna parte puede ser ferido ni muerto, si no es por la planta del pié. Este es aquel furioso Roldan que, de rabia y enojo porque un moro de Agramante llamado Medoro, le robó á Angélica la bella, se tornó loco, arrancando los árboles de raíz; y aun se dice por muy cierto (cosa que yo la creo rebien de sus fuerzas) que asió de una pierna á una yegua sobre quien iba un desdichado pastor, y volteándola sobre el brazo derecho, la arrojó de sí dos leguas, con otras cosas extrañas, semejantes á esta, que allí se cuentan por muy extenso, donde las podrás tú leer. Así que, Sancho mío, yo estoy resuelto de no pasar adelante hasta probar con él la ventura; y si fuere tal la mía (que si será, segun el esfuerzo de mi persona y ligereza de mi caballo), que yo le venciere y matare, todas las glorias, victorias y buenos sucesos que tuvo, serán sin duda míos, y á mí solo se atribuirán todas las fañañas, vencimientos, muertes de gigantes, desquijaramientos de leones y rompiamientos de ejércitos que por sola su persona hizo; y si él echó, cómo se cuenta por verdad, la yegua con el pastor dos leguas, dirá todo el mundo que quien venció á este que tal hacia, bien podrá arrojar á otro pastor como aquel á cuatro leguas: con esto será nombrado por el mundo y será temido mi nombre; y finalmente, sabiéndolo el rey de España, me enviará á llamar y me pre-

guntará punto por punto cómo fué la batalla, qué golpes le di, con qué ardidés le derribé y con qué estratagemas le falseé las tretas para que diesen en vacío; y finalmente, cómo le di la muerte por la planta del pié con un alfiler de á blanca. Informado su majestad de todo, y dándote á tí por testigo ocular, seré sin duda creído; y llevando, como llevarémos, la cabeza en esas alforjas, el Rey la mirará, y dirá: ¡Ah Roldan, Roldan, y cómo siendo vos la cabeza de los Doce Pares de Francia habeis hallado vuestro par! No os valió ¡oh fuerte caballero! vuestro encantamiento ni el haber rompido de sola una enchillada una grandísima peña. ¡Oh Roldan, Roldan, y cómo de hoy más se lleva la gala y fama el invicto manchego y gran español don Quijote! Así que, Sancho, no te muevas de aquí hasta que yo haya dado cabo y cima á esta dudosa aventura, matando al señor de Anglante y cortándole la cabeza. Sancho, que habia estado muy atento á lo que su amo decia, le respondió diciendo: Señor Caballero Desamorado, lo que á mí me parece es que no hay aquí, á lo que yo entiendo, ningun señor de Argante; porque lo que yo allí veo no es sino un hombre que está con un lanzon guardando su melonar; que como va por aquí mucha gente á Zaragoza á las fiestas, se le deben de festejar por los melones; y así digo que mi parecer es, no obstante el de vuestra merced, que no alborotemos á quien guarda su hacienda, y guárdela muy enhorabuena; que así hago yo con la mía. ¿Quién le mete vuestra merced con Giraldo el Furioso, ni en cortar la cabeza á un pobre melonero? Quiere que despues se sepa, y que luego salga tras nosotros la Santa Hermandad, y nos ahorque y asette, y despues eche á galeras por setecientos años, de donde primero que salgamos terneámos canas en las pantorrillas? Señor don Quijote, ¿no sabe lo que dice el refran, que quien ama el peligro, mal que le pese ha de caer en él? Délo al diablo, y vamos al lugar, que está cerca: cenarémos muy á nuestro placer, y comerán las cabalgaduras; que á fe que si á Rocinante, que va un poco cabizbajo, le preguntase dónde querria más ir, al meson ó guerrear con el melonero, que dijese que más querria medio celemin de cebada, que cien lanegas de meloneros. Pues si esta bestia, siendo insensitiva, lo dice y se lo ruega, y yo tambien en nombre della y de mi jumento, se lo suplicamos mal y caramente, razon es nos crea; y mire vuestra merced que por no haber querido muchas veces tomar mi consejo nos han sucedido algunas desgracias. Lo que podemos her, es: yo llegaré y le compraré un par de melones para cenar; y si él dice que es Gaiteros ó Bradamonte ó esotro demonio que dice, yo soy muy contento que le despanzorremos; si no, dejémosle para quien es, y vamos nosotros á nuestras justas reales. ¡Oh Sancho, Sancho, dijo don Quijote, y qué poco sabes de achaque de aventuras! Yo no salí de mi casa sino para ganar honra y fama, para lo cual tenemos ahora ocasion en la mano; y bien sabes que la pintaban los antiguos con copete en la frente y calva de todo el cerebro, dándonos con eso á entender que pasada ella, no hay de dónde asirla. Yo, Sancho, por todo lo que tú y todo el mundo me dijere, no he de dejar de probar esta empresa, ni de llevar el día que entrare en Zaragoza, la cabeza de este Roldan en una lanza, con una letra debajo della que diga: «Vencí al vencedor.» Mira pues tú, Sancho, ¡cuánta gloria seme seguirá de esto! pues será ocasion de que en las justas todos

me rindan vasallaje y se me den por vencidos; con lo cual todos los precios dellas serán sin duda míos. Y así, Sancho, encomiéndame á Dios; que voy á meterme en uno de los mayores peligros que en todos los días de mi vida me he visto; y si acaso, por ser varios los peligros de la guerra, muriese en esta batalla, llevarme has á San Pedro de Cardena; que muerto, estando con mi espada en la mano, como el Cid, sentado en una silla, yo lo que sí, como á él, algún judío, acaso por hacer burla de mí, quisiere llegarne á las barbas, que mi brazo yerto sepa meter mano y tratarle peor que el católico Campeador trató al que con él hizo lo propio. ¡Oh señor! respondió Sancho, por el arca de Noé le suplico que no me diga eso de morir; que me hace saltar de los ojos las lágrimas como el puño, y se me hace el corazón añicos de oírsele, de puro tierno que soy de mí. ¡Desdichada de la madre que me parió! ¿Qué haría despues el triste Sancho Panza solo, en tierra ajena, cargado de dos bestias, si vuesa merced muriese en esta batalla? Comenzó Sancho tras esto á llorar muy de véras, y decir: ¡Ay de mí, señor don Quijote! ¡nunca yo le hubiera conocido por tan poco! ¿Qué harán las doncellas desaguizadas? ¿Quién hará y deshará tuertos? Perdida queda de hoy más toda la nación manchega; no habrá fruto de caballeros andantes, pues hoy acabó la flor dellos en vuesa merced; más valiera que nos hubieran muerto ahora un año aquellos desahnados yangüeses, cuando nos molieron las costillas á garrotazos. ¡Ay señor don Quijote! ¡Pobre de mí! ¿y qué tengo de her solo y sin vuesa merced! ¡Ay de mí! Don Quijote lo consoló diciendo: Sancho, no llores; que aun no soy muerto; ántes he oído y leído de infinitos caballeros, y principalmente de Amadis de Gaula, que habiendo estado muchas veces á pique de ser muertos, vivían despues muchos años, y venían á morir en sus tierras, en casa de sus padres, rodeados de hijos y mujeres. Con todo eso, estése dicho, hagas, si muriere, lo que te digo. Yo lo prometo, señor, dijo Sancho, si Dios le lleva para sí, de llevar á enterrar su cuerpo, no solamente á San Pedro de Cardena que dice, sino que aunque me cueste el valor del jumento, le tengo de llevar á enterrar á Constantinopla; y pues va determinado de matar ese melonero, arrojeme acá, ántes que parta, su bendición, y déme la mano para que se la bese; que la mía y la del señor san Cristóbal le caiga. Dióselo don Quijote con mucho amor, y luego comenzó á espolear á Rocinante, que de cansado ya no se podía mover. Entrando por el melonar y picando derecho hacía la cabaña donde estaba la guarda, iba dando á cada paso á la maldición á Rocinante, por ver que cada mata, como era verde, le daba apetito, aunque tenía freno, de probar algunas de sus hojas ó melones, fatigado de la hambre. Cuando el melonero vió que se iba allegando más á él aquella fantasma, sin que reparase en el daño que hacía en las matas y melones, comenzóle á decir á voces que se tuviese afuera; si no, que le haría salir con todos los diablos, del melonar. No curándose don Quijote de las palabras que el hombre le decía, iba prosiguiendo su camino; y ya que estuvo dos ó tres picas dél, comenzó á decirle, puesta la lanza en tierra: Valeroso conde Orlando, cuya fama y cuyos hechos tiene celebrados el famoso y laureado Ariosto, y cuya figura tienen esculpida sus divinos y heroicos versos; hoy es el día, invencible caballero, en que tengo de probar contigo la fuerza de mis armas

y los agudos filos de mi cortadora espada; hoy es el día, valiente Roldán, en que no te han de valer tus encantamientos ni el ser cabeza de aquellos Doce Pares de cuya nobleza y esfuerzo la gran Francia se gloria; que por mí has de ser, si quiere la fortuna, vencido y muerto, y llevada tu soberbia cabeza, ¡oh fuerte frances! en esta lanza á Zaragoza. Hoy es el día en que yo gozaré de todas tus fazañas y victorias, sin que te pueda valer el fuerte ejército de Carlo-Magno, ni la valentía de Reináldos de Montalvan, tu primo; ni Montesinos, ni Olivéros, ni el hechicero Maligni con todos sus encantamientos: vente, vente para mí, que un solo español soy: no vengo, como Bernardo del Carpio y el rey Marsilio de Aragon, con poderoso ejército contra tu persona; solo vengo con mis armas y caballo contra tí, que te tuviste algun tiempo por afrentado de entrar en batalla con diez caballeros solos. Responde, no estés mudo, sube sobre tu caballo, ó vente para mí de la manera que quisieres; mas porque entiendo, segun he leído, que el encantador que aquí te puso no te dió caballo, yo quiero bajar del mío; que no quiero hacer batalla contigo con ventaja alguna. Y bajó en esto del caballo, y viéndolo Sancho, comenzó á dar voces diciendo: Arremeta, nunesamo, arremeta; que yo estoy aquí rezando por su ayuda, y he prometido una misa á las benditas ánimas, y otra al señor san Anton, que guarde á vuesa merced y á Rocinante. El melonero, que vió venir para sí á don Quijote con la lanza en la mano y cubierto con el adarga, comenzóle á decir que se tuviese afuera; si no, que le mataría á pedradas. Como don Quijote prosiguiese adelante, el melonero arrojó su lanzon y puso una piedra poco mayor que un huevo en una honda, y dando media vuelta al brazo, la despidió como de un trabuco contra don Quijote, el cual la recibió en el adarga; mas falseóla fácilmente, como era de solo badana y papelones, y dió á nuestro caballero tan terrible golpe en el brazo izquierdo, que á no cogelle armado con el brazalet, no fuera mucho quebrársele; aunque sintió el golpe bravísimamente. Como el melonero vió que todavía porfiaba para acercársele, puso otra piedra mayor en la honda, y tiróla tan derecha y con tanta fuerza, que dió con ella á don Quijote en medio de los pechos, de suerte que á no tener puesto el peto grabado, sin duda se la escondiera en el estómago: con todo, como iba tirada por buen brazo, dió con el buen hidalgo de espaldas en tierra, recibiendo una mala y peligrosa caída, y tal, que con el peso de las armas y fuerza del golpe, quedó en el suelo medio aturdido. El melonero, pensando que le había muerto ó malparado, se fué huyendo al lugar. Sancho, que vió caído á su amo, entendiendo que de aquella pedrada había acabado don Quijote con todas las aventuras, se fué para él, llevando al jumento del cabestro, lamentándose y diciendo: ¡Oh pobre de mí señor desamorado! ¿No se lo decía yo, que nos fuéramos muy en hora mala al lugar, y no hiciéramos batalla con este melonero, que es más Interano que el gigante Golias? Pues ¿cómo se atrevió á llegar á él sin caballo, pues sabía en Dios y en su conciencia que no le podía matar sino metiéndole una aguja ó alfiler de á blanca por la planta del pié? Llegóse en esto á su señor, y preguntóle si estaba mal herido: él respondió que no; pero que aquel soberbio Roldán le había tirado una gran peña y le había derribado con ella en tierra; añadiendo: Dame, Sancho, la mano, pues ya he salido con muy

cumplida vitoria; que para alcanzarla, bástame que mi contrario haya huido de mí y no la osado aguardarme: al enemigo que huye, hacerle la puente de plata, como dicen. Dejémosle pues ir; que ya vendrá tiempo en que yo le busque, y á pesar suyo acabe la batalla comenzada: solo me siento en este brazo izquierdo mal herido; que aquel furioso Orlando me debió tirar una terrible maza que tenía en la mano; y si no me defendieran mis finas armas, entiendo que me hubiera quebrado el brazo. Maza, dijo Sancho, bien sé yo que no la tenía; pero le tiró dos guijarros con la honda, que si con cualquiera dellos le diera sobre la cabeza, sobre mí, que por más que tuviera puesto en ella ese chapitel de plata ó como le llama, hubiéramos acabado con el trabajo que habemos de pasar en las justas de Zaragoza; pero agradezca la vida que tiene á un romance que yo le recé del conde Peranzúles, que es cosa muy probada para el dolor de hijada. Dame la mano, Sancho, dijo don Quijote, y entrémonos un rato á descansar en aquella cabaña, y luego nos iremos, pues el lugar está cerca. Levantóse don Quijote tras esto, y quitó el freno á Rocinante, y Sancho quitó la maza de encima de su jumento, juntamente con la albarda; metiólo todo en la cabaña, quedando Rocinante y el jumento señores absolutos del melonar, del cual cogió Sancho dos melones harto buenos, y con un mal cuchillo que traía los partió y puso encima de la albarda para que comiese don Quijote; si bien él, tras solo cuatro bocados que tomó dellos, mandó á Sancho que los guardase para cenar en el mesón á la noche. Pero apenas había Sancho comido media docena de rebanadas, cuando el melonero vino con otros tres harto bien dispuestos mozos, trayendo cada uno una gentil estaca en la mano; y como vieron el rocín y jumento sueltos, pisando las matas y comiendo los melones, encendidos en cólera, entraron en la cabaña, llamándolos ladrones y robadores de la hacienda ajena, acompañando estos requiebros con media docena de palos que les dieron muy bien dados, ántes que se pudiesen levantar; y á don Quijote, que por su desgracia se había quitado el morrion, le dieron tres ó cuatro en la cabeza, con que le dejaron medio aturdido, y aun muy bien descalabrado; pero Sancho lo pasó peor; que como no tenía reparo de coselete, no se le perdió garrotazo en costillas, brazos y cabeza, quedando tambien aturdido como lo quedaba su amo. Los hombres, sin curar dellos, se llevaron al lugar en preudas el rocín y jumento por el daño que habían hecho. De allí á un buen rato, vuelto Sancho en sí, y viendo el estado en que sus cosas estaban, y que le dolían las costillas y brazos de suerte que casi no se podía levantar, comenzó á llamar á don Quijote, diciendo: ¡Ah señor caballero andante (andado se vea él con todos cuantos diablos hay en los infiernos)! ¿parécete que quedamos buenos? ¿Es este el triunfo con que habemos de entrar en las justas de Zaragoza? ¿Qué es de la cabeza de Roldán el encantado, que hemos de llevar espetada en lanza? Los diablos le espeten en un asador, ¡plegue á santa Apolonia! Estoyle diciendo setecientas veces que no nos metamos en estas batallas impertinentes, sino que vamos nuestro camino sin hacer mal á nadie, y no hay remedio. Pues tómese esos peruéltanos que le han venido, y aun plegue á Dios, si aquí estamos mucho, no vengan otra media docena dellos á acabar la batalla que los primeros comenzaron. Alcese, pesía á

las herraduras del caballo de san Martín, y mire que tiene la cabeza llena de chichones, y le corre la sangre por la cara abajo, siendo ahora de véras el de la Triste Figura, por sus bien merecidos disparates. Don Quijote, volviendo en sí y sosegándose un poco, comenzó á decir:

Rey don Sancho, rey don Sancho,
No dirás que no le aviso
Que del cerco de Zamora
Un traidor había salido.

¡Mal haya el ánima del Anticristo! dijo Sancho: estamos con las nuestras en los dientes, ¡y ahora se pone muy de espacio al romance del rey don Sancho! Vámonos de aquí, por las entrañas de todo nuestro linaje, y curémosnos; que estos Barrabases de Gaiteros, ó quien son, nos han molido más que sal, y á mí me han dejado los brazos de suerte, que no los puedo levantar á la cabeza. ¡Oh buen escudero y amigo! respondió don Quijote, has de saber que el traidor que desta suerte me ha puesto es Bellido de Olfos, hijo de Olfos Bellido. — ¡Oh!, reniego de ese Bellido ó bellaco de Olfos, y aun de quien nos metió en este melonar! — Este traidor, dijo don Quijote, saliendo conmigo mano á mano, camino de Zamora, mientras que yo me bajé de mi caballo para proveerme detras de unas matas; este alevoso, digo, de Bellido, me tiró un venablo á traición, y me ha puesto de la suerte que ves: por tanto ¡oh fiel vasallo! conviene mucho que tú subas en un poderoso caballo, llamándote don Diego Ordoñez de Lara, y que vayas á Zamora, y en llegando junto á la muralla, verás entre dos almenas el buen viejo Arias Gonzalo, ante quien retarás á toda la ciudad, torres, cimientos, almenas, hombres, niños y mujeres, el pan que comen y el agua que beben, con todos los demás retos con que el hijo de don Bermudo retó á dicha ciudad, y matarás á los hijos de Arias Gonzalo, Pedro Arias y los demás. ¡Cuerpo de san Quintín! dijo Sancho: si vuesa merced ve cuáles nos han puesto cuatro meloneros, ¿para qué diablos quiere que vamos á Zamora á desafiar toda una ciudad tan principal como aquella? ¿Quiere que salgan della cinco ó seis millones de hombres á caballo y acaben con nuestras vidas, sin que gocemos de los premios de las reales justas de Zaragoza? Déme la mano y levántese, y iremos al lugar que está cerca, para que nos curen y á vuesa merced le tomen esa sangre. Levantóse don Quijote, aunque con harto trabajo, y salieron los dos fuera de la cabaña; pero cuando no vieron el Rocinante ni el jumento, fué grandísimo el sentimiento que don Quijote hizo por él; y Sancho, dando vueltas alrededor de la cabaña buscando su asno, decia llorando: ¡Ay asno de mi ánima! ¿y qué pecados has hecho para que te hayan llevado de delante de mis ojos? Tú eres la lumbré dellos, asno de mis entrañas, espejo en que yo me miraba; ¿quién te me ha llevado? ¡Ay jumento mio, que por tí solo y por tu pico podías ser rey de todos los asnos del mundo! ¿adónde hallaré yo otro tan hombre de bien como tú? Alivio de mis trabajos, consuelo de mis tribulaciones, tú solo me entendías los pensamientos, y yo á tí, como si fuera tu propio hermano de leche. ¡Ay, asno mio, y cómo tengo en la memoria que cuando te iba á echar de comer á la caballeriza, en viendo cerner la cebada, rebuznabas y reías con una gracia como si fueras persona; y cuando respirabas hácia dentro, dabas un gracioso silbo, respondiendo por el órgano trasero con un gamaut, que ¡mal año para la

guitarra del barbero de mi lugar que mejor música haga cuando canta el pascalle de noche! Don Quijote le consoló diciendo: Sancho, no te aflijas tanto por tu jumento; que yo he perdido el mejor caballo del mundo; pero sufro y disimulo hasta que le halle, porque le pienso buscar por toda la redondez del universo. ¡Oh señor! dijo Sancho: ¿no quiere que me lamente, ¡pecador de mí! si me dijeron en nuestro lugar que este mi asno era paciente muy cercano de aquel gran retórico asno de Ballan, que buen siglo haya? Y bien se ha echado de ver en el valor que ha mostrado en esta reñida batalla que con los más soberbios meloneros del mando habemos tenido. Sancho, dijo don Quijote, para lo pasado no hay poder alguno, segun dice Aristóteles; y así lo que por ahora puedes hacer, es tomar esta maleta debajo del brazo, y llevar esta albarda á cuestras hasta el lugar, y allí nos informaremos de todo lo que nos fuere necesario para hallar nuestras bestias. Sea como vuesa merced mandare, dijo Sancho tomando la maleta y diciendo á don Quijote que le echase la albarda encima. Mira, Sancho, replicó él, si la podrás llevar; si no, lleva primero la maleta, y luego volverás por ella. Sí podré, dijo Sancho; que no es esta la primera albarda que he llevado á cuestras en esta vida. Púosela encima; y como el ataharre le viniese junto á la boca, dijo á don Quijote que se la echase tras de la cabeza, porque le olía á paja mal mascada.

CAPITULO VII.

Cómo don Quijote y Sancho Panza llegaron á Aleca, y cómo un caritativo clérigo llamado Mosen Valentin los recogio en su casa, haciéndoles todo buen acogimiento.

Comenzaron á caminar don Quijote con su adarga y Sancho con su albarda, que le venia como anillo en dedo, y en entrando por la primera calle del lugar, se les comenzó á juntar una grande multitud de muchachos hasta que llegaron á la plaza, donde en viendo llegar aquellas extrañas figuras, se empezaron á reir los que en ella estaban, y llegáronse los jurados y seis ó siete clérigos, y otra gente honrada que con ellos estaban. Como se vió don Quijote en la plaza cercado de tanta gente, viendo que todos se reian, comenzó á decir: Senado ilustre y pueblo romano invicto, cuya ciudad es y ha sido cabeza del universo, mirad si es lícito que de vuestra famosa ciudad hayan salido salteadores, los cuales vosotros jamas consentistes en vuestra clara república en los antiguos siglos, y me hayan robado á mí mi preciado caballo y á mí fiel escudero su jumento, sobre quien trae las joyas y precios que en diferentes justas y torneos he ganado ó podido ganar: por tanto, si aquel valor antiguo ha quedado en vuestros corazones de piadosos romanos, dadnos aquí luego lo que se nos ha robado, juntamente con los traidores que, estando nosotros á pié y desnudados, nos han frito de la suerte que veis; si no, yo os reto á todos por alevosos y hijos de otros tales; y así os aplazo á que salgais conmigo á singular batalla uno á uno, ó todos para mí solo. Dieron todos, en oyendo estos disparates, una grandísima risada, y llegándose un clérigo que más discreto parecia, les rogó callasen; que él, poco más ó ménos, conocia la enfermedad de aquel hombre, y le haria dar de sí con entretenimiento de todos; y tras esto y el universal silencio que los circunstantes le dieron, se llegó á don Quijote diciendo: Vuesa merced, señor caballero, salrános decir las señas de los que le han des-

calabrado y hurtado ese caballo que dice; porque dando aquí á los ilustres cónsules los malhechores, no solamente serán por ellos castigados, sino que juntamente se le volverá á vuesa merced todo lo que se hallare ser suyo. Don Quijote le respondió: Al que hizo batalla conmigo, dificultosa cosa será hallarlo, porque á mí parecer dijo que era el valeroso Orlando el Furioso, ó por lo ménos el traidor de Bellido de Olfos. Riéronse todos; pero Sancho, que estaba cargado con su albarda á cuestras, dijo: ¿Para qué es menester andar por zorrinloquios? El que derribó á mi amo con una pedrada, es un hombre que guardaba un melonar; mozo lampiño, de barba larga, con unos mostachos rehondidos, á quien Dios cohonda: este le hurtó á mi señor el rocín, y á mí me ha llevado el jumento; que más quisiera me hubiera llevado las orejas que veo. Mosen Valentin, que así se llamaba el clérigo, acabó de conocer de qué pié cojeaban don Quijote y su escudero; y así, como era hombre caritativo, dijo á don Quijote: Vuesa merced, señor caballero, se venga conmigo, y este su mozo; que todo se hará á su gusto. Llevóles luego á su casa, y hizo acostar á don Quijote en una harto buena cama, y llamó al barbero del lugar, que lo curase los chinchones que tenia en la cabeza, aunque no eran heridas de mucho peligro; mas como vió don Quijote al barbero, que ya le queria curar, le dijo: Huelgo mucho en extremo ¡oh maestro Elicebad! en haber caido hoy en vuestras venturosas manos; que yo sé y he leído que vos las teneis tales, juntamente con las medicinas y yerbas que á las heridas aplicais, que Avicena, Averróes y Galeno pudieran venir á aprender de vos. Así que, ¡oh sabio maestro! decidme si estas penetrantes feridas son mortales; porque aquel furioso Orlando me hirió con un terrible tronco de encina, y así es imposible no lo sean; y siéndolo, os juro por el órden de caballería que profeso, de no consentir ser curado hasta que tome entera satisfaccion y venganza de quien tan á su salvo me hirió á traicion, sin aguardar como caballero á que yo metiese mano á la espada. El Clérigo y el Barbero, que semejantes razones oyeron decir á don Quijote, acabaron de entender que estaba loco; y sin responderle, dijo el clérigo al barbero que le curase y no le respondiese palabra, por no darle nueva materia de hablar. Despues que fué curado, mandó Mosen Valentin que le dejasen reposar; lo cual se hizo así. Sancho, que habia tenido la candela para curar á su amo, estaba reventando por hablar; y así, en viéndose fuera del aposento, dijo á Mosen Valentin: Vuesa merced ha de saber que aquel Giraldo el furioso me dió, no sé si era con la mesma encina que dió á mi amo, ó con alguna barra de oro; y si haria, pues dicen dél está encantado, y segun me duelen las costillas, sin duda me debió de dejar alguna endiablada calentura en ellas; y es de suerte mi mal, que en todo mi cuerpo, que Dios haya, ninguna cosa me ha dejado en pié, sino es, cuando mucho, alguna poquilla gana de comer; que si esta me quitara, al diablo hubiera yo dado á todos los Roldanes, Ordoños y Claras del mundo. Mosen Valentin, que entendió el apetito de Sancho, le hizo dar de cenar muy bien, mientras él iba á informarse de quién sería el que llevó á don Quijote el caballo y á Sancho su jumento; y averiguado quién les hizo el asalto, dió órden en cobrar y volver á su casa á Rocinante con el jumento, al cual, como vió Sancho, que estaba sentado al zaguan, se levantó de la mesa, y abrazándolo le dijo:

¡Ay asno de mi alma! tú seas tan bien venido como las buenas pascuas, y dételas Dios á tí y á todas las cosas en que pusieres mano, tan buenas como me las has dado á mí con tu vuelta; mas dime, ¿cómo te ha ido á tí en el cerco de Zamora con aquel Rodamonte, á quien rodado vea yo por el monte abajo, en que Satanás tentó á nuestro Señor Jesucristo? Mosen Valentin, que vió á Sancho tan alegre por haber hallado su asno, le dijo: No se os dé nada, Sancho; que cuando vuestro asno no pareciera, yo, por lo mucho que os quiero, os diera una burra tan buena como él, y aun mejor. Eso no podía ser, dijo Sancho, porque este mi jumento me sabe ya la condición y yo sé la suya, de suerte que apénas ha comenzado á rebuznar, cuando le entiendo, y sé si pide cebada ó paja, ó si quiere beber ó que le desalbarde para echarse en la caballeriza; y en fin, le conozco mejor que si le pariera. Pues ¿cómo, dijo el clérigo, señor Sancho, entendéis vos cuando el jumento quiere reposar? Yo, señor Valentin, respondió Sancho, entiendo la lengua asnuna muy lindamente. Rió el clérigo mucho de su respuesta, y mandó que le diesen muy buen recado así á él como á su jumento y á Rocinante, pues ya don Quijote reposaba; lo cual fué hecho con mucha puntualidad. Despues de cena llegaron otros dos clérigos, amigos de Mosen Valentin, á su casa, á saber cómo le iba con los huéspedes; el cual les dijo: Por Dios, señores, que tenemos con ellos el mas lindo pasatiempo agora en esta casa, que se puede imaginar; porque el principal, que es el que está en la cama, se finge en su fantasía caballero andante como aquellos antiguos Amadis ó Febo, que los mentirosos libros de caballerías llaman andantes; y así, segun me parece, él piensa con esta locura ir á las justas de Zaragoza y ganar en ellas muchas joyas y premios de importancia; pero gozaremos de su conversacion los dias que aquí en mi casa se estuviere enrando, y aumentará nuestro entretenimiento la intrínseca simplicidad deste labrador, á quien el otro llama su fiel escudero. Tras esto comenzaron á platicar con Sancho, y preguntáronle punto por punto de todas las cosas de don Quijote; el cual les contó todo lo que con él habia pasado el otro año, y los amores de Dulcinea del Toboso, y cómo se llamaba don Quijote de la Mancha, y agora el Caballero Desamorado para ir á las justas de Zaragoza; y á este compas deshueló Sancho todo lo que de don Quijote sabía; pero rieron mucho con lo de los galeotes y penitencia de Sierra Morena y encerramiento de la jaula, con lo cual acabaron de entender lo que don Quijote era, y la simplicidad con que Sancho le seguia, alabando sus cosas. De suerte que estuvieron en casa de Mosen Valentin casi ocho dias Sancho y don Quijote, al cabo de los cuales, pareciéndole á él que estaba ya bueno, y que era tiempo de ir á Zaragoza á mostrar el valor de su persona en las justas, dijo un dia, despues de comer, á Mosen Valentin: A mí me parece, ¡oh buen sabio Lirgando! pues por vuestro gran saber he sido traido y curado en este vuestro insigne castillo sin tenerlo servido, que ya es tiempo de que con vuestra buena licencia me parta luego para Zaragoza, pues vos sabeis lo mucho que importa á mi honra y reputacion; que si la fortuna me fuere favorable (y si será siendo vos de mi parte), yo pienso presentaros alguna de las mejores joyas que en ellas hubiere, y la habeis de recibir por me hacer merced: solo os suplico que no me olvideis en las mayores nece-

sidades, porque muchos dias há que el sabio Alquife, á cuya cuenta está el escribir mis fazañas, no lo he visto, y creo que de industria hace el dejarme solo en algunos trabajos, para que así aprenda dellos á comer el pan con corteza, y me valga por mi pico, como dicen: por tanto, yo me quiero partir luego á la hora; y si sois servido de enviar conmigo algun recado en mi recomendacion á la sabia Urganda la desconocida, para que si fuere herido on las justas, ella me cure, me haréis muy grande merced en ello. Mosen Valentin, despues de haberle escuchado con mucha atencion, le dijo: Vuesa merced, señor Quijada, se podrá ir cuando fuere servido; pero advierta que yo no soy Lirgando, ese mentiroso sabio que dice, sino un sacerdote honrado que, movido de compasion de ver la locura en que vuesa merced anda con sus quimeras y caballerías, le he recibido con fin de decirle y aconsejarle lo que le hace al caso, y advertirle á solas, de las puertas adentro de mi casa, cómo anda en pecado mortal, dejando la suya y su hacienda, con aquel sobrinito que tiene (1), andando por esos caminos como loco, dando nota de su persona, y haciendo tantos desatinos; y advierta que alguna vez podrá hacer alguno por el cual le prenda la justicia, y no conociendo su humor, le castigue con castigo público y pública deshonra de su linaje; ó no habiendo quien le favorezca y conozca, quizá por haber muerto alguno en la campaña, tomado de su locura, le cogerá tal vez la Hermandad, que no consiente burlas, y le ahorcará, perdiendo la vida del cuerpo, y lo que peor es, la del alma: tras que anda escandalizando, no solamente á los de su lugar, sino á todos los que le ven ir desu suerte arrado por los caminos; si no, vuesa merced lo vea por el dia en que entró en este pueblo, cómo le seguian los muchachos por las calles como si fuera loco, diciendo á voces: ¡Al hombre armado, muchachos, al hombre armado! Bien sé que vuesa merced ha hecho lo que hace, por imitar, como dice, á aquellos caballeros antiguos Amadis y Esplandian, con otros que los no ménos fabulosos que perjudiciales libros de caballerías fingen, á los cuales vuesa merced tiene por auténticos y verdaderos, sabiendo, como es verdad, que nunca hubo en el mundo semejantes caballeros, ni hay historia española, francesa ni italiana, á lo ménos auténtica, que haga dellos mencion; porque no son sino una composicion ficticia, sacada á luz por gente de capricho, á fin de dar entretenimiento á personas ociosas y amigas de semejantes mentiras; de cuya licion se engendran secretamente en los ánimos malas costumbres, como de los buenos buenas; y de aquí nace que hay tanta gente ignorante en el mundo, que viendo aquellos libros tan grandes impresos, les parece, como á vuesa merced le ha parecido, que son verdaderos, siendo, como tengo dicho, composicion mentirosa: por tanto, señor Quijada, por la pasion que Dios pasó, le ruego que vuelva sobre sí y deje esa locura en que anda, volviéndose á su tierra; y pues me dice Sancho que vuesa merced tiene razonablemente hacienda, gástela en servicio de Dios y en hacer bien á los pobres, confesando y comulgando á menudo, oyendo cada dia su misa, visitando enfermos, leyendo libros devotos y conversando con gente honrada, y sobre todo con los clérigos de su lugar, que no le dirán otra cosa de lo que yo le digo; y verá con esto cómo será querido y honrado, y no juzgado por hombre

(1) De este sobrinito no habia hecho mencion Cervántes.

falto de juicio, como todos los de su lugar y los que le ven andar desa manera le tienen; y más, que le juro por las órdenes que tengo, que iré con vuesa merced, si dello gusta, hasta darle en su propia casa, aunque haya de aquí á ella cuarenta leguas, y aun le haré todo el gasto por el camino, porque vea vuesa merced como deseo yo más su honra y el bien de su alma, que vuesa merced propio; y deje esas vanidades de aventuras, ó por mejor decir, desventuras; que ya es hombre mayor: no digan que se vuelve á la edad de los niños, echándose á perder á sí y á este buen labrador que le sigue, que tan poco ha cerrado la mollera como vuesa merced. Sancho, que á todo lo que Mosen Valentin habia dicho habia estado muy atento, sentado sobre la albarda de su carujumento, dijo: Por cierto, señor licenciado, que su reverencia tiene grandísima razon, y lo propio que vuesa merced le dice á mi señor, le digo yo y le ha dicho el cura de mi tierra; y no hay remedio con él, sino que habemos de ir buscando tneros por ese mundo. El año pasado y este jamas habemos hallado sino quien nos sacuda el polvo de las costillas, viéndonos cada dia en peligro de perder el pellejo por los grandes desaforismos que mi señor hace por esos caminos, llamando á las ventas castillos, y á los hombres, á unos Gaiteros, á otros Guirnaldos, á otros Bernandos, á otros Rodanontes, y á otros diablos que se los lleven; y es lo bueno que son ó meloneros ó arrieros ó gente pasajera, tanto que el otro dia á una moza gallega de una venta, hecha una picarona, que me brindaba por cuatro cuartos con los que sacó del vientre de su madre, llamaba á boca llena la infanta galliciana, y por ella aporread al ventero, y nos pensámos ver en un inflicto de la maldicion; y créame vuesa merced, y plegue á Santa Bárbara, abogada de los truenos y relámpagos, que si miento en cuanto digo, esta albarda me falte á la hora de mi muerte; y tengo quebrada la cabeza de predicarle sobre estos avisos; pero no hay remedio con él, sino que quiere que aunque me pese le siga, y para ello me ha comprado este mi buen jumento, y me da cada mes por mi trabajo nueve reales y de comer; y mi mujer que se lo busque, que así hago yo, pues tiene tan buenos cuartos. Don Quijote habia estado cabizbajo á todo lo que Mosen Valentin y Sancho Panza habian dicho; y como quien despierta, comenzó á decir desta manera: Afuera pereza. Mucho, señor arzobispo Turpin, me espanto de que siendo vuesa señoría de aquella ilustre casa del emperador Cárlos, llamado el Magno por excelencia, y pariente de los Doce Pares de la noble Francia, sea tanta su pusilanimidad y cobardía, que luya de las cosas arduas y dificultosas, apartándose de los peligros, sin los cuales es imposible poderse alcanzar la verdadera honra. Nunca cosas grandes se adquirieron sin grandes dificultades y riesgos; y si yo me pongo á los presentes y venideros, solo lo hago como magnánimo, por alcanzar honra para mí y cuantos me sucedieren; y esto es licito, pues quien no mira por su honra, mal mirará por la de Dios; y así, Sancho, dame luego á la hora mis armas y caballo, y partamos para Zaragoza; que si yo supiera la cobardía y pusilanimidad que habia en esta casa, nunca jamas la ocupara; pero salgamos della al punto, porque no se nos apegue tan mala polilla. Sancho fué luego á ensillar á Rocinante y albardar juntamente su rucio; pero el buen clérigo, que vió tan resuelto y empedernido á don Quijote, no le quiso replicar más: antes

estaba escuchando todo cuanto decia á cada pieza que Sancho le ponía del arnes, que eran cosas graciosísimas, ensartando mil principios de romances viejos sin ningún orden ni concierto; y al subir en el caballo dijo con gravedad: Ya cabalga, Calainos, Calainos, el infante:—y luego, volviéndose á Mosen Valentin, con su lanza y adarga en la mano, le dijo con voz arrogante: Caballero ilustre, yo estoy muy agradecido de la merced que en este vuestro imperial alcázar se me ha hecho á mí y á mi escudero: por tanto mirad si yo os soy de algun provecho para haceros vengado de algun agravio que algun fiero gigante os haya hecho; que aquí está Mucio Cévola, aquel que sin pavor ni miedo, pensando matar al Porsena que tenia cercada á Roma, puso intrépido su desnudo brazo sobre el brasero de fuego, dando muestras en el hecho, de tan grande esfuerzo y valentía, cuanto las dió de corrimiento en la causa dél; y estad cierto que os haré vengado de vuestros enemigos tan á vuestro sabor, que digáis que en buena hora me recibisteis en vuestra casa.—Y diciéndole tras esto se quedase con Dios, sin aguardar respuesta, dió de espuelas á Rocinante; y llegando á la plaza, en viéndole los muchachos comenzaron á gritar: ¡Al hombre armado, al hombre armado!—Y seguído dellos, pasó adelante á medio galope, hasta que salió del lugar, dejando maravillados á todos los que le miraban. El bueno de Sancho enalbardó su jumento, y subiendo en él, dijo: Señor Valentin, yo no le ofrezco á vuesa merced peleas como mi amo ha hecho, porque más sé de ser apaleado que de pelear; pero yo le agradezco mucho el servicio que nos ha hecho: por muchos años lo pueda continuar. Mi lugar se llama el Argamesilla: cuando yo esté allá, estará aparejado para helle toda merced, y mi mujer Mari-Gutierrez sé de cierto que le besa á vuesa merced las manos en este punto. Sancho hermano, dijo Mosen Valentin, Dios os guarde; y mirad que os ruego que cuando vuestro señor vuelva á su tierra, vengaís por aquí; que seréis vos y él bien recibidos, y no haya falta. Respondió Sancho: Yo se lo prometo á vuesa merced; y quédese con Dios; y plegue á la señora Santa Agueda, abogada de las tetas, que viva vuesa merced tan largos años como vivió nuestro padre Abraham. Comenzó tras esto con toda prisa á arrear su asno, y pasando por la plaza, le cercaron los jurados y todos los que en ella estaban, por reír un poco con él; el cual, como los vió juntos, les dijo: Señores, mi amo va á Zaragoza á hacer unas justas y torneos reales: si matamos alguna gruesa de aquellos gigantes ó Fierablares, que dicen hay allá muchos, yo les prometo, pues nos han hecho servicio de volvernos á Rocinante y al rucio, de traerles una de aquellas ricas joyas que ganáremos y una media docena de gigantes en escabeche; y si mi amo llegare á ser (que sí hará, segun es de valiente) rey, ó por lo ménos emperador, y yo tras él me viere papa ó monarca de alguna iglesia, les prometemos de hellos á todos los deste lugar, cuando ménos canónigos de Toledo. Dieron todos con el dicho de Sancho una grandísima risada, y los muchachos que estaban detras de todos, como vieron que los jurados y clérigos hacían burla de Sancho, el cual estaba caballero en su asno, comenzaron á silbarle, y juntamente á tirarle con pepinos y berenjenas, de suerte que no bastaron todos los que allí estaban á detener su furia; y así á Sancho le fué forzoso bajar del asno y darle con el palo muy aprisa, hasta que salió del lugar y topó á don

Quijote, que le estaba esperando, el cual le dijo: ¿Qué es, Sancho? ¿Qué has hecho? En qué te has entretenido? Respondió Sancho: ¡Oh, reniego de los zancajos de la mujer de Job! ¿Cómo se vino vuesa merced y me dejó en las manos de los caldereros de Sodoma? Que le prometo, así yo me vea arzobispo de aquella ciudad que me prometió el año pasado, que me agarraron en yéndose vuesa merced, entre seis ó siete de aquellos escribas y furiseros, y me llevaron en casa del boticario, y me echaron una melecina de plomo derretido, tal, que me hace venir despidiendo perdigones calientes por la puerta falsa, sin que pueda reposar un punto. No se te dé nada, dijo don Quijote; que ya vendrá tiempo en que nos hagamos bien vengados de todos los agravios que en este lugar por no conocernos nos han hecho; pero ahora caminemos para Zaragoza, que es lo que importa; que allí oirás y verás maravillas.

CAPITULO VIII.

De cómo el buen hidalgo don Quijote llegó á la ciudad de Zaragoza, y de la extraña aventura que á la entrada della le sucedió con un hombre que llevaban azotando.

Tan buena mañana se dieron á caminar el buen don Quijote y Sancho, que á otro día á las once se hallaron una milla de Zaragoza. Toparon por el camino mucha gente de pié y de á caballo, la cual venia de las justas que en ella se habían hecho; que como don Quijote se detuvo en Ateca ocho dias curándose de sus palos, se hicieron sin que él las honras con su presencia, como deseaba: de lo cual informado en el camino, de los pasajeros, estaba como desesperado; y así iba maldiciendo su fortuna por ello, y echaba la culpa al sabio encantador su contrario, diciendo que él había hecho por donde las justas se hubiesen hecho con tanta presteza para quitarle la honra y gloria que en ellas era forzoso ganar, dando la vitoria, á él debida, á quien él maliciosamente favorecía. Con esto iba tan molino y melancólico, que á nadie quería hablar por el camino, hasta tanto que llegó cerca de la Aljafaría, adonde, como se le llegasen por verle de cerca algunas personas con deseo de saber quién era y á qué fin entraba armado de todas piezas en la ciudad, les dijo en voz alta: Decidme, caballeros, ¿cuántos dias há que se acabaron las justas que en esta ciudad se han hecho, en las cuales no he merecido poderme hallar? Cosa de que estoy tan desesperado cuanto descubre mi rostro; pero la causa ha sido el estar yo ocupado en cierta aventura y encuentro que con el furioso Roldán he tenido: ¡nunca yo con él topará! Pero no seré yo Bernardo del Carpio, si ya que no tuve ventura de hallarme en ellas, no hiciere un público desafío á todos los caballeros que en esta ciudad se hallaren enamorados, de suerte que venga por él á cobrar la honra que no he podido ganar por no haberme hallado en tan célebres fiestas; y será mañana el día dél; y ¡desdichado aquel que yo encontrare con mi lanza ó arrebataren los filos de mi espada! que en él, por ellos, pienso quebrar la cólera y enojo con que á esta ciudad vengo. Y si hay aquí alguno de vosotros, ó están algunos en este nuestro fuerte castillo, que sean enamorados, yo los desafío y reto luego á la hora por cobardes y fementidos, y se lo haré confesar á voces en este llano; y salga el Justicia que dicen hay en esta ciudad, con todos los jurados y caballeros de ella; que todos son follones y para poco, pues un solo

caballero los reta, y no salen como buenos caballeros á hacer batalla conmigo solo; y porque sé que son tales, que no tendrán atrevimiento de aguardarme en el campo, me entro luego en la ciudad, donde fijaré mis carteles por todas sus plazas y cantones, pues de miedo de mi persona y de envidia de que no llevase el premio y honras de las justas, las han hecho con tanta brevedad. Salid, salid, malandrines zaragozanos; que yo vos faré confesar vuestra sandez y descortesía. Decía este volviendo y revolviendo acá y acullá su caballo, de suerte que todos los que le estaban mirando, siendo mas de cincuenta los que se habían juntado á hacello, estaban maravillados y no sabían á qué atribuirlo. Unos decían: ¡Voto á tal, que este hombre se ha vuelto loco y que es lunático! Otros: No, sino que es algun grandísimo bellaco; y á fe que si le coge la justicia, que se le ha de acordar para todos los dias de su vida. Mientras él andaba haciendo dar saltos á Rocinante, que quisiera más medio celemin de cebada, dijo Sancho á todos los que estaban hablando de su amo: Señores, no tienen que decir de mi señor; porque es uno de los mejores caballeros que se hallan en todo mi lugar; y le he visto con estos ojos hacer tantas guereaciones en la Mancha y Sierra Morena, que si las hubiese de contar, sería menester la pluma del gigante Golias: ello es verdad que no todas veces nos salian las aventuras como nosotros quisiéramos; porque cuatro ó cinco veces nos santiguaron las costillas con unas rajás; mas con su pan se lo coman; que á fe que tiene jurado mi señor que en topándolos otra vez, como los cojamos solos y dormidos, atados de piés y manos, que les hemos de quitar los pellejos y hacer dellos una adarga muy linda para mi amo. Comenzaron todos con esto á reir, y uno dellos le preguntó que de dónde era, á lo cual respondió Sancho: Yo, señores, hablando con debido acatamiento de las barbas honradas, soy natural de mi lugar, que con perdon se llama la Argamesilla de la Mancha. Por Dios, dijo otro, que entendia que vuestro lugar se llamaba otra cosa, segun hablastes de cortesmente al nombralle; pero ¿qué lugar es la Argamesilla, que yo nunca le he oido decir? ¡Oh cuerpo de quien me comadreo al nacer! dijo Sancho: un lugar es harto mejor que esta Zaragoza: ello es verdad que no tiene tantas torres como esta; que no hay en mi lugar más de una sola; ni tiene esta tapia grande de tierra que la cerca al derredor; pero tiene las casas, ya que no son muchas, con lindisimos corrales, que caben en cada uno dos mil cabezas de ganado: tenemos un lindísimo herrero que aguzá las rejas, que es para dar mil gracias á Dios. Ahora cuando salimos dél, trataban los alcaldes de enviar al Toboso (1) que no lo hay en mi lugar: tenemos tambien una iglesia, que aunque es chica, tiene muy lindo altar mayor, y otro de nuestra señora del Rosario, con una Madre de Dios que tiene dos varas en alto, con un gran rosario alrededor, con los padres nuestros de oro, tan gordos como este puño: ello es verdad que no tenemos reloj; pero á fe que ha jurado el Cura que el primer año santo que venga, tenemos de her unos riquísimos órganos. Con esto el buen Sancho quería irse adonde estaba su amo cercado de otra tanta gente; mas asiéndole uno del brazo, le dijo: Amigo, decidnos có-

(1) Faltan algunas palabras en las cuales se diria probablemente que era lo que los alcaldes de Argamasilla trataban de traer del Toboso.

mo se llama aquel caballero, para que sepamos su nombre. Señores, para decilles la verdad, dijo Sancho, él se llama don Quijote de la Mancha, y agora un año se llamaba el de la Triste Figura, cuando hizo penitencia en la Sierra Morena, como ya deben de saber por acá; y ahora se llama el Caballero Desamorado: yo me llamo Sancho Panza, su fiel escudero, hombre de bien, segun dicen los de mi pueblo, y mi mujer se llama Mari-Gutierrez, tan buena y honrada, que puede con su persona dar satisfacción á toda una comunidad. Con esto bajó del asno, dejando riendo á todos los que presentes estaban, y caminó para donde estaba su amo cercado de más de cien personas, y los más dellos caballeros que habian salido á tomar el fresco; y como habian visto tanta gente junta en corrillo, y un hombre armado en medio, llegaron con los caballos á ver lo que era: á los cuales, como viese don Quijote, les comenzó á decir, puesto el cuento de la lanza en tierra: Valerosos príncipes y caballeros griegos, cuyo nombre y cuya fama del uno hasta el otro polo, del Artico al Antártico, del oriente al poniente, del setentrion al mediodía, del blanco aleman hasta el adusto scita, está esparcida, floreciendo en vuestro grande imperio de Grecia no solamente aquel grande emperador Trebacio y don Belianis de Grecia, pero los dos valerosos y nunca vencidos hermanos el caballero del Febo y Rosicler; ya veis el porfiado cerco que sobre esta ciudad famosa de Troya por tantos años habemos tenido, y (1) cuántas escaramuzas habemos trabado con estos troyanos y Héctor, mi contrario, á quien, siendo yo como soy Aquiles, vuestro capitan general, nunca he podido coger solo para pelear con él cuerpo á cuerpo y hacerle dar, á pesar de toda su fuerte ciudad, á Elena, con la cual se nos han alzado por fuerza. Conviene pues; oh valerosos héroes! que tomeis agora mi consejo (si es que deseais salgamos con cumplida vitoria de estos troyanos, acabándolos todos á fuego y á sangre, sin que dellos se escape sino el piadoso Enéas, que por disposicion de los cielos, sacando del incendio á su padre Anquises en los hombros, ha de ir con cierta gente y naves á Cartago, y de allí á Italia á poblar aquella fértil provincia con toda aquella noble gente que llevará en su compañía), el cual es que hagamos un paladion ó un caballo grande de bronce, y que metamos en él todos los hombres armados que pudiéremos, y le dejemos en este campo con solo Sinon, á quien los más conoceis, atado de piés y manos, y que nosotros finjamos retirarnos del cerco, para que ellos, saliendo de la ciudad, informados de Sinon y engañados por él con sus fingidas lágrimas, á persuasion suya metan dentro della nuestro gran caballo á fin de sacrificarle á sus dioses; que lo harán sin duda rompiendo para su entrada un lienzo de la muralla; y despues que todos se sosieguen, seguros saldrán á la media noche de su preñado vientre los caballeros armados que estarán en él, y pegarán fuego á su salvo á toda la ciudad, acendiendo despues no otros de improviso, como acudiremos, á aumentar su fiero incendio, levantando los gritos al cielo al compás de las llamas, que se cebarán en torres, chapiteles, almenas y balcones, diciendo: «Fuego suena, fuego

suena; que se nos alza Troya con Elena.» Y con esto dió de espuelas á Rocinante, dejándolos á todos maravillados de su extraña locura. Sancho tambien comenzó á arrear su asno, y fnése tras su amo, el cual, en entrando por la puerta del Portillo, comenzó á detener su rocín é ir la calle adelante muy poco á poco, mirando las calles y ventanas con mucha pausa. Iba Sancho detras del con el asno del cabestro, aguardando ver en qué meson paraba su amo, porque Rocinante á cada tabilla de meson que veia, se paraba y no queria pasar; pero don Quijote lo espoleaba hasta que á pesar suyo le hacia ir adelante, lo cual sentia Sancho á par de muerte, porque rabiaba de cansancio y hambre. Sucedio pues, que yendo don Quijote la calle adelante, dando harto que decir á toda la gente que le veia ir de aquella manera, traia la justicia por ella á un hombre caballero en un asno, desnudo de la cintura arriba, con una soga al cuello, dándole docientos azotes por ladrón, al cual acompañaban tres ó cuatro alguaciles y escribanos, con más de docientos muchachos detras. Visto este espectáculo por nuestro caballero, deteniendo á Rocinante y puesto en mitad de la calle con gentil continente, la lanza baja, comenzó á decir en alta voz desta manera: ¡Oh vosotros, infames y atrevidos caballeros, indignos deste nombre! dejad luego al punto libre, sano y salvo á este caballero que injustamente con traicion habeis prendido, usando, como villanos, inauditos estratagemas y enredos para cogerle descubierto; porque él estaba durmiendo cerca de una clara fuente, á la sombra de unos frondosos alisos, por el dolor que le debia de causar el ausencia ó el rigor de su dama; y vosotros, follones y malandrines, le quitastes sin hacer ruinar su caballo, espada y lanza y las demas armas, y le habeis desnudado sus preciosas vestiduras, llevándole atado de piés y manos á vuestro fuerte castillo, para metelle con los demas caballeros y princesas que allí sin razon teneis en vuestras tan oscuras cuanto húmedas mazinorras: por tanto, dadle luego aquí sus armas, y suba en su poderoso caballo; que él es tal por su persona, que en breve espacio dará cuenta de vuestra vil canalla gigantea: soldadle, soldadle presto, bellacos, ó venios todos juntos, como es vuestra costumbre, para mí solo; que yo os daré á entender á vosotros y á quien con él os envia, que todos sois infames y vil canalla. Los que llevaban el azotado, que semejantes razones oyeron decir á un hombre armado con espada y lanza, no supieron qué le responder; pero un escribano de los que iban á caballo, viendo que estaban detenidos en medio de la calle, y que aquel hombre no dejaba pasar adelante la ejecucion de la justicia, dando de espuelas al rocín en que iba, se llegó á don Quijote, y asiendo de la rienda á Rocinante, le dijo: ¿Qué diablos decis, hombre de Satanas? Tiráos afuera: ¿estáis loco? ¡Oh santo Dios, y quién pudiera pintar la encendida cólera que del corazon de nuestro caballero se apoderó en este punto! El cual, haciéndose un poco atras, arremetió con su lanza para el pobre del escribano, de suerte que si no se dejara caer por las ancas del rocín, sin duda le escondria don Quijote en el estómago el hierro mohoso del lanzon; mas esto finé causa de que nuestro caballero errase el golpe. Los alguaciles y demas ministros de justicia que allí venían, viendo un caso tan no pensado, sospechando que aquel hombre era pariente del que iban azotando, y que se le queria quitar por

(1) En la primera edicion se lee: *y que en quantas escaramuzas habemos trabado*, etc. Asi queda pendiente el sentido de la oracion y sin el debido enlace con la que sigue, por lo cual se han suprimido las palabras *que en*, las cuales en efecto están de más.

fuerza, comenzaron á gritar: ¡Favor á la justicia, favor á la justicia! La gente que allí se halló, que no era poca, y algunos de á caballo que al rumor llegaron, procuraban con toda instancia de ayudar á la justicia y prender á don Quijote, el cual, viendo toda aquella gente sobre sí con las espadas desnudas, comenzó á decir á grandes voces: ¡Guerra, guerra, á ellos, Santiago, san Dionis, cierra, cierra, mueran! Y arrojó tras las voces la lanza á un alguacil con tal fuerza, que si no le acertara á pasar por debajo del brazo izquierdo, lo pasara harto mal: soltó luego la adarga en tierra, y metiendo mano á la espada, de tal manera la revolvía entre todos con tanta braveza y cólera, que si el caballo le ayudara, que á duras penas se quería mover, según estaba cansado y muerto de hambre, pudiera ser no pasarlo tan mal como lo pasó. Pero como la gente era mucha, y la grita que todos daban siempre de ¡favor á la justicia! allegase siempre más, las espadas que sobre don Quijote caían eran infinitas: con lo cual y con la pereza de Rocinante, junto con el cansancio con que nuestro caballero andaba, pudieron todos en breve rato ganarle la espada, y quitándosela de la mano, le bajaron de Rocinante, y á pesar suyo se las ataron ambas atrás, y agarrándole cinco ó seis corchetes, le llevaron á empellones á la cárcel: el cual, viéndose llevar de aquella manera, daba voces, diciendo: ¡Oh sabio Alquife! Oh mi Urganda astuta! ahora es tiempo que mostreis contra este falso hechicero si sois verdaderos amigos. Y con esto hacía toda (1) resistencia que podía para soltarse; pero era en vano. El azotado prosiguió adelante su procesion; y á nuestro caballero, por las mismas calles que él la había empezado, le llevaron á la cárcel y le metieron los piés en un cepo, con unas esposas en las manos, habiéndole primero quitado todas sus armas. En esto, llegando un hijo del carcelero cerca dél para decir á un corchete que le echase una cadena al cuerpo, oyéndolo, alzó en alto las manos con las esposas, y le dió con ellas al pobre mozo tan terrible golpe sobre la cabeza, que no valiéndole el sombrero, que era nuevo, le hizo una muy buena herida; y segundara con otra, si el padre del mozo, que estaba presente, no levantara el puño y le diera media docena de mojicones en la cara, haciéndole saltar la sangre por las narices y boca, dejando con esto al pobre caballero, que aun no se podía limpiar, hecho un retablo de duelos. Las cosas que decía y hacía en el cepo, no habrá historiador, por diligente que sea, que baste á contarlas. El bueno de Sancho, que se había hallado presente á todo lo pasado, con su asno del cabestro, como vió llevar á su amo de aquella manera, comenzó á llorar amargamente, prosiguiendo el camino por donde le llevaban, sin decir que era su criado: maldecía su fortuna y la hora en que á don Quijote había conocido, diciendo: ¡Oh, reniego de quien mal me quiere y de quien no se duele de mí en tan triste trance! ¿Quiéu demonios me mandó á mí volver con este hombre, habiendo pasado la otra vez tantos desafortunios, siendo ya apaleado, ya amanteado, y puesto otras veces á peligro de que si me cogiera la Santa Hermandad me pusiera en cuatro caminos para que después no pudiera ser rey ni Roque? ¿Qué haré, ¡pobre

de mí! que estoy por írme desesperado por esos mundos y por esas Indias, y meterme por esos mares, entre montes y valles, comiendo aves del cielo y alimañas de la tierra, haciendo grandísima penitencia y tornándome otro fray Juan Guárismas, andando á gachas como un oso selvático hasta tanto que un niño de sesenta años me diga: Levántate, Sancho; que ya don Quijote está fuera de la cárcel? Con estas endechas y mesándose las espesas barbas, llegó á la puerta de la cárcel, en que vió meter á su amo, y él se quedó arrimado á una pared con su asno del cabestro hasta ver en qué paraba el negocio. Lloraba de rato en rato, particularmente cuando oía decían los que bajaban de la cárcel á cuantos pasaban por delante della, cómo ya querían sacar á azotar al hombre armado; de quien unos decían que merecía la horca por su atrevimiento, otros le condenaban solo, movidos de más piedad, á docientos y galeras por el breve rato que con su buena plática detuvo la ejecución de la justicia. Otros decían: No quisiera yo estar en su pellejo, aunque ponga por excusa de su insolencia que estaba borracho ó loco. Todo esto sentía Sancho á par de muerte; pero callaba como un santo. Sucedió pues que los dos alguaciles, el carcelero y su hijo se fueron juntos á la justicia, ante quien acriminaron de suerte el caso, que el Justicia mandó que luego en fragante, sin más informacion, le sacasen á la vergüenza por las calles, y le volviesen después otra vez á la cárcel hasta saber jurídicamente la verdad del delito. Cuando los alguaciles venían de vuelta á ejecutar la dicha repentina sentencia, acababa de volver el azotado en su asno á la puerta de la cárcel, con el acompañamiento de muchachos que los tales suelen; y al punto que le vió uno de los alguaciles, dijo, á vista de Sancho, al verdugo: Ea, bajad ese hombre, y no volvais el asno; porque en él habeis de subir luego á pasear por las mismas calles aquel meollo loco que ha pretendido estorbar la justicia; que esto manda la mayor de la ciudad se le dé luego como por principio de las galeras y azotes que se le esperan. Infinita fué la tristeza que en el corazon del pobre Sancho entró cuando oyó semejantes palabras al alguacil, y más cuando vió que to lo se aparejaba para sacará la vergüenza á su amo, y que toda aquella gente estaba á la puerta de la cárcel diciendo: Bien se merece el pobre caballero armado los azotes que le esperan, pues fué tan necio que metió mano sin para qué contra la justicia; y sin eso, en la misma cárcel ha descalabrado al hijo del carcelero. Estas y otras semejantes razones tenían á Sancho hecho loco y sin saber qué hacer ni decir; y así no hacía otra cosa sino escuchar aquí y preguntar allí; pero en todas partes oía malas nuevas de las cosas de su amo, al cual comenzaban ya de hecho á desherrar del cepo para sacarle á la vergüenza.

CAPITULO IX.

De cómo don Quijote, por una extraña aventura, fué libre de la cárcel y de la vergüenza á que estaba condenado.

Estando el pobre de Sancho llorando lágrimas vivas, y esperando, hecho ojos, cuándo había de ver á su señor desnudo de medio arriba y caballero en su asno para darle los docientos azotes que había oído le habían de dar de presente, pasaron siete ó ocho caballeros de los principales de la ciudad por allí á caballo; y como vieron tanta gente á la puerta de la cárcel á hora tan extraor-

(1) Falta el artículo femenino *la* antes de *resistencia*. Por esta omisión ú otras análogas diría Cervantes (parte II, cap. 59.) que el lenguaje de AVELLANEDA era aragonés, porque *tal vez escribía sin artículos*.

dinaria, pues eran más de las cuatro, preguntaron la ocasión de la junta, y un mancebo les contó lo que aquel hombre armado que decían habían de bajar para azotarle por las calles, había hecho y dicho dentro y fuera de la ciudad y en la cárcel, y cómo había querido quitar un azotado á la justicia en medio de la calle; de lo cual se maravillaron, y mucho más cuando supieron que no había hombre ni mujer en toda la ciudad que le conociese. Tras este llegó otro y les dijo todo lo que ántes de entrar en la ciudad había dicho á una tropa de caballeros, los cuales allí nombró, con lo cual rieron mucho; pero maravilláronse de que no hubiese persona que les dijese á qué propósito iba armado con adarga y lanza. Estando en esto, quiso la suerte que Sancho se llegase á escuchar lo que allí se decía de su amo; y mirando bien á los caballeros, conoció entre ellos á don Alvaro Tarfe, el cual, aunque había seis días que las justas se habían hecho, él no se había ido, por aguardar una sortija que unos caballeros de la ciudad de los más principales y él tenían ordenada para el domingo siguiente. Soltó Sancho el asno del cabestro en viéndole, y puesto de rodillas en mitad de la calle, delante de los caballeros, con su caperuza en la mano, llorando amargamente, comenzó á decir: ¡Ah señor don Alvaro Tarfe! Por los evangelios del señor san Lucas, que vuesa merced tenga compasión de mí y de mi señor don Quijote, el cual está en esta cárcel y le quieren sacar á azotar cuando ménos, si el señor san Anton y vuesa merced no lo remedian; porque dicen que ha hecho aquí á la justicia no sé qué sin justicia y desaguizado, y por ello le quieren echar á galeras por treinta ó cuarenta años. Don Alvaro Tarfe luego conoció á Sancho Panza, y sospechó todo lo que podía ser; y así, maravillado de verle, le dijo: ¡Oh Sancho! ¿qué es esto? ¿Que vuestro señor es para quien se apareja todo este carruaje? Pero de su locura y vana fantasía y de vuestra necesidad todo se puede presumir; pero no lo acabo de creer, aunque me lo afirmáis con los extremos con que me lo habeis representado. El es, señor, ¡pecador de mí! dijo Sancho: entre vuesa merced allá, y hágale una visita de mi parte, diciendo que le beso las manos, y que le advierto que si le han de sacar en aquel asnillo que metieron ahora, que de ninguna manera suba en él; porque yo le tengo aparejado aquí el rucio, en que podrá ir como un patriarca; el cual, como ya sabe, anda llano, de tal manera que el que va encima puede llevar una taza de vino en la mano, vacía, sin que se le derrame gota. Don Alvaro Tarfe, riéndose de lo que el simple de Sancho le había dicho, le mandó que no se fuese de allí hasta que él volviese á salir; y hablando con dos caballeros de aquellos, se entró con ellos en la cárcel, donde hallaron al buen hidalgo don Quijote, que le estaban desherrando para sacarle á la vergüenza; al cual como vió don Alvaro tan mal parado, llena de sangre la cara y manos, y con unas esposas en ellas, le dijo: ¿Qué es esto, señor Quijada? ¿Y qué aventura ó desventura ha sido la presente? ¿Parece á vuesa merced que es ahora bueno tener amigos en la corte? Pues yo lo seré esta vez tal de vuesa merced, como veré por la experiencia. Pero dígame, ¿qué desgracia ha sido esta? Don Quijote le miró en la cara, y luego le conoció; y con una risa grave le dijo: ¡Oh mi señor don Alvaro Tarfe! Vuesa merced sea bien venido. Maravillome en extremo de la extraña aventura que vuesa merced ha acabado: dígame

luego por Dios de qué suerte ha entrado en este inexpugnable castillo, adonde yo por arte de encantamiento he sido preso con todos estos príncipes, caballeros, doncellas y escuderos que en estas duras prisiones hemos estado tan largo tiempo; de qué manera ha muerto los dos fieros gigantes que á la puerta están, levantados los brazos, con dos mazas de fino acero, para estorbar la entrada á los que á pesar suyo quisieron entrar dentro; cómo ó de qué suerte mató aquel ferocísimo grifo que en el primer patio del castillo está, el cual con sus rapantes garras coge un hombre armado de todas piezas, y le sube á los vientos, y allí le despedaza. Envidia tengo, sin duda, á tan soberana hazaña, pues por manos de vuesa merced todos serémos libres. Ese sabio encantador mi contrario será cruelísimamente muerto, y la maga su mujer, que tantos males ha causado en el mundo, ha de ser luego sin misericordia azotada con pública vergüenza. Sacáranle á ella á vuesa merced, dijo don Alvaro, sin duda, si su buena fortuna, ó por mejor decir, Dios que dispone todas las cosas con suavidad, no hubiera ordenado mi venida; pero, como quiera que sea, yo he muerto todos esos gigantes que dice, y dado la libertad deseada á esos caballeros que le acompañan; pero conviene por ahora, pues yo he sido su libertador, que vuesa merced, obedeciéndome, como lo pide el agradecimiento que me debe, se esté solo aquí en esta sala con esas esposas en las manos hasta que yo ordene lo contrario; que así importa para el buen remate de mi feliz aventura. Mi señor don Alvaro, dijo don Quijote, será vuesa merced obedecido en eso puntualmente; y quiero, por hacer algún nuevo servicio á vuesa merced, permitirle que de aquí adelante se acompañe conmigo, cosa que jamas pensé hacer con caballero del mundo; pero quien ha dado cabo y cima á una tan peligrosa hazaña como esta, justamente merece mi amistad y compañía, porque vaya viendo en mí, como en un espejo, lo que por todos los reinos del mundo, insulas y penínsulas he hecho y pienso hacer hasta ganar el grandísimo imperio de Trapisonda, y ser casado allí con una hermosa reina de Ingalaterra, y tener en ella dos hijos, habidos por muchas lágrimas, promesas y oraciones: el primero de los cuales, porque nacerá con una señal de una espada de fuego en los pechos, se llamará el de la Ardiente Espada; el otro, porque en el lado derecho tendrá otra señal parda de color de acero, significadora de las terribles mazadas que ha dado en este mundo, se llamará Mazimbruno de Trapisonda. Dieron todos una gran risada; mas don Alvaro Tarfe, disimulando, le mandó salir á todos fuera, y rogó á uno de los dos caballeros que con él habían entrado, se quedase allí para que ninguno hiciese mal á don Quijote, mientras él con el otro, que era dendo muy cercano del Justicia mayor, iban á negociar su libertad, pues sería cosa fácil el alcanzársela, constando tan públicamente á todos de su locura. En salir de la cárcel subieron en sus caballos, y dijo don Alvaro á un paje suyo que llevase á Sancho Panza, pues ya le conocía, á su casa, y le diese luego en ella muy bien de comer, sin permitirle saliese della un punto hasta su vuelta. Replicó Sancho á voces: Mi señor don Alvaro, advierta vuesa merced que mi rucio está tan melancólico por no ver á Rocinante, su buen amigo y fiel compañero, como yo por no ver ya por esas calles á mi señor don Quijote; y así vuesa merced pida cuenta á los fariseos que prendieron á mi amo,

de dicho noble Rocinante; porque ellos se lo llevaron, sin que el pobre en la pendencia hubiese dicho á ninguno ninguna mala palabra; y sepa vuesa merced tambien nuevas, que ellos se las darán, de la insigne lanza y preciosa adarga de mi señor; que á fe que nos costó trece reales de hacerla pintar toda al olio á un pintor viejo que tenia una gran barriga en las espaldas, y vivia en no sé qué calle de las de Ariza; que mi amo me daría á la landre si no le diese cuenta dello. Andad, Sancho, dijo don Alvaro: comed y reposad, y descuidad de lo demas; que todo tendrá buen recado. Fuéase Sancho con el paje, tirando del cabestro á su jumento poco á poco; y llegando á casa, le pusieron en la caballeriza con bastante comida, y á Sancho se la dieron tan buena en cantidad cuanto él la dió graciosa con mil simplicidades á los pajes y gente de casa, á todos los cuales contó cuanto por el camino les habia sucedido á él y á su amo, así con el ventero como con el melonero, y en Ateca: lo cual todo refirieron ellos despues á don Alvaro, que á estas horas estaba con el otro caballero, informando al Justicia mayor de lo que era don Quijote, y de cuanto le habia sucedido, así con el azotado, como con el carcelero y con ellos en la cárcel. El Justicia mandó luego con mucho gusto á un portero fuese á la cárcel y mandase de su parte, así al carcelero como á los alguaciles, entregasen aquel preso libre y sin costas, con el caballo y todo lo demas que le habian quitado, al señor don Alvaro Tarfe; lo cual todo fué hecho así. Llegó don Alvaro á la cárcel, á la que volvian á armar á don Quijote, ya libre de las prisiones; y á la que le entregaron la alarga, rieron mucho quando la vieron con la letra del *Caballero Desamorado* y figuras de Cupido y damas; y aguardando que anocheciese para que no fuese visto, le hizo llevar á su posada con un paje, á caballo en Rocinante. Cenaron en ella con él los caballeros amigos de don Alvaro con mucho gusto, haciendo decir á Sancho Panza sobre cena todo lo que por el camino les habia sucedido; y cuando Sancho dijo que habia burlado á su amo en no haber querido dar á la gallega los docientos ducados, sino solo cuatro cuartos, se metió don Quijote en cólera diciendo: ¡Oh infame vil y de vil casta! Bien parece que no eres caballero noble, pues á una princesa como aquella, á quien tan injustamente haces moza de venta, diste cuatro cuartos: yo juro por el orden de caballería que recibí, que la primera provincia, insula ó península que gane, ha de ser suya á pesar tuyo y de cuantos villanos como tú hay en el mundo. Maravilláronse todos aquellos caballeros de la cólera de don Quijote; y Sancho, viendo enojado á su amo, le respondió: ¡Oh pesía á los viejos de Santa Susana! ¿Yo no conocía vuesa merced, en la filomía y andrajos de aquella moza, que no era infanta ni almiranta? Y más, que le juro á vuesa merced que si no fuera por mí, se la llevara un mercalante de trapos viejos para her della papel de estraza, y la muy sucia no me lo agradece agora; pues á fe que si no fuera porque le tuve miedo, que la hubiera hecho á mojicones que se acordara de Sancho Panza, flor de cuantos escuderos andantes ha habido en el mundo; pero vaya en hora buena; que si una vez me dió una bofetada y dos coces en estas espaldas, buen pedazo de queso le comí que tenia escondido en el vasar. Levantóse don Alvaro riendo de lo que Sancho Panza habia dicho, y con él los demas; y dió orden que llevasen á don Quijote á un buen aposen-

to, donde le hicieron una honrada cama, en la cual estuvo reposando y relaciéndose dos ó tres dias, y á Sancho se le llevaron los pajes á su cuarto; con el cual tuvieron donosísima conversacion.

CAPITULO X.

Cómo don Alvaro Tarfe convidó ciertos amigos suyos á comer para dar con ellos orden qué libreas habian de sacar en la sortija.

Venida la mañana, entró don Alvaro Tarfe en el aposento de don Quijote, y sentándose junto á su cama en una silla, le dijo: ¿Cómo le va á vuesa merced, mi señor don Quijote, flor de la caballería manchega, en esta tierra? ¿Hay alguna aventura de nuevo en que los amigos podamos ayudar á vuesa merced? Porque en este reino de Aragon se ofrecen muchas y muy peligrosas cada día á los caballeros andantes; y en los dias pasados, en las justas que aquí se hicieron, vinieron de diversas provincias muchos y muy membrudos gigantes y descomunales jayanes, y hubo aquí algunos caballeros á quien dieron bien en que entender; y solo faltó que vuesa merced se hallase aquí para que diera á semejante gento el castigo que por sus malas obras merecen; pero ya podrá ser que vuesa merced los tope por el mundo, y les haga pagar lo de antaño y lo de hog año. Mi señor don Alvaro, respondió don Quijote, yo estoy y he estado con grandísima pena por no haberme hallado en esas reales justas; pues si en ellas me hallara, creo que ni esos gigantazos se fueran riendo, ni algunos de los caballeros llevaran las preciosas joyas que á falta mia llevaron; pero yo sospecho que *nondum sunt completa peccata Amorphaeorum*: quiero decir, que no debe de ser cumplido aun el número de sus pecados, y que Dios querrá que quando lo sea, yo los castigue. Pues, señor don Quijote, dijo don Alvaro, vuesa merced ha de saber que para despues de mañana, que es domingo, tenemos concertada una famosa sortija entre los caballeros desta ciudad y yo, en la cual ha de haber muy ricas joyas y premios de importancia. Han de ser jueces della los mismos que lo fuéron de las justas, que son tres caballeros de los más principales deste reino, un titular y dos de encomienda. Asistirán tambien á ellas muchas y muy hermosas infantas, princesas y camareras de peregrina belleza, volviendo en cielo las ventanas y balcones de la famosa calle del Coso, adonde podrá vuesa merced hallar á manos llenas dos mil aventuras. Todos habemos de salir en ella de librea, echando al entrar de la calle sus motes volantes ó escritos en las tarjetas de los escudos, que contengan dichos de risa y de pasatiempo: si vuesa merced se dispone y esfuerza para entrar en ella, yo me ofrezco de acompañarle y darle librea, para que quede con su lado participante de su buena fortuna, y para que entienda esta ciudad y reino que tengo un amigo tal y tan buen caballero, que hasta por sí solo á ganar todos los precios de la sortija. Yo soy dello muy contento, dijo don Quijote sentándose en la cama, solo porque vuesa merced vea por vista de ojos las cosas que ha oído de mi esfuerzo; que aunque es verdad, como dice el refran latino, que la alabanza pierde, dicha por la boca del sugeto á quien se encamina, con todo, puedo y quiero decir de mí lo que digo, por ser tan público. Yo lo creo así, dijo don Alvaro; pero vuesa merced se esté quedo en la cama y repose, para que lo haga con más comodidad. Aquí delante della pondrémos la mesa, y comerémos yo y al-

gunos caballeros de mi cuadrilla, y sobre mesa tratarémos de lo que se ha de hacer, guiándonos todos en todo por el discreto voto de quien tanta experiencia tiene de semejantes jueces, como vuesa merced. Fuéase don Alvaro, y quedó el buen hidalgo con la fantasía llena de quimeras; y sin poder reposar, se levantó y comenzó á vestirse, imaginando ahincadamente en su negra sortija; y con la vehemente imaginación se quedó mirando al suelo sin pestañear, con las bragas á medio poner; y de allí á un buen rato arremetió con el brazo muy derecho hacia la pared, dando una carrera y diciendo: De la primera vez he llevado el anillo metido en la lanza; y así, vuestras excelencias, rectísimos jueces, me manden dar el mejor premio, pues de justicia se me debe, á pesar de la invidia de los circunstantes aventureros y miradores. A la voz grande que dió, subieron un paje y Sancho Panza; y entrando dentro del aposento, hallaron á don Quijote, las bragas caídas, hablando con los jueces, mirando al techo; y como la camisa era un poco corta por delante, no dejaba de descubrir alguna fealdad: lo cual visto por Sancho Panza, le dijo: Cobra, señor Desamorado, ¡pecador de mí! el etcétera; que aquí no hay jueces que le pretendan echar otra vez preso, ni dar docientos azotes, ni sacar á la vergüenza, aunque harto saca vuesa merced á ella las suyas sin para qué; que bien puede estar seguro. Volvió la cabeza don Quijote, y alzando las bragas de espaldas para ponérselas, bajóse un poco y descubrió de la trasera lo que de la delantera había descubierto, y algo más asqueroso. Sancho, que lo vió, le dijo: ¡Pesía á mí sayo! Señor, ¿qué hace? que peor está que estaba: eso es querer saludarnos con todas las inmundicias que Dios le ha dado. Riñóse mucho el paje; y don Quijote, componiéndose lo mejor que pudo, se volvió á él diciendo: Digo que soy muy contento, señor caballero, que la vuestra batalla se haga de la suerte que á vos os parece, sea á pié ó sea á caballo, con armas ó sin ellas; que á todo me hallaréis dispuesto; que aunque estoy seguro de la victoria, con todo, me huelgo en extremo de hacer batalla con un tan nombrado caballero y delante de tanta gente, que verán por vista de ojos el valor de persona tan desamorada como yo soy. Señor caballero, respondió el paje, aquí no hay alguno que pretenda hacer batalla con vuesa merced; y si alguna habemos de hacer, ha de ser de aquí á dos horas con un gentil pavo que está aguardándonos para ser nuestro convidado á la mesa. Ese caballero, replicó don Quijote, que llamais pavo, ¿es natural deste reino, ó extranjero? Porque no querría por todas las cosas del mundo que fuese pariente ni paniaguado del señor don Alvaro. Oyendo esto, salió de través Sancho, diciendo: Por vida del soguero que hizo el lazo con que se ahorcó Júdas, que no lo entiende vuesa merced con todos sus libros que ha leído y latines ó ledanías que ha estudiado: baje acá abajo, y verá la cocina llena de adadores, con dos ó tres ollas como medias tinajillas de las que usamos en el Toboso, tanto pastel en bote, pelota de carne y empanadas, que parece toda ella un paraíso terrenal; y aun á fe que si me pidiese un poco de saliva en ayunas, que no se la podría dar; que tengo en el cuerpo tres de malvasía, que llaman en esta tierra, y á fe con razón, porque está *mal* la taza cuando está *vacía* della; y es mejor que el de Yépes, que vuesa merced también conoce; y este señor, porque el heber no me hiciese mal, me dió un panecillo blanco de casi

dos libras y media; y dos pescenezos el cocinero cojo, que no sé si eran de avestruces; y si serían, porque yo me comía las manos tras ellos: con todo lo cual en un instante hice la cama á la bebida y refocilé el estómago. Estas me parecen á mí, señor, que son las verdaderas aventuras, pues las topo yo en la cocina, dispensa y boticaría, ó como la llaman, muy á mi gusto; y le perdonaría á vuesa merced el salario que me da cada mes, si nos quedásemos aquí sin andar buscando meloneros que nos santigüen el espinazo; y créame vuesa merced que esto es lo mas acertado; que allí está el cocinero cojo que me adora, y todas las veces que entro á velle, que no son pocas, me hincó un gran plato de carne fríatica, que en her así, me la espeto como quien se sorbe un huevo; y él no hace sino reír de ver la gracia y liberalidad con que cómo, que es para dar mil gracias á Dios. Ello es verdad que anoche uno destos señores pajes ó pájaros, ó qué son, me dijo que sorbiese una escudilla de caldo que traía en la mano, porque me daría la vida, despues de Dios; y yo, no cayendo en la bellaquería, la agarré con ambas manos, y por helle servicio, dí tres ó cuatro sorbiscos, que no debiera, porque el grandísimo... (y téngaselo por dicho) del paje, había puesto la escudilla sobre las brasas, de manera que me iba zorriando por el estómago abajo, y me hizo saltar de los ojos otro tanto caldo como el que sorbí; y el cocinero y él y este señorete se reían que se desquijaraban; mas á fe que no me burlen otra vez de aquella manera; porque, como quedé escarmentado, denantes me dió el cocinero una gentil rebanada de melon, y la tenté poco á poco por ver si estaba abrasando. ¡Oh gran bestia! dijo don Quijote, ¿y la rebanada había de abrasar? Por ahí se echa de ver que eres goloso, y que no es tu principal intento buscar la verdadera honra de los caballeros andantes; sino, como Epicuro, henchir la panza. Hago en eso como quien soy, dijo Sancho. Estando en esto, sintieron que venía á comer don Alvaro con cinco ó seis caballeros principales, de los que habían de salir á la sortija, á los cuales había convidado para dar orden en las libreas que cada uno había de sacar en ella, y para que gustasen de don Quijote como de única pieza; y así se subieron derechos á su aposento, y hallándole medio vestido y con la figura que queda dicho, rieron mucho; pero riñóle don Alvaro porque se había levantado contra su orden, y mandóle se volviese á acostar luego, porque no comerían de otra suerte. Hizolo á puras porfías, tras lo cual se puso la mesa y trajo la comida, llamándole siempre todos ellos *soberano príncipe* á don Quijote. Pasaron en el discurso della graciosos cuentos, haciéndole todos extrañas preguntas de sus aventuras, á las cuales respondía él con mucha gravedad y reposo, olvidándose muchas veces de comer por contar lo que pensaba hacer en Constantinopla y Trapisonda, ya con tal infanta, y ya con tal gigante, diciendo unos nombres tan extraordinarios, que con cada uno de ellos daban mil arqueadas de risa los convidados; y si no fuera por don Alvaro, que volvía siempre por don Quijote, abonando sus cosas con discreto artificio y disimulación, algunas veces se enojara muy de véras. Con todo, les decía que no era de valientes caballeros reírse sin propósito de las cosas que cada día suceden á los caballeros andantes, enal él era; y don Alvaro les dijo: Bien parece, señores, que vuestras mercedes son noveles y que no conocen el valor del señor don

Quijote de la Mancha como yo; pues si no saben quién es, pregúntenselo á aquellos caballeros que llevaban azotando por las calles el otro día á aquel soldado; que ellos dirán lo que hizo y dijo en su presencia y en defensa del azotado, á fin de deshacer el tuerto que le hacían, como verdadero caballero andante. Acabóse en estas pláticas la comida, y alzáronse las mesas, y comenzaron á tratar de las libreas que cada uno tenia para la sortija, y las cifras y mote que habian de llevar. Despues dijo el uno: Y el señor don Quijote ¿qué librea ha de sacar? No dejemos al mejor jugador sin cartas; porque á mí me parece que la saque de verde, de color de alcácel, que es esperanza, pues él la tiene de alcanzar y ganar todos los premios de la sortija. Otro dijo que no, sino, pues se llamaba el Caballero Desamorado, saliese de morado, con algun mote con que picase á las damas. Antes por ser desamorado, dijo otro caballero, ha de llevar la librea blanca en señal de su gran castidad; que no es poco un caballero de tantas prendas estar sin amor, si ya no es que deje de amar por no haber en el mundo quien le merezca. El último caballero replicó diciendo: Pues mi voto, señores, es que, pues el señor don Quijote es hombre que ha muerto y mata tantos gigantes y jayanes, haciendo viudas á sus mujeres, que salga con librea negra; que así dará á entender á todos los que con él pretendieren entrar en batalla, que han de tener negra la ventura. Ahora sus, dijo don Alvaro, que con licencia de vuestras mercedes tengo de dar mi parecer, y ha de ser singular, como lo es el señor don Quijote; y así me parece que su merced no saque librea alguna; ántes, como verdadero caballero andante, es bien salga en la plaza armado de todas piezas y armas; y porque sean propias las que sacare, le hago donacion de las que trae, que son las famosas de Milan que en el Argamesilla le dejé en guarda, pues solo están honradas en su poder, como en el mio ociosas; y porque están algo deslustradas del polvo del camino y de la sangre que ha derramado de diversos gigantes en diferentes batallas, daré orden se le limpien y acicalen para que salga más lucido. Por empresa bástale la que trae en el campo de su adarga; que pues nadie la ha visto en Zaragoza, y desde Ariza, donde la pintó, hasta aquí la ha traído cubierta de un cendal todo el camino porque no se le deslustrase, nueva será y bien mirada, sirviéndole de arma el lanzon propio, que llevará; siendo ella, su gallardo talle y la ligereza del famoso Rocinante señas bastantes para que por ellas entiendan todos que su merced es el ilustre caballero andante que el otro día volvió públicamente por la honra de aquel honrado azotado, y quien ha hecho las aventuras del melonero, con las demas que muchos ignoran. Dijeron todos que era muy acertado lo que el señor don Alvaro habia pensado; y á don Quijote le pareció de perlas; y así dijo: Lo que el señor don Alvaro ha dicho es verdaderamente lo que importa; porque suele suceder en semejantes fiestas venir algun famoso gigante ó descomunal jayán, rey de alguna isla extranjera, y hacer algunos descomedidos desafíos contra la honra del rey ó príncipes de la ciudad; y para abatir semejante soberbia, es bien que yo esté armado de todas piezas y armas; y beso al señor don Alvaro mil veces las manos por la liberalidad con que me hace merced de las que venia á restituíle en esta ocasion y tierra; pero yo aseguro que con ellas haga que el traidor alevoso de cierto gigantazo que

va haciendo grandes desagnisados por el mundo, no se alabe que en este famoso reino de Aragon no hay quien se atreva á hacer singular batalla con él. Y saltando en un brinco de la cama con una repentina y no pensada furia, se salió del aposento y camó á la sala, con su camisa corta como estaba, y metió mano á la espada, que tenia en el mismo aposento, y comenzó á decir á voces, sin que los circunstantes tuviesen tiempo de reconocerse ni detenerle: Pero aquí estoy yo, ¡oh soberbio gigante! contra quien no valen arrogantes palabras ni valerosas obras; —y dando seis ó siete cuchilladas en los tapices que estaban colgados por las paredes, decia: ¡Oh pobre rey, si lo eres! Llegado es el tiempo en que Dios está ya cansado de tus malas obras. Los caballeros y don Alvaro, que semejante accidente vieron, se levantaron y retiraron todos á una parte, pensando que don Quijote daría tambien tras ellos, y los tendria por jayanes de allá de allende la insula Maleandritica. Con todo, don Alvaro le asió del brazo, con notable pasion de reir él y los demas, de ver la infernal vision del manchego, diciendo: Ea, flor de la caballería de la Mancha, meta vuesa merced la espada en la vaina, y vuélvase á acostar; que el gigante ha huido por la escalera abajo, y no ha osado aguardar los filos de su cortadora espada. Así lo creo yo, dijo don Quijote; que estos y otros semejantes más temen de voces y palabras á veces, que de obras: yo por amor de vuesa merced no le he querido seguir; pero viva; que para mayor mal suyo será. Pero yo fio que él se guarde de encontrar otra vez conmigo. Quedó con esto, como estaba tan flaco y debilitado, hijadeando de suerte, que no le alcanzaba una respiracion á otra; y dejándole puesto en la cama, con orden de que no se moviese della hasta el día de la sortija, mandó don Alvaro subir á Sancho para que le hiciese compañía; y él con los demas caballeros se despidieron dél, diciendo iban á ver á los otros sus amigos granadinos en la posada de cierto caballero principal, donde posaban, para saber dellos cómo pensaban salir á la sortija; á lo cual fuéron de hecho, y á dar parte á mucha gente principal y de humor del extraordinario que gastaba don Quijote, y de lo que con él pensaban holgarse y dar que reir á toda la plaza el día de la sortija.

CAPITULO XI.

De cómo don Alvaro Tarfe y otros caballeros zaragozanos y granadinos jugaron la sortija en la calle del Coso, y de lo que en ella sucedió á don Quijote.

Tres dias estuvo violentado en la cama, á puros ruegos y guardas, don Quijote, pues tenia siempre como tales á Sancho Panza y algunos pajes de don Alvaro y dos caballeros amigos suyos, así granadinos como de los naturales de Zaragoza, con los cuales pasaron historias donosísimas; porque por momentos se le representaba salia á la sortija, disputaba con los jueces, reñia con gigantes forasteros, y otros cien mil dislates; porque estaba rematadamente loco, y Sancho ayudaba más á todo con sus simplicidades y boberías. Solo tenia de bueno don Quijote el recado y regalo; porque se le daba bonísimo en presencia de don Alvaro, que siempre comia y cenaba con él, acompañado de diferentes caballeros cada vez. Llegó pues el domingo, en que los que habian de jugar la sortija para universal pasatiempo, se aprestaron y aderezaron lo mejor que pudieron de sus ricas libreas, llevando todos solamente á la entrada del Coso

unos escudos ó tarjetas blancas, y en ellas escrita cada uno la letra que más á propósito venía á su pensamiento y al fin de alegrar la fiesta. Pero no quiero pasar en silencio lo que habia en dos arcos triunfales que estaban costosa y curiosamente hechos á las dos bocas de la calle. El primero de la primera entrada, como venimos de la plaza, era todo de damasco azul, de color de cielo, y estaba en el medio dél, por lo alto, el invictísimo emperador Carlos V, abuelo gloriosísimo de nuestro católico y gran monarca el tercero Filipo Hermenegildo, armado á la romana, con una guirnalda de laurel sobre la cabeza y un baston de general sobre la mano derecha, ocupando lo más alto del arco dos versos latinos que decian desta manera :

*Fracna quod imperii longo moderaris ab aevo,
Austria, non hominis, numinis exstat opus.*

El pié derecho tenia puesto sobre un mundo de oro, y al derredor dél una letra que decia :

Mandó su medio Alejandro;
Mas nuestro César de véras
Sus tres partes mandó enteras.

El pié izquierdo tenia sobre tres ó cuatro turcos rendidos, con una letra latina que decia :

Qui oves amat, in lupos saevit.

Al pié del arco de la mano derecha, arrimado á la misma columna del arco, estaba sobre una pequeña peana el famoso duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo, armado, con su baston de general en la mano derecha, y al pié dél la fama, como la pintan, con una trompa, y en ella escrito :

A solis ortu usque ad occasum.

Al pié de la otra columna del arco, que era la izquierda, sobre otra pequeña peana, estaba don Antonio de Leiva, armado y con baston de general, como el Duque, y tenia esta letra sobre la cabeza :

Si bien á mi rey serví,
Bien tambien premié mi amor,
Ami don dando un señor.

El segundo arco era todo de damasco blanco bordado, y sobre lo alto dél estaba el prudentísimo rey don Felipe II, riquisimamente vestido, y á sus piés este famoso epigrama del excelente poeta Lope de Vega Carpio, familiar del santo oficio :

*Philippo Regi, Caesari invictissimo,
Omnium maximo Regum triumphatori,
Orbis utriusque et maris felicissimo,
Catholici Caroli successori,
Totius Hispaniae principi dignissimo,
Ecclesiae Christi et fidei defensori,
Fama, praecingens tempora alma, lauro,
Hoc simulacrum dedicat ex ouro.*

A la mano derecha estaba su cristianísimo y único fénix, don Felipe III, nuestro rey y señor, vestido todo de una tela riquisima de oro, con dos versos juntos así, que en lengua latina decian :

*Nulla est virtutis species quae, maxime Princeps,
Non colat ingenium nobilitate tuum.*

A la siniestra mano estaba el invictísimo principe don Juan de Austria, armado de todas piezas, con el baston de general en la mano, y puesto el pié derecho sobre la rueda de la fortuna, y la misma fortuna, que con un clavo y martillo clavaba la rueda, haciéndola inmóvil, y esta letra :

El merecimiento insigna
Que te levantó en mi rueda,
Cual clavo la tiene queda.

Otras muchas curiosidades de enigmas y cifras habia en los arcos, que por evitar prolijidad y no hacer á nuestro propósito se dejan. Solo digo que el día que la sortija se habia de jugar, estuvo, en comiendo, la calle del Coso riquisimamente aderezada, y compuestos todos sus balcones y ventanas con brocados y tapices muy bien bordados, ocupándolos infinitos serafines, con esperanzas cada uno de recibir de la mano de su amante, de la de alguno de aquellos caballeros aventureros, la joya que ganase. Vino á la fiesta la nobleza del reino y ciudad, Visorey, Justicia mayor, diputados, jurados y los demas títulos y caballeros, poniéndose cada uno en el puesto que le tocaba. Vinieron tambien los jueces de la sortija, muy acompañados y galanes, que, como hemos dicho, eran un titular y dos caballeros de hábito, y pusieronse en un tablado no muy alto, curiosamente compuesto; á cuyo recibimiento comenzaron á sonar los menestriales y trompetas, y al mismo són comenzaron á entrar por la ancha calle, de dos en dos, los caballeros que habian de correr. Los primeros fueron dos gallardos mancebos con una misma librea, sin diferenciar en caballos ni vestidos : eran de raso blanco y verde, con plumas en los bonetes, de lo alto de los cuales sacó el uno una mano con un rico salero, cuya sal iba derramando sobre las mismas plumas, que daban al viento esta letra :

En mi alma el sol divino
Los rayos con que me inflama,
Cual sol de gracias, derrama.

El otro, que era recién casado con una dama muy hermosa, venia pintado en el escudo trayéndola él mismo de la mano, como que la escudereaba; con una letra cual la siguiente :

Della gozo, y me ha quedado,
Por ser tan única y bella,
Solo el temor de perdella.

Tras estos salieron otros dos, entrando vestidos de damasco azul ricamente bordado : traian esta librea porque ambos eran mozos enamorados y celosos : el uno traia en el escudo pintada una ferocísima leona vestida de piel de oveja, y él mismo venia pintado y puesto de rodillas delante della, y con esta letra :

Solo con piel de cordero
De palabras me corona;
Que en las obras es leona.

El otro llevaba en campo negro el retrato de su dama, á quien él, quitada la gorra, pedia la mano, negándosela ella con desden; causa por la cual habia venido á la sortija; y siendo mancebo desbarbado, salió con barba blanca postiza, disfraz que dió harta suspension á toda la gente que le conocia; pero quitábasela esta siguiente letra que traia en el escudo :

Amando tan desamado,
Caducando juzgo estoy,
Y así dello mismo doy.

Tras estos dos entraron otros dos, tambien gallardos mozos, totalmente diferentes en las libreas; porque el uno tenia vestido de tela de plata, ricamente bordado, sobre un caballo blanco no ménos ligero que el viento, trayendo en el escudo, en campo tambien blanco, el retrato de su dama, la cual abajándose, daba la mano á un

muerto que estaba ya con la mortaja puesta y tenía por cruz en los pechos esta letra :

Malóme su vista sola ;
Mas por su divina mano
Nueva vida y gloria gano.

El segundo era un mancebo recién casado, rico de patrimonio, pero grandísimo gastador, y tan pródigo, que siempre andaba lleno de deudas, sin haber mercader ni oficial á quien no debiese; porque aquí pedía, acullá engañaba, aquí hacía una mohatra, allí empeñaba ya la más rica cadena de oro que tenía, ya su mejor colgadura : de suerte que despues que el padre le faltó, andaba tan empeñado, que la necesidad le obligaba á no vestir sino bayeta, atribuyéndolo al luto y sentimiento de la muerte de su padre; y para satisfacer á la murmuracion del vulgo, traía pintada en el campo negro de la adarga una beata, cubierta tambien de negro, más oscura que el del campo de la adarga, con esta letra :

Pues beata es la pobreza,
Cúbrame la mia bien :
Bayeta y vaya me den.

Tras estos entraron veinte ó treinta caballeros, de dos en dos, con libreas tambien muy ricas y costosas, y con letras, cifras y motes graciosísimos y de agudo ingenio, que dejó de referir por no hacer libro de versos el que solo es corónica de los quiméricos hechos de don Quijote; y así, de sola su entrada harémos mencion, la cual fué en la retaguardia de todos los aventureros, al lado del señor don Alvaro Tarfe; que esta traza habían dado para su entrada los jueces. Venía don Alvaro en un buen caballo cordobes, rucio, rodado, enjaezado ricamente, el vestido de tela de oro, bordado de azucenas y rosas enlazadas, y en el campo blanco de su escudo traía pintado á don Quijote con la aventura del azotado, muy al vivo, y esta letra en él :

Aquí traigo al que ha de ser,
Segun son sus disparates,
Príncipe de los orates.

Con la letra rieron todos cuantos sabían las cosas de don Quijote, el cual venía armado de todas piezas, trayendo hasta su morrion en la cabeza. Entró con gentil continente sobre Rocinante, y en la punta del lanzon traía con un cordel atado un pergamino grande tendido, escrita en él con letras góticas el Ave María, y sobre los motes y pinturas que traía en su adarga había añadido á ellas este cuartete, en explicacion del pergamino que traía pendiente de la lanza :

Soy muy más que Garcilaso,
Pues quité de un turco cruel
El Ave que le honra á él.

Maravillábase mucho el vulgo de ver aquel hombre armado para jugar la sortija, sin saber á qué propósito traía aquel pergamino atado en la lanza; si bien de solo ver su figura, flaqueza de Rocinante y grande adarga llena de pinturas y figuras de bellísima mano, se reian todos y le silbaban. No causaba esta admiracion su vista á la gente principal, pues ya todos los que entraban en este número sabían de don Alvaro Tarfe y demas caballeros amigos suyos, quién era don Quijote, su extraña locura y el fin para que salía á la plaza, pues era para regocijarla con alguna disparatada aventura; y no es cosa nueva en semejantes regocijos sacar los caballeros á la plaza, locos vestidos y aderezados y con humos

en la cabeza de que han de hacer suerte, tornear, justar y llevarse premios, como se ha visto algunas veces en ciudades principales y en la misma Zaragoza. Con presupuesto pues de regocijar la plaza, pasaron todos aquellos caballeros delante de sus damas, haciéndoles la debida cortesía : cuál hacia lincar al enseñado caballo do rodillas delante de aquella que era señora de su libertad; cuál le hacia dar saltos y corcosos con mucha ligereza; cuál le hacia hacer caracoles; y finalmente, todos hacian todo lo que con ellos podían para parecer bien. Solo el de don Quijote iba pacífico y manso, el cual llegando con don Alvaro á emparejar con el balcon donde estaban los jueces, haciendo una cumplida cortesía los dos al título y á los demas, uno dellos, que era el de mejor humor, se echó sobre el antepecho del tablado y habló á don Quijote desta manera en voz alta, con risa de los circunstantes : Famoso príncipe, espejo y flor de la caballería andantesca, yo y toda esta ciudad estamos en extremo agradecidos de que vuesa merced haya tenido por bien el habérnosla querido honrar con su valerosa persona : ello es verdad que algunos destos señores caballeros están tristes porque tienen por cosa cierta que vuesa merced les ha de ganar en esta sortija las más preciosas joyas; pero yo he determinado, aunque vuesa merced las merezca y gane todas, no darle sino solamente una de las más preciosas para mejor poder así satisfacer á todos estos príncipes y caballeros. Don Quijote con mucho sosiego y gravedad le respondió, diciendo : Por cierto, ilustrísimo juez, más recto que Rodamonte, espejo de los jueces, que estoy tan pesaros en no haberme hallado en las justas pasadas, que estoy para reventar; mas la causa fué el estar ocupado en no sé qué aventuras de no pequeña importancia; pero ya que en ellas no pude por mi ausencia mostrar el valor que hay en mi persona, quiero que en esta sortija, aunque ello es cosa de juguete para mis exorbitantes brios, vuesa merced vea con sus ojos si todo lo que ha oído decir de mí y de mis cosas son tan firmes y verdaderas como las de Amadis y las de los demas caballeros antiguos que tanta honra ganaron por el mundo; aunque bien se echará de ver mi valor, pues ya esta mañana al asomar por los balcones de nuestro horizonte el ardiente enamorado de la esquivia Dáfnies, me coroné con el Ave de la fortaleza de Dios, que es decir de la que trajo á la Virgen el ángel san Gabriel, habiéndola quitado, como muestra la letra de mi adarga, á un desaforado turco que la traía colgando de la cola de un soberbio frison, con quien pasó delante de mi balcon, irritando mi cristiana paciencia. Pero topé en mi otro manchego Garcilaso, con más brios y años que el primero, que vengó tal insolencia. Con esto tomó el juez que hablaba con don Quijote su pergamino y adarga, y enseñándolo todo á los otros dos jueces y demas caballeros que lo acompañaban, despues de haberlo mirado y bien reído, se lo volvió todo. Pasó adelante don Quijote, tomadas sus prendas, pomponeándose y mirando muy hueco á todas partes; y llegando al cabo de la calle donde los demas que habían de jugar la sortija estaban parados, comenzaron á sonar las chirimías y trompetas en señal de que los primeros caballeros querían ya empezar á correrla. Habían ordenado los jueces que despues de haber corrido todos la sortija, se darian cada vez cuatro joyas á los cuatro caballeros que mejor lo hubiesen hecho : así, desta vez se las dieron á

cuatro, aunque solo el uno dellos se llevó el anillo en la lanza, que fué don Alvaro Tarfe, que quiso correr con los primeros; el cual, por órden de los jueces, dijo á don Quijote que no corriese hasta la postre, porque así convenia. Llevaron aque'los caballeros los precios que habian ganado, cada uno á su dama; y don Alvaro, que tenia el sugeto de sus pasiones en Granada, dió el suyo, que era unos guantes de ámbar ricamente bordados, á una doncella liarto hermosa, hermana de un titular de aquel reino, la cual le recibió con mnestras de gran cortesía y agradecimiento. Corrieron segunda vez, y fuéles dado el premio á otros cuatro, de los cuales los dos se llevaron el anillo, y estos, como los primeros, les presentaron á sus damas: de suerte que muy pocos ó ningún caballero hubo que no presentase joyas á la dama que mejor le parecia. Pues como ya se hiciese tarde, y don Quijote diese prisa á don Alvaro que le dejase correr su lanza, si no, que á pesar de cuantos jueces habia en la Europa correria; advertida su locura de los jueces, hicieron señas á don Alvaro para que le dejase correr dos carreras; y así, tomándole él por la mano, le puso en medio de la calle, frontero del anillo, aguardando la seña de las trompetas; al sñ de las cuales partió nuestro caballero solo con su adarga en el brazo izquierdo, espoleando muy aprisa á Rocinante, que con toda la que él le daba, corria poco más de á medio galope; pero fué tan desgraciado, que llegando á la sortija, echó el lanzon cosa de dos palmos más arriba della por encima de la cuerda, y acabando la carrera, bajó muy aprisa la lanza, mirando con mucha atencion si llevaba en ella el anillo; lo cual causó notable risa en toda la gente, y más viendo que, como él no la halló en ella, comenzó con gran cólera á volver el caballo al principio de la carrera, adonde estaba don Alvaro, que le dijo con disimulacion: Vuesa merced, señor don Quijote, dé luego al punto segunda carrera, porque el caballo no se le resfrie; que aunque vuesa merced no llevó la sortija, el golpe ha sido extremado, pues fué por arriba no más de media vara. Don Quijote, sin responderle palabra, volvió la rienda á Rocinante, y comenzó á correr, no con poca risa de los que le miraban, yendo don Alvaro á medio galope tras él: llegó pues don Quijote á la sortija segunda vez, y con la cólera y turbacion que llevaba, erróla por parte de abajo otra media vara; pero el discreto don Alvaro, viendo cuán desgraciadamente lo habia hecho su compañero, puesto de piés sobre los estribos, alargó cuanto pudo la mano desde el caballo, y asiendo la sortija y llegándose á don Quijote con mucha sutileza, se la puso en el hierro de la lanza; que lo pudo hacer sin que él lo echase de ver, por llevarla puesta sobre el hombro desde que hizo el golpe en seña de gala, y dijo: ¡Ah mi señor don Quijote, lustre de la Mancha! ¡victoria, victoria! que la sortija lleva vuesa merced en la lanza, si no me engaño. Miró arriba don Quijote, el cual no pensaba haber topado en ella, como era la verdad, y dijo: Ya yo me maravillaba, señor don Alvaro, de que dos veces la hubiese errado; pero la culpa de la primer carrera la tuvo Rocinante, que mala pascua le dé Dios, pues que no pasó con la velocidad que yo quisiera. Todo se ha hecho muy bien, dijo don Alvaro, y así vamos á los jueces, y pídaleis vuesa merced la justicia que tiene. Iba el buen hidalgo tan ancho y vanaglorioso, que no cabia en toda la calle; y puesto delante de los jueces, dijo, leván-

tando la lanza con la sortija puesta en ella: Miren vuestras señorías lo que pide esta lanza y el anillo que della cuelga, y adviertan que ella mesma por sí demanda el premio que justamente se me debe. El juez que al entrar de la plaza habia hablado con él, habia hecho traer á un paje dos docenas de agujetas grandes de cuero, que valdrian hasta medio real, y tomándolas en la mano, llamando primero á todos los caballeros para que oyesen lo que decia á don Quijote, se las aló en el lanzon, diciéndole en voz alta: Yo, segundo rey Fernando, os doy con mi propia mano, á vos el invicto caballero andante, flor de la andantesca caballería, esta insigne joya, que son unas cintas traídas de la India, hechas de pellejo del ave fénix, para que las déis, pues sois caballero desamorado, á la dama que os pareciere que tiene ménos amor de cuantas ocupan esos balcones; y fuera deso os mando, so pena de mi desgracia, que vos y don Alvaro Tarfe ceneis conmigo en mi propia casa esta noche, juntamente con un escudero vuestro, de quien sé que es fidelísimo y digno de servir á persona de vuestras prendas. Tocaron luego las chirimías, y don Quijote, al son dellas, fué mirando á todos los balcones y ventanas, y vió en una que estaba algo baja á una honrada vieja, que debia saber más de la propiedad de la ruda y verbena, que de recibir joyas; la cual estaba con dos doncellas afeitadas de las que se usan en Zaragoza: á esta pues llegó nuestro caballero, y poniendo las agujetas en el poyo de la ventana con el lanzon, la dijo en voz que todos lo pudieron oir: Sapientísima Urganda la desconocida, este vuestro caballero, á quien tanto siempre vos habeis favorecido en todas las ocasiones, os suplica le perdoneis el atrevimiento, y recibais estas peregrinas cintas, hechas, segun estoy informado, del mismo ave fénix, y tenedlas en mucho, porque valen una ciudad. Las dos mujeres, que semejantes razones oyeron decir á aquel hombre armado, y veian que todo el mundo se estaba riendo de verle presentar las agujetas de cuero á una vieja tal cual la que las acompañaba, que pasaba de los sesenta, corridas y medio riéndose, le dieron con la ventana en los ojos, cerrándola y entrándose dentro sin hablarle palabra. Quedó algo corrido don Quijote del suceso; pero Sancho Panza, que desde el principio de las justas habia estado con dos mozos de cocina á ver la sortija y los premios que su amo habia de ganar, como vió que daba las agujetas á aquella vieja, y no las habia querido recibir, ántes le habia cerrado la ventana, levantó la voz, diciendo: ¡Cuerpo de quien la parió á la muy puta vieja del tiempo de Mari-Castaña, mujer del gran judío y más puto viejo de los dos de santa Susana! ¿Así ha de cerrar la ventana á uno de los mejores caballeros de todo mi lugar, y no ha de querer recibir las agujetas que le dan, y mal provecho le hagan si buena no ha de ser? Pero ¿qué ha de ser quien, como mi señor dice, se llama Urganda? Y siéndolo, mal puede merecer tales agujetas, que segun son ellas de grandes y buenas, sin duda deben de ser de perro. Pues á fe que si agarro un medio ladrillo, que yo las haga á todas que abran, aunque les pese. Y volviéndose á don Quijote, le dijo: Echelas acá vuesa merced, pues no las quieren ni merecen; que yo las guardaré, y eso nos ahorrarémos; y más, que yo hé menester una como el pan de la boca para mis zaragüelles, que ya tengo esta de delante llena de ñudos: muese acá digo, ¡cuerpo non de Dios! pues ser-

virán para esta mejor ocasion. Don Quijote abajó la lanza, diciendo : Toma, Sancho, guarda estas preciosas cintas, y mételas en nuestra maleta hasta su tiempo. Sancho las tomó, diciendo : ¡ Miren, cuerpo de Barrabas, lo que no quiso la muy hechicera ! Pues en buena fe que no me las saquen de las uñas ahora por ménos de veinte maravedís, aunque no los valgan ; que por el menorete, son de liebre ó truchaón sé de qué diablos. Llegáronse diez ó doce personas á ver las joyas de las agujetas que aquel labrador tenía en la mano ; y fué el caso que entre aquella gente que se juntó, llegó un mozo de harta poca ropa, no ménos ligero de piés que sutil de manos, el cual con snma presteza asió de dichas agujetas, y tomando las armas del conejo, en cuatro brinco se puso fuera de la calle del Coso. Esto no lo vió don Quijote ; que á verlo, la mayor tajada del mozo fuera la oreja. Pero el bueno de Sancho Panza, que estaba seguro, á su parecer, de caso tan repentino, comenzó á dar voces, diciendo : Ténganle, señores, ténganle, pecador de mí ; que me lleva hurtada la mejor joya del torneo. Mas cuando el pobre vió las esperanzas perdidas de poderle alcanzar, comenzó á llorar amargamente, mesándose las espesas barbas, juntando una mano con otra y diciendo : ¡ Oh desventurada de la madre que me parió ! Oh día aciago para mí, pues en él he perdido unas agujetas tan preciosas y las mejores de toda la Lombardía ! ¡ Ay de mí ! ¡ Qué haré, y qué cuenta dará á mi señor de la joya que me encomendó ? Qué excusa tendré para huir de su andantesca cólera, para que no me sacuda con ella las costillas con algun ñudoso robe ? Si le digo que las he perdido, tendráme por escudero desmazelado ; y si le digo que me las hurtó un pícaro, tomará tanto enojo, que desafiará luego á batalla campal, no solamente al que las hurtó, sino á cuantos pícaros se puedan hallar en toda la picardia. ¡ No vendria ya la muerte á llevarme para sí ántes que pasar tan gran dolor ! Yo digo que de muy buena gana me mataria, si no fuera porque temo hacerme mal : alto, manos á la labor ; yo quiero ir luego al cocinero cojo de don Alvaro, y pedirle dos cuartos prestados para comprar una sogá y ahorcarme con ella ; que despues se los tornaré doblados ; y si acaso hallo algun árbol, como sea tal que desde él pueda llegar los piés al suelo, echaré el cordel en la primera rama, y aguardaré á que pase algun hombre caritativo, á quien rogaré con muchas lágrimas me haga la limosna y caridad de ayudarme á ahorcar por amor de Dios ; que soy un pobre hombre, huérfano de padre y madre. Y así, alto, quédate con Cristo, don Quijote de la Mancha, el más valiente caballero de cuantos andantes cria el cierzo y la tramontana ; quédate en paz tambien, Rocinante de mi alma, y acuérdate de mí, pues yo me acordaba de tí todas las veces que te iba á echar de comer ; y acuérdate tambien de aquel día en que pasando descuidado por junto tu postigo trasero, diciendo : ¡ Amigo Rocinante, cómo va ? Y tú, que no sabías aun hablar romance, me respondiste con dos pares de castañetas, disparando por el puerto muladar un arealunzazo con tanta gracia, que si no le recibiera entre hocicos y narices, no sé qué fuera de mí. Quédate pues, rocin de mis ojos, con la bendicion de todos los rocines de Roncesvalles ; que si supieses la tribulacion en que estoy puesto, yo fio me enviaras algun consuelo para alivio de mi gran dolor. Ahora sus, yo voy á contar mi desgracia, como digo, á mi

amigo el cocinero, de quien espero algun remedio, pues más vale que lo que se ha de hacer temprano se haga tarde ; que al que Dios madruga, mucho se ayuda : en fin, allá darás, sayo, en casa el rayo, pues más vale buitre volando que pájaro en mano : — y á este compas se fué ensartando más de cuarenta refranes á despropósito.

CAPITULO XII.

Cómo don Quijote y don Alvaro Tarfe fueron convidados á cenar con el juez que en la sortija los convidó, y de la extraña y jainas pensada aventura que en la sala se ofreció aquella noche á nuestro valeroso hidalgo.

Acabada de jugar la sortija y de haber corrido en ella los caballeros de dos en dos delante de toda la ciudad, desocuparon todos sus puestos, volviéndose á sus casas, por venir la noche. Para hacer pues lo mesmo, don Alvaro asió de la mano á don Quijote, diciéndole : Vamos, mi señor don Quijote, á dar un par de vueltas por esas calles mientras se hace hora de acudir á cenar con el señor que vuesa merced sabe que como juez liberalísimo nos ha convidado esta noche. Vamos, dijo don Quijote, donde vuesa merced mandare. Y sin que hubiese remedio con él de que diera la adarga y lanzon á un paje, para que, como don Alvaro queria, lo llevase á su casa, se fué con todo este carruaje acompañándole. Llegaron á muy buena hora á la noble casa del huésped que los habia convidado á cenar ; y tomando en el zaguán un paje suyo la lanza y adarga de don Quijote, se apearon y subieron al punto al aposento de don Carlos, que así se llamaba el juez, el cual se levantó, con otros caballeros amigos que tenia tambien convidados, para ir á abrazar á don Quijote, como lo hizo, diciéndole : Bien sea venido el señor caballero andante, y con la salud que todos deseamos, como lo hacemos tambien, que para mayor alivio del trabajo pasado, se quite vuesa merced las armas, pues está en parte segura y entre amigos que desean servir á vuesa merced y aprender de su valor todo buen órden de milicia ; que creo lo habemos bien menester, segun lo mal que los caballeros lo han hecho en la sortija ; que si vuesa merced no remediara sus faltas, quedarán las liestas harto frias. Don Quijote le respondió : Señor don Carlos, yo no tengo por costumbre, en ninguna parte que vaya, sea de amigos ó enemigos, quitarme las armas, por dos razones. La primera, porque trayéndolas siempre puestas, se hace el hombre á ellas ; que como dicen los filósofos, *ab assuetis non fit passio* ; pues la costumbre, como vuesa merced sabe, convierte las cosas en naturaleza, con que ningún trabajo hay que dé pesadumbre. La segunda, porque no sabe el hombre de quién se ha de fiar ni lo que ha de acontecer, por ser varios los sucesos de la guerra ; y me acuerdo haber leído en el auténtico libro de las hazañas de don Belianis de Grecia, que yendo él y otro caballero armados de todas piezas, perdidos por un bosque, llegaron á cierto prado donde hallaron diez ó doce salvajes que estaban asando un venado, los cuales por señas le convidaron á comer dél. Los caballeros, que llevaban no poca necesidad y hambre, viendo la humanidad que mostraban aquellos bárbaros, bajaron de los caballos, quitándoles los frenos para que paciesen ; pero ellos no se quisieron quitar las celadas, sino, levantadas un poco las viseras, sentados en las yerbas, pusieron de una pierna del venado que los salvajes les pusieron delante ; y apenas hubieron comido media docena de bocados, cuando, concertados en-

tre sí, en lenguaje que no entendieron los forasteros, llegando pasito por detras dos de ellos con dos mazas, á un tiempo les dieron tan fuertemente sobre las cabezas, que á no llevar puestas las celadas, fueran sin duda fatal sustento de aquellos bárbaros: con todo, cayeron en tierra aturridos, y ellos con grande algazara comenzaron á desarmarlos; pero como no sabian de aquel menester, no hacian sino revolverlos por aquel prado acá y acullá: de suerte que dándoles un poco el viento, y viendo el triste estado en que sus cosas estaban, se levantaron muy ligeramente, y metiendo mano en sus ricas espadas, comenzaron á dar tras los salvajes como en real de enemigos, sin dar reves con que no hiciesen de un salvaje dos, por estar desnudos. Decia esto don Quijote con tanta cólera, que metiendo él tambien mano en su espada, prosiguió diciendo: Dando aquí tajos, acullá cuchilladas, aquí partian uno hasta los pechos, allí dejaban otro en un pié como grulla, hasta que mataron la mayor parte dellos. Don Carlos le hizo envainar, riendo con aquellos caballeros de la cólera que habia tomado contra los salvajes, pues parecia que los tenia delante; y asiéndole por la mano y entrándole en otra sala, hallaron puestas las mesas para cenar; y donde volviendo la cabeza don Carlos, dijo á un paje suyo de los que allí estaban: ¡Id volando á la posada del señor don Alvaro, pues ya sabeis, y llamad al escudero del señor don Quijote, Sancho Panza, diciéndole que su amo le manda se venga luego con vos, que tambien está convidado; y no vengais sin él de ninguna suerte. Tomó el paje la capa, fué por él al momento, y hallándole en la cocina con el cocinero, á quien con mucha melancolia estaba contando la desgracia del hurto de las preciosas agujetas, le dijo: Señor Sancho, vuesa merced se venga conmigo al instante, porque el señor don Quijote le llama, y viendo que mi señor don Carlos no se quiere asentar á la mesa con los convidados hasta verle á vuesa merced en la sala. Señor paje, respondió con mucha flemma Sancho, vuesa merced podrá decir á esos señores que les beso las manos, y que no estoy en casa, y que por esto no voy, y porque ando por la plaza buscando un cierto negocio de importancia que se me ha perdido; pero que si Dios me alumbrá con bien para que lo halle, les doy palabra de ir luego. Eso no, dijo el paje: vuesa merced ha de venir conmigo; que así me lo han mandado, porque es tambien convidado á la cena. Hablara yo para mañana, respondió Sancho; que siendo así, claro está que iré de muy rebuena gana al punto; y á fe que me coge en tiempo que no tengo muy mala disposicion, porque há más de tres horas que no ha entrado en mi cuerpo cosa alguna, sino es un platillo de carne fiambre y un panecillo que me dió aquí el señor cocinero, que Dios guarde, con que me tornó el alma al cuerpo. Pero vamos; que no quiero hacer falta ni que me tengan por descuidado. Fuéronse ambos en diciendo esto, despidiéndose primero del cocinero. Llegaron á la sala donde estaban ya cenando, don Carlos á la cabecera de la mesa con don Quijote á su lado, y los demas caballeros por su orden, que serian mas de veinte. Llegó Sancho junto á su amo, y quitándose la caperuza con entrambas manos, haciendo una gran reverencia, dijo: Buenas noches dé Dios á vuestras mercedes y los tenga en su santa gloria. ¡Oh Sancho! dijo don Carlos, seais bien venido. Pero ¿cómo decís que Dios nos tenga en su santa gloria, pues aun no somos muertos, si no es que estos

caballeros lo estén de hambro, segun es la cena poca? aunque si es así, su falta suplira mi voluntad, que es mucha. Mi señor, dijo Sancho, como para mí no hay otra gloria sino cuando está la mesa puesta, téngola grande viendo sobre esta tantos platos llenos de avestruces y carne y de pastel en botes, que no puedo tragar la saliva de contento. Tomó don Alvaro Tarfe en esto un melon que estaba en la mesa, y le dió á Sancho diciendo: Probad, Sancho, este melon, y si sale bueno, yo os daré su peso de carne de la deste plato. Dábale con él un cuchillo para que le hiciese la cala; y él dijo que no le habia ido bien en el melonar de Ateca en partir con cuchillo los melones, y que así le partiria, con su licencia, como los partia en su tierra; y diciendo esto le dejó caer degolpe en el suelo, y luego le levantó hecho cuatro piezas diciendo: ¡Héle aquí partido de una vez á vuesa merced, sin andar liendo rebanadicas con el cuchillo. A fe, Sancho, dijo don Carlos, que sois curioso, y me huelgo de vuestra discrecion, pues haceis de una vez lo que otros no hicieran de ocho. Tomad; que por mí os habeis do comer este capon (esto dijo dándole uno famoso que habia en un plato), que me dicen que para hacello os ha dado Dios particular gracia. La santa Trinidad se lo pague á vuesa merced, replicó Sancho, cuando íeste mundo vaya. Tomó el capon, el cual estaba ya partido por sus junturas, y espetósele casi invisiblemente. Viendo la sutileza de sus dientes, los pajes dieron en vaciarle en la caperuza cuantos platos alcanzaban de la mesa, con lo cual se puso en breve rato Sancho hecho una tropa de Paris; pero don Carlos, tomando un gran plato de albondiguillas, dijo: ¿Atreveros heis, Sancho, á comer dos docenas de albondiguillas si estuviesen bien guisadas? No sé, respondió Sancho, qué cosas son alhóndiguillas; alhóndigas sí, que las hay en mi pueblo; pero no son esas de comer, sino el trigo que está dentro, despues de amasado. No son sino estas pelotillas de carne, dijo don Carlos dándole el plato, el cual tomó Sancho, y una á una, como quien come un racimo de uvas, se las metió entre pecho y espalda, con harta maravilla de los que su buena disposicion veian; y en acabando de comerlas dijo: ¡Oh hi de puta, traidores, y qué bien me han sabido! Pardiez que pueden ser pelotillas con que jueguen los niños del limbo: á fe que si torno á mi lugar, que en un huerto que tengo junto á mi casa he de sembrar por lo ménos un celemin dellas, porque sé que no se siembran en todo el Argamesilla; y aun podrá ser, si el año se acierta, que los regidores me las pongan á ocho maravedis la libra; y si es así, no serán oidas ni vistas. Decia esto Sancho tan sencillamente, como si en realidad de verdad fuera cosa que se pudiera sembrar; y viendo que todos se reian, dijo: Solo un desconveniente hallo yo en sembrar estas, y es, que como soy de mi naturaleza aficionado á ellas, me las comería ántes que llegasen á madurar, si no es que mi mujer me pusiese algun espantajo para que no llegase á ellas, y aun Dios y ayuda que bastase. ¿Casado sois, Sancho, dijo don Carlos, segun eso? Para servir á vuesa merced, con mi mujer lo soy, replicó Sancho, la cual le besa muchas veces las manos por la merced que me hace. Rieron todos de la respuesta, y preguntóle de nuevo don Carlos si era hermosa; á lo cual respondió: ¡Y cómo, cuerpo de san Ciruelo, si es hermosa! Ello es verdad que, si bien me acuerdo, hará por estas yerbas que vienen cincuenta y tres años,

y está un poco la cara prieta de andar al sol, con tres dientes que le faltan arriba y dos muelas abajo; mas con todo eso no hay Aristóteles que le llegue al zapato; solo tiene que en llegando á su poder los dos ó tres cuartos, luego los deposita en casa de Juan Perez, tabernero de mi lugar, para llevarlos despues de agua de cepas en un jarro grande que tenemos, desbocado de puro boquearle ella con la boca. Vuestra mujer buena bebedora, dijo don Cárlos, y vos siempre con buena disposicion de comer, haréis muy buenos casados. Y alargando la mano tras esto á un plato grande que tenia seis pellas de manjar blanco, le dijo: ¿Habeis dejado, Sancho, algun rincón desembarazado para comer estas seis pellas? que segun habeis comido, no tendréis apetito dellas. Beso á vuesa merced las manos, dijo Sancho alargando las suyas y tomándolas, por la que me hace; y fie de mí que me las comeré, siendo Dios servido y su bendita Madre. Y apartándose á un lado, se comió las cuatro con tanta prisa y gusto, como dieran señales dello las barbas, que quedaron no poco enjalbegadas del manjar blanco: las otras dos que dél le quedaban se las metió en el seno con intencion de guardarlas para la mañana. Acabada la cena, se sentaron todos, quitadas las mesas, por su órden alrededor de la sala, y don Alvaro Tarfe y don Quijote á la mano izquierda de don Cárlos, que hizo sentar á sus piés á Sancho Panza. A la que platicaban don Alvaro con don Quijote (haciéndole decir mil dislates, por lo que en la cena habia estado mudo, parte por dar lugar á que gustasen de Sancho los convidados, y parte por las quimeras que revolvía en su entendimiento sobre la venganza que sería bien tomase de la sabia Urganda, que tan en público le habia desfavorecido, cerrándole la ventana sin aceptar las preciosas agujetas que le presentaba), y don Cárlos con Sancho Panza, y los demas caballeros entre sí, entraron por la sala dos extremados músicos con sus instrumentos, y un mozo que traían los representantes, gallardo zapateador. Cantaron muchas muy buenas letras y tonos los músicos, y despues zapateó y volteó el mozo por extremo; y mientras lo iba haciendo, bajó don Cárlos la cabeza y preguntó á Sancho de manera que todos lo pudieron oír, si se atrevería á dar algunas vueltas de las que aquel mozo daba; el cual respondió bostezando y haciéndose la cruz con el dedo pulgar en la boca, porque le cargaba el sueño con la mucha cena: Pardiobre, señor, que voltearía yo lindisimamente, recostado ahora sobre dos ó tres jalmas: este diablo de hombre no debe de tener tripas ni asadura, pues tan ligero salta; y si está hueco por de dentro, no hay más que meterle una candela encendida por el órgano trasero y servirá de linterna. En esto llamó don Cárlos á un paje, y le habló al oído, diciendo: Andad y decid al secretario que ya es hora. Hase de advertir que entre don Alvaro Tarfe, don Cárlos y el mismo secretario habia concierto hecho de traer aquella noche á la sala uno de los gigantes que sacan en Zaragoza el día del Córpus en la procesion, que son de más de tres varas en alto; y con serlo tanto, con cierta invencion los trae un hombre solo sobre los hombros. Pnes estando la gente, como he dicho, en la sala, en recibiendo el recado de don Cárlos el secretario, entró con el gigante por un cabo della, que de propósito estaba ya sin luz, y encima de la puerta por donde entró estaba en lo alto, junto al techo, una ventana pequeña á modo de claraboya, que venía á dar en la ca-

beza del mismo gigante, por ser de su misma altura, y por la cual, arrimado á ella, habia, sin ser visto, de hablar el secretario, que en sacando y poniendo en dicho puesto al que traía sobre sus hombros dicho gigante, se volvió á entrar para ponerse en dicha ventanilla. A la vista primera que todos tuvieron del gigante, hicieron de industria como que se alborotaban, poniendo las manos sobre las guarniciones de las espadas; mas don Quijote se levantó diciendo: Las vuestras mercedes se sosieguen; que esto no es nada, y yo solo sé qué cosa puede ser; que destas aventuras cada día sucedian en casa de los emperadores antiguos: siéntense todos, digo, y verémos lo que este gigante quiere, y conforme á ello se le dará la respuesta. Todos se asentaron; y el secretario, que era un hombre muy discreto y estaba bien enseñado de lo que habia de hacer, cuando vió toda la gente sosegada, comenzó á decir en voz alta: ¿Quién de vosotros aquí es el Caballero Desamorado? Todos callaron, y don Quijote con una voz muy reposada le respondió, diciendo: Soberbio y descomunal gigante, yo soy ese por quien preguntas. Gracias doy, dijo el secretario, hablando desde lo alto, metida la cabeza dentro lo hueco de la del gigante, á los dioses inmortales, y principalmente al gran Marte, que lo es de las batallas, pues al cabo de tan largo camino y de tantos trabajos he venido á ballar en esta ciudad lo que con tanta solicitud mil días há que ando buscando, que es el Caballero Desamorado. Sabed, príncipes y caballeros que en este vuestro real palacio os habeis juntado, que soy yo, si nunca le oistes decir, Bramidan de Tajayunque, rey de Chipre, el cual reino gané por sola mi persona, quitándosele á su legítimo señor y aplicándomele á mí, como quien mejor que él le merecia; y llegando en dicho mi reino á mis oídos las nuevas de las inauditas fazañas y extrañas aventuras del príncipe don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre el de la Triste Figura ó Desamorado; sintiendo por gran mengua mia que haya en toda la redondez de la tierra quien á mi valor y fortaleza iguale, he dejado mi reino, pasando por otros muchos extraños á pesar de los que los gobernaban, buscando, inquiriendo y preguntando, con asombro y miedo de enantos me vian, adónde ó en qué reino ó provincia estaria dicho caballero, que tanta fama tenia por todo el mundo; porque, como es verdad y no lo puedo negar, por do quiera que he pasado no se trata ni se habla otra cosa en las plazas, templos, calles, hornos, tabernas y caballerizas, hoy, sino de don Quijote de la Mancha. Yo pues, como digo, estimulado de la envidia de tantas fazañas tuyas, ¡oh gran don Quijote! he venido á buscarte solamente para dos cosas: la primera, para hacer batalla contigo, y quitarte la cabeza y llevarla á Chipre para ponerla en la puerta de mi real palacio, haciéndome con esto señor de todas las victorias que has habido con tantos gigantes y jayanes, para que acabe el mundo de entender que yo solo soy sin segundo y solo quien merece ser alabado, estimado, honrado y nombrado en todos los reinos del universo por más bravo, más valiente y de mayor fama que tú y cuantos ántes de tí fuéron y despues de tí serán. Por tanto, si te quieres excusar del trabajo de entrar conmigo en batalla, manda luego á la hora, sin excusa ninguna, darme tu cabeza para que la lleve en mi lanza, y quédate á la buena ventura. La segunda cosa á que vengo es, que tambien he oído decir como tiene don Cárlos, dueño desta

fuertealcázar, una hermana de quince años, de peregrina hermosura y gracia, la cual quiero y es mi voluntad que juntamente con tu cabeza se me dé al punto, para que me la lleve á Chipre y la tenga por mi amiga todo el tiempo que me pareciere, pues dello le resultará sobrada honra; y si no lo quisiere hacer, le desafío y reto á él y á todo el reino de Aragon junto, y á cuantos aragoneses, catalanes y valencianos hay en su corona, que salgan contra mí á pié ó á caballo; que á la puerta deste gran palacio tengo mis fortísimas y encantadas armas, las cuales tiran de un carro seis pares de robustísimos bueyes de Palestina; porque mi lanza es una antena de un navío, mi celada ignala en grandeza al chapitel del campanario del gran templo de Santa Sofía de Constantinopla, y mi escudo á una rueda de molino. Responde pues luego á todo, tú, el Desamorado Caballero; porque estoy de prisa y tengo mucho que hacer, y hago falta en mi reino. Calló en esto el gigante, y todos los que la maraña sabían disimularon cuanto pudieron, aguardando á ver lo que don Quijote respondería al gigante. El cual, levantándose de su asiento, hincó las rodillas en tierra delante de don Carlos, diciéndole: Soberano emperador Trebacio de Grecia, la vuestra majestad sea servida, pues me habeis acatado en este vuestro imperio por hijo, de me dar licencia de hablar y responder por todos á esta endiablada bestia, particularmente por vos y por todo este nobilísimo reino, para que así pueda mejor despues darle el castigo que sus blasfemias y sacrilegas palabras merecen. Don Carlos, mordiéndose los labios de risa y disimulando cuanto pudo, le echó los brazos al cuello y le levantó diciendo: Soberano príncipe de la Mancha, esta causa no solamente es mía, sino también vuestra; pero yo he cobrado tan gran temor al gigante Bramidan de Tajayunque, que el corazón se me quiere saltar del cuerpo; y así digo que, si á vos os parece, será bueno, para librarnos de la universal perdición que nos amenaza, concederle las dos cosas que nos pide; y es que vos le deis vuestra cabeza; que ya yo de mi parte estoy dispuesto, más por fuerza que por grado, de dalle también á mi bella hermana Lucrecia; y que se vaya con todos los diablos ántes que haga mayores males; y aunque este es mi voto, con todo dejo al vuestro la resolución del caso; y así, conforme á él dadle, amado príncipe, la respuesta que os pareciere, pues será la más acertada. Sancho, que había cobrado grandísimo temor al gigante, como oyó lo que don Carlos había dicho á su amo, le dijo hecho ojos: Ea, mi señor don Quijote, por los quince auxiliaadores, de quienes Miguel Agnileldo, sacristán de la Argamesilla, es muy devoto, le suplico haga lo que el señor don Carlos le dice. ¿Para qué quiere hacer batalla con este gigante? que dicen dél que parte por medio una yunque mayor que la del herrero de nuestro lugar; que por eso refieren graves autores se llama Tajayunque; y más, que, según él dice, y lo creo (porque tan gran hombre de bien no dirá una cosa por otra), trae una rueda de molino por escudo: dolo, pues esto es así, á los satanases, y despachémosle con lo que pide de una vez, y no perdamos más tiempo con él ni demos que reir al diablo. Don Quijote le dió un puntillón terrible en las nalgas, diciendo: ¡Oh villano, sandio y soez, harto de ajos desde la cuna! ¿y quién te mete á tí en lo que no te va ni te viene? Y poniéndose en medio de la sala frontero del gigante, le dijo con voz grave desta manera: Soberbio

gigante Bramidan de Tajayunque, con atención he escuchado tus arrogantes palabras, de las cuales entiendo tus locos y desvariados deseos; y ya hubieras llevado el pago dellas y dellos ántes que desta real sala salieras, si no fuera porque guardo el debido respeto al emperador y príncipes que presentes están, y porque quiero darte el castigo merecido en pública plaza delante de todo el mundo, y porque sirva de escarmiento para que otros tales como tú no se atrevan de aquí adelante á semejantes disparates y locuras: con que respondiendo ahora á tus demandas, digo que aceto la batalla que pides, señalando por puesto della, para mañana despues de comer, la ancha plaza que en esta ciudad llaman del Pilar, por estar en ella el sacro templo y dichoso santuario que es felicísimo depósito del pilar divino sobre quien la Virgen benditísima habló y consoló en vida á su sobrino y gran patron de nuestra España el apóstol Santiago. En esta plaza pues podrás salir con las armas que quisieres, seguro de que si tú tienes por escudo una rueda de molino, yo tengo una adarga de Fez que no le hace ventaja la misma rueda de la fortuna; y en cambio de la cabeza que me pides, juro y prometo de no comer pan en manteles ni holgarme con la reina (y en suma juro todos los demas juramentos que en semejantes trances suelen jurar los verdaderos caballeros andantes, cuya lista hallarás en la historia que refiere el amargo llanto que se hizo sobre el malogrado Baldoín) hasta cortarte la tuya y ponerla sobre la puerta deste gran palacio del Emperador mi señor y padre. ¡Oh dioses inmortales! dijo el secretario con voz gruesa y tremenda, ¿y cómo consentís que semejantes afrentas me diga un hombre solo, sin que le haga y convierta luego mi cólera en albondiguillas? Yo juro por el órden de secretario que recibí, de no comer pan en el suelo ni folgar con la reina de espadas, copas, bastos ni oros, ni dormir sobre la punta de mi espada, hasta tomar tan sanguinolenta venganza del príncipe don Quijote de la Mancha, que los brazos le queden colgados de los hombros, y las piernas y muslos asidos á las caderas, y la cabeza se le ande á todas partes, y la boca, á pesar de cuantos ni han nacido ni han de nacer, le ha de quedar debajo de las narices. Aturdido Sancho del tropel de tan graves amenazas y execraciones, se levantó del suelo donde estaba asentado, y poniéndose entre don Quijote y el gigante, quitándose primero la caperuza con ambas manos, le dijo con mucha cortesía: ¡Ah señor Bramidan de Parteyunques! no, por la pasión que Dios pasó, no le haga tanto mal á mi amo, que es hombre de bien y no quiere her batalla con vuesa merced, porque no está hecho á hacerla con semejantes Comeyunques: tráigale vuesa merced media docena de meloneros; que á fe que con ellos se entienda él lindísimamente; y aun con todo es menester el favor del señor san Roque, abogado de la pestilencia. El gigante, sin hacer caso de lo que Sancho decía, sacó un guante de dos pellejos de cabrito, que traía ya hecho para aquel efecto, y dijo arrojándole á don Quijote: Levanta, caballero cobarde, ese mi estrecho y pequeño guante en señal y gaje de que mañana te espero en la plaza que dijiste, despues de comer. Y con esto volvió las espaldas por la puerta que había entrado. Don Quijote alzó el guante, que era sin duda de tres palmos, y diósele á Sancho, diciendo: Toma, Sancho, guarda ese guante de Bramidan hasta mañana despues de comer; que verás

máravillas. Tomóle Sancho, y santiguándose dijo: ¡Válgate el diablo por Balandran de Tragayunque, ó como es tu gracia, y qué terribles manos que tienes! ¡Oh hi de puta, traidor, el bellaco que le esperase un bofetón! A fe, señor, que tenemos bien en qué entender con este demonio, según es de grande y despavorido; y acuérdesse lleva jurado le ha de hacer como aquellas albondiguillas que cominos esta noche. Pero vnesa merced, ántes que llegue ese tiempo, hágale á él pellas de manjar blanco; que tambien las hemos cenado, y me saben bien, y aun yo tengo dos dellas en el seno para un menester. En esto

se levantó don Carlos de la silla, mandando encender hachas para acompañar con ellas aquellos caballeros á sus casas, y por ser tarde, se despidió dellos y de don Quijote y de don Alvaro, que asiéndole de la mano, se le llevó, juntamente con Sancho Panza, á su casa, adonde el buen hidalgo pasó una de las peores noches que jamas habia pasado, pensando en la peligrosa batalla en que otro día habia de entrar con aquel desproporcionado gigante, que él imaginaba ser verdadero rey de Chipre, como él mismo habia dicho.

AQUÍ DA FIN LA QUINTA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SEXTA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO XIII.

Cómo don Quijote salió de Zaragoza para ir á la corte del rey Católico de España á hacer la batalla con el rey de Chipre.

Atormentaron tanto las trazas de la desvanecida fantasía del desamorado manchego su triste juicio y desvelado sosiego, que cuando empezaban sus ojos á tomar alguno á la madrugada, tocaron al arma de tal suerte las fantasmas de los dislates quimereados en el sentido comun, que siéndolo en todos sus miembros la alteracion que por esta causa, y la que dió con ella un sueño que tuvo de que habia entrado por traicion en aquel castillo el soberbio Bramidan para matarle con ella más á su salvo, cogiéndolo descuidado, se levantó furiosísimo en su busca, como si realmente supiera que estaba en casa, y con la vehemente aprension y cólera desto iba diciendo: Espera, traidor; que no te valdrán trazas, estratagemas, embustes ni encantamientos para librarte de mis manos. En esto se puso la celada, peto y espaldar, y tomando la adarga y lanzon, iba mirando por todas partes. Salió luego á la sala, en la cual vió claridad que salía por la puerta de un aposentillo; que por amanecer ya y estar la ventanilla dél entreabierta, entraba la primera luz de la clara aurora por ella. Entróse ciego de rabia en el dicho aposento, y quiso la desgracia que era el en que dormía el triste Sancho; y como se habia acostado cansado y tarde, habíase dormido medio cubierta la cabeza, junto á la cual se habia dejado el grande guante que le habia él mismo encomendado, y era el gaje del desafío que el rey de Chipre Tajayunque habia hecho con él la noche ántes. Antojósele á don Quijote, en viendo el guante, que era el compañero del que él habia dado en guarda á Sancho, y que el que dormía era el mismo gigante, que, de cansado de escalar el castillo por la ventana, se habia echado á reposar hasta hallar ocasion de poder ejecutar lo que pensaba, á su salvo, con muerte del mismo don Quijote. Con esta quimera, pues, le dió luego con el lanzon un terrible porrazo en las costillas,

diciendo: Así pagan los traidores y alevosos las traiciones que urden. Muere, vil Tajayunque, pues lo merece hacer quien, teniendo tales enemigos como tú en mí tienes, duermes descuidado. Despertó Sancho á las voces y golpe, medio aturrido, y apenas se sentó en la cama para levantarse y ver quién le daba tan buenos dias, cuando ya don Quijote, que habia arrojado el lanzon, le dió una grande puñada en los hocicos, diciendo: No hay que levantarte, traidor; que aquí morirás. Empezó Sancho á vocear, saltando de la cama lo mejor que pudo; y saliendo á la sala, decia: ¿Qué hace, señor? que ni yo he escalado el castillo ni soysino su escudero Sancho. No eres sino Bramidan, traidor, dijo don Quijote; que bien se echa de ver en el guante con que te he hallado, compañero del que ayer me arrojaste cuando aplazaste el desafío. Estaban los dos en camisa; porque don Quijote, con la imaginacion vehemente con que se levantó, no se puso más de celada, peto y espaldar, como queda dicho, olvidándose de las partes que por mil razones piden mayor cuidado de guardarse. Sancho tambien salió en camisa, y no tan entera como lo era su madre el día que nació: la sala estaba algo oscura; y como con esto y con la cólera no acabase don Quijote de conocer á Sancho, más porfiaba en que le habia de matar; y estaba tan terco en esto, cuanto Sancho le estaba en invocar santos en su ayuda, en vocear y pedir socorro. Alborotóse la casa á las voces de ambos, que eran tantas, que bien se podia llamar casa de locos, pues lo eran los principales que la regocijaban; y saliendo de sus aposentos en camisa algunos criados para apaciguar la cuestion y ver quién la movía, fué su salida echar leña al fuego; porque en viéndolos don Quijote á todos de una librea, antojósele que eran gigantes de nuevo venidos allí por arte de encantamiento para ayudar al encantado Bramidan; y con esta quimera empezó á jugar del lanzon por todas partes con tanto desatino, que aquí derribaba al uno, acullá descalabraba al otro, y todo tan á su salvo,

por haber salido sin ningunas armas, que era un juicio oír los gritos y maldiciones de los heridos; y lo peor fué que para asegurarse de ellos cerró tras sí el aposento de Sancho, y se puso con un lanzon en la puerta de los criados, diciendo: Veamos si todos juntos ¡oh viles malandrines! me ganaréis la famosa puente deste inexpugnable baluarte. Levantaba Sancho las voces al cielo, llamando á don Alvaro, el cual, sospechando todo lo que podía ser, abriendo las ventanas de su aposento y tomando la espada en la mano, vestido de una ropa larga de damasco, salió con chinelas á la sala; y pasmado de las figuras que vió, y del miedo y llanto de tres ó cuatro pajes suyos, y de ver que don Quijote estaba echando bravatas con el guante en la mano, se puso para apaciguar aquella tragedia al lado de Sancho, diciendo: Ea, señor don Quijote, mueran los bellacos; que aquí estamos Sancho y yo prestos para dar la vida en servicio de vuesa merced y en defensa de su honra y en venganza de sus agravios; pero para que lo podamos hacer todo como deseamos, refiéranos vuesa merced luego los que ha recibido y de qué gente; que por vida de cuanto puedo jurar, juro de tomar venganza ejemplar de sus contrarios al punto. ¿Quiénes han de ser los míos, dijo don Quijote, sino los descomunales jayanes, insolentes gigantes, que tienen por oficio ir por el mundo haciendo tuertos, forjando desaguisados, agravando princesas, ofendiendo dueñas de honor, y finalmente trazando otras traiciones iguales á la que contra mi persona y valor habia trazado esta noche el insolente Bramidan de Tajayunque, que por arte de encantamiento, acompañado desos malandrines que vuesa merced ahí ve, habia escalado este fuerte castillo para darme muerte á traicion, medroso de la que tenia por cierto le daría yo esta tarde en la plaza del Pilar si conmigo salía en la aplazada batalla? Pero no se le han logrado sus intentos; que por secreto aviso del sabio Lirgando, en cuyo castillo estuve en Ateca, y por cuyas manos recibí la salud y fuerzas que las del furioso Orlando con mil desaforadas heridas me habian quitado, he sabido que habia escalado esta fortaleza para cogerme á su salvo y descuidado; pero estándolo él, mi buena diligencia le ha cogido con el hurto en las manos y con este guante, adorno de las mías y compañero del que tiene Sancho; y por ello las mías se han dado la debida priesa y diligencia en acabar con él; y hiciéralo presto si vuesa merced no saliera á enfrenar mi furia en compañía de Sancho; pero debo al no por mercedes recibidas, y al otro por fidelísimos servicios, toda buena correspondencia y paga. ¡A fe que me la dió, dijo Sancho, bonísima! Tal se la dé Dios á vuesa merced y á sus huesos. ¿Qué le deben los míos, señor, para molérmelos á palos al amanecer? que ni yo soy Bramidan ni Parteyunques; bramidos sí que los dan todos mis miembros al cielo, cansados de verse molidos, ya en castillos, ya por caminos y ya en melonares. Esa es mi queja, dijo don Quijote, hijo Sancho: ¿que es posible que á ti te ha ahora aporreado el desaforado Bramidan? Oh perro, vil, suez y de ruin ralea, que en mi fidelísimo escudero has puesto las manos! Por todos los doce signos del zodiaco te juro que me lo has de pagar al momento. Iba en esto á segundar los palos en los pajes con una furia infernal; pero bajándose por la escalera ellos, y deteniéndole don Alvaro á él, hubo de dar los golpes en vacío; y así, con esto y con la impaciencia de Sancho, que se daba á treinta mil dia-

blos de ver que su amo, despues de haberle muy bien aporreado, echaba la culpa á Bramidan, vino á decir á don Alvaro con mucha humildad don Quijote: En trance tan preciso, negocio tan arduo, peligro tan grave y suceso tan extraño, déme vuesa merced el consejo que le pareciere será bien siga; que no saldré dél un punto. Más de espacio, dijo don Alvaro, se ha de hacer la consulta de tan inaudito caso; y así, hasta el debido tiempo, y hasta saber con resolucion deste mal gigante, y la que ha tomado acerca de si saldrá ó no á la plaza, me parece debe vuesa merced recogerse en su aposento, sin mostrarse en público, para más asegurarle; que en lo demas yo haré los oficios que debo en buscarle y espiarle, y lo mismo hará Sancho por su parte; que harto por contento se debe vuesa merced tener por ahora de haberle ahuyentado y obligado á que se deje en su poder ese guante, que será perpetuo testigo así de su cobardía como del valor dese brazo. Parecióle bien á don Quijote el consejo; y sin más replicar se entró en su aposento, adonde volviéndose á desarmar, se acostó muy satisfecho de la vitoria alcanzada. Cerróle la puerta don Alvaro para más asegurarle; y estándole de que no podía salir, llamó á los pajes, que estaban no poco desatinados de la pesada burla; y consolándolos lo mejor que pudo, con representacion de que no habia que hacer caso ni que quejarse de cosas de un loco, sino guardarse dél y dellas, les mandó se vistiesen para acompañarle fuera de casa los que estaban ménos descalabrados para poderlo hacer. Entróse, hecho esto, en un aposento á vestirse, y mandó á Sancho trujese en él su ropa, de aquel en que habia dormido, porque queria le hiciese compañía y le entretuviese en él mientras se vestía, pues podría hacer él allí lo propio; pero estaba Sancho tan medroso, que le dijo: Vuesa merced perdone; que por las encías, barbas y huesos de mi rucio le juro de no entrar más en ese aposento ni tomar la ropa que tengo en él en todos los dias de mi vida, aunque sepa andarme en cueros; que más valia nuestro padre Adán, y lo andaba. ¿Cuerpo de mi sayo! Habiéndome sucedido dentro lo que me ha sucedido, ¿quiere vuesa merced que en entrando vuelva otra vez mi amo hecho un Roldán, y me acabe de moler por el lado derecho, como ha hecho por el izquierdo, para igualar la sangre, pensando que otra vez ha vuelto á revestirse en mi Parteyunques? Bonita ha sido la burla: yo se la daré á vuesa merced de cuatro la una, que se ponga en mi lugar en mi cama, y sufra de mi amo lo que yo he sufrido: harto hago en no salirme luego de casa y dejarle; pero no quiero perder lo que tengo ganado por mi buena lanza (ó por la mala de mi amo, que mala se la dé Dios), que es el gobierno de la primera península que conquistará, que tantos dias há me ha ofrecido. Rióse don Alvaro infinito de su simplicidad y miedo; y entrando él mismo en el aposento, le arrojó afuera la ropa, la cual tomándola Sancho bajo el sobaco, se entró con don Alvaro en su aposento, siguiéndole y vistiéndose dentro con la misma sorna que lo iba haciendo don Alvaro; pero iba diciendo tantas simplicidades todo el dicho tiempo, que aunque duró más de hora y media el detenerse ambos dentro, se le hizo un instante á don Alvaro. Apénas se habia acabado de vestir y salir del aposento para tratar de hacerlo de casa, con fin de ir á la de don Cárlos á darle cuenta de la sucedida aventura y á reir della con él, tomando ocasion para nuevos entretenimientos del desvanecimiento de

don Quijote, en materia de tener ojeriza con Bramidan, cuando vió subir por la escalera de su casa al secretario de don Carlos, autor de la burla primera, que venía de parte de su amo, bien ajeno desta, á tratar con él de una ida que á la corte se le ofrecia de repente, para concluir el casamiento de su hermana con un titular de la Cámara, dando suyo, por cartas que para emprenderla acababa de recibir con un proprio. Holgóse don Alvaro con la nueva por ser de tanto gusto para su amigo, y tambien porque se le ofrecia la mejor compañía que podía desear para su vuelta hasta la corte, que pensaba hacer luego; y despues de haber hablado en este negocio y de cosas concernientes á él, le dijo: El mayor inconveniente que hallo para efectuar mi partida, es el no saber cómo desembarazarme de don Quijote; porque es imposible yendo con él ir con la diligencia necesaria, pues á cada paso se le ofrecerán aventuras y historias que habrán menester muchos dias para reírlas y apaciguarlas, como la que ahora se le acaba de ofrecer, la más donosa del mundo, con que me hadado tanto que reirá mí como á otros que llorar:—y contándosela muy por extenso, se hizo cruces el secretario del disparate, y eso mismo le dió pié para decirle: Antes es de importancia que demos orden, si á vuesa merced le parece, que pieza tan singular y que es tan de rey, entre por nuestra industria en la corte para regocijarla; y eso habemos de procurar todos. No holgaria yo poco, dijo don Alvaro, de que él allá llegase, como fuese yendo por diferente camino, y no con nosotros, sino de suerte que hiciese el viaje á su modo con Sancho, de manera que cuando llegásemos allí, ó dentro de breves dias, topásemos con él para darle á conocer. Traza se me ofrece á mí luego, dijo el secretario, para hacer seliaga todo muy á nuestro gusto, y más ahora que él está con la quimera de que Bramidan se le ha escapado de miedo por los piés; y para efectuarla, déjeme vuesa merced disfrazar y poner en traje de negro; que con él entraré delante de todos los de casa á darle un recado, como criado del mismo Bramidan, desafiándole con él de su parte, para que dentro de enarenta dias, so pena de cobarde, se presente en la corte á ejecutar en ella la batalla y desafío aplazado, atento que no tiene para él por seguro este lugar, donde tiene tantos amigos, padrinos y aficionados. Pareció tan aguda la invencion á don Alvaro, que alabando por ella al secretario, le rogó se entrase luego en su aposento para hacer el disfraz de la suerte que mejor le pareciese. Hízolo así en un instante, porque halló muy á mano en él cuanto podía desear para el efecto. Disfrazado pues y salido á la sala, llamó don Alvaro á todos sus criados, con uno de los cuales envió á sacar de la cocina tambien á Sancho, que ya estaba en ella dando buenos dias á sus tripas con lo que le habia ofrecido el cocinero cojo, compadecido en parte de la lástima con que le habia contado los palos que su amo le habia dado porque por ilusion del demonio le habia topado en su cama en figura de Bramidan; y subido él y puesto al lado dellos, que no sabiendo el misterio, estaban pasmados de ver aquel hombre vestido con una ropa de terciopelo negro, y debajo della una calza de color de obra, con bonete muy aderezado de camafeos y plumas, cargado el cuello de cadenas y joyas, con dorados tiros y espada, grande cuello, y el rostro tiznado todo, y lo mesmo las manos, llenas sus dedos de sortijas y anillos, y estaba en fin tal, que pare-

cia un rey negro de los que pintan en los retablos de la Adoracion, dijo don Alvaro: Ahora que hay testigos, y tan abonados, podréis, noble mensajero, decir quién sois y lo que quereis. Al invicto príncipe manchego don Quijote, replicó el secretario, busco, á quien traigo una importante embajada, y sé que posa en este gran palacio. Si posa, añadió don Alvaro, y en este cuarto le podréis hablar. Y abriendo luego la puerta del aposento de don Quijote, le entró en él con todos los denias, diciendo: Aquí tiene vuesa merced, señor don Quijote, un embajador de no sé qué príncipe:—y dicho esto, levantó don Quijote la cabeza, y visto el negro, le preguntó qué embajada tenia y de parte de quién, diciendo todo esto con voz desentonada. El secretario respondió: ¿Eres tú por ventura el Caballero Desamorado? Ese soy yo, replicó don Quijote: ¿qué es lo que quieres? Caballero Desamorado, dijo luego con grande boato el secretario, Bramidan de Tajayunque, rey potentísimo de Chipre y señor mío, me envía á tí, príncipe, para que te haga saber como se le ha ofrecido cierta aventura de ayer acá en la corte del rey de España, á la cual no puede dejar de acudir luego; y en parte huelga dello, por sacarte para el desafío en la plaza mayor de Europa, y donde tengas ménos padrinos que tendrías en la desta ciudad: para aquella pues te desafia y reta, con plazo de que hayas de comparecer en ella armado de todas armas dentro de cuarenta dias; que allí quiere probar si todas las cosas que el mundo publica y dice de tí son verdaderas, pues confirmará tu opinion el ánimo que mostrares en no faltar á tan precisa obligacion y justo reto: donde no, irá por todos los reinos y provincias del orbe publicando tu cobardía y la poca opinion que mereces por eso: ocasion se te ofrece de aumentarla, lo que no creo que hagas, peleando con un príncipe de las fuerzas que tiene mi rey, y en puesto en que, saliendo con vitoria, serán la nobleza de España testigos de cómo quedas por legítimo rey y señor por la fuerza de tu invencible espada, del ilustre y ameno reino de Chipre, en el cual podrás hacer gobernador de Famagusta ó Belgrado, que son las dos principales ciudades suyas, á un fiel escudero que me dicen tienes, llamado Sancho Panza, proprio por su buen natural y escuderial vigilancia, para regirlas, pues en ellas se crián los fértiles árboles que producen las sabrosas albondiguillas y dulces pellas de manjar blanco. Sancho, que habia estado escuchando al mensajero, haciéndosele la boca agua de oír nombrar albondiguillas y manjar blanco, le dijo: Dígame, señor negro (¡asi tales pascuas le dé Dios como él tiene la cara!), esas dos benditas ciudades de Buen grado y Fambre ajusta ¿están pasado más allá de Sevilla y Barcelona, ó desta otra parte hácia Roma y Constantinopla? que daria un ojo de la cara porque nos partiésemos luego para ellas. ¿Por ventura, dijo el secretario, sois vos el escudero del Caballero Desamorado? El entónces, poniéndose muy derecho, haciendo piernas y aderezándose los bigotes, le dijo con voz arrogante, sonándose ya por gobernador de Chipre: Soberbio y descomunal escudero, yo soy ese por quien preguntas, como se echa de ver en mi filosofocia. Aquí se le agotó á don Alvaro todo el sufrimiento de disimulacion que habia tenido, y hubo de volver el rostro diciendo: ¡Oh mi don Carlos, y qué paso te pierdes! Disimuló cuanto pudo con todo eso la risa, y prosiguió el secretario diciendo: Respóndeme

con brevedad, Caballero Desamorado, porque tengo de alcanzar al gigante mi señor, que va ya camino de Madrid con mucha prisa. Tal se la han dado mis manos, dijo don Quijote, para no ir por la posta; pero decidle que vaya seguro de que acudiré dentro del aplazado tiempo; que las mismas manos y brios me terné allí que he tenido aquí esta madrugada; pero bien hace de dilatar la batalla cuarenta días, para tener siquiera esos de vida quien la ha tenido tan jugada poco há. Id con esto en paz, y agradeced sois mensajero, y por serlo teneis salvoconducto, según buenas leyes, en todas las naciones, por más contrarias que sean; que si no, sobre mí que pagarades la traición de vuestro amo y el mal tratamiento que ha hecho á mi fiel escudero cogiéndole durmiendo. El secretario se despidió medio riendo, y á la que llegaba á la puerta del aposento, le llamó Sancho, diciendo: ¡Ah señor negro! por los palos que dice mi amo que el suyo me dió, lo cual no creo, que me diga si el gobernador de esas ciudades, que tengo de ser yo, es señor disoluto de todas esas alhondiguillas que dice. Sí, hermano, respondió el secretario. Pues andad con Dios, dijo Sancho; que presto irémos allá mi señor y yo con Mari-Gutierrez, que es mi mujer, como saben Dios y todo el mundo. Bien podeis, dijo el secretario; que también ha de gobernar con el que rige la tierra, la mujer suya á las mujeres de Chipre. Par diez, dijo Sancho, mi mujer no sabrá gobernar más que mi rucio; y más, que si yo me empiezo á entretener entre aquellas alhondiguillas, no se me acordará más de la gobernaduría, que si no naciera para ello. Fué el secretario, y volviéndose al aposento de don Alvaro, se desnudó y lavó, y volvió á vestir sus vestidos sin que los criados lo echasen de ver; porque de industria su amo los habia entretenido con Sancho y don Quijote, hablando de la embajada y haciendo mil disparatados discursos y trazas sobre ella, hasta que le pareció habria tenido tiempo el secretario de hacer lo que habemos dicho lizo, y de volverse á su casa á dar cuenta de todo á don Carlos, como realmente lo habia ya hecho. Desde este día siempre daba Sancho prisa á su amo que fuesen á Chipre, y cada mañana se levantaba con esta oración, hasta que le dijo don Quijote que no podia ir allá sin matar primero en pública batalla, en la plaza de Madrid, al gran Tajayunque, rey de aquel reino. Don Alvaro se fué á ver con don Carlos, y á tratar así de la partida como de los dislates de don Quijote, y de la determinación con que quedaba por la embajada del negro, escudero de Tajayunque; y concertados de que se partirían ambos con los demás caballeros granadinos amigos suyos dentro de dos días, se volvió á casa á dar calor á la partida de don Quijote, para desembarazarse dél. Llegó de vuelta á casa y habló en ella á don Quijote, y aprestaron su viaje con tanta diligencia, que poca necesidad tuvo de valerse de la suya don Alvaro para despedirle; porque en viéndole, le dijo don Quijote: No permite mi reputación, señor don Alvaro, que me detenga más de un día en esta ciudad; sino que me es torzoso salir luego della, y ir á los alcances de mi soberbio contrario: vuesa merced me tenga por excusado, si con tan pocos cumplimientos agradezco las mercedes recibidas; pero viva seguro de que por ellas tendrá en mí un alquitrán de sus eneas, un rayo de sus émulos, y mil Hércules, Héctores y Aquiles en este brazo invencible, para castigar las inju-

rias que solo con el pensamiento le hicieren los que mal le procuraren, aunque sean los mismos gigantes que fundaron la torre de Babilonia, si de nuevo volbiesen á resucitar solo para ello. Y volviéndose á Sancho, le dijo: Ea, Sancho, ensilla presto á Rocinante, pues te va tanto á tí en la brevedad del negocio como á mí, por la feliz gobernación que esperas. Si espero, dijo Sancho; pero también nos espera abajo una muy buena comida, y no es razón perderla, ni hacer agravio de no comerla al cocinero cojo, mi grande amigo, que por mi respeto me dijo denantes la ha aderezado con la mayor elegancia y policía que pueden imaginar cuantas imágenes hay en las boticas y tiendas de todos los pintores del nuevo mundo; y á fe que por ello le he ya ofrecido llevar á Chipre, y helle allá rey de los cocineros y adelantado de las cazuelas, pues es más sabio en cosas de platos, que lo fué Platon ó Pluton, ó cómo diablitos le llaman los boticarios. Alabó mucho don Alvaro el parecer de Sancho, y así, mandó poner las mesas por su voto; que si aguardaran el de don Quijote en esta parte, jamás se tratara de comer. Hicieronlo todos juntos con gusto luego, dándoles una muy buena comida el cocinero, que estaba prevenido de que lo hiciese, porque aguardaba don Alvaro nuevos convidados y de consideración, si bien después se le quedó con ellos don Carlos cuando fué á visitarle, porque ya los halló con él tratando de su partida, cuya nueva se iba publicando. Acabado de comer, ensilló Sancho á Rocinante y armó á su amo, el cual subiendo con lanza y adarga luego á caballo, se salió de casa con una presteza increíble, despedido de don Alvaro con esperanzas de verle en la corte, adonde le habia ofrecido acudir para apadrinarle sin falta en el desafío. Enalbardó también Sancho á su jumento, y echando en sus alforjas, por mandado de don Alvaro, los relieves de pan y carne que de la mesa habian sobrado, que no eran pocos, envueltos en una toalla, se despidió con mil alheluyas, disparates y promesas de su gobernación de Chipre, de amo y criados, y tras esto cargó al rucio de las alforjas y maleta y de sus repolludos cuartos, arreándole á prisa para ir, como él decia, en busca de su señor don Quijote y en alcance del soberbio Bramidan.

CAPITULO XIV.

De la repentina pendencia que tuvo Sancho Panza con un soldado que, de vuelta de Flándes, iba destrozado á Castilla en compañía de un pobre ermitaño.

No pudo Sancho alcanzar á su amo, por mucha diligencia que se dió para hacello, hasta á la salida de la ciudad, donde le halló parado frontero á la Aljafería, que, de corrido de la grito de los muchachos que llevaba tras sí, no se atrevió irle aguardando; pero hizoelo en dicho puesto, seguro de ellos, con la compañía de un pobre soldado y venerable ermitaño, que iban á Castilla y Dios le deparó, con quienes le halló hablando. Iban ambos á pie, y empezaron á caminar viendo lo hacia don Quijote luego que llegó Sancho, el cual se maravilló de verle platicar con mucha atención con el soldado, preguntándole de dónde venia, coligiéndolo de que oyó decir al soldado venia de servir á su majestad en los estados de Flándes, donde le habia sucedido cierta desgracia, la cual le forzó á salir del campo sin licencia, y que en los confines de los estados y del reino de Francia le habian desbaliado ciertos fragutes, y quitado los pa-

peles y dineros que traia. ¿Cuántos eran ellos? dijo don Quijote. Cuatro, respondió él, y con bocas de fuego. Salíó Sánchez, oyendo la respuesta, diciendo: ¡Oh hi de puta, traidores! ¿y bocas de fuego traian? Yo apostaré que eran fantasmas del otro mundo, si ya no eran ánimas del purgatorio, pues que decís que echaban fuego por las bocas. Volvió el soldado á mirar á Sancho, y como le vió con las barbas espesas, cara de bobo, y rellano en su jumento, pensando que era algun labrador zafio de las aldeas vecinas, y no criado de don Quijote, le dijo: ¿Quién le mete al muy villano en echar su cucharada donde no le va ni le viene? Yo le voto á tal que le dé, si meto mano, más espaldarazos que cerdas de puerco espin tiene en la barba; que no debe de saber tengo yo más villanos como él apaleados, que he bebido tragos de agua desde que nací. Sancho, que oyó lo que el soldado habia dicho, dando muchos palos á su asno, arremetió para él con intento de atropellarle, diciendo: Vos sois el puerco espin y medio celemin, y el tragador de puercos espines y medios celemines. El soldado, que no sabía de burlas, metió mano, y sin que el ermitaño ni don Quijote lo pudiesen estorbar, le dió media docena de espaldarazos, y asíéndole de un pié, le echó del asno abajo; y prosiguiera en darle de coces si don Quijote no se pusiera en medio; el cual, dando con el cuento del lanzon al soldado en los pechos, le dijo: Tenéos, mucho enhoramala para vos, y tened respeto si quiera á que estoy yo presente, y que este mozo es mi criado. El soldado, reportándose, dijo: Perdone vuesa merced, señor caballero; que no entendí que este labrador era cosa suya. Ya se habia Sancho levantado en esto, y con un gentil guijarro que habia cogido del suelo comenzó á decir á grandes voces: ¡Quítese, mi señor don Quijote, de delante y apártese, dejándome solo con él; que yo le haré, de la primer pedrada, que se acuerde de la grandísima puta que le parió. El ermitaño se asió dél, y no podia detenerle, segun estaba de cólico. Mas ya que reportó su furia un poco, dijo: ¡Cuerpo de mi sayo, señor don Quijote! ¿yo le he dejado á vuesa merced en sus aventuras, sin hacerle ningun estorbo? Pues ¿por qué, siendo así, no me deja á mí tambien con las que Dios me depara? ¿Cómo quiere que aprenda yo á vencer los gigantes? Y aunque este pícaro no lo es, bien sabe vuesa merced que en la barba del ruin se enseña el barbero. El ermitaño dijo: Hermano, no haya más, por caridad; soltad la piedra. Sancho respondió que no queria si primero aquel jayán no se daba por vencido. Llegó al soldado el ermitaño, diciendo: Señor soldado, este labrador es medio tonto, como ha podido colegir de sus razones: no haya más, por amor de Dios. Digo, señor, dijo el soldado, que yo quiero ser su amigo, por mandarlo su reverencia y este señor caballero. Llegáronse todos á Sancho, y dijo el ermitaño: Ya este soldado se da por vencido, como vuesa merced quiere; solo falta sean amigos, y que le dé la mano. Quiero pues ántes, y es mi voluntad, respondió Sancho, ¡oh soberbio y descomunal gigante, ó soldado, ó lo que diablos fueres! ya que te me has dado por vencido, que vayas á mi lugar y te presentes delante de mi noble mujer y hermosa señora, Mari-Gutierrez, gobernadora que ha de ser de Chipre y de todas sus allhondiguillas, á quien ya sin duda debes de conocer por su fama; y puesto de rodillas delante della, le digas de mi parte cómo yo te vencí en ba-

talla campal; y si tienes por ahí á mano ó en la faltriquera alguna gruesa cadena de hierro, pónstela al cuello para que parezcas á Ginesillo de Pasamonte y á los demás galeotes que envió mi señor Desamorado, cuando Dios quiso que fuese el de la Triste Figura, á Dulcinea del Toboso, llamada por su propio nombre Aldonza Lorenzo, hija de Aldonza Nogales y de Lorenzo Corchuelo:—y volviése, dicho esto, á don Quijote, diciendo: ¿Qué le parece, señor don Quijote, á vuesa merced? ¿Hanse de her desta manera las aventuras? ¿Parécele que les voy dando en el hito? Paréceme, Sancho, dijo don Quijote, que el que se llega á los buenos ha de ser uno dellos, y quien anda entre leones á bramar se enseña. Eso sí, dijo Sancho; pero no á rebuznar quien va entre asnos; que de otra suerte, dias há que podría ser yo maese de capilla de semejantes monacillos, segun há tiempo que ando con ellos; pero hé aquí la mano con el diablo: tómelas con mucha alegría y vanagloria, señor soldado, y seamos amigos *usque ad mortuorum*; y en lo de la ida al Toboso á verse con mi mujer, yo le doy licencia para que lo deje por ahora. Y abrazándole, sacó de las alforjas un pedazo de carnero fiambre de los relieves que traía en ellas, y se le dió; y el soldado, con un zoquete de pan que tenia guardado en la faltriquera, refociló su debilitado estómago. Subió luego Sancho en su rucio, y comenzaron á caminar todos poco á poco; y don Quijote dijo á Sancho: Reflexion he estado haciendo, hijo Sancho, de lo que acabo de ver has hecho agora; y dello colijo que con pocas aventuras destas te podrás graduar meritísimamente de caballero andante. ¡Oh cuerpo de Aristóles! dijo Sancho, júrole por el órden de escudero andante que recibí el día que mantearon mis güesos á vista de todo el cielo y de la honestísima Maritórnes, que si vuesa merced me diese cada dia dos ó tres docenas de liciones en ayunas, que está el ingenio más quillotrado, de lo que tengo de her, que me obligase dentro de veinte años á salir tan buen caballero andante como le haya de Zocodover al Alcañ de la imperial ciudad de Toledo. El soldado y ermitaño comenzaron á ir conociendo el humor de los compañeros con quien iban. Pero al fin don Quijote los convidó á cenar aquella noche y otras dos que anduvieron juntos y poco á poco, hasta tanto que cerca de Ateca les dijo á boca de noche: Señores, yo y Sancho, mi fiel escudero, tenemos de ir forzosamente esta noche á alojar en casa de un amigo clérigo: vneas mercedes se vengan con nosotros; que él es hombre de tan buenas entrañas y tan cumplido, que á todos nos hará merced de recibir y dar posada. Como iban los dos tan flacos de bolsa, acetaron fácilmente el envite; y así se fuéron juntos para el lugar; y don Quijote preguntó, ántes de llegar, á él al ermitaño cómo se llamaba; el cual le respondió que su nombre era fray Estéban, y que era natural de la ciudad de Cuenca, y por habérsele ofrecido cierto negocio, habia ido forzosamente á Roma; que ya se volvía á su tierra, donde sería bien recibido, y podría ser ocasion en que le pagase en ella la merced que le hacia en este camino. El soldado le dijo luego, preguntado tambien de su nombre, que se llamaba Antonio de Bracamonte, natural de la ciudad de Avila y de gente ilustre della. Tras lo cual llegaron juntos al lugar, y fuéronse derechamente en casa de mosen Valentin; y llegando á su puerta, se apeó Sancho de su asno, y entrando en el zaguan, comenzó á

dar voces, diciendo : ¡ Ah señor mosen como se llama ! aquí están sus antiguos huéspedes , que vuelven á herle toda merced y honra , como se lo rogó hiciesen cuando íbamos á las justas reales de Zaragoza . Salió la ama á las voces con un candil en la mano , y como conoció á Sancho , entró corriendo á su amo , diciéndole : Salga , señor ; que aquí está nuestro amigo Sancho Panza . Salió el clérigo con una vela en la mano ; y como vió á don Quijote y á Sancho , que ya estaban apeados , dióla á la ama , y fué para don Quijote , y abrazándole , le dijo : Bien sea venido el espejo de la caballería andantesca con el bueno y fiel escudero suyo Sancho Panza . Don Quijote le abrazó también , diciendo : A mí me pareció , señor licenciado , que fuera cometer un grave delito , si pasando por este lugar , no viniera á posar y recibir merced en su casa con estos reverendo y señor soldado , que conmigo vienen haciéndome bonísima compañía . A lo cual respondió mosen Valentin , diciendo : Aunque yo no conozca á estos señores sino para servirles , basta venir con vuesa merced para que les haga el servicio que pudiere . Y volviéndose á Sancho , le dijo : Pues , Sancho , ¿ cómo va ? Bien á su servicio , respondió Sancho . Pero la mula castaña de su merced ¿ está buena ? que me dijeron personas de mucho crédito en Zaragoza , que había estado malísima de ciática y pasacólica , de una gran cólera que había tomado con el macho del médico , y que á causa deso no podía atravesar bocado de pan . Mosen Valentin se rió mucho y le respondió : Ya le pasó esa indisposicion y enojo , y está ahora bonísima y á vuestro servicio , besándolos las manos por el cuidado . Y tras esto dijo á los huéspedes : Entren todos vuestras mercedes en mi aposento , y aderezarse ha , miéntas reposan en él , de cenar . Entraron todos ; y el buen mosen Valentin hizo aderezar una muy buena cena , regalando á don Quijote y á los huéspedes con mucho amor y voluntad . Servia Sancho á la mesa , sin desembarazar jamas el pajar , porque siempre traía la boca llena ; al cual dijo mosen Valentin : ¿ Qué es de aquella joya , hermano Sancho , que me prometistes traer de las justas de Zaragoza ? Así cumplen su palabra los hombres de bien ! Se lo prometió á vuesa merced , dijo Sancho , que si hubiéramos muerto aquel gigantazo del rey de Chipre , Bramidan , que yo se la hubiera traído tal y tan buena como la hayan tenido gigantes en este mundo ; pero yo creo que ántes de muchos dias llegaremos á Chipre , que ya no puede estar muy lejos ; y en matándole , déjeme á mí el cargo . ¿ Qué gigante es ese , preguntó mosen Valentin , ó qué Chipre ? Es por desgracia como la aventura del morisco melonero , que los dias pasados llamábase Vellido de Olfos . Y tomando la mano don Quijote para responderle , contó punto por punto lo que en Zaragoza les había sucedido con el gigante en casa de don Carlos , juez de la sortija en que él ganó en pública plaza unas agujetas del enero del ave fénix , y lo que despues á la madrugada le había sucedido con el mismo gigante Bramidan en la posada de su amigo don Alvaro Tarfe , la cual había escalado por encantamiento para matarlos á todos dentro della á traicion , y excusar así el haber de salir al desafío que con él tenía aplazado para la tarde del mismo dia en la plaza del Pilar , de donde temia había de salir vencido (1) ; pero saliólo , si no de la plaza

dicha , á lo ménos de la posada de don Alvaro , en la cual le di mil lanzadas y palos . A mis costillas las dió ; cuerpo non de mis zaragüelles ! dijo Sancho , y muy buenos . Ese fué , Sancho , el gigante , replicó don Quijote , que no pudiéndose volver al asno , se volvió á la albarda . Es verdad que al asno no pudo llegar , porque estaba en la caballeriza , añadió Sancho ; pero ¡ pluguiera á Dios hubiera yo tenido encima la albarda cuando me dió los palos el gigante , vuesa merced , ó la puta que los parió á ambos , como la tuve cuando venimos desde el melonar , bien aporreados , hasta esta misma casa santa y sacerdotal , huérfanos , yo de mi rucio , y vuesa merced de Rocinante ! Celebraron todos las verdaderas simplicidades de Sancho ; y mosen Valentin , como ya conocia el humor de don Quijote , cayó en cuanto podia ser , y dijo al ermitaño y soldado : Que me maten si algunos caballeros de buen gusto no han hecho alguna invencion de gigante para reir con don Quijote . Oyólo Sancho , que estaba tras su silla , y dijo : No , señor , no crea tal ; que yo mesmo le vi , por estos ojos que saqué del vientre de mi madre , entrar por la sala de don Carlos ; y más , que le traen las armas cinco ó seis docenas de bueyes en carros , y la adarga es una grandísima rueda de molino , segun él mismo dijo ; y es imposible mienta un tan gran personaje , de quien se lee en las mapamundis se come cada dia seis ó siete hanegas de cebada . Acabaron de conocer en esto el soldado y ermitaño que don Quijote era falso de juicio , y Sancho simple de su naturaleza ; y viéndolos mosen Valentin mirar con mucha atencion á don Quijote , dijo al soldado le hiciese merced de decirle su patria y nombre , todo á fin de divertir las locuras y quimeras que temia de don Quijote , si continuaban en darle pié . El soldado , que tenia tanto de discreto y noble , cuanto de plática militar , conoció luego el blanco á que tiraba con la pregunta su cortés huésped , y así dijo : Yo soy , señor mio , de la ciudad de Avila , conocida y famosa en España por los graves sugetos con que la ha honrado y honra en letras , virtud , nobleza y armas , pues en todo ha tenido ilustres hijos . Vengo ahora de Flándes , adonde me llevaron los honrados deseos que de mis padres heredé , con fin de no degenerar dellos , sino aumentar por mí lo que de valor y inclinacion á la guerra me comunicaron con la primera leche ; y aunque vuesa merced me ve desta manera roto , soy de los Bracamontes , linaje tan conocido en Avila , que no hay alguno en ella que ignore haber emparentado con los mejores que la ilustran . ¿ Hallóse , dijo mosen Valentin , vuesa merced acaso en Flándes cuando el sitio de Ostende ? Desde el dia en que se comenzó , dijo el soldado , hasta el en que se entregó el fuerte , me hallé , señor , allí ; y aun tengo más de dos balazos , que podria mostrar , en los muslos , y este hombro medio tostado de una bomba de fuego que arrojó el enemigo sobre cuatro ó seis animosos soldados españoles que intentábamos dar el primer asalto al muro , y no fué poca ventura no acabarnos . Mandó , acabada la cena , mosen Valentin alzar la mesa ; y tras esto , él y don Quijote , que comenzó á gustar de la miel de la batalla y asalto , cosas todas muy conformes á su humor , rogaron al soldado les contase algo de aquel tan porfiado sitio ; el cual lo hizo así con mucha gracia ; porque la tenia en el hablar , así latin como romance . Mandó ántes de empezar tender sobre la mesa un ferreruero negro , y que le trajesen un peda-

(1) Don Quijote pasa á hablar en primera persona , sin que se exprese en la narracion .

cito de yeso; y traído, les dibujó con él sobre la capa el sitio del fuerte de Ostende, distinguiendo con harta propiedad los puestos de sus torreones, plataformas, estradas encubiertas, diques y todo lo demas que le fortificaba, de suerte que fué el verlo de mucho gusto para mosen Valentin, que era curioso: díjoles tras esto de memoria los nombres de los generales, maestros de campo y capitanes que sobre el sitio se hallaron, y el número y calidad de las personas que, así de parte del enemigo como de la nuestra, allí murieron, que por no hacer á nuestro propósito, no se dicen aquí: solo referirémos lo que de Sancho Panza cuenta la historia en esta parte, y es que, como hubiese escuchado con mucha atencion lo que el soldado decia de Ostende, y como era tan fuerte, y que nos habia muerto tantos maestros de campo y un número infinito de soldados, y que costó el ganarle tanto derramamiento de sangre, salió tan á despropósito como solia, diciendo: ¡Cuerpo de quien me hizo! ¿Y es imposible que no hubiese en todo Flándes algun caballero andante que á ese bellaconazo de Ostende le diera una lanzada por los ijares y le pasara de parte á parte, para que otra vez no se atreviera á hacer tan grande carnicería de los nuestros? Dieron todos una gran risada, y don Quijote le dijo: ¿Pues no ves, animalazo, que Ostende es una gran ciudad de Flándes puesta á la marina? Hablara yo para mañana, dijo Sancho: par diez, que pensé que era otro gigantazo como el rey de Chipre que vamos á buscar á la corte, donde le toparémos, si ya no es que de miedo nos huya por arte de encantamiento; que ya todas nuestras cosas há días que van tan encantadas, que temo que no se nos encante alguna vez el pan en las manos, la bebida en los labios, y todas las bascosidades, cada una en el baul en que la depositó naturaleza. Mosen Valentin, interrumpiendo la plática, se levantó de la mesa, por parecerle se hacia tarde, y que si se daba lugar á las preguntas y respuestas de amo y escudero, habria para mil noches; y así les dijo: Señores, vuestras mercedes vienen cansados, y paréceme será hora de reposar: el señor don Quijote ya de la otra vez sabe el aposento en que lo ha de hacer; este señor y el reverendo, pues son compañeros de camino, no se les hará mal de serlo esta noche de cama, pues la falta dellas me obliga á suplicárselo; Sancho con esta candela vaya y desarme á su amo, y despues súbase á su camaranchon; y finalmente vámonos todos á dormir. Fuése Sancho alumbrando á su amo, y el soldado y ermitaño signieron á mosen Valentin, que asiéndoles por la mano, les paseó un breve rato por la sala, contándoles todo lo que la otra vez le habia pasado con don Quijote, de que quedaron maravillados; pero no tanto cuanto lo quedaran á no haberle visto hacer de Zaragoza hasta allí, por los caminos y en todas las posadas, cosas que un insensato no las hiciera, poniéndoles con ellas y con sus desaforadas palabras en mil contingencias á cada paso. Con todo, quedaron de comun acuerdo de procurar probar con todas sus fuerzas por la mañana si le podrian reducir á que dejase aquella vanidad y locura en que andaba, persuadiéndole con razones eficaces y cristianas lo que le convenia y dejarse de caminos y aventuras, y volverse á su tierra y casa, sin querer morir como bestia en algun barranco, valle ó campo, descalabrado ó aporreado. Reposaron la noche con harta comodidad todos, y venida la mañana, apretaron el negocio

de la reduccion de don Quijote; pero todo fué trabajar en vano; ántes le dieron motivo sus amonestaciones á que se levantase más temprano (que en la cama le cogieron para con más quietud poderle hablar), y mandase, como mandó, con mucho alinco á Sancho ensillase á Rocinante, queriéndose partir sin desayunarse; y viendo mosen Valentin que era perder tiempo el darle consejo, hubo de callar; y dándoles de almorzar á todos, dió á don Quijote ocasion de hacer lo que deseaba, que era salir de su casa, como lo hizo, con los demas, despedidos todos primero con mucho comedimiento del honrado clérigo y de su ama. Pusiéronse camino de Madrid; pero apenas hubieron andado tres leguas, cuando comenzó á herir el sol, que entónces estaba en toda su fuerza, de manera, que les dijo el ermitaño, como más cansado y más anciano: Señores, pues el calor, como vuestras mercedes ven, es excesivo, y no nos faltan para hacer la concertada jornada más de dos pequeñas leguas, paréceme que lo que podriamos, y aun deberiamos hacer, es irnos á sestar hasta las tres ó cuatro de la tarde allí donde se ven apartados del camino aquellos frescos sauces, que hay una hermosa fuente al pié dellos, si bien me acuerdo; que despues, caido el sol, proseguirémos nuestro camino. A todos agradó el consejo; y así guiaron hácia allá los pasos, y cuando llegaron cerca de dichos árboles, vieron sentados á su sombra dos canónigos del sepulcro de Calatayud, y un jurado de la misma ciudad, los cuales, por esperar como ellos á que pasase el calor del sol, se acababan de asentar allí. Llegaron todos; y el ermitaño, saludándoles muy cortésmente, les dijo: Con licencia de vuestras mercedes, mis señores, yo y estos caballeros nos asentarémos en esta frescura á pasar en ella un rato la siesta miéntras la inclemencia del calor se modera: — á lo cual respondieron ellos con muestras de gusto, que le tendrian grandísimo en gozar de tan buena compañía las cuatro ó cinco horas que allí pensaban estar; y uno dellos, maravillado de ver aquel hombre armado de todas piezas, preguntó al ermitaño al oído qué cosa fuese, á lo cual respondió que no sabia otra cosa más que cerca de Zaragoza habia topado con él y aquel labrador su criado, hombre simplicísimo, y que, á lo que imaginaba, se habia vuelto loco leyendo libros de caballerías, y con aquella locura, segun estaba informado, habia un año que andaba de aquella suerte por el mundo, teniéndose por uno de los caballeros andantes antiguos que en tales libros se leen; y que si queria gustar un poco dél, que le diese materia en asentándose allí, y oiria maravillas. En esto llegaron á ellos don Quijote y Sancho, que habian estado quitando el freno á Rocinante y la albarda al rucio, y despues de haberse saludado todos, le dijo uno de aquellos canónigos que se quitase las armas, porque venia muy caluroso, y allí estaba en parte segura, donde todos eran amigos. A lo cual respondió don Quijote le perdonase; que no se las podía quitar jamas, sino era para acostarse; que á eso le obligaban las leyes de su profesion. En esto se asentó con gravedad; y ellos, que vieron su resolucion, no quisieron porfiarle más; y así, despues de haber tratado de lo que más le agradaba un rato, dijo don Quijote: Paréceme, señores, ya que habemos de estar aquí cuatro ó seis horas, que pasemos el tiempo de la siesta con el entretenimiento de algun buen cuento sobre la materia que mejor les pareciere á vue-

sas mercedes. Sentóse en esto Sancho, diciendo : Si no es más desto, yo les contaré riquísimos cuentos; que á fe que los sé lindos á pedir de boca. Esenchen pues; que ya comienzo. Érase que se era, en hora buena sea, el mal que se vaya, el bien que se venga, á pesar de Menga. Érase un longo y una longa que iban á buscar mar abajo reyes... Quitate allá, bestia, dijo don Quijote; que aquí el señor Bracamonte nos hará merced de dar principio á los cuentos con alguno digno de su ingenio, de Flándes ó de la parte que mejor le pareciere. El soldado respondió que no quería replicar ni excusarse; porque deseaba servirles y dar juntamente materia para que alguno de aquellos señores contase algo curioso, supliendo la falta que de serlo tenía el siguiente trágico suceso.

CAPITULO XV.

En que el soldado Antonio de Bracamonte da principio á su cuento del Rico desesperado.

En el ducado de Brabante, en Flándes, en una ciudad llamada Lovaina, principal universidad de aquellas provincias, había un caballero mancebo llamado monsieur de Japelin, de edad de veinte y cinco años, buen estudiante en ambos derechos, civil y canónico, y dotado tan copiosamente de los bienes que llaman de fortuna, que pocos había en la ciudad que se le pudiesen igualar en riqueza. Quedó el mancebo, por muerte de padre y madre, señor absoluto de toda ella; y así, con la libertad y regalo (alas que sacan á volar y precipitarse mocedades prodigas, con peligrosos pronósticos de infelices fines) comenzó á alojar en el estudio y á andar envuelto en mil géneros de vicios, con otros de su edad y partes, sin perder ocasion de convites y borracheras, que en aquella tierra se usan mucho. Sucedió pues, andando en estos pasos, que un domingo de cuaresma dirigió acaso los suyos á oír un sermón en un templo de padres de Santo Domingo, por predicarle un religioso eminente en doctrina y espíritu, donde tocándole Dios al libre y descuidado oyente en el corazón con la fuerza y virtud de las palabras del predicador, salió de la iglesia trocado de suerte, que comenzó á tratar consigo propio de dejar el mundo con toda su vanidad y pompa, y entrar en la insigne y grave religión de los Predicadores. Encargó en este presupuesto toda su casa y hacienda á un pariente suyo, para que se la administrase algunos días en que pensaba hacer una precisa ausencia, con cargo de que le diese fiel cuenta della cuando se la pidiese. Tras esto se fué á Santo Domingo, y hablando con el religioso predicador, le descubrió su pecho. En resolución, como era hombre de prendas singulares y conocido por ellas de todos, fué fácil darle luego el hábito, como en resolución se le dió en dicho convento. Vivió en él con mucho gusto y muestras de ejemplar religioso por espacio de diez meses; pero nuestro general adversario (que anda dando vueltas como león rabioso buscando á quien tragarse, como dice en no sé qué parte la Escritura), para daño de su conciencia, trajo á aquella universidad dos amigos suyos que habían estado ausentes de Lovaina algunos meses, no poco viciosos y aun sospechosos de la fe, plaga que ha cundido no poco, por nuestros pecados, en aquellos estados y en los circunvecinos suyos. Sabido por ellos como Japelin, su amigo, se había entrado religioso dominicano, lo sintieron en el alma, y propusieron de ir al convento y persuadirle

con las mayores véras que les fuese posible, dejase el camino que había comenzado á seguir, y volviese á sus estudios. Efectuáronlo de suerte que lo determinaron, y la misma tarde del concierto fuéron á verle; y obtenida licencia para ello del Prior (que por allá no se observa el rigor que en nuestra España en hacer guardar el debido reogimiento á los novicios el año de su noviciado), le abrazaron con mucho amor; y despues de haber hablado mil cosas diferentes y de gusto, el que debía de ser más libre comenzó á decirle las siguientes razones: Maravillado estoy, monsieur de Japelin, de ver que, siendo vos tan prudente y discreto, y un caballero en quien toda esta ciudad tiene puestos los ojos, hayais dejado vuestros estudios, contra la esperanza que todos teníamos de veros ántes de muchos años catedrático de prima, y celebrado por vuestra rara habilidad, no solo en Lovaina, sino en todas las universidades de Flándes, y aun en las de todo el mundo; porque vuestro divino entendimiento y feliz memoria claros presagios daban de que habíades de alcanzar esto y todo lo demás á que aspirádes; y lo que aumenta el espanto es ver hayais querido, contra el gusto de toda esta ciudad, y aun contra vuestra reputacion y la de vuestros dandos, tomar el hábito de religioso, como si fuérades hombre á quien faltasen bienes de fortuna, ó fuérades persona simple y desemparentada, y por eso obligado á tomar semejante profesion de pobreza. ¿No sabeis, señor, que la cosa más preciosa que el hombre posee es la libertad, y que vale más, como dice el poeta, que todo el oro que la Arabia cria? ¿Pues por qué la quereis perder tan fácilmente, y quedar sujeto y hecho esclavo de quien, siendo ménos docto y principal que vos, os mandará mañana, como dicen, á zapatazos, y por enyas manos habrán de llegar á las vuestras hasta las cartas y papeles que para consuelo vuestro os escribirémos los amigos? Miradlo, señor, bien, y acordáos que vuestro padre, que buen siglo haya, no podía ver pintados los religiosos; y así, amigo del alma, os suplico por la ley del amistad que os debo, que volvais sobre vos, y desistais desta necesidad, ó por mejor decir ceguera, y volvais á vuestra hacienda, que anda toda como Dios sabe, por faltarle vos. Volved á vuestros estudios, pues si os pareciere, siendo vos, como sois, tan principal y rico, os podeis casar con una de las damas hermosas y de hacienda desta tierra, en el cual estado os podeis muy bien salvar, y alegrar á vuestros parientes, los cuales están muy tristes por lo que habeis hecho, teniéndos ya por muerto en vida. No os quiero, señor, decir más de que metais la mano en vuestro pecho; que sé que con esto echaréis de ver que os digo la verdad y como amigo que desea en todo vuestro bien; y pues agora teneis tiempo, que no há más de diez meses que entrastes aquí, para enmendar el yerro empezado y dar contento á los que os amamos, dádnosle cumplido con vuestra salida; que os prometo, á fe de quien soy, que no os arrepintais de haber tomado mi consejo, como dirá el tiempo. Estuvo el religioso mancebo callando á todo lo que el ministro del demonio le decía, y mirando al suelo con suma turbacion y melancolía; y en fin, como era flaco y estaba poco fundado en las cosas tocantes á la perfeccion y mortificacion de sus apetitos, convenciéronle las razones frívolas y pestilenciales avisos que aquel falso amigo y verdadero enemigo de su bien le había dado; y así le respondió, di-

ciendo: Bien echo de ver, señor mío, que todo lo que me habeis dicho es mucha verdad; y estoy yo ya tan arrepentido de lo hecho más há de ocho días, que si no fuera por el qué dirán y por mi propia reputacion, me hubiera ya salido deste convento; pero con todo eso, estoy determinado de seguir el consejo y parecer de quien tan sin pasion y con tan buenas entrañas me dice lo que me está bien. Yo, en suma, me resuelvo de pedir hoy por todo el dia mis vestidos y volver á mi casa y hacienda; que ya tengo echado de ver lo que me importa; y con esto no hay sino que os vais y me aguardéis á cenar esta noche en vuestra posada, seguros de que no faltará á la cena; pero tenedme secreta, os suplico, esta mi resolucion. Con notable alegría abrazándole, se despidieron todos dél, por la buena nueva; y el engañado mancebo se fué derecho á la celda del Prior, y le dijo le mandase volver luego sus vestidos de secular, porque le importaba á su reputacion volver á su casa y hacienda, tras que no podia llevar los trabajos de la órden, de vestir lana, no comer carne, levantarse todas las noches á maitines, y los demas que en ella se profesaban: demas desto, le dijo, mintiendo, como habia dado palabra de casamiento á una dama, y que forzosamente se la habia de cumplir casándose con ella, á que le obligaba la conciencia y las recibidas prendas de su honra. Maravillóse no poco el Prior de oír lo que el novicio le decia, y lleno de suspension, le respondió, diciendo: Espántome, monsiur de Japelin, de vuestra indiscrecion, y que tan poco os hayan aprovechado los ejercicios espirituales en que en diez meses de religioso habeis tratado, y los buenos consejos míos que como padre os he siempre dado. ¿No os acordais, hijo, haberme oido decir muchas veces que mirádeses por vos, principalmente este año de noviciado, porque el demonio os habia de hacer crudelísima guerra en él, procurando con todas sus astucias y fuerzas persuadiros, como ahora lo ha hecho, á que dejéis la religion, volviendo á las ollas de Egipto; que eso es volver á la confusion del siglo, en que él sabe que con mejor facilidad os podrá engañar y hacer caer en graves pecados, á manos de los cuales perdais, no solo la vida del cuerpo, sino, lo que peor es, la del alma? Acordáis tambien, hijo, que me habeis oido decir cómo hasta hoy ninguno dejó el hábito que una vez tomó de religioso, que haya tenido buen fin; que justo juicio es de Dios que quien siendo llamado por su divina vocacion á su servicio, si despues le deja de su voluntad en vida, que el mismo Dios le deje á él en muerte; siendo esto lo que él dijo á los tales por su Profeta: *Vocavi, et renuistis, ego quoque in interitu vestro ridebo*. Verdad es que he visto por mis ojos mil experiencias, y plegue á Dios, como se lo ruego, no la haga su divina justicia en vuestra ingratitud y precipitada determinacion; que lo temo por veros tan engañado del demonio; que las razones que vos me decís, claramente descubren no ser forjadas en otra fragua sino en la infernal que él habita. Advertid que si al principio hallais la dificultad que decís en la religion, no hay que maravillarse dello, pues, como dice el filósofo, todos los principios son dificultosos, y más los que lo son de cosas arduas. Los hijos de Israel despues de haber pasado á pié enjuto el mar Bermejo enviaron ciertas espías á reconocer la tierra de promision, para la cual caminaban; y volviendo ellas con un grandísimo racimo de

uvas, tan grande, que ménos que en un palo traído en hombros de dos valerosos soldados, no le podían traer, dijeron: Amigos, esta fruta lleva la tierra que vamos á conquistar; pero sabed que los hombres que la defienden son tan grandes como unos pinos: — con que dijeron que el principio de la conquista de aquella fertilísima tierra era dificultoso, siendo sus habitadores gigantes. Desá manera, hijo mío, os ha acontecido á vos, me parece, al principio de vuestra conversion, en la cual ha permitido Dios sintais las presentes dificultades, con que pretende probar vuestra perseverancia, á fin de obligaros á que acudais á él solo á pedirle favor para salir con victoria; si bien veo os habeis dado por vencido de vuestros enemigos á los primeros encuentros, dejándoos atar por ellos las manos, sin haber acudido á quien las tiene liberalísimas y prontas para remediaros, de lo cual nace el venirme á pedir con tan ciega resolucion vuestros vestidos. Por la pasion que Cristo padeció por vos, os ruego, amado Japelin, que hagais una cosa por mí, y es, que os reporteís por tres ó cuatro dias, y en ellos hagais oracion á Dios; que yo de mi parte os prometo de hacer lo mesmo con todos los religiosos desta casa, y veréis cómo usa su Majestad con vos de misericordia, haciéndoos salir vitorioso desta infernal tentacion. Todas estas razones que el santo Prior dijo al inquieto novicio no fueron bastantes para apartarle de su propósito; ántes al cabo dellas le dijo: No hay padre mío, que dar ni tomar más sobre este negocio; que estoy resuelto en lo que tengo dicho, y lo tengo muy bien mirado y tanteado todo. El, en efeto, se salió aquella noche del convento, y se fué derecho, como lo tenia concertado, á la posada de sus dos amigos, donde le esperaban á cenar: diéronle un bravo convite, y brindáronse en él con mucho contento y abundancia los unos á los otros. Volvió tras esto Japelin á tomar posesion de su hacienda, y comenzó á seguir de nuevo el humor de sus compañeros, andando de dia y de noche con ellos, sin hacerse convite ó fiesta en toda la ciudad donde los tres disolutos mancebos no se hallasen. Sucedió pues que un dia se fué á hablar muy de pensado con un caballero algo pariente suyo, el cual tenia una sobrina en extremo hermosa, discreta y rica; y pidióselá por mujer, atento que ya ántes que entrase á ser religioso le habia hecho muchos dias del galán con demostraciones de aficion, en un monasterio de religiosas donde habia estado encomendada. Viendo el caballero cuán bien le venía el casamiento á su sobrina, por ser Japelin en todo su igual, se la prometió con gusto suyo y della, á la cual su mismo tío aun no habia un mes entero que tambien la habia sacado del convento de religiosas, en que, como queda dicho, habia estado encomendada á una prima suya, perlada, sin haberle consentido que fuese monja en él, como sus padres habian deseado y procurado en vida: fin para el cual desde niña la habian hecho criar bajo de su clausura. Casáronse, en efeto, los dos recién salidos de sendos conventos, con grandes fiestas y universales regocijos, y estuvieron casados tres años, al cabo de los cuales concibió la dama; y viéndola su marido preñada, perdía el juicio de contento, sin haber regalo en el mundo que no fuese para su mujer, acariciándola y poniéndola sobre su cabeza, con increíble desvelo y mil amorosas ternuras; pero sucedió que á los seis meses de su preñez, un tío deste caballero, que era

governador de un lugar en los confines de Flándes, que se llama Cambray, murió; y sabido por el sobrino, partió para Bruselas, donde está la corte, y negoció sin mucha dificultad (representadas sus prendas y los buenos servicios de su tío) le diesen aquel gobierno, del cual fué luego á tomar posesion, con intento de volver despues por toda su casa y hacienda. Antes de la partida se despidió de su mujer con harto sentimiento de entrambas partes, diciendo: Señora mia, yo voy á dar asiento á las cosas de mi difunto tío el gobernador, y á poner en cobro la hacienda que por su muerte heredo: cosa que, como sabeis, no la puedo excusar; de allí pienso llegarme á Bruselas á pretender sucederle en el cargo, y á que me hagan sus altezas merced dél, por los buenos servicios de mi tío: cosa que creo me será fácil de alcanzar. Lo que os suplico es mireis por vos en esta ausencia, y que al punto que paríeredes, me aviséis para que me halle en el bautismo; que lo haré sin falta; y creo será de igual regocijo para mí vuestra vista que la del hijo ó hija que paríeredes. Prometióselo ella, de quien despidiéndose con mil abrazos y amorosas lágrimas, se partió para Cambray, donde y en Bruselas negoció muy á su gusto lo que pretendia, como queda dicho; tardando en los negocios y en volver á su casa casi tres meses. Antes que lo hiciese, le dieron á la señora los dolores del parto, la cual luego que se le sintió despachó un correo á su marido, rogándole partiese, vista la presente, pues ya lo estaba el día de su parto. No tardó Japelin á ponerse á caballo y dar la vuelta para su casa más de lo que tardó en leer la deseada carta. A la que llegaba cerca de la ciudad de Lovaina encontró por el camino un soldado español, á quien preguntó, en emparejando con él, adónde caminaba; y respondiéndole el soldado que iba á Ambéres á holgarse con ciertos amigos que le habian enviado á llamar, y que estaba de guarnicion en el castillo de Cambray, le fué preguntando por el camino muchas cosas acerca de cómo lo pasaban los soldados en el castillo, á todo lo cual respondia el español con mucha discrecion, porque era no poco práctico, aunque mozo. Ya que llegaban á las puertas de la ciudad, le dijo Japelin: Señor soldado, si vuesa merced esta noche no ha de pasar adelante, podrá, si gustare, venirse conmigo á mi casa, adonde se le dará alojamiento; y aunque no será conforme su valor merece, recibirá á lo ménos el buen deseo deste su servidor, dueño de una razonable casa y del caudal que para sustentarla con el aderezo y fausto que vuesa merced verá en ella, es necesario; porque sepa soy muy aficionado á la nacion española, y el ser della vuesa merced, y sus prendas, me obligan á usar desta llaneza: reposará, y por la mañana podrá emprender la jornada con más comodidad, habiendo precedido el descanso de una acomodada noche. El soldado le respondió que le agradecia la merced que le ofrecia, no poco, y que por ella y la voluntad con que iba envuelta, le besaba las manos mil veces, y que le parecia pasar los límites de la cortesía que su nacion profesaba el dejar de aceptar el ofrecimiento: con que se resolvió quedar esa noche en Lovaina, aunque por ello perdiera la comodidad de su jornada. Llegaron ambos, yendo en estas pláticas, á la deseada puerta de la casa de Japelin, de la cual salia acaso una criada, que viéndole, volvió corriendo, sin hablarle palabra, la escalera arriba, dando una mano con otra con muestras

de regocijo, y diciendo turbada: ¡Monsiur de Japelin, monsiur de Japelin!—Y tras esto volvió á bajar á su amo con las mismas muestras de contento, diciéndole: Albricias, señor, albricias; que mi señora ha parido esta noche un niño como mil flores. Apeóse del caballo, con la nueva, él como un viento, y subió en dos saltos la escalera, sin que el gozo le diese lugar de hacer comedimientos con el soldado; y puesto en la sala, vió á su mujer que estaba en la cama; y saludándola y abrazándola, llegado á ella, muchas veces, le dijo: Dad, mi bien, un millon de gracias al cielo por la merced que nos ha hecho agora en darnos hijo, que, siendo heredero de nuestra hacienda, pueda ser báculo de nuestra senectud, consuelo de nuestros trabajos y alegría de todas nuestras aflicciones. Sentóse en esto en una silla que estaba en la cabecera de la cama, teniéndola siempre asida de la mano, platicando los dos, ya del camino y buen suceso de sus negocios, y del venturoso parto y cosas de su casa. A la que se hizo de noche mandó que le pusiesen allí junto á la cama la mesa, porque gustaba de cenar con su mujer: hizo llamar al soldado luego, para que se asentase á cenar tambien con ambos, lo cual él hizo con mucha cortesía, y no con el recato que debiera tener en los ojos en órden á mirar á la dama; porque le pareció, desde el punto que la vió, la más bella criatura que hubiese visto en todo Flándes. (Y éralo sin duda, segun me refirieron los que me dieron noticia del cuento, que eran personas que la conocieron.) Trajeron abundantísimamente de cenar; pero el español, que habia hecho pasto de sus ojos á la hermosura de la partera (1) y la gracia con que estaba asentada sobre la cama, algo descubiertos los pechos (que usan más llaneza las flamencas en este particular que vuestras españolas), comió poquísimo, y eso con notable suspension. Acabada la cena y quitados los manteles, mandó Japelin á un paje que le trajese un clavicordio, que él tocaba por extremo; que en aquellos países se usa entre caballeros y damas el tocar este instrumento, como en España la arpa ó vilneta. Traído y templado, comenzó á tañer y á cantar en él con extremada melodía las siguientes letras, de las cuales él mismo era autor; porque, como queda dicho, tenia gallardo ingenio y era universal en todo género de ciencias:

Celebrad, instrumento,
El ver que no podrá el tiempo variable
Alterar mi contento
Ni hacerme con sus fuerzas miserable,
Pues hoy con regocijo

Me ha dado un ángel bello, un bello hijo.

Alzóme la fortuna
Sobre lo más constante de su rueda;

Y aunque ella es como luna,

Le manda mi ventura que esté queda

Y que la tenga firme,

Y su poder en mi favor confirme.

Y así, señora mia:

No temais que ella nuestro bien altere

Jamas; porque este día

El mismo cielo nuestro aumento quiere;

Que eso dice el juntarnos

En uno á ambos para más amarnos.

Sin duda fui dichoso

Cuando me aconsejaron dos amigos

No fuese religioso,

Pues los gustos que gozo son testigos

De que su triste suerte

En vida les iguala con la muerte.

Razon es, pues soy rico,
Que viva alegre, coma y me regale,
Y que el avaro iníco
Me tema siempre, y nunca esc me iguale,
Pues puedo en paz y en guerra
Honrar á los más nobles desta tierra.
Que viva sin zozobras
Tambien mil años, libre de cuidados,
Es justo, pues mis sobras
Invidian muchos de los más honrados,
Viendo cómo de renta
Más de diez mil al año, á buena cuenta.
Y sobre todo aquesto,
Mi brazo, mi fortuna y buena estrella
Echaren hoy su resto
En darme un hijo de una diosa bella,
Por quienes, noble y mozo,
Mil parabienes y contenidos gozo.

Acabóse la música con la letra, y comenzó la suspensión del español á subir de punto, por haber oído los snavisimos de garganta del rico flamenco, dichoso dueño del serafín por quien ya se abrasaba. Llegó un paje, por mandado de su amo, en dando fin al canto, á quitarle de delante el clavicordio; que ya era tarde y tiempo de dar lugar al soldado á que descansase; y para que lo hiciese mandó luego tras esto á otro criado tomase uno de los candeleros de la mesa, y le fuese alumbrando con él al aposento primero del cuarto en que solía dormir su paje de cámara, que era vecino de la cuadra en que la dama estaba acostada; con órden de que le diese al mayordomo ó dispensero, para que tuviese en amaneciendo aderezado un buen almuerzo para aquel señor soldado, con deseo de que pudiese salir de madrugada de Lovaina y hacer de un tirón la jornada, llevando hecha la alforja y saliendo desayunado. Despidióse agradecidísimo deste cuidado, y de la merced y regalo recibido del caballero y de su esposa, el soldado, con mil cortesos ofrecimientos; y puesto en su aposento y acostado en él, fué tal la batería que le dieron las memorias del bello ángel que adoraba, que totalmente estaba fuera de sí. Reprendía su temeridad, representándosele la imposibilidad del negocio á que aspiraba, y procuraba desear de su ánimo una imaginación tal, cual la que daba garrote á su sosiego. El caballero, al cabo de breve rato que se hubo ido á reposar el soldado, hizo lo propio, despidiéndose de su esposa con las muestras de amor que del suyo, tras tan larga ausencia, se puede creer, guardando el debido decoro al parto recién sucedido; que para no ponerse en ocasion de lo contrario, se entró en otro aposento más adentro del en que la partera (1) estaba. Tuvo el paje que llevó á acostar al soldado consideracion á que venia cansado, y por no haberse de obligar á darle mala noche, le dijo se iria á dormir en otro aposento con otros criados, y así, que sin cuidado de su vuelta reposase, pues lo haria mejor estando solo; que para el mismo efecto su señor tambien habia apartado cama, y se habia acostado en una que habia en otra pieza más adentro. Fuése con esto, dejando sus últimas razones con más confusion al amartelado español; porque del entender dormía la dama sola y tan vecina dél, y del verse (contra el órden de Japelin) sin compañía en el aposento, nació la resolucion diabólica que tomó en ofensa de Dios, infidelidad de su nacion, y en agravio del honrado hospedaje que le habia hecho su noble huésped; que á todo le precipitó el vehemente

fuego y rabiosa concupiscencia en que se abrasaba. Resolvióse pues en levantarse de su cama, y en ir á la de la dama sin ser sentido, persuadido de que ella por su honra y por no dar pesadumbre á su marido ni alborotar la casa, callaria, y aun podria ser que se le aficionase de manera, que yéndose su marido, le diese libre entrada y le regalase; y si bien consideraba el peligro de la vida que corria si acaso ella (como era justo) daba voces, pues á ellas era fuerza saliese el marido y se matasen el uno al otro, de lo cual sucederian notables escándalos y graves inconvenientes; todavia su gran ceguera rompió con todas estas dificultades. Levantóse pues á media noche en camisa, y entró en la sala de la dama; y llegando á ella sin zapatos por no ser sentido, estuvo un rato en pié sin acabarse de resolver; pero lízolo de volver á su aposento, y de tomar la espada que tenia en él; y sacándola desenvainada, volvió muy pasito á la cama de la flamenca, y poniendo la espada en tierra, alargó la mano, y metiéndola debajo de las sábanas muy quedito, la puso sobre los pechos de la señora, que despertó al punto alborotada; y asiéndose-la, pensando que fuese su marido (que no imaginaba ella que otro que él en el mundo pudiese atreverse á tal), le dijo: ¿Es posible, señor mio, que un hombre tan prudente como vos haya salido á estas horas de su aposento y cama para venirse á la mia, sabiendo estoy parida de ayer noche, y por ello imposibilitada de poder por ahora acudir á lo que podeis pretender? Tened, por mi vida, señor, un poco de sufrimiento; y pues soy tan vuestra, y vos mi marido y señor, lugar habrá, en estando como es razon, para acudir á todo aquello que fuere de vuestro gusto, como lo debo por las leyes de esposa. No habia acabado ella de decir estas honestas razones, cuando el soldado la besó en el rostro sin hablar palabra; y pensando ella siempre fuese su marido, le replicó: Bien sé, señor, que de lo que intentais hacer teneis haria vergüenza, pues por tenerla no me osais responder palabra; y echo de ver tambien que el intentar tal proceda del grandísimo amor que me teneis, y de la represa de tan larga ausencia, pues á no ser eso, no salierades de vuestra cama para venir á la mia, sabiendo me habiais de hallar en ella de la suerte que me hallais. Oyendo el soldado estas razones, y coligiendo dellas el engaño en que la dama estaba, alzó la ropa callando, y metióse en la cama, do puso en ejecucion su desordenado apetito; porque viendo ella su resolucion, no quiso contradecirle, por no enojarle, como le tenia por su marido; si bien quedó maravillada no poco de ver que no le hubiese hablado palabra; porque sin decirle cosa se levantó, hecha su obra, y tomando con todo el silencio que pudo su desnuda espada, se volvió á su aposento y cama, harto apesarado de lo que habia hecho; que en fin, como se consigue á la culpa el arrepentimiento, y al pecado la vergüenza y pesar, tuvole tan grande luego de su maldad, que maldecia por ello su poco discurso y sufrimiento y su maldita determinacion, imaginando el delito que habia cometido, y el peligro en que estaba si acaso el ofendido marido se levantase ántes que él. Tambien á la dama asaltaron sus pensamientos, poniéndola en cuidado el no haberle hablado palabra quien con ella habia estado, si seria su marido ó no. Pero resolvióse en que sería él, y que la vergüenza de haber hecho cosa tan indecente en tiempo que lo estaba ella para seme-

(1) Parida.

fantes burlas, le habríala cerrado la boca. Con todo, propuso (que no debiera) en su corazón darle por lo hecho á la mañana una reprehension amorosa, afeándole su poca continencia. Llegada la madrugada, y apenas vistas sus primeras luces, se levantó el soldado, que no habia podido pegar las de sus ojos con la rabia que tenia de lo hecho; y estando aun la dama durmiendo, pidió á los primeros criados que topó le abriesen la puerta y le excusasen con su señor de no aceptar el preparado almuerzo y provision, pues la prisa de la jornada no le daba lugar para detenerse, ni sus obligaciones permitian aumentase las muchas con que quedaba á toda aquella casa; y aunque los criados porfiaron con él, queriendo ponerle en la alforja lo que para almorzar le tenían aparejado, no hubo remedio consintiese lo hiciesen, diciendo no era de su humor el ir cargado, y que así le tuviesen por excusado; á más de que una legua de allí, en el camino habia una famosa hostería, y en ella pensaba detenerse á almorzar; con lo cual se despidió dellos y salió del lugar.

CAPITULO XVI.

En que Bracamonte da fin al cuento del Rico desesperado.

Estuvieron con atencion los canónigos y jurados al cuento, y don Quijote, aunque lo estuvo, daba de cuando en cuando asomos de querer salir con algo en contraposition de los malos consejos que los estudiantes dieron á Japelin cuando era novicio, ya en abono de su buena eleccion en haberse casado con mujer hermosa, y particularmente en loa de su valor por haber pretendido seguir la milicia en prosecucion de la gobernacion de su tio; pero íbale á la mano á todo el venerable ermitaño que le tenia al lado. Pero como no lo estaba al suyo Sancho, no pudo obviar á que no saliese de traves cuando oyó la bellaqueria del soldado, y particularmente su poco estómago en no querer llevar el matalotaje que le daban los criados para acudir á las necesidades venideras; y así dijo con una cólera donosa: Juro á Dios y á esta cruz, que merecia el muy grandísimo bellaco más palos que tiene pelos mi rucio, y que si le tuviera aquí me le comiera á bocados. ¿Dónde aprendió el muy grandísimo hi de puta á no tomar lo que le daban, siendo verdad que no está eso prohibido, no digo yo á los soldados y reyes, pero ni á los mismos señores caballeros andantes, que son lo mejor del mundo? En mi ánima, que creo que ha de arder la suya en el infierno, más por ese pecado que por cuantas cuchilladas ha dado á luteranos y moriscos; pero no me espanto fuese el muy follon tan mal mirado y tan poco quillotrado, si como vuesa merced dice venia de Cambray; que juro á los años del gigante Goliás que debe de ser esa la más mala tierra del mundo, pues segun dicen por las calles y plazas chicos y grandes, hombres y mujeres, no se coge en ella pan ni vino ni cosa que lo parezca, sino estopilla, de lo cual se quejan con un perpetuo ay, ay, que es señal que debe de ser malísima y que debe de causar torzon á cuantos la comen. Rieron destas boberías los canónigos y Bracamonte, pero no don Quijote, que con una melancolía y sentimiento digno de su honrado celo dijo: Déjate, Sancho hijo, de llorar el descuido y poca prudencia del soldado, y de si el ay, ay, ay que dices se dice por la estopilla maldita que en Cambray se coge ó no; llora lágrimas de sangre por el agravio y tuerto fecho á aquella noble princesa, y por la ofensa y mancha que en

la honra del famoso Japelin cayó por industria ó inconsideracion, ó por la maldad, que es lo más cierto, de aquel soldado, infamia de nuestra España, y deshonor de todo el arte militar, cuyo aumento procuran tantos nobles, y yo entre ellos, á costa de la hidalga sangre de mis venas; pero yo sacaré la alevesa de las suyas ántes de muchos dias, si le topo, como desco. Deste enidado queda ya libre vuesa merced (dijo Bracamonte), como verá si me la hace de oír con paciencia lo que queda de la historia. Rogaron todos á don Quijote reprimiese su justa cólera, y á Sancho le pidieron callase, sin meterse en dibujos de averiguar lo que oiria; y prometiéndolo ambos con mucha seguridad y algunos juramentos, prosiguió Bracamonte la tela de su cuento, diciendo: Ido el soldado con la cortedad referida, y cargado de miedo y vergüenza, salió de su aposento el noble y descuidado Japelin, á la hora en que el bullicio de la gente de casa dió muestras de que era ya la de levantarse; y llegándose á la cama de su esposa á darle los buenos dias, y cuidadoso de saber cómo habia pasado la noche, asegurándola de que con el contento de verse él en su cama y con heredero della no habia podido apenas sosegar. Rióse su mujer de la disimulacion que mostraba en sus razones y en tomarle la blanca mano, y mostrando un fingido enojo con su risa, le dijo, retirando lácia adentro el brazo: Por cierto, señor mío, que sabeis disimular lindamente, y que anda ahora bien ligera esa lengua, que anoche tan muda tuvistes conmigo: idos de ahí con Dios, y no me habéis por lo ménos hoy en todo el dia; que bien lo habré menester todo para desenojarme del enojo que tengo con vos tan justamente; y aun despues de pasado, os será menester me pidais perdon, y no será poco si os lo concedo. Rióse Japelin del desvío, y cayéndole en gracia, á pesar suyo la besó en el rostro, diciendo: Por mi vida, señora que me digais el enojo que os he hecho; que gustaré infinito de saberlo, si bien ya, poco más ó ménos, sospecho yo será porque habréis imaginado que he dormido dentro con compañía, en ofensa vuestra; y muera yo en la de Dios si jamas os la he hecho ni con el pensamiento; y así, quíteseos del vuestro, os suplico, ese temerario juicio; que con él me ofendeis no poco. Por cierto (dijo ella de nuevo) que sabeis encubrir bien y negar mejor ahora lo que fuera justo negarais á vuestro apetito ántes de ejecutarle tan sin consideracion; que si la tuvierais, no efectuara un hombre tan prudente y discreto como vos lo que tan contra toda razon os pedia vuestro desordenado deseo. Corrida estoy no poco de ver no lo estéis más de lo que lo estáis de haber tenido atrevimiento de llegar á mi cama esta noche á tratar conmigo, sabiendo de la snerte que estoy; y siento muchísimo ver hayan podido tan poco con vos mis justos ruegos, que no bastasen á obligaros á que, volviéndoos á vuestra cama, dejaseis de entrar en la mia con los excesos de aficion que la primer noche de nuestras bodas. Y añadiendo agravio á agravio, habéisme dejado sin hablar palabra; si bien doy por disculpa de vuestro silencio el justo empacho que os causó el atrevimiento. No ignoro, señor, diréis nació él del sobrado amor que me teneis; y aunque esa parezca bastante disculpa, no la admito por tal, pues habiais de considerar el tiempo y indisposicion mia, teniendo algun respeto y sufrimiento á tan justo obstáculo; que no se perdía el mundo en ser continente siete ó ocho dias

más, cuando mucho; pero pase esta, que os la perdona mi grande amor, con esperanzas de enmienda en lo porvenir. No se puede pintar la suspension que cayó en el ánimo de Japelin cuando oyó á su esposa tales razones, y dichas con tantas véras y circunstancias; y como era de agudo ingenio, sospechó luego todo lo que podía ser, imaginando (como era la verdad) que el soldado español habria dormido solo, por inconsideracion del paje de guarda, el cual pensaba él le haria compañía en el aposento, sin dejarle á solas, y que así, con la ocasion, que es madre de graves maldades, habria cometido aquel delito con artificioso silencio; y disimulando cuanto pudo, le dijo á la dama: No haya más, mis ojos, por vida de los vuestros; que del amor excesivo que os tengo ha nacido el desórden de que os quejais; pero yo os prometo — á ley de quien soy, corregirme, y aun vengaros cabalmente de todo. Y volviéndose á otro lado, decia entre dientes, bramando de cólera: ¡Oh vil y alevoso soldado! por el cielo santo juro de no volver á mi casa sin buscarte por todo el mundo y hacerte pedazos do quiera que te encontrare: — tras lo cual, disimulando con su mujer con notable artificio, se despidió della fingiendo cierta necesidad precisa. Llamó luego aparte un mozo, diciéndole: Ensíllame al punto, sin decir cosa, el alazan español; que me importa ir fuera en él con brevedad. Mientras el caballo se ensillaba se acabó de vestir, y entrando en un aposento do tenia diferentes armas, sacó dél un famoso venablo. Viólo la dama, y recelosa le preguntó qué pensaba hacer de aquel venablo. Quiérole (dijo él) inviar á un vecino nuestro que ayer me le pidió prestado. ¿Qué vecino puede ser nuestro (replicó ella) que no tenga armas en su casa, y necesita de venir por ellas á la nuestra? En verdad, mi bien, que si no lo recibis por enojo, que me habeis de decir para qué es. El la respondió que no le importaba nada á ella el saberlo; pero que con todo lo sabria dentro de breves horas. Salióse tras esto fuera de la sala, demudado el rostro; y despidiendo un suspiro tras otro, se bajó la escalera abajo, y se puso á pasear delante la caballeriza, aguardando le sacasen el caballo; y mientras el criado tardaba á hacello, decia con rabioso despecho entre sí: ¡Oh perverso y vil español, qué mal me has pagado la buena obra que te hice en darte alojamiento, que no debiera! Aguarda, traidor adúltero á costa de la inocencia de mi engañada esposa; que te juro por las vidas della, de mi hijo y mia, que te cueste la tuya la alevosía: vuela, infame, y mueve los piés; que yo haré que los de mi caballo igualen al pensamiento con que voy en tu busca, con determinacion de no volver á mi patrio suelo hasta hallarte, aunque te escondas en las entrañas del mismo siciliano Etna. No habia bien dicho estas razones, cuando el criado, que las habia oido todas estando en la caballeriza, sacó della el caballo, en el cual subió Japelin como un viento, diciéndole á él que se quedasen todos, sin acompañarle ninguno, pues no necesitaba de compañía en la breve jornada que iba á hacer; y tomando el venablo, salió de casa, dando de espuelas al caballo, hecho un frenético, guiándole así á la parte y camino que entendia llevaba el soldado, dejando maravillados á los criados de su casa la furia y repentina jornada con que la dejaba; si bien de las palabras que decia haberle oido el que le ensilló el caballo, colegian iba tras el soldado por haberle hurtado algo de

casa, ó por haber dicho al salir della algunas palabras deshonestas á su esposa, y que como tan celoso y noble, pretendia tomar venganza de quien con solo el pensamiento le agraviaba. El caballero, en fin, se dió tan buena maña en caminar tras el soldado, que dentro de una hora le alcanzó, y calándose el sombrero ántes de emparejar con él, porque no le conociese, en medio de un valle, sin que se recelase el soldado ni tener testigos á quienes poder remitir la disposicion de su violenta muerte, con la mayor presteza que pudo, sin hablar palabra, le escondió el robusto y agraviado Japelin la ancha cuchilla ó penetrante hierro del milanes venablo por las espaldas, sacándosele más de dos palmos por delante, á vista de los lascivos ojos que en su honestísima esposa puso, sin darle lugar de meter mano ni defenderse de tan repentino asalto. Cayó luego en tierra el misero español... — ¡Oh, buena pascua le dé Dios y buen San Juan, dijo don Quijote! Ese sí que fué buen caballero: en verdad que puede agradecer á su buena diligencia el haberme ganado por la mano la toma de la venganza dese delito; que, si no, juro por la vitoria que espero presto alcanzar del rey de Chipre, que la tomara yo dél tan inaudita, que pusiera terror hasta á las narices de los miseros y nefandos sodomitas, á quien abrasó Dios. Pues á fe que si vuesa merced, mi señor, no lo hiciera, que yo acudiera á mi obligacion (dijo Sancho), y que cuando eso de Sodoma y Gorrorna, que vuesa merced dice, faltara, le ahogara yo con un diluvio de gargajos como aquel del tiempo de Noé. Pues no pára en esto, señores, la tragedia, dijo Bracamonte, ni la venganza que Japelin tomó del soldado; porque luego, tras lo dicho, se apeó del caballo, y sacando el venablo del cuerpo del cadáver, le volvió á herir con él cinco ó seis veces, haciéndole pedazos la cabeza, y hechos con una crueldad inexplicable, pagando bien con muerte de las dos vidas (á lo que se puede presumir) y con fin tan aciago el pequeño gusto de su desenfrenado apetito, quedando allí revolcado en su propia sangre para ejemplo de temerarias deliberaciones y comida de aves y bestias: el caballero, algo consolado con la referida venganza que de su ofensor habia tomado, se volvió poco á poco hácia su casa. En el tiempo que él tardó della, quiso la desgracia que su mujer, viendo eran más de las diez y no le veia ni sabia adónde estaba, preguntó á un paje por él, y respondiéndole el indiscreto criado luego, le dijo: Señora, mi señor ha ido fuera á caballo, con un venablo en la mano, más há de dos horas, sin criado alguno, y no podemos imaginar adónde ni adónde no; solo sé que iba demudadísimo de color y dando algunos pequeños suspiros, mirando al cielo. Llegaron, estando en estas razones, el mozo de caballos, una criada y la ama que criaba el niño, y la dijeron: Vuesa merced, mi señora, ha de saber que hay algun grande mal, porque mi señor ha estado paseándose á la puerta de la caballeriza todo el rato que yo tardé (dijo el mozo) á ensillarle el caballo, suspirando y quejándose de aquel soldado español que esta noche durmió en la cama y aposento del paje de cámara, llamándole (aunque pensó que nadie le oía) perverso y vil traidor y adúltero á costa de la inocencia de su engañada esposa; tras lo cual juró por su vida, la de vuesa merced y de su hijo de hacerle pedazos, siguiendo hasta alcanzarle; pero no le oí jamas quejar de vuesa merced; ántes me parece que en sus razones la iba disculpando; tras

lo cual, en sacándole el caballo, subió en él, y salió de casa como rayo, en busca suya. Cuando la noble flamenca oyó los últimos acentos desta sospechosa nueva, cayó sobre la almohada, de los brazos de la criada que la había levantado y sentado en la cama, con un mortal desmayo; y volviendo en sí al cabo de breve rato, comenzó á llorar amargamente, sospechando (como era así) que aquel que la noche ántes había llegado á su cama sin duda había sido el soldado español, con quien, como ella misma tenía confesado á su marido, había cometido adulterio teniéndole por su esposo. Comenzó pues con esta imaginación á maldecir su fortuna, diciendo: ¡Oh traidora, perversa y adúltera de mí! ¿Con qué ojos osaré mirar á mi noble y querido esposo, habiéndole quitado en un instante la honra que en tantos años de propio valor y natural nobleza heredado tenía? ¡Oh ciega y desatinada hembra! ¿Cómo es posible no echases de ver que el que con tanto silencio se metía en tu honesto lecho no era (1) tu marido, sino algun aleva tal cual el falso español? ¡Desdichada de mí! ¿Y con qué cara osaré parecer delante de mi querido Japelin, pues no hay duda sino que no seré creída del por más que con mil juramentos le asegure de mi inocencia, habiendo dado lugar á que otros piés violasen su honrado tálamo? Con razon, dulce esposo mío, podrás quejarte de mí de aquí adelante, y negarme los amorosos favores que me solías hacer en correspondencia de la fe grande que siempre he profesado guardarte; pero ya justamente (pues he desdicho de mi fidelidad, aunque tan sin culpa cuanto sabe el cielo) seré aborrecible á tus ojos, pesada á tus oídos, desabrida á tu gusto, enojosa á tu voluntad, é inútil finalmente á todas las cosas de tu provecho. Vuelve presto, señor mío, si acaso has ido á matar al adúltero español: con el mismo venablo con que le castigares traspasa este desconocido y desleal pecho; que pues fui cómplice en el adulterio, justa cosa es igualé tambien con él en la muerte: ven, digo, y toma entera venganza de mi desconcerto, con la seguridad que puedes tener de quien, por mujer y culpada, no sabrá hacerte resistencia. Pero no es bien aguarde que tú vengas á vengarte ni á castigar con el hierro del venablo el mío, sino que es justo que yo te vengue de suerte que digas lo estás al igual de mi alevosía y de la ofensa hecha. Y diciendo esto la desesperada señora (que lo estaba de pasión, cólera y corrimiento), saltó de la cama, mesándose las rubias y compuestas trenzas, y esmaltando sus honestas mejillas con un diluvio de menudo y espeso aljófar que de sus nublados ojos salía; y poniéndose un faldellín, se comenzó á pasear por la sala con tan descompuestos pasos, acompañados de sospiros, sollozos y quejas por lo hecho, que no bastaban á consolarla todos los de casa; ántes su pena les tenía á todos necesitados de consuelo, por lo mucho que les enternecía. Estando pues de la suerte que digo, turbados ellos, el marido ausente, el adúltero muerto, y ella fuera de sí, se salió al patio á vista de todos; y despues de haber hecho una nueva repeticion de las quejas dichas, se arrojó de cabeza en un hondo pozo que en medio del patio había, sin poder ser socorrida de los que presentes estaban, haciéndosela dos mil pedazos: de suerte que cuando llegó al suelo el cuerpo, había ya llegado su alma libre dél en bien diferente lugar del en que yo querria llegase la mia á la hora

de mi muerte. Aumentáronse las voces y gritos de los de casa con el nuevo y finesto espectáculo; y con la turbacion, unos acudían á mirar el pozo, otros á dar gritos á la calle, con los cuales se alborotó toda: de suerte que en un instante se vió la casa llena de gente afligida toda, y toda ocupada ó en consolar á los de ella ó en echar sogas y cuerdas, aunque en vano, pensando podria ser socorrida quien ya no estaba en estado de poderlo ser. Entre esta universal turbacion sucedió llegar á su casa el desdichado Japelin, ignorante de la desgracia que acababa de suceder en ella; y maravillado de ver tantas personas juntas en su patio, unas de piés sobre el brocal del pozo, otras al derredor dél, y todas llorando, entró con su caballo y el venablo ensangrentado en la mano; y preguntando qué había de nuevo, llegaron los criados de la casa, dando una mano con otra y arañándose la cara, diciendo: ¡Ay, mi señor, que acaba de suceder la mayor desgracia que los nacidos hayan visto! pues mi señora, sin que sepamos por qué, quejándose de aquel maldito español que esta noche durmió en casa, llamándose engañada y adúltera, y diciendo palabras que moviera á compasion á una pena, arrancándose á puños los cabellos, se echó, sin que la pudiésemos remediar, de cabeza en este hondo pozo, donde se hizo pedazos ántes de llegar al suelo. El caballero, en oyendo tal, se quedó atónito sin hablar palabra por grande rato; y de allí á poco, vuelto en sí, se arrojó del caballo, y tendiéndose en el suelo, empezó á lamentarse amargamente, suspirando y arrancándose con dolor increíble las barbas, diciendo en presencia de todos: ¡Ay mujer de mi alma! ¿Qué es esto? ¿Cómo te apartaste de mí? ¿Cómo me dejaste, serafín mío, solo y sin llevarme contigo? ¡Ay esposa mia y bien mio! ¿Qué culpa tenias, si aquel enemigo español te engañó fingiendo ser tu amado marido? El solo tenía la culpa; pero ya pagó la pena. ¡Ay prenda de mis ojos! ¿Cómo será posible que yo viva un día entero sin verte? ¿Adónde te fuiste, señora de mis ojos? Aguardaras siquiera á que yo volviera de vengarte, como agora vengo, y matáste despues; que yo te acompañara en la muerte, como lo he hecho en vida. ¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¡Triste de mí! ¿A dónde iré ó qué consejo tomaré? Pero ya le tengo tomado conmigo. Y diciendo esto, se levantó muy furioso, y metiendo mano á la espada, decía: Juro por Dios verdadero que el que llegare á estorbarme lo que voy á ejecutar ha de probar los filos de mi cortadora espada, sea quien se fuere. Llegóse tras esto al brocal del pozo, haciendo una grandísima lamentacion, diciendo: Si tú ¡oh mujer mia! te desesperaste sin razon ninguna, y tu ánima está en parte adonde no puedo acompañarla si no te imito en la muerte, razon será y justicia, pues tanto te amé y quise en vida, que no procure estar eternamente sino en la parte en que estuvieres; y así, no temas, dulcísima prenda mia, que tarde en acompañarte. Como la gente que presente estaba, que no era poca y entre quien había muchos caballeros y nobles de la ciudad, oyeron lo que decía, porque no sucediese alguna desgracia se llegaron á él á darle algun consuelo, el cual estuvo escuchando echado de pechos sobre el brocal del pozo; y volviendo la cabeza de allí á un rato, vió cerca de sí á la ama que criaba su hijo, llorando amargamente con el niño en los brazos; y llegándose á ella con una furia diabólica, se le arrebató, y asiéndole por la faja, dió con él cuatro ó seis gol-

(1) Ser, se lee en la primera edicion.

pes sobre la piedra del pozo, de suerte que le hizo la cabeza y brazos dos mil pedazos, causando en todos esta desesperada determinacion increíble lástima y espanto; si bien con todo, ninguno osaba llegársele, temiendo su diabólica furia. Con lo cual comenzó tras esto á darse de bofetadas, diciendo: No viva hijo de un tan desventurado padre y de madre tan infeliz, ni haya tampoco memoria de un hombre cual yo en el mundo. Y diciendo esto, comenzó á llamar á su mujer y á decir: Señora y bien mio, si tú no estás en el cielo, ni yo quiero cielo ni paraíso, pues donde tú estuvieres estaré yo consoláuísimo, siendo imposible que la pena del infierno me la dé estando contigo; porque donde tú estás no puede estar sino toda mi gloria. Ya voy, señora mia, aguarda, aguarda. Y con esto, sin poder ser detenido de nadie, se arrojó tambien de cabeza en el mismo pozo, haciéndosela mil pedazos, y cayendo su desventurado cuerpo sobre el de su triste mujer. Aquí fué el renovar los llantos cuantos presentes estaban; aquí el levantar las voces al cielo, y el hinchirse la casa y calle de gente, maravillados cuantos llegaban á ella de semejante caso. A las nuevas dél, vino luego el gobernador de la ciudad, y informado del desdichado suceso, hizo sacar los cuerpos del pozo, y con parecer del obispo, los llevaron á un bosque vecino á la ciudad, donde fuéron quemados, y echadas sus cenizas en un arroyo que cerca dél pasaba. En verdad que merece, dijo Sancho, el señor Bracamonte remojar el gaznate, segun se le ha enjugado en contar la vida y muerte, osequias y cabo de año de toda la familia flamenca de aquel malogrado caballero: yo reniego de su venganza, y mi ánima con la de san Pedro. No dice mal Sancho, dijo uno de los canónigos; porque muy de temer es el fin triste de todos los interlocutores desta tragedia; pero no podrán tenerle mejor (moralmente hablando) los principales personajes della, habiendo dejado el estado de religiosos que habian empezado á tomar, pues, como dijo bien el sabio prior al galan cuando quiso salirse de la religion, por maravilla acaban bien los que la dejan. En verdad, dijo don Quijote, que si el señor Japelin acabara tan bien su vida cuanto honrosamente acabó la del adúltero soldado, que diera por ser él la mitad del reino de Chipre, que tengo de ganar; pues como muriera, no desesperado como murió, sino en alguna batalla, quedara gloriosísimo; que en fin *un bel morir tutta la vita onora*. Quiso Sancho salir á contar otro cuento, y impidiéronse los canónigos y su amo, diciendo que despues le contaria; que ahora era bien, guardando el decoro á los hábitos religiosos de aquel venerable señor ermitaño, darle la primer tanda. Y así le suplicaron la aceptase, contándole algo que fuese ménos melancólico que el cuento pasado, y que no pudiese como él las almas de todas las figuras en el infierno; porque era cosa que los habia dejado tristísimos; si bien todos alabaron al curioso soldado de la buena disposicion de la historia, y de la propiedad y honestidad con que habia tratado cosas que de sí eran algo infames. Excusóse el ermitaño cuanto pudo, y viendo era en vano, con protesto de que nadie interrumpiera el hilo de su historia, empezó la siguiente, diferente en todo de la pasada, y más en el fin.

CAPITULO XVII.

En que el ermitaño da principio á su cuento de los Felices Amantes.

Cerca (1) los muros de una ciudad de las buenas de España hay un monasterio de religiosas de cierta orden, en el cual habia una, entre otras, que lo era tanto, que no era ménos conocida por su honestidad y virtudes, que por su rara belleza: llamábase doña Luisa, la cual, yendo cada dia creciendo de virtud en virtud, llegó á ser tan famosa en ella, que por su oracion, penitencia y recogimiento mereció que siendo de solos veinte y cinco años, la eligiesen por su perlada las religiosas del convento, de comun acuerdo, en el cual cargo procedió con tanto ejemplo y discrecion, que cuantos la conocian y trataban la tenian por un ángel del cielo. Sucedió pues que cierta tarde, estando en el locutorio del convento un caballero llamado don Gregorio, mozo rico, galan y discreto, hablando con una deuda suya, llegó la Priora, á quien él conocia bien por haberse criado juntos cuando niño, y aun querido algo con sencillo amor, por la vecindad de las casas de sus padres; y viéndola él, se levantó con el sombrero en la mano, y pidiéndola de su salud, y suplicándola emplease la cumplida de que gozaba en cosas de su servicio, le dijo ella: Esté vuesa merced, mi señor don Gregorio, muy en hora buena, y sepamos de su boca lo que hay de nuevo, ya que sabemos de su valor con la merced que nos hace. Ninguna, respondió él, puede hacer quien nació para servir hasta los perros desta dichosa casa: ni sé nuevas de que avisar á vuesa merced, pues no lo serán de que de las obligaciones que tengo á mi prima nacen mis frecuentes visitas, y la que hoy hago es á cuenta de un deudo que le suplica en un papel le regale con no sé qué alcorzas, en cambio de ocho varas de un picotillo famoso ó perpetuan vareteado que le envia. Bien me parece, dijo la Priora; pero con todo, vuesa merced me la ha de hacer á mí de que, en acabando con doña Catalina, se sirva de llevar de mi parte este papel á mi hermana; que basta decir esto para que sepa en qué convento, pues no tengo más que la religiosa, de la cual aguardo ciertas floreras para una fiesta de la Virgen que tengo de hacer, con obligacion de que ha de dar orden vuesa merced en que se me traigan esta tarde con la respuesta; que por ser el recado de cosa tan justificada, y vuesa merced tan señor mio casi desde la cuna, me atrevo á usar esta llaneza. Puede vuesa merced, respondió el caballero, mandarme, mi señora, cosas de mayor consideracion; que pues no me falta para conocer mis obligaciones, tampoco me faltará, mientras viva, el gusto de acudir á ellas; que más en la memoria tengo los pueriles juguetes y los asomos que entre ellos dí de muy aficionado servidor dese singular valor, de lo que vuesa merced puede representarme. Rióse la Priora, y medio corrióse de la preñez de dichas razones, con que se despidió luego, diciendo lo hacia por no impedir la buena conversacion, y porque le quedase lugar de hacerle la merced suplicada, cuya respuesta quedaba aguardando. Apenas se hubo despedido ella, cuando don Gregorio hizo lo mismo de su prima, deseosísimo de mostrar su voluntad en la brevedad con que acendia á lo que se le habia mandado. Fué al monasterio do estaba la hermana de la Priora, cuyas memorias fuéron representando de suerte á la

(1) Cerca de los muros.

suya su singular perfeccion, hermosura, cortesía de palabras, discrecion, y la gravedad y decoro de su persona, juntamente con la prudencia con que le habia dado pié para que, sirviéndola en aquella niñería, la visitase, que con la batería deste pensamiento se le fué alicionando en tanto extremo, que propuso descubrirle muy de propósito el infinito deseo que tenia de servilla, luego que volviese á traelle la respuesta. Llegó con esta resolucion al torno del convento de la hermana; llamóla, dióle el papel y prisa por su respuesta, y ofreciósele cuanto pudo; y agradeciendo su término doña Ines (que este era el nombre de la hermana de la Priora), dióle la deseada respuesta á él, y á un paje suyo las curiosas flores de seda que pedía, compuestas en un azafate grande de vistosos mimbres. Volvió luego, contentísimo con todo, don Gregorio á los ojos de la discreta Priora, y llegando al torno de su convento y llamándola, pasó al mismo locutorio en que la habia hablado, por orden della, no poco loco del gozo que sintió su ánimo, por la ocasion que se le ofrecia de explicarle su deseo en la plática, que de propósito pensaba alargar para este efecto, como quién totalmente estaba ya enamorado della. Apenas entró en la grada el recien amantelado mancebo, cuando acudió á ella la Priora, diciéndole: A fe, mi señor don Gregorio, que hace fielmente vuesa merced el oficio de recandero, pues dentro de una hora me veo con las deseadas flores, respuesta de mi hermana, y en presencia de vuesa merced, á quien vengo á agradecer como debo tan extraordinaria diligencia. Señora mía, respondió él, por eso dice el refran: Al mozo malo ponedle la mesa y enviadle al recaudo. Está bien dicho, replicó ella; pero ese proverbio no hace (á mi juicio) al propósito; porque ni á vuesa merced tengo por malo ni en esta grada hay mesa puesta, ni es hora de comer; si no es que vuesa merced lo diga (que á eso obligan esas razones) porque le sirva con algunas pastillas de boca ó otra niñería de dulce; y si á ese fin se dirige el refran, acudiré presto á mi obligacion con grande gusto. No ha dado vuesa merced en el blanco, respondió don Gregorio; que sin que hable de pastillas ni conservas, sustentará fácilmente se halla y verifica en este locutorio cuanto el refran dice. ¿Cómo, respondió doña Luisa, me probará vuesa merced que es mal mozo? Lo más fácil de probar, dijo él, es eso, pues malo es todo aquello que para el fin deseado vale poco; y valiéndolo yo para cosas del servicio de vuesa merced, que es lo que más deseo, y á quien tengo puesta la mira, bien claro se sigue mi poco valor; y no teniéndole, ¿qué puedo tener de bondad, si ya no es que la de vuesa merced me la comunique, como quien está riquísima della y de perfecciones? Gran retórico, dijo la Priora, viene vuesa merced, y más de lo que por acá lo somos para responderle; que, en fin, somos mujeres que no vamos por el camino carretero, hablando á lo sano de Castilla la Vieja; aunque, con todo, no dejaré de obligarle á que me pruebe cómo se salva lo que dijo, que dejó la mesa puesta cuando fué con el papel que le supliqué llevase á mi hermana, ya que aparentemente me ha probado que es mal mozo. Eso, señora mía, respondió él, tambien me será cosa poco dificultosa de probar; porque donde se ve el alegría de los convidados y el contento y regocijo de los mozos perezosos, juntamente con el concurso de polres que se llegan á la puerta, se dice que

está ya la mesa puesta y que hay convite; lo mismo colegí yo del gozo que sentí cuando merecí ver esa generosa presencia de vuesa merced, que se me ofrecia con ella, pues vi en ese bello aspecto, digno de todo respecto, una esplendidísima mesa de regalados manjares para el gusto, pues le tuve y tengo el mayor que jamas he tenido, en ver la virtud que resplandece en vuesa merced, pan confortativo de mis desmayados alientos, acompañada de la sal de sus gracias, y vino de su risueña afabilidad; si bien me acobarda el enchillo del rigor con que espero ha de tratar su honestidad mi atrevimiento, si ya esa singular hermosura, despertador concertado dél, no le disculpa. Quedósela mirando sin pestañear, dichas estas razones, saltándosele tras ellas algunas lágrimas de los amorosos ojos, harto bien vistas y mejor notadas de doña Luisa, á cuyo corazon dieron no pequeña batería; aunque disimulándola, y encubriendo cuanto pudo la turbacion que le causaron, le respondió con alegre rostro, diciendo: Jamas pensara de la mucha prudencia y discrecion de vuesa merced, señor don Gregorio, que, conociéndome tantos años há, pudiese juzgarme por tan bozal, que no llegue á conocer la doblez de sus palabras, el fingimiento de sus razones y la falsedad de los argumentos con que ha querido probar la suficiencia de mi corto caudal; mas pase por agora el donaire (que por tal tengo cuanto vuesa merced ha dicho); y pues tiene en esta casa prima de las prendas de doña Catalina, que le desea servir en extremo, no tiene que pretender más, pues cuando lo haga no sacará de sus desvelos sino un alquitran de deseos difíciles de apagar si una vez cobran fuerza, pues la misma imposibilidad les sirve á los tales de ordinario incentivo, en quien se ceban, pues de continuo el objeto presente, que mueve con más eficacia que el ausente á la potencia, muestra la suya cuando lucha con los imposibles que tenemos las religiosas. Con esto (pues vuesa merced me entenderá como discreto) pienso he bastantísimamente satisfecho á las palabras y muestras de voluntad de vuesa merced; y con ello se despierte la mía; pero no de que me mande cosas de su servicio, más conformes á razon y de ménos imposibilidad; que haciéndolo, podrá vuesa merced acudir una y mil veces á probar las véras de mi agradecimiento; y cuando las ocupaciones de mi oficio me tuvieren ocupada, no faltarán religiosas de buen gusto que no lo estén para acudir en mi lugar á servir y entretenir á vuesa merced. Habia estado don Gregorio oyendo esta despedida equívoca con extraña suspension, mirando siempre de hito en hito á quien se la daba; y desocupado de oír, respondió agradecia mucho la merced que se le hacia, pues cualquiera, por pequeña que fuese, le sobraba; pero que entendia quedaba de suerto con la llaga que la vista de sus blancas tocas y bellísimo rostro (mantiles ricos de la mesa que de sus gracias habia puesto á su voluntad) le habia causado, que tenia su vida por muy corta si su mano, en quien ella estaba, no le concedia algun remedio para sustentarla. Despidióse la Priora tras esto dél, diciéndole se reportase, y fiasse lo demas del tiempo y de la frecuencia de las visitas, para las cuales de nuevo le daba licencia. Volvióse don Gregorio á su casa tan enamorado de doña Luisa, que de ninguna manera podía hallar sosiego: acostóse sin cenar, lamentándose lo más de la noche de su fortuna y de la triste hora en que habia visto el bello ángel

de la Priora, la cual luego tambien que se apartó del se subió con el mismo cuidado á su celda, do comenzó á revolver en su corazon las enredas razones que don Gregorio le habia dicho, las lágrimas que en su presencia y por su amor habia derramado, la aficion grande que le mostraba tener, y el peligro de la vida con que á su parecer iba si no le hacia algun favor; y si el ser él tan principal y gentil hombre, y conocido suyo desde niño, ayudó á que el demonio (que lo que á las mujeres se dice una vez, se lo dice á solas él diez) tuviese bastante leña con ello para encender, como encendió, el lascivo fuego con que comenzó á abrasarse el casto corazon de la descuidada Priora; y fué tan cruel el incendio, que pasó con él la noche con la misma inquietud que la pasó don Gregorio, imaginando siempre en la traza que tendria para declarar le su amoroso intento. Venida la mañana, bajó luego con este cuidado al torno, y llamando una confidente mandadera, le dijo: Id luego á casa del señor don Gregorio, primo de doña Catalina, y decilde de mi parte que le beso las manos, y que le suplico me haga merced de llegarse acá esta tarde; que tengo que tratar con él un negocio de importancia. Fué al punto la recaudera, cuyo recado recibió don Gregorio con el gusto que imaginar se puede, asentado en la cama, de la cual no pensaba levantarse tan presto, y dijo á la mujer: Decid á la señora Priora que beso á su merced las manos, y que me habeis hallado en la cama, en la cual estaba de suerte, que, á no mandármelo su merced, no me levantara della en muchos dias, porque el mal con que salí de su presencia ayer tarde me ha apretado esta noche con increíble fuerza; pero ya con el recado cobro la necesaria para poder acudir, como acudiré á las dos en punto, á ver lo que manda su merced. Fuése la mandadera, y quedó el amante caballero totalmente maravillado de aquella novedad, y no sabía á qué atribuir la: por una parte consideraba el rigor con que el dia pasado le habia despedido; y por otra, el enviarle á llamar tan de prisa para comunicarle (como la mandadera le habia dicho) un negocio de importancia, le aseguraba ó prometia algun piadoso remedio. Aguardaba con sumo deseo el fin de la visita, y llegada la hora de hucella, fué puntualísimamente al convento; y avisando en el torno, y cobrada respuesta en él de que pasase á la grada, fué á ella, do estuvo esperando á que la Priora saliese, haciéndosele cada instante de su tardanza un siglo; pero salió dentro de breve rato, risueña y con muestras de mucha afabilidad, diciéndole, no sin turbacion interior: No quiere tan mal á vuesa merced como piensa, mi señor don Gregorio, quien le ha enviado á llamar en amaneciendo con tanto cuidado; pero hánmele causado tan grande las muestras de indisposicion con que vuesa merced se fué anoche, que temiendo no naciese ella del cansancio tomado en ir y venir del convento de mi hermana á este á mi cuenta, me ha parecido quedaba tambien á ella el saber, lo uno de su salud, y lo otro el divertille esta tarde de la pasada melancolia, causada de mi inadvertencia; que sin duda de la que debí tener en el hablar tomó vuesa merced ocasion para decirme aquellas tan amorosas cuanto estudiadas razones con que pretendió darme á entender, á vueltas de aquellas fingidas lágrimas, le desvelaban mis memorias y enamoraban mis cortas prendas; pero no le ha salido mal el intento, si le tuvo de obligarme con eso á que le enviase á llamar, pues en

efecto ha salido con él; y si ese ha sido el artificio matriz de aquel fingimiento, dígame vuesa merced agora sin él, pues me tiene presente, su pretension; que para ello le da cumplidísima licencia mi natural vergüenza, pues (como dicen) el oír no puede ofender; y hago esto porque, como me dijo vuesa merced al despedirse, habia yo de ser causa de su temprana muerte, no me ha parecido debia dar lugar á que el mundo me tuviese por homicida de quien tantas partes tiene, y es por ellas digno de vivir los años que mi buen deseo suplica á Dios le dé de vida, confiada en que no perderémos nada los desta casa en que la tenga larguísima quien tan bienhechor es della. Respondióle don Gregorio, cobrando un nuevo y cortés atrevimiento, diciendo: Ha sido tan grande, señora mia, la merced que hoy se me ha hecho y va haciendo agora, y hálleme tan incapaz de merecerla, que me parece que aunque los años de mi vida llegasen á ser tantos cuantos prometen los nobles y religiosos deseos de vuesa merced, no podia pagar en ellos, por más que los emplease en servicio desta casa, la mínima parte della; pero ya que no la puedo pagar con caudal equivalente, pagaréla, á lo ménos, con el que agora corre entre discretos, que es con notable agradecimiento y confesion de perpetuo reconocimiento; aunque quiero que vuesa merced entienda (y esto sabe el cielo cuánta verdad es) que si no acudiera con la brevedad que acendí con el recaudo y esperanzas de su vista, ya no la tuviera yo, ni vida con ella, á la hora presente, segun me apretaba la pasion amorosa que las gracias de vuesa merced me cansan; pero ya de aquí adelante pretendo mirar por mi vida, para tener siquiera que emplear en servicio de quien tan bien sabe dármela cuando ménos la confio; y porque acabe de conocer proseguirá vuesa merced el hacérmela, quiero atrevidamente pedir otra de nuevo, confiado en lo que acaba de decir, de que gusta de mi vida. Veamos, dijo la Priora, qué cosa es, y conforme á la peticion, se podrá fácilmente juzgar si será justo concederla ó no: diga vuesa merced. Yo, señora, no pido nada, replicó él; que no querría me sucediese lo de anoche, de dar pesadumbre á vuesa merced. Sin duda, dijo ella, que debe de ser, segun se lo hace de mal el decirlo, algun pié de monte de oro. No es, respondió don Gregorio, sino una mano de plata (que tales son las blanquísimas de vuesa merced) para besarla por entre esta reja. Aunque haya sido atrevimiento, señor don Gregorio, replicó la Priora, no dejaré de usar desa llaneza y libertad, por haberlo prometido;—y sacando de un curioso guante la mano, la metió por la reja, y don Gregorio, loco de contento, la besó, haciendo y diciendo con ella mil amorosas agudezas, y ella le dijo: Agora ¿estará vuesa merced contento? Estoylo tanto, replicó el nuevo amante, que salgo de juicio, pues con esto cobro nueva vida, nuevo aliento, nuevo gozo, y sobre todo, nuevas esperanzas de que so lograrán más de cada dia las mías; y así podré decir está todo mi sér en la mano de vuesa merced, en la cual, como pongo los ojos, pongo y pondré mientras viva mis deseos y memorias. Pues, señor don Gregorio, dijo doña Luisa, ya no es tiempo de disimulacion ni de que vuesa merced ignore que si me ama con las véras que finge, no hace cosa que no me la deba; y si he disimulado hasta agora, ha sido no con poca violencia de mi voluntad; pero forzábala el ser mujer y religiosa y cabeza de

cuantas lo son en esta grave casa, y tambien que deseaba enterarme y ver si la perseverancia confirmaba los asomos del amor que con palabras y lágrimas me comenzó á mostrar; pero ya que mi ceguera me obliga á que crea lo que tan difícil es de averiguar, digo que soy contentísima de que todos los días me visite, y aun le suplico lo haga, variando las horas para mayor disimulacion; y advierta vuesa merced hago más en confesarme ciega y amante, que en cuanto tras eso diere lugar á vuesa merced, pues el mayor imposible que sentimos las mujeres es el haber de otorgar amamos á quien con sola esa confesion snele tomar ánimo para condenarnos á perpetuo desprecio y desesperados celos: ¡plegue á Dios no me suceda á mí así! Libertad terná vuesa merced de hablarme sin impedimento; que el ser priora me da aquella y me quita estos; y crea vuesa merced que perseverando, pienso serle autora de mayores servicios; y baste por agora, y vuesa merced se vaya; que quedo confusísima de mi determinacion y de la poca fuerza que en mí siento para resistir á mayores baterías; y lo demas quede para otro día. Despidiéronse con esto, quedando los dos tan enamorados como dirá el suceso del verdadero cuento. Luego comenzaron á andar los recados, los billetes, y á frecuentarse las visitas, enviándose regalos y presentes de una parte y otra con tanta frecuencia, que ya daban de sí no poca nota; si bien, como todos veían la autoridad de la Priora, no reparaban tanto en ello como fuera razon. Duróles este trato por más de seis meses, hasta que, estando los dos un día hablando en el locutorio, comenzó don Gregorio á maldecir las rejas, que eran estorbo de que él gozase del mejor bien que gozar podia y deseaba; y lo mesmo decia ella; que era de suerte su amor, y estaba tan perdida por el mozo, y tan otra de lo que solia, y era tan frecuentadora de billetes y ternuras, que hasta el mismo don Gregorio se espantaba de verla tal; y fué de manera, que ella fué quien dió principio á su misma perdicion, pues le dijo esa mesma tarde: ¿Es posible, señor, que mostrándome el amor que me mostrais, seais tan pusilánime y tan para poco, que no déis traza de entrar de noche por alguna secreta parte adonde podamos gozar anibos sin zozobras el dulce fruto de nuestros amores? ¿No advertitis que soy priora y que tengo libertad para poderlo hacer con el debido secreto? Yo, á lo ménos, de mi parte, si vos os disponeis para ello, harlo bien trazado lo tengo con mi deseo y facilitado con vuestra cobardía; y aun si no fuera ella tanta, podriais sacarme de aquí y llevarme adonde os diese gusto, pues vivo y estoy en todo dispuesta de seguir el vuestro. Maravillado don Gregorio desta determinacion, la respondió: Ya, prenda mia, os he dicho muchas veces que estoy aparejado para todo aquello que fuere de vuestro entretenimiento y regalo; y así, pues me enseñais lo que debo hacer, será el negocio desta manera. Yo tomaré dos caballos de casa de mi padre, recogiendo juntamente della todo el más dinero que pudiere, y vendré á la media noche por la parte del convento que mejor y más secreto os pareciere; y saliendo dél, subiréis en el uno, yo en el otro, y así nos iremos juntos á media posta á algun reino extraño, donde, sin ser conocidos, podremos vivir todo el tiempo que nos diere gusto; y vos, pues teneis las llaves del dinero, plata y depósitos deste convento, podréis tambien recoger la mayor suma de cosas de valor

que podais, para que vamos así seguros de no vernos jamas en necesidad. Así me parece bien, replicó ella, que se debe hacer. Quedaron desde luego de concierto de que su ida fuese á la una de la noche del siguiente domingo, despues de dichos los maitines, hora en que el galan sin falta estaria aguardando á la puerta de la iglesia con los caballos; que pues ella se quedaba las noches con las llaves de casa, fácilmente podria abrir la sacristía, y salir por ella al dicho puesto por la puerta principal de la iglesia, con presupuesto de caminar la misma noche diez ó doce leguas á toda diligencia, para que cuando los echasen ménos fuese más dificultoso el hallarlos. Con este concierto y con el de que don Gregorio le enviaria bien envueltos, como si fuese colgadura, unos curiosos vestidos de dama con que saliese, se despidieron; y en haciéndolo, comenzó la Priora á dar órden en su partida, cosiendo en un honesto faldellín que habia de llevar debajo, las doblas que pudo recoger, que no fuéron pocas, poniendo en una bolsa otra gran cantidad de moneda de plata, para llevarla más á mano; de suerte que sacó del convento entre moneda y joyas más de mil ducados. La mesma prevencion hizo don Gregorio, el cual, contrahaciendo las llaves de ciertos cofres de su padre, sacó dellos más de otros mil ducados, sin otra gran cantidad de dineros que pidió prestados á amigos; que con la confianza de que era hijo único y mayorazgo de caballeros de más de tres mil de renta, fué fácil hallar algunos que se los prestasen. Llegado el concertado domingo, á las doce de media noche, hora de universal silencio por la seguridad que dan los primeros sueños, que, por serlo, son más profundos, se bajó don Gregorio con la prestada maleta de lo que habia de llevar, á la caballería, y ensillando en ella dos de los mejores caballos, sin ser de nadie sentido se salió de casa, y fué al monasterio, do estuvo aguardando en la puerta de la iglesia á que su querida doña Luisa saliese, la cual, acabados los maitines, se volvió á su celda, y quitándose en ella los hábitos, se vistió las ropas de secular que don Gregorio le habia enviado, y tenia en un arca, como queda dicho; y poniendo las de religiosa sobre una mesa, y dejando allí una bien larga carta escrita de la causa que sus amores le dieron para irse (como se iba) con don Gregorio, dejó, ni más ni ménos, allí una vela encendida, con el breviario y rosario, de quien siempre habia sido devotísima, y por él lo habia sido en sumo grado de la Virgen, señora nuestra, toda su vida; y tomando tras esto un gran manajo de llaves, las cuales eran de toda la casa y de la iglesia, se salió de la celda lo más pasito que le fué posible, y se fué por el claustro, y bajó á la sacristía; y abriéndola sin ser sentida, salió al cuerpo de la iglesia con las llaves en la mano; y habiendo de pasar al salir della por delante de un altar de la Virgen benditísima, de cuya imagen era particular devota, y le celebraba todas las fiestas suyas con la mayor solenidad y devocion que podia, á la que llegó delante della, se hincó de rodillas, diciendo con particular ternura interior y notable cariño de despedirse della, privándose del verla, porque era la cosa que más queria en esta vida: Madre de Dios y Virgen purísima, sabe el cielo y sabeis vos cuánto siento el ausentarme de vuestros ojos; pero están tan ciegos los míos por el mozo que me lleva, sin hallar fuerzas en mí con que resistir á la pasión amorosa que me lleva tras sí. Voy tras ella sin

reparar en los inconvenientes y daños que me están amenazando; pero no quiero emprender la jornada sin encomendaros, Señora, como os encomiendo con las mayores véras que puedo, estas religiosas que hasta ahora han estado á mi cargo: tenedle pues dellas, Madre de piedad, pues son vuestras hijas, á las cuales yo, como mala madrastra, dejo y desamparo: amparadlas, digo, Virgen santísima, por vuestra angélica puridad, como verdadero manantial de todas las misericordias, siendo como sois la madre de la fuente dellas: de Cristo, digo, nuestro Dios y Señor. Volved y mirad, os suplico otra vez, en mi lugar, por estas siervas vuestras que aquí quedan, más cuidadosas de su limpieza y salvacion que yo, que voy despeñándome tras lo que me ha de hacer perder lo uno y lo otro, si vos, Señora, no os apiadáis de mí; pero confío que lo haréis, obligada de vuestra inexplicable y natural piedad y de la devocion con que siempre he rezado vuestro santísimo rosario. Y dicha esta breve oracion, y hecha tras ella una profunda reverencia á la imágen, abrió el postigo de la iglesia, y abierto, se volvió á dejar las llaves delante del dicho altar de la Virgen, tras lo cual se salió á la calle, entornando tras sí la puerta. Apenas estuvo fuera della, cuando le salió al encuentro don Gregorio, que la estaba aguardando hecho ojos, y tomándola en brazos (tras haberla tenido un breve rato entre los suyos amorosos haciendo desenvolturas que el recelo de no ser vistos le consintió), la subió en el caballo que le pareció más manso, con que comenzaron luego á caminar de suerte que los vino á tomar el día seis ó siete leguas léjos de adonde habian salido; y en el primer lugar se proveyeron de todo lo necesario tocante á la comida, con fin de no entrar en poblado, si no fuese de noche, para hurtar así el cuerpo á la mucha gente que tenían por sin duda iria en su busca. En efeto, señores, aquella que (1) habia profesado y prometido castidad á Dios, y la habia guardado hasta entónces con notables muestras de virtud, permitiéndolo así su divina Majestad por su secreto juicio y por dar muestras de su omnipotencia (la cual manifiesta, como canta la Iglesia, en perdonar á grandes pecadores gravísimos pecados), y por mostrar tambien lo que con él vale la intercesion de la Virgen gloriosísima, madre suya, y con cuántas véras la interpone ella en favor de los devotos de su santísimo rosario, la perdió por un deleite sensual y momentáneo, yendo á rienda suelta por el camino fragoso de sus torpezas, olvidada de Dios, de su profesion y de todos los buenos respetos que á quien era debia. Mas no hay que maravillarse hiciese esto, dejada de la mano de Dios, pues, como dice san Agustín, más hay que espantarse de los pecados que deja de hacer el alma á quien desampara su divina misericordia, que de los que comete; que eso, dice David, vocean los demonios, enemigos de nuestra salvacion, al hombre que llega á tal miseria, tomando ánimo por ello de perseguirle, y prometiéndose vencerle en todo género de vicios: *Deus dereliquit eum: persequimini et comprehendite eum, quia non est qui eripiat*. Continuaron su camino los ciegos amantes, con los justos miedos y sobresaltos que imaginar se pueden de quien anda en desgracia de Dios, algunos días, sin parar jamas hasta que llegaron á la gran cindad de Lisboa, cabeza del ilus-

tre reino de Portugal. Allí pues hizo don Gregorio una carta falsa de matrimonio, y alquilando una buena casa, compró sillas, tapices, bufetes, camas y estrado con almohadas para su dama, con el demas ajuar necesario para moblar una honrada casa, comprando juntamente para el servicio della un negro y una negra: cargó tras esto de galas y joyas para adorno suyo y de su bella doña Luisa. Pasaron la vida muchos días, acudiendo en aquella ciudad á todo cuanto apetecian sus ciegos sentidos, como fuese de entretenimiento, disolucion y fausto, sin perder fiesta ni comedia la gallarda forastera (que así la llamaban los portugueses) de cuantas en Lisboa se hacian. Paseaba tambien sus calles don Gregorio de día, ya con una gala y caballo, y ya con otro, gozando sin escrúpulo ninguno de conciencia de aquella pobre apóstata perlada, olvidado totalmente de Dios y sin rastro de temor de su divina justicia; porque, como dice el Espíritu Santo por boca de Salomon, lo que ménos teme el malo cuando llega á lo último de su maldad, es á Dios. Dos años estuvieron en Lisboa los ciegos amantes, gastándolos en la vida más libre y deleitosa que imaginarse puede, pues todo fué galas, convites, fiestas, y sobre todo juegos, á que don Gregorio se dió sin moderacion alguna.

CAPITULO XVIII.

En que el ermitaño cuenta la baja que dieron los Felices Amantes en Lisboa por la poca moderacion que tuvieron en su trato.

Es infalible que se llegue al cabo de adonde se saca algo (como dice el refran) y no se echa. Dígolo, señores, porque, como dieron tanta prisa las libertades de don Gregorio y sus juegos, y las galas de su doña Luisa y sus saraos, á desembolsar los dineros que habian traído de su tierra, sin que de ninguna parte ni de ningun modo les viniese ganancia, comenzaron al cabo de los dos años dichos á echar de ver ambos se iban empobreciendo; y hiciéronlo tan por la posta, que en breve les fué forzoso vender las colgaduras y aun muchas ó todas las joyas de casa, tras lo cual vendió él tres ó cuatro caballos que tenia; pero remedióse poco con su venta, porque con el dinero que sacó della, codicioso de ganar ó picado de lo perdido, se fué á una casa de juego, do tras perderle todo, vino á perder hasta un famoso ferruero que traia, siéndole necesario detenerse hasta la noche sin volver á su casa, porque no le viesen los que le conocian, ir (como de liecho fué) en cuerpo por las calles; y llegando apesarado, corrido, pobre y sin capa á los ojos de su doña Luisa, que le aguardaba con harta necesidad, no tuvo ánimo la triste dama de reprenderle su inconsideracion, temerosa de no darle materia para que la dejase ó hiciese alguna baja; ántes consolándole, dió orden de que vendiesen los negros, como lo hicieron; pero acabáronse presto los dineros que sacaron dellos, parte con el gasto ordinario, y parte con los excesos del juego de don Gregorio, que eran grandes (quizá por permission divina, para reducirlos á su conocimiento, mediante la necesidad), y llegaron al cabo á verse tales, que ni prenda que empeñar, ni pieza que vender tuvieron: con que el dueño de la casa, conociendo el peligro que corria la cobranza de sus alquileres, dió orden de ejecutarlos por ellos si no le daban por seguro algun abonado fiador: fuéles imposible hallarle; y así, hubo el galan de rematar con los vestidos de su doña Luisa, á la cual viendo llorosa, desnuda, corrida y me-

(1) La primera edicion dice: *En efeto, señores, que aquella habia profesado, etc.*

dio desesperada, dijo el pródigo mozo un día: Ya veis, mi bien, lo que pasa y cuán imposible nos es vivir en esta ciudad sin notable nota della y vergüenza nuestra, por ser tan conocidos de la gente principal, de quien no tengo cara para ampararme. Muy sin consideracion hemos andado en gastar tan sin fino lo que de vuestras tierras sacámos, y sin mirar en lo que adelante nos podía suceder; pero pues para lo hecho no hay remedio, pareceme que lo que agora debemos hacer, previniendo mayores daños, es, que pues nos vemos tales, nos salgamos una noche, sin ser vistos, de Lisboa, y vamos á dar cabo á la primer ciudad de Castilla, que es Badajoz, do, por no conocernos ni habernos visto con la pompa y fausto que los de Lisboa, podrémos pasarlo mejor y con ménos gasto; que pues vos teneis tan buenas manos para cosas de labor, fácil será el ganar con ellas con que moderadamente vivamos, ya enseñando á labrar á algunas niñas, y ya labrando para otros. Respondiéndole con no pocas lágrimas y sentimiento la triste dama que hiciese della cuanto fuese de su gusto, pues estaba ya dispuesta á seguirle en todo sin contradiccion alguna. Salieronse, cual pueden pensar vuestras mercedes, de la gran Lisboa, haciendo su viaje á pié y sin más provision ni ropa que la que llevaban á cuestas, yendo sin espada y en cuerpo don Gregorio, por la pérdida que había hecho de su capa en el juego; pero lo que él más sentía era verse imposibilitado de poder llevar á caballo á su doña Luisa, que por la aspereza de los caminos y delgadeza de sus piés, los llevaba abiertos y eribillados, por ir, como iba, con pobrisimo calzado, y necesidad, en fin, de pedir limosna por las puertas de las casas de los pueblos por donde pasaba, como tambien lo iba haciendo él, llenas sus plantas de vejigas. Llegaron al cabo de algunos dias á Badajoz despeados, do llegando, les fué forzoso irse á alojar por su gran pobreza al hospital; que era tanta, que si algunos compasivos pobres dél no les dieran de los mendrugos que por las casas habian recogido de limosna, quedaran la noche que llegaron, sin cenar. Aquí fué el llorar, hecha otro hijo pródigo, de la afligida doña Luisa, y el considerar la abundancia que tenia en el monasterio de donde era priora; aquí el arrepentirse de haber salido tan inconsideradamente dél con don Gregorio, con tan grave ofensa de Dios y tan en deshonra de los linajes de entrambos; aquí, finalmente, el sollozar por la pérdida de la irreparable joya de la virginidad. Pasó la noche, en efeto, la aburrida señora lamentando con extraño sentimiento su desventura, tanto, que el afligido don Gregorio no le sabia hablar; ántes, corridísimo y melancólico, se estaba esenchándola en un rincón del mismo aposento; y si algo decía, eran tambien endechas y pesares por los que padecía y esperaba padecer, sin esperanzas de poder volver en toda su vida á su tierra, en la cual era rico y regalado mayorazgo: con enya consideracion y con la que tenia del sentimiento de sus padres, deudos y amigos, arrancaba de rato en rato un doloroso suspiro del centro de su afligida alma, con que enterneciera las piedras, maldiciendo su desconcierto, ciega determinacion, locos amores y á los infernales gustos, y finalmente la primer vista de quien había sido causa total de tan fatales principios y del fin peligroso que ellos las vidas de su cuerpo y alma amenazaban. Pasada la noche en estas ocupaciones y sentimientos, y venida la mañana, entró en el hospital un

caballero mancebo, á quien tocaba reconocer aquella semana qué gente había entrado y dormido en él; que para no dar lugar á que se poblase de vagamundos tenia esta cuerda providencia aquella ciudad, de tener administradores que por semanas visitasen los peregrinos y se informasen de sus necesidades; y llegándose á doña Luisa, luego que la vió moza y hermosa, aunque mal vestida, le preguntó que de dónde era; y respondiendo ella con muestras de vergüenza que de Toledo, replicó él si conocia á tales y tales personas bien señaladas en dicha ciudad: respondió la dama luego que no, porque había mucho tiempo que había salido de allá. Estando en esta plática, se les juntó don Gregorio, diciendo: Esta mujer, señor mio, es natural de Valladolid, y es mi esposa. ¿Pues para qué, dijo el caballero, es menester mentir aquí? Muéstreme acá la carta del casamiento; porque, si no son marido y mujer, serán muy bien castigados. Sacó luego su carta falsa don Gregorio, y enseñósele, de la cual el caballero quedó satisfecho, y les preguntó que adónde caminaban; porque allí no podian estar más de solo un día. Respondió don Gregorio que venían á aquella ciudad de asiento para vivir en ella. ¿Pues qué oficio teneis? replicó el administrador. Respondiéndole que no tenia oficio; pero que su mujer era labradora, y queria allí, habiendo comodidad, enseñar á labrar algunas niñas. De suerte, dijo el caballero, que ella os ha de sustentar á vos: harto trabajo tendréis ambos: con todo, por amor de Dios os llevaré hoy á mi casa, y os daré en ella de comer hasta buscaros alguna comodidad con que vos y vuestra mujer, que parece honrada, podais vivir en esta tierra. Mandó tras esto á un paje que los llevase á su casa: agradeciéronse mucho ellos; y por el camino, preguntando por las prendas de quien tanta merced les hacia, respondió el paje que era un mancebo rico y tan caritativo, que hacia los más de los dias muchas limosnas; y así, que confiesen que él sin duda les buscara adonde pudiesen vivir, y aun si fuese menester les pagaria el alquiler de la casa: nueva fué esta que les dió á ambos notable contento. El caballero les buscó, en saliendo del hospital, una razonable posada en que vivian unas costureras, y les hizo dar alquiladas una buena cama y algunas alhajas de casa, saliendo él á pagar el alquiler de todo cuanto los huéspedes para quien había de servir, no le pagasen. Hecha esta diligencia, se fué á mediodía á su posada, en la cual les hizo dar bien de comer, y en comiendo, les llevó él proprio á la que les había buscado, donde le besaron las manos por ello y por un real de á ocho que les dió de limosna, con que pasaron aquella noche razonablemente. A la mañana comenzó doña Luisa á preguntar á aquellas vecinas que quién le daria que labrar; porque ella no conocia á nadie en aquella ciudad; las cuales la respondieron: Nosotras, con ser naturales de aquí y hacer, como dicen, pajaritos de vuestras manos, morimos de hambre: mirad qué haréis, señora, vos venida de ayer acá. A la fe, hermana mia, que habeis llegado á muy ruin puesto para ganar de comer, como os enseñará la experiencia. Con todo eso, para dos ó tres dias, dijo la una, yo os daré con que ganeis siquiera para pan. Agradecióselo ella, y comenzó á labrar en cierta obra que le puso en las manos, quedándose don Gregorio en la cama, pensando pasar mejor la hambre en ella que paseando. Esa misma mañana se llegó el caballero,

después de haber visitado el hospital, á saber de los dos forasteros; y hallando acostado á don Gregorio, le dijo: ¿Qué es, gentil hombre? ¿Cómo va? ¿Adónde está vuestra mujer? Bien hasta agora me va, respondió él, y ahí con la vecina está mi mujer, por quien pregunta vuesa merced, á quien suplico no se espante de no hallarme levantado; que el no tener andrajo de zapatos me obliga á ello. No será tanto esa la causa, dijo el administrador, cuanto poltronería. Y volviendo las espaldas, se salió á ver á doña Luisa, y sentándose en un taburete junto á ella, se la puso á mirar de propósito á las manos y rostro; y reparando en sus facciones y en la modestia con que estaba, le pareció la más hermosa mujer y más digna de ser amada que en su vida hubiese visto. Aficionósele luego; que es imposible deje la voluntad de amar á aquello que se le representa vestido de bondad, hermosura ó gusto; y rendido ya á sus partes, le preguntó con muestras de afición por su nombre y la causa por que había dejado su patria. Respondió ella sin levantar el rostro, con alguna turbacion, que se llamaba doña Luisa, y que por haber sucedido cierta desgracia á su marido en Valladolid, habían salido ambos huyendo á una de caballo (cosa que le pesaba confesar, y que por no hacerlo, había dicho al principio que eran de Toledo), y habiendo dado cabo en Lisboa, habían vivido allí dos años, en el cual tiempo habían gastado no poca suma de dinero que consigo habían traído. Por cierto, señora doña Luisa, que siento en el alma (dijo el caballero) veros empleada en quien tan poco os merece, como este picarón de vuestro marido, pues por una parte os veo hermosa y discreta, y considero por otra que él os ha de consumir y gastar lo poco que aquí ganáredes: con todo, si quereis hacer por mí lo que os suplicare, os juro á fe de caballero de remediaros y favoreceros á ambos en cuanto pudiere, pues no puedo negar sino que os he mirado con buenos ojos, y de suerte están los míos enamorados de los vuestros, que ya vivo con deseo intenso de serviros y agradaros en cuanto pudiere; y así, desde luego os suplico me mandeis todo lo que fuere de vuestro gusto; que á todo acudirá el mío, sin querer mis fieles deseos más premio que verse admitidos de vuestra memoria, pues con solo esa gloria juzgaré verme en la mayor que puedo desear. No perdais, bellissima forastera, la ocasion que á vuestras desdichas ofrece en mis dichosos cuidados la fortuna, y advertid no es cosa que os pueda estar mal el hacermé merced. Agradezco cuanto pnedo, señor, respondió ella, la que ese valor me ofrece, sin haberle yo servido ni merecido; pero siendo mujer casada y estando mi marido presente, en gravísimo yerro y peligro caería si le ofendiese; y así por esto, y, lo más principal, por lo que debo á Dios y á mí misma, suplico á vuesa merced desista de tal pretension; y en cuanto no tocare á ella, mándeme; que en todo verá mi debido agradecimiento. Miraldo, señora, bien, dijo el mancebo; que yo me encargo en dar orden cómo vuestro marido no lo sepa ni entienda; y veis aquí por agora ese doblon para que ceneis esta noche; que dobles os los daré las que vinieren, como gusteis emplearlas en darme gusto, y no le tendré hasta que mañana me deis la respuesta que desco; y me le puede solo causar el ser ella cual mi fe merece y esa beldad asigna. Consteñida doña Luisa de la necesidad, que es poderlo o tiro para derribar las flacas almenas de la muje-

ril vergüenza, tomó el doblon, dándole por él no pocas gracias ni pocas esperanzas con recebirle, pues siempre quien lo hace se obliga á mucho. Levantóse tras esto el administrador, y llamó aparte á la vecina más vieja de la casa y le dijo: Si acabais con doña Luisa que correspondá á mis ruegos y acete mis ofertas, os prometo, á ley de quien soy, de daros una saya de famoso paño, sin otras cosas de consideracion; pero eso rogádselo y persuadíd-selo con las mayores véras que pudiéredes; y si salis con la empresa, venid volando con la nueva á mi casa; que della llevaréis al punto las ofrecidas albricias. Aseguróle la astuta tercera serlo con las véras que dirian las obras; y llegando el caballero, oida esta respuesta, á la descuidada dama, le asió la mano y se la besó, sin que lo pudiese ella impedir, partiéndose luego. Comenzó, tras su ida, la solícita vieja á persuadir eficazmente á la perpleja señora, por saber ella más de estos ensalmos que de los salmos de David; y fué de suerte la batería que le dió, que convencida della doña Luisa, le vino á responder que, como el negocio fuese secreto, procuraria servir cuanto pudiese á aquel caballero, con tal que él hiciese tambien por ella lo que le había ofrecido: encargóse la vieja, agradecida á la respuesta, de tratar el negocio con igualdad y satisfacion de ambas partes, como el efecto mostraria. Entróse doña Luisa en su cuarto, por ser hora de comer, do contó punto por punto á don Gregorio cuanto con el caballero le había pasado; el cual le respondió que, atento que padecian extrema necesidad y que era imposible remediarla por otro camino, que condescendiese con su gusto; que para todo daba su consentimiento y daría el lugar necesario, con tal que le sacase cuanto pudiese, así en dineros como en joyas, fingiendo siempre temor y recelo, y encargándole el secreto. Ya en esto había ido corriendo la vieja á ganar las albricias del enamorado caballero; y teniéndolas, y concertado con ella tratase con doña Luisa se viesen la siguiente noche donde y como ella mandase, se efectuó todo así; porque, fingiendo don Gregorio salirse de la ciudad, dió ella entrada en su propia casa al caballero, el cual durmió con ella aquella y otras noches, dándole dineros y todo lo necesario para su sustento y reparo, con que pudieron ambos vestirse razonablemente. Publicóse el negocio, con escándalo del pueblo; que de ver el tordo de la dama, la bizarría de don Gregorio y la familiaridad con que trataba con el caballero, frecuentando las entradas de casa el uno del otro (que todo lo allanó el gusto del natural y necesidad del forastero), nació el echar de ver todos tenia tienda la forastera de entretenimientos, la cual aumentó la ocasion de la murmuracion con el engañarse, ponerse á la ventana y gustar de ser vista y visitada, todo con consentimiento de don Gregorio; que ya no se le daba nada del medrar á costa de la votada honestidad (pero profanada escandalosamente) de la ciega religiosa, de quien de nuevo comenzaron á picarse otros tres mancebos ricos de la ciudad, aditiendo sus presentes, billetes y recados la dama, sin reparar en comprarlos á costa de su honra. Llegó el negocio á término que una noche, encontrándose todos en su calle, trabaron celosos una tan cruel pendencia, que della salió muerto un hijo de vecino principal: prendió luego la justicia por indicio á todos los de la riña, depositando á doña Luisa en casa de un letrado; y al cabo de un mes que corrió la causa, no pu-

diéndose averiguar quién fuese el homicida, los sacaron á todos en fiado, dándoles la ciudad por cárcel. Don Gregorio fué quien peor libró, pues salió el postrero della, con sentencia de destierro perpetuo de Badajoz y su tierra; y hubiera de salir á la vergüenza por las calles, si la buena diligencia del administrador, su amigo, no lo remediara con dinero: dióle, en viéndole libre, todo lo que fué necesario para salirse de la ciudad y irse á la de Mérida, do le aconsejó se entretuviese regalando (1) un par de meses, mientras él en ellos negociaba se le alzase el destierro, ofreciéndole se encargaba de mirar en ellos por doña Luisa como si fuera su propia hermana. Acetó de muy buena gana don Gregorio el partido, porque vió en él la puerta abierta para hacer lo que pretendía, que era dejar á doña Luisa, de quien ya estaba cansado, y arrependido de la locura que habia hecho de encargarse de tan impertinente carga; temiendo, si perseveraba en tal vida, no lo viniese á ser él de algun burro por las calles públicas de algun pueblo, ó de alguna horca si se descubria su delito: con todo, disimuló con ella, de quien se despidió encargándole el recato y honestidad, y la diligencia en procurar se le alzase el destierro, ó se fuese tras él á Mérida, do la esperaria, si nose podia negociar. Toda esta plática pasó delante del administrador, que gustaba ya de verle ausente, no ménos que la dama, que deseaba lo mismo por tener más libertad para sus disoluciones: todos, en efeto, deseaban una misma cosa, aunque por diferentes fines. Tomó don Gregorio de mano de su amigo más de quinientos reales, y con ellos y muy bien vestido se salió de Badajoz á pié para Mérida, ciudad que dista poco della. Par Dios, dijo Sancho, que eso de badajos y esotro que por su mal olor no lo oso nombrar, declaran bien cuán gran puerco y badajo era ese don Gregorio, que dejó la monja entre tantos cuervos ó demonios: el tuerto desa pobre señora, mi señor don Quijote, será bien deshacer, pues ganariamos en ello las catorce obras de misericordia; y más le digo, que si quiere ir luego allá, le acompañaré de muy buena gana, aunque sepa perder ó dilatar la posesion del gobierno de la gran ínsula y reino de Chibre, que me toca por línea recta en virtud de la palabra de vuesa merced y de la muerte que ha de dar al soberbio Tajayunque, su rey, cuyo guante traigo bien guardado en esa maleta. No se le encajaba mal á don Quijote el consejo de Sancho, y ya con él se le comenzaba á levantar la mollera, de suerte, que si los circunstantes, que gustaban infinito de saber el fin del cuento, no le apaciguaran con buenas razones, echara el bodegon por la ventana, y se fuera luego de allí, dejándoles en porreta; pero diciéndole el soldado Bracamonte que en acabando de oír dónde y cómo quedaba aquella señora, le daba palabra de irle á acompañar en tan santa empresa (pues no teniendo noticia más clara de sus cosas y sucesos, no le parecia acertado hacer la jornada, porque podria ser que cuando ellos llegasen á Badajoz ya ella estuviese en otra parte), se sosegó don Quijote, y ofreció grata atencion á todo, obligándose á hacer la tuviese tambien su escudero. Con esto, y con agradecerse todos, y rogar tras ello al discreto ermitaño prosiguiese tan suspensa historia, seguro de que, aunque larga, no les cansaba, la prosiguió diciendo.

CAPITULO XIX.

Del suceso que tuvieron los Felices Amantes hasta llegar á su amada patria.

No se fué don Gregorio á Mérida, como habia prometido al caballero y á doña Luisa, sino á Madrid, donde por la babilonia de la corte fácilmente se encubre y disimula cualquier desdichado; y como él lo era tanto, vino á parar con toda su nobleza en servir á un caballero de hábito, mudado el nombre, sin acordarse más de su dama que si jamas la hubiera visto, la cual le pagó con la misma moneda á los primeros dias de su ausencia, empleándolos todos en nuevos gustos y en tratar de estar á cuantos podia, teniendo por blanco solo el interes; pero conociendo todos el suyo, comenzaron á hacer alto, divulgándose entre ellos la baja ley y libertad de la forastera; por lo cual, viéndose sin muñidores, y sobre todo, viendo que le hacia algunos malos tratamientos el administrador, enfadado de su ingratitud y disolucion, cayó en la cuenta del peligro en que estaba su alma y cuerpo. Advirtió tambien luego cómo, habiendo tantos dias que don Gregorio faltaba, jamas le habia escrito, siéndole fácil el hacerlo estando en Mérida, por la vecindad, y forzoso el procurar por las obligaciones que le tenia, si como hombre, en fin, no hubiera mudado de intento y dejádola, como lo tenia por sin duda lo habia hecho. Comenzó á cavar en la consideracion de su mal estado tras esto, y Dios á obrar secretamente en su conocimiento, como aquel que la queria dejar por ejemplo de penitentes y de lo que con su divina misericordia puede la intercesion de su electisima Madre, y finalmente, de lo que á ella la obligan los devotos de su santísimo rosario con la frecuentacion de tan eficaz y fácil devocion (2); que se encendió de suerte su espíritu en amor y temor de Dios, que empezó á deshacerse en lágrimas, apesarada de las ofensas cometidas contra su Majestad, confusa por no saber cómo ni en quién hallar remedio ni consejo; que tan cargada estaba de desatinos. Advirtieron su llanto algunos de sus galanes, y deseando enjugársele, le preguntaban la causa con gran envidia y deseo de saberla; pero era en vano, porque ya aspiraba la reconocida señora á superior consuelo; y así, despidiéndoles lo mejor que pudo (que no le fué fácil, por ser las arremetidas de los amartelados más fogosas en prosecucion de lo que despues de amado han procurado dejar, y más si ven desvío en el sugeto), propuso, alumbrada de Dios, volverse á su ciudad y presentarse en ella secretamente á un caballero deudo suyo, y descubrirle todo el suceso de su vida, con fin de que él la ayudase á ir, sin ser conocida, á Roma, á procurar allí, echada á los piés de su santidad, algun modo para volver á su monasterio ó á otro cualquiera de su misma órden, con fin de tener donde enmendar, como deseaba, la infernal vida que hasta entónces habia tenido. Con este pensamiento, y encomendándose de corazon á Maria sacratísima, madre de piedad y fuente de misericordia, recogiendo cuanto dinero tenia, y haciendo de sus vestidos y alhajas todo lo que pudo, se vistió de peregrina con sombrero, esclavina, bordon y un grueso rosario al cuello y alpargatas á los piés; y enbierta deste penitente traje, arrebozado el rostro, se salió una noche obscurísima de Badajoz, tomando la derrota hácia su tier-

(1) Probablemente el autor escribiría: *se estaba regalando, ó se entretenia regalándose.*

(2) Parece que debiera decir *y*, en lugar de *que*.

ra, acompañada solo de suspiros, lágrimas y deseos de salvarse, desviándose cuanto le era posible de los caminos reales, y procurando caminar casi siempre las noches, en las cuales entraba en las posadas de ménos bullicio á tomar dellas lo más necesario para su sustento, saliéndose luego al campo. No le faltaron algunos trabajos y desasosiegos de gente libre en el camino; pero venciólos á todos su modestia y sacudimiento, y sobre todo la santa resolucion que la eficaz gracia le habia hecho hacer de no ofender más á su Dios en toda su vida, aunque la supiera perder mil veces á manos de un millon de tormentos. Padeció tambien hambre, sed y frio, por ser tiempo en que le hacia grande el en que caminaba, y por la misma causa la molestaron las aguas y arroyos (1); pero acompañábase en ellos de la gente más pobre que hallaba, hasta pasarlos, á quien despues daba buenas limosnas. Hacia las jornadas cortas, por el cansancio y tiempo, siendo esto la causa de que fuese tan largo el que gastó en el camino, pues tardó en llegar á su tierra más de cuatro meses, visitando en ellos algunos pios santuarios que le venian á cuento. Quiso ya el cielo apiadarse della y dar fin á su prolija jornada; y así llegando á la última, ántes de entrar en su ciudad, á la que descubrió, y reconoció el campanario de su monasterio, fué tal el sentimiento que hizo postrada en tierra, que no hay lengua ¡oh discretos señores! que lo acierte á pintar. Resolvióse en lágrimas, y resolvió juntamente de quedarse allí en el campo hasta el anochecer, por entrar á media noche, para mayor seguridad. Hizolo así, y llegado el plazo, comenzó á enderezar los turbados pasos hacia la casa del deudo de quien pensaba valerse; pero llegando á pasar por delante (2) su monasterio (que no sé si la obligó tanto á ello la necesidad quanto el cariño y deseo de ver sus paredes; pero no debió de ser lo uno ni lo otro, sino inspiracion de Dios para que tuviese su viaje el feliz fin que se sigue) al punto que daban las once, y emparejando con el mismo postigo de la puerta de la iglesia, la vió abierta; y asombrada de semejante caso, comenzó á decir entre sí: ¡Válgame Dios! ¿qué descuido ha sido este de las monjasó del sacristan que tiene cargo de cerrar la iglesia? ¿Es posible que se hayan dejado abierto el postigo de su puerta? Mas ¿si acaso han robado algunos ladrones los frontales y manteles de los altares ó la corona de la Virgen, que ha de ser de plata si no me engaño? Por mi vida, que tengo de llegar pasito (aunque aventure en ello la vida, pues en dichosa parte la perderé cuando aquí la pierda), y mirar si hay alguna persona dentro, y avisar, por si ha sido descuido de quien tiene cargo de cerrarle. Metió en esto la cabeza hacia dentro con gran tiento, y estuvo un rato escuchando; pero no sintiendo ruido, ni viendo más que dos lámparas encendidas, una delante del Santísimo Sacramento, y otra delante del altar de la Virgen benditísima, estuvo suspensa una gran pieza, sin que osase determinarse á entrar, temiendo no estuviese alguna monja rezando acaso en el coro, y viéndola allí, hiciese algún rumor por do se viese en peligro de ser conocida, y por consiguiente rigurosamente castigada; pero no obstante

(1) No se comprende cómo doña Luisa padeció sed, habiéndola molestado las *aguas y arroyos*: probablemente la palabra *sed* estaria tachada en el original, y el impresor no lo echó de ver.

(2) *Delante su monasterio*, en lugar de *delante de su monasterio*. Así tambien se lee, al principio del capítulo xvii, *cerca los muros* en vez de *cerca de*.

este miedo, se resolvió á seguir la primera deliberacion, aunque fuese con el riesgo de la vida. Entró tras esto osadamente, y pasando por delante del altar de la Virgen, tropezó en un gran manojó de llaves que delante dél estaban en el suelo, del cual suceso maravillada, se abajó para verlas y levantarlas con notable turbacion; y apenas lo hubo comenzado á poner por obra, cuando la devotísima imágen de la Virgen la nombró por su nombre con una voz como de reprehension, de la cual quedó tan atemorizada doña Luisa, que cayó medio muerta en tierra; y prosiguiendo la Virgen sacratísima, le dijo: ¡Oh perversa y una de las más malas mujeres que han nacido en este mundo! ¿cómo has tenido atrevimiento para osar parecer delante de mi limpieza, habiendo tú perdido desenfrenadamente la tuya á vueltas de tantos y de tan sacrílegos pecados como son los que has cometido? ¿De qué suerte, di, ingrata, soldarás la irreparable quiebra de tan preciosa joya? ¿Y con qué penitencia, insolentísima profesa, satisfarás á mi amado Hijo, á quien tan ofendido tienes? ¿Qué enmienda piensas emprender ¡oh atrevida apóstata! para volver por medio della á recuperar algo de lo mucho que tenias merecido, y has perdido tan sin consideracion, volviendo las espaldas á las infinitas misericordias que habias recebido de mi divinísimo Hijo? Estaba en esto la afilidísima religiosa acobardada de suerte, que ni osaba ni podia levantar el rostro, ni hacia otra cosa sino llorar acerbísimamente; pero la piadosa Virgen, consolándola despues de la reprehension, no ignorando la amargura y el dolor de su ánimo, incitándola á verdadera penitencia, le dijo: Con todo, para que echés de ver que es infinitamente mi Hijo más misericordioso que tú mala, y que sabe más perdonar que ofenderle todo el mundo, y que no quiere la muerte de los pecadores, sino que se conviertan y vivan, le he yo rogado por tu reparo (obligada de las fiestas, solemnidades y rosarios que en honra mia celebraste, festejaste y me rezaste cuando eras la que debias), sin que tú lo merezcas; y él, como piadosísimo que es, ha puesto tu causa en mis manos; y yo, por imitarle en cuanto es hacer misericordias, deseando verificar en tí el título que de madre de ellas me da la Iglesia, como á él se la da de padre de tan grande atributo, he hecho por tí lo que no piensas ni podrás pagarme aunque vivas dos mil años y los emplees todos en hacerme los servicios que me solias hacer en los primeros años de tu profesion. Acuérdate que cuando desta casa saliste, agora hace cuatro años, pasando delante deste mi altar, me dijiste que te ibas ciega del amor de aquel don Gregorio con quien te fuiste, y que me encomendabas las religiosas desta casa, tus hijas, para que mirase por ellas como verdadera madre, cuando tú les eras madrastra; y que las rigiese y gobernase, pues eran mías; tras lo cual arrojaste en mi presencia esas mismas llaves del convento que en la mano tienes. Entiende pues que yo, como piadosa madre, he querido hacer para confusion tuya lo que me encomendaste; y así has de saber que desde entónces hasta ahora he sido yo la priora deste monasterio en tu lugar, tomando tu propia figura, envejeciéndome al parecer al compas que tú lo has ido haciendo, tomando juntamente tu habla, nombre y vestido; con que he estado entre ellas todo este tiempo, así de dia como de noche, en el claustro, coro, iglesia y refitorio, tratando con todas como si fuera tú propia: por tanto, lo

que al ora has de hacer, es que tomes esas llaves, y cerrando la puerta de la iglesia con ellas, te vayas por la sacristía y demas pasos por donde te saliste, á tu celda, la cual hallarás de la propia forma y manera que la dejaste, hallando hasta tus hábitos doblados sobre el bufete; pónelos en llegando, y guarda esos de peregrina en la arca; y advierte que hallarás tambien sobre la propia mesa el breviario y la carta que dejaste escrita, sin que nadie la haya abierto ni leído, y la vela encendida junto á ella. En efeto, hallarás todas las cosas, por mi piadosa diligencia, en el estado en que las dejaste, sin hallar novedad en alguna, y sin que se haya echado de ver tu falta ni la del dinero que has desperdiciado: vete, por tanto, á recoger ántes que despierten á maitines, y enmienda tu vida como debes, y lava tus culpas con las lágrimas que ellas piden; que lo mismo han hecho cuantas tras tan graves pecados han merecido el ilustre nombre de penitentes que les da la Iglesia. Quedó la en que estaba doña Luisa, acabando estas razones la celestial Princesa de todas las hierarquías, llena de un olor suavísimo; y ella contrita y tan consolada en su espíritu, cuanto corrida de haber obligado á la Madre del mismo Dios á serlo de sus súbditas; pero obedeciendo á su celestial mandato, recelosa de que no se llegase la hora de los maitines, se levantó del suelo, cubierta de sudor y lágrimas, y haciendo una profunda inclinacion á la preciosísima imagen, y otra al Santísimo Sacramento, y tomando las llaves, cerró la puerta de la iglesia, y se fué á su celda por los mismos pasos que había salido de ella, en la cual lo halló todo del modo que lo había dejado y la Virgen le había dicho. Púsose, en entrando dentro, sus hábitos, guardando en el arca los de peregrina, y apenas lo había acabado de hacer, cuando tocaron á maitines; y enjugándose el rostro, tomó el breviario y estuvo aguardando hasta que vino la monja que solía llamarla, la cual, tomando el candelero de la mesa, como cada noche tenia de costumbre, se fué delante alumbrando hasta el coro, donde estuvo aguardando de rodillas (con un pequeña turbacion, por parecerle sueño cuando veía) á que se juntasen las religiosas; y en habiéndolo hecho, hizo la señal acostumbrada, tras que comenzaron los maitines; y acabados ellos y la oracion que de ordinario suelen decir, se volvieron á salir todas, y se fuéron á sus celdas al postrer señal de la Priora, la cual tambien hizo lo propio, acompañándola con luz á la suya la misma religiosa que la había sacado de ella. Cuando se vió sola comenzó de nuevo á derramar lágrimas, parte de dolor por sus culpas, y parte de agradecimiento por la unca oída merced que la misericordiosísima María le había hecho; y haciéndole una breve oracion llena de fervorosos deseos y celestiales conatos, descolgó de la cabecera de su cama unas gruesas disciplinas que solía tener en ella, y tomándolas, se dió con ellas por espacio de media hora una cruelísima disciplina sin ninguna piedad, por principio de la rigorosa penitencia que pensaba hacer todos los dias de su vida, de aquel sacrificio y deshonesto cuerpo, de cuya roja sangre quedó el suelo esmaltado en testimonio del verdadero dolor de sus pecados. Acabado este penitente acto, abrió una arca, de adonde sacó un áspero cilicio que solía ponerse en las cuaresmas cuando era la que debía, hecho de cerdas y esparto machacado, el cual le tomaba desde el cuello á las rodillas, con sus mangas

justas hasta la muñeca; púsose juntamente debajo dél una cadenilla que en la misma arca tenía, que le daba tres vueltas, y apretándosela con todo rigor al delicado cuerpo, decia: Agora, traidor, me pagarás los agravios que al espíritu has hecho: no esperes, lo poco que la vida me durare, otro regalo más que este, y agradece á la madre de afligidos y fuente de consuelos, María, y á su clementísimo Hijo que no te hayan enviado á los infiernos á hacer esta penitencia, donde fuera sin fruto, forzosa y tan eterna, que durara lo que el mismo Dios, sin la esperanza del perdón y remedio que agora tienes en la mano, teniéndole tan poco merecido. Y saliéndose luego de su celda, se volvió otra vez al coro, donde estuvo pasando el santísimo rosario delante de la misma imagen que la había hablado, hasta la hora de prima, la cual acabada, hizo al instante llamar al confesor del convento, con quien hizo una general confesion con no vistas muestras de dolor y arrepentimiento, contándole todo el suceso de su vida y las abominaciones y pecados que contra su divina y inmensa Majestad había cometido los cuatro años que había estado fuera del convento: refirióle juntamente el milagro y merced que por la devocion del rosario, la Reina de los cielos, su patrona, le había hecho, supliendo su falta y acudiendo á todas sus obligaciones, movida de su virgínea piedad, salvándole la honra en que no se echase de ver su falta. El secreto del milagro encargó tras esto cuanto fué posible, para mientras le durase la vida al confesor, el cual quedó sumamente maravillado de su grandeza, y lleno de ternura y devocion en el espíritu, cosa que le aseguraba de la verdad del caso; y pasmábase cuando consideraba había merecido su indignidad confesar y comulgar por su mano, no una, sino muchísimas veces, á la puridad, ante quien y en cuya comparacion no la tienen los más puros ángeles del cielo. Con todo, quiso ver el rostro de la penitente prelada y certificarse de que era ella misma, y no demonio (como temia) que en figura suya le queria engañar; y vistas sus lágrimas y enterado de la verdad, la consoló cuanto pudo, y animó para la continuacion de la empezada penitencia y devocion del santísimo rosario; y perseveró ella en todo, haciéndose mil ventajas cada día á sí misma, de suerte que las que la veían con tan repentina mudanza, en el retiro de gradas, asistencia continua á la oracion, y mortificacion y ordinario curso de lágrimas, estaban pasinadas, por no saber la causa, como la sabian ella y su confesor, con que se confesaba los más de los dias, recibiendo el Santísimo Sacramento muy á menudo. Perseveró en estos ejercicios toda la vida; y al cabo de meses que los continuaba, quiso Dios apiadarse de su perdido galan, como lo había hecho de ella, tomando por medio un sermón que acaso oyó á un religioso dominico de soberano espíritu, en una parroquia de la corte, que moviendo el cielo la lengua en él, se engolfó á deshora en las alabanzas de la Virgen y en las misericordias que había hecho y hacia cada día con infernados pecadores, por la suave devocion de su benditísimo rosario, trayendo en consecuencia desto el sabido milagro del desesperado hombre que, habiendo hecho donacion de su alma al demonio con cédula escrita y firmada de su mano y sangre, por la dicha devocion fué libre de todo, y acabó su vida, perseverando en ella, santísimamente, tras una bien premeditada y llorosa confesion general de todos los cometidos desatinos.

Cayó en la cuenta de los suyos el ciego de don Gregorio luego que oyó el docto sermón; y acordándose también de lo mucho que acerca del celestial poder del rosario le había dicho diversas veces su doña Luisa; premeditando las razones del predicador, y confiriéndolas con las que de su dama en esta parte le trajo Dios á la memoria, le pareció que arrimándose á la frecuentación de tan soberano rezo, hallaría en él brazo que le sacase del cieno de sus torpezas, y otra escala, cual la de Jacob, con que pudiese llegar al cielo, por más entumecido que estuviese en la flogosa y mal cultivada tierra de sus bestiales apetitos: propuso tras esto irse al religioso convento de la Virgen de Atocha y confesarse luego con el santo predicador, cuyo nombre ya sabía, por haberlo preguntado á su compañero al bajar del púlpito. Efectuólo eficazmente; que no es perezosa la divina gracia ni admite tardanzas: fué al convento, entróse en la iglesia, postróse delante la imagen milagrosa de la Virgen, derribióse, puesto allí, en lágrimas: pedía perdón á Dios, piedad á su Madre, y ayuda á ambos para enmendar los yerros de la pasada y hacer dellos una general confesion. Alzóse luego, entróse en el claustró, pidió por el predicador, y puesto en su presencia, empezaron sus ojos á decirle lo que su lengua no acertaba: con todo, cuando las lágrimas le dieron lugar, le dijo: ¡Remedio, padre! ¡Socorro, varón de Dios, para esta alma, que es la más mala de cuantas la misericordia y caridad inmensa de Jesucristo ha salvado! Entróse al instante el predicador á su celda, y apenas estuvo dentro, cuando, postrado á sus piés, empezó á hacer con acervo llanto una confesion general de sus excesos, tal, que estaba el confesor igualmente compungido, confuso y consolado de ver tal truco en un mozo de los años y prendas de aquel: consolóle cuanto pudo, animándole á la continuación de sus propósitos y del rezo del santo rosario, cuya era tan feliz mudanza. Y asegurándole del perdón de sus culpas y de la largueza de las perpetuas misericordias que Dios, con celestial regocijo de todos los cielos y sus ángeles, ha usado y usa de cada día con los pecadores recién convertidos de verdadero corazón, le envió absuelto, consolado y lleno de mil santos propósitos y fervores; y no fué el menor el con que propuso de ir á Roma á visitar los santos lugares, besar el pié á su santidad, y obtener, para mayor bien suyo, su plenísima absolucion. Volvió, al salirse del convento, á hacer oración á la Virgen, y hecha con las demostraciones del agradecimiento que tan gran merced como la que acababa de recibir (1), se volvió á la villa, y en ella trocó luego sus vestidos por unos de peregrino, hechos do sayal basto; y sin despedirse de su amo ni de persona, empezó á caminar hácia Roma, do llegó cansado, pero no menoscabado el fervor con que emprendió tan santa peregrinacion. Cumplió en aquella grandiosa ciudad con cuanto los deseos que le habían llevado á ella pedían, y obtenido el fin dellos, dió la vuelta hácia su tierra, deseando saber, con aquel disfraz y sin ser conocido, de sus padres; que bien seguro iba de no poderlo ser, según iba de flaco, macilento, triste y desfigurado, así de los trabajos del camino, como de las penitencias que iba haciendo en él; y no fué la menor el sufrimiento con que llevó las vejaciones que ciertos salteadores le hicieron

(1) Falta un verbo: por ejemplo, *merced á pedía*. Leyendo de *tan gran merced*, en lugar de *que tan gran merced*, habría sentido.

en un peligroso paso. Entró al cabo de dias, cubierto de confusion, lágrimas y sobresalto, en su amantísima patria, y lo primero que hizo, llegado á ella, fué irse á pedir limosna al torno del convento de do sacó la Priora, queriendo fuese teatro del primer acto de su penitencia en su patrio suelo el mismo que lo había sido del que dió principio á su trágica perdicion y ciego desatino. Diéronle fácilmente hourada limosna las caritativas torneras, y en recibíendola, se llegó á la misma mandadera que le había llevado el primer recado de doña Luisa la mañana en que se principiaron sus locos amores, y preguntóle quién era priora de aquella casa; y diciéndole ella que doña Luisa lo era años había, porque continuaban las religiosas en reelegirla siempre, no sin gusto de sus superiores, por su gran virtud, — ¡Doña Luisa, replicó él atónito, decís que es priora! ¿Cómo es posible? Ella es, digo, añadió la mujer, sin duda. Que os burles de mí, porfió él, he de pensar, pues queréis persuadirme es priora desta casa doña Luisa, de quien he oído decir estaba muy lejos de poderlo ser. Doña Luisa, respondió ella, es, ha sido y será priora muchos años, á pesar de cuantos invidian su virtud y aumento, pues no faltan muchos que lo hacen. Bajó la cabeza don Gregorio con la confusion y perplejidad que pensar se puede, sin osar replicar más con la mujer, que ya conocía se iba encolerizando en defensa de su señora, temiendo por una parte no le conociese en la voz, y por otra, que descubriéndose, no descubriese algo de lo mucho que con la Priora le había pasado; y así, saliéndose de allí, se fué por diferentes partes de la ciudad, fuera de sí y pidiendo igualmente limosna y el nombre de la priora de tal convento; y dándole unos y otros la misma respuesta que le había dado la mandadera, por salir del todo de la confusion en que se veía, determinó irse do redondeó á casa de sus padres, para echarse allí con la carga, como dicen, y descubriéndoseles, fiar, como era justo hacerlo, dellos el paso de tan grave suceso. Entró por sus puertas, y al primer criado que vió en ellas preguntó si le darian limosna los dueños de la casa, y respondiéndole que sí harían, que eran muy caritativos marido y mujer, le replicó se sirviese decirle sus nombres y si tenían hijos; y sabido del, por la respuesta, vivían sus padres, aunque afligidísimos por la ausencia de un solo hijo que tenían, y se les había ido sin saber dónde, con quién ni por qué, por el mundo, y que lo que más les entristecía era no saber si vivía ni en qué parte había dado cabo, para poderle remediar; saltáronse las lágrimas de los ojos á don Gregorio con la respuesta, y volviendo el rostro á la otra parte, y enjugándolas y disimulándolas cuanto pudo, dijo de nuevo al criado: ¿Llamábase por dicha el hijo destes señores don Gregorio? Porque si tenía ese nombre, es sin duda un soldado que he conocido en Nápoles en el cuartel de los españoles; y sí sería; que por las señas que él me daba de sus calidades, y de que era único mayorazgo en este lugar, y de la disposicion de las casas de sus padres (que todo me lo comunicaba, por ser muy mi camarada), estas han ser las dellos, y el de quien hablo, su hijo; y sabráse presto si es él, si hay quien me diga si se fué deste lugar con alguna mujer de calidad. No estaba yo aun en servicio desta casa cuando él faltó de ella, ni le conocí; pero sé que su nombre era, como decís, don Gregorio; y que no hizo otra bajeza ni se tiene

dél otra queja que haberse llevado algun dinero prestado de amigos, aunque ya todo lo han pagado sus padres; que de dos caballos que á ellos les llevó y otra gran cantidad de moneda, nunca han hecho caso, porque en fin todo habia de venir á ser suyo. — Pues, amigo, por las entrañas de Dios os ruego que digais á esos señores si gustan de hacerme limosna, siquiera por lo que pienso haber conocido á su hijo. ¡Y cómo si os la harán de bonísima gana! dijo el criado: yo fio que no solo eso hagan por vos, sino que os regalarán muy mucho y tendrán á merced de que les déis nuevas de prenda que tanto quieren; y así, aguardadme, os ruego, mientras subo volando á darles el aviso y recado. Subióse, dicho esto, el criado arriba, sin curarse, con el contento, de mirar en el rostro al peregrino; que si lo hiciera, fuera imposible no leyerá en su turbacion y lágrimas que él mismo era su señor y el mayorazgo de la casa.

CAPITULO XX.

En que se da fin al cuento de los Felices Amantes.

No habia bien subido á dar el aviso el criado á sus amos, cuando se arrepintió don Gregorio dello; porque, como venia con intencion de saber de solo de la vida dellos, y sin dárseles á conocer irse luego á meter religioso en la mesma religion en que lo era la Priora, para hacer allí una condigna penitencia con que en parte satisficiese sus graves culpas, parecióle que todo se lo impediria lo que habia empezado á intentar. Con la melancolía que esto le causó, y deseando obviar los inconvenientes que de ver á sus padres se le podian seguir, volvió las espaldas para retirarse de la puerta; pero apenas lo habia comenzado á hacer, cuando ya el criado estuvo en ella á buscarle, y los padres salieron á la ventana á llamarle. No se pudo excusar de entrar el turbado peregrino en su casa; y haciéndolo, y subido arriba en una cuadra, le rogaron los venerables viejos se sentase en una silla, y poniéndole cada uno á su lado, le hicieron mil preguntas del don Gregorio que habia dicho al criado habia conocido y tratado en Nápoles, haciéndole tras cada una un millon de ofrecimientos. Decíanle con no pocas lágrimas: ¡Ay, hermano mio, y qué diéramos por haber visto como vos ese único y amantísimo hijo nuestro, absoluto señor de nuestra hacienda y total causa del llanto con que pasamos la vida! ¿Está bueno? ¿Tiene qué comer? ¿Sirve ó es soldado? ¿Hase casado ó qué vida tiene quien tan sin piedad es verdugo de las nuestras? Estaba don Gregorio cuando oia estas razones más muerto que vivo de ternura y sentimiento; pero, disimulando cuanto pudo, les dijo: Lo que dél ¡oh ilustres señores! os puedo decir, es que, segun me comunicó, ha padecido infinitos trabajos desde que salió de vuestra casa y obediencia; pero ¿cuándo los dejó de dar el cielo al hijo que, saliendo de la que debe á sus padres, ofende su valor, lastima sus canas, menguando su propia salud, fuerzas y reputacion? Dígolo porque en todo sé que ha padecido don Gregorio mucho, y creo que volviera de buena gana á vuestros ojos si lo permitiera la vergüenza que se lo impide. ¿De qué la ha de tener Gregorio, replicó la madre, pues en su vida ha hecho hajeza ni hay en la ciudad quien se pueda quejar dél? No significaban sus razones (añadió el peregrino) cuando me hablaba, eso; ántes siempre colegí dellas se habia ausentado por alguna afecion que tenia á

no sé qué religiosa, á quien él llamaba doña Luisa; y temí algunas veces no hubiese escalado por ella el convento ó sacádola dél, segun andaba de receloso de cuantos le podian conocer. La mejor seña que nos podiais dar, dijo el padre, de que el que habeis conocido es nuestro hijo, es decirnos nombraba él á doña Luisa; porque es una religiosa gravísima deste lugar, y priora há años de tal convento; á quien él visitaba á menudo; pero habéisle hecho agravio á ella y á su valor en pensar cosa de su persona que desdiga della y de la virtud singular que profesa. Cuando don Gregorio oyó el abono que sus padres daban de la Priora, en confirmacion de lo que toda la ciudad habia dado della, y reparó por otra parte en la ternura y sentimiento con que hablaban dél, se demudó de suerte, que, dándole un paraisimo mortal, quedó como muerto reclinado á la silla. Acudieron de improviso los padres á darle algo confortativo, pensando era desmayo de hambre el que le habia tomado; y quitándole el sombrero que tenia calado, y desabrochándole con piedad cristiana; reparando en el rostro la madre, que hacia este oficio y le enjugaba el sudor dél, le conoció, y levantó los gritos al cielo, diciendo: ¡Ay, hijo de mis ojos, y qué disfraz es el con que has querido entrar en esta tu propia casa! El padre, que oyendo los gritos de la madre, percibió llamaba de hijo al peregrino, se llegó, tan desmayado como él lo estaba, á mirarle, y conociéndole, ayudó tambien á las endechas de la madre, diciendo: ¿Qué peregrina invencion ha sido esta, Gregorio mio, de querer disimularnos, dándonos á conocer tan por rodeos? ¿Pensarías hacer con tus padres, sin duda, lo que con los suyos hizo san Alejo? Mas no creo tal, pues tan lejos está de parecerse á aquel santo quien tan sin ocasion ni violencia de casamientos ha usado tan peregrino rigor. Alborotóse luego la casa, corriendo las nuevas de la vuelta de don Gregorio por el barrio, y ántes que él volviese del desmayo en sí, estaba rodeado de criados y vecinos; y corrido, cuando volvió á cobrar sus sentidos, de ver la publicidad de su vuelta, abrazó á sus padres, postrándoseles luego á sus piés y pidiéndolesle dejasen reposar á solas, despidiendo los circunstantes, pues bastaba hubiesen sido testigos de su corrimiento y del perdon que les pedia por los enojos causados. Fuéronse enantos esto le oyeron, contentos de ver lo que quedaban los padres, los cuales luego dieron tambien orden en que se acostase y reposase. Hízolo, y preguntando á su madre en la cama cuánto habia que no se habia visto con la Priora, supo della que tres dias, y cómo, hablándole en la conversacion dél, y representándole el sentimiento con que vivian todos en su casa por su ausencia y no saber si era muerto ni vivo, habia en ella vertido no pocas lágrimas y despedido del pecho algunos lastimosos suspiros, indicio claro del sincero amor que le tenia, y de lo que sentia su perdicion. Más le crecia el asombro á don Gregorio cuando estas cosas oia; porque, como no sabía el milagro, y estaba cierto por otra parte de su maldad y de lo que con la Priora le habia acontecido, parecía todo sueño, y que era ilusion del demonio el pensar verse en casa de sus padres y vuelto tan á su salvo en su patria; y así á ratos con la vehemencia desta imaginacion se suspendia de suerte que no acertaba á responder. Con todo, rogó á su madre, despues de haber reposado algunos dias, le hiciese merced de llegar al convento y verse con la Prio-

ra, dándole aviso de su vuelta y de como habia sido con hábito penitente de peregrino, despues de haber estado en Roma á pedir absolucion á su santidad de las moceidades que habia cometido en los años que habia faltado de su casa, en cuyo conocimiento habia venido por sus oraciones, á lo que creia, y por haber oido un sermon de las alabanzas del santísimo rosario y de las misericordias que por su devocion hacia la Virgen benditísima en grandísimos pecadores. Rogóla juntamente instase con ella le diese licencia en todo caso para ir á besarle las manos y darle cuenta de los sucesos de su persona, sola aquella vez, pues en hacello ó dejarlo de hacer estaba su consuelo y quietud. Fué la madre luego á hacer la visita, encargadísima de sacar la licencia que deseaba su hijo, cuyo alivio procuraban ella y todos los demas deudos, por ver cuánto necesitaba dello la melancolía con que le veían. Habló, en llegando al convento, á la Priora; y cuando le hubo dado las referidas nuevas y recado, vió en las lágrimas que de contento derramó tras él (que á eso atribuía la madre de don Gregorio las que doña Luisa derramaba de confusion y vergüenza), el gozo que mostraba de su vuelta y mudanza; y alegre de ver que ya por su instancia permitia le hablase (enterada primero della de cuán otro venia de la fuente de indulgencias y perdones que da Dios á los pecadores por manos de su supremo vicario, cosas todas que se las aseguraba ser así el enviarle á decir el mismo don Gregorio venia de Roma; lo cual y el entender juntamente que habia alcanzado tan grande misericordia por el mismo medio que ella, del santísimo rosario, fuéron bastantes causas para obligarla á concederle sin escrúpulo la licencia que le pedía para llegar á hablarla el dia siguiente; porque siempre el corazon le dijo habia de ser tan feliz el fin desta segunda visita, cuanto le habia sido nocivo el de la primera), volvióse la madre con esta respuesta contentísima á su casa, y con razon, pues en ella llevaba, aunque sin entenderlo así, la medicina que más convenia al consuelo de su hijo y á su salvacion; el cual, deseándola con las véras que lo suele hacer aquel á quien Dios abre los ojos del alma, pasó la noche toda en oracion, suplicando á su divina Majestad, por la puridad de su santísima Madre, cuyo rosario nunca se le cayó de las manos, se sirviese de darle en la esperada visita el espíritu, para cosas de edificacion de su alma, que convenia tuviese quien en aquel puesto en que se habia de ver, tan desatinado habia andado. La misma oracion hizo en su coro la santa Priora, y preparándose, venida la mañana, ambos con recibir los divinos sacramentos de la confesion y Eucaristía, se pusieron, llegando el plazo, en el locutorio, do se habian de ver con iguales deseos de saber el uno el suceso del otro. No tiene, señores, mi ruda lengua palabras con que explicar bastante la turbacion de las con que se saludaron al primer encuentro los dos felices amantes; porque, en viéndose el uno al otro (si es que las lágrimas les dejaron mirarse), se turbó él y encalmó ella de suerte que por muy gran rato no supieron ni de sí ni de adónde estaban. Las galas con que don Gregorio entró á verla, con (1) un vestido de paño liso, sin gorbion alguno, el sombrero puesto en los ojos, sin espada ni más compañía que bonisimos deseos y unas planchas grandes de hoja de lata, hechas rallo, en pecho y espaldas, y

una cruz entre la ropilla y jubon, con rosario y horas en la faltriguera; sacando la Priora el adorno que queda dicho se puso la primera noche que llegó al convento, y con que en ella dió principio á su rigurosa penitencia. Puestos pues de la suerte dicha, cuando la suspension y llanto les dió lugar, empezó él á decirle: Por la cruz en que remedió mi eterno Dios pecadores tales cual yo soy, y por las lágrimas, afrentas y angustias con que en ella espiró, y por las que al pié de tan salutarífico árbol sintió su purísima Madre, que por serlo tanto, pudo ser solo su hechura de su omnipotencia, os pido me digais ¡oh religiosa señora! si sois vos la priora doña Luisa que cuatro años há con vuestra vista me cegastes, perdistes y enamorastes de suerte que, loco, desatinado y sin temor de Dios, me resolví en sacaros de aquí y llevaros á Lisboa y á Badajoz, cometiendo las ofensas y sacrilegios contra el cielo, que solo un merecido infierno puedo (2); y si acaso sois la que pienso, decidme tambien cómo yéndoos conmigo os quedastes acá, y quedándoos acá os fuistes conmigo; que cierto estoy (y ojalá no lo estuviera tanto!) que os vi, hablé, amé y solicité y saqué deste convento, sin temor de hacer á vuestro estado y profesion la ofensa que se signió por postre de tan infernales principios; porque veo me aseguran cuantos de vos pregunto por otra parte (cosa que vuelvo loco) (3), que jamas habeis faltado desta casa; ántes dicen que siempre la habeis regido con notables ejemplos y mil virtuosas medras. Yo soy don Gregorio el malo, el sacrilego, el aleve, el traidor, y finalmente el peor de los hombres y el igual á Lucifer en los pensamientos, pues los puse en quien era esposa de mi mismo Dios, cielo suyo y niñas de sus ojos. A la Virgen bendita del Rosario debo el conocimiento de mis culpas, pues dejándoos (si sois la que pienso, y no fantasma) en Badajoz, y dando cabo en la corte, descuidado de mi bien, merecí un dia oír acaso un sermon de uno de los apóstoles que (4) la predicacion de su santo rosario tiene María en el mundo; en que pintando las misericordias que por tal devocion hace su clemencia, pintó mi ceguera y dibujó mi perversa vida, dando juntamente remedio á todos mis males; que todo lo hizo predicando un milagro y la eficacia de la dicha devocion. Sentí tras sus palabras la de la divina gracia, pues supe confesarme luego y dejar la corte del rey de España, y buscar la de quien es vicario de aquel por quien los reyes reinan y en cuyo servicio consiste solo el verdadero reinar: alcancé absolucion de aquella santa silla; y volviendo peregrino á saber, disfrazado, de mis padres, y á saber la nota y escándalo que de vuestra persona y de la mia habia en esta ciudad, he hallado en ella que en boca de todos sois vos la santa, la recogida y ejemplar, sin habérseos notado falta ni ausencia; siendo yo solo el que os he pintado y saben los cielos y vos (si sois la que pienso) y mi misma conciencia, que es el más riguroso fiscal y quien me trae á sombras de tejado de temor de la divina justicia, de quien solo pienso escapar recogido en el templo de la divina misericordia, mediante la intercesion de quien es madre dellas. Acabó en esto la lengua de don Grego-

(2) Debe estar aquí viciado el texto, ó falta algo. Tal vez el autor escribiría *pueden*, refiriéndose al verbo *llevar*, que está más arriba. *Pueden prometerme*, haría sentido.

(3) Deberá decir que *vuelve loco* ó que me *vuelve loco*.

(4) Debe faltar la preposicion á ó para.

(1) Esta preposicion ¿será una errata en lugar del verbo *fuéron*?

rio las razones, y comenzaron de nuevo sus ojos á confesar sus yerros y á mostrar el sentimiento que tenia dellos. Consoladísima quedó la Priora cuando hubo oído del autor de sus desventuras el conocimiento que tenia dellas, y más cuando supo que le habia venido tan grande bien por las manos elementísimas de quien habia vuelto por su honra y suplió su falta en el gobierno los años que, dejada de Dios, habia seguido desenfrenadamente sus apetitos y las sendas de su condenacion. Y consolándole y dándole cuenta de sus sucesos y de lo que debia á María benditísima, y cómo pensaba pagarle en parte tan grande deuda con una verdadera y perpetua penitencia de sus culpas y un privarse de verle jamás á él, le rogó fuese el que debia, mirase por su alma y huyese del mundo cuanto le fuese posible y de vanas conversaciones y pláticas; que le daba palabra ella de hacer lo mismo, como tambien se la daba de callar el suceso mientras viviese; pero no muerta, pues antes de morir le pensaba dejar escrito en manos de su confesor, con orden de que le divulgase el mismo dia para gloria de Dios y recomendación de la celestial autora de tal misericordia. Ofrecióle don Gregorio hacer las mismas diligencias, y de no quedar en el mundo, sino entrarse en un retirado convento de su propia orden, do pagase su sensualidad el debido escote de los excesos pasados, á fuerza de ayunos y disciplinas; y tras celebrar él con mil alabanzas de la Virgen y un millon de asombros y admiraciones la merced milagrosa y favor inaudito que su infinita clemencia habia usado por la devocion del santo rosario con la Priora y con él mismo, se despidió del convento para nunca más llegar á él, y della para jamas verla; y lo propio hizo ella, pidiéndose ambos con lágrimas perdon recíproco, y las oraciones el uno del otro. Continuó siempre, como queda dicho, la Priora sus mortificaciones, consoladísima de la conversion de don Gregorio, dando por ella iguales gracias á la Virgen que por la suya propia, á quien le encomendó toda su vida. Volvióse de allí él á su casa, do estuvo algunos dias asentando cosas; y comunicada al cabo dellos á sus padres su devocion, y representándoles las obligaciones que tenian de consolarse con haberle visto vuelto vivo, les pidió su bendiccion y licencia para ser religioso, pues lo debia á Dios y á su Madre, rogándoles ahincadamente se la diesen, y tuviesen á bien tomase tan divino estado; tras lo cual tambien los rogó dejasen sus bienes despues de sus dias á pobres, que son los verdaderos depósitos y en quien mejor se guardan, pues en su poder jamas se menoscaban las haciendas. Alcanzaronlo todo dellos sus lágrimas y raro espíritu; con que se fué contentísimo á ser religioso en la misma ciudad, profesando en la religion que tomó, con notables demostraciones de virtud; y llegando por ellas á ser prelado de su convento, quiso Dios acabase sus dias, ordenando juntamente el cielo fuese el de su muerte en el mismo en que fué la de la Priora y á la misma hora; y haciendo cada uno ántes de espirar una devotísima plática á su comunidad, murieron con notables señales de su salvacion, recibidos todos los divinos sacramentos. Halláronse en poder de los confesores de ambos, luego que espiraron, las relaciones de los amores, sucesos, conversaciones, milagros, y de los favores que la Virgen les habia hecho; y publicándose el caso y verificándose, acudió toda la ciudad á ver sus santos cuerpos, que estaban hermosísimos

en los féretros. Hizoseles sumptuosísimo entierro, invidiando todos la buena suerte de los padres de fray Gregorio, los cuales tuvieron honradísima y consolada vejez con su feliz fin. Llegado el de su vida dellos, repartieron su hacienda en los conventos de la Priora y de su hijo, con ejemplo de todos, muriendo cargados de años y de buenas obras. De los de la santa Priora no digo nada, porque así ellos como la otra hermana que tenia religiosa murieron mucho ántes que ella.

CAPITULO XXI.

De cómo los canónigos y jurados se despidieron de don Quijote y su compañía, y de lo que á él y á Sancho les pasó con ella.

Apénas hubo el ermitaño dado fin á las razones del cuento, cuando dió principio á las de su alabanza y encarecimiento uno de los canónigos, diciendo: Maravillado y suspenso en igual grado me deja, padre, el suceso de la historia referida y el concierto guardado en su narracion, pues él la hace tan apacible cuanto ella de sí prodigiosa; si bien otra igual á ella en la sustancia tengo leida en el milagro veinte y cinco de los noventa y nueve que de la Virgen santísima recogió en su tomo de sermones el grave autor y maestro que por humildad quiso llamarse el discípulo: libro bien conocido, y aprobado, por enyo testimonio á nadie parecerá apócrifo el referido milagro; por el cual, y por los infinitos que andan escritos, recogidos de diversos, graves y piadosos autores, en confirmacion del santo uso y devocion del rosario, protesto ser toda mi vida de aquí adelante muy devoto de su santa cofradía; y en llegando á Calatayud, tengo sin duda de asentarme en ella y procurar ser admitido en el número de los ciento y cincuenta que se emplean en servirla y administrarla, trayendo visiblemente el rosario, por el interes de las muchas indulgencias que he oído predicar se ganan en ella. No dejó Sancho con sus dislates ordinarios proseguir al canónigo los devotos encomios que iba diciendo de la santa cofradía del Rosario y de la Virgen Santísima, su singular patrona; porque, saliendo de traves, dijo: Lindamente, señor ermitaño, ha departido y devisado la vida y muerte desa bendita monja y penitente fraile: juro, non de Dios, que diera cuanto tengo en las faltriqueras, que son cinco ó seis cuartos, por saberla contar de la suerte que la ha contado, á las mozas del horno de mi lugar; y desde aquí protesto que si Dios me diere algun hijo en Mari-Gutierrez, que le tengo de enviar á estudiar á Salamanca, do, como este buen padre, aprenda teología, y poco á poco llegue por sus puntos contados á decorar toda la gramática y medecina del mundo; porque no quiero se quede tan grande asno como yo. Pero no piense el grandísimo bellaco gastar en el estudio la hacienda de su padre, yéndose á jugar con otros tales como él; que por las barbas que en la cara tengo, juro que le tengo de dar, si tal hace, con este cinto más azotes que caben ligos en un seron de arropa. Decía esto él quitándose el cinto y dando con él con una cólera desatinada en el suelo, repitiendo: Ser bueno, ser bueno; estudiar, estudiar mucho; en hora mala para él y para cuantos le valieren y me le quiten de las manos. Rieron mucho los circunstantes de su bobería, y no obstante su necia maldiccion, le tuvieron del brazo, diciendo: Baste ya, hermano Sancho; nomás, por amor de Dios; que aun no está engendrado el rapaz que ha de llevar los azotes.

Con esto lo dejó, diciendo : A fe que lo puede agradecer á vuestras mercedes; pero otra vez lo pagará todo junto : pase esta por primilla. Don Quijote le dijo : ¿Qué tontería es esa, Sancho? ¿Ann no tienes el hijo, ni aun esperanza de tenelle, ¿y ya le azotas porque no va á la escuela? ¿No ve vuestra merced, replicó él, que estos muchachos, si desde chiquitos no se castigan, y se amoldan ántes de tener sé, se vuelven haraganes y respuestas? Es menester pues, para evitar semejantes inconvenientes, que sepan desde el vientre de su madre que la letra con sangre entra; que así me crió mi padre á mí; y si algun buen entendimiento tengo, me lo embelbió él en el caldero á puros azotes, tanto que el cura viejo de mi lugar (santa ánima haya su gloria), cuando me topaba por la calle, poniéndome la mano sobre la cabeza, decía á los circunstantes : Si este niño no muere de los azotes con que le crían, ha de crecer por puntos. Eso, Sancho, respondió el ermitaño, también me lo dijera yo. Pues sepa vuestra merced, replicó él, que aquel cura era grande hombre, porque había estudiado en el Alcana toda la latrinería del pe á pa. Alcalá dirás, dijo don Quijote; que en el Alcana de Toledo no se aprenden letras, sino cómo se han de hacer compras y ventas de sedas y otras mercancías. Eso ó esotro, replicó Sancho; lo que sé es que era medio adevino, pues conocía una mujer de buena cara entre veinte feas; y era tan docto, que pasando una vez por mi lugar un estudiante, argumentaron bravamente ambos de las epístolas y evangelios del misal, y le vino nuestro cura á cohondir, porque le preguntó, tratando de no sé qué latin de la Iglesia, que ya no se me acuerda, no sé qué honduras, y le dejó patas arriba hecho un cesto, confesando dél que era hombre preeminente. Por cierto, dijo un canónigo, señor Sancho, que vuestra merced tiene bravo ingenio, y que gustaré no poco, y lo mismo creo harán todos estos señores, de oírle contar algun cuento igual á los que nos han referido el señor soldado y reverendo ermitaño, pues siendo tanta su memoria y liabilidad, no dejará de ser el que nos contare muy curioso. Yo les prometo á vuestras mercedes, dijo Sancho, que tocan tecla á la cual responderán más de dos docenas de flautas; porque sé los más lindos cuentos que se pueden imaginar; y si gustan, les contaré uno diez veces mejor que los referidos, aunque muy más corto y verdadero. Quitáte allá, animalazo, dijo don Quijote : ¿qué has de contar que sea de consideración? Saldránsos á molar con una frialdad á mí y á estos señores, como me moliste en el bosque en que encontré con aquellos seis valerosos gigantes en figura de batanes, con la necia historia de Lope Ruiz, cabrerizo extremeño, y de su pastora Torralba, vagamunda perdida por sus pedazos, hasta seguirle enamorada de ellos, después de reconocida y llorosa por los melindrosos desdenes con que le trató (ordinario efecto del amor en las mujeres, que buscadas huyen, y huidas buscan), desde Portugal hasta las orillas de Guadiana, en las cuales atollaron sus cabras tu cuento, y mis narices con el mal olor con que atrevido las sahumbaste. ¡Malillo, pues, era el cuento! dijo Sancho; y á fe que me huelgo que á vuestra merced se le acuerden tan bien sus circunstancias, para que por ellas y las del que agora referiré, si me dan grato silencio todos, conozca la diferencia que hay del uno al otro. Rogaron todos á don Quijote le dejase contar su cuento; y dándole él licencia para ello, y

entonando Panza su voz, comenzó á decir : Érase que se era, que en hora buena sea, el bien que viniere para todos sea, y el mal para la manceba del abad, frío y calentura para la amiga del cura, dolor de costado para la ama del vicario, y gota de coral para el rufo sacristan, hambre y pestilencia para los contrarios de la Iglesia. ¿No lo digo yo, dijo don Quijote, que este animal es afrenta-buenos, y no ha de decir sino dislates? ¡Miren la arenga de los diablos que ha tomado para su cuento, tan larga como la cuaresma! ¿Pues son malos los arenques para ella, cuerpo de mi sayo? dijo Sancho. No me vaya vuestra merced á la mano, y veré si digo bien : ya me iba engolfando en lo mejor de la historia, y agora me la ha hecho desgarrar de la mollera : eschenen, si quieren, con Barrabas, pues yo les he esenchado á ellos. Érase, como digo, volviendo á mi cuento, señores de mi alma, un Rey y una Reina, y este Rey y esta Reina estaban en su reino, y todos al que era macho llamaban el Rey, y á la que era hembra la Reina. Este Rey y esta Reina tenían un aposento tan grande como aquel que en mi lugar tiene mi señor don Quijote para Rocinante; en el cual tenían el Rey y la Reina muchos reales amarillos y blancos, y tantos, que llegaban hasta el techo. Yendo días y viniendo días, dijo el Rey á la Reina : Ya veis, Reina deste Rey, los muchos dineros que tenemos : ¿en qué pues os parece sería bueno emplearlos, para que dentro de poco tiempo ganásemos muchos más y mercásemos nuevos reinos? Dijo luego la Reina al Rey : Rey y señor, paréceme que sería bueno que los comprásemos de carneros. Dijo el Rey : No, Reina, mejor sería que los comprásemos de buyes. No, Rey, dijo la Reina, mejor será, si bien lo miras, emplearlos en paños, y llevarlos á la feria del Toboso. Anduvieron en esto haciendo varios arbitrios, diciendo la Reina no á cuánto el Rey decía sí; y el Rey sí á cuánto la Reina decía no. A la postre, postre, vinieron ambos en que sería bueno ir con los dineros á Castilla la Vieja ó tierra de Campos, do por haber muchos gansos, los podrían emplear en ellos, mercándolos á dos reales; y añadía la Reina, que dió este consejo : Y luego mercados, los llevaremos á vender á Toledo, do se venden á cuatro reales, y á pocos caminos multiplicáremos así infinitamente el dinero en breve tiempo. Al fin el Rey y la Reina llevaron todos sus dineros á Castilla en carros, coches, carrozas, literas, caballos, acémilas, machos, mulas, jumentos y otras personas deste compas. Tales como la tuya serían todos, dijo don Quijote : ¡maldígate Dios á ti y á quien tiene paciencia para oírte! Ya es la segunda vez que me desharata, replicó Sancho, y creo que es de envidia de ver la gravedad de la historia y la elegancia con que la refiero; y si eso es, déla por acabada. Que no permitiesen tal rogaron todos á don Quijote, y á Sancho pidieron con instancia la prosiguiese. Hízolo, diciendo, porque estaba de buen humor : Consideren, señores, con tanto real qué tantos gansos comprarían el Rey y la Reina; que yo sé de cierto que eran tantos, que tomaban más de veinte leguas : en fin, estaba España tal de gansos, cual estuvo el mundo de agua en tiempo de Noé. Y si fuera cuales estuvieron de fuego Sodoma y Gomorra y las demás ciudades, dijo Bracamonte, ¿cuáles quedarán los gansos, señor Panza?—Para la mia buenos y bien asados, señor Bracamonte; pero ni eso fué, ni se me da nada, pues no me hallé en ello : lo que sé es que el Rey y la Reina iban con ellos por los

caminos, hasta que llegaron á un grandísimo río... Que sin duda, dijo el Jurado, sería Manzanares, pues su grandiosa puente segoviana muestra que antiguamente sería caudalosisimo. Solo sé, replicó Sancho, que por no haber en él pasadizo, llegados el Rey y la Reina á su orilla, dijo el uno al otro: ¿Cómo habemos de pasar agora estos gansos? porque si los soltamos, se irán nadando por el río abajo, y no los podrá despues coger el diablo de Palermo; por otra parte, si los queremos pasar en barcas, no los podremos recoger en un año. Lo que me parece, dijo el Rey, es que hagamos hacer luego en este río una puente de palo, tan angosta que solo pueda pasar por ella un ganso; y así, yendo uno tras otro, ni se nos descarrarán, ni tendremos trabajo de pasarlos todos juntos. Alabó la Reina la traza; y efectuada, comenzaron uno á uno á pasar los gansos. Calló Sancho en esto; y don Quijote le dijo: Pasa tú con ellos, con todos los diablos, y acabemos ya con su pasaje y con el cuento. ¿Para qué te paras? ¿Hásete olvidado? No respondió palabra Sancho á su amo, lo cual visto por el ermitaño, le dijo: Pase vuesa merced, señor Sancho, adelante con el cuento; que en verdad que es lindísimo. A esto respondió él, diciendo: Agnárdense; ¡enerpo non de Dios, y qué súptitos que son! Dejen pasar los gansos, y pasará el cuento adelante. Dadlos por pasados, replicó uno de los canónigos. No, señor, dijo Sancho: gansos que ocupan veinte leguas de tierra no pasan tan presto; y así resuélvase en que no pasaré adelante con mi cuento, ni lo puedo hacer con buena conciencia, hasta que los gansos no estén de uno en uno desotra parte del río, en que no tardarán más que un par de años enando mucho. Con esto se levantaron del suelo, riendo todos como unos locos, sino don Quijote, que le quiso dar á todos los diablos; pero apaciguáronle los de la compañía, despues de lo cual se despidieron dél, diciéndole: Sírvase vuesa merced, señor caballero andante, de darnos licencia; que pues el sol, ya negándonos su luz por comunicarla á los antipodas, deja la tierra sin la molestia que su riguroso calor le causaba, razon será le mostremos en el caminar, por tener la jornada algo más larga que vuesa merced y su compañía, á la cual suplicamos nos mande y emplee en su servicio; que á todo acendiremos como pide la obligacion en que nos ha puesto la merced recibida y la buena compañía que se nos ha hecho. Ese agradecimiento noble estimo yo en nombre destos señores en lo que es razon, replicó don Quijote; y por él y en nombre dellos rindo las debidas gracias, ofreciendo en servicio de vuestras mercedes cuanto nuestras fuerzas valieren; y acompañáramoslos todos con la prisa, aunque voy á la corte por un forzoso desafío, si me igualan los pies deste señor soldado, y reverendo ermitaño, con cuyo cansancio me acomodo, obligado de su buen término y mi natural piedad. Despidiéronse en esto con mucha cortesía los unos de los otros, y don Quijote puso el freno á Rocinante, en que subido, comenzó á caminar con el ermitaño y soldado por diferente parte poco á poco, hacía un lugarejo donde tenían determinado quedarse aquella noche, yendo aguardando á Sancho, que se quedó enalbardando su rucio. Entre tanto que llegaban al pueblo, platicaron el ermitaño y el soldado sobre los referidos cuentos; y como eran agudos y estudiantes, pudieron fácilmente meterse en puntos de teología, y uno dellos fué admirándose del sinistestro fin que tuvo

Japelin, y el feliz don Gregorio y la Priora. En esto volvieron todos las cabezas, y más don Quijote, que con mucha atencion les iba escuchando, y vieron á Sancho Panza, que venía muy repantigado sobre su asno. Llegándoseles cerca, dijo: Por la vida de Matsalen juro que aunque murió muy buena muerte aquel don Gregorio, con todo, por el camino he venido pensando en cuán mal lo hizo en dejar á la pobre doña Luisa en Badajoz sola, y en las manos de aquellos fariseos que tan enamorados andaban della, con que le dió ocasion de ser peor de lo que era ya. ¿No veis, Sancho, respondió el ermitaño, que todo fué permission de Dios, el cual de muy grandes males suele sacar mayores bienes, y no permitiera aquellos, si no fuera por ocasionarse con ellos para mostrar su omnipotencia y misericordia en estos otros? que en fin, de lo mesmo que el demonio traza para perdernos, toma nuestro buen Dios ocasion de ganarnos; que son el demonio y Dios como la araña y abeja, que de una misma flor saca la una ponzoña que mata, y la otra miel suave y dulce que regala y da vida.

CAPITULO XXII.

Cómo, prosiguiendo su camino don Quijote con toda su compañía, toparon una extraña y peligrosa aventura en un bosque, la cual Sancho quiso ir á probar como buen escudero.

Yendo nuestro buen hidalgo caminando con toda su compañía y platicando de lo dicho, ya que llegaban á un cuarto de legua del pueblo do habian de hacer noche, oyeron en un pinar, á la mano derecha, una voz como de mujer afligida; y parándose todos, volvieron á escuchar lo que sería, y sintieron la misma voz lamentable, que decia: ¡Ay de mí, la más desdichada mujer de cuantas hasta agora han nacido! ¿Y no habrá quien me socorra en esta tribulacion, en que la fortuna por mis grandes pecados me ha puesto? ¡Ay de mí, que sin duda habré de perecer aquí esta noche, entre dientes, garras y colmillos de alguna de las muchas fieras que semejantes soledades suelen poblar! ¡Oh traidor perverso! ¿Y por qué me dejaste con vida, pues me fuera harto mejor que con los filos de tu cruel espada me cortaras el enello, que no haberme dejado desta suerte con tanta inhumanidad? ¡Ay de mí! Don Quijote, que semejantes razones oyó sin ver quién las decia, dijo á los compañeros: Señores, esta es una de las más extrañas y peligrosas aventuras que jamas he visto ni probado desde que recibí el orden de caballería; porque este pinar es un bosque encantado, donde no se puede entrar sin grandísima dificultad, en medio del cual tieno el sabio Freston, mi contrario antiguo, una cueva, y en ella muchos y muy nobilísimos caballeros y doncellas encantadas, entre los enales, por saber que en ello me hace singular agravio y sinsabor, ha traído presa á mi íntima amiga la sabia Urganda la desconocida, y la tiene llena de cadenas, atada á una rueda de molino do aceite, la cual voltean dos ferocísimos demonios; y cada vez que la pobre sabia llega abajo, y la coge la piedra por el enperpo, da aquellas terribles voces: por tanto ¡oh clementísimos héroes! atended; que solo á mi persona atañe y de juro pertenece probar esta insólita aventura, y libertar á la afligida sabia ó morir en la demanda. Cuando el ermitaño y Bracamonte oyeron semejantes dislates á don Quijote, y ponderaron los visajes y afectos con que lo decia, le tuvieron totalmente por loco;

pero con todo, disimulando este conceto que dél tenían, le dijeron: Mire vuesa merced, señor don Quijote, que por esta tierra no se usan encantamientos, ni este pinar está encantado, ni puede haber cosa de las que vuesa merced dice; y solo se puede buenamente colegir de las voces que se oyen, que algunos salteadores habrán robado alguna mujer y dádola de puñaladas, la habrán dejado en medio deste pinar, y desto se debe de lamentar. A pesar de cuantos lo contradicen, replicó don Quijote, son las voces de la persona y por las causas que dicho tengo. Viendo Sancho Panza lo que altercaban sobre decernir quién y por qué razón pronunciaba los confusos lamentos que oían, se llegó á su amo, muy repolludo en el rucio, y quitándose la caperuza, puesto en su presencia, le dijo: Ya los dias pasados vió vuesa merced, mi señor don Quijote, saliendo de Zaragoza, cómo me las tuve tiesas con el señor Bracamonte, que está presente; y que si no fuera por vuesa merced y por el respeto que tuve á la venerable presencia deste señor ermitaño, no dejara de dar cima, tronco, ó cómo diablos lo llaman los caballeros andantes, á la aventura ó batalla que con él tuve, pero batalla en que se me dió por vencido; y así para que merezca venir á ser por mis pulgares, andando los tiempos, tenido por esos mundos, insulas y penínsulas por caballero andante, como vuesa merced lo es, y haga á cuantos topare tuertos y cojos, le pido desencarecidamente se esté aquí con estos señores; que yo iré quedito, subido en mi rucio, sin permitirle diga en el camino palabra buena ni mala, á ver si es la que ahí dentro se queja la sabia Urganda, ó cómo se llama; y si cojo descuidado al bellaconazo del sabio que vuesa merced dice, verá cómo, despues de haberle dado media docena de gentiles mojicones, se le traigo aquí agarrado de los cabezones; pero si acaso muriéremos en la demanda yo y mi fidelísimo jumento, suplico á vuesa merced por amor del señor san Julian, abogado de los cazadores, que nos haga enterrar juntos en una sepultura; que pues en vida nos quisimos como si fuéramos hermanos de leche, bien es que en la muerte tambien lo seamos; y mándeine enterrar en los montes de Oca; y si por mi ventura fuere camino para llevarnos á ellos la Argamesilla de la Mancha, nuestro lugar, deténganos en ella siete dias con sus noches, en honra y gloria de las siete cabrillas y de los siete sabios de Grecia; lo cual hecho, irémos alegres nuestro camino, habiendo empero almorzado primero lindamente. Ríose don Quijote, diciendo: ¡Oh Sancho, y qué grande necio que eres! Pues si te he de llevar muerto con tu rucio, ¿cómo quieres descansar siete dias con sus noches en la Argamesilla, y despues almorzar para ir adelante? Par diez, replicó Sancho, que tiene razon: vuesa merced perdóne; que no habia caído en que iba muerto. Pues, Sancho, dijo entónces don Quijote, porque veas que deseo tu aprovechamiento en las aventuras, te doy plenaria licencia para que vayas y pruebes esta, y ganes la honra della que se me debia; y me la quito para dártela, con fin de que comiences á ser caballero novel, prometéndote que si le das, cual confío de tu brazo, á esta peligrosa hazaña que emprendes, en llegando á la española corte, tengo de hacer con su católico monarca que por fuerza ó por grado te dé el órden de caballería, para que, dejando el sayo y la caperuza, subas armado de todas piezas en un andaluz caballo, y vayas á justas y torneos, matan-

do fieros gigantes y desagráviando opresos caballeros y tiranizadas princesas con los filos de tu espada, sin trepidar los soberbios gigantes y fieros grifos que te hicieren resistencia. Señor don Quijote, dijo Sancho, déjeme á mí; que á cachetes haré yo más en un dia que otros en una hora; y si pnedo poner un poco de tierra en medio, como haya abundancia de guijarros, quedará la victoria por mía, y muertos todos los gigantes aunque tope un caliz de ellos; y con esto, adios; que voy á ver en qué para esta aventura; mas déme primero su bendicion. Don Quijote le santignó, diciendo: Déte Dios en este trance y semejantes lides la ventura y acierto que tuvieron Josué, Gedeon, Sanson, David y el santo Macabeo contra sus contrarios, por serlo de Dios y de su pueblo. Comenzó luego Sancho á caminar; y andados cuatro pasos, volvió á su amo, diciendo: Mire vuesa merced, señor, que si acaso diere voces, viéndome en algun peligro, que acuda luego, y no démos que reir al mal ladrón, pues podría vuesa merced llegar tan tarde, que ya Sancho hubiese llevado, cuando llegase, media docena de mazadas de gigantes. Anda, Sancho, dijo don Quijote, y no tengas miedo; que yo acudiré á tiempo. Con esto se fué; y apénas hubo andado otros seis pasos, cuando volvió diciendo: Y mire vuesa merced, tome esto por seña de que me va mal con este sabio, que encomendado sea á las furias infernales: que cuando yo diga dos veces ¡ay, ay! venga como un pensamiento; porque será seña infalible de que ya me tiene en tierra atado de piés y manos para quitarme el pellejo como un san Bartolomé. No harás cosa buena, dijo don Quijote, pues tanto temor tienes. Pues, ¡pesia á la madre que me parió! dijo Sancho, estése vuestra merced arrellenado en su caballo, y esotros dos señores riéndose, como si fuese cosa de burla el irme yo triste á meter solo entre millones de gigantes más grandes que la torre de Babilonia, ¡y no quiere que tema! Yo le aseguro que si alguno de sus mercedes viniera, liciera peor: ¡cuerpo non de Dios con ellos, y aun con la puta perra que me hizo pedir tal licencia, ni tratar de meterme en estos ruidos, y buscar perro con cencerro! Tras esto se entró el pinar adentro; y habiendo andado medrosísimo cosa de veinte pasos, comenzó á dar gritos en seco, diciendo: ¡Ay, ay, que me matan! Apretó las espuelas don Quijote á Rocinante en oyendo las voces, y tras él el ermitaño y soldado; y llegando todos á Sancho, que estaba caballero en su asno, le dijo su amo. ¿Qué es ó qué has habido, mi fiel escudero? que aquí estoy. ¡Eso sí! dijo Sancho: no he visto aun nada, y solo he gritado por ver si acudiria al primer repiquete de broquel. Volvieron atras todos riendo, y Sancho se emboscó; pero á poco trecho oyó cómo no muy lejos dél se quejaban y decían: ¡Ay Madre de Dios! ¿Y es posible que no haya en el mundo quien me socorra? Sancho, que iba con más miedo que vergüenza, alargando el cuello acá y acullá, oyó de nuevo cerca de sí la mesma voz, que entre unos árboles le decia: ¡Ah, hermano labrador! por amor de Dios, quitadme de aquí. Volviendo en esto, turbado, la cabeza Sancho, vió una mujer en camisa, atada de piés y manos á un pino; y apénas la hubo visto, cuando dando una gran voz se arrojó del asno abajo, y volviéndose á pié, corriendo y tropezando, por donde habia venido, iba diciendo á voces: ¡Socorro, socorro, señor don Quijote; que matan á Sancho Panza! Don Qui-

jote y los demás que oyeron á Sancho entraron el pinar adentro, donde toparon con él, que se volvía turbadísimo, mirando hácia atrás de cuando en cuando, y tropezando en una mata y dando de ojos en otra; al cual, asiéndole del brazo el soldado, y no pudiéndole detener, segun se daba prisa por salir del pinar, le dijo: ¿Qué es esto, señor caballero novel? ¿Cuántos gigantes ha muerto á mochicones? Repórtese, pues queda con vida y nos ha excusado el trabajo de llevarle á enterrar á los montes de Oca. ¡Ay señor! respondió Sancho, no vaya allá, por las llagas de Jesus Nazareno, *Rex Judeorum*; porque le aseguro he visto por estos ojos pecatricos, los cuales no soy digno de jurar, una ánima del purgatorio vestida de blanco como ellas, segun decia el cura de mi lugar; y á fe que no esté sola; que siempre estas andan á llandas como palomas: lo que sé decir es que la que yo acabo de ver está atada á un pino; y si no me encomendara aprisa á san Longinos benditísimo, y apretara los piés, me tragara sin duda, como se ha tragado ya al triste rucio y á mi caperuza, que no la hallo. Comenzó don Quijote á caminar poco á poco, y los demás tras él; y Sancho, que apenas se podía mover, segun iba de cortado, dijo: ¡Ah señor don Quijote! mire por amor de Dios lo que hace, no tengamos que llorar para toda nuestra vida. En esto, como la mujer que estaba atada sintió rumor de gente, comenzó á levantar la voz y á decir: ¡Ay señores! por reverencia del que murió por todos, que me quiten deste tormento en que estoy puesta, y si son cristianos hayan misericordia de mí. Don Quijote y los demás, que vieron aquella mujer atada de piés y manos al pino, llorosa y desnuda, tuvieron gran compasion de ella; pero Sancho, asido del hábito del ermitaño y puesto tras él, medio acechando, con el miedo que tenia le dijo: Doña ánima del purgatorio (¡purgada os vea yo con todos los diablos del infierno á vos y á quien acá os trujo, supuesto que no puedo creer sea cosa buena!), dad acá el rucio que os habeis comido; si no, por vida de cuantos verdugos hay en el *Flas Sanctorum*, que mi señor don Quijote os le saque del buche á puras lanzadas. El soldado le respondió: Callad, Sancho; que allí anda vuestro asno paciendo, y la caperuza que se os cayó está junto á él. ¡Oh bendito sea Dios, dijo Sancho, y cómo me huelgo! Y asiendo del asno, le abrazó y dijo: Bien seas venido de los otros mundos, asno de mi alma; mas dime cómo te ha ido en ellos: — y llegándose tras esto á su amo, le dijo: Mire vuesa merced, señor, lo que hace, y no la desate, porque esta ánima me parece pintiparada á la ánima de una tía mía que murió habrá dos años, de sarna y mal de ojos, en mi lugar; y nos importa á todos los de mi linaje no verla más que á la landle, porque era la más maldita vieja que hayan tenido todas las Astúrias de Oviedo que hay en todo el mundo. No enródon Quijote de las boberías de su escudero; y así, volviéndose al ermitaño y á Bracamonte, les dijo: Habeis de saber, señores, que esta dama que veis aquí atada con tanto rigor y crueldad, es sin duda la gran Cenobia, reina de las Amazonas, si nunca la oistes decir; la cual, habiendo salido á caza con la muchedumbre de sus más diestros cazadores, vestida de verde, en un hermoso caballo rucio rodado, con su arco en la mano y una rica aljaba al hombro, llena de doradas y herboladas flechas, habiéndose apartado de su gente por haber seguido un ferocísimo jabalí, se perdió en estos obs-

curios bosques; y siendo hallada por alguno ó algunos jayanes de los que van por el mundo haciendo dos mil alevosías, le robaron su preciado caballo, quitándole sus ricos y bordados vestidos y todas las joyas, perlas, ajoreas y anillos que en su cuello, brazos y blancas manos traía; y la dejaron, como veis, desnuda en camisa y atada á ese pino: por tanto, señor soldado, vuesa merced la desate luego, y sabrémos de su boca elegantísima toda la historia. La mujer era tal, que pasaba de los cincuenta, y tras de tener bellaquísima cara, tenia un rasguño de á jeme en el carrillo derecho, que le debieron de dar siendo moza, por su virtuosa lengua y santa vida. El soldado la finó á desatar, diciendo: Yo le juro á vuesa merced, señor caballero, que la dueña que está aquí no tiene cara de reina Cenobia, si bien tiene el talle de amazona; y si no me engaño, me parece haberla visto en Alcalá de Henáres, en la calle de los Bodegonos, y se ha de llamar Bájbara la de la cuchillada. Y llegándola á desatar, dijo ella que era la verdad y que aquel era su nombre. En esto se quitó el manto que traía el ermitaño, y se le puso á la pobre mujer para que así con él llegase hasta el lugar con más decencia; la cual, en viéndose cubierta, se llegó adonde estaba don Quijote, y viéndole armado de todas piezas, le dijo: Infinitas gracias, señor caballero, rindo á vuesa merced por la que me acaba de hacer, pues con ella y por sus manos quedo libre de las de la muerte, en las cuales sin duda me viera esta noche, si por piedad de los cielos no hubiera vuesa merced pasado por aquí con esta noble compañía. Don Quijote con mucho reposo y gravedad le respondió, diciendo: Soberana señora y famosa reina Cenobia, cuyas fazañas están ya tan sabidas por el mundo, y cuyo nombre y valor conocieron tan bien los famosos griegos á costa de su sangre generosa, pues vos con vuestras hermosas cuanto intrépidas Amazonas fuistes poderosa para dar la victoria á la parte que favorecíades de los dos lucidos ejércitos del emperador de Babilonia y Constantinopla, yo me tengo por muy felice y dichoso en haberos hecho hoy este pequeño servicio, principio de los que á vuestra real persona de aquí adelante pienso hacer en la grandiosa corte del católico monarca de las Españas, en la cual tengo aplazada una peligrosa y dudosa batalla con el gigante Bramidan de Tajayunque, rey de Chipre. Yo os juro y prometo desde aquí coronaros por reina y señora de aquella amenísima isla y regalado reino, despues de haber por cuarenta días defendido contra todos los caballeros del mundo vuestra rara y peregrina fermosura. El ermitaño y Bracamonte, que semejantes disparates oyeron decir á don Quijote, no se podían valer de risa; pero considerando la obligacion en que le estaban por lo que cuilaba de su regalo, y cuánto por no perderle les importaba sobrellevarle, disimulaban cuanto podían, signiéndole el humor cómo discretos; aunque, cuando se hallaban ambos á solas, lo reían todo por junto. La buena mujer, que se vió tratar de reina, no supo qué responder, sino decir: Yo, señor mío, si bien soy moznona, no soy la reina Cenobia, como vuesa merced me llama; si es que no lo dice fisingando por verme tan fea. Pues á fe que en mi tiempo no lo fui; que vivido he en Alcalá de Henáres toda mi vida, donde, cuando era muchacha, era bien regalada y querida de los más galanos estudiantes que ilustraban entóncees aquella célebre universidad, sin ha-

ber rotulada por todos sus patios y casa otra que Bárbara; y hasta en todas las puertas de los conventos y colegios estaba mi nombre escrito con letras coloradas y verdes, cubierto de coronas y ladeado de palmas, diciendo: *Bárbara victor*; pero ya por mis pecados, después que un escolástico capigorrón me hizo esta señal en el rostro (que mala se la dé Dios en el ánima), no hay quien haga caso de mí. Pues á fe que, aunque fea, no espanto. A esto respondió Sancho: Por vida de mi madre, que esté en el otro mundo por muchos años y buenos, señora reina Cenobia, que aunque le parece á vuesa merced que no espanta, que me espantó denantes cuando la vi con tan mala catadura; que había de la cera que destilaba la colmena trasera que naturaleza me dió, para hacer bien hechas media docena de hacías de á cuatro pábilos. Don Quijote, que ya en la fantasía idolatraba en Bárbara, teniéndola por la reina Cenobia, le dijo, dando un empujón á Sancho, con que le hizo callar: Vamos, serenísima señora, al lugar, que ya está cerca, y deciros heis por el camino cómo os sucedió la desgracia de ser robada, y atada de piés y manos en aquel pino. Y volviéndose á Sancho, le dijo: ¿Oís, escudero? Traed vuestro jumento, y subiréis en él luego á la señora reina Cenobia de aquí al lugar. Trájele Sancho, y poniéndose á gachas á cuatro piés para que subiese, volviendo la cabeza, le dijo: Suba, señora reina, y ponga los piés sobre mí. Hízolo ella con mucha desenvoltura y sin hacerse de rogar; y puesta á caballo, comenzaron á caminar para el pueblo. A pocos pasos que había andado, le dijo Bracamonte: Díganos, señora Bárbara, por vida de suya que tantas ha pensado costar en la mocedad, ¿quién fué aquel bellaco que la dejó de tal suerte, y quién el que la sacó de la calle de los Bodegones de Alcalá, donde estaba como una princesa y tan visitada de estudiantes novatos que le llenaban las medidas y bolsas? ¡Ay señor soldado! respondió ella. ¿Conocióme á mí allí en mi prosperidad? ¿Entró alguna vez en mi casa? ¿O acaso comió jamas del mondongo que yo guisaba? que le solía algunas veces hacer tan bueno, que se comían los estudiantes las manos tras ello. Yo, señora, respondió él, jamas comí en casa de vuesa merced, porque estaba en el colegio trilingüe, donde dan de comer á los colegiales; pero acuérdomé bien de que alababan mucho las agujas de vuesa merced y su limpieza, la cual, según me decían, era tanta, que con solo un caldero de agua lavaba por el pensamiento dos y tres vientres: de manera que salían de sus manos unas morecillas verdinegras, que era gloria mirallas; que como la calle es angosta y oscura, no se podía echar de ver la superabundancia del mengre con que convidaban al más hambriento machuca de Alcalá. ¡Ay! ¡mal haya él, replicó Bárbara, y qué gran bellaco y socarrón me parece! Pues á fe que si no me engaño, que ha él comido de mis manos más de cuatro veces; porque su talle y vestido no es para hacerme creer que ha estado en el colegio trilingüe, como dice. Dígame la verdad, acabe. Bracamonte le satisfizo, diciendo: Antes que yo entrase en el colegio, agora cuatro años, estaba con otros seis estudiantes amigos en la calle de Santa Ursula, en las casas que se alquilan allí junto á la iglesia mayor del mercado; y me acuerdo que vuesa merced subió á ellas con una olla no muy pequeña llena de mondongo; y un estudiante, que se llamaba Lopez, la cogió en sus brazos

sin derramarla, y la metió en su aposento, donde él con todos los amigos comimos de la olla que vuesa merced se traía bajo sus mugrientas sayas, sin tocar á la del mondongo. Por el siglo de mi madre, respondió Bárbara, que me acuerdo deso como de lo que he hecho hoy. Pues á fe que toda era gente honrada; que aunque no tuvieron razón de hacer lo que hicieron, siendo yo mujer de mis prendas, todavía tuvieron respeto de no tocarme á la olla. ¡Jesus, Jesus! ¿que estaba allí? Pues sepa que Lopez es ya licenciado y un grandísimo bellaco enamorado; mas con todo eso, á fe que las veces que yo subía á su aposento, que no me escapía. Pues, señora reina mía, dijo Sancho, si tan buena oficiala es de hacer mondongos, sepa que si mi amo la lleva, como dice, al reino de Chipre, allí tendrá bastantísima ocasión de mostrar su habilidad, porque habrá tripas infinitas de los enemigos que matarém; de los cuales podrá hacer pasteles, pelotas de carne y ollas podridas, y echarles toda la caparrosa que quisiere, pues es lo que da mejor gusto á los guisados. ¡Ay amarga de mí! respondió Bárbara: si la caparrosa es para hacer tinta, ¿cómo decís vos, hermano, que la eche en los guisados? No sé, en mi conciencia, replicó Sancho, lo que me echaron encima de las alhondiguillas que me dieron en casa de don Carlos en Zaragoza; lo que sé es que ellas me supieron riquisimamente. Alhondiguillas diréis, dijo Bárbara; que así se llaman en todo el mundo. Poco monta, replicó Sancho, que se llamen de una suerte ó de otra; lo que hemos de procurar es sembrar muchas en estando en Chipre.

CAPITULO XXIII.

En que Bárbara da cuenta de su vida á don Quijote y sus compañeros hasta el lugar, y de lo que les sucedió desde que entraron hasta que salieron del.

Salieron del pinar á la que Sancho acababa de decir las referidas simplicidades. Juntóseles don Quijote en el camino real, donde los esperaba haciendo mil discursos acerca del modo que tendría en llevar á la corte á la que él tenía por reina Cenobia; y luego que vió que ella llegaba al puesto en que la esperaba, la dijo con grande respeto y mesura: Suplico á vuesa majestad se sirva, poderosísima reina, de darnos cuenta, de aquí á que con la fresca lleguemos al vecino lugar, de quiénes fueron los follones que la robaron sus ricas joyas y la desnudaron de sus reales galas, dejándola atada con tanta crueldad en aquel árbol. A lo cual respondió ella al punto: Vuesa merced, señor mío, ha de saber que viviendo yo en Alcalá de Henares, en la calle que llaman de los Bodegones, con mi honrado y ordinario trato, quiso la fortuna, que siempre es contraria á los buenos, que viniese allí un mancebo de muy bonita cara y harto discreto, el cual entró dos ó tres veces á comer en mi casa. Como le vi al principio tan cortés, prudente y bien hablado, aficionemele (que no debiera) de tal suerte, que no podía de noche ni de día sosegar sin verle, hablarle y tenerle á mi lado. Dábale de comer y cenar todos los días como á un príncipe, comprábale medias, zapatos, cuellos y aun los libros que me pedía, mirándome en él cual en un espejo: en fin, él estuvo en mi casa con esta vida más de un año y medio, sin gastar blanca suya, y (1) muchas mias. En este tiempo sucedió que es-

(1) Parece que falta el gerundio *gastando* ú otra palabra equivalente.

tando una noche conmigo en la cama, me dijo como estaba determinado de ir á Zaragoza, adonde tenia parientes muy ricos; y que me prometia, si queria ir con él, que en llegando allá se casaria conmigo, por lo mucho que me amaba; y yo, que soy una bestia, creyendo sus engañosas palabras y falsas promesas, le dije que era contentisima de seguirle; y luego comencé á vender mis alhajas, que eran dos camas de buena ropa, dos pares de vestidos míos, una grande arca de cosas de lienzo, y finalmente todo lo demas que en mi casa tenia; de lo cual hice más de ochenta ducados, todo en reales de á ocho. Con ellos y notable gusto nos salimos juntos una tarde de Alcalá; y llegados al segundo día á la entrada del bosque de quien ahora acabamos de salir, me dijo nos entrásemos á sestar en él; que se queria holgar conmigo; así mala holgura le dé Dios en el alma y en el cuerpo! Pero no le quiero maldecir; porque quizá algun día nos topáremos, y me pedirá perdon de lo hecho; y como le quiero tanto, fácilmente le perdonaré. Seguile, creyendo en sus razones (que no debiera); y en viéndome sola y en lugar tal y tan secreto, metió mano á una daga, diciéndome que si no sacaba allí todo el dinero que traia conmigo, que él me sacaria el alma del cuerpo con aquel puñal. Yo, que ví una furia tan repentina en la prenda que más queria en el mundo, no supe qué le responder, sino, llorando, suplicarle que no hiciese tal alexosia; pero comenzóme á apretar tanto, sin hacer caso de mis justas razones y llorosas palabras, que, viendo tardaba en darle los ochenta ducados más de lo que su codicia permitia, empezó á decirme á voces colérico: Acabe de darme presto el dinero la muy puta, vieja, bruja, hechicera. Sancho, que estaba escuchando con mucha atencion á Bárbara, cuando le oyó referir tantos y tan honrados epítetos, le dijo: Y dígame, señora reina, ¿era acaso verdadero todo ese calendario que le dijo el estudiante? porque de sus hechos colijo que era tan hombre de bien, que por todo el mundo no diria una cosa por otra, sino la verdad pura. ¿Cómo verdad! replicó ella: á lo ménos en lo que dijo de bruja, mintió como bellaco; que si una vez me pusieron á la puerta mayor de la iglesia de San Yuste en una escalera, fué por testimonio que unas vecinas mias envidiosas, por no más que sospechas, me levantaron; así levantadas tengan las alas del corazon, pues por ello me hicieron echar en la treña, donde gasté lo que Dios sabe! Pero vaya en hora buena, con su pan se lo coman; que á fe que me vengné, á lo ménos de la mia dellas, muy á mi salvo, pues á un perro que ella tenia en casa y con quien se entretenia, le di zarazas en venganza del dicho agravio. Riéronse todos del dicho de Bárbara, y Sancho la replicó, diciendo: Pues ¡cuerpo de Poncio Pilátos, señora reina! ¿qué culpa tenia el pobre perro? ¿Fuése él acaso á quejar de vuesa merced á la justicia, ó levantóla el falso testimonio que dice? Que el perro seria muy bueno y no haria mal á nadie, y por lo ménos sabria cazar alguna olla, por podrida que fuese. ¡Triste perro! si no me quiebra el corazon de dolor su homicidio... Don Quijote le dijo: Oyete, pécora: ¿por ventura conociste ni viste aquel perro? ¿Qué se te da á tí dél? ¿Pues no quiere que se me dé, replicó Sancho, si no sé si el honrado y mal logrado y yo éramos primos hermanos? Que el diablo es sutil, y donde no se piensa se caza la liebre; y como dicen, lo quiera que vayas, de los tuyos hayas.

Y de aquí comenzó á ensartar refranes, de suerte que no le podian acallar; mas don Quijote suplicó á la reina Cenobia pasase adelante, y no hiciese caso de Sancho, que era un animal. Pues como digo, prosiguió ella, mi bueno de Martin (que así se llamaba la lumbré de mis ojos), nombre para mí bien aciago, pues tanta parte tieno Martin de mártres, comenzó á darme prisa por el dinero, acompañando cada palabra injuriosa que me decia con un piquete en estas pecadoras nalgas, tal que me hacia poner el grito en el cielo; y así, viéndome tan apretada, y considerando que si no hacia lo que me pedia, podria ser darme algun golpe peor que el que otro tal cual él me habia dado en la cara por ménos que eso, saqué todo mi dinero y díselo; mas, no contento con él, me quitó una saya y corpiño y un faldellin harto bueno que traia vestido; y atándome á un pino, me dejó de la manera que vuestas mercedes me han hallado, á quien pague Dios la merced que me han hecho. Pues en buena fe, dijo Sancho, que si la desnudara un dedo más adentro, que la dejara hecha un Adán y Eva. ¡Oh hi de puta, socarron, bellaco! ¿No será bueno, señor don Quijote, que yo vaya por esos mundos en mi rucio buscando á ese descomunal estudiante, y que le desafie á batalla campal, y en cortándole la cabeza, la traiga espetada en el hierro de algun lanzon, y con ella éntre en las justas y torneos con aplauso de cuantos me vieren? Pues es cierto que admirados han de decir: ¿Quién es este caballero andante? Y con orgullo creo les sabré responder: Yo soy Sancho Panza, escudero andante del invicto don Quijote de la Mancha, flor, nata y espuma de la andantesca escudería. Pero no quiero meterme con estudiantes; doylos á Berecebú; que el otro día cuando fuímos á las justas de Zaragoza, yo y el cocinero cojo llegámos á hablar á uno dellos al colegio, y me dió un demonio de otro un tan infernal pescozon en esto del gazzate, que casi me hizo dar de ojos; y como me abajé por la caperuza, acudió otro á las asentaderas con una cox tal, que toda la ventosidad que habia de salir por allí, me la hizo salir por arriba, envuelta en un regüeldo que, segun dijo él mismo, olia á rábano serenado; y no hubo bien levantado la cabeza, cuando comenzó á llover sobre mi tanta multitud de gargajos, que si no fuera porque sé de nadar como Leandro y Nero.... Pero un cararelanido, que parece que aun agora me le veo delante, me arrojó tan diestramente un moco verde, que le debía tener represado de tres días, segun estaba de cuajado, que me tapó de suerte este ojo derecho, que me hubo de salir corriendo y gritando: ¡Ah de la justicia! que han muerto el escudero del mejor caballero andante que han conocido cuantos visten ceneras de ante. Llegaron en esto al lugareillo, lo cual atajó las razones de Sancho; y llegados á su meson, se apearon en él todos por mandado de don Quijote, el cual se quedó en la puerta hablando con la gente que se habia juntado á ver su figura. Entre los que allí á esto habian acudido, no habian sido de los postreros los dos alcaldes del lugar, el uno de los cuales, que parecia más despierto, con la autoridad que la vara y el concepto que él de si tenia le daban, le preguntó mirándole: Díganos vuesa merced, señor armado, para dónde es su camino y cómo va por este con ese sayo de hierro y adarga tan grande; que le juro en mi conciencia que há años que no he visto á otro hombre con tal librea cual la que vuestra merced trae: solo en el retablo del

Rosario hay un tablon de la Resurreccion, donde hay unos judiazos despavoridos, enjaezados al talle de vuesa merced ; si bien no están pintados con esas ruedas de cuero que vuesa merced trae, ni con tan largas lanzas. Don Quijote, volviendo las riendas á Rocinante hacía la gente que le tenia cercado en corrillo, dijo á todos con voz reposada y grave, sin reparar en lo que el alcalde le habia dicho : Valerosos leoneses, reliquias de aquella ilustre sangre de los godos, que por entrar Muza por España, perdida por la alevosia del conde Julian, en venganza de Rodrigo y de su incontinencia, y en desagravio de su hija Florinda, llamada la Cava, os fué forzoso haberos de retirar á la inculta Vizcaya, Asturias y Galicia para que se conservase en las inaccesibles quebras de sus montes y bosques la nobilísima y generosa sangre que habia de ser, como ha sido, azote de los moros africanos ; pues alentados del invencible y gloriosísimo Pelayo y del esclarecido Sandoval, su negro, amparo y fidelísima defensa á cuyo celo debe España la sucesion de los católicos reyes de que goza, pues dél nació el valor con que los filos de vuestras cortadoras espadas tomaron cumplidamente á recobrar todo lo perdido y á conquistar nuevos reinos y mundos, con envidia del mismo sol, que solo hasta que vosotros les asaltastes sabia dellos y los conocia : ya veis, ínclitos Guzmanes, Quiñones, Lorenzanas y los demas que me ois, cómo mi tío el rey don Alonso el Casto, siendo yo hijo de su hermana, y tan nombrado cuanto tenido por Bernardo, me tiene á mi padre el de Saldaña preso, sin querérmele dar ; demas de lo cual, tiene prometido al emperador Carlo-Magno darle los reinos de Castilla y Leon despues de sus dias ; agravio por el cual no tengo de pasar de ninguna manera, pues no teniendo él otro heredero sino á mí, á quien toca por ley y derecho, como á sobrino suyo legítimo, y más propinquo á la casa real, no tengo de permitir que extranjeros entren en posesion de cosa tan mia : por tanto, señores, partamos luego para Roncesvalles, y llevaremos en nuestra compañía al rey Marsilio de Aragon, con Bravonel de Zaragoza ; que, ayudándonos Galalon con sus astucias y con el favor que nos promete, fácilmente matarémos á Roldan y á todos los doce Pares ; y quedando en aquellos valles mal ferido Durandarte, se saldrá de la batalla ; y por el rastro de la sangre que dejará, irá caminando Montesinos por una áspera montaña, aconteciéndole mil varios sucesos, hasta que topando con él, le saque por sus manos, á instancia suya, el corazon, y se le lleve á Belerma, la cual en vida fué la mira de sus cuidados. Advertid pues, famosos leoneses y asturianos, que para el acierto de la guerra os prevengo en que no tengais disensiones sobre el partir de las tierras y señalar de mojones. Y volviendo en esto las riendas á Rocinante y apretándole las espuelas, se entró furioso en el meson, gritando : ¡ Al arma, al arma ; que

Con los mejores de Asturias
Sale de Leon Bernardo,
Todos á punto de guerra,
A impedir á Francia el paso !

Toda la gente se quedó pasmada de oir lo que el armado habia dicho, y no sabian á qué se lo atribuir. Unos decian que era loco, y otros no, sino algun caballero principal ; que su traje eso mostraba ; tras lo cual querian todos entrarse dentro á tratar con él ; pero el ermi-

taño se puso á la puerta en resistencia diciéndoles : Váyanse, señores, con Dios ; que este hidalgo está loco, y le llevamos á curar á la casa de los orates de Toledo : no nos le alteren más de lo que él se está. Oidas estas razones al venerable ermitaño, se fueron al punto cuantos allí estaban ; y llevando Sancho á Rocinante á la caballeriza, se entraron don Quijote y los demas de su compañía en un aposento, donde le ayudaron á desarmar Bracamonte y el ermitaño, con cuyo manto burriel estaba cubierta la buena Bárbara, sentada en su presencia en el suelo, á la cual viendo don Quijote dijo : Soberana señora, tened un poco de paciencia ; que muy en breve seréis llevada á vuestro famoso imperio de las Amazonas, siendo primero coronada por reina del vicioso reino de Chipre, en cuya pacífica posesion os poné en matando su tirano dueño, el valiente Bramidan de Tajayunque, en la corte española ; que para eso con toda diligencia entraremos mañana en la fuerte y bien mirrada ciudad de Sigüenza, en la cual os compraré unos ricos vestidos, en cambio de los que aquel alevoso príncipe don Martin os quitó contra toda ley de razon y cortesía. Señor caballero, respondió ella, beso á vuesa merced las manos por la buena obra que sin haberle servido me hace : yo quisiera ser de quince años y más hermosa que Lucrecia, para servir con todos mis bienes habidos y por haber á vuesa merced ; pero puede creer que si llegamos á Alcalá, le tengo de servir allí, como lo verá por la obra, con un par de truchas que no pasen de los catorce, lindas á mil maravillas y no de mucha costa. Don Quijote, que no entendia la música de Bárbara, le respondió : Señora mia, no soy hombre que se me dé demasiado por el comer y beber : con eso á mi escudero Sancho Panza ; con todo, si esas truchas fueren empanadas, las pagaré, y las llevaremos en las alforjas para el camino ; aunque es verdad que mi escudero Sancho, en picándosele el molino, no dejará trucha á vida. La buena señora, como vió que don Quijote no le habia entendido, se volvió al soldado, que se estaba riendo, y le dijo : ¡ Ay amarga de mí, y qué mosqueat es este caballero ! Mucho quizá ha comido : menester habrá, si va á Alcalá, acepillár un poco el entendimiento, que le tiene muy gordo. ¿ Qué dice vuesa alteza de gordo, dijo don Quijote ? Que no lo está vuesa merced mucho, respondió ella, decia, señor ; cosa que me maravilla de quien tiene tan buena condicion. Señora, replicó don Quijote, de tres géneros de gente murmuraba mucho un filósofo moderno que yo conocí : del médico sarnoso, del letrado engañado, y del que emprende largos caminos y pleitos siendo gordo ; y pues yo emprendo por mi profesion de caballero andante las dos últimas cosas dichas, no será bien que esté gordo ; porque el estarlo es de hombres ociosos y que viven sin cuidados ; y así no es posible engordar más de lo que estoy, teniendo tantos como tengo. Tratando desto, entró Sancho corriendo, dando una mano con otra y diciendo : ¡ Albricias, señor don Quijote, albricias ! Buena nueva, buena nueva ! Yo te las prometo, dijo don Quijote, hijo Sancho ; y más si son las nuevas de que ha parecido aquel estudianto que robó á la gran reina Cenobia. Mejor, respondió Sancho, es la nueva. ¿ Es por ventura, añadió don Quijote, que el gigante Bramidan de Tajayunque está en el lugar, y me busca para acabar la batalla que entre los dos tenemos aplazada ? Mejor sin comparacion es, replicó Sancho. Dínosla, pues, presto,

dijo don Quijote; que si es de tanta importancia como dices, no te faltarán buenas albricias. Han de saber vuestras mercedes, respondió Sancho, que dice el mesonero (y no burla, porque yo lo he visto por mis ojos) que tiene para que cenemos una riquísima olla con cuatro manecillas de vaca y una libra de tocino, con bofes y livianos de certero y con sus nabos; y es tal, en fin, que en dándole cinco reales de contado y á letra vista, se verná ella misma á cenar por sus piés con nosotros. Don Quijote le dió una coz diciendo: ¡Miren el tonto goloso, las nuevas de importancia que nos traia! Las albricias dellas le diera yo de muy buena gana con un garrote, si por aquí le hubiera á mano. Entró, cuando esto decia don Quijote con cólera, muy sin ella el mesonero diciendo: ¿Qué es lo que vuestras mercedes quieren cenar, señores? que se les dará luego al punto. Don Quijote le dijo que para él le trajese dos pares de huevos asados, blandos, y para aquellos señores lo que á ellos les pareciese; pero que aderezase algun faisán, si le tenia á mano, para la reina Cenobia, porque era persona delicada y regalada, y le haria daño otra cosa. Miró el mesonero á la que don Quijote llamaba reina, y dijo: ¿No es vuestra merced la que cenó anoche con un estudiante, y nos dijo que iba á casarse con él á Zaragoza? Pues ¿cómo ayer, como este caballero dice, no era Cenobia (aunque sí novia de tan farto de barbas cuanto de vergüenza), y agora lo es! A fe que anoche no cenó de faisán, si no de un plato de mondongo que consigo trajo de Sigüenza, envuelto en una servilleta no muy limpia, ni tampoco se nos hizo reina. Hermano, respondió ella, yo no os pido nada: traed de cenar; que lo que todos estos señores cenaren, cenaré yo tambien, pues este caballero nos hace á todos merced. Fué el mesonero y púsoles la mesa, y cenaron todos, con mucho contento de Sancho, que servia, yéndosele los ojos y el alma tras cada bocado de sus amos. Levantados los manteles, mientras él se fué á cenar, quedando todos sobre mesa, dijo el ermitaño á don Quijote: Vuestra merced, señor, nos la ha hecho grandísima á mí y al señor Bracamonte en este camino, y por ella quedamos ambos obligadísimos; pero porque ya nos es forzoso irnos por otra parte, él de aquí á Avila, de donde es natural, y yo á Cuenca, habrá vuestra merced de servirse darnos licencia, y mandarnos en dichas ciudades en cuanto se le ofreciere y viere le podemos servir, pues lo haremos como lo debemos y con las veras posibles; y lo mismo ofrecemos á su diligente escudero Sancho. Don Quijote le respondió que le pesaba mucho perder tan buena compañía; pero que si no se podia hacer otra cosa, que fuesen sus mercedes con la bendición de Dios, mandando á Sancho que les diese un ducado á cada uno para el camino, el cual ellos recibieron con mucho agradecimiento; y don Quijote les dijo: Por cierto, señores, que entiendo verdaderamente que á duras penas se podrán hallar tres sujetos tales como los tres que habemos caminado desde Zaragoza hasta aquí, pues cada uno de nosotros merece por sí grande honra y fama; porque, como sabemos, por una de tres cosas se alcanzan en el mundo las dos dichas: ó por la sangre, ó por las armas, ó por las letras, incluyendo en sí cada una dellas la virtud, para que sea perfecto merecimiento. Por la sangre el señor Bracamonte es famoso, pues la suya es tan conocida en toda Castilla; por las armas yo, pues por ellas he adquirido tanto valor

en el mundo, que ya mi nombre es conocido en toda su redondez; y por las letras el padre, de quien he colegido que es tan grande teólogo, que entiendo sabrá dar cuenta de sí en cualesquier universidades, aunque sean las Salmantina, Parisiense y Alcaladina. Sancho, que en acabando de cenar se habia puesto en pié detras de don Quijote á escuchar la conversacion, salió diciendo: Y yo ¿de qué tengo fama? ¿No soy tambien persona como los demas? Tú, respondió don Quijote, tienes fama del mayor tragon goloso que se haya visto. Pues sepan (replicó Sancho), burlas aparte, que no solamente me toca á mí uno de los nombres que cada uno de vuestras mercedes tiene y con que se hacen famosos, sino que lo soy por todos tres juntos, por sangre, por armas y por letras. Rióse don Quijote, diciendo: ¡Oh simple! ¿y cómo ó cuándo mereciste tú tener alguno de los renombres que nosotros por excelencia tenemos, para que vuele tu fama como la nuestra por el orbe? Yo se lo diré á vuestras mercedes, dijo Sancho, y no se me rian, ¡cuerpo de mi sayo! Lo primero, yo soy famoso por sangre, porque, como sabe mi señor don Quijote, mi padre fué carnicero en mi lugar, y enal tal, siempre andaba lleno de la sangre de las vacas, terneras, corderos, ovejas, cabritos y certeros que mataba, y siempre traia llenos della los brazos, manos y delantal. Por las armas tambien soy famoso, porque un tio mio, hermano de mi padre, es en mi tierra espadero, y agora está en Valencia, ó donde él se sabe, y siempre él anda limpiando espadas, montantes, dagas, puñales, estoques, cuchillos, cuchillas, lanzas, alabardas, chuzos, partesanas, petos y morriones y todo género *armorum*. Por las letras, tambien un cuñado mio es encuadernador de libros en Toledo, y siempre anda con pergaminos escritos, y envuelto entre librazos tan grandes como la albarda de mi rucio, llenos de letras góticas. Levantáronse todos riendo de las necesidades de Sancho, y fuéronse á acostar cada uno donde el huésped los llevó.

CAPITULO XXIV.

De cómo don Quijote, Bárbara y Sancho llegaron á Sigüenza, y de los sucesos que allí todos tuvieron, particularmente Sancho, que se vio apretado en la cárcel.

En amaneciendo Dios se despertó don Quijote; que el caos que tenia en su entendimiento, y confusion de especies de que traia embutida la imaginativa, le servian de tan desconcertado despertador, que apenas le dejaban dormir media hora seguida. Púsose, en despertando, en pié, dando gritos á Sancho, que apenas podia despegar los ojos; pero fuéle forzoso hacerlo, por la prisa que su amo le daba. Con ella pues ensilló á Rocinante y jumento, mientras don Quijote pagaba la cama y cena de todos. Hecha esta diligencia y salidos juntos de la posada, se despidieron de don Quijote el ermitaño y Bracamonte, y lo mismo hicieron tambien de Sancho Panza, el cual andaba ocupado en subir á Bárbara en una horrica vieja del huésped, que se la alquiló don Quijote hasta Sigüenza, juntamente con una ropa, asimismo vieja, de su mujer, que lo era harto; y habiendo caminado los cuatro desta suerte lo más del dia, llegaron á la ciudad, y se fuéron á un meson, al cual les encaminó su huésped, que les guiaba, entrando en él bien acompañados de muchachos, que iban detras diciendo á gritos: ¡Al hombre armado, muchachos, al hombre armado! En

apeándose don Quijote, pidió al mesonero tinta y papel, y encerrándose con ello en un aposento, escribió media docena de carteles para poner en los cantones, que decían desta manera.

CARTEL.

«El Caballero Desamorado, flor y espejo de la nación manchega, desafía á singular batalla aquel ó aquellos que no confesaren que la gran Cenobia, reina de las Amazonas, que conmigo viene, es la mas alta y hermosa fembra que en la redondez del universo se halla: que será defendida con los filos de mi espada su rara y singular belleza en la real plaza desta ciudad desde mañana á mediodía hasta la noche; y el que intentare salir en batalla con dicho Caballero Desamorado, ponga su nombre en el pié deste cartel.»

Hechas las copias dél, llamó á Sancho, diciendo: Toma, Sancho, estos papeles, y busca un poco de engrudo ó cola, y ponlos en las esquinas de la ciudad de manera que puedan ser leídos de todos; y advierte con toda diligencia en cuanto los caballeros que llegaren á leerlos dijeren, y en si se meten en cólera, volviendo por sus amantes damas, y en si dicen algun improprio (porque la virtud siempre es envidiada), ó en si se alegran por la honra que ganan de solo entrar conmigo en batalla, y finalmente, en si te preguntan dónde estoy ó dónde está la Reina mi señora. Vé volando, Sancho mio, y por tus ojos que lo adviertas y notes todo, para que me sepas dar, cuando vuelvas, cumplida cuenta y razon dello; que yo, si fuere necesario, no haciendo caso de la cena, iré luego á la hora á castigar su sandez y atrevimiento, para que de aquí adelante no le tengan otros tales como ellos para decir semejantes desvarios contra quien tan bien sabe castigarlos. Sancho estuvo un rato con los papeles en la mano pensativo, porque hacia él esto del fijar carteles de desafío de muy mala gana, y quisiera más que don Quijote le enviara por una pierna de carnero, porque traía razonable apetito de cenar; y así con la cabeza baja le dijo: ¡Válgame las parrillas del señor san Lorenzo, mi señor don Quijote! ¿Es imposible que pudiendo nosotros vivir en haz y en paz de la santa madre Iglesia católica romana, gustemos de meternos de nuestro propio caletre en pendencias y guerreciones necias que no nos va ni nos viene, y sin para qué? ¿Quiere vuesa merced que salga algun Barrabas de caballero que, habiendo estado muy descansado y regalado en esta ciudad él y su caballo, y queriendo her batalla con nosotros, que venimos cansados, y con Rocinante, que de puro molido no puede comer bocado, permita la misericordia de Dios que nos venza, y demos con toda nuestra caballería en casa de Júdas? ¿No será mejor, ya que tal intento, pedir licencia al alcalde deste lugar para poner estos papeles, puesto me vea ya desta hecha en cuatro mil peligros, desastres y desventuras? Don Quijote le dijo: ¡Oh necio, oh pusilánime, oh cobarde! ¿Y eres tú el que piensas recibir el orden de caballería en Madrid con público honor, en presencia de la sacra, cesárea y real majestad del Rey nuestro señor? Pues sábeta que no es la miel para la boca del asno, ni el orden de caballería se suele ni puede dar sino á hombres de brio, animosos, valientes y esforzados, y no á golosos ni perezosos como tú. Vé luego, y haz lo que te digo sin más réplica. Sancho, que vió tan enojado á su amo, calló y

fué, maldiciendo mil veces á quien con él le había juntado; y compró en casa de un zapatero un cuarto de engrudo, y llevándolo puesto sobre la suela de un zapato viejo, se fué á la plaza, en la cual, como era sobre tarde, estaban algunos caballeros y hidalgos y otra mucha gente tomando el fresco con el Corregidor. Llegóse Sancho sin decir palabra á nadie á la Audiencia, y comenzó á pegar en sus mismas puertas un papelón de aquellos; pero un alguacil que estaba detras del Corregidor, viendo fijar á aquel labrador en la Audiencia un cartel de letras gordas, pensando que fuesen papeles de comediantes, se le llegó diciendo: ¿Qué es lo que aquí poneis, hermano? ¿Sois criado de algunos comediantes? Respondió Sancho: ¿Qué comediantes ó qué nonada? Esto que aquí se pone, majadero, no es para vos; que más alto pica el negocio; para aquellos de las capas prietas se hace, y mañana lo veréis. Leyó el cartel el alguacil confuso, y volviéndose luego á Sancho, que estaba allí junto poniendo otro en un poste, le dijo: Vén acá, hombre del diablo, ¿quién os ha mandado poner aquí estos papelones? Respondió Sancho: Llegaos vos acá, hombre de Satanás; que no os lo quiero decir. A las porfías y voces que Sancho y el alguacil daban se volvieron el Corregidor y los que con él estaban, y preguntando qué era aquello, llegó el alguacil diciendo: Señor, aquel labrador anda fijando por la plaza unos carteles en que desafía no sé quién á batalla á todos los caballeros desta ciudad. ¡Desafios pone! dijo el Corregidor. Pues ¿estamos ahora en carnestolendas? Audaz y traednos un papel de aquellos: verémos qué cosa es; no sea algun dilate que llegue á oídos del Obispo ántes que tengamos acá noticia dél. Llegó el alguacil, y quitó el primero que halló fijado en un poste, para llevarle al Corregidor; lo cual visto por Sancho, se encendió en tanta cólera, que se fué para él con un guijarro en la mano, diciendo: ¡Oh sandío y descomunal alguacil! por el orden de caballería que mi amo ha recibido, que si no fuera porque tengo miedo de tí y dese rey que traes en el cuerpo, te hiciera que pagaras con la primer pedrada todas las alguacilerías que hasta aquí has hecho, para que otros tales como tú y la puta que te parió, no se atrevieran de aquí adelante á semejantes locuras. Como vió el Corregidor aquel labrador con la piedra en la mano para tirar al alguacil, mandó que le prendiesen y llevasen allí en su presencia. Llegaron media docena de corchetes á hacello, y él con su guijarro en la mano no se dejaba asir de ninguno; pero cuando vió que el negocio iba de véras y que ya desenvainaban las espadas contra él, soltó la piedra, y puesta la caperuza sobre las dos manos, comenzó á decir: ¡Ah señores! por reverencia de Dios, que me dejen ir á decir á mi amo como unos follones y malandrines no me dejan poner los papelones del desafío; que verán cómo viene hecho un cisne encantado y no deja ningun pagano dellos á vida. Los corchetes, que no entendían aquel lenguaje, tenían á Sancho agarrado delante del Corregidor mientras acababa de leer el papel; y cuando lo hubo leído, le comunicó con todos los circunstantes, que le celebraron infinito; y vuelto á Sancho, le preguntó: Vení acá, buen hombre; ¿quién os ha mandado poner estos papelones en la Audiencia? porque á fe de hidalgo, que os ha de costar á vos y á quien os ha enviado á fijarlos, más caro que pensais. ¡Ah desventurada de la madre que me parió y del ama que me dió leche!

dijo Sancho. Señor, mi amo, que mal siglo haya, me los ha mandado poner; y bien se lo decía yo, que no tuviésemos guereaciones en esta tierra hasta que primero hubiésemos muerto aquel gigantazo del rey de Chipre, adonde habemos de llevar á la señora reina Cenobia: suéltennme; que les juro, á fe de Sancho Panza, que ire á decirle corriendo lo que pasa, y verán cómo se viene él aquí por sus pies ó por los de Rocinante, á hacer una carnicería tal, que jamas otra como ella se haya oído ni visto. Preguntóle el Corregidor: ¿Cómo se llama tu amo? Sancho le respondió que su propio nombre era Martin Quijada, y que el año pasado se llamaba don Quijote de la Mancha, y por sobrenombre el Caballero de la Triste Figura; pero que hogaño, porque ya habia dejado á Dulcinea del Toboso (ingrata causa de la excesiva penitencia que habia hecho en Sierra-Morena, si bien despues mereció en premio della la conquista del precioso yelmo de Mambrino), se llamaba el Caballero Desamorado. ¡ Bueno por Dios! dijo el Corregidor: y vos ¿ cómo os llamais? Yo, señor, respondió él, hablando con perdón de las barbas honradas que me oyen, me llamo Sancho Panza, que no debiera, escudero infeliz del referido caballero andante, natural del Argemuesilla de la Mancha, engendrado y nacido de mis padre y madre, y bautizado por el cura. ¿Cómo lo fuerais si dijérais que erais hijo de asno y bestia? respondió lleno de risa el Corregidor, mandando juntamente al alguacil y corchetes que le llevasen á la cárcel, y echasen dos pares de grillos hasta que se informase de todo el caso; y hecho esto, fuesen luego por todas las posadas del lugar, y buscasen el amo de aquel labrador y se le trujesen allí. Llevaron al desgraciado Sancho al punto á la cárcel; y las cosas que hizo y dijo por el camino y cuando se vió en ella y que le echaban dos pares de grillos, no hay historiador, por diligente que sea, que las baste á escribir; pero entre otras muchas simplicidades que se cuentan dél, es que, cuando se los hubieron echado, dijo: Tórnenme, señores, á quitar estos demonios de trabas de hierro; que no puedo andar con ellas, y no tenían para qué ponérmelas, porque yo las diera por muy bien recibidas sin que tomaran ese trabajo. En dejándole en la cárcel, se le llegaron tres ó cuatro pícaros que allí habia presos, con ciertos cañutillos de pijoos en las manos; y como le vieron simple, pareciéndoles sano de Castilla la Vieja, y viendo por otra parte que á cada paso daba de ojos con los grillos, y que de ninguna manera sabia andar con ellos, le echaron por lo descubierto del pescenezo más de cuatrocientos pijoos, con que le dieron bien de rascar y sacar todo el tiempo que en la cárcel estuvo; y como ellos y los grillos le daban tanta pesadumbre, no hacia sino lamentarse de su fortuna y de la hora en que habia conocido á don Quijote. Mesábase las barbas, despidiéndose ya de su mujer, ya del rucio, ya de Rocinante; y obligado de la grande pesadumbre que los grillos le daban, dijo á uno de aquellos mozos: ¡ Ah señor pícaro! Así Dios le dé la salud cual el contento que muestra de mi trabajo, que me quite estas cornas, que no me dejan reñecer; y si esta noche las tengo en los pies, no podré de ninguna manera pegar los ojos. Llego un mozo del carcelero que le oyó, y dijo: Hermano, como vos deis un real á mi amo, os los quitará por esta noche, por haceros placer y buena obra. En oyendo esto, sacó Sancho de la faltriquera una bolilla de cuero, en la cual tenia seis ó siete

reales para el gasto que aquella noche se habia de hacer en el meson; de la cual sacó un real de plata, y se lo dió al mozo, con que al punto le quitó los grillos. Cuatro ó cinco de aquellos presos, que eran águilas en hallarse las cosas ántes que las perdiesen los dueños, mirando bien adonde habian visto poner la bolsa á Sancho, se concertaron, y llegándose uno dellos á él, le abrazó diciendo: ¡ Ay, buen hombre, y cómo nos holgamos que os hayan quitado aquellos malditos grillos! Por muchos años y buenos. Y con esto guió la mano con tanta sutileza camino de la faltriquera, que sin errar el golpe ni ser sentido le sacó della la bolsa; pero procedió, hecho el lance, como liberal y honrado, pues le convidó á su misma costa á dos barquillos, fruta y vino, en que gastó el dinero. Mas volviendo á don Quijote, como viese que Sancho tardaba tanto en poner los papeles por los cantones, sospechando lo que podia ser, se entró en la caballeria, y con toda presteza ensilló á Rocinante, y subiendo en él con su adarga y lanzon, caminó para la plaza; y como entrase en ella muy paso á paso, acompañado de muchachos, y fuese visto por el Corregidor, y todos los que con él estaban se admirasen de ver aquella fantasma armada y cirenada de gente, llegándose todos para ver su pretension ó lo que hacia, oyeron que don Quijote, concibiendo que estaba rodeado de príncipes, sin hacer cortesía á nadie, fijando el cuento del lanzon en tierra, les comenzó á decir con gravedad: ¡ Oh vosotros, infanzones, que lineasteis de las lides, que no lineárais ende! ¿ Non sabedes por ventura que Muza y don Julian, magüer que el uno moro y el otro á mi real corona alevé, las tierras talan por mí luengo tiempo poseidas, y que fincar ademas piensan en ellas? Tan cue-liernguidos están con las vitorias que asaz contra razon han ganado, fugiendo nosotros de sus airadas faces, non faciendo la resistencia que á tales infanzones y homes buenos atañen, non considerando las enitas de nuestras fembras, ni los muchos desagnisados y fuerzas que aquestos mal andantes, con infinitos tuertos, enidan facer en pro de Mahoma y en reproche de nuestra fe, hablando cosas non decideras, llenas de mil sandeces. ¡ Ergnid, ergnid pues vuestras derrumbadas cuchillas! salga Galindo, salga Garcilaso, salga el buen Maestre y Machuca, salga Rodrigo de Narvaez. ¡ Miera Muza, Cegrí, Gomel, Almoradí, Abencerraje, Tarfe, Abenamar, Zaide, mejor para cazar liebres que para andar en las lides! Fernando soy de Aragon, doña Isabel es mi amantísima esposa y reina, desde este caballo quiero ver si hay entre vosotros álguien tan valiente,

Que me traiga la cabeza
De aquel moro renegado
Que delante de mis ojos
Ha muerto cuatro cristianos.

Fladad, fladad; non estedes mudos; que quiero ver si en esta plaza se topa entre vosotros home que, teniendo sangre en el ojo, sepa volver por su dama, contra la grande fermosura de la reina Cenobia que conmigo traigo, la cual por sí sola es bastante, como yo sé por luenga experiencia, á daros bien que hacer á todos juntos y á cada uno por sí: por tanto dadme luego la respuesta; que uno solo soy y manchego, que para enantos sois hasta. El Corregidor y cuantos con él estaban, que semejantes razones oyeron decir á don Quijote, no sabian á qué las atribuir ni qué responderle á ellas. Mas

quiso Dios que, estando en esta confusion, llegasen á la plaza dos hidalgos mancebos de la ciudad, y viendo el estado y corrillo que hacian al hombre armado toda aquella gente y el Corregidor, llegándose á ellos, y el uno le dijo: Han de saber vuestras mercedes que el armado que miran há dias que me causó la misma admiracion que á todos les causa; porque habré como en un mes, poco más ó ménos, que pasó por aquí con el mismo traje que le ven, y posó en el meson del Sol, do viéndole yo, y aquí el señor don Alonso, á la puerta, llegamos á hablarle, y de sus palabras colegimos que es loco ó falto de juicio; porque él nos dijo tantos dislates, y con tales afectos y visajes, de tal imperio de Trapisonda, ya de la infanta Micomicona, ya de las inmensas heridas que en diferentes batallas habia recebido, y de quien habia salido curado por el milagroso bálsamo de Fierabras, que jamas le podimos acabar de entender; pero informándonos de un labrador harto simple que traia consigo y él le llamaba su escudero, nos dijo como su amo era de un lugar de la Mancha, hidalgo muy honrado y rico y muy amigo de leer libros de caballerias, y por imitar los antiguos caballeros andantes habia dos años que andaba de aquella manera; y con esto nos contó muchas cosas que le habian sucedido á él y á su amo en la Mancha y Sierra-Morena; de lo cual quedamos maravillados sin saber á qué poderlo atribuir, sino solo á que el triste se habria desvanecido leyendo libros de caballerias, teniendo los por auténticos y verdaderos: así que, de cuanto aquí dijere no hagan vuestras mercedes caso; ántes, si quieren gustar dél, preguntémosle algo, y verán cómo habla con tal reposo, que parece algun gran príncipe de los antiguos; y lea vuestra merced, señor Corregidor, las letras que trae en la adarga, que son tan ridiculas, que confirman bastantemente cuanto he dicho. Oyendo esto el Corregidor, volvió la cabeza, y llamando á un alguacil, le mandó fuese volando á la cárcel, y que, sacando della y de las prisiones en que estaba aquel labrador que poco há habia llevado á ella por su orden, se lo trajese suelto á su presencia; y volviéndose á don Quijote, que estaba aguardando la respuesta lleno de coraje, le dijo: Señor caballero, yo el emperador y todos estos duques, condes y marqueses que conmigo están, agradecemos mucho á vuestra merced su buena venida á esta corte, pues merecemos tener en ella hoy la flor de la caballería manchega y el desfacedor de los agravios del mundo: por tanto, respondiendo á la su demanda, decimos que ninguno se atreva á entrar en batalla con vuestra merced, porque su valor es conocido y su nombre es manifiesto en este imperio, como lo es en todos los del universo; y así nos damos por vencidos y confesamos la hermosura de esa señora reina que dice. Solo pedimos á la su merced sea servido de nos la hacer quedándose en esta corte quince ó veinte dias, en los cuales toda ella le servirá y regalará, no conforme vuestra merced merece, sino segun nuestra posibilidad permitiere; y tenga vuestra merced por bien que yo y todos estos príncipes vamos á ver á su casa á esa señora reina, para que, mereciendo besarle las manos, le ofrezcamos nuestras vidas y haciendas. Don Quijote le respondió: Señor emperador, de hombres sabios y discretos es animarse siempre al mejor y más sano consejo; y así vuestras mercedes, como tales, reconociendo el valor de mi persona, la fuerza de mi brazo y la razon que llevo en

defender la grandísima fermosura de la reina Cenobia, han dado en la cuenta y caído en el punto de la verdad: no como otros fieros jayanes, que, fiándose del furor de sus indómitos corazones y de las fuerzas de sus brazos y de los filos de sus cortadoras espadas, han presumido como locos entrar en batalla conmigo; pero ellos han llevado, y llevarán cuantos los imitaran, el justo pago que merecieron sus sandeces y locas arrogancias: por tanto, respondiendo á lo que vuestra serenidad y esos potentados me piden, de que les honre con mi persona esta corte por quince dias, digo que no lo puedo hacer por agora de ninguna manera, porque tengo aplazada una fiera batalla para la corte del rey Católico, contra el arrogante y membrudo gigante Bramidan de Tajayunque, rey de Chipre, y se acerca el plazo della; pero en acabándola, doy palabra á todas vuestras altezas que, no estorbándolo otra alguna importante y nueva aventura, como snele suceder muchas veces, volveré á visitarles y á ennoblecer este grandioso imperio con mi persona. Estando en estas pláticas, llegó el alguacil con el bueno de Sancho, el cual, como viese á don Quijote en medio de tanta gente, se llegó á él diciendo: ¡Ah señor don Quijote! ¿no sabe ¡cuerpo non de Dios! como vengo de pasar una de las más terribilísimas aventuras que el Preste Juan de las Indias, ni el rey Cuco de Antiopia, ni cuantos caballeros andantes se crián en toda la andantesca provincia pueden haber pasado? Ello es verdad que unos estantiguos ó picañanzones que estaban allí presos me han hurtado la bolsa por arte de encantamiento, y echado por el pescuezo abajo invisiblemente mas de setecientos mil millones de pijos; pero á fe que quedan buenos, pues los dejo acomodados como ellos merecen, para que otros tales no se atrevan á tal de aquí adelante con escuderos tan andantes y de estofa como yo, sino que tomen ejemplo, y viendo la barba de su amigo remojar, echen la snya á quemar. ¡Oh mi Sancho! dijo don Quijote: ¿qué has habido y qué te ha sucedido con esos malandrines y ladrones que dices? Cuéntamelo, con el castigo que les has dado. ¿Dísteles acaso á todos de palos? Peor, dijo Sancho. ¿Cortásteles las cabezas? Peor, respondió él. ¿Partísteles por medio? Peor hice, respondió. ¿Iliciste sus carnes tajadas muy pequeñas, para echarlas á las aves del cielo? Peor, replicó Sancho. ¿Pues qué castigo, dijo don Quijote, les diste? El castigo, añadió Sancho, que les di (¡ah! pobres dellos, y cuáles quedan!), que comenzamos á jugar al qué es cosa y cosa, y cuando hubieron dicho todos, les pregunté yo: ¿Qué es cosa y cosa que parece burro en pelo, cabeza, orejas, dientes, cola, manos y piés, y lo que más es, hasta en la voz, y realmente no lo es? Y no me supieron jamas decir que era la burra. ¡Mire vuestra merced si les paré buenos, pues de corridos quedan hechos unas monas, sin saber qué les ha sucedido! Y aun si no me llamara tan por la posta aquí el señor alguacil, yo les dejara como nuevos con otra pescuda que tenía ya en el pico de la lengua. Riéronse todos los que la simpleza de Sancho oyeron; pero don Quijote, sin hacer caso della, haciéndoles señas con las manos, les dijo que enantos quisiesen ver y besar las hermosísimas manos de la reina Cenobia, se fuesen tras él. Hicieronlo todos así, yendo siempre por el camino el Corregidor hablando con Sancho, y riendo mucho de las boberías que decia. Llegaron pues al meson del Sol, y entrando de-

lante don Quijote, bajó de Rocinante, y llamando á Bárbara por su nombre de invictísima reina Cenobia, salió luego ella de la cocina, donde estaba, con una capa vieja del huésped por saya; porque, como arriba queda dicho, habia quedado la pobre en el bosque en camisa, y faltábale el reparo que le habia hecho el manto del ermitaño, y despues el de la ropa vieja de la mujer del mesonero, que hasta allí la habia traído. Apénas la vió don Quijote, cuando con grande mesura le dijo: Estos príncipes, soberana señora, quieren besar las manos á vuestra alteza. Y entrándose tras esto con Sancho en la caballeriza para hacer desensillar y dar de comer á Rocinante, salió ella á la puerta del meson con la figura siguiente: descabellada, con la madeja medio castaña y medio cana, llena de liendres y algo corta; por detras la capa del huésped, que dijimos, traía atada por la cintura en lugar del faldellín: era viejísima y llena de agujeros, y sobre todo tan corta, que descubria media pierna y vara y media de piés llenos de polvo, metidos en unas rotas alpargatas, por cuyas puntas sacaban razonable pedazo de uñas sus dedos; las tetas, que descubria entre la sucia camisa y faldellín dicho, eran negras y arrugadas, pero tan largas y flacas, que le colgaban dos palmos; la cara trasudada y no poco sucia del polvo del camino y tizne de la cocina, de do salía; y hermosísima tan bello rostro el apacible lunar de la cuchillada que se le atravesaba: en fin, estaba tal, que solo podia agradar á un galeote de cuarenta años de buena boyra. Apénas hubo salido de la puerta, obligada de las voces de su bienhechor don Quijote, cuando, viendo en ella al Corregidor, caballeros y alguaciles que le acompañaban, quedó tan corrida, que se quiso volver á entrar; mas detúvola el Corregidor diciéndole, disimulando cuanto pudo la risa que le causó el verla: ¿Sois vos acaso la hermosa reina Cenobia, cuya singular hermosura defiende el señor don Quijote el manchego? Porque si sois vos, éi anda muy necio en esta demanda, pues con sola vuestra figura podeis defenderos, no digo de todo el mundo, pero aun del infierno; que esa cara de *requiem* y talle luciferino, con ese rasguño que le amplifica, y esa boca tan poco ocupada de dientes cuanto bastante para servir de postigo de muladar á cualquier honrada ciudad, y esas tetas carilargas, adornadas de las pocas y pobres galas que os cubren, descubren que más pareceis criada de Proserpina, reina del estigio lago, que persona humana, cuanto ménos reina. Turbada la triste Bárbara de oírle, y sospechando que la querria llevar á la cárcel, porque acaso habia sabido el mal trato de hechicera que, como abajo diremos, habia usado en Alcalá, le respondió llorando: Yo, mi señor Corregidor, no soy reina ni princesa, como este loco de don Quijote me llama, sino una pobre mujer natural de Alcalá de Henáres, llamada Bárbara, que siendo engañada por un estudiante, me sacó de mi casa, y á seis ó siete leguas de Sigüenza me dejó desnuda y desahijada como estoy, atada de piés y manos á un árbol, y me llevó cuanto tenía. Quiso Dios que estando en tal conflicto, pasaron por junto de aquel pinar este don Quijote y el labrador que le sirve de escudero, y me desataron, trayéndome consigo y prometiéndome volver á mi tierra. Como el Corregidor le oyó decir que era de Alcalá, llamó á un paje chico suyo que detras dél estaba, y dijo á Bárbara: ¿Véis aquí este muchacho que ha venido de allá no há un mes? El

paje, mirándola bien, la conoció, y dijo: ¡Válate el diablo, Bárbara de la cuchillada! ¿y quién te ha traído á Sigüenza? Su amo le preguntó si la conocia, y él respondió que sí, y que era mondonguera en la calle de los Bodegones de Alcalá, con fama de harto espesa, y que habia dos meses que la habian puesto á la puerta de la iglesia de San Yuste en una escalera, con una corzoza, por alcahueta y hechicera; y que se decia por Alcalá sabia bravamente de revender doncellas destrozadas por enteras, mejor que Celestina. Como ella oyó lo que el paje decia, y vió que se reían todos, le respondió con mucha cólera, diciendo: Por el siglo de mi madre, que miente el picaro desvergonzado; que si me pusieron en la escalera, como dice, fué por envidia de unas bellacas vecinas que yo tenia; cuanto y más, que por hacer bien á ciertos amigos que me lo rogaron me vino todo ese mal. Pero á fe que no podrán decir de mí otra cosa, pues no estuve allí por ladrona, como otras que sacan á azotar cada dia por esas calles: por hacer bien, sea Dios alabado. Y comenzó á llorar tras esto, al compas que los demas á reír. Salió luego don Quijote; y como la vió llorando de aquella manera, la asió de la mano, diciéndola: Non vos entides, fermosísima é poderosa reina Cenobia; que asaz sería yo mal andante caballero si non vos ficiese tan bien vengada de las sandeces de aquel estudiante y de las alevosías que vos han fecho, que podais decir sin reproche que si sois fermosa fembra, que tambien el caballero que desfizo tal tuerto es uno de los mejores del mundo. Y volviéndose al Corregidor y á los que con él venian, les dijo: Soberanos príncipes, yo me parto mañana para la corte; si por algun tiempo, como suele suceder, algun caballero tártaro ó rey tirano viniere á quereros perturbar la paz, cercando con su fuerte ejército esta vuestra imperial ciudad, y llegare á teneros tan apretados y puestos en tal extremo, que os viéredes compellidos, por la grandísima hambre y falta de bastimentos en duro cerco, á comer los hombres, los caballos, jumentos, perros y ratones, y las mujeres sus amados hijos, enviadme á llamar do quiera que estuviere; que os juro y prometo por el órden de caballería que recibí, de venir solo y armado como veis, y entrar por el campo del pagano, de noche, haciendo, en dos ó tres dellas, en él una espantosísima riza, pasando en la última dellas, á fuerza de mi brazo, por medio de todo el ejército del contrario, y entrando, á pesar de sus centinelas, escaramuzas y armas, en la ciudad, de la qual luego sacaréis todos con mucha alegría, al són de una suave música, á recebirme, acompañados de muchas hachas, y estando las ventanas llenas de luminarias y de asombrados serafines de mi valor, más hermosos todos que las tres bellas damas que vió desnudas el venturoso París en el monte Ida, siendo imposible contener sus regaladas voces y dejar de decirme: ¡Bien venga el valentísimo caballero! Y porque no sé si será entónces mi apellido del Sol, ó de los Fuegos, ó de la Ardiente Espada, ó del Escudo Encantado, no aseguro el que me darán; pero sin duda sé que al que me dieren añadirán: Bien venga el deseado de las damas, el Febo de la discrecion, el norte de los galanes, el azoto de nuestros enemigos, el libertador de nuestra patria, y finalmente, la fortaleza de nuestros muros. Tras lo qual me llevará el Rey á su real casa, do regalándome él y sirviéndome sus grandes, y sobre todo, recuestándome imfortunadamente su hija, única en sucesion y más en bel-

dad y prudencia; dando ejemplo al mundo, y á los caballeros andantes que en él me sucedieren, de continencia, cortesía y fuerzas, y emplearé las mías en atropellar los nupciales deleites que toda la corte y la misma infanta me ofrecerán, obligado de algun benévolo planeta que para mayores y más grandiosas empresas me llamará, en gloria de los dichosos coronistas, y más de mi grande amigo Alquife, uno de los mayores sabios del mundo, que con ellos merecerá en los siglos dorados que están por venir, historiar mis invencibles hechos. Salió en esto muy aprisa de la cocina Sancho diciendo: Venga vuesa merced, señor, pesía á cuantos historiadores han tenido todos los caballeros andantes desde Adán hasta el Antecristo (que mal siglo le dé Dios al muy hijo de puta); que es tarde, y dice el mesonero que tiene, para vuesa merced y la reina Cenobia, asada á las mil maravillas con ajos y canela una hermosísima pierna de carnero; y si se tarda, temo no se vuelva en pierna de cabron, segun se va poniendo ya dura, de cansada de aguardarnos. Fuéronse, en oyendo el recado, el Corregidor y los que con él venían, llenos de risa y asombro, unos de oír los dislates del amo y simplicidades del

escudero, y otros de ver el extraño género de locura del triste manchego, efeto maldito de los nocivos y perjudiciales libros de fabulosas caballerías y aventuras, dignos ellos, sus autores, y aun sus lectores, de que las repúblicas bien regidas igualmente los desterrasen de sus confines; pero de lo que más se fuéron admirados, era de ver la facilidad que tenia don Quijote en hablar el lenguaje que antiguamente se hablaba en Castilla en los cándidos siglos del conde Fernán Gonzalez, Peranzúles, Cid Ruiz-Díaz, y de los demás antiguos. Cenaron don Quijote, la reina Cenobia y Sancho con grande gusto, los dos por la buena cena y hambre con que llegaron á ella, y don Quijote por la vanagloria con que quedó de ver el aplauso con que á su parecer le habían recebido los príncipes de aquella ciudad; y despues de cena, llamando al mesonero, dijo le trajese allí un ropavejero, porque quería comprar luego un curioso vestido para la reina Cenobia; y diciéndole el mesonero que era imposible hacerlo entónces, por ser ya muy tarde, pero que en amaneciendo se levantaria y le iria á buscar, se fuéron á acostar cada uno en su aposento.

AQUÍ DA FIN LA SEXTA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SEPTIMA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO XXV.

De cómo al salir nuestro caballero de Sigüenza encontró con dos estudiantes, y de las graciosas cosas que con ellos pasaron hasta Alcalá.

LUEGO que hubo amanecido, se fué el mesonero á llamar, como don Quijote le habia mandado, un ropavejero, y trajo consigo el más hacendado del lugar, que vino cargado de dos ó tres vestidos de mujer, para que quien le mandaba llamar escogiese el que más le contentase. Llegados á casa, hallaron á don Quijote y á Sancho, que se acababan de levantar; y dando aviso el mesonero á su huésped de como estaba allí quien traia las ropas de mujer que le habia mandado buscar, salió á verlas, y saludándole cortésmente, mandó salir á la reina Cenobia para que escogiese la que fuese más de su gusto; y mirándolas todas, á la postre, por mejor y de más gala, que era en lo que don Quijote tenia más puesta la mira, escogieron una saya, jubon y ropa colorada, con gorbiones amarillos y verdes, y vivos de raso azul; y dándole al dueño por todo doce ducados, se lo mandó vestir allí en su propia presencia á la señora Bárbara, á la cual, como viese Sancho vestida toda de rojo, dijo, lleno de risa: Por vida de mi amantísima mujer Mari-Gutierrez, que es sola mi consorte, por no permitir otra cosa nuestra madre la Iglesia, señora reina Cenobia, que cuando la miro con tan bellaca cara, y en ella con ese rasguño mal igual,

vestida por otra parte toda de colorado, me parece que veo pintiparada una yegua vieja cuando la acaban de desollar para hacer de su duro pellejo harneros y cribas. Fuése el ropavejero contento de la venta; y quedándolo el huésped tambien de la que hizo á don Quijote de una mula razonable que tenia de alquiler, en veinte y seis ducados, en que determinó llevar con el mayor toldo que le fuese posible á la reina Cenobia hasta la corte, donde pensaba hacer maravillas defendiendo su rara belleza y hermosura en público palenque, almorzaron esa mañana todos con mucho contento, hechas las dichas compras; y habiéndose armado don Quijote, se salió de la posada, dejándola pagada, diciendo á Sancho Panza que se viniese poco á poco con la Reina, cuidando solo de su regalo y comodidad; que él los iria aguardando sin adelantarse demasiado. Albardó Sancho su rucio y acomodó sobre él la maleta del dinero y la demás ropa; y llamando luego á Bárbara, le dijo: Venga acá, señora reina; que por vida de nuestra madre Eva, que puede ser vuesa majestad, segun está de colorada, reina de cuantas amapolas hay, no solo en los trigos de mi lugar, pero aun en los de toda la Mancha. Y poniéndose tras esto á gatas, como solia, volvió la cabeza diciendo: Suba; ¡subida la vea yo en la horca á ella, y á quien acá nos trajo tan gentil carga de abadejo! Bárbara subió diciendo: ¡Oh Sancho, qué gran bellaco eres! Pues calla; que

si la fortuna nos lleva con bien á Alcalá, yo te regalaré mejor que piensas. ¿Con qué me ha de regalar? replicó Sancho; porque sepa que si no ha de ser con cosas de comer, y desas con abundancia, no le daría un ligio de oro tamaño como el puño por todo lo demas que me puede dar. Mal gusto teneis, dijo Bárbara, Sancho mío, pues poneis el vuestro en cosas más de brutos que de hombres. Lo con que yo, amigo, os regalaré, si llegamos á Alcalá con la salud que deseo, y paramos allí algunos dias, será con una mocita como un pino de oro, con que os divertais más de dos siestas; que las tengo allí muchas y bonisimas, muy de manga; y aun si vuestro amo quisiera otra y otras, se las daré á escoger como en botica. Pues á fe, señora reina Cenobia, dijo Sancho, que me holgaria mucho de que me endilgase alguna buena zagala; pero ha de ser, si lo hace, hermosa y de linda pesuña, y amostachada, para que nadie me la aoje ni desencamine, dando que reir al diablo, que sudar á alguna partera, y que hacer á algun vicario ó cura en cristianar algun *fructus ventris*. Necio sois, dijo Bárbara, en quererla amostachada, pues no hay Barrabas que se llegue á mujer que lo sea: dejadme á mí la eleccion; que yo la buscaré de tan buena carne, que no sea más comer della que comer de una perdiz. ¿Oxte, puto! dijo Sancho; eso no. Allá darás, sayo; que no en mi rayo, como dicen los sabios; que no soy yo de los negros de las Indias ni de los Interanos de Constantinopla, de quienes se dice que comen carne humana. No me faltaba otro para que, sabiéndolo la justicia, me castigara; pues sin duda me echaran, á probárseme tal delito, tan á galeras como á las trescientas de Juan de Mena. A la que ambos iban en esto, emparejaron con don Quijote, que yendo aguardando, habia encontrado con dos mancebitos estudiantes que iban á Alcalá, con quienes habia trabado plática, hablándoles en un latin macarrónico y lleno de solecismos, olvidado, con las negras leturas de sus libros de caballerías, del bueno y congruo que siendo muchacho habia estudiado. Y si bien los compañeros estaban para reventar de risa, por ver los disparates que decia, todavía no le osaban contradecir, temerosos del humor colérico que las armas con que le veían armado pronosticaban debia gastar. Cuando llegó Sancho á ellos y les vió hablar de aquella manera, dijo á su amo: Guárdese vuesa merced, mi señor, destos vestidos como tordos, porque son del linaje de aquellos del colegio de Zaragoza, que me echaron más de seiscientos gargajos encima; pero con su pan se lo coman; que á fe que les costó poco menos caro que la vida; porque, como dicen, haz mal y no cates á quién, haz bien y guárdate. Al revés lo habias, necio, de decir, dijo don Quijote; pero veamos qué venganza tomaste dellos, y si será mejor que la que tomaste en la cárcel de Sigüenza de los que tan mal te pararon en ella. Mucho mejor es, replicó Sancho, aunque á fe que aquella no fué mala; pero oigan esta otra; que gustarán de mi ánimo. Érase que se era, que nora buena sea.... Cuando don Quijote le comenzó á oír, le dijo riendo: Por Dios que eres simple de marca mayor, pues comienzas á fuer de conseja la narracion de tu venganza. Razón tiene, por vida mía, dijo Sancho; y corrigiéndome, digo que, como aquellos hideputas de estudiantes, progenitores sin duda destos dos señores barbilopientes, me comenzaron á gargajear y á darme de pescozones, recebido aquel cruel gargajo

con que, como dije, un grandísimo bellaco me tapó este pobre ojo, comencé á enlilar hácia la puerta; pero luego otro demonio de aquellos, como me vió ir corriendo con solo un ojo, me puso el pié atravesado delante, con que di un tan terrible tropezon, que vine á dar con él de manos fuera de la puerta; aunque de todo cuanto tengo dicho, me vengué muy á mi gusto, pues alcanzando la caperuza que se me habia caido, la tiré á otro que vi estaba cerca de mí, con la cual le di un porrazo tal en su capa negra, que lo fuera no poco su ventura si el golpe que le di con ella se lo diera con una culebrina. Diabolo sois, señor Sancho, dijo uno de los estudiantes; y si así tratais á los de mi hábito, aunque no fuéron aquellos esa mia, como decís, no quiero con vos guerra, sino mucha paz y serviros lo que nos durare este camino por mí y por mi compañero, que sé del ajustará su gusto al mío en cosa tan justa. Serálo, dijo don Quijote, que vuestras mercedes nos hagan merced de contar y referir las curiosas enigmas de que me venian dando noticia; que lo serán siendo parto desos fecundos ingenios; que los que profesamos el órden de la caballería andantesca, movidos de fervorosos deseos, espoleados ellos de las prendas de alguna hermosísima dama, tambien gustamos de cosas de poesia, y aun tenemos voto en ellas, y nuestra punta nos cabe del furor divino; que dijo Horacio, *est Deus in nobis*. Tales cuales fuéron los horrones nuestros, replicó el estudiante, serviremos á vuestras mercedes con referirlos. Y será, dijo don Quijote, con no poca calificacion de sus prendas de vuestras mercedes el hacerlo en presencia de la gran reina Cenobia, que aquí asiste, pues su raro discurso bastará á dar eterno valor á cuanto ella alabare, y harálo como discretísima en las cosas de vuestras mercedes. Miraron en esto á Bárbara los estudiantes con no poca risa suya y corrimiento della, que conoció el humor de los moscateles en las lisonjas y aplauso con que de fiska se le ofrecieron ambos; tras lo cual dijo el uno: Con condicion que declare Sancho con su eminente ingenio los siguientes versos, va de enigma:

ENIGMA.

Metida en dura cadena
Me tienen sin culpa alguna,
Sujeta acaso y fortuna,
Colgada sin culpa y pena.
La forma tengo del viento,
Aunque del soy maltratada:
Muerta no soy estimada,
Vivo y muero en un momento.
Con agua estoy de continuo,
Aunque es causa de mi muerte:

Si caigo en tierra por suerte,
Pierdo la forma y me finó.
Estoy baja y estoy alta,
Cercana á Dios verdadero,
Y en comiendo lo postrero,
Luego la vida me falta.
Soy resplandeciente y clara,
Alegro la vista al hombre,
Y el fin de mi propio nombre
Se viene á acabar en para.

Don Quijote se la hizo repetir otras dos veces, y la última le dijo: Por cierto, señor estudiante, que la enigma es bonísima, y aun el serlo tanto debe de ser la causa de que no dé alcance á su significacion; y así suplico á vuesa merced me la declare, porque en llegando á la noche en la posada, la pienso escribir para encomendarla á la memoria. Sancho, que siempre habia estado callando y oyéndola con mucha atencion, puestó el dedo en la frente mientras el estudiante la repetia, salió muy alegre diciendo: Ea, mi señor don Quijote, victoria, victoria; que ya yo la sé. El estudiante le dijo luego: Bien lo sospechaba yo, señor Sancho, y hubie por imposible desde el principio que ella y su inteligencia pudiese escaparse por los piés á un tan agudo juicio

como el de vuesa merced; y así suplicole se sirva de decirnos lo que sobre ella ha discurrido. Estuvo Sancho pensativo un rato, y luego dijo: Ella es una de dos cosas, ó es la montaña ó el cerrojo. Dieron todos una grandísima risada con el disparate de Sancho, el cual viendo cómo se reían de lo que acababa de decir, replicó: Pues si no es ninguna cosa de las que he dicho, díganos vuesa merced lo que es, por su vida; que mi señor y yo nos damos por vencidos. El estudiante respondió diciendo: Pues sepan, mis señores, que el sugeto de la enigma propuesta es la *lámpara*, la cual está metida entre cadenas sin culpa alguna, de las cuales enella. Dícese della que tiene la forma del viento, porque, como es verdad y se ve por experiencia, el vidriero la forja á soplos. Tiene agua, la cual es causa de su muerte, porque en las lámparas, si bien se echa la mitad de agua, ella las apaga luego que no está acompañada de aceite. De que en cayendo en tierra se quiebra no hay que probarlo con más testigos que la experiencia. En lo que dije que ya está baja, ya alta, es llano, pues mientras se dicen los oficios divinos suele estar arriba, estando de noche abajo. También es verdad que está cercana á Dios verdadero, pues de ordinario se pone delante del Santísimo Sacramento. También es llano que en comiendo lo postrero le falta la vida, pues en acabándose el aceite, se muere, como ya he dicho. Al mismo compas se ve en ella que es clara y alegre al hombre, y que finalmente acaba su nombre en *para*, que eso es *lámpara*. Por vida de quien me parió, dijo Sancho, que lo ha desplanado riquísimamente. ¡Oh hi de puta, bellaco! el diablo lo podía acertar. Don Quijote le dijo que estaba bonísima, y rogó al otro mancebo que dijese la suya, porque sospechaba que no debía ser ménos aguda que la de su compañero, el cual sin hacerse de rogar comenzó á decir desta manera:

ENIGMA.

Yo tengo de andar encima,
Por ser, como soy, ligero;
De oveja nací primero;
Solo el turco no me estima.
De mil formas y señales,
Redondo estoy sin cantones,
Cubro más de diez millones,
Y hay entre ellos animales.
Adorno al pobre y al rico,
Sin guardar costumbre ó ley;

Sobre emperador y rey
Me asiento, y soy grande y chico.
Si hay canícula excesiva,
Me suelo andar en las manos,
Y me traen los cortesanos
Con la merced boca arriba.
Luego torno á entronizarme,
Más hueco que una bacía,
Aunque viento y cortesía
Bastan para derribarme.

No la hubo bien acabado el cuerdo estudiante, cuando salió muy agudo Sancho diciendo: Señores, esa esgrima, ó como la llaman, es muy clara, y desde la primera copla vi que no podía ser otra cosa sino el tocino, porque dice: «solo el turco no me estima» y el turco, es claro que ni lo come ni hace caso dello, porque así se lo mandó el zanearrón de Mahoma. Don Quijote rogó al estudiante que sin hacer caso de los dislates de su esdadero, se la declarase al punto; que deseaba infinito entendella; y así dijo: Vuestas mercedes han de saber que la propuesta enigma es del *sombrero*; y así empieza diciendo que anda encima: verdad llana, pues se pone en las cabezas. Es su principio de oveja, por lo que de ordinario se hace de lana dellas: no le precia el turco, porque entre ellos no se usan sombreros, sino turbantes: dícese también que es de muchas formas y señales y sin cantones, porque, si bien ya se usan altos, ya bajos, ya voleados, ya romos, todos vienen á tener las alas redondas y sin esquinas: cubre muchos millares, lo cual se verifica de

los cabellos, entre los cuales se crían los piojos, como en bosque propio de tales animales: siéntase sobre el rey y emperador, y á veces es de dos palmos de alto, como los de Francia, y otras chicos, como los de Saboya: tráenle los hombres en las manos cuando hace calor, y los cortesanos boca arriba cuando saludan con besamanos; tras lo cual le vuelven á entronizar sobre sus cabezas, de lo basta á derribarle el viento si viene recio, y la cortesía cuando se pasa por delante de quien se debe hacer. Agora digo, respondió Sancho, que es más bellaca de entenderse esta que la pasada; pero apostemos, con todo, lo que quisieren, que si las tornan á decir las acierto de la primera vez. ¡Miren el ignorante! dijo don Quijote: desa manera cualquier hombre del mundo, si se lo dicen ántes, lo acertará. Pues ¿cuándo dijo Sancho cosa que no se la dijese ántes? replicó Bárbara; pero eso no es maravilla, pues nunca nadie acertó á decir lo que primero no lo haya aprendido y estudiado; y si no, díganme ¿quién hay que sepa nombrar cosa por su nombre, aunque sean las más comunes, ni aun el *Pater noster*, que es la cartilla de nuestra fe, si primero no se le dicen y repiten? Holgó infinito Sancho con el cuerdo abono que de su respuesta había dado Bárbara; y celebrándole todos por agudo, y él por soberano, con mil agradecimientos, dijo don Quijote: No se admiren vuestas mercedes de la agudeza de su majestad; porque si los filos de mi espada fueran tan agudos como los conceptos de su divino entendimiento, no estuviera su real persona sin la pacífica posesion de su reino y amazonas, ni yo tuviera por conquistar el reino de Chipre, ni aun que ensuciar mis manos en el soberbio Bramidan de Tajayunque. Pero dejemos esto para hasta que me vea en la corte, pues son memorias que me provocan de suerte á cólera, que temo della no me haga hacer por las tierras que voy, más muertes que hizo Dios en el mundo con el diluvio universal; y volviendo á nuestra apacible plática, suplico á vuestas mercedes se sirvan de darme por escrito las enigmas, si tienen sus copias. Y diciendo el uno que en la posada se la escribiría, por no traer en papel la suya, metió el otro mano á la faltriquera, y sacó della la de la lámpara, diciendo: Tome vuesa merced la mía; que ya la tengo á punto. Tomóla don Quijote con mucho comedimiento; y al dársela, se le cayó al estudiante otro papel de la mano; y preguntándole don Quijote qué era aquello, le respondió que unas copillitas que acababa de hacer en su lugar á una doncella parienta suya, á quien quería mucho, la cual se llamaba Ana, por cuya causa las había hecho con tal artificio, que todas ellas comenzaban en *Ana*. Don Quijote le rogó con notable instancia se las leyese, seguro de que, siendo suyas, no podían dejar de ser curiosísimas; y el estudiante, con no pequeña vanagloria, propiedad inseparable de los poetas, y rara atención de los circunstantes, las fué leyendo; y decían desta manera, según fielmente las he sacado de la historia de nuestro ingenioso hidalgo, la cual traduzco, y en que se relieren.

COPLAS Á UNA DAMA LLAMADA ANA.

Ana, amor me cautivó
Con vos, cuyo nombre tiene
Dos aés entre una ene,
Que es dos almas entre un no.
A nadie dice la ene
Que ameís, sino solo á mí,

Advirtiendo os ofrecí
Lo mejor que mi alma tiene.
Anajarte fué entre sabios
Ilustre por homicida,
Cual lo sois vos de mi vida,
Ana, con mover los labios.

Anade es una avecilla
Que nada con gran primor;
Yo, Ana, en el mar de amor
Tras vos nado, bella orilla.
Anatema es en la Iglesia
Quien de la fe está apartado;
No yo, que con fe he amado
En vos otra Diana Efesia.
Anastasia fué la esposa
De un rey que en el cielo reina,
Y desta alma, Ana, sois reina
Vos, que en todo sois hermosa.
Ananía y sus consortes
Cantaron dentro de un horno;
Y vos, Ana, cual bochorno,
Me abrasáis con esos nortes.
Analogía se llama
Lo que dice proporción,

Como vuestra perfición,
Que la tiene con su fama.
Anabatistas profesan
Ser dos veces bautizados;
Y yo duplicar cuidados
Profeso, Ana, sin que cesen.
Anacoretas imito
En lo que es llanto y silencio,
Con que, Ana, reverencio
Ese valor infinito.
Anales, cualquiera historia
Son, que algun curioso escribe,
Y cual en anales vive,
Ana, en mi vuestra memoria.
A Namur dicen ser villa
Rica, fuerte y de beldad;
Mas vos, Ana, sois ciudad
Que cualquiera ha de servilla.

Por cierto, dijo don Quijote cuando acabó de leer el estudiante las coplas, que ellas son curiosas, y únicas á mi ver en su género: tras lo cual salió Sancho, como solia, diciendo: Señor estudiante, en mi conciencia le juro que son lindísimas, si bien me parece les falta la vida y muerte de Anas y Caifas, personas de quienes hacen copiosa memoria todos los cuatro santos evangelios; y no fuera malo la hiciera vuesa merced tambien dellos, siquiera para lisonjear los muchos y honrados decendientes que aun tienen hoy en el mundo. Pero dejando esto aparte, ¿no me haria placer de hacer otras que, como esas comienzan por Ana, comenzasen por Mari-Gutierrez, la cual, con perdon de vuestas mercedes y á pesar mio, es mi mujer y lo será mientras Dios quisiere? Pero advierta, si determina hacerlas, en que de ninguna manera la llame reina, sino almiranta, porque mi señor don Quijote no me parece que lleva tal de hacerme rey en su vida; y así de fuerza habré de parar, mal que me pese, en almirante ó adelantado cuando su merced gane alguna insula ó península de las que me ha prometido; y á fe que si como él y yo hemos dado por lo secular, diéramos por lo eclesiástico, que quedáramos bien medrados desde que andamos en busca de aventuras, pues nos han hecho á los dos más cardenales y más colorados que hay en Roma ni en Santiago de Galicia; mas en fin, bien dicen que quien más no deja, morir se puede. Con este buen entretenimiento llegaron á la noche á la posada, yendo siempre con ellos los dos estudiantes, por lo poco que don Quijote caminaba, que no era más que cuatro ó cinco leguas cada día; ni aun Rocinante podia hacer mayor jornada; que no le daban lugar para ello la flaqueza y años que tenia áuestas. De suerte que caminaron tres días sin sucederles cosa de consideracion; aunque en todos los lugares eran bien notados y reidos, particularmente en Hita, por las cosas que don Quijote hacia con la reina Cenobia, la cual no era poco conocida de toda aquella tierra, ni ménos de los estudiantes, que cada día decian á don Quijote sus virtudes; si bien era imposible persuadirle cosa en contrario de lo que della tenia aprehendido su quimérica y loca fantasia.

CAPITULO XXVI.

De las graciosas cosas que pasaron entre don Quijote y una compañía de representantes, con quien se encontró en una venta cerca de Alcalá.

Caminando don Quijote y su compañía (1) con los

(1) En la primera edición se lee: *Caminando don Quijote en su compañía y con dos estudiantes que arriba dijimos.*

dos estudiantes que arriba dijimos, sucedió que llegando á poco más de dos leguas de Alcalá, se les hizo á Sancho y á su amo tarde para poder entrar en ella de día, como deseaban; y con la pesadumbre que esto le daba, dijo don Quijote á los estudiantes si habia algun lugar ántes de Alcalá, donde pudiesen hacer noche; y respondiendo ellos que no, quizá desearos de que se quedasen en el campo ó desacomodados, añadieron que solo á un cuarto de legua de allí habia una venta, donde podrian pasar razonablemente la noche. Apenas oyó Sancho el nombre de venta, cuando se dió á todos los diablos, y dijo: Por las entrañas de la ballena de Jonas, mi señor don Quijote, le suplico que no vamos allá por ningun caso, pues las que estos señores llaman ventas, son los castillos encantados que vuesa merced dice, y adonde nos han aporreado invisiblemente los gigantes, duendes, fantasmas, jayanes, estantiguas ó folletos, ó como los llaman á los que nos han dado millares de veces tanto que llorar y curar, cuanto saben mis escuderiles huesos; que los de vuesa merced han siempre mejor librado con el remedio de aquel precioso bálsamo, cuya eficacia solo ha faltado para mí, que no soy armado caballero. No hizo caso don Quijote de los miedos y conjuros de su escudero, sino que animoso dijo: Venga lo que viniere; que para todo estamos dispuestos los caballeros andantes; y así vamos allá en nombre de Dios. Apenas hubieron andado treinta pasos, cuando descubrieron la venta; y á la que llegaban á tiro de arcabuz della, habiendo hecho don Quijote hasta allí reflexion de lo que Sancho le habia dicho, le dijo: Agora me acabo de acordar, Sancho mio, de los grandes trabajos, infortunios, desasosiegos, trances, peligros y desastres que agora un año pasámos en los castillos semejantes á este que vemos, do nos alojámos, á causa de estar en ellos secretamente escondido aquel sabio encantador mi contrario, el cual siempre ha procurado y procura hacerme todo el mal que la podido y puede con sus malas y perversas artes; y lo peor es que tengo agora por sin duda que ha venido de nuevo á este castillo para hacerme en él algun grave daño, como acostumbra; aunque al cabo no han de poder más sus artes que el valor de mi persona. Lo que se puede y debe pues hacer para obviar este gran peligro, es que tú y mi señora la reina y estos dos señores estudiantes os vengáis en pos de mí como en retaguardia, poco á poco; que yo quiero ir adelante, si es verdad, para ver todo lo que he sospechado. Sancho le replicó, diciendo: Si vuesa merced me creyera al principio, no nos meteriamos en estas trabacuentas, y ¡plegue á Dios no lo horemos todos! Pero vaya delante, como dice vuesa merced, en hora buena; que acá nos iremos tan detras dél como podremos, si bien no tanto como querriamos. Adelantóse luego don Quijote un poco; y como viese cerca de la venta siete ó ocho personas vestidas de diferente mezcla, volvió luego turbado las riendas á Rocinante, y llegándose á los de su compañía, les dijo: Todo el mundo, señores, calle, y ojo á la puerta del castillo y á los vestiglos que en ella hay. Miraron todos hacia allá; y como los que en la venta estaban vieron venir un hombre armado de aquella suerte, y con grande adarga, cosa por allí poco usada, y que ya se adelantaba, y ya volvía atras á hablar con una mujer vestida de colorado, salieron á ver maravillados la novedad fuera de la venta, no

siendo pocos los miradores, pues eran los de una compañía grave de comediantes, de los nombrados en Castilla, los cuales con su autor se habían determinado quedar allí aquella tarde á hacer algunos ensayos de comedias, para entrar con ellas esotro día con buen pié en Alcalá, teatro de consideracion y cuenta, por los agudos y extremados ingenios que á toda España le dan lustre. Pues como don Quijote los viese puestos en hileras y en su mira, y entre ellos su autor, hombre moreno y alto de cuerpo, que estaba delante de todos, teniendo en la mano una varilla y en la otra una comedia, que iba leyendo, comenzó á decir: Agora echo de ver, amigo Sancho, las grandísimas mercedes que cada día recibo de la sabia Urganda, mi benévola y fidelísima protectora, pues hoy me lo ha dado claramente á entender; que en esta fortaleza está aquel perverso encantador Freston, mi contrario, aguardándome con alguna estratagemá ó engaño, con soberbio talante (1), entre duras cadenas, en su obscura mazmorra; pero ya que voy del caso bien advertido, me determino á acabar de una vez con él, si puedo, para que de aquí adelante pueda andar más seguro y libre por todas las partes del mundo que caminar. Y porque creas, Sancho, y vos, poderosísima reina, y vosotros, virtuosísimos mancebos, que digo verdad, ¿no veis entre aquellos soldados que en la puerta del castillo están haciendo centinela, un hombre alto y moreno de cara, con una varilla en la mano derecha y en la izquierda un libro? Pues aquel es mi mortal enemigo, el cual ha venido á estorbarme la batalla que con el rey de Chipre, Bramidan de Tajayunque, tenía aplazada, con fin de irse luego por el mundo baldonándose, y publicando de mí que no me atreví de puro cobarde á llegar á la corte á verme con él, donde me aguardaba para la pelea; y si tal me estorbare con sus encantamientos, lo sentiría á par de muerte: por tanto, yo me determino de ir y ver si de alguna manera puedo quitar del mundo á quien tantos males y daños ha causado y causa en él. Los estudiantes, maravillados de los disparates de don Quijote, se le llegaron, quitados los sombreros, y el uno le dijo: Mire vuesa merced, señor don Quijote, si es servido, en lo que dice y piensa hacer; que nosotros sabemos muy bien que esto es venta, y no fortaleza ni castillo, ni hay la guarda en ella de soldados que vuesa merced piensa; y la gente que está en su puerta es bien conocida en España, que son comediantes; y el que vuesa merced llama encantador, es su autor Fulano, y el otro del ferreruero caído sobre el hombro, Zutano: —y así fué nombrando casi todos por sus nombres, por conocerlos bien. De lo cual enojado don Quijote, replicó: Eso es lo que yo digo, á pesar de todos los que contradecirme quisieren; y otra vez afirmo que aquel grande es el dicho encantador mi contrario, que con aquella vara que tiene en la una mano, hace los cercos, figuras y caracteres en invocacion de los demonios, y con aquel libro que tiene en la otra los conjura, oprime y atrae á cuanto quiere, mal que les pese; y para que veais claramente ser verdad lo que digo, andad vosotros delante, y decidme como sois pajes del Caballero Desamorado que aquí viene, y veréis lo

que pasa. Ofreciéronse ellos á ir allá de muy buena gana; y llegados que fuéron, contaron al autor y á su compañía todo lo que don Quijote era, y lo que había hecho y dicho por el camino y en Sigüenza, y cómo llamaba reina Cenobia á Bárbara, la bodegonera de la cuchillada de Alcalá, bien conocida de todos, con quien se había encontrado en el viaje: de lo cual rieron el autor y sus compañeros bravamente, holgándose infinito de que se les ofreciese ocasion en que pasar el tiempo aquella noche. A la que estaban en esto, fué don Quijote acercándose poco á poco á la venta, y viéndolo Sancho, bajó luego de su rucio para ver en qué paraba aquello que su amo iba á emprender: tambien Bárbara le rogó la bajase de la mula, pues estaba tan cerca de la venta; el cual lo hizo tomándola en brazos; y como para hacello fuese forzoso juntar él su cara con la de Bárbara, ella le dijo: ¡Ay, Sancho, y qué duras y ásperas tienes las barbas! Mal haya yo si no parecen cerdas de zapatero. ¡Jesus mio, y qué trabajos tendrá la mujer que durmiere contigo, todas las veces que la besares! ¿Pues para qué diablos, dijo Sancho, la tengo de besar? Béselas la madre que las hizo, ó Barrabas, que no tiene mocos; que para lo deste mundo yo no beso á nadie, si no es á la hogaza cuando la cojo por la mañana, ó á la bota cualquiera hora del día. Ea, replicó Bárbara, no se nos haga boba, hermano; que á fe no le saben mal las mujeres; y si me cogiese esta noche en la cama en que tengo de dormir sola, viniéndose á ella quedito, y se me metiese entre las sábanas sin que persona lo sintiese, ¡mal año y qué tal me pararía! De una sola cosa me pesaría en tal caso, y es que no osaría dar voces por temor de don Quijote y los huéspedes; que más vale mal pasar que gritar; y cuando algo hiciésemos, en fin estaríamos á oscuras y nadie lo habia de saber; que en fin, claro está que yo por mi vergüenza, y vos por ser hombre honrado, lo habíamos de callar. Sancho, que no entendió la música de Bárbara, dijo: A fe que tiene razon; que cuando no dan voces y estamos á oscuras, duermo yo muy mejor y más á pierna tendida, y de suerte que no me recordarán con un millon de campanas destempladas. ¡Ay, amarga de mí, respondió Bárbara, y qué lerdo que eres! Menester es llevarte por el camino de los carros: dame la mano, ladron mio, que estoy entumecida y no me puedo tener en piés. Dióselá Sancho, diciéndole: Tómela con todos los diablos, y váyase poco á poco en eso de ladron; que sepa que no sufro burlas; y podríalo oir tal vez algun escriba ó fariseo de los muchos y maliciosos que hay en el mundo, y acusándome dello á la justicia, hacermé dar docientos azotes. Volvieron en esto la cabeza, porque vieron hablar en alta voz á don Quijote, el cual llegándose bien cerca de la venta, puesto el cnenito del lanzon en tierra, comenzó á decir á los que estaban en su puerta desta manera: ¡Oh sabio encantador, tú, quien quiera que seas, que desde el día de mi nacimiento hasta la hora en que estoy siempre has sido mi contrario, favoreciendo, como pagano que eres, á aquel ó aquellos caballeros que sabes que yo traigo acosados con mi fuerte brazo, quitándoles la opinion que por el mundo tienen, alzándome con la fama dellos, siendo pregoneros de mis hechos y de su cobardía la misma que lo fué de los Alejandro, Césares, Anibales y Scipiones antiguos! dime, perverso y luciferino nigromántico, ¿por qué haces tantos y tan grandes males

(1) Falta algo para el sentido, porque el tal Freston se hallaba, no entre cadenas, sino libre á la puerta del castillo ó venta. Quizá el manuscrito diria con que sepultarme ó con fin de sujetarme, con deseo de encerrarime, ó cosa parecida, en lugar de con soberbio talante.

en el orbe, contra toda ley natural y divina, saliendo por los anchos caminos y sus forzosas encrucijadas, acompañado de los descomunales jayanes que en esta tu fortaleza se fortifican, prendiendo, robando y maltratando á los amantes caballeros que poco pueden, y forzando á las fемbras de alta guisa y dueñas de honor, que acompañadas de astutos enanos y diligentes escuderos, van por los caminos reales con algunas cartas de confidencia y joyas y preseas de estima, buscando á los caballeros á quien sus señoras tiernamente aman; y no solo no te avergüenzas de hacer lo que digo, pero como inhumano y tirano cruel las metes en este castillo, y no para regalarlas y darles buen acogimiento, sino para metellas en crueles y oscuras mazmorras con otras muchas princesas, caballeros, pajes, escuderos, carrozas y caballos que en él tienes? Por tanto ¡oh sangriento, fiero é indómito gigante! sácame luego aquí sin réplica ninguna toda la gente que digo, volviéndoles á cada uno la oprimida libertad y cuantos tesoros con ella les has robado, y jura prostrado en tierra, en manos de la fermosa y sin par gran reina Cenobia, que conmigo viene, de enmendar la mala vida pasada, y de favorecer de aquí adelante á dueñas y doncellas, y de desfacer juntamente los tuertos de la gente menesterosa; que con esto y con darte á merced, te dejaré por agora con la vida que tan justamente muchos años há te había de haber quitado; y si no lo quieres hacer, salgan luego á batalla conmigo todos los que en esa tu fortaleza tienes, á pié ó á caballo y con el género de armas que quisieren, todos juntos, como es costumbre de la gente pagana y bárbara, tal cual vosotros sois. Y no pienses que porque estás con ese libro y vara en las manos, cual encantador y supersticioso mago, que por más que lo seas, han de valer tus hechizos contra los filos de mi espada; porque conmigo traigo invisiblemente al sabio Alquife, mi coronista y defensor en todos mis trabajos, y á la sabia Urganda la desconocida, con cuya ciencia comparada la tuya, es ignorancia. Salid, salid presto, presto. Y con esto comenzó á revolver el caballo por acá y acullá, haciendo gambetas, de lo cual reían mucho los comediantes, á los cuales, como Sancho viese reir de tan buena gana, tras haberles dicho su amo las razones, á su parecer, tan dignas de amedrentarlos, les dijo en alta voz: Ea, soberbios y descomunales representantes, oprimidores de las vergonzosas infantas que están ahí detrás de vosotros haciendo humildes oraciones á los cielos para que las libren de vuestra tiránica representante vida, acabemos ya; y si os habeis de dar por vencidos á mi señor don Quijote de la Mancha, sea luego; porque queremos entrar en la venta yo y la señora reina de Segovia; que á fe que tenemos muy bien picados los molinos; y si no, aparejados para enviarnos aquí algunos cuartales de pan, en cuya destroza nos ocupemos su majestad y yo, mientras mi señor la hace en vosotros en esta vecina guerra: ¡asi guerreado le vea yo en casa de todos los griegos de Galicia! Los representantes estaban tan maravillados, que no sabían qué responder á los disparates del uno y simplicidades del otro; mas el autor, con cuatro ó cinco de los compañeros, se salió de la venta, y llegando donde estaba don Quijote, le dijo: Señor caballero andante, estos señores estudiantes nos han informado del gran valor, virtud y fuerzas de vuestra merced, las cuales son tales, que bastan á sujetar, no solamente

esta fortaleza ó castillo, donde há más de setecientos años que yo hago mi habitación, sino al más fiero y bravo gigante que en toda la gigantea nación se halla: por tanto, yo y todos estos príncipes y caballeros que conmigo están, nos damos por vencidos, y rendimos vasallaje á vuestra merced, suplicándole se apee de ese hermoso caballo y deje la adarga y lanza, quitándose esas ricas armas para que sin su embarazo pueda vuestra merced recibir el debido servicio que estos sus criados le desean hacer; y viva seguro de que, aunque soy pagano, como mi morena cara y membrudo talle muestra, todavía solo tengo librados mis encantamientos para hacer mal á quien yo me sé. Venga vuestra merced, éntre, y cenará con nosotros, y verá cómo se huelga de habernos conocido; y éntre segura también la señora reina Cenobia, alias Bárbara; que gustarémos todos saber de ella cuál de las yerbas le da más fastidio de noche, la ruda ó la verbena que se coge la mañana de san Juan. ¡Oh falso hechicero! respondió don Quijote. ¿Agora piensas con tus falaces y halagüeñas palabras engañarme, para que, entrando dentro de tu castillo fiado dellas, caiga en la trampa que á la entrada de su puerta me tienes armada, deseoso de hacer luego de mí á tu sabor? No me engañarás; que ya te conozco desde que en Zaragoza me encerraste con esposas en las manos y un grande tronco en los piés, en aquel duro calabozo que tú sabes, del cual me sacó el valeroso granalino don Alvaro Tarfe. Sancho, que había estado escuchando lo que pasaba, se puso al lado de don Quijote diciendo, mirando de hito á hito al autor: ¡Oh hi de puta, paganazo! ¿piensa que aquí no le entendemos? A otro hueso con ese perro; que aquí todos somos cristianos, por la gracia de Dios, de piés á cabeza, y sabemos que tres y cuatro son nueve; que no somos bobos porque nos habernos criado en el Argamesilla, junto al Toboso; y si no quiere creernos, métanos el puño en la boca, y verá si le mamamos. Dése por vencido, digo, él y todos esos literatos que le rodean, si no quiere que se nos suba el humo á las narices: echemos pelillos en la mar, y con esto tan amigos como de antes. Don Quijote le dijo cólerico, dando de espuelas á Rocinante: Quitate, Sancho, no hagas paces con gente infiel y pagana; porque los que somos cristianos no podemos hacer con estos más que treguas, cuando mucho. Pues, señor, dijo Sancho poniéndose delante de Rocinante, si ello es verdad que vuesa merced es tan cristiano como yo (que eso Dios lo sabe), que sé que lo soy desde el vientre de mi madre, pues desde él creo bien y verdaderamente en Jesucristo y en cuanto él manda, y en las santas iglesias de Roma, y en todas sus calles, plazas, campanarios y corrales, á pié juntillas, hagamos esas treguas que dice; que parece que es un poco tarde, y las tripas me andan ya espoleando el vientre de hambre. Quitate de delante de mis ojos, pécora, dijo don Quijote; quitate digo. Y en esto, bajando la lanza, dió un apretón á Rocinante hacia el autor, el cual le dejó venir, y hurtándole el enperno, le asió de la rienda del rocín, que al punto estuvo quedo como si fuera de piedra: acudieron al punto los demas compañeros, y uno le quitó la lanza, otro la adarga, y otro asiéndole del pié, le volcó por la otra parte; tras lo cual acudieron también tres ó cuatro mozos de los que llaman metemueros y sacasillas, que, agarrándole los unos por los piés y los otros por los brazos, le llevaron á

la venta mal de su grado, donde le tuvieron buen rato echado en el suelo, sin que se pudiese levantar. Las cosas que el triste Caballero Desamorado hizo y dijo viéndose de aquella suerte, colijanlas los curiosos, de su condición y braveza, pues ya la tenían penetrada de las primeras partes de su historia; que no se atreve el historiador desta, por ser tan extraordinarias y dignas de elegantísimas exageraciones, á referirlas. Lo que sé decir es que el autor mandó á los mozos lo tuviesen de la suerte que estaba, sin soltarle de ninguna manera hasta que él volviese; y tras esto salió con algunos compañeros en busca de Sancho, á quien halló abrazado con Bárbara, mesándose las espesas barbas, llorando amargamente por ver lo que su amo padecía; al cual dijo: Ahora, don bellaco, me pagaréis lo de antaño y lo de hogaño: levantáos; que no hay para mí lágrimas ni ruegos; porque pienso luego á la hora, en llegando con vos al castillo, desollaros muy bien, y cenarme en esta noche vuestros higadillos, y mañana asar todo lo demas de vuestro cuerpo y comérmelo; que no me sustento yo de otra cosa que de carnes de hombres. Sancho, que oyó aquella cruelísima sentencia, luego se hincó de rodillas, y cruzando las manos debajo de la caperuza, comenzó á decirle. ¡Oh señor pagano, el más honrado que hay en todas las paganerías! por las llagas del señor san Lázaro, que santa gloria haya, le ruego que tenga misericordia de mí; y si es servido, ántes que me coma, mande vuesa merced dejarme ir á despedirme de Mari-Gutierrez, mi mujer, que es colérica, y si sabe que vuesa merced me ha comido sin que yo me haya despedido della, me terná por un grandísimo descuidado, y no podré despues verle una buena cara: basta, que le prometo bien y verdaderamente de volver aquí para el dia en que vuesa merced mandare; y plegue á Dios, si faltare, que esta caperuza me falte á la hora de mi muerte, que es cuando más la habré menester. Amigo, respondió el autor, no hay remedio de ese negocio;—y levantando la voz dijo: ¡Hola! ¿á quién digo? Criados, traedme luego aquí aquel asador de tres puas en que suelo espetar los hombres enteros, y asadme al punto á este labrador. El pobre Sancho, que tal oyó decir, volvió la cabeza y vió á Bárbara que estaba hablando con uno de los representantes, llena de risa, y díjola con increíble dolor de su ánima: ¡Ay, señora reina Segovia! ¡Compasion del pobre de Sancho, su leal lacayo y servidor, y mire la tribulacion en que está puesto! Y pues es tan impotente, ruegne á ese señor moro que me eche á aquellas partes en que más de mí se sirva; solo no me mate. Entónces llegó Bárbara diciendo: Suplico á vuesa merced, poderosísimo señor alcaide y noble castellano deste alcázar, remita por amor de mí esta vez á Sancho vida y miembros; que le debo buenos servicios, y salgo porfiadora de su enmienda, obligando, si no lo hiciere, todos sus bienes muebles y raices, habidos y por haber, al castigo que ordenare vuesa merced darle. Respondióle el autor con gran boato y fingida cólera: Vuesa merced, señora reina de la calle de los Bodegones de Alcalá, me perdone; que de ninguna manera puedo dejar de acabar con este villano, si ya no es que, volviéndose moro, siguiese el alcoran de nuestro Mahoma. Digo, respondió Sancho, señor turco, que creo en cuantos Mahomas hay de levante á poniente, y en su alcoran, de la suerte y como vuesa merced lo manda, y como lo permite y consiente nuestra

madre la Iglesia, por quien daré la vida y ánima y cuanto puedo decir. Pues es menester, dijo el autor, que con un cuchillo muy agudo os cortemos un poco del plúscum perfecto. Respondió Sancho: ¿Qué plúscum, señor, es ese que dice? que yo no entiendo esas algarabías. Digo, replicó el autor, que para que seais buen turco, es menester primero, con un cuchillo bien afilado, retajaros. ¡Ah señor! Por las tenazas de Nicoménos, dijo Sancho, que vuesa merced no me corte nada de ahí, porque lo tiene tan bien contado y medido mi mujer Mari-Gutierrez, que por momentos lo reconoce y pide cuenta dello, y por poco que le faltase, lo echaria luego ménos, y sería tocarle en las niñas de los ojos, y me diria que soy un perdulario y desperdiciador de los bienes de naturaleza; y si á vuesa merced le parece, eso que me ha de cortar, no sea de ahí; porque, como digo, bien echa de ver que es menester todo en casa, y algunas veces aun falta; sino córttenmelo de esta caperuza; que, aunque es verdad que hará falta en ella, todavía mejor se podrá remediar que esotro. Volvió en esto (1) la cabeza hácia atras por no poder disimular la risa que le causó la simplicidad de Sancho; y disimulando cuanto pudo, le dijo al cabo de rato: Levantáos, señor moro nuevo, dad acá la mano, y mirad que de aquí adelante habeis de hablar algarabía como yo; que presto subireis á arraez, alfauquí y á gran baján. Par diez, señor, dijo Sancho, que aunque me hagan rebadán, querria más llegar primero á mi lugar á dar cuenta de mí á dos buyes que tengo en casa, seis ovejas, dos cabras, ocho gallinas y un porqueto, y á despedirme de Mari-Gutierrez en lengua moruna, y á decirle como me he vuelto ya turco; que quizás ella tambien se querrá tornar turca; pero hallo un inconveniente en si lo quisiere hacer, y es que no sé de adónde la podrémos retajar, porque no tiene debajo del cielo de adónde. Respondió el autor diciendo: Eso no importa nada, porque ya la cortarémos el dedo pulgar de la mano derecha, y esto bastará. A fe, dijo Sancho, que ha dicho muy bien, porque ese dedo no le hará á ella la falta que me hará á mí lo que me quiere cortar; que en efeto es muy mala hilandería; mas con todo he pensado de do será mejor circuncidarla, porque no le quite el dedo que dice; que todavía es bueno tenga cinco dedos en la mano, como Dios manda en las obras de misericordia. ¿De dónde pues, preguntó el autor, la circuncidaremos? De la lengua, respondió Sancho, porque la tiene más larga que la del gigante Golias, y es la mayor parlara y repostona que hay en todas las parlerías y tierras de papagayos. Con esto se volvieron á la puerta de la venta, adonde tenían al buen hidalgo don Quijote los mozos del hato, sentado en una silla, desarmado y asido de suerte, que no le debjan menear; y viéndole el autor, dijo á Sancho: Hermano, ya veis cómo está vuestro amo; es menester que le digais como ya sois moro, y le persuadais á que tambien él lo sea si quiere librarse de la tribulacion en que está puesto, porque, si no, dentro de dos horas nos le comerémos asado en el asador en que pensábamos asaros á vos.—Déjeme vuesa merced á mí, dijo; que yo le haré tornar moro por la posta. Púsose delante de don Quijote el autor diciéndole: ¿Qué es, caballero? ¿Cómo va? Al fin habeis venido á parar en mis manos, de donde primero que salgais, habeis de tener las barbas tan largas, que os arrastren por el suelo, y las

(1) El autor.

ñañas de piés y manos tan grandes como unos colmillos de elefante; tras que os veréis comido de ratones, lagartos, chinches, piojos, pulgas, moscas, mosquitos, tábanos y otras asquerosas sabandijas; y maniatado con una gruesísima cadena en una lóbrega cárcel, con otros de vuestro jaez, que allí están con grillos á los piés y esposas en las manos hasta que acaben sus tristes y desventuradas vidas. Don Quijote le respondió diciendo: No pienses ¡oh sabio contrario mio! que tus locas y vanas palabras y perjudiciales obras han de ser bastantes á hacerme quebrar un punto lo que debo guardar como verdadero caballero andante, ni amedrentarme en el debido sufrimiento á los vecinos trabajos y tribulaciones que me amenazan, pues estoy cierto que por discurso de tiempo, y al cabo, cuando mucho, de setecientos años he de quedar libre deste tu cruel encantamiento, en que contra toda ley y razon, por solo tu gusto, me tienes puesto; y no desespero ¡oh inhumano encantador! de que ántes del dicho plazo algun príncipe griego novel me saque de aquí, pues uno habrá que saldrá de Constantinopla de noche, sin despedirse de nadie de la corte y sin que lo sepan sus padres, espoleado de su honor, y alentado con el consejo de un grande y sapientísimo mago, amigo suyo; y despues de haber pasado grandísimos trabajos y peligros, y haber ganado mucha honra por todos los reinos y provincias del universo, llegará aquí á este fortísimo castillo, y matando los fieros gigantes que por prevención tuya su entrada defiendan como guardas della y de la puente levadiza que le fortifica, matará tambien á los dos rapantes grifos, inhumanos porteros de su primera puerta; y entrando en el primer patio, y no sintiendo rumor ni viendo persona que se le oponga, se sentará, de cansado, en el suelo un rato, y luego oirá una furiosa voz que, sin saber quién la pronuncia, le dirá: Levántate, príncipe griego; que enaciaga hora y para tu daño entraste en este castillo;— y apenas habrá acabado de decillo, cuando saldrá un ferocísimo dragon echando fuego por la boca y ponzoña por los ojos, con las uñas crecidas más que dagas vizcainas, y con una cola tan aguda y larga como un acicalado montante, con la cual todo cuanto encontrare echará por el suelo; pero matándole el dicho príncipe, ayudado de su favorable y benévolo sabio con invencibles socorros, se deshará á la postre todo este encantamiento; y entrando vitorioso otra puerta más adentro, se hallará en un apacible jardin lleno de varias flores, poblado de amenísimos, fructíferos y aromáticos árboles, cuyas copas poblarán cisnes, calandrias, ruiseñores y mil otras diferencias de juennidísimas aves, fertilizándole mil arroyos, dificultosas de discernir sus aguas si son de cristal ó leche; en medio del cual se le aparecerá una hermosísima ninfa vestida de una rozagante ropa sembrada de carbunclos, diamantes, esmeraldas, rubies, topacios y amatistas; la cual, dándole con rostro benévolo con la una mano un manajo de llaves de oro, y poniéndole con la otra en la cabeza una guirnalda de agno casto y amarantho, desaparecerá tras una celestial música; y luego dicho príncipe con las llaves de oro llegará á abrir las mazmorras, dando libertad juennidísima á todos los presos y presas dellas, y á mí el postrero, pidiéndome por merced le arme por mis manos caballero andante y le admita por inseparable compañero: lo cual, concediéndoselo yo todo, obligado de su hermosura, discrecion y

esfuerzo, irémos por el mundo despues innumerables años juntos, dando fin y cima á cuantas aventuras se nos ofrecieren.

CAPITULO XXVII.

Donde se prosiguen los sucesos de don Quijote con los representantes.

Admirados quedaron en sumo grado los comediantes de ver el extraño género de locura de don Quijote, y los disparates que ensartaba; pero Sancho, que habia estado escuchando detras del autor todo lo que su amo habia dicho, le dijo: Pues, señor Desamorado, ¿cómo va? Acá estamos todos por la gracia de Dios. ¡Oh Sancho! dijo don Quijote, ¿qué haces? ¿Hate hecho algun mal este nuestro enemigo? Ninguno, respondió Sancho; si bien es verdad que me he visto ya casi con un asador en el rabo, en que queria este señor moro asarme para comerme; pero hame perdonado por ver me he tornado moro. ¿Qué dices, Sancho? dijo don Quijote: ¿moro te has tornado! ¿Es posible que tan gran necesidad has hecho? Pues pesie á las barbas del sacristan del Argamesilla, respondió Sancho, ¿no fuera peor que me comiera, y que despues no pudiera ser moro ni cristiano? Calle; que yo me entiendo: escapemos una vez de aquí; que luego despues verá lo que pasa. Entónces el autor, apiadándose de las congojas y trasudores en que veia á don Quijote, causados ya de reir los estudiantes, Bárbara y toda la compañía, dijo: Ahora sus, señor caballero, no es ya tiempo de más disimular ni de traer encubierto lo que es razon que se descubre; y así habeis de saber, señor don Quijote, que yo no soy el sabio vuestro contrario de ninguna manera; ántes soy un grande y fiel amigo vuestro, y cual tal siempre y en todas partes he mirado y miro por vuestros negocios mejor que vos propio, y agora por probar vuestra prudencia y sufrimiento he hecho todo lo que habeis visto: por tanto, déjenle todos luego, y huelgne y repose en este mi castillo todo el tiempo que le pareciere; que para tales príncipes y caballeros como él le tengo yo aparejado; y dadme ¡oh famosísimo caballero andante! un abrazo; que aquí estoy para servirlos, y para no haceros daño alguno, como pensastes; y advertid que el venir aquí vos y la gran reina Cenobia ha sido todo guiado por mi gran saber, porque os importa infinito á vos y á vuestros servidores llegueis á la gran corte del rey Católico, en la cual os aguardan por momentos un millon de príncipes, y de do habeis de salir con grande aplauso y vitoria. Soltáronle en eso los mozos, y el autor le abrazó, y con él los compañeros hicieron lo mismo. Cuando don Quijote se vió suelto, asombrado de cómo él le tenia por nigromántico, y lo que le habia dicho, teniendo todo por verdad, se levantó, y abiertos los brazos, se fué para él diciendo: Ya yo me maravillaba ¡oh sabio amigo! que en tan grande trabajo y tribulacion como en la que agora me habia puesto, dejáseis de favorecerme con vuestra prudentísima persona y eficaces arides: dadme esos brazos, y tomad los míos, desmembradores de robustos gigantes, y verdugos expertos de enemigos vuestros y míos. Con esto todos le volvieron á abrazar con nuevas muestras de alegría, y llegándose la mujer del autor á ver el rostro de aquel loco, á quien todos abrazaban, le dijo, considerada su ridícula figura: Señor caballero, yo soy hija de aqueste grande sabio su amigo: mire vuesa merced que si en algun tiempo hubiere menester su favor, ó si

algún gigante ó mago me llevare encantada, que no deje de favorecerme en todo caso; que aquí mi padre se lo pagará:—y aun (dijo otra de las representantes, que estaba aparte riendo) le dejará entrar de balde en la comedia, con solo medio real que le ponga en la mano. Respondió don Quijote: No es menester, soberana señora, encargarme á mí lo que á vuestro servicio toca, teniendo yo tantas obligaciones á vuestro sabio padre; pero creedme, que aunque todo el universo se conjurase contra vuestra beldad, y todos cuantos sabios y magos nacen en Egipto viniesen á España para tocaros en un solo pelo de la cabeza, que yo solo, dejado aparte el gran poder de vuestro padre, bastaria, no solo para defenderos y sacaros á pesar suyo de sus manos, sino para poner en las vuestras sus alevosas y falsas cabezas. En esto le llamó el autor diciendo: Señor caballero, ya la cena está aparejada y las mesas puestas; y así vuesa merced se sirva de venírnosla á honrar en compañía mía y destos señores, porque despues tenemos que hacer un negocio de importancia. Esto dijo porque pensaban ensayar en cenando una comedia que habian estudiado para Alcalá y la corte. Estaba Sancho maravillado de ver á su amo libre de aquella prision, y tan alegre, que llegándose al autor le dijo: ¡Ah señor sabio! esto de tornarme yo moro, ya que su merced nos ha dado á conocer su valor, ¿ha de pasar adelante? porque en Dios y en mi conciencia me parece que no lo puedo ser de ninguna manera. Respondióle el autor diciendo: ¿Pues por qué no lo podeis ser? Porque quebrantaré, dijo él, cada dia la ley de Mahoma, que manda no comer tocino ni beber vino; y soy tan bellaco guardador deso, que en viéndolo á mano, no dejaré de comer y beber dello si me aspan. A esto respondió un clérigo que acaso se halló en la venta: Si vuesa merced, señor Sancho, ha prometido á este sabio mago volverse moro, no se le dé nada de la promesa, pues yo, en virtud de la bula de composicion, le absuelvo así della como de lo hecho; y lo puedo hacer en un momento, con solo darle de penitencia que no coma ni beba en tres dias enteros; y advierta que con solo cumplir esta leve penitencia se quedará tan cristiano como ántes se estaba. Eso, señor licenciado, no me lo mande, respondió Sancho, pues no digo tres dias, pero aun tres horas no me atreveria á cumplir esa penitencia, aunque supiese que me habian de quemar, no haciéndolo: lo que vuesa merced me puede recetar, si le parece, es que no duerma con los ojos abiertos, ni beba con los dientes cerrados, ni traiga el sayo bajo la camisa, ni haga mis necesidades atacaado. Estas cosas, aunque tienen su dificultad, yo le doy palabra de cumplillas, en Dios y mi conciencia. Llegaron tras estas razones á sentarse á cenar á la mesa; y ántes de hacello, estando todos al rededor della en pié y quitados los sombreros, comenzó el clérigo á echar la bendicion en latin, y comenzaron á cenar; y dijo el autor: Sepan vuestas mercedes, señores, que la causa por que Sancho no se quitó la caperuza á la bendicion, es porque aun le han quedado las reliquias de cuando era moro, si bien es verdad que aun está por retajar y circuncidar; pero he dilatado el hacello, porque lleno de lágrimas me rogó denántes que le retajase, si era forzoso hacello, de la caperuza, y no de la parte en que de ordinario se ejecuta la circuncision, por ser esa la de que su mujer estaba más celosa, y de quien le pedia más cuenta. Y tras esto fué contando todo lo que con él le habia

sucedido; y acabando de hacello con la cena, levantados ya los manteles, prosiguió volviéndose á don Quijote, y diciéndole cómo para hacerle fiesta en aquel su castillo habia mandado hacer una comedia, en la cual entraba tambien él, y la que le dijo que era su hija. Don Quijote se lo agradeció con mucho comedimiento; y sentándose en el patio de la venta en compañía de Bárbara, del elérigo, de los dos estudiantes, y de Sancho y de los de la posada, comenzaron á ensayar la grave comedia de *El testimonio vengado*, del insigne Lope de Vega Carpio, en la cual un hijo levanta un testimonio á la Reina su madre en ausencia del Rey, de que comete adulterio con cierto criado, instigado del demonio, y agraviado de que le negase un caballo cordobes en cierta ocasion de su gusto, guardando en negarle el órden expreso que el Rey su esposo le habia dado. Llegando pues la comedia á este paso, cuando don Quijote vió á la mujer del autor, á quien él tenia por su hija, tan afligida, por hacer el personaje de la Reina, á quien se levantaba el testimonio, y por otra parte advirtió que no habia quien defendiese su causa, se levantó con una repentina cólera, diciendo: Esto es una grandísima maldad, traición y alevosia, que contra Dios y toda ley se hace á la inocentísima y castísima señora reina; y aquel caballero que tal testimonio le levanta, es traidor, fementido y alevoso, y por tal le desafio y reto luego aquí á singular batalla, sin otras armas más de las con que ahora me hallo, que son sola espada. Y diciendo esto, metió mano con increíble furia, y comenzó á llamar al que levantaba el testimonio, que era un buen representante, el cual riéndose con todos los demas de la necia cólera de don Quijote, se puso en medio con su espada desnuda, diciéndole que aceptaba la batalla para la corte delante de su majestad, con solos veinte dias de plazo; y mirando si hallaba alguna cosa por allí que dalle en gaje, vió arriada á un poste de la venta una albarda, y sobre ella un ataharre, y tomándole medio riendo, se le arrojó diciendo: Alzad, caballero cobarde, esa mi rica y preciada liga, en gaje y señal de que sea nuestra batalla delante de su majestad para el tiempo que tengo dicho. D. Quijote se abajó y la tomó en la mano; y como vió que del hacello se reian todos, dijo: No es de valientes caballeros ni de sabios y discretos príncipes reirse de que un traidor y alevoso como este tenga ánimo para hacer batalla conmigo; ántes habian de llorar, viendo á la señora reina tan afligida, aunque su ventura ha sido no poca en haberme hallado yo presente en tal trance, para que semejante traicion no pase adelante. Y volviendo la cabeza, dijo á Sancho: ¡Oh mi fiel escudero! toma esta preciada liga del hijo del Rey, y métela en nuestra maleta hasta de hoy en veinte dias; que tengo de matar á este alevoso príncipe que tal testimonio ha levantado á mi señora la Reina. Sancho la tomó y dijo á su amo: ¿Para qué quiere vuesa merced que metamos este ataharre en la maleta entre la ropa blanca, estando tan sucio? Déle al diablo; que yo le ataré en la cincha del rucio, y allí irá hasta que topemos conyo es. ¡Oh necio! dijo don Quijote, ¡y esto llamas ataharre! Pues ¿qué diablos, dijo Sancho, es, sino ataharre? ¿No ves, animalazo, replicó don Quijote, que es una riquísima liga del hijo del Rey, como lo dicen estos rapacejos de oro, de cada uno de los cuales cuelga una esmeralda ó un rubí ó un diamante? Lo que yo veo aquí, respondió Sancho, si no estoy borracho, es,

una empleita de esparto con dos cordeles á los cabos, harto sucios, y sirve de ataharre de algun jumento. ¿Hay tal locura semejante, dijo don Quijote, como la de este escudero, que una liga de tafetan doble, encarnado, diga que es ataharre? Digo, respondió Sancho, una y docientas veces que es tan ataharre como mi agüelo: no tiene que porfiar. Maravilláronse todos de la porfía del amo y del criado sobre el ataharre; y llegando el autor, le tomó en la mano diciendo: Señor Sancho, mire vuesa merced bien lo que dice y abra los ojos; que este ataharre, para lo deste mundo es liga, y de grandísimo valor; para lo del otro, no digo nada. Ello será lo que yo digo, respondió Sancho; que no soy ciego, y tengo gastados más ataharres destes, que hay estrellas en el limbo. En esto salió un labrador de la caballeriza, cuya era la albarda y ataharre, y llegándose á Sancho le dijo: Hermano, dad acá mi ataharre; que no está ahí para que vos os alceis con él. Holgó Sancho infinito de oír esto; y volviéndose lleno de risa á los circunstantes, les dijo: ¡Bendito sea Dios, señores, que estarán contentos! A fe que ahora, aunque les pese, han de confesar mi buen juicio, pues ven que acerté de la primera vez que este era ataharre, cosa en que jamás supieron caer tantos y tan buenos entendimientos. Y diciendo esto, dió el ataharre al labrador, lo cual viéndolo don Quijote, se llegó á él, y tirando reciamente, se le quitó diciendo: ¡Ah villano soez! ¿y de cuándo acá fuiste tú digno de traer una tan preciada liga como esta, ni todo tu zafio linaje? Tras lo cual se le iba á meter en la faltriquera; pero impidiósele el labrador, que no sabía de burlas, asiéndole del brazo, y porfiando don Quijote que se lo contradecía. El labrador, en fin, como era hombre membrudo y de fuerza, y esas le faltaban á don Quijote, por estar tan flaco, pudo darle un empellon tal en los pechos, que le hizo caer con él de espaldas, y saltándole encima, le quitó por fuerza el ataharre de la mano. Llegó Sancho en esto á ayndar á su amo, dando dos ó tres crueles mojicones en la cabeza al labrador, el cual revolviendo hecho un leon contra Sancho, le cinchó dos ó tres veces el ataharre por la cara. La risa de los comediantes era notable, grande la prisa de los estudiantes en despartilles, notable la diligencia de Bárbara en ayndar á levantar á don Quijote, cuya cólera era infinita, y mayor el sufrimiento del pobre Sancho, el cual puesta la mano sobre las narices, de las cuales le salía mucha sangre, por haberle alcanzado el labrador con el ataharre en ellas, comenzó á ir furioso tras él hacia la caballeriza diciendo: Aguarda, aguarda, descomunal arriero, y verás si te hego confesar, mal que te pese, que eres mejor que yo, con ser un grandísimo bellaco, puto y hijo de otro tal. Don Quijote le dió voces diciendo: Vuélvete, hijo Sancho, y déjale ir; que harto trabajo lleva consigo, pues como infame ha huído de la batalla sin osar atendernos; pero ¿qué ha de osar atender un sandio tal cual él es? Y ya te he dicho muchas veces que al enemigo que hoye, la puente de plata; y si nos lleva la preciada liga, no hay que espantar dello; porque muchos ladrones, yo he leído en libros, que han robado á caballeros andantes no solo sus preciados caballos, sino tambien sus ricas armas, ropa y joyas. No me espanto del hurto, dijo Sancho; que avezado está vuesa merced á que ladrones se le atrevan á hurtar joyas preciosas; que ya en Zaragoza otro me hurtó de las manos, con las uñas de las suyas,

las reales agnjetas del ave fétrix, ó como se llama, que vuesa merced ganó por su buena lanza en la sortija. Encolerizós don Quijote desta nieva, diciendo: Pues, ¿cómo, villano, si tal pasó, no me lo dijiste luego allí, para que hiciera añicos al ladron atrevido? Por ahorrar de pesadumbre á vuesa merced, respondió Sancho, lo he callado, y por temor de que no le causase alguna pasacólera el enojo; pero baste el que he tenido por ello, y las lágrimas que me han costado las negras agnjetas. Y diciendo esto comenzó á llorar, repitiendo: ¡Ay agnjetas de mi ánima! ¡desdichada de la madre que os parió, pues tal desgracia ha visto pasar por vosotras! No os olvideis, os ruego, por las entrañas de Cristo, deste vuestro fiel y leal servidor, pues yo mientras viviere no me olvidaré de vosotras ni de vuestra bonísima condición. ¡Así mal provecho le hagan al ladron vuestra dulzura y sabor! Acallóle don Quijote, dándose por pagado de sus lágrimas y del perdon que tras ellas le pidió por la pérdida; y saliendo de su asiento el autor, lleno de risa, le tomó por la mano y le dijo: Vuesa merced, señor caballero, lo ha hecho muy bien en esta batalla, y así tras ella será razon nos vamos á acostar, por ser ya tarde y estar vuesa merced cansado; y quédese la comedia en este punto. Y llevándole con Sancho á un mal aposento que les habia prevenido, no se quiso salir dél hasta que los dejó á ambos acostados y cerrados, temiendo no echasen sus mozos al pobre de Sancho una melecina de agua fria, como sabía lo tenían pensado. Llegada la mañana, se salió sin decirles nada, por consejo de los estudiantes, el autor con toda su compañía, de la venta, y se fué para Alcalá. Levantóse algo tarde, por el cansancio de las pendencias pasadas, don Quijote, abriéndole la puerta el ventero; y la primer cosa que hizo en (1) despertar fué preguntar á Sancho por la reina Cenobia, y si la habian dado cama y todo recado la noche pasada, con la decencia que su real persona merecia. Yo, señor, respondió Sancho, como estuve tan ocupado en la sangrienta batalla que tuvimos con aquel que nos hurtó el ataharre ó liga, ó como es su gracia, no me acordé della más que si no fuera reina; pero á lo que entendí, dos mozos de aquellos de los representantes la hicieron merced de llevalla consigo, con no poco gusto della, por no dar que decir á malas lenguas. Estando en esto, subió Bárbara con los estudiantes adonde estaba don Quijote y Sancho, diciendo: Muy buenos dias tenga la flor de los caballeros; ¿cómo le ha ido á vuesa merced esta noche? ¡Oh! señora reina! respondió don Quijote, la vuesa merced perdone el descuido que con su real persona esta noche se ha tenido, porque la culpa tiene el negligente Sancho, que, teniéndole mandado que ande siempre delante de vuesa merced para ver lo que se le antoja, mirándola á la cara, se ha desentidado, de puro molido de las batallas pasadas, segun agora me acababa de decir. A esto respondió Sancho: Yo, señor, harto la miro á la cara; pero como la tiene tan bellaca, todas las veces que la miro y la veo con aquel sepan enantos en ella, me provoca á decirle, «cócate, marta,» cancion que decian los niños á una mona vieja que estos años atras tenia en la puerta de su casa el enra de nuestro lugar. ¡Malos dias vivas, respondió Bárbara, y no llegues, bellaconazo, á les míos, plegue á Cristo! pero calla; que á fe no lo voyas á penar al otro mundo; que hartas pesa-

(1) Parece que debiera decir al despertar, ó si no en despertando.

dumbres sé yo dar de noche á otros más agudos que tú; y en manos está el pandero que le sabrán bien tañer. Los estudiantes dijeron á Sancho: Señor Sancho, no moleste vuesa merced á la señora Reina, que sabe hacer lo que dice, mejor de obras que de palabras. ¿Para qué, diga, quiere verse alguna noche volando por las chimeneas entre vasares, platos y asadores, donde se vea y se desee, y flore el no haber querido obedecerla? Pues si ella, respondió Sancho, me hace volar por los vasares, yo me quejaré á quien por toda su vida le haga bogar en las galeras. ¿Pues no ve vuesa merced, replicó el uno de los estudiantes, que las mujeres no reman? ¿Y qué se me da á mí que no remen? respondió Sancho; basta que si ella no remare, á lo ménos servirá de dar refresco á la clusma; que para eso yo sé que no le faltará gracia; y estando allí con más comodidad, podrá parecerse de véras en todo á las nubes, ya que por mujer en algo les haya de parecer. ¿Pues en qué, dijo el estudiante, les ha de parecer, ó cómo les parece en todo? Respondió Sancho: En que cargará en la mar, como hacen las nubes, lo que despues á pura fuerza de truenos y relámpagos, descargará en lluvia sobre la tierra; que eso hará si se empreñare en el agna, pues á fuerza de gritos y suspiros, habrá despues de vaciar su cargazon; que en lo demas, llano es que todas las mujeres se parecen á las nubes, de las cuales por experiencia sabemos dónde y cómo descargan, lo mismo que ignoramos dónde y cómo se entró en ellas. Rieron los estudiantes y la misma Bárbara de la astróloga aplicacion de Sancho; pero don Quijote, que no tenia de risible más que la raiz y potencia remota, dijo con despegue y zño á Bárbara: La vuesa merced no haga caso ya más de lo que dijere este necio, pues lo es tanto, que jamas dirá sino badajadas: lo que por agora importa es que tratemos de partir de aquí; porque hoy pretendo entrar en la corte, si no es que se me ofrezca en contrario alguna forzosa ocupacion y peligrosa aventura que me detenga en Alcalá. Y llamando al huésped, remató con él las enenutas con solo agradecerle el hospedaje, y fuéle fácil salir de su venta él y sus compañeros con tan ligera paga, por haberla ya hecho cumplida por todos el autor de la dicha compañía, apiadado de la locura de don Quijote y simplicidad de su escudero, y dándose por pagado con los malos ratos que les habia dado, y buenos y entretenidos que él y su compañía habian recibido. Subió don Quijote en Rocinante, armado como solia, Sancho en su rucio, y Bárbara en su mula, quedándose los estudiantes atras, por estar ya tan cerca de Alcalá, do por su honra no quisieron entrar acompañados de compañía tan ocasionada para vayas y físgas y matracas, como la de don Quijote, á quien dijo Bárbara en comenzando á caminar: Señor caballero, vuesa merced me la ha hecho muy grande en haberme traído desde Sigüenza hasta aquí, y en haberme vestido, dado de comer y cabalgadura, como si fuera una hermana suya; pero si vuesa merced no me manda otra cosa, yo determino quedarme aquí en Alcalá, que es mi patria, do si en alguna cosa le pudiere servir, lo haré, mandándole con la voluntad que dirán las obras. Señora reina Cenobia, respondió don Quijote, mucho me maravillo de oír tal resolucion á persona tan discreta, y que ha hecho tantos, tan grandes y peligrosos caminos por reinos incógnitos solo por hallarme, obligada de la fama de mi valor y persona. ¿Cómo es posible que agora

que tiene mi compañía, que tanto ha deseado y procurado, que la quiera así dejar, no reparando en lo mucho que he hecho y pienso hacer en su servicio, ni en las desgracias que se le pueden ofrecer, atreviéndosele sus enemigos y rebeldes vasallos, sin el respeto debido al gran valor de su persona, viéndola fuera de mi amparo y lado! Por evitar pues estos y otros mayores inconvenientes que se le pueden ofrecer, suplico á la vuesa merced cuan encarecidamente puedo, se venga conmigo hasta la corte; que no pasarémos della en muchos días, atento que sabiendo los grandes mi llegada, es fuerza me detengan, regalándome á porfia por honrarse de mi lado y aprender cosas militares; y allí verá vuesa merced lo que en su servicio hago; y despues que hubiere muerto al rey de Chipre, Bramidan de Tajayunque, con quien tengo aplazada la batalla, y al otro hijo del rey de Córdoba, que ayer levantó aquel grave falso testimonio á su madre, quedará á la eleccion de vuesa merced el irse á Chipre ó quedarse en la corte de España; y así por amor de mí se ha de hacer lo que agora suplico. Sancho, que oyó lo que don Quijote habia dicho á Bárbara, se llegó á él con mucha cólera diciendo: Par diez, señor, que yo no sé para qué quiere que llevemos con nosotros á la señora Reina; mucho mejor será que se quede aquí en su lugar; que tanto nos ahorraremos. ¿Para qué queremos llevar con ella costa sin ningun provecho? ¿Gentil carga de basura para entrar cargados de ella en la corte! Déla á Lucifer y no la ruege más; que el ruin, quando le ruegan luego se ensancha; y no nos faltará sin ella la misericordia de Dios. ¡Mirad qué cuerpo, non de Júdas Escariote, con ella y con quien le parió y nos la dió á conocer! Pues á fe que si se me suben las narices á la mostaza y comienzo á desbotricar, que no sea mucho, estándose en su tierra, que la haga echar por la boca y narices más mocos y gargajos que echa un ahoreado en el rollo. Estáñle aquí haciendo á la muy cotorra mil regalos y servicios, llamándola reina y princesa, siendo lo que ella se sabe, como aquellos estudiantes han dicho, ¡y agora se nos hace de pencas! Páguenos la saya y sayuelo colorado y la mula y lo que nos ha hecho de costa, y adios, que me mudo; ó como dice Aristóteles, alon, que pinta la uva; y á fe que si yo fuera que mi señor, que se lo habia de quitar todo á mojonones, pues no me conoce bien. ¡Oh villano! dijo don Quijote, y ¿quién te mete á tí con la señora Reina? ¿Mereces tú, por ventura, descalzarle su pequeño zapato? ¡Pequeño! respondió Sancho: en Sigüenza me dijo suplicase á vuesa merced la comprase un par de zapatos, y preguntándole yo cuántos puntos calzaba, me respondió que entre quince y diez y nueve, poco más.—¿Pues no ves, insensato, que las amazonas son gente varonil, y como andan siempre en las lides, no son tan delicadas y hermosas de piés como las damas de la corte, que se están en sus estrados regaladas y ociosas, con que son más tiernas y femeniles que las valerosas amazonas? Con no poca resolucion replicó Bárbara á las malicias de Sancho, de que estaba ofendida, diciendo: No pensaba, señor don Quijote, pasar de aquí; pero por saber que hoy á vuesa merced contento y hago rabiar á este bellaco de Sancho, quiero llegar hasta Madrid, y allí servir á vuesa merced en cuanto me mandare, á pesar deste villano harto de ajos. ¿Villano? respondió Sancho; villano sea yo delante de Dios; que para lo deste mundo importa poco serlo ó

dejarlo de ser; pero es grandísima mentira decir eso otro, de que estoy harto de ajos, pues no comí esta mañana en la venta sino cinco cabezas dellos que el ladrón del ventero me dió por un cuarto: ¡miren si me habia de hartar con ellas! Mas dejando esto aparte, dígame por su vida, señora reina, ¿cuál es peor? ¿haber estado ella esta noche con aquellos dos mozos de los comediantes, y almorzar con ellos esta mañana una gentil asadura frita, bebiéndose con ella dos azumbres de vino, como dijo el ventero que ha hecho su merced, ó comer yo cinco cabezas de ajos crudos? Hermano, respondió Bárbara, si estuve con ellos no fué por hacer mal á nadie; que libre soy como el cucullillo, y no tengo marido á quien dar cuenta, gracias á *Domino Dio: et vivit Domine*; que más lo hice porque hacia un poco de fresco que no por bellaquería, como vos sospechais, que sois un grandísimo malicioso. ¿Malicioso me llamais? replicó Sancho: á fe que no me lo osáis vos decir detras como me lo decis delante; pero vaya; que más longanizas hay que días, y bien sabemos aquí mamarnos el dedo, aunque bobos.

CAPITULO XXVIII.

De cómo don Quijote y su compañía llegaron á Alcalá, do fué libre de la muerte por un extraño caso, y del peligro en que allí se vió por querer probar una peligrosa aventura.

Todo su cuidado ponía don Quijote en que la reina Bárbara le honrase en la entrada que pensaba hacer en la corte, y en que no liciese caso de los atrevimientos de su escudero; y así le dijo: Suplico á vuesa merced, altísima señora, no repare en cosa que le diga este animal, sino que disimule con él, como yo hago, dejándole para quien es, siquiera porque lo habemos menester por estos caminos; y pues ya estamos en Alcalá, paréceme marchemos por aquí poco á poco detras destas murallas, sin pasar por medio del lugar, que es grande y poblado de gente de cuenta; y paréceme será acertado también que vuesa merced se cubra el rostro con ese precioso volante hasta que pasemos de la otra parte, por lo que es conocida de todos; que puestos en ella, nos podremos quedar, si nos pareciere, en algun meson secretamente esta noche, y á la mañana entrarnos con la fresca en Madrid. Hízose así, y á la que comenzaron á rodear el muro, volviendo la cabeza Bárbara á Sancho, le dijo: Ea, señor galán, seamos amigos, y no haya más enojos conmigo por su vida; que yo le perdono todo lo pasado. ¿Amigos? respondió Sancho; ántes seré amigo de un diablo del infierno que della, aunque todo se es uno. Pues por el siglo de mi madre, dijo Bárbara, que hemos de hacer las amistades ántes que lleguemos á Madrid. Pues por el siglo de mi rucio, replicó Sancho, que primero me vuelva Poncio Pilátos que sea su amigo. Bárbara le dijo: ¡Ea ya, león! y Sancho le respondió: ¡Ea ya, sierpe! Pero don Quijote, que vió la enemistad que Sancho y Bárbara tenían y los remoquetes que se iban echando por el camino, dijo: Ahora sus, Sancho, tú ¿no eres mi escudero, y no te tengo yo de pagar tu salario, como tenemos entre los dos concertado, sirviéndome en todo bien y puntualmente? Pues en virtud de dicho concierto quiero y es mi voluntad que agora, sin réplica ninguna, seas amigo de mi señora la reina Cenobia; que yo tomo á mi cargo hacer esta noche un famoso convite á su merced y á tí, en señal y firmeza de

las futuras y perpetuas amistades, pues no es bien que seamos tres y mal avenidos. Por cierto, mi señor, replicó Sancho, que cuando no sea por otra cosa más de por ese convite que vuesa merced dice, lo habré de hacer; aunque fuera razón que, guardando mi punto, aguardara se pusieran de por medio personas de cuenta á rogármelo, cual son media docena de canónigos de Toledo, ó á lo ménos unos cuantos cardenales; pero vaya, pues vuesa merced lo manda. Ea, señora reina, árrojeme acá esas manos, si bien las quisiera más de vaca bien cocidas y con su perejil; que sobre mí que me hicieran harto más provecho. Dióle Bárbara la mano riendo, y al dársele le dijo: Tomad, amores, esta mano de reina; que yo fio que más de dos príncipes escolásticos de los de la corte alcañadina, en que esta noche habemos de dormir, preciarán harto recibir este favor. Como don Quijote les vió dadas las manos, se fué un poco adelante, imaginando en su fantasía lo que habia de hacer en la corte con la reina Cenobia, y batallas del gigante y del hijo alevoso del rey de Córdoba, y cómo se habia de dar á conocer á los reyes y grandes: lo cual le hacia ir tan absorto y fuera de sí, que no advertía en que á Sancho venia diciendo Bárbara: De aquí adelante, amigo Sancho, nos hemos de querer con el extremo que dos buenos casados se aman, pues ha sido el padrino de nuestras paces el señor don Quijote; y en confirmacion dellas, quiero que durmamos esta noche ambos en el meson donde llegáremos; que el corazon me dice no dejaré de correr fresco que me obligue á procurar cubrirme con gusto con alguna manta, como la del pelo de vuesa merced, mi señor Sancho: verdad es que imagino será menester rogárselo poco, pues tiene más de bellaco que de bobo. No entendió Sancho á Bárbara de ninguna manera, y así le respondió: Lleguemos una vez con salud al meson, y cenemos en señal de nuestras amistades, con el cumplimiento que mi amo nos tiene prometido; que en eso de la manta no faltarán dos y aun tres; que yo se las pediré al huésped para que las eche vuesa merced en su cama, cuanto y más, que no hace agora tanto frio que obligue á procurallas. Como Bárbara vió que no le habia entendido, le dijo hablando más claro: Pues, Sancho, si vuestro amo lia de alquilar dos camas, una para mí y otra para vos, ¿no será mejor que nos ahorremos el real de la una cama, para comprar con él un gentil plato de mondongo y un cuartal de pan, con que os pongais hecho un trompo, y vaya el diablo para ruin? A fe que tiene razón, respondió Sancho: ahorremos sin que mi amo lo sepa ese real de la una cama; que yo dormiré sobre un poyo del meson; que para mí, tan bien me dormiré allí como acullá, á trueque de que nos demos, como dice, una buena panzada con ese real. Viendo Bárbara la rudeza de Sancho, no quiso tratarle más de aquella materia; y así alargaron el paso tras don Quijote hasta que le alcanzaron, el cual, en viéndolos junto á sí, les dijo: Paréceme que es tarde para poder hoy llegar á Madrid, y que no será malo nos quedemos esta noche aquí en Alcalá, y mañana proseguirémos nuestro camino; que bien podrá vuesa merced, señora reina, estar encubierta, cerrada en un aposento, tapado el rostro cuando le sirvan á la mesa, por no ser conocida. Ella le dijo que hiciese lo que fuese servido; que en todo acudiría á lo que fuese de su gusto; y llegaron en esto á un meson fuera de la puerta que llaman de Madrid, y en-

trando todos en él, dijo don Quijote á Sancho que llevase las cabalgaduras á la caballeriza y las diese recado, y al huésped pidió un aposento secreto y bien aderezado, do mandó acompañase luego á la reina Cenobia; y quedándose él paseando por el patio sin desanimarse, oyó tocar á deshora con mucho concierto cuatro trompetas, y despues dellas un ronco son de atabales; lo cual oído por nuestro buen caballero, le causó notable suspension, con la cual estuvo atentísimamente escuchando, sin saber qué cosa fuese; y al cabo de rato, despues de haber hecho en su fantasía un desvariado discurso, llamó á Sancho y le dijo: ¡Oh mi buen escudero Sancho! ¿oyes por ventura aquella acordada música de trompetas y atabales? Pues has de saber que es señal de que hay sin duda en esta universidad algunas célebres justas ó torneos para alegrar el festivo casamiento de alguna famosa infanta que se habrá casado aquí; á las cuales habrá acudido un caballero extranjero, cuyo nombre no es aun conocido, por ser mancebo novel; pero no obstante su poca edad, en el principio de sus famosas fazañas haya vencido á todos los caballeros desta ciudad y á los que de la corte han acudido á ella y á sus fiestas, si ya no ha venido á celebrarlas; y esto es lo más cierto; ó algun bravo jayan que, habiendo vencido y derribado á todos los mantenedores y aventureros, se ha quedado por absoluto señor de todas las joyas de dichas justas, y no hay caballero ahora, por valiente que sea, que se atreva á entrar segunda vez con él en el palenque, de lo cual están los príncipes tan pesarosos, que darian cuanto dar se puede porque Dios les deparase un tal y tan buen caballero que bajase la soberbia deste cruel pagano, con que dejase alegre toda la tierra, y las fiestas fuesen consumadamente perfectas. Por tanto, Sancho mío, ensíllame luego á Rocinante; que quiero ir allá y entrar con gallardía y gracia por la plaza, pues maravillados de mi presencia los que ocupan sus dorados balcones, altos miradores y entoldados andamios, levantarán entre sí un alegre murmullo, diciendo: Ea, que Dios sin duda ha deparado venga este gallardo caballero extranjero á volver por la honra de los naturales, viendo que ninguno dellos ha podido resistir á los incomparables brios deste fiero jayan. Tocarán en esto todas las trompetas, chirimías, sacabuches y atabales, al son de los cuales se comenzará mi bueno y esforzado caballo á engreir y relinchar, deseoso de entrar en la batalla; con que callarán todos, y yo poco á poco me iré llegando al cadahalso adonde están los jueces y caballeros; y haciendo hincar dos ó tres veces de rodillas delante dellos á mi enseñado caballo, les haré una cumplida cortesía, haciéndole dar despues terribles saltos y gallardos corvetes por la ancha plaza: llegándome luego á la parte donde estará el liero jayan, el cual reconocido por mí, me acercaré adonde estarán las astas de duro fresno, y tomando dellas la que mejor me pareciere, y llegándome cerca del dicho jayan, sin hacerle cortesía alguna le diré: Caballero, si te parece, yo querría entrar contigo en batalla; pero con condicion que fuese ella á todo trance, que es decir que uno de los dos haya de quedar por general vencedor de las justas, quitando al otro la cabeza, y presentándola á la dama que mejor le pareciere: es cierto que, como él es soberbio, ha de responder que sea así. Tras lo cual, volviendo yo luego las riendas á Rocinante para tomar la parte del sol que

más me tocara, comenzarán á sonar las trompetas, al son de las cuales arrancarémos como el viento los dos valerosos guerreros; y él no errará el golpe; porque, dándome en medio de la adarga sin poderla pasar, me hará con la fuerza del torcer un poco el cuerpo, volando las piezas de la lanza por el aire; pero yo, como más diestro, le daré por medio de la visera con tal fuerza, que, siéndole sacada de la cabeza, caerá del atroz golpe en tierra por las ancas del caballo; si bien, como es ligero, se pondrá luego otra vez en pié, y se vendrá para mí con la espada en la mano; y yo, por no hacer la batalla con ventaja, abajaré de mi caballo en el aire, no obstante que muchos lo juzgarán á locura; y metiendo mano á mi cortadora espada, comenzarémos entre los dos el porfiado combate; mas él, no pudiendo atender á mis golpes, me rogará que descansenos un poco, por verse algo fatigado; aunque yo, sin atender á sus ruegos, tomaré la espada á dos manos, y levantándola con un heróico despecho, la dejaré caer con tal furia sobre su desarmada cabeza, que acertándole de lleno, se la abriré hasta los pechos, dando del cruel golpe tan horrenda caída en tierra, que hará estremecer toda la ancha plaza, y aun venir al suelo más de cuatro barreras y tabladros. Los gritos de la gente serán muchos, la alegría de los jueces grande, el contento de todos los vencidos caballeros extremado, el aplauso del vulgo singular, é inaudita la música que sonará en exaltacion de mi buen suceso; y desde entónces pasarán cosas por mí, que dé bien que hacer á los historiadores venideros el escribirlas y exagerarlas. Por tanto, Sancho, presto sácame á Rocinante. Sancho, con harto dolor de su corazon, por ver se iba dilatando la deseada cena, fué á ensillarle, y entre tanto que lo hacia, se llegó el mesonero á don Quijote, al cual habia estado oyendo todo aquel largo y desvariado discurso, y le dijo: Señor caballero, vuesa merced se podrá desarmar; que viene cansado; y dígame lo que quiere cenar; que este muchacho está aquí, que traerá buen recado. ¡Por Dios, dijo don Quijote, que estáis bien en el caso! Veis lo que pasa en la plaza, la deshonra de vuestra patria y la afrenta de vuestros caballeros, y que yo voy á remediarlos, ¡y ahora me salís con cena! Digo que no quiero cenar, ni comer bocado hasta honrar con mi persona esta universidad, y matar todos aquellos que lo contradijeren; que es vergüenza, y muy grande, que un jayan solo rienda y sujete á una ciudad como esta: por tanto, andad con Dios, y mirad si viene mi escudero con el caballo. El mesonero le dijo: Perdone vuesa merced; que yo pensé que lo que contó denantes á su eriado era algun cuento de Mari-Castaña ó de los libros de caballerías de Amadis de Gaula; pero si vuesa merced quiere ir armado así como está á honrar al catedrático, se lo agradecerán mucho todos. ¡Qué catedrático ó que nonada! respondió don Quijote. Tres ó cuatro que á la puerta se habian detenido, viendo aquel hombre armado, le dijeron: Si vuesa merced ha de ir al paseo, bien puede; que ya es hora, pues llegará en esta el catedrático al mercado; que aquí no hay justas ni jayanes de los que vuesa merced ha dicho, sino un paseo que hace la universidad á un doctor médico que ha llevado la cátedra de medicina con más de cincuenta votos de exceso, y llevan delante del, por más fiesta, un carro triunfal con las siete virtudes y una celestial música dentro, y tal, que si no fué la que se

llevó el año pasado en el paseo del catedrático que llevó la cátedra de prima de teología, jamás se ha visto otra igual; y las trompetas y atabales que vuesa merced oye, es que van ya pasando por todas las calles principales, con más de dos mil estudiantes que con ramos en las manos van gritando: Fulano victor. A pesar de todo el mundo, á pesar vuestro y de cuantos contradecir lo quisieren, replicó don Quijote, es lo que tengo dicho. Sacó Sancho en esto el caballo, y subiendo don Quijote en él, estaba tal y tan cansado, que aun hiriéndole con el duro acicate, apenas se podía menear, y no dejaba casa en la cual no procurase entrarse. Sancho quedó con Bárbara en un aposento, la cual, como arriba dijimos, procuraba no ser conocida de persona alguna en Alcalá. Caminó nuestro caballero por aquellas calles poco á poco, yendo siempre hácia la parte que sentía el sonido de las trompetas, hasta tanto que encontró la bulla de la gente en medio de la calle Mayor; la cual, cuando vieron aquel hombre armado y con la figura dicha, pensaban que era algún estudiante que por alegrar la fiesta venía con aquella invencion; y poniéndose él frontero del carro triunfal que delante del catedrático iba, viendo su gran máquina y que caminaba sin que le tirasen mulas, caballos ni otros animales, se maravilló mucho, y se puso á escuchar despacio la dulce música que dentro sonaba. Iban delante de los músicos en el mismo carro dos estudiantes con máscaras, con vestidos y adorno de mujeres, representando el uno la Sabiduría, ricamente vestida, con una guirnalda de laurel sobre la cabeza, trayendo en la mano siniestra un libro, y en la derecha un alcázar ó castillo pequeño, pero muy curioso, hecho de papeles, y unas letras góticas que decían:

Sapientia ædificavit sibi domum.

A los pies della estaba la Ignorancia, toda desnuda y llena de artificiosas cadenas hechas de hoja de lata, la cual tenía debajo de los pies dos ó tres libros, con esta letra:

Qui ignorat, ignorabitur.

Al otro lado de la Sabiduría venía la Prudencia, vestida de un azul claro, con una sierpe en la mano, y esta letra:

Prudens sicut serpens.

Venía con la otra mano, como ahogando á una vieja ciega, de quien venía asido otro ciego, y entre los dos esta letra:

Ambo in foveam cadunt.

Púsose don Quijote delante de dicho carro, y haciendo en su fantasía uno de los más desvariados discursos que jamás había hecho, dijo en alta voz: ¡Oh tú, mago encantador, quien quiera que seas, que con tus malas y perversas artes guías aqueste encantado carro, llevando en él presas estas damas y las dos dueñas, la una con cadenas desnuda, y la otra sin ojos y con violencia de su esposo, que procura no dejarla de la mano, siendo sin duda ellas, como su beldad demuestra, hijas herederas de algunos grandes príncipes ó señores de algunas islas, para meterlas en tus crueles prisiones! déjalas luego aquí libres, sanas y salvas, restituyéndoles todas las joyas que les has robado; si no, suelta luego contra mí todo el poder del infierno; que á todos se las quitaré por fuerzas de armas, pues que se sabe que los demonios, con quien los de tu profesion comunican, no pueden contra los caballeros griegos cristianos, cual yo soy. Pasara ade-

lante don Quijote con su razonamiento; pero la gente de la cátedra, viendo que aquel hombre armado hacia detener el carro y estorbaba que no pasase adelante, hizo se llegasen á él cuatro ó cinco del acompañamiento, pensando fuese estudiante que venía con aquella invencion; los cuales le dijeron: ¡Ah señor licenciado! hágase vuesa merced, por hacérmola, á una parte, y deje pasar la gente; que es muy tarde. Pero respondiéndoles don Quijote diciendo: Sin duda seréis vosotros ¡oh vil canalla! criados deste perverso encantador que lleva presas aqueas hermosas infantas; y pues así es, aguardad; que de los enemigos los ménos. Y metiendo en esto mano á su espada, arrojó á uno de aquellos estudiantes que venía en una mula, una tan terrible cuchillada, que si su cuerda prevencion en hurtarle el cuerpo, y la ligereza de la mula no le ayudaran, lo pasara larto mal: revolió luego sobre otro que detrás dél venía; y de reves acertó con tanta fuerza en la cabeza de su mula, que la abrió una cuchillada de un geme. Comenzaron al instante todos á gritar y alborotarse: cesó la música; y corriendo, unos á pié, otros á caballo, hácia donde don Quijote estaba con la espada en la mano, viéndole tan furioso, apenas nadie se le osaba llegar, porque arrojaba tajos y reveses á diestro y á siniestro con tanto ímpetu, que si el caballo le ayudara algo más, no le sucediera la siguiente desgracia. Finé pues el caso que, como vieron todos que en realidad de verdad no se burlaba, como al principio pensaban, comenzaron á cercarle, unos á pié, otros á caballo más de cerca, tirándole unos piedras, otros palos, otros los ramos que llevaban en las manos, y aun desde las ventanas le dieron con dos ó tres ladrillos sobre el morrion, de suerte que á no llevarle puesto, no saliera vivo de la calle Mayor; y aunque la gente era mucha, la grita excesiva, y las piedras menudeaban, con todo se le llegaron diez ó doce de tropel, y asiéndole uno por los pies, otro por el freno de Rocinante, le echaron del caballo abajo, quitándole la adarga y espada de la mano; tras lo cual le cargaron de gentiles mojicones, y le ahogaron allí en efeto, si la fortuna no le tuviera guardado para mayores trances; pero debió su vida al autor de la compañía de comediantes con quien se encontró la noche pasada en la venta, el cual á las voces y grita que tenía el pueblo, se llegó á él, yéndose acaso paseando por debajo los soportales de la calle Mayor; y viendo llevar aquel hombre armado entre seis ó siete arrastrando, sospechó que era don Quijote, como realmente lo era, que á la sazón le habían metido en una grande casa, donde hacía toda la resistencia que podía, aunque todo era en vano; y viéndole tal el autor, y algunos de su compañía que con él iban, se apiadaron dél; y haciendo salir á puros ruegos fuera de la casa á todos los estudiantes que le maltrataron, se quedaron solos con él, y pasado el catedrático con su triunfante paseo adelante, y desocupada la calle de la gente que le seguía, se llegó el autor á don Quijote diciendo: ¿Qué es esto, señor Caballero Desamorado? ¿Qué aventura tan desgraciada ha sido esta, y qué nigromántico le ha puesto en tal aprieto? ¿Es posible se hayan hallado encantos contra su valor! Pero paciencia y buen ánimo, pues aquí está otro más sabio mago, su grande amigo, el cual, á no hacerle lado, hiciera contra la ley de buena amistad, pero hésela hecho tan grande, que á no acudir con mi mágico poder, sin duda acabara vuesa merced desta vez con las caballerías andantes.

Alcese, ¡pecador de mí! que tiene los dientes bañados en sangre, y está sin adarga, sin espada y sin caballo; que todo se lo han llevado los estudiantes. Levantóse don Quijote, y cuando reconoció al autor, le dijo alegre: Ya me maravillaba yo ¡oh sabio Alquife, mi buen historiador y amigo! que dejásedes de favorecerme en esta grande tribulación y trabajo en que me he visto por la gran pereza de mi caballo, que mala pascua le dé Dios: por tanto, ¡oh sabio fiel! hacédmeme tomar, ó dadme otro, para que vaya tras aquellos alevosos y los rete á todos por traidores é hijos de otros tales, y tome dellos la venganza que su soberbia y viciosa vida merece. En oyéndole el autor, rogó á uno de sus compañeros que en todo caso fuese y trajese el caballo, adarga y espada de don Quijote, rescatándolo todo por cualquier dinero de donde quiera que estuviese. Fué el representante preguntando por ello; y sacando el caballo de un meson, la adarga y espada de una pastelería, donde ya todo estaba empeñado, lo volvió al autor, y él á don Quijote, que se lo agradeció infinito, atribuyéndolo todo al poder de su mágica sabiduría; y preguntándole el mismo autor adónde estaban su escudero Sancho Panza y Bárbara, le respondió que fuera del lugar, en un meson que está junto á la puerta de Madrid, los había dejado. Pues vamos allá luego, dijo el autor; que yo por agora mando, y vuesa merced debe obedecerme; que importa mucho. Don Quijote respondió que por todo lo del mundo no le dejaría de obedecer como á persona tan sabia y en cuyas manos tenía ya puestas había dos dias todas sus cosas. Hizo llevar el autor delante con un mozo el caballo, lanza y adarga de don Quijote, y á él le mandó que se fuese á pie en su compañía mano á mano hasta la posada, adonde le dejó encargado al mesonero, con orden que de ninguna manera le dejase salir á pie ni á caballo aquella tarde, y cumpliólo el huésped puntualísimamente. Cuando Sancho vió á su amo los dientes ensangrentados, le dijo: ¡Cuerpo de san Quintín, señor Desamorado! ¿No le he dicho yo cuatrocientas mil docenas de millones de veces que no nos metamos en lo que no nos va ni nos viene, y más con estos demonios de estudiantes? Apostemos que le han hinchido de gargajos, como á mí en Zaragoza: lávese, pecador soy á Dios, que tiene las narices llenas de sangre. ¡Oh Sancho, Sancho, respondió don Quijote, y cómo aquellos follones que así me han parado se lo pueden agradecer al sabio Alquife, mi amigo! Que si por él no fuera, yo hiciera tal carnicería dellos, que sus viejos padres tuvieran bien que enterrar, y sus mujeres que llorar todos los dias de su vida; pero ya vendrá tiempo en que paguen por junto lo de antaño y lo de hogaño. Respondió el mesonero oyéndole: Por su vida, señor caballero, que no se meta con estudiantes; porque hay en esta universidad pasados de cuatro mil, y tales, que cuando se mancomunan y juntan, hacen temblar á todos los de la tierra; y dé gracias á Dios, pues le han dejado con la vida, que no ha sido poco. ¡Oh cobarde gallina, dijo don Quijote, y uno de los más viles caballeros que ciñen espada! ¿Y piensas tú que el valor de mi persona y las fuerzas de mi brazo y la ligereza de mis piés, y sobre todo, el vigor de mi corazón, es tan pusilánime como el tuyo? Juro por vida de la reina Cenobia, que es la que hoy más precio, que solo por lo que has dicho, estoy por tornar á subir en mi caballo y entrar otra vez en la ciudad, y no dejar en ella per-

sona viva, acabando hasta perros y gatos, hombres y mujeres, y cuantos vivientes racionales é irracionales la habitan, y despues asolalla toda con fuego hasta que quede, como otra Troya, escarmiento á todas las naciones, del griego furor. Sancho, tráeme presto á Rocinante; que quiero que vea este caballero ó mesonero, ó lo que es, que se poner por obra lo que digo, mejor que decillo de palabra. Eso del caballo, respondió el mesonero, señor caballero armado, no llevará vuesa merced esta vez, porque el autor de la compañía de comediantes que no se le diese por ningún caso, y por eso tengo cerrada con llave la caballeriza. ¡Qué comediantes ó qué nonada! replicó don Quijote: ¿puede haber en el mundo persona que vaya contra mi gusto? Yo os prometo que lo podeis agradecer á aquel sabio mi amigo que aquí me trajo, cuyo mandamiento no es razon que yo quebrante por ningún caso; que de otra suerte, hoy hiciera mi hecho tal, que hubiera memoria dél para muchos siglos. Si hiciera, dijo el mesonero; pero por agora vuesa merced se entre á cenar; que hace reir mucho á la gente que está en la puerta, y se nos va hinchendo la casa de muchachos, de suerte que ya no cabemos en ella. Y con esto le asió de la mano y le subió adonde Bárbara estaba, con la cual pasó graciosísimos coloquios, y no poco entremesados con las simplicidades de Sancho. Cenaron juntos bien y con gusto, y tras ello se fueron todos á reposar, y más don Quijote, que lo había menester por los molimientos pasados en la venta y calle Mayor: solo hubo que al acostarse estuvo porfiadísimo en querer volver á hacer el brebaje, ó precioso bálsamo que él decia de Fierabras, para curar las mortales heridas que sentia en los dientes; pero fuéle imposible hacerlo, porque dió el mesonero, conociendo su locura, en decir no se hallaría en el pueblo cosa de cuantas pedía.

CAPITULO XXIX.

Cómo el valeroso don Quijote llegó á Madrid con Sancho y Bárbara, y de lo que á la entrada le sucedió con un titular.

Levantóse el valeroso don Quijote de la Mancha la mañana siguiente bien reposado, por haberlo hecho la noche; y llamando á Sancho, mandó aderezase á Rocinante y palafren de la Reina con su rucio, echándose de comer y ensillándose mientras el huésped preparaba el almuerzo que la noche ántes habían concertado les aprestase. Hízose todo así; y almorzando bien de unos pasteles y pollos, rematadas las cuentas y pagadas, subió don Quijote en Rocinante como tenia de costumbre, y la reina Bárbara, tapada (con harto cuidado de los de la posada, que procuraban verle la cara, si bien les fué imposible), en su mula, ayudada para ello de Sancho, el cual, repantigándose en el rucio, salió tras su amo y la Reina de la posada y lugar con harta prisa; y fué tanta la que se dieron en el camino, que á las tres y media de la tarde llegaron junto á Madrid, á los caños que llaman de Alcalá, habiendo salido della á más de las nueve. Viendo don Quijote el calor que hacia, por consejo de Bárbara se determinó apearse en el prado de san Hierónimo á reposar y gozar de la frescura de sus álamos, junto al caño Dorado, que llaman, do estuvieron todos hasta más de las seis, con descanso dellos y de las cabalgaduras, paciendolas, y durmiendo sus amos á ratos, y á ratos platicando; pero llegadas las seis, como

sintiesen la gente que iba saliendo al ordinario paseo del Prado, determinaron subir á caballo y entrarse en la corte; y á la que iban cruzando la calle, viendo don Quijote tanta gente, caballos y carrozas, caballeros y damas como allí snelen acudir, se paró un poco, y volviendo la rienda á Rocinante, dió en pasear el Prado sin decir nada á nadie, apesarados Bárbara y Sancho de su humor, y siguiéndole por ver si le podrían poner en razon, y dándose al diablo viendo que llevaban ya tras sí de la primer vuelta más de cincuenta personas, y que se les iban allegando muchos caballeros de los que por allí paseaban, admirados y llenos de risa de ver aquel hombre armado con lanza y adarga, y á leer las letras y ver las figuras que en ella traía, por no saber á qué propósito traía aquello. Iba don Quijote tanto más ufano cuantos más se le llegaban, é ibase parando adrede para que pudiesen leer los motes que traía en la empresa, sin hablar palabra: otros le daban la vaya cuando le veían con aquella figura y acompañado de la simple presencia de Sancho y de aquella mujer atapada, vestida de colorado, atribuyéndolo todo á disfraz y á que venían de máscara. Sucedió pues que yendo adelante don Quijote con este paseo y acompañamiento, sin que bastasen á ponerle en razon sus consortes, vió venir una rica carroza tirada de cuatro famosos caballos blancos, á la cual acompañaban más de treinta caballeros á caballo y muchos lacayos y pajes á pié: detúvose don Quijote luego que la vió, en mitad del camino por donde había de pasar, puesto el cuento de la lanza en tierra, esperando con gentil continente. Los que venían con ella, cuando vieron tanta gente junta que tomaba media calle, y vieron juntamente aquel hombre armado de todas piezas y con su grande adarga, se llegaron al que dentro venía, que era un titular grave, que había salido á tomar el fresco, y le dijeron: Señor, allí abajo se ve una grande tropa de gente, y en medio della está un hombre armado, con una adarga tan grande como una rueda de molino, y no sabemos; ni nadie sabe quién es ó á qué propósito viene de aquella suerte. Cuando esto oyó el caballero, sacó la cabeza fuera de la carroza, y como le vió llegar ya cerca, dijo á un alguacil de corte que iba hablando con él, le hiciese placer de ir á saber qué era aquello: fué á verlo, y apenas se apartó de la carroza, cuando llegó á ella un lacayo del mismo señor y le dijo: Ha de saber vuesa señoría que aquel hombre armado que allí viene, le vi yo en Zaragoza habrá un mes, cuando fuí á llevar el recado del casamiento de vuesa señoría á mi señor don Cárlos, en cuya casa comí con su escudero un día, despues de una famosa sortija que allí hubo, en la cual fué convidado este armado, que es medio loco, ó no sé cómo me lo diga; si bien decían que es rico y honrado hidalgo de no sé qué lugar de la Mancha; pero por haberse dado demasiada á leer los fabulosos libros de caballerías que andan impresos, teniéndolos por verdaderos, ha quedado desvanecido de manera, que saliendo de su tierra, se le ha antojado que es caballero andante y que anda por tierras ajenas, de la suerte que se ve; y trae por escudero un pobre labrador de su mismo lugar, que es el que viene á su lado en un jumento, única pieza, y muy gracioso, y grandísimo comedor. Y tras esto le fué contando todo lo que don Quijote había hecho en Zaragoza con el azotado, y lo de la sortija, y cómo el secretario de don Cárlos se había he-

cho el gigante Bramidan de Tajayunque, y que sin duda vernía ahora á buscarle á la corte para hacer batalla con él; porque de todo tenía bastantísima noticia el lacayo, por lo que los criados de don Cárlos le habían referido. Maravillóse mucho el caballero de lo que se le decía de aquel hombre, y propuso luego llevársele á su casa aquella noche con la compañía que traía, para divertirse con ellos. Estando en esto, volvió el alguacil á la carroza y dijo: Es, señor, aquel hombre una de las más raras figuras que vuesa señoría ha visto: llámase, según dice, Caballero Desamorado, y trae en la adarga ciertas letras y pinturas ridículas; y juntamente viene con él una mujer vestida toda de colorado, la cual dice que es la gran Cenobia, reina de las Amazonas. Pues guén hácia allá la carroza, dijo el señor, y verémos qué es lo que dice. Ya que llegaban cerca dél, tiró don Quijote de la rienda de Rocinante, y llegóse á un lado de la carroza, y puesto en presencia del caballero, dijo con voz grave y arrogante, que lo oyesen los circunstantes: Inclito y soberano príncipe Perianeo de Persia, cuyo valor y esfuerzo tuvo á costa suya bien experimentado el nunca vencido don Belianis de Grecia, vuestro mortal enemigo y competidor sobre los amores de la sin par Florishbella, hija del emperador de Babilonia, á quien en muchos y varios lugares distes bien que entender, haciendo con él singular batalla, sin hallarse entre los dos jamas ventaja alguna, asistiendo de vuestra parte el prudentísimo sabio Frison, mi contrario: yo, como caballero andante, amigo de buscar las aventuras del mundo y probar las fuerzas de los bravos y valerosos jayanes y caballeros, he venido hoy á esta corte del rey Católico, do habiendo llegado á mis oídos el gran valor de vuestra persona, y siendo tal cual yo he muchas veces leído en aquel auténtico libro, me ha parecido me sería mal contado si dejase de probar mi ventura con vuestro invencible esfuerzo hoy aquí en aqueste Prado, delante de todos estos vuestros caballeros y de la demás gente que nos está mirando; y esto hago porque soy único y singular amigo y aficionado al príncipe don Belianis de Grecia por muchas razones: la primera, por ser él cristiano y hijo también de emperador cristiano, y vos pagano, de las casas y casta del emperador Oton, gran turco y soldan de Persia; y la segunda, por quitar de delante á aquel grande amigo mio un estorbo tan grande como vos sois, para que así con mayor facilidad pueda gozar de los sabrosos amores que con la infanta Florishbella tiene, pues se ve y sabe clarísimamente que la merece mucho mejor que vos, á quien no faltarán otras tureas hermosas con quien podáis casar; que no es posible deje de haber muchas en vuestra tierra; y dejar á Florishbella para don Belianis de Grecia, mi amigo; y si no salis luego de vuestra carroza, y subis luego en vuestro preciado caballo, en poniéndoos vuestras encantadas armas, para pelear conmigo, mañana publicaré delante de toda esta corte y de su rey vuestra cobardía y poco ánimo, despues de haber muerto al gigante Bramidan de Tajayunque, rey de Chipre, y al hijo alevoso del rey de Córdoba: por tanto respondedme luego con brevedad, y si no, dáos por vencido, y yo me iré á buscar otras aventuras. Maravilláronse todos de los disparates que habían oido decir á don Quijote, y comenzaron á hablar sobre ellos unos con otros riendo dél y de su figura; pero Sancho, que había estado

muy atento á lo que su amo había dicho, se llegó, caballero en su asno, junto á la carroza, diciendo: Señor Perineo, vuesa merced no conoce bien á mi amo como yo le conozco; pues sepa que es hombre que ha hecho guerra con otros mejores que vuesa merced, pues la ha hecho con vizcaínos, yanguéses, cabreros, meloneros, estudiantes, y ha conquistado el yelmo de Membrillo, y aun le conocen la reina Micomicona, Ginesillo de Pasamonte, y lo que más es, la señora reina Segovia, que aquí asiste; y aun es hombre que en Zaragoza acometió á más de doscientos que llevaban un azotado, como ya sabrán por acá: por tanto mire que tenemos mucho que hacer, y las cabalgaduras vienen cansadas; yo y la señora Reina vamos con alguna poquilla de hambre: dése pues por las entrañas de Dios por vencido, como mi amo le suplica, y tan amigo como de ántes, y no busque tres piés al gato, pues si los desta tierra son como los de la mía, no tienen ménos que cuatro: déjenos ir con Barabás á nuestro meson, y vuesa merced y estos herejes de Persia, su patria, quédense mucho de noramala. El caballero dijo al alguacil que con él iba, le respondiese de su parte, y se le llevase aquella noche á su casa. El lo hizo, diciendo á don Quijote: Señor Caballero Desamorado, en extremo holgamos todos los circunstantes de haber visto y conocido hoy en vuesa merced á uno de los mejores caballeros andantes que en el felice tiempo de Amadis y en el de Febo hallarse pudieron en Grecia; y doy gracias á los dioses, pues siendo paganos nosotros, como denantes dijo, habemos merecido ver en esta corte al que tanta fama y nombre tiene en el mundo, y excede á todos cuantos hasta hoy hayamos oído visten duras armas y suben en poderosos caballos: por tanto, excelso príncipe, aquí el señor Perianeo aceta de muy buena gana la batalla con vuesa merced; no porque della pretenda salir con vitoria, sino para poderse alabar donde quiera que se hallare (dejándole empero vuesa merced con la vida) de haber entrado en batalla con el mejor caballero del mundo, y de quien el ser vencido resultará infinita gloria suya y lustre de su linaje; pero la batalla, si á vuesa merced le parece, será el día que esta noche concertáremos en su casa, en la cual él y yo hemos de recibir merced que vuesa alteza y toda su compañía se vayan á alojar, donde los regalará y servirá con mucho cuidado, en particular á la señora reina Cenobia, á quien desea en extremo conocer; y así la ruega que, para que todos demos gracias á los dioses en ver su peregrina hermosura, sea servida de descubrir el rostro y quitar la nube que (1) de aquesos sus dos bellos soles está puesta, para que su resplandor alumbré la redondez de la tierra, y haga detener al dorado Apolo en su luminosa esfera, admirado de ver tal belleza, bastante á darle nueva luz á él, pues es cierto vencerá la de su bella Dafne. Don Quijote se llegó á ella, diciendo que en todo caso descubriese el rostro delante del príncipe Perianeo de Persia; que importaba mucho. Rehusábala ella, como discreta, cuanto podía; pero Sancho, que había estado repantigado en el asno, sin quitarse jamás la caperuza, se llegó al estribo de la carroza y dijo: Señor pagano, yo y mi señor don Quijote de la Mancha, Caballero Desamorado por mar y tierra, decimos que besamos á vuestras mercedes las manos por el servicio que nos hace en convidarnos á cenar á su casa, como lo hizo

(1) Delante, parece que falta.

en Zaragoza don Carlos, que buen siglo haya; y digo que irémos de muy buena gana todos tres en cuerpo y en alma, así como estamos; pero la señora reina Segovia desde allí donde está me hace del ojo, diciendo que no puede por agora descubrir la cara, hasta que se ponga la otra de las fiestas, que es muy mejor que la que agora tiene: por tanto vuesa merced perdóne. En esto se llegó más cerca por el otro lado á la carroza don Quijote, tirando de la rienda á la mula de Bárbara, á la cual, mal de su grado, traía ya descubierta la cara, más propia para hacer acallar niños por su mala catadura (2), que para ser vista de gentes; á la cual como viesen todos los circunstantes tan fea y arrugada, y por otra parte con el chincharron mal zurcido y peor apuntado, no pudieron detener la risa; y viendo Sancho que el caballero de la carroza se la estaba mirando de espacio, y se santiguaba viendo su fealdad y la locura de don Quijote, dijo: Bien hace vuesa merced de persinarse, porque no hay cosa en el mundo mejor, según dice el cura de mi lugar, para hacer huir á los demonios: que aunque la señora Reina no lo es por agora, podría ser, si Dios le diese diez años de vida sobre los que tiene, faltarle poco para serlo. El caballero, disimulando cuanto pudo, dijo á Bárbara: Por cierto, señora reina Cenobia, que ahora digo muy de véras que todo lo que el señor Caballero Desamorado nos ha dicho de vuesa merced es mucha verdad, y que él se puede tener por dichoso en llevar consigo tanta nobleza por el mundo, para afrentar y correr á todas las damas que hay en él, especialmente en esta corte: por tanto vuesa merced nos diga de dónde es, y adónde va con este valiente caballero, si es servida; porque esta noche vuesa merced y él y este buen hombre, que dice las verdades desnudas, han de ser mis huéspedes y convidados. Bárbara le respondió: Señor, si vuesa merced es servido, yo no soy la reina Cenobia, como este caballero dice, sino una pobre mujer de Alcalá, que vivo del trabajo de mi honrado oficio de mondonguera; y por mi desgracia un bellaco de un estudiante me sacó, ó por mejor decir, me sonsacó de mi casa; y llevándome á la de sus padres, con nombre de que se quería casar conmigo, me robó cuanto tenía en un pinar, dejándome atada á un pino en camisa; y pasando este caballero con cierta gente, me desataron y llevaron á Sigüenza; y el señor don Quijote, que es el que viene armado (andaba en esto don Quijote enseñando á unos y á otros las pinturas de su adarga, ufano de que tantos le mirasen), á quien falta tanto de juicio cuanto le sobra de piedad, me hizo este vestido y me compró esta mula en que llegase á Alcalá, llamándome por todos los lugares, caminos y ventas la reina Cenobia, y sacándome algunas veces á las plazas para defender, como él dice, mi hermosura, siendo tal por mis pecados como vuesa señoría ve; y agora, queriéndome quedar en mi tierra, me ha persuadido á que venga á la corte, donde dice que ha de matar á un hijo del rey de Córdoba, y á un gigante, que es rey de Chipre, y que á mí me ha de hacer reina de aquel reino; y yo, por no ser desagradecida á las mercedes que me ha hecho, he venido con él, con intento de volver lo más presto que pudiere á mi tierra. Y mire vuesa señoría si manda otra cosa; que me quiero ir; que parece que estos señores que están prescutes se rien mucho, y po-

(2) Cara, se lee en la primera edición; en la tercera, *catadura*.

drian dar ocasion á don Quijote con su risa á que, como loco, hiciese alguna necesidad. Volvió en esto la rienda á la mula, y fué para donde don Quijote estaba; y Sancho dijo al titular: Ya ve vuesa merced, señor mio, cómo la señora Reina es una buena persona, á quien Dios eche en aquellas partes en que más della se sirva; y perdónenos si ella no tiene tan buen hocico como mi amo ha dicho y vuesa merced merece; pues suya es la culpa, suya es la gran culpa, porque yo le he dicho muchas veces que por qué no procuraba que aquel *persignum crucis* que tiene en la cara, se le dieran en otra parte, pues fuera mejor donde no se echara tanto de ver; y ella dice que á quien dan no escoge: por tanto, vuesa merced se venga luego; que ya se acerca la noche para cenar, y á fe que por la gracia de Dios no le menester yo agora más mostaza ni perejil para hacello famosamente, que el apetito que traigo. Con esto, sin más cortesía, comenzó á arrear su asno, y fué para donde estaba Bárbara y don Quijote con toda aquella gente, á la cual tenia suspensa con un largo razonamiento de Rasnura y Lain Calvo, diciendo que les habia conocido, y que era gente muy honrada y para mucho; pero que ninguno dellos llegaba á su persona, porque él era Rodrigo de Vivar, llamado por otro nombre el bravo Cid Campeador. Oyóle Sancho estas últimas razones, y dijo: ¡Oh reniego de cuantos Cides hay en toda la cidería! Venga, señor! Pecador soy yo á Dios; que estas pobres cabalgaduras están de suerte que no pueden echar la palabra del cuerpo, segun están de cansadas y muertas de hambre. ¡Qué mal, oh Sancho, respondió don Quijote, conoces tú á este caballo! Yo te juro que si le preguntases, y él te supiese responder, cuál quiere más, estar escuchando lo que yo digo de guerras, batallas y noblezas de caballeros, ó media hanega de cebada, que él diría que gusta sin comparación más de que hable de aquí al día del juicio, que no de comer ni beber; y es cierto se estaría dias y noches escuchándome con mucha atención. Estando en esto, llegó un criado del titular diciendo á don Quijote: Señor Caballero Desamorado, mi señor le suplica se venga conmigo á su casa, porque quiere que vuesa merced, la reina Cenobia y su fiel escudero sean sus huéspedes y convidados esta noche y en todos los demás dias que á vuesa merced le pluguiere, hasta que se remate el desafío á que le tiene aplazado. Señor caballero, respondió don Quijote, con notable gusto iremos á servir al príncipe Periano: por tanto no hay sino guiar hacia allá; que todos iremos siguiendo.

CAPITULO XXX.

De la peligrosa y dudosa batalla que nuestro caballero tuvo con un paje del titular y un alguacil.

El criado, don Quijote, Sancho y Bárbara comenzaron á caminar hacia casa del titular que les habia convidado, con no poca admiracion de cuantos los topaban por las calles, ni menor trabajo del criado en decir á unos y á otros el humor y nombre del armado, y calidad de la dama, y adónde y para qué fin los llevaba. Con esta molestia los entró en casa de su señor, y mandando dar recado á las cabalgaduras, los subió luego á los tres á un rico aposento, diciendo á don Quijote: Aquí, señor caballero, puede vuesa merced reposar, quitarse las armas y asentarse en esta silla hasta que mi señor venga; que no puede tardar mucho. A lo cual respondió don Qui-

jote que no estaba acostumbrado á desarmarse jamas por ningun caso, y ménos en tierra de paganos, donde no sabe el hombre de quién se ha de fiar ni lo que puede fácilmente suceder á los caballeros andantes, en deshonra del valor de sus personas. Señor, replicó el criado, aquí todos somos amigos, y deseamos servir á los caballeros de la calidad de vuesa merced, y así bien puede estar en esta casa sin cuidado ni recelo de contraria fortuna. Pero viendo que todavía porfiaba en no quererse desarmar, se fué diciendo hiciese su gusto y aguardase á que su señor viniese, dejándolos con un paje de guarda para mayor seguridad de que no saliesen de casa. Comenzó don Quijote á pasear por la sala, y viéndose Bárbara con buena ocasion y á solas para hablarle, lo hizo diciéndole: Yo, señor don Quijote, he cumplido mi palabra en venir con vuesa merced hasta la corte; y pues ya estamos en ella, le suplico me despache lo mas presto que pudiere, porque tengo de volverme á mi tierra á negocios que me importan; tras que temo, lo que Dios no quiera, que aquel alguacil que iba con el señor de la carroza, á quien vuesa merced llamaba príncipe de Persia, nos ha hecho traer á esta casa para saber quién es vuesa merced y quién soy yo; y es cierto que viendo como ando en compañía de vuesa merced, ha de pensar que estamos amancebados, y nos harán llevar á la cárcel pública, donde temo serémos rigurosamente castigados y afrentados; y vuesa merced créame, y guárdese no le pongan en ocasion de gastar en ella ese poco dinero que le queda; y despues, cuando quiera, volviendo sobre sí, meterse en su tierra, no se vea forzado á haber de mendigar; por eso mire lo que en este negocio debemos hacer, pues en todo seguiré de bonísima gana su parecer. Señora reina Cenobia, dijo don Quijote, yo sé claramente que el caballero que iba en la carroza es el príncipe Periano de Persia, y el que llama alguacil es un escudero honrado suyo: por tanto pierda vuesa merced el miedo: estése conmigo, por me hacer placer, siquiera seis dias en esta corte; que despues yo propio la volveré á su tierra con más honra que piensa. Par Dios, señor don Quijote, dijo Sancho estando en estas razones, que aquel que iba en la carroza, que nosotros llamamos pagano, oí decir á no sé cuántos que era un no sé quien, si sé quien, hombre bonísimo y cristiano; y á fe que me lo parece, lo uno por su caridad, pues nos ha convidado á cenar y á comer con tanta liberalidad; lo otro porque si él fuera pagano, claro está que estuviera vestido como moro, de colorado, verde ó amarillo, con su alfanje y turbante; pero él está, cual Dios le hizo y su madre le parió y vuesa merced ha visto, todo vestido de negro, y todos cuantos le acompañaban iban de la misma suerte; y más, que ninguno hablaba en lengua pagannna, sino en romance, como nosotros. Porfió á esto don Quijote con cólera, diciendo: Pues aunque tú y la Reina digais lo que quisieredes, éles sin falta ninguna el que ya tengo dicho. Entónces Bárbara llamó al paje que estaba á la puerta, y le dijo: Díganos, señor mancebo, aquel señor que iba en la carroza por el Prado, acompañado de tanta gente, á quien este caballero y yo hablámos, ¿quién es? El paje le respondió quién era y su calidad, y cómo los habia mandado expresamente traer á su casa. ¿Y qué nos quiere hacer? replicó Sancho; no nos veamos en otra tribulacion como en la que yo me vi en la cárcel de Sigüenza, tan cargado de piojos, que aun de los que me quedan desde entónces,

podría hinchir media docena de almohadas. Ninguna cosa pretende mi señor, respondió el paje, sino tener con vuestras mercedes algun buen rato de entretenimiento, y regalarles. Veni acá, paje, dijo don Quijote: ¿vuestro amo no se llama Periano de Persia, hijo del gran soldan de Persia y hermano de la infanta Imperia, competidor del nunca vencido don Belianis de Grecia? Rióse muy de propósito el paje cuando oyó tantos disparates, y respondióle: Ni mi señor es príncipe de Persia ni turco, ni en su vida estuvo allá ni vió á don Belianis de Grecia, cuyo libro mentiroso tengo yo en mi aposento. ¡Oh paje vil y de infame ralea! dijo don Quijote: ¡y mentiroso llamas á uno de los mejores libros que los famosos griegos escribieron! Tú y el bárbaro turco de tu amo sois los mentirosos, y mañana se lo haré yo confesar á él, mal que le pese, delante del Rey, con los filos desta espada. Digo, respondió el paje, que mi señor es muy buen cristiano, caballero de lo bueno, y conocido en España; y quien lo contrario dijere, miente y es un bellaco. Don Quijote, que tal oyó, metió mano á su espada y se fué, hecho un rayo, para el paje. El, en viéndolo, se bajó por la ancha escalera á la calle, y saliendo á su puerta, decía á voces: Salga el bellaco que pone lengua en mi señor; que yo haré que le cueste caro. Y diciendo y haciendo tomó una piedra de la calle contra don Quijote, el cual salió también á ella armado como estaba; y con la espada en la mano y cubierto con su adarga, se fué contra el paje, el cual anticipándose en la ofensa, le tiró la piedra que tenía, con tal furia, que le dió con ella tal y tan desatinado golpe, que á no hallarle el pecho armado le pusiera la vida en contingencia. Al ruido y voces que todos daban se llegó mucha gente; y como vieron aquel hombre armado con la espada y adarga, amenazando y aun arremetiendo al paje del conocido titular, no sabían qué se decir. Llegaron dos alguaciles con sus corchetes luego al corrillo, y viendo lo que pasaba, se le acercó el uno, é intentando quitarle la espada, le dijo: ¿Qué haceis, hombre de Barrabas? ¿Estáis loco? ¡En tal puesto y contra paje de persona de prendas tales, cual es el dueño dél y de esta casa, meteis mano! Venga la espada luego, y venios á la cárcel; que á fe que os acordaréis de la burla más de cuatro pares de dias. No respondió palabra don Quijote, sino que echando un pié atrás y levantando la espada, dió al bueno del alguacil una gentil cuchillada en la cabeza, de la cual le comenzó á salir mucha sangre. Viendo esto el herido alguacil, comenzó á dar voces diciendo: ¡Favor á la justicia; que me ha muerto este hombre! Llegáronse al ruido mil corchetes y alguaciles y otras personas, metiendo todos mano á sus espadas contra don Quijote, el cual con mucha alegría decía: Salga Periano de Persia con todos sus aliados; que yo les daré á entender que él y cuantos en esta casa viven son perros enemigos de la ley de Jesucristo. Y con esto arrojaba á dos manos cuchilladas á todas partes. El pobre Sancho estaba á la puerta mirando lo que su amo hacia, y dijo en voz alta: Eso sí, señor don Quijote, no se dé por vencido á esos bellacos de turcos, que le llevarán al Alcoran, y le circuncidarán mal que le pese, y despues le pondrán á los piés unas trabas de hierro, como á mí en Sigüenza. En esto cargó tanta gente sobre nuestro buen lidalgo, que á pesar suyo le quitaron la espada, y agarrándole media docena de corchetes, le ataron las manos atrás. Acertó á pasar

por allí, cuando andaba en esta refriega, que era al anochecer, un alcalde de corte en su caballo, el cual viendo tanta gente junta, preguntó qué era la causa de aquello, y uno de los circunstantes le dijo: Señor, una grandísima desvergüenza; que un hombre armado de todas piezas ha entrado en esta casa, do vive, como vuesa merced sabe, tal titular, y ha querido matar en ella un paje suyo, y queriéndole prender ciertos alguaciles por ello y la resistencia que les hacia, temerariamente ha dado á uno de ellos una muy buena cuchillada. ¡Mal caso! respondió el alcalde de corte; y llegando donde los corchetes tenían á don Quijote sin poderle llevar, segun se resistia, mandó que le dejaran; y así le levantaron de tierra, y puesto en pié, atadas las manos atrás, le dijo el alcalde, maravillado de verle de aquella suerte y con tanta cólera: Veni acá, hombre del diablo: ¿de dónde sois y cómo os llamais, que tanto atrevimiento habeis tenido en casa de dueño de tan ilustres calidades? Don Quijote le respondió: Y vos, hombre de Lucifer, que eso preguntais, ¿quién sois? Lo que habeis de hacer es ir vuestro camino adelante mucho de noramala, y no meteros en lo que no os va ni os viene; que yo, quien quiera que fuere, soy cien veces mejor que vos y la vil puta que os parió, y os lo haré confesar aquí á voces, si subo en mi preciado caballo y tomo la lanza y adarga que aquesta soez y vil canalla me ha quitado; pero yo les daré el castigo que su loco atrevimiento merece, en matando al rey de Chipre Bramidan de Tajayunque, con quien tengo aplazada batalla delante del rey Católico; y juntamente tomaré venganza del príncipe Periano de Persia, cuyas son estas casas, si no castiga la descortesía que los de su real palacio me han hecho, siendo yo Fernan Gonzalez, primer conde de Castilla. Maravillóse el alcalde de corte de oír los disparates de aquel hombre; pero uno de los corchetes dijo: Vuesa merced, señor, crea que este hombre es más bellaco que bobo, y ahora que ha hecho el disparate y lo conoce, se hace loco para que no le llevemos á la cárcel. Ahora sus, dijo el alcalde de corte, llévenle á ella, y pónganle á buen recado hasta mañana que salga á la audiencia y se vea su pleito. Con esto le comenzaron á asir los corchetes, resistiéndose él cuanto podia. Sucedió pues que á esta hora, que ya eran cerca de las nueve, llegó el titular á la puerta de su casa con mucho acompañamiento, y como vió tanta gente junta en su calle, preguntó la causa, y llegándose á él el alcalde de corte, le contó cuanto aquel hombre armado habia hecho y dicho. En oyéndolo, se rió mucho el titular dello, y refiriendo al alcalde lo que don Quijote era, y cómo por su orden le habian traído á su casa, le suplicó le soltase, dándole como en fiado; que él se obligaba á entregársele siempre que le requiriese ó constase que no era lo que le contaba, obligándose juntamente á todos los daños y costas de la cura del alguacil y á satisfacerle bastantemente. Lo mismo le rogaron todos los circunstantes que le acompañaban, deseosos de pasar la noche con el entretenimiento que les prometia el humor del preso y de los que venían en su compañía. Vióse obligado el alcalde, viendo los ruegos y seguridades que le daban gente tan principal, á condescender con su deseo; y así mandó á los corchetes le soltasen y entregasen al dicho titular, el cual viéndole libre, le dijo: ¿Qué es esto, señor Caballero Desamorado? Qué aventura es esta que le ha sucedido? Respondió

don Quijote : ¡ Oh mi señor Periano de Persia ! No es nada ; que como toda esta gente es gente bahuña , no he querido hacer batalla con ella , aunque creo que alguno la llevado ya el pago de su locura . En esto llegó Sancho , el cual estaba de léjos mirando todo lo que su amo había padecido ; y quitándose la caperuza , dijo : ¡ Oh señor príncipe ! Su merced sea bien venido para que libre á mi señor destes grandísimos bellacos de alcaldes , peores que el de mi tierra , pues se han atrevido á quererle llevar agarrado á la cárcel , cual si no fuera tan bueno como el rey y papa y el que no tiene capa ; que he visto el negocio de suerte , que si no fuera por vuesa merced , creo que sin duda lo efectuaran , y aun yo , á no temerles , les diera dos mil mojicones . Bien podeis creer , amigo , dijo el caballero , que si no lo fuera yo tanto del alcalde de corte como lo soy , y el respeto que él , como tal , me tiene , que lo pasara mal el señor don Quijote : — á quien asiendo de la mano tras esto , dijo : Venga vuesa merced , señor príncipe de Grecia , y éntre en mi casa ; que en ella todo se hará bien , y los bellacos de sns contrarios serán castigados como merecen . Y despidiéndose con mucho comedimiento de algunos de los que le acompañaban , como lo había hecho ya del alcalde , se subió arriba con don Quijote y con Sancho . Quedáronse los corchetes hechos unos matachines en la calle sin la presa , y pasmados de ver que el titular llevase aquel hombre á su lado llamándole príncipe .

CAPITULO XXXI.

De lo que sucedió á nuestro invencible caballero en casa del titular , y de la llegada que hizo en ella su cuñado don Carlos en compañía de don Alvaro Tarfe .

En subiendo arriba , dió órden el señor á su mayordomo llevase á cierto cuarto á don Quijote , Bárbara y á Sancho , y les diese bien y abundantemente de cenar ; y habiéndolo ellos hecho , y lo mismo él , mandó al mismo mayordomo le sacase en su presencia á Bárbara , para dar principio al entretenimiento que pensaban tener él y los que habían cenado en su compañía , que eran algunos caballeros , con los dislates de don Quijote , confiando les daría cuenta de su principio y causa la dicha Bárbara . Bajó pues ella , no poco turbada y medrosa de verse llamar á solas ; y puesta en presencia de los caballeros , la dijo el que la había hospedado : Díganos la verdad desnuda , señora reina Cenobia , de su vida y de la deste galán y valeroso caballero andante que tanto la cela y defiende . La mia , señores ilustrísimos , es la que tengo dicha en el Prado , breve y llena de altos y bajos , como tierra de Galicia . Bárbara de Villalobos me llamo , nombre heredado de una agüela que me crió , buen siglo haya , en Guadalajara : vieja soy , moza me ví , y siéndolo , tuve los encuentros que otras , no faltándome quien me rogase y alabase , ni á mí me faltaron los ordinarios desvanecimientos de las demas mujeres , creyendo aun más de lo que me decía de mi tallo y gracia el poeta que me la celebraba , pues lo era el bellacon que á cargo tiene mi pudicia : entreguécela , y entreguémele amándole , y mintiendo á las personas que me pedían de derecho cuenta de mis pasos . Supiéronse presto en Guadalajara los en que andaba ; que no hay cosa más parlara que una mujer , perdido el recato , pues en lengua , manos , piés , ojos , meneos , traje y galas trae escrita su propia deshonra : sintió mi agüela la mia á par de muerte , y murió

presto del sentimiento : túvele yo grande por ello , y más porque mi Escarraman me había ya dejado . Hube de heredarla : vendí los muebles y hice todo el dinero que pude dellos , con que me bajé á Alcalá , do he vivido más de veinte y seis años , ocupada en servir á todo el mundo , y más á gente de capa negra y hábito largo ; que en efecto soy naturalmente inclinada á cosa de letras ; si bien las mias no se extienden á más que á hacer y deshacer bien una cama , á aderezar bien un menudo , por grande que sea , y sobre todo , á dar su punto á una olla podrida , y ababar de pópulo bárbaro una escudilla de repollo , sopas y caldo . Lo demas de la desgracia última que me sacó de aquella vita bona , ya se lo tengo dicho á vuesa señoría en el Prado , y le he dado cuenta de cómo creí al socarron del aragones , que me dió á entender se casaría conmigo si , vendidos mis muebles , le segnia hasta su tierra ; mejor le siga la desgracia , que él cumplió lo prometido : yo sí que fui tonta , y así es bien que quien tal hace que tal pague . Metíome en un pinar , y hurtóme cuanto llevaba , dejándome aporreada y maniatada en camisa : pasó por allí este locazo mentecato de manchego con el tonto de Sancho Panza y otros que iban con ellos , y sintiendo mis lamentos , me desataron y anpararon , trayéndome consigo hasta Sigüenza , do me vistió don Quijote de la ropa que traigo , con que me veo obligada á acompañarle hasta que se canse de llamarme reina Cenobia , y de sufrir él y su escudero los porrazos é injurias que los he visto sufrir en Sigüenza y en la venta vecina de Alcalá , do el autor de tal compañía de comediantes les apuró de suerte , que por poco acabaran con sus desventuradas aventuras . Refirió tras esto cuanto en la venta y en Alcalá les había sucedido , hasta llegar al Prado , con un desenfado y donaire que á todos les admiró y provocó á risa . Mandaron para cumplimiento de la farsa bajar á don Quijote y á Sancho ; y puestos ambos en su presencia , el amo armado y el criado encaperuzado , dijo el titular á don Quijote : Bien sea venido el nunca vencido Caballero Desamorado , defensor de gente menesterosa , desfaedor de tuertos y endilgador de justicias . Y asentándole junto á sí , y á Bárbara á su lado , que no se quiso asentar de otra suerte , prosiguió , estando la sala llena de la gente de casa , que perecía de risa : ¿ Cómo le va á vuesa merced en esta corte desde que está en ella ? Dénos razon de lo que siente de su grandeza , y perdóname el atrevimiento que he tenido en querer alojar en mi casa personas de tan singular valor , cual son vuesa merced y la señora reina de las Amazonas , recibiendo la voluntad con que le sirvo , pues ella suple la falta de las obras . Esa recibo , respondió don Quijote , invicto príncipe Periano , y lo mismo hace la poderosa reina Cenobia , que aquí asiste honrando esta sala ; y tiempo vendrá en que yo pague tan buenos servicios con ventaja , y será cuando yendo con el duque Alifron persiano á la gran ciudad de Persépolis , le haga casar á vuesa merced á pesar de todo el mundo con su bella hermana , llamándome entónces yo , por la imágen que traeré en el escudo , el Caballero de la rica Figura , pues será la que llevaré pintada al vivo en él , de la infanta Florisbella de Babilonia . Suplico á vuesa merced , dijo el titular , que era hombre de gallardo humor , no toque esa tecla de la infanta Florisbella , pues sabe que yo ando muerto por sus pedazos ; y hágame merced de que se quede este ne-

gocio aquí; que presto se averignará la justicia de mi pretension en esta parte, entrando con vuesa merced en la batalla campal que tengo aplazada. Su ejecucion insto, replicó don Quijote, y barras derechas. Salió Sancho Panza en oyendo esto, y dijo: Par diez, señor pagano, que vuesa merced es tan hombre de bien como yo haya visto en toda la Paganía otro, dejando aparte que es mal cristiano, por ser, como todo el mundo sabe, turco; y así no querria pusiese la vida al tablero, entrando en batalla con mi señor; que sería mal caso viniese á morir á sus manos quien en su casa nos ha hecho servicio de darnos de cenar como á unos papagayos, tantos y tales guisados, que bastaban á tornar el cuerpo al alma de una piedra. ¿Sabe con quién querria yo que don Quijote mi señor hiciese pelea? Con estos demonios de algnaciles y porteros que nos hacen á cada paso terribles desagnisados, y tales cual es el en que nos acabamos de ver ahora, pues nos han puesto á amo y criado en el mayor aprieto que nos habemos visto desde que andamos por esos mundos á caza de aventuras; y si no fuera porque vino á buen tiempo vuesa merced, mi señor se viera como en Zaragoza, á medio azotar; pero yo le juro por vida de los tres reyes de Oriente y de cuantos hay en el Poniente, que si cojo alguno dellos en descampado y de suerte que pueda hacer dél á mi salvo, que me tengo de hartar de darle de mojicones, dándole mojicon por aquí y mojicon por allí, este por arriba y este otro por abajo. Decia esto Sancho con tal cólera, dando mojicones por el aire, como si verdaderamente se aporreará con el algnacil, dando mil vueltas al derredor, hasta que cayéndosele la caperuza en el suelo, la levantó diciendo: A fe que lo puede agradecer á que se me cayó la caperuza; que á no ser esto, llevara su merecido el muy guiton, para que otra vez no se atreviera, ú otro tal cual él, á tomarse con un escudero andante tan honrado como yo, y de tan valeroso dueño como mi señor don Quijote. Rieron cuantos en la sala estaban de ver la necia cólera de Sancho, al cual dijo el titular: Yo, señor Sancho, no puedo dejar de salir en batalla con el señor Caballero Desamorado, de la cual saldré sin duda con vitoria, porque mi valor es conocido, y singular es el favor que cierto mago que tengo de mi parte me da siempre. Eso se verá, replicó don Quijote, á las obras á que me remito. Parecióles en esto á todos que era bien dar lugar á la noche, y levantándose de la silla el titular, dijo á don Quijote: Mire vuesa merced, señor Desamorado, lo que emprende en emprender á pelear conmigo, y duerma sobre ello. Sobre una muy buena cama dormirá mejor mi señor, respondió Sancho, y yo y la señora reina, otro que tal. No faltarán esas, dijo el titular. Y mandando llevarlos á ellas, se fuéron á acostar todos. Dos ó tres dias tuvieron los del palacio semejantes y mejores ratos de entretenimiento á todas horas con los tres huéspedes, que jamas los dejaron salir de casa, conociéndoles el humor y cuán ocasionados eran para alborotar la corte. Al cabo dellos quiso Dios que llegasen á ella don Carlos con su amigo don Alvaro, á quien por aguardar que convaleciese de una mala gana que le habia sobrevenido en Zaragoza, no quiso dejar don Carlos, y esta fué la causa de no haber llegado mucho ántes. Alborotóse y regocijóse toda la casa con su venida; que la deseaban para celebrar y concluir el casamiento del dueño della todos; y al cabo de rato que estaban los

huéspedes en ella, acaso les dijo el titular cómo les daria muy buenos ratos de entretenimiento con tres interlocutores que tenia de lindo humor para hacer ridiculos entremeses de repente; y diciéndoles quién eran, y del modo que los habia hallado y llevado á su casa, y lo que en ella con ellos les habia sucedido, holgaron infinito don Carlos y don Alvaro de la nueva, porque venian igualmente deseosos y cuidadosos de don Quijote, á quien despues de cena mandaron salir, como solian, á la sala con Sancho y Bárbara, de cuya vida ya habia dado el título tambien noticia á don Carlos y á don Alvaro, como ellos se la habian dado á él de cuanto les habia pasado en Zaragoza con él y su escudero Sancho, y en particular don Alvaro, que se la dió de los sucesos del Argamesilla. Determinaron los dos no dárselos á conocer al principio; y calándose los sombreros, sentados al lado del titular, á la que se entraron por la sala los tres, reina, amo y criado, empezó á hablar del tenor siguiente el fingido Perianeo: Presto, valeroso manchego, mediré mi espada con la vuestra si perseverais en vuestros trece de no rendirmeos, dejando de favorecer á don Belianis de Grecia; y es cierto quedaréis en la batalla infamemente vencido, pues tengo de mi parte aquí á mi lado el sabio Friston, mi diligentísimo historiador y gran agente de mis partes. Y diciendo esto, señaló á don Alvaro, el cual cubriéndose lo mejor que pudo, se puso luego en pié entre don Quijote y Sancho (que Bárbara ya ocupaba su ordinario asiento), y dijo con voz hueca y arrogante: Caballero Desamorado de la infanta Dulcinea del Toboso, á quien tanto un tiempo adoraste, serviste, escribiste y respetaste, y por cuyos desdenes hiciste tan áspera penitencia en Sierra Morena, como se cuenta en no sé qué anales que andan por ahí en humilde idioma escritos de mano por no sé qué Alquife: ¿eres tú por ventura don Quijote de la Mancha, cuya fama anda esparcida por las cuatro partes del mundo? Y si lo eres, ¿cómo estás aquí tan cobarde cuanto ocioso? Don Quijote, oyendo esto, volvió la cabeza diciéndole: Responde tú, Sancho, á este sabio Friston, porque no merece el oír la respuesta que pretende de mi boca, pues no me tiro ni pongo con gente que no tiene más de palabras, cual estos encantadores y nigrománticos. Quedó Sancho muy alegre de oír lo que su amo le mandaba, y poniéndose frente á frente de don Alvaro, cruzados los brazos, le dijo con voz furiosa desta manera: Soberbio y descomunal sabio, nosotros somos esos de las cuatro partes del mundo por quien preguntas, como tú eres hijo de tu madre y nieto de tus abuelos. Pues esta noche, replicó don Alvaro, tengo de hacer un tan fuerte encantamiento en daño vuestro, que llevando por los aires á la reina Cenobia, la pome en un punto en los montes Pirineos, para comerla allí frita en tortilla, volviendo luego por tí y tu escudero Sancho Panza para hacer lo mesmo de ambos. Por nosotros decimos, respondió Sancho, que no queremos ir allá ni nos pasa por la imaginacion: si quiere llevar á la reina Segovia, hágalo muy en hora buena; que nos hará mucho placer en ello, y el diablo lleve á quien lo contradijere, pues no nos sirve de otra cosa por esos caminos más que de echarnos en costa, que ya habemos gastado con ella en mula y vestidos más de noventa ducados, sin lo que ha comido; y lo bueno es que quien despues se lleva la mejor parte, son los mozos de los comediantes: solo le advierto, como amigo, que si ha de llevarse-

la, mire bien cómo la come; porque es un poco vieja y estará dura como todos los diablos; y así lo que podrá hacer, será echalla en una olla grande (si la tiene) con sus herbas, nabos, ajos, cebollas y tocino, y dejándola cocer tres ó cuatro días, estará comedera algun tanto, y será lo mesmo comer della que comer de un pedazo de vaca, si bien no le tengo envidia á la comida. No pudo don Alvaro, oyendo esto, disimular más, viendo que todos se reian, y así se fué para don Quijote los brazos abiertos diciéndole: ¡Oh mi señor Caballero Desamorado! déme esos brazos, y mireme bien á la cara, que ella le dirá cómo el que le habla y tiene delante es don Alvaro Tarfe, su luésped y gran amigo. Don Quijote le conoció luego, y abrazándole le dijo: ¡Oh mi señor don Alvaro! Vuesa merced sea bien venido: ya me espantaba yo que el sabio Frisdon se desvergonzara tanto conmigo; pero no ha estado mala la burla que vuesa merced nos ha hecho á mí y á Sancho mi criado. Sancho, que oyó lo que su amo decía á don Alvaro, luego le conoció, hincándose de rodillas á sus piés, y puesta la caperuza en las manos, le dijo: ¡Oh mi señor don Tarfe! Vuesa merced sea tan bien venido como lo fuera agora por esa sala una olla cual la que yo acabo de guisar de la reina Segovia, y perdóneme la cólera; que como dijo que era aquel maldito sabio que nos queria llevar á los montes Pirineos, mil veces he estado tentado con estos aunque pecadores puños cerrados, para cargarle de mojicones ántes que saliera de la sala, confiado de que al primer repiquete de broquel me habia de ayudar mi señor don Quijote. Don Alvaro le respondió: Yo le agradezco mucho, señor Sancho, la buena obra que me queria hacer; pues á fe que no se las he hecho yo tan malas en Zaragoza en mi casa y en la del señor don Cárlos, do les dábamos aquellos regalados platos que vuesa merced sabe. ¿Dónde, replicó Sancho, está el señor don Cárlos? Aquí está para servirlos, respondió el mismo, levantándose de su asiento á abrazar á don Quijote, como realmente lo hizo, con igual retorno dél y de su criado; y luego le dijo: No llegará á esta corte, señor don Quijote, si no fuera por apadrinarle en la batalla que ha de hacer con el rey de Chipre Bramidan, sacándole del mundo, pues me dicen dél está en medio de la plaza Mayor desafiando cada día á cuantos caballeros la pasean, y venciéndolos á todos, sin haber quien le resista: cosa que tiene al Rey y grandes del reino no poco corridos, y están por momentos aguardando á que Dios les depare un tal y tan buen caballero, que sea bastante á vencer y cortar la cabeza á tan infernal monstruo. Don Quijote le respondió: Ya me parece, señor don Cárlos, que los pecados y maldades del rey de Chipre, los enales dan voces delante de Dios, han llegado á su último punto; y así esta tarde sin falta se le dará el castigo que sus malas obras piden. Haga cuenta vuesa merced, dijo Sancho, señor don Cárlos, que hoy acabamos con ese demonio de gigante que tan cansados nos tiene; pero porque entienda mi señor don Quijote que no le recibido en vano el orden de escudelería, dijo, que yo tambien quiero hacer batalla delante de todo el mundo con aquel escudero negro que dicho gigante trae consigo, á quien yo vi en Zaragoza en casa del señor don Alvaro, porque me parece que no tiene espada ni otras armas ningunas, y que está de la manera que yo estoy; y así digo que se las quiero tener tiesas, y hacer con él una sanguiuolenta pelea de coces, mojicones, pellizcos y

bocados; que si es escudero él de un gigante pagano, yo lo soy de un caballero andante cristiano y manchego; y escudero por escudero, Valladolid en Castilla, y amo por amo, Lisboa en Portugal. ¡Mirad qué cuerpo non de Dios con él y con la negra de su madre! Pues gnárdesese de mí como del diablo; que si ántes de entrar en la pelea me como media docena de cabezas de ajos erudos, y me espeto otras tantas veces del tinto de Villarobledo, arrojaré el mojicon que derribe una peña. ¡Oh pobre escudero negro, y qué bellaca tarde se te apareja! Más te valiera haber quedado en Monicongo con los otros hermanos fanelicos que allá están, que no venir á morir á mojicones en las manos de Panza: vuestas mercedes se queden con Dios; que voy á efetuarlo. Detúvole don Cárlos diciendo: Aguardad, amigo, que aun no es hora de pelear; y desennidad, y dejad el negocio en mis manos. Eso haré de bonísima gana, replicó Sancho, y aun se las beso por la merced que me hace; que manos besa el hombre que las querria ver cortadas. ¡Oh Sancho! dijo don Cárlos; tanto mal os he hecho yo, que querriades verme cortadas las manos! No lo digo por eso, respondió él, sino que me vino á la boca ese refran, como se me vienen otros; y ántes plegue á Dios vea yo manos tan honradas envueltas entre aquellos benditos platos de alhondiguillas y pieles de manjar blanco, que estaban en Zaragoza, pues conio que (1) me iria mal en ello. Volvióse don Quijote, acabadas estas razones, al titular, diciendo: Aquí tengo, príncipe Periano, la flor de mis amigos, y quien dará noticia bastante de mi valor y hazañas á vuesa merced, y le desengañarán de cuán temerario es en no rendirseme, desistiendo de la pretension de la infanta Florisbella, en bien de don Belianis, mi intimo familiar. ¿Pues pretende, respondió don Alvaro, este príncipe entrar con vuesa merced, señor don Quijote, en batalla? Es tan grande su atrevimiento replicó él, que se quiere poner en cuentas conmigo: cosa que siento en el ánima, porque no querria verme obligado á ser verdugo de quien tan honrada y cumplidamente me ha hospedado; pero lo que podré hacer por él, será, para que tenga más largo el plazo para deliberar lo que más le conviniere, entrar primero en batalla con el rey Bramidan de Tajayunque, y luego con el alevoso hijo del rey de Córdoba, en defensa de la inocencia de su reina madre. No es poca merced la que se nos hace á todos, le dijo don Cárlos, en diferir esta batalla; que en efeto á todos nos importa se ahorren pesadumbres entre dos príncipes tan poderosos como es Periano y vuesa merced, y con las largas confío componer sus pretensiones sin agravio de ninguna de las partes. Las del señor príncipe pagano, respondió Sancho, son tales, que me obligan á desearle servir aun en la misma pelea; y haciéndolo desde aquí, le doy por consejo que no salga á ella sino es bien comido; que en fin la tarde es larga; y aun será acertado llevarse alguna cosa fiambre para mientras descansaren, por si acaso le diere gana de comer el cansancio: yo desde aquí le ofrezco llevarlo todo, si quisiere, sobre mi rucio, en unas alforjas grandes que tengo; y más, me ofrezco á mandar á mi amo cuando le haya vencido á su merced y le tenga derribado en tierra y esté para cortarle la cabeza, se la corte poco á poco, porque le haga menos mal. Agradecióle el príncipe Periano los buenos servicios que desaba hacerle, y á su amo

(1) Debe decir: no me iria mal.

le acetó la dilacion de la batalla, mostrando deseaba mucho su amistad, y que temia el haber de salir en campaña con él, supuesto el abono que de su valor daban don Cárlos y don Alvaro, el cual dijo á todos: Paréceme, señores, que estos negocios quedan en buen punto; y así razon será irnos á reposar; que harto tendremos que hacer mañana en dar aviso á toda la corte de la venida del señor don Quijote, y del fin que le trae á ella, que es el deseo grande que tiene de libertalla de las molestias del insolentey Bramidan. Parecióles á todos bien la aguda traza de atajar la prolija conversacion; y encaminándose cada uno para su cuarto, salieron todos de la sala. Apénas estuvo fuera della el pobre Sancho, cuando le cogieron los criados de don Alvaro y de don Cárlos, á quienes conocia él bien, y preguntando del cocinero cojo, y dándose la bien venida entre sí, le dijo uno de ellos: A fe, señor Sancho, que va vuesa merced medrando bravamente; no me desagrada que al cabo de sus dias dé en rufian: por mi vida que no es mala la moza; rolliza la ha escogido, señal de buen gusto; pero guárdela de los gavilanes desta corte, y vuesa merced vaya sobre el aviso, no le coja algun alcalde de corte con el hurto en las manos; que á fe que no le faltarán docientos y galeras; que liberalísimamente se dan esas prebendas en la corte. No es mia la moza, respondió Sancho, sino del diablo que nos la endilgó en camisa en medio de un bosque; y de esa suerte y por el tanto la podrán tomar vuestas mercedes siempre que quisieren; que la ropa que trae nuestro dinero nos cuesta; y juro non de Dios que si por ella me diesen, no digo docientos azotes y galeras, sino cuatro mil obispos, que la diera á Barrabas á ella y á todo su linaje, y que hiciera que se acordara de mí miéntras viviera. En esto se le subieron á dormir á sus aposentos, haciéndole decir dos mil dislates á barato de los relieves que de la cena les habian quedado.

CAPITULO XXXII.

En que se prosiguen las graciosas demostraciones que nuestro hidalgo don Quijote y su fidelísimo escudero Sancho hicieron de su valor en la corte.

Parecióles al titular y á don Cárlos que la primera cosa que habian de hacer, salidos de casa y oída misa, era besar las manos á su majestad y á algunos señores de calidad y del consejo, dándoles parte del estado del casamiento. Efectuáronlo pues así, saliendo acompañados de don Alvaro y de otros amigos que habian venido á visitar á don Cárlos. Ya estaban levantados sus huéspedes don Quijote, Bárbara y Sancho á la que salian de casa; que no tuvieron poco en qué entender con ellos en hacerles quedar en ella; que no habia remedio con don Quijote, sino que les habia de honrar con su compañía, subido en Rocinante; y á puras promesas de que enviarian luego por él, dada razon de su venida á los grandes, le hicieron quedar, aunque no sin guardas, para que de ninguna suerte le dejasen á él ni á los de su compañía salir de casa. A la que los señores salian della, se asomó de prisa Sancho á una ventana, diciendo á voces: Señor don Cárlos, si acaso topare por allí aquel escudero negro, mi contrario, dígame que le beso las manos, y que se apareje para esta tarde ó mañana para acabar aquella batalla que sabe con uno de los mejores escuderos que tiene barbas en cinta; y más, que le desafio para despues de la pelea, á quien segará mejor y más apriesa, y aun le daré dos ó tres gabillas de ventaja,

con tal condicion que comamos primero un gentil gazapo con su ajo; que yo lo sé hacer á las mil maravillas. Tiróle en esto don Quijote del sayo con cólera, diciendo: ¿Es posible, Sancho, que no ha de haber para tí guerra, conversacion ni pasatiempo que no sea de cosas de comer? Deja estar al escudero negro; que sobre mí que el te venga sobrado á las manos; y aun á fe que entiendo que habrás bien menester las tuyas para él. No habré, replicó Sancho, porque pienso ir prevenido á la pelea, llevando en la mano zurda una gran bola de pez blanda de zapatero, para cuando el negro me vaya á dar algun gran mojicon en las narices, reparar el golpe en dicha bola, pues es cierto que dando él el golpe en ella con la furia que le dará, se le quedará la mano pegada de manera que no la pueda desasir; y así, viéndole yo con la mano derecha ménos, y que no se puede aprovechar della, le daré á mi salvo tantos y tan fieros mojicones en las narices, que de negras se las volveré coloradas á pura sangre. Hicieron sus visitas el titular, don Cárlos y don Alvaro, teniendo ventura en poder besar las manos de espacio á su majestad, y de poder tratar de sus negocios con él y con los demas señores á quienes tenian obligacion de dar los primeros avisos del casamiento; y en la última visita que hicieron á un personaje de su calidad y muy familiar y amigo, casado con una dama de buen gusto, dieron cuenta de los huéspedes que tenian en casa y de los buenos ratos que pasaban con ellos, pues eran los mejores que señor podia pasar en el mundo. Encarecieron tanto los humores de ellos, que el marido y mujer les rogaron con notables véras se los llevasen á su casa aquella tarde para pasarla buena. Ofreciéronlo de hacer, con condicion de que se habia de fingir el gran archipámpano de Sevilla, y su mujer archipampanesa, diciendo que don Quijote era hombre que solo se pagaba de príncipes de nombres campanudos, porque el tema de su locura era ser caballero andante, desfacedor de agravios, y defensor de reinos, reyes y reinas; y que así se le habia puesto en la cabeza que una feísima mondonguera de Alcalá que traia por fuerza en su compañía, era la reina Cenobia, que no la habia dejado ménos perenal la vana y ordinaria lectura de libros de fabulosas caballerías, á la cual se habia dado por el crédito que daba á todas las quimeras que en ellos se cuentan, teniéndolas por verdaderas. Con este concierto se volvieron á su casa á comer, dando de parte del grande Archipámpano un recado á don Quijote sobremesa, y diciéndole juntamente como todos habian de ir, caído el sol, á besarle las manos él y Sancho, metidos en coches, por ser muy de príncipes pasear la corte aquellos meses en carrozas, y no en caballos. Aceptó la ida don Quijote, y lo mismo hizo Sancho. En pareciéndoles á los señores hora, mandaron aprestar los coches, y metiéndose todos dentro con don Quijote, armado y embroquelado con su adarga, y con Sancho, caminaron hácia la casa del fingido Archipámpano, á quien dieron los pajes luego aviso de las visitas que llegaban. En sabiéndolo, se puso bajo un dosel en una gran sala á recibirles; y entrando el titular, don Cárlos y don Alvaro en ella, le saludaron con notable cortesía y disimulacion, y asentándose por su mandado junto á él, llena la sala de la gente que los acompañaba y de la de casa, y estando en otro cabo della, en un buen estrado, la mujer con algunas dueñas y criadas, se levantó don Alvaro, y

tomando de la mano á don Quijote, le presentó con notable cortesía delante del Archipámpano, diciendo: Aquí tiene vuesa alteza, señor de los flujos y rellujos del mar, y poderosísimo archipámpano de las Indias oceánicas y mediterráneas, del Helesponto y gran Arcadia, la nata y la flor de toda la caballería manchega, amigo de vuesa alteza y gran defensor de todos sus reinos, insulas y penínsulas. Dicho esto, se volvió á sentar, y quedando don Quijote puesto en mitad de la sala, mirando á todas partes con mucha gravedad, puesto el enento de la lanza, que un criado le trajo, en tierra, estuvo callando hasta que vió que todos habian visto y leído las figuras y letras de su adarga; y cuando vió que callaban y estaban aguardando á que él hablase, con voz serena y grave comenzó á decir: Magnánimo, poderoso y siempre augusto archipámpano de las Indias, decendiente de los Hellogábalos, Sardanápalos y demas emperadores antiguos: hoy ha venido á vuestra real presencia el Caballero Desamorado, si nunca le oistes decir, el cual, despues de haber andado la mayor parte de nuestro hemisferio, y haber muerto y vencido en él un número infinito de jayanes y descomunales gigantes, desencantando castillos, libertando doncellas, tras haber deshecho muertos, vengado reyes, vencido reinos, sujetado provincias, libertado imperios, y traído la deseada paz á las más remotas insulas, mirando con los ojos de la consideracion á todo lo restante del mundo, he visto que no hay en toda la redondez dél rey ni emperador que más digno sea y mejor merezca mi amistad, conversacion y trato que vuesa alteza, por el valor de su persona, lustre de sus progenitores, grandeza de su imperio y patrimonio, y principalmente por el esfuerzo que muestra su bella y robusta presencia: por tanto yo he venido, magnánimo monarca, no á honrarme con vos, que asaz tengo de honra adquirida; ni á procurar vuestras riquezas ni reinos, que allí tengo yo el imperio de Grecia, Babilonia y Trapisonda para cada y cuando que los quisiere; ni á deprender cortesías ni otras enalesquier gracias ni virtudes de vuestros caballeros, que mal puede aprender quien es conocido por todos los príncipes de buen gusto, por espejo y dechado de virtud, crianza y de todo prudencial y buen orden militar; sino á que desde este día me tengais por verdadero amigo, pues dello os resultará no solamente honra y provecho, sino juntamente sumo contento y alegría; que llano es que todos los emperadores del mundo, en viéndome de vuestra parte, os han de rendir, mal que les pese, vasallaje, enviar parias, multiplicar embajadores, á fin solo de hacer con vos inviolables y perpetuas treguas mientras yo en vuestra casa estuviere, compelidos del temor que con el trueno de mi nombre y con la gloria de mis hazañas les entrará por los oídos hasta lo íntimo del corazón; y porque veais que la fama que de mis obras habeis oído, no es solamente voz que se la lleva el viento, sino valentías heroicas y conquistas célebres, acabadas con suma felicidad, y felicidad en gloria de orden de la caballería andantesca, quiero que luego en vuestra presencia venga conmigo á las manos aquel soberbio gigante Bramidan de Tajayunque, rey de Chipre, con quien há más de un mes tengo aplazada batalla para delante de vos y de todos vuestros grandes, en cuya presencia le he de cortar la monstruosa cabeza, y ofrecerla á la gran Cenobia, reina hermosísima de las

Amazonas, con cuyo lado me honro, y á quien pienso dar el dicho reino de Chipre entre tanto que este brazo la restituye en el suyo, que el Gran Turco le tiene usurpado, quedándome atras esta victoria; la que tambien espero alcanzar de cierto hijo del rey de Córdoba, tan alevoso, que en mi presencia levantó un falso testimonio á una reina, de quien es aliado; y por remate hacer desistir de la vida ó de su pretension al príncipe Periano de Persia en los amores de la infanta Florisbella, pues los solicita mi grande amigo Belianis de Grecia, y no cumpliria con lo que á quien soy debo si no le dejase sin pretendiente tan importante en tan grave pretension. Vuesa alteza, pues, mande luego á los tres venir por orden á esta real sala; que de nuevo les reto, desafío y aplazo. Dicho esto, quedaron él callando, y todos los demas de la sala tan suspensos de oír los concertados disparates de aquel hombre, y la gravedad y visajes con que los decia, que no sabían quién ni cómo saliese á responderle. Pero al cabo de rato el mismo Archipámpano le dijo: Infinito huelgo, invicto y gallardo manchego, de que hayais querido hacer eleccion de mi corte y de los servicios que en ella os pienso hacer para bien suyo, gloria vuestra y aumento de mis estados, y más de que haya sido vuestra venida á ellos en tiempo que tan oprimidos me los tiene ese bárbaro príncipe de Tajayunque que decís; pero porque es ardua la empresa del duelo que con él teneis aplazado, quiero, para deliberar sobre ello con más acierto, que se dilate hasta que lo consulte con mis grandes; que esotros desafíos de los príncipes Periano y de Córdoba son de ménos consideracion, y fácilmente se compondrán ó rendirán ellos despues, cuando vean triunfais del rey de Chipre. La dilacion pues de su batalla os pido consintais en primer lugar, y en segundo os ruego os retiréis cuanto pndiéredes de las damas de mi casa y corte, pues estando vos en ella, y siendo el Caballero Desamorado, y tan galan, dispuesto, bien hablado y valiente, de fuerza han de estar todas ellas con grandísima vigilancia, y aun competencia, sobre cuál ha de ser la tan dichosa y bien afortunada que os merezca; y no es mi intencion caseis con ninguna dellas, porque pretendo casaros con la infanta mi hija, que allí veis, luego que os vea coronado emperador de Grecia, Babilonia y Trapisonda, y de aquí adelante recibiré á merced de que como yerno mio en espera, tengais esta casa por propia, sirviéndoos della y de mis propios caballeros y criados. Don Carlos llamó en esto por un lado de la silla á Sancho y le dijo: Ahora es tiempo, amigo Sancho, de que el poderoso Archipámpano os conozca y vea vuestro buen entendimiento; y así no perdais la ocasion que teneis; ántes decidle con mucha y buena retórica, se sirva de mandaros dar á vos tambien licencia para hacer la batalla con aquel escudero negro que sabeis, pues venciéndo-le, es cierto os dará el orden de caballería, quedando tan caballero y famoso para toda vuestra vida, como lo es don Quijote. Apénas hubo oído Sancho tal consejo, cuando se puso en medio de la sala, delante de su amo, de rodillas, teniendo la caperuza en las manos, y diciéndole en voz alta: Mi señor don Quijote de la Mancha, si alguna merced le he hecho en este mundo, le suplico por los buenos servicios de Rocinante, que es la persona que más puede con vuesa merced, me dé, en pago della y dellos, licencia para hablar á este señor Arcadepámpano.

nos media docena de palabras de grandísima importancia, pues visto por él mi ingenio, sin duda verná, andandodías y viniendo días, á darme el órden de caballería con los baces y enveses que vuesa merced le tiene. Don Quijote le dijo : Sancho, yo te la doy ; pero con condición que no hagas ni digas necedad alguna de las que sueles. Para eso, dijo Sancho, buen remedio ; póngase vuesa merced tras mí, y en viendo que se me suelta alguna, que no podrá ser ménos, tíreme de la halda del sayo, y verá cómo me desdigo de cnanto hubiere dicho. Llegóse inmediatamente don Quijote al caballero que tenía por archipámpano, y díjole : Para que vuesa alteza, señor mío, vea que como verdadero andante traigo conmigo escudero de calidad, y fidelísimo para llevar y traer recados á las princesas y caballeros con quien se me ofrece comunicar, suplícole oiga este que aquí le presento, llamado Sancho Panza, natural del Argamesilla de la Mancha, hombre de bonisimas partes y respetos ; porque tiene que hablar con vuesa alteza un negocio de importancia, si para ello se le diere licencia. El Archipámpano le respondió que se la daba muy cumplida, pues habia echado de ver en su talle, traje y fisonomía, que no podía ser ménos discreto que su amo. Púsose Sancho luego en medio, y volviendo la cabeza, dijo á don Quijote : Déne vuesa merced esa lanza, para que me ponga como vuesa merced estaba cuando hablaba al Arcapámpanos. Don Quijote le respondió : ¿ Para qué diablos la quieres ? ¿ No ves que no estás armado como yo ? Ya comienzas á hacer necedades. Pues vaya vuesa merced contando, replicó Sancho, que ya tengo una ; y poniendo las manos en arco, sin quitarse la caperuza, con no poca risa de los que le miraban, estuvo un buen rato sin hablar, hasta que viéndolos callar, comenzó á decir, procurando empezar como su amo don Quijote, á cuyas razones habia estado no poco atento : Magnánimo, poderoso y siempre agosto harto de pámpanos... ! Don Quijote le tiró del sayo, diciendo : Di angusto archipámpano, y habla con tiento ; y él, volviendo la cabeza, dijo : ¿ Qué más tiene angusto que agosto, y esotro de pámpanos ? ¿ Todo no se va allá ? Y prosiguió diciendo : Habrá vuesa merced de saber, señor decendiente del emperador Eliogallos y Sarganápalos, que yo me llamo Sancho Panza el escudero, marido de Mari-Gutierrez por delante y por detras, si nunca le oistes decir, el cual por la gracia de Dios y de la santa sede apostólica soy cristiano, y no pagano como el príncipe Periano y aquel bellaco de escudero negro, y há días que ando en mi rucio con mi señor por la mayor parte de este mestreo.... Y volviendo la cabeza á su amo le dijo : ¿ Cómo diablos se llama aquel ? ¡ Oh maldito seas ! replicó don Quijote : hemisferio, simple. ¿ Pues qué quiere agora ? replicó Sancho : haga cuenta que tengo dos necedades á un lado : ¿ piensa que el hombre lia de tener tanta memoria como el misal ? Dígame cómo se llama, y tenga paciencia, que ya se me ha tornado á desgarrar del caletre. Ya te he dicho, respondió don Quijote, que se llama hemisferio. Digo pues, prosiguió Sancho, que tornando á mi cuento, señor rey de Hemisferio, yo no he hasta agora muerto ni dispillarrado aquellos gigantes que mi amo dice ; ántes huyo dellos como de la maldición, porque el que vi en Zaragoza en casa del señor don Carlos, era tal, que ¡ mal año para la torre de Babilonia que se le igualase ! Y así no quiero

nada con él ; allá se las haya con mi señor : con quien quiero probar mis uñas es con el escudero negro que trae, que negra pascua le dé Dios ; que en fin es mi mortal enemigo, y no tengo de parar hasta que me lave las manos en su negra sangre en esta sala, en presencia de todos vuestas mercedes ; que haciéndolo, confío que vuesa altura me hará caballero ; si bien es verdad que puesto en mi rucio, tanto me lo soy como cualquiera : solo advierto que en la pelea no me han de faltar del lado mi amo, el señor don Carlos y don Alvaro, por lo que pudiere ofrecerse ; tras que no hemos de reñir con palos ni espadas, pues con ellas nos podríamos hacer algun daño sin querer, teniendo que curar despues ; sino que ha de ser á finos mojicones ó cachetes, y el que se pudiere aprovechar de alguna coz ó bocado, san Pedro se lo bendiga : bien es verdad que aun en esto tendrá no poca ventaja el bellaco del negro, porque há más de dos años y medio que no le andado á mojicones con nadie, y esto, si no lo usan, se olvida fácilmente como el *Ave Maria* ; pero el remedio está en la mano del señor don Alvaro. ¿ A quien digo ? Lléguese acá, pesia á mi sayo. Diga, señor Sancho, respondió don Alvaro ; que bien le oigo, y haré todo lo que fuere de su gusto. Pues lo que ha de hacer, prosiguió Sancho, es echármele unos antojos de caballo cuando salga á la pelea ; porque no viéndome con ellos, errará los golpes, y llegando yo pasito, ya por este lado, ya por esotro, le daré mil porrazos, hasta que le haga ir á presentarse de rodillas delante de Mari-Gutierrez mi mujer, pidiéndole me ruegue le perdone. Hé aquí, señor rey agosto, ya vencida la batalla y rendido el escudero negro ; y así no hay sino armarme caballero ; que no sufro burlas, y á perro viejo no hay cruz cruz. Por cierto que mereceis, Sancho, dijo el Archipámpano, el órden que pedis de caballería ; yo os le daré el día que se concluyere la batalla con el rey de Chipre, haciéndoos otras mercedes ; pero contadme, por darme gusto, las hazañas del señor don Quijote y las aventuras con que se ha topado por esos hemisferios ; que yo y la Archipampanesa mi mujer, mi hija la infanta, y todos estos caballeros holgarémos mucho de oiros. Apénas le dieron pié para hablar á Sancho, cuando tomó tan de véras la mano á su amo en referir cnanto les habia sucedido, que jamas le dejó hacer baza, por más que con cólera le portiaba, contradecía y desmentia ; y así fué contando lo de Ateca, de ida y de vuelta, y cuanto les habia pasado en Zaragoza, y con la reina Segovia en el bosque, Sigüenza, venta, Alcalá, y hasta la misma corte. Tratóle mal su amo de palabras cuando acabó de decir, y pasaron lindos cuentos sobre la averiguacion del de la ataharre, de que rieron de suerte los circunstantes, que se vió obligado don Quijote á decirles : Por cierto, señores, que me maravilló mucho de que gente tan grave se ría tan ligeramente de las cosas que cada día acontecen ó pueden acontecer á caballeros andantes ; pues tan honrado era como yo el fuerte Amadis de Gantla, y con todo me acuerdo haber leído que habiéndolo echado preso por engaño un encantador, y teniéndole metido en una oscura mazmorra, le echó invisiblemente una melecina de arena y agna fría, tal, que por poco muriera della. Levantóse, acabadas estas razones, el Archipámpano de su asiento, temeroso de que tras ellas no descargase don Quijote algun diluvio de cuchilladas sobre todos (que

se podía temer dél, según se iba poniendo en cólera; y llegándose á su mujer, le preguntó qué le parecía del valor de amo y criado; y celebrándolos ella por piezas de rey, le dijo don Carlos: Pues lo mejor falta por ver á vuesa alteza, que es la reina Cenobia; y si no, dígalo Sancho: el cual replicó, mirando á las damas circunstantes: Par diez, señoras, que pueden vuestras mercedes ser lo que mandaren; pero en Dios y en mi conciencia le juro que las excede á todas en mil cosas la reina Segovia; porque, primeramente, tiene los cabellos blancos como un copo de nieve, y sus mercedes los tienen tan prietos como el escudero negro mi contrario: pues en la cara; y no se las deja atrás! Juro non de Dios que la tiene más grande que una rodela, más llena de arrugas que gregüescos de soldado, y más colorada que sangre de vaca; salvo que tiene medio jeme mayor la boca que vuestras mercedes, y más desembarazada, pues no tiene dentro de ella tantos huesos ni tropezos para lo que pusiere en sus escondrijos; y puede ser conocida dentro de Babilonia, por la línea equinoccial que tiene en ella: las manos tiene anchas, cortas y llenas de berrugas; las tetas largas, como calabazas tiernas de verano. Pero ¿para qué me canso en pintar su hermosura, pues basta decir della, que tiene más en un pié que todas vuestras mercedes juntas en cuantos tienen? Y parece, en fin, á mi señor don Quijote pintipintada, y así dice della él, que es más hermosa que la estrella de Vénus al tiempo que el sol se pone; si bien á mí no me parece tanto; como media noche era por hilo, los gallos querían cantar. Celebraron mucho todos el dibujo que Sancho había hecho de la reina Cenobia, y rogaron á don Carlos la trajese allí el día siguiente á la misma hora; y prometiéndolo él, y llamando al titular su cuñado, que estaba apartado á un lado apaciguando á don Quijote, les suplicaron á ambos les dejasen aquella noche en casa á Sancho. Condescendieron con los ruegos del Archipámpano, y en particular don Quijote, á quien el titular, don Alvaro y don Carlos dijeron no podía contradecir: tras lo cual, despidiéndose todos de sus altezas, se volvieron á su casa con el acompañamiento que habían venido, y con no poco consuelo de don Quijote, por ver empezaban ya á conocerle y temerle los de la corte.

CAPITULO XXXIII.

En que se continúan las hazañas de nuestro don Quijote, y la batalla que su animoso Sancho tuvo con el escudero negro del rey de Chipre, y juntamente la visita que Bárbara hizo al Archipámpano.

Quedaron con Sancho contentísimos aquella noche el Archipámpano y su mujer, porque dijo donosas simplicidades; y no fué la menor decir, cuando vió subir la cena, y que le mandaban asentar en una mesilla pequeña, junto á la de los señores, en la cual estaba una niña muy hermosa, hija dellos: Pues, ¿cuerpo non de Dios! ¿por qué han de sentar á esa rapaza, tamaño como el puño, en esa mesa tan grande, y la ponen delante esos platos, mayores que la artesa de Mari-Gutierrez, dejándole á mí en esta mesilla menor que un harnero, siendo yo tamaño como tarasca de Toledo, y teniendo tantas barbas como Adán y Eva? Pues si lo hacen por la paga, tan buenos son los dos reales y medio que tengo en la alcañalera para pagar lo que cenare, como cuantos tenga el rey, y los que dieron por Jesucristo los judíos á Judas;

y si no, mírenlos. Y diciendo esto, se levantó y sacó hasta tres reales de cuartos sucios y untados, y echólos sobre la servilleta de la señora; pero apenas lo hubo hecho, cuando viendo que ella los iba á dar con la mano, pensando él que los quería tomar, los volvió á coger con furia diciendo: Por Dios, no les daré golpe sin merced, que no haya yo muy bien cenado: á fe que le habían ya hinchido el ojo, como á la otra gordona moza gallega de la venta, á quien mi señor llamaba princesa; y si no fuera porque no traía ella tan buenos vestidos como vuesa merced, ni esa rueda de molino que trae al gaznate, jurara á Dios y á esta cruz que era vuesa merced ella propia. Solemnizaron mucho la letanía de simplicidades que había ensartado; y diciéndole el maestra-sala: Callá, Sancho, que para que ceneis más á vuestro placer os hemos puesto esa mesa aparte;—cuanto mayor fuere la que me tocare desos avechuchos, replicó Sancho, más á mí placer cenaré. Pues empezad por este plato dellos, le dijo luego, dándole un buen plato de palominos con sopa dorada: comió ese y los demas que le dieron, tan sin escrúpulo de conciencia, que era bendición de Dios y entretenimiento de los circunstantes; y viendo acabada la cena, y que la señora alojaba la gorguera ó arandela, le dijo: ¿No me dirá por vida de quien la malparió, á qué fin trae esas carlancas al cuello, que no parecen sino las que traen los mastines de los pastores de mi tierra? Pero tal deben de molestarlos todos estos podencos de casa, para que no sea menester eso y más para defenderse dellos. Dicho esto sacó otra vez el dinero diciendo: Tome vuesa merced ahora, y páguese lo que fuere la cena; que no quieroirme á acostar sin rematar cuentas; que así lo hacíamos siempre por el camino mi señor don Quijote y yo; que esto, me decía el Cura, mandan los mandamientos de la Iglesia, cuando mandan pagar diezmos y primicias. Tomólos el señor diciendo: Yo me doy por satisfecho con lo que hay aquí, de lo que debeis de cena y cama, y aun mañana os daré tambien de comer á medio día por ello sin más paga. Yo le beso las manos por la merced, respondió Sancho; que para esas cosas con hilo de arambre me harán estar más quedo que una veleta de tejado: y mire que le tomo la palabra; que aunque sé que hago harta falta á mi señor, yo me disculparé con él, diciendo que no acerté la casa: cuanto y más que cuando el hombre lleve media docena de palos por una buena comida, no es tanta la costa que no le salga demasiado de barato, y otras veces nos los han dado á mí y á él de balde y sin comida alguna. Diéron orden en que le llevasen á acostar, haciendo lo mismo ellos, como tambien lo hicieron, despues de bien cenados en su casa, el titular, don Carlos, don Alvaro, don Quijote y Bárbara; si bien sobre-mesa tuvieron su pedazo de pendencia, porque diciéndole á ella el titular se aprestase para ir á visitar el día siguiente al Archipámpano y Archipampanesa, que la aguardaban, respondió ella excusándose, no la mandasen salir en público delante de personas; que era correrla demasiado y darla mucha prisa; que bien se conocía y sabía era, como les había dicho, una triste mondonguera, Bárbara en nombre y en cosas de policía; y que les suplicaba se diesen por satisfechos de la paciencia con que hasta allí había pasado con las pesadas burlas y fisgas que el señor don Quijote hacía, y quería hiciesen todos della. No hubo oído esto él, cuando le dijo: Por

cuanto puede suceder en el mundo, no niegue vuesa majestad, le suplico, señora reina Cenobia, su grandeza, ni la encubra diciendo una blasfemia tan grande como la que agora ha dicho; que ya estoy cansado de oírse la repetir otras veces, y no tomemos en la boca eso de mondonguera; que aunque para mí sé yo claramente quién es y su valor, con todo, es necesario la conozca todo el mundo: vaya vuesa alteza á hablar con quien el señor príncipe Periano y estos caballeros la ruegan; que entre damas tales cual la Archipampanesa y la Infanta su hija, ha de campear su beldad, pues yo salgo fiador que en viéndola, la estimen y respeten en lo que merece y todos deseamos. No se hizo, como cuerda, de rogar más, conociendo lo que debía á don Quijote, y que hasta entónces no le habia ido sino bien en condescender con sus locuras, de que se llevaba por lo ménos el pasar buena vida, y así ofreció el ir. Venida la mañana, el Archipámpano salió á misa, llevando consigo á Sancho, al cual preguntó por el camino si sabia ayndar á misa, y respondió diciendo: Sí, señor, aunque es verdad que de unos dias á esta parte, como andamos metidos tanto en este demonio de aventuras, se me ha volado de la testa la confesion y todo lo demas, y solo me ha quedado de memoria el encender las candelas y el escurrir las ampollas; y aun á fe que solia yo tañer invisiblemente los órganos por detras en mi pueblo divinamente, y en no estando yo en ellos, todo el pueblo me echaba ménos. Riéronlo de gana, y acabada la misa, volvieron á casa á comer, y despues de haberlo hecho, no sin muy buenos ratos que pasaron con Sancho, le dijo el Archipámpano: Yo, en resolucion, quiero, señor Sancho, que de aqui adelante os quedeis en mi casa y me sirvais, ofreciéndome á daros más salario del que os da el Caballero Desamorado; que tambien yo soy caballero andante como él, y he menester servirme de un escudero tal cual vos, en las aventuras que se me ofrecieren; y así, para obligaros desde luego, os mando un buen vestido por principio de paga; pero decidme: ¿cuánto es lo que os da por año el señor don Quijote? A esto respondió Sancho: Señor, mi amo me da nueve reales cada mes, y de comer, y unos zapatos cada año, y fuera deso me tiene prometido todos los despojos de las guerras y batallas que venciéremos; aunque hasta agora, por bien sea, los despojos que habernos llevado no han sido otros que muy gentiles garrotazos, como nos los dieron los meloneros de Ateca; mas con todo eso, aunque vuesa merced me añadiese un real más por mes, no dejaria al Caballero Desamorado, porque á fe que es muy valiente, á lo ménos segun le oigo decir cada dia; y lo mejor que tiene es ser esforzado sin perjuicio ni daño de nadie, pues hasta agora no le he visto matar una mosca. Replicó el Archipámpano diciendo: ¿Es posible, Sancho, que si yo os regalase más que vuestro amo, y os diese cada mes un vestido y un par de zapatos, y juntamente un ducado de salario, no me serviríades? Respondióle él: No es eso malo; pero con todo no le serviría sino con condicion que me comprase un gentil rucio para ir por esos caminos; que sepa que soy muy mal caminante de á pié, y más, que habiamos de llevar muy buena maleta con dineros porque no nos viésemos en los desafortunados que agora un año nos vimos por aquellas ventas de la Mancha; tras que juntamente vuesa merced me habia de jurar y prometer hacerme por sus tiempos rey ó al-

mirante de alguna ínsula ó península, como mi señor don Quijote me tiene prometido desde el primer dia que le sirvo; que aunque no tenga muy buen expediente para gobernar, todavia sabriamos Mari-Gutierrez y yo juntos deslindar los desaforismos que en aquellas islas se liciesen: verdad es que ella tambien es un poco ruda; pero creo que desde que ando por acá, no dejará de saber algo más. Pues, Sancho, dijo el fingido Archipámpano, yo me obligo á cumplirlos todas esas condiciones con que quedeis en mi casa, y traigais á ella juntamente vuestra mujer para que sirva á la gran Archipampanesa, que me dicen sabe lindamente ensartar aljófar. Ensartar azumbres, dijera vuesa merced mejor; que á fe que los enhila tan bien como la reina Segovia, que no lo puedo más encarecer. Pusieron en esto los señores fin á la plática por sestar un rato, habiendo dado aviso á algunos señores amigos para que acudiesen aquella tarde á gozar del entretenimiento que se les esperaba, con el caballero andante, su dama y su escudero. La misma prevencion hicieron don Cárlos, el titular, su cuñado y don Alvaro. Llegada pues la hora y aprestados los coches, se metieron en ellos con Bárbara, á la cual quiso llevar don Quijote á su lado; y con este entremes y no poca risa de los que los vian en el coche, llegaron á casa del Archipámpano; y subidos á ella y ocupando los ordinarios asientos los caballeros y las damas, entró por la sala don Quijote, armado de todas piezas, trayendo con gentil continente á la reina Cenobia de la mano. En viéndolos entrar, don Alvaro Tarfe se levantó, y postrado delante del Archipámpano, le dijo: El Caballero Desamorado, poderoso señor, y la sin par reina Cenobia vienen á visitar á vuesa alteza. Apenas oyó Sancho el nombre de su amo, cuando se levantó del suelo, en que estaba asentado, y corriendo para su amo, arrodillándose delante dél, le dijo: Sea mi señor muy bien venido, y gracias á Dios que acá estamos todos; mas dígame vuesa merced, ¿acordóse de echar de comer al rucio la noche pasada? que estará el pobre del asno con gran pena por no haberme visto de ayer acá; y así, le suplico le diga de mi parte cuando le vea, que les beso las manos muchas veces á él y á mi buen amigo Rocinante, y que por haber sido esta noche convidado á cenar y dormir, y hoy á comer, por solos dos reales y medio, ¡ahorcado sea tal barato, plegue á la madre de Dios! del señor Arcapámpanos, no los he ido á ver; pero que aquí en el seno les tengo guardadas para cuando vaya un par de piernas de ciertos mochuelos reales. No hizo caso don Quijote destos disparates, sino que fué caminando con gravedad, de la suerte que habia entrado, con la reina Cenobia, hasta ponerse en presencia del Archipámpano, do presentado, dijo: Poderoso señor y temido monarca: aquí en vuestra presencia está el Caballero Desamorado, con la escelentísima reina Cenobia, cuyas virtudes, gracias y hermosura, con vuestra buena licencia, tengo de defender desde mañana á la tarde en pública plaza contra todos los caballeros, por rara y sin par. Con esto la soltó de la mano, y miéntras los circunstantes, admirados entre sí, celebraban unos con otros la locura dél y fealdad della, se volvió el amo al escudero á preguntarle cómo le habia ido aquella noche con el Archipámpano, y qué le habia dicho de su buen brio, fortaleza y postura. En esto llegó Bárbara, llamada adonde los caballeros y damas estaban, do puesta de rodillas,

callaba vergonzosísima, aguardando á ver lo que le dieran; los cuales tenían tanto que hacer en admirarse de la fealdad que en ella miraban, y más viéndola vestida de colorado, que no acertaban á hablarla palabra de para risa: con todo, mortificándola cuanto pudo, le dijo el Archipámpano: Levántaos, señora reina Cenobia; que agora echo de ver el buen gusto del Caballero Desamorado que os trae, porque siendo él desamorado, y aborreciendo tanto á las mujeres, como me dicen que las aborrece, con razon os trae á vos consigo, para que mirándoos á la cara, con mayor facilidad consiga su pretension, si bien se podría decir por él el refrán de que *qui amat ranam, credit se amare Dianam*; pero con todo, estoy en opinion de que si fueran cual vos todas las mujeres del mundo, todos los caballeros del aborrecerian su amor en sumo grado. El que estaba más cerca de su esposa le preguntó qué le parecia de la señora reina Cenobia, que el Caballero Desamorado traia consigo por dechado de hermosura. Yo aseguro, respondió ella, que le dén pocas ocasiones de pendencias los competidores de su beldad. En esto prosiguió el Archipámpano la conversacion con la Reina, preguntándole de su vida; y enterado de su boca de como se llamaba Bárbara, y de lo demas tocante á su estado y su oficio, y de la ocasion por que seguia al loco de don Quijote, le dijo él si se atreveria á quedar por camarera de su mujer, que necesitaba de quien le acallase una niña que le criaban, oficio que le parecia que ninguno le haria mejor que ella; la cual excusándose con su poca capacidad y experiencia en cosas de palacio, tuvo luego al lado por abogado á Sancho, el cual salió á la causa diciendo: No tiene, señor, vuesa merced que pescudarla; que no saldrá el diablo de la Reina del camino carretero de aderezar un vientre de carnero y cocer unas manecillas de vaca, pues no sabe otra cosa. Y llegándose á ella, y tirándola de la saya colorada, que le venia más de palmo y medio corta, dijo: Abaje, señora Segovia, esa saya con todos los Satanases, que se le parecen las piernas hasta cerca de las rodillas: ¿cómo, dígame, quiere que la tengan por reina tan hermosa si descubre esas piernas y zancijos, con las calzas coloradas llenas de lodo? Y volviéndose al Archipámpano, le dijo: ¿Por qué piensa vuesa merced que mi amo ha mandado á la reina Segovia que traiga las sayas altas y descubra los piés? Ha de saber que lo hace porque, como ve que tiene tan mala catadura, y por otra parte aquel borron en el rostro, que la toma todo el mostacho derecho, quiere con esa invencion hacer *non nocerint universi* que declare á enantos le miraren á la cara como no es diablo, pues no tiene piés de gallo, sino de persona, de que se podrán desengañar mirándola los piés, pues por la honrad de Dios los trae harto á la vergüenza, y aun con todo, Dios ayuda. Don Quijote le dijo: Yo apostaré, Sancho, que tienes bien llena la barriga y cargado el estómago, segun hablas: guarda no se me suba la mostaza á las narices y le cargue otro tanto á las espaldas, por igualar la sangre. Respondió Sancho: Si tengo lleno el estómago, buenos dos reales y medio me cuesta. Llegó á la que estaban en estos dares y tomares, don Alvaro, y haciendo apartar á Sancho y á don Quijote á un lado, dijo al Archipámpano, haciéndole un gran acatamiento á la puerta de la real sala: Aquí está, excelso monarca, un escudero negro, criado del rey de Chipre Bramidan de Tajayunque; el

cual trae una embajada á vuesa alteza, y viene á hacer no sé qué desafío con el escudero del Caballero Desamorado. En oyéndolo, respondió aprisa Sancho, perdido el color: Pues dígame luego, por las entrañas de Jesucristo, que no estoy aquí y que no me hallo agora para hacer pelea..... Pero, ¿cuerpo del ánima de Antecristo! vayan y díganle que éntre; que aquí estoy aguardándole, y que venga mucho de noramala él y la puta negra de su madre; que yo, si me ayudan mi amo y el señor don Carlos, que me quiere del alma, me atrevo á hacerle que se acuerde de mí y del día en que el negro de su padre le engendró, mientras viva. Hase de advertir aquí que don Alvaro y don Carlos habian dado órden á su secretario se tiznase el rostro, como lo hizo en Zaragoza, y entrase en la sala á presentarse á Sancho de la suerte que allá se le presentó á él y á su amo, continuando el embuste del desafío. Entró pues dicho secretario, tiznada la cara y las manos, y vestido una larga ropa de terciopelo negro, con una grande cadena de oro en el cuello, trayendo juntamente muchos anillos en los dedos y gruesos zarcillos atados á las orejas. En viéndole Sancho, como ya le conocia de Zaragoza, le dijo: Seais muy bien venido, monte de humo: ¿qué es lo que queréis? que aquí estamos mi señor y yo; y guardaos del diablo, y mirad cómo hablais; que por vida de mi rucio, que no pareceis sino uno de los montes de pez que hay en el Toboso para empear las tinajas. El secretario se puso en medio de la sala, y sin hacer cortesia á nadie, volviéndose á don Quijote, despues de haber estado un rato callando, dijo desta manera: Caballero Desamorado, el gigante Bramidan de Tajayunque, rey de Chipre y señor mio, me manda venir á tí para que le digas cuándo quieres acabar la batalla que con él tienes aplazada en esta corte; porque él acaba de llegar ahora de Valladolid, de dar cima á una peligrosa aventura, en que ha muerto él solo más de docientos caballeros sin más armas que una maza que trae de acero colado: por tanto mandárame dar luego la respuesta, para que vuelva con ella al gigante mi señor. Antes que don Quijote respondiese, se llegó don Carlos á su negro y disfrazado secretario diciéndole: Señor escudero, con licencia del señor don Quijote, os quiero responder como persona á quien tambien toca ser vengado de las soberbias palabras de vuestro amo; y así, digo por ambos, que la batalla se haga el domingo en la tarde en el puesto que sus altezas señalen, en cuya presencia se ha de hacer, y sea de la suerte y con las armas que vinieren á él más á propósito; y con esto os podeis ir con Dios, si otra cosa no se os ofrece. El secretario respondió diciendo: Pues ántes que me vaya quiero tomar luego en esta sala venganza de un soberbio y descomunal escudero del Caballero Desamorado, llamado Sancho Panza, el cual se ha dejado decir que es mejor y más valiente que yo: por tanto, si está entre vosotros salga aquí, para que, haciéndole con los dientes menudísimas tajadas, le eche á las aves de rapiña para que se lo coman. Todos callaron; y viendo Sancho tan general silencio, dijo: ¿No hay un diablo que, ahora que es menester, hable por mí, en agradecimiento y pago de lo mucho que yo otras veces hablo por todos? Y llegándose al secretario, le dijo: Señor escudero negro, Sancho Panza, que soy yo, no está aquí por agora; pero hallarle heis á la puerta del Sol, en casa de un pastelero, do está dando cabo y cima á una grande y peligrosa aventura de una hornada de

pasteles : id por tanto á decille de mi parte que digo yo que venga luego á la hora á hacer batalla con vos. ¿Pues cómo, replicó el secretario, siendo vos Sancho Panza mi contrario, decís que no está aquí? Vos sois una gran gallina. Y vos un gran gallo, respondió Sancho, porque queréis que yo esté aquí á pesar mío, no queriendo estar, por más que sea Sancho Panza, escudero del Caballero Desamorado y marido de Mari-Gutierrez; y si niego lo que soy, más honrado era san Pedro y negó á Jesucristo, que era mejor que vos y la puta que os parió, mal que os pese; y si no, decid al contrario. No pudieron detener la risa los circunstantes del disparate; y cobrando nuevo ánimo, prosiguió: Y sabed, si no lo sabéis, que estoy aguardando poco á poco á que me venga la cólera para reñir con vos; y creed bien y caramente que si deseáis con esa cara de cocinero del infierno hacerme menudísimas tajadas con los dientes para echarme á los gorriones, que yo con la mia de pasena, deseo hacerlos entre estas uñas rebanadas de melon, para darlos á los puercos á que os coman : por tanto, manos á la labor; pero ¿de qué manera queréis que se haga la pelea? ¿De qué manera se ha de hacer, replicó el secretario, sino con nuestras cortadoras espadas? ¡Oxte, puto! dijo Sancho; eso no, porque el diablo es sutil, y donde no se piensa, puede suceder fácilmente una desgracia, y podría ser darnos con la punta de alguna espada en el ojo sin quererlo hacer, y tener qué curar para muchos días. Lo que se podrá hacer, si os parece, será hacer nuestra pelea á puños caperuzazos, vos con ese colorado bonete que traéis en la cabeza, y yo con mi caperuza, que al fin son cosas blandas, y cuando un hombre la tire y dé al otro no le puede hacer mucho daño; y si no, hagamos la batalla á mojicones; y si no, aguardemos al invierno que haya nieve, y á puras pelladas nos podemos combatir hasta tente bonete, desde tiro de mosquete. Soy contento, dijo el secretario, de que se haga la batalla en esta sala á mojicones, como me decís. Pues aguardaos un poco, respondió Sancho, que sois demasiado de súpito, y aun no estoy del todo determinado de reñir con vos. Enfadóse don Quijote, y díjole : Por cierto, Sancho, que me parece tienes sobrado temor á ese negro, y así entiendo es imposible salgas bien desta hecha. ¡Oh mal haya quien me parió, replicó Sancho, y aun quien me mete en gnerreaciones con nadie! ¿Vuesa merced no sabe que yo no vengo en su compañía para hacer batallas con hombres ni mujeres, sino solo para servirle y echar de comer á Rocinante y á mi asno, por lo cual me da el salario que tenemos concertado? Tanto me hará, que dé á Júdas las peleas, y aun á quien acá me trajo. ¡Mirad qué cuerpo non de tal con vuesa merced! Estáse ahí el señor Arcapámpano y su mujer con todo su abolorio, y el príncipe Periano, y el señor don Carlos y don Alvaro con los demas, desquijarándose de risa, y vuesa merced, armado como un san Jorge, contemplándose á su reina Segovia; y no quiere que tenga temor estando delante de mi enemigo, con la candela en la mano, como dicen. Igual fuera que se pusieran de por medio todos y nos compusieran, pues saben fuera hacer las siete obras de misericordia. Bien dices, Sancho, dijo don Alvaro; y así, por mi respeto, señor escudero, habeis de hacer paces con él y desistir de vuestra pretension y desafío, pues basta el que tiene hecho vuestro amo con el suyo, para que en virtud dél quede por vencido el escu-

dero del señor que lo fuere de su contrario. A mí se me hace, respondió el secretario, muy grande merced en eso; porque si va á decir verdad, ya me bamboleaba el ánima dentro las carnes, de miedo del valeroso Sancho; y (replicó el secretario) no terné las treguas por firmes si juntamente no nos damos los piés : Los piés, dijo Sancho, y cuanto tengo os daré á trueque de no veros de mis ojos. Y diciendo esto, levantó el pié para dárselo; pero apenas lo hubo hecho, cuando lo tuvo asido el secretario dél, de suerte que le hizo dar una gran caída. Rieron todos, y salióse corriendo el secretario, tras lo cual se llegó don Quijote á levantar á Sancho, diciéndole : Mucho siento tu desgracia, Sancho; pero puédeste alabar de que quedas vencedor, y de que á traición y sobre treguas, y lo que peor es, huyendo, ha hecho tu contrario esta alevosía; pero si quieres te le traiga aquí para que te vengues, dílo; que iré por él, hecho un rayo. No, ¿cuerpo de tal! dijo Sancho, pues peor librara si peleáramos mano á mano; y como vuesa merced dice, al enemigo que huye, la puente de plata. Avisaron tras esto que ya era hora de la cena, porque se les habia pasado el tiempo sin sentir en oír y ver estos y otra infinidad de disparates; y obligando el Archipámpano á todos que se quedasen á cenar con él, lo hicieron con mucho gusto, pasando graciosísimos chistes en la cena : tras la cual se fueron todos á reposar, unos á sus cuartos y otros á sus casas, solo Sancho, que se hubo de quedar en la del Archipámpano, medio mal de su grado.

CAPITULO XXXIV.

Del fin que tuvo la batalla aplazada entre don Quijote y Bramidan de Tajayunque, rey de Chipre, y de cómo Bárbara fue recogida en las Arrepentidas.

Muchos y buenos días tuvieron, no solo aquellos señores, con don Quijote, Sancho y Bárbara, sino otros muchos á quien dieron parte de sus buenos humores y de los dislates del uno y simplicidades del otro; y llegó el negocio á término que ya eran universal entretenimiento de la corte. El Archipámpano, para mayor recreación, hizo hacer un gracioso vestido á Sancho, con unas calzas atacadas, que él llamaba zaragüelles de las Indias, con que parecía extremadamente de bien, y más, puesto con espada al lado y caperuza nueva; siendo menester, para persuadirle se la ciñese, decirle le armaban caballero andante una tarde, por la vitoria que habia alcanzado del escudero negro, dándole el orden de caballería con mucho regocijo y fiesta; pero iba empeorando tan por la posta don Quijote con el aplauso que vía celebrar sus hazañas á gente noble, y más desdeque vió armado caballero á su escudero, que, movidos de escrúpulo, se vieron obligados el Archipámpano y príncipe Periano á cesar de darle prisa, y á dar orden en que se curase de propósito, apartándole de la compañía de Bárbara y de conversaciones públicas; que Sancho, aunque simple, no peligraba en el juicio. Comunicaron esta determinación con don Alvaro, y pareciéndole bien su resolución, les dijo que él se encargaba, con industria del secretario de don Carlos, cuando dentro de ocho días se volviese á Córdoba, donde ya sus compañeros estarían, por haberse ido allá por Valencia, de llevársele en su compañía hasta Toledo, y dejar muy encargada y pagada allí en casa del Nuncio su cura, pues no le faltaban amigos en aquella ciudad á quien encomen-

darle. Añadió que se obligaba á ello por lo que tenia escrúpulo de haber sido causa de que saliese del Argamessilla para Zaragoza, por haberle dado parte de las justas que allí se hacian, y haberle dejado sus armas y alabado su valentía; pero que era de parecer no se le tratase nada sin dejarle salir á la batalla de Tajayunque, porque, segun la tenia en la cabeza, le parecia imposible persuadirle nueva aventura, no rematada aquella que tan desvanecido le traía; y que lo que se podia hacer era dar orden en que se aplazase y fuese el dia siguiente, y para más aplauso, en la casa del Campo, donde se podria cenar para más recreacion, convidando muchos amigos, pues tenia por cierto seria graciosísimo el remate de la aventura, que no esperaba ménos del ingenio del secretario. Agradóles á todos el voto de don Alvaro, y más al Archipámpano, el cual tomó á su cargo el proveer la cena y prevenir el puesto: solo rogó á don Carlos le hiciese placer de procurar persuadir á Sancho se quedase en su casa y de traer juntamente á Mari-Gutierrez; que él se encargaba de ampararles y valerles mientras viviesen, porque gustaba mucho él y su mujer del natural de Sancho, y estaban certificados que no era de ménos gusto el de Mari-Gutierrez; y porque ninguno de los valedores de don Quijote y su compañía quedase sin cargo en orden á procurar su bien, le dió al príncipe Perianeo de que procurase con Bárbara aceptase el recogimiento que le queria procurar en una casa de mujeres recogidas, pues él tambien se obligaba á darle la dote y renta necesaria para vivir honradamente en ella. Encargados pues todos y cada uno de por sí de hacer cuanto pudiese en el personaje que se le encomendaba, llegado el plazo señalado para la batalla de Bramidan, se fueron los dichos señores con otros muchos de su propia calidad á la casa del Campo, do estaban ya otros haciendo estrado á las damas que con la mujer del Archipámpano habian ido á tomar puesto. Llegáronse los señores consigo á don Quijote, armado de todas piezas, y más de coraje, y con él á la reina Cenobia y á Sancho, llevando un lacayo del diestro á Rocinante, que con el ocio y buen recado estaba más lucio, y un paje llevaba la lanza. Estaba ya prevenido el secretario de don Carlos de uno de los gigantes que el dia del Sacramento se sacan en la procesion en la corte, para continuar la quimera de Bramidan. Llegados al teatro de la burla, y ocupados los asientos (tras un buen rato de conversacion y paseo por la huerta) que dentro la casa estaban prevenidos, y puesto don Quijote en el suyo, se le llegó Sancho diciendo: ¿Qué es, señor Caballero Desamorado? ¿Cómo va? ¿Están buenos el honrado Rocinante y mi discreto rucio? ¿No le han dicho nada que me dijese? Yo aseguro que no les ha dado mis recados; que no dejaran de responderme; pero yo sé el remedio, y es desocuparme de los negocios de palacio, y buscar tinta y papel, y escribilles media docena de renglones; que no faltará un paje o pájaro, ó como los llaman, que se los lleve. Don Quijote le respondió: Rocinante está bueno, y ahí le verás presto hacer maravillas, luego que enfrente con el caballo indómito que trajere Bramidan: del rucio no te digo, hijo, sino que gusta mucho de la corte por lo poco que en ella trabaja y por lo bien que le va. A eso replicó Sancho: Por ahí echo de ver que somos medio parientes, pues tenemos una misma condicion; porque le juro, mi señor, que en mi vida he

comido mejor ni tenido mejor tiempo que desde que estoy con el Arcapámpanos; porque á él no se le da más de gastar ocho y nueve reales cada dia en comer, que á mí de comérmelos; y hame dado una cama en que duermo, que juro non de Dios no la tienen mejor las ánimas del limbo, por más que sean hijas de reyes: solo hay malo que con tanto regalo se me olvidan los negocios de aventuras y peleas. Pero ¿qué me dice destos zaragüelles de las Indias? La más mala cosa son que se' puede pensar; porque por una parte, si no les poneis treinta agujetas, se os caen por los lados; y por otra, si les poneis todas las que ellos piden, no se comerán á caerse en una necesidad si ni los desatais de una en una, aunque se lo supliqueis con el bonete en la mano, por más que os vean con el alma en los dientes traseros, tras que no se puede un hombre con ellos rebullir, ni abajar á coger del suelo las narices, por más que se le caigan de moccos. ¡Oh hi de puta, y qué bellaca cosa son para segar! No me alreveria yo á segar con ellos doce hazas al dia por todo el mundo: yo no sé cómo pueden los indios segar con ellos ni remecerse sin dar de ojos á cada paso; yo creo que los pajes del Arcapámpanos deben de nacer allá en las Indias de Sevilla con estos diablos de pedorreras, segun saltan y brincan con ellas; yo no sé los caballeros audantes si las traian en aquellos tiempos: lo que sé decir de mí es que todas las veces que he de mear, he menester quitar una agujeta de delante, y aun despues, con todo eso, por más que haga, se me cae lo medio adentro: linda cosa son zaragüelles de mi tierra, pues si os da, trayéndolos, alguna correnza, apénas habeis desatado una lazada cuando ya están abajo. Mil veces le he rogado al Arcapámpanos se haga unos para él, como los míos, tan abiertos abajo como arriba, de buen paño de florí, pues cuando mucho, no le costarán más de veinte reales, y con ellos andará hecho persona; y diciéndome que lo hará, nunca veo que lo efectúa. Estando en estas razones, sintieron un grande rumor de los pajes que estaban á la puerta; y sosegándolos á todos don Alvaro, mandó asentar á Sancho en el suelo á los piés del Archipámpano; tras lo cual entró por la sala el secretario de don Carlos, metido dentro del gigante, el cual traía una espada de palo entintada, de tres varas de largo y un palmo de ancho. Apénas le vió Sancho asomar, cuando dijo á voces: Ven aquí, señores, una de las mas desaloradas bestias que en toda la bestieria se puede hallar: este es el demonio de Tajayunque, que solo para perseguir á mi amo há más de cuatro meses que ha venido del cabo del mundo; y son tan endiabladas sus armas, que solo para que se las traigan ha menester diez pares de bueyes; y si no, mirente la espada, con que dicen que suele cortar un ayunque de herrero por medio. Miren pues; ¿qué hará del pobre mi señor don Quijote! Por las llagas de Dios mande á todos me hagan placer de echarle de aquí con Barrabas, á que vaya á tener gnerreacion allá con la muy puerca de su madre; y no piensen nos va poco en ello, pues así partirá de un reves á diez ó doce de nosotros, como yo con un papirote partiría el ánima de Jndas si delante de mí viniese. Mandóle don Quijote callar hasta ver qué era lo que queria, pues conforme á ello se le daría la respuesta. Puesto en medio el crecido gigante, dijo con mucha pausa, despues de haber obligado á todos á que le diesen silencio con volver buen rato la cabeza á todas partes:

Bien habrás echado de ver, Caballero Desamorado don Quijote de la Mancha, en mi presencia, cómo he cumplido la palabra que te di en Zaragoza, de venir á la corte del rey Católico á acabar delante de sus grandes la singular batalla que de tu persona á la mía tenemos aplazada. Hoy pues es el día en que los de tu vida han de acabar á los filos desta mi temida espada, porque hoy tengo de triunfar de tí y hacerme señor de todas tus victorias, cortándote la cabeza y llevándola conmigo á mi reino de Chipre, do la pienso fijar en la puerta de mi casa con un letrero que diga: «La flor manchega murió á manos de Bramidan.» Hoy es el día en que, quitándote á tí del mundo, me coronaré pacíficamente por rey de todo él, pues no habrá fuerzas que me lo impidan; y hoy, finalmente, es el día en que me llevaré todas las danias que en esta sala y corte están, á Chipre, para que haga dellas á mi gusto en mi rico y grande reino, pues hoy comenzará Bramidan, y acabará don Quijote de la Mancha: por tanto, si eres caballero, y tan valeroso como todo el orbe dice, vente luego para mí; que no traigo otras armas ofensivas ni defensivas más que esta sola espada hecha en la fragua de Vulcano, herrero del infierno, á quien yo adoro y reverencio por dios, juntamente con Neptuno, Marte, Júpiter, Mercurio, Pálas y Proserpina. Dicho esto, calló; pero no Sancho, que se levantó diciendo: Pues á fe, don Gigantazo, que si os burláis en llamar dioses á todos esos borrachos que decís, y lo sabe la santa Inquisición, que en hora mala venisteis á España. Mas don Quijote, lleno de saña y pundonor, se puso de piés en su presencia, y empuñada la espada, con mucha pausa y gravedad comenzó á decirle: No pienses; ¡oh soberbio gigante! que las arrogantes palabras con que sueles espantar á los caballeros de poco vigor y esfuerzo han de ser bastantes á poner un pelo de temor en mi indómito corazón, siendo yo el que todo el mundo sabe y tú has oído decir por todos los reinos y provincias que has pasado; y echaráslo de ver en que he venido á esta corte solamente á buscarte, con fin de darte en ella el castigo que há tantos años que tus malas obras tienen tan merecido; pero ya me parece no es tiempo de palabras, sino de manos, pues ellas suelen ser testigo y prueba de la fineza de los corazones y del valor de los caballeros. Mas, porque no te alabes de que entré contigo en batalla con ventaja, estando armado de todas piezas, y tú de sola tu espada, quiero, para mayor demostración de cuán poco te estimo, desarmarme, y pelear contigo en cuerpo y solo también con espada; que aunque la tuya, como se ve, es más grande y ancha que la mía, por eso es esta regida y gobernada de mejor y más valerosa mano que la tuya. Volvióse á Sancho tras esto, diciéndole: Levántate, mi fiel escudero, y ayúdame á desarmar; que presto verás la destrucción que deste gigante, tu enemigo y mío, hago. Levantóse Sancho, respondiéndole: ¿No sería, señor, mejor que todos los que en esta sala estamos, que somos más de doscientos, le arremetiésemos juntos, y unos le asiesen de los arrapiezos, otros de las piernas, otros de la cabeza y otros de los brazos, hasta hacelle dar en el suelo una gran gigantada, y despues le metiésemos por las tripas todas cuantas espadas tenemos, cortándole la cabeza, despues los brazos, y tras esto las piernas? Que le aseguro que si despues me dejan á mí con él, le daré más coces que podrán coger en sus faltriqueras, y me

lavaré las manos en su alevosa sangre. Haz lo que te digo, Sancho, replicó don Quijote; que no ha de ser el negocio como tú piensas. En fin Sancho le desarmó, quedando el buen hidalgo en cuerpo y feísimo, porque como era alto y seco y estaba tan flaco, el traer de las armas todos los días, y aun algunas noches, le tenían consumido y arruinado de suerte, que no parecía sino una muerte hecha de la armazón de huesos que suelen poner en los cementerios que están en las entradas de los hospitales. Tenía sobre el sayo negro señalados el peto, espaldas y gola, y la demas ropa, como jubon y camisa, medio pudrida de sudor; que no era posible menos de quien tan tarde se desnudaba. Cuando Sancho vió á su amo de aquella suerte, y que todos se maravillaban de ver su figura y flaqueza, le dijo: Por mi ánima le juro, señor Caballero Desamorado, que me parece cuando le miro, según está de flaco y largo, pintiparado un rocínazo viejo de los que echan á morir al prado. Con esto don Quijote se volvió para el gigante, diciendo: Ea, tirano y arrogante rey de Chipre, echa mano á tu espada, y prueba á qué saben los agudos filos de la mía. Hízose, dichas estas razones, dos pasos atras, y sacando la espada medio molosa, se fué poco á poco acercando al gigante, el cual, viéndole venir, fué prontísimo en sacudir de sus hombros la aparente máquina de papelón que sobre sí traía, en medio de la sala, y quedó el secretario que la sustentaba vestido riquísimamente de mujer; porque era mancebo y de buen rostro, y en fin, tal, que cualquiera que no le conociera se podía engañar fácilmente. Espantáronse todos los que el caso no sabían; pero don Quijote, sin hacer movimiento alguno, se estuvo quedo, puesta la punta de la espada en tierra, aguardando lo que aquella doncella, que él pensaba ser gigante, decía; la cual, reconocidos los circunstantes, dijo á don Quijote sin moverse: Valeroso Caballero Desamorado, honra y prez de la nación manchega, maravillado estarás sin duda de ver vuelto hoy á un tan terrible gigante en una tan tierna y hermosa doncella cual yo soy; pero no tienes que asombrarte; que has de entender que yo soy la infanta Burlerina, si nunca la oíste decir, hija del desdichado rey de Toledo, el cual, siendo perseguido y cercado del alevoso príncipe de Córdoba, levantador de falsos testimonios á su propia madrastra, le ha enviado á decir muchas veces estos días, que solo alzaría el cerco y le restituiría todas las tierras que su padre della había ganado, cuyo campo dicho príncipe como general regia, si le enviaba luego á su hija Burlerina, que soy yo, para servirse de mí en lo que fuese de su gusto, con condición de que había de ir acompañada de doce doncellas, las más hermosas del reino, y juntamente de doce millones de oro fino, el más fino que la Arabia cría, para ayuda de los gastos que en la guerra y cerco había hecho, jurando, si no lo cumplía, por los dioses inmortales, de no dejar en Toledo persona viva ni piedra sobre piedra. Viéndose reducido el alligido de mi padre á tanta necesidad, y que no podían sus fuerzas resistir á las del contrario, sino que le era forzoso morir él y todos sus vasallos en las crueles manos de tan poderoso enemigo, ó conceder con su inica condición, le envió á decir le diese enarenta días de plazo para buscar en ellos las doce doncellas que pedía y aquella gran suma de dinero, y que si pasado dicho término no acudía con dicha cantidad, ejecutase en su reino el rigor

con que le amenazaba. Constándole pues ¡oh invicto manchego! á un tío mío, grande encantador y nigromántico, notable aficionado tuyo, llamado el sabio Alquife, el gran leguero en que mi padre, su hermano, y yo su sobrina, estábamos, hizo un fortísimo encantamiento, metiéndome en este aparente gigante que aquí está tendido, y enviándome encubierta en él, por asegurarasí mi honestidad, á buscarte á tí por todo el mundo, sin dejar reino, insula ó provincia en que no te haya buscado; y fué tanta mi ventura, que hallándote en Zaragoza, no hallé mejor medio para sacarte de allí y traerte á esta corte, que solo dista doce leguas de Toledo, que fingir el aplazado desafío: por tanto, oh magnánimo príncipe, si hay en tí algún rastro de piedad y sombra del infinito amor que á la ingrata infanta Dulcinea del Toboso tuviste, aunque ya eres el Caballero Desamorado, por las leyes de amistad que á mi tío Alquife debes, y por lo que las esperanzas que en tí he puesto merecen, te suplico que, dejadas aparte todas las aventuras que en esta corte se te pueden ofrecer, y todas las honras que en ella sus príncipes te hacen, acudas luego conmigo á la defensa y amparo de aquel afligido reino, para que entrando en singular batalla con el maldito príncipe de Córdoba, le venzas, y dejes libre de su tiranía á mi venerable padre, pues te juro y prometo por el dios Marte, de ser yo mesma el premio de tus trabajos. Calló, dichas estas razones, aguardando las que don Quijote le daría de respuesta; pero Sancho, que estaba totalmente maravillado, ántes que su amo respondiese, dijo: Señora reina de Toledo, no tiene vuesa merced que jurar por el dios Mártes ni Miércoles; que mi amo irá sin falta á matar á ese bellaconazo del príncipe de Córdoba, y yo sin falta iré con él: por el tanto váyase un poco delante, y dígame al señor su padre como ya vamos, que nos tenga bien de cenar, y que á ese principillo nos le tenga para cuando lleguemos, muy bien atado á un poste, en cueros; que yo le aseguro, si lo hace, de hacerle con esta pretina que se acuerde mientras viva del nombre suyo, y aun de los de su padre y madre. Dió á todos notable gusto la disparatada respuesta de Sancho; pero suplió su simplicidad el peso de la que dió don Quijote, diciendo á la dama: Por cierto, señora infanta Burlerina, que no os ama ni estima quien así os hace andar, en lo que yo, por más que sea mi grande amigo el sabio Alquife vuestro tío, putes con ménos prevenciones las hiciera yo para defender el reino de su hermano vuestro padre, rey de Toledo, obligado de lo que le debo; pero ya que se interpone el peligro de la libertad de vuestra noble y hermosísima persona, mayores serán las obligaciones que me moverán á acudir con gusto al remedio de la referida necesidad: por tanto respondo que iré en persona á dar favor y socorro á vuestro padre. Lo que queda que hacer es, que venis cuándo y cómo quereis que partamos; que pronto y dispuesto estoy yo de mi parte para ir luego con vos, para haceros vengada de ese tirano príncipe que decís; que ya nos conocemos los dos, y aun deseo esta ocasión para que vea á qué saben mis manos; que desafiado le tengo; pero cual cobarde ha huido dellas. El príncipe Perianeo, viendo la nueva aventura que se le había ofrecido á don Quijote, y lo presto y bien que don Alvaro había entablado con el secretario de don Carlos el modo con que se podía facilitar el llevar á la casa del Nuncio de Toledo á

don Quijote, le dijo: Desde aquí desisto, señor Caballero Desamorado, de la pretensión de la infanta Floribella de Grecia, sin querer entrar en batalla con quien puede dar seguridad de vitoria á reinos enteros, estando aun ausente; y así, en público me doy por vencido dese valor, con no poca gloria de vuesa merced, corrimiento mío y contento del príncipe don Belianis de Grecia. Holgó mucho don Quijote destas razones, y agradecióselas, dándosele por amigo, y lo mismo Sancho, que deseaba se exensase esta pendencia; el cual por mandado del Archipámpano se levantó y fué con mucho respeto por la infanta Burlerina, trayéndosela por la mano, de cuya vista rieron los caballeros y damas en extremo, conociendo era el secretario de don Carlos, y no mujer, como pensaban don Quijote y su escudero, que viendo la risa de todos, no pudiendo sufrirla, dijo: ¿De qué se rien ellos y ellas, cuerpo non de quien las parió? ¡Nunca han visto á una hija de un rey puesta en trabajo! Pues sepan que cada día nos topamos yo y mi amo con ellas por esos caminos, y si no, dígame la gran reina Segovia. Lo que vuestras mercedes, señoras, han de hacer, es tenerse por dicho que ha de dormir esta infanta con una de vuestras mercedes esta noche; si no, ahí está mi cama á su servicio, que le beso las manos. Levantáronse todos tras estas razones á cenar, desapareciendo el secretario. Hubo gran cena, y mucha continuacion en ella de los disparates de don Quijote y de Sancho; pero alabaron todos el parecer del Archipámpano cuando supieron trataba de enviar á Toledo á curar en la casa del Nuncio á don Quijote; y volviéndose á sus casas en los coches, como habían venido, se quedó en la del Archipámpano Sancho, como solía, y Bárbara y don Quijote se fuéron con don Carlos y don Alvaro á la del príncipe Perianeo, el cual apénas estuvo en ella, cuando tomó tan á pechos el persuadir á Bárbara se recogiese en una casa de mujeres de su calidad, supuesto le estaba tan bien y era gusto del Archipámpano, que salía á pagar la entrada y á darle suficiente renta con que pasar la vida todo lo que le durase, que ella, convencida de sus buenas razones, y conociendo cuán mal le estaba volver á Alcalá, do ya todos sabían su trato, tras verse sin tener que comer ni partes para ganarlo con ellas, dió con no poca alegría el sí de hacer lo que se le pedía y perseverar donde quiera que la pusiesen, con que se efectuó su recogimiento dentro de dos días, sin que don Quijote pudiese entenderlo; y cuando la hallaron ménos sus diligencias, le persuadieron que las de sus vasallos habían podido sacarla encubierta secretamente de la corte y volverla á su reino.

CAPITULO XXXV.

De las razones que entre don Carlos y Sancho Panza corrieron acerca de que él se quería volver á su tierra ó escribir una carta á su mujer.

Estaba ya don Carlos en vigilia de celebrar las bodas de su hermana con el titular, y quería por gusto del Archipámpano y mayor solemnidad dellas, tener de asiento en Madrid á Sancho; y así, para obligarle á que, trayendo allí su mujer, no pensase más en su tierra, le dijo un día que se halló con él en casa del Archipámpano: Ya sabéis, mi buen Sancho, el deseo que de vuestro bien he tenido desde que os vi en Zaragoza, y el cuidado con que os regalé de mi mano en la mesa la

primer noche que entrastes en mi casa, y cuánta merced os han hecho siempre en ella mis criados, particularmente el cocinero cojo: pues habeis de saber que lo que me ha movido siempre á esto, ha sido el veros tan hombre de bien y de buenas entrañas, teniendo lástima de que una persona de vuestra edad y buenas partes padeciese, y más en compañía de un loco tal cual es don Quijote, en la cual, por serlo tanto, no podíades dejar de dar en mil desgracias, porque sus locuras, desatinos y arrojamientos no pueden prometer buen suceso á él ni á quien le acompañare; y no digo cosa de que ya no tengais experiencia vos desde el año pasado; y si no, decidme: ¿qué sacastes de las antiguas aventuras, sino muchos palos, garrotazos, malas noches y peores días, tras mucha hambre, sed y cansancio, tras veros mantenido de cuatro villanos, con tantas barbas como teneis? ¡Pues monta, que es ménos lo que habeis padecido en esta última salida! en la cual las ínsulas, penínsulas, provincias y gobernaciones que habeis conquistado vos y vuestro amo, son haber sido terrero de desgracias en Ateca, blanco de desdichas en Zaragoza, recreacion de pícaros en la cárcel de Sigüenza, irrisión de Alcalá, y últimamente mofa y escarnio de esta corte. Pero pues ha querido Dios que entraseis en ella al fin de vuestra peregrinacion, agradecédselo; que sin duda lo ha permitido para que se rematasen aquí vuestros trabajos, como lo han hecho los de Bárbara, que recogida en una casa de virtuosas y arrepentidas mujeres, está ya apartada de don Quijote, y pasa la vida con descanso y sin necesidad, con la limosna que le ha hecho de piedad el Archipámpano, la cual es tan grande, que no contentándose de ampararla á ella, trata de hacer lo mismo con vuestro amo; y así le perderéis presto, mal que os pese, porque dentro de cuatro días lo envía á Toledo con órden de que le curen con cuidado en la casa del Nuncio, hospital consignado para los que enferman del juicio, cual él; y no contenta su grandeza en amparar á los dichos, trata con más véras y mayor amor de ampararos á vos más de cerca, y de las puertas adentro de su casa, en la cual os tiene con el regalo, abundancia y comodidad que experimentais tantos días há: lo que queda que hacer es, que vos de vuestra parte procureis conservaros en la privanza que estáis, que es notable, como lo es lo que él, su mujer y casa os aman, de la cual no saldréis vos y vuestra mujer Mari-Gutierrez mientras vivais, á quien de mi consejo habeis de traer á ella, enviándola á buscar; que yo daré mensajero seguro y pagaré los gastos, pues gustará dello y de teneros en este palacio el Archipámpano, dándoos en él á ambos un cuarto y salario y muy honrada racion todos los días de vuestra vida, con que la pasaréis alegre y descansadamente en uno de los mejores lugares del mundo: por tanto, lo que habeis de hacer es condecender con lo que os pido, y darme en breve la respuesta cual merece el celo que de vuestro bien tengo. Calló don Cárlos dichas estas razones, y despues de haber estado Sancho suspenso un buen rato de oillas, le respondió á ellas: Muy grande es por cierto, señor don Cárlos, el servicio que vuesa merced y el Arcadepámpanos me ha hecho estos días, si bien les he pido perdon dello, por si acaso no ha sido tanto como yo merezco; que eso ya me lo veo, y no me lo podrán pagar con cuanta moneda tienen todos los ropavejeros desta tierra, pero con

todo se lo agradezco, y ahí están para hacelles merced en la Argamesilla veinte y seis cabezas de ganado que tengo, dos bueyes, y un puerco tan grande como los de por acá, el cual habemos de matar, si Dios quiere, para el día de San Martín, para el cual estará hecho una vaca: así que digo que para respondelle me dé, si le parece, algunos meses de término; que no son cosas estas de mudar de tierra que se hayan de hacer de repente: lo que yo haré será ir á comunicallo con mi Mari-Gutierrez, ó cuando mucho, le escribiré cuanto vuesa merced me dice; y si ella dice con una mano que sí, yo diré lo mismo con ambas de bonísima gana: busque pues vuesa merced tinta y papel, si le parece, y escribámosla luego al punto una carta, en que se le diga como el Ave María todo eso; y digo escribamos, porque harto hace quien hace hacer; que yo por mis pecados no sé escribir más que un muerto, aunque tuve un tío que escribía lindamente; pero yo salí tan grandísimo bellaco, que cuando siendo muchacho me enviaban á la escuela, me iba á las ligneras y viñas á hartarme de uvas y bigos, y así salí mejor comedor dellos que no escribanador. Quedó contento de la respuesta don Cárlos, y difirieron el escribir la carta hasta despues de comer; y habiéndolo hecho con el Archipámpano, le dijo sobre mesa don Cárlos como ya tenia el sí de Sancho en lo que era traer á la corte su mujer, si á ella le parecia, y que solo faltaba el escribirselo, y que así, trajesen tinta y papel para que allí fuese secretario de la carta que le habia de dictar Sancho. Trájose todo al punto, y apenas habia empezado don Cárlos á doblar el pliego, cuando le dijo Sancho: ¿Saben, señores, lo que me parece? Que á fe mía que seria harto mejor y más acertado volverme yo á mi casa y quitarme de aquestos enuentos, pues há que salí della cerca de seis meses, andándome hecho un haragan tras de mi señor don Quijote por unos tristes nueve reales de salario cada mes; si bien hasta agora no me ha dado blanca, lo uno porque dice dará el rucio en enenta, y lo otro porque harto me pagará, pues me ha de dar la gobernacion de la primera ínsula ó península, reino ó provincia que ganare; pero pues á él le llevan vuestras mercedes, como ha dicho don Cárlos, á ser nuncio de Toledo, y yo no puedo ser de iglesia, desde agora renuncio todos los derechos y pertinencias que en enanto conquistare me pueden pertenecer por herencia ó tema de juicio, y me determino volver á mi tierra agora que viene la sementera, en que puedo ganar en mi lugar cada día dos reales y medio y comida, sin andarme á caza de gangas: por tanto, burlas aparte. Vuesa merced, señor Arcapámpanos, me mande volver luego mis zargüelles pardos, y tome allá estos snyos de las Indias (¡quemados ellos sean!), y déname juntamente mi sayo y la otra caperuza, y adios, que me mudo; que yo sé que mi Mari-Gutierrez y todos los de mi lugar me estarán aguardando; que me quieren como la lumbre de sus ojos. ¿Quién me mete á mí con pajes, que no me dejan en todo el día, sin otros demonios de caballeros, que no hacen sino molerme con Sancho acá, Sancho acullá? Y aunque aquí se come lindamente, si no siempre con la boca, á lo ménos siempre con los ojos, todavía lo que son salarios se paga muy mal, y muchas veces veo que se fingen culpas en los criados para negárselos ó quitarles la racion ó despedillos mal pagados; y cuando no suceda en salud, es cierto que en enferme-

dad no hay señor que mande ni mayordomo que ejecute obra de caridad con los pobres criados : en fin , bien dicen los pícaros de la cocina que la vida de palacio es vida bestial , do se vive de esperanzas y se muere en algun hospital : ello es hecho , señor don Carlos ; no hay que replicar ; que mañana , en resolución , pienso tomar las de Villadiego : verdad es que si el señor Arcapámpano me asegurase un ducado cada mes y dos ó tres pares de zapatos por un año , con cédula de que no me lo habia de poner despues en pleito , y vuesa merced saliese por fianza de ello , sin duda ternia mozo en mí para muchos dias : por eso , si lo determina hacer , no hay sino efetuarlo , y encomendarme su par de mulas , y decirme cada noche lo que tengo de hacer á la mañana , y adonde tengo de ir á arar ó á dar tal vuelta á tal ó tal rastrojo , y de lo demas déjeme el cargo á mí , que no se descontentará de mi labor : verdad es que tengo dos faltas ; la una es que soy un poco comedor , y la otra que para despertarme á las mañanas , algunas veces es menester que el amo se llegue á la cama y me dé con algun zapato ; que con eso despierto luego como un gamo , y echado de comer á mi vientre y á las mulas , voy á la fragua á sacar la roja , alzo los fuelles mientras el herrero la machaca , vuélvome á casa una hora ántes que amanezca , cantando por el camino siete ó ocho signidillas que sé lindísimas , do por refrigerar el aliento pongo á asar cuatro cabezas de ajos , tomándolas con dos ó tres veces de la bota que tengo de llevar á la labranza ; y á la que alborea , subo , hecha esta prevención , en la mula castaña que está más gorda. Y de allí iba á proseguir ; pero atájole don Carlos , maravillado de su simple discurso , y díjole : Ello se ha de hacer puntualmente lo que os tengo aconsejado , pues se os cumplirán todas las condiciones que pedis . A fe que lo dudo , replicó Sancho , de quien no tuvo vergüenza de tomar de un escudero como yo dos reales y medio por la primer cena que me dió , y así no quiero nada con él , sino que Dios le eche á aquellas partes en que más de él se sirva . Díjole el Archipámpano , viendo que decía las dichas razones por él : Estad cierto , Sancho , que cumpliré cuanto en mi nombre os ha prometido el señor don Carlos , mejor de lo que vos lo sabréis desear , y estad cierto de que no os faltará en mi casa la gracia de Dios . La gracia de Dios , dijo Sancho , es en mi tierra una gentil tortilla de huevos y torreznos , que la sé yo hacer á las mil maravillas , y aun de los primeros dineros que Dios me depare , he de hacer una para mí y el señor don Carlos , que nos comamos las manos tras ella . Mucho gustaré de comella , respondió don Carlos ; pero ha de ser con condiccion de que por amor de mí os pongais sombrero , como lo usamos en la corte , y dejeis la caperuza . En todos los dias de mi vida , replicó Sancho , no he gustado de sombreros , ni sé á qué saben , porque se me asienta la caperuza en la cabeza que es bendiccion de Dios , porque en fin es bonísimo potaje , pues si hace frio , se la mete el hombre hasta las orejas , y si aire , se cubre con su vuelta el rostro , cual si llevara un papahigo , yendo tan seguro de que se le caiga , como lo está la rueda de un molino de moverse , y no se hambalea á todas partes , como lo hacen los sombreros , que si les da un torbellino ruedan por esos campos cual si les tomara la maldiccion ; y más que cuestan doblado una docena dellos que media de caperuzas , pues no pasa cada una dellas de dos reales y

medio con hechura y todo . Bien parece , Sancho , le dijo el Archipámpano , que conocéis la necesidad que tengo de vos , y que no tengo de reparar en cosa á trueque de que quedeis en mi casa , pues pedis tantas gullorias ; pero para que conozcais mi liberalidad , mañana os mandaré pagar dos años de salario adelantados á vos y á vuestra mujer , y en llegando ella os vestiré á ambos muy de pascua . Beso á vuesa merced las manos , le respondió Sancho , por ese buen servicio . Agora solo resta saber si las tierras de vuesa merced que tengo de sembrar este otoño están léjos ; tras que , como no las sé , será menester ir á ellas el domingo que viene , y tambien conocer las mulas y saber qué resabios tienen , y si tienen buenas coyundas y todo el demas aparejo ; porque no quiero diga despues de mí vuesa merced que soy descuidado . Todo está , Sancho , le replicó don Carlos , de la manera que deseais : lo que se ha de hacer es que escribamos la carta á vuestra mujer . Escribamos por cierto , respondió él , con la bendiccion de Dios ; pero vuesa merced advierta que ella es un poco sorda , y será menester que la escribamos un poco recio para que la oiga . Haga la cruz y diga : « Carta para Mari-Gutierrez mi mujer , en » el Argamesilla de la Mancha , junto al Toboso . » Ahora bien , digale que con esto ceso , y no de rogar por su ánima . ¿ Qué es lo que decis , Sancho ! le dijo don Carlos , aun no le habemos dicho cosa , ¿ y ya decis : Con esto ceso ! Calle , respondió él ; que no lo entiende : ¿ quiere saber mejor que yo lo que tengo de decir ? El diablo me lleve si no me ha hecho quebrar el hilo que llevaba , con la más linda astrología que se podia pensar ; pero diga , que ya me acuerdo . « Habeis de saber que » desde que yo salí del Argamesilla hasta agora , no nos » hemos visto : mi salud dicen todos que es muy buena ; » solo me duelen los ojos de puro ver cosas del otro mundo , plegue á Dios que tal sea de los vuestros . Avisadme » de cómo os va del beber , y si hay harto vino en la Mancha para remediaros la sed que mi presencia os causa , » y mirad por vida vuestra escardéis bien el huertecillo , » de las malas hierbas que le suelen afligir . Envidadme los » zaragüelles viejos de paño pardo que están sobre el gallinero , porque acá me ha dado el Arcapámpano unos » zaragüelles de las Indias , que no me puedo remecer con ellos : guardarlos he para vos , que quizás se os asentarán » mejor , y más que sin mucho trabajo traeréis guardado » el hornillo de vidrio , pues tienen por delante una puerta » que se cierra y abre con una sola agujeta . Si quereis » venir , ya os tengo dicho lo que nos dará el Arcapámpano cada mes de salario ; y así , os mando que ántes que » esta carta salga de aquí , os venga á servir á la Arcapampanesa , trayendo todos los bienes muebles y raíces » con vos , que ahí están , sin dejar un palmo de tierra ni » una sola hoja del huerto ; y no me seáis repostona , que » me canso ya de vuestras impertinencias , y tanto será lo » de más como lo de ménos ; y no os haya de decir , como » acostumbro , con el palo en la mano : Jo , que te estriego , » burra de mi suegro . » Volvióse , escritas estas razones , á don Carlos , diciéndole : Sepa vuesa merced , señor , que las mujeres de hogaño son diablos , y en no dándoles en el caletre , no harán cosa buena si las quemam . Pues á fe que lo ha de hacer , ó sobre eso oxe , moreña . Esto dijo quitándose el cinto , y tomándole en la mano con mucha cólera , añadiendo que él sabia de la suerte que se habia de tratar Mari-Gutierrez , mejor que el papa . Maravillado

estaba el Archipámpano y cuantos en la sala asistian, de ver tan natural simpleza, y aun aguardaban á cuando habia de dar con el cinto á don Cárlos; pero sin hacerlo prosiguió diciendo: Escriba. «Ya os digo, Mari-Gutierrez, que estarémos aquí lindamente; que aunque vos seais enemiga de estar en casa de estos hidalgos, todavía el Archipámpano está tan hombre de bien, que me ha jurado que en estando vos aquí, nos vestirá á ambos y nos dará el salario de dos años adelantado, que es un ducado por bestia cada mes, el uno á mí y el otro á vos: mirad pues, si por lo ménos vivimos mil meses, si tenemos harto dinero. Del señor don Quijote solo os digo que está más valiente que nunca, y le han hecho nuncio de Toledo: si le habeis menester, en dichas casas le hallaréis, y no poco acompañado, cuando paseis por allí: la Arcapampanesa, vuestra ama, con quien habeis de estar, os besa las manos y tiene más deseo de escribirnos que de veros: es mujer muy honrada, segun dice su marido, si bien á mí no me lo parece, por lo que he oído holgazana, pues desde que estoy aquí jamen le he visto la rueca en la cinta. Recinante me dicen está bueno y que se ha vuelto muy persona y cortesano: no creo lo sea tanto el rucio, ó á lo ménos no lo muestran sus pocas razones, si ya no es que calla, enfadado de estar tanto tiempo en la corte.»

Paréceme que no hay más que escribir, pues aquí se le dice cuanto le importa, tan bien como se lo podría decir el mejor boticario del mundo, y yo trasudo de puro sacar letras del calete. Ved vos, Sancho, dijo don Cárlos, si quereis decíle otra cosa; que aquí estoy yo para escribillo, pues hay harto papel, gloria á Dios. Ciérrela, respondió Sancho, y horro Mahoma. Mal se puede cerrar, replicó don Cárlos, carta sin firma, y así decid de qué suerte soleis firmar. ¡Buen recado se tiene! respondió Sancho: sepa que no es Mari-Gutierrez amiga de tantas retóricas: no hay que firmar para ella, que cree bien firme y verdaderamente todo lo que tiene y cree la santa madre Iglesia de Roma; y así, no necesita ella de firma ni firmo. Leyóse la carta, hecho esto, en voz alta, con increíble risa de los circunstantes y atención del mismo Sancho, á quien dijo el Archipámpano luego: ¿Cómo llevará don Quijote el quedaros, Sancho, vos en mi casa? que no querría se enojase, y viniese despues á ella desaliándose á singular batalla, con que mal de mi grado me obligase á haceros volver con él. No tenga vuesa merced miedo, respondió Sancho; que yo le hablaré claro ántes que vaya á Toledo, y le volveré su rucio, la maleta y juntamente el desaforado gigante del gigante Bramidan, que puse guardado en ella la noche que él se le arrojó desaliándole en casa del señor don Cárlos, para que le vuelva á la infanta Burlerina, ó le dé en presente al arzobispo cuando entre por nuncio en Toledo; que yo no quiero nada de nadie; y más que le diré se vaya con Dios, pues desde aquí al día del juicio reniego de las peelas, sin querer más cosa con ellas; pues tan pelado y apaleado salgo de sus niñas, cual saben mis pobres espaldas; y libré tan mal habrá dos meses en una venta, que por poco me hicieran volver moro unos comediantes, y aun me circuncidaran, si no les rogara con vivas lágrimas no tocasen en aquellos arrabales, pues sería tocar á las niñas de los ojos de Mari-Gutierrez; y despues me costó muy gentiles golpes la defensa de un ataharreo que mi amo llamaba preciosa liga; y aun-

que él me quiere tanto, que entiendo me dará lo que me tiene prometido, que es la gobernacion de algun reino, provincia, ísula ó península, todavía diré mañana cómo no puedo ir allá con él, por estar ya concertado con vuesa merced, y que lo que podrá hacer será enviármela, que tan hombre seré para gobernalla acá como allá. ¿Pero sabe vuesa merced qué me parece? Que pues para de aquí al Argamesilla no se hallará mensajero cierto, será acertado que yo, que sé el camino, lleve la carta, pues le aseguro que no haré más de darle fielmente en manos de mi mujer, y volverme luego. Pues para eso, Sancho, dijo el Archipámpano, ¿qué era menester escribirla, si vos habiais de ir allá en persona? No cuideis della; que yo buscaré quien la lleve con brevedad, y traiga luego respuesta, aunque dudo sea ella tan elegante como vuestra carta, en que mostrais haber estudiado en Salamanca toda la sciencia escribal que allí se profesa, segun la habeis enriquecido de sentencias. No he estudiado, respondió Sancho, en Salamanca; pero tengo un tío en el Toboso, que hogaño es ya segunda vez mayordomo del Rosario, el cual escribe tan bien como el barbero, como dice el cura; y como yo he ido muchas veces á su casa, todavía me he aprovechado algo de su buena habilidad; porque, como dicen, ¿quién es tu enemigo? el de tu oficio; en la arca abierta siempre el malo peca; y finalmente, quien hurta al ladrón harto digno es de perdon; y así dél sé escribir cartas; y si le he hurtado algo de lo que él sabe desto, como se ve en ese papel, no importa; que bien me lo debia, pues día y medio anduve á segar con él, y lleve el diablo otra blanca mediodino un real de á cuatro; y á mi mujer, que fué á escardar doce días en su heredad el mes de marzo, no le dió sino un real amarillo que no sabemos cuánto vale: por eso estoy yo mejor con los cuartos y ochavos, que son moneda que corre, y los han de tomar hasta el mismo rey y papa, aunque les pese. Levantáronse en esto de la mesa para salir á pasearse, dejando el Archipámpano orden al secretario, de que enviasen él y el mayordomo luego dos criados con aquella carta al Argamesilla, con mandato de que no viniesen sin la mujer de Sancho en ningun caso, procurando traerla regalada y con brevedad. Hízose así. Llegó Mari-Gutierrez á la corte con ellos dentro de quince días, do la recibió Sancho con donosos favores, y el Archipámpano fué el señor más bien entretenido que habia en la corte aquellos días; y no solo él, sino muchos della, con toda su casa, tuvieron alegrísimos ratos de conversacion y pasatiempo muchos meses con Sancho y su Mari-Gutierrez, que no era ménos simple que él. Los sucesos de estos buenos y cándidos casados remito á la historia que dellos se hará andando el tiempo, pues son tales que piden de por sí un copioso libro.

CAPITULO XXXVI Y ULTIMO.

De cómo nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha fué llevado á Toledo por don Alvaro Tarfe, y puesto allí en prisiones en la casa del Nuncio, para que se procurase su cura.

Quando tuvo aprestada su vuelta para Córdoba don Alvaro, y estuvo despedido de todos los señores de quienes tenia obligacion hacello en la corte, trazó la noche ántes de la partida, que para arrancar della á don Quijote, entrase un criado del Archipámpano en casa cuando

acabasen de cenar, vestido de camino y con galas, como que venía de Toledo en nombre de la infanta Burlerina á buscarle, para que fuese en su compañía luego con toda diligencia á decerear la ciudad, y librala de las molestias que le hacía el alevoso príncipe de Córdoba. Túvole tan bien instruido, así de lo que había de hacer y decir á don Quijote cuando le diese el recado, como por el camino, y en Toledo (donde por orden del Archipámpano había de acompañar, para mayor enubrir el engaño, y traerle nuevas dél y del modo que quedaba), que llegando la señalada noche y hora, á la que acababan de cenar en casa del príncipe Perianco con él en su mesa don Carlos, don Quijote y don Alvaro, apénas él hubo dado aviso á don Quijote de como se partía el día siguiente para Córdoba, diciéndole si mandaba algo para Toledo, donde había de pasar, cuando entró por la sala el dicho paje del Archipámpano, gallardamente aderezado, el cual, despues de haber saludado cortesmente á todos los circunstantes, se volvió á don Quijote y le dijo: Caballero Desamorado, la infanta Burlerina de Toledo, cuyo paje soy, te besa las manos humildemente y suplica cuan encarecidamente puede, que te sirvas de partir mañana sin falta conmigo, á la lijera y sin ruido, á la gran ciudad de Toledo, donde ella y su afligido padre y lo mejor y más lucido del reino te está por momentos aguardando, pues no faltan más de tres días para cumplirse los cuarenta que el enemigo príncipe de Córdoba les tiene dado de plazo para deliberar ó la entrega de la ciudad, ó el rendimiento de las inhumanas parias que les tiene pedido; y si tú con tu valeroso brazo no los socorres, sin duda serán miserablemente todos muertos, la ciudad saqueada, quemados los templos, y los cienientos de torres y las almenas ocuparán las alegres calles, sirviéndoles sus piedras de calzada y empedrado. La Infanta mi señora, y el Rey, por cierto postigo que el enemigo no sabe, te están esperando con todos los mejores caballeros de su corte, para que otro día ántes que amanezca, tocando de repente al arma, con la voz y favor de Santiago les demos, cogiéndolos descuidados, un asalto tal que quede el enemigo, como sin duda lo quedará, vencido, y tú vencedor; tras lo cual serás, si te pareciere, aunque sea corto premio de tus inauditas grandezas, casado con la hermosísima infanta Burlerina, la cual ha deseñado á otros muchos hijos de reyes y príncipes, solo por casar contigo: por tanto, valeroso caballero, vete luego á reposar para que, tomando la mañana, lleguemos á buena hora á la imperial ciudad de Toledo, que espera tu favor por momentos. Don Quijote con mucha pausa le respondió, diciendo: A muy buen tiempo habeis llegado, venturoso paje, pues podré ir en esta ocasion acompañando al señor don Alvaro, que me acaba de decir que tambien por la mañana ha de partir para Toledo: por tanto no hay sino que adereceis todo lo necesario para que en amaneciendo partamos juntos, y pueda yo llegar con tan honrada compañía á socorrer al Rey vuestro señor y á la infanta Burlerina, sobrina del sabio Alquife, mi buen amigo. Verdad es que no soy de parecer de que se me trate de eso que decís, de casarme con dicha infanta despues de vencido y muerto el alevoso príncipe de Córdoba, su contrario, y saqueado su campo; que en efecto, siendo conocido en el mundo por Caballero Desamorado, no será razon que ande en amores hasta pasar primero algunas docenas de años,

pues podria suceder, como ha sucedido muchas veces á otros caballeros andantes, que andando yo por tanta y tan varia multitud de reinos y provincias, me encontrase y aun enamorasé de alguna infanta de Babilonia, Transilvania, Trapisonda, Tolomaida, Grecia ó Constantinopla; y si esto me sucede, cual confio, desde aquel día me tengo de llamar el Caballero del Amor, pues pasaré notables trabajos, peligros y dificultades por el que á dicha infanta tendré, hasta que despues de haber librado su reino ó imperio del fortísimo enemigo que le tendrá cercado, le descubriré mi amor á dicha infanta en su mismo aposento, do entraré bien armado con atentados pasos por un jardín, guiado por una sabia camarera suya, una noche obscura; y si bien al principio, por ser pagana, se azorará de oirme soy cristiano, todavía, prendada de mis partes y obligada de las razones con que le persuadiré la verdad de nuestra santa religion, se casará conmigo con públicas fiestas, bautizada ella y todo su reino; pero sucederme han tales y tan notables guerras por ciertos motines de envidiosos vasallos, que darán bien que contar á los historiadores venideros. Viendo don Alvaro que ya comenzaba á disparatar, se levantó diciendo: Vámonos á reposar, señor don Quijote, porque hemos de madrugar mucho para llegar con tiempo á Toledo, por lo que hay de peligro en la tardanza. Y dicho esto, se volvió al paje diciéndole: Y vos, discreto embajador de la noble infanta Burlerina, idos luego á cenar, y despues á acostar en la cama que el mayordomo os señalare. Salióse el paje de la sala, y con él los demas, yéndose todos á sus camas sin reparar don Quijote más en Sancho que si nunca le hubiera visto, que fué particular permission de Dios: verdad es que la mañana, en levantándose, á la que ensillaban los criados de don Alvaro y paje del Archipámpano, preguntó por el escudero; mas divirtióle el humor don Alvaro diciéndole que no cuidase dél, porque ya se aprestaba para seguirles, y que poco á poco se vernia detras, como otras veces solia. Tras esto y tras almorzar bien y despedirse del príncipe Perianco y de don Carlos, se salieron de la corte y caminaron para Toledo, ofreciéndoseles por el camino graciosísimas ocasiones de reir, particularmente en Jetafe y Illéscas. Llegados á la vista de Toledo, dijo don Quijote al paje de la infanta Burlerina: Paréceme, amigo, que sería bien ántes de entrar en la ciudad, dar una gentil rociada al campo del enemigo, pues vengo yo bien armado, y él muestra estar descuidado del azote que tan cerca tienen sobre sí sus arrogancias en mi esfuerzo, pues sería empezar á hacerle bajar la cresta, que tan engreída tiene. El paje le respondió: El orden, señor, que del Rey é Infanta traigo es que sin rumor alguno vamos adonde nos están esperando. Discretísimo es ese orden, añadió don Alvaro, pues no hay duda sino que sería poner en contingencia la vitoria, si les diese vuesa merced la menor ocasion del mundo para prevenirse, y tendrian la grande de hacello con el rumor que haríamos, pues es cierto que en sintiéndolos, darian aviso las despiertas centinelas de que hay enemigos. Digo, dijo don Quijote, que quiero seguir ese parecer como más acertado, pues por lo ménos me asegura de que los cogeré de repente; y así, vos, paje de la infanta Burlerina, guiad por donde habemos de entrar sin ser sentidos; pero id prevenido de que si solos somos, tengo de hacer ántes que entre en la ciudad una sangui-

nolenta riza destos andaluces paganos que se han atrevido á llegar á los sacros muros de Toledo. El paje fué caminando un poco adelante, guiando derecho hacia la puerta que llaman del Cambron, dejando á la mano izquierda la de Visagra. Mas como don Quijote no viese rumor de gente de guerra al rededor de la ciudad, y viese por otra parte entrar y salir libremente por la puerta de Visagra todos cuantos querian, dijo maravillado al paje: Decidme, amigo, el príncipe de Córdoba ¿dónde tiene asentado su campo, que no veo por aquí ningún aparato de guerra? Señor, respondió él, es astuto el enemigo, y así se ha alojado á la otra parte del río, adonde nuestra artillería no le puede hacer mal ni ofender. Por cierto, dijo don Quijote, que él sabe poco del arte militar, pues no echa de ver el necio que dejando estas dos puertas libres y desembarazadas, pueden los de adentro meter fácilmente los socorros y provisiones que les pareciere, como en efeto lo meten todo hoy con sola mi entrada; pero en fin, no todos saben todas las cosas. Entraron por la puerta del Cambron, como digo, y don Quijote iba por las calles mirando á todas partes cuándo y por dónde le saldrían á recibir el Rey, Infanta y grandes de la corte. Don Alvaro fingió á la entrada del lugar que se quería quedar á aguardar á Sancho, por poderse entrar libremente y sin el acompañamiento de muchachos que don Quijote llevaba, en la posada do había de aposentarse, como en efeto lo hizo, enviando dos ó tres criados suyos en compañía del paje del Archipámpano y de don Quijote, con los cuales, y con una multitud increíble de niños que le seguían, viéndole armado, llegó el triste sin pensar á las puertas de la casa del Nuncio, y quedándose en ellas para su guarda los criados de don Alvaro, se entró solo con él y un mozo de mulas que le tuvo á Rocinante. El paje del Archipámpano, en apeándose, dijo á don Quijote: Vuesa merced, señor caballero, se esté aquí mientras subo arriba á dar cuenta á la señora Infanta de su secreta y deseada venida. Y subiéndose una escalera arriba, se quedó solo en medio del patio don Quijote, y mirando á una parte y á otra, vió cuatro ó seis aposentos con rejas de hierro, y dentro dellos muchos hombres, de los cuales unos tenían cadenas, otros grillos, y otros esposas, y dellos cantaban unos, lloraban otros, reían muchos y predicaban no pocos, y estaba en fin allí cada loco con su tema. Maravillado don Quijote de verlos, preguntó al mozo de mulas: Amigo, ¿qué casa es esta? O dime ¿por qué están aquí estos hombres presos, y algunos con tanta alegría? El mozo de mulas, á quien ya habían instruido don Alvaro y el paje del Archipámpano de cómo se había de haber con él, le respondió: Señor caballero, vuesa merced ha de saber que todos estos que están aquí son espías del enemigo, á los cuales habemos cogido de noche dentro de la ciudad, y los tenemos presos para castigarlos cuando nos diere gusto. Prosiguió don Quijote preguntándole: ¿Pues cómo están tan alegres? Respondióle el mozo: Estánlo tanto porque les han dicho que de aquí á tres días se entrega la ciudad al enemigo, y así la esperada vitoria y libertad les hace no sentir los trabajos presentes. Estando en esto, salió de un aposento con un caldero en la mano un mozo, el cual era de los locos que iban ya cobrando un poco de juicio, y cuando oyó lo que el mozo de mulas había dicho á don Quijote, dió una grandísima risa, diciendo: Señor armado, este mozo

le engaña, y sepa que esta casa es la de los locos, que llaman del Nuncio, y todos los que están en ella están tan faltos de juicio como vuesa merced; y si no, agüárdese un poco, y verá como bien presto le meten con ellos; que su figura y talle y el venir armado no prometen otra cosa sino que le traen engañado estos ladrones de guardianes, para echalle una muy buena cadena y dalle muy gentiles tundas hasta que tenga seso, aunque le pese, pues lo mismo han hecho conmigo. El mozo le dijo que callase, que era un borracho y que mentía. En buena fe, replicó el loco, que si vos no creéis que yo digo la verdad, también apostaré que venis á lo mismo que este pobre armado. Con esto don Quijote se apartó del riendo, y se llegó bien á una de aquellas rejas, y mirando con atención quién estaba dentro, vió á un hombre puesto en tierra en cuchillas, vestido de negro, con un bonete lleno de mugre en la cabeza, el cual tenía una gruesa cadena al pié, y en las dos manos unos sutiles grillos que le servían de esposas: estaba mirando de hito en hito al suelo, tan sin pestañear, que parecía estaba en una profundísima imaginación, al cual como viese don Quijote, dijo: ¡Ah buen hombre! ¿qué haceis aquí? Y levantando el encarcelado con gran pausa la cabeza, y viendo á don Quijote armado de todas piezas, se fué poco á poco llegando á la reja, y arrimado á ella se estaba sin hablar palabra mirándole atentísimamente, de lo cual el buen caballero estaba maravillado, y más viendo que á más de veinte preguntas que le hizo, á ninguna respondía, ni hacia otra cosa más que mirarle de arriba abajo; pero al cabo de un gran rato se puso en seco á reir con nuestras de grande gusto, y luego comenzó á llorar amarguísimamente, diciendo: ¡Ah señor caballero, y si supieseis quién soy! Sin duda os movería á grandísima lástima, porque habeis de saber que en profesión soy teólogo, en órdenes sacerdote, en filosofía Aristóteles, en medicina Galeno, en cánones Ezpileneta, en astrología Ptolomeo, en leyes Curcio, en retórica Tulio, en poesía Homero, en música Enffion; finalmente, en sangre noble, en valor único, en amores raro, en armas sin segundo, y en todo el primero; soy principio de desdichados y fin de venturosos. Los médicos me persiguen porque les digo con Mantuano:

*Iis etsi tenebras palpent, est data potestas
Excutiandi aegros hominesque impune necandi.*

Los poderosos me atormentan porque con Casaneo les digo:

*Omnia sunt hominum, tenui pendencia filo,
Et subito casu quae valucra ruunt.*

Los temerosos, odiosos y avaros me querrian verabrasedo porque siempre traigo en la boca:

*Quatuor ista, timor, odium, dilectio, sensus,
Saepc solent hominum rectos pervertiri sensus.*

Los detractores no me dejan vivir porque les digo ha de restituir la fama cualquier que dice cosa que la tizna:

*Imponens, augens, manifestans, in malum vertens
Qui negat aut minuit, tacuit, laudetve remisse.*

Los poetas me tienen por hereje porque les digo del afecto con que leen sus versos, lo de Horacio:

*Indoctum, doctumque fugat recitator acerbus,
Quem vero arripuit tenet, occiditque legendo,
Non missura cutem nisi plena cruoris hirudo.*

Y con ellos me aborrecen los historiadores porque les digo :

*Exit in immensum secunda licentia vatum,
Obligat historica nec sua verba fide.*

Los soldados no pueden llevar que les anteponga las letras y les diga lo de Alciato :

*Caedant arma togae, et quamvis durissima corda,
Eloquio pollens ad sua vota trahit.*

Los letrados no pueden tolerar les dé en rostro, viéndolos hablar en cosas de leyes tan sin guardar la de Dios, con el recato de sus predecesores sabios, que decían :

Erubescimus dum sine lege loquimur.

Las damas me arman mil zancadillas porque publico dellas :

*Sidera non tot habet caelum, nec flumina pisces
Quot scelerata gerit faemina mente dotos.*

Las casadas reniegan de que haya quien diga de ellas :

*Pessima res uxor, poterit tamen utilis esse
Si propere maritus det tibi quicquid habet.*

Las niñas no toleran oír :

*Verba puellarum foliis leviora caducis
Irrileque ut visum est ventus, et aura ferunt;*

y tambien :

Ut corpus teneris, sic mens infirma puellis.

Las hermosas fisan de oír que

Formosis levitas semper amica fuit;

con ser verdad que de todas se puede decir :

Quid sinet inausum faeminae praeceptis furor?

Los ociosos amantes querrian se desterrase del mundo ni lengua, que les repite :

*Otio si tollas perire cupidinis artes,
Contemylaque jacet, et sine luce facies.*

Los sacerdotes se avergüenzan de que les repita lo que dijo Indit á los de su vieja ley : *Et nunc, fratres, quoniam vos estis presbiteri in populo Dei, et ex vobis pendet anima illorum ad eloquium vestrum, corda eorum erigite.* La real potencia que, como el amor, no admite compañía,

Non bene cum sociis regna venusque manet,

es tal, que se verifica bien de ella lo que dijo Ovidio en cierta epístola, respondió una reina recuestada á su galán :

*Sie meus hinc vir abest ut me custodiat absens,
An uiscis longus regibus esse manus?*

Esas pues ; oh valerosísimo príncipe ! son las que me tienen aquí, porque reprendo la razon de Estado, fundada en conservación de bienes de fortuna, á los cuales llama el Apóstol estiércol con quebrantamiento de la ley de Dios, como si guardándola, de humildes principios no hubiera subido á ser David poderoso rey, y capitán invicto el gran Macabeo Júdas, ó como si no supiéramos que todos los reinos, naciones y provincias que con prudencia de carne y de hijos deste siglo han tratado de ensanchar los estados, los han destruido miserablemente. Proseguia el loco su tema con tan grande asombro de don Quijote, que viendo no le dejaba hablar, le dijo á gritos : Amigo sabio, yo no os conozco ni he visto en mi vida ; pero hame dado tanta pena la prision de persona tan docta, que no pienso salir de aquí hasta daros la preciosa libertad aunque sea contra la voluntad del

Rey y de la infanta Burlerina su hija, que este real palacio ocupan ; por tanto traedme vos, que estais con ese caldero en la mano, las llaves luego aquí deste aposento, y dejad salir libre, sano y salvo dél á este gran sabio, porque así es mi voluntad. Luego que esto oyó el loco del caldero, comenzó á decir riendo : Ea, que ciertos son los toros : á fe que habeis venido á purgar vuestros pecados en buena parte : en mala hora acá entrasteis. Y dichas estas razones, se subió la escalera arriba, y el loco clérigo dijo á don Quijote : No crea, señor, á persona desta casa ; porque no hay más verdad en ninguno della que en impresion de Ginebra ; pero si quiere que le diga la buena ventura en pago de la buena obra que me ha de hacer con darme la libertad que me ofrece, déme la mano por esta reja ; que le diré cuanto le ha sucedido y le ha de suceder, porque sé mucho de quiromancia. Quitóse don Quijote la manopla, creyéndole sencillamente, y metió la mano por entre la reja ; pero apenas lo hubo hecho, cuando sobreviniéndole al loco una repentina furia, le dió tres ó cuatro bocados crueles en ella, asiéndole á la pestre el dedo pulgar con los dientes, de suerte que faltó harto poco para cortársele á cercen. Comenzó con el dolor á dar voces, á las cuales acudieron el mozo de mulas y otros tres ó cuatro de la casa, y tiraron dél tan recio, que hicieron que el loco le soltase, quedándose riendo muy á su placer en la gavia. Don Quijote en sentirse herido y suelto se hizo un poco afuera, y metiendo mano á su espada dijo : Yo te juro ; oh falso encantador ! que si no fuera porque es mengua mia poner manos en semejante gente cual vosotros sois, que tomara bien presto venganza de tamaño atrevimiento y locura. A esta sazón bajaron con el paje del Archipámpano cinco ó seis de los que tenían cuenta de la casa ; y como vieron á don Quijote con la espada en la mano, y que le corría mucha sangre della, sospechando lo que podía ser, se llegaron á él diciéndole : No muera más gente, señor caballero armado. Tras lo cual uno le asió de la espada, y otros de los brazos, y los demas comenzaron á desarmarle, haciendo él toda la resistencia que podía ; pero aprovechó poco : con que en breve rato le metieron en uno de aquellos aposentos muy bien atado, do habia una limpia cama con su servicio ; y estando algo sosogado, despues de haberle encomendado el paje del Archipámpano á los mayordomos de la casa con notables vnos, y dícholes su especie de locura, y las calidades de su persona, y de dónde y quién era, habiéndoles dado para más obligarles alguna cantidad de reales, le dijo á don Quijote : Señor Martín Quijada, en parte está vuesa merced adonde mirarán por su salud y persona con el cuidado y caridad posible ; y advierta que á esta casa llegan otros tan buenos como vuesa merced, y tan enfermos de su propio mal, y quiere Dios que en breves dias salgan curados y con el juicio entero que al entrar les faltaba : lo mismo confío será de vuesa merced, como vuelva sobre sí y olvide las leturas y quimeras de los vanos libros de caballerías que á tal extremo le han reducido ; mire por su alma, y reconozca la merced que Dios le ha hecho en no permitir muriese por esos caminos á manos de las desastradas ocasiones en que sus locuras le han puesto tantas veces. Dicho esto, se salió, y fué con los criados de don Alvaro á la posada en que estaba, á quien dió cuenta de todo, como hizo al Archipámpano, vuelto á la corte. Detúvose don Alvaro

algunos días en Toledo, y aun visitó y regaló á don Quijote, y le procuró sosegar cuanto le fué posible, y obligó con no pocas dádivas á que hiciesen lo mismo á los sobrestantes de la casa, y encomendó cuanto le fué posible á los amigos graves que tenia en Toledo el mirar por aquel enfermo, pues en ello harian grandísimo servicio á Dios, y á él particularísima merced; tras lo cual dió la vuelta felizmente á su patria y casa.

Estas relaciones se han podido solo recoger, con no poco trabajo, de los archivos manchegos, acerca de la tercera salida de don Quijote; tan verdades ellas, como las que recogió el autor de las primeras partes que andan impresas. Lo que toca al fin de esta prision y de su vida, y de los trabajos que hasta que llegó á él tuvo, no se sabe de cierto; pero barruntos hay, y tradiciones de viejísimos manchegos, de que sanó y salió de dicha casa del Nuncio; y pasando por la corte, vió á Sancho, el cual, como estaba en prosperidad, le dió algunos dineros para que se volviese á su tierra, viéndole ya al parecer asentado; y lo mismo hicieron el Archipámpano y el príncipe Perianco, para que mercase alguna cabalga-

dura, con fin de que se fuese con más comodidad; porque Rocinante dejólo don Alvaro en la casa del Nuncio, en servicio de la cual acabó sus honrados días, por más que otros digan lo contrario. Pero como tarde la locura se cura, dicen que en saliendo de la corte, volvió á su tema, y que comprando otro mejor caballo, se fué la vuelta de Castilla la Vieja, en la cual le sucedieron estupezas y jamas oidas aventuras, llevando por escudero á una moza de soldada que halló junto á Torre de Lodonnes, vestida de hombre, la cual iba huyendo de su amo porque en su casa se hizo ó la hicieron preñada sin pensarlo ella, si bien no sin dar cumplida causa para ello; y con el temor se iba por el mundo. Llevóla el buen caballero sin saber que fuese mujer, hasta que vino á parir en medio de un camino, en presencia suya, dejándole sumamente maravillado el parto, y haciendo grandísimas quimeras sobre él: la encomendó, hasta que volviese, á un mesonero de Valdestillas; y él sin escudero pasó por Salamanca, Avila y Valladolid, llamándose el Caballero de los Trabajos, los cuales no faltará mejor pluma que los celebre.



EL ESPAÑOL GERARDO,

Y DESENGAÑO DEL AMOR LASCIVO.

DISCURSOS TRAGICOS EJEMPLARES

POR

DON GONZALO DE CÉSPEDES Y MENESES, VECINO Y NATURAL DE MADRID.

A DON GOMEZ SUAREZ DE FIGUEROA Y CÓRDOBA,

duque de Feria, marques de Villalba, señor de las casas de Salvatierra, comendador de Segura de la Sierra, virey y capitán general del reino de Valencia, príncipe amable y nobilísimo.

Si la natural inclinación con que todos son y desean parecer aficionados de vuecelencia (movidos tanto por secreta felicidad de su estrella, como reconocidos á las heroicas virtudes de su gallardo y generoso espíritu) pudo, sin mayores respetos, obligarme á esta deuda tan particular y tan comun; yo, que más que otro alguno querría hacer extremos tales, que significasen la fuerza de nuestra verdad, consagro al nombre de vuecelencia estos mis discursos trágicos, para que, favorecidos de tanta autoridad, se ajusten y conformen con todos los estados y gustos de los hombres; pues, como dueño de sus voluntades, podrá más con suavidad que tiranía, reducirlos á su consejo y inclinarlos á su poderoso patrocinio. Guarde Dios la persona de vuecelencia, como puede y yo deseo.

DON GONZALO DE CÉSPEDES Y MENESES.

DE DON SEBASTIAN DE CÉSPEDES Y MENÉSES AL DUQUE DE FERIA.

De alumno ingenio infantes rudimentos
Consagra humilde, si amorosa mano,
Trágica juventud que dió al tirano
Lascivo dios sus vagos pensamientos.
A tí, señor, á tí los avarientos
Triunfos de amor, mi agradecido hermano,
Y entre las glorias que promete ufano,

Lágrimas, desengaños, escarmientos;
A tí, señor doctísimo y dichoso,
Rudezas y desdichas ofrecemos,
No impropio don, aunque pequeño y nuestro.
¿Quién no será á tu sombra venturoso?
¿Quién docto y culto no, si en tí tenemos
Padre, Mecénas, príncipe y maestro?

AL LECTOR.

Si acaso, lector crítico ó como tú escogieres el renombre, el plectro de mi musa, ó ya por triste, ó ya por áspero y ineulto, disonare á tus oídos, ruégote, si su buena intención no la excusare, que siquiera la disculpe contigo el bárbaro instrumento de una cadena, á cuyos desagradecidos acentos fuera imposible cantar ménos que endechas y fúnebres elegías. Y si su-

pliendo la disposicion de su inventiva, tocares solo en la calidad de su doctrina, no condenes á su dueño; culpa á las injurias de los tiempos, y más que á ellos, á la soledad de una torre, á la vejacion y molestia de mis severos jueces, pues muchas veces me privaron aun de los libros que tenia para mi diversion, y algunas de pluma y tinta para escribir; que á semejantes términos suele extenderse su jurisdiccion, y á mayores si la emulacion de los enemigos los divierten ó inclinan. No es mi intento jugar más desta pieza, pues no habiendo sido más que la de una dama el principal origen de tan largos trabajos, me tuvo, como dicen, al canto del táblero; y así pasa, advertido de que si todavía tantas salvas parecieren impropias y fuera de propósito los discursos, aunque capitales y trágicos, por lo ménos han de servirte de sonda cierta y segura, si por tu desdicha quisieres algun dia engolfarte en el tempestuoso mar destas engañosas sirenas, aunque no sé quién de su amorosa pasion se verá tan ciego, que, considerando estos en parte verdaderos y en parte fingidos desengaños, no los abrace para ejemplo de su vida, escarmentando en la fortuna de Gerardo. *Vale.*

DEL MAESTRO VICENTE ESPINEL Á DON GONZALO DE CÉSPEDES Y MENESES.

Si puede haber males justos,
Estos, Gonzalo, son tales,
Pues de tus trágicos males
Sacas generales gustos:
Sepan los pechos robustos,
Si en desdichas te embarazas,
Que con celestiales trazas,

Entre agravios y querellas,
Las desdichas atropellas,
Y las virtudes abrazas.
En los profundos abismos
De tu desdicha corriente,
¿Quién te hizo ser prudente
Sino tus trabajos mismos?

Cesaron los parasismos,
Haciendo los males cursos;
Mas tus trágicos discursos
Publicarán tus concetos
En locutorios secretos
Y en generales concursos.

DE DON FRANCISCO DÁVALOS Y OROZCO, VEINTICUATRO
PERPETUO DE UBEDA.

Si aquel sabio famoso con espanto
Las desdichas del mundo referia,
Y con tan tierno pecho las sentia,
Que aun duran hoy sus lágrimas y llanto;
¡Oh vos, que con sonoro y triste canto
Nos enseñais de la verdad el dia,
Y en las desdichas de Gerardo guia,
Para huir, como Ulises, del encanto!
Si Heraclio solo con su llanto quiso
Representar del mundo los engaños,
Ejemplo mudo fué, bien que prudente:
Mas vos con viva voz y nuevo aviso
Nos descubris sus nobles desengaños,
Ganando mayor lauro á vuestra frente.

DE LUIS VÉLEZ DE GUEVARA.

Amante venturoso, si gallardo
Gozas del bien de amar gloriosamente,
En sosegada paz, sin accidente,
Hijo de amor legitimo ó bastardo;
Mueve á más alta parte el paso tardo,
Y en el cristal te sirvan desta fuente,
De espejo y desengaño juntamente,
Los trágicos sucesos de Gerardo.
Verás á dulce ritmo reducidos
Los efectos de amor, y publicando
Que es capitan de locos y perdidos.
¡Triste yo, que, en mi propio escarmentando,
De la guerra del alma los sentidos
Rotos los Le sacado peleando!

DE GONZALO DE AYALA.

Ya llegais á la cumbre, nuevo Ascreo,
De las tragedias, por inculta via,
Despertando la triste fantasia
En el encanto que causó Morfeo.
De Pandora cantais el vil empleo,
Los engaños de Flora y su porfia,
De Lice la belleza y tirania,
Del ciego dios el funeral trofeo.
Vuele de Manzanares hasta el Nilo,
Céspedes, y en su altar vuestra memoria
La fama ponga con igual decoro.
Y aunque muerda Teon el dulce estilo,

El dios de Delo, para mayor gloria,
Os cña de su Dafne un ramo de oro.

DE DOÑA BEATRIZ DE ZÚÑIGA Y ALARCON.

Para tal laberinto tal Teseo
Espera el mundo, Céspedes gallardo,
Pues le ofreceis la vida de Gerardo,
Libre del fiero hermano de Androgeo.
Pisad, jóven famoso, el rostro feo
Del envidioso monstruo y vil bastardo,
Que de tan alto ingenio ver aguardo
Mejores triunfos y mayor trofeo.
Cña de verdes hojas vuestra frente
El amante de Dafne fugitiva,
Agora lauro, un tiempo trenzas de oro;
Y en urnas de diamante eternamente,
Vuestra memoria y vuestro nombre viva,
Trágico cordobes, griego Heliodoro.

EPISTOLA

Á LOS LECTORES, DE DON SEBASTIAN DE CÉSPEDES
Y MENESES.

Agora seas culto, ó lego seas,
Si acérrimo lector, no te convido
A que tragedias y desdichas leas;
Ni por la patria y religion te pido
Que con templada libertad moderes
La bárbara leccion de un afligido.
Muerde, tenaz en tu opinion, si vieres
Donde cebar el ávido desseo,
Adulador de propios pareceres;
Bien que yo de su autor, mi hermano, creo
Que al caballero trágico vistiera
Al corte de tu gusto, hermoso ó feo.
Pero si no alcanzó lo que quisiera,
Ni excuses ni perdones tantos yerros,
Y en tu malicia su inocencia miera.
No le espantan al lobo los cencerros;
Que si tú le acometes por idiota,
Orejas tiene para muchos perros.
Salga un poeta hinchado como bota,
De rígido veneno, y en postema
Convertida la musa que es pelota;
Y el hidrópico fuego en que se quema,
Que no furor divino, cuyo aliento
Inspira en este trágico poema,
Escupa tanto, que su humor sediento,

Bastando á corromper la honesta fama,
 Pase á poner castigo y escarmiento :
 Que el autor no se ha de ir de rama en rama,
 Pájaro solitario por los riscos,
 Trocando por las breñas nuestra cama.
 Vense ya pocos Pablos y Franciscos ;
 Para estos dioses son las soledades,
 Que hicieron de sus chozas obeliscos.
 Mi hermano estimará tus libertades,
 Filósofo versista, seas quien fueres,
 Como tú sus mentiras ó verdades.
 Echa la línea por do más quisieres ;
 Nivelá y justifica tus censuras,
 Porque no ha de llorar lo que gruñeres.
 Todo es adivinar por conjeturas :
 ¡ Oh qué gentil autor para Gerardo !
 Para un poema heroico ; qué locuras !
 Por cierto, sí, en un poeta pardo,
 De ingenio zote y baladí conceito,
 Reparará tu espíritu gallardo.
 Si fuera otro famoso, tan discreto
 Como desvanecido y arrogante,
 Hipócrita quizá de lo perfeto,
 Que pudiera medir con el gigante
 Apolo portués, honor de España,
 Su habuciente musa y lira infante ;
 Aquí fuera mayor si torpe hazaña,
 Picando por lo agudo y maldiciente,
 Quebrar de paso alguna leve caña ;
 Pero cuando el ingenio no es valiente
 Ni un singular capricho le divide
 Del vulgacho comun de la otra gente ;
 Cuando ni da consejo ni le pide,
 Y el hombre es tan austero y retirado,
 Que con su gusto y parecer se mide,
 ¿ Qué le quieres, lector afistolado,
 Legislador de cinicos corrillos,
 Critico no, si mal intencionado ?
 ¿ Qué pudiera cantar entre los grillos
 De una larga prision el tracio Orfeo,
 Cansado de vivir y de sufrillos ?
 Allí donde engañando su deseo,
 Y al misero cuchillo la garganta ;
 Esperaba aquel trágico trofeo ;
 Allí su error en tres discursos canta,
 Vivo ejemplar de su infeliz delito ;
 Que amor excusa tanto como espanta.
 Bien está, me dirás, lector conscrito,
 Quejarse en la cueva ó calabozo,
 O do comió el bocado alzar el grito.
 Sepultara sus culpas en un pozo
 (Abuso de Mahoma) y no escribiera
 Las libertades de un lascivo mozo.
 En la estampa eterniza su quimera,
 Y á los heroicos actos introduce
 Un villano pastor y una ramera ;
 Y al tropel de las cárceles reduce
 Las acciones de un ánimo quieto,
 Que la tranquila y dulce paz produce.
 ¡ Oh si mi hermano fuera tan perfeto
 Como tú, lector mio, te imaginas,
 Puro, inculpable, cándido y discreto !
 ¿ Cuando formó el dolor voces divinas ?
 ¿ Qué entonarán los tristes si gemidos,
 Árida tierra, al fin, que brota espinas ?
 Permite que diviertan los sentidos
 Por el campo del vulgo ameno y vario
 Los hombres de conceptos afigidos.
 Ni juzgues que es á la razon contrario
 Publicar el delito, si al castigo
 Sucede el escarmiento necesario.
 Y si el poema heroico, sabio amigo,
 Admite á caballero algun villano,
 Todo lo sufre el tiempo que yo sigo.
 Basta que tenga un poco de cristiano,
 Y de ganado mal ganado un poco,
 Para que pueda ser héroe romano.
 Pero dejo esta pieza, aunque la toco :
 No es para este lugar la disciplina ;
 Que dirás tiro piedras como loco.
 Mas concede á la dama concubina,
 Por ser mujer, que llegue á ser señora,

Desde el torpe burdel ó la cocina.
 Pues el siglo llanísimo de agora
 Igual honor permite á las mujeres,
 No dando más á Porcia que á Pandora.
 Ya posible será que si leyeres
 Los trágicos fragmentos, satisfecho,
 Su dulce estilo alabes y exageres,
 Y que llegando á juicio tan estrecho,
 Autorice la accion tu propio voto,
 Por adquirido amor ó por derecho.
 Si ya no te parece tan ignoto
 Su verdadero autor, que le negares,
 Arbitrando á tu gusto otro más doto.
 Busca por montes y remotos mares
 Un fraile garamanta, un sastre griego,
 Más poeta ladrón que sus pulgares ;
 Un rezador salmista, sordo y ciego,
 Un lacayo troton que canta y rasca
 La sarna de un traidor macho gallego ;
 O el otro epigramista que nos casca
 Con libros y librillos cada día,
 Capernzas de coplas en tarasca.
 Finja un autor tu grave fantasía,
 Como así me le quiero, largo ó corto,
 Que gaste su almacén ó tropelia.
 Aplica á su ingenuzco el vil aborto
 Que se atribuye á si mi rudo hermano,
 Sin que te deje su mentira absorto.
 No serás tú el primero que, tirano
 De cuidados ajenos, escurezca
 La fama noble con villana mano.
 Ni faltará un perjurio que se ofrezca
 A desmentir nuestra verdad y el dueño,
 Aunque en su vil protestacion perezca.
 No son mis quejas fabulas, ni sueño
 Segundas intenciones ; que mi daño
 Y la experiencia dicta lo que enseño.
 Yo he visto mis papeles ¡ caso extraño !
 Prehijados de muchos invidiosos,
 Padres de su maldad y de su engaño.
 ¡ Oh versos, si infelices, numerosos !
 ¿ Quién os juzgó pupilos miserables ?
 Quién huérfanos, si fuistes tan famosos ?
 Entre paredes pobres, aunque afables,
 Os engendró la dulce musa mía,
 Sin mendigar las ricas y admirables.
 Pero estas quejas son á sangre fría ;
 ¡ Ojalá que Gerardo padeciese
 La misma emulacion y tiranía !
 ¡ Ojalá á mi desgracia pareciese
 Su mejor y más próspera fortuna,
 Si con gusto, aunque invidia se leyese !
 No mató las serpientes en la cuna,
 Ni es semidios el que es sempioeta,
 Con poca vena y sin deidad alguna.
 Pero ya que á este oficio se entremeta,
 Con título mejor que otro dichoso
 Seguirá su destino ó su planeta.
 Ya ha parido poetas el Toboso ;
 La margen de Torote es ya Parnaso ;
 Convirtiósese en zumaque el lauro honroso :
 Un rocin matalote es ya Pegaso ;
 Un alquimista loco tiene vena ;
 Distila un boticario á Garcilaso ;
 Véndese en real y medio Juan de Mena,
 Y mezcla un sastre liras y girones,
 Sin que por tal delito tenga pena.
 No es beber de lo caro hacer canciones ;
 Es ya vinagre el néctar, zupia el vino,
 Y los cisnes de Apolo son capones.
 Lllaman la poesia desatino,
 Porque ya se reputa esta excelencia
 En sugetos de nombre vil y indino.
 Mas entre alquimia y oro hay diferencia :
 A dos ó tres informan las deidades,
 Que merecen respeto y reverencia.
 No hablan con aquestos mis verdades ;
 Que adoro sus ingenios, y quisiera
 Gastar en sus honores mil edades.
 Y en tanto pues, lector, que la priuera
 De tu florida juventud volare
 Hasta llegar logrado á la postrera,

Escarmienta en Gerardo, aunque amargare
 La pena, la verdad y el desengaño,
 Y el apetito sensual bramare.
 No esperes á mañana, si el engaño
 Es poderoso á dar con nuestra vida

En una confusion de eterno daño.
 Al saludable antidoto convida
 El trágico Gerardo : si apoteces
 Sencillo, si curioso, esta comida,
 Dios te dé lo que puede y tú mereces.

EL POEMA AL LECTOR.

Aunque lloroso y trágico me veas,
 No profanes, lector, las quejas mías :
 No es mi sagrada mesa para arpías
 Con rostros bellos, si con garras feas.
 Lágrimas son de amor (asi me leas
 Exento de su imperio y tiranías),
 Que las recojan tus orejas pías;
 Seré yo Anquises cuando tú mi Encás.
 No me escribió Belardo; que no implora
 Mi autor laureles á su patria ingrata,
 Premio por bien llorado merecido.
 Rompo el encanto con que aduerme Flora;
 Descubro el monstruo que escondido mata :
 Juzga si puedo hablar y ser oído.

DISCURSOS TRÁGICOS EJEMPLARES DEL ESPAÑOL GERARDO.

DISCURSO PRIMERO.

BRAMABA el aire, y con nublados negros á trechos matizaba el celestial color; y entre espesos relámpagos y temerosos truenos, muriendo en los ardientes cuernos del dorado Toro, las Híadas anunciaban las futuras aguas; y saliendo la nocturna Proserpina de su oscura y tenebrosa cueva, embozada con su triste manto, apenas del hurtado resplandor hacia alarde, cuando entre el sordo retumbar de las hojosas ramas y tajadas peñas de una montaña espesa, hirió en las orejas de tres pastores rústicos que á la sazón unas ligeras cabras en ella apacentaban, una lastimosa y penetrable voz, de que quedaron tan confusos como temerosos, pareciéndoles hubiese salido de las entrañas y cavernosas partes de la tierra. Suspendiéronse algun tanto, por entender si acaso hubiese sido anejo de la soledad, ó fantasía del miedo que les ocupaba. Mas volviendo á oír los lamentables y profundos ecos, saliendo desta duda, se persuadieron á que si ya no fuese temerosa sombra, alguna afligida y humana criatura se quejaba.

Por puntos se iba acrecentando la espantable voz, y en los pastores el conocimiento de lo que ser podía; y así, uno que por más animoso y fuerte se estimaba, sacando esfuerzo de flaqueza, y del zurron cuarteado yesca, eslabon y pedernal, con pequeño trabajo encendió lumbre, y en ella unas leves aunque mojadas atochas por la lluvia que ya despedían de sí las preñadas nubes; y diciendo á los compañeros le siguiesen, apercibiéndolos sus hondas y nudosos cayados, descendieron una ladera abajo, guiándose al tino del horrible són y encendidos hachos que de linternas en las manos les servían; y en breve espacio llegaron adonde de entre unas malezas y intrincada espesura sintieron salir envuelta y en medio de congojosos suspiros la voz que con tanto temor les traía; el cual, aun estando tan vecinos á ella, suspendía su determinación; hasta que atendiendo con mayor silencio á las tristes quejas, claramente en ellas conocieron ser de algun miserable hombre; y más se aseguraron oyendo entre el amargo llanto pedir al que le hacia, favor á los justos y piadosos cielos; con que pospuesta la cobarde presunción, se arrojaron por las incultas matas y copados árboles, á cuyos robustos troncos, ayudados de las encendidas atochas, vieron reclinado en las marchitas yerbas un casi difunto y desmayado jóven, pálida la color del rostro, traspillados los dientes, eclipsados los ojos, y que de rato en rato sus mortales ansias acompañaba con aquellos dolorosos gemidos, que naciendo de tan lastimosa causa y en tan oportuna no-

che, no es grave de creer liciesen el espantoso efecto que he contado.

A gran compasión y llanto les movió el mísero y desdichado espectáculo, y con piadosas lágrimas lo celebraron. Tenia el herido mancebo con su sangriento humor teñidas las menudas y cercanas yerbas, entre las cuales, con las rabiosas ansias que sentía, daba furiosos vuelcos; y era tan grave su congoja, que tras cada suspiro, los que con tierno llanto le miraban se persuadían á que era el último y final de su vida. Y habiendo con muchas razones y palabras procurado saber su desastrada suerte, no les fué posible, porque la mucha sangre que había vertido causaba en él un mortal y notable desacuerdo; y así, reconociendo el poco efecto que por entónces podía conseguirse á su deseo, trataron de remediar, si fuese posible, sus heridas; y con este piadoso parecer comenzaron blandamente á desnudarle; y habiéndole desabrochado un jubon que de fina tela traía vestido, le hallaron en los pechos dos heridas que, aunque penetrantes y crueles, no les pareció guiaban por peligrosa parte, y sin estas, en lo restante del cuerpo otras tres, aunque de ménos malicia y consideración; pero en todas bien conocieron que los maestros de tal obra no habían tenido pequeña determinación ni propósito de dejarla por acabar. El que entónces les pareció de conformidad y sano acuerdo poner en ejecución, fué desgajar de aquellos altos chopos unas ramas, y uniéndolas y aderezando unas con otras lo mejor que les fué posible y la brevedad dió lugar, formaron un estalaje á manera de andas, en quien queriendo poner el desmayado cuerpo para poder llevarle á una cercana aldea donde los compasivos pastores tenían su albergue, les detuvo un tropel y relinchos de caballo que muy apriesa se les venía acercando; que como del pasado temor aun no estuviesen libres, poca causa fué bastante á alterarlos, imaginando que sin duda volvían á rematar la vida del sangriento mozo; y sin esperar á más certificarse de lo que ser podía, olvidando la obra comenzada, dieron la vuelta con turbados aunque ligeros pasos. Mas el mismo efecto que hizo en ellos el estruendo que del caballo habeis oído, fué causa de que se espantase el que á su conocido dueño no había hasta aquel punto querido desamparar; porque saliendo de la espesura los que huyendo venían, y con las luces que aun no habían dejado, de tal suerte alborotaron el ligero y suelto animal, que cual el mismo viento, atropellando cuanto por delante se le ponía, en un instante le perdieron de vista, dejándoles con premisas bastantes de que era hombre de valor el que entre los árboles quedaba, y dueño de aquel caballo: con que

les nació mayor deseo de poner en ejecución su intento; y así, volviendo al puesto, sin aguardar á que de su profundo parsimismo recordase, tomándole en las compuestas ramas y en sus fornidos hombros, sin detenerse se pusieron en el camino de su aldea.

Esta suerte que digo fueron caminando por la embrenada selva hasta que, habiendo salido como prácticos della, queriendo tomar una vereda angosta que de atajo servia al casi ya vecino lugarcillo, que algun tanto del camino real y pasajero se apartaba, oyeron grandes voces, zumbidos de hondas, confusos alaridos, ladridos de perros y estruendo tal, que verdaderamente se les antojó bajaba en armas toda aquella rústica serranía y moradores della. Mas quiero que ántes sepais la causa de tan notable alboroto; que aunque no fué tan congruente como era justo, todavía para gentes tan bárbaras y groseras como son las que habitan aquellos Carpentanos montes, fué bastante.

Ya dije arriba de la forma que los tres pastores con su medrosa fuga habian al ligero caballo alborotado, que por la adversa fortuna de su dueño andaba suelto, y que cual otro hipogrifo, aunque sin alas, volaba por entre las malezas del desierto y cerrado monte. Quiso pues la contraria suerte destos piadosos hombres que recordase con su acelerado movimiento el veloz animal á ciertas guardas que en custodia tenían todos aquellos cotos y cerrados bosques; los cuales cuidadosos de la caza y recreos que á su cargo estaban, no dejaron de ponerse en centinela, pensando otra fuese la ocasion de su desvelo; y aun no se habian del suelo levantado, cuando volviendo las cabezas á la parte por donde traian el desangrado cuerpo, viendo venir tantas luces, y que sin duda el miedo haria que entónces pareciesen á sus ojos volcanes encendidos; no reconociendo lo que ser podía, ni ménos quién en tal forma y á semejantes horas caminaba; atónitos y como fuera de sí, no sintiéndose con ánimo para aguardarlos, sin esperarse el uno al otro, arancaron con súbita corrida para la primera aldea, pidiendo socorro y ayuda; y esto fué con tan excesivas voces y alaridos, que escandalizaron y pusieron en arma todo el lugarcillo y aun las vecinas y cercanas granjas y caserías; y mayor fué cuando entre el favor que reclamaban oyeron apellidar el temido nombre del Rey y su justicia; que con tales interpuestos no quedó hombre ni mujer que ya con chuzos, lanzas ó espadas, á campana tañida no saliese hácia la parte donde las guardas afirmaban ponian fuego inmensas gentes á los reales bosques y vedados montes; y llevándoles por espías, en un momento llegaron bien cerca de donde los descuidados pastores poco á poco en prosecucion de su piadoso oficio caminaban, ya á veces trocando su fatiga, ya descansando en las peladas y desnudas peñas; con que dieron lugar á que ántes que llegasen al aldea, estas indómitas y feroces gentes se hubiesen apercebido y salidos al encuentro; que estos alaridos y alzazaras fueron las que he contado oyeron los seguros pastores al salir del monte y cerrada espesura. Mas apenas del villanaje y tropa fueron vistas las mal formadas luces, cuando como á puertería comenzaron á desembrazar una espesa lluvia de terribles y peligrosas piedras, haciendo retumbar con sus tejidas hondas el hondo valle y el fragoso risco;

con que viéndose tan cruelmente salteados los tristes hombres, y que aunque daban grandes voces pidiéndoles se detuviesen, era excusado el poder ser oídos, les convino dejar la carga y ponerse en defensa, á tal hora que ya á las partes del dorado oriente se divisaba el horizonte de la tierra en el regazo y cristalinos brazos de la purpúrea esposa de Titon.

De la humedad de la noche y frescor de la vecina mañana se le habian al lastimado mancebo enconado sus heridas, cuyo agudísimo dolor le tenia con más vivo y eficaz sentimiento y con algun acuerdo; y aunque se quejaba y pedia ayuda, era con flaca y débil voz, que no pudo en ninguna manera ser oído de los que en la trabada refriega andaban envueltos con los pobres pastores, sin culpa dellos maltratados; los cuales viéndose solos, y de tantos, sin armas y defensa, perseguidos, mal de su grado hubieron de volverles las espaldas, emboscándose en la fragosa y vecina montaña; yendo en su alcance toda aquella canalla y junta de rabiosos villanos con tantas ganas de matarlos ó prenderlos como si los tristes fueran crueles bandoleros ó caribes piratas. Llámame el solo y desgraciado caballero que sin remedio dejámos en la encrucijada y camino trillado del aldea, que era el verdadero y real de la antigua Segovia, que á dos leguas de allí era distante; y así, habré de suspender hasta su tiempo el suceso de los que huyendo pretendian apartarse de aquellos contornos. Quiso pues el justo cielo dar socorro á aquel que con tantas véras y necesidad se le pedia; y así, no permitió dilatarle este favor, enviándosele por medio de un noble caballero que á esta misma hora atravesaba desde San Lorenzo el Real, octava maravilla del mundo, á la famosa ciudad de Segovia, acompañado de algunos criados; y siéndole forzoso el pasar por el sitio adonde lamentando estaba su desdicha el alligido y casi difunto mancebo, no pudo ménos, viendo tan lastimoso encuentro, de enternecerse, y sin gustar de saber ó inquirir la causa, por parecerle obra de salteadores, lo más acomodadamente que pudo le hizo subir en una mula, y juntamente á las ancas uno de sus criados que pudiese irle sustentando; y conociendo por su mortal aspecto la cercana muerte que le amenazaba, temeroso no se le muriese entre manos sin poderlo remediar, apresuró su viaje, y con tanto cuidado, que dentro de un hora todos juntos, llegando á la cumbre del nevado puerto, descubrieron la insigne ciudad adornada de soberbios muros, suntuosos chapiteles, espesos bosques y floridas selvas; y no queriendo detenerse á contemplar el hermoso y pintado país que agradable á la vista se mostraba, en breve espacio entraron dentro della, y luego en la primer posada que abierta hallaron, al tiempo que el amante dios de Dafne con sus lúcidas hebras bordaba los altos y encumbrados edificios. No dilató, en apeándose el noble caballero, el tratar de la salud del que debajo de su amparo venia; y así, con notable diligencia despachó por médicos para la del alma y cuerpo; y en el entre tanto, habiendo mandado aderezar un lecho, él mismo desnudó al herido mozo; y habiéndole quitado una almilla de raso que por última ropa vestía, le halló pendiente de una esmaltada cadena de oro, un precioso joyel ó relicario de admirable traza ó hechura, demas de un rico y inestimable dia-

mante que engastado en un labrado anillo traía en la mano derecha: con que quedó el buen caballero desahuciado e confuso, conociendo ser muy ajeno de su presunción lo que entre manos tenía y con los ojos via, porque si, como había imaginado, hubieran sido salteadores los reos de tan crueles heridas, no se compadecía de semejantes hombres le dejasen con joyas de tanto valor y estíma; y así, se persuadió á que al dueño no le faltaban estas partes, y á que asimismo no habían sido ladrones los que á tan mortal estado le habían traído; y estando con estas imaginaciones casi investigando la verdadera causa, entró uno de los criados que habían ido á llamar los cirujanos, con uno experto y excelente en su arte; el cual habiéndole tomado el pulso y visto las heridas, conoció dél y dellas no ser de muerte, porque de su desfallecimiento el mayor daño y ocasion era la mucha sangre que le faltaba, y esta fácilmente con la juventud y ardiente edad del no conocido mancebo podía restaurarse, que con los confortativos remedios y medicamentos saludables que el cirujano le aplicó, quedó algo más aliviado, aunque por el conocido detrimento, con órden de que nadie le hablase hasta que del todo recobrase su entero juicio, sin el cual estuvo casi por todo el siguiente día; que cuando volvió en sí y se consideró en tan diferente lugar de aquel donde fué herido, no pudo ménos de recibir notable admiración, y aun, recorriendo la memoria de sus desdichas, enternecerse; y con lastimosas palabras, volviéndose al noble caballero, que nunca de la cuadra salía ni de su cabecera se apartaba, le rogó le dijese en qué parte ó lugar se hallaba, ó por qué órden y camino hubiese sido traído á él. A que el noble Leriano (que así se llamaba el piadoso caballero) le satisfizo con amorosas razones, procurando con ellas divertirle en su mayor aflicción, y excusarle en la prosecución de su salud, de otro nuevo cuidado: con que algo más animado el pobre mancebo, suspendió su deseo, y dándole primero, como mejor pudo, las debidas gracias, puso treguas en el dolor de las recientes heridas, creciendo su consuelo el ver tan mejoradas en su vida las casi ya difuntas esperanzas.

Fué en efeto servido Dios de dársele, guardándole para otros innumerables trabajos y desventuras; y así, dentro de breves días supo de Leriano la forma en que dél había sido hallado, y asimismo cómo era rama ilustre del antiguo y nobilísimo tronco de los caballeros Perafanes de Ribera, y natural de la real Sevilla, Babilonia de nuestra España, de adonde había salido á ciertas pretensiones para la ciudad de Valladolid, corte en aquellos tiempos de Felipe III, cuya prosecución y viaje solo dilatara por acudir á su cura y salud, más que á algunos deudos que allí le festejaban: de que el incógnito mancebo se hallaba tan agradecido y obligado, cuanto alegre y contento; y considerando una tan verdadera y fiel amistad, daba todos sus trabajos, miserias, heridas y calamidades por bien empleadas, pues por su triste ocasion en tan confusos males le habían dado á conocer tan leal amigo.

Aunque despues del tiempo que he dicho se levantaba, no era con tanta seguridad que se atreviese á salir de su aposento, adonde entretenimientos no le faltaban para poder desechar la melancolía y tristeza de que gravemente era algunas horas atormentado;

y en una que la soledad de Leriano, que á la sazón andaba por la ciudad, dió motivo al alligido pensamiento, viéndose despeñar en su profundo abismo, queriendo divertir la triste fantasia, pidió un instrumento, y habiéndole templado diestramente, por engañar sus males hizo alarde de sus pasados bienes, y con sonora y acordada voz cantando, dió principio á los siguientes versos:

Alma, desde hoy entregad
Al olvido mi memoria;
Que esperando la vitoria,
Dilatáis la libertad.
Negad vuestra voluntad
Al deseo más querido,
Tantas veces prometido
A mi leal pensamiento,
Y por su gran sufrimiento,
Deseado y no cumplido.

Alma, no hagais prision
En las fuerzas del amor;
Que dais alas al dolor,
Que las cortó á la paciencia.
No hagais culpa mi inocencia,
Y á la verdad confusion,
Pues libre desta prision
Podréis decir que soy mío,
Respetando el albedrio
La imagen de la razon.

Alma, yo sé que merece
La causa de mi cuidado
Que vos la hayais olvidado,
Pues decís que os aborrece.
Y aunque otra cosa apetece
Mi propia naturaleza,
Teuéis vos, alma, una alteza
Mayor que vuestro apetito,
Como carácter escrito
Debajo desta corteza.

Alma, comenzó á llorar
Si acabais el padecer;
Porque habeis de aborrecer
Lo que queréis desear.
Determináis á olvidar
Con industria y artilugio;
Que á las veces vence al vicio
El arte, y no la razon;
Porque la misma passion
No la deja hacer su oficio.

Alma, refrená el rigor
De mi estrella y nacimiento,
Si no ha sido encantamento,
Tirano dueño, tu amor.
Vos, que sois mi bien mayor
Y teneis eternos años
Para males tan extraños
No deis licencia á mi gusto;
Que la que dais al disgusto
La quitais de mis engaños.

Alma, Clarinda y tormentos,
Que todos estáis mezclados,
Ya de escucharme cansados,
Ya de matarme contentos:
Ya he dicho mis sentimientos,
Ya he prometido olvidar;
Lo más está en comenzar:
Decid, alma, ¿olvidaré?
Si; que perdida la fe,
Tambien se olvida el amar.

En tanto que cantaba esta cancion llegó Leriano, y no queriendo interrumpirle, se detuvo hasta que en los ardientes suspiros con que dió fin á su canto, conoció había hecho en él la música su efeto acostumbrado, entristeciéndole; y así, entró adonde, encima de su lecho recostado, le halló que estaba destilando de sus ojos dos abundantes fuentes de tiernas lágrimas; y fuéle excusado, aunque lo pretendió, encubriellas viendo entrar á su caro amigo, que con los brazos abiertos se vino para él, diciéndole: No es justo, señor caballero, que á quien sin conoceros, como yo, ha mostrado tanta voluntad de serviros, querais encubrir la causa de vuestro sentimiento; que de las demostraciones que así ahora como en otras ocasiones os he visto hacer, colijo es grande la que os obliga; y si hasta la ocasion presente no os he pedido con encarecimiento la razon desto, no ha sido otra que temer, trayéndoos á la memoria casos tan lastimosos, dañar con algun accidente vuestra salud; y pues en ella estáis hoy tan adelante, no podréis excusaros de sacarme desta duda, diciéndome asimismo quién y de qué tierra sois; que os prometo de arriesgar, siendo necesario, por vos y vuestra venganza, honra, vida, hacienda, patria y reputacion. Bien satisfecho vivo, replicó el encubierto mozo, ¡oh buen amigo Leriano! del amor y verdadera alicion con que me tratáis y ofreceis vuestras fuerzas y noble pecho, el cual solo os ha movido á amparar mi vida, restaurándola y dándome el sér que tengo, pues con justa causa, despues de Dios, á vos la debo; y aunque la de mis desdichas sea tan penosa, y más el acordarme dellas, todavía por

lo que os debo y porque entendaís lo mucho que deseo hacer vuestro gusto, aunque vuelva á renovar llagas viejas y antiguas heridas, satisfaré á vuestra voluntad, dándoos aun muy estrecha cuenta de mis encubiertos pensamientos, juveniles días y primeros empleos, como manantiales de los presentes naufragios y tormentas.

No sabré encarecer lo mucho que Leriano agradeció la determinación de su amigo, como cosa que tan deseada tenía; y así, no viendo la hora de que comenzase su prometida historia, mandó á los criados les dejasen solos; y dándole atención, con alegre rostro oyó que así decía:

Mi nombre, ilustre amigo, es Gerardo; la insigne y famosa villa de Madrid, dignísimo aposento y morada de nuestros católicos monarcas, es mi amada patria, comun y general madre de diversas gentes y remotas naciones. Entre sus más levantadas murallas, y adonde con más verdaderas señales se ven las de su antigua fortaleza, están las casas de mis padres, adornadas tanto de su nobleza dellos, cuanto de su antiguo solar. Aquí nací, y un mártir, cuyo proverbio desgraciado puedo decir no ha salido á ninguno más verdadero que á mí, pues hasta en el ser segundo fué contraria la infeliz estrella de mi nacimiento.

Aunque no salía fuera de mi propósito, no quiero alargarme en contaros los tiernos ejercicios de mi infancia hasta los quince años, que cumplidos, me fué forzoso seguir la voluntad de mis padres, saliendo en su compañía para uno de los mejores gobiernos de Castilla, de que su majestad le había hecho merced. Iba juntamente con nosotros Leoncio, mi mayor hermano, mancebo de notable valor y mayores esperanzas, y todos con general contento, por llevarle nuestros padres. Fué el viaje breve; y así, en pocos días llegámos al fin dél, adonde fuimos recibidos como en semejantes ocasiones se suele acostumbrar. Tomó mi padre la posesion de su gobierno, y con grande y particular satisfacion fué prosiguiendo en él.

Es esta ilustre ciudad la antigua Talbora (1), una de las más nobles, insignes y populosas del reino de Toledo, cuyo asiento bañando, fertilizan las cristalinas aguas del célebre y dorado Tajo, causa para ser de las más amenas, alegres, abundantes y deleitosas de su famosa márgen y ribera: la gente della apacible, agradable y cortesana, y en particular la noble, que es mucha, lucidísima y de las más calificadas casas de nuestra España: partes todas dignísimas de una tan antigua y grandiosa poblacion. Halléme aquí tan bien como en mi propio natural, y con amigos de mi edad y condicion, siendo nuestro particular entretenimiento caballos, toros, máscaras, sortijas y torneos y otros pasatiempos, con quien alegrando la gente, nosotros nos hacíamos prácticos y diestros. Otros días gastábamos en la caza, campo y montería: que de cualquier género en esta materia es bien abundante aquel terreno. Estos y otros semejantes ejercicios eran mis gustos, mis mayores contentos y deleites, sin que á los de amor y á sus ardientes y nocivas llamas hubiese entregado en ningún tiempo mi corazón; de lo cual me hallaba tan alegre como libre, y tan satisfecho como envidiado de mis amigos; mas duró poco el poder jactarme desta envidia, y ménos del alegría y li-

bertad que hasta entónces gozaba. ¿Cómo me faltó, cómo de libre me hice sujeto, cómo de alegre melancólico, y cómo de dichoso desgraciado? Más presto ¡oh buen Leriano! sabréis esta no pensada mudanza, de lo que mi alma quisiera. Entre estas fiestas y regocijos llegaron las principales y de obligacion, por particular voto de aquel Ayuntamiento, en honor de las dichas bodas de la Virgen y su excelente esposo Josef: son celebradas en toda Castilla, y por su antigüedad famosas, y más por la advocacion milagrosa que tienen: á estas acuden innumerables gentes y gran concurso de caballeros y damas, así de la corte y ciudad de Avila, como de la imperial Toledo y otras diversas partes de su reino. Amaneció pues el deseado día, siendo de abril los veinte y seis, claro y cubierto de espesas nubes, natural tiempo de aquella tierra; si ya no fué conocer el rubio Apolo la poca falta que sus rayos harían en semejante ocasion, adonde tantos y tan hermosos soles se mostraron. Salieron de librea treinta y dos caballeros, y siendo yo uno dellos, fui tercero á mi padre y hermano Leoncio. Dióse principio á las fiestas de toros, y con un muy bien ordenado juego de cañas se concluyeron, con general aplauso, contento y regocijo de todos los que las miraban, por no haber en ellas sucedido desgracia alguna, sino es la mia, que, segun el estado á que me ha reducido, fué la mayor que pudo venirme.

Habian reparado á la primera entrada de la plaza mis descuidados ojos en un balcón de damas forasteras, tanto por la novedad del serlo, cuanto por el hermoso teatro que representaban á la vista; y así, quise despues con otros caballeros amigos volver á gozar de su belleza, y poco á poco nos fuimos acercando adonde estaban, dándoles más vueltas y paseos que á veces suele dar la imaginacion de un preso en tristes soledades y cavernas. Y me parece que hasta hoy nos estuviéramos en el mismo propósito, si ellas, viendo concluida la fiesta, no se fueran levantando para decender á un coche que ya las aguardaba. Aquí fué el dar en el suelo mi edificio, y en este instante comenzó el incendio y total ruina de mi abrasada Troya.

Había estado encubierta hasta la presente ocasion entre las damas de su compañía una de tan rara y peregrina belleza, adornada de un tierno y juvenil sujeto, que casi de improviso nos dejó á todos suspensos y admirados. Parecióme, como poco acostumbrado á semejantes golpes, me habia con el de su hermosa vista rasgado y hecho partes mi tierno corazón; que bien entiendo, si se advirtiera en su efecto, cualquiera echara de ver el mal de que estaba herido: tan poderosa y penetrante fué la soberana fuerza de sus ojos. Llegóse, al levantar, tan cerca de la reja, que me hubo de aventurar, viendo sus blancas manos puestas en el antepecho del balcón, á decir al tema hermoso que me ofreció su vista en tan peregrino asiento, ya en parte ponderando la firmeza del bronce duro á quien estaba asida, y ya á la nieve y marfil que en él estaba incorporado, muchas de las amorosas razones que mis nuevos deseos y voluntad supieron entónces formar y prevenir; si bien la respuesta que tuve fué remitirme con agradable silencio á una graciosa risa y cortesía á la que todos le habíamos hecho, con que siguió su compañía. Al entrar del coche, á pesar suyo y de mis

(1) Talavera.

compañeros me apeé y le tuve el estribo, aunque no lo consintió ella ni otra dama, que despues supe era su tia : apartéme y entráronse : hicieles un breve ofrecimiento que no fué poco agradecido. Preguntéles de adónde eran : dijéronme que de Avila ; y aun si no temiera el ser notado no dejara entónces de saber su posada y el límite y fin de su viaje. No acertaba á despedirme, segun aquel ángel me tenia suspenso ; pero en efeto, viendo que no podia ser ménos, lo hice. Fuéronse, dejándome tan desacordado, que aun no tuve memoria del caballo, ni aun de que mis amigos me aguardaban. Subí, y juntamente mandé á un criado viese adónde paraba aquel coche, y procurase informarse con certeza de quién era la gente que en él iba. Y habiendo hecho esto, miéntras la noche se acercaba nos fuímos á dar un paseo por la alegre y regocijada ciudad, aunque el desasosiego con que el nuevo cuidado me trataba, no dió lugar á que seguir pudiese la agradable compañía de mis amigos, de quien (diciendo me sentia indispuerto) me despedí. Cuando llegué á mi posada era ya de noche ; y así, desnudándome y tomando hábito conveniente, excusando mayores dilaciones, me salí á la calle, y conmigo Sanabria (que así se llamaba el criado á quien hice lengua de mi deseo), al cual le pregunté me dijese la casa de mi querida forastera y lo que de sus partes se habia informado ; y supe dél posaban en casa de un caballero de los más poderosos de la ciudad ; y asimismo que el dueño que para mi alma habia escogido, era sobrina suya, como tambien lo era de aquella dama que en el coche la acompañaba ; y que iban á Guadalupe á hacer una novena en aquella divina y milagrosa casa, cuyo viaje sería dentro de dos dias. Y con esto, pareciéndome bastante relacion para lo que yo pretendia, quise ir á dar una vuelta por su calle, pareciéndome recibirian mis ojos algun consuelo viendo las paredes que ocultaban el sol de adonde procedia su luz ; mas atájome uno de mis mayores amigos, que cuidadoso de mi indisposicion, venia á verme. Conocímonos, y como si en largos tiempos hubiéramos carecido de tal vista, nos abrazámos, porque el singular amor y amistad que nos teniamos pedia aun mayores extremos : tan poderosa suele á veces ser esta eficaz simpatía de estrellas, que otros llaman confrontacion de sángrés. Admiróse de verme tan ajeno de su pensamiento ; y como aun no solia recatarle las ménos advertidas imaginaciones, tampoco quise encubrirle la indisposicion que dél me habia apartado. En el alma se holgó don Fernando (que así se llama este amigo leal y verdadero) de que mi achaque no fuese otro del que le habia contado ; aunque procuró con razones que hacian fiel demonstracion de su voluntad, divertir mi deseo y pretension, entendiendo por lo que le habia dicho, cuán de camino estaban estas damas, y el poco remedio que por esta razon podia conseguirse en mi amor. Mas con todo eso, hallándome tan arraigado en mi propósito, le convino seguirle ; y así, nos fuímos solos á la calle y casa donde Sanabria me habia informado ; y llegando debajo de las ventanas della, conocí en una de las más bajas al norte de mi guía, dando más luz sus ojos que los rayos de la hermosa Cintia, que ya entónces se iba mostrando en el silencio de la noche oscura. Estaban hablando ella y otra dama de gentil

y bizarro tallo y no mayor edad, la cual luego fué conocida por don Fernando ; y así, me dijo se llamaba doña Francisca, única hija de Segundo Otavio, dueño de aquellas casas, cuya calidad ya os tengo referida. Bien quisiera yo al punto llegarme á las ventanas y hablarlas ; mas á don Fernando le pareció no espantar con nuestra impensada venida la hermosa caza ; y con este pensamiento nos fuímos acercando poco á poco adonde más claramente podian ser de nosotros vistas por la claridad de la luna ; aunque cuando reconocieron habiamos hecho alto, dejando su conversacion, quisieron retirarse y, como dicen, darnos un ventanazo, si don Fernando, como más libre, llegándose á las rejas, no las suspendiera, diciendo : No lia de ser parte nuestro atrevimiento, teniendo tan conocida disculpa como es la vista de vuestra hermosura, para que interrumpais la agradable plática ; que si ya no se admite tal excusa, podeis como en criados de vuestra casa disponer el castigo. No poco turbada respondió en baja voz doña Francisca, diciendo : Cuando nos fuera lícito hacer aquí mayor asistencia, nunca de vuestro atrevimiento formáramos grandes quejas ; y más habiendo con tan humilde cortesía satisféchosos ; mas solo el hacerse tarde nos fuerza á mudar de sitio. Con todo eso, repliqué yo, haciendo en tal ocasion ausencia deste puesto, es fuerza que nos dejeis dudosos en vuestra indignacion ; cosa que estimaré por mayor desdicha que la muerte. A todo esto callaba mi divina y hermosa forastera ; y volviéndome á ella, proseguí diciendo : Suplicóos, dueño mio, no seais del riguroso parecer de aquesta dama, pues con tanta brevedad nos ha de dejar vuestra hermosura, haciendo larga ausencia desta tierra. ¿Acaso, respondió mi dama con un graciosísimo desden, conocéisme ? ¿ó cómo sabeis que ha de ser mi partida tan breve ? Estaba doña Francisca preguntando á don Fernando (que ya le habia conocido) quién yo era ; y así, tuve ocasion de hablar aun con mayor claridad, diciéndola : Si como está esculpida la elígie peregrina dese rostro en mi alma, estuviera su dueño en vuestra memoria, bien creo que no con tanta facilidad hubiérades olvidado á quien esta tarde, besándoos las manos, rindió en ellas su corazon y libertad. No os entiendo, me volvió á replicar, ni ménos á las razones que me habeis dicho sabré dar verdadero sentido ; aunque si va á decir verdad, desde que aquí llegasteis he querido reconocer vuestra presencia ; mas es el hábito de ahora tan diferente de la librea desta tarde, que no pienso se me puede atribuir por esta causa nombre de desconocida. No quise alargar sin sustancia nuestra plática ; y así, en lo que más hacia á mi propósito la dije : ¿Cuándo ha de ser vuestra triste partida, ó por mejor decir, mi temprana muerte ? Y esto con tanta congoja y desmayada voz de pensarlo, que conociendo mi dama el sentimiento con que habia hablado, me respondió con algun género de cuidado, aunque riéndose : Casi estoy por decir que os pesa de que me vaya de vuestra ciudad, si no es que lisonjeramente quereis darme á entender vuestro disgusto. No estoy en parte, dulce señora mia, repliqué, ni la brevedad del tiempo da lugar á encareceros el sentimiento justo de mi dolor, que es de tal calidad el que me afige, pensando en vuestra ausencia, que entiendo, si no sigo contra la voluntad de mis

padres vuestras pisadas, el ser de mí propio desesperado homicida vendrá á ser el último remedio, tomando del veneno que me abraza y consume, por antídoto la voluntaria muerte. Mucho encareceis vuestra enfermedad, dijo mi dama (casi dándome á entender la lisonjeaba); porque si es tal como vuestro sentimiento significa, mi ciencia es corta y mis fuerzas menores para la aplicacion de un breve remedio; aunque yo sospecho que como enfermasteis breve, sanaréis con más facilidad; porque es condicion de los hombres dificultar con nosotras lo muy posible, y facilitar para su gusto montañas de mayores inconvenientes. Apead el punto del discante si quereis que me concierte con vuestro parecer; si bien, porque entendaís que no en todo pretendo contradecirle, ni que se me atribuya nombre de ingrata á la voluntad que me mostráis, sabed que despues de mañana me parto á Guadalupe; y entiendo que la vuelta será por aquí; y ahora y entónces, si en alguna cosa os pudiere servir, creedme y mandadme, veréis si soy agradecida, ó si echo en olvido vuestras razones, aunque sean lisonjas. Aquí llegaba nuestra conversacion, y yo el más alegre de los mortales, cuando habiéndolas avisado de adentro, les convino partirse; y llamándome en esta sazón doña Francisca, despues de algunas breves cortesías, me dijo: Don Fernando me ha informado teneis en vuestro servicio un excelente músico: hele encarecido á mi señora doña Clara las divinas voces de nuestra patria: así, os suplico que á ella satisfagais el deseo que tiene de oírlas, y á mí me saqueis verdadera; que á esta hora y en este mismo puesto aguardaremos el efeto de mi demanda. Quisiera, oyendo esto con el mayor agradecimiento de mi alma, besarla las manos por el favor que me hacia; mas no me fué posible, por la mucha brevedad de su despedida; y así, quedando sin luz, como en tinieblas, hube de dar la vuelta, dejando don Fernando y yo la calle; de quien habiendo aplazado para la futura mañana nuestra vista, me despedí alegre y contento por haber hablado á quien mi corazon y alma tanto deseaba. Todo lo restante de la noche se me pasó con mil diversas trazas, acuerdos é imaginaciones, todas procedidas de la dificultosa empresa que acometia, hasta que, poniendo treguas la clara aurora en mis confusos pensamientos, pude salir de su laberinto y de mi posada; y habiéndome informado de la iglesia adonde mi dama habia de ir á los divinos oficios, me hallé presente á ellos con mi amigo don Fernando, recibiendo de mi dueño, en cuanto pudo dar lugar su recatada y amorosa vista, ricos y inestimables favores. En esto entretuve la mañana, y la tarde en pasear su calle hasta la siguiente noche, que siendo hora acomodada, con mi caro amigo, y en nuestra compañía el músico, nos fuimos acercando á la calle de doña Clara; y habiéndola hallado en profundo silencio, puestos en el sitio de la noche pasada, al son de una bien concertada y sonora vihuela, comenzó á cantar estas coplas castellanas, de que yo le habia prevenido:

Si como el sol en el mar
Descansan tus ojos bellos,
Cansada de ver por ellos
Un hombre muerto penar,
Fuerza me será, señora,
Para volver á vivir,

Esperar que en su dormir
Ponga treguas el aurora.
Seré, pues te satisfice,
De tus soles flor del sol,
Que al deshacer su arrebol
Muere, y al nacer renace.

Aunque esta verdad en mí
Ayer la pudiste ver,
Pues viéndote tuve sér,
Y al partirte le perdí.
De suerte que ya en tu mano
Está mi muerte ó mi vida;
Mas; cómo será homicida
Quien es ángel soberano?
Porque si por justa ley
La vida se le asegura
Al preso que por ventura
Vió la cara de su rey,
Con más razon tu belleza
La vida asegura en mí,
Pues que mirar merecí
Su majestad y grandeza;

Que como al sol sus despojos
Prueba el águila, mi amor
En tu claro resplandor
Me ha acrisolado los ojos;
Tanto, que á seguir me inclina
Amor tu dichosa estrella,
Sin temores de perdella
Por soberana y divina.
Así que, aunque agora encubra
Tu norte su luz hermosa,
Mi piedra iman amorosa
Podrá ser que la descubra;
Que belleza y calidad
Nunca pagan con rigor;
Y al fin pagarás mi amor
Con otra igual voluntad.

Desde que el diestro músico dió principio á su canto se abrieron las ventanas adonde la pasada noche estuvimos; pero ninguna persona se puso á ellas, cosa que nos tuvo bien confusos por ignorar quién de adentro dificultaba la salida de mi dama y su prima; mas sin desatar esta duda, fué prosiguiéndose nuestro intento en el soneto siguiente:

Agora esteis, ó fijas, ora errantes,
O en la tabla de cielo como nudos,
Sirviendo de clarísimos escudos
A los planetas dioses rozagantes,
Las que inclináis, amigas y constantes
A enamorar los pensamientos rados,
Oid conceptos simples y desnudos
Del ejemplo mayor de los amantes.
Y tú, más que templada, noche fria,
Que, ausente de su luz, al sol esperas,
Con que serena duermes hasta el día,
Si como yo; oh triste noche! fueras,
Y tu dolor como el ausencia mia,
Más lágrimas que sueño repartieras.

Acabóse con tan dulces cadencias esto soneto, que su armonía y música nos tuvo un breve espacio suspendidos, en el cual asomándose doña Francisca y su prima á la ventana, nos mandaron llegar, diciendo doña Francisca: Desde el punto que parastes en el puesto, hemos estado doña Clara y yo oyendo la divina voz dese criado, y temiendo con nuestra salida interrumpirla, la hemos dilatado. Respondióla don Fernando; y habiéndola besado las manos, me volví á mi dama, preguntándole lo que la suave armonía del músico le habia parecido, á que con graciosos semblante me respondió: Muy bien, aunque en declarar la passion de su dueño ha alargádose más de lo que por acá se pretende. ¿Y acaso, dulce amor (repliqué yo), hanos disgustado los ardientes y amorosos efetos de mi corazon? Porque si esto es como imagino, de aquí adelante reventará en vuestro fuego, como volcan, mi pecho; y en mis penas y sentimiento la lengua al declararlos será un peñasco mudo. No digo yo, Gerardo (respondió más alegre doña Clara), que habeis sido vos el demasiado; mas ya que tanto os habeis sentido, creedme, que quisiera que ni mi prima, ni aun vuestro caro amigo, sospecharan por ninguna via la voluntad con que me favoreceis; que en lo que toca al pagarse de mi parte, no sé qué decirme, sino que al cielo plugiera que nunca de Ávila hubiera yo salido. Y quedándose aquí, puesto el brazo derecho en el bastidor de la reja, y afirmándose en la blanca mano la mejilla con un pequeño suspiro, sentí que arrasándose los ojos de agua, enjugaba, ó por acertar, cogía su cristalino aljófar en un blanco lenzuolo. Bien

sospeché que semejante accidente no podía ser ménos que en mi favor; y con este pensamiento, le pedí me dijese la causa de su nuevo sentimiento, haciendo del cargo á su dichosa jornada; y juntamente la signifiqué más por extenso mi amor y voluntad, prometiéndola gastar en su servicio la vida, si por él mil veces la aventuraba, aunque en la prosecucion de mi gusto tuviese por opuesto lo restante del mundo. A lo cual, con el mismo pesar que habia mostrado, me respondió: ¿No os parece, Gerardo, que es justo sienta el verme ajena de mi voluntad, y cuando tan á rienda suelta me voy arrojando á la vuestra, conocer de mi desdicha que aun no soy señora de mi libre albedrío, y que por esta causa me ha de ser fuerza el partirme, aunque se parta el corazon y el alma, sin que la señora mi prima y sus padres hayan podido con infinitos ruegos alcanzar me deje en su compañía mi tia, quizá porque conoce mi deseo? Tened por cierto que no encarecen los ojos la pena de mi alma, y que es la mayor que la allige imposibilitarse, estando ausente, de pagáros el amor que me teneis. Y dando fin á su razon con muchas lágrimas y suspiros, volviéndose á su prima, la dijo, sin darme lugar á que pudiese responderle: Paréceme, señora, que ya se hace hora de recogernos, si no es que queramos ser sentidas. Replicarla queria doña Francisca, cuando atravesando triunfo don Fernando, la atajó, diciendo á doña Clara: No podrá tener vuestro deseo efeto por ahora, hermosa dama; que si os sentis necesitada de sueño, mi señora doña Francisca ha de mantenerme el campo en tanto que no determináremos cierta proposicion, en quien ha de haber vencedor declarado, ó no se ha de dejar. Es la más graciosa del mundo, respondió doña Francisca; pero tan larga y reñida de diversas gentes, que pretender nosotros apurarla será darla nuevo principio. Pues no habemos de quedar dudosos de vuestro argumento, repliqué yo: entendamos entrambos pareceres; que mi señora doña Clara será con su discrecion el juez árbitro de la determinacion más cierta de vuestras opiniones. Pues la que yo sustento, dijo don Fernando, nadie la podrá negar por verdadera, pues no es justo se reciba á paragon nuestra firmeza y estabilidad con la de las mujeres presentes y pasadas; que esta porfia, tan favorecida y allegada á razon, vivirá en mi hasta morir. Y yo (repliqué) la esforzaré hasta verme en el mismo trance. Pues desa suerte, dijo doña Francisca, no hay sino partirnos el campo. ¿Y qué más de lo que está, respondí, pues por valla tenemos esta fuerte reja? Pero dejado esto aparte, como cosa tan asentada en nuestro favor, ayudado del vuestro y dándome licencia, pondrá con alguna cosa á propósito el instrumento paces entre nosotros.

Con mucho gusto mostraron las dos primas el agradecimiento de mis razones, y mayor fué cuando vieron que tomando á mi criado la vihuela, ayudado del divino aliento de mi musa, di principio, cantando, á los siguientes versos:

Atrevido pensamiento,
Callar conviene y sufrir,
Porque es muy cierto el morir
Si no callais el tormento.
Consumid dentro de vos
El fuego de amor que os quema,

Y salid con vuestro tema
Aunque muramos los dos;
Que si el pagar mi aficion
Solo en mi silencio toca,
Yo haré que calle la boca
Cuanto siente el corazon.

Aquí cesó mi voz, cuando con las suyas comenza-

ron las hermosas damas á celebrar la letra, y con tantas exageraciones de su dueño, que á no ir á esta sazón perdiendo ya su casta Lucina su prestada luz, entiendo fácilmente en los colores de mi rostro echaran de ver la vergüenza que me ocupaba; y queriendo encubrir la, con las razones más á propósito que supe, de nuevo me volví á ofrecer á su servicio y gusto, y á mi doña Clara (que en baja voz me agradeció la enmienda), y de suerte que todos me pudieron entender, le dije: Muy solos habemos de quedar, siendo vuestra partida tan breve como anoche dijistes; porque al fin no es esta tierra merecedora de tener más en sí tan gran tesoro: fuera de que el natural vuestro es bizarro lugar, y os habrá de tirar tanto como vuestros padres y deudos. No sé lo que será, respondió doña Clara; mi voluntad por agora, que estoy en su poder, es la de mis tios; aunque os sé decir que por la señora mi prima, á quien más que á mí quiero, no solo dejara la patria, mas pusiera en olvido más graves y mayores pérdidas. Y acabó volviéndome á mirar con tan dulce y amorosa vista, que claramente conocí el sentido de sus razones, con que del todo me enredé en su gracioso laberinto; y de tal suerte, que primero que dél me libre pasarán por mí largos tiempos y mayores desdichas. Con esto, viendo que el día á más andar se venía acercando, nos despedimos, y yo públicamente de doña Clara, y como si más no la hubiera de ver; y al fin, harto á pesar de entrambos dí la vuelta, mas tan pensativo y melancólico, que reparando en ello don Fernando, no pudo excusar el decirme estas razones: Mucho siento, amigo Gerardo, que en semejantes ocasiones no deis muestra del valor que os acompaña. ¿Qué os falta ó qué no os sobra? Ayer aun no conociades, y hoy podréis decir lo que el famoso Julio César: Vine, vi y vencí. Doña Clara os favorece, y tanto como vos sabeis y yo conozco; y que se vaya á Avila, no es tan larga la jornada, ni vuestra hacienda ni la mia tan corta, que no sea suficiente á tenernos huéspedes en cualquiera tierra, como dueños en nuestros naturales y patrias. Y pues entendiéis esta verdad y estáis satisfecho de mi amistad y amor, no hay sino animaros, y atropellar, como hombre valeroso, las dificultades que el tiempo y la ocasion os ofreciere. ¡Ay, querido amigo, respondí echándole al cuello los brazos, y cómo vuestro generoso pecho no pudo en ningún tiempo faltarme! Creedme, que es tanto lo que á mi afligido corazon han alegrado vuestras razones, que por lo ménos habeis con ellas resucitado mis muertas esperanzas, que ya casi del alma eran desfucizadas, y así, estoy del todo dispuesto á ver el fin de mi ventura en la ocasion presente, aunque entienda pasar por el de la muerte, rompiendo por cualquier peligro, riesgo ó trabajo que se ofrezca; y siendo vos servido, mañana, en sabiendo que ha salido doña Clara de la ciudad, lo más ocultamente que pudiéremos, por el camino bajo del rio, pues es distante del real, hemos de ir á su famosa puente; que sin duda no tendrán tiempo para pasar de allí, y aquel lugar ha de ser forzosamente su primera jornada. Bien me parece, replicó don Fernando; quizá volveremos mas alegres: solo resta que de vuestra parte y de la mia se guarde gran secreto en todo, por lo que resultare. Eso es, dije yo, lo que en tales cosas más

conviene; y así, soy de acuerdo que salgamos solos y disfrazados. Y quedando deste parecer, nos despedimos hasta el siguiente día, que habiendo entendido se partían despues de comer mi dama y sus parientas, y que juntamente iba en su compañía doña Francisca, me fui á la posada de don Fernando, de quien siendo de nuevo con sus discretas razones animado, mostró las de su noble deseo en el breve discurso deste soneto que para más alentar mi empresa tenia hecho, y gustaré mucho le oigais aun más atento, porque en él conoceréis algunas de las prudentes partes de mi amigo.

DON FERNANDO A GERARDO.

De bronce el pecho, el alma de diamante
Tuvo sin duda aquel cuyo desvelo
Casas movibles dió al inestable suelo,
Y sus quicios al aire y agua errante.
Frenético furor, celo arrogante
Tuvo el que alzó su temerario vuelo,
Y mucho más el jóven que del cielo
Precipitó su coche rutilante.
Gentil osar y célebre ardimiento
Fué descender al Erebo, y domalle
Su trifuera custodia, en lazos presa;
Pero atreverse á un bello rostro y tallo
Sin prendas de mayor merecimiento,
Es locura mayor, mayor empresa.

La buena voluntad de don Fernando era ya tan reconocida de mí, que para su recompensa cualquiera exageracion fuera muy corta, y así quise excusarlas por entónces, dando á nuestra jornada el primer paso. Y habiéndonos vestido de la forma que más conveniente nos pareció, salimos por una puerta falsa de su casa, por más secreta, y tomando el camino concertado, gozando de la amenidad y frescura del cristalino río, en agradable plática, al ponerse el sol llegámos á unas caserías que están media legua de la puente; y apeándonos en la verde yerba, entre unas derribadas tapias recostados, nos pareció aguardar la futura venida de mi dama, que no tardó mucho; y habiendo reconocido el coche que la traía, dejándole pasar adelante algun trecho, poco á poco en su seguimiento volvímos á nuestro camino, sin perder en los oídos el ruido que llevaba; que verlo era imposible, por haber cerrado la noche muy oscura, con unos nublados negros que muy apriesa se iban condensando. Llegámos al lugar, y habiendo visto la posada donde entraban, tomámos el paraje de otra, adonde apeándome, entregué al huésped mi caballo, y volviéndose don Fernando en el suyo, nos salimos á la calle, en quien me puse una montera y un capotillo de dos baldas, de que venía apercebido; y descalzándome las espuelas, quedé con mi espada debajo del brazo, representando al vivo un muy gentil mozo de mulas. Dijele á don Fernando me siguiese, que de risa no podía mover el caballo; y con este disfraz nos entrámos en la posada de mi dama, á la cual en entrando vi, aunque con notable tristeza, sentada con su prima en unas sillas. Pedí un aposento para mi nuevo dueño, y habiéndonosle dado en un anchuroso patio, di órden de curar el caballo; y teniéndolo todo puesto á punto, y pedido de cenar, en el entre tanto que nos lo aderezaban, confiado en mi librea, me fui adonde estaba mi dulce prenda, y ya atravesando de la calle al patio, y ya del patio á la calle, ya acercándome á su presencia, y ya al resplandor de una vela que alum-

braba todo el antepuesto de la casa, procuré hacerme conocer de sus hermosos ojos; aunque todas mis diligencias salieran vanas, si doña Francisca, que la acompañaba, no la dejara sola, entrándose en una cuadra, donde las demas damas y señoras estaban descansando; y así, reconociendo la merced que el cielo me hacia, y la venturosa ocasion que á las manos se me habia ofrecido, no quise soltarla de la melena; y llegándome á mi querido dueño, le dije: ¿Es posible, sol de mis tinieblas, que ha sido este vuestro esclavo tan desconocido de aqueos claros ojos? Y queriendo turbada levantarse, la detuve asiendo con la mia su blanca mano; y destocándome la montera y rebozo, di lugar á que me conociese; que cuando se hubo satisfecho, de admirada no cesó en gran espacio de hacerse cruces, y con la alteracion que el no pensado caso la causaba, me dijo: ¿Sois por ventura Gerardo? que pienso que, aun mirándoos, estoy ciega. ¿Quién puede ser, bien mio, respondí, sino ese que nombráis, que trasformado en vuestro dulce amor, nunca un punto de vos se aparta? ¿Pues cómo, señor mio (replicó doña Clara), ha sido vuestra venida? ¿Qué traje grosero es este que vuestro noble sér me tenia encubierto? ¿Adónde es vuestro viaje? ¿Acaso entendeis ó imagináis que he de perderme? ¿O teméis que va tan á poco recaado mi persona, que han de ponerla á riesgo los salteadores homicidas que habitan estas ásperas y fragasas montañas? No entiendo, dije, norte de mis deseos, que viendo vuestros divinos ojos, habré tan cruel cosario ó bandolero que deje de rendir á vuestros piés de nieve sus armas y ferocidad; y en lo que decís de mi venida, don Fernando y yo, amigo digno de mayores confianzas, os hemos hecho escolta en sendos caballos; y si os parece pagar en algo mi pequeño trabajo, aunque el ser de vuestro servicio es muy gran premio, servíos de que yo pueda hablarlos esta noche, pues no faltará ocasion queriendo vos. ¿Queriendo yo? respondió mi dama. Pues si tan cierto estáis de que no habrá otra dificultad más de mi gusto, no os vais de mi presencia. No conviene así, mi señora, replicó; que saldrá vuestra prima; y aunque mi traje excusa su conocimiento, todavia no quiero ponerlo en contingencia. Pues idos norabuena, dijo doña Clara, y aguardadme en parte que no os descubran. Con esto di la vuelta adonde mi amigo esperaba; y habiéndole contado mi suceso y el término en que mi disfraz puso á mi dama, con notable gusto, tanto por engañar el tiempo concertado con ella, cuanto por disulpar mi humilde trasformacion, dijo al cambio del valiente llérendes, rendido al desenfrenado amor de Yole, por aludir su semejanza tanto al sugeto presente, estos versos:

Hércules tierno, aquella clava fiera
Que doce empresas á sus plantas puso,
La piel que el sol de resplandor compuso,
Defensa á los puntales de la esfera,
Cambia con Yole, que riendo espera
Ver ceñir y torcer la ruota y luso
Al semidios rendido, que al vil uso
Aplica cinta y mano lisonjera.

Ella de Marte al fiero aspecto excede,
Y él de Vénus lasciva está poniendo
Al desengaño nuestro un fiel retrato.

Pero yo no me admiro, porque entiendo
Cuánto el amor en los mortales puede
Con sangre, estrella, inclinacion y trato.

En tanto que nosotros tratábamos estas y otras semejantes cosas, cenaban doña Clara y su compañía; y ántes que de las mesas se levantasen, fingiendo algun achaque y dejando en ella sus deudas, con una criada de la mano se vino hácia el último patio de la posada, y mandándola volver, apercibida que en echándola ménos la llamase, se detuvo todo el tiempo que fué necesario para que yo, considerando su traza, acudiese adonde estaba; y aunque mis piés tuvieron alas, ya doña Clara se quería volver; y habiéndonos encontrado, quien primero rompió el silencio de nuestra turbacion fué ella, diciéndome: No tendréis agora razon, Gerardo, de culpar mi voluntad, pues con tantas véras hago la vuestra. ¿Cuándo, respondí, dueño del alma, podrá el cuerpo formar quejas de vos que no sean injustas, pues solo con el presente favor queda pagado, aunque por vos hubiese recibido más trabajos que Ulises en su prolijo navegar? No hay para qué exagerar la merced que os hago, replicó doña Clara, sino decidme agora: ¿Pensais verme en Avila si por mi desventura no muda de parecer mi tia? aunque sin duda entiendo me ha de ser en este particular propicio el cielo. A esto le dije: Desde el punto y hora que mis ojos os vieron, y el alma hizo eleccion de vuestra persona para archivo de sus pensamientos, fin y límite de su voluntad, me dispuse y determiné á seguiros, no á Avila, que es un tan corto y breve camino, mas al distante ocase y remoto hemisferio; y desta verdad os ruego, amada prenda, vivais segura y satisfecha. Bien está, respondió mi dama: estoy sola, y reconozco, como mujer, la ventaja de vuestras fuerzas; y así, lo será para mí el creeros, confiada en que al fin el tiempo descubrirá vuestra fe y mi amor. Y decidme, ¿pensais acompañarme al presente hasta Guadalupe? No, mi señora, repliqué; porque aunque otra mayor gloria no se me podia conseguir, temo el sentirse en Talbora mi ausencia, de que podría ser redundasen algunas curiosas sospechas; y así, por excusarlas en caso que arriesgais la reputacion, quiero ántes atropellar mi gusto. Muy grande me le da á mí, dijo doña Clara, vuestro recato: proseguilde en todo, por lo que á entrambos toca, y la noche que supiéredes hemos sido de vuelta no seais perezoso en acudir al puesto acostumbrado; y hasta entónces quedáos con Dios, que me he detenido más de lo justo. Pues ro será razon, descanso mio, respondí, que me dejeis en tal ausencia sin prenda y favor de vuestra mano, que baste á engañar el deseo de vuestra amorosa y deseada vista. Y diciendo esto, con el mayor de mis atrevimientos la ceñí mis brazos por su gracioso cuello, juntando mi rostro con el carmin nevado del suyo hermoso y bello, y á su pesar y con gran gloria mía cogí las dulces y suaves flores de su peregrina boca; de que no os sabré encarecer la demasiada alteracion y enojo que recibí, y aun dió de mi licencioso favor bien claras muestras. Mas es fácil la paz en semejantes guerras; y así, el amor, que á entrambos nos tenia sujetos, hizo que mi dama perdonase con facilidad mi atrevimiento, confirmando su amistad con echarme al cuello un rico joyel que pendiente de una sutil cadena de oro había sido ornato de su pecho, diciéndome: Aunque me habeis tenido algo enojada, satisfecha de vuestro arrepentimiento, recibid esta prenda

para memoria de que la que de vos se parte á Guadalupe, os lleva engastado en el secreto relicario de su corazon. Aunque la quisiera responder, no me dió lugar una de sus criadas; con que, encubriéndome algun tanto doña Clara, pasó adelante, y yo despues á mi aposento, adonde descansámos don Fernando y yo con igual contento de verme tan mejorado en mi pretension, y con tan dichosos principios, que por ser el origen de los fines presentes ha sido necesario el ser en contároslos prolijo.

No aguardámos á que llegase el futuro dia; ántes tomando yo mi caballo á largo paso, dentro de breves horas ya estaba don Fernando en su posada y yo en la de mis padres. Quince dias fuéron los que en el naufragio de la ausencia de mi dama estubo padeciendo crueles tormentos mi abrasado corazon; y aquella alegre noche de su venida, aun horas ántes de la que solia, como vigilantísimo amante aguardaba la salida hermosa del sol de mi doña Clara, que más bello y lúcido que el que nos alumbraba se mostró á mis ojos en la acostumbrada reja, estando asimismo en mi compañía don Fernando. El contento cuando es excesivo dicen que mata; y aunque en mí no hizo, por particular merced del cielo, este triste efeto, todavía me dejó tan turbado, que casi no acertaba á pronunciar las eficaces razones que el deseo y amor me ofrecian. Remiti á las acciones de la vista y manos lo que la muda lengua habia dificultado; y así, tomando en las mias aquellos ricos y blancos copos de cuajada nieve, imprimiendo su cristal puro en mis tiernos labios, los ojos exteriores declaraban los impulsos secretos de mi alma. No estaba ménos suspendida mi querida prenda; que entiendo nos pagábamos con una conforme y recíproca voluntad. Al fin don Fernando con su acostumbrado despejo quebrantó los nudos amorosos de nuestro igual silencio, besándole á doña Clara las manos, y dándome á mi ánimo para que pudiese hacer lo mismo y darla la bienvenida, oyendo de mi dama otras semejantes y amorosas respuestas; despues de las cuales me dijo cómo su asistencia en Talbora estaba ya efetuada con su tia, por los importunos ruegos de su prima doña Francisca; cosa que cuando la entendí estuve á pique de perder el juicio de contento, pues no podia en la ocasion presente suceder en mis negocios caso más á propósito ni de mejor suerte; y este amoroso sentimiento reconozca y échele de ver el que hubiere sido desta dulce y sabrosa enfermedad herido. Preguntéle por su prima, y díjome que el cansancio la tenia rendida á un sabroso sueño: fuera de que su pensamiento era no darle cuenta de la prosecucion de nuestra amistad, de que no recibí poco gusto, tanto por el secreto della, quanto por el poder hablar con mi dama más libre y ménos recatado. En conclusion, por esta misma parte nos comunicámos muchos dias, y con tanta industria en el recato, que si no era don Fernando, otra persona no fué sabidora de nuestra voluntad. Dos años se nos pasaron en estos amorosos trances y porfias, sin que las mias pudiesen llegar al fin tan deseado de sus trabajos y servicios. Alligase el corazon con las dilaciones y dificultades que doña Clara me ponía, aunque la esperanza con que mezclaba estos disgustos hacia permanecer firme y estable mi voluntad.

Acercábase en este tiempo el día glorioso de nuestro patron Santiago, para el cual se ordenaban en la ciudad de Avila unas grandes fiestas : cosa que á doña Clara tenia en harto temor, y á mí con no ménos pena, por sospechar que sus tíos trataban de ir á verlas llevándola en su compañía, con que venía á estarnos dudosa su vuelta; y aunque no llegó á ejecucion este pensamiento, todavia sirvió de espuelas en mis vivos y amorosos deseos; y así, con más crecidas ansias, ruegos y importunaciones procuré entrar en el aposento de mi querido dueño, para lo cual era la mayor dificultad que podía moverse dormir en él doña Francisca; aunque esta, la experiencia de su profundo sueño la facilitaba; y para llegar á este punto, comodidad no me faltaba, mediante una ventana que sin reja, aunque algo más alta, caía á otra cuadra que se dividía de la de doña Clara con una pequeña puerta. De esta pedí yo á mi dama, informado por su propia boca, me diese en una tarjeta de blanda cera, impresa la cerradura y concavidad de su llave, pareciéndome que con esta traza podía yo mandar que se me hiciese otra de provecho; y al fin, aunque fué mi deseo bien reñido y dilatado, mis continuos ruegos, lágrimas y suspiros vencieron su empedernida voluntad, forzándola á que hiciese la mía, con que tuvo efecto el contrahacer la llave; la cual al punto que estuvo en mi poder, yendo á ver á doña Clara, se la entregué para que ella experimentase su seguridad, que quiso mi buena suerte fuese tan cierta como mi amor lo deseaba; aunque para volvermela casi estuve necesitado de más eficaces lágrimas y ruegos : tanta era su rebeldía, ó por mejor decir, temor honesto. Pero reconociendo con mayor claridad mi firmeza y lo mucho que á mi voluntad debía justa satisfacción, no pudo excusar el dármele : con que, viéndola en mis manos, si no dije al tema de la llave mil subidísimos disparates, fué por no dilatar mi gloria; y así, haciendo alas los piés, como otro lecaro, subí á la ventana con pequeña ayuda de don Fernando; y habiendo acertado á la puerta, lo más paso que pude abrí, y entré donde hallé el sol de mi alegría, turbados y no tan resplandecientes sus divinos reflejos : di la mil abrazos; y por no ser vistos acaso de su prima, nos encubríamos con las cortinas del pabellon y lecho de mi dama, con la cual, sin más palabras ó condiciones que sus honestos y vergonzosos desvíos, ántes que de la cuadra me saliese pude contarme con los más dichosos, teniendo mis trabajos, ansias y fatigas por bien empleadas, y mis disgustos y dilaciones por satisfechas. Ya era en mi otro tiempo, otro mundo, otros gustos y otros contentos. Tenia ya la posesion de la inexpugnable fortaleza de mi dama, y pareciame, y aun tenia por cierto que no habia que temer ningun contraste, habiendo llegado mis deseos al fin que se esperaban, ignorante de las mudanzas de la inconstante rueda. De mi dueño puedo con razon decir que no ménos que yo quedé contenta, y al despedirme, con infinitas lágrimas me pidió no la olvidase, cosa de que yo estaba bien ajeno.

Desde la hora y punto que mis ojos vieron los celestiales de mi dama, y desde que la elegí por única señora de mi voluntad, me atrevo sin exageracion á decir que nunca sospechas inciertas ni seguras me

desvelaron, ni celos me pusieron cuidado. Tanta fué siempre su honestidad, que aunque atractible y amorosa, á nadie dió atrevimiento para que presumiese dedicar á su hermosura el pensamiento activo, hasta este punto que ya predominaba yo en lo mejor de su voluntad, y con tan aventajado señorío en ella, que no habia otra que la mia, ni más querer ó no querer que el de mi gusto. Vivía con esto tan alegre y confiado, que ningunos paseos, cartas, billetes, terceras, máscaras, sortijas ó torneos que en su servicio se hiciesen, me parecia suficiente ocasion para contristar el volver de sus ojos en ofensa mia.

Paseaba en este tiempo su calle muy continuamente un caballero de la misma ciudad, mancebo, galan, rico, mayorazgo y de alguna más edad que yo, y muy especial amigo mio, á quien asimismo, aunque sin género de sospecha de mi parte, via ser en la Iglesia adonde doña Clara acudia, de los primeros y más ciertos, y con todos estos motivos recelosos que me daba, nunca el menor estímulo de malicia llegó á mi corazon, de que fuesen por mi dama sus diligencias. Diversas veces asimismo me advirtió don Fernando desta sospecha que yo ignoraba, casi adivinando lo mucho que don Rodrigo (que así es su nombre deste caballero) nos habia de dar en que entender. Mas como me hallaba en la suma alteza de mi gloria y absoluto señor de la de doña Clara, nada desto fué bastante á ponerme en cuidado, ni ménos hacia caso de los de mi contendor.

Entre otras noches que pasaba alegre y contento en los brazos de mi dama, una, que para mí fué la primera en la cual empecé á sentir la venenosa ponzoña de los celos, estando el más regocijado de los mortales, habiendo primero mi dueño conjurádome, y con grandes encarecimientos facilitado el disgusto que podia redundarme, y yo asegurándola de no recibille, deseosísimo de ver el parto que prometia aquel monte de preñadas razones, dió principio á su plática desta manera :

El temor que tengo de enojaros en ningun tiempo, amado y querido Gerardo, y el pretender que por ningun modo ó camino vengais á caer en alguna engañosa sospecha de mi verdadera y constante fe, por ocasion por mí no merecida, me fuerza á que con tiempo os dé noticia de la porfiada pretension de uno de vuestros grandes amigos. Sabe Dios si cuando doña Clara llegó á este punto mi corazon estuvo en el de reventar dentro del pecho. Y prosiguió diciendo : Este es don Rodrigo (con que acabó mi cólera de ponerse en su punto), cuyos necios pensamientos emplea, contra todo mi gusto, en mi servicio, haciendo alarde dél, como claramente pudiérades haber conocido en diversas ocasiones, de las cuales si ántes de agora no os he dado muy larga cuenta, ha sido por parecerme que mis desdenes y poco caso le hubieran mudado de su loco parecer; mas visto que ántes de mis desvíos toma su intento mayores fuerzas, no he querido pasarle en silencio, ni ménos este papel que hoy ha venido á mis manos por las de una doncella de mi tía; la cual disfrazando su libertad con decir eran cartas de mi padre, me le hizo tomar y leer, pidiéndome despues la respuesta, que tuvo conforme su atrevido proceder merecia. Esta es la verdad de lo

que pasa, y este es, bien mío, el billete, y yo la que le recibí sin pensamiento de que os pude ofender, ni le tendré en tanto que el cielo me tuviere en vuestra gracia. Con esto, dándome el papel, cesó, y yo comencé á desengañarme en mi confiado parecer, disponiéndome para andar de allí adelante en mis amores más recatado, como quien ya había de contender con un tan poderoso opositor.

No dejé de culpar á doña Clara la dilacion de aqúeste aviso, por el daño que de sentirme podia haberse conseguido, pues es imposible y casi irrecusable dejar de ser conocida la voluntad de dos amantes, habiendo nuevo pretendiente que en su cuidado se desvele; mas con todo eso la tuve por excusada en mi enojo, y algo sosegado, la rogué me dijese qué salida había dado á la respuesta de la tercera. Y ella me respondió que habiendo primero sacado de la manga otro papel, le había rompido, amenazándola con que había de hacer castigásen sus tics semejante infidelidad y desvergüenza; y otras semejantes razones, con que dejándome algun tanto satisfecho, me despedí della, y saliendo á la calle, tomé el camino de la posada de don Fernando, el cual, aunque es verdad que siempre me acompañaba, en dejándome dentro, á ruego mío se volvía, conociendo la seguridad con que mis negocios se trataban; que de otra suerte, era tanto lo que estimaba mi vida, que si sintiera en ella el menor riesgo, primero aventurara la suya que dejarme. Llegué pues á los umbrales de sus puertas y casa al mismo tiempo que él se venía á descansar; y con no pequeña admiracion de verme tan á deshora en busca suya, aunque en mi triste semblante concibió haber alguna novedad en mis cosas, y habiéndonos saludado, sin decirle yo la ocasion que así me traía, nos entrámos en su aposento, y sacando el papel de don Rodrigo, á la luz de una blanca bujía le leí de suerte que mi querido amigo lo pudiese entender, quedando sus eficaces razones en mi alma y memoria tan impresas, que eternamente se borrarán della en tanto que la vida me durare, y así, expresamente, señor Liriano, en el progreso siguiente oiréis lo que decía.

PAPEL DE DON RODRIGO Á DOÑA CLARA.

«Temiendo, como es razon, el justo castigo de su »atrevimiento, y confiando, como debe, en la clemencia de vuestro noble pecho, queda mi alma aguardando la definitiva sentencia de su muerte dejándola »perecer en el profundo abismo de sus males, ó siendo »principio á su eterna gloria levantándola vuestra generosa mano del pantanoso piélago donde la tormenta »de vuestros desdenes y desvíos la tienen casi á pique, »sirviendo de arrecife y peñasco duro á los embates »de las furiosas olas de tan graves desdichas; de quien »humildemente os suplico tengais compasion, sirviéndolos de mandar se amainen ya las velas de vuestra »crueldad y rigor, que ha sido tanto cuanto en mis »tristes efetos habréis conocido, y en las lastimosas »razones deste papel, nacidas de lo íntimo de mi corazón, el cual os ofrece mi voluntad con una constante y firme fe: recebilde, hermoso dueño mío, y »tratáde mejor que á su afligido poseedor, cuya vida »y muerte queda al arbitrio de vuestra alegre ó infeliz »respuesta.»

No entiendo, noble amigo, que venenosa víbora pisada, ó ponzoñosa serpiente de la arenosa y ardiente Libia, más enojada y colérica se mostrara, que lo estaba mi encendido y abrasado pecho cuando acabé de leer el amoroso y tierno papel de mi contrario; que pienso, si don Fernando no me detiene, temeroso de algun desastre, á aquella hora le saliera á buscar y en él vengara la celosa rabia que me afligia. Mas procuró mi amigo asegurarme con grandes véras y con razones dignas de su discrecion y prudencia, mitigando mi irritado pecho. Acabó de entender punto por punto la causa de mi disgusto, y el autor y dueño de aquel papel: á todo lo cual habiendo estado atento, con alegre y risueño semblante me dijo las siguientes palabras: Por Díos, Gerardo, que segun os he visto y veo furioso, era de parecer, y aun sin duda imaginaba que este billete habíades hallado á doña Clara, siendo contra su gusto y voluntad sabidor del, ó que por su parte á otro mayor mal se hubiese abierto puerta y camino. Reparáos; no os arrojeis; que por agora la fortaleza, aun más pertrechada y defendida está de lo que vos podeis desear: ella misma se cela, ella misma se guarda, ¿qué pretendéis? ¿de qué os quejais? que á doña Clara no hay razon para ponerla culpa, ni ménos don Rodrigo merece pena; que buscar cada cual para su provecho la mejor suerte adonde no entiende corre detrimento ó perjuicio de partes y más amigos, no pienso que es andar desacertado. El ni otra persona, si no es la mía, sabe vuestro pensamiento, y así está disculpado: solo lo que al presente importa es andar cuidadoso, pues tenemos sus ojos más que se desvelen en nuestro cuidado, excusando el encuentro todo lo posible; que en esto ha de consistir el secreto vuestro y el gozaros con doña Clara acompañado de la quietud y tranquilidad que deseais.

Estas y otras razones me supo don Fernando tan bien significar, que fuéron bastantes á reducirme en mi primer contento y á su sano parecer; y así, determinado á seguirle, me despedí, yéndome á descansar á tal hora, que ya en los más altos y encumbrados chapiteles se señalaban los rayos de oro del mísero Elapente.

Con el aperecbimiento que requeria ocasion tan grave como la que traía entre manos, anduve siempre; aunque viéndome con nuevos enemigos, no me descuidé en la mayor seguridad y defensa de mi persona, procurando anticiparme en cualquier trance á ser antes el ofensor que el ofendido. Encontrábamos don Fernando y yo, así de dia como de noche, en la calle de mi dama, con su amorosa porfía, diversas veces á don Rodrigo; y así, las más noches mudábamos, por no ser del conocidos, más formas que Proteo. Y una destas, que sin pensar fué el origen y principio de los presentes males, siendo algo tarde, estábamos don Fernando y yo bien cerca de las ventanas y puesto acostumbrado, aguardando hora suficiente para entrarme, y vínos que por la misma parte se nos venían acercando dos hombres embozados, que en llegando más cerca fuéron conocidos de mi compañero, que volviéndose á mí, me dijo: Estos que pasan son vuestro opositor y un su criado, y han de volver sin duda á darnos treinta vueltas; como en efeto lo hicieron. Y pareciéndome era partido irnos y excusar

el disgusto que ya adivinaba, se lo advertí á mi amigo, que aunque le pareció intento acertado, no estuvo bien en que dejásemos el puesto, temeroso de que don Rodrigo al punto habia de ocuparle, y no siendo doña Clara advertida, forzosamente, como cuando salia abriese, para llamarme, la ventana, viendo allí dos hombres, sin distincion haria la misma seña, con que quizá don Rodrigo daria en alguna verdadera sospecha: causa muy bastante para que no desocupásemos el primer lugar. Gran rato habia que mientras nosotros estábamos en estos discursos, don Rodrigo no parecia; con que seguros de su ausencia, cuando ménos pensábamos, le vimos que, habiendo hecho un gran rodeo, se venia acercando por la misma calle que nosotros teniamos tomada; de que recibí harto disgusto, y no ménos don Fernando, por hallarnos empuñados y sin poder volver atras; aunque con nuestro disfraz, sin temor de ser conocidos lo podiamos hacer, sino que la forzosa ocasion nos detuvo. Llegábase la hora del salir mi dama, y don Rodrigo no acordaba ni aun tenia pensamiento de dejarnos; de que yo estaba tan temeroso como impaciente; y reconociendo en don Fernando el mismo disgusto, viendo el peligro de encenderse mi pensamiento, y lo mal que podiamos excusarlo sin alguna violencia, nos determinámos á rebatir con los aceros su descortés proceder; y con esta determinacion, sin hablarnos palabra, desbarazándonos y poniendo mano á nuestras espadas, nos fuimos hácia ellos; los cuales, viendo nuestro intento, no con menor voluntad salieron al encuentro. Quería yo de muerte á don Rodrigo, y habiéndome cabido en suerte, sin reparar en la punta de su espada, me fui arrojando y metiendo en él de suerte, que ayudándome la fortuna, no flaqueza de mi contrario (porque, hablando sin pasion, es determinado caballero), él me fué sacando piés, y en buen romance, retirándose muy apriesa la calle abajo, hasta que, habiéndole dado algunas heridas, cayó pidiendo confesion; que apenas semejante demanda llegó á mis oídos, cuando reconociendo el buen recaudo que dejaba, di la vuelta adonde habia quedado don Fernando con el criado, y á entrambos los hallé bien fuera de la calle, que por salir de la de mi dama y de entre sus ventanas, don Fernando de industria se habia ido retirando hasta una placeta que allí cerca se hacia, adonde habiéndose con él afirmado, á pocos golpes le dejó atravesado el brazo de la espada, y con otro alitibajo en la cabeza, pidiendo á voces lo que su amante dueño. No fué con tan poco estruendo nuestra pendencia, que al ruido della no saliesen muchas personas, así á las ventanas de Segundo Otavio, como á las demas circunvecinas; de cuyas casas viendo acudia mucha gente, atravesando ciertas secretas calles y desmintiendo las espías que nos seguian, sin ser de nadie conocidos nos fuimos á nuestras posadas.

Era, como tengo dicho, don Rodrigo un caballero tan rico como emparentado en la ciudad, y fuera desto, de muy gran calidad y nobleza: con cuyos requisitos, el siguiente dia no se hablaba de otra cosa con general sentimiento y alboroto, echando unos y otros juicios á monton, sin que ninguno diese ni aun imaginase en la causa verdadera, porque aun del no se habia podido, con el desacuerdo de las heridas, entender; las

cuales eran muchas y peligrosas, segun cueradamente nos informámos; porque tenia una estocada encima del lado diestro y por el pecho le atravesaba el cuerpo, y otra no ménos cruel en la garganta, acompañadas con un tajo terrible por el rostro.

Muy grandes y exquisitas fueron las diligencias que mi padre hizo por averiguar un caso tan sangriento y de consideracion; aunque por haber declarado el criado de don Rodrigo la parte y lugar, disfraz y disposicion de los actores, hubo de ir con notable tiento y prudencia, por parecerle que no habia sido ménos que un caso muy pensado, y efeto del honor disfamado de persona de iguales méritos.

Al fin, tratando deste caso y adivinando los amigos, se nos pasaron algunos dias, en quien, por parecer de don Fernando, lo que era de noche no atravesábamos la calle de doña Clara; y si de dia, por mi alivio, era como unos capuchinos, los ojos en el suelo; aunque algunas veces el amor vencia mi temeroso recato; y violentándose, levantaba la vista por si acaso en las ventanas de su oriente descubria los rayos de su luz.

Ya habria veinte dias ó más que don Rodrigo algo aliviado daba lugar que sus amigos le visitasen, y no fuimos don Fernando y yo, por justa providencia, de los últimos ni de los que en esta ocasion ménos solicitámos su posada; y en uno que le hallámos solo, encarecidamente le supliqué nos dijese la causa y origen de aquel tan dudoso caso, tanto por entender si doña Clara me habia tratado verdad, cuanto por el acordado disimulo. Y habiendo en alguna forma relusádolo don Rodrigo, visto mi afeto, y el deseo con que asimismo don Fernando se lo pedia, nos comenzó á decir de aquesta suerte: Aunque es verdad que siento en lo íntimo de mi alma traer á la memoria el motivo y ocasion de mis crueles heridas, satisfecho de que no salen estas verdades de mi pecho, os lo diré. Sabed que habrá seis meses que con notables véras paseo la calle de Segundo Otavio, y en su casa á una sobrina suya llamada doña Clara, cuya peregrina y admirable belleza ya habrá venido á vuestra noticia. En este tiempo he procurado mil modos y caminos para darla á entender mi cuidado; que aunque ella le ha podido conocer en mis ojos, que claras y diversas veces se lo han dicho, sin la sortija y torneo que en su plaza y calle, y en fe de su amante, há pocos dias que mantuve, fueron por demas, y han sido aquellas y otras diligencias, para que siquiera sus hermosos ojos, mirándome apacibles, hubieran sido paga de mis trabajos. Mas ¿quién ignorará estas vivas y ardientes demostraciones, sino este monstruo de belleza, sorda al encanto de tan abrasados suspiros y continuas lágrimas como he derramado por su crueldad y esparcido al viento? Al fin, al fin, todas mis esperanzas han salido con el fruto amargo que en mí veis; porque habiendo intentado por varios medios el valerme de la solicitud de una criada de su casa, animándome á escribilla, por su mano la envié un papel, que entiendo, si le leyeran vuestros ojos, le estimaran por fácil instrumento para ablandar el mármol duro y empedernido de su corazon. Decía esto don Rodrigo con tan extraordinario sentimiento, tiernas lágrimas y congojas, que moviera á compasion á otro que le fuera

ménos que á mí en el juego; y así, movido de otro intento, le interrumpí, diciendo: ¿Acaso, don Rodrigo, tuvisteis respuesta? Que ya si la mereceis, no me parece está vuestra pretension tan desvalida. Sí tuve, me replicó, y tal cual mis servicios merecian. Cuando esto me respondió, perdí pié, y aun el juicio estuvo en el mismo término, pareciéndome que doña Clara había respondido y engañádome; mas sacóme desta celosa duda don Rodrigo, diciendo: Estas heridas y cicatrices que tienen ulcerado y rompido mi cuerpo, es la respuesta que tuve y la que yo siempre esperaba; porque habiéndome dicho la tercera de mis amores que acudiese dentro de pocos dias por la resolucion de lo que hubiese, que estaba concertado me habia de dar por cierta ventana de su casa de Segundo Otavio, quiso mi desgraciada estrella que, yendo al concierto, hallase á una de sus esquinas dos hombres encubiertos, que por ninguna humana diligencia tuve remedio de hacerles dejar el puesto, hasta que habiéndoles cogido la vuelta de la calle, me vine á poner tan cerca, que sin duda dí lugar á que me conociesen; porque al mismo punto comenzaron á acuchillarme de la suerte y forma que veis; y entiendo que si ántes hubieran enterádose en nuestras personas, ántes lo hubieran ejecutado, porque sin duda ellos sobre el caso pensado me aguardaban. No me parecieron en los vestidos y trajes gente de estofa; aunque el valor que mostraron me desengañó en su disfraz, haciéndome creer eran personas de más calidad que sus hábitos. Despues acá he sabido el ruin despidiente de mi papel, y asimismo cómo doña Clara había amenazado á la que se le dió, diciendo habia de dar cuenta á sus tíos de su libertad y atrevimiento, con que he venido á caer en mayores sospechas de las que me tenia; y así, pienso que sin falta, sabiendo Segundo Otavio lo que pasaba, haria que algunos de sus criados, ó de sus parientes y deudos, que andan entre nosotros, se apercebiesen y me matasen. Pero quiso Dios no saliesen con su dañado intento, y él será servido de levantarme desta cama; que no me hizo tan desnudo de familiares amigos y parientes, que no sea poderoso á dar á los suyos y á él muy gran cuidado.

Mirad, señor (dijo don Fernando), que no es bastante indicio el que nos habeis declarado, para poder afirmaros en pensamiento tan temerario; porque Segundo Otavio, demas de su pacífica nobleza, es tan prudente como todos sabemos; y cuando, pongo caso que doña Clara le informase y él se creyese tan de ligero, no es hombre que por tan liviana causa se había de mover á la ejecucion de semejante rigor; fuera de que vos, él ni otra persona presumiera que le habiades de pretender sus prendas ménos que para hacer con ellas un lícito y generoso empleo; así que, pues esto es lo cierto, os suplico no os dispongais á creer vuestro engañoso pensamiento y tan mal fundada sospecha. Véome tal, respondió el doliente y enamorado caballero, que aunque he hecho esas y otras consideraciones, nadie puede culparme en que piense ó diga lo que habeis oído; y en resolucion, para no cansarme, si lo dicho no es tan cierto como he imaginado, esta dama ó su prima tienen pretendientes, á quien importó echarme de la calle; y no será dificultoso dar algun dia con ellos si el cielo me favorece. Por eso,

dije yo entre mí, era tan acertado el parecer de aquel sabio que decia que al enemigo honrado era mejor matarle que injuriarle; y si, como pude hacerlo, lo pusiera por obra, yo os prometo, amigo Lariano, que nunca hubiera llegado al misero estado en que me halló vuestra piadosa presencia. Y ántes que de la de don Rodrigo nos apartásemos, pareciéndole que de su desabrimiento nuestros ánimos se habrian alterado, y más de lo que se permite á una apacible visita, quiso darnos más suave despidiente, rogándonos le detuviésemos en el asunto de un soneto que al de sus amores y en los ratos de la peligrosa vigilia de su enfermedad habia hecho; y significa en él mi enemigo tan discretamente el rigor de su pena, que no he querido excusaros la que en su corta digresion podeis recibir oyéndole:

Si es la mayor desgracia el no haber sido,
De cuantas tiene el mundo por mayores,
Tanto que el condenado, en sus ardores,
No quisiera dejar de haber nacido;
Luego el martirio lento del olvido,
Y del ausencia ansiosa los temores,
Del cielo inexorable los rigores
No se comparan con no ser querido.
Estuvo en posesion el olvidado,
El ausente podrá volver á ella,
Y á la quietud el misero celoso;
Pero no ver la sombra ni la huella
De la esperanza, es el peor estado,
Porque es no ser ni haber sido dichoso.

En efeto, entre aquestos discursos se nos pasó gran parte de la tarde; con que, despedidos de don Rodrigo, nos fuimos mi caro amigo y yo á la calle de mi dama, tratando por el camino el mucho daño que habia de hacernos don Rodrigo en la curiosidad de su venganza, si por ventura no le hacia el tiempo mudar de parecer. Por esa misma razon, respondió don Fernando, importaria mucho procurásedes hablar con doña Clara y tratar con ella de alguna mejor órden para el secreto de vuestras entradas amorosas. Eso que me decís, repliqué, y el ignorar si en casa de Segundo Otavio han causado estos alborotos alguna novedad, me trae melancólico y sobremanera disgustado, y pienso salir, sin dilatarlo más, dél esta noche. Bien me parece, dijo don Fernando, si vuestro acuerdo pudiese tener en alguna forma efeto; mas el salir doña Clara, sin estar advertida, á la ventana, lo hallo por dificultoso. Acudamos al puesto, respondí, que ya podría ser que mi mismo deseo la trujese; y si no sucediere así, no por eso para otro dia perderé la esperanza de mejor suceso.

Sin sentir nuestro camino, ocupados en la conversacion que os he contado, nos hallámos en la propia calle, y alzando sin pensar los ojos á unas altas rejas, vi á mi dulce y hermoso dueño, tan triste y pensativo como yo venia: hízome con la mano señal que me aguardase; y así, con notable alegría obedeciéndola, con algun disimulo estuvimos don Fernando y yo un breve espacio entretenidos; despues del cual, habiendo vuelto doña Clara á la ventana, sacó en la mano un papel, y mirando primero si habia seguridad en la calle, visto que nadie parecia, lo dejó caer; y tomándole con una breve cortesía, dimos la vuelta dos ó tres calles, adonde habiéndole abierto, leí las razones que se siguen:

DOÑA CLARA Á GERARDO.

No sé, amado y querido señor, qué disculpa podréis »dar á un tan largo olvido, ni ménos alcanzar ó enten- »der qué causa os haya dado esta vuestra firmísima y »verdadera esclava, digna de rigor y crueldad seme- »jante. Hoy hace veinte días que mis ojos no os han »visto, dos mil años que el alma os desea: merezca »yo, Gerardo, veros esta noche, y saber de vuestra »boca el mortal disgusto que así me tiene.»

El poco lugar que doña Clara tuvo de escribiros, dijo don Fernando, fué causa de que viaiesen tantos blancos en ese papel; á lo cual le respondí: ¿Parécenos, fiel amigo, que para el fuego que me abraso es necesaria mayor materia que las presentes razones? que puedo decir son bastantes á causarme, en tanto que no esté desengañada de nuestra remisión, una infernal tristeza. Mucho me espanto, replicó don Fernando, que doña Clara ignore la importancia desta breve ausencia, aunque por eso pintan ciego y niño al poderoso amor, que como tal no piensa ni repara en ningún grande ó pequeño inconveniente: todos los atropella y deshace, hasta vencer sus dificultades ó despenar á los que le siguen. Ya había largo espacio que el mayor de los planetas en las sagradas ondas del Atlántico bañaba sus furiosos y veloces cabellos, cuando viendo salir á la lúcida hermana, nos despedimos don Fernando y yo, citados para la hora acostumbrada, en quien habiendo acudido á la calle de mi dama, y hallándola que me aguardaba, mirando primero con particular cuidado así las vecinas casas, rejas y ventanas, como todos aquellos contornos, reconociendo toda seguridad, con ayuda de don Fernando y como solía, entré adonde, tomando en los brazos á mi alligido y quejoso dueño, con brevedad la satisface de sus injustas quejas, y juntamente la dije cuán imposible nos había sido el excusar el pasado encuentro. A lo cual me respondió lo mucho que el caso tenía escandalizados á sus fíos, y con cuánto sentimiento toleraban la eficaz sospecha y presuncion del entender vivia en su casa quien era origen y motivo de las heridas crueles de don Rodrigo, y otras cosas deste mismo intento, que no me causaron poca pena; aunque el perdido amor, que me tenía arrobado el sentido y potencias, me hacia facilitar con poca estima semejantes accidentes; y así, con este presupuesto, determinado á pasar adelante, me despedí de doña Clara, advirtiéndola que para excusar otro semejante disgusto, aunque viese en sus ventanas gente, no hiciese seña alguna ni llamase mientras no me viese sacar un lenzueto. Y con esto, hallando á don Fernando, que me esperaba, nos fuimos á nuestras posadas.

Desta suerte, y con la misma compañía, recato y prevención acudí otras muchas noches al amoroso abrigo de mi dama; mas la mudable fortuna, que ya empezaba á usar de su acostumbrada condicion, pareciéndole era tiempo de arrojarne del trono adonde con tanta gloria me había levantado, no quiso que pasasen mis gustos y deleites adelante con la estabilidad y quietud que hasta este punto. Debíó de quedar la imaginacion de algun curioso ciudadano y venio alterada con las heridas y pasada refriega de mi contrario, sospechando el verdadero principio desta; y así, su demasiada solicitud hizo patentes á la vista mis amorosos

paseos y entradas, que no tardaron mucho en salir á pública plaza, fuera de toda presuncion en mi secreto; y así, un día que de semejante nueva estaba más des- cuido, asiéndome mi amigo don Fernando por la mano, me dijo lo mucho que convenia procurar con todas véras que la prosecucion de nuestros amores y visitas fuese por otra más oculta parte, ó que, si desto no había lugar, tratase con el valor y sufrimiento de mi pecho de ir suspendiendo, ó del todo retirando mi persona de la amistad de doña Clara; porque de no hacerlo, adivinaba ya ó temia un lastimoso fin.

Maravilléronme sumamente, y aun me dieron enojo las razones que habeis oido; y así, le rogué que me dijese desnuda y claramente la causa que le había movido á aconsejarme un tan extraño disparate como era poner en olvido una persona sin quien mi vida fuera imposible sustentarse un minuto solo. Y habiéndole dicho con pasion estas y otras palabras, viéndome don Fernando pesaroso y con tanta alteracion, con su acostumbrada prudencia me respondió desta manera: Amigo Gerardo, si la satisfacion que tengo de serlo vuestro, y el verdadero amor con que os trato y vos pudié- rades haber conocido, no asegurara mi crédito y intencion, no me tengais por hombre tal que pretendiera sucintamente obviar vuestra derrota y el progreso peligroso que seguis, sin daros muy particular cuenta de las causas y motivos que tuve, pues si no fueran de tan mala condicion, como es la publicidad de vuestros amores, entradas y salidas, partes, horas, tiempos y lugares, no me arrojará á aconsejáros lo que es justo y yo debo á nuestra amistad. La vuestra y de doña Clara, ó á lo ménos que entraís y salís en su aposento, es notorio en la ciudad; á mi me lo han advertido, y yo he fingido no saberlo: avisados somos, y cuerdo sois; reconoced semejante suerte por muy buena, y entended sobre todo, Gerardo, que solo vuestro riesgo es el que me da cuidado, y que por mi parte, no siendo esta vuestra voluntad, no os he de faltar hasta morir. Y cesó, dejándome con la suspencion que podeis considerar; que duda no la puse, por la conliaza segura de mi amigo, al cual no supe qué responderle. Vi la razon que tenía y lo mucho que me importaba ei no salir della; y por otra parte via tan arraigado mi corazon en la aficion de doña Clara, que solo pensar la había el tiempo de consumir y acabar como mortal y pecedera, me causaba un eterno y profundo dolor, y parecíame imposible dejarla, ni el menor de sus pensamientos; y así, con un tierno suspiro nacido de lo más secreto de mi alma, le respondí desta suerte: No ha sentido, amigo amado, mi corazon golpe de más intolerable pena, que el que con las razones que me habeis dicho al presente llevo; y verme con la llaga de mi pasion cancerada y incurable, y juntamente tan desconfiado de remedio, me tiene puesto en tan alligido estado, que no os lo sabré encarecer. Reconozco que amenaza á mis cosas una ruina adversa y miserable, y no hallo andamios suficientes ni columnas bastantes á excusar su caída; y véome ir despeñando, y mis pensamientos y discursos deshechos, y sin la fuerza superior que en otros tiempos conformaba á la razon mi libre proceder; y aunque conozco esta verdad, ni sé ni puedo determinarme á lo que tan bien me está y vos me aconsejais. Esta noche veré si doña Clara puede ó acierta

á dar en nuestros negocios mejor salida, y conforme á lo que de su respuesta resultare, haremos lo que más convenga. Con esta resolucion, y habiéndose pasado el dia, se despidió de mí don Fernando hasta la hora aplazada, que mejor apercibidos que otras veces, nos juntámos en la calle de mi dama.

Hacia la noche más serena y apacible que vieron los humanos, y con tan sordo y general silencio, que él solo parece que causaba en mi alterado pecho aun más segura confianza. Todo me parecia que á medida del deseo se nos iba trazando, y nunca ménos estorbos, inconvenientes y dificultades hallámos; que cuando la desdicha ha de venir, hasta llegar todo es campo franco y camino deleitoso. Tardó doña Clara aun mucho más de lo acostumbrado, y tanto, que tuve para irme vueltas las espaldas; pero estaba echado el dado, y habia de salir azar. En efecto, llegó la hora del verla, y habiendo hecho la seña y juntamente habládola, subí y entré como solia, y sin el menor recelo me arrojé en sus brazos, cuyas caricias y regalos me traian loco: parecióme que la hallaba con poco sosiego y demasiadamente confusa: muchas veces hablándome se quedaba al medio del camino, y si acaso yo la preguntaba ó decia alguna razon, me respondia con otra ajena del propósito; mas como mi amor verdadero me cegaba, no conocí sus engañosas caricias, ni ménos advertí en aquellos falsos y engañosos accidentes. Rogóme al principio que me desnudase, y esto con más ahinco que otras veces, y con tantos ruegos é importunaciones, que otro que tan sin juicio como yo no estuviera, conociera sin duda su dañado intento; pero viéndome ajeno de su parecer, cesó de importunarme un breve espacio, despues del cual volvió á pedirme que á lo ménos gustase de quitarme, por su desenfado, un fuerte y seguro jaco que siempre traia vestido; y aunque satisficé en esto como en lo demás á su deseo, no fueron bastantes tan nuevas demandas para que en mi corazon cupiese género de sospecha de que eran en mi daño. Cuando llego á pensar en la intencion infame desta mujer, en el mismo punto pierdo el sentido, y como loco furioso á voces clamo al cielo pidiendo el castigo de amor tan mal pagado, de voluntad tan desconocida, de servicios tan mal empleados, de trabajos tan desagradecidos, y de suspiros, lágrimas y dolores tan al viento esparcidos y en el mismo viento deshechos: mas bien cierto vivo, amigo Leriano, que no le faltaré el justo y debido castigo que amenaza á su ingrato y alevoso pecho. Y volviendo á mi discurso, no habria media hora que estaba con la que entendí ser mi fiel seguridad y mayor riqueza, cuando sentí con acelerado y espantoso estruendo habian echado por el suelo las puertas del aposento; y queriendo á tan repentino caso ponerme en pié, adivinando ya lo que ser podia, casi hubiera hecho un mal lance, porque habiéndose abrazado doña Clara conmigo muy apretadamente, acabando de conocer su maldad, primero que de sus brazos me vi libre, ya estaba conmigo su tío y los más de sus criados con más armas y estruendo que el que se requería para poner á un muchacho de diez y ocho años en aprieto; y reconociendo el notable peligro, queriendo echar mano á un pistoleta que en la cinta traía, hallé que doña Clara le tenia en sus manos: con que, vista mi perdicion, y que las voces de su tío eran de

«¡muera, muera!»; habiendo arrancado de mi espada, y cobrado juntamente la puerta por donde era mi salida, á pesar de todos los que me lo impedian, me arrojé á la calle por la ventana, ayudándome un bote de alabarda, que me hizo prevenir con más brevedad el suelo, dejándome por despojos capa, sombrero y pistoleta. Apenas puse los piés en tierra, cuando diciendo á don Fernando me siguiese, que ya habia oído lo que pasaba, en una imaginacion, como alcotanes nos desaparecimos de sus ojos.

No salí tan bien parado de la feria, que no llevase, como dicen, que contar y que curar della más de diez pares de dias, con una gran enchillada en la cabeza y una estocada por el ijar izquierdo; la cual habiéndoseme resfriado, fué forzoso que tomándome don Fernando en sus hombros, como á otro Aniques, me trajese á un monasterio de frailes dominicos, adonde fui con notable caridad recibido y curado. Don Fernando, á ruegos y importunaciones mías, temiendo hacerse cómplice, se hubo de ir á su posada. Cuando esta desdicha me sucedió, ya mi padre habia llegado al limite de su gobernacion, y estaba á la sazón en medio de la acostumbrada residencia que tomaba un severo y riguroso juez de los señalados por el Supremo Consejo. Este pues fué el que habiendo, así en mi posada como en otros secretos lugares, hecho en mi busca grandes diligencias, no hallando de mí rastro alguno, no faltó quien le dijo la verdad: con que, sin embargo de la inmunidad quebrantada y de los muchos requerimientos que los frailes le hicieron, se determinó á sacarme, y en una silla cerrada me trujo hasta una fuerte torre, en quien habiendo puesto bastante guarda, me dejó preso. No excusó mi padre con el sentimiento de este disgusto, aunque con valor disimulado, el hacer que agravando censuras y excomuniones, me restituyesen á la Iglesia, á quien no les faltaba alegaciones en contra, con las cuales, y en probanzas y términos, se fué hartos dias dilatando mi prision. Yo estaba con estos sucesos tal cual echaréis de ver, aunque no del todo desengañado en la causa distinta que le habia movido á doña Clara, de quien, para más confusion mía, me enseñó mi hermano Leoncio una declaracion firmada de su nombre, en que no tan solamente con clara y evidente razon me culpaba, sino que pretendia asimismo haber sido gozada de mí con fuerza, y que violentamente le habia puesto, porque se defendia, un puñal á los pechos; de cuyo temor, habiendo precedido primero palabras de casamiento, condescendió con mi gusto; cosa tan ajena de la verdad que habeis oído y sabe el justo cielo. A esto se juntaba el quebrantamiento de una casa de tanta calidad, y otras circunstancias que venian á poner mi negocio en terribles términos, y á no estar de por medio el sagrado refugio, mi vida en contingencia de perderse.

No era ménos odiosa y cruel la declaracion de aquella serpiente venenosa, enderezada solo á verse harta y satisfecha de mi sangre. Tenia el papel en mis manos, y aunque conocia su firma, no acababa de entender ni dar crédito á lo que vía; ántes sospechaba que carecian mis ojos de la virtud visible que los sustentaba. Quedé atónito y suspenso y casi del todo perdido el juicio; y viéndome tal, rogando á los que me acompañaban me dejasen solo, arrojándome encima de mi le-

cho, dando profundos y lastimosos suspiros, estuve la mayor parte del día, y tan apretado de mi nuevo dolor, que entiendo, á no temer el castigo eterno, diera infame cuenta de mi persona. Al fin, considerando las obligaciones que tenía, y la grave ceguedad de mis antojos por causa tan indigna de semejante sentimiento, me determiné á olvidarla y con tantas véras aborrecerla, como del intento destes versos lo echaréis de ver.

Babilonia y sirena en lengua y canto,
Quimera en el compuesto indiferente,
Esfinge en las preguntas, inclemente
Hiena y crocodilo en voz y en llanto;
Cueva de Circe, yerba de su encanto,
Huésped Diomèdes, plácida serpiente
No vista entre las flores, dulce fuente
Que lo convierte todo en duro canto:
Ya te conozco, ya penetro y veo
Por el viril del desengaño noble,
Dentro en tu pecho el alma que te rige.
Ya se acabó conmigo el trato doble,
Pues ya fuerzo al Ulises del deseo
A que en el árbol de razon se lije.

Ya habria dos meses que estaba preso, cuando conociendo mi padre la mudanza de mi voluntad y lo poco que della se podia temer, dejando mi negocio en buen punto, y á mi hermano en mi compañía con algunos criados, él y lo restante de nuestra casa dieron la vuelta á Madrid.

No pararon aquí mis naufragios y tormentos, ántes puedo decir que desde aquella hora tuvieron principio; porque dentro de pocos días como mi padre llegó á Madrid, fué Dios servido de llevarsele, quitándome la joya de más valor que me habia dado. Luego como lo supimos, se partió por la posta mi hermano; y aunque es verdad que en Talbora teníamos infinitos amigos, á quien así mis padres como Leoncio y yo habíamos granjeado, todavía sentí mucho su ausencia, porque en saliendo de la ciudad, se declaró á banderas desplegadas por mi enemigo don Rodrigo, confiéndonos á mi hermano y á mí por los autores de sus heridas. No faltó quien de mis amigos se le opuso, y el que más se mostró de mi parte fué el buen don Fernando, con cuya prudente conversacion hallaba consuelo en medio de tan grandes desventuras; y no fuéron las de menor sentimiento para mi alma volver doña Clara á acordarse de mí, escribiéndome un papel lleno de disculpas engañosas, fingidas lágrimas, conceptos y razones sin ningún fundamento. Quería excusar en él mi ingrata dama el término de mis heridas, y aun el estilo de su confesion: á lo primero, con haber sido engañada de sus deudos, que pretendian darla á entender que solo aquel camino habia para soldar su pública afrenta y ganarme por esposo, del cual yo le habia dado fe y palabra, como tenia declarado, aunque contra toda verdad; pero forzada del temor del perder la vida si con semejante disculpa no excusaba para con sus parientes el cometido yerro. Pero á las circunstancias que tuvieron mis heridas, y el disponer este intento desarmándome por una parte, y por otra asegurándome con tan nuevos extremos, para mejor entregarme en las manos de los suyos, ni las salvó, ni pudo con toda su falsa retórica probarme argumento que haciéndola en el caso inocente, la dejase sin ménos que una vehemente sospecha de que sin duda ella, ó atemorizada ó convencida de las persuasiones de sus deudos, vino con ellos

en el concierto de mi muerte y venganza de su amorosa injuria; la cual no habiendo efectuado, acomodándose con el tiempo, les fué fuerza guiarla por el camino de mi prision. Y esta sospecha mia, aunque al presente os parezca incierta, muy presto con lo que oiréis seréis desengañado, pues en lo que despues hizo doña Clara, no solamente la confirmó, mas dió nuevos indicios de su inconstante amor, pues es llano que á ser aqueste en ella verdadero, ninguna causa la pudiera obligar al deseo de mi perdicion; y ya que esto quisiésemos disimular por venganza, su incontinencia, su nuevo amor y liviandad, ¿de qué suerte dejará de hacerla muy culpada? No quiero, noble amigo, anticipar mi pena con las causas que presto habeis de oír con lástima en mi cuento; y así, habréis de sufriros hasta que llegue en él su propio lugar; que en este solo os puedo decir que su papel causó en mí ofendido ánimo tanto enojo, que llevado de arrebatada cólera, en las espaldas de lo que venia escrito respondí casi precipitadas algunas de mis justas quejas.

Pasar quisiera adelante el afligido Gerardo, dejando en blanco su respuesta, si la curiosidad de Leriano no le interrumpiera, pidiéndole no se excusase decirle el despidiente que le habia dado, si acaso, como lo demas, estaba en su memoria, pues no era posible, estando los negocios en tal término, dejar de haber sido muy riguroso. A que Gerardo, con un entrañable gemido, le respondió de aquesta suerte. Están, amigo amado, vertiendo aun todavía sangriento humor de mi lastimado corazon los más mínimos golpes de aquellos insufribles trabajos, y las cenizas guardan en su macilento color parte del encendido fuego con que entónces se abrasaba el alma; y siendo esto así, mal podrá haber olvido en su más ligera imaginacion, obra ó palabra, sino que fuéron de tan excesivo rigor las que en aquel punto salieron de mi pecho, que aun siendo ofendido, como al fin quise con tan fuerte amor y voluntad, si va á decir verdades, me ha pesado de lo que entónces escribí y agora rehusaba traer á la memoria; mas pues gustais, pase plaza este como los demas pensamientos. Escuchalde sucinto en estos versos:

Pandora vil, tu rigor
No es altivo ni es ingrato,
Ni doy á tu injusto trato
Título de disfavor:
Con prendas de más valor
Era lenguaje discreto,
Como necio y imperfecto
Contigo y mujeres tales;
Que solo á las principales
Se les debe este respeto.
Si dejo tu aleva rama,
Loba voraz y sangrienta,
De tu lado y de mi afrenta
Salgo á despertar la fama;
Que si me tocó la llama
De tu lascivia cruel,
No fui estopa ni papel,
Pues de mis pasados bienes
Aun reverdece en las sienas
El ya tostado laurel.
Fui Adónis de tu apetito,
Vénus amante lasciva,
Y agora Dáfnes esquivo
Del Apolo á quien imita:
Ser Adónis fué delito;

Ser Apolo es premio igual:
¡Oh cuántas veces el mal
Hace bien, aunque maltrata!
Sé tú mi Dáfnes ingrata;
Seré yo Apolo inmortal.
Vió del malogrado mozo
La diosa de los amores
Tintas en sangre las flores,
Y al tierno y dorado bozo
Sin esperanzas ni gozo,
Como tú las piedras llenas
Del rojo humor de mis venas;
Que nunca en mujeres ruines
Se ven los dichosos fines
Que dan las que fuéron buenas.
Ya no me enredan las penas
De tu dulce laberinto:
Vive tú, Lámia, en Corinto;
Que yo me estaré en Atenas;
Que si imitas las sirenas
Que cantan para encantar,
Desde hoy pienso el alma atar
Al árbol del desengaño,
Porque pase sin tu daño,
Como otro Ulises, el mar.

Bien claramente dais á entender, dijo Leriano, en estas espinelas (que así podriamos llamar este género

de poesía, pues su primer inventor fué el maestro Vicente Espinel, insigne músico y elegantísimo poeta castellano y latino) el sentimiento de vuestro justo enojo; solo me parece demasiado en desear más venganza de la que vos mismo habeis tomado dejándola, pues si se mira sin pasión, la que es más sangrienta y la que en una mujer hace mayor destrozo, es verse tratada con olvido y desprecio de quien ántes fué querida y adorada. No puedo negar, respondió Gerardo, razon tan evidente; pero si advertís que el ímpetu colérico de un hombre y apasionado es irremediable, también echaréis de ver tengo disculpa, cuanto y más donde sobra razon, y paciencia falta. Yo sé que fué esta enemiga mia mercedora aun de más ásperos y desabridos despidientes; y por lo ménos este fué bastante á poner treguas en la prosecucion de sus enojosos billetes.

No pasaron muchos dias, despues de los cuales, reconociendo mi hermano Leoncio cuán á la larga iban mis pleitos y negocios, se determinó á hacer lo que mucho ántes, si no fuera por el desasosiego de mi madre, hubiera puesto por obra; y así, habiéndome aperebido, víspera de los Reyes en la noche llegó con sendos caballos á la puerta de la torre con un criado de satisfaccion, á quien dejando en guarda dellos, subió adonde yo estaba en su espera, que viéndole no fui perezoso á entrar en mi cuadra, y tomando una espada que en lo más secreto della tenia, salí á ayudar á mi hermano, que ya andaba con la suya en la mano envuelto entre los hombres que me guardaban, de los cuales con brevedad nos vimos libres; porque no queriendo arriesgar las vidas donde tan poco aventuraban, dando voces y apellidando al Rey, tomaron más que de paso la calle, y los que quedaron, rotas las cabezas y mal heridos, les convido darnos lugar y franca salida; y habiendo tomado ligeramente las sillas de los caballos, cual el veloz viento salimos de la ciudad, llevando yo el criado á las ancas, á tal tiempo, que ya iban acudiendo infinitas gentes en socorro y ayuda de las guardas. Aquella noche, tomando el viaje de la imperial Toledo, nos amaneció de aquella parte de la ciudad, á pocas leguas de la villa de Ocea, adonde mi hermano tenia la mayor parte de su mayorazgo y hacienda. Allí con más seguridad, y sin las dilaciones que acarrear y traen consigo los largos pleitos, habiendo intervenido personas de mérito y calidad de por medio, se comenzó á dar la mejor orden y salida que mis negocios podian tener; y yéndose tratando con buenas esperanzas de concierto, la muerte acelerada del capitán Escobar, padre de doña Clara, lo estorbó y deshizo, cesando por entónces todos nuestros tratos y conveniencias. Treinta dias habria que á mi dama le habia sobrevenido esta desgracia, cuando por cartas de mi leal amigo don Fernando supe cómo faltó una noche de casa de su tío, con grande alboroto y sentimiento del noble y anciano caballero, y general escándalo y murmuracion de toda la ciudad, y mayor miéntras ménos rastro se pudo hallar de doña Clara, aunque para saberlo se hacian notables diligencias y grandes prometedos al que della diese noticia. Sobre este increíble caso me escribió mi amigo otras muchas advertencias, que causaron en mí no pequeña confusion y cuidado, ignorante del arrebatado pensamiento con que doña Clara se hubiese movido á semejante locura y liviandad; y aun os prometo que no las

tuve todas conmigo, pareciéndome que sin duda cuando ménos pensase la habia de ver entrar por mi posada; y temeroso de semejante acaccimiento, dentro de dos dias aperebí mi viaje para la corte y ciudad de Valladolid, que pocos años ántes á ella se habia mudado de mi antigua y querida patria. La novedad desta no pensada mudanza, y lo que de la soledad y apretura de entrambas se decia, puso en mi deseo más vivos acicate para que abreviase en la partida, como en efecto lo hice, saliendo de Ocea despues de haber atropellado mil dificultades y estorbos, y en mi compañía Sanabria, criado muy querido de mi hermano, y á quien yo tenia particular amor. Dejo de decir algunos agüeros que tuve aquel dia, porque nunca de semejantes cosas hice menudre; aunque os prometo que si en ellos reparara, y cuando mi caballo al salir de la villa en medio de un florido prado tropezó, dando consigo y con mis ojos en el suelo, me volviera, como tuve propósito, nunca yo hubiera dado en las crueles y alevosas manos de mis enenigos. Mas volviendo á mi viaje, al ponerse el sol llegamos á pisar los encendidos pedernales de la antigua Mantua, habiendo atras dejado algunas leguas en las fertilísimas riberas del dorado Tajo y escondido Jarama, al nuevo y celestial paraíso Aranjuez, considerando en las famosas riberas y en las cristalinas fuentes, lacias y marchitas flores, que así unas como otras acompañaban el delibido sentimiento al divino y celestial Manzanáres, que verdaderamente mostraba en sus humildes y plateadas márgenes secas y agostadas murtas, trébol, juncia y verbena, las lágrimas que por su ausente dueño destilaba, desgajándose de los nevados riscos y erizados montes de Guadarrama; que hasta las mismas peñas y mensibles plantas daban á entender con sus amargas quejas el triste pesar y dolor de tan no merecido trueco. Y á fe mia que entiendo acompañaron, sin ser descuido, á sus tristes corrientes las lágrimas de mis ojos: tal efecto causó en mí ver las desiertas calles, despejadas plazas, tapiadas puertas, inhabitadas casas, clavadas rejas y cerrados balcones: al fin, no hallé cosa con cosa, y como dicen, todo me pareció un caos de espantosa confusion, llantos, despididas, tiernos gemidos y dolorosas voces; con que no vi la hora de salirme fuera de mi arruinada Troya; y así, habiendo visitado á mi madre y casa, al nacer del sol el siguiente dia la volví las espaldas, enderezando á la favorecida mi viaje, acompañado de innumerables gentes que la iban dejando; que á un cadío y desgraciado, aun sus mismos hijos, partos de sus entrañas, le olvidan y desamparan.

Apénas habia salido de entre las tejidas y enmarañadas arboledas de la real Casa del Campo, cuando me alcanzó un hombre de razonable talla, que asimismo caminaba en un caballo tordillo de gentil paso; el cual despues de habernos saludado, me preguntó si caminaba á Valladolid; y habiéndole respondido la verdad, haciendo demostraciones de que se alegraba, me replicó que él iba el mismo viaje, y que si yo era contento, me acompañaria hasta el fin dél; y yo, que no deseaba otra cosa, por haberme parecido en traje y conversacion hombre entretenido, con no menor cumplimiento se lo agradecí, condescendiendo con su gusto. Llegamos aquel dia á hacer siesta á un pequeño lugar, y habiendo en él hallado muy gran carestía de regalo, bas-

timentos y posadas, mientras descansábamos mi compañero y yo, temeroso de otro semejante albergue la verdadera noche, le mandé á Sanabria se adelantase á tomar en el Puerto la mejor comodidad que ser pudiese; y el compañero, que era quien me lo habia aconsejado, apretando en mi propósito, tuvo efecto, quedándonos los dos solos hasta que fué refrescando la tarde, que habiéndonos puesto á caballo, volvimos á nuestro camino; y entre otras cosas que el que conmigo llevaba me preguntó, fué al descuido decirme si habia otra vez ido aquel camino. A lo cual respondí que nunca, asegurado de la traicion que me iba aparejando, con que, como dicen, debió de caerle la miel en la boca, y á mí el agraz en los ojos. Ya se arrojaba Febo en las profundas ondas del Océano, cuando tomando mi guia una mal usada senda en la mano, pareciéndome nos apartábamos del camino real, se lo advertí; mas respondiéndome que era un breve atajo para el vecino Puerto, sabido dél por la larga experiencia y curso del viaje. Oí que detras de mí venian pasos de caballos; y así, entendí sería cierto lo que él afirmaba y yo con sano pecho creia. Esta necia confianza me hizo olvidar totalmente el buen discurso que debia tener un hombre rodeado de tan recientes y arduas ocasiones, pues en lugar del recato que tanto siempre habia prevenido, sin consideracion de la que pudieran con mayor vigilancia traer sobre mí mis enemigos, me embreñé solo con quien no conocia, y por tierra que tan ignorada era de mí. Mas estaba ya de superior providencia dispuesta mi desgracia, y era imposible el excusarla. Digo pues, señor Leriano, que no habiamos caminado ni compañía y yo por la angosta senda una pequeña legua, cuando llegaron á nosotros tres hombres de á caballo, que á lo que presumí fuéron los que grande espacio habia que en nuestro seguimiento venian. Iba el que me acompañaba delante de mí, de suerte que vine á quedar en medio de los cuatro, y cercado de una parte y otra del cerrado y oscuro monte; y en esta forma fuimos caminando sin hablarnos palabra, hasta que habiendo cerrado la noche muy oscura, cuando ménos cuidado traia del futuro suceso me oí llamar por mi propio nombre; y os prometo que si no pareciera aun el pensarlo disparate, dijera y afirmara ser la voz de doña Clara la misma que habia oído; y con la alteracion que me causó este pensamiento, queriendo revolver á aquella parte el caballo, un alevé compañero lo hizo con el suyo más fácilmente, y casi sin poderlo ver me tiró una cuchillada; y fué tan venturosa, que esta entiendo me dió la vida, porque cortándome las riendas, cuando acordé no tuve con que gobernarme; y mientras en un instante pasó esto, tuvieron los tres lugar de darme algunas heridas; y habiéndome puesto en mi defensa y como mejor pude con la espada en la mano, el uno de los tres, que por haberse caído el rebozo conocí ser don Rodrigo, me disparó una pistola, de la cual el piadoso cielo quiso librarme, aunque á lo que sospecho hirió mi caballo; porque al punto, sin poder por la falta de freno remediarle, y morir aguarillado, como bueno, arrancó cual si fuera un torbellino por entre aquellas fraguras y malezas; de suerte que aunque me siguieron, mi caballo iba tan desapoderado, que fué por demás el darle alcance; ó que quizá entendieron iba su dueño herido de muerte, como asimismo y bien apriesa

lo iba reconociendo en mi debilitado espíritu y profundo desfallecimiento; con el cual me acuerdo dí del caballo abajo fuera de todo mi sentido, sin volverme enteramente á recobrar hasta tanto que me hallé en vuestra compañía; y lo que asimismo muchas veces me pone en confusion, es haberme encontrado vos tan fuera del oculto monte y en medio del camino desta ciudad, sobre semejantes andas, como me habeis contado: por donde colijo que otras personas ántes que la vuestra habian comenzado á hacerme algun beneficio; aunque la causa del dejarme en tal estado ni la puedo rastrear ni ménos entender; solo estoy cierto y asegurado del amor y voluntad con que de vuestras manos fui y he sido amparado, á las cuales debo esta desdichada vida que, mientras me durare, emplearé en vuestro servicio, como agradecida hechura y siervo vuestro.

Aquí dió fin Gerardo á su lastimoso cuento; al cual volviendo de nuevo á abrazar Leriano, conolido de su triste suceso, los ojos llenos de agua, dijo las siguientes razones: No más ofrecimientos, señor Gerardo; que me tienen vuestras desventuras tan enternecido cuanto deseoso de salir á su venganza, como ántes os tengo prometido, y agora con más justa razon vuelvo á afirmarme en mi primer propósito, pues sé la justicia que teneis de vuestra parte. Bien cierto estoy, respondió Gerardo, que de cualquier venganza que tome del traidor de don Rodrigo, nadie en ningun tiempo podrá culparme: él nos dirá lo que hacer debemos; que agora estoy de parecer de que ni injuria se disimule.

El largo discurso de la trágica historia de Gerardo hizo suficiente hora para cenar él y su buen amigo; y habiéndolo puesto por obra, y reposado lo que de la noche les quedaba, apénas habia llegado la siguiente mañana, cuando entrando por la cámara adonde dormian el huésped de la posada, los recuerdo diciendo se levantasen si ver gustaban la justicia que de tres hombres se hacia aquel dia en la ciudad: lo cual habiendo entendido Leriano, le pregunté su causa, ó el delito por que así habian sido á muerte condenados: á que nunca le fué dada por el huésped evidente respuesta, como quien ignoraba el verdadero origen deste negocio; solamente le satisfizo con la comun y general voz del pueblo, que decia eran ajusticiados por un famoso salteamiento: con que, pidiendo los dos amigos de vestir á sus criados, y viendo el huésped que lo hacian con algun demasiado cuidado, les sosegó advirtiéndoles de que pasaban siempre por su puerta y calle; y así, desde las ventanas y rejas que á ella salian, dentro de breves horas pudieron ver pasar entre innumerables gentes y devotos religiosos los míseros y alligidos hombres, á cuyas espaldas venia, envuelto en el concurso de las gentes y acompañamiento, un mancebo de razonable talle y hábito, haciendo con notable y lastimoso extremo dolorosísimo llanto; y habiendo en él reparado algun tanto los dos caballeros y amigos, fué sin pensar al punto de Gerardo conocido; porque quiero que sepais que este mismo era su fiel y querido criado Sanabria (al cual, si se os acuerda, la tarde de su desdicha habia enviado á prevenir para la siguiente noche hospedaje regalado), que teniéndolo todo aperecebido, y viendo que su dueño no venia, ni ménos pudiendo imaginar la causa de tan notable tardanza, adivinando algun desastrado suceso, ántes que amaneciese dió la vuelta por el

mismo camino, preguntando á cuantos encontraba por su perdido señor. Quiso pues su fortuna que á este propio tiempo atravesase por el camino que Sanabria venía un rústico pastor que apacentaba una pobre manadilla de blancas y pintadas ovejas; que habiendo oído su cuidadosa pregunta y razonamiento, no con pequeña admiración le dijo cómo pocas horas ántes había visto sacar de aquellas convecinas y fragosas montañas unos ganaderos y campesinos hombres, que entre un gran tropel de guardas y villanos llevaban presos y maniatados á una cercana aldea que de aquel puesto estaría dos leguas; y que, á lo que había podido entender, el llevarlas de aquella suerte era porque habían muerto en aquella espesura á un noble caballero por robarle lo que llevaba y un gentil caballo, en que perdido acaso caminaba la pasada noche. Que como esto fuese entendido del lastimado mozo, dando alaridos como un loco furioso, creyendo fuese el muerto su querido Gerardo, sin quererle informar más largamente del pastorcillo, por la parte hacía donde con la mano le señalaba, al paso mas ligero de su caballo se metió en su demanda la montaña adentro.

No había el hombre que á Sanabria informó de esta manera andado muy descaminado, si traéis á la memoria aquellos tres piadosos pastores que embrenándose por el espeso monte dejámos al principio deste discurso, y en su seguimiento aquella tropa y cáfila de guardas y serranos; pues habeis de saber que no pudieron tan ligeramente escaparse y huir de tantos como les seguian, que ántes del venidero día, siendo muy acosados, mal de su grado hubieron de venir á las manos y poder de quien con tan ardiente rabia eran perseguidos; y como otros muchos de aquellos bárbaros anduviesen derramados en su busca, algunos dellos dieron con el caballo que la noche ántes había alborotado á los pobres presos, y otros, habiendo llegado al sitio y lugar donde el herido Gerardo cayó y fué hallado, viendo la tierra y verdes yerbas matizadas de su reciente sangre, no pudieron ménos de alterarse en semejante acaecimiento, y procurando saber quién tan sangriento rastro había dejado, escudriñando los espesos y cercanos árboles, á poco espacio de allí hallaron una guarnecida capa, y asimismo un bordado y lucido sombrero, con una dorada y desnuda espada de aceros y finísimos templetes; con que más admirados y confusos de lo que ántes estaban, sin aguardar á entender ó rastrear la verdadera causa deste secreto, con veloces pasos dieron la vuelta adonde habían dejado la restante compañía, á la cual hallaron, y que ya asimismo tenían el caballo en su poder; porque aunque es verdad no fué el cobrarle sin gran trabajo, por estar suelto y en su libre voluntad, al fin como eran tantos, y al pobre animal se le hubiese resfriado una peligrosa herida que encima de los pechos tenía, en breve espacio le hicieron desmayar, con que fué de aquellos villanos ligeramente asido; y no poco admirados viendo las prendas que los compañeros traian, todos de acuerdo fuéron en que sin duda hubiesen muerto por robarle á su dueño los que ya tenían presos y maniatados; y aunque los desdichados, como inocentes, procuraban, contando lo que verdaderamente pasaba, descargarse, no hubo remedio de que disculpa se les admitiese, ni ménos entre aquel tropel de hombres, aunque muchos eran sus deudos y aliados, hubo

quien se atreviera, por miedo de las guardas y atrocidad del suceso, á soltarlos: con que, olvidando todo piadoso pensamiento, con voces y algarazas arrancaron con ellos á tal hora, que habiendo caminado el afligido Sanabria con la priesa y aceleramiento que su congojo requería, oyendo el estruendo y vocería que llevaba el villanaje, guiado de sus voces y confusos ecos, acertó tan bien, que al salir de la espesura dió con ellos; y habiéndolos como pudo saludado, y preguntado á los que atras venian por la ocasion de su cuidado, reconoció el ligero caballo, que entre dos hombres bien aferrado caminaba; y dando un doloroso grito, desapoderado y sin juicio, se dejó caer en el suelo, y acudiendo al socorro algunos de los más cercanos, se detuvieron viéndole que con la espada en la mano, con amargas voces arremetía para ellos, diciendo le enseñasen los traidores que á su querido señor habían muerto; de que no se vieron en poca fatiga de quietarle las guardas y los más pláticos de aquellos rústicos y selváticos hombres; de los cuales habiendo entendido lo que pasaba, sin detenerse un punto, con cuatro villanos á quien prometió satisfacción de su trabajo, dió vuelta á la vecina selva en busca del que ya contaba en la otra vida. Mas como no fuese posible hallar dél algun rastro, tomó el camino de la antigua Seleuca, adonde habiendo llegado aquel día, y dado cuenta de lo que en su distrito pasaba á un principal varon que la gobernaba, y juntamente de quién era el difunto caballero; sin querer descansar ni tomar reposo caminó toda la noche, y el siguiente día entró por las puertas de su amada señora y madre de Gerardo, que, como ya he contado, vivía en la famosa Mantua. Aquí fuéron los justos sentimientos, el verdadero llanto y terrible dolor, los espantosos alaridos de la triste y lastimada señora, cuyos ojos, en vez de las líquidas corrientes de su humor, vertieron pura sangre, efetos verdaderos del interior tormento de su alma, la cual fué gran maravilla no despedir el desmayado cuerpo; y fué tal su lastimoso afligimiento, que aun participa dél la mia al repetirle. Mas deseo tanto abreviar y salir destas fatigas, que por no atormentar con ellas los que leyeren estos lúmbres renglones, me ha parecido pasar en silencio las particularidades de tan justos sentimientos.

Luego sin dilacion despachó la afligida madre por el valeroso Leoncio, hijo suyo y hermano de Gerardo, que á la sazón asistía en la noble y leal villa de Ocea, adonde no fuéron dél y de todo el concurso del lugar ménos sentidas y celebradas las tristes y dolorosas nuevas. Pero reconociendo el enternecido hermano lo mal que de aquella suerte á su venganza se acudia, con infinita brevedad, sin querer aun reposar en Mantua, trocando por momentos caballos y ligeras postas, llegó á la gran Seleuca acompañado de algunos deudos y criados, adonde luego fué informado más en particular del trágico suceso por don Manuel, señor de Ojanto y gobernador de aquella ciudad, á quien ya había hecho traer los tristes y, sin serlo, homicidas; y con la presencia de Leoncio, en breves dias y cortos términos, habiendo, por los grandes y vehementes indicios que contra ellos había, dádolos cruelísimos tormentos, faltándoles con la fuerza el ánimo para sufrirlos, todos tres confesaron de plano cuanto se les pedía y imputaba; con que rectísimamente fuéron condenados á rigurosa

muerte; y llevándolos por las calles acostumbradas al lugar del suplicio, acompañados de innumerables gentes que así de la ciudad como de todos aquellos lugares cercanos habían acudido por ver el espantoso espectáculo, quiso su buena suerte, ó por mejor decir, su inocencia, que siendo, como arriba dije, conocido del herido Gerardo su querido siervo Sanabria, espantado de verle hacer tan increíble llanto, mandó á un criado que saliese á llamarle con la brevedad que su deseo pedía; que como semejante razon oyese el afligido mozo, y asimismo conociendo la voz de Gerardo levantase la cabeza, reconociéndole en la reja adonde estaba, abiertos los ojos, sin mover pié ni mano, cual arrobado en éxtasi, se quedó admirado y suspenso. Mas volviendo en sí de aquel repentino espanto, dando voces y dejando en medio de la calle el sombrero y la capa, sin acuerdo humano se abalanzó á los piés de Gerardo, que ya habia bajado á la puerta de la posada, adonde en un momento fueron rodeados de infinitas personas, que forzadas de la novedad y extremos que Sanabria hacia, se llegaban á ellos por ver en lo que semejante ocasion paraba. Decía el fiel criado: ¿Cómo es posible, señor, que vos seais mi querido Gerardo? ¿Es cierto que os ven mis ojos, que os tocan mis manos y que á vuestra deseada voz oyen mis oídos? ¡Oh amado dueño mio! ¿Posible es que sois vos mi difunto señor, y aquel mismo que tan llorado sois y habeis sido de vuestros deudos, criados y íntimos amigos? Mas ¿qué dudo, pues verdaderamente mis manos propias son las que vivo os tocan, y mis ojos los que sin estar ciegos al presente os miran? Los cielos santos, que de vuestra desdicha se han compadecido, tambien han sido poderosos para descubrir, como justos y sapientísimos jueces, los alevosos y traidores que en tal estado os pusieron, trayéndoles al merecido castigo que habeis visto. Estas razones y otras decía el buen Sanabria aun más descompuestas y amorosas, forzado de la eficacísima alegría y contento que recibía con la no pensada vista de Gerardo; el cual espantado de lo que le oía decir acerca de los autores de sus heridas, pensando estuviesen presos, habiendo retirádose dentro de su posada con el amigo y noble caballero andaluz, le preguntó más en particular lo que de aquel caso sabía; que siendo dél entendido lo que os he contado, conociendo la lastimosa tragedia de aquellos hombres que sin culpa iban inocentes á padecer, con las lágrimas en los ojos, lleno de tierna compasión, habiendo por su flaqueza subido en un caballo y Leriano en otro, salieron á muy largo paso y con veloz corrida de la posada; que esta brevedad fué la que salvó la vida á los pobres pastores, que ya estaban al pié del espantoso sacrificio. Mas como de los ministros de justicia fuese visto el tropel con que aquellos caballeros venían acompañados de criados y de otra infinita gente que los seguía, entendiendo que querian impedir la ejecución y muerte de aquellos hombres, apellidando favor, rey y justicia, se les opusieron al encuentro, con que no fué pequeño el escándalo y alboroto que en la plaza y ciudad se causó; y habiendo llegado á noticia del gobernador, con otros muchos caballeros, y entre ellos el noble Leoncio, salió á la plaza, que ya, habiendo sido entendida la justa demanda de los dos amigos, estaba más sosegada, y acabó de quietarse cuando, habiendo conocido Leoncio á su hermano

Gerardo, con los brazos abiertos, bañando el rostro con apacibles lágrimas, no con menor espanto que Sanabria, así á caballo como estaba, corrió á abrazarle, y en su seguimiento el prudente don Manuel y los demás caballeros, entre los cuales pasaron innumerables cumplimientos, que excuso por no ser prolijo en escribirlos; y habiendo entendidos la declaración verdadera de Gerardo, en cuanto hasta no descubrir á don Rodrigo, y asimismo lo que los tres pastores decían, y de la suerte que le habian hallado, y juntamente la razon por que convino desampararle; conocida claramente su inocencia, con notable alegría así de los dos hermanos como del prudente gobernador, amigos y ciudad, fueron los pobres rústicos desnudados de aquellas fúnebres y mortales vestiduras, y en medio de todos llevados á las casas de don Manuel, que asimismo era posada de Leoncio; adonde con excesivo regalo, por orden de Gerardo, fueron curados, y con el cuidado suficiente que con ellos se tuvo, en breves dias quedaron sanos de sus tormentos, y haciéndoles alegres promesas y agasajo, fueron asimismo de Gerardo restaurados sus trabajos y pérdidas con agradecida y larga mano. En este tiempo, habiendo consultado los dos hermanos lo que en su venganza más les convenia, se resolvieron á suspendela por algunos dias, dejando asegurar al enemigo. Y habiéndose despedido Leoncio y Gerardo del gobernador y caballeros de aquella ciudad, tomaron el camino de Madrid, adonde ya se habia extendido la venturosa nueva, y juntamente en su compañía el buen Leriano, que importunado de sus amigos, no le convino hacer otra cosa.

El fragoso y nombrado puerto de la Fuenfrida atras habia dejado, en prosecucion de su camino, toda aquella lucida y regocijada compañía, con tan general gusto, alegría y contento, que casi no sentían el excesivo trabajo del viaje, que por ser en aquellas partes asperísimo, tierra quebrada, montuosa y de encumbrados riscos, no les podía ser muy sabroso y apacible; cuando habiéndose Leoncio y Leriano adelantado solos, pagados de su conversacion y entretenidos en sus discretas pláticas y discursos, ya tratando de las grandezas de sus patrias, y ya del notable y venturoso suceso de Gerardo, no pudieron prevenir, como quisieran, el alargarse de la compañía de sus deudos, amigos y criados. Serían las nueve horas de la mañana, y el sol con sus ardientes rayos comenzaba á hacerse temer de los dos alicionados caballeros; y así, por esta causa apresuraban con mayor voluntad su jornada, rompiendo las inaccesibles montañas de aquella erizada cordillera que parte y divide en distintos reinos y provincias las dos Castillas. Iban á esta sazón bajando poco á poco por una angosta senda los desgajados riscos Carpetanos, con no ménos dificultad que tienta de los caballos, por los peligrosos barrancos y derrumbaderos que á cada paso se ofrecían; cuando al valeroso Leoncio, que iba el primero, al doblar de una empinada roca, de repente se le puso delante de los ojos un fiero, abominable y espantoso monstruo cubierto cual salvaje, desde la negra cresta hasta la adusta planta, de cerdosas y enmarañadas trenzas, de tan fiera y extraña catadura, que asombrado el ligero caballo de Leoncio, queriendo contra la violencia del freno escabullirse, hubo de dar con las ancas en el suelo; que recono-

ciendo el peligro su dueño, en un instante desembarró la silla, al mismo punto que á Leriano casi le sucedió otro tanto, de que se hallaron con notable admiración; y mayor fué cuando vieron que de la misma suerte, amedrentado con su vista dellos aquel vestigio, volvía huyendo como un ligero corzo, saltando entre las peñas y barrancos con tanta velocidad, como si fuera por un ameno y florido prado. No dejaron de quedar entre sí el uno y el otro avergonzados del suceso; y queriendo emendarlo, de un mismo acuerdo y conformidad se determinaron á seguirle y saber qué cosa fuese ó adónde se encaminaba; y sin suspender más su intento, con el deseo que ya les incitaba, dejando los caballos, el uno en pos de otro, y no con pequeño riesgo de despeñarse, á la mayor priesa que les fué posible se dieron á correr por entre aquellas roturas y peñascos, y con tanta voluntad de alcanzar la presa, que al llegar á la cumbre de unos riscos bien adelante del camino que dejaban, la vieron lanzar por entre dos sombrías y tajadas peñas, puerta oscura y tenebrosa de su pobre y miserable albergue; al cual, bien fatigados de la calor del sol y su deseo, llegaron los dos amigos. No era la cueva muy profunda, ni ménos estrecha y lóbrega la entrada; ántes con los fogosos y cristalinos rayos de Febo, que entónces herían en derecho della, se dejaba determinar la mayor parte; y así, con las espadas en las manos los dos amigos se abalanzaron dentro, y no anduvieron veinte pasos, cuando sin reparar Leriano embistió, tropezando en un madero que en medio de la cueva y cercado el pié de grandes piedras, estaba levantado; en el cual habiendo con cuidado reparado Leoncio, echaron de ver que era una cruz formada de dos pequeñas ramas de algun roble: cosa que no les causó ménos espanto y confusion del que se traían, pareciéndoles premisas y señales muy contrarias de su pensamiento las que vían; y estando en esta consideración, sintieron á un lado pasos lentos; y aguardando el intento del que los traía, vieron al mismo monstruo ó salvaje, que por la parte de la cueva más distante de sus personas, entendiendo que con el embebecimiento de la cruz que habían encontrado no le sentirían, se iba poco á poco acercando á la puerta para escabullirse, como en efeto lo hiciera, si Leoncio de dos ligeros saltos no se le pusiera delante, y con tan grande aceleramiento, que como lo viese el salvaje ir con la espada desnuda en la mano, entendiendo que lo quería matar ó herir, se dejó caer en el suelo, diciendo con formada voz, clara y de persona humana, como lo era: ¡Ay de mí, nobles caminantes! ¿En qué os he ofendido, que así me perseguís y mataís? A esta temerosa voz, no ménos despavorido que Leoncio, acudió Leriano; y juntos, acercándose á aquel maravilloso monstruo, le preguntaron quién era, porque aun no estaban del todo satisfechos ni creían fuese persona humana. A lo cual con un ronco y profundo gemido les respondió que una mujer. Pues, mujer, replicó Leoncio, vertiendo piadosas lágrimas, ¿qué miserable ó caduca suerte te pudo reducir á tan brutal y desesperada vida? Bien dices brutal vida, repitió la espantosa mujer con mayores sollozos, pues por serlo la mía, cometió torpeza que del siglo me hizo salir, huyendo á aquestas rocas, en las cuales os ruego me

dejéis, volviendo á vuestro camino sin interrumpir el discurso solitario del mío. De las concertadas razones y de su plática quedaron los dos caballeros más dudosos y con mayor voluntad de no partirse sin saber la ocasión que á tan alligido estado había traído aquella mujer, á quien Leriano respondiéndola, dijo: Si la novedad de semejante acaecimiento, y el trabajo con que te hemos seguido no estuviera presente, aun pudiera ser que te obedeciéramos sin importunarte; mas mi compañero y yo dejámos nuestro viaje con determinado parecer de no proseguirle hasta ver el fin de nuestro intento, el cual está en tus manos; y así, te ruego no pretendas excusarte, ni ménos entiendas que de nuestra parte faltará, requiriéndolo el caso, todo secreto; y siendo necesario, ánimo y fuerzas para reducirte á más descansada suerte, queriendo tú valerte de nosotros. Como en semejante particular no me tratis, dijo la mujer, seré contenta y satisfaré á vuestra voluntad con mi triste historia. Fuerza será, respondió Leoncio, cumplirte la palabra: levántate, y á la puerta desta oscura cueva tomarémos mejor asiento. Esto último relusaba la pobre y mísera mujer con tanta fuerza como lo primero; y así, entendiendo Leriano que el verse desnuda la avergonzaba, arrojándole su capa encima de los hombros, y ella cubriendo lo mejor que pudo sus lacios y marchitos miembros, se levantó y salió con ellos á la puerta y rotura de su cueva, dejando su liero rostro, manos y piés, que era lo que ni el largo y erizado cabello ni la capa cubría, asombrados y suspensos á los que la miraban; y tomando entre aquellas peñas asientos, conociendo ella la causa que entónces les tenía confusos, formó de su motivo y admiración el triste principio de su historia, diciendo:

Esta arrugada, negra y tostada piel que causa horror y espanto á vuestros ojos y cubre mis quebrantados huesos, no há diez años, piadosos pasajeros, que fué delgada tez, blanca y tersa, mostrándose conmigo en tales atributos naturaleza pródiga y humana, de suerte que pude parecer rica de sus riquezas entre las más hermosas y gentiles damas de mi florada patria, cuyo nombre no es justo que se entienda: el mío es Leonora; mis padres no sé si hoy son; y así, digo que fuéron tan notables en hacienda como en calidad, alcanzándoles de todo una mediana suerte: tuvieron otros hijos, y yo nací á las postrimerías de sus años; y así, entiendo habré sido fin dellos y principio de su muerte. Vivía muy cerca de los solares de mi casa un noble y rico ciudadano, con quien mi padre tenía trabada especial amistad, y por el consiguiente las dos familias, así criados y hijos, como mujeres propias. Era la deste ciudadano moza, hermosa y por extremo honesta y recatada, en quien no tuvo más de un hijo, único heredero de su hacienda, casi de mi misma edad y tiempo; y así, en nuestros tiernos años nos criamos siempre juntos y con estrecho amor, que decían sus padres y los míos que para en uno habíamos nacido, y por entretenimiento nos llamaban los desposados. Tras de aquestos pueriles pasatiempos llegó la adolescencia y juventud de entrambos, con que ya me recataban más de sus ojos, y él sentía de véras el ausencia de los míos. Tendría yo diez y siete años cuando en mis padres crecían los nuevos cuidados del darme

esiado; de los cuales la no pensada viudez de su amigo les sacó muy en breve, porque apenas enterró á su difunta esposa, cuando por tal me pidió á ellos. Era tan estrecha y verdadera su amistad como os he contado; y así, sin reparar en mis tiernos años y en que los suyos frisan en cuarenta, ni en el hijo de mi edad y de la difunta mujer, forzoso émulo de los que en mí podía tener, condescendieron con su gusto, teniéndole tan notable con mi compañía mi nuevo esposo, que desde el mismo punto me colocó en su alma por ídolo della y de sus gustos con tan perdido amor y voluntad, que solo la mía era límite, centro y fin de sus deseos. El sentimiento de su hijo y mi entenado, aunque disimulado con discrecion, todavía algunas veces descubria á mis ojos las llamas de aquel su pasado fuego; con que me pareció cuerdo propósito el sacalle de mi casa; y así, con achaque de sus estudios, le hice á su padre y mi esposo que le enviase á acabarlos á la ciudad y escuelas insignes de Salamanca, donde estuvo cuatro años, después de los cuales volvió, á mi parecer, tan trocado como permitia afinidad tan conjunta como de padres y hijos; por cuya causa en lo interior y exterior era mi casa un paraíso de deleites, una continua primavera de alegría y un eterno y inmortal contento, en regocijos, fiestas, banquetes, músicas y festines: efectos que trae siempre consigo la paz de que gozábamos; en medio de la cual, que como tranquilidad humana habia de tener fin perecedero, volvió á resuscitar el hijo de mi esposo sus difuntas memorias, y con tan desenfadada voluntad, que tuvo atrevimiento para dármele á entender por algunos papeles que él me ponía al forzoso encuentro, ó ya con sutileza metiéndome en las mangas de mis propias ropas, ó ya en mis escritorios y cajas, lugares ciertos adonde mis manos solas allegaban. De los primeros hice donaire, que no debiera aun mirarlos, pues abria puertas á los segundos y terceros, que me hicieron caer en la cuenta, aunque tarde, conociendo con cometer estos yerros los míos en habernos leído, y los suyos en pretender tan atroz pecado contra Dios, contra sí, contra mí y contra su padre verdadero y legítimo; que con ser caso tan feo y abominable, la terneza y poca experiencia de mis años no sabian aun hacer la distincion de sus méritos, conforme á los principios debiera y el intento de mi entenado requeria; del cual no pudiendo librarme, ni ménos atreviéndome á darle cuenta de maldad semejante á su padre, me pareció tomar el consejo de mi confesor; á quien habiéndole desde el principio y origen deste fuego dado particular cuenta con todos sus crecimientos y intercadencias, admirado, como era razon, después de otros acuerdos, se resolvió tomar á su cargo remedio tan importante; y así, con mi voluntad, al cabo de cuatro dias envió á llamar á mi entenado, y en su celda y con el silencio y recato que el caso requeria reprendió su feo y detestable pensamiento, poniéndole, por si quisiese negarle, los papeles que me habia escrito, delante de sus ojos; los cuales yo asimismo le habia dado á mi confesor, que habiéndole traído á propósito grandes y ejemplares castigos que Dios habia hecho aun contra ménos bárbaras desobediencias, y mezclando con amenazas sangrientas de su mal ánimo esta reprension, y de que

se daria cuenta, á más no poder, dello á su padre para que dél recibiese en un venenoso bocado el justo castigo que merecia, le despidió tan confuso y triste, que en llegando á casa y á su aposento, rendido de la aliecion mortal y congoja que traía, se dejó caer encima de su cama, en la cual, habiéndole sobrevenido un terrible y melancólico accidente de calentura, estuvo muchos dias casi á peligro de ver el último de su vida, con no poca pena de su padre y familia. Mas quiso la divina Providencia, por sus secretos y maravillosos juicios, librarle de aquel riesgo y de otros tan grandes, para que despues, vista su obstinacion, llegase el mortal y irremediable golpe de su ira, de quien me alcanzó á mí la parte que ya veis; y así, para abreviar y salir del tormento con que á mi memoria afflige este triste discurso, sabréis que por la nueva salud y mejoría de mi amante, su padre y mi esposo concertó una fiesta y regocijo para toda su familia; y así, despues de su convalecencia, teniendo todo el aparato previendo, nos fuimos á una hermosa quinta que á una legua de la ciudad teníamos, rodeada de amenísimos bosques, fructíferas huertas y olorosos y bien trazados jardines, adonde con la apacible y licenciosa libertad de sus soledades estuvimos tres ó cuatro dias con mil agradables regocijos y juegos ingeniosos que, por alegrar á nuestro convaleciente hijo, hacian los criados, pastores y gañanes de la hacienda. Habian de correrse el siguiente dia en la ciudad algunos toros, y por gozar tambien de aquellas fiestas nos pareció á los tres dar la vuelta, y estándolo poniendo por obra, y ocupados á la puerta de la quinta los más de los criados en aderezar el viaje, sin poderlo excusar fuimos saltados de un furioso y agarrachado toro, que de otros muchos que andaban encerrando en la ciudad, acosado y mal herido, se habia escapado. Ya consideradéis qué tal sería el alboroto y miedo de aquella sobresaltada gente, pues no quedó hombre con hombre que no se pudiese en una imaginacion en lugar seguro, como asimismo lo hizo mi esposo, que desde mi regazo, adonde recostado estaba, no paró hasta lo más alto y escondido de la casa, dejándome casi en los agudos cuernos del bravo animal; el cual no viendo otra presa más á mano en quien emplear su rabiosa furia, arremetió para mí al mismo punto que, viendo á los ojos mi notorio peligro, posponiendo el temor de su muerte al amor que me tenia, se dejó caer mi entenado desde una ventana adonde estaba, y atravesándose, al ejecutar el golpe, en medio de mí y dél con la espada en la mano, le recibió metiéndosela por entre los dos brazos hasta la cruz, y quedando entre sus agudos cuernos sin peligro ninguno, aunque abrazado muy fuertemente dellos y recibiendo muy terribles golpes y vaivenes, hasta que habiéndose ya prevenido, salieron todos mis criados y le acabaron de matar, levantando de la cerviz indómita, casi desalentado del teson y grandes golpes, á mi querido amante, con tan general admiracion de su venturosa hazaña, que como por milagro nos le quedámos mirando, y yo sobre todos, casi penosa ya de mi ingratitud. No alaba mi marido los ojos de la tierra, avergonzado de su fuga y de haberme desamparado; y yo ya vivia con el mismo despecho, aunque dentro de mi corazon disimulado, obrando en él otros nuevos accidentes; y

así, habiéndonos (después de pasado todo esto) vuelto á nuestra casa, no pude sosegar en toda aquella ni aun las siguientes noches, desvelándome la paga de tan notable beneficio; cuyo agradecimiento fué cerrar á Dios y al mundo los ojos, y entregarme á la voluntad y apetito de mi entonado, y con tan excesivo amor, que toda la repugnancia que mostré á los principios se me trocó en sujecion lasciva de sus deseos, siendo obedecidos de mí con harta mayor puntualidad que los de mi esposo y marido; del cual, aunque no era mucho nuestro recato, no fuimos en dos años sentidos, porque era mayor su confianza. Pero cansóse el cielo de la obstinacion del pecado; y su fiera por una parte le irritaba al castigo, y la injuria del esposo y padre clamando, le solicitaba por otra: de suerte que llegó la hora, y casi apresurada de nuestro mismo atrevimiento, que ya era tan grande, que sin temor del vecino riesgo, apenas á mi esposo le ocupaba el sueño, cuando su hijo le ocupaba el paternal lecho en que había sido engendrado, violándole con su afrenta en su misma sangre, pues yo lo era de su padre. La tolerancia de su dormir, experimentada de nosotros, deshacía el temor, si ya alguno nos había quedado; y así, como en distintos aposentos, no camas, proseguíamos la desórden abominable de nuestro fatal vicio, una de estas noches, que sería sin duda la penúltima de mi tragedia, fué tan poco nuestro silencio y recato, ó por mejor decir, tanta nuestra desvergüenza, que le quebrantámos el sueño, dándole con la causa lugar á que, si ya no conoció á quien le hacia la injuria, á lo ménos la oyese. Considerábase entónces desapercibido, según lo que yo he pensado; y así, con prudente disimulacion suspendió su venganza, y fingiéndose dormido, sosegó hasta el futuro día, en quien con el mismo semblante que siempre se fué á una heredad, de adonde cansado y caluroso vino la misma noche, y habiendo cenado aun con mayor regocijo que solia (que á tales transformaciones obliga el honor ofendido), y diciendo que se sentía cansado, se acostó. Eran estas las ocasiones que más nosotros deseábamos y nunca perdíamos, por la quietud de la familia y por el más profundo sueño que aseguraba semejante cansancio; y así, sería poco más de media noche cuando mi amante vino, y metiéndose en mi cama, y yo entre sus brazos, volvimos á irritar al justo cielo y al que dormía velando encima de nosotros para su sangrienta venganza. Sentí en estos intermedios que mi esposo levantaba las almohadas, y con un sudor frío aun el aliento temía despedir del cuerpo. Y el caso fué que entónces debió de tomar el puñal agudo que estaba diputado para azote de su esposa y hijo; al cual asiendo fuertemente por un brazo, con el suyo derecho le dió de puñaladas. La encarnizada venganza del padre y las últimas y rabiosas ansias del hijo los hizo abrazarse fuertemente, dándome entónces lugar bastante para huir su presencia; y así, saliéndome del aposento, no paré hasta dejar tambien la casa. Bien pudiera ampararme de las primeras y más cercanas, que eran las de mis padres, ó de las más remotas de la ciudad, pues era cosa llana que á una mujer de mi suerte en ninguna se le negara albergue; mas fué tan grande el empucho y vergüenza que ocupó mi cerazon, reconociendo ya la publicidad forzosa de mi abominable de-

lito, que sin tener ánimo para ampararme de mi propia sangre, ni ménos de otra criatura mortal, rompiendo con las dificultades inmensas que entónces me rodearon, sin tomar camino que cierto ó incierto fuese, dejando la ciudad, por entre espesos bosques y fragosas montañas caminando las noches frías, y sustentándome de mis amargas lágrimas y algunas verdes yerbas, en cuatro días llegué aquí, y pasara más adelante si la ternura de mis piés, que ya eran viva sangre, sufriera más largo camino. A los principios de mi nueva y miserable vida, confieso, piadosos mancebos, que pura obstinacion de un ánimo desesperado me tenia sujeta á la inclemencia y rigor del cielo, hasta que la providencia del todopoderoso Dios y Criador mio, compadeciéndose de la perdicion de mi alma, le envió su remedio espiritual y divino por medio de un fraile de la observancia del seráfico Francisco, que así como vosotros me encontró y siguió, forzado más de su verdadera caridad que de curiosidad impertinente, hasta esta cueva, en la cual con su eficaz doctrina me dejó resuelta á gemir con puro y entrañable dolor mis grandes y abominables pecados. Diez años há que paso desta suerte, y los nueve y medio (á lo que mi humilde espíritu puede alcanzar) muy unánime y conforme con la voluntad del Dios misericordioso á quien ofendí; el cual me sustenta con su liberal mano, dando fruto á aquestos incultos árboles, y agua á la fragosidad de aquestas peñas. De tres á tres días el confesor y padre de mi alma, que habita en un convento á quien encubre aquella vecina montaña, me tiene en un lugar secreto y reservado á él algunos panes, por quien iba al tiempo que vosotros interrumpistes mi camino. Y pues ya con el fin triste de mi historia he satisfecho á vuestras voluntades, lo que ahora os suplico es que deis la vuelta al vuestro comenzado.

Aunque todo el discurso de su cuento acompañó la afligida penitente con raudales de lágrimas, á los finales las aumentó con tan lastimoso sentimiento, que forzó á hacer lo mismo á los dos caballeros; los cuales después de un breve espacio, movidos de sus nobles ánimos y compadecidos de su rigurosa y miserable vida, procuraron con ruegos é importunaciones sacarla della, prometiéndole cada uno por su parte la cantidad que fuese necesario para recogerla en un monasterio de monjas, y otras razones dignas de su cristiano proceder; á lo cual, viéndose de sus ruegos oprimida y temiendo no la forzasen su voluntad, asegurándolos un tanto, la respuesta última que les dió fué soltar la capa y ponerse en huida, saltando como cabra por entre aquellos riscos y peñascos: de suerte que en un instante la perdieron de vista, quedando tan maravillados de su suceso y penitente vida, que no acertaban á volverse, ni aunque lo pusieron por obra, pudieron dar con la senda que dejaron, hasta que oyéndose llamar, y conociendo Leoncio ser aquella la voz de su hermano, al fino della y de las que los demas daban fueron poco á poco saliendo al camino, á quien no mucho ántes había llegado la restante compañía, no con pequeño cuidado de haber hallado los dos caballos sin sus dueños: con que temerosos de algun siniestro caso, se habian repartido en su busca, hasta que, como tengo dicho, dió Gerardo con ellos; el cual, como los viese venir tan al-

borotados, suspensos y hablando entre sí, no pudo ménos de preguntarles la causa de su confusion y del haberse así desviado de su viaje. A la misma pregunta y deseo correspondieron los demas deudos y amigos; y así, viendo que no podria excusar su satisfaccion, poniéndose con los demas á caballo, les comenzó Leoncio á contar el pasado suceso al mismo punto que las voces de tres criados suyos y de Leriano, que andaba en su busca, le interrumpieron: los cuales, con medrosa corrida alborotados y volviendo hácia atras las cabezas, dando á entender que huian de alguno que les seguia, llegaron á sus dueños, perdidos los alientos, erizados los cabellos, y las colores muertas; de lo cual Leoncio muy alterado, y autojándosele ser selva de aventuras aquella montaña, asegurándoles de su temor, les preguntó la causa, aunque ninguno acertó á distinguirla; porque el primero dijo que buscándoles habian encontrado un infernal espíritu; otro dijo que no era sino un fauno ó silvano semejante á aquel que san Antonio encontró en el desierto; y el que más se afirmaba en su parecer, decia que habia sido un salvaje ó grifo que volaba con temeroso ruido de sus alas por entre aquellas desgajadas rocas: tales efetos causa el repentino sobresalto y temor, pues pudo á tres sugetos una sola causa transformarse en tan varias y distintas formas. No fué necesario decirles más á Leriano y Leoncio para que cayesen en lo que habia sido; y así, desengañándoles con no pequena risa, habiendo todos vuelto á su camino, Leoncio les contó cuanto habeis oido, con general admiracion del triste y no pensado acacimiento, cuyo fin le tuvo con la jornada de aquel dia; y el siguiente algo tarde llegaron á Madrid, adonde considerad cómo seria recibido de su querida madre nuestro venturoso Gerardo, que cual á otro Lázaro entre sus brazos le imaginaba resucitado, y con el mismo amor, ó á lo ménos con otra tal demostracion, fué della acariciado su restaurador Leriano, á quien con increíbles regocijos la noble familia procuraba celebrar y entretenir. Mas no quiso la variable fortuna, enemiga de toda estabilidad y sosiego, que durase mucho el que se tenia en la alegre morada de Gerardo; el cual con el caro amigo se hallaba el más contento de los mortales en espera de su hermano Leoncio, que á la villa de Ocea con sus deudos y amigos habia pasado á prevenir con ellos algunas fiestas á Leriano, en cuyo gusto procuraba con todas sus fuerzas adelantarse. Y una noche destas, que por la soledad de Leoncio se habian los dos amigos aun ántes de su costumbre recogido, cuando en mayor silencio el profundo sueño rodeaba su pacifica y sosegada familia, siendo ya muy á deshora y la mayor parte de la noche pasada, con grande estruendo, vocería y espanto fuéron sin pensar los dos caballeros y amigos saltados y presos de un juez que con otros muchos ministros el Supremo Consejo con gran secreto á solo aqueste efeto enviaba: cosa que los puso en grandísima confusion, aunque la seguridad y justificacion con que se hallaban les dió ánimo y valor para poder llevar este golpe. Dividió luego el astuto juez en la prision á los dos amigos; y sin más dilacion, por excusar aperecbimientos, le tomó la confesion á Gerardo, haciéndola en ella cargo de la muerte de su enemigo don Rodrigo; y asimismo de la que in-

tentó dar á doña Clara, con palabras y razones tan severas, que pusieron al pobre caballero en notable aprieto y turbacion, y no tanto por el sangriento caso que se le imputaba, cuanto por decirle el juez se habia casado doña Clara con su muerto y alevozo contrario; que, aun estando difunto y ella despreciada, sentia ardersen en rabiosos y crueles celos. A todo lo cual replicó lo que de su desgracia y traicion de don Rodrigo habeis oido, y con cuánta más justa causa podia haber él hecho estas diligencias en su daño, pues su maldad y alevosia lo merecian; y otras cosas tan verisímiles y razones tan evidentes, que casi satisficieron, ó por lo ménos reportaron la severidad del riguroso juez. Asimismo en el particular de doña Clara dijo lo que más conveniente le pareció, pues no tan solamente se hallaba ignorante de su nuevo y no pensado estado, mas aun de que estuviese en el mundo; aunque con toda su justificacion quedó bien á recaudo aprisionado y con muchas y fieles guardas, ocupándose en el entre tanto el sagaz y ejecutivo juez en inquirir secretos, penetrar causas y fulminar procesos y averiguaciones. Mas fueran por demas sus exquisitas diligencias si el rectísimo y verdadero Dios no lo descubriera cuando ménos se esperaba. Y así, habiendo llegado por la posta su íntimo y leal amigo de Gerardo, el buen don Fernando, con las nuevas que de Talbora trujo, aunque tristes y lastimosas, salieron de las tinieblas en que llenos de ignorancia y confusion estaban; y habiendo primero echado al cuello del preso amigo los valerosos brazos con aquel antiguo amor y voluntad que le tenia, previniéndole de paciencia y tomando asiento entre el piadoso andaluz y noble Leoncio, que ya de Ocea habia dado la vuelta, con su acostumbrado reposo y cortesia dió principio al siguiente razonamiento:

Luego como os ausentastes; oh amigo Gerardo! de mi presencia y patria, procuré, como leal y verdadero servidor vuestro, hacer lo que en vuestra ausencia debia, procurando saber, entender y descubrir aun los impenetrables pensamientos y estratagemas de vuestros contrarios, y más en particular de don Rodrigo, dándos cuenta y aviso diversas veces dellos; y entre otras cosas que si teneis en la memoria os escribí, fuéron las continuas visitas, paseos y solicitudes que hacia en servicio de doña Clara, aun más apasionado y con mayor rigor que el primer dia; de lo cual vino á resultar que, muerto el capitán Escobar, padre de doña Clara, con grande admiracion de toda la ciudad faltase una noche de la casa y morada de sus tíos, y luego consecutivamente don Rodrigo de la suya y de Talbora; y dentro de nueve ó diez dias como esto sucedió, llegó á mis oídos, y aun á los de todo este reino, la engañosa aunque tristísima nueva de vuestra muerte, sentida y llorada de mí como muy cierta y verdadera, no dejando mi leal corazon de sospechar que hubiese sido don Rodrigo el agresor de vuestra fatal desventura; y á esta presuncion con mayores fuerzas dió motivo su venida breve, juntamente con el casamiento que hizo, sacando á doña Clara de un encerrado convento, adonde fingió, por lo que despues se supo, haber estado oculta por su órden; y aunque al poner su voluntad en ejecucion tuvo de sus deudos y parientes hartas contradicciones, él diciendo se casaba con viuda de Gerardo, atropellando todas sus dificultades, efetuó su matrimo-

nio, dejando atónitos y perplejos á cuantos le conocíamos y el infame caso de doña Clara sabíamos. Hoy hace cuarenta dias que se supo el engaño de su mortal deseo y recuperacion de vuestra vida y salud, y quince que amaneció muerto en su mismo lecho don Rodrigo con siete cruelísimas y penetrantes puñaladas, y juntamente su esposa amada con otras dos por los pechos; la cual á grandes voces, quejándose amargamente, decia que vos habíades sido el sangriento homicida. Prendiéronse al punto todos los criados de don Rodrigo habiendo con mucha vigilancia primero tomádoos los caminos; y procurando quién ó por qué interés os hubiese dado lugar y segura entrada para el funesto caso, dieron luego cruelísimos tormentos á los más de sus sirvientes y allegados; y no hubieran cesado hasta agora si doña Clara, sintiéndose mortal y desfalecida de sus heridas y salud, queriendo excusar la eterna muerte de su alma, aconsejada de sus confesores y médicos espirituales, no tomara por verdadero acuerdo el declarar la causa legítima de tantos y tan grandes desastres como por vos, por su esposo y por ella han pasado, confesándose de su voluntad y albedrío por el origen y fundamento dellos; y así, hizo una larga y bien admirable declaracion, en que habiendo hecho mención de vuestros pasados amores hasta que con tanto rigor y causa la desdiciastes, pasó adelante diciendo que, reconocida por su parte la mala orden que tenia de volver á vuestra gracia, y el desprecio con que ya de vos era tratada, trocó (con el desesperado ánimo en que estas cosas la pusieron) el amor y voluntad con que hasta entónces habia amado, en mortal odio y aborrecimiento, y aun más crecido (porque siempre se aborrece con mayor violencia de lo que se quiso); y así, no imaginando ni procurando más que el verse vengada y satisfecha de vuestra sangre, habia tomado por medio para su cruel intento el audaz pecho del ofendido don Rodrigo, de cuya voluntad y amor vivia segura, porque en la sazón de entónces era dél con mayores véras solicitada; y que con esta determinacion, habiéndole enviado á llamar con gran secreto, le habia propuesto el caso, precediendo á él todos los halagos, ruegos, promesas y lágrimas que su deseo requeria, diciéndole las muchas razones que tenia para ser agradecida á su amor y voluntad, cuya paga y recompensa solo dilataba hasta entender la última determinacion de su esposo Gerardo (que este nombre tuvistes siempre de su boca), ó á lo ménos determinada la causa y litigio que entre los dos habia; y más, prosiguió diciéndole, que siendo, pues lo era, suficiente ocasion su persona para quitarle de delante este estorbo, desde luego le prometia ser su mujer, cuya palabra y mano empeñaba desde entónces en las suyas, y demas desto (que para un amante, y tan ciego como él, sobraba exordio y preámbulo tan largo), le habia traído á la memoria las afrentosas heridas que le distes, provocándole á vengativa saña, y la seguridad con que viviades, facilitando con ella mejor su intento y deseado fin, para solo poder, sin perjuicio de su honor, entregarse á la ejecucion de su gusto. Lo cual, habiendo sido por don Rodrigo entendido, incitado, tanto por el daño de vos recibido, cuanto por las lágrimas y ruegos de quien se lo pedía y él tanto amaba, sin dilacion alguna y con deliberado ánimo la habia

prometido poner por obra su mandado, aunque en el disponerle perdiere la honra, la vida y la hacienda; y que dejando entre los dos muy de asiento acordado esto, se determinó á poner en las manos de don Rodrigo, como en efeto lo hizo la siguiente noche; y que no pasaron muchas que juntamente con tres criados apercebidos y hombres de bastante satisfacion habian salido y encaminándose á vuestra villa de Ocea, adonde habiendo espiádoos y entendido ibades á la corte, andando siempre á la vista y no perdiéndoos un punto della, os siguieron hasta Madrid, de cuyos muros salistes despues de haber visto á vuestra querida madre; y que volviendo al empezado viaje, bien cerca de la real casa del Campo se juntó con vos uno de sus criados, de quien confiado y acompañado, fuistes puesto aquella misma noche en la celada que para vuestra muerte tenian prevenida, acometiéndoos su esposo y los demas criados en medio de un fragoso y espeso monte, en el cual, habiendo ella halládose presente, os habian dejado (á lo que por cierto se entendió) muerto de muchas y crueldes heridas; como asimismo dentro de pocos dias como ellos habian llegado á Talbora, se publicó por toda la ciudad y provincia, á lo que se habia seguido el casarse, como os tengo dicho, con don Rodrigo, teniendo el alevosos caballero el premio y galardón de sus servicios, aunque no mucho despues le tuvo como merecia; porque habiendo entendidose por falsa y incierta la nueva triste de vuestra muerte, cuando llegó á noticia de doña Clara estuvo en puntos de matarse con sus propias manos: tanto fué el sentimiento y terrible dolor que la alligió, considerándose casada por el precio de vuestra vida, con un hombre á quien ella habia siempre mortalmente aborrecido; y agora con tal engaño era fuerza creciese su mala voluntad; que se habia determinado á hacer la más bárbara inhumanidad y fiera que pudo maquinan humana criatura, matando á su propio marido y hiriéndose á si propia por los pechos, para con este endemoniado atrevimiento excusarse de toda mácula y sospecha, librarse de un ñudo indisoluble y tan aborrecido, y vengarse de Gerardo con dar á entender que habíades salido de entre las cortinas de su cama á darles cruel y sangrienta muerte; á la cual la justicia divina, para ejemplo de su castigo y pena, la habia traído, tomando por instrumentos y ministros de su maravillosa y rectísima ejecucion sus propias manos y su propio intento; á quien habiéndole dado con estas últimas razones fin, dentro de pocas horas, afistoladas las profundas heridas, su malicia penetró hasta la virtud secreta y interior del alligido y macerado corazon; con que faltándole el vital aliento, cansada ya de batallar con las últimas y mortales ansias, rindió aquel hermoso y gallardo cuerpo su vengativo espíritu: cuya triste aunque ligera fama apenas llegó á mis oídos, cuando considerando pendiente de su declaracion vuestra libertad, me puse en camino.

Aquí mostró Gerardo con verdaderas señales de sentimiento y tormento de su alma el puro y eficaz amor con que á doña Clara habia querido, pues no fueron bastantes á mudarle sus rabiosas y mortales injurias; ántes al mismo punto que tocó en sus orejas la fatal nueva de su miserable y temprana muerte, no pudiendo su tierno corazon tolerar tan rigurosa pena,

desfallecido de sus fuerzas y con un lastimoso y profundo gemido, á vista de cuantos le miraban y sin poderle ninguno remediar, dió consigo desmayado en el frio suelo.

DISCURSO SEGUNDO.

De la suerte que escapar á veces suele el venturoso navegante, que impelido y arrebatado del furioso cierzo ó tramontana, rota y abierta la infeliz navecilla en que sulcando el iracundo y proceloso Océano, por sus profundas aguas caminaba, cubierto y combatido de las soberbias olas de su salado humor, en medio de las rompidas velas, despedazada quilla, popa, mesana, proa y filaretas, animado de su fortuna, y abrazado de una embreada tabla ó quebrado mástil, falto el vital aliento y difuntas las humanas fuerzas, y con el corazon solo apellidando el divino y milagroso San Telmo, por cuyo medio en el discurso de la variable tormenta, arrojado de su resaca y en la desierta playa, entre el marisco de nacaradas conchas, verdes y intrincadas ovas, con alegre y no pensado suceso se halla libre; tal cual este, y no con ménos justa causa, se contemplaba nuestro afligido Gerardo, ya vuelto del doloroso y amargo parasismo en que tuvo la triste y funeral nueva de la difunta y malograda doña Clara, un tiempo prenda inestimable de su alma, y en el presente origen de sus mayores desdichas y de la prision, grillos y cadenas que le rodeaban; de los cuales en breves dias, siendo entendida y averiguada la verdadera causa, con inmenso contento de sus deudos y amigos, con su querido Leriano se vió en la amable y deseada libertad, aunque por extremo triste y apretado de disgustos mortales; no hallando para ellos mejor remedio que las mudas y incultas soledades, en quien con tanta fuerza se remontó y detuvo, que totalmente trocaron su agradable y entretenida condicion, haciéndose, aun con su misma familia y siervos della, enojoso y intolerable; de que no poca pena y cuidado causaba en el materno y fraternal amor de su madre, hermano y amigos, que de todos puedo con verdad decir era igualmente querido; y no fué esta tan poco poderosa causa en el noble ánimo de Leriano, pues fué suficiente á que sin poderle sus obligados amigos suspender en medio de los regocijos que por su respeto se hacian, diese la vuelta á su camino y antiguas pretensiones; y lo mismo hizo don Fernando á su ilustre ciudad; adonde será fuerza dejarlos hasta que al uno, con no ménos trágicos fines que los presentes, nos le ofrezca el veloz tiempo; el cual agora habrá de servir de salúfero médico, borrando con su variable curso de la memoria de Gerardo las que con tantas véras le atormentaban, y con tanto rigor, que él solo pudo consumirlas y agotarlas en su corazon, y no tan del todo, que aun despues de largos años lumeaban las cenizas del pasado incendio.

Entendia, y aun sin duda alguna tenia por cierto Gerardo, que en doña Clara se habian cifrado y concluido con finiquito todas las traiciones, máquinas, engaños y enredos de las mujeres pasadas, presentes y futuras, y haciale dar crédito á esta engañosa y falsa opinion su corta experiencia, ardiente y juvenil edad. Mas con los largos dias fué entrando la tierra

adentro, descubriendo á cada paso nuevos y mayores despeñaderos cercados de lisonjas, apariencias vanas, tratos fingidos y falsas voluntades; con que desengañando su loco parecer, acrecentaron con nuevas desventuras la materia deste trágico y segundo discurso.

Muchos dias, como os tengo dicho, le tuvo recordado el pasado suceso de sus funestos y lamentables amores, y hasta hoy le tuvieran, si las grandes y maravillosas fiestas que en esta sazón se ordenaban no inquietaran su dormido ánimo. Corría en la ocasion de entónces la dichosa era y año de 605, en cuyo progreso nació á los 8 del mes de abril nuestro deseado y venturoso principe don Felipe, cuarto deste clarísimo nombre, con particular contento del Tercero, padre suyo, Alejandro español, y de la inestimable y austral Margarita, dignísima prenda de tan poderoso monarca, y en general de todos sus vasallos, los cuales con grandes y generosos regocijos mostraron esta rarísima aficion, celebrando el dichoso parto con las véras que su fe y lealtad les incitaba.

A estas universales alegrías, acompañado de su hermano Leoncio y otros deudos y amigos, vino á Valladolid el olvidado Gerardo, tanto forzado de su deseo, cuanto importunado de sus parientes y allegados, ó por hablar más propiamente, de sus melancolías y tristes pensamientos, que con la variedad y grandeza de aquella insigne corte se divertieron y enajenaron en el undoso y prolijo mar de sus pasadas desventuras; y más en puerto tan seguro y alegre, donde á cada paso se encontraban nuevos objetos de su diversion. Dejo aparte las generales fiestas, que fueron tan magníficas y soberbias, cuan dignas de más bien cortada y sutil pluma; y así, la mia ni pretende volar tan alto, ni ménos tiene atrevimiento para exagerar las numerosas partes de sus grandezas: solo las de mi asunto me han forzado á hacer dellas esta breve y sumaria mencion.

Vivia Gerardo bien cerca de la calle cuyo nombre toma del antiguo y nobilísimo blason de los ilustres Zúñigas, en una honrada y apacible posada, y juntamente la demas compañía; adonde con particular cuidado eran servidos y albergados de su diligente huésped y dueño (que no es poco importante en tan grande concurso y ocasion la de una morada semejante), en quien habiendo un dia destes sentidose, despues de haber comido, algo indisputo Gerardo, le convino recostarse, excusándose por aquella tarde de la compañía de sus deudos; pero no fué tan grave el mal que le afligia, que dentro de pocas horas aliviado dél, se pudo salir á una de las rejas de su cuadra, desde adonde, no sin grande admiracion suya, al son de una arpa pudo oir cantar algunos mal entendidos versos con tan extremada y dulce voz, que casi la milagrosa suavidad de su canto le enajenó y privó de sentido, no acertando á determinar dónde aquellos celestiales acontos se organizasen, ni ménos el lugar ó sitio que ocultaba el divino y angelical Orfeo que en tanta confusion le habia puesto, hasta que habiéndole dejado esta primera alteracion, siendo dél con mayor deseo y gran vigilancia procurada la causa, claramente entendió nacia de una fronteriza y cercana reja que las suyas tenian por oposicion; aunque ver el sugeto fué imposible, por estorbarlo una verde y marañada ce-

losía que delante estaba : bien que el ser mujer la que cantaba no podía encubrirse, tanto por la similitud de la delicada y dulce voz, cuanto por el bulto y presencia, que, aunque mal, todavía se dejaba determinar.

Había cesado el agradable canto, cuando en Gerardo crecía con mayor violencia el deseo de volverle á gozar; y así, viendo que aun el arpa se tenía en la mano y que el pedir en tales ocasiones le excusaba de cualquiera descortesía, se atrevió con baja voz y amorosas señas á pedirla volviéndose con su celestial armonía á suspender el alma, que como sustento y manjar suyo lo deseaba. No fueron necesarios muchos ruegos para la oculta dama; porque habiéndole con la cabeza hecho primero una pequeña cortesía, con notable despejo y donaire y sin género de enfado ó melindre, tocando muy diestramente el real instrumento, afrentando á Apolo y entristeciendo á Orfeo, rompiendo el aire y suspendiendo las aves y al rubio mozo en su febea carroza, con increíble gozo y espanto de Gerardo dió principio á estos versos.

Sin espuelas picar, volver sin freno,
Sacar de asensio amargo néctar puro,
Poner el alma en laberinto oscuro,
Y pensar que ve libre al sol sereno;
Beber en vez de antídoto veneno,
En medio del peligro estar seguro,
Reír llorando en el tormento duro,
Decir que es mansa luz el rayo y trueno;
Llamar á la tormenta su bonanza,
A la llama temblar, sudar al hielo,
Dar al corto vivir larga esperanza,
Un infierno juntar al mismo cielo:
Estas glorias y triunfos solo alcanza
Quien al sueño de amor da su desvelo.

Confuso y ajeno de sí mismo estuvo el gentil Gerardo todo el tiempo que con su dulce voz suspendía á los mortales el cortesano y no conocido dueño; y no ménos el amoroso soneto le dió cuidado, aunque ser él motivo y asunto dél le parecía imposible. Pero dejando aparte estos intrincados pensamientos para mejor ocasion, no quiso á la presente dejar sin el debido agradecimiento; y así lo dió á entender lo mejor que el tiempo y distancia de lugares lo permitió, á tal hora, que habiendo venido Leoncio y sus deudos, le fué forzoso el despedirse, excusando el ser ellos entendido; y habiendo la encerrada dama hecho lo mismo, salió á recibir á su hermano, al cual solo dió parte de su entretenimiento, de que no poco gusto recibió Leoncio, porque sumamente deseaba verle divertido y ocupado en alguna nueva pretension, aunque de quién fuese la de entónces estaban bien ajenos. Cuatro dias se pasaron en estos intermedios, en quien Gerardo, por precisas ocupaciones que le obligaron, no pudo asistir de dia en su posada, hasta que estándose vistiendo á la misma reja una alegre y serena mañana, oyó llamarse con un bajo ceceo, acostumbrado estilo de amorosos efetos; y alzando el rostro, vió, aunque indeterminadamente, mejor que la pasada tarde, por la claridad de los puros rayos del sol que en la celosía daban, una dama de gentil cuerpo y agradable semblante, á quien haciendo una gran cortesía, fué della con otra tal correspondido. Bien conoció Gerardo, aunque la voz y música faltaba, que era el mismo sugeto, y más claramente lo dió á entender la dama descubriendo

de una albísima mano dos lisos y torneados dedos; que á otra cosa no daba lugar la entretejida red; y haciéndole con ellos señas, dió á entender que bajase á la misma calle; lo cual habiendo puesto Gerardo por obra, dejaron, en viéndole, desde la ventana caer un papel, que siendo dél con increíble gusto levantado, entrándose en su aposento y abriéndole, vió que así decía:

«Hoy hace treinta dias que la feliz estrella mía (descuidada de la dichosa ocasion que me tenía guardada) me trujo á esta reja, desde adonde os vi apear á la puerta de vuestra posada, y desde el mismo punto (aunque sea el declararme libertad y cosa tan ajena de nuestra condicion) hallastes en mi tierno corazon puerta franca y lugar desocupado, que sin poderlo remediar poseistes, siendo señor absoluto dél y de su dueño, que encarecidamente os pide estiméis su voluntad, pagándola con otra semejante.—Vuestra, Jacinta.»

Mucho se le pedía á Gerardo por el presente papel; de cuya órden y mandato, como escarmentado por los pasados infortunios, temiendo enredarse en otros de su condicion, vivía bien descuidado, y más de obedecer ni igualar la voluntad de que se le hacia cargo en el billete. Y habiendo asimismo entendido que al recibirle se le pidió respuesta, advirtiéndole de la órden que en darla habia de tener, más por cortesano y entretenido cumplimiento que por fuerza de amor que le obligase, despues de haber comido, tomando tinta y papel, respondió de aquesta suerte:

GERARDO Á JACINTA.

«No es lo ménos que debo á los piadosos cielos el favor que en darme suficiente talento para conocerme me hicieron, que haber en él sido conmigo avaros. Bien pudiera la lisonja de vuestro discreto papel, señora mía, haber causado nueva jactancia en mi proceder; mas reconozco la humildad de mis partes y merecimiento; por cuya causa más será cortesía que necia confianza el daros crédito. Pero con todo eso, os puedo con verdad afirmar, y vos creer de mí con certeza, que fuera de quedar por el presente favor obligado á vuestro servicio, ántes de ahora me tiene rendido la presencia vuestra, como archivo y dueño de la más admirable voz que los mortales han oído. Solo para entregarme del todo á vuestra dulce prision os suplico deis lugar á que yo pueda gozar de la vista del soberano alcaide que me ha de guardar; pues ántes sería temeridad arrojarme al peligro, y vos misma reputariades por locura mi determinacion.—Vuestro, Gerardo.»

Estas razones contenía el billete de Gerardo y respuesta de Jacinta, la cual, siendo de noche, dió lugar á recibirle, echando desde su ventana una delgada cinta, que entre los dos nuevos amantes sirvió de estafeta; y no fué esta la última vez que se aprovecharon desta encubierta traza, sin que en la de sus amores interviniese otra persona: en cuya prosecucion siempre de Gerardo fué diversas veces infortunada la aficionada Jacinta se dejase ver y juntamente se diese á conocer, aunque en muchos dias esta demanda no tuvo efeto; y uno destos que en el puesto acostumbrado Gerardo aguardaba la futura venida de su dama, es-

tando entretenido en estos amorosos deseos, le divirtió dellos su dulce y conocida voz, á quien dando grato silencio, oyó que al son de la arpa desta suerte cantaba estos versos:

Si corazon no tengo, ¿cómo vivo?
Si ya no vivo, ¿cómo el ardor siento?
Si el ardor es ministro en mi tormento,
¿Cómo á cuenta de gloria lo recibo?
Si soy de fuego, ¿cómo el llanto esquivo
Secar con tal ardor jamas intento?
Y si mares de lágrimas aumento,
¿Cómo apagar tal llama les prohibo?
Si la vista me vuelve un desengaño,
¿Cómo su claridad tanto aborrezco?
Si la aborrezco ya, ¿cómo la busco?
Milagros son de amor, y si apetezco
Alguna vez desintringinar su engaño,
Con mi propio argumento más me ofusco.

Con mil amorosos y abrasados suspiros dió Jacinta remate al último y suave acento de su dulce armonía; y no ménos encendidos fuéron los que del ya tierno pecho de Gerardo salieron en la ocasion presente; el cual, como experto y tan acuchillado de dolor semejante, reconocia por verdadera y firme la voluntad que la encubierta dama mostraba tenerle; y no queriendo en ningun tiempo parecer ingrato ni de desconocido merecer renombre, tuvo por acertado pagarla, si ya no en la moneda de su precio y valor, á lo ménos en la que le pareciese; que del todo arrojarle, ignorando tanto de sus partes, fuera confirmada locura; y así, con este amoroso y agradecido pensamiento, tomando una vilueta, alivio de sus graves melancolías, con diestra mano y sonora voz, y con infinito gusto de Jacinta, que ya atenta escuchaba, á los siguientes versos dió principio:

Oigo la dulce voz cuya armonía
El aire rompe, al viento condenada,
Sin ver el seralín de quien formada
Suspende y enamora el alma mia.
Pues el amor no es voz ó fantasía,
Ni su divina fuerza imaginada,
Que de Vénus y Marte fué engendrada
La adúltera deidad y mi porfía.
No sola voz, si humano cuerpo, seas,
O si eres eco, escucha: así las iras
Del hermoso Narciso halagos veas.
Mas ya que su desden ingrato miras,
¿Por qué en amante tan cruel te empleas,
Y del que más te adora te retiras?

Bien satisfecho estoy que si Jacinta pudiera convertirse en lenguas cual la ninfá Eco, ó cual en ojos Argos, no dilatara estas transformaciones, para más agradecida obligar con ellas á Gerardo, que con el mismo generoso deseo procuraba darla á entender su pensamiento. Mas peinaba ya á esta sazón el rubio Febo sus doradas trenzas otra vez en el distante ocaso, y á nuestro horizonte la casta Diosa en su seguimiento rodeaba con veloz corrida; y así, les convino despedirse, dando lugar á la triste soledad de sus amorosos pensamientos; en quien habiendo gastado la mayor parte de la noche y siguiente día, dispensando el deseo, dieron vuelta algo tarde al ordinario puesto, y en él, despues de las alegres y acostumbradas cortesías, sacando de la manga Jacinta un papel y haciéndole señas á Gerardo que bajase, fué dél recibido con el gusto que siempre, y despues de haberse Jacinta retirado, abriéndole, leyó las siguientes razones:

JACINTA A GERARDO.

«Déjome ayer vuestro amoroso canto, amado Gerardo, tan aliviada en mis temores, que reconociendo la voluntad que de verme teneis, he gustado daros deste contento, asegurada que, vistas mis pobres partes, vuestro valor y mi voluntad han de suplir lo mucho que para mereceros en ellas falta; que esta cierta desconfianza mia, hallándome tan desnuda de razonables atributos, no os espanteis que haya dado causa á la dilacion del dejarme ver, tanto temerosa de que me olvidaréis por fea, cuanto por difícil de entender. Mas queriendo el amor hacerme tan agradable á vuestros ojos, cuanto su propia efígie á los hermosos de Narciso, él es tan poderoso, que podrá atropellar montes más dificultosos y inaccesibles. Por esta reja es imposible el verme sin sospecha del recato de mi casa; y así, será forzoso que deis vuelta á la vecina calle, á quien salen las puertas principales, y en un balcon me hallaréis mañana en la tarde vestida de la color que mi alma adorna; que esta seña os podrá asegurarnos de que seré allí la misma que aquí vos habla.»

Con notable contento y alegría acabó de leer Gerardo el amoroso papel de Jacinta, de cuya deseada promesa satisfecho, de los minutos breves formaba largos días, y de las horas cortas eternos siglos; hasta que, sin pervertir el tiempo su natural y acostumbrado curso, aunque á él le parecia suma tardanza, llegó la hora señalada; en la cual, habiendo subido en un gentil y bien arrendado alazan guarnecido de un rico y vistoso jaez, salió de su posada, adornado de nuevas galas, y más de lozano y alegre corazon, cuyos ardientes deseos no dando lugar á mayor tardanza, en breve espacio habiendo dado la vuelta, reconoció puertas, rejas y balcones á la vista; aunque á su dama por entónces no vió ni halló en el balcon y puesto concertado, de que no poco disgusto llegó á su alma, aunque no hizo en ella muy prolija asistencia; porque habiendo, despues de un largo y espacioso paseo, dado la vuelta para su posada, casi desesperado de mejor suceso, al emparejar de la puerta de Jacinta, á uno de sus dorados balcones la halló que ya aguardaba, acompañada de tan rara belleza, gracia y donaire, que no sé á qué endurecido corazon no enterneciera. Tenia Jacinta un natural sugeto tan peregrino, grave y honesto, que en cualquiera que la mirase causaba un tímido y amoroso respeto, cual si fuese alguna soberana deidad; de cuyo efeto la experiencia que en esta ocasion sintió Gerardo dió bastantes muestras, pues apenas reconoció en el acuchillado y morado raso de sus gallardos arreos el hermoso semblante, cuando cayéndosele las riendas de la mano y alojando las piernas y acicates, quedó cual si formado fuera de jaspe frio, y con tan grave enajenacion de sus sentidos, que aun le faltó acuerdo para destocarse la cabeza; y aun sin duda diera mayor nota si el gentil caballo, reconociendo la libertad de las flexibles riendas, sin licencia de su arrobado dueño no discurriera en su camino, saliendo algun rato de la gallardía de su acostumbrado paseo; de cuya agitacion turbado Gerardo y vuelto más en sí, demasadamente corrido, cobró las riendas y se afirmó en los estribos, haciendo, aunque fuera de sazón, su debida

cortesía; pero dando á la calle otras muchas vueltas, pudo tener enmienda este amoroso descuido, si adonde el poderoso niño hace morada puede haber cosa que lo parezca. Ya se iba á la del dios Neptuno muy apriesa acercando el hijo de Latona, cuando nuestro nuevo amante, contentísimo de haber visto á su dama y satisfecho de su buen empleo, dió la vuelta á su posada, en quien con increíble gusto pasó la noche, hasta el siguiente día, que por la ventana acostumbrada pudo gozar de la amable y deseada presencia de Jacinta, de quien fué de esta suerte muchos días favorecido con tiernos papeles y delicados conceptos, explicados por su dulce canto; y otras muchas veces, á ruego de Gerardo, se dejó ver en el balcón que he dicho, y en un vecino convento, adonde acudía muy de ordinario, acompañada de su madre y familia; y en este discurso pudo Gerardo sin sospecha informarse de quién fuesen sus padres, deudos y parientes, y juntamente de su nobleza y partes; y al fin entendió ser tantas y tan acompañadas de bienes de fortuna, que casi de feliz suceso en sus amores le dejaron desnudo de esperanza: bien que la hermosa Jacinta, con los muchos favores que de ordinario le hacia, fomentaba más su valerosa determinación y firmeza.

La mayor parte del alegre verano gastó Gerardo en la prosecución de sus ocultos y secretos amores, reatado de sus mismos amigos, como Jacinta de sus propios criados; que esta secreta vigilancia fué asilo de la reputación y aun de la vida de entrambos, como adelante por este trágico discurso mejor entenderéis; que ya desde este punto con tantas véras lo parece, como de la infelicidad de su suerte Gerardo podía esperar; pues cuando ménos cuidado le daba su adversa fortuna, fué de ella salteado con uno de sus acostumbrados reveses, atormentándole con nuevos cuidados y allicciones el aficionado corazón, habiéndole dado á entender la discreta Jacinta por un papel cómo sus padres trataban de casarla muy apriesa, quizá que adivinaban la afrentosa desdicha que les aguardaba. Teniale esta imaginación á Gerardo tan apretado, cuanto á Jacinta temerosa, aunque firme y constante en contradecir en esto á sus padres y deudos su voluntad; que era tan verdadera la que en Gerardo había puesto, que primero pasaría mil muertes que hacer dueño de su alma á otro que él no fuese. Aunque es verdad que el sentimiento de Gerardo crecía con estas nuevas y con las que cada día se iban aumentando por su dama, no por eso salió de su pecho razón en que la divirtiese un punto de la paternal y justísima obediencia y parecer; porque como el suyo estuviese tan ajeno de tomar estado, ni tal pensamiento hubiese llegado á su corazón, no quería descubriamente ser estorbo al casamiento que á Jacinta se le ordenaba, ni ménos, hasta ver el fin de su ventura, quería desistir de su pretensión. La de los padres de Jacinta pasó tan adelante, que sin su resolución y voluntad, y contra todo su gusto, se hubieron de otorgar las infelices bodas con un primo suyo: para cuyo efecto señalaron el celebrado día en que la Emperatriz de los cielos fué en ellos por el Eterno Padre coronada.

No puedo excusar el decir en esta ocasión, aunque salga de mi asunto y propósito, cuán desacordados y imprudentes andan los padres que así pretenden con

tan conocida violencia dar á sus hijos estado, y más este, que la muerte solo puede dividirle y apartarle; pues de semejantes determinaciones nunca ha sucedido ménos que un lastimoso fin ó afrentoso caso, como lo advierte la experiencia del que al presente escribo; el cual tenía á la bella Jacinta tan desesperada, como dispuesta á darse ántes cruel muerte que casarse; de cuyo intento, aunque por momentos era Gerardo avisado, viendo ya las cosas en tan últimos trances, dificultaba aun el crédito de sus esperanzas; y con este pensamiento, aunque forzando su tierno corazón, procuraba retirarse poco á poco de la vista de su dama; la cual reconociendo esta sequedad ó corta correspondencia, sus lágrimas y suspiros iban aumentándose de suerte que ningún humano consuelo le podía dar alivio; y con este nuevo dolor y celoso sentimiento, tomando pluma y papel, acompañadas de las caudalosas corrientes de sus más que divinos ojos, las razones siguientes escribió á su querido y olvidado amante:

JACINTA Á GERARDO.

«Si la facilidad con que te hice absoluto dueño y señor de mi alma te ha dado atrevimiento para que con tanto descuido me olvides, falso y mudable Gerardo, procedes como el más vil inconstante de los hombres, pues si noble sangre alimentara tu alevoso pecho, la misma razón te obligara á pagar mi voluntad, teniendo eternamente delante de los ojos el verdadero y firme amor mío, pues él solo pudo forzarme á semejante desatino, ya que por mi licenciosa causa perdiese nuestro género su derecho y principal acción. Mas ¡ay! que como loca y ciega, yo misma di las armas y las fuerzas para que con las tuyas se ordenase mi muerte, la cual, si tengo merecida, ya por momentos me amenaza, pues será forzoso, ántes que otro ocupe el lugar que mi corazón te concedió, dármele con mis propias manos; y de esta mi última deliberación puedes vivir asegurado, y desengañado de que padres, hermanos ni parientes (aunque mi triste y infeliz casamiento está en tal estado) podrán hacer que de mi parte tenga efecto, ni ménos será poderosa la falsa fe con que me has vendido á que de sus quilates pierda un punto la mia firme y verdadera.»

Aun mucho más se alargara la apasionada Jacinta si el tormento grave y celoso dolor que la afligía, creciendo en tal sazón con mayor violencia, no trabara la lengua, ofuscará el ingenio, y ligara las manos y aun el vital aliento; y en tal trance y aprieto la puso, que de mortal no hacía diferencia. ¡Oh invencible y poderosa fuerza de amor, que así reduces á tu voluntad la más firme y constante, mostrando tu poder contra toda noble condición, aun con el más humilde y rendido á tus tiranas leyes! de cuyo rigor, aunque la hermosa y afligida Jacinta pide á voces, hollada de tus pies, misericordia, ni la usas con ella, porque no es tu costumbre, ni ménos te apiadas, porque cierras como inhumano las orejas: ya llora, ya suspira y se lamenta, y ya reprimiendo su pasión y corrigiendo sus lágrimas y congojas, propone y aun se dispone á olvidar; y ya en un instante aborrece, y en el mismo arrependido amor, y del todo resuelta á hacer la voluntad de sus

padres, se determina á dejar en aquel estado sus amores; y ya, aun sin consentimiento deste nuevo parecer, á sí misma se ultraja, y de sí misma, injuriándose, se queja; y cual si verdaderamente transformada estuviera en su Gerardo, con la misma eficacia alega por él y disculpa su olvido, tardanza y remision; y con este arrebatado y amoroso acuerdo quiere, temerosa de enojarle, romper el papel que escrito tiene; y ya loca y furiosa, vuelta una tigre hircana, castigando el piadoso pensamiento de los cielos, se queja maldiciendo su suerte y la infelicidad de sus astros y contraria estrella; y convirtiendo sus verdes y rasgados ojos en dos abundantes fuentes de tiernas lágrimas, aljofarando el terso y albisimo cristal de su cándido rostro, juntamente humedece el papel que en la mano tiene y el ébano y el marfil del labrado bufete en que estaba recostada; del cual levantándose resuelta en dar á entender su justa cólera al querido amante, siendo ya hora conveniente para darle el billete, se fué á la ventana, desde adonde pudo ver á Gerardo, que con otro semejante cuidado salia á la suya; y no dándole lugar á que hablarla pudiese, ni ménos levantando á mirarle la amorosa vista, dejando caer el papel, como solia, sin aguardar á más dilacion, se volvió á entrar, dando de su apasionado disgusto en el cerrar de la ventana bastantes muestras. Todo lo cual sentia Gerardo en lo íntimo de sus entrañas; y receloso de algun nuevo accidente en el parecer de su dama, habiendo con brevedad levantado el billete y leídole, sus coléricas y enojadas razones ántes le fuéron de contento y gusto que de pena ó sentimiento, asegurando con las véras de su rigor sus casi perdidas esperanzas; con que, respondiendo á Jacinta, alegre la satisfizo de sus celosas sospechas; y por más asegurarla, cerró el billete con el último verso del siguiente soneto:

GERARDO Á JACINTA.

Trocar dos almas su corpórea casa,
Gozando en tal destierro alegre estado,
Porque del un objeto al otro amado
El peregrino espíritu se pasa;
Ser cada cual el fin, límite y tasa
Del ajeno deseo al propio alado;
Tener en bien y en mal comun el hado;
Ser uno de otro en fe coluna y basa;
Dos voluntades reducirse á una,
Y en un mismo temor temblar sin causa,
Ganando del martirio la corona:
Estos efectos y misterios causa
Mi reciproco amor de igual fortuna;
Porque el amado amar nunca perdona.

La exageracion con que Gerardo en los pasados versos dió suficiente muestra de su verdadero amor, fué poderosa á concluir con su enojada Jacinta las quebrantadas treguas, quietando en su corazon el celoso rigor que le afligia, y obligando con nuevos y más ricos favores á su Gerardo; el cual para vivir con alegría cumplida, y del todo satisfecho, solo le suspendia el casamiento aplazado, de cuyo dudoso efecto vivia con el temor que el caso amenazaba; que aqueste en el que bien ama es imposible faltar, como señal verdadera de la amorosa ponzoña que le inficiona el alma.

Llegó pues el aplazado día, de la casa y padres de Jacinta tan deseado como aborrecido y llorado de ella; y en este punto con tan extraordinario sentimiento,

lágrimas y suspiros, que sin poderlo disimular, por momentos se quedaba desmayada entre los brazos de su madre y otras damas y parientes que á celebrar ocasion como la de tales casamientos habian venido; con que fué forzoso el dilatarse hasta la siguiente noche.

Esto pasaba en la morada y casa de Jacinta mientras el afligido Gerardo, sin poder en un lugar tener sosiego, con la inquietud que acosaba su pensamiento, ya poniéndose á caballo, en una imaginacion daba mil vueltas y paseos, rodeando la calle y casa de su dama; y ya con la misma velocidad volviéndose á la suya, un instante solo no podia retirarse de la reja y ventana medianera de sus amores; hasta que habiendo cerrado la noche, con su ocasion arrebozado, sin temor de ser de nadie conocido ó notado pudo entrar en la regocijada casa de Jacinta, á tal sazón, que con diversos juegos, músicas, voces y alaridos, unos á otros ni se entendian ni oian: cosa que en el temeroso pecho de Gerardo aun puso más viva sospecha de que su dama hubiese al fin, como mujer, faltado en la prometida fe y palabra; y así, con este cuidadoso descuido procuró informarse de un anciano escudero, á quien la edad décrépita tenia privilegiado de semejantes regocijos y con mayor sosiego recostado en una silla; el cual habiendo entendido que Gerardo preguntaba la ocasion de tanta fiesta, con breves aunque tardas razones se lo dijo, haciendo con ellas verdaderas sus sospechas; porque quiero que sepáis que al fin Jacinta fué vencida de los continuos ruegos y persuasiones de sus padres, deudos y allegados, y en aquel mismo punto acababa de dar al esposo y pariente la hermosa y blanca mano. Mas apénas hubo el tierno Gerardo oído del cansado viejo los últimos acentos de su plática, cuando cubierto de un sudor frío, le convino arrimarse á la pared vecina, excusando cuanto le fué posible el dar á sentir la triste pasion que le atormentaba, que reconociendo se iba con furiosa violencia acrecentando, lo mejor que pudo, sabiendo de la morada y casa de Jacinta, dió la vuelta á la suya, en quien ya le aguardaba su hermano Leoncio, y casi con el mismo cuidado y deseo de saber el fin de aquellas cosas. Mas no fué necesario, viendo á Gerardo con el triste semblante que le acompañaba, más grande informacion del suceso; y habiendo los dos solos encerrándose en su aposento, con alegre rostro y fraternal amor consolando al afligido hermano, á las siguientes razones dió principio:

No es necesario el encubrirme, querido hermano, el origen ó causa de vuestro disgusto, siendo este el día que aguardábamos para satisfaccion de la fe y promesas de Jacinta; y si en ella, como creo, os ha faltado, al fin firmeza de mujer. Si bien lo advertís, de este mismo sentimiento y causa ha de nacer la de vuestro consuelo, pues viéndoos así desengañado, entenderéis el favor que el cielo os hace, rompiendo con la fragilidad de un inconstante parecer las cadenas fuertes de vuestra oprimida libertad, de una esclavitud eterna y de un siempre con dolor vivir muriendo, sujeto al ingrato proceder de mujer semejante, cuya paga y recompensa es las más veces dada en su mismo fruto, pues es tan cierto pagar con sus mudanzas nuestra estabilidad, con su profundo olvido

nuestra memoria, nuestras penas y trabajos con sus desdenes y disfavores, nuestras verdades con sus engaños y últimamente nuestro amor firme y voluntad constante con su acostumbrado aborrecimiento y perecedera afición, sin tener ménos que un inmortal y vario proceder en sus palabras, obras y pensamientos, siendo este el blanco de sus intentos, y nuestra perdición el precio que arrestan con tanta facilidad; y esta verdad, pues está en la ocasion presente sirviéndoos de testigo verdadero, ni hay para qué negarla, ni ménos debeis excusar por tan señalado beneficio las justas y debidas gracias á los piadosos cielos: estad alegre y recibid contento, pues no es razon ni la hay para que suceso tan venturoso pueda privaros dél.

Responder queria al acertado y saludable consejo el afligido Gerardo, ya convencido de sus verdades evidentes, cuando uno de sus criados le interrumpió, diciendo que un hombre arrebozado le aguardaba á la puerta de la posada; y entendido que por él solo preguntaba, dejando la conversacion del prudente Leoncio, salió á la puerta, y no desapercibido, como escarmentado, adonde halló embozado un mancebo cuyo gentil y bizarro talle representaba ser persona de prendas; y mandando retirar al criado que de mensajero habia servido, deseoso de conocerle, y más de saber lo que pretendia, se lo preguntó con la cortesía y discrecion de que era dotado. Mas la respuesta que tuvo fué arrojarle el encubierto mancebo á él con los brazos abiertos y con tan veloz y no pensado acometimiento, que por poco no echó un muy desastrado lance, porque apenas mudó del puesto que ocupaba los piés para Gerardo, cuando temiendo el ser así embestido, como ya venia sobre sí, en un momento, sacando atras el siniestro pié y arrancando la espada, le puso la punta delante, y fué notable felicidad y ventura no atravesarle; y no ménos le sucedió á Leoncio, que habiendo estado en centinela de su hermano, sospechando lo mismo, acudió con otro tal aceleramiento á su defensa. Y sin duda le sucediera mal al gallardo mancebo, si viendo lo que pasaba y el desconocimiento de Gerardo, quitándose el rebozo, no se retirara, diciendo con temerosa y turbada voz: ¿Cómo, Gerardo? ¿Qué es esto? ¿Pues así me acogéis? ¿Este amparo hallo en vuestro pecho? ¿Esta contradiccion en vuestros brazos? ¿Así pagais mi amistad? ¿Así mi atrevimiento? ¡Ah hombre engañador! ¿Que así de tus lisonjas me he creído! Quédate con tu suerte y desengaño, que aunque tarde ha llegado á mis puertas, muy temprano llegaré á algunas, donde como tú no me nieguen la entrada. Y acabando con infinitas lágrimas, dió la vuelta, y en el corazon del alterado Gerardo ñudos y lazadas fortísimas, que sola la muerte pudo desatarlas; porque apenas descubrió el embozado su hermeso rostro, cuando fué dél conocido, y no ménos que por el verdadero y peregrino original de la bellísima Jacinta; y viendo el yerro en que sin ser en su mano habia caído, con presurosos pasos habiéndola alcanzado, llamando á su hermano, todos juntos se encerraron en su aposento, con gran deseo de salir Leoncio de la duda en que aquel notable acacamiento le tenia. Gerardo, en viéndose solo y tan obligado á su enojado dueño, echándose á sus piés, con tierno sentimiento le pidió perdon de su

culpa y desconocimiento, pues el hallarse indigno de tanta gloria le era bastante excusa. Y aunque estas y otras muchas razones salian de la boca de Gerardo, aun entendia que algun pesado sueño le ocupaba el sentido, representándole en la idea aquella imágen, centro de sus amorosos pensamientos; y con esta frenética imaginacion no se cansaba de tocar con las manos el cuerpo de Jacinta; la cual con no menor contento y sobra de alegría, levantando del suelo al querido amante, juntando su rostro con el suyo, aun no se persuadia que fuese Gerardo el mismo que tenia entre sus brazos.

Muy grande espacio estuvieron en esta amorosa suspension, sin darlos á otro acuerdo lugar su mucha alegría, hasta que, habiendo Leoncio entendido por los extremos la verdad que ántes le tenia dudoso, admirado de la resuelta determinacion de Jacinta, llegó á hablarla, deshaciendo con su venida el lazo estrecho en que los dos estaban; y sospecho que, aunque la ocasion era de suyo peligrosa, no le tuvo á su hermano por engañado, disculpando en su corazon, con los grandes méritos de la hermosura de Jacinta, la afición ciega con que de Gerardo era amada; y pareciéndole asimismo necesario en caso tan importante tomar prudente acuerdo, sin dilatar su ejecucion, quiso saber de Jacinta primero la prevencion que habia hecho para traer su intento al estado presente, para, segun ella, considerar la que de su parte conviniese. A lo cual la hermosa dama le aseguró con solo el secreto de sus pensamientos y amores, de quien persona humana sabia ni ántes habia entendido; con que de comun parecer y consentimiento se acordó que Gerardo y Jacinta en sendos caballos tomasen la vuelta de Aragon, y que en el ínterin Leoncio procurase darles cautelosamente aviso de lo que sus padres, esposo y deudos ordenasen; los cuales, habiendo al mismo punto que Jacinta se desapareció de sus ojos halládola ménos, y hecho en su busca con inviolable secreto diligencia en lo más oculto y apartado de sus casas y morada, por do ménos se entendia el daño, que era un hermoso jardin, hallaron abierta una pequeña puerta que della salia á la calle, y muy cerca, entre una mesa de verdes y tejidos arrayanes, las ropas y gallardos vestidos que habian sido adorno de su infelice boda, y al presente ocasion de sempiternos dolores, lágrimas y gemidos. Porque habeis de saber que Jacinta, apenas por las importunaciones y ruegos de sus padres y deudos dió la mano contra toda su voluntad al ofendido esposo, cuando se tuvo por engañada y más arrepentida; y dejándose llevar del raudal de su afligido pensamiento, con una amorosa y vehemente desesperacion, cerrando á todo inconveniente los ojos de la razon, disimulando su pesar y diciendo se sentia indispueta, juntamente se entró en su aposento, y dél por una ventana baja al jardin que he dicho; en el cual, habiéndose puesto con notable presteza aquel varonil vestido de que muchos dias ántes se habia apercibido, dejando en su lugar los suyos, se dispuso á lo que habeis oido: tanto pudo en su tierno corazon la memoria de Gerardo y la ofensa que á su firme amor y palabra habia hecho.

No hace á mi propósito el escribir de nuevo el sordo y mudo sentimiento de la noble familia de Jacinta, ni

ménos las exquisitas y discretas diligencias que en su busca hicieron, vanas y de ningún momento; que por serlo habré de excusar el impertinente trabajo de contarlas; y así, me ha parecido, excusando esta prolijidad, volver á mi propósito, dando puerto tranquilo y seguro á estos dos amantes, que ya á esta hora daban muy gran prisa á su partida, y con tan acertada orden y solicitud del prudente Leoncio, que ántes de la media noche, sin ser de nadie sentidos, disculpando con otra disimulada causa con los deudos su forzosa ausencia, salieron bien proveídos de armas, joyas y dineros, de la populosa ciudad, la vuelta de la antigua y invictísima Numancia, que este fué el camino que más seguro les pareció por el presente, adonde en pocos días, sin sucederles cosa de importancia, llegaron muy alegres; y habiendo descansado, volvieron á su viaje, llevando en su compañía un hombre que hasta desmentir las peligrosas guardias y espías de los reinos, les pudiese con seguridad en el famoso de Aragón; y teniendo este deseo, que no fué poco de estimar, feliz suceso, llegaron á la ilustre ciudad de Zaragoza con tanto contento de Jacinta y Gerardo, que no lo sabré encarecer.

Adornan á esta gran ciudad, demas de una milagrosa influencia y constelacion felicísima, tantos y tan excelentes dones de naturaleza, que con justo y debido título merece el de César Augusta, sobre las más insignes deste soberano renombre. En este amenísimo lugar estuvo Gerardo algunos dias de asiento, que pasaron de años, viviendo el más alegre de los hombres con su amada compañía; y tanto, que no trocára en la sazón de entónces la humildad de su estado por el más estimado de la tierra: tal era la conformidad de sus dos voluntades, y tan intenso y fuerte el amor de Jacinta, que aunque el de Gerardo tenía de lo muy fino y verdadero, la superioridad del de su dama no recibía igualdad ni comparacion; de cuya verdadera firmeza nacia su obligacion, su agradecimiento y su conocida confianza: suma felicidad del que ama.

Habia, con su agradable trato, noble correspondencia y generosidad, granjeado Gerardo en este breve tiempo las más calificadas voluntades de aquella nobilísima ciudad; con que de toda era tan bien quisto como el mejor ciudadano y caballero; y así, con semejante benevolencia le admitian y apadrinaban en sus saraos, fiestas y regocijos, así públicos como secretos, siéndole en todos amigo y compañero con mayor voluntad don Jaime de Aragón, ilustre rama del real y antiguo tronco, y heredero en lo mejor de su reino; á quien no encubria Gerardo sus pensamientos, ni ménos la ocasion de Jacinta, exceptando partes. Tenia este caballero, entre otras posesiones de su mayorazgo, siete leguas de Zaragoza una honrada villa de las bien pobladas de su comarca y la más agradable en frescura y regalos de todo Aragón; de cuyos entretenimientos y recreaciones acostumbraba á gozar los más veranos; y así, teniendo determinado este camino, con muchos ruegos y continuas importunaciones procuró persuadir á Gerardo que le hiciese por algunos dias compañía; lo cual hubo de concederle, forzado de su amistad y de otras muchas obligaciones, aunque el dejar sola á Jacinta un solo punto fué por demas

el alcanzarlo della; y así, hubieron todos juntos de ponerse en el viaje. Aquei día de su partida, con dulce y agradable conversacion llegaron al ponerse el sol á un castillo de un primo de don Jaime, adonde habiéndose apeado, fuéron recibidos con infinito gusto, al mismo tiempo que por otro camino llegaban á su paraje dos peregrinos que, en sus presencias y en la cortesía con que los saludaron, dieron á entender ser más que el sayal que les cubria; y reconociendo la cercana venida de la noche hubieron de pedir al señor del castillo y á aquellos caballeros, tuviesen por bien de ampararlos en él; á cuyo ruego y demanda condescendiendo con voluntad todos juntos, se entraron en la fortaleza, preguntándoles Gerardo, por parecerles castellanos, de dónde fuesen y cuál su peregrinacion; á que el uno de ellos, tomando, como dicen, al responder la mano, dijo ser andaluces y naturales de la insigne Sevilla, de adonde habian salido con intencion de visitar los mayores santuarios de nuestra España, á cuyo Patron en su casa de Compostela ya habian visto; y al presente, en prosecucion de su propósito, iban á la milagrosa y celestial imagen del Pilar.

A lo cual habiendo estado bien atento Gerardo, oyéndoles nombrar á Sevilla y ser della hijos naturales, no pudo, como tan en la memoria tenia al buen Leriano y el beneficio del recibido, excusar en esta ocasion el preguntarles si le conocian, por parecerle que, siendo un tal caballero, no dejarían de tener del muy gran noticia. Mas apénas hubo Gerardo formado el final acento del nombre de su amigo, cuando sin poder reprimir el peregrino que hablaba las lágrimas, con profundos suspiros dió á entender claramente la pasion que nombrando á Leriano habia recibido, no causando en el pecho y corazon de Gerardo ménos alteracion; y con semejante sospecha, habiéndose sentado, en el entretanto que la cena se ordenaba, en el repecho de una gran reja ó balcon que á una hermosa huerta salia, y juntamente don Jaime y peregrinos, al que el repentino sentimiento tenia vertiendo espesas lágrimas, ruega con encarecidas palabras le diga la causa de su pesar y disgusto, pues era fuerza ser muy importante, segun el sentimiento á que le habia obligado. Que viéndose destas y otras razones importunado el lastimado peregrino, con un entrañable gemido, muestra del interior tormento, así respondiendo, dijo de aquesta suerte: No os espanteis, señor caballero, ni ménos atribuyais á femenil demostracion la que mis ojos han hecho en la ocasion presente, pues el hombre por quien me preguntais, que yo amé con verdadera amistad sobre todas las cosas deste siglo, puede con su memoria causar en mi alma aun más lastimosa pena y descontento; y así, os pido con el encarecimiento posible no queráis afligir mi cansado espíritu con pretender de mi persona saber otra más legitima razon; y acabando con nuevas lágrimas, fuéron las razones que habeis oido agudos acicates para acrecentar al doble el deseo en nuestro Gerardo, que por la misma causa que el decirle la de su sentimiento imposibilitaba el peregrino, se persuadia con más viva sospecha á que algun desastrado suceso le hubiese sucedido al buen Leriano; y con semejante alteracion, aunque no dándola á entender por su semblante, le replicó de aquesta forma: La estrecha amis-

tad con que siempre nos hemos tratado Leriano y yo, más que curiosidad impertinente, me obliga á que, no obedeciendo vuestro mandado, haya de replicaros saqueis mi alma de la mortal sospecha que la atormenta, desengañándola, aunque por hacerme este favor recibais algun género de disgusto, pues podeis estar cierto que por quitárosle arriesgara mi vida, como por el caro y leal amigo que os pregunto; y os advierto que no le tiene en el mundo mayor que yo Leriano, ni quien con más voluntad deba servirle; porque son tales mis obligaciones, que se extienden á deberle no ménos que la vida. Segun eso, algo más consolado dijo el lastimado peregrino, sin duda debeis de ser Gerardo, de cuya milagrosa historia muchas veces oí hacer mencion á nuestro buen amigo. Aunque mi nombre, respondió Gerardo, tenia propósito de encubrirle miéntras ausente, como vos, ando peregrinando, siquiera porque no me negueis la merced que os pido, habré de no celaros esta verdad; y así, me podeis tener por él mismo; y en esa misma conformidad, pues todos profesamos amistad con Leriano, gustaré que de mí, como dél, hagais un mismo caudal, no excusando el darme cuenta de lo que con tantos ruegos os he suplicado. Aquí se levantó el peregrino, y con más alegre semblante, abriendo los brazos, se vino para Gerardo, diciendo: Creedme, noble caballero, que es tanto lo que deseaba conoceros, cuanto vuestra vista en este punto me ha sido de consuelo verdadero; dadme esos brazos valerosos, que en ellos al vivo se me representan los que de vuestro caro amigo al presente lloro, y ya excusado me será el no conceder vuestra demanda, aunque estoy bien satisfecho del riguroso tormento que con su memoria se me aparea, y mayor miéntras me ha de ser forzoso, para traer su triste suceso á legítimo lugar, hacer mencion del más lastimoso desastre que por hombre mortal en nuestros tiempos ha sucedido. Y diciendo esto y queriendo dar principio á su historia fué todo uno. Mas habiendo avisado de que la cena les aguardaba, de acuerdo y parecer conforme la dilataron hasta después della, con no poco cuidado del sospechoso Gerardo y de la restante compañía, aunque con distintos fines; y así, al levantar las mesas, dándole agradecido silencio, á decir comenzó el prometido cuento con el lastimoso y siguiente razonamiento.

Aunque es verdad, ilustre compañía, que con suficiente causa podia acobardarme á salir con la empresa promeida, tanto por el renovar la inmensidad de mis trabajos con la memoria dellos, cuanto por el peligro á que podia reducirme el mismo progreso de mi historia, habiendo quien entre vosotros pueda justísimamente lastimarse y sentirse, todavia, asegurado de la inocencia de mi pecho y de la nobleza del vuestro, no dejaré por respeto humano de cumplir mi palabra, dándoos estrecha y muy particular cuenta de mi desgraciado suceso, y aun de mi vida hasta el punto en que me veis. Y así, sabréis que, habiendo de la infelicidad de mi recio parto muerto la madre, que aun no merecí conocer, quedé desde mi tierna niñez sujeto á la incomodidad con que suelen criarse hijos ajenos del materno regalo, aunque habiendo nacido en la opulentísima casa de Angelo Milanés, padre mio, no sería esta falta tan calificada. El entrañable amor con que

tiernamente á la querida esposa amaba mi padre, hizo con su fatal ausencia tan triste efeto en su memoria, que, sin poderle ser alivio ni consuelo humana diversion ó pasatiempo, del todo vino con la salud del cuerpo á perder el alegría y quietud del espíritu, convirtiéndose en un miserable retrato de lágrimas y duelos, hasta que reconociendo ser la mayor parte de sus disgustos la presencia del lugar donde con su amada esposa habia pasado dichosa juventud, se determinó y dispuso á apartar de sí tantos y tan dolorosos inconvenientes, poniendo tierra en medio, como dicen, y las inmensas aguas del profundo y anchuroso Océano; porque habiendo desliéchoso de la mayor parte de sus ricas posesiones, trocándolas en numerosos empleos, juntamente con ellos se embarcó en una gentil y bien artillada nao, llevando su derrota á las nombradas Indias de Occidente, y en ellas á la rica y abundante provincia del Pirú, á quien habiendo llegado en las dos embarcaciones con próspero y saludable tiempo, desembarcando la empleada hacienda, hizo de toda una admirable y gananciosa salida; con que volviendo á cargar, y quedándose en aquellos reinos, la envió á Sevilla, donde sus despidientes y lo restante de su hacienda y mi persona habia quedado á cargo de un hermano suyo y tio mio; y en resolucion, se halló tan mejorado de salud y contento en aquellas remotísimas regiones, que de su descada vuelta tuvimos por largos tiempos perdidas las esperanzas; y entiendo hasta hoy se hubiera sustentado en el mismo parecer, olvidando su sangre con el acrecentamiento de sus grandes riquezas, si Dios no mudara su pensamiento de la suerte que agora sabréis; que para más bien entendida la ocasion de su mudanza, será justo que entendais asimismo que fué el principal instrumento de ella cierto caballero castellano y natural de la imperial Toledo, cuyo nombre es Leonardo Argentino; el cual habiendo con pródiga y generosa mano disipado un gran mayrazgo y hacienda que poseia, habiéndose aniquilado, y que ya habia venido á tanta miseria su noble familia, que aun les faltaba una moderada pasadía, no le pareciendo consumir del todo lo poco que quedaba, con sano, aunque forzoso parecer, hubo de determinarse á hacer el viaje de mi padre dejando con doloroso sentimiento la querida compañía de su mujer y una hermosa hija de muy pequeña edad, llamada Isaura, alivio de sus pesares; y aunque sus tiernas lágrimas y suspiros pudieran ablandar un mármol duro, en la ocasion presente no hicieron en el determinado Leonardo ningun efeto; y así, hubo la afligida señora de darle voluntaria licencia, bien que limitada por tiempo de diez años; y con esto, tomando una pequeña parte de la hacienda, haciendo con gran secreto un igual empleo, salió de su ciudad, dejando en ella la que le habia quedado y á su esposa y hija á cargo de la solicitud y fidelidad de un antiguo criado, á quien tenia en lugar de hijo; que esto y el ser nacido en la noble Vizcaya llevó al desconsolado caballero con más seguridad de su compañía y servicio. Quiso pues su buena suerte, ó mi infeliz estrella, guiar su camino á la ciudad de los reyes, desconocido y trocado el nombre, costumbre guardada por los españoles que en aquellas y otras partes pretenden encubrir su nobleza para mejor humillar la altivez de sus ánimos y reducirlos á bus-

car la vida por el camino más provechoso y ménos necesitado de honorosos respetos : á quien habiendo llegado, y deshecho el pobre empleo, procurando algun género de entretenimiento para su persona, confiado en la agilidad de sus buenas partes, vino á coyuntura que por habérsele muerto á mi padre, que asimismo residia en aquella ciudad, el mayoral y capataz de sus ganados, hacia la misma diligencia ; y así, hubieron de encontrarse, aunque no en las voluntades, porque la de mi padre se agradó tanto de la persona de Leonardo, cuanto él de su afable trato y condicion ; con que no desconcertándose en el asiento, ni ménos en el tiempo ó cantidad, al fin hubo de quedarse en su compañía y servicio, al cual acudió con tan cuidadoso extremo, que en breves dias pudo mi padre reconocer la mejoría del hacienda que á su cargo estaba, y con tan grande acrecentamiento, que puso del todo á la restante, con su presencia, olvido, descargando el pesooso cuidado della en los hombros de Leonardo Argentino, con cuya vigilancia vivia alegre y descuidado. No habia en este tiempo nuestro mayoral olvidado el intento de su viaje ni las prendas que le aguardaban ; ántes con el ayuda de mi padre y lo que de su parte habia traído, tenia ya junta una buena parte de dineros y hacienda, multiplicándola con las grandes y ricas cargazonas que todos los años iban y venian en nuestras naos y por nuestra cuenta en España y á las Indias : de suerte que ántes del tiempo de su licencia podia contarse por uno de los hombres caudalosos de aquel reino ; con que le pareció dar la vuelta á la amada patria ; y con esta determinacion, un dia que mi padre y él se hallaron solos, le hizo saber su intento ; que cuando vino á entenderle, y que su voluntad era dejarle, no sabré exagerar el sentimiento de su dolor ; y pareciéndole que sus ruegos mudarian la pretension de Leonardo, procuró por todos los caminos que pudo divertírsela, aunque fueron sus diligencias por demas y de ningun fruto. Y pareciéndole á Leonardo que sería mostrarse ingrato á tantos bienes recibidos si agora no le satisficiese á la justa causa de su ida, despues de haberle dicho quién era, nombre y calidad, y juntamente las queridas y amadas prendas que le aguardaban y forzaban á volverle las espaldas, tales y tan evidentes fueron las razones que le supo dar en su descargo, que totalmente le enmudeció la lengua para más replicarle. Y no tan solamente la eficacia de sus disculpas hicieron este efeto en mi padre, sino que le obligaron á hacer lo mismo, despertando en su corazon el difunto amor y voluntad de su casa, hijos, hermanos y naturales ; y habiendo concertado con particular contento de los dos su viaje para la primera flota, en el interin que se llegaba el tiempo hubo lugar bastante para trocar, vender y deshacer la suma inmensa que de su hacienda tenían en aquellas partes ; y cargando con su empleo dos gruesas naves, con dichoso viaje llegaron á la famosa barra de Sanlúcar, adonde ya estábamos avisados por el navio de aviso, y todos sus deudos prevenidos ; y ántes de haber saltado en tierra mi padre, tomando aparte el que ya tenia por íntimo amigo, le habló de aquesta suerte : Bien seguro estoy, amigo Leonardo, que de mi amor y voluntad vivis satisfecho, como yo asimismo de que en este particular me sois agradecido ; y así, quisiera que esta

nuestra amistad por ningun humano accidente se desla bonase, ó con la larga ausencia de nuestras personas se deshiciese ; y para perpetualla he pensado, siendo vos servido, traza y modo con que miéntras viviéremos, no tan solamente nuestra amistad se eternice, sino que asimismo quede hecha parentesco y propia afinidad ; y este deudo ha de ser mezclando nuestras sangres, y conforme con mi voluntad, dando por legítima mujer vuestra única hija á Roberto Milanes, mi hijo (que este es mi nombre) ; y esta intencion y parecer podrá tener efeto si el cielo se ha servido de guardarnos estas únicas prendas con la vida y salud que deseamos. Yo os he comunicado lo más interior de mi deseo ; y así, gustaré mucho de saber vuestra última resolucion. Y dando fin á su plática, aguardando respuesta, la que Leonardo Argentino dió, fué arrojarle á sus piés, vertiendo sus ojos lágrimas de contento ; y haciendo alarde del mucho que tenia su corazon con palabras dignas de su nobleza, despues de haber encarecido la que en mi padre y en sus obras conocia, no tan solamente le dió la hija única que para mí le habia pedido, pero de su vida, honra y hacienda hizo otro igual ofrecimiento ; y habiéndose con esto abrazado estrechamente, con infinita alegría y regocijo de los que le aguardábamos, juntamente con Leonardo, desembarcó mi padre, pisando tierra de España despues de diez y ocho años que della habia salido, aun no teniendo yo de edad los seis cumplidos. Paso en silencio lo que en este recibimiento alegre sintió mi corazon con la deseada venida de mi padre, que del contento de su alma cualquiera coligiera que sería de mayores ventajas, como al fin hijo único de sus entrañas. No nos detuvimos en el puerto muchos dias, porque la voluntad de ver su antigua morada le solicitó el deseo de suerte, que en breve término llegamos á Sevilla con increíble gusto de los dos amigos, adonde habiendo yo entendido el de mi padre, como obediente hijo, me dispuse á obedecerle en todo, aparejándome para el viaje con el cuidado que el caso requeria ; y en el interin llegó de vuelta un correo que Leonardo Argentino luego como saltó en tierra habia despachado á su ciudad y casa con la nueva de su venida ; y siendo la que trujo á mi suegro de infinito consuelo, por saber de la salud que habia hallado á su amada esposa y querida hija, puedo yo tambien afirmaros que las que tambien llegaron entónces á mis oídos causaron tan grande regocijo en mi alma, siendo informado del diligente mensajero á medida de mi deseo y voluntad, exagerándome con encarecidas razones la excelente virtud y admirable hermosura de la que ya aguardaba para esposa y dueño de mi voluntad ; y así, no via llegar la hora de mi partida, aunque mi suegro no se descuidaba en la solicitud de entrambas ; y en efeto, estando puesto á punto, y habiendo enviado Leonardo Argentino delante lo más rico y precioso de sus riquezas, despedido con tiernas lágrimas y sentimiento de mi padre y su caro amigo, dejando concertado mi viaje para cuando se entendiese haber él llegado á su pátria, se puso en el camino della ; á la cual habiendo venido, considerad, ilustres caballeros, si en su recibimiento se renovarían las antiguas lágrimas de su partida, aunque al presente nacidas de efetos diferentes.

Mi suegro con el general aumento que halló en su casa, así en la poca hacienda que dejó como en la belleza peregrina y discreción de su querida hija Isdaura, salud y contento de su esposa, familia y criados, de creer es si se mostraria agradecido y obligado al piadoso cielo; y así, dándole las debidas gracias, tambien dió á su esposa cuenta del casamiento concertado, no encubriendo lo restante de sus sucesos hasta aquel punto; y habiéndola hallado conforme en todo su acuerdo y parecer, con general aplauso de su casa, deudos, amigos y parientes comenzaron á prevenir las futuras bodas. En este tiempo, llegado el de mi deseada partida, con la bendición de mi padre y licencia de vuestro caro amigo Leriano, que era mi más íntimo y familiar, acompañado de algunos criados, á la ligera y con ligeras postas, en cuatro dias vi las fortísimas y antiguas murallas de aquella fuelita y famosa ciudad, patria y morada de mi esposa y de sus padres; á cuya casa habiendo llegado, en vez de alegre y regocijado albergue, hallé en ella copiosas lágrimas, llantos y gemidos; y en conclusion, llenos de confuso alboroto y tristeza: cosa que en mi ánimo causó igual alteracion; aunque siendo de mis suegros entendida mi venida, con grande alivio fui dellos recibido, siendo mi presencia evidetísimo consuelo del pesar y desventura que en aquella sazón les afligia; de quien fui sin dilacion informado, poniéndome delante de los ojos el cuerpo muerto de su antiguo criado y noble vizcaíno encima de un tapete negro, atravesado de cinco penetrantes y crueles heridas; al cual aquella misma madrugada habian hallado tendido en los umbrales y puertas de la casa y envuelto en dos sangrientas y delgadas sábanas, sin saber, entender ó imaginar quién, cómo ó cuándo á tan miserable y doloroso estado le hubiese traído, aunque para descubrir el agresor de su muerte se habian hecho y hacian grandes y extraordinarias diligencias; y con esto, advirtiéndome juntamente de la crianza que desde muy pequeño en él habian hecho, lo mucho que le amaban y el buen servicio que perdian, con los innumerables que le habia hecho, y en particular en el ausencia de Leonardo, no me pareció exorbitante su sentimiento, quedando satisfecho del ruin recibimiento de mi persona. Con esta ocasion se dilató la de mi desposorio otros dos dias, que para mí fuéron prolijos años; porque, habiendo gozado ya de la graciosa vista de la bella Isdaura, mis ardientes deseos, incitados de su peregrina hermosura, crecian con mayor violencia. Al fin llegó el aplazado dia, y juntamente la deseada noche, en quien habiendo con increíble contento gozado con mi esposa el fruto de nuestro nuevo estado, gastando la mayor parte della en comunicarnos el uno al otro nuestros corazones, enlazados en un dulce y sabroso fiudo, nos quedámos dormidos. Mas apénas al blando y suave sueño habiamos entregado los cansados miembros, cuando con repentino espanto me despertaron las manos y gritos de mi esposa, que estremeciéndome con grandes voces, me llamaba en ayuda y socorro de la casa de sus padres, que á esta hora se abrasaba en vivas y furiosas llamas, y con tan grande alteracion mia, que sin más esperar, tomando una ropa, en dos saltos me puse fuera del aposento, deslumbrándome al salir las chispas y centellas que del indomable elemento

hasta su misma esfera se levantaban; y acudiendo adonde con mayor violencia crecia su rigor, hallé que asimismo venian á su remedio mis suegros y lo restante de su familia, á tal hora que de los cercanos templos hacian la acostumbrada y temerosa señal; con que aumentándose el alboroto de la vecindad, con su ayuda se fuéron muy apriesa atajando las inclementes llamas. En toda nuestra casa no se oian ménos que espantosas voces y gemidos, aunque en medio de tanta confusion claramente conocí los de mi querida esposa; con que, temblando ya por ella algun desastre sucedido, en un momento atinando adónde estaba por el eco lastimoso de sus suspiros, la hallé que con un profundo desmayo entre los brazos la sustentaba su querida madre y suegra mia, no muy apartadas de un hondo y fresco algibe, de quien con mayor alboroto estaban rodeados los criados y sirvientes de su familia; con que de nuevo, viendo en tan triste estado á mi Isdaura, creció mi turbacion, y esta más me afligió el corazon cuando entendí que la causa de su mortal accidente no era ménos lastimosa que la miserable muerte del infeliz vizcaíno; porque, siguiendo su misma y desastrada suerte una hermosa y discreta doncella de mi esposa, poco ántes que yo lajase á sus mismos ojos, estando ocupada en sacar para el ardiente fuego agua del algibe, ó bien con la turbacion del caso, ó por otro accidente, habiendo caído dentro, en un instante, sin poderla remediar, se ahogó, feneciendo sus verdes años y alegre juventud entre las aguas frias del profundo algibe, de adonde despues de un grande espacio habiéndola sacado, crecieron los llantos en mi esposa y su madre, y con tan triste sentimiento, por el amor que desde muy niña la habian cobrado en su servicio, que casi las vi imposibilitadas de consuelo, estando yo con tales acacimientos tan ajeno dél como ellas. Mas al fin estos disgustos el tiempo, como suele, los curó y deshizo, aunque en mí siempre han vivido presentes, sin poder despedir de mi memoria los presagios y agüeros de mi infelice casamiento; el cual habiéndose concluido, y pasado algunos meses, apresurando con diversas cartas mi padre nuestra partida, tomando de los de mi Isdaura licencia, con hartas lágrimas nos despedimos, viniendo juntamente en nuestra compañía el buen Leriano, que á esta sazón de la corte volvia á Sevilla, de adonde poco despues que yo se habia ausentado. Llegó á tan buena coyuntura como tengo dicho; y así, licimos nuestro viaje con increíble gusto de todos, y en él supe de su boca los tristes sucesos y dichas vuestras; y en conclusion, llegando á nuestra ciudad y casa, adonde éramos muy deseados, con inmenso contento de mi padre y deudos fuimos recibidos, olvidando Isdaura, con los extraordinarios regalos y alegrías de mi familia, la de sus queridos y ausentes padres. Y habiendo con gusto del nio, por justos inconvenientes apartado casa, visitado muy ordinariamente de mi leal amigo Leriano, vivia tan contento y pacífico con mi esposa, que un solo punto della no sabía apartarme, siendo sus bellos y rasgados ojos el centro de mis gustos y mayores entretenimientos. Mas no permitió mi contraria suerte cumplierse en este felicísimo y dichoso estado los cuatro años cabales, por ventura envidiando la estable firmeza de nuestra quietud y descanso amoroso.

Era en este tiempo tan estrecha la amistad de Leriano y mía, cuanto bien pagada de nuestras voluntades; con que raros eran los días, ó ninguno, que sin vernos y hablarnos se pasasen, ó ya viniendo él á mi posada, ó ya yendo yo á la suya, y con tanta conformidad y amor, como si verdaderamente fuésemos nacidos de un mismo vientre y alimentados de una misma sangre. Y un día destos, en quien á Leriano no le había sido posible encontrarme ni á mí el verle, casi celosos (como amantes) el uno del otro, atribuyéndolo á descuido, quisimos con un mismo pensamiento y diligencia obligarnos; y así, siendo algo tarde, yo me vine á aguardarle á su posada, y él con el propio intento se fué á esperarme en la mía, adonde habló que indisputa mi Isidaura, se había acostado; con quien entreteniendo mi ausencia un grande espacio, y ya bien entrada la noche, estuvo en mi espera hasta que, reconociendo yo su tardanza, remití su vista por entónces, dando la vuelta á mi posada, de la cual hallé cerradas las puertas: cosa que faltando yo nunca se acostumbraba; y en efeto, habiendo llamado muchas veces, de tanta dilacion y con tan leve causa sospechoso, por una pequeña abertura que las tablas de las puertas hacian procuré con los ojos y el sentido ver y oír lo que dentro pasaba. ¡Ya pluguiera á los cielos ántes cegara, que de semejante curiosidad me hubiera aprovechado! Parecióme que al bajar una esclava á abrirme, se había encubierto á sus espaldas, atravesando hacia la puerta del jardín, un hombre: cosa que en mi corazon causó el espanto y alteracion que ya podréis imaginar; y con semejante turbacion, en entrando me arrojé dentro del jardín, en el cual hallé á uno que entre las enmarañadas murtas y arrayanes procuraba encubrirse, los cuales, más que mi aceleramiento, puedo decir causaron su repentina muerte, porque sin poderse poner en defensa, enredado de las espesas ramas, habiendo sacado mi espada, le di tres estocadas, sin advertir en que, llamándome por mi nombre, dando voces pedía me detuviese, hasta que, habiendo caído en el suelo, conocí ser Leriano, mi íntimo y caro amigo, aquel que con tan cruel inhumanidad tenía á mis piés tendido. Cuando del todo me satisface, atónito y suspenso, sin más mover el airado brazo, quedé tan muerto y difunto como el que delante de mí tenía; que ya con llaca y débil voz me rogaba le trajese un confesor. Perdi el sentido, reconociendo el mal que había hecho, y del todo me acabé de volver furioso cuando en sus últimos acentos entendí mi maldad y su inocencia, diciendo: ¿Cómo, amado Roberto, ha permitido el cielo que vuestra amiga espada sea hoy homicida? ¿En qué os ofendió vuestro Leriano, que con tan acelerado pensamiento determinastes del tomar venganza? Mas ¿qué me pretendo quejar de vos? Yo os perdono mi muerte, pues á ella dió lugar mi impertinente y excusada diligencia, forzada del honesto recato de vuestra esposa, cuya fe se ha igualado á mi lealtad; que esta los cielos son testigos que ha sido siempre para vos inviolable. Y no dándole más tiempo de declararme su confuso intento la ejecutiva parca, cerrando los ya eclipsados ojos, rindió el alma entre estos brazos, quedando la miserable y triste mía con tan acerbo dolor, pena y tormento, que entiendo siguiera su camino á estar entónces del todo satisfecho en la mortal sospecha que me alligia; y con

este propósito, dejando al difunto amigo, entré en la cuadra de mi esposa, á quien no hallé, ni ménos en lo restante de la casa: solo acabaron de quebrantar mi corazon los alaridos y voces de sus criadas, que llamando á su señora más mi dolor acrecentaban, y con mayor ocasion cuando entendí de la una dellas se había Isidaura arrojado en camisa por una ventana á la vecina calle luego como á sus oídos llegaron las voces del buen Leriano y las desdichadas nuevas de su inocente muerte, temiendo justamente de mi indignacion la que la amenazaba sin culpa alguna; que de ser esto cierto más en particular me satisface, contándome la causa del haberse encubierto de mí Leriano; la cual había sido á instancia y persuacion de mi esposa, con quien, como ya os he dicho, en dulce y agradable conversacion aguardaba mi venida; hasta que habiéndola entendido por los furiosos golpes que yo daba, llegando á los oídos de Isidaura el alboroto, y sabiendo que las puertas principales estaban cerradas, aunque por descuido de uno de mis criados, pareciéndole que de tal novedad, y más hallándose Leriano en su compañía, yo podría engendrar alguna vil sospecha contra su honestidad, sin reparar en el fraternal amor de mi amigo, de tal suerte le atemorizaron estos pensamientos, que sin menor acuerdo, á puros ruegos suyos obligó á Leriano á una tan ignorante prevencion; que siempre un loco desvarío acarrea tras sí tan graves daños; porque, si se mira sin pasion, del que recibió de mis manos tuvo culpa bastante, pues rigió su prudencia y discrecion por el desenfrenado y temeroso parecer de una mujer afligida.

El cielo me es testigo y sabe, nobles caballeros, que cuando mi triste fantasia revuelve, como agora, la triste memoria del fin desastrado de mi buen amigo, quisiera con mis manos tomar por su venganza otro semejante castigo, aunque en todo rigor estoy dél reservado. Mas el amor y voluntad que le tuve me obliga á tan igual determinacion, pues puedo afirmar con verdad no hizo á nuestra aficion ventaja conocida la que debía tener á mi esposa, de quien por entónces ni supe ni entendí, porque el hacer en aquella sazón más diligencia me fué excusado, teniendo forzosa necesidad de poner en cobro mi persona, como en efeto lo hice, saliéndome como mejor pude de mi alborotada casa á la de las Cuevas y convento piadosísimo de monjes cartujanos, de los cuales fuí con voluntad amparado, asegurando mi vida, para con ella estar sujeto á mis terribles desventuras y trabajos. Allí fuí algunos días visitado de mis amigos, tanto como espionado de mis enemigos y contrarios; que aunque es verdad podia en su pasion salvarme mi inocencia, todavia no ha sido posible el desengañarse dándome crédito.

Poco despues de mi retrainimiento remaneció mi esposa en el convento de Belen; porque, habiendo aquella desastrada noche saltado por una ventana á la calle, como habeis oído, huyendo de mi furia ó ciego enojo, sin saber adónde ó cómo caminaba, se entró en una casa que á la sazón halló abierta; de cuyos dueños siendo con piedad recibida, cuando la conocieron, y supieron otro dia el triste caso y las grandes diligencias que así de mi parte como de oficio la justicia hacia en su busca, tomaron por acuerdo el traerla á aquel convento, desde adonde fuí luego avisado; con que, si en tanta confusion y tropel de desdichas pudo caber sosiego, le tuvo mi

alma por entónces; aunque fué Dios servido que este durase segun la instable rueda de mi triste fortuna me amenazaba.

Lastimaron de suerte estos graves y nunca imaginados disgustos el tierno corazon de mi Isdaura, que, apresurada del terrible golpe que dió de la ventana, sin poder excusarlo, que ya estaba determinado por el cielo, cayó en una grande y gravísima enfermedad; de quien acosada, y con el continuo dolor de su memoria afligida, considerándose en las lenguas del mordaz y temerario vulgo y tan por el suelo su honor y reputacion, en pocos dias se le llegó el último y lamentable de su muerte; ántes de la cual, llamando á la abadesa y superior del convento, dándola una carta cerrada y escrita de su misma mano, la rogó encarecidamente hiciese de suerte que llegase á mi poder adonde quiera que yo estuviese: esta pues vino á mis manos al punto que á mis orejas la triste nueva de su muerte. No hay para qué significaros el dolor de mi alma, la diversion de sus potencias y enajenacion de mis sentidos, pues tengo por sin duda que el privarme el cielo dellos en aquella ocasion fué escudo y reparo fuerte de mi vida, que, aunque vacilando entre el morir y vivir, dura hasta hoy para mayor castigo de su dueño; y porque el de mi memoria tenga por agora algun género de alivio con el fin deseado deste miserable cuento, habré de deciros lo que de él resta, que es lo mismo que contiene en sí la carta y última letra que formaron las blancas manos de mi esposa; cuyo papel, por prenda de tal dueño, me servirá de compañía en tanto que la parca con su mortal golpe no nos dividiere. Y diciendo esto, con grande compasion y lástima de los que suspensos le escuchaban, desabrochando el tosco sayal, sacó del pecho una curiosa y bien labrada bujeta de fina plata, y della una carta; la cual habiendo desenvuelto y besado, con tiernas lágrimas comenzó á leerla de esta suerte:

ISDAURA Á ROBERTO.

«Ya, dulce y amado esposo mio, llegó el dia de pagar
»la irremisible y mortal deuda de cuya rigurosa ejecu-
»cion nadie puede eximirse; y aunque es verdad que
»como tal siento y temo su espantoso trance, sabe el
»que ya para juzgarme me aguarda, que el apartarme
»para siempre de vuestra amable compañía es el ma-
»yor tormento que al presente afflige mi alma; la cual
»llora solo el no poderos ver y gozar en esta amarga des-
»pedida, para mejor satisfacer vuestra dudosa confianza
»y mi inculpable lealtad, que esta ha sido inviolable
»desde el dichoso dia de nuestro matrimonio. Y pues
»ya es tiempo de decir verdades, y las que en mi triste
»corazon se encierran importa tanto á la salud eterna
»de mi alma el descubrirlas, justo será, querido dueño
»mio, que vos y el mundo no ignoreis el secreto que tan
»á costa de mi conciencia he tenido encubierto. Pasad
»los ojos por estos últimos renglones, quedaréis desen-
»gañado de mi ofensa, si pudo para vuestro honor así
»entenderse la que sin mi consentimiento y voluntad se
»ejecutó, aun sin intervenir el matrimonio de los dos;
»aunque parto segura de vuestro buen conocimiento y
»mi inocencia en este particular; que al fin con vos y
»con el mundo quedará mi honor en su lugar y sin ha-
»ber perdido de sus quilates.

»Bien entiendo, amado Roberto, que vivirá en vues-

»tra memoria la de aquellas primeras desventuras con
»que fuistes recibido en la casa de mis queridos padres:
»quizá ciertos pronósticos de los presentes males. Tam-
»bien se os acordará de las muchas diligencias que se
»hicieron para saber quién fuese el matador sangriento
»de nuestro mayordomo y criado vizcaíno, aunque de
»poco ó ningun efeto, pues nunca se entendió, ni se
»supiera hasta el final dia del juicio si el mio acelerado
»no me amenazara; que este último riesgo me obliga á
»declararme por su homicida. La alevosa traicion de su
»pensamiento llevo por descargo al soberano tribunal,
»aunque es mayor mi arrepentimiento. Sabréis, dueño
»querido, que entónces, llegó apénas con la venida de
»mi padre el concierto de mi nuevo estado á su noticia,
»cuando, no sin admiracion de todos, cayó rendido y
»casi de repente en la cama, de una lenta y furiosa ca-
»lentura: mis padres, que como á hijo le amaban, sin-
»tiendo su enfermedad, trataron de curarla, aunque no
»hubo médico en Toledo que acertase la aplicacion de
»su remedio: resolvíanse en que procedia el daño de
»gran melancolía, y acrecentándonosla en general á to-
»dos, fué cada dia en aumento, hasta que la noche ántes
»de vuestra venida se declaró conmigo y bien á mi costa
»su accidente.

»Era muy cerca de las doce cuando, queriendo mis
»ojos reposar, que vuestra futura venida los traía des-
»velados, oí pasos en mi aposento, y advirtiendo á la
»vista que dormitaba, al levantar el rostro, casi le hu-
»biera de encontrar en el suyo á nuestro enfermo y criado
»afligido, de cuya no pensada venida no me alboroté,
»por su mucha satisfaccion; ántes con voluntad de her-
»mana le reñí el exceso de su impertinente alivio, ajena
»del que él venia á hacer en mí: á lo cual con un teme-
»roso gemido, y enclavada la furiosa vista en mis ojos,
»me respondió:

»—Supuesto, Isdaura, que mi mal no tenga otro re-
»medio que el que pueden darme esas manos, estando
»mi vida en ellas, tú, que tanto me debes, no querrás
»parecer ingrata á mis buenas obras y servicios, ya que
»tus crueles padres quieran tratarme con tanto rigor.
»Mas ¿quién dellos entendiera que con semejante des-
»agradecimiento pagaran mis obligaciones, mis traba-
»jos, y los que en criarte y sustentar con honra su fa-
»milia padecí en su ausencia, contento porque pensaba
»lograrlos en tu amable y deseada compañía, que in-
»justamente, amada Isdaura, me quieren quitar? Este
»es mi tormento, este es mi daño, esta mi enfermedad;
»la cual crece al mismo peso que discurre el tiempo y
»se avvicina el de verte en ajeno poder; y así, vengo de-
»terminado á no salir desta cuadra sin salud y sin segu-
»ridad de que eres mia, aunque pierda mi vida, si la
»puedo perder en tu presencia, que es el antídoto de su
»veneno y el médico saludable de mi alma. Tu esposo
»he de ser, pues el cielo á mí solo ha tenido reservada
»tal ventura; la respuesta ha de ser tu blanca mano:
»no me dilates este bien, que de excusarlo no me temo,
»pues está en la mia toda la satisfaccion de mi deseo; y
»no dudaré de quitarte la vida con este agudo puñal si
»en su cumplimiento haces alguna contradiccion.—Y con
»esto, arrancando de la cinta una afilada daga, cesó,
»poniéndomela á los pechos, con tan notable turbacion
»mia, que aun no juzgaba por lo que via el suceso del
»hecho, y aun el aposento temblaba de mi acelerado te-

»mor, y en grande espacio la lengua no acertó á pronunciar razon que no fuese desconcertada y sin sentido. Por una parte el peligro de mi honor me atormentaba, y por otra el femenil miedo y cobardía: procuraba formar algun engaño con que dilatar la muerte ó el perder mi guardada castidad; y así, con tal intento procuré aplacar su determinacion, sin afearle su traición; ántes le hice mil promesas y juramentos de ser su esposa, y juntamente, por parecerme que con aquellos se contentaria, le di la mano, la cual apenas tuvo entre las suyas, cuando yo me vi en sus brazos; y finalmente, sin tener fuerzas, aliento ni valor para defenderme, hizo de mí á su voluntad, dejándome sujeta á su gusto. Pero no permitieron los justos cielos, á cuya soberana grandeza ya las quejas mudas de mi tierno corazón habian llegado, que á esta ofensa y aleve traición se le dilatase el merecido castigo, de quien fueron mis manos y su daga ejecutores; porque apenas á su lasciva furia puso treguas el blando y apacible sueño, seguro de que dormia en el regazo de su esposa, cuando reconociendo mi deshonor y el doloroso sentimiento que á mis padres se les aparejaba, revestido mi fementil temor de un valiente ánimo, y dispuesta del todo á mi venganza, tomando el agudo puñal que poco ántes habia puesto freno á mi defensa, metiéndole por el corazón y atravesándole con otras muchas heridas, abrí anchurosa puerta á aquella perjurja y infiel alma; y sacando el difunto y miserable cuerpo revuelto en sus sangre y en mis sábanas, como mejor pude y sin ser sentida, le dejé en los umbrales de mi propia morada. Y no pararon en esto mis desdichas; ántes con vuestra venida crecieron de suerte que, á no temer el fuego del infierno, hiciera de mi vida el mismo sacrificio, viéndome perdida y tan cerca de ser mi infamia conocida. Mas trocó mi desesperada imaginacion el consuelo y alivio de una doncella mia, compañera de mis niñeces, y entonces secretaria de mis más celados pensamientos, aunque deste temí, como tan grande, el darle parte, hasta que conociendo mi mortal congoja, de que le era más fuerza admirarse en ocasion que debía yo estar muy alegre, con amorosos ruegos la procuré entender de mi boca; y yo, que ya la necesidad vehementemente me habia adelgazado, para remediarla, el entendimiento, y habia elegido por el último de mis males el descubrirme á Julia, bien satisfecha de su verdadera aficion, la dije la ocasion que así me traia, sin alarmarme á que della hubiese redundado el sangriento fin del vizcaíno: puse mi deshonor en cabeza de otro y en sola su persona mi remedio y vida; y así, con las más eficaces razones que el tiempo y necesidad me ofrecieron, la convencí á mi gusto, haciéndola que se previniese para cumplir mi falta con la entereza de su honestidad, de que yo estaba tan satisfecha y segura, que no puse, ni tenia de qué, duda ninguna. No dejó Julia de rehusar el peligro, así por su pérdida como por la incertidumbre del suceso; mas el sacarme de tan triste aprieto la obligó á cerrar los ojos, y en conclusion, mi traza tuvo efecto; porque, teniendo la noche de nuestras bodas á Julia ya escondida entre las cortinas y damascos de nuestro lecho, y á vos en el que solo me aguardábades, fingiendo ser recato vergonzoso el de mi necesidad, mandé sacar las luces fuera del aposento; con que, siéndome las tinieblas favorables y

»habiéndoos en mi lugar servídoos Julia, ni el engaño se supo, ni ménos vos conocistes el trucoo.

»No mucho despues desto, cansada ó regalada de vuestros favores, se quedó, contra la prevención que le habia hecho, dormida en vuestros brazos, cosa que ya ni sé si lo celaba ó lo temia, aumentándose más mi tormento cuando, oyendo al reloj las tres de la mañana, sentia en ella tan poco acuerdo de mi peligro. Esto y el mal remedio que de despertarla sin vuestro sentimiento tenia, me hizo atropellar por otro igual inconveniente en su calidad al pasado del vizcaíno, pues sin mayor dilacion ó mejor consejo, empezando por las tapicerías de la principal sala de mi casa, con una hacha que hallé á mano encendi en toda ella el fuego que tan cerca anduvo de consumirla; y con el alboroto que en mis padres y criados causó, segura de que con el repentino accidente no echaríades de ver en más que mis vices, abrazándome de vos fuertemente, á las muchas que dí recordastes y juntamente despavorido salistes de la cama y aposento, dejándome con Julia, y tan apasionada del daño que por su descuido me habia obligado á hacer en la casa y hacienda de mis padres, que estuve en poco de atravesarle por el cuerpo vuestra espada. A este enojo (á mi parecer entónces justo) ayudó la memoria de lo por venir y el émulo forzoso que habia de tener mi alma en quien para tan importante secreto me pareció pequeño vaso, el caso en contingencia, y yo hecha esclava de su fe ó inconstancia, pues á todo me habia sujetado mi propia necesidad. Este atribulado pensamiento inquietaba mi alma en tanto que vos y la restante familia aplacábades las vehementes llamas; y así, con el achaque que de su remedio, tomando por la mano á Julia, me bajé adonde algunos criados de un hondo algibe sacaban muy apriesa copia de agua; y mientras que subian y bajaban, reconociendo la buena coyuntura para salir de tanta confusion, mandándola que me sacase un poco de agua, al ponerlo Julia por la obra, con su cuidado tuvo efecto el que yo traia, pues con muy poca fuerza que hice la trastorné dentro del hondo y profundo algibe, adonde dejándola algun tanto batallar con la última y temerosa agonía, cuando ya me pareció estaria muerta, disimulando mi ingratitud y crueldad, dando voces con lágrimas fingidas, así á mis padres como á vos y á la restante familia hice creer por infalible verdad la desgracia casual de Julia y mi verdadero sentimiento. Esta ofensa y terrible pecado que contra el cielo cometió mi alma, es la que agora con tanto deshonor ha permitido pague vuestra desdichada y querida esposa, la cual os ha amado, obedecido y querido con tanta fidelidad y constancia cuanto desta verdad el cielo y la tierra son testigos. Y así, dueño mio, por última despedida os ruego vivais seguro y contento de que por mi causa vuestra reputacion no ha desmerecido; ántes sin embargo de mi afrenta, aunque podia excusarla, he hecho esta última declaración, descansando sobre todas las cosas que en ninguna deis de quedar muy satisfecho; que haciendo vos en esto mi voluntad, si puede en este mortal trance haber consuelo, le tendrá esta triste y afligida alma; la cual de nuevo os encomiendo, haciendo por ella de vuestra parte lo que de tan cristiano celo confio, y en particular la verdadera y más acertada satisfacion que pudiéredes dar en estos dos sangrientos homicidios, como en la causa que más en esta triste hera me atormenta.»

Aquí pues no pasó adelante aquella dichosa alma : dejó sin duda la urna hermosa y peregrina de su gallardo cuerpo ; y aquí, nobles caballeros, perdiendo los estribos mi llanto y mi paciencia, sin aguardar un punto, en el hábito que veis y con la compañía que conmigo traigo, me salí de Sevilla, determinado á acabar esta cansada vida en la peregrinacion presente, si ya, ilustre Gerardo, la desdicha de vuestro caro amigo no pretendeis vengar en mi cabeza, que rendida y de mi voluntad ofrezco á vuestros piés.

Con estas últimas palabras dió fin el lastimado Roberto á su llorosa historia, con tantas lágrimas y suspiros, que no pudiendo hacer ménos los que le escuchaban, hubieron de acompañarle con otro igual llanto, ya que no en el mismo tormento ; hasta que despues de un breve espacio que así les tuvo el desastrado cuento lastimados, reprimiendo Gerardo las lágrimas de sus ojos, así le dijo las siguientes razones :

Habeis tomado, señor Roberto, tan cruel venganza de vos mismo con tan desgraciado y lamentable suceso, que entiendo por cierto, aunque muy culpado os hallárais en la muerte del buen Leriano, no habeis dejado parte á sus amigos sana en toda vuestra persona para mejor satisfaccion ; así que de la mia podeis vivir seguro que, aunque á lo íntimo del alma me ha llegado el desastre de mi querido amigo, el vuestro es tan grande, que quisiera ántes consolaros que afligiros : el cielo os encamine y dé el remedio que puede á tanta pena. Y con esto, retirándose de la sala con no poca, dió lugar á que los demas caballeros agasajasen el lastimado peregrino, con quien habiendo pasado otras muchas razones, entretuvieron gran parte de la noche, hasta que, haciéndose hora de reposar, lo pusieron por la obra.

La siguiente mañana, habiéndose despedido los dos peregrinos de Gerardo y sus amigos, se pusieron en camino, haciendo don Jaime y él lo propio, bien confusos y admirados del lastimoso caso que habian oido. Aquel día llegaron á hacer siesta á un gentil y agradable lugar que del de don Jaime parte y divide la mitad del camino, adonde de acuerdo de entrambos les pareció dejar á Jacinta en un convento de monjas, en el cual era abadesa una tía de don Jaime, hasta prevenir cierta duda que en esta ocasion se les ofreció, y fué que, habiendo encontrado don Jaime un criado que de su lugar venía á él despachado, supo cómo habia llegado aquel mismo día un juez de su majestad, que con silencio, secreto y vigilancia quedaba haciendo muy grandes diligencias : cosa que no pudo ménos de darles mucho cuidado, al uno por el achaque que consigo traía, y tan peligroso y de riesgo, y al otro por la confusion que de la ignorancia de tal venida y diligencias en su señorío le habia de proceder. Y aunque despues se entendió la causa por bien poco importante para los dos, porqueseu asistencia del juez era de comision del consejo de Ordenes y sobre diligencias particulares de cierto hábito, todavía les pareció hasta bien satisfacerse dejar á Jacinta ; la cual cuando entendió su determinacion, sospechando no fuese otro su intento, hizo tales y tan grandes extremos en su contradicion, y habló y dijo razones tan lastimosas, que viéndolas acompañadas de caudalosas corrientes de aljofaradas lágrimas, mil veces estuvo su amante por dejar el viaje comenzado ; y sin duda con su querida prenda se volviera, á no estorbársele con harto dis-

gusto su amigo don Jaime ; y en efeto, aunque no les fué posible reducirla por ningun humano remedio de su voluntad y á tan sano parecer, aunque no quiso, llegando al convento y dando aviso don Jaime á su tía de la razon que les movia, la dejaron en su compañía, con tantas lágrimas y desmayos y gemidos de Jacinta como si verdaderamente aquella fuera la última y mortal despedida de Gerardo, ó le viera delante de sus ojos de penetrantes heridas muerto ; y aun entiendo encarezco poco su notable sentimiento, de quien procedió el irse deslabonando estas voluntades, persuadida Jacinta á que era de Gerardo mal pagada : cosa que si una vez llega á suceder, aunque sea sin causa, jamas vuelve á soldarse, como el ejemplo de esta dama desde este punto nos da bien á entender. No fué menor la pena que hasta el fin de su camino llevó el enamorado caballero, aunque en dar la vuelta no fuéron perezosos, informados con toda seguridad y certidumbre de la venida y ocasion del juez, que fué la misma que ya dije ; y así, la venidera mañana ántes de las diez del día se apearon en las mismas puertas del convento, y con tan ardientes deseos en Gerardo de ver á su Jacinta, que cada minuto se le hacia largos años de ausencia ; y en conclusion, llamando en el torno y portería, no dilató, sabiendo su venida, en salir el abadesa, á quien despues de haber saludado, pidieron juntamente mandase llamar á la hermosa Jacinta ; y habiéndolo así hecho con una monja, despues de una gran pieza volvió sola la que con el mensaje habia ido ; la cual tomando licencia de la superior, volviéndose á Gerardo, le dijo desta suerte : Como quiera que el ser mensajera y mandada me excusa de cualquier culpa ó disgusto, habréis de perdonar, señor Gerardo, el que con la respuesta que os traigo forzosamente habeis de recibir. La discreta Jacinta, á quien por vuestra orden fuí á llamar, me pidió que de su parte encarecidamente os rogase tuviédeses por bien de condescender con su voluntad, que determinadamente es de quedarse en este convento y con el hábito de nuestra sagrada religion. Tambien me advirtió que os suplicase sobre todo fuédeses servido, pues os hallais con bastante haber y joyas de valor, de suplir con parte dellas su necesidad y la debida satisfaccion que forzosamente se requiere en semejantes casos, para poder con seguridad de asistencia quedar, como desea, sirviendo á Dios y rogándole por vuestra salud y vida. Esto es, en suma, lo que con muy eficaces palabras me mandó os dijese : vos agora, señor, podréis determinar como cristiano y caballero en lo que aquesta dama os pide y tanto á su alma y sosiego vuestro importa. No pasó adelante en su razonamiento la religiosa monja, ni la súbita alteracion y enojo de Gerardo la dió lugar á mayor preámbulo ; porque, reventándole el corazon dentro del pecho, y arrojando fuego y centellas vivas por los ojos, volviéndose á la abadesa, la dijo : No es posible, señora, que de la boca de Jacinta hayan salido razones tales, ni yo de su amistad larga y tan verdadera podré presumir tan fácil despidiente y olvido ; y estoy tan seguro de su firmeza, que aun me parece, estando en su presencia y oyendo mis orejas semejantes razones, no las diera crédito ; ántes sospecho que de tal novedad vive inocente ; y así, os suplico me desengañeis, diciéndome la verdad deste caso, aunque la vista de Jacinta será el desengaño más eficaz para mi corazon. Aquí tomando don Jaime la ma-

no, que no ménos alterado que Gerardo estaba, rogó lo mismo á su tia; la cual les procuró dar á entender por fuerte y infalible verdad lo que de Jacinta se les habia dicho, y juntamente cómo desde la noche pasada lo habia de su misma boca entendido, pidiéndola no permitiese la sacasen de su convento, y otras razones con que le era fuerza y de obligacion religiosa y cristiana no consentirlo. Mas con todo eso, importunada de los dos amigos, se dispuso á hacerla parecer, y con este pensamiento, dejándolos en la portería, adonde con los caballos de diestro se aguardaban, volvió al cumplimiento de su palabra, aunque no tuvo efecto, ó no quiso que saliese Jacinta delante de Gerardo, á quien procurando consolar con prudentes y discretas palabras, juntamente pretendia borrarle de su memoria y corazon la de su dama.

Mas pudo tanto y fué de tan gran fuerza el golpe de semejante desden en la afligida y triste fantasia de Gerardo, que, posponiendo el peligro de su vida, la ofensa del cielo y el riesgo de su honor, arrebatado de furiosa ira y sin reparar en el sacrilego atrevimiento que cometia, volviéndose á don Jaime, puesto el derecho pié en la puerta y clausura del cerrado convento, le dijo estas breves y sentidas razones:

«Caro amigo y compañero, el fuego que me abrasa es inmenso, mi amor terrible, y mayor y más grave de sufrir la sinrazon que Jacinta me hace: yo la he prevenido y aconsejado esto que agora determina, muchas veces, y adonde, poniéndolo por obra, hubiera asegurado mi cansada vida y consolado con tales nuevas las de sus tristes padres, y nunca della he podido conseguir mi desco: por donde reconozco que otro es, y no el de servir á Dios, el que á dejarme la ha movido; y así, estoy dispuesto á no consentirlo: caballero sois, y yo vuestro amigo, y tal, que en cualquier trance perdiera por vos mil vidas. Harto os he dicho para dejaros empeñado: tomad estas riendas, y guardadme, como quien sois, estos umbrales; que yo saldré con mi intencion ó moriré en la demanda. Y diciendo esto, sin esperar respuesta ni atender á las exclamaciones, gritos y alaridos de las monjas, tomando á la que primero vino con el mensaje por la mano, y en la diestra la espada desnuda, para atemorizarla, se arrojó en lo vedado del convento, adonde á pocos pasos, habiendo sido guiado por la centinela que consigo llevaba, sabiendo á un ancho y bien labrado claustro, vió entre otras monjas sentada con gran regocijo y sosiego á la ocasion de tan atroz delito. Las que la acompañaban y la que con Gerardo venia, viéndole venir de aquella suerte, se desaparecieron en un punto; pero Jacinta no las pudo seguir, ni aun moverse de adonde sentada estaba, porque cortada y cual si muerta fuera la dejó la repentina vista de Gerardo; el cual levantándola por un brazo del suelo, no pudiendo explicar la lengua lo mucho que el corazon en sí encerraba, sin hablarse palabra, por la misma parte que habia venido, se volvió con ella á salir, y con harta más priesa y brevedad, porque á esta hora crecian los gritos y clamores de las monjas con tal rigor y vehemencia, que totalmente parecia venirse al suelo todas aquellas altas y fortísimas paredes; con que no fué menor el alboroto de la vecindad, y aun de todo el lugar, pues en un punto se juntaron á las mismas puer-

tas que don Jaime guardaba, más de docientas almas, aunque, como los más viniesen desapercibidos, con poca defensa que los amigos hicieron, tuvieron lugar de ponerse á caballo, atravesando Gerardo en los arzones delanteros á su Jacinta, que con un profundo desmayo, causado del temor presente, en esta misma sazon estaba; y sin aguardar á más dilacion, rompiendo el valiente aragones el escuadron de gente que delante tenia, abrió ancho camino con su espada, franqueándosele al caro amigo que detras le seguia; con que, sin poder nadie estorbar su intento, al más ligero correr de los caballos salieron del lugar, de quien, por ver la mucha gente que los seguia, procuraron alejarse cuanto les fué posible; aunque en esta arrebatada fuga, como en todo, Gerardo anduvo desgraciado; porque, habiéndoseles cerrado la noche muy oscura, perdiendo el camino que llevaba, asimismo perdió la noble y valerosa compañía de don Jaime, no pudiendo volver á ella, ni aun saber por cartas lo que se hubiese hecho ó sucedidole. principio manifiesto de los muchos trabajos que en castigo de tan detestable atrevimiento le fué enviando el cielo á nuestro Gerardo; al cual desta suerte le fué forzoso, aunque no el perder el viaje, á lo ménos la certeza y seguridad del camino; en quien, por sentir á Jacinta muy debilitada y peligrosa, se hubo de ir suspendiendo; y así, acomodándola lo mejor que pudo, poco á poco, aunque ignorando si se alejaba ó acercaba, anduvo hasta la futura mañana, que se halló emboscado en un áspero y cerrado monte, por el cual habiendo caminado hasta más del mediodia con harto pesar y disgusto de su alma, por la necesidad que de reposo llevaba Jacinta, al fin quiso su suerte que á la hora que digo llegasen á una cabaña de pastores, adonde, siendo de algunos que la guardaban con buena voluntad recibidos, se apearon, procurando Gerardo como mejor le fué posible y el tiempo y ocasion dió lugar, remediar en algo la pasion y accidente de su cruel y ingrata señora; que esta sola causa, mucho más que el riesgo de su persona, daba cuidado al triste caballero, aunque podia por entónces estar seguro, tanto por el fragoso lugar, cuanto por haberse alejado del peligro más de lo que pensaba; que en esto anduvo Gerardo venturoso, pues sin saber ni conocer la tierra, estaba del lugar y convento distante aun más de diez leguas. Con todo eso, tomando lengua del más cercano lugar del reino de Valencia, aquella misma tarde, algo más aliviada Jacinta, volvieron á su camino, y el siguiente día adonde deseaban, que fué una buena villa; en quien aposentándose con secreto, pudo con más comodidad ser curada su indisposicion, que no fué tan leve ni ligera que les dejase proseguir el camino de Valencia en más de treinta días; después de los cuales volviendo á él, en poco tiempo se acercaron á aquella apacible y regalada ciudad. Mas ántes que á ella llegasen una jornada, yendo los dos (al parecer del buen Gerardo, bien que no al de la cautelosa dama) más conformes que nunca habian estado, una fresca y alegre mañana, aun mucho ántes que amaneciese, que por el encendimiento y calor del sol entónces caminaban, tratando en lo que mejor les parecia, ocupado y divertido Gerardo en la dulce y disimulada conversacion de su Jacinta, cuando quiso volver sobre sí se halló fuera de

camino y embreñado en un alto y enmarañado encinar; del cual queriendo salir á la perdida senda, con más engaños se enredaron en él. Pues caminando, como digo, perdido y disgustado el pobre caballero, no pasó muy grande espacio sin que á sus oídos llegasen unos lastimados y tristísimos suspiros, que con algunas pequeñas pausas le herian y lastimaban su corazón. Crecían á más andar las tristes quejas; y Gerardo, pareciéndole que su origen estaba no muy lejos, apresuró cuanto le fué posible su viaje, aunque por mucha diligencia que hizo, primero que la causa hallase, plateando los campos y aljofarando las cristalinas aguas, mostró su hermoso rostro la dorada aurora, dando al mundo alegres nuevas de la breve venida de su esposo; con cuya luz Gerardo pudo reconocer más claramente el lugar donde estaba, y las aguas dulces de un pequeño arroyo, por cuyo margen verde caminaba, matizadas de sangre, que, como en el cristal el carmin puro, formaba varios, aunque temerosos esmaltes; de que no poca alteracion recibió él y su amada Jacinta; más trayendo á la memoria aquellos primeros desastres de su trágica historia, dispuesto á cualquier peligro que le sucediese, prosiguió su camino al tino de la voz y por el mismo raudal, hasta que, habiendo llegado adonde entre unas verdes y espinosas zarzas un pequeño prado se hacia, vió en medio dél un bulto, que solo por los gemidos que despedia conoció ser persona humana. Estaba sin moverse á una ni á otra parte, cercado de abundancia de sangre, y della matizadas las yerbas y flores, que en este breve espacio más amenas y alegres adornaban las márgenes y orillas del arroyo, que por estar y correr tan vecino participaba del sangriento, aunque no debido tributo. Todas estas cosas lastimaron de suerte al noble Gerardo, que sin esperar más un punto se arrojó de la silla, y haciendo lo mismo Jacinta, llegaron á descubrir el herido cuerpo, al cual hallaron desnudo, reconociendo ser mujer al instante; con que fué mayor la compasion y lástima de los que la miraban. Parecióles, aunque macilenta y pálida la color del rostro, muchacha y no de mal semblante; bien que liarto confusos y sin esperanza del remedio de su vida, porque tenia su cuerpo lleno de mil heridas; y lo que más admiracion y espanto les causó fué verla cosida y hecha en todo un ovillo, de tal suerte, que las piernas con unas cintas de gamuza claveteada tenia por las pantorrillas cosidas con los muslos; estos con el vientre y estómago; los brazos, la mitad con los dos lados del pecho, y lo restante, del codo á la muñeca, con los molletes: castigo por cierto tan bárbaro y feróz como cruel y inhumano, digno de eterna pena, y aun si le pudiera haber en tal verdugo, más grave y riguroso tormento. No se excusaron los tiernos ojos de Jacinta y Gerardo de dar en esta ocasion al suelo copiosas lágrimas, como al aire ardientes y lastimosos suspiros; mas viendo que con su tierno sentimiento no se ponía remedio al presente daño, pareciéndole á Gerardo no estarian de poblado muy lejos, se determinó á llevar la sangrienta moza al más cercano lugar; y con este presupuesto, quitándose un gaban que encima de un tahalí de pistolas y seguro colete llevaba, juntamente con la ropa que ella tenia cubierta, se la vistió y puso lo mejor y más acomodadamente que pudo encima de su caballo; en quien poco á poco, sustentándola él y Jacinta por éntrambas partes, fuéron

saliendo á lo más descubierto del fragoso monte, permitiendo el piadoso cielo, porque quizá no se perdiese y condenase aquella alma, sacarlos muy cerca del camino real, desde adonde pudieron divisar un bien poblado lugar que á poco más de media legua parecia; aunque fatigado Gerardo, y con razon, por parecerle, segun aquel cuerpo se sangraba y su caminar era espacioso, moriria ántes que llegasen adonde siquiera pudiesen acudir al remedio de su alma; y así, con este cristiano dolor se determinó á dejarla en compañía de Jacinta; á quien dándole parte de su intento, y teniéndole ella por acertado, cobrando de un salto la silla y el camino del vecino lugar, á la mayor priesa de su caballo se fué acercando á él.

A esta misma hora, que era aquella en quien el sol mostraba apenas los soberanos rayos de su frente, venian por el propio camino que Gerardo llevaba, dos religiosos frailes de San Jerónimo en dos gruesas y poderosas mulas, que cuando de él fuéron vistos, no frailes ni hombres humanos, sino ángeles ó querubines se le antojaron; y así, con alegre semblante, parando su caballo, les aguardó á que pasasen unos hondos barrancos y quiebras que allí se hacian; y habiendo llegado, con corteses palabras, despues de haberles saludado, les pidió se viniesen con él adonde muy cerca ganarian, con remediarle su necesidad, un alma cuya salvacion solo consistia en que le siguiesen con brevedad; y no queriendo, por la suspension y peligro que corria, alargarse á mayores arengas, aguardando la respuesta, los vió que así mozos como amos, mirándose unos á otros, habian enmudecido. Y ciertamente que, bien considerado, de su remision no les pongo culpa, ni aun del pensamiento que entónces los alligia; porque quien viera á tales horas un hombre en un gentil caballo y haciendo alarde de un colete de ante y tahalí, cargado con tres pistolas, que por haber dejado el gaban venia descubierto, y en lugar tan fragoso y oportuno, no podia, con la demanda que él traia, imaginar ménos de que fuese algun capitan de bandoleros; gente de quien por sus pecados suele ser oprimida la seguridad de aquellas provincias, no obstante la mucha vigilancia que los vireyes ponen en limpiarlas de semejantes hombres. Pero vuelto á mi propósito, digo que verdaderamente los pobres religiosos entendieron era sin duda lo que tengo referido; y pareciéndoles que su escuadra no estaria muy lejos, acordaron de pedir misericordia; y así, al que de semejante proceder vivia tan apartado, levantando al cielo las manos, le comenzaron á rogar se apiadase dellos, poniéndole por delante el ser sacerdotes y religiosos y la grande ofensa que á Dios se le hacia injuriándoles; y en resolucion, sacaudo de las mangas las bien proveidas bolsas, con lo que traian encima se las ofrecieron, dejando á nuestro Gerardo tan confuso y admirado, que casi se halló corrido del afrentoso miedo de los frailes; y por otra parte, no sabiendo cómo desengañarlos, ni ménos acabando ellos de asegurarse, aunque les dió cuenta del suceso que le obligaba, viendo que los mozos que traian daban con acelerado paso vuelta al vecino lugar, alborotando con subidos clamores y gritos todos aquellos campos, y juntamente el peligro que de su tardanza podia recrecersele á la pobre y lastimada mujer que habia dejado, sin atender en lo que hacia ni en el de-

trimento de su reputacion, mostrando más cólera y enojo del que su piadoso ánimo quisiera, les amenazó de muerte si no hacían su ruego; y diciéndoles esto y careando la pistola al uno dellos, fué tan espantoso el sobresalto de entrambos, que sin responderle palabra guiaron tras dél, y al infierno que los llevara decendieran de buena gana en su seguimiento, según el miedo los tenía acobardados; y así, brevemente llegaron adonde Gerardo habia dejado el desangrado cuerpo, al cual hallaron que todavía peleaba con la mortal y temerosa parca. Aquí apeándose uno de los religiosos, la empezó á confesar; y Gerardo, que á su Jacinta no descubría en todo aquello, sin poderle el corazón sosegar en el pecho, entendiendo que allí cerca se hubiese con recato de los pasajeros escondido, sin despedirse de los frailes comenzó á buscarla, no dejando en todos aquellos contornos por escudriñar un solo palmo de tierra; que como el descubrir á su querida prenda tanto se le dilatase al pobre caballero, casi loco furioso se arrojó por lo más espeso de aquellas montañas, por las cuales, sin comer ni beber, embreñado anduvo cuatro dias, llamando á voces su Jacinta, cuya memoria sola (puedo decir) le sustentaba vivo, poniendo intervalo á las tristezas de su miserable estado con repetir diversas veces las estancias de la cancion siguiente :

Si herido el pedernal, vomita fuego,
Sangre de sus entrañas,
Y quejas del dolor que le provoca
A dar ojos de luz estando ciego,
Con penas tan extrañas,
¿Cómo no arrojó llamas por la boca,
Siendo el hierro que toca
El corazón cautivo,
Dolores de un ausente por lo ménos,
Donde todas las suertes de venenos
Con que muriendo vivo,
Los redujo el amor á quinta esencia
Con fuego del infierno ó de una ausencia?
Salgan estos espíritus formados
Del fuego y del veneno,
Por ojos y por boca repartidos;
Visiten en el aire los alados
Vivientes de su seno,
A los brutos en cuevas escondidos,
Y á los peces dormidos
Al son de la corriente
En urnas de cristal sin artificio;
Todos sientan igual el sacrificio,
Donde ofrece un ausente,
Por holocausto de su amor tan ciego,
En los suspiros humo, en llama fuego.
Escalen hasta el último elemento,
Aunque van tan pesados
Como fueron materia de mis penas,
Que tomo han de volver al pensamiento
De donde son formados,
Y convertirse en sangre de mis venas;
Pero corren tan llenas
De un humor corrompido
Con el continuo curso de mis males,
Que ántes por no volver se harán iguales
Al cielo más subido,
O del intenso ardor con que volaren,
Otra region de fuego, si pararen.
O ya os incorporeis en el esfera
Del fuego poderoso,
Ya os deshegais en humo por el viento,
Ya os derritais al sol como la cera
De un fearo furioso,
Mientras mi alma os diere movimiento
En el curso violento,
Los ecos sean conformes
Al repetir la causa de mi llanto;

Y aunque por ser amargo y triste el canto,
Forme voces disformes,
Siempre á un suspiro otro suspiro siga,
Y el uno tras el otro, á mi enemiga.

Si acaso el aire, herido de este fuego,
Algun rayo formare
En la parte más densa que tuviere,
Repita el golpe á mi Jacinta luego;
Y si en trueno parare,
O algun presto relámpago saliere,
La ejecucion que hiciere
Con impetu confuso,
Cese con este nombre en sus extremos;
Que á veces obra amor estos extremos
Contra el tiempo y el uso,
Porque tienen efecto diferente
Las quejas y suspiros de un ausente.
Aprendan á hablar en otro canto,
Oyendo mis suspiros,
Las aves, que rompiendo su elemento,
Suelen llegar al estrellado manto
Con alas de zafiros,
Haciendo tornasoles por el viento;
Y en mal formado acento
Y voces destempladas
Con los rústicos picos gorjeadores
Publiquen la ocasion de mis dolores
Y sus quejas cansadas,
Porque mi mal en bocas de inocentes
Lastime algunos ojos inocentes.
Las hojas, que del viento sacudidas,
Se besan tiernamente,
Con envidia del sol que las acceha,
Por verlas á la sombra entretenidas
Celoso y diligente,
Hasta escalar la rama más estrecha,
Más vana y satisfecha
De hacelle resistencia,
Murmuren la desdicha de mi estado,
Cuando en quejido ronco apresurado
Y dulce diferencia,
Las ramas que con otras se encontraren
Con reciprocos lazos se besaren.

Las guijas de la fuente, que ántes fueron
Los dientes de Narciso,
Huesos entónces, ora piedras duras,
Ni cuenten ni murmuren cuando vieron
Mutarse de improviso
Las venas rojas en las aguas puras;
Que vanas hermosuras
Son breves tiranías.
Sean los ecos de su centro frio,
No el llanto ajeno, sino el propio mío,
Perdidas alegrías,
Y sin Jacinta, celos y desdenes
Presentes males y pasados bienes.

Así el lastimado Gerardo solenizaba con amargo llanto la tragedia de sus desdichas y ausencia de su fugitiva dama, hasta que, reconociendo su perdicion y el mal remedio que para hallarla podia haber en aquellos montes, determinó dar la vuelta á la misma parte donde la habia perdido, pareciéndole que por ventura, viendo aquella mañana que la dejó Jacinta su tardanza, temerosa, como mujer, de algun desastrado suceso en aquel despoblado, se hubiese ido al cercano lugar; á quien con este nuevo, aunque descaminado pensamiento, llegó Gerardo al ponerse el sol, y con el desacuerdo que ya podéis pensar, no dejó calle, plaza, casa ni meson adonde no preguntase por su querido dueño, hasta que, cansado de trastornar de arriba abajo el lugar, forzándole su desmayado cuerpo á tomar algun descanso, se hubo de apea en una posada; en la cual apenas puso los pies, cuando, sin ser oídos ni vistos, se abrazaron con él veinte hombres, y dando voces, apellidando favor á la justicia, le llevaron, sin

escucharle razon alguna , á una fuerte torre cuyos hondos cimientos servian de calabozos y cárceles á los pobres y como nuestro Gerardo desdichados hombres; á quien luego se le advirtió el origen de su prision, imputándole, no solamente el ser bandolero, mas las crueles y bárbaras heridas de la mujer que confesando dejó en poder de los dos religiosos; los cuales viendo que él no volvía, haciendo cierta su sospecha, acordaron de traerla á aquel lugar, y asimismo de dar cuenta á la justicia del suceso, como al fin lo pusieron por obra, dejando escandalizada á toda aquella gente con semejante crueldad; aunque no permitió el piadoso cielo muriese la pobre moza del rigor sangriento de tan innumerables heridas, acudiendo la justicia á su cura y salud con gran cuidado; bien que en más de ocho dias nunca tuvo entero juicio, ni ménos pudo hacer declaracion que pareciese concertada, para verificar su desastre. Pues como descuidado de semejante peligro, y cuidadoso de la pena que le afligia, Gerardo anduviese preguntando por su dama por las calles y casas del alborotado lugar, y muchas personas supiesen de relacion de los dos frailes las señas y hábito que traía, y su demanda fuese asimismo de una mujer, juntándose una y otra sospecha, dió lugar y ocasion no poco justificada á que, andándole á las espías, intentasen su prision, como lo hicieron.

Muy afligido se halló Gerardo con su nueva desventura, tanto por el riesgo de su vida, cuanto por el impedirle en tal coyuntura su demanda y libertad. Mas visto que ya no podia excusar su desdicha, pena ya bien reconocida por él del temerario sacrilegio, pidiendo misericordia á los piadosos cielos, procuró lo mejor que supo descargar su persona y no dejarse perecer, aunque sus diligencias fueran de poco efeto si la herida moza muriera sin declarar la ocasion verdadera de su desgracia; mas habiéndole concedido Dios la vida, con ella se facilitó su trabajo y entendió la verdad, declarando á dos hermanos suyos por reos y agresores de sus heridas; que irritados de que un mancebo de desiguales prendas, teniendo las mejores de su hermana, la pudiese con pública afrenta por su esposa, con el enojo y passion que della se les habia seguido, sin reparar más que su venganza, para mejor tomarla la habian sacado de la insigne ciudad de Barcelona, de donde todos eran naturales; y diciendo la traían á Denia con unos deudos que allí tenían, llegando una noche á aquel monte, y desnudándola en carnes, habian hecho de ella el bárbaro y riguroso sacrificio que habeis oido. Aunque con todo esto no se determinó la justicia á darle á Gerardo la deseada libertad; ántes, fuera de hacerle purgar muy bien los indicios que de bandolero le daban el hábito y pedernales, le hicieron que á su costa enviase á Cataluña para la verificacion de la verdad y confesion de la afligida mujer, que hallándose por cierta, y juntamente ausentes de Barcelona á sus hermanos, tuvieron por bien de soltarle. Y no se consiguieron estas diligencias con tanta brevedad, que primero que llegase la de su libertad, no se hubiesen pasado aun más de cuatro meses, en los cuales consumió y deshizo cuanto de estima y valor le habia quedado: de suerte que cuando se quiso partir apenas limitadamente se pudo acomodar de dineros para una mula; que á tal

extremo reducen á los hombres muy poderosos, trabajos tan importunos y insufribles; y al fin, habiendo acordado su viaje para la antiquísima villa de Denia, llevado de forzosos respetos, salió para ella una mañana de aquel lugar, y tan escarmentado de los naufragios que en él le habian sucedido, que aun no le parecia caminar en su entera voluntad. Todo este dia anduvo Gerardo solo con el mozo que le guiaba, hasta el siguiente, que cerca de una venta se juntó con otro gentilhomme, que llevando su mismo viaje, y no con mayor compañía que la que él llevaba, despues de haber sesteado juntos, prosiguieron en buena conversacion su camino, con pensamiento de concluir aquella noche su jornada, picando con diligencia la vuelta de Denia. No encontraron por todo el camino, por ser muy poco pasajero, persona alguna, hasta que, siendo como las cuatro de la tarde, en medio de un jaral espeso por do caminaban, y liarto descuidados, les salieron dos hombres al encuentro, que así en sus trajes como en sus armas y personas dieron luego á entender quién ser podian. El uno destos dos, que verdaderamente, más que hombre, parecia algun ministro del infierno, les dijo se detuviesen; y trabando á Gerardo de las riendas, poniéndole la pistola á los pechos, dió lugar á que su compañero hiciese con el de Gerardo lo mismo; que como esto viesan los criados y reconociesen el notorio peligro de sus dueños, sin aguardar el suceso, los desampararon, volviendo con la mayor priesa que les fué posible las espaldas. Todo esto consideraba el buen Gerardo, y arriesgara sin duda en tan conocido riesgo su persona, si á esta hora no viera irse levantando otros seis hombres que entre las espesas matas estaban encubiertos; y el uno, que así en la mejor disposicion de hábito como en la presencia daba á entender ser el mayoral de todos, pareciéndole que los tristes pasajeros andaban en el dejar las sillas algo remisos, con voz ronca y espantable, vuelto á su maldita compañía, les dijo: Canalla vil, ¿qué haceis con esos desdichados? ¿Traeis acaso por bien parecer aquesos pedernales? ¿Cómo no los derribais? ¿O queis por ventura que mis manos se empleen en tan miserable tiro? Y diciendo esto y levantando una pistola fué todo uno, al mismo punto que, derrocándose en el suelo los pobres que razones tales oian, dieron lugar á que aquellos furiosos hombres los desarmasen, escudriñando asimismo sus personas, y con tanta violencia y cólera como si sus mortales enemigos fueran: en conclusion los desnudaron, dejándoles en calzas y jubon. Golpe era este por cierto bastante á deshacer un corazon de diamante duro; mas no hizo mella ó setimimiento en el afligido y tierno de nuestro pobre Gerardo; el cual, si se permite decir cristianamente, más deseaba la muerte que el vivir tan rodeado de desdichas; y con este endurecido pensamiento, callando á las presentes injurias, con firme y constante ánimo esperaba el fin de su suceso: todo lo cual pasaba muy al contrario por su compañero; porque haciendo mil lastimosos extremos, vertiendo de sus ojos tiernas lágrimas, procuraba con ellas enternecer al bárbaro y empedernido capitan, que, reparando algo más en su rostro y persona, le conoció; y así, viéndole que á sus piés se habia arrojado, con arrogante y soberbia voz le mandó se levantase, diciendo: ¿Por ventura, cami-

nante. no eres tú Vicente Arbias? Porque, si en tí mi vista no me engaña, tengo delante el hombre á quien debo no ménos que la vida. A estas razones, como vuelto de un largo parasismo, alzó los ojos el medroso valenciano; y viéndose llamar por su propio nombre, más animado, con flaca y turbada voz le respondió ser el mismo que imaginaba, cuyo oficio era de procurador de causas en la ciudad de Valencia; aunque no le fué posible, por más que lo procuró, conocer al que así le estaba hablando; el cual, reconociendo su temor, le replicó: No te atemorice mi vista, ni ménos la de estos compañeros; que seguro puedes desde luego volverte. Y advierte que ha salido tu amigo Pedraza, que es el que delante miras, de la obligacion en que le tenias desde la hora en que por tu causa y buena diligencia se libró de la cárcel y prision de Valencia. Toma tus vestidos; y volviéndose á su compañía, prosiguió: Y vosotros volvedle hasta un diner que le hayais tomado, y acompañalde hasta el seguro puerto; que su recompensa queda á mi cargo. Palabras fuéron estas que á los oídos del afligido Vicente se le antojaron angélicas saluciones; y no sabiendo ni hallando razones suficientes para tan grande agradecimiento, arrojándose de nuevo á sus piés y vistiéndose en un instante, subió en su mula, dando á su viaje la vuelta, acompañándola des de aquellos ministros de Caco.

Bien entendió Gerardo en este punto que, pues así le dejaban, querian hacer de su malograda juventud algun sangriento sacrificio; y con semejante pensamiento, levantando los ojos al cielo, con el corazon le pedia misericordia y remedio á los presentes males y desdichas; y viendo que aquellas gentes le mandaban viniese en su compañía, comenzó á seguirles por lo más espeso y fragoso de aquellas rígidas y temerosas montañas, á tal hora que el sol muy apriesa su carro iba acercando á los antípodas. Poco más de una legua habian por el cerrado monte caminado, cuando habiendo llegado á un hondo y escondido arroyo que de cava y fuerte foso servia á una tajada peña, prosiguiendo en las márgenes mismas su viaje, en breve espacio llegaron á una angostura ó paso que en él se hacia; por donde atravesando, subieron á la erizada roca, en medio de la cual estaban cinco ó seis pajizas chozas que de albergue y reparo servian contra las inclemencias y rigor del tiempo y sus mudanzas. Mas apénas fuéron de los que en las cabañas asistian oídas sus pisadas y rumor, cuando les salieron á recibir otros diez ó doce hombres del mismo talle, oficio y parecer, y entre ellos uno de bizzarra y gentil presencia, tan galan y bien aderezado, que á Gerardo dió con su agradable vista gran consuelo; bien que entónces no pudo determinar si el rostro conformaba con su gallardía, porque, demas de encubrirle las faldas de un blanco y militar sombrero, el ser ya de noche se lo estorbaba.

Tenia vestido el galan mancebo, sobre un jubon de tela y plata fina, cuyas mangas claramente se le parecian, una gabardina de terciopelo verde guarnecida de espesos y menudos alamares de la misma plata, y por encima del hombro diestro un tahali tachonado y guarnecido del precioso metal, pendientes del dos pequeños y grabados pedernales, con un calzon de da-

masco, media, liga y zapato blanco, y plumas verdes y blancas, con que adornaba la gallarda persona con tanto donaire y despejo, que sin acordarse Gerardo de sus trabajos, su vista le tenia suspendido. A este pues enderezando el capitan, se vino con los brazos abiertos; mas poniéndole el gentil mancebo con algun desaire la mano en los pechos, deteniendo su efeto, le dijo: ¿Cómo, señor Pedraza, venis tan solo y pedis mis brazos? Bien podeis excusarme de este trabajo por agora, que volviendo sin presa, no tengo obligacion á pagáros con semejante favor. A estas razones replicó riéndose Pedraza: No haya más enojos, dueño mio; parad, no arrojéis, sin oír mi descargo, el riguroso fallo de vuestra sentencia, y volved los ojos á mi compañía, que en el acrecentamiento della conoceréis que traigo algun despojo, de cuyo precio desde luego á vuestras blancas manos prometo un precioso rubí. A estas últimas palabras, volviendo con más atencion el gentil mancebo la vista, se hubo de encontrar con la del desdichado caballero, que desde el punto que habia oido su voz, pareciéndole conocerla, el triste corazon casi le queria reventar dentro del pecho. Mas cuando del todo reconoció ser el disfrazado mancebo su Jacinta, en poco estuvo de dar consigo en el frio suelo; en el cual no pudiendo el valor de su ánimo sustentarle, sin serle posible otra cosa, fingiéndose indispuerto, se sentó con un profundo y doloroso gemido. No desconoció la ingrata Jacinta el rostro y presencia del que un tiempo quiso, adoró y obedeció por señor y dueño absoluto de su voluntad; mas no hizo en su semblante género de mudanza ó sentimiento, ni ménos el verle así desnudo y maltratado la movió á compasion y lástima; ántes dando á entender que no le conocia, vuelta á su nuevo amante, riéndose le dijo: No me ha desagradado el talle del mozo, pues al fin está más segura nuestra ganancia y no ménos sañeada la compra de vuestros amigos: mandadle llevar á la sofota, y en el interin tratemos de cenar. Y con esto, tomando al bandido capitan por la mano, juntamente con él dió vuelta á su cabaña.

No pases adelante, lector piadoso; suspende un tanto el curso de tus ojos; y ya que con la presencia es imposible, siquiera con la consideracion ayuda á llorar en semejante trance tan gran dolor como al presente sentiria aquel triste y lastimado caballero. Considera el vilísimo empleo de su más querida y estimada riqueza, y contéplale pobre, solo, abatido y desnudo y despreciado, y en poder de unos furiosos y homicidas bandoleros; que sin duda sospecho, si á tal pensamiento da lugar tu fantasia, muy presto convertirás en lágrimas los presentes renglones.

Mil veces estuvo el desgraciado Gerardo por arrojarse entre aquella brutal gente, y despedazarla con los dientes, tomando en ella de su injuria venganza; y aunque si tal obra intentara le fuera muy cierta y segura la muerte, no el temor de recibirla excusó su arrebatado pensamiento; solo parecerle desesperacion temeraria, en que ponía la pérdida de su alma en contingencia, pudo suspender su furiosa rabia; la cual asimismo atajaron tres ó cuatro de aquellos hombres, que haciéndole levantar de adonde estaba, juntamente se le llevaron consigo; y dando á la fragosa peña algunas vueltas, bajando casi hasta la mitad della, el

uno desencajando cierta pizarra negra que á una juntura ó boca de cueva servia de puerta, aunque tan disimulada, que nadie la podia echar de ver, le mandaron entrar dentro; y cerrando ellos por la parte de afuera fuertemente, se volvieron por donde habian venido, dejando en la oscura y temerosa gruta á Gerardo tan congojado y afligido, que verdaderamente entendi6 le habian allí encerrado para que de hambre rabiando tuviesen fin sus días; y muchas veces se halló arrepentido de no haber puesto su venganza y enojo en ejecucion. Al fin, de esta suerte que digo estuvo más de una hora sin pasar adelante, por parecerle que solo hasta donde él estaba se extendia aquella tenebrosa mazmorra. Mas en este punto oyó que de la parte de adentro venian hablando, aunque muy lejos le pareció estaba del rumor que sentia, en medio del cual entendi6 una voz que con espantoso ruido sonaba, subiéndole tan organizada, triste y temerosa por la caverna y gruta, que totalmente se persuadió á que fuese aquella alguna de las bocas ó puertas infernales. Parecióle que ya la voz se le venia acercando; y así, ménos confusamente pudo entender que decia de esta suerte: A tantos gritos, cautivo y miserable hombre, ¿cómo no respondes? ¿O cómo adonde estamos no decides, pues ya á ser nuestro desdichado compañero le guió tu infeliz estrella? ¿Qué haces? ¿Qué aguardas? ¿Hate faltado por ventura el vital aliento? ¿O empiezas á gustar del acibar amargo que por consuelo tenemos en aquesta morada? No desmayes, anima el corazon, que aun son los trabajos presentes mucho menores de los que te esperan, aunque con algun género de alivio, pues tendrás quien en ellos te hará forzosa compañía. Estos últimos y finales acentos llegaban de la triste voz á los oídos de Gerardo, cuando se le puso delante de los ojos un hombre con una tea de resinoso pino encendida en la siniestra mano, y en la otra una delgada y frágil caña que de báculo y arrimo le servia; tan flaco, desemejado y amarillo, que totalmente, como le cojió casi de repente, le dejó fuera de su acuerdo. Parecióle que via en aquella fantasma transformada el alma de su difunto contrario don Rodrigo; porque nunca el temor en trances tales acarrea á la imaginacion ménos horribles y espantosos pensamientos. No supo qué responderle, y en grande espacio ni acertó, ni aun pudo desplegar la boca; que como así le viese el que de la profunda cueva habia subido, y asimismo conociese su temeroso embelesamiento, lastimándose de verle tal, se acercó á él, y tomándole por la mano, le dijo: No os turbe ni maraville, desdichado maneebo, mi debilitada presencia, que aunque la veis en tan penoso estado, ya pudiéades, no ha muchos días, conocerla tan fuerte y robusta como la vuestra; mas la tenebrosa morada adonde estamos y la crueldad y escasez con que de sus bárbaros dueños somos tratados, que por onzas nos dan un miserable y asqueroso sustento, hacen en mí y en otros veinte hombres que allá abajo nos esperan, igual efeto al que vuestros ojos determinan. No os maravilleis, replicó el desgraciado Gerardo, de que así haya alterado mi ánimo vuestra presencia, pues la novedad y el lugar triste que nos rodea me pueden disculpar; y así, os ruego perdoneis el trabajo que en llamarme habeis tomado, pues no ha sido el excusároslo en mi mano; y con esto, ya que decís

tengo en mis trabajos tantos compañeros, vamos luego en buen hora adonde nos aguardan. Y diciendo esto, comenzaron los dos á bajar poco á poco, dando más de veinte vueltas en caracol, al fin de las cuales llegaron á lo más profundo de la gruta, en cuya anclurosa mazmorra vió Gerardo otros veinte hombres casi del mismo pelo y no mejor semblante del que le acompañaba, rodeados todos de un pobre y escaso fuego, de quien (si alegría puede haber en desventuras tales) fué recibido con ella. Cada uno de por sí le preguntó su desdicha, y á todos juntos les satisfizo Gerardo, entendiendo dellos juntamente la infeliz suerte que á tantos trabajos les habia traído; y asimismo supo cómo con tanta brevedad habian entendido su prision, estando á su parecer en parte tan ajena de comunicacion humana; porque al darles, como solian, por un alto y pequeño respiradero que en la cumbre de la cueva estaba, el sustento y racion ordinaria, que era unos panes de centeno, viniendo uno más, conocieron habia nueva compañía, como lo tenian de costumbre; con que, haciéndoseles hora de dar algun alivio á los causados cuerpos, todos de conformidad se tendieron encima de unas pobres pajas que de cama y regalo les servian; adonde solo nuestro Gerardo, aunque más necesitado de semejante reposo, ni le tomó, ni pudo en todo lo restante de la noche, que para él fué la más prolaja y larga de su vida; ántes entre suspiros tiernos y miserables lágrimas la gastó, consumiéndose en la confusa idea de su nuevo suceso. Y no faltó quien en el mismo desvelo le acompañase, y casi con iguales sentimientos, que fué uno de los más prácticos de su cautiva compañía, y á quien (como sin pensar sucede) con particular confrontacion Gerardo se habia algo aficionado. Este, pues, que no lejos del pobre caballero dormitaba, viéndole agora con tan triste desasosiego, movido á lástima y interrumpiendo sus propias desventuras, le dijo: Aquí, nuevo amigo y compañero, necesidad parecerá preguntaros la causa con que despierto os aligis, pues adonde tantas y tales sobran, llano es que cualquiera basta á mayor desconsuelo; y así, solo me da cuidado el entender de vos si al presente aumenta vuestra general desventura algun particular accidente, pues de comunicarle no se os puede seguir otro daño que el obligarme á socorros con lo que el estado y fuerzas en que me hallo alcanzaren; y así, os pido no dejéis en parte de hacer mi ruego. Calló el triste cautivo, cuando Gerardo, no poco admirado de su piedad y buen estilo, aunque con baja voz, por los que dormian, comenzó á responderle: Discreto compañero, aunque nuestra suerte sea igual en la miseria que al presente lloro, bien os puedo con verdad asegurar que en las circunstancias que á ella me han reducido, nadie lo puede ser conmigo: aquestas me tienen loco y lleno de dolores alma y cuerpo, y tan mal dispuesto, que imagino solo ha de poder la muerte consumirlos: ¿qué quereis que con tal enfermedad no me fatigue, y qué mucho que con tan rabiosa medicina como la que ha aplicado á mis males el cielo gima, y se queje mi cansado cuerpo? Yo os agradezco, como puedo, vuestro buen deseo, y Dios os dé lo que merece; que bien entiendo no faltará á vuestra piedad. En él solo, replicó el pobre preso, tengo de véras puesta mi confianza, bien que el estar seguro de que es el que padezco merecido castigo de mis pecados, me causa al-

gunas veces un temerario desconsuelo, reduciéndome á creer que por ser ellos de tan odiosa calidad no han de tener humano remedio. Dijo estas últimas palabras con tan afectuoso sentimiento el cautivo, que ocasionado dél el curioso Gerardo, pareciéndole en parte desesperado intento el de sus quejas, le atajó diciendo: El crédito que de prudente vais ganando conmigo, me obliga á que os ruegue (aunque esto es lo de ménos) no le queráis perder con tanta brevedad, pues mucho más importa á vuestra alma el no dejarse precipitar de tales pensamientos; porque confiando, como primero prometí, como remedio á mayores desventuras, perdón á muy grandes pecados: doléos de haberlos cometido; que como vos de véras hagais esto, el cielo dispondrá en lo que más á vuestro bien importare. Consuéleos Dios como me consolais, respondió con lágrimas el preso. Y Gerardo, queriendo saber dél más á la larga el motivo de sus penas, extendió su consuelo con darle de su tragedia triste una sumaria cuenta, pareciéndole que por aquel camino, divirtiéndole y consolándole juntamente, le obligaba á que de su vida hiciese lo mismo, como en efecto le salió esta su discreta presuncion; porque, habiendo gastado en los discursos de su pasada historia un breve espacio, suspenso el afligido preso con tan notables sucesos, despues de haberle á Gerardo con lástima encarecido sus desdichas, convidado dellas, hubo de dar á las propias principio, cuando la serena y triste noche hacia en su mitad ligero curso; y así, con flaco aliento, acercándose más al buen Gerardo, le comenzó á decir de aquesta snerte:

Cuando no fuera tan licito como acostumbrado, en la ocasion en que nos vemos, el darse, oh buen amigo, los miserables presos unos á otros generalmente cuenta de sus vidas (como los que, engañando su soledad y divirtiéndolo la causa de sus penas, hallan así algun breve alivio y más entretenimiento), la que con tan noble ánimo habeis dispuesto en el progreso de vuestra historia me forzara á que, haciendo lo mismo, procure salir de la obligacion en que me habeis puesto; y así, os pido con vuestra atencion suplais el estilo y buen modo que faltará en el disponer la de mi vida; la cual tuvo principio adonde sus fines los berberiscos moros de nuestra España.

Sirvieron mis abuelos tan valerosamente en aquellas últimas conquistas á los Católicos Reyes, fundamentos de aquesta monarquía, que tuvieron por bien de heredarnos con generosa recompensa en la ciudad de Granada, adonde hoy tengo mi casa, ó por mejor decir, la de mis padres, caballeros (aunque el decirlo yo en tan humilde suerte parezca demasia) muy conocidos, tanto por su nobleza, cuanto por ricos y bienhechores de sus naturales; bien que tanta facilidad no es posible sino que con la grandeza de mis desventuras se haya notablemente atajado; porque, demas de haber caído sobre su mayorazgo, soy solo y único hijo de su casa; y así, como á tal siendo luz de sus ojos, procuraron mi acrecentamiento, doctrinándome en la niñez, y mejorando mi juventud con todos los respetos y atributos que deben adornar á los hombres nobles. Tendria yo veinte años cuando, habiéndose movido la nobleza de España á servir en la primera jornada de Larache á nuestro poderoso monarca, incitado de amigos, y más del gusto

de mis padres, con mucha voluntad suya, y bien lucido de armas, galas y criados, me hallé en ella. Tuvo el efecto que sabeis; y así, ántes de dar á mi ciudad la vuelta, con algunos deudos me entretuve en Cádiz algunos dias, que en aquellos estuvo por extremo viciosa y regalada, y tan frecuentada de valientes soldados como de hermosas damas; con que, entre las freguas y silencio de Marte, tuvieron los incendios de Vénus no pequeño lugar; y deste me cupo á mí una buena parte; porque, habiéndose, tras de algunas pláticas, seguido entre mí y cierta dama sevillana más que una ligera aficion, en breves dias me sentí della tan prendado, que sin reparar en que de la fácil posesion y asistencia en tales concursos de su persona, no se podía esperar ménos que un inconstante proceder, yo la celaba, recataba y escondia con tan crecida voluntad como si mil años la hubiera poseído. Estaba la señora poco acostumbrada á semejantes desvelos, y así, fácilmente se le hizo angosta mi cintura: desabriase mucho, comia poco, y mucho ménos asistia en mi posada; y en conclusion, ella se determinó á darme cantonada, como en efecto lo hizo, aunque dejando en mi poder dos baules de galas y vestidos muy buenos. No sabré encareceros mi sentimiento; porque este género de mujeres, demas de su ordinario desenfado, tienen un no sé qué con que se hacen querer. Busquéla, y buscáronla mis amigos con harta diligencia; mas, como ella no queria parecer, todas fuéron en vano. Con todo eso, las prendas que me habian quedado alentaban la esperanza que de saber de ella tenia, como al fin sucedió; porque al tercero dia me desayuné con un papel de desafio que cierto galan por cuya cuenta corría mi dama, me envió: pedíame en él los baules que he dicho, ó de no darlos, que nos viésemos, señalándome el lugar adonde me esperaba; á quien, llevado del deseo de saber de mi dama, y igualmente de los celos que me encendian, inconsideradamente y solo me vine con harta brevedad, y con mucha más, de lance en lance nos medimos las espadas y los cuerpos, bien que con mejor suerte mia, porque tropezando mi enemigo, dió de espaldas una gran caída, al mismo punto que saliendo de entre unos vallados otros dos amigos suyos, diciendo á voces que me detuviese, y yo haciéndolo, dí lugar á que en el ínterin se levantase, y por un lado, arrojándose impensadamente, me alcanzase á herir en el rostro. El coraje que de semejante villanía se recreció en mi pecho fué igual al que para ponerse en cobro pusieron los contrarios; los cuales, pensando me dejaban atravesado, se desaparecieron de mis ojos, y aun de toda la isla. Yo por entonces, con general sentimiento de mis amigos, me curé, aunque disimulando, presente la recibida injuria, cuyo autor supe fácilmente que era un caballero sevillano, antiguo amante de mi lasciva Lamia, cuyo amor, con el suceso nuevo y tan de honra, despedí de mi corazon en pocos dias, enviándola, luego como supe se habia de temor retirado á un convento de monjas, sus cofres y vestidos.

Con este nuevo caso, despues de haber hecho hartas diligencias inciertas en mi satisfacion, hasta más asegurar los enemigos hube de volverme á Granada, adonde era bien deseado. Los primeros dias, con la licencia que para variedad de colores, bandas y plumas da el nombre de soldado, anduve acompañado de ami-

gos, dando diversos bordos y rumbos á toda la ciudad; y no sé si los militares galas ó mi contraria suerte inclinaron los ojos de una dama, hermosa por extremo, y por extremo noble, á que con mas cuidado reparasen en mi persona. Y he dicho de la de aquesta dama tantas partes, no porque entónces las supiese, sino por lo que en el discurso de algun tiempo entendí, en el cual vino á mi noticia cómo era de Sevilla, y juntamente la causa de su asistencia en mi ciudad, que era acompañando á sus padres, que en aquella audiencia trataban un importante pleito. El de mis nuevos amores y cuidados, que entónces comenzaba, fué dilatándose por hartos dias, creciendo al mismo peso que los pasados; y como mi experiencia se conformaba con mis años, sin consideracion me arrojaba tras el deseo de mi ciega voluntad; la cual, aunque no tan bien pagada como merecia, en ménos de seis meses se aumentó de suerte, que noche, tarde ni mañana acertaba á salir de la calle de la graciosa Feliciania (que así es el nombre de esta dama); y en este mismo tiempo, despues de inmensas dificultades que se ofrecieron, al fin tuve órden cómo de las mías llegase á sus manos un papel en que, significándole mi verdadero amor, juntamente por el asunto de un soneto la declaré mi pena, nacida tanto de mi desgracia cuanto de su esquivia condicion. No soy amigo de venderme por más de lo que soy; y así, faltando en mí la dulzura y gracia de las musas, me valia de las que más agradecidas se mostraban en el noble y felicísimo ingenio de un grande amigo mio, caballero natural de Ubeda, que hoy vive y se llama don Francisco de Avalos, descendiente de aquel tan famoso como desdichado condestable de Castilla Ruy Lopez de Avalos, que con tantas y tan ilustres casas honró nuestra nacion y las extranjeras; y aun os confieso que deseo lo oigais. Conoscale Gerardo como á sí mismo; y así, advirtiéndoselo al preso caballero, con mayor gusto le oyó que así decia:

Atrevido emprendió, más que prudente,
Regir el coche de la luz del día
Faeton, y por castigo á su osadía
Vió en el ocase su temprano oriente.
Icaro sube hasta la esfera ardiente,
Animado del viento que lo guía;
Y por subir al sol con su porfía,
Bajó al soberbio mar su altiva frente.
Consumió de Faeton el noble intento
Un rayo impío; del audaz y ciego
Icaro el agua fué su adversa suerte.
¡Ay atrevido y noble pensamiento!
Cual Faeton de mi amor te abrasó el fuego,
Cual Icaro te dió mi llanto muerte.

Aunque hubiera el preso encarecido los versos de su amigo mucho más, no le pareciera á Gerardo demasía; al cual viendo que en su cuento proseguia, con nuevo silencio le prestó atencion, oyendo cómo la respuesta de la hermosa Feliciania se habia alargado á darle licencia para que por cierto balcon la hablase aquella noche. Esta dichosa nueva, decia el triste preso, fué milagro que entónces no me sacase de sentido: crecieron, con las nuevas esperanzas, nuevas y mas ligeras alas en mis deseos, los cuales en el límite solo de su promesa se cumplieron aquella noche, pues en ella gocé de la suave conversacion de mi dama. No quiero alargarme en exagerar los amorosos disparates que la dije, la fuerza de mis razones y el agradecimiento de tal favor:

solo os sabré decir que de la bella Feliciania fuéron, aun más de lo que su entereza prometia, alentadas mis esperanzas, satisfaciendo juntamente con el recato de su casa y persona á la suspension que para hablarme habia tenido; con que mas encendido en su amor, me despedí della, prosiguiendo por la misma parte nuestra comunicacion otras muchas noches; hasta que cuando ménos me recelaba, en el medio de nuestra larga aficion, sin saber cómo ni por cuál causa (porque yo aun nunca imaginé dársela) se retiró totalmente de verme y hablarme. ¿Qué diréis, noble amigo, de tan nuevo desden? Y ¿qué os diré yo de mis extremos? Qué de mis ansias? Qué de mis diligencias? Y ¿qué, sobre todo, de la firmeza de mi voluntad, pues esta creció con mayor furia que el injusto olvido de mi dama, de quien en conclusion no pude siquiera alcanzar á saber la ocasion de tal desdicha? Bien que no por esto la calle se perdía de mi vista; ántes las más noches con dulces músicas y acordados instrumentos hacia alarde de su ingratitud; que como mi intento iba enderezado á un honesto fin, y este hubiese de mi boca entendido diversas veces mi dama, no me daba cuidado el encubrir mis pensamientos; y así, entre otros que dispuso para la vihuela mi buen amigo don Francisco, hice cantar á Feliciania este soneto, aludiendo en su materia la condicion de mi amor y la rigurosa suya; y pues vos estais tan de su parte, no os será enojoso el escucharle.

¿Cómo eres niño, amor, si eres gigante?
Cómo eres lince si te pintan ciego?
Cómo hielas á veces siendo fuego?
Cómo eres cera si eres un diamante?
Cómo, si sufres poco, eres Atlante?
Cómo tirano si eres blando al ruego?
Cómo, si ausente, estás presente luego?
Cómo eres Midas si Alejandro amante?
Amor, si eres amor, ¿cómo tú mismo
De desamor y amor causas efetos
Que uno aborrezca cuando el otro adora?
Escuros son al mundo tus secretos,
Babilónico amor, confuso abismo,
Que el que más te ha entendido más te ignora.

Aunque en la corta digresion de aquestos versos declaraba yo, ó mi amigo por mí, los efetos de este poderoso rapaz, no por eso le hicieron en la ingratitud de mi dama; de quien ya poco á poco se iba engendrando en mi pecho nueva sospecha de que tan súbita mudanza no nacia ménos que de algun nuevo amo; con que vuelto otro Argos, desvelado y sin reposo, andaba hecho diligencia centinela. Mas fuéron por demas y de ningun provecho mis cuidados; porque, aunque yo me cansé, nunca pude ni aun imaginar cosa que no fuese muy lícita y honesta, aun en toda su familia, con ser bien grande; y esto me animó á que algunas noches, sin ser notado, me arrojae hasta partes bien secretas de su casa; y una de estas, que con la misma inconsideracion, deseoso de ver á Feliciania, me habia entrado hasta la puerta de un jardín adonde ella solia bajar, y yo con facilidad llegaba, por caer al patio principal, cuando ménos pensaba la vi que en medio de un florido cenador y sentada en el regazo de un galan mancebo estaba, y á mi parecer con notable gusto y alegría hablándole. Susto fué este que, á no temer el escándalo de su casa, me forzara á dar mil rabiosos gritos; y con tan ardientes celos me llegué bien á una reja, por donde mejor se podia oir su plática, en quien, aunque con-

fusamente, me pareció que se llamaban hermanos; con que alentándose más mi corazón, estando atento, por sus razones acabé de entender ser verdad, y que asimismo entónces se acababa de apearse de Sevilla, adonde ántes de esta ocasion sabía yo que estaba, por habermelo dicho mi dama. No fué pequeña la alteracion que entónces recibí; y os prometo que por lo que despues sucedió he considerado lo mal que entónces supe aprovecharme de la providencia con que el cielo iba previniendo á mi alma. Con el regocijo de su nuevo dueño estaba la casa de la hermosa Felicianá ménos recatada y con mayor concurso; aunque, reconociendo mi poca seguridad, quise irme deslizandome poco á poco; mas apenas para ejecutarlo volvía las espaldas, cuando vi que cruzaban de la puerta de la calle hácia donde yo estaba, dos hombres que traian en medio una mujer, y todos, á lo que parecia, de camino: siéndome fuerza el excusarme de sus ojos, hube de torcer el mio á otra parte, encubriéndome en la sombra de unos corredores, adonde esperé á que se recogiesen los recién venidos; de cuya compañía alargándose uno, llegó á la reja del jardín, y por ella, á lo que pareció, llamó al hermano de mi dama, que no tardó mucho en salir al patio, recibiendo, aunque recatado, con los brazos abiertos á aquella mujer; con quien, asegurada su familia, se entró en unos entresuelos, que debian de ser cuarto de su persona, haciendo otro tanto los criados; con que, pareciéndome que todo estaba quieto, quise yo recogerme á mi posada; mas habiendo llegado á la puerta de la calle, con no pequeño disgusto mio la hallé cerrada, quedando el hombre más confuso de la tierra y sin saber determinarme, hasta que volviendo á una parte del zaguan los ojos, y viendo abiertas las caballerizas, sin más detenerme hube de entrar á hacer compañía á tres ó cuatro caballos que en ella estaban, tomando entre el uno y la pared vecina un secreto lugar, adonde apenas encima de mi broquel me había recostado, cuando un hombre que entraba de la parte del patio con una luz, y que, á lo que pareció, debía de tener cuidado de los caballos, sin verme, atrancándose primero muy bien, comenzó á desnudarse, pudiendo yo entónces, por tener delante la luz, verle mejor y conocer que era un gentil esclavo berberisco del padre de Felicianá, por quien, como otras muchas, me determiné á pasar aquella mala noche. Habiase, en tanto que yo pensaba esto, acostado el esclavo en una pobre camilla que arrimada en unos tabiques y enfrente de mi estaba; junto á la cual, habiendo primero pegado una vela encendida, le vi que de rato en rato aplicando la oreja á los tabiques, escuchaba lo que de la otra parte se hacia; y no tardó mucho, cuando (no poco atento yo de su cuidado) le vi que, dejando de escuchar, muy aprieta se levantaba, y de rodillas encima de su lecho, comenzaba á quitar cuatro ó seis ladrillos que en el tabique solo estaban encajados, y consecutivamente, que, habiéndole preguntado de adentro si podía salir, y él respondido que sí, poco á poco entraba por el agujero una mujer, á quien, ayudada algun tanto del esclavo, fácilmente la vi entre sus brazos. Temblábame entónces, aun sin haber conocido á nadie, con una repentina turbacion las piernas y lo restante de mi cuerpo; y el corazón, dando furiosos saltos, parecia querer romper la cárcel de mi pecho; y no pasó muy largo espacio sin que mi triste

alma acabase de conocer la causa de semejantes efectos; porque, no contentándose sin ver aquella dama con mayor distincion sus bárbaros despojos, quitando la vela de adonde estaba, aun no hubo en ella aplicado la luz al rostro de su amante, cuando la de sus ojos deslumbraron los míos, reconociendo los luceros hermosos de mi querida Felicianá, y á ella, con horrible dolor de mis entrañas, por el sugeto vil de tan infame empleo. Mas no sale del encorvado lazo del valiente Caribe mas ligera la enarbolada flecha, que yo, desapoderado y dando furiosos gemidos, salí de entre los piés de los caballos, y arremetiéndome á los infames amantes con la daga en la mano, sin hacer mayor consideracion que la de mi venganza, ciego de los patentes celos y movido de su furor, sin resistencia le metí al vil opositor cuatro veces por el cuerpo el puñal; y viendo que entretanto Felicianá se iba, dejando de herirle, y antojándoseme que la voluntad de haberla deseado por mujer me obligaba al mismo efecto que si lo fuera, asiéndola de un brazo, en lo que de su cuerpo pude alcanzar la di no sé cuantas puñaladas; y sin duda allí la acabara si sus voces y las del esclavo, que ya había salido al zaguan, no me atajaran; porque en un instante ya estaban á la puerta los más de los criados, lo cual reconociendo, con mi perdicion, en dos saltos me puse en resistirles la entrada, teniendo tendido á mis piés y por reparo el berberisco, ya del todo muerto. En medio de aquesta confusion llegó su hermano de mi dama con algunas luces; al cual apenas vi, cuando le conocí, y no ménos que por el autor de la cruel herida que en Cádiz recibí; y él asimismo á mí por su enemigo; con que, sospechando que yo sin duda, avisado de su venida, le había entrado á matar, comenzó á declarar á voces su pensamiento. No eran las que daban en este tiempo de la parte por donde Felicianá se había entrado, menores; y así, viendo su hermano que dellas había de seguirse el acudir la justicia, temiendo justamente algun daño por la mujer que estaba en su aposento, y ignorante del que tenía su hermana, en un momento mandó á los criados que, sacándola de su casa, la pusiesen en cobro. Mas echaron tan siniestro lance, que sin poderlo remediar, al salir de las puertas dieron con la justicia, que, movida por los clamores que se oian, llegaba al mismo punto á ellas; en quien embarazándose los unos con los otros, y acudiendo tambien su hermano de mi dama al riesgo en que veía la suya, viendo yo tan buena ocasion, sin perderla, con presteza increíble, mezclándome entre los ministros de justicia, pude librarme del peligro de sus manos, dejando en ellas á los criados de mi contrario, que con él juntamente barajaban la salida de aquella mujer, á quien aunque miré turbado, como quiera que algun tiempo la quise, fácilmente conocí por la sevillana de Cádiz. Mas como no era la coyuntura para más dilacion, en un pensamiento doblé la calle, pasando al retirarme por debajo de los balcones de Felicianá, cuyos gemidos y voces, acompañadas de las de su madre y criadas, retumbaban con harta claridad, pidiendo unas los médicos y otras el confesor; con que, sin detenerme en parte, salí de la ciudad con tanta brevedad, que ántes del día me hallé dos leguas de ella, y en un lugar de un grande amigo de mi padre; de quien recibiendo un buen caballo y algunos dineros, advertido del caso, y sin más dilacion me despedí, atravesando

las Alpujarras y juntamente el reino de Murcia, hasta que reparádonme en Valencia, con el mismo confuso proceder que habia traído llena mi alma de una amargura y tristeza intolerable, sin más consultar mi arrebatado intento, con sus ofuscadas potencias, me metí fraile en una de las mas recoletas órdenes de aquella ciudad; adonde habiendo asistido nueve meses, y con el discurso del tiempo curado en parte mi amorosa llaga, cansado de la estrecha vida que pasaba, y con fácil determinacion, como en tomarla habia tenido, en fin me dispuse á dejarla; y hoy hace un mes que, volviéndome á Andalucía deseoso de saber en lo que mis cosas habian parado, cuando más descuidado caminaba dieron estos bandoleros conmigo, y quitándome unos dineros y esclavina que por mas seguridad traia, me trujeron adonde padeciendo reconozco que esta miserable desdicha me ha venido tanto por mis pasadas culpas, cuanto por haber cortado el hilo de la santa y religiosa vida que habia escogido.

Estas fueron las últimas razones con que suspirando dió el preso caballero fin á su extraño cuento, acompañándole el buen Gerardo con hartas lágrimas, y mucho más espanto de su notable historia; con que, de nuevo consolándole y ofreciéndose, viendo que la mayor parte de la noche habia pasado, confirmada la nueva amistad entre los dos, de comun acuerdo les pareció tomar algun descanso.

Aquí estuvieron los pobres caballeros algunos quince dias, en los cuales acabó de entender Gerardo de sus camaradas la ocasion del guardarlos en aquella tenebrosa cárcel, que no era para ménos que venderlos á la primera galeota que se acercase á las vecinas playas de corsarios y berberiscos moros, con quien Pedraza estaba de concierto y feríaba á veinte y treinta escudos sus prisioneros; de lo que Gerardo no recibió poco consuelo, asegurándose por aquella venta su libertad, pues no habia de faltar ánimo en su hermano y parientes para rescatarle; y así, con más contento, entreteniendo con la nueva esperanza la tristeza de su vida, se puso con varonil y generosa determinacion á aguardar el remate y fin de tantas desventuras, procurando despedir y borrar de su alma y corazon la infame y afrentosa memoria de la vil Jacinta, la cual asimismo supo cómo á poder de aquellos bandoleros hubiese venido, porque uno de sus compañeros, informado dellos, sabia el caso; y así, le dijo que habria poco más de cuatro meses que la encontraron perdida en un espeso monte, ó por mejor decir, huyendo, á lo que ella les dió á entender, de un hermano suyo; y que aficionado su capitan della, la traia consigo, obedeciéndola y respetándola todos los secueces como á dueño y señor absoluto; que este religioso ayuntamiento era sin duda el que Jacinta deseaba con las véras que atras oistes. Por cierto, mudanza y variedad de mujer increíble, y no ménos espantosa que temeraria liviandad, adonde mi corto entendimiento pierde pié y de todo punto su consideracion se despeña; y así, en el escudriñar la ocasion que esta mujer pródiga de su hermosura tuvo, soy de parecer que nadie tome trabajo ó canse en vano estudio la curiosidad de su ingenio, pues tengo por imposible el apearla ninguno, no habiéndole sido concedido á quien, como Gerardo, mejor podia entenderla; el cual, como discretamente lo advierte en este soneto, solo la

quiso excusar con la infame disculpa de su ordinaria variedad.

Los átomos del sol coge en redoma,
Va tras el viento, que alcanzar pretende,
Con palabra de injuria al eco ofende,
Y al mar airado con halagos doma;
Castiga el fuego que en la mano toma,
En red las nubes obstinado prende,
Llora en el Etna, que apagar pretende,
El globo inmenso arrastra con maroma;
Pide arbitrios al loco, al mudo canto,
Al poeta verdad, gusto al enfermo,
Risa á la muerte, peso á la fortuna,
A la cárcel quietud, consuelo al verme,
Al sueño certidumbre, al ángel llanto
Quien pide á la mujer firmeza alguna.

Y vuelto á mi discurso, como ya he dicho, al cabo de los quince dias que vivia en aquellas cavernas, estando él y todos sus tristes y forzados compañeros reposando una noche, les despertó con grande sobresalto un notable estruendo y rumor de gentes que por la profunda cueva les parecia venir bajando; y entendiendo que con algun arraez su enorme venta se hubiese efetuado, cada uno comenzó á aparejarse. Y no les salió vana su imaginacion; porque en un pequeño espacio se vieron rodeados de muchos moros de guerra, que con los desnudos alfanjes en las manos, con sordas y mal entendidas algazaras, los empezaron á maniatar y juntamente á sacar de la cueva y mazmorra, guiando con ellos hácia la marina, á la cual llegaron en ménos de una hora; adonde los embarcaron en una hermosa y bien aderezada galeota que en cierta secreta cala tenian escondida. Mas apenas en el borde della puso Gerardo los cansados piés, cuando vió los más de los bandoleros y salteadores con su capitan y la ingrata y vil Jacinta muy bien aherrojados; de que no poco espanto recibió; aunque de ver á su enemiga y aquella ruin canalla en tal estado templó con algun género de alegría su nueva admiracion, imaginando, y aun teniendo por cierto le hubiese vengado de sus crueles enemigos el justo y soberano cielo, como en efeto podia con verdad afirmarlo; porque habeis de saber que, habiendo llegado aquella pasada tarde Alibraem, arraez y cosario famoso, especial y grande amigo de Pedraza, á aquellas vecinas playas con aquella galeota y cien soldados de sus más escogidos y alentados berberiscos, determinando, como infiel, á no guardar asiento, fe ó palabra con Pedraza (ó quizá instigado de la divina justicia para que su perversa infidelidad fuese castigo del que con tanta, siendo cristiano, vendia sus mismos naturales á los bárbaros y atroces enemigos de nuestra santa fe), se dispuso á dar sobreseguro en las chozas y cabañas del confiado amigo, que ellos muy bien sabian; á quien en los brazos de Jacinta prendieron, y juntamente á todos los demas foragidos y bandoleros, sin hacer caso de sus quejas, ruegos y amenazas. Y habiéndoles dejado á buen recaudo, ya aprisionados en su galeota, el astuto arraez dió la vuelta, con uno de ellos por espiá y para que le enseñase la cueva adonde los presos y Gerardo estaban; y desta suerte, dando con esta cabalgada en su batel, ántes que amaneciese alzaron velas, llevando por derrota á las temidas y arcosillos plazas de la ciudad de Argel; para adonde con grande regocijo y contento de los lieros piratas, y

igual desconsuelo y confusion de los miserables y cristianos cautivos, navegaron con próspero viento hasta las nueve horas de la mañana, que comenzando á refrescar un recio y desabrido levante, en un instante se entapizó de nubes pardas y negras el alegre y turquesado color, amenazando á los que las profundas y variables aguas iban cortando, con alguna futura y temerosa borrasca, que no tardó mucho en parecerse; porque, reforzándose el iracundo viento, y reventando las preñadas nubes raudales de agua, el cielo juntamente parecia entre confusos truenos, rayos y relámpagos abrasarse en furiosas llamas. Aquí viéndose perdidos, y faltándoles el ánimo á los que la contrastada galeota regian, metiendo los remos sobre los filares y haciendo de las velas terceroles, se dejaron llevar del furioso viento, pareciéndoles imposible por entonces el querer contrastar su violencia.

Cada momento, abriéndose hasta su centro las espantosas olas, parecian tragarse la desgobernada galeota; con que en toda ella no se oían, así de los infelices moros como de los miseros y cautivos cristianos, ménos que confusas voces, llantos, promesas, votos y romerías, creciendo con la noche, que muy oscura y temerosa les sobrevino, la tormenta en el cielo, mar y viento, y el temor y desconfianza en los afligidos corazones, principalmente en el de la hermosa Jacinta, la cual hacia y decia tales cosas, que provocara á lástima á un pedernal ó mármol diamantino, como en efeto todos se compadecian della en medio de tan confusa tribulacion; que este generoso requisito trae siempre consigo la hermosura, que así de enemigos como de amigos, en leyes, costumbres y naturaleza halla igual acogimiento. Solo Gerardo no curaba en esta ocasion de más que quitarse lo mejor que pudo una gruesa cadena, que le podia ser de grande embarazo si á todo rompimiento, como ya se temia, diesen derrotados en algun escollo; que aunque esto no sucedió, todavía fué su prevencion importante.

Destá suerte, y llevados de la velocidad desenfrenada del levante, caminaron con harto peligro la vuelta del Estrecho, por no serles posible hacer de sí otra cosa, hasta que á la madrugada, aplacando algun tanto la tormenta, al doblar la punta y cabo de Gata, de manos á boca y sin pensar dieron con tres bajeles de la armada real, que arrojados de las terribles olas, con su mismo pensamiento procuraban ampararse en aquel abrigo. Mas apénas reconoció la galeota el notorio peligro, cuando tomando los remos en las manos contra la fuerza de los contrarios vientos, con gran presteza intentó alejarse de los enemigos, los cuales ya venian en su seguimiento, adelantándose la Almiranta, que era uno dellos; mas viendo que se les iba la presa, como dicen, de entre las uñas, disparando las dos piezas de la amura, quiso el cielo acertasen á dar por tan buena parte á la pobre galeota, que, como de borrasca y continuos golpes de mar viniese por muchos lugares sentida, en un pensamiento se vió el gran daño que los tiros y balas en ella hicieron; porque le empezó á entrar tanta agua y con tanta furia, que sin que las voces y alaridos que daban, ni el socorro que á los contrarios galeones pedian, pudiese llegar á coyuntura, en un momento se fué á pique, pereciendo casi cuantos iban dentro, y principalmente todos aquellos á quien la confusa bor-

rasca no les habia dado acuerdo y lugar para arrojar al agua una chalupa, en que parte de los berberiscos y forzados cautivos se escaparon de la presente muerte, y asimismo de las manos de los nuestros. Y tambien hubiera corrido por el buen Gerardo la misma desventura si, como dije ántes, no se hubiera prevenido como discreto; á los cuales ni la próspera ó adversa suerte priva del prudente y sagaz acuerdo. Mas permitiéndolo el piadoso cielo, abrazado con una caja que junto á sí le ofreció el peligro, se sustentó entre las saladas y profundas ondas hasta que, habiendo echado de la almiranta una triza, entre los que por ella de la vecina muerte se libraron fué él uno, y juntamente el granadino caballero; aunque no pudo soportar tanto Gerardo el justo enojo de su pecho, que al fin nose dejase vencer del tierno y amoroso sentimiento del corazon, viendo á sus ojos, sin poderla remediar, perderse ó negarse aquella que tan ardentemente habia amado y querido, pues aunque su detestable liviandad era digna y merecedora de grande y riguroso castigo, el último y mortal que, á su parecer, del cielo en las voraces ondas recibió, lloró tan tiernamente el lastimado Gerardo, ó con tan desigual desesperacion, que estuvo en contingencia su determinado intento, al dejar de seguir su fatal ruina, no siéndole aun de liviano consuelo la consideracion del verse milagrosamente libre de tan triste muerte, ó por lo ménos de un largo y milagroso cautiverio, ni el hallarse rodeado de muchos valientes y gallardos soldados españoles, que con nobles y generosos ánimos, igualando al valor de su nacion la piedad de sus pechos, viéndole desnudo, quitándose de encima sus vestidos, aun no conociéndole ni sabiendo quién fuese, le abrigaren y hicieron el mismo agasajo que si de todos fuera hermano ó particular amigo; hasta que, habiendo llegado al famoso puerto de Sanlúcar, tomando licencia del capitán y de su noble compañía, despidiéndose del noble granadino, que tomó otra derrota, desembarcó en tierra, tan acompañado de mortales é interiores penas cuanto fallido y pobre de remedio.

DISCURSO TERCERO.

El trágico discurso de doña Clara y el lamentable y espantoso suceso de Jacinta redujeron al triste y desgraciado Gerardo á tan lúgubre y miserable estado, que totalmente de hecho se determinó y dispuso á acabar el cansado progreso de su vida en las incultas soledades de los amenos campos, rígidos montes y fragosas montañas, repudiando para siempre en su libre voluntad la entretenida y peligrosa asistencia de las grandes y populosas ciudades, huyendo y retirando el cuerpo de sus nombres, como de la ocasion pestífera y veneno contagioso de que su alma y corazon tan lastimados escapaban. Y verdaderamente que, si con justo acuerdo de este su nuevo intento se considera, con facilidad podrá cualquiera echar de ver lo muy acertado que en determinacion semejante andaba Gerardo y á cuán sano parecer se disponia, pues para obviar el peligro de su desastrosa y adversa suerte ni podia escoger mayor remedio, ni ménos de su parte hacer obra más digna de su valor. Mas ¿quién contra sus hados y infelice estrella puede prevenirse? Y ¿quién á lo que ya tiene ordenado el alto cielo puede en ningun tiempo hacer repugnancia? Al fin, Gerardo, por donde con mayor fuerza pre-

curaba huir la determinacion de los divinos astros, por allí más dellos y de sus desventuras se acercaba. Y verdaderamente parecia haberse en otro desastrado Epímeteo transformado, ó que del vaso de miserias que Júpiter dió á Pandora bebido hubiese de su amargo licor la mayor parte. En efeto, apénas en la plateada arena y sagrada márgen del nombrado puerto, inundacion de las famosas aguas del caudaloso Bétis, estampó las plantas nuestro Gerardo, cuando siguiendo su solitario pensamiento, dejando la ciudad á la siniestra mano sin querer entrar en ella, prosiguió su camino por donde, sin llevarle cierto, el albedrio y gusto le guiaba, atravesando valles, cruzando vegas, rompiendo espesos montes y subiendo ásperos é inaccesibles riscos y montañas; hasta que una tarde al ponerse el sol, despues que de esta suerte algunos dias habia caminado, deseoso de dar algun alivio al cansado cuerpo, y andando de una parte á otra buscando lugar acomodado donde pasar la vecina noche, bien descuidado de semejante encuentro, dió en una gran cabaña de pastores, que al pié de una coposa encina y rodeada de robustos troncos, su asiento hacia más deleitoso y apacible. No le pesó á Gerardo de haber hallado tan buen albergue; y así, muy alegre, queriendo acercarse á él, se detuvo temeroso de interrumpir la suave voz de un gentil y gallardo zagal, que sentado en la siempre verde y menuda yerba, en esta misma sazón, al son de un mal labrado y rústico rabel, cantaba aquestos versos:

Quando su fija luz nos da Calisto,
Y el cortesano inclina el débil pecho
Entre la pluma del mullido lecho,
Sobre mis redes húmedas asisto;
Y á la risa del alba ufano alisto
Trazas que penden del opaco techo,
Con que la pesca incauta del estrecho
Cuerno del Bétis con primor consisto:
Sigo tambien la voladora liebre
Tras el galgo veloz, que con mi hela
Apénas temo que las yerbas quiebre.
Consuma en pié la vida, como vela,
El ambicioso cuando al rey celebre;
Que yo sé que mi estado envidia y cela.

A no hallarse en aqueste punto el lastimado Gerardo en pié, claros los ojos y despiertos, arriado á las cortezas verdes de un aliso, sin duda alguna pienso que tuviera por ligera fantasma, vano y fingido sueño, monte, sitio, cabaña, rabel, zagal y cancion, cuyos gallardos versos convenian tan en el todo de su determinacion. Y no fué este el mayor de sus efetos, pues transportado de la elevacion de su canto, á pocos lances se enmarañó en la de sus penosos pensamientos; y dejándose llevar dellos y de sus memorias á rienda suelta, con tanta fuerza se remontó y detuvo en las de sus pasadas desventuras, que sin poder excusarlo, vencido del riguroso tormento de su pena, dando un doloroso y profundo suspiro, sin sentido alguno se dejó caer en las menudas y floridas yerbas, causando con su repentino desmayo y rumor de la caída no poca alteracion y espanto en el descuidado zagal; el cual, habiendo algun tanto sosegado y reconocido la causa de su turbacion, viendo á Gerardo en tal estado, soltando de las manos el instrumento, con acelerado paso se vino para donde caído estaba, y poniéndole la cabeza en su regazo, considerando en él su gentil presencia, su soledad y repentino desmayo, no pudo ménos de enternecerse;

y deseando conocerle, y saber la ocasion de su mal y venida por tan yerrosos lugares, dejándole recostado en la verde y natural alcatifa del oloroso campo, entrando en su choza y sacando della un vaso de rojo taray, le hinchó de agua en una dulce y cristalina fuente que del centro de una fragosa peña allí junto nacia; y volviendo brevemente al desmayado caballero, vertiendo parte della por su macilento rostro, le hizo volver en su acuerdo, diciendo con un entrañable gemido, triste y debilitada voz: ¿Hasta cuándo, confusas y crueles memorias, habeis de atormentar el alma, haciéndole presentes sus ya pasadas penas y desdichas? Y pasara en sus lastimosas quejas adelante si, reconociendo la piadosa compañía, admirado de lo que por él habia sucedido, no trocara el comenzado llanto en agradecimiento de su buen socorro, dando al gentil zagal las debidas gracias; el cual con las siguientes razones, mostrando á Gerardo apacible rostro, le atajó, diciendo: Por cierto, noble y gentil mancebo, que ha causado la pena de vuestro corazon en el mio tan grande sentimiento, que de grado tomara muy gran parte della á trueco de aliviaros del interior tormento con que os veo afligido: alentaos por vuestra vida, y si es posible, despedid esas memorias, origen de vuestras tristes quejas, pues no es justo que, reconociendo el daño que dellas se recrece, admitais más su injusta compañía; y al presente, si sois servido, entrémonos en mi cabaña, adonde así de mi persona, como de las de todos mis compañeros, que ya no tardarán en recogerse, seréis con sencilla voluntad servido; que esta es la que de su parte y mía, por firme y verdadera, desde luego os prometo. No se halló poco agradado y contento Gerardo con tan sano y amoroso ofrecimiento; y así, queriendo agradecer su cortesía, le respondió desta manera: No atribuyais, gallardo pastor, á flaqueza de ánimo la de mi corazon, ni ménos entendaís que el pasado accidente nació de necesidad del cuerpo (porque aunque estas mucho más graves fueran de lo que son, mi paciencia pudiera tolerarlas y sufrirlas; y al fin, el tiempo, como perecederas, una vez que otra las consumiera y acabara); solo la conoced y disculpad por enfermedad y pasion del alma, en quien está tan envejecida y arraigada, que ya es con ella una misma cosa, convertida en su sér inmortal: de suerte que á mi mal falta remedio, y del todo se ha hecho en mis entrañas eterno é incurable. Mas no su grave dolor será suficiente excusa para que toda mi vida no quede agradecido al favor con que me habeis amparado; si bien remito al cielo la satisfacion justa de vuestra voluntad y compañía, la cual estimo y acepto con protestacion de seros amigo y compañero el tiempo que gustáredes de ampararme en ella. Replicar queria el regocijado zagal, cuando por la contraria parte de su choza vieron asomar otros cinco pastores, los cuales se fuéron acercando, siendo de todos los que venian saludado con algun género de respeto el que con Gerardo estaba; por donde conoció ser el dueño y señor de aquella gente; y no se engañaba Gerardo, porque asimismo lo era de inuchas y muy grandes manadas de ganado que á cargo de los cinco pastores y de otros muchos andaban repastando por entre aquellos bosques y florestas. Y habiendo todos sentádose á la puerta de la pajiza cabaña, teniendo por labrados manteles la florida amenidad del prado verde, cenaron con igual regocijo y regalo, agasajando el nuevo huésped de suerte

que no echó ménos las opulentas y magníficas mesas de los grandes príncipes. No le pareció á Celio (que así se llamaba el pastor) que un tal sugeto como el de Gerardo podía vivir desnudo, siendo adornado de tan rara discrecion, del dulce y no ménos agradable atributo de la música; y así, poniéndole en las manos el rabel, le dijo de esta suerte: No es posible, gallardo mancebo, que á quien tanta muestra, y en tan breve término, ha dado de su valor y agilidad de ingenio, le falte ó ignore este sabroso y apacible ejercicio; porque os ruego de mi parte y de la de todos mis compañeros, que si esto es como imagino, no negueis esta demanda, haciendo alarde de vuestra destreza y voz, pues de la mia ya sois tan satisfecho como deudor. Aquí, viéndose Gerardo con tan sanas y amorosas razones obligado, respondiendo á Celio, así le dice: Como quiera que mis recientes desventuras más fuerzan á suspirarlas y gemirlas el ánimo, que á suspenderlas con el sonoro canto, todavía vuestra amistad y el deseo que de perpetuarla tiene mi corazon, violentando la voluntad por daros gusto, más confiado en la que me mostrais que satisfecho de mi destreza y voz, habré de obedeceros; y cesando con esto, templando el rústico instrumento, así comenzó á cantar este soneto:

Los duros montes en la vena amiga.
Rinden el oro á la avarienta mano
Del mercader, para que beba ufano
La rubia sangre que su sed mitiga;
Y el pié fúndoso la preñada espiga
Su rojo cuello y su dorado grano
Rinde á la hoz y trojes del villano,
Para que el premio del sudor consiga.
No llena el oro el ávido deseo
Del mercader, ni al del villano el trigo,
Pues cuando tienen más, más apetece.
Yo de estos mismos las pisadas sigo,
Pues cuando el fruto de mi bien poseo,
Menguán mis gustos, y mis ansias crecen.

Creció el dolor de Gerardo con el discurso breve de sus quejas en tanto grado, que aunque quisiera alargarse con alguna cosa á propósito y entreteuer la apacible compañía de sus nuevos amigos, no le fué posible, aunque de ellos fué importunado, admirados de su sabroso canto y deseosos de volver á gozarle. Mas viendo que su excusa era tan justa, no quisieron apretarle; con que siendo ya hora de reposar, durmieron hasta la siguiente mañana, que los pastores volvieron á su acostumbrado oficio, y Gerardo y Celio, apercebidos de redes, perros y hurones, en el noble ejercicio de la caza y pesca gastaron este y otros muchos dias; en quien habiendo hecho Gerardo un curioso vestido de campo, de diversas y pintadas pieles de fieras montesinas, con infinito gusto de Celio vivia en aquellas soledades más alegre y contento que deseoso de olvidarias en ningún tiempo; hasta que una tarde, ya bien cerca de la vecina noche, dejando á Celio en lo alto de la montaña recogiendo al aprisco sus ganados, cansado Gerardo y caluroso, dió la vuelta solo á la cabaña á la misma hora que por entre los espesos y robustos árboles asomaba una mujer; la cual, habiendo en poco espacio llegado adonde él estaba, le dejó admirado sumamente, tanto por su tierna edad y belleza, cuanto por verla llorosa, triste y alligida; y no dejó de sospechar luego como dél fué vista, lo que ordinariamente sucede de mujeres que semejantes lugares suelen frecuentar aunque su peregrina

hermosura y el honesto adorno de su gracioso talle desahacia en su imaginacion esta sospecha: todo lo cual en mayor deseo le puso de saber la ocasion que así sola y á pié y con tan notable sentimiento la traia; y de esta suerte, acercándose á ella, ántes que hablarla pudiese fué de su boca saludado; y respondiendo Gerardo con su acostumbrada cortesía, la rogó que se asentase; y lastimado de verla triste y con tan gran desasosiego, habiendo junto á su persona tomado el verde asiento del prado, con amorosas y apacibles razones la comenzó á hablar desta suerte: Mucho me holgara, hermosa señora, que dando á la pasion que aflige vuestro corazon algun pequeño vado, me deis asimismo cuenta de vuestro disgusto y de la ocasion que por estos remotos y solitarios lugares os hace venir tan sola de compañía como acompañada de lastimosas señales y muestras tales, que verdaderamente dan á entender por muy grave y de consideracion la causa que os obliga. En tanto que así hablaba á la pobre y alligida dama el buen Gerardo, no cesaban sus claros ojos, dulce y hermosa boca, de derramar espesas lágrimas, tiernos y afectuosos gemidos; hasta que, queriendo dar respuesta al que con tanto amor se la pedia, enjugando las perlas de sus cristalinos raudales y entreteniéndolo un tanto el alligido aliento, de lo íntimo de su cansado pecho despidiendo la triste y lastimosa voz, le dijo desta suerte.

Si el inmenso dolor y tormento que aflige mis sentidos diera lugar á la lengua para explicar su origen, seguro estoy, gentil mancebo, que á las presentes penas con que yo misma me atormento el alma, vuestro piadoso corazon las acompañara con otro igual y nuevo sentimiento; y así, os ruego que, excusándoos este cierto dolor, no trateis de importunarme á que de su distinta causa os dé más larga cuenta, pues no admitiendo ya ningún humano remedio, es vana diligencia el decirla á ninguna persona: solo al presente os pido me informéis si estoy muy lejos de poblado, y lo que deste sombrío y fresco valle podrá haber hasta el lugar de Cesarina, adonde conviene á la restauracion de esta triste vida que, si fuera posible, llegue yo esta noche. A lo cual Gerardo, triste en alguna manera de su desconfianza, así la replicó: Bellísima señora, fácil cosa le fuera al piadoso cielo hacer que debajo de estas rústicas y groseras pieles se encerrase alguna noble sangre y corazon, no tan solo dispuesto á que le hagais la merced que os ha pedido, sino pronto y aparejado á arriesgar su vida en cualquiera ocasion que querais emplearle; y no os persuadais, ni ménos llegue á vuestra imaginacion que pueda ser el mal que os atormenta irremediable, pues viviendo, cuando fuera de tan lastimosa calidad, se pudiera esperar y prometer más que alivio y consuelo; ni tampoco debéis desdeñar mi importunacion por de hombre no conocido y que solo representa la bajeza de su pobre persona, pues ya algunas veces suele hallarse en la mas desechada y silvestre yerbecilla del campo el verdadero y saludable antidoto que faltó en la preciosa triaca; y en lo que toca al particular del sitio y distancia del lugar que preguntais, venis tan errada como perdida; porque fuera de no ser posible volver sin cerrar la oscura noche, al cierto y seguro camino, estáis de Cesarina una gran legua; porque forzosamente habeis de gustar de ser huésped mio hasta la siguiente mañana; que en este pobre y pajizo albergue seréis tan rega-

lada como honrada y servida. No le parecieron á la afligida dama que semejantes razones podían nacer ménos que de un ilustre y noble ánimo; y con tal pensamiento, puesta en él su hermosa vista, considerando rostro, talle y modestia, casi del todo á su verdadera imaginacion daba entero crédito; y á agradada de sus ofrecimientos, dulces y amorosas palabras, determinada á valerse de su consejo y confianza, cesando de humedecer su blanco y bello rostro con el amargo llanto, de aquesta suerte á las razones siguientes dió principio: Han hecho vuestras discretas palabras tan notable efeto en mi corazón, que no tan solamente con ellas me habeis animado, sino que juntamente me obligan á lo que, estándome tan á cuento, podría forzarme la futura noche, la cual tendré debajo de vuestro amparo y asegurada de la inviolable fe que prometeis, con vos y vuestra compañía; y asimismo quiero contaros la miserable y lastimosa causa origen de las desdichas que así peregrinando me traen por estos ásperos y incógnitos lugares, cierta de que, aunque la más principal no admite consuelo, sus accesorias le hallarán en vuestra mucha prudencia y discrecion.

La famosa ciudad á quien Guadalquivir rompe en partes distintas con sus aguas, es mi naturaleza, y allí nací para propias y ajenas desventuras; aunque por faltarme desde mi tierna edad mis padres, he tenido en igual posesion á un caballero della, mi tío y hermano del que me engendró, el cual está al presente casado con una dama de este reino, tan noble y rica de dones de naturaleza cuanto ambiciosa de su infamia, libre de condicion, idólatra de su propio gusto, y solo amiga de su parecer y albedrío; cuya desórden llegó á tan escandaloso estado, que ha dado á la que al presente en mí reconoceis, ocasion y principio más que suficiente; porque no pudo la prosecucion de su lascivo apetito y voluntad ser tan secreta, que no llegase la que con perdido y ardiente amor tenia á un gentil y gallardo manco vecino nuestro, á noticia de mi tío y su esposo, muy pocos dias há; y en uno destos, que fué el pasado, estando recogida y sola en un retrete y aposento mio, bien decuidada de la mortal congoja y pensamiento que á mi tío le afligia, ya á deshora y muy cerrada la noche le vi entrar alborotado y tan colérico, que así en su airada vista como en la perdida color del rostro y turbacion de la lengua daba á entender ser muy grande el enojo y disgusto que así le traia; y queriendo levantarme á recibirle no con ménos temor que femenil alteracion, habiéndose tras sí cerrado las puertas de mi cuadra, arrancando de la cinta un agudo y penetrante puñal, arremetiendo para mí, que casi muerta me quedé en sus brazos, amenazando mi garganta, comenzó á decirme las siguientes razones, tan tristes y espantosas á mis oídos cuanto penosas y mortales para mi alma: Si la venganza que desea este furioso y ofendido corazón no se me dilatara, derramando con tu merecida muerte la falsa y fementida sangre mia que esconde ese tu vil y infame pecho, no dudes, ingrata Clori (este es, peregrino zagal, mi desdichado nombre), que esta daga pusiera fin á tu mal empleada vida; mas tenle por infalible y cierto si al punto no me dices lo que has celado y encubierto, siendo testigo infame de mi afrenta y tu deshonra. No hay para qué ya darme excusa ni quererse valer de la ignorancia; que yo estoy tan satisfecho de esta verdad, que ni serán bastantes tus disculpas, ni ménos

creeré puedes haber ignorado la traicion que tu alevia y mi esposa hace; y así, no gastes tiempo en más razones de las que bastaren á satisfacer mi deseo, diciéndome juntamente quién es el atrevido adúltero que, manchando la pureza de mi honor, ha deshecho con ella mi fama, afrentado el lustre de mi casa, destruido mi reputacion y quitádome la vida, dándome muerte para siempre de eternas y mortales desventuras. Quedó, cuando discursos tales oyó, mi alma tan fuera de sentido, que sin poder responder ni mover los labios, haciéndose con el paladar la lengua un ñudo fuerte, estuve un grande espacio suspendida; hasta que, reconociendo la nueva furia y cólera con que de mi tío era amenazada, arrojándome á sus piés y vertiendo mis ojos abundantes y copiosas lágrimas, pidiendo de mi tardanza y remision en descubrirle la traicion de su esposa perdon y disculpa, y viendo casi presente el pálido y difunto semblante de la inexorable parca, ciega de temor y ofuscada del repentino caso, sin más dilacion dije cuanto el corazón y el pecho tantos dias en profundo y inviolable secreto habian guardado, satisfaciendo las verdaderas y celosas sospechas de mi irritado tío, sin encubrirle la ménos importante circunstancia de su pregunta, así en el conocimiento del galán y amante de mi tia, como en sus entradas y salidas, lasciva comunicacion de sus deshonestos amores. Con que, habiéndome escuchado bien atento, sin replicarme más palabra dió la vuelta por donde habia venido, y cerrándome por defuera la puerta, me dejó tan turbada y triste, que temiendo algun desastrado y miserable fin (pues, por lo ménos, de lo que de mi dicho redundase no me le podia prometer muy dichoso), con este confuso y afligido pensamiento, vencida del femenil temor, me determiné á no esperar el suceso; y así, tomando las joyas de más precio y valor que tenia, por una ventana que sin reja caía á la vecina calle, sirviéndome las sábanas de mi cama de escala firme, sin ser de nadie vista, salí de las casas de mis tios, y juntamente de la ciudad, de la suerte que veis, dispuesta á no parar hasta llegar á las deseadas murallas de Cesarina, lugar á quien, por ser posesion del mayor hermano de mi difunto padre y enojado tío, habia yo diversas veces frecuentado en la compañía de una prima hermana mia, hija única y heredera de su dueño, cuya hermosura (aunque parezca en esta triste ocasion mudar propósito) tiene con justa causa el titulo de más excelente y perfecta belleza que se conoce en otro igual sugeto en cuanto con sus famosas aguas el caudaloso Bétis fertiliza. Mas no permitieron mis tristes é infelices hados que este deliberado atrevimiento quedase sin su merecido pago y castigo; porque habiendo encontrádome á media legua de la ciudad un hombre que asimismo por el propio camino venia, admirado de verme sola y á tales horas por un despoblado semejante, acercándose á mí (que entónces de nuevo se me representó, con el temor que tuve, el airado brazo y puñal que poco ántes habia sentido á la garganta), me preguntó que adónde caminaba tan falta de compañía y en tierra tan sospechosa y de peligro, y otras razones que ni la turbacion me dió lugar á determinarlas, ni ménos á responderlas, hasta que, reconociendo él mi alteracion, asegurándome con las mejores palabras que supo, hubo de entender de mí el camino que llevaba, en quien con muchas véras se ofreció á acompañarme, y tan resuelto

en su parecer, que sin ser bastantes mis ruegos para que no interrumpiese su viaje, hubo de dar al mío la vuelta, entreteniéndome la apacible noche con algunos cuentos y donaires tan á propósito, que ya daba por bien empleada su infeliz compañía, aunque presto troc6 mi contento en eterno y mortal dolor, lágrimas y gemidos; que estos me durarán en tanto que mi afligida y triste alma estuviere asida á esta frágil y aborrecida cárcel. Aquí volviendo la desdichada Clori con más rigor á su pasado llanto, dejando su comenzada historia, sin escuchar ó admitir algun consuelo, acompañadas de ardientes y profundos suspiros, volvió á humedecer con nuevas lágrimas el matiz de sus blancas y rosadas mejillas, causando en Gerardo tanta pena, que, sin ser parte para hacer otra cosa, la comenzó á acompañar en el mismo sentimiento. Pero viendo que al fin, con la noche que se acercaba, sería fuerza el interrumpir su cuento la venida de los amigos pastores, temeroso desto, con mayores ruegos que al principio la volvió á importunar por su conclusion; y reconocida de Clori su justicia y la fuerza del cumplir su palabra, suspendierdo su llanto, prosiguió así diciendo:

Dos leguas, según dijo mi aleve compañía, habríamos caminado cuando, sintiendo de mi cansancio la necesidad que de reposo llevaba, ó quizá para poner en ejecución su dañado pensamiento, tomando por achaque mi descanso, y á mí por la mano, diciéndome que le siguiese, atravesámos el camino, y por fuera dél, sin saber adónde me llevaba ni hallándome con ánimo para de su persona deslizarme, caminé una gran pieza, después de la cual, llegando á unas quiebras y rompidos barrancos, por entre los cuales corriendo un profundo arroyo, el ruido que entre las peñas y pizarras sus corrientes hacían, formaban un sordo y temeroso rumor que á mi alma y turbado corazón en no poca aflicción y desconsuelo les puso, casi adivinando ya el lastimoso suceso que me aguardaba; y así, con este nuevo desasosiego, vuelta á mi alevosa compañía, le rogué no pasase más adelante; cosa que á él le debió estar más á cuento que á la sin ventura y desdichada Clori, que, inocente de la traición que la ordenaban, con tan necia confianza se aseguraba de quien no conocía. Y bien se pareció ser esto así, pues al mismo punto que me vió, para tomar en la menuda arena algun alivio, recostada, sin poder remediarme ó valerme de mis tiernas y mujeriles fuerzas, voces, lágrimas y suspiros, al fin dél fui forzada, teniendo por sus secretos juicios á tan grande ofensa el piadoso cielo envainada su espada vengadora, y á mis roncós alaridos sordos y endurecidas sus elementísimas orejas. Y no paró en esto la bárbara y brutal furia de aquel sangriento verdugo de mi honra; porque, habiendo satisfecho su lascivo apetito con tanta fiera ó venenosa rabia como si tigre hircana fuera, me despojó de las mejores ropas que traía vestidas, quitándome juntamente todas las prendas y joyas de estimacion que inconsideradamente habia sacado de mi casa; y con esto, dejándome casi en la última respiracion de esta causada vida, dió la vuelta á la ciudad, y yo á quejarme de nuevo, pidiendo de mi afrenta al cielo y á la tierra justa venganza. Mas ¡ay de mí! que fueron hechas y esparcidas al aire, ó como fundar en su diáfano elemento soberbias torres; y en efeto quedaron de mí entónces escritas tan solamente en la variable arena, pues de su

malidad y traicion él se fué sin castigo, obligándome á venir perdida por estos montes, llorando mis desdichas, las cuales eternamente estarán presentes á mis ojos, clamando por su justa venganza y mi deseada muerte hasta que con ella tengan eterno fin. Y dándole asimismo á su historia, volvió, como ántes, á solemnizarla con lástimas y quejas, sin que para atajarlas fuesen suficientes las discretas razones del prudente y enternecido caballero, que, compadecido del triste caso, con notable terneza la consolaba.

Ya se venían con la fria y tenebrosa noche acercando el gentil Celio y sus pastores al albergue amigable; á quien habiendo sentido nuestro Gerardo, con regocijando semblante les salió al encuentro; y habiéndose recibido los unos á los otros, y dádoles del nuevo huésped cuenta, todos juntos con Gerardo llegaron á saludarle, no con pequeño espanto de su mucha hermosura y del peregrino adorno de su persona; y aun, si va á decir verdad, ninguno hubo de ellos que en aquel particular diese, en cuanto al origen de su venida, crédito á Gerardo; ántes, teniendo á Clori por sospechosa en su amistad, alegre y disimuladamente, después de haber cenado, les dejaron desembargada la cabaña. Mas siendo su maliciosa cortesía entendida de Gerardo, de nuevo les satisfizo con grandes juramentos, aunque no fué posible con Celio ni los demás el hacerlos volver á la cloja; en la cual aderezando Gerardo un pobre lecho, pidió á Clori se recostase en él, dando al cansado cuerpo algun reposo. Mas no pudo alcanzar de la triste dama liciese su ruego; cosa que no dejó de causarle harto disgusto; y así, perdida la esperanza de que por su intercesion hubiese mejor consuelo, siendo ya la noche muy entrada, cerca della y vencido del blando y apacible sueño, se quedó dormido; aunque no habia dos horas que Gerardo reposaba, cuando representándosele en la ligera fantasía el vivo tránsito y presencia de la desdichada Jacinta, de la misma suerte que en su última despedida batallar la vió con las furiosas aguas, de tal manera el pesado sueño le atormentó el sentido, que fué bastante su desasosiego á despertarle, y tan sobresaltado y lloroso, cuanto de memorias tales y tan tristes se podía prometer, y con la misma congoja habiéndose sentado en el humilde lecho, mirando por la apasionada Clori, la halló ménos, de que no pequeña turbacion llegó á su alma; y sospechando si acaso, temerosa de su honestidad y del cumplimiento de su palabra, se hubiese ocultado entre los vecinos árboles, salió muy apriesa de la cabaña en su busca, llevando por armas y defensa un indoso y fuerte cayado. Mas apenas del pajizo retrete hubo salido, cuando sintió pasos de gente, que al parecer guiaban hácia las altas peñas y nacimiento de la cristalina fuente; y enderezando Gerardo á aquella parte su camino, algo lejos determinó un bulto que iba bajando á largo paso á la profundidad de un cercano arroyo, á quien las más caudalosas vertientes de toda aquella sierra pagaban su tributo, dándole casi nombre de grandioso río; con que extendiendo con mayor vigilancia la vista, ayudado de los rayos puros de la clara luna, que á esta sazón muy hermosa y resplandeciente caminaba, claramente conoció en los mujeriles arreos ser Clori la que en este punto al mismo viento se igualaba; y viendo que aunque muchas veces por su nombre la llamaba, no suspendía su curso, ni ménos respondía,

admirado sumamente Gerardo, apresuró sus pisadas; y rompiendo con veloz carrera las entrecruzadas ramas y frágil espesura, en un instante la alcanzó, llegando tan desapoderado, que sin poder repararse, atropellándola con el cuerpo y hudo cayado, ella y él juntos vinieron al suelo, y no pararon hasta las profundas aguas si Gerardo, viéndose perdido, no se recobrara con maravilloso valor; y viendo que Clori ni hablaba ni bullía pié ni mano, temeroso y lastimado de que su gran caída fuese ocasion de su desacuerdo, tomándola en sus brazos, dió la vuelta á la cabaña; adonde habiéndola puesto sobre el lecho, y encendido lumbre con unas secas teas, ántes que la restante compañía con el repentino caso se alborotase, procuró volverla en su entero acuerdo; y cuando en efeto lo hizo y abrió los ojos, fué con gravísimos suspiros y ansias y congojas, y con tan extraordinarios espantos y asombros, que verdaderamente en el triste y cansado espíritu de nuestro caballero causó penosa turbacion y sobresalto; y pareciéndole sin duda nacer las razones y palabras que á Clori oía de algun desesperado pensamiento, con las más dulces y amorosas que su prudencia pudo representarle, procuró consolarla, hasta que la sin ventura dama, rendida del llorar y continua fatiga de su cuerpo, sujetó al blando sueño la delicada cerviz, dando lugar á que lo mismo hiciese el alterado Gerardo, aunque más cuidadoso y avisado que la primera vez.

Las dulces y arpadadas lenguas del pintado jilguero, calandria y filomena con su ordinaria salva daban á los humanos noticia cierta de la venida alegre del sol, cuando con sus divinos rayos ahuyentando las lóbregas tinieblas de la noche, al bordar con su luz la choza de Gerardo rompió de su dormir las suaves treguas; con que á la hermosa Clori le pareció dar vuelta á su jornada; y despidiéndose de Celio y los demás pastores, acompañada del solitario caballero hasta ponerla en el seguro y verdadero camino de Cesarina, salieron de la cabaña juntos, sin que, habiendo al puesto llegado, Clori le permitiese pasar más adelante, no sin muy grandes muestras de su noble corazon; y viendo que Gerardo en ir la acompañando porfiaba, le pareció advertirle del conocido riesgo que de seguirla se le prometía si de los que era forzoso venir de Sevilla en su alcance y busca fuese acaso hallada en su compañía. Con que reconociendo Gerardo el sano aviso, satisfecho de su mucha desgracia y desventura, quiso, aunque muy contra su voluntad, admitirle, despidiéndose con iguales lágrimas de la hermosa Clori, dejándola primero bien instruída en su corto y breve camino; y dando la vuelta al suyo con tardos y perezosos piés, en poco espacio se perdiéron de vista, trayendo Gerardo la memoria tan ocupada en los tristes naufragios de la pobre dama, que los tomara de buena gana por propios ántes que habérselos oído ni al presente verla ir sola y sujeta á otros semejantes. Y yendo así considerando en estos piadosos pensamientos, de repente se le vino á la imaginacion la espantosa y notable fuga que habia querido hacer la pasada noche y la fuerza con que ahora le habia obligado á desamparar su compañía: todo lo cual revolviendo en su noble pecho, y mucho más la flaqueza que en dejarla al presente por ningún temor ó respeto humano habia mostrado, fué tal el sentimiento que dello recibió, que

cerrando á cualquiera inconveniente los ojos, se determinó á seguirla hasta dejarla en el fin de su jornada; y volviendo atras con este deliberado intento, en un punto llegó adonde poco ántes de Clori se habia despedido; y pasando más adelante, viendo que en cuanto la veloz vista alcanzaba no parecia, con terrible pena de haberla perdido, pareciéndole caso imposible haberse alejado tanto en tan breve término, culpándose á sí mismo y mirando por la trillada senda con más atencion, vió la pequeña estampa de los piés de Clori, y llevándola por rastro y guia de su viaje, conoció que á poco trecho, dejando la vereda, torcia su camino á una espesura de altos y fornidos robles que cerca de unas viejas y antiguas paredes en medio de aquel sombrío valle se hacia; con que revolviendo él asimismo á aquella parte su camino, apénas para hacerlo movió las plantas, cuando comenzándose á cubrir de espesos y oscuros nublados el cielo, juntamente con ellos se levantó un tan furioso y repentino viento, que soplando de hácia aquella misma parte, era su fuerza tanta, que casi no daba lugar al determinado Gerardo á que por él rompiese. Mas no fué la súbita y espantosa borrasca bastante á que volviese atras un solo paso; ántes, animado de su resistencia, con nuevo valor y no pequeño trabajo y admiracion llegó á las ruinas de aquel casar antiguo, adonde en una de las más bajas de sus asoladas paredes con grande espanto halló las ropas y vestidos de la afligida Clori, sin faltar de lo que puesto traía más que la camisa; y no hubieron los ojos de Gerardo reconocido el miserable despojo, cuando ocurriendo á ellos copiosos raudales de lágrimas, adivinando el corazon su desventura, queriendo levantarlos al cielo, se le puso en medio el desastrado y desnudo cuerpo de la llorosa dama, que á este mismo punto acababa, con diabólico y desesperado atrevimiento, de arrojar de una coposa encina, quedando al aire suspendida con una fuerte lazada y hudo ciego, sirviéndole de siga y cáñamo la misma faja de grana con que ceñia y apretaba los blandos y nevados pechos.

¡Oh soberano Dios! dijo Gerardo dando una temerosa y terrible voz, no permita tu poderosa mano pérdida que tanta sangre te costó; y ayudado del que tan afectuosamente habia llamado, con milagroso valor y ligereza, despidiendo el temeroso espanto de su corazon, en dos saltos se puso al pié del funesto árbol, y con la misma presteza en su alta cima, adonde sacando de la cinta y vaina un agudo puñal de monte, de que ordinariamente andaba apercebido, la cortó el triste y mortal hudo, cayendo Clori con las últimas ansias en el verde prado; á quien, bajando su venturoso restaurador, la halló sin género de vital aliento, trocando el cándido y rosado color de sus mejillas en verdinegro, pálido y sangriento, y los hermosos y rasgados ojos casi fuera del cristalino encaje de su lisa frente, enmarañadas y revueltas las madejas rubias de su dorado cabello, y el fino y cándido alabastro de su ebúrnea garganta, pecho y manos matizado de hinchadas y azules venas; y al fin, representando un horrible y lastimoso espectáculo, que provocara á compasion y lástima á los duros y empedernidos peñascos, insensibles plantas y carniceras fieras, cuanto y más al tierno y amoroso corazon de Gerardo, cuyas lágrimas

y suspiros, imitando á la leona fuerte, que con bramidos intenta resucitar al hijo muerto, de tal suerte pretendia restaurar la vida de la desesperada Clori, que en esta hora andaba batallando con la enemiga parca. Mas apiadándose los cielos de su cautiva alma, no la permitieron cerrase la mortal tijera, librándola su clemencia y piedad de aquella eterna prision y fugo irreparable que para siempre por su pecado le aguardaba.

De la suerte que he contado, y con tan justo sentimiento hacia Gerardo las fúnebres obsequias de la que ya tenia por cierta habitadora de los tristes y lóbregos palacios de Pluton, cuando trocando sus lágrimas en alegría y contento, abrió Clori los ojos, pidiendo con flaca y débil voz misericordia al piadoso Dios, y á sus angélicos ministros intercesion y ayuda, dando de su dolor y arrepentimiento verdaderas señales; y más se acrecentó su fatiga luego que conoció al autor de su remedio, que á esta sazón, habiéndola ya traído sus ropas, la cubria, vistiéndola con sus propias manos lo mejor que supo; á cuyos pies arrojándose Clori, avergonzada y corrida del funesto caso, sin osar levantar el rostro del suelo, estaba arrodillada, forzando á Gerardo á que hiciese lo mismo; el cual viéndola ya en todo su acuerdo, haciéndola sosegar con apacible semblante, así á las siguientes y cristianas razones dió principio:

Tienen mi alma, hermosa Clori, los presentes sucesos tan atribulada y afligida, que estimo á sumo bien poder la lengua explicar lo ménos que ella siente de vuestro desesperado atrevimiento, que cuando le considero estoy en puntos de persuadirme á que ó no sois cristiana ó dejais de ser hija de nobles padres, pues á lo uno y lo otro juntamente contradice el caso espantoso que aun atemoriza mis sentidos; y bien tengo por cierto que de los vuestros estáis desamparada; porque si alguno tuviérais, llana cosa es que no trocárais un breve deshonor por la inmortal infamia, un ligero disgusto por los eternos males, y por las inmensas é incomparables desventuras vuestra leve pasion. Por ventura, decidme, hermosa Clori, muriendo para siempre, ¿restaurábase en algo vuestra honra? ¿Soldábase esta mengua? ¿Sacábase la mancha que tanto llorais? O al revés y por los mismos filos, ¿no veis que crece con vuestra infame muerte la deshonor vuestra y de vuestro linaje para siglos sin fin irreparable? Y lo que más debéis sentir y suspirar el tiempo que viviéredes, es el cierto y notorio peligro en que vos misma tan á pique os pusisteis de ir por una eternidad desterrada de la presencia divina al infernal abismo, donde en inmortales llamas pagarades este grave, bárbaro y temerario pensamiento, siendo abrasada en ellas, sin tener alivio, ni ménos faltar un solo instante en su fuerza y vigor este tormento; de quien los cielos, compadecidos de vuestra total ruina, os han librado: volved pues á ellos, con interior y humilde sentimiento, los llorosos y lastimados ojos, dándoles de tan señalado beneficio justas gracias, y confiando en su misericordia que dará á vuestros trabajos y desdichas feliz remedio, pues las más graves y de calidad le han tenido tan alegre y dichoso. Y concluyendo su plática, y juntamente viendo que Clori su respuesta remitía á las lágrimas que de sus

ojos destilaban, le pareció no dar lugar á otro nuevo accidente; y siguiendo este parecer, rogándola se aliviase, y animándola con tiernas y amorosas razones, sirviéndole sus brazos de arrimo, poco á poco prosiguieron el camino de Cesarina, á la cual llegaron bien entrado el día, con más contento y consuelo de Clori, del que en semejante ocasion se podia esperar; y así, no habiendo hasta este punto hablado á Gerardo, con increíble gozo de verse en el lugar de su amado tío, le dijo la dejase en la primera casa, y que en el interin le diese de su venida aviso; lo cual habiendo oido Gerardo, no le pareciendo (por venir Clori en semejante forma) acertado acuerdo, solo la obedeció en dejarla adonde decia; y sin más detenerse en Cesarina, despedido de Clori, por el mismo camino que habia traído se volvió á la cabaña.

No me parece que el temor que Gerardo tuvo de esperar la venida de don Antonio (que así su tío de Clori se llamaba) fué sin muy gran causa; porque, si bien se advierte, cualquiera podrá conocer el peligro de su compañía; porque, aunque su voluntad era digna de eterno agradecimiento, para quien ignorante della se viese acompañando una mujer, cuyas partes podian hacerle sospechoso por tan solitarios lugares, y con la violencia de que ella para su venida se habia valido, cosa llana es que asimismo dejaba el ser ó no ser creído en contingencia, con que por ventura se diera á otro mayor desastre lugar; aunque no fué pequeño el que padeció en pago de los servicios hechos á la gentil y bizarra Clori; la cual habiendo hecho avisar á su tío, y señor de aquella villa (que ya, por lo que luego sabréis, estaba informado de la ausencia y falta que de Sevilla habia hecho), con algunos de sus criados vino, sin detenerse, adonde su sobrina le aguardaba, y abrazándola con tierno sentimiento, disimulando el pesar de verla en tal estado, metiéndose con ella en un coche, juntamente se fueron al castillo de Cesarina, en cuya fortaleza, por más acomodada y saludable, vivia entónces don Antonio; adonde en llegando, fué de la gallarda y bizarra Nise, su prima, recibida, renovando en su vista con tan notable extremo sus lágrimas y suspiros, que hubo de causar en su tío no pequeña sospecha de que sin duda le obligaba á tan extraordinario sentimiento otra diferente ocasion dela que á todos era bien notoria y solo Clori ignoraba; aunque, no queriendo por entónces afligir á la triste dama, dilató el saber la causa de su llanto para mejor coyuntura, excusando asimismo el darla cuenta del suceso desastrosado que tuvo en Sevilla la ocasion de tantas desventuras, la misma noche que su atrevimiento la sacó de aquella ciudad, en la cual, si se os acuerda, dejámos al celoso y colérico don Enrique, que habiendo encerrado en su aposento á Clori, temeroso de que su deshonor quedase sin venganza por dilacion del tiempo, determinando en su irritado pensamiento el fin breve de su adúltera esposa, y hallándola de su cercana muerte bien descuidada, recostada en su estrado, quedándose con ella solo, sin ser oido ni visto de criado alguno, tapándole primero con un lienzo la boca, juntamente con dos penetrantes puñaladas la dejó sin aliento, y con el mismo secreto poniéndola encima de su cama y tirando las cortinas della, mandó recoger la restante familia; y fingiendo hacer él lo mismo, acom-

pañado de un valiente esclavo, de quien mucho se fiaba, salió á la calle, dejando primero de la ventana de su cuadra abierto un pequeño postigo, que este era, segun Clori le habia informado, el verdadero contraseño que la difunta dama tenia dado á su descuidado amante las noches que habia lugar de verse por cierta puerta falsa, de quien estaba asimismo prevenido de una hechiza llave; y no pasaron muchas horas, que su desdicha y la seña le trujeron al seguro concierto, ignorante del miserable suceso de su dama. Mas apenas quiso poner en ejecucion su amorosa entrada, cuando se halló saltado del ofendido don Enrique y su esclavo, á los cuales por haber estado encubiertos no habia visto hasta este punto, que sin poder valerse, ni ménos (porque no le dieron tanto lugar) ponerse en defensa, abrazándose el fuerte esclavo dél, pudo don Enrique vengarse bien á su voluntad, dejándole en el mismo trance y estado que á su esposa; y con la misma brevedad dando, para disimular el caso, una vuelta á la calle, queriendo entrarse en su posada, vieron las sábanas colgadas de la ventana por donde Clori habia salido; con que acelerando más el paso, llegando á su aposento y hallándola ménos, con igual pena á la que su corazon afligia, pareciéndole que ya su hecho no podia dejar de descubrirse con la fuga de su sobrina, habiendo primero enviado por diversas partes en su busca, y tomando las joyas y lo mejor de sus riquezas, en sendos caballos salió con su esclavo la vuelta de Portugal, y con tanta diligencia, que aunque fuéron grandes las que en prenderle se hicieron el siguiente dia, fuéron por demas, como asimismo tuvieron igual efeto las que hicieron los criados que andaban en busca de Clori; que destos fué de quien don Antonio habia sido avisado. El cual en esta sazón, dejándola en compañía de su hermosa hija, y yendo á la casa adonde habia parado, se informó de la suerte que con Gerardo habia venido y del hábito de pintadas pieles que traia vestido; procurando Nise en el entretanto y con el mismo deseo entender de su prima la forma de su venida; la cual la satisfizo tan por entero, que sin celarle la afrentosa desdicha de su deshonor, solamente guardó en su pecho el horrible y desesperado atrevimiento de que ya teneis noticia. No hablaron las dos primas estas cosas con tanto recato como su gravedad requeria, pues inadvertidamente, sin reparar en él, se halló presente un pequeño paje, de quien, al punto que volvió don Antonio, fué largamente del lamentable caso informado, y con tan exorbitante dolor, que, privado con su passion del justo y razonable discurso, y sin aguardar á más enterarse de Clori, se persuadió á que sin duda fuese el agresor de su fuerza el mismo que allí la habia traído; con que ciego de cólera y enojo, y acompañado de muchos criados, en ligeros caballos salió en su seguimiento, corriendo en un instante por diferentes sendas y caminos toda aquella tierra, llevando todos bien en la memoria las señales de Gerardo, á quien alcanzaron cerca de la cabaña, y milagrosamente en este encuentro le libró Dios de que no fuese hecho pedazos, segun iban indignados y furiosos los que le seguian; de que quedó fuera de sí el pobre caballero, que ya temiendo su peligro, á voces les pedia se detuviesen y no le matasen; lo cual aunque no lo

pusieron por obra, fué por demas el dejarle de maniar con muy recias cuerdas, sin que sus peticiones y ruegos fuesen bastantes á que siquiera le dijese la ocasion de su ira, que ya él adivinaba, y brevemente tuvo por cierta cuando se vió volver á Cesarina, hallando la villa tan alborotada, que verdaderamente parecia un dia de juicio; y habiendo pasado por en medio de la turba y tropel que con injurias y denuestos le habian recibido, llegaron al castillo y fortaleza; adonde, sin quererle don Antonio oir su inocencia, ni ménos excusar las razones que en su disculpa Clori alegaba, entendiendo que por salvarle las decia, á sus ojos, y con igual sentimiento de la gallarda Nise, que del caso la verdad sabia, le mandó encerrar en una fuerte torre; adonde podrá el que estos renglones leyere entender si con justa causa podia Gerardo estimarse por sumamente infelice.

Aquí estuvo el dia siguiente y parte de la tenebrosa noche tan acongojado y triste cuanto en sus más graves y pasadas desventuras nunca se habia visto; y aun me atrevo á afirmar que no era menor sentimiento el de las dos hermosas primas; porque, reconociendo Clori que por su causa estaba puesto Gerardo en tan peligroso estado, sus lágrimas y suspiros eran tantas y el dolor de su corazon tan crecido cuanto el debido y justo agradecimiento la obligaba, sin poder hallar algun consuelo en quien le habia de tener, que era la bizarra y gentil Nise; la cual, regida de otro particular accidente, no sentia como ajenas las penas y disgustos de Gerardo; ántes, haciéndolas cosa propia, aficionada del noble y generoso proceder que con su prima habia usado, más que de las partes de su persona, que aun no habia visto hasta entónces ni conocido, le acompañaba en su doloroso llanto, y con tan tierno corazon cuanto dispuesto á no dejarle perecer; y así, diciéndole á Clori que la siguiese, y dándole de su intento cuenta, entró en el aposento y cuadra adonde su padre acostado reposaba, y tomándole las llaves de la prision, que en su poder tenia, apercibidas de algunos regalos convenientes á la necesidad del cautivo caballero, se fuéron á la torre; y habiendo con singular silencio abierto las puertas, queriendo las determinadas y hermosas damas entrar dentro, reconociendo la inadvertencia con que habian sin luz venido para alumbrarse, fué forzoso que Clori diese vuelta por ella; y en el entretanto, habiendo para esperarla sentádose Nise, oyó que entre suspiros tristes, graves y lastimosas ansias, al son espantoso de una gruesa cadena en que Gerardo estaba amarrado, con sorda, aunque sabrosa consonancia, salia su voz, acompañando á los siguientes versos:

Da libertad al rio, que murmura
Del duro invierno que le tuvo preso,
Y en una y otra márgen deja impreso
Abril su rostro de esmeralda pura;
Deja la fiera ya su gruta oscura,
Y su escamoso traje en el más grueso
Tronco la sierpe, y con mayor exceso
Huir al ciervo vencedor procura;

Alterna el ruiseñor con saña noble
Quejas alegres del cuñado impio,
Cuyo estupro jamas pudo vengallo:

Todos su mal alivian; solo el mio
Con el plaacer se aumenta y crece al doble;
Y así busco el pesar, y en mí le hallo.

Con tierno llanto escuchaba la amorosa Nise las tristes quejas del cautivo Gerardo, cuando la afligida Clori llegó con una vela; y así, cerrándose tras sí las puertas, bajaron adonde lamentando sus desdichas estaba nuestro aprisionado caballero, que cuando de tal suerte las vió venir, levantándose como mejor pudo, y admirado de la extremada belleza de Nise, y no ménos de su atrevimiento, sospechando que Clori hubiese á su venida dado ocasion, vuelto á ella, le dijo desta suerte:

Nunca en el confuso mar de los presentes infortunios, graciosa Clori, ha podido persuadirse mi alma á que en vuestro poder y viviendo vos ha de llegar el último, y más teniendo una tal protectora como la que os acompaña, en cuyo valor confío tendrá mi vida seguro puerto: solo agora os suplico gustéis de decirme la causa desta prision; que si, como sospecho, es haberos servido, aunque se eternice, la daré por justa y bien empleada. No apartaba la hermosa Nise sus rasgados ojos de los de Gerardo un solo instante mientras que á Clori hablando estaba las pasadas razones; y con tanta violencia sintió á la de Gerardo rendida su libre voluntad, que, sin reparar en tan grandes inconvenientes como del no conocerle, incertidumbre de su libertad y paradero y fin de aquellas cosas se seguan, atropellando su honor y reputacion, se dispuso á arriesgar del todo por él mil veces su vida; y con este amoroso y aficionado pensamiento, tomando de Clori licencia para responderle, lo hizo en esta forma: Harnos obligado tanto vuestras buenas obras y el noble y cortesano proceder con que las habeis dispuesto, que os certifico de mi parte y de la de mi prima que, á no esperar en el presente caso por vuestra clara inocencia buen suceso, esta noche os pusieramos en libertad, aunque alguna de nosotras por dároslo quedara muy sin ella; mas forzosamente os habréis de sufrir hasta que su tío y mi padre, más desapasionado, dé lugar á vuestra disculpa y á enterarse en la infalible verdad destos negocios; porque solo la sospecha de que sois quien á mi prima ha hecho tan cruel afrenta le ha movido á ponerlos en tal aprieto; por lo cual encarecidamente os ruego no os allijais, ni ménos recibais la pena y dolor de que yo mientras en tal estado estuviéredes no podré excusarme; y con esto, habiendo habládole asimismo la bella Clori, le pidieron comiese de lo que le habian traído; y dejándole la luz, y con más gusto del que en tales lugares podia prometerse, temiendo con su dilacion ser sentidas, dieron la vuelta, quedando de su agradable visita Gerardo con nuevo agradecimiento; y la cual tambien tuvo las dos siguientes noches, pasando entre él y la divina Nise amorosísimas y no ménos discretas razones, sin que las muchas que en todo este tiempo propusieron las dos gentiles damas al enojado don Antonio pudiesen ser bastantes á persuadirle en la cierta verdad de su inocencia; ántes á más cólera y furia le incitaban mientras en Clori via aflicion y deseo de librarle; y determinado á hacer dél justicia, comunicando su parecer con el juez que tenia señalado en Cesarina, de acuerdo de entratábulos y por no extenderse su jurisdiccion á más, por el poco paño de sus indicios, le condenaron á tormento, para el cual le sacaron al cuarto día de su prision; y poniéndole los crueles y espantosos artificios delante, habiéndole hecho primero los acostumbrados requerimientos, y notificándole con-

fesase llanamente la verdad de lo que se le imputaba, visto que su pretension no tenia remedio, comenzaron á desnudarle; que cuando á las hermosas damas llegaron estas nuevas, fué tan terrible el dolor que sintieron, y principalmente Nise, que casi se vió en puntos de hacer consigo un desesperado castigo por la culpa que ya se atribuía del nuevo tormento de Gerardo, por haberle estorbado su libertad; y con tan lastimosa imaginacion eran las lágrimas que derramaba y su prima vertia, acompañadas de tan excesivo dolor, que si decirse permite, cualquiera dellas igualaba al sentimiento de la pena con que á esta hora el afligido caballero estaba esperando por puntos verse hecho pedazos de un sangriento y desapiadado verdugo. Mas en esta sazón atajó su ejecucion cruel la breve y no pensada venida de don Enrique; el cual, habiendo, luego como á la villa llegó, informándose de lo que en el castillo pasaba, queriendo llegar á tiempo que tal injusticia se estorbase, como quiera que él mejor que otro alguno sabia estar inocente Gerardo, por lo que ahora entenderéis, se dió tan buena prisa, que habiendo llegado á la presencia de su hermano, y en su compañía el esclavo, que otro hombre traia consigo maniatado, abrazándose el uno al otro con tiernas lágrimas, sin tratar por entónces de otra cosa, mandó llamar á su sobrina Clori, la cual, aunque temblando, apadrinada de la hermosa Nise, hubo de salir, arrojándose á sus piés. Dejo de decir, por la dilacion que pretendo excusar en este discurso, el de su recibimiento, y juntamente las lágrimas y sentimiento con que de todos fué solenizado; en cuyo progreso, habiendo Clori levantado los ojos hácia la parte donde el esclavo estaba con el hombre que le dicho, apénas su rostro y talle vió cuando al mismo punto le reconoció por el autor infame de su deshonra; con que, sin poder para más secreta ocasion reservar la muestra y señal verdadera de su rabioso sentimiento, dando tristes y dolorosos gemidos, quiso arremeter para él, si su amado tío, que entre sus brazos la tenia, no suspendiera su justa cólera, excusando para mejor castigo la venganza que por su detestable y enorme culpa merecia el miserable reo; á la cual su pecado y los justos cielos le trajeron por el camino que él pretendia, alejándose de Sevilla, acercarse al reino de Portugal; que este era el mismo que, si os acordais, proseguia el ofendido y bien satisfecho don Enrique, acompañado juntamente de su esclavo, á quien habiendo este bestial y cruel hombre encontrado cerca del inculto, aunque famoso rio que á los dos reinos divide, y pareciéndole don Enrique persona de valor y quien mejor en aquella ocasion podia suplir su necesidad, sin más acuerdo se determinó á venderle algunas de las preciosas joyas que á la burlada Clori habia quitado; y así, con este pensamiento, poniéndoseles delante y rogándoles se detuviesen, propuso asimismo á don Enrique su plática, concluyéndola con decirle que haberle faltado dineros le obligaba á venderle algunas cosas de precio y estima si de su compra fuese servido; á cuyas razones habiendo estado bien atento, y deseoso del buen lance que así por el mercader como por la ocasion se prometia, respondió don Enrique de suerte, que, satisfecho de su voluntad, sin dilacion alguna el traidor hizo muestra y alarde de una esmaltada y aljofarada gargantilla de oro y dos bien labrados y vistosos zarcillos or-

leados de algunas ricas esmeraldas, finos y nacarados rubies, y otras piezas de notable y sutil labor, que sin más contraste, peso, testigos ó informacion, al instante, no sin falta de confusion y espanto, conoció por de su amada Clori; y tanto le apretó el interior tormento del presente caso, que sospechando por infalible y cierta su temprana muerte, la cual aquel hombre por burlarla y robarla se la habria dado, sin hablarle ó inquirir de su pecho más legítima verdad, dando al ligero caballo un espantoso grito y apretándole con acelerada furia entrambos acicatés, sin que el traidor alevé pudiese desviarse, le atropelló con los pechos del caballo, dando con él de espaldas en el suelo, y con la misma presteza volviendo las riendas, pasó segunda vez por encima, dejándole tan atormentado y herido, que no fué poderoso á mover más pié ni mano; que cuando tal le vió, no queriendo, hasta saber adonde dejaba á Clori muerta ó viva, acabarle de matar, mandó al esclavo, que suspenso estas cosas miraba, se apease y fuertemente le atase piés y manos; y con esto, saliéndose del camino real, algo emboscados entre unos altos y espesos encinares, amenazándole con la cruel y espantosa muerte de que escapar no se podía, le preguntó por el perdido dueño de aquellas joyas; á todo lo cual habiendo el tímido y atormentado hombre con la verdad pasada satisfecho, entendiendo don Enrique de sus razones, como asimismo Clori le habia dicho, el viaje que de Cesarina llevaba, sin detenerse con él un pensamiento más, tomándole, por su mandato, el valiente esclavo en el traves de la silla de su caballo, dieron con veloz paso la vuelta á Cesarina, y con tanto cuidado y voluntad de don Enrique, por ver si hallaba en ella á su querida Clori, que en tres dias llegaron á su vista; adonde, como habeis oido, pudo excusar la sinrazon tan grande que con Gerardo queria hacer don Antonio; el cual, desengañado con el original verdadero deste delito, tuvo por bien de que el desdichado caballero fuese absuelto de su injusta acumulacion; de cuya merced y beneficio dando al cielo Gerardo humildes gracias, tomando de Clori primero licencia, y á una parte de la cuadra á los dos tíos, les dió, sin reservar cosa alguna, entera noticia del espantoso y peregrino suceso que con ella en aquel solitario valle le habia pasado, pidiéndoles al fin y remate de su plática tratasen con la integridad y pureza que dellos y de su amor se esperaba, el remedio tan importante de su sobrina, de quien habia entendido por cierta voluntad deseaba acabar en santa religion y clausura.

Que cuando los queridos hermanos tales cosas hubieron entendido, reconociendo lo mucho que á Gerardo debian y lo mal que se lo habian pagado, con nobles y enternecidas lágrimas, abrazándole á porfia estrechamente, le pidieron perdon, haciendo Clori lo mismo con quien más de su daño debia lastimarse; y así, habiendo, en el interin que esto pasaba, mandado encerrar al agresor de su afrenta en la fuerte torre de Gerardo, de adonde dentro de dos dias fué sacado con inviolable secreto para la sepultura, siendo hora de comer, con igual gusto y contento de todos, y en especial de la hermosa Nise, se sentaron á las mesas, dando el mejor asiento de ellas al disfrazado caballero, no siendo su porfia poderosa á vencer la que en

este proceder córtésano mostraron los nobles y agradecidos hermanos; de quien, así en el discurso de la comida como despues de haberla concluido, fué Gerardo sumamente y con encarecidas razones importunado para que se quedase en su compañía, dejando por entónces la de los rústicos y agrestes pastores, campos y florestas, ayudando á estos ruegos la agraciada Nise con tantas véras, que hubo de contrastar con su noble y amorosa cortesía la firme voluntad del solitario caballero; y así, tanto obligado de sus razones cuanto satisfecho de que la infelicidad de su suerte aun á las más humildes y consagradas selvas no respetaba, aceptó la merced que le ofrecian; dando desde este punto principio lamentable al tercero trágico y último discurso desta historia.

Con general aplauso y regocijo de don Antonio y su hermano, Clori y Nise, fué admitido el agradable y deseado hospedaje de Gerardo; el cual por gusto destes caballeros, que sin conocimiento de su persona, en lo mismo que era la reputaban, hubo de trocar el pastoril y montesino traje, volviendo á su natural y verdadero adorno, acrecentando con las nuevas galas la encendida voluntad y aficion de la hermosa y gallarda Nise; cuyo padre, haciendo con él iguales muestras, juntamente mandaba se le acudiese con pródiga voluntad de todo lo necesario, aunque las ventajas con que siempre acudió á su regalo la aficionada señora eran muy notorias y conocidas de Gerardo; bien que darse por entendido de tal obligacion no le pareció justo mientras la de su estimacion viviese en su agradecido ánimo, anteponiendo las de don Antonio á su propio gusto, aunque de quien con tanto amor era querido fuese juzgada esta correspondencia por ingratitud.

Este leal y honrado proceder de Gerardo causó en la ciega y enamorada Nise una mortal y vehemente sospecha de que sin duda la desdichada Clori, siendo archivo del corazon de su amante, era tambien la ocasion de su disimulo, que ya ella no reputaba sino por desprecio y desden; con que, sin más ciertas señales, apenas este celoso pensamiento fué engendrado en su abrasado pecho, cuando sintiéndose abrasar de sus rabiosas llamas, precipitada en su acuerdo y parecer, y del todo asegurando su celosísima sospecha, se determinó á hacer de su engañada imaginacion sabidor á Gerardo, que, como tengo dicho, de semejante empleo procuraba desterrar su voluntad, dispuesto á ser primero verdugo de su vida que de la reputacion; y así, excusaba el encuentro de Nise por todos los modos á él posibles; pero tantos fuéron los que se le ofrecian á cada paso por ella, que al fin su pertinaz y constante deseo hubo de vencerle en parte y ocasion tan forzosa cuanto dispuesta á declararse, ayudando Nise su discrecion y prudencia con la traza de un entretenido y artificioso juego que vulgarmente llamamos de secretos ó propósitos, tan ordinario como general, particularmente entre tan apacible compañía como la que se halló junta una serena y clara noche, despues de dos largos meses que en estos amorosos desvíos gastaba en Cesarina nuestro Gerardo el enojoso tiempo del frio y proceloso invierno; en cuyo discurso habiendo partídose don Enrique con seguro acuerdo á presentarse en la corte (que ya en esta coyuntura ha-

bía días que por gusto universal de sus majestades, grandes, títulos y consejeros, se había vuelto á su antiguo y mejorado asiento, noble y generosa villa de Madrid), tuvo por bien Gerardo, dándole á conocer, escribir juntamente con tan cierto mensajero á su querido hermano Leoncio, haciéndole con particular y exagerada cuenta sabidor de sus trabajos y desdichas; que no fué esta nueva para él de ménos consuelo y alegría que la que en nuestro primer discurso causó el hallarle vivo cuando á vengarle muerto vino á la gran Segovia; siendo de este fraternal regocijo el que más participó don Enrique, á cuyos negocios queriendo serle agradecido, tanto por el hospedaje de su hermano cuanto por su nobleza, acudió Leoncio, y con tantas veras y voluntad, que en breves días, aunque con mucha resistencia, le sacó libre: adonde los dejaremos en tanto que, prosiguiendo el intento referido de nuestro juego, hace el tierno y rapacillo amor discreto alarde del blando y dulce fuego con que la hermosa Nise se abrasaba; la cual habiendo de propósito forjado el juego de su nombre, poniendo á Gerardo con Clori y su persona, y por la misma orden otras tres hermosas doncellas y criadas suyas, la más alegre que nunca estuvo, viéndose tan vecina al dueño de su alma, vuelta hácia él y encomendando en baja y tierna voz á sus oídos el propósito, dió principio al agradable entretenimiento, discurriendo en él Gerardo y Clori, y consecutivamente la demás compañía; y habiendo dado por todos igual vuelta, tornó la vez á la graciosa Nise, que revelando en voz alta su secreto, de aquesta suerte le dispuso:

Si mi propósito firme
Mudare, máteme amor.

Y Gerardo con gentil desenvoltura asimismo la respondió desta manera:

Y á mí su fuego y rigor
Si tal parecer confirme.

Y con semblante, aunque fuera de su costumbre, alegre y risueño, prosiguiendo la bella Clori, dijo los siguientes versos:

Quien es desagradecido,
¿Qué pena y dolor merece?

A que la primera doncella, concluyendo así la castellana, respondió:

Aquella que siempre ofrece
Un desden, celos y olvido.

Y algo más piadosa la segunda, riéndose dijo:

Gravemente habrá pecado
Contra amor quien sentenciáis.

Y respondiendo la tercera, concluyeron el tercer propósito desta suerte:

Nunca, señora, volvais
Por quien aborrece amado.

Bien reconoció Gerardo cuán á pelo y medida de su condicion se había trazado el ingenioso juego. Mas viendo que para la segunda suerte se aparejaba su apasionada señora, dándola grato oído, dejó el discurrir de su pensamiento por entónces, atendiendo al segundo propósito, que habiendo, como la vez pasada, dado vuelta, hubo la gentil Nise de comenzarle, diciendo:

Con amor, fe y esperanza
Se alcanzará vuestra gloria.

A que el escarmentado Gerardo respondió:

Está muy en la memoria
Una sangrienta mudanza.

Y Clori, que bien los entendió, discurrió diciendo:

No todos los puertos son
De seguridad ajenos.

Y la primera doncella por respuesta:

Yo tengo por los más bueno
La voluntad y ocasion.

Y la segunda, prosiguiendo, dijo:

Yo sé quién, de los cabellos
Cautiva, á soltarla viene.

A que replicando la tercera, concluyó, como primero, el juego con estos dos versos:

Ese su muerte previene,
Como Absalon, preso dellos.

Y no dando lugar á que su entretenimiento cesase, quien solía, habiendo su intento primero discurrido por todos, volvió así á decir:

Mártir será mi deseo,
Y del mi amor homicida.

Y Gerardo, respondiendo con su acostumbrado despejo, dijo:

Séalo de aquesta vida
Si en la más constante creco.

Y luego la bizarra Clori:

En esa misma opinion
Los hombres conmigo viven.

Respondiendo la primera doncella por su orden:

Y más si acaso conciben
En nosotras aficion.

A que la segunda, satisfecha de su parecer, con alegre rostro replicó desta suerte:

El remedio está en la mano,
No dándosela á entender.

Y prosiguiendo la tercera el propósito, le dió el fin con el desta castellana:

Para encubrir un querer,
¿Cómo habrá remedio humano?

Pues desta suerte que he dicho y con el mismo entretenimiento gastaron la mayor parte de la noche; en cuyo discurso pasaron entre Nise y Gerardo, supuesto el velo y artificio del ingenioso juego, en el de su amor y desden notables cosas, siguiendo ella su aficionado pensamiento más segura y ménos celosa de su prima, y él su escarmentado parecer con tanto disgusto y pesar de Nise cuanto el verse tratar con tan libre descuido podia causarle, sin que alivio ó consuelo tuviese en muchos días, ni aun ocasion para hacer entender á Gerardo su nuevo sentimiento; y en este tiempo, habiendo Clori apretado á su tío don Antonio en su santa y cristiana determinacion, no sin lágrimas de su prima, que con extraordinario desconsuelo su soledad sentia, fué llevada á un convento de monjas á la gran Sevilla; en cuyo viaje hubo nuestro Gerardo de acompañarla, juntamente con su amado tío; y ántes que á Cesarina volviese llegó á sus oídos la descada y no ménos bien recibida nueva de la libertad de don Enrique, escrita por el noble Leoncio, el cual asimismo con él se aparejaba para dar vuelta al Andalucía, forzado tanto del deseo de su hermano Gerardo cuanto de mostrar á los dos caballeros el justo agradecimiento que por su noble hospedaie les

debía; con que, sin más quererle detener en Sevilla, partió al punto don Antonio á su castillo con pensamiento de prevenirles un regocijado recibimiento; y con el propio intento, de parecer de entrambos, hubo Gerardo de quedarse en la ciudad para acudir desde ella con algunas cosas convenientes y necesarias á las fiestas que ordenaban: todo lo cual habiendo puesto por obra, y asimismo dejando apercebidos á algunos deudos de don Antonio, y citados á otros muchos amigos para que en siendo avisados acudiesen como mejor les pareciese á Cesarina, dió para ella la vuelta, saliéndose una tarde puesto el sol de la populosa ciudad; y apenas hubo de sus muros veinte pasos apartádose, cuando llegándose de traves cuatro hombres, y el uno trabando de las riendas al cuartago en que Gerardo caminaba, los demas le dijeron se apease, dándole á entender ser sobreguardas y alguaciles de las ricas aduanas que allí su majestad tiene; con que, oyendo lo que se le mandaba, en un pensamiento dejó la silla, dando con esto lugar á que empezasen á desbalijar portamanteo, cojinetes y maleta, diciendo que querian ver lo que dentro iba, para lo cual era forzoso el darles la llave, que, como ignorante de tal costumbre, anduvo no poco remiso en entregarla. Mas pareciéndole precisa obligacion, no queriendo con ellos venir á las manos, aunque de su jurisdiccion estaba bien sospechoso, comenzó á desabrocharse la ropilla, descubriendo una hermosa cadena de oro, de cuyas vueltas la llave traía pendiente: cosa que á los que lo miraban causó no pequeña codicia; y así, le dijeron que se la quitase tambien; y esto con tan soberbio estilo, libres razones y proceder, que totalmente al buen caballero le obligó su vejacion y superchería á que, sin reparar en la mucha ventaja que le tenian y en lo que representaban, retirándose dos ó tres pasos, no aguardando á que más cala y cata hiciesen de su ropa, remitió á la espada y á sus manos el castigo de su insolente desvergüenza; aunque, como los contrarios eran cuatro, y apercebidos de la suerte que suelen semejantes ministros, la vida de Gerardo corria notable riesgo. Todo esto y cuanto desde el principio habia pasado miraba, un poco desviado de la refriega, un mancebo de gallarda y no menos valerosa presencia, como lo dió con harta brevedad y satisfacion á entender á Gerardo, cuya demasiada razon y justicia conociendo, y lo mal que lo iba pasando, no esperando á que peor le sucediese, en dos saltos se puso á su lado; y terciando con notable gallardía la capa al brazo y en la diestra su espada, de tal suerte se animó Gerardo con su ayuda, que con nuevo aliento, aunque cansado y herido, viendo al valiente amigo, que como otro Alcides entre las guardas se revolvía, cobrando lo perdido y el animoso lado y favor que se le ofrecia, en un punto los desbarataron, dejando parte mal heridos, y parte mostrándoles las herraduras y pidiendo á grandes voces favor y ayuda; que como este no pudiese tardar y el recien venido lo entendiese, haciendo á Gerardo envainar la espada, y tomando el caballo con lo que en él venía, por las riendas, le dijo le siguiese, y con tanta presteza, que aunque en su alcance se llenó en un instante todo aquel campo de innumerable gente, ya ellos se habian puesto en cobro, atravesando por la torre del Oro el famoso rio en un ligero barco de los muchos que hay en aquel

pasaje y ribera, yendo Gerardo tan contento y agradecido, que aunque hubiera perdido cuanto llevaba, que no era de poca estima y valor, lo diera por bien empleado por haber granjeado un tal amigo; y así, viendo que ya estaban algo alejados los dos del nombrado arrabal de Triana, y en lugar más seguro, no aguardando á pasar adelante, le ciñó al cuello los agradecidos brazos, diciendo con alegre semblante: Por cierto, gentil y valeroso caballero, que puedo hoy con verdad preciar-me de que tengo entre mis brazos los más nobles y de valor que mis ojos han visto, y á quien con justísima razon debo eternamente servir; y así, os ruego y con todo encarecimiento suplico me digais quién sois, para que yo, sin esta ignorancia, sepa á quién debo agradecer la vida que sustentó. No merece la voluntad que á vuestra persona he mostrado, respondió el valiente mancebo, que con tan exagerada y conocida lisonja querais engrandecer mi pequeño servicio, tan propio de mi condicion cuanto si tuviéades de mi proceder mayor conocimiento lo echárades de ver; porque, siendo ordinaria cosa en mi ánimo el acudir á semejantes sinrazones, no debeis agradecer lo que por vos he hecho; ántes estimarle, dejando esto á una parte, que sin proseguir el camino comenzado, y con tan ruin azar, os volvais conmigo adonde en una pobre posada que en esta ciudad tengo seréis regalado y servido. Y con esto, viendo que el rostro de Gerardo estaba esmaltado de roja sangre, pareciéndole que mal herido estuviese, le apretó más en el cumplimiento de su ruego; y no se engañaba; porque de la pasada pendencia habia sacado Gerardo una herida en la cabeza, de la cual salía á esta sazón demasiada sangre, sintiéndose por su falta algun tanto indispuerto; con que le fué forzoso admitir el noble y apacible hospedaje del valiente amigo, con quien, despues de haberle dado con discretas razones las gracias, dió la vuelta á la ciudad y á su morada, adonde de una hermosa y gallarda dama, que despues entendió Gerardo ser dichoso empleo de su amigo, fué recibido y acostado en una rica y olorosa cama, siendo juntamente curado, y con tanto amor y regalo como pudiera serlo en las casas y poder de su querida y ausente madre.

Aquí estuvo Gerardo quince días, y en este tiempo habiendo conocido en su nuevo amigo pecho y satisfacion para poderle descubrir sus pasados desastres y desdichas, habiendo sido del muy importunado, le dió larga y estrecha cuenta dellas, convidándole con la lisura y sencillez de su voluntad á que Arsenio (que así el valeroso compañero se llamaba) hiciese con él alarde de su vida y sucesos tan peregrinos y venturosos cuanto, si permitido fuera el escribirlos al trágico discurso de mi historia, pareciera no menos apacible que fúnebre y lastimosa. Mas como mi principal pretension sea no desviar del comenzado intento estos renglones, habrá el lector curioso de disculpar mi pereza y remision, satisfaciéndose con saber que lo ménos de las excelentes partes de Arsenio era ser caballero nobilísimo de la singular y famosa casa de los duques de Estrada, ilustrísimo solar de las antiguas montañas, y sin estos adquiritos, prudente, animoso y de sutil y gallardo ingenio; el cual, por varios casos, golpes y vaivenes de la mudable rueda, vivia ajeno de su natural, y casi tan encubierto como hasta entón-

ces había estado Gerardo, favoreciendo sus buenas partes uno de los mayores príncipes de la antigua Vandalia. Pues habiendo trabado Gerardo y el valeroso Arsenio firme y estrecha amistad, comunicada su asistencia en Cesarina y las futuras fiestas que en ella se aparejaban, y juntamente la pena con que de su ausencia estaría don Antonio, aunque ya del repentino suceso le había avisado, sintiéndose Gerardo dispuesto para caminar, muy triste por apartarse de su amigo, hubo de partirse, despidiéndose primero de la bella y discreta Amaranta, que este era el nombre de la dama de Arsenio; el cual saliendo con él una gran milla, con grandes protestaciones de continuar su correspondencia, dió la vuelta á la ciudad, y Gerardo adonde era bien deseado, principalmente de aquella hermosísima y desdeñada Nise.

A cuatro dias como Gerardo entró en Cesarina, llegaron asimismo don Enrique y Leoncio, en cuyas regocijadas y alegres vistas estuvo junto y cifrado el puro, verdadero y fraternal amor destos caballeros y hermanos, y con más particular y exquisita demostracion en los corazones de Leoncio y Gerardo; el cual prosiguiendo el intento de sus fiestas con general aplauso y contento de todos, acompañado de Leoncio y de otros muchos caballeros y amigos que en semejantes alegrías quisieron hallarse, viniendo á ellas de diversas partes adonde la fama se había extendido, salió del castillo y fortaleza en una clara y serena noche él y los demas de encamisada y en gentiles caballos, con muchos y sonoros instrumentos, al són de los cuales, despues de haber el acompañamiento pasado su carrera, plantó un paje que delante dél iba, en el lugar y sitio más público y acomodado de la gran plaza de Cesarina, una acerada y lucida rodela, en quien estaba fijado este cartel y desafío siguiente :

CARTEL.

«El Caballero Desdichado, por otro nombre el Español Gerardo, hago saber á todos aquellos caballeros á cuya noticia viniere el presente desafío, cómo de hoy en veinte dias mantendré en la plaza, en carrera pública, á tres lanzas de sortija desta cuja al vriste, ó como por ellos me fuere pedido : Que la mudanza y frágil variedad de las damas presentes y pasadas fué y es mayor que su firmeza y fe; y esto sustentaré, siendo condicion, demas de las acostumbres, que el caballero que de conformidad y parecer de los jueces saliere conmigo perdidoso sea obligado á firmar por cierta y verdadera esta opinion con su propio nombre : demas, que el aventurero á quien su buena suerte le diere la honra y prez de la vitoria, ganará de mi parte, por justo premio de su valor, un fino y excelente diamante.»

Y hecho esto, con el mismo acompañamiento y regocijo dieron la vuelta hasta dejar al mantenedor en su posada, volviendo todos á las suyas, adonde cada uno trató de prevenirse para el señalado, que fué el primero del florido y alegre mayo, hasta el cual la hermosa Nise entretenió el breve término en lucir, bordar y enriquecer con sus hermosas manos diversas y ingeniosas galas para su esquivo y desesperado amante, que asimismo en este tiempo, habiendo hecho que en la gran plaza se atajase un anchuroso palenque y

todas las demas cosas necesarias, las más horas del dia, deseoso de acertar, se entretenia en hacerse diestro, asegurando más la honra y gloria del brazo victorioso de aquel dia; que habiendo al fin llegado, no entiendo que hizo falta el gran concurso de las populosas y magníficas ciudades; ántes, habiendo de todas las circunvecinas acudido innumerables gentes, hermosísimas damas, gentiles y bizarros caballeros, parecia verdaderamente que todo el mundo allí se hubiese juntado; y ayudando á esto el adorno y riqueza con que la anchurosa plaza estaba aderezada, casi podia competir con las soberbias galas, motetes, invenciones, letras y cifras de la española corte.

Ya en esta razon el claro y rubio Apolo iria en la mitad de su acostumbra da carrera, cuando del alto y torreado castillo de Cesarina con admirable estruendo se comenzó á disparar mucha y muy buena artillería que en él hay, con tanto ruido y espanto, que el que á este mismo punto hacian en la vistosa plaza cientos arcabuceros no se oía, ni ménos el alegre salva que despues de una bien ordenada escaramuza hicieron al galan mantenedor, que al són de varios instrumentos ya iba entrando. Venian delante dél y en gentil ordenanza cien ginetes, que no son de los ménos tempidos en aquella costa, armados á la ligera con aceradas y jacerinas cotas, adargas blancas, y de tafetan listado á trechos de hilo de plata las bandas de su empresa, lanzas con banderillas de la misma seda; todos los cuales, habiendo la infantería despejado la plaza, dieron principio á otra no ménos concertada escaramuza, y concluyéndola en un limitado caracol, yéndose en dos cuadrillas y por dos diferentes calles, dieron lugar á que fuesen entrando doce poderosas acémilas, cuya carga era vistosas lanzas cubiertas de preciosos doseles de terciopelo pardo, bordadas de plata fina las armas de Gerardo en medio dellos; y habiendo dado su vuelta, pararon adonde estaba armada una gran tienda de damasquillo pardo, junto á la cual arrimaron las lanzas; y desocupando las acémilas el puesto, le ocuparon doce alindados y ligeros caballos, que gallardamente enjaezados traian de diestro otros tantos lacayos, cuyas libreas eran calzas de raso pardo, cuernas blancas sobre jubones del mismo raso, sombreros pardos con plumas blancas; y tras destos, muy galanes y bizarros entraron veinte y cuatro caballeros que quisieron acompañar al mantenedor; delante del cual por padrinos venian su hermano Leoncio y don Enrique, vestidos entrambos á dos de un brocadete pardo, monteras rasas con penachos blancos y pardos, y sobre todo con tanta gala y bizarría, que casi escurecian la mucha del gentil mantenedor, que en un endrinado y morcillo caballo entró representando otro famoso Augusto y vestido á su usanza y traje romano. Era la librea de raso pardo bordado el blanco dél de fina plata, con tantas lazadas, cifras y labores, cuanto el ingenio humano pudo fabricar. Traia en el diestro brazo un bastoncillo corto tachonado de plata; y en la altiva y destocada frente una corona de verde y fúnebre cipres: las garniciones del caballo eran asimismo pardas, y con las mismas bordaduras y labores encobertado, hoyal de plata, testeras y penachos de plumas blancas y pardas, hollándose con tanta gallardía, que verdaderamente parecia no tocar el suelo que pisaba. Luego se seguian

otros seis caballos morcillos, que tiraban un triunfante y hermoso carro, y detras del otros diez ó doce caballeros que con iguales galas y riqueza, siendo la retaguardia desta bizarra compañía, daban fin á su acompañamiento. El carro era todo negro, matizado de estrellas y luceros de plata así por la banda de adentro como por la de afuera; y en la mitad del, en un alto y rico trono que ocupaba la capacidad de todo el carro, y debajo de un triunfante y artificioso arco, una figura hermosa de mujer, vestida de una rozagante y egipcia ropa, orlada y guarnecida de infinitas coronas, cetros, mitras y tiaras, de tal suerte eslabonadas y tejidas, que haciendo labor curiosa á la vista, claramente representaba ser aquella tan temida y respetada diosa á quien los gentiles idólatras llamaron Fortuna, como asimismo lo advertía un letrado que en la siniestra mano y en una roja y plateada banderilla traía escrito; el cual decía de esta suerte:

Soy la inconstante Fortuna,
Varia porque soy mujer,
En quien no hay firmeza y sér.

La diestra tenía fija y pendiente de una plateada rueda que encima de sus pechos sostenía un casi muerto y difunto caballero, de suerte que venía á estar debajo della, vestido y adornado de la misma forma, colores y librea que Gerardo, con un letrado ó epitafio que á la mano derecha en un blanco y delgado pergamino traía pendiente; cuya breve sustancia era la siguiente:

Es tan cierta mi caída,
Que más quiero así morir,
Que para caer subir.

Esta letra se iba arrojando por la plaza, aunque nadie como la gallarda Nise la entendió; la cual en medio de Celia y Leonora, deudas suyas y de admirable hermosura, y con otras muchas damas forasteras y de Cesarina estaba en unos ricos y bien aderezados miradores, con tanta gracia y belleza, que al sol causara envidia su hermosura. Tenía la discreta dama vestida una saya entera de raso pardo acuchillada, y en tal forma, que por cada picadura saliendo los enveses y aforros, que eran de tela de plata fina, se venía á hacer dellos unos artificiosos florones, cuyos medios adornaban grandes y finísimas perlas; la guarnición y orladuras eran sutiles antorchados y cañutillo de plata, y en él entretejidas á concertados trechos las mismas perlas. El tocado de la hermosa cabeza era no ménos rico que vistoso, descubierta el cabello y cogido con un apretador de piedras finas, siendo la red el oro de sus madejas rubias, cuyas trenzas aun hoy Apolo envidia para rayos y adorno de su frente. Estaba Nise con la opinión que su querido amante defendía tan disgustada y melancólica, que claramente el bravo mantenedor en su semblante triste conocía la causa de su pena; y no fueron bastantes las que en su alma hacían asistencia para que dejase, viéndola así, de enternecerse, y contemplando su celestial y admirable hermosura, de reputarse por cruel y desagradecido; y así, con este nuevo y entretenido pensamiento, dando la vuelta acostumbrada, vino á parar en su hermosa tienda, enfrente de la cual, en un gran tablado, á quien varias alfombras, tapices y damascos de diversas colores cubrían, ya estaban asentados los

jueces, que eran don Antonio y otros dos caballeros amigos y deudos suyos; y un poco de su asiento desviado, debajo de un dosel de brocado pardo, un grande y soberbio aparador lleno de muchas y muy ricas joyas, y en lo más alto de todo, en una labrada salvilla de plata sobredorada, el fino diamante engastado en un precioso anillo de oro, premio señalado del vitorioso aventurero; y así, en el entretanto que alguno venía, habiéndose apeado Gerardo, tomó asiento en una bordada silla que á la puerta de su tienda estaba prevenida, dejando de su gallarda entrada admirados y satisfechos á cuantos con alegría y gusto le miraban.

Los veinte y cuatro caballeros y los doce últimos que le habían acompañado se pusieron á la banda de la gran tienda, formando un hermoso y bizarro escuadrón, teniendo por retaguardia todos los menestiles y sonoros instrumentos que con el mantenedor habían entrado. Y no tardó mucho que, habiéndose oído gran ruido de trompetas, clarines y atambores, se viese asimismo entrar por un lado de la plaza una manga de caballeros, todos á la brida y armados de la suerte que acostumbran los hombres de armas, y estas tan lucidas y grabadas de curiosas y doradas labores, que no parecían sino clarísimos y cristalinos espejos. Llevaban delante su guion, cuyo color y tela era de damasco azul y rapacejos de oro, con un escudete, y en medio del bordadas las armas de los antiguos señores de Cesarina, que son en campo azul dos castillos, pendiente del uno al otro una gruesa cadena de oro, á quien está asido del gorjal un rapante y coronado león. Luego se seguía un carro triunfal de tal manera obrado, que verdaderamente parecía ser todo de oro fino, y en las esquinas y cuadrángulos de tres hermosos arcos, pintados muy al vivo los metafóricos amores de la esquivia Dafne y el dios Apolo: oíase dentro del carro una concertada música de instrumentos, cuyo rumor daba un dulce y agradable regocijo á los oídos, y en la cumbre del arco de enmedio, sentado encima de un globo ó mundo de oro, el temido rapaz y dios Cupido en la forma que los antiguos solían pintarle, desnudo y vendados los ojos: en las manos tenía un arco turquesco con una aguda flecha, que parecía asestar al pecho de un gentil caballero que consecutivamente á las espaldas del carro en un ligero caballo rucio rodado venía haciendo alarde de su gallarda persona, á la cual adornaba un vaquerillo de brocado azul guarnecido de enlazados y espesos alamares de hilo de oro, sombrero valon de tafetan azul cubierto de menudas trencillas de oro y de grandes y vistosas garzotas y martinetes azules, de los cuales y de ricos penachos traía el furioso caballo enramada la soberbia frente, siendo sus guarniciones y cubiertas de la misma tela y colores del caballero, que á esta hora fué de todos conocido por el valeroso Lauro, sobrino amado del noble don Antonio, y en quien él tenía para dueño y esposo de su hija puestos los ojos; aunque los della en la ocasión presente vivían bien fuera deste pensamiento. Preciábase Lauro de su verdadero amante, y esta afición crecía al mismo paso que Nise trataba de borrarle de su memoria; cuyo desprecio y olvido fué suficiente materia para causar en su corazon un encendido fuego de rabiosos celos; que aunque á Gerardo no se los daba á entender, de las muestras y señales

que de amor había visto en su amada prima conocía con evidencia el que le tenía, y más en este dichoso día, adonde aun las libreas y colores de entrambos pudieron darle mayores sospechas y receos. Venían con Lauro, acompañándole, otros doce caballeros sevillanos, y á la jineta en caballos rucios, guarniciones y plumas como las de su aventurero, y ellos con calzas de obra de raso azul y entretelas de brocado, sayos, capas y gorras de terciopelo de la misma color, guarnecidas de trenzas y franjones de oro; de entre los cuales, al dar la vuelta á la gran plaza, se iba arrojando esta letra, que es la misma que Lauro en medio de los pechos y en una tarjeta de oro traía escrita :

Hoy defendo la firmeza
De mi dama, aunque en matarme
Es más firme que en amarme.

Con grandes voces y algazara solenizó la gente y novelero vulgola la entrada del galán Lauro; el cual, después de haber concluido su paseo, dejando á un lado de la plaza el dorado carro, se vino para donde el mantenedor estaba; á quien habiendo hecho una gran cortesía, le dijo : Ya sabeis, señor caballero, el intento de mi venida, que os prometo que este breve momento que sin ponerle en ejecución se me pasa le estimo por una eternidad, seguro de que la misma sinrazon que manteneis me ha de dar el premio y vitoria que deseo; y si mi suerte fuere tan desgraciada, que sea forzado á afirmar vuestra opinion, quiero perder asimismo esta preciosa cadena, á cuyo valor entiendo no hace vuestro diamante alguna ventaja. Y diciendo esto, se quitó una esmaltada y gruesa cadena de oro de notable artificio; y dándola á los jueces el mantenedor, que ya había subido á caballo y atento le escuchaba, respondió que era contento; y diciendo esto, tomó de la astería una gruesa lanza, que en la color parecia ser de un bruñido ébano, y en concertados pasos fué discuriendo la larga carrera con tal brio, donaire y gentileza, que á todos los presentes causaba de su vitoria notable aficion; y habiendo al limite del puesto llegado, en un pensamiento dió la vuelta á su caballo, y partiendo como un arrebatado torbellino, en medio de la carrera sacando de la enja el brazo y lanza, la tendió con tanta gallardía y sosiego, que sin tocar en la sortija se la llevó en la punta; y deteniendo su caballo, animado de las confusas voces que en favor de su buena suerte se oían, volvió á ver la de su contrario; el cual, más confiado que diestro, tomando una lanza y el principio de la carrera, arrancó con tanta velocidad y furia, que casi no fué oído ni visto; y tendiendo la lanza, no fué con tanta seguridad, que se llevase la sortija, aunque en ella hizo un admirable golpe. No sabré encarecer lo muy ufano y contento que se halló Gerardo en este punto, y el dolor y sentimiento del aventurero, que con harto disimulo encubria á su pesar mientras para la segunda carrera se aparejaba; de la cual en su ligero caballo salia ya el mantenedor, y tendiendo, al llegar de la sortija, la lanza, se la llevó, dando á las voces y alaridos de la gran plaza mayor motivo. Lauro pasó su carrera con gran donaire y mejor cuidado que la vez pasada, pues se llevó asimismo la sortija, como Gerardo, el cual, renovando de lanza y de caballo, dió la última carrera, y en medio de lo

alto de la argolla, y casi en el mismo lugar que la primer suerte de Lauro, que en este punto, pareciéndole no estaba muy en duda la vitoria, subiendo en un bien arrendado y cordoves alazan, como una saeta pasó la carrera; mas aunque lo hizo con harta gallardía, totalmente erró la sortija; de que quedó tan corrido y enojado cuanto alegre y contento el mantenedor, por quien de los jueces fué declarada la vitoria, enviándole la rica cadena y mandando juntamente á Lauro firmase el cartel de Gerardo: cosa que sintió más que el verse sobrado y perdidoso. Mas al fin, siendo fuerza, hubo de acercarse á la gran tienda, de adonde le fué traída la rodela y opinion de aquel, en cuyas manos la firmó; el cual viendo á Lauro tan apasionado, echándole los brazos al cuello, le dijo : No los varios sucesos que la fortuna reparte con los hombres á su voluntad ha de apartar la vuestra, amigo Lauro, de la merced que siempre me habeis hecho, pues della confieso procede la presente vitoria; y porque desta verdad vivais seguro, veis aquí el premio della señalado por vos, á quien es más justo vuela; y con esto, tomando de una gran fuente de plata la preciosa cadena, se la echó al cuello, sin poder Lauro resistir su noble liberalidad; y así, agradecido, como era razon, le respondió : Por cierto, señor Gerardo, que podeis decir habeis hoy con vuestro cortosano proceder granjeado en las véras de mi agradecido ánimo mayor vitoria que la que debia redundaros en las burlas de aqueste entretenido juego; y así, desde este punto en una y otra ocasion me confieso por vuestro vencido; y pues en lo que toca á la joya que me habeis ganado, quereis, sin serlo, parecer perdidoso, razon será que, ya que yo lo soy, excuse el poseerla; porque, dándome licencia, estoy de parecer de servir con ella á la dama que más hoy la merece. De eso seré yo aun mucho más alegre, pues vos gustais de hacer tan buen empleo, respondió Gerardo; de quien despidiéndose el apasionado Lauro, enderezó hácia donde la bizarra Nise estaba aguardando en lo que los cumplimientos de sus caballeros pararian; y en llegando, haciendo así á ella como á las circunstancias que la acompañaban una gran cortesía, tomó la cadena, y besándola primero, la puso en la punta de su lanza, la cual levantando hácia su hermosa prima, la dijo estas razones : Bien que el haber defendido tan mal vuestra causa me haga desmerecedor de que, favoreciéndome, querais recibir de mis manos esta joya, la voluntad mia y la que yo sé tiene de servirlos el que me la ha ganado suplirá mi mengua, honrando en vuestro hermoso cuello esta prenda. Aquí cesó, aguardando la respuesta de Nise, que, aunque disimulando el sospechoso punto, todavía con alegre semblante le dió á entender su demasia, diciendo : Por cierto, señor primo, que si nuestra firmeza es hoy tan bien defendida como parece, que el mantenedor habrá de quedar bien arrepentido y castigada su opinion; y así, en satisfaccion del servicio que á todas estas damas habeis hecho, quiero recibir la cadena de vuestra mano, siquiera porque si otra vez os pareciere aventurarla, la balleis en mi poder. Aquí, saliéndole vivas colores de su sentimiento al rostro, no tuvo Lauro ánimo para replicarla; con que despidiéndose della, hubo de salirse de la plaza al mismo tiempo que por otra calle entraba el soberbio y encendido Mongibelo de Sicilia, vomitando por una horrible

boca ó respiradero que en la cima llevaba, tantas llamas de fuego y con tan espantoso ruido, que verdaderamente parecia venir en él todo el infierno junto : lo restante del desnudo monte venía cubierto de un color adusto y abrasado, moviéndose todo él con tan notable artificio, que aun las señales de su rastro no se conocian en el suelo; hasta que, llegando cerca de la tela y miradores de los jueces y damas, suspendiendo su máquina, el fuego y llamas crecieron con tanta violencia, que disparando por mil diversas partes bombas y cohetes de artificiosa pólvora, el aire se condensó con su oscuro vapor de suerte, que no se veian los unos á los otros; hasta que, habiéndose deshecho con el ardiente Etna aquella niebla espesa, quedaron en su lugar y en sendos caballos dos gentiles y gallardos mancebos, que rodeados de doce fierisimos salvajes, causó su gallardía y vistosa librea notable contento y regocijo en cuantos, admirados de su rara invencion, alegres los miraban. Venian vestidos á la morisca, marlotas de tela de plata, sembradas de flores carmesíes, y capellares de raso nacarado cubiertos asimismo de flores blancas de admirable hechura y artificio; los bonetes eran tambien rojos, de terciopelo, apretados con blancas y sutiles tocas de fina plata, plumas y penachos de conformes colores, y mangas de un cendal transparente y delicado, bordadas de finísima pedrería : los caballos en que venian, más que la nieve blancos, paramentos y cubiertas de raso encarnado, con todas las bordaduras de acendrada plata, bandas y plumas como las de sus dueños, que en este instante se movieron de su puesto con exquisito donaire y gentileza, cercados de sus doce salvajes, los cuales iban arrojando entre la gente y plaza estas letras :

Si, como somos iguales
En la sangre y el valor,
Nos igualara el amor,
Hoy fuéramos inmortales.

El que de algo más edad parecia, aunque entrambos tenian bien poca, llevaba en una gruesa lanza un pendoncillo colorado y blanco, y bordada en medio dél esta letra :

Si es la muerte mi remedio,
Y amor quien me la ha de dar,
Mucho se tarda en llegar.

El segundo asimismo en el pendoncillo de su lanza traía tambien esculpida esta letra :

De amor procede mi vida;
Y así, en amor me convierto,
Porque sin amor soy muerto.

Luego comenzaron los fornidos salvajes á tocar diversos instrumentos, así dulces y sonoros como clarines bélicos, de quien en vez de las tremendas clavas venian apercibidos, á cuyo són y estruendo movieron los gallardos caballos. Mas apenas llegaron á la tela, cuando fuéron de todos los circunstantes conocidos por los dos famosos y valientes hermanos Saavedras, insignes ramas del famoso tronco que al Castellar ilustre ha dado dueños; los cuales, queriendo honrar con su presencia á Cesarina, hicieron desta suerte de su valor alarde, que reconociéndole bien nuestro mantenedor, no poco dudoso de la vitoria los aguardaba; y habiendo llegado y hecho á las damas y jueces su acatamiento, tomando la mano para hablarle el mayor hermano, le

dijo desta suerte : Aunque la condicion que mantenets pudiera yo sustentar, y quizá con tan legítima causa, no será tan solamente (si yo saliere perdidoso) paga de mi corta destreza el firmar parecer que tengo por tan acertado; y así, quieroque ganeis juntamente esta preciosa esmeralda. Aunque excusada, respondió Gerardo, todavía por animarme á ganar prenda de tal caballero acepto la condicion; y con esto, habiendo el aventurero entregado en un hermoso anillo la esmeralda á los jueces, dieron la vuelta, tomando cada uno la mejor lanza que de la asteria le pareció; y llegando Gerardo á la carrera, partió della cual el ligero viento, dando el bote de la lanza en el extremo de la sortija por la parte de arriba en derecho, que aunque no se la llevó, fué tan extremado golpe cuanto difícil de ganar; y volviendo á su tienda, desde allí aguardó la suerte del contrario, que arrancó con notable brio y donaire, bien que su golpe no le tuvo, porque tocó en el borde de la sortija tan mala vez, que casi no se determinó haberla llegado. No le pesó de su desgracia al vencedor Gerardo, que volviendo á su carrera, la pasó tan bien, que se llevó la sortija; la cual habiendo mandado poner en su puesto, se volvió al suyo, dando lugar á que el galán aventurero, no poco confuso y disgustado, con nuevo ánimo empezase la conocida carrera, al fin de la cual se llevó la sortija, quedando contentísimo de su buena suerte; y viendo que el mantenedor se aparejaba al último trance, hizo él otro tanto, trocando caballo y nueva lanza á la misma hora que con la suya acababa el diestro mantenedor de llevarse en la tercera suerte la sortija, encareciendo entre confusas voces la gente su ventura; con que harto cuidadoso pasó la carrera, y con tanto sosiego, que al fin della se halló con la deseada sortija en la punta de su lanza, dando motivo á que sobre la determinacion de la vitoria se comenzasen á alborotar los unos y los otros. Gerardo y sus padrinos alegaban, y con justicia, que el golpe primero, causa de esta diferencia, no recibia igualdad mientras la sortija se quedase en su lugar; á lo cual replicaban los dos hermanos aventureros que tambien el suyo era muy mejorado, mas que en cuanto la sortija no se llevase no era suerte; y así, era igual el prez de la vitoria, ó por lo ménos se habia de correr otra lanza; y otras muchas razones que por no esperar á que llegasen á mayor encendimiento, los jueces legítimamente mandaron al aventurero se retirase, porque habia en efeto perdido; con que el sevillano caballero lo hubo de tener por bien, confiado de que su desgracia y mala suerte sería recompensada por su hermano, que, hecho una vibora de enojo, dijo al mantenedor : No sé por cierto, señor caballero, cómo os concede el cielo tan alta vitoria defendiendo la injustísima causa que publica vuestro cartel; cuya sinrazon me mueve á pedirnos limitemos el futuro suceso á solo el breve tiempo de una lanza, siendo el premio señalado por mi parte, si como mi hermano de igual fortuna fuere perseguido, este ligero caballo enjaezado y de la suerte que en él me veis; y si en mi favor se declarare, habeis de obligaros á dejar luego la tela, no manteniendo más tan cruel opinion. Sin menoscabar mi honor, respondió Gerardo, bien pudiera excusarme de vuestra demanda; más porque esa confianza no se vaya sin el castigo que merece, gusto de aceptar vuestro partido; y cesando su plática, con más

cuidado que hasta entonces escogió una derecha y lisa lanza, con quien y en un ruano Valenzuela pasó su carrera, de adonde salió con tan gentil donaire, que desde luego le prometieron todos buen suceso, como en efeto, llevándose la sortija, le tuvo. El aventurero asimismo corrió con mucha gracia, aunque para llevársela no la tuvo; porque dió en lo alto de la argolla un bote ménos razonable que el que de su persona se esperaba: cosa que en los dos hermanos causó igual pesadumbre, aunque la disimularon con mucha cordura; y no aguardando el aventurero que le mandasen apearse, lo hizo, entregando á Gerardo su buen caballo; el cual con alegre rostro le dijo: Porque la pérdida de tan gallardo animal os sirva de acuerdo en el engaño que vivís, me habré de quedar con él, sirviéndoos con este mío, que entiendo no es de ménos valor; y diciendo esto y dejando la silla fué todo uno, con harta admiración de los presentes, y más de los dos hermanos, que con regocijado agradecimiento admitieron la oferta, firmando juntamente el cartel del mantenedor; cuando por la mas anchurosa calle de la plaza, entre infinitos tiros de artillería, comenzó á asomar un gran castillo, que encima de un alto y arcilloso peñasco parecía venir fundado. Era de cuatro puntas, con muchas y muy vistosas torres y una gentil barbacana. En la torre del homenaje estaba por chapitel y última arquitectura la voladora fama con una trompeta en la siniestra mano, y en la diestra una gran bandera de brocado morado carmesí, en quien venían bordados diez escudetes, uno más alto y mayor que los demas, y en él, pendiente de un cordon de oro, una gran llave, conocidas y notorias armas de la muy noble y más leal ciudad de Gibraltar, de cuyos ganadores siguientes eran los otros nueve. El primero y más conocido de la mano derecha era de los Mendozas; y luego consecutiva, Ludeñas, Bustos, Castillos, Piñas, Nateras, Mesas, Calvos y Benítez. Todas las almenas, torres, murallas y chapiteles venían cubiertas y hermosecadas de pintadas banderas, flámulas y gallardetes con las mismas armas, y las reales en un bordado guion de brocado amarillo: de suerte que venían á estar sobre los alquitrales y cornijas de las herradas puertas del castillo, al cual movían por la parte de adentro muchos hombres con fáciles y ingeniosas ruedas. En cesando la artillería, comenzó á oírse una trompeta bastarda, á cuya señal, habiendo con notable majestad llegado debajo de los miradores, paró el gran castillo y Peña; y tornándose á disparar la artillería al ruido y concertado són de diversos clarines, se abrieron las cerradas puertas, de las cuales arrojaron una puente levadiza cubierta de damascos morados, y después de breve espacio salió por ella un galán mancebo en cuerpo, vestido á la miliciiana española, calzones y jubon de tela de plata acuchillada, y por enveses tafetan naranjado, y un fuerte y gallardo colete de ante guarnecido de franjas y espesos alamares de oro puro, medias naranjadas, zapatos y ligas blancas, valoneilla francesa, puntas de Flándes, plumas doradas y blancas, y sombrero de armiños, por imitarles en la color; los aderezos de la espada plateados, y en la mano diestra una rica jineta, por donde el militar oficio de noble capitán representaba. Este, habiendo llegado, juntamente con ocho pajes que con ricas y lucidas libreas le acompañaban, á la presencia

del mantenedor, despues de la ordinaria cortesía, en alta voz, que los jueces y todos los presentes pudieron oírle, le dijo las siguientes razones:

En el castillo famoso de la insigne ciudad de Gibraltar, que veís delante, quedan nueve caballeros descendientes de sus nobilísimos ganadores, de quien soy enviado á pedirlos de su parte seáis servido de darles licencia para que, sobre las condiciones que manteneis, pueda correr cada uno con vos una sola lanza; que más por excusaros de trabajo que dejarle de tomar ellos, les ha parecido escoger este partido. Aquí, viendo Gerardo que el bizarro capitán había concluido su plática, con no ménos gracia así le respondió: Supuesto, señor caballero, que yo no esté en esta plaza para otra cosa de la que me pedís, bien pudieran haberos excusado esta venida los famosos aventureros que acá os envían, á quien diréis acepto como ellos mandan la condicion; y con esto, haciendo á Gerardo y á las damas y jueces un humilde acatamiento, dió el valiente mancebo á su castillo la vuelta, dejando en todos los presentes de su gala y cortesano proceder bastante satisfaccion; y no tardó mucho que, volviendo á dispararse el artillería, al són de las trompetas y añaliles vieron salir por la misma puerta un gallardo y gentil caballero, y al mismo instante, abriéndose en lo bajo de la Peña otra puerta, salieron dos fornidos esclavos muy bien ataviados, trayendo del diestro un bizarro caballo de color castaño, en el cual, sin poner pié en el estribo, subió el aventurero, cuyo vestido era un sayo largo agironado de brocado amarillo y rosado; lo amarillo bordado de cordoncillo de plata, y lo rosado de oro; las guarniciones y cubiertas eran de la misma suerte, con infinitas plumas, martinetes y penachos; de quien así el galán sombrero del aventurero como la soberbia frente del caballo iban enramados y cubiertos, haciendo el blando céfiro en sus remates varios ñudos y diversas lazadas: en medio del pecho llevaba un escudete ó lámina de oro grabada con las antiguas armas de los Bustos, por donde se conoció ser caballero de aquella noble casa; y por orla del escudo esta letra, que dándose por la plaza, fué notoria á todos:

Mi fuerte progenitor
Dió á Gibraltar honra y gloria,
Ganando della vitoria.

Apénas llegó á la letra, cuando el buen mantenedor, pareciéndole que no era necesario más convenirse, poco á poco en su caballo pasó la carrera; y dando al principio della con un ligero salto la vuelta, espoleando al gentil caballo, con notable destreza arrancó, tendiendo á su tiempo la lanza, y tan bien, que se llevó la sortija en ella; y volviendo muy contento á su tienda, atendió á la suerte del contrario, que fué tan buena como la suya, de que no poco se sintió; aunque desquitó su pesar con la del segundo aventurero, que con la misma librea y en la forma y letra igual al primero salió, trayendo por blason las armas de los Piñas: este dió al soslayo en el argollon; y en esta órden corrieron hasta el noveno y último aventurero, al cual, por diferenciarse así en la librea como en la letra, que demas de la de su tarjeta iba arrojando por la plaza, me pareció no pasarle en silencio. Salíó en un alazán tostado, vestido de brocado blanco, acuchillado, y tomadas las picaduras con alamares de oro tirado, cu-

vos botoncillos y remates eran finos rubies : el sombrero que llevaba era de tafetan plegado y blanco, con una hermosa toquilla bordada de cañutillo de oro, y en la roseta un precioso y estimado camafeo orlado de pequeños rubies; plumas, garzotas y martinets blancos, como tambien lo eran los grandes penachos del caballo, cuyas cubiertas y guarniciones eran de brocado blanco, labradas de diferentes bordaduras de oro fino, que admirablemente campeaban sobre la nieve de su tela, color, por cierto, de hombre más aficionado al iracundo y poderoso Marte que al niño tierno y dios Amor. En el escudo de sus armas se conoció ser el heroico y nobilísimo Mendoza, y la letra que arrojaba decia desta suerte :

De mi libre voluntad
Soy tan dueño, que confío
No dejaré de ser mio.

Representaba en el robusto semblante gran fortaleza, y con la misma se enseñoreaba del ligero caballo por la anchurosa plaza, á quien habiendo dado una gran vuelta, dejó muy alegre y satisfecha, y acercándose á la tienda del mantenedor, que ya, por verle venir hacia él, le esperaba, escuchó de su gentil persona el siguiente razonamiento : Todos mis amigos y compañeros, segun he entendido, han corrido con vos una lanza, y así habré yo de hacer lo mismo ; mas para mi satisfacion, y para que nadie en el mundo entienda que mi venida ha sido para contradecir la justa y acertada opinion que en contra de la firmeza de las damas manteneis, quiero, siendo vos servido, firmarla de mi pronta voluntad ántes que por fuerza, saliendo vos vencedor, me obligueis á hacerlo ; porque no en juegos ni regocijos tan de burlas como los presentes, mas en atrevida y verdadera escaramusa sustentaré siempre tan acertado y sano parecer.

Con notable gusto escuchó Gerardo la determinacion del valiente caballero, y con semblante alegre y risueño le respondió : Con seguridad podeis hoy, señor caballero, prometeros la vitoria, que no es posible falte en quien sobra de la verdad que sustento con tan gran conocimiento ; y yo soy contento de correr con vos una lanza, y aun de servirlos con el premio del vencedor si vos dél gustais ; y habiendo dicho esto, abajando, en señal de cortesía, un tanto la cabeza, pasó adelante á su acostumbrada carrera, al fin de la cual se llevó la sortija, y poniéndola en su lugar, al mismo punto partió el aventurero con tanta velocidad y gentileza cuanta hasta entónces ninguno habia corrido ; y metiendo la punta de su lanza por el argolla, se la llevó como Gerardo, á quien con el regocijo del buen suceso, llegó á abrazar, pidiendo le sacasen la rodela del cartel para firmarle; que si bien no tenia obligacion, importunado de sus ruegos, hubo Gerardo de mandar traerla, aunque no lo consintió firmase adonde los demas ; y así, junto á su firma quedó la del aventurero esculpida.

De todos los nueve caballeros dichos, los cuatro ganaron joyas ; y así, se les dieron muy preciosas, y ellos sirvieron con ellas á las damas que más les agradaron ; aunque la del último aventurero fué más rica y aventajada ; la cual pareciéndole, segun su cruel opinion, no habria danna que de sus manos quisiese recibirla, pidió al mantenedor que de las suyas se la diese á la her-

mosa Celia, que por darle á Gerardo gusto hubo de recibirla, al mismo instante que al són de varios clarines, trompetas y cajas la sempiterna fama, que por timbre del homenaje parecia, comenzó á tremolar la poderosa diestra, dando al aire los dorados pliegues su bandera, en cuyo envés parecieron escritos con crecidas letras de fino oro aquestos cuatro versos :

Hoy con voz de metal y bronce duro,
Destas casas, honor de las Españas,
Publicaré su nombre y sus hazañas,
Desde el claro cenit al centro oscuro

Y con esto, habiéndose recogido el gallardo aventurero á su castillo, con espantosos truenos de la artillería, desocupó la plaza, cogiendo su lugar doce hermosas acémilas cargadas de derechos y verdes cañas, cubiertas con ricos reposteros, á quien seguian treinta y dos caballeros con adargas y lanzas embrazadas, trayendo en medio de sí un superbisimo, disforme y triunfante carro, al cual tiraban doce manchadas pias, con un arco de ingeniosa arquitectura en medio, labradas y esculpidas en él con artificiosa y sutil mano aquellas memorables hazañas que en el cerco de la ilustre ciudad de Jerez de la Frontera hicieron sus valerosos ganadores, entre las cuales más resplandecia el no ménos temido que audaz hecho del fortísimo Herrera, que en uno de los cuadros del rico arco mostraba con robusta presencia el brazo y puñal tinto en la roja y real sangre del bárbaro y contrario rey, en su misma tienda y por su invencible mano muerto. En la cumbre y altura del arco venia una gruesa lanza, de cuyo limpio hierro, tremolando al ligero viento, pendia un gran pendon de damasco azul y bordado de oro y perlas, con milagroso arte fabricado, y en la mitad un ancho y real escudo, cuyas armas eran en campo blanco las saladas y profundas ondas del sagrado y proceloso mar, que son las antiguas de la ciudad de Jerez ; y por orla y flocadura de sus márgenes otras doce tarjetas con las ilustres y notorias armas de los caballeros siguientes, que habitan aquella gran ciudad : Herreras, Villavicencios, Camachos, Ponces de Leon, Vargas, Rendones, Gallegos, Cuevas, Avilas, Morales, Valdespinos y Espinolas. Debajo del arco venia pendiente una blanca y hermosísima nube, que tomaba en oval círculo toda la anchura del pintado carro, en quien se oia una deleitosa y dulce música de ministriles, violines, arpas y vihuelas, tan apacible y agradable á los oyentes, cuanto los tiros y espantoso estruendo del armado castillo les habia atemorizado : detrás del carro venian doce moros de una misma igualdad y fortaleza, con señalados hierros de esclavos en los rostros, vestidos todos á su usanza berberisca, capellares de algodón blanco, y de grana roja los almaiáres, damasquinos alfanjes y datilados borregos de Córdoba. Cada cual de estos traia en el hombro izquierdo un pequeño escudete de fina plata con las armas de sus queridos dueños, de quien asimismo traia de diestro el ligero caballo, cuyos paramentos y guarniciones eran de damasco, aunque apénas, con la espesa bordadura del oro, se conocia ser la tela azul ; las plumas, bandas y penachos eran amarillos y azules, y estas mismas colores llevaban los treinta y dos caballeros, cuyas libreas, tambien moriscas, eran de un chino damasquillo tan vistoso y alegre como preciado. Estos, en lle-

gando á la mitad de la plaza, habiendo corrido iguales parejas con mucho donaire, dejando las agudas lanzas, dividiéndose en dos cuadrillas, comenzaron rostro á rostro, y conforme á su costumbre, un bien ordenado juego de cañas, que duró todo el tiempo que el grandioso carro en dar la vuelta á la admirable plaza y hermosos miradores; adonde habiendo llegado, en un concertado caracol se fueron recogiendo los del juego al puesto que ántes tenían junto á su carro, en quien con mayor sonido se comenzó á entender la melodía de su música, á cuyo artificioso y dulce són la blanca nube se fué abriendo y levantando por doce partes, descubriendo dentro un hermosísimo y turquesado cielo matizado de lucidas y radiantes estrellas, todo el cual cubría un rico trono de cinco gradas, adornado con un pajizo brocado precioso y de notable estima; y en una gran basa, que en la color, traza y materia parecia ser de oro puro y resplandeciente, en la última grada dos graciosas imágenes de bulto y hechura peregrina, trabadas por las manos: la una traía un ramo de espeso y fuerte roble en la siniestra, y en la altiva frente una tiara en que estaban escritas estas letras:

Faltando yo no hay victoria,
Porque sin mí fortaleza
No hay honor, gloria ni alteza.

Bien claramente daba á entender esta valerosa y robusta dama su soberano renombre, como asimismo la que la acompañaba con una hermosa y laureada palma representaba la victoria, dorando sus dichosas sienes con una imperial corona, y grabados en ella aquestos versos:

Como al audaz y atrevido,
Al valeroso y prudente
Me allego siempre igualmente.

En la cuarta, tercera, segunda y primera grada estaban sentados de tres en tres doce caballeros, todos adornados con ricas y bizarras libreas de damasco azul y amarillo, bordadas de oro, plata y piedras de inestimable precio, tan costosamente, que dejó de su valor y riqueza suspensos y admirados los ojos de cuantos los miraban; plumas y penachos de las mismas colores, y cada uno del siniestro brazo pendiente un pendoncillo de brocado azul con sus antiguas armas, y por blason la siguiente letra:

Vitoria cierta y segura
Ofrezco que la tendrénos,
Pues nosotros la traemos.

Los tres de la primera grada al són de sus instrumentos y otras muchas trompetas y chirimías bajaron del carro, teniendo sus valientes esclavos prevenidos los caballos, en que subiendo con gentil donaire, enderezaron adonde el mantenedor estaba; al cual el uno dellos le dijo: Por estos caballeros y por los que en nuestro carro quedan, y yo de mi parte os suplico gustéis de que corramos una lanza cada aventurero, pues fuera de que limitándose más el trance de la vitoria, mayor gloria se alcanza, recibirénos todos de vuestra cortesía particular favor en lo que os pido. Muy en buen hora, respondió Gerardo, os será concedida de mí; que ántes es vuestra demanda en mi favor; y pues quereis quitarme de trabajo, no hay sino que demos principio á nuestro intento. Hágase así, replicó el aventurero, cuando despidiéndose dellos Gerardo, paseando ga-

lardamente la carrera, volvió al límite della su caballo, teniendo en tan buen punto la lanza, que se llevó la sortija; y finalmente, habiendo hecho lo mismo el aventurero, de los doce los siete le ganaron joyas, con quien sirvieron á las hermosas damas, volviéndose despues á su grandioso carro, en cuya entrada, siendo con armonía dulce de su música recibidos, poco á poco se volvieron por donde habían venido.

Pues habiendo salido la pintada nube con tanta gallardía de la plaza, dejando á los presentes de la rara invencion, gala y donaire de sus aventureros muy alegres, entró por la misma parte á media rienda, tocando como correo una trompeta, en un gentil caballo, un tan pequeño, feo y abominable enano, que causó en todos notable risa, tanto por su mal gesto y desabrimiento, cuanto por las muchas y diversas galas que sin orden traía vestidas, haciéndole su descompostura aun más fiero y espantoso. Desta suerte que digo pasó la plaza hasta la tienda del mantenedor, ante quien apeándose ligeramente, sacó del pecho en una bolsa de brocado una carta, que despues de haber hesado y puesto sobre la cabeza, se la dió con cortesana y graciosa reverencia, tomándola de sus manos Gerardo, con ridícula admiración de ver el mensajero que la había traído, el cual al entregársela le dijo: Desdichado Caballero, el dueño mio, que por esa carta entenderéis ser el Castellano y Venturoso, me mandó os pidiese, sin la presente, el breve despacho de mi persona; y así yo de mi parte os lo suplico. Eso se hará, respondió Gerardo, si á ello diere lugar lo que en la carta se me pide; y diciendo esto, la abrió, y habiendo pasado por ella la vista, porque todos entendiesen la demanda del pequeño enano la leyó en alta voz de aquesta suerte:

CARTA.

«El Castellano Caballero, por otro nombre llamado »Venturoso, á tí el noble y desdichado Gerardo salud »envia tal cual has menester para salir del yerro que »sustentas. Habrás de saber que, habiendo llegado á mí »noticia la nueva opinion que en aquesta sortija de- »biendes, satisfecho de que es injusta, me he movido »á examinar en busca tuya largas jornadas, despues »de las cuales en este punto he llegado á las puertas »desta villa, deseoso de excusar tan desesperado pare- »cer como mantienes; y así, considerando que mi per- »sona viene muy desapercibida así de ingeniosas in- »venciones como de las galas y ostentación conveniente »á la grandeza destas fiestas, me ha parecido suppli- »carte que, admitiendo la excusa forzosa que por ser »tan forastero tengo, seas juntamente servido de que »con cualquier suceso de pérdida ó ganancia yo salga »de la tela libremente, sin que mi propio nombre ó per- »sona de nadie sea conocida, pues siendo de tan poca »importancia como yo la reputo, mucho más justo será »que no quede de su nombre y firma memoria alguna, »que tenerla de un caballero de tan oscura fama.»

Con esto, sin aguardar de los jueces el parecer que querían darle, volviéndose al enano, así le respondió: Vos podeis subir en nuestro caballo, y á ese caballero le direis por respuesta que con la seguridad de mi palabra, y debajo della, podrá cuando quisiere venir, y de la suerte que por su carta pide; á la cual no respondo por escrito por la brevedad con que vos preten-

deis vuestro despacho. Muy contento con tan buen despidiente, dió el enano la vuelta adonde su dueño le aguardaba; y no tardó muy grande espacio sin que viese, al són de cuatro trompetas que traían otros tantos enanos (siendo uno dellos y iguales á su humilde presencia el que primero habia venido), desembocar por una calle de la plaza ocho enmascarados caballeros, cuyas libreas eran baqueros largos de terciopelo morado, cubiertos y guarnecidos con sutil arte de pequeños y claros espejos, cuyos arcos y engastes eran de fina plata, los paramentos y guarniciones de los caballos del propio terciopelo y espejuelos, sombreros de avalorio morado, y los penachos y plumajes dellos y de las testeras morados, blancos y encarnados; las lanzas que traían venían cubiertas de un cierto matiz tan bruñido, que no parecían sino cuajados azabaches. A estos se seguían en blancos y pintados palafrenes nueve hermosas damas con sus mascaratas, vestidas á lo antiguo y romano, con tanta majestad, varias y diversas colores, brocados finísimos y piedras de valor, que aunque para vestirse hubieran consumido aquellos espléndidos y soberbios tesoros que el Inca desdichado, aunque famoso Atabaliba, dió por su infeliz y malogrado rescate, aun no parecía suficiente precio á tan superflua costa. Las sienes de estas ninfas ceñían preciosas cintas de diamantes, jacintos y esmeraldas, de quien nacían innumerables y hermosísimos penachos de varias y encendidas colores: en las manos traía cada una un acordado y bien labrado instrumento, con que hacían, así de violines, tiorbas, arpas, rabeles y vihuelas, un celestial y sonoro ruido, á cuyas dulcísimas cadencias venían con milagrosas voces cantando y respondiéndose las unas á las otras estos versos:

Hoy nuestra fuente y Parnaso
Dejamos ausente y solo,
Porque á seguir este Apolo
Solo movemos el paso;
Y no llegará á su ocaso

De Dafne el divino amante
Sin ver de su amor triunfante
Nuestro heroico aventurero,
Pues por premio verdadero
A tal fe espera un diamante.

Detras de las nueve hermosas musas venían enmascarados una dama y un caballero, ella tan bizarra y de gentil donaire cuanto él galán y bien dispuesto, en un poderoso caballo blanco, labrado de espesas y concertadas pintas negras, paramentos y guarniciones de brocado morado bordado de plata, y á concertados trechos de aquellos espejuelos, aunque más pequeños y curiosos; su vestido era un baquero algo más rozagante que el del mantenedor, del mismo brocadete morado, cuajado de lazadas y flores de plata tirada, en cuyos medios venían engastados los cristalinos espejos, dando de sí tan claro resplandor, que como en ellos los rayos puros del sol, que ya iba al fin de su jornada, hiriesen con blanda fuerza, parecía con sus resplandecientes celajes otro nuevo y altivo Faetonte. Las plumas que al sombrero, bordado de canutillo de plata, coronaban eran blancas, rojas y moradas, como asimismo los penachos y testera del caballo. La gentil dama traía de raso blanco saya entera bordada por tantas partes y con tan intrincadas labores, que casi no se parecía la blancura de la seda, á que asimismo adornaban muchos botones de oro fino, en cuyos remates se veían preciosísimos diamantes, que en vez de los sutiles espejos, daban más pura luz que sus cristales. El cabello de su rubia cabeza, aunque sobrara por adorno las trenzas naturales, tesoro de las

minas, traía cogido con una redecilla de oro y un rico apretador de finas piedras, de quien nacían con una azul garzota dos plumas blancas y verdes, quemás graciosa hacían su tersa y lisa frente. Venía en una remendada y blanca pia, hollándose con tanta gentileza como el gallardo y poderoso caballo del galán aventurero, en cuyo pecho se veía esta letra, escrita en una tarjeta de oro fino:

Si con la fe de mi dama
Puede igualarse mi amor,
Será del mundo el mayor.

Arrojando asimismo la hermosa dama la siguiente:

Si el firme amor del que adoro
Admite comparacion,
Hoy le iguala mi aficion.

Con esta grave y lucida compañía dieron á la plaza juntos una vuelta, despues de la cual, tomando el aventurero licencia de su dama y cesando las trompetas y instrumentos, se vino para el mantenedor, á quien saludando cortesmente, le dijo: Por las muchas joyas que veo en aquel apardor reconozco las pocas que de vuestro mucho valor han granjeado tantos aventureros, no obstante la mucha razon y justicia que consigo traían defendiendo y amparando la firmeza de las damas; por donde entiendo que solo este conocimiento os falta para del todo consumadamente merecer el nombre de vitorioso caballero; y aunque esto es así, no por ello dejo de conocer lo mucho que de honra y estimacion sois digno; y así, os suplico seais servido de correr conmigo tres lanzas á ley de buenos caballeros, sin que en nosotros haya más interes que el prez de la vitoria. Gerardo mientras el aventurero le hablaba estuvo tan atento cuanto sospechoso de que no era la vez primera que aquella voz habia llegado á sus oídos; y con este cuidado le respondió que él holgaba mucho de darle gusto en cuanto le pedia, aunque si su buena suerte le sacaba vitorioso, no podia excusarse de recibir el señalado premio; y diciendo esto, corrió una lanza, en la cual se llevó la sortija; y retirándose á un lado, dejó la carrera al bizarro aventurero, que como un pasador salió della, llevándose de hilo el argolla, como asimismo en las segundas suertes fueron iguales, llevándose la el uno y el otro, aderezándose el cuidadoso mantenedor para la tercera y última, en quien no anduvo tan venturoso, porque tan solamente la tocó, y no con pequeño disgusto puso en el contrario los ojos, que, hecho otro Argos, por no errar la sortija pasó su carrera con notable sosiego, hallándose al fin della con el argolla en la punta de la lanza, con tantas voces y regocijo del bandolero vulgo, que en grande espacio no se pudieron oír ni entender los unos á los otros, hasta que los clarines, trompetas y atambores, juntamente con la artillería de la fortaleza, declararon con su espantoso ruido por vencedor al gentil y gallardo aventurero; al cual llamando los jueces, con exquisitas ceremonias dieron el estimado anillo y rico diamante premio de su destreza; y recibiéndole el aventurero, acompañado de sus caballeros y otros muchos aficionados de su valor, se vino para donde su bizarra dama le atendía; y tomando el anillo en su mano, le dijo: Hermoso dueño mio, siempre podeis creer me he prometido, por tocar en cosa de vuestro servicio, el premio destas fiestas, que como la más firme y constante de las damas y mujeres

presentes, sois digna de poseerle, honrando su valor con vuestras manos. Responderle queria la graciosa dama, cuando, por inadvertencia de las enlazaduras de la máscara, se le cayó en el suelo, sin ser parte el quererle encubrir del buen Gerardo, que á la mira de lo que pasaba habia estado; el cual cuando conoció por vivo original de la hermosísima Amaranta el bello rostro que miraba, no se puede con palabras encarecer el alegría y contento que recibió, verificando entónces la sospecha que en su corazon habia guardado de que el vencedor aventurero era el valiente y amigo Arsenio, su querido amante; con que consolado de su pérdida, se vino para él, y quitándole la máscara que el rostro le cubria, con un estrecho y apretado abrazo le dijo: ¿Cómo, famoso Arsenio, queríades usar conmigo semejante crueldad, volviéndoos sin daros á conocer, dejándome con vuestro vencimiento tan confuso? Creedme, que si, reconociendo la gloria que recibo en ser de vos sobrado, no templara mi disgusto, que hoy fuera sin duda muy dificultoso de alcanzar de vuestra culpa ningún perdon de mí. No os maravilleis, amigo Gerardo, de mi cortedad, respondió el gallardo Arsenio, porque aun estoy mirando y no acabo de creer sois el mismo que de mí se despidió en Sevilla, de quien no me atreveré yo á presumir sustentara en contra de las damas la rigurosa opinion que ahora os he visto mantener. Bien está, replicó Gerardo; que al fin vos hablais con la confianza que os da vuestro venturoso apellido: no todos nacen con tan feliz estrella, ni todos, como vos, viven con la seguridad y fe que promete el verdadero amor de la hermosa Amaranta, á la cual volviéndose asimismo y besándole las manos, le dió de su venida las debidas gracias; y siendo de su hermosa boca correspondido con no ménos gracia que discrecion, todos juntos se entraron en la rica y bizarra tienda á la misma hora que el claro y rubio Febo en las saladas ondas de Neptuno; con que, viendo que ya no habia más á que atender, los jueces mandaron á Gerardo dejase la tela, dándole la gloria y honra de aquel dia; y habiéndose recogido las restantes joyas, se bajaron de los miradores y andamios; y subiendo á caballo, pusieron en medio á Gerardo y á su vencedor amigo, y con todos los demas caballeros y galanes dieron á la gran plaza una vistosa vuelta, acompañados de todos los innumerables instrumentos que habian entrado en ella, oyendo el noble mantenedor, aunque perdidioso, mil regocijados parabienes del confuso rumor de los presentes; y llegando á los miradores de las damas, que ya dellos se apeaban, los fuéron acompañando, en muchas y gentiles carrozas que las aguardaban, hasta el fuerte y torreado castillo, llevando en la suya la hermosa y bella Nise á la forastera Amaranta, y entrambas con igual emulacion de sus buenas partes.

Todos los aventureros como aquella tarde acababan de correr sus lanzas, fuéron asimismo convidados de parte de don Antonio para la siguiente noche, en quien se habian de dar los premios de mejor invencion, lanza, letra y gala; y así, habiéndose juntado en el castillo y morada de don Antonio, con grande regocijo se pusieron en una anchurosa sala cuatro espléndidas mesas, en las cuales, al són de acordada y dulce música, se sentaron en la primera y principal los jueces, padrinos, mantenedor y vitorioso Arsenio, y en la que estaba en-

frente las damas, en la de mano derecha los aventureros, y en la última todos los demas caballeros y gentileshombres que en las fiestas se hallaron, adonde, habiéndoseles servido con una magnífica y sabrosa cena y levantándose las mesas, se comenzó un alegre y concertado sarao, en que danzaron muchas damas con los caballeros que de sortija habian salido. Lauro con la hermosa Nise danzó la danza de la hacha, y no sin algun enfado del mantenedor: cosa notable, y exagerada fuerza de este verdugo ó monstruo carnicero que comunmente, en voz de enamorados, llaman celos, pues sin haberle podido mover á voluntad su corazon la mucha ternera con que de Nise era querido, solo el verla servida del galan Lauro con tanta aficion le causó pena; y della y de sus celos poco á poco se fué engendrando un tan vivo fuego de amor en sus entrañas, que en breve tiempo las pasadas ruinas de sus llamas con el presente incendio se echaron en perpetuo olvido.

Con estas celosas fantasías entretuvo Gerardo gran parte de la noche, en quien, despues de haberse concluido el sarao, en pública voz y de comun acuerdo con los jueces, se les dió por premio de mejor invencion dos riquísimas y verdes esmeraldas, original hermoso de una agradable primavera, á los gallardos sevillanos Saavedras. De más galan, llevó Arsenio un labrado y precioso cabestrillo, remate en la cabeza de una arpia con sutil arte matizada. Lauro, de mejor letra, ganó un clavel de oro, cuyo rojo matiz eran rubíes, el cual, aunque quisiera verle engastado en la nieve y grana de la divina frente de su prima, no se atrevió á ofrecerle, temiendo que su victima habia de ser de sus sagradas aras despreciada; y no se engañó, que del pasado atrevimiento la tenia no poco sentida. Ultimamente, de mejor lanza al mantenedor con generales votos se le dió el honroso premio. Y habiéndose entendido el acertado juicio y acuerdo de los jueces, se comenzó de las almenas, torres y rebellines á disparar el artillería, y de las ventanas, rejas y balcones á oírse infinita música de trompetas, clarines, cajas y pífanos, á cuyo son y estruendo aquellos caballeros se fuéron recogiendo á sus posadas hasta el siguiente dia, en el cual se renovaron las alegres fiestas, corriéndose del campo de Tarifa doce feroces toros, en quien se hicieron venturosas suertes, particularmente el valeroso Leoncio, cuyos brazos alcanzaron tres, atravesando con igual valor y destreza al valiente animal en la primera suerte desde el alto crucero hasta la dura planta del pié izquierdo; y con otros semejantes sucesos, habiéndole tenido hasta el fin bonísimo las alegres fiestas, con extraordinario regocijo de don Antonio y de los demas caballeros, se concluyeron dando todos los forasteros y damas á sus ciudades y casas la vuelta, excepto el valiente Arsenio y su querida prenda, que, importunados de Lauro, Leoncio y Gerardo, hubieron de quedarse con ellos algunos dias, que gastaron en entretenida cacería, monteando aquellos grandes y cerrados bosques de que la antigua Cesarina está como asombrada. En este tiempo, habiendo ya crecido con más claras y amorosas señales los favores que la gallarda Nise hacia al gentil Gerardo, y en él descubriéndose el reconocido agradecimiento de su amor, al mismo paso se fué aumentando en el celoso Lauro la rabia intrínseca del envidioso fuego que su alma encendia, reventando parte de sus ardientes lla-

mas el amoroso Etna de su pecho en las sentidas razones desta cancion, bien que disimulando, por respetos justos, en ella sus sospechas; y hallando ocasion oportuna, forzado de tan rignrosos desdenes, hizo que entre su llanto, discante y tiernos suspiros llegase á los oídos de su amada prima, que en la misma hora reclinaba el pecho sobre los hierros de un balcon que daba vista á un deleitoso jardin, á cuyas paredes casi pretendian escalar las aguas del rio Guadalquivir, que á la sombra de copados álamos por allí se deslizaban grave y sonorosamente.

LAURO Á NISE.

¡Oh más que la silvestre palma ingrata!
Ni esperanzas ni fruto
Hallo ni espero de tu hermosa mano,
Pues nunca da la vida y siempre mata.
Tu amor, que era tributo
Para rendirle tarde ó más temprano,
Por noble ó por villano,
Por tiempo ó por antojos,
Por todo rompe altivo y imposible:
Presuncion soberana, aunque terrible
En tan humanos ojos,
Eternos vencedores, no vencidos,
Siempre ganados para ver perdidos.
En otro cármén que á la casta diosa
De vírgenes vestales
Consagró la devota serranía
Un año há (¡oh fuerza poderosa
De estrellas celestiales!)
Robó mi libertad tu tiranía;
Mas no correspondia
Al concurso amoroso
El astro que, influyendo por tu parte
Cuando mi estrella me forzaba á amarte,
Fatal y riguroso,
Por tantos modos se inclinó á mi daño,
Que vivo sin ventura hoy hace un año.
Si cuando yo te vi luego cegara,
Con ménos sentimiento
Castigo y confusion reconociera
En ausencia del bien que tanto amara;
Mas ¡ay! que veo y siento
De mi dolor la causa verdadera,
No fábula ó quimera
De hermosura fingida;
Tantos extremos de belleza juntos
Distingo en partes, líneas y por puntos,
Que apenas es creida,
Como la siento yo por contemplarte,
Hermosísima en todo y cualquier parte.
Yo te canté otra vez; bien lo dijera
Este dormido rio,
Que ménos soñoliento caminaba
Antes que vieses abril su primavera,
Cuando el invierno frio
Su curso con las aguas despertaba:
El vió que te cantaba
Tan cruel como hermosa,
Y agora estás cruel y peregrina.
Confieso tu hermosura por divina;
Mas eres prodigiosa
En el rigor que sigues obstinada,
Ni tierna, ni rendida, ni obligada.
¿No viste seco, bárbaro y desnudo
Este fresno valiente
De verdes hojas, que en estrechos lazos
A los rayos del sol sirven de escudo?
Ya está vestido, y siente
Calor, vida y amor, besos y abrazos,
Por términos y plazos
Ni largos ni terribles.
¡Dichoso más que yo, pues ve y alcanza
Un tronco vil el fin de su esperanza,
Y á tantos imposibles
Rompe esperando un dia y otro dia!
¡Oh, más cierta esperanza que la mia!

A sumo bien mi pensamiento aspira;
Más presumo que puedo;
Un learo atrevido retratará;
Pero su fin y ejemplo me retira,
Y escarmentado quedo,
Porque si no subiera no bajara,
Ni al padre lastimara,
Ni al mar nombre pusiera.
Icaro fué atrevido sin ventura,
Pues pagó con la muerte su locura.
¡Ojalá yo pudiera
Subir por este medio á merecerte,
Que yo hallara mi vida entre la muerte!

Aun sin las tristes lágrimas que acompañaron los pasados versos, bastará la terneza de su estilo á convertir en regalada cera cualquier empedernido corazon. Mas el de Nise, como ajeno, mal sin ofensa de su dueño podría dejarse divertir; de que ella vivia tan descuidada como del remedio de su primo, que, más abrasado en su celoso infierno, raras eran las ocasiones que sin la asistencia de sus ojos dejase comunicar los dos amantes: cosa que en el tierno sugeto de la bella Nise, como más frágil y insufrible, causó no pequeño desasosiego y pena; y de este desconsuelo diera mayores muestras á no ir á la mano la discreta Amaranta, á quien por alivio y remedio de sus tormentos tuvo por acertado el descubrirse; y así, para mejor con ella comunicar á solas su pensamiento, habiendo en una serena y clara noche tomándose por las manos, juntas se bajaron al amenísimo jardin, que hermosado de variedad de árboles, plantas frutíferas y olorosas, adornaba á un enrejado cuarto del castillo, aposentos de Leoncio, Arsenio y Gerardo; desde cuyos dorados balcones, que á la misma hora por gozar del blando y fresco viento ocupaban, pudieron ver á las gentiles damas, que con seguridad y descuido de ser descubiertas, en los cristales puros de las corrientes bulliciosas de una perene fuente tributaria del Bétis engastaban el terso y albisimo alabastro de sus cándidos y nevados piés: sugeto que el gentil y aficionado Gerardo escogió para asunto y materia del soneto siguiente; el cual, pidiendo una vihuela, con admirable gusto de sus amigos comenzó á cantar de aquesta suerte:

Bétis, mientras la dulce Filomena
Le lleva el tiple á tu sonora plata,
Y el cedro tambien su voz desata
En las acordes hojas donde suena,
Peina tus olas, y tu rubia arena
Con lazos de oro al verde márgen ata,
Y á tu linfa veloz que el viento trata,
Pues la pisa mi Nise, el curso enfrena.
Reciba tu cristal á aquel que goza
Un alma de vivillo solo dina,
Y en tus lúcidas ondas lo recrea;
Pero corre á mi vista la cortina
De marfil puro con que en tí se emboza.
Aunque siendo Anteón, Diana sea.

Apénas reconoció la hermosa Nise los acentos de la amada voz de Gerardo, cuando, sosegando en su pecho la repentina alteracion que habia causado, con admiracion y gusto suyo y de Amaranta suspendieron el regalado entretenimiento, divertidas con la apacible y discreta armonía de la amorosa cancion, que casi, oyéndola, se le antojaba á Nise profundo sueño, segun era el amor en que se ardia, pues teniendo tan peregrinos requisitos de belleza, aun se reputaba por indigna de ser pagada de Gerardo con otra igual voluntad; el cual no

cantó estos versos con tanto silencio ó recato, que dejasen los ecos de su voz de llegar á los oídos del cuidadoso Lauro, á quien pequeña causa fué bastante para levantarle de su lecho, y saliendo á una reja que de su cuadra y debajo de los balcones de Gerardo salía al mismo jardín, pudo desde sus hierros oír los que el ciego amor iba forjando en el pecho encendido de Gerardo, quedando, con el haber entendido sin distinción el nombre de su dama, desengañado ó por mejor decir confirmado en sus sospechas, y esto con tan arrebatado sentimiento, que á no quebrarla fuerza de sus penas en espesos y acelerados suspiros, pudiera seranegarse entre su amargo llanto; cuyos gemidos tiernos siendo de Gerardo, como tan vecino á su origen, entendidos, la experiencia de semejantes golpes le hizo reconocer al punto la causa que le obligaba; y así, se retiró con su hermano y amigo á sus lechos, temeroso de que, hablándole por ventura la hermosa Nise, de su inadvertencia procediese mayor inconveniente en el celoso caballero; que viendo recoger á las damas, que también lo habían sentido, hizo lo mismo, aunque con diferente pensamiento que su prima; la cual, más que nunca satisfecha de que su afición tenía de Gerardo recompensa, durmió con más sosiego que hasta entónces lo restante de la prolija noche; y no pasaron muchas sin que dejase de verse á solas y como deseaba con su querido amante; lo cual, siendo Lauro recogido, se podía fácilmente efectuar; donde bien se puede creer sin dificultad que, estando tan dispuestas estas dos voluntades, no dejaría el ciego dios de hacer sus efectos, animando al uno y acobardando al otro, pues al fin sin resistencia Nise se sujetó á sus ciegas leyes y al albedrío y gusto de su amante; el cual con el nuevo y dulce entretenimiento ya se estimaba por tan alegre y venturoso como hasta aquel punto se había reputado por triste y desgraciado.

¡Oh Lauro! ¿cómo en tan solícito cuidado caber pudo descuido y ocasión tan en tu daño? Y ¿cómo en tan rica y inestimable joya, siendo para tí solo reservada, no pusiste cobro igual á tu ventura? ¿Quién tan tristes y miserables nuevas se atreviera á llevar á tu alma, sino es el corazón, que, como la más leal prenda de tu pecho, de su infelice suerte sería adivino? Y verdaderamente entiendo que esto fué sin duda, porque siendo imposible, según el recato de los dos amantes, saberse sus amorosos hurtos, solo por los motivos y presunciones de su celoso corazón ya á los ojos de Lauro el bello rostro de su prima parecía monstruo fiero, convirtiendo su amor en odio inmenso, y su pasada voluntad y afición en deseos sangrientos de venganza; la cual sin dilación comenzó á tratar; y pareciéndole que la más cruel y terrible que de Nise podía tomar sería quitarle de delante á Gerardo, desde luego trató el darle la muerte.

Ya había muchos días que, faltando de su ciudad y casa Arsenio y Amaranta, era de los amigos que allá les deseaban tan solícita su vuelta, que les fué forzoso tomar licencia de aquellos caballeros; y como Leoncio hubiese de su hermano entendido la obligación en que les estaba, hubo también de aparejarse para acompañarlos en aquel viaje, haciendo lo mismo Gerardo, teniendo ya de su querida Nise, por la propia razón, el beneplácito, aunque con harto senti-

miento de su alma, y más del que puedo yo exagerar con mi corta y humilde pluma. Bien quisieran los nobles dueños de Cesarina excusar la penosa ausencia de sus amigos, y en particular la de los dos agradecidos hermanos; más viendo su determinación, hubieron de sufrirse, despidiéndose con tiernos abrazos de Arsenio y Amaranta, y con oportunos ruegos de su breve vuelta, de Leoncio y Gerardo. Especificar el llanto de Nise es excusado; porque ni la prometida fe de su amante, ni la que Amaranta le ofrecía de hacerle volver en breve término, pudo consolarla; y así, será forzoso pasar sus lágrimas en silencio hasta que con la vista de su querido dueño tengan el fin alegre que pretenden; aunque primero padeció la triste dama no pequeños disgustos y tormentos, porque como Gerardo suspendiese en aquella confusa Babilonia su deseada vuelta, y el término secreto que de su Nise había llevado con otros muchos días se pasase, no pudiendo su tierno sentimiento sufrir el exceso injusto y riguroso de su amante, y por otra parte temiendo algún desastrado suceso en su persona, se determinó á atropellar honrosos inconvenientes; y así, sin mas dilación dió parte inconsideradamente de su pena á un berberisco esclavo, á quien, por haber nacido entre sus brazos, como dicen, y otras particulares razones (que aunque frívolas, para quien como ella amaba parecerían bastantes), tuvo por bien el confiarse de su persona; á la cual habiendo primero granjeado con algunas dádivas, y prometiéndole por la seguridad de su secreto otras mayores, le despachó á Gerardo con una carta, muy deseoso de acertar á servirla, llegando en breves horas á Sevilla y en su término á la morada del valiente Arsenio, de quien ya llevaba entera noticia; en cuya agradable amistad y compañía hallando al buen Gerardo, sin detenerse un punto le dió la carta de Nise, recibiendo la él con el gusto y deseo que su voluntad requería; aunque la demasiada confianza que su dama había hecho de tan importantes negocios templó algún tanto, y con razón, su excesivo contento. Mas viendo que ya no tenía remedio, hubo de hacer buen rostro al mensajero, y mandóle descansar: entre tanto abriendo la carta, leyó en ella las siguientes razones.

NISE Á GERARDO.

«No el temor de que vuestra palabra pueda faltarme en algún tiempo es causa de que, poniendo mi honor en el tablero, confíe con tanta facilidad de un tan humilde sugeto el secreto importante de esta carta; porque solo ha podido mover mi voluntad la mucha que de veros tienen estos causados ojos, aunque de derramar lágrimas no lo estarán en tanto que los amados vuestros con sus rayos saquen de las amargas tinieblas en que vive á mi afligido corazón; que esto solo remedio puede, como el más eficaz para mi alma, excusarle de tan tristes tormentos.»

Otras mil veces besó y leyó Gerardo el tierno papel y breve carta de su llorosa y apasionada Nise, y muchas más le leyera si la infinidad de lágrimas y suspiros que en satisfacción de la pena de su tardanza la ofreció su amor en sacrificio no le suspendieran; y así, no queriendo con su ausencia tenerá su amada señora en mayor desconsuelo, mandando regalar al mensajero, le despidió

con suma brevedad, dándole por respuesta, demas de una muy tierna y amorosa carta, que de palabra advirtiése á Nise de su breve partida, la cual sería la siguiente noche.

En este tiempo no dormía el celoso cuidado del enojado Lauro, cuyo vengativo y colérico pensamiento á más andar crecía en su ánimo de suerte que, no sufriendole el corazon tanta tardanza, se determinó á ponerle en ejecucion, matando á Gerardo ántes que saliese de Sevilla, como en lugar más oportuno para el cumplimiento de su dañada intencion; y así, tomando en su compañía un animoso y valiente criado, de quien él se confiaba, sin darles cuenta á sus tíos de su ausencia, tomaron el camino de la Bética y confusa Babilonia, á quien no permitieron los contrarios y enemigos hados llegase con la vida; porque, yendo bien descuidado de su mortal desastre, caminando la noche del amargo dia que salió de Cesarina, platicando con el criado que llevaba de su sangrienta empresa y descubiertamente de la afrentosa sospecha que de su prima y Gerardo le obligaba, ántes de la mitad del usado camino encontró con ellos el esclavo que con la respuesta de Nise muy alegre y contento caminaba, que como de Lauro fuese conocido, y él de su breve ausencia estuviere ignorante, con alguna alteracion y mayores voces le comenzó á preguntar la causa de su viaje: cosa que no dejó en el pobre siervo de causar bien grande confusion, y pasara á más que sobresalto si con otro mayor no olvidaran todos la presente inquisicion, siendo en aquel mismo instante salteados impensadamente de cuatro soldados forajidos, que retirando el cuerpo al tercio de la carrera de Indias, venian salteando con otros tantos areabuces á cuantos encontraban; los cuales poniéndoselos á los pechos, les pidieron las bolsas y vestidos; siendo de los tres el peor librado el desgraciado Lauro, porque queriéndose poner en defensa, le metieron dos balas por el cuerpo, cayendo miserablemente en el suelo, adonde con las espadas y su furia le acabaron de matar, con inmensas lágrimas de su criado y esclavo; aunque reconociendo su peligro y lo mal que podian vengarle, tuvieron por acertado el ponerse en cobro, sin que los ya encarnizados ladrones pudiesen darles alcance; bien que no les parecia volver con semejantes nuevas á Cesarina, temiendo cada cual lo que podia resultarle por haber así desamparado á Lauro; con que tuvieron por más seguridad el alargarse la tierra adentro, huyendo el cuerpo lo más que les fuese posible á Cesarina, para adonde en este punto caminaba el buen Gerardo, de cuya suerte y fortuna en esta ocasion no podia quejarse con razon, pues milagrosamente libró el cielo su vida de dos tan conoeidos riesgos; porque fuera muy cierto, viniendo, como venia, solo (que aun de la compañía de su valeroso hermano, dejándole por justos respetos en Sevilla, no habia querido verse), ó el morir á las manos del celoso Lauro ó á las sangrientas y crueles de sus cuatro homicidas, que ocupados en el despojo del difunto caballero, habiendo entónces retirádose con él del camino real á la espesura, dieron lugar á que libremente pudiese Gerardo concluir esta noche misma su deseada y breve jornada, llegando al fin della cuando los rayos del sol á las soberbias cumbres del fuerte y torreado castillo de Cesarina; adonde entrando, supo

cómo habian salido tres horas ántes don Antonio y don Enrique á matar un grande y furioso jabali, de quien tenian noticia que allí cerca con no pequeño daño se apacentaba; con que más contento de lo que decirse puede, por ver con más seguridad y secreto su amada y bella señora, se fué para su aposento, adonde no habiéndola hallado con ser tan de mañana, preguntando por ella algo más cuidadoso, le fué advertido de una de sus doncellas cómo estaba en el jardin; al cual no habiendo sido perezoso en bajar, la vió que con amoroso cuidado animando con sudivino aliento la hermosura y fragancia de las flores, entre diversas murtas, claveles rojos, blancas y moradas violetas, ofreciéndole todas sus despojos, forjaba con las nevadas manos una pintada y tejida guirnalda, en tanto que con la dulce lengua explicaba con suavísima armonia en los siguientes versos los ardientes y eficacísimos deseos de su alma; que oyéndola su tierno y aficionado amante, no queriendo romper su dulce canto, suspenso y elevado con su sonoro ruido, guardando igual silencio las parleras aves, fresco y agradable Favonio, que todos muy alegres la escuchaban, oyó que tomando por idea la que representaba una enroscada vid de un olmo verde, desta suerte decia:

Tú, parda sierpe, de torcidos lazos
Haces coyunda al infernal esposo,
Y por gozarlo en tálamo frondoso,
Las hojas bocas, los sarmientos brazos;
Tú, olmo excelso, admites los abrazos,
Y del santo himeneo en el reposo
Permites á la vid que el licencioso
Cuello recline en tí, tú en sus regazos:
Así, contra su curso, en su discurso
Os privilegie el tiempo, y de los vientos
Burleis la furia en su mayor concurso;
Que le scais de amor los documentos
Cuando descanse en vos del ágil curso
El ingrato que huye á mis intentos.

No lo permita el cielo, Nise mia, dijo á las últimas cadencias del soneto el buen Gerardo; que no merece la firmeza de vuestro amor por paga semejante recompensa. ¡Oh! quién sin alargar estos discursos pudiera aquí pintar con el fino matiz de sus afectos las muestras verdaderas con que el inmenso regocijo de la gallarda Nise dió á entender, en obras tiernas y amorosas palabras, al querido amante su apasionada voluntad luego que los deseados acentos de su voz tocaron en sus oídos; á quien, sin reparar en el daño que de ser vista se les podia conseguir, como loca y sin sentido le ciñó el cuello con sus brazos, diciéndole: Si de tan grave y dilatado descuido hubiera de tomarla venganza de que sois merecedor, con justa causa pudieran hoy los lazos que os añudan retirarse de tocaros con tanto extremo; mas vivo ya tan temerosa de que sabréis pagaros, que á trueco de no veros tan libre como en mi ausencia sospecho habréis andado, me es fuerza que dude aun el quitaros desta cadena. Por cierto, dueño mio, respondió Gerardo, que aunque la vida se arrestara en tal prision, estimaria por ménos mal perderla que verme della libre; y pues de mi descuido redunda tanta gloria, ¿qué justicia teneis para llamarme descuidado? No le faltaba más, replicó Nise, á mi fortuna, segun es de corta, sino que de los presentes favores vengais hoy á tener ocasion de atormentarme con nuevas sinrazones. A esto riéndose Gerardo, con otras

amoras y alegres pláticas la tomó por la mano, y subiéndose á lo alto del castillo, despues de haber tratado con alguna sospecha de la tardanza del esclavo y no pensada ausencia del ya difunto Lauro, tomando de su dulce boca licencia, se entró en su cuarto, adonde descansando del penoso trabajo de la pasada noche, durmió con más sosiego la mayor partedel día y lo restante y otros dos siguientes en el regazo amado de su dama, hasta que, viniendo su padre y tío, tuvieron sus contentos ménos seguridad.

Mucho se holgaron los dos nobles hermanos con la presencia de Gerardo, aunque con el haberse quedado Leoncio se hubo en el agradecido pecho de su amigo don Enrique de templar esta alegría, que duró en tanto que la muerte del sin ventura Lauro estuvo encubierta, que no fueron diez días; al cabo de los cuales llegó una estafeta enviada de la justicia de Córdoba, avisando á don Antonio de cómo en su poder quedaba preso el fugitivo esclavo, que temiendo la indignacion de su dueño, huyendo su presencia, fué detenido en aquella ciudad por la vehemente sospecha de sus hierros y señales: cosa que á todos dió notable contento, aunque Gerardo y Nise más quisieran, por el secreto de su negocio, que nunca hubiera parecido. Luego al punto despachó don Antonio por su esclavo, cuya pérdida habia sentido con notable extremo; y notardó mucho en este mismo día de llegar la desdichada nueva de su sobrino, con tanto dolor y tormento de su alma, cuanto las muestras rigurosas de su sentimiento lo dieron bien á conocer. Esto se supo de una carta que desde Mora, villa de Portugal, envió á don Antonio el criado de su sobrino Lauro, y cuyo triste discurso es el siguiente:

CARTA.

«Aunque pudiera excusar esta diligencia la cierta y mortal pesadumbre que forzosamente sé habeis de recibir, con todo eso pudo más conmigo la voluntad y amor que como obligado siervo debo á mi difunto dueño y vuestro amado Lauro, cuya venganza ha incitado mi corazon á daros cuenta de su muerte y de la vehemente sospecha con que de sus homicidas quedo en estereino de Portugal, que el cual me partí la misma noche que de Cesarina faltámos mi señor y yo, dejándole muerto cerca de la encrucijada que hacen los hondos barrancos del bosque de las Yeguas; adonde habiéndonos salido cuatro hombres, nos empezaron á apretar de suerte y con tan rabiosa determinacion, que nuestros piés y diligencia pudieron salvar mi vida y la de un esclavo vuestro que en aquel mismo punto con nosotros se habia juntado quizá para que tan enorme delito no se quede sin el castigo que merece. Y así, sabréis, señor, que el intento de nuestro repentino viaje, aunque tan contrario salió su suceso, fué solo á matar á Gerardo, vuestro íntimo amigo, y la causa que de mi dueño entendí era tan bastante cuanto á obligarle convino, pues della resultaba la honra y fama de vuestra única hija, cuya afrenta conseguia con ilícito amor. De aquí presumo, y aun tengo por sin duda, que entendiendo estos pensamientos forjados en su daño, el traidor Gerardo pondria el remedio haciendo del desdichado Lauro lo mismo que él pensaba hacer de su persona; y de aquesta sospecha hace más vehementes los indicios

»haber entendido yo de su hermano Leoncio, á quien la mañana siguiente hablé en Sevilla, la jornada que la tarde ántes habia Gerardo comenzado para Cesarina, adonde si estuviere, podeis, señor, á vuestro salvo y con mejor inquisición verificar estos más ciertos que imaginados pensamientos.»

Apénas desta carta hubo leído los últimos renglones don Antonio, cuando sin ser poderoso á soportar tan íntimo dolor su animoso y noble pecho, se quedó fuera de todo su sentido, y cayéndosele el papel de las manos, fijó en él los tristes ojos con muestra y señales de tan cruel tormento, que causó no menor pena y cuidado en el querido hermano don Enrique, que solo en esta ocasion se halló presente; y así, temeroso de que algun grave accidente hubiese en tal estado puesto á don Antonio, llegándose hácia él y trabándole por las manos, hizo de suerte que le volvió en su acuerdo, y con tan acelerados suspiros cuanto dos tan tristes y lamentables casos requerian; los cuales habiendo entendido don Enrique, casi le pusieron en el mismo término; porque demas de ser tenido por único hijo y heredero de entrambos el difunto Lauro, la afrentosa sospecha de la ignorante Nise acrecentaba y subia de punto su dolor; bien que el estar acostumbrado á tan crueles golpes, y juntamente con su mucha prudencia, hizo que, mitigándose más su cólera, tratase con su hermano más atentadamente la venganza y remedio destas cosas; que comunicadas con secreto silencio por entrambos, acordaron prender á Gerardo ántes que de su intento tuviese aviso. Todo lo cual, no sin grande admiracion de nuestro caballero, se puso por obra, cogiéndole descuidado en su aposento, desde adonde le llevaron á la fuerte y oscura torre que él bien conocia; en cuya guarda dejando dos criados de confianza, con otros cuatro se partieron al bosque desdichado de las Yeguas, adonde sin mucho trabajo hallaron en uno de sus hondos barrancos el cuerpo muerto del malogrado Lauro, mas tan horrible, hinchado, feo y hediondo, que, así por esta causa, como por estar desnudo y ya por muchas partes comido y descarnado de las voraces fieras, les puso en notable confusion y duda de ser el mismo que buscaban, hasta que, mirándole con mayor solicitud, de los que con tiernos ojos le lloraban fué conocido en una señal que la siniestra parte de la barba le partia; con que, sin más aguardar, cubriéndole con un tapete negro, dieron la vuelta á Cesarina, que á esta hora, habiendo entendido la secreta prision de Gerardo, andaba la gente della muy alborotada, y principalmente la hermosa Nise, cuya turbacion fué sin igualdad mayor cuando, queriendo llegar á hablarle á la torre, impidieron su gusto las solícitas guardas, diciéndola cómo estaban en particular mandados y advertidos para dificultarle su vista más que otra alguna; que con tan precisa orden acabó de entender nacia sin duda de la mala que en sus amores habian tenido, y desta la de la triste prision de su amante, sospechando hubiesen llegado á noticia de su padre y tío, de los cuales, y no sin justa causa, comenzaba á temer el rigor de su ofensa; aunque el amor y voluntad ardiente que á Gerardo tenia, animando su tierno corazon, le dió esfuerzo y valor para aguardar por él mil muertes, dispuesta á morir en su compañía ántes que dejarle por ningun humano y mortal respeto: determi-

nacion por cierto de mujer ilustre y varonil, si al cumplimiento della no liciera lo que las más suelen acostumar con su inconstante y mudable condicion.

No atropellaba en este trance con su aflicion Gerardo ménos dificultades que su dama; que, como de la muerte de Lauro estuviere inocente, solo en estotra ocasion paraba el origen de su prision, alegre y consolado de que en causa de tanto aprieto conociese Nise su amor y lo poco en que estimaba por él su vida. A una hora de la noche, llegando con el difunto caballero los dos tios, pusieron con este espantoso espectáculo treguas en los pasados discursos y imaginaciones de los dos amantes, descubriendo por homicida suyo al buen Gerardo, que, hallándose inocente y sin culpa, no tuvo su prision por de tanta calidad; solo hizo grandísimo sentimiento de que sin muy bastante averiguacion se hubiesen aquellos caballeros movido á alborotar el Andalucía con su injusto cautiverio, pues de obligacion, siendo tan particular su amistad, debian proceder con más justificacion que la vez pasada en la causa de la hermosa Clori; y desto se quejaba tan descubiertamente y con tan pesadas razones cuanto su enojo y cólera requerrian, sin que por entónces fuese de don Antonio ni su hermano satisfecho en más que procurar ellos satisfacerse; y así, el dia siguiente, enterrando al pobre Lauro, despacharon con grande diligencia á la villa de Mora por el criado que dió el pasado aviso, y juntamente á Córdoba á solicitar la venida de su esclavo, suspendiendo entre tanto otra no ménos importante diligencia. No se hicieron estas con tan poco estruendo y alboroto, que al tercer dia dejase Leoncio de saber el riesgo que corria su hermano; con que, sin dilatar un punto su venida, acompañado de otros muchos deudos y amigos entró en Cesarina: solo Arsenio, por hallarse entónces ausente de Sevilla, no siguió su compañía, ó lo mas cierto, por suspenderle su desgracia en otro tan desastrado y triste cuanto en este último y trágico discurso quedará, si ya no muy particularizada, á lo ménos apuntada. Leoncio y sus parientes y allegados se apearon en la primera posada, no teniendo por segura la que del castillo se les envió á ofrecer por aquellos caballeros; de los cuales, habiéndoles ido á visitar, entendió más de propósito el que á prender á su hermano les habia movido, dejando en silencio la causa de Nise; que esta, más por la infamia que su incertidumbre, quedaba entre renglones. Tambien, no sin harto contento, advirtió de sus razones el poco paño que en los indicios mal fundados habia, aunque no lo dió á entender; ántes en sus palabras y afectos hizo muy grandes muestras y sentimiento del agravio que se les hacia y de lo mal que á sus obligaciones habian correspondido, pues con tanta facilidad y por carta y presuncion de quien debiera tenerse por mayor reo, y con más justa causa, así habian movido el peso de su buen juicio y prudencia; y á estas añadió otras tan enojosas y enconadas razones, que casi estuvieron de parecer de dejarlo juntamente con su hermano, aunque fuera, si lo intentaran, última perdicion de todos, segun iban los deudos y amigos de Gerardo de bien apercibidos; y así, levantándose don Antonio, dijo: Si de la prision de vuestro hermano haceis tal sentimiento, advertid, Leoncio, que la injusta muerte de mi sobrino requiere aun más sangrientas diligencias: ello está

puesto en tela de juicio, y vos no tan disculpado, que podais hablar en caso tan pesado con tan libre disgusto: Gerardo es vuestro hermano, y dél se puede presumir no excusara el daros parte de su intento; y pues hasta mejor ocasion, aunque se entiende esto, se dilata, sufríos y enseñad más paciencia y ménos quejas; que hasta agora se ha procedido justamente; y ya podria ser que lo que á vos parece leve cargo, os ponga ántes de muchos dias en cuidado. Más dijera el apasionado caballero, y peor fuera respondido, si don Enrique, que, ménos ciego, estimaba al valeroso Leoncio por amigo, no les atajara metiéndose de por medio. Con que, sin aguardar más razones, volvió las espaldas Leoncio, y saliéndose del castillo, se vino á su posada, adonde habiendo igualmente con amigos y deudos conferrido este caso, últimamente fué su parecer pedir, como en sucesos tan arduos se acostumbra, que el temido consejo de la grande Iliberia conociese deste negocio, satisfecho de que tendria algun adverso fin si su justicia quedase al albedrío de don Antonio, pues siendo absoluto dueño y señor de los jueces, que él por su mano señalaba en Cesarina, forzosamente harian en todo su gusto: cosa que habiéndose cuadrado generalmente, se puso al punto por obra, habiendo Gerardo primero apelado de su injusta prision y hecho otras más esenciales diligencias en aquel poderoso tribunal y audiencia, de quien sin dilacion despacharon por él. En el interin llegó la gente que habia ido por el esclavo, y trayéndole á buen recaudo, luego que á la presencia de don Antonio llegó, sin esperar aun á que se le preguntase la ocasion de su fuga, habiéndose arrojado á sus piés y pedíndole escuchase aparte, confesó de plano cuanto de sus secretos amores Nise le habia confiado, entregándole juntamente la carta de Gerardo: hecho por cierto digno de una tan vil criatura, y muy mejor merecido de quien para caso tan importante eligió su pecho. Aquí, visto por don Antonio el mal remedio que ya podia conseguirse en el secreto de su honra, dando voces y quejándose á los cielos de su afrenta, bramaba como agarrochado toro. No le parecia á don Enrique exagerado extremo el que en su hermano veia, sospechando sin duda lo que ya él entendia de la boca de su esclavo, cuya venida apenas llegó á los oídos de Nise, cuando, temerosa de lo que sucedió y olvidada de su amorosa determinacion, dejó al punto, sin ser de nadie oida ni vista, la casa de su padre, encerrándose en un convento de monjas, fundacion de sus antepasados, desde adonde, sin más dilatar su pensamiento, hizo saber esta mudanza á su enojado padre, que ya de atormentado y triste, casi no sentia estas desdichas y afrentosos trabajos. Mas viendo que la causa principal y fuente de donde manaban estaba en su poder, cierto de su venganza, recibia algun consuelo, y más se le aumentó con la venida del criado de Lauro; á quien recibéndole su dicho y declaracion, fué la misma y con las mismas falsas presunciones que la carta; que aunque por la del esclavo se conocia claramente la variedad y encuentro de entrambos, pues el uno decia haberle dejado en Sevilla, y el otro haberle parecido de los homicidas, todavia el caso, demas de ser atroz, podia poner cuidado á cualquier animoso corazon. Por otra parte, el suceso de sus amores dañaba en Gerardo la reputacion y afeaba la inviolable fe de la verdadera amis-

tal, aunque estos yerros, por lo que son dignos de perdonar, admitian disculpa.

Muchos caminos intentó nuestro desgraciado y preso Gerardo para conocer la determinada voluntad de Nise, en quien, por dueño y señora de su alma, tenía puesto el remedio de los presentes infortunios, pareciéndole que el último sería recibirla por dichosa compañía; mas tenian sus contrarios con tanta vigilancia atajados los pasos, que no fué posible el llegar á las manos de Nise algunos papeles que para este fin escribió; porque solo en el de su vida tenía puesta don Antonio la proa: de suerte que así por su persona como por las de aquellas monjas que con su hija estaban, trató de persuadirla á que en todo acacimiento negase haber con Gerardo tenido más que una lícita amistad, advirtiéndole que infaliblemente Gerardo había de morir; con que, si otra cosa dijese, demas de hallarse sin su compañía, su honor quedaba defraudado y perdido, y otras cosas que, siéndole ya con blandas razones y ya con rigurosos afectos propuestas, fueron bastantes á reducir su corazón á la voluntad paternal, olvidando la inmensa y ardiente con que poco antes había propuesto morir por su Gerardo. No hizo Nise de su variable mudanza libro nuevo; que siendo esta en todas casi general costumbre, poco puede admirarse quien, habiendo leído los efectos de su amor, pasare los ojos por el fin que tuvieron. En efecto, Nise, determinada á padecer mil muertes por su amante, hoy rompiendo el hilo de su firme intento, sola la ausencia de diez días de prisión y el temor de unas livianas amenazas mueven su gusto, conformándose, en contra de Gerardo, á no salir de la orden expresa de su padre y tío. Esta nueva mudanza, por lo que de triste para Gerardo tuvo, llegó, como siempre suelen las mudas nuevas, á sus orejas, haciendo en su alma tan sangrienta y cruda operación, que en su igualdad ni las pasadas tragedias de sus difuntos y pasados amores recibian comparación; ántes ayudaron á la presente calamidad con tan eficaces penas cuanto fines y remates tan desdichados podian causarle; y lo que con rigor atormentaba su memoria, aunque parece increíble, más era el confirmarse de nuevo por hijo desdichado de su contraria suerte, que el considerarse burlado de la inconstante fe de su dama, como quien mucho ántes traía delante de los ojos sus inciertos fines. Mas privando en su amarga pasión, como era justo, los que tan ciertos á su alma prometía el apetito ciego de su desenfrenada voluntad, recordó á esta última alabada de los cielos el lastimado y preso Gerardo con tan acelerado dolor, lágrimas y suspiros, que casi al despedirse del encantado sueño de su vida le faltaba el aliento para poder sin repugnancia de sus sollozos pronunciar con la turbada lengua estos piadosos versos, dignos por el sugeto de esculpidos en bronce, más que en la estampa del papel.

Ya tiene Job de su dolor y pena
Retrato igual en la miseria mía;
Y aunque un mismo dolor nos afligia,
No una culpa y pecado nos condena:
No le castiga Dios ni el mal refrena
Porque pecar con la salud solía,
Sino por ver el pecho que tenía,
Y si obedece Job lo que le ordena.
Mas mi dolor, efecto del pecado,
Fiscal acusador de mi conciencia,
Me tiene justamente castigado.

Dadme á sentir ¡oh Job! vuestra paciencia,
Y alcanzaré, de haberos imitado,
Salud, enmienda, amor y penitencia.

En medio destos miserables tormentos llegó á Cesarina el valeroso Leoneio, y juntamente á la presencia de su querido hermano, á quien (según sus graves sentimientos le tenían) casi no conoció; mas consolándole como mejor pudo, por otra parte requirió á don Antonio con las reales y temidas provisiones que para sacarle de su poder y llevarle á la famosa Iliberia (1) traía; las cuales, mal que le pesó, aunque con entrañable disgusto, hubo de obedecer, entregándoles el preso con tantas guardas, custodia y recato cuanto el caso y la persona de Gerardo requería; que ménos fatigado y triste con la compañía de su hermano, se puso en el trillado camino de Iliberia, volviendo en su determinado pensamiento para siempre á Cesarina las espaldas.

A poco más de mediodía, no siéndoles, por la gran siesta, posible el pasar adelante y á poblado, habiendo llegado á un ameno y florido valle, que asombrado de levantadas rocas y montañas, más apacible hacian su verde asiento, de comun acuerdo y parecer eligieron aquel fresco lugar para dar algun alivio y refrigerio á los cansados cuerpos; y así, habiéndose apeado, mientras las cabalgaduras se apacentaban, de una acémila que de repuesto les servía comenzaron á sacar grande abundancia de regalos, teniendo por mesa el campo matizado de diversas flores, y por aguamaniles preciosos las transparentes urnas de un manso y agradable arroyuelo en cuyas márgenes se habían sentado, dando principio al forzoso y irrecusable alimento con mucho gusto y contento de todos; el cual más se acrecentó con una dulce y sonora voz que en medio de su convida, cantando al delicado són de un labrado rabel, llegó á sus oídos en los siguientes versos:

Al pié de un risco de nieve,
A quien visten peñas pardas,
Esmeraldas por ribetes,
Finos diamantes por fajas;
De cuyos copos el sol
Con blandos rayos desata
De bulliciosos cristales
Una fuente pura y clara;
Sentado en la verde alfombra
De sus márgenes sagradas,
Celio su corriente mira,
Saltando con piés de plata;
Y entre las menudas guijas,
Rojas, azules y blancas,
Las fugitivas arenas,
Oro de Tíbar y Arabia;
Del árbol de Febo hermoso
Las orillas coronadas,
Siendo de la esquiva Dafne
Grillos de vidrio las aguas.
En vez de pintados peces,
Del velo de cristal sacan
Náyades ninfas, cubiertas
Las cabezas de guirnaldas.
Cigno sus raudales pisa,
Más blanco que nieve helada;
Progne sus endechas llora
Mientras Filomena canta.
Del amado de Cibéles
Contempla las cumbres altas,
En cuyas hojas Favonio
Al amante hermoso llama.
Jacinto sus plantas pule,

Acanto muestra sus ramas,
Adónis su flor, Narciso
Las sayas de pura grana.
Admirase el pastorcillo
De ver en la espuma cana
Los palacios de Neptuno,
La corona de Ariadna,
Las docenas Musas, las nueve
Hermosísimas hermanas,
Y sus Eliconas ninfas
Con sus corrientes mezcladas,
Cuando de las claras urnas,
Con su lira soberana
Haciendo cadencias dulces,
Saltó el músico de Tracia;
Y suspendiendo los montes,
Aves, peces, flores, plantas,
Mientras el pastor le escuchaba,
Así temple, loca y canta:
«Hoy la discreta Fenisa,
Deste valle primavera,
El cristal de su ribera
Con sus piés de nieve pisa.
Amor, de su amor rendido,
Niño halagüeño y rapaz,
Con tan florido disfraz
Quiere abonar su partido.
Y pues verla has merecido,
Pastor, trueca el llanto en risa;
Que hoy la discreta Fenisa,
Deste valle primavera,
El cristal de su ribera
Con sus piés de nieve pisa.»

(1) *Iliberis* ó *Eliveris*, en latín, y en castellano *Elvira*, población del reino de Granada.

Con igual suspension, dejando la comenzada obra, habían escuchado todos el discreto romance. Mas Gerardo, que aun entre tan confusos cuidados no habia perdido de su memoria la de su antiguo y buen amigo Celio, apenas su canto y voz oyó, cuando en sus dulces acentos fué dél conocido, bien que el verle era imposible, por estar á la vuelta y nacimiento del arroyo, adonde no podia alcanzar el deseo de su vista; el cual por darle gusto hubo de suplir uno de sus compañeros, levantándose en su busca al mismo tiempo que, movido de las voces que Gerardo le daba nombrándole, salia Celio de entre los espesos y intrincados laureles, trayendo por la mano una zagala tan gentil y hermosa como él gallardo y bien dispuesto; con cuya compañía, habiendo, no sin pequeña admiracion, reconocido á Gerardo, se fué para él con los brazos abiertos, y los ojos, de considerarle al cabo de tan larga ausencia en tan trabajoso estado, llenos de tiernas lágrimas, efetos de su tristeza. No fué con ménos sentimiento y dolor recibido de Leoncio y Gerardo, que habiéndole hecho sentar junto á sí, le comenzó á dar cuenta de su miserable historia, cerrándola con iguales suspiros de Celio y su amada pastora; á quien, volviéndose Gerardo, la dijo: Por vuestra amorosa compañía y los pasados versos de mi amigo vengo á entender que sin duda sois la dichosa imágen á cuya deidad milagrosa ha dedicado su voluntad, que un tiempo conocí yo bien ajena de semejantes empleos, igualando mis propios pensamientos y determinacion; aunque, como el hechizo de unos rasgados ojos pudo alterar mi pecho, debiendo estar muy escarmentado, ¿qué mucho que á quien ni la experiencia ni su rigor habian acobardado, se dejase rendir de un tan peregrino sugeto como el vuestro? Esa sola disculpa, respondió Celio ántes que pudiese hacerlo la graciosa zagala, excusa mi pasado intento y parecer, noble Gerardo, y aun os prometo que no tan solamente me halló satisfecho de haberle quebrantado, mas confuso y arrepentido de no haber desde mis primeros años empleado la vida en el servicio y gusto de Fenisa; cuya amable presencia, de su venturosa aldea y despues de una muy larga ausencia, ha bajado hoy á dar nuevo sér, nuevo aliento y nuevas matices y colores á las plantas, al valle y á sus flores. ¿Qué quereis, amado Celio, que no esquivé, ofendida de vuestras lisonjas, dijo la hermosa Fenisa con alegre semblante, pues habiendo de mi humilde sugeto tantos testigos, osais encarecerle, ó por mejor decir, afrentarle con tales atributos? Y aun pienso que anda corto, respondió Gerardo; con que en estos y otros agradables discursos dándose fin á la sabrosa comida, tuvo asimismo principio el de su comenzado viaje, despidiéndose Gerardo y Leoncio de los dos amantes; cuyo no pensado encuentro tuvo Gerardo á suma felicidad y por mejor señal de su suceso, aunque el desastrado y triste del valiente Arsenio trocó este pequeño alivio en igual sentimiento al de sus desventuras; porque quiero que sepais que muy pocos dias despues de su asistencia en la famosa cárcel de Iliberia, siendo traído á ella por los mismos pasos, le tuvo en su compañía. La causa, aunque en el ser trágica fué á la de Gerardo muy parecida, en los efetos y obras fué muy más contraria, pues á nuestro desgraciado caballero se le imputaba

una muerte que no habia hecho ni aun pensado, y á Arsenio tres que en campaña y singular desafio tenia muy bien probadas, con general satisfacion y mayor prueba de su valiente brazo; hecho digno, por cierto, más de premio y corona que de castigo y pena; y tal, que si al motivo principal y al breve despidiente que en esta historia he prometido le fuera dado el describille sin salir del asunto, fuera para el curioso lector de no ménos gusto que entretenimiento. Mas el deseo, que ya con más agudos acieates corre á los últimos fines, habrá de excusar mi remision. Con la prudente y agradable compañía de su amigo Arsenio fué poco á poco Gerardo divirtiendo sus tristes memorias, entregándolas á un eterno y profundo olvido, tratando solamente del cuidado solícito de su libertad; bien que si el cielo, movido de su inocencia, como otras muchas veces, no le sacara deste peligro, su vida le corria muy manifiesto; porque fué en este mismo tiempo servido que, al cabo de cuatro meses que Gerardo estaba preso, se publicase en toda aquella provincia su injusta prision, descubriéndose los cuatro sangrientos homicidas del difunto Lauro por el camino que ménos se esperaba. Y fué el caso que, como de unas partes á otras en su infame y cruel ejercicio anduviesen vagando, fuéron presos por unos bien ligeros indicios en un lugar pequeño del duque de Medina, en donde habiéndoles puesto á cuestion de tormento, no tan solamente confesaron el delito de que allí eran indicados, mas otras muchas muertes, hurtos, robos y salteamientos, y entre ellos el del desdichado Lauro, con otro igual en el fin, aunque en su atrocidad más fiero y abominable, que fué la muerte de don Juan Ponce, caballero tartesiano, á mi parecer, por cierto, una de las más crueles que en España y en nuestros tiempos ha sucedido, tanto por el principio y origen que tuvo, cuanto por haber sido della autor y reo principal el padre mismo que le habia engendrado; y así, me ha obligado su extraordinaria miseria á no pasarla en silencio, escribiéndola lo más sucintamente que me fuere posible y sin desviarme un punto de la verdadera relacion que tuve, que para eterna y perdurable memoria de los hombres quedará estampada en estas últimas hojas de mis trágicos, tomando la carrera desde adonde, para que mejor se entienda, tuvo el siguiente su principio.

Hoy día vive en la antigua ciudad de Tartesia una dama viuda cuyo nombre es Fabia, á quien el cielo en sus primeros años dotó más de la hermosura, gracia, virtud y honestidad, que de bienes de fortuna, ilustre sangre y nobleza; á la cual, por sus extremados requisitos y partes, dió en seguir y pasear uno de los mas nobles caballeros de aquella ciudad, cuyos amorosos pensamientos á pocos lancas fuéron de la honestísima dama apeados, mas con tanto recato y prudencia, que nunca de su pretension se dió por entendida, hasta que el tiempo y los continuos y exquisitos regalos que por no pensados caminos llegaron de las de su amante á sus manos, la hicieron mostrarse algo ménos esquivia y más humana; que tanto puede este dulce interes. No digo yo, por cierto, que á Fabia esta fuerza la moviera, mas no puedo sufrir que amor se compre con el valor y riquezas, parto monstruoso de las duras entrañas de la tierra. Esto dijo docta y agudamente don Sebastian de Céspedes, mi hermano, en un soneto á cierta dama

amiga de dineros (como lo son por la mayor parte las más destas señoras), que por ser parto, aunque breve, de tan sólido ingenio, me pareció sacarle á luz en esta ocasion.

Imperio injusto, loca tiranía,
 Sacrilego interes, hambre dorada,
 No erró Maron si te llamó malvada;
 Que especie es de traicion la villanía.
 ¿Ley ha de ser tu fuerza ó tu porfia
 Cuando su estrella inclina un alma honrada?
 No quiero, no, la voluntad comprada,
 Ni hacer de las estrellas simonia.
 Nacimos, Lisi, en sangre desiguales;
 Mis venas son de amor, las tuyas de oro:
 Mira la variedad de estos metales.
 Trata las almas con mayor decoro;
 No vendas los influjos celestiales;
 Que no hay valor para tan gran tesoro.

En efeto, la determinacion deste caballero granjeó el llegar á hablarla por una alta ventana, y desta comunicacion, aunque tan corta, la esperanza de poseerla: cosa de que vivia tan ajena como segura la bella Fabia, que solo por desobligarle le daba aquel pequeño gusto; el cual no se prosiguió tanto secreto cuanto á sus amores se debía, pues habiendo llegado á noticia de una tia suya, fué de su aspereza reprendida de suerte, que sin querer más escuchar ruegos tan en su daño, cerró al galan amante, para nunca más hablarle, las puertas y ventanas; desden que más acrecentó el fuego de su amor, creciendo por momentos el deseo de verla, mientras ella con mayor vigilancia procuraba encubrirse de sus ojos. Dicen que los deamora, aunque vendidos, igualan en la vista al lineo penetrante; y así, no fueron bastantes las diligencias de Fabia para excusar la ocasion de su vista, de quien hecho cuidadosa centinela, estaba siempre su caballero en atalaya; con que reconociendo la agradable presencia de su dama, que descuidada de tal sobresalto habia salido hasta la puerta de su casa, sin perder la coyuntura, llegó á hablarla, obligándola con tan corteses y amorosas razones, que no tuvo ánimo para volverle las espaldas, ni ménos para taparse los oídos fuerza ni manos, dando lugar á que su encanto amoroso fuese contraminiando su constante propósito. Mas entendiendo que solo á quejas de su mudanza iban enderezadas, no queriendo pasase con ellas adelante, le respondió de aquesta suerte: El haberse extendido á más que á estos umbrales la merced que me haceis, pues ha pasado fuera de todos sus secretos límites, la forzado mi voluntad á no corresponder á la vuestra: cosa que, yéndome en ella no ménos que la honra, es justo que vos lo tengais por bien, pues no es razon que quien tanto dice que me quiere, desee quitarme el mayor bien que tengo, el cual no podré restaurar una vez perdido. Mis padres tratan de casarme, y yo de obedecerlos, porque sé cuán á cuento me está el estado que me dan; y supuesto que el cielo á vuestro merecimiento me hizo tan desigual, que por medio tan licito no pueda pagar vuestro amor, encarecidamente os suplico procureis desecharle, poniendo los ojos en otra dama que por su calidad merezca lo que yo desmerezco por humilde. Aquí, abrasándose en encendidas llamas, celoso del apuntado casamiento, replicó el determinado caballero, diciendo: No pasará en mi ofensa, querida Fabia, si yo puedo, tan cruel concierto, ni ménos pienso dilatar el remedio

que está en mi mano, dándosla desde este punto de vuestro esposo y marido; y porque de su validacion y firmeza vivais más segura, quiero que della sean testigos cuatro de mis criados que están en mi guarda; y diciendo esto, sin esperar respuesta de la que de contento fuera imposible dársele, con una conocida seña hizo llegar á los criados; delante de los cuales volviéndose á la hermosa Fabia, que la vergüenza y el repentino suceso la tenia suspensa y vuelto el nevado color de su gracioso rostro en encarnado y rojo carmin, prosiguiendo su intento, la dijo: Dulce señora mia, ¿por qué habeis enmudecido? O ¿qué cosa puede dilatar el sí que ya de vuestra boca aguardo? Yo digo una y mil veces que quiero y deseo ser vuestro esposo, y desta palabra son los cielos y cuantos me oyen testigos: dadme vuestra hermosa y blanca mano, que con ella viviré más contento que con todas las riquezas, tesoros y calidades que puede el mundo ofrecerme; y cesando con esto, dió lugar á que la honesta Fabia, ménos turbada y más alegre, respondiese: No os espanteis, dueño y señor mio, que así me haya tenido confusa merced tan desigual de mis acobardados deseos, que acepto y estimo, recibiendoos por mi esposo y único bien; y tomándose las manos, se abrazaron estrechamente, quedando con la union de sus voluntades tan conformes cuanto deseosos de gozar el fin dellas, como con efeto lo hicieron aquella misma noche con notable gusto del aficionado amante; el cual pidió á Fabia tuviese en silencio su casamiento y palabra dada, en tanto que éldiese orden de cumplirla sin contradiccion de sus deudos y parientes: cosa que ella tuvo por bien, como quien ya solo deseaba darle gusto. Con este secreto y recato prosiguieron los dos amantes el discurso de sus amores, en quien Fabia se hizo preñada, y su caballero, con poco temor de Dios, trató con muchas véras de casarse con una bizarra dama que era deuda suya; y como lo pensó, sin que Fabia lo entendiese por entónces, lo ejecutó. Mas ¿qué mano podrá regir mi cansada pluma si acaso determina escribir el tierno sentimiento de la burlada Fabia? O ¿qué lengua se atreverá á explicar sin enternecerse el inmenso dolor que llegó á su alma luego como supo las amargas nuevas de su rompida fe, y cierto engaño del que tenia por esposo y dueño? Seria necesario comenzar con nuevo aliento nueva historia: y así, sus lágrimas y suspiros quedarán á la discreta consideracion del piadoso lector; las cuales fueron tan abundantes y continuas cuanto difíciles de encubrirse de sus padres, á quien, supuesto el femenil temor, descubrió su pecho y el estado en que se hallaba, preñada en casi dos meses; con que, haciéndola en su llanto y desconuelo compañía, trataron, como cuerdos y prudentes, el remedio de su honor, ántes que pleitos imposibles para más infamarle; y así, sin más dilacion casaron á su hija con un hombre de su misma calidad y con alguna más hacienda; con quien, sin ser entendida la falta de su persona y sobra de su preñado, pasó por doncella, y lo que parió al fin de siete meses, que fué un niño muy hermoso, por hijo legítimo, borrando en su agradable compañía de su memoria la del alevoso y perjuro padre.

Diez años y más habrian pasado despues de su nacimiento, sin que en todo este tiempo el justo cielo quisiese al ingrato caballero darle hijos de bendiccion en su

mujer propia ni en otra alguna; cuya penosa imaginacion y deseo le traia tristísimo, por verse sin heredero, y que forzosamente, de faltarle, habia de serlo alguno de sus hermanos, á quien aborrecia entrañablemente; y así, desesperado de esperar en su mujer mejor fruto, propuso adjudicarse á sí mismo el hijo que en Fabia habia engendrado; y no contentándose con haberla burlado faltando á Dios y á su palabra, confiado en su hacienda y brazos, sin reparar en el tan grande inconveniente de la infamia y afrenta que á Fabia y á su esposo se les seguiria, determinó por justicia cobrar su hijo, pidiéndole ante el juez ordinario, que fuera muy justo no se hubiera quedado sin castigo por haber admitido tan escandalosa demanda; en la cual habiéndose obligado á probar lo que decia, lizo informacion con sus criados y otros muchos testigos (que nunca á los poderosos falta quien anime sus intentos) así de la estrecha amistad y comunicacion que con Fabia habia tenido, como del haberse hecho en aquel mismo tiempo preñada, segun ella confesó diversas veces, y despues pareció ser verdad y que lo estaba en dos meses, y computado con el término de su parto, por sentencia definitiva desposeyeron al que como padre le amaba, del muchacho, entregándosele al que era, aunque perjuró y falso, el verdadero y cierto; de cuya afrenta y pena cayendo en una grave enfermedad el pobre esposo de Fabia, murió en siete dias, quedando la desdichada y triste dama sin honor, sin hijo y sin marido; que tanto puede un tirano y cruel pecho.

Con esto habiendo salido con su intento el injusto padre, sumamente alegre y regocijado, llevó á su casa al querido hijo, cuyo nombre desde el mismo dia fué don Juan, haciéndole criar con tan extremado y solícito cuidado, que este y la inclinacion buena del mancebo le hizo crecer en pocos años en loables costumbres y virtudes, de suerte que igualmente era amado de toda la ciudad, y con tanto gusto estimado, que casi en su padre causaba envidia: de su madrastra no hay que decir, pues es llano y como forzosa herencia su comun aborrecimiento y mal trato; el cual el noble don Juan padecia con más prudencia de la que se podía esperar de sus tiernos años, no olvidando con la grandeza y ostentacion del nuevo estado y casa la humildad y pobreza de su antigua morada; adonde ordinariamente sin faltar dia era del su madre visitada y obedecida, y esto tan á pesar y disgusto de sus padres, que totalmente ya casi les pesaba y aun se hallaban arrepentidos de su posesion, dándole á conocer este descontento con tantas véras, que aun del ordinario sustento y adorno de su persona no curaban, ni ménos della hacian caudal; con que á don Juan le fué forzoso el ponerles pleito sobre sus alimentos, que por sentencia de vista y revista, y en cantidad de setecientos ducados, se le mandaron señalar. Mas pareciéndole al virtuoso caballero que la necesidad de su madre carecia mejor que la suya propia de remedio, trató de dársele dejándola sus alimentos, como en efeto lo puso por obra, yéndose de Tartesia con un primo de su padre que tiernamente le amaba, á la ciudad de Lisboa, para donde iba proveido en una honrosa plaza de maese de campo. Allí vivió muy alegre y contento don Juan en compañía de su tío, hasta que entendiendo por cartas de su madre lo mal que en el particular de sus alimen-

tos con ella procedia el cruel padre suyo, le convino dar la vuelta con harta brevedad y mohina, aunque la disimuló, como obediente hijo. Bien conoció, por cierto, el que le engendró la causa que de su venida habia sido origen, la cual tampoco se le encubrió á su esposa, que solo su perdicion y último fin, como cruel madrastra, deseaba, como en resolucion lo vino á ser; porque hallando en la mala voluntad y rencor que su marido mostraba al pobre don Juan, suficiente entrada su dañado intento, claramente y sin más dilatarlo le dió particular cuenta dél; y no hallando en su esposo ménos deseo de su muerte, hubo de quedar entre entrambos muy bien asentada desde entónces, partiéndose con este sangriento pensamiento el futuro filicida el siguiente dia á la gran ciudad de Sevilla á buscar en ella quien de su hijo mismo fuese homicida, cosa que en ella no fué de hallar muy dificultosa; y así, habiendo acaso encontrándose con los cuatro desalmados amigos que teneis noticia, concertando en docientos escudos su miserable asesinio, y dándoles cincuenta de señal, dieron juntos la vuelta, adonde la noche que en Tartesia entraron, informado el precipitado caballero del lugar y casa que aquella hora su hijo ocupaba (que segun pareció era la de su madre), les dió la órden que en matarle habian de tener; y acompañándoles hasta cerca del injusto sacrificio, algo desviados de la casa, volviéndose hácia ellos, les dijo: Aquella que veis es la puerta, y así, solo resta que el uno llague y llame en ella á don Juan, y en saliendo, los demas podeis hacer de suerte, que no quede para testigo de su venganza y mi satisfacion. No faltó quien, por reservado juicio de Dios, oyese estas últimas palabras y conociese el perverso juez que contra su sangre propia pronunció tan rigurosa sentencia, que fué una pobre mujer que bien descuidada de tal suceso estaba á aquella misma hora en una oculta ventana, desde la cual vió tambien cómo, habiendo llegado por la órden que tenian al inocente y virtuoso mancebo al salir del albergue de su madre, le hirieron de muerte. Mas no le sobrevino con tanto aceleramiento, que primero no hubiese lugar de darle los últimos sacramentos: cosa que en su alevoso padre no dejó de causar algun cuidado, temeroso de que las heridas no debian de ser mortales; y por esta razon (si ya no fué que, cumplida su voluntad, se hallase arrepentido de pasar por el concierto) él trapazó la resta de suerte, que con otros veinte escudos hizo pago á los inhumanos homicidas, despidiéndoles con decir que él habia concertado la muerte de su hijo, y que ellos no habian cumplido su palabra, pues no le habian dado más que unas ligeras heridas que bastantemente se pagaban y satisfacian con el dinero recibido. No les faltaron réplicas á los impacientes, y aun arrepentidos de no haber hecho en el pasado camino igual carnicería de su persona, le escuchaban; mas visto cuanto á todos convenia el silencio, renegando de su infame proceder, salieron de Tartesia otro dia siguiente. La hermosa Fabia, que del mortal peligro de su amado hijo estaba sin sentido, informada de la mujer que arriba dije de la verdad que ya ella sospechaba, acompañada de otras muchas, procuró como rabiosa madre su venganza, arrojándose á los piés del Corregidor, que era un noble caballero, pidiéndosela con tierno y doloroso llanto, y provo-

eando con gemidos y lágrimas su justicia y la de los poderosos y divinos cielos.

Apénas por el furioso y cruel padre fueron entendidas las diligencias de Fabia, lo que del se murmuraba y lo muy cercano que su malogrado hijo estaba á la muerte, cuando, cercado de un sudor frio y temor macilento, remordiéndole su pecado, sin esperar mayor averiguacion, se retrujo en un convento, de donde, sin más probanza que haberse él mismo declarado con semejante novedad por reo y actor, le sacó la justicia y severo Corregidor, tratando luego de su castigo, y con mayores véras cuando dentro de pocas horas tuvieron fin las del desdichado don Juan; aunque el ser su padre tan emparentado y poderoso hubo de suspender su buen deseo el tiempo que bastó para que por últimas censuras mandasen restituírle al lugar sagrado, que aunque fué despues de un escandaloso entredicho y *cessatio à divinis*, y muchos dias de pleito, al fin fué vuelto.

A los principios deste negocio y en los de su retraimiento, por justos respetos le pareció á este caballero excusar del ordinario secreto una gran cantidad de joyas y dineros, que pasaban su valor y riqueza de treinta mil ducados, los cuales entregó, como en segura custodia y guarda, á sus hermanos. Pues como al presente el largo pleito y los inmensos gastos le tuviesen tan alcanzado, tuvo por acertado el valerse de aquella hacienda, y para el efecto, luego que fué restituído á la iglesia, envió á llamar á sus hermanos, de quien, por justa providencia del cielo, no tan solamente fué desamparado, mas muy afuada su demanda necia, negando remotamente el haber recibido un solo maravedí de sus manos: cosa que en el fatigado caballero engendró tan vehemente enojo, que, abogados los vitales espíritus en su propia saña y ponzoñosa cólera, sin decir otra pala-

bra se cayó muerto delante de cuantos le miraban, atónitos y suspensos de su miserable y acelerado fin; que este mismo aguarda siempre á quien tan mala cuenta da de su vida; con la cual me ha parecido poner también fin á su sangriento y lastimoso cuento, volviendo al que por hacer esta breve relacion he suspendido.

Ya dije cómo en el tormento, entre otros desafueros, confesaron los foragidos soldados la muerte de Lauro; la cual habiéndose comprobado por el tiempo, lugar y ocasion, se halló ser cierta, y falsa la culpa que á Gerardo imputaban; con que verificada en la Real Audiencia la infalible verdad de aquesta nueva, justamente fué absuelto de la instancia con tanto gusto y alegría de su hermano y amigos cuanto tuvieron de pesar sus contrarios, que, cogidos por una parte del ciego proceder que en suceso tan arduo habian tenido, y por otra sentidos de que el honor de su hija y sobrina quedase al albedrío y parecer del vulgo, trataron ántes que de la prision saliese, con bien diferente parecer de su pasado intento, de pedir don Antonio el quebrantamiento de su casa y amistad, y la desconocida Nise la palabra de casamiento que nunca Gerardo le habia dado, y ella afirmaba que debajo de tal firmeza y seguridad le habia entregado y hecho absoluto dueño de su persona.

Muchosintió Leoncio la nueva prision de su hermano Gerardo; el cual, determinando ántes morir mil muertes que admitir la odiosa compañía de Nise, propuso firmemente vivir en aquellas cárceles ántes que verse encadenado y preso con nudo indisoluble al triste cautiverio y laberinto de mujer tan inconstante; de cuyo padre, deudos y allegados, reconocida su firme y constante determinacion, fué insidiado y perseguido por varios y increíbles modos, sin que en tantas persecuciones su valor desdijese un solo punto de su resolucion.

SEGUNDA PARTE

DEL ESPAÑOL GERARDO.

DISCURSO PRIMERO.

Airados braman si con pasas lentos
Terminando los puntos, bien regida
Contrasta su rigor nave oprinida
Entre los dos disformes elementos.
¡Oh incauta naxerilla, que á los vientos
En las voraces ondas reducida,
Si bien ó mal su fuerza resistida,
Son unos, son iguales tus tormentos!
¡Misero yo, retrato, ejemplo vivo
De tu naufragio, pues que ciego y loco
Doy mi roto bajel al mar esquivo;
Donde si me resisto, entonces toco
Desde su espuma el cielo más altivo,
Y más rendido su rigor provocho!

Así cantando divertía el español Gerardo, al són de una vilucela, la memoria de sus pasadas desventuras y parte de sus presentes trabajos y prisiones. Y en esta

misma hora, arrojado del apacible golfo de su libertad entre una y otra ola, tocó el márgen de la famosa cárcel de Hiberia un hombre cuando apenas el sol amanecía en aquellos calabozos. El eco sordo de un remachar de grillos, principal escalon de aquella miserable casa, llevó á Gerardo á sus primeras rejas, desde adonde viendo el nuevo huésped, y agradado de su gentil presencia (que esta suele ser carta de recomendacion en las mas ajenas voluntades), pudo excusarle aquella vejacion, tomando por su cuenta el tirano subsidio de los ministros de aquellas puertas. Pasó dellas al són del aldabilla, que golpeándole tres veces, dió á entender por aquel su extraño estilo que el delito del preso era resistencia. No me parece dar con más clara distincion cuenta deste lenguaje de la cárcel, pues á ninguno (por lo mucho que tiene de ordinario y comun) le podrá

causar novedad. Rodearon al preso con anchurosos círculos los que llaman viejos, de entre los cuales no hizo poco Gerardo en sacarle entero, valiéndole el decoro de su antigüedad. Tomóle por la mano y juntamente se apartó con él á un lado de los espaciosos corredores, en quien reconociendo por su larga experiencia la confusión que le tenia desalentado, procurando divertirle della y consolándole con las razones que más á propósito le parecieron, le comenzó á decir :

Todos los más hombres que veis cruzando por estos corredores y aquel patio tienen sus prisiones agravadas con tan calificados delitos, que vienen á hacer de los semejantes al vuestro en los ojos de los jueces ménos estimacion y más facilidad para su despidiente. Animáos con segura esperanza de que, si las circunstancias del hecho que aquí os trujo no son más importantes, vuestra asistencia en aquesta morada no será tan prolija como os debéis de prometer. Algo más sossegado, aunque con una profunda tristeza, atajó á Gerardo el afligido mozo, respondiéndole : Si solo resistir mi prision me hubiera traído á conoceros, confieso de mi agradecimiento que admitiera de voluntad vuestra compañía, aunque esperara de mi persona un mal suceso ; mas ¡ ay, noble mancebo, del que se ve tan ajeno de su libertad cuando más urgente y apretada necesidad tuvo della ! ¡ Pluguiera al cielo que ántes las armas viles de mis enemigos hubieran concluido con esta aborrecible vida ! Más pasara adelante, y en mayor confusión pusiera á Gerardo, si á este punto no le interrumpiera un hombre, que acercándosele por un lado y tocándole con la mano en el hombro, como si verdaderamente le hubiera conocido, le dijo : ¡ Acá está usted ! Dejando con semejante modo y pregunta pasmado al preso, que con alguna admiracion le respondió por los mismos fillos : Llano es que estoy acá, pues me ha podido ver ; aunque si vine con mi gusto, fuera mejor que se me propusiera. A esta razon, sin mayor intervalo, replicó el mismo hombre : Ya sé que ha ocasionado esta prision cierta resistencia ; y así, quise excusar otra pregunta ; mas si la causa no se extiende á mayores delitos, riase della y calle, que dándome dineros yo le soltaré al punto. El escribano es mi amigo, el juez mi compadre, y uno y otro no hacen más de lo que yo quiero. Estas palabras no le dejó concluir otro oficial de su misma profesion, que sin hacer á ninguno de los circunstantes cortesía, mirando con arrugado ceño al que primero hablaba y tirando dél por la capa, le dijo : Harto más bien contado os fuera dejar los presos de mi suerte, pues no ignorais que el diligenciar á aqueste hidalgo, conforme al asiento que habemos hecho, á mí solo compete. A esto respondió el opuesto : Si por mi lance, amigo mio, hubiera granjeado este despacho, pudiera ser que lo dejara á vuestra buena diligencia ; mas corren diferentes obligaciones, porque este caballero es cosa propia, de suerte que ninguno tendrá para qué con los dos entremetarse. Destas razones, no sin admiracion del nuevo preso, procedieron otras innumerables, que al fin pararon en declaradas injurias, mordiéndose con las lenguas y lastimándose con las manos con tan repentinas puñadas, que en un instante ni les quedó cuello, capa ni sombrero, que ya parte entre los pies, y parte convertida en menudas tiras y arameles, no hiciesen en aquesta tragicomedia su personaje. Las vo-

ces, el rumor, los sobresalientes de las paces, y la controversia tan graciosa como bien reñida, bastara á sacar de juicio al más modesto, descomponiéndole con tan desenfadada risa como la que causó en Gerardo ; y fuera mayor si el conocimiento de aquella gente no le privara de lo admirable que trae consigo la novedad. Pasaban ya de número los pleitos que de semejante calidad habia visto, y así, tuvo por acertado el eximirse de la refriega, retirando á su aposento al justo y á su capa, dejando por mitigadores de la pendencia al mismo cansancio que della les sobrevino, y á algunos presos que no trabajaron poco en despartirlos, protestando cada uno del contrario una querrela criminal. Fuéronse, en conclusion, habiéndoles dado aquel breve entretenimiento, que aun quiero yo dilatar para el lector, escribiendo, ó por mejor decir, dando un rasguño en las muchas particularidades de aqueste género de hombres, cuyo propio apellido es zángano, su oficio solo el de engañar, en que están tan diestros, que apenas entra el preso, cuando saben su nombre, su natural, su delito, su escribano y su juez ; con que usando aquel extraño lenguaje : « ¿ Acá está usted ? ¿ Y por qué, señor ? Riase de eso ; yo le soltaré ; deme dineros, » desangran poco á poco á los novatos chapetones, sirviéndose de aquella dulce y sabrosa palabra « Yo le soltaré luego », y desapareciéndose, no le ven en un mes, hasta que si por ventura sus parientes y amigos ó los diputados de la cárcel le sacan della, ellos, que siempre andan en centinela, acuden diciendo que sus diligencias y solicitud les dan libertad ; y si esta se alarga, alegan que el escribano no está contento, y el juez con siniestra relacion indignado ; y de una y de otra suerte embisten, sacando jugo de las penas, y se escapan riendo del que dejan burlado. No tienen título de procuradores ni más del nombre que he dicho ; y esto basta para comenzar á entender la suma desventura á que están sujetos los miseros á quien trujeron sus pecados á ella.

El deseo de aliviar su nuevo huésped hizo que previniese Gerardo la hora de comer, á que habiéndole, juntamente con su albergue, convidado, y él aceptándolo con más cortesía que voluntad, satisficieron la necesidad forzosa ; y despues habiendo del alcaide, así con ruegos como con intereses y regalos, alcanzado Gerardo le dejasen en su compañía, partiendo con él su propia cama y acariciando como mejor pudo su persona, finalmente le tuvo muchos dias consigo, y uno de aquestos, en quien la soledad le dió más ocasion, deseando saber la causa de su prision, le pidió encarecidamente le hiciese participante della, facilitando este deseo con darle primero una larga relacion de sus desgracias, y decirle por fin y remate dellas su nombre y calidad, aunque los honrados respetos, á quien siempre su buena voluntad se enderezaba, habian granjeado en el huésped tanto crédito, que bastaran para el cumplido efecto de su propósito ménos exagerados ruegos y palabras ; y así, condescendiendo con su gusto y dando un tierno y profundo suspiro, le dijo :

Asegura vuestro noble término nuestra corta amistad con tanta fuerza, que casi haciéndola en mi pecho, le obliga á desfogar con vos la pena que le oprime, y aun el origen que á tales extremos me tiene reducido. Escuchado con presupuesto de aconsejarme lo que mejor á vuestro desapasionado juicio le pareciere ; por-

que os prometo que está el mio tan necesitado desto como de consuelo, el cual si bien del todo me faltare, por lo ménos contándole se suspenderá el tormento que me aflige y congoja.

Hoy hace justamente seis meses que salí de la ciudad de Córdoba, patria mia, adonde por el nombre de Leandro soy tan conocido como por una razonable hacienda, herencia de mis padres. El dejar mi casa resultó de lo que agora oiréis. Juntámonos despues de misa ordinariamente los caballeros mozos y paseantes del barrio en los portales y escaños de nuestra parroquia, desde adonde solemos limitar el poder del turco, las acciones del húngaro, los estados de Italia, y censurar, gobernando el mundo con nuestros pareceres. Un día pues que el triunfo de la conversacion salió bien diferente deste (si ya no de nuestro natural y condicion), se dió principio á la de la hermosura y belleza de las damas de España, usurpando cada cual la mejoría para el lugar que más le interesaba. Unos decian que las granadinas generalmente eran con extremo hermosas, y á estos contradecian los que daban á las damas de Toledo el superlativo, así en la belleza de sus rostros como en la agudeza y discrecion de sus entendimientos, aunque no faltaba quien, esforzando su partido, quisiese aventajar á todas el despejo, donaire y brio de las cortesanas. Este era el más válido parecer, y no el ménos reñido el de las damas de Sevilla, cuyo natural color trigueño y graciosísimo, alentado de su curiosa limpieza, daba no poco en que entender para la última determinacion deste argumento, el cual atajó uno de los que en la conversacion, y aun en nuestras opiniones, la tenia de más prudente, y en lo que hablaba modesto y recatado. Este pues, en dando principio á su razon, nos puso en silencio, diciendo: ¿De qué sirve con encontrados pareceres cansaros, y más á quien conoce, como yo, que toda la perfeccion y hermosura se halla cifrada y junta, no doce leguas deste lugar y no en el mayor de aquesta Andalucía, sino en una pequeña de sus villas, la cual es Osuna? Este es el archivo de la más admirable belleza que conoce en nuestros tiempos España, y en aquel venturoso sitio, aun sin ser conocida de sus naturales (que iguala su recato á su hermosura), se encierra este milagro. Quien quisiere desengañarse en su opinion, siga la mia y procure ver con los ojos el pequeño encarecimiento que hoy ha hecho mi lengua; que yo sé que he de dar crédito á mi verdad y salir de su error.

A no estar el autor destas razones en tan honrado predicamento, sin duda alguna todos las contradijéramos, y aun nos riéramos de su nuevo parecer; mas apoyábase el crédito granjeado, y la persona, que raras veces se preciaba de tanta exageracion. Con que, arqueando unos las cejas, y otros repreguntando semejante maravilla, hicimos hora de recogerlos, cortando el hilo á nuestra entretenida conversacion. Comí, y con igual sosiego quise tomar un rato de reposo, cuando, sin pensar, se me ofreció para desvelo de mi memoria todo lo referido, cavando poco á poco y consumiéndome el corazon el deseo de ver aquella mujer, con tanto extremo, que aunque quise de intento divertirme, cuantas veces lo procuré tantas me halló la novedad del caso y el encarecimiento con que mi amigo le habia representado. Con todo eso, sin dejarme vencer, aunque vacilando y pensativo, forcé el deseo y anui-

né algunos días su desenfrenado curso; mas sirviéronme de espuelas aquesta repugnancia, porque al fin, insufrible y sin admitir consejo de ninguno, me determiné á tan difícil empresa. Puse en razon mi casa, y informado de las partes de esta dama, con mayor y más clara noticia y dos mil escudos en oro me puse en camino solo; porque si bien pudiera acompañarme de algunos criados, el secreto con que yo iba disponiendo mi intento, no los admitia. En conclusion, aquella noche llegué al lugar referido, y tomando posada despues de haber un tanto sosegado, llamando al huésped della cautamente, procuré saber dél quién entre los vecinos de la villa era el de mayor autoridad, mejor vida y más buena opinion; á que, haciendo primero un largo discurso de personas, al fin me respondió resolviéndose dar al vicario del lugar todas las partes y circunstancias que yo le habia propuesto; con que hecha la eleccion para mi traza, y pasada la prolija noche, en pareciéndome conveniente hora, salí de mi posada para la del vicario, al cual hallé que con una ropa de damasco negro y una caña de la India por báculo paseaba el patio de su casa. Paróse en viéndome llegar; y yo, sin preguntar si era el que buscaba, por la buena relacion que de sus señas traia, le saludé cortesmente, y sacando una carta que de propósito y no muy limpia la cubierta habia escrito, se la puse en la mano con el título y nombre de su propia persona. Mandóme cubrir, y juntamente preguntó de adónde le escribían. Respondíle que de la Nueva-España; y él sin más replicar la abrió, y en ella algo entendidas leyó estas razones:

«Desde que salí de Sevilla para estas partes tengo »escritas á vuestra merced algunas cartas, bien que »de ninguna he visto la respuesta que siempre he de- »seado, y aunque tan grande olvido pudiera causar »en mi correspondencia descuido, pueden más la volun- »tad que tengo de servirle; y así, en esta ocasion he »querido valerme de la que vuestra merced me tuvo »algún tiempo, encargándole la persona de mi hijo »Leandro, que es el portador, á quien suplico á vues- »tra merced agasaje, haciendo se entretenga en esa »universidad en tanto que yo llego en la siguiente flo- »ta; que esta sola merced suplirá la omision que en el »responderme ha tenido vuestra merced, cuya vida »nuestro Señor, etc. — *Diego Tuviria.*»

En tanto que estos breves renglones leyó el vicario, no dejaba, con la admiracion dudosa de lo que veia, de hacer mudanzas con el rostro, ya torciendo la boca, estirando la frente, poniendo el dedo en la nariz; ya dándose algunas palmadas y rascándose de cuando en cuando la cabeza; hasta que, finalmente, encogiéndose de hombros, concluyó diciéndome: Sin duda alguna, señor, venís errado; porque, aunque es verdad que el sobrescrito de esta carta dice á mí, y en este lugar no hay otro semejante apellido, yo os confieso totalmente que no tengo ni tuve conocimiento con vuestro padre, ni ménos correspondencia en aquellas provincias; mas dejado aparte esto, en lo que pudiere valeros lo haré de voluntad, porque me estimo y precio de favorecer con todas mis fuerzas á los forasteros. Cesó pues con aquello el buen clérigo, y yo, discurriendo con mi estratagemata, le respondí: Admirado me tiene la confusion con que vuestra merced se suspende en cosa que yo te-

nia por tan cierta, como imposible de creer que mi padre se haya engañado, ó por mejor decir, errado. El caso es, señor, que por particulares motivos él gustó de enviarme ántes de su partida á España, y presupuesta su asistencia de vuestra merced á esta villa, con órden de que en todo me rigiese por la suya, dióme dos mil escudos de oro : esto traigo; y aunque vuestra merced no sea la persona de mi encomienda, la satisfacion que tengo della me obliga á suplicarle se sirva de guardármelos para que se me vayan dando poco á poco; porque, deeseo de obedecer á mi padre, estoy de una ó de otra suerte determinado á esperarle aquí. Apénas habe concluido estas últimas palabras, cuando impensadamente, dándome una gran voz y mayor palmada, me dijo el vicario : Parad, hijo, y perdona mi olvido; que ahora acabo, con la reflexion que he hecho en mi memoria, de caer en la persona de vuestro padre, que fué uno de los más íntimos amigos y compañeros de mi mocedad. Decidme, hijo, ¿está muy viejo? ¿Con quién se casó, y cuántos son vuestros hermanos? ¡Oh buen Tavoria, buen Tavoria, quién pensara que habia de ver tan crecidas y honradas prendas vuestras! Por cierto, Leandro, vos podeis estimaros por el honrado padre que el cielo os dió, tanto como yo del mejor amigo que nunca tuve. Ahora, señor, aquí, mientras tardare, tendréis posada y el regalo que debo á nuestra amistad; y así, solo resta saber qué es el entretenimiento que en esta carta se me apunta, para que vuestro gusto se ejecute. Mira, noble Gerardo, cuántas dudas y dificultades atropelló en un instante aquel dorado título con el viejo vicario. Bien sospechaba yo que mi intento habia de tener semejantes fines; y así, no me admiré de lo que á otro causara muy grande novedad. Seguí mi traza, y agradeciéndole con palabras corteses su recordacion y ofrecimiento, le entregué con una cédula, bastante á asegurarme de su codicia, los dos mil escudos; y tomando dellos la cantidad que me pareció, juntamente le advertí cómo, por tener más que razonables principios en entrambos derechos, quisiera mucho ejercitarme en ellos, sirviendo de pasante á algun letrado de los muchos que habia en aquella villa y universidad en tanto que mi padre dilatara su venida: parecióle acertada mi determinacion; y así, con acuerdo suyo salí á buscar el que más me agradase, para con él hacer asiento. Es de saber, amigo, que esta máquina tenia su fundamento, y no ménos que en el todo de mi intencion; porque el dueño y esposo de la dama que me habia traído á Osuna, si bien ni el mejor ni aun el más rico, en efeto era uno de los letrados della recién casado, y tan casado con su hermosa mujer, como recatado y celoso de su honra: de suerte que presto conoceréis que no era el ménos importante escalon de mi empresa el plantarme en su casa con cualquiera transformacion, y esta grandemente la facilitaban algunos años que tengo de estudio en la misma facultad, á quien en los de mi mayor juventud me incliné con particular gusto de mis padres, que quisieron enderezar mi vida por otras diferentes pretensiones, que con su muerte y mi nueva herencia cesaron. En fin, bien informado de la posada deste letrado, llegué á ella, y al tiempo que, trastornando los Bártulos y Baldos, acababa de hacer algunas peticiones y escritos. Saludéle, y mandóme que tomase una silla; con que, pensando

que debia de ser pleiteante necesitado de su consejo, me comenzó á preguntar lo que queria, y yo á responderle con esta bien pensada arenga : Yo, señor licenciado, soy natural de Nueva-España, si bien mis padres son desta Andalucía; de quien he sido enviado á ella, y en particular á esta universidad para en tanto que su venida se aprasta ejercitarme en los estudios de las leyes, cuyo loable intento he proseguido algunos años en la ciudad de Méjico. Para que este su deseo tuviese aun más que razonable efeto, les pareció remitirle, juntamente con mi persona, al señor vicario de esta villa, con quien profesan una amistad tan estrecha y antigua, que la pudiera mejor dar título de parentesco. Este pues, entendido su gusto y mi pretension de haberse de llevar adelante, ha hecho de vuestra casa, virtud, persona y letras singular eleccion para su cumplimiento : tan grande es la satisfacion que de vos tiene, que cuando yo no viniera, como digo, limitado á su parecer y voluntad, de la mia no admitiera ni señalara cosa ménos conveniente y principal para mi acrecentamiento. Esta razon supuesta, quisiera mucho quedar de vuestra mano tan aprovechado como instruido : así, no habiendo causa más precisa que lo impida, os suplico me admitais en vuestra compañía los dias que mi padre se tardare; en los cuales no tan solamente procuraré sobrellevar el trabajo de vuestra continua ocupacion, sino que os serviré de fiel criado y discípulo sin mayor interés que el de enseñarme, ayudándoos cada mes, por el trabajo que en hacerlo tomáredes, con treinta escudos, de que os daré la satisfacion y depósito que mandáredes. Todas estas razones, bien que á la deshilada, por no dejarle reparar en ellas, le propuse; á las cuales, habiendo un breve espacio suspendiéndose, despues de haberme con los ojos dado algunas vueltas, y sin duda considerado (que siempre la codicia rompe mayores imposibles) el provecho que tan sin costa se le entraba por las puertas, y las demas circunstancias con que este se le habia ofrecido, últimamente respondió : Aunque es verdad que, escarmen-tado de cosas que suceden cada dia, há muchos que vivo solo, gustando más de pasar con incomodidad que de vivir mal acompañado, vuestra honrada presencia y el deseo de sacar verdadero al señor vicario, que de mí os dió tan buena relacion, deshace toda dificultad; con que podréis desde luego disponer con tal conformidad, asegurando con la satisfacion que es justo la promesa y ofrecimiento que me haceis. Esta será, repliqué yo, con tan abonado fiador como os pareciere; y así, no esperando más, tomó su capa con mucho contento, y sabe el cielo si temeroso de perder el buen lance, mano á mano se vino conmigo en casa del vicario, que en viéndome, salió á recibirnos, diciendo : Para conocer vuestra acertada eleccion, bástame ver la discreta persona que os acompaña, de quien seguramente podeis fiar vuestro acrecentamiento : cosa de que estoy sumamente alegre, por el gusto de vuestro padre y mi buen amigo. A estas razones respondimos otras de igual agradecimiento, proponiendo el letrado lo que para su seguridad y satisfacion de mi persona faltaba. A que replicó el buen clérigo como yo podia desear, encareciendo las partes de mi padre y las mias con tanta abundancia de palabras y exageraciones como si verdaderamente toda la vida nos hubiéramos tra-

tado y conocido; cerrando su plática con advertirle que él me haría en toda su hacienda, y siendo necesario, pondría en depósito desde luego mil ó dos mil escudos.

Mucho ménos bastara á dar mayor seguro al letrado, que antojándosele traía un nuevo Potosí á su casa, el más alegre de los hombres, despidiéndonos me llevó á ella; donde en llegando, me señaló por aposento unos entresuelos que estaban en el descanso de la escalera que subía á su cuarto; con que, haciendo traer á ellos una buena cama y aderezándolos segun mejor le pareció, no sabré encareceros cuán regocijado y contento me hallaba, pareciéndome habia emprendido hasta allí una de las mayores dificultades de mi jornada; y es de creer que si el interes no le venciera fuera imposible pisarle los umbrales.

Desdeluego, tratándome en cuanto al sustento de mi persona como solia en mi propia casa, procuré regalar letrado con notable solicitud, no comiendo bocado, como dicen, de que no participase, haciendo esto por medio de una muchacha de nueve ó diez años, de quien tan solamente se servia. En lo demas de mi adorno y vestido, limpio y bien tratado, aunque recatadísimo y sin alguna curiosidad en mis ojos ni en mis preguntas: cosa que poco á poco fué ganando tierra en la voluntad y austera condicion de mi dueño, con quien en mucha conformidad estuve algunos dias; pero en todos ellos no solamente no pude ver á la que en semejantes transformaciones me traía, mas ni aun llegué á sentir una sola pisada ó movimiento de que en aquella encantada casa hubiese más personas de las referidas. ¡Oh cuántas veces, lleno de confusion, dudaba en el crédito y relacion de mi ausente amigo! Y ¡cuántas, arrebatado de un ardiente deseo, determinándose mi pecho á romper aquel silencio, subiendo aquellos breves escalones, el temor amoroso de perder la empresa me volvía cobarde á mi aposento, adonde, quejándome de quien no conocia y amando á quien nunca mis ojos habian visto, pasaba, á ratos melancólico y á ratos ménos triste, esperando el domingo, forzoso dia en quien, saliendo á misa, no se podia encubrir mi dama! Mas aunque este llegó, tambien pasó como las demas, sin dejarme más consuelo ó rastro de su vista, quedando yo en mi duda y con mayor tormento, formando nuevos discursos y quimeras. Hasta que la siguiente fiesta, aun ántes de haber salido el sol, yo, que horas habia estaba en vela, con acicates los oídos y el sentido alerta, oí que atravesaban por delante de las puertas de mi aposento algunas personas, cuyos pasos, pareciéndome en el sonido y rumor como de chapines, me alteraron de suerte, que, sin tomar siquiera un ferruuelo, salté en camisa de la cama y abrí las puertas, pero á tan desgraciado punto, que solo pude ver á espaldas vueltas y subiendo las escaleras á mi dama. Quedéme atónito mirándola, y sin duda la tirara del manto si no conociera que su esposo la acompañaba: lo que entónces pudieron juzgar mis ojos, fué una gallarda y airosa disposicion, con que más aliviado y advertido para no dormir tanto otro dia, me comencé á vestir, creciendo desde aquella alegre hora con mayor exceso mis regalos, con cuyasuave artilleria pretendia yo aporrtillar el intratable y celoso ánimo de su marido, efeto que ya se dejaba reconocer de mí en el crecido amor que al paso de mis dádivas y

díneros me iba cobrando; el cual llegó á sazonzarse tan dichosamente, que sin pensar, y cuando ménos esperaba que mis servicios hubiesen hecho tanta bateria, un dia despues de haber comido le vi entrar en mi aposento, adonde sentándose cerca de mi persona, me dijo: Leandro, cuando las buenas obras no tienen su igual retorno, segun el maestro de las sentencias y el nuestro Fuero Juzgo nos advierten, justo es que si quiera la voluntad se muestre agradecida con palabras, y de estas soy, Leandro, tan enemigo, siguiendo el parecer de Bártulo, que quisiera poder callando declararos las obligaciones con que me habeis prendado; lo cual ya mejor hubiérades conocido si la esquivia condicion y recato de mi esposa Violante no estuviera de por medio; porque os prometo que desde hoy habiades de servirlos de mi pobre mesa, excusándoos de mayores cuidados; mas ella extraña tanto el ver otra persona que la mia dentro de los umbrales de su cuadra, que no me ha sido posible vencerla con vuestro apacible y modesto proceder. Recibid mi buen deseo, y por mi vida que limiteis la prodigalidad con que nos habeis regalado, pues lo hecho hasta aquí bastará á dejarme mientras viviere obligado y reconocido. Estas fueron las formales palabras que el dueño y esposo de mi dama propuso con toda llaneza y sinceridad; á que yo muy sin ella, aunque notablemente contento, le respondí las que á mi cauteloso intento más convenian, concluyendo con darle á entender que de mi natural condicion procedia aquel pequeño género de cosas, de quien él tan sin causa se mostraba agradecido; y finalmente, se volvió más obligado de lo que habia venido, quedando yo con más crecidas esperanzas de buen suceso, no obstante que carecia de la vista y conocimiento de mi pretension; aunque no se pasaron seis dias sin que saliese de semejantes tinieblas; y fué el caso que, como yo continuase los regalos que habeis oido, quiso mi suerte que llegase uno á tan urgente y buena coyuntura, como despues pareció; porque, cayendo sobre la voluntad de mi maestro, bastó á que, atropellando su recatada y celosa condicion y el gusto y extrañeza de su esposa, me hiciese llamar desde la mesa adonde con ella estaba comiendo, y con tanta prisa, que casi no tuve lugar á asegurar mi turbacion, que como si verdaderamente fuera á oír una sentencia de muerte llegué temblando á su presencia.

Sin exageracion ni género de encarecimiento puedo deciros que hasta aquel punto no vieron mis ojos mayor hermosura, ni la imaginacion colmado y sin tener más que poder fingir su deseo. No sé cómo pintároslo de suerte que no quede corta mi lengua y quejoso su peregrino original, pues tratar de hacer símiles y comparaciones de verdes esmeraldas, finísimos diamantes, madejas de oro, copos de nieve, carmin, cristales, aljófar y alabastros, fuera de parecerme todas bajas y humildes en su igualdad, pudiera ser que con semejante estilo en vuestra presuncion quedara más por poético que por verdadero y fiel su retrato; y así, solo os habréis de satisfacer con creerme que en lo ménos que pude entónces juzgar, llegué á ver debajo de una blanca y lisa frente, á quien coronaban dos trenzas de un limpio y crecido cabello castaño, dos zafiros, dos luceros, dos soles. Mas ¿qué digo, usando de tan extraño lenguaje? Unos alegres y honestos ojos, en cuyo

medio descendiendo la bien proporcionada nariz, servia de linde á las blancas y rosadas mejillas, y de umbrales de plata á las sangrientas puertas y labios de coral, como estos de alcalides y guardas á la riqueza y blancura de sus menudos dientes. Y finalmente, por no cansaros, cualquiera de sus partes, aunque yo las tenia no mal dibujadas en mi idea, me parecieron más bellas, más hermosas y más dignas de ser amadas. Yo por entonces quedé mudo, y tanto, que pudiera, á ser tan venturoso que mereciese ser mirado de sus ojos, conocer mi turbacion y aun parte de mi voluntad; mas ella hizo tan poco movimiento, que casi no pude colegir en cuanto allí estuve si levantó la vista del pecho de su esposo, que volviéndose á mí, comenzó á hablarme desta suerte: Lo primero que ante todas cosas habeis de estimar, Leandro, es haber con tanta voluntad permitido lleguéis á este lugar, en quien os prometo ningun hombre ha entrado sino soy yo; y despues os habeis de servir de comer desde hoy conmigo, porque estoy muy determinado á no dejaros despendar con tanta exorbitancia vuestra hacienda; y así, sin replicarme habeis de hacer mi ruego, pues es tan justo; fuera de que podréis con esto echarme juntamente en mayor obligacion, pasándolo en nuestra compañía como padres y hijos; que en tal lugar y posesion os tengo. No sé cómo pude darle una conforme respuesta, segun estaban mis sentidos divertidos; mas temiendo caer en alguna sospecha, esforzándome lo más que fué posible, le respondí: Señor, la misma razon que vos dais para que yo obedezca á vuestra voluntad me obliga á contradecirla; porque no fuera yo tan bien mirado y agradecido si, conociendo la quietud de vuestra condicion y la soledad con que mi señora Violante gusta de vivir, la interrumpiese por mi comodidad: la que me haceis estimaré mientras viviere; y así, os suplico gustéis de no tratar más deste particular, porque resueltamente os digo mi última determinacion. Pretendia yo, mostrando este enojo y recato, granjear opinion, y con ella vencer cualquier rastro de desconfianza, asegurándolos para mayor ocasion; y por esta causa no obedecí el intento del letrado.

Estaba Gerardo tan deseoso de ver el fin de tan extraño cuento, que casi me atrevo á afirmar le pesó de que Leandro no abrazase la oferta, pareciéndole que por aquel camino abreviaba en el de su pretension; y aunque quiso advertírselo, temeroso de interrumpirle, lo excusó, oyendo que en su discurso decia el discreto Leandro: No por la mia le faltaron réplicas y aun bien apretados ruegos al dueño de mi dama; mas como en el recato y modestia de mi persona tenia yo librado el buen suceso de mi amor, fuéron por demas. Bien que desde aquel dia tomé ánimo para continuar la vista de la hermosa Violante, eligiendo para hacerlo las horas en que los dos estuviesen juntos; porque, si va á decir verdad, ni yo me atrevia á más ni mi maestro daba lugar á otra cosa, y ménos su bizarra y honesta mujer, de quien no solamente no oí en este tiempo razon que pudiese abrirme puerta para aventurar algunas mias, pero ni aun entiendo haberla visto levantar de su labor los ojos; con que ya echaréis de ver con cuánta confusion y desvelo estaria mi alma, pues el considerarme en tan humilde estado, y tan ajeno de poder descubrirme á quien, si ya no lo agradeciese, por lo ménos

no ignorase que por su causa padecia, forzosamente habia de tenerme en un continuo tormento. Mas no se alargó mucho tiempo el cumplimiento deste deseo; bien que pudiera costarme la vida, pues casi me puse en el peligro de perderla; porque quiso mi fortuna que una siesta en que mi letrado y su esposa se entretenian jugando al ajedrez, y yo solo presente, que ya componiéndoles las piezas ó ya viendo á mi dama con notable donaire y más hermosas manos mudarlas en una y otra parte, tan bien y mejor me divertia, habiéndole llamado á su esposo un pleiteante, y siéndole fuerza el asistir en el estudio por algun espacio, hubo de dejar el juego, diciéndome al bajarse muy contento: Leandro, ya veis cuán de vencida va Violante: lo que os ruego es que, asistiendo por guarda del tablero, no la dejéis que toque en los trebejos; porque estimaria sobre todas las cosas ganar aqueste lance. Prometíselo; con que mi buen maestro, tan alegre cuanto yo regocijado, nos dejó y se fué. Pero en esta sazón, caro amigo, comenzó el temeroso encogimiento de mi corazon y el trabarse mi lengua con la impensada turbacion de mis sentidos; y en efeto, aunque lo intenté, no pude formar en la imaginacion razon por donde dar á mi amoroso cuidado algun principio, si bien la ocasion era maravillosa, hasta que, sacándome de tan notable confusion la hermosa Violante, aunque con otros fines, me dijo con apacible rostro: ¿Sabeis acaso, Leandro, aqueste juego? Porque si no lo ignorais, como sospecho, en ocasion estoy que pudiera aprovecharme de vuestra industria; que os aseguro trocara cualquier gusto por el de saber alguna treta con que excusar el mate que mi esposo pretende darme en él. No hay palabras que puedan encarecer el alegría de mi corazon, pareciéndole habia descubierto algun resquicio por donde arrojar parte de su amoroso sentimiento; y así, le respondí: Muchos dias há que sé con particular experiencia este juego de damas, el cual puedo decir me cuesta larga inquietud y pérdida de hacienda; y aunque por esta causa pudiera desconfiar de mejor dicha, todavia en el lance presente me atreveré á enseñaros treta tan ingeniosa, que no solamente, queriendo vos usarla, excuseis el mate que os va dando vuestro esposo, pero juntamente, en vez de recibirle, se le daréis á él. Con más contento del que podréis pensar escuchaba Violante mis razones; y así, no viendo la hora en que satisficiera del remedio, me replicó: Ya juzgaréis el corto término que nos dará mi esposo para advertirme; no tardeis más, Leandro, en descubrirlos, pues podria, sin pensar, faltarnos coyuntura.

Esta razon última causó en mí mayor atrevimiento; con que asiendo della y no me pareciendo dilatar más mi intento, con nueva turbacion la comencé á decir: El mismo temor, dueño y señora mia, que aun en tan pequeña causa significais, deseando no perder la ocasion, me fuerza á que, sin esperar otra mejor en la que el tiempo y mi ventura ofrece, sepais de mi boca que vos solo, señora, habeis podido reducir mi persona (siendo de mayores partes y calidad que muestra al presente) á la bajeza y humildad en que por veros y servirlos se ha puesto, habiéndome sacado de mi casa y patria la relacion que me hizo un discreto amigo de vuestra rara hermosura y singulares virtudes; y sin cesar, hasta el mismo punto en que me via y desde el dia en

que llegó á mi noticia en Córdoba, fuí discurriendo, ponderando últimamente mi sentimiento y voluntad con tantos suspiros y lágrimas, que bastaran á enternecer un alma de diamante. Mas ¿qué respuesta, amigo, entenderéis que á tan tierna plática daría mi dama? Prométoos que aun el traerla ahora al pensamiento me atemoriza; porque habeis de saber que apenas acabé de significar las ansias de mi pena, cuando trocándosele en el de una macilenta gualda el rosado color de sus mejillas, llena de arrebatada turbacion, y atropelladas entre sus dulces labios, me respondió las siguientes razones: No es posible, fementido Leandro, que en ese pecho se halle mejor sangre que la que de vuestro infame presupuesto ha descubierto, pues si bien nacido y noble fuérais, como me habeis significado, ántes procuraríades dar honra á quien tan bien como mi esposo os la merece, que quitársela intentando con solicitarle su afrenta. Y aquí, cegándola con mayor ímpetu la cólera, concluyó otras más ásperas injurias con levantar á dos manos el tablero, descargando juntamente su ira con él en mi cabeza, dejándome suceso tan impen-sado fuera de sentido, y mucho más el ver subir á su marido alterado con el ruido que el golpe y los trebejos habian hecho. Quedó pasmado mi maestro advirtiéndole la ruina de su juego; y vuelto á mí, quiso, riéndose, que le absolviese de su duda. Mas Violante, que via en la mudanza y turbacion de mi rostro la ruin satisfacion que por entónces habia de darle, tomando el responderle por su cuenta, con gentil donaire le dijo: Si de ver barajado nuestro pleito mostráis enfado, bien podeis consolaros, pensando que ha sido mucho mayor el que yo he recibido, pues ya estaba el vencimiento de vuestra parte ménos seguro y más dudoso, porque habiéndome querido valer del ingenio de Leandro, él me habia enseñado treta tan artificiosa y sutil, que no tan solamente, haciéndola, excusara el mate que deseábades darme, pero le recibírades infaliblemente de mí; si bien mi ropa y demasiado descuido, queriendo mejorarme de asiento, nos han quitado, sin pensar, de porfias, derribando el tablero, debajo del cual inadvertidamente le dejé al sentarme. Con este admirable despidiente, motejando mi intento y poca fe y sin quitar de la verdad del caso cosa alguna, ella salió de confusion, y aun tambien su marido, que, como la amaba tiernamente y aquella ocasion era de pasatiempo, atribuyéndolo á burla y juego, quedó con lo dicho alegre y satisfecho.

Cuando el corazon está lleno de passion, mal pueden, Gerardo, los oidos escuchar consejo: abrasábase mi alma en vivas llamas; y aunque en semejante acacimiento tuviera quien con sabio consejo procurara trocar su determinacion, fuera imposible que dél resultara en mí algun buen efecto; y así, ménos queja puedo tener de mi perseverancia, y ménos del dejarme rendir y vencer de la triste imaginacion deste suceso, pues faltándome siquiera un amigo, un criado, un hombre no conocido con quien descansar contándole mi pena, llano es que, como en sugeto tan dispuesto, habia de hacer operacion. La que en mí se reconoció con suma brevedad fué de tal fuerza, que apenas me quité de los ojos de Violante, cuando dejándome caer encima de mi cama, tras de una congoja y sudor frio, en un instante me sobrevino con furioso accidente una calentura, que

sin menguar un punto, quitándome las ganas del comer, en cuatro dias me redujo á mortal peligro, y al quinto, casi desahuciado de los médicos, llegué á conocerme iba acabando. Del sentimiento de mi maestro os aseguro que era aun mucho mayor que merecia el origen de mi daño. No se quitaba de mi presencia en todo este tiempo; ántes, faltando á todas las demas cosas de su casa, acudia solo á hacerme los regalos y remedios más convenientes á mi enfermedad; mas como los médicos y él ignorasen la causa della, con los que me aplicaban en mayor riesgo me ponian, porque al amor no basta medicamento alguno; es mal incurable y el que solo carece de Avicenas. En fin, la noche deste dia, que para mí fué la más triste y dichosa que hasta entónces tuve, siéndole fuerza al letrado el salir de su casa, por no dejarme solo, temeroso de la velocidad con que mi accidente caminaba, llamando á su mujer con lastimado afecto, la rogó me hiciese compañía en tanto que él daba la vuelta. Hízolo al fin mi dama, siendo para ello no poco persuadida de su esposo; que aun hasta en ocasion tan piadosa quiso mostrar la esquivia condicion de su ánimo. Aunque mi mal era terrible, no por eso habia llegado á encarcelarme los sentidos; y así, libres pudieron conocer cuán cerca estaban de su cruel dueño, que á este punto, no permitiendo el cielo mi último fin, ó ya compadecida de verme en tan corto término reducido á tan mísero estado y trocada la lozanía de mi juventud en el triste retrato de la muerte, ó ya reconociendo la pureza y verdad de mi amor (pues el sentimiento de su desden con tales muestras alegaba en mi favor), ó por la una y otra causa movida (porque al fin no hay mujer á quien de ser amada le pese, ni que á largo ó breve plazo deje de mostrarse agradecida), dando ternísimos suspiros y sentándose encima de mi cama, en baja y dulce voz, tomando las mias con sus hermosas manos, me comenzó á decir estas de mí, aunque tan sin acuerdo, bien entendidas razones: ¿Es posible, discreto Leandro, que quien tuvo, por una más incierta que segura nueva de mi poca hermosura, determinacion y atrevimiento para oponerse á su empresa con ánimo de contrastarla, le haya faltado en el combate primero, mostrando á su resistencia y desvío tan notable flaqueza? Prométoos, señor mio, que si vuestro generoso proceder no estuviera publicando á voces vuestras nobles partes, que la presente cobardía me obligara á poner en ellas mucha duda. Alentáos, Leandro, y conoced que si en la primera ocasion que pudistes declararme tan animoso intento quedara yo rendida á vuestras palabras, ó por lo ménos con las mias ó el semblante de mi rostro diera entónces algun género de esperanza á vuestros pensamientos, esto que hoy en mí os parece amable, por semejante facilidad y desenvoltura fuera desestimado de vos con justa causa; porque la fortaleza que con perseverancia y valor sufrió del enemigo uno y muchos asaltos, de mayor estimacion sería digna que no la que al primero se dejó entregar y rendir; ni ménos os fuera glorioso el vencerme si la pelea no os costara dificultad y trabajo. De los que por mí habeis atropellado bien podeis creer que estaré satisfecha, y aun reconocida á la deuda en que me habeis puesto, que desde luego me obligo á pagar, no queriendo otro más largo plazo para el cumplimiento desta palabra sino el que en restaurar vuestra

salud se dilatare. Más dijera aquel mi hermoso dueño si estas últimas razones no se hubieran casi embarazado con la breve venida de su esposo : ocasion que hizo librar la respuesta que prevenia mi alma en tiernas y amorosas lágrimas de mis ojos. Hallóme, aunque fuera de su parecer, más aliviado, conociéndose tan de improviso esta mejoría, que entiendo la atribuyó á causa milagrosa. Mas ¿qué mucho, si al veneno de mi enfermedad se le habia opuesto con superior antídoto el remedio que solo podia atajarla? Estuvo, amigo Gerardo, mi vida ó miserable fin sujeto al absoluto imperio de la hermosa Violante; y así, el mismo que pudo con su aspereza y crueldad ponerme en los umbrales de la muerte, hoy con esta piadosa plática y razones tan ajenas de mi esperanza, no tan solamente concedió la salud al desmayado cuerpo, sino que juntamente dejó el alma colmada y llena de un increíble y maravilloso regocijo; con que dentro de pocos dias pude, aunque convaleciente, levantarme de la cama, alentando el débil y cansado espíritu mi deseado y bien merecido premio, pendiente de la restauracion de mi salud y fuerzas. Este entrañable y amoroso deseo muchas veces me sacó de mi aposento, y puso, aunque con el mismo temor, en la presencia de mi dama, cuya alegre vista gozando, nunca tuve ánimo para siquiera traerla á la memoria su promesa y el fin de mis trabajos, porque el respeto y temor que igualmente le habia cobrado se apoderaban de mi lengua, causando, segun lo que puedo al presente juzgar, el mismo empacho y turbacion en mi Violante; mas como entónces la pasion lo apreciase por su acostumbrado desden y rigor, yo os prometo que estuvo muy á pique la recaída, volviendo á perder su tibieza la salud que habia granjeado con el prometido galardón. Entre aqueste desvelo y los dias de mi convalecencia llegó el domingo primero, en quien por indisposicion ó otro caso contingente el letrado no salió de su casa, ni mi Violante pudo ir á misa á la hora que madrugando acostumbraba; con que, siendo entrado el dia, á su esposo le pareció librar en mí el oficio de acompañarla; y así, queriendo traer á propósito su intento, me dijo : Amigo Leandro, el no haberme sentido bueno esta pasada noche me ha detenido en casa, y aun á Violante sin ir á la iglesia : cosa que ella siente y yo no puedo remediar si vos no suplís la falta que la hago, sirviéndola de escudero : tomad por vida vuestra este trabajo, que dándoia la mano, ella podrá juntamente servir de báculo y arrimo á vuestra flaqueza.

No sé cómo acerté á disimular mi sobrada alegría : en fin, yo obedecí, dándole las gracias, tomando con interior contento la mano de mi dama y prometiendo á mis cuidados la libertad de su silencio mudo. Desde luego determiné en el camino significarle las justas quejas que ya podia de su descuido formar mi alma, para cuyo efeto comencé á prevenir razones tales que bastasen á enternecerla; mas apenas mi acobardado pecho se atrevió á despedir siquiera un ligero suspiro, temiendo más el enojarla con mis palabras que el verme de una y otra ocasion salir por su cortedad muriendo y tan sin esperanza de remedio. Con este encogimiento la acompañé hasta la iglesia, y con el mismo la volveria á su casa si un impensado favor suyo no me diera mayor atrevimiento, y fué pues, Gerardo, que

al volvernos, mi dama con más humano rostro, fingiendo para otra ocasion quitarse el guante, me dio sin él la hermosa y blanca mano : cosa que, dejándome absorto de alegría, estimé por recompensa de mayores disgustos. Iba tan alentado y gozoso viéndome dueño de aquel pedazo de cristal, que no pude, temeroso de perderle, excusarme de ceñirle y apretarle con mi mano, respondiendo aquesta amorosa accion tan dichosamente á mis intentos, que apenas la puse en ejecucion, cuando mi dama, pagándome en la misma moneda, apretó la mia, diciéndome : ¿Hasta cuándo, querido Leandro, ha de hacer vuestra cortedad oposicion á mi honesto recato, pretendiendo con lengua muda y proceder encogido que yo con mi persona os brinde y ruegue, siendo este más propio oficio de los hombres que costumbre bien parecida en nosotras? Y ya sé que á vuestra condicion quereis dar por excusa la rigurosa mia, y si bien el haberme visto no há muchos dias menos cruel pudiera tenerme en mejor opinion, todavia, por la ocasion que primero os dí, la habré de admitir, advirtiéndoo que con seguridad de mi correspondencia podeis amar; con que, dándonos á entender mejor que hasta aquí, no faltarán ocasiones en que con igual descuento nuestras voluntades queden satisfechas; y porque no penseis que solo con razones pretendo pagar, dilatando vuestro gusto, esta noche procuraré dar órden con la cual entreis en mi aposento.

Aquí llegaba el amoroso cuento de Leandro, no con pequeña suspension de Gerardo, cuando su agradable discurso interrumpió un gran tropel de ministros de justicia que, juntamente con el alcaide de la cárcel, entraron adonde los dos amigos estaban. No dejó de alterarlos semejante novedad, y mucho más se entristeció Gerardo cuando supo traian órden para removerle la prision adonde estaba, trocándola por una de las más fuertes torres del Alhambra, fortaleza poco distante de aquella famosa ciudad, y pretension que hasta ahora, aunque bien solicitada de sus contrarios, no se habia conseguido. Era su principal intento vencer con semejantes vejaciones y aprietos su determinacion, remedio de que en dos ocasiones suelen los jueces aprovecharse : ó bien cuando la calidad del preso y delito no admiten mayor castigo que el de una estrecha cárcel, ó cuando con las incomodidades della y el privarle de la mayor comunicacion de sus deudos y amigos pretenden reducirle á su propósito, como en efeto suele ser siempre el más acertado. Esta última experiencia era la que al presente hacian en el afligido caballero, de quien no fué estimada por la más ligera desventura que en este cautiverio le sobrevino; mas no queriendo descaecer de su buen ánimo, con alegre rostro comenzó á prevenir su partida, despidiéndose de su noble y antiguo amigo Arsenio, que con increíble sentimiento derramó tiernas lágrimas, sin que su valiente corazon pudiese reprimirlas, haciéndole en ellas, no menos lastimado, compañía el nuevo Leandro, cuya agradable historia, aun sin haber entendido el fin que tuvo, llevaba á Gerardo maravillado y enternecido.

Preside á la ciudad ilustre de Granada, con superior grandeza, un alto cerro que tiene á caballero su grandiosa máquina, ya en partes vestido de frondosos álamos, y ya ceñido de tajadas peñas, ásperos y peinados

riscos, cuyas arcillosas plantas baña el Dauró, famoso por el oro que nace en sus corrientes, de quien, no sin emulación de más caudalosos ríos, ofrece á los cristales de Jenil su tributo. Hácese en lo más alto deste gracioso monte una ancha plaza, en quien sobre algunas ruinas fenices fundaron los arrinconados reyes moros (y un tiempo, por los pecados de España, su riguroso azote) soberbios aleázares, á quien cercaron de murallas fortísimas, altas torres, barbacanas, fosos y baluartes, dejando aquel elevado sitio igualmente fortalecido y proveído para su seguridad y morada, dándole á todo junto el Alhambra por nombre, que hoy aun con mayor esplendor conserva, porque no tan solamente sustentan nuestros poderosos monarcas con particular cuidado los edificios árabes, sino que con otros más nuevos y magníficos la ilustran y engrandecen; teniendo asimismo, para su mejor perpetuidad, en ella lucida infantería que la defiende, y todos los demas requisitos que á un presidio cerrado le competen. Hay en el ámbito de aquesta fortaleza iglesias y conventos y casi docientas casas, en quien se avecindan oficiales del Rey, soldados y otros particulares moradores que la estiman por habitación más saludable que la ciudad, de quien estará aun no medio cuarto de legua. Aquí pues, cuando pudiera acabar su cansado cautiverio, trujeron á Gerardo, dejándole en una de las muchas torres que desde sus murallas miran la hermosa vega, cuya vista en otro que de tantas desdichas no estuviera rodeado pudiera causar muy grande alivio; mas ocasiones tales hacen siempre contrario efecto en la persona que está imposibilitada de gozallas, porque convirtiendo en otro miserable Tántalo el objeto maravilloso que debiera deleitallos, se viene á reducir en más duro tormento: así le sucedia á Gerardo, que, cercado de hierros frios y seguros eandados, solo podía extender por aquellos espaciosos campos los cansados ojos, envidiando los pasos libres del pobre y miserable jornalero y deseando la comunicacion del más rústico y grosero pastor. ¡Infeliz suerte sobre cuantas afligen á los hombres, y por quien ántes que alguno se deje oprimir y vencer, perdiendo la libertad, debe arriesgar una y muchas veces la vida! Y así, no sin muy justa causa dijo Catón que todo el oro y riquezas de la tierra no podían ser de tanto valor que mereciese apreciarse con el de la libertad; y Marco Tulio, que para conservar tan gran bien, la muerte, que es el último de los males, no se habia de temer. Y preguntado Diógenes cuál era la cosa mejor del mundo, dijo que la libertad, á quien las leyes llaman bien inestimable y más precioso que todos los bienes y tesoros humanos. ¿Hay pérdida que con la pérdida de tan maravilloso don se pueda igualar? ¿Y hay comparacion que justamente cuadre al desdichado que se ve sin él? Yo conozco que no por otra causa llamamos á un caballo bestia y bruto sino porque no sabe ni puede gobernarse de manera que libremente haga su voluntad, porque en todo ha de seguir la ajena y otro le ha de regir y encaminar. Pues si estos nombres merece un animal tan gallardo, y por tan vil cosa se tiene, ¿qué diremos á un hombre preso y cautivo, cuyo miserable estado le viene á hacer tan semejante á un bruto? No digo yo que la prision le prive del discurso, del juicio y de la razon, ni que la voluntad libre, que está plantada

en su alma para interiormente querer, desear, amar y aborrecer, escoger, aprobar, determinar, proponer, esperar y producir otros muchos actos de la misma voluntad y potencias, le falte en algo desta parte, porque en cuanto toca á su natural dominio y mando interior nada le falta, nada perdió; todo como ántes le queda. Pero si el efecto y ejecucion de estas operaciones que produce consideramos en la otra mitad corporal deste mismo hombre, que, si no es de tanta nobleza, es sin duda muy notable parte de su natural, libre y verdadero y perfecto señorío, ¿qué le hallarémos de provecho, ó qué no le faltará en el punto que se cautiva y queda en una vil prision? ¡Oh cuánto de lo que fué pierde, violentamente tiranizado é imperfecto, sin quo solo algun sentido, miembro ó parte de los que Dios y la naturaleza le dieron pueda libremente predominar! O al contrario, ¿qué le falta para ser en el uso dellos un bruto animal sin querer ni voluntad? ¿Puede, por ventura, hacer alguna cosa este desdichado hombre si primero el bárbaro alcaide y ministro á quien vive sujeto no lo consiente, no lo permite, no lo manda, no lo quiere y no lo ordena adonde, cómo y cuándo se le antoja? ¡Oh quebrantado y triste género de vida, pobre en parte y en todo de albedrío! ¿Qué importa para dejar de ser la última miseria, que no toques en la sustancia del alma y en sus naturales potencias, y que en su sér interior viva libre la voluntad, si por otra parte el uso y señorío del cuerpo, de sus miembros y sentidos, y el mando della sobre sus ministros y gobierno deste reino y mundo pequeño le han tiranizado y ocupado por fuerza? Bien creo tendrá disculpa con el lector este lamentable episodio, en quien, arrebatado de compasion, no pude ántes de parecer prolijo suspender la pluma: excúsemela la desdichada suerte de nuestro héroe y las muchas razones que hay para hacer mayor exageracion de un tan miserable género de vida, el cual padeció Gerardo largos días, casi impaciente del dolor que le ocasionaba el nuevo cautiverio, apartado de sus caros amigos y reducido á hacer compañía á los mármoles y pizarras de aquella torre, porque aun los más cercanos deudos, con el achaque de haberle retirado, fueron poco á poco mostrando con tibieza la incomodidad que suspendia el verle. Hace en el triste preso la visita del amigo ó pariente la misma operacion que en el afligido doliente la del médico deseado; y así, ajeno deste alivio Gerardo, bien se puede entender que le sería mucho más grave de llevar su tormento, si bien su prudente discurso, previniendo este daño con la mejor diversion que el tiempo dió lugar, pudo tener constante y firme el ánimo acosado, favoreciendo con intrépidos acacimientos la fortuna su valiente determinacion. Dos meses serian pasados despues deste mudanza, cuando una noche, que fué la primera de florido mes de abril, estando ya Gerardo recogido, bien á deshora le inquietó el sueño un agradable rumor de varios instrumentos que no muy distantes de su torre sonaban, tocados diestramente; y así, solicitado tanto de la novedad como del deseo de suspender con semejante armonía el desapacible són de sus cadenas, salió á las ventanas, desde adonde, no haciendo muy oscura la noche, pudo sin dificultad ver que la ocasion que de su lecho le habia levantado eran cuatro ó seis personas que, arrimadas á los cimientos de la torre, á esta

misma hora, acompañando á la dulzura, gravedad y consonancia de una corneta, arpa y guitarra, con milagrosas voces cantaban los siguientes versos :

Quiera Dios, bella enemiga,
Que huyendo de tus desdenes,
Me alcancen tus maldiciones,
Porque me alcance la muerte.
A privacion de la vida,
Que son mis últimos bienes,
Me condena tu rigor,
Porque ninguno me quede.
Desterrado de tus ojos
Hermosos como cruels,
Extranjero y peregrino,
Voy á padecer ausente.
Tu memoria y mi desdicha,
Que son las que más lo temen,
Aunque su remedio buscan,
Nunca mis penas divierten.
¿Quién dirá que en el ausencia,
Que ser el infierno suele,
Se cifra mi libertad,
Y mi salud se previene ?
A dudosas esperanzas,
Que ya imposibles parecen,

Desesperado remito
Mi buena ó mi mala suerte.
Publicaré mi castigo
Para ejemplo de las gentes
Y porque á todos admire
Lo que quise y lo que puedes.
Si llegare hasta el sepulcro
Esta memoria presente,
Tendré para mis cenizas
Un epitafio solene.
Yo diré en tristes endechas,
Compendiosas como breves,
La fuerza de tu hermosura
Y la causa de mi muerte.
¡ Oh tirana vencedora !
Triunfa ufana, vence alegre ;
Que ilustres hazañas tuyas
Son mis despojos cruels.
Gloriosa fama consigues
En verme morir ausente,
Peleeando con la vida
Y entre mis cuidados siempre.

No ménos confuso que admirado le tuvo á Gerardo la suave música ; porque, si en parte le divirtió su pena, también la curiosidad de saber la causa le puso en cuidado, maravillándose en extremo de que en la soledad de aquel campo, y no de los más vecinos al concurso de la ciudad, y en el altura y aspereza de aquellas torres hubiese ocasion de tan cuidadoso desvelo, como ni tampoco le pareció ordinario y comun el aparato de gente, voces é instrumentos. Todo le causaba novedad, y todo, ponderándolo, le venía á parecer una más que particular aventura. En estos pensamientos gastó parte del tiempo que los músicos ocuparon, hasta tener otra órden, en templar nuevamente, tocando despues con sonoras y varias invenciones; hasta que, interrumpido dellas, con mayor atencion y vigilancia hubo de asistir á ver dónde paraba un hombre que, saliendo del pequeño escuadron, á largo paso se acercaba á la vecina muralla. No alcanzaba Gerardo á ver el fin de su viaje, porque un pequeño esconce del pretil de la torre se lo impedía; y así, hubo de trocar la ventana en que estaba por la del otro aposento, que derechamente salia á aquella parte; desde la cual pudo más claramente conocer se habia reparado al pié de otra torre que, no siendo tan alta ni tan fuerte como la suya, adornada de balcones, rejas y galerías, venía á caerle muy cerca de su prision por aquel lado, y tanto, que hablando medianamente recio, se podía entender cualquiera voz. Allí, luego como llegó, vió Gerardo que habian abierto las puertas de los más bajos miradores y juntamente asomándose á ellos una mujer. No eran de lineas sus ojos, ni la distancia del lugar tan corta, que pudiese de noche determinar su talle ó parecer; y así, solo curó de atender al fin de sus intentos, escuchando con notable silencio las razones que hablaban, como la más segura cuerda que para guia de semejante laberinto podia escoger. Al principio, gemidos y suspiros tristes que, atropellando el aire, despidió el no conocido galan tuvieron suspendidos los oyentes, hasta que en medio dellos con affligida y alterada voz comenzó á decir : En fin, discreta Aminta, os deja salir sola vuestra hermana, ó por mejor decir, mi cruel Lísis : cierta señal de que pretende llevar adelante su rigo-

rosa y áspera condicion; castigo injusto de quien tan estrechamente la ha querido, como premio y galardón desigual al que debe á mi antigua y verdadera voluntad. Atajado de aquella dama á quien tierno galan llamaba Aminta, vió aquí Gerardo que le habia respondido desta suerte : No dejaré que con tan poca razon, noble Líseno, así os quejeis de Lísis ni de su desden y tibieza, pues ni á esta la experimentastes alguna vez más apacible, ni á mi hermana ménos reecatada; con que no habiendo sido con vos piadosa ni su condicion más favorable en tanto tiempo como fatigais vuestro cuidado, ni vos con justicia la podeis dar nombre de cruel, ni ella dejarse de ofender en que, tratándola así, deis motivo al vulgo para que piense ha habido de su parte ocasion : básteos, Líseno, saber que salgo aquí sin disgusto suyo, y por lo ménos que, si no muestra el agasajo que desea vuestra voluntad, no defiende (pudiendo ser tan á costa de su reputacion) estas demostraciones y solicitud. No me tiene, replicó Líseno, tan ciego mi pasion, hermosa Aminta, que deje de conocer esa verdad, la cual eternamente sustentaré, porque en su mayor evidencia fundo yo la justicia de mis quejas y el más poderoso derecho de mi sentimiento: amar, servir, obedecer tan largos dias y con tan corto fruto es lo que me desvanece; y considerar que tan sin piedad se haya Lísis ensordecido á mis suspiros, callado á mis papeles, endurecido á mis razones, hurlado de las véras de mi amor, y ofendido de que sus burlas me lastimen y ofendan, obliga á veces á que mi mayor cordura y presuncion se trueque en efetos furiosos y desbaratados. No me parece, Líseno, dijo Aminta, que con semejante desesperacion podréis conseguir algun provecho; porque la prudencia de los hombres discretos, en los casos más árdusos y difíciles se ha de mostrar, previniendo con valeroso sufrimiento los sucesos, y gobernándolos más con industria y traza que con repugnancia y violencia. Sufrid y perseverad, Líseno, y seguid la derrota que ya empezastes, y no os censan ni ofusquen las alteradas olas de tantos desfavores; que yo sé mejor que vos, de nuestra natural condicion, que al fin, al fin, habrémos de quedar vencidas; pero si ya las fuerzas son tan débiles que os impiden el contrastar mayor fortuna, no sé qué consejo os dé más acertado que el de procurar abalanzarse al saludable puerto de una ausencia, en cuyas letras corre con mayor seguridad el caudal y hacienda del más fino enamorado, y mucho mejor son sus libranzas, aun acetadas en el cambio del olvido, concluyendo en un mes, dos montes y seis peñas que pongais entre vos y Lísis, lo que no será posible acaben muchos dias, y aun años, estando sin desistir de este propósito á su vista y preseneia. Aquí aun más alterado respondió Líseno : Parece, hermosa Aminta, que han penetrado vuestros ojos el intento de mi corazon, si ya el buen consejo que me dais no pende del asunto y versos que cantaron los músicos; porque sabed que yo vengo dispuesto á no atormentar más con mis cansadas voces estos campos, ni á abrasar con el veneno y llamas de mis lágrimas y suspiros sus plantas y sus flores : yo quiero no tan solamente dejar en sosegada paz estas murallas, mas alejarme muchas leguas de todo aqueste reino: quizá con dividir las causas que juntas me atormentan cesarán en parte ó en todo sus efetos, men-

quando el fuego que me consume el alma. Bien quisiera que el dueño della animara esta última y triste despedida con su presencia, mas ni mi atrevimiento es tan soberbio, que se persuada á que vuestros ruegos ni mis importunaciones lo han de alcanzar de Lisis, ni ménos de mi paciencia y sentimiento loco puedo prometer tolerancia que asegure con silencio mi lengua si llevo á ver y hablar la causa que tan sin razon y piedad humana me obliga á dejar la patria en que nací y el sosiego y tranquilidad de mi casa, deudos y amigos; y así, tengo por más seguro el desistir de tal propósito. El cielo, Aminta, os dé mejor ventura, y con él os quedad hasta que cese en esta su influencia miserable la estrella que me sigue. Estas últimas razones acompañó Lisenio de algunas lágrimas y no ménos entrañables suspiros; y sin querer esperar de Aminta otra respuesta, la volvió las espaldas y llegó adonde la demas gente, músicos é instrumentos le esperaban; á los cuales mandando que le siguiesen, poco á poco se fuéron acercando á la ciudad, cantando por contera de su música, al pasar por debajo de la torre de Lisis, este soneto:

Pónese el sol, y crece en sombras frías
La luz turbada de su hermosa frente,
Y cubriendo de luto el rojo oriente,
Viste al rapaz desnudo en sus porfías.
Llora el hijo de Orfeo tiranías
De Proserpina, cuando al dueño ausente
La tortolilla casta, y Progne siente
Su afrenta, repitiendo enderhas pías.
¡Oh noche, imagen del ausencia amarga!
Dile á mi Lisis que llegó al ocaso
La luz divina de sus rayos de oro;
Dila tambien que en su desden se alarga
El tormento celoso en que me abraso,
Y que aunque estoy presente, ausente lloro.

Acabarse los versos, cesar las dulces voces, retirarse Aminta, encubrirse Lisenio y su compañía entre las sombras y álamos del camino de la ciudad, fué todo uno; con lo cual agradecido al no pensado entretenimiento, Gerardo se volvió á su cama, haciendo en ella sobre el extraño amor de Lisenio, discretas razones de Aminta y severa condición de Lisis, notables digresiones y discursos, de quien lo que sacó, despues de haberse largas horas en ellos desvelado, fué un extraordinario y más que curioso deseo de conocer y ver el bien encarecido y cruel retrato de Lisis y el gracioso sugeto de Aminta; pareciéndole que si su buena suerte le hiciese grato con alguna de las dos, siendo su vecindad tan acomodada, no dejarían de causarle muy grande diversion: cosa de que en su amargo cautiverio necesitaba con increíble sentimiento; porque lo que más inquieta y desanima á un preso es la soledad que padece, y las pocas ó ningunas causas que hay para poder en ella divertirse. Con este nuevo intento durmió Gerardo lo que de la noche le quedaba, y con tanto sosiego, que hasta el siguiente día, que su alcaide entró á despertarle, no volvió á sus cuidados. Saludóle, y despues la razon primera que le dijo fué si habia oído la pasada música: cosa de que Gerardo se holgó notablemente, porque estaba resuelto á informarse dél con algun disimulo de quién fuesen las dos hermanas; y así, viendo abierta á la ocasion las puertas, si bien haciéndose muy de nuevas, le respondió si se burlaba ó habia soñado aquellas fantasías; á que el alcaide replicó: Antes, Gerardo, sospecho que por excusar vues-

tra pereza ó la mucha pesadumbre de vuestro sueño quereis atribuir á efetos del mio lo que real y verdaderamente ha pasado; aunque, si va á decir verdad, no me atrevo con todo á creer que tantos instrumentos, voces y rumor dejasen de llegar á vuestros oídos. Mucho más admirado se mostró Gerardo á esta segunda réplica; y así, fingiendo mayor cuidado, le volvió á decir: En estos campos ¿á quién, señor patron, sino á sus álamos pueden festejar los galanes de Iberia? Si ya mi ventura no es tal, que las ninfas y diosas destos montes ó alguna sirena del famoso Dauro por hacerme esta fiesta dejaron el albergue de sus salvajes riscos y las urnas cristalinas de sus aguas. Riéndose el alcaide, respondió: No me admiro, Gerardo, que, ignorante de las damas que encierra aquesta fortaleza, tengais á burla lo que os he contado, ó por lo ménos dificulteis el poder hallarse en ella ocasion digna de mayores extremos, pues yo os aseguro que, siendo la mayor belleza destas montañas, no estáis lejos de la celebrada Lisis y discreta Aminta, damas cuya honestidad y hermosura es y ha sido ilustre resplandor desta ciudad, como portento maravilloso de todo el reino. Estas y otras más encarecidas razones habló el alcaide en la misma materia, dándole al curioso Gerardo aun de cosas particulares della estrecha cuenta; porque no tan solamente le dijo quién eran sus padres, cuánta su hacienda y cuáles sus parientes, sino que juntamente con advertirle de los cuidados de Lisenio cerró su plática, diciendo que el origen dellos procedia de haber visto á Lisis en un convento, en quien sus padres desde su tierna edad la habian tenido, y adonde enamorándose Lisenio, al presente, que ya estaba fuera dél y en su casa, proseguian los desvelos de su amor con públicos paseos, galas, fiesta y músicas, no obstante que della, segun todos decian, si bien caballero de muchas partes, ni era favorecido, ni ménos bien mirado. No quiso por entónces Gerardo parecer más curioso; y así, dejando la conversacion, dió lugar á que el alcaide se volviese; con que él le tuvo para salirse á las ventanas que de su torre caian hácia aquella parte, que por ser á trasmano de sus aposentos, y no siendo sabidor de tan honrados vecinos, nunca nuestro caballero las habia continuado, y á ocasion que para el principio feliz de sus deseos fué tan buena, que apenas hubo abierto las ventanas, cuando las dos hermosas hermanas salieron á un cercano balcón de su torre, en quien se sentaron á hacer labor, aunque bien ajenas de que con tanto cuidado eran miradas.

Nunca vieron los ojos de Gerardo pais de Flándes ó pintura romana de tan lucidos y milagrosos lejos, como entónces le pareció el lienzo de la torre de Aminta. Era el balcón de mármol blanco y negro, á quien una columna de pintado jaspero dividia en dos pequeños arcos, cuyas losas servian de alfombra á los cojines de Lisis y su hermana. Esta, que de ménos edad parecia, con vivos y alegres ojos daba aun mayor donaire á su gracioso rostro, cuyo color era más trigueño que blanco, boca y nariz en extremo bien hechas y acabadas, con dos arcos muy negros y bruniidos, que, siendo diademas de sus ojos juntos, formaban un círculo de ébano perfectísimo. Lisis, á quien los años diferenciaban algo de Aminta, si bien entre las dos aun no pudieran pagar al tiempo de los treinta tributo, era de aspecto más grave

y de rostro más sereno, y blanco en tanto extremo, que muchas veces las hebras del peinado cabello, cayendo con gracioso descuido por las márgenes y lados de la nevada frente, parecían sutiles rasgos de la pluma hechos en el papel más albo y liso; y tal era la perfección de su blancura, y tan sin comparación negras, delicadas y resplandecientes las trenzas concertadas de su cabello, de quien no discrepaban en el color los ojos, que siendo en proporción ni grandes ni pequeños, no hay ingenio que pueda encarecer su donaire ni exagerar la más pequeña parte de su belleza. Tenia los labios y mejillas de un esmalte conforme, y este pudiera dar perfección al más fino carmin. Las manos, que bordando en un bastidor de raso verde, ya de una ó de otra parte trebajaban, parecían copos de blanca nieve cuajados en la fecunda yerba de las cumbres; y en conclusion, toda ella un rico y milagroso retrato de su divino y maravilloso Pintor, á quien Gerardo, suspenso y más que nunca admirado, reverenció en sus perfectas obras y alabó con interior afeto. Un breve espacio estuvo así confuso, tanto como gozoso de esta graciosa vista, hasta que, habiendo las dos hermanas reparado en su cuidado, con una cortés reverencia se les humilló, respondiendo ellas casi con la misma igualdad y cortesía, no se atreviendo por entónces á decirles cosa alguna, ni ménos dándole su recato mayor licencia. Parecióle que con la novedad de su presencia las tenia encogidas; y así, por no empezar á serles pesados; se volvió á su aposento, tornando á cerrar como se estaba la ventana, por quien otras muchas veces pudo participar de aquel contento, teniendo ya de su parte más despejo, y ménos extrañeza en las dos damas.

No dilataba Gerardo el hablarlas por corto y encogido, porque en una ó en otra ocasion no le faltara para introducir su razon algun achaque; pero el haber de hablar á voces, por la distancia del lugar, le suspendia, temiendo que, aunque ellas de cortesía le respondiesen, la novedad habia de causar curiosidad en los vecinos y enfado cuidadoso en su propia casa. Y así, dispuesto á proseguir con otros medios su pretension, se determinó á escribirlas, valiéndose para la tercera deste intento de la diligencia de una esclava del mismo alcaide, á la cual con regalos y dádivas tenia obligada aun para más difíciles negocios. A esta pues, teniéndola primero advertida en lo que habia de hacer, y mandándola que solo á Lisis ó á su hermana Aminta se le diese, no poco cuidadoso del suceso, la entregó este papel:

«Si quisiéredes, señoras mias, culpar este atrevimiento, satisfecho quedo de que no le tendré para excusarme; porque pensar valirme de la cordedad de mi ánimo y fuerzas, desiguales en todo, si quisiera resistir á vuestra hermosura, ántes sería temerario disparate que bastante disculpa, pues esta misma razon habia de enmudecer mi lengua, respetando como á particular deidad vuestra belleza; y así, estoy resuelto á no ampararme de otro escudo más fuerte que el de vuestra discrecion, á quien con humilde voluntad consagro los versos dese romance, y en ellos, como más licenciosos, un firme corazon y un alma noble que eternamente se reconocerá por vuestra hechura si, alentándola en la miseria de su estado, la recibis por despojos de un rendido que igualmente reveren-

cia y adora vuestras maravillosas partes y virtudes. »
»Guárdeos el cielo.

»Hermosísimas zagalas,
»Deste valle primavera,
»Cuyos ojos para rayos
»Envidia el sol en su esfera.
»Gallarda Lisis, Aminta
»Gallarda como discreta,
»Clara aurora, luz del día,
»De la noche oscura estrellas.
»Una como nieve blanca,
»Y otra graciosa y triguena,
»Y aunque en colores distintas,
»Conformes en la belleza.
»Dícenme que sois, señoras,
»La gala de nuestra aldea,
»Y entiendo que no se engaña
»Quien lo dice y quien lo piensa.
»Que os paga tributo amor
»En vez de doradas flechas :
»¡ Suerte dichosa, pues rinde
»A quien todo lo sujeta!
»Que al ébano terso y liso,
»Timbre de vuestras madejas,
»Si matiz no le dió el oro,
»Fué para más excelencia.
»Que prestan vuestras mejillas
»Blancura á las azucenas, [llas
»Púrpura y grana á las rosas,
»Copos de nieve á la sierra;
»Ambar vuestro dulce aliento
»A los montes y á las selvas,

»Color al carmin los labios,
»Como al marlos dientes perlas;
»Y que tambien sois crueles,
»Condicion de las más bellas;
»Mas si sois agradecidas,
»¿Qué importa vuestra aspreza?
»Ya de amor el alma os rindo,
»Y estará dos veces presa :
»Una en vuestros ricos lazos.
»Y otra en mis pobres cadenas.
»Solo por la fama os quiero :
»Nuevo rigor, nueva pena,
»Que vuestra deidad adore
»Quien no ha merecido verla.
»Piedad pido, hermosas damas,
»Sed la luz de mis tinieblas,
»Norte de mi rota nave,
»Santelmo de su tormenta.
»Dos ángeles poderosos
»Sois para tan flacas fuerzas :
»La ventaja es conocida
»Y mi frágil resistencia.
»El alma rendido os doy :
»Echad las suertes con ella;
»Que á quien la ganare ofrezco
»Su esclavitud y firmeza.
»Y pues ya mi pretension
»Se consulta en vuestra audiencia,
»Mientras se concede el fin
»Quedáos á Dios, dulces prendas.»

Desde que dió este billete y de sus ojos se apartó la esclava, hasta ver su despidiente, los minutos se le antojaban siglos y edades largas; pero con todo su desvelo estuvo tres días en esta confusion, porque no hubo ocasion en todos ellos de poner la tercera en ejecucion su propósito. Al fin, despues destos, teniendo mejor lugar, pudo hablar con Aminta, y ella, aunque importunada, recibir el papel. Este suceso supo Gerardo luego, y con maravillosa confianza, prometiéndose grandes cosas, esperó la resolucion que tomaban las dos damas, á quien ni en este ni en el siguiente dia pudo ver en ventanas ni galerías; con que aun no habiendo intervenido más que el entretenimiento dicho, le causaba su soledad más pena de la que buennamente se puede creer, sospechando que aquella ausencia y retirada era darse por mal contentas y ofendidas de su atrevimiento. Y fué el caso que, ocasionadas de unas fiestas que en la ciudad se hicieron, con otras deudas y amigas suyas habian bajado á ellas, y esto más claramente pareció ser así, porque la misma tarde que volvieron se asomaron juntas y más que nunca alegres á su balcon, en quien con mayor gusto que hasta allí habian mostrado asistieron todo el tiempo que Gerardo en sus ventanas; con lo cual más sosegado y quieto esperó la siguiente mañana, en quien aun no habiendo el sol con sus primeros rayos coronado las torres, saliendo á las rejas de la suya, halló que ya Aminta esperaba en su puesto, desde adonde apenas vió á Gerardo, cuando sacó un papel del pecho, y diciéndole que enviase algun eriado por él, le dejó caer entre unas yerbas altas que habia al pié de su torre, y sin esperar alguna réplica, volviéndose á entrar, cerró las puertas del balcon.

Quedó Gerardo atónito de semejante acaecimiento, pareciéndole, de la accion y modo con que la hermosa Aminta se retiró, que el billete que habia arrojado al campo era sin duda el mismo que él la habia enviado;

y con notable congoja del desprecio, no viendo la hora en que desengañarse, llamando á un criado que solo para su servicio le dejaban, le mandó que bajase por el billete; lo cual habiéndose puesto por obra en un instante, le vió en sus manos, y abriéndole, conociendo no ser su letra, con ménos sobresalto y más sosiego comenzó á leer las siguientes razones:

«Si á la facilidad del responderos no disculpara la
»commiseracion de vuestro penoso cautiverio, creed,
»Gerardo, que procuraramos excusar aquesta diligencia, aunque con vos quedaramos por mal correspondientes; mas tiene la piedad tan honrado lugar
»en nuestro pecho, y vos sabeis obligando granjearla
»tan bien, que cuando la triste ocasion en que os hallais no nos moviera, vuestro discreto proceder nos
»forzara á mudar de condicion; y porque os persuadais á que ni es tan rigurosa y cruel como os han informado, hágoos saber que Lísis y yo quedamos dispuestas á no dejaros llevar esa prision con tanta soledad, sirviéndoos en cuanto entiéremos que puede
»ser alivio ó diversion vuestra. Y aunque sospecho que con igual voluntad pudiérades disponer de nuestro
»gusto, por no dejaros motivo á que penseis cumplimos con palabras (pues os negamos el primero), desde
»hoy resignamos en vuestro parecer nuestra voluntad,
»con presupuesto de ser la que de nosotras eligiéredes muy grande compañía de vuestros trabajos.»

No pudiera en los muchos que Gerardo padecia sucederle ocasion de mayor consuelo; y así, en extremo alegre, no le pareciendo interrumpir la dichosa corriente de su pretension, tomando aderezo de escribir, á las graciosas damas replicó las razones deste papel:

«No sé con qué palabras encarecer mi buena suerte,
»mostrando en estos breves renglones una sombra ó rasguño del verdadero agradecimiento con que queda mi alma rendida á vuestro cortesano y piadoso término. Escojo por partido, para no quedar corto, mi silencio, asegurándoos solo que el favor que me haceis estimo en mucho más que la libertad, la cual si desde hoy desearé con algunas véras, no será para gozarme en ella, sino para mejor emplear esta vida en vuestro servicio. La puerta que para entrar á él me habeis abierto tiene al presente mis sentidos en un confuso laberinto, de quien será imposible escapar con bien en tanto que no mudáredes de intento, revocando la eleccion que remitís á mi parecer, el cual podria sin pensar dañarme, ignorando cuál de las dos se halla más libre para favorecerme. Este inconveniente se deshace conformándoos en señalar el dueño que he de obedecer, pues en todo lo demas de vuestras partes no hay desigualdad conocida, sino una hermosísima concordança digna de estimacion.»

No andaba el buen Gerardo poco acertado en su discreta réplica, pues con ella no tan solo tiraba al blanco del ausente Liseno, mas tambien, volviendo á sus manos la eleccion, salvaba su tenor de un poderoso émulo, pues forzosamente cualquiera de las dos cuya suerte saliese en vano no habia de quedar muy gustosa, porque ni aun en cosas de burlas permite el flaco natural de las mujeres conocido desprecio. Y así, con este intento y el de procurar alguna orden para dar su billete volvió á la ventana, y muy poco despues Lísis á su balcon. No habia hasta aquel punto visto á la hermosa

dama Gerardo sola, á quien haciendo su cortesía, con alegre semblante y amorosas señas dió las gracias de su más singular favor; á que riéndose Lísis, y haciéndole entender que no á ella sino á su hermana Aminta se le debian, casi mostró en sus hermosos ojos un celoso enfado, pareciéndola que más con Aminta que con ella se entendia Gerardo; sospecha que él, como tan bien acuchillado, conoció claramente; y si bien quisiera replicar, Aminta con su venida lo excusó; y así, sacando el papel del pecho, y ellas, que ya estaban sobre aviso, arrojando una cinta, por señas le advirtieron que enviase un criado para que le atase; lo cual puesto por obra, tomándole Aminta, y despidiéndose entrambas de Gerardo, le dejaron aun más cuidadoso que hasta allí, porque ya nuevos desvelos solicitaban su corazon, teniendo en él, por particular simpatía de estrellas, una de las dos hermosas damas imperio absoluto y conocido señorío; en cuya apacible imaginacion se divirtió hasta el siguiente dia, que por la misma orden que el primero tuvo de su segundo billete esta respuesta:

«Lísis y yo, Gerardo, kéimos con notable gusto vuestro papel, y con mayor le viéramos si, habiéndoos valido de nuestra licencia, no procuráredes con tan largos rodeos excusarla: vos habeis de escoger; esta es nuestra última determinacion; y así, no hay para que os suspenda el pensar que no vivamos libres, pues es cosa muy cierta que á tener dueño ninguna quisiera parecer tan liviana deseando otro alguno; con que absuelto de esta duda; no teneis sino sacar á Lísis y á Aminta de contienda; porque quiero que sepais que el estar tan segura de que vuestro discreto y cuerdo proceder ha de elegir, como es justo, á mi hermana Lísis, me ha movido á hacer con ella cierta apuesta, la cual habré de perder forzosamente por vuestra causa si en sus conocidos méritos no haceis tan acertada eleccion como presumo.»

Bien entendió Gerardo de las razones deste billete que no le convenia hacer otra cosa; y así, temeroso de enojarlas, se determinó á seguir su voluntad, aunque en el disponerla le pareció caminar muy atentado y de suerte que no quedase alguna por su causa quejosa. Con este acuerdo, y bien pensado el modo, si ya en su corazon dispuesto el dueño á quien con más secreta fuerza se inclinaba, no dilatando el último fallo, volvió por el estilo acostumbrado á remitirse á las graciosas damas, que, habiéndole con admirable gusto recibido, vieron que contenia las siguientes razones:

«Sabe el cielo, Lísis y Aminta hermosas, que quisiera partir primero el alma para igualmente rendirla á vuestros piés, ántes que verme en tanta confusion; mas la fuerza de obedeceros rompe las dificultades de mi temor, obligándome á que con nuevo aliento se determine á hacer vuestra voluntad: la mia no sé por cual dichosa estrella que la obliga, tiene particular inclinacion al milagroso sugeto de.... Mas no pases adelante, pluma mia, que el brazo tiembla y el corazon se turba, temeroso de la incertidumbre deste caso: perdonad, dulces prendas, si con semejante cobardia suspendo mi determinacion, porque el cuidado de acertar en cosa que tanto me importa no es mucho que me alborote y alijá; y así, solo quisiera dejaros primero persuadidas á que, siendo en las partes maravillosas del alma, como en las excelentes y

»peregrinas exteriores del cuerpo, iguales y conformes, ninguna singularidad me ha movido á escoger particular dueño, sino la resolución de vuestro gusto, creyendo juntamente que de la suerte que sucede á muchos viendo jugar á otros que ni conocen ni eternamente vieron, y desean con entrañable afeto que el uno gane y salga vitorioso; así mi alma y todas sus potencias se han rendido con inclinacion admirable á la divina Lisis, deseando parecer á sus ojos digno de tan hourados pensamientos; con que declarando los más secretos míos y cumpliendo con vuestra orden, comienzo, Lisis bella, á obligaros y servirlos, protestándoos de nuevo una humilde y perdurable esclavitud, un singular amor, una inviolable fe, y un ánimo sujeto y mientras me durare la vida agradecido. Dios os guarde, hermoso dueño mío.»

Era la hermosa Aminta quien de las dos hermanas leía al presente este papel, mas con tan poco gusto luego como acabó de entender la voluntad de Gerardo, que sin serle posible mayor disimulacion, cubriéndose de lágrimas sus hermosos ojos, del todo declaró el sentimiento de su corazon; con que retirándose á su aposento, hubo de dejar á Lisis sola, mas tan regocijada y gozosa, que como si Gerardo la hubiera hecho ganar una insigne vitoria, así se dispuso á premiar en él la gloria de su vencimiento, dándole á entender este su pensamiento agradecido con escribirle al punto que aceptaba con mucho gusto su eleccion, alargándose en el agradecimiento della con tan discretas razones, que bastaron á que con seguridad Gerardo se persuadiese en su dichoso acierto: suceso que entre los que tengo escritos deste caballero me ha parecido digno de mayor admiracion; porque, si bien la inconstancia de su próspera y adversa fortuna con acaecimientos tan increíbles me asombra y maravilla, la prontitud de Lisis en inclinarse por tan extraño camino desvanece mi consideracion, no hallando en ella razon en que apoyar el fundamento de su amor. Al fin Lisis, amada largos tiempos de Liseno, y nunca de su voluntad y servicios obligada, hoy rinde, satisfecha de dos ó tres billetes bien peinados, el libre corazon y el alma noble á un hombre rodeado de grillos y cadenas, cuya libertad es tan incierta como poco segura su comunicacion; desta suelen decir los que bien conocen de pasiones de amor se engendra el más firme y verdadero; mas en aqueste caso, en quien no tan solamente ha faltado este principio, sino tambien las buenas obras, que á una mujer obligan tanto como persuaden, ¿de dónde diríamos procedió la voluntad de Lisis? ¿De quién el más fiel y valiente amor que vieron los humanos, como deste discurso se habrá de conocer con brevedad? Fuerza es, si con razones á nuestro modo queremos penetrar esta causa, que le demos por autor y padre al vehementísimo accidente de su aficion violenta. En conclusion, desde esta hora, para Gerardo sumamente feliz, en vez de las tinieblas que ocupaban su triste prision, lucieron con predominantes rayos los dos soles de Lisis, trocando en claro dia la escuridad de su noche, pues no habia hasta este punto preciado en ménos la pena de su soledad, como al presente estimado la gloria de tan venturoso empleo; con el cual no tan solo mejoró su fortuna, mas totalmente se ocasionó su libertad y remedio.

Vivia con esto Gerardo entretenido, porque divir-

tiendo con la presencia de Lisis sus cuidados, gastaba en ella la más parte del dia, y aun le faltaba el tiempo, que ántes tuvo por prolizo y sobrado, para leer y responder á sus discretos y amorosos billetes; con quien, si ya la deseada ocasion del poderse hablar más cerca les faltaba, no por eso dejó de crecer con entrañable gusto su voluntad; la cual agradecida, ya que la limitacion y cortedad de su cautiverio no daba lugar á mayores servicios, todavía mostraba su fineza en las fáciles ocasiones dél; y así, entendiendo que Lisis con particular afeto apetecia el dulce y agradable entretenimiento de la música, muchas noches por aquellas ventanas, rindiendo humilde el tributo de su voz, procuraba acrecentarle, aunque le era pension bien desahrida hallarse imposibilitado de poder explicar su aficion en los conceptos de la dulce poesía. Tan grande era el recato, que aun en ellos nunca quiso dar motivo ó sospecha á los oyentes; con que le era forzoso el ocuparse en algunos juguetes más satíricos y jocosos. Faltábale materia muchas veces; y una en quien deseaba divertirla, prosiguiendo la noche su carrera, y trayendo á la memoria ciertas décimas, parto feliz de un ingenio preso, pareciéndole agudas y discretas, dando al viento la voz, de aquesta suerte al són de su vihuela las comenzó á cantar:

Consejos, y no dineros.
Graciosamente reparto;
No es aborto lo que es parlo,
Ni mis verdades agüeros:
Si halagüeños lisonjeros
Dieren garrote al sentido,
Lo comentado y mentido
No ha de correr por mi cuenta;
Porque aquel hace el afrenta
Que la dice al ofendido.
Viejo verde, que te pintas
De tan diversas colores,
Ya se agostaron tus flores:
¿De qué te sirven las tintas?
Si entre las formas distiulas
Hallases la juventud,
Tu vicio fuera virtud;
Mas das con el agua fuerte
Aldabadas á la muerte,
Vaivenes en tu salud.

Que siendo calvo coronos
De ajeno honor tu cabeza,
Segunda naturaleza
Disimula esos borrones;
Porque si no descompones,
Para componer tu ultraje,
Las guedejas de tu paje,
Vendrás á emendar despues
Con los tufos de un frances
La herencia de tu linaje.
Yo he sabido que una madre
Vende la hija doncella,
Mancomunando con ella
La paciencia de su padre:
Si hay alguno á quien le cuadre
El contrato y la crueldad,
Dél es pagar por mitad
A sus padres la luxuria,
De la inocente la injuria
Y dellas la caridad.

Si es la doncella segura,
Ni se afirma ni reprueba;
Que en una cosa tan nueva
Será muy grande ventura:
La buena madre asegura

Su doncellez y el contrato,
Aunque vende tan barato,
Que se presume y entiende
Que no tiene lo que vende,
Y comete estelionato. [bajo,
Bajo un punto, aunque es tan
Y llégome á un obrador
Donde las damas de amor
Son damas de su trabajo;
Destas alabo el atajo
Con que toman la razon,
Pues hablando con perdon,
He de llevar, si las quiero,
En una mano el dinero
Y en otra la ejecucion.

Yo vi un amigo doliente,
Que de cumplir este autojo
Sacó una rija en un ojo,
Y dos gomas en la frente,
Y aun estima el inocente
Este martirio y pasiones;
Que como tales lecciones
Son ciencia de conjeturas,
Le han hecho sus coyunturas
Profeta de mutaciones.

Para el pobre y para el rico
Nace cualquiera mujer,
Si al rico por su poder,
Al más pobre por su pico;
Que un ingenio á lo falsoico
Ya glosador, ya esrellero,
De estómago aventurero,
Suplirá el lenguaje puro
Con palabras de futuro
Las faltas de su dinero.

Yo sé de una consultora,
Óráculo del amor,
Pues que le daba al señor
Respuestas de la señora,
Que habiendo vivido mora
Se ha convertido á tercera;
Porque de cualquier manera
No quiera, aunque mude fe,
Perder el nombre que fué
De la profesion primera.

Tenia Lisis tan estampada en su corazon la presen-

cia de su amante, como en la memoria y oídos el agradable sonido de su voz; y así, aunque reposaba, de sus ecos despierta, en un instante salió á la ventana acompañada de Aminta, que ya con ménos pasion ayudaba contenta á la prosecucion de su perdida suerte. Bien conoció Gerardo el favor que le habian hecho, y con palabras dignas de su agradecimiento quisiera declararlo; pero el temor de ser de algun curioso oído reprimió su deseo, como asimismo en las hermosas damas el de sus padres y familia, de quien no sin recelo eran guardadas, y más en esta ocasion, porque la quietud con que Lisis vivia y la asistencia de su casa, siendo tan ajeno de su condicion, pues todas descan ser vistas y salir, y aun la color de su hermoso rostro, que como vencida de la pasion de su tierno amor traia trocada y perdida, los causaba no pequeño cuidado, el cual más se les acrecentó con el caso que sabréis.

Liseno, que, ofendido del rigor de Lisis, como ya queda escrito, dejó su tierra y casa, despues de cuatro meses, que fué el tiempo que en esta amorosa conquista gastó nuestro Gerardo, con la enfermedad antigua que ocasionó su ausencia dió la vuelta á Granada, y no mucho despues á sus desvelos; y así, dentro de pocos dias, siendo tan continuados sus paseos, rodeando las murallas de Lisis y torre de Gerardo, fácilmente fué dél conocido su cuidado, y asimismo, con corta pesquisa, su nombre y pretension: cosa que el preso amante comenzó á temer y recelar, y con mayor disgusto miéntras su discurso le representaba las ventajas con que podia Liseno hacerle competencia estando libre para fomentar su intento, y al fin libertad y manos con que defender su partido. Tambien le causaba notable pena el parecerle que Lisis, en ley de honrada y firme, tenia precisa obligacion de avisarle la reincidencia del amor de Liseno, con que de no haberlo así dispuesto, formaba su escrupulosa voluntad no pequeñas culpas. Estas entendió Lisis por un papel, si bien hallándose, como en verdad lo estaba, sin alguna, fácilmente satisfizo con su inocencia, cuya seguridad duraba en Gerardo miéntras no parecia el apasionado Liseno; más en volviendo á sus paseos, él aumentaba sus sospechas y ella las satisfacciones; con que en poco tiempo fuéron muchos y grandes los enojos que sobre este particular Gerardo tuvo con la inocente dama, porque se persuadia á que tan larga continuacion, sin fomentarse con algunos favores de Lisis, era imposible que durase tanto en Liseno. De aqui nació que, estando algo despues de aquestas cosas ya más reconciliados y en sus ventanas los dos amantes (porque habia faltado algunos dias la ocasion de su enojo), sin pensar se les puso delante, viniendo Liseno en un ruído rodado con tanta gallardía, que pudiera dar celos al más galan competidor. Como los cogió tan de improviso, Gerardo quedó atónito, y Lisis, viendo su turbacion, más que nunca alterada, y con tan grande extremo, que arrebatada de su pasion y cólera, sin pensar en el terrible daño que se podia seguir á sus intentos, y no reparando en más que dar del todo satisfacion á su Gerardo, mirando á Liseno con airados ojos, á grandes voces le comenzó á decir: ¿Hasta cuándo, atrevido Liseno, han de durar vuestros mal nacidos pensamientos? ¿Hasta cuándo mi silencio y paciencia y el poder sufrir que vuestra infame pretension sea mo-

tivo de mi deshonra? Reprimid y acortad los viles pasos, ó por el cielo os juro de vengarme yo misma en vos y en ellos de la afrenta que me haceis. Y con esto, cerrando con dos furiosos golpes las puertas del balcon, se quitó dél, dejando mudo, temeroso y confuso al buen Gerardo, y al desdichado Liseno sin movimiento alguno en sus sentidos; porque ni aun su caballo dió más paso luego que la impetiosa voz tocó en sus oídos. Mas como viese el mísero amante que así á las de Lisis como á las vecinas ventanas y balcones salia mucha gente, incitados del pasado rumor, no queriendo pasar más adelante, corrido y afrentado dió vuelta á la ciudad, dejando en las manos de tan impensado y terrible desprecio la corriente de su amorosa pretension: con que dentro de pocos dias, efeto que suele proceder en tales casos, el amor que á semejante aprieto le redujo se trocó en aborrecimiento y deseo de venganza; y así, sospechando de las partes y recindad de nuestro preso, tanto como de haberle visto con particular asistencia colgado de sus rejas y de Lisis, y más aquel último dia que, cogiéndolos sin prevencion, juntamente los halló en el hurto de algunas amorosas señas, finalmente quedó asegurado de que solo el deseo de poner en mayor obligacion á su amante, y no otra causa, habia incitado el rigor y desden de su dama; con lo cual, ciego desta celosa rabia, se determinó á deshacer aquella amorosa máquina, tomando por acertado medio el dar cuenta de lo que pasaba á sus padres, valiéndose de la estratagema de una carta fingida, en quien, dispuesto el caso lo más sangriento y peligroso que supo, se la hizo entregar sin firma, resultando de aquesta diligencia, con las sospechas que traian de su hija, tan buen efeto, que dando noticia de todo á quien mejor pudo prevenirlo y remediarlo, últimamente se tomó por más fácil acuerdo el impedirle á Gerardo la salida á aquellas ventanas, tapiándoselas una mañana que sin pensar y ménos cuidadoso estaba de semejante desventura. Fuélo para él aquesta novedad, y tanto, que á haberle impedido tambien la traza que tenian, por medio de los papeles y cinta, para comunicarse, totalmente perdiera el ánimo. De Lisis no tengo más que decir sino que, como ménos acostumbrada á semejantes vaivenes, y más débil y flaca para poder sufrirlos, sintió este con tan locos extremos, que fué necesario, por excusarle otro mayor desatino, que Gerardo le fuese muy á la mano, consolándola con fingidas premisas de su libertad, en quien libraba el remedio de sus fatigas y disgustos. No hay cosa que más alivie el alma en sus pasiones que la diversion de las potencias; porque con el variar de entretenimientos y comunicacion se alienta y desahoga, y así no hacen en ella tan asentado efeto: todo lo cual con quien está privado desto sucede al contrario; y como al presente Gerardo experimentaba, cuya ciega aficion, aunque en la causa faltaran los méritos que he dicho, no teniendo sus ojos otro objeto ni su imaginacion y sentidos mayor asunto en que extenderse, totalmente se habia de apoderar hasta hacerse sauge y sustancia propia de su corazon, como infaliblemente en ella se iba el amor de Lisis convirtiendo; y así, olvidando con extraordinario descuido sus importantes pleitos y los medios de su libertad, ni hablaba ni escribia ni pensaba cosa que no fuese su Lisis, ya velando, ya triste ó ya contento;

aunque esto último nunca en él se conoció desde que le privaron de su vista. Este deseo, pareciéndole que podía tener mejor efecto, le hizo un día, si bien ajeno del venturoso caso que le esperaba, bajar á unos aposentos que en medio de la torre servían de recoger en sí la inmundicia della, sospechando que alguna de las claraboyas que en aquel cuarto habia saldría á la casa de su querida dama; y así, mejorando unas piedras para poder subir á la una dellas, despues que encima estuvo, viendo que por allí no se alcanzaba á ver su pretension, queriendo, disgustado en extremo, decender, al asirse de un hierro de la reja para sustentar el cuerpo se salió con la mitad dél, quedando con tan extraño acaecimiento turbado sumamente; si bien reparando más en el rompido hierro, vió cómo estaba sutilmentelimitado, y que despues, á lo que parecia, por más disimular habian pegado con blanda cera ó otro betun más correoso aquel pequeño corte de la lima.

Con esto, volviéndole á encajar como estaba, sin ser sentido se subió á su aposento, no acabando de maravillarse del suceso, á quien el ignorar su autor le hacía tener por milagroso, aunque considerando su arrebatada vida, finalmente se conocia por indigno de tan divino y celestial beneficio. Mas, como despues supo, no ángeles, sino hombres, eran autores dél; porque, habiendo muchos dias ántes estado en la misma torre presos dos caballeros y con algun riesgo de sus personas, intentaron aquel remedio, y el mismo dia que esperaban efetualle fueron, sin pensar, como Gerardo, removidos á otra ménos áspera prision; con que atájadoselos por entónces la libertad, no siendo vista ni entendida su obra, hubo de remitirse á la ventura de nuestro caballero el fruto della; para lo cual sin mayor dilacion comenzó á prevenirse, valiéndose de su gallardo ingenio tanto como de su audaz y valiente ánimo, de quien para tan peligrosa ocasion tenia harta necesidad; y así, tomando primero con un hilo de cerrar cartas (porque otro no se le permitia en la prision) el altura que desde la claraboya habia hasta el suelo del cubo en que estaba fundada, halló que serian diez brazas ó más, si bien el hacer medida desde el cubo hasta el suelo era imposible, por salir sus pretils muy distantes de la ventana; mas pareciéndole á Gerardo que el principal inconveniente consistia en la salida de la torre, no curando del segundo salto, sin más esperar, atando una con otra las sábanas de la cama, y juntamente una delgada colcha, que todo haria seis ó siete brazas, librando en la agilidad de sus piés lo que restaba, y habiendo luego como anocheció quitado el hierro de la reja y asegurándose de que el alcaide andaba por la fortaleza, ántes que escureciendo más la noche le trujese, encomendándose muy de véras á Dios, determinó su salida, aunque no dejaba, viendo tan profunda altura, de temer su vida; pero alentándose con la esperanza de la deseada libertad, cerrando con intrépido ánimo los ojos, se dejó en un instante descolgar cruzando fuertemente brazos y piernas por las sábanas, al cabo de las cuales, dando un veloz salto, fácilmente y sin peligro alguno se halló en el cubo, y dél, si bien estaba de suelo cinco tapias, descolgando primero el cuerpo, salió con la misma dicha, no cansándose de dar al cielo infinitas gracias, cuando con tan poco cuidado y prevencion, y sin haber hecho participante de su fuga á

persona humana, tan sin pensar y de improviso se halló libre. No sabía Gerardo la posada de su hermano Leoncio, ni ménos de alguno de sus amigos, porque igualmente ignoraba las calles de Iliberia, como quien nunca en ella habia estado ménos que preso; y así, por no aventurar su buena suerte dando sospechas á los que encontrase con sus preguntas, por la parte que más segura le pareció se alargó á la ciudad; y así, atravesándola de una parte á otra, cuando entendió que ya estaria cerca del fin della, se informó de un convento que estaba fuera y algo distante del lugar, en quien tenia un particular amigo religioso; mas, como ya fuese muy tarde, aunque llamó á la portería, no fué posible oírle; con que reconociendo su peligro y no atreviéndose á volver á la ciudad ni á pasar adelante, últimamente se determinó á entrar por las paredes de la luerta, y como lo pensó lo puso por obra; mas hubiérale de costar la vida su atrevimiento, porque apénas puso los piés en ella, cuando impensadamente, acudiendo al ruido que hizo saltando dos ferocesismos alanos que la guardaban, embistieron con él tan repentinamente, que sin poderse guardar ni prevenir, desapoderado de todas sus fuerzas, dieron con él de espaldas en el suelo.

Traía Gerardo un cuchillo de poco más de un palmo, armas que solo le habian sido reservadas en la prision; y así, viéndose casi muerto, sin perderse de ánimo, tendido como estaba, sacándole en un punto, se le metió al uno por debajo de los brazos, con cuyo penetrable dolor dejándole este, pudo mejor revolvverse con el compañero que, habiendo hecho presa en los dobleces de la capa, dió lugar á que, levantándose Gerardo, pudiese con presteza increíble subirse en el árbol primero que halló cerca, mas tan lastimado y herido, que no pensó, con el dolor terrible que las mordeduras le causaban, llegar al día, en quien el consuelo que despues halló para su mal fué ver tendido y revolcado en su sangre el uno de los feroces perros; con que muy pesaroso y no queriendo hacerse dueño del disgusto que habian de recibir de semejante caso los buenos religiosos, y más en ocasion que venia á valerse dellos, tuvo por mejor el volverse á salir de la luerta; y así, pareciéndole que ya las puertas del convento estarian abiertas, saltando por la misma parte que habia entrado, pudo sin ser de alguno visto encaminarse á la portería, adonde preguntando por aquel su amigo, luego se le dió á conocer; el cual no tan solamente le agasajó con notable alegría y caridad, sino que asimismo, viendo las heridas que en diversas partes los perros le habian hecho, procuró que con mucho cuidado y diligencia fuesen curadas. Poco despues de aquesto, con acuerdo de entrambos, salió el buen religioso con otro compañero á la ciudad, en quien, yendo avisado de lo que habia de hacer, supo discretamente el estado en que estaban las cosas de Gerardo, informándose cómo al punto que le echaron ménos en la torre, partiéndose por diversas partes en su seguimiento, y prendiendo los jueces á su hermano Leoncio y á algunos de los criados, sospechosos de que con su ayuda hubiese así ausentádose, andaban con notable solicitud y vigilancia en las averiguaciones y probanzas, de que, supuesta la inocencia de los nuevamente presos, no le dieron aquestas diligencias mucha pena, ni tampoco Leoncio

tenia dellas cuidado, y del que podía por entónces afligirle le sacó el religioso, haciéndole con la disimulación que convenia sabidor de la segura asistencia de su hermano; con que dejándole en extremo alegre, dentro de pocos días, dando por libres á él y á los demás criados, pudo ver á su querido Gerardo, y él consolarse y prevenir con su prudencia el mejor despidiente que sus negocios requieran. No era la ausencia y memoria de la graciosa Lisis lo que en esta ocasion ménos aquejaba á nuestro caballero, de quien ni el gusto de verse tan dichosamente libre le divertia un solo punto, ni ménos el temor de su peligrosa comunicacion le acobardaba; ántes no deseando otra cosa con mayor afeto, ninguna, por difícil y temerosa que fuese, se le ponía por delante. Y bien entiendo que en aquestos amorosos cuidados no le daria Lisis la ventaja, pues desde la misma noche de su venturosa fuga, ni sabiendo si con ella alegrarse ó entristecerse, vivía muriendo indeterminable y confusa, y más ignorando el lugar en que su querido dueño estaba oculto. Sabía de la prision de Leoncio y sus criados; y así, viendo que entre ellos estaba el tercero de sus amorosos papeles, no pudo ni se atrevió á culpar la fe de su amante, de quien el mismo día que dieron á Leoncio y á los demas por libres, teniendo mejor ocasion y persona con quien poder hacerlo, tuvo un largo billete, prometiéndola en él que la veria luego como estuviesen los enemigos y contrarios más seguros y sus negocios ménos alterados; pero el deseo de Lisis, que presuroso caminaba por la posta, no dió lugar á tantas dilaciones; ántes teniendo traza para que una tia suya enviase por ella desde la ciudad, luego como se efetuó, la tuvo juntamente para persuadirla se fuesen una mañana á oír misa al propio convento y retraimiento de Gerardo; adonde, avisándole primero, con increíble y maravilloso contento, y sin sospecha alguna de la tia, porque no le conocía, se pudieron hablar un breve espacio, en quien reconociendo el tierno amante tan de cerca aquel portento de hermosura y discrecion, reputándose por indigno de merecerla, quedó aun mucho más abrasado y encendido, no despidiéndose de su presencia Lisis ménos pagada, ántes entiendo que desde aqueste día fué creciendo con ménos resistencia la poderosa fuerza de su amor; y así, dando la vuelta con su tia poco despues á su misma casa, comenzó por todas las vias y caminos posibles á inquirir y buscar con singular astucia y diligencia un suficiente medio para poderse ver con su querido Gerardo, del cual, no sin temerario atrevimiento, fué muchas veces visitada, viniendo á hablarla con un solo criado, de quien solia fiarse, por aquella parte adonde las altas ventanas de su torre caian al campo; pero érales tan penoso el haber de entenderse casi á voces, que conociendo el peligro en que podian caer siendo de aquella suerte en una ocasion ó en otra descubiertos, ya fomentados de esta causa, y ya de la conformidad de sus corazones, que igualmente apetecian su deseado galardón, últimamente se determinaron á que, haciendo Gerardo una escala, Lisis la noche que estuviere dispuesta echase una cinta, con que recogiénola y despues atándola fuertemente á la columna de jaspe que dividía el balcón, pudiese fácilmente y sin estorbo subir á su aposento. Todo lo cual habiendo en esta forma concertado, señalando muy contentos para de allí á dos días su eje-

cucion, Gerardo se volvió á su retraimiento y Lisis á su cama. Cuando los buenos sucesos y acaecimientos dichosos con tanta violencia se apresuran y atropellan, fuerza es que hayan de concluir brevemente su curso: natural condicion de la inconstancia humana, y que nuestro caballero experimentó más apriesa de lo que su generoso y audaz ánimo merecia; mas no son ni pueden ser sus frágiles bonanzas más durables, ni sus borrascas y tormentas ménos seguras.

No sin causa los dos enamorados se recataban las noches que por la parte referida con tanto sobresalto se habian hablado, porque habeis de saber que la última en quien comunicaron el particular intento de la escala, el padre de Lisis, habiendo por su desgracia despertado, oyendo las voces y el rumor que hacian, con notable silencio y sin que aun su propia mujer le sintiese, saliendo de su cama y aposento, acercándose poco á poco á la ventana donde estaba, pudo sin dificultad, ni ser visto ni oído, entender cuanto la descuidada Lisis habia con Gerardo prevenido y el concierto que dejaban hecho; con que volviéndose á su lecho y disimulando prudentemente su propósito, desde luego se dispuso á cogerle entre puertas, determinando ántes que aquellas cosas más se extendiesen, matar á puñaladas á Gerardo, ó por lo ménos hacelle prender en la ocasion. No ignoraba la causa de los pleitos y prision de nuestro caballero el indignado padre de su dama; y así, visto que el tratar con él de otra más honrosa salida era excusado, ciego de su pasion y sin reparar en la mayor infamia que por aquel camino se le seguia, incitado solo de su rabiosa venganza, no quiso ó no acertó otro más saludable remedio; con que advirtiéndole á algunos deudos suyos para que con cuidado estuviesen apercebidos la noche y hora en quien los avisase, no dando de su intento mejor cuenta, ni ellos deseando más que obedecerle, quedaron todos esperando el ignorado fin, cuyo riesgo prevenido con tan cruel concierto, llanamente amenazaba la cabeza del seguro amante, que descuidado de semejante prevencion, solo trataba de traer á cumplido efeto los designios de su amor, habiendo en aquellos dos dias mandado con particular secreto hacer una fuerte escala de largura y espacio suficiente.

Llegó pues la deseada noche, en quien aun horas ántes de lo que solia (porque con más seguridad pudiese su criado atravesar la ciudad) le envió con la escala, mandándole esperarse en la puerta de unas graciosas huertas y jardines que para su recreo tienen en la mitad de aquellos campos los santos religiosos de los Mártires, seguidas con el mismo convento. Lo cual puesto por obra, despues de algun espacio tambien tomó Gerardo el propio camino, llegando á lo alto del cerro á poco más de las once, y juntamente al lugar y puerta donde su criado le habia de esperar, á quien ni halló ni vió en cuanto con la vista se alcanzaba: novedad que en su pecho causó demasiada pena, sospechando mil contrarios sucesos desta ausencia; aunque, por otra parte, pareciéndole que el criado hubiese por ventura errado el puesto y entendido que en vez de la puerta referida se le habia señalado la que salía á la iglesia, sin detenerse más, se fué acercando á ella, no dejando de mirar primero todos aquellos campos y contornos.

Desta suerte que digo llegó hasta muy cerca del convento, cuyas altas paredes tocó apenas, cuando sin ver, oír ni entender causa que pudiese ocasionar su turbación, de improviso fué tan grande la que del corazón se apoderó y tan terrible el temblor de su cuerpo y ofuscamiento de sus sentidos, que faltándole totalmente las fuerzas y el ánimo atrevido que en tan arduas ocasiones le había ayudado, erizados y yertos los cabellos, dió consigo en medio de aquel florido campo, de adonde queriendo más alentado levantarse, le resistió una negra y temerosa sombra que en altura disforme le tenía por todas partes rodeado. Aquí sintió Gerardo aun mucho más crecido desfallecimiento, porque aun para llamar en su ayuda el amparo y protección del cielo se le trabó la lengua; mas con todo eso, no dejándose de tan tremendo caso vencer, sacando fuerzas de flaqueza, y cayendo y levantando á cada paso, últimamente llegó adonde, dando con todo el cuerpo un desatinado encuentro, hallando de qué asirse con las manos, si bien desalentado, descansó un breve rato; después del cual mitigándose la turbación y abriendo los ojos (que hasta allí por no ver aquella espantosa sombra los había cerrado), finalmente se halló en la misma puerta de la iglesia y asido de sus verjas y barandas; con que cobrando nuevo aliento, pudo también con más sosiego asentarse en sus umbrales; en quien estando con entrañable afeto encomendándose á Dios, oyó un rumor sordo de confusas voces interpolado con algunos y menudos golpes, á que atendiendo con turbado silencio, claramente pudo conocer que era causado por aquellos benditos religiosos que en tales horas suelen algunas noches de la semana disciplinarse en semejante forma: cosa que sirvió en aquesta ocasion de alabada fortísima á Gerardo, traspasando sus golpes lo más oculto de sus entrañas, dejándole compungido el corazón y cubierto el rostro de tiernas y piadosas lágrimas.

Representáronsele en un punto los maravillosos casos de su vida, sus desenfrenados deseos, y en fin, el aprieto en quien por Nise y sus parientes se había visto, y la venturosa libertad de sus prisiones: merced particular del cielo y que pudiera estimarse casi por milagrosa; y tras de aquestas cosas ponderaba los peligrosos pasos que seguía, debiendo con tan justas causas gastarlos en un devoto y cristiano reconocimiento; y últimamente, considerando que quizá todos aquellos penitentes religiosos no eran deudores de tantos y tan grandes sacrificios, ni dignos por sus culpas de la pena y tormento que merecian las suyas, y que, no obstante esto, rompiendo sus maceradas carnes, se castigaban con tan rigurosa y extraña continuacion, fué su horror tan crecido, y tan maravillosa su confusion, que sin más esperar, cerrando las puertas al deseo y los cansados ojos al entrañable amor de Lísis, se resolvió á dejar en el presente estado el ciego discurso de su afición; y con este acertado pensamiento, queriendo dar la vuelta, tropezando hubiera de caer entre los mismos piés de su criado, que durmiendo descuidado de semejantes cosas, estaba tendido en aquel suelo, sin que hasta este punto le hubiese visto: novedad que en su ánimo causó no ménos admiracion que las pasadas; pero queriendo proseguir su viaje, sin más larga consideracion le despertó, y mandándole que le siguiera,

poco á poco comenzaron á acercarse á la ciudad. No estaba el capital enemigo de los hombres muy satisfecho con el propósito y determinacion de nuestro caballero; y así, pesándole de que tan rico lance se le fuese de las manos, no hay duda sino que echaria por no perderle el resto de sus fuerzas.

Llegaba Gerardo en esta sazón, en la prosecucion de su camino, casi á emparejar con el balcon de Lísis; la cual apenas le vió y reconoció que se pasaba de largo, cuando, cierta de que no podia ser otro, le comenzó á llamar, y con tan tierna y lastimosa voz, que en tocando en los oídos de su amante como si verdaderamente fuerán acentos dulces de sirena, hicieron en él el mismo efeto, y con tan extraña enajenacion de su memoria y sentidos, que de la propia suerte que si por él no hubiera pasado tan temeroso caso ni presupuesto tan bien justificado intento, sin poder pasar más adelante, apoderándose de su mal gobernada navecilla la valiente rómora de su desordenado y ciego apetito, dió vuelta adonde su dama le esperaba. Por cierto increíble fuerza de amor, y que ella sola suspende al presente mi mano y pluma para no dejar escurecida y afeada en estos renglones la mal determinada voluntad de Gerardo; el cual no parando hasta la torre de Lísis, en disculpando como mejor le pareció su tardanza, queriendo ella desde más cerca satisfacerse, arrojó la cinta, en quien asiendo él la segura escala, al mismo punto que Lísis la acabó de atar fuertemente en el pilar de su balcon se levantaron de entre unos grandes y crecidos herbajes que rodeaban aquellos muros, cuatro hombres que con las espadas en las manos arremetieron con él y su criado. Bien claro está de entender si con tales sucesos quedaria confuso; mas reconociendo en este que eran otros los accidentes de su turbación, con arriscado corazón previno su defensa. Habia Gerardo, para mejor dar la escala, subido en un empinado montecillo, que de la basura y tierra que de ordinario echaban por las ventanas se levantaba con mayor altura; con que no pudiendo rodearle los contrarios, acometiéndole todos por delante, era ménos peligrosa su resistencia, aunque toda ella no le bastara si á este punto, oyendo el estruendo y voces de la pendencia, el crujir de las armas y los golpes de los broqueles (porque así Gerardo y su compañía como los enemigos venian muy armados), no le fueran arrojando de la misma fortaleza algunos hombres, que saltando por la parte que más baja estaba la muralla, acudieron al lugar de la pendencia. Estos últimos eran su padre y deudos de Lísis, los cuales estando prevenidos para poner en ejecucion su intento, viendo desde una secreta parte adonde hacian á Gerardo centinela, lo que pasaba, y que con semejante refriega se impedía la venganza que deseaban tomar por sus manos, pareciéndoles que á rio revuelto se podria con ménos riesgo disponer, lo venian á ejecutar; si bien el cielo, que aun tenia determinado sacarle libre de aquel grave peligro, permitió que los mismos que con Gerardo reñian pensasen que al presente estos acudian en su favor; con que alojando, dieron lugar á que ántes que pudiese alguno poner por obra su sangriento propósito, animado con los que nuevamente habian llegado, y presumiendo lo mismo que sus contrarios entendian, con su criado se arrojó á ellos, tirándoles arrebatados golpes, aunque en hacer

contra él la propia diligencia no se descuidaban sus enemigos; con que apretando unos y retirándose otros, tuvieron que bajar hasta los espesos álamos que adornan aquel pequeño valle, adonde mezclándose con la mayor oscuridad de sus sombras, cayó uno de los que primeramente á Gerardo acometieron, pidiendo á grandes voces confesion: cosa que apenas tocó en sus orejas, cuando, sin esperar más, tomando por delante al criado y encubriéndose con las crecidas ramas de los árboles, haciendo un gran rodeo, dió vuelta á la ciudad y á su retraimiento.

En este tiempo Lisis, á quien, en viendo á su querido amante en tan mortal peligro, había saltado un terrible desmayo, ya vuelta en sí, apenas conoció á su padre y deudos, cuando persuadida á que, entendidos sus amores, los habían querido atajar por tan crueles medios, teniendo prevenidos en el campo aquellos hombres para mejor asegurar su venganza atajándole á Gerardo el camino, contrastada deste miserable pensamiento y cubierta de un sudor frío, temiendo que della se haria otro semejante sacrificio, vacilaba su ánimo en estas imaginaciones confusas, hasta que, oyendo últimamente aquella triste voz que pidiendo confesion y socorro al cielo salia del tropel espantoso de las armas, y viendo juntamente que con presurosos pasos su padre y deudos se volvían á entrar en la fortaleza, con el temor que la afligia, y sobre todo, ciega de su ardiente y amorosa pasión, creyendo era Gerardo quien con las ansias postreras batallaba, arrebatada de rabiosas congojas, y no teniendo al presente quien la consolase ó por lo ménos impidiese su determinacion, hallándose con la escala en la mano, sin mayor tardanza se puso en ella; si bien aun no habia descendido cuatro escalones, cuando, enmarañada con el embarazo de sus ropas y enlaguecida de tan terribles sobresaltos (permitiéndolo así por sus secretos juicios el soberano cielo), vino á tierra desapoderada de todas sus fuerzas al mismo punto que, habiendo ya llegado su padre con el ímpetu y cólera que su justa indignacion podia causarle, fué á su pesar testigo, con furioso tormento de su alma, de aquel lastimoso desastre, cuyo dolor, privándole de juicio, estuvo á pique de hacerle por el mismo camino acompañar á su desdichada hija; mas acudiendo al ruido los que le acompañaban, juntándose con él y llevando algunas hachas encendidas, en un punto volvieron á saltar por donde primero, y bajando á la parte y lugar en que Lisis habia caído, no la hallaron, porque, como está demasadamente acostado por allí aquel pequeño cerro, el ímpetu de su caída, tanto como su desacuerdo, la habia llevado hasta los espesos álamos, que era el mismo sitio en quien cayera con la última agonía aquel hombre que tuvo la pobre dama por su amante, al cual, no obstante que estaba despedazado y roto su delicado y hermoso cuerpo, parece que quiso acompañar Lisis en aquel lastimoso y anarcho trance. Aquí pues con entrañables ansias la halló el desconsolado padre, y aunque no del todo perdido el vital aliento, pálido, sangriento y desmembrado aquel divino y celestial retrato, cuyos miserables despojos, tomándolos entre sus brazos y regándolos con tiernas lágrimas, conociendo, aunque tarde, su imprudente consejo, eran tales y tan lastimosas sus ansias, que bastaron á enteraecer al más bárbaro y empedernido co-

razon; y aun no pararon en esto sus fatigas, porque queriendo los que le acompañaban ver si era Gerardo el que entre las funestas sombras de los árboles estaba muerto, no sin temerosa admiracion salieron de su duda, conociendo mortal el cuerpo herido del galan Liseno, cuyos rabiosos deseos de venganza le habian puesto en semejante estado; de quien bien os acordais que, ofendido de Lisis y envidiando la suerte de su amante, no tan solamente trazó la carta con que avisó á su padre, y de quien redundó al afligido preso cerrarle las ventanas, que eran su mayor diversion, sino que asimismo luego como entendió su venturosa libertad, sospechando, y no sin causa, que una vez ú otra acudiria á verse con su dama, saliéndole este cuidado cierto, finalmente propuso hacer de suerte que Gerardo dejase su pretension; y pareciéndole que para vengarse con más crueldad de Lisis no habia mejor camino que quitarle su querido dueño de los ojos, con semejante intento teniéndole espiado en otras noches, esta, que fué la última de su vida, tomando consigo tres amigos (y de tal satisfaccion, que en viéndole en el suelo le dejaron), ocultándose entre los carrizales y yerbas que estaban junto á la torre, le acometió con el suceso que habeis oido, el cual, tanto por ser en persona de sus partes cuanto por el peligro que todos corrian, comenzaron á temer padre y deudos de Lisis; á quien volviendo á su triste casa, si bien se procuró por muchas razones disimular su tragedia, no fué posible, porque las voces y alaridos de su madre y criados, y los llantos y lágrimas de Aminta, rompiendo el aire, con temeroso ruido lo hicieron público y patente; con que procuró cada cual asegurarse, poniendo las personas en cobro. Todo lo restante de la noche y parte del siguiente dia estuvo agonizando la malograda Lisis, siendo Dios servido de darle en este tiempo lugar para que con arrepentidas y verdaderas lágrimas, afectuosos y penitentes deseos, recibiese su divino cuerpo y el último sacramento y beneficio de la Iglesia; con que, aun no siendo las diez horas de la mañana, en el aurora de su vida llegó al ocaso triste de la muerte, ofreciendo su espíritu en las piadosas manos de su Autor y dueño.

Bien ajeno del fin arrebatado de su dama, en tanto que estas cosas pasaban, ya seguro en su retraimiento, gastaba Gerardo el mismo tiempo en la consideracion de acacimientos tan increíbles, no cesando de dar al cielo gracias por haberle librado de su peligro, de quien aun mucho ántes (si bien Gerardo no acertó á entenderlo) su inflexible sabiduria le habia prevenido y avisado; porque ¿qué otra cosa podemos imaginar de aquel espantoso temor, negra y horrible sombra, de quien primero se vió tan afligido, sino que fuese particular golpe y aviso de su maravillosa providencia para que, compungido en él, conociese Gerardo el tenebroso abismo por donde á tan grandes peligros se acercaba? Enefeto, pasando con aquestos desvelos la noche, llegó el dia, en quien habiéndose extendido por la ciudad el fin desdichado de Liseno, y poco despues la muerte acelerada de la hermosa Lisis, en un instante llegó tambien á sus oídos. Al principio la dificultad del suceso imposibilitaba el crédito en Gerardo; pero siendo visitado de Leoncio, no tan solamente supo dél esta verdad, sino que juntamente le advirtió de cómo le hacian el reo y cómplice principal de tan graves desdichas; con que fué tal el ex-

tramo de su pena, y tan continuos sus lastimosos suspiros, que si su hermano no le tuviera, y con mayor violencia que razones, sin duda alguna dando como hombre sin juicio desesperadas voces se entrara en la ciudad y juntamente se pusiera en las manos de los jueces para que dél hicieran igual justicia; los cuales á esta hora notablemente con tan extraño caso indignados, y como si el pobre caballero fuera el autor dél, hacian, buscándole así en particulares casas como en iglesias y conventos, extraordinarias pesquisas y diligencias, que siendo entendidas del discreto Leoncio, y no ménos reconocido su peligro de Gerardo, últimamente trató de prevenirle; para lo cual, no sin lágrimas tristes y mayores gemidos, hubo nuestro caballero de disponerse; y así, dentro de dos días, siendo anochecido, salió de la antigua y famosa Iliberia, dispuesto á no parar más en España; con cuyo pensamiento, abrazando á su hermano, y no queriendo, por más disimulacion, que ningun criado le acompañase, tomó el camino del más cercano puerto; aunque primero por últimas obsequias de su querida y difunta dama significó con tierna y lastimosa voz el sentimiento de su corazon en las endechas tristes que se siguen:

Espritu que gozas
El estrellado imperio,
Y el sol que hirió tus ojos
Ves á tus plantas puesto;
Alma feliz que, el campo
De eterna gloria hiriendo,
Reposas trasladada
Al inmortal sosiego:
Ya que restituída
De este comun destierro
A tu dichosa patria,
Vives seguro asiento;
Ya que en mejores prados
Ves que su abril eterno
Con piés de flores pisa
La dura ley del tiempo;
Que allí jamas la agravia
El siempre airado invierno,
Ya con valientes lluvias,
Ya con armados vientos:
Inclina los piadosos
Ojos á los que hacemos,
Tu soledad llorando,
Humano sentimiento.
El alma que fué tuya
En lágrimas le ofrezco,
Ya que no puedo darte
El abrazo postrero.
¡Ay dulce Lisis mía,
Prenda mejor del pecho!
En ti severos hados
Robaron mi consuelo.
Para mayor desdicha
Me cautivaste preso;
Perdite en este valle,
De quien sin ti me ausento.
¿Adónde huyeron tristes
Aquellos ojos bellos,

Soles á todo el mundo,
Para Gerardo cielos?
Adónde aquellas manos
Y el rizado cabello
Que tuvo mis sentidos
Tan justamente presos?
Mas siempre está á peligro
El más florido almendro
De morir á las manos
Del inelemente hielo.
¡Ay, y cuánto lastima,
Cuando al salir del puerto
La nave á quien miraban
Los vientos con respeto,
Por justa ley, nacida
De aquel mejor gobierno,
Viene á ser su verdugo
El peñasco más fiero!
Jamás pensó la tierra
Gozar tus años tiernos,
Cuanto indigna dichosa,
Pues ya cubre tus huesos.
No bien diez y seis años
Los campos se vistieron
Mientras que tú animaste
Puro y vital aliento.
Descansa, y sobre el mármol
Que el cuerpo está cubriendo,
Con lágrimas suspire
El peregrino incierto;
Que yo, pues en tus glorias
Tuve el lugar primero,
Si bien el que esperaba
Los cielos me impidieron,
Lloraré tus memorias;
Y aunque le pese al tiempo,
Mientras viviere, viva
Te guardaré en mi pecho.

Rodeado de aquestos dolorosos pensamientos caminó Gerardo la mayor parte de la noche, y con tan extrañas congojas, considerando el suceso de su amada Lisis, que fué muy necesario el consuelo y favor del cielo para que la desesperacion de su ánimo se mitigase, dejando hacer su oficio á la prudencia de que Dios le habia dotado.

Ibase á más andar acercando el día, y no teniendo por seguro el caminarle, excusando el peligro de los que por tantas partes le buscaban, sin más detenerse,

dejando el camino pasajero, se encerró en lo más áspero y fragoso de las vertientes de las nombradas sierras del Alpujarra. El desvelo de la noche y el cansancio fomentaban su sueño; y así, buscando lugar acomodado para dar al cuerpo algun reposo, sin pensar le retiró de aqueste pensamiento un rumor y voces de personas que no muy léjos dél oyó que conversaban. Aun suelen muchas veces las hojas de los árboles causar sospecha á los que como Gerardo van huyendo; y así, ménos ligera causa pudiera darle pena. Con la que esta novedad le causó quiso volverse, mas habíase sin advertirlo acercado tanto que temió del estruendo de su caballo, que si ya no habia sido sentido, por lo ménos moviéndose sería descubierto; con que dudoso en la determinacion, últimamente hubo de apearse, atándole á unos lentiscos; y tomando una gentil pistola que en el arzon traia para su mejor defensa, con bien contados pasos y silencio fué allegándose á la parte en quien se oia el rumor; adonde queriendo aun acercarse más, le suspendió una crecida y levantada voz, que poniéndole en mayor sobresalto, claramente pudo entender que así decía: ¿Es posible, don Diego, que una pasión tan ciega y desordenado apetito atropelle con tan bárbaro intento vuestra razon, y que siquiera, ya que no os mueve el ser quien sois, á lo ménos la sangre que teneis de vuestro noble prinio y el conocermos por prenda suya no reprima ese infame deseo? A estas quejas sintió luego Gerardo que, trocándose la voz, respondian: Por demas es, querido dueño mio, impedir mi gusto con injurias y razones, porque mi determinacion ya no está en puntos que se puede atajar ménos que obedeciendo mi voluntad, de quien, aun cuando os hubiera gozado mi primo (cosa que vos me habeis negado), fuera imposible el desviarme por ningun temor; y así, os ruego no queráis, con suspender mi gloria, ocasionarme á que forzosamente os pierda el respeto. ¡Ay misera de mí! volvieron á replicar con un triste gemido, ¿que al fin, don Diego, mis lágrimas no os enternecen, ni el cansado gusto de una mujer forzada entibia el fuego desabestial torpeza? Pues acabad de persuadiros (ya que mi contraria suerte en trance tal me la puesto) que primero que la ejecuteis ha de ser con mi muerte. Cesó aquí la afligida voz, dejando á Gerardo tan suspenso como enternecido de sus razones; y así, sintiendo que con mayor vehemencia se aumentaban las tristes quejas, determinando perder ántes la vida que consentir maldad tan grande, y teniendo por cierto que para remediarla el cielo habia guiádole á semejante lugar, sin dilatarlo más, llevando por delante y bien prevenida la pistola, se arrojó á aquella parte, donde apenas llegó, cuando arrimados á unas vecinas peñas vió dos hombres que asidos fuertemente forcejaban, revolviéndose por las menudas yerbas, dando el uno dellos, que al parecer andaba más rendido, aquellas voces y lastimosos gemidos. No hay palabras que puedan encarecer la turbacion y espanto que con semejante acacimientto recibió Gerardo, viendo espectáculo tan ajeno de su presuncion; y así, irritado de más vehementemente cólera, poniendo en la pretina la pistola y arrancando de la espada, arremetió hácia ellos; mas no bien el reo y vil autor sintió sus pasos, cuando soltando al que ya tenia casi desalentado, desviándose con turbados piés del primer impetu, y queriendo cobrar su espada, que con la

demás ropa tenía, fué prevenido de la furiosa indignación de nuestro caballero, que alcanzándole en la cabeza con una terrible cuchillada, desapoderado le hizo venir al suelo, adonde, según su infamia le tenía colérico, fuera imposible dejarle de acabar, si poniéndose en medio el compañero, no le pidiera con lágrimas su vida. No había visto hasta aquel punto Gerardo su rostro, ni menos las enmarañadas trenzas de los cabellos, que con la pasada refriega se le habían soltado; y así, conociendo en lo uno y otro su engaño, y que era mujer la que tenía, aunque en disfraz tan desigual, delante de los ojos, dió lugar á su ruego, y tiempo al que en el suelo estaba para que se levantara, mas tan herido y desalentado por la mucha sangre que perdía, que sin tratar más de venganza que procurar su vida, pidiendo á Gerardo licencia para irse, y él no curando más de afearle su maldad, tuvo por bien de dársele, ayudándole con notable ánimo á subir en uno de dos caballos que allí cerca tenía.

No era Gerardo tan poco recatado, que viendo de la suerte que aquel hombre partía, dejase de prevenir su peligro; y así, advirtiéndolo á su nueva compañía, la hizo subir en el caballo que quedaba; y volviendo por donde estaba el suyo, á largo paso tornaron al camino real; á quien atravesando brevemente, caminaron hasta tanto que, pareciéndoles estar bien alejados de aquel su primer sitio, para pasar el día se apearon, tomando cada cual en la amena soledad de aquellos montes albergue acomodado.

El deseo de entender con toda claridad esta aventura tenía á Gerardo no poco cuidadoso, maravillándose del impensado caso tanto como de la peregrina hermosura y buenas partes de la afligida dama, que á esta hora, considerando el aprieto en que se había visto y el peligro de que Gerardo la librara, en extremo agradecida y pagada de su proceder, casi vacilaba con otro igual pensamiento, deseando sobre todas las cosas saber quién fuese la persona á quien tanto debía; con que no pudiendo reprimir más el afeto de su voluntad, hubo de romper aquel silencio, diciéndole á Gerardo estas razones: Cuando vuestra presencia no diera á mi curiosidad motivo, el valor que ha mostrado vuestro corazón, poniendo á riesgo la vida por reparar mi honra, me obligara á preguntaros vuestro nombre, pues sabiéndole, y con él las partes que os ha concedido el cielo, por lo menos conoceré el dueño á quien debo la vida y el honor, y el templo milagroso en cuyos mármoles y columnas han de quedar pendientes las señales y despojos de mi verdadero agradecimiento. Esta merced os suplico, señor, no me negueis, satisfecho de que sabré estinarla mientras viviere.

Ménos encarecidas palabras bastaran para que Gerardo, atropellando mayores riesgos, la obedeciera; y así, no queriendo aun en su cortesía conceder la ventaja, la respondió de aquesta suerte: Dejando aparte, mi señora, el pequeño servicio que os he hecho, de quien os prometo sois muy poco deudora, lo mucho que vuestra hermosura merece, y la extrañeza del hábito, tanto como el pasado suceso, me tienen tan deseoso de saber su origen, que de muy buena gana os sirviera en cumplir lo que me habeis mandado, recibiendo por cambio el entenderlo; y así, confiado que me habeis de hacer este favor, y librándole, por más

bien merecerle, en vuestra cortesía, sabréis que mi nación es Castilla, mi patria Madrid, y mi nombre (si bien será la vez primera que le hayais oído) el Español Gerardo. No le dejó proseguir la hermosa dama; ántes, vuelto su rostro en un fino rubí, con la voz alterada le replicó: Si aqueo que me decís es cierto, ¿ó vos sois la persona á quien más he deseado conocer en esta vida, ó por lo menos teneis su mismo nombre; aunque, por no dejarme con esta duda, os habréis de servir de que yo sepa si ya estuvisteis algunos días preso en la cárcel de Iliberia. Bien pudiera temer Gerardo muchos inconvenientes que del confesar esta verdad era posible sucederle; mas vencidoslos su noble condición, no pudo ni aun quiso negárselo; con que, apenas lo entendió la dama, cuando cubriéndosele de lágrimas los ojos, con presurosos pasos se levantó á abrazarle, diciendo: Al fin, señor, no podía venir mi remedio de otra mano; porque sospecho que á la vuestra ha reservado el cielo el alivio y descanso de los atribulados corazones, pues no tan solamente en aquel misero estado de vuestra prision fuisteis consuelo, albergue y compañía de mi querido Leandro, sino que tambien en aquellos desiertos con valor tan extraño habeis librado en mí su más amada prenda. Dios, que en esta y aquella ocasión os tuvo para remedio de nuestras desventuras, galardone conforme mereceis lo mucho que Violante y Leandro os deben; y cesando con estas últimas razones, volvió con nuevo gusto á abrazar á Gerardo, cuya admiración no sabré encarecer, oyendo tales cosas y conociendo que la que tenía delante era no ménos que la discreta dama que tantos desvelos costó á su amigo Leandro: historia tan peregrina y notable como ya oisteis, y que, interrumpida con la mudanza de su nueva prision, quedó sin concluirse en la mitad de aqueste trágico discurso; y así, mostrando en tan admirable suceso una maravillosa alegría, con más vivos afetos y mayor cortesía la volvió á ofrecer su persona, significándole lo mucho que á Leandro estimaba, y cuanto al presente estaba satisfecho de haber por cosas suyas puesto aun en más graves peligros su vida; mas como en este caso fuesen tales y tan peregrinas las causas que con su curiosidad le incitaban, porque igualmente el traje de Violante y su impensado conocimiento era digno de toda admiración, no pudo excusarse de pedirle que de tan confuso laberinto le sacase, rogándola con encarecidas razones le contase el modo con que á semejante extremo se había reducido. A que la hermosa dama, queriendo mostrarse agradecida, y habiendo juntamente oído de la boca de Gerardo lo más esencial del apacible cuento de sus amores, deseando, si bien muy á costa de su reputación, darle aquel pequeño gusto, y comenzando desde adonde Leandro le dió fin, no sin algunas lágrimas, efectos de las tristes memorias que en su pensamiento revolvía, dió principio á lo restante de su historia, diciendo las siguientes razones:

No hay empresa tan dificultosa á quien por la mayor parte no rinda y atropelle la perseverancia; y si la de Leandro fué digna de vencimiento más honroso, vos mismo, ¡oh buen Gerardo! quiero que lo determinéis, juzgando en vuestro noble pecho si pudo ser mayor mi resistencia, pues casi llegó á merecer el nombre riguroso de la cruel Anaxarte. Finalmente vencida, me dispuse á pagarle con igualdad su voluntad y amor,

y con este propósito avisándole de lo que habia de hacer para que aquella noche nos viésemos, siendo ya la mayor parte de la tarde pasada, Leandro, porque así era el concierto, fingiéndose indispuerto y diciendo á mi esposo que queria acostarse, liizo que lo ponía por obra, entrando en su aposento, de quien, en dando nuestro dueño mejor lugar, se salió; y dejando juntada bien la puerta, se vino al mio, donde, para mejor seguridad, le hice que entre la pared y cortinas de mi lecho se escondiese. Era fuerza que aquesta diligencia se ejecutase en tal coyuntura, porque mi recatado esposo cerraba despues con sus propias manos todas las puertas y aposentos que bajaban al cuarto de Leandro; el cual tambien le habia advertido que de ninguna snerte permitiese que nadie le llamase, porque el desvelo y falta de reposo ocasionaba su nueva indisposicion: todo á fin de que no se le antojase querer verlo.

Estaba mi corazon en este tiempo tan alegre y gozoso como temeroso y confuso, porque el tenerle tan mal acostumbrado á cuidados semejantes embarazaba el gusto de conseguirlos, si ya no era que aquella inquietud y alteracion iba previniendo el suceso que ahora oiréis.

No sé por cuál camino mi Leandro desde su primera asistencia en nuestra casa tuvo particular comunicacion y trato con el vicario de aquella villa, con quien profesando una correspondiente amistad, era socorrido y á veces visitado por su propia persona. Este pues, habiendo estado ausente todo el tiempo de su pasada enfermedad, como llegase esta misma noche á su casa, y en ella supiese el peligro mortal en que Leandro se habia visto, pareciéndole que no cumplia con las leyes de buen amigo si tomase mayor descanso sin verle, dejando su posada, luego sin dilacion se vino á la nuestra, en quien, aunque halló las puertas cerradas, llamando, y juntamente siendo conocido de mi esposo, fué abierto sin tardanza alguna. No pude yo con tiempo entender quién fuese, porque, descuidada de tan notable daño, solo el deseo de ver acostado y dormido á mi dueño desvelaba mi cuidado; y así, no tuve lugar para prevenir á Leandro, por quien preguntando el vicario, si bien se le advirtió de su nueva indisposicion, no quiso volverse sin verle; con que no atreviéndose á contradecirle, hubo mi marido de obedecerle, llamando en su aposento, á cuyas puertas tocó apenas, cuando, hallándolas abiertas y á Leandro ménos, no sin terrible alteracion volvió á decirselo á su amigo; y pareciéndole, segun la prevencion de aquella tarde, que infaliblemente él estaba dentro de casa, y ayudado y persuadido de su celosa condicion, finalmente rastreó la verdad y nuestra corta suerte; y así, no pudiendo disimular su rabiosa pena, despidiendo al vicario, en un instante se puso en mi aposento, adonde hallándome cortada de ánimo y trocada la color del rostro, porque el caso entendido me tenia casi muerta, acabando de confirmarse en su sospecha, comenzó sin dilacion á buscar la casa. Ya veréis, buen Gerardo, cuán afligida estaria mi alma reconociendo tan grave peligro, y cuán acobardadas mis flacas fuerzas, pues viendo el miserable fin que me amenazaba, no tuve piés para ponerme en más seguro lugar, siendo tal el que me dió mi alterado esposo, hasta que habiendo hallado á Leandro, y él conocido mejor que yo su riesgo, y que fu-

rioso con la espada, que ya habia tomado, arremetia mi marido á él, volviendo en mí con presteza increíble, llegué adonde estaba una vela que encendida daba luz á todo el aposento, y apagándola, pude atajar la ejecucion del golpe, dando con las repentinas tinieblas lugar para que Leandro se desviasse; mas como mi marido, ciego de enojo, fuese tan desatinado, no paró hasta juntarse con él, y de suerte, que luego sentí que se habian abrazado, si bien no pudo mi frágil corazon esperar el suceso; ántes reconociendo de su estado un desdichado fin, sin mayor suspension bajando á la puerta de la calle, me salí de mi casa, y sin parar me alejé della, hasta llegar últimamente al mismo campo, aunque con mejor dicha que la que en tantos males pudiera desear; porque acertando impensadamente con el camino real de la grande Ilberia, á pocos pasos que por él anduve dió conmigo un coche de algunos pasajeros que venian á ella, á quien encomendándome con abundancia de suspiros y lágrimas, enternecí de suerte que, dispuestos á favorecerme, juntamente me recogieron consigo, trayéndome á Ilberia, donde valiéndome de las ordinarias joyas que así en las orejas como en garganta y manos acostumbraba á traer, pude remediar mi necesidad, deparándome juntamente el piadoso cielo la virtuosa compañía de unas buenas señoras, con quien me entretuve algunos dias; en cuyo tiempo le tuve para despachar á Osuna con todo secreto un mensajero, á quien encargándole por diligencia principal que supiese en lo que habian parado mis desgracias, asimismo le di una carta, mandándole la entregase á Leandro si por mi desventura, como yo sospechaba, le hubiesen preso aquella amarga noche; pareciéndome que, segun le dejé bien asido de los brazos y manos de mi esposo, á sus voces acudiendo gente ó acaso algun ministro de justicia, le habrian puesto en la cárcel. Todo lo cual habiéndose efetuado, y dado vuelta la persona que llevó este despacho, saliendo de mi dudosa confusion con la respuesta que me trujo, y por una carta de Leandro supe asimismo cuanto habia pasado desde que de sus ojos y de mi casa me apartó la turbacion y el miedo que de mi alma se habia apoderado luego como lo sentí abrazados á él y á mi dueño, de quien reconociendo Leandro que totalmente forcejaba, echando el resto de su poder por quitarle la vida, y advirtiéndome juntamente que por bien que librase de sus manos, era fuerza, segun las grandes voces que daba, caer en las manos de la justicia, adonde seria igual el riesgo, siéndole en todo acacimiento permitida su natural defensa, hubo en ella de hacerlo de tal suerte, que sin serle posible excusarlo, le dejó con una daga que traia cruelmente herido, y tanto, que dentro de pocas horas, sin tener remedio, hubo de morir, habiéndose primero acogido Leandro á la primera iglesia que halló abierta, en quien, siendo cercado de muchas y diversas personas que como á forasteros le siguieron, no pudo escaparse poniendo tierra en medio; con que dando lugar á que la justicia supiese el caso, en un punto le impidieron con infinitas guardas la salida, favoreciendo, como á causa tan propia, su amigo el vicario que no le sacasen del sagrado refugio, como al principio lo quisieron emprender de hecho. No pudo con tan miserable acacimiento dejar mi alma de enternecerse, porque así la larga compañía de mi esposo como la tierna voluntad con que

dél fui siempre amada, y últimamente, el considerarle al presente por mi liviano proceder tan afrentosamente muerto, llano es que habia de hacer aun en pechos de mármol más lastimoso efeto.

Mas no quiero con semejantes sentimientos alargar esta historia; porque si bien pueden, aunque tarde, admitirse, desco igualmente acabarla y excusar el enfado que con su prolijidad recibiréis; y así, noble Gerardo, considerando entónces mi soledad y el mal remedio que tenia para soldarse un tan gran yerro, determinando ampararme de quien habia sido la causa dél, volví á escribir que en todo caso procurando salir de aquel retraimiento, se viniese donde yo estaba, poniéndome delante, para mejor disponer su ánimo, mi incomodidad y tristeza; lo cual apenas entendió, cuando, no sin muy grave peligro, ayudado de su amigo el vicario, lo puso en ejecucion. Mas no permitió el justo cielo ni mi adversa fortuna que este deseo llegase á concluirse, disponiéndose las cosas por caminos mas ásperos y sin comparacion dificultosos; porque aun no habia Leandro puesto los piés en los umbrales y puertas de la casa adonde yo le habia escrito que esperaba, cuando cercándole por una y otra parte muchos hombres y ministros de justicia, aunque hizo por defenderse cuanto le fué posible, finalmente contrastaron su resistencia: tanto pudo la vigilancia y sagacidad de los parientes y deudos de mi difunto dueño; los cuales habiéndole seguido la noche que salió de Osuna, y viniéndole siempre á los alcances, tuvieron lugar, en viéndole apear en una posada, para prevenir la justicia, con quien aun ántes de salido el sol dando brevemente la vuelta, atajaron los pasos que en prosecucion de lo que yo le habia escrito traia guiados para mi posada; en quien apenas llamó, cuando, reconociendo su deseada voz y queriendo bajar á abrirle, me detuvieron los gritos y rumor de los que le acometian. Con que reconociendo mi nueva desventura, en un instante atravesando unas azoteas y terrados á otras casas, me puse en cobro, en que no anduve poco dichosa, porque no dejaron parte alguna en la mia que no buscasen, movidos de la sospecha que Leandro les daba yendo á ella. Querer significaros el tormento que con aquesta segunda desventura recibió mi alma sería dar nuevo principio á aquesta triste historia; y así, excusando por demasiado este particular, proseguiré en lo restante de nuestro suceso, en quien no del todo perdí el ánimo, ántes se me acrecentó, teniéndole para ver en persona á mi Leandro, disponiéndose esto fácilmente con llegar á deshora y disfrazada á una de las rejas de la cárcel, adonde habiéndole, supe la mayor parte de lo que habeis entendido, y juntamente el gusto con que en vuestro aposento le teníades albergado, y en conclusion, vuestra mudanza de cárcel: cosa que sin lisonja os puedo afirmar sentimos igualmente yo y Leandro.

Con aqueste género de consuelo, viéndonos las más noches por el lugar que he dicho, pasábamos con más descanso que hasta allí nuestra desdicha; si bien aun no cansada la fortuna de vernos padecer, ordenó nuestros negocios de suerte que, cayendo en la cuenta nuestros contrarios, no faltó quien, avisándolo á Leandro, excusase juntamente mi total perdicion; y así, determinándose el ponerme en más seguridad, sacándome, como dicen, de entre los piés de los caballos,

finalmente él lo puso por la obra, enviándome por mayor disimulacion en el hábito que veis á la ciudad de Almería; adonde, dirigiendo mi comodidad y asistencia al amparo y compañía de unas señoras deudas suyas, me entregó á un su primo hermano para que hasta el cumplimiento de nuestro intento me acompañase; el cual lo hizo tan fielmente conmigo, que á no ser por particular permission del cielo, tan maravillosamente por vuestro noble ánimo socorrida, yo quedara hoy á sus manos muerta, ó por lo ménos ejecutada su infame y torpe voluntad, aprovechándose para el cumplimiento della de la soledad y aspereza destas fragosas montañas; adonde, fingiendo que el temor de ser con el día conocidos le forzaba á retirarse, dejando el camino pasajero y apeándose adonde nos hallastes, finalmente me obligó á que hiciese lo mismo.

Con aquestas razones dando á su cuento la hermosa Violante el fin por tantos dias deseado de nuestro caballero, suspendiendo la plática, dió lugar á su agradecimiento, tan acompañado de admiracion quanto la estrañeza y conclusion del caso requeria; y así, viendo á la graciosa dama que con amargo llanto suspiraba, doliéndole su triste soledad y el desamparo en que el vil deseo de su guarda y compañía le habia puesto, no pudiendo con su piadoso corazon hacer otra cosa, sin reparar en el riesgo que su vida corria, desde luego se dispuso á acompañarla hasta ponerla en el lugar de su viaje; con que no queriendo dilatar más tan honrado pensamiento, lo puso en ejecucion, llegando sin estorbo ó peligro dentro de pocos dias á la ciudad de Almería; en quien dando brevemente las cartas que Violante llevaba á las parientas de su cautivo amante, y siendo dellas con gusto particular bien recibida, pareciéndole á Gerardo que habia con ello cumplido con su obligacion, no sin tiernas y agradecidas lágrimas de la hermosa dama, se despidió abrazándola. Y poco despues habiendo entendido que en el vecino puerto se aprestaba un navío cargado para Génova, gozoso de haber con tanta brevedad hallado fácil pasaje, se concertó con su patron, determinando para las brisas del siguiente dia su viaje y salida de España.

DISCURSO SEGUNDO.

De Alpujarras y riscos, cubriendo el sol su luz, nació la noche, anticipándola de los vecinos montes las sombras pardas. Recogióse con ella nuestro Español Gerardo á su posada, y poco despues á su aposento, donde renovando la memoria de sus pasados desastres y vagando en la consideracion miserable dellos, desvelándose, hurtó al reposo algunas de sus debidas horas; pero vencido al fin del blando sueño, entregó los fatigados miembros á su imágen mortal; mas como á veces suele la libre idea aun en los más quietos representar durmiendo fantasías, no quiso que Gerardo gozase sin pensión aquel breve descanso. Soñaba que previniendo entónces la justicia sus pasos, le cercaba la casa, y que entrándola por las altas paredes sus ministros, llegaban á prenderle, rompiendo á coces las puertas de su cuadra. Aqueste sobresalto, dando vueltas furiosos, quebrantó su sosiego al mismo punto que, pudiendo despierto ya discernir las cosas, vió á la luz que en un candelero habia dejado cómo, abriéndose con ímpetu una ventana que casi estaba encima de su

lecho, se arrojaba por ella un bulto blanco, causando en él tan grande turbacion, que aun con tenerle entre sus brazos no acababa de creer que era un hombre desnudo. Traía en la una mano un pequeño lio y en la otra la espada, de cuya empuñadura, más advertido, le asió sin dilacion; y queriendo dar voces, el impensado huésped con ruegos le previno, diciéndole: Por Dios, noble mancebo, que no me descubrais; que mi venida no es para daros enojo alguno: yo vengo á mi pesar huyendo de un peligro afrentoso, y saltando de uno en otro terrado, nunca hasta aquí he hallado puerta abierta ni ventana sin reja por donde escapar de los que entiendo que me siguen: perdonad mi atrevida ignorancia y amparadme, pues ya el cielo y mi dicha os han puesto en esta forzosa obligacion. Quedó, oyéndole, mudo el buen Gerardo; aunque pasando la alteracion primera, sin dudar en el caso, le dió crédito, y piadoso sus brazos con ménos aspereza. Sosegóse con esto, y en un punto desbaratando el lio, que eran sus propias ropas, se fué vistiendo dellas, quedando tan galan y bien aderezado cuanto al principio pareció á los ojos de Gerardo temeroso, que en aquesta sazón con nueva maravilla no sabía qué conjetura hacer de aquellas cosas, creciendo aun mucho más con lo que ahora oiréis su confusion. El temor y sobresalto que igualmente discurrió por los dos habia hasta este punto suspendido su mejor advertencia; pero como ya sosegados, el uno reparase en el otro, apénas á un mismo tiempo se miraron, cuando Gerardo fué conocido del nuevo compañero, y este, por el consiguiente, de Gerardo, que no sin admiracion, interrumpiendo su silencio, le dijo: Si mis ojos no juzgan por sueño ó por encanto lo que tienen presente, sin duda alguna creo que no es la vez primera que nos hemos visto. Así es verdad, respondió el mancebo; que ya, noble Gerardo, os hice un tiempo compañía en los miserables trabajos de la prision; de donde con una bien rigurosa sentencia salí el mismo día que á vos os mudaron de la cárcel de Iliberia á la fortaleza del Alhambra; de quien tambien supe que los dias pasados cobrasteis venturosa libertad. Bien se holgara Gerardo de que no tuviera de sus desgracias tanta noticia; pero haciendo diferente semblante, con rostro alegre se levantó á abrazarle, acabando de reconocer por sus palabras á Claudio Alcino (que era el mismo que sospechaba), caballero principal de Almería, y á quien desde aquella ciudad en el discurso largo de sus prisiones llevaron á Granada por algunos delitos; y no fueron dél con ménos gusto recibidos sus brazos; ántes, como si entónces cobrara nuevo aliento, ciñéndole los suyos, dijo: Ahora sí, Gerardo, que puedo con el amparo destos brazos confiar por seguro, pues bien puedo afirmar que bastan á sacarme de mayores peligros que el presente, si bien no es tan pequeño, que dejara de dar cuidado á otro que se hallase sin vuestra valerosa compañía. Paréceme que vuestra cortesía, respondió Gerardo, anticipó las razones que pudiera mejor hablar mi lengua: nuestro riesgo es igual; y así, podremos pagarnos acudiendo en cualquier trance á nuestra obligacion. De aquí pasaron á otros largos discursos, que poco á poco se fueron acercando á la ocasion que entónces trujo á Claudio en semejante aprieto. Deseábala entender Gerardo, si no por curiosidad, á lo ménos por hacer della conjetura

para la mejor prevencion del amigo, que conociendo este pensamiento, no obstante que la noche les convidaba á más quieta diversion, empeñados del caso, y dando el uno agradecido silencio, así Claudio comenzó su razon:

Aunque de la causa de mi prision tendréis noticia, por ser origen del suceso presente, me habrá de ser forzoso el refrescarla: prestad, Gerardo, paciencia; que yo os prometo ser en todo sucinto. A servir cierto oficio del Rey habrá seis años que vino á esta ciudad de la de Murcia un hidalgo con su casa y familia, y entre los della una hermosa hija, cuyo peregrino sugeto fué y ha sido asunto principal de mis desgracias: su nombre por particulares respetos no os le digo, aunque para más bien entender su historia le habrémos de suplir con el de Silvia; á quien me destinó la fatal suerte con tan violento amor, que desde el punto que la vi no han sido parte ausencias largas ni trabajos inmensos para templar su fuego, ni mi ardiente y amorosa voluntad, que en los principios creció, aunque brevemente, con tan profundos cimientos. La primera vez que nos vimos fué en un regocijo de toros, con quien, haciendo en un gentil caballo algunas suertes, debí de parecer grato á sus ojos, pues la segunda, que fué en cierta romería, agasajado dellos, tuve atrevimiento de hablarla, y poco despues, pagado en otras ocasiones, de escribilla, prosiguiendo mi amor con gusto suyo, con tal continuacion y recato, que bastó á obligarla tanto, que á ruegos y persuasiones mías muchas noches salió á hablarme por una ventana; con que vino del trato á fomentarse nuestro mayor deseo, razonándole la perseverancia de mi fe en tales términos, que para la deseada posesion menguaba él, no como la voluntad de Silvia. Mi desgracia despertó la de un mancebo gallardo genoves y de los más galanes y generosos que en aquesta ciudad se han naturalizado: este pues, oponiéndose á mis intentos, comenzó á amar solícito á mi dama, de quien sin dilacion luego lo supe, porque habiendo llegado á su noticia por medio de una cierta criada, no queriendo incurrir en mi sospecha, gustó de prevenirme. Bien pudo excusarla esta prueba fiel de su voluntad; mas como la mia era sin igualdad mayor, no asegurándose, abrió las puertas á los infernales celos, abrasándome el alma sus nocivas llamas. ¡Oh cuántas veces, Gerardo mio, considerando lo que me sucedia, desmenuzaba en partes las de mi opositor, ya anticipándolas, ya con vituperio deshaciéndolas! Y ¡cuántas, de Silvia y su firmeza confiado, aliviaba mi pena, y en un instante, temeroso con la memoria de su fragilidad, se acrecentaba, ya determinando esto consejo y ya repudiando el mismo parecer! Al fin, sin eleccion de alguno, ciego corría por el mar de mis cuidados, combatido de diferentes vientos; que no es ménos igual la ofuscada y miserable confusion de un celoso amante. Largos dias padecí esta enfermedad, que dura hasta hoy en mis entrañas; y aunque entónces pudiera remitir á las manos su remedio, la voluntad de Silvia y el temer su reputacion suspendió mi ánimo; que pluguiera al cielo nunca tomara semejante acuerdo, pues por ventura, si de semejante cordura no me hubiera valido, mis cosas, sin llegar á los términos que sabréis, tuvieran mejorado suceso. En el de mis amores cada día habia mil novedades, porque con el

desvelo y continuacion de los pasos de Ascanio (que este es, si no su propio nombre, el que os puedo declarar) ni yo podia hablar á Silvia, ni ella verme con el recato que solia; y así, muchas noches su solicitud importuna rompía en la mitad del mayor gusto nuestras amorosas pláticas, con que aumentándose mi despecho, poco á poco menguando la paciencia, iba desamparando el sufrimiento, sazonzando mi enojo de manera, que dentro de breve término, estando en una casa de conversacion, con bien ligera causa me trabé con él, dejándole impensadamente mal herido. Juzgaron los presentes, no sabiendo el secreto, por superchería ó liviandad mi arrojamiento; pero otros, ménos apasionados y en cuya opinion la mia tenia mejor lugar, ahondando el negocio, vinieron á alcanzar su fundamento; y como en lugares cortos dificultosamente se encubren tales circunstancias, ni faltó quien las contase á sus padres de Silvia y á los míos, ni quien á Ascanio diese el mismo aviso, aunque sospecho que fué para él diligencia excusada, porque sin duda alcanzaba ya el verdadero origen. A mis padres les pareció con este achaque asegurar su miedo; porque viéndome tan empeñado en el amor de Silvia, temian no me casase con ella, siendo su voluntad tan diferente, que trataban en esta misma sazón mis bodas con una deuda suya; y así, disimuladamente me enviaron á Sevilla, diciendo que para asegurar mi persona convenia esto. Creíalo yo de la misma suerte; con que ignorante de su intento, lo tuve por bien, despidiéndome primero de mi Silvia, que aunque lo sintió tiernamente, segura de mi amor, pospuso á su contento mi quietud.

En esta ausencia por medio de un criado de mi dama tuve algunas cartas suyas, porque poniéndolas con fidelidad en la estafeta, llegaban á mis manos; si bien la última que por entonces tuve trocó en lágrimas semejantes favores. Escribíome al cabo de un mes Silvia cómo sus padres, despues de largos pareceres, á ruegos de intercesores principales, se la habian prometido por esposa á mi enemigo Ascanio; y que, no obstante que ella procuraba con todas sus fuerzas impedirlo, sabiendo la causa de su contradiccion, la guardaban con tanto recato y la afligian con tanta aspereza, que temia de sus cosas un mal suceso; pero que finalmente quedaba con determinacion de perder ántes la vida que perderme, como yo gustase de recibirla por esposa, cuya última resolucion esperaria por mis cartas; y en conclusion, alargándose la suya en otras amorosas y tiernas persuasiones, me dejó en tales términos, que sin mayor discurso ni dilacion, acosado de terribles congojas, me puse en una mula, pareciéndome que la más conveniente y segura respuesta seria mi propia persona. Mas la contraria suerte, que ya tenia dispuesta mi desdicha, rodeó las cosas bien diferente de lo que yo trazaba; porque caminando á toda diligencia, muy cerca de Antequera, queriendo atravesar un ancho arroyo, sin reparar, con la solicitud de mi cuidado, en que por las continuas lluvias venia demasiadamente poderoso, á los primeros pasos, derribándome, dió consigo la mula en lo más hondo, y de suerte que, sin poder valerse, la corriente la arrebató, anegándola, quedando yo herido cruelmente en la cabeza, de sus herraduras, y en el mismo peligro, de quien (ayudándome el cielo y unos hombres que de un molino

me acudieron) escapé, aunque tan mal parado, que sin volver en mi sentido, al cabo de tres dias que así estuve, cuando abrí los ojos me hallé en la cama de un meson de Antequera, donde siguiendo los términos y puntos del accidente, ya con esperanzas de salud, ya sin ellas, llegué á estar desahuciado, y finalmente á restaurarla despues de treinta dias, en cuyo espacio, aunque escribí á Silvia y á mis padres mi peligro, ó ya por el descuido del portador que las llevaba al correo, ó ya por mi desgracia (que esto fué lo más cierto), ninguna carta llegó á su poder, ni ménos con el desacuerdo de mi mal tuve advertencia para enviarles un propio. Al fin, valiéndome de una cadena de oro que me dejó el desastre, yo pagué mi cura y proseguí el viaje, llegando (porque así lo dispuso la infeliz suerte mia) á esta ciudad el mismo dia que, vencida mi dama de las amenazas, ruegos y persuasiones de sus padres, y mucho más del descuido y poco caso que yo, á su parecer, hacia de su respuesta, y sospechando (aun más de lo que fuera justo) que me hubiese mudado y olvidádola, dió la mano de esposa á mi contrario, que, no pudiendo dilatar su ventura, quiso que juntamente el mismo dia recibiesen las bendiciones de la Iglesia; y así, á las diez de la mañana entrando yo por la ciudad, al pasar por delante de una iglesia fuí testigo miserable de su regocijo, viendo en medio de grande acompañamiento salir á mi querido dueño de la mano de su nuevo esposo. Aquí, Gerardo amigo, juntándoseme el cielo con la tierra, solté las riendas á la mula, y hecho un espectáculo de miserables ansias, quedé del impensado enencuentro transformado en una inmóvil piedra, y en un pequeño espacio representándoseme mis amores pasados, los gustos dellos y los trabajos padecidos, cuyo fruto via en ajeno poder, fué tan horrible el sentimiento que afligió mi alma, que sin más consideracion, perdido el juicio y solo deseando satisfacer mi pena, dejé la silla, y sacando la espada, por en medio del confuso tropel arremetí al que, segun mi presuncion, por vengarse de mí habia pedido á Silvia por esposa; y dando voces como loco furioso, ántes que pudiese él defenderse ni otro alguno ampararle, ya tenia, si no tantas heridas como yo quisiera, las que bastaron á tenderle al suelo, adonde yo le acabara de matar si él acudir á la defensa de mi vida no me fuera forzoso. Pero no obstante que las espadas de sus deudos y amigos me cargaron, acudiendo al estruendo algunos míos, mediante su ayuda pude escapar de su rigor, si bien el de la justicia me previno ántes de tomar el vecino templo. Pusiéronme al punto en una torre, y sonando el suceso y que Ascanio moria muy apriesa, sus deudos, temiendo que el poder de los míos contrastaria su justicia, acudieron á la real chancillería; de cuya diligencia, aunque ménos peligroso el herido, redundó el traerme á su cárcel y á vuestro conocimiento; adonde despues de largos dias, cobrando Ascanio la salud perdida, apretó en mis negocios de manera que, á no valerme de muy efetivas causas, el suceso dellos fuera aun más terrible; pero siéndole fuerza el contentarse, yo salí desterrado de todo el reino, y con pena de muerte si le quebrantase. Silvia mientras estuve preso, creciendo su primera aficion con el determinado disparate que vió á sus ojos, prosiguió el escribirme por medio del criado antiguo, disculpando su amor tan cuerdatamente,

ya con la violencia de sus padres y ya con mi descuido, que, conociendo su razon, yo muy sin ella volví á engolfarme, siendo sus cartas el principal consuelo de mis cadenas. Tan ciego me ha tenido su amor, que aunque pudiera la misma causa que desamartela á otros obrar en mí, por el propio caso que yo la perdí y Ascanio la goza, en mayor crecimiento se aumenta mi aficion, fomentada de rabiosos celos y de deseos tan continuados y prolijos. Al fin, habrá seis dias que por el mismo estilo recibí esta carta; y dijo aquesto Claudio sacándola de su faltriquera; que viéndolo Gerardo, acercándole la luz, oyó que desta suelta la leia:

«Nuestra triste fortuna, Claudio mio, ablanda su rigor, pues hoy más favorable ofrece la comodidad que tanto tiempo se nos ha dilatado: mi esposo está ausente desta ciudad y tardará en volver algunos dias: ved si es ocasion para perderse; y si merece Silvia ver vuestros ojos, no la dejes pasar, pues viniendo con recato el juéves á prima noche, os esperaré á la puerta de mi casa. El término va medido y le habrá para que llegue este aviso y vos vengais. No soy más larga: el cielo, dueño mio, os traiga con bien, etc.»

Esta carta (prosiguió el tierno amante) recibí en Granada en cierto monasterio donde estoy recogido; y luego, con el contento que ya podréis pensar, ejecuté su orden, llegando puntualmente ayer tarde á una aldea media legua de aquí, de adonde, dejando el caballo en que vine, proseguí á pié; y sin ser conocido, acompañado de mi temeridad y atrevimiento, toqué los dichosos umbrales de mi dama, que estaba esperándome. Mas el contento que con su amada vista recibió mi corazon le agüó un accidente impensado que en este mismo punto nos sobrevino, y fué que, habiendo oido rumor de espadas no léjos de la puerta, al tiempo que me la abria para entrar llegó uno de los que reñian huyendo, si bien, no pasando adelante, cayó casi á mis piés, diciendo con desmayada voz que venia muerto: vi mi peligro si allí más esperaba; y así, no dilatándome entré con Silvia adonde, siendo aquella la primera vez que nos vimos tan de cerca, yo quedé turbado de manera, que no supe con que razon empezar á hablarla, mostrándome entónces la experiencia que el corazon del verdadero amante, llenando de diversos cuidados el entendimiento, ata la lengua, y sin poder encubrir su pasion, no la permite lugar para que hable; pero al fin rompiendo con un tierno suspiro mi silencio, la dije: ¿Qué mayor prueba podré daros de mi aficion y fidelidad, pues olvidando enojos tan justos, llevo á vuestra presencia con el peligro que sa beis, adonde, aunque me sobreviniese la muerte en medio del efeto de mis deseos, me tendré por dichoso? A esto, no sin algunas lágrimas, respondió Silvia: Yo estoy de vuestra fe tan satisfecha cuanto basta á cegar mi voluntad para atropellar por vos los inconvenientes y dificultades que se ofrecen á una mujer que por su desventura está en ajeno poder; y veo que igualmente nos pagamos en todo; aunque dejadas á una parte estas cosas, lo que más al presente siento es que ha de durar ménos dias nuestro contento de lo que yo pensaba, porque hoy tuve aviso de mi esposo en que su vuelta será con brevedad; mas no obstante, lo que le tardare, si bien siempre fuí vuestra, por lo ménos lo podré ser con más libertad. El alma me atravesaron sus últimas razones;

N-1.

pero haciendo de la causa forzosa mi consuelo, pasé adelante, y tomándola por la mano, nos entrámos en su cuadra, facilitando esta amorosa diligencia una criada muy querida de Silvia; cuyos regalados favores apenas quise gozar, cuando, atajada esta dulce y descada ocasion, quedámos igualmente turbados oyendo con grandes y terribles golpes llamar á la puerta principal de casa y asimismo á otra que caia á las espaldas.

No entendí al principio sino que fuese Ascanio; y así, mientras mi Silvia salió con turbacion á las ventanas, quise comenzar á vestirme, mas nunca el sobresalto me dejó acierto ni memoria: en fin, haciendo de mis ropas un lío, quise salirme de la cuadra; pero encontrando á Silvia, me dijo harto más alentada de lo que yo esperaba: ¿Adónde vais, señor, que sois perdido? Porque sabed que quien llama en una y otra parte es la justicia, que, sin duda, á alguno que os ha visto les ha avisado, ó vuestro poco recato y mi desdicha lo ha rodeado desta suerte. Quedéme, oyendo semejante suceso, embelesado; y presentes dos tan graves peligros, indeterminable consideraba así el del quebrantamiento del destierro como la infamia afrentosa de Silvia, que diciéndome la siguiese, viendo que los golpes crecian, ayudándola su criada, me subieron por el cañon de la chimenea; en cuyo medio hallando cierta barra de hierro atravesada, y de quien pendia una cadena, me puse de piés en ella: en tanto Silvia, tomando una ropa, mandó abrir: de suerte que en un punto ya estaban los ministros en parte donde yo podia oír su demanda y al gobernador, que con palabras muy corteses decia á mi dama que perdonase aquel enojo, porque, no obstante que ausente su marido lo hacian contra su voluntad, era inexcusable el buscarle la casa, porque se habia hallado un hombre muerto á su propia puerta, y que, segun algunos vecinos declaraban, el homicida al punto que cayó el herido se habia entrado corriendo en ella.

Algo me alentó el corazon lo que os he dicho, si bien no dejaba de temer mi desgracia; y tengo por la mayor que puede sucederle á un infelice la que se padece sin culpa, ó como aquella, por yerro de cuenta, pues lo fuera muy grande que, en vez de buscar al homicida, me cogieran en semejante trance. Tambien mi dama mostró con más quietud el rostro alegre, diciendo que mirasen todos los aposentos; porque, no obstante que ignoraba semejante cosa, todavía con lo que habia entendido, no se atrevia á quedarse en su casa; y con esto, fingiendo gran temor, solicitaba á unos y á otros, rogándoles que hasta los más pequeños átomos buscasen. Yo con tanto, hecho perdida centinela, traspasado del frío de la noche, y los piés, de tenerlos en el angosta barra, con un dolor increíble, estaba sin saber de qué suerte tolerar su tormento; mas conociendo por el rumor que la justicia, cansada de buscar, se despedia, cobré nuevo vigor y poco á poco comencé á decender; pero no me siendo posible sin ayuda, hube para mejor hacerlo de desembarazarme de la espada, á la cual queriendo colgar en alguna parte, tentando la negra pared, hallé una quiebra que hacian las junturas del tabique y ladrillos del cañon, por donde metí uno de los gavilanes, y ménos ocupado, volví al primer intento; mas mi adversa fortuna, no contenta del sobresalto pasado, me tuvo aparejado otro sin comparacion mucho mayor; porque apenas los ministros y juez bajaron á la calle,

cuando llegó su marido de Silvia, espantado de hallar á tal hora su casa abierta y tanta gente que salía della.

Considerad, amigo, cuál sería la turbacion de mi dama y cuál la que yo sentí luego como tocó su voz en mis oídos; porque Silvia, si bien de su impensada venida alborotada, todavía discretamente disimulando el secreto disgusto, dándole cuenta de lo que pasaba, poco á poco le trujo hasta la misma cuadra adonde yo estaba bien ajeno del segundo lance; y verdaderamente si ella con tal presteza, usando del arbitrio, no entra hablando con su esposo, esta es la hora que yo estoy descubierta y Silvia perdida; porque, como ya dije, ignorando la novedad, iba bajándose; pero advirtiéndole en el presente daño, no sin terrible pena volví á ponerme en pié, y aun os prometo que fué grande milagro, segun la turbacion, poder sin caer al suelo sustentarme. Satisfecho el marido, aunque enojado del poco respeto que á su parecer le habia, estando ausente, guardado la justicia, quiso acostarse al punto; pero algunos criados que vinieron con él, pidiendo de cenar, se quedaron allí. Silvia, aunque ya estaba con Ascanio, oyendo esto, temerosa (segun puedo creer) de que no encendiesen para la cena lumbre que descubriese nuestro daño, mandó que se les diesen algunas cosas con que sin gastar fuego se entretuviesen hasta el día; mas ellos replicando, dieron quejas, de suerte que, entendidas, su esposo dió nueva órden, y tomando el cansancio por achaque, mandó que los asasen unas postas de venado; con que, sin dilatarlo, aplicando gavillas y manojos, en un instante me ví lleno de chispas, humo y llamas. Este peligro tan ajeno de remedio me privó de sentido; y así, desesperado, determiné el último trabajo, arrojándome á morir en las manos de mi antiguo contrario ántes que á las horribles de aquel fuego; y queriéndolo ciego poner por obra, el cielo, que aun no del todo me habia desamparado, permitió que al sacar la espada de donde la habia encajado, con el desatamiento mio, poniendo más fuerza de lo que era menester, se arrancase un ladrillo; por donde viendo la claridad de la luna, ofreciéndoseme otro remedio, mudé de intento; y no obstante que abajo se habian con el impensado golpe alborotado los criados, le proseguí, deslaciendo con gran facilidad gran parte del tabique, por quien saltando á los tejados, animándome las voces que ellos daban diciendo: Aquí está el matador que busca la justicia, los dejé en su engaño, atravesando mil azoteas y terrados, hasta que, hallando esta ventana, me arrojé, como visteis, á vuestro amparo.

Aquí, viendo ya el fin de tan extraño caso, admirado Gerardo, agradeció con nuevos lazos la cortesía del contárselo; y alentando al amigo con razones discretas, procuró aconsejarle lo más importante y ménos peligroso, rogándole desistiese de empresa á quien los mismos cielos contradecian con tan notables dificultades. Y pasando lo restante hasta el alba en tales pláticas, Claudio con mejor parecer determinó su vuelta; y así, ántes de ser sentido, saliendo Gerardo en su compañía hasta la aldea cercana, despidiéndose amigablemente, partió á Granada; y la siguiente tarde, embarcándose nuestro caballero, navegó con favorables vientos la vuelta de levante. Iba en parte contento, considerándose, despues de sus trabajos increíbles, libre y seguro de tan grandes contrarios; si bien la memoria del miserable y desastrado fin de Lísis templaba esta alegría.

Era el suceso digno de mayor sentimiento; y así, no es mucho que sus congojas se mezclasen aun en los mayores gustos.

De aquesta suerte, y á veces revolviendo en la triste fantasía la innumerable cuenta de sus desgracias, y ya esperando que con dejar así la propia patria cesarian de seguirle en el ajena, procuraba Gerardo engañar el prolijo cansancio del viaje y las incomodidades de la navegacion, en quien dentro de breves horas, alejándose del puerto, se engolfaron la derrota de Italia.

Iban así el patron como los oficiales y pasajeros generalmente alegres, porque la bonanza del tiempo aseguraba su más fácil jornada; y así, cuando con nuevos y lucientes rayos bordaba el sol de varios arboles aquel hermoso lienzo de cristal, se hallaron más de sesenta millas de la costa que dejaban.

Tienen los casos de nuestra fragilidad humana tan inciertos sus fines como mal segura la estabilidad de su firmeza: desengaño fiel de nuestra vana confianza, y muestra verdadera de lo poco que valen y pueden las fuerzas y designios de los hombres. Reconoció bien Gerardo esta verdad, y con él sus pobres compañeros la indignacion de la fortuna y juntamente el brazo poderoso de su inconstancia; porque aun no serian las cuatro de la tarde, cuando, dando desde la gavia grandes voces, descubrió cinco velas un grumete, y no mucho despues, con grande espanto de los oyentes, volvió á replicar que eran galeotas y bajeles berberiscos. Discurrió con semejante nueva un sudor frio por los temerosos pasajeros, que trocando en pálida color la de sus rostros, los dejó casi á todos igualmente confusos; mas prevenidos con el cierto peligro, animándose los unos á los otros, y fiando en la velocidad con que, favorecido de los vientos, se alargaba el navío, dificultaban el alcanzarle y disponian lo necesario para su defensa, dando á conocer Gerardo en este aprieto á la restante compañía la nobleza del ánimo en la prontitud de su generosa y valiente determinacion. A este tiempo las galeotas, que rato habia que descubriendo la nave vogaban en su seguimiento, viéndola con ayuda del viento alargarse tanto, rabiosos de perder el buen lance y azotando las profundas aguas, pretendian con el ímpetu y furia de los remos igualar su velocidad, aunque infaliblemente fuera sin mejor fruto de su trabajo si á este punto, reprimiendo la fuerza poco á poco, no calmaran los vientos, dejando desamparada del mayor remedio á la pobre nave, á quien dieron en un instante caza, rodeándola con grandes voces y alaridos. Habian tomado los del navío otra resolucion, porque viéndose en tan impensada calma y considerando la ventaja de los enemigos, y que últimamente, por bien que á su defensa se esforzasen, á los habian de rendir ó echar á fondo, no sin sentimiento de Gerardo, que ántes quisiera morir que entregarse, amainaron las velas sin querer esperar un solo cañonazo. Con este presupuesto, luego como los corsarios lo entendieron, se arrojaron en la rendida nave, y quitando las armas á todos los que en ella venian (que con marineros y navegantes serian más de cuarenta personas), asimismo los fueron repartiendo en sus bajeles; con que en extremo alegres, habiéndose reconocido el porte ganancioso de la nave, dándola cabodas reforzadas galeotas, trataron de dar la vuelta á Berbería. Eran los cinco bajeles de á veinte y dos y á veinte

y cuatro bancos, los tres de Ferru arráez, turco de nacion, y los restantes de Ali Mami, renegado griego; los cuales, sin el presente lance, habian hecho en el mismo viaje otros muchos de cautivos y ropa en la costa de España; con que por no caber debajo de cubierta, ó por otra más contingente causa, hubieron de dejar á un lado de la popa, si bien amarrados á una gruesa cadena, á Gerardo y á otros cuatro ó seis que cupieron en suerte á una de las galeotas en que iba el mismo Ferru arráez; haciendo á nuestro caballero (cuya agradable presencia y mejor hábito le llevaba más inclinado) muchas y diferentes preguntas, de quien alborotado, le interrumpió una grande algazara que así turcos como renegados y moros levantaron de improviso, diciendo que los remeros cristianos se querian alzar con el bajel. Acudió en un punto despavorido á remediar este rumor el arráez, resultando de este impensado origen el lastimoso fin que ahora oiréis; que para mejor declarar la bárbara crueldad con que son tratados de aquellos infieles, y por ser el tormento primero que en este cautiverio afligió el corazon del buen Gerardo, quiero escribir con más particularidad el principio y fundamento que tuvo.

Habian con el gusto de la nueva presa licenciado los bárbaros soldados á la misera clusma, fatigada del continuo logar, y más del apretón que dieron alcanzando la nave; y estando en aqueste reposo, un cristiano remero halló que le faltaba uno de los turbantes que con otra ropa le habia encomendado un turco para que le guardase, como todos lo hacen, y es costumbre encargar al cristiano que boga junto á su lugar y bancada; de que turbándose el miserable hombre, temiendo no le diese el turco de palos, revolvió cuanto por allí estaba, buscándole; mas visto que de aquella suerte no parecia, acrecentándose su temor, rogó á los cristianos que asistian cerca de su banco que, pasando la palabra, juntamente diesen de mano en mano el que le quedaba para ver si entre los demas compañeros habia quien hubiese halládose el otro que faltaba; y haciendo aquesto con toda simplicidad y sin malicia alguna, acaso advirtió en ello un renegado, y avisando á otros turcos y moros, con la sospecha y recelo que les ocasionó, dando voces comenzaron á decir se alzaban, porque el turbante que pasaba de mano en mano era la contraseña de su intento; alborotándose los demas de tal manera, que dieron causa á que el arráez, llegando de tropel, sin esperar mejor razon y cerrando él y todos aquellos infieles las orejas á las disculpas claras y evidentes que los pobres cristianos les daban, como rabiosas fieras arremetieron al desdichado cautivo que buscaba el turbante, y por más que con piadosos ruegos les pedia le oyesen y reparasen en su inocencia, le arrebataron, y desnudándole, al momento le ataron las manos atrás, y poniéndole á los piés una disforme piedra, ligado con una sogá y haciendo las tres ostas la entena en cruz y la pena á la mar, alzándole por una polea en el aire, le dieron tantos y tan terribles tratos de cuerda, que le descoyuntaron los miembros, los nervios y los huesos, dejándole últimamente desmayado y casi muerto; siendo el cristiano en aquellos tormentos tan hourado y constante, que por más preguntas que le hicieron para entender los cómplices y modo de la conjuración, nunca los fieros y cruelísimos golpes pudieron obligarle á que

dijese más de la verdad; ántes llamando siempre en su favor y ayuda al piadoso cielo, daba valientes voces, diciendo con maravillosa libertad que era maldad y testimonio, y su imaginacion perjura y falsa; pero aprovechó todo esto poco para que, siendo creído, los turcos ablandasen sus duros y empedernidos corazones; ántes, ménos que nunca satisfechos, hicieron tambien desnudar á cuantos forzados venian en la galeota, y poniéndolos en la crujía tendidos de popa á proa, con nuevos alaridos y algazaras, hundiendo á veces los vecinos mares, comenzaron con rebenques doblados á darles fieros y cruelísimos azotes; y queriendo, despues de bien cansados los verdugos primeros, renovar otros el mismo sacrificio, mirando un turco acaso el lio de su ropa, halló en él el turbante que buscaba el desdichado cautivo, á quien asimismo habia hecho guarda y custodia de su hacenduela, mezclándose con ella, al entregársela, la prenda que era la causa del presente infortunio; con que reconociendo la inocencia de los cristianos, dando voces para que lo soltasen, se metió en medio dellos diciendo la ocasion y publicando que ni el primero que atormentaron ni los restantes tenian alguna culpa, y así, á gran fuerza, con estas y otras semejantes razones, en que daba á entender ser ignorancia, y no señal de alzarse, la desgraciada accion del triste forzado, pudo quietar el ánimo indignado de sus compañeros, que ya volvia á deshacer con más fieros azotes y palos los miserables cuerpos de los cautivos cristianos. Triste y horrendo espectáculo, digno por cierto de más que humana compasion, y que en el tierno pecho de Gerardo hizo tan lastimoso efeto, que sin poder reprimirse, hilo á hilo derramó de sus ojos muchas lágrimas, temblándole el animoso corazon con la consideración de verse en poder de tan infernales enemigos; en cuya bárbara compañía remolcando la nave con sus galeotas, y todas guarnecidas de flámulas, banderas y gallardetes, enderezaron á la ciudad de Argel, adonde el día siguiente llegaron sin contraste alguno; y apenas sus empinadas proas tocaron en el muelle, cuando abriendo y levantando las cubiertas, comenzaron á sacar un número infinito de cautivos de diversas partes y provincias, así hombres como mujeres, niños, viejos y mancebos, y aun muchas tiernas y delicadas doncellas. Quedó pasmado con tan desconsolada vista nuestro caballero, y más lo fué viendo cómo llorando se abrazaban los unos á los otros; porque, como venian debajo de cubierta y en diversos bajeles, no se habian visto ni hablado desde que fuéron cautivos hasta aquel punto, que como atónitos y sin sentido, mirando los innumerables turcos y moros que habian concurrido á la ribera y puerto, y pasmados con la tremenda y no pesada vista de aquella ladrонера y carnicería de cristianos, comenzaron un sordo y doloroso llanto, acrecentando sus gemidos y el tierno sentimiento de Gerardo la partija y division que poco despues y en medio de aquel muelle hicieron dellos, apartando los hijos de los padres, y á aquestos de sus hijos. Allí daba suspiros la querida mujer que la dividian del desdichado esposo, y la desconsolada madre abrazándose de sus tiernos polluelos, tanto más miserables cuanto ménos sienten y conocen su desgracia, colgando los unos de los amorosos pechos y los otros de los brazos, y algunos como medrosos corderillos asidos de sus ropas, dando profundos gemidos y el último

beso y abrazo á aquellas caras prendas de sus entrañas, veían, sin poder resistirlo, ausentarlos con bárbara crueldad de sus cansados ojos, quedándose como mudas estatuas, sin saber adonde volverlos á ver, ó si jamás tornarían á gozar aquellos dulces despojos de su alma, que por tan diferentes partes y regiones los dividían y apartaban. No sé cómo, considerando tan extraordinaria desventura, será posible que haya lengua y pluma que se esfuerce á escribirla con más largo dibujo ó relacion: yo confieso que á mí me falta el ánimo, y que si el haberme empeñado prometiendo esta segunda parte no me obligara, fuera por demas el pasar adelante prosiguiendo tantos y tan lastimosos sucesos como pasan por el desdichado Gerardo, el cual, esperando á esta hora correr la misma suerte, no tardó mucho espacio en quien, cayendo la del llevarle al propio arráez, con el dolor y desconsuelo que se puede pensar fué enviado á su casa, juntamente con otros muchos que de su parte tuvo.

Hábíale al bárbaro dueño agrado su gentil presencia; con que prometiéndose della que sin duda era Gerardo hombre de calidad, asimismo aseguraba su mayor rescate, ó por lo ménos su mejor salida; porque como esta es su granjería y ganancia, aun de menor demostracion suelen los turcos hacer mayores máquinas, fingiendo, aunque estén informados de lo contrario, que tienen por cautivo al hijo de un gran príncipe ó señor de España; y así, los que á estos compran sus esclavos lo primero que hacen es informarse de quién es, qué sér tiene, qué calidad, qué hacienda y qué arte y oficio; y aunque algunos, advertidos, les niegan su nobleza, no les basta; porque averiguando si acaso estaba el día de su cautiverio bien vestido ó si traía un buen sayo ó capa negra, por muy corta que sea la informacion queda bautizado por heredero de un título; y lo peor es que muchos, no siendo más que unos pobres oficiales, si por su desventura fuéron, como tengo dicho, cautivos en un razonable hábito, pasan por el mismo camino; porque luego los llaman y dicen que ya están bien informados y satisfechos de su calidad, y saben que son unos caballeros muy principales, sobrinos del duque, conde ó marqués que primero les vino á la memoria, y que así no es menester encubrirse ni negarlo; y juntamente les echan luego una gruesa cadena ó buenos grillos, con que no se pueden mover de un lugar. Y si viéndose en tal estrecho, los míseros esclavos les responden afirmando y protestando que se engañan, y diciendo la verdad de su poco sér y valor, y cómo no son más de unos pobres hombres sin remedio, hacienda ni parientes, nada desto les vale ni aprovecha; ántes tanto más se obstinan y endurecen, embriagándose de furiosa cólera, de manera que á pesar suyo y de cuantos dijeren otra cosa han de ser quien ellos han pensado; con que de aquella suerte muchos quedan imposibilitados de libertad, porque ni tienen ni alcanzan fuerzas para pagar el precio de su vana estimacion; en la cual confirmados de la forma que he dicho, no tienen vergüenza aquellos bárbaros de enviar á muchos mancebos pobres á Constantinopla, presentándoselos al Gran Turco y á sus bajaes, y á otros señores, reyes y príncipes de tierras muy remotas y apartadas, diciendo que les envían hijos de títulos, caballeros ó capitanes de gruesísimos rescates, como en estos días del cautiverio de Gerardo suce-

dió, enviando el sultan y rey de Argel á tres pobres que cautivaron en unos vasos ragucesos, de nacion el uno español y los otros dos flamencos, á su patron el general del Turco, con títulos de grandes y señalados personajes; si bien luego allá se entendió la burla y se los volvió á remitir á Argel, diciéndole por una carta que, pues aquellos caballeros eran tan principales y de poderosos y ricos rescates, los procurase el Sultan redimir y le enviase el dinero: donaire que le tuvo largos días extrañamente afrentado y corrido; aunque á otros cautivos no les sucede tan dichosamente, pues con esta diabólica invencion y vanidad vienen á quedar alejados de sus patrias con un destierro eterno, porque admitidos en el título que llevan con la opinion y fama de su gran calidad, á la hora los encierran en los baños, prisiones ó torres del mar Negro, de donde jamas salen; ántes acosados del peso intolerable de las cadenas, hambre, miseria y hedores infernales, y adonde ninguno los puede conocer ni remediar, acaban sus tristes y cansados días. No corrió por tan infeliz suerte nuestro caballero, si bien no dejó en parte de gustar los desabrimientos y aflicciones que en ocasiones tales atormentan los nobles y generosos ánimos; porque la noche de aqueste amargo y triste día fué igualmente encerrado con los demas compañeros en una oscura y tenebrosa mazmorra, en quien estuvo hasta la siguiente mañana, acompañado tanto de inmundos y asquerosos animales cuanto de tristes y lastimosos cuidados, ya considerando el bárbaro rigor con que empezaba á ser tratado, y ya reconociendo que si decia quién era le habian de encarecer y subir á tan terrible suma su rescate, que fuese imposible el pagarle; con que determinando por entónces disimular hasta más apretada coyuntura, cuando más afligido le tenían aquestos pensamientos, abriendo la mazmorra, fué sacado della, y finalmente llevado á la presencia de su nuevo señor, á quien halló viviendo en unos altos y hermosos aposentos, si bien limpios y desocupados de homenaje y alhajas de casa, porque fuera de que ni las tienen ni las usan generalmente entre los más ricos y principales moros, todos sus muebles, adornos y aderezos se vienen á resolver en un lecho de muy pocos colchones, cuatro sábanas, dos frazadas ó paños, dos cabezales ó cojines, tres ó cuatro camisas por persona y otros tantos zaragüelles, un par de tobajas, tres lenzuolos, un alcatifa ó dos, y otras tantas esteras en que se asientan, comen y duermen; un par de turbantes el varon y otros tantos tocados á su modo la mujer, y un par de cortinas hechas de diversas piezas y retazos de seda baja, que cubren las paredes de la cuadra en que de ordinario asisten, con un par de almohadas para sentarse. Y todo esto, como arriba advertí, tienen y poseen los que presumen de muy poderosos y soberbios; porque los demas se tratan como bestias, con ánimos y corazones apocados y míseros.

En efeto, Gerardo, habiendo hecho á su arráez una humilde y profunda reverencia, arrimándose á un lado de la cuadra, esperó lo que su dueño le queria, de quien poco despues en razonable castellano fué preguntado quién y de adónde era, diciéndole: Cristiano, desde la hora que cautivaste tuve propósito (aficionado de tu buen tallo) de quedarme contigo, si bien por traer á ejecucion este gusto me fué fuerza dejar en cambio dos

cautivos : pienso que en hacerlo así no habré errado; porque si tu honrada presencia y el adorno y gala de tu hábito no me engaña, sin duda tú debes de ser algún caballero principal; y si esto es como imagino, harás mal en negármelo, porque, fuera de ocasionar mi indignación, serás tú mismo causa de que yo te haga padecer ó bien amarrado á un banco de mis galeotas ó en otros más crecidos y enojosos trabajos. Esto he querido advertirte para que, no ignorando mi voluntad, sepas aprovecharte della, tratando en esta conformidad de tu rescate; y digo en tal conformidad, porque no del todo se me encubren tus partes, pues una maleta que venía en el navío y que, según el patron y compañeros que contigo venían han confesado, es tuya, con las joyas, preseas y vestidos de valor que en sí encerraba nos ha dado bien claras muestras desta verdad, asegurando la nobleza y calidad de su dueño; no obstante que también se hallaron en ella muchas cartas y diversos papeles, en quien no tan solamente te aprecian y significan por hombre noble y caballero de grande estimación, sino que asimismo declaran tu propio nombre y apellido, llamándote el Español Gerardo.

Quedó, cesando aquí el Ferru arráez, suspendido el triste caballero, conociendo en la extraordinaria diligencia su astucia; y así, visto cuán por demás sería encubrirse, no quiso ni se atrevió á negarle la verdad; aunque desta quitó lo que mejor le pareció, informando á su dueño largamente de su vida, y en fin su prolija prision, de quien los papeles que había hallado hacían particular mencion, pretendiendo darla por no poco suficiente causa para hallarse así él como sus deudos demasiadamente pobres y gastados; pero en conclusion le dió esperanzas de que, sirviéndose de venir con él á un razonable concierto, procuraría que en España se remediasse : cosa de que mostrando alegrarse el turco, le replicó que él quedaba satisfecho de su resolución y que despues se trataría del precio; y luego haciéndole sacar pan blanco y una grande aljufaina de cofaz, frutas y alcuzcuzu, le mandó que comiese, y asimismo que dos prácticos cautivos le sacasen á la tarde por la ciudad para que la viese. Estaba con tan nuevo agasajo admirado Gerardo, y pareciéndole, según había oído, cosa muy fuera de la costumbre y trato de aquellos infieles, no acababa de dar por tan señaladas mercedes gracias humildes al piadoso cielo; y pudiera aun con más razonable admiracion estimar este nuevo y singular proceder si bien supiera entónces el camino por donde la inefable bondad y sabiduría de Dios gobernaba sus cosas, y el modo con que aquel bruto ánimo de su patron, con muestras tan contrarias á su sanguinaria condicion, se le inclinaba favorable y propicio. ¡ Oh inestimable Providencia divina! ¡ Por cuán varios acaecimientos vienes á sacar copioso fruto del más agreste é inculto árbol, flores hermosas del erizado espino, contrayerba y antídoto del eficaz y mortífero veneno! ¡ Y por cuán extraordinarios rodeos traes, cuando es tu voluntad, su remedio al obstinado pecador, consuelo al miserable y afligido, y al sobre todos triste y desventurado cautivo la deseada libertad! Conocerá el más ciego la fuerza desta verdad y el brazo poderoso de tu invencible fortaleza en el admirable y peregrino suceso que tenemos presente, para quien desde luego estos renglones míos le convidan.

Tenia aqueste bárbaro cosario en diversas mazmorras, baños y labranzas más de trescientos cristianos repartidos, y dentro de su casa casi otros ciento, los cuales, oyendo el piadoso agasajo que su patron había usado con Gerardo, rodeándole por uno y otro lado, no se cansaban de mirarle, ni ménos de preguntarle la causa de tan extraña novedad; porque, como la experiencia larga de su costumbre indómita los tenía á todos tan lastimados, no se persuadian ni acababan de creer que lo que hacia era sin particular misterio. Estos y otros semejantes extremos ponderaban con nuestro cautivo caballero los demás cristianos, y entiendo que aun en todo no salian de los límites de la razon, porque sin duda, no digo semejantes caricias, pero ni una palabra que trujese consigo olor de humanidad, cautivo alguno se la había entendido de su boca, ni ménos él solía, aunque lo deseara, dar á entender al que se había de rescatar, su gusto; porque ántes suelen fingir aquestos lo contrario, mostrando por el mismo caso que aborrecen lo que mucho desean : todo á fin de que les echen rogadores, y que así haya ocasion para más entenderse, alargando la estimación de su precio, el cual si no le admiten y prometen, luego les doblan las cadenas y hierros, acrecentando sin comparacion sus trabajos y tormentos.

Parecía, según esto, cosa repugnante al fiero natural de su cruel dueño, y así, no me admiro de que la exagerasen con tan particular ponderacion, y mucho más cuando poco despues entendieron se le señalaba para albergue un razonable y bien acomodado aposento, y que este á su modo se le componian y aderezaban.

El día siguiente, habiendo comido, mandó el Ferru que dos cristianos, á quien él tenía señalados, saliesen con Gerardo, llevándole á ver lo más notable de la ciudad; y juntamente, haciéndole desherrar, le hizo volver, para que mejor se adornase, algunas cosas de las que se le habían quitado; con que aumentándose en los pobres compañeros la confusion y espanto, lo ménos que algunos llegaron á juzgar de aquesta novedad, fué que sin duda el arráez, aficionado de su gentil presencia, queria con aquellas blanduras obligarle á que, dejando la verdadera ley de Jesucristo, abrazase los desatinados errores de la suya; si bien otros más cuerdos, no arrojándose tan temerariamente, remitian al tiempo el suceso de tan exagerados sentimientos. Salió pues Gerardo, no poco destos favores alentado, con sus dos compañeros por la ciudad, de quien (habiéndola con cuidado particular considerado y visto) pudo, así de su forma, sitio y edificios, como de sus moradores, trajes y diferencias de gentes, hacer en su memoria una breve y sucinta descripcion, que para mayor entretenimiento y gusto del lector me ha parecido no pasarla en silencio.

La ciudad de Argel, principal lugar de Berbería, tanto como famosa en lo restante de la tierra, tendrá de vecindad trece mil casas, á quien abraza una fuerte muralla, cuya forma y modo es de un arco de ballesta con su cuerda. Su frente á tramontana, como tambien su muelle y todas las puertas fronteras, azoteas y corredores. Las espaldas (que viene á ser el arco arriba dicho) están arrimadas á una cuesta áspera en partes, si bien poco fragosa en otras muchas; pero en forma

que, como van subiendo por el cerro las casas, así van levantándose unas sobre otras, de suerte que las primeras, aunque grandes y altas, no impiden á las últimas la vista. La cuerda deste arco figurado viene á ser lo más bajo de la ciudad, que por aquí se acerca tanto al mar, que rompen y combaten sus olas con furor en las murallas. Allí va poco á poco metiéndose en el agua un espolon que la naturaleza crió sin artificio para que en él comenzase el muelle que Cheredin Barbarroja hizo, formando con mayor seguridad el puerto y juntando con un hermoso terraplano la pequeña isleta vecina á la ciudad.

Es toda aquesta cerca de cal y canto, firmísima y estable, almenada á lo antiguo, y su altura de treinta palmos; si bien por la parte del mar, como fundada en altas peñas, es mucho mayor su elevacion y grandeza. El grueso será de tres varas y más; ultra de aquesto, sobre el terraplano que ataja la distancia que hay entre la ciudad y la isleta está otro fornido lienzo de muralla, que tendrá en longitud trecientos pasos. El fin para que esta contracerca se fundó fué para mejor impedir de las voraces ondas el ímpetu soberbio, que por aquella parte con espantosa fuerza quiebra y bate cuando vientan maestresales y ponientes; y asimismo para que no impidiesen el pasaje á los muchos tratantes que andan ordinariamente sobre el seguro muelle. Tiene la ciudad nueve grandiosas puertas, y sobre ellas y lo restante de los muros gentiles torreones y caballeros, en quien hay de ordinario artillería; si bien no pende dellos la principal defensa, porque esta solo consiste en tres fortalezas ó burgios que los turcos han hecho; el primero junto á la nombrada puerta de Babalvete, fundacion de Ochali, y el segundo, en una levantada montañuela no lejos del Alcazaba, lízole Mahamet bajá, y el último y tercero junto al mismo lugar en quien el glorioso principe y emperador Carlos V plantó en la infeliz jornada su pabellon cuando puso á aquella sentina de ladrones cerco, si bien famoso, desdichado por el adverso fin que tuvo. Aunque así esta fuerza ó castillo como los demas tienen muchos defectos y padrastrós.

Entrando en la ciudad, todas sus casas, así las opulentas y grandes como las pequeñas y humildes, tendrán el referido número, porque el circuito no es muy anchuroso, demas que no hay alguna con segundo patio. Son las calles tan estrechas y angostas, que apenas puede pasar á caballo por ellas un hombre, y á pié que vayan dos juntos es imposible, excepto en la del Zoco, que es la principal que la atraviesa; y en conclusion, toda la ciudad está tan apiñada, y las calles tan enredadas y y torcidas, que más parece laberinto confuso que habitacion de humanas criaturas. No tienen en las casas ventanas ó balcones que respondan y salgan á la calle, porque el recato de sus mujeres y hijas ni se las deja usar ni las permite. Sus habitantes son turcos, moros, renegados y judíos, sin el más crecido número, que es de cristianos cautivos, que á veces pasan de veinte y cinco mil: ¡suma espantosa!

Los naturales (si bien hay parte de buen color) los más son loros, y todos de razonable proporcion. Las mujeres comunmente tienen blancos y hermosos rostros, y muchas de maravillosos talles y gallardía; vis-

tiéndose así estas como aquellos conforme á su calidad (ó por mejor decir, hacienda), ya de lienzos teñidos, paños de colores, tafetanes y sedas, y ya de terciopelos y damascos. Todo lo cual, en suma, viendo nuestro Gerardo, y juntamente advirtiendo con entrañable descontento en los innumerables cautivos que, arrastrando largas y gruesísimas cadenas y ejercitando oficios viles, cubrian aquellas calles, puertas y plazas, no pudo dejar de enternecerse, considerando que por nuestros pecados el cielo permitía con tan durables siglos permaneciese aquel asilo y cueva de co-sarios, de quien ha recebido la cristiandad tan graves y continuos daños.

En todos los pasados tiempos fué notada de infame Africa, tercera parte del mundo, adonde cae esta infiel y bárbara poblacion, como dan testimonio cuantos cosmógrafos y autores escribieron della. Y la causa es porque la misma propiedad de su cielo y la naturaleza y calidad de la tierra fué siempre de tal suerte, que parece no tiene otra virtud y sér más esencial que para producir espantosos monstruos, feroces animales, pestilenciales serpientes, mortíferos y eficaces venenos; y así, por ser su aire tan nocivo decia Lucano que los hombres habian de vivir apartados y lejos de tal tierra, en quien se crian los soñolientos áspides, la escamosa emorrois, la inconstante quersidros, la pintada céneris, la arenosa amodites, la descoyuntada ceráste, la seca dípsas, la escítala, que en el invierno se despoja, la pesada anfisibena de dos cabezas, los grandes y ponzoñosos dragones, y finalmente, el basilisco matador, rey y monarca de aquestos fieros y espantosos vestiglos, que no son ni fueron engendrados sino para daño y ruina de la naturaleza humana.

Destá manera pues será forzoso que los hombres nacidos debajo de tal constelacion y participando de su calidad y propiedades naturales sean bárbaros, incultos, groseros é inhumanos, y por la misma causa miserables y sobre todos los nacidos desdichados aquellos que no tan solamente los tratan y comunican, más son juntamente sus esclavos y siervos. Con que puede quedar bien excusado cualquiera sentimiento ó flaqueza de nuestro caballero, considerándose en su poder y voluntad. Consolábanle los dos cautivos que le servian de guía; y él, agradeciendo su buen ánimo, procuraba lo más que era posible disimular su tristeza y disgusto, divirtiéndose en mirar los diversos trajes, diferencias de hombres y desigualdad de colores que á cada paso se le ofrecian á la vista, hasta que, llegando al Zoco, que es la principal calle de toda la ciudad, en medio della halló unas grandes locas cubiertas y manchadas de reciente sangre; de que maravillado, preguntando á sus compañeros la causa, no sin abundancia de lágrimas le respondió el uno de los dos que habia tres dias que el Sultan y Virey mandara arrastrar á un valiente cristiano español y vecino de Toledo á la cola de un caballo cerril, haciéndole despues dar la más cruel y horrenda muerte que pudo imaginar bárbara furia, y tal, que eternamente quedaria su inhumanidad en la memoria de cuantos la entendieron y fueron de su rigor testigos. Enmudeció oyendo cosas tales el piadoso Gerardo, y con notable lástima le dió á entender que gustaria infinito de saber aquel caso, y juntamente (si no lo tuviesen por trabajo) el origen y

ocasion que tuvo tan sangriento espectáculo. A todo lo cual queriendo de conformidad satisfacer los compañeros, para más sin cuidado ejecutarlo, poco á poco les pareció salirse al campo, adonde recostándose en una peña, el que primero habia dado noticia del suceso así le comenzó á referir :

No quiero, noble amigo, que vos ni otra persona que de mi pecho oyere aquesta historia me agradezca el pequeño trabajo de contarla; porque para tenerme por muy satisfecho bástame la causa y el motivo que dará siempre que la dijere, para ensalzar con entrañable afecto las grandiosas maravillas de Dios y sus incomprensibles juicios, pues con espantosa admiracion parece que resplandecen particularmente en las acciones y obras de este felicísimo y excelente varon; á quien habiéndole primero sacado por increíbles medios de machos y mortales peligros en que totalmente se vió perdido en el discurso de su vida, últimamente por iguales rodeos, mostrándonos la fuerza poderosa de su predestinacion, fué traído á tan dichoso fin; en quien para mayor exaltacion de nuestra santa fe, confusion y afrenta de la morisma, permitió su divina Majestad se viesen juntas la constancia y el valor de los antiguos mártires, el desprecio de las temporales riquezas, y finalmente, de la vida, que tanto deseamos y procuramos conservar.

En el año de seiseientos y tres Jafer bajá, sultan ó rey que fué desta ciudad, cautivó un famoso y valiente hombre temido en este mar, tanto como espantoso en sus vecinas costas. Era de nacion español, castellano y natural de la imperial Toledo, llamado Fernando Palomeque, que es el mismo de cuya gloriosa y feliz muerte voy hablando; el cual vino á su miserable esclavitud en la forma siguiente :

Habiendo halládose en su tierra y ciudad en la muerte de un ministro de justicia, viendo la que hacian de los cómplices que pudieron ser presos, deseando escapar del mismo aprieto, puso tierra en medio, acogién dose al reino de Valencia, donde, ya más entrado en edad, con los años trocó la condicion; y no faltándole ocasion á su modo, finalmente se casó en un lugar pequeño vecino al Grao, en quien con alguna hacienda que le dieron en dote trató de armar un bergantin de catorce bancos, con quien, acompañado de algunos esforzados hombres que seguian el corso, comenzó á entrar por todas las costas de Berbería, haciendo en ellas notables daños á los moros; y era el valeroso Palomeque tan atrevido y osado, que muchas veces solia, en desembarcando de noche en este puerto, llegar hasta la mismas puertas de la ciudad, debajo de las cuales se llevaba algunos moros, que (como es ordinario) se recogen á ellas para dormir con más abrigo y seguridad; y aun á veces le sucedió dejar en la famosa puerta de Babalvete, que es la que mira al muelle, enclavado su propio puñal, que hallándole á la mañana los turcos, sin mejores señas presumian luego el dueño de la hazaña: tal era la satisfacion que de su animoso corazon tenian. Por lo cual vino á hacerse su nombre temido y espantoso en estas playas, y tanto, que cuando las moras querian acallar sus hijuelos les decian para atemorizarlos, en su lengua, *Aceute caychi Palmeque*, que es lo mismo que calla ó vendrá Palomeque.

Prosiguiendo pues en el oficio de cosario, á los primeros meses de invierno y en el año que arriba tengo dicho salió del Grao y playa de Valencia con su antiguo bergantin y otro que ya con las ganancias y granjeria del corso habia puesto en órden, armados de valientes soldados y muy buenos remeros, como siempre lo tenia de costumbre, maquinando en su atrevido pensamiento de qué suerte ó manera pudiese en aquel viaje emprenderse un hecho digno de su valor; y así, con este intento haciéndose al mar, y pareciéndole que, conforme el arte y buena razon de los cosarios, entrado ya el invierno estarian recogidos en Argel; teniendo favorables vientos y no siendo la travesia de Valencia aquí más que doscientas y cincuenta millas, en ménos de tres dias, buscando coyuntura, llegó Palomeque con sus dos bergantines á vista de Berbería, donde tomando una noche lengua cerca desta ciudad como una legua á poniente, cautivaron un moro, de quien supo cómo en el puerto estaban muchos navios de cosarios desarmados, así galeotas como bergantines; con que haciéndosele fácil el poner por obra en tan buena ocasion su determinado propósito (que era entrar en el muelle y quemar los bajeles), luego sin dilacion, apartándose con sus más aficionados compañeros, les consultó su intento; y hallándolos del mismo parecer y voluntad, en siendo media noche, teniendo aquella hora por más acomodada y conforme á sus designios, porque los moros estarian en ella descuidados, puso las proas de sus bergantines en Argel, y sin ser sentido entró con maravillosa osadia por el puerto, de suerte que llegó á poner los espolones sobre las galeotas enemigas, arrojándose entre infinitos bajeles turquescos que estaban aferrados al muelle. Ya en esto cada cual de sus honrados compañeros estaba de lo que habia de hacer advertido; y lo más esencial de la órden era lo siguiente. Habia tratado Hernando Palomeque con sus soldados que tuviesen gran cuenta con arrojar fuego á todos los navios, para cuyo efecto los entregó mucha cantidad de alcancías y otros materiales semejantes, de que venia copiosamente prevenido, y que él mientras esto se ejecutaba, saltando en tierra con su presteza acostumbrada, caminaria hasta el bastion y puerta de la ciudad que por aquella parte sale á la marina; en quien, por más señalada muestra de esfuerzo, queria dejar fijado, como otras veces, su puñal; en que sin duda se ponía á terrible riesgo, por los turcos que de continuo hacen toda la noche guarda así en el muelle que habia de atravesar como en el bastion y puerta adonde se disponia á llegar. Con este presupuesto saltó el animoso toledano en tierra, y caminando con peregrina audacia al torreón, dió con su daga en él tres fuertes golpes, dejándole últimamente clavado en las herradas tablas de sus puertas. Entre tanto los compañeros arrojaron con brevedad y priesa gran parte de las alcancías llenas de pólvora dentro de los bajeles berberiscos; si bien fué su ventura tan estrecha, que por mucho que en ello trabajaron, jamas el fuego quiso pegar en los navios; lo cual considerado por algunos cristianos, saltaron en las mismas galeotas, haciendo lo posible por quemarlas; y estándose ocupando en esta obra aun con poco ó ningun fruto, los turcos guardas del muelle y del bastion y algunos moros que dormian en los bajeles, despertando, reconocieron los cristia-

nos y asimismo el intento que ejecutaban, y por tanto comenzaron á apellidarse, dando voces á la ciudad; con que en un punto se levantó así dentro como fuera terrible estruendo y espantosos alaridos. A este tiempo Hernando Palomeque volvía ya de la puerta, y oyendo las voces de los turcos y moros, llegando á sus soldados, los comenzó á animar para que no desistiesen de la empresa y perseverasen en poner el fuego; el cual, no sin espanto y admiracion de todos, nunca quiso arder ni pegar; con que rabioso por semejante acaecimiento, sin ponerle temor los infinitos bárbaros que acudian, con la espada en la mano se arrojó en los primeros, y satisfaciendo parte de su enojo con la muerte de dos ó tres guardas del muelle, sin daño alguno se acogió á sus bergantines, y viendo que de todas partes tocando al arma, acudian muchos moros, no queriendo esperar más, mandó que se hiciesen á la mar. Desta suerte se salió Palomeque del puerto, alargándose á boga arrancada, mas tan disgustado y pensativo, que habiendo caminado como cincuenta y tres millas, se dejó estar, con voluntad y ánimo (según él despues nos contaba) de volver al cabo de tres dias con la misma empresa. En tanto que estas cosas pasaban, fué avisado el Sultan del suceso; y así, aunque de noche, hizo al punto llamar cinco cosarios, á los cuales mandó que sin tardanza fuesen por todas partes en seguimiento de los bergantines y procurasen (si bien fuese necesario arrestar sus fuerzas) no volverse sin ellos. Hicieron en oyéndole la voluntad del Rey los cinco arráeces, y armando sus galeras, uno tomó la vía de levante y otro la de poniente, otros dos se alargaron tramontana, y el último salió greco ó nordeste; y como llevaban buena chusma y mejor deseo de encontrar los cristianos, caminaban con extraña velocidad. Los cosarios á quien cupo la vía de tramontana ó norte, que es el camino derecho de Valencia, bogaron tan furiosamente, que ántes de medio día descubrieron los dos bergantines, que ya tambien habian visto sus galeotas, y sospechando lo que ser podia, comenzaron á huir, y los turcos, por el consiguiente, á seguirlos y darles caza más de cuarenta millas, al fin de las cuales, como las galeotas caminaban con tan grandes ventajas, y mucho más sin comparacion que los bergantines, hubieron de alcanzar el más zorrero, en quien acertó á ir nuestro valeroso español; y no siendo el entrarle dificultoso, si bien no sin heridas, muertes y resistencia, en un punto los cautivaron á todos, pudiendo entre tanto ponerse en salvo el otro bajel. Muy contentos quedaron los turcos con el buen suceso, y mucho más lo fueron cuando supieron de los mismos cristianos era uno dellos el famoso y valiente Hernando Palomeque, y el intento de su jornada; con que llenos de regocijo dieron la vuelta á esta ciudad, donde apenas llegaron, cuando, sabiéndose su cautiverio y prision, así el muelle, como el puerto y marina se cubrieron de turcos, moros y renegados, deseando ver con los ojos un hombre á quien tanto habian temido. De todo lo cual el Sultan quedó en extremo gustoso, y agradeciendo á los arráeces lo bien que habian ejecutado su deseo, mandó que llevasen á Palomeque al baño y lugar de sus esclavos; en quien el dia siguiente concurrió número inmenso de moros y muchachos á ver, como á milagro, esclavo, herrado y preso á una gruesa cadena á Palomeque.

Descaba el Sultan con gran demostracion en aquel caso hacer una notable justicia para espanto de los cristianos; y así, no dilatando su propósito, mandó que tomasen al toledano como á cabeza de aquel y otros semejantes atrevimientos, y que armando en el mismo lugar que desembarcara una horca, le enganchasen en ella por el talon del pié derecho, y que así colgando le dejasen hasta que muriese en aquel espantoso tormento, que es una manera diabólica y género cruelísimo de muerte.

Púsose en un instante por la obra este bárbaro intento con extraordinaria y general alegría de toda la ciudad, que salió á mirarlo, mas como el cielo no tenia aun determinado por entónces el fin dichoso de sus felices dias, permitió que llegando á noticia de algunos arráeces y cosarios cómo el rey le mataba, pareciéndoles cosa detestable, y consultándolo entre sí, acordaron últimamente de ir á su presencia, baciendo con él revocase sin dilacion aquella sentencia; y entre las muchas razones con que le persuadieron, la más esencial fué decirle que era uso de guerra procurar á los enemigos todos los daños, pérdidas y males que se pueden ejecutar, quemándoles las casas y bajeles y asolándoles las haciendas y campos, sin que por ello mereciesen particular castigo, y que tambien ellos hacian lo mismo, destruyendo y talando cuanto de los cristianos se les ponía por delante; y últimamente, que no convenia emprender cosa por donde los de España tuviesen razon de pagarse en la misma moneda si, como era cosa muy posible, los cautivaban á ellos algun dia; y quien más insistió en esta pretension fueron los dos cosarios que habian prendidole; con que el Rey (aunque de mala gana) hubo de mandarle desenganchar, y que le volviesen, despues de una hora que así estuvo colgado, á la prision y baño con los demas cautivos, de quien fué amorosamente acariciado, curándole asimismo un gentil cirujano que á la sazón con ellos se hallaba. Aquí estuvo despues de sano muchos dias, sin que el Sultan quisiese tratar de su rescate, si bien muchos á ruego y persuasion de Palomeque se lo propusieron; ántes por excusarse de tantos ruegos y persuasiones, en los últimos términos de su gobierno, en cambio de otros cautivos y mancebos de buen parecer que buscaba para llevar al Gran Señor y á sus privados, le trocó á uno de los alcaides que residian en Tremecen, adonde despues desto fué llevado con notable sentimiento y tristeza suya, porque como su principal hacienda, que eran los bergantines, se habian perdido, y él no tuviese mayor remedio para su libertad, asistiendo en Argel estaba su esperanza pendiente de la redencion de los cautivos que hacen la Merced y Trinidad, y juntamente en los mercaderes y amigos cristianos que aquí contratan de diversas provincias de la Europa y suelen tambien ayudar á tan piadosas obras; y faltándole este buen aparejo en Tremecen, llano es que la desconfianza de su remedio se habia de acrecentar, como en efecto fué ello así, porque apenas su patron entendió la ida del Sultan, por cuyo respeto no habia osado rescatarle, cuando comenzó á darle la más triste y trabajosa vida que se puede pensar, toda á intento que el afligido Palomeque se rescatase: cosa que ya le era tan imposible como tengo significado. Al fin, viéndose tan en extremo desconsolado y tan maltratado del patron con continuas injurias, palos, azo-

tes y tormentos, fué forzado á preguntarle el precio en que estimaba su libertad, advirtiéndole que, no obstante que él habia venido á la suma pobreza y desventura que podia llegar un hombre, si se ponía en razon, escribiría á Argel á sus amigos, y á España á sus parientes, para que todos le socorriesen y ayudasen. Lo cual entendido de su bárbaro dueño, haciéndole saber que la estimacion de su rescate eran doscientos ducados, si bien aquestos se habian de pagar sin tardanza ó remision alguna, juntamente le amenazó con una horrible muerte si en todo caso no prevenia su determinacion; con que sin osar replicarle, trató el pobre cautivo de su remedio, y por tanto escribió á todos los mercaderes cristianos y á los baños y cautivos de Argel, en quien por su valor y fama era bien conocido y estimado, dándoles cuenta particular de los trabajos que pasaba y pidiéndoles para su rescate; con que finalmente, aunque contra toda esperanza, ayudando los frailes redentores, le enviaron los doscientos ducados, que él entregó luego al punto á su cruel patron, que como vió el dinero, se puso á contarle muy despacio, y acabando, sin decirle palabra, echó mano de un nudoso baston, y arremetiendo al triste Palomeque, en un instante le dió infinitos palos, diciéndole entónces á voces: ¿Cómo, perro traidor, y estos son los dineros que yo tengo pedidos del rescate? A esto, no poco afligido nuestro cristiano, le respondió: ¿Pues cómo, señor mio? ¿No están juntos aquí los doscientos ducados que me mandaste buscar? Si no está bien la cuenta, no te a'teres; que dos ni tres que falten dejaré de suplirlos. A esto aquel infiel, volviéndole á dar con el baston, con grandes alaridos le replicó que él no habia pedidle menos de doscientos y cincuenta. Lo cual oyendo Palomeque, y juntamente conociendo la maldad de su dueño, volvió otra vez por el mismo estilo que ántes á procurar la cantidad que nuevamente acrecentaba, que habiéndosele asimismo llegado en esta ciudad, y remitido, muy contento y pensando que los trabajos de su triste y prolijo cautiverio se le habian acabado, los presentó al patron, si bien no lo hubo hecho cuando aquel infernal hombre arremetió á él, maltratándole con otros tantos golpes y puñadas, diciéndole que no le habia de dar sino doscientos y ochenta ducados, ó morir, haciendo lo contrario, en sus crueles manos.

¿Qué diréis, buen Gerardo, haria el desdichado Palomeque viéndose tan sin causa atormentar, y por otra parte considerando que aquella bestia fiera ni tenia palabra ni certeza en cuanto concertaba y proponia? Acusaba afligido su contraria fortuna, lloraba su miseria, importunaba al cielo, suplicaba á los santos, deshaciase en suspiros y rompía los vientos con entrañables y dolorosos gemidos; pero viendo que no habia otro remedio, no se atrevió á repugnar la voluntad infame de su patron, y así, volviendo á solicitar sus bienhechores, dándoles la razon de sus desgracias, con humildes ruegos movió los corazones de muchos de suerte, que en breves dias le juntaron y socorrieron con los treinta ducados; y traídos á su casa, una tarde pidió al alcaide le hiciese la carta de su rescate, porque ya tenia el dinero junto. ¿Quién no pensara que todo era acabado, y que su dueño quedara aun más que satisfecho? Pues no fué así, porque ántes sin vergüenza ninguna le tornó á decir que en conclusion habian de ser trescientos

ducados cabales el precio de su libertad y rescate, porque quien con tanta brevedad hallaba doscientos y ochenta, podia sin dificultad cumplir el referido número. Y para forzarle á conceder aquesto, le comenzó á jurar por su profeta que si no lo ponía en ejecucion le habia de quemar vivo. Cuando el valeroso Palomeque acabó de entender mal tan increíble, que aquel inhumano bárbaro ni tenia palabra, fé ni razon alguna, considerando juntamente cuánto trabajo y vergüenza le habian costado aquellos dineros, y que tenia á todos los amigos importunados, cansados los mercaderes y toda clase de cristianos cautivos con sus demandas y novedades, y finalmente, que ya no tenia de adonde esperar mejor remedio, acabando de perder la paciencia, casi desesperado, en un punto arremetió á una espada que acaso estaba en el mismo aposento, y cerrando con el patron, le dió, sin poderse defender, veinte estocadas, no cansándose de herir en él hasta tanto que cayó en el suelo, y allí acabándole de hacer pedazos, á cada golpe con furiosa indignacion le repetía: Toma dineros, perro, y satisface con aquesta moneda la insaciable sed de tu codicia.

Estaban á este tiempo, que casi era de noche, presentes á este caso dos mozos renegados, que eran del mismo alcaide, ó por mejor decir, bardajes suyos, de hasta diez y seis años cada uno. Estos, viendo matar á un señor, comenzaron á dar terribles voces; á los cuales arremetiendo Palomeque, en un instante hizo piezas al que alcanzó primero, acogidosese el compañero por los piés, aun yendo siguiéndole hasta la calle; y viendo que iba levantando la voz, con la cual convocaba á los vecinos, si bien conoció su notorio riesgo, no del todo se perdió de ánimo, ántes atravesando en un instante cuatro ó cinco calles, por la puerta que halló en la una abierta se salió al campo, y rodeando gran parte del, últimamente se acogió, sin ser de alguno visto, á un jardin del principal alcaide ó gobernador de la ciudad, en quien estaba un su cautivo por guarda ó jardinero. A este pues dió cuenta Palomeque del suceso; y considerando cuán bien buscado habia de ser, de comun acuerdo trataron que Palomeque se encerrase en una cueva que tenia hecha en lo más secreto y excusado del jardin, donde estuvo quince dias sin salir ni de dia ni de noche de su tenebrosa oscuridad, hasta que, finalmente, pareciéndole que ya estarian las cosas en mayor sosiego, no habiendo otro remedio más seguro, se determinó á huir por tierra á Oran. Era esta diligencia peligrosísima; mas al fin húbola de emprender como á la última y más forzosa salida, si bien con tan siniestra suerte, que al segundo dia dando sin pensar en unos aduares, por más que se quiso defender retirándose, y á veces arremetiendo á los que le perseguían, no pudiendo tolerar con más aliento su violencia, atropellado de un caballo, que casi le hizo pedazos el rostro, y herido de algunos flechazos, le hubieron de rendir. No muchos dias despues desta desgracia, viniendo el alarbe á quien nuestro valiente Palomeque le cupo en suerte al puerto de Sargel, lugar distante deste hácia poniente veinte leguas, se le volvió á vender á un cosario tagarin ó moro andaluz, el cual luego le puso al remo con los demas esclavos cristianos que tenia en una galeota, en quien sin dilacion, aunque tenia el rostro estropeado, fué de muchos forzados conocido, porque ántes le ha-

bian tratado y visto en aquesta ciudad, adonde ya en aquella sazón se había extendido la ocasión de su fuga. No ignoraba Palomeque el mortal peligro que tan de cerca le estaba amenazando; y así, muy pensativo y desconsolado, no sabiendo qué hacerse, temía que si la galeota venía á Argel, su muerte no se le podía dilatar; con que hubo de tomar por última resolución el enviar el resto de su industria y esfuerzo, acabando de una vez de morir ó librarse. Parece que la fortuna, jugando con este hombre, le ponía en las manos, como él pudiera desear, las ocasiones, para después desampararle en la salida y cumplimiento dellas; y así, en medio de aqueste torbellino y confusión en que se hallaba atajado, le ofreció la que ahora oiréis, que fué la postrera en quien mostró al mundo aun con más valor su crecido ánimo. Estaba Argel en aquel tiempo temeroso de que las fuerzas, gente y municiones que su majestad del rey don Felipe Tercero mandaba prevenir (para más asegurar la expulsión de los moriscos) en los más importantes puertos de España no le cayese encima; y así, una de las diligencias que el Sultan hizo para su defensa fué mandar recoger á esta ciudad todo el trigo que se pudo hallar en la comarca y otras tierras de Africa, para cuyo efeto envió orden á Argel, avisando por ella al cosario Tagarin, dueño de nuestro castellano, que fuese á la ciudad de Bona por bastimentos; lo cual ejecutando sin réplica, luego como allá llegó, cargó de trigo, mantecas y otras cosas hasta la víspera del Precursor glorioso, en cuyo día todos los turcos y moros desembarcaron, queriendo cada uno comprar particularmente para sus casas bastimentos; y no quedando en la galera mas que doce ó trece soldados, advirtiéndolo el animoso Palomeque á los compañeros, que á esta hora iban y venían del bajeel al lugar metiendo á hombros todas las vituallas que se compraron, entendiendo el descuido de sus dueños, comenzaron á hacerse señas, y después á platicar por el mismo camino la ocasión milagrosa que para alzarse con la galeota les ofrecía su buena suerte, esforzando Palomeque esta plática con tantas véras, que últimamente se hubieron de resolver, con presupuesto de poner luego como volviesen á ella en ejecución su pensamiento. Sería el número de todos los cristianos ciento y veinte, parte del rey que los enviaba y parte del bárbaro andaluz; y así, resueltos en lo que tengo dicho, al entrar con la ropa y vitualla el despensero de la galera, que de todo era consentidor, les dió cuatro alfanjes de los turcos que por su mandado tenía guardados en lo más bajo y secreto de la despensa, y quien no pudo haber espada echó mano de algun puntal, tabla ó madero y cualquiera forma de arma que en tales casos suele ministrar el furor y la necesidad; y hecho esto y arremeter á los turcos que habían quedado en la galera fué todo uno. El Palomeque, con los otros tres que se previnieron de los alfanjes, acometieron á la popa, en quien estaban ocho turcos, que, viéndolos venir con tal denuesto, también echaron mano de sus armas, defendiéndose como mejor pudieron; si bien, cerrando Palomeque con ellos, dando al uno una espantosa cuchillada y revolviéndose él y sus compañeros con los demás, los apretaron tan rabiamente, que hicieron mal de su grado lanzarse al mar los cuatro. Los que quedaban así en popa como en proa

procuraron encastillarse, no tratando de más defensa que impedir á los cristianos el cortar de los cabos y amarras, en cuyas esperanzas libraban solamente el remedio de todos, pareciéndoles que así sus compañeros podrían socorrerles por la tierra; y fué en aquesto tan dichosamente, que sin ser parte alguno para contrastarles, dieron lugar primero á que, juntándose los demás turcos y moros y embarcándose en muchas barcas, los cercasen, haciendo finalmente en los cristianos desnudos y sin defensa terrible carnicería con las escopetas, y de tal suerte, que faltando los más dellos, fueron entrados por la proa, que los de dentro tenían ocupada, forzándoles á que se rindiesen y entregasen.

Apoderado el Tagarin de su galera, lo que ante todas cosas ejecutó, fué mandar encerrar á los que le pareció debajo de cubierta, y luego atemorizando á aquellos con terribles y espantosos tormentos, comenzó á inquirir y preguntar el autor del alzamiento; lo cual entendido de algunos, no tan solamente el vil temor les hizo confesar la verdad, sino que juntamente, deseando granjear el gusto del patron, le advirtieron de lo que pudieran excusar, diciéndole cómo aquel mismo era el famoso y temido Palomeque; con que en extremo escandalizado, si bien en parte contentísimo por tener en su poder la persona de quien tantos deseaban venganza, haciéndole echar gruesas prisiones, apenas llegó á Argel, cuando dando al Sultan cuenta particular de su desgracia, y en fin, del que había sido autor y origen della, con grandes voces le pidió por remate y contera de su plática que hiciese del justicia. Había desde que vino de Constantinopla deseado conocer el Bajá á nuestro Palomeque, singularmente aficionado á sus extrañas valentías y esfuerzos; y así, no pudiendo disimular su regocijo, mandó que luego le trajesen á su presencia, adonde después de haberle con atención considerado, pareciéndole que si tal hombre se volviese moro, demás del gran servicio que hacía á su profeta, ganaba juntamente un importante y excelente hombre para la guerra, después de algunas cosas que le dijo, últimamente le propuso su intento, procurando ya á veces con halagos y ya con amenazas y temores conseguirle; porque no tan solamente de obedecer su gusto le aseguraba la vida, mas con promesas grandes y mayores encarecimientos le ofrecía casarle de su mano, dándole hacienda suficiente para que con honor se sustentase y viviese. A todo lo cual nuestro honrado español con maravillosa libertad le respondía, diciendo que su alteza no se cansase en balde mandándole obedecer á tan terrible desatino, de cuyo cumplimiento estaba tan ajeno, como queriendo experimentar su constancia lo conocería mejor; porque no solo las riquezas y bienes de la tierra no bastarian á que él desdijese de la ley que profesaba, pero que desde luego prometía pasar por ella infinitas muertes y otros tantos martirios. Y no por tal respuesta fueron ménos las persuasiones que tuvo así del Sultan como de cuantos se hallaron en la ocasión presentes; si bien ni todas juntas, con los tormentos espantosos que le pusieron por delante, fueron parte para que en su firmeza blandease; ántes con ánimo inextinguible replicaba riéndose lo que habéis oído; de que el Sultan enfadado tanto de su perseverancia, como im-

portunado de un número grandísimo de tureos y moros, que á voces clamaban mandase hacer en él un famoso castigo, sin más tardanza ó remisión se le entregó á los deudos y parientes de los muertos, para que ellos le diesen la muerte que mejor les agradase; y no tardó mucho sin que esta nueva dejase de extenderse por toda la ciudad, con que entendiéndose quién era el cautivo que había de morir, en un punto se cubrieron las calles de gentes, y aun las mujeres, que nunca se dejan ver, salían á las puertas y azoteas, haciendo con el regocijo que sentían extremos locos y algazaras confusas.

En tanto que estas cosas pasaban en la ciudad, los tureos y moros que con Palomeque en palacio asistían, cansados de decirle afrentosas injurias, y mandando traer un feroz caballo, con sendas sogas le hicieron atar á la cola dél, llevándole de aquella suerte hasta en medio de la calle del Zoco, adonde conociendo estos perros que si con él querían pasar más adelante, muriendo en aquel tormento, forzosamente se había de librar de los más crueles y sangrientos que le tenían prevenidos, movidos desta rabiosa causa, hicieron desatarle, llegando luego al punto un moro vil que había de servir de verdugo, el cual fijando cerca del dicho Palomeque un cepo que traía á cuestras, de poco más de media vara, le echó mano de la pierna izquierda, y poniéndosela encima del tronco, prosiguió en su oficio, diciéndole: Cristiano fementido, ¿es posible que, perdonándote el Sultán aquesta justa y merecida muerte porque te vuelvas moro, quieras así, obstinado en tus errores, dejarte hacer pedazos? Vuelve en tí, desdichado, que aun tienes vida y tiempo para arrepentirte, pidiendo á su alteza use contigo de su acostumbrada clemencia y misericordia. A estas razones, sin perder de aquel su valiente ánimo un punto solo, respondió con alterada voz: Mezquino bárbaro, tú y cuantos me mirais de tu vil secta sois los errados, ciegos y miserables, pues siguiendo los desatinados abusos de un malvado embustero, os dejáis condenar á rienda suelta; y así, de canalla tan sucia y asquerosa ni temo sus tormentos, ni hago más caudal del que habeis visto de sus amenazas: cortad, partid, romped y descoyuntad este cansado cuerpo; que no porque él perezca á vuestras manos ha de dejar mi alma á su verdadero Dios, en cuya piedad confío me dará ánimo y sufrimiento para llevar aun mayores tormentos; y con tanto, levantando la voz, con un grito espantoso concluyó, diciendo: Cristiano soy, y cristiano he de morir á pesar vuestro y del infierno todo.

No hubo bien acabado esta razón última, cuando el desapiadado verdugo, de cuatro ó cinco golpes por la rodilla, le cortó la pierna; y teniéndole algunos moros porque no cayese, ordenaron al mismo bárbaro que, como había quitádole la pierna del estribo, asimismo le cortase el brazo de la lanza, emparejando con tan cruel castigo los dos principales miembros que habían sido daño, ofensa y terror de su nación. Ejecutóse al fin como el primero este mandato, convirtiéndose el español valiente en dos peregrinas y sangrientas fuentes; con que los dolores que entónces su cuerpo desmembrado debió de sentir cierto es que serían incomportables y terribles; pero todos los sufría el dichoso varón con esfuerzo del cielo, poniendo admiración en

los mismos tureos, moros y renegados, de quien estaba con espantoso número este horrendo espectáculo rodeado. Hecho aquesto, y sustentando entre cuatro personas la de nuestro español porque no cayese, esperaron un poco mientras se ponía en órden la horca en que le habían de subir y enganchar, adonde apénas fué acabada, cuando atado el sangriento y casi mortal cuerpo por medio de la cintura con la soga de la polea, tirando le alzaron hasta lo más alto y empinado della, dejándole despues arrebatadamente caer con furioso golpe sobre los ganchos de hierro que están hincados en el madero que atraviesa por lo bajo de los dos palos deste temeroso artificio; dejando el lastimado cuerpo traspasado de sus agudas puntas por un lado, y pendiente en el aire lo restante dél, sin perder en tan riguroso trance el venturoso Palomeque un punto de su ánimo y fortaleza; más ántes en medio de tan crueles y tremendos dolores resplandeció con mayor claridad la luz maravillosa de su verdadera fe y el firme y leal amor que tenía á Jesucristo, á quien llamando con perseverancia milagrosa, dió su espíritu al cabo de veinte y cuatro horas que estuvo en aquella horrible pena con general espanto y confusion de media Berbería, que casi á su feliz y glorioso tránsito se halló presente.

Luego la mañana siguiente amanecieron en unos blancos pergaminos dos epitafios: el uno plantado en los mismos maderos y troncos de la horca, y el otro en el famoso brazo que le quedó al bienaventurado Palomeque; los cuales, á pesar de aquestos perros, que al punto los quemaron juntamente con el dichoso cuerpo, muchos cristianos los leyeron y trasladaron; y por haber sido yo uno de aquellos prevenidos, quiero con referirlos dar fin á este suceso. El que estaba en el ecúleo, contenía en sí las razones siguientes:

Entre el dolor y lágrimas suspendo
Al bárbaro holocausto, al triste objeto
El pensamiento, el ánimo, y discreto,
Caminante piadoso, mira, atiende.
El rojo humor venera que deciente.
En copioso raudal, y con respeto
Adora el mártir español perfecto
Que la cristiana religion defiende.
No su tragedia, el tránsito glorioso
Celebra ufano, pues pasó á la vida
Duerme en paz, espíritu dichoso.
A endechas no, á júbilos convida
El alma ilustre del varón famoso,
Paloma celestial y cierva herida.

Y el que pendía del ya temido brazo, no con ménos hincados y heróicos versos pregonaudo el maravilloso esfuerzo de su asunto, decia desta suerte:

De la invencible mano removido,
Casi cadáver ya, sangriento mira
El tronco inútil que triunfando admira
Con ánimo español, roto y partido.
Mira el valiente mártir reducido
Al tránsito postrero, que se retira
El generoso espíritu y espira,
Muerto de amor, el último gemido.
Dile al Tajo que de sus granos de oro,
Incierto peregrino, por rescate
Del mártir toledano al torpe moro:
Así al sagrado monte que combate
En círculos de plata, este tesoro
Su majestad y religion dilate.

Cesó el piadoso cautivo, dejando igualmente tierno y compadecido á Gerardo, que, admirado de tan per-

grinos casos, no acababa de encarecer con maravilla el gusto y compasion que le habia causado; con que, pareciéndoles dar la vuelta ántes que el patron se recogiese, llegaron á su posada.

Ya he dicho que á Gerardo se le habia señalado un aposento adonde, apartado de los demas cautivos y sus mazmorras, podia con algun alivio pasar la penosa vida de su esclavitud. Aquí pues, despidiéndose de los compañeros, se entró ahora Gerardo, y queriendo sentarse en un pequeño traspuntin en que dormia, topó bien sin pensar, encima dél y envuelta en un lenzuolo blanco, la pobre cena, que era un pan y algunas frutas; y así, dando gracias al cielo, que aun en tanta miseria con más particulares favores que á otros le amparaba, queriendo partir el pan, halló que dentro dél venia un papel, y por excusar el bulto, muy doblado: cosa que con increíble sobresalto le dejó un breve espacio suspendido; despues del cual, con la misma admiracion descogiéndole, halló en él escritas unas mal formadas letras, si bien (aunque no sin trabajo) se dejaba entender el carácter castellano; con que más advertido, leyéndolas, vió que así decian:

«Cristiano, el cielo, que ha permitido vinieses á tanta desventura, consuele tu alligido corazon: ten buen ánimo, no desconfiando de remedio; y si el patron tratase de poner esta noche precio á tu rescate, y este te pareciere excesivo, ni te alborotes con su exorbitancia; ni le alteres con tus excusas negándolelo sin moderacion; ántes, no pudiendo hacer más, podrás concedérsele, pidiendo primero un término bastante, en cuyo límite, si de España no te hubieren socorrido, Dios será servido que por acá se supla. No te encargo el secreto, pues bien conoces lo que te importa.»

Mirad á quien las razones deste billete no admirarian, y quien, considerándose en tan triste vida, no recibiría gusto y consuelo con tales esperanzas, pues si bien fuesen dudosas y fantásticas, no dejarían de alentar mucho al alligido espíritu de Gerardo, del cual puedo decir nunca mas indeterminable y atajado se vió que en aqueste suceso, porque si ya su acostumbrada resolucion y maravillosa confianza animaban el crédito dél, por otra parte su buen juicio y prudencia le obligaban á temerse con recato de la sagacidad y astucia de su bárbaro dueño, de quien podia presumir fuese estratagemia para con ella hacerle venir á su parecer, del cual seria imposible, una vez efetuado, salirse afuera.

Destá suerte con uno y otro acuerdo vacilando, confuso en la eleccion, estuvo algunas horas, despues de las cuales, habiendo ya recogido el arráez, fué llamado á su cuarto, llegando últimamente á su presencia resuelto en conformarse con la voluntad y parecer del incógnito dueño del papel.

Acababa el Ferru de cenar entónces; y así, aunque le halló solo, bien conoció que al mismo punto que él entraba se acababan juntamente de retirar algunas mujeres de su compañía, alcanzándolas sus ojos al encubrirse con unas cortinas que atajaban y dividian la cuadra. Habia Gerardo oido en diferentes ocasiones que nunca se recataban las moras de sus cautivos esclavos, y así, no dejó de causarle novedad aquella extrañeza; pero sin más parar en su sospecha, atendió á

las razones de su patron, que habiéndole preguntado afablemente cómo se hallaba, y él respondiéndole lo más á satisfacion que le pareció convenir, oyó que, pasando adelante en su plática, comenzaba á decirle: No tengas á poco feliz suerte, cristiano, la de haber venido á mi poder, pues te prometo que en otro cualquiera de nosotros te habia de parecer tan insufrible el cautiverio, que no solamente esperarás en balde saber su gusto, sino que ántes desearas más que la propia vida rescatarte y no te lo consintieran tratar; y hacemos todo esto, no porque haya ninguno que apetezca lo contrario, sino para que con la dificultad de conseguirle vengais á conocer y estimar el bien, acertando vosotros á pagarle mejor. Yo, Gerardo, he querido, sin valerme desta costumbre, excusar contigo la prolijidad y suspension de tu trabajo; y así, de los restantes el poder librarte y eximirte dejo desde luego en tu mano con que te determines á pagarme por el rescate y talla de tu persona dos mil ducados, cuyo precio, medido con la moderacion que debes estimar, he querido pedirte, porque no siendo más crecido, puedas con brevedad mandarle prevenir en España. Ahora entendida mi voluntad, vuélvete á tu aposento y considera el plazo que será para cumplir conmigo necesario, que, en particular no siendo largo, habrás mi beneplácito; pero advierte que será por demas y en daño tuyo replicar en la cantidad referida; que yo estoy (para que no te canses) satisfecho de que me la puedes pagar.

Bien quisiera Gerardo, luego como oyó tan exorbitante precio, responder al patron representándole su imposibilidad, y no dejara de ponerlo por obra, conociendo la escaseza y cortadía de sus fuerzas, arruinadas con sus grandes trabajos, y finalmente con los pasados pleitos y prisiones; pero apenas abrió los labios, cuando vió que, sacando de entre las cortinas que atajaban el aposento la mano una de las mujeres que al entrar se habia escondido, le hacia señas muy apriesa, dándole de aquella suerte á entender que se fuese: cosa que, acrecentando su cuidado, obedeció sin dilacion, volviéndose, aunque en extremo triste, porque en extremo le afligia la encarecida resolucion de su arráez, y más la dificultad de cumplirla sin muy crecido término; con que aumentándose así forzosamente el de su cautiverio, no podia excusar el nuevo sentimiento de aquestas desventuras.

Envuelto en penas pasó Gerardo el resto de la noche y la mayor parte del siguiente día, en quien, siendo hora de comer, una esclava le bajó el ordinario sustento, y dejándosele, halló en la forma que el primero otro papel, que abierto, leyó en él las razones que se siguen:

«Quien hoy y ayer te escribe fué la persona que asimismo anoche te avisó para que sin replicar al patron te volviesses: no lo atribuyas á mal, Gerardo; que la experiencia de su condicion me obligó á hacerlo, porque te aseguro que de contradecirle no se pudiera seguir daño menor que enviarte al punto á una triste mazmorra, con que se desbarataran muchos buenos intentos: ármate pues, amigo, de paciencia y pídele al Ferru seis meses de plazo para tu rescate, que por lo ménos se te concederán los cuatro, en quien tú podrás escribir á España, y yo juntamente prevenir con ayuda de Dios y de su piadosa

»Madre otro más seguro y para todos universal remedio.»

La mayor claridad que trujo en sí este billete ocasionó en Gerardo aun más erecida confusion y espanto; pero dispuesto ya á seguir la voluntad y parecer de aquel invisible consejero, lo puso por la obra, sucediéndole con su patron lo mismo que el papel le advertía; y así, desde aquel punto trató de escribir á su hermano Leoncio y á su querida madre el desdichado cautiverio en que se hallaba, teniendo esta importante diligencia efeto por medio de algunos cristianos que, rescatados por el redentor trinitario, se volvian á España; adonde apenas llegó con ellos la miserable nueva, cuando (como sus trágicos sucesos le habian hecho tan conocido) se extendió por lo más remoto de sus provincias. No quiero embarazarme en el sentimiento de su madre y parientes, si bien es verdad que no llegó tan presto á la noticia de Leoncio, porque harto sería ignorante el que considerándolo no lo apreciar, aunque mi pluma excuse el describirle, en una lastimosa estimacion: solo me ha parecido, bien que sin exageracion, dejar entre aquestos renglones estampadas las tiernas lágrimas, los suspiros tristes y la amorosa pena con que la bella y mal pagada Nise mostró al mundo su firme y leal amor, pues ni las endurecidas entrañas de Gerardo, su extremado olvido, su desdénos proceder, ni el tiempo, que todo lo consume, deshace y acaba, pudieron juntos contristar su firmeza, mudar su voluntad, ó finalmente excusar á su afligido y amoroso corazon del dolor y tormento que se apoderó dél luego como entendió el triste cautiverio de su querido dueño.

Habia (si bien os acordais de la primera parte destos discursos) retirádose á un convento de monjas, desde adonde, conformándose con la voluntad de su padre don Antonio, atendía á la prosecucion de los pleitos de Gerardo, de quien muchas veces se hubiera apartado si el paternal respeto y temor y la esperanza de conseguirle por esposo no la suspendieran; y así, casi igualmente sintió con alegría y tristeza el venturoso efeto de su libertad, si bien le hizo en su padre muy diferente; porque como en los hombres principales tales cosas hacen más dañosa operacion que las peligrosas y agudas enfermedades, el considerar á su hija sin esperanza de remedio ocasionó la última y el mal que en breves dias le acabó; con que aumentándose el desconsuelo y soledad de Nise, crecieron los cuidados de la hacienda y familia, aunque todos no bastaron á sacarla de su retraimiento, en quien decia muchas veces que, habiendo de vivir sin Gerardo, quería acabar su cansada vida. Aquí pues llegó ahora á sus oídos la nueva que he contado, y á su alma con afliccion notable la discreta consideracion de las dificultades que se oponian á su libertad, ofreciéndosele delante de los ojos las mismas que allá en su cautiverio atormentaban á Gerardo, cierta de que sus pleitos y continuas desgracias no le podian tener sobrado; y por otra parte no le daba menos cuidado el ignorar el lugar de su asistencia y el estado de su penosa esclavitud; porque solo hasta entónces habia tenido, sin particular distincion del suceso, amontonada y confusa la noticia; por lo cual deseando mejor satisfacerse de la verdad, finalmente se dispuso á en-

viar uno de sus criados á Madrid para que con secreto se enterase en lo más preciso y sustancial del hecho.

Estas cosas pasaban en España mientras en Berbería, esperando la respuesta de su madre y hermano, entretenia Gerardo el miserable término de su prision, ya en parte divertido con el consuelo de diversos billetes que en este tiempo tuvo, y ya con la esperanza del rescate que esperaba; el cual se dilató aun mucho más de lo que Gerardo podía imaginar; porque cuando cansado de contar con atencion los dias, medir las horas y numerar los átomos, acercándose el tiempo en que, segun buena razon, de haberse dado su carta habia de volver su despacho, el que despues de todo aquesto tuvo fué una carta de su madre tan llena de palabras de consuelo quanto de tiernos y entrañables sentimientos, concluyéndola últimamente con avisarle que su hermano Leoncio estaba ausente, y que para efetuar lo que pedía despachaba por él sin dilacion; pero fué la desdicha de Gerardo tanta, que aunque su enternecida madre hizo con amoroso afecto estas y otras mayores diligencias, no pudo prevenir su rescate con la brevedad que el plazorequeria, imposibilitándolo una peligrosa enfermedad de Leoncio, á quien fué más preciso el acudir para que con su salud mejor se remediase la libertad del cautivo caballero, que en aquesta ocasion, ignorando tan por entero lo que en su casa para tan grande tardanza se ofrecia, temeroso de que, pasándosele el señalado término, habia de mudar el patron su estilo, valiéndose de sus acostumbrados desafueros, vivia en extremo melancólico; y tanto, que conociendo el achaque de su mal, uno de los cautivos que primero le fueron compañía y con quien más comunicaba, movido de lastimosa compasion, procuraba con discretas razones alentarle, facilitando su perdida esperanza por los medios que mejor consuelo podía recibir. Y así, un dia que más triste y afligido le vió, tomándole por la mano y apartándose á un lugar del patio ménos sospechoso, le comenzó á decir: Mucho me maravilla, amigo Gerardo, que con tanta impaciencia procureis vuestro daño, no solo afligiendo y desconsolando el corazon, más dando juntamente á entender el disgusto que en él se encierra á los que os tratan, de quien muy sin pensar puede extenderse al mismo arráz, dándole con eso motivo para apresurar ó prevenir su sospechosa condicion, persuadiéndose á que vuestra tristeza nace de lo mucho que allá se imposibilita el rescate, con que vendréis á caer en su terrible indignacion. Dos años há, Gerardo, que con otra causa igual le entretengo y me disculpo, ya dándole con alegre semblante hoy una excusa, y ya mañana fingiendo inconvenientes; y no obstante que se ha pasado muchas veces el término que me ha señalado y concedido, con industria y desenfado sobrellevándole, me espera: de más que ni su bárbara costumbre es ya tan áspera y sangrienta, ni su condicion tan cruel y bestial, porque á tan maravillosa mudanza ha podido reducirle el afable y amoroso trato de una cautiva española, á quien tiene por mujer, adorándola (cosa increíble en estos infieles) con tan verdadero y tierno amor quanto es bastante á obligarle á mayores extremos; y tales, que si el tiempo y los compañeros que nos asisten die-ran mejor lugar para contarlos, sé que infaliblemente

fueran de algun pequeño entretenimiento á vuestros cuidados. No pudiera en esta coyuntura llegar á la noticia de Gerardo cosa de mayor gusto ni que él tan extremadamente deseara; y así, apenas tocó el cautivo en el particular referido, cuando lleno de alegría, pareciéndole que sin duda hablaba de la misma persona que le escribía, disimuladamente, viendo tan buena ocasion, le atajó diciendo :

Nunca la providencia de Dios, oh buen amigo, permite que á los hombres aſlijan mayores trabajos de los que pueden sobrellevar sus fuerzas : yo os confieso que aun me sobran para más graves y pesadas cargas, siendo servido de enviármelas, si bien el triste semblante de mi rostro os haya lo contrario persuadido ; pero, no obstante que esta pequeña accion de mi flaqueza tenga bien graves disculpas, acomodándome con vuestro sano parecer, de hoy más procuraré no valerme de alguna ; y así, el abrazar con tanta voluntad vuestro consejo , aunque tan provechoso para mí, quiero que se me pague en referirle el suceso desta misera mujer, pues mi aposento podrá excusar el ser de otro ninguno entendido, y la aficion que os tengo, el atrevimiento de pedirlo : hacedme, entre las muchas que debo á vuestra afabilidad, esta buena obra ; que ya el cielo podria rodear nuestras cosas de suerte que este desdichado cautivo os fuese algun dia de provecho. No pasó á más crecidos ruegos Gerardo, porque aun ménos bastaran para el aficionado Fulgencio (que este era el nombre del cristiano) ; y así, respondió á medida de su gusto, y retirándose al pobre aposento de nuestro caballero , comenzó á decir :

Del caso que tenemos presente bien puedo aseguraros que ninguno de nosotros pudiera daros en aquesta ciudad tan fiel relacion como yo, porque igualmente la fortuna me ha traído en su seguimiento.

El segundo año de los siete que he estado en este cautiverio, mi dueño, que era entónces Mahamet Zanaga, cosario famoso y cruelísimo, salió de aqueste puerto con una galeota en que yo iba al remo á su acostumbrado ejercicio ; y habiendo hecho en las islas de Mallorca algunas presas y mayores daños, salteados de una tormenta, hubiéramos todos de perdersnos ; y así, no pudiendo hacer otra cosa, tomámos por remedio el dejarnos correr y llevar de un furioso levante, hasta que aflojando poco á poco, cuando cesó del todo nos venimos á hallar de adonde nos habia cogido casi doscientas millas. Reconocióse aquesta costa, y queriendo tomarla, porque aun todavia andaba la mar alborotada, últimamente nos recogimos á una pequeña cala, en quien de improviso cogimos una chalupa, que, arrojada de la misma borrasca, se habia abrigado allí. No se reconoció tan presto la gente que la ocupaba, si bien acercándose más nuestra galeota, pudimos ver desde ella que cuantos venian dentro, que al parecer serian como veinte personas, furiosamente andaban en vueltos, haciendo los unos con los otros una sangrienta batalla, cayendo algunos muertos á la mar ; mas llegó Mahamet á tan buena ocasion, que sin pensar libró á diez ó doce moros que aun quedaban vivos, y cautivó otros siete cristianos, que eran los que por su libertad procuraban darles la muerte ; con que esta determinacion quedó frustrada tan desgraciadamente, apoderándose nuestro capitán sin dificultad de todos ; y desean-

do informarse de aquel suceso, supo de los mismos moros de la chalupa cómo ; habiendo perdidose en la tormenta pasada una galeota en que venian su arráz y otros muchos turcos con una presa grande de cautivos robados en la costa de España, al tiempo cuando se iba á fondo, teniéndole para arrojarse al mar en aquella barquilla, y juntamente algunos cristianos que tuvieron por mejor su compañía que á las furiosas ondas, al tocar, para más bien salvarse, en aquel abrigo, habian sido dellos mismos salteados, y con tanto coraje, que á no haber tan venturosamente socorridoles, fuera imposible escapar ninguno con la vida.

Este suceso, si bien contado con otras más prolijas circunstancias, dió notable contento á nuestro arráz, tanto por haber socorrido á los moros, cuanto por quedarse con los cautivos que llevaban ; y así, poniéndolo por obra, y dejándoles la chalupa para que con ella se viniesen á Argel, él con próspera navegacion tomó su puerto dentro de dos dias ; adonde haciendo venta, como tienen de costumbre, entre los cautivos de quien se deslizo fué el uno esta mujer, porque, no obstante que estaba con los de la chalupa, no habia sido conocida por tal, encubriéndola un vestido de hombre con que venía disfrazada ; aunque no le valió despues su traza para que se excusase al patron que hoy vos y yo tenemos, el conocimiento verdadero de su persona, de quien aficionado, la compró y trajo á su casa, adonde vistiéndola en su natural y propio traje, quedó, bien sin imaginarlo, tan cautivo de su hermosura cuanto la triste esclava de su miserable cautiverio. En este tiempo, deshaciéndose el Zanaga de algunos esclavos que ya por débiles y flacos no servian al remo, siendo yo uno dellos, vine á poder de nuestro arráz ; con que no me fué dificultoso saber en lo que la hermosa esclava habia parado ; y así, entendí aun más de lo que pudiera presumir, porque no tan solamente me dieron cuenta del abrasado amor del Ferru, mas asimismo de la constancia valerosa con que, sin temer la muerte, que muchas veces le habia querido dar, resistia su bestial compañía ; por cuya causa era tratada cruelísimamente, llegando á tanto extremo, que temiendo algun dia matarla y quedarse sin ella y sin el valor que le habia costado, últimamente tomó por acuerdo el rescatarla. Estaban en aquella ocasion aquí los redentores ; y así, avisados de la cautiva y satisfechos del peligro que su alma corria, entendida la voluntad de su patron, trataron del precio ; el cual despues de algunos dias acordado no sin grandes debates, finalmente, recibido su dinero y rescatada, quedó en el depósito de un mercader judío, adonde los padres tenian otras muchas cristianas. Habíase pasado despues desto un mes, cuando el demonio, enemigo mayor de nuestro bien, persuadió al arráz de suerte, con la memoria de su pasado amor, que le hizo arrepentir de haber vendido la cautiva ; con que vuelto loco furioso, y abrasado de una ardiente y rabiosa ira, sin vergüenza ninguna se vino ante los padres redentores y les dijo que cuando rescatara su cautiva él estaba sin juicio, y que por tanto tomasen sus dineros y se la volviesen ; y principalmente porque ella era mora y no cristiana ; lo cual supuesto así, no podia ser en manera alguna redimida. Quedaron los piadosos padres en extremo maravillados del vil y bajo término de nuestro patron ; y lo que más

en esta confusion los aquejó fué considerar el manifiesto peligro en que estaba el alma de la cristiana volviendo á tal poder; y así, con la mayor afabilidad que pudieron trabajaron por quietar el bárbaro corazon deste turco; pero todo fué cansarse en balde: tan resuelto estaba y de su ciego amor vencido. Al fin, viendo que no habia otro remedio, se hubo de ir á la justicia, confiado, segun buena razon, que no le valdria su inconstancia y poca fe en un caso como este. El juez, á quien los moros llaman cadí, mandó que llevasen á la esclava delante dél; adonde en llegando, con término confuso comenzó el arráz á dar voces, diciendo que queria su hacienda; y el padre redentor alegaba la venta referida, hecha de su propio motivo y voluntad; y como desta suerte debatiesen un rato, viendo el turco que el pleito se iba deslizandó, acordó de alegar que era mora la mujer, y no cristiana; lo cual cuando la cuitada oyó, no obstante que de temor temblaba, sin poder sufrir maldad tan grande, con levantada voz repetia muchas veces que ella era cristiana y siempre lo habia sido, y que en la misma ley protestaba desde luego morir; mas apenas lo oyó el airado turco, cuando arremetiendo á ella como un bravo leon, dándola fieros golpes, la decia: Tú, perra, volverás á mi poder, y entónces pagarás aqueste atrevimiento. No faltaron allí algunos á quien semejante rigor pareció mal, y en particular al cadí, que con alguna severidad le mandó no la maltratase, sino que presentase testigos que hiciesen verdadera su pretension. Con esto el arráz, turbado y ciego de su cólera, se fué, y volvió en un pequeño espacio con dos tan viles moros como él, que decian ser los testigos; á quien preguntando el juez lo que de aquel caso sabian, y respondiéndole ellos que la cautiva era mora, y no cristiana, la pobre, que tales cosas volvió á entender, comenzó otra vez á decir con mayores voces que eran falsos y mentirosos cuantos semejante maldad atestiguaban; y con esto vertia tantas lágrimas, que era notable lástima verla en tan triste y miserable allicion: solo aqueste iníel como una roca estuvo á todas ellas; y así, oyéndola decir tales razones, asiendo della, sin poder algunos de los presentes excusarlo, la dió un terrible bofetón, y la diera muchos más si el padre redentor no se pusiera en medio, rogándole, asido del albornoz, que advirtiese la descompostura que hacia en lugar tan respetado, ofendiendo á una mujer que era cristiana libre, y no sujeta á esclavitud alguna. Pero con tanta benigna y mansa reprension no solamente aquel bárbaro no se ablandó, mas en vez de apiadarse, con grandes alaridos comenzó á decir que cómo se permitia que, siendo él turco y genízaro, hubiese el padre puéstole las manos con violencia (mentira tan manifiesta y clara como habeis oido), y por tanto, que conforme á sus leyes y preeminencias, debía ser ahorcado, ó por lo ménos cortada la mano derecha. Y porque mejor conozcais cuán infame y traidora es aquesta canalla, no faltaron allí cuarenta moros que afirmasen por verdad infalible esta mentira, persuadiendo al cadí que el turco estaba gravemente injuriado, y que en todo caso hiciese justicia del buen fraile; con que atormentado el juez de sus alaridos y voces, mandó luego á la hora se hiciese lo que pedian, y que á lo ménos se satisficiesen cortándole la mano, pues ella sola habia sido causa de su afrenta.

Ya los moros, de que habia junto un increíble número, echaban mano del inocente fraile para ejecutar en él la injustísima sentencia, cuando otro turco principal, letrado, compañero ó asesor del cadí, los suspendió, diciendo que no se efetuase semejante rigor; pero que si el padre redentor habia dado al turco con el puño, ellos con igual injuria hiciesen en él semejante castigo, y que así se fuese lo uno por lo otro. Fué cosa aquesta en parte de notable risa, y por otra de mayor lástima y compasion, viendo la gana con que aquellos iníeles sin razon de hombres en un súbito instante arremetieron de golpe al religioso, dándole cada cual como mejor podia tantas y tan fieras puñadas, que si muy presto no le sacaran de allí los que le acompañaban, sin duda no le escapara de sus manos.

Desta manera hubo de quedar desamparada la cautiva, como una triste ovejueta, entre los fieros dientes de aquellos insaciables y carnívoros lobos, los cuales la condenaron luego á que volviese con su dueño y á que por fuerza fuese mora. Bien sé yo que el piadoso padre, aunque tan afligido y maltratado, volviera á dejar, no una vida, mas ciento que tuviera, si con perderlas todas se alcanzara el remedio desta miserable mujer. Pero son juicios del cielo: él sabe lo que hace, él se entiende; no le pidamos cuenta ni razon, pues en todo la tiene y la ha de tener eternamente. En efeto, volviéndola nuestro arráz á casa, creció en su tratamiento el rigor de su crueldad; de quien vencida, y más del desamparo en que por su desdicha habia quedado, poco á poco fué ablandándose, dejándose ménos esquivo y desdenosa persuadir de su bárbaro amante, que reconociéndolo, tambien le pareció ir disminuyendo en sus tormentos; y tanto, que sin esperar á largas dilaciones, se determinó á repudiar, cosa en aquestos poco dificultosa, las mujeres que tenia, satisfecho de que con muestra tan clara de su voluntad vendria á efectuar la suya la hermosa esclava, como al fin sucedió, resolviéndose á salir de penas tan intolerables, y no sintiéndose ya con fuerzas para poder sufrirlas.

Tres años ha que desta suerte viven, y con tanto gusto de nuestro dueño, que no solamente ha causado admiracion á toda esta ciudad su singular mudanza, mas asimismo con extraordinario trueco de condicion y costumbres ha hecho en él maravillosos efetos, volviéndose, de rústico y bestial, tan dócil, apacible y tratable, como vos mejor que otro ninguno habeis experimentado; y lo que más debe espantar, reduciéndose en todo género de acciones al consejo y parecer de su mujer hermosa; la cual solo se sirve de cautivas cristianas y dos renegados, que ya en guarda y custodia nuestra habréis diversas veces visto.

Con esto dando Fulgencio fin á su relacion, Gerardo más que nunca comenzó á darle con admiracion las debidas gracias, creciendo sus cuidados desde este punto, con la mayor noticia que ya tenia del dueño de los papeles y avisos que quedan referidos; si bien más en esta sazon las dilaciones do su rescate le aquejaban, siendo sin igualdad mayores y ménos tolerables. Ibase haciendo hora de cenar; y así, despidiéndose el cautivo amigo, dió lugar á que Gerardo por la misma órden tuviese este nuevo billete, leyéndole con tan imposible alegría como de las razones siguientes podréis considerar.

«Ya, Gerardo, ha llegado el día que más he deseado

» desde el dichoso que mis ojos os vieron en este cautiverio : yo, caballero, soy cristiana, y tal que, si llegádeses á conocerme, lloraria vuestro piadoso corazón mi infeliz suerte, si bien nunca desesperada de que el cielo, teniendo misericordia de mi alma, ha de enviarme su remedio : este no sin particular confianza tengo librado en vuestra valerosa determinación, conocida de largos días, como ya entenderéis en más segura ocasión ; y así, luego como en las diligencias de vuestro conocimiento vi y leí los papeles que con la demas ropa de vuestra maleta os tomaron, y juntamente conocí á su dueño, traté con el patron discreta y sagazmente que, haciéndoos mejorado acogimiento, propusiese el precio de vuestro rescate, avisándoos asimismo de lo que me parecía hiciédeses para que, asegurado con vuestra pronta y liberal respuesta, el arráez quedase satisfecho y vuestra persona con más libertad que recato para la ejecución de mis intentos, que son gobernar de suerte nuestras cosas, que sin su detrimento salgamos de aqueste cautiverio y miserable esclavitud ; para lo cual he aguardado el tiempo en que, mientras los corsarios y galeotes inviernan en el puerto, sale nuestro patron á sus labranzas, en quien se ocupará más de veinte días ; y en estos, no obstante que en casa quedarán los dos renegados, tengo tan bien dispuesto el caso, que sin duda tendrá el suceso que esperamos ; y así, para mejor despidiente, soy de acuerdo que con los cautivos de mayor confianza lo vais comunicando en la forma siguiente :

» Cuanto á lo primero, los podréis animar con advertirles que no tan solamente me obligaré á darles todas las armas que aquí tiene el Ferru, sino asimismo las llaves de la casa y puertas principales ; con que prevenidos desto, lo demas que restare habrá de correr por cuenta vuestra y de aquellos que se determinen á seguirnos ; para cuyo efecto será necesario que ante todas cosas se disponga el modo que ha de haber para armar uno de los mejores bergantines que sin guarda desde hoy en adelante asisten en el puerto ; que facilitándose este particular, no os será dificultosa la salida de Argel, descolgándonos por la vecina muralla que con nuestra casa confina, y previniéndose de lo demas que para el sustento de todos pareciere preciso, pues con lo que en nuestros almacenes hay recogido para el gasto ordinario se podrán bastecer muchos bajeles.

» Bien pienso, buen Gerardo, que si mi traza y determinación se conforma con vuestro prudente juicio, y los compañeros consideran la fácil ocasión que se les ofrece, no tendrá su efecto inconveniente ; y así, por Dios os pido que, aunque se atropelle y rompa por algunos, no del todo queráis dejar á vos y á mí y á tantos cristianos sin la deseada libertad ; avisándome de vuestra resolución por medio de la esclava que baja la comida, de quien yo me he fiado y sé que tambien podréis hacerlo mismo, porque llegar á hablarle es tan peligroso, como de los ojos que siempre nos rodean y de los renegados que de ordinario con recato y cuidado nos asisten habréis ya colegido. El cielo os guarde, y el encamine y aliente vuestro generoso ánimo.»

Todo el que Dios le concedió á Gerardo hubo bien menester en la ocasión presente para disimular el in-

creible regocijo y alegría que se apoderó de su alma luego como acabó de leer aquel papel maravilloso, en cuya consideración divertido, desmenuzando sus más pequeñas partes, pasó sin más reposo la noche entera ; y despues, no viendo la hora en que comunicar tan importante caso, haciendo elección del ya conocido Fulgencio, apenas pudo hablarle, cuando desde el billete primero hasta el último aviso le dió particular cuenta, hallando por permission del cielo tan buena acogida aquesta hazaña en su valiente pecho, como Gerardo se pudiera prometer ; y así, agradeciéndole su amigo el bien que por su mano recibia, le aconsejó dejase á su industria y traza la disposición del negocio, pues como más experimentado en la tierra, humor y condiciones de los cristianos cautivos, sabria elegir los que conviniessen y asimismo los medios más importantes al buen suceso de su pretension. Cumplióle así Gerardo ; con que dentro de pocos días, con gusto y consuelo general de cuantos lo entendieron, quedó acordada su partida para el segundo despues de la futura ausencia del arráez.

No habian resuélto los cautivos, si bien se consideraba, con tanta facilidad como parece ; porque, segun la cristiana valerosa les ayudaba y la ocasión se les ofrecia, ántes era cosa muy fácil el salir con su intento, siendo entónces, como en efecto lo era, entrado ya el invierno, en quien todos los corsarios y arráeces ó se recogen fuera de Argel ó inviernan con los bajeles desarmados en su muelle y puerto ; y así podian ántes de ser sentidos, ó por lo ménos alcanzados, llevar muy gran ventaja á cualquiera que los siguiese. Venido pues el día señalado, avisada la cristiana del concierto aplazado, y el Ferru ausente en su alquería, siendo las once de la noche, la esclava de quien todos se habian fiado bajó con gran secreto las llaves á Gerardo, y poco á poco más de cuarenta alfanjes, dardos y espadas. Y luego guiándole al aposento donde el uno de los renegados dormia, llamando ella en sus puertas, y respondiendo al punto con algun sobresalto, la esclava le aseguró, diciéndole que su ama le llamaba para un negocio que entónces se le habia ofrecido ; con que, sin pensar en otra cosa, vistiéndose con priesa, apenas para salir abrió la cuadra, cuando ya Gerardo estaba encima dél, y con tan maravillosa presteza, que sin poderse remediar, en un momento de dos crueles golpes de su alfanje le hizo pedazos la cabeza, y con tan dichosa suerte, que ni aun tuvo lugar para rendir el último gemido. Aqueste buen principio, dando á nuestro caballero doblado ánimo, puso en su corazón mayor seguridad del suceso ; y asimismo deteniéndose y bajando con su buena compañía, llegó hasta la misma puerta de la calle, cerca de quien tenia su albergue el segundo renegado, en cuyo poder estaban las llaves de todas las mazmorras y prisiones de los cautivos ; alonde haciendo la esclava la misma diligencia, queriendo salir, aunque no tan desapercibido como el difunto compañero, fué acometido de la resolución atrevida de Gerardo, mas tan deseoso de ejecutar el golpe, que su misma presteza le hubiera de descomponer, porque hurtando á su ímpetu el cuerpo, viéndose así perdido el renegado, dando terribles voces, se abrazó dél ; mas como en tales casos Gerardo siempre se hallaba con mayor acuerdo, no perdiéndose de ánimo, volteando el alfanje, con

sus primeros tercios le segó la garganta, y tan de buena gana, que nunca más fué oída su voz; con que acabándole de matar y entrando en su aposento, sacó de entre la cama las llaves que faltaban, abriendo con ellas y deshierrando á cuantos cautivos se hallaron con fuerzas para seguirlos, que serian mas de setenta. Y hecho esto con extraordinario silencio, repartiendo las armas que habia entre ellos, comenzaron con ayuda de la esclava, que los iba enseñando los almacenes, á henchir algunos sacos y costales de bizcocho, manteca y frutas, y los barriles de agua necesarios. Otros tomaron algunas cuerdas, y otros cargaron con las telas que tenia para servicio de sus bergantines el patron.

En tanto la hermosa cristiana, que solamente esperaba á que avisase la que asistia con Gerardo, alegre en todo extremo por ver lo bien que su libertad se disponia, no habiendo hasta aquel punto sentido ninguna de sus mujeres y cautivas lo que pasaba, recogiendo primero lo mejor y más precioso que el Ferru tenia, para despues con ello vestir y remediar á los cristianos que la acompañasen, en siendo que fué llamada, bajó al patio vestida á la usanza berberisca, mas con tan admirable gallardía, que si bien por demasiada se reprobaré esta accion, la pienso referir, y de la misma suerte que á las luces que ya habian encendido se presentó delante de Gerardo y de los demas cautivos que la esperaban.

Traia vestida sobre una blanca y trasparente camisa, cuyas mangas, remates y collar se parecian, labrados de finas y diversas colores, una galeota ó sayo largo hasta media pierna, de terciopelo carmesí, abrochando la mayor parte del pecho con algunos grandes y artificiosos botones de oro, cubriendo lo uno y otro una malaja de damasco pajizo y encarnado, y revuelta de tal suerte, que, prendida al pecho una punta, venia á caer lo restante della sobre las espaldas y cabeza, y cogerse el último remate debajo del brazo derecho, dejando con semejante compostura formado un talle hermoso y graciosísimo. De su blanca garganta, orejas y cabello pendian en increíble número ricas, resplandecientes y orientales perlas, como tambien en las ajorcas y manillas de oro, adorno en los principios de sus pequeños piés, piedras preciosas de estimacion notable; los torneados dedos de sus manos cubiertos á concertados trechos de anillos, ricas y esmaltadas sortijas, y en los brazos otras, á las primeras iguales en valor, ajorcas y manillas, de quien asidos los cabos y remates de un cendal sutilísimo y listado con vetas de oro, plata y sedas varias, volviendo por encima de los hombros y brazos, y dando despues al rostro una graciosa vuelta, quedaba en él formado finalmente un rebozo tan bien proporcionado, que solo dejaba descubierto los apacibles y hermosísimos ojos, de cuya alegre vista admirados extraordinariamente los agradecidos cristianos, dándole con la brevedad que el caso requería las gracias de tan señalado beneficio, sin detenerse más, fuéron de dos en dos, por no causar rumor, saliendo á la calle y llegándose á la muralla que allí cerca estaba.

Es de advertir, ántes que prosigamos, que la principal diligencia para conseguir este negocio consistia en el armar de remos y timon la galeota ó bergantin; todo lo cual tenia casi dispuesto el amigo de nuestro caballero, ejecutándolo al presente con el valor que presto

veréis; porque apenas llegó Fulgencio á la muralla, cuando descolgándose solo, mientras los demas decendian, caminando por el pié della junto al agua del mar, que bate allí, llegó sin ser sentido hasta el bastion ó caballero que está á la puerta misma que va al muelle, adonde se guardaban los remos que él habia de sacar; y reconociendo bastantemente si era de alguno visto, subió por la pared: cosa que sin tener ayuda ó cuerda parecia imposible; y no siendo tampoco en él sentido de las guardas, conociendo el profundo sueño que les ocupaba, y adónde y cómo estaban los remos, se volvió á decender, si bien en este punto no dejaron de alterar su buen ánimo dos perros que allí asistian, los cuales en oliéndole comenzaron á ladrar. Volvió, aunque más advertido con aquesto, Fulgencio á sus amigos, que ya habiéndose la mayor parte descolgado, no sin grande temor le deseaban; y muy recogido les dijo: Amados compañeros, tened buen ánimo y dad al cielo gracias, porque os hago saber que nuestro intento va dichosamente encaminándose; y con tanto, dándoles cuenta del descuido de los moros y guardas, que á rienda suelta quedaban en el sueño sepultados, y cómo subiera y bajara sin inconveniente ninguno, con que le parecia mas fácil el sacar los remos de lo que habia hasta entónces presumido, dejándolos á todos muy contentos y con mayor esperanza de alcanzar libertad, volvió al mismo efeto, llevando juntamente consigo otros cuatro compañeros, y dos panecillos con que aplacar, echándose los, la furia de los perros si por ventura tornasen á ladrarle; y así, no deteniéndose un instante, llegándose al mismo bastion todos cinco, con más facilidad, por el ayuda de su compañía, subió Fulgencio en él; donde siendo luego sentido de los perros, con arrojarles presuntamente el pan hecho pedazos excusó sus lamentos, descolgando mientras ellos comian muy á placer, treinta remos de los mejores, los cuales abajo recibian y recogian al peñon los compañeros. Y concluido aquesto, osado y sin temor atravesó todo el bastion, y sin ser visto bajó á la otra parte, que cae dentro de la ciudad, y en un llano que allí se hace entre las dos puertas de la muralla tomó un timon de galeota, sacándole de bajo de unas cofas de pasas, sobre quien á la sazón dormían tres moros que las guardaban, que parece más caso milagroso que creible. Y al punto con la misma presteza y osadía, llevando á cuestras el timon, subió otra vez encima del bastion, y últimamente se descolgó con él á la marina, y dejándole con los demas remos pegado á la muralla, bien gustoso dió diligente aviso á Gerardo y toda la restante compañía, advirtiéndoles estaba prevenida la dificultad más precisa de su intento; con que sin dilacion los que se habian entónces descolgado comenzaron á cargarse á porfía de los barriles, sacos, costales, velas, cabos, cuerdas y estrovos para atar los remos.

Y estando en esta obra, y cuando solo por decender de la muralla faltaban nueve ó diez cristianos, acaso sin pensar, por la parte de adentro llegó un turco que vivia en la misma calle y lugar por donde los cáutivos se arrojaban; y yendo acercándose descuidado á su casa, oyendo sus pasos los que en el muro estaban, no sin gran sentimiento comenzaron de nuevo á recatarse; mas conociendo que era imposible encubrirse de sus ojos, porque no tan solamente venia derecho á ellos,

pero traía, por hacer la noche tenebrosa y oscura, una linterna, no pudiendo prevenir otro mejor medio, tomaron por acuerdo el embestirle, matándole si pudiesen; y así, queriéndolo poner por obra, uno dellos le dió con un lanzon que en las manos tenía por medio de los pechos, tendiéndole en el suelo herido mortalmente, pero dando tan furiosos alaridos y voces, que en un punto saliendo á ellas de su casa (que, como tengo dicho, estaba cerca) otros moros, viendo lo que pasaba, comenzaron á apellidarse, diciendo desde la muralla que los cristianos se huían; á cuyo estruendo correspondiendo las guardas de los bastiones y marinas, los desdichados cautivos que estaban en el muro, derramándose por las confusas calles, dejaron la deseada ejecución de su libertad; y los que en la marina aguardaban, oyendo aquel rumor, gritos y voces, y sospechando el contrario suceso de sus amigos, tomando brevemente los remos y timon, por entre las arcillosas rocas y peñascos del mar, llevando en medio de su valiente escuadron las dos cristianas, caminaron al muelle, adonde estaba el bergantín que tenía Fulgencio ya ojeado; en quien metiendo en un instante á las mujeres y demas fardaje, defendiendo los unos el presuroso acometer de las guardas que acudían tirándoles infinitas piedras, y otros previniendo los remos y desamarrando el bajel á pesar de cuantos se lo contradecían, con maravilloso valor se hicieron á la mar, poniendo en todos nuevo aliento y fuerzas las exhortaciones y ruegos de Gerardo; con que probando su ventura, comenzaron á bogar valientemente, y de tal manera, que no solo salieron libres en breve espacio de la enemiga costa, pero se hicieron una legua á la mar; adonde, arbolando y metiendo las velas, caminaron con razonable viento hasta el siguiente día, en quien se hallaron, no sin general gusto de todos, de Argel mas de cincuenta millas á levante. Iba en particular nuestro Gerardo deseosísimo de hablar y conocer á la hermosa cristiana; mas siendo el cielo servido de que en este tiempo el viento se mudase en maestral, ó como acá llamamos, en noroeste, creciendo por instantes su violencia, y enfureciéndose el mar, hubo de divertirse aquel cuidado, acudiendo al remedio del bajel con los demas compañeros, que reconociendo muy tristes la contraria suerte, proejando trabajaban por contrastar la fuerza de los vientos; de quien vencidos, no pudiendo tener el bergantín, con tiempo igual á una fortuna muy deshecha, no sin gravísimo dolor, considerando la ocasión venturosa que perdían y el riesgo que les amenazaba, hubieron de volverse á tierra; y así, pensaron repararse en un abrigo ó cala que está de Argel hácia levante como cincuenta millas, y de la punta de Malafuz veinte y ocho. Pusieron en aquella parte la proa al tiempo mismo que, descubriéndose dos velas, conociendo en ellas otro peligro igual y que con su designio propio tomaban la derrota que ellos, no sabiendo por un término breve en qué parecer ó acuerdo resolverse, últimamente casi desesperados se dejaron llevar de las furiosas ondas, y no con menor riesgo de anegarse, hasta que, viendo como á boga arrancada se les venían acercando, hubieron de prevenirse para la defensa, sospechando, como poco despues más claramente vieron, ser bajeles de enemigos.

Habían estas (que no eran ménos que dos bien reforzadas galeotas) salido de Sargel el día ántes carga-

das de bastimentos y leñame para el palacio mismo del Sultan; si bien, aunque intentaron volverse tierra á tierra, temiéndose de alguna borrasca, mal de su grado hubieron de lanzarse á la mar, y forzados de un crecido levante, que poco despues se les trocó en noroeste, habiendo contrastado con el gran parte de la noche, proejando por no hacerse pedazos en la costa, hubieron al fin de enderezarse al puerto mismo que se encaminaban los cristianos; á quien habiendo alcanzado en esta coyuntura, y últimamente conociéndolos, sin esperar un instante embistieron al bergantín, alzando al emprenderlo terribles voces, gritos y alaridos espantosos; y como fuesen dos y bien armados contra un solo bajel desapercibido, cogiéndole en medio, comenzaron con rabioso furor á combatirle; aunque, como el ánimo y desesperación de los cristianos peleasen igualmente, no tan presto pudieron ser entrados; ántes defendiéndose con valor admirable, hiriendo y matando en los bárbaros infieles, hacían su partido y la temerosa entrada del bergantín más inexpugnable y invencible; en quien á la hora misma que casi los cristianos retiraban los turcos fué tal su desventura, que acertando una flecha desmandada el pecho del valiente Fulgencio, atravesándole el corazon, dió con él muerto en los mismos bancos de los remos; con cuyo miserable desastre, no siendo el animoso Gerardo poderoso á detener los compañeros, desfallecidos en aquella desdicha, de tal suerte, conociendo su flaqueza, apretaron con ellos los contrarios, que sin bastar él solo á resistirlos, los entraron, renovándose en este trance la batalla de forma que por todas partes corrían arroyos de espumosa sangre, señalándose con espantosas valentías algunos cristianos, si bien á todos llevaba conocida ventaja el afligido y animoso Gerardo; el cual discurriendo por erujía con un seguro alfanje, prenda estimada de su patron ausente, más bravo y más furioso que un cuartanario leon, daba horribles y temerosos golpes, durando desta suerte la sangrienta pelea un grandísimo espacio; hasta que, cargando por momentos muchos más turcos que entraban de refresco, y tirando por todas partes agudas flechas y escopetazos, cayeron muertos diez y siete compañeros, quedando casi todos los demas muy mal parados. Mas en este miserable y lastimoso estado, compadeciéndose nuestro divino Criador, á quien tiernamente los tristes y afligidos cristianos invocaban, cuando más imposible parecía el escaparse de la muerte, con su poderosa fuerza, contra quien juntas las de los más furiosos elementos son sin comparacion flacas y débiles, maravillosamente les socorrió, tomando por ministro de su ejecución y voluntad la impensada ayuda de una valiente nao que á este mismo punto, derrotada del noroeste furioso, de improviso llegó adonde pasaba la refriega; y apenas reconoció las berberiscas velas y el aprieto y naufragio del solo bergantín, cuando presumiendo lo que ser podía, comenzó á disparar espesas balas, y con tanta continuacion y furia de su artillería, que en un momento, viéndose echar á fondo, hubieron los turcos de dejar el casi rendido bajel; y así, amparando mejor los suyos, alzando las amarras y puestas en Berbería las proas, con pérdida de más de treinta moros, á pura fuerza de los tristes forzados comenzaron á huir, no queriendo seguirlos la poderosa

sa nave, temiendo perderse en la vecina costa, si bien quedó contenta con haber tan venturosamente conseguido la libertad del maltratado bergantín, en quien habiendo por tan milagroso suceso dado al cielo piadosas gracias los cristianos alegres, y más singularmente el buen Gerardo, queriendo hacer mirar si por desgracia les hubiese alcanzado de tantas desventuras á las pobres mujeres algun daño, apenas para efetuallo adonde estaban volvió los ojos, cuando, por habérsele á la gallarda cautiva con la turbacion del pasado peligro caído el rebozo del hermoso rostro, la conoció, y no ménos que por la bizarra y cruel Jacinta, causándole la no pensada vista tan temerosa turbacion y espanto, que como si verdaderamente se le hubiera aparecido alguna infernal y fantástica sombra, así turbado, huyendo y retirándose, procuraba encubrirse y alejarse de su presencia, como aquel que infaliblemente teniéndola por muerta y anegada (como ya lo oistes en la primera parte desta historia), la juzgaba al presente por alguna diabólica vision.

Quedaron con tan repentino suceso igualmente los circunstantes confusos y asombrados, y mucho más lo fueron viendo á la hermosa dama, que vertiendo de sus rasgados ojos dos abundantes fuentes de tiernas lágrimas, corriendo hácia Gerardo y arrojándose á sus piés, asida fuertemente dellos y despidiendo algunos entrañables gemidos, con ronca y triste voz comenzó á decirle: ¿Adónde, valeroso Gerardo, así pretendes huir de aquesta sobre cuantas nacieron mísera y desdichada mujer? Reprime, oh antiguo dueño y señor mio, los temerosos pasos, no permitiendo que viéndome, aunque con tan justa causa, de tí como de todo el mundo abortada, concluya con mi vida arrojándome en las profundas olas del mismo mar, que ya otra vez me sostuvo aun con más piedad de la que en tí conozco ahora: baste ya; cese tu justísima indignacion, amainando las velas del deseo en más grave venganza, pues ha sido tan grande la que de mí y en tu lugar ha tomado el cielo, reduciéndome á los trabajos y bárbara infidelidad de adonde esas manos me han librado, y no sin particular providencia suya, para que, satisfaciendo con el servicio que al presente he procurado hacerte parte de estos agravios, pudiese así ser restituida en mi descanso y patria, del mismo por cuya voluntad y entrañable amor la olvidé y perdí. No quiero ni deseo otra cosa de tí, noble Gerardo; á solo este bien aspiro, solo este don aguardo, y solo aquesta gracia te suplico me concedas por el amor verdadero que te tuve, por cuantas cosas viven amables y deseadas de tu pecho, por tí mismo, y finalmente, por el todo piadosísimo Dios, que hoy tan milagrosamente ha librado nuestras vidas. Aquí, deshecha en llanto y confundiendo entre espesos gemidos sus razones, cesó la triste y desconsolada Jacinta, dejando al afligido caballero tan indeterminable y alterado, que, reprimido de la impensada turbacion, ni supo ni aun pudo en grande espacio mover la lengua para responderla ni la turbada mano para levantarla del suelo. Y no pararon en solo aquesta maravillosa causa los extraños sucesos deste día; porque en el mismo tiempo en que estas cosas pasaban en el bergantín, ya los que venían en la artillada nave, deseando conocer á quien con tanta felicidad socorrieron, habian mandado aferrarse á él; con lo cual no les fué

muy dificultoso oír el triste llanto de la hermosa dama, á cuyas voces tiernas y dolorosas saliendo algunos pasajeros al corredor de popa, y entre ellos otras dos mujeres de gentil y bizarro parecer, apenas oyeron una vez y otra repetir el nombre de Gerardo, cuando con exquisitas muestras de alegría pidieron al piloto y marineros echasen muy apriesa la escala para mejor pasar al bergantín, por quien en un instante, ayudadas de tres ó cuatro hombres que las acompañaron, descendieron al esquife del navío y de este al bajel de nuestro caballero; á quien llegando y viéndole en medio de la confusa suspension que os tengo referida, la que de las dos con su mayor y más admirable hermosura tenia pasmados á los pobres cautivos tendió los brazos, enlazando con ellos el alterado pecho de Gerardo, que á esta hora, como si verdaderamente despertara de un pesado y mortal letargo, hallándose no ménos que ceñido de aquellos antiguos y amorosos lazos con que la divina y gallarda Nise le tuvo un tiempo dulcemente cautivo, reconociendo del todo su presencia, y últimamente, considerando tan notables y nunca oídos casos, absorto y confundido de su novedad extraordinaria, quedó inmóvil y como si en una estatua de endurecido mármol le hubieran transformado. Y ciertamente que sucesos tan imposibles á su esperanza y crédito no hay duda sino que causarían en él mayor elevacion, más grave encanto. Y porque será justo que el lector no se despeñe por la pereza de mi pluma en la misma incredulidad, ántes de absolver y librar á Gerardo de la suya, me ha parecido satisfacer á la extrañeza con que habrá recibido tan peregrinos y maravillosos acaecimientos.

En los de la hermosa y discreta Jacinta bien entiendo que con muy corta reflexion de su discurso, suspendido en la primera parte, se podrá salir de duda; porque, si bien os acordais, la dejémos en los últimos términos de aquella temerosa borrasca, cuando queriéndose amparar su galeota en el cabo de Gata, fué echada á fondo por el almirante real de la armada del mar Océano; en cuya mortal desventura pareciéndole á Gerardo que habria, como casi todos los demas, perecido, no habiéndolo así permitido el cielo, tuvo lugar de arrojarse en la chalupa que algunos de los turcos y cautivos cristianos echaron á la mar, como tambien allí lo referimos; en quien, sin poder hacer otra cosa los miserables esclavos, tanto por el viento contrario que los impedia, cuanto por ser muchos más y apercibidos de armas los cosarios que en ella habian entrado, hubieron de seguir la derrota de Berbería, recogidos en la primera cala de su costa, adonde viendo á los turcos y moros, que, rendidos de los continuos golpes del mar y trabajos de la tormenta padecidos, reposaban no con mucho cuidado de los que hacian la guarda, pareciéndoles buena ocasion para escaparse, arremetieron á los más impedidos, y quitándoles las armas, comenzaron todos animosamente una bien reñida escaramuza; y habiendo con la muerte de algunos bárbaros mejorádose el partido de los nuestros, cuando con mayor esperanza se alentaban á dar fin dellos fueron infelizmente salteados de una galeota, la cual era la misma en que iba Mahamet Zanaga, sucediendo despues todo lo que atras el cautivo Fulgencio contó á Gerardo; de cuyo cautiverio habiendo en este tiempo tenido la hermosa Nise la

noticia que ya también en aqueste discurso dejo escrita, en quien asimismo referí cómo envié un diligente criado á Madrid para que con más certificación se enterase de la verdad; luego pues que aqueste dió la vuelta, así con el aviso de su certeza como de la parte y lugar en que estaba cautivo, precio y estimacion de su rescate, y entendidas juntamente las diligencias que su madre y hermano hacian para su libertad, sin más tardarse, movida de amorosa compasion y lástima, y sobre todo, incitada de aquella firme y verdadera voluntad con que tan tiernamente le amaba, comenzó con particular diligencia á juntar el dinero necesario para el efeto de su pretension; y conseguido aquesto, deseosa de dar al mundo, y en particular á su Gerardo, con una valerosa y noble accion satisfacion bastante de su constancia firme, tanto como disculpa humilde á la justa obediencia de quien siguió oprimida, si bien como hija honrada, la voluntad y parecer de su difunto padre, saliéndose del convento adonde hasta aquel punto habia estado, sin ser parte á impedírselo los deudos, los amigos, los criados, y sobre todo, la inmensidad de tantos imposibles y dificultades como contradecian su determinacion, finalmente, vencíéndolas á todas su valiente y atrevido amor, con cuatro criados de su familia y una doncella se puso en el camino de Cartagena; adonde llegando resuelta á ser el personaje principal en el acto piadoso de la redencion de Gerardo, temiendo que su madre y hermano la previniesen y ganasen el premio, se embarcó en un navio que cargado de pólvora, balas y artillería para los presidios de Oran y Mazalquivir pasaba á aquellas partes, con propósito de pedir salvoconducto y pasaporte al conde de Aguilar, su virey y capitan general, con cuyo amparo se prosiguiese su viaje á Argel y la libertad del querido amante; á quien, impelida de una espantosa borrasca y contradiciendo los desatados vientos su bien armada nave, llegando sin pensar á aquel paraje, pudo dar el socorro que habeis oido, librando dichosa y felizmente su vida y la de tantos animosos cristianos.

Tales, tan espantosos y admirables suelen ser los afortunados sucesos á quien viven en parte las cosas desta vida subordinadas y sujetas, ó por mejor y más cierto decir, tan incomprensibles y maravillosos los divinos juicios por cuya providencia se gobiernan y rigen. Efetos dignos son de su potencia los que al presente tocamos con la mano; y no sé quién habrá tan grosero y bárbaro, que en la peregrina concordancia deste suceso no reconozca la infinita sabiduría de Dios, que por tan varios nodos junta y conforma cuando y como es servido las causas más remotas, haciendo dellas unos mismos efetos, fáciles los mayores imposibles, y llano, con sola su voluntad, lo más ajeno á nuestras fuerzas y esperanza. Esta grandiosa consideracion tenia entónces á Gerardo confuso, si bien no del todo dudoso en la certeza y claridad de lo que veia, dando con su prolija suspension causa bastante á la admiracion de sus compañeros. Lloraba arrojada á sus piés con tiernas lágrimas Jacinta; y y loca de contento con la impensada vista del amante, Nise ceñía sus brazos, cuello y pecho, casi no dándole lugar á que pudiese determinar su rostro y entender las razones que con dulce y alegre voz de aquesta suerte le decia: No me espanto, querido señor mio, que así dudoso dificulteis el crédito de mi

conocimiento, pues el corto que de mi amor tuvistes habrá tambien borrádome de vuestra memoria y pensamiento; mas no la experiencia que tan á costa de mi alma tengo desta verdad, no el cruelísimo rigor con que de vos he sido maltratada, no el largo olvido, no tantas sinrazones y desdenes, no el ausencia, verdugo del más firme amor, han sido poderosas á enflaquecer el mio, trocar la voluntad, deshacer mi aficion, y finalmente, contrastar la más mínima parte de mi dulce y merecido empleo. Este solo es el que vengo á buscar, Gerardo mio, perdido y enajenado entre los Turcos y crueles cosarios que injustamente os poseyeron; y este cuidado solo, haciéndome olvidar tantas injurias, me ha traído por tan graves peligros, saciándome de mi recogimiento, juntando vuestro rescate, caminando las noches y los dias, atropellando tantas montañas como dificultosos imposibles, no más que para conseguir, hallándole, vuestra perdida, y de mí sobre todas las cosas deseada libertad. Merezca pues, amado dueño mio, ser de vos admitida esta amorosa accion, pagando la firme voluntad que la ha emprendido, ya que no con igual correspondencia, á lo ménos permitiéndome que pueda publicar con gusto vuestro mi cansada lengua que solamente ha sido Nise, si bien tan ofendida, eternamente para con vos leal, y único y solo su verdadero amor.

Quedaron con aquesto los circunstantes asombrados de su discreta y prudente plática, y más que todos Gerardo enternecido, y aunque ménos confuso, admirado en extremo de la valiente voluntad de Nise; y casi en igual peso compadecido de las tristes y miserables vueltas con que habia á la pobre y desdichada Jacinta atropellado la inconstante rueda, ya consolando con nobles y piadosas entrañas su infeliz suerte, ya acercándose con agradecida voluntad á la graciosa Nise, ya blandeando con esta la entereza de su ánimo, y ya con aquella olvidando la justa indignacion de sus agravios, no pudiendo sin lágrimas disimular su sentimiento, levanta de sus piés á Jacinta, y cñe juntamente á la divina Nise con más nueva aficion el blanco cuello, y pidiéndola perdón, casi en parte corrido y afrentado de verse de sus flacas y amorosas fuerzas vencido, con humilde y alegre rostro confiesa su obligacion, y culpa su ingrato proceder; y volviendo á la triste y lastimada Jacinta, con semejante regocijo la consuela, y promete no desampararla hasta tanto que con la tranquilidad que desea llegue adonde pueda quedar en el abrigo de sus deudos, ó por lo ménos en más quieta y segura vida. Y con este último y determinado parecer, miéntras las dos hermosas damas alegres admiraban con igual emulacion su rara belleza, comenzó á dar orden en su jornada.

Estaba Nise muda y celosa, si bien más confiada, entre los brazos de su amante; y Jacinta, disimulando el mismo cuidado, como quien ya se conocia indigna de tenerle ni nombrarle, por sacarla de aquella suspension rompió el silencio, hablándose una á otra cortesmente; y como entrambas estuviesen juntamente deseosas de conocer y entender la causa de su peregrinacion, viendo que ya Gerardo, temeroso de otro encuentro, queria que su bergantín fuese en conserva de la nave hasta Oran, para desde allí con mayor compañía volverse á España, acordaron con gusto suyo de

proseguir por su mejor comodidad juntas en el navío la jornada; para lo cual ayudadas de los criados de Nise y juntamente de nuestro caballero, volvieron á ponerse en el esquife, desde adonde subiendo al bajel, Gerardo, á quien no le parecía justo dejar la compañía de sus amigos, despidiéndose de Jacinta y Nise, que, conociendo la razon, no quisieron contradeleirle, volvió á decender por el escala para entrarse en su bergantín. Mas porque la fragilidad y mudanza de los mortales gustos con mayor evidencia conozcamos, y para que ni en ellos hagamos confianza ni esperemos de sus contentos mejor estabilidad, advertid en aquestos renglones el último suceso que en este alegre día aguardaba á Gerardo y á las hermosas damas.

Habían estado todo el tiempo que estas cosas referidas pasaron el bergantín y nave fuertemente aferrados, tanto por poder así mejor comunicarse, cuanto por el escarceo de las ondas, que todavía andaban alteradas; y si bien habían en aquel término breve sobrellevado su furioso ímpetu, no pudiendo hacer los dos bajeles otra cosa, temerosos por no despedazarse, estando así tan juntos y sujetos á sus mismos golpes y vaivenes, y pensando que Gerardo se quedaba en la nao, últimamente se desaferraron; pero fué al mismo punto que nuestro caballero, habiendo decendido al esquife, iba á saltar dél en el bergantín; el cual desviándose al instante, como ya estaba desamarrado, no pudiendo alcanzarle, hubo de dar consigo, con dolor espantoso de cuantos le miraban, en medio de las turbadas y crecidas olas; de quien impelida la nave arrebatadamente con el furioso movimiento que en las aguas causó, le hizo zozobrar debajo dellas, desviándose en un punto de adonde el desdichado caballero peligraba largo espacio; si bien, aunque tan léjos, no dejaban de oírse las miserables voces, gritos y alaridos de Jacinta y Nise, cuyos ojos mal de su grado fueron allí testigos deste lastimoso desastre.

No se turbaron los valientes amigos de Gerardo viéndole en tan grave conflicto, ántes con presteza increíble proejando á todo reventar el bajel, se le acercaron, arrojándole dos estrovos, de quien, llamando á Dios y á su piadosa Madre, se asió con valeroso corazón, con que alando poco á poco los que tenían las cuerdas, y él arrimándose á los remos y palas, soliviándose en ellos, fué finalmente subido al bergantín; en quien dando muchas gracias al cielo, fatigado del peligro y cansancio tanto como del agua salobre que habia bebido, estuvo un cuarto de hora sin poder alentarse ni hablar palabra; después del cual más animado, con notable contento de su buena compañía comenzaron á proseguir con la misma derrota del navío, si bien ya las espumosas y levantadas ondas se le habían hecho perder de vista. Sería entónces la una de la tarde, en quien comenzando á enderezarse un viento largo, les obligó á meter las velas; y así, aunque pudieran excusar les remos, porque solo con ellas caminaban á diez millas por hora, no lo hicieron; ántes con admirable diligencia bógaban la vuelta de poniente, que era el propio viaje de Oran y adonde la nave caminaba, y sin cesar un punto ni dejar los remos continuáron sobrellevándose los unos á los otros la jornada, de suerte que ántes de cerrarse la noche ya estaban más de sesenta millas de adonde

sucedió la refriega; más como ninguno de los compañeros supiese atentadamente tomar el punto fijo del altura, y la noche viniese con tenebrosa escuridad, aunque en el rumbo inciertos, al fin se resolvieron á proseguir la derrota del poniente, como en efeto más segura, porque el engolfarse andando tan furioso la mar no les parecía cosa acertada; y así, poniéndolo por obra y con la misma diligencia y continuacion, cuando menos pensaron, siendo pasados de la prolija noche dos tercios, se hallaron otra vez muy cerca de la costa, y lo que mayor temor les dió, á la boca y entrada de un gran puerto; de quien desviándose valerosamente, por más que con todas sus fuerzas lo procuraron no les fué posible, porque el viento de tramontana y norte, opuesto al bergantín, contradeleir su determinacion; con que reconociendo su notorio peligro si más le contrastaban (porque es muy fácil zozobrar en ocasiones tales un bajel), hubieron de rendirse á la suerte enemiga de sus hados, dejándose, ciegos de la pena y dolor de tal desgracia, llevar en la violencia de las olas, con quien en breve espacio se hallaron dentro de un abrigado y hermoso puerto, á quien con maravillosa majestad adornaba y fortalecia un alto y torreado castillo, cuyos soberbios fundamentos eran las ásperas y empinadas rocas, límite incontrastable de las profundas y sagradas ondas del mar.

DISCURSO TERCERO.

Hallábanse los tristes cristianos, aunque seguros del alterado mar, más que nunca afligidos, reconociendo que, segun la costa, el puerto que forzados habían tomado era de Berbería; de que se les seguian irremediables y seguros daños. Sentia nuestro caballero con terrible dolor su malograda libertad, y mucho más que el perderla, verse por tan lastimoso fracaso apartado de aquella hermosa y sobre todas leal y firme Nise; cuya notable determinacion considerando, puestas en olvido las pasiones antiguas, era fuerza apreciarla con estimacion digna á su voluntad, luciendo y alentando poco á poco aqueste agradecido pensamiento el fuego amortiguado cuyas llamas un tiempo le abrasaron el alma; y como en la nobleza de su pecho no pudiese el deseo de venganza hacer mayor efeto, siendo sin comparacion su piedad más crecida, lloraba juntamente el desamparo de Jacinta, y temia de su flaco natural otra igual caída que la imposibilitase del remedio que la habia prometido.

Estos justos y amorosos cuidados puedo decir afligian tanto su corazón cuanto el riesgo presente; el cual deseando excusar con alguna razonable salida, y viendo que hasta entónces no habían sido descubiertos ni sentidos, tomando el parecer de sus compañeros, últimamente acordaron que dos dellos, saliendo á tierra, procurasen con el silencio necesario tomar lengua, para que no ignorándola, se previniese en su conformidad lo conveniente.

Esta faccion, si bien de gran peligro, queria para sí cada cual de los cristianos, divirtiendo aun al mayor amigo de la empresa; mas Gerardo, á quien todos pedian nombrase á su eleccion, temiendo mover alguna diferencia, satisfecho de su buen ánimo, se señaló á sí mismo, tomando por compañero al más débil y flaco del bajel; con que no les quedando réplica

ni queja á los demás amigos, tomaron tierra lo más apartado que les fué posible del castillo ó fortaleza que tenían á la vista, y trepando con maravillosa ligereza un cerro de peñascos y tajadas peñas, yendo con pasos lentos derramando á una y otra parte los ojos, al empujar de aquella montañuela, no sin notable sobresalto, oyendo ruido de caballos, se detuvieron. Era lo más que en aquesta ocasion solicitaba su cuidado el encuentro de un aduar de moros; y así, inclinando con ménos turbacion los oídos, se pudo mejor advertir que algunos de á caballo venían hablando; y mas viendo que no llegaban, si bien detrás de unos peñascos gran rato los habían atendido, pareciéndoles que estaban allí cerca parados, sin más dilatar su determinacion, cubiertos con las sombras de las peñas, fuéron acercándose al rumor que oían; hasta que llegando á un espacioso llano, cumbre del cerro, y plaza bien cercada de sus ásperos riscos, pudieron claramente determinar dos hombres de á caballo prevenidos y armados con sus lanzas y adargas, los cuales, hablando con alteradas voces, causaban el rumor que cuidadosos los traía. Bien entendió Gerardo que eran moros, y lo mismo creyera el temeroso compañero si á este punto, acercándose más, no oyeran que con más alterada voz decia el uno al otro estas palabras: Alto pues, don Martin: excusemos razones; que ya no es tiempo de dilatar con las fingidas vuestras mi venganza, satisfaciendo á la burlada Ismenia; cuya maldad habeis de pagar muriendo á mis manos; porque solo á ese efecto se ha fingido la ocasion que de Oran os ha sacado. Y cesando, volvieron á oír que el contrario le respondia desta suerte: Antes, vil caballero, serán estos peñascos de Mazalquivir sepulcro eterno de tu vana arrogancia, la cual ahora conocerás en cuán poco estimo y lo bien que te hubiera importado no hacerte dueño de ajenas injurias; y con esto, retirándose para mejor gobierno de la lanza, volteando el caballo, arremetió en un punto al enemigo, que haciendo otro tanto, con la misma presteza comenzó á rodearle.

No hay palabras que en aquesta sazón basten á encarecer el gusto de Gerardo, conociendo la tierra en que seguros se hallaban, por las razones de los dos caballeros; á quien deseando sumamente excusar de tan notorio daño, no atreviéndose solo, por el tropel de los caballos, en un instante despachó con la dichosa nueva al compañero, advirtiéndole volviere prestamente del bergantín con otros cuatro ó cinco, para que con su ayuda departiesen á los indignados enemigos, que á esta hora, mostrándose con más resplandecientes rayos la clara luna, haciendo su valor testigos los arcillosos peñascos, y jueces á sus desiertas y mudas soledades, con intrépida furia se acometieron, tirándose el uno al otro desesperados golpes con las lanzas. No podia Gerardo advertir con singularidad, segun la distancia del lugar, las acciones particulares de aquella sangrienta escaramuza; de quien temiendo algun fin desastrado, y pareciéndole que se tardaban los amigos, posponiendo el peligro á que se aventuraba, últimamente dándoles voces para que se apartasen, llegó corriendo á ellos al mismo instante que, chocando los dos espantosamente, impulsados de la fuerza de los caballos, dieron con sus cuerpos en el suelo; de adonde levantándose el uno con valeroso es-

fuerzo, queriendo sin la lanza embestir al que estaba caído, Gerardo se atravesó en medio, rebatiendo con el alfanje que traia su acelerada furia, y pidiéndole asimismo se detuviese; mas estaba tan ciego el airado caballero, que sin querer atender á sus razones, ni ménos mitigarse, viendo al contrario tendido en aquel campo, daba á Gerardo voces, diciéndole furioso le dejase matar aquel traidor. En este estado, que sin duda rompieran en su intento, llegaron los compañeros de Gerardo, mas tan acelerados y atrevidos viéndole de aquella suerte, que á no oponérseles con mucho tiento y mayor diligencia, corriera el impaciente caballero muy gran peligro; el cual, turbado con la vista impensada de tantos hombres, presumiendo lo mismo que poco ántes Gerardo sospechara del, quiso con toda priesa retirarse de su encuentro; para cuyo efecto procurando valerse del caballo, no le fué posible, previniendo su temor y cuidado las voces de Gerardo que conociendo entónces su pensamiento, le advertia se sossegase, porque eran cristianos; de lo cual satisfecho y ménos alterado, hubo de dar lugar á que pudiese de más cerca hablarle y verle. Mas apenas nuestro español comenzó su razon, cuando sin mayor tardanza conoció que el que presente tenia era don Jaime de Aragon, tan estrecho y singular amigo suyo como ya queda escrito en el segundo discurso de la primera parte; á quien Gerardo perdió de su compañía cuando, si os acordais, sacó á Jacinta con su ayuda y favor de aquel convento. Quedó un tanto de la impensada novedad suspendido, pareciéndole sueño lo que por él pasaba; mas despidiendo aquella primera alteracion del noble pecho, arrojando el damasquino alfanje, le echó al cuello los brazos. No quedó de semejante accion ménos turbado el antiguo amigo, porque como el hábito de Gerardo dificultase el conocerle, mientras de la verdad no se satisfizo fuerza era estar con semejante confusion, la cual aun más se le aumentó luego como se oyó decir las siguientes razones: ¿Qué es esto, valeroso don Jaime? ¿Contra los mayores amigos levantaís indignado los aceros? Parad, señor, reprimid el airado brazo; que si Gerardo en mitigar vuestro enojo os ha ofendido, ya tan arrepentido como humilde rinde las propias armas y ofrece en vuestras manos su cabeza. Estas blandas y suaves palabras hicieron brevemente recorriese don Jaime su memoria, en quien representándose la voz y presencia de Gerardo, llegó asimismo el conocimiento agradecido, dejándole sin igual comparacion alegre y admirado aqueste peregrino aeacimimiento.

Habian en este tiempo los demás compañeros acudido al caballero que en el suelo estaba, á quien hallándole revolcado en su sangre, muerto y atravesado de una cruel lanzada, previniendo lo que podia suceder, al mismo punto lo avisaron á los dos amigos: cosa que sintió nuestro Gerardo con extremo por el riesgo y peligro de don Jaime, que ya ménos airado, no se excusó, al fin como noble y generoso caballero, de dolerse del suceso mortal de su enemigo; á quien dejando entre lo más oculto de las rocas, no le pareciendo razonable acuerdo esperar más, informado del bergantín que tenían en el puerto, últimamente se resolvió á embarcarse en él. Era este camino el más seguro; y así, con igual desco de saber el uno del otro la ocasion de su encuen-

tra en tales partes, dieron en compañía de los demás cristianos vuelta al bajel; en quien entrando, apenas fué de día cuando con otros muchos que venían á España se salieron del puerto, si bien ántes Gerardo procuró atentamente reconocer el navío de sus damas; pero viendo que aun no habían llegado, temeroso de algun desmán que impidiese á don Jaime el viaje, y posponiendo el gusto que de esperarlas conseguía á su mayor seguridad, con general contento mandó tomar la derrota de España, en cuya deseada prosecucion, dando cuenta de su vida y maravillosos casos al animoso aragones, un día que se vió libre desta precisa causa, deseo de entender la que tan á peligrosos términos redujo sus cosas, pues al fin le obligaron á dársele tan cruel y sangriento, con el encarecimiento mayor de sus palabras le pidió se le contase; y no pudiendo, segun buena amistad, resistir don Jaime sus ruegos, importunado dellos, y más del gusto con que deseaba complacerle, así con el razonamiento que se sigue comenzó á referirle:

No muchos días ántes de vuestra venida, amigo Gerardo, á Zaragoza habíamos tenido los caballeros de aquella ciudad unas grandiosas fiestas, si bien de sus mayores regocijos nacieron causas de iguales disgustos y pasiones; de quien fué el principal movedor Lissauo, persona bien conocida de vos; y el que más en su contradiccion se mostró fué don Julio de Aragon, mi tío, y yo, por el consiguiente, quien sustentó su opinion á pesar de Lissauo y sus amigos. No hace á nuestro intento el especificar más esta causa; y así, la podré excusar con advertiros que casi la importancia della venia á topar en cierta cifra, si bien sacada de mi tío con intencion pacífica y segura, construida por Lissauo con diferente juicio y significacion, pues llegó á reputarla por injuria. Deste leve principio se engendraron algunas alteraciones, que fomentadas de los más inquietos de una y otra parcialidad, en breve espacio se declararon en sangrientos bandos, que dieron por largos días igualmente en qué entender á todos. En medio del rigor de estos enojos, habiéndome sido forzoso acompañar á mi tío en una jornada que hizo fuera de la ciudad, al volvernos á ella me sucedió lo que ahora oiréis. Llegáramos á tres leguas de Zaragoza, cuando caminando una tarde muy alegres, interrumpió nuestro viaje una impensada tormenta, comenzando el cielo á cubrirse de pardas nubes y casi juntamente á despedir de sí con temerosos truenos y relámpagos raudales de agua, y con tan impetuosos torbellinos, que si bien no en el golfo de Narbona, sino en los valles del caudaloso Ebro nos cogió esta borrasca, justamente temimos el ser della anegados. Corrimos por valernos á gran paso, hasta que, reconociendo unas caserías y hermosa quinta, nos metimos dentro casi en el mismo punto que una carroza entraba por otra puerta diferente con el aprieto y necesidad propia que nosotros. Aquí pues, esperando el lugar que quisiesen concedernos las nubes, estuvimos mi tío y yo con los que nos acompañaban una hora larga, aunque con desiguales pareceres; porque don Julio, con el gusto de llegar á su casa, solo deseaba la partida, y que no obstante el mal tiempo, se prosiguiese luego la jornada; pero á mí, como propio y natural de mis años, más me tenia inquieto el saber quién ocupaba la carroza, por haberme parecido, aunque las cor-

timas estaban bien cerradas, que eran mujeres las que en ella venian, como en efecto fué verdad, si bien el descubrirla pudo salirme al rostro, porque apenas yo quise para verlas levantar por un lado la antepuerta, cuando por ella misma se arrojaron dos hombres que empuñando las espadas y culpando por descomedida mi accion, pusieron en confusion los circunstantes, de quien siendo, como de mí, conocidos, y no menos que por Lissauo y Tirso, primo suyo, y entrambos crueles enemigos nuestros, aunque mi inconsiderada voluntad pudiera excusarlos, la cólera y reciente enemistad nos hizo á todos cerrar á la razon los ojos, procurando satisfacer su demasiado arrojamiento; y así, en un instante, mal de su grado, hubieron de cercarlos nuestros criados. Temí de su arrebatada furia una desgracia, que despues se nos atribuyese á villanía; y así, por excusarla hube de ponerme en su defensa y trocar de intento, haciendo que nuestra gente se retirase y no les ofendiese, procurando juntamente mi tío con palabras corteses mitigar su disgusto y disculpar mi curiosidad. Y verdaderamente los dos primeros, conociendo lo poco que en la ocasion podian ganar, se aprovecharan de nuestra cortesia si á este punto no entraran por la puerta de la quinta otros seis hombres de á caballo, que, á lo que me pareció, eran criados suyos que habían quedado atrás; con cuyo calor más alentados, sin esperar razones volvieron á renovar la refriega, respondiendo á su deseo con tantas ganas los de nuestro partido, que en breve espacio, vuelta la quinta el campo de Agramante, no se oian en toda ella sino golpes de espadas, voces, gritos y aun gemidos tristes de los que de una y otra parte comenzaban á sentir las heridas. Y no eran menores los alaridos que dentro de la carroza se daban, junto á la cual era lo más sangriento de la pendencia, de quien deseándose mi airado tío aprovechar, no quiso dilatar la conclusion de los pasados disgustos de Lissauo; ántes asiendo la ocasion por los cabellos, se fué cebando en él, y aun retirándole muy apriesa, bien que tan ciego y loco de la cólera, que sin poderlo excusar, cuando más aventajadamente le traia acosado, hubo de tropezar en uno de los cojines y malletas que rodaban caidos por el patio, dando de ojos á los pies del ya casi rendido Lissauo, con tan terrible sobresalto de mi alma, conociendo su desgracia y peligro, que estuve en término de perder el juicio; mas como en semejantes casos suele la brevedad suplir mayores quiebras, en un instante reparé con mi persona la de mi tío; porque desbaratando con dos fieros mandobles una punta de Tirso, con quien me habia afrontado, con un salto veloz me puse á compas de Lissauo, cruzando diestramente juntas espada y daga al reparo de un tajo que tiraba á don Julio; y no parando aquí mi furia ni aun mi buena suerte, del primer reves le dejé sin defensa; porque desguarneciéndole la espada, quedó tan solamente con el puño della en la mano. Advertí luego al punto el buen suceso, y sospecho que el odio antiguo me obligara á mayor demostracion si en aquesta sazón no se pusieran de por medio dos damas, que llorosas y en extremo afligidas, abrazándose la que de más edad parecia del contrario, y volviéndose á mí la compañera, procuraba mitigar mi indignacion y defender al desarmado caballero. Tenia la que me estaba hablando cubierta por el rostro una toca ó cendal de su-

til plata, que sirviéndola de embozo, solo dejaba descubiertos los hermosos ojos, si bien en esta ocasion llenos de tiernas y piadosas lágrimas, que acompañando con algunos gemidos y no ménos dulces que discretas razones, no tan solamente pusieron rienda á mi desenfrenada ira, sino que asimismo, viendo por una parte á Tirso mal herido de las manos de mi tío, que ya se habia levantado, y por otra á sus criados, que arrinconándose á la puerta de una cuadra trabajaban no poco en su defensa, vencido de sus corteses ruegos tanto como de su gallarda presencia, sin dilatar más mi intento, dándola primero á entender que todo aquello granjeaba conmigo su discreto y noble término, me puse al lado de Tirso, rebatiendo los golpes de don Julio y los cansados suyos, y pidiéndoles juntamente se apartasen y detuviesen, ayudándome para esto algunas personas que de la quinta habian acudido. Al fin, mi propósito tuvo mejor suceso que el que de tal revuelta se podia esperar; con que medio forzado de mis ruegos hubo de subir mi tío á caballo; y haciendo yo otro tanto, sin despedirme, como quisiera, de aquella dama, mandé á los criados no siguiesen, con quien, por prevenir lo que quedaba hecho, tanto como para curar algunos que iban heridos, caminámos la vuelta de Zaragoza con tanta diligencia, que ántes de anochecer ya estábamos en nuestras posadas, aunque yo no asistí mucho en la mía; ántes siguiendo el parecer de mi tío, hube de salirme por más de veinte dias á una aldea; con cuya forzosa ausencia no pude ni acerté, como deseaba, á informarme de quién fuese aquella gentil dama.

En este tiempo, habiendo entendido el justicia de don Julio, mi tío, el pasado suceso, temeroso de que no resultasen dél mayores inconvenientes, trató de apaciguarlo con tan vivas diligencias, que últimamente bastaron á que dellas redundase una general concordia; y si bien reconciliadas, en efeto le tuvieron públicamente nuestras amistades, con que yo dí la vuelta á mi casa y juntamente al cuidado que os he dicho, aunque con tan siniestra suerte, que en muchos dias, por más que hice, pude entender el secreto de aquellas damas, ni ménos quien fuesen ó adonde las llevaban. Tambien ayudaba esta dificultad el temor de caer en más nuevas sospechas con nuestros recelosos enemigos si por ventura alguno llegase á entender mis curiosos intentos; con que desistiendo dellos, hube de poner una bien larga tregua á sus deseos.

Dos meses se pasaron despues de todas estas cosas, á quien nuevos envites y casos mas urgentes me hicieron poner en olvido, hasta que un dia al salir de una casa adonde jugando nos entreteniamos, llegó á mí una mujer tapada, que poniéndome en la mano un papel, me dijo: Aquí, don Jaime, vendré mañana por la respuesta; y sin esperar más se partió, dejándome tan confuso como deseoso de ver lo que en él se contenia; y así, abriéndole, leí estas razones, que si ya no las quisimas que su dueño escribió entónces, á lo ménos serán de lo mas esencial de su propósito.

«La enfermedad prolija de mi padre y las pasadas inquietudes, si bien en la memoria la obligacion que os tengo, han suspendido mis deseos, de quien os puedo asegurar que es mayor la voluntad que de servirlos tienen que los merecimientos que en su dueño conocen; el cual, vencido tanto de los muchos vuestros

»cuanto del noble y piadoso término que á su ruego usastes con Lisauro en la quinta, ha querido mostrar en este pequeño bosquejo de su aficion parte del reconocido agradecimiento que os debe. Excuse pues tan suficiente causa con vos, noble don Jaime, aquesta libertad, dándola más honrado título en vuestro pecho, confiando del mío que sabrá merecer, si el tiempo alarga nuestra correspondencia, cualquiera estimacion de su voluntad, que entendida la vuestra, yo os haré sabidor de quien soy; mas hasta que de sus quílates y valor tenga bastante prueba, encarecidamente os suplico sufráis como honrado caballero. Y confíada, el cielo, como deseo, os guarde.»

Aquí, amigo Gerardo, cesaba el breve asunto deste maravilloso billete; y dóyle este renombre por la admiracion que sus razones me causaron, alegrándome igualmente la noticia, aunque hasta entónces tan confusa y breve, que ya iba teniendo de la graciosa dama de la quinta; á quien respondiendo sumamente contento, entiendo satisface con mi papel á las discretas razones del suyo, significándole las exquisitas diligencias con que mi voluntad habia desde aquel dia solicitado su conocimiento, y lo mucho que della y de mi proceder podia fiar, procurando por tan licitos medios facilitar su vista; aunque últimamente cerré el billete conformándome en tal particular con su gusto y prometiendo obedecerla, sin pretender jamas della ni de persona alguna saber ó entender cosa en que pudiese contradecir su voluntad; y como lo escribí lo cumplí, porque aun á la misma criada, que puntualmente me esperó en el puesto, la dí mi papel el siguiente dia sin atreverme á preguntarla su nombre ó otra semejante razon.

Al fin, por este mismo estilo nos comunicámos algunos dias; aunque si va á decir verdad, si bien la discrecion de sus billetes prometia un admirable sugeto y un firme y bien nacido amor, la falta de su conocimiento derramaba en diversas partes y ocasiones mis pensamientos.

Llegó en aquesta sazón el alegre tiempo de las carnestolendas, celebradas en nuestra ciudad con mayores y más licenciosos regocijos que en todas las restantes de España; y así, con algunos deudos y amigos de mi edad y condicion, vestidos con no ménos costosas que bizarras libreas, y cubiertos con mascaratas los rostros, discurrímos por una y otra parte gozando de muchas coyunturas que para la libertad de aquestos dias tiene reservadas el ordinario recato de las damas.

En medio de aquestos pasatiempos llegó la noche del domingo, en quien, habiéndonos informado de algunos festines y saraos que en particulares casas se celebraban, no queriendo excusar á la vista aquel contento, fuimos visitándolas á todas, hasta que finalmente llegando á las casas del señor de Bellide, en quien estaban juntas le bizarría, gala y hermosura de toda la ciudad, nos dispusimos á hacer la misma entrada, si bien más recatados, por cuanto era este caballero de bando y parcialidad contraria; de lo cual, aunque las amistades estaban hechas, no dejámanos de andar advertidos. Y os prometo, Gerardo, que desde que soy hombre nunca vieron mis ojos mayor belleza, ni aun causa más bastante á inquietar mi alma; porque, no obstante que cualquiera de las damas presentes era digna de un encarecimiento peregrino, la que,

por mi ventura me cupo por suerte, digo, aquella junto á quien se me concedió dichoso asiento, era de tan rara y admirable hermosura, que verdaderamente en su comparacion todas las circunstantes me parecieron feas.

Estaba toda la gran sala llena de diversas luces, blandones, hachas y faroles, y juntamente de varios y sonoros instrumentos, á cuyo dulce són danzaban algunas damas y galanes del sarao, en quien generalmente ocupando todos los demas la vista, pudo mejor la mia emplearse en el hermoso sugeto que la tenia suspendida; y así, aunque turbado, no dejé de decirla algunas razones, que igualmente con mis ojos ayudaron á darla á entender mi nuevo cuidado. No sé si el conocimiento de mi voz, ó acaso levantando la máscara para limpiarme el rostro, reparase en quien era, hizo que advirtiese la graciosa dama con ménos desenfado en mis palabras, á quien con una impensada alegría, acercándose más á mí, con baja voz me respondió las que se siguen: Mil gracias doy al cielo, buen don Jaime, por la dichosa suerte que hoy me ha concedido, cumpliendo en haberos hablado y visto el mayor de mis deseos, de quien os puedo prometer han sido y serán siempre de serviros mientras su dueño viviere, aunque en vos falte gusto para pagarles tan buena voluntad, de que no tendréis por qué maravillaros el día que entendiáis lo mucho que os estiman. Y con esto, tomando con las suyas mi mano, apretándola tiernamente, queriendo proseguir en su razon, y yo, turbado de semejante acaecimiento, responderla, atajó nuestra amorosa plática uno de los galanes del festin, que sacándola á danzar, me dejó sin ella, ocupando el mismo lugar otra dama; con lo cual, aunque la mia despues de haber con admirable gracia danzado, quiso volverse á su asiento, viendo el embarazo, hubo de trocarle por otro, y con tanto dolor de mi alma, por conocer lo mal que ya podia salir de tan dudosa aventura, que no supe ni pude disimular mi disgusto, ni aun la nueva ocasion deste cuidado, que dándole á entender á uno de mis mayores amigos, queriendo que él mismo me informase en la ocasion que le fomentaba, supe en efeto que era no ménos que la hija del caballero en cuya casa estábamos, admirándome aun mucho más entónces el suceso, y no sé si juntamente entrísteciéndome, porque la relacion que de sus padres tenia forzosamente habia de imposibilitar la prosecucion del amoroso fuego que poco á poco iba apoderándose de mi corazon. En estos cuidadosos pensamientos vacilaban los principios de mi aficion, cuando reconociendo los últimos fines del sarao, ántes de ser conocidos dimos la vuelta á nuestras casas, en quien, por ser muy tarde, se recogió cada uno hasta el siguiente día, que con el mismo traje y invencion volvimos á nuestro entretenimiento, aunque, si bien en diferentes partes me saltó la vista de mi dama, no pude gozar tan libremente de la coyuntura que pudiese hablarla; con que procurándola se me pasaron aquellos alegres días y otros muchos, en quien rondando así de noche como de día la calle y puerta de su casa, y otras veces acudiendo con maravillosa puntualidad á las iglesias donde iba á misa, templaba con los favores que de sus ojos recibia el amoroso ardor de mis deseos, mitigando juntamente con aqueste pequeño alivio el continuo tormento de mis penas.

Esta nueva voluntad, aunque bastaba á tener divertido al más libre y exento, no por eso escureció de mi memoria la que debia á la correspondencia y aficion que por sus papeles me mostraba la encubierta dama de la quinta; de quien siendo entendidos, no sé por cuál camino, mis desvelos, cuando ménos pensaba, con la criada que solia me escribió un billete, en quien no tan solamente signifíco sus celosas quejas, mas asimismo particularizó la más singular de mis acciones con señas y palabras tan verdaderas, que á mí me dejó en extremo confuso, no pudiendo imaginar por qué forma habia alcanzado tan señalados puntos de mis nuevos y amorosos cuidados, de que procurando divertirla, me resolví á responderla negando esta verdad y pidiéndola aun con más encarecimiento que hasta allí se dejase ver, para que echándose en tan grande obligacion, pudiese asegurar en mi forzosa correspondencia sus sospechas; y en conclusion, no obstante que por otros papeles mostró ménos satisfacion á mis excusas, como las suyas para el cumplimiento de mi deseo fuesen cada día alargándose, careciendo de su vista, no fué mucho que mis ojos tratasen de otro empleo con quien ménos esquivase se les mostraba siempre que se ofrecia ocasion; con que algo más tibio en sus billetes, proseguí con la bizarra dama del sarao mis intentos amorosos. Y deseando que esta con todas véras conociese mi aficion y el sentimiento que causaba en mi alma la dificultad de su comunicacion, ya que no podia llegar á hablarla, traté de que una música la diese á entender mi pensamiento; y así, teniéndola bastantemente prevenida, acompañado del amigo á quien primero dí parte en el pasado festin de mis intentos, siendo la mayor parte de la noche pasada, nos fuimos á su calle, en quien parando frontero de las ventanas y rejas de mi dama, comenzaron los músicos á cantar en los siguientes versos el imposible asunto de mi amor:

Rota barquilla, que las ondas mides
Con tantos males como fuerzas pocas,
Adonde el mar á tus abiertas bocas
Cierra con agua si favor le pides;
Tú, que forzada su randal divides,
Y al cielo llegas, y al abismo tocas;
Tú, que entre sirtes y elevadas rocas,
Cuerpos arrojas, tablazon despidas;
¡Dichosa tú! que aun vive la esperanza
Si el viento calma, si el cristal se enfrena,
Pues al fin vencerás tu dura suerte.
Mas ¡ay de mí! que ajeno de bonanza,
Un imposible amor hoy me condena
A esperar su remedio entre mi muerte.

Aun no habian dado los dulces instrumentos principio á los primeros ecos de su apacible voz, cuando así en las rejas y balcones del señor de Bellide como en todos los de la vecindad parecieron diversas personas que, dejando el blando sueño, salian á oír la música agradable; en quien mandando proseguir, se cantaron de nuevo otras muchas canciones y juguetes; con que pareciéndonos se acercaba la aurora, dimos la vuelta, quedándome yo en mi posada hasta el futuro día, en el cual, yéndome despues de comer á la casa de conversacion donde solia, me salió al camino la criada que traia los billetes y recaudos de la dama de la quinta; de quien dándome uno, se fué y me dejó leyendo en él las razones siguientes:

«No sé con qué palabras excusar vuestro término, don Jaime; porque si la remision de mi vista os disculpa, tiene este pequeño descarte mayores contrapesos, que redundan en vuestro daño, pues la fe que en tantos papeles me habeis prometido y las razones que enderezadas á este fin habeis escrito, ántes hacen en mi favor que en provecho de vuestra estimacion; con que hallando al presente en el contrario proceder de vuestras acciones (testigo dellas la música que distes á la hija del señor de Bellide) el engaño y fingimiento con que me habeis tratado, no será maravilla que mis quejas, siendo tan justas, lleguen y pasen de vuestros oídos. Mas porque conozcáis que las prendas que en mí habeis despreciado pueden correr parejas con las de aquesta dama (si bien tan justificadamente desmerecido en vos este favor), por volver por mi honra, tanto como porque mejor sepáis lo que perdeis, gustaré de que esta noche me veáis; y así, si os pareciere, esta misma criada traerá vuestra persona adonde podáis verme y hablarme: esperalda en las puertas de vuestra propia casa; y en tanto el cielo os guarde y de él el conocimiento que ha merecido mi voluntad.»

Yo os prometo, Gerardo, que cuando acabé de entender estas últimas razones fué mucho mayor el disgusto que el contento que dellas y su promesa recibí: tan notable fué el sentimiento que llegó á mi alma luego como entendí en la mala reputacion que estaba mi verdad, y con cuánta razon de su poca fe podia quejarse aquella dama; á quien, aunque corrido y vergonzoso en extremo, me determiné á obedecer, aguardando á que la guia me llamase, como en efeto sucedió; y así, no siendo aun las diez de la noche, tomándome por la mano y pidiéndome que yo solo la acompañase, poniéndolo así por obra, fuí atravesando juntamente con ella la mayor parte de la ciudad, hasta que, llegando á una calleja angosta y sin salida, acercándose á unas tapias medio derribadas, encubriéndome con la sombra dellas, se perdió de mí, diciéndome que esperase allí en tanto que ella daba la vuelta por otra parte y se entraba en su casa para avisar á su señora; y con esto, saliéndose con diligentes pasos de la calle, yo quedé esperando el fin de aquel suceso, tan admirado del modo con que se gobernaba, cuanto bien recatado y prevenido.

Destá suerte y con la misma confusion estaria atendiendo una larga hora, despues de la cual sentí poco á poco abrian las puertas de una ventana que caía frontero de la pared adonde yo estaba arrimado; en quien asomándose una mujer, aunque su vista me impedían las tinieblas de la noche, su voz me hizo conocer fácilmente que era la misma que allí me habia traído; y así, acercándome más, oí que me decia su biese en una de las tapias caídas que estaba asida en la pared de la ventana, desde adonde con mejor comodidad podian hablarme. Aquesto sin dificultad ejecuté al punto, y puesto ligeramente encima, en viéndome en ella la criada, volvió á decirme que esperase; y cerrando la ventana, se entró dentro, quedando ya en aquesta sazón con tan exquisita turbacion el alma, que verdaderamente parecia querer desamparar la cárcel y archivo de mi cuerpo, cuyos deseos, causando aquella turbacion, estaban como colgados y pendientes de cualquiera rumor ó frágil sombra, juzgando

aun los embates de los vientos por recatados pasos de mi dama, á quien últimamente vi que abriendo la ventana, se asomaba á ella. Era la pared en que yo estaba tan alta, que casi igualmente llegaba al bastidor; y así, no obstante que hacia algo escuro, pude sin dilacion conocer el hermoso rostro que tenia presente, el cual era no ménos que el de la gallarda hija del señor de Bellide: cosa que me dejó tan turbado, que, aunque estaba prevenido en lo que habia de hablar, como quiera que las razones venian forjadas en mi pecho más para satisfacion de las quejas y celos de la discreta dama de la quinta que para el sugeto que tenia delante, emmudeciéndose mi lengua, quedé tal, que si conociendo mi alteracion no se asiera de mí la hermosa dama, pudiera ser que igualaran mis ojos los últimos cimientos de aquellas paredes; mas sintiéndome tocar de sus hermosas manos, recobrando el aliento perdido, oí que me decia: ¿Qué turbacion es esta, caballero? ¿Atemorizaos por ventura mi presencia? ¿O temeis el castigo que tan justamente merece vuestra inconstancia? Yo soy á quien habeis tratado con tanta aspereza por la hija del señor de Bellide, y quien, obligada con los mismos servicios que á ella hicistes, se esfuerza á perdonar más propias injurias: yo soy, don Jaime, la misma á quien en la quinta y compañía de Lisauro favoreció vuestro cortesano y noble proceder, y soy juntamente quien mereció gozar de vuestra conversacion en el sarao, y quien, siendo Ismenia, hija del señor de Bellide, soy y seré mientras la vida me durare, vuestra á pesar de cuantos en el mundo me lo contradijeren. El entender, querido señor mío, que la natural enemistad que nos teneis habia de oponerse á mis intentos ha hecho dilatar mi conocimiento, esperando á que alguna de las impensadas ocasiones que el tiempo ofrece habia de facilitar estos deseos, como finalmente ha sucedido, pues os habeis dispuesto á querer á Ismenia conociéndola por prenda del mayor enemigo. Esta verdad me acabó de persuadir la música de la pasada noche, cuyo favor, por el cuidado en que os puse, estimo con igual recompensa; y dirálo mejor mi resolucion determinada, que para disponer nuestra vista ha atropellado un increíble número de dificultades. Permita pues el cielo, buen don Jaime, que reconozcáis mejor que con la dama de la quinta lo que las verdades de Ismenia y su leal voluntad merecen; que haciéndolo así, yo viviré contenta, y vos nunca quejoso de mi correspondencia. Con esto dando fin á su plática, dió tambien lugar á que ménos turbado pudiese satisfacer mi lengua tan amorosa obligacion; y así, con las más discretas razones que pudo el alma prevenir, haciéndola entender sus mayores secretos, últimamente excusé el yerro que cometió su inconstancia contra la hermosa dama de la quinta, atribuyéndolo á la poderosa fuerza y belleza peregrina de la gallarda Ismenia; con que trocándose el disgusto que ántes me habia prometido por aquesta razon, en un impensado regocijo, gastámos gran parte de la noche en agradable conversacion; en cuyo discurso entendí asimismo de mi dama que la razon de haberla encontrado con Lisauro y Tirso en aquella quinta habia sido forzados de la borrasca por quien nosotros tambien veniamos huyendo, habiéndoles cogido caminando la misma tarde

desde Zaragoza á una aldea, adonde en aquella sazón estaba su padre muy enfermo, por el cual iban para con más comodidad traerle, juntamente con su madre y ella, los dos caballeros sus parientes y los demás criados que despues acudieron; y que en volviendo á la ciudad, forzada, si bien mejor pudiera de su generosa obligacion que de mi cortesía, habia procurado, mediante el secreto de aquella criada, darme á entender su pensamiento; con que más que nunca gozoso, despidiéndome de su hermosa preseñcia, viendo reir el alba, salté de la pared, llevando órden particular y mandato de Ismenia para proseguir su amorosa vista todas las noches por la misma parte. Volví la siguiente á mi puesto y calle, que, segun ya estaba yo informado, venia á ser el remate de las principales casas del señor de Bellide; si bien, por venir la noche ántes ajeno de suceso semejante, no las habia tan bien reconocido. Aquí, esperando se abriese la ventana, me encubrí con la sombra de los derribados paredones, y estándome ya para subir en ellos, vi tres hombres que de improviso entraban en la misma calle, y que reparando en medio della, muy de propósito comenzaban á hablar entre sí. Acercábase el punto de mi tan deseado; y aunque por una parte la nueva inquietud me tenia turbado, por otra más me atemorizaba el cuidado de ser descubierta mi ocasion, ó ya si impensadamente abrian la ventana, y llamándome della, me obligaban á salir de adonde estaba: cosa que sucediendo de cualquiera manera, venia á ser, por el lugar en que me hallaban, sospechosa. En medio de aquesta confusion estaba mi alma cuando su desgraciada suerte encaminó el peor suceso; porque abriendo Ismenia su ventana y no echando de ver la demás gente que ocupaba el puesto, reconociendo solamente el bulto que mi persona hacia, me llamó por mi propio nombre, diciéndome: ¿Por qué, don Jaime, no subis? A cuya voz en un instante, oyendo lo que habia dicho, acudieron los tres hombres, que, temiendo no llegasen tan cerca, que sin poder desenvolverme conociesen mi persona, ántes que aprehugasen conmigo, ya yo estaba en postura, acometiéndoles sin hablar palabra con tal desesperacion y coraje, que á los primeros golpes dí con uno en el suelo, de adonde no levantándose más, los compañeros amedrentados con su desgracia dieron en un punto la vuelta, pero apellidando la justicia con tan grandes clamores, que no me atreví á esperar su efeto, si bien fué tal, que apénas yo habia salido de la calle, cuando la ocupó otro gran tropel de hombres, que, segun despues entendí, eran de una misma facion, y todos verguetas, que esperaban por órden de la justicia hacer una importante prision en la propia calle; de quien considerando el peligro, ántes que ninguno me pudiese seguir salí con notable diligencia, llegando á mi posada tan disgustado y triste cuanto alegre y contento la pasada noche. Luego como amaneció el futuro día tuve de mi dama un billete, por el cual, disculpando con su corta experiencia el inconsiderado descuido origen de nuestro desasosiego, me advertia lo mucho que importaba para la quietud y seguridad de nuestras cosas el dilatar el vernos por algunos dias, y esto tanto por el cuidado que en su casa habia, cuanto porque públicamente se decia que habian muerto en aquella calle un ministro de justicia no con más grave ocasion que por

haber querido conocer á un caballero que estaba hablando en sus ventanas. Vi, representándoseme estos inconvenientes, la mucha razon que tenia Ismenia y juntamente lo mucho que importaba seguir su consejo; y así, pareciéndome disimilar mejor ausentándome de Zaragoza, satisfecha Ismenia deste intento y con licencia suya determiné el viaje para un lugar mio, trayendo entónces juntamente conmigo á vos y á la hermosa Jacinta, con quien últimamente nos sobrevino en la misma jornada la ocasion y suceso que nos forzó á sacarla del convento adonde por mi órden la habiamos dejado, y en conclusion, el perdernos con la escuridad de la noche, aportando yo el siguiente día casi en las mismas puertas de mi propio lugar; desde el cual habiendo hecho, buscando vuestra persona, exquisitas diligencias, no me siendo posible el tener della alguna nueva, al fin traté poco despues de apaciguar las partes principales más quejas de aquel acaecimiento; con que, supuesto que la abadesa era tan deuda mia, temiendo el ponerme en mayor peligro, hubo de disimular su satisfacion.

En este tiempo, aunque tan apartado de mi dama, no por esto faltó nuestra comunicacion; porque, mediante la buena diligencia de aquel amigo á quien, como atrás queda dicho, descubrí este secreto, yendo las cartas de Ismenia á sus manos, llegaban con igual seguridad á las mías, valiéndonos, como siempre, de la solicitud de la criada, cuya persona le traia los recados de su dueño y volvia los que yo remitia á mi amigo; hasta que finalmente, no pudiendo soportar el corazon más larga ausencia, al cabo de dos meses dí la vuelta á Zaragoza y juntamente á los antiguos cuidados de nuestra amorosa pretension. Luego supo mi venida Ismenia, porque, si va á decir verdad, tan solicitado fui de sus cartas y persuasiones como de sus ardientes y abrasados deseos; y así, la siguiente noche, acompañándome don Martín de Urrea, que era el nombre de mi amigo, me fui al concertado puesto, en quien estuve casi hasta que amanecía con mi dama, prosiguiendo otras muchas veces con más tranquilidad y sosiego que yo pudiera imaginar, acrecentándose en la larga comunicacion nuestras voluntades y deseos con tan entrañable alicion, que no pudiendo el uno y otro resistir sus ardientes efetos, en conclusion determinámos dar á nuestras pasiones el fin dichoso que tanto deseábamos. Y así, la noche deste concierto, vencida de mis ruegos Ismenia, recibiendo primero, testigos los cielos y su fiel criada, mi fe, palabra y mano de esposo, tuvo por bien de que yo entrase en su aposento por la misma ventana adonde hablábamos; aunque faltando por prevenir algunas cosas para este efeto, me fué fuerza suspender hasta la siguiente noche el merecido galardón de mis trabajos. Los que mi corazon padeció en aquel breve término esperando la hora señalada, entiendo que se pudiesen igualar con todos los restantes de mi vida; y así, aunque sentado no podia reposar, en levantándome de la silla en que estaba, volvia á buscar de nuevo en qué recostarme; y si de aquella suerte no recibia descanso, paseándome á una y otra parte hallaba mayores inquietudes, y en ninguna ocasion sosiego alguno; con que desta manera, afligiéndome de lo que en razon pudiera estar alegre, pasé la mayor parte del día, hasta que, visitado

de mi amigo don Martin, por no darle á entender tanta flaqueza mostré en mi rostro ménos inquietud y más alivio, aunque no tanto pudo disimularse mi contento, que él no dejase de conocer su novedad. Este curioso intento dió presto á entender con ruegos y palabras, y yo, por el consiguiente, como quiera que liaba dél los mayores secretos de mi alma, sin ser más apretado le comuniqué el concierto que habeis oído (y pluguiera á los cielos primero se acabara mi vida): en fin, Gerardo, aunque entónces no advertí tanto como debiera en las acciones de su rostro, despues y cuando el entenderlo no tuvo remedio caí en que mortalmente se había entristecido don Martin luego como oyó de mi boca la nueva causa que me tenia inquieto; mas estaban mis ojos de pasion tan ciegos, que ni repararon en su tristeza, ni ménos, aunque la conocieran claramente, juzgaran cosa que pudiese redundar en su daño. Roguéle últimamente que como solia me acompañase, y él, condescendiendo con mi gusto, lo hizo; y así, volviendo á su casa para salir mejor apercibido, despues de algunas horas tornó á la mia; en quien pareciéndole mudar conmigo capa y sombrero, lo efetuó, diciendo iríamos así con más disimulacion; con que llegando á la calle y puesto acostumbrado, siendo algo tarde, hallé á Ismenia que esperaba; á la cual saludándola porque me conociese, con ayuda de mi amigo en un punto me puse en el paredon, desde adonde queriendo subir á la ventana, apenas para ejecutarlo me previne, cuando arrojándose en la misma calle dos hombres, embistieron desapoderadamente á don Martin, con el cual, si bien á mi parecer resistidos valientemente, dieron principio á otra semejante escaramuza como la pasada; pero no previniendo por entónces otra sospecha, cierto de que sin duda habíamos sido espiados, salté al suelo, y poniéndome á su lado, fácilmente los fuimos sacando de la calle; y como yo no desease otra cosa más que apartar á mi contrario de aquel puesto, viéndole que en gentil compas se retiraba, de suerte le apreté, que al fin hubo de volver las espaldas, siguiéndole por ahuyentarle tres ó cuatro calles, hasta que cansado dí, despues de algun espacio, vuelta al mismo lugar; en quien no hallando á don Martin, ni ménos rastro alguno de la pendencia, sospechando que á él le habria sucedido lo mismo que á mí, no tratando de esperarle más, torné á subir en la pared para poner en conclusion mis deseos; mas hallando la ventana muy bien cerrada, y oyendo á la parte de adentro algun rumor, pensando que sin duda con el de las cuchilladas habíamos sido sentidos, me volví á bajar con tan desatinado dolor del nuevo acaccimiento, que estuve á pique de hacer de aquesta vida un desesperado sacrificio.

No pude en toda aquella noche dar á mis cuidados un pequeño espacio de sosiego, á quien el consuelo que con el día les vino fué tal como presto sabréis. Serian las diez de la mañana cuando la criada de Ismenia, más que nunca alhorozada y contenta, entró por mi aposento, y dándome un papel, me dijo si estaba más alegre y ménos vergonzoso que la pasada noche. No entendí al propósito que hablaba; y así, respondiéndola bien diferente del suyo, la pregunté si habíamos sido sentidos; con que replicándome que no, últimamente la despedí con más gusto que el que hasta

aquel punto había tenido; pero duróme su alegría lo que tardó la vista en leer las razones del billete de Ismenia, las cuales eran las mismas que se siguen:

«Como en mi vida tuve más alegre noche, así nunca mi gusto pagó mayores descuentos, porque si bien vuestro mudo silencio entristeció mi alma, el peligro en que primero os vi y el temor que aun hasta ahora tengo, ignorando si llegastes seguro á vuestra casa, me la tenido y tiene en un mortal cuidado; y así, amado esposo mio, os suplico no me dejéis de ver esta noche, pues ya estáis obligado á conocer lo mal que pasaré sus prolijas horas sin volver á gozar de vuestra dulce y amorosa presencia.»

Aun hoy, Gerardo, llegando á considerar aquestas cosas tiemblo la turbacion y espanto con que entónces se confundió mi alma leyendo una y mil veces las razones de aquel papel, y considerando juntamente las que primero su criada me habia dicho; mas reconociendo que hasta ver á mi querida Ismenia se trabajaba en vano mi cansado espíritu, hube de armarne de paciencia, esperando á que llegase la noche; en quien aun antes de la acostumbrada hora me fui á la posada de don Martin, tanto con pensamiento de llevarle conmigo, cuanto por saber lo que la noche antes le habia sucedido; mas aunque una y muchas veces llamé á sus puertas, ninguno me respondió; con que hube de proseguir mi viaje solo, llegando al puesto y subiendo sin contradiccion alguna en la pared y poco despues en la ventana, adonde ya me esperaba Ismenia.

Parecíame entónces, caro amigo, que descoyuntándoseme los huesos de mi cuerpo, erujian en él temblando fuertemente, y que el afligido corazon, oprimido de algun futuro daño, dando impetuosos saltos en el pecho, se queria deslacer y partir, y en conclusion, nunca mayor tristeza se apoderó de mis sentidos y potencias, como quiera que la ocasion presente era la que con más crecido gusto habia mi alma deseado. No dejó de conocer Ismenia mi turbacion, no obstante que estábamos sin más luz que la de sus claros y hermosos ojos; y así, con igual sobresalto y algunos ternísimos suspiros me comenzó á decir: ¿Es posible, don Jaime, que habeis de mitigar nuestros contentos con tan extraordinaria tristeza? Anoche no gustastes que os viese, ni ménos quisistes hablarme dos razones, habiendo tantas que decir á una mujer que con tanta voluntad y amor os entrega la posesion más estimada de su persona y hoy con la misma suspension parece que quereis proseguir en vuestra extrañeza. Por Dios os pido, señor mio, que no pase adelante el enfado cuya ocasion ignoro, ó á lo ménos que me deis parte dél, pues ya no es justo que de cualquiera daño ó provecho vuestro deje Ismenia de participar. ¿Qué dolor seria bastante á igualar el que mi alma padecia oyendo tan amargas y nunca imaginadas desventuras? O ¿qué lengua ni palabras habrá que basten á significar el rabioso tormento de mi corazon viendo con semejante simplicidad tratar á Ismenia los más arduos y estimados negocios de mi vida? Con todo, sin dejarme rendir de mi pasion, procuré entender lo mejor que pude si eran acaso burlas las que yo siempre tuve por véras; y así, viendo á mi dama que con oirme negar la entrada en su aposento la noche pasada se iba sumamente alterando, conociendo claramente que otro habia sido con ella

miénttras tardé en la prosecucion de mi pendencia, sustituto de mi persona, fué tan terrible la pena que se apoderó de mi corazon, que sin bastar el alligido espíritu á reprimir su violencia, quedé por más de una hora desmayado entre los brazos de la burlada Ismenia; la cual en tanto, habiendo hecho sacar una luz y conociendo en la perdida color de mi desfallecimiento el accidente verdadero de su daño, no pudiendo en el ardiente amor que siempre habia en mi persona reconocido poner duda mayor, poco á poco comenzó á caer en la cuenta, persuadiéndose á que infaliblemente habia sido engañada, y con mayor eficacia acabó de creer esta verdad luego como hizo otra experiencia que bastó á dejarla aun más certificada; porque acordándose en aquel punto de un pequeño relicario y bolsillo que pendientes de un cabestrillo de oro y seda se habia olvidado entre las almohadas de la cama el que tan á costa de su honra la habia ocupado, halló abriéndole, entre otras reliquias y papeles, un librico pequeño que con iluminaciones vistosas y menudas letras tenia esculpidos los cuatro celebrados Evangelios, estando juntamente en sus primeras hojas escrito el nombre de su dueño, que era el mismo de mi falso amigo don Martin; lo cual apenas la criada entendió, cuando llorando con tierno sentimiento, vuelta á la alligida Ismenia y á mí, que ya estaba con mejor acuerdo, nos dijo desta suerte: No hay para que trabaje, señores mios, vuestra imaginacion y cansado espíritu pretendiendo buscar mayores muestras desta verdad, porque indubitavelmente el mismo don Martin ha sido de quien esta traicion hemos recibido; la cual saben los cielos que pudiera yo propia haber excusado si el temor de alguna desyentura no me hubiera forzado á callar, como quiera que nunca llegué á persuadirme que sus infames y viles pensamientos pudieran tener tan atrevidos fines; y así, sabréis que luego como los pasados dias os ausentastes desta ciudad, dejando para mejor comunicarnos á cargo suyo vuestra correspondencia, yendo á llevarle por mandado de mi señora Ismenia la primera carta que os escribí, despues de muchas cosas que trató conmigo entónces, últimamente me dijo lo mal que mi señora lo hacia en quereros, porque no tan solamente era al reves de vos correspondida, sino que pretendíades con semejante engaño vengar en su honra las enemistades de vuestro linaje; y que para más evidente muestra desta verdad, en aquella misma ocasion, ajeno de lo que á su amor debíades, habiendo sacado de un convento de monjas cierta dama, os estábades en vuestro lugar dando con ella alegre y gustosa vida. Pero advertiéndome el atrevido y falso caballero con tan desiguales afetos estas razones, y supo en ellas disimular tan poco su pasion, que sin más conocimiento de su enfermedad penetré los achaques de donde redundaba; y no pararon en sola aquella vez sus diligencias, ántes en cuantas tuvo ocasion de verme volvió á la misma materia, declarándose finalmente conmigo, y tanto, que llegó á ofrecirme algunas joyas de valor, prometiéndome aun mayores intereses si con mi industria daba á entender su voluntad á Ismenia, y juntamente insistia en hacerla creer el engaño con que de vos era tratada y el intento á que se enderezaba vuestra aliecion; mas la que siempre tuve á vuestro noble proceder, y el amor y fidelidad que á mi señora debo,

me obligaron no solo á cerrar los oídos á tan viles razones, sino á persuadir á Ismenia para que así solicitase vuestra venida; la cual apenas entendió don Martin, cuando con disimulado y risueño semblante me quiso hacer entender que todas sus pasadas diligencias habian enderezádose tanto á la experiencia de mi fidelidad cuanto á la constancia y firmeza de mi ama; con que, si bien destas razones presumí que era curarse en salud, no por eso me atreví á decille ninguna dellas á Ismenia, pareciéndome que si de su boca llegaban á noticia vuestra no se podia excusar entre don Martin y vos un gran disgusto, que finalmente habia de redundar en daño mio y deshonor della y de sus padres. Este, si bien considerado, silencio es quien hoy más ha hecho en vuestra ofensa; pero si ya tan sano intento no excusa á su dueño del castigo que no merece, aquí estoy, tomad en mí, señores, la venganza que mejor os pareciere. Con esto cesando su lastimosa plática, y discurriendo todos en las acciones y circunstancias deste miserable suceso, considerando, aunque tan sin razon y coyuntura, la nueva diligencia de trocar aquella noche conmigo don Martin capa y sombrero, y luego el acometimiento que aquellos hombres tan á tiempo crudo me hicieron, y el fácil retirar de mi contrario, compasando los términos y espacio que pudo tener para entrar el fingido amigo en la cuadra de Ismenia, y últimamente, el silencio que guardó miénttras con ella estuvo, y el haber primero pedido la mandase quitar la luz, y en fin, su turbacion y sobresalto, claramente y sin alguna confusion, de todas estas cosas llegámos á conocer que no solo don Martin habia sido dueño de aquella maldad, sino juntamente autor de la pendencia, concertándola con algunos amigos ó criados suyos en la forma que sucedió, para que en tanto que en su prosecucion me detuviere, pudiese tener su traicion seguro efeto; de cuyas verdaderas señales satisfecha la alligida Ismenia, no hay entendimiento humano que pueda reducir á breve suma el número infinito de sus lágrimas, el abundancia de sus suspiros, el aprieto de sus congojas, sus gemidos tristes, sus ansias y desfallecimiento. Mil veces, buen Gerardo, la tuve entre mis brazos casi muerta, y otras tantas sospecho me viera yo en la misma forma si el rabioso deseo de venganza y el ardiente coraje de mi corazon no me alentaran y dieran fortaleza. En fin, considerando que por mi causa Ismenia habia recibido tan grande injuria, y la precisa obligacion que por tantos caminos para satisfacerme corria, consolando su pena con las razones que mi dolor acertó á explicar, abrazándola tiernamente, me despedí de su presencia con firme y verdadera promesa que primero la hicie de no descansar hasta que su honra quedase igualmente restaurada.

Luego el siguiente dia, con el tormento que el alma me alligia, procuré con prudente disimulacion espiar la casa de mi alevoso amigo, de quíensin dilacion supe se habia ausentado la mañana ántes de la ciudad; y fué sin duda el caso que, como él, hallando ménos el relicario, conociese que su maldad estaba por aquel camino descubierta, y sobre todo, sin excusa para con Dios, conmigo y con los hombres, tuvo por acertado el ocultarse, si bien juntamente debió de arrepentirse, porque no hay que dudar sino que el verse metido en tan peligrosa inquietud por un leve contento, y ese hurta-

do á su mayor amigo, habia de remorderle y fatigarle.

No dejó de causarme aun nueva pena esta impensada ausencia, tanto por lo que mi venganza se dilataba, cuanto por el ignorar donde asistia; mas el piadoso cielo, á quien ya su maldad tenia irritado, fué servido que por el camino que pretendia encubrirse y alejarse viniese yo á entender el lugar de su asistencia, poniéndome en el pensamiento que acudiese una y otra vez al correo y estafeta; en cuyas listas hallando cierto dia cartas para un primo suyo, las tomé, abrí y lei, sabiendo en ellas, aunque no eran del mismo don Martin, sino de un hermano de la persona á quien venian, cómo quedaba mi contrario en Oran, y asimismo que enviaba á pedirles dineros y unos baules de ropa; y de cuya venturosa nueva avisando á Ismenia, sin mayor dilacion me partí á Oran, resuelto en matar á mi contrario; y con tanto, prosiguiendo el camino, habrá seis dias que en una tartana llegué al puerto de Mazalquivir, de quien, temiendo el ser descubierto, no salí hasta ayer, que, procurando ante todas cosas informarme de uno de los soldados de aquel fuerte si don Martin estaba en la ciudad, al punto que lo supe, dándole algunos escudos porque con más voluntad hiciese la diligencia que traia prevenida, últimamente le rogué que le llanase, dándole á entender que en la tartana (que yo fingí venia á mi cargo) estaban unos baules y dineros que de Zaragoza le venian remitidos, que convenia se entregasen aquel dia al mismo dueño, por cuanto el bajel habia de salir forzosamente con las brisas de la noche para España. Todo esto creyó por infalible el ignorante soldado; y así, codicioso de que llevando nuevas tales no podrian faltar sus albricias, puso en ejecucion mi voluntad, y con tan dichoso efeto como ya vistes; porque aun no era puesto el sol cuando el mensajero volvió trayéndome por respuesta cómo ya don Martin quedaba previniendo su venida, la cual solo por esperar un caballo suspendia; á cuya causa le enviaba á él delante para pedirme de su parte le esperase, porque, no obstante que saliese de noche, no dejaría de venir á desembarcar su hacienda.

Con este aviso, en despidiéndose de mí el soldado, pagando á uno de los alarabes de paz que asistia en el puerto vendiendo y comprando algunas cosas, un razonable caballo en que habia venido, y bien indстриado en las trochas, veredas y camino de la ciudad, tomando el que más cursado y seguido me pareció, llegué á poco más de la mitad del viaje, adonde, encubierto tanto con la escuridad y sombra de la noche cuanto con la fragosidad y altura de las peñas, prevenido de una segura adarga y fuerte lanza, esperé más de cuatro ó seis horas su venida, hasta que dudando en la diligencia del soldado y desconfiando de mejor suceso, hube de dar la vuelta por donde habia venido; mas apenas habria caminado media milla, cuando sintiendo que me venia siguiendo pasos de caballos, reparando en el mio, aguardé á ver, no sin pequeño sobresalto, lo que ser podia; y reconociendo brevemente que muy apriesa se me acercaba un hombre de á caballo y, como yo, tambien apercibido de iguales armas, queriendo, para mejor conocerle, atravesarme en el camino, aun no lo puse por obra, cuando llegó á emparejar conmigo el traidor á quien yo esperaba; el cual, saludándome primero, preguntó si caminaba al puerto.

Estaba de alegría y turbacion mi corazon reventando

en el pecho; y así, no sé cómo entónces acerté á responderle ménos que con la lanza; mas aunque á su villano proceder no debia alguna cortesía, con todo, le repliqué, diciendo desta suerte: No voy al puerto, falso don Martin; porque tú solo eres en quien la satisfacion de mi venganza puede hallarle seguro; y así, defiende tu persona, porque te hago saber que no he atravesado el mar furioso para volverme á la afrentada Ismenia ménos que con tu infame cabeza. Bien creo que á esta voz no se hallaria muy gustoso mi contrario; con quien últimamente (si bien tuve otras diferentes réplicas), como de su maldad yo iba satisfecho, al fin no pudo mi airado espíritu dilatar la ejecucion de su cólera, remitiendo á las manos la venganza, que el cielo permitió tomase con tan honrados testigos como fuisteis vos y vuestros valerosos compañeros. De la bondad de Ismenia yo estoy tan satisfecho como del castigo merecido de su injuria, la cual pienso soldar, pues con tanto honor mio puedo ya hacerlo, cumpliéndola mi palabra. Este es, Gerardo, mi resuelto parecer, y este intento me vuelve á España más alegre y consolado que della salí; porque tengo por cierto que de otra suerte ni puedo cumplir con las obligaciones de mi amor, ni tampoco con la más esencial y forzosa de mi alma, que es la que debe un hombre con mayor seguridad anticipar á todas las acciones y respetos humanos.

No pasó con sus razones adelante el generoso aragones; y así, advirtiéndole Gerardo el fin de su notable historia, no con ménos espanto del suceso que alegre y satisfecho de la justa venganza de don Jaime, le dió de su discreta relacion las debidas gracias, animando juntamente con prudentes razones su honrada y loable determinacion; y con tal presupuesto, con general contento de todos, al descubrirse el alba del siguiente dia tomaron el puerto de la antigua y famosa Cartagena, donde con más crecido gusto de Gerardo hallaron la nave en que Nise y Jacinta se habian perdido; con lo cual, deseando saber dellas, lo primero que hizo en saltando en tierra fué buscar al patron; de quien siendo recibido con mayor admiracion que Gerardo presumia, le informó de todo lo que hasta aquel punto les habia sucedido desde que del bergantin impensadamente la borrasca del mar los apartara, diciéndole cómo forzados y no siendo posible tomar la derrota de Oran, hubieron de volverse á Cartagena, de adonde la hermosa Nise, satisfecha que Gerardo habia perecido en las profundas aguas, llorando amargamente su desdicha, se volviera á Cesarina, acompañada de los criados que con ella venian, haciendo, aunque por diferente via, Jacinta y la cautiva cristiana, no con ménos dolor y lágrimas, otro tanto, si bien no supo el camino que estas dos eligieron.

Aquesta informacion, no obstante que por el disgusto de las damas affligió mucho á Gerardo, por otra parte igualmente le fué ocasion de alegría, entendiéndole que al fin salieran libres de tan espantosa tormenta; y así, teniendo por cierto que Jacinta, segun su pretension, habria tomado la vuelta de Castilla, deseando cumplirle la palabra ofrecida, propuso ir en su busca, pareciéndole que cuando el hallarla no tuviese efeto, por lo ménos se acercaba á los ojos de su madre y hermano Leoncio, con quien ya llevaba determinado tratar su más resuelta y última voluntad, que era pagar con recom-

pensa digna de su agradecimiento el firme y conocido amor de la gallarda Nise. De todo lo cual dando al valiente don Jaime estrecha cuenta, y ofreciéndose el uno al otro para la disposicion de sus intentos con nueva voluntad las propias vidas, y despidiéndose juntamente de los cristianos y cautivos, el aragones se partió á Zaragoza, y nuestro caballero, deseando ejecutar su pensamiento, previno con mayor facilidad el camino, atropellando en pocos dias con su vigilancia largas jornadas; hasta que en la tercera dellas, no siéndole posible otra cosa, hubo de hacer noche en una venta no muy distante de la imperial y nobilísima Toledo; adonde habiéndose apeado (si bien más necesitado de otra mejor comodidad), hubo de contentarse con la que suele hallarse en tales casas, recogiendo después á un pequeño aposento, en quien con intencion de madrugár de suerte que pudiese entrar ántes del dia en la ciudad, se recostó vestido encima de una cama. Traíale el trabajo continuo del viaje en extremo cansado; y así, aunque entonces acababa de anochecer, fácilmente se apoderó dél el primer sueño, de quien después de algunas horas le desperté el solícito cuidado de su jornada, tanto como el acostumbrado y natural instinto de los gallos, cuya desentonada música sirviéndole de reloj, juzgó que entónces era la media noche, y pareciéndole demasiado temprano para salir de la venta, quiso volverse á su primer reposo, aunque saltado de varios y confusos pensamientos, no pudo dormir más; con que desvelándose en su consideracion, largo espacio estuvo desta suerte, hasta que, oyendo hablar muy cerca de su cama, con la súbita alteracion que recibió, antojándosele que era dentro de su mismo aposento, se levantó en un punto, y llegando á la puerta dél, conociendo por el tiento de la mano que estaba cerrada y como él la habia dejado, ménos turbado se volvió á su lecho; en quien oyendo nuevamente el pasado rumor, atendiéndole con mayor quietud, fácilmente salió de duda advirtiéndole que los que le hacian estaban en otra cuadra, á quien de la suya dividian por la parte de la cabecera una pared de tablas y algunos paramentos antiguos; por entre los cuales divisándose unos pequeños rayos y vislumbre, pudo, curioso, ver á dos hombres que, á la luz de una vela hablando, y bien descuidados de que nadie los oyese, litigaban, diciéndose el uno al otro las razones siguientes: Nunca desde que nos conocemos (que va para seis años) te he hallado con mayor flaqueza ni ménos atrevimiento en semejantes ocasiones: cosa que me tiene tan corrido, como pesaroso de que esta gente haya parado en tu venta, pues en otra cualquiera del camino sé que se hubiera ayudado mejor mi intento, no dejando perder tan seguro lance.

A estas palabras vió Gerardo que el compañero conocido, segun sus razones, por el dueño de la posada respondia de aquesta suerte: No es cobardía, Izaguirre, la que en mí ves; porque si desta me hubiera abroquelado los años de mi asistencia en tal lugar, ni yo pudiera haber sustentado mi familia, ni ménos hubiera acrecentado el caudal que me ha dado nombre de rico en toda esta comarca; y así, puedes creer que solamente el deseo de no emprender sin fruto aqueste caso me tiene indeterminable, tanto como dudoso de que puedan ser los sujetos que he visto capaces de tanta riqueza, pues aun, si no me engaño, pienso que limitaban por

falta de dineros la cena desta noche. Segun eso, replicó el Izaguirre, ó no habeis entendido mis razones ó les negais el crédito que merecen. Ya os tengo referido que mis propios ojos, aunque con recato, fuéron testigos de las joyas preciosas que del puerto sacaron, adonde ni ántes ni después he perdido á sus dueños de vista; porque no obstante que allá posámos juntos, he venido siguiéndole hasta hallar ocasion, y la que ahora nos ha ofrecido el tiempo es tan dichosa, que podemos quedar entrambos ricos y disculpados; porque habiendo, como hay, estanoche otro huésped en casa, podrémos, arrojando por aqueste cancel de tablas algunas de las joyas en su aposento, dar fácilmente á entender que él ha sido autor de nuestra obra, declarando los dos y vuestra gente lo que con más sagacidad nos pareciere para hacerle culpado.

Con esta resolucion diabólica acabando su plática, últimamente se convenció el ventero; y así, no deteniéndose su dañado propósito, tomando el uno dellos la vela en la mano, se desaparecieron de los ojos de Gerardo, dejándole el más alterado y confuso que en su vida estuvo, considerando el peligro que por una y otra parte le rodeaba; mas pareciéndole que el menor, aunque de mayor riesgo, era impedirles la ejecucion de su maldad, en un instante, revestido de animoso furor, se dispuso á hacerlo; y así, tomando una gentil pistola que para seguridad de su viaje habia comprado en Cartagena, y juntamente la espada, salió del aposento al punto que los dos ladrones acababan de levantar de quicios las puertas de otra cuadra que habia en el mismo portal; en quien á esta hora comenzaron á oirse tristes y lastimosas voces de algunas mujeres que se quejaban; con lo cual, no queriendo el buen caballero detenerse más, y no le pareciendo ocasion aquella de guardar alguna cortesía, arremetió á ellos, que no con la flaqueza y cortedad de ánimo que suelen tener los tales en semejantes sucesos, sino como rabiosos enemigos, viendo su traicion descubierta, volvieron á embestirle, mas teníanles Gerardo gran ventaja tanto con el valor de su persona como en sus mejores armas; y así, disparando al uno la pistola, brevemente se conoció su daño, porque haciéndole las balas pedazos el brazo derecho, cayéndosele la espada, dió consigo en el suelo, vencido del dolor, si bien el compañero tuvo entónces lugar para más á su salvo herirle de una punta; con que reconociendo el golpe, que fué en la frente, no hay ingenio que pueda ponderar su arrebatada cólera; de quien fuera imposible librarse el vil contrario si á su justa indignacion ayudara mejor la lumbre de la vela, á la cual, siéndoles el desampararla forzoso en el principio de la pendencia, pisándola ahora impensada ó advertidamente el que con Gerardo reñia, dejando todo el portal á escuras, dilató su castigo al mismo punto que con grandes aldabadas y voces, llegando de camino mucha gente, comenzaron á pedir les abriesen. Era el rumor que dentro habia, quejándose el herido, gritando el ventero y llorando las mujeres y gente de la casa, tan espantoso y grande, que ni ellos ni los de fuera se podian oír ni entender, hasta que, animándose el que de la pistola estaba maltratado, pudiéndolo hacer sin impedimento de Gerardo, que con la escuridad se habia arrimado á la pared, atentando diestramente la puerta, levantando el pestillo, la abrió en un instante, y hallando en ella

á cinco ó seis personas de á caballo, que eran los que habian estado llamando, con terribles y dolorosos gritos los detuvo, diciéndoles que no entrasen en la venta, porque estaba en ella un famoso saltador, el cual, por robar dos pobres mujeres en cuyo seguimiento debía de venir, queriendo él y el ventero resistírselo, los habia acometido con una pistola, y enseñándoles con esto el brazo roto por dos ó tres partes, y juntamente la sangre que por las heridas derramaba, creyendo su maldad, con notable lástima los unos trataron de curarle, y los otros, pareciéndoles justificada accion la que emprendian, tomaron por acuerdo el cercar la casa, no pasando más adelante, tanto por excusar el peligro de los que dentro estaban cuanto porque, escapándose el agresor de aquel delito, no quedase sin la pena merecida; y así, persuadidos de lo que oían y vían, con tal resolucion se pusieron en diferentes postas, haciendo vela hasta el siguiente dia.

En tanto la gente de la venta estaba en recatado y temeroso silencio, porque Gerardo, sintiéndose herido y no hallando camino de vengarse, solo trataba en medio de tan confusas tinieblas de apretar su herida, excusando el desangrarse de aquella suerte; y el honrado ventero, con el temor de otra batería, hecho un ovillo y sin menear pierna ni brazo, callaba agazapado entre unas mesas; y las personas que primero lloraban, conociendo su buena ó mala suerte dependiente del dia, esperándole con votos y plegarias, se habian escondido en diversas partes. Pues los de fuera ménos les parecia seguro el arrojarse con la escuridad de la noche y por ajena causa en tan cierto peligro; y así, conformes los unos y los otros, solicitaban la venida del sol, con quien, apénas sus rayos coronaron las cumbres, cuando siendo á todos patente lo más secreto de la venta, el dueño falso della salió á la calle, reforzando la opinion del compañero y apellidando la santa Hermandad, de quien era cuadrillero y ministro; con que los caminantes, dando voces á Gerardo, llamándole ladrón y saltador, con cruces amenazas le decian que se rindiese, y por otra parte los que habian padecido el mayor miedo, que eran unas mujeres, desde adonde estaban con mayores gritos imploraban el favor del cielo y el ayuda de los que no sin mucha lástima y compasion las oían; con todo lo cual verdaderamente más parecia la venta casa de encantamento ó morada de espíritus fantásticos que posada y paradero de caminantes. Estaba, entendida la diabólica industria, el buen Gerardo tan afligido como indeterminable, sin saber qué consejo seguir ó de qué parecer y remedio aprovecharse, y pudo sin escrúpulo afirmarme en que nunca se vió perseguido su noble ánimo de tan afrentosa causa; pero librando en su inculpable intento el suceso destas cosas, y confiando sobre todo en la misericordia de Dios, últimamente se determinó á salir, y poniéndose en los umbrales de la puerta, apénas quiso dar satisfaccion á los que le cercaban, cuando conoció en medio dellos á su propio hermano Leoncio; cuya repentina vista le turbó de tal suerte, que sin saber lo que hacia dejó caer de las manos la espada y la pistola; lo cual no hubo hecho, cuando asimismo, pensando que aquella era señal de su rendimiento, el ventero y los demas apechugaron con él, abrazándole unos fuertemente y otros pidiendo

muy apriesa cuerdas y sogas para atarle, y esto con tanto estruendo y alboroto, que aunque Gerardo con más acuerdo daba voces y se nombraba por hermano de Leoncio, no pudo ser entendido, ni ménos conocido, por tener de la herida de la frente cubierto el rostro de reciente sangre; hasta que atendiendo Leoncio con mayor cuidado, rompiendo el corazon los amados ecos de la voz conocida, y haciendo apartar de encima dél á unos y á otros, aunque desfigurado y sangriento, el ramente conoció su persona; á quien abrazando con increíble espanto, y vertiendo de alegría amorosas lágrimas, no se causaba de mirarle, ni ménos de ceñirle con sus brazos, dejando con tan maravilloso conocimiento á los circunstantes embelesados; los cuales, como quiera que fuesen criados de Leoncio, oyéndole hacer tales extremos, y cayendo en la causa verdadera que tenian delante, locos de alegría y allorizados con la presencia de su cautivo dueño, no sabian con qué regocijos y contentos celebrar su venturosa suerte. En esta sazón, oyendo las miserables mujeres lo que á la puerta de la venta pasaba, dando infinitas gracias al cielo, que de tan grave riesgo las libraba, enjugando los ojos de su pasado llanto, salieron adonde pudieron ser de todos vistas; mas aunque venian vestidas en hábito de peregrinas, apénas los dos hermanos las miraron, cuando Leoncio conoció el rostro de Jacinta, y Gerardo el de entrambas, porque la que la acompañaba era la cautiva que desde Argel la habia seguido.

La turbacion de la afligida dama fué tan grande viendo á Gerardo, que entiendo, si en la escuridad y desventura de la noche pasada le sucediera, fuera caso posible caerse muerta; porque, como viniese tan persuadida en que (según ya queda escrito) él se habia anegado, llano es que con su vista el alma y los sentidos se ofuscarian temerosamente; como asimismo Leoncio, no obstante su valor, juzgaba de Jacinta, con causa igual, que era fantasma ó sombra; mas sacólos de aquesta confusion el buen Gerardo que, abrazándola amorosamente y desengañando en breves razones á su hermano, los dejó de sus novedades y dudas tan satisfechos, como deseosos de vengar aquel último caso en las personas del ventero y su amigo. Pero excusóles deste trabajo su mejor diligencia; porque temiendo desde el conocimiento de los dos hermanos aquel suceso, se habian puesto en cobro; con que informado Gerardo de que la jornada de Leoncio era solo á llevar hasta Valencia el rescate de su persona, que ántes no se habia podido prevenir, no siendo necesario pasar adelante, dieron la vuelta á la querida patria, trayendo consigo á la hermosa Jacinta y su compañía.

No les pareció sobresaltar con su impensada vista la de su madre y casa; y así, mandando adelantarse á un criado, previnieron esta diligencia avisándola de cuanto pasaba, caminando poco á poco aquellas dos jornadas que les restaban; en cuyo viaje dando Gerardo más particular cuenta á su hermano de los sucesos de su cautiverio, tuvo tambien el descuento dél, haciéndole sabidor de algunas cosas que habian pasado en Granada luego como se ausentara della; entre las cuales las de mayor importancia y aun de disgusto para Gerardo, fuéron la de la muerte de su verdadero amigo Arsenio, á quien el cielo ántes de llegar la bien merecida y deseada libertad, dando fin á sus tempo-

rales trabajos, le llevó á su descanso eterno; y asimismo la sentencia del nuevo Leandro y galan de la hermosa Violante, á quien por un prolijo y largo término remitieron los jueces al presidio y fuerza de Larache. Nuevas fuéron aquestas, y principalmente las de Arsenio, que excusando el dolor de su agradecido ánimo, perdonara Gerardo de buena voluntad; más conformándose con la de su Hacedor, hubo de consolarse, templando con la vista de su madre, á cuya presencia llegó el siguiente día, el sentimiento de mayores cuidados. El contento con que fué recibido, siendo tan ordinaria su consideracion, no será justo gaste la pluma tiempo en escribirlo. Cuatro dias estuvieron los dos hermanos descansando, sin que en ellos se tratase del particular de Jacinta, á quien (sabiendo como por su medio saliera libre Gerardo del cautiverio) acariciaba su misma madre con iguales entrañas; con que ignorando lo ménos lícito de su conocimiento, con regalado término satisfizo la primera obligacion, hasta que pasado este tiempo, la hermosa dama advirtiéndole en sus cosas con más acertado consejo, y considerando que de dar á sus padres cuenta de su asistencia, viviendo, como era posible, el ofendido esposo, quedaba su persona, vida y honor en aventura, desistiendo de tal propósito, últimamente dedicó lo restante de sus dias á un recogimiento; lo cual sin ayudarse de favor ajeno podia conseguir con las joyas y piedras de valor que sacó de Argel, porque no tan solamente su riqueza bastaba á suplir el dote y alimentos de su persona, pero aun el de otras muchas, aunque fuesen de igual nobleza; y así, dando de aqueste parecer cuenta á Gerardo y Leoncio, conociendo los dos caballeros el loable intento, unánimes y conformes lo aprobaron; y aunque se litigó algun tanto sobre el lugar en que más cómodamente pudiese efetuarse, finalmente convinieron en que fuese cierta villa distante de la corte seis leguas; y concertado así, dispuestas las demas cosas necesarias para su ejecucion, trayendo Jacinta en su compañía la cautiva cristiana, que nunca quiso desampararla, y algunas doncellas virtuosas y pobres que por medio y diligencia de su madre de Gerardo se le buscaron, cuando fué tiempo salió de Madrid, yendo los dos hermanos acompañándola hasta tanto que quedó muy de asiento en el lugar que estaba apercibido; adonde en singular clausura y abstinencia de vida, no sin particular favor del cielo (que despues de tan estupendos infortunios la ha reducido), vive hoy dia, siendo maravilloso ejemplo de sus divinos y investigables juicios.

Puesta por obra aquesta diligencia, con notable alegría de Leoncio y consuelo de Gerardo volvieron á su casa, y no mucho despues al particular que más les aquejaba, que era el de la discreta y hermosa Nise, cuya firme y constante voluntad, siendo digna de la honrada resolucion con que Gerardo pretendia pagarla, fué poco á poco disponiéndose, aunque, como en las personas de su suerte tales cosas deben atentadamente determinarse, si bien las nuevas llamas de su antigua aficion le abrasaban el alma, y el deseo de verla igualmente solicitase su cuidado, hubo de tener paciencia y sufrir la dilacion que en comunicar y prevenir algunos inconvenientes tuvo la ejecucion de su intento, para el cual con aplauso y voluntad de sus deudos, y acompa-

ñado dellos y de su hermano, salió Gerardo á Cesarina, en quien pensaba, segun el aviso del piloto, estaba su amada Nise; y así, adornados de bizarras galas, vestidos y joyas, y todos sus criados de guarnecidas y vistosas libreas, comenzaron su camino, tomando, por respeto y devocion particular de nuestro caballero, el de la famosa y celebrada casa de Guadalupe, santuario, por su divino dueño, de los admirables y milagrosos del mundo. No se torcia por aquella derrota el viaje, ántes les venia á parecer más breve, aunque no tan poblado y apacible; con que muy alegres y entretenidos le fuéron prosiguiendo. Pretendia Gerardo, para que en Nise fuese más crecido el contento, cogerla sin aviso, presumiendo que el tenerle por muerto y el verle ahora tan fuera de su pensamiento vivo y con el gusto y voluntad que iba, forzosamente habia de acrecentar el suyo, ocasionando á los demas igual regocijo; y así, por esta causa no permitió que la llevasen la nueva de su partida.

Era en esta sazon pasado el más riguroso tiempo del invierno, si bien aun en los principios de marzo, retrocediendo el temporal sus accidentes, volvieron á verse coronados de escarcha los tiernos pimpollos de las yerbas, como de nieve helada las erizadas puntas de los montes; y así, al cuarto dia de su jornada, todos aquellos caballeros fatigados de nieblas, agua y nieve, y por lo más fragoso de las montañas ásperas de Guadalupe, caminaron con demasiada incomodidad, hasta que ya cerca de la noche, deseando abrigarse en la primera posada que se les ofreciese, mandaron á los mozos de á pié que guiasen á una conocida venta que en aquel paraje llaman de la Magdalena; pero los pobres iban tan maltratados del agua y frio, que aunque lo procuraron, aumentándose su trabajo con la oscuridad y tinieblas que sobrevinieron, no les fué posible acertar; ántes desatinados perdieron la vereda, descaminando tan confusamente á sus dueños, que pudo atribuirse á merced del cielo no despeñarse en la ocasion: tan impenetrables y fragosos son en aquella parte los riscos y peñascos por donde caminaban. Sintieron todos igualmente su daño, y aun temiendo el que con mayor rigor les amenazaba si quedaban aquella noche sujetos á la inclemencia del tiempo, considerando su perdicion, atropados los unos con los otros por no dividirse y perderse de la conserva, y encomendando con particular confianza su remedio y guia al milagroso y divino norte, estrella y luz del alba, para cuyo sitial humilde ofrece Cintia sus rayos puros, á aquella dulce y piadosa Madre de misericordia á quien Gerardo y su compañía iban á visitar con tan afectuoso deseo, cuando ménos pensaron, sin saber cómo ó por dónde habian bajado los peligrosos despeñaderos de aquellas montañas, últimamente, al pié de la más alta le vinieron á hallar en un profundo valle y muy cerca de las tapias y paredes de una casa de razonable grandeza, á quien llegando alegres, reconociendo que por todas partes estaba rodeada de portales, no teniendo ya por tan desabrigado su hospedaje, se apearon en ellos.

A esta hora, pareciéndole á Gerardo que no faltaria morador en aquella soledad que, compadecido de sus trabajos, les diese mejor acogida, queriendo llamar á las puertas, acercándose más á ellas para hacerlo, conoció luego, así en la forma del edificio como por otras

particularidades que en él vió, que era ermita la buena posada que tenían; con que excusando el intento, sin persuadirse á que en tan apartado desierto hubiese ermitaño que los albergase, volvió á su compañía; mas engañóle su desconfianza; porque apenas volvió á decir lo que pasaba, cuando sintiendo abrir las puertas de la ermita, vieron salir por ella un venerable y anciano viejo, cuyas crecidas y plateadas canas, tanto como el hábito religioso que traía, provocaron á que los circunstantes con respeto y devocion se le acercasen. Estaba, viendo cosa tan nueva para sus ojos, admirado, si bien con piadosas palabras y agradable semblante los saludó, pidiendo la causa de tan extraño camino, de que bastante-mente satisfecho por Gerardo, y juntamente advertido el extremo de su necesidad, con entrañas llenas de caridad les ofreció su albergue; adonde entrando todos, aderezó con más diligencia que prometía su larga edad un razonable fuego, á cuya lumbré estimando por particular regalo, poco á poco se fuéron enjugando, recibiéndolos que del frío venían más acosados, con su calor aliento y nuevas fuerzas; con que pudiéndose mejor disponer la cena así de las resultas que venían en las mochilas como de algunas frutas que el piadoso viejo les sacó, la comenzaron, dando gracias á Dios, que en tan notable aprieto les había favorecido y hospedado en su misma casa. No se cansaban todos aquellos caballeros de mirar con interior respeto la presencia y venerable rostro de aquel santo hombre, que á ruego de Gerardo les hacía compañía, pareciéndoles tenían delante alguno de aquellos padres antiguos de los famosos yermos de Scitia y Tebaida; y así, con tal consideracion más estaban pendientes de sus dulces y admirables palabras, que del sustento y regalo de la cena; á quien dando fin, volviéndose Gerardo y Leoncio á hacer con él la cortesía ordinaria, no se lo permitió; ántes, atajando su intento, se levantó diciéndoles que no á él, sino á su Criador, se debían las gracias que le ofrecían. Y así, tomándolos por la mano, y siguiendo los demas, llegaron á la peana del altar, donde á la luz de una pequeña lámpara pudieron ver un devoto crucifijo, en cuya celestial y milagrosa presencia inclinándose todos, hicieron oracion; y después, queriendo volverse á su primer asiento, yendo Gerardo á levantarse, conoció que la tierra en que se había arrodillado estaba movediza y como si aquel día la hubieran para alguna sepultura rompido, como en efeto ello era así; de que maravillado, pareciéndole cosa nueva que en las ermitas de los yermos ninguno se mandase enterrar, y presumiendo juntamente que debían de estar muy cerca de poblado, con deseo de salir desta duda se la propuso al venerable viejo; de quien entendido, cuando Gerardo esperaba respuesta, advirtió que en vez della, llorando algunas lágrimas, procuraba encubrir las y enjugarlas con las blancas madejas de sus largos cabellos; de cuyo no pensado sentimiento admirado, y mucho más que ántes codicioso para saber aquesta y la primera causa, comenzó á prevenir las razones que nacían en el efeto de su voluntad le parecieran convenir; y así, con tal intento le volvió á decir las que se siguen: Honrado padre, aunque la demostracion de vuestros ojos pudiera interrumpir mi propósito, pues déi se puede presumir la ha ocasionado, todavía haciendo esta misma razon fuerza al deseo, me obliga á importunaros en nombre desta noble compa-

ñía no excuseis la satisfacion de mi pregunta, ni menos la ocasion de vuestra impensada tristeza; asegurado de que, siendo necesario, cualquiera de los que teneis presentes sabrá facilitarla, sin que el mucho cuidado los desanime ni la tolerancia del trabajo dificulte el servirlos: así que con aqueste presupuesto, sin dilacion podréis advertirnos, para que, siendo de vuestra pena participantes, mejor podamos acudirlos y remediarla. Aun pasara adelante Gerardo en sus razones (tanto deseaba disponer la voluntad del ermitaño), mas viendo que comenzaba á responderle, atajando las suyas, con silencio y cuidado oyó que así decia: Desde que al cielo dediqué en estas soledades mi vida miserable, yo os prometo, hijo amado, que ni han inquietado el alma temporales bienes, ni otros desvelos han acompañado los de mi salvacion y penitencia; de que con humildes entrañas continuamente alabo á mi Criador, si bien no por aquesto dejo de reconocer y estimar la obligacion en que me pone vuestro noble ánimo, que pagara en la moneda que me habeis pedido si el tiempo, más forzoso para vuestro descanso que para otra menos gustosa ocupacion, no lo impidiera: reposad al presente, pues lo requiere el trabajo del camino; que ya podrá ser acompañaros hasta Guadalupe mañana, y entónces os prometo de no solo satisfacer vuestra pregunta, sino que juntamente os contaré, para mayor salud de vuestras almas, la maravillosa vida del venturoso dueño de este sepulcro. Aquí, volviendo con algunos gemidos á enternecerse, dió fin á su razon, si bien con ella creciendo en todos los presentes el deseo, con más importunos ruegos le pidieron de nuevo no librase en mejor ocasion sus esperanzas; con que poniéndole delante la incomodidad de sus canas y la prolijidad de la noche, considerando que así se engañarían mejor sus largas horas, por no mostrarse más desapacible, hubo en efeto de obedecer su gusto; y así, determinándolo y volviéndose á la lumbré, hizo la recreasen con algunos secos y dispuestos troncos; de quien rodeándose los amigos y hermanos, pendientes de su menor accion, rompió con trémula y cansada voz el silencio mudo, comenzando á decir desta suerte:

Siempre en cualquiera herida mengua el dolor curándola, efeto de la saludable medicina; pero si alguno con descuido la toca, renovándose, crece la pena y aumenta su daño. Sucede en mí lo mismo: á questa noche perdí el mejor amigo; y aunque mi alma, con ser obra de Dios, tiene consuelo, no puede su aficion disimularse al golpe ejecutado en la memoria con vuestra pregunta: yo os obedezco, sacrificando á vuestro gusto mi voluntad; y aunque mi pena en parte se mitiga presumiendo que se ha de divertir vuestro cansancio, tambien quiero me la ayudeis á llevar dando atencion á mis razones, y á la verdad del caso que os ofrezco el crédito y aplauso que merece.

Para prevenirme de alimentos, tributo inexcusable destos miseros cuerpos, suelo salir un día en la semana, importunando con mi necesidad unas pobres aldeas que están á cuatro leguas deste valle, á quien dando la vuelta, habrá seis años que, obligado del fogoso calor del mes de julio tanto como de las débiles fuerzas de mis años, rendí la carga de los frágiles miembros en el umbroso márgen de una fuente, origen breve deste vecino arroyo: allí pues (si bien lo más frugoso destos

montes, no lo ménos ameno y deleitoso) halló mi pensamiento asunto grave, en quien pudo, considerando la hermosura y fragancia de tan diversas plantas, coposos árboles, matizadas flores, fecundas yerbas y cristalinas aguas, remontándose hasta los piés de su glorioso Artífice, reverenciar en ellos las excelentes obras de sus divinas manos. En esta elevacion estaba cuando, al revolver los ojos, de unas zarzas salió un pequeño resplandor que de improviso los deslumbró, dejándome confuso. A los principios creí fuesen reflejos de algun rayo de sol que, desmandado luciendo, así aquellos intrincados espinos penetraba su más interior sombra; mas despues, haciendo con la vista una y otra vez la experiencia, conocí de aquella breve lumbré que estaba fija en un mismo lugar; con que mejor considerado, llegué á sospechar mayores cosas, prometiendo al deseo alguna piedra de inestimable precio ó metal de semejante valor. Levantéme regido de aqueste pensamiento, y con él, llegando á los zarzales, ayudándome de mi nudoso báculo, comencé á derribar sus ramas, haciendo con igual diligencia en corto espacio patente la ocasion, que fué una silla jineta de maravillosa compostura y adorno, bordada á trechos de puras y finísimas colores, caparazon y extremos; de cuyos arzones pendian un bocado, cabezadas y riendas, si bien los alaeranes y puntas, como las estriberas y pretales, eran sobredorados y cubiertos de finísimos esmaltes. Admiróme semejante aventura; y aunque desengañado en mi primera imaginacion, advertí que los dos hierros habian formado el resplandor lucido, no por esto toqué en la causa dél; ántes sin más ventilar su misterio, por parecerme imposible el saberle, volviendo á cubrir los aderezos en la forma que estaban, los dejé á su dueño, prosiguiendo el camino de mi ermita; adonde divirtiéndose el alma en mejores ejercicios, cesó de vacilar el pensamiento. Pasóse despues deste suceso la semana, hasta que el último día della, estando en su mitad bien recogido, y cerradas las puertas desta casa, entoldándose el cielo de muchas pardas nubes, no sin algunos truenos y relámpagos, comenzaron terribles aguaceros, que en este valle y en semejante tiempo suelen ser, aunque breves, tan continuos como espantosos. Estaba yo oyendo su tormenta, afligido por el daño comun destes contornos; y así, movido de tan forzosa caridad, pedia entrañablemente á Dios amparar sus frutos y hacenduelas; aunque en este punto, alterándose un gran tropel, relinchos y bufidos de caballos, se suspendieron mis piadosos ruegos, obligándome, turbado y sin aliento, á avecindarme más á las peanas y gradas del altar, porque entónces indubitavelmente presumí que eran espíritus diabólicos. Y no tengais á mucho esta sospecha, que os prometo, como verdad segura, que no hizo el rumor de vuestras personas y el estruendo de tantas mulas y caballos ménos horrible efecto aquesta noche; porque, así como entónces, al presente me pareció caso ajeno de posibilidad que humanas plantas pudiesen acercarse á aqueste sitio, el cual, no obstante que está muy cerca de poblado, ha sido yes, por la aspereza de sus secretas y ocultas sendas, para bajar á él inaccesible, y principalmente desnudo de esperanza y camino á cualquiera hombre de á caballo; de que colijo que no ha podido emprenderse ménos que milagrosamente vuestra veni-

da; y con tales circunstancias no juzgaréis por muy desaminada mi sospecha; y así, sin salir della estuve largo espacio no apartándome del sagrado refugio que me amparaba; mas advirtiéndome que á los mismos pasos que aplacaban los cielos su borrasca, juntamente cesaba el estruendo y relinchos, ya con ménos temor llegué á la puerta, pudiendo ver desde sus rejas un bizarro caballo solo, en pelo, bayo el color, aunque los cabos negros, de maravillosa compostura y presencia. Mirábanle mis ojos con la encogida suspension que he referido; la cual más aumentándose, aun hoy dudo si acaso le hice entónces algunos conjuros y exorcismos (quede mi miedo bien encarecido), pues os prometo que, á no desengañarme la memoria del primer hallazgo, no le borrara el pensamiento la plaza de demonio que ya le habia asentado; pero acordándome de la silla que he dicho, discuriendo la imaginacion, vino á pensar fuese de aquel caballo, y en consiguiente alguna desventura por su dueño, pareciéndome cosa contingente que se hubiese perdido y despenado, ó muértole algunos salteadores en el camino real que pasaba una legua de aquí, aunque el ver aquel animal libre y guardados cuidadosamente sus aderezos, desbaratando mis discursos, frustraban juntamente esta sospecha. Al fin, por no causaros, cierto de que los truenos y relámpagos le habian hecho buscar medroso el acogida, me resolví á cogerle, teniendo por más seguro guardarle yo á su dueño, que no dejarle á la inclemencia de los tiempos; y así, abriendo para efetuarlo las puertas, apénas oyó el rumor que hicieron, cuando se desvió gran trecho dellas. Habíase la lluvia un tanto sosegado; con que no por la fuga del caballo dejó de proseguirse mi deseo, ántes tomándole con una vuelta larga la delantera, yéndole casi siempre á los atajos, ya acercándome, y ya con más cuidado previniéndole, unas veces poco á poco, y otras con más veloz carrera de la que á mis cansados piés se les permite, me vine á hallar en su seguimiento media legua de mi casa. Fuerza era que con tal ejercicio trabajasen mis fatigados miembros, pues no pudiendo tolerar su cansancio, se dejaron caer en aquel campo; adonde esperando algun alivio y sin perder de vista el ligero animal, estuve algun espacio, y aun estuviera más, segun mi desaliento, si reconociendo otros nuevos nublados, no me obligaran á buscar lugar ménos sujeto á la violencia de sus aguas, eligiendo para su defensa el grueso tronco y robustas ramas de un silvestre nogal, que tocando su extremo las más altivas rocas destas cumbres, hacen sus hojas sombra á otros muchos peñascos de quien está ceñido. Allí pues en llegando, apénas quise entrarme para ampararme de los furiosos vientos en un hueco ancluroso que habia en él, efetos de su prolija y larga antigüedad (si ya no fué labrado de propósito), cuando se me puso delante un hombre, que ocupándole, estaba recostado en medio dél. Suspendióse con esto mi propósito, aunque en la novedad creció el sobresalto, y más viendo que no hacia, si bien pudieran haber sentídose mis pasos, movimiento ninguno; ántes, sentado, y cubierto parte del rostro con sus propias manos, con embebecimiento extraordinario daba de cuando en cuando profundos suspiros. El hábito y vestidos mostraban en su riqueza el esplendor del dueño, y lo que del rostro parecia, su poca edad y aun su gentil semblante. Todas aquestas cosas daban

admiración á quien las vía, causando curiosidad y deseo para comunicarlás; y así, no obstante que esperé gran rato, por ver si acaso, desenvuelto de tanta ofuscación, dejaba hablarse, visto que no lo hacía, tomando el dulce nombre de Jesus por delante, le saludé en voz alta; el cual, como si despertara de un apretado sueño, levantando la vista, me respondió diciendo: Sea por cierto en edades sin fin glorificado; y volviéndose á mí, prosiguió su razon, preguntándome si habia menester dél alguna cosa; á lo cual más contento, le repliqué admirado desta suerte:

No sé quién habrá, oh hermano mio, tan medido y austero, que con las cosas que han procedido á vuestra vista excuse el entender de vos la causa, y queriendo salir de dudas, saber los medios que á tanta soledad os han traído; así, encarecidamente os pido me digáis no solo vuestra pena, sino tambien si sois por mi dicha el dueño de un gentil caballo en cuyo alcance he dejado mi pobre albergue. Oyendo estas razones, más quieto volvió á decirme: Aunque la fuerza de ruego tan cortés pudiera inclinar mi ánimo á obedeceros, muchas veces suceden á los hombres casos tales, que les obligan con silencio y recato á suspender su deseo, como al presente reconozco en mi propio, pues deseando complaceros, la calidad de mis desdichas lo contradicen: perdonad si mi excusa no os deja satisfecho; porque será imposible el alcanzar de mí mejor despacho; si bien por no del todo desabrirlos, absolveré vuestro cuidado en cuanto á mi asistencia en tales partes, que es para deliberadamente acabar en ellas mi cansada vida. No quise importunarle con más preguntas, teniendo su resolución por última respuesta, ni ménos quise dejarle proseguir; ántes, gozoso con entender su intento, le repliqué: La mia há cuarenta años que paso en aqueste desierto, y aunque en tan largos dias he encontrado diversas gentes por estas asperezas, nunca con semejante determinacion he visto á alguno; porque sospecho que el riguroso extremo y las incomodidades de los yerros son más dificultosas de llevar que apetecibles; y así, de vuestra singular eleccion maravillado, ni excuso el alegrarme con ella ni el ampararos y serviros con mi industria y consejo, pues la experiencia deste modo de vida me da licencia y crédito; aunque si vos gustáseis, tuviera para su tolerancia por mucho mejor que aceptáseis mi compañía: consideradlo bien; que si os parece, desde luego os la ofrezco, y juntamente mi albergue, que es una pequeña ermita edificada en lugar más oculto y capaz de recogernos, tanto como por sus divinos santuarios digna de guardia y custodia más perfecta. Aquí, habiendo primero un tanto suspendidose, sin esperar más ruegos, se levantó diciendo: Alto pues, padre mio, guíadme y seguidós; que no es posible ménos sino que el cielo, compadecido de mi alma, gobierna por tan saludable camino su remedio: él me bajó por partes inauditas de aquestas altas rocas (puedo decir que milagrosamente), y él me ha sustentado doce dias con la fecundidad de aquestas yerbas, solo guardándome para entregarme á tal maestro: pues ¿qué espero? Vamos, vamos, señor; que desde hoy rindo mi voluntad y libre albedrío á vuestro parecer y consejo, y desde aqueste punto hago testigo á Dios que por servirle consagro hasta la muerte mi vida y cuerpo en estas soledades. Esto dijo; y siguiéndome, salió de la caverna,

y á pocos pasos, más manso que una oveja el caballo ántes feroz, cerril y desatado, en viéndose en lo despejado, se vino á él, y dejándose fácilmente asir, llegámos á la ermita, si bien con tal faccion, certificando mi sospecha, creí que era el mismo dueño; lo cual, como ahora sabréis, aun entendí despues con claridad; porque habiendo trocado con otras ropas mías sus vestidos, pareciéndole inconveniente guardar semejantes prendas, al fin de algunos dias, descubriendo su pecho, me dijo que yo mismo con otras joyas y dineros las llevase y ofreciese en su nombre á la milagrosa casa de Guadalupe, como en efeto lo hice, dándola juntamente el hermoso caballo, con la silla y guarniciones, que él mismo habia escondido entre aquellos zarzales. Con quo más libre, con otra pobre túnica, ayudado de la divina mano, en breve tiempo resplandeció con tan maravillosos ejercicios, que verdaderamente anticipando el caudal de mis años, los dejó en esto atras. Tales fuéron sus rigurosas y ásperas abstinencias, sus disciplinas, ayunos y continua oracion; y fuera en sus tormentos más intolerable si, obedeciendo mis consejos, no templara su fervoroso espíritu, que sin conocida intercadencia prosiguió desta suerte seis años; en cuyos términos, comunicándome con mayor voluntad, tuvo por bien contarme, no una sino muchas veces, los estupendos y admirables sucesos de su vida; la cual, hurtando el cuerpo á su presencia, para ejemplo y espanto de los hombres escribí, y con tanta singularidad como veréis en aquestos renglones; y luego abriendo un pequeño cajon que estaba engastado en la pared vecina, sacando dél un cuaderno cerrado, con nuevo aliento abriéndole, prosiguió su historia.

En el reino de Toledo, á pocas leguas de su mayor ciudad y en la dorada márgen del caudaloso Tajo, está fundada la famosa Talvora, poblacion por su antigüedad calificada, tanto como por su nobleza conocida. Aquí de ilustres padres nació un caballero, llamado don Fernando, cuya niñez, si bien con maravillosas excelencias dió motivos claros de sus mayores años, por no convenir á nuestro intento paso en silencio hasta los diez y seis, que, muriendo sus padres, con el quedar más libre y poderoso, pudo mejor advertirse la nobleza de su ánimo; en quien luciendo casi por la posta muchas generosas virtudes, en breves dias llegó á ser el sugeto más amado del vulgo, y aun la general emulacion de sus iguales. No se le conocia vicio digno de nota, ni tampoco las inquietudes y livianidades, principal ejercicio de caballeros mozos, porque si bien fué como tal vencido de algunas pasiones, disponíalas con tanto recato, que jamas pudiesen entenderse. Decia él que en semejantes casos más ha de procurarse el cuidado y secreto que el propio gusto que se pretende, el cual no solo se consigue con mayor facilidad, pero sin el escándalo viene á ser su pecado ménos grave. Por esta causa era de algunos temido por hombre singular, y en sus acciones renirado y bien visto. Mediase en sus gastos con notable concierto, y de suerte que, sin faltár al pundonor de su persona y casa, tenia para mostrarse en las ocasiones con mayor prodigalidad, siendo en todas el más lucido, el más sobrado y el mejor prevenido. Tambien era en el amparo y proteccion de los forasteros extremado, y tanto, que muchas veces arrestó por ellos la reputa-

cien. Conoceréis mejor esta verdad advirtiéndolo su vida, pues en ella claramente veréis que sus mayores trabajos procedieron desta causa.

Quería en este tiempo con afición particular don Fernando á una dama, que infaliblemente, á vivir un año más, fuera su esposa; y aunque esta voluntad se gobernaba con la prudencia y recato que solía en sus cosas, no por eso era oculta á algunos deudos della, porque sabiéndolo cierta doncella suya, fué por demas el encubrirse á todos; si bien, estándoles muy á cuento el parentesco, tácitamente disimulaban, esperando que de su parte saliesen á pedirselas; y sin duda se hiciera si en estos intermedios no se atravesara un caso bien digno de saberse. Nacieron del notables inquietudes, y últimamente el imposibilitarse sus loables intentos; y así, aunque sucintamente hagamos de ocaciones ajenas episodio, no me puedo excusar de referirlas.

Llevando adelante su noble condición, había don Fernando trabado estrechísima amistad con un caballero forastero, y este con mayores extremos la tenía con cierta dama de Avila; asistiendo uno y otro en Talvora por diferentes casos, ella con Segundo Octavio, deudo suyo, y él con su propio padre, que en aquella sazón era gobernador y mayor justicia.

Había estado Gerardo, desde que el ermitaño nombró á don Fernando, esperando en su conocimiento señal más evidente; pero aquí satisfecho, dando una gran voz, interrumpiendo el caso, dijo, mirando las piadosas canas: Cesad, padre, cesad; no prosigais por Dios mi propia muerte: ¡Oh misero y desdichado Gerardo, que al fin veniste, después de tan crecidas desventuras, á ser testigo, si ya no del último gemido de tu amigo mayor, de sus historias, de sus graves desdichas, hollándole ignorante con tus mismas pisadas su sepulcro! No pudo proseguir, confundido de lágrimas; pero su hermano Leoncio, que ya más advertido, entendió el suceso, viendo con tanta claridad que el difunto ermitaño era su antiguo amigo don Fernando, ayudando con suspiros y voces al afligido hermano, trocaron el pasado gusto en un confuso espanto, quedando los que el primer discurso destes libros ignoraban, atónitos y enbelesados; mas no estuvieron mucho en esta duda, porque el santo viejo, conociendo, así por los extremos tristes que los dos hacían como por las razones de Gerardo, que eran sin duda aquellos caballeros los mismos de quien él había oído tantas cosas á su difunto compañero, les pidió que, mitigando su pasión, le atendiesen un rato: hicieronlo los dos hermanos, y viéndolos con mayor sosiego, así por consolarles fué disponiendo las siguientes razones:

Apénas considerando vuestra impensada venida, siendo tan peligrosa y llena de barrancos imposibles, podía aquesta noche persuadir á los ojos el crédito y verdad de lo que vian; mas habiendo llegado en la ocasión presente á vuestro conocimiento, no solo estoy en ella muy satisfecho, mas tengo juntamente por certísimo que fuisteis con particular voluntad del cielo guiados y traídos á esta casa para que, llegando á noticia de sus mayores amigos la prodigiosa vida y muerte deste caballero, no quedase en el mudo silencio de aquestas apartadas soledades; y así, aunque hasta ahora no condeno vuestro sentimiento, de hoy más se-

ría error demasiado el proseguirle, porque sabiendo su valerosa determinación, su elección santa y su dichoso fin, ántes ha de alegraros, gozándose vuestro corazón en sus milagrosas hazañas y virtudes, pues estas más son dignas de envidiarse de todos, que de lamentaciones y lágrimas; con que mejor podréis pedir al que tan acertado y dichoso le hizo, que os haga á su valor y grandeza semejantes, para que así acerteis en la satisfacción de sus beneficios, teniendo por creído que esta vuestra venida, guiada en parte contra el natural curso de las cosas, se ha dispuesto solamente para que, oyendo de mi boca el suceso admirable de vuestro noble amigo, os sirva de ejemplar, obviando en él lo pernicioso y detestable, y siguiendo en su arrepentimiento y penitencia los fines venturosos de su vida, á quien con vuestro gusto tengo de proseguir, y con más voluntad que hasta aquí, porque en ello no solo sirvo á Dios, pero asimismo, según lo solicita mi deseo, sospecho que ha de ser conveniente y para alguno de los circunstantes provechoso.

No tuvieron Leoncio y Gerardo razón que replicarle; y así, con más contento volvió á su historia; en quien refiriendo casi la mayor parte del amoroso y trágico discurso de Gerardo y doña Clara, escrita en la primera parte, y tocando las acciones en que como tan amigo se mostró de su parte, últimamente vino á concluir las diciendo cómo por verle así banderizado los padres y deudos de su dama, que eran parientes y amigos del difunto don Rodrigo, y Segundo Octavio, no solo el día que se dispuso á pedirla lo contradijeron, pero cerrando á cosa que tan bien les estaba los ojos, hicieron con ella tales y tan grandes diligencias, que bastaron á reducirla á un monasterio; adonde, no obstante que de su parte don Fernando procuró divertirlo, dentro de un año haciendo profesión, cortó á sus intentos la esperanza.

Sintió pues este vaiven de la fortuna, dijo el venerable anciano, nuestro aficionado caballero con tan notable pena, que, no hallando remedio á sus pasiones, sin rienda ni cordura se dejó llevar dellas largos días; en quien alargándose más sus tiernas lágrimas, llegando á la noticia de Camila (que este era el nombre de la que fué su dama), conociendo, aunque tarde, mejor que ántes la voluntad de su perdido amante, si bien pudiera no envidiar otro esposo, obrando en ella los pasados desvelos, y no resistiendo, según debía, aquesta tentación y pensamiento, al fin deliberadamente volvió á engolfarse en ellos, escribiendo á don Fernando este papel:

«Aunque pudiera, cuando de vuestra parte con razón se culpaba mi determinación, tener más que suficiente excusa en la justa obediencia de mis padres, ni quiero al presente valerme della, ni ménos, supuesto que falta la ocasión, pediros que me la admitáis, pues ni vos tendréis atrevimiento para negar fuistes la causa, ni en mí le faltará para quejarme de vuestra corta voluntad; lo que no podrá hacer vuestro más venturoso amigo Gerardo, cuyas cosas con evidencia se conoce que antepusistes á mi amor, atropellándole por seguir su opinión contra mis padres, deudos y aliados, que justamente, si bien no tratan de haceros otra ofensa, se han vengado en lo que han podido. Considerad pues si con razón mi alma está

»sentida, y si podrá esperar remedio que ya la satis-
 »faga en ningún tiempo, y veréis cuán más justifica-
 »das son mis quejas que no las que de vos me signifi-
 »can, y que debieran por muchas causas disimularse;
 »aunque sospecho que, recibido este papel, no será ne-
 »cesario volver á suplicároslo; con que más confiada,
 »quedo deseando vuestra vista y satisfacción, si bien
 »mejor que vos la merece—*Camila.*»

Cualquiera medicina consuela y regocija al pobre enfermo, que, anhelando por la deseada salud, á veces apetece el medicamento más perjudicial y dañoso. Estaba el corazón de don Fernando lastimado de su ciega pasión; y así, aunque su claro entendimiento pudiera prevenir el mayor daño, el incentivo agudo de su voluntad, ofuscando el uso libre de la razón, potencias y sentidos, aceleró la determinación y contradijo opuesta el más considerado parecer: al fin, como si fuera la ganancia mayor y más segura, admitió su envite, poniéndose en término de perder el alma.

No hay pecado que con tanta indignación castigue el cielo, aun en esta vida, porque los que en ella se atreven á imaginar lasciva y torpemente en las esposas de Cristo, no imitan menos que á los mismos demonios infernales, que sirven de ministros al príncipe de las tinieblas, como envidiosos de que haya en la tierra jardines y verjeles que, produciendo castas y purísimas flores, conformen y parezcan á los angelicos y celestiales espíritus. Miseros y desdichados aquellos que, arrojando tan bárbaro desatino, si ya en él se dejaron caer, no se retiraron antes del vencimiento declarado; porque á los tales ni habrá calamidad que no les alija, ni tormento que después desta temporal vida no cargue en sus espaldas.

Ajeno de semejantes cuidados y ciego de su perdido amor, siguió don Fernando la voluntad y orden de Camila, viéndola en un secreto locutorio, adonde si los fríos hielos de sus redes tuvieran, como dureza, lenguas y sentidos, no hay duda sino que á veces publicarían los suyos, que, aunque amorosos, fueron detestables por el sugeto y parte en quien se forjaron. Quedó con tanto el alligido amante menos quejoso, y con su vista y comunicación Camila más que nunca pagada; con lo cual satisfechos, volvieron desde el mismo día á su amistad primera, ó por más limitarme, á una devoción muy asentada, que dispuesta con recato y cordura, pudo perpetuarse largos días; pero como semejantes estaciones se continúan muy en favor de nuestro enemigo común, así él con mayor solicitud suele mostrarse en ellas más puntual, más fuerte y poderoso, encendiendo los ánimos, turbando los sentidos y acrecentando llama al fuego. Parece que su industria halló, por más flaqueza ó consentimiento, en el corazón de Camila entrada suficiente; de quien apoderándose, permitiéndolo el cielo, poco á poco avivando el torpe apetito y encendiendo el deseo de su alma, fué contrastada, y finalmente vencida. No dilataba ya la voluntad determinada su ejecución horrible por los peligros y dificultades de la clausura y guarda; porque tales inconvenientes facilita el demonio, haciendo llanos, hasta cometer el delito, mayores imposibles y temores.

Solo el pundonor vergonzoso de su persona regateaba el infame presupuesto, sintiendo anticiparse en

demanda tan poco honesta; y con esto, considerando la compostura de su amante, en quien ni acción lasciva había conocido en tantos tiempos, la tenía perpleja y en los medios ignorante; mas el que los disponía con sus trazas diabólicas, temiendo perder el seguro lance, apretando con nuevas y mayores máquinas, rindió también el último baluarte.

¡Oh cuán fuera de aquestos pensamientos vivía en aquella sazón don Fernando! Porque contento con la graciosa vista de la dama, si bien debiera excusar su inquietud, ni apetecía otro gusto, ni ménos pudiera encaminarse á tan injustos términos su condición. Comunicábala ordinariamente, y siendo en el locutorio puntualísimo censuario, ni había hora en que no la viese ni día en quien no la regalase, teniendo por principal cosecha de su hacienda gastarla generosamente en el gusto y servicio de Camila; la cual con la deliberación que tengo dicha, hallándose á solas una tarde con él, después de haber hablado en diferentes pláticas, vino á traer á pelo su propósito, que para más bien significarle me parece advertiros primero deste punto.

Había, cuando vino don Fernando, suspendido Camila de intento su salida; con que sentido por la novedad, él se mostró de véras receloso, y con semejante cuidado, deseando entender la ocupación, quisiera que su dama, anticipándose, la dijera sin más largas preguntas; pero ella, que deseaba para entablar su juego mejor ocasión, no queriendo perderla, fingió que al pasar á la grada una amiga suya, que en otra hacía sarao á un galán devoto, la había llamado, y que la causa procediera de cierta disputa que los dos ventilaban; en quien haciéndola juez, mal de su grado hubo de atender á sus alegaciones, dilatando lo más importante, que era su vista. Quiso con esto don Fernando saber más de raíz la proposición; y así, Camila, no haciéndose mucho de rogar, como quien la traía bien estudiada, con alegre semblante satisfizo desta suerte su gusto:

Clemencia y Fausto, á quien vos conocéis, gastan el tiempo por más bien divertido en sus porfías: disputan pues ahora, entre otras cosas, una cuestión discreta; porque Fausto defiende que la posesión en cualquier causa es el más sumo bien, y contradice Clemencia esta opinión, fundándose la suya en la esperanza, á quien encareciendo, ha pretendido atribuir la mayor excelencia; y así, prueba su parecer diciendo que esta virtud es tanto mas felice cuanto mas allegada al gusto y alegría, y por el consiguiente, distante y apartada del pesar y tristeza con que se debe más estimar, pues la esperanza, al fin, tiene tan propiamente el contento y ménos vecindad con el disgusto; sucediendo en la posesión al contrario, á quien siempre, ó por la mayor parte, se le sigue la allicción y congoja, y también porque, según nuestra natural condición, toda la cosa poseída es ménos estimada, no habiendo en esta vida hermosura tan rara, que gozada no se tenga en ménos; con que evidentemente se colige que será sin comparación mejor el tiempo en quien lo pretendido más se quiere, que cuando por poseído se aprecia en poco; porque el que espera desea cuidadoso y apetece con gusto, resultándole desto el placer y alegría: de quien el que posee carece, pues en el estado que vive, ni quiere, precia ni estima; y

así, últimamente concluyó alegando que la esperanza por sí sola tiene más excelencia y perfeccion que la posesion y señorío de lo que se espera, porque lo deseado con seguridad es á su modo poseído y juntamente esperado, y el que posee solo tiene el dominio, el cual en llegando, la esperanza se fenece y acaba.

Pero habeis de advertir á todo aquesto, que no ha quedado Fausto en la defensa de su intento desvalido; porque, esforzando la superioridad de su opinion, alega y dice que todo cuanto por la esperanza se anima y contrapone, es en razon de la posesion: de suerte que el bien que asiste en ella no redunde de sí, sino de aquello que se espera y apetece; con que será mejor el mismo bien deseado, que no la esperanza dél, porque los fines siempre son de mayor estimacion que los medios, los cuales se ordenan y disponen para el fin; y que la seguridad y certeza del bien consiste en la mayor fineza dél, y esta solo el que posee la tiene, pero no el que espera; el cual si tuviera por mejor la esperanza, no queriendo llegar á la posesion, no solo no esperaria, mas ni aun pudiera lícitamente llamar á la suya esperanza, sino mortal desesperacion, porque mal se podría decir deseaba el bien de cuya posesion se desviaba; con que la perfeccion vendrá á estar en la realidad y fin del deseo, y no en el apetito; y así que, últimamente, el que con sola esperanza se sustenta debe sin duda alguna condenarse, pues claramente apetece lo más inútil y dañoso, queriendo más vivir en continua guerra que no con la tranquilidad y sosiego de la paz, que solo se halla en la dichosa y quieta posesion.

Otras muchas razones han traído á este propósito, si bien las más esenciales son las dichas, y aunque de todas me han nombrado por juez, yo confieso mi cortedad de ingenio; y así, pienso, don Fernando, valiéndome de vuestra discrecion, tomaros por asesor de la sentencia; en quien, si mi ruego con vos ha podido algo, habeis de echar el fallo sin salir destas rejas.

Alegre sumamente atendió á la disputa don Fernando; y así, más satisfecho, respondió riéndose á Camila: Por Dios, hermoso dueño, que si bien á mí costa, tienen que agradecerlos los pleitantes, pues no podrán quejarse de la poca atencion del juez, ni ménos desconfiarán en la justicia de su causa, porque no es posible sino que quien tambien advirtió sus puntos y mayores circunstancias, sabrá elegir las más seguras; pero aunque reconozco esta verdad, sujeto á vuestro gusto habré de obedeceros; y así, resueltamente me ha parecido que podeis sentenciar en favor de Fausto, de cuya justicia yo quedo tan seguro, que á no pensar que basta á sustentarla, la apoyaran de nuevo mis razones. Luego, segun eso, replicó Camila, cualquiera que amparare semejante opinion será más cuerdo, y por el consiguiente, culpado y necio el que lo reprobare. A lo cual, bien ignorante de sus pensamientos, volvió don Fernando á confirmar lo dicho; con que sin más tardanza la resuelta dama prosiguió su razon, diciendo: Alto pues, don Fernando, ó vos no me quereis ó yo no os amo, porque si en poseerme consiste el más precioso bien, y este nos falta, ó se ha de procurar, ó hemos de perder sin fruto alguno el tiempo que gastamos. Quedó el galán, oyendo á su Camila, suspenso, y aunque á las primeras vistas pudo entender que era chacota y burla, discurriendo en un punto por lo que le pasaba, teniendo por

pensada la cuestion referida, cayó en el caso, y juntamente en que habia sido industria suya. Pesóle tiernamente, porque nunca su intento habia llegado á tan furiosos límites: temblaba, como cuerdo, el riesgo grande; y por otra parte, cautivo de su amor, vacilaba confuso en la respuesta, que fué en efeto la más acertada, procurando divertir su resolucion; mas como Camila venía en todo prevenida, fingiendo enojo, desdeñaba la excusa, atribuyéndola á flaqueza y cortedad del ánimo, llegando con él á término de volverle las espaldas (y hubiérala valido su propia salvacion). Al fin, tanto pudieron en el pecho de su amante aquellas sombras de fingidos disfavores, que sin más consideracion condescendió en su gusto; con que reconciliándose, previniendo los medios, concertaron que don Fernando entrase por la huerta, adonde ella esperaria la siguiente noche. Temió Camila no se le arrepintiese; y así, no quiso dilatarle los términos ni que en ellos tuviese tiempo para advertir lo que emprendia, que aun hoy, considerándolo, tiembla mi corazon, y el alma gime dentro de aqueste cuerpo. Llegó pues el aplazado punto; en quien previniendo don Fernando una escala, comunicó á un pariente que tenia en casa el negocio aplazado, y hallando en él compañía, armándose, comenzaron á disponer el viaje; pero gobernábale el cielo por diferente modo.

Ponia don Fernando en aquesta sazón unos escudos, armas de su casa, grabados en finisimos mármoles, en el arco de sus propias puertas, y para aqueste efeto los maestros habian en ellas levantado unos andamios; pues como ahora fuese á salir á lo que tengo dicho, deslumbrado, dió sin pensar en los maderos mismos, y tan recio cayó, que casi desbarató un puntal que sustentaba los tablones, los cuales, ó ya por no tener bastantes lias, ó lo más infalible, porque el Cielo así lo permitió, cayendo abajo, le cogieron un pié, que fué ventura no hacerle mil pedazos tan gran peso; pero con todo estuvo en iguales términos. Quedábase algo atras su compañero y primo; y así, no le cabiendo parte del golpe, pudo mejor valerle, levantándole en sus brazos; y reconocido el daño, fué forzoso volverse á su aposento, en quien muy de propósito, no un día, sino muchos, hizo cama.

Dejóle á don Fernando temeroso este suceso, si bien con la ceguedad de su aficion no dió en el blanco, ni aun presumió la causa de su efeto; con que solicitando su salud, tuvo harto que hacer en la satisfacion de Camila, que sin dar crédito á su herida, fué preciso que algunas personas de quien más se fiaba experimentasen con los ojos la verdad y tocasen el daño con la mano.

Viéronse despues desto muchas veces, en quien la convalecencia suspendia su gusto detestable; pero solicitándolo Camila, volvieron á consignar la hora; en quien apercebidos los dos deudos, poco á poco se fueron acercando al puesto, y reconocida la pared del jardín ó huerta, por lo más bajo arrojaron diestramente la escala, y luego incontinenti don Fernando, ayudado del primo, comenzó á subir por ella; mas no habia llegado al escalon tercero, cuando un gran rumor de espadas, temiendo no ser visto, le hizo volver al suelo prestamente, al mismo punto que por la parte y lugar que ellos estaban, de hácia el propio convento venian tres hombres acuchillándose, aunque siendo los dos contra

uno solo, á más andar le retiraban. No pudo, viendo tan gran superchería, permitirla don Fernando; y así, con ménos sobresalto, dejando á su pariente con la escala, en dos saltos se puso al lado del que andaba acosado; mas llegaba ya tarde su favor; porque con la ventaja conocida, aprovechándose mejor los enemigos, le habian dado algunas heridas, con las cuales desmayado cayó á sus piés; de quien valiéndose los dos, no obstante que don Fernando quisiera conocerlos, se pusieron en cobro, dejándole con la obligacion de amparar el caído; para cuyo efeto suspendiendo el intento principal, si bien era muy tarde, trataron de que ante todas cosas fuese confesado. Pedia este beneficio el pobre herido; y así, con diligencia, tomándole en los brazos, caminaron con él á su propia casa.

Iban con cuidado de la ronda, y procurando no encontrarla, torcieron por calles ménos públicas y pasajeras, aunque en ellas, errando tan buena diligencia, dijeron con lo mismo que huían: no pudieron retirarse de su vista, ni tampoco les pareció cordura apresurando el paso hacerse delincuentes en la causa que eran bienhechores. Llegó al fin la justicia, que era el Corregidor y sus criados; y aunque los conoció, viendo el tercio que llevaban al hombro, pesándole de haberlos encontrado, si bien ellos dijeron llanamente lo que pasaba, siendo precisa obligacion de su oficio, por no errar los dejó en una torre.

No sintió don Fernando este desman, aunque la poca culpa pudiera irritarle, porque el cuidado de la nueva sospecha en que habia de caer con su dama le tenia tan afligido como ofuscado el ciego corazon, sin considerar que tales y tan graves inconvenientes no sucedian acaso, sino con muy singular providencia del cielo. El caso últimamente tuvo averiguacion, porque en el tiempo que vivió el herido declaró la verdad, culpando á quien le habia muerto; con que su libertad tuvo efeto, y Camila, más que nunca obstinada, insistió en su propósito, aunque, estando de acuerdo, les pareció suspenderle tres ó cuatro dias, seguros de que, siendo tan reciente aquel suceso, ó la justicia de oficio rondaria con más solicitud, ó algun curioso procuraria ver con los ojos lo que á don Fernando le habia llevado á ser testigo dél en tales horas. No pararon aquí las dificultades, ántes el mismo dia que ya tenian para verse aplazado cayó enfermo su primo de don Fernando, y con una tan ardiente calentura, que no solo imposibilitó su negocio, pero la temieron los médicos. Avisó desto luego á su Camila, que ni aun creyó ni quiso admitir la excusa, y dijo lo mejor la resolucion endurecida con que le escribió este corto billete:

«Yo he llegado, don Fernando, á presumir, del incon-
» veniente que hoy poneis á mi gusto, que todos los pa-
» sados han sido prevenidos por vuestra propia indis-
» ciplina para cumplir conmigo. Cesen, señor, tan largos
» fingimientos; porque si esta noche no cumplís vuestra
» palabra, yo quedaré desengañada, y vos nunca con más
» atrevimiento para verme.»

Recibió el ciego amante este despacho; y como si verdaderamente fuera el fallo riguroso de su muerte, usó temió las quejas de su dama; á quien dispuesto á obedecer, él solo con su escala llegando al puesto después de media noche, asegurándola primero bien asida, subió, aunque sin ayuda, hasta lo más alto de la cerca

y pared. Era forzoso que, estando allí para arrojarlo adentro, se volviese la escala al mismo lado; lo cual queriendo hacer, apenas puso los ojos en la huerta, cuando vió en su mitad con temeroso espanto un encendido fuego, cuyas crecidas llamas, disparando infinitas centellas y chispas, competian con las más altas nubes, escureciendo el aire con estampidos fieros un humo congelado y escurisimo. Temblaba el afligido caballero estremeciendo el cuerpo, y palpitando en él su corazon, daba gemidos; si bien más tristemente creció la turbacion luego como, advirtiendo mejor en lo que veia, conoció su Camila entre las llamas. Estaba la misera mujer con sus propios hábitos, la cabeza sin velo, y recostada en una silla de metal encendido como un asena, cargada la mejilla en la una mano, y ceñida la frente de una cinta y liston negro, pero con un semblante tan desconsolado y triste, que claramente daba á entender su tormento infernal y pena horrible.

En efeto, como mejor pudo, aunque desalentado, volvió turbado al suelo, y quitando la escala, tambien á su posada; en quien, rendido el corazon á tal espanto, fué milagro vivir. Turbóse con su vista la familia; y así, confusos, unos trujeron prestamente el confesor, y otros sacaban de la cama los mejores médicos. No tenia don Fernando más que una sola hermana, hermosa y discreta en todo extremo, y el ser solos ocasionaba más crecida voluntad en los dos. Sabía ella parte de los desvelos de su hermano; y casi adivinando el suceso, viéndole tal, no consintió le hiciesen excusados remedios; y así, tan solamente dió lugar á los que parecieron precisos.

Serian, después desto, las ocho de la mañana, y don Fernando no volvia en su acuerdo; con que teniéndole por mortal, estuvieron en términos de cortarse los lutos; mas yendo poco á poco esforzándose el alma, volvieron á cobrar su vigor los vitales espíritus y á mejorarse la esperanza de su salud.

A la misma saxon, no sabiendo en el monasterio los términos en que estaba el enfermo, no faltó quien de las amigas de Camila le avisase de otro peor suceso, escribiéndole un papel, en el cual le decian cómo la noche pasada habian hallado en la puerta de su propia celda atravesada á Camila, que sin desnudarse y con una cinta negra por la frente estaba muerta, teniendo todo su cuerpo desfigurado y lleno de cardenales y golpes espantosos. No pudo acrecentar aqueste aviso, referido con otras bien lastimosas palabras, más grave turbacion en don Fernando, aunque si bien ántes lo tenia por cierto, no dejó de llorar más tiernamente su perdicion y lamentable ruina. Gemia, doliéndose en lo interior de sus entrañas, y fatigándose en el propio consuelo, pedia con humildad misericordia á su divina Majestad, que teniéndola dél, cobró salud, y con ella nuevos deseos de servirle. Y comenzando desde luego, propuso el dejar para siempre no solo la comunicacion de las religiosas, pero aun sus mismas casas y conventos, de quien de allí adelante huia el rostro, como si en cualquiera dellos le estuviese aparejada igual desventura. Con este buen propósito, dijo volviéndose á Gerardo el ermitaño, asistió algunos dias en Talvora, hasta que, llegando á su noticia vuestra prision y la espantosa muerte de doña Clara, segun más largamente lo refiero en estos renglones, acudiendo á la amistad

antigua, dejó su patria, y con diligencia facilitó vuestra libertad, dilatando algunos meses la vuelta, que solicitábolda su hermana, tuvo efecto.

Salieronles á entrambos diferentes casamientos en esta coyuntura, y aunque algunos convenian, don Fernando se excusaba hasta dar estado á su hermana, y ella, no apeteciendo los tratados, usaba de la misma cortesía; con que el uno por el otro no se determinaban, dando con esto materia al vulgo, que nada se le escapa y todo lo ventila, no faltando quien se atreviese á afirmar que Alcina (era este el nombre de la dama) quisiera más casarse con su gusto que no al de su hermano don Fernando, aludiendo su malicia común á que miraba con cuidado á Tirso, principal caballero, si bien por ser hermano de don Rodrigo, y por el consiguiente, enemigo del suyo, ni él se atrevía á pedirselo, ni ella osaba declararse. Estas cosas y aun otras más pesadas se decian en el lugar públicamente; aunque como ninguno quería ser el primero en advertírselo, don Fernando, ignorante, se estaba en sus trece, y Alcina en sus desvelos y temores, que tuvieron el fin que veréis presto; pero conviene que ántes sepaís cuál fué el camino por donde se vino á rodear desastradamente.

En este mismo tiempo vino á Talvora una bizarra dama granadina, dedicada, tanto por particulares respetos como á instancia de algunos deudos suyos, á la religion y clausura de cierto convento, adonde para tomar el hábito señalándose el día, convidaron á toda la nobleza y gallardía del lugar; en el cual divulgándose las partes del sugeto, que eran muchas, y principalmente las naturales de su hermosa persona, concurrieron gran número de damas y caballeros: solo don Fernando, teniendo en la memoria su promesa, quedó singularizado, aunque por cumplir con los parientes de la hermosa dama, que eran amigos y de su parcialidad, envió á Alcina para que en su nombre asistiese al concurso y fiesta, que acabada, siendo con admiracion increíble encarecida la peregrina belleza de la nueva monja, ella se quedó en su religion, y todos se volvieron á sus casas, permaneciendo por muchos dias el regocijo que generalmente en aquel recibieron con su peregrina presencia; de quien, más que otro alguno, quedando Alcina enamorada, en llegando á hablar della, todos los encarecimientos humanos eran cortos y breves en su alabanza: extremo que, continuado con exageracion, no dejaba de causar en don Fernando deseos de verla, aunque el entredicho que él mismo se habia puesto, dificultando su curiosidad, le forzó á suspenderla.

Hay algunas personas en sus acciones particularísimas y de extraños afetos; porque veréis á veces que, sin redundarles algun provecho, apasionadamente aprueban y defienden, encarecen y estiman la causa ajena, no con más ocasion que seguir su motivo, y aquello quieren que sea con general aplauso ponderado y que de una misma suerte se elija por mejor, aunque sea condenable su parecer y intento. Destos extremadísimos sugetos era el de Alcina, mujer en todo amiga de su opinion prevaleciese siempre; por lo cual aun fuera de propósito traia por los cabellos la hermosura de Elisa (que así llamaban á la granadina), procurando con sus mayores véras que

don Fernando calificase con su vista su eleccion y parecer.

Y no paraba en esto su exquisita aficion; ántes visitando en el mismo convento á unas parientas monjas, valiéndose de aquella paliada, la hacia llamar diversas veces, mostrándole con esto amor tan fino, que á trocarse la suerte en su género, Elisa ciertamente corriera peligro y su clausura detrimento. Desta continuacion se engendró entre las dos grande amistad, y del discurso della vino Elisa á tener noticia particular de don Fernando, cuyas partes y méritos encarecidos de su hermana, no fué mucho que apeteciese el verlas. Tenia Elisa, sobre las excelencias de que el cielo la enriqueció, dulcísima y agradable voz; y desta gracia, si bien con mayor recato, por ser novicia, á intercesion de sus deudas participaba Alcina de cuando en cuando, dando despues aun con mejor adorno, esmalte y circunstancias noticia singular á don Fernando della y de las demas cosas que trataban; en quien aumentándose sin pensar el primer desco, poco á poco le obligó á declararse, que entendido de Alcina, no con mayor intento que honrar su extremada opinion, en un instante lo previno de suerte que pudiese sin nota llegar á ejecucion; y así, avisando á las amigas el día que la tuvieron grada, se vino á ella, quedando con su hermano que hasta cierta hora no entrase, para entretanto tener ella lugar de hacer salir á Elisa: cosa que, por no ser profesas, era dificultosa, y si don Fernando estuviera presente, imposible del todo. Sucedió pues como ella deseaba; porque, resuelto ya su hermano, tanto como olvidado de la promesa y voto, llegó á tan buena coyuntura, que de manos á boca cogió el nido, hallando á Elisa más que el sol hermosa. No sabía de su venida, porque Alcina fingió que entraba acaso; y así, medio turbada, vuelto el virgíneo rostro en un fino rubí, quiso esconderse, y hiciéralo si las demas monjas no se abrazaran della; mas dándose á conocer el huésped, á forzosos respetos de su hermana hubo de sosegarse; con que hablándola don Fernando (que no fué pequeña valentía, segun su honesta y divina belleza le tenia embelesado), quedaron conociéndose, él más que nunca prendado y tierno amante, y Elisa, aunque con intencion casta, algo ménos desdeñosa y zahareña; y mostrólo mejor, pues no volvieron á su casa los dos sin gozar de su admirable música.

Tiéneme tan confuso y pesaroso la imprudente recaída deste caballero, que casi le deseo el castigo que despues le vino; con que eiño y acorto particularidades, aunque otras muchas conviene que se pasen en silencio; y así, por no alargarme, digo que don Fernando, usando deste estilo, vió otras veces á Elisa, perdido de su amor con tanto extremo, que últimamente, ántes que profesase, hizo que Alcina le saliese al encuentro con su casamiento. Era tal cual tengo referido; mas dejados estos medios, prolongando su respuesta y excusando el intento cuerdamente, Elisa mostraba poco gusto, y en conclusion, al estado que tenia, perdurable voluntad. Bastárale á su amante el entenderla sin que más la inquietase; pero como con el desden crecía su fuego, y así, ya no en secreto, sino públicamente se proseguia su aficion, en quien ardiendo, sin perder la esperanza continuaba el deseo, que

entendido de sus deudos de Elisa, muy contentos trataron de reducirla, usando para aquesto de diligencias tales, que bastaron á conseguir el sí. Tenia su fortuna por dichosa, y con tan noble deudo aun presumian que granjeaban honor; pero no advertian los necios ignorantes que si en cuanto al mundo era marido rico, afable y noble, el que perdía ó ellos le quitaban no tenia igualdad, siendo el dueño y Señor de cielo y tierra. Al fin, en esta sazón, no procediendo á más, dieron aviso á los padres de Elisa, y en el ínterin que volvió su respuesta, trocando las pasadas tristezas en galas y libreas, don Fernando y sus parientes regocijados, ya con diversas máscaras haciendo día la más oscura noche, y ya con toros, cañas, juegos y carreras públicas celebraban sus futuras bodas, dando tambien á la bizarra dama algunas acordadas músicas, en quien, haciendo alarde de su voluntad y buen ingenio, se cantaron diversos partos dél, siendo entre todos por más discreto y grave encarecido el breve asunto de la canción siguiente, que pareciéndome se lisonjea en ella el maravilloso estilo, la dulce voz de Elisa y su natural desden, no he querido excusar el trabajo de escribirla.

Suspende el curso de tus claras linfas,
Espaciosa corriente,
Por las arenas nítidas del oro
Con que coronas tus sagradas ninfas,
Por el monte y la fuente
Que hacen mayor tu gloria y mi decoro,
Por la imagen que adoro
En tantas maravillas,
Por los votos de un huésped peregrino,
No avariento Jason del vellocino
Que esconde en tus orillas:
Oye, si pueden mis conjuros tanto,
El canto de mi Elisa y de mi encanto.

No te convidan las fatales voces
De engañosas sirenas,
Presagio infausto del salado Janio,
Ni de los dioses sátiros feroces
Las rústicas avenas,
Ni las flexibles cañas del Ladonio,
Ni el digno testimonio
De su dulce instrumento,
Ni la lira del músico de Traria,
Alma, ocasión de la primera gracia
Que dió el averno asiento:
Oye á mi Elisa, que en tu márgen sacro
Venice su voz la vírgen de Nonacro.

No con rápidas ondas te deslices
De los jaspes y el oro;
Que no te asorda el canto contrahecho
Del monstruo Polifemo, ni desdices
De tu antiguo decoro,
Por correr ménas grave y más deshecho.
Aplaude satisfecho
Al canto peregrino
De tu vecina ninfa: así Timoto
Hecha tu márgen veas, donde Apolo
Deste acento divino,
Sin que le juzgue injustamente Mida,
Vea su plectro y cítara vencida.

De hoy más tendrás otra valiente mano
Rigiendo tu tridente
Con ánimo y con fuerzas juveniles,
Sin que le Medea, como el ciego anciano,
Te remeque y aumente
Con arte magia y con encantos viles
Los conceptos sutiles;
Y al canto numeroso
De la ninfa que ves en tu ribera
Vuelven los años de la edad primera
Y el siglo de oro hermoso.
¡Oh si viese mi vida entre la boca
Que á tanto bien su dulce voz provoca!

¡Oh si cantases quejas, como hazañas
Del dios no conocido,
No conocido amor, pues no le tienes,
Aunque celebras del cosas extrañas!
¡Oh nunca hubiera oído
De quien siempre hace mal, tan altos bienes!
Si yo fuera Hipoménes,
Cuando tú mi Atalanta,
Tirara flechas cuantas él quisiera;
Que igual era el amor y la cariera;
Mas no es mi suerte tanta,
Ni yo diré goce entre simulacros
Mi ninfa y afrenté los bullos sacros.
Canta prodigios del amor invito,
Ninfa del rico Dauro;
Que sus marinos dioses ya te ofrecen
Divina suspension y el no marchito.
Y siempre verde lauro;
Que si las nueve musas le merecen,
En ti sus hojas crecen,
Tanto más que la historia
De su famoso canto no vencido,
Antes que el tuyo, ninfa, fuese oído,
Pues su antigua memoria,
Si de siglos en siglos fué tan cierta,
En este que te alcanza quedó muerta.

En estos intermedios siendo el aviso que esperaban, sus mismos padres de la hermosa dama, con gusto de su esposo y con general aplauso de sus deudos y amigos, celebraron el deseado día de sus bodas; despues del cual pasando algunos meses, los suegros se volvieron á Granada, dejando á don Fernando y á su esposa tan contentos y alegres en el nuevo estado, que no pudiera hallar su voluntad más conforme en dos sujetos; porque si Elisa era en el cuerpo perfectísima, la prudencia y cordura de su alma era tan excelente, y su recato y honestidad tan grande, que pudiera tenerse por dichoso y felicísimo su dueño, que siendo juntamente de las partes que tengo referidas, mucho mejor reconocia el valor de su esposa, y rigiéndose en todo por su gusto, vivía en descansados dias satisfecho y contento; con que para tenerle consumado solo le desvelaba el remedio de Alcina, procurando marido que la mereciese y descargase de sus hombros aquellos cuidados. Finalmente, ignoraba don Fernando los de su hermana, que, como ya apunté, eran bien desiguales, si no en la calidad, por ocasiones en su tanto más graves; y así, aunque con extraordinario secreto correspondida amaba, la severa condicion del hermano la tenia encogida, si bien al presente con la compañía de Elisa pasaba más licenciosa y apaciblemente.

Llegaron á cumplirse en estos términos los dos primeros años de casados, en cuyos dias últimos muriendo el padre de su esposa, y poco despues el hermano mayor, quedando sola y heredera de un razonable mayrazgo, á fuerza de sus importunaciones y algunas cartas de la suegra hubo de disponerse don Fernando á poner en razon la nueva herencia; y aunque sintió en extremo el ausentarse, todavía, siendo el caso forzoso, previno su paciencia, dejando, como tan recatado y advertido, concertada su casa, y la custodia della á cargo de su primo. Era este un caballero pobre, y por la misma razon con voluntad estrecha querido y alimentado en su propia casa; en quien de que asistiese satisfecho, prosiguió su camino más consolado y el negocio á que iba, si bien en él tardó casi seis meses, en quien, aunque Fabricio (que este era el nombre de su primo) anduvo á los principios solícito y mirado, conociendo el casto proce-

der de Elisa y su cuñada, teniendo su trabajo por perdido, fué poco á poco descuidándose, y tanto que pudiera con propiedad decirse á esta ocasion que adonde está su dueño está su duelo, y al revés donde falta; y veréis cuántas fueron las que en la de Fabricio resultaron, pues cuando más seguro reposaba en una noche del proceloso invierno, le recordó un criado que dormía en su mismo aposento, diciéndole que cantaban á voces concertadas muy cerca de los cuartos de Elisa; con que sobresaltado, queriendo mejor satisfacerse, brevemente salió á una reja baja que salía á la misma parte, desde adonde, aunque estaba bien cerca, sin ser sentido de un hombre que paseaba en la calle, estuvo atento á ver lo que quería; mas volviendo á sonar los instrumentos, advirtiéndolo mejor, vió en la esquina un tropel de personas que, tocando suave y diestramente, cantaban á tres voces estos versos:

Yo, cuando tú la simple tortolilla
Imitabas, amante generosa,
Por cierta inclinacion, bien que dichosa,
Adoré tu verdad y fe sencilla.
En el rústico amor del aveciella,
Imitado sin arte cautelosa,
Deposité la prenda más hermosa,
Si parece al autor su maravilla.
Pero despues que afeitas las verdades,
No es tan igual tu amor como solia:
Interadicencias son desigualdades.
¡Oh cómo es vana en todo mi porfia!
Que amor cuando apetece variedades
Es señal que se acaba ó se resfia.

Dejó á Fabricio loco este soneto, porque conjeturando de sus razones mayor conocimiento en los sugetos, ignorando los medios, perdía el juicio; aunque por otra parte, animándole su cuidado y tantos imposibles, llegaba á consolarse imaginando que quizá aquella música se daba á diferentes personas de la vecindad.

Haciendo aquestas cuentas, le alcanzaron los ecos de las voces, que así de nuevo volvían á acrecentar su pena:

No quiero más esperanza
Que impida mi posesion,
Ni gozar con la intencion
Lo que por obra se alcanza,
Ni entretener su tardanza
Con favores regalados,
Pues dando regateados
Los vivos y los mayores,
Son semejantes favores
Desdenes disimulados.
Todo el interes del gusto
Consiste en la ejecucion,
Y si en esta hay dilacion,
Es más desgracia ó disgusto;
Y así, tengo por injusto
Sin posesion de un trofeo
Ir fomentando el deseo
Con tiernas lisonjas viles,
Que entre palabras sutiles
Si las oigo no las creo.

¿Es posible que una puerta
Muda y sorda nos impida
Las acciones de la vida
Con palabras de fe muerta,
Como que en la raya abierta
De una tabla mal cortada,
Por dó apenas tiene entrada
La sutileza del viento,
Esté puesto el fundamento
De mi esperanza cansada?
Para hacer tantas mercedes
Sin riesgo de vuestra fama,
¿No es más secreta la cama
Que la calle y las paredes?
No veis que rejas y redes,
Testigos disfamadores,
Tienen lenguas de traidores
Que callan para notar,
Y solo con el callar
Publican nuestros amores?

Con mayor confusion la centinela, los oídos hechos dos cerbatanas, escuchaba impaciente aquestas cosas, y con mayor tormento conociendo que habian abierto en la cuadra de Elisa una ventana, y que acercándose á ella el galán, estaba hablando.

Dormían las dos cuñadas en esta ausencia de don Fernando juntas; pero, como Fabricio lo ignoraba, apenas vió lo dicho cuando sin distincion culpó, ofendido, la torpeza y maldad de Elisa. Era imposible verla desde

adonde él estaba, ni ménos entender lo que hablaban, si bien colegía de las respuestas del amante la razon de sus preguntas. Y aun más atendiendo, oyó que él la decía: No teneis que negar mis justas quejas; porque á tan largas excusas y quimeras no sé qué mejor nombre atribuirle. Yo, señora, estoy cansado ya de dilaciones, aunque os prometo en ley de caballero que si para ellas tuviérais ocasion bastante, sufriera y esperara hasta aquí, pues no ignorais mi mucha tolerancia y paciencia; pero si reconozco la ocasion que perdemos en esta ausencia y remision de don Fernando, ¿qué he de pensar sino que me traéis engañado, burlándoos de mis véras con fingimientos y tropelías? A esto no pudiendo Fabricio en manera alguna oír lo que le replicaban, hubo de contentarse con lo visto; y aunque estuvo mil veces determinado á embestir la ocasion saliendo á la calle, el considerar tan arduo caso para el honor del primo, temiendo su mayor infamia, puso rienda en sus brios y desde allí adelante nuevo cuidado en su casa. Mas ¡ay, que es imposible guardar á una mujer si está resuelta! Y trabajaba en vano su desvelo, pues llegó á su pesar, no muchos dias despues deste suceso, á entender mayor daño, habiendo quien en casa, doliéndose del mal del pobre ausente, le dijese: No hay ya paseos ni músicas, sino entradas ilícitas; porque por el mismo balcon que él viera hablarse, echándole una escala, entraba á deshora las más noches un hombre, á quien diversas veces, viniendo á recogerse el del aviso, que era un criado antiguo de don Fernando, le habia visto desde otra casa adonde vivía enfrente.

No pudo ya Fabricio con aquesto suspender lo que en su pecho tenia determinado; con que, viendo en términos tan públicos y afrentosos estas cosas, si bien la venganza no competía á sus manos, hizo con ellas lo que en su prevencion más convenia, escribiendo al momento á don Fernando que luego y sin mayor tardanza se volviese á Talvora, dándole juntamente á entender que así convenia á su reputacion.

Cualquiera que tuviere honra y vergüenza podrá, mejor que yo sabré significar, conocer los efetos que esta carta haria en el pecho del noble y recatado don Fernando, que no sin sospechas de algun siniestro caso, obedeciendo al primo, tomó ligeras postas, en las cuales dentro de cuatro dias, no sin admiracion del lugar, y aun de Aleina y su esposa, que no le esperaban con tanta brevedad, llegó á su casa, adonde siendo alegremente recibido, y en particular de la hermosa Elisa, no viendo la hora en que salir de dudas, hallando ocasion conveniente supo cuanto pasaba, ponderándolo su primo tan afrentado y triste, que estuvo en términos de quitarse la vida. No hacía su condicion ofensa distinta en la injuria y agravio recibido, porque cierto de que una de dos, Aleina ó Elisa, eran las que infamaban su honor, aunque amaba tiernamente á su esposa, por la misma razon, como amante celoso, mejor en ella sospechaba su afrenta. Es natural efeto desta pasion; y así vemos que lo que más se estima y quiere, más se recela y guarda, y por el consiguiente, su pérdida se teme con cuidado mayor. Tambien si culpaba á su hermana, siendo agravio tan propio, igualmente irritado, esperaba vengarse, aunque, como prudente disimulando su dolor, quisiera el desengaño de su vista, no fiando del todo en la relacion del pariente. Esforzaba este

consejo justo ver el gobierno y vida de la querida esposa en las propias balanzas que primero, el recato en su punto, la honestidad y vergüenza en unos mismos límites, los afectos iguales y compuestos, y las caricias y amores firmes, seguros y verdaderos; pero si acaso enternecido en tal consideracion blandecía el ánimo, suspenso, corrido y avergonzado, vuelto contra sí, procuraba que la memoria de la ofensa cerrase las puertas á la misericordia; con que infiriendo del efeto amoroso de Elisa fingimientos, volvía apasionado á los desvelos de su cuidado y diligencia. Mucha fué la que puso en ver la causa; y mas como los actores le temian, guardábanse con discrecion, dilatando su gusto. Presumió aquesta industria don Fernando; y así, con disimulo conveniente, dando nuevos y aparentes achaques, hizo que volvía á proseguir en Granada los pasados negocios; y poniendo este intento en ejecucion bien sin nota y sospecha de su casa, dejando á Fabricio prevenido y al criado que era participante en el secreto avisado para que en anocheciendo le tuviese su casa aparejada (que, como tengo dicho, era muy cerca de la de don Fernando, y en puesto tal que algunas de sus rejas venian á caer enfrente del balcon de su esposa), al fin lo trazó todo tan cueradamente, que, sin dificultad que contradijese el silencio que pretendia, se puso por la obra. Pero si bien aquella y la siguiente noche con más ojos que Argos veló en sus asechanzas, ni vió cosa que le causase pena, ni oyó rumor que se le acrecentase; con que más alentado, vacilaba en la verdad y crédito del caso, culpando, si ya no declaradamente las razones del primo, á lo ménos su fácil persuasion, siendo un engaño tan contingente y posible en los más atentados y solícitos; y así, fulminando sospechas y aumentando sus dudas, llegó la tercera noche, en que saliendo dellas, no vió fantasmas, no; vió claramente que á cosa de las doce paseando la calle dos hombres, despues de algunas vueltas en que la aseguraron, el uno dellos silbando hizo una seña, á quien, prestamente abriendo las puertas del balcon y saliendo una mujer, fué respondido. Daba á esta misma hora la luna en medio dél; con que en un punto, aunque no pudo advertir la voz ni el rostro, en las ropas que traia vestidas conoció que era Elisa, dando la tela, que era un tabí plateado, y los remates y guarniciones della más crecidos indicios. Turbóse aun con tan grandes prevenciones el desdichado caballero, si bien no acelerándose, esperó con quietud su breve plática, despues de la cual (que, segun presumió, sería disponerse á la entrada) vió que, echándole del balcon una cinta, ataba en ella una escala el galán, por quien, despues de haber arriba asegurado, subió ligeramente, volviendo luego como estuvo dentro á recogerla y cerrar la puerta.

Ya don Fernando, más encendido en ira como un fiero leon viendo la presa, no pudo detenerse; ántes saliendo por partes excusadas, dió la vuelta entrándose en su casa; adonde hallando al primo y á otros dos criados apercebidos de seguras armas, mandándoles lo que habian de hacer, dejó á su cargo la calle y las salidas de quien podia valerse el vil amante; y ordenado esto, abriendo con una llave maestra de que primero estaba prevenido, sin resistencia alguna entró en la cuadra de su esposa, adonde arrojándose con intrépidas voces, aunque á oscuras, furiosamente acertando

á la cama y hallando en ella á la cuitada Elisa, con presurosos golpes la dió cuatro crueles puñaladas. A la primera despertó la triste, que, durmiendo segura, no cuidada tan fácil su postrimera hora, y viéndose matar, desfavorida, no sabiendo quién fuese su homicida, con el ansia mortal se arrojó del lecho.

Andaba don Fernando solícito tentando con las manos el adultero, y sintiendo rumor debajo dél, pareciéndole que allí se habria escondido, alzando la última cortina, enderezó con ira la espada á aquella parte adonde apenas dió la segunda herida, cuando conoció la voz de su hermana, que tiernamente le decia: Baste, no más, querido señor mio; baste por Dios, que ya me teneis muerta. Detuvo el brazo, suspendido de tan tristes ecos, que al fin era su propia sangre, y no pensaba que ella fuese la causa principal de su afrenta; mas de aquesta suspension, aunque fué corta, le sacó brevemente el ver que abrian las puertas del balcon, que aunque estaba en una misma cuadra, todavia de la cama caia lejos; y así, tuvo el cobarde galán con las tinieblas lugar de abrir sin que don Fernando pudiese defendérselo y matarle; con que ántes que llegase en su alcance ya estaba de un salto abajo; mas siendo el altura no muy corta, quedó en el suelo, quebrantadas las piernas; y no importara el haberse excusado este desmán, que ni por esto se escapara de la muerte, porque los tres que estaban esperándole, si bien quiso defenderle el compañero, le hicieron retirar más que de paso, y á él le dieron mil temerosas heridas. En esta coyuntura las doncellas de Elisa, oyendo en medio del rumor sus mortales voces, acudieron con luces á su aposento; en quien mirando aquel espectáculo, afligidas con temor espantoso, cada una procuraba esconderse de los ojos de su airado señor, que habiendo visto lo bien que su primo y criados lo hacian, no del todo satisfecho, tomando á una mujer la luz, con ella en un instante acabó de entender su desventura y engaño, hallando á Elisa que con gemidos dolorosos, abrazada de un Cristo de marfil que tenía á la cabecera de la cama, poco á poco iba rindiendo el alma, y junto á ella á su querida hermana revolcándose en un lago de sangre que de las penetrables heridas la salía. Su esposa estaba en sola la camisa, vueltos los ojos, ya sin voz ni aliento; pero Alcma, teniendo vestidas las ropas de la hermosa cuñada, con más acuerdo desengañó á su hermano, diciéndole en los gemidos últimos cómo Elisa moria inocente y sin culpa, pues ni aun participante era en sus desvelos, porque previniendo su cena con opio embelesado, provocándola á sueño pesadísimo, excusaba el ser de su persona vista ni sentida; con que ella solamente venia á ser con justa causa digna de semejante castigo, pues admitió en sus brazos tan contra su honor, fama y vergüenza á su propio enemigo, con quien, ajena de su obediencia y voluntad, se habia de palabra desposado; y cesando su voz, apretada de mortales congojas, rindió el espíritu, dejando al afligido hermano, oyendo tales cosas, más muerto de dolor y arrepentido, aunque este remedio llegó tarde, porque tambien Elisa espiró en sus mismos brazos. Trábosele la lengua, y enmudeciendo la terrible y dolorosa pena de su alma, creció en la presente consideracion, represando en el pecho el ahento vital, con que pudiera, segun el desigual tormente, se-

guir con muerte súbita los inocentes pasos de su difunta esposa; mas sobreviniendo Fabricio, y dándole prisa para ponerse en salvo, juntamente le dijo que era el galán su mayor contrario, y no ménos que Tirso, hermano y heredero de don Rodrigo. Crecia el rumor en las vecinas calles, y sus propios criados, turbados, fomentaban el ruido y alboroto; con que viendo que ya eran inexcusables tantos daños, por no dar en el último y perderse, hubo de prevenir con diligencia la mayor seguridad de su persona, dejando desesperadamente al albedrío de su familia y siervos su hacienda y casa.

Con tal resolucion, acompañado de su primo, solos en dos caballos salieron del lugar, caminando con prisa lo que restaba de la noche; pero teniendo en la siguiente conveniente ocasion para esconderse de Fabricio, dejó su mal afortunada compañía, y atravesando por su puente las cristalinas aguas del Tajo, torciendo su camino á los fragosos montes de Guadalupe, en breves dias paró en lo más oculto y embreñado de sus riscos, adonde vencido del continuo dolor de sus desastres, consumiéndose con ellos, en cortos términos casi llegara el último á su vida; mas socorriéndole el cielo y alumbrando los ojos de su alma, poco á poco cayó en la cuenta, conociendo en sus presentes males el castigo de sus pasadas culpas; á quien llorando con abundantes lágrimas, consideraba la bondad infinita de su Criador, pues no solo, pudiendo para siglos sin fin tan justamente condenarle, le habia tanto esperado, suspendiendo el riguroso azote de su ira, sino que, castigándole como á hijo querido, tocaban solamente en la superficie de la carne sus heridas; y así, queriendo no ser más ingrato á mercedes tan grandes, con entrañable arrepentimiento y penitencias increíbles, habiendo por el suceso que primero dije venido á mi compañía, despues de seis años que estuvo en ella, tres dias há que con maravillosa tranquilidad de su alma descansó en paz. Este fué el fin dichoso de aquesta larga historia, referida así del ermitaño, como escuchada de los oyentes, con no pocos suspiros y lágrimas, y mayormente de sus dos amigos; aunque, conformes con la divina voluntad, tuvieron por consuelo los felices remates de su vida; de cuyas circunstancias confiriendo diversas cosas, gastaron lo que quedaba de la noche y parte del dia; en quien, acompañado de su anciano huésped, llegaron á la mejor estacion de su camino, visitando en su famosa casa de Guadalupe á la Emperatriz soberana de los cielos; y satisfecho este deseo, despedidos del ermitaño, siguiendo el viaje, en cuatro dias dieron vista á las murallas fuertes del torreado castillo de Cesarina, adonde llegando ántes de ponerse el sol, teniendo por cierto que Nise estaba en él, se apearon todos.

No habia Gerardo puesto los piés en sus umbrales, quando conocido de algunos criados de su dama, no sin muestras de gran admiracion corrieron á abrazarle; porque segun las nuevas se habian extendido y la graciosa Nise publicaba, en toda aquella tierra le contaban por muerto; con que casi espantados, aun tocándole dudaban si era el mismo objeto de su vista. No tenian semejantes extremos poco maravillado á Gerardo, aunque más informado de la causa, aumentándose el deseo para desengañar á su dama, no via la hora en

que presentarse á sus ojos; y así, significándosele á los que habian llegado, uno dellos advirtió la ocasion por que Nise no asistia en el castillo, diciéndole cómo, satisfecha indubitavelmente que su persona habia perecido en las furiosas ondas del mar de Berberia, vuelta al convento en quien primero estaba, y atropellando su varonil intento no solo el poderoso mayorazgo de que era absoluto dueño, sino otros muchos inconvenientes con que sus deudos y conocidos procuraron contradecirselo, finalmente se habia vestido el hábito de santa Clara con determinado presupuesto de profesar su regla, perseverando lo restante de su vida en ella.

Turbáronse los huéspedes oyendo esta impensada relacion, aunque en Gerardo no fué solo turbarse el efeto que hizo; porque sin pestañear los ojos ni tener movimiento en pié ni mano, fija su vista, quedó mirando al suelo, tan inmóvil y firme, que más parecia una estatua de bronce que hombre humano.

Notaba bien Leoncio sus acciones, y aunque sintió en el alma que mostrase semejante flaqueza, con todo, pareciéndole que para suspension era muy larga, queriendo estremecerle disimuladamente, hubiera de dar con él sin pensar en el suelo. No era así como quiera la pasion de Gerardo, ni el tormento que le atormentaba el alma tan tolerable como pensó su hermano: habiale totalmente desfallecido el corazon; con que usando otros medios y aderezándole brevemente una cama, le echaron en ella, rodeándole, con increíble sobresalto do accidente tan súbito, sus parientes y hermano.

No pasaron estas cosas tan secretas, y más estando en lugar tan pequeño, sin que, volando la fama dellas, dejase en un instante de entenderlas Nise, que aunque en los principios, segun la estimacion de sus pensamientos, estuvo en darles crédito pertinaz y sumamente remisa, cuando se satisfizo, no hay encarescimiento que bastase á exagerar su regocijo, si bien, como mortal, mezclado con la tristeza y pesadumbre que el repentino daño de su amante podia causarla, al cual solicita despachando diversos recaudos, y de suerte que los unos llegaban en alcance de los otros, siendo respondida de Leoncio, y no menguando el accidente de Gerardo, no fué poco suspender su salida del convento; en quien sin dilacion dejara el hábito, á no temer su pundonor y que ninguno juzgase por liviana semejante accion. Pero viniendo á visitarla poco despues Leoncio y los demas parientes, cierta de que el hermano mejoraba, con más alegría y gusto de su alma quedó acordado que el siguiente dia (supuesto que la causa de su clausura procedia del pensar que fuese Gerardo muerto, y que, pareciendo al presente lo contrario, podia sin pérdida de su reputacion renunciarla, suspendiendo la profesion) se celebrasen en la misma iglesia del monasterio las bodas que tanto habian descado.

Esta nueva se extendió en un momento por toda la villa, y con tan extraordinario regocijo la celebraron. que ántes que anoheciese ya estaban así las almenas, torres y murallas de sus cercas, como las calles, plazas, puertas y ventanas llenas de luminarias. Tambien los caballeros cuantiosos y los jinetes de la costa que se hallaron en el lugar trazaron brevemente una graciosa máscara, corriendo en ligeros caballos y con discretas invenciones por delante del convento de Nise y castillo donde los huéspedes posaban; en quien, no obstante que

ya más en su acuerdo entendía Gerardo cuanto en este particular pasaba, ni por eso era parte á consolarle, ni ménos sus parientes y hermano sabían á qué atribuirlo; y así, Leoncio, más que nunca penado y afligido, viéndole tal y quedándose con él á solas, procuró importunándole saber la causa de su nuevo cuidado y accidente, rogándole no quisiese encubrírsele, pues callándola con tan profunda tristeza, él ni otro alguno acertarian á aplicarle remedio ni consejo suficiente. Pagábanse en igual amor los dos hermanos; y así, no hay duda sino que Gerardo con mayor claridad satisficiera su deseo á no temer, y con justa razon, que del mismo Leoncio se podrian seguir á sus intentos muy graves inconvenientes; con que disimulando lo mejor que pudo, se animó á persuadirle achaques poco ajenos de los que entónces afligian su pecho, diciéndole que la impensada pena que en él ocasionó la nueva del religioso estado de su dama, presumiendo en el primero instante que el suyo quedaba imposibilitado, y no dándole el intenso dolor tiempo de discurrir, le habia apretado en la forma que vió, si bien al presente con entender su nueva voluntad estaba sin temor y más contento. Quedólo sumamente Leoncio oyendo aquesto; y así, seguro de que su hermano no encubria lo más importante de sus cuidados, comenzó á emplear el suyo; y mandando aderezar y componer las galas, joyas y preseas que en él habian de campear, solicitando la prevencion del aplazado acuerdo, y últimamente, dispuestas estas cosas, y habiendo cenado sabrosa y regaladamente todos juntos, por alegrarle más, en el aposento de Gerardo, siendo ya los dos tercios de la noche pasados, cada cual se recogió en el suyo, hasta que con la venida del deseado dia, alborozados en competencia los unos de los otros, con noble emulacion bajando al anchuroso patio del castillo, hicieron maravillosa muestra de sus ánimos y generoso proceder; con que avisando á Nise, y acompañando á Leoncio sus nobles amigos y parientes, fuéron á sacar de su aposento al galán desposado; pero hallando la puerta déla cerrada, y juntamente á sus criados, que con los vestidos esperaban que recordase, maravillados de tan largo sueño, si bien algunos quisieran disculparle con el pasado accidente, les hicieron llamar á grandes golpes; mas visto que á ninguno respondia, enfadado Leoncio, de un recio puntapié abrió la puerta, que solo estaba bien juntada, y entrando él y los demas, pensando que aun dormia, llegó á mirar las cortinas del lecho, en quien no solamente no halló á Gerardo, pero ni alguna parte de sus vestidos ni aderezo de camino; con que turbado el corazon, y adivinando alguna desventura por su hermano, hizo que le buscasen en toda la fortaleza, y viérsen asimismo si faltaba su caballo (que fué segun pensó), creciendo al punto sus mayores sospechas y el sobresalto y pena en los parientes, que á grandes voces mandaban á priesa ensillar con intento de salir en su seguimiento; mas suspendió el propósito una carta que en esta sazón halló uno dellos sobre los cojines y almohadas de la cama de Gerardo, cuya letra conociéndola todos, y viendo que el sobrescrito era para Leoncio, sosegando su pasion algun tanto, y abriéndola, presentes cuantos le acompañaban, no sin algunas lágrimas, despues de haberla pasado por los ojos, volvió á referirla, leyendo en ella las siguientes razones:

«No ignoro, hermano y señor mio, que accion tan
»impensada y en ocasion tan precisa y fuerte habra
»de causar en vuestro noble pecho, si ya no más pia-
»doso, enojo contra vuestro Gerardo; pero tambien
»confio de vuestra discrecion que, ponderando las cau-
»sas que á dejaros me obligan, remitirá la pena en el
»perdon que desde luego pido; mas ante todas cosas os
»suplico que, reconociendo en la memoria de mi pasa-
»da vida sus acacimientos y peligros espantosos, con-
»sideréis juntamente los maravillosos medios y cami-
»nos que para remediarme y librarme dellos ha usado
»la bondad y misericordia infinita de Dios, á quien, se-
»gun esto, no solo vengo á deber las principales obli-
»gaciones que las demas criaturas redimidas con su
»sangre, sino todas las accesorias y singulares en quien
»yo por mis pecados he caido y su inmensa piedad
»me ha levantado. Quede asentada como testimonio
»infalible esta verdad, y advertidme despues si las
»mercedes y beneficios referidos vos mismo los lu-
»biérades recibido y experimentado, no de un amigo,
»no, sino del más humilde hombre de la tierra, qui-
»siérades por dicha dejar de parecer con él muy agra-
»decido; ó decidme si fuera justo que, en vez de ha-
»cerlo así, vos pretendiérades con ingratitud despo-
»seerle de la más rica joya de su hacienda. No sé yo
»quién habria de tan empedernido pecho que excusase
»el afearos semejante culpa, la cual, ó de agradeci-
»miento ó de vergonzoso temor, ni habiades de come-
»ter ni imaginar.

»Si esto pues, oh hermano mio, sucede en mí, si
»aquesto pasa por los términos propios de mi vida, ¿por
»qué no pensaré que me conviene, cayendo ya en la
»cuenta de mis daños, procurar no solo satisfacerlos,
»sino dejar en quieta posesion á un Señor tan benigno
»y piadoso la esposa que á su santo limeneo tiene ad-
»mitida, si ya no por deberlo á tan grandes mercedes.
»por el justo temor de igual castigo, sirviéndome de
»ejemplo y saludable aviso don Fernando? Y no presu-
»mais vos ni otro alguno que aquel caso estupendo lle-
»gó á nuestra noticia no más que casual, porque es en-
»gaño. Perdernos todos juntos en el camino real, bajar
»á media noche su fragosa aspereza con tan ciertos
»peligros y seguros, hallar en aquel párame albergue,
»reparo y compañía, y á nuestro antiguo y verdadero
»amigo, aunque muerto, pregonando en su vida tales
»sucesos, creed que no fué sin particular gobierno y
»guia de las gloriosas y liberales manos. Conmigo Nise
»no ha de ser Elisa, ni yo con Dios me he de poner á
»pleitos si la profesado ó no, si puede, debe ó quiere
»cumplir mi obligacion, aunque sea diferente; porque
»si bien dijérades que fuera más acertado el satisfa-
»cerla, y que si don Fernando inquietó á Elisa, yo no
»la solicito, ántes vuestras cosas corren otro camino,
»siendo forzoso pagar la deuda de su honor, respondo
»y digo que ya la divina Providencia, á quien nada se
»encubre, lo sabia, y no obstante que yo vivia seguro
»del inundo mar, dispuso su voluntad y corazon á
»tan buena eleccion; y de que colijo que es lo más con-
»veniente y necesario á vuestras almas su estado ven-
»turoso, á quien el mio procurará seguir, dándome su
»favor y ayuda el cielo, en quien firmemente confio
»permitirá que la discreta Nise admita, como es justo,
»las razones y excusas desta carta, la cual os pido se

»la leais, y sobre todo, que por Dios y por quien sois
 »en ninguna manera trabajéis en buscarme, porque sin
 »duda alguna os hago saber que ya en vida mortal no
 »nos veremos; y recibid, oh hermano de mi alma, y vo-
 »sotros, amigos y parientes amados, mis últimos abra-
 »zos, en cuyo trueco y cambio, si algun día fuí á vues-
 »tros ojos agradable, ahora os ruego que juntos conso-
 »leis mi ausente y querida madre; y el cielo piadosí-
 »simo guarde en ventura igual siglos muy largos vuestra
 »vida.»

Aunque fuera esta carta ménos breve, no pudiera Leoncio pasar de aquí, porque haciéndosele á la garganta un nudo y dejando caer en el suelo el papel, estuvo á pique de reventar, perdiendo con la pena el sentido y la habla; y no quedaron con ménos aflicción los amigos y deudos, oyéndose entre todos un confuso rumor de entrañables suspiros y gemidos roncós, á cuyos ecos tristes despertando de aquella ofuscación de sus sentidos, dando gritos Leoncio, llamaba tiernamente á su Gerardo; y al fin, trocando su pasado contento en tristes lágrimas, sonó por el lugar la causa dellas.

No le afligia ménos á Leoncio considerar en medio destas cosas el sentimiento de Nise; y así, como si viera sus entrañas, fulminaba sus quejas y temía con cuánta justa razón afirmaría que dos veces la había burlado su hermano, y trayendo á la memoria el hazañoso intento de su amor cuando para librarle dejó su patria y casa, sujetando su vida á un frágil leño y al peligro del mar. Avergonzado, quisiera no llegar á su presencia; mas conociendo que el hacerlo era preciso, sin dilatarlo fué, acompañado de sus parientes y criados, al convento, en quien, si bien pensaba que estaría muy prevenido todo y las paredes entapizadas y cubiertas de doseles ricos, ni vió mayor novedad que el día pasado ni aquel rumor que la fiesta prometía; con que más admirado hizo llamaren á la gallarda Nise, de la cual sospechando también justamente que, según el concierto referido, estaría adornada de diversas galas, también halló trocado su pensamiento, y á Nise, como primero, en su religioso hábito.

Estaba acompañada de otras monjas, el rostro más severo y el semblante ménos alegre que el pasado día: causa que fué bastante á persuadirlos que ya sabía la ausencia de Gerardo; y así, Leoncio, como si fuera cierta su sospecha, volviéndose á la hermosa dama, prosiguió con razones corteses esta plática:

Supuesto, señora mía, que sabéis el impensado suceso de mi hermano, excusaré la pena de decíroslo, cumpliendo con lo demás que me dejó ordenado. Atribulóse oyendo tales cosas el corazón de Nise, y atajando á Leoncio, con alterada voz le respondió: Pues ¿qué me decís, señor? ¿Acaso ha muerto? O ¿qué he de sa-

ber yo, que en sus sucesos ninguna cosa alcanzo, ántes ignoro totalmente lo que me proponéis? Según eso, con más crecida confusión volvió á decir Leoncio, habré de proseguir, aunque el ausencia de Gerardo y el hallaros al presente tan sin cuidado de sus bodas, si bien anoche quedaron prevenidas con vuestro beneplácito, no es posible sino que guarda en sí mayor misterio. Con tanto, sin cesar le contó el caso, feneciendo en la carta, que no dejó, atendiéndola piadosa, de verter de sus hermosos ojos, en vez de lágrimas, mil cristalinas perlas; y acabando el afligido caballero, aunque no tan turbado como se había temido, Nise le respondió desta suerte: Cuando el cielo tan claramente muestra sus maravillas, ni yo tengo para qué recatar mi pensamiento, ni aun me parece que andaría acertada en enubrirle. Leoncio, vuestro noble hermano ha escogido, al fin como prudente, el camino verdadero, en quien, aunque os parezca que se me anticipó, tened por cierto que ántes le había ganado por la mano; porque apenas, resuelta en ser su esposa, me aparté ayer de vos, cuando trocándose mi voluntad y corazón, Dios todo poderoso fué servido de conceder á mi alma su mejor conocimiento; y considerando que en vez de los resplandecientes rayos del sol elegía ciega y loca las temerosas tinieblas de la noche, y que por un breve y momentáneo pasatiempo trocaba los inmensos contenidos y perdurables bienes de la gloria, y en lugar del Criador la humilde criatura, y últimamente, en cambio de mi divino esposo á un hombre perecedero y mortal; viendo tan manifiesto el engaño de mi error, procuré, arrepentida, su remedio, el cual halló mi atribulado corazón en los sangrientos y clavados piés de su Hacedor maravilloso, de adonde abrazada con nuevas fuerzas, ni el poderoso amor que siempre tuve á vuestro hermano, su ardiente deseo, ni con él juntas todas las obligaciones y respetos humanos bastaran á apartarme; y así, de tan iguales determinaciones infiero indubitadamente que su confrontación de voluntades y conformes efectos se han conseguido por gusto particular del cielo, á quien protesto obedecer, perseverando en esta religión mientras durare el aliento vital que me gobierna.

Cubrióse, aun con tanto valor, de tiernas lágrimas, acompañándolas los circunstantes; con que, sin poder alargarse en mayores réplicas, Nise volvió á su celda enternecida, y Leoncio y sus deudos al castillo; del cual aquella tarde, sin tratar que Gerardo se buscara, gustando obedecer su último gusto, dieron la vuelta á la famosa villa de Madrid; donde llegando á mi noticia estos discursos, pareciéndome dignos de saberse, los escribí, deseando que para ejemplo y memoria de los hombres, inmortalizados en la estampa vivan en los presentes y venideros siglos.

FORTUNA VARIA
DEL SOLDADO PINDARO,

POR
DON GONZALO DE CÉSPEDES Y MENESES.

FORTUNA VARIA DEL SOLDADO PINDARO.

INTRODUCCION.

ERA el rigor del más airado y proceloso invierno que vió en nuestros siglos España, últimos y primeros días de los años de 23 y 24: memoria prodigiosa á la posteridad, pues nunca rodearon nuestra península tan continuas y perdurables nieves. Mas ni tanta aspereza mitigó el proseguir la suya ni contraria fortuna, ántes irritada de quien debía templarla con más justa razon, se armó de nuevo arnes en daño mio, obligándome con su persecucion á confiar del duro temporal, de la clemencia de los astros y de los erizados cabezos, despedazadas rocas y barrancos que en el término cántabro me acogieron con más piedad. Aquí me fué forzoso asistir en uno de sus puertos de mar, esperando pasaje, y aunque con gran recato, el cuidado y centinela de mis émulos descubrió estos designios; y así, para mejor asegurarme hube de favorecerme de la inmunidad de un convento, donde sus dueños me hospedaron con religiosa caridad. Diéronme alegre cuarto, cuyas vistas al mar, por alterado, tal vez aumentaron mi temor, creciendo al mismo paso que sus soberbias olas perseveraron enojadas por largos días. Pero en la noche de uno destos, y cuando con silencio profundo cercaba á los mortales la prolijidad de las tinieblas, como á mi fantasía, entre el pesado sueño vi varias y tristes sombras, cierto presagio del suceso futuro. Aun no siendo pasado el primero reposo, con mucho sobresalto me despertaron dél el rumor espantoso, luces, armas y voces que inopinadamente llegaron en aquella sazón á mi noticia.

Siempre los accidentes repentinos traen consigo desvariados efetos. Apenas escuché que con voz imperiosa me mandaban que abriese mi aposento, cuando sin más discurso creí que la justicia, vencida de la importunidad de mis contrarios, venía á prenderme; por lo cual no respondiendo á sus razones, mientras un breve espacio fingí el dormido, haciendo un cortillo de mis ropas, me dejé despenar (tal era su distancia) por una alta ventana que á la huerta salía; en quien el fiero golpe con que me hallé arrojado, la desnudez, el frío, la tenebrosa oscuridad, las malezas y espinas, conjuradas contra mi frágil suerte, pudieran reducirla á muy estrecho punto si la consideracion de tantos males no se alentara con el vecino riesgo. Temí pasarme ú otra igual desventura; y estando reparado y queriendo excusarla y encubrirme, corrí más animado toda la huerta, si bien nunca en toda ella halló el recelo lugar más oportuno que los cauces y cubos de una noria, adonde, por parecerme parte más

oculta y aun peligrosa, juzgué que los ministros no me buscarían. Allí estuve dos ó tres cuartos de hora, y el cómo justo es que se remita al concepto y discurso del más austero y rígido lector, y mayormente cuando en medio del fracaso, para aumentar mis miedos, vi que con mucha priesa trastornaban la huerta de unas partes á otras diversas gentes con linternas y luces. Preciso era que entónces todo se presumiese en mi contra. Túveme por perdido, juzguéme preso, y entendiéndolo así, ántes quisiera verme tragado de la tierra. A tan mísero estado como este me han traído las experiencias de tan grave desdicha, la tiranía y maldad con que dominan los ministros de prisiones y cárceles sus infelices súbditos, la desvergüenza de un portero, la soberbia é imperio de un alcaide, y finalmente, el tropel con que es atropellada la justicia del digno, la razon del que saben que se aventaja en algo á su naturaleza inculta y bárbara. Tales lugares y ocasiones no respetan ni asisten sino á los facinerosos y delinquentes: así corren las cosas destos causados siglos: los que por sus excesos y pecados debieran sepultarse en el eterno olvido, esos son aplaudidos, esos hallan favorables jueces, Mecénas protectores, y en conclusion, de sus atrocidades y delitos la salida y escape. Mas volvamos al mio, que por lo ménos era en esta sazón harto dificultoso; con que, por no caer en mayor precipicio, hube de esperar el último suceso, que no se dilató segun pensaba; porque una de aquellas luces, cansada de discurrir en busca mia y guiada por un fraile, dió cuando ménos deseaba en mi secreto asilo. Creí perder el juicio, confundido de ver que, sin embargo de sus hábitos, los religiosos huéspedes solicitasen mi perdicion: así lo presumí, bien que engañado, hasta que, adelantándose con un *Deo gratias* y asegurado más con mi propio nombre, salí del cauce adonde condolido me atendía el buen fraile con los brazos abiertos, y llamando á otros muchos que andaban en mi alcance, juntos me volvieron á mi aposento, en quien, en vez de la justicia que alborotó mi pecho y originó mi fuga, hallé que, habiendo echado por el suelo las puertas, me tenían dentro dél alojado un caballero herido, aunque en distinta alcoba y apartado. Parece ser que á la sazón que dije, llegó este al convento pidiendo su sagrado refugio, y el superior piadoso no solo se le dió en mi mismo cuarto, mas juntamente le procuró el remedio de algunas heridas peligrosas que le traían desalentado. Así que desta suerte y á este tan justo fin se encaminaron las voces, el tropel y las luces que con tal de-

satino como ya habeis oído me sacaron del lecho y aun pusieron mi vida en no poco cuidado; pero no obstante todo lo padecido, remití mi consuelo á mayor coyuntura, tratando solamente en aquella del más urgente daño del nuevo compañero, cuya sangre, derramada por diferentes bocas, no sin grande trabajo pudo restañarse ahora, dejándole, si bien descaecido y desmayado, por lo ménos seguro de una muerte improvisa.

Destá forma habiéndole curado, fué forzoso confíarle de mí y de un hermano lego mientras la comunidad acudió á los maitines. Mas porque á los sucesos referidos se acumulasen esta noche otros nuevos, apenas se salieron los frailes, y apenas mi camarada y yo, advirtiendo la robusta persona, conjeturábamos por ella el valor de su dueño, cuando abriendo él de repente los ojos, frenético y terrible interrumpió nuestros discursos, arrojando la ropa y poniéndose en pié con espantosa ligereza. Habíale dejado inadvertidamente sobre un bufete sus vestidos y espada, y en viéndola, incitado de su furor y desacuerdo, embistió con ella, y en un instante con nosotros, y repitiendo con turbada voz estas mismas palabras, dijo: ¡Oh traidores! ¿cómo con tan infame alevosía me habeis acometido? ¿Estos es de caballeros y soldados? ¿Cecada me teneis apercebida? Pues no importa; que mi razon y el cielo serán en mi defensa. Esto y el dar al pobre lego un desvariado golpe fué todo uno, y en mi hiciéra lo mismo si, poniendo en medio las paredes, no me saliera fuera y excusara el encuentro. Apellidé favor, y acudiendo los frailes, como siempre la flaqueza del cuerpo disminuye la alteracion del ánimo, sin mucha dificultad, respecto de la sangre vertida, le reprimimos y volvimos á la cama. Con tales naufragios se entretuvo la noche y llegó el día, y á mis oídos, juntamente con él, no pequeñas vislumbres desta confusa máquina; pero aunque las causas principales eran extranjeras y ocultas, la cortedad del pueblo hizo que se entendiesen, si no las esenciales, á lo ménos las que en aquellos términos pudieron rastreadse; porque mientras mi herido huésped con silencio mortal y apresurados paraisismos pronosticaba el último, la justicia solicita averiguó el delito y dió en cierta posada con uno de los agresores homicidas. Era este un bizarro mancebo, llameneo de nacion, y que, segun se supo, habia venido desde aquellos países con otros compañeros en seguimiento de su sangrienta ejecucion; mas salióle frustrada, pues en ella quedó tan mal herido, que al prenderle al presente los ministros dejó el alma y el vengativo intento entre sus brazos, necesitándolos á enterrarle, y por el consiguiente, á poner guardas al convento que previniesen el escape de nuestro retraído, el cual á esta sazón casi puedo decir que caminaba á no menor dicha. El origen y fundamento desta estuvo por entónces secreto, porque los que acompañaron al difunto se pusieron en cobro, y el que pudiera declararle estaba sin habla ni sentido y en ajena y distinta jurisdiccion; con que tuvo el lugar (el vulgo digo) materia suficiente en que discurrir y entretenerse, fingiendo y artizando, segun suele, á favor de su gusto diferentes razones y novelas. Mas no quiso la suerte que se igualase la mia con tan confuso número; y así, por donde ménos la cu-

riosidad presumió investigarla, conseguí su noticia, quizá solicitada del amor y cuidado con que acudia á la salud del dueño; si bien ni fué tan breve ni por camino tan poco extraordinario y peregrino, que por lo ménos no merezca ser la fuente y principio de adonde redundaron y procedieron estos discursos.

Así pareció ello al cuarto día del pasado suceso, en quien de parte de unas religiosas señoras, no sin admiracion, tuve un corto billete y con él otro papel cerrado y sin sobrescrito. Causóme novedad, pero libréme della leyendo en el primero las siguientes razones:

«Vuestra opinion y proceder han llegado á esta casa
»con tanto crédito cuanto mi temor y peligro necesita-
»ban de remedio: suplicoos, señor mio, que esta no-
»ble confianza halle en vos la acogida que experi-
»menta á costa de mi vida el dueño della, que está
»en vuestro poder; á quien tambien os pido que
»deis ese billete, y el consuelo y amparo que piden
»sus desdichas y de vuestra piedad me he prometido.»

Tales palabras contenia mi papel, mas en tanto que, dándole yo el suyo, iba leyéndole el incógnito huésped, atento á sus señales y mudanzas, esperé que acabase, investigando en ellas algo de lo mucho que me tenia perplejo; y no del todo me desvaneció mi pensamiento, pues las espesas lágrimas y suspiros con que en esta ocasion cedió el varonil espíritu al nuevo sentimiento claramente comenzaron á abrirme las entradas y puertas de tantas confusiones. Cayósele al presente con un triste gemido el papel en el suelo, y en largo espacio ni él me dejó lugar, ni yo le tuve por conveniente para preguntarle el origen ni tratar su consuelo. Parece que aquesta voluntad previno y abrevió mi deseo, pues poniéndome el billete en las manos, al entregármele quiso que le leyese, diciéndome primero semejantes razones: Por esa carta veréis, oh amigo mio, las interiores causas que más me atormentan y afligen: ruégoos, señor, que disculpen con vos mi flaqueza y descuido, y que asimismo en coyuntura suficiente recibais los despojos que me ha dejado mi fortuna, segun me avisan. Con esto se calló, mientras yo, obedeciéndole, leyendo su papel, vi que decia desta suerte:

«Amado señor mio: Encarecer mi sentimiento con
»palabras, cuando el candal de entrambos está com-
»puesto ya de tan buenas obras por vuestra parte,
»como de obligaciones y prendas por la mia, excu-
»sado parece; y así, cierta de que á mis lágrimas, pe-
»nas y desconuelos daréis el justo crédito que me-
»recen, remito á su consideracion lo que falta á mi
»pluma. Solo os diré que quedo como nave sin leme,
»como perdida oveja de su aprisco, y finalmente, como
»quien en un punto se ve privada del remedio del
»cuerpo, del alegría del alma, del alivio de aquesta y
»el contento de aquel, y para decirlo de una vez, del
»ser y vida y de la conservacion de uno y otro; pero
»ni en tan triste naufragio, en aprietos tan miserables
»y terribles, como nunca los cielos cerraron á nues-
»tras ansias las piadosas orejas, así tambien ahora no
»han permitido que me falte esperanza. Confio en
»ellos que tendrémos remedio, y que ni la desastrada
»muerte de mi hermano ni las crueles heridas que
»teneis por su causa serán fatal opuesto á nuestros

» justos y entrañables deseos. Quien de tales peligros
 » nos escapó hasta aquí dará salida y libertad al últi-
 » mo. Este firme propósito suspende con fuerza supe-
 » rior el fin desesperado de mis cosas; mas si se des-
 » vanece, tened por cierto que seguirá Isabela los mis-
 » mos pasos de su querido Píndaro: vuestra muerte y
 » la mía serán á un tiempo mismo despojos de la pa-
 » ra; mas en tanto que esto se nos dilata, bien es que
 » yo me guarde viva al más perseverante y verdadero
 » amor que vieron nuestros siglos. Por esta causa hoy,
 » que he sabido teneis mejor salud, salgo á esperarla,
 » confirmada con vuestro fiel Roberto, adonde en los
 » vecinos montes desta villa estaré más segura que en
 » medio della, acosada y perseguida de sus averigua-
 » ciones y pesquisas. Temen estas santas mujeres que
 » sea incapaz de la inmunidad de su casa nuestro ex-
 » ceso y delito, y presumen que mi asistencia en ella
 » les podrá acarrear algún escándalo, y yo quiero ex-
 » cusársele y obedecer á la fortuna. Pero imposible
 » es, señor, que me aleje de vos: perded de mí cuida-
 » do, y solo le mostrad al presente en vuestra restau-
 » ración y mejoría, y juntamente en que vuestro
 » amigo recoja estos baules y ropa que mi solicitud
 » libró de los ministros de justicia. Irán en siendo no-
 » che con el portador deste: estad así advertido. Y
 » Dios permita que muy en breve nos volvamos á ver.»

Así tuvo su fin el papel precedente, cuyo fondo, sin poderle alcanzar, aun prometia más intrincados laberintos: acrecentábanse estos con mi corta noticia y con el profundo silencio de su dueño. Es demasía y aun ignorancia grande presumir el tercero penetrar y describir lo que, no le tocando, se le encubre y recata; pero ni este respeto justo desvió mi propósito, si bien templándole morigeró la voluntad curiosa, sustentando con esperanzas sus deseos. Con tanto, aquella tarde recibí de secreto cuanto por el billete se advertía, baules, maletas, cojines y diversas alhajas. Todas las encerré en mi propio aposento y puse en la presencia y ojos de su dueño, el cual ya en aquesta sazón recobrándose en las perdidas fuerzas, no solo mejoró por la posta, mas dentro de quince días se halló fuera de riesgo. No aguardaba yo más buena coyuntura. Habiame ofrecido en diferentes lances larga y estrecha cuenta de su vida: obligóle á su efecto el que mostraron mis cuidados y voluntad en su cura y reparo. Pedíale yo con esta conliaza el cumplimiento de la promesa, á la cual correspondiendo agradecido, cuando ménos juzgaba, abriendo los baules, me dejó satisfecho, y aun mucho más de lo que yo pudiera prometerme. Sacó dellos dos legajos en forma de cuadernos, y puestos en mis manos, con alegre semblante me dijo: Esos fragmentos son progresos de mi vida y el mejor desempeño de mi palabra; vedlos y corregidlos, pues para todo hay tiempo en vuestra reclusion y mi convalecencia, y si ya os parecieren dignos de publicarse, vuestro consejo será su ejecución: destos y de su dueño podréis hacer lo que por bienuviéredes. Tal fué su beneplácito y licencia; y así, con ella sumamente contento, leyéndolos despacio, y viendo atentamente casos tan peregrinos y prodigiosos, no quise que careciese el mundo dellos por mi pereza y cortadía. Este respeto justo los ha puesto en la estampa, de donde salen hoy á que la curiosidad los admire y la severidad los censure y enmiende, y por lo

ménos esta, siendo siempre deudora á mi buen deseo, no la podrá negar el metal rudo y pobre que con tales discursos ofrece á sus martillos cada día, ni aquella la entretenida variedad con que procura divertirla y granjearla.

Ninguna cosa le permitido se le quite al verdadero original: solo en algunos nombres, materias rígidas y circunstancias mal digestas mudé lo conveniente al estilo que corre; pero su título es el mismo que contiene este libro, que por mejor acomodarle le dividí en dos partes, y la primera es la que sale ahora. Tenga el lector paciencia; que ya verá á su tiempo desatado el comenzado nudo: sabrá quién fué Isabela, las causas de la muerte de su hermano, heridas de su amante, y otros apuntamientos cuyas hebras quedan aquí troncadas por dar principio igual al prometido intento, término y precedencia más conforme, y según los sucesos y vida del Soldado; la cual él mismo escribió en la siguiente forma:

§. I.

Es mi intento, plegue á Dios se consiga, instruir al lector en los varios sucesos de mi vida, la imitación de lo que en ella pareciere digno de alabanza, como el desprecio de lo vituperable y vicioso. Y aunque es verdad, que, siendo coronista de mí mismo, expongo la opinión á evidentes peligros, pues los defectos se admitirán con nota y las buenas acciones con incredulidad, todavía, en cambio de alcanzar el principal motivo, los atropellaré con paciencia. Advertido este punto, mi nombre es Píndaro, y mi patria una de las mejores poblaciones de Castilla. Callo, por lícitos respetos, el apellido noble de mi solar y casa, en quien habiendo sucedido por muerte de sus padres el mío, razonable parece que en él tengan origen y principio mis progresos. Quedó este huérfano y en floreciente edad, cuando por la riqueza y sangre ilustre suelen los tiernos mozos precipitarse desenfrenados á grandes desventuras; y no así como quiera fué la que se ocasionó en el poco recato de sus ojos, pues habiéndolos puesto en cierta dama, admitidos y logrados sus ruegos, creció en la posesion su voluntad, de suerte que, sin tomar estado, vivió por muchos años rendido á las delicias de su lascivo amor, abismo miserable de la inexperta juventud, porque como anda encadenada siempre de tan fuertes pasiones, muchas veces sale de todo término: su cautiverio siente, y deseándola, ni apetece ni quiere la amada libertad; su llaga advierte, y no admite la cura; quémase, y menosprecia el refrigerio; dulce le es la ponzoña, deleitable y sabrosa su amargura mortífera, apacibles sus daños, sus tormentos gustosos, descansan su trabajo, y la muerte suave; y finalmente, ningún consejo abraza, ningún remedio escucha mientras la edad no se resfria, y la castidad madura la vejez. Así, fué necesario para tan grande incendio que otro fuego mayor, otra llama furiosa, con rigor impensado arrebatase y consumiese en los efectos torpes de tanta mocedad aun hasta las memorias de sus secas cenizas. No dilato este cuento porque para la inteligencia de los míos sobra su brevedad; demas que si pudiera, aun lo que escribo dél me dejara en silencio. Deben los hijos, por la obligación natural que les corre, ántes encubrir y celar los mínimos defectos de sus padres que publi-

carlos, perdiendo á su memoria semejante decoro ; mas si á la posterioridad es de esencia, ó porque de tales causas suele redundar su perjuicio, descrédito y infamia ó razon que la induzca, en un caso como este, ya que más no se pueda, hanse de disponer con el recato y tiento que prosigo. Tenia pues en el mayor concurso de su amor un solo amigo, hombre de quien mi padre fiaba sus íntimos secretos, igual en sangre, en años y en hacienda, y si lo fuera en juicio, me atreviera á afirmar que así debían los hombres hacer tal eleccion. Parece detestable que se acompañen como amigos un viejo y un rapaz, un noble y un merénico, como un rico y un pobre: donde hay desigualdad nunca hay firmeza; el poderoso se cansa del mendigo, el noble del humilde, y el viejo retrocede en la edad. No era la de mi padre para tantos discursos. Fuéle preciso hacer una jornada, y en su ausencia fió de aquesta la mejor prenda de su alma, digo, el cuidado de su dama y dos hijas que ya tenia por fruto de su empleo; mas el anduvo demasíadamente confiado, su dama poco honesta, y ménos leal y firme su amigo y compañero. No se pudo encubrir este trato: dió la vuelta mi padre, y presumiéndole, aun acrecentó su sospecha la mal sana conciencia de su amigo, que, temiendo el castigo, fué poco á poco retirándose de su conversacion, y mayormente de que su compañía le hallase en descampado. Todos estos motivos, conferidos con igual advertencia, fuéron confirmando su agravio. Pedia este venganza, y apresuró la tibieza con que era ya correspondido en sus amores, tácita confesion de su mudanza. Induce mayor culpa el silencio en el reo. Dió con tanto mi padre por averiguado el delito, y con rabiosos celos, sin tomar otro acuerdo, le escribió un papel que, entre diversos sentimientos, le advertia se viesen en el campo para su satisfacion, adonde acudiendo el amigo como buen caballero, le hallaron en el siguiente día muerto de diversas heridas. Supónese brevemente el agresor, contra el cual procedió la justicia, y con mayor rigor cuando, desnudando al difunto, se descubrió en el pecho su papel y su firma. Secuestraron los bienes, buscóse la persona, publicaron edictos y pregones, y finalmente, tal fué la diligencia, tanto creció el peligro y se enconó la culpa, que convino se saliese del reino, abandonando deudos, hacienda, patria y aficion tan costosa: perdiólo todo al fin, y perdiónos á todos (porque ninguno yerra para sí solamente); entróse en Portugal quando se prevenia la fatal y misera jornada decautada por tan varios autores: hallóse en ella entre otros castellanos que en compañía del capitán Aldana fuéron sirviendo al rey don Sebastian: murió, y con él murieron diversos españoles, y de los vivos que quedaron cautivos fué mi padre uno de ellos, si bien cobró la libertad quando por razones de estado hizo Muley Hamete presente de diversas personas á la majestad de Felipe Segundo. Poco despues de aquesto se casó en Portugal, si no con muchos bienes, con sugeto de calidad y deudos que por materia de intereses y hacienda le movieron en pocos dias tan graves inquietudes, que tuvo por más sano dejarlas todas, y con sola su espasa mudar casa y asiento.

Habia en el interior corrido casi en toda Castilla largamente la fama de su muerte, creída y fomentada aun por personas que le tenían obligacion y sangre: cosa

que en cierto modo aprovechó á mi padre, pues cuidando de sí con cercenar su nombre, si ya no en su patria, podia en otra cualquiera vivir seguro. Abrazó este consejo; y ejecutándole, convirtiendo en dinero los despojos y bienes de su corta fortuna, eligió su morada no léjos de Toledo, en la más deleitosa y alegre poblacion de sus contornos. Temeridad parece haberse así acercado á sus enemigos; mas quien supiera su clausura y recato, y el modo y proceder con que pasó su vida, ántes lo atribuirá á virtud y prudencia ó á penitencia justa de sus pecados. Veinte años le duró el estado presente, en quien cargó de hijos, cierta cosecha en casa de los pobres; y aunque no todos se lograron, quedámos los que bastantemente acrecentámos sus cuidados, si bien en medio dellos, viviendo con mayor esplendor que pedia su escaseza, tal vez entre los cuerdos y advertidos se presumió el brocado que de su buena sangre encubria el sayal toseo de sus muchos trabajos. Serian en aquesta sazón mis años doce, y aunque las travesuras no salian de pueriles, todavia para mi educacion y mejor sosiego (que el que no sabe letras, teniendo ojos no vé) me entregaron á los padres jesuitas, hombres á quien Europa debe en estos últimos siglos la gloria y enseñanza de su nobleza y juventud, y por el consiguiente, los ilustres sugetos que le han honrado y enriquecido.

Allí estudié, en compañía de mi menor hermano, el fundamento verdadero de las mayores ciencias, y siendo razonable gramático, pasara á alguna dellas si malas compañías y una ocasion bien fácil no interrumpieran estos intentos. Hice á mi ocupacion algunas faltas, temí el castigo, y sin otro discurso, con dos reales, un Tulio y un Virgilio, tomámos el camino de Toledo yo y otro mancebito llamado Figueroa. Este fué el escalon primero de mis peregrinaciones.

§. II.

Guardábanse de peste los lugares vecinos, y no llevando testimonio de aquel adonde veníamos, pasabámoslo mal, y como poco acostumbrados á semejante carestía, sintiendo ya el trabajo, el cansancio y la hambre, diéramos de buen grado la vuelta á nuestras casas; mas llegando la noche, remitiendo á una viña, donde por ser el tiempo maduraban las uvas, nuestra afliccion, satisfecho el estómago con tan fácil consuelo, nos alentámos y proseguímos hasta un lugar que se llama Torrijos, al cual yendo rodeando, por negarnos la entrada, siendo ya bien claro el dia, dimos en una choza, donde llegándonos á mirarla curiosamente, hallé que estaba sola, y más escudriñándola, entre mas pajas una muy buena espada. Páreciome muy á propósito para nuestra jornada, y juzgándolo así, la saqué al compañero, que muy alegre, por ser de mayor cuerpo, se la puso en la cinta, y yo lo consentí, temiendo por mejor que si el dueño viniese en seguimiento della la hallase en su poder y no en el mio. Y sucedió ello así; porque apenas habíamos caminado una pieza, quando, llamándonos á voces, vimos que por la misma parte nos seguia un hombre. No fué difícil el conocimiento de la causa, porque la culpa le traia tras de sí; mas con todo eso, sin perdersme de ánimo, no pudiendo correr con el grande cansancio, hubimos de esperarle, aunque yo á barlovento disimuladamente me aparté del

compañero un poco. Llegó en esto desalentado el de las voces, y alzándolas al cielo, nos llamó de ladrones, y sin más reparar embistió con su espada, y tomándola, no obstante las disculpas que le dábamos, que raras veces se admiten con la cólera, comenzó á duplicar coeces y cintarazos sobre mi pobre amigo. Vi el pleito mal parado y aligeré los pies; mas con todo me igualaran la sangre si á este punto, viéndose Figueroa cubierto della, no empezara á gritar que le habían muerto. Esta vez, que turbó al agresor, efecto del pecado, me dió algun aliento, y viendo que asomaban muchas carretas, corriendo á ellas, con la lengua y las manos empecé á llamar á los que las guiaban, y apellidando al Rey y á su justicia, les di á entender que nos habia salteado por quitarnos el dinero y las capas. Y no fué necesaria mayor informacion, principalmente autorizada con la sangre que le salia de la cabeza á mi amigo, y sobre todo convertir retirando con mucha priesa al reo (accion que induce probanza en el delito); y así, enfurecidos y lastimados, dándole por precito, con palos y con piedras le persiguieron de tal suerte, que en breve espacio, bien molidas sus carnes, le echaron en el suelo. Y sin querer oírle, atándole las manos, dieron vuelta con nosotros al pueblo, y allí bastante cuenta de lo que habia pasado á las guardas que estaban á la puerta; y aunque aquellas, conociendo al buen hombre, por ser su viñadero y quizá no de tan ruines tratos como yo le imputaba, le quisieran librar, viendo la sangre y las heridas, no se atrevieron. Acudió un alcalde ordinario, y empezando á informarse, me apartó á una parte á solas. Estábamos Figueroa y yo advertidos; y así, sin tomar la espada en la boca convenimos en uno, confirmando el pretexto referido. Deseaba el alcalde que no hubiese cuerpo de delito, porque seria por dicha su criado el paciente, y en fin, como á muchachos, nos acalló con facilidad; mas á mí, que repetia me volviesen los dineros que no me habian quitado, con ocho reales me dejó contento, miéntras recogiendo á una casa al compañero, se dispuso la cura. Con aquesto no permitió querrela; pero aunque mandó prender al hombre, yo no me tuve por seguro: temí que su inocencia y nuestra culpa nos trocasen la flor; y así, viendo que Figueroa estaba ya acostado, y con achaque para más de diez dias, despidiéndome dél por muchos años, tomé otro camino, y ántes de ser las doce llegué á unas ventas muy cerca de Toledo. Allí comí, y pasada la fiesta, volví á mi viaje cerca de la ciudad: por encubrir mejor la romería, saqué el polvo del vestido, lavéme el rostro, y sacando los libros en la mano, con lindo aire y despejo (cosa muy necesaria para disimular y fingir) me colé por las puertas de Visagra, engañando los guardas de la peste, y sin más detenerme en la consideracion de aquel bello espectáculo, de aquella hermosa perspectiva que con generosa majestad muestra á los ojos la variedad de tantos edificios, fuertes murallas, barbacanas, torres y chapiteles, y en su vega tan ricos santuarios, conventos, ermitas y hospitales, llevado del concurso de la gente, corrí tras della unas cuestas arriba; y con esta priesa, sin saber por qué causa, atravesando calles, pasado un breve término, me hallé en su famosa plaza de Zocodover, donde creció el bullicio y en mí el deseo de entender la razon, y mayormente cuando hallé en su mitad un tablado cubierto de bayetas,

y los andamios, rejas y ventanajes de mayor muchedumbre. Atónito con esta novedad, y poco acostumbrado á ver tales concursos, salí de la duda en que estaba, oyendo que este aparato era querer cortar la cabeza á un hidalgo, al cual no mucho despues, bien rodeado de diversos ministros y de religiosos y cruces, vi entrar por una calle. Venía el miserable hombre con un largo capuz, y la barba y cabello más blanco que la nieve hasta la cinta, desacreditando en su venerable presencia la verdad del delito que los altos pregones hacian notorio. Decian aquellos que por un homicidio alevé sucedido en el campo se ejecutaba tal justicia; mas no obstante, la conmi-eracion y lágrimas que de todo el pueblo habia, valiente testimonio de su inocencia, la contradecian de manera, que, á no venir con tantas véras, recato y opresion, se pudiera temer algun escándalo. Al fin, á fuerza de temores, y atropellada de los muchos caballos, hubo de dar la gente, retirándose, lugar á que subiese el reo al cadalso, bien que tan desfallecido y mortal como pedian sus años y el paso temeroso en que se hallaba. Creció entónces la priesa, el rumor y embarazo de los que le ayudaban y asistian: ¡oh cuánta indiscrecion he visto yo en semejantes accidentes! En todo quiere entrada nuestra curiosidad y devaneo. Solicitos los unos, con voces entonadas le repetian diversas devociones, estos mostraban su energía y verbosidad, aquellos su afectada retórica, unos con el Cristo en las manos, varias y exquisitas razones, procuraban su aliento y mejor ánimo, miéntras los otros le rezaban los salmos y decian anticipadamente el credo: así que desta suerte atropellándose los unos á los otros, su buen celo se convertia en confusion y voces, y el duro trance en campo de batalla, sin saber á quién responder ni á quién volver los ojos el desdichado y misero sugeto que lo padecia. Pero de tan amarga turbacion, si así puede llamarse, le sacaron ahora las manos del verdugo, que, atándole las suyas y pidiéndole perdon, le acercó al escabel, junto al cual, hincado de rodillas y vendados los ojos, en un mudo y espantoso silencio esperó con el pueblo el fin de su tragedia. Mas en tan crudo punto, y cuando ya queria darse el último golpe, turbó su ejecucion, no sin muy grande alboroto, los gritos y tropel con que rompiendo por la gente, llegaron al palenque dos hombres de á caballo, los cuales, en haciendo notoria una real provision que mandaba suspender la justicia, con general aplauso y regocijo, volviendo á nueva vida aquel cadáver, le quitaron la venda, y en los brazos de muchos, porque ya entónces casi estaba sin alma, le tornaron á la prision.

Quedó con tanto despejada la plaza, y siendo puesto el sol, con gran deseo de saber el suceso, y sobre toda ja causa principal, me recogí á un meson, adonde hallando á otros forasteros con igual voluntad, quiso mi buena suerte que, entendiéndolo un venerable sacerdote que allí pasaba, nos la satisficiese, contando así el origen de lo que habiamos visto.

§. III.

Bien os puedo afirmar, honrados huéspedes, que del presente caso pocos mejor que yo pudieran daros tan buena cuenta, porque, demas que la tengo dél muy particular, soy de su propia tierra del hombre que habeis visto, y no al que ménos dolian sus desventuras. Así

comenzó el clérigo, y nosotros pendientes de su boca escuchámos lo que así proseguía:

Cuatro leguas de aquí está un lugar, jurisdicción de aqueste, en el cual desde las montañas de Búrgos habrá mas de cincuenta años que, siendo manebico, asentó su vivienda el que hoy mirasteis viejo y lleno de canas, adquiridas tanto del presente naufragio cuanto del trabajo continuo y sudor de sus manos, pues tan solo con ellas y el proceder virtuoso vino á adquirir hacienda, mujer, crédito y casa la mejor de aquel pueblo, y la opinión más rica de todos sus contornos. Mas como á los bienes y contentos mundanos nunca faltan retornos de mayor contrapeso, en medio de su tranquilidad y en el fin de sus días llegó á experimentar la variedad de la fortuna, que hasta entónces nunca se le mostró contraria sino fué en la escaseza de hijos, dulce y amable compañía de los poderosos y ricos. Muchas veces pedimos y queremos lo que ménos conviene, y muchas veces, importunado el cielo de nuestros ruegos y demandas, permite, para castigar tal ceguera, que de la misma causa procedan nuestros males y daños. Sucedióle lo mismo á este buen hombre, que, viéndose sin hijos, no dejó diligencia, votos ni sacrificios que no interpusiese, ni natural remedio que no experimentase, hasta que, habiéndose Dios servido de darle una hermosa hija, libró en ella quizá el azote de su terca porfía. Crióse aquesta dama más como única heredera de un grande caballero que como hija de labradores llanos; y siendo la niña de los ojos de sus padres, vino al fin á quebrárselos con su poca advertencia. Vivía en este lugar un noble personaje, por sangre ilustre, y generoso por hacienda; y con tener lo mejor de la suya en aquel circuito y otros particulares que no digo, temido y estimado más como señor absoluto que por vecino y morador. Tenía tan solo un hijo sucesor, si no de sus virtudes, de un grande mayorazgo; sedicioso y terrible, causa por quien sobrevinieron á sus padres muchos disgustos, y no pocas desórdenes al pueblo, y no fué la menor prendarse en los amores desta doncella, y para sus efectos solicitalla y perseguilla por caminos extraños. En toda enfermedad se desea y apetece remedio; solo para dejar de amar se aborrece y desprecia: así, aunque bien mal correspondida, duró esta voluntad muy largos días encubierta de sus padres y deudos, resistida con valor de su dama, y por el consiguiente, viéndose desdeñado, perseguida mas dél como tema y locura que por otros motivos; con que resuelto á conseguirla, sin reparar en promesas que no habían de cumplirse, teniendo granjeada una criada de Teodora (que este era su nombre), se resolvió á escribirla un papel, cuyo tenor fué despues tan notorio, que no es mucho que, llegando á mis manos, oigais ahora que fué como se sigue:

«Tres años há, oh gallarda Teodora, que son despojos tristes mis sentidos y el alma de vuestra ingratitude, sin que en tan largo término haya esta mejorado de suerte ni aquellos cobrado libertad siquiera para conocer su desdicha. O restituídllos ya en vuestra gracia, ó permitid que en ella trate de su remedio quien si á vos hoy le pide, más es para vuestro honor y descanso que para reprimir sus ardientes deseos. Yo sé, señora mía, que no os merezco, y tened por creído que si de aquesta suerte lo entendieran mis padres, ni temiera descubrirme á los vuestros, ni el testimonio verdadero de

»mi amor viviera tan sin crédito en vuestro noble pecho. Considerad en él estas breves razones, y si ya »mi fortuna quisiere que se admitan, satisfechos y bien »galardonados quedarán mis trabajos. Discreta sois, y »la ocasion no indigna, ni el tiempo tan adverso, que »sin que pase mucho, curándose el disgusto, vos os »llaréis con marido, vuestros padres con yerno, y los »mios desenojados. Vuestra respuesta espero. Dios os »guarde, y á mí me haga agradable á vuestros ojos.»

Tal fué el billete de don Luis (llamábase él así), leído de Teodora con algun sentimiento, porque aunque disimulaba con honesto recato, la perseverancia del mozo había repicado mas de dos veces en su alma; y así, con pocos ruegos de la diestra criada, le recibió y leyó, como tengo dicho; que es muy difícil condenarse las cosas que naturalmente nos deleitan y agradan, demas que raras veces determinan las mujeres el fin de los sucesos en el consejo de su resolucion, sino los medios de ejecutarla. Parecióle que en tan larga afición no podía haber engaño; juzgóse por capaz de mayores empleos casada con don Luis, y últimamente, hecha principio y basa de su casa y linaje. Este desvanecerse atropelló todo más sano acuerdo, hizola dar de mano otro amante y pariente con quien los suyos pretendían casarla, y finalmente, solicitó el enojo y afrenta de sus padres; doró su yerro y liviandad, y con tal presupuesto, admitido el papel, dispuso el verse con su dueño, como se efectuó por una fuerte reja por quien los dos hablaron, don Luis con el pretexto de que fuese su esposa, y ella con pedirle licencia para decírselo á su gente.

No era este el intento del mozo, porque de dar tal cuenta presumía que la sabrían sus padres, y por el consiguiente, se le opondrían; así, procuró disuadirsele, y con tan disimuladas y engañosas razones, que la tierna doncella se satisfizo; y dentro de no muy largos días, frustrada la esperanza del antiguo galán, dándole franca entrada y posesion de su persona, tuvo de don Luis por retorno palabra y fe de su esposo y marido, hallándose presente un pajeillo suyo y una criada della.

Destá suerte se prosiguió su amor, aunque, como el amante no andaba verdadero, al paso que se vió poseedor comenzaron sus interevidencias y pausas; y no contento aun dellas, como la mayor parte del deleite está en su vanagloria y alabanza, con indigno decoro publicó todo el caso, siendo en breve notorio á la mayor parte del lugar. Entendió tal desdicha la madre de Teodora, porque abrasado y consumido de rabiosas sospechas, se lo dijo el pariente; mas como él no osaba declararse, y ella supo al momento el mudo con que estaba soldada, aunque al principio mostró gran sentimiento, despues más consolada, mitigó su dolor con la esperanza de ver á su hija remediada con tan honroso empleo: duró este alivio lo que tardó en mostrarse el exceso de la dama, que viéndose preñada y el galán resfriado, trató de consultarlo con un religioso su deudo; el cual, con acuerdo de madre y hija, tomó á su cargo dar un tiento á don Luis. No dilató la empresa; hablóle luego al punto, mas fuéron en vano sus palabras, y sus cristianas persuasiones dielas en el desierto; porque el perdido mozo apenas entendió la demanda cuando, cubriéndose de cruces y admiracion fingida, la negó por entero. Hizo juramentos y votos, y en conclusion, burlándose de algunas amenazas, se partió de sus ojos.

No ignoraba el tercero el natural perverso de don Luis; y así, juzgando por perdida su diligencia, fiado en los testigos y billete que Teodora tenia, no habiendo otro remedio para atajar la infamia brevemente, en ocasion de hacerlo, notificó su agravio al ignorante padre. Considerad, señores, en vuestra misma casa semejante desdicha, y con tanto quedará ponderado el sentimiento que yo no me atrevo á encarecer en el honrado viejo: solo os puedo afirmar que si no fueran tales las prudentes disculpas que alegó el religioso en favor de su hija, no le aprovechara el ser la prenda mas querida y amada de su alma, su única heredera y el báculo de sus cansados años. Vió el papel de don Luis, supo de los testigos, y creyendo que el caso estaba tal que no podia escapársele, aguardando para el último trance los medios de justicia, solo quedó acordado por entónces verse él mismo en buena coyuntura con él: esta le ofreció el tiempo muy á pedir de boca; porque encontrándole en el campo una tarde, sin dejarla pasar se valió della, y tomando con cortesía y respeto al mancebo por la mano, le suplicó se sirviese de oírle.

§. IV.

Parece que tan grande sufrimiento y blandura en persona á quien don Luis tenia ofendida moderó sus costumbres; y así, condescendiendo con sus ruegos, no ignorando el propósito, le atendió desta suerte al razonamiento que se sigue:

El cielo sabe, generoso mancebo, cuánto gustara yo que mi fortuna no hubiera reducidome á tan estrecho término; mas como en vuestras manos consiste el mejorarla, no excusa mi vergüenza el pedir os su remedio con lágrimas. Suplícoos, señor mio, que volviendo los ojos á vuestra noble sangre, no así como hasta aquí degeneréis en ella, presumiendo la deshonra y afrenta que nunca os merecí. Yo sé por mi gran desventura el miserable estado en que hoy teneis á mi hija, la palabra que la negais y la sinrazon que me haceis; y con todo eso, sin desconfianza alguna, resuelto á no salir de vuestro gusto, vengo determinado á ofreceros, para cuando le tuviéredes de honrarme, cuarenta mil ducados en lo mejor parado de mi hacienda, y en el fin de mis dias la resta della. De nuevo os pido que, admitiendo tan honestos partidos, desistais del que vais prosiguiendo: muevan y lastimen mis canas vuestro espíritu noble, y no querais que se miren sin honra por quien habia de ser más conservada, pues los hombres cual vos para aquesto nacieron, no para tiranizar y ofender los humildes. Considerad mejor estas justas razones, y disponed en todo á vuestra voluntad, que yo la seguiré.

Con aquesto, humedeciendo el rostro con su llanto, cesando el triste viejo, mostró don Luis, como efeto de sus justas palabras, más blandura; y viéndose por todos los caminos atajado, sin saber qué alegrarse, tomó por última salida el confesar de plano. Prometiéndole de nuevo cumplir su obligacion, y solo le puso por delante la dilacion que convenia sufrir en tanto que su padre viviese, que por sus enfermedades y vejez no podia ser mucho. Temíase (ú diólo así á entender) que, haciendo tan desigual empleo sin su consentimiento, á sí mismo ocasionaria la muerte, y á Teodora y á sus padres inquietudes, perdiciones y afrentas. Pero como todas

estas razones iban sin fundamento y tenian bastante absolucion, no queriendo admitirlas el que las escuchaba, y advertido el punto principal de sus dificultades, más alentado, tornó así á replicarle:

Mucho estimo, señor, que hayais así con tal facilidad declarado vuestro pecho conmigo, pues mediante esto, y entendida la causa que más se nos opondrá, vos hallaréis salvados todos sus inconvenientes, y yo veré mis canas con más honra y descanso. Parece, don Luis, que lo que más lo dificulta, segun dijisteis, es mi poca nobleza. Así es verdad, le replicó el mancebo; y el prosiguió: Pues atended un rato; que aunque es llano y seguro que la mayor nobleza consiste en las propias virtudes, méritos y excelencias de cada uno, todavia no, como imagináis, en la heredada de mis padres me hizo el cielo de tan ruin pensamiento, que por él no os merezca, ni de sangre tan vil como de la llaneza y proceder de un labrador se puede prometer. No son patrañas las que intento contaros, sino verdades puras, que ni aun quiero creais sin muy gran testimonio. Presto tendréis aqueste, no obstante que mis años no estaban para tan largo viaje; pero sabed ahora parte de lo que apunto. Yo, señor, aunque la carestía de las nobles montañas me hizo salir mozo á otra mas gruesa tierra, ni por eso puedo nunca negar natural tan ilustre. Mi apellido y solar es de los más antiguos de sus términos; hijo segundo soy del señor de la casa de Quevedo; su mayor y cabeza es hoy mi propio hermano. Ved si probada tan buena ejecutoria quedaréis satisfecho, ó si en el cumplimiento de la palabra que me dais habrá nuevo embarazo; que al punto sin dilatarlo más calzaré las espuelas y no cansaré hasta que, allanándose todo, vos quedeis muy servido y mi honor reparado.

Aquí, sin dejarle proseguir, con muy grande alborozo, mostrándose contento, le abrazó estrechamente don Luis, y repitiéndole que aun con menores testimonios quedaria satisfecho, y por el consiguiente, sus padres y deudos sin razon de culparle, él se volvió á su casa; y Quevedo, dando el negocio por concluso, contándole á su mujer y hija, el dia siguiente se partió á las montañas; y, para no alargarle, en ménos de ocho meses, citado el fiscal de la Real Audiencia, probó su intencion bastantemente, y con vista y revista sacó su ejecutoria y hidalguía.

Ya en este ínterin se criaba con recato y secreto en una aldea vecina un hijo de don Luis y Teodora; y aunque en los exteriores con recíproco amor de entrambas partes, no así en el corazon del cauto mozo, pues apenas entendió el buen suceso de Quevedo y el testimonio honrado de su sangre y nobleza, cuando, sin ver más á su dama, totalmente se encubrió de sus ojos. Y si parara en esto aun no fueran sus excesos tan depravados; pero aquel su natural tan fiero y terrible los fué aumentando hasta irritar al cielo, y mayormente ahora que, considerándose prendado y sin ninguna otra escuela, le pareció preciso dar alguna salida á sus empeños: valiéndose para hacerlo de una traza diabólica; por lo ménos su consejo se forjó en el infierno. Ya se os acordará cómo dije al principio de otro amante y pariente de Teodora, y no sé si algo tambien de sus celosas ansias. Deste pues formó don Luis ahora el principal instrumento de su enredo; contrahizo un billete de la inocente dama, y en su nombre, pagándo-

selo bien á un esclavillo, se le hizo dar, no sin mucha alegría del que desfavorecido y olvidado habia los vientos por volver á su empleo. No discurren los hombres heridos deste mal con más discreto aviso. Leyó el billete el engañado mozo, y tívose por bienaventurado y del todo restituído en la perdida gracia de Teodora luego que vió lo que se le ordenaba. Era esto, despues de algunas réplicas y engañosas disculpas, pedirle arrepentida la engañosa señora que la viese la siguiente noche por un puesto seguro que salia de un jardín al campo; y así, resuelto á obedecer, partió sin más recelo á esperar la hora, que tuvo por eterna, y principalmente cuando, viendo que se tardaba y no salia la causa que él creía haberle traído allí, juzgándose burlado, desesperado y triste cayó en la cuenta tarde y cuando, por su desdicha, salió á tomársela don Luis con tres enmascarados, que acribillándole á estocadas, le tendieron en el suelo, y aun no contentos, teniendo-le por muerto (porque aun se enderezaban sus motivos á más infame fin), tomándole entre todos, le arrojaron por las bardas del huerto en casa de la dama. No se dispuso tal inhumanidad tan en secreto, que su rumor dejase de alterar parte de los vecinos, demas que sus secuaces y don Luis le crecien de propósito porque acudiese gente y el caso fuese público; que aqueste era su blanco. Pusieron en seguro los delinquentes mientras el lugareillo comenzó á murmurar lo que oyeron los unos y contaron los otros: echóse ménos en su casa el criado, acudió la justicia, y entendido el escándalo por el rastro que dejaba la sangre y el que habia sobre las mismas bardas, fundó bastante indicio: mandó que subiesen por ellas algunos hombres, los cuales, en haciéndolo, vieron al triste mozo, que con mortales ansias revolcándose, estaba rodeado de su madre, Teodora y erriadas, que á la mesma sazón avisadas del caso, salieron al huerto á ser testigos de su afrenta y deshonor. Con tanto la justicia, no pudiendo otra cosa, prendió toda la familia, dejando á las señoras con ministros de guarda: tratóse de la cura del herido; pero él estaba tal, que por más que se hizo, no acertó en más de cuatro dias á hablar palabra: término en quien bien descuidado estaba de lo que le atendia. Llegó Quevedo con sus informaciones á su casa: diósele al punto cuenta del suceso; y teniendo por culpada á la hija, pensó volverse loco y perder la paciencia, y con tan grave extremo, que fué forzoso el sacarle á otra parte. Lloraba el triste viejo su pública deshonor; era este su mayor sentimiento, y luego los trabajos infructuosos y gastos de su largo viaje; suspiraba frustrados sus intentos, perdida su esperanza, y juntamente juzgaba por desobligado á don Luis (enyo fin solo se encaminaba á aqueste punto, como ya queda dicho), y ademas, asimismo sin cara ni vergüenza para pedirle el cumplimiento de su palabra. Pero no quiso el cielo que tan grandes injurias quedasen en silencio; no permitió que padeciese más la fama y nombre de Teodora. Cobró el herido aliento, y en su cabal sentido refirió todo el caso, confirmando-le con entregar el billete de adonde redundó su desdicha y el descubrirse ahora la verdad, porque, comprobada la letra, se vió ser contrahecha, y apretado el esclavo que fué su portador, dijo, con miedo del tormento, su legítimo autor; el cual, en sabiéndolo, se retrajo á la iglesia, y

desde ella, dando sin respeto ninguno á entender al honrado Quevedo que de celos lo habia dispuesto así, procuró entretenerle hasta ver si el herido vivia; y sucediendo segun su voluntad, como los padres eran tan poderosos, y por el consiguiente temidos, acomódose todo, fuera de que Quevedo, entrando de por medio, hizo de la fuerza virtud y que sus deudos callasen, pensando así obligar más á don Luis al efeto de la promesa concertada; pero no estaba él de semeiante acuerdo, ántes, considerando cuán mal aquella traza le habia salido, iba ya imaginando, para si le apretasen, otra sin comparacion más afrentosa.

Dos meses, poco ménos, se pasaron entre estos accidentes, sin ver Teodora á su querido dueño, ni el buen Quevedo al yerno deseado; con que cansado é impaciente, temeroso de tan largo silencio, sin más contemporizar, volvió á refrescar los pasados disgustos y á remitir la ocasion de todos, con nuevas quejas y nuevas amenazas, al religioso deudo que arriba dije. Advirtió pues á este que, yéndose á don Luis, no solo le trajese á la memoria el concierto á que se habia obligado y la promesa de su palabra y fe, mas juntamente el principal efeto que con tanto trabajo de su vida y persona y expensas de su hacienda habia intentado y conseguido por su respeto y voluntad; y en conclusion, que sobre todo le dijese que si en quietud y paz no pensaba cumplirlo, se declarase, para que así pudiese acudir á otros medios, que no podrian faltarle por justicia; pero que en semejante caso quedase persuadido desde luego, que interviniendo aquella, él quedaba tambien desobligado de la promesa de su hacienda, de la cual no le daria ninguna parte aunque mil veces le viese casado con su hija.

Tales fueron las sentidas razones con que informado el fraile partió á la presencia de don Luis, á quien sin discrepar y con otras iguales y tan fuertes palabras se las propuso, si bien no fueron admitidas del como se esperaba; mas disimulando con alegre semblante, sintiéndose apretado de la amenaza por justicia, determinó en su pecho la traza imaginada. Respondió al religioso muy conforme á su gusto; y habiendo satisfecho, rogó que volviese á Quevedo y le dijese de su parte que sin dilacion se viese con él en su casa. Tuvo el fraile, en oyéndole, por acabado el casamiento; pidió albricias al viejo, que sin más atenderle, saltando de contento, obedeció al mandato, y halló á don Luis que ya estaba en su espera, el cual, recogido-le á una cuadra con él (para mejor hablarle), por largo espacio, ó ya turbándole sus venerables canas, ó ya la vergonzosa disculpa que tenia maquinada contra ellas, casi no acertó á pronunciar palabra; pero no tienen las resoluciones de los malos tan fáciles enmiendas. En fin, determinado á echar de sí la dura carga, procuró concluir de suerte que no hubiese recurso, modo ni camino para volver á ella. Y así, airado el rostro, y el alma despeñada en el infierno, le comenzó á decir este triste discurso:

Con pesadumbre y cólera suelen hablarse las cosas más superfluas, y aunque la mucha que me causan las vuestras me pudiera irritar, todavía, mirando á aquesas canas y á mis obligaciones, diré tan solamente las que mejor á mí y á vos nos convinieren, pues por el riesgo y fuerza con que me veo apretado, aunque lo

deseaba, ya no puedo excusarlo. Y así, saben los cie-
los cuánto, Quevedo, siento el expediente triste que
ya os espera, cuanto más me aligie y desconsiela ha-
ber de echar del pecho y tomar en la boca secreto tan
celado y guardado de mí hasta el presente punto.
Pero vuestra porfía me disculpa y vuestra corta pro-
videncia me salva, pues si esta fuera igual á tan ancia-
nos días, fácilmente hubiera penetrado que mi reso-
lucion procedía de superiores y más urgentes causas,
y cuerdamente mudara de propósito. Pero ya, en fin,
es tarde, y no hay sino prestar paciencia y recibir la
pena merecida, pues no es razon que por obedeceros
quede yo expuesto á la que el cielo quisiere ejecu-
tarme, como sería sin duda tan cierta como justa si,
habiendo yo gozado y poseído ántes de ahora á vuestra
misma esposa, añadiendo pecados á pecados, tomase
por mujer á su propia hija. Siendo esto así, ¿cómo
queréis, señor (lo que Dios no permita), que yo sea
vuestro yerno y Teodora su marido? ¿Parécenos que
podrá disponerse sin la experiencia de un general cas-
tigo? Yo á lo ménos no pienso ocasionarle: muy justo
es, buen Quevedo, que le excusemos todos. Resuelto
estoy á no dejar perderme y aconsejaros igual deter-
minacion. Perdonadme, os suplico, pues casos son los
tales que tienen el ejemplo y consuelo por casas muy
honradas y ilustres. Volvéos ahora á la vuestra, y si
os parece, echemos tierra en medio; que ni le ha de
faltar remedio á vuestra hija con tan graciosa hacien-
da, ni á su exceso disculpa que le ponga en olvido. No
tengo más que hablaros; ved si tan sano acuerdo es
digno de abrazarse; y si ya, atropellándole, juzgá-
des por más lícito y bueno que la justicia ponga en
ello las manos, yo cumplo con lo dicho: haced lo que
mandáredes; que, aunque me pesará mucho por vos,
viendo que no habeis de ganar más que nueva des-
honra, todavía, por lo que toca á mí, se me dará muy
poco, pues llano es que cuando turbio corra, dos lan-
zas en Oran no me han de echar por puertas ni dejar
en la calle. Con tanto, sin esperar respuesta, volvien-
do las espaldas, dejó al cuitado viejo tan fuera de sen-
tido, que sin poder valerse, quebrantando el dolor de
su afrentosa injuria el macerado cuerpo, dió consigo
desmayado en el suelo.

¡Oh cuán grande inventora es de semejantes des-
venturas la arraigada maldad! Había estado acoso, ó
por descuido de don Luis, presente al triste cuento
un pajecillo suyo, y siendo el mismo que ántes se ha-
lló testigo á la infelice boda de Teodora, viendo á su
pobre padre ahora en tan amargos términos, compa-
decido y alentado segun sus pocas fuerzas, le puso
en pié y le sacó de casa, dando lugar así para que el
anciano Quevedo se fuese á la suya, y su advertido
dueño, conociendo el descuido y aun el peligro que de
su boca podia resultar, le desapareciese y ausentase
del pueblo. Pero en el interin no fuéron pocos días los
que el afligido y afrentado viejo, desesperado y mudo,
con larga enfermedad ocupó una cama, guardando en
todos ellos con profundo silencio en el interior de su
alma la recibida injuria y diabólico enredo de don
Luis, porque, en cuanto á su esposa, siempre creyó
lo que debía á su inocente vida; mas sin embargo fué
insufrible y cruel la que los unos y los otros, padre,
mujer y hija padecieron. Hasta que teniendo con tal

recogimiento suspendido el lugar, y al incauto manco-
bo asegurado prudentemente, diciendo á todos que
se queria venir á esta ciudad, fué poco á poco redu-
ciendo á dinero lo mejor de su hacienda; y dispuesto
este punto, y su familia en cobro, él se quedó ordenan-
do el demas expediente, ó por hablar mejor, su más
cuerda venganza; la cual, siendo encaminada discre-
tamente, se le vino á las manos muy conforme á su
voluntad y deseo; y así, estando advertido que cenaba
don Luis con sus padres y gente en una huerta, ribera
del caudaloso Tajo, habiendo ántes llamado con se-
creto de las montañas algunos allegados y deudos,
junto con ellos en ligeros caballos, de tal manera ro-
solvieron el caso, que sin decir Dios, valme, con lan-
zadas crueles le quitaron la vida: fin cierto, merecido
de la que tan mal se habia gastado; y con igual preste-
za, dejándole en los brazos de los suyos, en un ins-
tante se desaparecieron de la vista. Mas aunque en-
tonces corrió buena fortuna el honrado Quevedo, como
su gran vejez no pudo tolerar el continuo trabajo, que-
riendo descansar, fué perseguido de la justicia y sus
contrarios de tal suerte, que ántes de llegar á Ara-
gon, quedó infelizmente en su poder, siendo traído de
allí á esta ciudad, como cabeza de jurisdiccion. Cargó-
sele el delito, y convencido dél, aunque alegó la in-
juria de su hija, el testimonio que levantó á su es-
posa, las heridas del deudo y otras muchas maldades,
como las más no tenían probanza suficiente, si bien se
dilató su sentencia, al fin salió de muerte; mas en el
interin, habiendo el cielo permitido que pareciese el
paje que el difunto don Luis habia hecho ausentar, en-
tendido de su madre y Teodora, le hubieron á las
manos; pero advirtiendo que no se habia de dar lugar
á su declaracion, por el mucho poder con que era atro-
pellada su justicia, hallándose en los bosques de Ace-
quia el Rey nuestro señor, se fuéron á sus piés, infor-
mándole en uno y otro caso, aunque entre tanto el
Corregidor, solicitado de los padres del muerto, co-
mo sentencia en revista, deseó apresurar su ejecu-
cion. Compadecido su majestad, y aun irritado de tan
graves ofensas, dió mayor diligencia en proveer la
suspension que vistes, apresurada en tan terrible
trance, y con órden para que, recibida la declaracion
del criado, siendo conforme á la relacion que se le
habia hecho, diesen por libre al reo, como podeis
creer que ya se habrá efetuado.

Aquí dió fin á su notable historia el sacerdote nues-
tro huésped; con que los circunstantes, dándole jus-
tas gracias, admirados y alegres se retiraron á sus
cuartos, y yo á un aposentillo, de quien pagando un
real la mañana siguiente, escapé carmenado de sa-
bandijas viles, y salí de Toledo con presupuesto de se-
guir mi viaje hasta la gran Sevilla.

§. V.

Así, pensando á ratos en el pasado cuento, y otras
veces cantando por engañar el cansancio del camino,
anduve hasta alcanzar un carro, que por ir de vacío
me acogió en sus espaldas; con que entreteniéndolo y
agasajando al dueño, aunque se rodeaba, me fuí con
él hasta un lugar que se dice Tembleque, en donde
hallando á la salida un convento de frailes, llegué (que
no debiera) á pedir de beber á su portería: veréis

ahora cuán caro me costó. Abrió, en tocando, una rejilla baja el hermano portero, por quien oída mi demanda, sin responder á ella, se suspendió mirándome un breve espacio, después del cual abrió toda la puerta y me metió dentro; y haciéndome sentar en un pozo, sacándome, para mejor entretenerme, unas peras y una botija de agua, mientras yo alegremente las comía, él, cerrando su puerta, se desapareció de mis ojos por un largo término, que no sin harto enfado le asistí á mi pesar. En fin, molido de esperarle, volvió en compañía de otro fraile, que, según después supe, era el guardian; y cuando presumí que se me abrían las puertas (vuelto el sueño del perro) vi que con gran deshonra, puestos unos anteojos, comenzaban entrambos á leer un cartapel, con quien, de cuando en cuando mirándome á la cara, al cuerpo y al vestido, hablaban entre sí con admiración y silencio: pienso que conferían mis señas, haciendo otras acciones que me pusieron temor y tristeza. Nunca, aunque me lo sospeché, me persuadí á que fuesen cartas ó avisos de mi padre, tanto por la brevedad y ciencia del camino, imposible á mi ver, cuanto por el recato y poca inteligencia de su persona. Estos y otros iguales pensamientos me tenían rodeado, cuando, acabando su escrutinio, me sacó dellos una gran voz, y luego tras de aquella, una recia palmada que el padre guardian se dió en la frente, diciendo en alto modo: ¿Qué hay que dudar, hermano? El es sin falta alguna; todas aquestas señas le competen: he recibido un grande beneficio; mucho placer me ha hecho, Dios se lo pague; que no así crecía cuánto ha que espero la vista deste incorregible rapaz. Esto habló vuelto hácia el padre portero, agradecido á mi prision; y prosiguiendo, torció la cara adonde yo escuchaba, y asiendo de un brazo, con severo semblante discurrió desta suerte: Y pues, sobrino Enrique, ¿es buena vida aquesta? Es este aquel descanso y alivio que esperaba de vos mi pobre hermana en su triste viudez? No correspondéis á su sangre, ni por cierto á la del malogrado don Pedro: ¡Jesus, Jesus, qué picaro, qué negro, qué indecente le trae el sol y el aire! ¿Fuera mejor asistir en tal calma y con tan recio estío en las salas y alcobas del jardín de mi casa, y andar por las calles y plazas de Plasencia en un caballo ó en el coche paseando, y no á pié, solo, corrido, y afrentando de aquesta suerte vuestro honrado linaje? Arabien, arabien, llegado habeis; el cielo os ha traído adonde tendrán fin vuestros distrainimientos, ó en esta reclusion nuestra deshonra y vuestra vida. Escoged brevemente lo que por bien tuviéredes por conveniente; porque yo sin tardanza pienso resolverme muy presto.

Quien oía semejantes razones, tanta amenaza y determinación, y no era Enrique, ni tenía madre viuda, coche, ni aun caballos de caña, alcobas ni jardín, ¿qué tal se sentiría ó cuál sería su encanto y turbación? Comencé á persiguirme, y aun á reirme, sacando fuerzas de flaqueza; y queriendo replicar á su arenga, ofendido de mi despego y risa, embistió conmigo cual si fuera un león, y tapándome con las manos la boca, repitió muchas veces: ¡Oh libre y sin vergüenza! ¿de mí te ries y responderme quieres? ¿Pienas que lo has con tu madre? ¿Acaso presumíste en su frágil presencia? Por vida de los hábitos que traigo,

que has de ir á un calabozo: ásgale, padre mío, dé con él en mi celda, y échete un par de grillos; verá Enrique del modo que sabremos aquí curar sus libertades y locuras. A esto, dando yo un fiero grito, sin poder ya sufrir tantas inadvertencias y ignorancias, dije: ¿Qué Enrique ó qué demonio se le antoja que soy, padre guardian? Porque á mí no me llaman mas que Píndaro, y tengo padre y madre veinte leguas de aquí, y nunca oí jamas aun nombrar á Plasencia, sino es cuando en mi tierra pregonaban castañas de su vera. Todas estas razones iba yo duplicando, no obstante que así de mi portero como de otros cinco ó seis frailes que ya habían acudido era llevado, como el ánima del sastre, por el claustro en volandas. Comencé á conjurarlos, creyendo fuesen infernales espíritus y el presente suceso algun pesado sueño; mas conociendo que mientras yo alentaba más su desengaño, se confirmaban más en el parecer del superior; y que él, muy vano y satisfecho con su hallazgo, replicaba: ¿Pues cómo á mí, Enriquillo? ¿A mí engañarme quieres? No te valdrán tus máquinas, en el lazo has caído, no lo habrás con mi hermana; tuve por más sano consejo callar, disimular y obedecer al tiempo, y sin negar ni confesar, conservarme en su engaño neutralmente. Pero ni aun deste acuerdo me dejó aprovechar la ignorante porfia de mi supuesto tío, que á fuerza de los diablos quiso que fuese su sobrino y pariente. Llegué en fin á la celda, y allí, viéndome más rendido y sujeto, dejándose rogar de los demás, suspendió los grillos, y poco después, mitigado el enojo, con caricias y halagos comenzó á persuadirme la vuelta de Plasencia: ofreciéndome dineros y vestidos y remiéndome á ella muy bien acompañado, y otras tales razones que hicieran blandear y conceder en desvarios mayores á un hombre muy prudente; y así, no es mucho que, viendo yo tal determinación, promesas tales y tan santa inocencia, me dejase vencer della, como en efecto lo hice, confiado en que, pues el cielo me ofrecía y aun esforzaba á una tan buena dicha, no era justo perderla, ni imposible el salir después honradamente de semejante laberinto. Con este acuerdo me eché á los piés del fraile, y con fingidas lágrimas dije que me ponía en sus manos. Quedó, en oyéndome, sumamente contento, y haciendo regalarme, desde aquella noche comenzó á disponer mi vuelta; y aunque en ello se tardaron seis días, término en quien pudiera perderse otro muy advertido, con todo eso, hablando las razones muy medidas y equívocas, atento á las preguntas, ambiguo á las respuestas, le confirmé en su engaño y conservé la sangre y parentesco. Hizo también de mi seguridad algunas experiencias, como fuéron dejarme salir solo del convento y que otros me tentasen é indujesen á proseguir mi fuga; mas aun cuando yo ignorara los espías que andaban á la vista, por no perder un galán vestido, ropa blanca y camisas que se iban haciendo no me ausentara por ningunos respetos. Sirvieron estos de grande confianza, y por lo ménos de que dos hombres del lugar que habían de ir conmigo hasta Plasencia se asegurasen y perdiesen recelo en el camino. Llegó pues el deseado día (confieso que lo era de mí con notable cuidado, por el mucho que tenía del desengaño y mejor cuenta del inocente fraile); levantéme temprano, vestíme lo flax.

mante, y por presto que lo hice, ya hallé puesta en razon una muy buena mula, rellenas las alforjas, y á mi buen tio solícito, encargando mi regalo y custodia á los que me llevaban: dióme su bendicion, y al besarle la mano, puse en las mias el síndico dos doblones de á cuatro, mal dije, dos luceros, dos soles, dos ángeles de guarda que me alumbrasen, guiasen y sirviesen de alivio toda su duracion. En fin, nos despedimos, y volviendo las riendas á Toledo, tuvimos la siesta en Almonaci de Zurita; regalé á mis colegas, y ya entrada la noche llegando á la ciudad, nos apeamos en un meson que está junto á la puerta que entra á Zocodover. Descargaron la ropa, y mientras aviaban en la caballeriza sus cabalgaduras y la mia los buenos hombres, siendo aquel el esperado punto, vatiéndome de la ocasion, mis alforjas al hombro, desamparé los demas despojos, y no sin gran temor, volví á salirme por la puente de Alcántara, y tomé esta derrota, pareciéndome que tomando hacia la misma parte que veniamos, se aseguraba mejor mi escape. Dejé el camino de la Huerta del Rey, y sin llevar ninguno, atravesando el real de Sevilla, el río á mano diestra, me dejé andar una hora; al cabo de la cual diyando unas lumbres, guiado dellas y de los ladridos de los perros, corrí y paré en una aldea; mas advirtiéndome el sospechoso modo, vestido y proceder de mi viaje, arruinado á unas tapias, sin querer entrar dentro, cené lo que traia, que era repuesto para más de seis dias; y el siguiente, vueltos por disimulo los envases del vestido hacia fuera, tomé senda por los nombrados montes de Toledo y sin intercadencia ó suceso de consideracion me puse en Guadalupe, y desde aquella milagrosa casa poco á poco en una gran ciudad de Extremadura. Aquí, comenzando las aguas del invierno, agrado del sitio, me resolví á parar un breve tiempo. Aderecé mi ropa, y un domingo salí, á mí parecer, más galan que Narciso. Y dando por las calles ciertos bordos, subí á lo más alto y superior que llaman villa, y allí vi un castillo.

§. VI.

Moraba á esta sazón en él un príncipe de los que en Castilla llaman grandes; y aunque se celaba la causa de sus retiramientos y tristezas, el pueblo, que no siempre desatina en sus juicios, penetraba y decia que por haber faltado á la disposicion y buen consejo de acciones que á su cargo desvanecieron la más grave jornada que contra los enemigos de la Iglesia se intentó en nuestros dias, y de quien, á efectuarse, pendia el mayor remedio y el paradero y fin de las desdichas, pérdidas y invasiones que despues la han venido; mas yo, ménos vaticinante que católico, no pude dejar de reirme mucho de aqueste fundamento: siempre burlé del que tan fácilmente hombres más estadistas que piadosos quisieron dar á aquella memorable desventura: bueno es que nadie piense que estando nuestra maldad y exceso irritando á los cielos y pidiendo á voces su venganza y castigo, le pueda atribuir á contingentes casos, culpar acciones humanas, ni andar buscándole otras causas remotas.

No crean, no, los príncipes y monarcas del mundo que cuando se consumen sus súbditos en perdurables guerras, y cuando el mar alterado no perdona sus flo-

tas y navíos, y el aire corrompido inficiona sus pueblos, y la tierra y el cielo con terremotos y rayos y exhalaciones afligen sus provincias, sea siempre por natural efeto de influencias; téngase por sabido que las más veces son sus pecados mismos el principal origen de tal calamidad. Y si no, abramos las historias, trastornemos los libros, y verémos que nunca sucedieron las semejantes, que ántes no procediesen gravísimas ofensas y delitos. Bien claro testimonio nos da desta verdad la triste asolacion del imperio griego, y bien poco se mostrará cristiano quien juzgare que en fe de su valor y bárbara potencia triunfaron dél las armas otomanas. Tenga por cosa cierta que fué azote de Dios su dura lanza, efetos de sus iras, fomentadas en aquella general corruptela, ambicion, tiranía, guerras y sediciones; en quien todos los príncipes cristianos de aquel tiempo concurrieron en uno. Toda la Europa se trastornó y volvió de arriba abajo; la cristiandad se dividió y partió en opiniones, y sus mayores reyes y potentados, por intereses propios, particulares odios y rencores, despedazados entre sí, con horrendo espectáculo dieron lugar á aquel infame triunfo. No vió el orbe más depravado siglo. De aquí nacieron nuestros males y daños, y el encerrarnos en tan estrechos límites entónces, no acaso ni por yerro, no por faltarle á esta accion ó á la otra; y así, no es mucho que al presente (quiera Dios que me engañe), no siendo ni la enmienda mayor, ni menor el escándalo, floremos justamente por iguales excesos el último castigo, sin que achaques políticos, fracasos contingentes, razones de estado ni yerros de ministros puedan soldarle ni disculpar en ellos la generalidad de tantas culpas. Mucho me ha desviado del propósito: excúseme la causa que dilató la pluma, pues no pudo sufrir que tan obscenamente quisiese dar el pueblo origen y ocasion al retiramiento de aquel príncipe; al cual dando la vuelta, digo que estaba en el alojamiento referido, y aunque muy melancólico y triste, no sin el esplendor que su casa pedia, número de criados, deudos y parientes, y familia concerniente á su sangre. Gocéme grandemente viendo sus ricas libreas, su adorno y aparato, y en grado superior quedé más satisfecho del bizarro despejo de un su sobrino, mancebo hermoso de notables virtudes: siempre estas por sí solas son amables y dignas de respeto, pero en los personajes tan ilustres, en tan altos sujetos adquieren mayor lustre, tienen un no sé qué que las hace más admirables y excelentes. Llamábase este caballero don Gutierre, y su edad aun no era de veinte años, si bien querido en ella sumamente del tio por sus grandes esperanzas; y así, animado destas, no es de culpar que yo librarse el acrecentamiento de las mias en su favor y sombra. Regido deste intento, busqué trazas y modos, con los cuales tuve tan buena suerte, que ántes que se pasasen largos términos, asenté en su servicio. La confrontacion de las sangres (hablo por las segundas causas) raras veces desde del uniforme efeto; así, por simpatía más que merecimiento fui amado de mi dueño; fui, según la comun, su privanza toda, y en pocos dias archivo de su alma, y segundariamente terrero de la envidia, blanco y emulacion de los demas criados. Gran juicio y gran ventura ha menester un hombre para conservarse en tan semejante estado; raros han sido aquellos que pu-

sieron el clavo al continuo vaiven de tal fortuna; aun en los dominios inferiores, digo, con los señores y príncipes particulares y de tercera clase, como el mío, es muy dificultoso ó imposible; pues ¿qué será con los poderosos monarcas? Tuviera yo á los tales más lástima que envidia. Tiene este nombre y apellido de privanza en su operacion y efeto diversas distinciones, porque ya algunas veces ó bien sucede por conforme gracia de personas, ó bien por obligaciones de servicios, y ya otras muchas por ser el instrumento á la inclinacion natural del príncipe que sirve, ó finalmente, por grande entendimiento, valor y partes del criado. Si procede de gracia personal, aunque esta se prosiga eslabonada de muy conformes gustos y voluntades, no hay flor de almendro más inconstante y frágil; mucho hermosa y resplandece, pero pásase presto: efeto natural de varios accidentes que califican los ejemplos que han visto nuestros tiempos; mas si esta va fundada en solo obligaciones, si son pequeñas, llano es que será ménos grande la esperanza del fruto; y si grandes, tambien es evidente el desgajarse la rama con el peso, pues nadie sufre carga de muchas deudas; y si se apoya en la satisfacion del instrumento, cesando el ejercicio de la inclinacion que la arrastra, cesa tambien y aun se deshace su favor, porque los reyes, si bien aman la satisfacion de sus inclinaciones, tal vez corridos con el tiempo, vuelven los ojos á la honra del oficio, y con la carga de las quejas del pueblo, murmuraciones de mayores estados, se descargan con el castigo y exclusion del privado. Pero en conclusion, si este solo se encumbra en fe de su valor y noble entendimiento, aquí sí se aparecen los bajios de la bajeza humana, aquí sí es menester terrible tiento y navegar continuo con la sonda en la mano, porque no hay príncipe, no hay hombre que dure en el sufrir mayor capacidad. Mas si esta sabe templar el favorecido y allegado, no hay uso de privanza de mayor duracion, y con razon, pues nace del entendimiento y prudencia. Tal pienso que miramos en los presentes siglos, retrato vivo desta pintura muerta, gloria y honor del blason y casa de los Guzmanes, dichoso Efestion del mayor Alejandro; mas no se juzgue mi intencion á lisonja: tan cortas alabanzas en tan humilde pluma ántes ofenden que ensalzan y descubren su claro resplandor. Vuelvo así á mi propósito, y prosiguiendo, digo que es ilustre advertencia moderar el ingenio cuando se conoce superior al del príncipe; porque mientras más es la potencia deste, más siente el rendimiento, que aun tiene por ofensa, y mayormente se debe así emprender siempre que se le ofrezca resolver y conferir, pues entónces, como se pone en medio la propia adoracion, ni se sufre estrechez ni se permite familiaridad en parangon; y como no hay criatura que no tenga su natural estimacion, al fin como formada de unos mismos elementos, sin que ninguna sea de aquello que sobró al material hermoso de los cielos, segun dicen, pretende el desvanecimiento, siéntense más los celos del ingenio y discurso que los de la mujer, pues la fortuna iguala á los humanos en los bienes exteriores, mas no en los naturales, porque los tales son de su dominio. Pero á este propósito, no me acuerdo adónde leí un ejemplo que quisiera escribir, si bien el ser notable y digno de saberse suplirá en parte el no alegar su autor: pasó por un grande privado del rey

don Manuel de Portugal, y era este el conde don Luis de Silveyra.

Parece ser que vino del Pontífice un despacho y papel de consumada erudicion y estilo. Llamó el Rey al tal conde, y en consultando y resolviendo con él la respuesta, le ordenó que dispusiese una, advirtiéndole que él mismo queria escribir otra, porque aquel grande y dichoso príncipe no solo se precia de elocuente, mas lo era sin duda. Sintió mucho el Silveyra poner la pluma donde su dueño propio, pero resignóse en su gusto y obedecióle humilde; y disponiendo su papel, se fué con él á la mañana al Rey, el cual ya tambien tenia ordenado el suyo. Oyó el del Conde, y conociendo la ventaja, cuerdo quiso encubrir las obras de sus manos; mas la instancia del criado hizo que fuesen públicas: leyó al fin su respuesta, pero con el conocimiento referido, determinó que fuese la del Conde al Pontífice. Esta resolucion entristeció al privado de manera, que yéndose á su casa, sin dilacion alguna mandó que se ensillasen dos caballos para dos hijos suyos, y con ellos se salió al campo, y en él les dijo: Hijos míos, cada uno vaya á buscar su vida; que yo le seguiré en la misma demanda, pues habiendo el rey confesado que sé más que no él, ni hay que vivir aquí ni esperarnos un punto.

No es malo el cuentecillo, ni enseñan poco semejantes doctrinas; aprovéchese della quien en iguales términos advirtiere el peligro. El mío, segun dije al principio, corrió entre los criados por la posta; tuvo el mar levantado, airado y borrascoso; mas finalmente le sosegó mi cortesía y modestia y el usar con templanza del favor de mi dueño; al cual sintiendo aficionado á las buenas letras, con los fragmentos cortos de las mías me transformé en su inclinacion, escalon principal de introducirse y aun apoderarse de la voluntad mas auctera. Igualdad de costumbres confirman los afetos, y no pueden durar amor y compañía en su deformidad y disonancia. Tenia muchos y buenos libros, varias y diversas materias, moralidad, historia, poetas y filósofos; y como los más destos andan en la vulgar ó en lengua latina, fácilmente en tan dichoso estado, con el ayuda y mano de don Gutierre, sus curiosidades y escritos, que no eran pocos ni poco sustanciales, me hice capaz de mucho (mal dije) de las trivialidades que he entregado á la estampa, pues nunca en abundancia se hizo alguno muy docto; si bien todo esto puede, y aun milagros mayores, la continua leccion destos maestros mudos, destos amigos fieles, consejeros seguros, verdades sin afeite, palabras sin lisonja, castigos con blandura y desengaños verdaderos de nuestra ceguedad. Viene al mundo nuestra alma envuelta entre tinieblas y llena de estúpida ignorancia; la cual, sumergida una vez en la mísera cárcel deste cuerpo, en el hediondo cieno de su mortalidad, crece y se aumenta tanto más cuanto dura y se prolonga más la vida, si ántes la luz y resplandor de la doctrina y las ardientes humbres de la sabiduría no la aerisolan, limpian y purifican. Este efeto admirable hacen los buenos libros; esta mudanza noble de un sér rústico y hasta á un perfecto y hermoso; así miramos transformaciones semejantes cada dia, y esa ventaja lleva el docto al ignorante, que el muy sano al enfermo, el hombre racional á los brutos silvestres, el caballo domado y corregido al indomable y fiero, y segun Aris-

tóteles, la que hace el vivo al muerto : tanto valor, estimacion y precio se alcanza y granjea con los libros ; ninguno hay, por insulso que sea, de quien, si le buscamos, no saquemos provecho : no hay muladar tan vil, que escarbado no tenga algo de utilidad ; así dijo Virgilio viendo las obras de Ennio. Pues si aquesto se afirma de los malos, ¿ qué no podrémos esperar de los buenos ? Qué virtud, qué excelencia no se encierra en su abismo ? Qué piedad, qué justicia, fortaleza y templanza ? Qué prudencia y avisos no enseñan sus renglones ? El que los trata es justo ; con ellos es más santo ; si discreto, más sabio ; si entendido, más cuerdo ; y si bueno, mejor ; porque su leccion y discurso refresca la memoria, despierta el juicio, inflama los deseos para seguir á la virtud y caminar adelante con ella. Mas para no cansarnos en tales digresiones, concluyo aquesta, solamente diciendo que en tres cosas consiste el ser un hombre perfectamente sabio : tratar los que lo son, peregrinar por varias tierras, y la leccion continua de buenos libros : esta última es la más esencial ; y diga cada cual lo que le pareciere, que la teórica es más segura que la práctica, y los libros muestran en poco tiempo lo que con gran trabajo enseña la experiencia en muchos años. En efeto, con este dulce empleo y loable ejercicio en gran tranquilidad viví seis meses, pero no es más durable nuestro mayor gusto y contento. Interrumpióse el mío, y más el de mi dueño, por el camino que ménos esperábamos.

§. VII.

Hácese por san Márcos una grande romería desde aquella ciudad de Toro de las Brozas. No censuro este abuso intruso á devocion, aunque me acuerdo que fray Juan de Castro, arzobispo del nuevo reino de Granada, en un sermon que yo me hallé presente, rompiéndose los hábitos, la llamó supersticion, parece que anteviendo el decoro y excomunion que pronunció el Pontífice poco despues sobre esta misma causa. En efeto, á esta fiesta se partió don Gutierre y de su tío los más graves criados ; pero el fruto que trajo fué muy extraño y peregrino. Volvió á su casa melancólico y triste, muy mudado, trocados todos sus designios y condicion alegre, lleno de soledad, intratable y cetrino, sueño con inquietud, comida sin sosiego, pensativo, confuso, acompañado mudo, solo hablando y murmurando entre dientes, agradable la noche, desapacible el dia, achaques sin dolores, enfermedad sin términos, los ojos lagrimosos, seco y crudo el aliento ; y en conclusion, forzando y encubriendo una amorosa pena con mucha disimulacion y grande prudencia, más grande que sus años pedian. Dije amorosa pena porque, segun al fin se declaró, ya su tirano fiero le tenia aprisionado y cautivo.

Parece ser que aquel trágico dia acompañó á la ermita cuatro hermosos rebozos, cuatro damas tapadas que de la ciudad fuéron á divertirse. Sirviólas cortesmente, admiró su belleza, prendóse en su despejo, y sin pensar, la una se quedó con su alma. Llamábase esta Hortensia, que en edad de diez y ocho años, segun vieron mis ojos, daban los suyos bellos único resplandor á su provincia. He de escribir sus trágicos amores, y para disculparlos en alguna manera me ha parecido dar de sus cosas aun más larga noticia. Servíales

de aviso á muchos padres el ejemplo siguiente, digo, á los que desacordadamente creyendo ser, no dueños, sino tiranos de las almas y cuerpos de sus hijos, por sus caprichos, intereses ó conveniencias fuerzan sus voluntades, tuercen conforme á su apetito la inclinacion de aquestos, casando al que la tuvo religiosa y dando estudio y letras al que se encaminó para las armas, y por el consiguiente, á los que apeticieron conyugal compañía metiendo en los conventos ; con que errándolo todo, llega el desengaño á su casa cuando la apostasia, flaquezas, vicios y liviandades que destruyeron en su contrario estado aquellos breves ídolos de su inmortalidad. Advertido este punto, digo pues que, siendo esta señora hija de unos honrados ciudadanos, fué deseada, recuestada y pedida, por su grande hermosura, de personas muy graves, caballeros muy cuerdos, mancebos muy ricos y gentilhombres, sobre todo, muy conformes á su edad juvenil, partes y requisitos ; pero no obstante aquesto, atropellándolos y desvaneciéndolos sus padres, y lo que más debe ponderarse, contra su gusto y aun contra su natural inclinacion, que aspiraba á ser monja, por fuerza la casaron con un indiano, hombre de grande hacienda, si bien de más dineros que gentileza y partes, más años que cincuenta, exteriores indignos, interiores escasos, mezquino como perulero, menudo como mereader, caviloso como tratante, desconfiado como humilde, celoso como feo, y importuno y pesado como viejo. Mirad qué union haria mezla tan discordante : dicha se estaba ella, si bien ni es mi propósito las tales ni otras causas mayores disculpen el pecado y delito : solo quisiera que entraran á la parte y castigo dél los que le ocasionaron y previnieron ; porque aunque en Hortensia no hubo más que deseos, estos fuéron tan grandes, tan continuados y crueles, que pudieran pasar plaza de ejecuciones y merecer la pena de los efetos y obras ; mas vengamos al caso. Gozaba su admirable belleza Camilo (tal era el nombre de su esposo) : súpolo así mi dueño, y sin embargo de tal inconveniente, arrebatado de tan rara hermosura, quedó vencido. Así se aventajaba Hortensia en esta romería á sus tres compañeras, como en el mes de mayo la fresca rosa á las menudas flores. Tenia gallardísimo cuerpo, rubios cabellos como madejas de oro, frente espaciosa y lisa, cejas en arco perfiladas, vivos, resplandecientes y atractivos los ojos ; labios, garganta y dientes de coral, de marfil y de alabastro ; algo encendido el rostro, mas su círculo oval templado blandamente de una blanca frescura que más le hacia perfecto : tal era su retrato, acompañado de un espíritu noble, gallardo ingenio, despejo y gentileza : ved si su agrado minora el rendimiento de aquel incauto y descuidado mozo. Dióme á más no poder, no sin mucha vergüenza, parte de su desdicha en volviendo á casa ; mas mi corta experiencia, si le negó el consejo, nó le faltó en su ayuda. Supe luego la della, y don Gutierre continuó su paseo y acrecentó su llama, comenzando á abrasarse en el amor de Hortensia ; pero mientras más se acercaba á su graciosa vista, tanto ménos se hallaba satisfecho y contento, tanto más se aumentaban sus ansias y deseos ; pero hazaña tan grande, vitoria tan costosa no así la ganó Hortensia con tan poco peligro. Maravilloso caso, que así como diversas almas y corazones, quedando el suyo libre, y así como mi dueño,

advertido y exento, triunfó de muchas damas sin prendarse en ninguna; así ahora el amor con castigo recíproco hizo iguales sus penas y cuidados, bien que no en estos días ni aun en dos meses conocieron los dos la conformidad de sus intentos; ántes creían que se amaban de balde. Acabóse la fiesta, y Hortensia volvió á su posada; mas si mi triste y afligido señor pagaba su pecado, no ménos (según despues lo supo y entendí de su boca) peleaba en su pecho la inquietud y desasosiego de su nuevo accidente. Todos sus pensamientos eran en don Gutierre; con que no sé quién duda que pueda el pensamiento de una tan sola vista crecer y fomentar prodigios semejantes de voluntad y amor.

En ningún tiempo ántes estos nuestros amantes se habian visto ni oído, ni por fama ni por nombre se conocian; mi ducho era andaluz, y ella de Extremadura; diferentes en tierras, en trajes, en costumbres: solo batallaron los ojos; solo complaciéndose entrambos prosiguieron su guerra. Herida pues la dama de enfermedad tan grave, ciego el entendimiento, ya no se acuerda de sus obligaciones; y si la compañía, trato y comunicacion de su marido habia templado en parte el duro sentimiento de la fuerza del padre, refrescándole ahora, empezá á aborrecerle, y sin pensar más que en la reciente llaga, en el querido amante, pospuestas y olvidadas las demas cosas, sin consejo ni alivio, solamente llorando, repite así su miserable estado y dice consigo misma: ¿Qué mortal desventura me ha venido? ¿Qué enfermedad me aprieta? ¿Qué daño me sucede? ¿Qué ha pasado por mí, que así me imposibilita los brazos y halagos de mi esposo? Su calor me resfria, sus brazos me enflaquecen, nada dél me deleita; solo el bello mancebo que anduvo mi jornada está siempre en mis ojos. ¡Ay misera mujer! Despide, arroja de tu pecho sus encendidas llamas, sus lascivos deseos. Bien cierto es si en mi mano fuese, no como quiera triunfaria de mi honor con tal facilidad: nueva y horrible fuerza me tiene arrebatada; uno me aconseja su amor, y otro mi honestidad: conozco lo mejor; lo más dañoso sigo; pero ¿ay de mí! ¿A quién no rendiré su gracioso semblante? A quién no moveré su cortesía, su edad, su ilustre sangre? Todo me vence y atropella. ¿Haré traicion al tálamo? ¿Daréme á un peregrino? ¿Entregaréme á quien mañana, harto y satisfecho de mí, me desampare y burle? Mas ¿qué imagino y pienso? No tiene él tan mal nombre; no dice tan vil trato con su opinion y fama, ni puede haber en tan gallardo cuerpo espíritu tan bajo: no hay que temer engaños ni esperar villanía de tal sugeto; pero ¿por qué prevengo y cuido tantas cosas? Por qué las tiemblo todas? ¿Yo acaso no merezco ser dél tambien amada? Mis caricias y halagos ¿no podrán reducirle á que me quiera, y los muchos amantes que desean y sirven no podrán empeñarle, y aun picarle mejor? Pues ¿qué me aflijo y lloro? Busquemos el remedio; que si él llega á enlazarse en mi amor, este le tendrá firme, y si se fuere, él mismo le obligará á que me lleve consigo: hartos ejemplos antiguos y modernos tengo que me disculpen y minoren la culpa. Desta suerte razonaba entre si la hermosa dama, cuya casa estaba de manera que no podia bajar don Gutierre del cuarto de su tío, ni del castillo á la ciudad, sin ver sus rejas y balcones; en quien, ya más afable, se dejaba ver, pero con tal modestia, que ni

vislumbres se pudo presumir de su voluntad; con que el cuitado amante padecía, y ella con la continuacion de su vista más se encendia y abrasaba.

§. VIII.

Postróse al fin al natural más flaco, y sin poder templar ni resistir su ardor, ya no de recatarse, sino de buscar remedio á su dolencia trataba Hortensia. Era, entre los criados de su marido, Laurencio hombre anciano y fiel y á quien desde pequeño habian alimentado los padres de la dama, y por esta razon todo su aliento della y mayor confianza era él, y así, en el presente trance le descubrió su pecho; mas no así tan ligeramente la ofreció su favor, ántes lleno de ira y honrado enojo, mostró gran sentimiento, y con razones graves, miedos, temores y amenazas procuró disuadirla, aunque en vano, porque ya estaban incapaces y ciegos los sentidos. Repitió Hortensia de nuevo sus desdichas, mostró Laurencio más resistencia y cólera; con que viendo perdida su esperanza, llorando tiernamente la dama, le comenzó á decir así: Bien veo cuanto es, Laurencio, justo lo que me significas; mas el furor me oprime y el amor supedita sobre mis tres potencias de manera que ninguna para poder valerme me ha dejado; tiranizado me ha, y estoy resuelta á no contradecirle; asaz me he defendido: un siglo há que padezco sin rendirme á tanta fuerza; vencida y prisionera soy; ni quiero ni espero libertad; su voluntad he de seguir; no está en mi mano otro remedio. Si quieres que no me precipite, y afrente con un público estrago mi linaje, ten compasion de mí y déjate de más aconsejarme. Lloró, oyendo tanta resolucion, el honrado criado; interpuso entre alliccion y lágrimas sus venerables canas, sus servicios, obligaciones y crianza, y con respeto humilde la pidió que si quiera mitigase aquel indigno fuego y quisiese ser sana, ayudándose á sí misma, pues muy gran parte de la salud y cura de un enfermo consistia en sus deseos y en admitir la medicina con voluntad y afeto. Mas ni con tan buen consejo consiguió otro expediente, ántes con mayor ansia y casi desesperadamente, viéndose rebatida, respondió: No pienses, dijo, ya que no me socorres, que así del todo me olvidó la vergüenza: yo quiero obedecerte, y á este fiero vestigio que no presume sujetarse á razon, yo le atropellaré; yo atajaré deste rapaz gigante que se anida en mi pecho la intentada torpeza con mi muerte: esta salida sola me ha quedado, y desta quiero usar; vete y déjame sola. Contóme Hortensia despues de aquestas cosas, que en habiendo entendido Laurencio tales resoluciones, ménos colérico y severo, trató de mitigarla, replicando que templase su ánimo y suspendiese tan sangriento remedio, pues hasta entónces no estaba cometido delito que mereciese semejante castigo; y que ella más airada repetia que, pues viéndolo no le podia excusar, que ántes queria morir que ejecutarle; con que temeroso y afligido, hubo de rendirse, diciéndola: Más quiero, hija y señora mia, remediar tu ira que tu fama. Prometió hablar á don Gutierre, y Hortensia, inflamada en su amor, quedó dando esperanzas á la dudosa voluntad. Pero es justo advertir que aunque el siervo forzado ofreció obedecerla, fué con diverso acuerdo: creyó poder con demandas y respuestas fingidas entretenerla y dilatar el

caso y el efeto hasta llegar la ausencia de mi dueño; mas la pasión de aqueste descubrió sus designios y le obligó á tomar otras veredas y salidas. Andaba una tarde don Gutierre gozando el sol á vista de su dama, yo acompañándole, y ella sentada en un balcon: vió este lance Laurencio, y así, queriendo aprovecharle y con su crédito hacerse confidente y engañar á su ama, paso á paso se llegó á mi señor y en baja voz le dijo: ¡Oh dichoso mancebo, y cuán bien quisto eres aun con las más hermosas! No le habló otra palabra, porque para su intento y estratagema bastaban ménos. Sospechaba Hortensia que andaba el criado entreteniendo la con fingimientos, pero en viéndole ahora hablar con su amante, aseguróse más y quedó satisfecha; mas no así lo quedó don Gutierre, ántes entre confuso y alterado, aunque conoció bien al escudero, no creyó su ventura, si bien todavía alentado de aquélla, y juntamente de la blanda asistencia con que dejaba festejarse Hortensia, trató conmigo de escribirle un billete, no obstante que primero que lo determinase por la obra le vi suspirar y genir, resistiendo su exceso, y aun tal vez á deshora quejarse solo, diciendo estas razones: ¿Adónde, oh ciego mozo, caminas á perder te? ¿Dónde vas despenándote tras una perecedera voluntad? Mira á quién te sometes, mira de quién te fías; que si una vez te ves en sus cadenas, no se te excusarán largas desdichas, placeres breves, muchos temores y pocas alegrías; siempre estarás muriendo, y nunca acabarán con la vida tus congojas: deja ya esta locura, pues conoces los daños que de su liviandad han de nacerte. Así se lamentaba, suspirando los venideros males; mas como en vano anhelaba á su esfuerzo, fácilmente tornando más rendido, volvía á decir: ¡Ay misero de mí! En vano me resisto: ¡quién soy yo que presuma aventajarme al invencible Alcides, al famoso Virgilio ó al sutil Aristóteles! Aquel tomó la rucua, el otro se miró dentro de un cesto, y este con alicates y freno espoleado cual si fuera un caballo de su amiga. Natural es esta pasión aun en los más irracionales brutos: todo viviente ama; igual poder tiene el amor sobre los cetos que sobre los arados: pues ¿para qué me opongo á la naturaleza? Todo lo vence amor; no hay sino sujetarse y obedecerle. Determinado, yo busqué una mujer, y pagada muy bien, la dimos esta carta:

«Hermosísima Hortensia, imposible me ha sido hacer más resistencia: mi atrevimiento es grande, mas yo espero que tu piedad será mayor que merece esto tu triste dueño, cuya esperanza sola, salud y vida pende de tí, como de mí el quererte mientras viviere; y no creo que esta resolución te es encubierta. Los ardientes suspiros, mensajeros seguros de mi pecho, son testigos fieles de tu verdad. Sufre pues, oh único bien mío, con mansedumbre el descubrirte ahora mis amorosas ansias. Tu belleza arrebató mi alma, cautivó mis sentidos; qué cosa fuese amor, nunca lo supe hasta que tú á tu imperio me rendiste. Venció tu resplandor á mis esfuerzos, cegáronme los rayos de tus ojos. Tu esclavo soy, y en mí no tengo parte; tú me quitas el sueño, y sin tí no reposo; en tí consiento templo y pienso las noches y los días, á tí solo deseo, á tí llamo, en tí espero, en tí me deleito; tuyo es mi corazón, tuya mi alma; tú sola me puedes amparar, me puedes confundir, matar ó dar la vida.

N-1.

»Elige lo que desto pretendes, y eso mismo me escribe: merezca yo besar papel que tocan tus manos, y mas que venga en él mi última sentencia.»

Recibida esta carta, se partió el mensajero, y no faltando achaque, se la puso en el regazo á Hortensia, diciendo al darla: Esta es, señora mía, del sugeto más noble de la casa del Príncipe; su sobrino es por lo ménos quien te ruega que hayas del compasión; lo mismo te suplico. Era esta mujer conocida en la ciudad por su mala opinion, y llano es que, siendo yo muchacho y forastero, no habia de hacer eleccion más honrada; y así, en viéndola Hortensia, con terrible pesar la despidió de sí, haciendo primero en su presencia pedazos el papel: temió sus iras y salióse corriendo, antojándosele muy angostas las puertas. Esperábalo yo; pero por no perder las albricias, disimuló su miedo y engañóme diciendo que habia sido gratamente admitida. Dí esta nueva á mi amo, y con tan nuevo gusto pensó volverse loco: fué el correo, y nunca más le vimos, quedando en nuestro engaño, mientras la hermosa dama, ausente la tercera y mitigado su enojo, recogió las ruinas y pedazos de la amorosa carta, y encima de un bufete, besándolos mil veces, los juntó y concertó de manera que se pudieron leer, y despues repitiendo más tierna y abrasada su dulce razonar, echando yesca al fuego, llamó á Laurencio, y determinada á escribir, le rogó llevase su respuesta; el cual, viendo rematado el negocio, frustrados sus consejos y en eminente riesgo la que amaba como á hija si se fiaba de otro, hubo de obedecerla y hacer su gusto: dió en efeto este papel á don Gutierre, cuyos breves renglones son los siguientes:

«Cuando fuera, señor, tu pretension y intento ménos difícil y no tan imposible como en efeto lo es y sin ningun remedio, ten por indubitable que le hiciera del todo inaccesible la misma causa por do le encaminaste, pues fuera accion más noble que ántes de ejecutarla consideraras si yo podia ser de las mujeres que se conquistan por semejantes medios, y por el consiguiente, tú de los hombres que por ningun respeto debia valerse de instrumentos tan viles; mas ya que el yerro se hizo, justo parece que los dos le soldemos; y así, supuesto aquesto, lo que á mí pertenece es suplicarte que mudes de consejo, y con tal desengaño quiero que así lo hagas; mas lo que toca á tí es solo obedecerme: busca nuevo sugeto que me recerte sepa, porque en el mio jamas podrás hallar más grato acogimiento que el que debo á mi esposo.»

Este billete, si bien tan lleno de aspereza y desvío (ajeno totalmente de su interior deseo), abrió más que cerró las puertas desta empresa. No hay señal más segura de admitirse un amoroso empleo que ponerse con él en demandas y respuestas. La mujer recatada que honesta y cuerda quiere prevalecer á semejante engaño no le escuche ni atienda; absuelva las dudas y argumentos destas dulces sirenas volviendo las espaldas y cerrando los oídos á su nocivo canto; no llegue á conferencias ni á razones con ellas, que saltarán las suyas y llegará su ruina y vencimiento cuando ménos pensare. Bastantemente entendió tal verdad don Gutierre; y así, alentado con la presencia de Laurencio, sin dejarle partir volvió á escribir esta discreta réplica:

«Si mi desdicha ha errado el primer escalon de su

» fortuna, no por eso he de ser condenado á un tan
 » grave castigo : yo , amante y extranjero , mal podía
 » conocer si debajo de aquellas blancas tocas y aspecto
 » venerable se encerraba tan humilde persona como tú
 » significas. Nunca pensé cosa tan deshonestá ; juzgné
 » por lo exterior, engañéme como hombre : perdon me-
 » rece quien confiesa su yerro. No he dudado, señora,
 » tu honestidad y partes, ántes, muy advertidas, el gran
 » predicamento con que las reverencio me ha obligado
 » á adorarlas con más incendio y fuerza ; porque la mu-
 » jer pródiga de su fama y honor más es digna de des-
 » precio que de estimación, ménos de amor que de
 » aborrecimiento, pues perdida la vergüenza y decoro,
 » no hay que loar ni apetecer en ella ; y la hermosura,
 » aunque es bien deleitable, si honestidad le falta, des-
 » hácese cual humo ; y así, las que guarnecen , como
 » tú , su belleza deste virtuoso afeto , más justamente
 » deben alabarse y quererse , segun yo lo ejecuto ; y
 » siendo aquesto así , ¿ cómo será posible que deje de
 » adorarte ? Cómo podré excusarme de servirte y que-
 » rerte ? Suplicote, señora, no me lo mandes, pues ya
 » no está en mi mano el obedecerte. »

Así dió fin, y lo entregó á Laurencio con una buena
 joya por paga de su trabajo, y otras cuatro muy ricas
 para la bella Hortensia, que habiendo recibídolas, luego
 el siguiente día le volvió á replicar :

« Las disculpas que has dado en tu descargo son de
 » tal condicion, que habré forzosamente de romper su
 » proceso. Yo olvido mis enojos y te perdono ; pero ad-
 » vierte de paso que aunque en la resta del papel más
 » te esfuerces y animes á decir que adoras, en vano y
 » por demas trabajas en su empresa ; nunca podrá tu
 » fuego abrasarme en sus llamas : cree que no eres el
 » solo ni el primero que se llamó vencido de mi breve
 » hermosura ; muchos ántes que tú presumieron ren-
 » dirla y engañarme ; mas así será frágil tu cuidado
 » como el deseo de aquellos. Hablar contigo ni me es
 » posible ni aun quiero imaginarlo ; conténtate ahora
 » con lo que hago por tí. Recibido he tus prendas ;
 » pero por no dejarte por su obligacion y recompensa
 » en alguna esperanza, te envío ese anillo y diamante,
 » que no es de ménos valor que todas ellas : quiero que
 » pienses que he comprado de tí, no que me las colie-
 » chado. »

Más consolado y más agradecido, volvió á escribir
 mi dueño dando las justas gracias de tan grandes fa-
 vores ; pero con su gallardo ingenio y discreta elo-
 cuencia de tal manera desvaneci6 á la dama, y apretó
 su argumento con tan fuertes razones, pintó su ar-
 diente amor con tan vivos colores y matices, que bas-
 taran á commover las plantas, enternecer los mármol-
 es, rendir y convencer, no el tierno corazon de la
 abrasada Hortensia, mas el más duro y bárbaro de la
 mujer más rústica y salvaje. Y así, no es de argüir que
 ella se declarase ahora algo ménos esquiva ; en el primer
 envite estuvo el daño : llano era que admitiéndose
 aquel, habia de ser aquesto. Finalmente, digo que
 Hortensia significó su amor, sus dudas y temores en
 aqueste billete que se sigue, y que yo, aunque por no
 cansar descaba excusarle, todavia no me atreví, por no
 ofuscar la mejor inteligencia del discurso, que pasó
 desta suerte :

« Querria complacerte, señor, y que tuviesen tus mé-

» ritos y partes de mi fe y voluntad conforme recom-
 » pensa. Callar pienso el deseo, y aun lo mucho que me
 » agradan aquellas. Temo lo que nunca he intentado,
 » no me atrevo á querer, porque si me abalanzo y ar-
 » rojo, sé que no he de saber reprimir mis afetos :
 » demás que considero que , habiendo de irte tarde ó
 » temprano desta tierra, ni tú me has de querer llevar
 » contigo, ni yo ent6nces sin tí he de poder vivir au-
 » sente. No es de despreciar este miedo, ni el grande
 » que me aumenta ver á Dido burlada por Enéas, á
 » Medea por Jason, y por Teseo á Ariadna ; si tal m.
 » sucediese, ¡ ay triste, y qué sería de mí ! Los hombres
 » son de corazones grandes y poderosos ; mejor refre-
 » nan sus movinientos y pasiones ; mas los de las mu-
 » jeres, si verdaderamente aman, con solo morir y pe-
 » recer se suspenden y atajan ; no aman, mas pierden
 » el sentido ; no hay animal más bravo si son ingra-
 » tamente correspondidas. Despues de recibido el fuego
 » no curamos de la vida ó la fama ; solo en la cosa
 » amada buscamos y queremos recíproca igualdad,
 » abundancia de amor ; siempre aquello de que más
 » carecemos, más apetecemos y descamos, y en tanto
 » que nuestra voluntad se satisface, ningun peligro,
 » ningun riesgo tememos. Si esto es como publico,
 » ¿ qué remedio me queda más que cerrar las puertas
 » al amor, y mayormente al tuyo, que por ser extran-
 » jero ha de faltar y no permanecer ? Deja pues, señor
 » mio, de solicitar mi frágil pecho , pues para resistir
 » la causa que te mueve, tú sabes cuánta más fuerza
 » tienes que esta miserable. »

Así titubeaba la firmeza de Hortensia : entre temor y
 amor vacilaba confusa. Levantó más de punto don Gu-
 tierre el discante, no desmayó en la empresa, persistio
 en sus combates, y sin tomar descanso, con nueva ar-
 tillería asestó á su homenaje la reforzada pieza deste
 su último papel, que dijo :

« Archivo de mi alma, los cielos te acompañen, que
 » así con tus renglones diste á mis soledades alegría.
 » Espero que si gustas de hablarme, trocarás en dul-
 » zura y suavidad el acibar amargo con que venían
 » mezclados. Muchas veces he besado y leído tu carta,
 » y no sé cómo satisfacerte, porque una cosa me acon-
 » sejas tú misma y otra me amonesta y persuade ella.
 » Mándasme que deje de quererte por no hallar conve-
 » niencia en mi extranjero amor, y viene escrito aque-
 » to tan tierna y blandamente, que más me empeñas á
 » estimar tu presencia que á olvidar su alicion. ¿ Quién
 » dejará, señora, de amar sugeto tan discreto ? Si que-
 » rías que yo te obedeciese, no tan prudente y sabia
 » te me habías de mostrar ; porque tales virtudes y ex-
 » celencias aun de los brutos y silvestres bárbaros son
 » respetadas y apetecidas, fuera de que no es tan fácil
 » y posible en el hombre como has imaginado templar
 » y restringir sus encendimientos ; ántes lo que tú con-
 » denas en él se halla en vosotras con mayores exce-
 » sos ; pero no quiero altercar sobre aquesto , pues solo
 » me conviene deshacer los temores y ejemplares con
 » que se han alentado en mi daño tus sospechas ; por-
 » que si aquellas tres mujeres fuéron de sus amantes
 » desamparadas, son número infinito los que por el
 » contrario fuéron dejados y burlados de otras. Grisci-
 » da engañó á Troilo, á Deisebo hizo traicion Elena,
 » y Circe convirtió en animales á cuantos la adoraron

» y sirvieron; mas no es mucho que pierdan muchos
 » buenos por la malicia de unos pocos: no reconven-
 » gamos sucesos, que en prosiguiendo la materia, tú
 » es fuerza que aborrezcas los hombres por la culpa de
 » aquellos, y yo, por consiguiente, á todas las muje-
 » res por la maldad de aquestas. Aun hay ejemplos muy
 » dignos de alabanza, y justo es que imitemos los fa-
 » vorables. Yo con la voluntad de quererte siempre,
 » ménos extraño soy que tus más naturales; ninguna
 » patria tengo sino la tuya; y si mi ausencia tal vez se
 » ocasionare por algun accidente, ó he de volver aquí,
 » do es mi centro, ó he de morir de fuerza como
 » quien se halla fuera dél; y cree que así podré dejarte
 » y apartarme de tí como ningun viviente alentar sin
 » espíritus. Ten pues lástima deste alligido amante,
 » que como nieve al sol se deshace y consume: tales
 » efectos hacen los ardientes deseos que le alimentan;
 » no me fatigues más; pon fin á mis congojas, á tan-
 » tas noches tristes, á tantos días prolijos; vuelve á
 » mi rostro sus colores, y sus fuerzas á mis débiles
 » miembros; mira, señora, que si te tardas mucho,
 » cuando quisieres dármele vendrá el remedio como á
 » deshauciado término en quien, postrada la salud,
 » falta el vigor para admitir la medicina. »

§. IX.

Como la torre que, pareciendo inexpugnable, está deshecha y cascada interiormente, y si con ingenios y artificios la combaten luego se ve en el suelo, así ahora en la expugnacion de la fortaleza de Hortensia pudieron admirarse las recias baterías de la elocuencia de su amante, pues como abiertamente conoció sus entrañas, así clara y abiertamente á sus dulces combates descubrió las ruinas interiores de su alma; hizo patente el mal, disimulando y confesando su verdadero amor: sin más rodeos firmó en este billete su rendimiento:

« Ya, dueño amado, no puedo resistirme; confía en
 » mi amor; vencida soy y tuya: desde el día que admití
 » tus papeles, que escuché tus palabras, adiviné y llo-
 » ré este vencimiento; expuesta estoy á gran riesgo y
 » peligro si tu fe no me vale. No olvides las promesas
 » de tus papeles; yo quiero obedecerte. Serás, si me
 » desamparares, el más alevé y falso de los hombres:
 » ligera empresa alcanza quien engaña una frágil mu-
 » jer, y mientras más ligera, tanto más torpe: aun
 » está en buen estado mi desdicha; si piensas olvidar-
 » me, dímelo ántes que acabe de perderme; no em-
 » prendamos jornada que lloremos despues: el fin se ha
 » de mirar de los sucesos; yo, mujer sin consejo, no pe-
 » netro ni alcanzo los inconvenientes y estorbos; tú, va-
 » ron y advertido, debes tener de tí y de mí cuidado. »

Así fué sazónándose el entrañable afeto destes firmes amantes; la vista continuada aumentaba su fuego, y estos billetes tiernos le fomentaban. Nunca con tanto ardor escribió don Gutierre que no fuese con mayor correspondido: unos eran los deseos de entrambos, si bien dificultosos é inaccesibles por el recato grande y asistencia que velaba á la dama. No así con más ojos y espías guardó Argos la vaca de Juno, cuanto tenia Camilo recelando á su esposa: vicio es de viejos semejantes pasiones; á mi juicio errada diligencia.

Son las mujeres casi ordinariamente repugnantes

al natural del hombre. Con más fuerza codician lo que más se les veda; siempre aborrecen lo mismo que amamos y queremos, apeteciendo lo que vituperamos y perseguimos; mas si les dais la rienda, mucho ménos se arrojan que refrenándolas: tan dificultoso es guardarlas como resistir á los rayos un tejado de vidrio: si de su voluntad la mujer no es casta, en vano pone candados el marido.

Cerca de la ciudad, entre otras posesiones, tenia Camilo una huerta ó jardín donde los días de fiesta su familia iba, siendo de invierno, á tomar el sol, y si verano, á gozar de su sombra; y á la sazón no sé por qué accidente estaba sin caseros y cerrado con llave, y esta en poder de Laurencio. Entendiéndolo así Hortensia, y viendo la ocasion, no mal considerada y advertida, quiso valerse della. Llamó al criado, y encareciéndole cuán en su mano consistía todo el remedio de sus cosas, le propuso esta traza.

Rogóle que avisase á su amante para que en la primera siesta, haciendo que iba á caza, madrugase, y dejando la compañía en lugar seguro, él solo y disfrazado se fuese á su jardín, y Laurencio asistiéndole, le recogiese y metiese en lo más escondido de la casa, para que asimismo ella yéndose, como solia otras veces, á recrear allí con su gente y criadas, tuviese sin sospecha ni escándalo tan buena coyuntura de verle, pues fingiendo cualquier necesidad de las que las mujeres acostumbran, podia efectuarlo y mitigar su fuego. Así se ordenó; y pareciendo fácil, Laurencio, aunque quisiera, no se atrevió á contradecirle: obedeció á su ama y avisó á su galán asignándole el día, que fué tres ó cuatro despues del concierto, que parecieron años y siglos largos á quien los esperaba. Cosa ordinaria es dilatarse las horas cuando el bien aguardamos, y por el consiguiente, abreviarse á los que temen algun daño ó peligro; pero ni con estar dispuesta con tanto aviso surtió efecto la empresa: desvaneciéndose su alborozo, como veréis ahora y ellos mismos pensaban.

Tenia en este tiempo madre y viuda Hortensia, si bien por algunos disgustos de los que nunca faltan entre yernos y suegras, no corría con su hija, y sin embargo desto, el día señalado, sabiendo adónde iba á misa, sin que entendiese nadie si la movía otra causa, se hizo encontradiza con ella, y en pocos lances, en viéndose una á otra, se abrazaron, se hablaron y volvieron á la antigua amistad; y ademas, para dejarla confirmada, la tierna madre (bien á pesar de su hija, que ya casi adivinaba lo que habia de suceder) quiso comer con ella y con su yerno, y así, volvieron juntas. Regocijóse la familia, alegróse Camilo, banquetó á su suegra, y juntamente dió licencia á su esposa para que con espléndida merienda la llevase al jardín. No era razon aquesta que ella podia excusar, pero (del mal lo ménos) presumió aun aprovecharse mejor del esperado lance en compañía de su madre; y con tanto, alentando el espíritu, ordenó la jornada; mas de otra forma iba ya enderezándola su contraria fortuna. Sintióse despues de haber comido indispuesta su madre, y sin bastar los ruegos de Camilo ni los halagos y peticion de Hortensia, no quiso salir fuera de casa; con lo cual tuvo la fiesta fin, pues cosa llana era que no podia la dama dejar sola á su madre sin incurrir en mil inconvenientes; pero con todo esto, aunque maldijo entón-

ces su mala suerte, no así para otro día desconfió de la dispuesta traza. Creyó que mientras la casa del jardín estaba de vacío, podía en el primer domingo ejecutar su intento; mas ni esta brevísima esperanza permaneció dos días, pues ántes de la fiesta, solicitud de quien ménos pensábamos, tuvo la casa morador, hortelano el jardín y nuestras pretensiones un firme baluarte que por aquella vía las dejó sin remedio. Siempre creímos, ó por lo ménos sospechábamos, que Laurencio fiel y cautamente prevenía y contraminaba nuestros designios; mas como el darnos por entendidos era muy peligroso, con disimulacion contemporizábamos con él, esperando otros medios.

Quedaron con el suceso dicho afligidos y tristes los tiernos amantes, mas creció su pasión sin término y medida luego que don Gutierre supo que ordenaba muy apriesa su tío que se partiese á Córdoba: hízolo á la ligera; pedíalo así el negocio, mas ni con esto quiso salir sin beneplácito de Hortensia, que hubo de concedérsele; pero desde el momento que comenzó su ausencia, juzgándose viuda, clavó sus ventanas, vistióse de tristeza, y á toda la ciudad, que ignoraba el origen, causó tal novedad gran maravilla, y como si su sol se eclipsara, suspiró sus tinieblas. Acostóse en la cama; nunca ninguno la miró el rostro alegre: buscáronla y hiciéronla diferentes remedios; mas como el daño estaba en el espíritu, contrario efecto obraron medicinas del cuerpo.

Sin alma caminaba el de mi dueño, obedeciendo al tío con tan poca alegría, que en los primeros días de nuestra jornada ni comió ni bebió, ni tuvo otro mejor sustento que el de sus muchas lágrimas y gemidos. Siempre en las tristezas grandes es el mismo cuidado que dellas nace el mejor alimento de los que las padecen. Iba yo con aquesto fuera de mí, considerando los efectos de tan extraño y peregrino amor. Así corríamos hasta cerca de Córdoba, de noche siempre, por los recios calores, y sin suceder cosa para escribirse hasta el último día, que bajando por entre diversas arboledas, granjas, caserías y cortijos, al llegar á un arroyo, fin de Sierra-Morena, interrumpió nuestro camino el caso que al presente sabréis. Serían entónces las nueve de la noche, y el poco gusto de mi amo causaba en todos tan notable silencio, que ni el sordo rumor de las vecinas aguas, embate de las ramas y poderosos vientos, estorbó que llegase á nuestros oídos el temeroso estruendo de diversas espadas, que cerca del camino, sin ver quien las regia, batallaban. Era don Gutierre dotado de un animoso aliento; y no obstante que le traían encañado sus pasiones, en un instante desamparó la silla, y terciando la capa, guiar hacia aquella parte y arrancar de la espada todo fué uno: causa que nos obligó á imitarle y seguirle á mí y á otro criado y dos mozos de á pié que nos acompañaban; mas por muy en breve que quisimos alcanzarle, ya, cuando llegámos á él, le hallámos que, habiendo bajado hasta un pequeño valle que regaba el arroyo, se habia metido entre cuatro hombres que con coraje y brio dos á dos se herían mortalmente. Estaban asimismo otros tantos caballos atados por las riendas á un árbol, no lejos de sus dueños, por donde presumimos su calidad y partes, y más cuando al pedirles don Gutierre suspendiesen su enojo, le obedecieron juntos, mitigándole y

respondiendo el uno así con cortesía: El veros acudir á ocasion semejante en tierra como aquesta y á tal hora dice vuestro valor y lo digno que sois de vuestro buen respeto; obligados estamos á vuestra diligencia: ved si nos mandais algo, que como no sea dejar la obra comenzada, en todo lo demas los cuatro que mirais os servirán con gusto. Locura fuera mía, dijo don Gutierre (haciéndoles primero igual acatamiento), pedirlos tan gran cosa sin informarme ántes, si lo permite, la ocasion que os trajo á tales términos. Esta os suplico ahora me contéis, si es posible; hacedlo por quien sois y por mi justo celo, porque me ha dado al alma que podré componeros, y aun con secreta fuerza, barruntos y sospechas que tengo entre vosotros, cosa que la toca en lo vivo. Replicarle queria el que le habló al principio, cuando atajó su plática una grave desdicha, que no así como quiera acrecentó las nuestras. Cayó en aqueste punto uno de los tres que callaban, dando en el duro suelo con gemidos profundos un fiero golpe, y tras dél, bien que á favorecerle, el que le apadrinaba en aquella pendencia. Tocóle el pulso, y hallándole sin él y el rostro lleno de la reciente sangre, inopinadamente dijo: don Jerónimo es muerto á cuya voz, sin esperarse más, tomando sus caballos los otros dos, se desaparecieron de la vista; lo cual notado del que quedaba vivo, arremetiendo al suyo, se puso en él, y llamando con voces y amenazas á los que huían, los comenzó á seguir con la misma furia, dejándonos á todos tan suspendidos y temerosos, como á don Gutierre confuso en lo que hacer debía; mas no obstante el peligro, viendo que aunque pasado de crueles heridas, respiraba el caído, sin reparar en ninguna cosa, haciéndole atravesar en su caballo, y que uno de los mozos de á pié puesto á las ancas le gobernase, prosiguió su camino con harta prisa, por ver si por su medio, ántes de despedirse hallaba absolucion el alma de aquel cuerpo. Con tanto, al dar las diez tocámos en las puertas de Córdoba, al mismo tiempo que por ellas salía un gran tropel de gente con linternas y luces; de quien, siendo ministros de justicia, fuimos en un instante rodeados. Todo le sale incierto al que no favorece la fortuna.

Habia poco ántes desto sido avisado el alguacil mayor de algunos caminantes y pasajeros que oyeron la pendencia que quedaba trabada, y por esta ocasion acudia á su remedio ahora; mas como hizo en nosotros tan buen encuentro, aunque le dijo don Gutierre su nombre y el modo del suceso, viendo el mortal indicio que nos acompañaba, mientras para reconocerle le lavaban el sangriento rostro, mandó avisar á su corregidor y nos detuvo á todos en la primera casa. Sabréis muy presto qué fin nos aguardaba; pero es razon que ántes entendais este punto.

Era don Gutierre, por parte de su madre, natural de Córdoba, y habiendo esta muerto algunos meses ántes, no sé por cual derecho un primo suyo se metió en su legítima, de que entre los dos se recrecieron pleitos y no pocos disgustos. Tenia aquel una hermana muy hermosa, y lo que más hace al caso, muy amada y querida de su tío, y madre de mi dueño, y deste amor estrecho y conocido dicen que asíó su hermano, y fingió un codicilo por el cual, despues de mil contrastes, le quedó adjudicado un pedazo de hacienda, quitándose la

á cuya era con tal enredo. Es ahora de saber que el que guió la danza y á quien se atribuyó la dicha estratagemá quiso nuestra desgracia que fuese el mismo hombre que ya del todo muerto halló el Alguacil mayor en nuestro poder, y por el consiguiente, hermano de la dama, llamado don Jerónimo, primo de mi señor y sobrino de su difunta madre; con que tan recientes encuentros, ignorado otro origen, legitimaron bastantísimamente nuestra prision. Notable cosa es que, siendo siempre los casos contingentes de su naturaleza tan desiguales, se eslabonan á veces de manera, que más parecen efectos de causas concertadas, que accidentales y sin orden. ¿Quién no se persuadirá á este confuso engaño viendo nuestro suceso, sus requisitos anteriores, los indicios presentes y la correspondencia de unos y otros? Por cierto que á mi ver, no digo yo el rigor de un juez, pero cualquier sugelo pudiera tenernos por culpados y presumir que todos eran medios dispuestos y acordados para un efecto y fin: así, sin oír nuestro descargo el Corregidor, en viniendo, se llevó á don Gutierre y con seguras guardas le recogió en su casa, y dando con nuestros tristes cuerpos en la cárcel, divisos y apartados los unos de los otros, nos dejaron dormir más de lo que quisiéramos. Ni sé si lo hizo entónces mi corta edad ó mi corta experiencia, que con el juicio de inocente tuve en poco los grillos; mas si, como entendí despues en diferentes trances, supiera cuántos han padecido el último suplicio sin tener culpa, ménos gusto tuviera que desprecio y descuido; si bien el que me ocasionaba la justicia me le trocaron en cuidado unos animalejos importunos en forma de conejos, que luego comenzaron á acompañarme. Fué tal la desvergüenza y ánimo destas comadreja ó ratas, que, como si yo fuera una estatua de bronce, así cruzaban y paseaban sobre mi misma ropa, haciéndome erizar los cabellos, y mayormente caudo, trayendo á la memoria el caso de Apuleyo sobre el difunto y guarda que introduce en Larisa de Tesalia, temí que, como á aquel, en cerrando los ojos me habian de dejar sin varices; y así, no sin trabajo hice toda la noche centinela al más notable miembro de mi rostro.

§. X.

Entre tales desvelos llegó el día, conocido de mí más por el gran calor que empezaba á abrasarme que por la escasa luz que entraba por las junturas de la puerta; la cual no se me abrió en más de mil horas, ó á lo ménos tantas se me autojaron las que hubo hasta la de comer, que para que yo lo hiciese un ministro de Caco me entró en una escudilla un poco de potaje, digo, de tarquin frío, en quien nadaban los bofes de una oveja. Esto y un pedazo de pan más negro que un carbon, y un jarro de agua, él desbocado y sucio, y ella ardiendo y no limpia, fué el triste refrigerio que conocí mi estómago al cabo de veinte y cuatro horas que ayunaba: por cierto amargo y mísero consuelo, indigno en todo de la piedad cristiana, pues no es encarecimiento, pluguiera á Dios lo fuera, y no tanta verdad como yo testifico, y no desta vez solani de sola esta cárcel, sino de las mayores y más principales de España. Y es de considerar que aqueste bárbaro y cruel tratamiento no lo padecen los facinerosos delinquentes, los homicidas y ladrones, porque estos siem-

pre tienen allí sus ángeles de guarda, digo, su cierta inteligencia, con que pasan holgados. El alcaide, de quien son tributarios, los favorece; los alguaciles, con quien parten y viven, les dan la mano; los porteros y guardas, que comen con sus hurtos, les regulan y ayudan; y así, las órdenes terribles, las asperezas y rigores que justamente se dispusieron para el castigo y enfrenamiento destos, solo se ejecutan y cumplen con el pobre inocente y con el hombre honrado y de vergüenza, que su desdicha, más que no sus pecados (como ahora á nosotros), les trajo á semejante desventura; porque como su buena vida, quietas y virtuosas costumbres, les hace de razon, si bien no de accidente, exentos de tan viles lugares, no conocen en ellos persona alguna que los pueda amparar; y así, caen de golpe sobre sus tristes cuerpos las cadenas y grillos, las injurias y afrentas, las clausuras y encierros, y todas las inhumanidades de tan fieros verdugos. Tres días nos tuvieron en tan oscuras tinieblas, como tengo advertido; al cabo de los cuales, y á cada uno de por sí, nos sacaron á tomar confesion, y sin discrepar (que esto tiene la verdad) todos convenimos en una. Habíase hecho ántes con don Gutierre otra igual diligencia, y en su comprobacion enviado á diversas partes, y en primer lance á los alojamientos y lugares que venimos tocando en toda la jornada, y los huéspedes y mesoneros primeros y últimos hicieron más patente nuestra inocencia, á que tambien ayudó su parte el gran favor, deudos y tío de mi dueño. Supo la nueva aquel y el riesgo en que quedábamos, y con cartas y gente envió por la posta quien solicitase con mayor brio el negocio.

No fué en Extremadura ni en aquella ciudad de su asistencia tan secreto este caso, que dentro en breve término no lo supiesen aun en los arrabales y vecinas aldeas. Entendiolo Camilo, y ignorando el mal ó bien que llevaba á su casa, al comer con Hortensia, lo primero que hizo fué en muy sana razon referirlo y contarle; mas como siempre se acrecientan las nuevas de mano en mano, cuando las nuestras llegaron á las suyas iban de manera, que lo ménos que dijo fué que amo y criado por un grave y alexoso homicidio quedábamos condenados á muerte. Estaba Hortensia esperando muy diferente aviso, y como este llegó sin prevencion á su noticia, fué gran muestra de su mucha cordura no descubrir la repentina alteracion algun indicio que aclarase su pecho, y aun el origen del achaque que le tenia en la cama. Disimuló su pena cuanto pudo bastar á que se atribuyese á otro accidente; mas siempre vemos que una gran resistencia, un dolor atajado y suspendido violentamente sufoca los sentidos y debilita y enflaquece las fuerzas. Así ahora, cansada de sufrir y vencida de la interior batalla, con un ay lastimoso cayó desfallecida y desmayada sobre los brazos de su esposo. Dicha se está su turbacion y la celeridad de los remedios: acudióse á los familiares y caseros con prisa, rociáronla el rostro, fricáronla los brazos y las piernas, tiráronla los dedos, echáronla cuatro ó cinco ventosos: esto en tanto que el médico venía. Entró á la sazón su criado Laurencio, y con el grande amor que la tenia, lloró tambien su tardanza y la falta de otros medicamentos; mas no le trajo el cielo á este punto de balde. Parece

ser que notando Camilo el aprieto con que Hortensia tenía ceñido el pecho y una almilla de raso, para su desahogo juzgó por saludable desabrocharla. Hízolo por su mano; pero hubiera para entrambos hallado en su piedad un miserable lance: apenas la quitó los botones, cuando cayó en el suelo un pequeño lío de papeles y cartas; turbóse enviéndolas el celoso Camilo, mas mucho más Laurencio, que lo estaba mirando. Reparó este en lo que ser podrian, y previnose al punto, mientras el otro, embarazado con la cabeza de su esposa, que tenía en el regazo perdida la color, le mandó que los levantasé y se los diese. Obedecióle así, pero con fin muy diferente (ya dije que se habia prevenido): abajóse por ellos, y con la una mano los encubrió en su faltriquera, y con la otra, haciendo que los iba cogiendo, sacó unos suyos que contenian diversas devociones, oraciones é indulgencias que él, como hombre buen cristiano y piadoso, traia siempre consigo: estos pues dió á Camilo, el cual, aunque caviloso y despierto, no conoció su cambio, ántes con la experiencia de tan grande virtud en una mujer bizarra y moza, cayendo en nuevo engaño y mayor conlianza, la estimó en mucho más, teniéndola desde entónces por una santa: tanto vale un discreto aviso. Desta suerte dió la vida Laurencio á su querida Hortensia, la cual, bien ignorante del segundo peligro, recobrando el aliento, en breve término se vió libre de entrambos; y fingiendo proceder de diferentes ocasiones y congojas, y consolando al marido y suspendiéndose el llamarse á los médicos, pidió á todos que la dejasen sola para mejor romper sin sospecha y testigos la presa de su llanto, las dos corrientes de sus hermosos ojos, que por muy largos días no se vieron enjutos.

Bien pienso que en el interin igualaron sus lágrimas y mayor sentimiento las muchas de su amante, el cual á esta sazón estaba en Córdoba ya con más libertad, y nosotros fuera del triste encierro esperábamos un fácil despidiente, porque, aunque de los verdaderos delinquentes no habia rastro ninguno, nuestro descargo era tan cierto y evidente, que nos le podia prometer, demas de los grandes favores que teniamos, si bien estos nos ocasionaron mayores dilaciones y daños. Lloraba la madre del difunto tiernamente su malogrado fin, y no podia creer que don Gutierre estuviese sin culpa; y así, viendo ahora la justicia inclinada, temiendo le absolviese, pidió secretamente un pesquisidor en la corte, que en quince dias, sin ser oído ni visto, se plantó dentro de la ciudad.

¡Oh si mi humilde pluma fuera en esta sazón la de un Cornelio Tácito, mi elocuencia de un Tulio, mi concisión y estilo de un Salustio, de un Lipsio! Pienso que ni con todos bastara á dar matices y colores tan vivos como el caso requiere, para ponderar las maldades, las circunstancias, trazas y estratagemas que usó aqueste ministro del demonio el breve término que como infernal furia duró su comision. Son estos hombres un género de gente miembros bastardos de la jurisprudencia: llámanlos en la corte Bártulos en docena, Baldos de toda broza, y en general catariberas; y como allí se portan de ordinario en continua miseria, hambre canina, y hechos quitapelillos, pantuflos y bañadores de relatores y escribanos, Dios nos libre y nos guarde cuando por pecados del pueblo se encaraman

sobre alguna pesquisa, cuando para salir de su laceria les pone su negociacion importuna un don Felipe, etc. en las uñas; porque entónces no hay Luzbel tan soberbio, no hay Caco tan ladron, Tántalo tan sediento, como se muestran en la cautiva sangre que traen en encomienda. No hay rayo abrasador como su pluma ni hay blasfemia de renegado infiel que se iguale á sus textos y glosas; no hay toga pastoral, mitra, tiara, corona real, imperio, magistrado, en cuya fama, sin respetar á la deidad que injurian, no pongan algun dolo ó mancilla; no hay fuego, no hay azogue como su ingenio y manos: buscan, rompen, despedazan, penetran y destruyen los humildes plebeyos y generosos héroes; pero ¿por qué me canso, si ellos se traen sabido, y aun pocos lo ignoramos, que han de hallar mancha y raza en la misma limpieza, en la verdad mentira, en la justicia agravio, en la inocencia culpa y cuerpo de delito? Y si no, atended con paciencia, y veréis dónde le presumió formar este prodigio para mejor perdersen y destruírnos; porque tales ministros son como los demonios, que siempre están deseando delitos y pecados, y por lo ménos, este es de quien se dijo por cosa cierta que cuando le faltaban andaba triste, y en sucediendo algun fracaso ó muerte, entraba muy alegre en su casa y repetia con su familia á voces: Carne, carne tenemos. En conclusion, luego como llegó arrebató la causa. Redújonos á todos á mayor clausura, y sin cesar hizo traer cuantos mesoneros habia desde Extremadura hasta Córdoba; y como acaso uno destes, que era de cinco leguas de la ciudad, hubiese ántes cometido no sé qué excesos, y al presente, temiendo su castigo, se pusiese en seguro, asiéndose el juez á esta tan frágil rama, fundó en sus hojas más de mil de proceso. Dió por acabado el negocio; juzgó, segun decimos, que se le habia caido la sopa en la miel, y sin más advertencia ni discurso, llenó al Consejo de criminales relaciones, y á las partes y á todo aquel contorno de ficciones y embustes. Insistió en que la fuga de aquel hombre se originaba del concierto y espera que en su posada hicimos para prevenir el suceso, y que á persuasion nuestra se encubria, atajándose así su declaracion y la probanza del delito que se nos imputaba. Pero, lo que más debe y puede advertirse y notar, usó desta diabólica cautela: hizo que su escribano (siempre corren aquestos la misma fortuna y pasos del juez), amedrentando y persuadiendo á don Gutierre con asechanzas y diversos temores procurase sacarle algun dinero, porque solo á este fin se encaminan y enderezan de continuo las diligencias de tal gente. Deseaba mi dueño la vista de su Hortensia con tan terribles ansias, y sentia el dilatarsele con tan fiero dolor, que no digo yo de aquellos medios, pero de otro cualquiera que allanase su gusto, se valiera, aunque fuese más lleno de inconvenientes y peligros; y así, no reparando en el daño notable que hacia al principal negocio, con sinceridad y lisura ofreció cuanto se le pedia en orden á facilitar la libertad. Anduvieron sobre ello demandas y respuestas, en que el asbuto juez introdujo otros interlocutores para que se rugiese el cohecho, del cual dispuesto en forma, y depositada su cantidad, que eran ochocientos ducados, denunciaron por su orden al punto, y sirvieron los mismos que habian sido terceros, de

testigos y autores. Con tanto, acumulado este á los demas indicios, hubo bastante cuerpo para que por la inadvertencia de mi amo, malicia de su pesquisidor y cavilacion del escribano, se adjudicasen los dineros del cohecho por tercias partes, y á nosotros nos condenasen á tormento; y como las cosas deste género van por la posta, apenas el juez pronunció el auto, cuando puso á uno de mis compañeros en el potro. Este fracaso sonó por la ciudad, reprobando unos tanto rigor, y otros calificándole por justo; mas como siempre la buena obra tiene quien la favorezca y ayude, así no permitió Dios que la nuestra se quedase frustrada. Encaminó su amparo por adonde ménos bienes que malés esperábamos, siendo su instrumento la hermana y madre del difunto, las mismas que hasta entónces nos habian acusado y perseguido. Y fué el caso que, sabida la determinacion del pesquisante, la prisa con que empezaba los tormentos, como quiera que ninguno entendia nuestra inocencia mejor que doña Juana (llamábase así la hermosa hermana), y asimismo quién fuesen los verdaderos homicidas de don Jerónimo, sin más disimular, aunque entre ellos tenian harta ocasion que pudiera obligarla, con todo, fué mayor su nobleza, y pospuesta la causa de su remedio y gusto, yendo á su madre, la dió cuenta de todo, haciéndose á sí propia no ménos que principal origen, fuente y manantial de adonde procedian sus mayores desdichas; pero justo parece que sepa esto el lector con más extension y claridad.

Vivia en Córdoba don Francisco Vanegas, galan mancebo, rico y muy poderoso, íntimo amigo del caballero muerto, y mucho más amante de su bizarra hermana. Era su pretension la del casarse, pero no obstante, llegando á noticia de don Jerónimo, por ser la de los dos amistad tan estrecha, tuvo á mal caso el haberla intentado y prendádose sin su sabiduría. Sobre este punto de honra, despues de otras palabras y razones, de tal suerte se fuéron empeñando, que paró en desafio, al cual con gran secreto saliendo con iguales padrinos, sucedió en el campo lo que ya queda dicho. Huyeron segun vistes los dos contrarios, y el compañero del caido, aunque los siguió por entónces, despues viendo ya perdido y rematado el trance, se convino con ellos en cuanto á sepultarle y encubrirle en silencio. Este no pudo haber con doña Juana: súpolo, y aunque lo suspiró y lloró con notables extremos, como quiera que, amando á don Francisco, si hablase le perdia sin dar la vida á su querido hermano, hubo de callar asimismo, pareciéndola que la inocencia de su primo y criados no solo aseguraria su buen suceso, mas dejaria para siempre inaveriguable el homicidio; mas como se trocaron los dados con la venida del juez, y este procedia ahora con tantas extorsiones, mudó consejo, y advirtiéndole la sangrienta malicia y juntamente lo mal que andaban ya aquellos caballeros, pues en ley de quien eran debieran (viendo á don Gutierre en tan grave peligro) ántes aventurar sus vidas que permitirlo, sin más espera, lo que habian de hacer ellos obró ella, y con ser cosa tan temerosa y repugnante á su natural flaco, con generoso y varonil espíritu abandonó el amor y aun su buen crédito, y dando, como dije, larga cuenta á su madre (que siguió su parecer y acuerdo), entrándose en un coche, sin dar noticia de sus intentos, se

fuéron á la cárcel, avisando al pesquisidor, que á la sazón sacrificaba un inocente de los nuestros á su furor y rabia, y apartándose á un lado, le dijeron todo esto. Vió el honrado ministro abierto el cielo con tan clara noticia, y no por el contento de la averiguacion del delito, sino por el campo anchuroso que de nuevo se hallaba para prolongar la comision; y así, alegremente con los pájaros grandes que le venian cayendo sin pensar, suspendió los tormentos, y con la misma prisa, cogiendo descuidados á los padrinos, don Francisco Vanegas, que andaba sobre aviso, se puso en cobro, y ellos confesaron de plano. Y con tanto, mientras nuestra libertad se disponia, nos sacaron á ver la luz del patio, con el contento de mi dueño y nosotros que de tales aprietos se puede colegir.

§. XI.

La noche siguiente á este dichoso tránsito, aunque con ménos ratas, no sin inmensos tábanos y otros animalajos asquerosos, nos alojaron en diferentes cuadras, donde el rigor de aquellas sabandijas y el fatigable hedor, el rumor de los grillos y cadenas, los gemidos de aquestos, la griteria y música de estos otros, me tuvieron inquieto hasta más de las once, y entónces cuando pensé dormir acrecentó el desvelo una pesadumbra mosquita que se armó entre las pajas. Perdóneseme la trivialidad de contarla, pues no es razon que sean todas tragedias. Tenia nuestro aposento ú calabozo tres ó cuatro ventanas, desde adonde los presos matraqueaban los del patio, y principalmente á un negro muy gracioso que servia de una de las velas y guardas de la cárcel. No era este bozal, y sentia sumamente que, entre otras triseas y burlas, le dicesen que su mujer le habia parido un hijo blanco, y si estaba de humor, hablaba en defensa de su honra tantos y tan diversos disparates, filosofías y milagros, que era todo el entretenimiento y solaz de la cárcel; pero si se enojaba ó el hedor de las vides lo tenia de su bando, no despidie un nublado más piedra en el estío sobre los montes Pirineos, que él arrojaba ripios á unas partes y á otras: sucedió esto ahora tan repentinamente, que ántes de prevenirle, ya en un momento tenia rompidos más de cuarenta jarros, cántaros y botijas que estaban al sereno. Baste destrozo y riza redundó la molina; apasionóse grandemente uno de los matautes y perdidosos, y contra el promovedor de las matraacas, que no era ménos, dijo desde su rancho: Voto (y echóle, como dicen, redondo), que es el moreno honrado y ha andado muy honrado en lo hecho, y esto yo lo defenderé á pagar de mi bolsa, ya que el señor Pestaña no quiere que callemos; mas algun dia podrá ser que durmamos y que su merced vele. Estas palabras últimas fuéron dichas con una cierta pausa y remoquete, de que más se ofendió mi temerario que de otra cosa; y así, reforzándose el bigote (mientras yo reventaba por engullir la risa), le respondió con tono y voz de un cántaro en la siguiente forma: Ya yo sabia que habia de defender el azambuja la causa del hermano moreno como cosa tan propia, mas desto no me espanto; doy la tal circunstancia por absolvida; pero ese «dormirémos» con tanto retintín y cambalache, acoto hasta mañana que le averiguarémos en el patio. Como vuaré mandare, seor hidalgo, replicó el azambuja; pero adviérta que si yo soy mulato, como me ha motejado, nin-

gun infame cómitre ó verdugo ha burrajeado hasta hoy en mis espaldas. Aquí, levantándose en pié, dijo entonces Pestaña : Pues, hombre de tres uñas, ¿ vino sobre las mias semejante trabajo ménos que con mucha honra ? ¿ Acaso no fué esa la laureola de nueve resistencias y cuarenta antuñones ? ¿ Vió Sevilla más justas alabanzas que las que de unos y otros oyeron mis oídos el día venturoso de tal triunfo, ó vió por dicha en mis desnudas carnes tres sellos de ladrón ratero y guro que te puso Céspedes en Granada, en Toledo Ribera, y en Málaga Solorzano el alcalde ? Ya en llegando á este punto, impacientes los dos con el descuerno de sus flores, se embistieron, despues de desmentidos, con sendos orinales, y estos rotos, acudieron á las ollas y cascós, con que dispusieron los suyos en breve espacio de suerte, que en dos meses gastaron trementina y hilachas. Apagámos las luces porque ellos en tinieblas se apagasen, mas como así mejor participábamos todos de su ira, dimos voces, y acudiendo porteros, liechas las amistades y cubiertos de sangre, dieron (vueltos unos mansos corderos) en la enfermería con entrambos. Este fin tuvo la matraca del negro, y en su ruina y escándalo se nos pasó la noche, mas no el entretenimiento de la cárcel : quiero que tambien lo sepais.

Amaneciónos pues el deseado día, si bien el mas amargo y doloroso que nunca por su casa pensó ver el alcaide, que cierto era buen hombre, y no tan cruel y rígido como siempre lo son los de su oficio. Era regocijado y de mansas costumbres; y así, juzgaba que con tal condicion tenia prendados y cautivos sus súbditos más que con los grillos y cadenas; pero engañóse; que el deseo de la libertad supedita á todas las riquezas y obligaciones de la tierra. Tenian todos los presos de importancia concertada una gran fiesta para aquella tarde, prevenida de muchos tiempos ántes, con invenciones, máscaras y libreas (no es nuevo este alivio en las cárceles), para la cual convidó nuestro alcaide casi toda la audiencia, alguaciles, procuradores, escribanos y las mujeres destos, aderezando un corredor con tapices y alfombras, como si verdaderamente fueran acciones públicas. Llegó la hora, y en lo bajo del patio hubo diversas danzas, bailes, juegos de manos, esgrima y volteadores; y despues prosiguiendo, se comenzó la entrada de las cañas con sus adargas, lanzas, cifras, y banderillas y caballos de palo. Dióse principio á aquella entrando de dos en dos corriendo desde un portal hasta un aposento que habia á lo largo del patio. Pasaron desta suerte veinte y cuatro su carrera, regocijada de los que los mirábamos con grande aplauso y grita. Y estando así esperando que volviésem á salir y que se continuase la fiesta, viendo el alcaide que se tardaban demasiado, mandó que uno bajase y los hiciese dar más prisa : partió á esto un portero, y entrando en el aposentillo, y no hallando en él á nadie, ni más señales de los caballeros del juego que las adargas, lanzas y rucios de madera, dió tan grandísimos gritos, que yo pensé que reventara por los ijares : corrimos todos al socorro, creyendo le mataban ú otra semejante desdicha, y no fuéron los últimos sus convidados y el alcaide; pero quedámonos los unos y los otros como matachines, mirándonos pasmados y aun condolidos de un tan grave infortunio. Mas los ménos embarazados y confusos, hallando debajo de unas imágenes y pintu-

ras de papel la puerta de la fuga, que era cierto guzpataro ó boqueron de casi media vara, se arrojaron por él, corriendo en el alcance, miéntras el triste alcaide, sus oficiales y porteros, dejando á un alguacil las llaves, se retrajeron á la iglesia. Los que siguieron á los presos cogieron tres, y veinte y uno escaparon : no sé en lo que paró el demas suceso : solo sé que por su confesion de aquellos desdichados se entendió que habia un mes que, habiendo por su industria alquilado la mujer de uno de los huidos una casilla que alindaba con la cárcel y salia al aposento dicho, tomando bien el rumbo, minaron la pared, dispusieron y trazaron la fiesta, y así juntos en ella, y sin sospecha ni nota, consiguieron la deseada libertad. Tambien no se tardó ahora mucho tiempo la nuestra, solicitada de la gallarda prima de mi amo, á quien reconocido y olvidado de los pasados pleitos, agasajó y visitó en viéndose libre; despues de lo cual, solicitado de su furioso amor, tanto como de las cartas de su tío, y efetuada la ocasion principal de su jornada, proseguimos la nuestra volviendo á Extremadura, miéntras el pesquidior tuvo liarto paño en que meter las manos, aunque no sé si satisfizo sus deseos. Condenó á los presos á muerte y á don Francisco en rebeldía, mas aunque se anticipe el fin, al fin medios é intercesiones, y el no haber en el caso supercheria ni alevé facilitó los ánimos de sus deudos, y cesando las causas, cesaron los efetos de su averiguacion. Con tanto, don Gutierre llegó á su tío, causando en él y en toda la ciudad, adonde era bien quisto, general alegría; pero la que sintió con nueva tal el dueño de su alma no hay pluma, no hay pincel que emprenda su dibujo. Nunca hasta entónces, en cuatro meses que duró nuestra ausencia, se dejó ver el rostro ni salió de su cámara; mas ahora, cual si se viera libre de un pesado letargo, de un profundo sueño, así abrió los hermosos ojos, dió franca puerta á sus pasiones y sentidos, dejó el trágico arreo, vistió preciosas galas, salió al punto á las rejas, y gozó de la vista de su amante.

Ya en tal tranquilidad (si bien aun más ansioso y congojado por la imposibilidad de sus deseos) andaba don Gutierre anhelando, y yo no ménos, por sacarle de tantas confusiones y cuidados. Ofrecíome la suerte un pequeño remedio : advertí una casilla que á las espaldas de la de Camilo estaba de tal modo, que fácilmente podia comunicarse por ella la ventana del aposento adonde dormia Hortensia. Todo lo vence la diligencia porfiada : vivia aquí una pobre mujer, dos requisitos que animaron mi resolución, mujer y pobre. Empeñadla, y con algunas dádivas vencí y puse á mi dueño en los esgonces del tejado á tan venturosa hora, que sin esperar mucho espacio se logró mi trabajo, y vió á la bizarra dama que salia bien descuidada de su encuentro, á la cual sin perder la ocasion, brevemente, porque no se espantase y le conociese con más facilidad, la dijo en voz baja : ¡ Oh dulce gobernadora de mi vida ! ¿ posible es que te veo tan de cerca ? Aquí reparando al momento, aunque turbada, Hortensia, contemplando y advertido su amante, quedó un rato suspensa; mas rompiéndose la vergüenza y empacho, le respondió : ¿ Qué es esto, señor mío ? ¿ Veo por ventura tu cuerpo, ó es ilusion fantástica la que mis ojos miran ? Mas sea lo que se fuere, dime quién aquí te ha traído, y si es vivo re-

trato de mi querido amante el que ahora gozo : ¡ay si tal experiencia pudiera hacer mi propia mano ! Eso en ella consiste , replicó suspirando don Gutierre ; á poca costa , querida prenda mía , si tú me das licencia , pondré una escala y besaré tus piés. Con ménos riesgo , dijo la dama , pienso verte y hablarte ; excúsalo , mi señor , al presente ; si mi vida deseas , no es justo que esta fies de una mujer rendible asaz ; no hasta que podamos hablarnos por su medio cuando sea necesario. Muerte es , respondió don Gutierre , esta deseada vista : estoy sediento con el agua á la boca , mas fuerza es que padezca quien solo nació para acometer imposibles. No quedaron sin amorosas réplicas semejantes palabras. Despidiéronse entónces , y tornándose á ver en el puesto otras muchas noches , entretuvieron su afición.

§. XII.

Laurencio en este tiempo , advirtiendo que ya con él no se comunicaban sus progresos , creyó que Hortensia se ayudaba de otro , y temió , por consiguiente , su perdición. Decía entre sí : Si astutamente no prevengo este riesgo mi señora se pierde y la casa se infama : de tales daños , pues más no se puede hacer , igual empresa será excusar el uno ; si ello ha de haber amor , justo es que no sea público ; ya que no la sustento , como quisiera , casta , razon es que se conserve cauta y recatada : quiero estorbar su muerte y otras desdichas ; mucha diferencia hay entre el hacer mal ó el disponerle de suerte que se ignore ; enfermedad común es en el mundo esta ardiente pasión ; pocos se escapan della ; esa es más honrada y honesta que la encubre mejor y disimula. Diciendo aquesto , se fué á ver á Hortensia , y á solas prosiguió las razones siguientes :

¿ Qué cosa es , hija y señora mía , que así guardas de mí el discurso de tus amorosos cuidados ? Pues bien sé que aun viven en tu pecho y que le fías de alguno cuando conmigo le recatas. Mira en esto lo que haces ; que el primero escalon ó muestra de prudente es no amar , y el segundo que , amando , sea secreto. Tú sola sin ayuda no lo puedes hacer : bastantemente conoces mi afición , no te aproveches de otra ; guárdate , mandame á mí , que yo te obedeceré resueltamente y pondré con aviso en mejor esperanza tus deseos. ¡ Ay padre de mi vida ! respondió Hortensia , y como si esto hicieses , puedes ponerme una S y un clavo y venderme en pública almoneda. Confieso que me has tenido algun tanto temerosa y perpleja ; tanta fidelidad me ha causado cuidado ; por sospechosa he tenido tu ayuda ; aquesta es la verdad : si la tratas conmigo lisamente , y no quieres perderme más en breve con tus cautelas y desvios , dalas de mano , dejando de estorbarme , porque ninguna cosa hay hoy más imposible que resistir mis encendidas llamas. Haz de manera que yo vea á don Gutierre , que si una sola vez me socorres en esto , por cierto ten que menguará mi fuego , y que el uno y el otro amarémos con más templanza , y nuestra voluntad será más encubierta. Ve pues , Laurencio mío , que un modo se me ofrece muy á propósito ; no es repentino , no , sino muy meditado : dile (ya tú lo sabes) que mañana comienza Camilo á traer obra en esos cuartos altos , á que habrán de acudir ocho ó nueve albañiles ; que se vista como uno , y á las dos de la tar-

de , el rostro disfrazado , pues con el polvo y cal podrá bien encubrirse , se entre , sin reparar , en nuestra casa ; que ademas que en tal hora mi esposo estará fuera , ella es bien grande , y el alboroto y ruido será por esta causa mucho mayor entónces. Yo le estaré atendiendo en los entresuelos de la escalera , tú en su espera á la mira , y la puerta juntada ; con que lo tengo por seguro y sin ningún peligro , como tú no me faltes. No haré , dijo Laurencio ; y aunque le pareció la traza ardua y difícil , teniendo otra cosa más fuerte , acetó su mensaje. Habló á don Gutierre , dióle cuenta de todo , y él , sin dudar en cosa (ménos teme el que más ama) , se ofreció á la empresa , y solamente sintió y lloró que se dilatase. ¡ Oh mancebo arrojado ! Oh corazon atrevido ! ¿ Qué obra , qué peligro , por muy grave que sea , hay en el mundo que á un amante no le parezca fácil ? No hay guarda , no hay marido , no hay deudos , no hay criados que le pongan estorbo ; ni el mismo Jove tiene seguras destos Caeos sus fabulosas vacas ; ningunas leyes obedecen ni guardan , ningún miedo ni vergüenza conocen , toda dificultad desprecian y atropellan , nada se les opone ni resiste. Consideremos esto ; muy digno es de admirar , casi imposible de creer , que un varon tan ilustre , de tanta autoridad , de tantas partes , tan discreto y aun docto , con solo el pensamiento de aquel bien que esperaba , velase así la noche , consumiese así el día , y todo ¿ para qué ? Para transformarse en un pícaro , para arrinconar su grandeza trocándola con un peon de albañil. ¡ Oh amor , yugo invencible , domador poderoso de las gentes ! ¿ quién buscará en Ovidio otro metamorfosis ? En efecto , con el de don Gutierre llegó tambien la hora señalada , y cambiando sus ámbares y sedas con el toseco sayal , una espuerta debajo de los brazos , y escurecido el rostro con polvo y cal , entró en casa de Hortensia , subió por la escalera , y como era advertido , sin otro inconveniente abrió en el tránsito la puerta de su cuarto ; y volviendo á cerrarla , halló á su hermosa dama que , bordando sobre un bastidor y sentada en su estrado , estaba atónita y confusa mirando y no creyendo su venturosa entrada ; pero acercándose á ella , temblando el corazon y con la voz turbada , viendo tanta hermosura y tan vecina á sí la lumbre de su esfera , la comenzó á decir estas breves palabras : Dios te guarde , alma mía ; llegada es ya la hora que tanto he deseado ; ya , mi señora Hortensia , ni hay puertas ni hay paredes que me impidan tocarte. Esto habló , mas sin embargo dello y no obstante que , como habeis oído , era la misma dama el principal autor de su venida y quien con mayor ansia la había así prevenido y concertado , ni con todo dejó al presente de quedar embarazada ; ántes alborotándose luego que vió al amante dentro de su aposento , ajena de discurso (tanto puede un deseo) , no por quien era , sino por algun espíritu fantástico le juzgó y presumió ; y así , en muy largo espacio no acabó de quietarse ni aun pudo persuadirse á que persona tan ilustre hubiese puéstose en semejante riesgo. Pero cuando , pasados estos primeros ímpetus , vió y conoció mejor su claro desengaño , no hay pluma , no hay retórica que baste á ponderar fácilmente su exceso. Cobró nuevo vigor , y tomando por tema el disfrazado arreo que á mi amo encubria , mezclando alegres lágrimas con mil tiernos suspiros , dió á su

amorosa plática este principio, y dijo : Pues ¿cómo, amado mío, tú eres mi don Gutierre, tú eres mi dulce dueño, tú, miserable y roto, eres mi mayor bien, tú solo y pobreillo mi refugio y contento, tú mi esperanza sola? ¿Que al fin te toco y veo? Que al fin estás conmigo? ¿Posible es, mi señor, que á tan dichoso estado pudo llegar mi suerte? Y aquí, queriendo proseguir, cubierto el rostro con una purpúrea grana, la súbita vergüenza interrumpió su curso, libró en favores mudos otras muchas palabras que por entónces no pronunció la lengua, si bien despues de un breve término, tornando á contemplar el que tenia delante, reiterando de nuevo los amorosos lazos, otra vez y otras mil lo volvió á repetir, y al cabo más quieta, prosiguiendo su plática, volvió á decirle en la siguiente forma : ¡Ay consuelo dichoso de mi alma! Ay único señor desta cansada vida, y á cuán terrible trance te has puesto por mi causa! ¿Quién ya en tal experiencia podrá jamas negarse á tu amor verdadero? Quién con tan grande abono se atreviera á olvidarte? Ya reconozco y creo tu firme voluntad, ya tu fe me esnotoria; pero confía y espera que nunca seré ingrata á tal correspondencia; ten por cierto, señor, que mientras los vitales espíritus dieren luz á este cuerpo, será Hortensia tu esclava : jamás tendrá otro dueño; nunca se llamará vencida de otro ni aun de su esposo mismo, si á la verdad debe llamarle así y tenerle por tal quien le admitió forzada y oprimida y sin gusto le ha obedecido siempre; mas ¿para qué me tardo perdiendo el tiempo que tanto he deseado? Para qué tan sin fruto gasto tantas palabras? Vengamos á otros términos; dejemos las razones, y en el ínterin deja, señor, tambien esos vestidos viles; muestra tu gentileza, deja esa forma rústica, desnuda, oh prenda amada, la corteza que disfraza y cubre tu más gallardo sér. Aquí cesó la dama, y don Gutierre, más loco que remiso, comenzó á obedecerla quitándose de encima el sayal que le servía de caja á su mejor adorno. Pero en aqueste punto, no estando aun la fortuna de parecer conforme con estos dos amantes, interrumpió su historia con tal inconveniente, que á no velar Laurencio, que era su fiel espía, corrieran sus discursos una mortal desgracia; mas excusó algo desta su mucha diligencia, porque advirtiendo ahora que muy apriesa volvía Camilo á casa, con disimulo cuerdo y una segura seña le hizo abrir los ojos y dar vado al peligro. Por cierto que aqueste fué espantoso y la nueva terrible, mas ni con todo se perdió Hortensia de ánimo : grande es é incomparable la audacia y brio de una mujer resuelta. Metió sin alboroto, en oyendo el aviso, á don Gutierre detras de las cortinas de una cama de campo que de respeto estaba en aquel aposento, y con despejo igual abrió las puertas y volvió á su labor, dando entrada á su esposo, el cual ya á esta sazón llegaba á su presencia, pero con tal semblante, que así en él como en la voz turbada, la color macilenta y el rostro demudado, casi representaba la misma efígie de la espantable Atropos, con que, respecto de su exceso, viendo tales señales y viendo tan triste anuncio, la afligida señora juzgó por cierta su temerosa muerte, y tengo por sin duda que, no obstante su esfuerzo, á tardar más Camilo en descubrir su pena, ella y su turbacion dieran al traste con su encubierta máquina. Mas di-

ciéndola entónces que un repentino achaque, habiendo saltádole, le obliga á volverse, puso en sus miedos treguas y volvió el alma al cuerpo; mas ni aun paró en aquesto, porque creciendo el mal, fué preciso hacer cama; y así determinado, y advirtiendo que la obra que andaba en los corredores le causaria molestia, no se quiso subir á su ordinario cuarto, ántes poniendo en nuevo riesgo á los que le escuchaban, comenzó á desnudarse y hizo elección de la que habia en la sala.

¡Oh poderoso Dios, y cuál sería el recelo que, viendo tales cosas y oyendo tal concierto, rodearía á don Gutierre! No es difícil su crédito, y mayormente siendo tan evidente que en llegando á efectuarse, la estrechura del sitio donde estaba escondido habia de hacer patentes sus amorosos hurtos. Era esto inexcusable; y así, no pongo duda, sino que entiendo y creo que aunque su noble sér frisaba siempre con su alentado espíritu, ni con todo en semejante lance, hallándose sin armas y sin defensa ni ayuda, dejaria de sentir que era de carne y sangre, y no obstante su amor, de renegar de sus desvelos locos, hacer varios discursos, juramentos, protestas y aun quizá exclamaciones no fuera de propósito. Yo por lo ménos, aunque me hallaba ausente, como quiera que conocia su humor, su gran puntualidad y su mayor recato, confirmando el suceso, me atreveria á afirmar que haria y diria al presente extremos lastimosos. ¡Oh cuántas veces se hallaria arrepentido, cuántas desconfiado, y cuántas afligiéndose y culpando sus pasos! Así hablaria semejantes razones; ¡Ay misero de mí! (pienso yo que diria mi atribulado dueño) : ¿Quién me trajo á este punto? Quién me puso en su estrecho? Quién me aprendió y condujo, sino mis liviandades, sino mis devaneos? Tomado soy en hurto; en el lazo he caído; hoy quedan descubiertas mi locura é infamia; la gracia de mi tío he perdido del todo; y ¿qué digo la gracia, cuando la misma vida corre tan gran peligro? ¡Oh cautivo frenético, oh ciego inadvertido! ¿Posible es que con mi propio gusto y solicitado de mi propio deseo me vine yo á meter en este laberinto? ¿Qué placeres espero, si estos tan estimados y apetecidos me cuestan tan gran precio, me han salido tan caros? Breve y momentáneo es el deleite de amor, mas sus pesares grandes y prolongados. ¡Oh si alliciones tales pasásemos los hombres por nuestra salvacion! Terrible es y espantosa nuestra triste ceguera : no queremos sufrir ni padecer en esta vida pequeños trabajos por infinitos gozos, y por causa tan inconstante y frágil nos sometemos á mil calamidades.

En conclusion, dejando esto á una parte, digo que á la sazón no estaba Hortensia con ménos desconsuelo, porque no solamente su salud, pero la de su amante recelaba y temia; mas como en los sucesos repentinos es más pronto y sutil el ingenio de cualquiera mujer que el de ningun varon, viéndole en tal estado, y á su marido que, ejecutando su designio, comenzaba á desnudarse, mostrando más grave sentimiento que pedía su accidente, y dejando la labor, se levantó á ayudarle, si bien con diferente presupuesto llevaba ya en la idea fabricado otro engaño, el cual dispuso al punto sin tomar nuevo acuerdo; y así, al cruzar por cerca de la puerta que salia á la escalera, fingiéndose turbada, perdió el color del rostro, y cual si así pa-

sara dió á entender á Camilo que , asomándose un hombre , se queria entrar por ella ; con lo cual apresuradamente soltando los chapines , apechugó á cerrarla , y como si realmente hablara con alguno , levantando la voz , dijo de aquesta suerte : Pues ¿ cómo hasta mi estrado se han de subir los hombres ? ¿ Qué desvergüenza es esta , qué lindo atrevimiento ? ¡ hola , mozos , criados ! ¿ No hay nadie en esta casa ? No hay quién tome un recaudo ? Gentil descuido es este . Así habló ; y sin mayor tardanza , dando un furioso golpe , juntó y cerró la puerta , pero con tanto espanto y confusión de su marido , que la escuchaba atónito , que sin poder sufrir (como quiera que aun de menores causas fornaba su condicion celosa desconfianzas y sospechas) , arrebata do de la espada , casi medio desnudo embistió con las puertas , y aunque disimuladamente la dama fingía irle á la mano , al fin la abrió , y impaciente y colérico (si bien no vió en las escaleras un átomo de sombra) bajó corriendo hasta la misma calle , y consiguientemente , sin detenerse un punto , tras dél mi don Gutierre , el cual con su azada y espuerta , reparando en el patio y cogiendo unos cascotes y ladrillos que caían de la obra , cargado muy bien dellos salió , dando á entender que los llevaba á un muladar cercano , al mismo punto que preguntando á unos y á otros si habian visto bajar á un hombre de hácia sus entresuelos , volvía el engañado esposo despechado y corrido de no haberle alcanzado : así de tal estrecho escapó á su querido la hermosísima Hortensia . Mire ahora el lector si pudo el mismo Ulises vencer ni ejecutar semejante osadía . Dad crédito á mujeres oyendo tales máquinas : ninguno hay , si bien tengan más centinelas y ojos que se cuentan de Argos , que no viva sujeto á sus engaños : aquel se escapa dellos que quieren ellas mismas eximir ó reservar ; más por ventura que por ingenio y arte , son los hombres dichosos . Pero volvamos al fracaso en quien mi triste dueño , fiado en su disfraz , ni sé si arrepentido ni si desesperado con tan contrario efeto , felizmente sin ser notado u visto , atravesó la calle y se entró en nuestra casa , adonde aunque sentí su grande desventura , no se la dí á entender ; ántes procuré consolarle al parangon que él fué olvidando el peligro , y por el consiguiente quizá deseando volverse á ver en otro .

Dos veces con aquesta vieron los dos amantes puesta su mayor dicha en contingente término de poder concluir la , y otras tantas desbarató su efeto la contraria fortuna , ó para hablar lo cierto , fuerza más superior que desviaba la perdicion y ruina de sus almas ; mas cuando esta ciega pasión las tiene avasalladas y rendidas , cuando á tales avisos , á tales toques y aldabadas intrínsecas no responde ni ablanda su dureza , por demas es llamarlas ; más empedernidas se quedan , más tenaces y tercas en su porfía ; ni reciben consejo ni están capaces dél : libre el cielo nuestras cabezas deste infeliz estado . No se pudo maquinar en el suyo traza , disposicion , engaño , tropelia , máscara ó fingimiento que Hortensia y don Gutierre , cada uno por su parte , no le emprendiesen y intentasen ; pero dejando unos y tomando otros , sin contentarse ni satisfacerse de ninguno , desalentados y afligidos , como la blanca cera calentada del fuego , la nieve regalada del sol , y la sal del agua , así por instantes y puntos poco á poco

se iban deshaciendo y acabando . Y á tan extraño y desesperado término les trajo su furioso deseo , que al fin se resolvieron á confiar sus honras y sus vidas de aquella pobrecilla mujer por cuya casa se hablaron , segun dije la primera vez . Esto salió de Hortensia , y lo que entónces tuvo por detestable y peligroso , eligió ahora por último y más sano remedio . Luego pues pondría mi amo algun inconveniente , apénas oyó su voluntad , cuando se puso en orden . Mandóme hacer una fuerte escala con dos garfios de hierro que , asiendo de los marcos de la ventana , bastasen á sustentar el peso . Dispúselo en tres dias , y con tanto , quedámos aguardando ocasion : ofrecióse esta muchas veces al mes , porque Camilo siempre que iba á una casa de campo , donde tenia labranza , no volvía hasta otro dia ; si bien en tal ausencia dejaba en su lugar ordinariamente un hermano suyo , tan avariento , sospechoso y taimado , que fuera por demas y gastar el tiempo en balde el querer echarle dado falso por la puerta ; y así , nos convenimos con estotra . Y luego como un viérnes tuvimos el aviso de Hortensia , en siendo anochecido , recogida la casa y advertido Laurencio (en esto último sospecho que lo errámos , porque siempre creí que aquel honrado criado nos barajaba el juego prudentemente) , mi amo y yo dentro de la casilla dimos principio al último combate .

Echó la dama desde arriba una cinta , y atándole la escala y informada de lo que habia de hacer , la subió y prendió en la ventana como mejor le pareció , que fué muy mal , pero disculpaula sus cortas fuerzas y menor experiencia . Con esto empezó don Gutierre á subir escalones , y yo á tenerles tirantes desde abajo las cuerdas , todo hasta que iba muy sazonado . Estaba ya mi amo cerca de la ventana , levantado del suelo más de cinco ó seis tapias , y mientras más se le acercaba tan sin inconveniente la dulce posesion por que anhelaba , más se subía de punto el sobresalto alegre que nacia de su gusto . Ninguna cosa ahora se le podía estorbar : Camilo ausente , el hermano acostado , hecho Laurencio espía y su Hortensia esperándole , ¿ quién no diría que estaba conseguida la empresa ? Así lo juzgué yo , mas engañáronme las mismas apariencias que lo solicitaban , pues en aqueste punto oyendo Hortensia grande y desacostumbrado alboroto por su casa , corriendo inadvertida á escuchar lo que era , desamparó la escala , dando lugar así á mayor desconcierto , porque , como quiera que la escala no estaba muy bien firme , desbaraustando por un lado , se desprendió el un garfio , y su vaiven descompuso á mi amo de manera , que sin poder tenerse , en un instante le vi sobre mi cuerpo , y fué tan grande el golpe , que á mí me privó de sentido , y á sí la guarnicion de su propia espada le desconcertó dos costillas y le dejó por muerto . Pero no obstante , esforzándose cuanto le fué posible , viendo que á toda priesa cerraba las ventanas Hortensia , temiendo otro peligro , guardó la escala , y cargado conmigo , se entró en el aposento de la vieja , en donde al cabo de hora y media volviendo en mí , me hallé en sus brazos , quebrantados los huesos , bañado en sangre , y tan desfallecido y desmayado , que sospecho que pedí confesion . No andaba don Gutierre en más graciosos términos : tomónle á cuestas , y cayendo y levantando diversas veces , dimos en

casa en las camas con nuestros cuerpos; y no faltando achaques con que fingir una caída, nos curaron los médicos, si bien hubo algunos mordaces que, casi hablando á tiento, dieron cerca del blanco.

§. XIII.

No excusa una vez que otra quien anda en semejantes pasos dar en semejantes abismos : llano es que ha de tropezar y caer el que sin gobierno ni guía ciego camina por tan grandes barrancos : así yo ahora padecí la pena de seguir á mi dueño, y él no se quedó atrás en el pagar su parte. Tres días se pasaron sin saber de su dama, y esto más que sus propios males le aventuraban la enfermedad. Doliente el cuerpo, blandea y genia, mas el gallardo espíritu, embebido en amor y transportado en sus dulces y abrasados deseos, supeditaba sobre sus mismas fuerzas; mas entrando á deshora con un escudero de Hortensia su papel Laurencio, salió de confusion y dudas; y informado del caso precedente, digo, del alboroto que á todos nos costaba tan caro, quedó con más sosiego, y aun no sé si me afirme con ménos ansias.

Parece ser que, como arriba dije, yendo al campo su esposo Camilo aquella tarde, poco ántes de llegar á la quinta, por nuestra gran desdicha se le espantó el caballo, y derrocándole, le maltrató de manera, que no se atrevió á pasar adelante : volvióse á la ciudad, y aquejado de muy graves dolores y una pierna rompida, llegó á su casa entre diez y once, hora en quien andaba nuestra obra en términos que, como ya leisteis, á tardarse muy poco corriera gran riesgo su honra, y aun quizá juntamente la vida de aquestos dos amantes; mas la piedad divina lo dispuso diferentemente.

Estas razones y otras diversas lástimas y sentimientos de su desgracia y de la nuestra contenía el billete de Hortensia; pero fué esto muy poco en comparacion de lo que despues entendimos. Convaleció su marido, y luego como se levantó de la cama, sin dar razon ni muestras aun del menor indicio de sus cosas, mandó echar una reja muy fuerte á la ventana del aposento, y juntamente tuvo modo de comprar la casilla, incorporándola en unos trascorrales de la suya. Si le movió á tales diligencias más que sus propios y acostumbrados celos eso siempre fué oculto para mí, y así, no lo puedo escribir; mas solo se me alcanza que anduvo felizmente discreto y nosotros más que demasiadamente venturosos.

Tenia claro y despierto juicio don Gutierre : consideró profundamente cuán mal se encaminaban sus pretensiones; violas tres veces casi en su posesion desvanecidas, huirle el gabilan de las mismas pihuelas siempre por nuevos y nunca oídos escapes, siempre en riesgo la vida, y siempre rescatándola aun de las manos mismas de la muerte. Alrió los ojos del entendimiento; cayó en la cuenta de la razon; creyó sin duda alguna que el cielo se oponia á sus intentos; creyó que con particular asistencia nueva y secreta causa imposibilitaba sus deseos, suspendia y atajaba su perdicion; volvió más sobre sí, y aunque por luego no quiso dárlo á entender á su querida Hortensia, temió muy de veras el tornar á su empleo, si bien no la olvidó del todo ni la dejó de amar, porque aquel fiero monstruo que andaba en su pecho con tan larga asistencia no

así dejó la posesion sin grande resistencia y particularísimo favor de Dios.

Pero lo que en esta sazón dispuso su más breve remedio fué la mudanza de su tío, ocasionada de ver que iba picándose la ciudad y aun toda Extremadura de aquella peste cruel que no há veinte y seis años que consumió en España la mitad de la gente. Supo la dama, no sé por qué camino, aquesta amarga nueva, y como don Gutierre no se la denunciaba ni su mucha tristeza le dejaba mostrársele tanto como solia, sentida tierra-namente, le escribió este papel :

« Si mis espíritus, señor, fueran capaces de enojarse contigo, ya con justa razon pudieran hoy hacerlo, pues disimulas tu partida á quien te ama más que á sí misma; mas ¡ay dulce amor mio! ¿qué causas son las que á callar te mueven? Vaste, y no hablas; auséntaste, y no escribes cuando más necesito de consuelo : ¡ay infeliz muger! ¿cómo podrás vivir? ¿Adónde volverás tus cansados ojos? ¿Qué descanso te espera? Por estas letras, manchadas de mis lágrimas, por la fe que me diste, por todo aquello que en mí te fué agradable, te suplico, señor, que tengas lástima y compasion de mí : no te pido que quedes, sino que me lleves contigo : no repares en la injuria deste mi injusto dueño, pues así como así, de necesidad me ha de perder, ó ya muriéndose, ó matándome yo en sabiendo tu partida y ausencia, etc »

A este lastimoso y apretante papel respondiendo don Gutierre, si con muchos suspiros, con la prudencia y discrecion que prometia su claro entendimiento, dijo de aquesta suerte :

« Si te encubrí hasta ahora mi partida, cree, señora, que fué más por no prevenir ántes della tus penas, que por faltar un punto al amor que te debo : no pienso que aunque parto es para no volver; que si á esto se persuadiese el alma, nunca mi cuerpo saldría de aquí con ella. Respira pues, aliento de mi vida; no te quieras postrar y deshacer, ántes debes esforzarte y vivir si, como dices, me amas, con aquesta esperanza. El llevarte conmigo muy alegre y agradable me fuera : no hay contento en el mundo que yo no pospusiera por conseguir cosa tan deseada : mas es justo que, pues lo quiere el cielo, yo le obedezca y me niegue á mí mismo : muera así mi deseo, y viva para siempre tu honra. Este parecer nace de la noble confianza que has hecho de mí; más quiero rabiando padecer que destruir tu fama. Bien sabes cuán generosa es esta, cuán limpia sangre te acompaña, y lo mucho que te adora y respeta, tal cual es, tu venturoso dueño, y cuán horrendo escándalo causaría en todo este contorno tu perdicion y fuga. Tenida estás, así por hermosura como por honestidad y virtud, por su mayor lumbrera : pues si yo te llevase y la dejase á oscuras (dejo aparte mi crédito, que este á respeto del tuyo no estimo en un cabello), ¿tú no adviertes la infamia que volaría por ella, la que alcanzaría á tus deudos, á tu alligada casa, á tu pobre marido? No, mi Hortensia, no lo permita Dios. Hasta ahora nuestro amor fué secreto, y el robo le haría notorio y público; nunca tan alabada fuiste cuanto serás vituperada : yo no he de traer de tierra en tierra como amiga á la mujer que estimara por propia si Camilo y su buena fortuna no se me hubieran anticipado. Estas circunstancias tan fuertes contradicen tu

» gusto; tu honor y mi amor verdadero lo defienden y
 » excusan. Por quien eres te pido que olvides semejan-
 » tes torpezas; no quieras lisonjear más á tu furor ar-
 » diente que á tu mismo provecho: bien sé que otros
 » amantes te aconsejarían lo contrario, pero áquestos
 » más apeteceían el gozarte y aun burlarse de tí que
 » el mirar por tu honor ni por la prevención de los
 » casos futuros. Sesiégate, mi bien; que yo volveré á
 » verte; y no imagines que por lo que así te digo hay en
 » mi incendio ménos ardor y llamas que tú padeces;
 » cree firmemente que si me parto es mucho contra toda
 » mi voluntad.»

Este final y último papel hizo que Hortensia, aunque mal de su grado, consintiese en el consejo de su amante, suspendiendo y enajenando la pena por venir en el interin que le tuvo presente. Mas al fin, cuando llegó el amargo día, cuando sin poder libremente despedazarse el rostro, arrancarse el cabello, dar voces, dar gritos y gemidos, le vió partir á vista de sus ojos, se vió quedar á sus espaldas y en poder del forzoso enemigo que la dieron sus padres, del violentado dueño que la dió su codicia, no hay sufrimiento que con el suyo pueda compararse (1). Rompió el acerbo golpe el intimo dolor, lo más secreto y puro de su pecho y entrañas, y desconfiada de salud, desesperadamente cerró las puertas á todo género de discurso y consuelo, abriéndolas á sus tristezas y congojas, y en conclusion, quiso perderse de propósito: abandonó la vida y apeteció la muerte. Cayó sin aliento en el suelo, de adonde sus criadas la llevaron á la cama, en quien, si bien se reportó algun poco, fué para recibir más esforzada sus rabiosos tormentos y dolores. Dejó para siempre los preciosos tocados, las ricas vestiduras; apartó totalmente de sí los contentos, las pláticas, los solaces y fiestas; y convertida en lágrimas, deshecha poco á poco, gastando el natural, estinguído el calor, se rindió á una enfermedad, que sin remedio humano arrebató del mundo la más hermosa y constante mujer que sujetó el amor: digna de grandes loores si, como no pudiendo, por ser de ajeno dueño, amar diversos lazos, la hubiera faltado ántes un tal inconveniente para poder tener mejor postrimeria; mas no prometieron otro fin más seguro las violencias y fuerzas con que sus padres previnieron su estado y la presente desventura.

Don Gutierre en el interin, ignorante de aquesto, desde que se vió ausente de su Hortensia ninguno le miró el semblante alegre, ni él habló con ninguno cuanto duró el viaje; solo embebido en la contemplacion de sus desdichas, entretuvo aquel término, siguió llorando y obediente á su tio, hasta que por aviso de Laurencio supo en Sevilla, no el trágico suceso de su dama, porque quando escribió aun no habia llegado, sino el peligro grande, cursos y crecimientos de la terrible enfermedad. Juzgaba el buen criado que cartas de mi dueño fueran en tal sazón remedio eficazísimo; y así, aquel mismo día, despachándome al punto por la posta, partí con ellas, y no hay duda sino que si llegaran más á tiempo pusieran su salud en

mejor esperanza. Prometia don Gutierre venirse tras de mí, y asistir para siempre donde Hortensia quiesiese, y sospecho que no todas estas promesas eran tan solamente cumplimiento ó estratagemas para entrenar la dama; porque ademas que su dolor y pena le iba tambien matando y consumiendo, ni él podía con tal vida permanecer ausente, quietarse un punto, sosegarse un momento; y así, forzosamente habia de ser aquel el último remedio ó perecer como ella; mas de otra suerte lo habia ordenado Dios. Halléla quando llegué difunta, y mi trabajo en vano, y aun á todo el lugar con sentimiento grande, y que en varios corrillos hablaba cada cual acerca de su muerte y de algunas notables y tristes circunstancias que en ella hubo, segun le parecia: no son para escribirse: fué prenda de mi dueño, demas que bien visto se está cuáles serian, segun la enfermedad, su origen y causas. Mas dejando aparte estas, no así son de callar sus funerales honras: nunca tales se vieron ni con tanto aparato en mujer de su suerte.

Pero lo que yo más noté en todo su discurso fué el de algunos sermones que sirvieron de encomios, epitalamios y panegíricos de la hermosa difunta. Eran los oradores, por sus letras y partes, de los más conocidos y nombrados en aquella ciudad; y así, con noble emulacion y competencia procuraron esmerarse en su alabanza y direccion, acumulándola virtudes y excelencias notables; con que, sin olvidar la caridad de Ester, la discrecion de Abigail, consejo de Micol y piedad de Ruth en su aplicacion y semejanza, tampoco se les quedó entre renglones la prudencia y hermosura de Raquel, honestidad y fortaleza de Judith, fe y obediencia de la primera Sara, y de Susana la castidad famosa. Mas no obstante todo esto, como quiera que en mí estaban tan patentes y frescos, groseros, muy distintos y aun desiguales, y como quiera que, segun dejo dicho, habian por mí pasado y registrádose su ardiente pensamiento, su más torpe deseo, su más furioso amor, sus más tiernos papeles, y últimamente, aun las resoluciones con que, á no refrenarla, diera al traste con su marido y casa, y en conclusion, el fin desesperado de sus amargos dias, no me pude excusar, respecto de uno y otro, de lo advertido entónces y de lo oído ahora, de admirar y encoger, reverenciando los profundos y secretos juicios de Dios, y mayormente quando, trayendo á la memoria cierto ejemplo terrible que á la sazón vertia sangre en España, juzgué en parte al presente, digo, á su origen esencial, por un retrato vivo del tal suceso. Y aunque muy raras veces acostumbro traer por los cabellos iguales digresiones, todavía, ya que por el decoro debido á estas materias no le es lícito á una pluma tan lega ni á una tan ronca cítara como la mia tocar en su censura, me ha parecido remitirla á la que él por sí mismo obrará por entrambos. Yo confío que se conocerá mi buen propósito, y que el lector verá que no es muy fuera dél, ni aun á pospelo el caso que le ofrezco; el cual es tan reciente y su verdad tan llana, que ademas que la califica cierto moderno autor, religioso gravísimo, tiene inmensos testigos, y aun yo mismo conozco hijos y hermanos del principal sugeto. Pasó pues desta forma:

No há mucho tiempo que murió (segun tengo advertido) en un lugar del reino de Valencia un letrado

(1) Que con el suyo pueda compararse. Hemos añadido estas palabras para completar la frase, pues en la edicion de Madrid de 1661, que es la que nos sirve de texto, y en otras que hemos consultado, dice solo no hay sufrimiento, y por consiguiente queda el periodo falto.

famoso; y es en aquella tierra, como tambien en otras por donde yo he discurrido, costumbre muy antigua que el dia que se entierran semejantes personas se comprometa el púlpito en el mejor predicador que hay, y que él entonces diga muchas y particulares alabanzas en su favor y abono, y ya tal vez algunas que no les compitieron, como á estotra; mas yo lo dejo al dia que Dios les pedirá cuenta de tal lisonja. Encomendaron los deudos del difunto el que se habia de hacer á un grave religioso; el cual, queriendo dar buena razon de sí y sacar la barba de vergüenza á quien le habia elegido, procuró desvelarse en estudiar conceptos, argumentos sutiles y peregrinos loores que á los del muerto levantasen del punto, y á él le adquiriesen nueva opinion y fama. Así pues, como digo, en esta ocupacion gastó la tarde y la mayor parte de la noche, hasta que en su mitad, siendo ya hora de mañines, cuando ménos cuidaba y cuando más su estudio le tenia divertido, le interrumpió del todo la temerosa voz de una trompeta que poco á poco con estupendo asombro venia acercándose hácia la librería del convento, que era donde él estaba; con cuyo horrendo trance de tal manera se halló sobresaltado, que sin saber si erraba ó acertaba, en sintiéndola cerca, casi desfallecido, se dejó caer entre los escafos y bancos en que estaba asentado; mas ni aun con tal suceso, dándole aliento el cielo, dejó de ver y oír cuanto despues avino; y así, abriendo bien los ojos, vió que paso entre paso iban entrando por la anchurosa puerta gran multitud de gentes enlutadas, y que el último dellas, mostrando ser la principal cabeza, en tomando su asiento, mandaba á los demas con imperiosa voz que le trujesen luego á su presencia la miserable alma del letrado difunto que habia muerto aquel dia; lo cual habiéndose hecho dentro de un breve espacio, se la presentaron delante cercada de cadenas terribles, de mil llamas furiosas y de demonios crueles, que al retumbante son de la trompeta ya le despedazaban y alligian; con que sin más tardarse, levantando otra vez la infernal voz el Presidente, volvió á decir así á los circunstantes: El que le toca de vosotros ahora lea el proceso y sentencia que ha dado Dios contra este desdichado. Y al punto disponiéndolo, y saliendo el uno en medio de la sala, comenzó á leer un libro, y en él cuantos pecados habia aquel cometido; y últimamente, en llegando al fin, su temeroso fallo, cuyo breve tenor fué el que se sigue: Por estos crimines y la final impenitencia en que murió Fulano le sentenciamos á la perpetua cárcel del infierno en cuerpo y alma desde el presente dia.

Aquí llegaba este fracaso horrendo, cuando levantándose en pié otro de los oyentes, dijo al que presidia: ¿Qué forma hemos de dar para que tal sentencia sea manifiesta al mundo, segun nos es mandado, y cómo ó de qué suerte cobrarémos el cuerpo deste infeliz espíritu, pues ya sabes que ahora no nos es permitido ni aun lícito el tocarle? A lo cual, en cesando, respondió el Presidente: No os dé cuidado aque-so, que ya yo sé el remedio que ha de haber para hacerse: sacad de aquí debajo aquel fraile que está escondido, que ese será testigo y publicará mañana este fallo y sentencia, y él en esa sazon nos entregará juntamente el desdichado cuerpo deste maldito. Esto se ejecutó, y

ya podréis pensar cuál estaria y saldria el pobre religioso; y luego prosiguiendo su plática, volviéndose hácia él y mostrándole la miserable alma, le dijo: Advierte que mañana prediques en el púlpito lo que has visto y verás, no los injustos loores y excelencias indignas que tenias prevenidas y estudiadas en favor desta triste. Con tanto, levantándose todos y caminando la vuelta de la iglesia, que era la del convento, y en quien la tarde ántes fué enterrado el jurista, aunque llegaron á ella y al sepulcro y le abrieron, no por eso se osaron acercar al condenado cuerpo, ántes apareciendo innumerables hachas encendidas, tomándolas unos y otros, se arrodillaron á la redonda dél con increíble respeto, hasta que el superior, tornando á hablar al fraile, le mandó que fuese á revestirse á la sacristía, y que en estándolo, volviese con un cáliz, como en efeto lo hizo, dándole Dios esfuerzo para estas estaciones. Y en conclusion, hallando de par en par la sacristía, entró, y salió vestido, segun se le ordenaba, y volviendo al sepulcro, sacada ya la tierra que sobre el cuerpo habia, visto que el Presidente le proponia de nuevo que, llegando á la boca del difunto el cáliz, despues le diese un golpe en el cerebro, obrándolo él así, apénas lo hubo hecho, cuando saltó la hostia consagrada que indignamente habia recibido, y en aquel propio instante, quedando el religioso con tan divina guarda, unos le acompañaron hasta el altar con luces y otros arrebataron el miserable cuerpo y lo desaparecieron con tantos terremotos, tristes aullidos, truenos y relámpagos, que toda la ciudad sospechó que era llegado su último conflicto; mas el siguiente dia, no sin notable asombro, salió de aquel recelo oyendo en el sermón que predicó el buen fraile, no aquellas alabanzas y estudiados encomios que esperaba, sino el estupendo origen y ocasion verdadera de su espanto y temor, segun he referido. Tal fué este admirable caso; bien es digno de leerse: aplíquese el curioso, pues ya sabe mi intento y el fin por que se ha escrito, miéntras yo vuelvo á don Gutierre con las amargas nuevas de la muerte de Hortensia: cosa que grandemente temí em-prender, juzgando que eso tardaría yo en dárseles que él en desesperarse; pero en esta ocasion, no como imaginé, mas con extraña vuelta, mostró mi dueño su cordura y valor, su constancia invencible, su verdadero amor, y últimamente, en su resolucion última el peso y claridad de su asentado juicio: evidente señal de su predestinacion, pues movido y llevado de aquel terrible golpe, y compelido de otras supremas causas que quisieron tomar esta por instrumento para su salvacion, dejando á sus criados no sin algun amparo, y á mí, aunque el mejor librado, sumamente afligido, atropelló constante las honras deste mundo, su vanidad y pompa, sus altas esperanzas, y á pesar de su tio, del sayal que otra vez cubrió sus liviandades vistió ahora su cuerpo para acabar con él y en la regular observancia de san Francisco con más seguro fin que su mísera amante.

§. XIV.

No se mostró enojada la fortuna con quien no hizo desgraciado, pues bienaventurado ninguno lo es en esta vida. Bien me holgará yo ser del número primero, ya que en el mundo se conocen del segundo tan pocos;

pero la inconstancia de mi estrella repartió de tal suerte sus influencias, que, como iréis siempre advirtiéndolo, ni permitió mis dichas ménos mudables ni mis facilidades más permanentes; ya pluguiera á los cielos que la certificación de tal verdad no corriera parejas con mi triste experiencia: apenas me mostró el semblante alegre la fortuna, que no la contemplase de espaldas. En efecto, aunque consideré mi desamparo, siempre me alentó y dió la mano la esperanza, compañera engañosa de los hombres, y con ella y con los dineros y alhajas que heredé de mi dueño comencé á desparramarme por Sevilla, inclita y memorable población, grande agasajadora de la mocedad y juventud. ¡Oh cuántos son los incentivos, cuántas sus delicias y halagos! Mucho promete de sí quien no tropezó con ellos, quien no cayó en sus trampas: confieso que el haber oído hablar muy largo destas, aunque yo era mozo, me hizo andar muy cuidadoso y atentado; mas no es posible que pocos años y mucha libertad y ocasiones repriman y aseguren el hervor de la sangre. Traíame aquesta fluctuando de unas partes á otras, como nave sin leme, como caballo sin gobierno, y á veces presumido con nuevas galas, ya con las pocas letras que iba perfeccionando, y ya con cierta confianza y propia estimación, ni sé si originada de mi locura y devaneo, ni sé si de otra causa más íntima y secreta que alentaba mi espíritu: de suerte que sin saber la noble estirpe de mis padres y abuelos, daba por infalible su verdad ignorada. Cénime espada, no sin cuerpo y edad suficiente á regirla (entraba ya en diez y ocho años), y dos áutes, gracias al generoso arrino de don Gutierre, me había hecho en todas armas algo plático y diestro. El compás de los piés, la desenvoltura de los miembros y la gracia y despejo suplen notablemente la multitud de reglas, los ángulos, los obtusos y rectos, puntos y observaciones matemáticas: tengo por superfluas muchísimas, no obstante que me cansé en saberlas, porque en diferentes ocasiones y aprietos me sirvieron tan poco, cuanto por el contrario me aprovecharon y valieron las primeras, si bien, dígame esto con salva paz de los señores angulistas, ni las unas ni las otras son de importancia donde se abrevia el ánimo y falta la resolución. Quedáronme de las privanzas y favores de mi dueño algunos émulo en casa de su tío, y por el consiguiente también amigos, y destes el mayor era don Francisco de Silva, mancebo de mi tiempo, alentado y con quien, mientras se disponían mis cosas, quedé alojado; teníamos los dos muy conformes deseos, anhelandos por pasar á las Indias y dar al mundo (como si fuese España solamente) tres ó cuatro rodeos; y con este propósito, importunado aquel señor de peticiones nuestras, nos prometió aviar en la primera armada; y en el interin, como si ya lo fuésemos, con colores y plumas y licenciosas galas de soldados, hicimos más de dos travesuras. Desplegámos las hojas y aun las manos con tan buena fortuna, que en dos dias, sin tres pelos de barba, se nos daba lugar en el corral de los Naranjos, digo, entre los oficiales de la muerte, ministros del dios Marte. Era entonces archimandrita deste grande colegio Afanador el Bravo, natural de Utrera; presidente el famoso Pero Vazquez Escamillas, y senadores Alonso de la Mata, Félix, Miguel de Silva, Palomares y Gonzalo Geniz; mas no así de

rondon nos admitieron en esta cofradía; sus ciertas circunstancias hubo en mi conocimiento. Salimomos mi camarada y yo una tarde paseando por la puerta que llaman de la Carne, y al atravesar de San Bernardo por el camino que van á Portaceli, yendo hablando con ciertas niñas, vimos que á largo paso se emboscaban dos bravos por los callejones de las luertas, y un gran rato despues, que con algun desasosiego guiaba hácia la misma parte Pero Vazquez Escamillas. Tenia yo á este hombre (aun sin haberle hablado), ya por el desvanecimiento de mi negra valentía, ya por las muchas que dél se referian, particular afeto, y deseaba lance que me le conociese, como se ofreció al presente, y tal, que pudo desempeñarse mi deseo. Juzgué y juzgámos el caso por pendencia, y sin más reparar, dejando á don Francisco (que por venir sangrado, en vez de espada traía al cuello una banda), disimuladamente le comencé á seguir hasta un espeso olivar, á cuya entrada divisé de los primeros que pasaron tan solamente al uno, el cual viendo á Pero Vazquez, le embistió con un buen brio, aunque con gentileza, porque, lo que Dios no permita por ningún bautizado, era el señor, con perdon de las barbas honradas que nos oyen, lo que llamamos zurdo. Luego en viendo su mengua le pronostiqué una desdicha: no hay sobrescrito más patente de que uno es mal nacido ni señal tan segura de ruin natural, como mandarse á zurdas ó no saber leer y escribir. Finalmente, de conformidad se acometieron con bizarría, admitiendo su envite Pero Vazquez con tanto señorío, que cual si fuera una flaca mujer, desbaratado, con una punta y otra le echó á rodar. Quedósele la espada como un cayado, y mientras él quiso enderezarla, su contrario, que tenia yo por muerto, se puso en pié, dándome á entender que venia bien armado. Mas todo lo hubiera menester, y no bastara, porque cierto, Pero Vazquez (si no le desdioraran ciertos malos respetos) era valentísimo hombre. Pero á esta hora, viendo el que estaba escondido la mala suerte de su camarada, salió de improviso por detrás de un vallado y puso el suceso en grandísima contingencia y al enemigo en evidente riesgo.

Ríome, y con razon, de los que sin larga experiencia blasonan, atropellando con la lengua montañas de hombres, pues es sin duda que los poco briosos bastan á contender con el mismo Hércules. Es a superchería escalentó mi cólera, que no necesitaba de muchos brindis, y dando á Pero Vazquez una voz para que se guardase del que venia sobre él, yo corriendo una pieza me igualé con su lado, y sin poder compasarme en sazón, me arrojé entre los dos á tiempo que cuando lo advertí por mi daño, fué resentido de un piquete en la frente, mas bien en breve quedámos satisfechos, dejando á pocos lances tendido al suyo Pero Vazquez, y yo al mio cejando contra al monasterio vecino. Seguíe cuanto perseveró el coraje, y no sé si pasara de los sagrados límites si al arrimarse á Portaceli, viéndose acosado, no me arrojara la capa y espada por aligerar la persona. Estos despojos llevé contento á los piés del nuevo conocido, que me abrazó con voluntad notable, y concertando el vernos en Triana, él fué campo travieso hácia la Trinidad, y yo á ponerme en cobro, que lo podía bien hacer, por ser entónces muy poco mirado y advertido. Siguióme don Francisco á lo largo, y en entrando

en Sevilla y en nuestra casa mudé vestido, y con unos anteojos, no siendo el piquete de importancia, me salí á pasear como si tal no hubiera sucedido, y sin gran diligencia supe que el retraído en Portacei, curadas dos heridas en el brazo y cabeza, quedaba sin peligro, y el compañero entre golpes mortales muy al cabo en el arrabal de san Bernardo; no obstante que, procediendo honradamente, callaban uno y otro todo el suceso. Con que al anochecer me vi con Pero Vazquez, y trayéndole á la torre y corral de los Naranjos, entendí de su boca que por razon del juego se habian desaliado; y yo quedé introducido allí desde aquesta batalla y en predicamento y número de jaque. Sanaron los émulos, y conferida la ocasion entre la Germania, juzgaron mal del soplamiento y antuvieron con que su presidente fué embestido. Privaron del corral y otras preeminencias por mes y medio á los contrayentes, y ademas en las costas, digo, en el gasto de una comida espléndida, en quien, ahogada la pendencia, se efetuaron las amistades. Así, con otras inquietudes que á las pasadas fuimos acumulando, raras veces perdiendo, y ganando muchas, quedó el nombre de Pindaro entre los más ilustres de aquella noble armería. A este grado me habian subido mis temeridades y locuras, cuando con nuevo y peregrino acacimimiento estubo mi cabeza, según presto veréis, casi en término y punto de pagarlá todas.

Andaba don Francisco de Silva en este tiempo amartelado en la calle Catalanes, guardándole yo el cuerpo algunas noches mientras hablaba con una doncella hija de un mercader, aunque entónces sin padres. Su nombre era Rufina y su morada la de un clérigo tio suyo, requisitos bastantes para poder prendarse cualquier discreto, ya por los intereses de su hermosura, ya por la libertad que habia para facilitarla y emprenderla. En este requiebro nos cogió á mí y á él una de las más oscuras y tenebrosas noches de diciembre. Parlaba con su dama mi amigo, y yo mientras los dos discretaban, sintiéndome cansado, me quise recostar al umbral de una puerta: cosa que apenas hice cuando no sin admiracion, ella, que solamente estaba junta, se abrió de par en par. Levantéme al momento, mas por presto que quise desviarme y retirar el cuerpo, ya habian de la parte interior sacado un brazo y asídome del mio, tirándome hácia dentro. No era tal accidente para dejarse de alterar un hombre; y así, al punto acudí con la mano diestra para excusarlo y resistirle; pero el tacto y manejo que alcanzó mi experiencia suspendió mi intencion, porque en llegando al brazo que me tenia agarrado, así en su arreo, delicadeza y blandura, como en la suavidad, anillos y sortijas de su mano, conocí ser de mujer; con que, sin más considerallo, me calé por la puerta, si bien no sucedió el negocio como yo sospechaba, juzgándome transformado en un nuevo Neptuno de la hermosa Ifigenia; ántes sin poder dar tres pasos adelante, dejándome aquel brazo, sentí que se bajaba el dueño á levantar del suelo un bulto, y que poniéndole en mis manos, al entregármele me decia: Poned en recaudo eso y no seas perezoso, pues ya no habrá otro mejor lugar para la conclusion de nuestras cosas. Con lo cual dándome á mí mucha prisa, y aun casi repujándome para que me fuese, me hizo salir afuera, cerró al instante, y yo

me quedé atónito y pasmado; pero volviendo en mí, advertido el peligro, corrí adonde estaba mi compañero, díjele me siguiese, y poniéndolo por obra, comenzámos á guiar á la pajería, trasudando mis huesos con el peso y congoja de la carga, y reventando don Francisco por entender la causa.

Sería la media noche entónces, y con ser á tal hora, el diablo, que no duerme, no quiso que gozásemos de semejante suerte sin retorno; y así, ántes de llegar á la posada, nuestro alboroto y prisa nos puso, sin verlo ni sentirlo, entre el alguacil de la justicia y un esclavo corebete: íbanse ya recogiendo á su casa, dejando á los demas ministros en las suyas; mas ni hallarse tan solos bastó para que nos dejasen pasar. Quisieron reconocernos y excusarlo nosotros, temiendo el mal descargo del cargo que llevábamos; pero no obstante, sin poder estorbarlo palabras y razones corteses, remitimos los ruegos á las espadas. Puse yo mi embarazo junto á una pared, y mientras el esclavo y su dueño gritaban resistencia y justicia, y meneaban juntamente las manos, yo y mi amigo con despejo y coraje les cargámos de suerte, que mal de su grado nos desembarazaron la calle, pidiendo el uno en voz de Mozambique confesion, sacramento. Este aullar del mulato nos turbó los sentidos, y con tanto, ayudando tambien la grande oscuridad, no sin terrible pena, desatentadamente erré el lugar donde dejé la carga: cosa que me causó tal desconuelo, que no temiendo la gente que acudia, aun me estaba en el puesto, y lo peor es, con una herida que me pasaba un brazo, y otra no menos importante en la cabeza. Mas cayendo en la cuenta, no quise echar la sogá tras el caldero: seguí á mi camarada, que iba, por no ser visto, incorporado con las mismas paredes; pero no habia andado muchos pasos así, cuando, dando un terrible golpe, le ví caer de su estado. Aquí fué mi dolor, aquí fué el apretar los dientes y el temer un desastre: creí sin duda que le rendia al amigo alguna penetrante y mortal estocada; y así, en dos saltos, yendo á arrojarle sobre él para favorecerle, casi mi discorrir acelerado me hubiera de salir á la cara, pues tropezando yo tambien, fuí á parar con los ojos donde fué buena suerte no romperme los cascos: finalmente, caí sobre mi dulce y deseada carga, que este fué el mismo encuentro que atropelló á mi amigo. Levantóse y alcéme; y no obstante que deshecha una pierna y tan mal herido como dije, todavía alegre me abracé de aquel bulto ignorado, el cual poco despues, llegado á mi posada y aposentó, vi y vió don Francisco que era un cofre de acero de cosa de tres cuartas, obrado de atauja ricamente, con labores menudas y embutidillos de plata y oro, y tres cerraduras de admirable artificio. Todo esto nos causó maravilla, mas sin comparacion mayor al camarada luego que entendió el modo por do vino á mi poder. No veíamos la hora de abrirle; y aunque quisimos reservar en su sér aquella hermosa pieza, como nos faltaban las llaves y sobraba la codicia, al fin fué condenada á tormento de cuerda; pero era á la sazón tanta la sangre que me salia del brazo, que aunque me fatigaba más la dilacion de ver lo que venia en el cofre que el peligro presente, todavía por no desangrarme se suspendió el acuerdo.

§. XV.

Tratando estábamos de mi cura y remedio, bien que con ménos aderezo del necesario, cuando interrumpió nuestra obra un gran rumor y voces que discurría por el patio. Escuchámos atentos, y presto conocimos que nos habian seguido; y pareció ello así, porque aquel breve término que nos tardámos buscando el cofrecillo se le dió á algun curioso (soplones llaman á estos en mi tierra) para prevenir nuestra fuga y sacarnos de rastro, trayendo á la justicia.

Estaban las puertas del palacio (costumbre de tan grandes señores como el tío de mi dueño) abiertas hasta las doce de la mañana; y así, no hallando estorbo, entraron hasta el patio con las linternas y luces diferentes ministros, un teniente y algunos escribanos. Este fué el ruido que atajó mi cura, y mayormente el oír asimismo que á voces decia el cañuto advertido las siguientes palabras: Aquí, señor teniente, entraron los dos reos, y que vienen heridos es cosa averiguada: este es el rastro; por aquí va la sangre; sígala vuesa merced, que á la escalera guía; no es caso de respetos; un ministro está muerto, y por el consiguiente el alguacil de la justicia en semejante paso. Así alentaba aquel demonio infernal la circunspeccion del juez, pero él anduvo tan cuerdo como remiso y atentado. Había en palacio más de doscientos hombres, y sobre atropellar su inmunidad se perdieran todos: no admitió el tal consejo; caminó á lo seguro, puso en la calle y puertas muchas guardas y espías, y hecho esto, mandó avisar que estaba allí á nuestro dueño, el cual, mandando subir hasta su propia cama, y entendida la causa, los indicios y sangre, mientras con grandes cumplimientos y cortesías linchó la cabeza de viento al teniente, dió la órden para que por diferente cuarto con gentil disimulo nos sacasen del nuestro. Ejecutóse así, dejando yo encerrado el cofrecillo dentro de un baul; y despues licenciando la casa, mandó buscarla toda. Abrióse mi aposento, vióse la mucha sangre, y aunque no nos hallaron, las sospechas bastaban para hacernos secreto; mas avisado del mayordomo, dijo y declaró que todos aquellos bienes que allí estaban eran de la recámara de su señor; y así, con esto los señores ministros se quedaron en jolito, si bien no faltó quien de los envidiosos de mi casa les dijese otro día nuestros nombres y señas; con que comenzaron al punto los pregones y edictos y nuestro mayor encogimiento y reclusion.

Murió luego el esclavo corchete, y el alguacil, aunque estuvo en peligro, sanó, y yo juntamente, y en tal disposicion se trató de conciertos; y satisfaciendo con generosa mano nuestro dueño á las partes, cesó algun tanto el rigor y persecucion de la justicia, volviéndonos los dos de un convento adonde estábamos á nuestra casa y aposento, aunque para no salir en muchos dias, alegres sumamente, por dar en ellos fin al encañtamiento del cofre. No le habíamos visto desde la noche del fracaso; y así, haciéndonos cada momento un año (tal nos parece el tiempo cuando algun bien se espera), abrimos mi baul para romperle á él; pero fué en balde aquesta diligencia, porque él era tan fuerte y de materia, segun he referido, tan sólida y maciza, que dos mazos de herrero no le hicieran pedazos. Importaba en

su empresa ménos fuerza que industria, fuera de que tambien no convenia se oyese mucho estruendo en su expedicion. Tuvimos por mejor el prestar paciencia hasta tener limas y botadores con que poder desbaratar las chapas y los muelles, pero en el interin que se buscaban estos, entendida en Sevilla nuestra asistencia, comenzaron visitas, y transplantado á nuestros aposentos el nombrado corral de los Naranjos, no quedó jaque en él, profesado ó novicio, que no viniese á darnos gracias y muchos parabienes.

A la sombra de aquellos nos atrevimos á salir por las calles, y no solo de noche á su antiguo requiebro don Francisco de Silva, mas en mitad del día, no sin pequeño escándalo; mas nuestra libertad era tan disoluta, que de los excesos y delitos hacíamos gala, y de los atrevimientos temerarios honor y valentía, siendo así la verdad, que la cierta y segura es respetar á la justicia, rendirse á su obediencia, favorecerla y ampararla y honrar á sus ministros; pero segun aquesto, ¿qué puede disculpar mis torcidos caminos, sino la misma causa que me guiaba á ellos, mi corta experiencia, mi desatada juventud y locura?

Hacíanse en esta ocasion ciertas ferias en un lugar no léjos de Sevilla, ignoro si le nombran Morales, si bien sé que en él hay una torre fundada de tal modo, que cualquiera persona de no muy grandes fuerzas arimándose á ella la hace bambolear. Allí los campesinos y labradores tenían esto á milagro, mas yo, que tengo leído que aquel no se dispone sin gran necesidad, no viendo cosa que le obligase ahora, mas presumí cuando lo vi que era algun artificio ó trabazon de las barras de hierro sobre que está pendiente. Pero volvamos á la feria y al viaje que don Francisco y yo hicimos á ella, tanto por gozar del concurso, y aun de la vista de Rufina, que con una su tia se puso en tal jornada, cuanto por comprar con ménos nota las limas y herramientas de que necesitábamos. Finalmente, á las nueve del día nos plantámos en el dicho lugar, y á poca costa conseguimos el principal intento, y llenámos los ojos, el gusto y el deseo en la diversidad de tantas cosas que con hermosa variedad alegraron el día. Andaba don Francisco transformado en su amor y convertido en sombra de su dama, sin perderla de vista, dando los mismos bordos y paseos, y valiéndose de ocasiones que á hurto dieron lugar de hablarse, y aun tocarse las manos: favor que enloquecía á mi cautivo amigo, no sin gran risa mia, por ver la estimacion de sus extremos locos, porque como hasta entónces, por beneficio de los cielos, aun se estaba cerril y libre mi cerviz, juzgaba como necio por perdurable y verdadera semejante exencion, y al contrario, por notable vileza sus rendimientos y blanduras; mas ayudábame á esto y á esforzar mi opinion el tener aun entónces muy frescos y presentes (¡pluguiera á Dios que siempre los hubiera guardado!) algunos documentos, enseñanzas y avisos que para nuestro ejemplo nos dejaron diversos escritores. Habia leído varias veces en muchos los enredos y máquinas, las mentiras y engaños de las mujeres deste género, sus disimulos cautos, su doctrina amorosa, sus muestras falsas, sus lágrimas fingidas y alambicadas de los ojos, como si las tuvieran en las mangas; sus lisonjas y halagos hasta quitar las fuerzas á Sanson, trasquilándole para despues dejarle entre los

filisteos. Aun no estaba olvidado de lo que dice dellas el mismo Salomón: Panal de miel, escribe, que trae en los labios la mujer deshonesta, y su garganta más blanda y más suave que el deleznable aceite, y que con lo que ceba es más rígido y agrio que el amargo acíbar, y su tajante lengua cuchillo de dos filos, como, por consiguiente, sus miserables pastos tristes caminos y veredas confusas por donde, al fin al fin, nos guían y precipitan á la infelice muerte. Así de aquesta forma avisa y amonesta la Sagrada Escritura á los que descuida y desvanece la ardiente juventud, á los que encanta y entorpece el dulce canto destas crudas Sirenas. Y así, no es mucho que advertencias tan grandes y el temor de mirarme entre sus duras y ponzoñosas garras me hiciese ahora abominar y aborrecer su compañía.

En tales pensamientos iba yo discurrriendo, cuando me sacó dellos un ruido de pendencia trabado cerca de mis espaldas. Guíé hácia aquella parte, dejando los discursos, y vi (no sé si se creerá) con tanta admiración como envidia mía, cercado de veinte hombres, un viejecillo más blanco que la nieve, rodeándose entre ellos con espada y broquel, con más vigor, ánimo y bizarría que cuentan de Teseo con los fieros centauros y bodas de Tesalia. En el grande peligro gran diligencia y hrio es necesario siempre: pasmóme el caso, y el que mis ojos vían y su dificultad, según mi juicio, acrecentó decrepitud en el que la representaba; mas ántes que pase á su suceso y á lo que yo hice en él, quiero que, como lo entendí, sepaís la causa de la empresa. Parece ser que jugando en la feria algunos macarenos ó caimanes con un pobre mancebo, iban tres al molino, y haciendo tal figura un mozo labrador más inocente y bueno que malicioso y zaino, todos cuatro barajaban los naipes y el dinero sobre la mesa de un señor turronero y á vista de otra gente, entre la cual era vestido de pardillo, montera y capa hasta casi el empeine, el viejo de quien hablo, que, advertida la treta, y la que señalando entre los botones, fomentaba otro guro á los jugadores, no quiso permitir que se hiciese delante dél tal sacrificio, ántes intrépido y terrible echó la mano al naipé interrumpiéndole, y luego mirando al mancebete, le dijo con una ronca voz: Levántese vuareed, y por mi cuenta recoja y guarde el gueltre, y vuareedes (dándole una mirada á los demas) conténtense por hoy con lo que le han ganado, y esto sea sin réplica. Así dijo; y no fué menester más arenga y razón, ni él sabía otra retórica, para que se alborotase el bodegon, y mayormente viendo que el que le revolvía con tan extraño término era un caduco viejo de más de sesenta años. No hubo entónces hombre de los presentes que, advirtiendo uno y otro, no le tuviese por mentecato ú loco: todos le juzgaron por muerto del puntapié primero. Ninguno de los fulleros y rufianes se estimó de mirarle á la cara; nadie le respondió con la boca, y todos sí con la mesa y los bancos, con el turron y naipes: todo le cayó encima de repente y cual si fuera un desapoderado torbellino; y así, llevado dél, rodó una pieza entre las baratijas, y aunque pretendió levantarse, estuvo un breve espacio envuelto entre ellas, que en cuatro ó cinco veces nunca le fué posible; mas alza Dios su ira: cuando en efeto pudo, cuando puesto en razón sacó la temeraria

y arrancó de la cinta un broquete de corcho no mayor que un sombrero, no hay furia, no hay toro de Jarama que así se haga lugar y anchurosa rueda. Acudieron á los fulleros otros, y yo, sin poder reprimirme, llamé á mi camarada, y juntos le tomámos en medio. Tenia ya tendido entre sus piés uno de los contrarios, otro con una herida; vile que iba cayendo, y advertido el peligro, deseando que se salvase tan valiente hombre, le hice que nos siguiese, y aunque con gran trabajo (pero es flaco el varón á quien en la mayor dificultad no se aumenta el esfuerzo), creciéndonos áqueste, á pesar de cuantos lo impedían le llevábamos á la iglesia. Aquí se acrecentó el bullicio: acudió un alcalde á sacarle; mas levantándose una voz que publicaba ser el viejo retraído no ménos que el famoso y nombrado Afanador, no quedó hombre de Utrera ni de todo el contorno que no acudiese á su defensa. Vencedora es de leyes la osadía: hubiera de perderse el lugar si la justicia quisiera entónces ejecutar la suya; mas atajólo el cura, que, requiriendo y protestando las inmunidades de la Iglesia, puso al alcalde más en término y le sacó della, y en el interin por diferente parte, mientras duraban las contestaciones y protestas, tuvimos puerta y venturoso escape.

No vía yo la hora en que abrazarme de aquellos flacos miembros, de aquella hereúlea senectud, y así lo hice en llegando á unas viñas, donde nos reparámos, nos conocímos y quedámos obligados y amigos. No quiso Afanador, temiendo le siguiesen, guiar á Utrera. Llevámosle á Sevilla, y aquella noche nos entrámos en casa, de adonde dentro de cuatro días, sosegado el negocio, salió para la suya, y no muy bien dispuesto, pues no veinte despues supe su acabamiento, y aun le hice decir algunas misas. Este fué el fin de Afanador y el modo con que vino á mi noticia, que no quise excusar porque quede memoria de un tal hombre, tan valiente y honrado, que con ser labrador, pobre y con muchos hijos y necesidades, nunca en su vida hizo cosa indigna; nunca en su vida, con tener tales espíritus y manos, las empleó en obras ruines. Mas volviendo á mi cuento, bien pienso que el lector tendrá tanto deseo de ver abrir el cofre como entónces le tendríamos nosotros de salir de su duda: así, en despidiéndose el huésped, comenzámos la empresa, prolija por nuestra corta maña, y difícil por la union y dureza con que estaba ligado. Era mi sufrimiento terrible viendo su resistencia; dábale dos mil vueltas; echábalo de mí, y volvía á abrazarme con él; y finalmente, tanto le rodeé y tan menudamente le advertí, que sin pensar hallé lo que buscaba. Hallé que debajo de las aldabas estaba un muellecillo á manera de perno, puesto con tal destreza, que casi no se echaba de ver: apenas eché mano deste, cuando saltó una gabetilla que con él se juntaba, y en ella vi las llaves, y me dió abierto el cielo. Alborozóse don Francisco, y clavados los ojos uno y otro en la cubierta y capa, como si dentro hubiera la engañosa hermosura que Psíquís trajo del infierno, así temíamos no se desvaneciese como aquella nuestra codicia y esperanza. Mas ¿qué me diréis que esto nos sucediese? Que si por dicha os halláredes entónces á la vista y semblante que pusimos los dos luego como abrimos el cofre, luego como mirámos en él con grande compostura diez lios de cartas, diez arrobas de nieve que

nos helaron las entrañas, que nos entorpecieron los miembros, cierto que nos juzgara por dos hombres de mármol, ó por artificiosos mascarones de lienzo, y aun lo encarezco poco, pues no tanto por relacion y escrito, como con la misma experiencia, se puede encarecer nuestra afliccion y espanto.

Gran rato duró esta suspension, ni sé si de afrontados ó condolidos; mas al fin salimos della, y yo, algo consolado, empecé á abrir papeles amorosos y comencé á desparramar por la cuadra sus diversos concetos, hasta que, ahondando más el fondo, topando cosas más sólidas y duras, volvieron mi alma al cuerpo. Saqué muy bien empapelada una rica bujeta de marfil y ébano, cabos y guarniciones de oro; y della, cuando esperaba una graciosa joya, si no lo habeis por enojo, dos hermosos retratos, el uno de mujer y el otro de hombre; ella linda y bizarra, y él gallardo y gentil. Pero ni tanta lozanía excusó que uno y otro no fuese por el aire á parar á mi cama. Creció mi furia y la desesperacion del amigo, que ya sin poderlo sufrir, tendió una manta, y de golpe volcó sobre ella de una vez el cofrecillo, de quien (¡oh poderoso cielo!) no Júpiter en lluvia para gozar á Dafne, ni Baco en falsas uvas para engañar á Hesiene, sino pedazos de oro, doblones de dos caras, diversos bultos envueltos con papeles; uno, cruz de diamantes, otro, ricas sortijas, y otros con dos sartas de perlas, gargantillas de aljófar, pretadores, firmezas, bandas, manillas y una grande cadena. Valdrian á mi ver todas aquestas cosas dos mil ducados, y otros tantos y alguna cosa más lo que venía en dinero. Tal fué el lastre del pequeño navio, el maná que llovió su cielo, que salió de aquel abreviado Potosí, dejando á nuestros ojos voluntad y deseo hartos, pero no satisfechos. Recogimos al punto nuestro tesoro, y en acuerdos y consultas diferentes igualmente resolvimos (aunque á bulto) su partija y expedicion. Esta dispuse yo con buen consejo, confirmandome en el viaje de las Indias; y apresuróse aqueste en don Francisco y en mí, mediante las asechanzas, malicias y chismes con que nuestros antiguos émulos nos iban desacreditando y descomponiendo con su tío don Gutierre, dueño y señor de mi compañero, el cual ahora, no sin muchas lágrimas, se despidió de la hermosa Rufina, en cuya calle no quiero que se me olvide de advertiros las grandes diligencias que entre los dos hicimos por entender la casa de donde salió el cofre, bien que en vano y sin fruto, porque la oscuridad y turbacion que me causó el suceso de aquella noche perturbó mi cuidado y no me dejó hacer mejor cuenta ni al discurso tomar bastantes señas de la puerta; y ignorándose aquella y callando nosotros, fuerza era que había de ser para siempre encubierto. Tuvo con todo eso diferente salida: entenderáse en allegándola su tiempo.

§. XVI.

En el ínterin, siendo ya tiempo, tratámos nuestro avío, y acomodados con plazas muy honrosas acerca de la persona misma del general (que entónces lo era aquel buen caballero don Luís de Córdoba, hermano del marqués de Ayamonte, y por el consiguiente deudo de nuestro gran Mecénas, y á cuya intercesion nos admitió debajo de su amparo), hicimos nuestro empleo, habiendo yo convertido en moneda mis alhajas,

excepto los vestidos y joyas, porque de aquesto me aseguraron hombres pláticos mejor ganancia en Indias. Cargué una caja de mantos y medias de seda, y sin saber si erraba ó acertaba, de cincuenta resmas de papei y cantidad de agujas. Burlaba don Francisco de mi último empleo; mas él se halló despues no poco arrepentido, porque no tienen número las veces que hallan los hombres envuelta en miserables y despreciados trapos la buena dicha. Quedáronnos, demas de lo advertido, más de dos mil ducados en doblones y piezas, que no osámos trocar ni descubrir á nadie, temiendo dar de ojos en alguna sospecha: temor discreto, pues ninguno se ha hecho de repente rico con justa causa, y mayormente viendo el riguroso azote que comenzaba á descargar el cielo sobre nuestros amigos, las columnas y Atlantes de la gran Germania. Pero Vazquez, Geniz, Felices y el Mulato; cuyas tristes tragedias, cierta representacion de tales sugetos, ó á lo ménos sus fines y lastimosos sucesos, escribiré á la vuelta si Dios fuere servido de traerme deste viaje.

Para darle principio remitimos al puerto nuestras cajas y ropa, con intento de hacer otro mayor empleo de lienzos en Sanlúcar. Y nosotros por la banda de tierra tomámos el camino, deseando excusar hasta el lugar de Coria las vueltas y revueltas que da en aquel breve espacio Guadalquivir. Sería al ponerse el sol un lúnes de cuaresma cuando salimos de la insigne villa, anocheciéndonos casi á su vista, ya fuera de las calles y huertas de San Juan de Alfaraque; donde comenzando á levantarse unos nublados, en breve término el cielo se cerró de campiña y de manera, que aunque llevábamos buena guía en el mozo de mulas, si los relámpagos espesos no nos alumbraran con su luz temerosa, perdiéramos diversas veces el camino. Con aqueste trabajo proseguimos una legua, si bien cuando pensámos que menguara, creció, alentado de nuestra necia curiosidad. Vimos á esta hora no lejos de la senda una pequeña luz, y pensando escapar del turbion que nos venía amenazando, creyendo fuese alguna casería, guiamos campo travieso á ella; mas no habíamos andado muchos pasos, cuando se nos desapareció la luz y quedámos á oscuras; con que tornámos juntamente las riendas al mismo punto que ella volvió á mostrarse en diferente parte, y muy poco despues, variando en uno y otro lado: cosa que nos dejó algo suspensos. El mozo decía que sin duda eran cazadores de perdices, pero el tiempo tan fuera de sazón desvanecía su juicio, y don Francisco, hecho á hallarse tesoros á poca costa, afirmaba que podría ser algun brillante resplandor, alguno de los animalejos que crian en sí la piedra que llaman carbunco. Reíame yo desta patraña, y aun de su parecer, y viendo, más atento, que la luz por instantes mudaba puestos, mudaba resplandores, porque ya unas veces se aclaraba, y otras se amortiguaba y extinguía, juzgando que la movia alguna persona, dí mi voto y propuse que nos tornásemos al camino derecho; pero sin admitirle don Francisco, más intrépido y resuelto á saber la aventura, se apeó y me obligó á lo mismo. Parte es de necedad querer escudriñar más de lo necesario: dábale al diablo el mozo con tal curiosidad; mas que quiso que no, trayendo de las riendas sus mulas, hubo de seguirnos hasta que, llegando muy cerca, divisámos

sin distinción un bulto y que por el consiguiente, habiéndonos sentido, volvía á encubrir la luz. Alargámos el paso, y don Francisco, no sin turbada voz, le preguntó quién era; mas ni tuvo respuesta, ni ménos la tuvimos nosotros, que le repetimos lo mismo. Con que alentados de aquello que pudiera desanimarnos más, por último consejo sacando las espadas, le embestimos. Pero á esta hora, que casi nuestras armas se sentían sobre su cabeza, sacando de repente la luz, nos dejó encandilados y tan suspendidos, que por un breve espacio ni abrímos boca ni levantámos pié ni mano; mas sosegándose aquella alteración y el ofuscamiento de nuestros ojos, con terrible temor vimos delante dellos lo que aun acordándoseme al presente, me entorpece y eriza los cabellos. Digo que vimos un cadáver horrible, tan descarnado y desemejable, que si las canas y ensortijadas trenzas y la voz tremulante con que ahora habló no testificaran que era una arrugada vieja, creyéramos sin duda, que era el demonio mismo, que la traía por semejantes lugares engañada. Mirónos en llegando con semblante infernal, y entre un ronco bramido, dejándonos como piedras inmóviles, sacó del pecho las siguientes palabras: ¿Quién, hombrécillos viles, os ha dado tan grande atrevimiento? Quién alentó vuestros flacos espíritus, moviéndolos á que así interrumpiesen las obras de mis manos? Volved, volved, tornad á vuestro viaje; que si esa inocente edad, si os escapa de culpa, no así os librará de mi furor y ira si más me replicáis ú os deteneis en mi presencia. Esto dijo aquella nueva Circe, y haciendo con las ropas un círculo pomposo, se dejó caer; y nosotros, audaces y temerosos, sin más tardanza la obedecimos.

Destá suerte, mirándonos los unos á los otros, estrallando las piernas del gran temblor del cuerpo, volvimos veinte pasos atras, término en quien se extinguió nuestro miedo y de repente otro mejor discurso volvió por nuestra honra. Considerámos cómo la trataría á nuestras espaldas el mozo de mulas viendo al presente tan grande cobardía, y con nuevo valor, encomendándonos al cielo, tornámos muy resueltos á experimentar la furia de aquella torpe vieja, ver en lo que entendía, y conviniendo, atarla piés y manos y dar con ella en poder de la justicia. Esta era nuestra cuenta, mas bien diferente la tomara de tal temeridad aquel vestigio si la divina voluntad se lo permitiera; porque apenas resolvimos lo dicho y dimos vuelta á ejecutarlo, cuando abriéndose (á nuestro parecer) la cueva y cárcel de los furiosos vientos, fueron tan repentinos los que bramando nos lo contradijeron, que sin poder contrastarlos de otra suerte, hubimos de arrojarlos en el suelo y caminar bajados la distancia que había hasta donde dejámos la mujer; en cuyo lugar, habiéndose al momento desaparecido, hallámos una linterna sola y un asqueroso hedor de piedra zufre que nos atafagaba los sentidos, y con todo este estorbo no dejámos de remirar en los contornos cuanto alcanzó la vista. Tuvimos por excusado nuestro trabajo, y juzgámos que el demonio se la habria llevado ó encubierto, y haciéndonos mil cruces, casi arrepentidos de la empresa, nos quisimos volver; pero á este punto, hallando don Francisco blanda y muelle al tierra, y de manera que parecía que la habían recavado, más advertido en ello, comenzó á revolverla, y

á poco que ahondó, no sin harto cuidado, topó un pequeño bulto, y sacándole tan mala vez, por la terrible escuridad que lo estorbaba, determinámos ser un hombre de cera, uno de los embustes asquerosos con que el padre de mentiras engaña y trae perdidas las mujeres de semejante género. Era el tamaño poco más de una cuarta, y estaba hecho un erizo de agujas y alfileres; cuatro le atravesaban los riñones, dos por el corazon, dos por las sienes, y uno más grueso y grande por medio de la mollera; tenía un hueso en la boca, y dos carboncillos pequeños en vez de ojos, y lo demas del cuerpo rodeado de cuerdas de vihuela, cuyos lazos diabólicos, nudos y enredos ni la noche nos los dejó advertir, ni la ocasion y el tiempo considerar. Comenzaba á llover espantosamente, y á veces entre el agua caían disformes piedras y granizos. Rogué, con tanto, se volviese á su puesto aquel embuste; más no le pareciendo justo á mi camarada, se le echó en la faltriquera de la espada, y tomando las mulas, al subir en la suya, el peso y golpe de la guarnición ó la fuerza que puso apretó de tal suerte contra el muslo la cera y alfileres, que le lastimaron muy mal, y con todo sufrió el dolor y no mudó de parecer.

Con este buen principio comenzámos á andar al mismo punto que tambien comenzó á enfurecerse un terrible y furioso ventisquero, dejándose caer tan impetuosamente, que juzgámos se habrian abierto las cataratas de los cielos, y más airados los procelosos vientos, hacía cualquiera parte que volviámos, les hallámos opuestos y contrarios; y no obstante, atravesando el campo, llegámos al camino de Coria. Tomó entónces la delantera don Francisco, á cuya mula desde este punto le nacieron dos alas, tal fué su caminar y ligereza repentina: quisímosla seguir, pero siempre nos llevaba arrastrando; con que no fué posible durar mucho con ella: perdimos de vista al compañero, porque aunque le dimos voces para que se aguardase, el rumor de las aguas y otra secreta causa le tapó los oídos y cegó los ojos. No dejaron de causarme algun recelo aquestas novedades, mas conociendo que iban oliendo el rastro nuestras mulas, proseguí mi jornada, cierto de que su instinto natural nos volvería á juntar dentro de breve espacio, como en efeto sucedió, pues ántes de media hora, reconociendo casas y tapiería, muy alegres nos hallámos cerca de un buen lugar. Aquí el mozo de mulas, hablando entre los dientes y volviendo la cabeza á unas partes y á otras, empezó á santiguarse, y yo á mirarle con igual suspension; pero sacóme della con decirme que nos habíamos perdido, porque el pueblo presente no era Coria. Tampoco era muy nuevo para mí semejante disgusto, y mayormente ocasionado de tan terrible noche; mas fué mucho el oírle afirmar con grande admiración que no sabía cómo ni cuándo errámos el camino; porque demas de ser pasos contados, su experiencia y cuidado hacían imposible, ó por lo ménos sobrenatural, semejante suceso. Siempre habíamos venido con el río á mano izquierda y su márgen y orilla junto á nosotros: juraba y aun creía que tal acacamiento guardaba en sí otro mayor misterio. Creció este, y nuestras impaciencias se subieron de punto luego que, entrando en el lugar, no tan solo supimos no ser Coria, pero nos hallámos con un

rodeo espantoso en Castilleja de la Cuesta, habiendo vuelto atrás una legua muy grande. Pues no fué este accidente cosa considerable en comparacion de los que restan; aun comenzaba entónces el naufragio. Apenas pasámos por delante de nueve ó diez casas, cuando á la vuelta de una calleja angosta que salia de la Real, oímos entre vario rumor la voz de don Francisco y las herraduras de su nuevo Pegaso. Guiámos hácia él más aleutados con su hallazgo; pero templósenos el gusto con una súbita desgracia que casi le sobrevino á nuestros ojos, y fué esta que, como hubiese ántes llegado al mismo puesto y con la velocidad y prisa que he dicho, sin poder repararse, segun lo pretendió, para esperarnos, no haciendo caso la mula de la rienda, de la espuela ni el freno, mal de su grado desapoderadamente se le arrojó por aquella calleja, que, siendo sin salida y teniendo por frontera una casa, hubo forzosamente de chocar con sus puertas, á las cuales, aunque estaban cerradas, así se abalanzó como si las viera abiertas; y dando en ella muy crueles cabezadas, sin querer desviarse, cual si algun demonio informara sus miembros, no solo impidió el apartarse don Francisco, sino que con bufidos, coces y pernadas alborotó á toda la vecindad.

Sacaron luz de dos ó tres ventanas, y de la misma casa, viendo el peligro de mi amigo, hicieron otro tanto; y ademas un buen hombre bajó á la puerta para favorecerle, pero hubiera de costarle la vida, porque en sintiendo el animal furioso que la iba abriendo, intrépido se abalanzó al zaguán, atropellándole y dejando á mi camarada tendido en los umbrales medio muerto; porque, como le cogió entre las puertas y su desapoderamiento fué tan grande, no pudiendo valerse de sus fuerzas, con el terrible encuentro le arrojó por las ancas; y así, el grave golpe y la caída de cerebro no fué mucho que le dejase desmayado. No lo creí yo así, ántes pensé que habia caminado al otro mundo: apeíme al momento, y por muy presto que allegué á su socorro, ya le hallé rodeado de dos ó tres mujeres y el dueño de la casa, que, si bien maltratado, piadosamente acudió á levantarle; mas fué excusada diligencia, porque estaba sin pulsos. Echóle agua en el rostro una de las mujeres que le tenia mejor que razonable, y viéndole mortal, dijo á voces que llamasen al cura; y yo, con harta pena de mi alma, temiendo que acabase sin sacramentos, solicité lo propio; pero advirtiéndole que nadie se movía, y que el buen hombre se excusaba y las demas mujeres se escondian y aun culpaban el aviso desta otra, algo extrañándolo, recibí en mi compañía un muchacho que me enseñase á su posada, y fui volando por él.

Hálléle que se estaba acostando: referile el desastre, y no obstante, volviéndose á vestir, sin ninguna tardanza se dispuso á mi ruego. Salió á la calle; mas en reconociendo la guia que yo traía y la casa adonde le llevábamos, súbitamente reparó, y sin querer pasar de allí, hizo alto. Dábale mi cuidado mucha prisa; mas él, desengañándose, me dió á entender que por cosa del mundo no podia entrar en casa semejante. Abominé el escrúpulo ignorando el misterio, y comencé á afligirme y reprohárselo con diversas palabras; pero advirtiéndome mi razon, para salvar la suya me ordenó que como se pudiese mejor sacásemos á don Francisco de

donde estaba y le llevásemos á su misma posada. Ofrecíome con esto todo albergue y regalo; con que satisfaciéndome, más alegre y contento le dí las gracias y lo puse por obra, poniéndonos entre yo y el criado el amigo á los hombros hasta depositarle en su aposento y cama.

§. XVII.

A todo esto mi camarada estaba sin sentido: desnudámosle, y miéntras, llamado un cirujano para que le cobrase, le aplicaba varios y precisos remedios, apartándome el cura á un lado de la sala, quiso saber de mí quién éramos y adónde caminábamos, y, lo más principal, qué causa nos habia traído á la casa en que cayó mi amigo. A esta final pregunta, conocido su cuidado, le satisface luego con la ocasion que habeis oido, si bien entónces solo era presumida de mí. Contéle, segun ya he referido, el adelantarse don Francisco, el desatiento de su mula, el arrojarse en la calleja, y consiguientemente, el entrarse, en abriéndole, en la casa advertida. Díjele mi sospecha, la principal jornada, el caso horrendo de la hechicera vieja, el habernos perdido en el camino, lo que el mozo inferia de semejante yerro, y finalmente, otros varios misterios hechos por mi discurso, ya dando á estas desdichas más cuidadoso origen, y ya atribuyendo las muchas y temerosas circunstancias que sucedieron á la curiosidad de mi camarada, á su infernal hallazgo y al haberse resuelto á traerle consigo; con que más admirado de lo que yo pensaba, haciéndose mil cruces y arrugando la frente, quedó el buen cura pasmado por más de un cuarto de hora, dando con tal extremo más nuevas causas á mis admiraciones y cuidados. Bien advertí, en mirándole, que tanta suspension, fuera de nuestro cuento, tendria fundamentos más graves; y así, queriendo preguntárselos, él me salió al encuentro y absolvió mis dudas en la siguiente forma. Informóme primeramente cómo era comisario del Santo Oficio, carga por quien sabia particulares secretos de aquel pueblo, y que así, tenia por cierto que no acaso ni perdidos, como nosotros presumiamos, se encaminara á él nuestra venida, y singularmente á aquella casa, que era muy sospechosa; mas que esperaba en Dios que no habria sido en vano ni para que quedase nuestra burla y trabajo sin su satisfaccion, ni quien la habia trazado sin la pena y castigo merecido por aquella y otras semejantes maldades. Pidióme que le diese el hombreillo de cera, y yo, sacándosele de la bolsa á mi amigo, que ya se iba alentando, se le entregué. Tomóle, y preguntándonos si volviendo á encontrar la endiablada vieja la conoceríamos, respondimos que sí, y no aguardando más, llamando gente, nos volvió las espaldas y caminó en su busca.

Ya en el ínterin hablaba don Francisco, y aun se sentia aliviado con un par de sangrías: dile razon de cuanto me pasaba, y él á mí juntamente de otros misterios. Díjome el grande desacuerdo con que se habia sentido desde el momento en que se halló en la mula, pues no tan solo perdió el cuidado della, mas la memoria de nuestra compañía, sin tratar de otra cosa que de picar apriesa y anhelar muy solícito por llegar al lugar y entrar en la casa donde fué su caída. Con la cual, cargando más indicios, acabó de entender que alguna infernal fuerza le habia violentado y puesto en tales tér-

minos; y no mucho despues confirmé mi sospecha, porque al cabo de media hora vi entrar al cura rodeado de gente, y en medio della la espantosa mujer, á quien apenas vimos en el aposento, cuando, erizándosenos los cabellos, la conocimos, afirmándonos todos tres en que era ella misma.

Recibiéronse al punto nuestras declaraciones, y viéndose convencida tan presto, sin más rodeos confesó, y con el nuestro otros varios sucesos y delitos; mas aunque por entónces todo estuvo encubierto, sin embargo, ántes que nos partiésemos supimos claramente cuanto al caso tocaba. Dijonos nuestro huésped que habia referido y confesado su salida y nuestro triste encuentro, y en conclusion, la causa principal que la llevó á aquel sitio; la cual era á hacer ciertos conjuros, embelecó encaminados á enhechizar á un mozo que estaba de viaje para Indias, y á instancia de una sobrina suya que pretendia atajarle y entretenerle. Entendimos que el galán era un pariente del cura que andaba en los galeones, y la dama hija de aquel buen hombre, y la misma que echó el agua en el rostro á don Francisco: de manera que, forzado este y traído de la infernal violencia del hechizo que llevaba consigo, sintió el efeto propio que si fuera el mismo ausente contra quien se dispuso. Tenia el cura larga noticia de los dichos amores, y así, aun menor advertencia que la nuestra bastara á acumularle más indicios y sospechas. Por las antiguas suyas aborrecia la casa y á los dueños, y esta fué la razon por que la noche antecedente, relusando de entrar en ella, quiso ántes truernos á la suya. Caímos al presente en la cuenta unos y otros, y más que nunca maravillados y confusos, advertimos y experimentámos sus efetos.

Yo confieso que hasta el presente caso, aunque diversas veces muchos de aqueste género tenia oídos y vistos en muy graves autores, no los habia mirado con el crédito y atencion que merecian; mas hoy pude decir que fué castigo de mi incredulidad tan costosa experiencia. ¡Oh cuán bastantemente dice el pasado ejemplo la frágil poquedad de nuestras fuerzas, pues un breve temor, originado de sugeto tan débil como es una mujer, puso en tales aprietos nuestra temeridad y arrogancia! Así, haciendo estos y otros discursos, y riendo la burla que padeció, mejor que yo, mi camarada, se entretenia los dias que estuvo enfermo, si bien no llevaba su condicion con mucho gusto mis matracas y triscas. Sentíase avergonzado, pareciéndole que ni aun todo el infierno era bastante á ofender su valor. Disputábamos esto, y él se estaba en su yerro mientras yo en mi opinion; pero arrimábase á ella nuestro huésped el cura, el cual no solo era hombre despejado y cortés, mas muy docto y leido; y así, notando un dia en mi amigo su demasiado pesar y corrimiento y el poco esfuerzo de mis argumentos y razones, le pareció alentarlas; y queriendo con un mismo ejemplo rendirle y consolarle, sentándose en la cama, le comenzó á decir las palabras siguientes: Mucho, señor, me maravillo que vuestro claro juicio desprecie el crédito de verdad tan segura; mas porque os conozcaís y salgais de duda os pienso referir un caso tan notable, que así por su progreso como por el valiente espíritu del héroe principal á quien le sucedió, veréis patentemente que vivís engañado, y cuánto es poderosa á mayores efe-

tos la más mínima sombra permitida del cielo y ministrada por el medio diabólico que visteis y sentisteis. Escuchadme con gusto; que el cuento lo requiere, y el buen intento con que procuro desvanecer vuestra melancolía y aprension no lo desmerece. Desta suerte habló, y fué atendido con gusto de los dos. Ofrecimos silencio, mejorámos asientos y abrimos los oídos, y todo muy bien dispuesto, el cura prosiguió así su prometida historia:

Notoria y conocida ha sido en todo el mundo, y más particularmente en la Europa, la fama y opinion del capitán don Alonso de Céspedes, caballero del hábito de Santiago, morador del Morcajo y vecino de Ciudad-Real, tanto por el valor de su nobleza y sangre, cuanto por sus hazañas monstruosas y peregrinas fuerzas. Este es de quien se escriben acciones inauditas y memorables así en Italia y Flándes como en Francia y Alemania, sirviendo á Carlos Quinto, y últimamente siguiendo sus banderas con el gran don Fernando, duque de Alba. Lo menos que vió España deste ilustre portento fué tener con sus brazos en su mayor concurso una furiosa rueda de molino; testigo es Guadiana desta verdad, pues hoy vive en su márgen aquel prodigio; mis ojos mismos han mirado la piedra, y leido en ella que por memoria suya tiene en su reverso escrito: «Don Lope no pudo, y Céspedes la detuvo.» Por cierto, hecho increíble, que ni del bravo Alceó ni de Milon Cretense se escribe semejante. Su tirar á la barra era con un grande peñasco, y más de alguna vez le sucedió yendo camino sacar á fuerza de sus hombros un carro muy cargado que estaba empantanado, haciendo él solo lo que dificultaban cuatro mulas. Reventaba un caballo apretando las piernas, arrancaba una reja de sus quicios, y desencuadraba con un brazo tan solo los huesos y costillas del manchego más doble; hacia pedazos cinco herraduras juntas, y para no causaros, lo más que hay que admirar es que en diversas ficciones él solo con su espada y rodela embistió con escuadras, atropelló, rompió y quitó mil vidas de hombres, y pasó en confusion los contrarios ejércitos.

Cuando despues de tantas guerras se convinieron el prudente Filipo y Enrique Segundo, rey de Francia, yendo el duque de Alba á la confirmacion de aquel tratado, llevó á Paris consigo á este caballero. Hizose el casamiento con Isabel de la Paz, nuestra reina y señora, y en sus grandes alegrías y regocijos perdió la vida Enrique, justando en su torneo con Montgomery, caballero escocés. En tal sazón quieren decir algunos que, conmovido Céspedes del lamentable caso, siguió y previno al reo, atajando su fuga ó intentándolo; de cuya causa indujo contra sí odios y enemistades, que al fin pararon en desafios y muertes. Dióse por más sentido el baron de Ampurde, trabóse de palabras con Céspedes, y llegando á empeñarse, remitiéndolo al campo, salieron á él; y estando batallando, y el francés mal herido y cerca de rendirse, acudiendo en su ayuda otros deudos y amigos que vergonzosamente estaban en celada, pusieron en condicion el vencimiento, y á no ser la de Céspedes, en muy grande peligro la persona del adversario. Sintió terriblemente don Alonso tan vil superchería, y apretando los puños, con su coraje acostumbrado, no solo se libró, mas los puso en huida, matando crudamente al baron de Ampurde; y digo cru-

damente, porque aunque se le rindió y pidió de merced la vida ó tiempo para se confesar, no se lo concedió su indignacion y cólera; ántes á puñaladas dando salida al alma, puso su salvacion en contingencia, y en opinion su buen crédito y fama.

Nunca la ira y el deseo de venganza ejecutaron mejores obras, no obstante que estas no han de tener lugar en los grandes espíritus: tales pasiones indignas son del corazon magnánimo, como anexas y propias la piedad y commiseracion. Matar al que se rinde, más se puede decir torpe venganza que gloriosa vitoria; lo mismo es que matar desarmado al que no se defiende, porque cuanto es cosa más feliz tener á discrecion el enemigo, tanto es mayor la gloria si con él se usa de liberal clemencia; así que por vencer se debe trabajar, pero no por vengarse; que aquello es de varones fuertes, y estotro de mujeres flacas, y no sé por cierto quién es el que apetece y quiere mayor venganza que no vengarse del que puede tomarla. Dar libertad y vida al enemigo, pudiendo darle muerte y cautiverio, es la mayor vitoria y el género más noble de venganza. Que de ahora advertida la circunstancia desta muerte, y vengamos al caso principal, para el cual ha sido esta forzosa prevencion. Volvió á su patria don Alonso de Céspedes, y cuando despues de infinitas hazañas, puesto su nombre entre los nueve de la fama, pudiera descansar en su casa y vivir con reposo, nuevos y más propincuos accidentes se le quitaron y alteraron á España, tornando á oir dentro de sus contornos los temerosos ecos de las armas moriscas. Rebeláronse contra su natural señor los moros de Granada, causando aquel desman ya por desprecio, ya por mal entendido, proflijos daños, largas y memorables desventuras: viéronse en breve espacio llenos de confusion, atambores y cajas, bélicos instrumentos, banderas y bandollos, toda la Andalucía, Mancha y Castilla y lo mejor de aquestos reinos: acudió el de Mondéjar, despues el de los Vélez y el señor don Juan de Austria, siendo uno de los últimos el capitán Céspedes, que en aquella ocasion sirvió al Rey á su costa no tan solo con una lucida compañía de ciento cincuenta hombres, mas juntamente con el valor temido de su prodigioso brazo.

§. XVIII.

Luego como llegó á Granada tuvo el lugar y aplauso que su persona merecia, y en tanto que los ministros superiores ventilaban con maduro consejo lo esencial de la empresa, alojado en la ciudad con otros caballeros, entretenia el tiempo hasta su ejecucion en ejercicios loables.

Venia pues de jugar á la pelota don Alonso con sus criados una tarde, cuando al emparejar de cierta iglesia, saliendo della, una mujer tapada se le puso delante, y habiéndole mirado un breve término, como admirándose de su gentil presencia, le hizo una seña, y acercándose á él, le pidió que la atendiese á solas. Obedeciola Céspedes, y apartándose á un lado y diciéndola que hablase, escuchó de su boca estas breves palabras: Desde que entrásteis en Granada (como quiera que vuestros grandes hechos están tan extendidos por todas partes) dos damas á quien sirvo, y que no los ignoran, desean sumamente ver en original su verdadero dueño: así, me han ordenado que en secreto os lo pida y su-

plique de su parte, y viendo ahora la ocasion, no le querido perderla: precisa obligacion corre á vuestra nobleza; mujeres os esperan, no ejércitos ni escuadrones moros; y pues sabeis tan bien acometer aquestos como honrar nuestro género, cierta podré volver de vuestro beneplácito á quien me envia por él y os está aguardando. Así podeis hacerlo, respondió el capitán, que muy mal andaria quien no satisfaciese vuestra demanda y el bizarro deseo desas señoras: ved dónde tengo de ir, y guiad, y seguidos. No le replicó más la encubierta mujer, humillóse un poco, y dando muestras de su agradecimiento, comenzó á caminar unas calles arriba: fué tarde este concierto, y así, cuando arribaron al Albaicen era noche cerrada. Entónces llegando á San Cristóbal, parroquia de aquel barrio, dijo la guía al capitán que mandase esperar á los criados, y él sin ningun recelo lo dispuso, y prosiguió adelante, dejándolos para que le aguardasen junto á las mismas gradas de la iglesia; con lo cual siguiendo á la mujer otro pequeño espacio, y pareciéndole que siempre caminaba á la redonda del mismo cementerio, ella le enseñó unas ventanas, y él por su orden quedó allí en tanto que avisaba en su casa por diferente parte. Fuéso, y dejólo solo; mas no estuvo mucho, porque sin pasar media hora, abriendo las ventanas, se asomaron en ellas dos mujeres, que con la luz que una traia en la mano parecieron dos soles muy hermasísimos, en cuyo bello semblante, aunque Céspedes era más inclinado á Marte que al tierno y ciego dios, le dejó suspendido.

Díjole la una dellas: Por cierto, caballero, que vos nos habeis puesto en grande obligacion: bien se conforma con vuestra fama y nombre vuestra puntualidad y cortesía; solo el tiempo y la hora ha de templar en parte este presente gusto, pues aunque hemos de oiros, habemos de carecer de lo que más deseamos, que es vuestra vista. La falta que decís, aunque así lo conozco, respondió el capitán, no ha sido por mi culpa; vuestro aviso fué tarde, y así, no pudo ser mi venida temprano; pero no os fatiguis; que si me dáis licencia, yo buscaré la puerta y entraré adonde estáis, aunque lo contradiga todo el mundo. No confiamos ménos de vuestra valentía, replicaron las damas, mas no queremos ponerlos en aque-se peligro; tenemos muchas guardas, muchos árgos, testigos que nos velan y miran, y sobre todo, nuestra reputacion, que es lo más importante. Pues si hay tantos estorbos por la puerta, volvió á decir las Céspedes, y este puesto juzgais por más solo y oculto, arrojadme una cuerda, veréis cuán en breve cumplo vuestro deseo. Es tan grande el que tenemos, respondieron las dos, que á trueque de conseguirlo y veros más de cerca, admitirémos el partido, pues por aquí es seguro; pero ha de ser dándonos primero la palabra de usar desta licencia como requiere y pide tal confianza. Prometiéndose así con muchos juramentos, si bien pocos se cumplen en la ocasion; y estando convenidos, atando al bastidor una muy fuerte cuerda, se la echaron abajo, con la cual, sin tomar otro acuerdo, él como un volatin subió allá arriba; entró por la ventana, mas no lo hubo bien hecho cuando (cosa es que atemoriza) con un grande y furioso estampido se juntó la pared, y sin quedar señal de puertas ni ventanas, mujeres ni otra cosa, se halló metido en una larga y anchuroso cuadro. Estaba esta vestida de presagios fu-

nestos, paños y bayetas oscuras, lo mismo todo el suelo, y en la mitad un túmulo, basa de un ataúd, á quien tambien cubria un tapete negro; á la cabeza y piés tenia dos hachas encendidas, con que unas cosas y otras representaban tristemente un trágico y fúnebre teatro. Realmente nadie podrá negarme cuánto lo era el presente, ni ménos yo podré creer que el valor de aquel invencible hombre, por superior que fuese, dejaria de alterarse mucho, ni el caso pedia ménos; mas no obstante, aunque admirado el generoso espíritu, dió una vista á la sala, y pasmado y atónito, contemplándose entre cuatro paredes, casi tragó la muerte, pues llano era que no querria la hambre perdonársela; pero su grande esfuerzo primero presumió tentar cualquier recurso. Dispútose á abrir puerta, ó ya desladrillando el suelo con la daga, ó ya rompiendo las paredes con ella; y aunque lo uno y lo otro tenia mil imposibles, su intrépido furor facilitó la obra, si bien ántes de empezarla quiso ver por menudo lo que encerraba en sí el ataúd.

Con este pensamiento se fué acercando á él; mas si en aqueste fortísimo varon cupo en algun tiempo temeroso recelo, sin duda alguna pienso que sería en el presente, y que se hallaria arrepentido de su intento, pues apenas comenzó á descubrir el trágico tapete de la tumba, cuando dando tristes gemidos, vió que iba poco á poco sabiendo della un espantoso hombre, y doyle tales títulos, no porque su persona fuese monstruosa ú desigual á los demas comunes, sino por el prodigio lastimoso que representaban en su cuerpo infinitas heridas, de las cuales venia acerbillado y roto desde el pálido rostro á la punta del pié. Suspense quedó el animoso Céspedes viendo tan impensado y sangriento espectáculo; pero sin querer impedirselo, esperó á que se levantase y el fin de su salida. No estuvo mucho tiempo en semejante duda, porque el horrendo huésped, en poniéndose en forma, volviéndose al capitán la enrizada vista y notando su grande suspension, con ronea y triste voz le dijo desta suerte : ¿Qué miras, arrogante español? Abre mejor los ojos y concócame; que aun tienes causa y obligacion de hacerlo : obras son de tus manos las que tienes delante, golpes son mis heridas de tu inhumanidad y rigor bárbaro : yo soy, yo soy aquel frances baron de Ampurde á quien impio y cruel diste en Paris la muerte. Allí te pedi entónces la vida de merced, y no quisiste dármela; confesion te pedí, y no me concediste término para hacerla : grandemente irritaste la justicia divina; tales hechos y acciones la están clamando siempre por venganza; mas mientras esta llega librada en las moriscas lanzas de las vecinas Alpujarras, no estemos así los dos ociosos : vengamos tú y yo otra vez á los brazos; quizá podrán los míos, despedazados y sangrientos, ejecutar ahora lo que sanos y enteros no pudieron entónces. Con esto dando un terrible salto, le llevó de volco al mismo punto que, apagándose las hachas, dejaron en lóbregas tinieblas el aposento y el corazón magnánimo de don Alonso, no sin algun horror de tan extraña y temerosa empresa. Flacos y débiles estaban los quebrantados miembros del herido, mas no así le parecieron á Céspedes sus espantosas fuerzas, pues con ser las suyas las mayores del mundo, así le postraron y envejecieron como si verdaderamente las ministrara un niño de dos años; mas ¡qué

mucho si el poder humano es tan limitado y corto, y el sobrenatural tan disconforme! No hay estatura y cuerpo giganteo, no hay ánimo invencible, no hay fuerte corazon tan temerario, que no se muestre muy pequeño, pusilánime y flaco cuando se oponen desta suerte esfuerzos prodigiosos y sobrenaturales; y así, bastantemente (¡oh don Francisco!) puede tal ejemplar, no solo suplir, consolar vuestro corrimiento, mas haceros creer que si no fué más grave su ocasion, fué porque no muriédes de su temor y espanto : cosas que raras veces permite el cielo ménos que por secretos y grandes fines, pero lo más comun es conformarse con la capacidad y fuerzas del sugeto : cual es el ánimo, tales son los sucesos : nunca es mayor la carga que el hombre que la lleva; mas demos conclusion á este estúpido caso, en quien dejamos á los dos en desigual contienda, bien que tan porfiada, que por más de tres horas la continuaron igualmente; pero no pudo ser tal el teson de Céspedes, que al fin como mortal no se rindiese entre los brazos de aquel furioso espíritu; el cual dando con él un espantoso golpe, tendiéndole en el suelo, se desapareció, dejándole sin ningun sentido. Habíale hasta esta sazón esperado sus criados á la puerta de San Cristóbal; mas viendo su tardanza y recelando algun siniestro caso, se resolvieron á buscallo por diferentes calles; pero siendo superflua semejante diligencia, oyendo ahora un espantoso estruendo, y creyendo que algun rayo se desencuadraba de su esfera ó que algun edificio se venia al suelo, atemorizados y confusos, dejaron lo que hacían y corrieron á ampararse á la iglesia; mas en aquel instante, viendo caer un bulto de lo alto en sus mismas gradas, no siendo tal fracaso para poder sufrirle, tan recios como iban volvieron hácia atras y dudaron la empresa; pero eran cuatro, y no todos cobardes; y así, el que quiso tenerse por más brioso, alentando á los otros, los incitó á seguirle y á que, llegando al temeroso bulto, hallasen que era, en vez de la fantasma imaginada, no ménos que su mismo dueño : cosa que les dejó sin ningun discurso. Creyeron al principio que estaba muerto, porque ni bullia pié ni mano ni tema pulsos; con que dando principio á un doloroso llanto, tomándolo en los hombros, dieron con él en su posada. Alborotóse la ciudad y extendióse el suceso; y como nadie sabia el origen, todos le atribuyeron á la maldad y alevosía de los moriscos; creyeron y afirmaron que su traicion le habria traído á tan mortales términos. Entre esta variedad de pareceres llegó el siguiente dia, en quien, ayudado de medicinas y remedios, con general gusto de los presentes, abrió los ojos don Alonso, y sintiéndose bueno, como si de un profundo sueño despertara se levantó del lecho, y hallándose en su casa rodeado de amigos y fuera del peligro en que se reputaba, dió gracias á Dios, y á todos los circunstantes juntamente cuenta particular de sus acacimientos; pero no pasaron estas muy adelantadas : llegó la flecha cuanto pudo alcanzar el arco de la parca, y dentro de seis dias vió en sí cumplido aquel fatal anuncio, pues habiendo salido con su gente la vuelta del Tablante, fué infelizmente muerto, como lo escribe Mármol, y no así como quiera de una muerte ordinaria, sino despedazado y molido con las piedras y galgas que le precipitaban de lo alto los moros rebeldes de las Albuñuelas. Tales postrimerias tuvieron el

valeroso Céspedes y sus monstruosas fuerzas, indignas ciertamente de sus merecimientos, si bien hubo ya quien dijo que fuéron desta suerte apresuradas por no acudirle, como pudiera, don Antonio de Luna; mas no es de aqueste cuento su calificación: recibid, don Francisco, mi buen deseo, y admitid este ejemplo si quiera para que sus escarmientos no os dejen otra vez intentar curiosidades semejantes.

Así dió el buen cura conclusion á su historia; con que interrumpiendo mi camarada y yo el guardado silencio, sumamente admirados de tan notables cosas, le rendimos las gracias, y quedámos en oyéndolas ménos curiosos que advertidos; y vióse brevemente desta verdad más grave testimonio, pues ántes de despedirnos dél la sellámos los dos, haciendo, llenos de muchas lágrimas, una general confesion de nuestros pecados: de manera (¡oh investigables juicios de Dios!) que de adonde presumió nuestro escándalo el demonio, nació su burla y rabia y el mayor enfrenamiento de nuestra vida. Este principio tuvo la jornada de las Indias, ocasionado en el encuentro de aquella mujercilla, gracias á la incansable diligencia con que la venerable y santa Inquisicion, opuesta á su maldad en nuestra España, extingue y desvanece semejante semilla. Finalmente convalació mi amigo, y despedidos de nuestro honrado huésped, volvimos al viaje.

§. XIX.

En llegando á Sanlúcar cobrámos y dispusimos nuestro empleo, y miéntras el general venía y nos hacíamos á la vela, habiendo tomado posada en un meson, comenzámos, conformes y en cumplimiento de la órden de nuestro confesor, á tratar con un docto y grave religioso dominico el remedio y salida conveniente en el caso del cofre. Tenia su efecto hartas dificultades: muchas joyas trocadas, y casi todo lo demas mudada especie; pero ninguna se igualaba con la que procedia de la ignorancia de su dueño, de los medios y trazas que se podrian tomar para buscarle. Desta manera, dando y tomando sobre tan justo expediente, se nos pasaron algunos dias, al cabo de los cuales, habiendo yo quedádome en la cama solo y aun agraviado de aquellos pensamientos, oí, no sin muy grande espanto y alteracion de mi espíritu, cómo de rato en rato lloraban y gemian cerca de mi cabeza: cosa que, siendo repetida, y advertida de mí diversas veces, estando el suceso de la hechicera vertiendo sangre, sospechando otro igual, causó en mi alma no pequeños recelos. Sentéme sobre el lecho, ensanché el corazon y alargué las orejas, y con grande silencio volví á entender aquel rumor confuso; torné á oírle mejor, tanteé el aposento, y al fin, bien satisfecho, caí en que procedia de otra pared en medio y con quien alindaban unos flacos tabiques. Arrimé la cabeza, y ménos inquieto y con más distincion escuché aquella voz, que entre suspiros y ansias lastimosas repitiendo muchas veces estas razones, decia: ¡Ay triste y sin ventura, infame deshonor de tu linaje! ¿Cómo es posible que viendo sobre tí carga de tantos yerros, tan cierta perdicion, tan justo desamparo, tienes ánimo y fuerzas para tolerarte con vida? ¡Ay indigna ocasion de mis piadosas lágrimas! Ay atrevidos ojos que tan incautamente os dejásteis perder y me perdisteis! ¿Adónde volveréis que os enjuguen?

Adónde miraréis que os consuelen? Todo vuestro alivio y remedio, toda mi esperanza y descanso se ha desvanecido y acabado; mas ¡ay sugeto vil! de tantos males, ¿cómo así te acobardas y desconfías? Respira y vuelve sobre tí, no desesperes; que el mismo Dios que permitió tu flaqueza y caída, ese mismo podrá levantarte del cieno, y ese mismo podrá trocar esta borrascosa tormenta en tranquilidad y seguro puerto; agúardale con humildad y véras de su inmensa bondad, espérale de su misericordia infinita, búscale en sus entrañas pias, confía y cree que en ellas le hallarás. Así, mezclando sus sentidas razones con tiernos y profundos gemidos, solicitaba aquella voz mi compasion y lágrimas, cuando el venir mi amigo la interrumpió, y comunicándolo con él, acrecentó en entrambos el deseo de investigar la causa y conocer al dueño. Mas aunque lo advertimos y procurámos con cuidado, no tuvo efecto, ni por entónces conseguimos otras mejores señas que el ver que, á nuestra excusa, secreta y recatadamente de cuando en cuando la propia huésped, abriendo con su llave, salía y entraba en el vecino aposento, y más principalmente á las horas de comer ó cenar; con que acabámos de entender que allí estaba á su cargo el incógnito origen deste desvelo, de quien, no obstante su cuidado, salimos poco tiempo despues en la siguiente forma.

Sabida costumbre es de cualquiera lugar bien gobernado las visitas que en tales casas y estalajes suele usar de ordinario la justicia, ó ya por reprimir las estafas y robos que allí se emprenden, ó ya para expurgarlas de gente sospechosa, mujeres y hombres de mal vivir. A este fin ó con tales pretextos entraron una mañana en mi posada ciertos ministros, y no siendo muy bien agasajados de la huésped, hicieron, en satisfacion y venganza de su enojo, lo que en razon de oficio estaban obligados. No es disforme el estilo de semejante gente. Trastornaron de arriba abajo todo el meson hasta parar en el referido aposento. Habian primero entrado en el nuestro; pero como nos conocian y aun reputaban en más de lo que valiamos, sin inquirir en él, pasaron al siguiente, y en viéndole cerrado, pidieron se les diese la llave. Rehusó al principio la huésped, apretó la justicia, y oyendo que afirmaba habérsele perdido, creciendo la sospecha, mandó descerrarle; pero entónces, mirando mal parado su pleito y fingiendo que ya la habia hallado, la trajo y se la dió, si bien primero, apartándose á un lado, habló con los ministros; mas sin ningun efecto en lo que les pedia, pues sin más dilatarlo, abrieron y se arrojaron dentro, y nosotros tras dellos.

Miraron á unas partes y á otras, y no hallando la presa que buscaban, uno más diligente tiró de las cortinas de una cama, adonde, aunque mucho se les quiso encubrir, su violencia y furor hizo patente al fin la persona que la ocupaba; descubrió en ella el más hermoso rostro de mujer que hasta entónces mis ojos habian visto. Pudo ser que causase el impensado hallazgo tal encarecimiento. Comenzó luego á llorar lastimosamente, y tapando la cara con las madejas rubias de un brocado precioso (tal era su cabello), con temerosa voz dijo así á los libres ministros: ¡Sola tan grande publicidad y afrenta faltaba al colmo de mis graves desdichas, si bien no sé qué os la haya merecido ni la causa

por que os toque este exceso, no habiéndola en mis cosas ni aun de corta sospecha. Ruegos que me dejéis, pues el amparo de las mujeres de mi suerte tanto os pertenece por ser hombres como por oficio y razon. No pudo, siendo la suya tanta, ablandar los ministros, hombres en quien siempre falta la cortesía, la piedad y el decoro, y sobra al mismo paso la intemperanza, el robo, la torpeza, la rapiña y el vicio: de suerte que los mismos que debieran amparar los miserables, esos los despedazaban y confunden, porque debiendo ser aquestos lo más acrisolado y mejor de las repúblicas, son, por nuestros grandes pecados, la bascosidad y excrementos dellas. Mas don Francisco y yo, que desde que vimos aquel hermoso rostro nos pareció no ser la vez primera, y la huésped, que por su parte porfiaba y afirmaba que se la habia dejado su marido y que estaba esperándole, y la hermosura y gracia que mostraba la bella dama, facilitó su ruego y ablandó su rigor, oponiéndonos á lo contrario con respeto. Querian al principio que se vistiese y fuese á dar cuenta de sí en su compañía al alcalde mayor; mas ella resistiendo y nosotros intercediendo, acabámos que los unos lo hiciesen y los otros esperasen en su guarda otra orden. Ejecutóse así, y en el interín, reconociendo yo por los extremos y lástimas de la dama cuánto suspiraba y temía el futuro riesgo, aconsejándome con su parecer y sentimiento, y animándola para que en fe de mi palabra me siguiese, resolví brevemente el sacarla dél. Advertí á don Francisco, y haciéndola vestir, mientras él dando colación á las guardas las entretenía y descuidaba, nos salimos los dos por una puerta falsa, llegando en breve espacio donde quedó segura y ménos alligada en cierta casa de mi conocimiento. Di vuelta á la posada, y hallándola revuelta y mi camarada enfadado de que me atribuyesen la tal fuga, sobre calificar mi inocencia, hubiéramos de sacar las espadas y alborotar el bodegón. Acudieron soldados, creció el desasosiego, súpolo el Duque, mandólo apaciguar, fuéronse los ministros y quedámos contentos. Y en conclusion, después de haber pasado todas aquestas cosas, libres de aquel estorbo, resolvimos la proteccion fiel de aquella dama, y siempre creyendo y sospechando que ántes la habíamos visto, asegurada con juramentos y promesas en nuestro trato y su mejor decoro, regalada y servida de nuestras flacas fuerzas, acariciada del hospedaje en que la agasajámas, y ofreciéndola con muy sanas entrañas su remedio y nuestra ayuda, la convencimos y obligámas á que nos diese cuenta de las desdichas que continuo lloraba; y así, una siesta, después de haber comido, no pudiendo resistir más á nuestra importunacion, comenzó á relatarlas, desempeñándose con el razonamiento que se sigue.

§. XX.

No os sea molesto, oh amparadores míos, el encubrir y celaros mi patria, mi linaje y parientes, pues no son circunstancias forzosas al cuento de mis males. Suplicoos permitáis que solamente las que puedan decirse satisfagan mi deuda. Desta suerte comenzó y prosiguió diciendo:

En una de las grandes ciudades de aquesta Andalucía nací no há muchos años. Disculpen las experiencias cortas que mirais con los ojos el exceso y flaqueza que

ya está á vuestra sombra. Al punto que vi fuz quedé sin madre, porque falleció de mi parto: presagio cierto de las presentes desventuras. No inducen las cosas mortales más sazonado fruto, principios tan contrarios y tristes. Así, como tan presto me faltó tal arrimo, no fué mi educacion la que debiera; además que, tornando mi padre á tomar estado, dió madrastra á su hija, aversion conocida á mis flacos progresos, y mayormento luego que cargó de hijos, no obstante que en su hacienda el dote de mi madre, y por el consigniente mi herencia, era lo más adelantado: causa de quien se originaron todas mis desdichas, porque olvidados fácilmente los primeros empleos, abrió mi padre puerta á diversos disgustos que entre mí y mi madrastra fuéron creciendo al paso que su enojo y mi edad y discurso; con que aun sin tener diez años tuve por bien que mi asistencia se dispusiese en un convento, adonde esperando los convenientes para tomar estado, se me pasaron otros seis. Mas como ni la malicia humana perdona ni exonera tan exentos lugares, de quien debiera juntamente redundar mi sosiego nació el principio de mis daños.

Digo pues que, habiéndome depositado allí mis padres, la misma guarda y la persona propia á cuyo cargo y enseñanza entregaron la mía, ella fué quien la puso en mayor contingencia. Tuvo aquesta señora más mira al acrecentamiento de sus deudos que á mis educaciones; y no ignorando el grande y rico dote que me esperaba, de tal suerte ordenó las cosas, que en breves dias con su resguardo y disimulo me hallé prendada de un sobrino suyo. Llamábase este don Alonso, mancebo de veinte y cuatro años, gentilhomme y gallardo, ó á lo ménos así lo retrató mi corta providencia, mis pocos años y experiencia menor. Dispúsose su cebo con anzuelo tan delgado y sutil, que ni conocí sus peligros ni advertí mis daños hasta ahora, que no tienen remedio. Hizose conmigo encontralizo una tarde en cierto locutorio, hablámonos al vuelo, y segun yo juzgué, parecióme que entrambos quedábamos igualmente cautiva; mas el tiempo ha enseñado que me engañé como mujer, pues no fué así recíproco nuestro amor y deseo. Con todo, animó este incentivo mi ignorancia de suerte, que no tuve por día, por gusto ni consuelo al que no acompañasen la presencia ó billetes de mi amante.

Duró así mi alicion tres ó cuatro años, en cuyo término tuve de mi padre y madrastra para que tomase el hábito de monja terribles persuasiones. Pero temiendo yo tan buena maestra al lado, y por el consiguiente, premisas claras de lo que les movia, aconsejadamente les respondia siempre que lo haria si con su beneplácito me dejasen renunciar al convento mis derechos y hacienda. Sabia bastanteemente su tía de don Alonso, y aun yo lo comprendia, que no me lo habian de permitir, y tuvo igual efecto. Súpoles mal mi réplica, presumieron mis fines, y ya desesperados, me reducieron á su casa: diró luego el intento, y ahora las ansias y congojas que padecí imposibilidad y ausente de mi amor; pero cuando este es verdadero no hay guarda, no hay recato que no venza y atropelle. Nada teme el que perfectamente ama. Fiéme de una esclava, y por su medio con recaudos y papeles se engañó mi esperanza, bien que alentada con tanta privacion: el fango deste género es como el de alquitran; más crece

y más se aumenta mientras más agua le echan; su mayor furia asiste en su opresión y mayor resistencia. Tenia yo deste rostro infeliz un fiel retrato; pedile á don Alonso que trajese otro suyo, y trocando los dos, pasámos uno y otro con más alivio; pero en mi casa no poco importunada para que me casase, y esto de aquellos mismos que ántes me aconsejaban lo contrario, porque á más no poder, luego que penetraron mis intentos y desconfiaron de los suyos, desengañados de quedar con mi hacienda, quisieron por lo ménos que mi estado se trazase de forma que al fin se aprovechase alguno de sus deudos y parientes: así lo disponia mi madrastra, presumiendo casarme con un su hermano. Este concierto tan fuera de mi gusto dió á mis resoluciones más esfuerzos. Tuvo aviso mi amante y yo traza, que buscada y hallada de la necesidad, pudo ponerme en parte que le hablase una y diversas noches, bien que guardando á mis respetos el debido decoro; porque aunque don Alonso y mi amor solicitaban sus efectos, todavía nunca tan ciega anduve, que expusiese la honra á tan evidente peligro. Pedíale yo que en secreto se casase conmigo ó me depositase por el juez de la iglesia, y si bien mi nobleza y dote le brindaban, el verme tan sujeta, y por el consiguiente tan imposibilitada de poseerle sin muchos pleitos, gastos y contradicciones le hacian dudarlo y suspenderlo. Apreté lo propuesto, y conociendo en él mayor tibieza que el negocio pedia, celosa y afligida, atribuí lo débil de su espíritu á la voluntad enajenada. Creí que no me amaba segun debía, y dándoselo á entender así, enojada y colérica, no solo le privé de mi comunicacion, pero le pedí mi retrato y papeles. Debía él de saber cuán arraigado y prendado estaba en mis entrañas el incendio amoroso de su verdadero original; y así, viendo la ocasion en las manos de añadir yesca al fuego y acrecentarle, muy á su salvo lo hizo, pues con obedecerme y volverme mis prendas sin otra réplica ni mayor sentimiento me acabó de perder, y su restitution hecha tan fácilmente me dejó más encendida y abrasada.

En este interin, para que yo del todo desesperase, se aumentaban por dias las importunaciones de los mios en cuanto al referido casamiento; mas ya no era posible arrancar de mi pecho la antigua voluntad empleada en un mozo gallardo y confrontado con mi sangre, por sujetarme á un hombre de desiguales méritos, y principalmente mal afecto á mis ojos: dificultosamente se apetezen las obras ejecutadas con violencia. Hice gran resistencia al que ya me amenazaba, mas tan á costa de malos tratamientos, que su exceso llegó á noticia de don Alonso y despertó nuestra aficion dormida. Era comun el daño, y así, reconciliándonos y olvidado el enojo, quisimos que lo fuese nuestra fortuna, y mayormente cuando, errándolo todo, ciegamente mi padre quiso de hecho que yo jurase las escrituras; con que asignada la hora de su forzosa ejecucion, por muy breve que fué, se anticipó la mia á salir de su casa. Eso tienen los pecados y yerros, que forjado el primero, mos se enlazan de otros hasta formar una larga cadena. Advertí á don Alonso, que, alentado del evidente riesgo de perderme, y asimismo de que yo me ofrecí á sacar muchas joyas y haber con que bastantemente ó me pusiese en salvo ó pudiese, depositada, sustentarme y fomentar el pleito, una noche ántes de

nuestra fuga, habiéndole ordenado ciertos puntos y señas, aunque tardó en cumplirlas, al fin vino á ocasion que pude por la puerta darle un cofre de acero, en quien, demas de unos retratos y papeles, iban en joyas y dineros más de cuatro mil escudos. Tomóle, y la noche siguiente, volviendo más temprano, tuvo nuestra intencion dichoso efecto, y puesta en sus manos y eleccion, fué la suya embarcarme en el río de Sevilla hasta aqueste lugar. Pusimos por obra y luego incontinenti se comenzó el viaje, juzgando que acertábamos en huir á los primeros ímpetus, esperando casados á mejorar coyuntura. Con tanto, aunque temerosa, caminé más alegre que lo iba mi amante. Dábame esto cuidado, y acrecentábelo el ver que no iba en todo el barco el cofrecillo de mis joyas; pero sin mostrar desconfianza, en un dia natural llegámos á este puerto y á la posada en que me hallásteis; en quien queriendo don Alonso sin otra prevencion ni seguridad atropellar mi honor, no se lo consintiendo sin bendiciones de la Iglesia, avergonzado de mi gran resistencia, presumió atribuir á falta de mi fe y voluntad lo que solo nacia de respetos honestos. No ignoré sus designios; mas viéndome en su libre albedrío, sujeta á su poder y rodeada de tan ciertos peligros, valime de otra fuerza, remití á las razones y al ruego (valiente estímulo para hombres generosos) la templanza de su ciego deseo y la satisfacion de mis verdades; y así, con este intento, acompañadas de espesas lágrimas, le comencé á decir las que se siguen: No sé, dueño querido mio, de qué suerte podrá mostrar mejor esta flaca mujer el verdadero amor con que es adora, si ya por confirmarle, obligada dél solo y por obedeceros, ha faltado á sus padres, á su buena opinion y al crédito ó descrédito de cuantas cosas podian en esta vida serle de beneficio: todas las he pospuesto, perdido y olvidado por seguir vuestro gusto. Y siendo aquesto así, muy mal se comparece que persona tan notable, en vez de la correspondencia que me debe por ello, quiera afrentarme con tan indigna paga; ademas que no es justo ni aun sé cómo os parece que hoy sea vuestra dama y amiga la que ha de ser mañana vuestra mujer y esposa: en sugeto tan grave yo sé que no ignorais si se permite mácula ó mínima sospecha. Y si la honra del marido y mujer debe ser una misma, ¿cómo gustais, quitándomela, estar sin ella un punto, y cómo tendréis despues á vuestro lado la que se vió sin ella un instante solo? Ni es posible, señor, que, siendo vos quien sois, mireis con buenos ojos la que entró á vuestro tálamo por caminos tan libres; no hay otra puerta que hagais lazlos leitos sino es el matrimonio, y dilatar aqueste, anticipando así el cumplimiento de vuestra voluntad, sospechoso parece: tratad de efectuarlo segun os lo merezco, y excusad el causarme ántes de ser mi esposo: breve es la dilacion, conformáos con lo justo, y creed, don Alonso, que quien decís que hoy os mata con ella quiere que para siempre se aseguren con honra vuestra quietud y vida. Acuérdeseos quién soy, y no aquello que puedo; como tuvisteis sufrimiento para esperar seis años, tenedle ahora para esperar seis dias; y si ya todavía lo contrario mejor os pareciere, y en premio de mis buenos servicios presumiéredes dar puerto á vuestros gustos echando á fondo mis honestos propósitos, ántes quiero que me quiten la

vida vuestras manos que me dejen sin honra vuestros deseos. La espada traeis al lado, el incendio en el pecho, y á mi á vuestro albedrío; ó concluid con vos ó fenecead conmigo, y acabarán vuestros cuidados y los míos. Vos pretendéis atropellar mi voluntad, y yo que la resista es temor de burlarme; ved si andamos conformes. Séaos aqueste mi último desengaño: primero os pediré que me volvais á casa de mis padres, y en recompensa dello os serviré contenta con cuantas joyas, dineros y preseas os tengo ya entregado, que consienta otra cosa.

§. XXI.

legaban mis razones al estado que he dicho, y pasaran adelante si, oyendo aquellas últimas, no las interrumpiera don Alonso, respondiendo por el camino más indigno y ménos esperado de lo que yo pensaba, lo que ni aun escuchándole me atreviera á creer. Siempre mis pocos años, mucha ignorancia y ceguedad tuvieron á este hombre por bien nacido, porque, si bien sabian su cortedad de hacienda, aconsejado de mi amor, suplían la falta della con el valor y crédito que acumulaban á su sangre; mas muy pronto hizo patente la infame y vil que informaba sus venas. Presto se vió mi engaño, presto su villanía y mi ruin empleo, justo y merecido castigo de mis desobediencias, pues apenas acabó de entender la resistencia de mi resolucion, y el noble espíritu con que, haciéndole, de depositario y mayordomo, dueño absoluto de la riqueza y bienes que remití á sus manos, me contentaba solamente con que me volviese á mi patria, cuando echando en olvido las persuasiones de su amor, los incentivos importunos de su torpe deseo, solo volvió la cara á los particulares intereses, á lo que, segun mi estimacion, era más accesorio, á lo tocante al dinero y las joyas: diréis que á restituírmelo, ó juzgaréis que á agradecer mi ánimo; pues no fué así, que fué el suyo más bajo, más villano y más soez. Negóme rasamente haber tal recibido, negó la entrega que en él hice del cofre; y pasando adelante, sin respeto y decoro me trató de falsa y engañosa, dióme afrentosos títulos, y sin esperar otra réplica, me volvió las espaldas. Quisiera entónces mi triste corazon convertirse en lágrimas, como en sus ojos Argos; dar mil voces y gritos; pero la vergüenza le detuvo, y por la misma causa no le seguí como á ladrón: templóme el ver que, aunque me llevaba la hacienda, me dejaba la honra; y más me consolara si en cambio del dinero y las joyas me dejara tambien diversas cartas y papeles, testigos ciertos de mi exceso y delito, y dos retratos que, yendo así en el cofre, hacian patente y pública la ingratitud y injuria de sus dueños. No dió tiempo á pedírselos; huyó de mi presencia; y mes y medio habrá que sin esperanza le espero, entretenida y amparada de la piedad, y lastimada de aquella mesonera, que muchas veces ayudó á llorar la dificultad de mi remedio; el cual, compadecido el cielo, se ha servido al presente de remitirle á vuestras entrañas generosas, cuando de mis desdichas y confusiones me amenazaba la última.

De aquesta suerte, no sin muy tierno y lastimoso sentimiento, dió remate á su historia la hermosísima dama; y por el consiguiente, origen bien notable á nuestra mayor admiracion; principio, medio y fin al

más arduo y intrincado negocio que entónces nos rodeaba. Vinos con evidencia y claridad la prueba, la informacion y el verdadero dueño de mi hallazgo, y como ya tocados del brazo superior que así lo encaminaba, ó por efeto de la reciente confesion que habíamos hecho, ó por el temor justo de embarazarnos con tan valiente escrúpulo en una tan arriesgada y peligrosa jornada, ó finalmente, por nuestra buena sangre y natural, juntadas unas cosas con otras, y conformadas con nuestro particular deseo, que, segun dije arriba, muchos días ántes buscaba corte y medio á la restitution, vencidos fácilmente deste nuevo suceso, resolvimos el emprenderle ahora; y así, apurada de mis mayores ruegos, en diciéndonos la dama, harto contra su gusto, cómo era de Sevilla y su morada en calle Catalanes, no habiendo circunstancia en que poder dudar, demas de que su rostro era muy cierto original de uno de los retratos, sin más esperar, yo por una parte la hice patente el cofre, retrato y papeles referidos; y don Francisco por otra las más preciosas joyas, que aun estaban en sér.

Pasmó con semejante acaecimiento la afligida señora; y como siempre en casos tan poco prevenidos acuden á la idea diversas objeciones y fantasías, y estas, conforme á nuestra inclinacion depravada, son ordinariamente las peores, creyó que por robárselas habríamos despachado á don Alonso en algun camino; y anhelando aun entónces las cenizas de su pasado fuego, no solo aquella imaginacion la privó de sentido, mas aun estuvo en términos, segun despues nos lo contó, de abandonar su honra y salir á la calle pidiendo á voces el castigo de nuestra presumida maldad; con que, si así lo hubiera ejecutado, quedara nuestro buen celo premiado harto al contrario de lo que merecia. Pero haciéndola saber menudamente cuanto ya habeis oido, las palabras, las señas, el término, la hora, traído todo aquesto á su memoria, se vió libre de dudas y ménos alterada. El gallardo despejo de nuestro ofrecimiento y restitution la acabó de satisfacer y confirmar en nuestro proceder, arrojándose á los piés de entrambos; y sin cesar de enarecer obra tan increíble, do nuevo se puso en nuestras manos y de nuevo libró en nosotros su remedio. Precurámoslo así, entendida su voluntad, que era recogerse á un convento, para lo cual, aunque dejamos á su disposicion cuanto teníamos, ella anduvo tan noble, que se contentó con lo ménos. Dimos cuenta al religioso dominico, y encaminados por su órden y traza, propósitos tan justos tuvieron efeto. Tomó la dama el hábito en un monasterio de Jerez, y nosotros, depositado el dote, las propinas y gastos para su profesion, y comprando para su regalo y avío una poca de renta, la dejamos alegre, dando al cielo las gracias de haber así atajado su mayor perdicion. ¡Oh cuán dichosa y acertada eleccion hace la honesta dama que ántes se acoge á tan divino asilo, cerrando en él las puertas á los grandes combates y peligros que la castidad corre con el trato y conversacion de hombres mozos y libres, que, como ociosos y peor inclinados, por la mayor parte juzgan por vida mal gastada la que no emplean desempedrando calles y solicitando y pervirtiendo su más precioso y virginal tesoro, el cual no todas veces sale destos aprietos con el vencimiento y laureola que ha-

beis oído! Por esto debe recibirse con tiempo tan saludable antídoto: mejor es que, aunque cueste dolor, se anticipe la clausura momentánea y temporal del cuerpo, que no se arriesgue la eterna cárcel y prisiones del alma.

Ya el tiempo abría camino en las procelosas ondas del Océano. Vino á Sanlúcar nuestro general don Luis de Córdoba, y con el primer viento nos hicimos á la vela en su mismo galeón, mejor dijera, confusión abreviada, cárcel voluntariosa de locos, ignorantes y codiciosos. Mas en tanto que damos vista á las Canarias, pasámos el temeroso golfo de las Yeguas, nombrado así por las que en él se le perdieron á su mayor explorador. No excuso el oponerme á muchas objeciones que así entónces como despues acá han puesto algunos ménos piadosos que curiosos al generoso efeto de nuestra restitution; y no hay duda sino que, como la malicia humana tiene tantos valedores cuantos contrarios y émulos la virtud, más habrá parecidos afectada y compuesta la que allí ejercitámos, que verdadera y real y segun sucedió. Pareceráles que no se compadecen con nuestra edad y vida acciones tan heróicas, porque la impiedad de sus ánimos no les deja ahondar más profundos cimientos: son los suyos de arena, y como deleznales, cotejan y regulan por sí mismos los efectos ajenos; niegan los tales á su modo otra más soberana providencia. Pero bajemos las cuerdas al discante, torzamos puntos á las clavijas y vengamos á ejemplos. Suele ser este género de doctrina (ya lo he dicho otras veces) mucho más eficaz para convencer y persuadir; y así, no será fuera de propósito calificar el mio con un caso de la propia materia, y sin comparacion, de mayor consecuencia; el cual me refirió en el progreso de aquesta embarcacion cierto capitán, hombre de largos años y experiencia. Movióle á ello haberle yo contado el de mi restitution; y presumiendo acreditarla con algunos soldados que la dificultaron, despues de un corto preámbulo en que alabó el suceso y abonó su verdad para más allanarla, comenzó el suyo, diciéndole en la siguiente forma:

No há treinta años que pasó en Aragon el caso que sabréis al presente, que no solo hará fácil el que ya habeis oído, mas aun sospecho que le ha de dejar muy atras en vuestra estimacion: ruégoo que le escucheis atentos. En cierto lugar pequeño de aquel reino vivia un hombre llano, cuyo caudal no pasaba de setenta ducados; este pues tuvo modo para hacerlos moneda, y con ella se entabló con un tratillo, donde bautizando los vinos y revendiendo baratijas menudas con falsos pesos y medidas, ganó más de tres mil y más en lo restante de su vida. Tuvo esta fin: murió, y entró en la herencia un hijo de veinte años, tan cuerdo y deseoso de salvarse como el padre habia andado remiso; porque el cielo muchas veces del peñasco más duro, del pedernal más tosco saca las fuentes saludables y puras. Este mozo virtuoso, teniendo delante de los ojos la ruina de aquella alma, guió mejor la suya, y queriendo con entrañas piadosas descargar á su difunto padre, si bien era dificultoso el modo de tal restitution, su grande caridad le abrió camino; mas; qué imposibles no atopella, qué dificultades no vence esta excelentísima virtud! Siguió pues las pisadas del padre (digo, en cuanto al oficio), pero con muy diferente

proceder; porque si aquel vendia sus vinos y cosas comestibles con pesas y medidas diminutas y falsas, este, al contrario, creciendo unas y otras más de la ordinaria tasa y peso, fué poco á poco satisfaciendo al pueblo por unos mismos filos, hasta que el discurso del tiempo, perdiendo siempre y nunca granjeando, le dejó sin hacienda y en la miseria y escaseza de sus principios; por cierto obra admirable, y por sus requisitos y circunstancias, baja del sugeto, excusa y buena fe á la posesion de la hacienda heredada y no adquirida, piedad y amor con el difunto padre, más que de hombre mortal, y juntamente por la disposicion discreta de la restitution y rigor notable en ejecutarla, digna de eterno loor y de inmortales láminas. Mas nunca Dios olvida á los que por su causa acometen tan heróicas empresas. Dióle doblado el galardón. Tenia por costumbre este mozo, ya en su prosperidad y ya en su pobreza voluntaria, acoger y albergar en su casilla los mendigos y pasajeros que hallaba por las calles sin posada ni abrigo. Y acaso en tal empleo, cogiéndole una noche muy cerca del meson, vió que con estar lloviendo muy aprisa despedían dél á un hombre de á caballo, diciéndole que no tenían posada, siendo lo cierto que si se la negaban era por parecerles que venia muy enfermo, y ello era así sin duda; mas lastimóle tanto á nuestro pobre mozo, que no obstante que la estofa del huésped y su persona noble mostraban calidad diferente que los que él acogia ni pedia su estrechez, con todo eso, alentado, le propuso su intento, y el forastero tanto al fin se vió apretado de sus ruegos, del aguacero y hora desacomodada, que lo hubo de acetar y seguirle á su casa; adonde, despues de haber buscado de comer á la mula y aposentádola, no teniendo más que una sola cama, ofreciéndosela con dos sábanas limpias, le hizo acostar en ella y le lavó los piés. Venia (segun tengo advertido) algo achacososo el huésped, y aquella noche, ó por el gran cansancio del camino, ó por estar calado de la enfadosa lluvia, le creció su dolencia tan apretadamente, que hubo de dejar suspendida la jornada. Mandó llamar un médico; y finalmente, sin reservarse gusto conveniente á su cura, servida y ordenada esta con entrañable amor y paciencia del virtuoso mancebo, y ya menguando y creciendo con diferentes accidentes en veinte dias que le duró la enfermedad, le llegó el último y final de su vida, en quien haciendo testamento y declarando ser un caballero italiano y rico que por su gusto y curiosidad andaba viendo el mundo, dispuestas largamente las cosas de su alma, dió dineros para que le depositasen y dijesen misas, y concluyó nombrando por heredero absoluto de cuanto en su casa habia metido, vestidos, mula, cojin, silla y portamanteo y otras alhajas á su honrado dueño, encargándole mucho que en recompensa desto tomase por su cuenta el despacho y avió de unas cartas que para Italia dejaba en su poder. Con esta última voluntad espiró; y enterrado su cuerpo, trató con dilacion el expediente de su descargo, si bien juzgaron no pocos del lugar semejante gravámen por mayor que la herencia, pues de haber de enviar propio con los despachos que quedaban, poco más poco ménos saldria comido por servido. Pero dispúolo de otra manera el cielo, porque al querer desembarazar la maleta, en-

tre el aforro della halló pegados con engrudo docientos doblones; y haciéndole este cebo curioso explorador, remirando una y diversas veces los vestidos y alhajas, en las vueltas de las botas de camino descubrió otra mina, y entre la borra y fustes de la silla otra no ménos rica. Serian por todos mil y quinientos ducados; con que dentro de breve espacio volvió su casa al aumento y valor en que su padre la dejó, bien que mejor sin duda, por ser aquesto adquirido y granjeado con su gran caridad, y aquello con robo y daño general del lugarcillo. Así tan de contado tienen las obras deste genero satisfacion y paga; y aun no paró en lo dicho la presente, porque Dios (como lo que por su amor se da á las pobres lo recibe emprestado) no solo en esta vida vuelve ciento por uno, pero para la eterna y perdurable ofrece la bienaventuranza. En fin, nuestro buen hombre con persona fiel remitió la carta; dióse en Italia; y su madre del muerto, que era una señora muy poderosa, despues de haber llorádole, envió por su cuerpo, y más agradecida, en cumplimiento de las recomendaciones de su hijo, con los mismos que vinieron por él le envió muchas joyas, muchas ricas preseas; que hoy ha llegado á ser el más bien hacendado de su tierra, y aunque ha cargado de hijos, no por ellos ha alojado en el albergue de los pobres, gastos y limosnas continuas, necesidades públicas y secretas de todo aquel contorno; ántes parece siempre que andan él y los cielos en competencia; estos á aumentarle los bienes, los ganados y frutos, y aquel á despendellos en semejantes obras; pero fuerza es que ha de quedar vencido, porque, aunque la caridad de los hombres sea muy pródiga, la largueza de Dios es infinita; tiene mucho que dar y siempre le queda el brazo sano. Veis aquí el milagroso efeto de la restitution, y las grandes ventajas que tiene aquesta á la que habeis juzgado por imposible. Dijo así el capitan, y concluyó su piadoso ejemplar, no sin consuelo y admiracion de cuantos le escuchámos envidiosos, y algunos más de la caridad del tabernero que de su buena dicha y prósperas riquezas, porque á estas solo las acompaña en nuestra corta vida una felicidad, que es á saber expenderlas, y en su distribucion consiste su bienaventuranza: quien esta acierta abraza en sí de todas las virtudes la más suprema, que es la justicia, cuya excelencia pende de su distribucion. Siembra buenas obras y cogérás el fruto dellas, consejo es de un gentil: así lo escribió Tulio. Bien es que le sigamos, pues al contrario, vemos que el avariento escaso él mismo es el origen de su miseria y ruina; para ninguno es bueno, y para sí muy malo: efetos tristes son de su fortuna próspera; que así como ella es ciega, así quita la vista y embriaga á los que favorece. Pocos ricos veréis que no sean muy soberbios, y muchos vicios hay donde hay muchos tesoros; y pues los depravados y viciosos pueden gozar riquezas, no así deben llamarse, ni aun tenerse por bienes los que poseen los tales: no es licito ni justo que se les dé este nombre á los que miéntras mayores y más crecidos son, mucho más se apetenecen, mayor hambre y sed causan, siempre aumentan las ansias, el recelo ó cuidado, ó nunca menguan su deseo y agonía; y así, el prudente y cuerdo no los ha de adquirir más que para expenderlos como dispensero y mayordomo de aquel alto Señor que los

concede solo á este glorioso fin, y para que, imitando ejemplos tan ilustres como el que habeis oído, se anime á merecer otra igual recompensa.

§. XXII.

Justo es que ya volvamos al viaje, cuya navegacion fué felicísima, como tambien lo fué la venta y la salida de nuestro empleo; mas nada se igualó á la que tuve en el papel y agujas: excuso el escribirlo, porque no se desacredite mi verdad. Uno y otro, lo tocante á mi parte valió como seis mil ducados, porque aun de los vestidos propios me deshice. Así, vuelto en patacas el caudal, y las joyas, esperámos mi camarada y yo el volver á España, como en efeto se hizo, sin que en todo el camino nos sucediese cosa digna de ser contada: solo á mí en Puertobelo, Cartagena y la Habana luego como llegué, y despues á la vuelta, se me antojaron y supieron siempre aquellas tan decantadas y peregrinas frutas que escribe el docto Acosta y el Palentino, y otros encarecieron (digo los plátanos, guayavas, zapotes y guacates), ántes á jiraplegia y ungüento blanco que á los sabores dulces que refieren y escriben; y trocara contento cuantas miré en las Indias por seis guindas de España, dos peras bergamotas, cuatro uvas moscateles ó un melon de Guadix.

En fin, llegámos á Sanlúcar, y ántes de sacar nuestras cajas salimos á prevenir posadas ó á tomar la que tuvimos al principio; mas para que se confirme la constancia con que varió conmigo la fortuna, pondré en estos discursos el trance que en la tierra nos tenía aparejado porque con él templásemos las suertes venturosas que nos concedió en el agua. Fué pues que apénas pusimos los piés en el meson, cuando, como en los aires, nos hallámos cercados de un tropel de corchetes y aguaciles, cuyas voces, espadas y alboroto aumentó el nuestro tanto como sus aullidos y protestas. Unos imploraban al Rey, otros al Duque, y todos se encaminaban á prendernos, y salieran con ello si tan vario lenguaje y su mal término no nos obligara á sacar las blancas. Comenzámos con gran resolucion á resistir su intento; pero fuera muriendo ó por demas si á la pendeencia ó ruido no acudieran más de treinta soldados de la armada, con cuya ayuda, por hallarnos muy cerca, tomámos el convento de Santo Domingo, de adonde aun creo nos sacaran si, creciendo el rumor y llegando aun más gente, no se metieran en medio diversos capitanes que con su autoridad, y ofreciéndose á entregarnos á la justicia siendo caso de hacerlo, templaron el negocio, si bien su fundamento no era así como quiera de tan fácil salida. Justo es que lo sepais ántes que prosigamos la causa de mi peligro.

Ya se os acordará del cuento de la dama referido en Sanlúcar, y en él del desamparo y fuga en que la dejó su amante don Alonso al arbitrio y piedad de aquella mesonera. Es de entender ahora que la misma tarde que aquello sucedió, ciego de su pasion y arrepentido, y mucho más confiado de su secreto amor, se volvió á Sevilla, pareciéndole que la dama tambien, viéndose sola, le seguiría despues y se reconciliaría con sus padres; mas haciendo la cuenta sin la huéspeda, frustrada su esperanza, dentro de cuatro dias revelando la esclava (archivo desta historia) á su afligido padre cuanto ya habeis oído, el galán fué preso y tan apretado en

la cárcel pública, que sin embargo de su nobleza (como quiera que los delitos eran indignos della, pues se le acumulaban el quebrantamiento de la casa, el rapto de la doncella y el hurto de las joyas), fué condenado aun ántes de dos meses á tormento y ejecutado con rigor: castigo merecido, si no de los excesos contenidos, á lo ménos de la ingratitud y villanía que usó con su dama. Finalmente el acerbo dolor hizo patente el caso, publicó su vileza, la ocasion y el lugar donde la habia desamparado. Y con tanto, miéntras con nuevos autos se procedia á sentencia, acudiendo su padre al referido puerto, y no hallando en el meson que estaba declarado otro rastro de su hija que el que la huésped y los ministros de justicia sospecharon de nosotros el dia que quisieron llevarla ante el Corregidor, cierto de que sin duda se habria embarcado en nuestra compañía, previno á la justicia para que nos prendiese á la vuelta, como ahora se pretendia; bien que esto se impidió luego que supimos la causa; porque dando razon al religioso fraile del aprieto presente, como él habia sido el instrumento de nuestra buena obra, así ayudándonos á la calificación de su verdad, tomando consigo al padre de la dama, se fué á Jerez, donde satisfecho y alegre en viéndose con su hija, no solo dió por bien empleado cuanto ella nos dió (pues siendo de su dote y legítima, lo pudo hacer), empero nos quedó para siempre obligado y agradecido. Publicóse este caso, y nuestro proceder, llegando á los oídos del duque y á noticia de nuestro general y de toda la armada, se celebró con aplauso y estimacion comun: viendo nosotros aun en aquesta vida pagado (aunque en bosquejo) el galardón y premio de nuestra buena obra.

Profesó doña Elvira (supe entónces su nombre), y desde aqueste punto, con visitas y cartas comunicándonos continuamente, perpetuámos el fraternal amor, que nos dura hasta hoy. En este medio don Alonso, que ya estaba sentenciado á degollar, fué perdonado de su padre, y salió de lo cárcel con destierro al Peñón, y don Francisco y yo, yéndonos á Sevilla miéntras los galeones internaban, nos comenzámos á dar á la buena vida: él prosiguió y aun consiguió los antiguos amores de Rufina, bien que con tantas costas como despues diré; y yo, más reducido, pareciéndome justo el acordarme de mis padres, les hice un mensajero, y en teniendo respuesta y aviso de su salud, partí con ellos, segun mi obligacion y sus muchos trabajos: accion por quien el cielo patentemente me libró de infinitos.

Casi se me iban olvidando los que padecieron entónces mis cuatro amigos viejos, Pero Vazquez, Geniz, Felices y el mulato. Supe que del primero (cuando llegué á Sevilla) habia hecho justicia el asistente marqués de Montesclaros, acumulándole lastimosos insultos, muertes, asesinios, robos y estafas sin medida. La novedad de aquestas me obliga á relatar algunas. Era Pero Vazquez valiente, temerario y soberbio, y sus supercherías traian cuñados á muchos. Entró una noche en cierta casa de gula, y habiendo cenado y hecho de escote más de cien reales él y sus camaradas, uno dellos, que venia de concierto sobre asentar la cuenta, tuvo palabras con el huésped, hasta llegar á desmentirle. Fingió entónces haberle pesado de su descompostura á Pero Vazquez, y queriendo reprender al actor, alabando el buen trato de su casa y volviendo á sabiendas por el

dueño, se encendió entre los dos amigos una mortal pendencia, en la cual embistiéndose al punto, á las primeras idas y venidas cayó el compañero, echando de la garganta y boca espadañadas de sangre y dando dentro de breve espacio tres boqueadas. Tal fué, segun el parecer, el fin de la tasquera; despues de la cual, no sin gran turbacion, viéndose en tal peligro, cerró el pobre ligon su casa, y comenzó luego á despejar y poner en cobro las alhajas y bienes para escapar de la justicia.

No estaban más testigos de fuera que Pero Vazquez y los suyos, por ser de media noche y porque cautamente se habian esperado y detenido hasta aquella hora; y así, más á su salvo viendo el alboroto de la gente, tomó á una parte el huésped, y concertando el daño venidero en doscientos ducados, se obligó á hacer callar con ellos á sus camaradas, y sobre todo á dar con el difunto cuerpo en Guadalquivir. Miró abiertos los cielos el que tal escuchaba; dióle al punto el dinero, y entre una y dos de la mañana los unos tomaron el compañero acuestas, y los otros, asegurando las esquinas, dejaron al huésped tan agradecido y consolado, que creyó le habian así del todo redimido su hacienda. Pero Vazquez y sus amigos, en llegando á la torre de la iglesia mayor, partieron dulcemente los opimos despojos, dando al hermano muerto, que revivió á esta sazón, un tercio más de parte por lo bien que habia fingido y representado su figura y puéstose en la garganta artificiosamente una tripa de sangre: tramoya que inventó su malicia, y aprovechada á tiempo, como ya habeis oido, realzó de punto los quilates desta trágicomedia.

No fué la que se sigue de menor artificio. Tuvo noticia de un mercader muy rico que con fama y opinion de morisco se habia venido desde Valladolid á vivir á Sevilla. Supo su casa y tienda, y pensando otro embuste con sus tres camaradas, se fué una tarde á ella. Pidió, llevando consigo un sastre, que le mostrase paño para un vestido, y hizo sacar para ello diversas piezas de Baeza y Segovia, y andando entre unas y otras escudriñándolas, sin ser visto ni oido escondió en los dobleces de la que mejor le pareció una caja cerrada, y mandó volverlas á la percha, diciendo que no le agradaba ninguna. Con esto dió la vuelta á otras tiendas, y en conclusion, no tornó á la primera hasta el siguiente dia, en quien muy de mañana, porque no hubiese gente, volvió á plantarse dentro y á revolver los paños, y pidiendo unas piezas y desechando otras, nunca se satisfizo ménos que con la misma que ocultaba el secreto embeleco. De allí ordenó que comenzasen á medirle, y no paró hasta que dió en el doblez donde escondió la caja, que era bien plateada, aunque no de hoja de lata. Tomóla el sacre, fingiendo admiracion y alabando la hechura; hizo muestras de abrirla, pero cayendo entónces de hocicos el codicioso mercader, reprobando en él tanta curiosidad y juntamente el entremetimiento de su hacienda; y creyendo que la caja encerraba algun rico tesoro, se abalanzó por ella, diciendo á Pero Vazquez que no la abriese ni tocase, porque estaban en ella cosas que importaban no verse. Mas como el cauto artífice solo esperaba este punto, á que con razones y afectos semejantes confesase ser suya, apenas las saltó de la boca, cuando descubrió la cajuela, hallando dentro bien diferente joya de la que presumia el

mercader. Era esta no ménos que un mahomita de oro, digo, sobredorado, con la luna á sus piés, el alcoran en la mano, y otras diversas circunstancias que agravaban el caso. Quedó muerto el morisco, y todos los circunstantes camaradas espantados y absortos : pasó la suspensión, y el autor de la máquina, levantando la voz, comenzó á maltratar al mercader, y entre agravios y injurias, á decir que fuésen á llamar á la justicia. Aquí fué el lamentarse el triste árabe y el llorar y gemir, y aun el negar á pié juntillas la posesion y sabiduría de la caja, que poco ántes habia su avaricia confesado. Echóse á los piés de Pero Vazquez, imprecó la intercesion y ruegos de los cautos amigos, y en conclusion, ofreció, sin pedírselo, satisfacer con larga mano su silencio y secreto. No venian á otra cosa, ni el cristiano nuevo estimó en una paja cuatrocientos ducados que dió por su rescate; con lo cual y otros semejantes insultos acumulados á sus graves delitos, y á una gran resistencia que hizo al propio Asistente, fué puesto Pero Vazquez en manos del verdugo, padeció por justicia; y Felices, no dos meses despues, fué condenado á moneda de vellon; Geniz mató á traicion al valiente mulato, y á él le sobrevino el mismo fin que el de sus compañeros, el mismo paradero y desventura, de quien nunca escaparon la malicia y el robo; y así, no imaginen ninguno que porque muchas veces prevalezcan los malos en esta vida, se hayan al cabo de quedar sin castigo. Ley justa y santa es que sea remunerado con beneficios y mercedes el que siempre obra bien, como, por el contrario, compelido y atormentado el que siempre hizo mal.

Mirad si aquestas cosas me harian abrir los ojos y asentar el pié llano. No sé si don Francisco iguadaba mi intento, porque la ceguedad de sus amores le traian remontado, y los más dias encubierto de mí : cosa que sentia yo con voluntad de hermanos, y mayormente viendo que el reprenderle la ruina y perdicion á que con gastos exquisitos y grandes le encaminhaba muy apriesa Rufina, fuese parte á enfadarle y á que se deslabonase nuestra amistad y compañía; llegando aquesto á tanto, que cuando ménos esperaba, la dama con su tia y él con cuanto tenia se desaparecieron de Sevilla sin hablarme palabra.

Este fin tuvo por ahora aquel cordial amor y correspondencia que con tantos sacramentos, cláusulas y firmezas establecimos mi camarada y yo : suceso que casi lo estimé por imposible; mas ¿qué vínculo estrecho, qué religion, qué obligacion y juramento no romperá la fuerza de aquel indómito y furioso rapaz? Mal pueden gobernarse dos ciegos; cierta es su precipitacion y caída. Quiero así disculpar á mi primero amigo, y consolar con tal excusa mi justo sentimiento. Confieso que me duró muy largos dias y que fué necesario que otro dolor más grave le sacase del pecho. Fué este aquel infelicitísimo viaje del buen don Luis de Córdoba; la última jornada que hizo á las Indias, donde favorecido volví ahora en su compañía, volví á hacer nuevo empleo y á salir dél en ella con dichosa ganancia. Convertí con efectos en barretillas de oro, enfadado del embarazo que me dieron los reales de á ocho mejicanos en el pasado viaje, y por la facilidad y poco bulto de tan rico metal.

§. XXIII.

Acomodóse el tiempo, y estando embarcado para volver á España, un pequeño disgusto que tuve en el galeon (era la capitana) me obligó á salir dél, y en forma de castigo, mandándolo don Luis, me pusieron en otro llamado San Cristóbal : accidente que él solo inopinadamente me dejó por lo ménos lo más rico y precioso que se estima en el mundo : presto lo entenderéis.

Daba mi general, juzgando los vientos favorables, gran prisa á la partida; y el piloto mayor, hombre de notable experiencia, contradecía su efeto, oponiéndose con razones bastantes á tan gran parecer; mas no le aprovecharon, porque estaba del cielo decretado su miserable fin. Cerróse de campiña don Luis, y el piloto corrido y aun desdeñado de no verse creído, pidió licencia para saltar en tierra; y dándosela, hizo en ellas su testamento, dispuso de su alma, y volviendo á la nave, dicen que protestó el peligro en que iban, y que único y experto marinero enseñado del tiempo, temió adversas señales, opuestas conjunciones, y anunció nuestra pérdida.

Salimos pues de Cartagena sin embargo de todo, y dentro de ocho dias ó poco ménos vimos su cumplimiento, y en su tanto la más grave desdicha que hasta hoy lloró España. Ibamos caminando en conserva, no sin este y otros muchos recelos, cuando sobre los bajos de la Serranilla, cerca de la prima noche, nos saltó un huracan con furia tan diabólica, que en un instante todos los galeones nos perdimos de vista. Podré contar el suceso del mio, el cual fué el que se sigue : escurecióse el cielo con horrendos nublados y los aires bramaron de repente, levantando las ondas sobre los dos castillos de popa y proa; tambien al mismo paso que fué entrando la noche, creció un bravo sueste, y con tan espantosa y desacostumbrada violencia, que luego al punto temblámos y advertimos el último rigor y calamidad. Con este sobresalto comenzámos á usar de los remedios tristes que entónces se acostumbraban; aligeráronse pesos, las cajas, las haciendas, y hasta la plata misma; cuanto se halló sobre cubierta y en bajo de la puente todo lo vió la mar, todo lo amontonó en sus entrañas cavernosas; si bien mis barras de oro con silencio profundo acompañaron siempre, fuéron alegre epictima á mi alligido y turbado espíritu. Embravecíase á más andar aquel monstruo indomable, batallaban bramando los dos furiosos elementos, y pareció preciso que se les apartasen de delante todas aquellas cosas en que pudiesen hacer presa sus garras. Cortámos los mástiles de gavia, y arrojáronse al agua las cajas de reserva; y viendo que ni esto bastaba, y que el aire crecía y las olas se levantaban á las nubes, lanzámos fuera, si no el artilleria, la municion y parte de su avio. Así, corriendo en tan amargo término, nos embistió por proa un gran golpe de mar, que casi al retirarse nos arrasó el timon, y en breve tiempo quedámos sin gobierno, y la nao en traves la mayor parte de la noche. Pero aquel Dios inmenso á quien llamábamos humildes y alligidos dió aliento á nuestras fuerzas, traza y arbitrio con que la nave gobernase y empezase á virar luego que fué de dia; mas en aqueste punto (serian entónces las seis de la mañana) nos sobrevino

otro accidente nuevo y nunca oído. Cerecóns con espantoso horror un nublado tan negro, que de improviso nos dejó más á oscuras que si fuera la mitad de la noche. No ménos se juzgó la cerrazon y sombra de quien se entapizó el hermoso cielo, y de suerte que tan solo se vían los miserios celajes, las vislumbres horrendas que formaban al romper sus encuentros las impelidas ondas, los relámpagos fieros con que se hendían las nubes, dando espantosos truenos y estampidos. Y en tan grave conflicto, cuando el rumor del viento, los bramidos del mar, el crugir de las jarcias, las voces del piloto, los gritos roncós de marineros y soldados, el trabuarse aqueste, el levantarse el otro, nos tenía á todos llenos de amargas lágrimas, confusos y sin ningún sentido, si alguno nos quedaba, acabó ahora de quitárnoslo otro golpe infernal, que en un instante se llevó tras de sí el mástil del trinquete, la vela, verga y jarcia, y el de la cebadera, el castillo de proa, cuatro soldados y un pobre pasajero: dió al traste con la puente y hizo dos mil pedazos el batel del galeon, y este mismo se vió de la popa á la proa cubierto de las aguas por un muy largo espacio. Llamámos todos, dándonos por perdidos, con lastimosas ansias á la Virgen Santísima; y como los que ya tenían la muerte entre los lábios, en confuso rumor nos comenzámos á confesar (tan turbados estábamos) los unos á los otros; y no desanimados con esta aceion piadosa, acudiendo á la bomba, mientras con furia y prisa procurábamos juntos dilatar nuestro fin, tres refriegas de viento, gobernadas de un impetuoso torbellino, nos arrebataron con el mástil mayor lo restante y esencial de las jarcias, quebrantando al caer diez y siete hombres, que luego fuéron echados al mar; y la cual, enfurecida y más que nunca soberbia y procélosa, cuando desconfiados de la vida y sin ningún remedio abandonábamos el navío, por particular favor del cielo volvió atrás con nosotros, y puedo decir que milagrosamente, despues de varios casos y sucesos notables, nos metió en Cartagena; adonde, sin comer ni dormir el tiempo que duró la tormenta, llegámos tan desfallecidos y acabados, que casi aun mirando la deseada tierra nos faltaba el aliento para salir á ella; y aun pisándola luego, no creíamos nuestra buena fortuna ni que estábamos libres del alterado Océano.

Allí parámos los que llegámos vivos, algunos dias: no estaba el galeon para volver al agua; mas no obstante, sabiendo yo que iba á España una caravela de aviso de aquesta desventura, tal fué mi mucha diligencia y solicitud, que me embarqué en ella, y abonanzando, salí, y en treinta y cuatro dias gocé los campos de la antigua Vandalia. Entré en Sanlúcar con mi caudal entero, y todos los demas con bien diversas lástimas.

No tuvieron la ventura que el mío los restantes galeones: derrotados á unas partes y á otras, se perdieron los más, muriendo en su naufragio aquel buen caballero don Luis de Córdoba; y yo siguiera igual calamidad si ántes no permitiera el cielo que me mandara sacar por lo que arriba dije, al galeon San Cristóbal. Renuncié para siempre tan arriesgado oficio; hice mis barras doblas, y sin mayor espera, teniendo luego como llegué á Sevilla cartas de que mi padre estaba muy al cabo, con un mozo de mulas, é en una

y yo en otra, tomé el viaje de Córdoba, y por mis pasos contados arribé á Malagon al quinto dia. Es lugar regalado, aunque en los precios venta: comí, y habiendo descansado, con harto frio proseguí la jornada, y por prisa que dimos era muy bien de noche cuando nos acercámos á las nombradas y conocidas ventas de Arazutan. Iban flojas las mulas, y sus amos sedientos, y para remediar esta necesidad hallámos (lo que á nadie suceda) sin morador el estalaje: pensé desesperar, y el mozo anduvo en términos de ahorcarse; pero advertido que estaba cerrado por de dentro, apeóse y llamó, pero no le respondieron. Viase por entre las rendijas una confusa luz, y este pequeño indicio le engendró nuevo espíritu; dió á la venta un rodeo, y por el trascorral hallando un buen portillo, saltó y calóse en ella, abriéndome las puertas. Túvelo á buena dicha, y en dejando la silla, mientras el criado trastornaba la lumbré quité el portamanteo y descargué el cojin. En esto andaba mi obra, cuando la interrumpió el ver súbitamente que muy desalentado salia huyendo de un aposento el mozo; no es así de creer su espantosa carrera. Turbóme el corazon: venia cayendo y levantando y con terribles gritos, volviendo la cabeza hácia atras, como si verdaderamente algun demonio le viniera siguiendo. Creílo por sin duda, y sin más dilacion desnudando la espada, acudí á su socorro; pero juzgando el pobre que yo iba á detenerle, tal fué su desatino y miedo, que atropelló conmigo y me echó á rodar, más ni por eso se me fué de las garras: asíle, y que quiso que no quiso, se estuvo quedo; si bien, no respondiendo á ninguna pregunta, solo satisfizo á las misas señalando con las manos y rostro el aposento dicho; con lo cual sin más interrogarle (por ver el desengaño, y salir deste encanto), no sin algun recelo, me arrojé por sus puertas: cosa que apenas hice, cuando me hallé delante un bien notable y espantoso espectáculo. Estaba tendido en aquel suelo, sobre un paño de cama, un cuerpo amortajado, que con la escasa luz de un candil tan mala vez determiné ser de hombre, y dije tan mala vez, porque la ferocidad de su espantable rostro, vueltos en blanco lostemerosos ojos, la boca abierta y el pelo enerizado no me diéron lugar á mayor cala y cata; y con todo esto saqué por conjeturas que era el triste ventero, y esta mi presuncion me causó más horror, y disculpó bastante la confusion del mozo. Alentéme y llaméle, y así, juntos en compañía, uno tomó la luz y otro comenzó á desbalijar el aposento. Hallámos colgando de unas perchas, y en otros apartados, longanizas, morcillas y solomos, vino, queso, aceitunas pan y cebada; y hinchendo las alforjas, los vientres de las mulas, las tripas de las botas, y diciendo dos respuestas al alma del difunto, ántes que nos tomasen cuenta, cerrando, nos salimos al campo, supliendo la deseada refaccion con parte del despojo granjeado en tan breve guerra. Mas no sé si lo hizo el engullir de balde y otra secreta causa, que ello en toda la noche, aunque caminámos muy largo, dejó el sueño al criado; con lo cual hube yo de ir alerta, y viendo que la senda y camino se nos enmarañaba por unos encinares, considerando que íbamos á perdernos, se lo advertí á mi mozo; con que dejando de dormir y mirando hácia el norte, habló un pequeño rato con las siete Cabrillas, y

después muy confiado dijo, dando un bostezo: Déjese voacé llevar, seo mi amo, que en derechura vamos á Toledo. Así lo hice; pero á él le engañó Baco, y á mí su confianza, pues al cabo de haber andado reventando casi toda la noche, al apuntar del día (no sin grande disgusto) me hallé sobre la misma venta de donde habíamos salido. Desta suerte escotámos los daños referidos, sin que nos valiese el refrán tan válido en el mundo, de quien hurta al ladrón, etc., pues una vez que quise ejecutarle por ganar sus perlonos me salió casi al doble, perdiendo una jornada de camino. Con todo, disimuladamente llegámos á la puerta á pedir de beber, y al dárnoslo un tasajo de vaca, un pulpo en carne momia, digo, una mujercilla encuadrada de raíces de enebros, con un barredor de horno por volante en el rostro, y sollozos y lágrimas sin número, nos comenzó á preguntar si habíamos encontrado unos ladrones que aquella noche la habían dejado en puribus; más haciéndonos de nuevas y fingiendo gran lástima, ella con roncás voces y disonantes aullidos prosiguió su desdicha. Contónos que, habiendo muerto su marido el día de ántes, miéntras partió la triste á avisar á un aldea donde tenía su entierro, la escalaron la casa, la robaron el trigo, seis hermosos tocinos, dos cahices de cebada, diez fanegas de harina, y en dinero cien reales: ved si estaba la dueña bien acostumbrada á mentir y á fingir embelecos. Consolámos su llanto, y con mejor estrena volvimos al viaje, y sin estorbo alguno, comiendo aquel día en Toledo; y aun, si va á decir verdad, en el mismo meson de adonde me escapé á los de Tembleque. Luego en la siguiente noche vi los deseados muros de mi patria, y entré en ella y en la casa en que nací; mas ahora con siete mil escudos en dineros y galas, habiendo ántes salido con dos reales y dos libros gramáticos y mi buen camarada Figueroa, del cual ni entónce ni en muchos días despues supe nueva ninguna, ni se quedó en Torrijos por las costas, muriendo de la herida que le dió el viñadero.

Pero volviendo al caso, no quiero cansaros al presente refiriendo el alborozo y gusto de mi corta familia, pues entendido está cuál sería aqueste, y mayormente siendo ya publicada por España la tragi-fortuna del armada, en cuya capitana sabía mi padre que yo andaba embarcado. Hallé á este, porque mis alegrías fuéron siempre templadas, enfermo y tan fatigado, que convino callarle mi venida, ó á lo ménos fírela descubriendo poco á poco. Tan presto sobreviene la muerte de un sobrado contento como de un dolor grande, disgusto imprevisto; tal es la fragilidad y miseria humana, sobre que nuestra soberbia y ceguedad funda torres de viento. Con todo, le alivió mi presencia; mas gocé de la suya muy breve término, aunque me fué de algun consuelo haber llegado á tiempo que, recibiendo su bendición, pudiese entre el último abrazo cerrarle los paternos ojos. En espirando se abrió su testamento, y en él, con harta admiración y contento mío, me hallé con más noble esplendor, predicamento y requisito del que nunca esperaba. Declaró en él su nombre, su calidad y sangre, su natural y hacienda, y la ocasión de su destierro y peregrinación, según oísteis en las hojas primeras deste libro. Con esta novedad tan estimable para mí, despues de

haber cumplido con el entierro y honras condignas á mi amor, con otro hermano algo menor que yo, muy gentil estudiante, me partí á la corte, visitando primero el origen, casa y solar de mis abuelos, que, como está advertido, era en el mejor lugar de todo el reino; en quien á pocos lances entendimos que dél y de su hacienda se habían apoderado (no sin contradicciones) dos damas á título de hijas naturales de mi padre y de aquella señora, ocasión de la muerte de su amigo, y juntamente de los daños y perdidas de su prolija ausencia; mas como la justicia á mayor cautela previene siempre los futuros sucesos, aunque ellas con seis testigos á su modo averiguaron que mi padre era muerto algunos años ántes en la batalla de Africa, no por eso las entregó los bienes y raíces ménos que con bastantes fianzas de que en pareciendo poseedor más legítimo, se los volviesen con los frutos y rentas, como en efeto se hizo ahora, bien que con largo pleito. Concertámos tocante á los réditos; y no obstante, quedámos con un grueso caudal: trajimos á mi madre á su casa, y con mayor descanso la dejámos, y pasámos á Valladolid, en quien á esta sazón residia la corte. Allí nos dimos á conocer mi hermano y yo con algunos parientes que iban sirviendo al Rey; y habiéndonos agasajado, cada cual comenzó á pretender su acrecentamiento, según su prolesion. Seguimos dos, armas y letras; y así, miéntras el uno aspiró á algun gobierno, otro, que fui yo, se encaminó á adquirir una ventaja para Flándes. No era esta tan difícil empresa como la de mi hermano; porque demas que mis viajes de lundias, pasando plaza de servicios, aprovecharon, el gran favor de los deudos y amigos bastaba entónce á allanar imposibles; porque venir solo á la corte, ó sin aliento que anime su fortuna, lo mismo es que esperarse sin hombre en la probática piscina. Y con todo, no obstante las ayudas que tuve, pasaron muchos meses ántes de efetuarse mi intento, y juntamente en su dilación, por mi persona notables y peregrinas aventuras; pero en particular es la una dellas muy digna de ponerse en la estampa, si bien quiero primero con breve intercadencia dar alivio á mi pluma, concluyendo este libro, para que en el segundo nueva fuerza y historia le den mejor principio.

LIBRO SEGUNDO.

§. I.

No hay causa en este mundo que más pueda corromper á los hombres que la felicidad, ni que ménos los liaga acordarse de Dios que el deseo de descanso; por lo cual han juzgado muchos sabios que en esta vida no son mas necesarias las adversidades que los sucesos prósperos; y aunque esta opinion disgusta los sentidos, es saludable medicina para el ánimo, porque las cosas prósperas le hacen adolecer y las contrarias le sanan. Estas muestran mejor nuestra paciencia y acrisolan y afinan nuestra prudencia y juicio, y aquellas manifiestan nuestra soberbia y los más interiores y depravados vicios, y causan juntamente que descuidándose los hombres en los placeres y deleites, usen dellos y del tiempo que corre como si hubiese de ser perpetuo, y no faltarles con tanta brevedad, y sin que los ejemplos de otros semejantes á ellos, y llegados por la demasiada felicidad á estado miserable, los muevan á mudar de pro-

pósito. Este pues es el ordinario efeto de las felicidades desta vida, la cual en el concepto de los bien entendidos es comparada al vidrio. Y yo, que al presente, olvidado de mi adversa fortuna, de mis principios cortos, de mis necesidades y trabajos, caminos y prisiones, y por el consiguiente, desvanecido con tantas buenas dichas, con el hacienda y deudos, en vez de dar al cielo las justas gracias, tomé el freno en la boca, y sin ninguna rienda me dejé despeñar de mis inclinaciones y deseos, y empresas tan grandes y desiguales de mi capacidad, que estuve muy á pique de imitar á Faeton en su tan decantado precipicio. Pero volviendo ahora á mi discurso, su misma consistencia dará más alma á este concepto oscuro, y mayor testimonio y claridad á su inteligencia verdadera. Andaba yo á este tiempo por Valladolid con licenciosas galas de soldado señalado y lucido, ya unas veces pintado de diversas colores, y ya otras con los extremos dellas, plumas, guarniciones y bandas, y ya con más cadenas, cintillos y botones que muestra una fachada de platero. En breve espacio tuve muchos amigos y aun valedores de mayor jerarquía; pude, si me entendiera entónces, granjear para ahora diferente lugar y el puesto que alcanzaron otros ménos dignos mediante patrocínios y favores, que en aquella era fuéron los que dominaron las gentes; pero mis cortos años desbarataron mis más cuerdos designios. Dificultoso es fabricarse buena suerte en la corte, por grande industria que se ponga en su efeto, si un poderoso brazo ó muy grandes servicios no le hacen el cimiento. ¿Cuántos bellos espíritus se han marchitado así á falta deste sol? Son los tales como preciosas piedras que pierden de su estima y valor por no estar bien labradas.

Soberbio y loco con mi despejo y talle, alcé la mano de otras inteligencias y ocupaciones; solo se encaminaba mi principal motivo al lucimiento, adorno y aparato del hábito y persona: con estas fantasías y desvanecimientos, segun mi poco juicio, presumia, aunque sin perjuicio de tercero, título de galán entre los mas gallardos. Confieso mi pecado en cuanto á aqueste artículo; en todos los demas previne con recato mi conservacion y quietud: siempre guardé en la memoria mis primeros principios; y así, ni era arrogante ni soberbio, ántes comedido y afable; largo, no siendo pródigo; advertido, no siendo muy curioso; hablaba poco y escuchaba atento; cualquier lugar ó asiento me parecia á propósito; ni diestro ni siniestro conocia, aborreciendo siempre tan enfadosa afectacion: nunca fui porfiado, contradicente, censurador ni crítico; y tal estilo guardé ordinariamente, y no me salió malo, sino muy provechoso y muy como procedido del enseñamiento y escuela de mis necesidades y trabajos. En ninguna ocasion puede mostrar un hombre su capacidad y discurso como en las asistencias de la corte, tanto por la infinita variedad de sabandijas, cugetos exquisitos que la componen y alimentan, como por los accidentes forzosos que nacen siempre de su confuso abismo. ¡Oh qué de tiempo es menester para desenredar sus marañas! ¡Cuánto cuidado y vigilancia para librarse dellas! ¡Qué de peligros y desvelos traen consigo sus honras! ¡Cuántas calumnias por huir de la envidia, y cuántas cosas ásperas se encuentran, que sola la paciencia ó la costumbre envejecida las sufre y disminuye! Pero la prin-

cipal es aquella aniquilacion de sus propios humores. Quien piensa conservarse y ejecutar su voluntad enteramente no puede hacer grandes progresos en la corte. Es una dura cárcel, en la cual al entrar es menester dejar las armas, quiero decir, la libertad, el gusto y el reposo sin tener otra accion que esperanza y paciencia. El que cuidare sin aquestas conseguir sus intentos, milita en vano y se hallará sin fruto. Nunca, aunque siembre mucho, verá lograda su cosecha, si el importuno sufrimiento y disimulacion cavilosa no acompaña á sus obras. Pero tornemos á las mias; las cuales, faltando al agasajo y adulacion de los ministros, á la adoracion y reverencia de sus deidades, eran oír comedias, dar seis bordos al Prado, músicas en el rio y matracas en el espolon. En tales ejercicios casi se me pasó el verano, cuando al entrar agosto, sus grandes calmas y carestía de vientos, sacándome de casa, me plantaron una tarde en el Prado. Llegué á la Madalena, recé, y en su misma portada me saltó el principio de uno de los más notables casos que han pasado por mí en el discurso de mi vida: no tardará el lector en juzgar si con razon le he exagerado.

Estaba el campo liecho una selva de carrozas y coches que frisaban hasta con los umbrales de la iglesia. Era fuerza que yo saliese della, y era fuerza que me emboscase por ellos: así lo hice, no sin algun trabajo y peligro de ser atropellado; mas en aqueste medio, al querer desviarme de uno que venía de traves, acercándome á los estribos de otro, di lugar, sin pensar, á que una de dos damas tapadas que en él iban, sacando el brazo y mano por debajo del manto, me asiese por la capa y suspendiese con tan dulce violencia mi camino. No dejó de causarme la novedad mucho cuidado y confusion; pero no pudo esta compararse con la que se me recresció luego que, quitada la gorra, presumiendo ofrecerme á su servicio, atajó mi buen propósito el sonido apacible de la voz, que con gracioso brio poniéndome en silencio, con grave admiracion de mis sentidos me comenzó á decir las palabras siguientes:

Más há de veinte dias que he procurado tan venturoso y alegre encuentro; alegre por ser tan de mi gusto, y venturoso por las eternidades que há que le espero. Nuevo os parecerá semejante lenguaje, si bien, aunque suceda así, podeis tambien creer que no lo ha sido vuestra vista á mis ojos, ni á mis efetos tiernos vuestro conocimiento. Preciso es que el ignorar el mio ha de dificultar su justo crédito; pero trocad vida y estilo, que yo os daré más altos testimonios. En vuestra mano está poner un firme clavo á la comun fortuna de los dos, y della pende la confirmacion de mi verdad y vuestra mejor dicha. Sumamente deseo declararme con vos; mas no me es lícito miéntras la mudanza que advierto no asegure mi espíritu y disculpe en su modo este terrible exceso. Suplicoos, señor mio, que hallen perdon en vos los que al presente oyéredes, pues mi fe lo merece, y el afeto de mi mejor empleo no es dél indigno. Cualquiera diligencia encaminada á una empresa tan árdua tiene en su mismo efeto la disculpa y salida.

No sé cómo comience, porque por una parte reluso el enojaros, y por otra considero que, si yo no lo advierto, ni han de verse menguadas mis ansias y congojas, ni el sugeto á que aspiro ha de poner á sus defectos límites. Estos son, noble Píndaro, los que me contradicen

y aterrorizan; porque justo parece que un hombre que ha merecido mis rendimientos y ha de ser hoy el archivo secreto de mi alma, no solo tenga el título, mas sea, si no perfecto, á lo ménos tan bueno, que su virtud y méritos excusen tales arrojamientos y libertades.

Aquí llegaba la encubierta dama, dando espesos suspiros, y haciendo en sus razones mil descansos y pausas, teniéndome con ellas y el laberinto oscuro de sus quimeras más encantado y loco que con cordura y juicio. Cien veces sospeché que hacia burla de mí y que eran bernardinas cuantas me hablaba; pero bien en breve salí de confusiones para meterme en otras de mayor consecuencia. Presto salí de dudas y vi lo que nunca creyera, oí lo que ni ahora escribieran muy grande vergüenza, retratado en sus labios el vivo original de mis acciones, lo más íntimo de las imperfecciones de mi vida. Había (pienso yo) mi silencio y blandura dado entonces más esfuerzo á su plática; con que, dejados los circunloquios y rodeos que hasta allí tuvo, la prosiguió aun con más claridad y distincion que nunca imaginara; dijo de aquesta suerte: Mi calidad y estado piden, señor, en su resguardo la misma confianza, y su conversacion el recato y secreto que contradice en vos vuestra misma desórden; porque llano parece que la tendrá mayor en cosas ajenas quien á mi parecer vive tan desigual entre las suyas propias. A quien consume y pierde el tiempo inestimable en obras tan insulsas y fuera de su género, fuerza es que para tal empresa hayan primero de mirarle á las manos, á la mudanza, digo, de su satisfacion. Hermosa es y agradable vuestra presencia, y si como ella me ha robado el sentido, no me hubiera templado su austera condicion su variedad y extremos exquisitos, ya yo estuviera rendida á vuestros piés; pero ménos acelerado que colérico os quisieran mis ojos, y aun vuestros mismos criados, que experimentan cada dia la furia y el rigor de vuestras impaciencias. Pequeñas causas os irritan y encienden; y el hombre noble, cuanto más ofendido y enojado, tanto más reportado y dócil debe mostrarse; demas (y esto es lo que me importa) que siempre aborrece amor airado imperio; es niño, y como tal, se gobierna mejor con suavidad y halagos que con apremio y fuerza; mas justo es que lleguemos á diferentes puntos: dejo aparte otros muchos, si bien no es el menor el comer á deshora y fuera de órden y sazón y con-cier-to; pero el postre es terrible. Muchos hay, Píndaro, loables ejercicios que, aprovechados mal, dañan mucho más que aprovechan. Los libros despues de haber comido, segun vos los tratais, todos los entendidos los reprueban y excusan; y no obstante, os miro apadrinarlos con eterna asistencia; mas si es curiosidad, dada por perniciosa; y si es estudio, el tiempo se condena. Leccion sobre comida se reputa á veneno; y mal podrá mirar por mi salud y vida quien hace de la suya tan poco caso. Esto es cuanto á vos toca; que en mi favor no alego: dicho se está cuán mal se comparecen amor y letras; raras veces se vieron Clío y Venus conforines; más dije que quisiera: pasemos adelante. También puede juzgarse á loco desatado, si ya por mi decoro no le llamo soberbia, trocar al tiempo su natural concurso; casi en su cierto modo presume reprobar el que tal intenta la perfeccion de las mayores obras. Lo mismo os veo imitar cuando ordinariamente vuestra desórden

hace un metamorfosis de las noches y dias, cambiais todas las horas, acostáis al alba, despertais á la siesta: y viviendo al revés, bárbaramente confundís y turbais vuestras acciones mismas: tanto se ofende así la salud mas robusta, como se perjudican las pretensiones y negocios. En los humanos cuerpos es malo y pernicioso el demasiado sueño, la sobrada vigilia, la mucha hambre y demasiada hartura, y todo aquello que excediere de la mediocridad y conveniencia. Mas torzamos ahora la clavija al discente; vengamos, Píndaro, á mas estrechas cuentas: fácil enmienda tienen las cosas referidas; cuanto me habeis oído tiene bastante excusa; vuestra edad floreciente es su mayor descargo. Mas no sé de qué suerte podrán tenerle otros defectos grandes; no sé cómo decíroslo, pues aun su mayor crédito tengo por imposible, con ser del testigos no ménos que mis ojos; mas ¿quién pensará que en tan gallardo espíritu pudieran encubrirse tan indignas acciones? Pero ya fuerza es que nada se limite. Decidme pues, señor, ¿de qué forma sabré sufrir la que en vos se empleare, que faltando su agrado á su vista y paseo, consumais las más horas de un brevisimo dia, afeminadamente laboroso, en atavíos y aderezos indignos de vuestra profesion y aun del sér de hombre? Píndaro, ¿no advertís que aquel á quien el cielo concedió tan buen talle lo es superfluo y perdido tan exquisito arreo? Siempre el mancebo cuerdo tuvo por mayor gala su aspecto varonil que este inútil adorno, y solo en la mujer fué lícita y tratable semejante costumbre. ¿Posible es que no os ofende y cansa su molesto artificio? Si os le hubieran librado por sentancia, pienso que la tuviéades por pesada y terrible; y si no, respondedme, ¿cuál pudiese ser más grave, que se iguale y parezca á la atencion continua, al eterno cuidado con que os contemplo tan fatigado siempre, y aun á las veces con hierros y tenazas, cintas y bigoterías para el copete y barba, y ya otras muchas con aguas aromáticas, gomas, colirios, unos, jaboncillos y sebos, unos para los dientes y otros para la tez, para el cabello y manos, y ya tambien con moldes para el cuello, rosas para las ligas, hormas para el zapato, olor para el vestido, ámbar para el colete, perfume á la camisa, y aís para el aliento, y otros cuídados torpes, garruelas y tormentos crueles de vuestra juventud? Sin fruto es en los hombres mucha hermosura, y por la misma causa su afectacion infame y condenada.

Y siendo así todo esto, no es mucho que yo juzgue que quien tanto presume y trata de la suya, sea igualmente de sí amante y confiado, y por consiguiente, sin voluntad y amor, desconversable y tibio. Temo, lo que Dios no permita, si vos tal me saliédes, un desdichado empleo; poca estabilidad para mis propias cosas, como para las vuestras ménos perseverancia que secreto; y así, atenta á mi remedio y á la entrañable fe con que os adoro, he querido advertiros cuánto se opone y contradice á mis deseos ardientes: posible puede ser que no me salgan vanos tratando vos su enmienda. Píndaro, abrazad mi consejo; que yo me perderé y vos nunca os veréis arrepentido; pues sois varon, mostradlo en vuestras obras, y asegurad así mis temerosas ansias; no presumais con tal estimacion de vuestras muchas partes, y veréis contentos y excusados los mayores excesos y menguas de las mías: vivid con más templanza, y encenderéis mi fuego; mis yerros dora-

réis si los vuestros se acaban; y en conclusión, señor, no seais confiado; que al mismo punto me confiaré de vos con alguna disculpa, si es que la puede haber en mujer de mi suerte.

§. II.

Con aquesto cesó, dejándome aturdido, corrido y mudo tan extraño accidente, no por su novedad y arrojamiento, sino por ver que aquel diablo ó mujer hubiese tan al vivo retratado mis más indignas y secretas acciones. Hice sobre mi cuerpo infinitas cruces: eran verdades puras cuantas su boca dijo, todas rozones ciertas, saberlas imposible; y así, pensé cuidando en esto perder el juicio, si bien entónces disimulé mi afrenta, y con despejo alegre, renegando del relator curioso que tan bien dió el informe, y aun de mi infame abuso, pues á todo lo honesto menosprecia quien se entorpece con tan viles delicias, la prometí la enmienda, anular tal costumbre, creer que era muy hombre, no Adónis ni Narciso, y otras galanterías; con que huyó la vergüenza, y yo quedé más dueño de mis cinco sentidos, y ella ménos divina que mortal y tratable. Serví de escudero, gasté en ello la tarde, no vi más que sus manos, ni por cosa que dije pude penetrar la razon ó arcaduz por donde se habia encaminado un tan intrínseco conocimiento como el mio; pero advirtiéndola esta curiosidad y diligencia, queriendo que se desvaneciese, volvió la hoja, y astuta y cautamente pretendió persuadirme que lo pasado era entretenimiento y gitanería, y jurando que nunca me habia visto, mandó al cochero que guiase á su casa; mas no obstante el mandar tambien al despedirse que la atendiese allí el siguiente dia confirmó mi cuidado, ó á lo ménos dió causa á que creyese para el suyo más hondos fundamentos. Partiósse, y con gran prisa. Porque deseaba averiguar quién hizo relacion de mis defectos, llegué á la posada, y revolviéndola, sin dejar piedra sobre piedra, aunque más lo inquirí, fué mi cansancio en balde: ni hermano ni criado confesó cosa á pelo, ni mis ojos ni ingenio, por más que se desollaron, dieron en el blanco seguro; pero con todo, yo mudé de consejo y me traté como á persona á quien, segun creia, miraban y advertian con tanta nota; y como si me viera continuo delante de aquel bulto que me reprendió en el coche, así me mostré en el obedecerle prevenido.

Era mi casa, porque se quede dicho, una posada no léjos de San Pablo, y en ella unas ventanas á la calle, cuabras y alcobas, y en forma de entresuelos, alojamiento mio y de mi hermano. De aquí solo salí al señalado puesto; pero aunque anticipé la hora, no logré mis deseos; tuve por entendido que el infinito número de coches que bajó al Prado aquella tarde encubrió el mio: así lo imaginé, mas cuando el dia siguiente me sucedió lo mismo, caí de mi asno, persuádmeme á la burla, y tuve por chacota y embuste cuanto, por convenir tanto con mis necios cuidados, habia creído ser verdad. Esto me consoló en alguna manera, porque realmente yo no podia olvidar el sentimiento que tenia de que tan aninados adherentes anduviesen en público; y por lo ménos el adivinar de aquella dama (por tal lo juzgué entónces) sirvió de que en mi juicio se anulasen y extinguiesen para siempre autos tan indignos de hombres; si bien me atreveré á juraros que no los deprendi en los galeones de la armada, no entre los ja-

ques y germanos valientes de Sevilla, sino entre los atildados amigos de la corte, entre los vanos lindos y pisaverdes, estrago y ruina de la inexperta juventud; aquellos de quien puedo afirmar que, aun cuando yo me hubiera criado en gran reformation, su mala compañía me acarreará mayores perdiciones y daños. Bien sé que viendo estos renglones han de alegar los tales en su abono que me instruyeron y enseñaron lo mismo que se usaba entónces y aun ahora; mas yo diré con Séneca cuán cierta viene á ser la asolacion de la república el dia que los vicios se bautizan con el nombre de costumbres y estilo, pues se sigue de aquesto que no se tenga por infame el vicioso. Mas volviendo á mi cuento, casi un mes se pasó despues deste suceso, término en quien, aunque le iba olvidando, no así las lecciones y avisos de mi salud y vida: nunca reincidí sus defectos; solo por no haborme privado del reposar las siestas (debió de ser olvido, porque tambien no es aprobado) iba con sus progresos adelante.

§. III.

Con semejantes pensamientos me eché á dormir una tarde de aquestas, y en medio de mi sueño, cuando ménos cuidaba, me privó dél y dellos un fácil golpe, que pareciéndome habia sido en mi cama, me hizo levantar en dos saltos con harta turbacion. Púseme en pié, y con prisa miré la cuadra de arriba abajo; pero no hallando causa de novedad, sospeché que era antojo, y creyéndolo así, quise más sosegado volverme al lecho; mas en aquel instante, estando ya los ojos ménos dormidos, con las escasas luces de una media ventana que estaba abierta vi encima de la colcha un billete cerrado y ligado con una pedrezuela, por donde cogí que le habian acomodado así para, mediante el peso, poder mejor arrojarle desde la calle, si bien para emprenderlo se ofrecian dificultades imposibles, que, sin pararme á investigarlas, las di de mano por abrir el papel, que contenia semejantes razones:

«Con justa causa habréis, señor, burládoos de mis vé-
»ras; mas yo tambien confieso que pudisteis hacerlo,
»pues quien falta al cumplimiento de su palabra, no es
»mucho se le niegue tal confianza; pero bien creo que,
»entendida la conveniencia y importancia desta breve
»experiencia, quedaré disculpada mi tardanza.

»Quien mucho arriesga y tiene que perder, mucho lo
»difiere, muchas cosas previene, diversas pruebas hace,
»diversos testimonios recibe y de varios consejos se
»aconseja. Más há de un mes que estoy metida en esto
»laberinto, y un siglo he peleado por salir dél; mas
»aunque no lo estoy, todavía vuestra mudanza granda
»en término tan corto promete á mi esperanza dichoso
»efeto, mejor seguridad á mis temores, y á vuestro
»proceder mayor perseverancia. Fio que mi excesivo
»amor no será mal pagado, y que sabrá callar y obede-
»cer en las cosas arduas quien se ha mostrado tan dó-
»cil y enfrenado en las cosas difíciles. ¡Oh, quiera el
»cielo que salga verdadera mi confianza, y que halle
»ahora para tan grave empresa un ánimo constante
»que la ejecute y un secreto prudente que la prosiga!
»Esta noche hallaréis en los portales de San Pablo una
»silla de manos; entráos en ella, y sin ningun recelo
»dejáos traer de quien estuviere en su guarda, librando
»en mí vuestra segura vuelta.»

Esta confusa oscuridad contenia el billete, dudoso el dueño, incierto el portador, y por el mismo caso más dudosa é incierta su aventura. Certificar es puedo que me tuvo indeterminable, porque, segun dijo un filósofo, de ninguna mujer se ha de fiar la vida; mas como nunca los acaecimientos tan notables se consiguen sin trabajo y peligro, dispuesto el ánimo para cualquier suceso, sin consultarlo más, fui al puesto señalado, donde hallando la silla, dos esclavos bozales y un anciano escudero, aunque se me encubrió, atropellé por todo y me entregué en su arbitrio. Cerráronla en sentándome, y no dejando ventana ni resquicio por do entrase una mosca, caminaron conmigo un grande espacio hasta que al cabo, sintiendo que paraban y abrian, me levanté, y tomando al escudero por la mano, en oscuras tinieblas me fué guiando una escalera arriba, que por las vueltas y angostura juzgué ser caracol; al fin del cual llegámos adonde dejándome sentado en una silla, despedido de mí, se volvió por la misma parte.

No sé si mis recelos alargaban el tiempo, ó si en efeto de verdad fueron dos largas horas las que esperé, sin otra novedad más de la que me causaba la fragancia y olor del aposento, los bordados adornos que atentaban mis manos en sillas y paredes. Pero habiendo pasado este tan prolijo término y oyendo abrir una pequeña puerta, alertando la vista, miré por ella entrar una reverenda mujer, que con tocas de dueña y una luz en la mano, haciendo una profunda reverencia, la puso en un bufete y se volvió á salir, tornando en breve espacio con varios dulces, confituras, conservas y aromático vino, con los cuales, mandándomelo así, no bien importunado, hice colacion, y despues levantó los relieves y dejóme como ántes en tinieblas, y aun mucho más pasmado, porque, como crecian los misterios, crecian juntamente también su singularidad y admiracion. Pero ninguna se igualó á la que ahora me sobrevino, viendo otra vez la dueña entrar acompañada de un resplandor hermoso de un bulto de mujer, cuyo gentil donaire ni me dejaron discernir los visos relumbrautes de sus preciosas ropas, ni las escasas luces que de industria la dueña solo me concedia para distinguir las personas, y siempre me negaba para notar la que (aun teniendo al lado) su respeto y beldad me obligaba á temer y aun á dudar en mi mejor fortuna. Sentóse junto á mí en otra rica silla, y queriendo yo hablarla, con voz blanda y suave atajó mi vergüenza, comenzando á decirme estas mismas razones:

Quien sabe como vos aventurar la vida tan fácilmente más justo fuera que yo le reputara por temerario que obediente galan, porque, si bien no hay cosa que así atropelle imposibles grandiosos como el fuego de amor ó la secreta causa que encierra en sí la hermosura de la mujer para atraer y prender á los hombres, todavía el que sin tal objeto se mueve y abalanza más puede reputarse por loco que por prudente y cuerdo, pues es cierto, señor, que ni vos conoceis á qué habeis venido, ni ménos la ocasion que os induce y provoca; ántes es evidencia que ignorais llanamente mi fealdad y belleza; y así, claro parece que, faltando sugeto sobre que caiga amor, ni vos podeis negarme que venis sin ninguno, que sois ménos amante que curioso, ni yo tambien sin gran vergüenza puedo dejar de confesaros que estoy muy arrepentida de lo que

ahora he hecho, porque, si bien disculpe á mis afetos locos la continuada vista de esa vuestra presencia y el encendido amor en que me abraso siempre, ni con todo, si esta fuese adelante sin igual recompensa, ni vos me estimaréis segun merezco, ni yo me atreveré á mayor confianza. Tened pues, dueño mio, por bien este recato, y permitid que por ahora, hasta que se conozca la voluntad que os falta, suplan y satisfagan los presentes favores á la curiosidad y trabajo que aquí os condujo. No habló más, y por Dios que, aunque me vi apeado de tan gran posesion, ó por lo ménos no tan puesta en las manos como yo presumia, que me confundieron sus razones de suerte, que no sé cómo tuve discurso que bastase á convencerla; mas como no ignoraba que tan alta ocasion no era así de perder, y que por más que disimule, mientras más se resiste la mujer principal, más desea y apetece lo mismo que con mayor esfuerzo muestra aborrecer y despreciar, todavía no sé con qué respetos me resolví á oponérmela, y con tal presuncion comencé su respuesta desta suerte:

Quien se aventura sin esperanza de galardón y premio donde, como decís, es tan cierto el peligro, más descubre valor y ánimo resolutivo que precipitacion y locura: estas, señora, nacen de ignorancia y muchas veces de desesperacion ó cobardía; por el contrario, aquellos proceden de un corazon magnánimo, de un generoso y constante espíritu, porque este solo es capaz de emprender cosas grandiosas, no los bajos y oscuros sin obligaciones; y así, yo juzgo que si el decoro de las mias no os hubiera movido, ántes vuestro noble voluntad, que la expusiera ahora á mi corto albedrío. Con que, segun aquesto, ó habeis de confesar que mis partes, tales cual ellas son, no os merecieron, y por el consiguiente, que ha sido muy errada vuestra misma eleccion, ó si la quereis defender, fuerza es que me habeis de admitir con mayor confianza, sin que os ponga por delante mi temeridad ó precipitacion, pues sería gran bajaiza pensar que lo que mucho vale no haya de costar algo para alcanzarse. Pero viniendo al caso, hasta el presente punto (aunque es daño menor padecer el castigo que haberle merecido), si ya os determinasteis, no pienso que en mí ha habido culpa ó razon por que podais miraros arrepentida; mas si lo estáis, señora, mejor podré quejarme de tal mudanza, que asegurarme de quien aun al principio pronostica cómo serán los medios y juntamente la infeliz variedad de sus contrarios fines. Tambien es llano y cierto que no os conozco; yo lo confieso así conforme lo decís, pero tambien es cierto y más digno de creerse que si sola una mano y vuestra dulce plática tuvo poder para tenerme tantos dias colgado de un cabello y esfuerzo, que bastó á reducirme á tan incierto asilo, mucho mayor efeto causará el todo en mí que tan pequeñas partes. Y mucho más se debe agradecer y estimar el que en lo poco supo aventurarse tanto, que despreciarlo ahora por no satisfacerlo. Mas no obstante lo dicho, si el serme agradecido contradice otra causa, permitid á lo ménos que no padezca yo sin inmortal dilacion, teniéndome así ahora sin comerla la fruta entre las manos, y á los labios el agua sin beberla. Confiésoos, dulce dueño, que no sabré tener sufrimiento tan grande, y que corre gran riesgo mi corte-

sta. Con aquesto, pidiéndola licencia, me puse en pié, cuando ella, suspirando en silencio, hizo lo mismo, mas sin replicarme palabra: cosa que suspendió mi intento, y mayormente luego que largo espacio la advertí inmóvil y miré transportada, y muy poco despues que, en vez de licenciarme, dando un tierno gemido, se recostaba de repente en la silla. Turbóme el accidente, y sin saber si erraba ó acertaba, puse en mi boca sus hermosas manos, y aquel tacto dulcísimo, más sabroso y suave que enmedio del estío la fresca y blanca nieve, alentó mis espíritus, refrigeró mis venas y encendió mis entrañas de manera, que á un tiempo mismo experimenté dos contrarios efectos; y sin gozar la causa ni haber visto el objeto, me sentí helar y arder; mas ¿qué temo el decirlo? me hallé rendido casi ignorantemente al cautiverio incierto de aquella oculta y animada belleza, que estaba en mi presencia tan fuera de su juicio y sentido con la honesta batalla de su amor y vergüenza, como yo receloso de que tan gran silencio, desmayo y turbacion no fuese origen de algun inconveniente. Toquéla el rostro, y hallésele mojado, ni sé si de sudor, si de lagrimas, y juntamente que, temblando su cuerpo, daba tristes señales de su fin. Creílo así, y con mi desvarío di una voz á la criada, díjela lo que habia, y sin pensar, causé lo que no imaginara; porque la pobre dueña, gobernada de otra igual turbacion, no reparando en cosa, llegó corriendo con la vela en las manos y hizo patente el más raro y hermoso simulacro que pudo delinear la fábrica de Apéles; y de la misma suerte que las tinieblas de la noche privan los ojos de su mayor potencia, y con la venida del sol, trocándose aquella sombra oscura en luz resplandeciente, vuelve á su perfeccion; así ahora, despues de tal tristeza, alumbrado de tan dulce vision, me juzgué á media noche en el carro de Apolo. Perdónense á mi pluma encarecimientos tan hipérboles, pues es cierto que aun yo creyera mayores desatinos si á este punto, herida de la luz, no tornara en su acuerdo aquel bello portento que me tenia sin él, y mucho más cuando, cubierto de un rubí el gracioso rostro, la vi mostrarse airada, y de improviso, embravecida con la dueña, dió al traste con la luz, arrojó el candelero, y con voz temerosa, turbada la comenzó á reñir. ¡Ay misera de mí! (y vertió dos fuentes de cristal en vez de lágrimas) ¿Qué has hecho, incauta mujercilla? ¿Cómo así me has perdido y descubierto? ¿Esa es la confianza que de tí hice? Esas las advertencias? ¡Ay ciega inadvertida, y cuán amargamente, aun sin tener principio, has dado triste fin á mis intentos locos! Aquí callando, deshaciéndose en llanto, y haciéndose un nudo en la garganta, se volvió á desmayar, y yo á mirarme en semejante término. Cogila á tiento la cabeza y las manos, y humedeciéndoselas con mis espesas lágrimas, acompañé con largo espacio su sentimiento, hasta que, habiéndose amansado, volviendo sobre sí, con algunos gemidos se recobró del todo; y considerando sin remedio el suceso, hubo, mal de su grado, de consolarse y templar sus enojos con mis muchas promesas, con los juramentos tan grandes que la hice de guardar el secreto, y sobre todo, con los requisitos y cláusulas que la ofrecí rendido un eterno y perdurable amor. Y no parezca á nadie facilidad la mia, pues no ha nacido quien hasta ahora haya puesto en razon los accidentes de Cupido:

unas veces se aviene con blanduras y halagos, con dilacion y términos, y otras en un instante rompe, atropella, despedaza y confunde la más austera y extenta voluntad. Finalmente, dispuesta la principal parte de la obra, que es su principio, yo me vi alegre, y al cabo de veinte y cuatro horas por la órden que entré salí para San Pablo, tan cautivo, tan preso como si dos mil años hubiera poseído y gozado aquel dichoso empleo; y dejando la silla, acompañado del anciano escudero, llegué á mi casa, adonde, en despidiéndose, fui recibido da mi hermano con la admiracion y deseo que mi ausencia le podia haber causado. Con tanto, sin dar parte del caso, esperé nuevo aviso, haciéndoseme un año los pocos dias que pasé sin tenerle, y aun sin otro contento que el que me procedia de la contemplacion de mis pensamientos, del refrescar en la memoria la felicidad de mis desdichas, los internos favores que no escriba la pluma; porque tales extremos, por lo que tienen más de prácticos que de los especulativos, hanse de celaren el alma, y no entregarlos á la estampa y papel.

§. IV.

Así pasaba con tal elevacion tan ajeno de lo que ser solia, que ni aun me conocia mi propio hermano. Preguntaba la causa de tal mudanza, saber la ocasion de mi retiro, de mis tristezas y silencio; y aunque yo procuraba encubrir la bien, no pudo ser muy largo tiempo, porque muchas veces lo que más deseamos guardar más fácilmente se nos suele perder. El por entónces, aunque disimulé, yo creo que sospechó la causa; mas en el interin, de allí seis dias hallé en mi cama otro billete semejante al pasado: cosa que me dejó aun más cuidadoso que la primera vez, por faltar en esta totalmente puerta, modo ó camino con que facilitar aquel encanto, con que allanar la entrada del mensajero que le habia conducido; porque ni para una mosca se la dejábamos de noche en mi aposento. Esto y el vergonzoso alarde que hizo de mis secretos y el inviolable grande con que se recataba, la estratagema de mi entrada y salida, la invencion de la silla, esclavos y escudero, la ostentacion y adorno de la casa, las ricas colgaduras, los bordados tapetes, y sobre todo, aquel hermoso rostro, sus juveniles años, su discrecion madura, su profundo silencio, libertad para verme, seguridad para aguardarme, aniquilaban mis discursos y confundian sus imaginaciones; porque forzosamente, viendo la repugnancia y contradiccion de tantas cosas, ó habia de volverme loco en su inquisicion, ó habia de persuadirme que tales sucesos se encaminaban por infernales y diabólicos medios; y esta sospecha necia ya mi mucha aficion la desacreditaba y desvanecia: en conclusion, abrí y lei este billete, y su consistencia es la que se sigue:

«No está muy secreto y seguro lo que se fia de papeles. Bien veo esta verdad, soldado mio; mas echo menos tanto vuestra milicia, que á trueque de ver ha-
» zañas tuyas, la atropellan y vencen los deseos. Falta,
» por culpa de mi estrella, que lo endereza así, tiempo
» y lugar acomodado para su ejecucion, y aunque he
» querido sufrir y padecer tan larga intercadencia, no
» me ha sido posible sin vuestro alivio. Escribeidme, se-
» ñor, consolad mis ausencias con palabras tan dulces
» y apacibles razones como os dijera aquesta, que sola

»por ser vuestra se ha perdido y cegado, aunque no
 »arrepentido; porque si bien lo que así se posee y se
 »alcanzó tan presto pierde de su valor, así también
 »lo que es tan defendido, con más fervor y aliento se
 »desea y apetece mientras más se conoce, y más se im-
 »posibilita, como á nosotros, su comunicacion. Así ple-
 »gue á los cielos suceda en vos lo mismo; porque como
 »no puede haber muy verdadero amor sin temor de
 »perderse, así recelo y lloro que mi facilidad os le ha-
 »ya de haber templado. Mas ¡ay de mí! que este cuidado
 »y miedo en los principios se habia de prevenir, no al
 »fin de la dolencia, cuando las medicinas hacen tan
 »corto efeto; pero no querrá Dios que sea mi suerte
 »tan adversa y terrible, ni vos seréis, mi dueño, tan
 »ingrato y cruel, ni yo tan infeliz, pues aunque raras
 »veces se acuerda el que posee que recibió de gracia
 »lo que goza y adquiere, este argumento bárbaro no
 »ha de frisar con Pindaro; porque el sugeto noble en
 »más precia y estima los servicios ya hechos que
 »no los que consisten en esperanza sola, y dar por
 »buenas obras galardón tan injusto aun de los scitas
 »fieros no se debe creer. También, amado mío, recelo
 »sumamente que mis arrojamientos tengan fácil re-
 »nombre en vuestra discrecion: si tal me sucediere,
 »suplícoos, mi señor, que le deis mejor título, y ad-
 »vertid que dos veces se muestra pródigo y generoso
 »el que sin largos términos ó importunas arengas con-
 »cede el beneficio, y una el que da rogado la merced
 »que le piden. Mas, ¿dónde me llevais, tristes temores
 »míos? Suspended la corriente, pues ya han salido los
 »dados de la mano. Pindaro, si no basta lo hecho para
 »que me seais agradecido, no hay que esperar otro
 »mejor remedio sino morir, callar y obedecer á la
 »fortuna.»

Tal fué el sangriento alarde que las fuerzas de amor
 hicieron en aquel tierno pecho, tales las muestras y se-
 ñales que dió mi hermosa dama dellas y de su abrasa-
 miento en el papel que he escrito; el cual, si no me dejó
 más loco y ciego de lo que yo me estaba, por lo ménos
 conservó en mis entrañas su perdurable incendio. Consi-
 deraba absorto mis cortas partes, y por el consi-
 guiente, conociendo que aun siendo muy perfectas
 eran indignas de parecer delante de quien mostraba
 tan alta esclavitud, encogiendo los hombros y confun-
 diéndome á mí mismo, magnificando hazañas de amor,
 abrí puertas al alma porque no desmayase con la in-
 capacidad de tantas glorias. Pero en este concurso, no
 queriendo dilatar su precepto, advertido de que por fin
 del billete me ordenaba llevase al puesto conocido su
 respuesta, y obedeciendo, la escribí y lo puse por obra,
 y hallando allí embozado al escudero, se la di y me vol-
 ví porque no sospechase que pretendia seguirle. Mas
 porque no ignoreis la menor circunstancia, escuchad
 el papel que se llevó en retorno:

«Poco sentis, señora, lo que suspiro y siento, pues
 »cuando muerto por gozar el bien que recibí y anhe-
 »lando espero, divertís tu remedio con más desconfian-
 »zas y temores que vinieron palabras en vuestra carta.
 »Yo, dueño de mi alma, no tengo ya más vida, ni aun
 »más gusto ni aliento para aliviar males que el conocer
 »cuán dichoso fui en poder conocerlos. De mis senti-
 »dos todos ningún otro refugio me ha quedado sino
 »este; todo's, señora mía, me han negado su operacion

»y fuerza; todos por confesaros y quereros me han
 »dejado confuso: unos me hacen más triste que con-
 »tento, y otros más temeroso que arrepentido; y en
 »tal conformidad, tengo tan grande guerra, que aun-
 »que es con mis afetos, huyo de mí y aun dellos por
 »nunca estar sin vos y en su compañía; más ¿dónde iré
 »sin mí, que no me halle con vos? Y ¿adónde iré sin
 »vos, que pueda estar con vida? Pues si me la susten-
 »tan mis cuidados es por solo guiarme donde vuestra
 »esperanza me conduce, y si nunca me dejan sus mor-
 »tales deseos es también solamente por refrescar me-
 »jor á la memoria glorias que no merecen referirse,
 »si bien mi firme se puede ser más capaz de recibirlas
 »que de fomentar las sospechas y miedos que tan in-
 »justamente me matan y os alligen. Pero ya vuestras
 »cosas tienen, querida prenda, tanta parte en mí pe-
 »cho, que pueden dar la vida á la misma muerte; y así,
 »ni el verme ausente mitigará su ardor, ni el poseerle
 »siempre templará el desearle un instante solo, ni
 »vuestras desconfianzas me harán desconfiado, ni co-
 »harde ni tibio vuestros temores, ni en bien ó en mal
 »despreciado y amante dejaré de adoraros y obedecer-
 »ros, porque así podrá mi alma vivir sin ese cuerpo
 »como podrá mi cuerpo respirar sin vuestra alma.»

Con el pequeño alivio destes y otros billetes conso-
 lamos el tiempo que tardó nuestra vista, que no se di-
 lató, pues nuevo aviso (siendo el íris dichoso de mi
 tormenta) me hizo prevenir para la siguiente noche.
 Advertíome por él el largo espacio que para mejor co-
 municarnos ofrecia cierta ocasion, y que así, conven-
 dria excusar á mi hermano del cuidado que tuvo la vez
 pasada. Obedecí tan bien dispuesta orden, acreditando
 mis sospechas con tan singulares requisitos como cada
 dia experimentaba; si bien no era muy imposible que
 quien sabia mis íntimos secretos supiese juntamente
 que yo tenia hermano y el disgusto que padeció en mi
 primera salida. Esperando la de hoy estuve tan con-
 tento, que aun el más ignorante advertiera mi inquietud
 y alhorozo. Pasó el coche de Apolo su carrera, y aun-
 que sería en su acostumbrado término, con todo, si se
 lo preguntaran, juraran mis deseos que habia retro-
 cedido por largas horas. Llegó en efeto el punto, la si-
 lla, esclavos y escudero embozado y en la parte asig-
 nada: no deja tan alegre el mísero cautivo su cadena,
 el delinente preso el calabozo, cuanto yo entré y me
 dejé llevar regocijado á aquella alegre cárcel que me
 aguardaba, á aquel hermoso aleaide que, en viéndome
 debajo de sus llaves y en su jurisdiccion, los grillos que
 me echó fuéron sus dulces brazos, y los estrechos nudos
 y lazadas suaves que estos dieron al cuello, las cade-
 nas fortísimas con que mi libertad, mi cuerpo y alma
 vivieron presos sus venturosos plazos; no hay cautive-
 rio tan seguro y terrible como es el voluntario.

Siempre los primeros envites del néctar amoroso so-
 admiten con vergüenza, se reciben con turbacion y
 miedo; mas cuando se continúan, cuando en segun-
 dos términos se reiteran y brindan, tal ratificación es
 más estimable. El conocido trato destierra el vergon-
 zoso encogimiento: así me sucedió ahora con mi dama.
 á la cual hallé tan cariñosa, tan alegre, despejada y
 amante, cuanto la vez pasada tímida, grave, recatada
 y austera. Pude mejor que entónces determinar sus
 partes, contemplar su belleza y bizarría, y pude junta-

mente hacer plato á mis ojos de cuanto en esta vida pudo alcanzar merecimiento humano. Así, corriendo las horas por la posta, se nos pasaron cinco días, al cabo de los cuales (porque tan buena suerte tuviese sus azares) un suceso impensado hubiera de turbar nuestra tranquilidad. Eran las once de la noche, fines de agosto, entradas del otoño, tiempo en quien suelen congelarse las nubes, enmarañarse borrascas y turbiones súbitos y espantosos. Estábamos los dos tan ajenos desto como embelesados y sumergidos en nuestro ciego amor, cuando rompió su profundo letargo un alboroto repentino, y tal, que verdaderamente parecía que desde el mismo centro se arrancaban los últimos cimientos de la casa. Todo era confusion y alboroto, todo bramidos: el viento, los granizos y el agua formaban tristemente una terrible y temerosa consonancia, que, como nos cogió descuidados, el presente delito aun le subió de punto. Mas no hay que encarecer nuestro grave conflicto luego que en medio deste se nos recreció otro mayor, comenzando á oír unos temerosos golpes que daban á las puertas del cuarto en que dormíamos, tan presurosos y continuos, que juzgando mi dama que se la hacían pedazos, forzada de algun temor secreto, con acelerado espíritu me dijo: Perdidos somos, Píndaro de mi vida; pero esta voz tan triste que pudiera desmayar á Jason, si bien en turbió más que la tormenta horrible con que el cielo se hundía, todavía me dejó con el ánimo que bastó á prevenir parte del daño que amenazaba semejante accidente. Cogí todas mis ropas y vestidos dentro de los calzones, y en dos saltos, mientras mi dama partió á escuchar lo que ser podría, abrí con la llave que me dió un postiguillo que bajaba por unos caracoles hasta una cochera; y hecho esto, con igual diligencia volví adonde estaba, resuelto á no salvarme sin librarla, y halléla que en vez de ser espía del fracaso, estaba con la dueña (que tambien dormía en el mismo cuarto) sin juicio ni sentido lamentándose. Pedíla se animase y me siguiese, y afectuosamente la rogué no causase con su poco valor la perdicion de entrambos; mas ella estaba tan desmayada y sorda, que me dispuse á ser Enéas de tal Anquises. Comencé á ejecutarlo, y queriendo ponerla á los hombros, unas voces confusas y terribles que á la parte de afuera comenzaron á darse interrumpió la obra, y en lugar de aumentarla, aseguró nuestra gran turbacion. Conoció mi dueño que eran sus criadas, y que de rato en rato con suspiros y lágrimas claramente se dejaban entender, repitiendo diversas veces estas razones: Ella sin duda es muerta, sin duda alguna ha caído sobre las dos el techo de la cámara: ea, corre á mi señora y decíla esta triste desdicha, levántala al momento mientras nosotras desquiciamos ó rompemos la puerta. Estas y otras palabras restituyeron en mi dama los perdidos espíritus, volvieron el rosado matiz á su hermoso rostro. Mandóme que tornase á cerrar el caracol y que me recogiese entre las cortinas de su cama; hízelo así, y abrió sin más tardanza, fingiendo disimuladamente que despertaba al mismo punto (¡oh fragilidad miserable de los gustos de amor!). Corrieron todas á besarla los pies, y ella con más gusto y semblante que el caso la pedía las recibió y agasajó; y en el interin unas la contaron la furiosa tormenta, y otras dijeron su desastrozo, los daños y ruinas que había hecho en la casa,

rompiendo las ventanas, deshaciendo los tejados, arrasando y echando por el suelo cancelos, atajos y tabiques. Y no fué encarecimiento todo lo dicho; nunca se vió en Castilla semejante borrasca; igualmente circundó la provincia por todas partes; tres rayos espantosos cayeron sobre Valladolid aquella noche. Así hablando turbada y temerosa, discurría la femenil caterva, cuando dando alaridos crueles, efeto de la nueva que se lo había llevado, vi por entre los damascos y cortinas que me encubrían, entrar á suspenderla, con una ropa de terciopelo azul, una anciana mujer; la cual en viendo á mi querida, santiguándose apriesa y cesando en sus llantos, se arrojó sobre ella con los brazos abiertos, y repitiendo los mismos lazos, halagos y caricias, como mujer sin juicio (tanto puede el contento) inventaba y hacia otros varios extremos. Era su madre, al fin; parentesco que supe bien sin querer mi dama ni imaginarle yo; porque, si va á decir verdad, hasta aquella hora (como tenía diversas veces entendido que su voluntad era encubrirseme) ni yo sabía su calidad y estado, ni si era casada ó soltera, plebeya ó si noble, ni cómo me escribía, ni cómo me acechaba, ni dónde era su casa, ni tal fué mi cuidado, ni anhelé por ninguno que no fuese su gusto, que no fuese adorarla y obedecerla, pagando con tal resignacion su grande amor; porque, como este era el centro de mis deseos, teniéndola por mia, injusto fuera apetecer cosas tan accesorias, si bien no fuéron pocas las que ahora llegaron á mi noticia. Dió fin su madre al amoroso exceso, y tornando á admirarse, dijo: ¡Ay hija de mi alma, y qué susto me ha causado tu pesado sueño! Los cielos sean en tu guarda, querida, que así han servídose de mejorar las horas. En un momento oí tu muerte y gozo de tu vida, y un mismo punto ha sido para mi infelice y alegre. ¿Cómo te ha ido, consuelo de mis años, en tanta soledad y con tan gran borrasca? ¿Posible es que en medio de su curso reposabas? No lo quiero creer; antes sospecharé de tu virtud que te tenía elevada en el oratorio y suplicando á Dios que librase á tu primo. Tales y tan tiernas razones, bien ajenas de nuestra ocupacion, que así se engañan los juicios humanos, repetía y duplicaba la ansiosa madre, pagándole mi dama (no sé si me lo afirme) en desigual retorno; porque su turbacion, nacida tanto del peligro presente, cuanto del ver abrir los secretos que me encubrían, la tenía sin acuerdo; y mayormente (conocíselo yo, no obstante que la incomodidad que padecía tan sin ropa ni abrigo me tenía traspasado y aun ajeno de tal curiosidad) cuando el diablo, que nunca duerme, y la bachillería de una de las criadas por mostrar más su amor y lisonja dijo: Válgame Dios, ¿y qué sería si aqueste torbellino y borrasca hubiese saltado en el monte al Conde mi señor? Mas aquí atajándola su madre de mi dama, la mandó que callase, y prosiguió riñéndola: ¡Jesus, qué necedad y disparate! ¿Eso os dejais decir? ¿Tal cosa había de haberle sucedido? No se caza á estas horas; discreta sois; bien sabéis consolar: dejad aquesa plática y idos á recoger; que ya que falta el Conde, yo supliré por él y acompañaré esta noche á mi hija. Estas razones últimas me atravesaron las entrañas, porque demas del eminente riesgo, ya mi estómago basqueaba con la intensa humedad de los ladrillos. Pensó, en oyéndolas divertir las mi dueño; mas por muchas

que dijo y por más que rogó á la piadosa madre, no mudó su consejo; con que no atreviéndose á apretarla, hubo de obedecerla, recelando que no cayese en alguna sospecha. Todas las criadas, temiendo salir á ver relámpagos, ocuparon las sillas; y todas se acurrucaron unas con otras para pasar la noche, y su madre y mi dama, en nuestro alojamiento: solo yo, miserable, en el suelo, frio, desamparado y solo, padecí lo que no sabré encarecer lo restante della, ya con grandes dolores, ya sin poder siquiera descansar alentado, y ya por la vecindad, siendo partícipe de las muchas miserias de nuestra mortalidad; porque, como la buena vieja salió calorosa de su cama y vino á ver la hija tan ahorrada y sin ropas, ó el frescor de la noche ó el susto del fracaso hizo en su cuerpo defectos indecibles. En conclusion, llegó el fin dilatado de la más larga y prolija noche que experimentaron mis ojos; con que madre y criadas dejaron el aposento y se fueron al suyo con dos mil bendiciones ó maldiciones mías y de su hija; la cual, no sin gran pena, viéndome que ya no podía mover pierna ni brazo, de donde estaba escondido, como dieron lugar sus flacas fuerzas, ella y la dueña al cabo de siete horas me sacaron á luz, en tanto que con abrigo y ropa recobraron mis miembros su calor extinguido: no digo por mi honra en qué pararon las bases del estómago; solo es fuerza decir que crecieron sus alevosos vómitos de suerte, que convino, para excusar otro mayor desastre, que nuestra compañía se dividiese, y yo en anocheciendo me volviese á mi casa.

§. V.

Llegué á ella temprano, pero tan disfigurado y macilento, que cualquiera en mirándome conociera mi daño, si ya los peligrosos pasos en que andaba no le liciesen creer otro mayor desman. No sé si sospechó mi hermano algun grave desastre, si bien sé solamente que en advirtiéndome mi semblante y color, me apretó de manera, que fué preciso decirle algo de mi suceso para tratar la cura. Mas no obstante, como él me porfiase, ya dudando en lo uno y ya dificultando en lo otro, como quiera que ya se habia soltado el primer punto, dando y tomando se fué toda la media, digo, el secreto que tantos dias se habia helado y encubierto en mi pecho. Y aunque para contarle despejé el aposento, aun de los mismos átomos alguno se quedó que por mi gran desdicha se lo sopló á mi dama. A lo ménos entónces creí que hablaba con el diablo, porque el siguiente dia, en medio de mi aclaque, tuve por desayuno otro papel que hallé donde solia, dándome en él más que bastantemente á entender su disgusto y aun las más intrínsecas razones con que quiso mi hermano ponderar el riesgo de mi empleo y persuadirme que le diese de mano. Esto último debió de acrecentar su ira y enojo; y así, no contentándose con amenazas crueles, con injurias y oprobios, con el llamarme pérfido y alevoso, indigno de su amor, quebrantador de mi palabra, violador de su fe, en más de veinte dias (aunque estuve muy malo) no se acordó de mí. Mas como ella me tenia más presente de lo que yo cuidaba, y el negocio aun no estaba rompido por saberlo mi hermano, mitigada su cólera (que nunca es más durable en los que bien se quieren), tornó á escribirme ménos dura y más blanda, y juntamente en lugar de la piedra con

que venian ligados otros billetes, vino ahora á mis manos un precioso joyel en forma de *agnus*, orludo el cerco con veinte y seis diamantes, y de tan linda hechura, artificio y primor, que pudiera ser joya de un príncipe. Ya yo habia en el discurso de mi amor recibido otros tales favores y regalos, pero ninguno fué del precio que este; y así, quedó con él confirmada la paz y más soldada la interrumpida tregua.

En tal estado andaba el concurso amoroso de nuestros pleitos en la audiencia y tribunal de Cupido: yo anhelando por volver á enlazarme, y mi dama sedienta por cumplir mis deseos, y uno y otro en continua esperanza de la ocasion que siempre suspirábamos. No hay duda sino que esta debia de ser dificultosísima, como lo confirman las estratagemas y intrincados caminos por donde se guiaba, y las diversas veces que con encarecerla habia mi dueño contrastado mi curiosidad. Decíame ella que si yo le supiera, ni arrostrara el peligro en que evidentemente me ponía, ni, queriéndola bien, permitiría que de su parte atropellasen otros sin comparación mucho mayores; y que este miedo era una de las razones por que la hacian encubrirse con tan grande cuidado; demas que la esencial de todas era juzgar de mí que, en conociéndola y en sabiendo su casa y sus salidas, como amante las habia de inquirir, como celoso las habia de recatar y ponerme quizá, sin poder reportarme, en otros excesos amorosos que, si ya no la vida, la quitasen la hora y opinion; fuera de que tambien no presumia de mí que, siendo el fin mayor del humano deleite la jactancia de su participacion, sería tan cuerdo, que me privase de sus mayores glorias, las cuales, en llegando á este punto, me afirmaba llorando que no sería en su mano dejar de convertirlas en muy mortales penas, porque aunque en la conservacion de mi vida consistia claramente la suya, á trueque de vengarse y no vivir infame, se la quitaria por quitármela: lo mucho pierde quien lo mucho no guarda. Así, considerando aquesto y su grande justicia, me trajo siempre atento y advertido en obedecerla, y nunca deseeo de investigar secretos que la ofendiesen y me hiciesen indigno de su gracia; pero por lo demas es querer firme fortuna: igual vaiven espera de su mano el que llegó á su cumbre tan aprisa; fuerza es que lo que sube ó sale de su centro haya de volver á él, porque muy pocos son los que se hicieron súbitamente ricos, que muy en breve no se llorasen pobres. Mas no ha llegado el tiempo de gemir estos males; digamos ahora el que gozamos los presentes bienes, que duraron seis meses, en quien no solas las que ya he referido, mas otras muchas veces me ví como solia con mi dueño, yo recibiendo tiernos regalos y caricias, y aun, segun dije, cosas de mucha estima, y él de mi mano y boca no más que el reiterarle las promesas y juramentos de mi secreto, porque por ninguna importunacion y ruego mío quiso tomar un brinco ó cosa semejante. Así pasé gran parte del invierno, envidiándome yo mi propia dicha, y siempre en continuos temores de perderla: efectos tristes de nuestra natural inconstancia. Seria por la mitad de enero, cuando la escasa luz del sol el dia que se muestra en Valladolid con nueve y alborota la gente que sale á festejarle. Fuimos á gozar la ocasion mi hermano y yo y otros dos caballeros; mas queriendo uno dellos dar ántes en la calle

de su dama cuatro paseos, guiámos todos á acompañarle, interrumpiendo el intento principal. Hecho este, parámos á una esquina que casi hacia frontera á unos grandes palacios, con cuyo ventanaje eran contiguas las rejías y balcones de la dama de nuestro compañero : de manera que haciendo él su festejo, igualmente se podia presumir que los demas cortejábamos las ventanas vecinas, en quien aun pienso que sin irnos ni venimos, algunos de nosotros (como en los más habia más barreno que juicio), viendo mujeres mozas, tambien con señas y visajes las galanteábamos. Así gastámos buen rato de la tarde, y fuera toda si, saliendo á este punto un coche de aquella casa grande, y en él unas mujeres, no ocasionaran con su impensada vista el caso que sabréis. Era la una, segun mis camaradas lo encarecieron, de extremada hermosura; y estando yo á esta sazón vuelto de espaldas, queriendo que confirmase su opinion, me hicieron, dándome uno del codo y tirándome el otro de la capa, que la volviese el rostro : nunca pluguiera el cielo lo imaginara, porque apénas lo lize, cuando me hallé de repente saltado, y no ménos que de los dulces ojos de mi secreto y resguardado amor, de mi querido y más precioso empleo, que era la dama que salia acompañada de una de sus criadas. ¡Oh poderoso Dios, y cuánto diera yo por hallarme al presente cien leguas de semejante encuentro, y mayormente luego que conocí que habia quedándose en mirándome muerta! Perdió al instante los colores de rosa, ofuscóse de turbacion, cayéronsele de las manos el leñuzco y los guantes, y sin saber si erraba ó acertaba, mandó al cochero que la volviese á casa. Ninguno hubo de los que estaban á mi lado que no advirtiese en tan grande alboroto, que no admirase su repentina vuelta : cada uno lo atribuyó segun su voluntad; solo yo, triste, caí por mi daño en la cuenta. Juzgué que su disgusto procedia, no del haberme visto, sino del sospechoso puesto, compañeros y acciones reprobadas; las cuales, como despues pareció, todas las presumió en su deshonra : creyó que por mi orden se habria seguido la silla ó escudero, descubriendo la casa, revelado el secreto, y que así las señas y figuras que hicieron mis compañeros para que volviese el rostro eran mis advertencias y jactancias; que no hay bien deleitable si no es comunicado. Quede esto anticipado; porque si bien fué cierta mi sospecha, no es aquí su lugar ni pude creer que tal imaginase de mi verdad y amor; mas engañóme su justificacion, y mi inocencia aseguró por entónces el presente cuidado; con que buscando otros achaques y accidentes que podia haber originado el de mi dama, yo mismo me lize el cargo y descargo, yo mismo fui fiscal y juez; sentencié finalmente en mi favor, di por niinguna, segun era razon, la culpa que aun no habia imaginado, y alegre y confiado, volví á mi pecho la perdida quietud. Fuíme con los amigos hácia el Prado, y en el camino, aun sin querer saberlo, entendí que mi dama era prenda y mujer de cierto gran señor título y extranjero; supe tambien que no hacian vida juntos, y supe que por esto la llamaban en la corte la bella mal casada. Con tales novedades divertí la primera, llegué á mi posada, cené con gusto, y reposé contento, y mucho más luego que á la mañana confirmó mi quietud un papel de mi dueño, cuyo tenor es el que sigue :

«Satisfecho estarás ya, señor mio, de haber visto en »la calle contra mi gusto lo que tan en tu mano has »tenido siempre en mi aposento y casa. Mas ya vino »muy tarde el yerro cometido; imposible me es enojar- »me contigo; no ha dejado mi amor parte en que pueda »el alma recatar su pasion. Contentaréme con que, ya »que has querido saber mi casa y entender mis secre- »tos, no hayas hecho participantes dello á quien, sa- »cándolos en público, nos eche á perder. Tu daño y »riesgo sentiré más entónces que el propio mio. Bien »creo que no ignoras semejantes linezas; mas no lo »querrá Dios, ni tú habrás andado tan mal aconsejado. »Pero dejemos ahora estos tristes temores, pues la for- »tuna favorece á los atrevidos. Querido Píndaro, den- »tro de cuatro dias habrá ocasion de verte . el cielo me »es testigo que no anhela el deseo por otra cosa, ni mi »aliento respira cuando te tiene ausente; mas no se »puede más : sufre y espera, pues tienes en mí quien »en lo mismo te acompaña continuo. »

Así decia el papel; pero yo bien quisiera que mi respuesta la desganiara ántes del plazo. Mas viendo que no me daban orden, tuve paciencia, y aguardé cuatro dias, al cabo de los cuales, no dos horas de noche, con el contento y alegría que siempre, y aun pienso que mayor, fui recibido de mi mejor empleo, que á pocos lancés con lo que yo le dije mostró satisfacerse y desenojarse. Con tanto, no habiendo hasta entónces cenado juntos, quiso que lo hiciésemos : favor que encarecí con notables extremos, y muy poco despues el mandarme acostar.

Comencé, obedeciéndola, á despojarme de la capa y espada, y desnudárame del todo si un repentino caso no me lo suspendiera. ¡Oh cómo importan poco todas las prevenciones de los hombres cuando el cielo se sirve de atropellar su intento ! Un átomo, un cabello, guiado de aquella Providencia, desbarata y confunde los más ciertos consejos : dígolo ahora porque un liviano y pequenuelo achaque desentabló y deshizo el riesgo más seguro que nunca amenazó mi inocente cabeza. Tenia por entretenimiento y gusto (no es muy nuevo entre damas) la mia en el regazo y manos un perrillo faldero, juguete tan hermoso, que le era compañía en la cama y en la mesa. Andaba á la sazón este por la sala y alcoba con el regocijo que suelen tales animalejos, saltando y travesando de unas partes á otras, hasta que llegándose á un aposento, camarín de su ama y alojamiento de la dueña tercera, hallándose, aunque á oscuras, entreabierta la puerta, se entró por ella; mas volviéndose al instante á salir huyendo, comenzó desde afuera á gruñir y á ladrar y hacer tales extremos, que verdaderamente parecia que con distinto superior me enseñaba y decia ser el caballo de Sinon aquel retrete. Advertí luego en ello, y no obstante, más por curiosidad que por sospecha, dije á mi dama que era bien se mirase lo que ladraba el perro, y diciendo y haciendo, tomé una luz y caminé al intento; mas por presto que lo hice, dando ella un recio grito, se me puso delante al mismo tiempo que, saliendo tres hombres del aposento, embistieron conmigo como furiosos leones. ¡Oh cuán amargo trago es el de la muerte, y cuán breves discursos se previenen en él ! Túvela por certísima, y viéndome sin espada y casi encima las enemigas armas, y cerca de mis manos

á aquella mi cruel y alevosa homicida, solté la luz y me abracé con ella, y aunque se resistió, la obligué con mi fuerza á que fuese escudo de mi vida.

Esta suerte, volviéndola á unas partes y á otras, como por no matarla, reprimieron los tres sus primeros golpes: mientras así se embarazaron un punto solo, de dos ligeros saltos me puse dentro del camarín, dejando tendida en sus umbrales á mi fiera enemiga, que queriendo levantarse del suelo, aquella misma acción también me fué de ayuda: embarazáronse con ella, temiendo atropellarla unos y otros; y yo en el interin, apechugando con la puerta y llamando á Dios, y poniendo en hacerlo el extremo y coraje último de mi esfuerzo, con un duro teson al fin le eché un cerrojo. Todo lo dicho sucedió en un momento, y si bien me sentí herido en dos ó tres lugares, como el peto guardaba lo principal del cuerpo, no me desanimé; ántes (aunque en tinieblas) comencé á arrimar á la puerta cuanto encontraba á tienta y juzgaba de peso ó importancia para dilatar algun tanto la miserable muerte que ya me amenazaba, pues el romper la puerta, siendo los golpes que para hacerlo daban espantosos y grandes, no podía durar mucho; mas ella era de madera tan fuerte y tan bien asentada, que largo espacio se cansaron en balde. Pero ahora, conferido el negocio con mi sangriento dueño, y viendo que este estruendo redundaba en su daño, mandó cesar en él por no ser descubierta, y que se procurasen desencajar los quicios mahosamente. No sabe tornar á su morada la vergüenza que una vez se perdió: quien tales arbitrios y consejos oía de aquella misma boca que tan poco ántes había escuchado regados requiebros, ¿qué tal se sentiría? Qué tales juicios fulminaría ahora en su pecho de traiciones tan grandes y de inhumanidades tan sangrientas, mayormente considerándose sin culpa porque mereciese tal castigo? No hay duda sino que es la mujer el sugeto más blando, más tratable y hermoso de todas las criaturas; parece que los cielos le criaron para alivio y recreo de nuestra humanidad; pero no obstante, encendiéndose en demasiada cólera y enojo, viene á tanta locura, que intenta cosas que los tiranos más crueles no imaginaron. ¡Oh cuántos son los daños y los males que han visto sobre sí el mundo y los hombres por su causa, y cuántos testimonios sagrados y profanos califican esta verdad aun desde sus principios! Y si no, adviértase quién tuvo más raras perfecciones, más noticias y ciencias que nuestro padre Adán, y del primer envite le venció la mujer; quién más robusto y fuerte que Sansón, y otra le arrebató las fuerzas y quitó los cabellos; quién más casto que Lot, y sus mismas hijas triunfaron con engaño de su honesto decoro; quién más religioso que David, y Bersabé turbó su santidad; quién más prudente y sabio que Salomón, y áqueste inútil género lo enloqueció y perdió tan tristemente; pues ¿qué me quejo yo deste presente exceso? Qué admiro, qué exagero esta traición enorme? ¿Hay por ventura alguno que escape de sus manos, que su maldad no emprenda, que su malicia no penetre, que su atrevimiento no ejecute, que su crueldad no consiga? En conclusion, no hay para qué cansarme, pues en cuanto quisiere obrar la mujer, hallará salida y despidiente: librenos Dios de sus iras y venganzas.

§. VI.

Andaba yo con tan mortales ansias como ya habeis oído trastornando todo aquel aposento, buscando así á mi vida algun amparo, ó por lo ménos alguna resistencia que dilatase el fin y le entretuviese; y así, ahora metido en tal aprieto, tentando con las manos á unas partes y otras, y guiado del cielo, cuando ménos cuidaba di con un escritorio ó tocador de plata, el cual queriendo levantar para también acumularle con las demas cosas á la puerta, apénas lo hice, cuando (como en la grande escuridad cualquiera lumbré se reconoce y ve más facilmente) debajo dél me deslumbrió un pequeño resquicio, y tentando lo que era, hallé que, arrancados dos ladrillos y socavado el suelo hasta la bóveda, habia en ella un pequeño agujero que, no estando bien apretado con un pedazo de lienzo que le servia de tapa, daba de sí, por haber luz debajo, aquellos breves y confusos resplandores; y como si al espíritu alligen semejantes desdichas, cualquiera sombra del bien la consuela y anima; así ahora me pareció, en viendo aquella luz, que el corazon y el alma habian resucitado: tanto puede en el grande peligro un rastro de esperanza. Muchas veces entre las cosas arduas y contrarias resplandece con mayor claridad la providencia de la buena fortuna. Así lo pareció al presente conmigo: quité el inconveniente, desatapé el lenzuelo, é inclinando los ojos, vi que correspondia á unos aposentos muy grandes, vi que los alumbraaban dos velas encendidas encima de su bufete, y vi y oí, bien que sin distincion, que paseaban y parlaban en ellos algunos hombres. No pude conocerlos, ni el tiempo y turbacion me concedieron tan atento cuidado, ni el súbito consejo que entónces acordé pedia más dilacion: halló el peligro inopinadamente remedio á lo que la razon no pudo dársele. Habia, segun ya tengo dicho, dos ladrillos quitados, y un suelo destes es como media calza, en faltándola un punto todase va por él, en faltando un ladrillo, todos se pueden arrancar: valime de la daga y quité cuatro ó cinco, y por el consiguiente, la tierra hasta igualar las bovedillas. Son aquestas de yeso y el ordinario modo con que en aquella tierra se fabrican los techos; y así, quitando su mayor embarazo, á pocos golpes desmoroné la mitad de una bóveda, y como ya en el interin la puerta del retrete se iba rindiendo muy apriesa, sin esperarme más, teniendo ya rompida diferente salida, aunque estaba muy alta y las voces que debajo se daban y el peligro presente me confundian y turbaban algo, todavia, encomendándome á la Virgen, por entre viga y viga me dejé despenar. Mucho importa en los tan arduos casos igual resolucion, pues por aquesta tal vez habemos visto nacer de la necesidad la virtud y el remedio. Caí de lado á los piés de una cama, y aunque mi cabeza dió en ella un terrible golpe, los colchones de encima repararon su más sangrienta ruina. Pero no fué esta sola mi mayor contingencia, porque aun no habia caído cuando me vi rodeado de diversas espadas. Abrazóse uno de los que las regian fuertemente conmigo, y fué con esto tan desigual mi última alteracion, que ciego de la sangre y de la gran congoja, aun casi en largo espacio no acabé de advertir ni conocer que quien me tenia asido era mi propio hermano, y sus criados y los míos los que me habian cercado. Tur-

bóme y alentóme igualmente tan impensado encuentro, y el primer movimiento lo atribuyó á prodigio y milagro : hablé y llamé por sus nombres á unos y á otros, y con todo, la misma novedad que á mí se suspendía embarazó tambien su conocimiento, demas que lo imposibilitaba la mucha sangre con que venía bañado, ya de una herida que traía en la cabeza, y ya de una estocada que me pasaba el rostro. Finalmente, entendido el peregrino suceso, mi hermano quedó atónito, y yo, considerando que de esperar allí corría mi vida notorio riesgo, pues de un arcabuzazo podían desde arriba quitármela, siguiéndome mi hermano, salí de casa y atravesé la calle para encerrarme en otra, al mismo punto que, abriéndose las puertas de una cochera que estaba pared en medio de mi casa, salían por ella tres hombres rodelados que con ímpetu y furia (siendo el cielo servido que no nos vieses) denodadamente se arrojaron por mi posada. Entraron en mi cuarto, y escudriñándole enmascarados y no hallándome, se volvieron por donde habían venido, que, bien conjeturado, sin dilatarlo mucho conocí claramente que era en la misma parte por quien me metían en la silla los negros y escudero. Reventábame entónces el corazon dentro del pecho mirando tales cosas : aunque desagrado y aturrido del golpe y la caída, no obstante, si mi hermano no me lo resistiera cuerdamente, fuera excusado el dejar la venganza para otra coyuntura ; mas echara un desastrado lance, porque, como despues supimos de los criados que quedaron en casa, parece ser que acompañaron su atrevimiento y temeridad con tres pistolas.

Con tanto, aquella noche me alojé en la posada de un amigo, adonde fui curado, y adonde, sin poder sosegar, pasé cuatro ó seis dias, tan acosado y lleno de diversas congojas, que si no las templara el fin de mis amores infelices, pienso que hallara el alma en breve término franca y fácil salida por los golpes y heridas de mi cuerpo. Disculpe este dolor el abrasado amor con que era adorada de mí mi bella ingrata, pues para que se entienda su vigoroso esfuerzo y mi mucha ternera, aun ahora en medio de la sangre, en medio del peligro que ocasionó su mano, en vez de aborrecerla, procuraba disculpar su rigor y desvanecer su maldad con lo aparente y verisímil en que fundó mi culpa y sus sospechas, si bien fuéron aquestas con la inocencia de mi parte que habeis notado ; y así, entiendo por cierto que no tan solamente ella me libró de tan peligroso trance, mas juntamente cegó el juicio y los ojos de mi dama para que errase el modo y se desentablase su injusta y alevosa venganza, pues es cierto y llano que si la dispusiera al traerme en la silla, viniendo yo con tal mortal descuido, ó ya en la calle, ó ya dando conmigo en el rio ó en algun despoblado, me pudieran á su salvo matar ; mas ella no se atrevió sin duda alguna á liar de dos viles esclavos. Temió algun contingente ó descubrirse el caso, y con esto abrazóse al consejo más secreto y seguro, como realmente lo era acabarme en la cama en el primero sueño, y enterrarme despues sin ruido ni escándalo adonde no fuese hallado eternamente. Pero dispúsole mejor la piedad divina, de quien dijo el Profeta que entre las cosas mas perfetas y grandes que puede contemplar nuestra mortalidad, ninguna es en sus obras más ilustre y notable que su

misericordia, pues cuando esta se sirve de dilatar sobre sus criaturas, no hay fuerza poderosa, no hay invencion humana, no hay astucia diabólica que llegue á su señal determinada : todo queda frustrado, desvanecido y sin efeto ; mas ¿qué podrá ofender á quien ella le ampara ? Bien patente quedó con aqueste suceso la ocasion que en mi dama originó el principio de su amor y mi conocimiento, pues en viendo el agujero que caía á mi aposento y cama, estaba claro su desencanto y sabido el camino por donde me venían los billetes, por donde se advertían mis acciones y escuchaban mis pláticas : cosa que algunas veces, segun ya he dicho, atribuyó mi confusion á hechicería. En efeto, aquel breve resquicio, hecho por su curiosidad ó por otros respetos, puso mi persona en sus ojos, y la continuacion de su vista, su ociosidad, su privacion de gusto, y el corto que tenia con su esposo (quizá culpa de todo), en su pecho y entrañas el apetito y torpe liviandad que ella calificaba con título de amor ; pero probado está que no merece tan honroso renombre, porque aunque diga Séneca que son muchos aquellos que amando matan y ofenden á la cosa amada, imposible parece su decreto : no es creible que donde hay fiel amor haya injustas venganzas, haya alevosías y traiciones. Continuábanse aquestas, y temiendo sus asechanzas engañosas, no bien convalecido, aunque más consolado, traté con gran secreto ponerles tierra en medio, ausentándome. Era mi hermano deste mismo consejo ; y así, dejándole al despacho de nuestras pretensiones, con un solo criado lo ejecuté y me puse en camino, y hallando un coche de retorno para Madrid (aunque estaba ocupado de dos señoras y una doncella y paje), si bien ya iba aborreciendo tan peligrosas compañías, por encubrirme más, y no pudiendo ménos, hube de entrar en él y seguir mi derrota.

§. VII.

Como los cielos están en un continuo movimiento, así las cosas inferiores parece que los siguen, rodando juntamente con ellos, pues vemos que nunca permanecen en un estado y sér. Testifica bien esto la variedad inmensa de mis sucesos, la inconstancia notable del discurso y progreso de mi vida. ¿que escapándola, no sin favor de Dios, del pasado peligro, si gozó un corto espacio tranquilidad y gusto, fué, como siempre, para con nuevo aliento poder atropellar otros innumerables que la están esperando.

Cinco dias gastó la tardanza y flemma con que caminaba mi coche en llegar al puerto de Guadarrama, que con el nombre de Montes Carpentanos hace raya y divide las dos Castillas. Pero para subirle con más comodidad tomámos, segun es la costumbre, caballería de jamugas y sillas, unas para nosotros y otras para las tres mujeres que conmigo venían ; las cuales (digo, las dos señoras) eran madre y hija, aquella de cincuenta años y esta de quince, mas muy bella y graciosa, y sobre todo, de extremados cabellos. Son estos la más hermosa parte de la mujer, ó ya porque primero ocurren á la vista granjeándola, ó ya por ser vestido y ornamento del miembro principal, que es la cabeza. Y aunque ahora otras ménos escarmentadas que la mía pudieran precipitarse con el cebo, todavia las frescas cicatrices de mis heridas la tuvieron constante y tan advertida, que

aun con haberse ofrecido en la jornada diversas ocasiones y lances no para desear, ella y su dueño las divirtieron y despreciaron; mas ni esto basta adonde ya una vez se dió entrada al amor, y mayormente fomentado con la continuacion del hablarme y verme y la frecuencia de los muchos regalos que yo (más por mi cortesía que por otros intentos) viue haciendo á la dama y á su madre todo el viaje. Pero demos conclusion al presente; que su ocasion vendrá en que aquel tenga fin.

Digo pues que, habiéndonos apeado del coche, que tomó otra vereda, nosotros á caballo desde el Espinar proseguimos enderezando al puerto. Era, aunque á los primeros de marzo, el sol tan apretante, la tarde tan sin viento, que en breve espacio de la calma y polvo nos hallámos vencidos. Han sedientas las mujeres, y los hombres abrasados y muertos; y así, dándonos priesa por mitigar la sed, hicimos alto en la venta que está al subir de la cuesta, y entrando en ella de tropel como íbamos, pedimos más alegres agua y vino para refrigerarnos, á un hombre de pardillo que sesteaba encima de un escaño, que parecia ser el ventero. La demas de su gente majaba lino en unos trascorrales; mas ni aquella salió ni aqueste se levantó, aunque oyó mi demanda; ántes dando un resuello y dos ó tres bostezos, con la voz de un berraco nos dijo: Por Dios, que traen grande prisa; ó vayanse ó espérense. No nos deja la sed ni el calor lo permite, le respondí riéndome: despachadnos, hermano; que no venimos para tan larga sorna. Hermano sea él de Júdas, replicó el ventero, ¿y ya tan presto queria que hubiésemos emparentado? Voto al sol, que estos ninfos muñecos de la corte piensan que en viendo á un hombre con un gaban de paño, no hay más de hermanear y echar un vos redondo; pues juro á san... y callo; que no somos judíos ni advenedizos. Ni yo imagino tal, amigo mio, volví á decirle casi medio enojado; dejáos de estas quimeras y dadnos lo que os pido. A esto me respondió si traíamos plata, y yo con mi paciencia le enseñé un real de á cuatro; con que en viéndole al ojo, comenzó muy despacio á levantarse, dió en mal hora algunos esperezos, y despues mirándose al capote, una á una fué limpiando de encima algunas pajas: cosa en que debió de estar un cuarto de hora, y tan poco á propósito como lo repugnaba nuestra sed y cansancio; pero esta gente, más rústica y más bárbara que la de Terranova, ni tienen piedad ni compasión, ni del humano sér más que la sombra. Pues ni aun paró en lo dicho su villanía; aun se presumió irritarme por otros modos. Entró en un aposentillo, y al cabo de media hora, que debió de gastar en cercenar medidas y bautizar á Baco, saliendo con un jarro, volvió á medirme en otro con tan extraña flemma, que ya, aunque tarde, acabé de entender lo que hacía adrede, burlándose de todos el malicioso villano. Pero no obstante, aun tuve sufrimiento, si bien solo le dije: Hermano de mi vida, basta la burla un poco, despachadnos apriesa; que se nos pasa el día. Mas ¡qué eché de mi boca! Apenas oyó la palabra *hermano* cuando pagué el descuido; y sin mirarme á la cara, cogió el vino y medidas y me volvió las espaldas, repitiendo entre dientes: ¿Otra vez soy hermano? Pues juro á Dios que ha de beber el lindo por donde bebió mi mula. ¿Qué sentiria mi pecho viendo tan descarada desvergüenza? Yo confieso que, aunque por no trabarino con tal persona

quise disimularla, me venció la pasión y el disgusto, y aun la lástima de las que me miraban rabiando de sed. Arrojáme del macho, y ya sin sufrimiento, corrí tras del ventero con la espada en la mano; pero apenas vido reducir la de Juanes, cuando dejando el vino, apretó hácia el corral. Mas siguióle mi cólera, y sin dejarle un punto, le obligó á que saltase por las bardas, y hiciera yo lo mismo si las voces y gritos de su mujer y unos pequeños niños que se me echaron á los pies no lo impidieran. Salí al fin á mi gente, y dándola de beber, pagando el coste, volvimos al camino santiguándonos y maravillados del suceso.

Esto pasó en la venta, y dejándola atrás, comenzámos desde allí á subir el nombrado puerto. Pero es tan intratable, y su cumbre tan alta, que una hora no pudimos vencerla; si bien ántes de hacerlo otro mayor inconveniente dificultó su empresa. Fué este el que sabréis ahora. Serian las cinco de la tarde, casi al ponerse el sol, cuando un tercio de legua de lo alto íbamos uno á uno porque la senda no daba más lugar, subiendo en forma de procesion la cuesta arriba, y yo muy deseoso de llegar á Guadarrama, por el buen hospedaje que me aguardaba en ella en casa de un amigo que gobernaba entónces el Real de Manzanares. Mas podriase decir por la presente cuenta que uno pensaba el bayo y otro el que le ensilla. Bien diferente albergue presumió prevenirme la contraria fortuna. Haciendo iba yo con mi compañía semejantes discursos, cuando saliendo de detras de una Peña á tiro de ballesta, se me pusieron delante á caballero dos hombres de no mala estatura. Traian entrambos dos chuzos en las manos, si bien luego al principio creí que eran escopetas, y sin hablar palabra, en llegando más cerca, comenzaron juntos á disparar torbellinos de piedras. Milagro fué evidente que esta impensada lluvia no cogiese á ninguno con su granizo: vi el peligro notorio, y aunque siempre cuando es tan grande suele faltar consejo, con todo, le tomé, y sin mayor tardanza mandé que se apease mi compañía. Y llevando los criados y yo las cabalgaduras por delante, haciendo escudos dellas, pudimos resistir el ventisquero, no obstante que hubo pelota que hizo volar sin alas uno de los rocines. Los deinas bamboleando con los furiosos golpes, que quisieron que no, nos fueron amparando hasta que emparejámos, no sin grande trabajo. Pero entónces, en viéndome á la iguala, conocí que era el uno de los dos salteadores el honrado ventero. Crecióme en su maldad el ánimo y esfuerzo; y así, rabiando por venganza, le embestí aunque ya me esperaba con el chuzo. El otro en tanto, acometido de los criados, continuó el pedrisco. Pero aunque me previno con un gran pelotazo, no interrumpió por esto el juntarme con el infame y alevoso ventero. Arrojáme un chuzazo, eché afuera la punta, y eu habiendo ganádosela, de un salto le rompí un geme de cabeza. Perdióse luego de ánimo, y dando grandes gritos, puso su remedio en las plantas: corrió un breve trecho, y sintiéndose algo léjos de mí, sacó una baretilla del tamaño de un palmo, y subiendo encima de una Peña, levantó el bramo y comenzó á apellidar la justicia de la Santa Hermandad. Mirad si esta señora es servida de ministros honrados: á un ventero ladron, salteador de caminos, le hace su cuadrillero para que el mismo efeto que habia de castigar sus robos y maldades sea el pretexto y capa

deste y otros delitos. Pero vaya con Dios y sea como mandare; que por lo ménos no importó su reclamo por ahora. Habían los criados en el ínterin corrido al compañero (¿quién duda que sería su semejante?); y así, en volviendo á mí, temiendo más flageos, siguió el trote tras dél por entre aquellos riscos; con lo cual no poco fatigado, proseguí á Guadarrama, adonde con mi atribulada compañía por el encuentro dicho hubimos de arribar muy de noche. Tarde nos pareció nuestra llegada; pero aunque lo fuera más no perdiéramos cosa, porque, si no lo habeis á pesadumbre, el regalo y descanso que halló nuestra calamidad y molimiento fué un golpe de villanos que nos esperaban á la puerta; los cuales en entrando nos rodearon por todas partes, diciendo á voces que les rindiésemos las personas y espadas. No era para burlarse la demanda; y como la pasada nos traía recelosos, ménos razon nos alterara: temí y pensé que esta era la venganza del ventero; y no queriendo morir á sus rústicas manos sin defensa, apeándome al punto, comencé á disponer con despejo y ánimo. Mas no lo hube intentado cuando los cautelosos aldeanos levantaron el grito, repitiendo: ¡Favor al Rey, justicia, resistencia! Con que en un momento no quedó á su bramido persona de diez años arriba que no acudiese, ya con lanzas y espadas, ya con palos y piedras. Bien cuidé que desta hecha pagara mi cabeza los pecados antiguos y modernos; pero con todo, sin pasarme por la imaginación que fuesen diligencias de justicia, tomando de dos saltos la primera casa, asegurando las espaldas, me resolví á no venderlas tan barato. A esta hora los gritos que sonaban atronaban el cielo, y mis pobres mujeres, presas y maniatadas, eran despojo injusto de los ministros, mientras su criado y el mío cayendo y levantando lo dilataban. Encarnizóse la turbanulta en ellos, y aquel estorbo los hizo que aflojasen conmigo; y así, hallando lugar, escabullí, corrí y volé por aquellas calles, hasta que cerca de la plaza, viendo que de una casa grande salían luces, guíé hácia ellas; mas tan desatinado, que primero atropellé á dos hombres, que me pudiesen detener; y al fin, cuando lo hice fué cayendo entre los piés del uno, que luego se arrojó sobre mí; y pidiendo á los demás ayuda, en vez de dármele y ampararme en su casa, me asió muy fuertemente y me dejó sin espada ni daga. Quedé perplejo viendo seguirse así una tras de otra tantas desgracias: realmente que, si decirse puede, creí que todo el pueblo estaba conjurado y lleno de demonios contra mí, y muchas veces, para más persuadirmelo, me vino al pensamiento si era este caso venganza redundante de la hechicera vieja de Castilleja. Finalmente, tuve por cierto que algun secreto encanto obraba en mí esta noche: creyéralo sin duda, tal me tenía el suceso, si aquel agarrador cuyas uñas me asian, pidiendo ahora que acercasen las luces, no me sacara con su vista de semejante disparate y erronía, pues por lo ménos en ella conocí que estaba delante de la mía aquel amigo grande que (según ya advertí) gobernaba el Real de Manzanares y había de ser mi huésped aquella noche. Pasmé en mirándole, y él haciéndose cruces acrecentó la admiración de los circunstantes, siendo mucho mayor cuando abrazándonos advertieron nuestra estrecha amistad. Hablamos alegres, y sin más dilatarlo, le fuí dando razon de cuanto nos pasaba así en el puerto como allí y en la

venta: cosa que habiendo oídola, le dejó mas atónito, y no porque lo ignorase del todo, sino por la siniestra y contraria relacion que le habían hecho della. Era preciso que la supiese yo; y así, me refirió cómo, habiendo llegado poco ántes muy mal heridos el ventero y el otro, dieron ante él querella de nosotros, en la cual delataron que éramos tres rufianes que con otras tres mozas, albergando en su venta y comiéndole medio lado, nos habíamos querido escapar sin pagar el escote; y porque él y su colegio salieron á rogarnos que pagásemos les dejámos por muertos y les pusimos en semejante estado. Mirad si el señor venteron ladronazo pudiera ser maestro de cualquier tropelia, y si acertaba á disponer el caso más en derecho de su dedo el mismo Bártulo. Ya no hay villanos en Castilla la Vieja; la frecuentación de cortesanos (digamos cazoleros y ballenatos) corrompió sus costumbres, trocó su original simplicidad en malicia y cautela: todo al fin lo pervierte el vicio, el uso, el tiempo y mala vecindad; y así, no es mucho ahora que en Guadarrama hallase yo la suya tan contraria con semejante informacion, ni que tampoco su juez, irritado con ella y ajeno de la verdad, avisado al presente de nuestra resistencia, saliese á remediarla y á poner en efeto nuestra prision; si bien el haberla ántes ordenado tan mal como habeis oido mejor pudiéramos llamarla salteamiento; porque llegar de noche, y de repente en parte sospechosa, sin luces y sin vara de justicia, y sin decir que nos tuviésemos á ella ó al Rey, como es costumbre, más pareció ocasion cautelosa para que así se acriminase nuestra causa, que buen deseo de ejecutar su oficio. Advértase esta traza porque es muy ordinaria en los ruines ministros. Pero no tuvo ahora efeto su maldad; contrádjola el cielo y libró á la inocencia; y adonde pensaron los villanos tener cierta venganza tuvieron el castigo.

§. VIII.

Estaba ya mi gente en la cárcel; mandó sacarla al punto al Gobernador, y que la trajesen á su casa, y en su lugar heridos y emplastados quedasen el ventero y su amigo. Mas no hay consuelo que se iguale al que tuvieron las dos señoras, la doncella y criados en viéndose conmigo, porque, como ignoraban lo que me había pasado, y el caso era capaz de mayores sospechas, temieron y lloraron que las traían á dar algun tormento, mas este redundó sobre los que eran causa de sus lágrimas, pues el siguiente día, habiéndonos la noche regalado agasajado grandiosamente, ántes de la partida nos recibió los dichos, y vista su sustancia, sin darles largos términos, condenó á los dos presos á galeras y azotes. Harto pedí, rogué ó importuné para que no se pronunciase tan pesada sentencia, porque el hombre de bien debe pagar los males con buenas obras; mas mi piadoso intento paró en solo el deseo. Pedia el delito semejante rigor; por una parte los juramentos falsos le agravaban, y por otra le hacia terrible y capital el habernos salido al camino. Considerando aquellas circunstancias, no quise que mis ruegos ni las importunidades de las damas torciesen la justicia y obligasen al Gobernador. Estimé sumamente su entereza, porque el juez que admite ruegos y se deja llevar dellos y de las dádivas, imposible es que se adorne de aquesta, ó que por lo ménos escape ó de ingrato ó de injusto; in-

grato si no hace algo por el que le obligó, y injusto si lo hace contra justicia. En conclusion, por no hallarme presente á su ejecucion, tracé luego el viaje, y despedidos, llegámos á Madrid la misma tarde. Eran las dos señoras de aquella villa, y sabian que habia de reparar alli, porque, temiendo no siguiese mis pasos el sangriento deseo de mi dama, no me atreví á pasar á una aldea en quien vivia mi madre, y en quien mucho peor podría encubrirse mi persona. Por esta causa, agradecidas á mi buen agasajo, aunque lo resistí con harta porfia, fué la suya mayor para hospedarme en su misma casa. Hubo en efeto de rendirme á su importunacion y cortesía, si bien muy cuidadoso de la aficion y exceso que la hermosa Julia (llamábase así la dama moza) mostró en la solicitud de mi resolucíon. Raras veces venció tales porfias la ardiente juventud, mas en la mia prevaleció el temor del reciente fracaso, la memoria de otra igual desventura como la que tuve en la corte, y sobre todo, la noble confianza que su madre libró en mi proceder: razon que no admite contraste con ningun hombre de honra. Con este presupuesto, pude decir que viví seis meses en una continua y permanente guerra. Yo era centinela de mis ojos, adalid de mis pasos, guarda de mis sentidos, siempre huyendo el encuentro, siempre alguna celada, y mayormente que no me hallase á solas la ocasion; pero el ciego rapaz vió más que mi cuidado, y estuvo en poco que no atropellase mi justa resistencia. Dormíamos mi criado y yo en unos cuartos bajos; Julia, su madre y criadas en los más altos. Fingióse enferma un dia de fiesta, y mientras su madre y la familia estaban en la iglesia, mi sirviente en la plaza, cierra las puertas ella, y arrojóse por las de mi aposento con un faldellín solo y en mangas de camisa; y para asegurar mi rendimiento, tendidas por los hombros las más ricas madejas de oro fino que vió el Tajo en su arena ni el Arauco en sus minas. Así la vi casi sobre mi rostro, cuando sus blandos pasos quebrantaron el reposo del cuerpo y pusieron con tan hermosa vista en no pequeña turbacion mi alma. Confieso que me quedé arrobado, y tanto más afligido, cuando advertí más el peligro y vi que, segun mi determinacion, no podia escapar dél ménos que desengañando sus intentos: cosa que á veces suele aumentarlos y crecerlos, si ya no precipita á mayores desórdenes. Hablóme Julia sentándose en mi cama, y yo disimulando su pasion y la mia, alegre la escuché. Dijo: ¿Qué hay que dudar, soldado de mi vida, sino que ya en tu pecho se me habrán condenado estas acciones atrevidas, impropias ciertamente del natural honesto tan ajeno á nosotros? Pero la misma causa, mientras me ofende más, más te debe obligar, y más se debe agradecer el desprecialla. Tú, señor mio, la ocasionaste con tus ojos, y tú con tus desdenes y descuidos añadiste á sus llamas mayor incendio: ten compasion de mi honra. No pudo ó no la dió lugar su llanto ó su congoja á pasar adelante; comenzó tiernamente á derramar mil orientales perlas de sus ojos, y yo del pecho varios concetos y razones con que templar su fuego y divertir su pena. Estaban en mi idea tan lijas y presentes las engañosas ansias, los fingidos desmayos, afectados suspiros, lágrimas y embelecocos de mi cruel ausente, que fuera por demas, estando en mi entero y acordado juicio, presumir enlazar me de nuevo los encantos de la engañadora Circe,

cuanto y más las palabras sin término de aquella rapacilla, á quien más incitaba y apresuraba la poca resistencia que hacia á sus torpes deseos, que el verdadero amor, que ni habia conocido ni aun experimentado. De otras partes y medios se engendra este; primero echa profundas raíces, forma cimientos hondos, que se advierte su fábrica. Desde que entré en el coche, miré y fui visto della, sin otra intermision advertí sus deseos; luego al punto me descubrió su facilidad y cuidado: no convenia á tan frescos escarmientos tan ligeros empleos. Así ahora por no desesperarla, aunque la dí á entender mi desengaño, todavía con ambiguas razones dejé abierto un resquicio á su esperanza, y díjela: Julia mia, aunque mi buena dicha es la mayor que nunca tuvo hombre, pues trocadas las suertes, lo que debiera hacer contigo el más bello y gallardo, eso mismo contemplo ejecutado en mí por tu graciosa, boca todavía gloria tan grande y de que mi humilde pecho se conoce incapaz de merecerla, no puede dejar de templarse mucho, conociendo que lo mismo que tanto me ha obligado á servirme, eso mismo me ha de forzar á tenerte respeto. Justo es, señora, que pague quien tanto la recibido en moneda y valor, que satisfaga tal deuda; conservarte con honra, guardarte casta y limpia es lo que toca á mi fiel correspondencia; si otra cosa emprendiese, de ingrato y torpe se me pudieran dar iguales títulos; esto es, tenerte lástima, esto es, tenerte amor. Séame lícito que no imite á Jason ni Teseo en el hospedaje, y séate lícito que, como ahora te contemplas ardiendo, te consideres juntamente gozada y mal correspondida, como se vieron Ariadna y Medea, pues todo te puede suceder y remediarse ahora en tan frescos principios. No fies en los gustos que te prometen estos, porque el desabrimiento y amargor de sus fines es mayor y aun más cierto. Yo, señora, precisamente te he de dejar mañana, ausentándome; y tú forzosamente has de quedarte sola, más encendida, más airada y enojada conmigo; pues más quiero perder este contento momentáneo que tu gracia y amor. Este es mi último parecer, abrázate con él, ú obligarásme á que deje tu casa y mi comodidad porque tú no te olvidas de tu honra.

Aquí llegaba yo, cuando escuchando Julia tan desigual salida á su propósito, pensó quedar sin vida; emudeció por grande espacio, mas en pasando el primer accidente, abalanzándose desatinada sobre mi pecho, con nuevas réplicas volvió á poner su intento en contingencia, y mi perseverancia y temor en mayor peligro. Dijo: ¿Qué es esto que te escucho, ingrato Pindaro? ¿Posible es que correspondas desa suerte á un prodigio de amor tan peregrino? ¿Qué desden, qué desprecio tan ajeno de tu generosidad y cortesía es el que triste veo? ¿Cómo así degeneras en lo que debes, si no á tu estado y sér, á tu edad floreciente? ¿Tan ajena estoy della, tan largas canas peino, tan poco apetecibles son mis años, y mi sugeto, tal cual es, merece ser estimado en tan poco? Mal conforma tu gentileza y brio con tan tibia respuesta, mal tu donaire y gracia con tu severidad. Si eres discreto y sabio ¿por qué pones mi vida en tal desesperacion? Si eres cortés y humano, ¿por qué no amas á quien te adora? No es esto, oh noble Pindaro, lo que de tí esperaba; mira, señor, que muero si no me favoreces; fácil es el remedio, cruel-

dad es el negármele. No temas (si algun secreto amor suspende tus favores) que jamas lo revele; si fuere digna dellos, llano es que no querré afrentarme. Ea, bien mio, no te muestres tan áspero; si no bastan á moverte estas tiernas razones, estos suspiros abrasados, ablandente á lo ménos estos ojos convertidos en fuentes; enternezca y derrita tu corazon helado el fuego ardiente que está abrasando el mio. Mas ¡ay de mí! ¿qué risco habrá tan duro, que ya no hubiera mostrado sentimiento? Qué bronce empedernido que no se hubiera ya enternecido en esta fragua? Qué caribe ó qué fiera que no se hubiera ya domesticado á los incultos bárbaros del mar no conocido? Pensara que pudieran mudar y reducir mis lágrimas; perdida soy, pues tú no las precias y estimas. Aparta, arroja dese espíritu débil el hielo que te enfria, desháganlo las encendidas llamas que consumen mi pecho; vesme aquí, señor mio, á tus piés rendida; mira que muero ardiendo por tu causa; la voz me falta ya, y las fuerzas se postran y debilitan. No puedo más; si en lo que te suplico no quieres, Píndaro, conformarte conmigo, oiga yo de tu boca una sola palabra que me consuele, y quizá templaré el impaciente fuego de quien me veo tan rendida y tan vencida.

Por cierto maravillosa y nunca oida fuerza de un loco amor, de un torpe y desordenado deseo. Así llorando concluyó sus razones y suspendió las mias la enamorada Julia, si bien, aunque me vi tan apretado (presente y fresca en mi alma la reciente desdicha, vertiendo aun sangre las injustas heridas de aquel mi indigno dueño, viva en mi entendimiento su memoria, y sienpre temeroso de otro igual accidente, de otro empleo semejante), forcé mi inclinacion, opúseme de véras á su fiero apetito y morigeré sus llamas, templé su ardiente sangre, y con resolucion más que de hombre, determiné del todo excusar el peligro. Hice muestras, vistiéndome con prisa, de querer ausentarme, y dejarla, como el casto José, mis ropas en despojo; quise significárselo, mas apenas lo intenté, cuando, sospechándolo ella, colérica y airada me presumió cerrar la boca con sus manos, cuando dichosamente, llamando mi criado á la puerta, me sacó dellas y de tan grave riesgo. Mudó Julia la hoja, y siendo fuerza interrumpir la plática, antes de abrirle se despidió, diciéndome: No te vayas, señor; que yo procuraré obedecerte y mitigar mis ansias. Prometiselo así, fuése y dejéme atónito y aun descompuesto; y luego con mi criado, sin otra dilacion, comencé á disponer elirme con mi madre.

§. IX.

Hurtar el cuerpo á ocasiones tan fuertes es el remedio que solo puede vencerlas; pero las dificultades y contingencias de los tiempos dan muchas veces leyes á la naturaleza. Así, aunque el hacer ausencia fuera muy conveniente, por otra parte embarazos precisos la suspendieron muchos dias. Escribíome mi hermano que estaba de camino con el buen despacho de mi ventaja: hube, al fin, de esperarle; y en tanto contemporizando con la dama, divertí sus deseos y aun mis peligros con pasar las más horas y dias fuera de casa. Este retiramiento y mi mucho cuidado fué poco á poco, segun mi parecer, templando su furor: mostrábalo así Julia con grande gloria mia, cuando una noche destas, viniendo recogíendome tarde (sería muy

poco ménos de la una) solo con mi espada y broquel, atravesaba desde la Moreria las principales calles de aquel gran lugaron. Era mi posada á San Luis, y preciso el cruzar por la puerta del Sol; pero aun con ser tan á deshora, la claridad de la luna daba bastante luz á las tinieblas; y así, desde que medié la calle de las Carretas, pude divisar en la plaza dos bultos que parecían mujeres. Túvelo á novedad por la sazón y el puesto, y curiosamente deseando acecharlas, me fui incorporando con las paredes hasta que paso á pasó, sin perderlas de vista, llegué hasta los cajones de las fruterías. Pero sintiéndome á este punto y metiéndose entre ellos, se me desaparecieron. Acordóseme entonces el camino de Coria, y temiendo otro tal, quise acabar el mio; mas el mismo motivo que allí indució á mi camarada don Francisco, venció ahora mi cuidado, y receloso, mayormente siendo el presente en lugar tan seguro, y aquel en un desierto; este en el centro de Madrid, y aquel en escampado y una legua de Sevilla, di principio al buscarlas, y en su empresa revolví los tablados y las mesas, no dejé piedra sobre piedra que no volcase en todo aquel cuartel; mas fué excusado. Juzgué que se habrían encerrado en alguna casa, y sin más detenerme guié á la mia; pero acordándoseme entónces que no habia escudriñado los cajones, volví á tentarlos todos por de dentro, y no saliendo vana esta diligencia, casi en el último senti blandura y gente. Quiso callarse aquesta y aun sufrir algunos contrarios, pensando que yo me cansaria; mas engañóse, porque si bien al cabo de un espacio comenzó á lastimarse y á llorar una mujer, pidiéndome con enarecimiento que la dejase, no lo acabó conmigo; ántes me hizo que metiese las manos, y no mucho cortés, topando unos andrajos en vez de saya, tirase della, y arrastrando á su pobre dueño, que era, si por bien lo tenéis, una gitana. Traía esta desgrehado el cabello, y en las manos ño sé qué baratijas, que luego al punto dejó caer á mis piés; pudiera investigarlas, pero el preguntarla qué hacia divertí mi deseo. Al principio con mentiras y embustes me entretuvo ronceando, mas en viendo que se las entendia y que las amenazaba con la justicia, hincándose de hinojos en el suelo y desviándose un poco del cajón, me pidió la escuchase. Dijo: Pobreza, señor mio, y el tener á mi marido en un gran trabajo me hace andar en tales pasos; busco en ellos mi vida y el sustento de cuatro criaturicas; esto los puede disculpar. Sabréis, señor, que tiene una doncella como un ángel, que es la que me acompaña, voluntad á cierto hombre; mas por más adquirirla y para obligarle mejor á que se case con ella (ignorante de lo poco que valen nuestros embelecos y máquinas), me ha pedido remedio, y yo engañándola, y por sacarle algo que temple mis lacerias, se le he ofrecido, si bien, como he apuntado, ni se le puedo dar ni sé otro hechizo que el de mis tropelías y quimeras, con las cuales la voy entreteniéndome, ya con varios enredos, ya con varias salidas, que ha emprendido conmigo hasta esta encrucijada, en quien la he persuadido que consiste, á ciertos términos, el tomar punto tijo para la conclusion de sus deseos. Todo ha sido embeleco; mi aventura es aquesta; por Dios y por quien sois os ruego que no me hagais más daño que el que se me recrece de mi necesidad y desventura. Calló con esto la embustera gitana, y yo

sin responderla, no teniendo por nuevas sus engañosas trazas, pasó adonde, aunque lo resistió muchísimo, sacándola por fuerza, hizo patente el rostro la doncella amante. Quiso encubrirle con la toca; quitésela de encima, tapóse con las manos, porfié con las mias, y en fin, aunque más lo excusó, yo conocí, ¿á quién direis? A Julia. No era el hallazgo ménos; Julia, la hija de mi huésped, cansada de esperar y de sufrir mi tibia correspondencia, era quien pretendia por medios tan indignos granjearla. Turbóme tal suceso, no tanto por el riesgo presente, cuanto por verme en él amenazado de otros mayores. Cuando la mujer se determina no hay maldad que no intente; nunca piensa en el daño que puede redundarla; y así, su resolver y ejecutar es una misma cosa; mas quien tiene tan corta providencia, ¿cómo sabrá acertar en los medios y fines del intento? Afeóla con gran disgusto el suyo; quedó muda y sin réplica, toméla por la mano, y queriendo con ella volver á reprender á la honrada gitana, su ausencia me excusó deste trabajo. Habia puestose en cobro, y así, sin detenerme, para darle en mis cosas, guié con Julia, no sin gran confusion, á su posada.

Hallé la puerta, aunque juntada, abierta; hice que la doncella entrase, y yo quedéme á ver si algun curioso nos habia conocido; pero escuchando entónces que me llamaban con un bajo ceceo desde las ventanas más altas de mi casa, creyendo fuese Julia, aunque me pareció muy breve la subida, alcé los ojos, y en su lugar vi un hombre, que diciéndome: Poned aquesto en salvo, sin más ni más arrojó sobre mí un grande lio de ropa. Ya veréis si me alborotaria este caso, y mayormente oyendo al mismo punto, entre gran ruido y voces, que repetian mi nombre Julia y su madre. Apechugué al momento con las puertas, metí el lio en el zaguan, eché un fuerte cerrojo, y queriendo entrar en mi aposento á despertar el criado, llevando la espalda por delante, en el cancel de afuera topé un bulito de persona. Aquí dando una voz y saltando hácia atrás, esgrimiendo la punta, atendí á que oyendo aquel rumor, abriese mi mozo y sacase luz. Hízolo así, y con ella, sin mayor dilacion miré un hombre que, echandose en el suelo, me pedia tuviese dél misericordia. Crecian en esto los gritos de las mujeres, y con tanto, mirándole primero si traia algunas armas, hallándole un puñal, se le quitó, y con mis ligas le ató fuertemente las manos: ¡Oh cuanto se acobarda cogido con el hurto el más valiente Caco! Dejé en su guarda mi criado, y en breve espacio arranqué la escalera y encontre á Julia llorando junto á la misma cuadra de su madre, y á ella con sus criadas encerrada por la parte de adentro: se estaba lamentando tristemente y repitiendo algunas lastimosas y afligidas razones; mas ¿qué mucho si se veia amenazada de tenerosa muerte? Este repentino cuidado creció mi turbacion, y aun aumentó mis fuerzas. Dí atrás dos ó tres pasos, y tomando carrera, con el ímpetu y furia que alcanzó mi coraje di un puntapié á la puerta, y quebrantando el aldaba y pestillos, abriéndola, entré dentro al propio instante que por las ventanas se iba otro hombre arrojando á la calle con tal celeridad, que aunque quise prevenirle en la fuga, ya cuando llegué, como gentil grumete habia por dos sábanas que, atadas á los marcos, le sirvieron de escala y le pusieron en el suelo; de adonde á

pocos brinco se desapareció de mis ojos. Visto esto, volví á Julia y á su madre, á las cuales no hallé en el aposento: habian con el temor corrido al mio; en quien hallando otra igual ocasion, se pensaron caer muertas. Bajé, y con mi presencia se sosegarón, y asistieron á las demandas y respuestas que tuve con el preso, que á esta hora, así en el talle como en el lenguaje y color, no me pudo negar el ser gitano. Confesó que tambien lo era su compañero, y obligado de que yo le ofreci libertad, dijo bien á pesar de Julia, la causa y coyuntura que hizo fácil su hurto. Contó cómo una gitana, mujer y hermana de los dos, les habia inducido á él, advirtiéndoles de la suerte que traia engañada, con ciertos embustes amorosos á una dama doncella, hija de la señora de aquella casa, y de quien sabia algunas noches en su compañía, dejándosela abierta, y que en tan buena hora podian ellos robarla seguramente, segun lo presumieron, y ejecutaran si, como les prometió la gitana, hubiera entretenidose sin dar la vuelta con tanta brevedad. Dijo tambien que, habiéndose él quedado en la calle para coger los lios que arrojase de arriba el compañero, sintiéndonos venir, y juzgando que éramos otra gente y pasaríamos adelante, se habia escondido en el zaguan, ocasionando con su ausencia el engaño en que cayó, teniéndome por él y arrojándome el lio desde el balcon y cuarto de su madre de Julia, cuyas puertas hallándose abiertas, y á ella y á sus criados reposando, aseguraron juntamente el buen suceso que trocó mi venida, desvaneciéndole. Tal fué la relacion del ladrón gitano, con la cual y otras diversas réplicas, cierta y asegurada la sospechosa madre en mis buenos respetos (quizá no así estimados ni creidos luego que aquella noche despertó y se halló sin hija, y en su lugar el pasado peligro), no sin vergüenza de haberme ofendido aun por el pensamiento, me abrazó tiernamente, y con mayor afeto cuando acabó de entender (porque pareció fuerza el decírselo) más en particular cuanto se me debia y habeis oido. Pero dejando estas cosas, y á Julia y á su madre no poco disgustadas, si bien no perseveraron largo tiempo semejantes enojos, porque poco difieren unas mujeres de otras, yo con su beneplácito puse en salvo al gitano, haciéndolo no tanto por la palabra dada, pues en tales excesos no habia lugar su cumplimiento, cuanto considerando que de entregarle á la justicia era preciso que con su averiguacion se mezclase la liviandad de Julia, sus pensamientos torpes y sus pasos indignos; de todo lo cual podia redundar su perdicion y afrenta. Advertí aquesta cuerdamente á su madre, y dentro de dos dias, con achaque de que venia de la corte mi hermano con mis despachos, mandé al criado que buscara posada, y con agradecidas cortesías dejé la que tenia, y me pasó á ella.

De prudentes y prevenidos es conocer el estado de los tiempos, y de ignorantes no quitar los encontros en que ya tropezaron otras veces. Retiréme, y con razon, de los ojos de Julia; puse distancia en medio, que aunque no fué de leguas, todavia fué mayor que estar junto con ella de las puertas adentro de una casa. Terrible inconveniente, ocasion apretada, no admite el frágil natural de la mujer lances tan á la mano; su resistencia es corta, y así, ha de ser mayor su recelo y cuidado. No sé cómo sanen (no es fuera de propósito) los padres de familias, y aun señores de títulos, el uso que hoy

está introducido, sirviéndose de escuderos galanes (gentilshombres los llaman en la corte); á estos tales fian lo mejor de sus honras y la más rica joya de sus alhajas: más autorizan canas que rizos y copetes; más aseguran sesenta y setenta años que veinte y cuatro y veinte. En tiempo de mis padres, para los escuderos de las damas, mayordomos y criados intrínsecos más se buscaban lalincaivos y Rasuras que Gerineldos y Medoros. No es este juicio nacido de mi caudal pequeño: muchos son los cuerdos que los han reprendido: bien se deja entender cuán inal se comparecen mancebos arreídos y dispuestos y damas mozas dentro de unas paredes. Finalmente, yo me salí de las de Julia; mas aunque pude hacerlo, no así tan fácilmente pude salir de sus entrañas. Nunca mientras estuve en Madrid se pasó día que no tuviese papeles ó recaudos, que los admití y escuché; más fué por no desesperarla ó exponerla á otro daño mayor (que la esperanza es manjar de atribulados) que no por mi gusto y voluntad. Pero en el interin llegó mi hermano, y con su venida tuvieron nuestras cosas diverso modo. Ofrecíale, al cabo de sus largas asistencias y pretensiones, cierta plaza en las Indias; mas aunque su estudio y muchas letras merecian aquel fruto, todavía la calamidad de aquellos siglos mezclaba con lo lícito y justo condiciones indignas. Eran las que á él se le oponian un casamiento, y en cosa tan difícil y mala de acertar pudiera haber tales inconvenientes, que el premio redundase en castigo y el honor en infamia. Así, siendo la dama y deudos de Toledo, convino con lo secreto fuesen mis mismos ojos á informarse. Partí para esto de Madrid, dejando á Julia (segun su sentimiento) por muchos días en oscuras tinieblas.

§. X.

Es Toledo, segun lo dije al principio, un magnífico y notable lugar, y el verle á la sazón de mi viaje arruinado y solo, tan sin oficiales y gente, tan falto de comercio, y tan ajeno de aquellos ricos tratos, lustroso ornato y opulencia de sus ciudadanos y hijos, me causó melancolía terrible. Acordábame cuán diferente en todo la hallaron mis niñeces; y no sabiendo ahora á qué causa ó razon atribuir una tan breve y increíble mudanza, gasté no pocos ratos en comprenderla. Pudiera aquí escribir cómo la alcancé entónces, y aun cómo despues acá la entendí de hombres cuerdos; y no tan solo aquesta, sino la que amenaza con ruina general el despueblo de España; mas no es compatible materia semejante con el presente asunto. Temo tambien que me culpen los críticos la introduccion del estado político. No es este de mi cargo; quien cuida dél tratará su remedio ó llorará sus fines si le dilata. Vuelvo pues á mi historia; vuelvo á los muchos pasos que dí en Toledo en el progreso y caso de mi venida, si bien no tuvo efeto por las siniestras partes que lo impidieron.

En su escudriño andaba yo con cautela y aviso, cuando una tarde, pasando por la Cárcel Real, las voces de los míseros presos que pedian limosna me hicieron, para dársela, levantar la cabeza á unas rejas. Estaban esperándola en ellas cuatro ó cinco mancebos de tan mal pelo y ropa como de tal palacio se podia prometer, si bien el uno más roto y macilento luego como le miré me causó mayor lástima. Repartí con los demas unos pocos de cuartos; pero á este, no sin secreta fuer-

za, le hice mayor socorro: quiso él agradecérmelo, mas apenas su voz llegó á mis oídos, cuando lo que el largo y enmarañado cabello de la barba, amarilla color y despreciado arreo me recataban, hizo patente su sonido y pronunciacion, conociendo con evidencia clara que quien tenia delante era don Francisco de Silva, el que en Sevilla me dejó y se fué con Rufina, y en fin, el mayor amigo y compañero de mis mocedades y locuras. Dicha se está mi admiracion y aun sentimiento luego que advertí tal desventura; porque ni yo pude resistir mis lágrimas, ni negarle aquel antiguo amor, ni el favor y ayuda debida á su amistad, ni ménos la disculpa y abono que de la mia le habia apartado, pues siendo esta fuerza de un ciego amor, de suyo traía consigo el descargo y perdon; demas que por ninguna causa se ha de menospreciar al afligido, pues cuando á todos no fueran los trabajos tan contingentes y comunes, su provecho granjea al que al amigo favorece. Así, aunque ahora advertí que, habiendo conocidome, se retiraba con algun corrimiento, ni por eso dejé con mucho más deseo de entrar en la cárcel y buscarle por toda ella hasta descansar en sus brazos. Lloraba el preso, ni sé si de alegría ni sé si de vergüenza: para uno y otro le sobraba ocasion, como en mi pecho voluntad de saber la que á tan triste estado le habia traído: toméle por la mano, y apartándonos del confuso bullicio á unos corredores, sentados en un poyo, yo con sinceridad, tiernos y piadosos halagos (que estos y las palabras suaves son el mejor medicamento de los tristes) me ofrecí á su remedio. Y él, despues de alguna intermision que gastó en sus disculpas, satisfacciones vanas de haberse ausentado sin despedirse, habiendo ántes oido los más nuevos discursos de mi vida, comenzó á darme cuenta de la suya desde la hora que faltó de Sevilla, diciendo así las siguientes razones:

Templanza son, oh caro amigo, de las prosperidades los trabajos: así, no ignoro la conveniencia de los que aqui padezco (dejo aparte la causa de mis culpas), tanto porque no resbalase en otras más sangrientas, cuanto para morigerar con ellos la altivez y arrogancia que se me iba apegando de los sucesos prósperos de nuestra compañía. Quien esta interrumpió fué la passion de amor, de quien teneis noticia, alimentada para mi perdicion tanto del bello agrado de Rufina como de su facilidad y condicion. Murió en Sevilla aquel su tío eclesiástico; faltóle tal arrimo, y con él el sustento, cargas de obligaciones, respetos y decoros, y pocas fuerzas debieron de moverla á valerse de las mías, si bien siempre mi aficion loca juzgaba que solamente amor la habia puesto en mis manos; mas engañéme al fin, y el tiempo dijo que fué solo interes, y amor fundado en este no es más permanente que él es durable. Esta fué, en suma, la ocasion de mis males; pero justa cosa es que os los singularice, y ellos os sean patentes con mayor extension.

Tres años há que resolvió Rufina el dejar á mi sombra su natural y patria. Pienso que, gobernada más de curiosidad que de las causas dichas, si ya tambien el entregarse con ménos nota á sus delicias y torpezas, le obligó á semejante salida. Quiso que aquesta fuese en primer lugar á la insigne Granada, y ántes entrar en Córdoba, aunque rodeaba diez leguas. Venía con nosotros su tia, canonizada con el nombre de madre,

mujer de edad madura y de cautela grande : creo no fué mayor la de la decantada Celestina. Esta era el archivo mayor de sus secretos y su gobierno y guía; y yo, aunque creía que era todo su gusto, no era más que el cuidadoso mayordomo y suplemento de sus necesidades. En efeto, en Córdoba estuvimos veinte días sin que hubiese ninguno que mi dama no pisase sus calles, viese su peregrina iglesia, templos magníficos, alcázares, palacios, puente, río, jardines y huertas. Juntabase á su natural inclinación, que era demasíadamente novelera, otro afeto muy más perjudicial para mí, desco insaciable de ver y de ser vista, causa de quien entre los dos nacieron desde luego muchos disgustos. A los primeros no mostré tan en breve desconfianza, mas viendo que pasaban de límite y que con la ocasión que se les daba acudían á la caza sacros y gerifaltes, temiendo mayor ruina, traté de quitarles el cebo y de que se prosiguiese la jornada. Pero dos noches ántes, y una en que yo tan celoso como abrasado reposaba junto á la misma causa y origen de mi fuego, despertando á deshora y no hallando á mi lado á Rufina, se acrecentó su llama y creció mi sospecha; no obstante, aunque la novedad pudiera alborotarme y aun sacarme de juicio, no lo hizo; ántes reprimiendo mis ímpetus, con silencio y recato quise que fuesen mis ojos y oídos testigos y jueces de mi seguridad ó de la confirmación de sus recelos. Con este acuerdo me levanté muy quedo, y aunque estaba á oscuras, llevando sin pensar las manos por delante, esta advertida diligencia pudo librarme de un peligroso golpe. Habíamne puesto con cautelosa traza junto á la puerta de la cuadra dos sillas encaramadas sutilmente para que, en encontrándolas, con el ruido que hiciesen se avisase su exceso, y yo quedase siempre ignorante dél; mas no caí en la trampa, y sin rumor alguno llegué hasta una sala, en cuyas rejías, que salían á la calle, hallé á mi dama con su bendita tía en gran conversacion. Saben los cielos cuánto sentí y lloré mi desengaño, y mayormente cuando por las demandas y respuestas de los interlocutores de la parte de afuera advertí y conocí la inconstancia y liviandad que tenía de las puertas adentro. Esta congoja temerosa alargó mis orejas, que entónces se dejaron cortar y aun trocar por las bestiales y groseras de Midas; pero con todo oyeron lo que bastó y sobró para volverme loco. Decía Rufina, hablando con su tía : ¡Ay madre de mi alma! vímonos de aquí presto; mirad, señora, no despierte mi esposo (ved si eran muy honrados los títulos que me calificaba); y proseguía : Tanto le temo como le quiero y amo; tan fresca está hoy la llaga que me causó su fuego como el primero día que me vi de su mano á la puerta de la iglesia; por demas es cansarse ni cansarse el señor don Antonio; fuerza es que quien se reconoce tan amante ha de acudir primero á su remedio que no al ajeno daño. A estas razones la respondía su tía, dándome mil lanzadas con sus réplicas : ¡Jesus, loca, bobilla, cuán mal has entendido mis palabras; y cómo, ¿soy acaso extranjera, ó soy tu misma sangre? ¿Y aconsejarte había la que te trajo en sus entrañas cosa que redundase en su dishonra? ¡Jesus, Jesus, y qué de impertinencias has creído! No, hija mía, no lo permita Dios; tengo muy en la mente tu noble padre y mi difunto dueño : no es lo que yo te dije cosa tan

torpe, favorecer cortés y agradecida á quien te ha celebrado con tan grandes extremos como el señor don Antonio : recibir de sus manos una joya y brinquito se puede hacer muy bien sin incurrir en nota; ni tú por eso serás ménos honrada de lo que eres, ni tu marido don Francisco de Silva podrá perder reputacion alguna : despejo y agrado de las damas de ahora no deshace su fama y opinion, ni el ser blandas y afables les quita su decoro, ántes en cierto modo se le aumenta : bueno fuera que estos pequeños ratos que has gastado hablando con este caballero hubiesen de robarte el honor; no, mi querida, todo aqueste es palacio, á la corte con eso; así eres tú para vivir en ella como yo para fraile; arabien, arabien, aquesto se ha de hacer porque lo quiero yo; que tu hora es la mía y queda por mi cuenta : alargad esa mano, don Antonio, que á buena fe que aunque más lo rebuse la rapaza, se ha de ver el diamante donde gustáredes tener la boea. Con esto sentí que tomaba la joya, y á Rufina que, fingiendo excusarlo, al fin se la ponía en el dedo : cosa que solenizaron aclamando vitoria así la tía como el galán ineógnito, con el cual acordaron volverse á ver allí la siguiente noche. Así bamboleaba mi mejor edificio; no alcancé otras particularidades; tornéme á la cama ántes que me sintiesen; y reventando con enojo y con celos, estos batallaron un rato con mi arraigado amor, y en efeto venció el que siempre. Resolvíme á callar por entónces, poniendo brevemente tierra en medio. Llegó Rufina, disimulé dormido, y sin más esperar el siguiente día (mientras las dos fuéron á un convento de monjas donde tenían ciertas parientas), yo avié nuestra ropa, tomé un coche, y con él, dándolas á entender que por excusar el cansancio de la vuelta lo hacia, sin sospechar mi intencion se dejaron traer, y con igual quietud salimos por la puente, y della entrámos por el real camino de Granada, en quien las descubrí (bien que fingidos) ciertos avisos y temores que en nuestro daño prevenía la justicia; con lo cual, disimulando unos y otros, yo partí más alegre, juzgándome escapado de los cuernos del toro, y ellas no sin recelos de mi interior cuidado. Tales fuéron, amigo, los primeros pasos de mi loca jornada : fatal anuncio de los presentes fines. Llegámos á Granada, maravillosa poblacion, única y singular por su templanza y amenidad : allí alquilé cerca de la Vitoria una magnífica casa adornada de jardines y fuentes, bastante habitacion y precio moderado. En todo le hay con mil comodidades para pasar la vida en aquella ciudad; así faltasen ciertos respetos importunos que la divierten y desnudan de la mayor nobleza de Andalucía, pues á no estar aquellos tan enseñoreados con imperio absoluto de sus delicias, no hubiera en ella príncipe ni señor de quien Granada no se viera ilustrada, y su morada aun más enriquecida; pero no puede haber cosa sin contrapeso. Así, ni aquellas breves felicidades con que me juzgué asegurado y fuera del peligro que se trazaba en Córdoba, dejó de tenerlos muy grandés ántes que pasasen dos meses.

§. XI.

Habíase ya comenzado á desmoronar el edificio de mi amor, y raras veces dejan de ejecutarse los anagos de semejantes ruinas. Eran mis fuerzas cortas para

que les sirviesen de puntales y arrimos grandes los excesos y gastos con que adrede Rufina los hizo flaquear sin tiempo: su condicion liviana, ambulatoria, contraria de la mía, su compañía no igual á mis deseos, todo, con otras causas que entendí más secretas, se juntó en daño mio; todo fué poco á poco deslambando y deshaciendo su alicion hasta romperla y quebrantarla de una vez. Era cautelosa y astuta, y su maestra y tía sobre tan buen esmalte infundió grandes ciencias. Así, consultando las dos el fondo de mi bolsa y las arcadas últimas de mi pobre caudal, ántes de verlas determinar otro empleo, si bien para emprenderle se les ofrecían muchas dificultades respeto de mis manos, pues llano era que, no estando estas ni cortadas ni mancas, se ponían en gran riesgo y discrimin. Este temor las trajo algunos días sin resolverse; así lo creí entónces, bien que despues por lo que sucedió entendí claramente que el dilatarlo fué para asegurarse de otro dueño. Querían ántes de soltar el pájaro tener asido otro de mejor pluma. Efetuóse el caso, y para disponerle y ausentarse de mis ojos más á su salvo, hicieron que su nuevo galan me quitase de en medio. Era la traza más segura el perderme, y púsole por obra concertándose con un alguacil, que dió conmigo en la real chancellería. Fué el achaque y pretexto que tenían sople de que yo me venía huyendo de Sevilla por una muerte, y este embuste bastó á calificar el embargo y á dejarme con grillos; pero con todo, aunque me dolió el golpe, mi más cierta inocencia consoló su disgusto. Veía que segun ella no podía ser muy tarde la libertad. Avisé á mis amigos y no olvidé á Rufina; la cual (mientras aquellos solícitos y diligentes informaron á los alcaldes, buscaron medios y favores apretados), mostrando maravilloso fingimiento, con desmayos y lágrimas me visitó al momento, quizá para mejor satisfacerse de mi prision y disponer su fuga.

En efeto, mi abono fué tan grande, que en la primera audiencia de otro día me mandaron soltar, ayudándome mucho la relación del alguacil, que, apremiado de los mismos alcaldes para que justificase su razon, hubo al fin de decir que dos gentiles hombres y personas de suerte le dieron el aviso, y que cuando despues de haberme preso quiso volver á ellos y tomarles sus dichos, no los había hallado. Bien se vió la tramoya; pero, aunque la conocieron los jaeccos, por no desacreditar al tal ministro (mirad qué despediente) disimularon y me pusieron en la calle, pagando yo las costas.

¿No advertís estos puntos? Pues yo os prometo que son dignos de nota. Préndenme sin justicia, y en vez de hacerla del pérdida alguacil, condenanme en las costas. Por mi vida, que va el negocio bueno para que el cielo no se irrite y se ofenda. ¡Oh cuántas veces, Píndaro (dejo aparte mi causa), han visto y han llorado mis ojos en estas cárceles iguales y mayores miserias! Cosa muy ordinaria es prender á un hombre sin más culpa ó razon que el gusto del ministro. Hacen los tales mercadería del oficio ó ya por interes ó por venganza, y esto es lo ménos, porque tambien suelen prenderle para en el interin escalarle la casa ó quitarle la honra; que á tanto alcanza su tiranía y imperio. ¿Quién no suspira y llora oyendo semejantes maldades? Y ¿quién no se lastima si considera que al propio tiempo y mientras en la calle le están el desdichado ó

robando la casa ó solicitando la mujer, él quede hecho aquí despojos de porteros y alcaldes, de grillos, bastoneros y guardas, inmundos menstrales y artifices deste retrato vil de los infiernos, abortos de la tierra, bascosidad, horrrura de las repúblicas? ¿Qué hará pues el misero inocente entre aquesta canalla? ¿Qué sentirá cuándo se vea sin culpa desollado del uno y ofendido del otro? Apenas planta el pobre los piés en estas cárceles, cuando forzosamente incurrió en pechería de cincuenta tributos. El de la entrada se le pide entre puertas; echarle grillos le ha de costar dinero; dar la patente es cosa irremisible. Este pide el aceite, aquel la ranchería, este el calabozage y el otro la limpieza; aquí le hurtan la capa, allí deja la bolsa, aquí pierde el sombrero, allí deja las barbas; uno le escupe al rostro, otro le da matracas, aquel le injuria y aqueste le maltrata. ¡Ay del hombre infeliz que á tal estado llega, que sufre semejante borrasca, que padece tan grave desventura! No espere, no, el remedio de la tierra; no libre, no, en sus designios y inocencia la satisfacción de su venganza; porque si la intentare acá, estará más presto, y si la pidiere, le tendrán por frenético; si se quejare, le taparán la boca, y si clamare su razon y justicia, aquellos que debieran hacerla, esos le formarán cabeza de proceso. No hay en tales trabajos sino tener paciencia, fingirse mudo y sordo, y abrir las faltriqueras; porque aunque esté sin culpa ha de correr por estos torbellinos, y por bien que libre, si le absolvieren, repagará las costas, y si tuviere culpa, de suyo es el sacarlas, y si no, por más está la prenda. ¡Oh justicia de Dios, tu brazo imploro! Mas ¿á mi qué me tocan estos excesos? Volvamos á mi historia, y perdonad la digresion. Digo pues, caro amigo, que apenas me vi en la calle, cuando salí de dudas y acabé de entender el cauteloso origen de mis cadenas; pero aun ántes me encaminé á mi casa, llegando á ella cerca del mediodía, y con tan buenas ganas de alimento el estómago, como de ver mis ojos los graciosos y dulces de mi adorada prenda; mas estaba esperándome sustento más amargo, ménos apetecible y sabrosa comida. Miré en las puertas y ventanas otro del que solia, desacostumbrado y profundo silencio; ni con el gusto que yo pensaba era Rufina mi centinela y norte, ni con el alegría que otras veces sentí bajarle á abrir. Ya el corazon fiel pronosticaba con extraño alboroto su mayor desventura; pero ni aun con tales indicios me persuadí á créerla. Llamé con el aldaba, como no me respondian, desvariados golpes; mas repetí muy pocos para confirmar mis sospechas. Pensé en tal ocasion ventar de coraje, perdí el decoro á la paciencia y sufrimiento, di voces como loco, alboroté la vecindad, busqué, inquirí, lloré y desconfié; pero fué en vano, pues al fin, mal que no quise, oí mi última sentencia. Quien me la declaró fué una mujer vecina á mi posada: esta, llamándome á la suya y compadecida de mis amargos sentimientos, me sacó de cuidados para dejarme en nuevas confusiones. Díjome que la tarde pasada se habían mudado mis baules y ropa, y mi dama y su tía, dejándole á ella las llaves de la casa; y díjome tambien que un galan muy bizarro había sido el manejo de aquesta circunstancia, quien trajo palanquines, quien asistió á los tercios, quien los acompañó, quien volvió por Rufina, quien pagó su trabajo y dispuso las cosas.

Con esta luz, teniéndola por grande, me despedí, y corrí á hacer mis diligencias; las cuales fuéron tales, que ántes de muchas horas dí con los palanquines, acabando tan venturosamente de entender de su boca la segunda sentencia de mi tragedia triste. Confesaron al momento de plano y haber puesto mi ropa, por mandado de aquel galán y de mis buenas señoras, en poder del arriero de la corte, adonde se partiera, cargándola la tarde ántes, y poco despues ellas y su nuevo guardian en muy gentiles mulas. Este último aviso, no pudiendo escucharle, dió al traste indignamente con el respeto justo que debía á mi persona; mas ¿quién puede tenerle en tan amargos trances? Quién amando fué cuerdo? Quién viéndose engañado sufrió tales desprecios con tolerancia? Nunca tan apretado y alligido como ahora se vió mi corazon. Por una parte le acosaban tan ingratos desdenes, paga tan inferior á mis deseos y obras; y por otra tan confirmados celos, y sospechas tan seguras, viéndome tripulado y puéstome en su lugar su sustituto. No sé cuál destas causas le fué más rigurosa, cuál dió mayor esfuerzo á su resolucion. Finalmente, abrasado y inducido tanto del ciego amor cuanto del apetito de venganza, perdido y loco, sin detenerme punto, me puse en una mula, y acompañando de un mancebo, caminé esta derrota. No os cuento mi viaje porque no es á propósito; solo os puedo afirmar que vine de milagro, porque ni paré, ni comí, ni pegué los ojos casi en los cuatro dias primeros; y pienso viera el último si el mozo, lastimado de tanto alligimiento, no me hiciera por fuerza tomar algun reparo que alargase mi muerte. Este duro teson y diligencia me fué de gran provecho, pues no obstante que el cuerpo lo sintió, previno la ventaja que le llevaba aquel su ingrato dueño; y cuando ménos lo esperaba de mi contraria suerte, y Rufina de su buena fortuna, al viento en popa con que caminaba contenta me opuse una mañana al entrar en Toledo, adonde apenas (queriéndolo mi mozo) me apeé á dar cebada en un meson que alinda con el Cármen, cuando lo primero que vi fué en la sala primera á Rufina y su tia almorzando, y en cabecera de la mesa su nuevo empleo. Venía mi rostro, ya del aire y del sol, y ya de las vigiliass y abstinencias, tan consumido y otro, que le desconociera el padre que me hizo; pero ni todo esto fué parte para que en ojeándome Rufina, no cayese en la cuenta. Dió muestras de su efeto, tembló de miedo y levantóse al punto, y apechugando con las puertas, intentó cerrarlas, dejándome en el patio. Pero sirvió su frágil diligencia de poner en su punto mi enojo y cólera, y de aumentarla más el oír la refriega que entre ella y el galán traian sobre le ejecucion: él preguntaba la inopinada causa que la movia á cerrar, y ella, sin referirselo, proseguia su propósito y apretaba las puertas; el uno, presumiéndola, resistia con furor y arrogancia, y el otro con suspiros y lágrimas suspendia la salida. Pero á todo venció el arrinar mis hombros: abrí, y á su pesar entré con la espada en la mano; y aunque para mi ofensa no hallé al contrario ménos apercibido, ni eso pudo librarle de sus rabiosos golpes: á los segundos dí con él en el suelo y lugar juntamente á que se escapasen con vida Rufina y su maestra, si bien esta última no salió sin retorno; llevó por paga de sus buenos consejos escrito mi corazon de oreja á oreja: cosa

que acrecentó sus lástimas y ocasionó mayores gritos. Volvióse con aquesto el meson un caos de confusiones; comenzaron á dar voces los luéspedes al mismo paso que de diversas cuadros y aposentos iban saliendo diversos pasajeros y caminantes: unos y otros llamaban la justicia, imploraban su auxilio, y los más atentados, temiendo algun secresto, sacaban sus maletas, ensillaban sus mulas, daban prisa á los mozos. Solo yo, rompiendo por entre mil espadas, furioso, ciego, intrépido, proseguia mi venganza, desempedraaba patios y aposentos, buscando la ocasion de mis desdichas. En este intento bárbaro me cogió un alguacil, digo, la voz tremenda que suspendió mis iras, aquel noble respeto y afeto natural con que estamos unidos y subordinados, con que nos conservamos en igualdad y paz. Apenas oí retumbar con imperio un tenéos á la justicia, cuando me quedé inmóvil; pero recobróme el peligro. Sabía yo cuán cerca tenia el Cármen, híceme largo campo, tomé calle y iglesia, de adonde, aunque alegué su inmunidad, me sacaron y pusieron aquí. Cargáronme al momento de grillos, y mientras se volvió el alguacil á averiguar la causa, temiendo lo que al fin sucedió, y aconsejado de algunos presos viejos, dí poder á un buen procurador, dineros y órden para que probase mi iglesia, cuyas censuras y la infelice nueva de la muerte de mi contrario llegó á un mismo tiempo á mi noticia. Supe tambien lo que más mal me estuvo, su calidad, apellido y naturaleza: esta era de Córdoba, su linaje muy noble, su hacienda grande y su nombre don Antonio: razon que fácilmente me le lizo conocer, y no ménos que por el principio y fundamento que en aquella ciudad tuvieron mis sospechas y celos. Bien se os acordará que se llamaba así el galán con quien hallé hablando á Rufina y su tia una noche ántes que saliese de Córdoba; el cual, entónces regido de su amor, es sin duda ninguna que nos siguió á Granada, y que en ella, sacándonos de rostro, prosiguió sus intentos, solicitó mi empleo, y se salió con él, pero con fin tan triste como ya habeis oido. Creyó el pobre mancebo que, segun mi dama le afirmaba, yo era su marido; y así, temiendo mucho más el rigor de la ley, y cuán mal la justicia lo recibe, para mejor guardarse y encubrirse en la confusa máquina de la corte, quiso guiar á ella su viaje y juntamente su perdicion y ruina, pues es certísimo que si se fuera á Córdoba ni mi venganza tuviera igual efeto, ni mis pasiones fuerzas y atrevimiento para emprenderla entre los suyos. Mas ¿quién á las determinaciones de los cielos es bastante oponerse? Digo pues, noble Píndaro, que con tal novedad se apretó mi prision de suerte, que en más de mes y medio salí de un aposento, vi ni hablé á hombre humano, ni ménos entendí el discurso y progreso de mis negocios, hasta que (no obstante que ya habian acudido los deudos del difunto en seguimiento de la causa, y que así ellos como la tia de Rufina con su herida en el rostro solicitaban mi castigo) á fuerza de censuras, excomuniones y diligencias flaquearon las suyas, digo, en cuanto á mi encierro, que en cuanto á lo demas, poderosos han sido á entretenir mi restitution casi aquestos tres años; en quien tanto han valido sus enredos y estorbos, que aunque ha sobrado término para poder tener tres sentencias conformes, hoy solamente me hallo con la primera, y mis necesidades tan por el cabo, que ya he

desconfiado de verme libre. Rufina y su engañosa tía estuvieron algunos meses presas; pero su buena cara y mucha liviandad las abrieron las puertas, y con un leve destierro se fuéron de Toledo y me dejaron en paz, si es que la puede haber en tan continua guerra, entre tormentos tan disformes como padece mi alma, sin más esperanza de remedio que el que hoy ha prometido este dichoso encuentro, y la nueva alegría de quien se han revestido mis frágiles espíritus desde el momento que merecieron veros, volviendo á vuestra gracia.

§. XIII.

Llorando tiernas lágrimas y acompañado de las mías, dió así don Francisco de Silva remate á la triste ocasion de sus prisiones, y por el consiguiente, principio á mi mayor cuidado. Llano es que, hallándole tan imposibilidad, habia de cargar de mis hombros la justa obligacion de amistad tan antigua: con este presupuesto, asegurándole que no me partiria de Toledo sin él (promesa bien difícil), le dejé consolado, contento y con algun dinero; y advertido el notario, el procurador y el juez, me vi con todos el siguiente dia. Vi el proceso y la causa, tomé el pulso á las cosas, y de unas y otras alcancé cuerdamente cuán en los principios se estaban, cuán sangrientos sus émulo, cuán dispuestos á dejarle morir con dilaciones cautelosas en aquel cautiverio. Desmenucé su intento, penetré sus caminos, y hallándolos en todo ásperos y confusos, resolví otra vereda, bien que más arriesgada, pero ménos prolija. Con tanto, di aviso á don Francisco, á quien el natural deseo de cobrar lo perdido hizo posibles mis temeridades, cierto y seguro lo más dificultoso. Tanteé bien la cárcel, y considerada y advertida singularmente, no descubrí, por su fortaleza, fuga más á propósito que sus puertas. Eran aquestas tres y dispuestas en la forma siguiente: una con su portal y que sale á la calle, sin guardas ni porteros; esta es la primera; y á la segunda se sube una escalera, en quien reside el principal; y poco más adentro está la última, pero cerrada siempre y á cargo de aquel mismo: entre estas dos hay un pequeño tránsito, al cual salen raras veces los presos que no son de mucha confianza y de segura y cierta libertad. Entraba en este número (segun el concepto del alcaide y ministros) mi camarada, tanto por la quietud y cortesía que lo habia granjeado, cuanto por la sentencia que ya tenia de la iglesia en su favor; y así, notando ahora la seguridad con que le permitian salir hasta allí, abracé la ocasion y resolví mis determinaciones, que, aunque terribles, nunca estas mudaron de consejo: ántes de la promesa debe mirar un hombre sus circunstancias; primero se ha de determinar, y luego, si prometió, cumplir ó morir en la demanda. Solo faltaba ya para la nuestra su breve ejecucion; no quise suspenderla; temí no se advirtiesen mis entradas y pasos, no que se publicase mi secreto, porque dél ni aun á mi mismo criado hice partícipe. A este pues, el dia señalado le ordené que pagase la posada, y con el cojin y la maleta esperase á la noche junto á San Agustín. Era preciso que se emprendiese el caso entre dos luces, por el ménos bullicio y por la ménos gente que ocupaba entónces el portal de la cárcel, y ademas tener lugar seguro donde acogernos y encerrarnos por tres ó cuatro dias. A se-

mejante fin elegí aquel convento, donde, aunque tenia conocidos y amigos, no los quise avisar hasta el tiempo más crudo: cosa que estuvo en términos de costarme la vida. Llegó en efeto la hora prevenida de mí; algun espacio ántes entré en el aposento de mi amigo, púsele un puñal en las manos, y yo con otro y mi espada en la cinta, comenzámos la obra encomendándonos á Dios. Acerquémeme disimuladamente á la puerta del patio, llamé, y acudióme el portero, y abriendo, como solia otras veces, se entró juntamente conmigo don Francisco, y miéntras nos abria la segunda puerta (alargando la plática de intento) yo me fui muy poco á poco arrimando á ella, y mi camarada se quedó en la primera, esperando que yo me atravesase al salir de la segunda; entónces, fingiendo que queria destocarme el sombrero, obligué al buen portero á que hiciese lo mismo, y en viéndole embarazado así, cerré con él y le aparté de un envion del cerrojo y la puerta, dando lugar con esto á que don Francisco la ocupase, y de dos grandes saltos se pusiese en la calle, dejando atras la escalera y zaguan, y sobre todo á mí asido fuertemente de las garras y manos del portero, que ya, vista la burla, llamaba á voces quien le trajese ayuda. No estaba acordado tan mal nuestro concierto, mas la presente turbacion confundió á mi amigo y le hizo olvidar con el suyo mi riesgo: razon que me obligó á lo que no llevaba imaginado, pues si él se detuviera, mediante su favor me dejara el portero y no me pusiera en necesidad de darle dos heridas para que me soltase. Con esto, no sin grave peligro, porque ya iba bajando alguna gente, seguí á don Francisco, digo, el rumor de sus pisadas, hasta que entre diversas luces de fruterías que hay en Santo Tomé, se me perdió de vista. Nunca en las grandes prisas se guardó mejor el órden: busqué, miré, corrí, pero no pude hallarle; y así, sosgándome un poco (aunque con harta pena), hube de encaminarme al referido puesto; mas ántes de llegar me sucedió un paso preciosísimo, bien que el principio no le tuve por tal. Estaba atravesado por la calle donde iba, un carro con dos bueyes que casi la dejaban sin paso; y no obstante, aun el corto que habia le ocupaba barta gente; pero con todo, me quise aventurar y no ser el postrero: comencé á ejecutarlo, mas al punto, adelantándoseme dos hombres de buen olor y ropa, sus lustreros arroses y su anticipacion me causaron respeto. Aguardé que pasasen, y aun á que su necio punzon me volviese impaciente, porque sin consideracion de los que se esperaban, el uno con el otro sobre cuál seria el último comenzaron una larga porfia, llevando el viento de cortesías superfluas, y de furor y rabia á cuantos las oímos, y particularmente á mí, que, como venia huyendo, menor estorbo se me antojara un monte; pero vengóme el cielo de sus excusados cumplimientos, pues al cabo de una hora que tardaron, vencido el ménos cuerdo, abajó la cabeza y entró por el estrecho á la misma sazon que uno de los dos bueyes, tocado por ventura de la contera de la espada ú de otra causa intrínseca, levantó el pié derecho y le asentó una cox, dada en tan lindo tiempo, que el golpe y su caída se advirtió en un mismo tiempo. Tendióle con aplauso de todos en medio de aquel lodo, adonde muy bien encenagado le dejé, y discurrí pasando con más tiento y con menor peligro. Ciertamente que aun-

que mi condicion no es nada criminal, que me holgué en parte de haber visto librada entre los duros piés de aquel animal la merecida pena deste presumido ignorante; la cual, si bien conozco que ha sido impertinencia el escribirla, no se me ha de negar cuanto mayor lo es siempre la que tales sujetos emprenden cada día; y así, yo me he resuelto á sufrir esta enmienda á trueque que ellos admitan su advertencia y aviso. En conclusion, llegué á San Agustín, donde hallé á mi criado que me estaba atendiendo, y adonde, no sin mucho recelo, esperé á don Francisco; mas como mi temor me aseguraba poco, llorando su tardanza y adivinando su pérdida, traté de resguardarme. Llamé á la portería, pero cuando creí que tenía negociado mi retraimiento, en oyendo la causa me despidió el portero como si fuera un turco; y aunque di razon de los amigos religiosos que en el convento habia, se cerró de campiña y me dejó á buenas noches. Mas ni en tan grande riesgo quedé perdido de ánimo, ántes, despañándome los ojos y viendo que en el mismo portal habia unas pequeñas vigas, discursando el remedio, salí á la plaza y juego de pelota, miré las vistas, y notando un pretil no fuera de propósito, arrimando á él una de las viguetas, gateando por ella, me puse en el tejado y mi criado tras de mí.

Pocas cosas consultan el miedo ó el peligro: así, fuimos por ellos con harta turbacion, quebrantando mil tejas hasta llegar á una ventana, que á pocos golpes nos dió, rompida en partes, la entrada y puerta que nos negó el portero; mas no así como quiera se ganó esta aventura sin trabajosos riesgos. Apenas entramos á una sala (parecia tránsito al dormitorio), cuando con lanzas de pendones, varapalos y latas nos rodearon quince ó veinte capillas, y dando gritos: ¡Al ladron! Al ladron! nos empezaron á sacudir el polvo, y esto con tanto brio, que primero que fuimos escuchados pudieran nuestros huesos quejarse largamente de sus inadvertencias y rigores, y aun pagar de contado, aunque por diferente mano, el carelaje y costas que debia don Francisco. Finalmente, pasando yo por sus nombres á los frailes que tenia conocidos, favorecido dellos, se aplacó la tormenta; si bien, sabido el caso que me traia en semejante forma, no así como pensé admitieron mi guarda. Juzgaron que, habiendo sido preso mi camarada, como yo presumia, diria luego, apretado, todo nuestro concierto, y por el consiguiente, se sabria mi resistencia; con que quedara expuesta á un notorio peligro. Parecióles obviarle, y sin más esperar, con gusto del prelado, nos vistieron dos hábitos, y con la misma prisa, acompañados de dos frailes y un mozo de la casa, que llevaba el cojín y habia de ser mi guia hasta un cigarral y granja del convento, me sacaron de la ciudad por la puente de San Martín, al cabo de la cual dejando la librea, sin ser de nadie vistos, los religiosos se volvieron adentro, y yo y mi compañía por entre la aspereza de fornidos peñascos, fimbres con que corona su márgen por allí el celebrado Tajo, proseguí mi jornada.

Esta suerte, si bien muy afligido por el suceso cierto de mi compañero, caminé media hora; pero al fin della, porque no se menguasen mis desconsuelos, interrumpió el camino y acrecentó mi pena el comenzar la guia que llevábamos á temer su peligro y á dudar

mi remedio. Paró lleno de confusion el mozo de los frailes, y con medrosas ansias me importunó y pidió le dejase volver. Díjome suspirando que él habia considerado aquel negocio y via claramente que, si lo que Dios no quisiese, me seguia la justicia y le hallaba conmigo, pagaria sin duda su inocente persona las costas, y aun la pena de lo que no habia comido ni bebido. Resolvióse con esto á no pasar delante; diónos, segun su turbacion, las señas de la granja, y sin más esperar, volvió por el camino más ligero que un corzo, dejándome en el campo desamparado y solo, al arbitrio de mi mala fortuna y de la escasa luz de las estrellas, que ya á esta hora enmarañadas de diversos nublados, fué fuerza que en faltándonos perdiésemos la senda y juntamente la esperanza que nos traia alentados, anticipando así la pena y el castigo que ya me amenazaba. Más parece en el cruel tormento el tiempo que se espera ú se está dilatando que sus efectos propios; pero, aunque esto es verdad, todavia me dejó el sentimiento discursos y fuerza para no desmayarme. Anduve vacilando de unas partes á otras casi toda la noche, hasta que, rendido del cansancio y del sueño, pareciéndome que ya me habria alejado dos ó tres leguas de la ciudad, me dejé caer al pié de una carrasca; y haciendo mi criado otro tanto, sin poder soportarlo nos dormimos, no obstante que apenas presumi cerrar los ojos, cuando me despertó un gran rumor de gente de á caballo y juntamente la salida del sol, que al mismo instante iba resplandeciendo en su horizonte. Turbóme tristemente el ver que allí me hubiese hallado el día, y sobre todo, tan cerca del camino, que de mí á él no habia treinta pasos; pero lo que más me afligió fué el mirar á Toledo dos tiros de arcabuz del puesto donde estábamos. Cruzaban por el campo á caballo y á pié diversos pasajeros, y como el miedo del castigo trae consigo tan continuas sospechas, cualquiera dellos se me autojaba un alcalde de corte, las yerbas y las plantas alguaciles y guardas, y ojos de Argos que buscaban mi muerte las hojas de los árboles. No osaba resollar ni mover pié ni mano; ántes, aunque era en la mitad de agosto, me convirtieron las presentes congojas en los carámbalos helados de diciembre. A esta sazón, volviendo la cabeza, vi no lejos de mí que blanqueaban unos hornos de cal; y así, guiando hacia ellos con el pecho en el suelo, hallando desocupado el uno, sin mejor advertencia me valí de su sombra, arrojándome dentro; pero si bien mi criado y yo nos quitamos del riesgo de ser vistos, dimos en otro tal, que si milagrosamente el cielo no nos favoreciera, fuera imposible escapar de sus manos con la vida. Sin exageracion me atreveré á afirmar que fué aqueste el más terrible y lastimoso día que ha pasado por mí desde que nací, porque al paso que fuéron poco á poco cobrando aliento los rayos del sol y el calor aumentándose, á ese mismo las paredes y suelo de aquella infernal gruta, que de su natural eran de un vivo fuego, comenzaron á arder y abrasarnos intensamente, de manera que solo el triste fin que de tan cierto amenazaba los guznates por el fresco delito pudiera darnos fuerza para sufrir y tolerar su martirio, pues lo bueno era que para ayuda de tan grande desdicha se hallaban nuestros cuerpos con algun refrigerio. Desde que comimos el día antecedente no tuvo nuestra boca aun una gota de agua con que templar su incendio. Lastimára-

se viendo tanta aflicción el más fiero pirata; pero ¿qué cosa hay tan difícil, que no venza el temor? Este nos entretuvo, bien que muriendo y reventando casi, hasta la noche, que yo salí, y dejando al criado, llegué al camino, y los primeros que pasaron, en preguntando por la granja de los Frailes, me la enseñaron á la vista, y tan vecina del triste purgatorio en que habíamos estado, que del hasta sus bardas no podía haber medio cuarto de legua. Tal fué nuestra ceguera, ó por mejor decir, miserable fortuna, que teniendo el remedio casi junto á nosotros, nos cegó los sentidos, para que así perdidos pagásemos en aquel breve infierno con tan prolija pena parte de la mucha que entónces estarían padeciendo el alcaide y ministros por nuestro atrevimiento.

§. XIII.

Con tan alegre aviso algo más alentados, guiámos al cercado, cuyas puertas hallámos tan cerradas como nuestra ventura. Estaban estas de la casa muy léjos, y así, tuvimos el llamar por excusado, mas no el meternos dentro, saltando por las tapias. Aquí al caer no nos faltaron cambronerías, zarzas y espinas; pero todo se atropelló, y aun templó fácilmente con unas crueldades amargas, que nos hicieron brindis; de las cuales, aunque ni frescas ni maduras, hinchimos lindamente los vientres, y si bien no los sacaron de mal año, todavía por su aliento le tuvieron los piés para llegar al sitio deseado; mas aun no estaban acabadas nuestras desdichas: vimos la casa á oscuras, mudos y ensordecidos á nuestras voces y alabadas los moradores. En conclusion, creímos que no los había, y no fué poco poder ya entónces tener sufrimiento: comencé á renegar de mi corta fortuna, y aunque no arrepentido de la buena obra hecha á mi camarada, todavía tales dificultades y infortunios desde que la ejecuté, me tenían muy escandalizado. Sentía con esto mi criado la presente aflicción, y deseando su remedio y el mio, dió una vuelta á la casa, hallándola en silencio, y por el consiguiente, muy altas y formidas las tapias del corral: fué su consejo que buscásemos modo para entrar en él, y que así nos quitásemos del evidente riesgo en que allí estábamos. Ninguna medicina nos es grave ó difícil si promete salud: parecióme acertada la que me aconsejaba, y levantéme de un poyo en que me había sentado para emprenderla luego; pero aun no había puéstome en pié, cuando abriendo una ventana que resguardada de su reja caía encima de mí, sin ver quién nos hablaba, salió por ella una voz de la parte de adentro, y como si hubiera oído nuestra determinacion y concierto, se opuso á él diciendo: No importa que hayan hecho los ladrones la cuenta sin la huésped, que par diez que desta vez se han de volver enjolito; no está tan solo el campo como han imaginado; otro poco á otro cabo, hermanos vagamundos, una y no más: ¿veníades por el gallo? Estábamos los dos á semejantes cosas, y mayormente á las últimas, pasmados escuchándolas, y viéndonos absortos, prosiguió la misma voz: ¿Qué esperan los tacaños oyéndolo, y no se van? Pues por los santos hábitos que tengo, que con un par de balas yo les haga salir más aprisa que entraron. Y con tanto, el decir y el obrar casi todo fué á un tiempo; sacó el cañon de una escopeta larga, y el verla y su estampillo llegó sobre nosotros en un

punto. ¡Oh cuán fiero vestigio que es la muerte! No vi la lumbre del fogan, cuando me tendí por el suelo: sabe Dios que me juzgué con cuatro ó seis pelotas; mas aunque me tenté de arriba abajo por una parte y otra, ni me hallé herida, ni el criado tampoco: creí que apuntaría por alto con sola la pólvora para espantarlos, y dando dello muchas gracias al cielo, levantándome en pié, con espantosos gritos le comencé á conjurar, diciéndole: Hombre ó demonio, quien quiera que tú eres, ¿qué rabia te enfurece, qué locura te irrita, que así ciego y sin juicio tratas como á piratas salteadores á quien ni te ha ofendido ni conoces? Tú no es posible que seas, como significaste, religioso, pues tales obras ni de un bárbaro bruto se pueden esperar, cuanto y más de quien dices. Y las que vosotros, respondió aquella voz, me veníades á hacer, ¿son acaso mejores? Pues no entendais que ha de ser lo de la otra noche; que ni me han de engañar vuestras razones, ni vuestros lingimientos me han de volver al vómito. ¿Qué fingimiento y vómito son estos? volví á decirle con harto desconsuelo: atendednos, hermano, por vuestra vida, y sabréis de la nuestra que no es la que pensais, ni estas personas las que habeis presumido. Con orden y mandato de vuestro superior hemos venido aquí: anoche tarde salimos del convento; reportaos y escuchadme. Hizolo, y prosiguiendo, le conté todo el caso, la fuga de la guía, el perder el camino, las señas que nos dieron, y otras circunstancias que juzgué convenientes para que se asegurase, como en efecto sucedió, cayendo al fin en la cuenta y su yerro, cuando pudiéramos nosotros estar en la otra vida si fuera verdadero el temeroso amago del arcabuz. Habíame aquel día avisado sus frailes, y aun remitido, creyendo que ya estaríamos con él, diversas cosas para nuestro regalo; pero nuestra tardanza y su gran desatiento barajó su advertencia y confundió el negocio, ajuntándose á esto cierta pesada burla que aun estaba muy fresca en su experiencia; y así, teniendo otra igual de nosotros, no fué mucho que ahora no nos recibiese con tan ruin agasajo, si bien ya satisfecho, abriéndonos la puerta, procuró se emendase con mayores excesos. Pidiónos perdon, arrepentido el hermano lego: cosa que yo le concedí de buena gana; y como despues de la tormenta, no parecen las ondas del mar tan desapacibles y furiosas, así, abrazándome de sus mugrientos hábitos, reputé por un ángel al que poco ántes llamé demonio: no hay trabajo tan grande, que en esta vida no tenga algun consuelo. Cenámos largamente, segun necesitábamos, y en el interin alegres, nos fué contando el fraile, en descargo de su precipitacion, este breve suceso: dijonos que habria cinco ó seis noches que, estándose acostando, le suspendió un rumor que oyera muy cerca de las puertas; y que queriendo ver lo que era, determinó salir á la ventana, desde la cual reconoció dos hombres, el uno tendido en el umbral, y el otro sustentándole; y que este, mostrando gran congoja, hablaba al compañero, y animándole, decía: No os afliais amigo, que pues la sangre se os va ya restañando, no ha de ser tanto el daño como hemos presumido; y luego que tras desto le respondia el herido: ¿Ay Alonso! ¿no veis que eso no es restañarse, sino que ya no tienen mis venas más que poder verter?

¡Triste de mí, que muero sin confesarme! Más siento tal desdicha que mis propias heridas. Pues no os desconsoléis, le repelia el primero; que si yo no me engaño, nos ha traído el cielo donde tendréis remedio. Por infalible tengo que esta es la granja de los frailes, y siendo así, no hay duda sino que alguno habrá que os confiese y ayude. Aquí dijo mi lego que llegaba su plática, cuando compadecido, oyendo aquel trabajo, sin esperar á que los hombres le llamasen, bajó corriendo á abrirles y les recogió muy piadoso. Venia el uno entrapajada la cabeza, lleno de sangre el rostro, y casi desfallecido y desmayado. Este pues, en conociendo los religiosos hábitos, se echó á sus piés, besándoselos y repitiendo: confesion; mas como él era lego, desengañándole en cuanto aquel artículo, en todo lo demas que tocó á su regalo le acudió agasajándole. Ofrecióle su cama, hizole un par de huevos, confortóle, alentándole con presupuesto que el siguiente día le prometió traerle médico y confesor, luego en amaneciendo. Con tal oferta decia que los había quietado y obligado á esperar con mayor reposo, durmiendo con alguno lo que restaba de la noche; despues de la cual, despertando solícito para cumplir lo que estaba á su cargo, queriendo hacerlo, y mirarlo por los hombres, ni halló rastro del herido, ni barruntos ni sombra del compañero: cosa que teniendo por sueño, le hizo quedar pasmado un grande espacio, porque presumiendo algun daño, bajó al punto á la puerta, y tocando el pestillo y viéndole bien cerrado, creció su admiracion y comenzó á llamarlos, no persuadiéndose que estando así encerrados, podian haber salídose por otra parte. Así nos refirió que había estado gran rato sin caer en la cuenta, casi ya sospechando que fuese algun encanto, hasta que, discurriendo en su busca de unas partes á otras, vió desde el corredor que señoreaba los corrales que por do ménos entendia se le habían escapado. Eran las paredes de aquellos de cinco ó seis tapias, y por su altura tenia por imposible semejante salida; mas todo puede facilitarse con la industria: estaban en el corral unas horcas de parra, y valiéndose dellas, les aprovecharon de escalas; mas ni con tales muestras acababa de entender donde se enderezaban, porque ninguna prenda, de muchas que pudieran robarle, faltaba de la casa. Mas en esta sazón, y cuando sus confusiones y discursos le tenian agotado, vió patente á los ojos el desengaño y claridad que tanto deseaba: vió con mucho dolor de sus entrañas que poco á poco salía del gallinero, arrastrando una larga bayeta, un pequenuelo bulto que, si bien al principio no conoció lo que era, dentro de breve término, despavilando más la vista, halló que el enlutado eras tu traste gallo, que si pudiera hablar, en vez del canto alegre con que recibe al día, relatará en endechas la miserable historia de su viudez y soledad. Habíale los engañosos huéspedes dejándole sin cincuenta gallinas. Tantas afirmaba el buen lego que eran sus compañeras, y aun el enlutado gallo en su modo afirmaba el referido número, porque en las espaldas del capaz trayendo un epitalio, contaba el fraile que decia desta suerte:

Si el que pierde una mujer,
Se cubre de luto triste,
Con más razon hoy le viste
Quica perdió cincuenta ayer.

Esta graciosa burla quiso que abonase su yerro y disculpase su inadvertencia nuestro huésped, el cual regocijándose aquella noche con ella y otros cuentos, luego que se pasó y vino el día, trató que por su medio tuviésemos avío; y así, yendo y viniendo de Toledo á su granja, volvió con mulas y mancebo de á pié, en cuya compañía, despidiéndose del, en siendo anochecido comenzámos el viaje; y volteando por más seguridad á la cumbre del monte, muy cerca de la Sisla, convento de Jerónimos, salimos al camino real y enderezámos al de Ocaña, donde dos horas ántes que amaneciese (tanto como esto solicitámos las espuelas) entrámos por sus puertas.

§. XIV.

Parece que corrian tras de mí, y hacía cualquiera parte que se encaminaban mis pasos, los acaecimientos peregrinos y grandes de que ya juzgo enfadado al lector, ó por lo ménos muy dudoso en su verdad y crédito; mas siempre los sucesos notables traen consigo iguales objeciones. Muchas cosas suceden á los hombres que ántes de sus efetos les parecieron imposibles; otras convierte en fácil uso la fortuna: ninguna en esto mundo se debe tener por sumamente incontestable, aunque no ignoro que lo ménos difícil siempre lo reputamos por más seguro. Si los varios progresos de mi vida fueran tan ordinarios y casuales, que les faltara lo nuevo y admirable que en otras no miramos, ni yo tenia para qué referirla, ni para qué apeteecer y desear su noticia el curioso lector. Sírvale pues aqueste advertimiento de sonda que asegure en la navegacion de mis jornadas la certeza y verdad de su relacion; sin que tan varios casos pierdan su autoridad por sacarlos en público para su ejemplo y diversion.

Al fin, hecha esta salva, entrámos, como dije, en Ocaña al ponerse la luna, cuya ausencia, aun siendo las tres de la mañana, dejó el lugar con más oscura sombra; pero ni aquesto pudo excusar que no fuésemos vistos desde una alta ventana, por la cual, al atravesar una calleja angosta yo, que iba el último, fui llamado con una fácil seña. A los principios mal pudo discurrir si era hombre ó mujer, mas en prosiguiendo la voz, su blandura y sonido confirmó lo postrero: díjome: Ah, caballero, suplicoos que pareis y me digais si sois de aquesta villa: aquí reparando la mula, la respondí que no; con que mostrando más contento, me volvió á repetir: Pues de nuevo os suplico que ya que el cielo me ha hecho tan dichosa, guiando á este puesto cosa tan conveniente para mi vida y honra, que os sirvais de atenderme. Cesó y obedecí, y mandando al criado que pasase adelante, ella se entró al momento, y yo quedé esperándola un espacio muy corto; despues del cual volviendo otra vez á salir á la ventana, con decirme: Obligacion es de hombres suplir nuestras flaquezas, fué poco á poco descolgando una cuerda, y della bien asido cierto pequeno bulto, que en llegando á mis manos, tenté que era una cesta cubierta, y rebozada con un cenital de tafetan; pero no presumiendo entónces descubrirla, alzando el rostro para entender la órden que me daban, los grandes golpes con que sentí cerrar aprisa la ventana, y consiguientemente, los gritos de hombres y las voces de frágiles mujeres que claramente llegaron á mis oídos,

interrumpió mi intento y apresuró los talones; con los cuales apretando á la mula, sin esperar á más, escarmentado de mi corta fortuna, me escurrí de la calle, y alejándome della cuanto más pude y supe, no suspendí la rienda hasta la otra salida del lugar, que junto con mi gente me entré en la última posada. Aquí pues en tomando aposento, pidiendo luz y quedándome solo, descubrí mi aventura, si bien en vez del rico cofrecillo que me topé en Sevilla, hallé ahora una criatura, segun mi parecer recién nacida: cosa que me tuvo pasmado una gran pieza y más el aparato, adorno y atavío de sus envolturicas y adherentes. No siempre habia la suerte de encontrarme con tesoros y minas, si bien no tuve esta en tan poco, que porque le faltase de aquello, dejase al punto de buscarle el remedio de que necesitaba. No se podia disponer aqúeste sin dar á alguno cuenta para que le guiase, demas que aunque quisiera recatarlo, no me fuera posible, por las voces y llanto con que el pequeño infante hizo patente ahora nuestro secreto: así, valiéndome de la piedad y lástima de su género, tomé á la huésped para instrumento que le facilitase; y con ser á deshora, halló en ella tanta acogida ni justa pretension, que sin mayor consulta se levantó del lecho, y animada con mis ofrecimientos y promesas, buscó y trajo mujer que dentro de mi cuadra paladease y diese de mamar á la criatura. En el interin, por sosegar el pecho, desbalié la cesta, ví con cuidado cuanto dentro venia, que aunque todo era ropa concerniente al sugeto, brinco, juguetes, dijes y cosas deste modo, ni á estas cortas alhajas le faltó estimacion, ya tanto por su curiosidad, olor y buen aseó, como por la abundancia, nobleza y calidad de sus especies; pero muy mucho más sin comparacion, por un papel cerrado que venia al fin de todo; el cual abriéndole, no solamente vi en él escritos los siguientes renglones, mas juntamente una rica sortija, cuya piedra, siendo un fino diamante, dió más luz á la cuadra que la vela que me estaba alumbrando. Quedé admirado viendo cosa tan bella, pero ni esta suspension excusó mi advertencia: noté que en torno della, venian catorce letras esculpidas, que juntas unas y otras, formaban esta breve razon: *Aun soy más firme*. Bien conocí que era concepto del amor, aludiendo á la dureza firme del precioso diamante; mas sin querer causarme en otra inteligencia, pasé á la del papel, que decia desta suerte:

«Ese niño infelice desde su nacimiento va sin bautismo; hacedle más dichoso dándosele al momento con el nombre de Enrique, y ruégos mucho no le desampareis hasta darle con el remedio que se espera de la piedad cristiana, pues para mejor facilitarle, el valor desa joya suplirá su estrechez; pero sobre todo os suplico que os sirvais de esperar en cualquiera posada desta villa solamente dos dias, que yo os haré buscar sin que pase este término, y por quien, en hallándoos, podréis dél confiar lo mismo que os confío, y dejar para siempre obligada á una mujer ménos venturosa que agradecida y noble. Dios os ampare y guie.»

Tales razones contenia el billete que digo; con que arguyendo dél y del hermoso anillo la calidad del dueño, con más gusto y afeto determiné ayudarle; pero ante todas cosas, viendo desfallecida la criatura, temiendo su peligro, luego en amaneciendo le hico dar

agua de bautismo; y sin más dilacion, yo mismo, sin fiarlo de nadie, fui á una cercana aldea, y guiándome el ciclo, hallé y traje conmigo una ama muy conforme á mi gusto, á quien con recato y secreto entregué el niño, y por cuenta y razon sus vestidos y arreos, la paga de seis meses y otros muchos regalos; con que volvió contenta y advertida dónde habia de escribirme para que le fuese pagando y acudiendo, y yo quedé esperando los dias que me pedia el billete, si bien en todos ellos fué por demas y de ningun efeto mi asistencia y cuidado: causa por quien estuve algo dudoso en lo cierto del caso, pues casi presumí que me habian engañado echando á mis espaldas aquella carga; mas no obstante, dispuesto á no faltarle, deseché esta sospecha; y como la del suceso incierto de mi perdido amigo don Francisco solicitaba mi partida, no quise suspenderla más tiempo; y así, creyendo que habia de hallar nuevas dél en Madrid ó en casa de mi madre, me encaminé hácia ella, encargando primero á mi buena huésped que si por dicha alguno me buscase, le dijese el lugar dónde me habia de hallar; y con tanto, no queriendo ausentarme sin ver ántes á mi nuevo ahijado, tomando bien la madrugada, guié al aldea con un corto rodeo, y mirándole ya mucho más alentado, sumamente contento y alegre, me despedí dél y su ama, volviendo á mi jornada y al camino derecho á poco más de las ocho del dia.

Desta suerte, por suplir la tardanza y llegar á Madrid aquella noche, apreté los ijares de la mula, y fué con tantas ganas, que en breve espacio me dejé atrás á cuantos iban por el mismo viaje, y aun alcancé y previne algunos que habian salido ántes que yo hora y media. Eran destos, dos hombres de á caballo, el uno con hábito eclesiástico, y de galan el otro; y que aunque caminaban con harta diligencia, en saludándolos y advirtiéndole la mia y que se conformaba con su propio deseo, queriendo no dejarme, y yo no rehusando su compañía, juntos alegremente proseguimos el comenzado intento. Llegámos á almorzar á Aranjuez, y en el interin, siendo ya grande siesta, acordámos pasarla en aquel paraíso. ¡Oh si fuera mi musa ahora la del divino Garcilaso! Dije poco, la del mismo Mantuano, cierto que nunca se quedara en silencio entre aquellos discursos la descripcion fiel de tan raro sugeto, de aquel famoso y singular jardin, portento de la Europa, obra insigne y magnífica del generoso ingenio, prudencia y traza del Segundo Filipo; mas ni mi humilde estilo basta á tan grave asunto, ni pienso que haya alguno que pueda cabalmente y segun él merece atreverse á su empresa. Con tal desconfianza no hice mas que admirarla, y llamando engrandecerla. Lo mismo hicieron mis nuevos camaradas, y como la familiaridad del camino ablanda el trato y halla docilidad aun en los mas austeros, fácilmente nos agasajamos y convenimos, trabando varias pláticas con que divertir el cansancio y entreteñer la siesta; y así, dejando para más dulce lira nuestros buenos deseos, comenzámos políticos á gobernar el mundo, sus estados, sus fuerzas, ya confiriendo unas y ya encareciendo y reprobando otras; mas como siempre adonde hay hombres mozos paran sus conversaciones en sucesos de amor, sin embargo y respeto del hábito eclesiástico que teníamos delante, yo empecé

á maltratar al rapacillo ciego, y el compañero á defenderle con abundancia de razones retóricas. Alegábanse por mi parte y para reforzar mi opinión la inconstancia y liviandad de las mujeres, sus traiciones y engaños, como tan escarmentado de sus efectos; mas él, por el contrario, presumió confundirme trayendo de Porcias, de Penélopes, de Lucrecias y Tisbes diferentes ejemplos, á que, después de otras respuestas, yo para convencerle y desengañarle, pidiendo el beneplácito del que nos escuchaba, en breve espacio resumi todo el encuentro que me pasó en la corte, y luego el de Rufina segun teneis noticia. Mas cuando imaginé que con tales fracasos estarían los oyentes rendidos y atajados, el seglar, sonriéndose, salió más obstinado con decir que cada uno contaba de la feria como le iba en ella: y su amigo, tomándole la mano y atajando mis réplicas, con una breve arenga se opuso á su defensa desta suerte. Dijo: Aunque no es de mi hábito semejante materia, todavia, por no dejáros persuadido á que es vuestra opinión comun y general, habré yo de salir de mi término. Bien pudiera traerlos á la uita con argumentos fáciles, con razones tan claras como pide el intento; mas porque los ejemplos concluyen y persuaden mejor que silogismos, quiero que estos os vengzan, quiero que, con licencia de mi compañero, uno que entre los dos está vertiendo sangre merezca el lauro de vuestro rendimiento. Tan frescos han de ser los instrumentos y armas deste certámen, tan fuertes y poderosas sus razones, que no solo confío teneros presto de mi bando con ellas, mas que me habeis de confesar que son injustas las que habeis alegado contra el amor fiel, valor, perseverancia y firmeza de las mujeres. Así encareció el eclesiástico el prometido cuento con que creyó rendirme, aunque ántes de empezarle aguardó el beneplácito del que le acompañaba, que era un bizarro y gallardo mancebo. Confirieron entre los dos un rato; debió de ser dificultar el uno y hacer fácil el otro y sin inconveniente el cumplir su promesa. Habiales dado yo cuenta de alguna parte de mis cosas, sabian que era muy extranjero de su tierra, y que por consiguiente, ni las personas ni el secreto corrían detrimento ó peligro; y con tanto, resolviendo sus dudas, no con pequeño gusto mio y aplauso dió el principio siguiente á su amorosa historia:

Cerca deste contorno hay un grande lugar tan illustre por su origen antiguo como famoso y rico por su nobleza, abundancia y fertilidad, terreno y otros diversos requisitos que le hacen uno de los nombrados y mejores del reino. Deste pues es natural Anselmo, caballero mancebo de excelente sugeto, ya por sus partes naturales, ya por las adquiridas con sus grandes estudios: finalmente (dejo aparte su sangre), es uno de los hombres que en este nuestro siglo merece dignamente el generoso título de docto. Aquí, oyendo tal razon, juzgándola á blasfemia, sin poderla sufrir, arqué entrambas cejas: accion con que atajándose el curso de su cuento, hubo ántes de proseguirle, de salvarle más cuerdo y advertido, diciendo así en la siguiente forma:

Mucho os parecerá que me he adelantado en honra de mi amigo, si ya no presumis que el hacer tal barato de tan alto atributo ha sido porque ignora su mayor excelencia; y así, justo parece que no quedeis dudoso en

lo que habeis oido, y que yo os desengañe haciéndoos entender que sé lo que me he dicho. Universal en las materias, general en las ciencias, vario en toda doctrina debe ser el varon á quien se diere semejante renombre, pues no es capaz deste el que á tan cortos límites como son los que incluye una sola pretende reducirle: docto será á mi juicio quien, como Anselmo, sabe un utrum de teólogo, y quien en declarar lugares de escritura muestra que está leído y versado en los santos, y el que en los sucesos del mundo no ignora sus historias, sus estados políticos; el que en censurar una lengua habla con propiedad y noticia; el que cuando se trata la inteligencia de algun cánon, ley regia ó municipal, no está encogido y mudo, y en los secretos naturales dice sus efectos y causas, y quien, si el astrónomo platica de influencias, el geómetra de líneas, el aritmético de números, sus consonantes el poeta, sus tiempos y compases el músico, muestra generalmente que sabe de los astros, que entiende arquitectura, que conoce unidades, que alcanza consonancias y medida; y en fin, que ni aun se fué por alto hemol ni he cuadrado. Tales ingenios merecen tales títulos; estos solos deben ser envidiados de los hombres, y así llamarse doctos: he hablado segun siento, y respectivamente segun la estimacion y concepto que se tiene de Anselmo.

Así de aquesta suerte discurria el orador en los elogios de su amigo, cuando volvió á atajarle el compañero haciéndole que prosiguiese el caso, sospecho que corrido, porque mostró en su rostro tocarle parte de tan grande alabanza; mas ni por eso faltó á su exornacion; concluyóla, y volvió á relatar desta suerte su historia, diciendo: Pues ni tan altas partes, dignas por cierto de mejor fortuna, pudieron resistir la violencia de una passion de amor, veneno irremediable que ni admite remedio ni te es antidoto la mas fina triaca; pero ¿qué medicina, qué ciencia, qué experiencia se opuso con efecto á esta enfermedad? Ella es quien más aflige el espíritu humano, debilita las fuerzas, oscurece el ingenio, priva la libertad, entorpece el sentido; es un fuego escondido, una agradable llama, una ponzoña suave, una dulce retama, un alegre tormento y una gustosa infamia; y finalmente, este mal amoroso siempre tuvo de los nocivos y ásperos el primero lugar en nuestros cuerpos y almas; porque en tomando posesion de su fuerzas, mientras el sugeto es más noble y más discreto, hace mayor operacion; y es de la calidad del humor corrompido de la calentura, que siendo su principio el tierno corazon, deja incurables los otros miembros íntimos y sensibles. En tal estado se halló el gallardo Anselmo luego que en un festín vió la hermosura de Estela, doncella de admirables virtudes, á quien abandonando sus loables estudios, dió ahora en su doliente pecho el lugar que ántes habian ocupado tan diferentes ejercicios. Era esta dama, si no tan noble en sangre como Anselmo, más poderosa de temporales bienes, no ménos arreada de peregrinas partes y requisitos: cosas con que bastantemente se igualaban entrambos; y así, creciendo á un punto sus conformes deseos, fácilmente se entendieron los ojos y se hablaron las almas. Tenia Estela padre tan solamente; pero aqueste, como rico, soberbio, poco tratable por no menesteroso, áspero por lo inculto, y en conclusion, notado y conocido por su terrible condicion, por su avaricia y

grosería; mas estos imposibles fuéron atropellados brevemente de Anselmo: el tiempo largo fué mediando el contraste, y no obstante el gran recato que habia sobre la dama, no faltó á la ocasion de poder conformarse.

§. XV.

Estaban ya, por la continuacion de la amorosa vista en diferentes lances reiterada, casi rendidos estos dos corazones; bien que el de Estela, como más encogido y vergonzoso, andaba ménos pródigo de lo que merecian sus deseos; pero ofreciéndose suficiente ocasion en cierta fiesta, hallándose muy juntas, sin escándalo ó nota Anselmo dijo su amorosa pasion á quien, aunque la atendió recatada, ni la admitió muy facilmente ni tampoco la despidió desdeñosa.

Primeros brindis son siempre del virginal concepto la ambigüedad de las palabras; señales ciertas son de su secreto incendio sus equívocas y desvíos. Entendiólo el amante, y no desconfiando, prosiguió sus intentos y habló desta suerte: ; Oh cuántas veces, hermosísima Estela, considerando mi desdicha y vuestro merecer, he temblado el llegar á tanto atrevimiento! Pero ni mi dolor, que es ya insoportable, ni vuestra gran clausura y recogimiento, que siempre me han negado el lugar oportuno, me han permitido mayores dilaciones, ni méas que en esta coyuntura deje perder el tiempo que ya el cielo me concede. Yo confieso, mi señora, que tan alto favor debiera haberse ántes granjeado por mí con papeles y cartas y con servicios de mayor consecuencia; mas ni de vos han sido recibidos con gusto, ni de mí violentados por no daros enojo. Así, he buscado (sabe Dios con qué miedo) sazón igual para que en ella pueda, mejor que en papel, certificaros mi pasion, y juntamente con el acento tierno de sus razones fieles, abrasados suspiros y lastimosas ansias, parte del mar furioso en que se anega el alma si vos no la ayudais, si no la ampara vuestro piadoso brazo. Tengo, Estela, por cierto (tanto confío de aque-se noble espíritu) que llegando á entender estas amargas quejas, hará que en ellas reparéis más piadosa, hará que en vuestro pecho se conozca algo del bien y el mal que se anida en el mío, puesto que su encendido ardor le tiene de tal forma, que no ha de saber daros en el vivo exterior tan eficaces muestras, que no sean desiguales á las que internamente le consumen y acaban.

Así el vencido pronunciaba turbado semejantes palabras, acompañándolas con tantas lágrimas y profundos gemidos, que fuéron testimonios de la verdad del alma; con que teniéndole la que le escuchaba alguna compasion (quizá encubriendo otras mayores llamas), disimulada y cuerda respondió en este modo: Pienso, señor Anselmo, que si estais olvidado de vuestra discrecion tanto como de lo que se debe á mi decoro honesto, no tengo duda sino que tambien habreis mucho extrañado mi desdeñosa presuncion, y aun puede ser que la hayais atribuido á algun vicio, pues eso suele ser lo que más se aplica á la virtud. Y haráos pensar aquesto el ver que aunque por tantos dias y con tan largo amor, con tan varios mensajes y con tan grande extremo habeis solicitado mi voluntad, no la habeis conseguido. La verdad es, Anselmo, que esto no es de culparme, pues debiendo seguir la senda más

segura, ni como principal mujer podia hacer otra cosa, ni como recatada doncella abrazarla ó quererla; pero tambien es justo que se entienda que si no he recibido vuestros papeles, ni vuestras pretensiones admitido, no tampoco he reprobado aquellos como ni condenado tambien estotros. Y esta neutralidad no debe imaginarse que nazca del desprecio ó desden de vuestras muchas partes, que eso sería locura, sino del tener por certísimo que aplaudiendo su empresa, forzosamente crecería vuestro mal y la dificultad del remedio, en el cual imposible es su fin, si no me engaño, por el camino que vos le gobernais. Yo hasta ahora no sé quién es amor, no me puedo quejar de su soberbio imperio: la primera experiencia está en mí por hacer, y así vivo advertida, que cuando llegue aquesta, ni olvidaré el respeto que mi honestidad pide, ni soltaré las riendas á su pasion de suerte que ponga mi honra al canto del tablero. Y con este temor, porque no prevengierun propósitos tan justos, y porque no los contraste y atropelle mi amor y vuestro exceso, pongo venda en mis ojos. candado en mis oídos, que impidan su veneno, que interrumpan su canto, que atajen sus hechizos, queriendo más así ser descorriente grosera que en los fines hallarme arrepentida. Mas no obstante lo dicho, quiero que no tampoco me tengais por ingrata. Salvad mi honra y viva siempre aquesta, que siendo tales vuestros intentos nobles, yo entónces gustaré de perder el nombre de cruel y desdeñosa porque vos le ganeis de honesto y virtuoso. Siendo tan buen galán, yo seré agradecida: hacedlo así, señor, y aliadese entre los dos mi honor seguro y vuestra verdad firme.

Aun pasara adelante la hermosa dama si, llegando sus criadas, no la atajaran, y licieran que Anselmo con disimulacion, metiéndose entre la mucha gente, se despidiese della, y si bien no del todo satisfecho y alegre, por lo ménos mucho más alentado á proseguir sus pasos, como en efeto lo hizo, siendo correspondidos hasta los justos términos de Estela, ya con los ojos dulces y agradecidos, ya con favores dignos de su perseverancia. Así continuaron los dos su amorosa porfia muchos y largos dias (bien pudiera afirmar que fuéron años); y aunque en diversos lances reiteraron sus pláticas y esforzaron su incendio, ni con todo se satisfacía de aquel tan solo objeto el afligido amante. Este desasosiego le traia las más noches desvelado á la contemplación de las paredes archivo venturoso de su querida prenda. Pero una dellas, que no con más alivio Estela, por ver si le veria, estaba á una ventana que caía á las espaldas de su casa, siendo advertido della con el resplandor de la luna, al mismo tiempo que, habiendo él conocidola, queria aventurarse hablándola, más diligente que sufrida, sin perder la ocasion, le atajó y dijo semejantes razones: Paréceme, señor, que quien anda á tal hora por partes tan ocultas y sospechosas tiene su vida en ménos de lo que yo la estimo, pues no quisiera veros con el menor peligro, aunque perdiera y arrestara mis mayores consuelos; demas que tengo quien me recata y guarda de suerte, que sería muy posible que, descubriéndonos, yo arriesgase mi honra y vos vuestra salud. Hermoso dueño mío, respondió Anselmo, no imagineis que llevo aquí con tan poco recato: mis ojos me aseguran el silencio, y la hora puede desvanecer vuestros temores; fuera de que ni tengo quien

me siga, ni carezco de amigos; y cuando por su dicha hubiese algun curioso que pensase oponerme, tambien sabré arriesgar mi vida en vuestro servicio, como perderla porque vuestro decoro nunca se disminuya por mi causa; pero si todavía fuese tal mi desgracia, que me privasen del vivir en semejante empresa, creed, señora, que me tendré por satisfecho, y que solo podré sentir mi muerte porque es fuerza que en ella quede imperfecto mi verdadero amor, y vos ménos servida de lo que piden sus ardientes deseos. Aquí, cesando el tierno enamorado, aficion y piedad comenzaron en el pecho de Estela á fomentar su fuego; y sin poder sufrirle, sin algun disimulo dijo, mezcladas de profundos suspiros, estas palabras: ¡Ay, Anselmo querido! Ruégos, señor, que no me traigais á la memoria cosas tan tristes; nunca, aunque así os hablé, juzgué en los dos tan miserable suerte, ni el cielo justo se mostrará contrario á nuestro intento: solo os suplico ahora que con sinceridad, si deseais vuestra vida y la mia, os declareis conmigo. Decidme sin rodeos á qué fin se encamina vuestra larga porfia; porque tambien os digo que si esta no se abraza con lo que mi honra pide, vos os cansais en balde y yo vivo engañada; mas si con ella se conforma y pretende lo que merece mi lealtad y firmeza, para que lo empezado se concluya, admitiéndome por legitima esposa, desde luego tendréis tanta parte en mi alma, que sin respeto del que á mi padre debo y del empleo que me va disponiendo en un sobrino suyo, y sin temor de sus enojos, iras y de su furiosa condicion y de su terrible proceder, me pondré en vuestras manos y os obedeceré como á señor y como á marido y padre, y estaré aparejada á seguirlos hasta morir á vuestro lado con igualdad de ánimo; mas si, como imagino, vuestro propósito es repugnante á este mio, pidoos que me dejeis desde hoy en mi quietud honesta, para que así con ella pueda mejor vivir segura y satisfecha entre mis iguales.

Nunca presumió Anselmo aun tener tanta dicha: propia condicion de discretos confiar ménos mientras merecen más; y así, sumamente contento y aun celoso del apuntado primo, la respondió sin dilacion: Querida Estela, pues de tal sois servida, no hay para qué exagerar mi gusto, referir mi alegría. Digo, señora mia, que aunque me reconozco indigno de favor semejante, desde luego le acepto, y desde luego, en prendas de mi fe, si ántes de ahora no tuviérais mi alma, os la entregara al punto con la más singular y firme voluntad que se vió entre los hombres; mas pues vos sois dueño, pues en vos solo vive, tenedla prisionada, ponedla una S y un clavo hasta que con efeto muestren sus obras más cierto testimonio, y con instrumentos y testigos dignos de confianza, ó por los medios que mejor eligiéredes, quede ratificada mi palabra y asegurada vuestra noble promesa. Con aquesto acabaron sus pláticas, quedando muy de acuerdo en la resolucion ménos difícil que facilitase el nuevo estado, y juntamente la resistencia de su padre y la oposicion del pariente, con quien ya andaba en venta: razon que fuertemente, por ser Anselmo pobre, imposibilitaba en su modo el negocio; porque pedir á Estela por esposa á su padre, tratarlo con sus dandos, echarles rogadores ó aprovecharse de iguales circunstancias, á entrambos á dos les pareció excusado, juzgando por certisimo que án-

tes darian al traste con su amorosa máquina que la conseguirian por tal medio ú camino. Por esta causa pasaron á otros atajos y veredas más cortas; consultaron, guiaron y emprendieron la última. No fué tan secreta esta plática ni su resolucion como Estela creia. Tenia una dueña por aya á quien reconocia por madre desde sus tiernos años; cuidaba esta de su persona y guarda más que si verdaderamente fuera su hija, mereciendo este afeto la grande confianza que della hacia su padre. Dormía en su aposento; despertó y echóla ménos, y levantándose alterada, buscándola con silencio y cautela, llegó á la ventana y atendió, no sin terrible sentimiento, á las determinaciones y conciertos que habeis oido; los cuales concluidos, queriendo Estela volverse á la cama, dando de repente en el lazo y conociendo á su aya, lloró y gimió el verse descubierta, y mucho más las repreusiones y amenazas con que reprochó sus progresos. Pero como ya aquellos habian echado firmisimas raices, ni halagos ni temores bastaron á interrumpirlos ó menguarlos un punto; ántes mientras más quiso disuadirselos, crecieron en su pecho y la dejaron victoriosa; porque, finalmente, tales razones dijo, tales argumentos produjo, tantos ejemplos trajo, tantas lágrimas vertió, tan grande fué su fuerza, respondiendo, alegando, contradiciendo y confirmando, que, en conclusion, persuadiendo á su aya, la obligó á que viniese en su mismo propósito y no se le opusiese en sus ejecuciones. Amábala y queríala con más amor que madre; temió que no se arrojarase, desdeñada, en otro más sangriento inconveniente; obedeció su gusto; porque tan fácilmente como suelen airarse, se conforman y convienen mujeres: discurren poco y ahondan ménos para la direccion de sus consejos; y así, de adonde Estela creyó su perdicion y mayor ruina resultó su bonanza y más seguro puerto, pues con ayuda semejante mejoró su partido; y dando aviso á Anselmo, mandándole venir la siguiente noche á una reja baja que salia del jardin á una secreta calle, en presencia del aya y de un criado de su querido amante, lo dió la mano, y él la recibió por esposa, quedando con tan estrecho nudo, con vínculo tan fuerte, enlazadas sus almas en mucho más perfecto y legitimo amor.

§. XVI.

Bien pudieran tan felices y más dichosos principios guiar los medios y asegurar tambien los fines; mas siempre veréis que se sigue tras de grande bonanza muy grande ruina y tormenta; pero al presente, ignorantes y descuidados los dos de otro nuevo infortunio, solo trataban del deseado efeto de su dulce y amada pasion. Buscaron en el interin muchas y muy diversas trazas y muchos y diversos remedios para templar sus amorosas llamas; mas como todas no les salian tan á pelo ni á propósito, tomando unos y reprobando otros, gastaron mucho tiempo y se alargaron muchísimos dias sin elegir ninguno, entretenidos con la amorosa plática que, de noche y á deshora, más los apresuraba y encendia que no los divertia y reportaba.

Tenia Estela un primo hermano llamado Claudio, mozo de gentil tallo, rico, y sobre todo aquesto, mucho más su amartelado que requería parentesco tan grande; pero no obstante, juzgábase por conveniencias y respetos de hacienda más por marido que por galan y

amante. Así le reputaban en el pueblo, en su casa y aun en la misma de la graciosa dama, y esto aun se apretaba ahora con mayores esfuerzos. Venian en ello los parientes y deudos, no lo negaba el padre, y ántes se la tenia ofrecida, aun sin saber su voluntad; pero excusábala ella ya con su tierna edad, ya con otras disculpas, que pudieron dilatarla dos años; mas ya en la presente concurrencia casi se vió perdida y en términos, por tan continuo aprieto y importunacion, de declarar el justo impedimento; pero costárale la vida: no era su padre hombre de tales burlas. Así, el temor de su terrible furia la tuvo á raya, padeciendo sobre su resistencia muy malos tratamientos, clausuras y rigores increíbles; mas templábanse estos con la agradable vista, breve consuelo y plática de que gozaba con su amante las más noches, y mayormente ahora, que hallándose cercada de tanto aligimientto, el mismo riesgo y aprieto en que se via animó sus deseos hasta determinarse á que, haciendo una escala, gozase Anselmo la prenda que era suya y andaba vacilando y en contingencia de perderse. Efetuóse así; y por una ventana inaccesible por su altura no dudó el ciego amante de ir previniendo la temerosa empresa; pero aun no había llegado su sazón, cuando otros nuevos trabajos le pusieron en medio que la imposibilitaron y pervirtieron, como presto veréis. En este interin el enamorado pariente solicitaba de manera su pretension, que, no contento con las persuasiones y diligencias referidas, hizo que su misma madre, y tía de Estela, le hablase y procurase cautamente entender sus consejos, y el último de adonde nacia su larga dilacion. Púsose así por obra, mas aunque la propuso con razones discretas, muchas con que á ella le pareció que concluia, y juntamente con el gentil despejo de su hijo, su bizarría, sus partes, sus mayores riquezas, sus bienes de fortuna (causas con quien bien podia prometer á su posteridad perpetuas honras), la dama, que ántes se dejara morir que faltar á su Anselmo, en vez de cuerdaamente, como otras veces, divertir sus intentos, cansada ya de tanto importunar, y aun juzgando que al ausente ofendia no declarándose precipitadamente, sin reparar en cosa, y con no acostumbrado atrevimiento, la respondió las palabras siguientes: Maravillada estoy, señora tía, de que hayais sido tan fácil en disponer de mi persona, como arrojada y liberal en prometerla sin entender su gusto; mas no importa, que con quedar ahora advertido con mi desengaño vuestro descuido, se tomará la enmienda. Tened, señora, desde hoy por muy sabido que aunque mi padre y vos inventeis más tormentos, más crueles martirios que escribieron del inhumano Fálaris, y todos juntos se ejecuten en mí, los pasaré primero que obligarme á seguirus. Resuelta estoy á padecer mil muertes ántes que dar la mano á quien en sangre y parentesco me es una misma cosa. Tengo por muy creído que casamientos tales, union tan poco lícita, si ya no es detestable, suelen muy de ordinario tener trágicos fines, lastimosos y míseros sucesos; no he de exponerme á ellos por vuestra voluntad; sola una causa suele facilitarlos, y esta falta en nosotros. Mi primo tiene bastantísima hacienda, y yo no estoy sin dote; pues ¿en qué forma ó á título de qué pedis dispensacion? Imposible parece que, según nuestro estado y mediana, se nos conceda ménos que con alguna relacion

muy siniestra, que no he de consentir aunque pierda la vida. Esta es, señora, mi resolucion última, mi final parecer: en lo justo y honesto deben los hijos obediencia á sus padres, no en las cosas que traen tales inconvenientes: la ofensa de los cielos y un paradero triste y irremediable es el que ahora rehuso. No me mueva otra cosa: á Claudio estimo como á mi sangre propia; como á primo le quiero, mas no como á marido; no espereis con aquesto más claro desengaño; ruégoo, amada tía, que pues ya le sabeis, no apreteis más la cuerda si no gustais que para mal de todos se quiebre y despedace con el arco. Así habló y concluyó, dejando á quien la oia, espantada y confusa. Nunca pensó la tía escuchar de su boca tan absoluta réplica. Pasmó, y sin saber lo que había sucedidola, ni al vado ni á la puente estuvo largo espacio, pero al fin haciendo más hondó fundamento á sus razones libres, callando se despidió de Estela. Fuése á su padre, y con la misma turbacion le contó lo pasado, y añadiendo algunas circunstanacias, irritó más sus iras, llenóle de sospechas y temores, y como, segun su condicion, ménos preámbulos bastaban á sacarle á barrera, sin más tardanza cólerico y furioso se entró bramando al aposento de su hija; la cual en viéndole venir, conociendo su enojo, para templarle así, bañados de lágrimas sus ojos, se echó á sus piés, y en ellos atendió á las terribles y sangrientas palabras que desta suerte le comenzó á decir:

¿Cómo así, ingrata y desobediente hija mia, te has atrevido con tanta libertad á negar á estas canas el decoro y reverencia que por tantas razones debiera siempre estar permanente en tu memoria? Cómo así se ha borrado della y tu entendimiento aquel dominio, aquel imperio grande y absoluto que se les permitia á los padres en los tiempos antiguos sobre el estado y sér de nuestros hijos, pues no solo nos era entónces concedido suplir, con empeñarles, cualquier necesidad, mas permitido el veuiderlos y aun matarlos en semejantes ocasiones? ¡Oh con cuánta rigor te castigarían aquellos incultos varones romanos si resucitaran ahora á ser testigos de tu desobediencia y libertad! Pues no imagines, oh liviana y atrevida rapaza, que si se prosiguere esa terea porfía, faltará en estas venas igual valor y sangre, mayor resolucion para derramar y verter la que tienes mia, volviendo á renovar así en aquestos siglos, para mejor ejemplo de tan ingratos hijos, aquellas justas leyes que están hoy tan confundidas y olvidadas. Trata de resolverte siguiendo mi eleccion, ó espera en breve término ver sobre tu cabeza el cumplimiento de aquestas amenazas.

Con aquesto, sin querer escucharla, bien que sin hacer mella alguna en la dama (tan fuera estaba de ofender á su amante), la volvió las espaldas: salió y habló á su hermana, advirtiéndola que asegurase á su hijo Claudio que sin duda tendria cumplido efeto. Hízolo así, y no obstante que el disgusto, y contradiccion de Estela turbó sus alegrías, no por eso desconfió del buen suceso.

Comenzó desde este punto á recatlarla y asistirle con mayor diligencia; guardábala de dia, rondábala de noche, ni sé si amartelado ó si receloso: creyó que tanta resistencia tenia secreta alguna grave causa. Tales cuidados descubrieron los ardientes de Anselmo: imposible es que largo tiempo se le encubra á un celoso la ocasion

de su pena. Habían ya en esta coyuntura determinado los amantes el acuerdo que dije, posponiendo para ello grandes y temerosos inconvenientes. Era forzoso al comenzar la empresa tiempo muy oportuno, asistencia secreta, guarda dentro de casa, centinela en la calle, y finalmente, ánimo resuelto para subir hasta las mismas nubes por una escala. Estaba esta dispuesta, bien advertida Estela, vuelta un Argos su aya. Anselmo ya en el puesto, la hora media noche, la oscuridad muy grande, el silencio profundo, y con todo, mientras un su criado, archivo fiel de los amores, ataba fuertemente y afirmaba las cuerdas, él solo discurrir y asegurando las esquinas, asistía vigilante á cualquier suceso. Parecía que sus mismos deseos se habían de atropellar y impedir su remate; andaba como en ascuas; no sequeaba de unas partes á otras. Mas por qué raras veces desacredita la fortuna los anuncios y presagios del pecho, no permitió que ahora saliesen en vacío los recelos de Anselmo. Apenas con las frágiles fuerzas de su Estela se había subido en lo alto brevemente la escala, cuando sintió que por la propia calle venía rumor de gente: no dejó de turbarse, porque no así tan presto sin mucha detención, estruendo y embarazo se podía desarimar ó encubrir el artificio; y así, no consinténdolo, dejando en su guarda al criado, guió al cantón de la calleja angosta al propio instante que un hombre bien dispuesto iba entrando por ella. Opúsose al encuentro, y queriendo impedirse, mudando la voz, con mucha cortesía le impidió se volviese; mas no era el personaje sugeto de tan cortos espíritus: desembozóse oyendo tal demanda, y apercibiendo la espada y el broquel, dando hácia atrás un paso, respondió lo siguiente: Ninguno con título más justo puede ocupar la calle que yo piso, ni aun el paso que queréis defenderme; hacéos á un lado, ó mi espada sabrá abrirse camino para mí y para ella. No habían estas palabras pronunciándose, cuando, mal de su grado, Anselmo conoció que era su dueño Claudio, primo de Estela. Ningun desastre pudiera enojarse su destino que más caro le fuese, porque, no obstante que su pretension no ignorada le tenía indignadísimo, el ser de sangre y paciente tan cercano de su dama le templaba y aun forzaba á respeto. Pero con todo, reconociendo ahora que tenía el suyo, quedaban sus amores aventurados ó casi descubiertos, esta, como causa más fuerte, venció á los demás decoros. Vió que al fin estaba el caso en términos que no podía, sin arriesgar más daño, excusar la refriega: determinóse, y sacando la espada con singular destreza, floreado la punta, se fué en gentil compas desviando del puesto y recibiendo del valiente contrario (y mucho más viendo su retirada), terribles golpes y espesas cuchilladas, que reparaba y rebatía con despejo admirable. Desta manera el uno defendiéndose y el otro apresurándose, fueron sacando piés, hasta que ya alejándose, cuando Anselmo juzgó que podría su criado haber recogido y guardado la escala, tomando diferente postura, se reparó y dijo á Claudio así: Bueno está, caballero; cese vuestro rigor, bajad la espada; que asaz bastantemente queda bien conocido el valor de ese brazo; pasad por do mandáredes, que yo no he pretendido defenderos la calle sino para admirar con mi propia experiencia lo bien que habeis sabido franquealla, según de vuestras manos se publica. Razones eran estas

que pudieran templarle; mas como estaba el mozo picado y aun herido de celosas sospechas, no le satisficieron, ántes la cortesía y blandura tan fuera de propósito le causó mayor recelo; y así, con esto, sin querer admitirlas, le respondió: Mientras no me dijéredes quien sois y á lo que allí asistíades, no curéis de otra cosa que defenderos. Descomedido andais, le replicó Anselmo, pues os da atrevimiento lo mismo que debiéredes agradecerme; pero poco me importa, que muy presto veréis si era bueno el consejo. Ménos se curó Claudio de aquestas amenazas: apretó con más furia, y obligando á que Anselmo guardase más el pecho que recatase el rostro, en siendo descubierto, fué conocido dél, si bien en breve espacio se miró arrepentido, perdió la tierra que ántes había ganado, y desastradamente de una dura estocada el amor y la vida. Pero no fué esto tan presto, que primero al estruendo no acudiese la ronda, los corchetes y alguacil mayor, en cuyos brazos, diciendo, en vez de pedir los sacramentos, quién era su homicida, se le arrancó el alma. Bien creyó nuestro amante, aunque engañándose, que no era conocido; y así, aunque pesoso de tan triste suceso, por más disimularle guió á su casa, en quien ya halló al criado, que le estaba atendiendo. Mas en el interin, dejando la justicia y ministros, por la vecindad y cercanía, el cuerpo difunto en casa de su tío, caminaron aprisa á buscar la del reo.

Es en aquel lugar Anselmo muy amado y bienquisto, y por aquesta causa ó por otra permitida del cielo, llamando ántes de cercarle la casa quizá de industria ó quizá por descuido, dieron fácil escape á su peligro; porque apenas llegaron á sus oídos los golpes, cuando desengañado de su primer parecer, se persuadió al contrario, juzgó que le habían visto y seguido, ó lo que realmente fué, que Claudio, conociéndole, diera tales avisos, y con tanto, mientras aquellos echaban por el suelo las puertas, saltando Anselmo por las tapias de un huerto, los dejó á buenas noches y se puso en casa de un amigo de suficiente cobro, y ántes de amanecer, con secreto inviolable en un cierto convento; del cual, aunque le visitaron y desenvolvieron diversas veces los alguaciles y su gobernador, se salieron aynnos. Pero justo será que volvamos los ojos al alboroto grande de que se llenó todo el pueblo con tan triste fracaso, y mayormente la morada de Estela luego que por ella metieron al ya difunto Claudio. Pensó el padre de la dama, que le tenía por yerno, reventar de congoja, mientras ella, recogida en su cuarto, considerando el daño general que en tan breve y por tantos atajos y caminos había saltado todas sus cosas, no hay lengua, no hay estilo que baste á ponderar sus lastimosas quejas. Representáronsele entre ellas, con la muerte del primo (que al fin era su sangre, y aunque no tan amado, no tan acerbamente aborrecido), la ausencia forzosa de su querido dueño, los peligros y riesgos que así presente como extranjero y peregrino le amenazaban: uno y otro suspiraba y gemía, cuando aprobando la ocasión infeliz y cuando reprobando la determinación del amante; mas veces le culpa y otras le disculpa y excusa; ya le es fiscal, ya le es abogado; por reo le condena y por inocente le absuelve; y así, metida en tantas desventuras, muchas veces ratificó sus lágrimas, muchas salió de juicio, infamando sus ojos, injuriando su alma; á aquellos por causa de sus

males y á estotra por fácil al rendirse. Mas á esta hora entendiendo su padre el llanto que ella hacia, tan admirado de semejante novedad como del caso lastimoso, confirió cautamente que, segun lo pasado, tales desigualdades no conformaban bien con la aversion que á Claudio habia mostrado: reconvino unas y otras, y al cabo sacó dellas que quien tan poco ántes y con tan grave exceso resistió ser esposa del que ahora lloraba, sin duda era inducida de misterios más hondos. Y desde aqueste punto, si bien remotamente ignoró el fundamento, anduvo siempre más sospechoso y recatado, y no obstante, por ver si rastreaba, aun quiso caviloso informarse del aya de su hija en sus procedimientos, en sus más íntimos y menores discursos. Mas ya veréis qué tal sería el informe: pudieran, siguiéndose por él, canonizarla; y así, ya por aqueste y ya por el predicamento de la fiel criada, quedó, si no como ántes satisfecho, por lo ménos no con tantos temores y cuidados.

§. XVII.

Ninguno en el lugar, por más que se atendió á desenvolver las piedras ni por más que la ociosa curiosidad procuró investigarla, pudo dar con la causa, gracias al cuidado de Anselmo y al gran secreto con que su dama y él la prosiguieron y fomentaron. Así, fuéron muy disformes y varios los motivos que dieron al triste Claudio. Era aqueste mancebo comunmente tenido por soberbio, y aunque adornaban otras muy buenas partes su persona, todavía el defecto primero le granjeó grande aborrecimiento, y Dios nos libre de un tan cierto peligro: no hay daño que se iguale al del aborrecimiento y odio público. Muy al contrario se reputaba Anselmo: la general estimacion de estudiosos, de cuerdo, de afable, de apacible, de humilde y cortesano, hablaba en su descargo por las calles y plazas; todos en voz y grito pregonaban su abono, todos en secreto y público afirmaban conformes que alguna libertad indigna de sufrirse obligó la desgracia del difunto y forzó á ejecutarla á un sugeto tan noble; esto es ver cumplido el refran: Cobra buena fama y duerme descuidado. Gran voz es la del pueblo, terrible y temerosa su sentencia y decreto: dígoles porque con ella se templó poco á poco el rigor de la justicia y las diligencias y asechanzas con que por varias vias los parciales, los amigos del muerto, buscaban y afligian al retirado Anselmo; el cual en más de un mes ni salió de un rincón, ni tuvo noticia de su persona deudo ni conocido. Todos sus criados estaban presos, y aun el mismo que le llevó la escala con cadenas y grillos padecia igual desdicha, porque como vió Anselmo que, segun la declaracion que infirió del difunto, solo por tal indicio se podia proceder, confiando de su buen ánimo, le mandó que atendiese ántes de hacerse reo. Mas ahora, no habiendo prueba para tenerlos presos, fuéron sueltos los compañeros y este: cosa que llegó á su noticia por medio de los frailes, no con pequeño gusto, porque en su libertad tenia él librados el descanso y alivio de sus penalidades; y como la mayor era no saber de su querida Estela, ni menos en la forma que habria tomado el sangriento desastre, temeroso cuidó que la tendria indignada, y el deseo de salir de semejante duda le hizo atropellar su evidente peligro, llamar al fiel criado y poner en sus manos cordura y diligencia, el me-

dio principal de saber informarse, buscar sazon y aprovecharse della. Y no contento, para mejor valerse de sus nuevas y avisos, posponiéndolo todo, se salió de sagrado y se plantó en la casa y amparo de un su amigo: confianza por cierto llena de graves riesgos; pero ¿cuál no atropella, facilita y deshace la causa poderosa de quien era regido? En esta coyuntura, como á los cazadores de los amantes dicen que siempre informan unos mismos efectos, la hermosa Estela, ménos perezosa y negligente, entendiendo de su aya la libertad de los criados, llenó de varias máquinas y trazas el espíritu, y eligió una por donde se consiguiese su propósito y pudiese saber de su querido ausente. Para este fin escribiendo un billete, se le entregó á la secretaria de su amor; la cual poniéndole á recaudo y fingiendo una novena y devocion á que habia de salir algunos dias, apercibida dél con recato prudente, pasaba siempre la ida y la vuelta por la casa de Anselmo por ver si su fortuna le encontraba tal vez con el criado dicho: órden tan bien dispuesta, que al fin por su camino se consiguió el deseo, dando con lo buscado al cuarto dia. Viéronse y conocieronse los dos exploradores, y como bien expertos en su oficio, entendidos los ánimos, ella pasó derecha hasta el templo adonde iba, y él, haciendo lo mismo, se puso en lance que recogió el billete sin nota y advertencia de los ojos y espías que siempre los rodeaban; y sin poder hablarse, el uno prosiguió en sus hipocresías, y el otro, muy alegre esperando la noche, fué y ofreció á su amo las primicias dichosas de su terciaria. No encarezco al presente las locuras de Anselmo por no alargar la historia; entendido se está de su perfecto amor qué tal sería su extremo. Abrió el papel juzgando siglos largos los puntos que tardaba, y besándole primero mil veces, temblándole la mano y el corazon dentro del pecho, rompió la nema y en él leyó las siguientes razones:

«Poco amor tiene quien el peligro de su cuerpo antepona al contento del alma. Anselmo, si vuestras palabras amorosas, confirmadas con tantos juramentos y promesas, fueran fieles, nunca hoy Estela llorara vuestro olvido, ni á sus quejas y lágrimas hubiera dado causa quien más la era obligada; mas no es mucho que habiendo ya empezado vuestras manos á bañarse en la sangre de mi infelice primo, quieran ahora, quedando encarnizadas, quitar la vida á esta triste doncella, si bien con armas más crueles que vuestra aguda espada, pues si aquella pudo matar en un instante á Claudio, no así vuestra memoria, fiero cuchillo de mis cansados dias, podrá de un golpe hacer igual destrozo, y esto no por piedad, sino por más tormento; que el que se pasa en breve no es tan duro y cruel como el que se dilata. Si darme tales penas teneis por cosa justa, sepa yo, señor mio, que es ese vuestro gusto, pues el solo entendello me hará que los reciba con más constante espíritu que vos me habeis amado; y con esta vitoria moriré satisfecha. Mas si á tantas desdichas han quedado esperanzas de acabarse, y vuestra esposa Estela no se arrancó del todo dese pecho, ruégoo, Anselmo, que siquiera escribiéndola luego os acordaréis della y de mí. Duélaos, querido dueño, su soledad y desventura, lastimévos las persecuciones que padece, los malos tratamientos y rigores por quereros y amaros;

»en continua desgracia de su padre, aborrecida de sus
»deudos, guardada y reprimida de sus criados, mur-
»murada del pueblo, asombrada de un muerto por su
»causa, y olvidada de un vivo por su ofensa. El cielo
»os guarde y consuele á esta triste.»

Bien muestra este papel en sus efetos varios cuántas ventajas tiene á las demas pasiones á que el humano sér está sujeto, la violencia de amor, pues se puede decir que los dolientes de tal enfermedad, si bien en carne humana, viven casi en cierta manera fuera del mismo sér en que fuéron criados, sin uso verdadero de sus sentidos, sin libre operacion de sus potencias, sin discurso y razon, y finalmente, separados y ajenos del resplandor y claridad que la deidad suprema informa á sus criaturas. Claro y visto se está cuánto autoriza esta verdad el desvarío de Estela, cuánto la califica presumir el amante que un pequeño contento se haya de anteponer á la vida y sosiego de la cosa amada. Bien se ve esto si es locura ó prudencia, y si decirse á uno afrentosas injurias se compadece con estarle adorando. Creer por una parte que Anselmo la ha olvidado, y por otra pedirle que la escriba, llamarle matador sangriento, infiel y perjuro; luego por otra, amado esposo, dueño y señor querido; clamar misericordia cuando se está ofendiendo, rogar cuando se está desconfiando, y finalmente, amar y aborrecer, injuriar y adorar, despreciar y pedir olvidos y memorias, misericordias, impiedades, desconfianzas y finezas: cosas tan enemigas y contrarias como imposibles de asistir á un sujeto, ¿quién será el ignorante que las ignore? Quién será el torpe y ciego que no las vea? Quién el que no las califique y condene por desatinos? Pues advertid ahora que, no obstante todo esto (¿quién lo podrá creer!), es infalible y llano que en tales desvaríos principalmente está y consiste la más fuerte señal, la probanza más firme, la confesion más clara de un fuerte, puro y sencillo amor. Todo su sér, verdad, constancia, esfuerzo, pende destos contrarios, de tales esperanzas y temores, descuidos y cuidados, seguridades y inconstancias, desconfianzas y finezas, discrecion y locura; y así se puede ver amante verdadero sin tales requisitos, como el sol sin sus rayos y la noche sin tinieblas y sombras. ¡Miseró y desdichado de aquel que anestó plaza en tan orate compañía, debajo de bandera de tan contrarios y disformes colores! Pues á bien escapar, al cabo se hallará ó muy cercado de aflicciones, como padece Estela, y de tristes confusiones como á Anselmo ofuscaron luego que hubo leído las quejas y sentimientos de su querida. Es sin duda que si las persuasiones del criado no le tuvieran, y el peligro y respeto de la casa de su amigo no le estorbaran, que sin más dilacion se pusiera en la calle, se pusiera, no digo yo en tan notorio riesgo, mas en las manos de sus émulos, á truceo de obedecer á su dama y dar satisfacion á sus injustas quejas. Pero suplió al fin, en la imposibilidad de sus deseos, el discurso amoroso del papel que se sigue, respuesta del primero y descargo mayor de su verdad y fe.

«¿Posible es, archivo y fiel secreto de mi alma, que
»tanto os haya atropellado y pervertido nuestra comun
»desdicha, que así os tenga privada del discursar dis-
»creto con que tan varias veces aconsejastes mi salud
»y reprimisteis, por no arriesgarla, nuestros mayores

»gustos? Posible es, mi señora, que al fin de tantos
»años de experiencia viva con tal descrédito áqueste
»vuestro esclavo, que dudeis en su fe, que layáis ima-
»ginado menguas en su verdad, engaños en su amor,
»olvido en su memoria, y lo que yo más lloro, creído
»que pudo haber en él manos para ofenderos, primeros
»movimientos para enojaros? Cierito, Estela querida,
»que si por mi passion no juzgase la vuestra, que este
»solo entender me quitara mil vidas; mas lo que en mi
»culpáis os descarga y excusa, y una misma dolencia,
»una enfermedad misma, como me tiene á mí loco y
»frenético, no es mucho que os tenga á vos afligida y
»turbada, y no es mucho que os tenga tambien ciega
»para no conocer que el exponer la vida y el perderla,
»como vos ordenáis en el presente caso, arrastra tras
»de sí el perderos á vos, que sois mi propia vida, y el
»perder vos la vuestra, que consiste en la mia. Y por
»el consiguiente, si esto es verdad, considerad ahora
»si, pretendiendo Claudio privarnos deste bien, qui-
»tarnos con una herida sola dos vidas tan conformes,
»sacar de un cuerpo dos almas tan unidas, fuera justo
»no ponerme en defeusa, fuera licito que esta, que per-
»mite el comun y natural derecho, no me la conce-
»diese vuestro amoroso afeto, si no por mi provecho,
»á lo ménos por la mayor quietud y tranquilidad de
»vuestras cosas. El desvarío y arrojamiento de las su-
»yas precipitaron y aun echaron á Claudio sobre mí
»misma espada; su soberbia le hirió, no mi deseo; pa-
»tidos le hice que ántes pudieran reputarse á cobardia
»que á ánimo, y con todo, aun precediendo yo su opi-
»nion á mi honra, no pude reportarle. Preciso fué va-
»lerme de la mia: sed hoy nuestro juez, y ved, Estela,
»quien fué el actor y reo, y luego juntamente si estau-
»do en tal estado, estimaréis más á vuestro esposo sin
»honra y con la vida, que con lo uno y lo otro aunque
»á tan grande costa. Clara está la eleccion en mujer tan
»prudente; vivo y honrado teneis á vuestro Anselmo,
»y tan amante tierno como el primero día, porque á-
»tes tendrá fin la máquina del mundo, paz la guerra
»continua de sus cuatro elementos, que falte en mis
»entrañas la llama dese fuego, en mi pecho ese espí-
»ritu con que alienta y respira, y en mi memoria y alma
»la más dulce presencia, obligacion, fidelidad, palabra
»y mano que debe Anselmo á su mejor Estela.»

Así, humedeciendo este papel con más lágrimas tristes que rasguños de tinta, escribió el abrasado mozo á su más rico empleo, á cuyo poder llegó el siguiente día por el mismo camino que vino ántes el suyo. Quedó la dama, en viéndole, alegre, y aun no sé si corrida de sus quejas. Prosiguió aquel consuelo, y en todo lo restante de la novena de su aya, no dejando perder hora de aquella estratagemas, con billetes reciprocos divirtieron y engañaron los dos su larga ausencia, dispusieron los medios de su comunicacion, y continuándola el criado, yendo y viniendo á prima noche, tomaba los papeles, y ataba en una cinta que le arrojaba Estela los de su dueño.

§. XVIII.

En tales obras consumieron seis meses, término en quien tomaron los negocios mejor disposicion. Echóse fama que Anselmo estaba en Aragon, y aquel respeto estimó la justicia y morigeró la cólera de sus contra-

rios; pero lo que más empleó su deseo de venganza fué el ir esparciendo poco á poco sus amigos y aficionados (exceptuando el origen, porque este ninguno lo sabía) la ocasion esencial que dió la muerte á Claudio, su descomedimiento, su arrogancia y soberbia; la cortesía, blandura y paz con que le rogó Anselmo, los partidos que le hizo, sus indignas respuestas, y finalmente, su defensa forzosa. Esto, con el crédito granjeado por el discurso de su vida, fué probanza bastante para la inocencia del ausente, para su descargo y excusa: ninguno hubo en el pueblo que así no la juzgase, y se lastimase juntamente de sus peregrinaciones y trabajos. Tan general abono, tan general satisfacion como esta parece que allanaba cualquier dificultad; y así, queriendo aprovecharse della, habló el amante á su huésped y amigo, advirtiéndole, como el que entónces lo acordaba (digo, con aconsejado descuido y disimulo), que muy acaso procurase tentar si para su perdon podria ser expediente el casamiento con la prima de Claudio. Era aqueste remedio el puerto más seguro de sus naufragios, y aun algo más invencible que ántes que se cansasen, todavía faltar ahora la oposicion del muerto facilitaban más su mejor acierto. Decia Anselmo á su amigo, por deslumbrarle más, que no obstante que él se hallaba prendado de otro amor muy antiguo, antepondria á su gusto esta nueva eleccion por quietarse y quietarla. Juzgólo así su huésped, y aprobando el consejo, tomó á su cargo la disposicion del tratarlo; pero mientras, valiéndose de medios, fue venciendo contrarios, Anselmo avisó á Estela; y advertida de lo que habia de hacer, si bien desconfiada, esperó él cuando llegasen las noticias del caso á los oídos de su padre, que no tardó gran tiempo. Propúsole el concierto un grave religioso y juntamente alguno de sus parientes, y como la calidad del reo era tan aventajada cuanto mayor su aborrecimiento y pasion, queriendo salvar esta sin ofensa de aquella, remitió con palabras generales y equívocas la determinacion de su respuesta á la consulta y parecer de los demas deudos de la madre del muerto y consentimiento de su hija. Mas no obstante, él quedó indignadísimo y acabó con aquesto de persuadirse á que no fueron vanas sus antiguas sospechas. Creyó ahora del todo que esta secreta causa quitó la vida á Claudio, y que la inobediencia de la dama en tomarle por dueño habia procedido deste ignorado amor. Así, entendiéndolo, con una infernal furia casi estuvo resuelto á matarla ántes de permitirlo. Pero diffiriendo su enojo hasta mayor probanza, libró lo principal y verosímil della en la resolucion negada ó aceptada de su hija. Mas como ya ella estaba sobre el caso y habia cuerdamente notado y colegido cuán mal lo recibia, temiendo algun desman, tomó mejor consejo. Apenas se lo propuso el padre, quando (si bien él procuró darle á entender, fingido, que lo tendria por justo) libremente arrojada, afeó tal empleo, y con mayor cautela le advirtió claramente que ántes se dejaría morir que ponerse en poder del que mató á su primo; con lo cual, revencida su astucia, quedó engañado el caviloso viejo de aquel flaco sujeto á quien pensó engañar. Dió gran crédito y abrazos estrechísimos á Estela; hizo desde aquel punto más firme confianza de su persona; alzó la mano de su recato y guarda; sosegó el corazon, y en tal conformidad respondió á los terceros, desesperán-

dolos de las tratadas bodas. Mas no así se perdieron los amantes de ánimo en la desconfianza de su remedio; ántes gozando la ocasion (vista la tranquilidad y quietud del sospechoso padre, el seguro descuido con que ya descansaban sus recelos y miedos), se aprovecharon della, y por la misma parte, calle, ventana y hora que primero intentaron, Anselmo subió alegre, mediante la referida escala, y Estela vió en sus brazos sus más altos empleos. Quedó entónces la dama, entre su aficion y vergüenza, deshecha en dulces lágrimas, y sin hacer otra mudanza que mirar á su esposo, pasó á los ojos toda la fuerza de su alma, dando así por su objeto puertas al corazon porque gozase lo que con tales ansias habia deseado. Pero en aquestos éxtasis tomándola las manos su querido galan, besándolas mil veces, este nuevo favor quebrantó su silencio, y con mayor esfuerzo la comenzó á decir: ¿Quién creará, señora de mi vida, que presencia por mí tan deseada sea de tan alta fuerza que prive al cuerpo y al espíritu de sus acciones naturales, segun ahora siento contemplando vuestra gran hermosura? Señal bien cierta es esta del poderoso afeto con que soy gobernado; mas aunque mi contraria fortuna ha impedido mostráros hasta hoy cuánto aquel puede en mí y cuánto he padecido por vuestra causa, creed, bien mio, que su menor pasion ha sido de más pena que la muerte, y que con ella gran tiempo há la hubiera puesto fin, si la esperanza que he tenido de llegar á este punto no hubiera sustentado mi vida para recibir hoy la venturosa paga de sus trabajos y alliciones. Pero ya justo es, Estela, que sin más renovar nuestros pasados males, demos orden ahora en la seguridad de los presentes bienes, gobernando sus cosas con tan sanos consejos, que ni nuestros contrarios los puedan prevenir, ni perderlas nosotros en sus ejecuciones. Lo bien dispuesto destas remito á vuestro gusto, y lo que toca á mí, que será obedeceros, fiádmelo, señora; que como esclavo vuestro ni huiré de la prision dichosa en que me veo cautivo, ni falaré á vuestras órdenes mientras tuviere aliento. Aquí, volviéndose á abrazar aun más estrechamente, Estela con entrañable amor respondió, diciéndole: Querido esposo mio, ¿qué prision puede haber donde el cautivo y preso es de más calidad que el que se llama su dueño? Dejáos de ese atributo si no quereis que os pague con iguales renombres, y no sé si en su mayor verdad os llevaré ventaja, pues ya mi firme amor me tiene en tal estado, que se olvida de mí por buscarme en vos mismo, y en tanto extremo vivo, que por quereros vengo á aborrecer á mi sangre, y obedeciendo á vos, quito á mi propio padre lo que os ofrezco y rindo, y no curando de su respeto justo, atropello los míos y antepongo á mi honra vuestra noble confianza: tanta es la que he librado en su promesa y fe, que primero creeré que faltaran todas las cosas, que ella se dismiiuya ó falte á esta mujer; de quien tened por cierto que, si vivis amante, sois muy correspondido, y si ya padecisteis atendiendo á su gusto, no ha suspirado ménos por acudir al vuestro, y que no fué otro su amor que el que á vos os gobierna y á ella la supedita, si bien jamas podrémos mitigar sus ardores, reprimir su furor, templar sus crueles llamas ménos que con la union, con el honesto vínculo que por tantos caminos se nos ha dilatado. A estas razones entró la dueña, y sonriéndose de oirlas, mirando la per-

plejidad de los amantes, les comenzó á decir: Pues ¿qué medio esperais para poner los dos en perfeccion igual estas partes divisas? Si teniendo tal tiempo le consumis en disuadir su gloria, quien le tiene y le pierde tarde ó nunca le cobra. Así dijo; y sin mayor tardanza tomándoles las manos, ratificaron los juramentos antevistos, capitularon los conciertos y cláusulas deste casamiento clandestino, y cerrando su cámara, dejó lo demas del discurso presente á la discrecion con que en conforme amor pusieron dulce límite á sus antiguos y encendidos deseos. Desta suerte gastaron los dos tiernos amantes gran parte de la noche, hasta que, reconociendo la venida del día, hubieron de poner treguas á su descanso, despidiéndose con protestacion de reiterar el mismo trance siempre que la fortuna lo permitiese ó concediese sazón más á propósito para poder sin miedo descubrir estas bodas. Así pues por el mismo lugar, recato y hora continuaron sus vistas término de dos meses. Mas en el interin, sustanciado el proceso de ausencia por el Gobernador, visto que los conciertos y caminos de paz se resfriaban, y que ni Anselmo se presentaba ó parecia, no pudo dilatar la primera sentencia: condenóle por ella, harto contra su gusto, á cortar la cabeza en rebeldía, habiéndole ántes llamado á edictos y pregones, y procedido, no sin murmuracion de los contrarios, con larga remision en otras muchas y grandes diligencias jurídicas.

Con esta novedad se refrescaron los pasados rigores: decíase publicamente que estaba en su casa el delincuente, y no faltaron testigos y personas de no buena intencion (que en un lugar tan grande nunca falta de todo) que afirmasen haberle encontrado, conocido, seguido diversas noches en diversos parajes; y así y despiertos los ministros é irritados los émulos, buscaron su posada y la de otros amigos; y en conclusion, tanto se desvelaron, que al fin dieron con el secreto asilo del que le recataba en la suya; mas quiso su venturosa suerte que esto fuese en sazón que le hallaron ausente. Gozaba a la misma hora de los brazos de Estela; pero no obstante, como el soplo y aviso era de buena data, tomando las esquinas y bocas de las calles, creyeron que podian esperar seguramente y emprenderle cuando viniese á recogerse. Así, tan bien trazada tenian armada á nuestro enamorado sus contrarios la trampa; mas ¿quién entonces les refiriera á ellos en cuán diversos lazos reposaba, quién les dijera cómo podrian hallarle en casa del más fuerte y mortal enemigo, ó por mejor obrar, quién al presente diera razon á Anselmo del mal recibimiento que le atendia en la morada de su mayor amigo! Llegó en efeto el punto acostumbrado; y despedido de su adorada esposa, sin sospecha y recelo bajó la escala, recogióla el criado que siempre le asistia, y juntos caminaron la vuelta de su albergue; pero ordinariamente son frustrados de la prudencia y discrecion las cautelas y engaños. Traia Anselmo la barba sobre el hombro; nunca por más que durmió la justicia se reputó quieto; antes avizorando siempre, mudaba calles, las derrotas y rumbos; y no contento, por más asegurarse, ántes de llegar á su casa, quedándose él con la escala entre unos soportales, enviaba delante su explorador que descubriese el campo. Tambien tenia de noche por costumbre bajarse hasta el suelo, poner en él la

oreja, y taparse la otra con la mano: traza con quien recogido el sentido, penetraba y oia con gran ventaja y á muy largas distancias el más pequeño ruido. Así, ahora ejecutándola, aguardando al criado, sucedió al contrario; porque apenas le vieron los corchetes, cuando alborotados y contentos, juzgando que era Anselmo, le dejaron llegar hasta tocar la puerta, en donde, saliendo de repente con espadas y luces, le rodearon y luego le prendieron.

§. XIX.

Aquí llegaba el amoroso cuento cuando le interrumpieron, entrando donde estábamos, los mozos de las mulas: dijeron que era tiempo de ponernos en ellas, y por ser la jornada hasta Madrid muy larga, harto contra mi gusto lo hubimos de hacer. Prometió concluirle su dueño en el discurso del camino; y así, cerca de las tres de la tarde, alentados de un viento fresquecito, volvimos juntos al comenzado viaje, por el cual, no sin mucho calor, anduvimos una hora, yo deseosísimo de oir el fin del caso, y mis dos camaradas no sé si dilatándomele: quizá la resta dél era más de encubrirse; pero no les valiera con mi curiosidad si el suceso que ahora me esperaba no lo acabara de estorbar y suspender. Venian á esta sazón por un ancho camino que cruzaba el que nosotros íbamos, un tropel de villanos trayendo en medio un hombre en un macho de albarda. Luego en viendo la forma presumimos que le llevaban preso; picámos á las mulas, y emparejando los unos con los otros, ellos nos saludaron y pasaron delante, y nosotros verificámos nuestras sospechas, bien que no así pude yo hacerlo libremente, porque apenas miré el rostro del preso, cuando con gran lástima mia conocí en él al infeliz don Francisco de Silva: paré las riendas, y perdido el color sin poder encubrirlo, claramente entendieron mi alteracion los nuevos compañeros: de los cuales queriendo despedirme para seguir la miserable suerte de mi amigo, tantas y tales fueron sus razones y réplicas, que no pude excusarme de contarles la causa. Apartéles á un lado del camino, y en breve suma les referí nuestra amistad antigua, la historia de Rufina, la prision de Toledo, su libertad, el quebrantar la cárcel, el perdersen entrambos, mi viaje á Ocaña, y juntamente cómo despues, habiéndome sucedido en su entrada un notable fracaso que me detuvo en ella dos ó tres días, tenia ahora por cierto que habia sido ya ordenada del cielo semejante tardanza para que á tal sazón, guiado por él mismo, ayudase á mi amigo y excusase su muerte, la cual tendria sin duda en llegando á Toledo. Así les informé, y volviendo á abrazarlos, llamando á mi criado, quise torcer la rienda; mas habia ya hecho mi relacion en sus nobles espíritus harto diferente efeto del que yo imaginaba. Mandóme reparar el honrado eclesiástico, y echándome los brazos, lastimado del cuento, me dió á entender cuánto pudiera fiar de su valiente mano si el hábito y las órdenes no lo contradijeran; pero que su precisa falta supliria legamente su compania y amigo; el cual era varon tan esforzado, que aunque por su peligro deseara estorbárselo, no se lo suplicaba, porque segun su aliento, sabia muy bien que seria por demas. Esto me habló, cuando su camarada con obras y palabras calificó su testimonio: púsoseme á mi lado, y con tan-

to, acordándome que el compañero con los mozos de mulas volviese á esperarnos en Aranjuez, encomendándonos á Dios los dos y mi criado, proseguimos contentos la derrota que llevaba la gente, á la cual alcanzámos dentro de un cuarto de hora; y para no alterarla, fingiendo que ántes habíamos perdido aquel camino, y que el clérigo que vieron con nosotros, yendo por otra parte, nos le vino á enseñar, les dejamos quietos y alabando piadosos la caridad y buena obra que se nos habia hecho. Así trabajamos plática, y de una y otra, quedándose algo atrás uno de los villanos, nos comenzó á contar sin preguntárselo la ocasion de su viaje. Dijonos que, habiendo llegado á su lugar, que era una aldea dos leguas de allí, ciertas requisitorias de Toledo con avisos y señas del hombre que llevaban, y con noticia grande de un muy grande delito, heridas de un portero, fuga y quebrantamiento de su cárcel, fuera tanazonada la suerte de su alcalde, que sin pensar en ello le cogió bien descuidado en el meson, y que al presente le remitía con ellos, cierto de que en llegando, no tan solo serian bien pagados, pero él más en particular galardonado por la gran talla que con pregones públicos habia la justicia prometido para quien le prendiese. Este nos refirió el villano con mucho regocijo, mientras mi amigo y yo, advirtiéndolo todo, visto que eran seis guardas las que le acompañaban, las cuatro con espadas, las dos con escopetas, sin perdersen de ánimo, si bien el riesgo era notorio, acordámos su salida mejor con más sano consejo. A grandes y arriesgadas empresas grande constancia y determinacion se requiere. Resolvimos el caso, y enterado cada uno en lo que le tocaba, ántes de dar sospecha con nuestra detencion, haciendo muestras de que nos despedíamos, mi camarada y el criado rompieron per medio, y al pasar, alargando las manos, asieron por los cañones delas dos escopetas que llevaban al hombro, y apretando los puños y las espuelas á las mulas á un mismo tiempo, arrancándoselas con gran presteza y valor notable, les dejaron sin ellas. No estaba yo durmiendo; porque aun sin ver el suceso ya andaba por el campo la espada en la mano; mas no fué necesario ensangrentarla mucho. Apenas la turba del pardillo miró y vido en poder ajeno las dos armas de fuego, cuando juzgándose por blanco de sus pelotas, corrieron como gamos, desapareciéndose por unos barbechos. Traia yo desde que salí de Toledo, para desconocerme y deslumbrarme el rostro, un gran parche en un ojo y otros varios disfraces; y así, no es mucho que hasta ahora no hubiese caído en mí don Francisco de Silva; mas cuando quité el tapon á la ventana izquierda, cuando me quedé sin bigotes, moños y cabellera, cuando tendí por aquel prado semejantes zurrapas y quedé en mi figura, no hay pluma que encarezca su espanto, no hay palabras que basten á significar su admiracion y agradecimiento. Bien quisiera abrazarme al momento, y yo no negara iguales agasajos si unas fuertes esposas y una cadena gruesa no le tuvieran impedidas sus acciones y manos. Tambien no era el sitio ni el tiempo convenientes para escuchar lástimas dilatadas, ni aun para desherrarle, segun lo pretendí. Picámos vellezmente, y sin tomar descanso, atravesando valles, corros y varios montes, sin más certeza que nuestro buen distinto, dimes en el mar de Antígona. Es este una

laguna que hay junto Aranjuez, adonde, no sin grandes rodeos, llegámos á mañines: allí con mi criado avisámos al clérigo, advirtiéndole el puesto en que quedá-bamos y las herramientas que se habian de traer; y ejecutado aquesto, nos embrenámos riberas de Jarama, tomando por asilo sus más incultos y enmarañados bosques.

Aquí cortando con la daga unas cuerdas con que venia apretada la cadena á la albarda, la desasímos y pusimos nuestro preso en el suelo, y á pocos golpes con dos lindos guijarros tambien le hicimos que prestase el candado: saltó la chapa, y hallando el ramal solo, quedaron los piés libres sin arropea ni eslabon. Mas no así fué tan fácil el desposorio de las manos: tuvimos por preciso el esperar el dia y la venida de nuestra gente; pero en el ínterin, haciendo de cabestros y jaquimas trabas para las mulas, las dejamos pacer; y yo por no dormirme y caer sin los ojos en algun laberinto, no queriendo que don Francisco hasta estar desherrado me contase su pérdida, pedí al nuevo compañero que en su lugar prosiguiese la historia que comenzó su amigo. Habia yo notado que cuando el otro lo contaba, en dudando algun punto, era dél advertido; y así, no pudiéndome ahora alegar ignorancia, para evadirse de mis ruegos, tan obligado dellos como del término oportuno de la prolija noche, por más entretenerla y divertir el sueño, dando atencion los dos, y yo en particular primeramente breve razon á don Francisco de lo que estaba referido, él discurreó en la resta; y tomando el cuento donde le dejó su amigo, dijo desta suerte:

No así tan fácilmente prendieron los ministros, como atrás se apuntó, al criado de Anselmo: temióse á los principios de otro daño mayor, y con tal pensamiento, primero que rindiese las armas y se dejase asir, hubo muy grandes voces, estruendo suficiente para avisar con él á otros ménos advertidos que lo estaba su dueño; el cual apenas lo escuchó, euando dando en la cuenta, sin curar de la escala, haciendo alas los piés, la dejó y corrió hasta fin del lugar: diligencia tan buena que, por presto que acudió la justicia, viendo errado su lance, le dejó sin la presa, si bien en su retorno hallando la escala, mal que no quiso, se contentó con ella. Con este indicio y el toparle á deshora, hubo el criado de dormir en la cárcel; mas como no declaró cosa de algun perjuicio, dentro de pocos dias le pusieron en salvo. En el ínterin Anselmo, acogido á un convento, considerándose tan perseguido y acosado, hizo llamar sus deudos, y juntos todos confirieron el caso, siendo de parecer que se hiciese de corte. No estaban ya las cosas para más dilatarlo, y era este acuerdo el último remedio, y por el consiguiente, bastantísima causa para poder guiarlo desta suerte el gran poder y fuerza de sus contrarios y el dinero y riqueza con que atropellaban el pleito y supeditaban la justicia. Así quedó asentado, y que Anselmo se fuese á presentar al consejo de Ordenes, por ser aquel distrito de su jurisdiccion. Avisó al punto á Estela; y aunque la costó muchas lágrimas, hubo de dar licencia, consolándose con la esperanza cierta de que por tales medios su esposo se granjearia la libertad y quietud. Y con tanto, dispuestas otras cosas (dejando al fiel criado para la continuacion de su correspondencia), partió á Valladolid, y allí se presentó en la cárcel de Corte.

Oyéronle en consejo, citó á sus enemigos; y como cuanto alegaban ellos era la confesion del muerto y el haberse ausentado él, siendo aquestos indicios solamente, y Anselmo caballero, no así como pensaron se dispuso el negocio; luego se dió á entender á la primera vista menor rigor y más facilidad. Mas tan buen expediente, y este correr con vientos favorables y las velas hinchadas su suceso, parece que en alguna manera se le templó una impensada nueva, aviso tal, que le entristeció ahora lo que en otra ocasion le diera mucho gusto. Supo por cartas de su Estela que se hallaba preñada con dos faltas, y con dos mil temores de que su padre no entendiése su exceso y la diese un bocado, como podía esperarse de su furiosa condicion. Así lo creía Anselmo, y con terribles ansias arrepentido (aunque tenia su pleito en tan buen término) de haberse puesto en él en semejante coyuntura, procuró consolarla y entretenerla en su breve despacho; al cual, sin perdonar estudio, gasto, desvelo y diligencia, comenzó á dar más prisa con más solicitud y con mayores véras. Las congojas y lástimas que cercaban ahora á la afligida dama no son para escribirse; entendidas están cuáles serian, mayormente hallándose tan sola, ausente de su esposo y en la presencia y ojos de un hombre tan feroz y arrebatado como su padre. Pero con todo, su misma austeridad y aspereza intratable fué en parte provechosa á su gran desconuelo, porque, no obstante que al fin la amaba como á su única heredera, su natural circunspeccion celaba esta aficion de tal manera, que los más de los dias se pasaba sin verla. Así, valiéndose de tanta sequedad, y fingiéndose enferma y en la cama en los meses mayores, pudo encubrir el daño, y llegar hasta el último, en quien tambien Anselmo, purgados los indicios con ocho meses de cárcel y prision, salió á la calle, y sin parar un punto, por llegar más ligero corrió siempre la posta. Pero los males cuando siguen á un hombre vuelan con muchas alas y se adelantan de ordinario al remedio.

§. XX.

Llegó pues, miéntras su amante caminaba, el fatal punto y hora tan temido de Estela, y aunque fué venturosa en que su padre ya estuviese acostado, no así lo audivo en los demas progresos. Parió cerca de media noche, con la ayuda y aliento de su aya, un infante; y si bien quedó tan quebrantada como lo requerian sus pocos años y flacas fuerzas, no por eso faltó al avio necesario, parte del cual ya estaba prevenido, aunque su mayor pena era salir de un cuidado tan grave y temeroso como tenia entre manos; y así, determinada á anteponer su vida al tierno amor del hijo, yendo y viniendo á las ventanas de la calle, atendió con su criada hasta las tres de la mañana, que teniendo á buena suerte el ver pasar dos hombres de á caballo, con varonil ánimo llamó al postrero, y preguntándole si era forastero, y él respondiéndole á su propósito, se le entregó metido en una cesta, advirtiéndole el medio de portarse en su disposicion, y juntamente dándole para ella una rica sortija, prenda de su querido esposo.

En este paso, sin poder reportarse, vertió con mil suspiros y sollozos espesas lágrimas el valiente mancebo: cosa que en mí causó novedad harto grande y sospecha y admiracion mucho mayor; mas ninguna

igualó á la que yo experimenté y conocí en mí mismo viendo tan sin pensar descubiertos y hallados los encubiertos padres y encantado secreto del niño que dejaba criando en la aldea; pero con todo disimulé y callé con indecible gozo hasta saber el fin, que ya iba prosiguiendo desta suerte:

No hay felicidad tan perfecta en quien no falte algun derrumbadero: parece que hasta ahora, aunque no sin vaivenes y desvíos, habia favorecido la fortuna los notables discursos de amor tan verdadero; mas poco satisfecha de su perseverancia, volvió á medirle con su inconstancia natural, y atropelló de un golpe cuanto su poderoso brazo habia por tantos dias encumbrado y subido. De ninguna suerte se debe ménos fiar que de la próspera, porque entre sus halagos y desdichas no se interpone nunca más que un tunbo de rueda. Apenas se vió Estela fuera de tan mortal desasosiego, libre y desembarazada del pasado peligro, cuando se halló cercada de otro no ménos importante y terrible, del último y mayor que en esta vida la pudo suceder: así pagó á la suerte aquel pequeño alivio. Siempre en los casos arduos y presurosos se atropella por desórdenes grandes: no era posible que hubiesen faltado estas en negocio tan triste como un parto secreto, y mayormente con remedios tan cortos, primitivo el sugeto, tiernas y flacas fuerzas, sin partera y socorro más que el de una mujer llena de turbacion y confusiones. Estas sin duda crecieron de manera, que llegaron á noticia del padre. Grandes serian, pues le quebrantaron el sueño, y le hicieron andar lo restante hasta el dia vuelto perdida centinela de su casa; y como con más facilidad en el silencio de la noche se escucha y se previene cualquier breve rumor, oyó todo el pasado; y no sin falta de recelo levantándose, abrió unos cuartos bajos cuyas rejas caian á la misma calleja, y cautamente en una esperó el fin y consiguó su intento. Vió pasar los hombres de á caballo que ya dije, oyó la voz de su hija que los llamaba, parte de sus razones, y en conclusion, el descender la cesta, y el entregarse della el que quedó advertido; y con tanto, creyendo, si no el sucedido daño, otro de igual afrenta y contrapeso, reventando de cólera y apresurado de su insufrible condicion, subió al instante al aposento de la dama, y dando con toda su potencia un espantoso golpe en la puerta, como esta no tenia más que una sola aldaba, quebrantando el pestillo, á un mismo tiempo abrió y entró, y cayó su hija desmayada en el suelo. No así la sobrevino á la animosa criada; corrió y metióse, sin cegarla el presente temor, en un fuerte retrete, donde caía la ventana por do hablaban á Anselmo, y cerrando al momento con valor más que de hembra, ayudó á los cerrojos con sus hombros para más resistencia. No curó por entónces el irritado viejo de embestir con las puertas, cuidó que de una suerte ó de otra estaba bien segura su sangrienta venganza; mas creció este deseo luego que, advertido y mirado cuanto en la cuadra habia, en un rincon el más secreto della dió con las partes, dió con las reliquias miserables de su infeliz tragedia, con lo cual mal y tarde advirtió su desdicha, acabó de entender cuán poco le habian servido y aprovechado sus recatos y guardas, sus cautelas y espías. Lloró, bien que en silencio, rabiosas lágrimas, nacidas de su afrenta; y acumulando á sus airados ímpetus las causas desta injuria,

la inobediencia de su hija, su torpeza y deshonra, ciegos y precipitados con tales incentivos, se resolvió á matarla. No discurren la pasión y la ira más atentamente: con más facilidad se embriagan los hombres del enojo y la cólera que del vino más fuerte; y si áqueste accidente cae sobre naturaleza melancólica, es sin comparación más tenaz y protervo. Así, aunque la desgraciada Estela se le arrojó á los piés y quiso disculparse, ni halló piedad ni rastro de razon en su soberbio espíritu. Maudóla con tremenda severidad que le siguiese, y ya casi mortal la miserable dama, con tardos y temerosos pasos, levantando y cayendo, bajó hasta unas tristes bóvedas, adonde viendo ya tan vecina la horrenda y fiera cara de la muerte, volviendo sus lacrimosos ojos á los piadosos cielos, imploró su favor, y temiendo al fin, como mortal, aquel amargo trago, pidió de nuevo á su ofendido padre que, pues queria sin oírle satisfacer sus iras con la muerte del cuerpo, no así diese lugar á la eterna de su alma. Suplicóle con entrañable afeto que ántes la permitiese confesar sus pecados.

Cuando las cosas se emprenden con justicia y razon igualmente suele seguir el efeto al deseo; mas cuando no son lícitas, casi ordinariamente se yerran y confunden en sus ejecuciones. Permitiólo así el cielo, pues quiso ahora que su padre de Estela, contra todo discurso y providencia humana, concediese su ruego. Fió el secreto de su resolucíon á un antiguo criado, hechura de sus manos y mañas, y muy conforme con su voluntad y condicion terrible. Reposaban entónces dos que tambien dormian dentro de casa: llamó tan solo á aqueste, y diciéndole que le habia dado á su hija un accidente repentino, le mandó que llamase por más presto y vecino al cura mismo que vivia en la parroquia. Púsole por la obra sin detenerse un punto, y fué en sazón tan oportuna, que, aun con no ser de día, le halló que ya estaba vistiéndose para otra diligencia; pero juzgando aquella por más grave y urgente, siguió tras de la guia hasta en casa de Estela. Cerráronle, en entrando, con presteza las puertas, y hallando al viejo que asistia en el portal, habiendo saludádole, él le asió por la mano, y sin más circunloquios le llevó hácia la bóveda, adonde en allegando, solamente le dijo que confesase brevemente á la persona que allí adentro hallaria. No pudo ménos de alborotarse el cura con razon semejante; porque si bien es hombre de valor y experiencia, el caso tan ajeno de su intento y cuidado le habia forzosamente de causar novedad; y llano es y evidente cuánto creceria aquesta luego que, desengañada (1), pálida y macilenta, á la luz de una vela conoció muy llorosa á la infeliz dama. Incluyó Estela, en viéndole, á sus piés las rodillas, y con turbada voz, sin tratar de confesarse (tal la tenia el suceso), breve y sumariamente le dió cuenta de todo: dijole sus amores, su desposorio y parto; y últimamente, para tan triste paso le pidió su favor, quedando el que la oía, que por lo ménos era (dejemos á una parte persona noble de piedad y de honra) íntimo y caro amigo de su querido Anselmo, más suspenso y turbado que el caso requeria. En esta confusion estaban uno y otro sin saber resolverse, cuando oyendo la dama que alternativamente daban algunos golpes en otro soterráneo vecino, fácilmente escuchando, conoció que cavaban; y cayendo

(1) *Desengañada* dice el texto: quizá deberá decir *desgreñada*.

en la cuenta, acabó de entender que hacian su sepultura y cuán aprisa caminaban sus cosas; y no pudiendo resistir aquei trance, perdidos los alientos, vuelta á su confesor, le dijo: Veis allí, padre mio, están ya disponiendo el misero y funeral sepulcro deste cuerpo: ved si tal desconsuelo, si crueldad tan sangrienta podrá dificultar y aun turbar ahora el último beneficio de mi alma; esta, aunque amarga, epítima segura, este medicamento saludable, que, mediante mis lágrimas, mi razon y mis ruegos, me concedió el mismo que me engendró y dió el sér que al presente me quita por tan disformes y violentos caminos. ¡Oh cuán fiero espectáculo es la muerte! Pero sin duda alguna es más espantosa cuando es acarreada como vemos ahora: muchos con los primeros ímpetus la apeteen y abrazan, pero deliberadamente muy pocos ó ninguno. Estaba ya entre aquellos cuidados el buen cura (que quiero que sepais que es el mismo que nos ha acompañado y el que en Aranjuez dió principio á esta historia) tan compadecido y lastimado del presente suceso, como dispuesto y resuelto á disponerse en su contra ó aventurar la vida; y así, confirmando su valeroso intento barbaridad tan inhumana, mirando bien la puerta y divisando en ella por la parte de adentro una muy recia aldaba, habló á la triste Estela, y informándola en la determinacion, díjola que animosa, en viéndole salir de la bóveda afuera, cerrase al punto, y lo demas librase en las manos de Dios; y con tanto, sin esperar respuesta, volviendo el rostro donde estaba su padre, que era en los umbrales mismos, le pidió que mandase cesar aquellos golpes si queria que su hija pudiese confesarse: parecióle la demanda muy justa; y así, queriendo disponerla, apenas desamparó el umbral, cuando en dos grandes saltos desamparó el cura la bóveda, y la afligida Estela, aunque estaba sin pulsos, cerró sus puertas con igual brevedad. Mas ¿á qué infernal furia, á qué tigre de Hircania, podré yo comparar la indignacion del viejo? Luego que vió la burla pensó morir de pena: arrancó de la espada; mas por presto que embistió con el cura, ya él, como la yedra al muro, se habia enredado entre sus brazos y hombros. Con todo aquesto, peligrara sin duda, porque muy fácilmente saliendo ahora el criado le matara ó hiriera; pero de otra manera lo hizo el piadoso cielo. Oyéronse á este punto grandísimos y espantosos vaivenes en la puerta de la calle; cada golpe que daban estremecía la casa, como si la moviera un terremoto, y no se oía ni entendia más que un ciego rumor de alaridos y voces: todo era confusion, todo era gritos, hasta que en medio dellos mostró su grande imperio la voz de la justicia, conjuro poderoso para romper y abrir las puertas de Pluton, cuanto y más las de un particular ciudadano. Obedecieronle sus criados al punto, y en quitando el cerrojo, se linchó el patio y la casa de innumerable gente del Gobernador y sus ministros. Partieron estos la refriega del clérigo, mientras se informaban de la afligida dama, descuidados del padre: él viendo ya perdidos sus rabiosos intentos, quiso ejecutar en la dueña que se le habia encerrado la venganza que no podia en la hija. Subió en un instante las escaleras arriba, y en llegando al retrete, á pocos puntapiés dejó abierta la puerta, mas hallándole solo, faltó muy poco para desesperarse. No así con tal descuido habia portádose la discreta criada: apenas con su

peligro cierto conoció el desdichado fin que amenazaba á Estela, cuando con ánimo invencible (empresa al fin de una mujer resuelta) valiéndose de aquella cuerda con que habian descolgado la criatura, dichosamente se dejó derrumbar hasta tomar la calle, y con igual presteza buscando á la justicia, la refirió el suceso y el remedio eficaz de que necesitaba, ocasionando con tan prudente aviso su llegada á tan fortuito tiempo como ya habeis oído.

§. XXI.

En semejante estado se hallaban estas cosas cuando, sin parar noche y día, entró Anselmo en su patria, en quien, no tomando sosiego hasta poder andar libre por ella, no quiso dilatar la presentacion de sus despachos. Fué al punto en persona á disponer su diligencia con el Gobernador, llegando á su posada aun no siendo las siete de la mañana. Pero no obstante, hallándola muy sola y con mayor silencio que requería la hora, queriendo entrar á preguntar la causa, las primeras personas que se le pusieron delante en un recibimiento fuéron el aya de su querida esposa y un alguacil que la asistía por guarda. Fuerza era que esta impensada vista le habia de hacer estremecer las carnes: temblóle el corazon dentro del pecho, y las palabras, entre la lengua y labios no bien articuladas, se volvieron al cuerpo. Igual temor turbó á la afligida dueña, si bien más alentada, despues de un breve espacio interrumpió el silencio, lloró, y con sus suspiros tristes le dió sin dilacion razon de todo el caso; díjole el grande riesgo en que estaba, su venturoso escape, y juntamente cuanto se habia dispuesto para el remedio de su más cara prenda; mas como aun este estaba tan dudoso é incierto, y el verdadero amante siempre recela más que asegura el peligro, representándose ahora cuantos su tierno amor y el espantoso caso pudieran ofrecerle, juzgando ya delante de sus ojos muerta de cruels heridas á su esposa, no pudiendo sufrir dolor tan penetrante, dando furiosos gritos se arrojó por el suelo: venció por grande espacio la pasion de su ánimo al varonil sugeto, quedando desta suerte descubierto y patente el secreto amoroso que con tanto cuidado y por largo término habia estado callado. Mas pasado aquel ímpetu, recobrándose, consideró que no así con gemidos y mujeriles lágrimas se habia de restaurar la salud de su Estela. Encendióse en furor, y cual si fuera loco, corrió á buscar la muerte en su justa venganza; mas apenas con este desacuerdo anduvo algunos pasos, cuando encontró con un tropel de gente, con el Gobernador y sus ministros que, dejando primero con guardas muy bien preso al padre de su dama, venian con ella misma trayéndola cerrada en una silla para depositarla en un convento. Ilizose desta suerte; y disimulando el dolor el afligido Anselmo, bien que ya más alegre con ver tan recobrado el bien mayor que tuvo por perdido, fué en esta coyuntura conocido de todos; pero él más en particular echó los brazos y dió agradecido oído al valeroso cura á quien él y su esposa debian tales efectos, y de quien al presente (sabiendo por extenso cuanto pasaba) no se quiso apartar hasta que con su consejo y cuerdo parecer se encaminase la salida mejor de sus negocios, como al fin se dispuso; porque considerando todos los deudos y deinas parientes de la dama el término forzoso

á que se habian sus cosas reducido, solicitados del bueno y honrado clérigo, rogados del prudente Gobernador, y importunados casi de todo el pueblo, tuvieron por cordura conformarse gustosos y con agradecimiento general en lo que en breve espacio se habia de ejecutar aunque no quisiesen, porque es muy gran prudencia y discrecion acomodarse con los tiempos. Así determinados, hablando juntos al padre de la dama, tanto al fin le apretaron y tantos fuéron los respetos y causas que le pusieron por delante, que hubo á más no poder, de rendirse á la carga á todos sus parientes, á todo un lugar, á su amor paternal (que Estela era su hija), y sobre todo, á la disposicion del cielo, que por tan varios modos mostraba ser aquella su voluntad. En conclusion, el día siguiente, siendo el Gobernador y su mujer padrinos de su boda, Estela y Anselmo vieron el premio de sus trabajos; á los cuales aun no quisieron dar el último reposo sin atender primero á la pérdida triste de su hijo.

Supo luego el amante la forma de su entrega y lo que en un papel se contenía, y en consecuencia del, en compañía del cura buscó cuantos mesones y casas de posadas habia en el lugar, hasta que desconfiando del buen suceso, y teniendo por cierto que la persona se cansó de esperar, ó la criatura tierna murió vencida de las incomodidades de aquella amarga noche, queriendo, desconsolados, volverse por no faltar á alguna diligencia, aunque les pareció cosa imposible que allí, por ser tan lejos, se hubiesen apeado, todavía pasaron al último estalaje que hay en los arrabales, y sin pensar hallaron en él bastantes nuevas de lo que procuraban. Supieron de la huéspedela el agasajo que allí tuvo el infante, el cuidado de su incógnita guarda, y lo que, despues de haber atendido los días señalados, la dejó dicho para que lo advirtiese cuando así le buscasen.

Aquí, dando un tierno suspiro, con nuevo afeto, volviéndose hácia mí, prosiguió: Esta noticia es la que ahora, ¡oh noble amigo! nos lleva presurosos en seguimiento de aquel piadoso hombre, tanto por conocerle y dar á su gallardo proceder las debidas gracias, cuanto para traer, mediante su favor, á la afligida Estela aquellos dulces y primeros despojos de sus entrañas.

Así dió alegre fin á su historia el gallardo mancebo, al mismo punto que con la luz del día vinieron juntamente los dos mozos y el honrado eclesiástico, en cuya presencia, no queriendo tener más suspendidas sus congojosas ansias, cierto de su verdad y sin ninguna duda, quitándome los guantes, descubrí el rico anillo, y sacando del pecho el papel de la dama, uno y otro se lo puse en las manos, diciéndole: Vuestra jornada ha tenido más breve conclusion que sospechábades: dad las gracias á Dios que queriades ofrecerme, pues con su divina providencia nos juntó á todos en ocasion tan oportuna quizá para que yo con el favor de vuestra ayuda, dando la libertad á mi compañero, tuviese el galardón desta buena obra, y vosotros, con entregaros la prenda que buscáis, la satisfacción y premio de la vuestra. Estas palabras dije cuando pasmados y encogidos del súbito contento, el uno y otro se abrazaron conmigo; y no sabiendo qué cortesías hacermé, mientras quitaron los criados con ciertas herramientas que traían, á don Francisco las espósas, yo les di larga cuenta de lo aldea, señas y requisitos que con el ama dejaba concer-

tado para en semejante accidente. Pedile al cura que de mi parte volviese el rico anillo á la gallarda Estela, y no queriendo él admitirlo de ninguna manera, en las demandas y respuestas que sobre ello tuvimos, hubo de declararse el gentil mancebo, y no ménos que por el sugeto principal y héroe deste suceso : volvímos á abrazarnos entónces aun más estrechamente, y quedando así todos conocidos y amigos, ellos, no viendo ya la hora para volver á Ocaña, pidiéndonos licencia, se despidieron, y don Francisco y yo, esperando á la noche, acompañados de los mozos, campo travieso dimos vuelta á Madrid. Era forzoso ir con aquel recato por el peligro tan cierto que uno y otro corríamos; y así, sin camino ni senda, regidos por el norte, nos gobernámos como diestros pilotos.

Desta suerte anduvimos dos horas, entretenido yo en escuchar mi camarada, y él en irme contando la ciega confusion que le apartó de mí la noche toledana. Dijo que, como no sabía la ciudad, cuando ménos cuidó se había hallado metido en una calleja sin salida, adonde oyendo el gran rumor de los que iban en nuestro seguimiento, turbado y temeroso, se valió de una casa, cuya gente, que eran cuatro pobres mujeres, pidiéndolas su amparo, compadecidas se lo dieron, guardándole dos días, al cabo de los cuales, huyendo del camino real y despedido de todas ellas, atravesó la Sagra, hasta que muy cerca de Pinto, en una corta aldea, por las señas fué preso en el meson y puesto en el estado de que yo le libré. En tal conversacion íbamos divertidos, cuando reconociendo un pequeño lugar ya cerca de las diez, guiámos hácia él para saber qué derrota llevábamos.

§. XXII.

Deleitoso nos es escribir cosas dignas de leerse, y saber juntamente cosas no indignas de escribirse : por no faltar á la empresa que sigo, que es deleitar y divertir á los lectores, no excuso en los progresos varios de mi vida parte ni circunstancia que pueda darles gusto, que no le saque á plazá, aunque sea muy mediana, consiguiendo con esto el primer requisito de nuestro concepto. Así permita el cielo no se pierda mi pluma, como otras veces he advertido, en la aprobacion de su verdad, y más si por sus cosas, como acontece siempre, quieren medir algunos los ajenos sucesos, si presumen sumar los acaecimientos ordinarios y propios con los admirables y peregrinos de otros varones. Bien sé, segun ya he dicho, que muchos casos, ántes de suceder, por su espantosa empresa se tuvieron de los hombres por imposibles, y casi viéndolos ejecutados no los creyeron; y así, consolaréme de que los accidentes de mi varia fortuna padezcan igual pena ó la misma que otros más importantes han padecido; y no por eso dejaré de escribir los demas que me restan, aunque como en el que ahora se sigue se les dé crédito con dificultad.

Pero advertido aquesto, digo que entrámos en aquel lugarcillo con pensamiento de informarnos del paraje en que estábamos. Serian entónces tres horas despues de anochecido, tiempo en quien del trabajo del dia reposaba el fatigado villanaje. Todas sus casas rodeaba Morfeo con un tácito y profundo silencio; solo las desabridas voces de mastines y perros repetian entre las iras de Diana la miserable muerte de Anteon. Estos hacian su oficio en tanto que las mulas, menudeando las

plantas, olieron la cebada y se arrojaron con regocijo por las vecinas calles de la aldea, en la cual apenas se vió la de mi camarada, que por ser con albarda venía en ella mi criedo, cuando con resonante aliento, mirando á las estrellas, comenzó á dar espantosos bramidos ó, por hablar en su lenguaje, desabridos rebuznos. Tendráse esto por burla : no así hubo implorado el favor de la luna, como escribe de sí transformado Apuleyo, cuando por secretos misterios, que sabréis adelante, la respondió á una voz todo el bestiámen del lugar. Replicó el cuadrúpedo, y sin embargo de las coces y palos que descargaba en ella mi mozo, hizo que á consonancia, repitiendo de establos, caballerizas y corrales, se linciese el aire de su disforme música, y la pequeña aldea de rumor y alboroto. Con todo eso, sin caer en la cuenta, llegué á llamar á la primera casa, hice varias preguntas, satisficé mis dudas, y no mal informado, quise que prosiguiésemos nuestro viaje. Volví para esto donde estaba mi gente, á la cual, bien sin pensar, la hallé metida en una graciosa confusion. Habíaseles, mientras yo hice mi informe, entrado debajo de un portal la mula cantadora y arrojado, porque queria estorbárselo, por entre las orejas al que iba encima. Estaba cuando llegué vuelta un fiero leon, ya tirando con las hermanas herraduras puñaladas al techo, ya con bocados y coces haciéndose ancha rueda. A este infernal rumor abrieron de la casa vecina una ventana baja, por adonde asomándose un hombre, viendo lo que pasaba, tan mala vez descubrió la cabeza y habló no sé qué cosas, cuando la mula por natural distinto volvió á solfear en su enfadoso canto, mostrándonos los dientes y riéndose, ó ya por dicha triscando de nosotros, ó ya notificando en el bestial idioma á su perildo dueño su venida y hallazgo; y pareció ello así, pues apenas el aldeano y ella de rabo de ojo se miraron las caras, cuando se conocieron, esta por súbdita, y aquel por su señor. Alborotóse el rústico, y con voces y grita llamó apriesa sus mozos. Dijo: ¡Ah Bartolo! Ah Domingo! Acudid á la puerta, abrid al momento; que aquí está nuestra mula y los grandes tacaños que nos saltaron y quitaron el preso. Así garló el villano; y así, por nuestro mal, tarde y turbadamente dimos en el secreto; dimos en que era aquel el lugar donde prendieron al amigo don Francisco, y el presente portal la casa de la mula, su amo el que gritaba, y nosotros la caza que habia caído en la red para pagar mejor el pasado delito. ¡Oh poderoso Dios y cuán valiente estímulo es el miedo, qué gigante tan grande, qué fantasma tan fea! Aun no habíamos oído semejantes razones, y ya estábamos convertidos en mármoles helados; un sudor abundante discurrió igualmente por los miembros de todos, y un mismo pensamiento, diligencia y cuidado, sin más comunicarnos los unos á los otros, movió en un punto nuestra voluntad y deseo. Corríamos sin concierto y camino hasta salir del campo, y nuestro desaliento improvisó animó al villanaje. No habíamos caminado cien pasos, y ya se hundian todas las campanas de la iglesia, cuyo triste rebato acabó de entorpecernos y alligirnos, y aun nuestras propias mulas correspondian con desigual pereza al amargo conflicto. Mas no me admiro dellas; costumbre es de su mala ralea salir así de cualquier lugar, si ya tambien ahora, para que no sintiesen las espuelas, les

ayudó el creer que se les defraudaban algunos piensos. Con estas ansias, dejando á un lado las más trilladas sendas, viendo algo cerca una muy espesa arboleda, guiámos á ella para ampararnos de su sombra, y hallámos que eran guindaleras y almendros y un viñedo espacioso, por quien nos emboscámos con alguna esperanza, si bien ya á esta sazón heria y retumbaba en nuestras orejas y corazones el grande rumor y algazara con que se iban juntando los aldeanos y concitando los unos á los otros al futuro combate; mas no imaginámos aceptarle; su gran desigualdad disculpó nuestra fuga, la cual aligerámos cuanto nos fué posible, no solo abriendo sin piedad los ijares de las mulas, mas juntamente llevando en sus caderas gentiles vardascazos de los mozos de á pié. Así fuimos andando á vista de los bárbaros una legua mortal; mas en los fines della, divisando un castillo y en torno dél un lugaron cercado, tuvimos á gran dicha tan impensado encuentro; pero templósenos este gusto muy presto, porque al estruendo que los cuatro traíamos salieron de una choza dos viñadores, senos pusieron con dos chuzos delante, y presumieron, levantando las voces, sobre el haber entrado por su jurisdiccion otra contienda; mas bien apriesa nos desembarazáramos de aquesta si el tiempo que gastáramos en ello no hubieran de ganarle los que venian siguiéndonos. Así, por tanto, quisimos atajarla con razones corteses, aunque ni nos aprovecharan si otro ménos grosero, levantándose ahora de detras de unas cepas, no les pusiera en órden, diciéndoles: ¿Para qué deteneis aqueles hombres? Dejadlos que se acojan, pues les basta la pesadumbre con que vienen huyendo, sin que tambien querais acrecentárselo. ¡Válgame el cielo! dije entre mi oyendo tales cosas; sin duda alguna que mi propio pecado ó algun demonio va previniendo y avisando delante de nosotros nuestra fuga y desdicha. Pero en esto, prosiguiendo en su plática, me sacó de sospecha, hablando como de ántes con sus dos compañeros. ¿No veis, les dice, que vienen advertidos de algunos caminantes, y que por eso se desvían de Torrejon de no caer así en las manos de las dos compañías que están allí alojadas? Ellos hacen muy bien: dejáldos ir en paz; que á fe mía que se escapan de buena, pues por lo ménos en llegando al ejido les habian de dejar sin las señoras mulas. Pues en verdad, respondió más reportado el uno de los primeros, que en pago de la mala obra que hemos querido hacerles, que les he de guiar y sacar del peligro. Ejecutadlo así por vida vuestra, replicó el compañero; que el bien nunca se pierde, y el mal siempre se paga con el doble.

Con aquesto, en cesando les agradecimos el intento, y prometimos por el trabajo que tomaba larga satisfaccion; con que más alentado, se nos puso delante y comenzó á saltar como una cabra por diferentes trochas y rodeos. Este término breve que así nos detuvimos fué de grande importancia para nuestros contrarios, los cuales ya á esta hora casi llegaban á ser reconocidos; pero cruzando nuestra guía entre unos valladares sin saber lo que hacia, nos embrenó de suerte, que totalmente nos perdieron de rastro; mas lo que mejor dispuso nuestra fortuna fué lo que en este punto sucedió á los villanos.

§. XXIII.

Habíanos ántes contado el viñadero cómo dos compañías de soldados que pasaban á Cartagena, llegando á Torrejon, por via de concierto se habian alojado en el cercano ejido, adonde no tan solo los regularon con la cena y comida, mas juntamente con prometerles carruaje demas del que ellos se buscaban, haciendo extorsiones y agravios á muchos pasajeros; para este fin decia que andaban esparcidos por el campo sargentos y oficiales, sobre quien al presente, ignorantes de lo que allí pasaba, dieron por nuestra dicha los que venian siguiendo nuestro alcance. Tales milagros son propios de la noche, efetos son de la oscuridad y tinieblas; porque, así como aquellos creyeron lo que ménos debian, así tambien los desmandados soldados presumieron, en viendo su confusion y tropa, que eran acometidos de algunas gavillas de los mozuolos del lugar en que estaban, y por lo ménos, primero que unos y otros cayeron en la cuenta, quedaron, segun despues supimos, muy bien descalabrados. Y en el interin nosotros, pagado y despedido nuestro adalid, nos pusimos en cobro, y ántes de amanecer dentro de Madrid y en la posada de mi hermano.

Esta forma permitieron los cielos que nos viésemos libres de un tan grande peligro, y realmente quó él fué uno de los mayores que yo tuve en mi vida: otro tanto juzgó por sí don Francisco, y aun con mayor recato, pues sin podersele estorbar, tuvo por acertado salirse de Castilla por entónces. Tenia sus padres en Portugal, y así por esta causa como por aviarse y prevenirse con mayores expensas, informado primero de mi viaje á Flándes, nos abrazámos y despedimos con protesta de vernos en aquellos países; para los cuáles, miéntras él hizo el suyo, dispuse mi camino dentro de breves dias; término en quien, porque el lector no piense que se ha olvidado la voluntad de Julia, tuvo della, de su madre y criadas diversos agasajos y visitas. Comenzaron de nuevo sus mensajes y cartas, subió de punto su importunacion y ruego; con que no tan solamente se refrescaron los incendios pasados, crecidos en mi ausencia más que disminuidos, pero juntamente, temiendo fomentarlos, aligeraron mi jornada. En conclusion, no sin muy tiernas lágrimas, quedó desesperada: veréis en su ocasion el fin y paradero de tan furioso amor. Mas ya entre tanto, acompañado de mi hermano y militares galas, fui á recibir la bendiccion materna, y con ella me partí á Barcelona con solo mi criado. Teníamos ántes avisos ciertos de que salian de allí las galeras de Génova, y por aprovecharme de tan buena coyuntura caminé noche y dia: visité á Monserate, y con feliz suceso llegué poco ántes que se hiciesen á la vela: causa por que no pude, segun lo deseaba, ver aquella memorable ciudad, fundacion del cartagines Amílear, si ya no damos crédito á Hércules y á la tradicion de su *Barca nova*. En fin, con viento próspero salimos de la playa, dimos vista á Palamos y Colibre, y haciéndonos al mar, desaeaciendo un tanto, fuimos á dar en Ibiza y su puerto. Aquí el general ó cabo desta escuadra, cuyo nombre no digo por algunos respetos, tuvo por aviso que estaban cuatro leguas de allí dentro, en la Formentera, siete galeotas de cosarios de Argel; y con grande alborozo mandando prevenir-

nos, zarpó volando porque por piés no se le fuesen. Así, por no ser descubiertos, pegados con la tierra caminábamos la vuelta del contrario, y habiendo llegado cerca de anochecer al cabo que se llama Las Salinas, junto á la ciudad de Ibiza, envié una fragata con ocho marineros para que con las oscuras sombras de la noche llegasen á la isla y reconociesen con secreto si estaban en su despalrnador los enemigos. Dispúsose esto al punto, y dentro de breve espacio tornando adonde estábamos, confirmaron la nueva; con que volviendo el general á proseguir la empresa, partió para ellos con intención gallarda de que los habia de hallar sobre los ferros. Navegaban nuestras galeras muy en orden, y habiendo dádose la que habian de guardar, seguros de la presa, listas las armas, y todos muy alegres, cuando ménos pensámos, todo aqueste contento se nos desvaneció y se trocó en disgusto. Ibamos á este tiempo bogando fuertemente aquellas cuatro leguas que hay de Ibiza á la isla, pero en el mismo término nos cargó de improviso una tormenta de poniente maestra, y con tan gruesa mar, que aunque lo procuráramos, no fué posible volvernos al abrigo, ni ir en conserva ni en conveniente forma. Desconcertámonos, y en breve espacio divisas unas de otras, cada cual siguió su derrota buscando algun reparo. Así de aquesta suerte, sola la capitana entró en el puerto, donde halló las galeotas muy descuidadas y tendidas las riendas; pero en viendo á la nuestra y que entraba tocando arma con los fanales encendidos, las abatieron luego; y aunque con turbacion, temiendo más peligro, zarparon ferros y salieron huyendo; y echando las tres dellas por la via de levante, se cubrieron del borrascoso mar al amparo de la isla, y las otras, corriendo al cabo de poniente, proejando y contrastando con las ondas y el viento, pasando por las proas de tres de las galeras que con igual peligro iban acercándose al puerto; y habiendo dado y aun recibido algunas cargas, nunca nos fué á propósito el embestirlas, porque el airado mar y fortuna desecha nos lo impidió y aun puso en los últimos términos. Huyeron, y no obstante les siguiéron las nuestras; mas no pudo ser mucho, porque á cosa de las dos leguas de distancia, creciendo la tormenta, se perdieron y dieron á la costa las enemigas, representando á nuestra vista el misero naufragio, que fué tal anuncio del que nos esperaba. En este medio, hallándonos sin guía, y no sabiendo lo que de nuestra capitana y las cuatro restantes hubiese sucedido, si bien ya estaban juntas, con gran fuerza de remos quisimos supeditar el mar y volver á buscarlas hácia el puerto; mas aunque con indecible trabajo llegámos cerca dél, fué en vano el fatigarnos, porque se nos opuso el temporal, y con bramidos fieros el viento, el agua y las oscuras sombras que sobre todo acrecentaban nuestro miedo, subieron de punto la horrenda tempestad. Nunca vieron mis ojos tan espantosa noche; fácil y más gustosa se me antojó en su comparacion la que en Valladolid me puso tan á pique. ¡Oh cuántas veces, viéndome en tan mortal peligro, injurié mi osadía y culpé mi codicia temeraria!

El interes y la honra, deseos de gloria ó de adquirir tesoros, ponen siempre á los hombres en semejantes desventuras. ¡Oh si lo ménos desto emprendiésemos por lo más importante! No aseguramos los eternos honores y riquezas con tan fáciles medios y caminos

como la fe nos dice, y anhelamos sedientos, atropellando montes y surcando las inconstantes y procelosas ondas, confiados de una tabla sutil, por los perecederos y momentáneos. Bien pudiera la pérdida infelice de don Luis de Córdoba, el peligro de entónces y las protestas que hice, haber más reprimido mis curiosos espíritus; pero muy raros son los que despues de la tormenta se acuerdan de sus males. Iba en esta sazón al peso de la noche aumentándose la que nos acosaba; y así, á más no poder hubimos de dar fondo, contrastando lo restante hasta el día por no elocar en tierra; pero al amanecer y cuando con la luz esperábamos algun alivio ó refrigerio, cerrando el cielo, por nuestros pecados, á las plegarias que le hacíamos las piadosas orijas, permitió que perdiésemos esta breve esperanza, y que el furioso viento, quebrantando las gúmenas que tenian cuatro ferros, diese al traves con lastimosa ruina con una de nuestras tres galeras, sin escaparse della un hombre solo, si bien eran trescientos entre soldados, marineros y forzados los que la acompañaban. Quedámos con tan triste espectáculo todos desanimados y prometiéndonos con tan dura amenaza otro desastre igual. Cada cual comenzó á disponerse, y á cosa de las diez se nos dobló el cuidado, viendo conforme fin en nuestra compañera, aunque de aquella se nos escaparon cien hombres. Ya no quedaba entre las uñas de aquel bravo león más que mi pobre leño, turbados y afligidos los que le gobernaban, llorando unos, dando gritos los otros; este se confesaba, y si aquel no podía por la priesa y el número, públicamente á voces referia todos los delitos que en otro algun tiempo no dijera con tormentos crueles. En esta parte vi, escuché increíbles delirios; mas ¿quién es tan constante, quién tan considerado y circunspecto, que á la disforme cara de la muerte no confiese que es de carne y de sangre? A este propósito no se me hicieron tan detestables, aunque lo fuéron mucho, las presentes desdichas, ni el acordarme lo que en otra borrasca escribe á este propósito fray Juan de los Santos, dominico, en su *Etiopia Oriental*, lib. 1, cap. 49. Dice pues este autor que en medio del naufragio que padecía su nao camino de la India, se les apareció aquella clara luz á quien los mareantes dan nombre de San Telmo (si bien hay quien afirme que es exhalacion sola), y que viendo el milagro, se arrodillaron todos, y particularmente un valiente soldado, que con serlo y muy cuerdo, no pudo reprimirse; ántes vencido del temeroso riesgo, cuenta que ahnojado en el suelo, con suspiros y lágrimas, dándose recios golpes en los pechos, repetía muchas veces estas palabras: Adóroos, mi señor San Pedro Gonzalez Telmo; vos me salvad en este peligro por vuestra misericordia; y que reprendiéndole él y otro su compañero, advirtiéndole que tal adoracion solo se debía á Dios, y no á los santos, y que por tanto orase de otra forma, les habia respondido otra mayor locura, diciendo: Mi Dios será ahora quien deste peligro me libere.

Así confunde y corta aun en el más robusto y forjado robe la afilada segur, la tijera sutil de la sangrienta Atrópos; y así, no es de admirar que, viendo tan de cerca el verdugo y garrote, hubiese entre nosotros semejantes miserias. Mientras llegaba la última, yo y mi criado nos pusimos en camisa; pero tan desmaya-

dos, ya de no haber dormido ni reposado un punto en tan prolija noche, como de los golpes del mar y el temor de la muerte, que casi no me hallaba con fuerzas para siquiera dilatarla, y mayormente ahora, cuando, rindiéndose á su furia, vió el mar en sus espaldas abierta por mil partes nuestra galera. Tenia yo prevenido un mediano barril; y así, abrazándome con él y llamando á la Virgen desde las reínas de la popa, donde me habia quedado, me dejé arrebatado de las primeras ondas, las cuales con ímpetu terrible me arrojaron en tierra: cuando despues de un breve espacio, puestos los piés en ella, creí estar en un profundo abismo, abriendo los lacrimosos ojos, con más ventura que los que me rodeaban, entre diversos cuerpos que dejaron la vida, me hallé con ella, aunque molido y quebrantado. Dí gracias á los cielos por tan feliz suceso, si bien fué tan templado, que hasta hoy lloro y suspiro el contrapeso con que le seguí. Pereció mi buen criado; no me dejó el naufragio una sola camisa; perdí cuanto traía, que no era poco, y solo escapé dello el anillo de Estela y unas dos letras para Milan y Génova, porque estas y otros muchos papeles venian al cuello en una hoja de lata, y aquel traía en el dedo desde que Anselmo no quiso recibirle. La mayor parte de la gente que venia en mi galera se guareció en la isla, bien que los más desnudos ó heridos de los golpes del mar, retriaga de la noche, rajas y astillas que estaban en la costa; y no obstante estos males, temiendo otros mayores, comenzámos conformes á prevenir nuestra conservación y su defensa. Era forzoso que, habiendo dado al traste las galeotas que dije, y á dos leguas de allí, no podia dejar de haber muchos turcos en tierra; así lo confirmaron más de ochenta cristianos de los cautivos y forzados que dellas se escaparon y se vinieron á nosotros, y con tan buena ayuda nos animámos algo, y maniatámos al momento á los que habian tambien librádose de las nuestras, porque en viendo la suya no se fuesen y aunasen con los otros; y luego, aunque tan acabados, traspasados de frio, sangrientos y desnudos, hicimos dos trincheras, fortificándonos con la mucha madera que el mar nos enviaba y con las picas, mosquetes y alabardas que arrojó su resaca. Así pasámos la noche de aquel día, sin más sustento que aflicciones y lágrimas, procedido del miserable estado que llorábamos; y habiendo buscado entre las reliquias del naufragio alguna munición, recogida á una parte, de mi acuerdo y consejo pusimos guarda y enviámos seis soldados á que tambien la hiciesen en un grande barranco por donde podian venir tambien los turcos y acometernos descuidados; mas no lo permitió el cielo, pues, aunque sucedió segun yo sospechaba, cerca de media noche disparando un mosquete nos dieron aviso, y siendo así sentidos, no osaron acometernos. Pero á la madrugada volviendo á su porfia, retirando los seis, pasaron el barranco casi trecientos turcos; los cuales con escopetas y arcos vinieron acercándose con muy gentil denuedo. Entónces arbolando nosotros las picas y alabardas que habia, hicimos cuerpo al reparo de nuestras trincheras, si bien docientos pasos ántes, juzgando ser más número del que les atendia, hicieron alto, dándonos fuertes cargas de arcabucería y flechas. Pero en este rebato, y cuando por nuestra gran flaqueza, debilidad de espíritus, pocas armas y gentes, to-

dos suspirábanos ya el último y mayor, pues era cosa llana que, resolviéndose los turcos, nos perdiéramos en su primer envite, inspirado del cielo, viendo tan cerca el daño, y violentado de un secreto furor fuera de mí costumbre, con un valor más que de hombre saí de las trincheras, y revolviéndome al brazo un capotillo de dos faldas, arrancando con furor la espada, intrépido corrí hácia donde pararon; y diciendo á voces: ¡Los perros huyan! ¡A ellos, compañeros! no fué menester mas, ántes con este ejemplo incitados los míos, siguiéndome embistieron: al punto que advirtieron los turcos nuestra resolución, volvieron las espaldas. Así los dimos caza hasta el barranco dicho, en quien tornando á repararse, hicieron de nuevo alto, y repitiendo cargas de flechas y arcabuces su avanguardia, dió tiempo para que á su calor y abrigo pasase la retagua. — día, y esta, en estando en cobro, ejecutó lo mismo hasta pasar la otra; en que anduvieron tan cuerdos y advertidos como soldados pláticos. Y despues, con el barranco de por medio, se trabó escaramuza con gran pérdida nuestra, así por ser tan pocos en la sustancia y número, como por no tener bastantes arcabuces y municiones, porque quien se hallaba con ellos no tenia cuerda ó pólvora, y si algun rastro habia, era mojada y de ningun efeto; y con todo, duró dos horas nuestro teson y el suyo. Al fin los retirámos con muerte de unos pocos á la parte donde estaban sus perdidas galeotas.

§. XXIV.

No es la desgracia grande miéntras en muchos males no viene dilatada, pues raras veces dejan de encadenarse, siguiendo unos á otros hasta acabar la vida y el remate del hombre; y así, segun aquesto, bien puedo referir que fué la nuestra de las más superiores, y no de las medianas, pues á red barredera y por tan varios modos acumuló desdichas, desastres y miserias sobre tanta aflicción sin descansar un punto, hasta que en conclusion nos dejó sin remedio. Estaba este al presente librado, y con razon, en el poco sustento, pólvora y municiones que habiamos recogido con trabajo increíble: parecia verisímil que en tanto que duraban pudiéramos resistir los contrarios y tratar de nuestra conservación, esperando el socorro del general y las demas galeras, que, aunque al presente tardó más de lo justo (si bien se hallaban cerca y ya juntas con él), todavia su esperanza nos animaba mucho; mas sucediendo ahora por el descuido de un soldado otro nuevo fracaso, claramente con él tuvimos por segura la muerte ó, á bien librar, seguro cautiverio. Iba en esta coyuntura nuestra gente recibiendo la pólvora, y como la prisa no era poca, uno que presumió mostrarse más solícito, inadvertidamente, cayéndosele la cuerda, emprendió los barriles, y ellos con infernal furor y espantoso estampido, no solo cuanto habia en la redonda, bizcocho, carne, vino, mechas y balas, pero más de veinte hombres, sin otros diez ó doce, que quedaron de suerte, que si no era nombrándose á sí mismos, nadie los conocia. Tal fué el efeto triste de aquel fiero elemento y tal nuestro desmayo luego que sucedió, que les fuera muy fácil, si acudieran los turcos, maniatarnos á todos y acabar su empresa; mas no permitió Dios que ellos ni los forzados diesen entónces en la cuenta, si bien no tardó mucho

el remate de toda. Parece ser que el fuego de la pólvora y su estruendo terrible sirvió de aviso y almenaras para que el General sintiese nuestros daños en el puerto en que estaba; y así, algo más conolido, no obstante que la mar andaba por los cielos, hizo á fuerza de brazos pasar una barquilla á la otra parte de la isla, en quien, por ser opuesto al temporal terrible, habia mejor bonanza; y metiéndose en ella con ocho caballeros y personas de cuenta, vino adonde miró su lastimoso teatro, la ruina de su gente, las orillas del mar llenas de cuerpos muertos, rompidas las galeras, sus despojos deshechos, y los que quedaban, que eran trecientos hombres, traspasados, desnudos, hambrientos, miserables y sin defensa ni aparejo para poder hacerla; con que no dilatándolo, lleno de confusion, trató al punto el remedio que se podia tener en tanta desventura, y apartándose á un lado para tomar consejo, él y los que le daban fuéron de parecer que en siendo anochecido, en gentil órden atravesásemos la isla hasta el vecino puerto; pero no quiso el cielo que esto se ejecutase. Aun no se habia resuelto, cuando para estorbarlo y proseguir nuestra perdicion, se descubrieron por un cabo las tres galeotas gruesas que la noche pasada escaparon del puerto huyendo el rostro á las demas y á nuestra capitana. Estas pues, segun dije, habiendo echado al levante de la isla, siendo della abrigadas, repararon allí hasta que algunos de los turcos del naufragio, yendo hácia aquella parte, les contaron su desdicha y la nuestra; con lo cual tierra á tierra, viniendo á acrecentárnosla, en poniéndose á tiro, comenzaron ahora á cañonear nuestras trincheras y á matarnos la gente; y no parando en esto, acudiendo á otra banda los turcos de la isla, nos cogieron en medio, mientras nuestros esclavos misinos, que estaban maniatados, advertida su dicha, valiéndose del lance y aprovechándose para su libertad de nuestro acosamiento, con los dientes y manos unos á otros se quitaron los lazos, y arremetiendo de tropel á nosotros á pedradas y á palos, hicieron su deber por cobrar lo perdido: de manera que en este duro trance en un momento solo nos vimos saltados por la frente, por el lado y espaldas; y consiguientemente, por fuerza reducidos á una infame y vil acogida. Ya he dicho cómo estábamos muy faltos de municiones y de todas las armas; y así, no es mucho que, cediendo á tan sobradas fuerzas nuestra infeliz fortuna, nos rindiase y obligase al último refugio. Fuímonos retirando, dándonos ánimo y abriéndonos camino los cautivos cristianos que habian huido de las perdidas galeotas: eran aquestos más pláticos y expertos en los bajíos de la isla; y puestos los primeros, por entre unos peñascos nos comenzaron á guiar, no sin gran peligro; porque como el mar reventaba tan furioso, y el escarceo y las ondas hallaban resistencia, rompiendo allí inexorablemente, anegaron á algunos. No escribo en este paso más particularidades, no obstante que pudiera y las hubo terribles, pues aun el mismo General casi se vió perdido. Entró en el mar vestido, que fué grave inadvertencia; mas ya tal vez con riesgo de mi vida (bien lo puedo decir, y él no mostró negarlo) puse en salvo la suya, siendo, despues de Dios, mis pobres brazos, aunque desfallecidos, el más seguro apoyo de su salud. Llegóse al fin al puerto y á las cuatro galeras, donde so-

bre acogerse, no nos faltaron nuevas calamidades y desventuras. Venía la gente medrosa y fatigada, transida de hambre y toda sin aliento; como tal, en viendo los esquifes y bateles, se abalanzó á ellos sin término ó respeto, y de tal suerte, que sin aprovechar la autoridad ni aun grandes cuchilladas y heridas que se daban, tanto cargó de golpe, que se hundieron las dos con más de cincuenta hombres, y fuera mayor el daño, á no ser socorridos con prisa, demas que otros nadaron animosamente hasta llegar á las galeras.

En el interin los Turcos vitoriosos (más por causa del tormentoso mar y nuestra dura suerte que por su esfuerzo propio) recogieron ufanos nuestros esclavos: libres y embarcados en breve, sin esperar un punto á que nos reliciésemos, se alargaron al mar, dando la vuelta á Argel; y luego el dia siguiente, algo más animosos, hicimos nosotros á Génova otro tanto, si bien primero, queriéndolo el General así, recorrimos más armados la isla. Cobrámos la artillería de las galeras perdidas, y juntamente cosa de ochenta turcos que quedaron escondidos en las desiertas breñas, por no haberlos podido embarcar á todos en las suyas. Este fué el triste fin desta infeliz tragedia; perdimos tres galeras y ochocientas personas, y los contrarios cuatro con ménos descuento. Cobraron libertad sus cautivos cristianos, y los nuestros gozaron de iguales privilegios; y en conclusion, los unos y los otros llevámos que llorar para más de seis dias. Estos ó poco más sin otro inconveniente tardámos en llegar á Génova. Habian venido conmigo en mi galera los más de los infieles que cautivámos en la isla, y valiéoles no poco, porque como los daños recibidos por su parte eran tan frescos (dejo á una parte la aversion natural), muchos de los soldados les maltrataran mucho si yo no lo impidiera con razones y ruegos. La caridad cristiana los más fieros caribes la han de experimentar y conocer; esta virtud piadosa justo es que siempre resplandezca en nosotros y nos distinga de las demas naciones bárbaras. La que usé con los turcos les fué incentivo para que se me aficionasen, y particularmente uno, á quien no sé con qué secreta fuerza yo tambien me incliné desde el punto y la hora que le vi en mi presencia. Era la suya gentil y despejada, su edad de veinte y siete años, su traje bizarrísimo, y su trato y cortesía (aunque en lenguaje extraño) más del riñon de España que del origen rústico que yo le presumia. Así, por estas causas deseando tenelle, como por los servicios que le hice y otros respetos singulares el capitán me estaba aficionado, con poca diligencia conseguí aquel deseo; y con tanto, mudándole el vestido, alegre y satisfecho me encaminé á Milan, atravesando ántes las ásperas montañas de Liguria, en cuyas faldas está la hermosa Génova, de quien salí á 4 de setiembre, andando con mi moro y un mancebo de á pié el mismo dia ocho leguas, si bien una ó dos ántes de llegar al albergue me sucedió el caso que sabréis ahora.

Iba yo descuidado, y cuando ménos podia esperarle siento un grande rumor, y paraciéndome ser tropel de caballos, vuelvo el rostro, y por la misma senda veo venir hácia mí, corriendo á toda furia en cuatro caballos muy ligeros, cuatro gentileshombres, que, emparejándose conmigo y reparando un poco, uno dellos con turbado semblante, juzgando por mi hábito que yo era

español, en el mismo lenguaje me dijo desta suerte: Caballero, vuestro buen natural os acredita con mejor confianza: suplicoos que como tal bagais que unos soldados que nos vienen siguiendo no tengan en vos señas ni aviso de nosotros. Esto me dijo, y yo se lo ofrecí con igual cortesía, y luego, despidiéndose, volvieron á su curso con igual diligencia, dejándome confuso y aun no poco alterado del sobresalto que me dieron; pero en perdiéndolos de vista proseguí mi jornada casi otra media legua, al cabo de la cual en una enrucijada de diversos caminos, los tres por las espaldas y seis por ambos lados, en un momento me cercaron nueve hombres con sus armas y lanzas en forma de caballos ligeros. Causárame este encuentro pesadumbre terrible si no viniera prevenido; y así, con gran quietud atendí á sus preguntas, y entendiendo que todas se enderezaban á informarse de los que iban huyendo, haciéndome de nuevas disimuladamente, desmentí su camino, persuadiéndoles y afirmándoles que nadie iba delante; con que quedándose los seis, todavía los restantes pasaron juntamente conmigo á mejor enterarse en unas hosterías donde los unos y los otros nos albergáramos aquella noche. Temía yo que allí no lo supiesen y me cogiesen en mentira, mas Dios lo dispuso de otra suerte, y sin tener más rastro, pidieron de cenar; pero tomando por mi cuenta semejante cuidado, con algo más de lo que para mí se previno les convidé, y contentos aceptando la oferta, nos regalámos y brindámos alegremente. Anhelaban ya entónces mis curiosos deseos por saber la ocasion de la fuga de aquellos y el furor con que estotros iban en su alcance; y así, en viéndolos calientes del licor y agradecidos al que lo habia gastado, se la pedí y rogué con palabras corteses; á que correspondiendo, sin largos circunloquios, levantadas las mesas, el uno en no mal español la fué diciendo en la siguiente forma y manera:

No es el caso que me pedis secreto, sino tan público y notorio en la ciudad de Génova, de quien somos ministros, que podré relatarle muy sin inconveniente de agraviar á ninguno; mas advertido aquesto, sabréis que anoche pasó el suceso que os cuento en casa de Alejandro Fregoso, gentilhombre de aquesta señoría. Tiénese allí grande conversacion, vario entretenimiento, y sobre todo, juego de gran cuantía, en que han dejado algunos lo mejor de su hacienda y otros ganádola, si bien que hasta hoy (1) se ha visto que tales granjerías hayan adelantado el caudal de sus dueños: siempre se desliza y trasvena la bolsa del tálhur por el mismo arcauz que la dispuso en colmo. Aquí pues, entre sus muchos feligreses, no eran los más tardios Horacio Milanés, caballero lombardo, y Fabricio Lercaro, hijo de Sinibaldo, ciudadano riquísimo. Parece ser que este, más con su grande crédito que con presencia de dineros, ganó en diversas ocasiones á diversas personas sumas en número, que cobró de contado y con que satisfizo sus pérdidas con igual recompensa; mas como el dado y naípe no siempre dice con favorables pintas, una que las tuvo en su contra perdió Fabricio y ganó el Milanés ocho mil escudos en confianza de su palabra. Quedó el primero en satisfacerle dentro de cuatro días; pero habia sido Horacio más puntual y breve en pagar á Fabricio en otras ocasiones; y así, con poco

(1) Parece que falta un *no*.

gusto le concedió aquel término, y aun otros dos mayores que le pidió con fingidos achaques; mas ni en los unos ni en los otros tuvo efeto la paga. Cansóse Horacio, al fin, de esperar más excusas; y Fabricio, sintiéndose apretado, mandó decirle con un su amigo que ó tuviese paciencia hasta que su padre le pusiese en estado en que poder pagarle, ó que al presente se contentase por lo ménos con lo más que como hijo de familias habia juntádole, que eran tres mil ducados.

Este recaudo oyó con tanta pesadumbre y desconfianza el Milanés, que desde luego en ella se conoció su indignacion y el triste paradero que tendrian estas cosas: no admitió la resulta, y resolvióse en responder que de todo el dinero no perderia una blanca. No hizo desta bravata mucho caso Fabricio; hallábase en su patria muy emparentado y seguido; al revés el contrario, forastero y muy solo, aunque no tanto como él imaginaba. Pasáronse despues más de otros treinta días, en quien medio reconciliados y avenidos, dando y tomando en ello, tuvieron otros lancees, sin dejar de acudir como solian al juego y á la conversacion, si bien el asistirla Horacio más era para prevenir su negocio con profunda disimulacion que por la esperanza de otro mejor efeto. Y pareció ello así, pues anoche á las nueve, no habiendo ántes podido cogerle en escampado, viendo que de un bufete donde estaba jugando Lercaro, con no sé qué necesidad se levantaba y bajaba al zaguán, siguiéndole el contrario cautamente, apenas igualó con Fabricio, cuando acudiéndole otros tres embozados que tenia apercebidos, mandándole callar, le pusieron tres pistolas al pecho, y sacando al momento el meno artificio, Horacio se le echó á la garganta y le cerró con un sutil secreto; y diciéndole que entregaria la llave luego que le llevasen los ocho mil escudos á Sarrahal, lugar primero de Milan, le dejó ya casi medio ahogado, y se puso en cobro. Mas ántes que pasemos de aquí más adelante, no me parece exceso presumir advertiros esta invencion diabólica, pues no siendo conocida ni sabida en España, fuerza es que la habeis de ignorar. Es pues el meno (llámanle así en Italia, pero no así en Alemania, adonde le han inventado) una argolla de bronce cercada de espesas puntas de diamante agudísimas, de anchor de cuatro dedos, y forjada con tan extraño temple y de tan fuerte masa, que no hay lima tan dura que la pueda mellar, cuanto y más romper, demas que si lo intentan, apenas le tocan con alguna, cuando en vez de cortarla saltan chispas de fuego como de un pederal que abrasan y fatigan al misero paciente con igual daño que el que causa la argolla; la cual es obra, aunque diabólica y terrible, muy comun en Alemania. Y por robusto y recio que sea el que la tiene encima, raras veces llega á vivir treinta horas, porque el aprieto es tan estrecho y grande, que no le da lugar para tragar un pisto; y así, desalentado en tormento tan duro, faltando el alimento, el sueño y el reposo, ó pagan lo que deben, aunque vendan sus hijos, ó perecen rabiando; porque tratar de abrirle tiénese de ordinario por imposible empresa si no es con su llave; la cual despues de echada cubre de tal manera el hueco y abertura, que no dará con ella, ménos que por milagro, otro del que le sabe y forjó el laberinto. Pero habeis de advertir, ya que estais bien informado deste, que el que se vale dél

ó usa semejante cautela tiene pena de muerte, perdimiento de bienes, y otros castigos que siempre se ejecutan irremisiblemente. Mas no obstante, Horacio (como veréis) atropelló por todos, y Fabricio Lercaro, volviendo desmayado á la sala, hizo patente su desdicha á los que allí se hallaban, que en viéndole quedaron tan turbados como lastimados y tristes, por el mal remedio que nadie podía darle; pero como el más breve y seguro era la referida paga, sin detencion partieron á una quinta donde estaba su padre; y para conseguirla le dieron larga cuenta de cuanto habia pasado y el peligro en que quedaba su hijo; mas ni esto hizo operacion en él más que si fuera extraño, ni ménos los apretados ruegos con que los unos y los otros le suplicaron que se compadeciese dél; ántes con gran desabrimiento, si bien es el más rico y adinerado personaje de la república, les despidió diciéndoles que primero dejaría morir mil veces á Fabricio que acudir con su hacienda á tan infame rescate. Con este despediente, desconfiados de su salud, volvieron con la nueva al miserable y afligido mozo, que rodeado de muchos parientes y amigos, con lastimosas ansias y agonías atendió á la cruel sentencia de su padre y se dió por difunto.

§. XXV.

En el interin, sabido por la justicia y el gobierno semejante delito, aun con ser á deshora, mandaron dar pregon con señaladas tallas, así para el que abriese el intrincado Meno como para quien diese presa la persona del reo. Juntáronse en un punto docientos oficiales, mas aunque lo intentaron, probaron y advirtieron, todos volvieron mudos, todos con notable disgusto desconfiaron del remedio; solo un tudesco artífice hizo más cala y cata. Abrió por grande espacio el sentido y los ojos, dió vueltas á la argolla, tocó todas sus puntas, sus más sutiles líneas, y al cabo no hizo nada. Tenian los circunstantes libradas sus esperanzas últimas en la ciencia deste hombre, y así, luego como le vieron encogerse y despedirse, comenzaron llorosos las obsequias del infeliz mancebo. Este gran sentimiento parece que de nuevo dió ánimo al tudesco; y con estar ya en la puerta de la calle, tornó á subir y entrar, y aun á desollinar con más prolija cuenta el infernal enredo. Trasudaba el paciente viendo su fin tan cerca, su enemigo tan léjos y á su padre tan duro; no diera por su vida un puñado de arena. Pero en tan gran naufragio y cuando ménos la imaginaba, vió la luz de san Telmo, el fin de sus tormentas por las dichas manos del ingenioso artífice; el cual reconociendo ahora por la parte de abajo á raíz de una punta un agujero tan breve, que aun no se divisaba, advirtió que era perno, que no alcanzaba bien, pues no se redoblaba; y lleno de alegría, pidiendo apriesa un delgado punzon, metiendo allí la punta y dando un golpe hácia arriba, aunque lastimando á Fabricio, hizo saltar la muesca, y con general aplauso y regocijo le dejó sin argolla. Diéronsele en albricias cuatrocientos ducados: cebo por quien nosotros, pretendiendo ganar el que está prometido por la prision de Horacio, y sabiendo ser esta su jornada, le venimos todos siguiendo, segun habréis ya visto.

Con tal razon, cesando, dió remate á su cuento; el cual, aunque de poca diversion, quise sacar en público, tanto porque se adviertan cuántos y cuáles son los in-

convenientes y afrentas que trae consigo el juego, como porque el lector discreto dé su juicio y sentencia sobre la inalignidad destes sugetos, sobre la mayoría de aquestas tres maldades; porque yo con mi talento corto no me atrevo á afirmar si fué más grave el rigor y crueldad del viejo Sinibaldo, ó la que usó el ofendido Milanés con su hijo, ó finalmente, la indigna causa que dió al uno y al otro el paciente Fabricio; mas justo es que vuelva á mis progresos.

Otro día, habiendo despedidonos, proseguí la jornada á Milan, caminando por entre aquel jardin de Lombardia, ya sobre las riberas y emanantes del caudaloso Po, y ya por varias quintas, huertas y caserías, hasta llegar á la ciudad, que es la llave del imperio de Europa; adonde aunque mi buen deseo apetecia curioso una larga asistencia, ciertos inconvenientes me la imposibilitaron. Tuve allí nuevas, por cartas de mi hermano, que me dieron gran pena. Avisábame en ellas cómo la hermosa Julia, de quien teneis noticia, luego que salió de Madrid se habia desaparecido de su casa, y que públicamente se afirmaba y decia que iba en mi seguimiento; conque, sin detenerme un punto, temiendo ya en mis hombros su temerosa carga, hube de anteponer este miedo á mi gusto, y sin ver á Milan, no obstante que mi cautivo iba muy indispuesto y el invierno se empezaba á sentir, me encaminé hácia Flándes, cuyos bajos paises, portentoso teatro de los más grandes hechos que han visto nuestros siglos, pisé contento dentro de pocos dias, y por cierto accidente la ciudad de Malinas, lugar en quien, respeto de un amigo español que ya estaba esperándome, fué mi primero asilo y el descanso y alivio de mi prolijo viaje. Parece ser que la dolencia de mi esclavo solo esperaba esto, pues apenas me reparé dos dias, cuando ella poco á poco se le agravó de suerte, que á él convino rendirse y hacer cama, y á mí el curarle con espacio y cuidado. Esta ocasion me detuvo más de lo que quisiera sin pasar á Bruselas; pero en el interin fui entreteniéndome el tiempo con ver y contemplar las cosas más notables desta grandiosa poblacion.

Está Manilas por todas partes rodeada del ducado de Brabante, en un sitio amenísimo de alegre y claro cielo, vientos puros y saludables, circundada de murallas fortísimas, profundos fosos, alimentados del caudaloso Dilia, cuyas aguas corren por medio della con gran comodidad de sus habitantes. Las casas son magnificas, las plazas grandes, y anchurosas las calles. Tiene suntuosos templos, monasterios y iglesias; y particularmente las de Nuestra Señora y la de San Romualdo, su abogado y patron, son de exquisita fábrica. Hay en la última una elevada torre, cuya altura es tan grande, que se descubren della diez millas de campaña, infinitos villajes y las dos ciudades de Bruselas y Ambéres. También reside aquí aquel grave consejo, casi supremo en Flándes á sus diez y siete provincias, y la asistencia de este la hace más populosa, más frecuentada y rica, de más noble esplendor, palacios y edificios, no obstante que en mucha parte destes cuando yo estuve allí aun no estaba reparado y suplió segun su antiguo lustre el lastimoso y memorable estrago de aquel horrible incendio que padeció esta ciudad el año 1546, pues con haber precedido un espacio tan largo y no ser sus moradores de los ménos políticos, se veian ahora muchas de sus reliquias, y por ellas no tan solo cuánto debió

de ser el esplendor antiguo, mas juntamente cuán su comparacion la desventura que la trajo á estos términos. Bien creo que ni en memoria de hombres, ni en libros ni en historias se oyó ni vió fracaso semejante ni más digno de saberse; y así, por esta causa, prosiguiendo el estilo que llevo en mis discursos, de advertir y deleitar con varias digresiones siempre que la materia las permite, me ha parecido hacer notoria aquesta, miéntras la enfermedad de mi cautivo no nos aprieta más para volver á ella. El caso es el siguiente:

Parece ser que el año referido habia en Malinas en una de las mayores torres de sus murallas, no lejos de la puerta de Necherpolian, una gran cantidad de barriles de pólvora, que hay quien afirma que eran más de ochocientos, juntos allí por órden de la reina María para ciertos efetos, si bien no tan á recaudo como era necesario, pues aunque el edificio de la torre era de cantería, y por de dentro de muy seguras bóvedas, por la parte exterior tenia algunas aberturas, como siempre se ven en fábricas antiguas. Vivía pues dentro desta una pobre mujer, á quien por serlo tanto la habia hecho línosna la ciudad de darle allí aposento. Pero ella al cabo de algun tiempo, movida de algun ángel, consideraba su peligro, y el grande en que estaba la pólvora por causa de las quiebras que he dicho, pues por ellas inopinadamente podia entrar alguna centella y ocasionar su ruina y mayor desdicha. Así, con tal recelo dió muchas veces para el reparo dél á la justicia y regimiento diversos memoriales; mas como el sugeto que los daba era menesteroso, no se hizo caso de ellos; con que la pobre vieja tomó mejor acuerdo, y sin cansarse más se mudó á otra casilla.

El mismo dia que ella anduvo en aquesto, y miéntras cargada con su ropa desembarazó la torre, siendo las cuatro de la tarde, comenzó á revolverse el cielo, y con nublados gruesos, vientos, truenos y relámpagos á dar indicios de una grande tormenta, la cual viendo aumentándose como cerró la noche, duró en su peso hasta más de las once, hora en quien con un fiero estampido cayó un rayo furioso, lleno de tan perverso hedor, que dejó atosigadas todas las vecindades y contornos. Y entrando entónces por los resquicios de la torre el fuego de un relámpago, así emprendió en la pólvora, que con ser de disforme grandeza su edificio, su altura excelsa, y sus cimientos de extraña pesadumbre, su restringido fuego la levantó desde ellos como si fuera de un muy ligero corcho, y con tan gran violencia fué elevada en unas partes y otras, que ántes de caer en tierra reventó en mil pedazos, y sus disformes piedras volaron con tan gran impetu como sale una bala de un cañon de batir.

Toda la multitud de piedras y sillares dió en primer lance sobre las casas más vecinas, y dellas derribó con miserable estrago un espantoso número (quinientas dicen los que más las moderan), sin otros muchos soberbios edificios que quedaron cascados y en eminente riesgo. No hubo vidriera en los templos y casas que no se hiciese piezas; hasta las puertas y ventanas con solo el aire compelido se rompieron y abrieron, y en los tejados, frisos y chapiteles aun no quedaron sanos los ladrillos y tejas; y cuantos cofres, baules, escritorios, cajas, armarios y alacenas habia en todo el circuito, se descerrajaron y partieron por

medio; y lo uno y lo otro con tanta brevedad y diligencia, que casi no se percibió el ruido, cuando se vió su efeto. Murieron dentro de las murallas quinientas personas, y las heridas fuéron más de dos mil, y finalmente no hubo ni quedó cosa en toda la villa, que no sintiese parte desta desdicha, y lo que es más de admirar, á muchos que estaban acostados y que infelizmente quisieron ser curiosos, levantándose á ver la causa della, las mismas piedras que ya venian volando y gobernadas del ímpetu del fuego les arrebatava las cabezas, las piernas ó los brazos, y á otros los dejaba hechos polvos. Unos con el ambiente solo caian sin sentido en el suelo, y otros eran llevados por el aire á muy distantes partes. En esta casa el marido lloraba la muerte de los hijos y mujer, y en aquella, al contrario, la del esposo y padre: de manera que en toda la ciudad no habia otra cosa que lágrimas y espanto, ignorando los más, sin ánimo y aliento, el principio y medio de la calamidad y desventura que estaban padeciendo. Con esto hubo infinitos que pensaron era venido al mundo aquel tremendo, último y temeroso dia del juicio.

Sucedieron en tan pequeño espacio casos extraordinarios. Un muchacho venia de la plaza con una luz en las manos, y uno de los sillares, como si se sentara el inozo en él muy de propósito, lo llevó gran trecho sin hacerle más daño que perder el sentido, y así lo hallaron desmayado sobre la piedra el siguiente dia.

En una casa donde vendian cerveza, estando dos segadores jugando al naípe y apresurando brindis, miéntras bajó la huésped a una bóveda á sacarles cerveza, cuando subió al rumor, los halló que sentados y con las cartas en las manos se habian quedado muertos. Otra mujer, yendo á cerrar un aposento de su casa, la fuerza de los vientos la arrancó la cabeza y dió con ella un tiro de ballesta. A otra hallaron magullados los sesos, y viéndola preñada, abriéndola, la sacaron una criatura viva, que en tal calamidad fué más dichosa, pues en recibiendo agua de bautismo, espiró y voló al cielo. Pero en fracasos tan notables, el que más se notó fué el ver que una triste mujer con quien estaba en mal estado cierto ministro de justicia, se hallase en carnes y colgada de un árbol en el campo, pendiente al aire de sus mismos cabellos, y los intestinos y tripas defuera y arrastrando con espectáculo horrendo y asqueroso. Muchas personas quemadas de la pólvora quedaron tan desfiguradas y fieras, que aun sus más familiares y allegados no los reconocian. Ocho dias tardaron en sacar cuerpos muertos de las ruinas y edificios caidos; y en el tercero destes pareció un hombre vivo en el hueco que hicieron dos paredes, juntándose al caer en el suelo. Este con tiernas lágrimas preguntaba si era aquel dia el último, y si ya venia Cristo al juicio universal. Todo lo referido pasó en un breve instante, y lo restante de la noche hasta el alba quedó el cielo muy claro, limpio, sereno el aire. Andando con esto los magistrados y justicias con hachas encendidas de unas partes á otras, socorriendo y minorando el general conflicto, sacáronse los muertos, sin que los más pudiesen conocerse, y juntos los enterraron en el cimiterio de San Pedro, porque estaban algunos tan hinchados y hediondos, que causaba su detencion nueva calamidad y pesadumbre. Tal fué la plaga que esta ciudad sintió, que de todo el ducado de Brabante venian á verla como á

cosa espantosa y que había sido blanco y ferrero de un azote tan grave : parece que con él quiso mostrar el cielo el que por sus maldades y rebelión y herejías ya les amenazaba á estas grandes provincias.

Y no paró en lo dicho la relacion que escribo, porque aun creció el estrago en los arrabales vecinos. Aquí murieron mil y quinientas almas, unas voladas de la pólvora y otras sepultadas entre trecientas casas que tambien se arruinaron. El foso profundísimo que rodea la ciudad casi á docientos pasos de la torre, no solo se secó, aun con tener una gran pica de agua, sino que, llenándose de tierra, quedó igual con el campo, y el muro al mismo término por una banda y otra padeció su naufragio, quedó sentido, quebrantado y abierto. Sacó los peces, y desde el agua los arrojó en el prado; y arrancando los árboles desde su nacimiento, los llevó largo espacio, donde hizo nuevas selvas, nuevas montañas, hacinas y rimeros, que parecían los Alpes. Abrasó el fruto y hoja de cuantos se miraron dentro de media legua; y aunque parezca duro de creer, es cosa averiguada que los árboles que solamente perdieron la hoja y fruto, con ser agosto brotaron nuevas flores, nuevas hojas y frutas, que algunas maduraron en este mismo otoño.

La persona que esto me refirió, por más calificarlo, me acompañó y llevó á la iglesia de San Pedro, donde, como ya dije, sepultaron á los que perecieron aquella amarga noche; y allí me enseñó dos versos numerales que la ciudad mandó esculpir y hacer; en quien concisamente, para memoria del siglo venidero, quedó bien manifiesta y declarada la verdad deste caso, y juntamente su lamentable ruina; y así, si algun curioso peregrinare aquellas tierras, viéndolos, fácilmente confirmará mi crédito, y si hubiere tenidolas, saldrá tambien de dudas.

§. XXVI.

Las historias y libros, particularmente el que voy escribiendo, admiten con razon aquestas variedades, y tal es mi principal motivo; demas que tambien esta disposicion trae consigo á veces ensenanza y doctrina; por lo cual no es indigna de perdon mi tardanza, digo, la que he tenido en volver á mi historia por referir la trágica y funesta desta ilustre ciudad. Cierta ella fué espantable, y como investigaron diversos escritores y yo tengo apuntado, presagio verdadero de las innumerables desventuras que dentro de diez años comenzaron con larga duracion para aquellos países.

Ya dije arriba algo de la ocasion que me tenia en Malinas, aunque gran parte della fué la dolencia grande que alligó á mi cautivo, la cual por el presente, ó ya agravándose por verse en tal estado (pues no sé yo quién vive con salud si está sin libertad), ó ya inducida por otra causa superior y secreta, creció por puntos y horas hasta hacerse temer, y tanto, que él juzgó que moria, y yo lo creí con harta pena. Habíame, segun tengo advertido, aficionado mucho á su agradable persona; y así, en esta sazón no solo por perderle sentia su enfermedad, mas juntamente por ver perder su alma ántes de haber podido darle en su salvacion algunos toques. Desayudaba en parte esta tan justa empresa el contrario lenguaje, pues en casi veinte días que le traje conmigo, nunca me fué posible hacerle que apren-

N-1.

diese algo de español, mas ni tan gran dificultad bastó á desanimarme; ántes despues que presumí el peligro, no perdí ocasion en que, segun podia, no lo procurase atraer á mi mejor consejo, valiéndome para ello de los soldados amigos y algunas personas religiosas que sabian bien su lengua, no obstante que, surtiendo muy contrarios efectos, jamas el turco respondió á mi propósito más que con suspirar y llorar tristemente, hasta que una mañana, cuando ménos yo lo pensaba, y aun cuando más desesperado del suceso tenia resuelto alzar la mano dél, haciéndome llamar á su aposento, me llevó de improvise de otra nueva esperanza. Díjome, aunque por señas, que me quedase á solas, porque tenia que hablarme, y yo entonces creí que deliraba, pues no reconocia que, ignorando su lengua, era cosa imposible entenderle; y con aquesta duda mandé llamar á quien nos fuese intérprete; pero advertido dél, en muy claro español me respondió que no era necesario. Quedé pasmado oyendo tal milagro, y verdaderamente le tuviera por tal si él no me desengañara, como veréis muy presto. Caí en la cuenta y en su gran disimulo, y acumulando causas á mi curiosidad, me prometí de todas una grande salida; y así, haciendo primero despejar el aposento, sentándome, escuché en muy gallardo estilo, ladino castellano y liarto mejor que el mio, el razonamiento, que empezó desta suerte :

Por muchas causas, oh dueño y señor mio, te he querido llamar en este duro trance, en quien ya solo es tiempo de confesar verdades, y mayormente pendiendo de una dellas el principal remedio de mi alma; que todo lo demas es accesorio y de muy poco efecto; pero porque en el divino acatamiento sean de algo mis propias confusiones, y ocasion de algun mérito mi terrible vergüenza, no excuso, si bien cercado della, el declararte los intimos secretos de mi pecho, no para que su maldad te desoblique, sino para que como acertado médico apliques á sus llagas remedio conveniente. Tú como caballero cristiano trata de su cura, y yo como tu cautivo y obediente la resigño en tus manos : haz della y haz de mí lo que por bien tuvieres; confío que será mejor; pero escúchame ahora.

Este preámbulo tan concertado y bien dispuesto me dejó absorto, y mucho más el discurso de su historia, que así fué prosiguiendo :

A doce leguas de la imperial Toledo, dignísima cabeza de los reinos de España, está un lugar de aquel arzobispado, donde nació el que ves, no, segun has pensado y te dije al principio, en el Peloponeso y de padres infieles, sino ilustres y nobles, y como allá decimos, cristianos muy ranciosos; mas como entre las flores y plantas más hermosas tal vez se empaña el cardo montaraz, así para su ofensa nació este monstruo de su más limpia sangre, y es aquesta verdad tan infalible y cierta, que no puedo alegar razon que me disculpe, pues ni me faltó el paternal cuidado, crianza y disciplina en mis primeros años, ni hasta los diez y ocho, que salí de su abrigo, me dejaron gastar el tiempo ociosamente, ni ménos que en ejercicios loables, letras y estudios, segun mi suficiencia. Estos buenos principios torció mi inclinacion depravada y nociva, dió al traste con su empresa, y con pequeña causa desamparándola, me hizo dejar mi casa, y sonsacando á otro mozuelo menor que yo, salí á ver el

mundo en su compañía ó á comprobar, según yo decia, sus maravillas grandes y potentes obras, opulencia de reinos y extranjeras provincias, que habia visto y leído en diversas historias. Así se concertaron las primeras pisadas de mi desobediencia: falté á la obligacion que debía á mis padres, á sus necesidades y trabajos, cuyo remedio y fin juzgaban ellos que serian mis estudios: cerré á su amor los ojos, y abrí desenfrenado franca entrada en mi alma á todos los pecados, vicios y libertades, que con su fuerza grande al cabo me arrojaron en el estado que mirais y al presente suspiro. Conocidos y vistos los principios del hombre, fácil nos es conjeturar sus fines; tal es la inclinacion, cual siempre fué el sugeto, y tal cual este su lenguaje y plática, y con su plática se conforman sus obras, y con sus obras se concierta la vida, y de ordinario con la vida la muerte; mas no permita Dios que en mí se vean cumplidas estas palabras últimas: espero de su bondad infinita que, pues por tan extraños y secretos caminos me ha traído á morir á tierra de cristianos, no será él paradero y fin de mi carrera como pronosticaron sus adversos principios.

Digo pues, dueño mio, que salí de mi patria yo y mi camarada con tan poco dinero como discurso y juicio; y así, mal sustentados llegámos de mañana á Torrijos. Guardábase de peste aquel y los demas lugares; no nos dieron entrada, ni nosotros llevábamos el acostumbrado testimonio; y así, hubimos de callar y volver al camino; pero un caso harto impensado suspendió aqueste intento, y aun me puso en peligro de perderme. Halló mi compañero en medio de aquel campo una pequeña clozo, y metiéndose en ella, dentro de breve espacio salió con una espada: no parecia persona en todo su contorno; túvelo á buena dicha, y aplicándola luego para los gastos del camino, yo, que era más dispuesto, me la puse en la cinta; mas presto á mi pesar me dejaron sin ella. No habiamos andado medio cuarto de legua cuando por el rastro nos alcanzó su dueño, y como con mis frágiles brazos y experiencia peleó juntamente su verdad y justicia, no solo nos rindió, mas con la misma espada me dió una grande herida en la cabeza, y aun pienso me acabara si á las voces que dimos mi amigo y yo no acudieran corriendo cinco ó seis carreteros, que me quitaron de sus manos, y advirtiendo la sangre, le agarraron y volvieron al pueblo, y á los dos juntamente; donde, por no cansaros con tan pueriles cosas y porque mi grave enfermedad no deja que me alargue, un alcalde ordinario conoció de la causa y me mandó curar en casa de un vecino, mas en el interin, temiéndose mi amigo que tambien le dejasen por las costas, no sin algunas lástimas y abrazos se despidió de mí. Esto há ocho años, y nunca más supe dél, si bien, aunque estuve en peligro, sané dentro de quince días, y fui en su busca y seguimiento á la ciudad de Sevilla, para la cual era nuestra jornada.

Aquí llegaba el mísero cautivo, cuando, sin poder más reportarme, visto tan claramente y conocido lo que tenia delante de mis ojos, advertida su plática, advertidos los pasados progresos y principios de mi historia, los sucesos y casos de mi primer viaje, llorando tiernamente, no sin espanto suyo interrumpiéndole, abracé á mi cautivo en el disimulo de turco, que yo estaba escuchando, al primer compañero que tuve en esta vida, al condiscípulo de la escuela y estudio, y aquel que, si traeis á la memoria en el principio deste libro, dejé herido y curándose donde él ha referido. Tales, tan peregrinos son los acaecimientos de los hombres, y por el consiguiente, tan digna de respeto y justa admiracion la causa superior que los gobierna. Dí á su divino Autor con profunda humildad reconocidas gracias, juzgando este dichoso encuentro por uno de los mayores beneficios que tuve de su mano, tanto por la reduccion de aquella oveja, cuanto por ver que se servia de enderezarla por mi medio; y volviendo con nuevo regocijo á abrazar á Figueroa, me le di á conocer, colmando con novedad tan increíble igualmente su pecho de espanto y confusion, de vergüenza y consuelo. Pasmó en oyendo mis razones, y con silencio mudo, fijando los ojos en el suelo, dijo callando, con solamente lágrimas, mucho más en su abono que lo que pudiera hacer con infinitas razones. Así, con larga intermision le dejé que templase y fuese poco á poco despidiendo del pecho la súbita congoja que le tenia turbado; después de la cual, confortándole yo con entrañable afeto y dándole ánimo con más tiernas caricias, y aun breve cuenta de mis acaecimientos, volví á su término los perdidos espíritus, y á más firme esperanza y seguro puerto su empacho, su temor y desconfianza. Y con tanto, ratificado nuestro pasado amor con otro estrecho lazo, nuestra antigua amistad con la aficion y fe que suele perpetuarse cuando desde pequeños se comienza y prosigue, como quiera que para el remedio de su alma no convenia encubrir lo esencial de su cuento, aunque con débil voz, algo más alentado, le volvió á referir en la siguiente forma:

Supuesto, amado Pindaro, que á mí me importa y á tí no es enojoso este discurso triste, no lo pienso excusar, si bien mucho quisiera que antes de proseguirle disculpase igualmente mi mal conocimiento lo mismo que en el tuyo puede ayudar al mio. Como te libra á tí mi traje y lengua bárbara, haga lo propio en mí el poco ó ningun tiempo que aquí te he conversado, el verte ahora tan gallardo y tan hombre, y el haberte dejado tan muchacho y rapaz cuando nos apartámos en Torrijos, tú para continuar tan buenas dichas, y yo para despeñarme en Sevilla, como sabrás ahora. Allí pues, caro amigo, te esperé muchos días, si bien el gran trabajo que tenia en conservarme, para más bien hacerlo me obligó á procurar mejor modo de vida. Supe que un caballero, tratando de casarse, buscaba pajes y daba ricas libreas, y aunque muy mal tratado, mi tallo y modo le pareció á propósito: recibíome en su casa, y en corto término yo me vi reparado. No pasó una semana sin concluir la boda; traje mi amo á su esposa, que era una hermosa dama; y así, con muchas fiestas, largos y alegres días regocijó la familia este su nuevo estado. Llamábase él don Carlos y su mujer Luciana, él discreto y galan, y ella bella y virtuosa, y uno y otro muy ricos y poderosos; con que en tan cuerda union fuerza era que viviesen una vida alegre y dichosa: tal lo era ciertamente, y con razon pudiera envidiarse en Sevilla aquel feliz y hermoso ayuntamiento, si la instable fortuna, natural enemiga de los buenos, no volviera su suerte, trocando la mayor tranquilidad y buena dicha en el más triste estado que padecieron hombres. Desta calamidad fui yo no poca parte; y así, aunque es algo accesorio al principal motivo que me obliga á contarla, todavía, por-

que lo sepas todo y se avergüence mi alma refiriendo sus males, podrás tener paciencia y escucharla. Trajo Luciana consigo, entre otras muchas, una criada á quien, por la experiencia de amor y servicio, estimaba en extremo, y aun daba un poco más de libertad que á sus compañeras, con lo cual acaeció lo que á mujeres suele, que con el regalo demasiado, favor y libertad se olvidan de su honra. Aficionóse á mí, y yo tambien puse en ella los ojos; y como es tan difícil que de unas puertas adentro, por más recato que haya, dejen de ejecutarse estos hurtos amorosos, cual el ladrón de casa, fácilmente los puse donde nuestros deseos torpemente anhelaban; mas no perseveraron en semejantes desórdenes. Fuimos sentidos presto, y casi cogidos, como dicen, las manos en la masa, por la honesta señora; pero aun en tal desgracia nos favoreció la suerte. Estaba entónces en el campo don Carlos, y su ausencia dió término para que mitigase su alteracion Luciana: quiso al principio entregarnos, llamando al marido; pero pensando en ello, temiendo que con furioso ímpetu nos matase, y luego la inquietud que le redundaria, determinó seguir otro consejo. Mandóme que al momento saliese de Sevilla, y segun despues supe, con secreto y sin ruido pagó despues la triste criada lo que entrambos debíamos, y tal labor la hizo, que en más de un mes, coloreando el achaque con cierta enfermedad, no salió de una cama; y puesto caso que por su atrevimiento y deshonestidad debiera aborrecerla, no obstante, piadosa y compasiva, recelando que del desampararla naceria su mayor perdicion, la regaló y curó, y aun la volvió á su gracia. Mas ni esto fué bastante para amansar la rabia y el desecho de venganza que por el justo castigo, interrupcion de sus deleites y haber echado tierra sobre nuestras maldades, se apoderó de su criada. Estaba yo en el íterio tan ciego y abrasado de mis locos amores, que no solo no obedecí el mandato ni salí de Sevilla, mas bebiendo los vientos, por todos los caminos que me fuéron posibles procuraba tener noticia de mi dama; y así, ella que no ménos que yo anhelaba á las mías, luego en convaleciendo tuvo mejor acierto, supo de mí persona; y no faltando modos para escribirme ni medios y terceros para hablar, yo la vi muchas veces por una alta ventana, y ella, que no ignoraba mis pocas fuerzas, á trueque de que yo perseverase en la ciudad, se quitaba el sustento, vendia las mismas tocas para dármele.

§. XXVII.

Destá suerte proseguí muchos dias en su imposible empresa, porque con lo pasado el recato y cuidado de Luciana le puso tanto estorbo, que le dificultó y aun hizo inexpugnable. Jamas un punto la apartó de sus ojos; ni en casa de sus padres (que los tenia en Sevilla) la dejaba salir, ni aun á misa, sin ella; con que precisamente fué creciendo su llama, y por consiguiente, su irreparable enojo. Ya no de proseguir mi amor, sino de vengarse de su ama trataba Lucrecia (era aqueste su nombre, harto distinto de su primer origen). Más ciego es en la mujer, más terrible y fogoso el apetito de venganza que su propia lascivia: lo que no hiciere airado este frágil sugeto, mal he dicho, este espantoso monstruo, no intentará ni hará la más hambrienta tigre. Bien es verdad que nunca concedí en su horrendo propósito, si bien tampoco lo excusé y desvié, como estaba

obligado: lo cierto es que, aunque oí su amenaza, nunca pensé que Lucrecia la pusiera en efeto; mas engañóme entónces mi corta experiencia, pues sin poder bastar mis ruegos y persuasiones, ella se resolvió á determinarla, y me encubrió el secreto muchos dias. Esperó coyuntura, y estando su señora fuera en cierta visita, don Carlos en su estudio, no quiso perder tiempo: entróse á él, y cogiéndole solo, le dijo que tenia que hablarle, y añadiendo ser cosa de importancia, cerrando el aposento, él la escuchó con mucha admiracion, y ella le comenzó á decir estas mismas palabras:

Dos condiciones solas quiero, señor, que me prometas ántes de descubrir mi pecho: una ha de ser que has de guardar secreto sin nunca publicar el autor deste aviso, pues no será razon que por premio de mi lealtad y celo de tu honra en algun tiempo alguien me dé la muerte; y la otra ha de ser el no correr con furia ni precipitacion, sino mañosamente, hasta ver con los ojos lo que te advierto ahora. No pudo ménos de turbarse don Carlos: ofreció así cumplirlas; y reventando por salir de tal duda, la mandó proseguir; y ella comenzó de nuevo á hacer nuevos preámbulos, ya por disculparse en darle un tal enojo, ya en el haber tardado en descubrir la causa, y ya sobre calificar su lealtad y experiencia, su servicio y amor, su diligencia y prontitud, y principalmente la verdadera fe con que á Luciana amaba, no tanto por su merecimiento, cuanto por ver con tan larga asistencia lo mucho que él la estimaba. Aquí haciendo una pausa, pasó adelante y dijo: Ver pues, señor mio, tu aficion tan mal correspondida, tu decoro y honra tan poco respetada, mueve hoy á mi lealtad mi lengua para poder decirte que te ofendo y afrenta Luciana. Sabe Dios que ántes desto son infinitas las veces que la he reprendido, y muchas más las que por fruto de mi amonestacion he sacado palabras injuriosas, obras indignas y malos tratamientos de su boca y sus manos, y aun hasta amenazarme con la muerte cruel no ha parado: yo temo que esta se me apareja ya si tú no me socorres remitiéndome en casa de mis padres, ó no pones remedio en las cosas de entrambos. Un vil criado tuyo ha violado tu lecho; no es más ilustre y alto su infame y torpe empleo; los dos viven tan ciegos en su amor y tu injuria, que si tienes paciencia y te gobiernas con cordura, verás y tocarás probado su delito. No quiero que en cuanto á esto fies de mis palabras, aunque si abres los ojos, si callas y no das muestra de tu recelo, yo aseguro que muy presto, mirándoles al rostro, conozcas su maldad y cuál es el criado que te ofende.

Cesó en diciendo aquesto la inadvertida moza, y no ménos terrible le fué al triste don Carlos escuchar sus razones que si en dos mil pedazos le arrancaran el alma: amaba aun más que á ella á su inocente esposa; teniala (como en efeto lo era) por muy honesta y santa; juzgaba por imposible cosa semejante probanza; mas entendiendo cuán fácilmente podia desengañarse, algo más alentado, disimuló su pena, advirtió á Lucrecia que sobre aquel suceso no hablase á otra persona, y mandándola volver á su labor, se quedó solo, pensando en su desdicha y en quién seria el criado cómplice de su traicion. Tenia entre los demas uno muy gentil hombre, de rostro muy hermoso y de costumbres mucho más, y por aquesta causa su más favorecido; y así, su

esposa, entendiendo que le agradaba en ello, siempre se servía dél, siempre le regalaba y cuidaba en su avío. Ningun negocio, ninguna diligencia ó mensaje y recaudo mandaba Luciana á otro; todo corría con pura y sencilla voluntad por las manos de aqueste. De aquí nació el presumir don Cárlos que aquel debía de ser, pero su gran fidelidad experimentada dél por muchos años, porque le habia criado desde los primeros que tuvo, le hacia prevaricar y dudar en el crédito; mas con todo, deliberó de andar muy sobre aviso y ver si podría desengañarse por sí mismo sin usar de otros medios. Y con aquesta advertencia, como quiera que ya sus propios celos le iban trastrocando las cosas, lo negro haciendo blanco y lo hermoso muy feo, parecióle que aquel andaba más pomposo y lucido; y siendo así verdad, que el ser limpio y bizarro le procedía de una natural lozanía, la atribuyó á mal fin. Y fuera desto, atendiendo el criado solo á servirle, viéndole tan solícito, tan cuidadoso y diligente, tan continuo en su presencia, y tan asistente á agradar á su esposa y á granjearle á él, todo le fué incentivo para creer su sospecha, todo mirado con presupuesto falso aumentaba sus celos; y en admitiéndose estos ó su amarga ponzoña, siempre sucede así. Cualquiera accion de la ignorante dama, aunque fuese de las más ordinarias y comunes, interponiéndose el criado, era el retrato vivo de la traicion que presumia en entrambos; y en conclusion, de tal forma el demonio dispuso sus descuidos, que sin tener Luciana cuidado alguno en lo que sanamente y con bondad hacia, y sin pensar el paje la ofensa de su dueño y los rabiosos ojos con que eran remirados sus más gratos servicios, incurrieron en la culpa que nunca cometieron y en el castigo cruel que no habian merecido. Finalmente, don Cárlos tuvo por cierto el daño, y resuelto á vengarse, habló primero á Lucrecia; quiso saber primero si se atrevia á hacelle ver con efeto lo que con palabra le habia descubierto y prometido; y ella, más obstinada, ofreció el cumplimiento con gran facilidad. Informóle del modo: díjole que fingiese que, como otras veces, se iba á cazar al campo, y que volviendo solo cerca de media noche, la hiciese cierta seña, con la cual le abría, y que yéndose luego al aposento de su esposa, la cogeria segura con su atrevido adúltero. Así fué su concierto, y sin más dilatarlo, pareciéndole bien al desdichado caballero, con cuantos criados podian embarazárselo, salió el siguiente día con voz de que iba á caza. Así lo presumió su honesta compañera, y bien ajena del mal que la esperaba, ántes de anochecer reconoció la casa, mandó cerrar las puertas, y con su genio se recogió temprana. Era de parecer que la mujer honrada, ausente su marido, se ha de tratar como huérfana y viuda. Pero ántes desto por la ventana acostumbrada yo me vi con Lucrecia, de quien sin muy largos rodeos (como el guardar secreto con quien se quiere bien es cosa tan difícil), mirándome algo melancólico y triste, no tan solo, pensando así alegrarme, escuché muy alegres consuelos de su boca, cierta y breve esperanza de volver á gozarnos, más juntamente su traicion y venganza. Bien pienso que creyó que la daría ulteriores, ó que de puro gusto saltaría como loco; mas fué otro efeto el que sintió en alma: los cielos saben que en mi vida suspiré ni lloré causa que me afligiese tanto. Mucho amaba á Lucrecia, y mucho más la

quise á los principios; que las intercadencias templan y enfrian sus llamas; mas ni por eso me atreví á tolerar un tan gran maleficio: disimulé y callé; y despidiéndome lo más presto que pude, hice una cruz al puesto, y con resolucion de abandonallo todo, provecho y aficion, sustento y voluntad, escribiendo á don Cárlos un papel, sellado y bien cerrado se le dí al mismo paje que inocente culpaban; mas quiso mi ventura, y aun la contraria suya, que no supiese yo con tanta distincion como era necesario la máquina trazada, ni sabia si era él la persona esencial, ni el tiempo y modo ni otra circunstancia del caso; y así, tan solamente avisé por mayor á don Cárlos lo que sabréis despues, advirtiéndole al criado que en todo caso le diese aquel billete al punto que llegase, y aun si pudiese ser, se le enviase adonde estaba en caza. Encarguéle este punto encarecidamente, y porque no faltase, le repetí mil veces que era un muy grave aviso; pero cuando está una desgracia determinada de los cielos por sus secretos juicios, poco aprovechan y sirven diligencias humanas. Pensé que aquesta mia pudiera remediar el aleroso engaño, mas yo trabajé en balde; mi buen celo me excusa, mi ignorancia me salva. Finalmente, segun lo concertado, don Cárlos, huyéndose á su gente, volvió á la hora advertida, y poniéndose al lado una daga emponzoñada, y trayendo consigo cierto veneno fuerte dispuesto para el caso, hecha la seña, bajó Lucrecia á abrirle; pero es de advertir que ántes corrió primero al aposento del criado, y llamándole apriesa, le hizo subir al mismo de Luciana, y diciéndole que ella se lo mandaba porque queria enviarle á que trajese un médico, tambien le dió á entender que la habia saltado un accidente repentino; con lo cual sin poner otra excusa el diligente mozo, obedeció volando, y al propio instante, abriendo ella la puerta á su señor don Cárlos, de tal forma dispuso este apariencia, que el ir subiendo el uno y bajando el otro fué casi todo á un tiempo. Habia hallado el criado cerrado el aposento y con gran quietud el cuarto de su ama, y casi (escuchando un poco, y llamando un buen rato y no le respondiendo) juzgó que fué el intento de Lucrecia burlarle, y con algun enfado se volvía para el suyo; mas atajó sus pasos quien ménos él creyera que le podia ofender. Apénas su señor con verle en tal lugar confirmó sus sospechas, cuando embistiéndole furioso, á los primeros golpes le pasó el corazon, y sin decir Jesus, le tendió en aquel suelo, y con la misma rabia, derribando las puertas, entró donde su esposa estaba reposando, y arremetiendo á ella, arrebatándola del lecho por sus madejas de oro, que tal era el cabello, la trajo un largo espacio arrastrando y hiriendo de unas partes á otras, y estando casi muerta con mal tan repentino la inocente señora, conociendo á su esposo, mucho más se turbó de verse así tratada por quien, en fe de su virtud y de no haberle errado, ántes habia de ser respetada. Con este mortal afligimiento, llorando, solo le suplicaba le dijese la causa; mas él, sordo á sus voces, con el sangriento pomo de la daga porque no hablase la hizo pedazos los dientes de la boca; y así, habiendo despues desto gran rato maltratádola, queriendo despacharse, por no derramar sangre de quien tanto habia amado la dió á escoger de dos partidos uno. Díjola: O toma este veneno con que se acaben tus miserables dias, ó

espera que yo con mi daga te haga pedazos el corazón y el pecho. A esta triste sentencia, viendo la infeliz dama deliberado su más querido esposo, y que ni sus ruegos y lágrimas podían moverle á escuchar sus razones, tomó la caja donde estaba el veneno, y alzando al cielo los lastimados ojos, dijo: Yo hago á Dios y á los hombres testigos de que muero inocente; yo ruego á la divina Providencia que no quede contigo (¡oh dueño amado mío!) ni con el mundo átomo de sospecha que sea contra mi honra, y que sea mi limpieza con tan claras señales conocida, que á tí te pese más de la presente muerte que ejecutas que no á mí de perder esta amarga vida. Bien sé que me la quitas ó por mal informado ó por aborrecerla; pero también no ignoro que ni por esto ni por aquello es dado ó permitido; mas no obstante, solo ahora me es lícito callar y obedecerte: no quiero que tu mano irrite contra sí con mayores crueldades el castigo del cielo: sin derramar mi sangre consiento y quiero que consigas tu gusto. Así habló, y con valor constante llevando el eficaz veneno hasta la boca, lo pasó en un momento; y hecho esto, volviéndose al marido, tornó á decirle semejantes razones: Ya, Carlos de mi vida, se ejecutó tu gusto; ya, señor mío, cumplí tu voluntad: justo es que, pues ahora no se excusa mi muerte, tú, que eres mi marido, no me niegues en este último trance lo que aun me concedieran los más fieros enemigos: no es imposible ni arduo lo que quiero pedirte; que me declares la causa de tus iras es solo lo que yo te suplico; y este bien solamente, si puede haber consuelo en tan amarga despedida, se le dará á mi alma; concédela y concédeme que parta de tus pies con este breve alivio. Aquí, oyendo demanda semejante el engañado caballero, en vez de lastimarse y reprimir su colera, más encendido en ella, juzgó por mayor atrevimiento querer así su esposa negarle su pecado y delito que si le volviera á cometer de nuevo; y así, con más furor, volviéndola á tomar por los cabellos, la dijo: ¿Cómo, infame mujer, aun tienes lengua, viéndote en tal estado, para contradecir lo que mis ojos vieron, y tocaron mis manos? Mas ya caigo en la cuenta; ya conozco y entiendo que te agrada el mirar ántes de tu vil muerte la causa della y el fin de mis afrentas: ven, ven; sígueme, sucia arpía: bien es que, pues ya mueres, te conceda esta gracia. Con esto, arrastrándola por todo el aposento, la sacó y llevó adonde estaba revolcando en su sangre el desdichado mozo. Y echándola, en llegando, sobre el difunto cuerpo, con temerosa voz la dijo: Hárate, desleal; ya cumplo tu deseo; pues te acordaste en la ruina de mi honra con este infiel sugeto, justo es que os conformeis ahora los dos en la muerte, en el lugar y el tiempo.

En este punto la infelícísima señora, á quien ya muy aprieta, yéndosele acercando al corazón el eficaz veneno, le faltaban las fuerzas, viendo aquel espectáculo y alzando débilmente el macilento rostro, dijo dando una voz: ¡Oh poderoso Dios! ten piedad de mi alma; mayor es mi desgracia de lo que yo creía; mayor es el engaño de mi querido esposo, mucho mayor sin duda, pues así ha muerto á dos tan injustamente; alúmbrale, Señor, en ceguedad tan grande, aclara mi lealtad, y manifiesta la inocencia de aqueste y la traicion con que hemos muerto entrambos. Y no pudiendo pronunciar los últimos acentos, cayó difunta, dejando atónito

y pasmado á don Carlos de ver en su mujer tanta constancia, morir negando su delito y injurias; mas como con el haber hallado su criado en el puesto que dije tenía tan confirmadas sus celosas sospechas, deseando otra duda, trató de disponer sus cosas con segura salida. Había imaginado cierta traza para dar á entender que de una apoplejía podía haber muerto esta noche Luciana; y así, llamando á la cruel Lucrecia, ayudándole ella, la puso en su mismo lecho. Y después desto, queriendo juntamente dar cobro en el criado enterrándole en unos soterraños, como para ponerse en el hombro le fuese levantando por la mitad del cuerpo, el mismo peso abrió las faltriqueras, y entre otras cosas que salieron dellas y cayeron á sus pies, fué un billete cerrado, que, según dije arriba, yo se le había entregado la tarde ántes para que se le diese en viniendo de caza; y como en tan arduo negocio convenia estar muy advertido y no dejar camino ó rastro por donde se pudiese presumir el secreto, pues muchas veces vemos que de pequeñas y aun menores señales nacen grandes indicios, y finalmente el descubrirse casos importantísimos, atento á prevenirle, no quiso el caballero que allí quedase cosa que hiciese daño. Recogió las que dije, y entre ellas mi papel; mas viendo el sobrescrito, que era para él, no obstante la obra comenzada, incitado y movido de la justicia divina, que no quería dilatar el castigo, le abrió y lo leyó, que es lo mismo que se sigue:

«Por haber comido vuestro pan, y sobre todo, por lo que debo á Dios, y me obliga su fe ser hombre y ser cristiano, os aviso, señor, que vuestra criada Lucrecia trata de levantar á vuestra esposa una grande traición en venganza de haberla ido á la mano en mis amores mismos; que esta fué, señor mío, la ocasión verdadera por que Luciana me echó de vuestra casa. Séaos esta advertencia norto y senda segura para no tropezar engañado en algun bajío; mirad sin duda que lo que os digo es cierto, porque aun aquesta tarde me ha declarado en cuán estrechos puntos andaba su venganza, y las injustas muertes de Luciana y otro criado suyo, con el cual os había hecho creer que torpemente manejaba vuestro lecho. Cuervo y prudente sois; recibid el aviso, y proceded en este caso, ántes de comenzar, ménos acelerado que cauteloso; que si lo hacéis, yo fio que veréis mi verdad y me quedaréis agradecido para siempre.»

§. XXVIII.

Así, aunque tarde, leyó don Carlos lo que yo le escribía, temblándole las manos, y el corazón turbado dentro del pecho: creyó sin duda, en viendo mi papel, que algun espíritu, para más afligirle ó reducirle á que se desesperase, le había fingido y puesto delante tan fuera de sazón aquel inopinado encuentro: por otra parte presumió que dormía y que tan tristes cosas le sucedían soñando; y en un muy grande término ni se pudo mover ni levantar los ojos del billete. Mas en el interin la perjurá criada, que nunca imaginó que su venganza llegara á ejecutarse con tan sangrientos fines, reconociendo á semejante tiempo en el rostro de su amo tan nueva alteración, mudanza y señales tan fuera de propósito, adivinando su desastre (como quiera que esta sea calidad de los malos, estar siempre temiendo el castigo y

la pena), tambien comenzó á demudarse y perder las colores; pero fué mucho más cuando su amo (porque curioso quiso ver cómo lo tomaba y recibía) la puso mi billete en las manos; porque entónces ya sin tener esfuerzo para disimular, apenas conoció mis renglones, cuando cortada y sin alientos se cayó desmayada; pero volviendo luego en sí, con igual desatino, levantando y cayendo, quiso dar gritos, quiso correr á echarse por una alta ventana que salía á la calle. Desta suerte quitándola el vigor para disimular cuando más le era necesario, permitió Dios que, aun sin hablar palabra, tácitamente confesase su culpa, y tarde y mal don Carlos conociese su engaño. Con todo eso, aun con estar ya él más muerto que su esposa, tuvo valor y espíritu para mandar á la criada que extensamente y sin negarle nada le refiriese la verdad de todo el suceso, y ella asimismo para echarse á sus piés y pedirle perdón con muchas lágrimas, y juntamente para hacer su mandado, contándole desde el principio hasta la postré todo el proceso de nuestro amor y el miserable origen desta amarga tragedia; repitiendo en su discurso largo muchas veces que nunca habia pensado que tan al fin llegara su terrible venganza, ni la habia deseado para más que ver á su señora maltratada y herida como lo fuera della. Esto fué lo que dijo, y estas palabras solas las que pronunció en esta vida; porque, aun no siendo poderoso para escuchar más el engañado caballero, rompiendo el aire con dolorosas voces, arremetió con ella, y rasgándola el pecho, habiendo primero dádola veinte y seis puñaladas, la sacó el corazon, y con la misma rabia enfureciéndose con él, por ser el instrumento principal donde forjó sus daños, le dividió y partió en mil menudas piezas; y sin más tardanza, despues de un triste llanto que hizo sobre los cuerpos de su casta mujer y fiel criado, juzgando por imposible cosa rescatar tantos males, dejando mi papel y á las espaldas del escrito todo el caso, se salió de Sevilla y con ligeras postas se metió en Cataluña. Luego el siguiente día se supo en la ciudad, y estando en Gradas alcancé su noticia, y aunque mi aviso otras nuevas mejores me prometia, todavía, si bien las sentí, no me cegó el dolor de la suerte que á Lucrecia. Consideré mis cosas, y temí que, ya por sabidor y cómplice en el hecho, ó ya para su mayor comprobacion, me pondrian en la cárcel, y que en ella, por si viste ó no viste, ó si pudiste ó no pudiste avisar con más tiempo, me tendrian dos años. Tomé mejor consejo, y vendiendo el vestido, trocándole á otro peor, disfrazado y á pié caminé hácia Sanlúcar.

De allí, despues de haber gastado lo poco que llevaba, por esta causa y porque tambien no me tenia por seguro, partí á unos lugarillos del término de Cádiz, do están las Almadrabas, y en quien, aunque lo diga con vergüenza y disgusto, viéndome perecer, me acomodé á su oficio: paré en aquella confusa picardía y bascosidad y horrra de nuestra patria España. Pudiera referirte de aquel bajo ejercicio sucesos bien notables, mas el gran mal que siento me hace que pase en blanco estas y aun otras cosas. En fin, yo gasté aquí cuatro meses de tiempo, y no sé si fueran muchos más, segun me habia prendado la vagamunda ociosidad, libertad y abundancia de que sin rey ni ley gozaba alegremente; pero perdila toda cuando ménos cuidaba, guiando, como despues lo supo mi mayor desventura, el aviso que dió

un morisco andaluz engerto en mal cristiano, ya del grande descuido en que estaba la tierra, y ya del poco estorbo que se podia temer de nuestra corta guardia. Así, por esta causa animando á Zanaga, cosario vigilante y turco de nacion, salió de Argel en corso, y caminando hácia poniente con cuatro galeotas, en pocos días desembocó el Estrecho, y acercándose á Cádiz, ántes de amanecer echó en tierra su gente, y con gran brevedad, valiéndole la noche, nuestro descuido y sueño, ántes que despertásemos ya estábamos cautivos más de doscientos hombres; con quien, no sin suspiros míos, comenzaron á guiar do estaban sus bajeles. Pero por mucha priesa que el bárbaro se dió, entendido en la isla, salió el Corregidor con buena gente (dijose en las galeas que un natural del puerto renegado saltó dellas y avisó á la ciudad), poniendo así en discrimen el contrario suceso, como en peligro cierto de perecer los turcos ó perder la presa, la cual iban ahora recogiendo y haciendo el último esfuerzo por librarla y librarse; mas no les fué posible. Trabóse escaramuza, sintiéronse apretados, y mal que no quisieron, alargaron los más; solo yo y otros treinta por nuestra desventura nos quedámos cautivos, aunque ántes un fracaso puso nuestra libertad en alguna esperanza. Parece ser que, habiendo la marea vaciado entónces mucho, cuando los acosados turcos quisieron virar las galeotas las hallaron en seco; lo cual visto por ellos, les causó gran desmayo, si bien en cuanto algunos pocos, escaramuzando bravamente, detuvieron los nuestros, la resta que quedaba, con los hombros y brazos á pura y viva fuerza las echaron al agua: esto se pudo obrar con las tres solamente, que eran vasos pequeños, y no obstante, perdieron ántes de ejecutarlo más de cuarenta turcos entre muertos y presos; pero el bajel de Azan, por muy grande y pesado, escapando la gente, quedó con los de Cádiz, mientras desesperados dieron los tres la vuelta, dejando á diez por hombre, defraudado el suceso, que solo fué trágico y lloroso para mí y otros treinta cristianos, pues cuando en un momento volvieron á su asiento los demas camaradas, y cuando los de Cádiz celebraban con fiestas la vitoria, la presa rica, y amada libertad de los tristes forzados que venian en la galeota de Azan, mis lastimados ojos y mi cansado aliento arrojaban al viento suspiros tiernos y lágrimas amargas, y mayormente luego que vi apartarme de la costa de España, perder de vista sus apacibles montes, y ponerme en seis días en la playa de Argel, donde en pública almoneda nos vendieron al punto, cayendo yo en poder de un arráz de Biserta, que me llevó consigo dentro de veinte días. Dióle en este viaje mi juventud y falta de experiencia ocasion á mi dueño para persuadirme mejor que tomase su ley, ya á las veces con ruegos, ya con amenazas, ya con caricias, ya con malos tratamientos; pero siempre vencí y le dejé corrido; porque es tal la verdad, tanta la fuerza de nuestra fe católica, y tiene el alma con ella tan alta consonancia, que el confesarla solo la asegura y quieta, como al reves la aflige el dudarla ó torcerla. Este claro argumento, aunque en tan pocos años, tuvo mi mocedad por seguro puerto, sin que en muy largos días hiciesen mella en ella ninguna estratagemia de las muchas que usó mi cruel patron, ya cargándome de cadenas y azotes, ya cercenando mi mísero sustento, y ya trayéndome siempre en continuos trabajos, acarreado piedras, moliendo

en atahonas, aderezando campos, cultivando heredas. Yo curaba las bestias, yo guardaba el ganado, yo plantaba jardines, yo regaba las huertas, y destos puños solos pendia el gobierno, el servicio y cuidado de su casa; y con todo, no le tuve contento hasta que, cogiéndome por fuerza, amarrado á un pilar, me retajó, y con igual violencia me liizo vestir de moro y casar con una muchacha de quince años, su hija. Ten, Píndaro, por cierto, que no es lo que te he dicho presuncion de abonarme, sino efetivamente lo que entónces pasó; porque te hago saber que, aunque alegué la fuerza, reclamé á la justicia, y pretendi probarla, no tuve algun remedio; ántes declararon morabitos (que son letrados de su ley) que estaba sujeto á sus preceptos y era tan turco y moro como ellos. Tienen por opinion aquellos ciegos bárlaros, entre sus desatinos, este, que es más enorme. Afirman que ofrecen á Mahoma muy grato sacrificio siempre que por grado ó por fuerza atraen alguno á su maldita seta. Así, yo entónces, en el vestido turco y en el alma cristiano, permanecí hasta que tuve lijos, prendas con que empecé á olvidarme y á remontarme poco á poco de mi remedio y salvacion : quedéme al fin á escuras sin los rayos del sol, y trocando su luz por las tinieblas lóbregas en que viví hasta ahora, ciego de un torpe amor, enlazado de una frágil cadena; y en conclusion, encenegado y sumergido entre los viles vicios y lascivias que permite el ignorante mahometismo, tan largas muestras di de mi mudanza, que seguro mi suegro, se acompañó de mí en diversas jornadas, digo, saliendo en corso con una galeota, y haciendo presas que pudieron, lográndose, adelantar la hacienda y el caudal tan apriesa, que hoy era nuestra casa una de las ricas del reino. Pero como ya el cielo, por su misericordia infinita, iba disponiendo sacarme de aquel profundo abismo, permitió que, tomando la vuelta de poniente nuestro bajel y otros siete de turcos que iban en su conserva, nos diese la tormenta y naufragio que tú y tus compañeros padecisteis sobre la Formentera, adonde

solo yo me gané en venir á tus manos : todos los demas se perdieron ó quedaran cautivos si, como allí lo viste, más se les dilatara el socorro oportuno. Estas palabras últimas dijo con tantas lágrimas el afligido Figueroa, cuanto el horrendo teatro de sus calamidades y miserias requeria. Juzgué con justa causa que eran efetos tristes de su dolor y pena; mas viéndole muy presto que con silencio grande, copiosos trasudores y presuroso aliento se revolvía en la cama, tomándole los pulsos, conocí claramente que el mal habia hecho pausa y se iba aumentando con muchos crecimientos : creí que Dios queria disponer de sus cosas, animé sus propósitos, y reconciliado con la Iglesia, en cuatro dias que le duró la vida lloró y gimió con espantosas lágrimas su pecado y delito; y con señales y premisas de verdadera contricion y arrepentimiento dejó en mis manos el espíritu. Pudiera aquí mi pluma dilatarse y escribir en tan alta materia como es la predestinacion de los hombres, algunas líneas que más calificasen la que resplandeció en este caso; pero él podrá por sí decir lo que yo excuso, tanto por ser ajeno de mis cortos estudios, cuanto porque los cultos censurantes no tengan que cortar en el meterme á teólogo. Mas volviendo al suceso, yo hice lo que pude por el difunto amigo, y en habiendo cumplido con su sepulcro y honras, pasé á Bruselas y di fin al viaje.

Aquí quiso el Soldado hacer mitad al prodigioso curso de su varia fortuna. Si tal fuere su suerte, que mereciere el gusto del lector, su aprobacion y aplauso, desde luego prometo sacar en breve espacio la resta que le queda, que ni es menor ni ménos admirable; ántes en cierto modo le es más aventajada, por proseguir en todo como accion dilatada y principal asunto el casto y puro amor de la hermosa Isabela, y los trabajos grandes que en su empresa y discurso, cual otro Clitofonte ó cual otro Teagenes, padeció nuestro Píndaro con valentía y constancia española.

RELACIONES DE LA VIDA DEL ESCUDERO MARCOS DE OBREGON,

POR EL MAESTRO VICENTE ESPINEL.

PRÓLOGO.

MUCHOS dias y algunos meses y años estuve dudoso si echaria en el corro á este pobre *Escudero*, desnudo de partes y lleno de trabajos; que la confianza y la desconfianza me hacian una muy trabada é interior guerra. La confianza llena de errores, la desconfianza encogida de terrores; aquella muy presuntuosa, y estotra muy abatida; aquella desvaneciendo el cerebro, y esta desjarretando las fuerzas; y así, me determiné de poner por medio á la humildad, que no solamente es tan accepta á los ojos de Dios, pero á los de los más ásperos jueces del mundo. Comunicuélas con el licenciado Tribaldos de Toledo, muy gran poeta latino y español, docto en la lengua griega y latina, y en las ordinarias hombre de consumada verdad, y con el maestro fray Hortensio Félix Paravesin, doctísimo en letras divinas y humanas, muy gran poeta y orador, y alguna parte dello con el padre Juan Luis de la Cerda, cuyas letras, virtud y verdad están muy conocidas y loadas, y con el divino ingenio de Lope de Vega, que, como él se rindió á sujetar sus versos á mi correccion en su mocedad, yo en mi vejez me rendí á pasar por su censura y parecer; con Domingo Ortiz, secretario del supremo consejo de Aragon, hombre de excelente ingenio y notable juicio; con Pedro Mantuano, mozo de mucha virtud y versado en mucha leccion de autores graves; que me pusieron más ánimo que yo tenia, y no solo me sujeté á su censura, pero á la de todos cuantos encontraren alguna cosa digna de reprehension suplico me adviertan della, que seré humilde en recibilla. El intento mio fué ver si acertaria á escribir en prosa algo que aprovechase á mi república, deleitando y enseñando, siguiendo aquel consejo de mi maestro Horacio; porque han salido algunos libros de hombres doctísimos en letras y en opinion que se abrazan tanto con sola la doctrina, que no dejan lugar donde pueda el ingenio alentarse y recibir gusto; y otros tan enfrascados en parecerles que deleitan con burlas y cuentos entremesiles, que despues de haberlos leído, revuelto, ahechado y aun cernido, son tan fútiles y vanos, que no dejan cosa de sustancia ni provecho para el lector, ni de fama y opinion para sus autores. El padre maestro Fonseca escribió divinamente del amor de Dios, y con ser materia tan alta, tiene muchas cosas donde puede el ingenio espaciarse y vagarse con deleite y gusto; que ni siempre se ha de ir con el rigor de la doctrina, ni siempre se ha de caminar con la flojedad del entretenimiento: lugar tiene la moralidad para el deleite, y espacio el deleite para la doctrina; que la virtud, mirada cerca, tiene grandes gustos para quien la quiere, y el deleite y entretenimiento dan mucha ocasion para considerar el fin de las cosas.

En tanto que no tuve determinacion (así por la persecucion de la gota como por la desconfianza mia) para sacar al teatro público mi *Escudero*, un caballero amigo me pidió unos cuadernillos dél, y llegando á la noticia de cierto gentilhomme á quien yo no conozco, aquella novela de la Tumba de san Ginés, pareciéndole que no habia de salir á luz, la contó por suya, diciendo y afirmando que á él le habia sucedido; que hay algunos espíritus tan fuera de la estimacion suya, que se arrojan á entretener á quien los oye con lo que se ha de averiguar no ser suyo.

Si á alguno no se le asentare bien tratar de personas vivas y alegar con sugetos conocidos y presentes, digo que yo he alcanzado la monarquia de España tan llena y abundante de gallardos espíritus en armas y letras, que no creo que la romana los tuvo mayores, y me arrojé á decir que ni tantos ni tan grandes. Y no quiero tratar de las cosas que los españoles han hecho en Flándes, tan superiores á las antiguas, como escribió Luis de Cabrera en su *Perfecto Príncipe*, sino de las que nuestros ojos han visto cada dia y nuestras manos han tocado, como las que hizo don Pedro Enriquez, conde de Fuentes, con tan increíble ánimo; la toma y saco de Amiens, que escribió en sus *Comentarios* don Diego de Villalobos, donde fué valeroso capitan de lanzas y infanteria, que con un carro de heno y un costal de nueces seis capitanes tomaron una ciudad tan grande, plataforma y amparo de toda Francia; la felicidad y determinacion con que acuden al servicio de

su rey los españoles, poniendo sus vidas á peligro de perdellas, como se vió ahora en lo de la Mamora, que anduvieron nadando toda la noche, no hallando bajel ni tierra donde ampararse, sobrepujando con valor á su fortuna: cosas que no se vieron en la monarquía romana. ¿Qué autores antiguos excedieron á los que ha engendrado España en los pocos años que ha estado libre de guerras? Qué oradores fueron mayores que don Fernando Carrillo, don Francisco de la Cueva, el licenciado Berrio y otros que con excelente estilo y levantados conceptos persuaden la verdad de sus partes? De no leer los autores muertos, ni advertir en los vivos los secretos que llevan encerrados en lo que profesan, nace no darles el aplauso que merecen; que no es sola la corteza la que se debe mirar, sino pasar con los ojos de la consideracion más adentro: Ni por ser los autores más antiguos son mejores, ni por ser más modernos son de menos provecho y estimacion. Quien se contenta con sola la corteza no saca fruto del trabajo del autor; mas quien lo advierte con los ojos del alma sáca milagroso fruto.

Dos estudiantes iban á Salamanca desde Antequera, uno muy descuidado, otro muy curioso; uno muy enemigo de trabajar y saber, y otro muy vigilante escudriñador de la lengua latina; y aunque muy diferentes en todas las cosas, en una eran iguales, que ambos eran pobres. Caminando una tarde del verano por aquellos llanos y vegas, pereciendo de sed, llegaron á un pozo, donde habiendo refrescado, vieron una pequeña piedra escrita en letras góticas y medio borradas por la antigüedad y por los piés de las bestias que pasaban y bebían, que decían dos veces: *conditur unio, conditur unio*. El que sabía poco dijo: ¿Para qué esculpió dos veces una cosa este borracho? (Que es de ignorantes ser arrojadizos). El otro calló, que no se contentó con la corteza, y dijo: Cansado estoy y temo la sed; no quiero cansarme más esta tarde. Pues quedáos como poltron, dijo el otro. Quedóse, y habiendo visto las letras, despues de haber limpiado la piedra y descortezado el entendimiento, dijo: *Unio* quiere decir union, y *unio* quiere decir perla preciosísima: quiero ver qué secreto hay aquí; y apalancando lo mejor que pudo, alzó la piedra, donde halló la union de amor de los dos enamorados de Antequera, y en el cuello della una perla más gruesa que una nuez, con un collar que le valió cuatro mil escudos: tornó á poner la piedra y echó por otro camino.

Algo prolijo, pero importante, es el cuento para que sepan cómo se han de leer los autores; porque ni los tiempos son unos, ni las edades están firmes. Yo querría en lo que escribo que nadie se contentase con leer la corteza, porque no hay en todo mi *Escudero* hoja que no lleve objeto particular fuera de lo que suena. Y no solamente ahora lo hago, sino por inclinacion natural en los derramamientos de la juventud lo hice en burlas y veras: edad que me pesa en el alma que haya pasado por mí, y plegue á Dios que lleguen los arrepentimientos á las culpas.

RELACION PRIMERA DE LA VIDA DEL ESCUDERO MARCOS DE OBREGON.

ESTE largo discurso de mi vida, ó breve relacion de mis trabajos, que para instruccion de la juventud, y no para aprobacion de mi vejez, he propuesto manifestar á los ojos del mundo, aunque el principal blanco á que va inclinado es aligerar por algun espacio con alivio y gusto la carga que con justos intentos oprime los hombros de vuesa señoría ilustrísima (1), lleva tambien encerrado algun secreto no de poca sustancia para el propósito que siempre he tenido y tengo de mostrar en mis infortunios y adversidades cuánto importa á los escuderos pobres ó poco hacendados saber romper por las dificultades del mundo, y oponer el pecho á los peligros del tiempo y la fortuna, para conservar con honra y reputacion un don tan precioso como el de la vida, que nos concedió la divina Majestad para rendirle gracias y admirarnos, contemplando y alabando este órden maravilloso de cielos y elementos, los cursos ciertos é inviolables de las estrellas, la generacion y produccion de las cosas, para venir en verdadero conocimiento del universal Fabricador de todas ellas. Y aunque me coge este intento en los postreros tercios de la vida, como á hombre que por viejo y cansado se le hizo merced de darle una plaza tan honrada como la de Santa Catalina de los Donados desta real villa de Madrid, donde paso lo mejor que puedo, en los intervalos que la gota me concediere iré prosiguiendo mi discurso, guardando siempre brevedad y honestidad; que en lo primero cumpliré con mi condicion y inclinacion natural, y en lo segundo con la obligacion que tienen todos aquellos á quien Dios hizo merced de recibir al agua del bautismo; religion que tanta limpieza, honestidad y pureza ha profesado, profesa y profesará desde su principio y medio hasta el último fin desta máquina elemental. Y con el ayuda de Dios procuraré que el estilo sea tan acomodado á los gustos generales, y tan poco cansado á los particulares, que ni se deje por pesado ni se condene por ridículo. Y así, en cuanto mis fuerzas bastaren procederé deleitando al lector, juntamente con enseñarle, imitando en esto á la pródiga naturaleza, que ántes que produzca el fruto que cria para mantenimiento y conservacion del individuo, muestra un verde apacible á la vista, y luego una flor que le regala el olfato; y al fruto le da color, olor y sabor, para aficionar al gusto que le coma y tome del aquel sustento que le alienta y recrea, para la duracion y perpetuidad de su especie. O haré como los grandes médicos, que no luego que llegan al enfermo le martirizan con la violencia del ruibarbo ni con otras medicinas arrebatadas, sino primero disponen el humor con la blandura y suavidad

de los jarabes, para despues aplicar la purga que ha de dejar el sugeto limpio y libre de la corrupcion que le aquejaba. Y si bien son muy trilladas estas comparaciones de los médicos y las medicinas, pueden traerse muy bien entre manos, por ser fáciles é inteligibles, y más yo, que por la excelente gracia que tengo de curar por ensalmos, puedo usar dellos como uso del oficio con tanta aprobacion y opinion de todo el pueblo, que me ha valido tanto el buen puesto en que estoy, junto con traer unas cuentas muy gruesas, unos guantes de nutria, y unos anteojos que parecen más de caballo que de hombre, y otras cosas que autorizan mi persona, que estoy tan acreditado, que toda la gente ordinaria desta corte y de los pueblos circunvecinos acuden á mi con criaturas enfermas de mal de ojo, con doncellas opiladas, ó con heridas de cabeza y de otras partes del cuerpo, y con otras mil enfermedades, con deseo de cobrar salud; pero curo con tal dulzura, suavidad y ventura, que de cuantos vienen á mis manos no se mueren más de la mitad, que es en lo que estriba mi buena opinion, porque estos no hablan palabra, y los que sanan dicen mil alabanzas de mí, aunque quedan perdigados para la recaída, que todos vuelan sin remedio. Mas la gente que más bendiciones me echa es la que curo de la vista corporal, porque como todos ó la mayor parte son pobres y necesitados, con la fuerza de cierta confeccion que yo sé hacer de atutia y cardenillo y otros simples, y con la gracia de mis manos, á cinco ó seis veces que vienen á ellas los dejo con oficio con que ganan la vida muy honradamente, alabando á Dios y á sus santos con muchas oraciones devotas que aprenden sin poderlas leer.

DESCANSO PRIMERO.

Estando pocos dias há con los ojos altos y humildes al cielo, el rostro sereno y grave, las manos sobre un muy blanco lenzueto en los oídos del enfermo, y pronunciando con mucho silencio las palabras del ensalmo, pasó cierto cortesano y dijo: No puedo sufrir los embeleos destes embusteros: yo callé y proseguí con mi acostumbrada compostura la medicinal oracion, y en acabándola, me dijo mi compañero: ¿No oistes cómo os llamó aquel gentil hombre de embustero? El no habló conmigo, dije yo, y de lo que á mí no se me dice derechamente no tengo obligacion de responder ni hacer caso; y deseo persuadir esto á los que por la poca experiencia, ó por la condicion alterada y presta que naturalmente tienen, se dan por sentidos de las ignorantes libertades de quien no tiene atrevimiento para decir las descubiertamente, que ni llevan órden de agravio, ni arguyen ánimo ni valor en quien las dice: ella es ignorancia grande, introducida

(1) El ilustrísimo señor cardenal arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, á quien Espineta dedicó esta obra.

de gente que trae siempre la honra y la vida en las manos; que no tengo yo de persuadirme á que, pues no me hablan libremente, me ofenden, aunque tengan intencion de hacerlo; que los tíros que estos hacen son como los de una escopeta cargada de pólvora y vacía de bala, que con el ruido espanta la caza, y no hace otra cosa. Los agravios no se han de recibir si no van muy descubiertos, y aun desto se ha de quitar cuanto fuere posible, desapasionándose y haciendo reflexion en si lo son ó no, como discretísimamente hizo don Gabriel Zapata, gran caballero cortesano y de excelentísimo gusto, que enviándole un billete de desafío á las seis de la mañana cierto caballero con quien habia tenido palabras la noche ántes, y habiéndole despertado sus criados por parecerles negocio grave, en leyendo el billete, dijo al que le traía: Decidle á vuestro amo que digo yo que para cosas que me importan mucho gusto no me suelo levantar hasta las doce del día, que por qué quiere que para matarme me levante tan de mañana. Y volviéndose del otro lado, se tornó á dormir; y aunque despues cumplió con su obligacion, como tan gran caballero, se tuvo aquella respuesta por muy discreta.

Don Fernando de Toledo, el tio (que por discretísimas travesuras que hizo le llamaron el Pícaro), viniendo de Flándes, donde habia sido valeroso soldado y maestro de campo, desembarcándose de una falúa en Barcelona, muy cercado de capitanes, dijo uno de dos pícaros que estaban en la playa, en voz que él lo pudiese oír: Este es don Fernando el Pícaro. Dijo don Fernando, volviéndose á él: ¿En qué lo echaste de ver? Respondió el pícaro: Hasta aquí en que lo oía decir, y ahora en que no os habeis corrido dello. Dijo don Fernando muerto de risa: ¡Marta honra me haces, pues me tienes por cabeza de tan honrada profesion como la tuya. Así que, aun de aquellas injurias que directamente vienen á ofendernos habemos de procurar por los mismos filos hacer triaca del veneno, gusto del disgusto, donaire de la pesadumbre, y risa de la ofensa; que pues procura un hombre entender por donde camina una espada, los círculos y medios, la fortaleza y flaqueza, la ofensa y la defensa, y lo ejercita con grandísima perseverancia hasta hacerse muy diestro para que no le maten ó hieran, ¿por qué no se ejercitará en lo que estorba á venir á tan miserable estado, que es la paciencia? Que puesta la cólera en su punto, y vistas dos espadas desnudas, una con otra han de herir; ó huir, cosa que por tan infame se ha tenido siempre en todas las naciones del mundo; y si con mucho ménos trabajo y ejercicio se puede hacer un hombre diestro en la paciencia, que es quien refrena los ímpetus bestiales de la cólera, la potencia de los poderosos, la braveza de los valientes, la descortesía de los soberbios ignorantes, y ataja otros mil inconvenientes, ¿por qué nose procurará esto por no llegar á lo otro? En Italia dicen que la paciencia es manjar de poltrones; mas esto se entiende de una paciencia viciosa, que el que la profesa por comer, beber y holgar, sufre cosas indignas de imaginar entre hombres. Aquí se trata de la paciencia que acicala y afina las virtudes, y la que asegura la vida, la quietud del ánimo y la paz del cuerpo, y la que enseña á que no se tenga por injuria la que no lo es ni lleva modo de poderse estimar por

tal; que en solo el uso de esta divina virtud se aprende cómo se han de rechazar los agravios paliados, cómo se han de resistir los descubiertos, qué caso se debe hacer de los que se dicen en ausencia, qué es otro yerro notable que anda derramado entre la gente que ni sabe sufrir ni lo quiere aprender, que así se ofenden de un agravio, cucañado por arcaduces, como de una cuchillada en el rostro, como si hubiese alguno en el mundo, por justo que sea, que tenga las ausencias sin alguna calumnia. Y porque la materia de suyo es algo pesada, quiero aligerarla con decir lo que me pasó sirviendo al más desazonado colérico del mundo; porque tras de muchos infortunios que toda mi vida he sufrido, me vine á hallar desacomodado al cabo de mi vejez: de manera que porque no me prendiesen por vagamundo, hube de encomendarme á un amigo mio cantor de la capilla del Obispo (que estos todo lo conocen sino es á sí propios), y él me acomodó por escudero y ayo de un médico y su mujer, tan semejante el uno al otro en la vanidad de valentía y hermosura, que no les quedó que repartir en los vecinos; con los cuales me pasaron lances harto dignos de saberse.

DESCANSO SEGUNDO.

Llamábase el doctor Sagredo, hombre mozo, de muy gentil disposicion, algo locuaz y aun loco, más colérico y fácil de enojarse que gozque de panadero, presuntuoso y estimador de su persona, y (para que no se echasen á perder dos casas, sino una) casado con una mujer de su misma condicion, moza y muy hermosa, alta de cuerpo, cogida de cintura, delgada y no flaca, derecha de espaldas, el movimiento con mucho donaire, ojos negros y grandes, pestaña larga, cabello castaño, que tiraba un poco á rubio, briosa, y no muy poco soberbia, vana y presuntuosa. Llévome á su casa el buen doctor, y lo primero que encontré fué una muía muy flaca en una caballeriza tan ajustada con ella, que si tuviera alas no pudiera caber dentro. Subimos una escalerilla, y representóseme luego la sala donde estaba la señora doña Mergelina de Aybar, que así se llamaba, á quien yo miré de muy buena gana; que aunque viejo incapaz de semejantes apetitos, por razon y por edad la miré como á hermosa; que á todos ojos es la hermosura agradable. Dijo el doctor: Veis aquí á quien habeis de servir, que es mi mujer. Yo le dije: Por cierto bien merece tan gentil dama á tal galán. Ella respondió, como mujer hermosa ignorante, ó por mejor decir, preguntó: ¿Quién os mete á vos en eso? Señora, dije yo, adviértame vuesa merced que cuando la llamé gentil no quise decir que no era cristiana, sino que tenía muy gentil talle y cuerpo. Que bien os entendí, dijo ella, sino que no quiero que nadie se me atreva á decirme requiebros. Es la honra del mundo, dijo el doctor; servidla con gusto y cuidado, que yo os lo pagaré muy bien. Miré la casa muy despacio, aunque se podía ver muy de presto, porque no vi en toda ella si no es un espejo muy grande en un pozo muy pequeño de una ventana, y unas redomillas que lo acompañaban con un cofrecillo pequeño; y mirando á un rincón, vi un montante con ciertas espadas de esgrima, dagas y espadas blancas, una rodela y broquel. Díjome el doctor: ¿Qué os parece de mi recámara? Miradla bien, que en Alcalá era

temida aquella espada. No miraba, dije yo, sino adonde estaban los libros, que soy aficionado á ellos. Estos son, dijo, mis Galenos y mis Avicenas; que por la negra y la blanca nadie me igualó en Alcalá, y que no se meneó contra mí hombre de noche que no fué lastimado de mis manos. ¿Luego vuesa merced, dije yo, más aprendió á matar que á sanar? Yo aprendí, respondió él, lo que los demás médicos, y por haber poco que vine de mis estudios no me he reparado de libros, que bien parecen en los profesores de las facultades tener cada uno los de la suya. Pero dejemos eso, y llevad á vuestra ama á misa; que es ya tarde. Púsose su manto mi señora doña Mergelina, y llevéla á acompañarla hasta San Andrés, que vivían en la Morería vieja, y en el camino, como es costumbre, muchos de los que la topaban le decían alguna cosa de su buen talle y rostro; á lo cual ella respondía tan acedamente, que todos iban disgustados de sus respuestas. Yo le decía: Mire, señora, que ya que no responda bien, á lo ménos tiene obligacion de callar como mujer principal; que en el silencio no puede haber que notar. No soy yo mujer, decía ella, á quien nadie ha de perder el respeto. Si alguno le decía que era muy hermosa, ella le decía: Y él hermoso majadero. Díjole un día un mozaivillo no de mal talle: Así se me tornen las pulgas en la cama; al cual muy de propósito respondió: Debe dormir en alguna zahurda el lechón. Era tan descortés y sacudida, que todos lo iban de sus respuestas, y ella lo quedaba de mis reprensiones. A cierto clérigo de San Andrés, pequeño de cuerpo y grande de ánimo, conocido mio, que yendo muy pulido con una sobrepeliz muy blanca, porque le dijo que no se saliese de casa á hacer el oficio de la muerte, le replicó: ¿Tambien habla el escarabajo hinchado? Que con aquel sacudimiento tenía mucho doñaire y gusto en cualquiera materia. Yo, entre muchas veces que la reprendí su vanidad, me arrojé una á decirle todo lo que me pareció, que aunque ella estaba confiada en su buen parecer, quise ver si podía enmendalla con el mio, y le dije: Vuesamerced usa de su hermosura lo peor del mundo, porque pudiendo ser querida y loada de cuantos andan en él, quiere ser aborrecida de todos: quien dice hermosura dice apacibilidad, dulzura, suavidad de condicion y trato, y mezclándola con soberbia y desapacibilidad, se viene á convertir en odio lo que había de ser amor; que un don tan excelente como la hermosura, concedido por merced de Dios, es razon que tenga alguna correspondencia con el ánimo; que si no parece lo uno á lo otro, arguye mal entendimiento ó poco agradecimiento á la merced que Dios hace á quien lo da. Hermosura con mala condicion es una fuente clarísima que tiene por guarda una vibora, y es sobrescrito y carta de recomendacion que en abriéndola tiene un demonio dentro. ¿Hay en el mundo quien quiera ser aborrecido? Hay quien quiera ser estimado en poco? No por cierto. Pues quien tiene consigo porque le amen y estimen, ¿por qué quiere que le aborrezcan y menosprecien? ¿Es por fuerza que la hermosura ha de estar acompañada con vanidad, desdorada con ignorancia y conservada con locura? ¿Por qué cuando se mira vuesamerced al espejo no procura que lo interior se parezca á lo exterior? Pues adviértote que suele el tiempo, y aún Dios, castigar de manera las vanidades, que los montes se allanan y las torres vienen

al suelo. ¿Cuántas hermosuras se han visto y ven cada día en esta máquina ó ejemplo del mundo rendidas á mil desdichas y calamidades por faltarles el gobierno y cordura! Que aunque la hermosura el tiempo que dura es querida y estimada, en marchitándose no le queda otra prenda sino las que granjeó, y el crédito y amistades que á fuerza de buen término conquistó cuando estaba en su fuerza y vigor. Y es el mundo de tan baja condicion, que á nadie acaricia por lo que tuvo, sino por lo que tiene. ¿Qué hermosura se ha visto que no se estrague con el tiempo? Qué vanidad que no venga á dar en mil bajos? Qué estimacion propia que no padezca mil azares? Ciertó que fuera bien que como hay para las mujeres maestros de danzar y bailar, los hubiese tambien de desengaño, y que como se enseña el movimiento del cuerpo, se enseñase la constancia del ánimo. Yo digo y aun aconsejo á vuesamerced lo que como hombre de experiencia me parece que es razon y lleva camino. Mire no la castigue su presuncion y demasiada estimacion de su persona. Estas y otras muchas cosas le dije y decía cada día; pero ella se estuvo siempre en sus trece, y quien no admite consejo para escarmentar en cabeza ajena, serále forzoso escarmentar en la suya, por seguir las inclinaciones propias, como sucedió á la señora doña Mergelina, teniendo las suyas por ley, y al tiempo por verdugo dellas, desta manera.

Venia casi todas las noches á visitarme un mocito barbero conocido mio, que tenía bonita voz y garganta: traía consigo una guitarra, con que sentado al umbral de la puerta, cantaba algunas tonadillas, á que yo le llevaba un mal contrabajo, pero bien concertado (que no hay dos voces que si se entonan y cantan verdad, no parezcan bien): de manera que con el concierto y la voz del mozo, que era razonable, juntábamos la vecindad á oír nuestra armonía. El mozo lo tenía siempre la guitarra, no tanto por mostrar que lo sabía, como por rascarse con el movimiento las muñecas de las manos, que tenía llenas de una sarnia perruna. Mi ama se ponía siempre á escuchar la música en el corredorcillo, y el doctor, como venía cansado de hacer sus visitas (aunque tenía pocas), no reparaba en la música ni en el cuidado con que su mujer se ponía á oirla. Como el mozo era continuo todas las noches en venir á cantar, si alguna faltaba, mi ama lo echaba de ménos y preguntaba por él con alguna demostracion de gustar de su voz. Vino á parecerle tan bien el cantar, que cuando el mozo subía un punto de voz, ella bajaba otro de gravedad, hasta llegar á los umbrales de la puerta para oírle más cerca las consonancias; que la música instrumental de sala tanto más tiene de dulzura y suavidad, cuanto ménos de vocería y ruido; que como el juez, que es el oído, está muy cerca, percibe mejor y más átentamente las especies que envía al alma formadas con el aplauso de la media voz. El mozo dejó de venir cinco o seis noches por no sé qué remedio que tomaba para curarse, y las cosas que son muy ordinarias, en faltando hacen mucha falta; y así, mi ama cada noche preguntaba por él. Yo le respondí, más por cortesía que por falta que le hiciese: Señora, este mozo es oficial de un barbero, y como sirve, no puede siempre estar desocupado; fuera de que ahora se está curando un poquillo de sarna que tiene. ¿Qué

haceis, dijo ella, de aniquilalle y disminuille; mozuelo, barbero, sarna? Pues á fe que no falta quien con todas esas que vos le poneis le quiera bien. Bien puede ser, dije yo; que el pobrecillo es humilde y fácil para lo que le quieren mandar; y cierto que muchas veces le guardo yo de mi racion un bocadillo que cene, porque no todas veces lia cenado. En verdad, dijo ella, que á tan buena obra os ayude yo; y de allí adelante siempre le tenia guardado un regalillo todas las noches que venia; una de las cuales entró quejándose, porque de una ventana le habian arrojado no sé qué desapacible á las narices. A las quejas suyas salió mi ama al corredor y bajó al patio, estándose limpiando el mozuelo, y con grande piedad le ayudó á limpiar y sahunó con una pastilla, echando mil maldiciones á quien tal le habia parado. Fué el mozuelo con su trabajo, sintiéndolo la señora doña Mergelina, tan llena de cólera como de piedad, y con harta más demostracion de lo que yo quisiera, loando la paciencia del mozuelo y agravando la culpa de quien le habia salpicado, con tanto extremo, que me obligó á preguntarle por qué lo sentia tanto, siendo sucedido inadvertidamente y sin malicia. A que me respondió: ¿No quereis que sienta ofensa hecha á un corderillo como este, á una paloma sin hiel, á un mocito tan humilde y apacible, que aun quejarse no sabe de una cosa tan mal hecha? Ciertó que quisiera ser hombre en este punto para vengarle, y luego mujer para regalarle y acariciarle. Señora, le dije yo, ¿qué novedad es esta? Qué mudanza de rigor en blandura? ¿De cuándo acá piadosa? De cuándo acá sensible? De cuándo acá blanda y amorosa? Desde que vos, respondió ella, venisteis á mi casa, que trujisteis este veneno envuelto en una guitarra; desde que me reprendisteis mis desdenes; desde que viendo mi bronca y áspera condicion, quise ver si podía quedar en un medio licito y honesto, y he venido de un extremo á otro: de áspera y desdenosa, á mansa y amorosa; de desamorada y tibia, á tierna de corazon; de sacudida y soberbia, á humilde y apacible; de altiva y desvanecida, á rendida y sujeta. ¡Oh pobre de mí, dije yo, que ahora me quedaba por llevar una carga tan pesada como esta! ¿Qué culpa puedo yo tener en sus accidentes de vuesa-merced, ó qué parte en sus inclinaciones? ¿Hay quien sea superior en voluntades ajenas? Hay quien pueda ser profeta en las cosas que han de suceder á los gustos y apetitos? Pero pues por mí comenzó la culpa, por mí se atajará el daño, porque no venga á ser mayor, con hacer que él no vuelva más á esta casa, óirme yo á otra; que si con la ocasion creció lo que yo no pude pensar, con atajarla tornarán las cosas á su principio. No lo digo, dijo ella, por tanto, padre de mi alma; que la culpa yo la tengo (si hay culpa en los actos de voluntad): no os enojeis por mis inadvertencias, que estoy en tiempo de hacer y decir muchas; ántes os admirad de las pocas que viéredes y oyéredes en mí; ni hagais lo que habeis dicho si quereis mi vida como quereis mi honra; porque estoy en tiempo que con poca más contradiccion haré algun borron que tizne mi reputacion y la deje más negra que mi ventura: no estoy para que me desampareis ni para admitir reprehension, sino para pedir socorro y ayuda. Bien me decíades vos que mi presuncion y vanidad habian de caer de su tronco; cuanto me podeis repetir y traer á la memo-

ria yo lo doy por dicho y lo confieso: favorecedme y no me desampareis en esta ocasion, y no me mateis con decir que os iréis desta casa; y con esto y otras cosas que dijo, lloró tan tiernamente, cubriendo el rostro con un lienzo, que por poco fuera menester quien nos consolara á entrambos; y si fué grande la reprehension que le dí por soberbia, mayor fué el consuelo que le dí por afligida; mas animándome en lo que era más razon, acudiendo á mi obligacion, á su consuelo y honra de su casa, le dije con la mayor demostracion que pude: ¿Es posible que en tan extraordinaria condicion lia podido haber tanta mudanza, y que por ojos tan llenos de hermosura y desdenes hayan salido tan piadosas lágrimas, y que por mejillas tan recatadas haya corrido un licor tan precioso, que, siendo bastante á enternecer las entrañas de Dios, se haya derramado y echado á mal por un miserable hombre, y ya que se habia de precipitar y arrojarse y desdecir de sí propia, no hiciera eleccion de una persona de muchas partes y merecimientos? Ya que se rinda quien no podia ser rendida, ¿habia de ser á una sabandija tan desventurada? Que se rinda la hermosura á la fealdad, la limpieza á la inmundicia y asquerosidad, no sé qué me diga de tal eleccion y tan abominable gusto. ¡Oh cuán engañados, dijo ella, están los hombres en pensar que las mujeres se enamoran por eleccion, ni por gentileza de cuerpo ó hermosura de rostro, ni por más ó menos partes, grandeza de linaje, soberbia de estado, abundancia de riqueza (trato de lo que verdaderamente es amor)! Pues para que se desengañen sepan que en las mujeres el amor es una voluntad continuada; que de la vista crece y con la comunicacion se cria y conserva sin hacer eleccion deste ni de aquel, y la que no se guardare desto, caerá sin duda: desta comunicacion ha nacido mi llama, y con ella se ha criado hasta ser tan grande, que me tiene ciegos los ojos para ver otra cosa, y las orejas cerradas para admitir reprehension, y la voluntad incapaz de recibir otro sello. Y cuanto más lo deshaceis y aniquilais, tanto más se enciende la voluntad y el deseo. ¿Por ventura los barberos son de diferente metal que los demas hombres para que aniquileis un oficio que tanta merced hace á los hombres en tornallos de viejos mozos? ¿Llamáisle sarnoso por unas rascadurillas que tiene en las muñecas, que parecen hojas de clavel? ¿No echais de ver aquella honestidad de rostro, la humildad de sus ojos, la gracia con que mueve aquella voz y garganta? No me le deshagais, ni reprendais mi gusto, que no está para contradecillo ni rechazallo. ¡Ojalá, dije yo, fuera pelota! que yo la chazara y rechazara. Pero pues ha llegado á tan estrecho paso, haré con vuesa-merced lo que con mis amigos, que es en la eleccion aconsejarles lo mejor que sé, y en la determinacion ayudarles lo mejor que puedo. Díjele esto por no desconsolarla, hasta que poco á poco fuese perdiendo el carino, que pudiera traer la ofensa de Dios y de su marido; y con esto me aparté aquella noche della, espantándome de ver cuán poderosa es la comunicacion, y considerando cuán mal hacen los hombres que donde tienen prendas que les duela consienten visitas ordinarias ó comunicaciones que duren; y cuánto peor hacen los padres que dan á sus hijas maestros de danzar, tañer, cantar ó bailar, si han de faltar un punto de su presencia; y aun

es ménos daño que no lo sepan; que si han de ser casadas bástanles dar gusto á sus maridos, criar sus hijos y gobernar su casa; y si han de ser monjas aprendanlo en el monasterio; que la razon de estar algunas disgustadas quizá es por haber ya tenido fuera comunicaciones de devociones, que por honestas que sean, son de hombres y mujeres, sujetos al comun órden de naturaleza.

DESCANSO TERCERO.

El dia siguiente vino el mozuero más temprano de lo que solia, puesto un cuello al uso, como hombre que se veia favorecido de tan gallarda mujer. Sucedió que dentro de tres ó cuatro dias vinieron á llamar al doctor Sagredo, su marido y mi amo, para ir á curar un caballero extranjero que estaba enfermo en Caramanchel, ofreciéndole mucho interes por la cura; de que él recibió mucho contento por el provecho, y ella mucho más por el gusto. Cogió su mula y lacayo y un braco que siempre le acompañaba, y á las cuatro de la tarde dió con su persona en Caramanchel. Ella, visto la buena ocasion, hizome aderezar de cenar lo mejor que fué posible, regalándome con palabras, y prometiéndome obras, no entendiendo que yo le estorbaria la ejecucion de su mal intento: vino el mozuero al anochecer, y comenzando á cantar como solia, ella le dijo que no era lícito ni parecia bien á la vecindad, estando su marido ausente, cantar á la puerta; y así, mandó que entrase más adentro. Mandó sentar al mozuero á la mesa, deseando que la cena fuese breve porque la noche fuese larga; pero apenas se comenzó la cena, cuando entró el braco haciendo mil fiestas á su ama con las narices y la cola. El doctor viene, dijo ella, desdichada de mí; ¿qué barémos, que no puede llegar lejos, pues ha llegado el perro? Yo cogí al mozuero y púsele en un rincón de la sala, cubriéndolo con una tabla que habia de ser estante para los libros, de suerte que no se podia parecer, cuando entró el doctor por la puerta diciendo: ¿Hay bellaquería semejante? ¿Que envíen á llamar á un hombre como yo, y por otra parte llamen á otro médico? Vive Dios, si en años atras me cogieran que no se habian de burlar conmigo. ¿Pues de eso teneis pena, dijo ella, marido mio? ¿No vale más dormir en vuestra cama y en vuestra quietud que desvelaros en velar un enfermo? ¿Qué hijos teneis que os pidan pan? Vengais muy en hora buena, que aunque pensé tener diferente noche, con todo eso, me dió el espíritu que habia de suceder esto; y así, os tuve, por sí ó por no, aderezada la cena. ¿Hay tal mujer en el mundo! dijo el doctor; ya me habeis quitado todo el enojo que traia. Váyanse con el diablo ellos y sus dineros; que más aprecio veros contenta que cuanto interes hay en la tierra. ¿Cuántos engaños, dije yo entre mí, hay de estos en el mundo, y cuántas á fuerza de artificio y bondad fingida se hacen cabezas de sus casas, que merecen tenerlas quitadas de los hombros! Apéose de la rucia el doctor, y el lacayo púsola en razon, y fué á su posada con su mujer; que le daban racion y quitacion. Sentóse el doctor á cenar muy sin enojo, loando mucho el cuidado de su mujer. El diablo del braco, por la fuerza que estos animalejos tienen en el olfato, no hacia sino oler la tabla que encubria al mozuero, rascando y gruñendo de manera, que el doctor lo echó de ver, y

preguntó qué habia detras de la tabla. Yo de presto respondí: Creo que está allí un cuarto de carne. Tornó el braco á gruñir y aun ladrar algo más alto: mi amo lo miró con más cuidado que hasta allí; yo eché de ver el daño que habia de suceder si no se remediaba, y conociendo la condicion del doctor, dí en una buena advertencia, que fué decir que iba por unas aceitunas sevillanas (de que eran muy amigos), y estúveme al pié de la escalerilla esperando su determinacion: el braco no dejaba de rascar y ladrar, tanto, que mi amo dijo que queria ver por qué perseveraba tanto el perro en ladrar. Entonces yo púseme en la puerta, y comencé á dar veces diciendo: Señor, que me quitan la capa; señor doctor Sagredo, que me capean ladrones: él, con su acostumbrada cólera y natural presteza, se levantó corriendo, y de camino arrebató una espada, poniéndose de dos saltos en la puerta y preguntando por los ladrones; yo le respondí que como oyeron nombrar al doctor Sagredo echaron á huir por la calle arriba como un rayo. El fué luego en seguimiento suyo, y ella echó al mozuero de casa sin capa y sin sombrero, poniendo el cuarto de carne detras de la tabla, como yo le habia dado la advertencia. Hasta aquí bien habia caminado el negocio; mas el mozuero iba tan turbado, lleno de miedo y temblor, que no pudo llegar á la puerta de la calle tan presto, que no topase mi amo con él á la vuelta. Aquí fué menester valernos de la presteza en remediar este segundo daño, que tenia más evidencia que el primero; y así, ántes que él preguntase cosa, le dije: Tambien han capeado y querido matar á este pobre mocito, y por eso se coló aquí dentro huyendo, que de temor no osa ir á su casa: mire vuesa merced qué lástima tan grande; y como es muy de coléricos la piedad, túvola mi amo del mozuero, y dijo: No tengais miedo, que en casa del doctor Sagredo estáis, donde nadie os osará ofender. ¿Ofender? dije yo; en oyendo nombrar al doctor Sagredo les nacieron alas en los piés. Yo os aseguro, dijo el doctor, si los alcanzara, que os habia de vengar á vos y á mi escudero de manera, que para siempre no capearan más. Mi ama, que estaba hasta allí turbada y temblando en el corredor, como vió tan presto reparado el daño y vuelta en piedad la que habia de ser sangrienta cólera, ayudó á la compasion del marido de muy buena gana, diciendo: ¿Hay lástima como esta? No dejeis ir á ese pobre mozo; bástanle los tragos en que se ha visto; no le maten esos ladrones. No le dejaré, dijo el doctor, hasta que le acompañe. ¿Y cómo sucedió esto, gentilhombre? Iba, señor, respondió el mozo, á hacer una sangría por Juan de Vergara, mi amo, á cierta señora, del tobillo, y con harto gusto; pero como no duerme este ángel de los piés aguileños, sucedió lo que vuesa merced ha visto. Que no faltará ocasion para liacella, dijo la señora; sosiéguese ahora, hermano; que en casa del doctor Sagredo está. Subios acá, dijo el doctor, que en cenando yo os llevaré á vuestra casa. El braco, aunque salió á los ladrones imaginados, no por el ruido dejó de tornar á la tema de su tabla, y si ántes la habia rascado por el mozuero, entónces lo hacia por la tentacion de sus narices contra la carne: mi amo, como vió perseverar al braco, fué á la tabla, y halló el cuarto de carne detras de la tabla; con que se sosegó, loando mucho el aliento de su perro. Ella, aunque se habia librado destos trances, toda-

vía durando en su intento, me dió á entender que no dejase ir al mozueto, que era lo que yo más aborrecía. Cenaron, y el que primero había sido cabeceera de mesa, despues comió en la mano como gavilan, y no como galan en la mesa; que la fuerza puede más que el gusto. En cenando quiso el doctor llevarle á su casa, y aunque yo le ayudé, mi ama dijo que no quería que fuese á ponerse en riesgo de topar con los capeadores, especialmente habiendo de pasar por el pasadizo de San Andres, donde suele haber tantos capeadores retraidos; y aunque esto, dijo, para vuestro ánimo es poco, será para mí de mucho daño, porque estoy en sospecha de preñada, y podría sucederme algun accidente ó susto que pudiese mi vida en cuidado; que ese mocito podrá dormir con el escudero, que es conocido suyo, y por la mañana irse á su casa. Alto, dijo el doctor, pues vos gustais deso, sea en hora buena; yo me quiero acostar, que estoy un poco cansado. Fuéronse á la cama juntos (que siempre llevaba la mujer por delante), aunque como ella vivia con diferentes pensamientos, no dió lugar al sueño hasta que dió en una traza endiablada, que le costó pesadumbre y le pudiera costar la vida. La sala era tan pequeña, que desde mi cama á la suya no habia cuatro pasos, y cualquiera movimiento que se hacia en la una se sentia en la otra; y así, no le pareció bien lo que por aquí podia intentar. La mula era de manera inquieta, que en viéndose suelta alborotaba toda la vecindad ántes que pudiesen cogella. Parecióle á la señora doña Mergelina que desatándola podria volver á la cama ántes que su marido despertase para ir á ponerla en razon, y en el espacio que se habia de gastar en cogella y traballa le tendria ella para destrabar su persona. Y como las mujeres son fáciles en sus determinaciones, en sintiendo al marido dormido, levantóse paso á paso de la cama, y yendo á la caballeriza desató la mula, entendiendo que pudiera volver á la cama ántes que la mula hiciese ruido y el marido despertase; con que tendria lugar para ejecutar su intento. Pero parece que la mula y él se concertaron; la mula en salir presto de la caballeriza haciendo rundo con los piés, y él en sentillo tan presto, que se levantó en un instante de la cama, dando al diablo la mula y á quien se la habia vendido; y si no se entrara la mujer en la caballeriza, topará con ella el marido. El cogió una muy gentil vara de membrillo, y pególe á la mula, que huyendo á su estrecha caballeriza, apénas cupiera, por la luéspela que halló dentro. Ella no tuvo dónde encubrirse por la estrechez, sino con la misma mula, de suerte que alcanzó, como la vara era ciubreña, gran parte de los muchos varazos que le dió con los tercios postreros en aquellas blancas y regaladas carnes. Yo estaba en la escalera como si aguardara el verluugo que me echara della, turbado y sin consejo, porque veia lo que pasaba sin poder remediallo. El braco, sintiendo ruido y oliendo carne nueva en mi cama, comenzó á darle buenos mordiscones al mozueto y á ladralle de suerte, que la mujer en manos del marido, y el mozueto en los dientes del braco pagaron lo que aun no habian cometido. Yo, viendo la ejecucion de su cólera, sin saber lo que hacia, le dije: Mire vuesa merced lo que hace; que cuantos palos da en la mula los da en el rostro de mi señora, que la quiere de manera, por andar vuesa merced en ella, que no consiente que la toque el sol. Agradece,

señora mula, lo que me han dicho de vuestra ama, que hasta la mañana os estuviera pegando. ¿Hay con qué trabar esta mula? Yo respondí: En ese corralillo hallará vuesa merced una soguilla; que yo estoy con un dolorcillo de ijada, y no me atrevo á salir: así como fué por ella, púseme á la puerta haciendo pala á la señora, y subióse á su cama callando, aunque lastimada. Yo, como siempre procuré que no llegase la ofensa á ejecucion, aunque no iba con mucho gusto para ello, en saliendo el doctor le tomé la soguilla y enviéle á la cama. Trabé la mula y subíme á reposar á la mía, donde hallé al mozueto quejándose del braco, y á ella en la suya llorando tiernamente; y preguntándole el marido la causa, respondió muy enojada: Vuestras cóleras y arrebatamientos, que, como tan de repente es alborotastes y yo estaba en lo mejor del sueño, sobresaltada y despavorida caí detras de la cama y dí con el rostro en mil baratijas que estaban aquí, con que me he lastimado muy bien. Sosególa el marido lo mejor que pudo, y pudo muy bien, porque las mujeres honradas cuando tropiezan y no caen en el yerro, caen en la cuenta, que, habiendo de ser muy estrecha, es de perdonos; y como vió que á tres va la vencia, y ella lo quedó saliendo mal dellas, no quiso probar la cuarta. Al mozueto con los peligros y los dientes del braco se le quitó el poco amor y desvanecimiento como con la mano.

DESCANSO CUARTO.

Como toda la noche hasta allí habia sido tan inquieta y llena de disgustos, pesadumbres y alteraciones, efetos propios de semejantes devaneos, fundados en deshonor, ofensa y pecado, lo que hasta la mañana quedaba se durmió tan profundamente, que, siendo yo de poquísimo sueño, no desperté hasta que por la mañana dieron golpes á la puerta, llamando al doctor para cierta visita muy necesaria. Alcé el rostro y vi que el sol visitaba ya mi aposento, que en mi vida le miré de más mala gana, y llamé al lastimado mozueto, que más parecia embelesado que dormido; y hallándolo con determinacion de no tornar á las burlas pasadas, le dije: Pues el mayor peligro queda por pasar si no vivis con cuidado y recato; que aunque es verdad que vos actualmente no habeis hecho ofensa en esta casa, y los deseos, ya que manchan la conciencia, no estragan la honra, con todo eso para la reputacion della y seguridad vuestra importa guardar el secreto, que como muchacho de poca experiencia, podiais revelar pareciéndoos que son lances muy dignos de saberse, y que diciéndolos por cifras no se entenderian, que es un engaño en que caen todos los habladores: pues adviértoos que no os va ménos que la vida en caer callar, ó la muerte en querer hablar. Ningun delito se ha cometido por callar, y por hablar se cometen cada dia muchos; el hablar es de todos los hombres, y el callar de solos los discretos; yo creo que cuantas muertes se hacen sin saber los autores nacen de ofensas de lengua; guardar el secreto es virtud, y al que no le guarda por virtuoso, le hacen que le guarde por peligroso; el callar á tiempo es muy alabado, porque lo contrario es muy aborrecido; hablar lo que se ha de callar nos precipita en el peligro y en la muerte, y lo contrario

asegura el daño y preserva la vida y quietud. Nadie se ha visto reventar por guardar el secreto, ni ahogado por tragar lo que va á decir: las abejas pican á su gusto, pero dejan el aguijón y la vida, y á los que dicen el secreto que les importa callar les sucede lo mismo; y en resolución, el callar es excelentísima virtud, y tan estimada entre los hombres, que de la suerte que se admiran de ver hablar bien á un papagayo que no lo sabía, se admiran de ver callar bien á un hombre que sabe hablar. Y para no cansaros mas, si no calláredes porque es razon, callaréis por el peligro en que os poneis, tratando de la honra de un hombre tan valiente como el doctor. Con estas y otras muchas cosas que le dije, lo envié á su casa con más temor que amor, ó más temeroso que enamorado. El doctor se vistió tan de prisa, que no tuvo lugar de mirar el señalado rostro de su mujer, que lo primero que hizo ántes de vestirse, y sin aguardar á poner los piés en las mulillas, fué á mirarse al espejo; y viendo el sobrescrito con algunos borrones, lo sintió de manera, que en muchos dias no se quitó del rostro un rebozo que (como era tan apacible y suave) parecia más que le traía por gala que por necesidad. En estando para poderla hablar, me llegué adonde estaba aderezándose el temeroso rostro, y lastimándome de los muchos cardenales que le alcancé á ver (que en las personas muy blancas de cualquier accidente se hacen), le dije con la mayor blandura que pude y supe: ¿Qué le parece de su buena ventura? Qué tal lo ha sido, pues en cuantas veces la ha probado, la ha guardado de que los pensamientos no viniesen á la ejecucion de las obras, para que su honra, ya que ha estado para despeñarse, quedase salva en un aprieto tan grande, que arrojándose con tan determinada voluntad, le ha puesto tantos impedimentos para la caída, y tantas ayudas para el arrepentimiento. Si cayera en un rio muy hondo y saliera sin mojarse la ropa, ¿no lo tuviera á milagro y cosa nunca vista? Si se arrojara entre mil espadas desnudas sin salir herida, ¿no le parecería obra de la mano de Dios? Pues crea y tenga por cierto que ha sido tanta la evidencia de la misericordia divina, usada con vuesa merced y con su marido, pues de su misma voluntad la ha librado; que la más poderosa fuerza que hay contra nosotros es la voluntad propia: ella nos rinde, y hace al entendimiento tan esclavo, que no le deja libertad para conocer la razon, ó á lo ménos para volver por ella: pues la voluntad depravada rindió un pecho tan libre, ella misma con el arrepentimiento y la razon le han de volver á su libertad. El arrepentirse y volver sobre sí es de ánimos valerosos; el escarmiento nos hace recatados, como la determinacion arrojadiza. Cuando la voluntad nos arroja con atrevimiento, el mal suceso lo remedia con temor: mejor es arrepentirse temprano que llorar tarde. Un mal principio atajado mejora el medio y asegura el fin: más vale, considerando este mal suceso, detenerse, que perseverando esperar que se mejore. ¡Dichoso aquel á quien viene el escarmiento ántes que el daño! Los malos intentos al principio errados engendran recato para los venideros: quien no yerra no tiene de qué enmendarse, mas quien yerra tiene en qué mejorarse; que Dios juzgó por mejor que hubiese males porque les siguiesen los

arrepentimientos, que tener el mundo sin ellos; que más grandeza suya es sacar de los males bienes, que conservar el mundo sin males. ¡Ojalá cuantos males se cometen tuviesen tan ruines principios como este, que los males serian menores por el escarmiento! Vuesamercé vuelva en sí, estimando su hermosura igualmente con su honra, que este daño tengo yo atajado, y le atajaré más. A todas estas cosas que yo le decia, estuvo destilando unas lágrimas tan honestas y vergonzosas por las rosadas mejillas, que enternecieran al más tirano ejecutor del mundo. Mas alzando el temeroso rostro, despues de haberse enjugado con un lienzo la humedad que lo habia bañado, con voz un poco baja me dijo lo siguiente: Quisiera que fuera posible sacarme el corazon, y ponerle en vuestras manos para que se viera el efecto que ha hecho en él vuestra justa reprension; y fuera para mí algun descuento de mis desdichas si me creyérais como yo os he creído, no solo para admitir el consejo, sino para obedecerlo y ponerlo en ejecucion; que quien oye de buena gana enmendarse quiere. No digo que totalmente estoy fuera del caso, que como estos accidentes tienen su asiento en el alma, no pueden desampararla tan presto; pero como el amor y desamor nunca paran en el medio, porque en el modo de engendrarse van por una misma senda, así yo voy pasando de un extremo á otro; porque despues que me ví acardenalado y lastimado el rostro, por quien tanta honra y cortesía me hace todo el mundo, se me ha revestido un odio mortal contra quien ha sido la causa dello. Fuera de lo que esta noche en lo poco que mis ojos descansaron soñé, estando cogiendo una hermosa y olorosa manzana del mismo árbol, al tiempo que con los dedos la apreté, salió della mucho humo, y una culebra tan grande, que me dió dos vueltas; al cuerpo por la parte del corazon, y me apretaba tanto, que pensé morir; y como ninguno de los circunstantes se atreviese á quitármela, un hombre anciano llegó y la mató con sola su saliva echada en la cabeza de la culebra, que al punto cayó muerta, dejándome libre y despierta del sueño. Y haciendo reflexion sobre él, á pocas vueltas le dí alcance, de modo que con los malos principios y la buena consideracion vine á cobrar mi honra y vida, y á tener mi corazon en el extremo de odio que tenia de amor, por vuestros buenos y saludables consejos. Por donde si hasta aquí habeis sido mi escudero, de aquí adelante seais mi padre y consejero; y si alguna cosa habeis visto en mí que sea en vuestros ojos agradable, por ella os pido y ruego que no me dejéis ni desampareis en esta ocasion ni en todo el restante que os queda devida; que el amor que yo tengo á vuestra persona es tan grande como el cuidado que vos habeis tenido con mi honra: el desengaño me ha cogido ántes que el gusto me asalariase; aunque la voluntad se dobló, la honra quedó en pié. Si el consentimiento fuera obra, yo confesara mi flaqueza por infamia: quien tiene aliento para asirse tropezando, tambien lo tendrá para levantarse cayendo; quien se arrepiente, cerca está de la enmienda; ni me desanimo por tierna ni me acobardo por derribada. Si está en mí quien pudo derribarme, ¿por qué no lo estará para levantarme? Sin consejo me rendí, pero con él tengo de librarme. Si me dejé llevar sin persuasion ajena, ¿por que no

volveré en mí por la vuestra? Para caer fuí sola, y para levantarme somos vos y yo : más agradece el enfermo la medicina que le cura, que no el consejo que le preserva. No admití primero vuestro saludable consejo, y ahora me rindo al cauterio de vuestra medicina. Al enfermo que no se ayuda no le aprovechan los remedios; mas al que se esfuerza y vuelve en sí, todo le alivia y alienta. La caridad ha de comenzar de sí propia. Si yo no me quiero á mí bien, ¿qué importa que me quiera quien no está en mí? Si yo aborrezco la salud, en vano trabaja quien me la procura; mas si yo deseo convalecer, la mitad del camino tengo andado. Quien obedece al consejo, acertar desea; y quien no replica á la reprension, no está lejos de convertirse. Cuando la culebra despidе el pellejo, renovarse quiere : no hay más cierta señal para venir el fruto, que caerse la flor, ni mayores muestras de arrepentimiento, que aborrecer el daño y conocer el desengaño. Yo lo conozco, padre de mi alma, y estoy con deseo de levantarme y determinacion de no tornar á caer : ayudadme con vuestro consejo y consuelo para que vuelva en mí, cobre lo perdido y remedie lo pasado, me anime en lo presente y arme para lo venidero. Más iba á decir la hermosa escarmentada, sino que por llamar el marido á la puerta fué necesario dejar la más que apacible disculpa ó enmienda. Entró el doctor, y ella se fingió de la enojada, cubriéndose el lastimado aunque bello rostro, haciendo algunos melindres fingidos para que la desenojase, que amándola tan tiernamente, fácil era el hacerlo. Vióle el rostro, y sintiolo mucho más que ella, y despues de haberse blandamente disculpado, le dijo : Amiga, sacáos un poco de sangre. ¿Para qué, dije yo, se ha de sangrar? Respondió el doctor : Por la caída. ¿Pues cayó, pregunté yo, de la torre de san Salvador, para que se saque la sangre? Sabeis poco, dijo el doctor; que de aquella contusion del lapso habiéndose removido las partes hipocondríacas y rēnes, podria sobrevenir un *profluvium sanguinis* irreparable, y del livor del rostro quedar una cicatriz perpetua. Y luego, dije yo, vendrá el arturo meridional á la circunferencia metafísica del vegetativo corporal, y evacuará la sangre del hepate. ¿Qué decis, dijo el doctor, que no os entiendo? ¿No me entiende? dije yo; pues ménos entiende su mujer á vuesamerced; que para decir que del golpe de la caída puede venir algun flujo de sangre, y quedar señal en el rostro, ¿se han de decir tantas pederterias, contusion, lapso, hipocondrios, profluvio, cicatriz, livor? Póngase un poco de bálsamo ó ungüento blanco ó zumo de hojas de rábano, y riase de lo demas. Y aun creo que es lo mejor, dije ella riendo; mas es lo peor que se me ha quitado la gana del comer. Ponéos, dijo el doctor, unos absintios en la boca del ventrículo, y echáos un clistel; que con esto y una fricacion en las partes inferiores, junto con la exoneracion del ventrículo, cesará todo eso. Otra vez, dije yo, ¿qué no se podria acabar con los medicos mozos que hablen en su lenguaje que los entiendan? Pues qué, ¿queréis vos, dijo el doctor, que hablen los hombres doctos como los ignorantes? Cuanto á la sustancia, dije yo, no por cierto; pero cuanto al lenguaje, ¿por qué no hablarán como los entiendan? Al conde de Lemos don Pedro de Castro, el de las grandes fuerzas, yendo á visitar su estado á Galicia, como era tan gran-

de y grueso y muy bebedor de agua, del cansancio del camino le dió una enfermedad que los médicos llaman hemorroides; y como no iba preparado de médico, díjole Diego de Osma : Aquí hay uno que desea tomar el pulso á vuesa señoría días há. Pues llamadle, dijo el Conde : llamáronle, y el hombre, que conoció la enfermedad, fué muy reparado de retórica medicinal, pareciéndole que por allí entraria en la voluntad del Conde; y vistiéndose una ropa muy raida entre azul y negra, y una sortijaza que parecia remate de asador, entró por la sala donde estaba el Conde, diciendo : Beso las manos á su señoría; y el Conde : Vengais en hora buena, doctor. Prosiguió el médico : Dícenme que su señoría está malo del orificio. El Conde, que tenia extremado gusto de bueno, conoció luego y preguntóle : Doctor, ¿qué quiere decir orificio, platero de oro, ó qué? Señor, dijo el doctor, orificio es aquella parte por donde se inundan, exoneran y expelen las inmundicias interiores que restan de la decoccion del mantenimiento. Declaráos más, doctor, que no os entiendo, dijo el Conde : y el médico : Señor, orificio se dice de *os oris*, y *facio facis*, *quasi os faciens*; porque como tenemos una boca general por donde entra el mantenimiento, tenemos otra por donde sale el residuo. El Conde, aunque enfermo, pereciendo de risa, le dijo : Pues este deste modo se llama en castellano (nombrándole por su nombre) : anad, que no sois buen médico, pues lo echais todo en retórica vana : de manera que por donde pensó acreditarse con el Conde, se echó á perder : él se fué corrido, y el Conde quedó de manera riendo, que hacia temblar la cama y aun la sala. Yo creo cierto que es alivio para los enfermos que el médico hable en lenguaje que le entiendan, para no poner en cuidado al pobre paciente. Tienen, fuera desto, obligacion de ser dulces y afables, de semblante alegre y de palabras amorosas : es bien que les digan algunos donaires y cuentecillos breves con que los alegren; sean corteses, limpios y olorosos; acaricien tanto al enfermo, que parezca que sola aquella visita es la que les da cuidado; miren si tiene bien hecha la cama, con aseó y limpieza, y hagan lo que el doctor Luis del Valle, que á todos, juntamente con hacerles sacramentar, los alienta con darles buenas esperanzas de salud; que hay algunos tan ignorantes en la buena policia y trato, que sin estar una persona enferma, por encarecer su trabajo y subir su ganancia, dicen al enfermo que está peligroso, para que lo esté de veras; y es bien que, pues se tienen por ministros de naturaleza, lo sean en todo. No digo nil descuidos que hay en el conocimiento de las enfermedades y en la aplicacion de las medicinas. Es muy de médicos viejos, dijo mi amo, andar tan despacio como vos queréis, y mirar en esas niñerías : ya los neotéricos vamos por otro camino; que para lo que es curar, tenemos el método de purgar y sangrar, con algunos remedios empíricos de que nos valemos. Y aun por eso, dije yo, huyo de curarme con médicos mozos; porque un amigo mío, que lo era en edad y en experiencia, muy gentil estudiante, habiéndose acreditado conmigo con ciertos aforismos de Hipócrates que sabía de memoria, traídos en buena ocasion y pronunciados á lo melindroso, me entregué en sus manos la primera vez que me dió la gota; de las cuales salí con veinte y dos sudores y unciones, y me las estuviera

dando hasta ahora, si yo propio no me hallara el pulso con intercadencias; y con decir que habíamos errado la cura (como si yo tambien la hubiera errado), me dejó y se apartó de mí confuso y corrido; mas yo, con la recia complexion que tengo y con gobernarme bien, en convaleciendo me encontré con él en la plazuela del Angel cara á cara, la suya de color de pimienta y la mia de gualda, y me lube con él de manera que salió de mi lengua peor que yo de sus manos. Los grandes médicos que yo he conocido y conozco, en llegando al enfermo procuran con gran cuidado saber el origen, causa y estado de la enfermedad y el humor predominante del paciente, para no curar al colérico como al flemático, y al sanguino como al melancólico, y aun, si es posible (aunque no hay ciencia de particulares), saber la calidad oculta del enfermo, y desta manera se acierta la cura y se acreditan los médicos. No he visto en mi vida, dijo el doctor, escudero tan licenciado. Pues más tengo de licenciado, dije yo; porque en viendo una verdad desamparada, me arrojo en su ayuda con la vida y el alma. ¿Qué sabeis vos de intercadencias? dijo el doctor: ¿qué señales teneis de gota, pues os habeis escapado de lo uno y no padeceis de lo otro? Las intercadencias, respondí yo, otras veces las he tenido, que me he visto con enfermedades apretadas; pero no me he desanimado, ántes á un médico mozo y muy galante que me curó en Málaga, le animé, porque se turbó hallándomelas en el pulso (que en esto yo fui médico y él paciente); y aunque me digan que es calidad propia de mi pulso, ellas tienen todas las partes de intercadencias. Y habiéndome escapado desta ardentísima fiebre, de que me curé con un cántaro de agua fria que me eché á los pechos, me quedaron unas grandísimas ventosidades, para lo cual me dió un remedio tudesco, que si yo le guardara, hicieran tanta burla de mí los muchachos como yo hice dél; porque á un hombre colérico y nacido en region cálida le mandó que en toda su vida no bebiese gota de agua, y de la gota me preservó con un consejo de Ciceron, que dice que la verdadera salud consiste en usar de los mantenimientos que aprovechan, y huir de los que nos dañan: no uso de mantenimientos húmedos, no bebo entre comida y comida, no ceno, bebo agua, y no vino; hago todas las mañanas una fricacion ántes de levantarme de la cama con grande vehemencia desde la cabeza, discurriendo por todos los miembros hasta los piés, y cuando me siento cargado hago un vómito: con esto, y la templanza en otras cosas, me preservo de la gota. Perdonéme vuesa señoría ilustrísima si le canso con estas niñerías que me pasaron con este médico, que las digo porque quizá encontrará con ellas alguno á quien aprovechen. Díjome el doctor entónces: Por vuestra vida que me digais si habeis estudiado y adónde, que procedéis con tan buena gracia en todo, que me habeis aficionado de manera, que si fuera un gran príncipe no os apartara de mi lado un punto. Lo mismo, dijo ella, os ruego yo, padre de mi vida, y así os la dé Dios muy larga, que nos deis cuenta de vuestra vida; que vos procedéis de modo que será grandísimo entretenimiento al doctor por el entendimiento, y á mí por la voluntad. Contar desdichas, dije yo, no es bueno para muchas veces; acordarse de infelicitades el que está caído, puede traerlo á desespe-

racion. Una diferencia hay entre la prosperidad y la adversidad, que la memoria de las desdichas en la adversidad entristece más, pero en la prosperidad aumenta el gusto. No se le ha de pedir al que todavía está en miserias, que cuente las que ha pasado, porque es renovarle la llaga que ya se iba cerrando, con traerle á la memoria lo que desea olvidar. El que se ha escapado de la tormenta, no se contenta con solo verse fuera della, sino con besar la tierra; pero el que está todavía padeciendo el naufragio solamente se acuerda de lo presente, que solicita el remedio; porque aunque yo tenga condicion de pobre, tengo ánimo de rico, y si no me desanimo por caído, no tengo de qué animarme por levantado, y no son mis trabajos para contados muchas veces.

DESCANSO QUINTO.

Mas como la privacion puede tanto con las mujeres, por el mismo caso que yo rehusaba, mi ama procuraba más que lo dijese; que como tenia pecho noble y le parecia que la tenia obligada en alguna manera, sacaba fuerzas de flaqueza y buscaba modos cómo darme á entender que estaba de mí agradecidísima; que esta diferencia hace un pecho liso y sencillo á uno de mala raza y cosecha, que el bueno aun el bien imaginado agradece, mas el bronco y desabrido no solamente no agradece, pero busca modos cómo desagradecer el bien recibido; pero cuanto más mi ama se esforzaba por dar á entender su agradecimiento, tanto más me ofendia yo en que pensase que habia hecho algo en servirla; que el saber flaquezas ajenas, que ó todos las comemos ó estamos naturalmente dispuestos á ello, no ha de ser parte para estimar en ménos á aquellos de quien las sabemos: saber el secreto ajeno ó es acaso ó por confianza que hacen de nosotros: si es acaso, la misma naturaleza nos enseña que puede suceder lo mismo por nosotros; y si es por confianza, ya entra en guardarle la reputacion del que lo sabe. Encubrir faltas ajenas es de ángeles, y descubrirlas es de perros, que ladran cuando más dañan. Querer saber secretos ajenos nace de pechos sin merecimientos, que lo que no pueden merecer por sí quieren merecerlo á costa ajena: quien quiere saber faltas ajenas quiere estar mal con todo el mundo y que se publiquen las suyas. ¡Dichosos aquellos á cuya noticia no han llegado las faltas ajenas, que ni ofenderán ni serán ofendidos! Hay algunos ánimos tan fuera del órden natural, que les parece que han alcanzado una gran joya cuando saben alguna falta de su prójimo; pues no se persuada á entender quien tiene tan abominable costumbre que no hay contratretas para semejantes desafueros, que todos traen el castigo por sombra, y no hay mala intencion que no tenga su semejante ó peor: Un fraile, aunque no muy docto, bien intencionado, preguntado en un escrutinio si sabía faltas ó descuidos de sus compañeros, respondió que no, porque si las habia oido, ó no habia reparado en ellas ó las habia dejado olvidar, y si venian por relacion, no las habia oido ó no las habia creído. Y otro, habiendo desacreditado á todos los compañeros por acreditarse á sí en el escrutinio, salió más culpado que todos. Este almacén de palabras le traido para decir el recelo que mi ama debia tener, pareciéndole que podia revelar su secreto, ó

que á lo ménos le quería tener, como dicen, el pié sobre el pescuezo; y así, prosiguiendo en su intento, dijo que por mi buen término y trato quisiera perpetuarme en su casa para tenerme en lugar de padre, queriéndome casar con una parienta suya, doncella y de muy buena gracia y de poca edad; y declarándose con su marido y conmigo, encareciendo la bondad y virtud de la moza y cuán bien me estaría para el regalo de mi vejez casarme con ella, yo le dije: Señora, no haré eso por todas las cosas del mundo, porque quien se casa viejo presto da el pellejo; y riéndose ella, proseguí diciendo que en Italia traen un refranecito á este modo, que el que casa viejo tiene el mal del cabrito, que ó se muere presto ó viene á ser cabron. ¡Jesus! dijo mi ama, ¿pues eso ha de imaginar un hombre tan honrado como vos? Señora, dije yo, lo que veo y he visto siempre es que al viejo que se casa con moza, todos los miembros del cuerpo se le van consumiendo, sino es la frente, que le crece más. Las mozas son alegres de corazon y regocijadas en compañía, andan siempre jugando y saltando como ciervas, y los maridos como ciervos, siendo viejos. No es tan perseguida la liebre de los galgos como la mujer del viejo de los paseantes; no hay mozo en todo el lugar que no sea su pariente, ni vieja rezadera que no sea su conocida: en todas las iglesias tiene devociones, ó por huir del marido, ó por visitar las comadres: si es pobre el marido, se anda quejando dél; si es rico, á pocas vueltas le deja como el invierno á la cornicabra, con solo el fruto en la frente. He rehusado en mi mocedad tomar esta carga sobre mis hombros, ¿y la habia de tomar ahora sobre mi cabeza? Dios me guarde mal juicio; bien me estoy solo; ya me sé gobernar con la soledad, no quiero entrar en nuevos cuidados; afuera consejos vanos. A todo esto el doctor estaba pereciendo de risa, y su mujer pensando en la réplica que habia de hacer; y así, con muy gran donaire y desenvoltura dijo á su marido y á mí: Cada día vemos cosas nuevas; bien es vivir para experimentar condiciones: el primer viejo sois que he visto y oído decir que haya rehusado casamiento de niña; todos apetezen la compañía de sangre nueva para conservación de la suya; los árboles viejos con un ingerto nuevo los remozan; á las plantas porque no se hielan les ponen abrigo; la palma si no tiene junto á sí su compañera no lleva fruta; la soledad ¿qué bien puede traer sino melancolía y aun desesperación? Todos los animales racionales y brutos apetezen la compañía. No seais como aquel bestial filósofo que, habiéndole preguntado cuál era buena edad para casarse, respondió que cuando era mozo era temprano, y cuando viejo tarde. Mirad que, fuera de ser para mi grande gusto, para vuestra comodidad es bien vivir con abrigo. Yo confieso, le dije, que tan elegantes razones, dichas con tanta gracia y estilo, persuadirán á cualquiera que no estuviera con tanta experiencia de las cosas del mundo y tan hecho á la soledad como yo; pero verdades tan apuradas no admiten persuasiones retóricas; porque casarse un viejo con una muchacha, si ella es como debe ser, es dejar hijos huérfanos y pobres, y en pocos años venir á ser entrambos de una misma edad, porque naturaleza va siempre tras su conservación, y el viejo conserva la suya, consumiendo la juventud de la pobre muchacha; y si no es

desta suerte, tiene puestos los ojos en lo que ha de heredar y la voluntad é intencion en el marido que ha de escoger. Mas ¿qué tal pareciera yo con mis blancas canas junto á una niña rubia y blanca, bien puesta y hermosa, que cuando alzara los ojos á mirarme el copete lo viera más liso que el carcañal, las entradas como el colodrillo de la ocasion, la barba más crespa y cana que la del Cid? Eso no os dé pena, dijo ella, que Juan de Vergara tiene una tinta tan negra y tina, que á cuantos hombres y mujeres entran en su casa con canas los pone de manera que á la salida no los conocen. Ni aun ellos propios se conocen á sí mismos, dije yo, con un engaño como ese, y creo cierto que nace esta flaqueza de no conocer nuestra hechura; porque disfrazar y entretener las canas no sé de qué sirve sino de una ocupacion de zurradores que no rehusan traer las manos como ébano de Portugal. Y realmente, los que lo hacen tienen tanta ventura, que á nadie engañan sino á sí solos, porque todos lo saben: de modo que les añaden muchos más años de los que tienen, y ellos no se desengañan hasta que por alguna enfermedad dejan de teñirse, y se hallan cuando se miran la barba, como urraca ahorcada. Pues si la tinta no acierta á ser del color de la barba, que es muy ordinario, en dándoles el sol hace visos como el arco del cielo. Si con el teñir se reparara la flaqueza de la vista, se supliría la falta de los dientes, se cobrara la fuerza de piernas y brazos, ó se entretuvieran los años para engañar la muerte, todos lo hiciéramos; pero hace la muerte con los teñidos como la zorra con el asno de Cúmas, que se vistió una piel de leon para espantar á los animales y pacer con seguridad; mas la zorra, viéndole andar tan despacio, miróle las patas y dijo: Asno sois vos. Así la muerte mira los teñidos, y les dice: Viejo sois vos. Tiñase quien quisiere; que yo tengo por mejor lo claro que lo oscuro, el día que la noche, lo blanco que lo negro. Más quiero parecer paloma que no cuervo, más hermoso es el marfil que el ébano. Si como las barbas pasan de negras á blancas, pasaran de blancas á negras, ¿cuánto más odiosas fueran por el color tapetado? En fin, la plata es más alegre que el ébano. ¿No bastaba casado, sino tiznado? Andad, dijo mi ama, que con eso se disimulan algunos años, y sin eso no se pueden negar. Aunque los hombres de bien, dije yo, jamas han de mentir, en todas las cosas del mundo puede aprovechar una mentira, sino es en los años y en el juego; porque ni los años pueden ser ménos por negarlos, ni la ganancia se ha de quitar por confesarla. Pero volviendo á nuestro propósito, digo que el matrimonio es cosa santísima: no se puede negar, ni yo lo niego, que el no apeteccerlo yo nace de la incapacidad mía, y no de la excelencia suya: apetézcalo quien está en edad y disposicion para ello, con la igualdad que la misma naturaleza pide, que ni sean ambos niños ni ambos viejos, ni él viejo y ella niña, ni ella vieja ni él niño. Sobre lo cual hay diversas opiniones entre filósofos, y la más cierta es que el varon sea mayor que la mujer diez ó doce años; pero que tenga yo cincuenta años y mi señora mujer quince ó diez y seis, es como querer que un contrabayo y un tiple canten una misma voz, que por fuerza han de ir apartados ocho puntos el uno del otro. ¿Pues nunca habeis sido enamorado? dijo mi ama. Y tanto, dije yo, que he compuesto co-

plas y tenido pendencias; que la mocedad está llena de mil inconsideraciones y disparates. No lo serian, dijo ella; que los hombres de buen discurso sazonan las cosas diferentemente que los demás. Reniego, dije yo, de ejercicio que ha de traer á un hombre hecho lechuza, guardando cimiterios, sufriendo frios y serenos, incomodidades y peligros tan ordinarios como suceden de noche, y aun cosas dignas de callar. El que anda de noche ve los daños ajenos y no conoce los suyos, consume presto la mocedad y se desacredita para la vejez: vense de noche cosas que se juzgan por malas no siéndolo. ¡Qué de temores y espantos cuentan los que pasean de noche, que vistos de dia nos provocarian á risa! Acuérdome que teniendo cierto requiebro al barrio de San Gines con otro juicio tal como el mio era entónces, niártes de Carnestolendas en la tarde me envié á decir la señora que le llevase algo bueno para despedirse de la carne; que en estos dias hay libertad para pedirlo y aun para negarlo; pero por usar de fineza, por ser la primera cosa que hacia en su servicio, vendí ciertas cosillas que me hicieron harta falta, y en acabándose la grita de jeringas y naranjazos y el martirio perruno causado de las mazas (de quien, sin saber por qué, huyen hasta reventar), dí conmigo en un tabernáculo de la gula, donde henchí un paño de manos de una empanada, un par de perdices, un conejo y frutillas de sartén, y atándolo muy bien, caminé á darlo por una ventana á más de las once de la noche; y como el dia siguiente, por ser miércoles de ceniza, era dia de mucha recoleccion, aunque todo el pasado habia sido alegría para los muchachos y trabajos para los perros, habia silencio general: de suerte que aunque yo iba bien cargado, no me podia ver nadie: llegando á la plazuela de San Gines sentí que venia la ronda, y retiréme debajo de aquel cobertizo, donde suele haber una tumba para los aniversarios y obsequias; y ántes que pudiesen llegar á mí los de la ronda, metí el paño de manos, atado como estaba, por un agujero grande que tenia la tumba por la parte de abajo, y sacando un rosario que siempre traigo conmigo, comencé á fingir que rezaba. Llegó la ronda, y pensando que fuese algun retraído, asieron de mí, preguntando qué hacia allí. Llegó el alcalde, y visto el rosario y mi poca turbacion, que importa mucho en cualquiera ocasion no perturbarse el ánimo, dijo que me dejasen y me recogiese: hice que me iba, y en trasponiendo la ronda, torné por mi paño de manos y cena á la negra tumba, donde lo habia dejado; y aunque con un poco de temor, por la hora y la soledad, alargué la mano y brazo todo lo que pude alcanzar, y no topé con el paño ni con lo que estaba en él; de lo cual quedé temblando y helado; y es de creer que me causaria horrible miedo una cosa tan espantosa en un cimiterio, debajo de una tumba, á más de las once de la noche, y con tan gran silencio, que parecia se habia acabado el mundo; pues junto con esto, sentí dentro en la tumba tan gran ruido de hierro, que se me representaron mil cadenas y otras tantas ánimas padeciendo su purgatorio en aquel mismo lugar. Fué tanta mi turbacion y desatino, que se me olvidó el amor y la cena, y quisiera hallarme mil leguas de allí; pero lo mejor que pude, ó lo ménos mal que acerté, volví las espaldas y fuíme poco á poco ar-

rimándome á la pared, pareciéndome que iba tras mí un ejército de difuntos: pues yendo con esta turbacion me sentí detras tirar de la capa, desanimándome de manera, que di un golpazo con mi persona en el suelo, y con los hocicos en la guarnición de la espada: volví á mirar si era algun cadáver descarnado, y no vi otra cosa sino mi capa asida al calvario que está en aquella pared: con esto respiré un poco y fui cobrando aliento y descansando el temor del clavo y de la capa, pero no el de la tumba. Sentéme y miré alrededor á ver si habia cosa que me pudiese acompañar, y descansé, porque estaba tan cansado, que lo hube menester; que no lo estuviera más si hubiera andado cien leguas por los altos y bajos de Sierra Morena. Hice reflexion sobre lo pasado, considerando qué cuenta daria yo de mí el dia siguiente, contando lo que habia sucedido sin haber visto cosa que fuese de momento; porque decir un terror tan horrible sin haber averiguado el fundamento era desacreditarme y quedar en fama de cobarde ó mentiroso; dejar de contarle era quedar en opinion de miserable con la señora Daífa, habiendo gastado lo que no tenia sin decir el fin que tuvo. Por otra parte veia que si fuera algun difunto, no tenia necesidad de mi pobre cena, pues hombre no podia estar tan abreviado que no topara con él cuando extendí el brazo. Al fin hice mi cuenta desta manera: Si es demonio, mostrándole la señal de la cruz huirá; si es ánima, sabré si pide algunos sufragios; y si es hombre, tan buenas manos y espada tengo como él; y con esta resolucion fuíme animosamente á la tumba, desenvainé la espada, y rodeando la capa al brazo, dije con muy gentil determinacion: Yo te conjuro y mando de parte del eura desta iglesia que si eres cosa mala te salgas deste lugar sagrado, y si eres ánima que andas en pena, que me reveles qué quieres ó qué has menester (y el ruido del hierro con mi conjuro andaba más agudo): una y dos y tres veces te lo digo y torno á decir; pero cuanto más le decia, tantos más golpes de hierro sonaban en la tumba, que me hacían temblar. Visto que mi conjuro no era válido, y que si dejaba enfriar la determinacion que tenia, toruaria de nuevo el temor á desanimarme, púseme la espada entre los dientes, y con ambas manos así de la tumba por el agujero de abajo, y en alzándola, salió corriendo por entre mis piernas un perrazo negro con un cencerro atado á la cola, que huyendo de los muchachos se habia recogido á descansar á sagrado; y como despues de haber reposado olió la comida, retiróla para sí y sacó el vientre de mal año; pero con el grande y no pensado ruido que hizo saliendo, fué tanto mi espanto, que como él fué huyendo por una parte, yo fuera por otra, sino por un espinillazo que al salir me dió con el cencerro de que no me pude menear tan presto; pero fué tanta la pasion de risa que despues de quitado el dolor me dió, que siempre que me acuerdo dello, aunque sea á solas y por la calle, no puedo dejar de dar alguna demostracion dello. Fué menester que el doctor y su mujer ácabasen de reir para proseguir el intento para que truje el cuento; y habiéndolo solenizado, les dije: No se podrá creer lo que yo me holgué de averiguar aquella duda que en tanta confusion me habia de poner para contar lo que habia visto, por donde pusiera mal nombre á aquel lugar, como lo han hecho otros muchos, que por no

averiguar los temores ó las causas dellos, desacreditan mil lugares, y quedan desacreditados por temerosos y espantables sin haber causa para ello más de haber visto alguna extraordinaria cosa, y sin averiguarla van á contar mil desalumbramientos y disparates. Uno dijo que habia visto un caballo lleno de cadenas y descabezado, y era una bestia que venía del Prado á su casa con las trabas de hierro. Son infinitos los disparates que en esto se dicen: de manera que no hay poblacion donde no hay un lugar desacreditado por temeroso, y ninguno, si no es burlando ó haciendo donaire, dice la verdad. En Ronda hay un paso temeroso despues que se subió de noche una mona en un tejado, que con la maza y cadena atoró ó encalló en una canal, y desde allí echaba tejas á cuantos pasaban; y todo es desta manera. Solas dos cosas hallo yo que pueden hacer mal de noche, que son los hombres y los serenos, que los unos pueden quitar la vida, y los otros la vista.

DESCANSO SEXTO.

Al tiempo que me iba hallando mejor con el doctor Sagredo y mi señora doña Mergelina de Aybar, por el amor que me tenian, como mi suerte ha sido siempre variable, hecha y acostumbrada á mudanzas de fortuna y ejercitada en ellas toda mi vida, vinieron á llamar de un pueblo de Castilla la Vieja al doctor Sagredo con un gran salario, el cual no pudo rehusar, por haberlo menester y para ejercitar lo que habia estudiado, que ni la grandeza del ingenio ni el continuo estudio hacen á un hombre docto si le falta experiencia, que es la que sazona los documentos de las escuelas, sosiega las hachillerías que hacen al ingenio confiado por las filaterías de la dialéctica; que realmente no podemos decir que tenemos entero conocimiento de la ciencia hasta que conocemos los efectos de las causas que enseña la experiencia, que con ella se comienza á saber la verdad. Más sabe un experimentado sin letras que un letrado sin experiencia, la cual faltaba al doctor Sagredo; y así, le estuvo bien aceptar aquel partido por esto y por repararse de las cosas necesarias para la conservacion de la vida humana. Aceptado el partido, pidieronme con toda la fuerza posible que me fuese con ellos; lo cual yo hiciera si no fuera que no me atreví á los frios de Castilla la Vieja, que estando un hombre en los postreros tercios de la vida, no se ha de atrever á hacer lo que hace en la mocedad. El frio es enemigo de la naturaleza, y aunque uno muera de ardentísimas fiebres, al fin queda frio. Las acciones del viejo son tardas por la falta de calor; como la mocedad es cálida y húmeda, la vejez fria y seca; por falta de calor viene la vejez, y por esto han de huir los viejos de regiones frias, como yo lo hice, que me quedé desacomodado por no ir adonde me acabase el frio en breve tiempo. Fuéronse, y quedéme solo y sin arrimo que me pudiese valer; que los que dejan pasar los verdes años sin acordarse de la vejez han de sufrir estos y otros mayores daños y trabajos. Nadie se prometa esperanzas de vida, ni piense que sin diligencia puede asegurarla, que hay tan poco de la mocedad á la vejez como de la vejez á la muerte: no puede creerlo sino quien ha entregado sus años á la dilacion de las esperanzas. Cada dia que se pasa en la ociosidad es uno ménos en la vida, y muchos en la costumbre que

se va haciendo. Siendo estudiante en Salamanca el licenciado Alonso Rodriguez Navarro, varon de singular prudencia y ingenio, le hallé una noche durmiendo sobre un libro, y diciéndole que mirase lo que hacia, que se quemaba las pestañas, respondió que apelaria para el tiempo que le diese otras; pero que si perdía el tiempo, no tenía para quien apelar sino para el arrepentimiento. Al mismo, preguntándole por qué camino habia venido á ser tan bien quisto en su ciudad, que es Murcia, respondió que haciendo placer y disimulando desagradecimientos, pero que nunca llegaron á engendrar en su pecho arrepentimientos de haber hecho el bien; que los hombres de bien no han de hacer cosas de que se deban arrepentir; y así, si el arrepentimiento viene tarde y es bien recibido, aprovecha para el reparo de la vida; que como el arrepentimiento sigue á los daños sucedidos por propia culpa, viene acompañado con asomos de virtud nacida del escarnimiento y ayudada de la prudencia. Mas no hay arrepentimiento que venga tarde como sea bien recibido. Cuatro efectos suelen resultar del tiempo mal gastado y peor pasado: dejamiento de sí propio, desesperacion de cobrar lo perdido, confusion vergonzosa y arrepentimiento voluntario: estos dos postreros arguyen buen ánimo y estar cercanos á la enmienda; pero entiéndese que como el yerro fué con tiempo, el arrepentimiento no ha de ser sin tiempo; que si el mucho tiempo se pasó presto, el poco se pasará volando, y llegará tarde el arrepentimiento, como el tiempo que se pasa al descuido con gusto no se cuenta por horas, como el que se pasa trabajando no se echa de ver hasta que es pasado. Yo quedé solo y pobre, y para reparo de mis necesidades me topó mi suerte con cierto hidalgo que se habia retirado á vivir á una aldea, y habia venido á buscar un maestro ó ayo para dos niños que tenia de poca edad, y preguntándome si queria criárselos, le respondí que criar niños era oficio de amas, y no de escuderos: rióse y dijo: Buen gusto teneis; á fé de caballero que habeis de ir conmigo: ¿no os hallareis bien en mi casa? Yo respondí: Ahora sí, pero despues no sé. ¿Por qué? preguntó el hidalgo. Porque hasta tomar el tiento á las cosas, dije yo, no se puede responder afirmativamente; y no se ha de preguntar á los criados si quieren servir, sino si saben servir; que el querer servir arguye necesidad, y saber servir, habilidad y experiencia en el ministerio que los quieren; y de aqui nace que muchos criados á pocos dias de servicio ó se despiden ó los despiden, porque entraron á servir por necesidad y no por habilidad, como tambien algunos estudiantes perdidos, que en viéndose rematados, entran en religion tan llenos de necesidad como de necesidad, y á pocos lances ó desamparan el hábito ó el hábito los desampara. Primero se ha de inquirir y escudriñar si es bueno y suficiente el criado para el cargo que le quieren dar, que no si tienen voluntad de servir; porque de tener criados ociosos y que no saben acudir al oficio para que fuéron recibidos, fuera del gasto impertinente, se siguen otros mayores inconvenientes. Aunque cierto principe destos reinos, diciéndole un mayordomo suyo que reformase su casa, porque tenía muchos criados impertinentes, respondió: El impertinente sois vos; que los baldíos me agradecen y honran, y esotros, pagándoles,

les parece me hacon mucha merced en servirme; y el que no obliga con buenas obras, ni es amado ni ama, y en las buenas se parece un hombre á Dios. Parece-me, dijo el hidalgo, que quien sabe eso sabrá tambien servir en lo que le mandaren, especialmente que mi hijo el mayor os podrá hacer bien en algun tiempo, que tiene accion y expectativa á un mayorazgo de parte de su madre, que ahora posee su abuela; y del hijo mayor, á quien le viene, no tiene sino dos nietecillos enfermizos; y muriendo ellos y su padre, queda mi hijo por heredero. Eso es, dije yo, como el que descando hartarse de dátiles, fué á Berbería por una planta de palma, y compró un pedazo de tierra en que la plantó, y está esperando todavía que dé el fruto; así yo tengo que esperar á tres vidas, estando la mia en los últimos tercios, para la poca merced que se aguarda de quien aun no tiene esperanza; que como ella vive entre la seguridad y el temor, es necesario que tenga larga vida quien se sustenta della; que no hay cosa que más la vaya consumiendo que una esperanza muy dilatada; y es de creer que el que se va á pasar la suya entre robles y jarales ni la tiene muy cerca ni muy cierta, que por no martirizarme con ellos ni verme en los tragos en que ponen á quien los sigue, he tenido por mejor y más seguro abrazarme con la pobreza que abrazarme con la esperanza. Esa, dijo el hidalgo, es la cuenta de los perdidos, que por no esperar ni sufrir quieren ser pobres toda la vida. ¿Y qué mayor pobreza, dije yo, que andar bebiendo los vientos, echando trazas, acortando la vida y apresurando la muerte, viviendo sin gusto, con aquella insaciable hambre y perpetua sed de buscar hacienda y honra? Que la riqueza ó viene por diligencia buscada, ó por herencia poseida, ó por antojo de la fortuna prestada: si por diligencia, no da lugar á otra cosa de virtud; y si por herencia, ordinariamente se posee acompañada de vicios y envidiada de parientes; si por antojo ó arrojamiento de la fortuna, hace al hombre olvidarse de lo que ántes era; y de cualquier manera que sea, todos en la muerte se despiden de mala gana de la hacienda y de las honras que por ella les hacian. Una diferencia hallo en la muerte del rico y la del pobre, que el rico á todos los deja quejosos, y el pobre piadosos.

DESCANSO SETIMO.

Parece, dijo el hidalgo, que nos habemos apartado de mi principal intento, que es la crianza y doctrina de mis hijos, en que consiste salir industriados en virtud, valor, estimacion y cortesía; que son cosas que han de resplandecer en los hombres nobles y principales. Acerca de la materia, dije, de criar los hijos, hay tantas cosas que advertir y tantas que observar, que aun de los propios padres que los engendraron no se puede muchas veces confiar la doctrina que ellos han menester; porque las costumbres corrompidas ó mal arraigadas en el principio de los padres destruyen los sucesores de las casas nobles y ordinarias. Si los antecesores saben los hijos que fueron cazadores, los hijos quieren serlo; si fueron valientes, hacen lo mismo; si se dejaron llevar de algun vicio que los hijos lo sepan, siguen el mismo camino; y para corregir y enmendar vicios heredados de sus mayores, casi es menester y aun necesario que no conozcan á los padres; que se-

ría lo más acertado sepultar las memorias de algunos linajes, que por ellos se van imitando lo que oyeron decir de sus mayores, que más valiera que no lo oyeran para que no lo imitaran. Y de aquí nace que suban unos en virtud y merecimientos, no habiendo á quien imitar en su linaje, por la educación valerosa que se imprimió en los verdes años, y otros bajen al mismo centro de la flaqueza y miseria humana, degenerando de la virtud heredada, ó por la imitacion adulterada de los ascendientes, ó por la depravada doctrina, impresa y sembrada en los tiernos años, que es tan poderosa, que de una yerba tan humilde como la achicoria se viene por la crianza á hacer una hortaliza tan excelente como la escarola, y de un ciprés tan eminente y alto, por sembrarlo ó plantarlo en una maceta ó tiesto se hace un arbolito enano y miserable, por no haberlo ayudado con buena educación. Si á los animales de su naturaleza bravos, nacidos en incultos montes y breñas, como son jabalies, lobos y otros semejantes, los crían y regalan entre gentes, vienen á ser mansos y comunicables; y si á los domésticos los dejan con libertad irse á los montes y criarse sin ver gente, vienen á ser tan feroces como las mismas naturales fieras. En tiempo del potentísimo rey Felipe III anduvo una loba en los patios de los Consejos, y jugaban los pajes con ella; y si le hacian mal, se amparaba con llegarse á las piernas de un hombre. Yo la vi echarse á los piés de las criaturas, y porque no la tuviesen miedo, se arrojaba á sus piés. Y en tiempo del prudentísimo Felipe II, en Gibraltar se fué un lechón al monto que está sobre la ciudad, y vino á ser tan fiero dentro de cuatro ó cinco años, que anduvo libre en el monte, que á cuantos perros le echaban para matarle los destripaba; que es tan poderosa la crianza, que hace de lo malo bueno, y de lo bueno mejor, de lo inculto y montaraz, urbano y manso; y por el contrario, de lo tratable y sujeto, intratable y feroz. Bien sé, dijo el hidalgo, que es importantísimo el cuidado de criar bien los hijos, porque de ahí viene la vida y honra suya, y la quietud y descanso de sus padres, que como han de conservar en ellos su mismo sér y especie, al paso que los aman, desean su proceder y término, y la imitacion de sus progenitores. Sabemos que dijo aquel rey de Macedonia, que tenia por tan gran merced del cielo, haber nacido su hijo en tiempo de Aristóteles para que fuese su maestro, como tener quien le sucediese en el reino. De tal suerte, dije yo, han de ser los maestros ó ayes, que con la aprobacion de su vida y costumbres enseñen más que con los preceptos morales, llenos de superflua vanidad; que muchas veces enseña más el maestro por acreditarse á sí y por mostrar jactancia, que por mostrar virtud y fundamentar el discípulo en valor, bondad y humildad: la doctrina llena deste deseo santo de acertar el camino de la verdad, al buen natural perfecciona y á la mala inclinacion corrige. Al hijo del caballero hánsele de enseñar con las letras juntamente virtudes que reflejan aquellas del origen que trae la antigüedad de sus pasados, humildad con valor, y estimacion sin desvanecimiento, cortesía con el superior, amistad con el igual, llaneza y bondad con el inferior, grandeza de ánimo para las cosas arduas y difíciles de cometer, desprecio voluntario de las que no pueden aumentar

sus merecimientos. La zorra un tiempo puso escuela de enseñar á cazar, y como el lobo se hallaba viejo y sin presas, rogóle que le enseñase un hijo, que le parecía que había de ser valeroso, para mantenerlo á él y á su madre en su vejez. La zorra, hallando en qué vengarse de los agravios que el lobo le había hecho, con mucha presteza y buen gusto recibió el pupilo. Lo primero que hizo fué apartarle de sus atrevidas inclinaciones, que eran de acometer á reses grandes, y enseñarle las raposerías que ella solía usar por su natural distinto; y dióse tan buena maña, que en ménos de un año el lobillo salió grandísimo cazador de gallinas. Enviáoselo al padre por muy hábil y diestro en el oficio: holgóse el padre y la madre, pensando que tenían un hijo que había de asolar la campaña de ganado. Enviáronle á buscar la vida para matar la hambre que habían padecido; y habiendo tardado día y medio, volvió con una gallina y muchos mordiscones y palos que le habían dado. Viendo el lobo la mala doctrina que había aprendido, dijo: Al fin nadie puede enseñar lo que no sabe. Déjeme engañar de la zorra, por no trabajar con mi hijo, porque la poltronería hace buen rostro á la mentira, y hame salido á los ojos lo que no miré con los de la consideracion. Hijo, andad acá; y mostrándole unas ternerrillas cerca de un cortijo, le dijo: Aquella es la caza que habeis de aprender y cazar. Apenas acabó de mostrárselas, cuando inconsideradamente cerró con ellas, porque las madres, que ya los habían oído, en un momento pusieron los hijos en medio, y todas puestas en muela, hicieron trincheras de sus cuernos, y el pobre lobillo, que pensó llevar presa, quedó preso, porque le recibieron con las picas ó picos de su herramienta, y lo echaron tan alto, que cuando cayó no fué para levantarse más: el padre, que con su ancianidad no pudo vengar la muerte de su hijo, se volvió á su guarida, diciendo: La mala doctrina no tiene medicina; costumbres de mal maestro sacan hijo siniestro. De aquí quedaron los odios para siempre confirmados entre la zorra y el lobo; y así, ella no va á buscar la vida sino adonde el lobo no se atreve, que es á las poblaciones, porque allí no pueden encontrarse. Mucho gustara, dijo el hidalgo, ya que habeis traído tan á propósito el cuento, que alargásemos un poco más la materia, para que averigüemos cómo se podría elegir el maestro que ha de ser el guión del cuerpo y alma del hijo ajeno, que ha de criar con más cuidado que si fuera suyo, y enseñarle para conseguir el verdadero camino que le guíe á la perfeccion de caballero cristiano, que de caballero solamente ya tenemos entendido el modo que todos siguen. Este modo de caballero, dije yo, está muy cargado de obligaciones, por la significacion que traen consigo, de que podrá ser tratar despues, si el tiempo nos diere lugar; porque ni la materia quiere brevedad, ni yo tengo espacio para ser largo; y alargando la que tenemos comenzada, digo que la primera y principal parte que ha de tener el que ha de ser maestro de algun príncipe ó gran caballero, es que tenga experiencia con madurez de edad, que por lo ménos tenga los años de la juventud gastados: edad en que con dificultad puede ser sabio y prudente un hombre, por faltar el tiempo que nos hace previstos y recatados. Mas si fuere mozo, sea tal, que le alaben los viejos ex-

perimentados en ciencia y bondad, aunque la mocedad es tan sujeta á variedades, impaciencias, furores y otros inconvenientes arrebatados, que si no es con mucho valor y entereza de virtud experimentada y conocida, tendria por mejor elegir para maestro un viejo cansado del mundo y con buena opinion, que á un mozo que va entrando en él y con buenas esperanzas; que al fin de aquel se tiene la seguridad que basta, y de este la confianza que puede mudarse. En los viejos va creciendo siempre el desengaño y la ciencia, y disminuyéndose la fuerza, se levanta la contemplacion; y en el mozo va creciendo la confianza y el desvanecimiento, fuerza y estimacion propia: de modo que tiene necesidad de ajeno consejo y amigable sofrenada; que en nuestros tiempos se han visto en algunos sujetos dignos de estimacion por su nacimiento tan exorbitantes vicios y desdichas, por la imprudencia de maestros mozos, destemplados y lascivos, que da horror removerlas en la memoria; á las cuales infelicidades no diera lugar la doctrina de un maestro viejo, cansado de dar y recibir heridas, ya sanas del trato y comunicacion del mundo. Que de darles maestros no elegidos por capacidad y partes dignas de tal oficio, sino mozos recibidos por favor y ruegos, armados de un poco de hipocresía, suelen venir á dar en cosas indignas de imaginarse. Ha de ser el maestro lleno de mansedumbre, con gravedad, para que juntamente le amen y estimen, y haga el mismo efecto en el discípulo, no perdiéndole un punto de su vista, si no fuere los ratos diputados para el gusto de sus padres, ó cuando el niño le tuviere con sus iguales; y en el entretenimiento se halle presente el maestro, alentándole y mostrándole el modo con que se ha de haber en el pasatiempo, no haciendo lo que yo vi hacer á un pedante, maestro de un gran caballero, niño de muy gallardo entendimiento, hijo de un gran príncipe, que habiendo concertado con otros sus iguales en edad y calidad un juego de gallos, día de Carnestolendas, salió tambien el bárbaro pedante con su capisayo ó armas de guadamaci sobre la sotana, con más barbas que Esculapio, diciendo á los niños: *Dextorsum heus sinistrorsum*; y desenvainando su alfanje de aro de cedazo, descolorido todo el rostro, iba con tanta furia contra el gallo, como si fuera contra Morato arráez, diciendo á grandes voces: *Non te peto, piscem peto, cur me fugis, galle?* De la cual pedantería él quedó muy ufano y contento, y los que le oyeron llenos de risa y burla. Yo me llegué, y le dije: Mire, señor licenciado, que por tener poca memoria los gallos se les olvida el latin. El respondió muy de presto: *Numquam didicerunt, nisi roncantes excitare*. Esto con mil impertinentes bachillerías, llenas de ignorancias gramaticales, dejó al caballero estragado su buen natural: diéronle otro maestro cuerdo, poco ó nada hablador, modesto y de buena compostura, y en pocos dias enmendó los horrones que el otro le había enseñado, que con muchas reglas mal sabidas y peor enseñadas y á voces repetidas le había estragado, y estotro con pocas y muy calladas lo reparó. Parecieron á dos hermanos, el uno muy colérico y el otro muy reposado y lleno de santuonia, que ganaban la vida con un pollino: el colérico le daba mil voces y palos, y el jumento no por eso hacia más movimiento

que ántes. El reposado no le decia más que : Arre, válgate Jesus; y hincábale un aguijon de un gemo por las ancas, con que le hacia volar. La modestia del maestro y las otras partes buenas se imprimen y son como espejo en que se mira el discípulo, y la imprudencia y poco valor es causa de menosprecio para con el maestro, y de incapacidad para con los demas; y así, lo que habia de ser doctrina viene á ser pasatiempo, y si se pasa no puede cobrarse, y en este poco se le puede enseñar con brevedad la lengua latina, sin cargarle de preceptos que los mismos maestros ó no los saben ó los han olvidado : de suerte que, en sabiendo declinar y conjugar, les lean libros importantes así para la lengua latina como para las costumbres; y todo lo demas tengo por tiempo mal gastado; porque las diferencias ó propiedades de nombres y verbos se pueden declarar en los libros que se fueren leyendo, sin hacer lo que los cirujanos, que detienen la cura porque dure la ganancia; que en esto realmente son culpados los maestros de las lenguas que se aprenden por reglas, porque faltaron los que las hablaban; porque las ordinarias fácilmente se aprenden con oírlas á los que las hablan; y los que las aprenden para saberlas, y no para enseñarlas, con que entiendan el libro que les leyeren sabrán mas que sus maestros; y volviendo al ejemplo de la zorra, sea el maestro de buen nacimiento ó crianza, templado, vergonzoso, verdadero, secreto, humilde, con valor, callado, no lisonjero ni hablador; que, como dicho tengo, enseñe más con la vida y costumbres que con las palabras, ó á lo ménos que se parezca lo uno á lo otro, para que no le abata al discípulo los pensamientos bien heredados á presas mal arraigadas por la ignorante doctrina; que la virtud ha de crecer con el discípulo de manera, que con enseñarle modestia no le enseñen encogimiento que le desjarrete el valor del ánimo con que nació. La educacion de los caballeros ha de ser como la de los halcones, que el halcon que se cria encerrado no sale con aquella fineza y aliento con que sale el que se cria donde le dé el aire, como le criaban sus padres. Hase de criar el halcon en lugar alto, en donde, gozando de la pureza del aire, pueda ver las aves á quien despues se ha de abatir. El que se cria encerrado, fuera de ser mas tardío en el oficio para que le crien, no sale con aquel coraje y determinacion que el otro que se crió al aire. Así, el caballero que se ha de criar para imitar la grandeza de sus progenitores, aunque se crie lleno de virtud y modestia, aquel recogimiento no ha de ser encogimiento de ánimo, sino, como arriba dije, ha de tener valor con humildad, estimacion sin desvanecimiento, cortesía y circunspeccion en todos sus actos: de suerte que no le falte cosa para cabal señor; que eso quiere decir caballero, compuesto de esta voz, *cabal* y *hero*, que en latin quiere decir señor. Así que caballero es cabal hero ó cabal señor, que no le falta cosa para serlo, y digan otros lo que quisieren, que la filosofia cristiana nos da lugar y licencia para dar sentido que tenga olor de virtud. Muella satisfacion y gusto, dijo el hidalgo, he recibido con el buen discurso que habeis hecho : satisfacion en la doctrina, que realmente va encaminada á la verdad cristiana, y gusto de las ignorancias de aquel pedante. Mas cuanto á la derivacion

de caballero, es muy sabido que se dice de caballo, porque sustentan caballo y andan á caballo y pelean á caballo. Si por esa razon fuera, dije yo, tambien se llamara caballero el playero ó arriero que trae caballos de la mar, y tambien se dice el que va en un jumento ó acémila, que va caballero, que realmente no es caballo, y parece que en esa opinion es impropio. Tambien, dijo el hidalgo, llamaron *eques* al caballero, de esta palabra *equus*, que quiere decir caballo. Tampoco, dije yo, concedo lo uno como lo otro; porque los romanos siempre dieron los nombres á las cosas que significasen la misma obra para que las criaban, como á los cónsules les dieron este nombre de cónsul, que quiere decir aconsejar y mirar por el bien de la república; y así, al caballero no creo que le dieron el nombre de *eques* por caballo, sino de *æquis*, *æqua*, *æquum*, por cosa igual, cabal y justa, como tiene obligacion de serlo quien ha de ser cabeza y modelo de las costumbres que han de imitar los miembros inferiores de la república, aunque realmente se van deslizando algunos de sus obligaciones, quizá entendiendo que el caballero quiere decir alcaballero de los mercaderes, sacándolo de su propia significacion y de la entereza y firmeza que ha de guardar en todas sus acciones; que por eso al baluarte le llaman caballero, porque ha de estar siempre firme é inmutable á la fuerza de los contrarios y al ímpetu de la artillería, como el caballero lo ha de estar á resistir las injusticias y agravios que se hacen á los inferiores y oprimidos, y haciendo al contrario, van contra su calidad y contra las obligaciones que heredaron de sus pasados.

DESCANSO OCTAVO.

Toda esta plática ó conversacion pasó estando este hidalgo y yo echados de pechos sobre el guardalado de la puente Segoviana, mirando hácia la Casa del Campo, por donde vimos asomar un buen atajo de vacas que nos interrumpió la conversacion, y viéndolas, le dije : Aquellas vacas han de pasar por esta puente más apiñadas y más aprieta que vienen por aquella parte; por eso no aguardemos aquí el ímpetu con que han de pasar. No temais, dijo el hidalgo, que os guardaré á vos y á mí. Guárdese á sí, le dije yo, que á mí aquella pared que baja de la puente al rio me guardará, porque yo no me entiendo con gente que no habla, ni sé reñir con quien trae armas dobles en la frente; fuera de lo que dicen : Dios me libre de bellacos en cuadrilla. Hase de reñir con uno que si le digo teneos allá, me entiendan : reñir con un animal bruto es dar ocasion que se ria quien lo mira, y cuando salga bien dello, no ha hecho nada. No se ha de poner un hombre en peligro que no le importa mucho : defenderse del peligro es de hombres, y ponerse en él es de brutos. El temor es guarda de la vida, y la temeridad es correo de la muerte. ¿Qué honra ó provecho se puede sacar de matar un buey, cuando se haga por ventura, sino tener que pagar á su dueño? Si yo puedo estar seguro, ¿por qué tengo de poner mi seguridad en peligro? Con todo esto que yo le dije, él se quedó haciendo piernas, y yo con las mías me puse lo más presto que pude detras de la esquina. Venía por la puente adelante una mula con dos cueros de vino de San Martín, y un negro atasajado en medio

dellos, y aunque venía un poco apriesa delante de los bueyes, con el ímpetu que venían, por la prisa que los vaqueros les dieron, cogieron á la mula en medio al tiempo que llegaron á emparejar con mi negro hidalgo: la mula era maliciosa, y como se vió cercada de cuernos, comenzó á tirar puñadas y coces, de manera que arrojó al negro y á los dos cueros encima de la herramienta de un novillejo harto alegre, y que comenzando á usar de sus armas, arrojó el un cuero por la puente al río en medio de muchas lavanderas. El hidalgo, por librar al negro y defenderse á sí, puso mano á su espada, y afirmándose contra el novillo, le tiró una estocada uñas abajo, con que hizo al otro cuero dos claraboyas que alegraron harto á la gente lacayuna; pero no fué tan de balde, que no le trujese por delante asido por las cuchilladas de las calzas, que de puro manidas, no pudiendo resistir á la violencia de los cuernos, se rindieron, y él quedó arrimado al guardalado de la puente, con algunos chichonillos en la cabeza, diciendo: Si trujera las nuevas, buen lance había hecho. En pasando la manada, que fué en un instante, acudieron los gentileshombres guiones de la gente de á caballo, y acometiendo por los orificios de los ijares al cuerpo sin aliento, en un instante le dejaron sin gota de sangre. Las lavanderas acudieron al que había caído en el río, cada una con su jarrillo, que llevando uno en las tripas y otro en la mano, le dejaron la boca al aire, y el señor cuero callar: al negro medio deslomado le pusieron sobre la mula; no sé lo que fué del. Yo acudí á mi hidalgo, no á darle en cara el no haber seguido mi consejo, sino á limpiarle y consolarle, diciendo que lo había hecho muy como valiente hidalgo; que es yerro al afligido y corrido reprehenderle lo que no tiene remedio: con la reciente pesadumbre á nadie se ha de decir, como os decía yo; que en el daño hecho es mala la corrección temprana: al que está compungido de su daño no se ha de dar en cara lo que dejó de hacer; que él se tiene consigo la penitencia de su yerro; y en semejantes sucesos el empucho y vergüenza son castigos de la confianza. El se puso muy hueco del consuelo que yo le di en alabarle de su disparate, aunque se le echó de ver la confusión que tenía en el rostro. Con todo eso me agradeció lo que le dije, y para alegrarlo le mostré el estrago que los lacayos hacían en el cuero, y la alegría de las lavanderas, que le echaban mil bendiciones al novillo, rogando á Dios que cada día sucediese lo mismo. Y habiendo ellos y ellas concluido con dejar los pellejos sin alma, se tornaron á su costumbre antigua: los lacayos á decir mal de sus amos y del gobierno de la república, y las lavanderas á murmurar de doncellas y religiosos. ¡Lastimosa cosa que, pasando toda la vida en pobreza, trabajo y miseria, con que pueden ganar á Dios la voluntad, vengán á hallar alivio y descanso en los brazos de la murmuración! Que es tan poco humilde nuestra naturaleza, que ordinariamente la pobreza se rinde á la envidia, como si el arrepentimiento de las partes superiores dependiese de sola la diligencia humana, sin orden de la voluntad divina, y que se aborrezca por cosa infame lo que tanto amó el Autor de la vida. Los pobres son piadosos para otros pobres, pero no para los ricos; y si considerasen con los ojos del alma cuánto más cargados de obligaciones están y cuidados los ricos

que los pobres, sin duda no trocarían su suerte por la del rico; que al rico todos procuran derribarle, y al pobre nadie le tiene envidia, y con todo eso su mayor consuelo es murmurar del que ven acrecentado ó en mejor estado que el suyo; pero dejemos ahora á los lacayos gobernar el mundo, y á las lavanderas aniquilar y deshacer lo mejor que hay en él. El hidalgo, aunque algo desabrido del suceso, con grandes véras me comenzó á persuadir que fuese con él, y yo á considerar si me estaba bien; porque cuanto á lo primero yo echaba de ver que el andar vagamundo y ocioso era cosa perniciosa para conservar la reputación y sustentar la vida; que aunque es así que la ocupación causa el cuerpo, y la ociosidad fatiga el espíritu, y el que trabaja piensa en lo que hace de bien, y el ocioso en lo que puede hacer de mal, gracia del cielo es menester para que el ocioso se ocupe en cosas de virtud, y mucha fuerza de mala inclinación para que el ocupado se ejercite en el vicio. Muchas veces oí decir al doctor Cetina, gran juez, que aborrecía las ocupaciones de su oficio por no saber faltas ajenas, y por otra parte las deseaba por no estar ocioso. Cuanto á lo segundo, consideraba que no era cordura salir de Madrid, adonde todo sobra, por ir á una aldea, donde todo falta; que en las grandes repúblicas el que es conocido, aunque anochezca sin dineros, sabe que al día siguiente no ha de morir de hambre. En los pueblos pequeños en faltando lo propio, no hay esperanza de lo ajeno: el perro que no es de muchas bodas siempre anda flaco. Si el conejo tiene dos puertas en su vivir, puede salvarse; pero si no tiene más de una, luego es cazado. El hombre que no sabe nadar en un charco se ahoga; pero el que sabe entrar y salir en la mar, no se anega. Lo tercero, veía tan inclinado al buen hidalgo á llevarme consigo, y á mí tan agradecido á quien me quiere bien, que no sabía negárselo; que el agradecer el amor y las buenas obras es de pechos nobles, y la ingratitud de tiranos: el que no agradece no merece tener amigos: nada tienen los hombres que no sea recibido; y así, desde nuestro nacimiento habemos de comenzar á agradecer. Tras de todo esto consideré mi estado y la obligación natural que tengo á mí propio. El buen hidalgo era no muy rico, y de sus acciones descubría estrechez de corazón: no parecía liberal; pobreza y miseria en un sugeto, aunque son para en uno, no quiero que sean para mí; yo naturalmente soy enemigo de la escasez, y aun creo que la misma naturaleza la aborrece, siendo, como es, pródiga en dar; y á este hidalgo se le echaba de ver que no era escaso por pobre, sino por inclinación; pero con todo eso me aventuré á no negarle lo que me pedía. Fuíme con él á casa de cierto título con quien profesaba parentesco ó amistad; porque él tenía necesidad de algun regalo, por las burlas que le habían pasado con el novillo; y entrando, dijo á un despensero de la casa que me regalase: él entendió sin duda que me regalase, y así lo hizo: de manera que de pura dieta casi se me vino á juntar el pecho con el espinazo. Era ya tarde, y mostróme el dicho despensero un tinelo donde comían los criados más importantes de la casa, como son gentileshombres y pajes. Llegóse la hora de cenar, y el tinelo estaba más oscuro que la última cubierta del navío. Entró cierto galancete, aunque no alto de cuerpo, de razonable talle, trigueño de rostro,

ceja arqueada, casi de hechura de mariposa de seda, buena expedicion de lengua, pocos conceptos y muchas palabras, más lleno de hambre que de hidalguía; y como vió tan lóbrego el aposento, dijo: Ola, trae aquí velas. Vino un pícaro con más andrajos que un molino de papel, con un cabo de vela portuguesa, y hincóla en un agujero de la misma mesa tinelar, que si no tuviera nudo la madera, la hincara en la pared. Pusieron en ella unos manteles desvirados, que parecían delante de zurrador. Sacó aquel galán una servilleta de la faltriquera, no más limpia, pero más agujerada que cubierta de salvadera, y por gran cosa dijo: Más há de veinte años que la tengo conmigo, lo uno por no ensuciarme con estos manteles, lo otro, porque me la dió cierta señora, que no quiero decir más. Pusieronles á cada uno un rábano, cuyas hojas fueron la ensalada, y el rábano el sello estomical. Yo les dije que estaban seguros de la fatigosa pasión de orina, así por el uso de las hojas como por la templanza en la comida; que no les dieron á cenar sino unos bofes salpimentados con hollín y salpimiento. Respondió aquel entonadillo: Siempre en casa de mis padres oí alabar esta virtud de la templanza, y por haberme criado con ella, soy templado en todas mis acciones. Sino es en hablar, dijo otro gentilhombre. Prosiguió: Que los hidalgos tan honrados y bien nacidos como yo no se han de enseñar á ser glotonos; que no saben en lo que se han de ver en paz ó en guerra. No se halla que mi padre comiese más de una vez al día, y con mucha templanza, sino era cuando le convidaba el duque de Alba, grande amigo suyo; que entónces comía más que cuantos habia en la mesa, por ser tan gran cortesano, tan discreto y decidór, que entretenía solo á una sala de gente; sino que con todo eso nos dejó muy pobres. No me espanto deso, dije yo, que si el caudal eran palabras, la resulta sería viento; que cuando el hablar no se acompaña con el hacer, como se queda en la primera parte, nunca se ve el fruto de la segunda. La dulzura y gracia de la lengua satisface tanto á su dueño, que todo se va en vanagloria para sí y detracción para los demás. Y en resolución, la lengua es la más cierta señal de lo interior del alma; que la mucha locuacidad no deja cosa en ella que no lo eche fuera. A todo esto yo esperaba mi cena, que segun se tardaba, me parecía que servía ya en palacio. Asomé mi despensero con un platillo de mondongo más frío que las gracias de Mari Angola. Tomélo y despedacélo; que no había con que cortarlo; y al olor que subió de tripa mal lavada dijo aquel hablador: En viendo este género de comida siento un olor ambarino que me consuela el alma, porque lo comíamos siempre en mi aldea hecho con las manos de una hermana mia, que si no fuera por unos cabellos más rubios que el oro que se le caían encima, lo podía comer un ermitaño: á mí me olió de manera, que deseaba que el pícaro me lo quitara de delante, y convidéle á aquel hidalgo con él, diciendo que había cenado: él lo probó y aprobó, y alabando el picante de la pimiento y cebolla y la limpieza de las manos que lo habían hecho, se acabó junto con el cabo de vela. Comenzó este á decir: Pícaro, trae aquí velas. ¿Cuáles velas? preguntó el pícaro; váyase á pasear y deje las velas. A fe de hidalgo, dijo aquel gentilhombre, que os tengo de hacer quitar la ración. Eso fuera, dijo el pícaro, si

me la hubieran dado; pero la que no se ha dado, mal se puede quitar; que, como sabe, ha más de cuatro meses que no se da ración en esta casa. Oh villano, dijo el otro, deshónra buenos; ¿y tal has de decir? Los mal nacidos como este infaman las casas de los señores; que no saben tener paciencia ni sufrir un mal día; luego echan las faltas en la calle; no se contentan con el respeto que los tienen por servir á quien sirven; mal calláredes vos lo que yo he callado, y sufiéradelos lo que yo he sufrido, y hubiéradelos lo que yo he hecho, supliendo sus faltas, gastando mi hacienda, prestando mi dinero, y diciendo muchas mentiras por disculpar sus descuidos. Los bien nacidos tienen consideración á las muchas obligaciones de los señores: si hoy no tienen, mañana les sobra, y pagan junto lo que no dan por menudo. Señor, dijo el pícaro, yo no tengo las inteligencias que vuesamerced, que se va á las casas de juego. Atájole de presto el gentilhombre, diciendo: es verdad que yo juego de ordinario; que aun no há más desta tarde, que gané dineros y ciertas joyuelas y una cadenilla de oro. Pues ¿cómo no tiene para velas? dijo el pícaro. Por que dí, respondió, todo el dinero de barato. No es mucho, dijo el pícaro, si es verdad esto, que de cuantas veces lo recibe le dé una: ¿Yo, pícaro? dijo el mozalvillo. Como su padre, respondió el pícaro. Mi padre, dijo el galán, tomábalo porque se lo daban y lo merecía. Y vuesa merced, dijo el pícaro, porque lo pide y no lo merece. A toda esta pendencia, y otra que se había trabado entre dos pajes sobre la antigüedad del asiento, estaba á oscuras el lóbrego tinelo, y yo espantado dije al mozuelo que callase y tuviese respeto; que á los que tienen oficio superior en casa de los señores no se les habían de atrever de aquella manera. Déjelo vuesamerced, dijo otro gentilhombre, que si el pícaro habla, por todos habla: que si jugando sentencian una suerte que no sea en su favor, luego dice que lo hacen porque le den barato; fuera de ser el que nos pone todos en mal con el señor, congraciador general y celebrador y reidor de lo que el señor dice, arcaduz de la oreja, manantial de chismes, estafeta de lo que no pasa en todo el mundo. Si dice algo, él lo celebra y quiere que se lo celebren todos; si otro dice ó hace algo bueno, lo procura derribar y deshacer; si malo, á pura risa lo persigue; y si alguno le parece que se le va entrando al señor en la voluntad, por mil caminos le descompone. Estas y otras muchas cosas le dije yo de mi persona á la suya con cinco palmos de espada. Cuando yo esperaba una grande pendencia, el habladorcillo dió una gran cargada de risa, con que el otro se indignó mucho más, y dijo: ¿Luego no es verdad lo que digo? Y el otro con una risa falsa le dijo: Eso y mucho más es verdad; y vuesa merced sabe poco de palacio; que aquí el doblez y la ficción están en su lugar: no hay verdad, sino lisonja y mentira, y el que no la trata no puede valer en palacio. Desde que nací me crié en él, y aunque mi padre me avisaba desto mismo, nunca le vi medrar sino cuando decía mal de algun ausente, que como sea dicho con donaire, como él lo decía, alegra el ánimo, endulza el oído, atrae la voluntad, saca risa de los pechos melancólicos. Y llevárase el diablo, dije yo, á quien lo dice, y á quien lo escucha, y á quien incita á que se diga, y á quien tiene tan ruin opinión, y á quien

lo consiente pudiéndolo estorbar que no se diga. Y querer nadie hacer ley de su mala condicion y costumbre en las cosas de palacio, es yerro notable y digno de castigo; que todos estos son actos que tienen su principal descendencia y origen de la antiquísima casa de la envidia, pasion infame, engendrada en pechos que piensan que el bien ajeno ha de redundar en daño suyo, desnudos de partes y merecimientos; la cual envidia es la mas perniciosa de todas, porque como tiene su fundamento en pesar del bien ajeno, todo el tiempo que dura en aquel la prosperidad, dura en este la malicia, y sin tasa ni eleccion, porque el mismo en quien se halla tan abominable inclinacion á todos se opone; al menor, porque no se iguale, al igual, porque no le deje atras, y al mayor, porque no le sujete y supedite. ¡Qué templado está á lo viejo! dijo el hablador. Y ¡qué destemplado está él á lo moderno! dije yo. Y prosiguió diciendo: Entre los religiosos y religiosas ¿puede negarme que no son muy ordinarias las envidias sobre las elecciones de superiores y oficios? Cuando las haya, que pocas veces las hay, dije yo, al fin son sobre cosas honradas, de mucha calidad é importancia para su religion, y cada uno sigue el bando que más le parece conveniente para cosas de tanta sustancia; pero en palacio, ¿sobre qué es la envidia, sino sobre unas calzas viejas que desechó el señor por más que viejas, sobre hacerse secretario de lo que es público en la boca de todos? Pues quiero que entiendan los habladores y cizañeros de palacio, que ya que con su argenteria falsa pueden traer enlabiado al señor en tanto que por la tierna edad se deja llevar de congraciadores, al fin son descendientes de sangres alimentadas con virtud y valor de ánimo, y han de caer en la cuenta mejor que en el yerro, y conocer lo que es bien y mal, y premiarlo conforme á la intencion con que ha corrido. Preguntó aquel gentilhombre: ¿Pues no ha de tener el príncipe criados que por la reputacion del señor sepan cumplir de palabra con los mercaderes, y entretener los acreedores á quien deben? Eso, dije yo, es lo que ménos importa á los señores, porque los talos criados no mienten por entretener las trampas de los señores, sino por dilatar las que ellos hicieron á vueltas dellos. Mas pregunto, ¿es forzoso que por estar un hombre ocioso y vicioso, ha de servir toda la vida, sujeto á las costumbres envejecidas de los que no pretenden más de vivir y morir, y por levantarse tarde y ejercitar la poltronería han de estar todo el dia armados á la pared, como ánima de gigante en puerta de taberna? Bien sé que no han de ser todos soldados ni todos estudiantes, oficiales y sacerdotes; que servirse tienen las gentes de las gentes, y los príncipes de hombres que sean hombres, que no profesen la adulacion por comer y holgar. Estudien, lean, aprendan algo de virtud; que no ha de ser todo congraciarse con el señor derribando al uno, desacreditando al otro, y amenazando á aquel, y enfadando á todos sobre cosas que no tienen más calidad ni cantidad que comer y pasearse, y á la vez contar historias que ni las vieron ni las leyeron, ni aun quizá las oyeron; que la necesidad los hace inventores. Ya se me iba desatando el frenillo contra la vida de palacio, como el estómago estaba desocupado y las partes orgánicas obraban más desenvueltamente, cuando entraron hacinas encendidas,

alumbrando toda lo casa, que sirvió la visita de que por una saetia entrase la luz á la mesa de los doce pajes, y acudiendo cada uno á sus obligaciones, quedé tan solo, que pude desamparar las mías en el tinelo, y deslicéme lo más calladamente que pude sin despedirme de nadie ni hablar palabra, volviendo de cuando en cuando el rostro atras, por ver si me seguian por la cosa que habia hecho en el regalo mondonguil que no comí ni comiera; y en verme libre de aquel carnero de huesos mondos entendí que me habia escapado de alguna mazmorra de Argel. Fuíme á mi posadilla, que aunque pequeña, me hallé con una docena de amigos que me restituyeron mi libertad; que los libros hacen libre á quien los quiere bien. Con ellos me consolé de la prision que se me aparejaba, y satisface la hambre con un pedazo de pan conservado en una servilleta, y á la dieta con un capítulo que encontré en alabanza del ayuno. ¡Oh libros, fieles consejeros, amigos sin adulacion, despertadores del entendimiento, maestros del alma, gobernadores del cuerpo, guiones para bien vivir, y centinelas para bien morir! ¡Cuántos hombres de oscuro suelo habéis levantado á las cumbres más altas del mundo! Y ¡cuántos habéis subido hasta las sillas del cielo! ¡Oh libros, consuelo de mi alma, alivio de mis trabajos, en vuestra santa doctrina me encomiendo! Reposé aquella noche muy poco, porque como el sueño, que se dió para descanso del cuerpo, se hace de vapores cálidos y húmedos que suben del estómago y manjar al cerebro, y yo estaba casi en ayunas, fué tan poco mi sueño, que á las seis de la mañana estaba ya vestido. Santiguéme, y encomendándome al Autor de la vida, fuíme á un humilladero del bendito Angel de la Guarda, que está de la otra parte de la puente Segoviana. El dia amaneció claro, y el sol grande y de color amarillazo. Fuera desto, en un rebaño de ovejas que encontré cerca de la puente vi que los carneros se topaban unos con otros, y de cuando en cuando alzaban los rostros al cielo; eché de ver la tempestad que amenazaba al dia, y dime prisa por volver presto. Fuí á rezar, y en acabando llegó el ermitaño á mí, que pareció ser hombre de buen discurso, y me dijo: No hará tan buen dia hoy como hizo el del bienaventurado San Isidro, si se halló vuesa merced aquí. Sí me hallé, dije yo, y he conocido las mismas señales del mal tiempo por donde esté dia no se parecerá al otro. Cierto, dijo el ermitaño, que miré desde este alto, y se me representó, con la mucha cantidad que habia de coches y carros, una hermosa flota de navíos de alto bordo, que me trujo á la memoria algunas que he visto en España y fuera della. En el mismo concepto, dije yo, estuve aquel dia, que venía con un poco de gola, con el espacio y remanso que requiere tal enfermedad; me acordé de la armada de Santander, que tan hermosa apariencia tuvo y tan mal se logró. Llegando al medio de la puente me llamaron para subir en un coche dos caballeros del hábito eclesiástico, de muy gallardos entendimientos, acompañados de prudencia y bondad. Subí, y apenas estuve en el coche, cuando se alborotaron los caballos por una superchería que usó un hombre de á caballo con un hidalgo de á pié, de muy buena suerte, sobre haber sido estorbo para no hablar á su comodidad con una cuadrilla de cien mujeres que ocupaban un coche aje-

no, que en cogiéndole prestado, cabe dentro todo un linaje y toda una vecindad. Alborotada la flota carrozal, llegóse cerca de nosotros el autor de la pesadumbre, muy ufano de lo que habia hecho. Dijo le uno de aquellos dos caballeros, Bernardo de Oviedo: Si fuera lícito á los hombres hacer todo lo que pueden, no se fuera vuesamerced riendo de la sinrazon que ha hecho. Respondió el otro: Vuesamerced no debe de saber qué cosa es ser enamorado. A lo ménos, dijo Bernardo, sé que el amor no enseña á hacer cosas ruines. Pasó acaso por allí el maestro Franco con su mula, y dijo al agresor: No se desconsuele vuesamerced, que por lo ménos ha granjeado la voluntad de doce mujeres, que con esa hazaña y doce pasteles de costa irán á decir que vuesamerced es un Alejandro y un Scipion. ¿Huélganse conmigo? dijo el valiente; pues vive Dios que si no fueran clérigos habia de pasar el negocio adelante. Pues por eso, dijo el maestro Franco, lo hizo Dios mejor, que sin quedar vuesamerced descomulgado, nos ha dado harta materia para reir. A todo esto estaba muy colérico cierto gentilhomme que iba allí, de buena conversacion y poca sustancia, y dijo: ¿Es posible que ha tenido aquel hidalgo paciencia para no vengarse de su agravio, aunque le hicieran pedazos? ¿De cuál agravio? dijo Bernardo. El anduvo muy bien en no hacer diligencia donde no habia de aprovechar, y los agravios que no caen sobre materia, no tocan á la hora ni aun á la ropa, si bien perturban el ánimo. Jugando suelen decir mil disparates los que pierden; como decir: Cualquiera que se huelga que pierda, miente y es un cornudo. Hase de reir desto, porque nadie dió materia para la desmentida, y llámase materia la ocasion de agravio hecho con palabras ó con obras, sobre que caiga la venganza. Si dándole á un jumento de varazos, le alcanzan á dar á un hombre, ó si jugando al mallo ó á los trucos le aciertan á dar un palo, no tiene de qué sentirse, porque aquel agravio no cayó sobre materia, y la paciencia en semejantes casos arguye mucho valor de ánimo. Ea, señor, dijo el otro, que la paciencia en tan notorias injurias descubre pocos ligados en quien ordinariamente la tiene. Por tres cosas, dijo Luis de Oviedo, tiene un hombre paciencia notable: ó por no entender bien las cosas del mundo, ó por templanza natural de condicion, ó por virtud adquirida de muchos actos; y el que sin estas tres cosas sufre injurias que no puede remediar, manifiesta invencible ánimo para ellas y menosprecio para quien las hace. Al tiempo que acababa esta conversacion con el ermitaño, vi todo el cielo revuelto y turbado; fuíme á despedir para irme, y él me detuvo diciendo que ántes que acabase de pasar la puente me cogeria la borrasca: dentro de poco espacio fué tan grande la tempestad de truenos, relámpagos y rayos, que la creciente en ménos de media hora casi vino á cubrir los ojos de la puente, y fué forzoso cerrar las puertas del humilladero, que combatidas del aire, hicieron mucho en no rendirse á su violencia. Mejor está vuesamerced aquí, dijo el ermitaño, que no en el camino. Mejor, dije yo; que estando en la casa del mismo defensor de nuestras almas y cuerpos, criado para eso de la inefable bondad del eterno Padre, más bien guardados estaremos que fuera della: guarda á quien no solamente la heredad de

Dios reverencia y conoce, pero aun la antigüedad, ciega de la lumbre de fe, tuvo grande veneracion, dedicándole templos y levantándole altares en nombre del Genio, que así llamaban los antiguos al benditísimo Angel Custodio. ¡Jesus, y qué continuos y civiles truenos! ¡Qué gruesa piedra! Qué perseverancia tan grande! Desde que yo vine á Castilla nunca entendí que fuera tan sujeta á tempestades tan desatadas como las que muchas veces he visto; que en mi tierra, por ser llena de grandes montañas muy altas y sujetas á la fuerza de los vientos, no es tan de admirar que se vean estos tan arrebatados turbiones, mezclados con vientos y granizo. ¿De dónde es vuesamerced? dijo el ermitaño. Yo, señor, respondí, soy de Ronda, ciudad puesta sobre muy altos riscos y peñas tajadas, muy combatida de ordinario de ponientes y levantes furiosos: de manera que si fueran los edificios como estos, se los llevaran tormentas. Nunca he sabido hasta ahora, dijo el ermitaño, de dónde fuese vuesamerced, aunque le conocí en Sevilla y le comuniqué en Flándes y en Italia. Miréle con cuidado, y haciendo reflexion, conocíle, que habia sido soldado donde dijo: holguéme y abraçélo, y supe dél que se habia retirado á la soledad de los montes algunos años á servir á Dios, y por haber enfermado se vino á poblado ó cerca dél á pasar la vida eremítica, dándole á Dios lo que le quedaba. Aunque la furia del argavieso no duró más de una hora, el agua que tras él se siguió duró sin cesar hasta el día siguiente, con furia de vientos deshechos. El buen ermitaño se halló con carbon, encendió un brasero, y hízome quedar á comer con él de lo que Dios le habia enviado por mano de gente muy devota, de que hay mucha abundancia en Madrid.

DESCANSO NOVENO.

Cerradas las puertas del humilladero para defensa del viento, y encendido el carbon para la del frio, estaba el lugar abrigado y apacible; que el armonía que el aire hace con el ruido de las canales produce una consonancia agradable para las orejas, y no para el cuerpo; que en esto se diferencia el oído del tacto; que hay cosas que tocadas son buenas, y oídas son malas, y al contrario. Comimos, y encerrados todo el día con la escuridad, la noche y día fuéron todo noche. Tornó el ermitaño á repetir su primera pregunta, y como estábamos ociosos y encerrados, sin tener otra ocupacion, tratámos de lo que se nos ofreció. Preguntóme dónde habia estudiado y cómo me habia divertido tanto por el mundo, siendo de una ciudad tan apartada del concurso ordinario y que para la cortedad de la vida humana tiene bastantes y sobrados regalos para pasar con alguna quietud. Yo le respondí á todo lo que me preguntó: Aunque aquellos altos riscos y peñas levantadas por falta de la comunicacion, despertadora de la ociosidad y engendradora de amistades, no son muy conocidos, con todo eso, cria tan gallardos espíritus, que ellos mismos apetecen la comunicacion de las grandes ciudades y universidades, que purifican los ingenios y los llenen de doctrina, por donde hay vivos en este tiempo varones con cuya salud se alegra, con tanta aprobacion de hombres doctos, que no tienen necesidad de la mia. Tuvimos allí un gran maestro de gramática llamado

Juan Cansino, no de los que dicen ahora preceptores, sino de aquellos á quien la antigüedad dió nombre de gramáticos, que sabian generalmente de todas las ciencias, doctísimo en las humanas letras, virtuoso en las costumbres, dechado que obligaba á que se las imitasen; las cuales enseñó, juntamente con la lengua latina, en que hacia muy elegantes versos. Era naturalmente manco de ambas manos, pero de los más respetados y temidos á fuerza de virtud propia; lo cual granjeó con enseñar silencio más que hablar, porque decia él muchas veces que el hablar era para las ocasiones forzosas, y el callar para siempre. Desto y la lengua latina, si no fui de los mejores discípulos, tampoco fui de los peores. Estando yo razonablemente instruido en la lengua latina, de manera que sabia entender una epigrama y componer otra, y adornado con un poco de música, que siempre han tenido entre sí algun parentesco estas dos facultades, por la inquietud natural que siempre tengo y he tenido, quise ir adonde pudiese aprender alguna cosa que me adornase y perfeccionase el natural talento que Dios y naturaleza me habian concedido. Mi padre, viendo mi deseo é inclinacion, no me hizo resistencia, ántes me habló á su modo con la sencillez que por allá se usa, diciendo: Hijo, mi costilla no alcanza á más de lo que he hecho: id á buscar vuestra ventura; Dios os guie y haga hombre de bien; y con esto me echó su bendicion y me dió lo que pudo, y una espada de Bilbao que pesaba más que yo, que en todo el camino no me sirvió sino de estorbo. Partíme para Córdoba, aunque llegué entero, que es donde acude el arriero de Salamanca, y allí vienen de toda aquella comarca los estudiantes que quieren encaminarse para la dicha universidad. Fuíme al meson del Potro, donde el dicho arriero tenia posada, holguéme de ver á Córdoba la llana, como muchacho inclinado á trafagar el mundo. Fuíme luego á ver la iglesia Mayor, por oír la música, donde me di á conocer á algunas personas, así por acompañar á mi soledad como por tratar gente de quien poder aprender, que realmente con la poca experiencia y haberme apartado poco habia de mis padres y hermanos, acto que engendra encogimiento en los más gallardos espíritus, viendo que en aquella ausencia era forzoso y que la fortuna no se acomete con cobardía, animéme lo mejor que pude, diciendo: La pobreza me sacó, ó por mejor decir, me echó de casa de mis padres, ¿qué cuenta daria yo de mí si me tornase á ella? Si los pobres no se alientan y animan á sí propios, ¿quién los ha de animar y alentar? Y si los ricos acometen las dificultades, los pobres ¿por qué no acometerán las dificultades y aun los imposibles, si es posible? Terneza siento con la memoria de mis hermanos, pero esta se ha de olvidar con el deseo de poderles hacer bien; y si no pudiese, á lo ménos habré hecho de mi parte lo posible y obligatorio. No se vienen las cosas sin trabajo; quien no se anima de cobarde, se queda en los principios de la dificultad; si no hago más que mis vecinos, tan ignorante me quedaré como ellos: ánimo, que Dios me ha de ayudar. Fuíme á mi posada, ó á la del meson del Potro, y púseme á comer lo que yo pude, que era dia de pescado: en sentándome á la mesa, llegóse cerca de mí un gran marchante, que los hay en Córdoba muy finos, que debían ser vagamundo, y me oyó hablar en la iglesia Mayor, ó el diablo hablaba

en él; y díjome: Señor soldado, bien pensará vuesamerced que no le han conocido; pues sepa que está su fama por acá esparcida muchos dias há. Yo soy un poco vano, y no poco; creínelo, y le dije: ¿Vuesamerced cómo me conoce? Y él me respondió: De nombre y fama muchos dias há; y diciendo esto sentóse junto á mí, y me dijo: Vuesamerced se llama Fulano, y es gran latino, poeta y músico: desvanécime mucho, y convidélo si queria comer; él no se hizo de rogar, y echó mano de un par de huevos y unos peces, y comiólos: yo pedí más, y él dijo: Señora huéspedes (porque no posaba en aquella posada), no sabe vuesamerced lo que tiene en su casa; sepa que es el más hábil mozo que hay en toda la Andalucía: á mí díome más vanidad, y yo á él más comida; y dijo: Como en esta ciudad se crían siempre tan buenos ingenios, tienen noticia de todos los que hay buenos en toda esta comarca. ¿Vuesamerced no bebe vino? No, señor, respondí yo. Hace mal, dijo él, porque es ya hombrecito, y para caminos y ventas, donde suele haber malas aguas, importa beber vino, fuera de ir vuesamerced á Salamanca, tierra frigidísima, donde un jarro de agua suele corromper á un hombre: el vino templado con agua da esfuerzo al corazón, color al rostro, quita la melancolía, alivia en el camino, da coraje al más cobarde, templá el hígado, y hace olvidar todos los pesares: tanto me dijo del vino, que me hizo traer de lo fino media azumbre, que él bebiese, que yo no me atreví. Bebió el buen hombre y tornó á mis alabanzas, y yo á oírle de muy buena voluntad, y al sabor dellas á traer más comida: tornó á beber y á convidar á otros tan desengañados como él, diciendo que yo era un Alejandro, y mirando hácia mí, dijo: No me harto de ver á vuesamerced; ¿que vuesamerced es Fulano? Aquí está un hidalgo tan amigo de hombres de ingenio, que dará por ver en su casa á vuesamerced doscientos ducados. Ya yo no cabía en mí de hinchado con tantas alabanzas, y acabando de comer, le pregunté quién era aquel caballero. El dijo: Vamos á su casa; que quiero poner á vuesamerced con él. Fuimos, y siguiéndole aquellos amigos suyos y del vino, y yendo por el barrio de San Pedro, topámos en una casa grande un hombre ciego, que parecia hombre principal, y riéndose el bellaco, me dijo: Este es el hidalgo que dará doscientos ducados por ver á vuesamerced. Yo, corrido de la burla, le dije: Y aun por veros á vos en la horca, los diera yo de muy buena gana. Ellos se fuéron, y yo quedé muy colérico y medio afrentado con la burla, aunque dijo verdad, que el ciego bien diera por verme todo cuanto tenia. Esta fué la primera basa de mis desengaños y el principio de conocer que no se ha de fiar nadie de palabras lisonjeras, que traen el castigo al pié de la obra. ¿De qué podia yo desvanecerme, pues no tenia virtud adquirida en que fundar mi vanidad? La poca edad está llena de mil desengaños y desalumbamientos; los que poco saben fácilmente se dejan llevar de la adulacion. Yo me dejé engañar con aquello que deseaba hubiera en mí; pero no es de espantar que un hombre sencillo y sin experiencia sea engañado de un cauteloso; más será digno de castigo si se deja engañar segunda vez. No tenia de qué correrme por lo hecho, sino de qué aprender para adelante á desapasionarme de las cosas del mundo; pero al fin me lastimó la burla de manera, que, no siendo

amigo de venganzas, quise probar la mano á ver si sabría dar una traza para que me la pagase aquel burlador. Había otros estudiantes esperando al mismo arriero; hicíme camarada con ellos y comenzámos á pasear juntos. Yo me quité el vestido de camino, y me vestí una sotanilla y ferreruero negro de muy gentil ventidoseno de Segovia, y trújelo de manera que los estudiantes lo conociesen bien, y luego me torné á poner de camino. El bellaco del burlador vino á la tarde riéndose mucho, y yo más, porque no entendiese que me había corrido; díjele que quería por mi amigo á hombre de tan buen gusto, y entre los dos y sus amigos reímos el disimulo con que había comido y hablado. El tenía conocimiento (no muy sencillo) en una casa donde se daba de comer razonablemente y á precio conveniente; y así, me dijo que quería que comiese yo allí siempre, porque nos harían cortesía. Yo le dije: Si haré, con tal que vuesa merced coma conmigo; pero estoy esperando un mercader que acude á las ferias de Ronda, para quien traigo una libranza de cien ducados, y hasta que él venga no lo puedo pasar muy bien. No le dé á vuesa merced pena, dijo él pensando que tenía lance, que yo haré que le fien cuanto quisiere. Eso no, dije yo, que tiemblo de tratar de fiar ni ser fiado; que por ahí se perdió mi padre. Yo le daré á vuesa merced una muy gentil prenda sobre que nos fien hasta que venga este mercader. Sea en hora buena, dijo el buen hombre. Fuíme á mi casa, y doblando muy bien aquel ferreruero de ventidoseno, llaméle á solas, de que él se holgó mucho, y díselo para que le llevase por prenda, yendo yo con él; vísele dar, y comenzámos á comer sobre él el bellacon y los dos estudiantes, y yo estuve siempre alerta que no pudiese entrar sin mí á la casa donde comíamos porque no me hiciese alguna treta, como lo tenía pensado; que de la mía no tenía sospecha. Vino el arriero de Salamanca, y tratámos de irnos. El redomadazo, como no pudo hacer treta, con el cuidado que yo tenía, á lo ménos pidióle á la buena mujer una docena de reales sobre el ferreruero, porque dijo que quería ir fuera: no pudo decirselo sin que yo lo entendiese; díjele: Pues se va fuera vuesa merced, dígale á esa señora que si yo viniere por el ferreruero con el dinero, me le dé; y así lo hizo; que su intencion era desaparecerse hasta que se hubiese ido el arriero, y quedarse con la prenda. Desaparecióse, y yo fui á un juez y le dije con gran sentimiento y palabras que pudieran moverle, que como había sido estudiante era fácil el persuadirle, quejándome: Señor, yo soy estudiante y estoy de camino para Salamanca: habiendo quince días que estoy aquí esperando al arriero, hanme hurtado un ferreruero que me llegó á veinte ducados; tengo noticia que está en cierta casa: suplico á vuesa merced, porque no me desavie de ir con el arriero, pues sabe vuesa merced, como tan grande estudiante y letrado, en qué caen estas cosas, me mande con justicia restituir el ferreruero; que el que lo hurtó aguardó al punto crudo, porque me faltase tiempo para cobrarlo y gozar más de su bellaquería. No le valdrá, dijo el juez; que á semejantes trazas sé yo acudir con justicia y diligencia. ¡Qué grande maldad, que á un pobre estudiante que quizá no llevaba otra cosa con que honrarse en Salamanca, le querian desaviar, quedándose con su hacienda hurtada! Dió luego á un alguacil y escribano comision para

que hiciese la diligencia. Yo repartí entre los dos ocho reales, con que se les encendió el deseo de cumplir con lo mandado por el juez. Fui con los dos estudiantes á la buena mujer. Dios me lo perdone; y dejando á la puerta el escribano y alguacil, díjele que me sacase el ferreruero. Sacólo, viéronlo los estudiantes, y conocieron ser el mio. Entraron el alguacil y escribano, y tomados los testigos, la mujer dijo que no quería dar el ferreruero sino á quien se lo había empeñado, que era un conocido suyo, hombre muy honrado. El escribano se hizo depositario del; y en llegando al juez con la informacion, mandó entregarme mi ferreruero, dando mandamiento de prision contra el bellaconazo, que si ántes no parecia por lo que quería hacer, despues no pareció por lo que querian hacer con él. Fuímonos con el arriero, y habiendo comido á costa suya, lo dejamos en este trance; con que reímos todo el camino. No alabo yo el haber hecho esta pesada burla; que al fin fué venganza, cosa indigna de un valeroso pecho, y que realmente en esta edad no la hiciera; pero quien hace mal á quien no se lo merece, ¿qué espera sino venganza y castigo? Estos hombres vagamundos y ociosos que se quieren sustentar y alimentar de sangre ajena merecen que toda la república sea su fiscal y verdugo. El ocioso siempre piensa en hacer mal ó en defenderse del que ha hecho, y en no pensando en esto está triste y melancólico. La melancolía facilísimamente acomete á los holgazanes. ¡Qué contento queda uno destos cuando ha puesto en ejecución una maldad, y qué presto vuelve á estar en su mala intencion! La misma vida que trae el ocioso lo trae arrastrando: por más infelice tengo á un hombre ocioso que á un enfermo, porque este tiene esperanza de salud y la procura con todos los medios posibles, mas los ociosos y vagamundos nunca desean salir de su mal estado: como el que está en galeras muchos años no se halla fuera de aquella miseria, así el ocioso en ocupándolo no se halla fuera de su ruin vida. ¡Qué disgustos pasa cuando juega y pierde! Qué desesperacion siente cuando ve á los virtuosos bien puestos! Qué carcoma infernal le acomete cuando se ve incapaz de merecer lo que el otro alcanza! Dios nos libre de tan abominable vicio, origen y principio de pobreza, poca estimacion, olvido de la honra, y ofensa de la majestad de Dios.

DESCANSO DECIMO.

Fuímos caminando con el arriero la mitad del camino al pié de la letra, y la otra como tercios de pescado, cuando al arriero se le antojaba, que era mozo teseuero de condicion, desapacible, enseñado á perder el respeto á los estudiantes novatos; y así, nos quiso hacer una burla en un pueblo pequeño, y en parte la hizo, lo uno por llevar sus mulos descansados, y lo otro porque pensó, quedándose solo, derribar la fortaleza de una mujercita de buena gracia que iba en nuestra compañía, destituyéndola del arrimo y apoyo que llevaba con cierto oficial que se había de casar con ella. Fingió que le habían hurtado un zurrón de dineros, y que la justicia venía á prendernos á todos para darnos tormento hasta averiguar quién lo tenía; y junto con esto juró que nos había de dejar en la cárcel y caminar con los mulos lo que pudiese; que para muchachos sin experiencia cualquiera temor destos bastaba. Creímoslo como si

fuera verdad averiguada, y encareciólo de manera, que nos hizo andar toda aquella noche, tras lo que habíamos caminado el día ántes, cinco ó seis leguas, y no caminando, sino huyendo por dehesas y montañas fuera de camino, sin guía que nos pudiese alumbra por donde íbamos; y él se quedó riendo, importunando con requiebros y mal lenguaje á la pobre mujer, sola y sin defensa; pero no le sucedió como pensaba, porque el ruido que él había hecho había sido por medio de un alcuacilejo amigo suyo, y la mujer, como valerosa, despues de haberse defendido de la violencia que con ella quiso usar, tuvo modo como escabullirse dél, y yéndose al alcalde, le dijo con grandísima acción de palabras y sentimiento que aquel arriero había hecho una estratagemá y maraña muy perniciosa por aprovecharse della y quitarle el remedio que consigo traía. Creyólo el buen hombre, así por conocer la desvergüenza y mal trato del arriero, como por atajar el daño que á la pobre mujer le podía suceder; y afeándole este caso y la inhumanidad que había usado con los estudiantes, le mandó que diese fianzas que llevaria muy regalada á la mujer sin hacerle agravio ni ofensa, y que no le castigaba muy gravemente por no desaviar la jornada á los estudiantes; y amonestóle que mirase cómo procedia, porque le castigaria con todo rigor, sin tener respeto á cosa alguna, si por el camino iba haciendo insolencias; y mandóle con esto que se aviasen muy de mañana para recoger á los cansados y hambrientos estudiantes. ¡Oh arrieros, impía gente y sin caridad, cruels contra su misma naturaleza! No conocen á nadie más de en cuanto le están quitando el dinero; y así los castiga Dios, porque tienen muchas posadas y pocos amigos. Todos los géneros de gente aman la piedad, sino son estos. El día que no hacen alguna burla á los caminantes, no están en sí. Tratan con bestias, y así se van convirtiendo en su naturaleza. No se ha visto que llevando bestias vacías aliviasen del trabajo y cansancio del camino á algun miserable; parece que les falta el uso de la razon natural, como á este, que no pudiera uno de ley contraria usar con nosotros más exorbitante bellaquería que hacernos huír de noche, cansados de haber caminado el día ántes, sin más ocasión que cometer dos enormes maldades. Ibamos huyendo, y por no ser sentidos, yendo en tropa, dividiémonos cada cual por donde mejor le pareció. Yo seguí una medio vereda que estaba bien cubierta de árboles; hice cuanto pude de mi parte por no quedarme más atras de los otros, pero mi cansancio era de modo, que en poco espacio á ninguno de todos sentia. Puse el oído en tierra; que deste modo se oyen mejor los pasos aunque estén algo léjos; y no sentia cosa que me hiciese compañía. Traspúsemme un poco, y luego dime priesa á andar, volviéndome hácia atras pensando que iba adelante; y así, cuanto más andaba y me apresuraba, ménos esperanza tenia de alcanzar los compañeros: hácia las espaldas me parecia que oía perros ladrar algo léjos; que como los compañeros iban apriesa, alteraban estos animalejos. Como no estaba ejercitado en caminos, y el día ántes se había trabajado en eso, el sueño, como descanso general de todos los miembros, solicitaba sus horas diputadas, y no pudiendo ya más conmigo, rendime al cansancio y al sueño. Topéme con un alcornoque bien ancho de tronco y por una parte descorchado,

de suerte que formaba un arrimo á modo de alacena, donde pude arrimar y reclinar las molidas espaldas. Déjeme dormir, pero como no se duerme bien sentado, caíme de lado como una cosa muerta. Desperté al cabo de un rato, porque parecia que me andaban hormigas por el rostro: limpiélas con la mano y volvíme del otro lado: torné á recordar, porque sentí lo mismo; pero como el cansancio era tanto y el sueño tan profundo, aunque algo temeroso de la soledad en que me veía, déjeme caer tercera vez en el mismo lugar. No mucho despues, aunque el sueño no mide el tiempo, desperté á una tristísima y muy cansada voz de un ay que al parecer salia de las entrañas de la tierra, que hizo en las mías tal armonía, que por poco me faltara el aliento y la vida; mas teniendo la respiracion, así por el temor como por tornar á escuchar con atención la dolorosa voz, sentí otra más cerca de mí, que como había unas matas un poco altas, no veía el instrumento de donde salia. Ya yo estaba casi para espirar ó para hacer alguna flaqueza indigna de hombre de pecho, cuando muy cerca de mí, tanto que veía el bulto, sonó tercera vez la voz diciendo: ¡Ay de mí, más infelice y sola que cuantas padecen cautiverio y servidumbre en las mazmorras de cruels é inclementes morós! Ay de mí, más desventurada que las que han visto despedazar sus hijos en su presencia! Ay, más sin remedio y consuelo que las ya condenadas por sentencia de rigoroso juez! ¡Oh sitio maldito, árbol descomulgado, testigos de dos muertes, por quien yo diera mil vidas si las tuviera! ¿Qué obsequias hará quien desea morir sin ellas, siendo homicida de sí propia? ¿Con qué llanto podré entregarme á la rabiosa muerte, que tanto huye de mí? ¿Cuántos días y noches vengo á ver si puedo acompañar á estos despedazados miembros! Yo me levanté, y estando ella muy junto á mí, sin hacer movimiento, y yo temblando, me dijo: ¿Eres acaso sombra que vienes enviada de la region de los muertos á llevarme á la compañía de mi esposo y de mi amigo? Si eres de allá, ya sabes que en este mismo lugar adonde estás, mi amante dió la muerte á mi esposo sin consentimiento mío, por gozarme á solas y con libertad; y que en ese mismo árbol el amante, que me había quedado para consuelo, pagó la culpa de su delito. Veslo ahí sobre tí colgado, siendo mantenimiento de aves y animales. Yo, escandalizado, alcé el rostro y vi, porque ya comenzaba á amanecer, á aquel cuyos gusanos andaban por mi rostro, cuando yo pensaba que eran hormigas; y confieso que con el hórrido espectáculo de la desesperada mujer y con el hediente espantajo del árbol, si no hubiera luz me cayera muerto, cortado y sin fuerzas; mas para no hacerlo me ayudó el oír los cencerros y campanillas de la recua del arriero, que ya salia del pueblo; porque, como arriba dije, pensando que iba delante, me iba hácia atras, y á él le hicieron salir más de mañana que solia, porque fuese á recoger los engañados estudiantes. Y prosiguiendo la miserable mujer, dijo: Y si eres cosa deste mundo, huye deste execrable lugar y déjame proseguir mis acostumbradas exequias, desesperado mantenimiento con que me desayno todas las mañanas; y bien pudo dudar la irremediable mujer si yo era fantasma ó vision horrible de los olvidados sepuleros, porque el temor me había chupado los carrillos, alargado el rostro, y teñido el

color de rojo en pajizo : la falta del sueño me tenia hundidos los ojos á lo último del colodrillo, la hambre prolongado el pescuezo vara y media, y el cansancio desjarretado piernas y brazos; el ferreruelo tenia hecho turbante sobre la cabeza; miren qué figura para no juzgarme por del otro mundo; y no digo lo demas por mi honra. No pude responderle palabra ni ofrecerle ningun favor; porque para mí le habia menester. No acertaba á apartarme de aquella más que horrible mujer, de ojos encarnizados y hundidos, nariz prolongada, rostro arrugado y hambriento, dientes amarillos, labios negros, barba aguzada, el cuello que parecia lengua de vaca; torcíase las manos, que parecian dos manojos de culebras; y todo lo demas á esta traza. El temor me tenia trabado el entendimiento, y el entendimiento las demas acciones que podian aprovecharme para partirme della; pero alentándome lo mejor que pude, y pude muy mal, fuí moviendo los piés como toro desjarretado, maldiciendo la soledad y á quien quiere andar sin compañía; considerando qué bien puede traer, sino es estas cosas y otras peores : ¿Qué temores no trae? Qué imaginaciones no engendra? Qué males no causa? Qué desesperaciones no ofrece? Los que tienen aborrecida la vida buscan la soledad para acabarla de presto. Quien huye la compañía no quiere ser aconsejado en su mal. ¿Hay más apacible cosa que la compañía, ni más odiosa que la soledad? ¿Cuántas desdichas, cuántos robos, cuántas muertes suceden cada dia por ir sin compañía! Cuántas venganzas se ponen en ejecucion, que no se pondrian sino por la soledad! Al solo nadie le va á la mano en el mal ni le ayuda en el bien. ¡Ay del solo, que si cae no hay quien le ayude á levantar! Andese quien quisiere solo, que la soledad solo es buena para santos ó para poetas; que los unos tratan con Dios, que los acompaña, y los otros con su imaginacion, que los desvanece.

DESCANSO UNDECIMO.

Con estas solitarias consideraciones llegué al camino, donde viéndome el arriero, con más blandas palabras que solia paró la recua, y con cortesía y afabilidad me dijo que subiese, doliéndose mucho de la mala noche que habíamos padecido. Y aun si bien lo supiérame, dije yo; y preguntando á la mujer que venia con él qué novedad era aquella, respondió lo referido. Los demas, con el marido de la buena mujer, hallámos ya hartos de dormir y comer : yo, aunque me preguntaron cómo me habia quedado atras, no respondí más de que habia errado el camino. Del cuento sucedido no les dije palabra; lo uno por pensar que pudiera haber sido ilusion del enemigo del género humano, lo otro porque las cosas tan extraordinarias hacen diferentes efectos en los que las oyen, y el más cierto es reirse y dar matraca á quien las cuenta. Las cosas en que puede ponerse duda no se han de decir sino á los muy particulares amigos ó á los discretos, que las reciben como ellas son. No todos tienen capacidad para oír cosas graves. Verdades que pueden escandalizar y alborotar los pechos, cuando no es necesario no se han de decir. Yo reventaba por hablar; pero consideraba que me ponía á peligro de no ser creído. Más vale callar que dar ocasion de incredulidad ó murmuracion. La admiracion da ocasion al silencio, y desta vez quise

ver si podia enseñarme á callar. Fuimos nuestro camino sin suceder cosa notable, yo callando y los demas preguntándome la causa : yo respondia no más de que era condicion natural mia; pero en todo el camino no se apartó de mi imaginacion la mujer, el árbol, la fruta y la cama llena de gusanos, hasta que llegámos á Salamanca, donde la grandeza de aquella universidad hizo que me olvidase de todo lo pasado. Alegróse mi alma de ver que los ojos gozasen lo que tenían los oídos y los deseos llenos de aquella soberbia fama de aquellas academias que han puesto silencio á cuantas ha habido en el mundo. Vi aquellas cuatro columnas sobre quien estriba el gobierno universal de toda la Europa : las basas que defienden la verdad católica. Vi al padre Mancio, cuyo nombre estaba y está esparcido en todo lo descubierto, y otros excelentísimos sujetos con cuya doctrina se conservan las facultades en su fuerza y vigor. Vi al abad Salinas, el ciego, el más docto varon en música especulativa que ha conocido la antigüedad, no solamente en el género diatónico y cromático, sino tambien en el armónico; de quien tan poca noticia se tiene hoy; á quien después sucedió en el mismo lugar Bernardo Clavijo, doctísimo en entender y obrar, hoy organista de Felipe III. En comenzando á beber del agua de Tórmes, frigidísima, y á comer de aquel regalado pan, me cuajé de sarna, como les sucede á todos los buenos comedores : de manera que estudiando una noche la leccion de súmulas, me comencé á rascar los muslos al sabor de unos carboucillos que tenia encendidos en un tiesto de cántaro, y cuando volvi en mí los hallé tan desollados, que con el agua que destilaban me quedé hecho un alquitar, y por quince dias me negaron la obediencia y respeto : daño en que ordinariamente caen los principiantes en Salamanca, porque como el pan es blanco, candeal y bien sazonado, y el agua delgada y fria, sin consideracion comen y beben hasta cargarse unos de la perruna y otros de la gruesa; y así, es menester que los que comienzan nuevos en Salamanca vivan con cuidado en esto, porque tambien suelen acudir unas cámaras de sangre algo peligrosas; y aunque en todas las partes donde hay mudanzas de aguas y mantenimientos se ha de entrar con recato en el uso dellos, más particularmente se ha de hacer en Salamanca, lo uno por la frialdad y sutileza del agua, y lo otro, porque los estudiantes van hechos al regalo de sus casas y de sus padres y tierras, y con la poca edad se recibe más fácilmente el daño; fuera de que, entrando con este cuidado, la templanza es la que conserva la salud y aviva el ingenio. Los repletos de comida y bebida están incapaces de acudir á cosas de entendimiento y prudencia, y realmente la templanza da más gusto á los mantenimientos del que estos en sí tienen, y con ella se templa la lujuria en los mozos; pero yo me hube tan destempladamente con el pan y agua de Salamanca, que por la Natividad de nuestro Redentor me dieron unas grandisimas calenturas. Llamé al doctor Medina, catedrático de prima doctísimo de aquella universidad, y lo primero que hizo fué mandar que me quitasen el agua. Yo le dije que mirase que era colérico y muy encendido de sangre; y él respondió, como si dijera una gran hazaña suya : Ya saben que el doctor Medina quita el agua á los enfermos. Cre-

ció la calentura y no el remedio : comenzó á darme unos hordiates, que no aprovecharon cosa, porque la salud de los coléricos con calenturas solo consiste en darles agua fria á sus tiempos y sangrías moderadas, y consistiendo la salud mia en no negarme el agua, no me la dejaron en todo el aposento. Diéronme unos baños con veinte suiedades, y dejáronse allí una artesilla en que me los habían dado : yo me vi tan impaciente y tan acosado de la sed, que me levanté como pude á buscar agua, y como no la hallé, pegué con la artesilla del agua, que estaba fria como un hielo, y á dos golpes que bebí la dejé en el asiento, y la panza como vela latina viento en popa; pero duró poco, porque dentro de un ochavo de hora comenzó el estómago á basquear y arrojó tanta cantidad de bocanadas, que de vacía la barriga, la doblaba como alforza un lado sobre otro. Vino á la mañana el doctor, y vió el artesilla más llena que la dejó, porque en ella misma descargó el nublado. Preguntóme cómo me hallaba, respondíle que muerto de hambre. Miró el pulso y hallóle sin calentura : admiróse de ver la mudanza y dijo : ¡ Oh milagroso baño ! No se ha inventado tal medicina en el mundo ; no le he dado á hombre que no le haga notable provecho. Habránle tomado, dije, como yo. Este baño, dijo el doctor, alienta y refresca, confortando las partes interiores. ¿ Y cómo se le da vuesamerced, dije yo, á los demas ? Tibio, respondió él, y bañando todo el cuerpo por defuera. Pues désele, dije yo, frio y bebido, que así le tomé yo, y les aprovechará mucho más, y contéle el caso. Dijo : *Rectum ab errore*, repitiéndolo cuatro ó cinco veces, y haciéndose cruces, se fué y me dejó sano. Hay médicos tan crueles, que á un pobre enfermo colérico fogoso le dejan que se le abraze el hígado y se le sequen los huesos, pareciéndoles que negándole el agua acabarán más presto con la enfermedad y el enfermo. Aquel refran que dicen : Al que es de vida el agua le es medicina, se ha de entender desta manera, que aquel *de vida* es participio, de manera, que al que es debida el agua y al que se le debe el agua, á este le es medicina, que no al otro. Y siendo así, ¿ á quién se le debe más que á un colérico con calenturas ? Y esa otra significacion ordinaria la tengo por burla y modo de hablar de gracia. En Ronda conocí un tejero que habia cuarenta y cuatro años que no probaba gota de agua, que decia por donaire que él no habia de beber licor donde se ensuciaban las ranas. Vino una vez con tanta sed y cansancio, que para quitarla bebió un jarro de agua fria, que dentro de veinte y cuatro horas le puso como el barro, con quien trataba. A este no se le debía el agua ; lo uno por no estar acostumbrado á ella, lo otro porque su estómago no era de hombre colérico, y al que es debida, el agua le es medicina.

DESCANSO DOCE.

Si los trabajos y necesidades que los estudiantes pasan no los llevase la buena edad en que los coge, no habia vida para sufrir tantas miserias y descomodidades como se pasan ordinariamente ; pero con ser en la puericia y adolescencia, edad tan quitada de cuidados y sentimientos, se hace gusto del acibar, risa y pasatiempo de la necesidad con que se va pasando aquel espacio en que se sazona é hinche de doctrina el entendi-

miento ; que con la esperanza del premio todo se hace sufrible. Ninguno hay que no se prometa grandes cosas en los primeros años, que en comenzando á gustar ó disgustarse de la mala correspondencia por la tardanza de los arrieros ó del olvido de los padres y parientes, por la mayor parte se encogen y desaniman, especialmente aquellos que por ser pobres no tienen quien les ayude con lo necesario ó parte dello ; que cierto desjarreta mucho la necesidad al que con buenos pensamientos comienza los estudios. La falta de mantenimientos, el carecer de libros, la desnudez, la poca estimacion que consigo traen estas cosas tiene muchos y grandes ingenios acobardados, arrinconados y aun distraídos por la privacion de sus esperanzas malogradas. Yo confieso de mí, que la inquietud natural mia, junta con la poca ayuda que tuve, me quebraron las fuerzas de la voluntad para trabajar tanto como fuera razon. Y como en esta edad los alientos de la mocedad están tan dispuestos para el mantenimiento, nunca se ve un hombre harto. Acuérdomé que despues de haber comido la racion del pupilaje de Galvez, me comí seis pasteles de á ocho en una pasteleria excelentísima que habia en el desafiadero. Miren qué alientos estos para las necesidades de Salamanca. Estábamos despues desto tres compañeros al barrio de San Vicente tan abundantes de necesidad, que el ménos desamparado de las armas reales era yo, por ciertas lecciones de cantar que yo daba ; y aun las daba porque se pagaban tan mal, que ántes eran dadas que pagadas, y aun dadas al diablo. Consolábamonos con la igualdad de la provision, y aunque parecían niñerías indignas deste lugar y aun de acordarse y tratarse, tengo de decir alguna para que no se desanimen los que se vieren con ingenio y pobreza y con deseo de saber ; que haciendo gusto de la necesidad, puede llevarse la penuria que de ordinario se pasa en los estudios : ver pasar á otros mayores trabajos disminuye la fuerza de los nuestros. Miserias y necesidades ajenas, aunque sean contadas para ejemplo, en parte consuelan á los afligidos. ¿ Qué trabajos puede tener un estudiante que no los haya mucho mayores ? El trabajo y necesidad que toca á muchos y muchos le llevan se hace sufrible, aligera y alivia las cargas de todos ; cuanto más que el que con buen ánimo acomete al trabajo, la mitad tiene hecho, y al fin los valerosos ánimos atropellan las forzosas necesidades. Dígolo porque las que pasaron mis compañeros y yo fueron de manera, que pudieran consolar á los estudiantes más llenos de miserias del mundo, y entre otras contaré una que puede servir de risa y de consuelo. Hallámonos una noche, entre otras muchas, tan rematados de dineros y paciencia, que nos salimos de casa medio desesperados sin cenar, sin luz para alumbrarnos, sin lumbre para calentarnos, haciendo un frio que en echando el agua en la calle se tornaba cristal. Yo fui en casa de cierto discípulo, y dióme un par de huevos y un panecillo : vine muy contento á casa, y hallé á mis compañeros temblando de frio y muertos de hambre, como dicen los muchachos, que no osaban desenvolver un poco de rescoldo que se habia guardado para su monester. Dije lo que traía ; salieron á buscar algunas sercas para avivar el rescoldo ; vinieron presto muy contentos por haber hallado un leño bien largo ; pusímoslo en el poco rescoldo que habia quedado, y soplamos cuanto

pudimos todos tres, y el leño no se quería encender: tornámos á soplar una y otra vez; pero quedándose el leño sin encender, se hinchó el aposento de un humo muy hediendo. Eché un papel en el rescoldo para que diera luz en el aposento, y en encendiéndose, descubrió que el leño era un muy descarnado zancarrón de un mulo que por poco nos hiciera reventar de asco; y si ántes no cenámos por no tener qué, despues no cenámos por eso y por la náusea de nuestros estómagos; que hubo alguno que purgó por dos partes lo que no habia comido ni cenado, hasta echar sangre por la boca, y el que lo trujo quiso cortarse la mano. Bien confieso que no son estas cosas para contarse; pero como sean para consuelo de afligidos, y mi principal intento sea enseñar á tener paciencia, á sufrir trabajos y á padecer desventuras, puede llevarse con lo demás que no cuento. Todo lo que se escribe, para doctrina nuestra se escribe, y aunque sea de cosas humildes, se ha de recibir para el efeto que se dice. Y habemos de pensar que ni en los ejemplos de cosas grandes hay siempre provecho, ni que en las pequeñas falta doctrina. Tan bien se reciben las fábulas de Hisopo como las estratagemas de Cornelio Tácito. Más gusto se halla en un ligo que en una calabaza: así, conté una niñería como esta, porque para decir necesidades de estudiantes, que son de hambre, desnudez y mal pasar, también las historias ejemplos han de ser de pobreza para consolar á quien la padece. No paró aquí la mala ventura de aquella noche; porque estando á la puerta de la calle por no poder sufrir el pestilencial olor del leño mular, pasó rondando el Corregidor, que al presente era don Enrique Bolaños, muy gran caballero, cortés y de muy buen gusto, y nos dijo: ¿Qué gente? Yo me quité el sombrero y descubrí el rostro, y haciendo una gran reverencia, respondí: Estudiantes somos, que nuestra misma casa nos ha echado á la calle. Mis compañeros se estuvieron con sus sombreros y cebaderas sin hacer cortesía á la justicia. Indignése el Corregidor, y dijo: Llevad presos á esos desvergonzados. Ellos, como ignorantes, dijeron: Si nos llevaren presos nos soltarán un pié á la francesa; asíéronlos y lleváronlos por la calle de Santa Ana abajo: yo, con la mayor humildad que pude le dije: Suplico á vuesamerced se sirva de no llevar á la cárcel á estos miserables, que si vuesamerced supiese cómo están, no los culparia. Tengo de ver, dijo el Corregidor, si puedo enseñar buena crianza á algunos estudiantes. A estos, dije yo, con dalles de cenar y quitarles el frio lo haré vuesamerced más corteses que á un indio mejicano; y junto con esto, viendo que me escuchaba de buena gana, le conté lo pasado de los huevos y de la humarada que procedió del sacrificio acemilar. Rióse del cuento, que tenia mucha apacibilidad; y á costa de ciertas espadas que habia quitado á ciertos escolares vagamundos les hinchó el vientre de pasteles y marrana y de lo de la tabernilla, y á mí me hizo mucha merced de allí adelante. Díjeles á mis compañeros: Amigos, muy mal anduvisteis con el Corregidor. ¿Por qué? preguntaron ellos; ¿es nuestro juez? Respondí yo: Porque á las personas constituidas en dignidad, sean ó no sean superiores nuestros, tenemos obligacion de tratarlos con reverencia y cortesía; y no solo á estos, sino á todos los más poderosos, ó por oficios, ó por nobleza ó por hacienda; por-

que siéndoles bien criados y humildes, en cierta forma los igualamos con nosotros; y haciendo al contrario, nos damos por enemigos de los que nos pueden agraviar muy á su salvo. Dios crió el mundo con estos grados de superioridad; que en el cielo hay unos ángeles superiores á otros, y en el mundo se van imitando estos mismos grados de personas para que los inferiores obedezcamos á los superiores. Y ya que no seamos capaces de conocernos á nosotros propios, seámoslo de conocer á quien puede, vale y tiene más que nosotros. Esta humildad y cortesía es forzosa para conservar la quietud y asegurar la vida. Es muy gran yerro querer ajustar nuestras fuerzas con las de los poderosos, usar del rigor de nuestra condicion con quien es más cierto el perder que el ganar. La humildad con los poderosos es el fundamento de la paz, y la soberbia la destruccion de nuestro sosiego; que al fin pueden todo lo que quieren en la república. En esta vida pasé tres ó cuatro años, hasta que se me dió una plaza en el colegio de San Pelayo, estando entónces allí el señor don Juan de Llanos de Valdes, que cuando esto se escribe es del consejo supremo de la Inquisicion, en compañía de sus hermanos, tan grandes estudiantes como caballeros, y el señor Vigil de Quiñones, que á fuerza de virtud y merecimientos es ahora obispo de Valladolid, donde teniamos conclusiones todos los sábados; y pudiera yo aprovecharme si la necesidad de mis padres y el deseo que yo tenia de servirles no me sacara con una carta suya para ir á heredar cierta hacienda de que un pariente me queria hacer donacion ó capellanía.

DESCANSO TRECE.

Sali de Salamanca sin el dinero que bastara para dejar de ser peon, y como era fuerza el serlo, acordándome de la poca poblacion que habia en Sierra Morena por aquella parte de la Hinojosa, que habia quince leguas sin poblado, y por no dejar de ver á Madrid y á Toledo, vine por esta máquina; pasé por Toledo y Ciudad Real, donde una monja muy virtuosa y principal, llamada doña Ana Carrillo, me regaló y ayudó para el camino. Saliendo de Ciudad Real, me encontre con un mozo de muy buen talle, que parecia extranjero: fuimos caminando hácia Almodóvar del Campo, y topámos con dos gentiles hombres en el camino, que llevaban entre los dos un muy gallardo macho, remudando á veces de cuando en cuando. Trabajámos conversacion con ellos, y parece que se inclinaron á no dejarnos atras. Colegí de su modo de proceder que traian lengua de dos mercaderes que iban á la feria de Ronda con muy gentil dinero, que á mí me dió gusto por ser aquel mi viaje. No me pareció bien, y con gran cuidado les miré á las manos y á las bocas. Entrámos en una misma posada, y como yo llevaba tragada la malicia y andaba sobre aviso, no hablaban palabra que fingiéndome dormido no se la entendiese. El uno dellos no hacia sino entrar y salir en la posada, hasta que ya topó con la de los mercaderes. En amaneciendo cogió el uno dellos una cabalgadura y se partió delante, llevando para cierto efeto una graciosísima sortija, que no pudieron dar la traza sin que yo la oyese. Fuése aquel delantero, como criado, y quedóse estotro, como señor. Muy por la mañana ade rezó su macho, y estuvo con mucho cuidado aguar-

dando á que pasasen los mercaderes : en pasando hízose en contradicho con ellos, y preguntóles con grande comedimiento adónde caminaban, y respondiéndoles ellos que á la feria de Ronda, hizo grandes demostraciones de holgarse, diciendo : Mejor me ha sucedido que pensaba en haberme encontrado con tan principal compañía ; porque voy á la misma feria, á comprar un atajuelo de doscientas ó trescientas vacas, y por no haber andado este camino, á lo ménos de las Ventas Nuevas adelante, iba con algun recelo de mil daños que suelen suceder á los que llevan dinerillo, y habiendo encontrado con vuesasmercedes, iré muy consolado, así por la buena compañía como porque vuesasmercedes me encaminarán allá, pues tienen más inteligencia que yo para lo que voy á comprar. Ellos le ofrecieron de ayudarle y hacerle amistad en la feria, por ser muy conocidos en la ciudad. Estos dos bellacones, que iban en seguimiento de los mercaderes, á lo que despues entendí, eran de un género de fulleros que entre ellos llaman donilleros : fuéron riendo por el camino, porque el fullerazo era grande hablador y les iba diciendo cuentos con que los entretenía con mucha gracia y donaire. Yo, por no perderlos hasta ver el fin, andaba lo más que podía, asiéndome de cuando en cuando al estribo ó al tranzado del macho, que, como dije que iba á la feria de Ronda y era natural della, los mercaderes me animaban y esperaban á ratos. Llegando cerca de cierta venta, que la mitad del año está desamparada, puesta en una ladera á mano derecha como subimos, el fullero sacó de la faltriquera ciertos mostachones, que por la mucha especie llaman la sed á tiro de arcabuz, y dió á cada mercader uno; y como era por el mes de mayo, cuando llegaron á emparejar con la venta, que estaba medio caída y sin gente, iban ya pereciendo de sed: Dijo el fullero : Aquí dentro hay una fuentecita muy fresca; entremos á cumplir con los mostachones, y si vuesasmercedes quieren, aquí llevo una bota de muy gentil vino de Ciudad Real, con que podemos hacer satisfacion al llamamiento. Apeáronse, y entró el fullero primero en la venta: llegó á la fuente, y siguiéndole los mercaderes, bajóse á beber, y dijo con grande admiracion: ¡Ay! ¿qué es esto que me hallo aquí? Y alzó la sortija que el ladron de su compañero habia dejado en la fuente. ¡Oh! qué graciosa sortija, dijeron los mercaderes; sin duda que algun caballero se la quitó para lavarse las manos y se la dejó olvidada: cada cual se holgara de habérsela hallado. Todos tres, dijo el bellaco del fullero, la hallámos, y de todos tres ha de ser. ¿Pues qué haremos della? dijo un mercader. Echarla á una quínoa, dijo el fullero, en llegando á la venta, y á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga. Bien dice vuesamerced, dijeron los mercaderes, y á fe que si la gana cualquiera de los dos se ha de emplear muy bien; pero cierto, la sortijuela era de mucha codicia, porque al rededor tenia doce diamantes, aunque pequeños, muy finos, y en lugar de piedra un rubí de hechura de corazon, que á cualquiera aficionara, labrado todo con mil donaires. Fuéron todos muy codiciosos della, tratando por todo el camino los mercaderes del descuido del que la habia perdido, y el bellacon, del cuidado del que la habia dejado, haciendo mil monerías con ella para ponerles más codicia.

Llegaron á Ventas Nuevas, y no parando en la primera, llegaron á la segunda, por hallarse más cerca del puerto. Apeáronse, y el bellacon sacó la bota de vino añejo de Ciudad Real, de más hojas que un Calepino, de que bebieron de muy buena gana. En comiendo un bocado de prisa, por codicia que cada uno tenia de la sortija, que les estaba haciendo del ojo, con el bocado en la boca preguntaron al huesped si tenia unos naipes para echar una rifa. Dijo que no; y el ladron del compañero, haciéndose bobo, dijo: Yo llevo aquí unas no sé cuántas barajas que me encomendaron en mi pueblo, y por las muchas que allá se levantan sobre ellas, no las llevo de muy buena gana. Si sus mercedes me las pagan, yo se las daré. Mostrad acá, dijo el fullero, que estos señores y yo os las pagaremos muy bien. Dióles una baraja hecha á su modo, y como el licor de Ciudad Real se arrima tanto al corazon y humea para el celebro, alegráronse, y con mucho gusto echaron la rifa á cuatro quínoas. El fullero les dejó llegar á cada uno á tres sin haber tomado ninguna para sí, y en dos pasantes que echó, una de su mano, y otra del que tenia al lado, hizo las cuatro, y arrebató la sortija, haciendo grandes algazaras con ella. Picáronse desto, y dijeron: Juguemos dineros. El fullero, con cierta socarronería, negando al principio, dijo que no queria poner en peligro el su dinero ó las vacas que se habian de comprar dél; pero al fin persuadido, jugó; teniendo más gana él que los otros, que con palabras que tenia hechas á propósito los iba haciendo picar. Pedia que les diesen de beber de la olorosa bota que estaba metida en parte fresca, y en calentándose las orejas, echaban dobles como granizo: de suerte que se estuvieron toda la tarde jugando, una vez ganando el fullero, y otra dejando ganar á los mercaderes por disimular la fullería, y quejándose á veces, decia: Vuesasmercedes me han de ganar aquí esta tarde cuatro ó cinco mil escudos, segun estoy de picado. Al tiempo que entrámos en la venta el mocito y yo nos dijeron que allí no se daba posada á gente que no traia cabalgaduras. Recibimos con humildad la notificacion, y parámonos á descansar un poco. Mi compañero alligido preguntó: ¿Pues qué habemos de hacer para esperar el fin y suceso desta grande aventura? Yo le respondí: Dejadme, que yo conjuraré á la ventera de manera que no nos eche de la venta. ¿Pues es endemoniada, dijo él, ó bruja? A lo ménos, dije yo, parécelo; pero no digo yo sino con el conjuro general de las mujeres. ¿Cuál es? preguntó el otro. Ahora lo vereis, dije yo. Lleguéme á la ventera, que era una mujer coja y mal tallada; tenia las narices tan romas, que si se reia quedaba sin ellas; los ojos parecian de capirote de disciplinante; echaba un tufo de ajos y vino por unos dientes entresacados y pardos, bastante á ahuyentar todas las víboras de Sierra Morena; las manos parecian manojos de patatas; solo tenia que notar la limpieza, que parecia haber salido del naufragio de los condes de Carrion. Con todo esto, me llegué á ella y la dije: ¿Qué desdicha fué la que trujo á estas soledades á una mujer de tan buena gracia como vuesamerced? ¿Qué despacio está, dijo ella, el señor estudiante! No es cierto, dije yo, sino que desde el punto que llegué aquí puse los ojos en vuesamerced para consolarme del cansancio del

camino. No haga burla, dijo ella, de las mal vestidas. Yo no hago tal, sino que me parece vuesamerced muy hermosa. Hermosa, dijo ella, como gata lagañosa. Pareciéme que ya iba creyendo, y díjole: Pues miren con qué gracia y donaire responde. Ciento que es igual el rostro con la habla, y todo es con mucho gusto. Y como *Deo gratias*, dijo ella: si conocieran á una hermana mia que tengo tabernera en las ventas de Arcolea, dijeran eso de véras; que por solo oílla echar pullas van á beber á su casa cuantos pasan. Y vuesamerced, dije yo, ¿cómo no se acerca hácia Córdoba? Porque, señor, dijo ella, unas tienen ventura y otras tienen ventrada. ¿Pues es posible, dije yo, que no la habido quien saque á vuesamerced de tan mal oficio? Y respondió ella: Estése la carne en el garabato por falta de gato. Pues á fe, dije yo, que si me hallara en disposición que había de hacerlo, porque me da lástima ver entre estos riscos y montañas á una mujer de tan buenas prendas. Pues calle vuesamerced, dijo ella, que mi marido y yo les habemos de quitar el dinero á estos que quedaron con él, y por la mañana harémos lo que nos pareciere; y si acaso mi marido volviere á decir á la noche que se salgan de la venta, váyanse por la puerta trasera del corral, que yo se la dejaré abierta. Fuése, y mi compañero me preguntó: ¿Qué es del conjuro? Qué mayor conjuro quereis, dije yo, que haber llamado hermosa á una bestia que parecía panza de vaca con su zumaque y menudillos? Conjuro es este, dijo, que puede servir de malilla en todo el mundo. En tanto que pasámos esta conversacion se llegó la noche y la desesperacion de los mercaderes; porque con las chanzas que el fullero iba haciendo, y con los tragos de cuando en cuando de Ciudad Real, les fué chupando la plata y oro y los zurrone en que tenían el dinero. Los mercaderes quedaron dados al diablo, y maldiciendo la venta y quien á ella los había traído, se volvieron á dormir á la que habían dejado atrás, con intención de volverse á Toledo. El huésped, que no era lerdo, entendió muy bien la bellaquería: yo estaba para reventar por lo que había oído la noche ántes y por lo que había visto entónces. Estuve determinado de revelarles la maldad, porque volviéndose los mercaderes, me faltaba el bien que me habían prometido hacer por el camino; pero consideré que decir el secreto que estaba tan en duda era desacreditar á los fulleros, y á mí ponerme en peligro; que no siendo una cosa sabida, tenemos obligacion de callarla como secreto natural. La seguridad consiste en el silencio, y en estas ocasiones y otras semejantes háse de advertir el peligro de ambas partes. Yo callé contra mi voluntad, y el ventero, que era un bellaco redomado, disimuló y calló como yo y el otro. Los señores fulleros quedaron muy contentos; pero fueron tan miserables, que no dieron barato á nadie; por donde se aumentó en el ventero el deseo de hurtarles la ganancia, y en mí de volvérsela á sus dueños. El ventero, que realmente lo sintió, les dió á entender que recibí mucho gusto en ver los mercaderes despojados; y haciéndoles grandes zalcas, les dió un aposento que tenía aderezado para los mercaderes, donde estaba un arcaz muy grande con tres llaves, que les dió para guardar su dinero y ropa. Era el arcaz de una madera muy maciza y de tablas gruesas,

que hacia pared con la caballeriza, que me puso en cuidado, imaginando qué traza podría tener para hurtarles el dinero de un arcaz cerrado con tres llaves, y por ningún camino podía moverse de donde estaba. Habló con la mujer de secreto, mirando con cuidado si los veían hablar. En cenando muy solemnemente los fulleros, habiendo hecho el pancho de perdices y vino de Ciudad Real, se atrancaron en su aposento, y se cerraron de manera, que no podía entrarles una bruja. En siendo una hora de la noche, ó poco ménos, el ventero dijo: Los que no tienen cabalgaduras salgan de la venta; que ya que no hay arrieros queremos dormir sin cuidados. Salimos aquel mocito y yo, y dando vuelta por las espaldas de la venta, hallámos abierta la puerta del corral y entrámos en el pajar. Yo andaba pensando con cuidado cómo diablos ó con qué modo ó traza podían hacer tiro á los fulleros. Veía que en el aposento no podían entrar, por estar muy bien encerrados y el arcaz muy bien guardado. Traer saltadores para el efecto no era negocio seguro, sino muy peligroso; entrar y matarlos no podían, porque eran ménos que ellos; pues querer minar el aposento con pólvora era para todos peligroso. Y no pude dar en el modo hasta que entre once y doce, estando ellos durmiendo al mejor sueño, vinieron el ventero y la ventera muy paso entre paso, alumbrando ella con un cabo de vela: el marido comenzó á desviar con mucho silencio un gran monton de estiércol que estaba en la caballeriza arrimado al aposento de los fulleros. A pocas vueltas se descubrió la tabla del arcaz, que servia de pared al aposento. Miré con gran cuidado, y vi que la tabla del arcaz estaba por la parte de arriba asida con tres ó cuatro gonces, y por la parte de abajo con dos tornillos, cada uno en su esquina. Quitó el ventero los tornillos, y en quitándolos, mandó á la mujer que llevase de allí la vela porque no entrase la luz en el aposento: ella la llevó, y yo fuí muy poco á poco al ventero al tiempo que tenía la tabla alzada y los zurrone en las manos, y con voz muy baja, ó por mejor decir, entre dientes, le dije: Dad acá esos zurrone, y tornad á poner los tornillos. El me los dió pensando que era su mujer, y salíme con ellos y con mi compañero por la puerta del corral; que mientras tornaba á poner el monton de estiércol hubo lugar para todo; y anduvimos un ratillo apriesa hácia atrás cada uno con su zurrone, no por el camino real, sino por un lado á la parte de arriba, con todo el silencio posible. Ya estábamos casi frontero de la otra venta, adonde los mercaderes se habían vuelto á dormir, y nos sentámos á descansar un poco; que el recelo y el temor aumentan el cansancio. Yo le dije al compañero: ¿Qué pensáis que traemos aquí? Nuestra total destruccion, porque á ninguna parte podemos llegar donde no nos pidan muy estrecha cuenta deste dinero, que como él de suyo es goloso y codicioso, ó por la parte que le puede caber, ó por congraciarse, cualquiera dará noticia á la justicia de dos mozos caminantes de á pié cansados y hambrientos y con dos zurrone de moneda, y el tormento será forzoso, no dando buena cuenta de lo que se pregunta; pues esconderlo para volver por él tampoco atinarémos nosotros como los demás; y andar mucho por aquí dará sospecha de algun daño, y el ménos que nos puede suceder es caer en manos de dos ladrones que nos quiten el dinero y la vida:

ponerse á peligro por ganar dineros muchos lo hacen; pero poner en peligro la vida, honra y dinero, ningún hombre de juicio lo ha de hacer; y así, mi principal intento fué volver este dinero á sus dueños para tener tanta parte en él como ellos, sin peligro de las vidas y sin daño de las conciencias; y aquí viene bien: Quien hurta al ladrón, etc. Esta y otras muchas cosas le dije para desarraigarle cierta golosina que se le había pegado; que como lo llevaba acuestas, había contraído no sé qué parentesco con la sangre del corazón; pero al fin le pareció muy bien. Fuimos á la venta, y aunque era muy de madrugada, dimos golpes á la puerta, diciendo que veníamos con un despacho de mucha importancia para unos señores mercaderes de Toledo que estaban dentro. Ellos lo oyeron y hicieron al ventero que abriese. Encendió luz, y entrámos en el aposento cargados, y sin hablarles palabra arrojámos los gatos sobre una mesa, que si fueran de algalia no regalaran tanto las narices como estos regalaron las orejas. ¿Qué es esto? Dijeron los mercaderes. Su dinero, respondí yo; que ha vuelto á César lo que era suyo. Contámosles el caso, y díjese que ántes que en la otra venta se levantasen, pasásemos el puerto. De buena ventura mia venían mulas de retorno hácia Sevilla. Los mercaderes, alegres y agradecidísimos del caso, para mí y para el otro mozo tomaron dos mulas, y caminando pasámos el puerto sin que lo sintiesen en las ventas. Encumbrámos el puerto, y bajámos á otra que está en lo más bajo, no mal proveída, adonde estuvimos todo el día descansando y durmiendo, por el poco sueño y mucha pesadumbre que les había causado la pérdida de su dinero; y á la tarde supimos que el ventero (como martirizando á su mujer no supo cosa del hurto, porque no osó decir que nos había dejado dentro), sospechando que los fulleros le habían hecho la treta que él no entendió, fué á dar aviso á la Hermandad de la vida y trato de aquellos hombres y cómo tenían dos zurrónes de dinero mal ganado; y vino la Hermandad, y como no halló los dineros ni los zurrónes que el ventero había dicho, en el arcaz, á él por desatinado ó loco ó porque había cargado demasiado, y á los fulleros por gente sospechosa que tan tarde se estaban en la venta, y á la mujer por suspensa y callada, que no supo dar razón de sí, les hicieron pagar las costas sin averiguar el secreto. Holgámonos mucho con el suceso: de manera que los mercaderes lo querían oír por momentos, que segun pareció, hallaron más dinero dentro de los zurrónes que habían dejado; y con donaire decía el uno dellos: No quiera Dios que yo lleve dinero ajeno en mi poder; gástese por el camino en perdices y conejos; que no quiero tener que restituir; y así se hizo con beneplácito de todos. Yo consideré á solas conmigo, y aun lo comuniqué con uno de los mercaderes, cuán mal se logra lo mal ganado, y cuánto peor se goza lo adquirido con juegos de ventaja, donde se aventura la reputación sin asegurar la ganancia, que está sujeta á cuantos la ven y á cuantos lo imaginan y á los ausentes, á quien toca la distribución de la estafa, que tasadamente les queda para consumir en los tabernáculos de la gula, fiestas de Baco y sacrificios de Vénus, sin aprovechar la sumisión y cortesía fingida para engañar al que quieren desollar ó al que ya tienen desollado; que si bien quisiesen los hombres sencillos advertir á las cautelas, enredos y marañas destos apacibles lobos,

echarían de ver que una cortesía sin tiempo, una amistad sin sazón ni conocimiento, un comedimiento no acostumbrado, unas ceremonias no debidas traen consigo más daño que provecho para aquel con quien se usan; porque si son los hombres de tan ruin condición, que aun á la cortesía debida acuden de mala gana, á quien tienen obligación, ¿por qué no se ha de entender que la novedad de cortesías demasiadas y extraordinarias traen consigo algun secreto, especialmente no teniendo partes por donde se le deban? Los fulleros tienen también su materia de estado, porque ó engañan por sí ó por amigos que tienen señalados y diputados para el efecto, casas de posadas ó mesones, donde les dan el soplo de la gente nueva á quien pueden acometer. Tienen también su libro de caja ó de memoria de todos aquellos que acuden á favorecer su ministerio en todos los pueblos grandes ó pequeños, porque es oficio corriente por toda España; y en las poblaciones de importancia tienen correspondencia y avisos de las zorras comadres para chupar la sangre á los corderos inocentes. Y aunque son tan grandes los sáinetes destos cautelosos culebrones para chupar la sangre de los que ven inclinados al juego, que no pueden reducirse á regla cierta ni guardarse de sus trampas, con todo eso, digo que todo lo que fuere artificio apacible y no usado se ha de temer aun de los mismos amigos en materia de juego, porque se venden unos á otros. Cuando convida á jugar un conocido á otro, llevándole á parte no sabida, vaya con cuidado, sea en público ó en secreto; y me parece que no será malo este refrancillo para este propósito: Si bien me quieres, trátame como sueles. Caminámos con todo el gusto que pudimos mis mercaderes y yo, buscando por el camino ocasiones en que tenerlo: llegámos á la Conquista, que es un pueblecito que se comenzaba entónces, un domingo por la mañana; entrámos á oír misa, que la estaba diciendo un clérigo que pronunciaba la lengua latina como gallego. La misa era de *requiem*, porque habían enterrado aquella mañana un pobre; y ayudábale un sacristán, que sobre un sayo pardo muy rozagante traía una sobrepelliz de cañamazo. Acabada la misa, diciendo el responso sobre la sepultura, acabó el clérigo diciendo: *Requiescat in pace, alleluja, alleluja*. El sacristán le respondió con muchos pasos de garganta: *Amen, alleluja, alleluja*. Lleguéme al buen hombre, y díjele: Mire, padre, que en misa de *requiem* no hay *alleluja*. Respondióme muy confiadamente: Arre allá, señor estudiante; ¿no ve que es entre pascua y pascua? Fuímonos cayendo de risa por todo el camino.

DESCANSO CATORCE.

Como el camino, por bueno que sea, siempre trae consigo un género de soledad, porque ordinariamente se camina ó por necesidad ó por negocios forzosos que ocupan la memoria y distraen el gusto, procurábamos tenerle en todas las cosas que encontrábamos. Los mozos de mulas acudían á su costumbre, uno á echar pullas, otro á hacer burlas á los caminantes, otro á cantar romances viejos, cuál sea su salud: nosotros de lo que se ofrecía á la vista. Encontrámos un pastor que pasaba su ganado de un distrito á otro, pereciendo de sed él y los perros; que en Sierra Morena por mayo y por todo el verano, aunque de noche

hace fresco, de día se encienden los árboles de calor; y era tan ignorante el buen hombre, que, teniendo sed, llevaba los perros atados porque no se le perdiesen. Preguntónos si sabíamos dónde hubiese agua. Yo le respondí: ¿Pues llevando perros preguntais esto? Desatadlos; que ellos hallarán presto el agua. ¿Y es eso así? dijo un mercader. Es cosa muy sabida, dije yo, y muchas veces experimentada; y dije al pastor: Desatad los perros, ó el uno dellos, y ponedle un cordelillo largo con que lo vais siguiendo; que él hallará fuente, arroyo ó laguna; y así lo hizo el pastor: de suerte que, dándole larga con el cordel, rompió por una ladera alzando el hocico y se fué hacía una espesura derecho que había al pié de una peña, donde halló agua que refrescó al pastor y satisfizo al ganado. Y contaréles á vuesasmercedes lo que me contó en Ronda un caballero de muy gentil entendimiento, que se llamaba Juan de Luzon, muy experimentado en letras humanas y divinas. Hay dos pueblecillos en sierra de Ronda, entre otros muchos, uno llamado Balastar, y el otro (si bien me acuerdo) Chucar, entre los cuales andando un cabrero moro apacentando su ganado, apretándole la sed y no hallando agua ni señal donde pudiese haberla, desapareciósele un perro, y á cabo de rato vino mojado todo y muy contento, coleando al amo y haciéndole muy grandes fiestas. Espantado de aquello el cabrero, le dió muy bien de comer y lo ató, aguardando á que le tornase á aquejar la sed, diligentísima despertadora de la pereza. Atóle un cordelejo largo y dejóle ir, y siguiéndolo el amo, fué saltando matas y peñas, rasgándose las manos y el rostro; y siguióle con todas estas dificultades hasta que entre unas grandes espesuras se coló por la boca de una cueva que por debajo de altos riscos estaba naturalmente hecha, con algunos resquicios que le daban la luz que había menester. En medio de la cueva nacía un clarísimo arroyo que se dividía en dos partes: bebió el moro y hincó su zaque, y admirado de la novedad, dió en una traza, á su parecer buena, que despues le costó la vida; y fué que atajó con unas piedras el un arroyo de aquellos, echando toda el agua por una parte para ver el día siguiente dónde iba á parar. Fuése á su ganado y averiguó el día siguiente que había faltado el agua en Chucar. El moro, que sabía el secreto, fuése al pueblo diciendo que si se lo pagaban bien, les daría su agua y otra tanta más, y contó el caso como había sucedido. El poco tiempo que les había faltado el agua los necesitó de manera, que le dieron doscientos ducados porque les diese su agua y la del otro pueblo. En recibiendo su dinero fué á la cueva y soltó el agua por aquella parte. Viéndose con su agua tan crecida, conociendo la inconstancia y codicia del cabrero, ántes que los de Balastar le corrompiesen con esperanza de mayor interés, acordaron darle garrote, quedándose con el agua toda y el moro sin vida, sin que hasta hoy se haya sabido en qué parte está el secreto; y hoy se echa de ver señal de qué algún tiempo corrió por allí agua, por las guijas y piedras que lo manifiestan. Halló aquella encubierta cueva el aliento del perro, leal amigo y fiel compañero, descubridor de enemigos de sus amos. ¡Extraña fuerza de aliento, dijo un mercader, que siendo el agua un elemento sin olor, la verga á descubrir un perro con solo alzar el rostro al

aíre, principal movedor y embajador del olfato! Que son las calidades de los perros y las excelencias que hay en ellos muy dignas de admiracion, no por los cuentos que se dicen dellos ni haciendo caso de historias atrasadas, sino por lo que vemos y experimentamos cada día. ¡Qué fidelidad! ¡Qué amor! ¡Qué conocimiento! A lo ménos, dije yo, tienen dos admirables virtudes, si se puede dar este nombre en ellos, que si los hombres las tuviesen tan sentadas en el alma como ellos en su natural inclinacion, vivirían en perpetua paz; que son, humildad y agradecimiento. ¡Oh, bien notado! dijo el mercader. ¡Oh qué gallarda consideracion! Del bienaventurado san Francisco, que fué hijo de un mercader, se dice que alababa mucho la humildad de los perros, deseando imitarlos en esto, por la mucha que tuvo nuestro maestro y redentor Jesucristo. Pues en agradecimiento, dije yo, fuera de lo que la ley natural nos enseña, lo tenemos por precepto suyo, que enviando sus santísimos discípulos á predicar por el mundo, les mandó que en agradecimiento del bien que les hiciesen en sus posadas curasen los enfermos que en ellas hubiese. Pues ¿hay, dijo el mercader, quien desagradezca ó quien no sepa agradecer el bien que le hacen? Hay quien no le parezca que no satisface al beneficio recibido? ¿Quién ha de carecer de tan admirable virtud? Yo creo, respondí, que nadie sino son los avarientos y los soberbios, que son dos géneros de gente pestilencial en la república; los unos porque no saben usar de caridad, y los otros porque siempre van contra ella. Y pues se ha ofrecido materia tan excelente, y divina virtud, como es el agradecimiento, en tanto que llegamos á Adamuz tengo de referir un caso digno de saberse, que le pasó al autor deste libro viniendo de Salamanca; que no hay vida de hombre ninguno de cuantos andan por el mundo de quien no se pueda escribir una grande historia, y habrá para ella bastante materia. En una dispersion que hubo de estudiantes en Salamanca por cierto recuento que tuvo el corregidor don Enrique de Bolaños con la universidad, y no con ella, sino con los estudiantes, gente briosá y fácil de moverse para cualquiera alteracion, como se quedó la ciudad sin estudiantes, el autor tambien se fué á su tierra como los demas; que las vacaciones estaban ya muy cerca, tiempo deseado para descanso de los estudiantes. La necesidad suya era tanta, que trilló el camino á la apostólica. Llegó un día al anochecer á las ventas de Murga, y no queriéndole dar posada, por el poco provecho que había de dejar en ellas, pasó adelante solo y cantando por hacerse compañía; que la voz humana tiene propiedad maravillosa para acompañar á quien no lleva dineros que le puedan quitar. Salieron cuatro hombres con cuatro ballestas y preguntáronle de dónde venía: él respondió que de Salamanca. ¿Y á quién deja atras? preguntaron ellos; y él respondió: Antes todos me dejan á mí porque ando poco. ¿Pues cómo no se quedó en las ventas? preguntaron; y él respondió: Porque como no llevo dineros ni cabalgadura que les pudiera dejar provecho, me dieron voces que me saliese de la venta, y yo las voy dando á Dios porque me acompañe y juzgue la crueldad destes venteros; á lo cual dijo el más pequeño de los ballesteros ó ballestadores: Preguntamos esto, señor estudiante, por ver si queda atras quien nos pueda comprar

caza, de que tenemos mucha abundancia y pocos compradores; y volviéndose á los compañeros, dijo : Gran lástima me ha dado el mal trato y crueldad de que estos venteros usan con la gente de á pié, y más la necesidad que he visto en este estudiante. Llévemose á nuestro alojamiento; que algun tiempo nos valdrá con Dios esta caridad. Harto mejor, dijo uno, será matarlo (después lo supe) porque no diga que nos ha encontrado y espante los caminantes. Al fin, el mozueto dió y tomó con ellos hasta que lo llevaron consigo, porque les pareció que era lo más sano para su negocio. Mostróse el mozueto muy compasivo; que si bien las ruines compañías hacen prevaricar una buena inclinacion, tal vez naturaleza da una sofrenada para recordacion del primer natural, que por más que se olvide, de cuando en cuando torna á su primer principio. Fué con ellos, ó por mejor decir, se lo llevaron por unas espesuras, escuridades y escondrijos llenos de revueltas y dificultades; que como ya era de noche, y sonaba en unas profundidades despeñándose el agua, y la fuerza del viento sacudia los árboles con gran furia, y al estudiante el temor le hacia de las matas hombres armados que le iban á despeñar en aquella infernal hondura, iba con gran devocion mirando al cielo y tropezando en la tierra; pero con muy buen ánimo hablando sin muestras de temor. Llegaron al fin á su habitacion, que parecia más de zorras que de hombres, y desenvolviendo mucha cantidad de brasa que parecia ser de muy buena leña de encina, encendieron para alumbrarse unas rajuelas de tea que les daba la luz bastante que habian menester para toda la noche. La cena fué muy buenos tasajos de venado, si no eran quizá de algun pobre caminante. El no sabía fiestas que hacerles, diciéndoles cuentos, entreteniéndolos con historias, alabándoles el vivir en aquella soledad apartados del bullicio de la gente. Deciales que el ejercicio de la caza era de caballeros y grandes señores, y que sin duda descendian de alguna buena sangre, pues se inclinaban á él. Si algun disparate se les caia se lo alababa y solemnizaba por muy gran cosa. Al uno decia que tenia buen rostro, al otro que plantaba bien los piés, al otro que tenia buen ingenio, al otro que hablaba con mucha discrecion; que en semejantes conflictos la humildad mezclada con la apacibilidad y discrecion, á los pechos que de suyo son fieros, y aun de fieras, los vuelve mansos y amigables. La necesidad en los peligros hace sacar fuerzas de flaqueza; y con gente de aquella traza el temor engendra sospecha y el ánimo arguye sencillez. Turbarse donde (aunque se teme el daño) no estamos en él, es apresurarlo si ha de venir, y ponerlo en duda y sospecha si no se temia. El se hubo tan bien con los cazadores de gatos muertos y rellenos, que le regalaron y dieron de cenar y dos zamarros en que durmiese, y ántes que amaneciese porque no saliese con luz le dieron de almorzar, y sacándolo al camino aquel mozueto, el menor de los cuatro, le fué diciendo el peligro en que se habia visto si no fuera por él, y en pago le rogaba no dijese á nadie lo que le habia sucedido : despidióse dél y fué su camino, volviendo atras muchas veces la cabeza; que aun le parecia que no estaba muy seguro dellos. Si encontraba algun caminante, le decia que no fuese por aquel camino, porque le habia seguido una grandísima sierpe;

que no osaba decir otra cosa, pareciéndole que estaban oyéndole. Al fin, para abreviar el cuento, habiendo peregrinado por España y fuera della más de veinte años, redujose al estado que Dios le tenia señalado; fué á su tierra, que es Ronda, hizose sacerdote, sirviendo una capellanía de que le hizo merced Felipe II, sapientísimo rey de España. Después del suceso de los salteadores veinte y dos ó veinte y tres años, vinieron en busca de tres ladrones famosos, trayendo lengua dellos que estaban en Ronda; que para hurtar tenían esta astucia : las mujeres vendian bulhonería (que todos eran casados); entraban en las casas á vender su mercadería, mirábanlas bien y daban el punto á sus maridos de las señas de toda la casa, y á la mañana amanecía robada. Llegó á Ronda este soplo, dieron con ellos en la cárcel por órden del licenciado Morquecho de Miranda, que al presente hacia oficio de corregidor, siendo alcalde mayor; y, por abreviar el cuento, dióles tormento y confesaron de plano : pidióle al autor que los confesase, y en entrando representósele la presencia del uno dellos, que le hizo cosquillas en el alma; y reparando en el sentimiento que habia tenido, halló que era el que le habia dado la vida en Sierra Morena. Buscando traza cómo agradecer el bien que le habia hecho, y pareciéndole que estaba el negocio muy adelante para rogar por un hombre convenido por su confesion, fué al juez y díjole que si hacia justicia de aquel, perdía una grande ocasion secreta. El juez dispuso de los otros dos y dejó aquel para que descubriese una gran máquina que el confesor le habia dicho, y apretándole después á que hiciese con el delincuente que lo confesase, le respondió : Señor, martirizado de la piedad y movido del agradecimiento fingí á vuesamerced lo que sabe : este hombre me libró de la muerte, ha venido á mis manos, queria pagarle el bien que me hizo; y á los jueces tan bien los acompaña la misericordia como la justicia : suplico á vuesamerced por las entrañas de Dios que se compadezca del trabajo de un hombre tan piadoso como este. Respondió : Estoy pensando cómo satisfacer á vuestra demanda y á mi reputacion y al bien dese hombre, que por piadoso lo merece : él no está ratificado, y en las cosas criminales tenemos ley del reino que nos da licencia para poder conmutar la pena de muerte en galeras : yo os siento tan ansiado por agradecer el bien que os hizo, que quiero aprovecharme desta ley, pues no hay parte, y echallo á galeras, donde purgue su pecado. Hincóse de rodillas, agradeciendo á Dios y al juez tan piadosa causa; llevó la nueva al casi muerto preso, que respiró, volvió en sí como de la muerte á la vida, y el autor quedó contentísimo de haber mostrado su agradecimiento en tan apretada ocasion; que siempre las buenas obras tienen guardado su premio en este y en el otro mundo. ¡Extraño suceso y digno de memoria! dijeron los mercaderes. ¡Qué santa cosa es hacer bien! Que cierto, la buena obra es la prision del corazón noble. ¡Qué buen fruto coge quien siembra buenas obras! Que como el vestido cubre el cuerpo, las buenas obras son coberturas del alma. ¡Qué contento quedaria ese hombre cuando hizo este bien! Como queda sabroso el brazo cuando acierta un tiro, así lo queda el alma cuando hace una buena obra. En esta conversacion, el acabarse el cuento y descubrir á Adamuz fué á

un mismo tiempo, lugar apacible puesto en el principio é fin de Sierra Morena, en jurisdiccion del marqués del Carpio; y al mismo tiempo se descubrieron aquellos fértiles campos de Andalucía, tan celebrada de la antigüedad por los campos Eliseos, reposo de las almas bienaventuradas. Posámos y reposámos aquella noche en Adamuz.

DESCANSO QUINCE.

El día siguiente por ciertos respetos me fué forzoso (por llegar primero á Málaga que á Ronda), apartarme de los mercaderes, tomando la vía del Carpio; y ellos lo hicieron tan bien conmigo, que me dieron uno de los machos en que iban, y dineros, fiando de mí que se lo llevaría á la feria á buen tiempo, y ellos se fuéron con las mulas de retorno en que yo había venido hasta allí: el macho era endiablado, que ni se dejaba herrar ni poner la silla, y por momentos se echaba con la carga, aunque con la compañía había disimulado algo de su malicia; y así, en saliendo del lugar, por verse solo y por sus ruines resabios, en el primer revolcadero se arrojó, cogiéndome una pierna debajo, de suerte que si yo no me echara al mismo tiempo del otro lado recibiera mucho daño; pero con esta prevención pude levantarme, y llevándome del diestro muy contra su voluntad un ratillo, se me quitó el dolor, sin entrar el frío, que pudiera si no hiciera aquella diligencia. Eché de ver la ruin compañía que llevaba con mi cabalgadura; pero por si otra vez se echaba, cogí un garrote para usar de un remedio que había oído decir á un viejo, que, como la experiencia los ha enseñado, saben más que los mozos, y para semejantes actos, que no son de muchos lances, cerrados los ojos se puede seguir su parecer. Fui con gran cuidado para otra vez que se quisiese echar, y en sintiéndolo que iba á caer, dile con el garrote entre ceja y ceja con tal furia, que cayendo le vi volver lo blanco de los ojos, bien arrepentido de haberlo hecho, porque realmente pensé que lo había muerto; pero sacando de presto pan y mojándolo en vino, díselo, y tornó en sí tan castigado, que nunca más se echó, á lo ménos llevándome á mí encima, aunque topó arnales donde pudiera hacerlo. Fui mi camino, y en llegando á un bosquecillo del Carpio, aunque pequeño, abundantísimo de conejos y otras trazas, en la ribera de Guadalquivir apeéme á cierta necesidad natural y forzosa, y ántes que la comenzase espantóse el macho y dió á huir, por el ruido que hizo un culebrón y una zorra que salieron de un zarzal y matas muy espesas que había junto al camino, que debían de estar ambos en una cueva; que la culebra con ningún animal hace amistad sino con la zorra. Ella dió por una parte, y la culebra tras el macho, que, como supe despues, á cuantos pasaban acosaba porque habían muerto su compañía: arrojéle una piedra, no pensando que sucediera lo que sucedió, que como la piedra iba por el aire, corrió más que la culebra y dióle en el espinazo, de que volvió con tal furia contra mí, que si no me pusiera de la otra parte del camino, dejando en medio mucha arena, lo pasara mal; que como no se podía aprovechar de las conchillas que le sirven de piés, en el arena como en lo duro y liso, no se atrevió á atravesar el camino; pero cuanto yo corría

por la una banda, ella corría por la otra, con más de una vara de cuello alzado de la tierra, vibrando la lengua muy apriesa, y haciendo cinco ó seis della. Iba yo de manera, que ya no sentía la falta del macho, sino la persecucion de la culebra, que me tenía sin aliento, lleno de sudor y cansancio. Los silvos no eran formados ni agudos, sino bajos y continuados, casi al modo que pronunciamos acá las équis. Llegué á una parte del camino adonde había piedras para tirarle. Paréme, así por descansar como por aprovecharme de las piedras; pero ella, viendo mi temor, quiso pasar por la arena para acometerme; por donde tuve yo esperanza de librarme della; porque en entrando no pudo aprovecharse de las conchuelas, ni moverse sino muy poco: animándome lo mejor que pude, le tiré tantas piedras, que casi le vine á enterrar en ellas, y acertándole con una, despues de haberle escupido muchas veces hácia la cabeza (que es veneno contra ellas), la acerté con una piedra media vara arriba de la cola, donde tiene el principal movimiento, de que no pudo menearse más, y acudiendo con otras muchas, le majé la cabeza, y me senté á descansar. Pasaron por allí dos hombres que iban camino de Adamuz, y me contaron lo que arriba dije. Midióronla, y tenía diez piés de largo, y de grueso más que muñeca ordinaria. Abrióronla, y halláronle dentro dos muy gentiles gazapos; que estas serpientes son muy voraces y poco bebedoras, aunque pasan mucho tiempo sin mantenimiento; y así, hacen tarde la digestion; que en el poco movimiento que ella hacia bien se echaba de ver que estaba pesada. Consideré en el rato que estuve descansando qué de cosas hay en el mundo que contrastan la vida del hombre; que hasta un animal sin piés ni alas le persigue y le comenzó á perseguir desde su principio ántes que otro animal ninguno; ó porque no piense el hombre que se le dió el dominio y jurisdiccion de la tierra sin pension ni trabajo, ó porque con la razon sepa distinguir lo malo de lo bueno, y guardarse de lo que le puede dañar; mediante la cual razon conoce y sabe conocer el mantenimiento provechoso, y desechar el nocivo; huir de los animales bravos, y servirse de los mansos; pero los feroces y dañosos avisan del mal que pueden hacer, ó con las uñas, ó con los cuernos, ó con los dientes, ó con los picos. Mas que un animal sin piés, sin uñas, sin cuernos, como este, sea tan horrendo y abominable, que atemorice con solo miralle, ordenacion fué de Dios para sujetar la soberbia del hombre y desjarretársela con la misma inmundicia y asquerosidad de la hez de la tierra, que aun muerta la vía y me daba horror; y confieso de mí, que siempre que veo semejantes sabandijas engendran en mí nuevo temor y espanto; pero ¿qué no espantará ver que una cosa que parece cerbatana ó varal, de su propio movimiento corre tanto como un caballo, y que con hincar la cabeza en el suelo dé tan grande golpe á un hombre, que lo derribe y aun lo mate, acometiendo á traicion, que no cara á cara? Qué sea tan astuto, que se desnude el hábito viejo y se vista de nuevo? Que se cure la ceguera de sus ojos, causada de las humedades del invierno, con refregarse en el hinojo la primavera? Son tan contrarios á todos los demas animales, que con ninguno hacen amistad sino con la zorra, ó porque

ambas habitan siempre en cuevas de tierra y piedra, ó por buscar abrigo en el pelo de la zorra. Hasta aquí habia estado el ermitaño callando, y aquí parecióle preguntar, como hombre que habia estado en soledades y entre ásperas montañas, huyendo el concurso de la gente, viviendo y conversando animales brutos, qué era la razon por que estas sabandijas son tan espantables, como son culebras, lagartos, sapos, escurresos, áspides, víboras y otras semejantes que suelen verse. Respondióle : Lo primero, que todas las cosas que no vemos y tratamos de ordinario traen consigo este género de admiracion. Lo segundo, que por tener tanto de los dos elementos graves, que son agua y tierra, y tan poco de los elementos leves, que son aire y fuego, que casi no tienen parentesco ni semejanza con el hombre; porque tiene de lo espiritual, en que se parece á los ángeles, y de lo corporal, en que se parece á los animales brutos; y estos en aquella parte terrestre, húmeda y fria, tienen semejanza con las sabandijas, y estas consigo solas y con las entrañas de la tierra. Lo tercero y lo último, porque todos los animales que se pueden engendrar de la putrefaccion de la tierra sin generacion de su semejante, ni pueden ser para el servicio ni para el gusto del hombre, á quien Dios les manda que obedezcan, y ellos mismos huyen de su presencia, como de señor á quien aborrecen por la superioridad y dominio que tiene sobre todas, ó por la antipatía natural. Y esto baste, porque la pérdida de mi macho me da pena y cuidado y prisa que lo busque. Ya que heube descansado y limpiándome el sudor del rostro, que lo de dentro no pude, fui buscando mi macho, ó por mejor decir, de los mercaderes, por toda la orilla y ribera de Guadalquivir, sin topar á persona que me supiese dar rastro ni nuevas dél, yendo, como iba, cargado con ferruero, espada, cojin y alforjas, que todo lo echó por alto, sino es la silla, que la llevaba en la barriga : de suerte que yo me cargué de todo lo que el macho se descargó, y mucho más me cargaban las matracas que me daban los que me topaban hecho caballo de postillon; que por no dejarlo lo sufría todo. Paréme á descansar un ratillo antes que pasase el rio, donde vi tanta abundancia de conejos, que estaban más espesos á la orilla del rio que liendres en jubon de arriero, que en todo el dia no dejan de venir á beber muchas manadas dellos. Pasé de la otra parte del rio, y entréme á descansar á un meson que está antes de llegar al pueblo, donde tampoco me supieron dar nueva de mi negro macho, aunque prometí hallazgo, haciendo diligencias con las guardas del bosque. Refresquéme lo mejor que pude de mantenimiento y bebida, con la templanza que el cansancio pedía. Púseme á la puerta del meson, para ver si pasaba el macho ó persona que dél me diese nuevas. Miré aquel pedazo de tierra en el tiempo que allí estuve, que en fertilidad y influencia del cielo, hermosura de tierra y agua, no he visto cosa mejor en toda la Europa, y para encarecerla de una vez, es tierra que da cuatro frutos al año, sembrándola y cultivándola con regadío de una aceña, con tres ruedas, que la baña abundantísimamente; donde algunos años despues pasó en presencia mia una desgracia muy digna de contarse, para que se vea cuánta obligacion tienen los hijos de seguir el consejo de los padres, aunque les

parezca que repugna á su opinion. Y fué que, siendo marqués del Carpio don Luis de Haro, caballero muy digno deste nombre, muy gallardo de persona, y adornado de virtudes y partes muy dignas de estimar, vinieron allí madereros de la sierra de Segura con algunos millares de vigas muy gruesas; y dando el Marqués licencia y lugar para que las pasasen, alzaron la puente de la pesquera, para que toda el agua se recogiese á un despeñadero ó profundidad por donde los maderos habian de pasar. Los gancheros eran todos mozos, de muy gentiles personas, fuertes de brazos y ligeros de piés y piernas, grandes nadadores y sufridores de aguas, frios y trabajos. Quisieron hacer al Marqués una fiesta de gansos, poniéndolos atados entre los dos maderos de la puerta de la pesquera; y como iba el madero despeñándose por la violencia del grande cuerpo del agua, puesto el ganchero sobre el madero, asía la cabeza del ganso, y tirando del pescuezo, se deslizaba de la mano y caía en la profundidad del agua, saliendo lejos de allí nadando; en que pasaron cosas de mucho gusto y risa, aunque no sin peligro de quien la causaba; que siempre las caídas son de gusto para quien las ve, pero no para quien las da, especialmente en ejercicios tan poco usados como este. Entre estos gancheros venía un mozo recio, de muy gentil talle, alto de cuerpo, rubio, y bien hecho de miembros, grande hacedor de su persona, y que entre todos los demas era conocido y respetado por de tal opinion, y por grandes fuerzas para cualquier ejercicio de hombres. Este pidió licencia á su padre, que venía en compañía de los otros, para ir á quitar el pescuezo á un ganso que estaba recién puesto; la cual el padre le negó; que los padres, ó por tener más experiencia que los hijos, ó por ser heclura suya y conocer sus inclinaciones, ó por haberlos criado y conocer de qué pié cojean, ó por el amor entrañable que les tienen, son algo profetas de los bienes ó males de los hijos; y así, este por ningún camino consintió que de su voluntad fuese el hijo á la fiesta; pero diciendo él que no queria que lo tuviesen por ménos hombre que á los demas, con importunaciones alcanzó de su padre que lo dejase ir, aunque de muy mala gana. Y reprendiéndole algunos porque lo hacia tan forzado, respondió en presencia mia unas palabras llenas de gran sentimiento y dolor, diciendo : No sabe nadie lo que es aventurar un hijo criado y solo. El mozo fué gallardísimamente, teniendo todos los ojos puestos en él, que en asiendo el cuelló del ganso, que él pensaba con facilidad arrancar con la fuerza grande que hizo, estúvose casi colgado de las manos hasta que el madero llegaba ya al cabo, en cuyo remate ó cabeza, desliziéndose la mano, cayó y dió de cerebro, sumergiéndose en el profundo del charco, sin que más pareciese hasta el dia siguiente, con grande espanto y compasion de todos los circunstantes, quedando el padre, que lo estaba mirando, en éxtasis. Todos los gancheros nadando le buscaron, y lo hallaron el dia siguiente; que pareció en cierta manera castigo de la desobediencia que tuvo al mandamiento del padre, y ejemplo para cuantos le vieron. Fué contra el precepto y consejo paternal, del cual tienen necesidad todos los que desean acertar. Pasó este caso en este mismo lugar y en presencia del marqués don Luis de Haro y de su hijo el marqués don

Diego Lopez de Haro, que cuando esto se escribe están vivos y más mozos que el autor, en cuya compañía se halló presente á este infelice suceso. Y porque no habrá lugar de contarle adelante, se dice aquí, por encargar á los hijos que, aunque les parezca que saben más que los padres, en razon de la superioridad que Dios les dió sobre ellos, y representando la persona del verdadero Padre, los han de obedecer y respetar, y creer que en cuanto á las costumbres morales saben más que ellos; porque con esto se merece con el universal Padre de todas las criaturas. Y volviendo al estado presente y la pena que me daba la falta de mi macho, aquella tarde no pude saber dél; y así, me quedé aquella noche en el meson sin esperanza de poderlo hallar.

DESCANSO DIEZ Y SEIS.

Amaneció el sol el dia siguiente con unos rayos entre verdes y cetrinos, señal de agua, y yo sin macho ni esperanza de hallarlo. Fuíme al pueblo á las nueve ó á las diez, y vi que unos gitanos estaban vendiendo un macho, muy hechas las crines y el tranzado de atras, con su enjalma y demas aderezos, encareciendo la mansedumbre y el paso con mil embelecros de palabras. Hacia el gitano mil jerigonzas sobre el macho, de manera que tenia ya muchos golosos que le querian comprar. Lleguéme cerca, y vi que era del color del mio; pero desconocilo en verlo tan manso, seguro, remozado de crines y cola. Vi que se dejaba tocar á todas las partes del cuerpo sin alterarse; y así, no me atreví á pensar que pudiera ser el mio. Alzábanle los piés y manos, dándole palmadas en el pecho y en las ancas, estando él con mucha paciencia y mansedumbre: yo estaba desconfiado de que pudiera ser el mio, pero fume por un lado disimuladamente, y púseme delante dél, aunque detras del gitano, y en viéndome anusgó las orejas, por el conocimiento ó por el temor que me tenia. Espantéme de ver tan súbita y no esperada mudanza; y vi que realmente era mi macho; mas no pude imaginar cómo le podia cobrar sin dar testigos ó evidencia de cómo era mio; y así, no me arrojé á decir que era hurtado, y decia entre mí: ¿Es posible que sean estos gitanos tan grandes embusteros, que en ménos de veinte y cuatro horas hayan hecho esté macho de enjalma, y le hayan disfrazado de manera, que me ha puesto en duda el conocimiento dél, y que lo hayan hecho más manso que una oveja, siendo peor que un tigre, y que no tengo yo modo para cobrarlo manifestando mi justicia? Pero detúveme un poco, y lleguéme con los demas á ver el macho, y alabándole, pregunté si era gallego. Respondió el gitano: Vuesamercé, mi ceñor, á fe que sabe mucho de bestiaz, y ha conocido bien la bondad de loz mejores cuatro piéz que hay en toda la Andalucía. No ez gallego, mi ceñor, cino de Illezcaz, que allí lo truqué por un cuartago cordubez, y aquí traigo el testimonio. Será levantado, dije yo entre mí; y junto con esto lo mostró. Ofrecióseme traza para cobrarlo fácilmente, y lleguéme á un hidalgo, á quien vi que todos respetaban, que era de los antiguos criados de aquella casa, llamado Angulo, y le dije: Señor, este macho me han hurtado esos gitanos, y aunque trae enjalma, es de silla; y aunque parece que trae testimonio, es

falso. A lo cual me dijo el hidalgo: Mire, señor estudiante, que conocemos este gitano de mucho tiempo acá, y nos ha tratado siempre verdad. Pues ahora, respondí yo, no la trata; y haciendo vuesamercé las diligencias que yo le suplicaré, se verá con evidencia la verdad que tengo dicha; y vuesamercé está inclinado á comprarlo porque le parece manso, siendo peor que un demonio. Pues ¿puede ser fingida, preguntó el hidalgo, aquella mansedumbre y bondad? Sí, señor, respondí yo, porque lo han emborrachado; y no hay bestia más feroz ni maliciosa que, echándole de grado ó por fuerza una azumbre de vino en las tripas, no se amanse más que una oveja; y por esto haga vuesamercé lo que yo le suplicaré, y saldrá deste engaño, viendo que el macho es malicioso y que es mio. Y lo primero, digo á vuesamercé que se lo lleve á comprar, y dígale esto y esto; hablándole algo al oído é informándole de todo lo conveniente. Fuése el hidalgo, despues de bien informado, al gitano, y mirando el macho, le dijo: Yo estoy muy contento desta bestia, y la comprara si tuviera silla y freno, porque tengo de hacer un viaje muy largo. El gitano se holgó mucho dello, y trajo luego la silla y el freno, diciendo que era el mayor caminador del mundo, y que por pensar que para el campo se venderia más presto le habia puesto la enjalma. En viendo el hidalgo la silla y el freno, halló que conformaba con las señas que yo le habia dado, y haciendo lo que yo le habia dicho al oído, llevólo á su casa, asegurando á los gitanos que lo queria probar; y túvolo hasta tanto que se gastaron los lomos del vino encerrado en su casa. Hecho esto, llamó al gitano y dijole que subiese en el macho y caminase un cuarto de legua fuera del pueblo. Subió, aunque era muy suelto, con mucha dificultad por la poca seguridad del macho, que gastada la suavidad del vino, tornó á su ruin natural; y caminando como un viento, en saliendo de las casas, con la misma furia que llevaba dió consigo y con el gitano en tierra, y cogiéndole una pierna debajo, se revolcó de manera, que fué bien necesaria la ligereza del gitano para que no se la quebrase. Acudió aquel hidalgo, desengañado ya de la bellaquería, y le dijo riéndose: ¿Qué desgracia es esta, Maldonado? Señor, dijo el gitano, como está holgado y mal herrado, se echa con la carga; y riéndose mas el hidalgo, dijo: Pues alzadle los piés; veamos si ha menester herradura. Alzóle un pié, y dióle una patada en el carrillo izquierdo, con que le dejó señalada la herradura y los clavos. Dijole el hidalgo: Mal se conoce lo que no se ha criado, hermano Maldonado; si vos hubiérades tratado y conocido esta bestia, ni os engañárades ni nos engañárades. En lo ajeno dura poco la posesion; ibades con aquel refran: Quien no te conoce te compre. ¿Por qué pensábades que os preguntó el dueño si era gallego, sino porque como tal os habia de dar la coz que os dió? Vos queríades herrallo, mas él no os erró á vos; ¿cogistes ayer al macho, y queríades hoy venderlo? Huélgome de saber que tambien sois nigromántico, pues desde ayer habeis venido de Illescas. Señor, dijo el gitano, yo hice como gitano, y su merced ha de sufrir como caballero: bien eché de ver que este señor sabía de bestias. Descubierto el hurto con la evidencia posible, me dieron mi macho, y me avié camino de Málaga, pasando

por Lucena, donde llegando un poco tarde, reposé y comí un bocado, y pensando llegar aquella noche á Benamejí, cuyo camino yo no sabía, partíme con la relación que me dieron. Las leguas son más largas de lo que yo me pensaba; el camino estaba lleno de lodo, porque la noche ántes habia llovido muy bien. Yo por priesa que me di con mi macho, me anocheció una legua ántes de llegar á un riachuelo que está entre Lucena y Benamejí. Halléme confuso, por ser la noche oscura y caminar sin guía y sin encontrar á quién preguntar por el camino, que era domingo en la noche, cuando todos los labradores están en sus casas. Al fin, poco á poco, muchas veces tropezando y algunas cayendo, llegué al río, y en pasando no hallé camino por la otra parte, por una costumbre que tienen los labradores en aquella tierra, que es para desviar los caminantes que no les entren por el sembrado, cavar por aquella parte por donde suelen hacer sendas los caminantes. Salíó del río mi macho lo mejor que pudo, y echó á mano derecha por un cerro que tenía muchas sendas de ovejas ó de cabras. Llegó á lo más alto que pudo, y estaba tan empinado el cerrillo, que en acabándose la senda, ni pude ir adelante ni volver atrás. Vine en un gran peligro, porque si quería bajar con el pié derecho, habia de rodar por la sierra abajo hasta llegar á un arroyo salado, donde, cuando bien librara, llegara la cabeza llena de chichones. Roguéle al macho con mucha humildad que me hiciese merced de estarle quedo mientras bajaba al revés, pero al tiempo que le mandé que volviese por la sendilla que habia subido, él iba tan cansado, que se echó; y en echándose, como el cerro estaba tan empinado, rodó hasta el arroyo salado: yo volví por la senda hasta llegar al arroyo, y fui á mi desdichado macho, y lo mejor que pude, ayudéle á levantar; que estaba tan molido, que fué menester animarle con sopa en vino, y llevándolo del diestro lo más poco á poco que pude, fui considerando que todo aquello me sucedia por no haber tenido respeto á la fiesta, caminando y haciendo el viaje que se pudiera hacer otro día; que al fin, como las fiestas son para dar gracias á Dios, y no para hacer jornadas, no puede haber quietud para hablar con Dios despacio. Que trabajando en los dias que la Iglesia tiene dedicados para Dios, no solamente no aumenta el provecho, pero por mil caminos viene el daño, como me sucedió esta noche, que yendo con mi macho á mano izquierda por una ladera arriba, yendo yo á la parte de abajo por animarlo, deslizó y cogióme debajo, aunque no fué mucho el daño, porque pude fácilmente salir, y dándole sopa en vino, pudo subir hasta que descubri en lo alto del cerro un cortijo, donde me llegué con toda la humildad del mundo; y aunque di muchos golpes, no me respondian, porque habia mucha gente que se habia juntado allí aquella noche, por ser día de fiesta. Al fin, di tantos golpes, que me respondió un mozo, y diciéndole con la necesidad que venia, respondíome que me fuese en hora buena; y tornando á llamar, acudió el aperador del cortijo, que en todas sus acciones pareció ser muy hombre de bien, y abriéndome la puerta, acudió á mi necesidad y al cansancio de mi macho, y díjome: Perdona vuesa merced, que por estar dando voces sobre una serilla de higos que estos mozos me habian hurtado, no

pude responder tan presto. Pues si no es mas de por eso, dije yo, no le dé pena; que yo le diré quién se la hurtó. Angel será vuesa merced, respondió él, y no hombre, si me dice eso. Déjeme reposar, dije yo, y se lo diré. Descansé un rato, y mi macho cenó lo mejor que pudo: yo cené un muy gentil gazpacho, que cosa más sabrosa no he visto en mi vida; que tanto tienen las comidas de bueno cuanto el estómago tiene de hambre y de necesidad; fuera de que el aceite de aquella tierra, y el vino y vinagre es de lo mejor que hay en toda la Europa. Habiendo cenado, y estando todos los mozos al rededor, le dije al aperador: Este dornajo en que habemos cenado ha de descubrir el hurto de los higos. Dijo uno entre dientes: Aun sería el diablo la venida del estudiante. Pedile al buen hombre un poco de aceite y almagra, y sin que los mozos lo viesen unté el suelo del dornajo con una mezcla que hice del aceite y almagra, y pedile un cencerro de las vacas, y poniéndolo debajo del dornajo, dije con voz que lo oyeron todos, habiendo puesto el dornajo más adentro, donde estaba el pajar: Pasen todos uno á uno y den una palmada en el suelo del dornajo, y en pasando el que hurtó los higos sonará el cencerro. Fuéron todos uno á uno, y dió cada uno su palmada en la almagra, y no sonó el cencerro, que es lo que todos esperaban. Llamélos á todos, y díjeles que abriesen las palmas de las manos, las cuales tenían todos enalmagradas, sino era el uno dellos; y así, les dije á todos: Este gentilhombre hurtó los higos, que porque el cencerro no sonase no osó poner la mano en el dornajo. El se puso colorado como un escaramujo, y los demas estuvieron toda la noche reventando de risa y dándole matraca, y el aperador muy agradecido de haber hallado sus higos, y yo muy contento del buen acogimiento; y por el buen hospedaje dejé dos cuchillos damasquinos, con que por poco le corta las orejas al ladrón de los higos.

DESCANSO DIEZ Y SIETE.

Habiendo descansado aquella noche lo que parecia que bastaba para los trabajos de mi macho, fui á rogarle que se animase, y gruñendo alzó la pata, y al mismo tiempo dile un palo, con que se le acordó el trabajo pasado. Sosegóse luego, y echéle la silla: caminé á Benamejí, que estaba muy cerca; y aunque quise pasar sin que me viese el señor de Benamejí, el bellaco del macho se arrojó en su casa, y fué forzoso descansar allí un rato. Al fin, por abreviar el cuento, llegué á Málaga, ó por mejor decir, paréme á vista della en un alto que llaman la cuesta de Zambara. Fué tan grande el consuelo que recibí de la vista della, y la fragancia que traía el viento, regalándose por aquellas maravillosas iuertas llenas de todas especies de naranjos y limones, llenas de azahar todo el año, que me pareció ver un pedazo de paraíso; porque no hay en toda la redondez de aquel horizonte cosa que no deleite los cinco sentidos. Los ojos se entretienen con la vista de mar y tierra, llena de tanta diversidad de árboles hermosísimos como se hallan en todas las partes que producen semejantes plantas; con la vista del sitio y edificios, así de casas particulares como de templos excelentes, especialmente la iglesia Mayor, que no se conoce más alegre templo en todo lo descubierto. A

los oídos deleita con grande admiracion la abundancia de los pajarillos, que imitándose unos á otros, no cesan en todo el día y la noche su dulcísima armonía, con un arte sin arte, que como no tienen consonancia ni disonancia, es una confusion dulcísima que mueve á contemplacion del universal Hacedor de todas las cosas. Los mantenimientos abundantes y sustanciosos para el gusto y la salud. El trato de la gente muy apacible, afable y cortesano; y todo es de manera que se pudiera hacer un grande libro de las excelencias de Málaga, y no es mi intento reparar en esto. Negocié á lo que venía en aquella santa iglesia, de donde se pueden sacar muchos sugetos para obispos y oidores y para gobernar el mundo, entre los cuales hallé un prebeudado amigo mio, hombre bien nacido, de grandes y superiores partes, muy digno de estimarse, apasionado porque sin razon le ofendian las ausencias hombres que por ningun camino podian correr parejas con él; que de la misma manera que la envidia no se halla ni se cria sino en pechos olvidados de la buena educacion y partes, así acomete siempre á los que las poseen y resplandecen en actos de ciencia y virtud. Que les parece que reconocer superioridad y ventaja á quien se la tiene es perder el derecho que tienen á la descortesía, á quien se erian subordinados por falta de buen entendimiento y sobra de mala voluntad. Quejábase que habiendo hecho grandes bienes á un hombre que siempre habia tenido pocos ó ningunos, y habiéndole librado de cosas de que él por ningun camino tuviera trazas ni modo para librarse, no solo no le agradecía, pero buscaba caminos por donde pudiese escurecer las buenas obras recibidas. Vilo con determinacion de volver la hoja, y vengarse dél por la mejor via que pudiese; pero atájelo con advertirle que arrepentirse del bien que habia hecho no cabe en ánimos nobles. Pues hacer mal, dije, á quien hicistes bien arguye poca firmeza y constancia en el valor del ánimo. Vengaros por tribunales es yerro notable, porque nunca las ofensas manchan hasta que lleguen á tan miserable estado, especialmente que si vos me decís que es hombre desadornado de partes heredadas ó adquiridas, ¿qué agradecimiento os ha de tener á vos, si no agradece á Dios haberle puesto en el estado que no merecia ni pensó merecer? Y preguntóos, ¿quién hizo mal, él ó vos? Respondíome: Claro está que él. Pues enójese él, dije yo, que hizo tan gran maldad como no agradece; que vos, que no hicisteis mal, no teneis de qué sentir, sino de qué estar muy contento. Y no queráis desmerecer con Dios la buena obra que hicistes. Consolóse de manera, que si habia sido mi amigo hasta allí, por este consejo creció mucho más la amistad. Y realmente, la quietud del ánimo no admite alteraciones advenedizas de pechos é intenciones en quien se asienta mal la paz y tranquilidad del alma. Hanse de huir semejantes recuentros por el mejor medio que fuere posible; y si es forzosa la comunicacion, como sucede en comunidades, usar della en solo aquello que no puede excusarse, llevando siempre por guia la justicia y la verdad, de manera que los que viven con cuidado de hallar en qué tropezar se corran y confundan; y cuando no sucediere como se desea y como sería razon, á lo ménos quedará muy seguro en su conciencia y desapasionado quien así lo hubiere hecho; que el hombre

constante y de ánimo quieto á sí propio se ha de temer, y guardarse de sí más que de los contrarios. Si le ofenden con razon, calle por sí propio y enmiédese de la culpa; y si le murmuraren sin ella, consuéllese viendo que está libre de calumnia: de suerte que por todos caminos el silencio es refugio y acogida de los agravios con malicia. Pero tornando á lo primero, ¿por qué pensais, le dije, que dicen ordinariamente, nunca falta un Gil que me persiga? Que no dicen un don Francisco, un don Pedro, sino un Gil: es porque nunca son perseguidores sino hombres bajos, como Gil Manzano, Gil Perez, ni para verdugos y cómitres buscan sino hombres infames y bajos, enemigos de piedad, bestias crueles, sin respeto ni vergüenza, inclinados á perseguir á la gente que ven levantarse en actos de virtud, como este miserable de quien os quejais. Destos la comunicacion por ningun camino es buena, porque no son capaces de hacer bien ni pueden dejar de hacer mal; lo cual se ataja no conociéndolos para que no lo hagan. Pues suele pasar, dijo, por cerea de mí sin quitarme el sombrero. Eso, dije yo, ó será por descuido ó por descortesía. Si por descortesía, enójese, como tengo dicho, consigo propio, porque ha hecho mal; y no os enojeis vos por los pecados del otro, que fué descortés y mal criado; que vos no os habeis de alterar, no habiendo cometido culpa; y si se hacé por descuido, consigo trae la disculpa; porque los que caen en esta inadvertencia, no podemos juzgar si van pensativos ú ocupados por imaginaciones de negocios, que pueden suceder por muchas cosas, é inculpadlos, de que no podemos ser jueces ni tener ciencia ni razon de sentirnos y alterarnos. Y en esto de las cortesías no tenemos de qué enfadarnos; lo uno, porque el no usarla con nosotros no es por culpa nuestra; lo otro, porque quien da no da más de lo que tiene, y quien no tiene cortesía no es mucho que no la dé; y la regla general es que en ninguna manera habemos de tomar fastidio de lo que no sucede por culpa nuestra; que los descortesés su castigo tienen acerca de quien los conoce.

DESCANSO DIEZ Y OCHO.

Saliendo de Málaga, me paré entre aquellos naranjos y limones, cuya fragancia de olor con gran suavidad conforta el corazon; y púseme á mirar y considerar la excelencia de aquella poblacion, que así por la influencia del cielo como por el sitio de la tierra, excede á todas las de Europa en aquella cantidad que su distrito abraza. Y estando en esta contemplacion, vi venir hacia mí una cosa que parecia hombre sobre una mula, hablando entre sí á solas, con movimiento de brazos, meneo de rostro y alteracion de voz, como si fuera hablando con alguna docena de caminantes. Volví la rienda á mi macho, picándole con toda la priesa posible ántes que pudiese llegar á mí, y porque le conocí la enfermedad; que para huir de un hablador destos querria tener no solamente piés de galgo, pero alas de paloma; y si ellos supiesen cuán odiosos son á cuantos los oyen, huirian de sí propios; que la locuacidad, fuera de ser enfadosa y cansada, descubre fácilmente la flaqueza del entendimiento, suena como vaso vacío de sustancia, y manifiesta la poca prudencia del sugeto; y tiene tan buena gracia con las gentes, que jamas son creídos en cosas que digan, porque aunque sea verdad,

va tan derramada, ahogada y desconocida entre tantas palabras, como el olor de una rosa entre muchas matas de ruda. Son estos habladores como el helecho, que ni da flor ni fruta: son el raudal de un molino, que á todos los deja sordos y siempre él está corriendo. No hay toro suelto en el coso que tanto me haga huir como un palabrero destes; y en resolucion, no hay buen rato en ellos sino cuando duermen, como me sucedió con este, que por mucha priesa que me dí á huir, me alcanzó y saludó, como el verdugo, por las espaldas, y apenas le hube respondido, cuando me preguntó adónde iba y de dónde era. A lo primero le respondí, más á lo segundo no me dió lugar á que le respondiese, y prosiguiendo me dijo: Pregunto de dónde es vuesamerced, porque yo soy del reino de Murcia, aunque mis padres fuéron montañeses, de un linaje que llaman los Collados. A lo ménos no callados: miréle mientras iba hartándose de hablar (si pudo ser), que tenia razonable cuerpo y talle, aunque era con un gran defecto, que era zurdo y queria parecer derecho; que aunque la fealdad del zurdo es grande, tengo por peor la del que disfraza ó quiere disfrazar la falta natural, porque arguye doblez y artificio en lo interior de la condicion; y siendo este género de hombres tan conocidos por este defecto, como los eunucos por el de las barbas, así quieren persuadir á que no lo son, como estotros á que no han llegado á edad de barbar; y los unos y los otros con querer negarlo ó disimularlo, dan á entender cuán grande falta es, pues la niegan. Este buen hombre, jugando de una y otra mano y arqueando las cejas, que tenia grandes, con dos rayas entre ellas profundas, ojos, aunque no pequeños, cerrados siempre que hablaba, como si con los ojos se oyera, y todo el rostro acabronado, quiero decir, libre, alto y desvergonzado. Dijo mil disparates, á que yo nunca estuve atento, porque le conocí luego. Contó valentías suyas, á las cuales yo estuve tan atento como á todo lo demas: de suerte que nunca me dió lugar para responderle á lo que me habia preguntado, hasta que, habiendo andado dos leguas, como de tanto hablar habia gastado la humedad del cerebro, labios y lengua, en una venta que llaman del Pilarejo pidió un jarro de agua, y en comenzando á beber le respondí á su pregunta, diciendo: de Ronda. Quitóse el jarro de la boca, y díjome: Huélgome, porque voy hácia allá, de llevar tan buena compañía. Tornó el jarro á la boca, y mientras acabó de beber le dije: antes es la peor del mundo, porque no hablaré palabra en todo el camino. ¿Esa virtud del silencio, dijo, tiene vuesa merced? Será prudente y muy estimado de todo el mundo; que del poco hablar se conoce la prudencia de los sabios, que es una virtud con que un hombre asegura los daños que por su causa sola pueden venir. Yo no soy amigo de hablar: cuando dan tormento á alguno, si no habla ni confiesa lo tienen por valeroso, por haber callado lo que le habia de dañar. En un banquete, los callados comen más y mejor que los otros, y hablan ménos, porque oreja que bala bocado pierde, aunque yo no soy amigo de hablar. El sueño, tan importante para la salud y vida, ha de ser con silencio. Cuando alguno está escondido (como suele suceder) en casa ajena, por callar se salva, aunque se le salga algun estornudo; que el silencio es virtud sin trabajo, que no es menester cansarse con libros para

callar. El callado está notando lo que los otros hablan, para dárselo despues en cara. Yo no soy amigo de hablar. Con estos disparates y otros tan materiales iba alabando el silencio y cansándome á mí; y prosiguiendo con su inclinacion, dijo: Yo no soy amigo de hablar, sino por entretener en el camino á vuesamerced, que me parece hombre principal, voy aliviando el cansancio. Yo busqué mil invenciones para librarme del y seguir mi camino á solas; pero no fué posible dejarlo; y al fin le dije: Señor, yo tengo necesidad de apartarme á la mano izquierda y pasar este rio, porque tengo que hacer en Coin. ¿Pues por tan desconversable me tiene vuesamerced, dijo él, que no le habia de acompañar? El prosiguió; y como no salió bien lo primero, fuíme divirtiendo con los ruiseñores, que nos daban música por el camino, admirándome de ver con cuánto cuidado se van poniendo delante de los hombres para que oigan la melodía de su canto, á veces llevando el canto llano con la quietud del tenor, y luego con la diminucion del tiple, convidando al contrabajo á que haga el fundamento, sobre que van las voces saliendo á veces sin pensar con el contralto: concierto no imitado de los hombres, sino enseñado á los hombres, á quien sirven con gran cuidado de darles gusto, pues en la orilla de aquel rio, y en cualquiera parte que los haya, tanto con más excelencia usan de su armonía, cuanto más cerca se hallan de los hombres. Con esto pude disimular y sufrir algun tanto la gotera y continuacion deste impertinente hablador, hasta que llegámas á una venta, donde fué forzoso comer. En acabando, yo me hice enfermo, por quedarme sin él; mas él dijo: Juntos salimos de Málaga, juntos habemos de llegar á Ronda; que como yo callaba, y él hablaba cuanto queria, le parecí bien para compañía. Vine cansado, atajado y molido; porque aunque confieso de mí que sé usar de la paciencia en muchas cosas, sé que no la tengo para oír hablar mucho y prolijamente; y así, me determiné á usar del remedio contra los habladores, que es hablar más que ellos. En acabando de comer el buen hombre, extendiendo los brazos con un gran bostezo, comenzó á decir: Por aquí pasó el rey don Fernando y su gente cuando, despues de ganada Ronda, vino sobre Málaga, y habiéndole faltado los mantenimientos, por los muchos gastos que se le habian reecrecido y por haber acosado á los pueblos circunvecinos con los continuos reencuentros, trazas y estratagemas de que habia usado por ganar á Ronda, estuvieron dos ó tres dias los soldados sin recibir mantenimiento; por donde pensaron perecer de hambre. Yo le atajé con gran furia, diciendo: Y aun yo me acuerdo que lo oí contar á mi bisabuelo, que habia traído de la campiña de los pueblos circunvecinos de cristianos de Ronda una gran manada de ganado de cerda, de que ahora hay más abundancia que en toda España, para mantenimiento del real: como se hubiese acabado ya todo el ganado vacuno y quedasen algunos cochinos, mandó el Rey Católico que lo guardasen una docena dellos, y que por ningun camino tocasen á ellos, por ser grandes y largos para casta. Como los soldados, gente sin paciencia, se veian perecer de hambre, y la provision que esperaban se tardaba, aunque estaban atrincherados, y cercados de enemigos de toda la Hoya de Málaga, donde por fuerza habian de vivir con recato, vieron dos ó tres camaradas que se habian desman-

dado los puercos hacia la espesura destos árboles, por la ribera del rio, que, como llevaban seguridad y salvo-conducto, nadie tocaba á ellos. Acudió un arcabucero de la camarada, y por entre las ramas le encerró dos balas en el cuerpo á un cochino de aquellos. Armá, dijeron todos, arma, enemigos, arma. Púsose todo el real en arma: los soldados arrastraron el puerco hacia su tienda, y metiéronlo entre la ropa de un baul. Acudiéron á todas las partes por donde se podia temer flaqueza ó peligro, porque en semejantes ocasiones ninguno sino las centinelas puede disparar arcabuz; y como hallaron seguridad, mandóse que se hiciese pesquisa por un sargento mayor adónde y por qué se había disparado el arcabuz: echóse de ver que había sido por la muerte del cochino. Los tres soldados con los piés borraron el rastro de la sangre, y envolviéndole entre sus vestidos y camisas, lo encerraron en el suelo del baul, que le sirvió de sepulcro hasta que llegó el sargento mayor; y informándose de tienda en tienda, llegando á la de los soldados, negando ellos lo del cochino, llegó el sargento mayor á mirar detras del baul, y en meneándolo, el cochino, de lo entrañable de las tripas, en contrabajo dió un profundo gruñido, porque no era muerto, y segundó con otro más recio. El sargento mayor, que se enteró en el caso, y padecía tanta hambre como ellos, mirólos sin hablar palabra. Ellos, erizado el cabello, temblándoles las manos y confuso el rostro, cuando entendieron que los había de ahorcar ó hacer otro castigo muy grave, el sargento mayor, poniendo el dedo en la boca, les dijo: Envíenme mi parte, y comamos todos. Con mucha disimulacion tornó á su pesquisa de tienda en tienda, y cuando llegó á la suya, halló entre unos trapos sucios la parte del cochino, que le pareció que había venido del cielo. Entónces dijo el hablador: Pues á propósito desto contaré... Y al momento atájéle con decir: Pues no paró aquí, ni le contado la mitad del cuento; y diciendo mil disparates semejantes á los pasados, lo rendí de manera que cogió su mula y se fué camino de Alora sin despedirse, y yo me quedé en la venta de Don Sancho, descansando de lo mucho que había hablado y había sufrido hablar; que con ser el medio con que se entienden los hombres unos con otros, la demasiada destruye el buen fin para que fué concedida á los hombres, y no á los demas animales, la comunicacion del hablar y la dulzura de la lengua, que tantas excelencias tiene; que ella es el intérprete del alma, satisfactoria á lo que le preguntan, exhortadora al bien, consoladora en el mal, relatora fiel de las sentencias, medianera en las amistades, agradable para el oído, en la soledad compañera, declamadora para persuadir, y voz para comunicarnos. Dejo otros muchos provechos, que, aunque son materiales, son muy necesarios, como es traer la lengua el mantenimiento de una parte á otra para que si está muy caliente se temple, y si está frio se caliente y baje al estómago, de manera que lo abraza bien. Mas ¿qué asquerosa y babosa fuera la boca si no hubiera lengua que recogiera la saliva que sin licencia se destila del cerebro y sube del estómago? ¿Cómo se pudiera arrancar la flema del pecho si no ayudara la lengua? ¿Quién negará la gracia que tiene para pedir, y la desgracia para despedir? Maravillosas propiedades tiene para lo material.

DESCANSO DIEZ Y NUEVE.

Pero ¿quién ó cómo podrá decir las calidades de la lengua, aunque ella propia tuviese su libre albedrío sin tener dependencia de otra parte para hablar de sí? Dicen algunos que es de heclura de hierro de lanza, y engánanse, porque ni es tan ancha por lo ancho, ni tan puntiaguda por el remate. A mí me parece que tiene heclura de cabeza de culebra; y quien quisiere advertir en ello, véala mirándose á un espejo, y ballará lo que digo: verá el fácil movimiento que tiene, más veloz que todos los demas miembros del cuerpo; cómo de su movimiento propio se alarga y se encoge, se ensangosta y ensancha; con qué ligereza sube á lo alto de la boca y baja á lo bajo, y se mueve al un labio y al otro; cómo sale afuera y vuelve adentro, sin ver con qué se alarga ni adónde se encoge; y mirándola con todos estos accidentes, parece víbora que está á la boca de su cueva para salir ó no salir. Y en fin sale, teniendo en su guarda y defensa los dos adarves de dientes y labios que le estorban la libertad del hablar, pero no por eso deja de hablar cuanto le mandan, y algunas veces mucho más de lo que le mandan: vicio infame y que ordinariamente se halla en gente muy humilde, como pescaderas y lavanderas; y si son hombres, son semejantes en nacimiento y costumbres, que si piensan cuánto importa para la quietud de la vida y seguridad de la muerte, ántes querrian ser mudos que hablar tanto y tan mal. Mil veces he pensado por qué llaman á estos deslenguados, teniendo tan larga la lengua. Y de muchas otras razones, digo que, como hablan tanto y tan mal, parece que han de tener la lengua gastada y consumida de hablar; y por eso les llaman deslenguados, siendo lenguados y aun acedías, pues tantas engendran en quien los sufre. Y dije que parece la lengua cabeza de culebra, porque tan dispuesta se halla para picar ó morder como para alabar ó persuadir. Mas ¡cuán dulce cosa es decir bien! ¡Qué de amigos se granjean por ello, y qué de enemigos por lo contrario! En cuantas pesadumbres suceden en el mundo habria templanza y moderacion si la hubiese en la lengua; que por ella se traban cuantas pendencias suceden en las comunidades ó cabildos. ¡Qué fácil cosa es conceder una verdad, y qué dificultoso contradecirla! Pues al fin no se ha de dar razon conveniente para derribarla. El contradecir la verdad por salir (como dicen) cada uno con la suya, bien se echa de ver que es estimarla en poco, y su misma reputacion; que aunque por algunos respetos le dejan salir con su intencion, al fin todos echan de ver la vanidad que sustentaba, y él queda corrido y arrepentido; y á todos los que se aprovechan mal de la lengua les viene luego el pesar al pié de la obra. Tristes de aquellos que ponen su justicia en la confianza de su ruin lengua, que si por ese camino la alcanzan, toda la vida pasan con escrúpulo y la muerte sin restitution (quizá me engaño): Todas las heridas que un hombre da con el brazo paran allí donde se recibe el daño. Si ofende con la pisada no pasa de allí el daño; pero la herida que hace la lengua (como dice el doctísimo Pedro de Valencia) va cundiendo y extendiéndose de la misma manera que el movimiento que hace una piedra en un charco de agua, que á todas partes se va extendiendo, ó como la voz que se da al aire, que á todas

partes corre y va creciendo; que la palabra una vez echada no sabe volverse á su dueño, ni es señor de lo que pudo retener en sí y lo dejó ir. Lllaman satírico de pocos años á esta parte al que tiene ruin lengua; mas impropriadamente, que no tiene lo uno parentesco con lo otro; porque las sátiras no nacen de la ponzoña de la lengua, sino del celo de reprender un vicio, que por ser insensible él en sí, se reprende en quien lo tiene. Mas la hambre y sed de la ruin lengua no tiene discurso como el que compone la sátira; y si lo tuviese, ó espacio para pensar los inconvenientes, ni se arrojaría tan fácilmente contra la honra del prójimo. Aquel filósofo que, preguntándole cuál era el animal más ponzoñoso en la mordedura, respondió que de los bravos el maldiciente, y de los malos el lisonjero, no declaró cuál se llama verdaderamente lisonjero; que realmente la lisonja es una mentira dicha con blandura en alabanza del presente: como si á un hombre ignorante le llamasen sabio, ó á la mujer fea la llamasen hermosa. Esta es realmente adulación y conocida lisonja, y es grande maldad decir la y mayor ignorancia consentirla; pero no se llamará lisonja á la mujer que es medianamente hermosa y parece bien, llamarla muy hermosa, ni al hombre que tiene razonable talle decirle que es gentil hombre, ni lo será al que canta á gusto de quien le oye, decirle que es un Orfeo, ni al que es muy razonable poeta decirle que es un Horacio; que algo se ha de añadir para que los ánimos se alienten á pasar adelante con los actos de virtud; porque si la honra es el premio de la virtud, como lo es, ¿cómo sabrá el virtuoso la opinión que tiene en el pueblo si no se lo dicen en su cara, y le animan para que prosiga en merecer más y más cada día? Así que decirle bien de sí propio al que tiene en qué fundarlo no es lisonja, sino dejarlo sabroso para que no cese en su buen propósito; y el que lo dice sabiéndolo decir se acredita de afable y de juez que conoce lo que se debe á las buenas partes. ¿Quién será tan inhumano, que tenga por lisonja decirle á Lope de Vega que no ha habido en la antigüedad más excelente ingenio por el camino que ha seguido? ¿Ni tan bruto, que porque el otro sabe echar cuatro pullas con donaire, diga que es gran poeta? Todos estos son oficios de la lengua, que si es como la de aquel hablador, todo lo destruye y todo lo daña, así solapando el mal como desacreditando el bien; porque en la demasía es imposible caer los actos de justicia, y más si el hablar mucho cabe en una mujer ignorante y hermosa, que para un hombre de recogimiento y estudio hace más ruido y ocupa más en una casa que un corral de doscientas gallinas. El hablar mucho está lleno de mil inconvenientes, y pocos habladores ó ningunos he visto enmendados, porque cuanto más viven y duran, crece más la licencia del hablar y el parecerles que lo pueden hacer. El hablar con moderación regala el oído, cria voluntad y amor en quien lo oye, y hace una armonía en el oyente, que no hay cuatro voces concertadas que así lo suspendan. Mas ¿qué fuera de la música de voces si no hubiera engua que pronunciara las sílabas y formara los puntos? Parecieran los músicos vacas en acequias ó azudadas en procesión. Y aunque yo use mal del precepto que doy en hablar poco, no puedo dejar de condenar un género de gentes que en comenzando á hablar son

como rueda de cohetes, que hasta que ha despedido toda la pólvora no pára. Son descorteses si no oyen lo que les responden, y se hacen odiosos á todo el mundo. Hase de hablar lo necesario, respondiendo y dando lugar á que se responda con silencio justo ó ajustado con la conversacion, si pudiere ser con agudeza y donaire, si no, á lo ménos con cordura, moderacion y aplauso, no pensando que se lo han de hablar todo; como divinamente hace doña Ana de Zuazo, que usa de la lengua para cantar y hablar con gracia, concedida del cielo para milagro de la tierra; ó como doña María Carrion, que si no fuera con tantas ventajas hermosa, con sola la cordura y gracia de su lengua pudiera ser estimada en el mundo. No quiero traer en consecuencia desto á los grandes oradores, como es el maestro Santiago Pico de Oro, el padre fray Gregorio de Pedrosa, el padre fray Plácido Tosantos y el maestro Ortensio, divino ingenio; el padre Salablanca, tan semejante en la vida á la excelencia de sus palabras, y otros excelentísimos sugetos que parece que hablan con lenguas de ángeles más que de hombres. Pero para reprender el mucho hablar, he yo hablado demasiado por persuadir á quien tiene esta falta que se reforme en ella. Aquella noche descansé en un pueblo que está cerca del camino que llaman Cazarabonela, abundantísimo de naranjas y limones, con muchas aguas y frescuras, aunque al pié de muy altas peñas.

DESCANSO VEINTE.

Por la mañana tomé el camino por entre aquellas asperezas de riscos y árboles muy espesos, donde vi una extrañeza entre muchas que hay en todo aquel distrito, que nacia de una peña un gran caño de agua que salia con mucha furia: hacía afuera, como si fuera hecho á mano, mirando al oriente, muy templada, más caliente que fría; y en volviendo la punta del peñasco salia otro caño correspondiente á este, muy helado, que miraba al poniente: en lo primero el romero florido, y á dos pasos aun sin hojas; y todo cuanto hay por ahí es de esta manera. Unas zarzas sin hojas, y otras con moras verdes, y poco adelante con moras negras. Todo cuanto mira á Málaga muy de primavera, y cuanto mira á Ronda muy de invierno; y así es todo el camino. Por entre aquellos árboles muy lleno el camino de manantiales y aguas, que se despeñan de aquellas allisimas breñas y sierras por entre muy espesas encinas, lentiscos y robles; y como solo, imaginando en las extrañas cosas que la naturaleza cria, cuando sin pensar di con una transnigracion de gitanos en un arroyo que llaman de las Doncellas, que me hiciera volver atras si no me hubieran visto, porque se me representó luego las muertes que sucedian entónces por los caminos, hechas por gitanos y moriscos. Como el camino era poco usado, y yo me ví solo y sin esperanza de que pudiera pasar gente que me acompañara, con el ánimo que pude, al mismo tiempo que ellos me comenzaron á pedir limosna, les dije: Esté en hora buena la gente. Ellos estaban bebiendo agua, y yo los convidé con vino y alarguéles una bota de Pedro Jimenez de Málaga y el pan que traia, con que se holgaron; pero no cesaron de hablar y pedir más y más. Yo tengo costumbre, y cualquiera que caminar solo la debe tener, de trocar en el pueblo la plata ó oro que ha menes-

ter para el espacio que hay de un pueblo á otro; porque es peligrosísimo sacar oro ó plata en las ventas ó por el camino; y trayendo en la faltriquera menudos, saqué un puñado, con que les di y repartí limosna (que nunca la di de mejor gana en toda mi vida) á cada uno como me pareció. Las gitanas iban de dos en dos en unas yeguas y cuartagos muy flacos; los muchachos de tres en tres y de cuatro en cuatro en unos jumentillos cojos y mancebos; los bellacones de los gitanos á pié sueltos como un viento, y entónces me parecieron muy altos y membrudos; que el temor hace las cosas mayores de lo que son: el camino es estrecho y peligroso, lleno de raíces de los árboles, muchos y muy espesos, y el macho tropezaba cuanto podia: dábanle los gitanos palmadas en las ancas, y á mí me pareció que me las querian dar en el alma; porque yo iba por lo más bajo y angosto y los gitanos por los lados superiores á mí, por veredillas enredadas con mil matas de chaparros y lentiscos, que cada momento me parecia que me iban ya á pegar; y en medio desta turbacion y miedo, yendo mirando con cuidado á los lados, moviendo los ojos sin mover el rostro, llegó un gitano de improviso y asíó del freno y la barbada del macho, y queriéndome yo arrojar al suelo, dijo el bellaco del gitano: Ya ha cerrado, mi ceñor. Cerrada, dije yo entre mí, tengas la puerta del cielo, ladron, que tal susto me has dado. Preguntaron si lo queria trocar, y habiéndome atribulado del trago pasado y de lo que podia suceder, mas considerando que su deseo era de hurtar, y que no podia echarlos de mí sino con esperanzas de mayor ganancia, con el mejor semblante que pude saqué más menudos, y repartiéndolos entre ellos, dije: Por cierto, hermanos, si hiciera de muy buena gana, pero dejo atras un amigo mío mercader que se le ha causado un macho en que trae una carga de moneda, y voy al pueblo á buscar una bestia para traerla. En oyendo decir mercader solo, macho cansado, carga de moneda, dijeron: Vaya su merced en hora buena, que en Ronda le serviremos la limosna que nos ha hecho. Piqué al macho y le hice caminar por aquellas breñas más de lo que él quisiera. Ellos quedaron hablando en su lenguaje de jergonza, y debieron de esperar ó accehar al mercader para pedirle limosna, como suelen; que si no usara desta estratagemá, yo lo pasaba mal. Sabe Dios cuántas veces me pesó de haber dejado la compañía del hablador, cuando hablara mucho y me enfadara, mas al fin no me pusiera en el peligro en que estuve; que realmente para caminar, por enfadosa que sea la compañía, tiene más de bueno que de malo, y aunque sea muy ruin, la puede hacer buena el buen compañero, no comunicándole cosas que no sean muy justas; y para tratar de lo que se ofrece á la vista por el camino, es buena cualquiera compañía; que bien nos dió á entender Dios esta verdad cuando acompañó un brazo con otro, una pierna con otra, ojos y oídos, y los demas miembros del cuerpo humano, que todos son doblados, sino la lengua, para que sepa el hombre que ha de oír mucho y hablar poco. Iba volviendo el rostro atras para ver si me seguian los gitanos, que como eran muchos, podian seguirme unos y quedarse otros; pero la misma codicia que cebó á los unos debió á los otros; y así, me dejaron de seguir. Llegué al pueblo más cansado que llegara si no fuera por miedo

de los gitanos. Despues vi en Sevilla castigar por ladron á uno de los gitanos, y una de las gitanas por hechicera en Madrid; pero despues que estuve sosegado y sin alteracion, se me representó en aquellos gitanos la huida de los hijos de Israel de Egipto. Iban unos gitánillos desnudos, otros con un colete acuchillado ó con un sayo roto sobre la carne, otro ensayándose en el juego de la corregüela. Las gitanas, una muy bien vestida con muchas patenas y ajorcas de plata, y las otras medio vestidas y desnudas, y cortadas las faldas por vergonzoso lugar: llevaban una docena de jumentillos cojos y ciegos, pero ligeros y agudos como el viento, que los hacían caminar más que podian. Dios me ofreció y deparó aquella estratagemá, porque los gitanos eran tantos, que bastaban á saquear un pueblo de cien casas. Reposé y comí en aquel pueblo, y á la noche llegué á Ronda, donde hallé á mis mercaderes muy deseosos de verme y muy adelante en su trato. Lo que allí me pasó no es de consideracion, porque en una feria tan caudalosa son tantos los enredos, trazas, hurtos y embelecos que pasan, que para cada uno es menester una historia. Yo no iba á tratar ni á contratar, sino á negocios de mis estudios y visitar mis parientes; pero servíles á los mercaderes de gomecillo para mostralles algunas cosas muy notables y dignas de ver que tiene aquella ciudad, así por naturaleza como por artificio, como es el edificio famoso de la mina por donde se proveía de agua siempre que estaba cercada de contrarios. Esta ciudad fué edificada de las ruinas de Munda, que ahora llaman Ronda la Vieja; ciudad donde tan apretado se vió César de los hijos de Pompeyo, que confiesa él mismo que siempre peleó por vencer, y allí por no ser vencido. Está edificada sobre un risco tan alto, que yo doy fe que haciendo sol en la ciudad, en la profundidad que está dentro della misma, entre dos peñas tajadas, estaba lloviendo en unos molinos y batanes que sirven á la ciudad, de donde subian los hombres mojados; y preguntándoles de qué, respondian que llovía muy bien entre los dos riscos que dividen la ciudad del arrabal. Dígolo á fin que cuando esta ciudad se edificó, por la falta que habia de fuentes arriba, les fué forzoso hacer una mina, rompiendo por el mismo risco hasta el rio, que no hay en toda ella cosa que no sea de la misma dureza de la piedra, en que hay cuatrocientos escalones, poco mas ó ménos, por donde bajaban por agua los miseros esclavos cautivos, en el cual trabajo morian algunos; y se tiene por tradicion antigua que una cruz que yo he visto al medio de la escalera, la hizo un cristiano, que del mismo trabajo reventó, con la uña del dedo pulgar, tan honda, que fuera menester más que punta de daga para hacerla. Es de la misma grandeza de rayas que un Cristo que está en la iglesia antigua de Córdoba, hecho por manos de otro santo cautivo y con el mismo trabajo. Algunos han dicho que tan insigne obra no pudo ser hecha sino de romanos. Pero hay en contrario una piedra grande que está en el fundamento de la torre que llaman del Homenaje, que está escrita de letras latinas y están vueltas hácia abajo, que si supieran leerlas no las pusieran al revés. Fuera de que las calles son todas angostas y las casas que se heredaron de la antigüedad, bajas, muy fuera de la costumbre de los romanos y españoles. Sea como fuere, el edificio de la mina es hecho con mucho trabajo y cuidado,

y de las más memorables obras que hay de la antigüedad en España; y que esta ciudad fuese edificada de las ruinas de Munda, en mil piedras que allí hay se echa de ver y en algunos ídolos que hay, entre los cuales son excelentes dos que hay muy mal tratados, de alabastro, en las casas de don Rodrigo de Ovalle, en que ahora vive, heredadas de sus padres y abuelos, á quien yo conocí; y aunque yo no hago oficio de historiador, no puedo dejar de decir de paso que, engañado Ambrosio de Morales por la semejanza del nombre, dijo que Munda había sido un lugarcillo edificado á las faldas de Sierrabermaja, que se llama Munda, que si hubiera visto esta tierra no lo dijera; porque á lo que dice Paulo Hircio que hay desde Osuna á Munda concierda esta verdad, y con estar vivo hoy el coliseo grande y que muestra haber sido colonia de romanos, que yo vi año de 86. Junto con esto me acuerdo que oí decir á Juan Luzon, caballero de muy gentil entendimiento y buenas letras, y á un hidalgo, nieto y hijo de conquistadores, que se llamaba Cárdenas, que en un cortijo suyo que está en el mismo sitio de Munda, arando unos gañanes hallaron una piedra en que estaban estas letras: *Munda Imperatore Sabino*. Junto con esto lo oí decir á mis abuelos, que eran hijos de conquistadores y tuvieron repartimiento de los Reyes Católicos. Y esto digo porque, como se van acabando los que lo saben, quede esta verdad asentada para la posteridad. Tiene aquella ciudad naturalmente cosas que se pueden ir á ver, por monstruosas, de muchas leguas, por la extrañeza de aquellas altas peñas y riscos. Es abundantísima de todo lo necesario para la vida, y así, salen pocos hombres della para ver el mundo; pero los que salen, así para soldados como para otras profesiones, prueban muy bien en cualquiera ministerio. Y porque no haga oficio de historiador, paso fácilmente por estas veridades. Yo mostré á los mercaderes lo que pude, y los dejé con intento de ir á las Indias Occidentales.

DESCANSO VEINTE Y UNO.

Yo negocié á lo que iba, y vine á Salamanca, donde estuve hasta que se hizo una armada en Santander, de donde fué general Pedro Melendez de Aviles, adelantado de la Florida, muy gran marinero, que por ser para navegar se la encomendaron. Yo, con el deseo que tenía de ver mundo, desamparé los estudios y me acogí en compañía de un amigo capitán que iba haciendo gente para la dicha armada, que quien viera la gente que se juntó en ella de Andalucía y Castilla juzgara que para todo el mundo bastaba; pero como la mano de Dios lo gobierna todo, y sin su incomprensible voluntad ni el poder de los reyes ni el valor de los generales ni la furia de los grandes soldados es bastante para derribar la flaqueza de un miserable hombre, tuvo infelicitísimo fin aquel poderoso ejército; no en batalla, porque no llegó á ese punto, sino que se cundió una enfermedad en los soldados, de que casi todos murieron sin salir del puerto. Embarcásele lucidísima gente moza y robusta, con muy grandes esperanzas que el gallardo brio les prometía. Yo me embarqué en una zabra con la compañía en que fui, aunque con diferente capitán, porque hubo reformation, y deste segundo fui yo alférez en armada, de quien se dijo: Desdichada la madre que no tuvo hijo alférez. Era almirante don Diego Maldonado, caballero de

bonísimo gusto, en cuya gracia yo caí, y en su desgracia nunca, por cuyo respeto me dió su bandera el segundo capitán. Diéronme unas tercianas dobles que andaban fuera y dentro de la mar, y como nunca las cosas, por poco prósperas que sean, se poseen sin envidia, dió en tenerla de mí un hidalgo de la misma compañía, que traía ocho ó diez camaradas que procuraban con grandes véras derribarme del oficio de alférez; pero cuanto más ellos ocasiones me daban para su intento, tanto más me apartaba yo de tomarlas; porque puesto un hombre en ellas, mal sabe resistirse, y no hay remedio tan excelente para huir los males como no aceptar el envite de las ocasiones, particularmente en la edad robusta que yo entónces tenía, que aunque no era muy mozo, era muy colérico, y la enfermedad me hacía andar desgraciado. Por apartarme deste hidalgo me estuve en tierra algunos días sin entrar en el navío; que todo esto se ha de hacer por evitar pesadumbres; y una huésped mia me curaba las calenturas con darme á beber vino de Rivadavia con suciedad de ratones; que los enfermos todo lo creen como vaya en orden de dárles salud. Como yo era fogoso, más se encendían las calenturas y más se encendía el odio del euvidioso: de suerte que por su causa me mandaron que fuese al navío: hícelo, y aun estando con mi calentura; y como él estaba puesto en su malicia, determinó con sus camaradas (con quien el pobre gastaba lo poco que tenía muy bien) de darme la ocasión á manos llenas. Yo sabía nadar y él no: fué tanta la ocasión, que me obligó á responder: estando él y sus camaradas al bordo del navío, me desmintió. Ofrecióseme de improviso si le daba un bofetón que me ponía en peligro que los camaradas me diesen de puñaladas; y así, sin hablar palabra, me abracé con él y me arrojé en la mar, y dándole cuatro coces donde los camaradas no podían ayudarle, echélo á fondo, y dando dos braceadas, asíme al bordo de la chalupa. El pobre, habiendo tragado algunos cuartillos de agua, salió hácia arriba, y lo primero que encontró con que asirse fué una pierna mia, que agarró tan fuertemente, que con muchas coces que le di con la otra, no fué posible hacer que la soltase. Los bellacones en cuyo favor y ánimo él se había fundado para atreverse, en lugar de favorecerle á él y á mí, estaban al bordo del navío pereciendo de risa de verlo asido de mi pierna, y á mí asido de la chalupa. Yo di voces á los marineros (porque él no podía hablar) que echasen un cabo: echáronle y bajaron dos de ellos, y como si fuéramos dos atunes dieron con nosotros en la chalupa, aunque á mí solo me estorbaba para salir no dejar el otro mi pierna; pero él, como se vió en elemento que no conocía, salió medio ahogado: subidos arriba, le dieron al otro ciertas coces en la barriga con que vomitó el agua mala, y yo me enjugué de la que había cogido en el vestido: de suerte que para la vida le aprovechó más al pobre una pierna del enemigo que doce brazos de sus amigos; que ordena el cielo de manera las cosas, que las amistades y favores fundados en malos intentos no aprovechen para el mal fin. Nadie se fie en lo que no fuere suyo; que es fácil el prometer ayuda, y dudoso darla; que cada uno en la ocasión mira su daño, y no la obligación en que le pusieron. Dábale osadía el desprecio mio con el favor de los otros, y en ese mismo desprecio halló la vida que por el favor tuvo

en duda. Yo con mi determinacion deshice mi agravio, alhuventé la calentura y dí que reir á toda la armada. En confianza de ajeno favor nadie se atreva á hacer cosas mal hechas. Súpolo el Adelantado, que rió mucho dello. Vino á vernos el Almirante, por saber que habia sido conmigo la pesadumbre, y diciendo con grandísima gracia : Estas amistades pasadas por agua y hechas por Neptuno, yo como almirante las confirmo; y pues saben, señores soldados, que debajo de bandera no hay agravio, al que lo hiciere se le darán tres tratos de cuerda, y al que lo sufiere le tendrán por muy honrado soldado, considerado y cuerdo; regaló al medio muerto de temor, y á mí me llevó á comer consigo, diciendo mis disparates á cuantos encontraba de la armada, que fué tan desdichada, que de casi veinte mil soldados que se embarcaron muy gallardos, solo trescientos quedaron de provecho, que llevó el capitan Vanegas adonde le mandaron; que no bastó la diligencia del conde de Olivares, excelentísimo ministro, capaz para gobernar un mundo, discreto, sagaz y sabio en todas materias. Murió allí el Adelantado y otros grandes ministros de su majestad, con qué aquella gran máquina se acabó de deshacer. Yo disparé como los demas que quedaron á reparar la salud con la convalecencia; que realmente todos los que no murieron cayeron enfermos; y entendiéndose que se hizo algun daño en los mantenimientos. Salí de Santander, y tomé mi derrota por Laredo y Portugaleta: llegué á Bilbao, donde me siguió mi fortuna, como suele. Aunque no iba muy recio ni convalecido, llevaba algunas galillas de soldado; y como aquella armada habia dado tan grande tronido, todos gustaban de ver soldados della. Las mujeres particularmente, como más noveleras, salian á ver cualquiera soldado que venia. Estando en una iglesia en Bilbao, puso los ojos en mí una vizcaína muy hermosa (que las hay en extremo de lindisimos rostros); yo correspondí de manera, que ántes que saliese dijo, despues de haber hablado un gran rato y dado y tomado sobre cierta inclinacion que tenia de venir á Castilla, que pasase aquella noche por su casa y que hiciere una seña. Yo le dije que señas ordinarias son muy sospechosas; y así, que en oyendo el ruido de un gato, se pudiese á la ventana, que yo seria. Túvolo en cuidado, y á las doce de la noche, cuando me pareció que no habia gente, fuí arrimado á una pared que hacia sombra, y con mucho silencio me puse en un rinconcillo que estaba debajo de su ventana, donde por la sombra no podia ser visto, y entónces hice la seña gatuna, á cuyo ruido se alborotaron los perros, y un jumento soltó su contralto. Andaba de la otra parte un hombre también haciendo hera; y como oyó al gato y los perros, estando yo muy atento á la ventana á ver si se asomaba, cogió una piedra y dijo en vascuence : Valga el diablo los gatos, que han venido á alborotar los perros; y jugando del brazo y piedra, tiró á bulto donde habia oido el gato, y dióme en estas costillas una pedrada, pensando de espantar el gato. Callé y llevé lo mejor que pude mi dolor; con que me quitó la atencion de la ventana, y aun el amor de la moza, porque me acordé que Dios lo habia permitido por el poco respeto que habia tenido en la iglesia, concertando en ella lo que habia de ser ofensa suya; que en los lugares sagrados el temor y la vergüenza han de ser freno para no hacer semejantes atrevimientos; que

si los templos son para ofrecer á Dios sacrificios y pedirle mercedes, ¿cómo las concederá teniéndole poco respeto en su casa? Y quien no tiene temor y respeto en semejantes lugares arguye ánimo desvergonzado; porque el temor del hombre viene á redundar en honra de Dios, y quien no lo tuviere, tampoco vendrá á tener fortaleza. Nadie siga mujeres en la iglesia, pues hay harto espacio para verlas fuera; que se han visto muy grandes castigos en hombres que no han tenido respeto á los templos, y muy grandes mercedes en quien ha temblado de hacer descortesías en ellos; y no solamente en la verdadera religion, pero aun en el culto de los falsos dioses ha permitido el verdadero muy grandes males en los tales; porque ya que engañados del demonio piensan que van acertados, son sacrilegos de lo que tienen por bueno. Retiréme por el mal suceso, y porque las cosas que se han comunicado poco no dan mucha pesadumbre en dejarlas; pero como ella tenia gana de venir á Castilla, tuvo modo para enviarme á decir con una amiga suya, tan cerrada en la lengua castellana como yo en la vizcaína, que ya que no queria pasar por su casa para hablarla, me fuese á la salida de Bilbao para Vitoria, que allí me hablaria. Y los hombres que en pueblos no conocidos y de cuyas costumbres no tienen noticia se atreven á hacer su voluntad, merecen verse en el peligro en que yo me vi. No hay confianza que no esté sujeta á algun peligro, y es grande ignorancia tenerla en lo que no se tiene experiencia. Quien dice en Castilla vizcaína, dice hombre sencillo, bien intencionado; pero yo creo que Bilbao, como cabeza de reino y frontera ó costa, tiene y cria algunos sugetos vagamundos que tienen algo de bellaquería de Valladolid, y aun de Sevilla. Yo fui al puesto un poco tarde, y hallé á la señora vizcaína con una amiga ó compañera suya : fuimosnos hablando, y á ratos ella cantando en vascuence, porque la otra no sabia palabra en castellano, y con la materia que ella iba tratando de su ida á Castilla, divertímonos de manera, que anocheció algo léjos de la ciudad. Volvímonos, y llegando á un molino, encontramos cuatro hombres perdidos que salian de una taberna, no de sidra, sino de muy gentil vino, que las hay por aquellos molinos arriba. Y viendo con un castellano dos vizcaínas, gobernáronse por sus cabezas como estaban entónces, pusieronse dos dellos de un lado y dos de otro, y puesta mano á sus espadas, me comenzaron á acuchillar : yo no fui señor de mí, porque de la una parte estaba un cerro muy alto, y de la otra una pared bien alta que bajaba á un caz de un molino. Las vizcaínas huyeron, y yo hice todo cuanto fué posible por cogellos delante, por verme con ellos mejor; pero los bellacos eran matantes, y sabian cómo se habia de hacer una bellaquería. Yo, visto que por fuerza habia de peligrar, no pudiendo tomar la delantera, ni subir por el cerro ni por los lados, arremetí con los dos para cogerles la delantera, y al mismo tiempo todos juntos cerraron conmigo, y me arrojaron en el caz de aquel molino, y fué tan cerca del rodezno, que la corriente furiosa del agua me llevaba á hacer pedazos si no me asiera á una estaca ó maderilla que estaba hincada, aunque poco fuerte, cerca de la puerta que atajaba el agua para que fuese al rodezno; pero era tan cerca dél, y la estaca tan poco fuerte, que se doblaba con el peso, y yo

me iba acercando más á perdición: los bellacones se fueron siguiendo las mujeres en viéndome caído abajo; y como los peligros tan imprevistos carecen de consejo, yo no le tenía para valerme: la estaca se iba rindiendo, y yo llegándome hacía el rodezno. Volví el rostro hacía el lado izquierdo, y vi un arbolillo pequeño que se eraba de la humedad del agua, que pensé que tuviera más fuerza que la estaca, mas no tenía fortaleza. Porque la corriente no hiciese su oficio fui cobrando espíritu, dejé la mano derecha en la estaca, y alargué la izquierda al arbolillo y pude asirlo de una rama. Repartido el peso entre las dos, aunque no podía resistir á la inmensa furia del agua, por estar casi llegando con los piés al rodezno, pude mejor sustentarme, pero no volver arriba, hasta que, sacando la pierna izquierda, que estaba más arrimada á aquel lado que al derecho, topé en la paredilla con una piedra en que pude estribar muy bien, y haciendo fuerza con ella, ayudándome de la de los brazos, mejoréme hasta poder asir el madero en que estaba asida la puerta del desagüadero, y encomendándolo á la mano izquierda, saqué con la derecha la daga, y metiendo el brazo debajo del agua, apalanqué con la daga, y alcé la puerta tanto, que se coló la mitad del agua, y segundando como pude, con toda la mano derecha la levanté de manera, que con la misma furia que iba al rodezno, toda el agua se despenó por su natural corriente; con que yo pude valerme de mis piés y subir por toda la acequia, asiéndome á las estacas que ayudaban á la presa del molino; y como el que ha resucitado de muerte á vida, sin capa y espada ni sombrero iba mirando si era yo el que se había visto en tan evidente peligro: iba corriendo por aquellos molinos abajo, como el que se había soldado de la cárcel, por llegar presto donde me alentase y mudase el vestido porque no se me entrase aquella humedad del vestido en las entrañas. Los que me encontraban me hablaban en vascuence; debían de preguntar si estaba loco; yo no respondía palabra por no me poner á resfriar. Cuando llegué á mi posada llevaba la muñeca de la mano derecha más gorda que el muslo, del golpe que había dado. Estuvéme en la cama ocho ó diez días, restaurando la batería que había hecho en mí el espanto de la ya trabada muerte, que fué el mayor peligro de los que yo he pasado, por ser con quien no sabe hablar, sino hacer y callar. Admiréme de ver que entre gente que tanta bondad y sencillez profesan se criasen tan grandes traidores, sin piedad, justicia y razon. En el tiempo que estuve en la cama me tomaba cuenta á mí propio diciendo: Señor Márcos de Obregon, ¿de cuándo acá tan descompuesto y valiente? Qué tiene que ver estudio con bravezas? Muy bien guardais las reglas de vivir. ¿Qué os enseñó vuestro padre? ¿No os acordais que el primer precepto que os dió fué que en todas las acciones humanas tomáseis el pulso á las cosas ántes que las acometiédes; y en el segundo, que si las acometiades, miráseis si podía redundar en ofensa ajena; y el tercero, que con vos mismo consultáseis el fin que pueden tener los buenos ó malos principios? Muy bien os aprovechais dellos; mas ¿qué bien parece pasar de estudiante á soldado, profesiones tan honradas, y despues de soldado á molinero, y no á molinero, sino á molido! Qué poca pena le diera al bellaco del rodezno hacerse verdugo y des-

cuartizarme! Tentábase mis piernas y mis brazos, y como los hallaba, aunque cansados, buenos, daba mil gracias al bendito Angel de la Guarda; que él por su bondad es la prudencia de los hombres; que la nuestra no basta para librarnos de los trabajos y adversidades; pero bastara para no ponernos en ellos: sino que se adquiere esta divina virtud tan tarde y con tanta experiencia de trabajos y vejez, que cuando les viene á los hombres parece que ya no la han menester; y la juventud está tan llena de variedades y mudanzas naturalmente, que apetece más arrojarse á la fortuna y suerte que obedecer á la Providencia. Y confieso que la poca que yo tuve me trajo á punto de perecer miserablemente donde habia de ser manjar, aun no de peces, sino de gusarapos; sino era que los perros del molino querian hacer algun banquete ántes que viniera á noticia del amo. Yo pasé mi trabajo lo mejor que pude, y pude muy mal, porque en la soldadesca no habia mucho dinero, aunque se hacen en ella los hombres experimentados para estimar la paz y animosos para ejercitar la guerra.

DESCANSO VEINTE Y DOS.

Salí de Vizcaya, echándola mil bendiciones, lo más presto que pude, por llegar á Vitoria, donde hallé un gran caballero amigo mio que se llamaba don Felipe Lezcano, y él me hospedó y regaló de manera, que pude repararme del trabajo pasado; y por no dejar de verlo todo, fui de allí á Navarra, siendo condestable della un hijo del gran duque de Alba don Fernando de Toledo, pero con gran cuidado de no arrojarme á cosa que no fuese muy bien pensada; porque como en cada reino, ciudad y pueblo hay diversas costumbres, el que no las sabe, con vivir bien y quietamente cumple con la obligación natural; y con aquel primer documento que me dió la aliecion del molino, procuré valerme siempre, sino era cuando me olvidaba dél, que como mozo tropezaba de cuando en cuando, principalmente en aquellas cosas que sola la edad puede madurar; cuanto más que es tan poderoso el hacer costumbre en las cosas, que ellas mismas se facilitan con el uso; y cuando no repugnan á la razon, no se han de dejar, si no pide otra cosa la fuerza. Al fin me valí por Navarra y Aragon de manera, que adquirí muchos amigos. Y en llegando á Zaragoza, ciudad y cabeza del antiguo reino de Aragon, que entónces tenía no tan buena fama como mereciera, hallé tantos amigos y tan buenos, que más parecí natural que forastero en el amor que me tenían; pero yo fui siempre con cuidado de no mirar á ventana, que son celosísimos los de aquel reino, ni tomar pesadumbre con nadie, ni asir de palabras de poca importancia, que es de donde se traban las enemistades y odios. Honróme en su casa por el tiempo que allí estuve un gran príncipe muy amigo de música y de todos actos de ingenio y virtud, honrándome y acudiéndome á las necesidades de naturaleza; y fué tanto el favor que me hizo, que me divertí más de lo que fuera razon en juegos, que hasta entónces no habia dado en ellos, que fué bastante para distraerme y dar en aquel vicio que me trajo más inquieto; que como en palacio la ociosidad es tanta, y el ejercicio en letras y uso de las ciencias tan poco favorecido, di en lo que todos daban: vicio contra caridad, lleno de ira, inso-

lente en el que gana, y de humildad forzosa en el que pierde, y que arrastra de manera á quien lo sigue, que no le deja voluntad para otra cosa. Cuál antepone el juego á la honra, cuál deja mujer ó hijos perecer de hambre, y estos son daños muy ordinarios; que hay muchos que ni se pueden ni se sufren decir. Un hidalgo de muy buen entendimiento se vió tan lleno de trampas por el juego, y tan sujeto á la costumbre, y convertido ya el uso en naturaleza, que reprendiéndole su misma madre, y rogándole que dejase el juego y ella le alargaría toda su hacienda, que era no poca, respondió que estaba como hombre que tiene atravesada una daga, que vive mientras la tiene, y en sacándola muere, y que en quitándole el juego se había de morir. Pero es tanta la golosina del que gana, y tan grande la desesperacion del que pierde, que ni el uno reposa hasta perderse, ni el otro vive hasta desquitarse. El uno se inquieta con la ganancia, el otro se ahoga con la esperanza de ganar, y ambos fácilmente mudan de estado; pero no duran en él de costumbre, ni se puede creer el odio infernal que tiene el que pierde con el que le gana, aunque más y más disimule; que parece que en aquel punto le falta el conocimiento de la primera causa, nacido de no poderse vengar de su enemigo. Quien quisiere meter cizaña entre dos grandes amigos haga que jueguen el uno contra el otro, que no há menester más fuerzas el diablo para hacerles grandes enemigos: tal es la fuerza del odio que se cobra en el juego. ¿Qué de muertes infames hechas con supercherías y traiciones, robos y mentiras nacen del juego! No quiero que se me representen las cosas que he visto suceder en el juego y por el juego; solo quiero decir que es tan poderoso, que un hombre que trata de recogimiento, ó por escribir ó por leer, ó por otros actos de virtud, si juega una vez y pierde, ha menester ayuda del cielo para tornar á añadir el hilo por donde lo había quebrado. Yo me divertí en esta materia, y la di á entender á amigos que trataban este infame ejercicio, con uno de los cuales me pasó una cosa muy vergonzosa para mí y de risa para quien la supo. Fué que una noche me pidió que le acompañase porque iba á hablar con cierta persona, y quiso llevarme para que le guardase la suya. Yo me puse, como de noche, con una espada y broquel, unos calzones ó zaragüelles de lienzo, un capotillo de dos faldas, y otras cosas de disfraz, con que fuimos adonde me llevó, que era una casa donde había un poyo á la puerta. Dió las once el reloj, y despues las doce, que era la hora que tenía aplazada, y díjome que lo esperase sentado en aquel poyo, que luego saldria. Sentéme bien rellanado, y musitando entre dientes, comencé á entretenir el sueño lo mejor que podía, que ya era hora dello. El día siguiente era día solemnísimo de los apóstoles: oí las dos, y luego las tres; que el buen hombre no podía salir, porque hubo estorbo para ello: yo me caía de sueño; di en pasearme y en rezar, entendiendo que aprovecharia para no dormirme, siendo cosa que más concilia el sueño de cuantas hay en el mundo. Torné á sentarme, porque me cansaba de tanto pasear; y como había digerido ya la cena gran rato había, por más que me refregaba los ojos con saliva, no pude valermle hasta que no sé cómo ni de qué manera, sin querer, me quedé dormido sobre el poyo, adonde estuvé hasta que, tañendo á misa ma-

yor el día siguiente, con el ruido de las campanas de la fiesta y de la muella gente, pasando unas señoras por allí dijeron: ¿Qué bien lo ronca el cochino! Y mandaron á un escudero que me despertase. Despertóme; y alzando los ojos con un gran bostezo, vi el sol en medio de la calle, y oyendo la armonía de las campanas, arrebocéme un capotillo que llevaba, y di á correr no hacía mi posada, sino hacía la placeta de Médicis, siguiéndome más de trescientos perros; y á la vuelta de una esquina topé con un ciego que llevaba una docena de huevos en el seno, y al mismo compas que le topé volvió el báculo, y alcanzóme en el hombro izquierdo, y como le destilaba el amarillo de la tortilla, decían que le había quebrado la hiel en el cuerpo; y ya que con mi huida llegaba cerca de la casa donde me había de acoger, con la prisa que llevaba y la que me daban los perros, tropecé, y tendíme á la puerta desta señora, tan buena de nacimiento, que habiéndole yo enviado dos perdices para que se regalase con ellas, las echó en una necesaria porque venían lardeadas con tocino. Parece que con estas menudencias se desautoriza la intencion que se lleva en este discurso; pero mirado bien, para eso mismo lleva mucha sustancia; que aquí no se escriben liazañas de principes y generales valerosos, sino la vida de un pobre escudero, que ha de pasar por estas cosas y otras semejantes, y por reprender una inadvertencia tan grande como la que hizo aquel amigo y la que hice yo. Llevar compañía de noche quien va á cosa hecha téngolo por yerro; porque si va adonde no tiene peligro, no há menester llevar testigo de sus mocedades; y si va con sospecha de algun peligro, claro está que no ha de querer infamar una casa, y por fuerza se ha de retirar; y para huir más desembarazado, mejor va solo que acompañado, porque al fin no lleva consigo quien diga que huyó. Y aunque es lo más sano y seguro no hacerlo, si se hiciere sea á solas, no acompañado, porque las amistades de hombres se acaban, y luego se revelan los secretos. Pues la fineza que yo usé en esperarle y guardarle el cuerpo, ¿quién dirá que no fué disparate? Pasaban dos horas, y acercándose el día, ¿qué necesidad tenía yo de ponerme á padecer tormento de sueño? Qué fortaleza de rey me había mandado que guardase, sino la que era de un hombre perdido, para ponerme á peligro, demas de la vergüenza que pasé? Cuando se ha de poner un hombre á tan grandes riesgos, ha de ser por conocer un evidente daño y peligro en alguna persona de vida ó de honra, ó por obedecer el mandamiento de algun gran príncipe ó república. Pero que me ponga yo á los sucesos de fortuna por quien está muy contento, sin tener más cuidado de mi cuerpo que de su alma, téngolo por fineza imperitine. ¿Qué honra ó hacienda perdiera yo cuando me fuera á tomar el reposo y descanso que naturaleza pide para su conservacion? Si me culpaba en haberlo dejado, le preguntara yo si lo dejaba en alguna mazmorra de donde lo podía sacar con la mano, ó si me dejó él á mí en mi lecho reposado, ó si quedaba entre enemigos de la fe, como quedaba entre enemigos de guardarla. Siempre oí decir que el que fuere compañero en los trabajos tambien lo ha de ser en los gustos; pero aquí la parte del trabajo era para mí, y la del gusto para él. La conclusion es, que tengo por yerro llevar compañía en semejantes jornadas, y por mucho mayor acompañar á

nadie en ellas; que si llama la compañía por pusilánime, lleva la vida jugada el que le acompaña, porque á la primera ocasion huye, y lo deja en manos de enemigos que él no tenia ni temia; y mire cada uno, si le sucediere, que es participante del daño que el otro hiciere en ofensa ajena. Yo me reparé de vestido y de sueño, aunque habia dormido lo bastante para un hombre de bien, en aquella misma casa donde llegué, y adonde hallé un vecino suyo muy lleno de melancolia, y tanta, que aunque me vió dar con mi persona en el suelo, con la espada á una parte y el broquel á otra, no conocí en él accidente de risa, como en cuantos me vieron caer; que una caída es ocasionada para mucho disgusto de quien la da y mucha risa de quien la ve. Con todo, se llegó este buen hombre estando ya puesto de ruia en casa de aquella mujer amiga del tocino; y pareciéndole que yo estaba disgustado, llegó como á consolarse conmigo, diciéndome que todos los hombres del mundo padecen trabajos, y que él estaba tan dentro dellos como todos cuantos vivian en él. Yo le pregunté qué eran sus males que tan triste lo traían; porque siempre he sido compasivo; y él me respondió en una palabra: celos. ¿Ese mal tiene? le dije yo; no quiero preguntarle si son averiguados ó si es sospecha; pero quiero decirle que es enfermedad de mozos de poca experiencia, que si la tuviesen, sabrían que los mismos tienen unos de otros; y si advirtiesen que el otro de quien yo los tengo anda rabiando dellos por mí, consolárame con su daño y con verle padecer y consunirse con un perpetuo desasosiego. ¿Qué mayor consuelo puedo tener yo que ver á mis enemigos padecer, y reirme dellos? Porque pensar que una mujer divertida en estos tratos se ha de contentar con lo que uno le da, es pensar que un fullero ha de andar bien puesto con sola la gauancia que hace á un cuñado. Los celos tienen al diablo en el cuerpo del que los tiene, y parece que lo trae consigo, pues á nadie hacen mal sino á quien los mantiene, y cuanto más se callan, más crecen. Su remedio está en tan ruin fundamento, que con averiguar la verdad, ó se mueren, ó se halla ocasion para perderlos poco á poco, apartándose de quien los causa. Yo aseguro que son más de cuatro los celosos, sin saber unos de otros en esa misma ocasion; y crea que se usa esto. Si son celos de la mujer propia, es agravio que se le hace, que la más baja mujer del mundo estima en más la sombra de su marido que á todo lo restante dél. Un príncipe desta ciudad dijo muy bien quién son los celos, y materia tan odiosa no se ha de traer á la memoria, sino consolarse con lo que tengo dicho de ver que padecen por mí lo que yo padezco por otros; que han venido las mujeres á tan infeliz estado, que han privado á su misma naturaleza del gusto que ella les concedió, porque lo han puesto en solo hurtar y robar las haciendas, fingiendo querer á los que desean desollar, por solo igualarse en gulas á las que de su nacimiento por herencia de patrimonio nacieron nobles y honradas, ricas y principales; que les parece no ha de haber diferencia y desigualdad en la tierra de mujeres á mujeres, como en el cielo la hay de ángeles á ángeles. He mezclado desta materia con esotra, porque de la perdicion desto viene la comunicacion de muchos, para que todos anden celosos; y con tener cada una su docena de ángeles de guarda, pasan por moneda corriente y honrada. Despedí al buen

hombre algo consolado, y fúme á mi posada, y dentro de pocos dias me fuí á Valladolid, despues de haber visto á Búrgos y toda la Rioja, provincia fértil, de bonísimo temperamento, y que parece en algo al Andalucía.

DESCANSO VEINTE Y TRES.

En Valladolid serví al conde de Lemos don Pedro de Castro, el de la gran fuerza, caballero de excelentísimo gusto y bondad muy suya, sin la heredada, que era y es, cuando ménos, descendiente de la sangre de los jueces de Castilla Nuño Rasura y Lain Calvo, junta con la de los reyes de Portugal. Entré en su gracia, y hice muy poco, porque tenia el Conde un pechazo tan generoso, manso y apacible, que con poca diligencia se entraba en las entrañas de quien le queria. Con todo, no me hallé muy bien á los principios, porque me faltaba lo que es menester para servir en palacio, que es decir con gracia una lisonja, salpimentar una mentira, traer con blandura y artificio un servil chisme, fingir amistades, disimular odios; que caben mal estas cosas en los pechos ingenuos y libres. Dejo aparte el rigor y majestad de los porteros, que ordinariamente tienen una gravedad más seca que sus personas, y ellos lo son tanto como sus palabras; aunque eché de ver que lo que más importa es que en presencia del señor el criado tenga siempre el rostro alegre; y en las cosas que le mandan, y aunque no se las manden, será menester ser diligente y solícito y cumplir cada uno puntualmente con su ministerio. En lo primero, que es traer el rostro alegre, mal lo puede hacer un melancólico; pero para esto hay un remedio, que es no ponerse delante del señor sino cuando estuviere el criado de buen humor; que el alegría de los criados, fuera de hacer su negocio, ayuda á vivir al señor; y si no la muestra, piensa que está disgustado en su servicio; y así, durará poco con él; aunque este príncipe mostraba tan buen pecho con sus criados, que él mismo los obligaba á andar muy contentos y servirle con muy apacible semblante, porque haciendo todo lo que podía y tenia obligacion de hacer, los honraba donde quiera que se hallaba. Y siempre en esta antiquísima casa han llevado y llevan esta grandeza de ánimo y cortesía, como se ha parecido y parece en el que ahora lo posee, don Pedro de Castro, que desde niño tierno descubrió tanta excelencia de ingenio y valor, acompañado de ingenuas virtudes, que habiéndolo puesto su rey en los más preeminentes oficios y cargos que provee la monarquía de España, ha sacado milagroso fruto á su reputacion, siendo muy grato á su rey, muy amado de las gentes subordinadas á su gobierno y muy loado de las naciones extranjeras. Estando en esta casa y en Valladolid, se descubrió aquel gran cometa, tantos años ántes pronosticado por los grandes astrólogos, amenazando á la cabeza de Portugal. Hubo tan grandes juicios sobre ella, y algunos tan impertinentes, que dieron harto que reir; entre los cuales hubo uno que decia que las cosas grandes habian de decrecer, y las pequeñas habian de crecer: llegó este juicio al de un hombre chico pequeño, que tambien en esto lo era, que estaba muy mal contento de verse con tan aparrada presencia, que trayendo unos pantallos de cinco ó seis corchos, aun no podia lucir entre la gente. Andaba siempre pulido y bien puesto, enamorado y bien hablado, y aun

hablador no sin afectacion. En las conversaciones procuraba, no que sus conceptos llegasen á igualarse con los otros, sino que sus hombros se ajustasen con los de la rueda; y como no podia ser, pensando que era la culpa de las agujetas, meneaba un lado y otro hasta que crujian todas. Pues como llegó á su noticia la interpretacion del cometa, que las cosas pequeñas habian de crecer, se le encajó que se decia por él; que fácilmente nos persuadimos á creer lo que deseamos, aunque sea tan gran disparate como este. Dijéronle que yo era nigromante, y que si yo queria podia hacelle crecer dos ó tres dedos, ó más; pero que habia de ser muy secreto, porque no se supiese que yo sabia tal arte diabólica. Pasando por la plaza, haciendo mi escuderaje con los demas gentileshombres de casa, me señalaron con el dedo para que me conociese. Sin haberme avisado los que le tornaban loco, se llegó á mí con una retórica bien pensada, ofreciéndome amistad y hacienda y favor para toda la vida, y el fin de todo fué decir: Ya vuesamerced ve el agravio que naturaleza hizo á un hombre de mis partes en dar á tan altos pensamientos tan pequeño cuerpo: yo sé que si vuesamerced quiere, puede suplir esta falta; con que tendrá un esclavo para siempre jamas. Eso, dije yo, solo Dios puede hacerlo, que es superior á la naturaleza, y si vuesamerced quiere crecer por los piés, póngase más corchos de los que trae; y si del pecho arriba, con ahorcearlo crecerá tres ó cuatro dedos. ¡Oh señor! dijo él; ya venia informado que vuesamerced me habia de negar este bien: por amor de mí, que se disponga á ello, y en lo demas corte por donde quisiere. Veíalo tan rematado en su disparate, que lo hube de reducir á las obras de naturaleza, diciéndole: Señor, vos vais tras un imposible; que no solamente no es hacedero, pero os tendrán por loco cuantos supieren que daís en ese error. Las obras de naturaleza son tan consumadas, que no sufren enmienda; nada hace en vano; y todo va fundado en razon; ni hay superfluo en ella, ni falta en lo necesario: es naturaleza como un juez, que despues que ha dado la sentencia no puede alterarla ni mudarla, ni es señor ya de aquel caso, sino es que apelen para otro superior. En formando naturaleza sus obras con las calidades que les da, ya no es señora de la obra que hizo, sino es que Dios como superior quiere mudallas; si hace grande, grande se ha de quedar; si chico, chico se ha de quedar; si monstruo, así ha de permanecer; ni hay para qué cansarse nadie pensando imposibles. A esto replicó diciéndole: ¿Pues no es más dificultoso hacerse un hombre invisible, y hay quien lo hace? No es, dije yo, sino facilísimo; que con ponerse un hombre detras de una tapia queda invisible, ó en cubriéndose con una nube; y vos os haréis invisible con solo poner delante de vos un mosquito. Gentil consuelo, dijo, he hallado en quien pensé tener todo lo que he deseado toda mi vida. ¿Qué consuelo ha de hallar, dije, quien quiere ir contra las obras de la misma naturaleza, que es la que nos representa la voluntad del primer Movedor y Autor de todas las cosas? Que aunque crió á todos los hombres iguales, no fué en los actos exteriores, sino en la razon del alma, y esta es la que hace al hombre superior á todos los demas animales, que no el ser grande ó pequeño. Si naturaleza os hubiera criado desigual de miembros, como habiéndolos dado esas piernas de gozque, tener unos brazos de

gigante, ó en esa carilla de mandrágora os hubiera puesto unas narices trastuladas, pudierades os quejar, pero no enmendar. Mas al fin, si sois pequeño, sois tan bien hecho y tan igual de miembros, que teneis las orejas mayores que los piés; y quien tiene andada la mitad para una de las más importantes virtudes que resplandecen en los hombres, ¿por qué ha de buscar quien le haga crecer? ¿Qué virtud? preguntó él. La humildad, respondí yo; que para alcanzar tan divina virtud teneis andada la parte del cuerpo, que parece que estáis siempre de rodillas, y con humillar el ánimo la tendréis alcanzada toda. Si naciérais en tiempo de los gentiles, que se usaban transformaciones, la naturaleza, de enojada con vos por no contentaros con ella y por soberbio, os hubiera transformado en renacuajo por humillar la soberbia del ánimo y cercenar la cantidad del cuerpo. A todo cuanto le dije calló, y dijo por último: Aténgome á la significacion de la cometa, que dice que los pequeños han de crecer, y los grandes han de disminuirse; pero ya que vuesamerced se ha holgado dándome matraeca, obligacion tiene de ponerme en estado que no me la dén otros; que quien sabe decir lo uno, sabrá hacer lo otro; y eso de ser humilde guárdelo para sí; que yo tengo por qué estimarme de mucho, que soy hijodalgo de parte de mi abuela, que ántes que se casase con mi abuelo habia sido casada con un hidalgo muy honrado, y tiene hoy la ejecutoria del guardada y á buen recaudo. ¿De suerte, dije yo, que de ahí os viene la vanidad y no querer ser humilde? Seréis como los que lucen y se regalan con hacienda ajena. Ahora digo que no me espanto que seáis soberbio, teniendo mucha razon de ser humilde y rendiros á la humildad, virtud que jamas tuvo émulos ni envidiosos; que todas las partes que adornan á un hombre padecen esta mala ventura, sino es la humildad y la pobreza, tan aborrecida de los hombres y tan amada del Autor de la vida; pero si la humildad nace del conocimiento de sí propio, y esto os falta á vos, ¿por qué habeis de ser humilde? Yo no vine, me dijo, á oír virtudes, sino á probar encantamientos ó cosas sobrenaturales para conseguir mi intento. Fuése el buen hombre, y luego llegaron á mí cuatro amigos de buen gusto y no poca malicia, preguntando si habia venido á mis manos con aquella demanda: respondíles que sí, y que lo habia desengañado de aquel disparate y desalumbamiento tan grande. Por vida vuestra, dijeron, que le hagamos una burla, porque es tan gran loco, que se persuade á que pueda crecer, y le sacarémos una muy gentil merienda, riéndonos un rato á costa suya. Eso, respondí yo, no lo haré por todas las cosas del mundo, porque burlas de que puede resultar escándalo general y daño particular, ni son lícitas ni se permiten por camino alguno. Sabed, dijeron, que es la misma avaricia y miseria, y habemos dado en esto por hacerle gastar; que lo sentirá en el alma. Si esa condicion tiene, dije yo, no le sacarán della aunque le hagan llegar á la Giralda; que los avarientos y los borrachos nunca se ven hartos de lo que desean ni apagan la sed que traen. Acuérdome que por hacerle gastar á un hombre ciertos maleantes, se pusieron á trechos diciéndole que estaba enfermo: de suerte que cuando llegó al último ya lo estaba de véras, por el caso que habia hecho la imaginacion, y fué menester llevarle á su casa medio

muerto, y de quererle hacer burla tan pesada nació el arrepentimiento tardío para todos ellos y grave daño para el paciente. Y en este caso sería mayor, cuanto es más imposible la obra; que para persuadir una cosa tan contra la misma naturaleza se han de hacer grandes embelecos, y no pueden ser sin grande daño del pobre raton, que ni ve su cuerpo ni conoce su ignorancia. Porfiaron todavía que le hiciésemos un engaño que pareciese cosa de encantamiento. Cuando eso se hiciese, pregunté yo, ¿quién quedará más confuso, él en recibir este engaño, despues de descubierta la verdad, ó yo en haber sido autor dél? En todas las cosas se ha de considerar el fin que pueden tener, y esa ficción y engaño no puede estar mucho encubierta; y para mí tengo por mejor y más seguro el estado del engañado que la seguridad del engañador, porque al fin lo uno arguye sencillez y buen pecho, y lo otro mentira y maldad profunda. Yo no puedo tragar una mentira ni engaño, porque se arremete á desdorar la opinion de quien se tiene por hombre de bien. Las burlas han de ser pocas y sin daño de tercero, y tales, que el mismo contra quien se hacen guste dellas. No sabemos la capacidad de cada uno; qué la que es burla llevadera para uno, será para otro muy pesada; y las burlas no se han de juzgar por malas ó peores de parte de quien las hace, sino de parte de quien las recibe; y si él las tomare bien, serán de sufrir; y si las tomare pesadamente, serán pesadísimas. Dábanle matraca á cierto ordenante por una necesidad que habia dicho, y cuando estuvo harto de sufrir, dijo que quería que pecase mortalmente quien más se la diese. ¿Qué de burlas pesadas vemos cada dia resultar agravios que no se pensaron! Este miserable no tiene talento para llevar una burla tan pesada como esta, que por fuerza lo ha de ser. Yo me tengo de poner en eso, porque iria contra mi propia opinion, que es injusto y mal hecho; y no me espantaré del que se deja engañar por lo que desea, pero espantaríame de quien le quisiere engañar sin esperar dello más gusto que hacer mal. Fuéronse, y al fin le hicieron una burla muy pesada, dándome á mí por autor della. Pusiéronle en estrecho de ayunar tres dias con quatro onzas de pan y dos de pasas y almendras y dos tragos de agua, y primero le tomaron la medida de su cuerpo en una pared muy blanca, poniendo para señal de su altura un clavito pequeño ó tachuela. Hizo su dieta, y unas hermanas suyas le fregaban los brazos y piernas todas las noches y mañanas, por consejo de los maleantes: preguntábase las pobres despues de cansadas: Hermano, ¿para qué hace esto? Y él las respondia: Bárbaras, no os entremetais en las cosas de los hombres. Todos estos tres dias de la dieta y las fricaciones se subia á una azotea en amaneciendo, y se ponía hácia el nacimiento del sol, haciendo ciertas señales que le habian mandado contra las nieblas de Valladolid, que él hizo muy puntualmente, como todo lo demas. Cumplidos los tres dias, y lleno el cerebro de nieblas, vino á los bellacones con tanta cara como una calavera de mandrágora; que como estaba tan chupado y flaco, parecia más alto. Fué uno de ellos á la pared blanca donde se habia medido, y mudó el clavito de dos dedos más abajo, y tapó el agujero con un poco de cera blanca que era en la cacería recién hecha, blanca y muy lisa. Enviáronle á medirse,

y como topó con el colodrillo en el clavito, quedó fuera de sí de contento, entendiendo que él habia crecido lo que el clavo habia bajado. Vino con la boca llena de risa, que parecia nico desollado, y fué á echar á los piés de quien le habia hecho crecer: ellos le dijeron que callase, porque si no se descreería lo crecido, y que lo dificultoso quedaba por hacer. Él dijo que aunque fuera bajar al infierno, lo haria por no descrecer. Pues no es ménos, dijeron ellos; y aquella noche le mandaron que entre las once y las doce de la noche entrase en cierto aposento por un callejon muy estrecho, que estaba debajo de unas casas lóbregas y oscuras, solo y sin luz, y que allí le dirían lo que habia de hacer. El se turbó todo con la dificultad que le pusieron; pero al fin dijo con todo el miedo posible: Sí haré, sí haré. Fuése á la noche, entrando por su callejon, espeluzado el cabello, cortado de brazos y piernas, sin oír perro ni gato que le pudiese hacer compañía; y en llegando al aposento, salieron por las cuatro esquinas debajo la cama cuatro carátulas de demonios, con cuatro candelillas en la boca, que con el temor que habia concebido, se le representó el infierno todo; porque todos los hombres muy crédulos son tambien temerosos; y como se fuéron alzando los demonios, él se fué quedando, y sin saber de sí ni poder moverse de donde estaba, cayó en el suelo, dándole tan gran corrupcion, que no se le pareció haber tenido dieta, que la cólera desbarató cuanto las almendras y pasas habian detenido. El caido, y ellos turbados y aun arrepentidos, no supieron qué hacer, sino dejarlo y acogerse. El volvió á cabo de rato en sí y hallóse revolcado en su sangre, de que anduvo muy corrido y de manera enfermo, que fué menester de véras valerse de las pasas y almendras para no morirse, y ellos anduvieron escondidos y ausentes. Yo me sangré en salud, refiriéndole el cuento al Conde, que le solemizó mucho con su buen gusto, y tomó á su carga las amistades, contando lo pasado á cuantos entraban en su casa. Sosegóse el negocio con la autoridad de un tan gran príncipe, aunque ellos anduvieron hartos dias inquietos, porque el hombrecito se quejó á todo el mundo y á quien podia castigar la burla. Yo los cogí cuando hubo oportunidad, y les di á entender con la verdad cuánto importa no hacer mal, tan poco en burlas como en véras; que de haberle dado la vaya sobre su ruin talle y cuerpo, vino á buscar tan pesado remedio; que nadie quiere oír sus faltas, y por más que se hagan sufridores y flujan risa, no hay á quien no le pese en el alma oír mal de sí propio; y tanto más, cuanto más parece verdad lo que se se dice; que aun cuando no lo es ni lo parece, se le abrasa el corazon á quien se dice, ora sea por dar pesadumbre ó sea por chisme, de que era tan enemigo este príncipe, que en trayéndole alguna novedad de palacio, llamaba á aquel de quien se decia, y delante del parlero se lo reprendia: si se encogia de hombros el otro, negándolo, decia el Conde: Pues veis aquí á Fulano, que me lo dijo; y así, andaban todos ajustados con la lengua y con el Conde.

DESCANSO VEINTE Y CUATRO.

Y porque no habrá otra ocasion en que contarle, digo que era príncipe tan enemigo de chismes y parladeras, que en presencia mia vino cierto engraciador á

decirle que estaba tratando mal de su persona un hidalgo de Valladolid; y encareciendo mucho esta insolencia, le preguntó el Conde: Y vos ¿qué hicisteis? Yo, dijo el buen hombre, vine luego á avisar á vuesa excelencia, porque al pié de la obra le enviase el castigo que merecen ofensas hechas á tan grande señor. Vos teneis razon, dijo el Conde; hola, dadle á este gentil-hombre una libranza de media docena de palos muy bien dados. Pues á mí, ¿por qué? dijo el buen hombre. No son para vos, respondió el Conde, sino para que los lleveis al que dijo mal de mí; porque como me trujisteis lo que yo no sabía, le lleveis á él lo que no sabe. Y dijo á un paje: Bermudez, corre y dí á Fulano que cuando hubiere de decir mal de mí, no sea delante de tan ruin gente, que me lo venga á decir luego; y que para castigo suyo basta que sepa él que yo lo sé. Ambos quedaron muy bien pagados, como merecian; que aunque no se le dió la libranza, quedó el pobre espantado de la merced.

El ermitaño á todo esto comenzó á dar cabezadas y hestezar muy á menudo, como hombre que está de

mala gana en locutorio de monjas; porque despues de la comida todo habia sido hablar al son de las cañales, que aunque pocas, con el ruido y fuerza del aire hacian su figura de manera, que se echó de ver que habia música para toda la noche. Cenámos lo que tenia el buen hombre, que por poco que fué, ayudó para reposar y darle al sueño bastante lugar, no solamente para hacer la digestion, pero para soñar disparates, conforme á lo que se habia cenado y al tiempo borrascoso que hacia; que realmente, aunque más anden desvaneciéndose y buscando interpretaciones de los sueños algunos amigos de adivinacion, ellos andan conforme á los tiempos y á los mantenimientos, y obedeciendo al humor predominante, que es lo más ordinario: es grande ignorancia ponerse á interpretar lo que procede de humores calientes ó frios, húmedos ó secos. Y si alguna cosa sucediere que sea verdad en los sueños, ó será acaso representacion de ángeles buenos ó malos; y no hay para qué divertimos en probar la verdad desto, que tan manifiesta y clara la conocemos.

RELACION SEGUNDA DE LA VIDA DEL ESCUDERO MARCOS DE OBREGON.

AUNQUE amanecía el dia con acabarse la furia del agua, que toda la noche habia combatido la ermita ó humilladero, era tanta la abundancia que el rio habia recogido, que sobrepujando la puente, ni de la una parte ni de la otra se podia pasar ni pasaron hasta que se fué avadando el dia siguiente. Yo quisiera irme, por parecerme que ya el ermitaño estaba harto de oirme hablar relaciones de mi vida, y como yo naturalmente ni soy inclinado á hablar ni á oir hablar mucho, parecióme que el demasiado sueño del ermitaño nacia del enfado de oirme; y como los habladores, gente sin memoria de lo que está por venir, son para mí tan odiosos, no querria caer en la culpa que reprendo; que los que tienen esta falta, aunque por sobra de palabras sin sustancia, son ordinariamente cizañeros, congraciadores, chismeros, mentirosos, que á trueque ó fin de hablar no reparan en falso ó verdadero, ni saben distinguir la mentira de la verdad, y de la misma manera que lo dicen, lo desdicen; amigos de averiguar un chisme y de traer y de llevar adelante su opinion, soldando un yerro con otros ciento, y el menor daño que hacen es ser grandes aduladores: no se asientan ni reposan en cosa, con la facilidad que proceden, ni temen caer en falta ni cobrar mala opinion; que realmente he visto que á este vicio le siguen otros muy peores. Huyendo

yo de no caer en fama de hablador, me quise despedir del ermitaño, si bien el tiempo aun no daba lugar para ello; pero él me porfió que no le dejase solo, por una grande melancolia que le habia dado un sueño aquella noche, que afirmativamente decia que, estando más despierto que dormido, le habia hablado un muerto en cuya muerte se habia ballado en Italia. Reíme, y lo mejor que pude procuré deshacerle aquella imaginacion. Preguntóme de qué me reia. Ríeme, respondí, de que la aprension de los sueños sea tan poderosa con algunas personas, que les parece que es verdad lo que sueñan: cosa tan reprobada por el mismo Dios en muchos lugares del Testamento viejo, y recibido en el nuevo, siendo todo vanidad del cerebro y ahora de la melancolia que ha causado la aspereza del tiempo, que junta con el poco y no buen mantenimiento, causará ese efeto y otros más ridiculos. Digo, respondió el ermitaño, que aun ahora me parece que le tengo presente. Reíme mucho más que ántes. Replicóme: ¿Luego no suelen venir los muertos á hablar con los vivos? No por cierto, respondí yo, sino cuando por algun negocio de mucha importancia les da Dios licencia para ello, como en aquel caso tan estupendo y digno de saberse que le pasó al marqués de las Navas, que habló con un muerto á quien él habia quitado la vida;

pero vino á cosas que le importaban para la quietud y reposo de su alma. Es caso que todos los que vemos en los libros antiguos no tienen tan asentada verdad como este, reservando aquellos de que las divinas letras hacen mención; porque pasó en nuestros días, y á un tan gran caballero y tan amigo de verdad, y en presencia de testigos, que hay algunos vivos ahora, que ni á él ni á ellos, aun siendo verdad, les importa nada confesallo. ¿A cuál marqués? preguntó el emitaño. Al que es ahora vivo, respondí yo, don Pedro de Avila. Si no se cansa vuesamerced, dijo el buen hombre, y aunque se cause, cuéntelo como pasó; que cosa tan espantosa y de nuestros días es bien que todos lo sepan. Bien divulgada está, dije yo; pero por que no se quede en el sepulcro con el muerto es bien decilla, y hacer particular memoria de cosa que tanta apariencia tiene de verdad, y no me afirmara en ella si no la hubiera oído de la boca de un tan gran caballero como el mismo Marqués, y á su hermano el señor don Enrique de Guzmán, marqués de Pobar, gentilhombre de la cámara del potentísimo rey don Felipe III de las Españas, en cuyo palacio nunca se ha hallado lugar á la adulación ni mentira. El caso fué desta manera:

Estando el Marqués preso por mandado de su rey en San Martin de Madrid, monasterio de la orden de san Benito, y visitándole sus amigos, grandes caballeros, muchas veces ó siempre se quedaban de noche acompañándole, particularmente el señor don Enrique, marqués de Pobar, su hermano, y el señor don Felipe de Córdoba, hijo del señor don Diego de Córdoba, caballero mayor de Felipe II; y una noche, entre muchas, dióles gana de irse á pasear al Marqués y á don Felipe: fuéron hácia el barrio de Lavapiés, y estando hablando por una ventana, dijo el Marqués: Esperadme aquí, que voy á aquella callejuela á cierta necesidad natural: halló en ella dos hombres en las dos esquinas, que no le dejaron pasar. El Marqués dijo: Vuesasmercedes sepan que voy con esta necesidad; y fué á pasar contra su gusto. Arrojóle uno dellos una estocada, y el Marqués otra á él propio; cada uno pensó que dejaba muerto al otro. Con el mismo movimiento que le sacó el Marqués la espada, que tenía la guarnición en el pecho, le dió al otro una cuchillada con que le abrió la cabeza. Quedáronse los dos que no pudieron moverse; el de la estocada muerto, aunque en pié, y el de la herida fuera de sí. Fuése el Marqués y llamó á don Felipe, y fuéronse á San Martin. Estando allá, pareciéndole que dormir sin averiguar bien lo que había pasado era yerro, contóselo, y los dos determinaron de ir. Fué el Marqués con ellos, que no quiso que fuesen sin él, y hallaron alborotado el barrio, diciendo que habían muerto allí dos hombres: volviéronse, sin hallar en el sitio donde había pasado otra cosa sino dos lienzos ensangrentados. El que había quedado con la herida fuése á Toledo, y desde allí envió á saber si el Marqués era muerto, que lo había conocido cuando le dió la estocada, y curándose lo mejor que pudo, vino á morir de la herida: hizo testamento ántes, y como supo que el Marqués no había recibido daño, porque la estocada había sido al soslayo, dejólo por su testamentario. Supo el Marqués esto por relacion de un religioso que se lo vino á decir quién era el que lo dejaba por testamentario. Dentro de cinco ó á seis días despues de

muerto este hombre, estando el Marqués acostado en su cama, y don Enrique su hermano y don Felipe de Córdoba en el mismo aposento en otra cama, cerrada la puerta para dormir, llegaron y le quitaron la ropa de la misma cama. El Marqués dijo: Quitaos allá, don Enrique; y respondió la persona que era con una voz ronca y llena de horror: No es don Enrique. Escandalizado el Marqués, se levantó muy de prisa, y desentrañando la espada que tenía á la cabecera, tiró tantas cuchilladas, que preguntó don Felipe: ¿Qué es aquello? El Marqués mi hermano es, respondió don Enrique, que anda á cuchilladas con un muerto. El dió cuantas pudo hasta que se cansó, sin topar en cosa, sino algunas en las paredes. Abrió la puerta y tornó á verlo fuera, y con la misma prisa fué dando cuchilladas hasta que llegó á un rincón donde había oscuridad, y entónces dijo la sombra: Basta, señor Marqués, basta, y véngase conmigo, que le tengo qué decir. El Marqués le siguió, y á él los dos caballeros, su hermano y don Felipe. Bajóle abajo, y diciendo el Marqués qué le quería, respondió que mandase los dejasen solos; que no podía hablar delante de testigos. El, aunque de mala gana, les dijo que se quedasen; mas ellos no quisieron. Al fin la sombra se entró en cierta bóveda donde había huesos de muertos: entró el Marqués tras della, y en pisando los huesos, le fué discurrendo por los suyos tan grande tenor, que le fué forzoso salir fuera á respirar y cobrar aliento, lo cual hizo por tres veces. Lo que le quería, y pudo el Marqués con la turbacion percibir, era que en pago de la muerte que le había dado, le hiciese aquel bien de cumplir lo que en su testamento dejaba, que era una restitucion, y poner una hija suya en estado. Hubo en esto dares y tomases entre el Marqués y la sombra, segun dijeron los testigos. Y confiesa el Marqués que, siendo tan hermoso de rostro, blanco y rojo como sus hermanos, desde esta noche quedó como está ahora, sin ningún color y quebrantado el mismo rostro. Dice que le vino á hablar otras veces, y que ántes que le viese le daba un frío y temblor que no podía sustentarse. Al fin cumplió lo que le pidió, y nunca más le apareció. Si fué el mismo espíritu suyo, ó del ángel de su guarda, ó ángel bueno ó malo, dispútenlo los señores teólogos; que para mí bástame el haberlo oído de la boca de un tan gran caballero como el Marqués y don Enrique, su hermano, para tener el caso por más cierto, y que por cosas tan particulares, que importan la salvacion de un alma, suele el Señor del cielo y tierra dar licencia para semejantes negocios; que no son estas de las cosas que algunos autores gentiles dicen, de llamar las almas para hacerles preguntas, como hacia Empédocles y Apion Gramático, que llamó la sombra de Homero, y no osó decir lo que había respondido; que estas eran artes de la Necromancia, de que dice Ciceron que fingian cuerpos de aquellos que ya estaban quemados, y les daban alguna forma ó figura, porque el espíritu por sí era incapaz de ser visto; que todas eran artes del demonio, y acudía á lo que le pedían, como poderoso, permitiéndosele Dios; que sin esta permission no podía hacerlo. Y que el venir de las almas de los muertos con dispensacion de Dios no se puede negar haber sucedido algunas veces, no porque andan vagando por el mundo, que sus lugares tienen

señalados ó en el cielo ó en el infierno ó en el purgatorio. Y si he sido prolijo en este cuento, contra mi condicion y estilo, es porque cosas tan graves se han de decir con la sencillez y llaneza con que pasaron, sin doralo ni desdoralo. Admiracion me ha puesto el caso, dijo el ermitaño, y estoy determinado de apartarme de soledad; que aunque he pasado algun tiempo en ella, no he visto cosa que me perturbe, y aun con todo eso me he retirado de la soledad hácia el poblado, por los temores que pasaba entre los altos riscos de Sierra Morena; pero dejemos ya esta materia, y volvamos á proseguir lo comenzado; que con la dulzura del estilo y gracia del contallo se olvidará la melancolía del sueño y de la verdad referida. Luego se fué á Sevilla, donde ahora vive muy recogido.

DESCANSO PRIMERO.

Tornando de nuevo á coser ó anudar la conversacion pasada, sentámonos al brasero, prosiguiendo mi comenzada relacion; porque el ermitaño, hombre de muy buen discurso, me importunó de manera, que se echó de ver que gustaba mucho de oír los trances de mi vida; y mostrando mucha atencion, que es lo que da nuevo ánimo á las conversaciones, proseguí lo que la noche ántes habia dejado por el sueño del ermitaño; y comencé de muy buena gana, porque de la misma manera que quita el gusto de hablar la descortesía de que algunos ignorantes usan en atajar lo que un hombre va diciendo por encajar un disparate que se les ofrece fuera de propósito, así la atencion da fuerzas y espíritu al que habla para no cesar en su materia: yerro en que he visto caer á muchas personas, muy reprehensible en quien le tiene, porque arguye poco gusto ó mal entendimiento. El que no quiere oír lo que otro habla, bien puede apartarse y dar lugar á que oiga quien tiene gusto; que hay algunos de tan extraordinaria condicion y natural, que ó por deslucir lo que otro habla, ó por no entenderlo, que es lo más cierto, procuran atajallo con poca razon y ménos cortesía. El premio del que dice bien es la atencion que se le presta; y aunque no sea muy limado, es gran descortesía no dar aplauso á lo que dice; que al fin procura que parezca bien y dice lo mejor que puede y sabe. Hay un género de gentes que hablan con intercadencias, careciendo de hebra y caudal para la materia que se trata; que despues de haberles respondido, aunque se haya mudado el primer motivo, acuden con lo que se les ofrece fuera de la intencion que se lleva: este es un disparate y una inadvertencia que hace muy odioso al que lo usa, y de quien se debe huir la conversacion, porque son estorbo al que habla y á los que oyen; y cuando va con malicia de desdorar al que dice, que todo esto puede la envidia, es una malicia sin disculpa y merecedora de cualquier mala correspondencia, que no se halla sino en hombres de poca sustancia, así en ingenio como en letras; y extiéndese á tanto, que aun en los libros que se imprimen no rehuye la infame y mal nacida envidia de usar de libertades muy conocidas. Los libros que se han de dar á la estampa han de llevar doctrina y gusto que enseñen y deleiten; y los que no tienen talento para esto, ya que no lo alcanzan, no se deslicen á echar pullas con ofensa de los hombres de opinion, ó no escriban; que no ha de ser todo danzas de

espadas, que despues de hechas no queda fruto ni memoria de cosa que se pegue al alma. Han de llevar los libros que se dan á la estampa mucha pureza y castidad de lenguaje: pureza en la eleccion de las palabras y honestidad de conceptos, y castidad en no mezclar bastardías que salen de la materia, como maledicencias ó desestimacion de lo que otros hacen, especialmente cuando son contra quien sabe decir y sabe qué decir; tan mal dichas, que van señalando con el dedo, con que descubren su ignorancia y desacreditan sus escritos, y manifiestan su envidia y declaran su malicia. Tornando á la materia del hablar, digo que en las conversaciones hase de dar lugar á que hable el que habla, y él ha de de ser tan remirado, que no se derrame ni divierta, ni quiera hablárselo todo; que ha de dar lugar á la respuesta. Yo, como iba historiando mi vida, no advertí que podría el ermitaño cansarse de oírme hablar tan diversamente; pero sucedióme bien; que no solamente no se cansó, pero tornó á importunarme que prosiguiese en mi principal intento; que para eso me lo habia rogado al principio; y tornando á hablar con él, proseguí diciendo.

DESCANSO SEGUNDO.

Luego que por el pronóstico y significacion de aquel cometa, ó por lo que la majestad de Dios sabe y fué servido, murió el rey don Sebastian de Portugal en aquella tan memorable batalla, donde se hallaron tres reyes y murieron todos tres, como sucedió el cardenal don Enrique, tío de Felipe II, y lo llamó á la sucesion del reino, toda Castilla y Andalucía se movió á ir sirviendo á su rey con el amor y obediencia que siempre España ha tenido á sus legítimos reyes. Vineme de Valladolid á Madrid, y siguiendo la variedad de mi condicion y la opinion de todos, fuíme á Sevilla con intencion de pasar á Italia, ya que no pudiese llegar á tiempo de embarcarme para Africa: estuve gozando de la grandeza de aquella ciudad, llena de mil excelencias, tesorera y repartidora de la inmensa riqueza que envia el mar Océano, sin la que deja para sí en sus profundas arenas escondida para siempre. Sosegadas, ó por mejor decir, reducidas á mejor forma las cosas de Portugal, quedéme en Sevilla por algun tiempo, donde, entre muchas cosas que me sucedieron, fué una dar en la valentía; que habia entónces, y aun creo que ahora hay, una especie de gentes que ni parecen cristianos ni moros ni gentiles, sino su religion es adorar en la diosa Valentia, porque les parece que estando en esta cofradía, los tendrán y respetarán por valientes, no cuanto á serlo, sino cuanto á parecerlo. Sucedióme pasando por cal de Génova topar con uno destes, encontrándome con él de suerte, que por pasar yo por lo limpio le hice pasar por el lodo: volviósse á mí, y con gran superioridad me dijo: Señor marquesote, ¿no mira cómo va? Yo le dije: Perdóne vuesamerced; que no lo hice á sabiendas. El replicó: Pues si lo hiciera á sabiendas, ¿no habia de estar ya amortajado? Yo no llevaba espada; que iba como estudiante, profesion de que siempre heme preciado; y así, usé de toda la humildad posible, y él de toda la soberbia que tienen los de su profesion. Díjele: No fué tan grave el delito, que merezca tan gran castigo como este. Díjome entónces: No debe de saber el morlaco con quién se ha

encontrado; pues estése quedo, que no quiero darle más castigo de ponerle cuarenta dedos en los carrillos; que por mi cuenta venían á ser ocho bofetadas: espérame, y viniendo alzadas las manos para ejecutar el castigo, usé de una treta que siempre me ha salido bien, y fué que, como venía tan atento á su negocio, yo hice el mío; y asiéndole la espada por la guarnición, con toda la presteza posible se la saqué de la vaina, y con el mismo movimiento le puse los cinco dedos en la cara, y con la guarnición le herí en el carrillo izquierdo. El, que se vió desarmado, dió en correr hacia gradas, y unos jubeteros comenzaron á decir: ¡Victor, victor el escolar! Pero díjéronme: Váyase de aquí; que este va á llamar retraidos y volverán presto. Fuíme hacia San Francisco, y el bellacon entró muy descolorido sin espada en el corral de los Naranjos, la capa arrastrando, la cara llena de sangre; y preguntándole qué había sido, respondió que lo cercaron treinta hombres, y abrazándose con él, le sacaron la espada, y habiéndole herido, á bocados se libró dellos y le había sacado las narices á uno dellos de un bocado, y que iba por una espada y rodela para hacerlos pedazos á todos. Acudieron adonde había pasado el ruido, y todos los oficiales hablaron en favor mío; á lo cual dijo uno que iba entre ellos, hombre de ménos que mediana estatura, zurdo y dobladillo de cuerpo, á quien todos pareció que respetaban: Bien está; ese hombrecillo debe de tener buen ligado, y así, es menester hacerlos amigos, porque el herido lo es de todos los honrados de la cofradía, y ántes de dos horas estará con los muchos, si lo sabe: llamen á ese pobrete. Llamáronme unos oficiales y trajeron al otro, que para que quisiese ser amigo fué menester llevarlos á todos á la taberna de Pinto y gastar una anega de lo de Cazalla: todos á una voz dijéron: Buen hijo es; bien merece entrar en la cofradía.

DESCANSO TERCERO.

Pasado esto, como el bellacon quedó mal contento, buscó traza cómo vengarse, y hallóla muy buena. Como yo entré nuevo y tenía poca experiencia de las cosas de Sevilla, recatéme poco; que en las repúblicas tan grandes es menester entrar con tiento, y el que no tiene conocimiento ni experiencia dellas hase de valer de quien la tenga para no hallarse atajado. Púseme espada, y en las obligaciones en que se pone quien la ciñe, que con el desvanecimiento de la valentía y con haber dado en poeta y músico, que cualquiera de las tres bastaba para derribar otro juicio mejor que el mío, comencé á alejar más de lo que me estaba, y á tenerme por paseante y gran ventanero, y enamorar cuantas encontraba: de manera que no había portués más azucarado que yo; por donde halló mi contrario flaqueza en mí con la de una dama de buen talle, en cuya casa él entraba y era señor absoluto. Andando yo en la brama entre aquellos árboles de la alameda, sentíme llamar de una cierva, y acudiendo al bramido, me dijo: ¿Es posible, señor galán, que tan al descuido vive vocado, que no ha echado de ver que le miran con más cuidado que el ordinario? Miréle el rostro y talle, y aunque le tenía extremado de bueno, con todo lo creí, porque yo estaba tan desvanecido, que por este camino creyera cualquier favor que se me diera. Prosiguió di-

ciendo: ¡Que haya venido yo á tiempo que no mire la calidad de mi persona ni autoridad de mi marido! ¡Oh mal hayan los ojos que no se recatan, y mal hayan los pies que salen de los umbrales de su casa para ver sus desdichas! ¡Que haya entregado mi libertad á quien no sé si la estimará! Que mire yo á quien ni me conoce ni conozco, y que haya de rogar á quien jamás admitió ruegos de nadie! Más quiero morir que no rendirme á quien quizá se reirá y despreciará mis prendas. Y con eso fingió unas lágrimas tan tiernas, que me sacó de juicio; y en habiendo hecho su embeleco, me dejó y volvió las espaldas con grandísimo donaire y garbo. Yo quedé helado y abrasado de su presteza en irse y de sus palabras en rendirme. La criada me dijo: Buena tiene vuesamerced á mi señora, que estas eran sus melancolías; de aquí nacen sus malas condiciones, que no hay quien en casa se averigüe con ella. Sigala vuesamerced, y recátese no le vea su marido, que es un caballero muy principal y no poco celoso, aunque jamás ha visto en mi señora ocasión para serlo. Seguía espantado y contento de parecerme que merecía yo mucho, estimándome interiormente en harto más de lo que fuera razón. Entré en su casa, que era en una calle angosta que iba á dar á la calle de las Armas, y luego me favoreció haciendo ventana; y advirtiéndome que no diese muchos bordos, que ella me avisaría de lo que había de hacer. Anduve algunos días en pretension, pareciendo que por su estimación no quería rendirse luego. ¡Oh engaños del mundo, y qué fácilmente cree un hombre las cosas que van encaminadas á su gusto ó á su provecho! Si mirásemos y tanteásemos lo que mira á nuestro bien como lo que mira á nuestro mal, no caeríamos en tantos daños y desventuras como suceden. En la apariencia del gusto nos arrojamus con la esperanza del bien, y en el mal no nos recatamos, siendo tan peligroso ó dudoso el fin de lo uno como de lo otro. Más seguros vamos por el camino del daño que ciertos por el del provecho; porque lo uno nos pone en recato, y lo otro en descuido. En el uno puede haber engaño, y en el otro está el desengaño claro, como me sucedió, que, creyendo el engaño de aquella mujer, me vi en grande peligro. ¿Pero á quién no engañará un rostro hermoso y un talle gallardo con palabras dulces y ojos achilleros? Al fin, yo perseveré hasta que me envió á decir con un papel amorosísimo que me llegase allá aquella noche. Púseme lo más galán que pude, cogí mi espada y una lanterna grande que podía servir de broquel, y fuíme derecho á su casa, sin considerar otra cosa más que obedecer al gusto. Hallé la puerta y sus brazos abiertos, recibíeme con todas las caricias que yo podía desear de actos exteriores y sencillos y palabras dobladas, cerró la puerta, y luego al punto llamaron á ella. Ella, sin preguntar quién llamaba, dijo: Amigo, mi marido llama: entráos en esta bodeguilla; que luego se tornará á ir. Entréme con mi lanterna encendida: cerraron la puerta de la bodeguilla con cerrojo, y dejáronme muy bien encerrado. El aposentillo estaba casi todo lleno de sarmientos y chaniza seca, había un pozo que respondía á lo alto, con su cubo colgado: púseme á escuchar lo que hablaban, porque de haber cerrado la puerta sospeché no bien. Preguntóle la señora al marido fingido: Ya tengo cerrado á este hombre, ¿qué se ha de hacer? El respondió, aun-

que paso, en voz que le pude conocer que era mi contrario: Abrasarlo ó ahogarlo en este pozo; que este es el que me sacó la espada de la vaina. Luego se me representó la traza para salir salvo de su cautela; que el peligro, descubridor de grandes secretos, y el temor de la muerte, levantan la imaginacion á cosas nunca pensadas: tapé con una tabla el brocal del pozo, y de aquella chamiza y sarmientos secos llegué cantidad á la puerta de la bodega, y con la lanterna, que aun no la habia apagado, encendilos. La puertecilla estaba tan seca, que comenzó luego á arder con la ayuda de la leña, saliendo muchas llamaradas de la chamiza por debajo la puerta: metíme en el cubo del pozo, y asíme á la sogá muy bien, que como estaba tapado el pozo, iba seguro yo. Comenzó toda la gente á dar voces: Fuego, fuego, agua; saquen agua del pozo. Tiraron de la sogá para sacar agua; y como pesaba el cubo demasiado, por estar yo dentro, llegaronse muchos vecinos á tirar de la sogá, y tanto y con tanta fuerza tiraron, que al fin me subieron arriba. Asíme muy bien al brocal del pozo; yo debía de estar con el rostro pálido de la turbacion, y con esto y hacerles un gesto de abominable demonio, desmayaron todos, diciendo que era un diablo lo que sacaron del pozo. Acabé de salir, y escabullíme entre la gente lo mejor que pude, y pude muy bien, porque como estaban turbados, no me echaron de ver, dejándoles la casa encendida y llevando mi persona libre; que vine á hallar la vida donde era tan fácil el perderla, como en un pozo, y encerrado en tanta estrechez como en una bodega, llena de curianas.

DESCANSO CUARTO.

Mi enemigo tomó para vengarse de mí por instrumento una mujer hermosa; que al fin todas tienen fuerza natural para mover corazones tan bien como criaturas con ficción y lágrimas; pero como nacieron para llorar, saben enternecer. Maldiga Dios sus determinaciones, que tan resueltas son para ejecutar cuanto se les pone en la testa, que por el mismo caso que no lo pueden con fuerza, lo hacen con astucia y embeleco. Tienen tan grande fuerza en decir lo que quieren, y nosotros tanta flaqueza en creerlas, que parece que para eso solo nacimos. Muchas he visto de muy justificada vida, pero aun en estas he hallado desigualdades de condiciones; y conocido algunas muy honradas de sus personas, que lo son por solo decir mal de las que tienen alguna flaqueza; y en resolucion, pocas hay que se escapen de algun azar. Libréme del daño que pudiera suceder, ó en que ya me vi, pero no de las manos de un alguacil que se habia llegado al ruido, y como me vió ir corriendo, asíme; mas yo con mucha presteza le dije: ¿Qué hace vuesamerced? ¿Quiere que muramos ambos á las manos dese demonio que está en esa casa? Huya, y póngase en cobro; que viene matando á cuantos encuentra. El me soltó y dió á correr, porque como habia oido decir del demonio del pozo, como yo se lo afirmé, se confirmó en ello. Yo no paré hasta llegar á tomar descanso á la sombra de dos amigos, Hércules y César, que están en dos altísimas columnas á la entrada del alameda que hizo aquel gran caballero don Francisco Zapata, conde de Barajas, que tantas deshizo en Sevilla. Pero no acabaron aquí las de aquella noche; que estando descansando, sentí á las

espaldas de la calle de la Garbancera, en un malvar muy alto que allí se hace, un ruido muy grande, moviéndose las malvas sin ver quién las movía, que por ser de noche y estar solo en lugar muy sujeto á melancolía, me causó alguna; mas llegándome cerca con la espada desenvainada, no vi cosa sino el movimiento de las malvas y algun ruido entre unas piedras que habia en el malvar, hasta que salieron fuera luciendo una culebra y un gato: la culebra procurando ceñir al gato por el cuerpo, y el gato puesto sobre los piés, y hiriendo á la culebra con las uñas por entre las conchuelas, que duró algun espacio; pero la culebra, no pudiendo resistir las uñas del gato, se tornó á sus malvas, y el gato, como diestro, dando un salto, le cogió la delantera, y con el mismo movimiento mascándole la cabeza, retiróse ántes que la culebra le diese con todo el cuerpo; y lo hiciera si no se retirara, porque con el golpe dió en unas piedras con la parte del lomo, adonde tiene la fuerza, de que no pudo más moverse, y llegando el gato, la acabó de matar. Dióme qué considerar la destreza del gato, viendo cuán cierta tiene la herida más que los demas animales; por donde yo fui aficionado desde allí á los gatos, habiendo sido siempre enemigo dellos; porque aunque no tienen tanto conocimiento ni amor como los perros, son de gran seguridad contra las sabandijas que se aparecen en las casas. Yo me fui á reposar aquella noche, admirado y corrido del doblez que tan pesadamente usó conmigo aquella mi enamorada, que lo sea del diablo y no del que salió del pozo; que la apacibilidad que promete el rostro de una mujer hermosa sea capaz de tan pesado engaño, y que con tanta facilidad se rinda á un mal consejo, es cosa que aun no acabo de creerla. Que se apiade un hombre á unas lágrimas de una mujer, es mucha nobleza; pero que ella las finja por mal fin, parece abominacion. Rendirse á la hermosura es cosa natural; pero rendirse la hermosura al engaño es contra razon, y aun contra naturaleza; y que un ánimo como el de un hombre que hace cara á un ejército entero, se rinda á una mujer, que huye de un raton, es cosa que espanta. Dios me libre de sus revueltas y me guarde de sus dobleces; que aun si gustó suelen tenerlos, por dar á entender que son queridas y desdeñosas, que las aman y que no lo estiman, que las regalan y que ellas hacen burla de quien las sirve.

DESCANSO QUINTO.

Yo no quedé tan seguro de lo pasado, que no fuese necesario vivir con mucho cuidado de las tretas de aquel valiente; porque si ántes estaba sentido del despojo de la tajante hoja, despues lo estuvo de haber salido tan á su costa la burla que pensó hacerme. Yo, para más seguridad mia, acudí á favorecerme de la casa de un gran caballero que está junto á *Omnium Sanctorum*, en la feria, que en todas mis travesuras y sucesos me fué amparo y refugio. Envióme á desafiar el valiente con un valiente amigo suyo. Estando yo en la dicha casa del señor marqués del Algaba don Luis de Guzman, y sus criados, que tenia muchos y muy honrados, me quitaron de la obligacion, por ser mis amigos; que por la descortesía de haber perdido el respeto á la casa, le enviaron á la suya sin narices,

dejando la espada, broquel y daga para merienda de los mozos de cocina. Hizo de manera el malsin (mal fin le dé su suerte) que vino á saber un alcalde de la justicia, grande enemigo mío (si estaba engañado Dios lo sabe), que yo habia pegado fuego á la casa de su daifa, que por andar celoso injustamente de mí, por momentos me llevaba preso, y aunque yo procuré siempre vencerle en cortesía y quitarle la ocasion que lo traía con pecho vengativo, como debia de tener el ánimo poco noble, no hacia caso del buen término y humildad de que yo usaba con él; que los ánimos poco levantados en viéndose superiores á su enemigo procuran vengarse como pueden, sin mirar si les está bien ó mal; mas los valerosos ánimos, con ser señores de la venganza, tienen por grandeza no hacer caso della. Este que digo, en viendo que pudo satisfacer á su bárbaro apetito con la relacion que le dió mi enemigo, luego puso por obra la ejecucion de sus malas entrañas, haciendo corchete y explorador á la misma parte, que tuvo barto cuidado de seguirme los pasos: de modo que yo lo vine á saber por medio de amigos suyos y míos. Sabido esto, que el alcalde de la justicia, habiendo incriminado el delito diciendo que era incendiario, como hombre que no tenia más de una oreja, y esa inficionada, no admitió advertencia ni consejo que se le daba, dijo que me habia de sacar de la iglesia en cualquiera que me hallase, porque el delito de incendiario era muy grave. No lo hiciera el que ahora está en el mismo oficio, que es justísimo juez, cristiano y discreto, y de gran consideracion en cuanto dice y hace, no precipitado ni arrojado, sino muy templado y considerado en todas sus acciones, Justino de Chaves; que hay algunos jueces; aunque pocos, que no quieren dejar delito para el tribunal de Dios; que parece que los elige el demonio para hacer por manos dellos lo que no puede por las suyas, que se las tiene Dios atadas. En sabiendo que este juez andaba conmigo tan tirano, mudéme de traje con un vestido viejo y malo para andar disfrazado; yo le traía junto á su persona una espía que me avisase de todo; porque yo no me apartaba de *Omnium Sanctorum*, donde el sacristan era mi amigo, con quien habia tratado lo que debia hacer si viniese á sacarme. Vino á avisarme desto el amigo, y que para esta empresa traía consigo al Toledanillo, corchete endiablado, y yo juré que le habia de hacer una burla que me habia de llevar á cuestras á mi casa. Luego pareció venir con tanta priesa, que por poco no pudiera ejecutar mi traza. Dí al sacristan capa, ropilla y espada, quedándome en un jubon viejo y sucio, y atándome á la cabeza un lienzo muy roto y ensangrentado, echéme entre unos pobres muy asquerosos que estaban á la puerta pidiendo limosna: llegó muy furioso á buscarme en la iglesia; el sacristan cerró la iglesia ántes que llegase, y juró, y con verdad, que no habia en toda ella retraído ni otra gente, sino aquellos pobres que á nadie dejaban oír misa, y que si quería sacar algun retraído, él se lo daría en las manos, echándolos de allí. Luego él comenzó á echarlos, diciéndoles: Vosotros algunos delincuentazos debeis de ser. Y á mí, porque dijo el sacristan que estaba tullido y que no podía menearme, le dijo al Toledanillo que me llevase de allí, habiéndole dicho el sacristan que yo tenía mucho dinero de que se podia aprovechar; con que le puso

codicia de llevarme á cuestras. Mientras que su amo andaba revolviendo los altares y coro y esteras de la sacristía, yo le iba diciendo: En verdad, señor, que me huelgo que no entrásedes allá, porque aquel hombre que van á sacar tiene jurado de mataros, que sabiendo que sois muy hombre, él lo es tanto, que tiene ya dos corchetes en sal, y lo mismo hará de vos si os coge. Bien voy aquí desa manera, dijo el Toledanillo; y yo: Dáos priesa ántes que envíe por vos el teniente; y él lo hizo de muy buena gana, porque esta gente, ó porque no les va nada en ello, ó porque quieren guardar su vida, huyen de semejantes peligros. El amo, como no halló la presa que buscaba, y porque el sacristan le dijo que se le daría pacíficamente, no llamó al Toledanillo. El me llevó paseando por toda la alameda y el barrio del Duque hasta la calle de San Eloy, donde era mi posada: yo animábale, diciendo que, fuera de que se lo habia de pagar muy bien, hacia una obra de misericordia. Venian dos conocidos míos tras él pereciendo de risa, y él no osaba preguntarles de qué se reían, hasta que, llegando adonde le pareció que ya estaba fuera de peligro, preguntóles: ¿De qué se ríen voacédes? Ellos le respondieron sonriendo: De la carga que lleváis, que es el que ibades á sacar de la iglesia. El, sobresaltado, soltóme luego en el suelo; y yo encarándome á él, le dije: Pues qué, ¿pensaba el ladrón que habia de cogerme el dinero? Agradezca que no le visité las tripas por el pescuezo cuando me traía á cuestras hecho san Cristóbal. En este tiempo andaba el señor juez riñendo con el sacristan porque le diese el retraído. El dijo: Ya yo cumplí mi palabra con dársele al Toledanillo, que lo llevó á cuestras. Riéronse tanto los circunstantes con la burla hecha al Toledanillo, por ser tan bravo corchete, que se olvidó el enojo del juez por lo que le alcanzaba de la burla, viendo la que se habia hecho á su corchete; y él por no dar á entender su corrimiento, disimuló por la parte que le tocaba. Esto es para que los ministros de justicia entiendan que ni todo ha de suceder como ellos quieren, ni los delincuentes lo han de remitir todo á las manos, como suelen en Sevilla, ni hacer resistencias; que si una vez sucede bien, treinta les sucede mal. Los jueces nunca pierdan el respeto á los templos, porque les sucede lo que á los perros que andan buscando la vida, que si muchas veces comen, alguna los vienen á coger entre puertas. Debe proceder el juez con los delincuentes de manera, que no parezca que la justicia y venganza se conforman para un fin; que se han de averiguar las verdades oyendo á ambas partes: ni ha de creer que uno es malo porque se lo diga quien no es bueno. Juez apasionado no lo ha de ser en su negocio propio, porque la pasion hace mayores los delitos del enemigo. Como es dificultoso juzgar por malo aquello que nos deleita, así es imposible juzgar por bueno lo que aborrecemos; que mal podrá guardar la autoridad de la ley quien quiere hacerla de su condicion en odio ó en amor. Muy confuso se halla un juez cuando le apelan la sentencia que dió con pasion, no siendo ya señor della. Los delincuentes han de usar de todos los medios humanos y divinos ántes que hacer una resistencia, y quien la hace en confianza del favor que tiene, merece que le falte cuando lo ha menester, como sucede. No puede haber causa, si no es por salvar la vida, que obligue á

un hombre á tan bárbaro delito, que no se halla sino en hombres desconfiados de la vida y honra. La humildad con los ministros de justicia arguye valor y ánimo noble, en que consiste el fundamento de la paz y concordia. Y si á los tales que se persuade á que son poderosos para cuanto quieren los tratamos con soberbia, ¿cómo podremos conservarnos con ellos? Huir dellos cuando nos siguen no es falta de ánimo, sino reconocimiento de superioridad, y el que dellos es bien considerado, huiégase de ver que el delincuente le tiene respeto en huir ó en retraerse, sin querer perseguirle ni apretarle más de lo que es justicia y razon. Yo no pude hacer buen amigo deste hombre; y así, me determiné, por no resistirme ni huir, de hacerle esta burla, que se tuvo por acertada tanto como reida; con que él me dejó y el otro se sosegó en perseguirme. Yo para quietarme de todo, determiné de armarle á algún favor poderoso en cuya sombra pudiera descansar. Andaba entónces en Sevilla un gran príncipe de gallardísimo talle, muy gentil hombre de cuerpo, hermoso de rostro, con gran mansedumbre de condicion y consumada bondad, más de ángel que de hombre, amiguísimo de hacer bien, amado y admirado en aquella república por estas y otras muchas partes que en su persona resplandecian, sobrino del arzobispo que entónces era en Sevilla, que era marqués de Denia. Yo me determiné de buscar modo como entrar en la gracia deste príncipe, y comunicándolo con cierto amigo, le dije: No es posible sino que este gran señor me ha de recibir en su favor y gracia. ¿En qué lo echais de ver? dijo mi amigo. Y respondí yo: En que yo le soy grandemente apasionado y perpetuo historiador de sus admirables virtudes; y no es posible sino que la constelacion que me obliga á este excesivo amor, á él le incline á serme agradecido. Sucedióme como yo me lo tenía imaginado; porque estando en el corral de los Naranjos, y pasando por allí este gran príncipe, me determiné á hablarle lo más cortesmente que yo pude y supe. Paró el coche y oyóme con entrañas piadosísimas, haciéndome la merced que yo deseaba, mandándome que le viesse. Recihido en su gracia, no me sucedió cosa mal en Sevilla, ni mis émulos tuvieron brio ni atrevimiento más contra mí; que el favor de los príncipes y grandes señores es poderoso para vivir con quietud en la república quien quiere ampararse de su valor y reclinarse á su sombra. Y es cordura el hacerlo, aunque no sea más de por imitar sus nativas costumbres, que exceden con gran ventaja á las de la gente ordinaria; que como en las plantas las más bien cultivadas dan mejor y más abundante fruto, así entre los hombres, los más bien instruidos dan mayor y más claro ejemplo de vida y costumbres, como son los príncipes y señores criados desde su niñez en costumbres loables, no derramados entre la ignorancia del libre vulgo; que entre los caballeros está y se usa la verdadera cortesía: dellos se aprende el buen trato y la crianza con lo que se debe dar á cada uno: en ellos se halla la discreta disimulacion y paciencia, y cuando há lugar el perderla; que como tratan siempre con gente que sabe, todos saben. Los que huyen el trato de los caballeros no pueden entrarse en la verdadera nobleza, que consiste en la práctica, y no en la teórica, y con ella se aprende el respeto que

se les ha de tener para tratar con la nobleza ignorada de todo el vulgo.

DESCANSO SEXTO.

Estuve en Sevilla algun tiempo viviendo de noche y de dia inquieto con pendencias y enemistades, efetos de la ociosidad, raiz de los vicios y sepulcro de las virtudes. Torné en mí, y halléme muy atras de lo que habia profesado; que en la ociosidad no solamente se olvida lo trabajado, pero se hace un durísimo hábito para volver á ello. El que pierde caminando la verdadera senda, cuanto más se aleja, tanto más dificultosamente vuelve á cobrarla; el que hace costumbre en la ociosidad, tarde ó nunca olvida los resabios que della se siguen. En cuatro cosas gasta la vida el ocioso: en dormir sin tiempo, en comer sin sazón, en solicitar quietas, en murmurar de todos. Llórame el corazon gotas de sangre cuando veo prendas de valerosos capitanes y de doctísimos varones rendidas á un vicio tan poltron como la ociosidad: quejase el ocioso de su desdicha, y murmura de la dicha del que con gran diligencia ha vencido la fuerza de su fortuna: tiene envidia de lo que él pudiera haber granjeado con ella. El ocioso ni come con gusto ni duerme con quietud ni descansa con reposo; que la flojedad viene á ser verdugo y azote del dejamiento y pereza del ocioso. Determiné de apartarme deste vicio tan poltron que en Sevilla me arrastraba, y para esto tuve modo de pasar á Italia en servicio del duque de Medina-Sidonia, que en un galeon aragones enviaba mucha parte de sus criados á Milan. Alcanzada esta buena gracia, detúveme en Sevilla hasta que fué tiempo de partir. En este espacio vinieron algunos portugueses de los que en Africa se habían hallado en aquel desdichado conflicto del rey Sebastian, muchos de los cuales rescató Felipe II. Trabé amistad con algunos dellos, y como tienen tanta presteza en las agudezas del ingenio, pasé con ellos bonísimos ratos. Estaba un caballero portugues amigo mio haciéndose la barba con un mal oficial, que con mala mano y peor navaja le rapaba de manera que le llevaba los cueros del rostro. Alzó el suyo el portugues, y le dijo: *Senhor barbero, si desfollades, desfollades dulcemente; mais si rapades, rapades muito mal.* Estando un amigo mio y yo á la puerta de una iglesia que se llama *Omnium Sanctorum*, pasó un caballero portugues con seis pajes y dos lacayos muy bien vestidos á la castellana, y quitándose la gorra á la iglesia, quitámosela nosotros á él usando de cortesía. Volvió como afrentado, y me dijo: *Ollai, senhor castillano, non vos tirei á vos á barreta, senaon á ó Santissimo Sacramento.* Dije yo: Pues yo se la quité á vuesa merced. Compungido desta respuesta, dijo el portugues: *Ainda vos á tirei á vos, senhor castillano.* Venía por la calle del Atambor un portugues con un castellano, y como el portugues iba enamorando las ventanas, no vió un hoyo, donde metió los piés y se tendió de bruza. Díjole el castellano: Dios te ayude; y respondió el portugues: *Ja naon pode.* Estando jugando tres castellanos con un portugues á la primera, los engañó agudísimamente, que habiéndole dado, despues de quinoleada la baraja, cincuenta y cinco, dijo con desprecio del naípe entre sí, como lo pudiesen oír: *Os anhos de Mafoma.* Los demás, que estaban bien puestos y lo viéron pasar, envidaron su resto: él quiso, y echando el uno cincuenta,

y los demas lo que tenian, arrojó el portugues sus cincuenta y cinco puntos, y arrebatóles el resto. Dijo el uno dellos : ¿Cómo dijo vuesamerced que tenia los de Mahoma, que son cuarenta y ocho años, si tenia cincuenta y cinco? Respondió el portugues : *Eu cuidei que Mahoma era mas velho*; yo pensé que Mahoma era más viejo. Otros excelentísimos cuentos y agudezas pudiera traer, que por evitar prolijidad los dejo. Vino en este tiempo una grandísima peste en Sevilla, y mandóse por materia de estado que matasen todos los perros y gatos porque no llevasen el daño de una casa á otra. Yo, procurando asentar mi vida, fuíme á Sanlúcar á casa del duque de Medina-Sidonia, y navegando por el rio, fué tanta la abundancia de gatos y perros que habia ahogados en todas aquellas quince leguas, que algunas veces fué necesario detener el barco ó echarlo por otra parte.

DESCANSO SETIMO.

Embarcámonos en Sanlúcar no con mucho tiempo. Pasámos á vista de Gibraltar por el Estrecho, que lo era tanto por alguna parte, que con la mano parecia poderse alcanzar la una y otra parte. Vimos el Calpe, tan memorable por la antigüedad, y más memorable por el hachero ó atalaya que entónces tenia y muchos años despues, de tan increíble y perspicaz vista, que en todo el tiempo que él tuvo aquel oficio la casta de Andalucía no ha recibido daño de las fronteras de Tetuan, porque en armando las galeotas en Africa, las veia desde el Peñon, y avisaba con los hachos ó humadas. Yo soy testigo que, estando una vez en el Peñon algunos caballeros de Ronda y de Gibraltar, dijo Martin Lopez, que así se llamaba el hachero : Mañana al anocheecer habrá rebato, porque se estan armando galeotas en el rio de Tetuan, que son más de veinte leguas; y yo creo que por mucho que se encarezcan las cosas que hizo con la vista Lince, que fué hombre y no animal, como algunos piensan, no sobrepujaron á las de Martin Lopez : realmente lo temian más los cosarios que al socorro que contra ellos venia. Quiero de paso declarar una opinion que anda derramada entre la gente poco aficionada á leer, engañada en pensar, que lo que llaman columnas de Hércules sean algunas que él mismo puso en el estrecho de Gibraltar; con otro mayor desalumbamiento, que dicen ser las que mandó poner en la alameda de Sevilla don Francisco Zapata, primer conde de Barajas; pero la verdad es que estas dos columnas son la una el Peñon de Gibraltar, tan alto, que se disminuyen á la vista los bajeles de alto bordo que pasan por allí; la otra columna es otro cerro muy alto en Africa, correspondientes el uno al otro. Dícelo así Pomponio Mela, de *Situ orbis*. Volviendo al propósito, digo, que pasamos á la vista de Marbella, Málaga, Cartagena y Alicante, hasta que engolfándonos llegámos á las islas Baleares, donde no fuimos recibidos, por la ruin fama que habia de peste en poniente : de manera que desde Mallorca nos asestaron tres ó cuatro piezas. Faltónos viento, y anduvimos dando bordos en aquella costa hasta que vimos encender quince hachos, que nos pusieron en mucho cuidado, porque como en Argel se cundió la fama de la riqueza que llevaba el galeon de un tan grande príncipe, salieron en corso quince galeotas á buscarnos, que hicieron mucho daño á toda la

costa, y lo pudieran hacer en nosotros si el viento les favoreciera, permitiéndolo Dios. Con el aviso que nos dieron de las atalayas engolfámonos, fortificando las obras muertas y las demas partes que tenian necesidad con sacas de lana y otras cosas que para el propósito se llevaron. Repartieronse los lugares y puestos como les pareció á los capitanes y soldados viejos que el galeon llevaba. Puestos en órden, aguardámos las galeotas, que ya se venian descubriendo con el suyo de media luna, que como al galeon le faltaba el viento, y ellos venian valerosamente batiendo los remos, llegaron tan cerca, que nos podíamos cañonear. Estando ya con determinacion de morir ó echarlas á fondo, disparó nuestro galeon dos piezas tan venturosas, que desaparecieron una de las quince galeotas, y en el mismo punto nos vino un viento en popa tan desatado, que en un instante perdimos de vista las galeotas. Esforzóse el viento tan demasiadamente, que nos quebró el árbol de la mesana, rompiendo las velas y jarcias de lo demas con tanta furia, que nos puso en ménos de doce horas sobre la ciudad de Frigus en Francia; y sobreviniendo otro viento contrario por proa, anduvimos perdidos, volviendo hácia atras con la misma priesa que habíamos caminado. El galeon era muy gran velero y fuerte, bastante para no perdersnos; y con solo el trinquete de proa pudimos vandearnos con la gran fortaleza del galeon. Al tercero dia de la borrasca comenzó la popa á desencajarse y á crujir á modo de persona que se queja. Con esto comenzaron á desmayar los marineros, determinados de dejarnos y entrarse de secreto en el barcon que venia amarrado á la popa; pero siendo sentidos de los soldados que no venian mareados, se lo estorbaron. Viendo el peligro, todos determinámos de confesarnos y encomendarnos á Dios; pero llegando á hacerlo con dos frailes que venian en el galeon, estaban tan mareados, que nos daban con el vómito en las barbas y pecho; y como las ondas inclinaban el navío á una parte y á otra, caian los de la una baula sobre los de la otra, y luego aquellos sobre estos otros. Andaba una mona saltando de jarcia en jarcia y de árbol en árbol, hablando en su lenguaje, hasta que, pasando una furiosísima ola por encima del navío, se la llevó y nos dejó á todos bien refrescados. Anduvo la pobre mona pidiendo socorro muy grande rato sobre el agua, que al fin se la tragó. Llevaban los marineros un papagayo muy enjaulado en la gavia, que iba diciendo siempre : ¿Cómo estás, loro? Como cautivo, perro, perro, perro; que nunca con más verdad lo dijo que entónces. Apertónos Dios de revuelta segunda vez junto á Mallorca á una isleta que llaman la Cabrera, y al revolver de una punta, yendo ya un poco consolados, nos arrojaron unas montañas de agua otra vez en alta mar, donde tornámos de nuevo á padecer la misma tormenta. Algunos de los marineros cargaron demasiadamente, y echáronse junto al fagon del navío por sosegar un poco : sopló tan recio el viento, que les echó el fuego encima que tenian muy guardado, que á unos se les entró en la carne, y á otros les abrasó las barbas y rostro, quitándoles el sueño y adormecimiento del vino. Yo me vi en peligro de morir, porque al tiempo que se quebró el árbol de la mesana, por temor del viento habíamos atado mis camaradas y yo el transportin al árbol, y cuando se quebró arrojó el transportin en alto y á cada uno por su parte.

Yo quedé asido al bordo del galeon, colgado de las manos por la parte de afuera, y si no me socorrieran presto, me fuera al profundo del agua; y si se rompiera cuatro dedos más abajo, con la coz nos echara hasta las nubes. Mareáronse los marineros, ó la mayor parte dellos. Estábamos sin gobierno, aunque venía entre ellos un contra maestre muy alentado, con una barbaza que le llegaba hasta la cinta, de que se preciaba mucho, y subiéndolo por las jarcias hacía la gavia á poner en cobro su papagayo, con la fuerza del viento se le desanudó la barbaza, que llevaba cogida, y asiéndose á un cordel de aquellos de las jarcias, quedó colgado della, como Absalon de los cabellos. Pero asiéndose, como gran marinero, al entena, lo sumergió tres veces por un lado por la mitad del navio, y pareciera si otro marinero no subiera por las mismas jarcias y le cortara la barbaza, que dejándola anudada donde se habia asido, y ayudándole, bajó vivo, aunque muy corrido de verse sin su barba. Tornámos á proejar lo mejor que fué posible, quejándose siempre la popa; y al fin tomámos el puerto de la Cabrera, isleta despoblada, sin habitantes, ni comunicada sino es de Mallorca cuando traen mantenimientos para cuatro ó cinco personas que guardan aquel castillo fuerte y alto, más porque no ocupen aquella isla los turcos que por la necesidad que hay dél. Habia estado marcado todo este tiempo el mayordomo ó contador que gobernaba los criados del Duque, y volviendo en sí, fué luego á visitar lo que venía á su cargo, y hallando ménos ciertos pilones de azúcar, como no parecieron, dijo: Yo sabré presto quien los comió, si están comidos; y fué así, porque el día siguiente comenzaron á dar á la banda todos, que no se daban mano á vaciar lo que habian henchido; que como habian medido tan abundantemente del azúcar, les corrompió el vientre en tanto extremo, que en quince días no volvieron en su primera figura. Al contra maestre no le vimos el rostro en muchos días, por verse desamparado de la barbaza, que debe ser en Grecia de mucha calidad una cola de frison en la barba de un hombre. Al fin nos recibieron en aquella isleta, que por falta de comunicacion no sabian que veniamos de tierra apestada, y aunque lo supieran nos recibieran por ver gente, que los tenían por fuerza sin ver ni hablar sino con aquellas sordas olas que están siempre batiendo los peñascos donde está el castillo edificado. Detuvimosnos allí quince ó veinte días, ó más, haciendo árboles, reparando jarcias, remendando velas, padeciendo calor entre mayo y junio, sin haber en toda la isleta donde valerse contra la fuerza del calor, ni fuente donde refrescarnos, sino el algibe ó cisterna de donde bebían los pobres encerrados. Esta isleta es de seis ó siete leguas en circuito, toda de piedras, muy poca tierra, y esa sin árboles, sino unas matillas que no suben arriba de la cintura. Hay unas lagartijas grandes y negras que no huyen de la gente; aves, muy pocas, porque, como no hay agua donde refrescarse, no paran allí.

DESCANSO OCTAVO.

Como el calor era tan grande, y yo he sido siempre fogoso, llamé á un amigo, y fuimos saltando de peña en peña por buscar algun lugar que ó por verde ó por húmedo nos pudiese alentar y aliviar de la navegacion y trabajo pasado, de que salimos muy necesitados.

Yendo saltando de una peña en otra, espantados de ver tan avarienta á la naturaleza en tener aquel sitio con tan cansada sequedad, trajo una bocanada de aire tan celestial olor de madre selvas, que pareció que lo enviaba Dios para refrigerio y consuelo de nuestro cansancio. Volví el rostro hacía la parte de oriente de donde venía la fragancia, y vi en medio de aquellas continuas peñas una frescura milagrosa de verde y florida, porque se vieron de lejos las flores de la madre selva tan grandes, apacibles y olorosas como las hay en toda Andalucía. Llegámos saltando de piedra en piedra como cabras, y hallámos una cueva en cuya boca se criaban aquellas cordiales matas de celestial olor; y aunque era de entrada angosta, allá abajo se extendia con mucho espacio, destilando de lo alto de la cueva por muchas partes un agua tan suave y fria, que nos obligó á enviar al galeon por sogas para bajar á recrearnos en ella. Bajámos, aunque con dificultad, y hallámos abajo una estancia muy apacible y fresca, porque del agua que se destilaba se formaban diversas cosas, y hacían á naturaleza perfectísima con la variedad de tan extrañas figuras: habia órganos, figuras de patriarcas, conejos y otras diversas cosas que con la continuacion de caer el agua se iban formando á maravilla: desta destilacion se venía á juntar un arroyuelo que entre muy menuda y rubia arena convidaba á beber dél, lo cual hicimos con grandísimo gusto. El sitio era de gran deleite, porque si mirábamnos arriba, veíamos la boca de la cueva cubierta de las flores de madre selva que se descolgaban hacía abajo, esparciendo en la cueva una fragancia de más que humano olor. Si mirábamnos abajo el sitio donde estábamos, veíamos el agua fresca y aun fria, y el suelo con asientos donde podíamos descansar en tiempo de tan excesivo calor, con espacio para pasearnos. Enviámos por nuestra comida y una guitarra, con que nos entretuvimos con grandísimo contento, cantando y tañendo como los hijos de Israel en su destierro. Fuéronos á la noche á dormir al castillo, aunque siempre quedaba guarda en el galeon. Dijimos al castellano cómo habiamos hallado aquella cueva, que era un hombre de horrible aspecto, ojos encarnizados, pocas palabras y sin risa, que dijeron haber sido cabeza de bandoleros, y por esto lo tenían en aquel castillo siendo guarda dél. Y respondiéndonos en lenguaje catalan muy cerrado: Mirad por vosotros; que tambien los turcos saben esa cueva; no fué parte esta advertencia para que dejásemos de ir cada día á visitar aquella regalada habitacion, comiendo y sesteando en ella. Hicimoslo diez ó doce días arreo. Habiendo un día comido, y estando sesteando, vimos asomar por la boca de la cueva bonetes colorados y alquiceles blancos: pusimonos en pié, y al mismo punto que nos vieron, de que venian descuidados, dijo uno en lengua castellana muy clara y bien pronunciada: Rendios, perros. Quedaron mis compañeros absortos de ver en lengua castellana bonetes turcos: Dijo el uno: Gente de nuestro galeon debe de ser, que nos quieren burlar. Habló otro turco, y dijo: Rendi presto; que torco extar. Pusieron los tres compañeros mano á las espadas, queriéndose defender. Yo les dije: ¿de qué sirve esa defensa, si nos pueden dejar aquí anegados á pura piedra, cuanto más con las escopetas que vemos? Y á ellos les dije: Yo me rindo al que habló español, y todos á todos; y vuesasmercedes

pueden bajar á refrescarse, ó si no subirémosles agua, pues somos sus esclavos. Dijo el turco español: No es menester; que ya bajamos. Rogámos á Dios interiormente que lo supiesen en el galeon, obedeciendo á nuestra fortuna mis compañeros muy tristes y yo muy en el caso; porque en todas las desdichas que á los hombres suceden no hay remedio más importante que la paciencia. Yo, aunque la tenía, fingiendo buen semblante, sentía lo que puede sentir el que, habiendo sido siempre libre, entraba en esclavitud. La fortuna se ha de vencer con buen ánimo; no hay más infeliz hombre que el que siempre ha sido dichoso, porque siente las desdichas con mayor aflicción. Deciales á mis compañeros que para estimar el bien era menester experimentar algun mal, y llevar este trabajo con paciencia para que fuese menor. Púseme á recibir con buen semblante á los turcos que iban bajando, y en llegando al que hablaba español, con mayor sumisión y humildad, llamándole caballero principal, dándole á entender que lo había conocido; de que él holgó mucho, y dijo á los turcos sus compañeros que yo le conocía por noble y principal, porque él, como despues supe, era de los moriscos más estimados del reino de Valencia, que se había ido á renegar, llevando muy gentil pella de plata y oro. Viendo que aprovechaba la lisonja de haberle llamado caballero y noble, proseguí diciéndole más y más vanidades, porque él venía por cabo de dos galeotas suyas que de las quince habían quedado por falta de temporal escondidas en una caleta, adonde aquel mismo día nos llevaron maniatados, sin tener remedio por entónces; y zongorreando con la guitarra, apartóme mi amo y dijo de secreto: Prosigue en lo que has comenzado; que yo soy cabo destas galeotas, y á mí me aprovechará para la reputacion y á tí para buen tratamiento. Hicelo con mucho cuidado, diciendo, como que él no lo oyese, que era de muy principales parientes, nobles y caballeros. Fué tan poca nuestra suerte, que les vino luego buen tiempo, y volviendo las proas hacía Argel, iban navegando con viento en popa sin tocar á los remos. Quitáronnos el traje español y nos vistieron como miserables galeotes; y echados al remo los demas compañeros, á mí me dejó el cabo para su servicio. Por no ir callados con el manso viento que nos guiaba me preguntó mi amo cómo me llamaba, quién era y qué profesion ú oficio tenía. A lo primero le dije que yo me llamaba Márcos de Obregon, hijo de montañeses del valle de Cayon. Los demas, por ir ocupados en oír cantar á un turquillo, que lo hacía graciosamente, no pudieron oír lo que tratábamos; y así, le pregunté, ántes de responderle, si era cristiano ó hijo de cristiano; porque su persona y talle y la hermosura de un moeito hijo suyo daban muestras de ser españoles. El me respondió de muy buena gana, lo uno, porque la tenía de tratar con cristianos, lo otro, porque los demas iban muy atentos al musiquillo; y así, me dijo que era bautizado, hijo de padres cristianos, y que su venida en Argel no fué por estar mal con la religion, que bien sabía que era la verdadera, en quien se habían de salvar las almas: sino que yo, dijo, nací con ánimo y espíritu de español, y no pude sufrir los agravios que cada dia recibía de gente muy inferior á mi persona, las supercherías que usaban con mi persona, con mi hacienda, que no era poca, siendo yo descendiente de muy

antiguos cristianos, como los demas que tambien se han pasado y pasan cada dia, no solamente del reino de Valencia, de donde yo soy, sino del de Granada y de toda España. Lastimábame mucho, como los demas, de no ser recibido á las dignidades y oficios de magistrados y de honras superiores, y ver que durase aquella infamia para siempre, y que para deshacer esta injuria no bastase tener obras exteriores y interiores de cristiano; que un hombre que, ni por nacimiento ni por partes heredadas ó adquiridas se levantaba del suelo dos dedos, se atreviese á llamar con nombres infames á un hombre muy cristiano y muy caballero; y sobre todo, ver cuán lejos estaba el remedio de todas estas cosas. ¿Qué me podrás tú decir á esto? Lo uno, respondí yo, que la Iglesia ha considerado eso con mucho acuerdo; y lo otro, quien tiene la fe del bautismo no se ha de rendir ni acobardar por ningun accidente y trabajo que le venga para apartarse della. Todo esto te confieso, dijo el turco, pero ¿qué paciencia humana podrá sufrir que un hombre bajo, sin partes ni nacimiento, que por ser muy oscuro su linaje se ha olvidado en la república su principio y se ha perdido la memoria de sus pasados, se desvanezca, haciéndose superior á los hombres de mayores merecimientos y partes que las suyas? Desas cosas, respondí yo, como Dios es el verdadero juez, ya que consienta el agravio aquí, no negará el premio allá, si puede haber agravio, no digo en los estatutos pasados en las cosas de la Iglesia, que eso va muy justificado, sino en la intencion dañada del que quiere infamar á los que ve que se van levantando y creciendo en las cosas superiores y de mayor estimacion. Ellos, dijo el moro, como ni pueden llegar á igualar á los de tan grandes merecimientos, tomando ocasion de prevaricar los estatutos con su mala intencion, no para fortificarlos ni para servir á Dios y á la Iglesia, sino para preciarse de cartas viejas, como dicen, y pareciéndoles que es una grande bazaña levantar un testimonio, derraman una fama que lleva la envidia de lengua en lengua, hasta echar por el suelo aquello que ve más encumbrado; que como su origen fué siempre tan oscuro, que no se vió sugeto en él que lo ennobieciese, y á la pobreza nadie le tiene envidia, quédanse sin saber qué son, teniéndolos por cristianos viejos, por no ser conocidos, ni tener noticia que tal gente hubiese en el mundo. La Iglesia, dije yo, no hace los estatutos para que se quite la honra á los prójimos, sino para servirse la religion lo mejor que sea posible, conservándola en virtud y bondad conocida. Ibame á replicar mi amo; pero dejando el turquillo de cantar, díjome que callase, y tornóme á preguntar lo primero: respondile á todo con brevedad, diciendo: Yo soy montañés de junto á Santander, del valle de Cayon, aunque nací en el Andalucía; llámome Márcos de Obregon; no tengo oficio, porque en España los hidalgos no lo aprenden, que más quieren padecer necesidades ó servir que ser oficiales; que la nobleza de las montañas fué ganada por armas, y conservada con servicios hechos á los reyes, y no se han de manchar con hacer oficios bajos; que allá con lo poco que tienen se sustentan, pasando lo peor que pueden, conservando las leyes de hidalguía, que es andar rotos y descoñidos, con guantes y calzas atacadas. Yo haré, dijo mi amo, que sepais oficio muy bien. Y respondió un com-

pañero de los míos que estaba al remo : Eso á lo ménos no lo baré yo, ni se ha de decir en España que un hidalgo de la casa de los Mantillas usó oficio en Argel. Pues, perro, dijo mi amo, ¿estás al remo y tratas de vanidades? Dadle á ese hidalgo cincuenta palos. Suplico á vuesamerced, dije yo, perdone su ignorancia y desvanecimiento; que ni él sabe más, ni es hidalgo, ni tiene más dello que aquella estimacion, no cuanto á hacer las obras de tal, sino cuánto á decir que lo es por comer sin trabajar; y no es el primer vagamundo que ha habido en aquella casa, si es della; y á él le dije : Pues bárbaro, ¿ estamos en tiempo y estado que podamos rehusar lo que nos mandaren? Ahora es cuando hemos de aprender á ser humildes, que la obediencia nos ata la voluntad al gusto ajeno. La voluntad subordinada no puede tener eleccion. En el punto que un hombre pierde la libertad no es señor de sus acciones. Solo un remedio puede haber para ser un poco libre, que es ejercitar la paciencia y humildad, y no esperar á hacer por fuerza lo que por fuerza se ha de hacer. Si desde luego no se comienza á hacer hábito en la paciencia, harémoslo en el castigo; que el obedecer al superior es hacerlo esclavo nuestro. Como la humildad engendra amor, así la soberbia engendra odio. La estimacion del esclavo ha de nacer del gusto del señor, y este se adquiere con apacible humildad. Aquí somos esclavos, y si nos humilláremos á cumplir con nuestra obligacion, nos tratarán como á libres, y no como á esclavos. ¡ Oh qué bien hablais, dijo nuestro amo, y cómo he gustado de encontrar contigo para que seas maestro de mi hijo! Que hasta que encontrase un cristiano como tú no se le he dado, porque por acá no hay quien sepa la doctrina que entre cristianos se enseña á los de poca edad. Por cierto, dije yo, él es tan bella criatura, que quisiera yo valer y saber mucho para hacerle grande hombre; pero fáltale una cosa para ser tan hermoso y gallardo. Estuvieron atentos á esto los demas moros y preguntó el padre : ¿ Pues qué le falta? Respondí yo : Lo que sobra á vuesamerced. ¿ Qué me sobra á mí? dijo el padre. El bautismo, respondí yo, que no lo ha menester. Fué á arrebatár un garrote para pegarme, y al mismo compas arrebaté yo al muchacho para reparar con él. Cayósele el palo de las manos; con que rieron todos, y al padre se le templó el enojo que pudiera tener descargando el palo en su hijo. Fingióse muy del enojado, por cumplir con los compañeros ó soldados, que realmente lo tenían por grande observador de la religion perruna ó turquesa, aunque yo lo sentí, en lo poco que le comuniqué, inclinado á tornarse á la verdad católica. ¿ Por qué, dijo, pensais que vine yo de España á Argel, sino para destruir todas estas costas, como lo he hecho siempre que he podido? Y tengo de hacer mucho más mal de lo que he hecho. Como lo sintieron enojado, quisieron echarme al remo; y él dijo : Dejadlo, que cada uno tiene obligacion de volver por su religion, y este cuando sea turco hará lo mismo que hace ahora. Si haré, dije yo, pero no siendo moro; y para sosegar más su enojo, mandóme que tomase una guitarra que sacámos de la cueva : hicelo, acordándome del cantar de los hijos de Israel cuando iban en su cautiverio. Fuéron con el viento en popa mientras yo cantaba en mi guitarra, muy alegres, sin alteracion del mar ni estorbo de enemigos, hasta que descubrieron las torres de la costa de Argel, y lue-

go la ciudad, que como los tenían por perdidos, hicieron grandes alegrías en viendo que eran las galeotas del renegado. Llegaron al puerto, y fué tan grande el recibimiento por verle venir, y venir con presa, que le hicieron grandes algazaras, tocaron trompetas y jabeabas, y otros instrumentos que usan más para confusion y bulla que para apacibilidad de los oídos. Saliéronle á recibir su mujer y una hija, muy española en el tallo y garbo, blanca y rubia, con bellos ojos verdes, que realmente parecia más nacida en Francia que criada en Argel; algo aguileña, el rostro alegre y muy apacible, y en todas las demas partes muy hermosa. El renegado, que era hombre cuerdo, enseñaba á todos sus hijos la lengua española; en la cual le habló la hija con alguna ternura de lágrimas, que corrian por las rosadas mejillas; que como les habian dado malas nuevas, el gozo le sacó aquellas lágrimas del corazon. Yo les hice una humillacion muy grande, primero á la hija que á la madre, que naturaleza me inclinó á ella con grande violencia. Díjele á mi amo : Yo, señor, tengo por muy venturosa mi prision, pues junto con haber topado con tan grande caballero, me ha traído á ser esclavo de tal hija y mujer, que más parecen ángeles que criaturas del suelo. ¡ Ay, padre mio, dijo la doncella, y qué corteses son los españoles! Pueden, dijo el padre, enseñar cortesía á todas las naciones del mundo; y este esclavo es en mayor grado, porque es noble, hijodalgo montañés y muy discreto. Y cómo lo parece, dijo la hija; pues ¿ por qué lo trae con tan mal traje? Hágale vuesamerced que se vista á la española. Todo se hará, hija mia, respondió el padre; reposemos ahora el cansancio de la mar, ya que habemos venido libres y salvos.

DESCANSO NUEVE.

Hallé un agradable albergue en hija y madre; pero mucho más en la hija, porque como habia oido decir á su padre muchos bienes de España (que siempre lo ausente es más deseado), la tenía muy codiciosa de ver cosas de España y los habitantes della; que naturaleza la llevaba por este camino. Regalábame más que á los demas esclavos; pero yo servia con más gusto que ellos, así por lo que habia visto como porque no iba de mala gana á Argel, por ver un hermano mio que estaba cautivo en él; y fui venturoso en que ántes que preguntase por él supe que habia incitado á otros esclavos para que, tomando un barco, despues de haber muerto á sus amos, se arrojasen á la fortuna, ó por mejor decir, á la voluntad de Dios; y no atreviéndose los demas, él puso en ejecucion su intento, y sucedióle tan bien, que vino á España, y despues murió sobre Jatelet; que si supieran ser mi hermano, quizá yo lo pasara mal. Yo serví á mis amos con el mayor gusto y diligencia que podia, y mi servicio les era más grato que el de los otros cautivos, porque hacia de la necesidad virtud; y como al principio les gané la voluntad, con facilidad los conservé despues : tratábalos con mucho respeto y cortesía, martirizando mi voluntad y forzándola á lo que no era inclinado, que es á servir; que á los hombres naturalmente libres el tiempo y la necesidad les enseña lo que han de hacer. Sufría más de lo que mi condicion me enseñaba; que el rendirse á la fuerza yo creo que es de ánimos valerosos y nobles. Poco valor y ménos prudencia tiene el que no sabe obedecer al tiempo. Servir bien

quien por fuerza ha de servir, es ganarle á la fortuna por la mano; y obedecer mal al superior, es poner en duda el gusto y la vida. Y al fin vive con seguridad quien hace lo que puede sirviendo. Aunque yo me veía regalado de misamos, no por eso dejaba de repartir el favor con los demas cautivos, y ellos conmigo su trabajo; y para sosegar la envidia se han de hacer estas diligencias y otras mayores; que no hay gente que más se gobierne por ella que esclavos, perseguidores de sus iguales y solapadores de la honra y hacienda de sus dueños. Pocos he visto de los que han pasado por este miserable estado, que no tengan algun resabio infame. Junto con el buen tratamiento que se me hacia, eché de ver en mi alma la doncella que siempre que pasaba por donde pudiese verla hacia movimiento en el color del rostro y en el movimiento de las manos; que parecia alguna vez que tocaba tecla. Al principio atribuílo á la mucha honestidad suya; pero con su perseverancia y con la experiencia que yo tenia de semejantes accidentes, que no era poca, le conocí la enfermedad. Mandábame un millon de cosas cada día, que ni á ella le tocaba el mandarlas ni á mí el hacerlas; pero yo confieso que me holgaba en el alma de servirla y de que me mandase muchas más: todas cuantas niñerías venían á mis manos ó yo hacia, venían á parar en las suyas, diciendo que eran de España; tanto, que una vez, parándosele el rostro como una amapola, me dijo, que cuando no hubiera venido de España otra cosa sino quiérase las daba, bastaba para ella; y luego echó á correr y se escondió. Yo con estos favores entermecíame demasíadamente; pero miré el estado en que me veía, y que habiendo de buscar la libertad del cuerpo, iba perdiendo la del alma, y que el menor daño que me podía suceder era quedar me por yerno en casa: volvía sobre mí y me reprendía conmigo á solas; pero cuanto más me contradecía hallaba en mí menos resistencia; y el remedio destas pasiones más consiste en dejarlas estar que en escarbarlas, buscando el olvido ó camino para él. Echaba de ver que al tiempo que estas pasiones entran en un hombre, le arrebatan de modo que le dejan incapaz para otra cosa; y aunque me persuadia á que por entre tener me podía llevar aquella dulce carga, la experiencia me habia enseñado que el amor es rey, que en dándole posesion se alza con la fortaleza; pero hacíame contradiccion en mí propio, pensar cómo podia ser desagradoecido quien siempre se preció de lo contrario? Aunque para esto se me ponía por delante la sospecha que podían tener los padres si veían alguna demostracion de buena correspondencia; apartábame desto estar entre enemigos de la nacion y de la fé; el acudir mal al amor que el padre me mostraba, que me habia entregado su hijo para que le enseñase; y sobre todo y más que todo, no ser ella bautizada. Resolví me al fin de que aunque me abrasase no habia de mirarla con cuidado. La pobre doncella, que sintió novedad en mí, llevólo con mucha melancolía de corazon, abatimiento de ojos, arcaduces y lumbreras del alma, color mudado de rostro, suspension en las palabras y encogimiento en el trato. Preguntábale qué tenia, y respondia que era enfermedad que ni la habia tenido ni conocido, ni sabia decir qué fuese. Preguntábale si queria alguna cosa: respondia que era imposible lo que deseaba, que era solamente ver á España; y esto, entre risa y tristeza, vino á ser melanco-

lía: de manera que hizo cama contra su voluntad, porque no podia ser visitada de quien ella queria, ni entraban allá sino es las mujeres solamente y aquellos eunucos, gente vigilantísima que, como sea para quitar el gusto, sirven con gran cuidado; que estas doncellitas no tienen experiencia del mundo ni saben gobernar sus pasiones y apetitos. En faltándoles aquello que miran con buenos ojos y mejor voluntad, les parece que les ha faltado cielo y tierra, y se rinden á cualquier borron por satisfacer á las ansias que padecen; y así, las que usan de ser miradas, es lo más sano ó casarlas ó quitarles la ocasion de ver y ser vistas: más impresion hace la pasion en la sangre nueva que en los pechos que se han de guardar. A los sembrados si cuando están granados les falta el agua, no les hace mucha falta; pero si les falta cuando están tiernos, luego se marchitan y paran amarillos; y todas las cosas naturales van por este camino. Las doncellas ignorantes de querer y olvidar, con cualquiera disfavor se marchitan, como hizo esta doncellita, á quien yo queria más de lo que ella pensaba.

DESCANSO DIEZ.

Al fin, comenzaron á curar de melancolía á esta doncellita aplicándole mil medicamentos que la echaban á perder, que, como era tan amable por su hermosura y condicion, supose en toda Argel su enfermedad con mucho sentimiento de todos. Yo, sabiendo la causa de su melancolía tan bien como de mi pena y disimulacion, pensando cómo podria verla y consolarla, propuse entre mí que habia de decirle amores en presencia del padre y de la madre sin que lo sintiesen, y que ellos me habian de llevar para el mismo efeto; y con esta seguridad dije á mi amo que yo habia aprendido en España de un gran varon unas palabras que dichas al oído sanaban cualquiera melancolía, por profunda que fuese; pero que se habian de recibir con grande fe, y decirse al oído sin que nadie las oyese sino sola la persona paciente. El padre me dijo: Sane mi hija, y sea como fuere. La madre con las mismas ansias y deseo me pidió que luego se las dijese. Entré adonde las mujeres estaban acompañando la enferma lo más limpio y aseado que pude; que la limpieza y curiosidad ayuda siempre á engendrar amor; y entrando el padre y la madre, la dijeron: Hija, ten buen ánimo y mucha fé con las palabras; que aquí viene Obregon á curarte de tu melancolía; y mandando que todos se apartasen, yo me llegué con mucho respeto y cortesía al oído de la paciente, diciéndole el siguiente ensalmo: Señora mia, la disimulacion destes dias no ha sido causada del olvido ni por tibieza de voluntad, sino recato y estimacion de vuestra honra; que más os quiero que la vida que me sustenta; y con esto aparté me della; y luego con un donaire celestial abrió aquellos divinos ojos, con que alentó los corazones de todos los circunstantes, diciendo: ¿Es posible que tan poderosas palabras son las de España? Porque habia seis dias que no se le habian oido otras tantas. Pero todo esto vino á resultar en disgusto mio; porque á la fama de la cura, que se habia divulgado, otras melancólicas de diversos accidentes quisieron que las curase, sin saber yo cómo lo podria hacer, ni el origen de sus enfermedades más de lo dicho. Holgáronse todos, y alabaron la fuerza de las palabras, la cortesía y hu-

mildad con que yo las había dicho. La doncelluela quiso levantarse luego por la fuerza del ensalmo; pero yo dije: Ya vuesamerced la comenzado á convalecer, y no es bien que tan presto se gobierne como sana: estése queda, que yo volveré á decir estas palabras y otras de mayor excelencia cuando vuesamerced fuere servida y mi señor diere licencia. Así lo hice muchas veces hasta que se levantó, y á mí un testimonio, que fué decir que tenía gracia de curar melancolía. Holgáronse de verla sana, y yo mucho más que todos, como aquel que la amaba tiernamente. En ese mismo tiempo habia estado enferma de melancolía una señora principal, moza y muy hermosa, casada con un caballero muy poderoso en el pueblo; y habiendo estado enferma, vino á quedar con tan grande melancolía, que á nadie quería ver ni hablar. Pues como llegó á oídos del marido la salud que habia cobrado la hija de mi amo, enviéle á decir que le llevase allá aquel esclavo que curaba de melancolía. Mi amo, por darle gusto, medijo: De buena ventura has de ser, porque me ha enviado á decir Fulano, que es caballero de grandes partes, y que vale mucho en Argel y con el gran Turco, que te lleve á curar á su mujer de melancolía, que por ser gallarda y hermosa te holgarás de verla. Oh señor, dije yo, no me mande vuesamerced eso; que si una vez lo hice fué por ver á vuesamerced apasionado por la enfermedad de su hija; y bien sabe cuán mal se recibe por acá lo que se dice y hace en virtud de la verdadera religion. Espor fuerza, dijo, el hacerlo; que importa mucho tenerlo grato. Señor, dije yo, vuesamerced me excuse con él; que no con todas personas hacen las palabras un mismo efeto; que es necesario tener con ellas tanta fe como tuvo su hija de vuesamerced, y esta señora no la ha de tener. Trájele otras muchas causas excusándome, por ver si podía escaparme. El fué á hablar al caballero por disculparme, y cuanto más me excusaba, tanto más porfiaba en ello, hasta que dijo, si no quería ir, que me llevase arrastrando á palos. Pobre de mí, dije yo, ¿quién me hizo cirujano ó médico de melancolías? ¿Qué se yo de recetas y de ensalmos? ¿Cómo podré salir ahora deste trance tan riguroso? Que ó ella ha de quedar sin melancolía, ó yo tengo de padecerla toda mi vida. Decille amores como á la otra, ni yo podré, ni ella me los entenderá, ni su enfermedad es deste género; pues decille al oído cosas de santos y de la verdadera religion será doblarle más la enfermedad, y á mí los palos, aunque Dios es poderoso para hacer pan de las piedras y de los paganos cristianos. Al fin, me resolví con un gentil ánimo, llevando á mi amo por lengua, y él á mí por escorzonera; y para más acertarla cura cogí debajo de la saltambara una guitarra, procurando con todas las fuerzas posibles salir con la cura, y para esto poner todos los medios necesarios; y así, entrando con muy desenvuelto semblante, alentándome, le dije: Vuesamerced, señora, sin duda sanará, porque las palabras que yo digo solamente son para curar á las muy hermosas, y vuesamerced es hermosísima. Tengo esperanza que saldrá bien con la salud, y yo con la cura. Recibió bien este ensalmo, que es eficazísimo con las mujeres. Y luego le dije: Tenga vuesamerced grande fe en las palabras, y póngase en la imaginación que ya ha ahuyentado el mal. Hicele estar con gran fe suya y suspensión de todos: llegándome á ella, que estaba con la imaginación muy en el caso, díjela al

oído un grandísimo disparate que aprendí oyendo artes en Salamanca, y fué:

*Barbara Colarent Darij serio Paradipton,
Caelantes dabitis Fapesmo frisesorum.*

Y luego sacando la guitarra le canté mil disparates que ni ella los entendia ni yo se los declaraba. Fué tanta la fuerza imaginativa suya, que ántes que de allí me saliese quedó riendo y rogándome que volviese allí muchas veces y que le diese aquellas palabras escritas en su lengua. Yo di gracias á Dios de verme libre de este trance y busqué modo para no curar más; pero como habia cobrado fama, si algunas veces acudian, fingia que me daba mal de corazon, y así me escapaba. Mas réstame por decir los celos que tuvo mi ama la moza, que pensando le habia dicho á la otra las mismas palabras que á ella, estaba llorando de celos: apaciguéla en pudiéndola hablar; que, como era doncella de pocos años y ménos experiencia, todo lo creia; y queriéndola yo con todo el extremo del mundo, me pesaba que mis celos le diesen un mínimo disgusto. Dijele un dia que sus padres estaban fuera de casa, con la confianza que de mí hacian, y habiéndome dicho que podia hablar delante de las criadas, porque no entendian la lengua: Señora mía, ¿qué desdicha nuestra y buena suerte mia hizo que, siendo vos un ángel en hermosura, en años tierna, y en cordura y madurez muy prudente, hayais entregado vuestro gusto y voluntad á un hombre cargado de años, desnudo de partes y merecimientos? ¿Que, siendo digna de lo mejor y más granado del mundo, no refuseis de recibir en vuestro servicio á un hombre rendido y subordinado á cuantos daños la fortuna le quisiere hacer? Que una sabandija arrojada de la furia del mar, maltratado de golpes de fortuna en misera esclavitud, haya hallado tan soberano albergue en vuestro sencillo pecho? Que el blanco donde todos tienen puestos los ojos y las entrañas haya recibido en las suyas á quien se contentara con ser perpetuamente su esclavo? Que presupuesto que nunca en mí ha habido imaginacion de llegar á manchar á vuestra castidad, ni el deseo se extenderá á tal, con tan grandes y no merecidos favores me levanto á pensar que soy algo, no siendo capaz de que vuestros ojos se humillen á mirar mi persona. Encendido el rostro en un finísimo carmín, temblándole las manos y encogiendo el cuerpo con la fuerza de la honestidad, me respondió desta manera: A lo primero os digo, señor mio, que no sé responder, porque ello se vino sin cuidado ni eleccion, ni saber por qué ni cómo. A lo segundo, que no haber mirado en lo que por acá me podia estar bien, digo que despues que supe de mi padre haber sido bautizada, luego aborrecí lo que por esta parte me podia venir. Y si yo fuese tan dichosa que viniese á ser cristiana, no desearia más desto y lo que tengo presente; y sacando un lienzo como para limpiarse el rostro, se lo cubrió como reprimiéndose de haber respondido con libertad. Quedóle como el azucena entre las rosas, y yo mudo con solamente mirar y contemplar aquella honestidad enamorada los efetos que hacia tan fuera del ordinario. Recogíme porque sentí venir por la calle sus padres, y tomando la guitarra canté: ¡Ay bien logrados pensamientos míos! Holgáronse mis amos de hallarme cantando; que como él tenia en el corazon las cosas de España se regalaba con oír canciones españolas. Eché

de ver de las palabras de la doncella y de otros accidentes que ya habian sentido, lo que yo me traia entre ojos, que me iban regalando para heredero de la hija y de las galeotas. Yo daba leccion al hijo y lo instruia lo mejor que podia en las costumbres cristianas, que el padre no lo rebusaba, aunque armaba contra cristianos, haciendo grandísimos daños en las costas de España y en las islas Baleares. Con esta ocasion gozaba algunos ratos de buena conversacion con la hija, y con mucha cortesía y miramiento, sin que pudiese notarse cosa que no fuese muy honesta y limpia. Mas como estas cosas nunca se gozan y poseen sin azares y contradicciones, se entró el diablo en el corazon de una vieja, cautiva de muchos años, entresacada de dientes, de mala catadura, grande boca, labio caído á manera de oveja,uelas pocas ó ningunas, lagrimales llenos de alhorre, contrachecha de cuerpo, y tan mal acondicionada, que se andaba siempre quejando de los amos, diciendo que la mataban de hambre; y porque yo no la regalaba y no le daba lo que no tenia, dió en poner mal nombre á la sencillez de la doncella y la cortesía con que yo la trataba, por donde los padres la pusieron silencio en hablarme, con harta reclusion y aprieto; que le pareció á aquella maldita vieja que, congratándose con los amos por este camino pasaria mejor vida que hasta entónces; pero no nos sucedió como pensaba; porque como el amor es tan grande escudriñador de secretos, á pocos lances di alcance á la chisma de la esclava, y al momento hice que lo supiese la hija, que como era tan querida de sus padres, creyeron cuanto dijo contra ella: de manera que nunca más entró donde estaban las mujeres, ni comió ni bebió á gusto en el tiempo que yo estuve allí: justo pago de la chisma. Y si todos los que la llevan fuesen mal recibidos y peor pagados, vivirían las gentes en más paz y quietud; que si los chismosos supiesen cual dejan aquel á quien llevan la parlería, más querrian ser entónces mudos que habladores; y los que los oyen, si quieren estar en el caso, bien echarán de ver que no la traen por bien que quieren al que la oye, sino por querer mal á aquel de quien la dicen, y por vengar sus odios por manos ajenas. La chisma es un congratamiento engendrado en pechos ruines, que da pesadumbre al que la oye y desacredita al que la trae. A todas las gentes del mundo es justo guardarles secreto, sino al chismoso. A tres personas ofende la chisma, al que lo dice, á quien se dice y de quien se dice. Esta lastimó á los padres é hizo la vieja odiosa y atormentó á la pobre doncella, y á mí me privó por entónces del regalo que me hacian y la estimacion con que me trataban. El renegado era hombre cuerdo, y aunque usó con la hija de aquel rigor, conmigo disimuló, sin darme á entender cosa de su enojo hasta enterarse de la verdad del caso; pero hizo que me hujase á servicios viles, como era traer agua y otras cosas semejantes, más por ver mi sentimiento ó humildad que porque perseverase en ello. Yo, que le entendí muy bien, hice con grandísimo gusto y llaneza cuantas cosas me mandaba, malas ó buenas, procurando de desvelallo del cuidado con que vivia; que para desarraigar del pecho una sospecha que se arremete á la honra, es menester usar de mil estratagemas que ni lo parecen ni se aparten mucho de la verdad. Mudar de alegría en el semblante es novedad que se echa de ver.

Hacer más servicios de los ordinarios, dan ocasion de averiguar la sospecha. El medio que se ha de guardar con sola humildad y paciencia se adquiere, y aun ese no ha de exceder el trato ordinario. Hice todo cuanto se me mandaba, sin diferencia del gusto y pesadumbre con que ántes lo haria. Iba con mucha humildad por agua á una fuente que llaman del Babason, agua muy delgada y de grande estimacion en aquella ciudad; de donde se proveen grandísima cantidad de jardines, viñas y olivares de grande provecho y recreacion. Contóme un turco, estando allí, que no se sabe de dónde nace ni por dónde viene aquella agua; porque, habiéndola traído de lo alto de aquellos montes y sierras dos turcos y dos cautivos con inmenso riesgo, el rey ó virey que entónces era les pagó su trabajo con darles garrote porque en ningún tiempo revelasen el secreto con que pudieran quitarles el agua que tan provechosa es á la ciudad; que sitiada una fuerza, el mayor daño que puede recibir para que se rinda ó se tome es quitarle el agua. Y viven con tanto recato, que cualquiera virey procura saber alguna nueva invencion para mayor fortificacion de su ciudad; en tanto extremo, que el viérnes cuando van á sus mezcuitas dejan encerradas las mujeres y los esclavos con gran seguridad de traicion, porque solos los hombres van al templo, dejando bien cerradas sus casas y seguras sus mujeres. Y parece con sola esta relacion que seria muy fácil hablar á la doncella estando encerrada por defuera y entrando los cautivos á servir á las mujeres tambien encerradas; pero no es así, porque ellos van tan descuidados de daño secreto ó público, dejando tan fuerte guarda para la defensa de sus casas, que aunque el demonio pudiese dar lugar á la ejecucion del deseo, seria más fácil saquear toda la ciudad que hacer traicion en una casa particular; porque dejan por guarda un género de hombres que ni lo son para ese efeto ni lo parecen en el rostro; que ó por preciarse de fidelísimos ó porque otros no hagan lo que, aunque no se parece, se viene á parecer de que ellos están privados, son tan vigilantes en la guarda de lo que se les encomienda, que por ningún camino admiten descuido ni engaño. Y aunque quisiera valerme dél, por tener ya noticia y conocimiento de la invencible entereza destos monstruos artificiales, no quise ponerme en probarlo; ántes el mismo eunuco ó guardadamas me reprendia porque no queria entrar adonde las mujeres estaban, como persona que ya estaba avisado del caso; á que yo le respondia que yo no habia de hacer lo que no se usaba en mi tierra, ni se permitia que los hombres se mezclasen con las mujeres. Y en resolucion, yo me goberné con tanta fineza con esta espía, que no hallaron en qué tropezar; que era lo que mi amo deseaba; y el eunuco, por mala condicion que tenia, estuvo siempre bien conmigo; que este género de gentes está en la república muy infamado de mal intencionado, no sé si con razon, porque la libertad de que usan en no disimular cosa, ántes creo que les queda de ser siempre niños más que de ser mal intencionados. Esto se entiende acerca de los que no profesan la música; que en los que la profesan he visto muchos cuerdos y muy virtuosos, como fué Primo, racionero de Toledo, y como es Luis Onguero, capellan de su majestad, y otros desto modo y traza, que por evitar prolijidad callo.

DESCANSO ONCE.

Muy contento mi amo de la bondad de su hija, y satisfecho de mi fidelidad, tornaron las cosas á su principio, y yo á la reputacion y estimacion en que me solian tener. La doncelluela realmente andaba un poco melancólica, la madre muy arrepentida de verla disgustada: de manera que la hija se retiraba della, haciéndose de la enojada y regalona. La madre andaba pensando cómo darle gusto, buscando modos para alegrarla y desenojarla, porque andaba con un ceñuelo con que á todos nos traia suspensos, á mí de amor, y á los demas de temor no enfermase de aquella pesadumbre. Al fin, como procuraban volvella á su gusto y tenerla alegre, dijo la madre á mi amo que me mandase decirle aquellas palabras contra la melancolia; que no hallaba con qué alegralla sino con ellas. Mandóme-lo, y yo les dije: Sin duda esta tristeza debe de nacer de algun enojo, y así, será menester decirselo muchas veces para desarraigarle del pecho la ocasion de su mal, haciéndole algunas preguntas con que, respondiendo ella, se sazone mejor su pena. Y así fué, que me dejaron un grande rato hablar con ella y decirle el ensalmo primero y otros mejores, á que ella respondia muy á propósito, quedando muy contenta de haberla dicho que la verdadera salud y contento y gusto del alma le habia de venir del agua del bautismo que su padre habia despreciado. Y despues de bien instruida en esto, me aparté de su persona, habiendo hablado y ella respondido media hora. Alegróse la madre de lo que veia, rogóme que le enseñase aquel ensalmo, á que yo le respondí: Señora, estas palabras no las puede decir sino quien hubiere estado en el estrecho de Gibraltar, en las islas de Riaran, en las columnas de Hércules y en el Mongibelo de Sicilia, en la sima de Cabra, en la mina de Ronda y en el corral de la Pacheca; que de otra manera se verán visiones infernales que atemoricen cualquier persona. Dije estos y otros muchos disparates, con que se le quitó la gana de saber el ensalmo. Yo, aunque tenia con esto algun entretenimiento, al fin andaba como hombre sin libertad en miserable esclavitud entre enemigos de la verdadera religion y sin esperanzas de libertad, por donde el amor se iba aumentando en la doncella, y menguando en mí, como pasion que quiere pechos y ánimos vagamundos y ociosos, desocupados de todo trabajo y virtud; pues ¿qué efeto puede hacer un amor holgazán en un alma trabajadora? Qué gusto puede tener quien vive sin él? ¿Cómo puede hacer á su dama terroro quien lo está hecho á los golpes de la fortuna? Cómo saldrán dulzuras de la boca por donde tantos tragos de amargura entran? Al fin, el amor quiere ser solo, y que acudan á él solo mozos sin obligaciones, sin prudencia y sin necesidad, y aun en estos es vicio y distraimiento para la quietud del cuerpo y del alma, cuanto más en un hombre subordinado á tantos trabajos, mirado de tantos ojos, temeroso por tantos testigos. Yo andaba muy triste, aunque muy servicial á mi amo y á todas sus cosas, con tanta solicitud y amor, que iban las obligaciones cada dia creciendo con el amor de mis amos; pero pesábale de verme andar triste y sin gusto; que aunque no se parecia en el servicio, echábase de ver en el rostro; y así, llegándose el dia de San Juan de junio, cuando los moros, ó por

imitacion de los cristianos, ó por mil yerros que en aquella secta se profesan, hacen grandísimas demostraciones de alegría con invenciones nuevas á caballo y á pié, me dijo el renegado: Ven conmigo, no como esclavo, sino como amigo; que quiero que con libertad te alegres en estas fiestas que hoy se hacen al profeta Ali, que vosotros llamais san Juan Bautista, para que te diviertas viendo tan excelentes jinetes, tantas libreas, marlotas de seda hechas un asca de oro, turbantes, cimarras, gallardos hombres de á caballo vibrando las lanzas con los brazos desnudos y aliñados: mira la bizarría de las damas, tan adornadas de vestidos y pedrerías, cómo favorecen con mucha honestidad á los galanes, haciendo ventana, dándoles mangas y otros favores: mira las cuadrillas de grandes caballeros, que llevando por guia á su virey, adornan toda la ribera así del mar como de los rios; cuán gallardamente juegan de lanzas, y despues de arrojadas, con cuánta ligereza las cojen del suelo desde el caballo. A todo esto yo estaba reventando con lágrimas, sin poderme contener ni disimular la pena y sentimiento que aquellas fiestas me causaban; á que volviendo los ojos mi amo, y viéndome deshecho en lágrimas, me dijo: Pues en el tiempo donde todo el mundo se alegra, no solamente entre moros, sino en toda la cristiandad, y en una mañana donde todos se salen de juicio por la abundancia de alegría, ¿estás limpiando lágrimas? Cuando parece que el mismo cielo da nuevas muestras de regocijo, ¿lo celebras tú con llanto? ¿Qué ves aquí que te pueda disgustar ó que no te pueda dar mucho contento? La fiesta, respondí yo, es milagrosa de buena, y tan en extremo grado, que por alegrísima me hace acordar de muchas que he visto en la corte del mayor monarca del mundo, rey de España. Acuérdomme de la riqueza y bizarría, de las galas y vestidos, de las cadenas y joyas que esta mañana resplandecen en tan grandes príncipes y caballeros. Acuérdomme de ver salir á un duque de Pastrana una mañana como esta á caballo, con un semblante más de ángel que de hombre, elevado en la silla, que parecia centauro, haciendo mil gallardías y enamorando á cuantas personas le miraban; de aquel gran cortesano don Juan Gaviria, cansando caballos, arrastrando galas, haciendo cosas de muy valiente y alentado caballero; de una prenda suya que en tiernos años ha subido á la cumbre de lo que se puede descarr en razon de andar á caballo; de un don Luis de Guzman, marqués de Algora, que hacia temblar las plazas adonde se encontraba con la furia desenfrenada de los bramantes toros; de su tio el marqués de Ardales, don Juan de Guzman, ejemplo de la braveza y gallardía de toda caballería; de un tan gran príncipe como don Pedro de Médicis, que con un garrochon en las manos ó mataba un toro ó lo rendia; del conde de Villamediana, don Juan de Tasis, padre y hijo, que entre los dos hacian pedazos un toro á cuchilladas; de tanto número de caballeros mozos, que admiran con el atrevimiento, vencen con la presteza, enamoran con la cortesía; que como tras desta mañana se sigue otro dia la fiesta de los toros, acuérdomme de todo en confuso; fiesta que ninguna nacion sino la española ha ejercitado ni ejercita, porque todos tienen por excesiva tenacidad atreverse á un animal tan feroz, que ofendido se arroja contra mil hombres, contra caballos y lanzas y garro-

chones, y cuanto más lastimado tanto más furioso; que nunca la antigüedad tuvo fiesta de tanto peligro como esta; y son tan animosos y atrevidos los españoles, que aun heridos del toro se tornan al peligro tan manifesto, así peones como jinetes. Si hubiese de contar las hazañas que en semejantes fiestas he visto, y traer á la memoria los ingenuos caballeros que igualan en todo á los nombrados, así en valor como en calidad, sería oscurecer esta fiesta y cuantas en el mundo se hacen. Díjome aquí el ermitaño: ¿Pues cómo no hace vuesamerced mención de la que hizo en Valladolid don Felipe el Amado en el nacimiento del príncipe nuestro señor? Respondí yo: Porque no habia de contar yo en profecía lo que aun no habia pasado; pero esa fuera la más alegre y rica que los mortales han visto, y donde se muestra la grandeza y prosperidad de la monarquía española; que si el otro emperador vicioso hacia cubrir con limaduras de oro el suelo que pisaba saliendo de su palacio, con el oro que sulió aquel día en la plaza la podía cubrir toda como con cargas de arena. Y si para engrandecer la braveza de Roma dicen que en la batalla de Cánas, en la Pulla, se hinchieron tres moyos de las sortijas de los nobles; con las cadenas, sortijas y botones de aquel día se podian llenar treinta anegas, esto sin lo que quedaba en las casas particulares guardado. Estuvieron aquel día todos los embajadores de los reyes y repúblicas esperando la grandeza de España y la flor y valor de la caballería, que los dejó suspensos y en éxtasis de ver la gallardía con que se jugó de los garrochones, revolviendo los caballos; que aunque herir á espaldas vueltas es mucha gala, como lo usan otras naciones en cazas de leones y otros animales, este día hubo quien esperó en la misma puerta del toril cuando con más furia y velocidad sale el toro, y le mató cara á cara con el garrochon, que fué don Pedro de Barros; y aunque esto tiene mucha parte de atrevimiento y ventura, tambien la tiene de conocimiento y arte, que enseña la experiencia con gentil discurso. Al fin, estas fiestas admiraron á los embajadores y al mundo, pero mucho más ver á un rey mozo, don Felipe III el Amado, siendo cabeza de su cuadrilla, guiar con tan grande sazon, cordura y valor, y enmendar muchas veces los juegos de cañas que los muy experimentados caballeros erraban; porque fué tanta la abundancia de caballos y cuadrillas, que no pudieron caber en la plaza, y con esta confusion algunas veces se descuidaban en el juego, que con la anciana prudencia del mozo Rey se tornaba á la primera perfeccion, que cierto parecia ir guiado de los ángeles; porque al fin fué el mejor hombre de á caballo que aquel día se mostró en la plaza. Despues acá se han cultivado grandes caballeros muy mozos y muy acertados, como don Diego de Silva, caballero de mucho valor, presteza y donaire, atrevidísimo con el garrochon en las manos, y su valeroso hermano don Francisco de Silva, que pocos dias há, sirviendo á su rey, murió como valentísimo soldado, y con él muchas virtudes que le adornaban; el conde de Cantillana, que con grandísimo aliento derriba muerto á un toro con el garrochon; don Cristóbal de Gaviria, excelentísimo caballero, y otros muchos que por no salir de mi propósito callo. Proseguimos en ver en la fiesta de los turcos y moros algunos muy grandes jinetes; pero no tan grandes como don Luis de Godoy, ni

como don Jorje Morejon, alcaide de Ronda, ni como el conde de Olivares mozo. Pero fué la fiesta alegrísima; que como gente que no ha de tener otra gloria sino la presente, la gozan con toda la libertad que se puede desear. Ultimamente vi á mis amas ya que la fiesta se iba acabando, que me pesó en el alma, no por vellas, sino por vellas tarde, que la doncellita estaba hecha ojos, no hacía la fiesta, sino hacía su padre, que viéndole á él me veía á mí. No pude negar á la naturaleza del vigor y aliento que de semejantes encuentros recibe. Hice del ignorante en su vista, y dije á mi amo que nos fuésemos, sabiendo lo que me habia de responder, como lo hizo, diciendo: Esperemos á mi mujer y hija para acompañarlas. Bajaron de una ventana donde estaban, y fuimos acompañándolas, la hija temblándole las manos y mudando el color del rostro, hablando con intercadencias. Díjole el padre: Ves aquí tu médico, hablale y agrádeccele la salud que suele darte. Preguntóme la madre qué me habia parecido de la fiesta. Hasta que vi á mis señoras, respondí, no vi cosa que, aunque eran buenas, me lo pareciese, porque la gracia, hermosura y talle de mi señora y de su hija yo no lo veo en Argel. Rióse el padre, y ellas quedaron muy contentas; que teniendo por este camino contenta á la madre, de buena gana me dejaba hablar con la hija. Pidióme la doncella un rosario en que iba rezando; díselo, y en pudiendo hablarla, la dije para qué era el rosario, y que si verdaderamente entregaba su voluntad á la Virgen, le abriria camino ancho y fácil para llegar á tanto bien como recibir la gracia del santo bautismo, que la doncella con grandes ansias deseaba; y que le habia yo de pedir cuenta de aquel rosario; que le guardase muy bien, y le rezase cada día; y así lo prometió hacer.

DESCANSO DOCE.

En este tiempo sucedió un notable y no usado hurto, delito castigadísimo entre aquella gente, de que se escandalizó toda la ciudad y causó mucha turbacion, por ser hecho al Rey ó Virey, y de moneda que tenia guardada para enviar al gran Señor. Y habiéndose hecho grandes diligencias, por ningun camino se pudo sospechar ni imaginar quién pudiese ser el autor, aunque un gran privado del Rey prometia grandísima cantidad de dineros, exenciones y libertades á quien lo descubriese. Dióse traza que de secreto y sin alboroto se fuesen escalando todas las casas, sin dejar salir á nadie de la ciudad, y no aprovechando cosa, me dijo mi amo: Si tú supieses algun secreto para descubrir este hurto, diciéndote quién lo hizo, sin que fuese por relacion de ningun hombre, yo te daria libertad y dineros. ¿Ha de faltar, dije yo, modo para eso, con una carta echadiza, sin firma ó con ella? Eso es lo que voy obviando, dijo mi amo, porque yendo con firma matarán á quien la diere y la firmare; y si va sin firma atormentarán á todo el pueblo para averiguar éuya es la letra, porque cualquiera aviso ha de llegar primero á las manos del ladron que á otra ninguna, porque es el mismo privado suyo; y si lo descubre algun hombre libre, le darán garrote, y si esclavo, le quemarán. Las premisas que yo tengo para esta verdad son grandes, y el conocimiento de la parte y de su crueldad es de muchos años; que aquí más tiemblan de Hazen, su privado, que del Rey; y

así, cualquiera modo de los ordinarios causará grandísimo daño en descubrirlo. Y pues siendo este el mayor enemigo que yo tengo, y aun toda la república, no lo descubro ni quiero que tú lo descubras, muy excesivos daños se han de seguir dello. Pues déjeme vuesa-merced, dije yo; que ya tengo traza para vengar á vuesa-merced y descubrir el hurto sin que nadie padezca, y deje de hacerlo como yo quisiere, con darme licencia para hacerlo á mi modo. Diómela, y tomando un tordo escogido con todas las partes que ha de tener para buen hablador, encerrélo en un aposento en su jaula, donde no pudiese oír pájaros que le perturbasen, y toda una noche y el día le estuve enseñando á decir: Fulano hurtó el dinero, Fulano hurtó el dinero. Dime tan buena maña, y él tenía tan buen natural, que dentro de quince días, en teniendo hambre, para pedir de comer decia: Fulano hurtó el dinero: de suerte que se servia de lo que le habia enseñado para todas sus hambres ó sed; que se habia olvidado de su canto natural. Aseguréme bien otros ocho dias para que el tordo se asentase bien en lo aprendido, y yo en la traza que llevaba ordenada, que fué importantísima para librar á más de cien hombres que tenían presos sobre el hurto, inocentes de la maldad, y entre ellos á muchos cautivos españoles y italianos y de otras naciones. Y así, viendo que mi tordo habia de ser libertador de tantos cristianos presos, un viérnes que habia de ir el Rey á la mezcquita, soltélo y díle libertad para que él la diese á los otros presos. Subióse á la torre con otros muchos tordos, y entre las algaravías de los otros, él comenzó muy apriesa á decir: Hazen hurtó el dinero; sin dejar de decirlo todo el día muy apriesa, como se veia en la libertad que deseaba. Fué á oídos del Rey lo que en la torre decia el tordo. Espantóse, y cuando vino la hora de llegar á la mezcquita, la primera cosa que oyó fué el nuevo canto de mi tordo, que muy á menudo decia: Hazen hurtó el dinero, Hazen hurtó el dinero. Asentósele luego que, pues habia sido tan secreto, debia de tener algo de verdad; que como son agoreros en gran manera, se le puso en los cascos que el gran Mahoma habia enviado algun espíritu de los que tiene junto á sí á declarar aquel caso porque no padeciesen tantos inocentes; pero por no arrojarse sin consejo á la averiguacion del caso, llamó ciertos agoreros ó astrólogos, que ya sabian lo que se habia cundido del tordo, y apretóles á que le dijiesen lo que sentian. Echaron su juicio, y vino tan bien con el del tordo, que prendió á su privado, y despues de haber confesado en la tortura y hallado todo el dinero, privó al privado de su privanza, desapareciéndolo con mucha aceptación y gusto de toda la ciudad, que estaban mal con él, no porque se supiese mal que á nadie hubiese hecho, que hasta esta maldad no se supo su malicia, sino por parecerles que todos los rigores que con ellos usaba el Virey eran por consejo del privado; que esta miseria padecen los que están en lugares supremos, que la envidia ó los derriba ó los desacredita, siendo así que los verdaderos privados en llegando á la grandeza que desean, con el amor y favor de sus reyes luego acuden á la conservacion de lo que han alcanzado con acreditarse haciendo bien á la república. Si bien en las grandes monarquías no puede dilatarse fácilmente esta verdad hasta que llegue á los que pueden ser jueces dello, para

que la manifiesten, sin que cualquiera se atreva á buscar autor á los daños ó inconvenientes que ó por pecados de los hombres ó por juicios de Dios secretos á nuestra capacidad, suceden en la república. Un moderno estadista, alegando otros antiguos, dice que el principe no se ha de dar en presa á su privado, que es no hacer tanto caso dél, que le fie su conciencia y sus acciones: doctrina contra la misma naturaleza, porque si cualquiera hombre particular naturalmente desea y tiene un amigo con quien, amándole, descansa y le descargue de algunos cuidados por la comunicacion, ¿por qué ha de estar el principe privado de este bien que los demas tienen? El principe valeroso, prudente y justo necesariamente ha de tener junto á sí privados de irreprehensible vida; porque si no lo fueren, ó los apartará de sí, ó le mancharán su buena reputacion; pero que sea conocidamente y con general aplauso recibida la opinion del principe por santa y justa, y que busquen en el privado qué reprender, téngolo por de ánimos mal contentos y aun mal intencionados, y que se reciba á mal que el privado crezca y medre en bienes y haciendas que los otros no pueden alcanzar. Considérese que en tan opulenta monarquía como la de España, de las migajas que se desperdician de la mesa del principe sobra no solamente para aumentar casas ya comenzadas y grandes, pero para levantarlas de muy profundas miserias á lugares altísimos. Los grandes monarcas, reyes y principes nacen subordinados al comun orden de la naturaleza y sujetos á las pasiones de amar y aborrecer, y han de tener amigos á quien naturalmente se inclinan; que las estrellas son poderosas para inclinar á un amigo más que á otro; que cuando estas amistades van por sola eleccion, no tienen aquella sazon y gusto que las otras; y siendo superiores los principes, como lo son, no han de elegir el privado á gusto ajeno, sino al suyo, y siéndolo, tambien lo será al gusto de los vasallos, cuyo bien pende del gusto bien ordenado del principe; y este se ha de seguir sin quebrarse la cabeza en condenar ni al uno ni al otro, ni juzgar si es malo ó bueno, siendo la norma por donde se han de regular los actos de la justicia, el gobierno de la república y la merced de los vasallos, el premio de los buenos y el castigo de los malos; cuanto más, que pues tienen dos ángeles de guarda, y el corazon del rey está en la mano del Señor, es de creer que los inclinarán al bien público y paz general; que las cosas que la ocasion ofrece de sucesos de fortuna no vienen ni tienen dependencia de la voluntad y administracion del privado, sino de los movedores del cielo, que son las causas segundas á quien la primera tiene dado su poder general, sino es cuando en su tribunal se ordena otra cosa. Bueno es que me confiese un hombre mal asentado y peor sentido del buen modo de juzgar, que comunicó treinta ó cuarenta años al que ó por sus méritos ó por sus diligencias ó por su ventura llegó á ser privado; y que habiéndolo alabado de virtuoso, apacible y discreto, amigo de hacer bien, en viéndolo privado, cuando más bien puede ejecutar su inclinacion, vuelva la hoja á desdorar lo que ántes doraba y adoraba; y venido á averiguar en qué funda su desestimacion, ó por mejor decir, su poca constancia en la amistad que ántes le tenia, no sabrá responder sino que es una especie de envidia fundada en el bien ajeno,

ó porque no le reparte con él, ó porque le pesa que lo tenga, ó por mal entendimiento y peor voluntad. Los privados de los grandes monarcas no pueden tener la memoria de todos los conocidos; basta que la tengan de los que hacen diligencia para ello; que los que son de mi condicion no tienen razon de quejarse del privado, pues ha de nacer su bien de su cuidado y diligencia, y no teniéndola, es la queja injustísima. Hay dos géneros de privados, unos que de principios humildes subieron á merecer entrarse en la voluntad de su príncipe, y estos quieren todo el bien para sí; otros que, siendo grandes señores, han sido muy aceptos y muy queridos de su rey, y estos, como nacieron príncipes, quieren repartir el bien con todos. Pero los unos y los otros se han de haber con su rey como la yedra con el árbol á quien se ase, que aunque siempre sube abrazada con él sin jamas dejarle, con todo eso nunca le estorba el fruto que naturalmente lleva; y así lo hacen los privados que comenzaron por grandes señores, que nunca le estorban al príncipe las acciones á que le obliga el lugar en que Dios le puso. Por donde yo creo, y por las razones dichas juzgo que parece que no se podrá engañar el rey en la eleccion del privado, pero podría engañarse el privado en la eleccion de los que le propusiere á su rey por capaces para la administracion de los cargos ó gobiernos, por estar en su noticia por tales no siéndolo: engaño en que como hombre se puede caer; y así, le importa para la conservacion de su crédito y reputacion vivir con cuidado, informándose de los que pueden ser jueces dello, para que si la eleccion no saliere tan acertada como se desea, á lo ménos se entienda que no fué acaso, ni por amistad ó antojo. Pero tornando á lo primero, digo que es terrible caso que quieran los estadistas privar al príncipe de tan grande gusto como es la amistad del privado á quien el príncipe naturalmente se inclina, siendo así que la voluntad está siempre obrando y tiene un blanco adonde mira más que á otro en todos los hombres del mundo, y adonde halla descanso y alivio.

DESCANSO TRECE.

Ofrece la ocasion algunas veces cosas que divierten del intento principal, como me ha sucedido en este paréntesis, dejando mi historia y tratando cosas que no son de mi profesion, mas de conforme naturaleza las dicta y ofrece. Habiendo sucedido en mi buena suerte salir con lo que se pretendia por el lenguaje de mi tordo, mi amo cumplió su palabra despues de haber cumplido el Virey la suya, y admirándose del secreto y prudencia con que el renegado se hubo en aquel caso, por donde excusó el daño de tanta gente como habia presa, que si no fuera por la sagacidad suya pereciera el primero, si no fuera por aquel camino, y muchos de los presos sin culpa. El me dió libertad con mucha voluntad, aunque contra la de su hija, que ya la vi muy inclinada á la verdadera religion, y al hermano, á quien yo habia persuadido la misma verdad: de manera que ambos á dos tenian deseo del bautismo; y aunque el padre no se daba por entendido, si lo sospechaba, porque aunque callaba, sin duda lo deseaba. Llamábase el muchacho Mustafá, y la hermana Alina, aunque despues que yo la pude comunicar y encaminarla á la verdad católica se llamó Maria. Tuve lugar de hablar con ella

á solas con mucho gusto, pero no en cosas lascivas; que nunca tuve intento de ofenderla; y por último, la aseguré, viniendo á España, que por todos los caminos posibles la avisaria de mi estado y la advertiria de lo que le convenia hacer para ser cristiana, como deseaba; que enterneciéndose más con su intento principal que conmigo, destiló algunas lágrimas de piedad cristiana y de rendida al amor honesto; con que siendo la última vez que la hablé, me despedí de su presencia para lo que era comunicarla más, y ella besando muchas veces el rosario que yo le habia dado, dijo que le guardaria para siempre. Dijome despues mi amo con muchas muestras de amor: Obregon, yo no puedo dejar de cumplir la palabra que te di, por haberlo tú merecido, y por la obligacion que tengo á ser español, y por las reliquias que me quedaron del bautismo (y miró alrededor á ver si le escuchaba alguien), que tan en las entrañas tengo, que ninguno de cuantos ves en todo Argel (de los moros hablo) te guardara fe ni palabra ni te agradeciera lo hecho. Y si el rey de Argel me agradeció y cumplió la promesa que habia hecho á quien descubriese el hurto, es porque es hijo de padres cristianos, donde la verdad y la palabra inviolablemente se guarda. Y por acá esta bárbara nacion dice que el guardar la palabra es de mercaderes, y no de caballeros. Y aunque yo te la cumpla, hágolo contra mi voluntad, porque al fin estando tú aquí, tenia con quien descansar en las cosas que no pueden comunicarse. Pero ya que es fuerza, y tú estás inclinado á no estar en Argel, como yo tenia trazado, yo mismo te quiero llevar á España en mis galeotas, y dejarte donde puedas con libertad acudir á tu religion. Ahora es el tiempo propio en que salen todos en corso; yo habré de ir deshermanado de los demas, por dejarte en alguna de las islas más cercanas á España, que más á poniente no osaré, porque me traen muy sobre ojo por toda la costa, donde he hecho algunos daños muy notables; y si el galeon en que venias no tuviera ventura en venirle buen viento, todos veniades acá. Aprestóse mi amo para hacer su viaje, llevando algunos turcos muy valientes consigo, y muy acostumbrados á ser piratas; y escogiendo buen tiempo, puso la proa hácia las islas Baleares, dejando en las orillas á su mujer y hija muy llorosas, la una encomendándolo al gran profeta Mahoma, y la otra llamando muy á voces y muy desconsolada á la virgen María; que como no habia cerca quien pudiese reprenderla, lo decia como lo sentia. Yo iba volviendo los ojos á la ciudad, rogando á Dios que algun tiempo pudiese tornar á ella siendo de cristianos, que como yo dejaba lo mejor de mi persona en ella, iba, aunque libre, doliéndome de dejar entre aquella canalla una prenda que se pudiera desempeñar con la sangre del corazon, pues deseaba aprovecharse de la de Cristo, que aunque la supe dejar muy satisfecha y confiada de mi voluntad, llevaba entre mí una batalla que no me dejaba acudir á otra cosa sino al pensamiento que me aquejaba por cruel y desagradecido, me martirizaba por ausente, y me acusaba de dejar un alma cristiana entre cuerpos moros; pero no sé qué confianza me aseguraba que la habia de volver á ver cristiana. Al fin, camínamos con felicísimo viento; y como mi amo me veia volver el rostro á la ciudad, decíame: Obregon, parece-me que vas mirando á Argel y echándola maldiciones

por verla tan llena de cristianos cautivos, y por eso la llamais ladronera ó cueva de ladrones á esta ciudad; pues asegúrote que no es el mayor daño el que los corsarios hacen, que al fin van con su riesgo, y alguna vez van por lana y no vuelven trasquilados ni por trasquilar; que el mayor daño es que por ver que son en Argel bien recibidos, muchos de su voluntad se vienen de todas las fronteras de Africa con sus arcabuces, ó por necesidad de libertad, ó por la falta de regalos, ó por ser mal inclinados y tener el aparejo tan fácil, que es lastimosa cosa ver que por la ocasion dicha está llena esta ciudad de cristianos de poniente y de levante, que aunque voy á hacer mal por mi provecho, no puedo dejar de sentir el daño de la sangre bautizada, que me tiene trabado el corazon. Otras veces, dije yo, he sentido á vuesamerced enternecerse en esta materia como á hombre piadoso de corazon y de noble sangre; pero no le veo con mudanza de religion ni con propósito de volverse á la inviolable fe de san Pedro que profesaron sus pasados. No quiero, respondió mi amo, decirte que el amor de la hacienda, la hidalguia de la libertad, ni la fuerza de mujer y hijos, ni los muchos daños que en mi propia patria he hecho me divierten dello, sino preguntarte si alguna vez me has visto curioso en saber qué doctrina enseñabas á mis hijos; que por aquí verás cómo debe estar mi fe en mi pecho. Y asegúrote que de cuantos renegados has visto muy poderosos, ricos de esclavos y hacienda, ninguno deja de saber que va engañado; que la libertad que tienen tan grande, y las honras y haciendas, en que son preferidos á los demas turcos y moros, los detienen, siendo señores y mandando lo que quieren y á quien quieren; pero saben bien la verdad. Y para prueba desto, en tanto que el tiempo refresca en nuestro favor te quiero contar lo que sucedió poco tiempo há en Argel.

Hay aquí un turco muy poderoso en hacienda y abundante en esclavos, venturoso en la mar y experimentado en la tierra, llamado Mami Reis, y es hombre de gentil determinacion, de buen talle, liberal y bienquisto. Yendo este en corso por la costa de Valencia, anduvo algunos dias sin poder encontrar presa en el agua, hasta tanto que los mantenimientos le faltaron: vista la necesidad, saltaron en tierra él y sus compañeros con mucho riesgo y peligro de sus personas, porque encendiendo hachos por toda la costa, los inquietaron de modo, que se tornaron al agua, disparando algunas piezas con la gente del socorro. Con la priesa que llevaban se dejaron en tierra al señor de la galeota y á otro soldado amigo suyo muy valiente, que viéndose perdidos, se entraron en un molino, donde hallaron solamente una doncella hermosísima, que de turbada no pudo huir con las demas gentes. Amenazáronla porque no diese voces, y en viendo la costa quieta, hicieron la seña que tenían hácia las galeotas, y en viendo la primera noche, vinieron al molino, y ántes que tornase la gente del rebato cogieron al capitan y su compañero, llevándolos á su galeota juntamente con la cautiva doncella. La hermosura della era de manera, que dijeron, y con verdad, que tal joya de talle y rostro no se habia jamas visto en Argel. El capitan ducho de las galeotas dijo que estimaba en más aquella presa que si hubiera saqueado á toda Valencia. Ella iba congojadísima y llorosa, y él diciéndola que

no fuese desagradecida á su buena fortuna, pues iba á ser señora de toda aquella hacienda y otra mayor y de más importancia, y no á ser esclava como pensaba. Pero la hermosura y apacibilidad del rostro, acompañada con una mansa gravedad, era de modo, que so puede decir que, siendo de noche, dió luz á toda la galeota; á quien todos se rindieron y humillaron como á cosa divina, admirándose que Valencia criase tan soberanas prendas. Fuéla consolando por toda la navegacion; que el turco sabe hablar un poco la lengua española y es hombre de muy buena suerte y talle, muy venturoso en cuantas empresas ha acometido, muy rico en tierras, joyas y dineros, muy acepto á la voluntad de todos los reyes de Argel. Para abreviar, fuése á desembarcar, no á la ciudad, sino á una heredad suya de grande recreacion, de viñas y jardines muy regalados. Ella, que se vió tan obedecida de esclavos y amigos del turco, parece que se fué ablandando y dejando la tristeza que le habia causado el cautiverio; vino, andando el tiempo, á querer bien á su amo y á casarse con él, dejando su religion verdadera por la del marido, en que vivió con grandísimo gusto seis años ó siete, querida, servida, regalada, llena de joyas y perlas y muy olvidada de haber sido cristiana; por cuya contemplacion se hicieron y hacian cada dia alegrísimas fiestas de cañas y otras invenciones, porque su condicion se parecia mucho á su cara, y la cara se aventajaba á todas las de Argel: de manera que si no se casara luego con ella, se la quitaran para enviárla al gran Turco. Pues viviendo con toda esta idolatría, siendo su gusto la norma con que todos vivian, habia allí un esclavo de Menorca, hombre de suerte, que como los demas comunicaba con ella: vino su rescate, y el buen hombre fuése á despedir della, y preguntóle en qué lugar habia de residir: él se lo dijo, y ella le mandó que viviese con cuidado para lo que sucediese. El, que no era lerdo, la entendió, y yéndose á Menorca, vivió con él todo el tiempo que pasó hasta que tuvo ella modo cómo escribirle una carta á Menorca, en que le decia que viniese con un bergantin bien puesto á la heredad de su marido á media noche para tal dia. Como llegó el tiempo en que todos salen de Argel en corso, su marido armó sus galeotas con trescientos esclavos muy hombres de hecho, llevando vestidos á la española, y fué á su ventura, azotando las olas con mucha gallardia, mirándolo su mujer y dándole mil favores desde una torre de su propia casa. El tiempo era muy caluroso, y el dia que tenia concertado en la carta se acercaba. Fingióse muy afligida de la ausencia y del calor, y dijo á sus esclavos y gente que se queria ir á consolar á su heredad y jardines, y llevó consigo, como para estar muchos dias, algunos cofres donde iban vestidos, joyas y dineros, y toda la riqueza de oro y plata que habia en su casa, donde estuvo algunos dias regalándose á sí y á sus esclavos y mujeres, que si ántes la querian mucho, entónces la adoraban. Llegó la noche que tenia concertada sin haberse descubierto á nadie, con tan grande sagacidad y secreto, que ni aun por el pensamiento se pudiera imaginar su determinacion, y puesta á una ventana aguardó hasta las doce de la noche, sin dormir ni pegar sus ojos; que vió un bulto que venia de hácia la mar: hizo la seña que estaba concertada por la carta, y acudiendo bien á ella el hidalgo,

dijo : Ea , que aquí está el bergantín. Entónces la determinada señora habló con toda la brevedad que pudo á sus esclavos , diciendo : Hermanos y amigos , comprados con la sangre de Jesucristo , mi determinacion es esta : el que quisiere libertad y vivir como cristiano sígame hasta España. Respondió por todos un gran soldado cautivo , natural de Málaga : Señora , todos estamos determinados de obedecer vuestro mandamiento ; pero mirad el peligro en que os poneis y nos poneis ; que ya las torres dan aviso , y en amaneciendo cuajarán la mar de galeotas y nos darán caza sin duda. A que ella respondió : Quien me puso esto en el corazon me guiará á salvamento ; y cuando no suceda , más quiero ser manjar de horribles monstruos marinos en los profundos abismos de las profundas cavernas del mar , muriendo cristiana , que ser reina de Argel contra la religion que profesaron nuestros pasados. Y sirviendo la hermosísima mujer de valeroso capitán , alentó á sus esclavos de manera , que en un instante llevaron al bergantín los cofres y riquezas , dejando muertos á puñaladas á una negra y á dos turquillos que daban voces. Juntos los esclavos , que ya no lo eran , con los que venian en el bergantín , todos hombres honrados y de gran pecho , se confortaron de manera unos á otros , que el bergantín volaba con la fuerza de los remos y el viento que ayudaba. En sabiéndose el caso en Argel , que fué luego , echaron tras ellos cuarenta ó cincuenta galeotas , llevando cada cual su centinela en la gavia y en la antena ; que entendieron dar luego con el bergantín ; mas parece que Dios ó lo guió ó lo hizo invisible , pues fuera de la diligencia dicha , su marido Mami Reis andaba por las islas , y los unos ni los otros dieron con el bergantín , hasta que al amanecer se hallaron entre las dos galeotas de su marido , que para la tierra adentro llevaba su gente vestida á la española. Ella con gran presteza y sagacidad mandó que los demas que iban en el bergantín con los esclavos se pudiesen como turcos para que pudiesen huir dando á entender que huian de españoles. Fué gallarda y astuta la advertencia , porque viendo Mami Reis que huian dé él , se holgó diciendo : Sin duda parecemos españoles , pues aquel bergantín de turcos se huye de nosotros ; y con grande risa celebraron la huida del bergantín ; que con esta traza se libraron y llegaron á España , donde está muy rica y contenta , haciendo grandes limosnas de la hacienda de su marido ; y aunque en Argel sucedió otro caso semejante á este , fué con más poder y ménos circunstancias. Ya sabes á qué propósito te he contado este caso : sucedió poco tiempo há , y sin duda yo creo que ninguno hay que no tenga estampado en el corazon la primera religion que profesó , digo de los bautizados , si bien esta mujer mostró más que todos aquel pecho varonil y determinacion cristiana. No me espanto , dije yo , que esa señora haya tenido tan grande valor en su determinacion ; que es propio de mujeres poner por obra lo que se les pone en la testa , ni que haya vencido en atrevimiento á los hombres ; ni de que tuviese traza para ejecutar su intento ; que todo eso es creible en su natural inclinacion. Lo que me admira es que haya tenido capacidad para guardar el secreto tanto tiempo ; que es más dificultoso en las mujeres guardar el secreto que guardar la castidad ; porque ninguna se escapa de tener una amiga con quien co-

munica lo pasado , presente y venidero ; que lo otro no fué más de encajarsele en la cabeza que lo habia de hacer , porque carecia del discurso que habia menester un caso tan arduo , importante y peligroso , que se atrevia á su marido , á los cosarios y á todo Argel , á todas las olas y borrascas del mar Mediterráneo , á las bestias marinas jamas vistas ni conocidas en su elemento ni fuera dél ; y todo esto no fué tan grande hazaña como no revelar el secreto que tanto importaba. Todo eso , dijo mi amo , es verdad , pero una cosa me hace más contradiccion , y es , cómo esa , siendo doncella , no tuvo valor para huir del molino con las demas cuando la cautivaron , y lo tuvo despues para emprender un hecho tan heróico. A eso , dije yo , es fácil la respuesta , porque cuando esa señora era doncella , con la frialdad natural que todas ordinariamente tienen , la trabó el temor los miembros y venas del cuerpo de manera , que no pudo huir , ni aun moverse de un lugar ; pero despues que se casó y la abrigó la fuerza del calor del marido , mejoró su naturaleza y cobró espíritu para acometer esa empresa tan difícil. Y de todas las mujeres de quien se hace mencion en la antigüedad no se sabe que fuesen doncellas , ni aun se puede creer. Pues las Amazonas , preguntó mi amo , ¿no se dice que fuesen doncellas? Señor , no , respondí yo , ni en tanto que lo eran salian á las batallas , sino ejercitándose , no en ocio ni en lanificio , sino en cazas de fieras , en andar á caballo , usando de la lanza , arco y saeta ; y para hacerse más fieras se mantenian de tortugas y lagartos ; y en siendo de edad para ello , se mezclaban con los varones circunvecinos ; y si del concubito parian hijo varon , ó le mataban ó le mancaban de manera que no quedase para ejercicio de hombre ; y si parian hembra , porque no fuese impedimento para tirar el arco , le sacaban ó cortaban el pecho diestro ; que eso quiere decir Amazonas , *id est* , *sine ubere* , sin teta ; pero ninguna dellas por sí sola hizo tan grande hazaña como esta valenciana.

DESCANSO CATORCE.

Como los esclavos y compañeros iban dormitando , tuvimos lugar y espacio mi amo y yo para tratar esta materia y otras ; con que se venció el sueño. Habiendo reposado un tanto , dentro de dos horas descubrimos las islas Baleares , Mallorca y Menorca , Ibiza y otras islas pequeñas ; pero no nos acostamos á Mallorca , por el cuidado con que aquella isla vive , hasta ser de noche ; y aunque aguardámos á esto , fué menester apresurarnos , porque si bien se parecieron presto , habia bien que trabajar para llegar á ellas. Acostámonos á Mallorca por mejor , y para él fué peor , porque al despuntar de un risco estaba en él una centinela que dió aviso á las galeras de Génova , que andaban por coger á mi amo , y aunque se acercaba la noche , comenzaron á batir los remos con grande furia hácia nosotros. Mi amo , viéndose perdido , pasóse á la otra galeota , llevando consigo la más granada gente que traía en ambas , y dióme á mí cargo de mirar por la que me dejaba con poca gente , confiándose que , hablando yo español , podria responder á propósito y tener algun remedio la galeota : de suerte que me dejó por estorbo para que hiciesen la presa en mí y se pudiese librar. Sucedióle como él lo habia pensado ; porque como hombre astuto y muy práctico en

toda la costa, no se hizo á la mar, sino á la isla, que como era casi de noche, de caleta en caleta se fué escondiendo, y en oscureciendo se hizo á la mar y se escapó. La galeota en que yo habia quedado, como no llevaba gente que bogase, sino muy poca y la más ruin, fué quedando tanto, que las galeras pudieron tirar una pieza para que nos rindiésemos. Parámonos, y en llegando cerca yo, muy alentadamente y en bien claro español dije: Rendidos somos. Pues á vos buscamos, dijeron las galeras, llamándome por mil nombres infames, que realmente, como la galeota era aquella en que siempre andaba mi amo y hablé tan claro español, me tuvieron por el renegado. Echaron al remo á todos los turcos canalla que hallaron conmigo, y á mí, pensando que habian dado con lo que buscaban, me maniataron para llevarme á Génova y hacer en mí un gran castigo. Decíame el capitán de la capitana: *Quante volte habete scampato la vita, can renegato? Adesso non scamparrete, se non impiccato?* Señor, dije, mire vuesa señoría que yo no soy el renegado que vuesa señoría piensa, sino un pobre español esclavo suyo. Por la defensa cargaron sobre mí tantos palos, que me obligaron á decir: Dicen que Génova es monte sin leña, pero harta ha habido para mí ahora. Rieronse todos los músicos españoles que traía el General en su galera de mi respuesta, y más de la paciencia con que lo llevé; uno de los cuales conocia yo muy bien, y entre ellos, por lo que les declaró uno de los músicos, tambien hubo alguna risa. Yo me arrimé á un rincon, maniatado y dando gracias á Dios, que tantas veces me veia ejercitado en trabajos y miserias; que las desdichas nos traen á la memoria las misericordias de Dios, y no los pecados por que las merecemos; que si quisiésemos advertir cuánto mayores són que los trabajos que Dios nos envía, nos consolaríamos, y no nos quejariamos de los instrumentos que Dios toma para castigarnos; que son sus invenciones tan secretas y tan grandes, que nos ponen en cuidado de considerar por dónde nos vino el daño, y no por dónde lo teniamos merecido; y es tan piadoso en el castigo, que no quiere infamarnos por lo que merecemos, sino darnos en qué merecer por lo que sufrimos, y llevar en paciencia lo que no habemos pecado; que su misericordia á todo esto se extiende, que nos ejercita en lo que no pecamos para descuento de lo que merecemos en lo que pecamos, y luego echamos la culpa á aquellos por cuya mano viene el justo castigo de Dios, que con lo que no habemos hecho nos castigó lo que habemos hecho, por estimar en tanto nuestra honra, que no quiere muchas veces castigarnos por los mismos filos que nos matan interiormente, porque no nos desconsolamos ni le tengamos por ejecutor cruel. Acuérdome yo ahora de las desventajas que desde niño me han seguido, y no me acuerdo de los delitos de mi juventud. Viéneme á la memoria cuánto bien he hecho á algunos hombres en esta vida, y que por estos mismos han venido muchos males, porque Dios toma semejantes instrumentos para confusion y castigo de pecados cometidos con ignorancia ó con malicia. Yo estoy ahora en fama de renegado, y maniatado, agraviado injustamente por un astuto y endiabladillo hombre, precito y descomulgado; y si quiero volver los ojos atras, veo que merezco estos y otros mayores castigos de la mano de Dios. A esto llegó un bellaco de un cómitre, y dan-

dome con un rebenque, me dijo: ¿Qué habla el perro entre dientes? Callé porque no segundase. El señor Marcelo Doria, que era general, movido á misericordia, dijo que hasta averiguar quién era no me tratasen mal. Yo, como vi la puerta abierta á la piedad, dije: Suplico á vuesa excelencia, pues la defensa natural es concedida á todos, se me conceda á mí; que yo sé que en sabiendo vuesa excelencia lo que soy, no solamente no padeceré en manos de un tan gran príncipe, pero espero en Dios que me tiene de honrar más que merezco. Yo daré en Génova, y aun en esta galera, testigos que me conocieron en la corte del rey Católico en el tiempo que este renegado andaba haciendo mal en todas estas costas, y será uno dellos el señor Julio Espinola, el embajador. Hizome desatar, y habló conmigo, preguntándome todo lo que deseaba saber del renegado: y lo dije la astucia con que se habia escapado; con que satisfice algo de mi persona, y puso mucha culpa á los que no siguieron la empresa. Tornéme á mi rinconcillo, aunque no maniatado, y púseme en cucullas, las dos manos en el rostro y los codos en las rodillas, porque no me conociese el músico, pensando en mil cosas. Yendo navegando hacia Génova, viendo que ya se habria dado noticia en Argel que las galeras de Génova corrian la costa, pasámos el golfo de Leon con una poca de borrasca, y habiéndolo atravesado de punta á punta, mandó el General á los músicos que cantasen, y tomando sus guitarras, lo primero que cantaron fué unas octavas mías que glosaban:

El bien dudoso, el mal seguro y cierto.

Comenzó el tiple, que se llamaba Francisco de la Peña, á hacer excelentísimos pasajes de garganta; que como la sonada era grave, habia lugar para hacerlos, y yo á dar un suspiro á cada cláusula que hacían. Cantaron todas las octavas, y al último pié que dijeron:

El bien dudoso, el mal seguro y cierto,

ya no pude contenerme, y con un movimiento natural inconsideradamente dije: Todavía me dura esa desdicha. Como fué en alta voz, miró el Peña, que, por venir yo tan disfrazado de cara y de vestido y por ser él corto de vista, no me habia conocido ántes, y en viéndome, sin poderme hablar palabra, humedecidos los ojos, me abrazó, y fué al General diciendo: ¿A quién piensa vuesa excelencia que traemos aquí? ¿A quién? preguntó el General. Al autor, dijo Peña, desta letra y sonada y de cuanto le habemos cantado á vuesa excelencia. ¿Qué decis? Llamadle acá. Lleguéme con harta vergüenza, pero con ánimo alentado; y preguntóme el General: ¿Cómo os llamas? Márcos de Obregon, respondió yo: el Peña, hombre que siempre profesó verdad y virtud, llegó al General y le dijo: Fulano es su propio nombre, que por venir tan mal parado debe de disfrazarlo. Espantóse el General de ver un hombre de quien tenia tanta noticia en tan humilde traje y rodeado de tantos trabajos y tan injustamente maniatado. Preguntóme la causa dello, y yo con mucha paciencia y humildad le conté todo lo sucedido, porque el galeon del duque de Medina habia parado en el Final. Hizome mucha merced, particularmente trastejándome de vestidos; y en llegando á Génova visité á Julio Espinola, el embajador, cuya amistad yo habia profesado en la corte

de España, que certificado Marcelo Doria desta verdad, ambos me hicieron merced de acomodarme de dineros y cabalgadura para Milan; pero primero quise ver aquella república tan rica de dineros y antigüedad, de nobles y antiquísimas casas, descendientes de emperadores y grandes señores y de la mayor nobleza de Italia, como son Dorias, Espinolas, Adornos, de cuya nobilísima

familia hay un ramo en Jerez de la Frontera emparentado con grandes caballeros españoles y señalado con hábito de Calatrava y las demas órdenes, como don Agustín Adorno, caballero tan virtuoso como principal. Y como mi intento no era parar allí, dispúseme para proseguir mi viaje á Milan, para donde había salido de España.

RELACION TERCERA DE LA VIDA DEL ESCUDERO MARCOS DE OBREGON.

Yo, que de cautivo, esclavo y maltratado, tan presto me vi con dineros y bien puesto de vestidos, deseaba ya ardentísimamente llegar adonde mis amigos me viesen libre y supiesen los trabajos y favores de que la fortuna había usado conmigo; y así, en habiendo visto la grandeza de aquella república y tomado el descanso que tan grande cansancio pedía, cogí mi cabalgadura y Victorino, ó mozo de mulas, y aviándome para Milan, subí por aquellas montañas de Génova, tan ásperas y encumbradas como las de Ronda; y en habiendo pasado por San Pedro de Arenas, ya que anohecia fué tan grande la piedra y agua que nos cogió, que perdimos el camino en parte donde fuera fácil el despenarnos hasta los profundos ríos, crecidos con la grande avenida, yendo á dar á la furia del mar; porque los arroyos que se juntaron de la tormenta, del granizo y agua eran bastantes para mucho más que esto. Noveíamos luz sino por los ojos del caballo, que nos guiaban, que es la peor bestia para caminar del mundo, que en Italia se camina con ellos; y con la poca gana que llevaba, se arrimaba á cualquier árbol que topábamos ó se arrojaba por donde se le antojaba: de suerte que yo me apeé, y en unos árboles que tenían grandes troneos y muchas ramas trabadas unas con otras, nos arrimámos hasta esperar que ó la tempestad cesase ó viésemos alguna claridad ó luz que nos guiase á salvamento. El Victorino, aunque práctico en la tierra, estaba tan turbado, que había perdido los memoriales, y yo las esperanzas de poder movernos de allí hasta la mañana. Corría el agua de nosotros por la carne como de cueros de cortidura, grandísimo rato con este trabajo; pero no pudimos gozar de la sombra de los acopados árboles, porque corría más agua dellos que de nosotros, que todo lo rendía el tiempo insufrible y borrascoso. Estando en esta suspension de ánimo congojoso, oímos decir cerca de nosotros: *Guarda la vida*. Como tan cerca sonó, miré por entre las ramas, y vi que á las espaldas de los árboles parecía una luz que salía de tres casas, donde el caballo debía de haber posado otras veces, y aunque por malos pasos, nos había guiado allí. El espacio era poco, y en un instante, corriendo, nos pusimos en las casas, de donde salieron con grande cuidado á ofrecernos alojamiento; y donde no

pensámos hallar agua, hallámos muy gentiles capones; que todas las naciones extranjeras hacen esta ventaja á España en las posadas y regalo de los caminantes. Cenámos muy bien: yo pedí un jarro de agua, y trujéronmela de una fuente que nacía junto á las mismas casas, caliente baheando: hícela poner á una ventana; que aunque el tiempo no estaba tan frío, la borrasca y granizo lo había trocado, y en un instante se enfrió y aun heló el jarro de agua. Bebilo, y el huésped trajo allí de las otras casas dos testigos, y viéndome beber otro jarro de agua fría, les dijo: Señores, para esto os he traído, porque si este señor español muere de estos jarros de agua fría, no digan que yo le he muerto. Reíme, juzgando que lo decía por aborrecer el agua ó por amar el vino; y no fué sino por la razón que el hostalero dijo despues. Pregunté, como nuevo en Italia, por qué razón quería que no bebiese agua quien casi siempre la había bebido y bebía. Respondió que las aguas de España eran más delgadas y de más fácil digestión que las de Italia, que tienen más humedad; y es de creer que, pues gente de tan gentil discurso como la italiana no osa beberla sola, halla en ella algún daño. Yo conocí un caballero italiano que cuando vino á España no había bebido gota de agua, y estando en España no bebió gota de vino; que las aguas, ora sean de río, ora de fuente, toman la calidad buena ó mala de la tierra ó minerales por donde pasan. Las de España, por ser esta provincia tan favorecida del sol y consumir las humidades con tanta violencia, son bonísimas, fuera de que ordinariamente pasan por minerales de oro, como se parece en las de Sierra Bermeja, que la misma sierra está del mismo color, y son excellentísimas; ó pasan por minerales de plata, que son bonísimas, como las de Sierra Morena, que se verifica en las de Guadalecanal, ó por minerales de hierro, como en Vizcaya, que son saludables. Y en resolución, no hay agua en España que sea mala, sea de fuente ó sea de río; que de lagunas y lagos ó encharcadas ni las hay ni las beben; antes parece que para mayor grandeza de la misericordia de Dios, una laguna de más de una legua que está cerca de Antequera, que todos los años se hace sal, tiene junto á sí la mejor y más sana

agua que se conoce en lo descubierto, que se llama la fuente de la Piedra porque la deshace. Y en Ronda otra fuentecilla que llaman de las Monjas, que nace mirando al oriente y en un cerro, en bebiéndola, luego deshace la piedra, y en el mismo día salen las arenas, y desta se puede escribir un grandísimo volumen. Pero lo que el hostalero me dijo fué tan verdad, que en todo el tiempo que estuve en Lombardia, que fuéron más de tres años, ni tuve salud ni me faltó dolor de cabeza perpetuo, por el agua que bebía. Y verificóse el día siguiente que, yendo caminando, en todos los charquillos que se habían hecho del grande turbión del agua había animalejos, como sapillos, renacuajos y otras sabandijas, engendradas en tan poco espacio, que se causa de la mucha humedad maliciosa del terruño. Y en aquellos fosos de Milan se ven unas bolas de culebras en mucha cantidad, engendradas de la bascosidad y putrefacción del agua, y la humedad gruesa de la misma tierra.

DESCANSO PRIMERO.

Pero, dejando esta materia, fuimos caminando por el Ginovesado mi mozo de mulas y yo, hasta que topámos con unos labradores, que, preguntados por dónde tomaríamos el camino que habíamos errado la noche ántes, nos dijeron un disparate para engañarnos, y anduvimos perdidos más tiempo. El mozo entendió la burla, y dijo que nos engañaban; pero yo, no tomándolo por burla, deshonrélos en mal lenguaje italiano, y ellos, que eran muchos, cargáronse de piedras: yo me apeé y di una cuchillada á uno: el mozo cogió su caballo y déjome entre ellos, que, como era de su nación, no quiso ser testigo del caso, y ellos cargaron sobre mí, porque deslicé y caí en el suelo, y maniatándome, dieron conmigo en el lugar más cercano, que era muy grande y muy poblado. Representaron la sangre del herido, y echáronme una cadena y grillos muy pesada. Esta vez no me quise quejar de mi mucha desdicha, sino de mi poca consideración, que estando en tierra no conocida, quise hacer lo que no hiciera en la mía; que los españoles en estando fuera de su natural se persuaden á entender que son señores absolutos. Yo, que no tenía de quién ni á quién quejarme, volví contra mí las piedras que los contrarios podían tirarme: vime cargado de los hierros que no tuve en Argel, siendo enemigos de la fe y de los que la profesan, sin poder volver los ojos á quien me mirase de buena gana; que por la misma razón que pensamos ser señores del mundo, somos aborrecidos de todos. Quien va á tierras ajenas tiene obligación de entrar en ellas con grande tiento; que ni las leyes son las mismas, ni las costumbres semejantes, ni las amistades se guardan donde no hay conocimiento; y es averiguada cosa que, aunque los reinos y repúblicas se guarden el respeto y amistad que profesan entre sí, no corre lo mismo en los particulares, que ordinariamente se desdoran y tienen enemistades unos con otros; y tanto más, cuanto más se ven sin razón ó con ella supeditados. Eché de ver que la paciencia es virtud corriente para todas las cosas del mundo, pero más para tratar con gentes no comunicadas. Tiene el forastero necesidad de ser muy afable y comedido con crianza, y ha de perder de su derecho en las cosas que donde está no sabe si son buenas ó malas: con semblante

alegre, cólera enfrenada, viene fácilmente en conocimiento de lo que ignoramos en las tierras cuyas costumbres no han venido á nuestra noticia. Yo me vi allí grandísimo, sin ver á quien poder dar parte de mis trabajos. Llamábanme de marrano muy cerca de mí, y la más honrada sentencia era que me habían de dar garrote de secreto. El carcelero parecía hombre corriente, pero no hallaba por dónde entrarle para consolarme con él. Estuve pensando qué modo tendría, y acordéme que esta nación es codiciosa sobremanera, y que por allí podría echar algun cartabon para mi remedio. Llevaba en la faldriquera algunos escudos que saqué de Génova. Andaban allí dos niños del carcelero muy graciosos, y acordándome cuán buen rostro muestran los padres á quien hace bien á sus hijos, di á cada niño un escudo: aquí abrió los ojos el padre, agradeciéndolo mucho y aun muchísimo, que me dió buena esperanza de salir con lo que había pensado. Díjome: Vuesa señoría debe de ser muy rico. ¿En qué lo echáis de ver? pregunté yo. En la liberalidad, respondió, con que habeis dado á esos niños moneda que aun los hombres mal conocemos por acá. Pues si eso estimáis siendo tan poco, ¿qué haréis cuando sepais lo demas? Y sacando dineros, díselos á él, y díjele: Porque me pareceis hombre de buen discurso os quiero decir quién soy; que desta niñería no teneis que hacer caso. Yo he alcanzado lo que todos los filósofos andan buscando y no acaban de dar con ello; pero primero me habeis de hacer juramento de en ningún tiempo descubrirme. El lo hizo solenísimamente, y con grandes ansias me preguntó qué era lo que quería decirle, y le respondí: Sé hacer la piedra filosofal, que convierte el hierro en oro, y con esto nunca me falla lo que he menester; pero no he osado comunicarlo con nadie en Génova porque la república no me estorbase mi viaje; que lo hicieran sin duda, porque, como esta divina invención es tan apetecida y deseada de todos, todos andan tras della; y si sabeu alguno que lo sabe, ó los reyes ó las repúblicas los detienen contra su voluntad porque ejercite el arte para ellos á su costa; que en habiendo mucha cantidad de oro en el mundo será estimado en poco. Señor, dijo el carcelero, muchas veces he oído tratar desa materia, pero nunca he visto ni oído decir que lo haya nadie alcanzado en nuestros tiempos; que aunque vuesa señoría me ve en este oficio, que por estar quieto y mantener mis hijos ejercito, ya he estado en España sirviendo á un embajador de Génova, y por lo dicho me recogí á este pueblo, donde nací. Huélgome desto, dije yo, porque siendo, como sois, discreto, y habiendo oído tratar de la materia, daréis crédito á lo que veréis con vuestros ojos. Si yo pudiese, dijo, aprender eso, sería un valiente hombre, que mandaría á todo mi lugar y enviaría libre á vuesa señoría adonde fuese servido. A lo primero, dije yo, os respondo que consiste el hacerlo en dar un punto que es menester gran cuidado para acertarlo, y así, no me atrevo á enseñároslo, pero dejaríos con tanto oro, que no hayais menester á nadie vos ni vuestros hijos. Y á lo segundo, que no quiero que hagais por mí cosa que en algun tiempo pueda haceros daño; que la misma arte química me dará modo para librarme, y esto os lo enseñaré facilísimamente, que lo veréis aunque esteis ciego, cómo sin culpa vuestra y sin consentimiento vuestro me libro, y vos quedeis sin ca-

lunmia y con riqueza y gusto. Echóse á mis piés con grandes ceremonias, quitándome la cadena y grillos, contradiciéndoselo yo con grandes véras, y pensando adelante toda la noche, para más asegurarlo en la materia, por hacer mejor mi negocio, le dije: Sabed que el no haber acertado á dar el punto á la transmutacion de los metales nace de no haber entendido á los grandes filósofos que tratan esta materia sutilísimamente, como son Arnaldo de Villanueva, Raimundo Lulio y Gebor, moro de nacion, y otros muchos autores, que la escriben en cifras, por no hacerlas comunes á los ignorantes, que yo por enterarme en la verdad dello he pasado á Fez en Africa, á Constantinopla, y en Alemania, y con la comunicacion de grandes filósofos he venido á descubrir la verdad, que consiste en reducir á la primera materia un metal tan intratable y recio como el hierro, que puesto en aquel primer principio suyo, y en aquella simiente de que fué hecho, aplicándole las mismas cosas y los mismos simples que la naturaleza aplica al oro cuando se forma ó se va formando, viene á transformarse en la misma sustancia dél. Que de la propia manera que todas las criaturas van imitando (en cuanto les es posible) á la más perfecta de su género, así el hierro y los demas metales van imitando á la más perfecta dellas, que es el oro, y dándole todas las calidades que la naturaleza con la generacion del padre universal, que es el sol, viene á mudar su naturaleza en la del oro, y esto se hace mediante ciertas sales fortísimas y corrosivas, mirando los aspectos de los planetas, en que yo estoy muy diestro y enterado. Y para que veais alguna semejanza que os persuada á esta verdad, dejad esta noche un callo de herradura que haya sido muy pisado y lleno del orin que recibe en los muladares, y hecho pedacicos muy menudos ó limándolo, ponedlo en una redoma con fuego lento en muy fuerte vinagre, y veréis lo que resulta. Hízolo puntualmente, y dióme en qué reposase aquella noche muy á mi gusto, donde pensé muy bien la traza que llevaba ordenada para librarme de la prision.

DESCANSO SEGUNDO.

A la mañana vino el carcelero muy contento, diciendo que descubria que se iba el hierro convirtiendo en un color rubio como de oro, que la codicia lo iba llevando á la perdicion. Alí conoceréis, dije yo, que os voy tratando verdad: dile dineros para que me trajese ciertas cosas ó ciertos simples corrosivos y venenosos, que no los digo porque mi intento no es enseñar á hacer mal, y con otras cosas que les junté hice unos polvos que muchas veces rociaba con agua fuerte, y enjugándose, tornaba á rociarlos: quedaron con un color rubio muy apacible. Hechos los polvos, y confeccionados como yo los habia menester, á dos bellacones que estaban sentenciados á galeras les dije: Las galeras están en Génova, que es acercarse vuestro martirio: si os atreveis á ponerme en una noche en tierra del Rey, yo os sacaré de aquí con mucho silencio y sin ruido de dentro ni de fuera. Ellos respondieron con grande determinacion: Y aun á los hombres sacarémos á vuesa señoría, y ántes que amanezca estará entre soldados españoles. Pues estad, les dije, mañana en la noche atentos, y en viéndome con las llaves en la mano, acudid á vuestro remedio y el mio. Alegráronse los po-

bres, y con grandes ansias deseaban ya que llegase la hora. Por la mañana dije al carcelero que trajese unos crisoles y cuantos callos de herradura pudiese hallar, que todos los habia de convertir en oro, y que á la noche, cuando toda la cárcel estuviese en silencio, encendiese lumbre de carbon, sin que hubiese ningun testigo que nos pudiese denunciar. El lo tuvo tan en cuidado, que no dejó herrador ni muladar que no anduviese, y en llegando la noche me mostró tantos callos de herradura, que vendidos á libras podian aprovecharle mucho. Encerró su gente y los demas presos, y los dos que me habian de ayudar se hicieron dormidos: encendió su brasero, y puesto en silencio todo, saqué mis polvos y mostrélos, y parecióronle del mismo oro. Pues mirad, le dije, qué cordial olor tienen, y echélos en la mano: él los llegó á oler, y yo con mucha presteza le dí una palmada en la parte baja de la mano, y saltáronle en los ojos, cayendo él de la otra parte sin sentido ni sin poder hablar: cogile las llaves, y los bellacones, que vieron el caso, acudieron luego: abriles las puertas, quedándose el pobre hombre sin sentido; y sin que nadie nos viese salimos de la cárcel y del pueblo, y á la mañana, habiendo pasado arboledas, sierras y barrancos dificultosos, me hallé en Alejandría de la Palla entre soldados españoles que metian la guarda á don Rodrigo de Toledo, gobernador della. A los buenos galeotes les pareció que les habia venido del cielo la libertad, y fuéronse á buscar su vida. Yo me holgué en el alma de haber salido bien con mi intento; que aunque fué á costa del pobre carcelero, por la libertad todo se puede hacer. Yo fui esta vez como el demonio, que tienta á los hombres por la parte que más flaca siente en ellos; que él por la codicia y yo por la libertad nos concertámos muy bien; que es tan superior la codicia en los pechos adonde se halla, que son muchos, que los rinde á cualquiera flaqueza. Los bienes que por merecimientos, ruegos y comodidades no se alcanzan, en acometiéndoles por la codicia se rinden al gusto de ambas partes; los males que por violencia y estratagemas no se pueden hacer, en mostrando la codicia su amarillo rostro, se ablanda la dureza de los pechos de hierro. ¡Qué de fortalezas se han rendido, qué de lealtades se han quebrantado, qué de clausuras se han rompido, qué de castidades se han corrompido acometidas con la codicia! Todos los vicios que á los hombres traen arrastrados dejan alguna consideracion para lo venidero, sino la lujuria y la codicia, que cogen y ciegan todas las potencias del discurso: más fácil es de enfrenar la furia de un loco por castigo, que reducir á razon la sed de un codicioso por consejo. Son los codiciosos como la esponja, que aunque chupa toda el agua de que es capaz, ni está harta ni se aprovecha della, y son tan furiosos en sus actos como la culebra hambrienta, que á todo acomete, aunque sea un sapo que la hincbe de ponzoña; que ni miran si es lícito ó contra razon, que como sea engordar, á todo acometen; y creo es así que tienen el castigo por sombra de su desatinada hambre: como este miserable de carcelero, que por donde pensó ver su casa llena de oro, quedó sin ojos para verlo. Dios mire por los codiciosos y los reduzga á la medicina que conserva la vida y aquieta la conciencia.

DESCANSO TERCERO.

Partíme para Milan, temiendo, por el gran deseo que llevaba de llegar, alguna desgracia; que los desdichados han de vivir siempre con cuidado de lo que puede y suele suceder. Hay un rio que pasa por la ciudad de Alejandria que se llama Eltanar, donde vi unas aceñas movizadas de madera, que deben de tener en el fundamento algunas ruedas para moverse, que no reparé en preguntarlo, porque no hacia á mi propósito; y habiendo esperado el barco para pasar el Po, rio caudalósísimo despues de haberse sorbido el Eltanar, entrámos en él con unas pobres peregrinas, y al medio del rio sucedió que por la corriente de Eltanar venia una aceña ó molino de aquellos, que le debía de liaber faltado el fundamento, y encontróse de manera con nuestro barco, que dió con él patas arriba. El caballo, como son atrevidas estas bestias para cortar el agua, se arrojó á ella; yo me así luego de la cola, y las peregrinas de mí, y el victorino de la postrera dellas, y cayendo y levantando, y á veces topando con los piés en la arena, llegámos á la orilla, donde el caballo nos roció por la puerta falsa, que debía de venir acebadado; pero no por eso me desasí hasta verme ya pisar la orilla. Hallámos allí que habian pasado en otro barco algunas gentes de diversas naciones, franceses, alemanes, italianos y españoles, y para entendernos hablámos todos en latin; pero era la pronunciacion tan diversa la una de la otra, que hablando en muy gentil lenguaje latino, no nos entendíamos los unos á los otros; que me dió mucho que pensar que aun en una misma lengua, y que corre por toda Europa, dure el castigo de la torre de Babilonia. Llegámos á Pavía, insigne universidad; regalóme el castellano que era entónces, aunque como mi deseo me llevaba á Milan, no paré hasta verme en aquella maravillosa poblacion, donde tan grandes santos lia habido y continúan siempre los prelados de aquel excelentísimo templo. El que entónces lo gobernaba era el santísimo cardenal Cárlos Borromeo, que ahora dicen San Cárlos, que fué su vida de manera, que á pocos años de su muerte le canonizaron. Llegué á tiempo que se celebraban las obsequias de la santísima reina doña Ana de Austria, y habiendo buscado á quien cometer la traza, historias y versos de la vida ejemplar de tan gran señora, pudiendo cometellas á muy grandes ingenios, tuvo por bien el magistrado de Milan de cometerlas al autor deste libro, no por mejor, siuo por más deseoso de servir á su rey y de aprender en cosas tan graves y de tan graves ingenios, y ofreciéndoles y dando noticia de Aníbal de Tolentino, excelentísimo sugeto que lo hiciera mejor que otro en toda la Europa, al fin, por más cercano, le mandaron al autor que la hiciese. Oíle un sermón en estas obsequias al bienaventurado San Cárlos, que fué como su vida. Hallé á mis amigos muy contentos y admirados de la brevedad con que habia conseguido libertad; y deseosos de saber cómo habia sucedido, me forzaban á que lo contase y refriese una y muchas veces; que realmente los trabajos contados en la prosperidad ó habiendo salido dellos, tienen su gusto particular; que las desventuras todo lo que tienen de males, presentes, tienen de bienes, pasadas: son los trabajos como las servas ó nísperos, que cuando están en su fuerza son ásperos al gusto, pero despues de pasada

su sazón, lo que tenían de ásperos tienen de suaves, podridos; son como el que se va anegando en un rio, que va siempre sacando la cabeza y haciendo todas las diligencias posibles para escaparse, pero despues de salido bebe de aquella misma agua que le quiso ahogar. Espina el erizo de la avellana, pero despues se halla gusto en rumiándola. Holgué grandemente de ver la grandeza, fertilidad y abundancia de Milan; que en esto creo que pocas ciudades se le igualan en la Europa, aunque la mucha humedad que tiene, ó por aquellos cuatro rios hechos á mano, por donde le entra tanta abundancia de provision, ó por ser el sitio naturalmente húmido, yo me hallé siempre con grandísimos dolores de cabeza; que aunque yo nací sugeto á ellos, en esta república los sentí mayores. Que siempre me han perseguido tres cosas, ignorancia, envidia y corrimientos; pero los de aquí me duraron hasta volver á España. Pasé en Milan tres años, como hombre que está en la cama contando las vigas del techo trecientas veces, sin hacer cosa que importase, lo uno por estar siempre indispuerto, lo otro por lo poco que entre soldados se ejercitan los actos de ingenio. Dióme gana de ver á Turín, y por mis pecados fué por el mes de diciembre, tiempo en que no hay caminos, sino rios en lugar dellos; que como hacia buen tiempo cuando salí, engañéme, pensando que fuera todo de aquella manera; y en llegando á Bufalora, comenzó á desgajarse el cielo, no con lluvia, sino con acequias de agua tan continua, que se perdió el tiento á los caminos. Llegué á Turín, y por haber experimentado los arroyos á la venida, estóveme dos meses allí en como pañía de otro español; pero fuéron tan grandes las nieblas, que se topaban los hombres por la calle sin verse, nacidas de la vecindad, segun dicen allí, del Po, que pasa por junto á la ciudad: fuera de que por medio de ella van muchos arroyos de agua. Mas veo que en España, Guadalquivir pasa por Sevilla más caudaloso que el Po, y algunas veces tan crecido, que baña á la mayor parte de la ciudad, y todo el campo de Tablada está hecho un mar navegable, y no he visto tales nieblas. Y Granada tiene dos rios que la bañan y muchos más arroyos por las calles, y no parece esta escuridad ó niebla; pero dejando esto, posámos el otro español y yo en una hostería, donde me vi en el mayor peligro y en la mejor ocasion de ser dichosísimo que he tenido ni tendré en mi vida; que estando comiendo mucha gente, esperando mi compañero y yo que acabasen para sentarnos, un viejo de hasta cincuenta años de edad, de propósito dió en tratar de la religion nueva, de la religion reformada, repitiendo esto muchas veces; y aunque era natural de Ginebra, hablaba en buen italiano; que por ver españoles le pareció alzar la voz más de lo que habia menester; y tras de un brindis y otro decian herejías muy dignas de gente llena de vino. Mi compañero decíame que callase, y ellos, brindando por la salud de sus fautores, tornaban una vez y otra á decir de la religion nueva y de la religion reformada: de suerte que me obligaron á preguntar qué religion era aquella y quién la habia reformado. Respondiéronme que era la religion de Jesucristo, y que la habia reformado Martín Lutero y Juan Calvino. Antes de oír más palabras les dije: Buena andaria la religion reformada por dos tan grandes herejes: Albo-

rotóse la hostería, y cargaron tantas cuchilladas sobre mí y sobre el otro español, que si no cogemos una escalera nos hacen pedazos. La huéspeda atajó el negocio con decirles que mirasen lo que hacían, que estábamos depositados allí por el Duque. Sosegóse el alboroto, porque hasta entonces aun no habían negado la obediencia al duque de Saboya, aunque la tenían negada á la iglesia romana. En sosegándose el rumor me dijo aquel viejo : ¿Por qué llamais herejes á dos varones tan santos y que tanta gente llevaron tras su opinion? Respondí yo : ¿Por qué llamais vosotros santos y refermadores de la religion de Jesucristo á dos hombres que en todo y por todo, en vida y costumbres fuéron contra la doctrina de Jesucristo y de sus evangelios, que fuéron hombres libres, viciosos, deslenguados, embusteros, engañadores, alborotadores de las repúblicas, enemigos de la general quietud? Quiso tornarse á alborotar el viejo, y como le habian puesto por delante el temor y respeto del Duque, cesó con decir : Muchos son los llamados y pocos los escogidos, y esos somos nosotros. Respondíle yo : Mejor dijérais, muchos son los escogidos y pocos los llamados, porque no vienen á manos del Papa. ¡Extraño caso, que hay gentes tan fuera del orden natural, que por sola libertad y poltronería se desvien de la misma verdad que interiormente saben y conocen! Y que tengan hombres poderosos que favorezcan sus errores, de suerte que unos y otros siguen su mal intento! Los poderosos con decir que siguen doctrina de hombres sabios, y los otros con decir que tienen arrimo en príncipes poderosos, como si fuese disculpa para la ejecucion de tantos vicios y abominaciones como cometen á sombra de la libertad con que sus maestros les hacen vivir, en cuyas arrastradas opiniones hay cosas tan ridiculas, que se echa de ver que adrede quieren errar.

DESCANSO CUARTO.

Volvíme de Turín á Milan, porque aunque tuve intento de pasar á Flándes, no hallé comodidad, fuera de saber que la gente de Flándes venía marchando hácia Lombardía, y por haber estado ya en Flándes con la misma gente en el asalto general de Mastic, donde me sucedió una cosa muy graciosa, que pudiera ser muy desgraciada, y fué que en el saco de la ciudad cogí el más lucido cuartago de todos los que habia en una casa principal, y subiendo sobre él en cerro (como en tiempo de bulla no se mira mucho en las cosas), al tiempo que salía de la ciudad iban tras mí más de trescientos cuartagos, porque la que yo habia tomado era una yegua sazónada, y si no me arrojó della al suelo, me dieran muchas manotadas los galanes que la seguían. Al fin volví hácia Milan, porque el compañero pasó hácia Flándes; y buscando en qué caminar, topé con una carroza, donde por fuerza hube de ir, en compañía de cuatro ginebres tan grandes herejes como los otros, determinando de callar á cualquiera cosa que oyese decir, por donde les granjeé la voluntad de manera, que siendo muy enemigos de españoles, me regalaron por todo el camino, diciéndome mil veces que era muy buen compañero; que realmente, como no les traten de religion, son sencillos y gente afable para tratar y muy amigos de dar gusto. Fuéronme festejando por el camino, y entre dos brazos del Tesino se

apartaron hácia unas arboledas y sierra, donde dijeron que iban á ver un grande nigromántico para preguntarle ciertos secretos de mucha importancia. Yo, como era mozo y amigo de novedades, holguéme por ver aquella, que tanto lo era para mí. Anduvimos un rato por aquella arboleda hasta llegar al pié de la sierra, donde se descubrió una boca de cueva con una puerta de tosca madera cerrada por de dentro. Llamaron, y respondieron de dentro con una voz crespa, baja, y con un género de gravedad. Abrióse la puerta, y representóse la figura del nigromántico con una ropa de color pardo, con muchas manchas, mapas pintados en ella, culebras, signos celestes, un bonete en la cabeza largo y aferrado en pellejo de lobo, y otras cosas que hacian su persona horrible, como tambien lo era el lugar y casa donde habitaba. Hablaron aquellos caballeros de Ginebra, informándole de su venida y cómo, certificados de su gran fama, venian á consultarle un negocio grave. El aunque en el principio comenzó á negárselo, al fin acabaron con él, con ruegos y presentes que le dieron, que lo ablandan todo, á que se inclinase á admitir su petición. Mientras hablaban con él yo miré el cuerpo de la cueva, que estaba llena de cosas que ponian temor y espanto, como era cabezas de demonios, de leones y tigres, faunos y centauros, y otras cosas deste modo, para poner horror á los que entrasen, unas pintadas y otras de bulto; con que daba á entender que tenia trato y amistad con algun demonio. Hablóles muy gran rato, diciéndoles de su gran poder, y mostró muchas joyas de diversas gentes y de grandes señores, que le habian dado por los muchos secretos que él es habia revelado. Llegados al caso, como yo miraba más al artificio con que tenia adornada su cueva, preguntóles cómo no llegaba yo á la conversacion. Respondieron ellos que era español. Dijoles el nigromántico : No quisiera mostrar mis secretos delante de españoles, porque son incrédulos y agudos de ingenio. A lo cual respondieron ellos : Bien podeis hacer en su presencia cualquiera cosa, porque aunque español, es hombre de bien y buen compañero. Resolvióse hacerlo, y llamó á un ayudante tan fiero y espantable, que me pareció que era algun demonio. Entrámos más adentro, donde tenia el familiar, que era un aposentillo más oscuro que el cuerpo de la casa, que estaba cercado con unas barandillas, y dentro estaba uno como facistol, y sobre él un grande globo de vidrio con un abecedario de letras grandes escrito al rededor, y en medio del globo puesto el familiar, que era un hombreco de color de hierro, con el brazo derecho levantado en derecho hácia las letras; que todo realmente ponía espanto. Habló con el familiar con una arenga muy larga, proponiéndole la antigua amistad que habian profesado tantos años, para obligarle á que con facilidad respondiese á lo que le queria preguntar; y poniéndose unos guantes muy anchos, despues de puesta la demanda, alzó la mano derecha, diciéndole : Ea, presto. El familiar se revolvió y señaló una letra. Quitóse el guante el nigromántico, y escribió aquella letra que habia señalado el familiar. Tornó á ponerse el guante, y alzando la mano otra vez, le dijo : Adelante. El familiar movióse, señalando otra letra; y desta manera fué preguntándole hasta haber escrito diez ó doce letras, en que iba respondiendo á la pregunta muy

á gusto de los ginebreses. Yo, como eché de ver que para escribir cualquiera letra se quitaba el guante, cogiendo qué podía ser; y aunque sospeché que se habían de alborotar todos, determinadamente, yendo á señalar otra vez con el guante, se lo arrebaté por el dedo demostrador, y hallando una dureza muy grande en el dedo primero, le pregunté al nigromántico: ¿Esta no es calamita ó piedra inan? Quedó suspenso y corrido, y volviéndose á los otros, les dijo: Bien decía yo que los españoles eran agudos, y que no quería hacer cosa delante dellos. El secreto del caso era que aquel familiarillo era hecho de alguna cosa muy ligera, y el bracillo era de acero tocado á aquella piedra inan, que era tan fina como el nigromante diestro en señalar la letra que había menester, con que traía al familiar corriendo á mostrarla. Quedaron los ginebreses admirados, así de la sutileza con que aquel engañaba á las gentes, como de la nia en haber conocido su embeleco; y aunque lo sentí al principio pesarosos de que no hubiese cumplido el pronóstico con la respuesta del familiar, que ellos tenían por demonio, después tuvieron en mucho el desengaño, y rogóles el nigromante que me pidiesen que no le descomase la flor, porque con aquello ganaba su vida sin hacer mal á nadie y tenía reputación de grande hombre. La invención cierto era ingeniosísima, muy conforme á la filosofía natural, y podía sufrirse como por juego de masecoral; pero cosas tan repugnantes á la verdad y del trato comun, engaños tan conocidos, no es razón que permanezcan ni se permitan. Fuimos, dejando muy desconsolado al embustero; y escandalizados los ginebreses del caso, me reprendieron el haberlo afrentado y desanimádo para proseguir en su embeleco. Yo les dije: ¿No os habeis holgado de ver este secreto descubierto? Respondiéronme que sí. Yo les dije: Pues de la misma manera se holgarán todos los que lo supieren; porque ménos importa quedar este sin opinion y sin oficio, que permitir un engaño tan extendido y pernicioso como este. Y yo, para decir la verdad, siempre he estado y estoy mal con estas gentes, como son nigrománticos, judicarios y otros semejantes; aunque estos judicarios tengo por los peores, por estar más bien recibidos en la república y decir ménos verdad; que los que traían de la verdadera astrología de movimientos, estos son doctos que saben las matemáticas con fundamento, como es Claudio Romano, el doctor Arias de Loyola y el doctor Sedillo, españoles, grandes varones de su facultad; que esos otros son embusteros, gente de poca sustancia, de que podía traer muchos cuentos, porque de cien cosas que dicen erran las noventa, y cuando aciertan alguna es por yerro. Válese de mujercillas que les vienen á preguntar, como á gitanas, la buenaventura, y al fin es gente ridícula, que acaban tan miserablemente como los alquimistas, porque quieren dar alcance á los secretos que Dios tiene reservados para sí. En estas conversaciones y otras semejantes llegámos á Bufalora, pueblo del estado de Milan, donde los ginebreses se apartaron, y yo proseguí mi viaje.

DESCANSO QUINTO.

Vuelto á Milan, como aquella república es tan abundante de todas las cosas, eslo también de hombres muy doctos en las buenas letras y en el ejercicio de la

música, en que era muy sábio don Antonio de Londeria, presidente de aquel magistrado; en cuya casa había siempre junta de excelentísimos músicos, como de voces y habilidades, donde se hacía mención de todos los hombres eminentes en la facultad. Tañíanse vihuelas de arco con grande destreza, tecla, arpa, vihuela de mano, por excelentísimos hombres en todos los instrumentos. Movíanse cuestiones acerca del uso desta ciencia, pero no se ponía en el extremo que estos dias se ha puesto en casa del maestro Clavijo, donde ha habido junta de lo más granado y purificado deste divino, aunque mal premiado ejercicio. Juntábanse en el jardín de su casa el licenciado Gaspar de Torres, que en la verdad de herir la cuerda con aire y ciencia, acompañando la vihuela con gallardísimos pasajes de voz y garganta, llegó al extremo que se puede llegar; y otros muchos sugetos muy dignos de hacer mención dellos. Pero llegado á oír al mismo maestro Clavijo en la tecla, á su hija doña Bernardina en la arpa, y á Lúcas de Matos en la vihuela de siete órdenes, imitándose los unos á los otros con gravísimos y no usados movimientos, es lo mejor que yo he oído en mi vida; pero la niña, que ahora es monja en santo Domingo el Real, es monstruo de naturaleza en la tecla y arpa. Mas volviendo á lo dicho, un dia, acabando de cantar y tañer, y quedando todos suspensos, preguntó uno que cómo la música no hacía ahora el mismo efeto que solía hacer antiguamente, suspendiendo los ánimos y convirtiéndolos á transformarse en los mismos conceptos que iban cantando, como fué lo de Alejandro Magno, que, estándole cantando las guerras de Troya, con grande ímpetu se levantó y puso mano á su espada, echando cuchilladas al aire como si se ballara en ella presente. Dije yo á esto: Lo mismo se puede hacer ahora y se hace. Replicóme diciendo que después que se perdió el género enarmónico no se podía hacer. Dije yo: Con el género enarmónico me parece que era imposible hacerse, porque como la excelencia dese género consiste en la division de semitonos y diésis, no puede la voz humana obedecer á tantos semitonos y diésis como aquel género tiene; y así, aquel príncipe de la música, el abad Salinas, que lo resucitó, solamente lo dejó en un instrumento de tecla, pareciéndole que la voz humana con gran trabajo y dificultad podía obedecerlo. Yo le vi tañer el instrumento de tecla que dejó en Salamanca, en que hacía milagros con las manos, pero no le vi reducillo á que voces humanas lo ejecutasen, habiendo en el coro de Salamanca en aquel tiempo grandes cantores de voces y habilidad, y siendo maestro aquel gran compositor Juan Navarro. Y que se pueda hacer y se hace con el género diatónico y cromático, como haya las mismas circunstancias y requisitos que el caso quiere, sucederá cada dia lo mismo; y en las sonadas españolas, que tan divino aire y novedad tienen, se ve cada dia ese milagro. Los requisitos son que la letra tenga conceptos excelentes y muy agudos, con el lenguaje de la misma casta; lo segundo, que la música sea tan hija de los mismos conceptos, que los vaya desentrañando; lo tercero es que quien lo canta tenga espíritu y disposición, aire y gallardía para ejecutarlo; lo cuarto, que el que lo oye tenga el ánimo y gusto dispuesto para aquella materia; que desta manera hará la música milagros. Yo soy testigo que, estando cantando

dos músicos con grande excelencia una noche una cancion que dice :

Rompe las venas del ardiente pecho,

fué tanta la pasion y accidente que le dió á un caballero que los habia llevado á cantar, que, estando la señora á la ventana, y muy de secreto, sacó la daga y dijo : Veis aquí el instrumento, rompedme el pecho y las entrañas; quedando admirados músicos y autor de la letra y sonada, porque concurrieron allí todos los requisitos necesarios para hacer aquel efeto. No les pareció mal á los presentes, porque todos eran doctísimos en la facultad. En estos y otros ejercicios se pasaba la vida entre poetas, de poesía, y entre soldados, de armas, donde se ejercitaba no solamente la pica y arcabuz, sino tambien el juego de la espada y daga, broquel y rodela; que habia valerosos hombres diestros y animosos, donde se hacia mucha mencion de Carranza, aunque hubo quien daba la ventaja á don Luis Pacheco de Narvaez; porque en la verdadera filosofia y matemática deste arte y en la demostracion para la ejecución de las heridas excede á los pasados y presentes. En estos y otros ejercicios loables se pasa la vida en Lombardia, aunque yo traia siempre tan quebrada la salud por causa de las muchas humidades, que determiné volverme á España despues de haber visto á Venecia, y hubo buena ocasion, porque entónces iba la infanteria y caballeria del estado de Milan á recibir á la señora emperatriz á tierra de los venecianos para traerla á embarcar á Génova. Salió aquella gallardisima gente del estado hasta llegar á Crema, donde recibieron á la cesárea majestad como á tan gran señora se debia. En llegando allí, para proseguir mi intento pasé de la otra parte del río en la cabalgadura que hasta allí habia traído de balde, diciéndole al mozo de mulas que yo le pagaría el resto del camino hasta llegar á Venecia; pero él lo hizo tan bien, que en la primera posada me dejó plantado sin hablar palabra, que era un pueblecillo pequeño, donde no hallé cabalgadura, ni aun persona que me respondiese palabra buena, por ser español y por ir en traje de soldado : de manera que ni la humildad ni el término apacible ni la paciencia me aprovecharon para dejar de ir á pié y sin compañía por tierra no conocida y madrastra de españoles. Iba caminando por unos llanos, y aun de mala gana me decian si erraba el camino; y habiendo andado todo el dia bien desconsolado sin saber dónde habia de ir á parar, ya que se ponía el sol vi venir atravesando el camino un caballero con un halcón en la mano, y como me vió paróse en el camino hasta que pudiese emparejar con él, que estuve buen rato, porque iba despeado tanto como triste y afligido. En llegando á él, mostrando alguna compasion, me preguntó si era soldado; respondíle que sí, y díjome que estaba lejos de allí el alojamiento donde yo podia llegar aquella noche; que le siguiese hasta una casería suya, donde me albergaría hasta la mañana. Seguile, aunque con alguna sospecha; pero acordándome que la gente principal siempre es acompañada de buen término, verdad y misericordia, quitóseme el recelo que podia tener con otra compañía.

DESCANSO SEXTO.

Entrámos por unos jardines muy grandes que esta-

ban cerca de su casería, aunque mal cultivados y llenos de yerba que la misma naturaleza criaba; acaso llegámos á la casería, donde salieron á recibirle unos criados llenos de silencio y melancolia. Entrámos en una casa, aunque de grande edificio, muy desordenada de cosa que pudiese dar gusto, sino con unas colgadas negras y viejas, los sirvientes mustios, mudos y callados, y todo lo de la casa lleno de luto y tristeza. Yo estaba suspenso y embelesado de ver un aplauso tan lleno de horror y desconsuelo, y no seguro, sino sospechoso de algun daño mio. El caballero tenia un semblante de hombre que traia quebradas las alas del corazon, y no mandaba cosa á los criados de palabra, sino con solo el semblante, aunque furioso, macilento. Llamóme á cenar, de que yo tenia muy gentil gana, aunque, como he dicho, estaba algo sospechoso, por mi poca suerte, de alguna novedad. Cené con tanto silencio como el caballero que estaba frontero de mí; que nunca más bien me supo el callar, porque saqué el vientre de mal año á costa de la suspension con que el caballero cenó. Yo no osaba preguntarle cosa, porque el verdadero camino para conservarse los hombres es transformarse en el humor de aquellos con quien tratan, y como no podemos saber los secretos del corazon ajeno, habemos de aguardar á que por alguna parte rompa el silencio; que es yerro escudriñar las cosas de que no nos dan parte, especialmente con personas poderosas, cuya voluntad se gobierna con el poder y el apetito. Al fin, acabada la cena y echados de allí los criados, con una voz baja, que parecia salirle de las entrañas me dijo desta manera : Dichosos aquellos que nacen sin obligaciones, porque pasarán con suerte mala ó buena, sin darles cuidado mirar por las ajenas y desvelarse en pensar qué dirán de la suya ! El pobre soldado en cumpliendo con hacer lo que le toca se vá á descansar á su lecho; el oficial y todos los demas deste género en habiendo acabado su ministerio hallan descanso en la ociosidad. Mas ¡ay de aquel que, mirado de muchos ojos, respetado de muchas gentes, rendido al parecer de muchos juicios, sujeto al murmurar de muchas lenguas, no puede acudir á las sobras de sus obligaciones ! Yo he querido, señor soldado, descansar con vos en daros parte de mis lamentables desdichas, no porque me faltara con quien descansar, sino porque las desventuras no se han de comunicar con testigos tan cercanos, que cada dia puedan renovallas; que hace mal pecho y cria mala intencion representarse á los ojos el testigo de los daños propios. Y asegúroos que ninguno destos sirvientes sabe la causa de mis infelicidades; que aunque los veis andar tan amedrentados, no saben más de lo que leen en el sobrescrito de mi rostro. Yo soy un caballero que tengo algunos vasallos y hacienda para poder pasar y vivir con descanso, si la hacienda lo puede dar con las obligaciones que trae consigo : nací inclinado, no á las cortes ni al bullicio popular, que ocupa la vida y entretiene el tiempo, sino á la soledad, usando ejercicios del campo, como es la agricultura, huertas y jardines, pesca y caza de montería y volateria, en que he gastado algunos años y toda mi renta con mucho gusto, y algunas buenas obras usadas con caminantes. Pasé mucha parte de mi juventud sin matrimonio, teniéndolo por pesada carga y ocupacion excesiva para la ejecución de mis ejercicios; pero como las mudanzas en

el mundo son forzosas y el cielo tiene dispuestas nuestras vidas con diversos accidentes, de bien en mal y de mal en peor, ó al contrario, sucedió un día que, yendo á caza con un halcon en una mano y un corazon en otra para ceballo, me arrebataron el mio de improviso, dejándome en él una idea que ni se ha borrado ni se borrará para siempre jamas. Fué desta manera, que pasando á la vista de Crema, salió por un callejon de unas huertas uno de los más bellos rostros y de mayor majestad que en sugeto mortal jamas se ha visto: quise seguirla, y al mismo punto se tornó á encerrar en las huertas. Yo, admirado de tan extraordinaria y no vista belleza, informéme con gran cuidado de su estado, nacimiento y bondad, y despues de averiguado todo, hallé que era doncella, honesta, hija de muy humildes padres. Parecióme que no sería dificultoso el rendirla á fuerza de presentes, promesas y dádivas, que suelen rendir á las peñas más encumbradas. Visitéla por medio de algunas señoras, que no rehusan de usar deste ministerio, por acudir á hacer amistades á quien las obliga con regalos. Ibanse en una carroza en achaque de ver las huertas, y con darle muchas baterías nunca pudieron darle asalto á la fuerza de su honesta castidad. Viue á extremo que, no pudiendo sufrir la violencia de mi estrella, me fuí en la carroza con las dueñas en su mismo traje, que en las barbas habia poca diferencia de mí á ellas, por ser mozo y lampiño; y fué para acabarme de matar, porque en viéndome en la compañía dellas y cerca de su persona, de nuevo me abrasé con el encanto de sus dulcísimas palabras, pronunciadas en mi favor, en que dijo: Quien trae tal dueña consigo, tan apacible y hermosa, otras fuerzas sabrán conquistar de más excelencia que esta triste y humilde sabandija. Estas palabras, y ver en aquel pobre traje tanta limpieza y aseo, tanta gallardía acompañada de vergonzosa gravedad, y con esto, tan honrada resistencia, con otras mil cosas que en ella resplandecian, me forzaron á acudir al último remedio, que fué pedirle para mi esposa, y para atajar discursos de historia tan lamentable, recibíla por mi mujer, y recogíme con ella á esta casería, donde viví con ella con tanto amor y gusto de su parte y de la mía, que no sufría una hora de division. El día que iba á cazar, á la vuelta la hallaba llorosa y con unas ansias y desconsuelos que me regalaba el alma, y me obligaban de nuevo á quererla como á cosa divina: seis años que pasé en este gusto bien pudieran ser envidiados de todos los pasados y presentes; que fueron tales, que solo un desagradecimiento de un pecho bajo y mal nacido pudiera atajar tan bien fundados principios. Estaba cerca de aquí un hombreco, aunque sin calidad, de buenas partes, no consumadas, sino apuntadas, porque sabia un poco de música y otro poco de poesia: preciábase de ser hombre de hecho, y en el pueblo donde vivía no era estimado ni hacian caso de su persona. Trújele para guarda de la mía y para comunicacion de algunos ratos desocupados en que me hacia compañía: adornéle de vestidos, dábale mi mesa, era el segundo poseedor de mi hacienda, y en resolución, levántele del polvo de la tierra á ser hombre principal, igual con mi persona: antes y despues de casado siempre que yo iba á caza iba en un rocín conmigo, y si se causaba, tornábase á la casería. Esto era despues de yo casado, en el cual tiempo él tenía lugar de hablar

con mi esposa, de que yo jamas tuvo sospecha, porque él era un hombre pequeño de cuerpo, falto de facciones, dientes anchos, manos gruesas, falto de virtudes morales, inclinado á la detraccion y envidia; aunque despues no le dejaba volverse de la caza hasta que yo tornase, más por cumplir con el mundo que por mala satisfacion que dél tuviese. Despues desta privacion aparecíase todas las noches que yo venía una fantasma en los jardines que alborotaba los perros y espantaba á los criados. Yo, aunque venia cansado, levantábame á mirar todos los rincones de los jardines ántes de volver á mi cama, por si topaba la fantasma; y en saliendo de mi cama, mi esposa se encerraba por de dentro, y no abría hasta euterarse en que yo era el que llamaba, que decia que por temor de la fantasma se encerraba por de dentro. Duró esta fantasma muchos días y algunos meses; pero notaba que los pocos días que me dejaba en la caza no habia fantasma á la noche, ni yo podia imaginar dónde se recogia, hasta que una noche, habiendo venido de cazar, le dije á un criado que se estuviese á la puerta del jardín y tuviese gran cuenta con aquella vision. Encerréme en mi aposento con mi esposa, esperando si tornaba como las demas noches, cuando comenzaron los perros á hacerse pedazos ladrando, porque la fantasma era tan grande que llegaba á la ventana y tejados: levantéme con toda la priesa que pude, y encontrando al criado que habia dejado á la puerta del jardín, me dijo: No se cause vuesa merced, que la fantasma es Cornelio, su gran privado, que hace este embeleco porque mientras vuesa merced sale, él está con mi señora haciendo traicion á vuesa merced: el cómo y por dónde entra yo no lo sé, sino es que algun demonio le ayude; pero sé que es verdad y há muchos días que pasa. Fué tan encendido el furor que se me esparció por las entrañas, que arrebatándole por el cuello del jubon, le dí de puñaladas, diciéndole: Porque no lo digáis á otro, y porque á mí me lo decís despues de hecho. Echéle en una bodeguilla y cerré la puerta con la llave maestra de la casa y del jardín; y segándome contra mi condicion, abrasado el pecho y las entrañas de celos y deshonra, fuíme paso entre paso para llegar más quieto: llamé á la puerta donde estaba mi esposa, y mostrando mucho temor, preguntó si era yo la fantasma; al fin en conociéndome abrió la puerta, y viéndome mudado el color, que por más que disimulé me lo conoció, me dijo: Señor mio, ¿qué mudanza de rostro es esa? Maldiga Dios la fantasma y quien la inventó, que tan inquieto os trae y me trae. Disimulé lo mejor que pude, diciendo que no era nada, y acostándome en mi cama, ella con sus acostumbradas caricias procuró aquietarme; con que yo puse en duda su daño y el mio. Dormí poco y mal con la batalla sangrienta que traía en mi pecho. Levantéme en siendo de día, llamé los criados de caza y á Cornelio con el mejor semblante que pude: fuimos al campo, y en todo el día no hallé cosa de volatería para las aves ni caza para los perros. Túvelo por mal agüero, y allá á la tarde el traidor de Cornelio fingióse malo por tornarse á la casería: enviéle y mandéle que dijese á mi esposa que tenia una garza echada tres leguas de allí, y no podia aquella noche irle á acompañar, porque en amaneciendo habia de dar sobre la garza. El fué muy contento con este recaudo, y yo quedé con una grande máquina de

pensamientos sobre la determinacion que habia de tomar.

DESCANSO SETIMO.

Siendo ya bien tarde, que queria anochecer, envié los criados á parar la garza, y siendo de noche viníame con todo el silencio que pude á la casería, y entrando por una puerta falsa del jardin con la llave maestra, fuíme derecho al aposento de Cornelio, y abriéndolo, no lo hallé dentro, sino el aposento con luz encendida. Tomé la luz y fuí por una sala que estaba pegada á su aposento, buscándole si parecia por allí: anduve toda la sala y fuí al remate della, que iba á dar á otra sala baja en cuyo alto estaba la estancia mia y de mi esposa: vi una escalera arrimada á la pared que llegaba hasta mi estancia, y en el remate de la escalera abierto un boqueron por donde cabia un hombre muy bien, que estaba tapado con un lienzo del Ticiano del adulterio de Venus y Marte. Hasta entónces no habia creído mi daño. Aparté la escalera de allí con intencion que no tuviese por donde bajar, y como un trueno acudí á mi estancia, y llamando para cogellos descuidados, mi esposa me vino á abrir la puerta, y él fué muy de priesa á poner los piés en la escalera, y poniéndolos en el aire, dió con su persona abajo, quebrándose ambas piernas por las rodillas. Torné á cerrar la puerta de mi estancia, y fuí á recibir al caído, que iba arrastrando con las manos como toro español desjarretadas las piernas, y dijele: ¡Ah traidor, ingrato á los bienes recibidos: este es el pago que llevan los falsos desconocidos! Y arrimándolo á un madero de la escalera, despues de haberle dado muchas puñaladas, le di garrote, y con la misma furia subiendo á dar de puñaladas á mi esposa, se me cayó la daga de las manos, y todas cuantas veces intenté hacerlo me hallé incapaz de mover el brazo para herir aquel cuerpo que tan superior habia sido á mis fuerzas. Al fin bajéla abajo, y poniéndola junto á su amante, ya que no pude hacerla otro daño, maniatéla de piés y manos, y á él saquéle el corazon, y púselo entre los dos, para que ella viese todos los dias el corazon donde tan á su gusto habia vivido. Y al otro criado muerto lo traje arrastrando, y le dije: Veis aquí el testigo de vuestro delito. Torné á quererla matar, y se me tornaron á desjarretar los brazos, y al fin, determiné de matarla con hambre y sed, dándole cada dia media libra de pan y muy poca agua. Hoy hace quince dias que no ha visto luz ni oído palabra de mi boca, ni ella me la ha hablado, con darle yo esa miseria con mis propias manos; y á mí no me parecen quince dias, sino quince mil años, y en cada dia he pasado quince mil muertes. Este es el miserable estado en que me hallo, desamparado de todo aquello que me puede dar consuelo, y tan rematado, que quisiera que Dios me hubiera hecho un hombre desechado del mundo, desnudo de obligaciones, para irme donde jamas hubiesen habitado gentes. Y pues es he hecho y dado parte de lo que nadie sabrá de mi boca, tambien quiero que veais por vuestros ojos lo que tiene tan sin luz á los míos y tan sin esperanza de volverla á ver. Y tomando una vela con un candelero, me dijo que le siguiese; y pasando por un pedazo de jardin, abrió la puerta donde estaban encerradas todas sus desdichas. Representóseme luego

uno de los más horrendos espectáculos que los ojos humanos han visto. Un hombre arrastrado con muchas puñaladas en el cuerpo; otro despedazado con el costado abierto y el corazon puesto en un escalon, junto á uno de los más bellos rostros que naturaleza ha criado. Y para mayor ocasion de dolor sucedió que en abriendo la puerta se entraron tras él algunos perros, que en viendo á la desdichada de su esposa, llegaron á lamelle las manos y rostro y hacelle tantas caricias, que á mí se me enternecieron los ojos, y al marido las entrañas y el alma. Viendo la ocasion de su terneza, le dije: Señor, yo no os he hablado palabra ni replicado á cosa que me habeis dicho, por no haber visto en vuestra pasion puerta abierta, ni por haberme vos dado licencia. Pues ahora, dijo el caballero, os la doy para que digais todo cuanto os pareciere. Y desechado todo temor, por su terneza, le dije estas palabras: Vos, señor, me habeis confesado que la primera idea que se os entró en el alma del amor de vuestra esposa, ni se ha borrado, ni se borrará para siempre jamas. Tambien me habeis dicho que este negocio, falso ó verdadero, nadie lo ha sabido sino estos dos que ya no pueden publicarlo, y la honra ó infamia de los hombres no consiste en lo que ellos saben de sí propios, sino en lo que el vulgo sabe y dice; porque si lo que los hombres saben de sí mismos entendiesen que lo sabe el mundo como ellos lo saben, muchos ó todos se irian adonde gentes no los viesen. Vos habeis atajado con la muerte destos lo que se podria decir: teneis á vuestra esposa viva y quizá sin culpa, pues en cuantas veces la habeis querido matar no habeis podido: no os digo más sino que mireis la terneza que han causado las caricias y blandura que estos perros están usando con ella. Antes que el marido respondiese palabra, ella, alentándose y sacando una voz cansada del profundo pecho, como si saliera de algun sepulcro, dijo: Señor soldado, no gasteis palabras en vano, porque ni yo estoy para vivir, ni por cuanto cubre el sol querria tornar á ver su luz; pero por si alguna vez, espantado de tan horrible caso, os viniere á la memoria el referillo, sepais la verdad; porque ni condeneis la crueldad de mi esposo, ni divulgueis la infamia que yo no merezco, estos dos hombres han merecido justamente las muertes recibidas: aquel arrastrado, porque dijo lo que no vió ni pudo ver; y este despedazado, no por lo que hizo, sino por lo que intentó hacer como traidor, desagradecido al mucho bien que mi esposo y señor le habia hecho, que procedió con tantas diligencias, que yo entendí que tenia pacto con algun demonio, porque le veia en mi propia estancia sin saber por dónde habia entrado; mas de que le vi salir por debajo de una tabla de pintura, y preguntándole qué queria, me respondia que venia á entretenerme por la ausencia de mi esposo y señor. Yo no le dije palabra mala por sus pretensiones: lo uno, porque yo jamás lo he dicho á nadie, lo otro, porque despues que vió mi entereza, no dijo más palabra deshonesta. Y si me culpare mi esposo y señor porque no le avisé dello, diré que aun viendo con enojos muy livianos me despulsaba hasta verle fuera dellos, cuanto más decirle una cosa que tan al alma le habia de llegar; y no tenia reino ni imperio el mundo por quien yo manchase mi honra y el lecho de mi esposo y señor; y por la piedad que en vos he co-

nocido, y por la verdad que os he dicho, os suplico que le rogueis que no me alargue la vida, sino que me abrevie la muerte, para que vaya presto á presentar este martirio en la presencia de Dios. Desde el punto que comenzó á hablar la desdichada, tanto como hermosa, fuéron tantas las lágrimas que derramó el marido, que, viendo la ocasion, le dije: ¿Qué os parece desto, señor caballero? A lo cual sollozando me respondió: Que de la misma manera que os di licencia para hablar, os la doy para que hagais lo que os pareciere que me está bien. Al punto cogí mi daga y corté las ligaduras de aquellos hermosos aunque debilitados miembros, que lo estaban tanto, que sin poder tenerse, se cayó sobre mi pecho, y después se asentó en el suelo como á descansar del gran martirio que habia pasado. El marido se arrojó de rodillas ante ella, y besándole las manos y pies, le dijo: Esposa y señora mia, pues no tengo que perdonaros, os pido perdon con toda la humildad del mundo. No pudo responder, porque con el descanso le dió un desmayo tal, que yo entendí que quedaba muerta; y levantándose el marido con mucha priesa, trujo muchas cosas confortativas, con que la que habia quedado como azucena volvió en un instante á estar como una rosa, que abriendo unos suavísimos ojos zarcos y verdes, dijo al marido: ¿Por qué, señor mío, me habeis querido tornar á esta desdichada vida? Porque no se acabase la mia, respondió él; y cogiéndola entre los dos, la llevamos á su estancia, donde fuéron tan grandes los regalos y beneficios que él le hizo, que al fin la reservó de la muerte. De todo esto que aquella noche pasó ningun criado fué testigo. A la mañana le pedí licencia para irme, para seguir mi viaje: no me dejó ir en veinte dias, que lo hube bien menester para el cansancio del camino y para el horror que habia concebido de tan triste historia y espantoso espectáculo; que de arrebatare de su pasion, sin hacer reflexion en considerar si pudiera ser falso, hizo aquellos homicidios, y llevaba camino de acabar con la inocente é inculpable mujer, con que viviera inquietísimo si viviera, y ella quedara infamada de lo que no habia cometido. Que el caballero se engañase con tantas apariencias de verdad, lastimado de la honra y de los celos, raiz de tantos y tan exorbitantes males, no es maravilla; pero que sea tanta la asistencia ó pertinacia de un pecho doblado y lleno de cautelas, que por llevar su intencion al cabo, lo que habia de gastar con quietud lo gaste en estratagemas, trazas y bullicios, en ofender la honra ajena y poner en peligro su vida, cosa es que espanta; que parecen estos hombres cautelosos hechos de diferente masa que los otros. Mas parece que anduvo muy arrebatado en dar de puñaladas al que le dió la nueva, y que pudiera con aquella revelacion averiguar la verdad sin precipitarse; mas la misma naturaleza y aun la razon le llevó á hacer aquel castigo justo por muchas causas: la primera y principal, porque es maldad de perversa intencion y entendimiento corrupto y de conciencia derramada decir un hombre las faltas ajenas de que no ha sido testigo; lo otro, porque dar malas nuevas á nadie de lo que le ha de pesar, parece que es tener gusto de los males del amigo á quien lo dice: lo tercero, porque chismosos y congraciadores con su cizaña tienen destruida la mitad del mundo. Hay tambien que notar aquí el gran

sufrimiento de aquella tan hermosa como agravada mujer, que en cuantos golpes le dió la fortuna, viéndose ya á la puerta de la muerte, ni perdió la paciencia á sus desdichas ni el respeto á su marido. ¡Ojalá todas supiesen cuánto les importa saber tenerla para conservar la paz de su casa y el amor de sus maridos! Que les parece que es caso de ménos honra no dar tantas voces como ellos, siendo más poderosos. Yo habia quedado tan escandalizado y sin gusto de lo que habia oído y visto, que aunque me rogaron encarecidísimamente que me quedase allí por toda la vida ó por algun tiempo, no pudo acabarse conmigo; pero neguésele, dándoles á entender que iba contento de la obligacion en que me habia echado, loando mucho al caballero el valor que habia mostrado en reparar su honra, y á ella la entereza y conservacion de su reputacion. Dentro de los dias que allí estuve eché de ver la razon que tenia el marido de estar muy enamorado de aquel apacible y divino semblante, tan lleno de gravedad honesta, que cierto en la hermosura del rostro, gallardía del cuerpo, mansedumbre de condicion y suavidad de costumbres, era un retrato de doña Antonia Calatayud. Yo para asegurarme del todo del temor que pudieran haber concebido y dejarlos gustosos, les di palabra de volver á su servicio ó á su casa en acabando mis negocios en Venecia, y con esta condicion me dejaron ir; que como yo tenia algun temor de algun daño de su parte, ellos lo tenían de mí porque no revelase lo que habia visto; que todo este artificio han menester los que son testigos de daños ajenos, y no les ha de parecer que son señores de las personas cuyos secretos saben; que se ven grandes daños y se han visto en esta máquina sobre las personas que han revelado secretos. Al fin, yo me despedí dellos con mucho beneplácito suyo y regalo que me hicieron. Cogí mi camino encomendándome á Dios, espantado de tan nuevo suceso y lleno de tantas desdichas, pero muy contento de verme libre de tan intrincado laberinto, y loando mucho en mí la honra y estimacion de las mujeres italianas principales, y el recato con que se guardan y las guardan. Habíame apartado ya cosa de una milla de los jardines, volviendo atras muchas veces la cabeza hasta que los perdí de vista, que me pareció que estaba ya cien leguas dellos, cuando vi venir dos hombres á caballo á toda priesa hácia mí: miré si en todo aquel llano habia alguna poblacion ó casa adonde recogerme y ampararme, y vine tan solo, que no pude tener recurso para huir, porque yo entendí realmente que ellos se habian arrepentido en dejarme venir, habiendo sido testigo de todo lo pasado. Yo comencé á llamar á Dios en mi favor, porque cuanto más andaban los caballos, más crecia mi temor: al fin, ya que llegaron cerca de mí, parecíame esperar su determinacion. Llegaron con el peor término del mundo, y dijeron: Téngase, señor soldado. Yo respondí: Tenido soy para lo que vuesa mercedes mandaren. Eran dos hombres con dos escopetas y unos cuchillazos de monte con que desollaban los animales; las caras tostadas, las palabras desapacibles, como dichas á español que iba solo y á pié; porque preguntándoles qué era lo que mandaban, respondieron con la peor gracia del mundo: No le mandamos nada; que atras viene quien se lo mandará; con que me hicieron temblar y confirmar mi temor. Pues,

señores, les dije, ¿qué ofensa hice yo al señor Aurelio para que deste modo me traten? El se lo dirá, respondieron. Yo dije: Déjenme seguir mi camino, señores. Y dijo el uno: Estése quedo, si no, arrojaré dos balas en el cuerpo. Yo eché de ver que no se podían llevar por humildad, y hice una cuenta entre mí: Si estos vienen á matarme, poco ha de aprovecharme la humildad, porque aquí no hay segundo lance para la disimulacion; y si no vienen á matarme, no quiero que me tengan por cobarde; y así, en diciendo de las dos balas, poniendo mano á la espada dél, dije: Pues si me tirare, aciérteme; si no, por vida del rey de España, que les tengo de desjarretar los caballos y hacer pedazos las personas. Bravata de español, dijo el uno dellos. En esto llegaba ya el caballero en un gentil portante, y como vió la espada desenvainada, preguntando qué era, le respondí: No sé yo en qué se puede fundar una cosa tan injusta como querer dar la muerte á quien ha querido dar la vida. No entiendo ese lenguaje, dijo el caballero. Los criados se sangraron en salud, diciendo: Señor, como nos enviasteis á detenello, que él queria pasar adelante, y entónces le amenazámos con una pistola, y él á nosotros con decir que nos haria pedazos á nosotros y á los caballos. A lo cual respondió el caballero: Yo no os envié á detenello para hacerle mal, sino para hacerle bien: que no me espanto que á dos hombres que, yendo á caballo y bien puestos, queriendo tratar mal á un hombre de á pié solo y honrado, se les atreva á eso y á mucho más. Apeaos vos del caballo y dadle esa escopeta al soldado español, y suba en el caballo, y acompañadle hasta Venecia; y si os enviare luego, volvéos, y si no, esperadle; y díjome á mí: Señor soldado, la confusion causada de mis trabajos hizo que me descuidase de mi obligacion, y mi esposa con su angélica condiccion, enamorada de vuestra piedad y olvidada de mi rigor, os envia en esta bolsita cien escudos para vuestro camino, y esta joya de su misma persona, que es una cruz de oro, esmeraldas y rubies, y queda con esperanza de tornar á ver á quien reparó tanto derramamiento de sangre. Arrojáme á sus piés, agradeciéndole tanto bien y honra: subí en mi caballo, y llevando por mozo de mulas al que me habia querido matar, llegué á Venecia tan rico á mi parecer, que la podia comprar á toda. Díjele á mi mozo de mulas que me llevase á una muy gentil posada, como práctico en la ciudad, y entrando en ella, no vi la hora de echarlo de mí, porque yo lo traia de tan buena gana conmigo como él venia: reposé aquella noche, y á la mañana despedílo.

DESCANSO OCTAVO.

Miré con grande admiracion la grandezza de aquella república, que siendo tan rica y de tanta estimacion, que se persuaden á que tienen más razon de desvanecerse que todas las naciones del mundo, no lo parecen en el trato de sus personas, porque andan tan desautorizados, que quien no los conociere no los estimará en lo que son. Y para la vanidad suya pasó un cuento gracioso entre un noble veneciano y un portugues, gente tan idólatra de sí propia, que no estima en nada el resto del mundo; y fué que, yendo yo á pasar por una puentecilla pequeña que llaman del Bragadin, me detuve porque venia un magnífico detras de mí: túvele

respeto, porque ellos quieren que se le tengan; y de la otra parte de la puente venia un portugues de razonable talle, mirando hácia el horizonte, con unos guantes de nutria en las manos y unas botas arrugadas en las piernas, muy tieso: de suerte que, llegando al medio de la puentecilla el magnífico, entendió que el portugues le hiciera la cortesía, que era de razon por estar en su tierra, y el portugues queria lo mismo estando en la ajena. Sucedió que, llegando al medio de la puente, ambos con mucha majestad chocaron; y por no caer en el agua, el portugues apretó, y el magnífico no osó ladear: cayeron los dos, el magnífico de espaldas, que era delgado de piernas, y el portugues de pechos, que por poco no dieran ambos en la mar. Levantóse el portugues de presto, limpióse el polvo con los guantes de nutria, y el magnífico las calzas de lacre, limpiándose las espaldas; y despues de limpios paráronse á mirar el uno al otro, y habiéndose estado un rato suspensos, dijo el magnífico al portugues: *E vu sabi chemison veneziano, gentil huomo patrizio?* Y el portugues al mismo tono respondió: *Eu pergunto: E vos sabedes que eu saon portugues fidalgo evorense?* El veneciano con mucho desprecio le dijo: *Aude el bordel, becco cornuto.* Y el portugues, dando con el pié, le respondió: *Tirai-vos la, patife.* Fué cada uno su camino, volviendo el rostro atras; el magnífico señalando con el dedo al portugues, diciendo con mucha risa: *Non va il pazzon;* y el portugues al mismo modo decia: *Olhai o parvo.* De suerte que yo no pude averiguar cuál fué más fantástico y loco de los dos, aunque está la presuncion por el portugues, por haberse atrevido en tierra ajena y donde tan poco amados son los españoles, que alabando los venecianos su ciudad, dicen que no hay en ella calor ni frio, lodo ni polvo, moscas ni aun mosquitos, pulgas ni piojos, ni aun españoles. Son tan estadistas, que para lo que aman y han menester, no hay encarecimiento en el mundo de que no usen; y para lo que aborrecen no hay palabras tan obscenas de que no se aprovechen. Llegó un noble de aquellos á comprar un poco de pescado, y con grandes caricias y amores le preguntó al pescador, sin conocerlo, cómo estaba su mujer é hijos; y á él le dijo que era muy hombre de bien; pero en no queriendo darle el pescado al precio que él queria, le dijo que era un cornudo, y su mujer una putana, y sus hijos unos bardajuelos. Vi otras cosas allí muy de notar, en razon á la superioridad que les parece que pueden tener por su antigüedad y gobierno. Fuíme á mi posada á la hora de comer, y apenas hube llegado cuando, habiendo comenzado la comida, me dijeron que me buscaba una señora principal en una silla, diciendo: ¿Dónde está aquí un soldado español? Vi que no habia otro sino yo; levantéme, y fuí á ver lo que me mandaba, y vi salir una mujer de la silla, de muy gentil talle y muy hermosa, y no ménos bien aderezada, que con muy grandes caricias, palabras dulces y regaladas me dió la bienvenida, de que yo me quedé dudoso y confuso, entendiendo que realmente me hablaba por otro; y así le dije: Señora, yo me hallo indigno de tan grande y autorizada visita como esta; suplicoos que advertiais bien si soy á quien buscáis. Ella respondió con alegre semblante, echándose los brazos al cuello: Señor soldado, bien sé á quién busco, y á quién he hallado. Yo soy la señora Camila, hermana del señor Aurelio, de cuyas

manos recibí anoche una carta en que me manda que os hospede y regale, no como á segunda persona, sino como á la suya misma, todo el tiempo que gustáredes estar en Venecia. Yo respondí: Bien creo que de un tan excelente caballero me ha de venir todo el bien del mundo, y comenzando por tan gallarda y discreta señora, habrá de suceder todo bien. Ea pues, dijo ella, seguidme; que aunque toda esta mañana no he podido dar con vuestra posada, dejé mandado en la mía que os tuviesen aderezada la comida como para tal persona. Y rehusándolo yo, por tener ya hecha la costa, dijo que habia de hacer por fuerza el mandamiento de su hermano; y así, pagando lo que debia en la hosteria, me llevó consigo, no dudando yo en lo que decia; pero fui imaginando si acaso seria traza de su hermano, para ejecutar en Venecia lo que no habia hecho en su casería. Mas ella me llevó con tanta blandura y amor á su casa, que se me quitó cualquiera imaginación y sospecha. Entrámos en una sala muy bien aderezada, donde hallé puesta la mesa con muchos y muy escogidos mantenimientos, en que me entregué tan de buena gana como lo habia menester; porque fuera de ser muy á gusto la comida, la partía y repartía la señora Camila con aquellas argentadas manos, no cesando de encarecer la voluntad y fuerza con que el señor Aurelio su hermano se lo habia mandado. Despues de comer sacó una carta firmada de Aurelio, en que decia estas palabras:

«Con cuidado me dejó un soldado español, huésped mío, cuyas acciones descubrian ser hombre principal: »no le regalé como quisiera, si bien vuestra hermana »y mi esposa le envió al camino una bolsilla de ánbar »con cien escudos, y de su persona una cruz de oro, »rubies y esmeraldas, que no pudo más por ahora: »buscadle, dándole el hospedaje y regalos que á mi »propia persona, sin dejalle gastar cosa alguna en todo »el tiempo que estuviere en Venecia; y si hubiere de »volver acá, dadle lo necesario para el camino.»

Yo con las señas de la carta acabé de enterarme en creer que era verdad cuanto la señora Camila me decia y que los regalos recibidos y los que habia de recibir eran por cuenta de aquel gran caballero Aurelio. Dijome luego que trujesen mi ropa ó maleta á su casa, porque en todo el tiempo que estuviere en Venecia ni habia de comer ni dormir fuera della, ni gastar sino á su costa. Halléme obligadísimo, y díjele que yo no habia traído maleta ni otra prenda sino á mi persona gentil; y ella mandó á una criada que me trujese un cofrecillo pequeño para dármele. Trújolo, que era labrado con toda la curiosidad del mundo: dióme la llave dél, y dijo que echase allí mis papeles, y lo guardase, porque en Venecia habia mucho peligro de ladrones: holguéme de ver el cofrecillo, y encerré dentro dél mis papeles y dineros y la joya, que ella se holgó mucho de ver, y le dió mil besos por haber sido de su cuñado, á quien ella dijo que queria infinito. Eché la llave al cofrecito, y roguéle que lo guardase. Ella dijo que mejor estaria en mi poder, por si queria sacar dineros, aunque no los habia menester mientras estuviere en Venecia. Yo le respondí que para haberlos menester ó no, mejor estaban en su poder que en el mío; y al fin porfiando, aunque ella lo excusó, le hice que me le guardase. A la noche me tuvo muy gentil cena, autorizándola con su gallarda presencia, que realmente era muy hermosa.

Pasé aquella noche muy contento, por haber comido á costa de una tan gentil dama.

DESCANSO NUEVE.

En amaneciendo vino á visitarme, preguntándome cómo me habia hallado, y si habia menester alguna cosa la pidiese con libertad, porque ella iba á hacer una visita á una gran señora, y que si ella no tornaba á comer, sus criados y criadas me regalarían. No vino á comer ni en todo el día pareció. Esperé hasta la noche: tampoco vino. No dejé de tener alguna pesadumbre, dando y tomando en si podia por algun camino ser traza ó cautela; porque ella me habia dicho que en Venecia no me fiasse de ninguna mujer por principal que me pareciese, porque me habian de engañar; pero considerando que aquellas señas de aquella carta por ningun camino podia saberlas sino del mismo Aurelio, mesosegué. Por la mañana, como no me visitó á la hora que el día ántes ni mucho despues, pregunté á una sirvienta de la casa si era levantada la señora Camila, y respondiome que no habia tal mujer en aquella casa. Repliquéle, y tornóme á responder lo mismo. Pero otro sirviente, que debia de estar hablado, acudió y preguntóme qué la queria, que estaba en cierta visita de una señora enferma. Fingí que me sosegaba con eso, y preguntándole al otro sirviente á solas si era aquella casa suya, me respondió que no sabia más de que habia alquilado aquella sala para un gran caballero español. Calló, y fuíme á la primera posada á preguntar si conocian aquella señora que me habia venido á buscar, ó si sabian dónde vivia, y respondiome uno muy presto: Quien os podrá decir su casa mejor que nadie es el que vino aquí con vos, que es con quien enviasteis el caballo, porque él viene con ella mostrándole vuestro alojamiento; y esa, que vos teneis por gran señora, es una ramera que vive de hacer estafas y engaños. Sin replicar más palabras me salí desesperado de verme despojado de mis dineros, joyas y papeles con la bellaquería del que habia venido conmigo, que le habia dado las señas de lo que traía, por donde fingió la carta que me mostró; pero visto que ella misma me habia avisado del engaño que me habia de hacer, reportéme y fui á ver si podia reparar el daño á la posada donde ella me habia llevado. Y preguntándole al mozo que habia vuelto por ella si habia venido la señora Camila, me respondió: Señor, aquí vino ahora, y como no os halló, se torno á la enferma; pero mirad si la quereis algo, que yo la iré á llamar. Quiérola, respondió yo, para que me dé unos papeles en que están las señas de mi persona, porque tengo aquí una póliza de doscientos escudos que cobrar de un cambio, y sin este papel que digo no se pueden cobrar. Dijo el sirviente: Pues yo iré en un instante á avisalle deso. Miéntras él iba yo fingí la póliza; que las señas en el pasaporte que traía de Milan venian. Apénas acabé de escribir la póliza, cuando vino mi señora doña Camila desalada, pensando coger los doscientos escudos con todos los demas; y es de creer que habria visto ya el papel de las señas, pues estaba en su poder, y tendria otra llave del cofrecito. Díjele mi recado, y saqué la póliza del seno, y en mostrándosela envió á una criada por el cofrecillo; torné de muerto á vivo, y díjele á la señora que me buscase un caballero á quien diese poder para cobrar aquella póliza.

za, porque no quería que el embajador de España me la viese, porque me conocía. Ella me trujo luego un rufianazo suyo muy bien puesto, diciendo que era un caballero muy principal. Dije que trujese un escribano para darle el poder; y la señora Camila, por más favorecerme, dijo que quería que fuese de su mano. Fuéron por él, y entretanto yo cogí mi cofrecillo y fui á buscar un barco en que acogirme. Dejélo concertado y volví á la posada, donde hallé á la señora y al rufi y al escribano; díles el poder y la póliza y el papel de las señas, con que quedaron muy contentos y yo mucho más; y porque ya era noche les supliqué que se cobrasen muy de mañana aquellos doscientos escudos, porque quería hacer un gran servicio á la señora Camila. Fui á pagar al escribano, y no me lo consintió. Fuéronse, y yo torné á suplicarles que fuese luego por la mañana la cobranza con mucho encarecimiento: diéronme la palabra que á las ocho estaría cobrado. Al salir de la calle asoméme, para en saliendo ellos salir también yo. Volvió el gayon la cabeza riéndose de la burla que me hacía, y como me vieron, torné de nuevo á encomendarles la brevedad de la cobranza, de que ellos se rieron mucho, porque como ántes le había dado el cofrecillo con sencillez, creyeron que todo fuera así. En trasponiendo la calle, cogí mi cofrecillo debajo de la capa y fuíme á mi embarcación. No había andado treinta pasos cuando me encontré aquel sirviente que andaba en favor de la señora Camila, y preguntándole que adónde iba con tal priesa, respondíle que iba á llevar aquel cofrecillo á la señora, que se acababa de apartar de mí por aquella calle abajo, y señaléle una calle por donde aunque anduviera toda la noche no toparía con ella. Dijo: Pues yo iré á avisarle dello; vuélvase á la posada. El fué por su calle, y yo derecho al barco que me estaba aguardando con tan buenos alientos, que amanecimos treinta leguas de Venecia, y contando á los pasajeros algo de lo que me había pasado, dieron en quién podía ser por el modo del engaño y el artificio de que usó; pero cuando supieron que había gastado en regalarme su dinero, holgaron de saberlo para publicarlo en Venecia. No supe si echaría la culpa á mi facilidad en creer ó á la fuerza de su engaño en decir, porque aunque es verdad que es dificultoso librarse de una cautela engendradora de una verdad clara y evidente, con todo eso arguye liviandad el arrojar-se luego á creerla; pero es tan poderoso el embelecador de una mujer hermosa y bien hablada, que con menos circunstancias me pudiera engañar. La facilidad en creer es de pechos sencillos, pero sin experiencia, especialmente si la persuasión va encaminada á provecho nuestro, que en tal caso fácilmente nos dejamos engañar. Yo me vi rematado y perdido, no sintiendo tanto el agravio de la persona como la falta del dinero, que tanta me había de hacer; y así, no fué el ingenio quien me dió la tiza, sino la necesidad, por verme pobre y en tierra ajena, y que ningún camino lícito y fácil podía deshacer mi agravio, sino por otro engaño semejante ó peor. Mas Dios me libre de una mentira con tantas apariencias de verdad, que es menester ayuda del cielo para conocerla y no rendirse á darle crédito. Aunque mirándolo bien, qué conocimiento ó qué prendas de amistad ó amor habían precedido entre aquella mujer y yo para que tan fácilmente gastase conmigo

su hacienda y para que yo me persuadiese á que había sencillez en aquel trato? La resolución desto es que yo tengo por sospechosos ofrecimientos y caricias de gente no conocida. Y es yerro sujetarse á obligaciones cuyo principio no tienen fundamento; y así, es lo más cierto en semejantes ofrecimientos agradecer sin aceptar; que el mayor contrario que un engaño tiene es, no rechazarlo con darlo á entender, sino en entendiéndolo echallo á buena parte; que el trato apacible señorea todo lo que quiere. Y dos cosas hallo que granjean la voluntad general y enubren las faltas de quien las usa, que son cortesía y liberalidad; que ser un hombre pródigo de buenas cortesías y palabras amorosas, y no miserable de su hacienda, siempre engendra buena sangre y mucho amor en los que le tratan.

DESCANSO DIEZ.

Yo no me arrojé tanto á la navegación por saber qué viaje había de llevar, como por huir de aquella embustería y su traga sangre; y así, me fué forzoso alargar mi viaje más de lo que convenia, para disponer mi camino para donde mejor me estuviera. Topéme entre los pasajeros uno que dijo que iba huyendo porque le habían levantado un testimonio muy pesado, y que había puesto agua en medio en tanto que ó se averiguaba la verdad ó se deshacía el mal nombre que había cobrado. Tengo, le dije, por yerro notable volver el rostro y dejar las espaldas que reciban los agravios y heridas, cuyos golpes han de dejar cardenales irreparables; que en tanto que parece la presencia del agraviado, cada uno quiere más poner duda en el caso que no arrojar-se á manchar la reputación ajena; y para la averiguación de los delitos, el mayor y más evidente testigo es huir el rostro. En poco estima su opinión quien no teme las heridas de la lengua ausente. No hay hombre tan ajustado, que no tenga algún émulo, y por no dar lugar á las asechanzas deste, no se ha de apartar de su vista; que los mal intencionados de cualquiera átomo toman ocasion para emponzoñar las intenciones del mundo contra quien desean ver fuera dél. Con estas y otras cosas que le dije le persuadí á que se volviese á Venecia, que me importó algo, porque desembarcando en el primer pueblo que vimos (por ir costean-do), me hallé cerca de Lombardía, de donde yo tomé la derrota de Génova y él la de Venecia; que por el buen consejo dejé de rodear más de docientas leguas que hay por agua desde Venecia á Génova, adonde pensé hallar á don Fernando de Toledo el tío; pero habiéndolo pasado adelante, me di aquella noche, aunque borrascosa, tan buena priesa, que le alcancé en Saona al tiempo que se quería partir. Fui recibido alegremente, que lo había muy bien menester, por la melancolía que traía conmigo, nacida de una perpetua enfermedad de corrimientos, que siempre me han traído corrido, á las partes hipcondriacas. Venimos la vuelta de España, dejando á la mano derecha la costa del Piamonte y Francia, poco segura entónces por las compañías que andaban de gente perdida, gobernada por su antojo y voluntad fuera de la de su rey. No tomábamos puerto para lo necesario sino en las riberas que más cómodas parecían para asentar el rancho, dejando á buen recaudo y custodia once falúas en que veníamos. Contíamos y buscábamos agua y leña. Yo había sacado de Génova una bota

de diez azumbres de muy gentil vino griego, que me hizo gran compañía y amistad hasta llegar á las pomas de Marsella, que son unos montones muy altos y pelados, sin yerba ni cosa verde, estériles de árboles y de todo lo demás que puede dar gusto á la vista. Pues llegando á este paso, porque no fuese sin trabajo la jornada, siendo mi falúa la postrera, encalló muy cerca destas pomas, en una que del batidero de las olas tenía hecho un poyo ó bancal bien largo. Así como encalló, dijo el arráez: Perdidos somos. Yo, como sabía nadar y vi cerca dónde podía repararme, quitéme, y arrojé una saltambarca que traía, y púseme al cuello como tahali la bota, que ya llevaba poca sustancia, y á cuatro ó seis brazas llegué al poyo de la poma: entretanto desencalló la falúa, y fuéronse los marineros, no haciendo más caso de mí que de un atun; y aunque les di voces, á no las oyeron por el ruido de las olas, ó no las quisieron oír por no ir contra su natural costumbre, que es ser impíos, sin amor y cortesía, tan fuera de lo que es humanidad como bestias marinas ajenas de caridad. Yo me hallé perdido y sin esperanza de consuelo, sino era de Dios y del ángel bendito de la Guarda; considerando qué había de ser de mí sino era que acaso pasaba por allí un bajel ó barco que me socorriera en tan apretada necesidad. Estuve desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde esperando si pasaba quien me pudiese socorrer, teniendo confianza que aquel gran caballero se había de compadecer de mi trabajo; pero los marineros fuéron tan crueles bestias, que le dijeron que me había ahogado. Yo de cuando en cuando me alentaba con mi bota, hasta tomar determinacion en lo que había de hacer. Resolvíme de entregarme á la tiranía del mar, bestia insaciable, fiera y cruel, y para esto desnudéme un colete de muy gentil cordobán, y con la punta de la daga y dos docenas de agujetas que traigo siempre que camino, cogílo por la delantera, falda, brabones y cuello tan estrechamente, que pude hincharlo sin que el viento se saliese. Vacíe la bota del santolicoir que había quedado, y hinchándola muy bien, hizo contrapeso al colete. Hice la misma diligencia con las botas enceradas, que asidas de las ligas ayudaban tambien á sustentar. Descalcéme los valones, porque el agua se había de colar por las faltriqueras, y quedéme con solo el jubón y camisa, porque siendo de gamuza no se rendiría tan presto á la humedad; y puesto desta manera, y acordándome que los caminos guiados por Dios son los acertados, le dije desta manera: Inmenso Dios, principio, medio y fin sin fin de todas las cosas visibles é invisibles, en cuya majestad viven y se conservan los ángeles y los hombres, universal fabricante de cielos y elementos; á tí, que tantas maravillas has usado en este con tus criaturas, y que al bienaventurado Raimundo, estribando en solo su manto, por tantas leguas de agua guiaste á salvamento, y en este mismo lugar á los marineros que se iban tragando las indomables olas, con solo un ruego de tu siervo Francisco de Paula aquietándolas, libraste de la muerte que ya tenían tragada: por el nacimiento, muerte y resurreccion de tu sacratísimo Hijo, redentor nuestro, te suplico que no permitais que yo muera fuera de mi elemento. Y luego dije al santo Angel de mi guarda: Angel mio, á quien Dios puso para guarda deste cuerpo y alma, suplicote por el que te crió y me crió, que me

guies y ampare en este trabajo. Y dichas estas palabras, y asido muy bien de mi barco, me arrojé con muy gentil ánimo sobre el colete y la bota, comenzando á usar de mis cuatro remos valerosísimamente, no de manera que me cansase, porque como llevaba el barco de viento, iba braceando poco á poco de modo que no se rindiese la fuerza al cansancio. No osaba imaginar en la profundidad de agua que llevaba debajo de mí, por no desalentarme, ni osaba pararme, porque bien sabía yo que mientras el cuerpo hace movimiento no le acometen los hambrientos animales marinos; y si alguna vez sentía flaqueza en los remos, tendíalos sobre el agua, liando lo demás del barco, que alguna vez me consolaba con la fragancia que salía de la bota, que iba muy cerca de las narices: comenzaba á rezar, pero dejábalo, porque me faltaba la respiracion, que para semejante conflicto es muy necesaria. Anduve una hora ya descansando, ya navegando, hasta que comenzó á refrescar un viento que venía de Africa y me traía hácía la tierra, que me era forzoso resistirlo porque no diese conmigo en una poma de aquellas que tengo dichas, y me hiciese pelazos. Pero estando en este último peligro descubrí una caleta, con que respiré con nuevo aliento, y caminando ó navegando hácía ella, el mismo viento meridional me ayudó milagrosamente. Ya que llegaba tan cerca, que descubrí muy bien toda la caleta, vi á la orilla della un hombre merendando, que me dió nueva fuerza con verle, y que comía; pero de la misma manera que yo me alegré y esforcé con verle, él se espantó de mí, entendiendo que fuese alguna ballena ó monstruo marino. Vino una ola tan grande, que me llevó tan cerca de la caleta, que hice pié, y al mismo punto el hombre espantado echó á huir la tierra adentro; y un lebril que con él estaba saltó al agua contra mí, y lo pasara mal si no fuera por la daga que siempre me acompañó, porque picándole con ella, saltó en tierra y fué huyendo tras su amo. En las caletas siempre está sosegada el agua, y como ya hacia pié, salí á tierra: hiqué las rodillas ambas en ella, dando gracias á la primera causa; pero puestos los ojos en la merienda que el otro había dejado, miréme con mi bota y colete cosidos, con el jubón y las botas enceradas, que tambien hacían su figura, y no me espanté que me tuviera por cosa mala. Arremetí con un pedazo de pan y otro de queso que había dejado con un jarro de vino, y sacando el vientre de mal año, juraré que en mi vida comí cosa que más bien me supiese. Pero estando en el jarro en la boca, vinieron diez ó doce hombres *cum fustibus et armis*, que los había movido el huidor á matar la ballena, y como no la hallaron, preguntáronle al buen hombre que dónde estaba, y á mí si la había visto. El quedó confuso, yo respondí en italiano, que no osé en español, que allí no había llegado ballena ni otra cosa que pudiese parecerlo, sino yo del modo que me veían, y que aquel hombre había huido por dejarme la merienda. Riéronse dél; diéronle matraca, llamándole borracho y otras cosas en lengua francesa, con que rieron liarto, y á mí me tuvieron lástima de verme tan mojado y desnudo. En el mismo tiempo venía una falúa con doce remos por mandado del maestro de campo á buscarme, porque les dijo que había de ahorcar al arráez si no me llevaban vivo ó muerto. Hiceles señas con la bota, que era la mayor que yo podía dar para mi cono-

cimiento y su gusto, y luego dieron la vuelta á la cale-
ta, adonde me hallaron puesto al sol, más alligido que
perro manteado, temblando y encogido. Echáronme en
la falúa, todos admirados de verme vivo habiendo pa-
sado tal trabajo en tantos años de edad, que ya tenía
cerca de cincuenta. Lleváronme á Marsella, donde
aquel gran caballero, amado y conocido de todo el
mundo, me acarició y regaló, aunque como aquel tra-
bajo me cogió en años crecidos, siempre me duró, y
todos los inviernos me resiento de aquella humedad y
frialdad. Parecí yo en esto á un escarabajo que, estan-
do en compañía de un caracol, recogido por miedo del
agua, conliado en sus alillas, se determinó de volar á
buscar lo enjuto, y en levantándose, dijo el caracol:
Allá lo veréis; y le dió una gota gruesa y lo arrojó en el
arroyo de la creciente: conliado yo en que sabía nadar
y los otros no, arrojéme al charco de los atunes, como
dice don Luis de Góngora, donde me pudiera suceder
lo que al escarabajo si Dios no lo remediara, que para
una bestia tan cruel y desleal como el mar no aprove-
cha saber nadar; que echarse un hombre en el mar es
echarse un mosquito en la laguna Urbion. Los anima-
les de la tierra están enseñados á tratar con un ele-
mento fiel, amigable, suave y apacible, que donde
quiera da acogida y sustenta al cansado; pero el mar
íngrato, tragador de los bienes de la tierra, sepultura
perpetua de lo que en él se esconde, que se sale á la
tierra á ver si puede llevarse adentro lo que está en la
orilla, hambriento animal de todo lo que puede alcan-
zar, asolador de ciudades, islas y montañas, envioso
enemigo de la quietud, verdugo de vivos y desprecia-
dor de muertos, y tan avariento, que, estando lleno de
agua y de peces, mueren en él de sed y de hambre,
¿qué puede hacer sino destruir á quien dél se fiare? Y
así, parece que con sola la mano de Dios puede hacerse
lo que estos días pasados sucedió en la toma de la Ma-
mora á don Lorenzo y al capitán Juan Gutierrez; á este, que
nadando y sin ayuda y con muchos años áuestas, quitó
á cinco moros un barco en que iban; y á don Lorenzo,
que habiendo nadado toda la noche, azotado de las le-
vantadas olas, llegando al barco donde pudiera descan-
sar de tan inmenso trabajo, alentándose con fuerzas
sobrenaturales, dijo que no quería entrar en el barco,
porque recogiesen á otros que venían atras más nece-
sitados que él, y pasó adelante. Caso es pocas veces ó
ninguna visto. Yo llevé mi trabajo, y una reprension
por el atrevimiento, porque la confianza me pudo cos-
tar la vida; que yo realmente por mostrar que sabía na-
dar y que tenía ánimo desvanecido para atreverme, fué
causa de arrojar me tan sin consideración, aunque en
las cosas tan arrebatadas há poco lugar el discurso; pero
mejor fuera aguardar la fortuna de todos que antici-
parme con la mía, que tan poco favorable me ha sido;
que cuando la vanidad engendra el atrevimiento, ha de
ser en los que tienen experiencia en su buena fortuna;
pero ¿de qué importancia me podía ser á mí cobrar fama
de nadador, no siendo renacuajo ni delfín ni habiendo
de ser marinero? Ella fué vanidad, temeridad y dis-
parate.

DESCANSO ONCE.

Llegámos á España, desembarcámos en Barcelona,
ciudad hermosa en tierra y en mar, abundante de man-

tenimiento y regalos, que con oír hablar en lengua es-
pañola parecían más suaves y sustanciosos; y aunque los
vecinos tienen nombre de ser un poco ásperos, vi que
á quien procede bien le son apacibles, liberales, acari-
ciadores de los forasteros; que en todas las repúblicas
del mundo quieren que el forastero con el buen proce-
der obligue á la amistad. Si el que no es natural pareco
humilde y vivesin perjuicio de los naturales, tiene gran-
jeada la voluntad de todos, porque junto su buen tér-
mino con la soledad que padece, engendra piedad y
amor en los pechos naturales. Todos los animales de
una misma especie se llevan bien unos con otros, aun-
que no sean conocidos, sino son los hombres y los per-
ros, que teniendo mil buenas propiedades con que sue-
len admirar, tienen esta propiedad bajísima, que todos
muerden al pobre forastero, y le matan si pueden. Y
esto mismo corre por los hombres si el advenedizo no
es como debe ser entrando en jurisdiccion ajena; y lo
que más ofende á los naturales es solicialles las muje-
res, que en lo que más se ha de remirar el huésped es
en esto; que basta, teniendo agrado, para llevarse los
ojos de voluntad de todos tras de sí. Muchos se que-
jan de pueblos donde han estado fuera de su patria, mas
no dicen la ocasion que dieron para ello: alaban sus
tierras de madres de forasteros, y no miran por qué ca-
mino les han obligado para tratarlos bien. Yo sé decir
que en toda la corona de Aragon hallé padre y madre,
y en Andalucía grandes amigos, sino son de la gente
perdida, que solamente tratan de hacer mal: estos en
todo el mundo son enemigos de la quietud, revoltosos,
inquietos, levantados y soberbios, enemigos del amor
y la paz. Mucho me divierto para llegar á Madrid, que
tan deseado lo tenía. Llegué, y hallé muchos amigos
deseosos de verme: hice asiento con un gran príncipe
muy amigo de música y poesía; que aunque siempre
huí del esudelaje, me fué forzoso acudir á él. Entré
en su gracia muy de improviso; fuí muy privado y fave-
recido suyo, y como yo venía harto de pasar trabajos,
viéndome con demasiado regalo, acomodéme la poltro-
nería y engordé tanto, que comenzó la gota á martiri-
zarme. Dí en tener pajarillos, y entre ellos, en regalar
á un pardillo, muy superior á los demas en su armonía,
aunque su consonancia muy concertada. Haciale abrigar
en mi aposento de noche, donde una dellas sentí toda la
noche crujir cañamones contra la costumbre de los pá-
jaros. En amaneciendo fuí á mirar mi pájaro, y hallé en
compañía suya un ratoncillo, que de lo mucho que ha-
bia metido de los cañamones hizo tanta barriga, que
no pudo tornar á salir. Dije entre mí: Este ratoncillo
por haber comido tanto ha buscado su muerte. Yo voy
por el mismo camino, que si un raton con sola una no-
che de regalo ha engordado tanto, yo que todos los días
como y ceno mucho y muy regaladamente, ¿qué fin
pienso tener sino la enfermedad que he cogido y algu-
na apoplejía que me acabe presto? Quitéme las cenas;
que con esto y el ejercicio me he conservado; que real-
mente esto de comer á costa ajena engorda demasiada-
mente, porque se come sin miedo, y quien no se va á
la mano en esto está muy peligroso para una enferme-
dad. Han de comer los hombres mantenimiento de que
sus estómagos sean capaces, porque si no, ó será for-
zoso vomitar la comida, ó poner en peligro la vida, co-
mo la perdió el raton; fuera de que los demas miembros

del cuerpo tienen envidia al estómago, porque todos han de trabajar para que él solo engorde, cuando si no pueden llevarlo á cuestras, le dejan caer y dan con él en la sepultura. Yo vi que iba camino desto, y retiréme á comer poco y cenar nada; que aunque al principio se lleve mal, con la costumbre se puede alcanzar todo. Miren los que engordan mucho el peligro en que se ponen; que ni la edad es siempre una, ni los mantenimientos de una calidad, ni los que los dan de una misma intencion, ni el tiempo corre de una misma manera. El que nació gordo, que siempre sea gordo no es maravilla; que ya están enseñados sus miembros á sufrirle y traerle á cuestras; pero el que nace flaco y delgado y en breve engorde, sospecha pone su duracion y su vida. Como puse enmienda en mi comer y beber de noche, fué consumiendo la gordura un poco, y yo sintiéndome más ágil para cualquiera cosa; que ciertamente la poltronería manca y tulle los hombres. Con esto me torné inquieto, que fué causa que el príncipe á quien servía, con la ayuda de los conratiadores se entibió en favorecerme, y yo con servirle; que los señores son hombres sujetos no solo á las estrellas, pero tambien á sus pasiones y apetitos; y cuanto más superiores son, tanto más presto se cansan de las acciones de sus criados; que quien los sirve es necesario que renuncie su voluntad y se ajuste con la del príncipe; y es razon que quien se dispone á servir sacrifique su gusto á quien le da su hacienda, porque todos quieren ser bien servidos, aunque he visto muchos señores de tan piadosa condicion, que llevan con mucho valor y paciencia los descuidos de los criados; pero lo contrario es lo más ordinario.

DESCANSO DOCE.

Con este poco caso que mi amo hacia de mí, tenía libertad para pasearme de noche, no para cosas ilícitas, porque ni yo tenía edad para eso, ni mis trabajos me habían dejado tan holgado, que pudiese acudir á cosas de mal ejemplo, ni es razon que en ninguna edad se hagan; sino á tomar un poco de fresco, que las noches de verano en Madrid son para esto aparejadas. Ibamos todas las noches con amigos con nuestros rosarios rezando, no hacía el Prado, por huir el mucho concurso de la gente, sino á calles solas, que por mucho que lo sean, siempre hay la gente que basta para compañía. Alejámonos una noche hasta llegar cerca de Leganitos. Díjome mi amigo: Parad aquí, que vais cansado; al fin sois ya viejo. Piquéme, y díjele: ¿Quereis que corramos una apuesta, y verémos quién está más viejo? Rióse y dijo que sí. Pusímonos en órden para la carrera, y aun en esta sencillez halló el demonio en qué perseguirme. Estaba un mozo á la puerta de su casa, que así lo entendimos, y dímosle que nos tuviese las capas y las espadas en tanto que pasábamos la carrera: apenas comenzámos á correr cuando dijo una mujer: ¡Ay que me han muerto! por una gran cuchillada que le dieron en el rostro; y apenas dió ella el grito, cuando se aparecieron dos ó tres alguaciles, y como íbamos corriendo, asieron de mí, que iba delantero en la carrera, y luego del otro; que hay muchos tribunales en Madrid, y en cada uno más varas que días tiene el año, y con cada vara cinco ó seis vagamundos que han de comer y beber y vestir de su ministerio. Asíéronnos como á hombres

que iban huyendo por delito: pidiéronnos las espadas; señalámonos la casa donde las dejámonos; el mozo se había acogido con ellas y las capas, porque no vivía allí. Como nos cogieron en la mentira que no habíamos dicho, lleváronnos á la mujer herida, y con el coraje que tenía de su agravio, dijo que quien se la había dado echó á huir; y como nosotros íbamos corriendo, aunque no huyendo, asentóles á los alguaciles que sin duda éramos nosotros. Lleváronnos á la cárcel de la Villa sin espadas ni capas, donde yo entré con toda la vergüenza del mundo; que no la tuve para desafiar al otro con mis años, y la tuve para entrar en la cárcel sin capa. El alboroto fue mucho; el delito sonó malísimamente, porque dos hombres no niños ni de la primera tijera acometieron una hazaña como aquella contra una mujer miserable. Y el mismo que lo había hecho, como después con buenos indicios averigüé, vino tras nosotros; y los alguaciles, que si fueran como deben no se precipitaran á hacer un borron tan infame, y si pusieran los ojos en la justicia, y no en el provecho, averiguaran el caso como á ellos les valiera algo la prision, y á mí no me pusieran en mal nombre. Si ellos tuvieran consideracion, miraran que dos hombres que iban sin capas, sin espadas, sin sombrero, sin daga ni cuchillo ni otra cosa ofensiva, y corriendo parejas, no habían de salir de su casa para una cosa como aquella tan desapercibidos, no pareciendo en toda la calle instrumento con que se pudiera haber hecho. No preguntaron palabra á nadie en toda la calle para averiguar la verdad, como lo hacen siempre; y dado que los alguaciles quisieran justificar la causa, la priesa que les daban ayudantes no los dejara hacer cosa buena, por no hacer novedad en su costumbre. Al fin nos echaron grillos, y fué la causa el teniente, que informado de los alguaciles como quisieron, vino á la cárcel con intento de darnos la tortura; mas como oyó las razones que arriba dije, y como apartándonos halló que concertábamos en el dicho, estubo perplejo y no se determinó á cosa. Echáronnos grillos, que estuvimos dos ó tres días con ellos. Fué siguiendo la causa, y como no se halló el delincuente, por el indicio de ir corriendo cuando se dió la cuchillada nos olvidámonos allá tres meses: echáronnos en un calabozo donde estaba un preso antiguo, bermejo, de mala digestion, con unos bigotazos que le llegaban á las orejas, con que se preciaba mucho, porque eran tan gordos y torcidos, que parecían cabos de cirio amarillo. Este tenia de suerte supeditada la cárcel, que no se hacia entre los presos más de lo que él queria: la gente menuda temblaba dél y le servian con mucha puntualidad, y á otros no osaban hacer un mandado porque él no gustaba dello; y si lo hacian, torciéndose el bigote decía: Pues por vida del Rey, si me enoja, que al picaro y á ellos les dé mil palos: de manera que el rato que estaba fuera del calabozo no se podia vivir, que realmente era marcial y ocasionadísimo para que se perdiesen todos con él. Estuvo dos ó tres días enfermo, y no saliendo del calabozo, gozámos de paz y quietud, que todos se holgaban dello; mas en saliendo tornó á su ruin costumbre. Yo me vi tan rematado, que determiné de hacer que en muchos días no saliese del calabozo, y comunicándolo con mi compañero, dijo: Mirad lo que haceis; no sea la prision más larga de lo que pensamos. Y preguntándome cómo ha-

bia de hacer para que no saliese fuera, respondió : Cortándole un bigote. No os pongais en ese peligro, dijo él, por amor de Dios. Yo no os pido, le dije, consejo, sino ayuda. El tenia costumbre siempre de dormir boca arriba soplando, por no estragar la grandeza de sus bigotes. Hice amolar muy bien unas tijeras largas, y dejélo acostar á él y á todos los demás del calabozo ántes que nosotros, que nos traía tan sujetos, que en acostándose no se habia de mover nadie. Cogí al primer sueño las tijeras, y alumbrándome mi compañero, dile una gentil tijerada con tanta sutileza, que le llevó todo el bigote, y él no despertó, y de todos los presos nadie lo sintió sino mi compañero, que le dió tanta tentación de risa, que por poco reventara; que, como le quedó el otro tan grande, parecia toro de Hércules con un cuerno ménos. Dormimos aquella noche, y yo me hice el enfermo, quejándome de la mala cama; pero levantéme casi junto con él, ó primero, con mi rosario en la mano rezando, por verle cómo llevaba el negocio. En subiendo arriba, miráronle todos espantados sin decirle palabra; pero él dijo en saliendo : Hola, picaros, dad acá aguamanos. Vino un picaro con un jarro calderesco, echóle agua y lavóse las manos; luego acudió al rostro, y levantándolo, tomó el bigote intacto con la mano derecha, luego volvió á tomar agua, y fué á asir el otro con la izquierda cuatro ó cinco veces, y como se halló sin él, fué tan grande su coraje, que sin hablar palabra metió el otro bigote en la boca y se lo comió, entrándose en el calabozo. Yo dije como él lo pudiese oír : Eso ha sido muy gran bellaquería, la mayor del mundo, el que á un hombre tan honrado hayan ofendido en lo que más se miraba y estimaba. Estas y otras cosas le dije, con que le pude quitar la sospecha que pudiera tener de mí; pero mirando lo que es razon, digo que un hombre que está en superior grado se estime y haga respetar, vaya en hora buena; mas que un desdichado que está en medio de su infelicidad, en el ceno de la tierra, que es la cárcel, siendo soberbio, merece que una hormiga se le atreva. ¿Qué tiene que ver prision con soberbia, necesidad con valentía, hambre con desvanecimiento? La cárcel se hizo para sujetar cóleras y malas condiciones, y no para inventar agravios, aunque hay algunos bárbaros tan remontados, que ó por desesperacion, ó porque los tengan por valientes, siendo acá unas ovejas, se hacen en la prision leones, en lugar adonde con mayor humildad y ansias de corazon se ha de clamar á la misericordia, sea justa ó injusta la prision. El se acabó de quitar la barba azafranada; y como una desdicha sigue á otra, en este trabajo le llamaron á visita para ver su negocio. Dijo un procurador : Está en el noviciado; que se ha entrado fraile motilon. Traíganle, dijo el teniente. Subió por fuerza y con toda la vergüenza y humildad del mundo, porque debia de tener la valentía en los bigotes, como Sanson en el cabello. Así como entró fué la risa en la sala tan grande, que el teniente le dijo : Bien pareceis así, y bien habeis hecho porque no tengan que rapar en las galeras; á que él respondió : Vuesamerced habla como juez; que nadie se me atreviera á decir eso. Leyéronle su causa, que era sobre haber dado una puñalada á una miserable en la casa pública delante de diez ó doce testigos, y nombrándolos, dijo el agresor : Mire vuesamerced qué testigos son los que juran contra un hombre tan

principal como yo : cuatro corchetes y cuatro sellencas. Dijo el teniente : ¿Pues queríades que estuviesen para testigos en esa casa el prior de Atocha ó algun fraile descalzo? No argüis bien. Tornáronle á encerrar en el calabozo, y de allí adelante le llamaban el padre fray Rapado. A nosotros nos echaron libres, pero gastados. No quiero yo alabar lo que hice, porque bien sé que no se han de hacer males aunque dellos resulten bienes; pero tambien sé que es menester que perezca uno porque no perezcan todos. Quitar de entre nosotros á quien nos escandaliza, permitido es. El que se estima, estímese; mas no ha de ser con superioridad impertinente : los fanfarrones con tiranía tienen á todo el mundo por contrario. Los hombres ocasionados, á los muy humildes hacen salir con reveses que no pensamos. Yo he visto siempre que estos habladores soberbios que quieren supeditar á otros, en hablándoles recio un hombre callado y llano, se rinden á callar; que son como las ruedas del coche, que miéntras van por piedras van haciendo ruido, mas en llegando á lo llano, luego van con mucho silencio. A este desatinado desvanecido fué necesario por algun camino humillarlo, y ninguno pudo ser más á propósito que privarlo de tan inmenso cuidado como traía con aquellos rabos de zorra.

DESCANSO TRECE.

Salimos de la cárcel al cabo de tres meses, porque dimos muy gentiles descargos; pero tan gastados, que no teníamos tras que parar, porque para poder comer el día siguiente yo fuí á vender unas botas escuderiles, y mi compañero una maleta ratonada, que es muy de escuderos por no tener un cofre guardar los pedazos de pan en semejantes alacenas, receptáculo de ratones. Estando vendiendo nuestras prendas, envió Dios á un hidalgo muy bien puesto, y doliéndose mucho del testimonio que nos habian levantado, dijo que cierto gran caballero que habia sabido nuestra desgracia le enviaba á que supiese lo que se habia gastado en nuestra prision, y que movido con entrañas de misericordia, le habia dado en doblones lo que dijésemos que nos habia hecho de daño. Yo conocíle, pero ántes de declararme, le dije : Señor, esta obra de Dios viene, que sabe nuestra necesidad, que es tanta, que vendemos nuestro ajuar para comer hoy. Lo que nos cuesta serán cien escudos, poco más ó ménos; y en diciendo esto, sacó cincuenta doblones y nos los dió. En viéndolos en mi mano, le dije : Esto es cuanto á la costa, pero cuanto al gusto que vuesamerced recibió de la venganza, y el disgusto que nosotros pasámos, ¿qué satisfacion puede haber? Que bien le conocí aquella noche que nos fué siguiendo hasta la cárcel. Respondió cuerdamente : El prenderos fué desdicha vuestra, el pagar es obligacion mia. Como yo no os dí la desdicha no puedo satisfacerla; y si todos los desdichados tuviesen recurso á satisfacion, no serian desdichados. Yo como tuve ventura para no padecer, tengo piedad para compadecerme : otro pudiera ser que no mirara lo uno ni lo otro. Muchas desdichas suceden á los hombres por secretos juicios de Dios, de que no podemos pedirle cuenta. Las desdichas no están en nuestra mano, ni estubo en la mano mia hacer que fuédeses aquella noche corriendo, que eso fué voluntad vuestra; y os sé decir que me pesó en el alma del hecho, no por la cuchillada,

sino por vuestro trabajo. La desdicha fué que la cara de la otra y la carrera de vuestros piés cayeron en un día: habeis sido tan prudentes en esta desdicha, que os he tenido envidia; que quien se acuerda pacientemente en la adversidad, es señor de sus acciones, y las desdichas le acometen con temor. Y si como puedo satisfaceros el daño, pudiera poner la fortuna debajo de vuestros piés, yo os hiciera felicisimos; pero ya que en esto no lo fuisteis, fuisteislo en cortar el bigote al otro, saliendo bien dello; que como vos por discurso bueno habeis echado de ver mi travesura, yo por vuestro disimulo conocí la vuestra. Aunque el hidalgo habló tan bien, yo estaba tan contento y alborozado con ver en mis manos aquel metal tan semejante á la luz del sol, que no supe replicarle, sino agradecerle y estimar su cordura igual con su piedad. Yo me hallé tan harto de trabajos y desventuras, que determiné de dejar la corte despues de haber andado algunos dias de mala ventura, sirviendo del escudero, que tan forzoso me ha sido, aborreciéndolo como á una eulebra. Fuíme á despedir de un caballero amigo que no habia visto muchos dias habia, y bailándole muy melancólico y desgraciado, le pregunté qué tenia. Respondióme que ni podia dormir ni comer, ni tomar descanso en cosa. Pues si haceis, dije, lo que yo os enseñaré, sanaréis de todas esas tres cosas. ¿Cómo si lo haré? respondió, aunque cueste todo mi mayorazgo. Pues levantáos mañana en amaneciendo, que yo os llevaré donde cojais una yerba que os sane de todos esos males. Levantóse ó hielele levantar de mañana, y mandó poner el coche: yo le dije que no haria la yerba provecho si no iba á pié; y dejando el coche, lo llevé hacia San Bernardino, convento de los recoletos franciscos, diciendo que estaba la yerba alli y que la habia de coger con sus manos. Hielele andar de manera, que iba carleando como podenco con sed, y tanto, que de cansado se asentó en el camino. Preguntéle si descansaba: respondió que sí: pues ¿sabeis por qué habeis descansado? Porque os cansasteis; y en las sillas de descanso de vuestra casa no descansais porque no os cansais. Hielele llegar á San Bernardino y volver á su casa á pié con muy buena gana de comer. Comió y bebió con gana, y luego se acostó y durmió muy bien. Dijele luego: Quien no se cansa no puede descansar, y quien no tiene hambre no puede comer; quien no tiene falta de sueño no puede dormir: no se queje quien no hace ejercicio de males y enfermedades que le vengan; que la poltronería es el mayor enemigo que tiene el cuerpo humano. El ejercicio á pié restaura los daños causados de la ociosidad: los caballos más ejercitados son de más dura y brio: el pescado del mar Océano es mejor que del Mediterráneo, porque está más azotado por aquellas cavernas hondas de las olas más continuas y furiosas: los hombres trabajados están más enjutos y para más que los holgados; y así son todas las cosas; que un hombre que trabaja más que otro es más poderoso, entiéndese con igual capacidad. Holgóse mucho, y de allí en adelante dió en hacer ejercicio á pié por la mañana y por la tarde, con que se halló muy bien y con muy entera salud, y agradeciome la estratagema de que usé para quitarle de la ociosidad que le tenia impedido, sin gusto y sin salud; y hizome un grande regalo. Andúveme por Madrid algunos dias, donde fui

ayo y escudero del doctor Sagredo y su mujer doña Mergelina de Aybar, hasta que los dejé ó me dejaron.

DESCANSO CATORCE.

Determiné de quitarme de tanto ruido como el de la corte, y buscar quietud en tierra más templada que es Castilla, yéndome al Andalucía, donde los gentiles pusieron la quietud de las almas bienaventuradas, á su modo de creer, diciendo que en pasando el rio Lesteo, que aun todavía conserva el nombre de Guadalete, se olvidaban de las cosas de la tierra y todo lo demas pasado; que la excelencia del temple, abundancia de regalos, apacibilidad de cielo y tierra, les hizo dar en este error, que los más templados son más aparejados para la conservacion de los viejos; y como me hallé con dinerillo, compré una mula, que me la dieron barata por tener esparavanes en los piés y un ojo pasado por agua, pero caminaba razonablemente; con que fui mi camino, encomendándome á Dios y al bendito Angel de la Guarda. Iba solo, porque por no caminar á gusto ajeno, se puede un hombre ir á pié; que es cansada cosa haber de parar yo donde el otro quisiere, y no cuando yo fuere cansado ó se me antojare parar: al fin, como me vi con dinero, quise caminar á mi modo. Hacia muy grande calor, y habiendo salido muy de mañana para hacer mediodia en la venta de Darazutan, fué tan excesivo el fuego que entró con el día, saliendo de aquellas matas unas exhalaciones abochornadas que me abrasaban el rostro, que me quedara mil veces si hallara lugar aparejado para ello. Vi la venta desde lejos, aunque se parece poco por los chaparros y arbolillos que la encubren; me parecia que al mismo paso que yo llevaba ella se alejaba de mis ojos, y la sed se me aumentaba en la boca: no creí que pudiera llegar á ella, hasta que oí música de guitarras y voces que salian de la misma venta: ahora, dije, no me puedo engañar, y entrando, hallé mucha gente que iba y venia, haciendo mediodia. Alentéme con ver una tinaja de agua, de que siempre he sido muy apasionado: refresquéme, y púseme á oír la música, que siendo ella de suyo manjar tan sabroso al oído, es de creer que en aquella soledad, llena de matas y apartada de poblado, pareciera mucho mejor su melodía que en los palacios reales, donde hay otras cosas que entretienen. Como el calor estaba en su punto, y la venta muy llena de gente, fué menester la suspension que la música pone para poder llevar la fiesta con algun descanso; que esta facultad no solamente alienta el sentido exterior, pero aun las pasiones del alma mitiga y suspende; y es tan señora, que no á todos se da, por grandes ingenios que tengan, sino á aquellos á quien naturaleza cria con inclinacion aplicada para ello; pero los que nacen con ella son aptos para todas las demas ciencias; y así, habian de enseñar á los niños esta facultad primero que otra por dos razones: la una, porque descubran el talento que tienen; la otra, por ocuparlos en cosa tan virtuosa, que arrebatara todas las acciones de los niños con su dulzura. Aunque un autor moderno inadvertidamente dice que los griegos no enseñaban á los mozos el primer tono, como si no fuera más grave que muchos de los otros, fué por ignorar la facultad, que quiso decir que no les enseñaban música lasciva; que como por el oído entran en el alma las especies, si es

honesta y grave, la suben á la contemplacion del sumo Hacedor; si es deshonesta con demasiada alegría, la ponen en pensamientos lascivos. Y es tan juez el oído desta facultad, que me acuerdo que un mozo que cantaba con mucha alegría vino á ensordecerc, y pidiéndole despues que cantase, teniendo la voz tan buena como de ántes, hacia tan grandes disparates, que se reian todos los que le oian cantar; que realmente el oído es la claviya de la voz humana. Estos músicos cantaron con tanta gracia, que, despues de haber comido, se pasó la siesta alegremente. Sacó uno dellos un demostrador para ver qué hora era, encareciendo mucho la invencion de los relojes, al cual dije que lo mismo que él habia hecho con el demostrador se podia hacer con hincar una paja ó un palillo en el suelo, mirando los dedos de sombra que hacia, y con una vasija de agua, faltando el sol, haciéndole un muy sutil agujerito, y señalando las horas con lo que va menguando, y otras invenciones que se pueden hacer. Pasóse lo demas que restaba para caminar en alabar cada uno su profesion y las invenciones á que más estaba inclinado, tomando ocasion de la invencion de los relojes. Tratóse de la astrología, de la música, de la invencion de la memoria artificial, porque se halló un caballero, oidor de Sevilla, que hacia milagros con ella. Dijo un escudero viejo que estaba en un rincon espulgándose: Todas cuantas invenciones han dicho vuesa mercedes no tienen qué ver con la invencion de la aguja. Riéronse todos, y él, corrido, con mucha cólera dijo: Si no les parece que es así, háganme merced de echar un remiendo con un pedazo de astrología. A lo cual dijo el licenciado Villaseñor: Cada uno alaba aquello de que se halla más capaz; este señor escudero puede hablar desta materia, porque usa más del ministerio del agujero. Yo no soy sastre, respondió, sino un escudero tan calificado y tan antiguo, que todos mis pasados, desde Nuño Rasura y Lain Calvo, han servido á los condes de Lemos; y si ahora voy á pié, es porque tengo mis caballos dándoles verde en las Puentes de Eume. Y con esto echó sobre la guarnición de la espada unas calzas viejas, y poniéndosela al hombro, cogió las del martillado. Bien es, dije yo, que cada uno se precie de lo que profesó; que en Madrid habia un verdugo que, mostrándole á un muchacho suyo en una horca que tenia en su casa cómo ahorcarea á un hombre suavemente, y no pegándosele al muchacho la profesion, y aborreciéndola, le dijo el verdugo: Oh, llévete el diablo, que no se te puede pegar cosa buena; pues yo te pondré con un zapatero, y morderás el zunaque. Ya que nos queriamos partir, dijo el oidor, cierto que me dijeron ayer que buscaba cabalgadura para venir este camino Márcos de Obregon, hombre de buen gusto y partes, á quien yo deseo conocer. Así es, dije yo; yo le vi buscar en qué venir. ¿Conócelo vuesa merced? preguntó el oidor don Hernando de Villaseñor. Yo respondí: Sí, señor, y es grande amigo mío. Subimos á caballo ó á mula, y fuéme preguntando si sabia algunas cosas del señor Márcos de Obregon. Yo le dije unas redondillas muy nuevas, tanto, que no habian pasado de mis manos á segunda persona, y en oyéndolas despacio, me las repitió luego el oidor de memoria. El se admiró de las coplas, y yo mucho más de su memoria. Fuéle diciendo muchas cosas, y él re-

firiéndomelas luego. Confesóme que era memoria artificial, pero que para aprenderla era necesario tenerla muy buena, que sin la natural se aprendia con mucho trabajo y dificultad. Yo le dije: Por cierto la memoria es cosa que parece divina, pues las cosas pasadas las tiene presentes; pero yo la tengo por verdugo de los hombres desdichados, porque siempre les está representando los malos sucesos, los agravios pasados, las desdichas presentes, las sospechas de lo venidero, y la desconfianza que tienen en todas las cosas; y siendo la vida, como es, breve, se les abrevia más con la continua representacion de las infelicitades; y así, á estos tales mejor les sería el arte del olvidar que el de acordarse. ¿Cuántas vidas habrá costado la memoria de las ofensas, que si no se acordaran no se vengaran? Cuántos borrones se han hallado en muchas mujeres por la memoria de los favores y desfavores? Tener buena memoria natural es excelentísima cosa, pero gastar el tiempo en buscar dos ó tres mil lugares, pudiéndolo gastar en actos de entendimiento, no lo tengo por muy acertado, porque para la memoria sirve la estampa, las imágenes, los colosos, estatuas, escrituras, edificios, piedras, señales de peñascos, rios, fuentes, árboles, y otras cosas sin número; y para el entendimiento sola la naturaleza lo da y lo enriquece con la lección de los autores graves y comunicacion de amigos doctos. He visto muchos autores que escriben desta memoria artificial, y no he visto destos obras en que se hayan esmerado y dejado por ellas nombres de sus grandes ingenios; que aunque Ciceron, Quintiliano y Aristóteles tocan algo desta materia, pero no hacen libros della, como cosa inferior al entendimiento; y así, don Lorenzo Ramirez de Prado, caballero muy docto en las buenas letras, así de poesía como de filosofía, tiene muy sujeta la memoria artificial, que hace milagros con ella; pero no por principal objeto, sino por curiosidad, porque á quien le sobran tantas partes no le faltase esta. Y la historia que cuentan de aquel gran poeta lirico Simonides, que, habiendo caído una casa sobre muchos convidados, y estando de suerte desfigurados, que nadie los conoció, él dijo en qué lugar estaba cada uno, nombrándoles por sus nombres, yo entiendo que fué acto de memoria natural, y no artificial; porque un hombre que iba á comer y brindar al banquete con la libertad que entonces se usaba, no se habia de parar muy despacio á poner imágenes y figuras en lugares imaginados, naturales y artificiales, ni acordarse cargando la imaginacion de más carga de la que el vino les ponía en tiempo que tan pocos aguados se usaban, y habiendo sido aquel mismo dia, yo creo que sin artificio se hizo. El autor deste libro, habiendo salido de casa de sus padres niño, volviendo con canas á ella, conoció y nombró por sus nombres á todos los que habia dejado niños, hallándolos con barbas y canas, y ningun nombre ni costumbres dejó de decir de cuantos venian admirados de verle. ¿Y no se dice por cosa de admiracion que Cineas, embajador del rey Pirro, en dos dias que estuvo en Roma conoció y nombró por sus nombres á todos los moradores della? Mitridates, rey del Ponto, negociaba con veinte y dos naciones que tenia sujetas, en el propio lenguaje dellos. Julio César en un mismo tiempo leia, escribia, dictaba y oia cosas

importantísimas, y por eso se hace particular mencion dellas; que hombres ordinarios hay algunos que hacen milagros con la memoria natural. En Gibraltar habia un conoedor de don Francisco de Ahumada Mendoza, llamado Alonso Mateos, que á treinta mil vacas que habia en la Saucedas las conocia á ellas y á sus dueños, y las nombraba por sus nombres, dando á cada uno la que era suya; y á todos los bandoleros que venian de diversas partes de una vez los conocia y sabia los nombres. Todo esto he traído para que no parezca memoria artificial la de Simonides, y para que sepan que con solo ejercitarla se aumenta y crece, como se ve en estos conoedores, que siendo hombres toseos, muchos hacen lo mismo que el dicho; y en Madrid anda un gentil hombre, llamado don Luis Ramirez, que cualquiera comedia que ve representar, va á su casa y la escribe toda, sin faltarle letra ni errar verso; pero hay diversas maneras de memoria, unas que se acuerdan de las palabras, y otras que se acuerdan de las cosas; como es Pedro Mantuano, que de infinitas historias que ha leído, no solamente no se le han olvidado, pero en cualquiera tiempo que le pidan ó que se ofrezca tratar de alguna dellas, las tiene tan presentes como cuando las iba leyendo, y los nombres propios contenidos en ellas; y de los versos, todos los que ve, á segunda vez no se le olvida ninguno. A todo esto el oidor estuvo callando, y loando mucho la que yo habia mostrado; y así, dijo que la artificial más era para una ostentacion que para estar siempre cansándose en ella y con ella. Y tornando á mis alabanzas, dijo que deseaba mucho conocer á Márcos de Obregon, lo uno por las grandes nuevas que tenia de su ingenio, y lo otro porque eran vecinos en los pueblos, porque él era de Cañete la Real, y Obregon natural de Ronda; y preguntóme qué traza de hombre tenia, qué trato y qué proceder; y le respondí: La proporcion y traza de su persona es de la misma manera que la mia, y el trato y proceder del mismo que el mio; que como somos tan grandes amigos, yo le sigo á él y él á mí. Por cierto, si él tiene, dijo el oidor, semejanza á la apacibilidad que vos habeis mostrado, con mucha razon tiene el nombre que le da el mundo. El oidor por todo el camino me fué regalando, de manera que descubrió la nobleza heredada y adquirida en aquel viaje, en su ánimo, bondad y liberalidad. Ibamos por toda Sierra Morena mirando cosas extraordinarias; que como es tan grande, ancha y larga, que atraviesa á toda España, Francia é Italia, hasta que se va á entrar en la mar por la canal de Constantinopla, aunque con diversos nombres, habia mucho que ver y notar en ella. Topámos en un arenalillo una cuebra con dos cabezas, de que se admiró el oidor, diciendo que lo habia oido decir, y hasta entónces no lo habia creído. Ni aun ahora lo creo, dije yo, que un cuerpo tenga dos cabezas; y noté que no se movia bien ni huía de las bestias. Dijele á un mozo de mulas que le diese con la vara, y él lo hizo así, y en dándole vomitó un sapon que habia ya tragado hasta la cabeza que estaba por tragar; con que se deshizo el engaño que deben tener muchos. Así deben ser, dijo el oidor, muchas cosas que nos dicen que nunca las vemos, como es lo de la salamandra. Yo estaba, le dije, incrédulo en eso hasta que á dos personas de crédito y bondad los oí decir que junto á Cuenca, en un pue-

blecito que se dice Alcantuz, habiéndose caído un horno de vidrio, hallaron pegada al mismo mortero donde baten las llamas del fuego una salamandra; y por ser persona de crédito lo creí, y no se han engañado los que lo traen siempre por comparacion.

DESCANSO QUINCE.

Como el hombre naturalmente es animal sociable que apetece la compañía, el oidor se halló tan bien con la inia, que no se sufrió un punto de division en todo el camino que pudimos ir juntos. Tenia y tiene muy gallardo entendimiento, con que movia de lo que se ofrecia á la vista muy gentiles cuestiones, á que yo le respondia lo mejor que pude y supe. Y si algun hombre de traza se nos juntaba de su misma profesion, le sacaba preguntas ó daba ocasion que se las hiciesen, á que respondia gallardamente. Pegósenos un clérigo de un pueblecillo de por allí cerca, y yendo caminando, iba rezando sus horas en voz que lo pudiesen oír los alcornoques y robles: de suerte que nos interrumpia la conversacion, y él cumplia mal con su obligacion. Preguntóle el oidor: ¿No se podria dejar eso para la noche, para que se hiciese con el silencio y devocion que se requiere? Oh señor, respondió el clérigo, diónos la iglesia esta pensión, que aun caminando habemos de rezar. ¿Por qué no ordenara que yendo un clérigo cansado, y pensando en sus negocios y en el fin que han de tener, no rezara caminando? Respondió el oidor: Porque la Iglesia no cria á los clérigos para correos, sino para rezadores. Bien respondió está, dijo el clérigo; pero ¿podria yo caminando rezar esta noche todas las horas de mañana, y cumplir con mi conciencia? Preguntóle el oidor al clérigo: Si os debieran cien dueados para el día de San Juan, ¿tomaríadeslos la víspera? Respondió el clérigo: Sí por cierto. Pues lo mismo hace Dios, dijo el oidor; que en las cosas de obligacion y merecimiento, adelantalas es querer cumplir cada uno con su obligacion; y Dios es tan buen pagador, que tambien adelanta la paga. Quedó con esto muy satisfecho el sacerdote. Topámos un muchacho medio rapado, que por andar no tanto como las cabalgaduras, en adelantándole preguntóle el oidor: ¿Adónde vas, mozo? El respondió: A la vejez. Oidor: No digo sino qué camino llevas. Muchacho: El camino me lleva á mí; que yo no lo llevo á él. Oidor: ¿De qué tierra eres? Muchacho: De Santa Maria de todo el Mundo. Oidor: No te digo sino en qué tierra naciste. Muchacho: Yo no nací en ninguna tierra, sino en un pajar. Oidor. Bien juegas del vocablo. Muchacho: Pues siempre pierdo, por bien que juego. Oidor: Este muchacho no debe ser parido como los otros. Muchacho: No, porque nunca me he empuñado. Oidor: Quiero decir que, pues no dices donde naciste, no debiste de salir de madre. Muchacho: Pues ¿soy yo rio para salir de madre? Oidor: A fe que teneis la lengua muy ruda. Muchacho: Si fuera ruda no la trujera tan cerca de las narices. Oidor: Tienes padre? Muchacho: Antes por no tener muchos vengo huyendo, porque me metieron fraile, y habia tantos padres, que no podia sufrillos. Oidor: ¿Y es mejor andar como correo? Muchacho: Por huir de la correa bien puede ser un hombre correo. Reímonos mucho con el muchacho; y en llegando cerca de una ventilla que está junto á un arroyo algo profundo entre dos cerros, nos

dijo el mozo de mulas : Aquí habemos de parar, porque nos darán buen recaudo, y la ventera es muy hermosa y aseada, y si pasamos adelante habemos de caminar de noche más de tres horas. El hizo fuerza, prometiéndonos camas; que á lo que pareció, la ventera era su conocida más de lo que fuera razón. Entrámos en la venta, y luego se presentó la huéspeda muy boquirruncida, vestida de un colorado oscuro y una ropa encima de lienzo blanco, llena de picaduras; y preguntóme el mozo de mulas : ¿Qué le parece á vuesamerced? Yo le respondí : Paréceme asadura con redaña. Y dijo el oidor : Está vestida de virgen y mártir. Bien dice vuesamerced, dije yo; mas está la castidad por de fuera y lo mártir por de dentro; y como hay muchas matas por aquí, está muy rota la castidad. Cada uno habla como quien es, dijo la ventera. Volví la hoja, porque la vi corrida del apodo, y el mozo de mulas enojado; y le dije : La verdad es que vuesamerced está muy deseada y hermosa, que tiene cara no para aquí, sino para estar muy bien empleada. Quedó muy contenta; que era fácil de condicion, y sacónos muy buenas perdices, con que cenámos. Ella muy contenta, despues de haberle dicho que lo hacia como cortesana, nos dijo : Camas habrá para vuesasmercedes, aunque para el friecillo que por aquí hace hay pocas mantas. Dijo el muchacho frailesco : Desas no faltarán; que con las que ha echado el mozo de mulas se puede abrigar Búrgos y Segovia. No se burle conmigo, dijo el mozo de mulas, que le haré ver estrellas á medio día. Pues ¿sois vos la Epifania? dijo el muchacho. Respondióle el otro : Soy la puta que os parió. Y aun por eso, dijo el muchacho, salí tan grande bellaco. Dijéronse muy graciosas cosas el muchacho y el mozo de mulas, con que se pasó buen rato. El oidor preguntó al muchacho : Dí por tu vida, ¿de dónde eres? Yo, señor, respondió, soy andaluz de junto á Ubeda, ¿de un pueblo que se llama la Torre Pero-Gil, inclinado á travesuras, y como por ser pequeño el pueblo no podia ejecutarlas, hurté á mi padre cuatro reales y fuíme á Ubeda, donde mirando las casas de Cobos, estaban jugando turron, y con la codicia del comerlo púseme á jugar los cuatro reales, y habiéndolos perdido sin probar el turron, arriméme á un poste de aquellos soportales que están allí cerca, y estúveme hasta que ya era de noche, desconsoladísimo. Llegó un viejo, preguntóme : ¿Qué haceis aquí, gentil hombre? Respondí : Tengo este poste que no se caiga : ¿por qué lo pregunta? Porque si no teneis, dijo, donde dormir, allí hay un banco de un tundidor, y os podeis acostar en aquella borra. Y esa borra, dije yo, ¿podrá borrar mis borrones y desdichas? ¿Pues tan temprano os quejais della? dijo el buen hombre. ¿No quiere que me queje, respondí yo, si desde que salí de casa de mi padre todo ha sido infelicidades? ¿De dónde sois? preguntó. De muchas leguas de aquí, respondí yo. Mirad, hijo, dijo, para los hombres se hicieron los trabajos, y quien no tiene ánimo para resistillos, en ellos perece; que comenzando tan temprano á sentillos se os harán más fáciles cuando seais hombre : los que se andan ovachones no tienen experiencia de cosas, y así nunca estiman el bien; que el trabajo habilita á un hombre y le hace capaz para todas las cosas : yo salí de casa de mis padres de vuestra edad, y por mi virtud he llegado á tener un oficio muy honrado de almotacen desta ciudad. Bien adelante ha pasado, dije yo; no se

deshaga de él; pero quien no tiene blanca ¿cómo podrá pasar tan adelante? Si sois de tantas leguas, dijo, como decís, no es maravilla haber gastado y pasado trabajos. ¿Dónde es vuestra tierra? En la Torre Pero-Gil, respondí. Rióse, y díjole : ¿Parécele que para contar trabajos es poco tiempo? Así como salí, que fué de noche, me colé en una viña, donde metí tanta uva llena de rocío, que si no buscara por donde salir, reventara y no pudiera llegar á Ubeda, y ya que llegué con este trabajo, me sucedió jugar cuatro reales que traía, y quedarme sin dineros y con hambre y mucha sed, sin posada y cama. Pues id, dijo, allí, y la hallaréis. Fui, y acomodando la borra, tendíme sobre ella : parece que descansé un poco; y á media noche fué tan grande la mudanza de la serenidad en borrasca y viento, que pensé no llegar á la mañana, porque el aire furioso entraba en el banco, haciendo polvo de la borra para los ojos y charco de agua para todo el cuerpo; y sobre todo, los cochinos que andaban paseándose y buscando la vida por aquellas calles, acudieron á los bancos de los tundidores á repararse de la tempestad, y pensando que estaba solo el mio, entraron gruñendo una docena de ellos, hociendo en la borra, que ainas me borrarán toda la cara; pero sufrílos y halaguélos, por el abrigo que me causaban, y aunque con ofensa de las dos ventanas, llegué á la mañana no muy limpio ni oloroso, pero con algunos palos, porque el mozo del tundidor ántes de amanecer llegó á echar los cochinos con una varilla de fresno de tres dedos en gordo, y pensando que daba en ellos, pegaba tambien en mis espaldas; con que se me quitó el sueño y la pereza. Pasé mi trabajo, aunque él no se me pasó, porque siempre iba de mal en peor; que adonde quiera que iba, ó me buscaba el mal ó yo le buscaba á él; que los muchachos mal inclinados en tanto son buenos, en cuanto la fuerza les hace que no sean malos. Fuíme de Ubeda á Córdoba, donde topé un fraile mozo que iba á estudiar á Alcalá, y diciéndome si queria acompañarle, le dije que de muy buena gana, porque comía y bebía muy bien de limosna que por los pueblos y ventas le daban : agradólo tanto mi bachillería, que me alabó mucho en un monasterio de su órden, donde me dieron el hábito con mucho gusto. La tentacion de hambre que pasan los novicios, aunque la oía decir, no la creía hasta que la experimenté; que cuando acabábamos de comer cogíale al refritolero un panecillo para comer entre día; pero á la segunda vez que lo hice me lo cogieron, tratándome mal. Usé una traza muy buena, que hiqué cinco ó seis clavos por la parte de abajo en las tablas de mi cama, y en cogiendo el panecillo iba corriendo y espetábale en un clavo de aquellos : venían tras de mí, y como no lo hallaban, echaban la culpa á otro. Pasé desta manera algunos días; con que almorzaba y merendaba á mi gusto, y otros por mi culpa lo padecían; y estuviera hasta hoy secreto si no fuera por una travesura que hice contra el maestro de novicios, que habiéndole enviado un tabaque ó canastillo de unas tortas hermosísimas de bizcochos, le cogí dos en volviendo la cabeza, y fingiendo que iba á otra cosa, ful en un instante y espetélas en los clavos : volví muy mesurado, púseme á leer, echó ménos las tortas, y fué de presto á mi cama y á las demas : miróme todo el cuerpo y los librillos, y no hallando lo que buscaba, quiso ver si

estaban debajo de la cama, metiendo la mitad del cuerpo; y al fin dijo: Aquí no hay nada; vamos á otra parte. Estaba yo ya muy seguro y muy contento; pero al tiempo que fué á sacar la cabeza de debajo de la cama, topó con el colodrillo en un clavo de aquellos, y como se lastimó, miró lo que era, y halló en los clavos sus tortas y mis panecillos. Asíéronme, poniéndome el cuerpo como tablilla de pintor: mire vuesa merced si es mejor la correa que el correo. Dejéronme aquella noche, á su parecer, que no podría volver sobre mí; pero yo cogí mi hatillo, y aviándome hácia el camino, enviaron tras mí dos mozos que servían al monasterio como donados, y por saber la tierra mejor que yo, cogiéronme la delantera tan de mañana, que cuando salí los vi de lejos puestos en lugar que no tenía remedio, sino que me habían de coger; pero como la necesidad es tan grande trazadora de remedios, hallé en un colmenar que estaba junto al camino; y así como los vi entré en el colmenar, derribando más de veinte colmenas, y poniéndome entre ellas, sin hacer movimiento poco ni mucho, porque las abejas no acometen sino á quien lo hace, y entrando ellos á cogerme, las abejas por defender su jurisdicción los recibieron con sus armas al tiempo del asalto de las murallas, y como ellos se defendieron con las manos, cuanto más jugaban dellas tanto mayor número de abejas acudía. Alborotado el ejército y puesto en arma, desampararon las tiendas de la retaguardia, y viniendo á socorrer la vanguardia, fué tan grande el concurso, que les hacían sombra á los pobres verdugos. Yo, vista la batalla que por mí se había trabado, y viendo la seguridad con que podía escabullirme, con el mayor silencio que pude me salí á gatas del real por entre unas jaras, que para encubrirme estaban más espesas que las abejas para mis contrarios, que entrándoseles por las muñecas y pescuezo, no les daban lugar á la defensa. Aunque lo primero que hicieron fué cargar tan increíble número á la frente y ojos, que en un momento los cegaron de manera, que cuando quisieron salir ya no acertaron ni veían por dónde. Acudió el dueño del colmenar á socorrer sus soldados, armado con sus armas defensivas, y halló de suerte á los miserables mozos, aporreados y llenos de chichones, que en lugar de reñirles el daño hecho en su real, hubo de sacarlos muy lejos de la gente alterada y colérica, porque no los acabasen de matar. Seis días há que vengo huyendo de los azotes que me habían de pegar si me cogieran. Entretuvo el muchacho toda la gente de la venta con sus sucesos con gusto y risa. Yo le dije: Al fin hallaste misericordia en las abejas; que á haber sido sin daño de tercero fuera el más feliz suceso del mundo; pero como tenemos más obligación á nosotros propios naturalmente que á los otros, buscamos remedio para nuestros daños en los ajenos, aunque ha de procurar un hombre su bien sin mal del prójimo, porque lo demás es contra caridad. Dijo el muchacho: Sea como fuere, que siempre oí decir que tiene un hombre obligación de guardarse á sí propio; que un cordero mató á un lobo por huir dél en una trampa que había puesto el pastor muy encubierta de yerba con una culebra muerta puesta encima. Vió el lobo que venía muy determinado á cogerlo, y corriendo el cordero hácia donde estaba el pastor, cuando llegó á la trampa vió la culebra y espantado della, dando un salto; pero el lobo

que iba en su alcance dió en la trampa y quebróse las piernas. Y si un cordero sabe defenderse con daño ajeno, ¿por qué no lo hará un hombre? Con esto se fué cada uno á su cama, espantados de la bachillería del muchacho.

DESCANSO DIEZ Y SEIS.

Salimos de la venta, y aunque gustáramos llevar al muchacho con nosotros, él andaba tan poco, que el oidor le dió dineros para que se fuese á su espacio. Ya que había salido á puerto de claridad ó de seguridad, y admirándome de la diversidad de los ingenios, dije: ¡Cuán pocas esperanzas se pueden tener destos muchachos que muestran en sus principios agudeza y bachillería! Que no les queda profundidad para las cosas de véras y de sustancia. El entendimiento capaz de las cosas nunca anda vacilando ni variando en cosas de poco momento; que á los principios, para conmigo, da mayores esperanzas el que comienza más callado, que no el que descubre con locuacidad todo cuanto tiene en el alma; que siendo el entendimiento la más principal parte della, y no siendo ella habladora, tampoco lo será el buen entendimiento. Cuando un hombre está ya sazonado, y habilitado el ingenio en las véras y con la experiencia bien enterado en la verdad, que sea locuaz, tiene caudal para serlo; pero que no teniendo esta capacidad bien fundada, sea hablador y atrevido, ni creo en él ni en quien lixiere mucho caso dél; pero con todo eso, estos que hablan mucho son para la soledad del camino de provecho, porque si los oyen entretienen, y si no los oyen dan lugar á que mientras hablan piense cada uno en su negocio. El oidor disputó un rato muy doctamente del entendimiento, la memoria y la imaginativa, que no es para este lugar, y todo el camino me fué preguntando por cosas de Márcos de Obregon con grande afición. Llegamos á Córdoba, donde fué forzoso el apartarnos, y me rogó encarecidamente al apartarnos que le dijese el deseo que tenía de conocerlo y que si algun tiempo fuese á Sevilla, fuese derecho á su casa. Y con esto, llegando á la puente de Guadalquivir, dividimos cada uno por su camino, y en habiéndonos apartado cosa de cien pasos, yo le dije recio, que lo pudiese oír: Señor oidor, yo soy Márcos de Obregon; y pican-do con toda la priesa posible, cogí el camino de Málaga ó de Gibraltar, que á uno destos lugares era mi viaje. El oidor quiso volver á llamarme; y como yo me dí priesa, fué diciendo á sus criados: No en balde me hallaba yo tan bien con la compañía deste hombre, que cierto le he cobrado un amor, sin saber quién era, que haría cualquiera cosa por él. Yo me avié á una destas ciudades, de cuya templanza yo tenía satisfacción; que para la vejez son apacibles por el poco frio que hace en ellas y por la variedad que tienen consigo los puertos de mar, por la cercanía y correspondencia que tienen con Africa; fuera de tener lugares acomodados para la soledad. Llegué á Málaga en tiempo que había llegado el mismo día el bergantin del Peñon, de que era capitán Juan de Loja, muy valiente soldado, que había recibido y dado muchas heridas á moros y turcos, y traía una presa muy apacible. Fuile á ver, por ser muy amigo mio, y dándonos los parabienes cada uno de la venida del otro, me dijo que había topado con un barco muy trabajado de una borrasca, y había cogido en él

una doncella turca y un gentil hombre, que debían de ser hermanos; ella muy hermosa y el mozo de gallardo talle, y algo españolados, tanto, que se habían espantado por ser nacidos en Africa y hijos de infieles. Roguéle que me los mostrase por tenellos muy guardados para hacer un presente dellos. El me dijo: Antes, pues habeis estado en Argel, quiero que sin veros los oigais hablar, por ver si tratan verdad. Entró donde estaban, quedándome yo á la puerta, y díjoles: Contadme la verdad de vuestra historia, ya que es forzoso vuestro cautiverio, para que conforme á esto os haga el tratamiento que merecen vuestras personas. Estaba el mozo muy triste y la doncella deshecha en lágrimas, suspiros y sollozos, consolándolos su amo. El mozo dijo desta manera: Que la privacion de la preciosa libertad nos traiga tristes y afligidos, la misma naturaleza lo pide; que carezcamos de nuestra tierra, padres y regalos que poseímos, por fuerza se ha de sentir; que dejásemos hacienda, esclavos y grandeza de nuestra voluntad, soledad nos causa; pero que no consigamos el intento á que venimos, nos arranca el corazon del pecho. Mi hermana y yo, que lo somos cierto, nacimos en Argel; somos hijos de un español que del reino de Valencia se pasó á Argel. Casóse con nuestra madre, que es turca de nacion. Es nuestro padre cosario que trae por la mar dos galeotas suyas, con que ha hecho mucho mal á cristianos. Entre los cautivos que robó en España, vino uno á quien nuestro padre nos dió para maestro de la lengua y letras españolas, que como nos encarrecia tanto las cosas de su tierra, nos encendía en amor y deseo de ver y haber lo que tanto estimaba. Este esclavo español se dió tan buena priesa en la doctrina que nos enseñó, que dentro de pocos dias teníamos aborrecida la que habíamos mamado en la leche, y abrazada en el corazon la del bautismo. Si yo nombraba á Jesus, mi hermana á su madre Maria: no teníamos otra comunicacion sino esta. Hicimos voto en voz de vivir y morir en la religion cristiana. Diónos palabra este esclavo de buscar modo cómo nos bautizásemos. Han pasado ya ocho años que fué á su tierra, y al cabo destes nos dijeron que en saliendo de Argel lo habían cautivado las galeras de Génova y le habían muerto entendiendo que era nuestro padre. Desconfiados ya de su aviso ó venida, determinámos de buscar por otra parte remedio. En este tiempo, como ya mi hermana tenia edad para tomar estado, y yo era el mayorazgo de aquella hacienda, concertó nuestro padre con un turco muy rico que tenia hijo y hija de nuestra edad, de trocar y casar hijo con hija y hija con hijo, y habia sido este deseo general en todo Argel; porque, aunque tenia mi hermana y yo libertad con riqueza, nunca nos vió nadie con resalvos de tales; que si bien éramos estimados, ella por su mucha hermosura y yo por la sucesion de mi hacienda, nunca nos empeció de manera, que olvidásemos la libertad cristiana que nos enseñó nuestro maestro, y por brevedad de nuestras desdichas, viendo tan cerca nuestros casamientos, por donde habíamos de borrar de nuestra alma los ardientes deseos que conservábamos en el pecho, mi hermana y yo aguardámos á que nuestro padre hiciese una jornada hácia levante para traer alguna presa con que enriquecer más nuestro nuevo estado; y en echando las galeotas al agua, nos fuimos á una heredad, y comu-

nicando el caso con cuatro esclavos españoles, dos turcos y seis italianos prácticos en toda la costa de España, y estando mi madre segura y descuidada, por estar mi hermana en mi compañía, cogimos alanocheecer un barco, y con todo el silencio del mundo, batiendo los remos fuertemente, nos dimos tan buena priesa, que al amanecer descubrimos la costa de Valencia; pero yendo con esta buena suerte, nos vino un viento de hácia levante que nos hizo bajar la vela, y nos echó hácia poniente con tanta furia, que no fuimos señores del barco, porque venían sobre nosotros tan levantados montes y breñas de agua, que mil veces nos vimos debajo de las olas sumergidos; y como yo y mis criados llevábamos el cuidado puesto más en salvar á mi hermana que en nosotros propios, una vez, esperando un peñasco de agua que venía á tragarnos, tendiósela de bruces sobre el suelo del barco, y á cuatro que se pusieron á resistir la fuerza porque no llegase á ella, se los serbió la ola y nunca más parecieron. Rendímonos á lo que el cielo ordenase despues de haber atado á mi hermana de suerte que no se la llevasen las olas aunque padeciese naufragios el barco, y á los que llevaban los remos en las manos se los arrancó dellas el soberbio viento, dejándoles los brazos mancos. Yo, visto que solo Dios podia socorrernos, mandéles que no hiciesen defensa, porque el barco sobre aquellas poderosas olas andaba como cáscara de nuez, siempre encima; aunque una vez, viendo que se volvía boca arriba, yo me abracé con mi hermana, que me valió la vida, porque á los demas que iban sueltos los voló, sino fueron á dos que se asieron á los dos bordes del barco. Vino á sosegarse un poco el viento, pero las olas, movidas del levante inexorable, quedaron por dos dias en su fuerza, andando sin gobierno cinco ó seis dias, sin poder comer lo poco que nos habia quedado. Como ni teníamos remos ni quien los gobernase, acordéme que aquel nuestro ayo ó esclavo nos dijo que los que se encomendaban á Dios tomando el sagrado bautismo, habian de pasar los trabajos con mucha paciencia y esperanza, y consolámonos con esto. Mi hermana, vuelta en sí, comenzó con muchas véras á rezar en un rosario que le habia dejado Márcos de Obregon, que así se llamaba nuestro maestro; y en esto descubrimos nuestro barco, no con intento de ponernos en defensa; que aquellos dos turcos que vuestro valeroso brazo mató los traíamos ya con celo de bautizarse: llegámos á tierra de cristianos, donde duplicámos á Dios nos dé paciencia y nos cumpla nuestro deseo. Acabó su razonamiento, y la hermana no el llanto que habia comenzado desde el principio del cuento. El capitán, piadoso y enternecido, les dijo: Si lo que habeis contado con tanta terneza es verdad, yo os daré libertad y todas las joyas que tengo vuestras; y les dijo: ¿Conoceréis á Márcos de Obregon si lo veis? Respondió la doncella: ¿Cómo lo habemos de ver si es muerto? Dijo el capitán: Salid afuera y mirad si es alguno de los hombres que están ahí. Alborotáronse confusos entre esperanza y temor, y la doncella con mayor turbacion, porque el amor hizo memoria de lo pasado, y la religion le facilitó su ardiente deseo de ver á quien los habia enseñado: salieron afuera, y en viéndome se arrojaron á mis piés, llamándome padre, maestro y señor. Quedé en éxtasis por algun espacio sin poder hacer otra accion sino admirarme, afirmando

que cuanto habian contado era verdad: en sosegándome de la súbita alteracion, lloré tiernamente con ellos; que tambien el contento tiene sus lágrimas piadosas, como el pesar congojosas. El capitan quedó espantado del caso; y habiéndoles consolado con sus palabras y mi presencia, les dijo: No quiera Dios que yo captive á cristianos: libertad teneis, y vuestras joyas, de que yo he sido no poseedor, sino depositario, veislas aquí (entre las cuales vi un rosario que yo le habia dado á la doncella): usad de la libertad cristiana, pues tan venturosos habeis sido en llegar á ejecutar vuestro soberano intento. La alegría que yo sentí en ver aquellas dos prendas que en mis trabajos y cautiverio me alentaron y consolaron, me volvió, si se puede decir, á la mocedad pasada; que el pecho con la alegría entretiene la vida, y la alegría fundada en bien engendra paz en el alma. Hablé grandes ratos con ellos de mis trabajos y sus consuelos, que siendo pasados, bien pueden traerse á la memoria, pues causan, á la medida del pasado mal, la presente alegría. Los virtuosos mozos cobraren tanta en verme, que se les borró del rostro la tristeza del trabajo pasado. Dimos órden en su vida con ayudarles á cumplir lo que tanto deseaban, y fué la mudanza de sus acciones exteriores tan conocida, que nos dió ejemplo de vida á todos. Aviáronse á Valencia á conocer los parientes de su padre, donde vivieron con tanto consuelo del alma, que tuve nueva que acabaron sus vidas con grande ejemplo de virtud cristiana.

DESCANSO DIEZ Y SIETE.

Parecióme que para la quietud que yo deseaba, el bullicio de Málaga y las ocasiones de la tierra y mar, con el apacible trato de la gente, siendo yo conocido en ella, no se podia hallar á la medida de mi deseo y la ejecucion del intento principal: fuíme á la Saucedá de Ronda, donde hay lugares y soledades tan remotas, que puede un hombre vivir muchos años sin ser visto ni encontrado si él no quiere. Púsome en camino un buen hombre; y porque no pasase sin trabajo, llegando á la Sabinilla, se desembarcaron dos bergantines de turcos, saltaron en tierra y cogieron pescadores y vaqueros cuantos hallaron derramados por allí; porque aunque habian hecho alhumadas, no las echámos de ver hasta que dimos en manos de los moros, que nos maniataron y llevaron á los bergantines; pero de verse tan señores de la mar y la tierra, descuidáronse, hinchiendo las panzas de vino de lo que hallaron en una hacienda de pesca, de manera que todos ó la mayor parte se emborracharon: dan sobre ellos la gente de Estepona y Casares, y los demas que vivian cerca viniendo al rebato, cautivando y matando, se escaparon muy pocos. Los que estábamos en los bergantines maniatados pedímos á las guardas que si querian vivir nos desatasen y echasen en tierra; lo cual hicieron y les valió para poderse aviar; porque desatando á un vaquero con los dientes, hombre de fuerza y ánimo, cogió un remo como si fuera una vara de medir, y jugando dél, hizo que nos desatasen á todos y echasen en tierra. Alifigne de nuevo acordándome de mis trabajos de mar y tierra, que aunque han sido muchos, siempre hallé piedad y misericordia en ellos, como en este, que viéndome un hombre anciano en edad, aunque robusto y fuerte en las

acciones de hombre de valor, vecino de la villa de Casares, que decian ser un Abraham en piedad, porque su casa y hacienda era siempre para hospedár peregrinos y caminantes, llegósé á mí y dijo: Aunque siempre la piedad me llama á semejantes cosas, ahora parece que me hace más fuerza que otras veces viéndoes afligido y con edad: idos conmigo á mi casa, que aunque es pobre de hacienda, es abundantísima de voluntad, y nadie hay en ella que no se incline á piedad tan entrañablemente como yo, no solamente mi mujer y hijos, pero criados y esclavos; que tanto tiene el hospedaje de bueno, cuanto tiene de concordia en el amor de todos. ¿Cómo es el nombre, pregunté yo, de quien tanta piedad usa conmigo? Que fuera de la caridad, que tanta resplandece en vuestra persona, hay en mí otra fuerza superior que me abraza el pecho en amarnos. Yo, respondí, soy un hombre no conocido por partes que en mí resplandezcan; contento con el estado en que Dios me puso, pobre bien intencionado, sin envidia al bien ajeno ni de las grandezas que suelen estimarse, trato con los mayores con sencillez y humildad; con los iguales como hermano, con los sujetos como padre. Alégrome cuando hallo mis vaquillas cabales; castro mis colmenas, hablando con las abejas como si fueran personas que me entendiesen; no me pongo á juzgar lo que otros hacen, porque todo me parece bueno; si oigo decir mal de una persona, mudo conversacion en materia que les pueda divertir; hago el bien que puedo con lo poco que tengo, que es más de lo que yo merezco; que con esto paso una vida quieta y sin enemidades, que destruyen la vida. ¡Dichoso vos, dije yo, que sin andar contraponiendo las pompas y soberbias del mundo, habeis alcanzado lo que todos desean poseer! ¿Pues cómo habeis caminado á tan quieta vida? Respondió: No desprecio lo propio, no envidio lo ajeno, no confío en lo dudoso, no reparo en recibir lo que viene sin alteracion de ánimo. Quien tal estado alcanza, dije yo, bien es que publique su nombre. No es mi nombre, dijo, de los conocidos por el mundo, sino á la manera de mi persona; llámome Pedro Jimenez Espinel. Dióme una alabada en el corazon, pero soseguéme, prosiguiendo en la conversacion para entretener el camino hasta llegar al lugar, y preguntéle: Y con esa vida tan segura ¿teneis alguna pesadumbre que os inquiete? Par Dios, señor, respondió, si no es cuando no hallo la hacienda bien hecha ó la comida por aderezar, no tengo pesadumbre, y esa con leer el memorial de la vida cristiana de fray Luis de Granada se me quita como por la mano. ¡Cuántos filósofos, dije yo, han procurado esa sencillez, y no la poseyeron con cuantas observaciones han tenido en los preceptos de la filosofía moral y natural! No me espanto, dijo el buen hombre; que como la mucha ciencia engendra en los hombres algun desvanecimiento, sin humildad no se puede alcanzar esta vida; que como yo soy ignorante, abracéme desde mi niñez con la virtud de paciencia y humildad que conocí en mis padres, y heme hallado bien con ella; pero pues habeis andado por el mundo, podrá ser que hayais conocido por allí un sobrino mío que há muchos años que no sabemos dél; que segun nos han dicho, anda en Italia, y á cuantos hospedó en mi casa, fuera de ser la obra buena, en parte lo hago por saber de mi sobrino. ¿Cómo se llama? pregunté; y respondióme

con mi propio nombre. Si le conozco, dije, y es el mayor amigo que tengo en el mundo. El es vivo y está en España y bien cerca de aquí, donde sin andar mucho le podréis ver y hablar. Holguéme en el alma de conocer mi sangre, y tan bien fundada en las virtudes morales y cristianas, que pudiera yo imitarle si fuera tan puesto en la verdad de las cosas como era razón. El se holgó de las nuevas que le di, aunque por entonces no me di á conocer hasta que hube mudado estado; que realmente la carne y sangre, y tan cercana como esa, tiene algo de estorbo para la ejecución de los intentos buenos que apetece soledad. De todos los valerosos hombres en religion, tenemos noticia que han huido á los desiertos de la compañía de parientes y amigos que pueden ser impedimento para los buenos fines. Los actos del alma en la soledad están más desembarazados y libres. Obras de ingenio no quieren compañía. El vicio tiene ménos fuerza cuando las ocasiones son ménos. Las más excelentes obras de varones señalados se han fraguado en las soledades; y quien quisiera adelantarse en cosas de virtud, ora sea en ejercitalla, ora sea en escribir della, se hallará más fácil y pronto para semejantes acciones. Y aunque la soledad por sí no es buena, no está solo quien tiene á Dios por compañero.

DESCANSO DIEZ Y OCHO.

Y para acortar razones, llegué á la Saucedá, donde lo primero que encontré fueron tres vaqueros con muy largas escopetas, que me dijeron: Apéese del macho. Yo les repliqué: Mejor me hallo á caballo que á pié. Pues si tan bien se halla, dijeron ellos, comprenoslo. Eso sería, dije yo, quedar sin macho y sin los dineros que no tengo. ¿Quién son vuesasmercedes, que me venden el macho que yo compré en Madrid? Despues lo sabrá, respondieron, y ahora apéese. Cierto, dije yo, que me huelgo; porque no he visto más mala bestia en mi vida, maliciosa, ciega y llena de esparavanes, y con mas años á cuestas que una palna vieja: tropieza á cada momento y se arroja en el suelo sin pedir licencia; sola una cosa tiene buena, que si le ponen un alholi de cebada no se moverá bastantes sed. Pues con todas estas faltas lo queremos, dijeron. Al fin me hajé della, y rindiéndoles las faltriqueras, como no hallaron sustancia en ellas, dijeron que habian de desollar el macho, y meterme en el pellejo si no les daba dineros. ¿Pues soy yo cofre, les dije, que me quieren aferrar del pellejo del macho? ¿O quieren abrigarme por el frío que me ha causado el temor de ver las escopetas? Con el buen ánimo que conocieron en mí, se desenconaron del ruin que ellos tenian, y porque al mismo tiempo venian otros cinco ó seis furiosos por asir á un hombre que se defendia dellos valerosamente, dando y recibiendo heridas, á los cuales mandó su caudillo que no le matasen, porque tan valiente hombre sería bueno para su compañía; más él con valeroso pecho dijo que no queria sino que le matasen si pudiesen. ¿Por qué? preguntó su cabeza, aquietándoles y sosegando á él. Porque á quien tal desdicha como á mí le ha sucedido, no ha menester vivir. Miré al hombre, y pareciéndome que era el doctor Sagredo, á quien yo habia comunicado en Madrid, aunque con traje diferente, porque él era médico, y allí venia como soldado desgarrado, pero siempre hombre

muy de hecho; y así, no me determiné en que fuese él mismo. Sosegáronse, y él con grandes ansias reprendia la piedad de los saltadores porque no le mataron, y con ardientes suspiros clamaba al cielo, diciendo: ¡Oh rigores de las estrellas, desdichas entrañables solamente mías, mudanzas de fortuna, planetas verdugos de mi quietud y sosiego! ¡Que habiéndome librado de tan inmensos peligros por mares y tierras no conocidas, me viniese á tragar la furia del mar mi dulce compañía, mi regalada esposa, despues de haberme seguido y acompañado en tan importunos trabajos; y que fuese yo tan para poco, que no me arrojase en las levantadas olas para acompañar en la muerte á quien me acompañó en la vida! Tantas ternezas dijo, que movió á compasion á la más mala canalla que habia en el mundo en aquel tiempo, que en hábito de vaqueros andaban trescientos hombres robando y salteando á quien no se defendia, y matando á quien se defendia. Juntáronse á consejo cosa de ciento que se hallaron allá con el caudillo, para tratar de cierta sospecha que traian de que su majestad queria remediar aquel fuego que se iba encendiendo con tan exorbitantes daños como se descubrian en toda la Andalucía cada momento, y juntamente sentenciar qué habian de hacer de muchos que tenian en cuevas presos. Entretanto nos pusieron al doctor Sagredo y á mí con otros dos en una cueva fácil para entrar, y para salir imposible, aunque tenia bastante claridad, que por entre la espesura de los encumbrados árboles entraba en la cueva; y viéndome en aquella adiccion, por no estar en triste silencio, le pregunté: Señor, ya que estamos en un trabajo y padeciendo un mismo agravio, os suplico me digais si sois el doctor Sagredo. Alborotóse, y replicóme: ¿Quién sois vos, que me lo preguntais, y dónde me conocistes? Yo soy, le respondí, Márcos de Obregon. No lo acabé de pronunciar cuando echándome los brazos al cuello, me dijo: ¡Ay padre de mi alma! ya murió vuestra querida y regalada, ya murió mi amada esposa, ya murió doña Mergelina de Aybar, ya murió todo mi bien y mi compañía. Ya no soy el doctor Sagredo, sino una sombra del que solia, hasta que llegue la disolucion deste miserable cuerpo. ¡Ay mi consejero leal! ¡Y cuán mal me aproveché de vuestra doctrina para verme ahora en la soledad que me aflige y atormenta el alma! Si no es que el inmenso Dios tras tantos infortunios sea servido de ponerme en esta mazmorra con vuestra compañía para que muera con algun alivio y refrigerio, que despues que della me aparté, se apartó de mí todo lo que podia estarme bien. Pues ¿cómo y cuándo, dije yo, y dónde murió aquella prenda tan amada vuestra y alabada por su hermosura de todo el mundo? Ninguna fuerza pudiera haber tan grande para mí en lo descubierto, como la vuestra para contar desdichas, y que tanto me atormentan la memoria. Pero pues no sabemos el fin que nos está aguardando en esta esquivá prision, y estando tan cierto que renovar mis desventuras á quien las ha de sentir y no burlarse dellas puede aligerar tan pesada carga, tomaré el principio de lo que lo fué de mi total ruina.

DESCANSO DIEZ Y NUEVE.

Luego que, por mi desgracia, salí de aquella reina del mundo, Madrid ó madre universal, en el primer

pueblo adonde llegué, vi tocar cajas, que hacian gente por mandado de Felipe II para ir á descubrir el estrecho de Magallanes; y como yo nací más inclinado á las armas que á los libros, dí con ellos á un lado, y con el ánimo alterado arrimándome á un capitan amigo mio, eché mi caudal en armas y en vestidos de soldado, que no le parecieron mal á doña Mergelina, que con ver que ella gustaba dello me incliné más á seguir aquel modo de vida, llevándola en mi compañía, por quererlo ella y por desearlo yo, que muchos hombres casados fueron á la misma jornada; porque la intencion de sumajestad era poblar aquel estrecho de vasallos suyos; y pluguiera á Dios me lo estorbara, que yo tenía mi voluntad tan subordinada á la suya, que sin su beneplácito no me arrojara tan inconsideradamente á profesion tan llena de miserias y necesidades. Embarcámonos en Sanlúcar, que voy abreviando, y llegando al golfo de las Yeguas, fué tan desatada y terrible la tormenta que nos sobrevino, que por poco no quedara tabla en que salvarnos; pero por la prudencia de Diego Flores de Valdes, general de la flota, volviendo las espaldas á la tormenta, tornámos á invernar á Cádiz primera vez, de donde salimos, y con grandes incomodidades llegámos á la costa del Brasil, invernando segunda vez en San Sebastian, á la boca del rio Janero, muy ancho y extendido puerto. Estuvimos allí algun espacio, admirándonos de ver aquellos indios desnudos, y tanta abundancia dellos, que bastara para poblar otro mundo. Solian desaparecerse algunos dellos sin saber qué se hacian, y un valeroso mancebo mestizo portugues y indio determinóse de buscar el fin de tantas personas como faltaban; y embrazando una rodela de punta de diamante y una muy gentil espada, se fué por la orilla del ancho mar: vió de léjos un monstruo marino que estaba esperando algun indio para cogerle, y que llegando cerca, puesto en piés el monstruo, porque ántes estaba de rodillas, era tan grande, que el portugues no le llegaba al medio cuerpo; y cuando el monstruo le vió cerca, cerró con él pensando llevarle adentro como hacia con los demas. Pero el valeroso mozo, poniendo la rodela delante y jugando de la espada, defendióse lo mejor que pudo, aunque las conchas de la bestia marina eran tan duras, que no le pudo herir por alguna parte. Los golpes que el monstruo le daba eran tan pesados, que no los osaba esperar, hasta que dió en ponerle delante la punta del diamante, apuntando á las coyunturas de los brazos, por donde el monstruo recibió tanto daño, que se iba desangrando; y habiendo durado esta pesca grande rato, al fin cayeron ambos muertos. Fueron á buscar al animoso mozo, y hallaron uno caido á una parte y otro á otra. El capitan Juan Gutierrez de Sama y yo vimos el cuerpo del espantable monstruo, y otros muchos espáñoles con grande admiracion. El mar por allí tiene muchos bajos y muchas islas: en una dellas vimos una sierpe de las que por acá nos pintan para espantarnos, que tenía el hocico á manera de galgo, largo, y con muchos dientes agudísimos; alas grandes de carne como las de los murciélagos, el cuerpo y pecho grande, la cola como una viga pequeña enroscada, dos piés ó manos con uñas, el aspecto terrible. Encarámos cuatro escopetas hácia ella, porque estaba en una fuente que por el remanente íbamos á buscar para beber. Yo fui de parecer que cuando la matásemos, ella mataria á al-

guno de nosotros; y así, la dejámos, porque ella en viéndonos se entró por la espesura del monte, dejando un rastro muy ancho como de una viga. Mas como no me importaba ni importa para mi discurso, no digo muchas monstruosidades que vimos. Seguimos desde allí el camino ó viaje del estrecho por el mes de enero y febrero, cuando allá comienza el verano, con muchos vientos contrarios, oponiéndonos á recias corrientes que, ó por cerros altísimos y canales que hay debajo del agua, ó por vientos furiosos que la mueven, nos hacian tantas contradicciones, que muchas naos padecieron tormentas y algunas naufragio, sin poderse socorrer unas á otras. Entre las que padecieron naufragio fué la que llevaba á mi esposa y á mí, que aunque soltaron pieza, ó no nos oyeron ó no pudieron socorrernos, sino fué una que iba á vista de la nuestra, que compadecidos los marineros, contra su costumbre, de nosotros, acudieron á tan buen tiempo, que pudo salvarse la ropa y las personas ántes que del todo se hundiese. Los soldados y marineros, despues de haberse anegado nuestro navío y pasado al otro, acudieron á regalar á la malograda de mi esposa, que aunque era tan varonil, el temor de la tragada muerte la tenía turbada; y así, fué parecer de todos que no siguiésemos la armada hasta ver que la gente hubiese respirado del trabajo pasado. Descubrióse una isla despoblada, adonde con algun trabajo pudimos arribar. Reparámonos del cansancio y trabajo, hicimos agua, que la hallámos muy buena, y algunas frutillas con que nos refrescámos, y dentro de quince dias nos hicimos á la vela, siguiendo la flota, que no pudimos alcanzar. Llegámos á vista del estrecho despues de haber andado perdidos mucho tiempo. Descubriéronse grandes y altas sierras con muchos árboles frutales y infinita caza, segun supimos de pobladores que dejó allí la armada, aunque ni saltámos en tierra, ni nuestra cabeza lo consintió, por volver á seguir la flota.

DESCANSO VEINTE.

Estando esperando viento para volver la proa, vimos venir muchísimas aves en aquella parte del estrecho, donde habia unos hombreitos pequeños de estatura, porque en la otra son altísimos y membrudos; que casi las aves se señoreaban de la tierra, de manera que los hombreitos huían dellas: nos vino un viento tan poderoso, que nos hizo pasar el estrecho sin poderle resistir, con grandes daños del navío; porque siendo la orilla muy llena de bajíos, íbamos casi arrastrando por la arena las áncoras, fuera de no estar el estrecho llano como el de Gibraltar, sino haciendo combas y senos, y topando en las áncoras que habia dejado la arena por allí. La presteza del viento fué tanta y tan sin pensar, que no tuvieron los marineros traza para defender el navío. Pasámos de la otra parte con todos estos peligros de golpes que el navío daba, y duró tanto, que nos rompió las velas mayores, aunque las demas se amainaron; dejaron el trinquete de proa para que la inmensa furia del aire nos llevase adonde quisiese, sin poder dar bordos ni ver lugar adonde pudiésemos tener recurso ni socorro. Al fin anduvimos seis meses perdidos, faltando ya todo lo necesario para conservar la vida, arrojados y sacudidos de las soberbias olas por tan inmensos mares, de nadie conocidos y navegados, perdida la esperanza y

el gobierno, sin saber hacía adónde caminábamos, dispuestos cada día para ser manjar de monstruos espantables fuera de nuestro elemento, y acabadas ya comida y bebida de suerte, que no había quedado cuero de manta que no hubiese sido dulcísimo mantenimiento de su dueño, si se las dejaban comer á solas, con un temor horrible de imaginar la sepultura que teníamos abierta en las no habitadas cavernas del profundo mar ó en las hambrientas entrañas de sus inlombables bestias. Creyendo que ya todo el mundo hubiese tornado á ser agua otra vez por el diluvio general, comenzaron todos á decir en un grito : Tierra, tierra, tierra, porque descubrimos una isla de tan altos riscos cercada, y ellos adornados de tan levantados árboles, que parecía alguna cesa encantada; y apenas la descubrimos, cuando en un instante se desapareció, no por arte mágica, sino por la fuerza de una corriente que nos arrebató el navío contra nuestra voluntad, sin ser poderosos para resistirlo, hasta que la misma corriente nos echó á un lado entre unos remolinos tan furiosos, que tuvimos por cierto que se tragara el navío y á nosotros con él; pero volviendo en sí los marineros, y no habiendo perdido el tientto donde se descubrió la isla, parecióles que dando bordos con el trinquete, llevando siempre á vista la corriente, sin acercarnos á ella, podíamos tornar á cobrar la isla; pero yo fui de opinión y parecer que amainasen el trinquete, y con los dos barcos que iban amarrados en la popa, llevásemos el navío á jorro; porque si la corriente arrebatase uno de los barcos, sería facil de volver al navío; mas si arrebatase el navío, tornaríamos á perder el tientto y aun las vidas; y encomendándonos todos al bendito Angel de la Guarda, con grandísimas plegarias y oraciones, y vogando los barcos aquellos que más robustos ó ménos flacos habian quedado por la falta de los mantenimientos, remudando de cuando en cuando porque todos se alentasen con la esperanza de ir á buscar tierra, pusimos en la gua ó en lo más alto del árbol mayor un hombre muy bien atado, que fuese descubriendo con grande vigilancia, y avisando lo que pareciese que se descubría; y al cabo de dos dias, al punto que ya nos parecía que habíamos perdido el camino de nuestra salud, tornámos á ver aquellas altísimas y tajadas peñas más empinadas que el Calpe de Gibraltar, pero llenas de tan próceros y vistosos ramos, que alentó de manera á todos mis compañeros, que fué menester quitarles los remos de las manos, porque con las ansias y encendidos deseos que tenían de llegar á tierra, por poco dieran otra vez con el navío en la corriente y con las personas en la última miseria de desesperacion. Pero dándoles una grande voz, les dije : Compañeros, ya que Dios os ofrece, tras de tantas desventuras, hambres y trabajos, ocasion en que se conozca cuánto puede la industria junta con el valor de los pechos que tanto tiempo han estado firmes, siendo terrero de increíbles golpes de fortuna, si ahora nos faltase la cordura y sufrimiento para con prudencia considerar cuánto más cercanos estamos de la muerte, que en todo el tiempo que nos ha traído la fortuna jugando con nuestras vidas, no sería ya culpa suya, sino nuestra, el precipitarnos en tan evidente peligro como el que habemos tocado con las manos y visto con los ojos. Y siguiendo mi parecer en lo que tanto nos importaba, fuimos acercándonos á la isla con tanto tien-

to, que aunque diéramos en la corriente con alguno de los barcos, con la mucha atencion que todos los marineros de conocimiento llevaban, no se recibiera daño que no fuera fácil de reparar. Caminámos tanto y tan atentamente, que veníamos á hallarnos ménos de media legua de la isla y muy cercanos á la corriente, que al parecer de los más experimentados comenzaba sobre la isla muy poco trecho y se extendía por ambos lados: de manera que dejaba la entrada imposible y la isla inaccesible, como le dimos el nombre; y aunque la corriente no era tan extendida como en lo que por nuestro daño habíamos visto, era mucho más furiosa, por ser en aquella parte más angosta. Al fin, estando suspensos y sin consejo sobre lo que se habia de hacer, yo dije resolutamente : ¿ Allí hay tierra y riscos? Pues aquí ha de haber lo uno y lo otro. Y determinadamente hice arrojar el áncora, y á poco trecho aferró de suerte, que todos quedámos muy contentos y con esperanza de salvamento. Hecho esto, pedí todos los cabos, sogas y maromas, de que habia abundancia, tambien como de pólvora, porque no se habia ofrecido lance en que gastar lo uno y lo otro, y atadas fuertemente una soga con otra, vino á ser tanta la cantidad, que podía el barco llegar á la isla, y echando en él cincuenta compañeros, y los más fuertes que me pareció, con sus arcabuces, frascos y frasquillos bien llenos de pólvora, y yo por cabo dellos aviando en el navío, que aunque nos arrebatase la corriente fuesen dándonos cabo, y alargando con mucho tientto las maromas hasta ver en qué parábamos, nos dejámos llegar, guiándonos el bendito Angel de la Guarda; y arrebatándonos la corriente, sin recibir el barco otra alteracion sino ir con mucha furia, á poco trecho nos hallámos en un abrigo ó seno que hacia la isla por aquella parte, tan sosegado, que si era grandísima la furia de la corriente, no era ménos mansa y quieta la playa ó puerto adonde nos arrojó. Con este infeliz y no pensado suceso fuimos bogando, arrimados al levantado risco para buscar alguna entrada, y luego vimos á la puerta que hacia el encorvado abrigo, un idolo de espantable grandeza y más admirable hechura, y de novedad nunca vista ni imaginada; porque su grandeza era como de una torre de las ordinarias; sustentábase sobre dos piés tan grandes, como lo habia menester la arquitectura del cuerpo; tenia un solo brazo que le salia de ambos hombros, y este tan largo, que le pasaba de la rodilla gran trecho; en la mano tenia un sol ó rayos dél, la cabeza proporcionada con lo demas, con solo un ojo, de cuyo párpado bajo le salia la nariz con sola una ventana; una oreja sola, y esa en el colodrillo; tenia la boca abierta, con dos dientes muy agudos, que parecia amenazar con ellos; una barba salida hacia fuera con cerdas muy gruesas, cabello poco y descompuesto. Pero aunque pudiera espantarnos esta vision para no pasar adelante, como íbamos buscando la vida, y se habia de hallar en tierra, caminámos hacia el idolo, por donde estaba la pequeña entrada para la isla, de nalie jamas vista ni comunicada, y al punto que llegámos el barco á la entrada, salieron dos altísimos gigantes de la misma hechura que tengo pintado el idolo, y cogiendo el barco cada uno de su lado, fué tanto el espanto nuestro y la violencia suya, que sin podernos valer nos vaciaron en una cueva que estaba al pié del idolo; y á un pobre compañero que tuvo ánimo para disparar

el arcabuz cogió un gigante de aquellos, ciñéndolo con la mano por medio del cuerpo, y lo arrojó tan lejos, que le vimos ir por encima del agua grande trecho, hasta que cayó en la mar. Yo tuve advertencia de amarrar el barco á un tronco de un árbol que estaba cerca de la entrada, ántes que llegásemos á ella; y que despues nos fué de mucha importancia, no previniendo el daño que nos habia de venir, sino porque el barco no se fuese hácia la corriente.

DESCANSO VEINTE Y UNO.

Los gigantes, así como nos echaron en la cueva, taparon la boca, dejando caer un tronco de un árbol que estaba en la parte superior pendiendo á manera de puerta levadiza, que hizo con el encaje y golpe temblar no solo la cueva y el ídolo, pero por un resquicio ó ventana que salia á la mar la violencia del viento movido levantó tan grandes olas en ella, que sentímos nuestro barco dar muy grandes golpes, por la grandeza y pesadumbre suya, porque no creo que me engaño en decir que tenia el tronco treinta varas de circunferencia, y de alto más de sesenta, y era de una materia tan maciza y pesada como la más dura piedra del mundo. Los gigantes, con el gran servicio que habian hecho á su ídolo, comenzaron á bailar y danzar, y hacer sonos descompuestos y desconcertados en unos tambores rancos y melancólicos, que más parecia ruido hecho en bóveda que sön para bailar. En tanto que ellos estaban atentos á sus juegos y entretenidos á costa de nuestras vidas, nosotros llorábamos la desventura nuestra y la fuerza del hado que con tal violencia nos habia tratado y traído á punto que, ya que nos parecia haber hallado algun alivio á tan continuos é incesables trabajos, nos habia puesto á morir de hambre y sed entre cuerpos muertos de los que sacrificaban á su insaciable ídolo; pero como no se ha de perder el camino en cualquiera adversidad si los trabajos son la piedra del toque del valor y del ingenio, luego se me representó el modo de podernos valer en tan apretado paso, adonde el ánimo, el ingenio y la presteza habian de concurrir juntos en un instante. Y como estaban contentos y divertidos en sus fiestas, y realmente era gente sencilla, y les pareció que con aquel lance y con terneros encerrados en tan oscura sepultura no habria más memoria de nosotros, pudimos, aunque con trabajo, venir á la ejecucion de mi intento, que fué deste modo. Tomé las cuerdas que me parecieron necesarias, y con los huesos blancos de aquellos muertos que habia más descarnados, tomando los más pequeños, hice una escala con que pudiésemos llegar al resquicio que tengo dicho, que no pudo hacerse sin mucha dificultad, porque como todo era peña viva, no dió lugar á que se pudiesen hacer agujeros para subir á poner la escala; mas como la necesidad es tan grande maestra, y no iba ménos que la vida en hallar modo para poner la escala, tomé un hueso de un espinazo bien descarnado, y por el agujero metí una cuerda, y juntando los dos cabos que se quedaban debajo, con la mayor fuerza que se pudo probámos todos á tirar el hueso hácia la ventana ó resquicio, y un mozo recio, criado en las montañas de Ronda, tuvo tan buen modo, traza y fuerza, que acertó á colar el hueso por el resquicio de manera, que quedó atravesado ó encallado: entónces, atando la

escala á un cabo de aquellos y tirando por el otro, llegó la escala á lo alto, y teniendo mis compañeros del cabo que habia quedado abajo, yo subí con mucho tiento por la escala y la aseguré de manera, que todos pudimos subir al resquicio y bajar al barco. Hallada esta ingeniosa traza, tomé la pólvora de todos los frasquillos, y mientras mis compañeros subian y bajaban al barco hice una mina debajo de los pies del ídolo; que habia muchos huesos donde hacerla; y dejándola bien atapada, con ménos de un palmo de cuerda encendida, subíme por la escala y salté en el barco, y desviándonos con los remos adonde no nos pudiera el daño alcanzar, apénas nos pusimos á mirar lo que pasaba, cuando dió la mina tan espantable trueno, que alborotó las aguas y resonó el ruido por la mayor parte de la isla, y el ídolo dió tan increíble caída sobre los danzantes, que hizo pedazos docena y media dellos. Los demas, viendo que aquel en quien tenian confianza les habia muerto los compañeros, dieron á huir, metiéndose la isla adentro; y dejando desamparado todo el sitio que nosotros habiamos menester, entrámos dentro, dejando el barco bien amarrado, y todos á un tiempo nos arrojámos y besámos la tierra, dando inmensas gracias al Fabricador della por habernos dejado pisar nuestro elemento. Y aunque nos espantó el estrago que habia hecho el ídolo, y nos pudiera detener el espectáculo que teniamos delante de los ojos, viendo cubierto el suelo de aquellos exorbitantes monstruos, como vimos la tierra escombrada dellos, y la hambre y sed hallaron en qué ejercitar su oficio, arremetimos á unos árboles frutales excelentísimos y á una alegrísima fuente que nacia al pié de un peñasco, muy cercada de ojos más claros que los de la cara. Yo fui á la mano á los compañeros, esterbándoles que no encharcasen en fruta y agua, porque no se corrompiesen, y lo que buscáhamos para la vida nos acarrase la muerte; y mirando á un lado y otro, vimos un gigante de aquellos sobre quien habia caído el ídolo, vivo, pero quebrado, y las piernas de suerte, que no podía menearse; y haciéndole señas que nos dijese dónde habia mantenimiento, nos señaló con la nariz, que no podía con otra cosa, una cueva que tenia la entrada llena de árboles muy verdes y muy espesos, tanto, que la hacian dificultosa, á lo ménos para los naturales, que para nosotros no, y supimos despues que nadie podía entrar allí sino cuando se hubiesen de sacar mantenimientos para la república ó el comun, so pena de no comer dellos en cierta cantidad de tiempo. Al fin, entrámos en la cueva, muy ancha y clara por de dentro y con muchos apartamientos, donde habia ceñas de pescado y carne suavisimas, muchos tasajos bien curados, y una fruta más gorda y más sabrosa que ave llanas, de que usaban en lugar de pan, y otros muchos mantenimientos de que cargámos el barco, y hinchendo una docena de cueros de agua dulce y fría, enviámos á los compañeros, que ya nos tenian por muertos; con que todos se alentaron comiendo y bebiendo del mantenimiento y agua fria dulcísima. Tornaron dando órden que, dejando en el navío alguna guarda para las mujeres de los que habian ya estado en la isla, los demas en los barcos se viniesen á ella, usando siempre de los cabos y sogas; que de otro modo no podia ser; y bien llenos los estómagos de comida, y

los frascos de pólvora y cuerdas, se pasaron á nuestra compañía.

DESCANSO VEINTE Y DOS.

Interrumpieron la relacion que iba dando el doctor Sagredo unos portugueses que venian de la Venda de cuatro cargas de lienzo, por una senda, á su parecer, segura de los salteadores, por ser muy nueva; y como ellos la sabian mejor que los portugueses, dieron con ellos á la boca de nuestra cueva: de manera que, turbados del no pensado encuentro, se arrodillaron, diciendo: *Por as chagas de Deos não nos matedes como a patifes, nem tomades vingança em nos das parvoícesadas, que fez a santa Forneira a os castelhanos*. Sosegaos, mentecatos, dijo el caudillo; que no queremos sino que nos vendais el lienzo á como os ha costado: *de muito boa vontade*, dijeron ellos; y sacando el libro de caja, donde venian escritos los precios, cada salteador pidió lo que habia menester; y mandando el caudillo que pagasen el dinero ántes de tomar el lienzo, de que yo me admiré que usase de tanta piedad con los portugueses, tomaron su dinero, y desfendarielo para medir el lienzo, y tomando la vara para medir, dijo el caudillo á los portugueses: Aquí tenemos nuestro contraste y medida, como república libre; y no medimos con las varas que por allá se usan, sino con las que acá tenemos; y pidiendo la vara para medir el lienzo, le trujeron una pica de veinte y cinco palmos, con que ellos midieron, y dieron á cada uno las varas que habian pedido, que les debió de salir á cuartillo por vara, con que ellos quedaron riéndose y contentos, y los portugueses callaron y se fueron descargados del peso que traian. Reímonos nosotros, sino fué el doctor Sagredo, que prosiguió su cuento, diciendo: Antes que la fortuna diese vuelta á la rueda de nuestra prosperidad, nos dimos tan buena maña, que dejámos con el saco la cueva casi vacía, nuestro navio lleno no solo de frutas secas y frescas, pero de mucho pescado seco, carne cecinada, y muchas botas de agua y otros licores que bebían aquellos gigantes, de mucho gusto y sustancia; pero no fué tan seguro, que á los fines no nos sobresaltasen los gigantes; porque, como hallámos la tierra sin contradicción, y el cansancio y trabajo de la mar pedía reposo en tierra, tomámoslo de manera, que nos dormimos en los descansos frescos de aquella cueva; que ella era de manera apacible por las salas y remansos que tenia llenos de comida, y á trechos unas fuentejillas heladas, que aunque estuviéramos muy descansados, nos obligara á sentar allí nuestros tabernáculos. Durámos dos días en esteregal y fresco, hasta que al tercero, estando hasta como entre las doce y la una sesteando, sentimos tan grande ruido y alboroto de gente y tambores, que recordámos todos, diciendo: Arma, arma; porque venia toda la isla llena de gigantes sobre nosotros, y acudiendo á los arcabuces, no hallamos cuerda encendida ni fuego en que encenderla, ni hombre que hubiese sacado del navio pedernal, eslabon y yesca. Comenzaron á decir: Perdidos somos; pero yo, ántes que el temor tomase posesion de los corazones con la imposibilidad de la defensa, por verse encerrados y no poderse aprovechar de los arcabuces, di órden que la mayor parte dellos quitasen de aquellos maderos que dividian un apartamiento de otro, y lo pusiesen á ma-

nera de trampa en que tropezasen, despues de habar rompido la dificultad de los árboles, que, como arriba dije, hacian la entrada muy dificultosa á los gigantes; y los demas tomámos unos palos muy secos, cada uno dos, que eran unos de moral y otros de yedra y de cañaaja, ó como más á mano se hallaban, y fregando el uno con el otro fuertemente, á poco espacio vinieron á humear, sacando lumbré, y nosotros á encender las cuerdas y aprovecharnos de los arcabuces, y tuvimos demasiado tiempo para todo; porque su intento no fué venir sobre nosotros, que ya nos tenian por más que muertos, sino á ver el estrago que su ídolo habia hecho; que los que habian escapado dél habian ido á dar cuenta á su gobernador, que llaman todos Hazmur, y trayéndolo con mucha majestad sobre cuatro muy grandes vigas en una silla hecha de mimbres á manera de cesto, le mostraron hecho pedazos aquel en quien adoraban, y los que él con su caída habia despedazado y destripado; y no supiera que estábamos allí si el mismo gigante derrengado que nos mostró la cueva no se lo dijera, lo cual sabido, arremetieron á la boca de la cueva, tirando peñascos, desgajando y arrancando de los árboles que les estorbaban á la entrada, aunque el que llegaba primero, ó tropezaba y caía en las trampas, ó lo derribábamos con las balas; porque aunque hubo opiniones que les तरीseamos al ojo que tenian solo, porque sin él no podian atinar á la boca de la cueva, la mía fué que, cebando los arcabuces con dos balas, se les tirase á las piernas, porque el tiro del ojo no era tan cierto como estotro; y todos caian, sirviéndonos de saetera y trinchera así los maderos que habíamos puesto, como los árboles espesos que estaban á la entrada; y aunque las muchas piedras ó peñas que arrojaban pudieran hacer gran daño en nosotros, como perdían la fuerza en los árboles, cuando llegaban á las trampas hacian muy poco ó ninguno: fuéles tan mal, que, admirado su gobernador de tan grande novedad, mandó que se retirasen del mal que hacian y que recibian de la cueva, pareciéndole que, pues el ídolo habia caído con tan grande espanto, y los que tenian por muertos herian á los vivos, debía de haber alguna fuerza superior que causaba tan grande daño en ellos. Al punto obedecieron y se sosegaron, con caída de algunos dellos y ningun daño nuestro; y haciendo demostraciones de paz y de amistad, el Gobernador, mirando al cielo y alzando hacia él la mano, nos dió seguro que podíamos manifestarnos libremente y estar sin recelo, hablándole y dando razon de quién éramos y de nuestra venida allí; y fué el mejor tiempo del mundo, porque si más tardaran se nos acabara la municion; y con grande ánimo salimos muy en órden hechas tres hileras, y las cajas sonando en sus puestos con gentil correspondencia y aire. Fué tanto el gusto de aquella sencilla gente, á lo ménos de los que no estaban heridos, que en oyendo el són y órden de las cajas, se les cayeron las duras armas de las manos, mirando con admiracion grande y alegría á su señor, que siempre se habia estado en la silla en hombros de los que le habian traído á cuevas, y él quedó como suspenso y admirado de ver en tan pequeña gente dos brazos y dos piernas, y las demas partes del cuerpo dobladas, y mucho más del ánimo y traza con que procedíamos; y haciendo alto en la boca de la cueva, nos

parámos á ver aquella espantosa gente, llena de pieles de animales y de plumas de muchos colores, y la gravedad de su gobernador, respetado, temido y obedecido en sus mandamientos. Habiendo considerado el modo con que podíamos hablar en nuestra defensa, con las señas más naturales y semejantes á la verdad que pudimos declarar lo que sentíamos, dejadas prolijidades y señas, y las demas dificultades que por entónces se allanaron, el Gobernador nos preguntó tres cosas: si éramos hijos de la mar; y si lo éramos, cómo éramos tan pequeños; y siendo tan pequeños, cómo habíamos osado entrar entre gente tan grande como lo suya. A lo primero respondimos que no éramos hijos de la mar, sino del Dios verdadero, superior al suyo, y como tal los habia castigado, porque, viniendo maltratados del mar á pedirle hospedaje, nos habian querido matar. A lo demas respondimos que la grandeza no consiste en la altura del cuerpo, sino en la virtud y valor del ánimo, y con él osámos entrar en su tierra y pasar todas las aguas del furioso mar; y que los hijos del Dios fabricante del cielo y de la tierra no temian los peligros que les podian suceder de las manos de los hombres, especialmente si no adoraban aquel que era Señor universal sobre todas las dignidades del cielo y de la tierra, y criador del mismo sol á quien ellos adoraban. Aquí mudó la conversacion, como oyó decir que el sol tenia superior, y preguntó á qué fin habia sido nuestra venida. Respondimos la verdad, refiriendo alguno de nuestros trabajos, y acordándole la obligacion que tenian unas criaturas á otras, en razon de ser hijos de Dios, á socorrerse y ampararse en las necesidades y desventuras, y que esto le pediamos como á hombre que tenia lugar supremo y le habia puesto Dios para juzgar las causas de premio y de castigo. Dió muestras de admirarse de nuestra respuesta, y la suya fué que le habia parecido muy bien lo que habiamos dicho; pero que él no podia sin avisar al rey de la isla de tan grande novedad, recibirnos y ampararnos, porque tenia pena de la vida si lo contrario hiciese; y suplicándole nos concediese licencia para enviar al navio cuatro compañeros, que para todos ni la quiso dar, ni nosotros desamparar la puerta de la cueva, diciendo que iba por mantenimiento de los de nuestra tierra, y con la mayor diligencia que pudieron entraron en el barco, haciendo señas al navio que tirase de los cabos. Entre tanto el Gobernador despachó un correo al rey de la isla á darle noticia de lo que pasaba. El correo era un perro de que usaban para las diligencias importantes, que, metiéndole en la boca un cañuto atravesado, y dentro unas hojas de árbol muy anchas con las cifras de lo que avisaban, bien arrolladas las hojas, las ponian en el cañuto, y al perro le ponian un barboquejo bien apretado para que no se le cayese el cañuto ni se parase á comer ni beber: de suerte que solo le quedaba la boca libre para carlear ó resollar, y no para otra cosa, y en teniéndolo bien puesto, le despachaban con cuatro palos, con que lo hacian llegar más presto á su querencia, que debian ser cuatro leguas; y en viéndolo venir le salian á recibir al camino, y regalándolo con comida y bebida, hacian con otro perro lo mismo: de manera, que la estafeta podia caminar cien leguas cada dia; pero tenia pena de sacrificarle al ídolo el que le estorbase el viaje al perro, ó le estorbase que no llegase á su manida ó mansion ó des-

cansadero, donde habia siempre perros de las ventas más veces vecinas, á quien trataban mal, porque pudiesen con más amor acudir á sus querencias. Mientras mis compañeros fuéron al navio, el Gobernador mandó que no los dejasen entrar en la cueva sin ver lo que llevaban, ni á nosotros salir della, con pena que si alguno saliese le matasen, y estaba nuestro remedio en la venida de los compañeros, porque habian ido por pólvora y balas, que nos habia quedado muy poco de ambas cosas, lo cual aseguraron con mandar el Gobernador que no se quitasen seis guardas de junto á la boca de la cueva de noche, porque de dia todos lo podian ver. Fué nos forzoso, cuando los compañeros venian, decirles que se tornasen al barco, hasta que diésemos traza para que pudiesen entrar, y pensando cómo quitaríamos las guardas de noche, díjeles que en oyendo algun movimiento ó ruido entrasen con toda la priesa que pudiesen; y para esto de dia, cuando las guardas se quitaron de su puesto, estando la gente descuidada, derramé por el suelo, donde se sentaban, pólvora revuelta con algunas chinias menudas, y hice desde allí hasta nuestro puesto una reguerita de la misma pólvora. En llegando la noche, se pusieron las seis guardas en su lugar, y estando los unos sentados y los otros tendidos sin calzones, porque no los usaban, dimos fuego á la reguerita y llegando en un instante á la pólvora que tenian debajo, les abrasó aquella parte de manera, que con las chinias y la pólvora muchos dias no se podian sentar. Ellos y los demas, con su sencillez, entendieron que el fuego habia salido de la tierra, y fuéron todos temerosos y admirados á contarle á su gobernador, y entónces los compañeros, con otros dos que habian quedado en el navio, entraron con mucha priesa, trayendo seis costalillos de pólvora y balas, conque nos animámos y pusimos en defensa para lo que nos pudiera suceder. Pasámos la noche con cuidado, haciendo centinelas y atrincherándonos de nuevo con los maderos; pero, como ellos no entendieron que el daño era de la parte de dentro, no hicieron diligencia con nosotros. A la mañana al tiempo que el sol salia se pusieron todos mirándolo, y con una música de aullidos y cañas le hicieron la salva con muy pocas palabras y muchas veces repetidas.

DESCANSO VEINTE Y TRES.

Volvió el perro ó correo con su cañuto en la boca, en que venia escrito con sus señas que no nos dejasen en la isla, porque gente que tenia los miembros doblados tambien tendria la intencion doblada; y para la conservacion de la paz que siempre habian profesado, no podian sustentarla si forasteros se apoderaban de su tierra; que si en su república habia alguna alteracion, teniendo quien les acudiese seria el daño mayor; que en tanto se conserva la paz, en cuanto los inquietos no tienen quien los favorezca, y que no habiendo obediencia de los inferiores á los superiores no puede haber paz; que si les alborotadores della no tuviesen quien se les allegase, vivirian en quietud y sosiego; que los animales de una misma especie tienen paz unos con otros; pero si son de diferente especie nunca tienen paz; y así haríamos nosotros con ellos; que lo que habian siempre guardado para sí sin comunicacion ajena, no era bien que forasteros entrasen

á gozarlo; que no podía haber buena amistad con gente de diversas costumbres, para vivir en paz, y que habiéndose de administrar justicia con igualdad, habíamos de ser tan favorecidos como los naturales, y luego entrarían las enemistades á inquietar la paz; y así, mandaba que no nos admitiesen en la isla, pero que nos dejasen ir con seguridad. Con esta respuesta nos la dieron para la salida, pero con tanta prisa, que no nos consintieron estar medio día en la isla. Salimos con más prisa de la que nos dieron, adivinando lo que había de suceder; porque apenas estuvimos en el barco, cuando entraron en su cueva, y como la hallaron sin mantenimientos, acudieron á la orilla del mar arrojando piedras y peñascos sobre nosotros, tan espesos, que si el barco no fuera tirado y ayudado del navío, nos hundieran mil veces. Llegamos y hallé á mi esposa y á las demás mujeres del navío tan descosas de vernos como si hubiera muchos años que estábamos ausentes; y sosegados en nuestro navío, como los marineros se habían refrescado y no habían estado ociosos, hallámos les las velas remendadas, jarcias y obras muertas reducidas á mejor estado, y todo cuanto era necesario reparado; y con el viento que á los marineros les pareció salimos de aquella isla inaccesible, y con el mantenimiento que bastó para dar una vuelta al mundo; que para no ser prolijo, al cabo de un año con hartos trabajos nos vinimos á hallar cerca del estrecho de Gibraltar, donde fué mi mayor desdicha y desventura; porque como nuestro navío venía maltratado de tan continuos movimientos y trabajos como había sufrido, llegó un navío de infieles, y á vista de Gibraltar nos cañonearon á su salvo, de suerte que nos hubimos de rendir; y matando algunos de los compañeros, lo primero que hicieron fué entrar dentro y llevarse á mi esposa y un pajeillo que nos servía, con otras mujeres de los compañeros; y como fué á vista de Gibraltar y la gente tiene valor y piedad, acudieron con toda la presteza posible á nuestro socorro en diez ó doce barcos, llevando por cabeza á don Juan Serrano y don Francisco, su hermano, que dió una cuchillada á un valeroso caudillo, como la de don Félix Arias, que le cortó el casco de hierro y le abrió la cabeza, de que cayó muerto en el agua, que nos importó la vida, pero á mi esposa la muerte, porque los enemigos se retiraron del daño que nos iban haciendo, recogiendo á su navío con las mujeres. El que había robado á doña Mergelina, enamorado de su hermosura, quiso forzarla, y huyendo dél, delante de mis ojos asíóse con las jarcias y cayó en la mar sin ser socorrida de los herejes. Llegó la noche, y la gente de Gibraltar, llenos de piedad y misericordia, nos echaron en tierra y nos albergaron con regalados alojamientos en casa de don Francisco Alameda y Mendoza, y estos tornaron á ver si podían destruir aquellos enemigos de la fe y de la corona de España. Partíme ayer de Gibraltar, deseando más la muerte que la vida, aunque no tan despacio como va esta.

Arabó su relacion el doctor Sagredo, y haciendo las obsequias de su mujer con lágrimas, los dos que estaban con nosotros quisieron consolalle, ayudándole á llevar su pena muy pesadamente, porque querian por fuerza que se alegrase: ignorancia de gente que sabe poco; que mucho más se consuela un desconsol-

lado en decirle que tiene razon de estarlo, que no con querer que con la reciente pasion muestre contento; que quieren forzar al paciente á que dance y baile el cuerpo, teniéndolo casi sin alma, con razones bárbaras y consuelos tan pesados como ellos, que es como hacer que un río vuelva su corriente atras. Las aliecciones de los atribulados y tristes se han de aligerar con daries á entender con el semblante que les alcanza parte de su tristeza, y que les sobra la ocasion para estar tristes, que teniendo quien los ayude á sentir, ya que del todo no se consuelen, á lo ménos vase templando la pasion. A dos géneros de gente no tengo por acertado que se oponga nadie, siendo fresco el accidente: á los coléricos y á los tristes; que es venir á ser muy mayor el daño en ambas personas. A un cierto juez no muy sabio, acabando de cenar se le antojó de azotar á un hombre honrado, y habiendo mandado encender lachas para la fiesta, como la ciudad se alentase y diesen voces sobre el caso, él se encendia más: de modo que llamó al verdugo con gran determinacion de hacerlo por la contradiccion que le hacian. Estando ya del todo perdido, llegó un hombre de buen discurso, y dijo: Bueno es que teniendo tanta razon el señor corregidor le vayan á la mano. Castíguelo vuesamerced, que todos se holgarán dello; pero porque estos no le pongan en la residencia esta determinacion, llame vuesamerced un escribano y haga un poco de informacion. Satisfízole al juez esto, y al segundo testigo que tomó se le fué la pasion y alteracion del cerebro; que estas dos pasiones no admiten contradiccion, sino templanza.

BESCANSO VEINTE Y CUATRO.

Como los vaqueros ó bandoleros andaban con la sospecha dicha, ni querian soltar á los que tenian en cuevas, ni dejar pasar á los que iban siguiendo su viaje, porque no hallasen testigos tan cercanos, pareciéndoles que no tenian bien averiguados su delitos. Hallaron un pajeico muy hermoso que venia solo, y habiéndolo asido cerca de nuestra cueva, le quisieron atormentar porque dijese con quién venia y por qué se había adelantado de la compañía, creyendo que lo habian echado para descubrir tierra, y que los amos serian ó gente rica ó que viniesen á hacerles daño, que después no pudieron excusar. Negando el paje lo que le pedian, le mandaron que se desnudase para forzarle á confesar la verdad. El con mucha desenvoltura y gracia les preguntó quién era el caudillo ó cabeza de aquella compañía. Dijole Roque Amador, que así se llamaba: Yo soy; ¿por qué lo preguntais? Preguntolo, dijo el paje, porque tengo tan grandes informaciones de vuestra justicia y gobierno, que no habeis jamas hecho injuria á quien os trata verdad, y con esta confianza os diré quien soy. Como aquellos bandoleros ó vaqueros tenían aquella Saucedá por defensa y sagrado, vivian como gente que no habian de morir, sujetos á todos los vicios del mundo, rapiñas, homicidios, hurtos, injurias, juegos, insultos gravísimos; y como por ser grande, que tiene aquella dehesa diez y seis leguas de travesía, y por algunas partes tan espesa de árboles y matas, que se pierden los animales por no acertar á sus habitaciones, no tenian temor de Dios ni de la justicia; andaban sin órden ni razon cada uno siguiendo su antojo, sino era cuando se juntaban á repartir los despo-

jos de los pobres caminantes; que entónces habia mucha cuenta y razon. Llegó un bellaconazo en camisa y zara güelles despues que habia jugado lo demas, y renegando de su suerte, con mucha furia hizo suspender el tormento del paje, diciendo: Maldiga Dios á quien inventó el juego y á quien me enseñó á jugar: ¡que unas manos que saben derribar un toro no sepan hacer una suerte! Mas deben estar descomulgadas, pues echan contra mí treinta pintas en favor de un medio gallina ó medio liebre. ¿Hay alguien que se quiera matar conmigo? Hay algun diablo con sus piés de águila que se me ponga delante para que, ya que no me ayude á jugar, me ayude á matar? ¿Que no llegue blanca á mis garras que no me la agarren luego! Ni me basta usar de trampas ni aprovecharme de fullerias para que no vaya todo con el diablo. Voto á tal, que tengo de ir á jugarme á las galeras: quizá por aquí ó me llevará el diablo, ó tendré más ventura. Mas alzábame con la zurda siempre que yo tomaba el naípe; que tengo hechos mil juramentos de nunca parar á momo, y me los pone siempre el diablo delante; y con el barato que yo le dí ha entrado en vuelta para desollarme cerrado; mas púsose al lado otro tan grande gallina como él, que desea siempre que yo pierda. ¿De qué se rien? ¿Soy yo algun cornudo? Mienten cuantos se rien. Ríense, dijo el caudillo, de los disparates que decís. Callad, y pues sabéis que sois desgraciado, no jueguéis ni digáis blasfemias; que os haré dar tres tratos de cuerda. Harto mejor será, dijo él, darne tres escudos para probar la mano y dar de comer á mi moza, que le he jugado cuanto trujo á mi poder. Vicio endemoniado más que todos los que ejercitan los hombres; que el jugador nunca está quieto; si pierde, por desquitarse; si gana, por ganar más. Este acarrea la infamia, la poca estimacion de la buena reputacion, la miseria que padecen mujer y hijos, ser miserable en lo necesario por guardar el dinero para el juego, y envejecerse en él más presto de lo que habia de ser; y cuando mucho granjea es alcanzar que los tahures conocidos vayan á jugar á su casa, donde, si los puede acarrear, sufre desvergüenzas de todos, que le abrasan el alma; que como la mayor parte dellos son hombres sin obligaciones, se arrojan á decir cualquiera libertad, y en no sufriendoles con callar, no vuelven á darle el provecho; pero son tan grandes poltrones los que dan en esto, trato de la gente ordinaria, que por comer y beber viciosamente echan la honra á las espaldas. Que los caballeros y los que tienen renta y hacienda segura, el tiempo que han de estar ociosos despues de haber cumplido con sus obligaciones jueguen, no es culpable, porque evitan otras cosas de más daño y escándalo; pero el que tiene cuatro reales para mantener su casa juegue ciento, ¿cómo se puede llevar sin que lo paguen las joyas y vestidos de la pobre mujer y la desnudez y hambre de sus hijos, y dar en otras cosas peores? Como este desventurado, aborrecido aun de aquellos que le acompañaban en sus delitos, robos, homicidios y fuerzas. Acabó este sus quejas; y llegándose la noche, con que se dejó por entónces la averiguacion del paje, le pusieron en un apartamiento dentro de nuestra cueva, porque no fuese á dar soplo á los que pensaban venir con él, mandándonos que no hablásemos con él palabra ni le aconsejásemos cosa, so pena que nos matarían. El paje estuvo toda la noche suspirando, y si al-

guna vez se dormía, recordaba con grandísimas ansias, y nosotros no teníamos osadía para preguntarle de qué se quejaba ó qué tenía. Como ellos andaban de paso sobre la sospecha, que no les importaba ménos que la vida, recogíanse de noche adonde no los pudiesen hallar, que habia bien donde hacerlo, y de cualquiera ruido de personas ó animales se recelaban y recataban. En amaneciendo fuéron á visitar las cuevas donde tenian presos ó recogidos á los pasajeros, y viniendo á la nuestra, nos hallaron como nos habian dejado, sin haber hablado palabra con el paje, á quien llamaron primero que á nadie, queriéndole apretar á que dijese lo que le habian preguntado. El paje con mucha cortesía y donaire dijo: Señor Roque Amador, ayer pregunté cuál era la cabeza y caudillo desta compañía, porque siéndolo vos, tendría mi partido seguro, por el buen nombre que teneis; que no es hazaña para vos atormentar una sabandija tan sola y miserable como yo, ni manchar vuestra opinion empleando vuestro valor en lo que más os puede desdorar que aumentar vuestro nombre. Si rigiendo y gobernando gente tan desgobernada cobrasteis la fama que teneis en toda la Andalucía, ¿qué pareceria ahora si aniquiláseis este crédito con alatros á una presa tan humilde un águila tan valerosa? Más gloria es conservar la ya adquirida y granjeada con valor propio, que no ponerse en duda y aventurar lo que ya es vuestro. Vos os habeis preciado siempre de justicia y verdad con misericordia, no será justo ahora que conmigo solo os falte. Estábamos en la cueva muy atentos oyendo la retórica con que el paje hablaba, y el Roque Amador, movido de las buenas palabras del paje, aseguróle que no recibiria daño ninguno diciendo la verdad. Yo estaba confuso, porque me parecia conocer la voz, y habla del paje; pero no dí en quién pudiese ser. Habiendo hablado con aquella blandura Roque, dijo el paje: Pues si alguna compasion ha llegado á vuestro piadoso pecho de mi tristeza y soledad, dadme palabra por vos y por vuestros compañeros de guardar, como naturalmente debeis, mi persona sin agravio, ni en secreto ni en público. A esto dijo aquel picaronazo: Ea, sor paje, desnúdense; que aquí no entendemos de retróncas ni ataugias, sino de meter un poco de plomo en el cuerpo de quien no trae dineros. Dijo el paje con donaire: Si es tan pesado como vos, el diablo podrá digerillo; que ya yo me acuerdo haberos visto á vos ó á otro que se os parecia asaeteado en Sierra Morena. Rióse Roque, y le dijo: Oyete, bestia, que el paje habla muy bien; y á vos os digo, gentil hombre, que os doy palabra por mí y por mis compañeros, no solamente de no agraviaros, mas de favoreceros y ayudaros en todo lo posible. Pues con esa confianza, respondió el paje, hablaré como con un pecho lleno de valor, misericordia y verdad. Y estando nosotros muy atentos á lo que pasaba, habló el paje desta manera: Si yo no me consolara con saber que no soy la primera persona que ha padecido desventuras y trabajos y desgracias sin gracia, con la que resplandece en vos me animara en contar mis desdichas; pero como la fortuna tiene siempre cuidado de señalar caidos y derribar levantados, no siendo yo la primera que ha sufrido sus encuentros y mudanzas, me animo á hablar con libertad. Sabed que yo no soy hombre, sino mujer desventurada, que despues de haber seguido á mi marido por tierra y mar

con increíbles daños de hacienda y persona, y habiendo navegado hasta todo lo descubierto y mucho más, padeciendo grandes naufragios por regiones no conocidas, por misericordias que Dios usó con nosotros nos venimos á hallar en el estrecho de Gibraltar, donde viendo nuestra salvación cierta á vista de tierra bien deseada, nos acometió un navío de infieles, viniendo el nuestro desmantelado y casi sin gente, y los mantenimientos tan gastados, que á su salvo cogieron las mujeres, asiéndome á mí primero y á un pajecillo que me servía, matando á todos los que se defendieron y á mi marido con ellos. El capitán del navío, enamorado de mí, quiso por buenas palabras inclinarme á su gusto y á que ofendiese la pureza y castidad que debía á mi muerto esposo : no le respondí mal, porque no quisiese usar de la fuerza que sin defensa podía. Yo, llamando al paje debajo de cubierta, le puse mis vestidos, y vestíme los suyos, que son los que traigo puestos. Tenía el muchacho muy buen rostro, y en saliendo fuera, quiso el capitán acometerle pensando que fuese yo; pero dando á huir el paje, con los vestidos y las jarcias del navío enfrascándose cayó en la mar, y hundiéndose luego, no pareció más. Sobre la desdicha de la pérdida de mi marido y la pérdida del paje, yo me había tiznado el rostro porque se quedase con la fe de lo que había visto y no me conociese. La piadosa gente de Gibraltar con el valor que siempre ha profesado acudieron á nuestra defensa, y habiendo estado en ella dos días con sus noches, no se apartaron hasta rendillos y dar libertad á los que habían prendido; y queriendo hacer lo mismo dellos, después de tenernos en los barcos, diciéndoles que se diesen á prision para traerlos á la ciudad, dieron fuego al navío, y desde allí abrasados bajaron derechos al infierno. En Gibraltar, informándome del camino que había de llevar para Madrid, me dijeron que había de pasar por la Saucedá, y llegando á Ronda me encaminarian en él. Estábamos los cuatro, y particularmente el doctor Sagredo y yo, como atónitos, y sospechando que fuese sueño ó ilusión de algun encantamiento, ni determinados de creerlo ni resueltos de desconfiar en la verdad. El Roque Amador, con gran piedad de las lágrimas que al fin de su cuento derramó la bella mujer, la consoló y ofreció encaminarla con mucha seguridad y darle dinero para su viaje, preguntándole cómo se llamaba, porque historia tan extraña no se quedase sin memoria : ella respondió, diciéndole la verdad, como en todo : Llámome doña Mergelina de Aybar, y el malogrado de mi marido, que no era soldado, sino maestro, se llamaba el doctor Sagredo. El doctor Sagredo que se oyó nombrar de su mujer, medio ahogándose con la súbita alteración y gusto, dijo : Vivo es y en su compañía dormisteis esta noche. Roque Amador, espantado del caso, mandó sacar los que estábamos en la cueva, y preguntándole cuál era de aquellos el que había hablado, ella, retirándose atrás como espantada, respondió : Si no es alguna sombra fantástica de causas superiores, este es mi marido, y este es Marcos de Obregon, á quien tuve por mi padre y consejero en Madrid. Pues todos tres os podeis ir en buen hora, y aunque no sea dinero ganado en buena guerra, veis aquí parto con los tres algo de lo que á otros se les ha cogido; que el haber detenido á todos estos presos no ha sido por hacerlos mal,

sino porque nuestros contrarios no se encontrasen con ellos; y aviándonos á todos los demas, y rogándonos que no dijese de haberlos encontrado, doña Mergelina, con muestras de grande agradecimiento, dijo al caudillo : No tengo con qué servirlos el bien que de vuestras manos me ha venido, sino con deciros lo que oí en Gibraltar á quien no os quiere mal, que el licenciado Valladares trae orden de dar gran premio y perdonar cualesquiera delitos á quien os entregare en sus manos; y junto con esto vinieron á ella los pregones y bandos que mandó echar aquel gran juez; con que juntando á cabildo á sus compañeros, los hizo una grande oración, que tenía entendimiento para ello, y la conclusion fué que todos pensasen aquella noche lo que podían hacer para su defensa, tomando el consejo que mejor pareciese. Fuéron á sus alojamientos, y mientras ellos pensaban aquella noche lo que les había encargado, el Roque Amador, como astuto, se acogió á Gibraltar, y en el barco de la vez se pasó en Africa, dejándolos á todos suspensos y engañados.

DESCANSO VEINTE Y CINCO.

Como quedaron sin cabeza y sin gobierno, dispararon huyendo por diversas partes, cesando los insultos que ántes hacían, aunque prendió con grandes astucias el juez á docientos dellos, de que hizo ejemplar justicia : nosotros venimos seguros á Madrid sin tropezar ninguno, pareciéndome, como es verdad, que en ella hay gente que profesa tanta virtud, que quien la imitare hará mucho.

Acabada mi última relacion, el ermitaño, dando grandes muestras de admirarse de lo que había oído, dijo que ya se podía pasar por la puente, quizá cansado de haber escuchado tanto tiempo : despedíme dél, y pasando la puente, vi tantos árboles arraucados de raíz como había traído Manzanares, y algunas ballenas destripadas de las que solían alancear; muchos animales ahogados, otros muchos mirando aquellos y admirándose del diluvio y tempestad tan arrebatada y repentina; todas las huertas anegadas, las isletas cubiertas de arbolillos, que casi había llegado hasta la ermita de San Isidro Labrador; y con la arena y árboles hechas algunas represas, que hasta ahora dejaron el rio dividido por muchas partes.

DESCANSO ULTIMO Y EPILOGO.

Ya cansado de tantos golpes de fortuna por mar y por tierra, y viendo lo poco que me había durado la mocedad, determiné de asegurar la vida y prevenir la muerte, que es el paradero de todas las cosas; que si este es buena, corrige y suelda todos los descuidos cometidos en la juventud. Escribirla en lenguaje fácil y claro, por no poner en cuidado al lector para entendedorlo. Dijo muy bien el maestro Valdivieso con la gallardía y claridad de su ingenio á un poeta que se precia de escribir muy oscuro, que si el fin de la historia y poesía es deleitar enseñando, y enseñar deleitando, ¿cómo puede enseñar y deleitar lo que no se entiende, ó á lo ménos ha de poner en mucho cuidado al lector para entendedorlo? Si se hallaren algunas inadvertencias, atribúyase á mi poca erudición, y no á mi buen deseo, que advirtiéndome dellas, con mucha humildad recibiré la corrección de cualquiera que con buena intencion me qui-

siere enmendar; que quien ha querido enseñar á tener paciencia, mal cumpliría con sus preceptos si le faltase para oír y recibir la correccion fraterna, que sin ella ni opusiera el pecho á las olas y crueldades del furioso tridente, ni ablandara la inclemencia de los salteadores, ni redujera á buen término los impíos y continuos trabajos de la esclavitud, ni atrajera á mi favor la grandeza elevada de los poderosos, ni gozara de la gran cortesía de los príncipes, ni sujetara tantos y tan inmensos torbellinos como trae consigo la fragilidad humana, sin la divina virtud de la paciencia; que cuando no haya hecho otro efeto en mí sino librarme del pernicioso vicio de la ociosidad, que tan extendida he visto por todos los estados de los hombres, me bastará para tener y haber sacado gran fruto de mis trabajos; y si la juventud advirtiese bien los hijos que va criando la ociosidad, tomando ejemplo en los daños ajenos, ni rehusarían los peligros de la soldadesca, ni vendrían á miserable servidumbre, ni se sujetarian á las necesidades que ven padecer y traer arrastrados á varones de buenos nacimientos, rendidos á mil bajezas, que pudieran remediar á su salvo con buen tiempo: de criar los hijos consintiéndolos andar ociosos, vienen los padres á ver exorbitantes delitos, que no pueden remediarse sino con mucha infamia ó con más hacienda de la que poseen. La ocupacion es la grande maestra de la paciencia, virtud en que habíamos de estar siempre pensando con grande vigilancia para resistir las tentaciones que nos atormentan dentro y fuera. Al fin con ella se alcanzan todas las cosas de que los hombres son capaces; que aunque haya calidad, bienes temporales y abundancia de humanos favores, sin esta virtud no se puede llegar al colmo de lo que se desea, y si á la paciencia se allega la perseverancia, todo lo facilita y todo lo enseña: al pobre, á que pase su vida con quietud y mejor su estado; al rico, á que conserve lo adquirido sin apetecer lo ajeno; al gran caballero, á que no se contente con la sangre que de sus pasados heredó, sino pasar adelante; al pródigo á que se ajuste con lo que tiene y puede tener; al miserable y avariento, á que entienda que no nació para sí solo; al valiente y arrojado, á que refrene los ímpetus que tanto mal acarrean; al cobarde, á que se tenga por virtud en él lo que es falta de ánimo; al que se ve en trabajo, á que los lleve con aliento y suavidad. ¿Qué no hace la virtud de la paciencia? ¿Qué furias del mundo no sujeta? ¿Qué premios no alcanza? Pero si un flemático sabe airarse y ejecutar con vehemencia los ímpetus de la cólera, ¿por qué un colérico no sabrá templarse y perseverar en los actos de paciencia? Tenemos ejemplos presentes y vi-

vos desta verdad muchos y para imitar; mas con uno solo se verá lo que puede la excelente virtud de la paciencia. ¿Quién pensara que de una tan gran cólera, con sangre, riqueza y juventud, como la que tuvo en sus primeros años el duque de Osuna don Pedro Giron, vinieran tan admirables virtudes como las que tienen espantado el mundo? ¿Que habiendo sido un furioso rayo de cólera, impacientísimo en los tiernos años de su mocedad, sujetase con grande paciencia su robusta condicion á servir en Flándes con tantas ventajas, que templase la furia de los amotinados y pusiese su valeroso pecho á recibir los mosquetazos con que querian escalar y saquear su casa? ¿Qué paciencia no tuvo con templanza y justicia gobernando á Sicilia? Y ¿qué valor sin ella bastara para la ejecucion de sus soberanos intentos, echando por mar y tierra tan poderosas armadas, que ha enfrenado la potencia de los tureos, haciendo temblar á los demas enemigos; con que ha sido amado y temido de las gentes á quien ha gobernado y gobierna? Preguntando don Francisco de Quevedo, caballero de gallardísimo entendimiento, cómo se hacia respetar con tanta mansedumbre á este gran principe, respondió que con la paciencia, que aunque en la gente humilde y ordinaria engendra algun menosprecio, en los príncipes y gobernadores engendra temor, amor y respeto; pero esto quédese para grandes historias; que no puede caber en tan pequeño discurso. Jorge de Tobar, á quien yo conocí en sus primeros años por hombre que tuvo bríos y valor para en cosas honradas perder la paciencia, con ella misma adquirió grandes virtudes morales que le pusieron en lugares dignos de tan gran sugeto como ha parecido, usando de grande verdad, valor y entereza en los actos de la justicia distributiva; pero ¿qué excelencias no se hallarán en la divina virtud de la paciencia? ¡Oh virtud venida del cielo! Dios nos la dé por su misericordia, y á mí para que, imitando la virtud de mis compañeros en este recogimiento, sepa asegurar la vida y prevenir la muerte. Y para la ejecucion del buen intento, si yo supiera aprovecharme dél, me puso Dios por vecina á una tan grande señora como doña Juana de Córdoba, Aragon y Cardona, duquesa de Sesa, cuya virtud cristiana, valor propio y heredado y cortesía general puede servir de norma y dechado á cualquiera que descare perfeccion cristiana; en cuya disciplina se criaron tales hijos como don Luis Fernandez de Córdoba, duque de Sesa, caballero adornado de muy superiores partes, muy dado á la leccion de las buenas letras, gran favorecedor dellas y de los que las profesan.

LOS TRES MARIDOS BURLADOS,

POR

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

En Madrid vivían pocos tiempos há tres mujeres hermosas, discretas y casadas : la primera con el cajero de un caudaloso ginoves, en cuyo servicio ocupado siempre, tenía lugar de asistir en su casa solamente los mediodías á comer y las noches á dormir ; la segunda tenía por marido á un pintor de nombre, que en fe del crédito de sus pinceles, trabajaba más había de un mes en el retablo de un monasterio de los más insignes de aquella corte, sin permitirle sus tareas más tiempo que al primero, pues las fiestas que daban treguas á sus estudios eran necesarias para divertir melancolías que la asistencia contemplativa deste ejercicio comunicaba á sus profesores ; y la tercera padecía los celos y años de un marido que pasaba de los cincuenta, sin otra ocupacion que la de martirizar á la pobre inocente, sustentándose los dos de los alquileres de dos casas razonables, que por ocupar buenos sitios les rentaban lo suficiente para pasar, y con la labor de la alligida mujer, con mediana comodidad la vida.

Eran todas tres muy amigas, por haber ántes vivido en una misma casa, aunque ahora habitaban barrios no poco distantes ; y por el consiguiente, los maridos profesaban la amistad, comunicándose ellas algunas veces que iban á visitar á la mujer del celoso ; porque á la pobre, si su marido no la llevaba consigo, era imposible poderles pagar las visitas ; y ellos los dias de fiesta, ó en la comedia, ó en la esgrima, ó en el juego de argolla, andaban de ordinario juntos.

Un dia pues que estaban las tres amigas en casa del celoso, contándoles ella sus trabajos, la vigilancia impertinente de su marido, las pendencias que le costaba el dia que salía á misa, que con ser al amanecer y en su compañía, aun de las puntas del manto, porque la llegaba á la cara, tenía celos ; y ellas, compadeciéndose de sus persecuciones, la consolaban ; habiendo venido los suyos, y estando merendando todos seis, concertaron para el dia de San Blas, que se acercaba, salir al sol y á ver al Rey, que se decía iba á Nuestra Señora de Atocha aquella tarde ; y por ser en dia de juéves de compadres, llevar con qué celebrar en una huerta allí cercana la solemnidad de la fiesta ; que, aunque no está en el Calendario, se solemniza mejor que las de Pascua : habiendo hecho no poco en alcanzar licencia para que la del celoso necio se hallase en ella.

Cumplióse el plazo y la merienda ; despues de la cual, asentadas ellas al sol, que le hacia apacible, oyendo muchas quejas de la mal maritada, y ellos jugando á los bolos en otra parte de la misma huerta, sucedió que, reparando en una cosa que relucía en un

montoncillo de basura á un rincon della, dijese la mujer del celoso : ¡ Válgame Dios ! ¿ Qué será aquello que brilla tanto ? Miráronlo las dos, y dijo la del cajero : Ya podria ser joya que se le hubiese perdido aquí á alguna de las muchas damas que se entretienen en aquesta huerta semejantes dias. Acudió solícita á examinar lo que era la pintora, y sacó en la mano una sortija de un diamante hermoso, y tan fino, que á los reflejos del sol parece que se transformaba en él.

Acodiciáronse las tres amigas al interés que prometia tan rico hallazgo, y alegando cada cual en su derecho, afirmaban que le pertenecía de justicia el anillo. La primera decia que, habiéndolo sido en verle, tenía más accion que las demas á poseerle ; la segunda afirmaba que, adivinando ella lo que fué, no había razon de usurpársele ; y la tercera replicaba á todas que, siendo ella quien le sacó de tan indecente lugar, hallando por experiencia lo que ellas se sospecharon en duda, merecía ser solamente señora de lo que le costó más trabajo que á las demas.

Pasara tan adelante esta porfía, que viniendo á noticia de sus maridos, pudiera ser ocasionara en ellos alguna pendencia sobre la accion que pretendia cada una dellas, si la del pintor, que era más cuerda, no las dijera : Señoras, la piedra, por ser tan pequeña y consistir su valor en conservarse entera, no consentirá partirse : el venderla es lo más seguro, y dividir el precio entre todas ántes que venga á noticia de nuestros dueños y nos priven de su interes, ó sobre su posesion riñan, y sea esta sortija la manzana de la discordia. Pero ¿ quién de nosotras será su fiel depositaria, sin que las demas se agravien, ó haya segura confianza de quien se tiene por legitima poseedora desta pieza ? Allí está paseándose con otros caballeros el Conde mi vecino ; comprometamos en él, llamándole aparte, nuestras diferencias, y pasemos todas por lo que sentenciare. Soy contenta, dijo la cajera ; que ya le conozco, y fio de su buen juicio y mi derecho que saldré con el pleito. Y yo y todo, respondió la mal casada ; pero ¿ cómo me atreveré á informarle de mi justicia, estando á vista de mi escrupuloso viejo, siendo el Conde mozo, y ciertos los celos, con el juego de manos tras ellos ?

En esta confusa competencia estaban las tres amigas, cuando, diciendo que pasaba el Rey por la puerta, salieron corriendo los maridos entre la demas gente á verle ; y aprovechándose ellas de la ocasion, llamaron al Conde y le propusieron el caso, pidiéndole la resolucion dél ántes que sus maridos volbiesen, y el más celoso llevase qué reñir á casa ; y pusieronle la sortija en la mano, para que él la diese á quien juzgase merecerla.

Era el Conde de sutil entendimiento, y con la cordedad del término que le daban, respondió: Yo, señoras, no hallo tan declarada la justicia por ninguna de las litigantes, que me atreva á quitársela á las demás; pero pues habeis comprometido en mí, digo que sentencio y fallo que cada cual de vosotras dentro del término de mes y medio haga una burla á su marido (como no toque en su honra); y á la que en ella se mostrare más ingeniosa se le entregará el diamante, y más cincuenta escudos que ofrezco de mi parte, haciéndome entre tanto depositario dél. Y porque vuelven vuestros dueños, manos á la labor, y adios.

Fuése el Conde, cuya satisfacion abonó la seguridad de la joya, y su codicia les persuadió á cumplir lo sentenciado. Vinieron sus maridos; y porque ya la cordedad del día daba muestras de recogerse, lo hicieron todos á sus casas, revolviendo cada cual de las competidoras las librerías de sus embelecocos para estudiar por ellos uno que la sacase victoriosa en la agudeza y posesion del ocasionador diamante.

El deseo del interes, tan poderoso en las mujeres, que la primera por el de una manzana dió en tierra con lo más precioso de nuestra naturaleza, pudo tanto en la del codicioso cajero, que habiendo sacado por el alquitara de su ingenio la quinta esencia de las burlas, hizo á su marido la que sigue:

Vivia en su vecindad un astrólogo, grande hombre de sacar por figura los sucesos de las casas ajenas, cuando quizá en la propia mientras él consultaba efemérides, su mujer formaba otras, que, criándose á su costa, le llamaban padre. Este pues tenia conocimiento en la de un vecino contador, y deseos no tan lícitos cuanto disimulados de ser su ayudante en la fábrica del matrimonio. Había la astuta cajera calándole los pensamientos; y aunque, por ser ella tan estimadora de su honra cuanto el amante entrado en días, se lo rechazaba, quiso en la necesidad presente valerse de la ocasion y aprovecharse de sus estudios; para lo cual, mostrándosele ménos intratable que otras veces, le dijo que para cierto fin ridiculo con que quería regocijar aquellas Carnestolendas, le importaba hiciese creer á su marido que dentro de veinte y cuatro horas pasaria desta vida á dar cuenta á Dios de la que hasta entónces había él tan mal empleado.

Prometióselo, contento de tenerla gustosa, sin inquirir su pretension; y mientras ella, llamando al pintor amigo, y celoso necio, concertó con ellos lo que habian de hacer para colorear este disparate, persuadiéndolos que era para regocijarse con semejante burla en días tan ocasionados para ellas, haciéndose el astrólogo en contradicho con el ignorante cajero, que, cansado de pagar letras, se venia á acostar, le dijo: Mal color traeis, vecino: ¿sentis alguna mala disposicion en vos? Gracias al cielo, le respondió, sino es el enfado de haber contado hoy más de seis mil reales en vellon, no me he sentido más bueno en mi vida. La color á lo ménos, replicó el astrólogo, no conforma con vuestra satisfacion: dadme acá ese pulso. Díósele turbado el ignorante cajero; y arqueando las cejas con muestras de sentimiento amigable, el cauteloso embelecador le dijo: Vecino mío, cuando yo no haya sacado otro fruto del conocimiento de los cursos celestiales sino el que se me sigue de avisaros de vuestro

peligro, doy por bien empleados mis desvelos: para estas ocasiones son los amigos; no lo fuera vuestro si no os avisara de lo que os conviene y ménos cuidado os da: disponed de vuestra hacienda y casa, ó lo que importa más, de vuestra alma; porque yo os digo por cosa infalible que mañana á estas horas habréis experimentado en la otra vida cuánto mejor os hubiera estado el haber tenido más estrechas cuentas con vuestra conciencia que con los libros de caja de vuestro dueño. Entre turbado y burlon le respondió el moscatel: Si ese juicio que haceis sale tan verdadero como el pronóstico que del año pasado hicisteis, todo al revés de como sucedieron sus temperamentos, más larga vida me prometo de lo que yo imaginaba. Ahora bien, replicó el astrólogo, yo he cumplido en esto con las leyes de cristiano y amigo: haced vos lo que mejor os estuviere; que yo sé que no llevaréis queja de mí al otro mundo de que no os lo avisé pudiendo; y dejándole con la palabra en la boca, echó á grande priesa por la calle arriba.

Turbado y confuso guió á su casa el amenazado cajero, tentándose por el camino los pulsos y más partes de donde podía temer algun asalto repentino y mortal; pero hallándolo todo en su debida disposicion, y no siendo el crédito del adivinante muy abonado, medio burlándose dél y medio temeroso, entró en su casa, y sin decir nada á su esposa, por no darla pena, pidió de cenar, que le trujo ella muy diligente, habiendo conjeturado de sus acciones que ya se habia dado principio á aquel estratagemas.

Comió poco y mal; y diciendo le hiciesen la cama, se comenzó á desnudar, suspirando de cuando en cuando. Preguntóle lo que tenia, fingiendo sentimientos amorosos, la codiciosa burladora, á que satisfizo fingiendo disgustos con el gínoves, que le habian desazonado. Consolóle ella lo mejor que supo; acostáronse, y fué aun ménos el sueño que la cena, notando ella, aunque fingia dormir, cuán buenas disposiciones se iban introduciendo para el fin de sus deseos. Madrugó más de lo ordinario, algo descolorido; y acudiendo á su ejercicio acostumbrado, fuéron de suerte las ocupaciones de aquel día, que no pudo ir á comer á su casa, dándosele en la del gínoves su amo.

Al anochecer, cuando se tornaba á su posada, estaban á la esquina de una calle por donde forzosamente habia de pasar, el teniente de su parroquia y otro clérigo, con dos ó tres hombres prevenidos por el pintor á instancia de la cajera, diciendo cuando llegaba cerca dellos, fingiendo no verle y de modo que pudiese oírlos: Lastimosa muerte por cierto ha sido la del malogrado Lúcas Moreno (que así se llamaba el escuchante). Lastimosa, respondió el otro clérigo, pues sin sacramentos ni otra prevencion cristiana le hallaron muerto en su cama esta mañana, estando su mujer, que le amaba tiernamente, de puro dolor cerca de hacerle compañía. Lo peor es, dijo otro del corrillo, que el astrólogo su vecino afirma que se lo avisó ayer, y haciendo burla de su pronóstico, sin desmarañar las trampas que los de su oficio traen entre manos, se dejó morir como una bestia. Dios tenga misericordia de su alma, replicó el cuarto, que es de quien podemos tener compasion; que la viuda con dote queda de lo que quizá él ganó mal, con que usegundar el ma-

trimonio; y vámonos á acostar, que hace mucho frío.

Iba el pobre Lúcas Moreno á satisfacerse dellos y saber si había otro de su nombre que se hubiese muerto aquel día; pero ellos, de industria, dándose las buenas noches, se fuéron todos, dejándole con la turbacion que bien claramente se puede imaginar.

Caminó confuso adelante, y en una calle ántes de la suya halló al astrólogo hablando con el pintor, que en viéndole venir dijo (como que proseguían la plática de su muerte): No quiso crearme á mí cuando ayer le dije que se había de morir dentro de veinte y cuatro horas: hacen burla los ignorantes mentecatos de la evidencia de la astrología: tómese lo que le vino; que yo sé que esta es la hora en que está bien arrepentido de no haberme dado crédito. Respondió el pintor: Era notablemente cabezudo el malogrado de Lúcas Moreno, y no poco gloton: debió de comer alguna fiambre ginovesa y daríale alguna apoplejía: Dios le tenga en su gloria y consuele á su afligida mujer; que cierto que hemos perdido un buen amigo.

No pudo sufrirlo el confuso cajero; y llegándose á ellos, les dijo: Señores, ¿qué es esto? ¿Quién me hace las honras en vida, ó tomando mi forma, se ha muerto por mí? Que yo bueno me siento, gracias á Dios. Echaron á huir entónces todos, fingiendo espantosos asombros y diciendo á voces: ¡Jesus sea conmigo! ¡Jesus mil veces! El alma de Lúcas Moreno anda en pena; alguna restitution pide que hagamos de su hacienda, por la que debe de haber mal ganado: conjúrote de parte de Dios, ánima cristiana, que no me sigas, sino que desde donde estás me digas qué quieres; dejándole con esto á pique de sacarlos verdaderos, segun el sobresalto que le causó tan apoyada mentira.

Prosiguió medio desmayado y sin pulsos hasta cerca de su casa, y junto á ella vió al amigo celoso, que fingía salir della y le estaba esperando para acabar de desatinarle. Hizosele enconradizo, y al emparejar con él, volvió dos pasos atrás, y haciéndose mil cruces, dijo: Animas benditas del purgatorio, ¿es ilusion la que veo ó es Lúcas Moreno difunto? Lúcas Moreno soy; pero no esotro, amigo Santillana, dijo el asombrado mentecato: ¿de qué os santiguais? ¿O cuándo me he muerto yo para hacer tantos aspavientos? Asíóle entónces de la capa porque no huiese; y él, dejándosela en las manos, se fué dando gritos, santiguándose y diciendo: Abrenuncio, espíritu maligno; no debo á Lúcas Moreno sino seis reales que me ganó á los bolos el otro día; pero *quod non ponitur non solvitur*: si vienen por ellos, vende esa capa; que no quiero trabacuentas con gente del otro mundo.

Fuése huyendo con esto, quedando nuestro Moreno tan pasmado, que faltó poco para no dar consigo en tierra. Alto, no hay más, yo debo de haberme muerto (decía entre sí muchas veces); Dios debe de enviarme á esta vida en espíritu para que disponga de mi hacienda y haga testamento; pero ¡válgame Dios! si me morí de repente, ¿cómo no ví á la hora postrera al demonio, ni me han llamado á juicio, ni puedo dar señal alguna del otro mundo? Y si soy alma, y el cuerpo quedó en la sepultura, ¿cómo estoy vestido, veo y toco, y uso de los sentidos corporales? ¿Si he resucitado? Pero si fuera así, ¿no hubiera visto ú oído algun ángel que de parte de Dios me lo mandara? Mas ¿qué

sé yo de lo que se usa en el otro mundo? Puede ser que me hayan otra vez revestido de mi primera carne, y no sea costumbre allá hablar con escribanos; y como mi oficio es de pluma, tendrán por caso de ménos valer tratar con gente de trabacuentas. Lo que yo veo es que todos huyen de mí y me tienen por muerto, hasta los que son mis mayores amigos, y segun esto, debe de ser verdad; pero si dicen que el más amargo trago es el de la muerte, ¿cómo no la he sentido ni me la dolido nada? Las muertes repentinas deben de entrarse sin duda por una puerta y salirse por otra, sin dar lugar al dolor para hacer su oficio; pero ¿si será por ventura alguna burla de mis amigos? Que el tiempo es acomodado para ellas, y hasta ahora ninguno de los que me encuentran por la calle hace aspavientos ni se asombra de verme, sino ellos. ¡Válgate Dios por muerte, que veniste tan á poca costa!

Haciendo estos discursos desvariados llegó á su casa, y hallándola cerrada, llamó con golpes recios: la noche entraba muy fría y oscura, y ya la cavilosa mujer estaba prevenida de lo que había de hacer y avisada de todo cuanto hasta allí había pasado. Tenía sola una criada en casa, habiendo de industria enviado dos leguas de allí con un recado fingido á dos mancebos que vivían en ella, que servían de hacerle las cobranzas de caja. La moza era tan gran bellaca como su señora; y en oyendo llamar, respondió con una muy quebrantada y lastimosa voz: ¿Quién está ahí? Abreme, Casilda (respondió el difunto vivo), ábreme, que yo soy. ¿Quién llama, replicó, á esta hora en esta triste casa, donde solo vive el sentimiento, la tristeza y la viudez? Acaba ya, necia, volvió á decir, que soy tu señor; ¿no me conoces? Abreme apriesa, que llovizna y hace más frío del que permite este lugar. ¿Mi señor? (replicó ella); ¡Pluguiera á Dios que lo fuera! Ya le pudre la tierra; ya está en parte donde, por lo que sabía de cuentas, le habrán hecho cajero mayor del infierno; que allí todas se pagan á letra vista, si Dios no ha tenido misericordia de su ánima.

No pudo entónces, impaciente, sufrir tantas verificaciones de su muerte; y así, dando un puntapié al postigo, que no estaba para aguardar otro, quebrando la aldaba, le abrió, huyendo la criada y dando las voces de los demas que por la calle había encontrado. A los gritos de la criada salió la mujer en hábito de viuda recoleta, fingiéndose alborotada, y en viéndole se cayó desmayada, diciendo: ¡Jesus, qué veo! Faltó poco para no hacer lo mismo el asombrado marido, y tuvo por infalible que estaba muerto. Con todo eso, en pago de las muestras de sentimiento que en su mujer había visto, la llevó en brazos á la cama, desnudándola y echándola en ella; que aunque lo sentía todo, se daba por medio difunta. La moza se cerró en otro aposento, disimulando la risa y vendiendo miedos que no tenía. En fin, el pobre ánima en pena, sin averiguar si comían ó no los del otro mundo, abrió un escritorio, y dió tras una gaveta de bocados de mermelada, acompañándola con bizcochos y ciruelas de Génova, que ayudó á pasar con los empellones de una bota, cuya alma le había infundido la Membrilla, pareciéndole que no era tan trabajosa la otra vida, pues hallaban tal ayuda de costa los que caminaban por ella.

Dióse tan buena maña nuestro Lúcas Moreno en for-

talear su corazón, desfallecido con el cordial remedio, que coziéndole algo flaco y desvanecido con las ilusiones burlescas, y subiéndosele el licor de Noe, si no á las barbas, á la cabeza, se halló en la gloria de Baco, desnudándose á zancadillas, y acostándose al lado de la que todavía disimulaba su desmayo y se tragaba la risa, con no poca resistencia della, que reventaba por salir. En fin, él se acostó entre desmayado y lo otro, embistiendo el sueño con aceros vinosos; que no hay tal jarabe de adormideras como el que se saca de un lagar. El durmió hasta la mañana, soñando infiernos, purgatorios y glorias, y entre tanto vinieron los burlescos amigos á informarse de la criada de lo que pasaba, y celebrando la buena eleccion que el difunto habia hecho de haberse amortajado por de dentro de piés á cabeza con las telas que teje Baco.

Amaneció, y viendo la cautelosa cajera que todavía estaba durmiendo su marido, se levantó y vistió de gala, enviando fuera de casa el monjil viudo y las hipócritas tocas: compuso la cara de fiesta, y volviendo á la cama, despertó al aparente finado, diciéndole: ¿Hasta cuándo habeis de dormir, marido mio? ¿Aun no se han digerido los humos con que anoche os acostasteis? Estremecióle los brazos, tirándole de las varices, con que dando hostezos volvió en sí; y viendo á su mujer tan compuesta, la casa de regocijo y sin los lutos y llanto de la noche pasada, admirado de nuevo, dijo: Polonia, ¿adónde estoy? ¿Haste tú tambien muerto como yo, y en fe del amor que me tenias en el siglo, y te he sacado dél, vienes á celebrar en este mundo nuevo segundas bodas? ¿De qué enfermedad ó cómo salí de la otra vida? Que vive Dios (si en esta se puede jurar), que no sé cómo me he muerto ni á qué partes me ha echado el cielo. ¿Hay camas y aposentos acá? ¿Vendese viuo y bizcochos? ¿Qué arriero me trujo á mi escritorio, que yo anoche saqué dél provision bastante á consolar la soledad que sin tí sentia por estos paises no conocidos? Buen humor, respondió la astuta ligona, crían en vos, marido mio, las Carnestolendas. ¿Qué chilindrinas son esas? Acabad, levantaos; que ha enviado á llamaros el ginoves dos veces. ¿Luego no estoy muerto ni me enterraron ayer? replicó él. En vos á lo ménos (respondió entónces ella) debió de enterrarse anoche el alma de nuestra bota, segun está de macilenta, pues decís esos disparates. Si las almas se entierran, Polonia de mi vida (volvió á decir), es verdad que anoche las hice las horas; pero yo ya lo estaba en la parroquia, lastimado el teniente, tristes nuestros amigos, llorando Casilda y enlutada vos. Acabad ahora de ensartar chanzas, replicó ella; que os llama nuestro ginoves. ¿Luego tambien los hay acá? preguntó él. No debo yo estar en carrera de salvacion, pues puedo ir donde habitan caballos y se hospedan trampistas.

Dejémonos de pullas, dijo Polonia, y levantaos de ahí; que parece que hablais de véras, y estais echando bernardinas. Mujer, por nuestro Señor, respondió Lucas Moreno, que há veinte y cuatro horas que estoy muerto y no sé cuántas enterrado: preguntádselo á Casilda, al teniente cura de nuestra parroquia, al pintor nuestro amigo, á Santillana el celoso, al astrólogo nuestro vecino, y á vos misma, viuda anoche y enlutada, y ahora, á lo que imagino, muerta como yo; que si no me acuerdo mal, anoche os llevé sin pulsos ni

aliento á la cama, y os debió de costar el espanto de verme, la vida, y sin saber cómo, de la suerte que yo, estais en esta y no lo acabais de creer. ¿Qué tropelias son estas, marido mio? dijo la fingida turbada. ¿Anoche no nos acostámos buenos y sanos? ¿Qué entierros, difuntos, ú otros mundos son estos? Casilda, llámame al astrólogo nuestro vecino, que tambien es médico, y nos dirá lo que le ha dado á mi buen Lucas Moreno; que estas mujercillas con quien trata le deben de haber trastornado el seso. No sabía qué se decir el atronado marido, ni si estaba loco, muerto ó vivo, ni la mujer podia sacarle de que era espíritu que volvía á poner orden en su hacienda.

En esto entraron los dos ayudantes de la burla, y ella refiriendo lo que pasaba, le afirmaron (no sin reirse) de que estaba no solo en este mundo, pero en Madrid y en su casa; y que si duraba todavía en su tema, pararía en la del Nuncio.

Vino luego el astrólogo, llamado de la criada, y le afirmó que el desvanecimiento de sus libros de caja y cuentas le tenian barrenado el cerebro; con lo cual él ya consolado de que vivía, y airado de que lo tuviesen por loco, les dijo: Pues si es verdad que no estoy muerto, ¿de qué sirvieron los espantos y conjuros con que ayer huisteis de mí, haciéndoos más cruces que tiene una procesion de penitentes? ¿Vos me visteis á mí? dijo el astrólogo. Sí, ayer estuve con vos, dijo Lucas. ¿Cómo puede eso ser, replicó, si estuve todo el dia metido en casa y encerrado en mi estudio, levantando figura sobre el descubrimiento de unos ladrones que han hurtado una joya de diamantes? Yo á lo ménos, dijo el pintor, no he salido del monasterio donde trabajo hasta las once de la noche. Pues yo, acudió el viejo, tampoco vi ayer la calle, porque estuve despachando un propio á la montaña, mi tierra.

Peor está que estaba (dijo el casi loco de véras): vos, señor vecino, ¿no me dijisteis ántes de ayer por la noche que, segun la mala color, los índices del pulso y pronóstico de vuestras figuras, habia de morirme dentro de veinte y cuatro horas? ¿Yo? replicó él; pues há más de cuatro dias que no nos vemos, ¿y ahora salís con eso? Volved en vos, señor Lucas Moreno; que lo debéis de haber soñado esta noche. Como ello sea sueño, y no pura verdad, replicó, yo haré la costa del mártir de Carnestolendas en albricias de la vida que no sé si tengo. Aceptamos la fiesta, respondieron todos; y para que os acabeis de desengañar, vestíos y vamos á oír misa á la parroquia; veréis lo que puede en vos la imaginacion vehementemente. Hízolo así el incrédulo finado, y le sucedió lo mismo con los clérigos que vió el dia pasado tratar de su entierro, que con los demas amigos.

Ricóronse y diéronle picones, que por no hallarse con caudal para sufrirlos, le obligaron, despues de haber cumplido con el convite, á que se ausentase de Madrid á negocios del ginoves por quince dias, dando en ellos lugar al olvido, que en la corte sepulta brevemente todos los sucesos, por peregrinos que sean, dejando concertado su mujer con todos los participantes en la burla no dijese el misterio della á su marido, sino que le persuadiesen á que fué sueño, temerosa de que no hiciesen sus espaldas la costa della.

Entre tanto que nuestro cajero experimentaba au-

sente que estaba vivo, y se moría la fama de su entierro en sueños, no se descuidó la mujer del pintor de ejecutar la burla que tenía imaginada, envidiosa de la buena salida que había tenido la de su competidora; para lo cual concertándose con un hermano suyo, amigo de entretenerse á costa ajena, le envió el juéves siguiente á la plazuela de la Cebada á que comprase una puerta de las muchas que tales días traen á vender allí, que fuese á medida de la que en su casa salía á la calle y por vieja pedía la jubilasen. Trújola con todo secreto de noche, y escondida donde el pintor no pudiese verla, avisó al burlon hermano de lo que había de hacer, y le encerró con otros dos amigos en el sótano. Vino dos horas después su marido, quedándose en el monasterio donde pintaba los aprendices que tenía, moliendo colores, porque se había de acabar el retablo para la Pascua, y era necesario darse prisa. Recibióle Mari-Perez (que así se llamaba la codiciosa pintora) con todo cariño y amor. Acostáronse temprano, porque le importaba madrugar, y durmieron hasta la media noche, digo, el descuidado marido; que ella mal pudiera dormir, preñado el entendimiento con tantas arquitecturas burlescas; y llegada aquella hora, comenzó la engañosa casada á dar grandes voces y quejarse á gritos, y revolcándose en la cama, decía: ¡Jesus, que me muero! Mi hora es llegada, marido mío: ¡ay! ¡ay! Tráiganme confesion presto, presto, que me muero; y otros extremos semejantes, que saben muy bien hacer las mujeres en anteponiéndoseles. Despertó el marido, y compasivo la preguntaba qué tenía, respondiendo: ¡Jesus! ¡Madre de Dios! ¡Ay! ¡ay! ¡Que perezco! ¡Confesion, sacramentos, que me muero, esposo mío!

Levantóse á las voces una sobrina que tenía en casa á suplir los ministerios de una criada, y era tambien partícipe en el engaño; la cual, llorando de verla así, aplicóndola paños calientes al vientre, dándola tostadas en vino y canela, y haciendo otros remedios semejantes, sin que el dolor cesase, porque la enferma no quería, hubo de obligar al desvelado Morales (que este era el nombre del pintor) á que se levantasé harto contra su voluntad, coligiendo de la complexion que en su mujer conocía, y afirmándolo ella y la sobrina, que aquel accidente era de mal de madre, ocasionado de una ensalada que había cenado, cuyo vinagre recio y una rebanada de queso otras veces la habían puesto en el último peligro de la vida. Riñóla de que no escarmentase de tales excesos; y ella le dijo medio ahogada: No es hora, Morales, ahora de reprender lo que no se puede remediar; vayan á llamar la comadre Castejona, que sabe mi complexion, y ella me aplicará con qué se me alivie este mal rabioso, ó si no, ábrannme la sepultura. Mujer, respondió el afligido esposo, la Castejona se ha mudado á la puerta de Fuencarral, este es el Lavapiés, la noche es de invierno, y si no mienten las goteras, ó llueve ó nieva, y aunque yo vaya con todas estas descomodidades, ¿cómo sabrémos si querrá levantarse? La otra vez que os apretó ese achaque me acuerdo que se os quitó con dos onzas de triaca de esmeralda caliente en la cáscara de media naranja, y puesta en la boca del estómago; yo iré á la botica por ella: por amor de Dios sosegáos y no me consentáis hacer tan larga diligencia, pues será en balde, y yo tengo de volver con otro mal de madre peor que el vuestro.

Comenzóse á quejar entónces más recio y á decir: Bendito sea Dios, que tan buen compañero me dió: ¡miren qué imposibles le pido! ¡Qué sangre de sus venas! Qué desperdicio de su hacienda, sino que me llame una comadre á costa de mojarse un par de zapatos! Ya yo sé que deseais vos renovar matrimonio, y que á cada grito que yo doy, dáis vos una cabriola en el corazon; por eso excusáis las diligencias de mi alivio. Volved á acostaros, sosegad y dormid; que si me muere, declarado dejaré que me echasteis soliman en la ensalada de anoche. Mujer, mujer, respondió él, ménos libertades; porque aunque tengas mal de madre, podrá ser que con un palo os trasiegue el dolor desde las tripas á las espaldas. ¿Palos á mi señora tía? dijo la sobrina taimada; malos años para vuesamerced y para quien no le sacara primero los ojos con estas uñas.

Iba el pintor á sacudirle no sé cuántos pretinazos á la moza, que ella los huyó; mas la mujer con mayores gritos volvió á pedirle confesion, comadre y sacramentos. ¡Ay! decía; ¡ay, que me han dado rejalgas! ¡Jesus! No, no es este mal de madre, sino de marido.

Temió alguna burla más pesada que la que sin saberlo él habían comenzado, y que si se moría dejando fama de que él era el causante, era echar la sogá tras el caldero; y hubo de apaciguarla con caricias, y encendiendo una linterna bien necesaria para la oscuridad y lodos, poniéndose unas botas, capa aguadera y la capilla sobre el sombrero, salió en busca de la Castejona, registrándole las goteras que llovian á cántaros.

Sabía el buen Morales que se había pasado la dicha comadre á la calle de Fuencarral, pero no á qué parte della; y lloviendo, como os he dicho, sin hallar persona en la larga distancia que hay desde Lavapiés á aquel barrio; la noche como boca de lobo, y él renegando de su matrimonio; juzgad vosotros ahora si se tardaría muy buen espacio de tiempo en hallar lo que buscaba y no había menester; que entre tanto que él se va echando en remojo, volveré yo á la língida enferma; la cual en viendo fuera de casa á su buscon marido, llamó al hermano, que estaba escondido en la cueva con otros dos amigos, y en un instante quitaron la puerta antigua de la calle, y pusieron la nueva, que ya tenía su cerradura y aldaba y se había ajustado á los quicios de suerte, que sin ruido se asentó como de molde. Encima della, en el frontispicio clavaron una tabla mediana que decía: *Casa de posadas*.

Hecho esto, trujo una caterva de amigos que vivían cerca de allí, con sus mujeres, dos mastines gruñidores, guitarras y castañetas, y de casa de un ligon cena y gira, acomodada con el tiempo, celebrando con bailes y borracheras el naufragio del pobre busca-comadres, que sin hallar la Castejona, no hizo más que importunar aldabas y despertar vecinos.

Con el agua á media pierna y la poca paciencia al golete llegó nuestro pintor á su casa, y oyendo desde la puerta las voces, bailes y grita que dentro había, pensando que la había errado, levantó la linterna, y reconociéndola, vió la puerta nueva y la tablilla de posadas sobre ella, que le desatinó sobremanera. Volvió á examinar la calle, y halló que era la de Lavapiés. Recorrió las casas de los lados y de enfrente, y halló las propias que siempre. Volvió á la suya, y desconocióla, y tambien el título della. ¡Válgame Dios! dice haciéndose

cruces, hora y media há que salí de mi casa, donde estaba mi mujer más por llantos que para bailes; en ella solo vivimos los dos y su sobrina; las puertas, aunque menesterosas de reformation, eran las mismas cuando salí que los otros días; casas de posadas en esta calle no las vi en mi vida; y cuando las hubiera, ¿quién puede de noche y en tan breve tiempo haberle dado á la mía este ventero privilegio? Decir que lo sueño no es posible; que tengo los ojos abiertos y los oídos examinadores deste encantamiento; echar la culpa al vino en tiempo de tanta agua, es obligarme á la restitution de su honra. Pues ¿qué puede ser esto? Tornó á tentar y ver y oír puertas, tablilla y bailes, sin saber á qué atribuir tan repentina transformation; y asiendo de la aldaba, dió golpes con ella bastantes á despertar los vecinos, que no oyeron ó no quisieron oír los bailadores huéspedes. Asegundó aldabadas mayores; y despues de haberle tenido á curar como lienzo de Galicia un buen rato á las goteras, abrió un mozo la ventana de arriba con un candil encendido en la mano y un tocador en la cabeza entre sucio y roto, diciendo: No hay posada, hermano, vaya con Dios, y méenos golpes; que le coronará por necio un orinal de seis días. Yo no busco posada que no sea mía, dijo el pintor, sino que me dejen entrar en mi casa, y me diga el que se hace mandon en ella quién en hora y media la ha dado el nuevo oficio de hostería, habiéndole costado su dinero á Diego de Morales. De Parras debía de ser, respondió el mozo, el que os gobierna la lengua: hermano mio, para quien tan aforrado viene, poco daño le hará el agua de las goteras: váyase noramala, y no me toque otra vez á la puerta; que le echaré un mastín que le abra media docena de botanas.

Cerró con esto de golpe la ventana, prosiguió dentro la gira y el bureo, y el pobre pintor, dándose á los diablos, imaginaba que alguna hechicera le hacia estos trampantojos: menudeaba el cielo cántaros de agua y nieve á vueltas de un cierzo que le desembarazaba el celebro: la vela de la linterna se había acabado, y con ella la paciencia de su portador; y así, volviendo á dar mayores golpes á la aldaba, oyó que respondía dentro uno: Mozo, daca un palo, suelta esos mastines, sal allá fuera, y hazle á ese borracho una fricacion de espaldas con que se le desembarace la cabeza.

Abrióse la puerta entónces, y salieron dos perros, que á no detenerlos el mozo y cerrar tras sí, licieran que llorara el confuso pintor la burla de véras. Hombre del diablo, dijo el ministro, ¿qué nos queréis aquí con tantos golpes? ¿No os han dicho que no hay posada? Hermano, esta es la mía, respondió él; ¿quién diablos la ha convertido en meson, siendo ella desde mis padres acá de Diego de Morales? ¿Qué decis, hermano? replicó, ¿qué Morales ó azufalés son esos? Yo lo soy, dijo, por la gracia de Dios, pintor conocido en esta corte, estimado en este barrio y habitador desta casa más há de veinte años. Llamad á mi mujer Mari-Perez, si no es que tambien se ha transformado en mesonera, y sacáráme deste laberinto. ¿Cómo puede ser eso, prosiguió el mozo, si há más de seis años que esta es hospedería de las más conocidas de cuantos forasteros vienen á Madrid, su dueño Pedro Carrasco, su mujer Mari-Molino, y yo soy su criado? Andad con Dios; que á no teneros lástima, yo os curara por el ensalmo deste garrote la enfermedad viciosa que os deslumbra. Volvió á

cerrar la puerta, entrándose dentro; y el expelido amo de su casa, atarantado, sin saber qué se decir ni hacer, á oscuras y atrancando lodos se fué á la del celoso Santillana. Llamó á ella, y haciéndole levantar casi á las cuatro de la mañana, encendió luz, creyendo le había sucedido algun desastre ó pendencia. Preguntósele: él, informado de lo que pasaba, hizo levantar á su mujer; y aunque ella sabía el fin á que tiraba la burla, la hizo en compañía de su marido del aguado pintor, atribuyéndolo á los hechizos y tropelías que Yépes y San Martín (de quien no era poco devoto) suele hacer en tales noches y tiempos. Encendieron lumbre, en que se calentó; pusieron á enjugar su ropa, limpiáronle las botas, y dándole matraca sobre el fieltro, que resistió mejor el agua que sus físgas, le acostaron en una cama que le hicieron, porfiando él en acreditar lo que había visto, y ellos en afirmar que venía, como suelen decir, calamocano.

Luego pues que la buena Mari-Perez supo por sus espías que se había ausentado su enlozado esposo, asentó la primera puerta con ayuda de sus convidados como estaba de ántes, quitó la tablilla, y haciendo que se llevasen lo uno y otro consigo, los despidió á todos, conjurándolos guardasen secreto; y quedándose con su sobrina sola, se acostaron, cansados los piés de bailes, las manos de castañetas, los estómagos de comer y las bocas de reír, durmiendo á satisfacion de la cena y entretenimiento hasta la mañana, que volvió nuestro pintor medio enjuto en compañía del viejo Santillana, que casi persuadido con la porfía de nuestro Morales, oyéndole afirmar lo mismo por la mañana que por la noche, deseaba ver esta nueva maravilla.

Llegaron en fin á vista de la casa encantada, y hallándola con su puerta antigua, sin tablilla sobre ella, quieta y cerrada, comenzó el viejo á dar cordelejo de nuevo al pobre Morales, y él de nuevo tambien á desbautizarse, jurando y perjurando que era verdad cuanto le había referido, y alguna arte del demonio aquella con que pretendia se desesperase.

Llamaron, y salió á medio vestir la sobrina, abriendo la embustera puerta, y en viendo á su casi padrastro, le dijo: ¿Con qué cara viene vuesamerced, señor tío, á ver á su mujer? ¿Ni qué cuenta dará de si quien, dejándola casi á la muerte á las doce de la noche, y enviándole por una comadre, viene á las ocho de la mañana sin ella y con esa flemma? Si tú supieras, Brigida, respondió él, en lo que por tu tía me he visto esta noche, más lástima tuvieras de mí que quejas. Mañana nos hemos de mudar desta casa, que andan en ella enjambres de demonios.

Oyóle en esto la prevenida enferma, y levantándose como una onza de la cama, en solo manteo salió dando gritos y diciendo: ¡Oh qué solícito marido de la salud de su mujer! Para frio de cuartana valeis lo que pesais, Morales mio, que no volveréis en toda la vida. ¿Hizos mal el sereno de anoche? ¿Venís acatarrado? ¿Qué enjuto que os dejó la tempestad pasada! Cerca vivía la piadosa Marta que os hospedó: bien creísteis vos hallarme muerta cuando volviésedes con la Gastejona, y entraros por mi dote y hacienda como por viña vendimiada; pero malos años para vos y para quien tal me desea. ¿A qué viene vuesamerced con ese perdido, señor Santillana? Si es á disculparle conmigo, no tiene para qué,

que por el siglo de mi madre, que he deirme luego al vicario y pedir divorcio : no quiero aguardar otra ensalada cuya sal maliciosa ponga á pique mi vida : dame de vestir, Brígida, toma tu manto, huye deste busca-comadres. Sosiéguese vuesa merced, señora Mari-Perez, dijo el amigo; que el señor Morales no tiene la culpa, sino alguna hechicera que por malos medios quiere hacerlos mal casados. Mujer, acudió el afligido pintor, puesto que os parezca teneis razon en quejaros de mí, escuchad las mías y hablad ménos libre; que me falta paciencia para sufriros, gastada la que tenía en los embellecos desta noche.

Contóle en esto todo lo que ella mejor se sabía; con que fingiendo alborotos nuevos, volvió á decir : ¿ A mí con papeles? ¿ No ven vuestras mercedes que soy cabos negros y boquiancha? ¿ Hay más lindas papandujas que las que me venden? ¿ Casa de posadas la mía? ¿ Mastines y bureo, bailes y fiestas aquí anoche? Aun si dijeran quejas, maldiciones, suspiros y males, acertaran : no lo hubiera hecho mejor conmigo media azumbre del santo y dos mostachones acompañados de seis bizcochos, que desterraron el mal de madre, que mi cuidadoso marido, que ya mascara tierra la pobre de su mujer.

Hágaos muy buen provecho, esposa mía, respondió él, y no permitais que me éntre en malo á mí, dándome tras de una noche penosa un día tan pendenciero. Juro á todo lo que se puede jurar que cuanto os he contado me sucedió. En esta casa debe de haber duendes : con venderla ó alquilarla, pasándonos á otra, se remediará todo. ¿ Y cómo que hay duendes, señor tío? acudió la taimada Brígida; las más noches me pellizcan y dan de azotes, aunque blandos, y se rien á carcajadas. ¿ Pues cómo nunca me lo has dicho? dijo la disimulada tia. Porque no imaginasen vuestras mercedes, respondió, que era otra persona, en descrédito de mi opinion y casa de mis señores tíos. Alto; eso debe ser sin duda, dijo Santillana : no hay sino perdonarse unos á otros, y entrar con buen pié en la cuaresma, que es mañana. Hízose así, quedando en ojeriza con los duendes el encantado pintor, y su mujer con esperanza de que premiase su burla el diamante pretendido.

No desmayó la bella mal maridada por ver la prosperidad y sutileza de las burlas de sus dos opositoras; ántes de un camino satislizo dos necesidades : el premio de la burla el uno, y el otro la cura de su celoso compañero, que la dispuso así.

Acababa de llegar á Madrid un religioso hermano suyo, por prelado de uno de los monasterios que fuera de la corte con la recoleccion de su vida apuntalan lo que los vicios tienen á pique de arruinar. No sabía su venida el celoso Santillana; y su mujer, cuando ausente, por cartas, y ahora presente por papeles y una visita que él la hizo, se le había quejado de la mala vida que sus impertinentes sospechas la daban, y dicho que si no fuera por su respeto, y lo que menoscababa la opinion de las mujeres el poner pleitos á sus maridos y pedir divorcios, se hubiera apartado dél por el vicario. Estaba informado el prudente religioso de los vecinos y de los amigos del mal acondicionado viejo, de la razon que tenía su hermana de aborrecerle y vivir desconsolada; deseando hallar un medio con que alumbrale el entendimiento, y sin romper con el yugo conyugal, persuadirle cuánta satisfacion era justo tuviese

de su esposa, y que celos sin ocasion no suelen servir sino de despertar á quien duerme; pero por más que estudió sobre ello, nunca atinó traza suficiente que venciese la pertinaz malicia, que, ya vuelta en costumbre, era casi imposible de desarraigar su sospechosa vejez.

Háblale escrito que mirase ella qué medio le parecia más á propósito para que, sin llegar á dar cuenta de sus quebrantos á tribunales caudídicos, ella estuviese viviendo descansada y su marido con sosiego; que por difícil que fuese el medio que discurriese, él pondría toda la diligencia imaginable en su ejecucion. Ahora pues que halló ocasion para ejecutarle en estas promesas, curar al viejo Santillana, y de camino llevarse el diamante, una mañana que él se fué á oír misa y sermon, por ser principio de cuaresma, envió á llamar al bien intencionado fraile; y después de haberse consolado con él llorándole sus martirios y pesadumbres, le dijo que no hallaba otra traza más á propósito para sacarle de su pestilencial y desaforada cabeza el infernal veneno de sus celos, sino era uno que le propuso y después sabréis.

Refiriósele con toda la elocuencia que dió el artificio persuasivo á las mujeres, con lágrimas, suspiros y encajecimientos, concluyendo en que si no le ejecutaba, sería imposible no acabar ó con sus trabajos desca-sándose, ó con su vida rematándola infelizmente en una viga de su casa por medio de un cordel.

El remedio que la mal casada representó al santo varon tenía una infinidad de inconvenientes; pero en fin atropelló con todos el amor de hermano, la piedad de religioso y el deseo de impedir alguna desesperacion, que fuera ciertamente creible segun la mucha angustia y sentimiento que nuestra Hipólita (que este era su nombre) mostraba. Prometiéndola llevar al cabo lo que le pedía; señalaron el día, despidióse, llegó á su convento, y propuso el caso á sus súbditos : queríanle mucho, y conociendo el daño que se quitaba y el provecho que se esperaba de que el caso se efectuase, para la quietud de los dos casados, le ofrecieron hacer cuanto les mandase, y le animaron á concluirle.

Alentado con esto, envió para el plazo concertado dos onzas de unos polvos eficacísimos para dormir, quien los bebiese, cuatro ó cinco horas con tanta enajenacion de los sentidos, que solo se diferenciaban de la muerte en la breve distancia con que aquellos restituian el alma á sus vitales ejercicios. Recibíólos contenta la astuta Hipólita, sentándose á cenar con su marido y mezclándolos con el vino, apetitoso á sus años : entre bocado y bocado la daba una reprension, y entre trago y trago bebía su sueño. Al último, en fin, sin aguardar á que se levantasen los manteles, cayó como piedra en pozo, siendo tan eficaz la polvareda boticaria, que á no estar sobre el caso la aplicante y la moza, creyeran (y no les pesara) que había Santillana desembarazado con la muerte el matrimonio.

Desnudáronle, y echándole en la cama, aguardaron que viniese por él el religioso hermano, que no tardó mucho, pues á las nueve (suficiente hora y quietud para aquel tiempo frio y de invierno) con dos legos y un coche se aparearon á su puerta, y entrando dentro, mandó á uno de sus compañeros que venía prevenido de tijeras y navaja, que le quitase toda la barba y le

abriese con brevedad una corona de fraile. No se mostró perezoso el obediente barbero, pues sin bañarle nada el rostro ni la cabeza, porque la frialdad del agua no aguase ni desvaneciese la eficazísima virtud de los polvos, en breve tiempo le convirtió, siendo montañes, en Recaredo cenobita.

Era cerrado de cabellos como de mollera; y así, sació la corona con toda perfeccion venerable, autorizándola las canas, que se entretejan todo lo posible, y despachada la barba, no pudo dejar de causarle risa á su mujer, viendo vuelto á su marido de viejo en vieja. Vistiéronle un hábito como el de su hermano, sin sentirlo él más que si esto aconteciera con el conde Partinoples; y metiéndole en el coche, encargó el prelado á Hipólita encomendase á Dios el próspero fin de aquel buen principio. Llegó con él á su monasterio, y desembarazando una celda, le desnudaron, acostándole en una cama penitente, dejándole los hábitos sobre una silla, y un candil encendido: juntaron la puerta y se fueron á dormir.

Dos horas habia que duraba el éxtasis del ignorante novicio, y dos prosiguió en su dormilona embriaguez, que era el término puesto á la virtud de los polvos con jurisdiccion de solas cuatro horas; y habiéndola comenzado á las ocho, síguese que á las doce fenecería su operacion.

Tocaron á maitines, como se acostumbra en todos los monasterios, á media noche, y tras la campana las matracas, con las cuales despiertan á los que han de levantarse, que es un instrumento cuadrado de tablas huecas llenas de eslabones de hierro, que cayendo sobre clavos gruesos y meneándolas apriesa, hace un son desapacible para los que despiertan y le conocen, y espantoso para los que coge desapercibidos y bisonos en tan gruñidora música. Así le sucedió al nuevo padre Santillana, pues despertando despavorido y creyendo que estaba al lado de su mujer y en su casa, con un grito tremendísimo dijo: ¡Jesus! ¿Qué es esto, Hipólita? ¿Se cae la casa? ¿Hay tormenta de truenos, ó vienen por mí los diablos? Como no le respondió, atentó á los lados buscando á su mujer, y no hallándola, lleno de malicias é imaginando que estaba haciéndole fayaneas y con el ruido pasado querian echarle el aposento á cuestras, se levantó furioso, diciendo á voces: ¿Dónde estás, adúltera? Mala hembra, no dirás tú ahora que son vanas ilusiones y vejezes las mías. ¿A media noche fuera de mi casa y mi aposento, recibiendo por el techo el adúltero? Más leales que tú son para mí las tejas, pues cayéndose me han despertado. Dacca, dacca mis vestidos; muchacha, venga la espada; que yo, yo lavaré mi afrenta en sangre destos infames traidores, quedando vengado.

Esto y buscar los vestidos, hallando en vez dellos los hábitos de fraile, fué todo uno. La novedad de la celda, ó sin saber cómo ó quién le habia traído á ella, le tuvo como cada cual podrá juzgar por sí: ni sabía si diese voces ni si era arte aquella de encantamiento, si dormía ó velaba. Fué á abrir la puerta, y estaba sobre ella una calavera, que cayendo sobre la suya los dos huesos de las canillas, le resfriaron la cólera de los celos con la flemma del miedo que le causó verse acometido de *requiem*. Juzgándolo á mal pronóstico, tomó el candil para registrar á qué calle ó campo caía aquel aposento

encantado, ó en qué parte estaba, y vió un tan largo dormitorio, que le cansó la vista, todo lleno de celdas, con una lámpara en medio. ¡Válgame Dios! ¿Qué es esto? dijo, y volvióse á entrar temblando. ¿No me dormí yo en acabando de cenar anoche en mi casa? ¿Quién pues me trajo aquí ahora, trocando mis vestidos en hábitos? ¡Si estoy en el hospital! Que esta más parece enfermería que habitacion política. ¡Si mis celos me han vuelto loco, y para curarme me han traído al Nuncio de Toledo! Que la estrechez deste aposento más parece una jaula que hospedería. No sé lo que imagine, aunque esto último bien puede ser, pues si mal no me acuerdo, ya andaba mi seso dando zancadillas de puro imaginativo sobre la conservacion de mi honra; y no será mucho que haya algunos dos ó tres años que me estén curando en este hospital, y ahora vuelto en mi juicio, me parezca que fué anoche cuando estuve quieto y seguro en mi casa y con mi mujer. Si fuera esto como imagino, pues que á navaja quitan los cabellos y barbas á los locos y á los galeotes, la mía me sacara deste temor. Echó mano á la suya, y hallóla hecha tripe, habiéndola él criado con trabajo. Tentóse la cabeza, y hallóse coronado por rey de los celosos maridos. Lloró su juicio rematado, poniéndose por conventual del Nuncio, creyendo que por burlarse dél, como suele hacerse con los de su profesion, le habian afeitado y puesto la cabeza de aquella suerte. Con todo eso, se consolaba, pareciéndole que pues echaba de ver entónces el estado en que estaba, habia ya vuelto en su juicio, y segun esto, saldria muy presto de aquel colegio desacreditado. Es verdad que le desatinaban los hábitos, que le disadian aquestas imaginaciones, porque los locos que él habia visto en Toledo andaban vestidos de ropas burieladas, pero no de hábitos religiosos.

Entre estas confusiones ridículas estaba en su celda desnudo, sin haberle acordado que se vistiese el frío, ni saber él por dónde ó cómo acomodar la diversidad de pliegues y confusion del hábito, que en su vida se habia puesto, cuando entrando el compañero que daba luz á los demas frailes, le dijo: ¿Cómo no se viste, padre Rebollado, si ha de ir á maitines? Dígame, hermano mio, ¿quién es aquí Rebollado? ¿Qué maitines ó visperas son estas que me desatinan? respondió el casado fraile. Si sois loco, como yo lo he sido, y es ese el tema de vuestra enfermedad, ya yo estoy sano por la misericordia de Dios, y no para oir disparates: decidme dónde hallaré al Rector, y dejad de rebollearme. Con buen humor se levanta, padre Rebollado, dijo el religioso; vistase, que hace frío, y mire que voy á tocar segundo, y que es mal acondicionado el Superior. Fuése con esto, dejándole metido en mayores confusiones.

¿Yo Rebollado? decia. Yo fraile y maitines, no habiendo seis horas que al lado de mi Hipólita trataba más en pedirle celos que en entonar saluos? ¿Qué es esto, ánimas benditas del purgatorio? Si duermo, quitadme esta penosa pesadilla; y si estoy despierto, reveladme este misterio ó restituídmelo el juicio que sin duda he perdido.

Pasmado se estaba sin acertar á vestirse, obligándole el frío á rebozarse con las frazadas de la cama, cuando vino otro fraile y le dijo: Padre Rebollado, el vicario de coro dice que por qué no va á maitines; que son cantados, y vuesa reverencia es semanero.

¡Válgame la corte celestial! ¿Yo soy fraile? replicó el pobrete. ¿Yo reverencia y padre Rebollado? ¿Ya yo no soy Santillana? Dígame, religioso, si es que lo es, ó hermano loco, si, como imagino, estamos en algun hospital dellos, ¿quién me ha puesto en este estado? ¿Cómo ó por qué me han quitado mi casa, mi mujer, mis vestidos y mis barbas? ¿O qué Urganda la Desconocida ó Artus el encantador anda por aquí y ha rematado con mi seso? Buena está la flema y disparate, respondió el corista, para la prisa con que vengo á llamarle. Delantero debió de cargar anoche en el refectorio, padre Rebollado, pues aun no se han despedido los arrobos de Baco: vistase, y si no acierta yo le vestiré. Echóle entónces el hábito encima, y al ponerle la capilla, como era estrecha, creyendo que era algun espíritu malo que queria ahogarle, comenzó á dar gritos: Arredro vayas, Satanas; déjame aquí, ángel maldito; ¡ánimas del purgatorio, santa Margarita, san Bartolomé, san Miguel, todos abogados contra los demonios, ayuda y favor, que me ahoga este diablo capilludo! Y escabulléndosele de las manos, rota la capilla y arañado el fraile, echó á correr por el dormitorio adelante sin detenerse en nada.

Atentos y escondidos habían estado oyendo la escarpela ridícula el prelado y súbditos, reventando la risa por romper los límites de la disimulación y silencio que este caso requería; pero saliendo juntos con las velas encendidas que habían prevenido para el coro, le dijo severo el disimulado Superior: Padre Rebollado, ¿qué escándalo y desenvoltura es esta? ¿Al fraile que yo envío para que le llame al coro trata desafortunada suerte? ¿Las manos pone en un ordenado de grados y corona, y á la culpa de no venir en fiesta doble á hacer su oficio añade el descomulgarse? Aparéjese luego; que con un *Miserere mei* se le aplacarán esos bríos. ¿Qué es aparejar? respondió el colérico montañés; ¿soy yo bestia? Ya estoy por defenderme de vuestras ilusiones, espíritus condenados. Cata la cruz, no teneis parte en mí, que soy cristiano viejo de la montaña, bautizado y con crisma: *Fugite, partes adversæ*.

Estos y otros desatinos comenzó á ensartar, con no poco tormento de la risa de los circunstantes, que se malograba puertas adentro de la boca; pero haciéndole agarrar á dos donados, y diciéndoles el prelado: Este fraile está loco, mas la pena le hará cuerdo; le asentaron en las espaldas de par en par una colación de canelones, que pagó con más cardenales que tiene Roma. Daba gritos que los ponía en el cielo, diciendo: Señores, ó frailes, ó diablos, ó lo que sois, ¿qué os ha hecho el pobre Santillana para tratarle con tanta riguridad? Si sois hombres, doléos de otro de vuestra especie, que jamas hizo mal á una mosca, ni tiene de qué acusarse sino de la mala vida que sus celos han dado á su mujer; si sois religiosos, hasta la penitencia, pues no cae sobre culpa que yo sepa; si sois demonios, decídmelo, ¿por qué pecados os permite Dios que me desoléis desta suerte? Menudeaba el padre disciplinante azotazos en esto, diciendo: ¿Todavía da en su tema? Pues veamos quien se cansa. Ya lo estoy, padre de mi alma, respondió el penitente por fuerza; por la sangre de Jesucristo que tenga lástima de mí. ¿Pues se enmendará de aquí adelante? Sí, padre mío, yo me enmendare, aunque no sé de qué. ¿Cómo que

no sabe de qué? replicó el cascante; miren qué gentil modo de conocer su culpa: aun no está como lia de estar; aguarde un poco, y diciendo esto le taraceaba las espaldas.

Padre de mi corazón, dijo entónces echándose en el suelo, confieso que yo soy el hombre más malo que pisa la tierra; tenga misericordia de mis carnes, pues Dios la tiene de mi alma; que yo me enmendaré. ¿Sabe, le replicó, que es fraile, y que en los que lo son las culpas veniales son de más escándalo que las mortales del seglar? Sí, padre, fraile soy, aunque indigno. ¿Sabe la regla que profesa? le decía; y él proseguía tambien en responderle y decir: Sí, padre, sí, padre, sí, padre. ¿Qué regla es? le dijo. Y respondió: Cualquiera, la que quisiere vuesa paternidad; no se detenga en eso, que será la que fuere servido; déjeme, y no repare en reglas, aunque entre en la del gran Sofi. ¿Será, le decía, desde aquí adelante humilde y cuidadoso en su oficio, padre Rebollado? Seré Rebollado, respondia, y todo lo que quisieren. Pues bese, le dijo, bese los piés á ese religioso maltratado por él, y pídale venia. Besóle los piés, y dijo, llorando más de dolor que de arrepentimiento: Padre mío, pídale brevas, ó lo que es esto que me mandan le pida.

Soltaron la risa todos entónces, que no pudieron sufrirla. El prelado los reprendió, diciendo: ¿De qué se rien, padres, habiendo de llorar la pérdida del juicio de un fraile, el mejor que teníamos, y que ha servido quince años en este monasterio con la mayor puntualidad que ha visto la religion? ¿Quince años yo? decía entresi el pobre Santillana, ¿quince años yo en aqueste convento? ¿Hay encantamiento semejante en cuantos libros de caballería desvanecen mocedades? Alto pues; que supuesto que tantos lo dicen, verdad debe de ser, aunque yo no sé el cómo; porque á no ser así, ¿qué les importaba á estos benditos el maltratarme y afirmarlo? Vengase al coro con nosotros, le dijo el cuñado, que no conocia; y obedeciéndole el celoso por su daño. Comenzaron los maitines, y le mandó el prelado que entonasen en medio la primer antifona. Sabia él de música lo que de vainicas; pero no osando replicar, temeroso de otra tunda, la cantó regañando, de suerte que, prosiguiendo la risa de todo el coro, y no pudiéndola disimular el Superior, le mandó llevar al cepo, donde le tuvo tres dias tan fuera de sí, que faltó poco para no renunciar con el siglo el seso. Al cabo dellos le sacaron, y mandó el prelado fuese con un compañero á pedir el pan de la limosna que se acostumbra los sábados. Diéronle su talega, y sin replicar palabra, como una oveja cumplió la obediencia. Llévóle de industria el que le acompañaba á la calle donde vivia su mujer; y reconociendo la casa, alentado y con nuevo espíritu, dijo entre sí: Aquí de Dios, ¿esta no es mi casa? ¿Yo no estoy casado con Hipólita? ¿Quién diablos me ha metido á mí en fraillias que no apeteci en mi vida? Matrimonio me llamo.

Entróse con esto en el portal, y hallando á su mujer allí, abrazándose con ella, comenzó á decir: Esposa de mis ojos, castigo del cielo fué el mío por la mala vida que te he dado: fraile me han hecho sin saber cómo ó por qué; pero desde hoy más buscarán talegueros; que yo matrimonio me llamo. ¿Qué descompostura es esta? dijo á voces la mal casada. Aquí de la vecindad;

que este loco atrevido ofende mi honra. Acudió el compañero y parte de los vecinos, que le desconocieron (por faltarle la longitud de la barba, y estar en tan desusado traje, y tan macilento con las penitencias pasadas, que pudiera vender flaqueza á los padres del yermo), y le apartaron á empujones, diciéndole oprobios satíricos. Déjenle vuesasmercedes, acudió el compañero, y no se espanten de lo que hace; que ha estado seis meses loco, y su tema principal es decir á cualquiera mujer que ve, que es su esposa; hémole tenido en una cadena, y habiendo más há de dos meses que nostraba tener salud, á falta de frailes, que han ido á predicar por las aldeas esta cuaresma, me mandaron le trujese conmigo á pedir hoy la limosna, bien contra mi voluntad. Diéronle todos crédito, lastimados de su desgracia; que cuanto más gritaba afirmando era el marido de Hipólita, más la acreditaba.

Llevarónle medio loco de véras y en són de atado á su convento: volviéronle á disciplinar y meter en el cepo, donde despues que purgó más de otro mes los malos dias que habia dado á su mujer, al cabo dellos y á la media noche le despertó una voz que decia en tono triste:

Hipólita está inocente
De tus maliciosos celos,
Y así te han hecho los cielos
De ese cepo penitente:
Por necio é impertinente

En tí su venganza funda
El que te ha dado esta tunda;
Por eso, si sales fuera,
Escarmienta en la primera,
Y no aguardes la segunda.

Repitió esto tres veces la fúnebre voz, y él puestas las manos, llorando amargamente, con la mayor devoción que pudo, respondió: Oráculo divino ó humano, quien quiera que seas, sácame de aquí; que yo prometo verdaderamente la enmienda en un todo.

Diéronle despues desto de cenar, y la bebida fué de vino, que no lo habia probado desde el primer día de su transformacion; que fué una penitencia para él más cruda, más cruel y más áspera que todas las demás. Bebiólo, y con él dos veces mas cantidad de los mismos polvos que primero. Durmióse como ántes; y como ya le habia crecido el cabello y barba suficientemente, le afeitaron, dejándole lo uno y lo otro en la disposicion antigua, y llevándole á su casa en otro coche, se despidió el religioso, médico de los celos, de su hermana, dándole esperanzas de que cuando despertase hallaria sano á su marido y enmendado. Púsole los vestidos seculares sobre un arca cerca de su cabecera, y acostóse á su lado. Acabó el sueño, junto con la operacion de los polvos, al amanecer, por haberlos él tomado á las diez de la noche. Despertó en fin, y creyendo hallarse en el cepo, vió que estaba en la cama y á oscuras. No lo acababa de creer. Tentó si eran colchones ó madera, y topando á su mujer á su lado, imaginó que era algun espíritu maligno que proseguia en tentarle, y comenzó á dar voces descompasadas y á ensartar letanias.

Estaba velando Hipólita, aunque parecia que dormia, aguardando el fin de aquel suceso, y fingiendo que despertaba, dijo: ¿Qué es esto, marido mio? Qué

teneis? ¿háos dado el mal de ijada como suele? ¿Quién eres tú, que me lo preguntas? dijo el ya sano celoso todo desparovido; que yo no tengo mal de ijada; que el mal que tengo es de frailia. ¿Quién ha de ser la que duerme con vos, respondió, sino vuestra mujer Hipólita? ¿Jesus sea conmigo! replicó él. ¿Cómo entráste en el convento, mujer de mi vida? ¿No ves que estás excomulgada, y que si lo sabe nuestro mayoral ó superior te acanelouará las espaldas, dejándotelas como ruedas de salmon? ¿Qué convento ó qué chanzas son esas, Santillana? respondió ella; ¿dormís todavía, ó qué locura es esta? ¿Luego no soy fraile yo de quince años há, preguntó él, y el entonador de antifonas? Yo no sé lo que os decís con esos latines, replicó ella: levantaos, que es medio día, si habeis de traer qué comamos.

Más asombrado que nunca, se tentó la barba, y hallóla cumplida y la cabeza descoronada: mandó abrir la ventana, y se vió en su cama y aposento, los vestidos á su lado, sin rastro de cepo ni de hábitos: pidió un espejo, y vió otra cara diferente de la que los dias pasados le enseñó el de la sacristia. Hacíase cruces, acabando de creer el oráculo coplista. Preguntábale disimulada su mujer que de dónde procedian aquellos espantos. Contóselo todo, concluyendo en que debia haberlo soñado aquella noche, y Dios le debia de mandar se enmendase y tuviese la satisfacion que era justo de su mujer. Apoyó ella esta quimera diciendo que habia prometido nueve misas á las ánimas si le alumbraban á su marido el entendimiento; y que si no, habia determinado echarse en el pozo.

No lo permita el cielo, Hipólita de las Hipólitas, respondió él: pidióla perdon, jurando no creer aun lo que viese por sus mismos ojos de allí adelante; con que dándola libertad para salir de casa, hubo de ir con las otras dos amigas á la del Conde, alegando cada cual su burla, y quedando tan satisfecho él de todas, que por no agraviar á ninguna, les dijo: El diamante, ocasion de sutilizar, señoras, vuestros ingenios, se me habia perdido á mí el día de su hallazgo: él vale doscientos escudos; cincuenta prometí de añadidura á la vencedora; pero todas merecéis la corona de sutiles en el mundo; y así, ya que no puedo premiaros como merecéis, doy á ustedes estos trescientos escudos, que tengo por los más bien empleados de cuantos me han granjeado amigos, y quedaré yo muy satisfecho si os servís desta casa como vuestra.

Encarecieron todas su liberalidad, y volviéndose más amigas que ántes, hallaron al cajero vuelto ya de su viaje, y en todo olvidada la burla de su fingida muerte y penoso fallecimiento; al pintor que ya habia vendido su casa y hecho las escrituras, y aun comprado otra, y otorgados los instrumentos, escrituras y papeles de saneamiento, mudándose de aquel barrio por evitar bellaquerías de duendes; y á Santillana tan satisfecho y enmendado de la importunacion de sus celos, que desde allí adelante veneró á su mujer como á merecedora de oráculos protectores de su buena vida.

EL DONADO HABLADOR

ALONSO, MOZO DE MUCHOS AMOS,

COMPUESTO

POR EL DOCTOR JERONIMO DE ALCALA, YAÑEZ Y RIVERA,
NATURAL DE LA CIUDAD DE SEGOVIA.

PRIMERA PARTE.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON LUIS FAJARDO

marqués de los Vélez y de Molina, adelantado y capitán general del reino de Murcia y marquesado de Villena,
reducido á la corona real.

COSTUMBRE es, excelentísimo señor, de los que poco pueden el ampararse y buscar favor de los grandes y poderosos, para que con su amparo salgan sin temor en público, consiguiendo con más facilidad lo que pretenden; y si es así, como lo es, ¿á quién puedo yo escoger con más justo título para que me favoreciese que á vuecelencia, á quien el cielo puso en el estado que goce innumerables años para defensa de los menesterosos de su amparo? Dejado aparte que todos mis pasados, desde mi bisabuelo el doctor Francisco Yañez, el doctor Alonso Yañez, mi abuelo, y el doctor Fernando Yañez, mi padre, todos sirviendo á sus progenitores de vuecelencia, fueron criados de su casa, y yo me acuerdo ver en la mía algunas joyas ricas dadas de aquellos liberales príncipes á mis padres, como fué una escarcela de oro, bolsa de aquellos dichosos y felices tiempos, y una riquísima porcelana, señal certísima del amor que los tuvieron; y últimamente, los doctores Juan Yañez y Leandro Corvera, mis hermanos, también sirvieron á vuecelencia; y yo, el menor de todos, no fuera razon quedarme atras y no corresponder con los deseos que tuvieron de acertar á servir á vuecelencia, pues verdaderamente ha sido como un vinculo y sucesion hereditaria en el preciarnos de ser criados de tan grandes príncipes. Y pues es condicion de los tales el mirar más á los buenos deseos que á los pequeños servicios que se les hacen, reciba vuecelencia este mínimo, mirando mas á mi voluntad que á la obra que se le ofrece, pues con esto quedaré yo de nuevo obligado y bien satisfecho. Guarde Dios á vuecelencia los años que puede y sus criados habemos menester.

EL DOCTOR ALCALÁ.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

ESTE viandante, piadoso lector, no ignora cuán riguroso has de ser con él, por más humillaciones y ruegos que te haga; pero así como quien ha dado al traste con su navichuelo, y se echa al agua sin esperanza de otro remedio, forcejeando contra la furia del viento y soberbia de las olas, entreteniendo la vida como puede; no de otra manera este atrevido mozuelo sale hoy en público con ánimo de sufrir cuantos naufragios y fortunas le vinieren. Bien pudiera estar ya escarmenado, no en cabeza ajena, sino en la propia, y dejar de dar velas al viento en el piélago de murmuraciones, peligroso y tempestuoso mar adonde tantos se han anegado; mas podrá darte por disculpa lo que le fuera de notable consuelo á una persona grave que yo conocí, el cual habia casado con un caballero principal una sola hija que tenia, y dádola en dote la mayor parte de su hacienda. El novio, como se vió con tanto dinero, incitado de la mala costumbre, ó de la abundancia y sobra en que jamas se habia visto, una tarde se puso á jugar mas largo de lo que fuera razon con personas que no debiera, por ser, como eran, ejercitadas en todo genero de fúllería: de suerte que en poco tiempo le cogieron tres mil y quinientos ducados. Lleváronle la nueva al padre de la dana; y dándole el pésame algunos deudos y amigos suyos, afeando el mal término de su inconsiderado yerno, les respondió: En verdad, señores, que no me pesa tanto de la grande

pérdida que ha hecho don Fernando, sino de que procurará ahora con muchas véras desquitarse y probar la mano, perdiendo el resto. Y aunque confía tener más favorable fortuna, este será el pos-trero, con propósito firmísimo de que no ha de escribir más libros si no fueren tocantes á la facultad que profesa, pues ya de veinte y seis años de experiencia con algún linaje de atrevimiento, podrá alguno salir á luz, y más habiendo hecho orejas de mercader, y acostumbrádose á los riesgos y peligros que se pone el que escribe en estos tiempos, donde está en su punto el bien decir, la elegancia, el lenguaje y modo de hablar por términos tan levantados y subidos, que los que los escuchan y leen, en lugar de animarse y cobrar esfuerzo para imitarlos, encogen los hombros y arquean las cejas, maravillados de la agudeza de los ingenios y de la fertilidad de los entendimientos que produce nuestra florida España. Pero advierte, lector, que no pueden todos escribir de una suerte, ni por una igualdad repartió el cielo sus dones y gracias; porque si eso fuera, no se hallara diferencia entre lo muy bueno y lo que tiene algun vicio; y si tú le tuvieses en no agradarte de cosa que veas, déjala y no pases por ella los ojos; que mejor es no tenerlos, para mirar lo que no te ha de dar gusto, quitando la ocasion para decir mal de lo que leyeres, que ser basilisco con tu vista, enojoso con tus razones y aborrecido por tu lengua. Y pues sabes que los afa-bles y benévolos son de suyo amables, recibe este *Mozo* amigablemente, que viendo tu virtud y buen natural, estará contentísimo en tu casa, publicando por el mundo tu buen pecho y liberal ánimo, quedando siempre agradecido al bien que le hicieres. *Vale*.

PRIMERA PARTE DEL DONADO HABLADOR

ALONSO, MOZO DE MUCHOS AMOS.

CAPITULO PRIMERO.

Siendo Alonso donado de cierto convento, sale á pasearse con el vicario de su orden, y le cuenta su vida, dando principio desde su nacimiento.

Vicario. Antes que viniese á este santo convento, hermano Alonso, de su buen natural, de los trabajos que pasó en el siglo con los amos que tuvo, del buen proceder y traza con que los sirvió, y del mal pago que recibió dellos, oí decir grandes cosas; y así, para estas tardes, en que se acostumbra salir á recrearse los religiosos por este campo, recibiré mucha caridad en que me dé cuenta muy en particular de su vida, sin que deje ninguna circunstancia; que lo que yo le puedo ofrecer es una gran atención á cuanto me quisiere decir, y mucho mayor gusto al oírle.

Alonso. Así es verdad, y que la orden nos da estos días como por asueto, para que en ellos se tome algún alivio, y sirva por descanso de un tan largo y continuo trabajo como se pasa en nuestro convento; y pues la verdura destes campos nos convida, y vuesa paternidad gusta á que algo más libre hable un donado como yo, sin temor de los celadores y guardas de nuestra religión, y muy por extenso le cuente los varios sucesos míos y trabajosa vida, habré de hacerlo, dando cuenta de quién fueron mis padres, cuál mi patria, y motivo que tuve para venir á este santo monasterio, cuyo hábito estimo en más que las telas y finos brocados de los monarcas y príncipes del mundo. A solas estamos en este desierto y sin testigos que nos escuchen; defiéndenos del universal padre de los vivientes y de sus rigurosos y ardientes rayos estos copados y frondosos árboles, que para tener mayor descanso y gusto nuestro y regalo desta siesta proveyó la naturaleza los arroyuelos que vienen despeñándose destes encumbrados y soberbios montes que nos cercan. Paciencia tenga vuesa paternidad, pues manda que hable, y escúcheme atento; que si los donados no hablan, yo he de ser esta vez el hablador donado; y dé gracias á Dios que hablo en la soledad, y que no hay paredes que me escuchen; que en efeto, no teniendo oídos, le faltará lenguas para contar mis faltas.

Yo, padre mío, nací en una villa de Andalucía: mis padres, que Dios haya, aunque no los conocí, me dicen que fueron personas de cuenta en mi pueblo, y téngolo por cierto, por mis buenos respetos y no haber sido jamás inclinado á cosas bajas y que desdican de honrados términos: señal evidente y clara de la buena sangre que me dejaron. A veinte días me faltó el padre, cierto pronóstico de mis desdichas, pues en la cuna me pusieron luto. Mi madre, deseosa de que me criase con algún recogimiento, temerosa del daño que puede causar el regalo, poco respeto y libertad de mo-

zos, ántes con ántes me llevó á la casa de un hermano suyo, cura de una aldea bien apartada de mi tierra, por ventura porque no me volviese de adonde me dejaba. Lo que pasé con este mi tío vaya en descuento de mis pecados: el poco dormir, el mucho madrugar, el andar de día y de noche, era insufrible y desproporcionado á la ternura de mis años. Tenía el cura en su casa una ama setentona, cojilluda, más natural para esqueleto que para el gobierno de una casa, compuesta de huesos, y tan seca de carnes como de condición áspera, desabrida; de quien jamás oí una buena palabra, sino cuando me llamaba á comer. Era yo inocente; que á ser gran pecador, bien pudiera servirme de purgatorio, por enormes que fueran mis culpas; pero estos trabajos eran llevaderos con la buena acogida y regalo de mi buen tío. No quería acordarme de tantas desdichas, pues aunque suele decirse agua pasada no muele molino, él me traía tan molido y cansado, que con haber tantos años que salí de su jurisdicción, cuando por mi desdicha se me acuerda dél y de su ama, pierdo los estribos de la paciencia, representándoseme su mal tratamiento y lo mucho que pasé en su casa, sin tener ningún género de alivio. Era mi buen clérigo algo allegador y amigo de andar por el modo ahorrativo, natural condición de clérigos, y más si son viejos, como el mío: vicio verdaderamente digno de reprehensión. Hase vivido lo más, y hales dado Dios cuanto han habido menester, y para el poco tiempo que queda de vida están temerosos si les ha de faltar: pues en verdad que no lo allegaba para su sobrino, queriendo fundar en él algún mayorazgo, aplicando los bienes y rentas de la Iglesia como si fueran castrenses ganados en buena guerra, ni lo dejaba por temor de que no había de parar en heredero tercero ó cuarto, ni tampoco era persona que se regalaba, buscando á costa de su dinero los mejores bocados; ántes de puro desdichado se pudiera decir por él lo que de un hombre rico, que habiendo muerto y dejado veinte mil ducados, dijo un vecino: Gran lástima la de Fulano, que haya muerto tan de repente y con tantas deudas. Oyólo un su amigo, y replicóle diciendo: ¿Qué es lo que decís? Antes deja muy gran hacienda y sin tener deudos á quien dalla. No lo entendéis, hermano, le respondió el otro; sabed que cuanto deja lo debe á su cuerpo, á quien le ha quitado cuanto era necesario para su sustento, y debilitado y flaco vino á salir deste siglo.

Vicario. ¿Pues para quién podía querer cuanto iba allegando?

Alonso. Eso, padre, dejáballo al gobierno de la divina Providencia.

Vicario. ¿Qué quiere decir en eso?

Alonso. Era el bueno de mi tío como la picaza, que

todo cuanto halla lo esconde y entierra, y topa con lo que escondió el que está más descuidado. Así él escondía y atesoraba para quien el cielo determinase; y con este propósito el miserable avariento, viéndome á mí de buena disposición y cuerpo razonable, procuró de excusarse de sacristán, y para esto dióme mucha priesa para que deprendiese á leer, ayudar á misa, cantar en la tribuna y tañer las campanas, haciendo en ellas diferentes sonos. Bien dicen, padre, que la letra con sangre entra, y ¡qué caro me costó el saber lo poco que ahora sé! No había juro más cierto que una docena de azotes para mí en saliendo el alba, ó por no saber la lección de la noche ántes, ó por no traer la plana tan buena como había de venir, ó si no había madrugado con el cuidado y diligencia que quería mi tío: en efeto, era una vida la que pasaba insufrible y tan trabajosa, que determiné de poner tierra en medio. Ya yo era mozo de quince á diez y seis, leía bien y escribía razonablemente; de la gramática era lo que sabía más que moderado, pudiéndome con justo título llamar *Petrus in cunctis*. Viéndome pues con la suficiencia á mi parecer bastante, salí una noche de la casa de mi cura, solo y sin blanca, fiado en la caridad de Castilla la Vieja. Habíanme acabado de hacer un vestidillo negro, hábito propio de estudiante gorrón; y con mi cuello bajo podía competir con cualquiera sacristán de aldea, por curioso que fuese. Alcé baldas en cinta, púseme en camino, y anduve aquella noche cinco leguas, llegando á una venta, como buen cazador, muerto de hambre, seco de sed y muy cansado. Encontré en la posada cuatro mancebos de buena edad, gentil presencia y bien aderezados; preguntáronme dónde iba; respondíles que adonde Dios fuese servido, porque no tenía determinada mi jornada, ni intencion más de ver mundo y andar algunas tierras, fuesen donde la ocasión me llevase. A buen tiempo llegais, dijo el uno dellos, porque nosotros vamos á estudiar á Salamanca, y si gustais, á ratos os llevaremos á caballo y os daremos un pedazo de pan; que, segun me parece, no vais muy sobrado, y podría ser que, como habemos de recibir un criado que nos compre de comer, os quedeis vos en nuestra compañía, y dándoos estudio, volvais á vuestro pueblo de otro modo del que salistes. Agradeci su ofrecimiento con un millon de gracias, aceté su convite, y concertado con ellos, llegada la mañana, salimos de la posada: lo que pasé en este largo viaje no podré encarecer, porque, como no estaba yo enseñado á ser mozo de mulas, á la primera jornada no podía dar paso, quedábame muy atras, echaba ménos el poco andar de mi casa á la iglesia; pero para animarme mis compañeros licieronme subir á las ancas de un mal rocín, que debia de ser el de don Quijote, segun estaba de flaco, salido de espinazo y de cuadriles, el andar de la madre que le había parido: de suerte que me enjuagó las tripas en breve tiempo, y en las asentaderas me puso en cada lado una gran llaga. Podía competir con algun disciplinante alquilado, ó vanaglorioso hipocriton, que por dar que decir á la gente que le mira, se desuella las espaldas, vertiendo su sangre, no en servicio de Dios, sino por cumplimiento y gusto de los mayores donos de la cofradía; y no se vea nadie como yo me vi, de condicion que me fué forzoso apear-me, habiendolo de escoger de dos grandes males el menor: no hay

para qué cuente á vuesa paternidad las travesuras que por el camino hacian, y en las posadas el buscar de las gallinas y el hurtarlas, haciéndome á mí encubridor de todos sus delitos, y que yo las sacase del gallinero metidas en los gregüescos; el acostarse en la cama con espuelas y botas, no mirando al lodo que se les había pegado por el camino. Un real se pagaba de cada uno, y diez se le hacia de daño al pobre mesonero; y no se podía decir por nosotros que ganábamos indulgencia plenaria hurtando al ladron, porque verdaderamente era cargo de conciencia lo que se hurtaba de cada posada. Por nosotros debió de decirse que era tanto lo que sentían en la casa de donde salíamos, que siempre quedaban llorando los dueños della por nuestra partida. Con estas y otras desdichas llegámos á la ciudad de Salamanca, madre de los ingenios del mundo y princesa de todas las ciencias. Fuimos á escuelas, juntándonos con los demas estudiantes, que pasaban de cinco mil de matrícula; pero mi desdichada fortuna, que no se contentaba con los pasados trabajos, á cada paso me iba guardando nuevos merecimientos. Conociéronme luego por novato; pusiéronme cerco gran cantidad de aquellos estudiantes, comenzando á descargar en mí más saliva que suelen arrojar granizo las más preñadas nubes por el mes de marzo; y teniéndome en medio como á blanco de sus travesuras, me preguntaban cómo quedaba mi señora madre y los señores hermanos, si lloré al partirme dellos, y si había traído algunas pasas ó confites para desayunarme. Hicieronme que subiese en la cátedra, no dejándome bajar hasta que le leyese alguna cosa, y al cabo me dieron por libre, de tal modo, que mi negro ferrnuelo salió más blanco que la nieve. Maravíllame yo de que unos mozos tan grandes como sus padres diesen en aquellas boberias; más dábanme por respuesta que era costumbre antigua, y que todos pasaban por aquel raser, como si disparates semejantes no se pudieran evitar y dejarlos, pues en efeto el viejo primero fué mozo, y para ir de un lugar á otro es forzoso pasar por un medio; dejado á parte que en buena cortesía á los forasteros que llegan á un pueblo, los naturales dél y ya antiguos los han de agasajar y recibir con amor, no maltratarlos con palabras ni obras; que lo demas es de gente bárbara, inconsiderada, sin razon ni término. Acuérdomme que en el aldea donde mi tío estaba tenían por costumbre los labradores ir en procesion á una ermita del glorioso mártir san Sebastian, y para haber de ir pasaban por unos prados tan llenos de agua y lodo, que el pobre sacristán y clérigo se ponian de suerte, que las sobrepellices que llevaban con justo título se podian comparar con las gualdrapas mas arrastradas por el mes de noviembre. Y viendo la gran incomodidad del camino, el cura rogó á los alcaldes y regidores torciesen por una vereda, buscando un atajo que se descubria, siquiera para excusarse de tan trabajosos pasos como los que veían presentes. Los aldeanos, en lugar de ser agradecidos al buen consejo que les daban, con gran cólera respondieron: La costumbre del concejo se ha de guardar, y la procesion ha de ir por donde ha ido otros años; pero mi tío, enojado con la respuesta impertinente, con no menor enojo les dió por respuesta: A la mala costumbre quebrarla la pierna: por el hábito de san Pedro, que se han de ir ellos solos,

porque yo á mi casa me vuelvo. Querellaron dél; costóle su dinero; pero otro año procuró el pueblo remediar aquellas pesadum! res.

Vicario. Eso es irremediable; estudiantes nunca dejan de hacer las suyas como mozos libres.

Alonso. En efeto, padre: volví en busca de mis amos, que habian salido de semejante refriega como la mía, si no peor; y aunque dicen que mal de muchos es gozo, no lo fué para mí, porque tuve que limpiar todo el día cuatro manteos y bonetes, sin mi sombrero y ferretuelo. Pasóse el nublado; comenzóse á leer; iban á escuelas los de mi casa, y yo acudía á comprar lo necesario para nuestra comida, y despues íbame por los generales y oía al catedrático que más gusto me daba: unas veces entraba en leyes, otras en medicinas, otras en artes y sagrada teología, sin dejar los retóricos y matemáticos: oía á los unos, escuchaba á los otros, y pegábanseme de cada uno dellos algunos principios: de suerte que quien me oyera hablar ó disputar, entendiera que era yo la misma sabiduría, siendo la propia confusión y el símbolo de la ignorancia de las ciencias de quien hablaba y argüía. ¡Oh cuánto vale un fanfarron presumido y una falsa apariencia y representación de lo que no es! Y ¡cuántos se engañan con una buena presencia, escogiendo lo peor no más de por la vista! Acuérdomé que un día iba un letrado con su mula y gualdrapa, con un lacayo delante y dos pajes detras, con la gravedad y compostura posible, pero no de la opinion y letras que debiera. Estaban en un portal por donde él pasaba algunos gentiles hombres, tasadores de vidas ajenas y gobernadores de la república, gente libre, que no perdonan á nadie; y mirando al pasajero el uno dellos, dijo á los otros: ¿No veis lo que pasa? ¿Quién dirá que aquello no es verdad? Yo, con ser un zote, habia cobrado con todos nombre de buen estudiante, y como calificaban mis cosas personas graves, cobraba cada día mayor opinion. Tenia ya crédito; presumía, y lo que peor es, sin tener de qué; ya me preciaba de dar consejos á mis amos, reprendiendo sus travesuras, el salir de noche á correr los tostadores de las castañeras, los pasteles, el pan y la fruta, el poco acudir á escuelas, el quedarse en la cama en viendo llover ó nevar, el demasiado juego. Ellos me llamaban el procurador de los embargos; pero yo lloraba con justa razon el tiempo perdido, la hacienda de los pobres padres ausentes, engañados con una loca esperanza de ver á sus hijos medrados en saber, puestos en dignidades y gobiernos; mas acabado el curso, vuélvense como se fuéron, gastado en devaneos el tiempo, consumida la hacienda, y sin letras. Venidos los märtés y sábados, acudian mis estudiantes á la estafeta, recibían las cartas, y encendida una vela, las iban leyendo y quemando hasta llegar á la letra que decia: El arriero lleva dineros, tocino, etc. Entónces era el matar el fuego, guardar las cartas, y esperar por horas el venidero amparo de sus trampas. Consideraba yo qué remedio podría ponerse á la demasiada libertad destos mozos, pues, como libres de la sujecion de los que respetaban, y con dineros, y sin tener quien les fuera á la mano, gastaban á su albedrío, no les bastando para un mes lo que era suficiente para todo un curso. Echaba de ver cuán prudentes eran los que á sus hijos daban lo necesario para su gasto por orden de los pa-

dres de la compañía de Jesus, pues con su cordura y buenos consejos les estorban impertinentes gastos, evitando ocasiones que la demasiada sobra y abundancia les ofrece tan ordinario. Esta era mi continua fatiga: vía que mis estudiantes podían estar descansados y quietos estudiando para remedio de sus viejos padres, que por ventura lo dejaban de comer para que ellos anduviesen lucidos y no con ménos adorno que los que tenían mayores rentas; y obligados con tantos beneficios, de que debían dar gracias á Dios, hacíanlo como tengan el sueño. Hay padres que son causa de la perdicion de sus hijos por las malas costumbres con que los criaron, ciegos con el amor y aficion de hijos, no poniendo freno á sus libertades, dejándolos seguir el camino de los viejos, adonde, como libres, sin órden ni gobierno vienen á perderse, siendo la causa de todo el poco remedio y cuidado que pusieron en su crianza, perdido el respeto que de derecho se les debe á los padres. Bien le echaba de ver un discreto viejo, el cual, como estuviese ya cercano á la muerte, tan cargado de años y enfermedades como de riquezas, estrecho de bolsa y de condicion, enemigo de que su hijo gastase un solo maravedí aun en lo necesario y forzoso que hubiese menester, entrándole á visitar una mañana el mancebo, le preguntó: ¿Como ha pasado vuesamerced la noche? Cómo va de dolores? ¿Ha dormido vuesamerced algo mejor? Mas á su comedia pregunta respondió el anciano: Hame ido, he dormido y estoy como vos me quereis y habeis menester para salir de padre y hacer de las vuestras. Acudian á nuestra posada algunos valentoncillos de lumpa, viva quien vence. Sacaban á rondar á mis llorados andaluces, y como suele decirse, dime con quien andas y decirte he quien eres, á dos dias los ví cargados de broqueles, espadachines de noche y de día, colete de ante, cota hasta la rodilla, mejores para escuela de Marte que para las de Bártulo y Baldo. No habia cuchilladas en que no se hallasen, ni se cometía delito en que no estuviesen. Si se habia de retular, ellos eran los retulantes, los Hércules de los bandos, los Aníbalés de las pendencias; cada día la justicia seglar y eclesiástica en casa, siempre á sombras de tejados, sacándonos para las costas procesales hasta los colchones de la cama. Veisnos aquí sin estudio, sin dineros, y con mala opinion de nuestros naturales: pues ¿qué remedio ha de haber? Irnos á nuestra tierra será pesadumbre para los ancianos padres, dejado aparte que no hay blanca para el camino, y nos será muy mejor que el Señor nos abra los ojos y nos metamos en religion; que con esto tapanémos á todos la boca, viendo tan loable vuelta de una vida tan libre y desalmada. Este fué el paradero de mis amos, temerosos así de la justicia como de sus padres y deudos, y más de sus deudas, porque hasta los manteos tenían empeñados, porque cuanto trujeron lo habian puesto en cobro. Como el otro hijo de un buen hidalgo, á quien enviándole su padre á Salamanca para que estudiase, dándole lo más que pudo para su curso, al salir de casa le dijo: Ya ves, hijo mio, la poca hacienda que tenemos, y que entre tantos hermanos como tienes, no es posible sino que tengas muy poca hacienda de tu parte. Pídoté por el amor que te tengo, ó como padre á quien debes obedecer, que estudies y trabajes como persona que va á Salamanca no á otra cosa, y que

gastes con prudencia lo que fuere necesario. Partiósse el mozo, entró en escuelas, cursó algunos días. Paseando por la ciudad, acertó á ver una negra mujer que le llevó los ojos; dio en festejarla, servirla y pretenderla, gastando en esto más horas y tiempo que en los Baldos; y consumiendo el dinero que había traído para seis meses, afligido por verse sin blanca, escribió á su padre, suplicándole le socorriese con cincuenta ducados, y que no entendiese que había echado á mal lo que le había dado, pues en Dios y en su conciencia que lo había gastado con prudencia: verdad, pues así se llamaba su dama. En efeto, mis licenciados en una de las religiones que mejor les pareció recibieron el hábito; y yo, viéndome huérfano, solo y desamparado, que el Señor no me llevó por ese camino fraileesco, busqué modo de vivir; y viendo que un capitán de infantería levantaba gente para Italia, le fui á hablar para pedirle me llevase en su compañía, prometiéndole de servirle en todo cuanto me mandase. No se hizo mucho de rogar el capitán, y pareciéndole que le estaba á cuenta el recibirme, haciéndome grandes ofertas si con él me iba, me recibió, y yo quedé con él con demasiado contento.

CAPITULO II.

Cuenta la jornada que hizo con el capitán, y los sucesos que tuvo en su compañía.

Alonso. Ya yo entendí, padre mío, que había echado un clavo á la rueda de la fortuna, y que despues de tantos trabajos había aportado al puerto del verdadero sosiego, y cuán engañado estaba mostrómelo bien presto el mal proceder de mi capitán; pero estará vuesa paternidad cansado, y será mejor dejarlo para otro día.

Vicario. No, hermano; que le prometo que gusto de oírle; y pues es temprano, acabe ese discurso; que aun no son las cuatro, y nos falta más de hora y media para tañer á completas.

Alonso. En efeto, el bueno de mi amo hacia de mí más transformaciones que un Ovidio; porque unas veces queria que le sirviese de soldado para las pagas, otras de muchiller para servirle; que, como ya crecido de cuerpo, sabíame aplicar á su gusto y á lo que mayor necesidad tenia de mi persona. Era el buen hombre ancho de conciencia, nada escrupuloso, todo lo remitía á la misericordia de Dios, y nada dejaba para su justicia: de suerte que, con ser yo algo más libre de lo que debiera, podíame dar quince y falta. Llegámos una tarde á un lugarcillo de pocos vecinos, adonde estando alojados los soldados, echaron ojo á unos carneros que pacían en una cerca no muy apartada del pueblo, y llegada la noche, que fué oscura y acomodada á su propósito, cuatro compañeros fueron á visitarlos, trayendo consigo á la vuelta al cuerpo de guardia ocho dellos. Venida la mañana, vino el dueño á quejarse á mi amo con notables extremos por el hurto que le habían hecho, diciendo cómo de diez y siete carneros no le habían dejado más de nueve, y que él sabía que soldados suyos se los habían tomado aquella noche. Mi capitán, muy enojado con el pobre pastor, le dijo: Sois un villano mal nacido, y mentís; que yo no traigo en mi compañía gente dese modo: si mis soldados fueran, no dejaran ninguno, y harta probanza se ha hecho en su favor en lo que habeis dicho; que no son ellos hombres

de tan buen contento, que os dejarán, no digo yo nueve, ni aun uno solo. A este modo iba despachando no pocas quejas que de su gente le traían los huéspedes adonde nos alojaban; y llegando á pedir justicia otro pobre labrador, diciéndole: Señor, tengo en mi casa un huésped tan mal acondicionado y tan terrible, que no le puedo contentar con los regalos que le traigo á la mesa: pídemle imposibles y lo que no se halla en esta tierra; trátame mal y ha puesto en mí las manos: vuesa merced me ampare y remedie estos daños. Oíale el bueno de mi amo, y vuelto para el querellante, que estaba tan lleno de temor como de lágrimas, haciendo burla dél, con una falsa risa le despachó, diciendo: Sois un grosero ignorante. ¿No echais de ver que ese hombre os pide dineros? Dádselos, que con ellos le volveréis pacífico, amoroso y más blando que una cera.

Vicario. No debia de ser cristiano ese hombre.

Alonso. ¡Oh cuántas veces tomábamos boletas para tres, y no era más de uno el que había de ir á la posada, y las demas las íbamos acomodando á veinte y cuatro reales! No había gallina, por voladora que fuese, que pudiese escapar de nuestras manos: de modo que, llegando á una aldea, adonde los alcaldes nos alojaron, un vecino del pueblo que tenia experiencia de nuestro mal trato, puso en cobro aquella noche todas las aves, y en unas tinajas grandes que tenia las fué metiendo, cubriéndolas con estopas y algunas libras de lino: en otra tinaja puso al gallo, disimulándole como á sus mujeres. Llegámos á esta sazón nosotros deshambrios y que no nos hartara con una vaca, y en entrando en su posada, le dimos las buenas noches, que malas fueron para él. Ea, huésped, de cenar; matad unas aves, que nosomos más de cuatro amigos y tres criados, y con seis que se asen y unos torreznos con huevos, y otras zarandajillas que se añadan, pasaremos lo mejor que pudiéremos. De buena gana lo hiciera, respondió el labrador, si en mi casa lo hubiera; pero, señores, desengañense, que estan en la más pobre posada del pueblo: cinco hijos tengo; mi mujer há dos meses que no se levanta de la cama de un mal parto. Nuestra comida ordinaria es un poco de oveja en cecina con unas migas: si esas quieren, sebo hay, aunque con el tiempo estará rancio: vino, no es muy bueno por estar algo vinagre; pero con todo, se podrá beber; que más vale que agua, aunque es poco: otro día habrá más. Mis compañeros empezaron á alborotarse, pidiéndole ave fénix empanada, ó sino, que los guisase los higadillos de sus hijos y las orejas de su mujer; mas yo, que de mi natural condicion era más piadoso y blando, los apaciguaba, diciéndoles que no estábamos en la China, adonde se come carne humana; que se buscasen algunos huevos, que con ellos y sopas enqueso podríamos pasar, pues donde no hay, derecho se pierde. En esta pendencia estábamos, y como ya debia de ser tarde, ó por lo ménos la media noche, reloj certísimo para los gallos, al que estaba escondido en la tinaja le pareció que ya era hora de recordar, y poniéndose en pié, alzó el cuello, meneó las alas, abrió el pico, y diónos señas de que estaba escondido. Yo, que aun me habían quedado algunos lucidos intervalos de las artes, hice aquesta consecuencia: ¿Hay canto de gallo? Luego gallo hay: pues no estará solo; que adonde él está, gallinas suele haber. Con esto uos levantámos los huéspedes de la lumbre, adonde estábamos sentados,

y fuimos en seguimiento y busca del desdichado progenero, al cual sacámos de su tinaja, que, como si él hubiera de hilar, estaba con gran cantidad de lino, y pasándole á cuchillo, fuimos buscando sus concubinas, que del propio modo estaban repartidas, que en todas eran veinte y tres, y cinco gansos, y por la rebeldía fueron todos condenados á muerte, sin admitir apelacion ni ruegos; y aunque á deshora, se pelaron y asaron, llegando con nuestra cena casi al amanecer, con sobrada comida para otros dias; todo á costa de nuestro pobre huésped. No habia echarnos dado falso; todo género de malicia alcanzábamos, aunque una vez me costó bien caro, porque, como un dia nos alojamos en casa de una pobre viuda, lo primero que hicimos fué visitarla el gallinero y aposentillos que tenia la casa, aunque pequeña: dimos la vuelta á los trastos y alhajas; pero tan necesitado debia de ser el dueño, que no hallámos estorbo que nos fuese de provecho, ó ella, esperando los lobos que la venian por convidados, con tiempo lo habia puesto en cobro. Ya empezaba á hacer frio, por estar en los meses de invierno; y echando nuestra cuenta, sacámos en limpio que no era posible sino que nuestra huésped ó tuviese algun tocino ó cecina, de que, á falta de qué comer algunos dias, se remediase con ello. Yo, que de la mala compañía de mis amigos se me habian pegado algunas tretillas, y ya podia ser perro de busca, metí bien la cabeza por la chimenea, y vi en lo alto del humero colgado un entrelomo y algunas morcillas, que aunque muy altas, no las tuve por negocio perdido; ántes en viéndolas pudiera apostar que habian de ser mias. Llegóse la noche, fuimos á dormir (aunque para mí no habia de haber sueño, sino velar, siendo vigilante y cuidadosa centinela); y estando sosegada la gente, dejé mi cama, busqué por la posada una escalera, mas fuéme imposible el hallarla; y así, viendo unos esconces y agujeros por la pared, arrimando unos bancos, fui trepando á lo alto del humero ó cañon de la chimenea hasta llegar junto de mi adobado. Al ruido que truje trasegando por la posada, despertó la viuda, y sospechando lo que podia ser, se levantó medio desnuda de la cama, viniéndose hácia donde yo estaba, maldiciendo á los soldados, y á quien se los habia echado, á los alcaldes y regidores del pueblo que tal consintieron; y escuchábanela yo con más miedo que vergüenza, y por no ser descubierto estaba quedo, esperando se volviese mi gruñidora vieja á su aposento; mas no quiso mi desdichada fortuna que sucediese conforme deseaba; porque, ó que para querer calentar agua para amasar, ó sospechando que yo estaba en lo alto de la pared del cañon, ó por quererlo así mi poca suerte, ella tomó cantidad de paja y leña y encendió una gran lumbre, subiendo al punto el humo á mis narices, y con la repentina llama comencé á sentir demasiado calor: de modo que si más me detengo, saliera abrasado; pero por evitar semejante peligro escogí el menor, teniéndole por más seguro, aunque perdí el premio de mi trabajo; y así, dando una gran voz, diciendo: Allá voy, vieja hechicera, me dejé caer. Al ruido comenzó la viuda á dar voces, no dejando sordo del cielo que no llamase en su ayuda. Pedia socorro á la Santísima Trinidad, á todos sus vecinos llamaba por su nombre que la valiesen, no tardando en venir, con sus muchos gritos, todo un barrio entero, con mis tres compañeros soldados, que yo habia

dejado durmiendo y bien descuidados de mi desgraciado suceso, que sin darles parte yo habia intentado. Halláronme más negro, con el hollin y humo, que un etiope, chamuscado el cabello y cejas, oliendo el vestido á chamusquina de modo que no me podian sufrir. Soseguélos, contándoles mi desgracia y la ocasion de estar de aquella manera. Riéronse mucho á mi costa, contáronse lo mi capitan y á los demas soldados, que no poco solemnizaron la fiesta, trayendo por refran de allí adelante: Decíldle á Alonso que alcance morcillas. Fué Dios servido que quedase bueno, y que con el humo abriese los ojos para echar de ver el mal estado en que estaba; y queriendo suplir los defectos y faltas pasadas, de allí adelante fui siempre el amparo y favorecedor de mis huéspedes, corrigiendo á mis compañeros cuando veia hacer algun agravio á los labradores: poniales delante el gran trabajo que pasaban desde su sementera hasta el coger el trigo; el rigor del erizado invierno, sus insufribles frios, nieves y escarchas; el intolerable calor del sol; su poco regalo, pues contentos con una cabeza de ajos ó cebolla, y cuando mucho, con un poco de cecina mal curada, se ponen á la inelemencia de los cielos, y con su continuo cansancio sustentan al regalado rico, que en su cama blanda se vuelve del otro lado cuando sale él á ver las resplandecientes estrellas. Deciales: Señores, advertid que estos que nos tienen en sus casas no son herejes, ni enemigos de nuestra santa fe católica, sino fieles cristianos viejos, y que la guerra que vamos á hacer no es contra ellos, ni su majestad gusta que de ningun modo se les haga agravio, ántes en su favor con justa razon cada dia promulga pragmáticas y libertades, echando de ver el provecho y utilidad que se saca de su ordinario y continuo trabajo; y estimarlos en poco es contra toda justicia, pues nuestros primeros padres labradores fuéron, y con su continuo trabajo y sudor pasaron los años de su vida cultivando la tierra y descubriendo sus entrañas, obligándola á que les diese algun fruto para su sustento y comida, y que lo que ahora hacen las bestias y brutos del campo algun dia lo hicieron los hombres, juntándose dos dellos y tirando de un arado, hasta que la industria y buen discurso humano halló que los animales podian hacer lo que hacian los hombres, y los excusasen de tan intolerable fatiga. Poniales delante las ofensas de Dios, y la obligacion que tenian á restituir los daños que causaban, y que no cumplan con decir: Comer tengo, en su defensa voy, por mi tendrán hacienda y vida, pues pongo la mia á riesgo para que ellos estén seguros; pues la naturaleza con poco se contenta, y si los dan de comer lo que es suficiente y justo, no pidan gollerías, y si los defienden, no los destruyan y acaben, procurando asolar su hacienda y beber su sangre: demas que no se cumple con decir: No lo tengo para restituir lo que hurté; pues ya que no lo hay para volverlo, penar lo tiene y pagarlo, ó que en este mundo ó que en el otro. Contábales lo que vi á un buen labrador arrojando la semilla de trigo; decia á voces: Una para Dios, otra para nos y ciento para los soldados; y así sucede muchas veces, que el pobre no se atreve á remediar de pan, y por tener contento al soldado y que no le maltrate no sabe regalos que hacerle. Estas y otras cosas les amonestaba á mis compañeros, y mejor tengan ellos el sueño que lo hacian; y aun me atreví á decírselas al capitan, que no

le eran de mucho gusto, por parecerle que era atrevimiento un mozo particular dar consejo á quien no me lo pedía; y pluguiera á Dios él le tomara; que yo aseguro que no le sucediera la desdicha que por él vino, y fué que, llegando á un lugar de Castilla la Vieja, nos alojaron los alcaides adonde no nos hicieron aquel agasajo ni trataron con el amor y regalo que mi capitán y soldados quisieran; y como de su condicion eran soberbios, y venían mal acostumbrados de los alojamientos pasados, desmandáronse un poco, tratando muy mal á los alcaides y regidores del pueblo. Los vecinos, que vieron lo que pasaba, apellidaron libertad y favor de las demas aldeas; tocaron la campana, á cuyo sonido, como enjambres de abejas, acudieron innumerables labradores, que los más viejos no llegaban á veinte y seis años, gentiles mozos y robustos: cuál con honda, cuál con chuzo, y otros cargados de piedras, empezaron á disparar sobre nosotros tan espeso granizo, que en poco rato no quedó soldado que no pusiese piés en polvorosa, y muchos dellos mal heridos. Fuéron siguiendo su alcance aquella gente indómita; y viendo tan gran rebelión mi desgraciado capitán, recogiendo sus soldados, quería darles alguna satisfacion y sosegarlos, para cuyo efeto haciendo algunas señales al campo contrario con un pañuelo blanco, comenzó á allegarse á ellos. Poco sabían de guerra los alcaides, que viendo venir su mortal enemigo, como rabiosos perros arremetieron para él con chuzos y alijadas, y derribándole en tierra, la menor tajada vino á ser la oreja: de modo que el pobre caballero hubo de acabar miserablemente á manos de su soberbia, pues no poniendo nada de su casa, costándole tan poco de hablar bien, pudiera estorbar tantos desasosiegos y pesadumbres, tantos gastos y asolamientos de casas y haciendas; causado todo por no haber querido darme crédito, y tener en poco los consejos que cada dia le daba.

Vicario. ¿Y en qué paró el negocio?

Alonso. Muerto el capitán, los soldados desmayaron, huyendo cada uno á más correr, procurando poner en salvo la vida de los que ya nos venían á los alcances, como hombres perdidos y rematados, que á veces decían: No quede ninguno; mueran, mueran; que tanto han de costar todos como el muerto. Bien pudiéramos, aunque más temerosos estábamos, resistir á los que iban en nuestro seguimiento, con seis arcabuces que habia entre nosotros; pero sucediónos la más notable travesura que se puede imaginar (si es lícito llamarla así), habiendo sido gran atrevimiento y desvergüenza de los que tal hicieron. Y fué que una noche (como soñáramos otras) entrámonos en una cerca de un labrador, huseando alguna ropa blanca ó sayas que suelen tender de dia y dejarlas hasta que se enjuguen, que no reparámonos mucho en ello, pues mojadas ó como estuvieran las aplicáramos á nuevo poseedor y dueño. Fuimos buscando de una parte á otra, y no hallámos cosa alguna en que poder pecar; y por habernos quitado la ocasión de entre los manos, tentámos las puertas circunvecinas; pero estaban tan atrancadas y fuertes, que no nos fué posible derribar ninguna, aunque más diligencia pusimos en ello. Echando de ver nuestra poca ventura y la mucha de nuestros descuidados y dormidos dueños, y apesarados del mal lance, mirámos á un esconce del cercado, y hallámos ocho colmenas arrima-

das á una pared; y para no volvernos á la posada sin alguna presa y tan sin algo como habíamos venido, convidados de la mucha claridad de la luna, semejante en su luz á la del dia, una á una les quitámos sus cubiertas con mucha facilidad, por ser invierno y estar las abejas como entorpecidas con la demasiada frialdad; que á ser verano ellas servirían de nuestro alguacil. Fuimos sacando de cada corcho los panales que mejor nos parecían, echándolos en algunos lienzo, y por no perder nada, vaciando la pólvora de los frascos, los hinchimos de miel, deseando tener alguna cosa con que desayunarnos: negro licor y golosina cara, pues cuando tuvimos necesidad de defensa, nos faltó munición con que poder dar fuego. Al fin, escogimos por más seguro el correr por aquellos pinares que aguardar á enemigos, que rogándonos más se embravecen, y determinados, rompen montes de dificultades.

Vicario. ¿Es posible que tan mal término tengan los soldados con los labradores?

Alonso. No se entiende, padre, que todos han de tener un mismo proceder, una mala correspondencia y un mal trato para sus huéspedes; que como hay hijos de muchos padres, así tambien son diversos en condicion, en costumbres y naturaleza: de buenos y de malos se compone una república; y en el más cultivado jardín, si nacen apacibles y olorosas flores, á veces tambien nace la malva y la vengativa ortiga; sino que es el trabajo que por un malo pierden muchos que verdaderamente son virtuosos, justos y buenos; y despues que yo salí de la soldadesca he conocido de todo género de gente, á unos que su buen trato obligaba á darles la sangre, y á otros que sacársela parecia ser obra de caridad; á lo ménos fuera quitar un escándalo de la república y un estorbo de la paz y quietud de los pueblos adonde habitaban. De ejemplo podria servir lo que nos sucedió un dia que llegámos á un lugar de los más ricos de la Andalucía, y á la fama de estar tan sobrados los labradores, era poco para mis compañeros prometerse montes de oro; y no se contentaron los mochileros con sombrero, medias y zapatos, despues de haberse satisfecho regaladamente los estómagos. Alojáronnos á mí y á otros tres soldados en la casa de una recién desposada, moza de buen parecer, aseada, rica y huérfana. Llegada la hora del comer, puso la huésped la mesa con mucha limpieza, y con tanta curiosidad y aseó como si ella nos hubiera convidado ó nos hubiera traído á la posada con muchos ruegos. Miró uno de mis amigos lo que habia traído, y llamando á la mujer con mucha ira, la dijo: Villana mal nacida, ¿esta es mesa para soldados? Si cojo un garrote, yo os enseñaré cómo habeis de tratar á los hombres de bien como nosotros. ¿Pues qué les falta á vuestras mercedes? replicó la labradora: manteles he puesto limpios, servilletas cogidas, pan, euchillos y salero: lo asado y cocido luego vendrá; que vá lo sacan. Sois una descomieda grosera, respondió mi amigo, y si me levanto, yo os enseñaré lo que no sabeis. Lo primero que habiades de hacer, en tendiendo los manteles, era poner á cada uno un doblon, ó por lo ménos un real de á ocho en cada comida que nos diéredes, y con esto no os dirán nada; que este era el principio para entrar con buen pié. Alborotóse la desposadilla, y al ruido acertó á llegar el novio con otros cuatro deudos suyos, mozos robustos,

fuertes y de pocos años; y tomando la demanda por la mozueta, fué ventura y misericordia de Dios no quedar allí todos perdidos: de modo que en lugar de defendernos, tuvimos necesidad, para que nos dejaran, de apaciguarlos, echándonos á amor de cabildo.

Vicario. Muy bien es que en las casas ajenas sean los hombres comedidos; y no me espanto que una sinrazon haga perder á un hombre la paciencia. Y en efeto, hermano, ¿en qué vinieron á parar luego que murió su capitan, y ellos fueron huyendo?

Alonso. Cada uno, padre, tiró por su parte, sin aguardarnos los unos á los otros, y yo por la mia vine á dar á una villa diez leguas del lugar adonde nos sucedió la desgracia, y andúvelas en ménos de ocho horas; adonde podrá vuesa paternidad colegir cuánto puede el temor, pues no hay posta que así corra. Tenia yo que andar aquel camino otro tiempo en dos dias, y aun no pudiera, segun era delicado y espacioso, y sin causarme y con ánimo de andar otro tanto en tan breves horas le anduve entónces. Nunca habia dejado mi media sotanilla, ferreruelo largo y cuello bajo, hábito decente, más propio de estudiante que de soldado; y así, con algun disimulo, por si acaso venian tras mí, pues aun no estaba seguro, di una vuelta por el pueblo, y fuíme á la iglesia, adonde hice una devota y larga oracion á Dios, suplicándole me librase de tantos peligros como me amenazaban; y en verme tan devoto y afligido, le dió deseo al sacristan de saber quién yo era y lo que pretendia; y llegándose á mí, me preguntó cuál fuese la causa de mi melancolía, de adónde era, qué buscaba y si habia menester alguna cosa que él pudiese hacer por mí. Visto su buen término, le di las gracias, diciéndole cómo buscaba adonde acomodarme por algun tiempo y miéntras mis deudos me favorecian para pasar mis estudios el venidero curso, pues ya era tarde para poderle ganar aquel año. A buen tiempo habeis venido, me dijo el sacristan, porque habrá ocho dias que se me fué de casa un mozueto que yo habia criado, y en su lugar, si es que gustais, podeis entrar vos; que en lo que toca á trataros bien, pagándoos lo que se concertare, correrá por mi cuenta; y sé que no os quejaréis de mí: solo reparo en si teneis alguna persona en esta villa que os acredite y conozca, para que yo os pueda fiar el tesoro y riqueza desta santa iglesia, con lo poco que veréis en mi posada. Eso, señor, respondí, de pedirme fiador será imposible, porque mis padres fuéron de muy léjos desta tierra, y no sé que haya persona que me conozca: á mis obras me remito, á quien doy por abono del buen servicio que prometo haceros, y no os pesará de haberme recibido. Ahora bien, en el nombre de Dios yo quiero meteros en mi casa, dijo el buen hombre: en buen pié vais, y encomendáos al Señor, y tocad á la plegaria; que pues son las doce, ya es hora de comer si nos lo quiere dar nuestra huésped.

Y pues ya tambien es hora de recogernos, si fuera gusto de vuesa paternidad, pues estamos léjos de nuestro convento, y el sol va ya algo de caida, nos podemos ir acercando más hácia casa; que vuesa paternidad anda algo enfermo, y el sereno de la noche no le puede hacer ningun provecho: dejado aparte que el rocío que cae á estos tiempos hace notable daño á la cabeza.

Vicario. Bien dice, hermano; vuelva la hoja, y

tenga memoria adonde lo dejamos, porque no se pierda punto de nuestro cuento.

Alonso. Vuesa paternidad descuide; que interes mio es acertar á servirle.

CAPITULO III.

Entra Alonso en casa del sacristan, y cuenta al vicario lo que le sucedió con él en la iglesia y en lo tocante al servicio del templo.

Vicario. Bien me acuerdo, hermano, que quedámos anoche en la casa del sacristan, y que ya era hora de comer, cuando ningun mozo suele faltar de la posada. Ahora proseguid con vuestro discurso; que por lo que me da de contento, me obliga á que os esté con mucha atencion.

Alonso. Nunca tuve amo á quien sirviese con mayor voluntad y cuidado, y á no ser él tan áspero conmigo, verdaderamente, padre, jamas le dejara; pero como yo de cuando en cuando le decia algunas cosas que él no quisiera oir, enojábaseme más de lo que fuera justo, queriendo andar conmigo como con el adelantado, jugando puño en rostro; que en efeto, aunque sean verdades las que se dicen, siempre traen consigo algun mal sabor y desabrimiento. Madrugaba los dias de fiesta ántes que amaneciese, á tañer al alba, y con las campanas mudaba de sonos, de modo que se podía danzar cuando yo tañia, como si fuera mi són el de la más templada campana ó vihuela: tenia fama en el lugar de buen músico campanil, y aun por esto me iba aborreciendo el negro de mi amo; que en efeto la envidia hasta en el pecho de un sacristan halla asiento y morada. Cantábamos los dos á coros los *Kyries*, la *Gloria* y *Credo* con tanta suavidad como unos gansos, pues que si mi dueño daba en hacer de garganta, podía gastar media hora cada paso, y como siempre andaba acatarrado y ronco, sonaba como una noria; no digo de la mia desabrida y áspera, pues basta para disculparme el conocer mi falta y confesarla yo por mi boca. Decíale muchas veces no cantase el *Laudate Dominum* ni la *Magnificat anima mea*, pues tales cantos para dar gusto á quien los oye, hanse de dejar para aquellos á quien repartió el cielo con mano liberal sus gracias y dones. Enojábase mi sacristan en ver que yo le iba siempre contra su inclinacion, y por quitarme de pesadumbres dejábale cantar dias y noches á costa de los pobres que forzosamente le habian de estar oyendo. Enfadábame de ver el modo que tenia de andar por la iglesia, el poco respeto á los altares y á las sagradas imágenes, y más pasando por delante del altar mayor, adonde estaba el verdadero cuerpo de Cristo nuestro Señor. Llaméle un dia que le vi de buen humor, y díjele: Entró en una iglesia, digamos coma esta que tenemos, por sacristan della un mozueto de mi traza, y como nuevo, ejercitábase en todo género de curiosidad y limpieza, así para el servicio del altar como de su sacristía: andaba por el templo con todo recato y reverencia; en llegando á alguna imagen de Cristo nuestro Señor, de la sagrada Virgen, ó que fuese de algun santo, limpiábale, haciendo su humillacion y acatamiento con una profunda humildad y devocion: deuda debida á su grandeza. Acabóse el año de noviciado, y creciendo así en humor como en presuncion, no se curaba de medir los pasos poco á poco,

y para danzante no era de provecho, pues no sabía con qué modestia había de andar por la casa de Dios. Corría de una parte á otra del altar, y tal vez hubo que se llevó de un paso cuatro escalones. Sacudiendo el polvo de los santos, llegaba al rostro y barba sin género de comedimiento ni respeto; y si ponía las frontaleras, sábanas ó palia, si ántes iba como á nivel, ya andaba todo como de prestado, caído de un lado, tuerto del otro, arrastrando, sin guardar proporcion ni órden en la compostura y adorno. Reíame de puro enfadado de su mal modo de proceder; decíasele para que se enmendase y corrigiese; pero dábame por disculpa ser ya sacristán antiguo, y como muy de casa, no reparar en niñerías ni hacer caudal de aquello en que cuando era moderado y nuevo reparaba. A tan disparatada respuesta le repliqué, diciendo: Hermano mío, los muy antiguos y privados de los reyes, que están en su servicio, de ninguna suerte les han de perder ni pierden el respeto que con justo título se debe á su grandeza y majestad, ni por antigüedad que tengan en palacio se conoce en ellos desenvoltura ni acción que contradiga al respeto debido á la real presencia. Pues si en los príncipes de la tierra hay este miramiento y cortesía, ¿cuál será el que debe tener un gusanillo como vos, ó por mejor decir, una nada, con el que es la cifra de la grandeza y máquina de la tierra y cielos? Aplicación, señor sacristán: usted anda de suerte algunas veces por la iglesia, que más parece correo de á las quince, que persona que está en servicio de Dios y su culto divino. Veo tratar las cosas sagradas no con el miramiento que se debe, pues en verdad que me acuerdo haber leído que castigó Dios al sacerdote Heli porque sus hijos sacaban la carne que se cocía para los sacrificios; y á Oza, que fué á tener el arca que se iba á caer, mató repentinamente. Estas razones tomábales mi señor unas veces con paciencia, otras con enojo, y vuelto para mí con mucha cólera, me decía: Mancebito predicador, yo no os pido consejos, ni vos sois persona para darlos. Idos á pasear, y si no estais contento, mudad de posada y no os enfadarán tanto mis cosas. Por quitarme de pleitos, dejábale sin volverle respuesta; que verdaderamente es cordura en viendo á uno enojado no darle más ocasion con réplicas, pues con esto se atajan muchas pesadumbres. Ibame á mi iglesia, y allí no me faltaban cuando hallaba algunas reverendas viudas con tanto entretenimiento y plática como si estuvieran en su casa ó en su estrado. Muy de propósito con sus visitas, como yo había menester poco, llegábame á ellas y decíales: Señoras mías, adviertan que dice Dios por su profeta que su templo es casa de oración, y no de conversacion, y que el venerable Beda enseña que el que habla en la iglesia no habla él, sino el diablo en él. Y para que lo entiendan les quiero contar lo que le sucedió al gran padre San Benito, el cual, como una vez estuviese en oración en el coro, alzando los ojos, vió sentado en una cabeza del madero que salía de la pared del templo un espantoso y feo demonio: reparó en lo que se ocupaba, y vió que muy apriesa estaba escribiendo en un pergamino lo que hablaban dos viejecuelas que estaban sentadas por bajo de donde él estaba, y dábanse tanta priesa en su plática, que aunque el escribano no lo hacia mal ni era perezoso ni escribía por hojas, me-

tiendo la más letra que podía, alargando renglones y usando de abreviaturas, vinole á faltar en qué escribir, y enojado con el poco recado que había traído, asíó con los dientes del pergamino para estirarle y que diese de sí; pero como tenía colmillos agudos, tirando con mucha fuerza, rompióse el pergamino y él se dió una gran calabazada en una esquina de la pared, que no fué de poca risa para el glorioso abad: los monjes, viendo aquella no usada descompostura en su prelado, deseosos de saber la causa, se la preguntaron, y el santo les respondió cómo por ver descalabrar al demonio había sido su risa de aquel modo. Bajó al cuerpo de la iglesia, reprendió á las buenas viejas por lo mucho que habían hablado, dando ocasion al enemigo del linaje humano para que de todo cuanto entre las dos habían comunicado el acusador suyo lo tuviese puesto por memoria para el día del juicio, adonde ni una sola palabra se les perdonaría. No se recibió mi cuento de buena gana; ántes llamándome procurador de los embargos, me hicieron que lo dejase á mal de mi grado; pero lo que más me hacía perder la paciencia era el ver que hubiese atrevimiento en algunas personas para hacer sus conciertos y tratos ilícitos en la casa y templo de Dios. Acordábame del que edificó aquel tan rico como prudente y sabio rey al modelo y traza del Señor, figura y sombra del que ahora tenemos, mandándole que le labrase costosa y ricamente con un soberano artificio, que sus paredes fuesen todas aforradas con planchas de lucido y finísimo oro, y que todo el tejado y chapitel suyo estuviesen llenos de levantados, juntos y agudos asadores del mismo metal, de suerte que ninguna ave se pudiese sentar en él; y si acaso descorresamente no respelase el lugar sagrado, como sin razon ni entendimiento, de ninguna manera aquello había de ser ni permitir sino de vuelo, no deteniéndose en lugar adonde tanta limpieza y adorno se pedía. Pues si aun los pensamientos inevitables que tocan á la ofensa del Señor no es justo que los tengan los hombres, y si acaso les vienen, sin darles posada ni asiento alguno los han de dar de mano, ¿con cuánta más razon á las palabras y obras ilícitas? Quisiera yo que se usara en los templos lo que se acostumbra cuando riñen dos personas: tienen palabras, hanse injuriado, hay mucha gente de por medio que no los deja llegar á las manos, están coléricos, dan algunas voces, disimulan por entónces, y fian su pendencia para otra parte. Enojár á Dios y ofenderle de cualquiera suerte, siempre es malo, y como fuere la ofensa será el pecado; pero circunstancias hay que agravan más la culpa y merecen más pena; y razon fuera, no á los ojos de Dios ni en su casa, ya que el mal ha de ser, sino en diferentes lugares solos y apartados, tratar de semejantes conciertos, si algunos se tratan. Acuérdomme del modo con que la gentilidad entraba en el templo de sus ídolos, y aun dicen que los moros guardan hasta ahora inviolablemente en algunas partes aquella ceremonia, y es que cuando entran en sus mezquitas ó casas de oración, dejan á la puerta los zapatos, entrando descalzos á pedir á sus dioses los favorezcan y los amparen. Había de llegarse Moisés á ver aquel maravilloso cuanto prodigioso milagro de la zarza que se ardia y no se quemaba, y mandándole que se descalce y vaya con respeto, porque está allí Dios; y acá en nuestra igle-

sia, que sabemos que está allí por presencia, asistencia y potencia, real y verdaderamente, no sé cómo vamos, y ya que calzados y poco advertidos, no con el miramiento y respeto que se debe. Una persona curiosa y devota para cierta fiesta pintó un ingenioso y vistoso geroglífico sacado de lo que enseña Plinio en su Natural Historia, y fué que pintó un dragon á una parte, y puesto de rodillas ante él á un hombre las manos juntas y los piés descalzos, los ojos en él con mucha devoción. En otra parte pintó una cruz y á otro hombre bien aderezado y compuesto, su rosario en la mano, hincada en tierra una rodilla como cazador, vuelto el rostro como que hablaba con otro ó que miraba á los que venían : tenían los dos rezadores su título. El del gentil decia : *Gentil*; y el del cristiano decia : *Cristiano*; y abajo estaban escritos estos versos, que decían así :

Quizá viendo la figura
De los dos que ves rezar,
Podriase bien dudar
Si fué yerro de pintura.

Mas puse el letrero llano
Por no responder á mil
Si el cristiano era gentil,
O el gentil era cristiano.

Al que en el palacio real inconsideradamente echó mano á la espada tiene por pena el cortársela, por no haber respetado el lugar, que con tanta razón se le debe todo miramiento y respeto. Pues ¿qué castigo merecerá el que donde asiste y está verdaderamente con el mismo poder y majestad que en el cielo, atrevidamente se arroja á lo que delante de un hombre particular no se atreviera, ni aun lo intentara? Pena de muerte puso por castigo la Pragmática real contra los agresores de la casa del Rey, y pena de muerte también puso el Eclesiástico, cap. 38, para aquellos que ofenden á Dios en su casa, diciendo : « El que peca en la presencia de aquel que le hizo, cae en las manos del médico, pone lo por venir por presente, porque para Dios todo es de una manera, lo que es y lo que ha de ser. » Y dice el Sabio : « El que no guarda respeto á la presencia de su Dios y á su casa caerá en las manos del médico, y ya que le conozca la enfermedad, no le curará, porque ha de tener al Señor por su contrario, de adonde procede toda salud y remedio; y cuando no, hará que le yerren la cura, para que no se libre de la enfermedad que le causó su culpa y pecado. » Entre las atrevidas refriegas que el demonio, enemigo nuestro, tuvo con el Salvador del mundo, Cristo nuestro bien, la segunda fué en aquel famoso templo de Salomón, pidiéndole que si era hijo de Dios, se arrojase de lo alto del pináculo ó el apitel, que cierto estaba que no se haría mal ninguno : cosa maravillosa que le llevase á lugar sagrado, pudiéndole llevar á otra torre de las muchas que tenía la ciudad santa de Jerusalem; mas no sin causa, pues era aquel lugar dedicado á Dios, y en él buscaba alguna ofensa contra su majestad. Bien consideraba esto un santo prelado de nuestros tiempos, el cual puso excomunion en que luego incurriesen los que hablasen cosas ilícitas, hiciesen señas ó provocasen á las mujeres que estaban en los lugares y templos sagrados á algún género de deshonestidad y desenvoltura : asimismo quitó el representar comedias profanas y lascivas en las iglesias : hecho por cierto muy justo, y mandamiento con mucha razón ordenado, digno de su prudencia, cristiandad y cordura. No menor era la pena que me afligia en ver la costumbre que tienen algunos gentiles hombres de ponerse á las

puertas de los templos, para ver y juzgar las damas que entran ó salen, hechos aranceles ó aduanas de la buena ó mala compostura, hermosura ó fealdad de las señoras de la parroquia : bien diferente modo y trato del que se guardaba en aquella república de los hebreos, pues en los actos públicos y juntas que tenían, por una parte iban las mujeres y por otra los hombres, y volvían ellos y ellas á sus casas sin verse ni hablarse; que esta fué la ocasión de haberse perdido Cristo, Señor nuestro, en su sagrada niñez, porque la Madre, Señora nuestra, entendía que había ido con su sagrado Esposo, y el santo José imaginaba que á su sagrado niño Jesus, como á criatura, la santísima María, su esposa, le había llevado consigo. Volvieron á casa los celestiales Esposos, y halláronse sin él y sin culpa de su dolorosa falta. Los que han de estar á las puertas de las iglesias, con justa razón y título han de ser, no los gentiles hombres y galanes, sino los pobres y necesitados que piden limosna, faltos de salud, desamparados de todos, para que en entrando á pedir mercedes al Rey del cielo, entren primero por la limosna y caridad; porque cuadra muy bien, y es maravilloso modo de obligar al Señor para alcanzar de su majestad lo que se le pide, limosna y oración. El andar los pobres y ciegos en las iglesias y dentro de ellas pidiendo, enfadábame, y estorbaba cuanto podía aquella mala costumbre, diciéndoles que á la puerta del templo se podían salir á pedir, pues andar de persona en persona verdaderamente no sirve sino de estorbar á los que están encomendándose á Dios; y ser justo lo que les anonestaba parece que lo decia aquella antigua costumbre de los romanos, los cuales á las puertas de sus iglesias y templos mandaban se pusiesen los pobres, y que allí pidiesen limosna, no adentro, porque no fuesen estorbo á los que estaban adorando sus fingidos y falsos dioses, como consta de los Actos de los sagrados Apóstoles; porque como un día entrasen en un templo de la gentilidad en Roma los gloriosos santos san Juan evangelista y san Bernabé, al entrar por las puertas comenzaron los pobres enfermos á pedirles que les socorriesen, dándoles alguna limosna con que remediar su trabajo y necesidad. Los santos apóstoles, mirándoles, dijeron : Hermanos, nosotros somos también pobres como vosotros : oro ni plata no lo tenemos ni acostumbramos á traerlo, pero lo que os podemos dar, eso os daremos de buena gana. Levantáos y recibid la sanidad que deseáis en el nombre de Jesucristo, Señor nuestro y verdadero Dios : milagrosa palabra y virtud divina, que así al punto pudo hacer tanto bien á los que tan necesitados estaban de remedio, dejándolos con entera salud, así del cuerpo como del alma, pues cierto habían de reconocer la merced que se les había hecho, y confesar ser falsos los dioses que adoraban, y el verdadero y cierto el que predicaban los santos apóstoles : así que su lugar de los pobres derechamente es el estar en los portales de las iglesias, que así lo acostumbraban también en aquella república hebrea, donde en los portales del templo estaban á recibir limosna innumerables necesitados enfermos; y de razón también á las puertas habían de estar los ciegos rezadores, para que con sus voces no divirtiesen á los que van á encomendarse al Señor. Y aun esto y lo otro sufriera de buena voluntad y con sobrada paciencia; pero ha llegado ya la desdicha á tanto, y por nuestros pecados la libertad de los homi-

bres está tan en su punto, que ya en las iglesias, ermitas y templos no hay cosa segura, no hay cáliz, candelero, cruz, frontal, frontalerá ó sábana, que si se descuida el sacristán, no se hurte: pues ¿qué si hay alguna fiesta, y se aderezan las paredes y cuelgan sedas? Ahí es ello, el echar sus trazas, el desear que anochezca para coger la lámpara, tafetan ó damasco ó cuadro que se colgó algo bajo, ó por lo ménos ya que no se puede descolgar, sacar un giron, y aproveche lo que aprovechar, que será para ligas.

Vicario. Notable maldad y atrevimiento, hurto y sacrilegio; que de cometer semejante pecado habian de temblar los hombres, y por más necesidad que tuviesen, ántes coser su boca con la pared, y perecer de hambre que intentarle, cuanto más ponerlo por obra.

Alonso. Bien echo yo de ver, padre mio, que estas cosas y otras semejantes no las hacen gente de bien ni honrada, sino desalmada, ruin, y personas que no les falta mas que morirse para irse sin réplica á los calabozos y cárceles del infierno; pero la lástima no es sino que sean cristianos (si lo son), y que haya habido algunos tan desalmados, que llegue á tanto el atrevimiento y desvergüenza, que á la misma reina de los cielos y tierra, de su sacrosanta cabeza la hayan quitado la corona, joyas, sartas y vestidos, y que lo que no se atrevieran á hacer los mismos demonios, haya manos sacrilegas que lo intenten; y que hayamos visto en nuestros dias hurtar de la iglesia los vasos de plata donde se guarda el santo óleo y crisma, y que forzosamente se habia de echar á mal, con tan poca reverencia y desacato, que si las cosas anduvieran como habian de andar, cada uno de los fieles habia de ser guarda del templo, procurando su ornato, adorno y limpieza, sin haber más sacristán que los de la parroquia; y el cerrarse no se habia de hacer sino por la decencia, no por temor que en él se cometiesen hurtos ni sacrilegios. Todas estas cosas, padre, se las decia á mi amo con ansia y lástima de mi corazón; y él mirábame, y muerto de risa, me respondia: Hijo Alonso, presto os llevarémos al hospital de podridos; por vida vuestra que mudeis hoja y no os metais en gobernar el pueblo; que no es dado á vos, ni yo he menester criado que me enseñe, sino que haga lo que yo le mandare: ya teneis cuerpo y años para aprender oficio; dos meses há que estáis en mi casa; veis aquí lo que os debo; idos con Dios, que no os he menester. No poco enfadado quedé con el mal término de mi sacristán; pero eché de ver que no podía hacer otra cosa, ni que habia de aprovechar el replicarle: le respondí que de muy buena gana dejaria su posada; y así, dándome mi amo catorce reales, porque siete ganaba cada mes, alabando á Dios de verme con algun dinero para poder caminar, salí del pueblo un viérnes de mañana, y tomé el camino de Toledo. Pero pues ya se va á poner el sol, y es justo vuesa paternidad se recoja, dejémoslo ahora; que ahí nos queda otro dia en que podamos proseguir con nuestro discurso, pues todo este tiempo es el que nos da la orden para que tengamos alguna recreacion.

CAPITULO IV.

Cuenta Alonso cómo llegó á Toledo y entró á servir á un gentil hombre recién casado, y lo que le sucedió.

Alonso. Quedámos ayer, padre vicario, en el camino de Toledo, ciudad de las más famosas de España,

cabeza del reino, ilustre y rica, adonde llegué con los trabajos y penas que no podré encarecer ni contar á vuesa paternidad. Era tiempo de invierno; habíanse hecho á una las cataratas del cielo con las nubes; habia entrado el sol en el signo Acuario, y así, venia agua á la tierra, que era una bendición de verla caer. La tierra mostraba campanillas; á cada paso sacaba á luz el arco del Apóstol vestido de maravillosos colores, verdadera señal de la tormenta que nos seguia, y á mí principalmente, porque iba á pié con tanto lodo y tan mojado, que no podía dar paso adelante. Deparóme Dios, para alivio de mis trabajos, un carro de mulas de los manchegos, que en ser grandes y bien aderezados, pueden llevar una casa. Enfadado ya de andar dos veces el camino con cada pié, volviendo atras cuanto echaba adelante, agua arriba y agua abajo, pues las nubes se me habian conjurado, y la tierra era un mar, segun los arroyos cruzaban de una parte á otra, acordábame de aquel decir de los poetas, encareciendo el modo del correr de las fuentes y arroyuelos: muchas veces los llaman sierpes de cristal; mas para mi eran venenosos dragones, y no fingidos, pues así martirizaban mis carnes. Cansado de tantas cuitas, sin poder dar paso, aborreciendo el poco dinero que llevaba, me llegué al carretero, que sobre el yugo iba picando á las mulas, con deseo de llegar presto al parador del pueblo, que ya estaba cerca; á quien con humildes y amorosas razones le dije: Suplico á vuesa merced, señor hidalgo, porque voy con poca salud y muy cansado del trabajo de dos dias que há que camino, se sirva por mi dinero de llevarme hasta Ocaña, pues, segun veo, vuesa merced camina hácia allá; que en hacerlo recibiré merced, y no perderá nada en favorecerme. Oyóme el manchego, y aunque se hizo de rogar un poco, con todo eso, viendo al ojo el interes y premio, tan poderoso para todos, me respondió que subiese enhorabuena en el carro; y dándome la mano, tomé la posesion que deseaba, aunque fué por poco tiempo, porque aquella tierra de la Mancha, en lloviendo mucho parece de suerte tan pegajosa y blanda, que no es posible dar un paso á pié, y á caballo aun es peor, por los atoladeros que se hacen, con ser, como es aquella tierra, de su naturaleza enjuta y seca. Bien se echaba de ver en mi carro, pues el carril estaba tan abierto, que se cubria en él todo el cubo, y cada momento era menester apearne, vocear y animar las mulas, yo con gritos y mi compañero con votos y juramentos: renegaba de los pechos de su madre y de la leche que habia mamado; su padre no mon-daba nisperos, ni aun se echaba ménos la soldadesca; que en buena mano estaba, aunque yo le iba bien á la mano, si es que se puede corregir una mala costumbre. Suélese traer por dicho comun, para encarecer el mal término que alguno tiene en jurar, Fulano jura como un carretero, y el mio no degeneraba del oficio, ántes pudiera dar quince y falta al más desalmado desuel-lacaras. Sabe Dios con el miedo y pena que yo estaba, considerando el castigo que Dios suele hacer en los juradores blasfemos, y que no me llevase á mí de calles, pues en cualquier borrasca el que mejor libra tiene qué contar toda la vida. No le quedó vará á mi Boótes terrestre que no la hiciese pedazos en las orejas de las desdichadas mulas, y compadecido yo del mal tratamiento, le pregunté, que no debiera: Dígame, señor, ¿el

carro y las mulas son de vuesamerced? ¿Eso pregunta? me respondió; pese á mi ánima, si mías fueran, ya las hubiera quemado. No son sino de un ladrón hereje de mi amo, que para que me vaya al infierno me tiene en su casa. Bien se echa de ver, le dije; en verdad que un ciego lo viera y un mudo lo hablara. ¿Pues qué le parece, reniego de quien le parió, replicó el enojado carretero, que por el cielo de Dios que estoy para hacer del carro, de las mulas y dél un disparate, y que no ha de subir más á él aunque reviente? Como fuere servido lo hará vuesamerced, le respondí, por verle ya tan borracho de cólera como lo debía de estar de vino, y era cierto desfogar conmigo su enojo, como si yo hubiera llovido, liciera los lodos y atascara las ruedas; pero debíase de decir pormí: Por culpa de la bestia mataron al obispo. A buen partido lo tuve el irme á pié, pues en subir y bajar del carro se me había de ir la tarde, saliendo, como salían á cada paso, tantos atoladeros. Ahorréme de gasto, guardé mi dinero, aunque era poco lo que me había quedado, y animándome lo mejor que pude, llegué á Toledo: no vengan trabajos por un hombre como se pasan. Sentencia es de las madres viejas que buen corazón quebranta mala ventura. En mí se pudo verificar, pues pareciéndome imposible poder acabar mi jornada, con el cansancio y fatiga que llevaba, al cabo vine á salir con mi intento y á verme libre de tanto lodazal y atoladero. ¡Qué de veces que me acordé de aquellas palabras de Cristo Señor nuestro, que, enojado con aquellos ingratos y desconocidos de su pueblo, previniéndolos de los trabajos y miserias en que se habían de ver, les dice: Rogad al Señor que vuestra huida no sea en sábado ni en invierno; y da la razón el sagrado texto, diciendo: Porque en invierno son muchas las aguas, y los caminos no están acomodados para poder huir; y en el sábado, por ser día de fiesta para los hebreos, era vedado el poder caminar, sino señaladamente tanta distancia de pasos. Llegué á Toledo un lunes de mañana, alegre de verme en aquella imperial y noble ciudad: consideré su maravilloso sitio y fuerte muralla, su admirable alcázar, su rica iglesia mayor, maravillosa y nombrada en el mundo por tantos y tan grandiosos títulos como tiene. Entré en la plaza de Zocodover, teatro un tiempo de galanes andaluces, descendientes de Agar, y ya por la misericordia de Dios de fieles cristianos. Anduve de una calle en otra embelesado, mirando la riqueza de los mercaderes, sus grandiosas tiendas, su proceder y trato tan honrado y noble. Mirábanme algunos, considerando en mí la atención con que notaba todas aquellas cosas; y entre los que pusieron en mí los ojos, fué un gentil hombre, bien aderezado al uso de ahora, cuello azulado y abierto, calza entera de obra, sombrero con plumas, espada dorada, ferriuelo aforrado en felpa, guante de ámbar, y al cuello una vuelta de cadena de oro de moderado peso; el cual, llegándose á mí, me preguntó de qué tierra era, qué buscaba, pues al parecer era extranjero; si estaba acomodado ó si quería servirle. Respondí que de buena gana estaría con un amo que me tratase bien, pues estaba con razonable vestido para no echarle luego en costa como otros criados mal aderezados. Díjele que era andaluz, que el deseo de ver á Toledo me había traído desde mi tierra: encarecíle el cuidado con que

acudiría al servicio del dueño que tuviese; y de suerte le supe obligar, que aficionado á mi buena traza y plática, me respondió: Hermano, hallado habeis lo que buscábades; Dios os ha venido á ver, y si gustais de ir os conmigo, que yo tengo de recibir criado; y porque me parecéis hombre de bien, os quiero recibir para que me sirvais de paje. Muy enhorabuena, le dije; y así, los dos nos fuimos juntos á su posada, que no era muy lejos de la plaza, y á poco espacio de tiempo me metió en una casa que me dijo ser la suya: subimos una escalera, pasamos un corredor, una cuadra y otra. Llegando á una espaciosa sala, razonablemente aderezada de guadamaciles, cuatro sillas, tres taburetes, un bufete, una alfombra mediada con seis almohadas de terciopelo carmesí, estrado de alguna moderación para una señora ordinaria, dió una voz mi amo, diciendo: Señora, ¿estáis en casa? ¿No hay quien me responda? Y de otro aposento correspondiente á la sala, salió una mujer, si lo era, porque á mí más me pareció monstruo ó fantasma para asombro de los hombres, que persona humana. Bien echo de ver, padre mío, que para la religión y observancia de los oídos de vuestra paternidad no son estas cosas, pues las palabras que escuchan siempre son puras, honestas y recatadas; pero con todo eso, sin recelo alguno las puede oír, pues representación y memoria de mujer tan fea, ni habrá disciplina ni cilicio de tanto provecho para refrenar los incendios y carnales apetitos. Salió pues mi deseo de dama vestida á lo grave, alta de cuerpo, muy derecha, sobre media vara de chapines, con sus varillas de plata de un gran gema; lo que le faltaba de gruesa y corpulenta, sobraba de enjuta y reseca; tenía el rostro como el de María de Peñaranda la barbuda, y tanto, que se pudiera alzar los bigotes y dormir con bigoteras; nariz larga, la nariz apia, quintada y vuelta al lado derecho; los ojos, uno mayor y más crecido que el otro, no iguales en el asiento, cuyas niñas, aunque no menores de edad, miraban á dos parroquias; cejiunta, cabello negro, tosco y grueso; frente corta y estrecha; boquiliundida y de oreja á oreja; dientes anchos y apartados unos de otros al modo de almenas, verdadero retrato del que pintó un poeta mi conocido en estos versos:

Nunca tal novia se vea,
Flaca, negra, tuerta y fea;
Y nuestro novio traidor
La mostraba más amor
Que Calisto á Melibea.

Mirónos con gravedad, y algo risueña con el novio, á quien le dió el bienvenido; y quitándose los guantes, mostró la mano, semejante á la de un oso, negra, vellosa y seca. Don Fernando (que así se llamaba mi señor), vuelto para mí, me dijo: Veis aquí el dueño de mi vida: conocelda, y de hoy en adelante haced lo que os mandare; que ese será mi gusto. Y dando cuenta á su esposa de quién yo era, alabando mi ingenio, modo de proceder y habilidad, tomándola de la mano, se entró con ella en una cuadra, dejándome á mí en la sala solo, aguardando me diesen orden de lo que había de hacer. No tuve por bueno tanto silencio ni sentir ruido de otra gente: aguardé buen rato, quitéme la capa y sombrero, y poniéndolo sobre una silla, muy despacio me puse á considerar las desdi-

chas de algunos hombres, la cegueda y mal gusto de su eleccion, pues estando en su mano el casarse con mujer de buena suerte y traza, eligen para toda su vida lo que forzosamente ha de ser su martirio. Malo es dejarse llevar un hombre de un apetito desenfrenado, y temerariamente arrojarse á lo que no debe por una vana y breve hermosura, que hoy es y mañana se pierde; pero si hay disculpa para un yerro, este parece que la tiene. Pero en este mi amo no sé qué pueda decir, pues en su negra esposa estaban con justo título las cinco eses, y no tenía el nombre de Francisca. Notaba los varios efetos de naturaleza, pues con ser Toledo milagrosa, criando bellisimas mujeres, sacó aquel espanto de la humana belleza: hallaba ser falso lo que dicen de las aguas del Tajo, atribuyendo á ellas el color y tez de las toledanas, pues tambien en sus orillas se habia criado aquella más que morena ó mulata. Veníase á la memoria la opinion de Galeno, que habia oido en Salamanca, que enseña por lo exterior del cuerpo quién es cada uno, qué condicion tiene, qué costumbre natural y término. Quejábame de mi fortuna, pronosticando con justa razon el mal paradero de mis desdichas, pues de tal cara ¿qué podia esperar? En estas imaginaciones estaba ocupado, cuando mi amo me salió á llamar, diciendo: Alonso, ven acá; que ya es hora de comer. Vamos á la plaza, compráremos algo, pues son dadas las doce; y dándome dos cestas, tomando mi capa y sombrero, salimos los dos de la posada, contándose en el camino cómo habia tres dias que se habia desposado con aquella tarasca, aunque contra voluntad de sus padres, y que aunque no le hablaban, esperaba en Dios, metiéndose gente principal de por medio, todo pararia en bien, pues en efeto él se habia casado muy á su gusto, y principalmente con una dama de tan buenas partes como la que habia escogido para su regalo y descanso. Así tengas el sueño, dije yo entre mí. ¿Que es posible que haya hombres tan bárbaros como este, tan sin ojos, que no vean con el sol lo que es más claro que su misma luz? ¿Y que sea tan grande la providencia del Señor, que en naciendo la escoba, no falte un jumento que guste de comerla, y que sea tanta la fuerza del santo sacramento del matrimonio, que casándose algunos con furias infernales, al punto se despachen ángeles que alcoholen los ojos de los desdichados que no vieron, para que miren las cosas muy al contrario de lo que verdaderamente se echa de ver, juzgando lo negro por lo blanco, lo verde por azul, el cautiverio por libertad, y el tormento y congoja por descanso, quietud y sosiego? Culpé entonces con justa causa á los mozos libres que sin voluntad de sus padres, sin guardarles el respeto que se les debe, movidos de una loca y vana aficion, atropellan con todo, errando siempre en una de tres cosas: ó en la persona, ó en la calidad, ó en la hacienda; y cuando en esto no, disgustando á quien deben estar sujetos, y considerar que ellos miraran mucho mejor lo que les está bien, como personas desasapasonadas, maduros en consejo y experiencia, y deseosos del aumento y prosperidad de su casa. Por leyes justas de muchos reinos se prohiben las herencias á los hijos que escogen mujeres sin dar parte á sus padres, perdiéndoles el debido respeto y obediencia, no echando de ver los trabajos, las importunidades, los

continuos cuidados, los gastos y costas que con ellos se tiene para su educacion y crianza; ántes pienso imaginan que todo se les debe, siendo tan al contrario, pues no hay pago para un padre, ni puede haber en la tierra mayor obligacion y deuda tan debida ni tan mal pagada. El mayor contento que puede tener un viejo padre, cansado ya de vivir, y con la prolijidad de sus años lleno de enfermedades y dolores, es ver con su gusto y voluntad puesto en estado á su hijo, entrar por su casa, visitar á su mujer, esperar dellos nueva sucesion y aumento de su linaje; y si esto todo se le quita, ¿qué podrá sentir, qué alivio tendrá ó qué contento, si lo que es á disgusto y contra voluntad, por bueno y rebueno que sea, causa pesadumbre y enojo? Mi don Fernando por todo habia pasado, no reparando en galas ni en las que habia menester la señora su esposa. Andaba en pleito con su viejo padre, pidiendo alimentos y alegando ser principal y no tener oficio ni modo alguno de ganar de comer, aunque las ganancias todos las teniamos, pues con ser cerca de las dos de la tarde, aun no habiamos traído la comida: plaga ordinaria de las casas de los señores, que para hacer diferencia de la demas gente, hacen del día noche, y de la noche, que se hizo para quietud y sosiego de los hombres, quieren que sea perpetua vigilia, y que sus criados anden hechos continuas centinelas. Compró mi amo un cuarto de cabrito, fruta, pan, vino y carbon; porque, como caballero noble, no tenia en la posada cosa por junto, movido por ventura por aquel antiguo refran, que vale más tienda cara que casa harta. Vuelto con nuestra porcion, me dijo mi señor: Alonso, por tu vida haz lumbré y pon á asar ese cabrito; que no tenemos otra persona que lo pueda hacer sino tú; que querrá Dios que otro día estemos con más dineros que ahora, y recibiremos una criada para que nos sirva. Yo, que de mi condicion siempre fui amigo de dar gusto á todos, y me aplicaba á cualquier obra manual destas, en poco tiempo puse en órden la comida, hice el pebre, y poniendo la mesa, llamé á mis amos, diciendo ser ya más de las tres de la tarde. Tomaron asientos, llegando con su comer y pláticas hasta más de las cuatro. Diéronme á mí mi racion y parte, en verdad no escasa, sino muy suficiente; que como no éramos más de as y dos y tres, no era menester gastar mucho para comer bien todos, principalmente con algunas zarandajillas que acompañaban, ya de principio, ya de postre. Muy ufano y alegre estaba yo con los señores novios, sirviéndoles de fregata, cocinero, mayordomo y paje, y aun si pudieran hacerme dueña de tocas, tenían talle de que lo fuese, hallando en mí para todo el sugeto que puede desearse; que nunca pierde un hombre por acomodarse á lo que se le ofrezca, principalmente en ocasion y necesidad tan urgente como la que teniamos nosotros entonces.

Vicario. Así lo digo, hermano; que bien es que los hombres sepan de todo.

Alonso. Muy alegre me hallaba con mis amos, y más no teniendo vieja con quien penderciar ni moza que me fuese á los alcances de si hacia ó no hacia; pero como el gusto fuese ordinario, y el recibir nunca, dímonos tan buena maña como si se esperara algun juro para ayuda de nuestro sustento, que ya muy aprieta nos iba faltando, para cuyo remedio se aco-

modaban algunas alhauelas y joyas de mi señora, sortijas y cadena, dellas vendidas y dellas empeñadas con harto disgusto y pesadumbre de su merced. Acabóse el pan de la boda, andando nuestra casa como la de un esgrimidor ó escudero el más pobre, que aun pan no teníamos ni con qué comprarlo, y la señora mi ama pedia gollerías : volvíase para su marido muy colérica, diciéndole cuán mal la trataba, el poco regalo que la hacia, no estimando una persona de tantas prendas como las suyas ; y tanto venía á decir contra mi buen Juan, que con tener una condicion noble y ser de suyo pacífico y quieto, enemigo de pendencias, obligado de tantas sinrazones como le decia, de cuando en cuando alzaba la mano, emparejando entrambos carrillos. Aqui era ello, alza Dios tu ira ; los gritos llegaban al cielo. Juntábase el barrio, aunque por tener yo cuidado de cerrar las puertas de la calle no podía subir persona á despartirlos y ponerlos en paz ; y para sosegar los vecinos y que no me hundiesen las puertas con las alda-bas, abría las ventanas, asomábame á los balcones, diciendo : No tengan pena ; no son más que puñadas ; no será nada, que no hay sangre ni se verá espada fuera de su lugar ; y con todo, iba creciendo más la guerra entre los dos, porque mi señora era libre, y don Fernando ligero de manos, y no se descuidaba á menudo de dar en ella como en real de enemigos. Y yo, que me los miraba y me estaba quedo, acordándoseme que quien desparte lleva la peor parte, y tambien del otro dicho comun : Entre dos muelas molares nunca metas tus pulgares ; hacíame cuenta marido y mujer son ; si ahora riñen, á la noche dormirán juntos : parar tiene la pendencia de una manera ó de otra ; callando ella, ó cansándose él de pegarla.

Vicario. Eso me parece, hermano, á lo que le sucedió á un caminante que yo conocí, por extremo fleumático, el cual como viniese á nuestro convento en tiempo trabajoso de hielos, por ser cerca de Navidad, viendo el camino de los Angostinos, camino muy peligroso y inexcusable á nuestro convento, temiéndose no desliciese en él la bestia en que venia, y diese con él el monte abajo, parecióle ser más seguro apearse y pasar lo que le quedaba de puerto á pié, y acertó en hacerlo, porque en apeándose, la cabalgadura lo hizo tan bien, que sin poderse detener comenzó á rodar de un peñasco en otro por la ladera del monte, llevándose consigo cojin y portamanteo. Y viendo tan desgraciado suceso, el bueno de mi caminante, puesto en lo alto del camino, mirándole decia con mucha paciencia : Parar tienes, que no es eterna la cuesta ; fin ha de tener tu caída ; suelo llano ha de haber para tí.

Alonso. Así es la verdad, que no hay pendencia que bien ó mal no tenga su fin. Pero, padre, confieso mi culpa, que me bañaba en agua rosada cuando via que la daban los mayores golpes y mojicones, que hacia esta cuenta conmigo : mala cara y sin dote, y gruñidora, descomedida y mal hablada, sacúdanza el polvo ; poco es : por Dios que no os tengo de quitar. Bien duraba el nublado más de una hora, dejando en rehenes mucha parte de sus cerdosos cabellos por la sala. Ibase mi señor fuera, molido de andar á caza, y mi casada recogíase á llorar sus desdichas á su retrete, y yo poníame á considerar el poco juicio de algunas personas que se atreven á tomar mujer, y á una obligacion tan

grande de mantenerla, sin tener oficio, renta ni modo de vivir. ¿ Quién vió locura semejante ? No puede pasar un hombre solo sin obligaciones ni respetos humanos, y busca compañía y nuevos gastos : cuidado ordinario, pesadumbre y fatiga continua, y más si por dicha carga de hijos. Tú, que no puedes, llévame á cuestras, se podrá decir por esto ; y revienta con la carga que tomaste como impertinente majadero. Acuérdomeme de cierta letrilla que cuando mozo oí cantar á este propósito, que decia en esta forma :

Que se case un don Guillote
Con una dama sin dote,
Bien puede ser ;

Mas que no dé en pocos dias
Por un pan sus damerias,
No puede ser.

Procure mudar estado el caballero mozo que tiene renta ; busque mujer el que tiene oficio con que sustentarla, y el que no le aprendió ni tiene habilidad para ganar de comer esté solo ; que mejor es llorar con un ojo que con dos, y no dar materiales para edificios de obras pias, hospitales y casas de huérfanos desamparados ; y no es bien que responda el que en semejante materia pecare : Esta fué mi suerte, mi fortuna lo quiso ; que todo es mentira ; que adonde está el entendimiento y razon no hay estrellas que fuercen el libre albedrio, conforme á lo que enseña en su Extravagante el pontífice Sixto V, si no es que hayamos de decir lo que dijo aquel enfadado estudiante.

Vicario. Gustaré de oirlo : cuéntelo, hermano.

Alonso. Ahorcaban en Salamanca á un ladroucillo, y para verle morir estaba llena la plaza de gente, así en las ventanas como en todo el sitio del lugar donde se ajusticiaba. Estaba ya el reo en la escalera de la horca haciendo gran llanto, llorando su poca suerte, la deshonra de su linaje y deudos, el poco favor de sus amigos y conocidos, sus malogrados años y cortedad de vida. Entre los que miraban al afligido mozo estaba una buena vieja viuda, de reverendas tocas ; y enfadada de verle llorar de aquel modo, con mucho enojo á grandes voces comenzó á decir : Ello habia de ser, esa era tu suerte ; paciencia, que nadie puede huir de lo que su estrella le tiene señalado : repitió esto no pocas veces : de modo que enfadado un estudiante gorrón que estaba á su lado, de oirla, alzó la mano y dióla una gran bofetada, diciéndola : No se afliga ni llore, tenga paciencia por su vida ; que ello habia de ser, y de lo que está determinado nadie se escapa. Casa de mantener, castillo de guerrear se suele decir, y con justo título, pues como para una guerra son necesarios tantos gastos, tantas máquinas y aparatos, así para el gobierno y sustento necesario y ordinario conviene que tengan los casados algun género de arrimo, para sobrellevar las cargas de tan pesado yugo como es el del matrimonio. Habiendo celebrado ya sus funerales obsequias, y planteando sus desdichas, mi mal acondicionada dueña veníase para mí, como quien busca compañía con quien consolarse, ayudándola á recoger las lágrimas que por aquel rostro de san Onofre caian : pedíame parecer, culpando el mal trato y término de su velado ; mas yo, como amigo de decir verdades, y que la conocia muy bien quien ella era, como si la hubiera parido, la comencé á decir palabras semejantes, exhortándola á que no se arrojase tanto de lengua, pues en mujeres de bien y principales es este un caso y vicio muy digno de reprension. Díjela cómo despues

que el glorioso apóstol y predicador de las Gentes san Pablo dejó hecha una larga y copiosa exhortación á los casados, amonestándoles á que quieran entrañablemente y estimen á sus mujeres, diciéndoles que se han de querer y amar como amó Dios á su Iglesia; que por su respeto se puede dejar el padre y madre, que no se aparten de su lado, que dos cuerpos que son y dos voluntades, se haga una voluntad, un cuerpo, un sí, un no, sin haber en ellos contrariedad ni cosa que desdiga de un perfecto y santo querer y afición; y después de hecho este largo preámbulo á los casados, acaba el Apóstol cerrando su discurso con solas dos palabras, diciendo: Las mujeres teman á sus maridos. Bien echo de ver que fué disparate el dicho de un hablador, que decía haber de ser las mujeres como las lámparas, de día y de noche colgadas; y cuando las hubiesen menester mandar alguna cosa, bajarlas, pero por tiempo limitado: así, señora, que mi señor don Fernando estime y quiera á vuesamerced, que la dé gusto y la regale es mucha razón; y también lo es que se la guarde su respeto, y que con él nadie se vaya del pié á la mano, pues es consecuencia bien clara que todo ha de llover sobre vuesamerced; que en efeto, por lo más delgado ha de quebrar la sogá. Yo conocí una mujer que los más días podía ser padre santo, por andar tan acompañada de cardenales rostro y brazos, y muy consolada decía á sus vecinas: El bellaco muy bien me pegó de golpes y bien señalada me dejó, pero á fe que le dije cuanto quería, y que mi lengüita la dejé bien lavada en sus libertades y traiciones. Toledana me dicen que era una vecina de una casada que la mayor parte del año había menester cirujano que la curase, y compadecida de sus trabajos, un día que la fué á ver, la preguntó qué fuese la causa de tanto mal y poca paz como siempre tenía. La mujer soltó la maldita, y hecha un Lucifer, la dijo: ¿Qué puede ser sino estar yo sujeta á un tan mal hombre, amancebado, jugador, mal cristiano y de malos respetos? Pues para todo eso yo os daré un remedio eficazísimo que tengo guardado con gran secreto, la respondió la amiga, y no lo digáis á nadie por vuestra vida, porque importa mucho el estar callado y es negocio de mucha estima, y habeis de quedar con él libre de todas vuestras persecuciones y desventuras. Codiciosa la casada de semejante oferta, no la quiso dejar hasta que la entregó su vecina una redomilla de agua, diciéndola: Hermana mía, en entrando que entre vuestro marido riñendo ó dando voces, como tiene de costumbre, sin deteneros un punto id volando y tomad un trago de esta agua, y por cosas que os digan no la echéis de la boca, porque tiene tan gran eficacia, que os defenderá de la cólera y mala condición de ese mal hombre de modo, que jamás se atreva á poner manos en vos, volviéndole apacible, amable, y de un demonio que es ahora, un cordero, un ángel para cuantos con él trataren. Agradeció el presente la dama, recibió la redoma con su agua de virtudes, y aguardó la hora de cenar. Despedida la vecina, vino el amo de casa, y dando á su mujer un poco de cabrito, la dijo: Tome eso y adércele luego, porque quiero cenar; contétese con la comida que hoy me dió, y no tengamos más en que entender. La casada, que vio á su marido algo enojado y que había menester poco para echarlo todo á rodar, tomando su redoma, se la echó á pechos, guardando una gran bocanada de

ella, y cerrando su boca de suerte que no se la perdiese gota de agua, asó su cabrito, puso la mesa, llamó á su marido por señas, dióle de cenar sin hablarle palabra, y acabada la cena, alzó los manteles con tanto silencio, que el buen hombre quedó admirado de ver semejante milagro como el que había experimentado con su palabrera mujer. Al siguiente día sucedió lo mismo, no sabiendo á qué poderse echar el bien que tenía; y dando gracias á Dios, la dijo: Si así fuédeses siempre, otro gallo os cantaría, y no tendrían qué contar los vecinos de lo que con vos paso. Entónces la dueña, pareciéndole que ya era tiempo de reventar y salir de madre, volviéndose á lo que de antes, le respondió: Mal hombre, bien se echa de ver la lástima que todos me tienen y quien vos sois, pues movida de compasión doña Juana, me dió una redomilla con agua, que de ángeles debe de ser sin duda, pues tal efeto y obra ha hecho con vos, pues con solo tenerla en la boca ha mudado vuestra infernal cólera en un silencio tan grande estos dos días, y de un tigre rabioso, en un hombre apacible y manso. Y harta desdicha mía es que me haya yo de aprovechar destas destilaciones, quintas esencias y mezclas de yerbas para poder vivir con quien mi desventura y pecados míos hubieron de juntarme para acabar mi vida miserablemente. ¡Oh loca y simple mujer! la respondió el marido, ¿no echas de ver que esa tu amiga, con eso que te aconsejó, dándote esa redomilla de agua que tuvieses en la boca sin tragarla ni echarla, fué decirte que no fueses respondona, mal hablada, sino que con un callar y santo silencio vencieses los mayores enojos y pesadumbres que yo trujese? ¿Es posible que no ves los grandes bienes que has sacado con ese poco callar que has tenido estos días y los grandes daños que te acarrearán tus malas palabras y el pretender que no quede por tí el campo? Así que, señora, aplicación á la obra; el ejemplo está en la mano. Toda la culpa de la poca paz de casa, vuesamerced la tiene, y desta perpetua guerra es siempre la causa: tijeras han de ser, aunque se hunda el mundo. Como la otra á quien, no la pudiendo sufrir su marido, la arrojó en el río, y aunque se ahogaba y el raudal de la corriente la llevaba, dando vueltas con ella, de cuando en cuando sacaba la mano afuera, y juntando los dos dedos y apartándolos, ya que no podía con la lengua, por señas daba á entender tijeretas; y dé vuesa merced gracias á Dios, la dijo, que no tiene suegra en casa; que aquí fuera ello, pues la mejor, con haberla hecho de azúcar, dicen algunas nueras que amargaba; y una de barro, con estar en un armario, descalabró á su nuera, queriéndola mudar á otra parte. Contéla un cuentecillo á este propósito, que por no cansar á vuesa paternidad le dejo.

Vicario. Bien puede referirle, hermano; que temprano es, y la tarde tenemos por nuestra.

Alonso. Pues gusta dello vuesa paternidad, habré de hacerlo. Casóse un caballero andaluz con una dama de Castilla la Vieja, moza, noble y rica, y para efectuar el casamiento, entre las condiciones que se pusieron, fué una que el marido no sacase en tiempo alguno á su mujer de la ciudad, por ser voluntad suya el haber de vivir con sus deudos y adonde tenía la hacienda de sus padres. El caballero prometió de hacerlo así, como lo hizo, viviendo como buenos casados en recíproco amor algunos años. La dama, que sabía ya que su marido te-

nia madre, deseosa de verla y de traerla á su casa, por ventura por asegurar más su partido, un día que con su marido más que otras veces trabó larga conversacion y plática, muy encarecidamente le rogó que por darla gusto la trujese á su madre, pues era razon que, correspondiendo ella á las muchas obligaciones que le tenía, para pagarle en algo con particulares véras, sirviese ella y estimase á su señora, pues una viuda sola y ausente de su hijo, y de tanto tiempo, aunque muy rica, no era posible sino pasar muchos trabajos y pesadumbres, lances forzosos de la soledad y ausencia. Agradeció el caballero las buenas razones de su bien intencionada mujer, y respondióla : De muy buena gana, señora, hiciera yo lo que me pedis, pero tenemos paz por la misericordia de Dios, y si mi madre estuviese en vuestra compañía, no sé cómo os llevaríades con ella : dos tocas á un fuego siempre tienen discordia, y mejor os está vivir vuestra suegra cincuenta leguas de vuestra casa que dentro della; no os canseis, que no ha de vivir con vos. Pues no es vuestro gusto el dármele, respondió la dama, para mi consuelo haced que traigan un retrato de mi señora, pues ya que no merezco el verla y servirla, á lo ménos, considerando su imágen, podré hacer cuenta que la miran mis ojos. De muy buena gana haré lo que pedis, respondió el caballero; y poniendo la mayor diligencia que pudo, hizo que con brevedad le trujesen un retrato de su madre, tan bien acabado y con tanta perfeccion como si naturalmente fuera el mismo original. Recibióle con sobrada alegría, y para muestra del grande respeto que guardaba á su suegra y en lo que le estimaba, hízole hacer un costoso cuadro; doróle y púsole frontero de su estrado y en parte donde jamas le perdiese de vista. Mirábale siempre cuando se levantaba y sentaba ó salía, haciéndole una gran reverencia y cortesía, bien como si fuera la imágen de algun santo. Pasaron dias y algunos meses, y como todo cansa, fuéla enfadando tanta sobra de crianza. Tan impertinente miraba ya á su retratada señora, con tanto desamor y enfado, que á no dar qué decir la echara en el pozo : buscaba ocasion para ponerla en otra parte, pero no se atrevía por el respeto de su marido; y como una tarde estuviese merendando con sus criadas en el estrado, antojósele que la pintada suegra la estaba mirando, á quien con una desenfrenada cólera la dijo razones semejantes : Cauteloso testigo, enfadoso huésped, espía ordinaria, amigo fingido, ¿ qué me quieres? Si como, me miras; si lloro, no te apartas de mí; y sin ser Dios te tengo presente; pero pues la venganza está en mi mano, yo la tomaré de tus agravios. Y diciendo esto, con el cuchillo que en la mano tenía, la dió una gran cuchillada por la cara, de modo que rompió media vara de lienzo. A esta refriega acertó á entrar el discreto marido, y viendo semejante pleito y tan sin ocasion, riéndose de su loca mujer, la dijo : Bien te lo decia yo, que no era bien traer contigo á mi madre, por conocer tu condicion y término, y ser todas vosotras, poco más ó ménos, de un mismo natural y término : mal sufriera el vivo original quien no pudo sufrir el traslado; no tienes que pedirme otra vez que te traiga á tu señora, pues aun pintada no la tengo de dejar en tu compañía.

Vicario. No me parece mal el cuentecillo, y el consuelo que la daba á su toledana.

Alonso. También la dije : Cuando uno no quiere, dos no barajan. Ello es cierto que si dos coléricos andan juntos, ha de haber poca paz en su compañía, principalmente si no hay en ellos prudencia y amor. Para un desabrido y mal acondicionado, necesario ha de ser un pacífico, cuerdo, sufrido y prudente que sobreleve las impertinencias que se ofrecieren, no que las regule, ejecutándolas por mal término, adelgazando las cosas que han de ser de enojo y pesadumbre. Este era mi ordinario sermon, y oíale la señora mi ama como si le predicara alguno de los vecinos de Argel; mas poco hacia al caso, que al fin venía á llover todo sobre su cabeza; y cuando andaban los dos á sal acá traidor, y via que se levantaba alguna gran borrasca y polvareda, pidiendo favor á los cielos, amparo á los santos y remedio á la justicia y vecinos, retirándose á otro aposento seguro y libre, decia entre mí : Allá darás rayo en las costillas de mi ama, pues ella se lo busca, y buena cabeza tiene para chichones. ¡ Oh qué bueno que era para adivino, pues como quinta carta de participantes, todas aquellas hendiciones venían á caer sobre la pobre señora! Luego alzaba la voz pidiendo confesion y cirujano, y tan en tanto venía el barbero á tomar la sangre, aunque no llevaba más el uno que el otro : buenas razones sí, y cortesías en abundancia; que dinero para pau lo tomáramos de muy buena gana el señor mi amo y yo, pues habia desto la necesidad que puedo encarecer, pues los más dias amaneciamos sin blanca, y comíamos sobre tarja de fiado, hasta que el padre de mi señor, movido de compasion y ruegos, ó por quitarse de pleitos, que tambien le pusimos demanda pidiéndole alimentos, atento á su nobleza y no tener orden de ganar de comer, y el mucho gasto que tenia en su casa con las obligaciones de mujer y criados y esperanza de hijos, que aunque no los habia, hubinos de añadir una mentira diciendo que mi ama estaba preñada, que era como si hubiera de parir un elefante, pues aun hasta las peticiones tienen trazas que realizan más lo que se pide para mover á lástima y compasion á los jueces, inclinándolos á que favorezcan con mayores véras á la parte que pone la demanda; hubo de señalar para cada año doscientos ducados, que eran como cuatro maravedís para la condicion de mi señora, segun el ánimo que tenia de gastar y grandes confianzas de la misericordia y providencia divina, á quien todo queria dejarlo, sin mirar á noche ni á mañana : principalmente, como era tan cumplida de narices, olió luego el dinero que le daba el suegro, y sin reparar en el gasto de casa ni en las muchas deudas que se debian, fuélo aplicando para un faldellin de damasco con unos franjones de oro. Aquí perdí yo, padre, la paciencia, y como si lo hubiera de pagar, tomé la demanda por mi señor. Dí muchas voces, reprendí con palabras retóricas su poco miramiento, afeé su mal proceder, pues viéndonos morir de hambre, lo que habia de ser nuestro remedio y sustento de todo un año, lo queria hundir en una gala y traje de tan poca importancia, gastando más en hechuras que su merced trujo de dote. Entónces, padre mio, eché de ver el trabajo y miseria á que se obliga el hombre casado con una mujer impertinente, que solo por su gusto atropella con tantas obligaciones forzosas á quien necesariamente habia de acudir, dando de mano á cosas que mi van

ni vienen. Y para alivio de mi demasiada cólera respondíame mi ama : ¿No veis, Alonso, que las señoras como yo han de andar al uso, y el ser quien soy me obliga á quitármelo de la boca por el qué dirán? Decidme por vuestra vida, ¿y hemos de ser todos iguales? ¿No ha de haber diferencia del vestido de la mujer ordinaria al de la que es noble y principal? Bueno fuera, por cierto, que una persona como yo, de tan buenas partes y prendas hubiese de andar como una pobretona mal nacida y de humildes padres. Yo entónces, aunque enfadado de su mucha simpleza y bobería, no dejaba de darla bastantes satisfacciones, diciéndola : Las que no son nobles y tienen qué gastar en galas, triunfen y adornen su persona y casa, pues fué Dios servido de darles renta para ello; mas las que tienen necesidad y pobreza, acomódense con los tiempos, que no siempre son unos, y hayle para correccion de gastos y para alargarse con prudencia en ellos. No todos los nobles son ricos, ni con la buena sangre vinieron los tesoros del mundo, porque el tener ó no tener gracia es de por sí y dón que le da Dios al que es su Majestad servido; y aunque es verdad que las riquezas y bienes temporales son guarda y adorno de la nobleza y buen nacimiento, y con ellos se aumenta y conserva mejor, son sin número los que tienen necesidad, y sería mala consecuencia, soy noble, luego rico; y el que lo fuere trátase como tal; que justo es que use de los bienes que le ha dado el Señor; pero el que no, aunque su descendencia sea de los godos, razon será no se alargue á más de lo que puede, ni el qué dirán le obligue á salir de compas y término : hable el que hablare y diga el que dijere; que por una mala lengua y mal decir no ha de hacer uno más de lo que sus fuerzas alcanzan. Y para confirmacion de lo que la decia, conté á mi ama el presente cuento, que hace á propósito, padre vicario, para lo que cada uno quiere decir, como no se debe andar con tantos gustos y pareceres como de ordinario hay en los hombres.

Vicario. Holgaré de oírle.

Alonso. Fué en esta manera : Caminaban un día de verano un pobre hombre ya de buena edad, y una mujer con un muchacho de pocos años. Llevaban delante consigo un jumentillo, que servia de llevarles un poco de ropa que tenían : carga tan moderada y poca, que podia ir bien á la ligera. Acertó á pasar cerca dellos un caminante, y mirando á los tres que iban por el camino, y el jumento desembarazado, algo enojado les dijo : ¿Hay tan poco saber de personas, que lleven ahí una bestia holgando y sin carga, y que una mujer, de su natural para poco, delicada y flaca, vaya á pié? Tened juicio, buen viejo, que yo os ayudaré; y suba en ese jumento esa buena mujer; que mejor irá en él que no reventando por las asperezas deste monte. Parecióle bien al casado lo que el pasajero le habia dicho, y llegándose á una peña, hizo que su mujer fuese caballera, y los dos siguiéndola iban á pié. Poco anduvieron, cuando otro que venia por el mismo camino les salió al encuentro, y saludándoles, les dijo : Harto mejor fuera, padre honrado, que un hombre como vos, de tantos días, que es milagro poderos tener en pié, fuera caballero y ocupara aquel animal, y no la mujer que llevais en él, pues las de su género de suyo son inclinadas á pasearse; y esta era ocasion en que pudiera sacar

los piés de mal año, habiéndosela ofrecido de caminar á pié, y como buen bailador menearlos apriesa. Bajad, hermana, y suba ese buen viejo; que sus años y canas están pidiendo lo que yo os digo. A tan buenas razones obedeció la casada; apeóse, y subió su marido en el jumento, prosiguiendo su viaje, adonde de allí á poco rato encontraron unos caminantes, que, mirando al hombre caballero, y á la mujer y mozo en seguimiento suyo, con muy grandes risadas empezaron á hacer burla dél, diciendo : Salvaje, apeaos y tened vergüenza : ¿no veis que va ese niño despedido, sin aliento y con tan grande calor, y que vos, tan grande como vuestro abuelo, sin reparar en nada, vais hecho una bestia, pudiendo andar harto mejor y con más descanso que ese pobrecito que os sigue? Confuso el padre, bajó de su jumento, poniendo en él al hijuelo, y siguiéndole los dos casados hasta que, viniendo nueva gente, le dijeron : Subid en esa bestia con ese muchacho; que poca carga será, y la que lleva ahora es casi nada, y á ratos iréis mudando de personas, y no reventando en seguimiento de quien camina tan sin pesadumbre por verse holgado y con tan poco peso. Cuadróle al anciano el consejo que le daban, y poniendo al muchacho delante, subió el atras con ánimo que de allí á un rato bajaría él, y podria ir caballera su mujer; y así, con algun descanso, mudándose, acabar su jornada. Mas duróle poco su sosiego, porque, como viniesen otros pasajeros y vieses al padre y al hijuelo sobre el jumento, comenzaron á darles matraca, diciendo: Buen año, no veis, dos van caballeros, ¡y con qué conciencia! Alquilado debe ser el asnillo, pues á ser propio no lo hicieran con él de la suerte que vemos, ni tan mal le trataran. Hi de puta, buen hombre, que buen alma tiene; buena llegará la bestia á la posada : apostaré que del gran cansancio no puede comer bocado. Bajad enhorabuena ó en la otra, que buenos cuartos teneis, y cerca está el pueblo, y no quiteis la vida á ese jumento, siquiera porque es vuestro prójimo. Estas razones le dijeron al labrador, y conociendo entónces bien á la clara los varios pareceres y natural condicion que guardan los hombres en materia de su gusto y opinion, vuelto á su mujer y al hijuelo, los dijo : No hay que reparar en lo que pueden decir de nosotros; que el qué dirán de las gentes es bobería, si no es locura. Cada uno se acomode como pudiere, y alargue el pié conforme á la sabana; que si á mí me falta, el que dice ó murmura ni lo da ni lo presta; y él se queda con su dicho, y yo con lo que tengo entónces ó me falta. Vase él á su casa, dejándose á mí en la mia : vámonos como pudiéremos con nuestro jumento, y diga lo que le agradare cada uno. ¿Qué le parece á vuesamerced del cuento? ¿Cuadrála por ventura, ó enfádola con lo que la he dicho? pregunté á mi señora, y respondióme : Bien está; pero veamos lo que se ha de hacer; que lo que se usa dicen que no se excusa. ¿Qué remedio pondré yo en los vestidos hechos en tiempo de doña Jimena? Cada día hay nuevos trajes; la guarnicion que ayer se echaba, hoy no se echa; y es fuerza haberme de acomodar al estilo y traza de tantos gustos, y vestirme del modo que las demás señoras de Toledo. Razon y justicia fuera, la dije, si vuesamerced tuviera con qué; pero es lástima no tener un real en casa; y cuando le hubiera, valiera más para comer que para bien parecer; que donde

fuerza hay, derecho se pierde, ¿Qué imagina vuesamerced que es uso, ó por mejor decir, abuso, qué principio tuvo, quién son sus valedores y quién le sustenta? Pues yo se lo quiero decir, pues veo que está algo dudosa. Llega un galán ó dama á una iglesia, ó entra en una conversacion donde hay algunas amigas, ó que no lo sean, pues no nos hace al caso; imaginó la noche ántes el vestirse una ropa ó saya, ó si es hombre ponerse un cuello, ferreruero ó sombrero con la traza y hechura que le dió la veleta; míranla las otras ó los otros, alaban su traje, suben á las nubes su buen gusto, proponen de imitarle, cortan por aquel modelo otro dia de vestir, y veis aquí metido en casa el uso nuevo. Así que, señora, dé vuesamerced en no usar lo que las otras, y quiebre una vez el ojo al diablo, y verá cómo no falta quien siga sus pisadas y alabe su buena determinacion y propósito. No decis bien, Alonso, replicó mi ama al cabo de haberme yo quebrado la cabeza con mi larga arenga: todas traen lo que pido á don Fernando; ello ha de ser, falte donde faltare. Terrible caso é insufrible resolucion es, padre vicario, la de una mujer impertinente: nones dijo, y nones fueron; aunque se hundiera el mundo habia de ser lo que pedia, no bastando para apartarla de su parecer é injusta demanda razones eficaces ni el vernos que habiamos de morir de hambre todo un año, ni la poca esperanza de nuevos alimentos. En efeto, se hubo de hacer el negro faldellín ó manteo azul, guarnecido á las mil maravillas de oro de Milan á costa de nuestro venidero y perpetuo ayuno. Púsosele un dia de Pascua, que fué lo mismo que si se le pusieran á un dromedario ó camello; y lo peor es que imaginaba la pobre dueña que salia muy vistosa; y fuéralo sin duda á salir puesta con una carátula, y no con su cara. Todas estas cosas llevábalas mi señor don Fernando con una paciencia para alabar á Dios, que le crió; porque verdaderamente algunos dias podian hacer dél cuanto quisieran, y el salir de sus casillas jugando de puño, era á más no poder, forzado ya de las malas palabras de la que escogió por su esposa y compañera; y echábalo yo de ver manifestamente, pues no habiendo comido en todo aquel dia sino un poco de pan y unas amacenas, y con ser dia de Pascua no tener en casa bocado de carne ni con qué comprarle, muy alegre se bajaba á un escritorio que tenia, adonde muy despacio se ponía á escribir algunos sonetos, romances y redondillas; que esta mercadería tenia granjeada en el tiempo de sus locos desvelos. ¡Oh qué de veces, perdido el juicio, escribió más mentiras y desatinos que en sus *Transformaciones* el ingenioso Ovidio! No habia estrellas para los ojos de su dama, plata para la frente, carmin para mejillas, ni oro para cabellos. Los dientes podian comprar los boticarios para hacer tabletas, pues eran orientales perlas, y los de Africa y Persia venir por arcos para sus saetas. Pues ¿qué si sacaba al moro Gazul á jugar cañas? Poníale tan lleno de plumas como si fuera pavo real, con más gallardetes y banderillas que navío de alto borde, con más divisas que dechado de niña que se muestra á labrar, y con más motes y rótulos que cajas de confiteros. Hizonos Dios merced de que en este tiempo saliese la cédula real del católico rey don Felipe III, nuestro señor, en que mandaba desterrar los moriscos de España, arrancando de nuestra tierra tan perniciosa

señilla; y con esta nueva mudó de sugeto, dejando á los devotos del falso profeta por seguir las humildes chozas de los pastores: bajábase á los arroyuelos á buscar las sierpes y cristales; sacaba á cantar los zagalejos, que verdaderamente era cargo de conciencia que en mitad del invierno, y echando el Señor chuzos de nieve y hielo, á media noche estuviesen cantando al són de su vigüellilla de arco ó rabelejo, sin temer el frio y sin quebrarse cuerdas del instrumento, y si se quebraban, al punto las ponian por la mucha abundancia y por estar todo tan á mano, y la tenian, aunque más helaba, para templarlas. Hacía algunos romances tan derretidos de las crueldades de los pastores y de sus desdenes, que moviera á risa á cuantos le oyeran. Allí convidaba á los montes á que le escuchasen, á los rios y fuentes á que detuviesen el raudal de su curso, á las estrellas contaba sus cuitas, y á los animales de las selvas llamaba á que le hiciesen compañía, y á mí, que tenia más gana de cenar que de escuchar semejantes locuras, me los leía, encareciendo los versos, el modo de decir, los altos conceptos traídos tan á punto, que á ser de calza de aguja, fueran de más provecho; recitábalos con tantas acciones, así de ojos como de boca y manos, que más parecia organista que poeta: vicio ordinario de algunos músicos, y costumbre digna de reprension, pues siendo la música de suyo tan apacible y gustosa al sentido de oír, la desdoran de modo, haciéndola tan aborrecible á la vista, que fueran más propios para espantaniños ó matachines, que para dar alegría y contento con su canto; debiéndose decir por los tales: ¡Quién no os viese y os oyese! Y ya que más de una hora habia estado oyendo sus locuras y amorosas quejas, preguntábame: ¿Qué te parece, Alonso; pudiera decir más Lope de Vega ó alguno de los que le igualan en su agudeza y modo de decir? Qué me dices destos pensamientos? ¿Qué quiere vuesamerced que le diga, le respondí, sino que quisiera más tener qué comer? Estas cosas, señor, eran buenas para sobrecena, satisfecho el estómago y á la lumbré; que con tanto desmayo y sin esperanza de tener qué llegar á la boca, ni hace provecho ni entra en gusto. Paréceme, le dije, que vuesamerced hace conmigo lo que un montañés hidalgo con sus hijos. Llegábase la hora de comer ó cenar, y no habia pan en casa, y para acallarlos abria una arca y sacaba della un gran libro, donde tenia escrita toda su descendencia, desde sus tatarabuelos, así por línea recta como transversal, refiriendo más parentela que tuvo nuestro primer padre. Y habiéndoles quebrado la cabeza con su genealogía, deciales: Gracias á Dios, hijos míos, que teneis buen padre y que sois hidalgos: ninguno os podrá decir que es mejor que vosotros. Y oyéndole uno de los muchachos, le respondió: Más quisiera ser villano y tener qué comer muy bien. No es la miel para la boca del jumento, ni las perlas y piedras preciosas se han de dar á los animales cerdosos, me respondió el señor don Fernando; con cuya respuesta algo enfadado, por estarlo ya y muy mucho de sus cosas y de ver el poco sentimiento que tenia de nuestros trabajos, procuré de allí adelante dar de mano á sus pesadumbres, ó por mejor decir, á las mias propias, y dejarle cuando más descuidado estuviese; y así, un dia de fiesta, sin hablar palabra ni dejar dicho adonde me iba, salí de Toledo para Madrid

con harto poco dinero y á pié; que siempre en esto fui gran discípulo del séráfico padre san Francisco, aunque contra mi voluntad. Y porque me parece que ya vuesa paternidad querrá que nos vayamos al convento, pues el sol se quiere poner, quédese aquí nuestro discurso; que otro día daré razon de lo que me sucedió en la corte.

Vicario. Prométole, hermano, que gusto tanto de oírle, que gustara que nos quedaran otras cuatro horas de la tarde; mas el tiempo corre, y la obligacion nos fuerza á dejarlo todo por la obediencia: para mañana se quede; que buen día me aguarda de entretenimiento y gusto con su jornada.

CAPÍTULO V.

Prosigue Alonso contando lo que le sucedió en Madrid, y cómo entró en servicio de un letrado que iba por alcalde mayor de Córdoba.

Alonso. Quedámos en el camino de Madrid, doce leguas de Toledo, y no muy cortas para quien las habia de andar á pié como yo, con el continuo trabajo que solia andar mis jornadas, no faltándome en todo mi viaje conjuracion de nubes, torbellinos de agua y piedra, y tantos lodos, que para andar una legua era necesario un día entero. Llegué con no pequeña pesadumbre á Illescas, y sin irme á meson, de puro devoto me fui derecho á visitar el sagrado santuario de tanta estima, y con mucha razon tan famoso en toda Castilla, de la sagrada imagen de la Madre de Dios, Señora nuestra. Adoré en aquel suntuoso templo de la caridad á la Emperatriz de los cielos, consideré sus riquezas, visité su grandioso hospital, remedio de tantos pobres necesitados del favor humano; y habiéndome encomendado al Señor y á su divina providencia, salí á buscar un pedazo de pan; porque de Toledo no saqué sino algunos cuartos, y tan pocos, que no eran suficientes para poder llegar con ellos á la villa de Madrid, adonde caminaba. Preciéme siempre de ser fiel, y con haber servido á don Fernando algunos meses, y de todo cuanto estuve en su casa no haber recibido sino unos zapatos, con todo eso no le fui en cargo valoria de seis reales; porque en efeto, padre, esto de tener que restituir es negocio grave, y es mucho mejor que le deban á un hombre, que no tener que volver, y la restitucion ha de ser como la excomunion, que justa ó injusta se ha de temer. Y aquel príncipe de los publicanos, tan generoso de ánimo como pequeño de cuerpo, el Zaqueo, dando cuenta de su vida á Cristo Señor nuestro, le dijo: Si tengo para mí ó sospecho que por mi mal trato engañé á alguno, y lo llevé más de lo que era razon, en pago de mi delito le vuelvo cuatro veces más de lo que le habia llevado. Bien quisiera quedarme por algunos dias en el hospital de la villa, fingiéndome enfermo, y descansar del gran trabajo que habia pasado, pues verdaderamente yo era propio para imagen de agua, pues en saliendo á campo raso, se oscurecia el cielo, condensábanse las nubes, alborotábase el aire, y conjurados contra mí todos cuatro elementos, habia de llover sin réplica, aunque fuese contra mi voluntad. Pero temíme, padre, no me sucediese lo que á un pobre con el gran obispo de Turon, el cual deseando sacarle algun dinero (que aun hasta los pobres tienen sus estratagemas), co-

mo supiese que el glorioso san Martín era tan caritativo y limosnero, llamando á otro compañero suyo tal como él, le dijo: Tendéos en ese suelo, y yo os cubriré con esta capa, y cuando pase el obispo diré que os habeis caído muerto, y pedirle he que me socorra para ayuda á vuestro entierro, y él, como persona que sabe bien hacerlo, con generosa y liberal mano nos dará una gran limosna. Como lo dijo lo hicieron; mas pensando burlar al santo, el fingido muerto se murió de véras; que no quiere Dios que se burlen con sus siervos y amigos, y burlas semejantes jamas fueron buenas; ántes aborrecí juegos y entretenimientos en que se lastiman y dan golpes unos á otros, quedando con aquellos bárbaros pasatiempos, ya sin ojos, piés, brazos, ó por lo ménos lastimados, los que así juegan. En efeto temí, imaginando, si por ventura yo me finjo enfermo, podria ser que me quedase por tal, y para mi condicion era prebenda demasiado costosa y no poco aborrecida. El ser pedigüño, y aunque pobre, no del modo de un ciego de Andalucía, el cual como fuese algo corto de vista, y no totalmente sin ella, de modo que no pudiera trabajar y ganar de comer de otra suerte, tentóle la codicia, y procuró pasar la plaza de ciego, y para esto buscó un muchacho, tomó un palo en que arrimarse, y á grandes voces comenzó á pedir limosna, obligándose él á que rezaria la oracion de san Gregorio, la del justo Juez, el apartamiento del cuerpo y el alma, y la de las once mil vírgenes, con su gloriosa reina santa Ursula. Los demas ciegos de su lugar tuvieron notable envidia, y querellaron del nuevo opositor, por quitarles su ordinario sustento, teniendo, como tenia, bastante vista para cualquier oficio y ganar con él su comida. Oyó las partes el juez, y arrimándose á la voluntad de los contrarios, desterró del pueblo al fingido Longinos, el cual saliendo á cumplir la sentencia, llamando á su Lazarillo, y consolándose con él, le dijo: Anda acá, niño, no se te dé un cuarto; que yo espero en Dios que ántes de un año tengo de estar muy ciego, para vengarme de mis enemigos. Así yo dilaté y desistí de aquella cátedra para otra ocasion de mayor necesidad, pues es posada de las tres que no pueden faltar á los pobres, cárcel, iglesia ú hospital. Bien echaba de ver el gusto que habia de tener por algunos dias, sabiendo nuevas de Italia, de Constantinopla, de las Indias, el modo que se ha de tener en el real palacio para buen gobierno de todo el reino; pues todas estas cosas los pobres las tratan y comunican cada dia en los hospitales y tabernas como cuentos de horno. Pero al fin, animándose con la consideracion del breve camino que me quedaba de solas seis leguas, salí á pedir entre gente caritativa algun dinerrillo; que siempre el Señor socorre á los necesitados en tales ocasiones con gente buena, y contento con la moderada limosna que allegué, seguí mi jornada á Madrid, aunque siempre el cielo me negó su cara, y en lugar de su luciente luminaria, tenia cuidado de cuando en cuando quitarme el polvo de los zapatos, regando la tierra con sobrada abundancia (propio tiempo para que no se perdiese don Beltran con la mucha polvareda), y así proseguí hasta entrar en la grandiosa villa de Madrid, que con el adorno de tan maravillosas fuentes como tiene, no fueron necesarias las que tan acosado y afligido me traian. Entré en la corte, adonde

admirado de ver tan gran número de gente por todas las calles, dí mil gracias á Dios, considerando su gran providencia, que con tanta facilidad da para todos tan bastante sustento á manos llenas, sin que se pueda temer falta de cuanto se pueda pedir y desear, así de regalos de la mar como de la tierra. Fuíme derecho al real palacio, allí consideré su grandeza, notando tantos señores como andaban por aquellos patios de una parte á otra, la muchedumbre de los pretendientes, cada hora esperando lo que por tantos meses y años no acaba de llegar, acabándose ántes muchas veces la vida, cansada ya, y con justa razon, de tan prolijas esperanzas. Consideré, entre los muchos letrados que allí andaban, á uno de buen talle, no poco alegre y contento, á quien otros muchos daban mil parabienes, y él, en correspondencia de las muchas ofertas que le hacían, agradecido, les volvia amigables respuestas. Por saber qué fuese me llegué á un mozueto que cerca del corro estaba; á quien le pregunté, diciendo: Por vida de vuesamerced, señor hidalgo, que me diga por qué le dan tantos parabienes estos señores á este letrado que tan alegre está en medio dellos? ¿Por ventura hase casado? ¿Tráele algo la flota que ha venido de Indias? ¿O ha heredado algun mayorazgo? Cuerpo de tal con él, me respondió el mancebo, ¿y no los ha de recibir de muy buena gana los parabienes que le dieron, pues su majestad le ha hecho merced de la vara de Córdoba, que la tomaran más de diez y ocho de los que están á su lado, aunque les costara mil ducados, siendo, como es, el oficio que lleva de teniente mayor; de mucha ganancia y de mayor honra? Y más de cuatro estarán envidiosos de su buena fortuna. Dios nos la dé á todos, le dije, que bien la habemos menester; y despidiéndome del mancebo, estuve imaginando cuán bien me estaria entrar á servir á aquel teniente, pues era forzoso haber de recibir criados para entrar en Córdoba con alguna autoridad, conforme el cargo y dignidad que llevaba, y por no perder la ocasion que se me habia ofrecido, detúveme un poco, hasta ver á solas á mi letrado, queriendo ya irse á su posada; y llegándome á él con mucha cortesía, le dije: Esta mañana entré en esta corte á procurar acomodarme con algun caballero para servirle: he sabido que vuesamerced ha de ir á Córdoba por juez, y si acaso ha de recibir algun criado, y mi persona fuere necesaria para el servicio de vuesamerced, iré de buena voluntad en su compañía; que en lo que toca á saber agradar y dar gusto en cuanto se me mandare, ninguno podrá hacerme ventaja: sé leer, escribir y contar, y algun poco de latin, para cuando se ofreciere algun texto, mirarle ó interpretarle. Parecióle bien á mi letrado, y contentóle mi plática, y no era mucho, porque venia yo razonablemente vestido, que no era poco alivio para mi amo no tener que gastar en componerme, y más para salir de Madrid (dragon que consume tantas haciendas de pretendientes y negociantes); y así, me respondió: Yo tengo de recibir dos criados, y por parecerme vos hombre de bien, seréis el uno si me dais quien os conozca y fie. Eso, señor, será imposible, le dije: soy forastero; estoy de mi tierra muy léjos, y aunque la corte es madre de tantos advenedizos, no sé quién haya en ella de mi patria, cuanto más que ni tengo necesidad de que vuesamerced gaste ninguna cosa en vestirme por el

presente, ni me ha de dar tanta cantidad de dinero, que me obligue á volver las espaldas y dejar de servir á vuesamerced, dejado aparte que más peco de fiel que de ladrón. Agradóle á mi teniente lo que le respondí; y muy satisfecho me dijo: Por vida del Rey que os tengo de llevar conmigo, venga lo que viniere; que á vos os he menester yo, que soy hombre de humor. Con esto quedé recibido por paje, y fuimos aperebiendo nuestra partida, que fué tambien en breve tiempo, despues de haber jurado en el Consejo. Partimos de Madrid un lunes de mañana, con muy buena comodidad, así de mulas como de regalos para nuestro camino; que no sé qué se tiene esto de ir á gobernar y estar puestos los hombres en alguna dignidad y grandeza, que luego hallan quien los preste, quien los sirva y regale; y con ser mi amo un pobre letrado, sin mil ducados de renta, ni aun ciento de principal, luego en viéndole con vara, salieron mercaderes á fiarle y amigos á prestarle, y lo que no pudiera hallar veinte dias ántes, entónces lo traían á su casa á pedir de boca y medida de su deseo. En cinco dias llegámos á Córdoba, donde los señores regidores dieron la posesion á mi amo, y empezó á gobernar muy á gusto de aquellos por cuyo arancel y determinacion se gobernaba la república; porque como poderosos, así en calidad como en cantidad, hacían lo que querían, y salíanse con ello; y con los tales, por ánimo que tenga un juez, y riguroso que se quiera mostrar, anda falto en irles á la mano y á los delitos que cometen: y si lo sabe y entiende, disimula y calla, como si no lo supiese y oyese.

Vicario. Antes que pase adelante deseo saber por qué se dijo el potro de Córdoba; que, aunque toda mi vida lo he oído decir, no sé la causa.

Alonso. Tiene la ciudad de Córdoba, entre otras muchas cosas grandes que tiene, una anchurosa y bien dispuesta plaza, y en medio della una admirable fuente, de donde sale un levantado pilar, y en su remate con un pedestral maravilloso de jaspe un bien labrado potro del grandor de un becerro hasta de seis meses; y como otras ciudades tienen insigues obras, maravillosos edificios, como Segovia su puente, Roma sus agujas, Egipto sus pirámides y Ródas en un tiempo su coloso, así, por estar hecho con tanto primor aquel potro, tiene fama por todo el mundo, dejado aparte que por ser tierra tan fértil y adonde se le crían á su majestad los mejores caballos que se traen para su servicio, para decir bien de un potro, decimos el de Córdoba; como para engrandecer un buen paño, decimos el de Londres, y el buen refino y negro de Segovia, por labrarse en ella los mejores paños que se fabrican en toda España. De aquí se tomó denominacion de un equívoco maravilloso para la una y otra ciudad, pues cuando sale un mozueto travieso, mal inclinado y de depravadas costumbres, suele llamarse por epíteto: Vos, hermano, potrico sois de Córdoba; refino podeis ser de Segovia. Y aun aquel divino y admirable ingenio natural de Córdoba guardó este modo de decir en unos versos que hizo, adonde, dando á entender que pecaba más de malicia que de ignorancia, dijo en una sátira: Busquen otro; que yo he nacido en el potro; y es porque en aquel barrio y plazuela, como en el azoguejo de Segovia, se crían mozuelos que pueden dar quince y falta á los que más se precian y presumen de saber, en-

tender y penetrar las cosas más áridas y dificultosas, así para bien como para todo género de vicio; y dejado todo esto aparte, es lástima grande que la pena y rigor, el castigo y condenacion padezcan los pobres y que poco pueden, y los poderosos y ricos, sin ningún temor, á rienda suelta anden de noche y de día, como si no hubiese justicia para ellos. Yo pues, como procurador de embargos, en todo me metía, todo lo murmuraba, y á lo ménos por decirlo no había de quedar: de modo que tenían que hacer más conmigo los de la audiencia para que callase, que con el teniente mi señor para que disimulase sus faltas. Estábamos un día de buena conformidad, así algunos escribanos como regidores de Córdoba, y mirándome á mí uno dellos, con mucha risa dijo á mi amo: Ahí está Alonso, que yo apostaré que en pocos meses ha de perder la vista, como la judía de Zaragoza, llorando duelos ajenos: es persona de gran caridad, mucho gobierno; es procurador de enfadados, ó él lo está de todos; da consejos á quien no se los pide ni agradece. Ya yo lo veo, respondí entónces, que sin remedio ha de ser todo cuanto he dicho y pudiere decir de aquí adelante, pues mudar las cosas por diferente orden y estilo que siempre han tenido, sería detener al sol en su curso, quitar el fuego que no queme, y á la piedra que no baje á su centro. Ya veo cumplida aquella fábula, que verdaderamente parece que habla con nuestra república, como si en realidad de verdad hubiera visto lo que en ella pasa y se consiente tan de ordinario. ¿Fábulita tenemos? Bueno, dijo el teniente, por vida de Alonso, que por dar gusto á estos caballeros la cuente en pago del atrevimiento que tienes en hablar tan libre en presencia de sus mercedes. Pues vuesamerced lo manda, va de cuento, le respondí; y es en esta forma: Llegóse el tiempo en que los animales querían hacer bastante satisfacción de los delitos y culpas en que habían caído, confesando sus yerros con persona tan hábil y suficiente como era necesario para este ministerio; y así por ser en todas sus cosas tan astuta, como por tener noticia de todos los culpados, fué elegida para juez la raposa; y llegando ante ella, como cabeza de todos los animales, el leon, y habiendo hecho largo preámbulo de quien era, de su fortaleza, majestad y dominio que tenía sobre todas las bestias, propuso sus culpas, diciendo: Un cierto día me hallé con un cierto género de hambre, aunque no con sobrada necesidad que me forzase á hacer lo que hice, y fué que, habiendo cerca de mí un rebaño de carneros que desecuidadamente pacían cerca de mi cueva, salí para hacer alguna presa en ellos. Sintíome el pastor que venía en su guarda, y temeroso de mi vista, no quiso aguardarme, ántes en lugar de defender su ganado, echó á correr; yo entónces más á mi salvo, sin tener estorbo que me fuese á la mano, así de un carnero y comíle: luego di tras otros tres, y aunque ya harto y demasiadamente satisfecho mi estómago, despedacé otros seis ó siete, solo por hacer mal, llevado por la inclinación de mi naturaleza y crueldad; y aun estoy por decir que á no haberse ido la mala guarda que medroso se puso en cobro, no saliera bien de mis dientes y uñas. Esto es lo que me sucedió de pocos días á esta parte; de que puedo hacer memoria y acusarme. Decidme, pues, lo que os parece. Poco hay que decir en eso, respondió la raposa, ni ha-

brá nadie que pueda culpar caso semejante, siendo, como es, el leon cabeza y dueño de todos los animales, su rey y señor absoluto, así por ser el más fuerte, como por tener ya el señorío de todos ellos; y á un poderoso todo le es lícito: que sean diez los comidos ó veinte los hurtados no hay en qué reparar; guárdense ellos, y no se pusieran donde les quitaran la vida, dando ocasion y como convidándose á que les comiesen, pues el leon comer tiene lo que hallare á mal recado. Llegó luego el oso, y dijo: Hermana, hartas cosas tengo que decirte y de que acusarme, y entre las que más agravan mi conciencia, es una travesura que lince una noche destas, y fué que entré por las bardas de una cerca, y hallé arruinadas á una pared cuatro colmenas de una pobre labradora, tan llenas de miel como las había menester mi apetito desenfrenado que llevaba conmigo: así de las dos debajo de mis brazos y caminé á mi cueva con ellas, y habiéndolas dejado en puerto seguro, volví por las que estaban en depósito, haciendo dellas lo que de las otras pasadas. Arrepentido vengo; quisiera volverlas, aunque será quitarme el comer por algunos días. ¿Qué os parece por vuestra vida? Lo que os puedo responder, dijo el juez, será lo que comunmente se dice, de una colmena ciento, y de cien colmenas ninguna. No hay granjería en el mundo con ménos carga ni escrúpulo: son bienes los de las abejas que Dios los da y Dios los quita; haga cuenta el dueño que se murieron de una helada, acabando con ellas el rigor del invierno, pues perdellas por aquí ó por otra vía, todo se sale allá y todo es perder; cuanto más que vuesamerced comer tiene y no ha de morir de hambre; que pues el Señor le crió, sustento ha de tener de cualquier suerte que lo hallare: no tenga pena, goce de su miel, y buen provecho le haga; que cosas de comer llevaderas son, y no para tenerlas por negocio de mucha importancia. En estas razones llegó el lobo apresurado por extremo de los continuos robos en que de ordinario se ejercita, y acusóse de no haber dejado oveja que no robase, yegua ni buey que no hubiese muerto; y muchas veces aun á los mismos pastores haberse atrevido, á quien hallándolos con poca defensa, había quitado la vida, y á otros mordido y maltratado. Pero la astuta raposa le animó diciendo: Harto trabajo teneis, hermano lobo, en haber de andar siempre á sombras de tejados, de día metido entre las peñas, de noche afligido, ya con el perro, ya con el pastor que os persigue. Válgaos vuestra ventura, comed lo que halláredes, y cada uno mire por su hacienda, pues vos haceis vuestro oficio; que vuestros padres no os dejaron más renta que el valor por vuestro pico, y el tiempo que dejáredes de saltar los ganados habeis de perecer. Quéjese quien quisiere, cada uno mire por sí conforme su obligacion. Despachado fué el lobo cuando llegó el jumento, y contando sus cuitas, dijo al juez: Yo soy un animal verdaderamente criado para un continuo trabajo y ordinaria pesadumbre; estoy con un amo tan pobre, que los más de los días de cada semana me da la ración en dinero, ó con el medio celemin en los cascos. Que color tenga la cebada no lo puedo saber, ni aun de solo paja no quiere satisfacer ni desahambrido vientre, procurando ponerme en un continuo ayuno. De mi mal tratamiento no espero enmienda, ni tengo esperanza de que se han de acabar mis congo-

jas, porque de cualquier modo salgo maltratado de toda refriega. Si ando mucho, llevo palos; si no aguijo, palos; si me echo, los tengo ciertos; siendo en mí la más liviana culpa un grave y facineroso delito (que aun hasta las bestias es necesario que tengan ventura). Iba los días pasados tan cargado de ropa como cansado del mucho trabajo y poco comer, y acertando á pasar por un sembrado de un verde y crecido alcaer, bailóme en el ojo, y deseoso de tan buen refresco, no quise perder la ocasion, sino meterla en casa: alargué el cuello, y mordí dél, sacando entre los dientes algunas pocas y malogradas espigas que ya estaban en cierne. ¡Oh ladrón! respondió el juez. ¿Pues cómo, siendo ajeno, tanto atrevimiento? Que os den muchos palos, que reveñeis con la carga, pues nacistes para eso. ¿Al sembrado que estaba para granar echasteis vos vuestros atrevidos dientes? Fuego en ellos y en tal descompostura y atrevimiento. Bien semejante es la fábula á lo que vemos cada día: para el poderoso y rico blandura y amor, sobrellevar sus defectos, el castigo moderado, la correccion entre compadres, como si no fuese; al pobre, al sin favor, al desamparado y solo, en cogiéndole en algun desman y travesura, la menor tajada sea la oreja. Pocas son galeras, aunque se eche por diez años al que merece muerte, que en efeto para los desgraciados se hizo la horca. ¿Han notado vuesasmercedes la vara de un alcalde de corte, la de un corregidor ó juez ordinario y las de sus alguaciles y porteros? Pues entiendan que no es sin misterio los unos traerlas delgadas y los otros gruesas; y es la diferencia, que el alguacil ó portero cumple con poner en ejecucion lo que su superior le manda; pero la del juez ha ser vara que tan presto se incline para el necesitado y pobre, como para el poderoso y rico, que haga á todas partes, sin exceptuar personas ni guardar respetos á calidades ni señoríos; que verdaderamente no son delgadas las varas de los jueces; por lo que dijo un poeta en unas coplas de un romance, en esta forma:

¡Qué de varas han torcido
Codicia, amistad y miedo,
Por ser ellas muy delgadas,
Y asir de la punta el peso!

Y no quiero decir con esto que sean desabridos y mal acondicionados los jueces, ni vocingleros, pues lo que se puede hacer con blandura y amor, mal hecho será llevado por violencia y fuerza de armas. De Filipo, rey de Macedonia, padre de aquel grande emperador Alejandro, se cuenta que llegó una mujer viuda á pedirle la hiciese merced de perdonar á su hijo, que estaba condenado á muerte, y el piadoso monarca se puso á llorar con ella: los grandes que con él estaban, viendo semejante extremo en la majestad de su rey, le dijeron: Señor, si tanto es el sentimiento de ver que muere ese mancebo, bien se lo podeis dar libre á su madre; que en vuestra voluntad está su vida ó su muerte. Y si no quereis sino que muera, no hay para qué llorarle; pero respondiósle Filipo: Ya que no se le puedo dar libre, pues sería ir contra justicia el no quitarle la vida, dóyle á su madre lo que puedo, que son lágrimas: evidente señal y muestra del sentimiento que tengo de no poder hacer lo que me pide. En el reino de Aragon se tenia por costumbre, cuando de noche rondaba la justicia, en llegando á alguna esquina de la calle por donde pa-

saba, dar uno ó dos golpes con el baston que llevaba, para que se entendiese que iba por allí la justicia, pretendiendo con esto gobernar la ciudad más con blandura que con aspereza. A un juez conocí yo que cuando sentenciaba ó condenaba á alguno, lo hacia con una boca tan de risa y tan buenas y comedidas palabras, que obligaba á no apelar, por más rigorosa que fuese la sentencia que habia ordenado, aunque le costaba al reo dos tantos más de lo que debía pagar por el delito que le acusaban. Tanto como esto puede el buen término y comedimiento de un juez, y no puedo dejar de contar lo que vi en cierto pueblo deste reino, por si acaso hubiese enmienda en lo que tienen ya establecido por ley los señores jueces: de modo que cuando les hacen cargo de semejantes sinrazones, responden convenir así por via de buen gobierno, y que de otra suerte era imposible verificarse las causas ni poder castigar los delitos; aunque yo pudiera responderles que todas las leyes se han de entender con un buen discurso y distincion, porque lo demas es confundirlas y agraviar á los inocentes que ni se hallaron en la casa cuando sucedió aquella desgracia, ó estaban en parte donde no podian ser testigos de semejantes culpas. Hubo pues cierto día en una plaza de un pueblo deste reino una gran pendencia entre los hijos de vecinos y gente forastera: al ruido de las armas y al poner paz acudió gran número de los que por allí se hallaron, y entre los que salieron de sus casas á la refriega, fué un barbero, que tomando la horquilla con que solia colgar las bacías á su puerta cuando sacaba la tienda, vino á más correr entre los que se acuchillaban, diciendo á voces: Paz, paz; pero eran tantos los de la riña, y andaba el negocio de suerte, que no pudieron dejar de salir algunos heridos. Dióse noticia á la justicia, acudió luego con escribano y fiscal, haciendo averiguacion de la causa; y como suele ser de ordinario, llevaron á la cárcel casi los más vecinos del barrio, los más cercanos de adonde habian sucedido las cuchilladas, y entre los presos hubo de ser el barbero que salió con el palo: en la prision cada uno por su procurador alegó de su derecho, dando su descargo, y averiguada la culpa, los que no la tenían fuéron condenados á que pagasen á doce reales y saliesen libres: el barbero, que por solo haber salido via que le llevaban su dinero, aunque contra su voluntad, por salir de la prision hubo de pagar; y no pasaron muchos días cuando otra tarde se levantó otra gresca como la pasada, frontero de la casa del barbero, y él, que se preciaba de asistir á su oficio como hombre de bien, que lo era, asió de su vara, y metiéndose en medio de los que reñian, á grandes voces comenzó á decir: Mueran, muieran. No tardaron en venir juez, escribano y alguaciles, y prendieron los delinquentes: llevaron tambien al barbero á la cárcel, y como en la pendencia no hubiese algun herido, con facilidad salieron de la prision, aunque no sin costas, pues vino á pagar el barbero veinte y cuatro reales por la mortandad que habia gritado; mas como en casa del tahir dure poco la alegría, y él en sintiendo algun alboroto no podia dejar de salir como la gansa de Cantipalos, ofrecióse otra riña, y salió á dar en qué entender á los alguaciles; y como ya escarmentado de las cosas pasadas, mudó de estilo; y jugando de su horcon á modo de montante, á grandes voces repetia: Paz, guerra, muieran, guerra, paz.

Prendió la justicia á los del alboroto, y no se quedó en la posada nuestro barbero, el cual saliendo á visitarle, y siendo preguntado por qué le habían preso, respondió: Señores, yo soy desgraciado, y de serlo, y de no tener quien me favorezca, me ha costado más que yo ganaré en seis semanas por más que trabaje: por meter paz me condenaron en doce reales; después, viendo que con la paz me había ido tan mal, en la segunda pendencia dije: Mueran, muera, y también, aunque no hubosangre, fui condenado en gastos de justicia; ahora me trujeron á la prision por decir: Paz, guerra, muera, paz. Suplico á vueasmercedes me digan qué he de hacer, qué diré, ó cuando viere matarse los hombres, adónde tengo de irme; porque no hay que dudar sino que será menester alguna renta para tantas condenaciones como cada día me hacen. Dió mucha risa á los jueces el modo de proceder del buen hombre, y mandaron que saliese libre y sin costas, y de allí adelante se fueron á la mano en semejantes causas, aunque presto se cansaron, volviéndose á lo que ántes solían. ¿Qué me responderán deste cuento? les pregunté á los que me escuchaban: pues verdaderamente es lo que sucede en este lugar: si lo oiste ó lo dejaste de ver, págalo, y salga de donde saliere; que las diligencias que se hacen ó licieren no será razon queden sin premio, y el escribano y fiscal llevan tienen sus derechos; que por eso compraron semejantes oficios y dieron su dinero. Y aun esto bien pudiera sufrir á no haber de por medio algunos malos tratamientos y algunas palabras injuriosas, indignas con justa razon de los que gobiernan la república: no le basta su desdicha á un pobre hombre, y verse preso en una cárcel cargado de hierro, sino que para alivio de sus trabajos ha de ver indignado contra sí al juez, terrible al escribano, y al fiscal insulrible, y al alcaide y porteros de la cárcel no de mejor condicion que los demas. Estaba el desdichado rico avariento abrasándose en vivo fuego, muriendo de sed y descoso de una gota de agua, y llama para que le socorra á Abraham, pidiéndole que le envíe á Lázaro, y para obligarle le da nombre de padre, y el santo viejo patriarca, pudiéndole decir que mentía, pues tan ruines hijos y miserables nunca él los tuvo, por no afligirle y desconsolarle más le responde: Hijo, en el mundo tuviste los regalos posibles, y Lázaro estuvo lleno de miserias y trabajos; trocése la suerte, tú ahora padeces y Lázaro descansa: grande es la distancia de un lugar á otro; y así, no es posible lo que pides. Ya que no le socorre, no le trata mal ni se enoja con él; ni es bien que el juez jamás se enoje con el reo, ántes se compadezca y duela de sus miserias, y considere cuán frágil y de cuán poca consideracion es el hombre, pues por la flaqueza y mal natural suyo deja la virtud y el bien, y se arroja precipitadamente á la torpeza y perdicion suya, sin temer la pena y castigo que le aguarda; y no deje de admitir apelacion cuando se la pidieren, si por ventura hay lugar para no ejecutar la sentencia, que harto mejor es vaya visto el negocio que fuere grave por muchos ojos, y que no se atropelle la vida de un hombre: si merece azotes ó galeras, senténciese en ellas enhorabuena; pero ¿qué importa que otro mayor tribunal lo confirme? Pues con esto se satisface el reo, y el juez cumple con su conciencia, y se libra de muchas pesadumbres con decir: Otros lo vie-

ron, justificadamente está vista su causa, y se ejecutó lo que merecia. No todo se ha de entender de una manera; distineion quieren las cosas; que aunque tiene peso la justicia, razon es siempre se incline á la piedad y compasion: rico en misericordia se llama Cristo Señor nuestro, por preciarle tanto de misericordioso, y no por eso deja de ser infinita su justicia: llega á venderle Júdas, y dándole la paz que no traia, le pregunta: Amigo, ¿á qué vienes? Pudiéndole condenar al punto á los infiernos, como juez universal que era de vivos y muertos, y más, que tardó poco en irse á los abismos, prision bien merecida á quien él era y había sido. Aquella vara del profeta con tantos ojos, esto significaba, que quien vela todo lo mira, y tantea las cosas con razon y prudencia. Este es el camino carretero por donde han ido las personas cuerdas, y echar por vereda ó atajo diferente será para que se diga aquel comun refran: A los viejos hasta los codos, y á los mozos hasta los hombros.

Vicario. Recibiré merced y caridad que me declare ese adagio, porque verdaderamente no puede dejar de tener encerrada en sí alguna buena sentencia.

Alonso. En tiempo de muchas aguas, como las que yo solia pasar, padre vicario, se suele humedecer tanto la tierra, que con ser de su naturaleza fría y seca, parece estar tan deleznable con demasiada humedad, que por todas partes arroja arroyos y fuentes de agua: los hombres ya de edad, que no miran en galas, en saliendo á sus negocios, no reparando en el lodo que se les ha de pegar en zapatos ó medias, sino en ir más seguros, echan por medio de la calle á costa de mojarse más de lo que querrian; pero los mozuelos pisaverdes, á quien no es razon que ni aun los elementos se les atrevan, ántes les veneren y guarden respeto, echan por diferente senda, arrímanse á la pared, ponen la punta del pié en una y otra piedrezuela, y como mal fundamento, cuando más descuidados, al mejor tiempo toman la paja con el cerebro, y con las espaldas miden el suelo como don Bueso. La necesidad suele decirse que hace maestros, pero yo no diré sino la experiencia, y que es madre del saber y del buen gobierno: por eso dice Tulio que el entendimiento, la razon y consejo estaba en los viejos, porque, como ya caidos en las cosas y ejercitados en todo, podian gobernar las repúblicas; lo que no tienen los mozuelos de pocos años. Estas y otras cosas les contaba á aquellos señores de la audiencia que me escuchaban con mi amo; y como eran hijos de tantas madres, así tuvieron varios los pareceres: culpaban unos mi libertad, otros quisieran que el teniente me hiciera llevar á la cárcel por el atrevimiento que habia tenido; aunque no faltó entre ellos quien volvió por mí, diciendo que mi intento habia sido bueno, y que debian agradecerme los buenos consejos que los habia dado.

Vicario. Si ello va á decir verdad, hermano Alonso, demasiado anduvo: no está el mundo para ese lenguaje; verdades apuradas no se escuchan, desengaños no se reciben; priva la mentira, gobierna la lisonja y adulation, y la doblez y mal trato está en su punto: yo no me maravillo sino como no le dieron el pago que merecian tan libres razones como les dió.

Alonso. De eso procuraré yo guardarme; porque viendo que ya me traian sobre ojo, llamándome el hablador, y que casi los más de Córdoba me señalaban con

el dedo, determiné de dar cantonada á mi señor y quitarme de malas lenguas, pues sin dar ocasion, ni merecerlo yo ni mi buen trato, así taberneros como gente de la plaza me llamaban el soplancillo, oficio de que jamas no solo no me precio, sino que le aborrezco : válgame á los que lo son el interés que quisieren, si quiera anden á medias ó á tercias partes con la justicia y escribanos, indigna cosa de hombres de bien ; y yo, como me preciaba de serlo, procuraba siempre huir de semejantes negociaciones y ganancias. Aguardé una noche que salí de ronda con mi teniente, y habiendo visitado tabernas y bodegones, pasteleros y casas de posadas, llegámos á un meson donde hallé un hombre con dos machos que estaba de partida para Sevilla, habiendo de salir de la posada al amanecer : vi el cielo abierto, y con tan buena ocasion asila por el copete ; porque de mi natural inclinacion fui siempre amigo de andar los piés altos del suelo, principalmente por tierra tan cálida como Andalucía. Tres meses habia que estaba en servicio del teniente mi amo, y en todo este tiempo no me habia dado siquiera un par de zapatos : de modo que le consideraba de que jamas podria sacar dél un real, procurando, como buen cobrador, que se fuese comido por servido : órden que suele guardarse ahora en algunas casas, no dando salario á los criados, sino aprovechándolos en los negocios que se ofrecen, y que de allí saquen ellos lo que su industria y modo pueda granjear, así de la una parte como de la otra, haciendo á dos manos como buen oficial. Habíame dado mi señor el día ántes para el gasto de toda la semana cuarenta y cuatro reales, que echando bien la cuenta de tres meses de servicio, venía yo á salir á razon de á catorce reales, dos más ó ménos que sobaban ; y habiendo hecho el cómputo con mi conciencia, me dí por libre, pareciéndome que todo se salia allá, tomar lo que se me debia, ó pedirlo á mi señor, pues casi se era uno : no hay para qué trate ahora si pequé ó no en hacer lo que hice ; que en negocio de opiniones no faltará quien me defienda, pero en efeto déjeme de cuentos, y dejando acostado á mi dueño, di la vuelta al meson ; que á tardar algo más no fuera de provecho, porque el arriero habia ya aparejado sus machos, y hecha la cuenta con la huésped, estaba ya fuera del portal para ponerse en camino. Disimuléme, y no le hablé palabra, porque no me conociesen los huéspedes, y habiendo salido de la ciudad buen rato, y yo en su seguimiento, llegándome á él, le di los buenos dias, diciéndole cómo habia oido decir que su viaje era el mismo que yo llevaba, y si no lo tenia por pesadumbre le serviria en su jornada, pagándole la merced y buena obra que me hiciese de á ratos llevarme caballero, pues iban desembarazados dos mulos. Agradeció mi ofrecimiento, y diciéndome que no repararia en la paga, me dió el pié para que subiese en uno de aquellos dromedarios, que segun estaban albardados, podian ser acémilas de algun grande. Proseguimos nuestro camino con algun sosiego y contento, dando vaya á los pasajeros que encontrábamos, engañando con risa y voces el gran trabajo y cansancio del camino, que no era poco en tiempo de tanto calor y por tierra que parecia ser hija del sol, segun era de calorosa, que no sin causa la llaman Sierra Morena. Un mártes, aciago para mí, llegámos por la tarde á una venta con ánimo de dormir aquella noche

en ella, y tomar la madrugada, como otras veces habíamos hecho ; pero volviéosenos el sueño del perro ; porque como por nuestra ventura tuviese una hijuela de buena edad el ventero, y yo fuese mozo barbiponiente, y aunque no muy demasiado bien vestido, no de mal parecer, bailéla al ojo al demonio de la moza, y llegándose á mí, me dijo : Mancebito, bien veo que no le es lícito á una doncella como yo soy atreverse á echar en corro lo que por terceras personas fuera bien se tratase ; pero aunque con justa causa puede culpar mi desenvoltura y el ser tan demasiadamente libre, el amor que le he cobrado en este poco de tiempo que le he visto es de suerte, que me fuerza á que atropelle con todo, y habiendo de ser yo la rogada, venga á rogarle : fuerzas son de estrellas y oculta inclinacion, que no se puede alcanzar la causa de adonde procede tan gran mudanza como la que vengo á ver : en mí hallará mujer que le estime, y adore sus pensamientos ; si gusta de quedarse conmigo en casa, hija soy del huésped ; no hay otra heredera para lo poco ó mucho que se ganare ; el puesto es admirable y acreditado, y con su buena ayuda nos ha de hacer el Señor mil mercedes. Atónito escuché las razones de la mozueta, y á ser inclinado al santo matrimonio no me estuviera mal responderla ; pero, aunque mozo, hice una breve consideracion : mujer de buena cara, moza y con hacienda, y que me ruega, y á mí, que aun casi no me ha visto, no es ello demasiado bueno, ni aun mediano : mejor me será llorar con un ojo que con dos ; y así, mostrándome agradecido á mi amartelada doncella, la dije : Por cierto, señora, yo quisiera ser una persona de mayor caudal del que tengo, para servirlos ; pero soy tan pobre, que me parece que os hago mucho bien en deciros que no. Dos árboles secos tarde dan fruto : yo estimo vuestra voluntad, y quedáos con Dios ; que es muy tarde ; y para quien ha de madrugar, como nosotros, necesario será tomar un poco de sueño.

Vicario. Demasiado de buena respuesta para tan loca desenvoltura y libertad. ¿Y qué le respondió la loquilla?

Alonso. Aquí fué Troya, pues como si la dijera que nació en las malas, alzó la voz pidiendo socorro y que la valiesen, defendiéndola de mí, que estaba hecho otro casto José, con su aficionada ó inficionada señora. No hay ira como la de la mujer, dice el Sabio, y púdelo yo experimentar en mi persona bien á mi costa, pues con estar la venta tres leguas de poblado, en un punto me cercaron seis hombres como unos filisteos, sin el padre y la madre de mi gritadora muchacha. ¿Esas teneis? la dije : guarda, diablo ; libreme el Señor de vos como del infierno : bien que no estoy debajo del pesado yugo del matrimonio ; libertad tengo, pues en mi mano está el perderme ó ganarme. Yo miraré por mí, siguiendo el consejo del Sabio, que dice : Harto mejor es vivir el hombre en una soledad y desierto, que nacer vida con una mujer mal acondicionada, pendenciera y gritona. Hermano, hermano, poco ruido y ménos voces, me replicó el padre de la moza, y dé gracias á Dios que no le molemos á palos por el atrevimiento que ha tenido de inquietarme la muchacha : ya le conozco ; que no es la vez primera ni la cuarta que ha venido á mi casa ; y pues callo, dé la mano, y quédese con ella ; que haré cuenta que tengo dos hijos. Aquí de Dios, que me casan, pudiera responderle, como

cuando daba voces el otro poeta ; mas viéndome cercado, y sin persona que me pudiese favorecer, y sin esperanza de remedio, algo más tierno, mirando al viejo padre y á los alanos que me tenían asido, les di por respuesta : Déjenme vuesa mercedes ; que no soy aguja que me tengo de perder. Si yo soy el que gano en hacer lo que me mandan, no hay qué replicar, sino obedecer y darles gusto : solo aviso, porque despues no se quejen de mi mal término y proceder, que soy un pobre mozo, sin tener adonde Dios envíe su celestial rocío, no amigo de trabajar, aplicado al descanso y sosiego, más desabrido que bien acondicionado ; puesto el ferreruelo al hombro, todo el mundo es mio, porque no tengo viña ni hogar : si con estas faltas me quieren, alto al agua, y cada uno nade lo que pudiere y supiere.

Vicario. A lo ménos sus padres no podían pecar de ignorancia, pues los desengañaba, diciéndoles aun más de lo que le preguntaban.

Alonso. Aquí, padre, se podía echar de ver manifestamente la ceguedad de algunos padres, pues teniendo en su vecindad y barrio personas convenientes para meterlos en su casa, van á buscar léjos de su tierra á quien ni conocen en costumbres ni en calidad ni hacienda, pareciéndoles que como vengan de fuera es lo mejor, habiendo considerar aquella comun sentencia de las madres viejas : Al hijo de tu vecino quítale el moco y métele en tu casa. Espantoso caso ; ¿quién imaginara sino que habian de responderme : Sois un bellaco pícaro, mal nacido ; salíos de la venta, y no os vea yo en todos los dias de vuestra vida ; que si por acá volvéis os sacaré el ligado ? Pero no lo hicieron desta suerte, sino que con mucho amor y blandura me prometieron de hacer por mí cuanto les fuese posible, como por un hijo que de nuevo les habia dado Dios : no obligados ni con mi buen modo de proceder ni buenas palabras, quedé recibido por su yerno, celebrando su buena suerte, y dando los huéspedes el parabien á mi nueva y aborrecida esposa, y yo desde aquel punto empecé luego á ser presumido, haciéndome grave y representando lo que no era ni en ningún tiempo esperaba ser, pues aunque delante de tantos testigos dí la mano de marido á mi engañada novia, solo fué por librarme de algun mal tratamiento, ó por lo ménos de entrar por algunos dias en una cárcel, pagando los delitos que no habian cometido mis culpas.

Vicario. Pues bien, ¿como se libró de tan grande aprieto ?

Alonso. Eso y más puede hacer una disimulada apariencia : con fingir una alegría y contento el que tiene una tristeza interior y una infernal melancolía, ¡oh cuántos venden á los que tratan y comunican como amigos con unas palabras amorosas y blandas ! ; Cuántos prometen hacer bien y favor, que son los principales contrarios y fiscales de los que están llenos de esperanzas de ser defendidos y amparados ! Cuántos, engañados con esperanzas fingidas, han gastado su salud, su tiempo y hacienda sin haber podido ver logrados sus deseos !

Vicario. Eso que dice, hermano, lo enseñó el santo y real profeta David, en el salmo 432, que dice : « Los que con capa de paz engañan á sus hermanos, disimulando el veneno que tienen sus dañadas entrañas, » etc.

Alonso. Habiamos gastado, padre, en demandas y

respuestas gran parte de la noche : de modo que con ser ya el postrer cuarto de la luna, en su menguante, ya habia mostrado su apacible rostro á los necesitados de su prestada luz, cuando mi compañero, deseoso de entrar en Sevilla aquel día, pues para once leguas que le faltaban era forzoso tomar la madrugada, apercibíase su reena, hecha la cuenta del gasto ; que como sucesor de aquel nuevo trato, la hice admirablemente, y le dí finiquito de todo, entregando el recibo á mis señores y forzados suegros, que no fué de poco contento para ellos el ver con cuánta gracia me iba imponiendo en el nuevo oficio, esperando de mi habilidad un gran catedrático de venteros. Salió de casa con sus machos, despidiéndose de mí con alguna ternura ; mas yo echéle el ojo al camino que tomaba, y habiendo bien como una hora que habia salido, como viese divertidos los de mi venta, los unos en aderezar la cena, y los otros en poner la mesa, como que me llegaba á cerrar la puerta, me salí fuera en seguimiento de mi arriero, diciendo al salir de la posada lo que dijo una señora que entró en la religion, al tiempo que la portera cerró las puertas del monasterio : Quédate con Dios, mundo con tus criados ; y yo dije : A Dios, mujer ; el que te quisiere, ese te lleve ; y poniendo piés en polvorosa, comencé á correr de modo, que no me alcanzara el más ligero galgo ; pero tal miedo habia yo cobrado á mi casamiento, y tales alas me ponía el temor en todos mis antojos, recelándome de los que me habian de seguir ; aunque bien mirado, ni sé para qué, pues ninguna cosa les era en cargo, sino el estar roncós de las voces que impertinentemente tuvieron como bárbaros ; que los que mas gritos dan, esos suele decirse que tienen mayor justicia. Ya el sol andaba bien á lo descubierto, mostrando sus rayos por toda la tierra, cuando vine en el alcance de mi antiguo compañero, que como me conociese de léjos, maravillado, se detuvo para esperarme, y en llegando le dí los buenos dias. Preguntóme la ocasion de haber dejado mi esposa y suegros ; mas yo le respondí que lo remitía para contárselo por el camino ; que tuve hartó que contar. Dióme el pié para que subiese en un macho, echando de ver cuán cansado estaria, pues le habia podido alcanzar. Pedíle que nos diésemos priesa, lo uno, por entrar con tiempo en Sevilla, lo otro, porque si alguno viniese en nuestro seguimiento, no pudiese alcanzarnos. El amigo era tan hombre de bien, que lo puso por obra ; y así, ántes de la oracion llegámos á la puerta de la ciudad. Lo que en ella me sucedió, y el año que tuve, para mañana, siendo Dios servido, se lo contaré á vuesa paternidad, porque, por ser tan largo este discurso y ser ya hora de que nos recojamos al convento, será razon se quede para otro día, pues nos quedan otros cuatro para recreacion ántes de entrar en cuaresma.

Vicario. Muy bien dice, hermano ; que los religiosos parecen muy bien en el monasterio ántes que la noche descoja su manto de oscuridad y tinieblas : para mañana se quede lo sucedido en Sevilla.

CAPITULO VI.

Cuenta Alonso cómo entró á servir en Sevilla á un médico.

Vicario. Acuérdome, hermano, que quedó nuestro discurso en Sevilla, y á lo ménos no podría culparme

de que me falta memoria: señal cierta de que me da mucho contento su apacible conversacion y el ver los varios caminos por donde le traia la fortuna. Bien puede proseguir; que yo le escucharé atento de buena voluntad.

Alonso. Llegámos, como dije, á la gran ciudad de Sevilla, madre de tantos extranjeros y archivo de las riquezas del mundo: acababa de llegar la flota, y entre-tíveme aquella noche en ver las luminarias y alegría universal de todos los ciudadanos, la salva de los galeones, y el regocijo de grandes y pequeños. Llegada la mañana, despedido de mi compañero, salí al río, donde me fué de provecho mi buena diligencia y trabajo, ayudando á traer á la ciudad algunas cosas ligeras de las que desembarcaban (ejercicio en que se ocupan en aquellos tiempos innumerables holgazanes con no pequeño interes y granjería); pero yo, como de mi natural fuese delicado, y mis fuerzas no tantas como las de Fierabras, sentia el traer carga; dolíame los hombros, y cada brazo me pesaba mucho más que los tercios que habia de traer sobre mis costillas; y considerando que no habia yo nacido para semejante trato, y que á costa de mayor ganancia, me sería mas saludable buscar otro modo de vivir con más sosiego, dejé el arenal, y víneime á la lonja á buscar quien me diese de comer, sin que yo tuviese cuidado de prevenirlo; que en efeto una vieja costumbre mala es de olvidar: el bien hasta que se pierde no se conoce; aquel no tener yo cuidado cuando servia qué comeré mañana, no teniendo dineros, el no hallarlos por más que los buscase con prendas, el ir de vecino en vecino con mi rostro más encendido que salserilla de color de granada, acórdandome de aquel dicho antiguo: Si quieres saber cuanto vale un real, pídele prestado. Tenia por negocio más cuerdo quitarme de pesadumbres, y que todos estos cuidados, otros los llevasen, socorriendo mis necesidades, pues en efeto, aunque con el amo, por bueno que sea, se padecen no pocas prolijidades, por lo ménos dél ha de colgar el saber cómo se mantendrá su casa, el sustento de su familia, el aderezo y vestidos de sus criados, el mirar por ellos, y si fuere menester, quitarlo de sí para darlo á los que le sirven, á trueco de tenerlos contentos.

Vicario. Así es verdad, que el vestido del criado y buen tratamiento dicen quién es el señor, y un mozo malo intencionado, habladorcillo, podrá descomponer la casa de más calidad y crédito, pues los criados suelen llamarse enemigos no excusados, siendo forzoso el servirse dellos y no poderlos dejar de ningún modo, sino es que se diga por cada uno: Mandadlo y haceldo vos.

Alonso. Esa, padre, es la ocasion de ser los monasterios y casas de religiosos tan bien servidas, con tanta puntualidad, sin que jamas falte en su buena traza y órden una tilde. El padre fray Pedro es portero, fray Antonio refitolero, fray Francisco cocinero, cada uno en su oficio gente virtuosa y hombres de bien, que saben ya lo que han de hacer, y acude cada uno, sin tener ayo que le encamine ni mayordomo ó maestresala que le corrija. En efeto, yo anduve á buscar á quien pudiese servir; que aunque yo tenia bastante edad y cuerpo para arrinarme á algun oficio, no sé qué hallaba de contradiccion en mí para no aprenderle, pare-

ciéndome ser demasiada sujecion y trabajo para un mozo como yo era, eriado siempre con libertad y anchura, amigo de no sujetarme á la mala condicion desabrada de unos maestros que sobre cualquier niñeria tratan á un pobre aprendiz como si le hubiesen comprado para su humilde y perpetuo esclavo. Bien echaba de ver lo mal que lo hacia en dejar pasar el tiempo, la cosa más preciosa de la vida y de mayor estima, y que me habia de suceder á mí lo que hallaba por experiencia en otros, que, olvidados de su vejez, de muchachos servian de pajes á los señores, de mancebos, de gentileshombres, de mayor edad, de escuderos: llegase el tener muchos años; vienen con ellos la poca salud, madre de pocas fuerzas, y variedad de enfermedades, sugeto aborrecible, aun de los mismos hijos: pues ¿qué se ha de hacer, enfadando á los que habeis servido, y debeis agradar, ántes que dar pesadumbres con tantas importunidades y miserias? El remedio es fácil, dando con vuestro cuerpo en un hospital, donde haya cama de incurables; que si hay males que no tienen cura, ¿quién jamas la pudo hallar para no ser viejo? No se me escondia nada, y lo peor era que, con entenderlo, nunca me pude mover á ser oficial: trato y ejercicio loable y digno de estimar en mucho, pues con un continuo trabajo no solo aparta á sus dueños de innumerables vicios, que como de caudalosa fuente nacen de la ociosidad, sino que tambien los levanta, y da la mano para grandes bienes de fortuna. Quien tiene oficio tiene beneficio, dice el comun refrán; y desdichado del hombre que está sin él y sin renta, cargado de casa, familia y obligaciones; pero no tan malo, pues ya buscaba en que entretenerme, por no andar perdido; y así, encomendándome á Dios, estuve mirando un rato á la mucha gente que pasaba de una parte á otra por aquella calle donde yo estaba, que aun con ser tan anchurosa, unos á otros se estorbaban el paso. Vi entre los que estaba con atencion mirando, que pasaba un hombre de buena edad, gentil presencia y bien aderezado, con una gruesa mula, con su gualdrapa (propio hábito de letrado ó médico), y reparé en que tras él no iba ningún criado, ni lacayo delante; y pareciéndome que el cielo me habia deparado aquella comodidad, sin que me costase mucho el buscarla, fuíme tras él hasta una casa no muy lejos de allí, adonde se apeó, y yo llegué á tenerle del estribo, y con mucho conmedimiento quitado mi sombrero, con demasiada cortesía le pregunté si tenia necesidad de recibir alguno en su servicio; porque yo habia llegado en aquel punto á la ciudad, y era persona que le podia servir con el cuidado y diligencia que echaria de ver, y á mí me fuese posible. Verdaderamente, hermano, me respondió el doctor, como mi arte y modo de vivir es tan trabajoso, y aunque contra mi voluntad, tan forzoso de que andemos tres, como el oficio de tejedor, lanzaire, maestro, y quien haga las canillas; y en el mio yo, mozo y mula, no puedo excusarme de recibiros: causaros tenéis, porque gracias á Dios tengo muchos que visitar, pero para eso es el pagaros bien, regalaros, y hacer de mi parte el mejor tratamiento que puidere.

Vicario. Poco era menester para concertaros los dos, porque la mayor parte del camino ya estaba andado.

Alonso. Así es verdad, pues remitiéndole á lo que

echase de ver de mí buen trato y servicio, dejámos el concierto para adelante; y acabando de visitar nuestros enfermos á mediodía, fuimos á casa donde nos tenían ya apercebida la comida, que bien la habíamos menester despues de tan largo paseo como el que habíamos traído. Gane de comer el médico cuanto quisiere, tenga el crédito y opinion que pudiere desear, todo es poco para el continuo trabajo y cuidado de su vida, el no tener hora segura de día ni de noche, fiesta ni Pascua para su descanso y quietud: cosa concedida al más trabajado oficial y al más vil sujeto esclavo, pues hasta los galeotes tienen invierno en que las galeras no salen del puerto, esperando al apacible tiempo de la primavera; mas el médico, aunque se conjuren contra él las nubes, despidiendo temerosos rayos y más agua que arroja el Nilo cuando caudaloso riega los campos de toda Egipto, y la tierra envíe de sí misma más fuego que el volcan de Sicilia, ha de salir á visitar, y sufrir así la inclemencia del tiempo que correiere, ya del gran frio del invierno, ya del intolerable calor del verano, como las impertinencias y desabrimientos de algunos inconsiderados enfermos, que á trueco de su gusto, no reparan en la grande incomodidad y fatiga que han de pasar los que los vienen á servir. Yo, á lo ménos, lo que sé decir de mí, que si en el siglo estuviera y cargado de hijos, á ninguno dellos dejara estudiar semejante facultad, escarmentado de lo que vi pasar al bueno de mi amo. Dejo aparte las impertinentes razones del vulgo, aquel decirme cuando pasaba por alguna calle detras de la mula: Veis alli al criado del mata sanos.

Vicario. Eso, hermano, es falta de poco saber, y tener gana de hablar, porque al médico no le llaman los sanos, ni él va á curar sino á los enfermos; á esos cura él, y no los mata; que de los buenos y sin enfermedad yo le absolveré y daré por libre.

Alonso. De sol á sol está señalado el trabajo de un cavador, sus horas tienen los oficiales para trabajar y para el descanso; solo para nosotros habrá de ser sin intermision alguna. Llegaba la luz del alba, y hecho vigilante centinela, me daba priesa mi dueño á que dejase de dormir, no satisfechos, ni aun mediados los ojos de lo que habian estado tanto tiempo abiertos. Llegaba á mediodía mi médico hecho pedazos, harto de sufrir y padecer de unos y de otros, y con harta poca ganancia; porque lo que suele decirse que Galeno da riquezas, y Justiniano honras y dignidades, verdaderamente, padre, que es falso, pues de manifesto los juristas en todo se aventajan, así en los gobiernos y preeminencias, como en aprovechamientos y ganancias. Ya se pasó el tiempo en que contaban que los médicos, pareciéndoles indigna cosa recibir pagas por sus visitas, volvian la mano para atras, como teniéndolo por cosa indigna que se premiase con el dinero un deseo y una propia voluntad de procurar la salud al enfermo; pero ya en nuestros miserables tiempos, ántes es necesario abrir las manos y ponerlas delante, y aun pedir que los paguen, y con todas estas ceremonias sea el Señor servido que tenga efecto la buena diligencia. Acuérdome de un médico, que pidiendo á un herido que le pagase lo que le habia visitado y curado, le respondió: ¿Qué sedas ó paños me dió vuesamerced, ó qué mercaderías puso de su casa, que así quiere llevarme mi hacienda? Porque en efecto, padre, tres caras dicen que tiene el

médico, una de ángel, otra de hombre y otra de demonio: la de ángel es cuando la enfermedad aprieta, los accidentes crecen, la sed fatiga y la calentura atormenta; entónces venga el médico, dénde lo que pidiere, que todo es poco, como me dé remedio: mejorase la enfermedad, duerme el enfermo, come mejor, y en todo hay alivio; entónces si el médico viene á casa, entrará, no con aquel aplauso y gusto del enfermo que solia ántes, sino como una persona particular, que es de algun efecto para la pretension que tiene del señor que ya va convaleciendo; pero cuando salió de peligro con notable mejoría, libre ya de aquellas pasadas congojas, si acaso viene el médico á visitar, como ha de llevar la paga de su trabajo, entónces es el mostrarle mal rostro, y de modo, que si tiene buen juicio, eclarará de ver cuán de mala gana reciben su visita; que esto quiso decir aquel poeta en sus versos latinos:

*Dum locus est morbis,
Medico promittitur orbis:
Morbo fugiente,
Medicus recedit à mente.*

Mientras hay enfermedad se le promete al médico cuanto oro y plata encierra la tierra, pero en llegando uno á estar bueno, olvida el bien que recibió y al que fué causa de su salud; y esto es lo de ménos, si se llega á contar la continua murmuracion y mal hablar del vulgo, aquel entender que está en mano de los médicos que no se mueran los que curan, dependiendo, como depende, la verdadera salud y vida del Autor della.

Vicario. Así dice el Profeta, cuando preguntado, propone al pueblo: ¿Por ventura los médicos podrán resucitar? Y en otra parte: Yo mataré y haré que vivan, heriré y los daré sanos.

Alonso. Pues es lo bueno que no saben hacer distincion del que sabe y es docto, del ignorante y de poco juicio, dando más crédito á un ensalmador y al dicho de una mujer que en su vida supo más que andar en los cuidados de su casa y familia, que á los más expertos y cursados en la facultad de medicina. Acuérdome que un día, para ir á ver á un enfermo dos leguas de Valencia, llamaron á un catedrático de la universidad de los más graves y de mayor opinion: el que ila con el que habia venido á llamarle, al salir de la puerta de la ciudad le dijo: Señor doctor, yo querria, con su buena licencia de vuesamerced, ántes que nos alejemos de la ciudad, que quedase concertado con vuesamerced lo que me ha de llevar por este camino y visita; que en efecto, quien destaja no baraja. Sea como quisieredes, respondió el médico; dos leguas son adonde me llevais, bien merezco cincuenta reales, y más haciendo el tiempo riguroso que hace de calor. Rióse el hombre, y haciendo mofa y burla dél, le dijo: Bueno por Dios, ¡cincuenta reales! Pues para eso más vale llevar uno bueno; y era el que llevaba el catedrático de alforismos, la lectura más grave de las escuelas.

Vicario. ¿Y en qué paró el negocio?

Alonso. Gustó tanto de la simple respuesta el bueno del doctor, que con mucha rifa le respondió: No se trate más de precio: vamos enhorabuena; que lo que me diéredes quiero tomar, y quedaré muy contento, sin daros pesadumbre por la paga. Llegados al lugar, entró á ver al enfermo, y hallóle tan cercano á la muerte, que á lo que más se atrevió, fué á ordenarle una

ventura para el corazón, y un cordial para que pudiese alentar un poco y recibir el santísimo sacramento de la Eucaristía y confesarse, porque habían hecho poco caso de la enfermedad, siendo, como era, de suyo tan grave. Entróse á descansar un rato el médico; mas no fué por mucho tiempo, porque, llamándole muy apriesa, hubo de salir luego del aposento donde estaba, y por muy presto que salió, halló muerto al enfermo. La mujer, que estaba presente á tan desgraciado suceso, salió al encuentro al doctor, y tomándole por la mano, le llevó á la cama donde estaba su difunto marido, y mostrándole grande cólera, le dijo: Venga acá, mire lo que ha hecho; á esto le trajeron á mi casa, á matarme mi marido y á llevarme mi hacienda. Bien haya Roma, que no quisó que en setecientos años hubiese médicos en la ciudad, porque entendían, y con justa razón, los romanos, que ellos eran la verdadera peste de la república. Con estas razones tan desbaratadas de la inconsiderada mujer quedóse mi catedrático como fuera de sí, y bajándose al portal de casa, pidió la mula, y sin despedirse ni aguardar á que le pagasen, tomó el camino de Valencia, maldiciendo su jornada, á quien le había traído y á los maestros que tan trabajosa ciencia le habían enseñado.

Vicario. ¿Y en efeto, hermano, tanto tiempo como esa mujer dijo, estuvo Roma sin tener quien curase los enfermos y heridos? ¿Y á los médicos que entonces estaban en la ciudad los destruyó el Senado?

Alonso. La gente docta, virtuosa y de buen trato siempre fué estimada de su república; que los que Roma como personas inútiles y de ningún fruto echó de su imperio, fueron charlatanes, hombres sin fundamento ni razón, salta en banco, que curaban como dicen: Dios te la depare buena; no mirando edad, tiempo, ocasión, ni sugeto: cosas tan necesarias para poder curar, que sin ellas sería como poner una espada en las manos de un hombre loco. Y aun Galeno, reprehendiendo á Tesalo, dice las mismas palabras, por haber dicho que en seis meses sacaría él un médico consumado con tal que él fuese su maestro; y decía: Bien dice Galeno; porque no digo yo en seis meses, sino en seis días podras hacer que sepa lo que tú sabes; porque quien no guarda indicación ninguna ni repara en cosas que contradicen á la curación, desde luego cure sin estudiar ni ver libro: estos tales eran los que salieron de Roma, no obstante que siempre tuvieron los romanos discretos y sabios cirujanos que los curasen, pues era forzoso el haber de curar los heridos en las continuas guerras que de ordinario tenían; y por consiguiente, nunca faltó entre ellos médico, pues para ser uno buen cirujano forzosamente ha de saber medicina, ó no poder ejercitar bien su arte.

Vicario. Así me parece á mí, que sin un buen discurso y modo de proceder mal se podrá gobernar un hombre en un caso de tanta importancia como es la salud humana.

Alonso. Dejo aparte, padre, lo que enseña el Eclesiástico en el capítulo 38, en el versículo 1, donde dice: «Honra al médico, pues tienes necesidad del: erígelo el Altísimo, y toda medicina viene de la mano de Dios; la paga y premio recibirá del Rey, su saber y prudencia le levantará, y delante de los grandes y

gente ilustre será alabado. La mano poderosa de Dios crió de la tierra la medicina y remedios, y el varón cuerdo y prudente no los ha de despreciar.» Y en otra parte dijo: «Hijo, cuando estuvieres malo, mira por tí y no desmayes, sino ruega al Señor; que él te curará; y si á él con oración y sacrificios le pides la salud, y juntamente con las limosnas que hiciéredes, llama al médico que te visite, y repara que le crió el Señor, y que es razón estimarle y que te visite y cure, porque sus obras son necesarias, y sin él no se puede pasar. Forzoso es haber de estar los hombres enfermos, y forzoso es también haberlos de curar los médicos, y los que los curan procuran su sosiego, su alivio en los dolores y trabajos que los ven pasar, y rogarán á Dios por su salud, y por sabiduría para alcanzarla.» Hasta aquí el sabio rey: veamos pues lo que podrán decir los que se alargan más de lo que debieran contra una sentencia tan necesaria, provechosa y de tanta virtud; pero este daño y trabajo, padre, no está de parte de la medicina, sino de muchos indignos de preciarse de ella, y por los tales vienen á perder, ó á lo ménos tienen mal nombre acerca de ignorantes y que poco saben, los que son doctos y prudentes médicos. ¡Oh cuántos se han desvelado, así en dicho como por escrito, en decir mal desta divina ciencia y de sus secuaces, y han culpado la incertidumbre de las enfermedades interiores, diciendo que ¡cómo en una arca cerrada se puede acertar y saber lo que está dentro! Como las pasiones del alma se podrán remediar por conjeturas, siendo el conocimiento dellas reservado á Dios, infinita y verdadera sabiduría, á quien nada se le esconde, hasta los más secretos y ocultos pensamientos! Y así es verdad, que no todas las enfermedades se dejan conocer, y por discreto y docto que sea un médico, no todo lo puede alcanzar; que también hay cosas que de suyo son incurables, y más cuando interviene la voluntad del cielo de que padezca el enfermo, y que no le aprovechen de ningún modo los remedios que le aplican; que esto es lo que suelen decir con muy justa causa los filósofos: Aquí está encubierta alguna cosa divina; y verdaderamente tienen razón, pues cuando se aplica á un hombre que está alligido, doloroso y fatigado con una calentura ardiente, con una sed insaciable, que con tener la cama de manera que para otro cualquiera había de ser de mucho regalo, es para él de gran fatiga, pues aun caber en ella no puede, á quien para remediarle y darle algún género de alivio no hay en la botica medicina, ni bastan las fuentes más frías ni la abundancia de los mas caudalosos rios para mitigar y aplacar su rabiosa sed, ¿quién podrá negar sino que este tal que así padece por celestial y oculto juicio reservado al cielo, conviene estar en aquel terrible é inevitable pozo á que le condenó la naturaleza humana, por la culpa de nuestro mal entendido padre? Pero con todo eso, por la mayor parte bien manifiesto está, y la experiencia ordinaria cada dia lo muestra, de cuánto provecho sea en el mundo la medicina, y que el Señor la instituyó y ordenó para remedio de tantos males á quien estamos sujetos, y que el negarlo es error manifiesto contra toda verdad, pues la misma sabiduría dice que el hombre sabio no la menospreciará. Estas y otras cosas peores afligian al pobre de mi amo: considerábala

algunos días sin paciencia, y más cuando sus enfermos se partían contra su voluntad desta vida miserable y corta á la otra eterna y perdurable : aquí era ello, el afligirse, el melancolizarse, y verdaderamente tenia razon, porque siempre le echaban la culpa que le habia sangrado, ó no le purgó, ó le visitó tarde, y no cada día dos veces.

Vicario. Hermano, esa es plaga vieja de los médicos; porque en efeto ningún hombre murió porque habia de morir de aquel mal, sino por la poca diligencia de quien lo curaba.

Alonso. Aun si cuando muere uno se atribuyese á la divina voluntad, como cuando se sirve el Señor de enviar la salud, aun no era tan malo; pero es compasión que ordinariamente tiene Dios parte en la vida, como principal instrumento y autor della, y no quieren que la tenga cuando acierta á venir la muerte del enfermo. Si siempre los médicos curasen y diesen remedio á los enfermos ¿que les faltara? Eso era asimilarse al divino poder, en cuya mano está el alargar ó acortar la vida; que el médico no puede hacer más que aplicar á su tiempo la medicina y remedio conveniente, y que obre Dios conforme su divina voluntad. Acuérdomie haber oido contar de los que iban á Francia á que su rey les curase de lamparones (enfermedad trabajosa y rebelde), que en llegando á la presencia del Rey, puestos de rodillas, les decia : El Rey te bendice y te toca; Dios te sane. Así que el tener bueno ó mal suceso, de arriba ha de venir, y por eficaces remedios que aplique un hombre, no son bastantes á dar salud cuando el cielo determina otra cosa; que entonces Hipócrates, Galenos ni Avicenas no son de provecho; y así lo dijo un cierto poeta en una redondilla, aunque con término grosero, desta manera :

Quando Dios se determina
A no remediar los males,
No aprovechan cordiales,
Ni el caldo de la gallina.

Y no es este el menor trabajo que se padece, pues aquí entran como principales pesadumbres las enemistades de los demas médicos, el procurar derribar los unos á los otros, la poca cortesía que algunos se guardan en procurar aniquilar al compañero, para levantar de punto su opinion y letras. Quien es de tu oficio es tu enemigo, se suele decir, y tiene razon el que lo dijo : pues es lástima la poca paz y amor que se suele tener entre los que ejercitan tan divina ciencia, debiendo amarse y quererse, siquiera porque el desamor y poco crédito de los que atropellan redundan en agravio y daño de sus mismas personas, pues todos siguen una facultad, tienen un objeto, tiran á un blanco, y al cabo, al cabo, el que más sabe es hombre y puede engañarse. Pedíale á mi amo algunos dudosos y amigos de los enfermos que visitaba, cuando estaban ya cercanos para morir, que los dijese á qué hora de la noche acabarían, pareciéndoles que el médico experimentado y docto tiene obligacion de saber día y hora en que ha de morir el enfermo, siendo, como es, engaño manifestado, pues esto es negocio reservado á la eterna sabiduría del Señor, y por más que un hombre pretenda alcanzar, es cierto el quedarse corto y engañado muchas veces, y la experiencia enseña que con ser algunas enfermedades peligrosas y de suyo mortales,

quando los asistentes están á la mira esperando el último fin del alligido paciente, entónces con una súbita é inopinada evacuacion, contra toda humana esperanza se reparan las fuerzas, cobran aliento los pulsos, y el ya muerto en la opinion de todos vuelve á nueva vida; que esto es lo que dijo un autor grave de esta facultad : Muchas veces en la medicina suceden monstruos; porque se han visto las enfermedades que de suyo parecían fáciles y de poca consideracion haber tenido desastrado suceso, y las que se tenían por incurables y sin remedio, con facilidad alcanzarle; que no todo lo pueden saber los hombres, por letrados que sean, y muchas cosas reserva el Señor para sí; que no es su voluntad que le entiendan, y así lo declaró, diciendo : Si se supiese la hora en que habia de venir el ladrón, yo aseguro que estuviere alerta y con mucho cuidado el padre de familias, y que no dejaría ni daría lugar á que derribase algun portillo para robar el tesoro y riquezas que tenia.

Vicario. Eso, hermano, dícelo Cristo Señor nuestro para amonestarnos á que siempre estemos prevenidos, pues no sabemos el tiempo ni la hora en que nos ha de llamar, ni qué muerte habemos de tener.

Alonso. Así es, padre, pero enfadábame yo de que mi amo señalaba no solo el día, sino la hora, y la desmenuzaba y partía en cuartos, y si pudiera determinar minutos en que el enfermo habia de morir, hiciéralo sin duda, segun era de presumido; y aunque sabía, y muy bien, lo más ordinario era engañarse y cobrar mala opinion con los que le oían colgados de su lengua como de un oráculo : harto se lo reñía yo, pero era causarme sin provecho, porque en lugar de agradecer mis saludables consejos, me decia : Anda enhorabuena ó en la otra; límpial vos la mula y tenelda á punto, y no os metais en lo que ni habeis estudiado ni sabeis.

Vicario. No decia mal vuestro amo.

Alonso. Andaba yo al uso deste tiempo, pues conocia que algunos presumidos que hablaban más de lo que debían eran los que menos sabían y entendían. ¿Qué de personas, padre, he visto entremetidos en negocios y oficios ajenos, habladores de ventaja, jueces temerarios sentenciando las causas á su albedrío, sin advertir ni reparar si hay culpa ó está inocente el acusado! Qué de cuidadosos de las vidas ajenas, y qué de descuidados de las suyas propias! Qué de gobernadores de la república, que tienen destruida su hacienda y su casa por no saberla regir ni gobernar! El verdadero saber es el conocimiento de sí mismo y entender la cordedad del entendimiento de los hombres, pues el que más presume, ese yerra con más facilidad; que á esto hace aquel comun adagio :

Et aliquando bonus dormitat Homerus.

De cuando en cuando sabe dar su cabezada el buen Homero; y yo sé que insignes médicos muchas veces se han engañado : testigo desta verdad será Matia de Gradi, que á su mujer la aguardó dos años á que pariese, siendo enfermedad oculta para él y mal entendida la grandeza del vientre, si no fué que el grande deseo que tenia de verse con hijos le cegase; aunque sabía que el buen viejo Hipócrates, cuando más se alarga a un término de un preñado, es once meses, y no debiera él añadir otros trece, haciéndolo veinte y cuatro; y ei

mismo Galeno cuenta de sí que estaba engañado en el conocimiento de la enfermedad que padecía, y al cabo conoció su error, aunque en el modo de curar poca era la diferencia. Pasaderas eran todas estas cosas, y bien se pudieran llevar á mi amo, si no hallara en él unas cóleras tan impertinentes, que aunque de mi natural yo soy pacífico, ni se las podía llevar ni me bastaba la paciencia para poderlas sufrir; porque querer un hombre corregir á un vulgo, es pretender meter en un puño la grandeza del mar, y cifrar la máquina de la tierra en un pequeño y estrecho mapa. Harto le iba yo á la mano, poniéndole delante de los ojos mil verdaderas historias, así de la Escritura sagrada como de humanas letras; mas todo era predicar en desierto cuando consideraba el crédito y opinión que tenían algunos del pueblo á quien él conocía sin experiencia ni saber, y que estos eran los estimados y queridos de la república, á quien se escuchaba y se les hacía aplauso, dando más crédito á sus locuras que á los saludables y sabios consejos de los letrados y bien entendidos médicos. Pues cuando se venía á tratar de los ensalmadores y curadores, aquí era ello el perder el juicio, y como loco furioso dar voces al cielo, pidiendo remedio á tanta desventura; y en parte no andaba muy descaminado.

Vicario. Pues, hermano, ¿qué siente acerca deso?

Alonso. Lo que siento, padre, es que está un pobre médico harto de estudiar toda su vida, sin tener otro modo de vivir sino andar de casa en casa todos los días, visitando á unos y curando á otros, y por muchos años, habiendo primero cursado las escuelas, practicado con insignes y experimentados maestros, y al cabo, como la ciencia es grande, la vida corta y peligrosa, el saber juzgar cada cosa como es, yerra, conoce mal, y no alcanza lo que pretende, que es el remedio y salud del enfermo. Pues si esto es así, como lo es, ¿cómo lo podrá hacer un charlatan sin letras; sin haber visto libro, sin maestros que le hayan enseñado? Y la otra pobrevieja, ruca ó almohadilla, con más remedios que Joanes de Vigo, más retórica que Marco Tulio, y más habladora que un mal poeta, ¿cómo ha de poder curar lo que ni sabe ni entiende, y todo lo aplica al ojo, embargo ó lombrices? A esto va la proa y fuerzas de su cura, dé donde diere; con una horma calzan á todos, siquiera sea el sugeto de seis, de veinte, de treinta ó más edad: la opinión nos sobra, ella nos dará de comer, aunque se yerre en cuanto se pusiere mano. ¡Oh enguedad del vulgo novelero! Llamas al zapatero para que te calee, alsastre, que te vista, y al maestro del oficio que tienes necesidad, y en lo que tanto te importa, como tu salud y bien, dejas de llamar al médico, que por lo ménos ha de conocer el mal que te aflige, y te ha de dar saludable remedio, por traer á tu casa á quien no lo entiende ni sabe, y si presume, es por lo que vió ó lo oyó decir; pero estas cosas son irremediables, y no es de ahora; que de atras es, y tiene su origen y principio tan enfadoso, que á Galeno le hacía perder el juicio, y á mi amo el poco ó mucho que tenía; y yo no andaba ménos, pues considerando el trabajo que tenía tan ordinario, la sequedad de mi médico, el no haber día que pudiese dejar de salir á ser correo de á pié, y á las veinte, y aun era poco, segun se andaba; pero por enfado que yo anduviere, mucho más lo estaba mi amo; y como un día le viese hacer grandes ex-

clamaciones, le dije: Vuesamerced no tiene que cansarse; que mientras no tuviere las propiedades y condiciones de un maravilloso hieroglífico, donde se pinta por excelencia el buen médico, ni tiene por qué quejarse, ni hay para qué se queje. Oyólo mi doctor, y aunque algo sentido, me dijo: Ahora veamos tus bachillerías, y escucharé; di lo que quisieres. Yo entónces, viendo la puerta abierta para mi deseo, comencé á decirle deste modo: La antigüedad, para mostrarnos la propiedad y partes requisitas que es forzoso tenga el sabio y prudente médico, la dibujó desta suerte: Pintó al dios Esculapio, padre de la medicina, muy barbado, en la cabeza un sombrero, y por toquilla una guirnalda de laurel; tenía á su lado una hermosísima doncella, con unas alas muy ligeras; en la mano derecha tenía un cetro, en quien se enroscaba una culebra, junto de él una gallina y una lechuza, haciendo sombra al médico un dragon y un cuervo. Esta es la admirable pintura del perfectísimo médico; y él entónces riéndose, me rogó le fuese declarando.

Vicario. Y aun yo tambien gustaré de oirla.

Alonso. Pues escuche vuesa paternidad; que de buena gana procuraré servirle. Lo primero, en figura del dios Esculapio, se pintaba el buen médico, porque los médicos tienen un no sé qué de gracia y don del cielo más que los otros hombres, pues relacem lo que Dios hace. Por el dicho de Aristóteles: *Ejusdem est artis facere et reficere*; de un mismo arte es hacer y relacer. Rómpe se un zapato, llámase para que le aderece un zapatero, y no á un sastre; cuando se cae una casa, á un carpintero pertenece el adobarla, y no á un platero; y cuando uno está malo, al médico se llama que le cure. ¿Quién hace al hombre? Dios. Cuando cae enfermo, ¿quién cura? El médico. Luego alguna cosa tienen de divinidad. Pintábase muy barbado, porque el médico ha de ser viejo en el oficio, y no puede ser bueno el que es nuevo en el arte, por faltarle la experiencia, tan necesaria en la medicina. Nuevo médico, nueva peste en la patria, destruición de sus padres, de todos sus deudos y de sus amigos. Demóstenes dijo que el entendimiento, la razón y el consejo estaba en los viejos; y en el hombre mozo la temeridad, poco juicio y ménos saber. Recelábase aquella gloriosa mártir santa Agueda de que llegase á curarla el divino príncipe de la iglesia san Pedro, y entre otras cosas que la dijo para sosegarla, fué decirle: Mira que soy viejo y que el Señor me envía á que te cure y sane. La doncella hermosa significa la salud, que todos la aman y apeteen, y principalmente la honestidad y recato, que siempre debe guardar el médico, así en el hablar como en todas sus acciones, pues dél se hace tan gran confianza, dejándole entrar en los lugares y casas prohibidas á las demás personas, y en los conventos de mayor recogimiento y clausura. Las alas significaban la presteza que ha de tener, no siendo perezoso para sus visitas, madrugando y trasnochando de día y de noche, pues tiene oficio de tan gran cuidado, y que en perdiendo la ocasión todo se pierde. El sombrero mostraba el conocimiento que debe tener de los cielos, para saber en qué tiempo purga ó sangra, si es menguante ó creciente, si es conjunción ó está llena, en qué signo hace su curso. El laurel por toquilla da á entender dos cosas: la primera, que ha de saber conocer las yerbas, sus propiedades y vir-

tudes, entender de botica para la eleccion de las drogas y compuestos, así cordiales como ungüentos; la segunda, la victoria que se le debe al médico si venció la enfermedad. El cetro muestra el imperio que ha de tener, aun con los mismos príncipes y reyes á quien curare. La culebra enseña la sagacidad y prudencia, por quien Cristo Señor nuestro dice: *Estote prudentes sicut serpentes*; sed prudentes como las serpientes, que con la cola tapan el un oído, y el otro le juntan con la tierra para no oír la voz del encantador. La lechuzza dá á entender la vigilancia y cuidado para con los enfermos, que si tuvieran necesidad de tres visitas ó cuatro, que se las haga, y no las olvide ni se descuide dellos. La gallina era muestra de dos cosas: la primera, que debe proveer de mantenimiento saludable al enfermo, quitándole lo que le ha de hacer mal; la segunda, que sienta el médico que cura, la enfermedad y fatiga del enfermo, como lo hace la gallina, que con no ver sus hijuelos con ella, se conoce que los tiene y que está criando; de quien el glorioso doctor san Agustín dice: *Etiamsi pullos non videas, matrem esse agnosces*. En ella se echa de ver su enfermedad y que está criando, mirándola desalada, flaca, toda la pluma erizada, y tan inquieta, que no tiene un momento de quietud y sosiego: pues ¿qué si son enfermos pobres, necesitados así de salud como de sustento? Aquí entra el favorecerlos y acariciarlos con mucho amor y blandura, no como el barbero que por amor de Dios quitaba la barba.

Vicario. No deje de contármelo; que yo le escucharé con mucho gusto.

Alonso. Venía de Salamanca un gentil hombre, estudiante gorrón, de buen hábito, tan alcanzado de dineros como presumido, y queriendo entrar en su pueblo, en una villa por donde acertó á pasar un día se entró en la casa de un barbero, y viendo que el maestro se estaba mano sobre mano, le dijo que le hiciese merced de quitarle la barba. El barbero, que no vivía de otra cosa sino de su oficio, llamó á su mujer, pidió un peineador limpio guarnecido, sacó un estuche dorado, afiló de presto una navaja, y aparejó la mejor tijera que tenía, y poniéndole una silla de caderas, le hizo sentar en ella: quitóse el estudiante el cuello, bajó el jubon, y el maestro le puso un paño tan limpio y tan oloroso como si fuera para servicio del altar. Comenzó á quitarle el cabello curiosamente, tratándole con el respeto y crianza que su buena traza y tallo merecía. El estudiante, que no estaba acostumbrado á que le tratasen con tanta cortesía, y para tan chico santo como él era le parecía ser mucha aquella fiesta, porque su bienhechor no pecase de ignorancia, con voz humilde y baja le dijo: Mire vuesamerced, señor, que estoy sin blanca, que pido limosna para poder ir á mi tierra, y que el trabajo que vuesamerced toma en quitarme el cabello ha de ser por amor de Dios. Oyólo el barbero, y perdida la paciencia, vuelto para el pobre mancebo, con mucho enojo le dijo: Cuerpo de Dios con el gorrón, ¿y á eso venía ahora? Ya yo me espantaba que tan de madrugada venía algo de provecho á mi casa: siéntese aquí. Alzóse pacíficamente el mozo de la silla en que estaba; sentáronle en un banquillo, y puestos otros lienzos de jerga, según eran gruesos, y con el color de hollín, dejó la obra el maestro, y en su lugar entró el apren-

diz á acabar lo que su amo había comenzado, y por ⁴¹ debió de decirse: En la barba del ruin se enseña. La tijera era tal, y de modo la navaja, que á cada vuelta le iba desollando medio carrillo. Pero como el negocio era de balde, sufría y callaba. En esta ocasion estaba en un corredor alto de la casa aullando un galgo del barbero, y de suerte, que era enfado para todos cuantos lo oían; y el dueño, que había menester poco para enojarse, comenzó á dar voces, diciendo: Subid arriba, y mirad qué tiene aquel perro y por qué está aullando. Oyólo el estudiante, y mirando al barbero, le respondió: No se espante vuesamerced de que gruña y aulle, porque lo deben de estar quitando el pelo de por amor de Dios, como á mí.

Vicario. No es malo el cuentecillo.

Alonso. Y ya sea caritativo y limosnero el médico, no ha de dar la limosna como el maldito Cain, lo peor de su casa, lo que no puede comer ni aprovechar á sus criados, como solía hacerlo un gobernador de una villa, que yo conocí, el cual salía los viénes á las tablas del pescado, para ver del modo que se traía, si era á sus horas, en abundancia y de buen olor; y lo mismo los días de carne acudía á las visitas de las carnicerías, procurando que siempre estuviese suficientemente proveído lo necesario para los de su pueblo; pero si algun carnero estaba muy flaco, ó algun pescado podrido y de mal olor, este tal con grandes voces y cólera mandaba que luego lo llevasen á los pobres de la cárcel. Mirábalo yo, y sin hablar palabra decía entre mí: ¿Estos pobres son personas? Si este pescado es malo y dañoso, échese al río ó entiérrenlo, y no se coma; no se dé de limosna; pues en lugar de hacer bien, es dar ocasión de alguna grande enfermedad, y es cargo de conciencia que se permita semejante caso.

Vicario. Demasiada razen tiene, hermano Alonso.

Alonso. Pero volviendo á nuestro médico, dicen algunos que el glorioso apóstol san Pablo fué médico, fundándose en aquel aforismo que escribió á Timoteo, su discípulo, diciéndole que usase de un poco de vino por la flaqueza que tenía de estómago, y como tal decía: *Infirmatur quis in vobis, et ego non infirmor?* ¿A quién le duele la cabeza, que no sienta yo su dolor, y á quién la uña, que no me compadezca dél? El dragon y el cuervo significan dos cosas. La primera, que sepa de pronósticos, porque el dragon y el cuervo ántes que llegue la mudanza del tiempo la conocen, y es bien que pronostique el suceso de la enfermedad, para que con el tiempo el enfermo pueda hacer cuanto le fuere necesario para su alma y para su cuerpo, recibiendo los santos sacramentos, y disponiendo de su hacienda y casa lo que mejor le estuviere. La segunda, que el cuervo y dragon se ceban siempre en carne podrida, condición forzosa para el médico, que no ha de ser asqueroso, sino llegarle al enfermo, mirarle con amor cuantas llagas tuviere, sin hacer extremos de mal olor, compadeciéndose de su miseria. Aquí tambien hace el ser caritativo y bueno, para que acierte en su curacion, y Dios le haga las mercedes y favores que suele hacer á los suyos, pues es cierto que la divina sabiduría no entra en ánimo malévolo. Oyóme atentamente, holgóse con el cuento, alabó mi ingenio, y díjome que era habilidad la mía mal empleada, y que era costumbre y muy de ordinario estar en gente perdida. Enójeme del

dicho, y fué milagro tener yo tanta paciencia al cabo de haber sido escudo de trabajos y terrero de impertinencias; y echándome con la carga, le respondí: Vuesamerced busque quien le sirva, y me pague seis meses que le he servido y he estado en su casa. Sintiéndole en el alma, procuró aplacarme, y viendo que no era de provecho, y más, que por razón de estado lo tenía por caso de ménos valer el regarme, aunque le estaba bien que yo le sirviese, me dió cuatro ducados, y despidiéndome con algunas lágrimas de mi amo y de su familia, salí de su casa, deparándome Dios en breve tiempo cuanto pudiera desearse para no andar perdido como otros muchos de mi condicion y trato. Mas, segun veo, el sol se da tanta prisa á dejarnos que será forzoso se quede en este punto nuestra conversacion, hasta el día siguiente, en que daré cuenta á vuestra paternidad de lo restante de mi vida, hasta el estado en que estoy, que pues vuestra paternidad me hace merced y gusta de oírme, es muy justa razon que no le enfade cuando ya es hora de irnos á nuestro convento.

Vicario. Muy bien dice, hermano; para mañana se quede lo que resta de su discurso, que yo le oiré de muy buena voluntad; que licito parece en tiempo de recreacion no guardar el silencio que acostumbramos tener de ordinario.

CAPITULO VII.

Conta Alonso su jornada para Valencia y cómo entró á servir á una señora viuda valenciana.

Alonso. Trabajos, padre vicario, son juros de por vida para los hombres, y para mí no podían faltar, pues eran la primera condicion de mi vínculo y mayorazgo; y aunque ya pudiera tener hechos callos en sufrir, segun se me ofrecia cada día, con todo esto, no sé qué se tiene el ser uno compuesto de carne y huesos, que á cada repiquete de campana luego orejea.

Vicario. No me maravillo, hermano, que se sientan las penas, dolores y congojas; que en efeto no somos nada piedra.

Alonso. Salí de mi médico no poco cansado, pero tal es el oficio para no cansar al más flemático y sufrido de los hombres: con su pan se lo coman lo que ganaron; que con harto sobrehueso lo llevan. Cuando más mozo, habia oido decir mil bienes de la ciudad de Valencia, y con deseo de ver puesto en práctica lo que por teórica me habian contado, con lo poco que habia adquirido de caudal, determiné de visitar aquel reino, no reparando en el inmenso trabajo que me habia de costar, así por el calor del verano como por el poco dinero que llevaba para tan largo camino: rompí dificultades, puse mi hatillo á cuestas, que como piedra movediza no criaba moho, y como el conejo andaba lo más del año, sin temer que lo que estaba en el arca se apolillase, sin necesidad de sacar al aire la mañana de San Juan los vestidos de sobra. Me puse en camino, y todo lo hallaba malo, y no era mucho, pues todo extremo tiene su vicio: no hay contento en esta vida, cuándo por carta de más, cuándo por ménos. Mis antiguas jornadas solian ser húmedas, y esta valenciana me salió reseca: centelleaba el sol, y sus rayos hacian aberturas en la tierra con su demasiada sequedad. ¡Oh cuántas veces deseé lo que otras estimé en poco, allígiéndome de carecer de un poco de agua, alivio sufi-

ciente á mi demasiado cansancio! Yo no puedo entender, padre, sino que iba dormido el que contó las leguas de la Mancha, pues verdaderamente no hay legua que no tenga legua y media de otras partes, y la razon pienso que es que, como los manchegos usan tanto de carros para sus tratos y granjerías, metense en ellos cuando caminan, adonde como en cama vienen á dormir, e, no despertando hasta llegar á la venta ó parador del pueblo, y deste modo no saben el tiempo que gastan en el camino, ni el término de pasos que contienen las leguas: ordinariamente llegaba á la posada con un cansancio mortal, y con tan poco refrigerio, que aun agua dulce no se hallaba en la venta, y el verme pobre y caminar á pié desacerditaba mi persona para con los huéspedes: de modo que si les pedía pan, tocino, huevos ó queso, era como si Dios no lo hubiera criado, aunque la posada estuviese suficientemente abastecida. Al fin, padre, para todo cuanto se ofreciere es bueno el tener y estar en posesion de hombres ricos, pues á los tales el mundo los venera, celebra sus dichos, escucha sus razones, lisonjea su trato, y si algo han menester, aunque nunca lo pidan, es cierto el hallarlo, pues los han de convidar con ello. Mas la pobreza y necesidad, y más en el tiempo que ahora corre, ¿á quién no es enfadosa? ¿Quién la muestra buena cara? Solos los santos, menospreciadores de las riquezas de la tierra, por alcanzar los bienes eternos las dieron de mano, echando de ver el peligro y daño que tenían encubierto poseyéndolas; pero yo, como no era pobre de espíritu, no me pesara de tener más y más para ser de algun provecho al individuo de mi pobre y necesitada persona. No vengan trabajos y penas como se pasan; que pues á mí no me acabaron congojas en tan largo viaje, sin duda que los hombres son á prueba de arcabuz: juzgue quien lo sabe lo qué es caminar á pié con el rigor del sol y por arena; el que ha sufrido sed y no halló agua que beber cuando más fatigado estaba de calor; digan su parecer los que no han hallado un pedazo de pan entre sus deudos y conocidos; podrán como buenos testigos dar á entender lo que yo pasé y sufrí en esta mi jornada de venta en venta y de lugar en lugar, hasta que fué Dios servido de que llegase á las murallas de Valencia, segunda Roma, así por su grandeza de gobierno, noble en gente ilustre, como famosa en religion cristiana, rica en insignes reliquias, adornada de maravillosas virtudes, fuerte en sus altos y levantados muros, y mucho más en tantos y tan ilustres caballeros, celebrada por el mundo por maravillosa, no solo madre de sus hijos, sino tambien acreciadora de extranjeros. Celebra, y con razon, la república de Génova el tener el sagrado plato en que celebró Cristo nuestro Señor aquel sagrado misterio de la cena, donde instituyó aquel celestial convite, asombro de los cielos, espanto de los hombres, cifra de su poder, y un *non plus ultra* de su amor; y mucho más puede celebrar su grandeza aquella insigne ciudad, pues tiene entre sus tesoros el sagrado y precioso cáliz en que el Salvador del humano linaje consagró, volviendo en aquella misteriosa cena la sustancia que era de vino en su preciosa sangre, como la sustancia del pan en su sacrosanto y precioso cuerpo; y el juévens Santo, en que se celebran los misterios de nuestra redencion, con más propiedad se hace en Valencia,

pues dentro desta sagrada joya se pone el divino cuerpo de nuestro Salvador, y se cubre con un pedazo de la piedra del santo Sepulcro, y deste modo le encierra en el arca el arzobispo, que es quien aquel día celebra los divinos oficios.

Vicario. ¿Y de qué suerte es ese sagrado vaso, y qué grandeza tiene? ¿Es de plata, ó hecho de más precioso metal?

Alonso. Aunque está guarnecido de fino oro, como son el pié y las asas, la calidad dél no es sino de una piedra como jaspero, cuyo color tira á una ágata, como tostada, no con las manchas que suelen tener semejantes piedras, que como la casa en que cenó Cristo nuestro Señor era de hombre principal y rico, tenía para su servicio semejantes joyas de mucha estima, que hubieron de salir entónces á vista, para muestra y ostentacion del dueño que tenían: dejado aparte que el huésped de casa echaba de ver el bien que tenía en ella, y que era obligacion servirle y acariaríale lo mejor que pudiese, pues era el Príncipe de los cielos y heredero de las eternidades, absoluto Señor de las riquezas y bienes de la tierra. Pero volviendo á nuestro propósito, entré en la ciudad sin que me detuviese en el hospital de San Vicente: lo uno, porque las guardas no me conocieran por forastero; y lo otro, porque como pobre no veian en mí en qué poder reparar ni pecar; que en efeto el pobre seguro va de que le ofendan ni maltraten salteadores. Anduve por una y otra calle, maravillándome de ver tantos oficios que ocupan sus barrios, todos distintos, con tan maravillosa orden. Llegué al Estudio General, de donde han salido y salen cada día tan excelentes médicos, pues sin adulacion ni encarecimiento, en lo que es medicina, ni en los de Alcalá ni Salamanca los hacen ventaja. Visité el colegio del santo patriarca don Juan de Ribera, obra insigne y digna de tan ilustre y excelente prelado; pero como mi deseo fuese de acomodarme luego, y no andarme holgazan, atalaya perdida de casas ajenas, preguntando por el padre de mozos, me fui en su busca á pedidle me hiciese merced de darme alguna buena comodidad. A buen tiempo llegais, me dijo, porque una señora vecina mia, que habrá dos meses que está viuda, anda buscando un mozo como vos, que esté razonablemente tratado, que sepa leer y escribir, para que la sirva en los negocios que se le ofrecieren; y sin que le respondiese cosa alguna, me llevó consigo dos ó tres casas más abajo de la suya, adonde subimos por una escalera anchurosa y grande, pasando una y otra sala, hasta llegar á una cuadra donde estaba sentada en un estrado una venerable viuda de mediana edad y razonable parecer, á quien acompañaban dos mujeres, la una anciana y de tocas largas, y la otra de pocos años, y todas cargadas de luto. El ciudadano que conmigo iba habló con mucha cortesía á la señora de casa, proponiéndola los grandes deseos que tenía de servirla, y que su encomienda le había tenido cuidadoso hasta que su buena suerte me había traído á su posada. Agradecía la dueña sus palabras cortesmente, preguntando si tenía yo quien me conociese, para poder fiar de mí lo que se me entregase; y el señor que me había traído, asegurando sus dudas, allanando dificultades, me abonó de modo con mi ama, que dejándola muy satisfecha, y despidiéndose él, me quedé á servirla desde

aquella noche, que lo fué para mí, segun los trabajos que me siguieron, la hambre que sufrí, y el mal galardón que saqué de mis buenos servicios.

Vicario. Verdaderamente, hermano, que parece que la fortuna en todas sus jornadas se le quería mostrar totalmente enemiga y contraria soya.

Alonso. Ya, padre, mi sufrimiento tenía callos, ó á lo ménos los debiera tener para no sentir lo que en casa desta viuda pasó por mí, pues por mucho que me alargue en contar mis desdichas, ántes quedaré corto que sobrado en referirlas. Acuérdomme que oía decir algunas veces de la suerte que solian regalarse las viudas, su buen trato, el buen orden y gobierno que tenían en su comer, su olla pequeña, pero bien abastecida y llena, la comida á su hora, su comodidad en todas las cosas, el no desvelarse, ni madrugar sin que haya salido el sol por toda la tierra, habiendo ya caminado la tercera parte su curso; mas todo esto hallélo bien al contrario. Verdad es que los primeros días que tomé la posesion de cuatro oficios que me aplicaron, mayordomo, ayo de un niño y maestro (por ser solo y heredero de lo poco que habia), escudero de mi señora, dispensero ó comprador, pasélo moderadamente, porque, por miserable que sea la casa, el primer año del mortuorio nunca falta de qué hacer dineros, ó ya se venda la joyuela, ó se empeñe la prenda, hasta que andando el tiempo, se da con todo al traste, y más si no hay quien lo gane como solia, pues sacando siempre con un ordinario gasto, presto se asuela todo. Era la casa de mi señora de muy poca renta, y tan poca, que á los seis meses habiamos de comer de fiado, y con los gastos del entierro ayudó á que cayésemos más apriesa de lo que habia de ser, llegando á lo sumo de necesidad y miseria; y lo peor era que, como éramos hourados y puntuosos, no se habia de pedir nada, sino sufrir y callar, como dicen, pegando la boca á la pared. Acordábame en mi perpetuo ayuno de las sobras y abundancia que otras veces habia tenido, sirviéndome aquellas memorias de mayor afligimiento y pena, pues si trabajaba conia, y todos los duelos con pan son llevaderos; y entónces no habia más que mirarnos unos á otros, dándonos á entender nuestros pensamientos con la vista, como si fuéramos espíritus angélicos. Es Valencia tierra de grande caridad y de grandes limosnas, virtud que destierra la ira y enojo de Dios para no castigar los pecados y delitos que en aquel reino se cometen; y bien de manifiesto la experiencia me lo mostraba cada día en los milagrosos sucesos que veia en mí y en los de mi posada. Teniamos por vecinos algunos caballeros y á otros ciudadanos ricos, gente tan sobrada, que de lo que se echaba á mal en sus casas se pudiera sustentar muy descansadamente la de mi ama; y viendo el recogimiento y soledad que de ordinario guardaba, tenían cuidado de enviara algun regalo de su mesa, que, aunque pocas veces, juntándose con la miseria que teniamos que comer, se venia á hacer algo para el socorro de aquel día. Estas y otras cosas eran ocasion de nuevo llanto para mi afligida dueña, sacando á plaza cada momento al malogrado que pudria la tierra. El Sabio dice que es mejor ir á la casa del muerto que á los convites y bodas; pero, padre mio, esto de haber de ser siempre lágrimas á comer y á cenar, sino para anacoretas ó para demasiado espí-

rituales penitentes, ¿cómo será agradable, ó quién podrá sufrirlo? Yo pues, para que mi señora se divirtiese algun rato, si es que la podian dar lugar sus continuas imaginaciones de sus pasados gustos, sacando yo tambien fuerzas de flaqueza de mi delicado estómago, que para hablar estaba como ética de segunda especie, la contaba algunos cuentos á las noches cuando más alligida estaba, entre los cuales la dije... Pero vuesa paternidad se enfadará de oirme; mejor será dejarlo.

Vicario. No hay para qué: prosiga, que de muy buena gana le escucho; temprano es; para todo hay lugar; no le dé pena.

Alonso. En un lugar de Castilla la Vieja, un dia de Córpus, por la festividad y regocijo, hicieron una representacion unos mozuolos labradores, y fué el auto de la Cena de Cristo nuestro Señor: púsose en el tablado una mesa muy bien aderezada, sentáronse á comer los doce apóstoles con su Maestro, sacaron un cordero en una gran fuente de plata, hizose pedazos, y fuéron comiendo dél, y de tan buena gana como la que tendrian de almorzar unos mozos en lo mejor de su vida. El que representaba la persona del glorioso evangelista san Juan, aunque estaba como dormido en el pecho del Señor, como vía que los demas apóstoles comian, de la manera que podia de cuando en cuando sacaba la mano y cogia del mejor bocado del cordero, y ayudaba á sus compañeros. El que hacia el personaje de Júdas, enojado con el apóstol viendo que no guardaba la propiedad que debía, con mucha cólera le dijo: O sois san Juan ó no sois san Juan; si sois san Juan, dormid y no comais; y si no lo sois, comed, y vaya otro á servir por vos. Esto mismo podria yo decir. Señora, la decia, el ser viuda trae estas penas, la soledad del encerramiento, la mortaja á los ojos, el luto, el llanto, lágrimas en casa, el negro y alligido estrado, señal de la muerte que se está deseando ó esperando por la falta del adorado compañero y marido: honra á las viudas que verdaderamente son viudas, dice el Apóstol: de suerte que da á entender que hay viudas fingidas, y si lo son no lo parecen; que en efeto, padre, en este teatro anchuroso del mundo cada uno hace su personaje, y representan muchos lo que no son. ¡Qué de ignorantes se tienen por discretos y doctos, que podrian volver á las escuelas y á primeros principios, y piensan ellos que son la cifra y suma del saber, en quien está encerrada como en depósito la verdadera ciencia y sabiduria! Qué de fanfarrones pasean la plazas, habladores de ventaja y persquisidores de vidas ajenas! Qué de pródigos y generosos en repartir los bienes que no son suyos, sino tan escasos y miserables, que aun viendo perecer á sus puertas á los pobres, no los saben dar un bocado de pan, ni aun una buena palabra, teniendo ánimo para gastar sus haciendas en juegos y devaneos impertinentes! Qué de recogimiento fingido y mentiroso, siendo la clausura y encerramiento puertas del campo, soltura, libertad y apetito desenfrenado! ¡Oh cuántos se precian de graciosos y decidores, hablando más libremente de lo que debian, atribuyéndolo á discrecion y gracia, siendo, como es, poco respeto á los que lo oyen, murmuracion de los ausentes, por la mayor parte ofensa de Dios, quitando el honor y honra de su hermano, y descubriendo faltas

que ni se sabian ni se supieran, á no estar de por medio una infernal y descomulgada lengua! Con estas cosas procuraba divertir á mi señora, animando su desconfianza y consolando su tristeza, aunque mis razones la eran de poco provecho, pues pareciéndola para su condicion poco caudal que della se sacia despues de la falta de su marido, determinó de irse á una granja ó alqueria que era como casa de campo, una legua de la ciudad: recreo que en algun tiempo debía de ser de mucho gusto, por la mucha fruta que de su huerta se sacaba y los muchos naranjos que tenia; pero como se fuesen descuidando sus dueños, y así los árboles como los edificios de ordinario piden un continuo desvelo, labranza y reparo, y esto les hubiese faltado, ya no habia cosa con cosa, tan perdida y asolada la heredad, que era como un desierto páramo. En este sitio pues hubimos de hacer nuestra morada mi señora, una moza de servicio, un niño y yo, que servia de maestro, mayordomo y dispensero cuando habia qué gastar; que era milagro haberlo, por ser la casa de la misma miseria y desdicha.

Vicario. Pues ¿cómo pasaban, ó qué comian, hermano, tantas personas, si no habia con que traerlo?

Alonso. Los más dias se cocian acelgas; otras veces granadas y membrillos eran nuestro sustento; y tal vez nos aprovechábamos de las garrofas, fruta que en demasiada necesidad puede suplir la falta de más generosos mantenimientos; y lo que más me maravillaba era el ver la entereza de mi buena viuda, el sufrir sin quejarse, el esperar sin desconfianza, y el no tener con una apariencia y representacion y gravedad, como si sobrarian en casa dos mil escudos en un talego, no habiendo los más dias qué llegar á la boca; y todo esto por no dar su brazo á torcer. Viendo pues una tan impertinente paciencia, tomando algunas alas de verme hecho como el gallo de casa, pues casi casi en no traer éramos todos unos, cobrando brio con la antigüedad de algunos meses que tenia de servicio, mostrándome un poco libre, la dije estas razones: ¿De qué sirve, señora, al enfermo debilitado y flaco hacer bravatas, presumir de valiente y sacar á otros á desafio, si no es posible tenerse en pié? Y al menesteroso y mendigo, ¿que le aprovechará formar torres de viento, fingir quimeras y desvelarse con uno y otro imposible, sin remedio de poderle alcanzar, por mayor trabajo y diligencia que se ponga? Todos vivimos de milagro, y el de los cinco panes y dos peces no hay casa donde no se ejecute, y principalmente en la nuestra; pero no hemos de estar esperando al cuervo que nos traiga el pan, ni que la cervatilla traiga llenos los pechos de leche para alivio del pobre caminante, seco de sed del demasiado cansancio y rigor del sol: ya que no hay qué empeñar, véndase lo que ha quedado, y comamos, pues nosotros no somos espiritus, sino formados de carne y de hueso, cuyo alimento ha de ser cotidiano, palpable, y no por obra de entendimiento. Vida es intolerable la que en esta casa sufrimos, y cuatro bocas que tenemos están como si no fueran de provecho, pues por la demasiada abstinencia estamos ya tan adelgazados de cascos, que para poetas poco nos falta, y de desvanecidos hemos venido á estar con perpetuos vahidos de cabeza. Ponga vuesa merced orden en nuestra vida, pues no tiene más dese niño, y es de diez á once años; aco-

módele con algun caballero de los muchos que hay en este reino, ó vuesa merced y él estén juntos en alguna casa principal, que será cierto el hallarla; que de este modo se pasará con más alivio y descanso del que tenemos, y cada uno de nosotros busque su remedio, y si no, disponga de las posesiones que hay, y véndanse; que para eso son cuando no hay otra suerte para poder pasar. Esto la dije, y cual pisada serpiente, vuelta para mí, soltó la maldita, y no acabó de encarecer mi atrevimiento: de modo que estuve despedido de su casa; y pluguiera á Dios entónces la dejara, y no me sucediera lo que despues vi por mis pecados.

Vicario. Cuéntelo, hermano; que de buena gana le estoy atento, y no es tarde para irnos á casa.

Alonso. Era mi señora mujer de muy buena traza, de mediana edad, moza, entrada en años y virtuosa, y aunque pobre, apartada de ocasiones y de dar que decir á sus vecinas; y con todo eso, no faltó quien diese un tiento á su mucha honestidad, por más que estaba retirada en la soledad y páramo donde vivíamos, ó moríamos, por mejor decir; y fué el caso en esta manera. No muy léjos de nuestra alquería estaba una casa de un caballero que, aunque lo más del tiempo vivía dentro de Valencia, para los negocios que tocaban á la labranza del campo tenía con su heredad algunos esclavos, y entre ellos un mulato, mozo robusto de hasta veinte y seis años, gentil hombre y de buen rostro; el cual, aficionado de mi viuda, buscaba ocasion de dársele á entender, pareciéndole que, por ser pobre y sola, podría tener mejor efecto su deshonesto amor. Mi casa no se abría sino salido el sol, y el cerrarse era cierto ántes que anocheciese, y como jamas della faltásemos ó yo, ó la criada, ó el niño, que ya era de razonable edad, no se podía lograr su deseo, y su pretension se iba alargando más de lo que él quisiera; pero nuestra desdicha hubo de querer que un día la criada y yo fuésemos juntos á la ciudad á traer algunas cosas necesarias para nuestra semana, que por ser día de mercado entendíamos hallarlas más baratas. Salimos del alquería algo tarde, y el cielo comenzó á negar su luz con tan pardas y espesas nubes, que manifestamente dió á entender el gran turbion de agua que habia de enviar á la tierra, y granizo juntamente, comenzando á caer en tanta abundancia, que las calles en breve rato parecian arroyos, los arroyos (que allá llaman *acequias*) rios, y el Turia, río humilde, cobró tanta soberbia, que se atrevió á llegar á los muros, con notable peligro de toda la ciudad. Confusos quedámos con el repentino asalto; el salir de Valencia era imposible, el dar aviso á mi ama no habia con quién, y quedarnos, no teníamos adónde: al fin, la moza y yo tuvimos por bien de irnos aquella noche á recogernos á un meson, pues no habia otro remedio, hasta la mañana, y como lo determinámos lo pusimos por obra.

El pretendiente mulato, que no se descuidaba de pasear la puerta de su dama, como buen galgo olió lo que pasaba, y no queriendo perder tan buena ocasion, aguardó á que entrase la noche, y por las paredes, que eran bajas, de la huerta entró á una ventana de la sala que por olvido se habia quedado abierta, y de allí llegó á un aposento donde estaba mi ama, bien descuidada de tan gran desdicha, quedando fuera de sí la pobre señora, viéndose sola, tan sin socorro ni

favor humano, y teniendo delante de sus ojos á un mozo atrevido, en una mano desnuda la espada y en la otra una daga, y como pudo, turbada y sin aliento, le preguntó diciendo: ¿Qué es esto, hermano. ¿Qué busca á tales horas en mi casa? Procuró el mulato animarla con amorosas razones, significándola el amor que la tenia y el mucho tiempo que habia andado buscando semejante ocasion: propuso la soledad en que estaban, cuán sin testigos, pues su hijuelo, que podía serlo, estaba tan dormido: aseguróle el silencio, y que si no concedia con su gusto, estaba determinado de quitarla la vida, pues con ese propósito, desesperado ya, habia entrado en su casa. Mi ama, que verdaderamente tenia un buen discurso y más que razonable entendimiento, considerando la determinacion precipitada de su Macías, procuró amansarle, y con las mejores palabras que pudo le respondió: En verdad, hermano, que no es de maravillar alicionarse un mancebo tan gentil hombre como vos sois de una mujer de mi traza y suerte; ántes os debo agradecer la alicion que, sin yo merecerlo, me habeis tenido; y perdonadme, porque no sabia yo el convidado tan bueno que habia de tener; que á saberlo, de otro modo os tratara y regulara; pero la noche es tan trabajosa, y estamos tan á solas en este des poblado, que habreis de recibir la voluntad con que os recibiré, y contentaros con la pobre cena que tuviéredes: tomad esa luz, y vamos al portal, adonde están unas aves que podrán suplir la falta de la poca prevencion; que mientras vos las asáis, yo podré apercebir lo demas que fuere necesario. Dióle el mulato á su dama muchas gracias por el comedido ofrecimiento: fuése con ella, mataron dos gallinas, y aderezadas, hicieron lumbré, encargándose de asarlas el esclavo. Mi ama puso la mesa, sacó pan, buscó cuchillos y salero, aderezó platos, y dando á entender que iba á sacar manteles y servilletas limpias de una arca que cerca de allí estaba en otro aposento, entróse en él y cerró con una aldaba lo mejor que pudo: al ruido del golpe volvió el mulato la cabeza, y conoció quedar burlado; dejó el asador, y llegándose á la puerta, la comenzó de rogar le abriese, porque si no, la prometia de matarle á su hijo, que junto á él estaba dormido, y luego quitarla á ella la vida, pues ya desesperado, no repararia en los tormentos que le pudiesen dar; que al fin para un delito como el suyo era poco castigo la horea. Mas á sus amenazas con varonil ánimo le respondió mi ama: Haz lo que quisieres, desventurado, y sé verdugo dese ángel y envíale al cielo, para donde se crió; que si pretendes, por perdonarle á él, que yo pierda mi honestidad, vives muy engañado; que primero, á tenerlas, perdiera mi vidas que consentir con tu torpe y deshonesto apetito. Con estas razones quedó el mastinazo más embravecido, y, desesperado, con una infernal rabia asiendo al niño por un pié, empezó á darle grandes golpes en la pared y puerta del aposento adonde su madre estaba encerrada: de modo que le quitó la vida.

Procuró luego quebrantar con su fuerza la puerta; más por ser tan fuerte, trabajaba muy en vano; y así, llegándose á un tabique, arrancó algunos ladrillos de la pared, haciendo en ella un gran agujero por donde poder entrar, sirviéndole de azadon y pico el asador con que estaba asando: de modo que desmoronando con el pedazos de cal y ladrillos, hizo lugar suficiente

para meter por él la cabeza y brazo, forcejando con lo demas del cuerpo para entrar en el aposento. Mi señora, que se vió perdida y tan cierta su muerte, cobrando algun ánimo en breve tiempo, entró en consejo consigo á solas de lo que habia de hacer, y buscando en la cuadra con qué defenderse de su contrario, halló junto á sí una hacha ó destal, y tomándole con la mayor fuerza que pudo, dió con él en la cabeza de su amante, que la tenia metida, y casi el medio cuerpo, por el agujero ó concavidad que habia hecho. El golpe fué de suerte, que no tuvo necesidad de segundo, aunque por sí ó por no, acudió con otro, con que luego murió, habiendo acabado de matar al hijuelo; y con tan buena y santa estacion, ¿quién habrá que ponga duda en su buena suerte y feliz tránsito? Llegada la mañana, mi moza y yo tomámos la madrugada y salimos de Valencia para nuestra alqueria, adonde hallámos el buen recado referido: dimos noticia á la justicia, y enterada del caso, dió por libre á mi ama, alabando su mucha virtud y varonil pecho, y á mí y á mi compaÑera, por si teniamos alguna culpa, nos llevaron á la cárcel. Aquí fué Troya, padre vicario; porque no sabré decir los trabajos, las penas y desventuras que pasé en aquella impertinente prision, la hambre de dia, los malos tratamientos y culebras de noche, que los ya muy antiguos en la cárcel me echaban; el desasosiego de los ratones, que hasta las orejas querian roerme, y era menester estar de centinela para que me dejasen pestañas; el salir á la visita á oír un juez sin para qué airado, que me dijese: No es posible sino que este bellaco lo sabía; concierto fué de entrambos; désele tormento, y si confiesa, ahorcarle hemos: pues la buena gracia del escribano; oh padre, y como son verdaderos los refranes, pleito bueno, pleito malo, de tu mano al escribano. ¡Oh cómo saben encarecer y disminuir los delitos! Suele decirse que entrar en la cárcel, si es no es, un mes, y si algo, un año, y si nada, una semana; más yo, como desdichado, veinte y seis dias me llevé preso y en un calabozo; mas tal procurador tenia yo asalariado, y letrado de limosna. No sé qué se tiene esto del pagar, que todo lo facilita, y con este negro interes todos se mueven. Bien lo echaba yo de ver por experiencia, pues aun hasta ahora estuviera entre los galeotes, si mi señora en persona no fuera á hablar á los jueces y los dijera de mí más bienes que males habia padecido, y con este dicho, y abono de algunos que me conocian, me dieron por libre, saliendo de Santársis como Juan de las calzas blancas, en piernas, á lo soldado, sin capa, sin sombrero ni cuello, y trocada la ropilla, porque con la demasiada necesidad me habia ido atreviendo á vender algunas prendezuelas, y como las costas del escribano, juez, fiscal y prision sean inevitables, hube de hacer pago en lo que tenia, y le hiciera con el pellejo á no tener otra cosa, á trueco de salir de tan mala posada. Fuíme derecho en casa de mi ama, y ella en viéndome lloró su hijo muerto, y yo mis pobres allajas. Consolámonos los unos á los otros, ella mi desnudez y yo á ella su soledad. En esto estábamos cuando acertó á llegar á nuestra alqueria un mayordomo del señor conde de Elda, deudo de mi señora, y dándole cuenta de sus trabajos y de los mios, me llevó consigo á Valencia, y en las casas del Conde, que era su posada, me vistió, y no como quiera, pues

si hubiera de comprar el vestido que me dió de limosna, no le sacara con cuarenta escudos. Viéndome pues de modo que podia parecer delante de cualquier señor, por grave que fuese, despidiéndome del mayordomo y dándole innumerables gracias, determiné salir de Valencia y dar la vuelta otra vez á Sevilla, adonde á mi parecer me habia hallado mejor, por ser tierra más rica y abundosa, y adonde por maravilla á ninguno le falta que comer.

Vicario. Hermano, baste por hoy, porque me parece que se va haciendo tarde y es hora de recogernos al monasterio.

Alonso. Es muy justo, déjese nuestro discurso para otro dia; que en él le daré cuenta á vuesa paternidad de lo que me sucedió en Sevilla segunda vez cuando volví á ella.

CAPITULO VIII.

Cuenta Alonso la jornada que hizo á las Indias y los grandes trabajos que padeció.

Vicario. Bien puede, hermano, empezar su cuento; que la tarde nos convida á entretenernos un rato.

Alonso. Una de las ceguedades que padecen los hombres en esta miserable vida, padre vicario, y lo que más ha destruido y acabado el mundo, es la ambicion y codicia de las riquezas, aquel adquirir y allegar con una sed insaciable, como si para siempre hubiéramos de ser moradores deste miserable suelo, siendo el término tan limitado y tan poco, que, comparado con una eternidad, no hay viento que así se pase, ni ave tan ligera, que con mayor presteza haga su curso: púdose con facilidad verificarse en mí esta proposicion, pues con tener ya pasado lo mejor de mis años, sabiendo manifestamente lo poco que ya se vive, ciego y deseoso de valer y subir con alas al levantado estado de las riquezas, no reparando en tantos inconvenientes y trabajos como se me ofrecian, atropellando con todo, me arrojé al agua, fiado en una incierta esperanza y confiado en una casa de madera, por cima de las aguas de un mar inconstante, sujeto á los vientos, y yo á la voluntad de un mal entendido é ignorante piloto. Bien descuidado estaba en Sevilla una tarde, despues que volví de Valencia, en no pequeñas penalidades y trabajos, que nunca me faltaron, cuando á puertas de sol vi pasar cerca de mí un tropel de gente de buena capa, con más regocijo y contento que yo tenia; porque aunque ya estaba hecho á padecer, con todo eso á cualquier piquete de campana se me ponian delante montones de dificultades con una infernal melancolía. Por saber el regocijo de los pasajeros los fui siguiendo, y acercándome á ellos de suerte, que los pude escuchar la variedad de cosas de que iban tratando, y el uno dellos respondiendo á un amigo suyo de los que allí iban, le dijo: En verdad, señor, que si yo hallara algun mozo de buena edad, que de muy buena gana le llevara en mi compañía, y que en Méjico hiciera por él cuanto me fuera posible; que en efeto un hombre con una vara de alguacil mayor, y más en las Indias, visto está que ha de ser de mucho provecho para los que le sirvieren. Bien echo de ver que no lia de faltar quien me sirva, pero esto de haber de tuyo no sé qué tiene, y el ser conocido y de una tierra que, en siendo español, bien se puede contar por natural en tierras tan remotas. Oí

la plática, y como jamas tuve polilla en la lengua, no quise perder tan buena ocasion, y acercándome al que presidia, le dije: Paréceme, señor, que vuesamerced anda á buscar un criado, y si acaso soy de provecho, y vuesamerced gustase de que yo le sirva, aquí estoy para cuanto me quisiera mandar. No le parecieron mal mis razones al nuevo dueño que esperaba haberlo de ser mio; y contento de oirme, me respondió: De muy buena gana os llevaré conmigo á las Indias, y os prometo de favoreceros en lo que pudiere. Dile las gracias del ofrecimiento, y venida la noche, me fui con él á su posada.

Vicario. Verdaderamente, hermano, que me maravillo considerando cuán fácilmente hallaba á quien servir y con cuánta facilidad se acomodaba.

Alonso. Padre, la buena diligencia es madre de la buena ventura. Yo era entremetido y amigo de no andar hecho perdulario, como algunos que conocí en mi tiempo holgazanes, vagamundos, que con excusa de no hallar en qué trabajar, mano sobre mano, andan de casa en casa, no habiendo seguridad en ninguna, y corriendo peligro todas aquellas que son participantes de su presencia, pudiéndolo todo remediar, y quitar sospechas con solo sufrir un poco de trabajo, y acomodándose de modo que sea agradable é todos. Llegada la mañana, mi amo don Fadrique me hizo un largo razonamiento, contándome la jornada que habíamos de hacer para las Indias, y que su majestad le habia dado la vara de alguacil mayor de Méjico; con que esperaba, si Dios era servido, volver muy rico á España, y que tenia licencia para llevar consigo dos criados; pero que primero era importante hacer informacion, así de sus padres como de las buenas costumbres y de ser libres. Fácil negocio es ese, le respondí, porque, si hay en Sevilla testigos para decir mal quitando la fama, honra y crédito de quien ni conocieron ni oyeron decir, mejor los hallará para decir bien y acreditar á quien se lo pague: pues para semejantes ocasiones el amistad, los regalos, ofertas y dineros son de mucho provecho. Bien me parece, respondió mi señor; pon luego en ejecución tu probanza, y mira que el lunes ha de partir la armada. Y yo, que tanto deseaba ver el Nuevo Mundo, dándome el parabien de las riquezas que en él habia, teniéndolas ya aplicadas para mi regalo y vejez, como si las poseyera y hubiera ganado, salí de la posada en busca de algunos amigos para mi abono y nueva informacion, deparándome mi buena suerte cuatro que á pretender hábito de Alcántara, por sus dichos no le perdiera. Llegóse el lunes, y metida nuestra ropa en el galeon San Francisco, con mucha alegría dando velas al viento, empezamos nuestro viaje con la prosperidad que se puede encarecer. Pero en el mar, padre, ha de haber de todo, y para saber de bien y de mal en la mar se aprende. Ibamos en nuestro galeon con el mayor contento del mundo, metidos ya en el golfo; pero duró poco la alegría con una inopinada tormenta que nos vino, aunque primero de nuestro venidero daño no nos faltaron innumerables presagios, como fué el ver descubiertos los delfines por el agua, siguiendo los unos á los otros, oscurecerse el cielo, negando la claridad del sol con ser mediodía, y estar el aire como si fuera de noche, cubierto de negras y espesas nubes, alborotarse los vientos, encontrándose con tanta furia, que impe-

dido el paso, como de celosos toros eran los bramidos: con esto la mar descubria su centro, levantando sus olas hasta las estrellas, y nuestro pobre galeon subiendo á visitarlas y en breve rato bajando á los abismos. Pues para remedio y alivio de nuestro trabajo, no se olvidaban las nubes de cuando en cuando enviarnos su fresco rocío, y tan frio, que se aventajaba al mismo hielo, mezclándose con él un grueso y áspero granizo, de modo que si de alguna ola salíamos libres, no podíamos dejar de quedar remojados, y aun se podia todo esto llevar con sobrada paciencia, á no ver ya tan cerca á nuestros ojos la guadaña de la amarilla muerte. Aquí era el dar alaridos, confesando cada cual sus delitos á voces, llamando á san Telmo que nos socorriese. Quien no sabe rezar métase en la mar, dice el comun adagio; y con justa razon en nosotros se pudiera ver la experiencia, pues no habia hombre que tratase de otra cosa sino de hacer actos de verdadera contricion, pedir favor á los santos, prometer romerías, cuál á Jerusalem, Santiago ó Guadalupe, cuál de ser religioso en el más recoleto monasterio: mirábelos yo, y consideraba cuán discreto anduvo aquel Hércules Egipcio, que, llegando á Cádiz y echando de ver tanta agua como se descubria, dejó escritas aquellas celebradas palabras *Non plus ultra*, de aquí no hay que pasar, como si dijera: Vengan trabajos y persecuciones por la tierra, pero en el agua ni por imaginacion son llevaderos. De la tierra se crió el hombre, ella le sustenta y cria, en ella vive y á ella ha de volver, y que se halle mal sin ella es justa razon.

Vicario. Segun veo, hermano Alonso, muy mal está con los navegantes, y á mucho riesgo ponen su vida.

Alonso. Así es verdad, padre, pues hasta hoy ninguno ha navegado que no haya sido con extremo peligro; fuera de aquel segundo padre de las gentes, Noé, con el navío que anduvo sobre las aguas, como llevaba salvoconducto de Dios no pudo padecer naufragio; y los hombres, fiados en una incierta esperanza, imitando al primer inventor, que con traza del cielo libró á sus hijos y tanto número de animales, arrojándose, como dicen, al agua, toman con sus manos la muerte, y codiciosos de humanas riquezas, vienen á dejar en la demanda lo que poseian y á perder cuanto estaba ganado: justa paga de su ambicion y desenfrenada codicia.

Vicario. ¿En efeto, hermano, el primer navegante fué Noé, y el primero que anduvo sobre las aguas con estas casas hechas de madera?

Alonso. Así es la verdad, padre; porque ántes del universal diluvio no habia necesidad desta trabajosa traza para la comun comunicacion y contrato de una parte á otra, porque la tierra estaba toda junta, sin haber division de mares que la apartasen y dividiesen. Los montes y alturas que ahora vemos todo era llano; no habia estos cerros de bastas y duras peñas con tantos altos y bajos; pero como los pecados de los habitantes del mundo irritasen á la divina Justicia, abriéndose las cataratas del cielo, anegó todos los vivientes, quedando solos libres los que con Noé estaban en el arca; y acabado el diluvio, recogióndose despues el agua, hizo division de tantas tierras, islas y montes, causados de las arenas que del raudal de la corriente eran traídas de una y otra parte, como amontonadas á un

lugar y á otro. Movido pues el gran Patriarca de la pobreza de sus hijos, descaendo la muchedumbre y aumento dellos, ó que por ser tantos en número, que la tierra en que habitaban no era suficiente, fuéron discurriendo por diversas partes, llevados por la divina Providencia con nuevos navios fabricados á la traza y modelo de su viejo padre Noé. Y aun de aquí vino que, llegando á Italia, le llamaron Jano, pintándole con dos caras, como persona que habia visto el tiempo pasado ántes del diluvio, y veia tambien el presente en que estaba despues de tan infelice ruina.

Mas dejado esto á parte, que toca más á los historiadores, despues de innumerables tormentas, hambres, necesidades, forzosos lances de los que navegan, llegámos á Méjico, adonde saltando en tierra, dimos mil abrazos á nuestra antigua madre, materia primera de nuestro comun enemigo y mayor contrario. Tomó en la ciudad el señor mi amo posesion de la vara de alguacil mayor, y ejercitó el oficio de tal modo, que dando gusto á todos, ganaba de comer y aun de cenar; que no se contradice el tener el mando y el palo para dar gusto y favor á sus amigos en las cosas que no son contra justicia y buen gobierno de la ciudad. Yo tambien de mi parte me iba acomodando con mi señor, imitándole en lo bueno su condicion, y aplicando lo mejor que podia para gastos cotidianos algunas niñerías, que por sí eran de poca monta, y juntas subian á gran suma y cantidad: de modo que en breve tiempo, aunque entré en Méjico sin un cuarto, me vine á hallar con quinientos ducados, ganados en buena guerra, de pura industria y diligencia mia, prometiéndome, si así iba creciendo mi caudal, en breve tiempo dos mil ducados. No sé, padre, qué se tiene esto de desear un hombre subir á mayor fortuna el verse metido en ocasiones de ganancias, el manosear cada día el dinero, pues con ser yo persona de moderada conciencia, algo estético, no tan perdido como algunos que yo conocia, que no dejaban roso ni velloso, y en viendo la suya, como buenos tiradores, mataban la caza al vuelo, se me iban abriendo los ojos, no para seguir la virtud, sino para el aumento de mi caudal y hacienda, con ánimo de hacer algun grandioso empleo en que doblase mi ganancia; y como lo imaginé lo puse por obra, pues comprando unos fardos de lienzo, los entregué á un capitan conocido de mi amo que pasaba al Perú, y con su buena correspondencia y trato dentro de diez meses me envió diez mil reales, con que empecé á levantar cabeza, teniendo de mi parte á mi madrastra fortuna tan amiga entónces, que cosa no intenté, ni en mercadería puse mano, que los dos tercios no hallase de provecho y ganancia. Con tanta priesa fuí subiendo, que en breve tiempo llegué á lo que otro en muchos años, por más cuidado que tuviera, no pudiera llegar. Yo, yo era el ejemplo de la buena suerte y ventura, el señalado con el dedo de los nobles de Méjico por la gran mudanza en tan pocos días, el estimado por la riqueza, el que podia prestar y dar favor á mi amo, por verle no con aquella sobra y abundancia que yo quisiera, pues algunas veces le prestaba para el gasto de casa, porque, aunque él llegó con buenos descos de recogerse en la ciudad y en el oficio que tenia ganar de comer, no los puso en ejecucion; ántes con dos desagaderos de jugar y damas, fué polilla de lo que habia traído de España y destruc-

N-1.

cion de cuanto entraba en su posada, viniendo á ser el negocio de suerte, que andaba ya comido por servido; pero yo, como hombre poderoso, vivia ya en casa de por sí, tenia quien me sirviese, y mi señor acudia á mi posada, tratándome con respeto, como persona que me habia menester; que estos son los milagros que se ven muchas veces y las vueltas que sabe dar la rueda de la fortuna: suben unos con alas de viento, de adonde precipitados vienen á caer otros hasta lo inferior de la tierra; y si vuelven á nuevas pretensiones, son con piés de plomo. ¡Oh vidrio frágil y quebradizo! No son las Indias para todos: tantos percularios andan por allá como por España, quizá fiados en que la comida no cuesta dineros y á ninguno le falta, y como no beba vino, en cualquiera casa se la daban. A muchos, padre, he visto ir á Indias, y volver tan rotos como cuando salieron de su patria, granjeando solo del viaje algunos dolores perpetuos de brazos y piernas, tan rebeldes á la zarzaparrilla y palo santo, que ni bastan sudores ni azogue para echarlos fuera.

Vicario. Ese, hermano, es el fruto que se coge de la sensualidad, y paga que se da luego de contado por el breve deleite que tuvieron.

Alonso. En efeto, padre; á mí podian contarme por el más afortunado, más rico y de más crédito de la ciudad, respetado de todos por mi riqueza, como si por tenerla yo, les hiciera á mis vecinos alguna merced, los favoreciera en algo, los tratara con más amor y caricia, ó para remediar sus necesidades, los fuera á visitar á sus casas; ántes, en lugar de ser agradecido á las mercedes que Dios me habia hecho, sacándome de un humilde y bajo estado para ponerme en el que otros tenían mejor merecido, habia cobrado un espiritu altivo, una arrogancia insufrible, un mirar á los pobres tan á lo señor y grave, que con justa causa los que me habian conocido se pudieran maravillar de mi poco saber y demasiada locura. ¡Oh cuántas veces por no llamar á uno de vuesamerced, allá por rodeos decia: El señor Fulano queria esto, y no ha lugar! ¡Cuán poco me costaba una buena palabra, y ya que no tenia miel en la orza, la pudiera tener en la boca, y granjear voluntades y alicion de un vulgo! Que no hay cosa de mayor estima que ser amado y querido un hombre en el pueblo donde ha de vivir el tiempo que Dios le diere de vida, ni cosa peor ni que más se haya de evitar como cobrar nombre de mal criado, descortés y mal trato; como si el rico y noble, por ser afable y amoroso con todos, perdiese algo de ser quien es. Pero al fin, el tener es como el saber: la ciencia dicen que causa hinchazon y que es hermana de la riqueza, pues engendra soberbia, bien al contrario de los dones y gracias del cielo, pues el más rico de bienes espirituales, más humilde, afable, amoroso y bien hablado, es más docto del conocimiento de mayor importancia, más sabio y entendido en echar de ver sus principios, fundamento y origen de adonde salió á la vida que tiene, cuya estabilidad y firmeza es un poco de aire, que en faltando se acaba todo. Ninguna destas cosas se me ponía delante, y como el que sabe de mucho mal poco bien le basta, con mis ganauzuelas no habia como yo molino de viento. ¡Oh qué de vanidad criaron mis cascos, qué prolongadas esperanzas que tuve, y cuántas promesas me hice con mi buena suerte, como si estuviera en mi mano ir prosi-

guiendo de un mismo modo, y las cosas del mundo no tuvieran vaivenes! El que más subido está, en la cumbre suele resbalar y deshacerse las cejas, y el más levantado árbol con el tiempo se pierde, faltando quien le corte, retrato de mi dicha: tenía abundancia de bienes, amigos que me favorecían y acreditaban mis negocios; navegaba en la prosperidad que podía desearse á vela y remo; y cuando más descuidado estuve, di con todo al traste, perdiendo en una hora lo que en muchos meses había adquirido. Tuve noticia que iban unos amigos míos con quien yo tenía particular amistad, á la China, y que llevaban lienzos, paños y otras mercaderías que en aquel reino se gastan con grande ganancia de los mercaderes. Yo pues, deseoso de salir de una vez de cuidado y quedar rico y poderoso para siempre, no contentándome con las mercaderías que tenía, busqué otra gran cantidad dellas, que por mi buena opinion todos gustaban de fiarme; y encomendando á mis compañeros aquella hacienda, con la demas cargazon que ellos traían dando velas al viento, hicieron su viaje tan desdichado y con tan poca ventura como mis pecados y mi sed insaciable de riquezas lo merecían. En la mar no hay cosa segura, y por buen viento que se lleve, no falta otro contrario que se oponga, como lo tuvieron cierto mis navegantes, que saliendo con gran prosperidad, á pocas leguas corrieron fortuna: de modo que, contentándose con las vidas, tuvieron por buen partido arrojar al agua cofres, fardelos, cajas y la demas mercadería que llevaba la nave, que ya desembarazada de aquella máquina de riquezas de que iba preñada, ligera y libre, con más seguridad de perderse, dió vuelta á Méjico, quedando con su venida cierto de mi desgracia, y seguro de no tener qué perder, pues cuanto tenía en un día se acabó, mejor diré, en un punto.

Cantabit vacuus coram latrone viator.

Dice el poeta que el caminante que no lleva dineros ni joyas que le quiten que no tendrá qué temer, y que viendo á los ladrones, cantará sin pena, y yo tambien entónces pude decir: Ya no tengo qué temer ni qué perder; pobre era, y pobre soy; la suerte se volvió al contrario: si representé rey siendo pícaro, pícaro me soy, venga lo que viniere.

Vicario. Gracias á Dios, hermano, que le dió tan buen corazon para que así llevase tan grandes trabajos y penas.

Alonso. Pues no pararon en esto, porque sabida mi pérdida, empezaron á venir unas y otras demandas de mis acreedores, pretendiendo cada uno ser anterior su deuda; y yo, con un pecho varonil y fuerte, les respondia á todos: Vuesasmercedes acudan al golfo, que él hará pago, que hartos bienes tiene en depósito; y si no se contentaren con tan buen fiador, aquí está mi persona. Con esta respuesta algunos, movidos de compasion, volvian las espaldas; otros procuraban cobrar de adonde era imposible, por ser sin número lo que debía, y nada lo que me habia quedado; mas con todo eso, quise ponerme en cobro acudiendo á la iglesia, por no verme en otra cárcel como la pasada. Di cuenta á mi amo, y por su orden me presenté al juez, haciendo dejacion de bienes, y tan pocos, que me hubieron de dar por libre, pues á quien no tiene, el Rey le hace franco. Viene aquí vuestra paternidad solo, desnudo,

desamparado de hacienda y de amigos, que en viéndome pobre, ninguno me miraba á la cara, y si lo hacían era para deshonrarme, y con razon, pues fui causa para que á muchos dellos les alcanzase su ramalazo con mi pérdida, habiéndome algunos acreditado, otros prestado, y otros salido por mis fiadores, y todos ellos pagando por mí; y aunque recibida carta de lasto para laber de cobrar, sin ninguna esperanza de jamas haberlo de recibir; pero ya que no los pagué, no fui yo como algunos que se alzan con ajenos bienes, que esconden lo mejor que tienen, usurpando la hacienda que les dieron en confianza, y retrayéndose á la iglesia para que sus acreedores, componiéndose con ellos, á trueco de que los paguen, les perdonan por lo ménos la mitad de la deuda, ó aguardan por doblado tiempo; pero yo, padre, ni lo tenía, ni lo jugué, ni procuré perderla; que si fuera el negocio como yo esperaba, ninguno se pudiera quejar de mí.

Vicario. Á lo ménos, hermano, ya que no pecó de malicia, su culpa fué el ser codicioso demasiado. Contentárase con una más que razonable pasada, sin andar con tanta sed de bienes temporales; que era forzoso haber de perecer quien tan inconsideradamente se arrojaba en un piélago tan grande como era la codicia que traía.

Alonso. Si lo pequé, ya lo pagué con el cuatro tanto, pues no hay mayor tormento como el haber tenido algun bien y despues verse en extrema necesidad, como ciego que perdió la vista estando con buenos ojos sin memoria de nube ó catarata; pero solo el consuelo que me podía quedar era lo que cada uno podía decirme: Por la mar lo ganaste, por la mar lo perdiste; y como mucho dello mal ganado, llegó el fiscal del cielo, y quitólo todo; que no fué poca misericordia el querer ejecutarte en esta vida para despues hacer remision de tus deudas en la otra. Con estas consideraciones determiné de volverme á servir á mi antiguo amo el alguacil, á quien rogué me recibiese en su casa, que no hizo poco en aceptarlo, porque aunque sus ganancias eran muchas, estaba peor que yo, tan lleno de trampas y con tantas deudas, que no le alcanzaba la sal al agua, y en el gasto de casa andábamos siempre á sal acá, traidor; mas no tenía otro remedio ni adónde me pudiese recoger. Alabé á Dios con lo que tenía; que adonde fuerza hay, derecho se pierde; y aun lo tuviera á mucha ventura, si aquella comodidad que me habia quedado me durara hasta volver á España; que al fin ya sabía su condicion, y mal ó bien, allá pasaba; pero para un desdichado no pueden faltar trágicos sucesos, y más para mí, que era terrero de desdichas, pues cuando más descuidado estaba del rayo que venia sobre mí, hubo de cogerme, dándole á mi señor un dolor de costado de tanta malicia, que al quinto dia, pasó desta miserable vida á la otra eterna, y con su muerte resucitaron todos los que de temor de la vara estaban muertos, y entrándose por casa, no dejaron estaca en pared (aunque, para decir verdad, harto poco habia). Quedé yo deste saco en la calle y en cuerpo, con mi espada debajo del brazo, como quien pide para el soldado, y á tiempo que los galeones de España acababan de llegar al puerto, siendo para mí, esta nueva de total consuelo; y acudiendo á la mar, hablé á un capitán, suplicándole me recibiese por sol-

dado en su compañía. Prometió de hacerlo, y á pocos días, habiendo hecho la embarcacion, partimos de Méjico, y con próspero viento venimos á Cádiz, trayendo nuestro galeon innumerables indianos riquísimos, á quien Dios habia dado buena suerte para traer á España tantos bienes, cuando yo venia tan pobre, que con solo haber comido y con cien reales que alcancé de paga llegué á Sevilla. Pero, padre, ya se va haciendo de noche : déjese aquí nuestra plática; que ya es hora de acogernos á nuestro convento.

Vicario. Bien dice, hermano, que ya es tarde; vuelva la hoja, y acuérdesese adonde dejamos el cuento.

CAPITULO IX.

Cuenta Alonso cómo llegó á Sevilla, entró á servir un autor de comedias, y lo que pasó con él.

Vicario. Quedámos, hermano, en Sevilla, después de haber venido de Méjico, y bien echará de ver que le escucho de buena gana, pues no le pierdo punto de sus jornadas : prosiga con su discurso; que la tarde tenemos por nuestra.

Alonso. Con no poca pesadumbre, imaginativo y suspengo me vi á la orilla del río de Sevilla, considerando mi contraventura, la mala traza que tenia de vivir, el modo que habia de guardar para adelante, adónde me podría acomodar para no dar al traste con el poco dinero que me habia quedado, cuando volviendo la cabeza, hallé cerca de mí un hombre de gentil presencia, bien aderezado, cuyo hábito obligaba á tenerle algun género de respeto. Miróme con alguna aficion, y viéndome melancólico, me preguntó : Hidalgo, ¿es desta tierra? Si soy, le respondí, y poco há que llegué á esta ciudad, pues como desgraciado, aunque vine en la flota, lo que ella viene de rica estoy yo de necesitado y pobre, y tanto, que habré de buscar á quién servir, pues no tengo otro remedio, y no será de nuevo para mí el saberlo hacer, pues en este ejercicio he gastado mucha parte de los años que tengo, y no con disgusto de los amos que he tenido. Pues no llega á mal tiempo, dijo el gentil hombre, porque soy autor de una compañía de amigos que traigo conmigo en la representacion, y si gusta, podrá servirme para tener cuenta en el vestuario con la ropa y vestidos de la comedia; yue dejando á parte que le trataré y pagaré muy bien, podría ser que fuese de tan buena gracia, que se quedase con nosotros por uno de los representantes. Yo, padre, que tenia alguna noticia del modo de vivir y trato con que se pasa en la comedia, no me pareció mal su ofrecimiento; y por no perder tan buena ocasion, le respondí : Antes, señor, recibiré mucha merced en quedar por su criado, y creo tengo de ser de más provecho que otro, porque soy buen escribano, leo bien, y hago (aunque malos) algunos versos, peste que se me pegó de cuando fui un tiempo estudiante de Salamanca.

Vicario. Tan bien avenidos los veo, que poco será menester para concertarlos.

Alonso. Así es, padre; porque diciéndole yo gustaba mucho de servirle, y habiéndome concertado con él de que me daría doce reales cada mes, nos fuimos los dos á la posada, y en el camino me leyó la cartilla de lo que habia de hacer, y fué el escribir cada día los carteles, ir á la una á guardar la puerta

hasta que mi amo llegase á cobrar, y despues acudir al vestuario á tener cuenta con los cofres y ropa que habia de servir en la comedia. Parecióme trabajo moderado, y que para mi condicion y natural habia de ser muy llevadero. Prometí de hacerlo como se me proponia, y despues luego empecé á ejercitar mi nuevo oficio. ¡Oh cuánto puedes, necesidad, y á cuánto obligas! ¡Qué de torres has echado por el suelo y cuántas dificultades has allanado! Qué de voluntades has torcido, y á qué de ignorantes has enseñado! Haces hablar los mudos, humillar los soberbios, das ánimo á los flacos; y á mí, que poco tiempo há me vi en el cuerno de la luna, y que para que hablase una palabra era menester primero ser lisonjeado, me trujiste á la miseria y desdicha á que pudo venir un hombre para quien era poco la riqueza que en sus entrañas encierra la tierra, usurpa el mar, y el sol engendra en los más ocultos é inhabitables montes. A todo me hube de poner : unas veces servia de dragon en algunas comedias de santos, otras veces de muerto, si habia representacion de alguna tragedia; tal vez de bailarín, cuando el baile era de á seis; que metido entre otros, razonablemente podia pasar con mis malas piernas : en los entremeses tambien hacia mi figura, procurando siempre dar gusto á mi amo, porque, si va á decir verdad, él lo merecia, y yo me preciaba de hombre de bien y agradecido. No se podia decir por mí lo que de otro mozo, á quien alababa su señor por no conocerle su condicion ni saber el intento con que hablaba con él. Pero pareceme que salgo de la materia; quédese para otro día.

Vicario. No, hermano; dígalo, que despacio estamos y es muy temprano; que aun no serán las tres de la tarde.

Alonso. Pues vuesa paternidad gusta, va de cuento. Servia á un caballero de Andalucía un mozo de buena edad y de mejor traza, con tanto cuidado y diligencia, que con justa causa pudiera ser envidiado de los más serviciales criados de su tiempo; y no contento con su continua puntualidad, en todo cuanto se le mandaba tenia unas razones tan comedidas y tan bien dichas, que obligaba á tenerle particular amor y aficion. Su ordinario decir era : Dios quite de mis días y ponga en los de vuesa merced. El caballero, con estas cosas tan agradecido y obligado, no se llegaba á corrillo, conversacion ó visita, que no hablase de la merced que Dios le habia hecho en depararle un tan buen mozo como el que tenia. Contaba sus gracias, su cuidado, su fidelidad, y sobre todo, su grande amor, pues continuamente rogaba á Dios quitase de sus días para poner en él : cosa bien contraria de lo que se usa en los criados destos tiempos, pues son como enemigos domésticos inevitables, que se han de querer y buscar aunque no queráis, y no hay pasar sin ellos. Tuvo el caballero necesidad de hacer una breve jornada, y en su compañía hubo de llevar por lacayo ó mozo de espuelas á su criado, á quien tanto queria : el tiempo era por invierno, trabajoso, y el camino peor, por haber de pasar un puerto de grande aspereza : de modo que en la cumbre dél se levantó una borrasca, con tanto rigor, de un aire frigidísimo, que fué ventura con tanta ventisca no quedarse amo y mozo sepultados en aquella blanca y cuajada nieve. Animábanse los dos caminan-

tes, ya con una bota que llevaban, ya con gritos, que servían para que las mulas cobrasen esfuerzo, y no atallasen perdiendo la vereda, que ya estaba casi cubierta. Considerando pues el gran peligro en que estaban y el trabajo que padecían, dijo el mozo á su amo: Señor, señor, estos son los días que yo suplico á Dios quite de mí y ponga en vuesamerced, para que mejor se conserve el individuo. Quedó con esto el caballero desengañado del criado que tenía, y de allí adelante dejó de alabar las lisonjas con que le trataba. Pero mi autor hallaba en mi trato y modo con que le servía una llaneza y una admirable inclinación á favorecerle en cuanto era posible: de suerte que, cuando no fuera de tan buen entendimiento como era, manifiestamente echara de ver cuán sin doblez procedía en todas las cosas que estaban á mi cargo, que no eran de poca pesadumbre; y en los caminos por que habíamos de andar de quince en quince días de un pueblo en otro, hechos gitanos, con nieves y aguas, de venta en venta, pasando las incomodidades que en semejantes caminos se padecen. Y no era el peor haber de contentar á tantos, adonde hay tan diferentes pareceres y gustos: cuál decía mal de la música, cuál del verso y mala traza de la comedia, de la pobreza de conceptos, del estilo y modo de decir tan llano y ordinario: si las mujeres eran ya de días, poco airoosas, los representantes mal aderezados, de poco cuerpo, arrogantes, de malas acciones, cuál recitaba llorando, cuál se turbaba por no acordarse del pie que le daban, sin haber falta que no se dijese, ni delito, por pequeño que fuese, que no se sacase al tablado; y lo que era peor, que los que más mal hablaban y con más libertad, eran ó los que no lo entendían, ó habían entrado á oírnos de balde. No pocas dificultades pasan los pobres autores, ya en los ensayos, ya en si salen mal las comedias; que no todas veces los poetas aciertan, y por una mala representación, aunque otras muchas hayan hecho buenas, enfadados los oyentes, no vuelven otro día, y con poca gente y menos ganancia, siendo mucho el gasto, quedan los pobres aislados y perdidos; y así, no hay autor que no esté empeñado, lleno de deudas, y por maravilla alguno llegó á ser rico. Si hay mucho calor, no se viene á la comedia. Si el invierno es riguroso ó llueve, no se puede salir de casa. Si algún príncipe muere, quitase todo género de entretenimiento, y los comediautes han de dejar su trato y buscar qué comer ó modo de vivir.

Vicario. Yo me acuerdo, hermano, que estando en el siglo, entre personas doctas oía decir mal de las comedias, por ser acto donde se ofende á Dios, aprendiéndose en él la libertad, deshonestidad, y cosas que la malicia humana cada día enseña.

Alonso. En eso, padre, lo que puedo decir es que, reinando el sabio y prudente rey don Felipe II, por evitar algunos inconvenientes, y por mayor honestidad en las comedias, se quitó el representar las mujeres, por parecer que el verlas vestidas curiosamente, ya de su traje, ya del de varón cuando se ofrecía, incitaba á torpes y deshonestos deseos; y así, se mandó que en su lugar fuesen los representantes muchachos de mediana edad, y deste modo se representó algún tiempo. Después, pareciendo ser cosa tan impropia que á un varón se le dijese palabras amorosas, se le tomase la mano ó llegase al rostro, se volvió la representación á lo que

de antes, pero con algún límite; mandando á las mujeres, cuando se hubiesen de vestir de hombre, fuese el vestido de modo que cubriese la rodilla, guardando en todas sus acciones honestidad y compostura, poniendo á las que tan justo mandamiento no obedeciesen, rigurosas y muy graves penas. Y me acuerdo haber quitado á una mujer que no saliese al tablado, porque se decía della que no representaba con aquella compostura y gravedad que era lícito en semejantes actos, procurando siempre que no desdijese á la política honestidad que debe guardarse así en público como en secreto. Verdad es que los gentiles, como gente sin razón ni dios, como bárbaros, sujetos á sus torpes y bestiales deleites, en sus representaciones procuraban de hacerlas tan al natural y propio, que si en la tragedia (como es forzoso) habían de morir dos ó tres personas, en el mismo tablado les quitaban la vida los mismos representantes, y para esto sacaban de las cárceles los que estaban condenados á muerte, como se hizo muchas veces delante de los emperadores Daciano y Diocleciano: de suerte que, como fuese posible, se procuró siempre que la industria y arte se asimilase con naturaleza. Así le sucedió á san Gines, representante, que por hacer burla del sacramento del bautismo, en una comedia que representaba delante del emperador romano se vino á bautizar, si en el agua no, por faltarle al ministro idólatra la intención de hacerle cristiano, después en el martirio consiguió el efecto del sacramento, bautizándose en su misma sangre, por la confesión de Cristo Señor nuestro. En efecto, padre, en cuanto yo podía, procuraba volver por mi autor, y á los que decían que era cargo de conciencia dejarle estar tiempo en algún pueblo, inquietando los oficiales de su trabajo y llevándoles su hacienda, les daba por respuesta: Si la paga de la comedia fuese excesiva, y no se gastase en otras cosas mas impertinentes y de mayor perdición y desasosiego, bien fuera estorbarlo; pero si bien semira, un autor con tanta costa, tantos salarios, portes de viajes, no salir jamas de un meson ó venta, ¿quién podrá imaginar lo que ha menester para cumplir su gasto tan excesivo? Pues ninguna cosa destas se hace sino á poder de dinero. Y á los que decían ser tiempo mal gastado dar oídos y vista á semejantes actos, llegándome á ellos, les conté el siguiente cuento.

Vicario. Yo también olgaré de oírle.

Alonso. En Salamanca, por estar vaca una cátedra de vísperas, se opusieron á ella algunos doctores graves de la universidad, y habiendo leído por sus antigüedades los más dellos, como tienen de costumbre, uno de los opositores, diela la lición, acabó alegando de su justicia con decir á los oyentes los grandes méritos que tenía para la pretensión que procuraba; sus muchas letras, su antigüedad en los estudios, su mucha virtud, nobleza y recogimiento, y que el señor doctor Fulano, su contrario y opositor suyo, aunque era verdad que sabía y tenía partes para poderle hacer merced de la cátedra, pero que, dejado aparte el no ser igual á sus méritos, era un hombre que jugaba y había echado á mal el tiempo que había de gastar en sus estudios. El día siguiente leyó el último opositor, y acabada su lición, hizo á los estudiantes un breve razonamiento en esta forma: El señor doctor Fulano, antecesor mio, en la lectura de ayer con mucha razón alabó

su ingenio, su nobleza y virtud, que son sin número y dignas de alabanza, al vejarme á mí, que soy su hermano, pues tuvimos un mismo padre, de adonde salimos todos los hombres del mundo; en lo demás, si he jugado ó juego, tiene razon su merced que sé jugar; y así, suplico á ustedes que los que no saben jugar no voten por mí, y los que han jugado ó juegan me hagan merced de favorecerme. Cayóles tan en gracia el dicho á los que le oyeron, que sin faltarle un voto le dieron la cátedra. Así que, señores los que no gustan de oír comedias, los que tienen algun escrúpulo de escuchar algunas licenciosas razones, y sienten distraerse de su recogimiento y virtud, cuando van á oírlas, no las vean; que justo es apartarse de lo que les es dañoso y buscar lo bueno, que es máxima del filósofo que ninguna cosa en razon de malase ha de apetecer y buscar; cuanto más, que comedias se representan que se pueden oír de rodillas, como una de san Francisco, de la Concepcion, y otras de muchos santos, adonde verdaderamente se reprehenden los vicios, se exhorta á seguir las virtudes, y se toma ejemplo para la vida; y estas tales representaciones son las que alaba el glorioso doctor de la Iglesia san Agustin, y el angélico doctor san Tomas, y permite el derecho.

Vicario. Para bien ser, hermano, así habian de ser, ejemplares, honestas, sin que se oyese en ellas ni se dijese cosa alguna mal sonante ni descompuesta: los cantares y bailes que se dicen y hacen, que sirviesen solo para un honesto entretenimiento, y que divirtiesen los continuos trabajos que se padecen de ordinario; no que inciten y muevan á torpes y deshonestos pensamientos.

Alonso. Está ya, padre, tan depravada la naturaleza y condicion de los hombres, que son como la asquerosa y aborrecida araña, que de las más vistosas y saludables flores y olorosas yerbas viene á tomar el mortífero veneno; y por nuestra desdicha, en no siendo la representacion de fabulosas, mentirosas, amorosas, enredos, invenciones y casos que admiren los ingenios y entendimientos de los oyentes, no dan gusto ni hay quien las vea, sacando, como se saca, de los verdadero quicio y camino para lo que se inventaron y permitieron las comedias, que en otros tiempos eran la sal de la república, el espejo de la vida, la entrada y lición de los ignorantes, y el desengaño y luz de los que poco sabian. Viáse en ellas un mozo libre, vicioso y perdido, sin respetar á padres, ciego tras sus locos devaneos, en breves años sin hacienda y salud, puesto en un hospital. La danna festejada del vulgo, servida de todos, enamorada de su hermosura y mocedad, como otro Narciso, en la flor y verdor de sus años, desengañada del tiempo á costa suya, olvidada ya de los que más celebraron sus dichos, estimaron sus desvíos y desdenes, y como sin seso, adoraron sus favores. Hallábase en ellas un criado mentiroso, un despensero ladrón, con más bol-sas que Júdas; un amigo fingido, un gracioso desvergonzado, adulador y descubridor de faltas ajenas y que no se sabian; un hablador maldiciente, mentiroso; una fingida hipócrita llorona; una casada desculada de sus hijas, y un padre sin cuidado de criar bien y refrenar la libertad de sus hijos; un gobernador que se desculaba del aprovechamiento y buen gobierno de su república, y una criada destruidora del honor y hacienda

de sus amos. Estas eran las comedias antiguas, representaciones ejemplares, libros que enseñaban á bien vivir, y en cada palabra decian una sentencia, con que satisfecho el entendimiento, viendo á la vista ya el premio, ya el castigo, seguía el uno por evitar el otro, y si en nuestros miserables tiempos no se hacen ni representan con la rectitud y llaneza que solian, cuidado tiene el Real Consejo y las justicias de no permitir cosa que desdiga de la honestidad, buen nombre y virtud. Y en el reino de Aragon jamas se permite representar comedia ninguna sin que primero no se haya censurado y corregido por el vicario ó provisor de aquel obispado, y en hallando alguna falta, se les manda á los autores que no la representen.

Vicario. Ahora dígame, hermano, acerca de los comediantes, ¿qué le parece? ¿Sería mejor que no los hubiese, ó son de provecho á las repúblicas? Porque en verdad que holgaría de oír lo que siente acerca de la representacion.

Alonso. Pregúntame vuesa paternidad una dificultad, y no pequeña, pues me ha de ser forzoso el responderle con la fábula del divorcio de la leona, cuyo testigo dicen que fué la raposa, y así me ha de dar licencia para que la diga.

Vicario. Yo le escucharé de muy buena gana. Bien puede decirla; que atento estoy.

Alonso. Enojada la leona con su marido el leon, viendo sus crueldades y desabrimientos que con ella tenia, y el poco amor que la mostraba, procuró de apartarse dél y dejarle; y como el casamiento y vínculo del matrimonio no se pueda dirimir ni deshacer sin legítima causa, pareciendo ante un juez que los dos eligieron de mancomun para este efeto y pleito, alegó la leona que su marido el leon era insufible, mal acondicionado, intolerable, y sobre todo, que el mal olor de boca que tenia bastaba á inficionar un ejército. Corrióse mucho el leon con este capítulo, y para su descargo pidió tiempo en el cual queria presentar testigos, probando ser falso lo que la leona alegaba contra él: concediósele, y para su probanza llamó al lobo, á quien le dijo: Ya, hermano, sabréis el pleito que la leona me ha puesto, las sinrazones que conmigo usa, y la mala reputacion en que forzosamente he de quedar si sale con lo que pretende: por vida vuestra, que mireis por mi justicia, pues no perderéis nada en favorecerme, diciendo si es verdad que yo tengo mal olor de boca. Agradeció el lobo la buena voluntad que el leon le mostraba, y pidióle que abriendo la boca le echase el vaho, y haciéndolo así, le dijo: Señor, si va á decir verdad, la leona tiene justicia, y á vos os huele mal el aliento. ¡Oh mala bestia! respondió el leon, ¿y eso habeis do decir contra mí? Pero no os iréis sin castigo; y alzando la mano, con las uñas le hizo pedazos; y procurando de nuevo más testigos, llamó al oso, á quien le costó caro el decir lo que sentia. Pero necesitado de buena probanza, y que los testigos hasta ahora no le habian sido nada favorables, se fué en busca de la raposa, á quien rogó, pues sabía bien la razon que tenia, no dejase de ser en su favor, y para que entendiese estar de su parte la justicia, él queria dar bastante muestra, y llegándose á ella la boca abierta, la echó el vaho, diciéndola que le echase, para poder decir con verdad si tenia mal olor ó no. Atenta estuvo la raposa á cuanto

el rey de los animales había dicho, y por no ser parcial en pleito de adonde no podía salir muy bien, le respondió: Prométoos, señor, que como soy tan desgraciada, que de día no me dejan un punto, sino que de noche tengo de andar para hacer mi vida, y estas noches pasadas han sido tan frías y ha llovido tanto, que con las muchas frialdades me ha venido un romadizo tan grande, que no me ha dejado narices ni ojos, los unos para ver á qué parte vaya, y las narices para juzgar de olor; y así, no os puedo servir en lo que me mandáis; que á no estar tan aromadizada hiciera cuanto quisiérais. La fábula responde á vuesa paternidad, pues lo que veo, padre, es que van á verlas personas discretas, doctas y de buen gusto, gente virtuosa, recogida y buena, y que dicen que el oír una buena comedia es el mejor rato que se puede tener y de mayor entretenimiento, y lo que es peor, que de mí sé decir que si me fuera lícito con este hábito ver las representaciones, ninguna perdiera; mas en juzgar yo en pro ó en contra ni me determino, ni sabré dar mi parecer adonde hay tantos y tan buenos juicios de una y otra parte: cada uno siga lo que más gustare.

Vicario. ¿En efeto, hermano, lo deja indeciso?

Alonso. Esto es lo más seguro; y volviendo á nuestro cuento (que há rato que me divertí de la materia que trataba), estuve con mi autor año y medio, que fué milagro para mí perseverar tanto tiempo, y causólo el ser mi señor tan hombre de bien como era; hacíame buen tratamiento, dábame bien de comer cuanto quería, y pagábame mi soldada, sin quedármeme con cosa alguna: negocio que obliga á un criado (si es que tiene buen juicio) á servir con más voluntad y veras: dejado aparte de que mi amo era virtuoso, gran limosnero, muy recogido, y en sus compañeros no consentía que hubiese mal trato, ni término que desdijese de una buena correspondencia. Las mujeres que venían con él, aunque de muy buen parecer, eran honestas, virtuosas, y si algunas ha habido en otras compañías de buena opinion y fama, eran las que venían con nosotros por excelencia de las más recoletas: con estas cosas, y con tener yo amigos de mi humor y condicion, me hallaba muy bien, y me estuviera algunos años deste modo, porque ya me iba alentando á salir al tablado, y hacia algun papel de embajador, paje ó guarda; otras veces en acompañamiento tocaba el tambor si había guerra, y tal vez hubo que dije una columna entera sin errarme, y de ver ensayar las comedias cada día, casi las sabía de memoria. Habíame prometido mi autor de que para el *Córpus* siguiente había de representar y darme racion como á los demas compañeros, diciéndome que tenía demasiada de buena gracia y buen talle para cuanto quisieran hacer de mí; y verdaderamente yo saliera con ser comediante, á no sucederle á mi amo una notable desgracia, y fué que, habiendo de representar un día la comedia del *Mercader amante*, de Aguiar el valenciano, y acudiendo mucha gente á la puerta, púsose mi amo á cobrar de los que entraban, y metióse entre los que iban pagando un mozueto con tanta priesa y fuerza, que sin poderse valer mi autor dió con él en el suelo, lastimándose un poco en la frente; y enojado del mal término y de verse herido, dijo al mancebo: Cuerpo de tal con él, no mirara lo que hace, y entrara con seso. Para quien él es, demasiado traigo,

respondió el mancebo. Pero mi amo, que no había menester mucho, y que no sabía de burlas ni sufrir semejantes desvergüenzas, diciendo y haciendo, con el talego del dinero que tenía en las manos le dió tal golpe en la cabeza, que le derribó muerto á sus piés. Alborotóse la gente, acudió la justicia, huyó mi dueño y púsose en cobro, y quedóse la comedia y todos los de la compañía, con la falta del pastor, como las ovejas sin manso. Era muy empalantado en la ciudad el muerto: procurando la venganza que ya no tenía remedio, asieron de los cofres del vestuario y toda la ropa que allí estaba, dejándonos sin ningun refugio, aunque ya no estaba el peor librado, pues siempre en mi pecho traía para no menester doscientos reales en escudos de oro, sin otras joyuelas de poco valor. Y considerando lo que había de hacer ántes que mi dinero se acabase, determiné de volverme tercera vez á Sevilla, porque siempre en ella había hallado adonde acomodarme con más facilidad, pues como en ciudad rica, á nadie falta en qué poder ganar de comer. No tuve corazon para despedirme de mi autor, compadecido de su desdicha; y así, habiendo oído pregonar una mula de retorno para Sevilla, que estaba treinta y seis leguas del pueblo de adonde salía, fui en su busca, concertéme con su dueño, y luego partímos: pero porque parece que el cielo quiere hacer alguna mudanza, ántes que llueva nos podrémos ir, dejando en este punto nuestro comenzado suceso.

Vicario. Vamos, hermano, y démonos priesa; que si no me engaño, un gran golpe de agua nos ha de coger ántes que lleguemos á nuestro convento, y advierta dónde queda con su discurso.

CAPITULO X.

Da cuenta el hermano Alonso á su vicario cómo entró á servir á unas monjas y despues vino á ser donado.

Alonso. Una mala costumbre adquirida de muchos años, verdaderamente, padre vicario, que es muy mala de perder, y el que la deja no hace poco. Estaba yo acostumbrado á tener mi comida cierta, sin que anduviese puesta en opiniones si había de faltar á su hora: negocio que, bien considerado, no es el menor de los bienes poder descuidar de semejante carga, pues los trabajos que se padecen todos van encaminados á este pan de cada día, pues como árboles puestos y plantados al revés, tenemos necesidad de ordinario riego para que este húmedo radical de nuestra vida no se consuma y seque. Llegado á Sevilla (que en su camino quedámos, si bien tenemos memoria), dí un doblon al dueño de la mula que me había traído, y apéeme en la lonja, donde me puse á considerar un rato del primer amo que allí había tenido y lo mucho que con él había pasado, hecho mozo de espuelas tras una mula trotona; que como mi amo era hombre de opinion, y Sevilla es grande, no había calle que no anduviese dos veces al día; y echando de ver que tenía pocos dineros y que era forzoso el gastarlos ó buscar algun arrimo en que entreteneme, puse los ojos en un religioso que acertó á pasar á caballo, y viéndole que iba solo, no queriendo perder la buena ocasion que se me ofrecia, le llamé, diciendo: Padre, suplico á vuesa paternidad me espere y escuche. Volvió el fraile la cabeza, detuvo la muda, y en llegando yo, me dijo qué le quería. Saber

si soy menester acaso para servir á vuesa paternidad, le respondí; porque en cualquiera cosa que me quiera ocupar lo sabré hacer con mucha diligencia. Ahora pues venid conmigo, me dió por respuesta; que yo soy vicario de unas señoras monjas, y habeis llegado en ocasion que hemos despedido á un mancebo de vuestro cuerpo y talle, y podrá ser que os recibamos en su lugar y lleveis su salario con la bendicion de Dios. Yo iré donde vuesa paternidad me mandare, le respondí; y así, con tan breve concierto, poniéndome bien la capa y sombrero, me fui tras él, y entrando en la portería de un monasterio de religiosas bernardas, dándome la calbadura que la recogiese, me dijo: ¿Cómo os llamais, hermano? Mi nombre, padre, le respondí, es Alonso. Así seais vos como el nombre teneis, replicó el vicario; pero suélese decir que no corresponden con las obras: daos prisa; que es mediodía, y los denias religiosos me estarán aguardando para comer. Así lo haré, dije; y desensillando la mula y poniéndola en pesebre, entré en una cuadra, donde hallé sentados seis frailes, como que estaban para bendecir el refitorio: estúveles mirando, y consideré el modo de las religiones, su manera de proceder y término, y como aun de lo que es sustento ordinario saben sacar mérito y aumento de nuevos bienes, bendiciendo á Dios, que tiene cuidado de acordarse dellos, dándoles con liberal y generosa mano lo que es suficiente para su vida: no de la suerte que otros van á la mesa, que imitando á las bestias, se sientan á ella sin hacer memoria del bien que reciben, pagando con ingratitud la largueza y misericordia que se usó con ellos; debiendo considerar cuántos en aquel tiempo y en aquella misma hora que á ellos se les ofrece con franca mano los regalados platos, que aun aderezados con tantas diferencias de sainetes y salsas, hartos ya en ver tanta abundancia, postrado el gusto, no los apetece ni recibe, y están otros sin número virtuosos y buenos que, por no tenerlo ni con qué comprarlo, se holgaran de satisfacer su necesidad y hambre con la tercera parte que á ellos les sobra. Entraron pues los religiosos en el refitorio; bendecidas las mesas y dadas gracias, me dieron de comer á mí y á otro mozoque menor que yo, á cuyo cargo me dijeron habia de estar el acudir al servicio de los padres, así de la cocina como de lo que se ofreciese de algunos recados fuera del convento, y al mio, como ya mayor y de más cuidado, asistir á la sacristía y á lo que hubiesen menester las señoras religiosas, propiamente como ayuda de mayordomo, medio sacristan y mandadero entero. Y destos oficios, en comiendo que comí, el vicario me hizo un largo razonamiento, encargándome la diligencia, puntualidad y silencio que habia de guardar, poniéndome delante el premio y paga tan cierta de mi trabajo; con que, por mayor que sea, á todos se les hace fácil y llevadero.

Vicario. Deseo saber, hermano, cómo sin dar fianzas le recibian, habiéndole de entregar la plata y oro de la sacristía; que verdaderamente para mí muy dificultoso se me iniciara.

Alonso. En otras partes, padre, siempre me pedian fiador; pero respondiales no ser posible el darle, por no tener quien me conociese; pero aquí no fué menester, porque mi vicario lo primero que me dijo mirándome el rostro, fué sobornarme, diciéndome: En ver-

dad, Alonso, que teneis cara de hombre de bien, y que en ella mostrais no haber de hacer ninguna vileza; y por eso por ahora no trato de pedirlos quien os fie; y así, él satisfecho de mí, y yo contento con él, sabiendo ya lo que habia de hacer, no esperé á que me lo dicesen segunda vez. Acudia á la iglesia al adorno de los altares, negocio en que pudiera graduarme, por estar cursado del otro amo que tuve en el aldea, de aquel oficio. Reprendia rigurosamente á los que hablaban mientras oian misa; y porque no se enojasen conmigo, poniendo la reprension en el sacerdote, diciendo: Señores, dice el padre que callen, que le perturban.

Vicario. Poca advertencia por cierto de personas de buen juicio, pues procuran tener conversacion y plática mientras se celebran tan misteriosos y divinos sacramentos.

Alonso. Pues ha sido de suerte, que se cuenta de un hombre amigo de hablar en los oficios divinos, que habiendo de oír misa un día de fiesta, y diciéndose el evangelio postrero, preguntó al que tenia á su lado: ¿Vistes si alzó la hostia el sacerdote?

Vicario. En verdad que estaba con buena devocion y bien atento para cumplir con las obligaciones de cristiano.

Alonso. Acabábanse las misas y entraban luego otros géneros de ocupaciones, siendo correo de á pié para lo que me mandaban las aprisionadas por el Señor; y verdaderamente, padre, que lo hacia de muy buena gana, considerando que es obra meritoria el servir las y acudir á sus continuas necesidades; que es forzoso haberlas de tener. Está preso en la cárcel uno por saltador, sacrilego, homicida, infiel, y deste tal es obra de caridad apiadarse, favorecerle y remediarle, con ser un desuellacaraz; ¿y no será servicio agradable á Dios el favorecer á quien por su virtud y bondad, no por delitos, sino por agradar á Dios y servirle con más perfeccion, se emparedaron y metieron detras de dos rejas? Crióse el mundo para el hombre, y con ser tan grande, aun es estrecho para él; que así lo lloraba aquel ambicioso Alejandro; y contentándose con una estrecha casa, jaula para toda la vida, sin esperanza de haber de tener libertad ni salir de la prision que escogieron. El considerar esto me ponía espuelas para acudir á cuanto me mandaban y á sufrir algunas prolijidades, que, como mujeres, no pueden dejar de tenerlas; y de justicia el que las sirve las ha de llevar con paciencia, pues si tienen piés no pueden andar, y si manos, aprisionadas ¿de qué pueden servir? Habíanme dado adonde me recogiese un aposentillo ó celda pequeña, en la cual echando mi cartabon con particular cuidado y traza, hallé que la pared de la cama adonde dormia era correspondiente á una sala adonde se juntaban cada semana á capítulo las religiosas, así para el gobierno de su convento como para correccion de las faltas en que hubiesen caído. Yo, padre, que de mi natural condicion era inclinado á experimentar y saber cuanto me fuese posible, de parte de noche, en la hora que con más silencio y quietud estaban mis frailes, poco á poco fui cavando la pared con un clavo semejante á una clavija grande, que para este efecto me ofreció la fortuna, de modo que con facilidad vine á hacer un agujero bien acomodado por parte donde no podia ser visto, para poder oír y entender cuando

en la sala tratasen y comunicasen las religiosas, como si entre ellas estuviera presente. Llegábase el día de la junta, que siempre era el viérnes, día dedicado á sus penitencias; y sentada la Abadesa con sus monjas á capítulo, despues de haber dicho cada una sus faltas y culpas, de que ellas hacian mucho caudal, siendo verdaderamente tan ligeras, que con agua bendita podian perdonarse, comenzaba la madre Abadesa su exhortacion y plática, tan bien dicha y con tan buena gracia, que la pudieran oir los más curiosos y presumidos en la retórica: poníales delante la grande obligacion de su estado, la perfeccion que debían tener personas tan de la casa y familia de Dios, á quien tan para sí las habia escogido, sacándolas del mundo y traído á su palacio para sus verdaderas esposas, el ejemplo que debían dar á todos, así de su vida como de trato, conversacion y plática; los peligros y ocasiones que á cada paso era forzoso se les ofreciesen, pues cuanto más apartadas y retiradas del siglo, son más combatidas y perseguidas del demonio, siendo condicion suya procurar derribar y echar por el suelo los más altos y fuertes torreones, para quien con mayores véras apunta y asesta su artillería, teniendo por mayor gloria la conquista de lo más dificultoso y difícil de alcanzar. Traíales á la memoria las promesas que hicieron, el premio cierto que esperaban, debido con justo título al animoso pecho con que dejaron los regalos del mundo. Esto les decia, y yo me la escuchaba, y sus palabras hacian en mí notables efectos, considerando el modo y traza de vivir tan diferente entre los hombres; el cuidado y recato con que están los virtuosos, y el mucho descuido y demasiado olvido de tanta gente. Estas mis monjas no perdonaban la menor falta que cometian, sirviendo ellas mismas de fiscal, de reo y de juez en pequeños delitos; y acá, por grandes y atroces que sean, los disimulamos, paliando la culpa, como si se pudiera excusar la pena, ó se tratara con quien no tiene ojos para mirar lo más escondido y oculto de las entrañas de la tierra. Veníase me á la memoria cuán injustamente y con cuán poca conciencia ha habido quien se atreva á decir mal de las religiosas, debiendo con justo título honrarlas, respetarlas y estimarlas en mucho, siquiera por la casa en que están, por el esposo que tienen y por la buena eleccion que hicieron. ¿No se respeta la casa de un rey, la de un embajador, la de un noble? Pues ¿por qué la de Dios no ha de tener sus preeminencias y señoríos? ¿No se mira al criado, se respeta el hijo, y á un deudo de un grande se le hace cortesía? Esposas son de quien gobierna los cielos, y el mayor parentesco que tiene el mundo es el del divino Sacramento; y cuando esto no fuera bastante, en buena cortesía y correspondencia se debe honrar al sabio, al valeroso en armas, al cuerdo y prudente, al ejemplar y virtuoso, pues la verdadera prudencia fué el escoger el mejor estado, dejar la vanidad del siglo por lo verdadero y cierto, la libertad y regalos del mundo por la aspereza y rigor de un convento; y lo que más es, y la mayor victoria que uno puede alcanzar, y donde muestra mayor ánimo y osadía, es en vencerse á sí mismo y en negar su propia voluntad, sujetándola por Cristo Señor nuestro á quien le mande, rija y gobierne.

Vicario. Tiene razon, hermano, porque verdaderamente más hizo Alejandro en entregar á Apéles aque-

lla mujer que tanto queria, que en ganar los reinos que poseyó y sujetar los enemigos que tuvo debajo de su mano. Gran sacrificio es perder un hombre su gusto y dejar el libre albedrío en manos de un superior que lo gobierne.

Alonso. Eso que no es nada para mí, padre, si no es por Dios no se puede perder la libertad. Y aun viéndoles sin ella, hay hombres tan libres y de lenguas tan descomulgadas, que si hallan en estas religiosas algun género de entretenimiento, es para ellos un caso gravísimo y aun delito digno de un gran castigo; pues mirad que en carne viven, y no en espíritu; de sugeto flaco son, y no de ángel. Algun género de alivio han de tener; que si todo es rigor y aspereza, acabarase todo, y darémos con el edificio en tierra: tiempo ha de haber para la oracion, para el coro, para el reitorio, y tiempo tambien para una honesta y virtuosa recreacion y alivio. Llegaron un día unos forasteros al convento de aquel ejemplo de santidad y penitencia san Antonio, y notaron que sus monjes tal vez se juntaban á conversacion, donde en honestas pláticas se reian de algunos graciosos dichos de sus compañeros, otras veces corrian mostrando la ligereza de sus piés, y otras, para dar á entender la fortaleza que aun el continuo ayuno no les habia quitado, tiraban la barra y saltaban: al fin, como mozos en quien el hervor de la sangre no podia dejar de hacer su costumbre. Maravillados de verlos los mal advertidos huéspedes, pusieron capítulos de la poca modestia de los religiosos, y á su acusacion respondió el discreto Abad deste modo: tomó un ramo, y atando á las dos puntas un cordel, vino á formar un arco, y dándosele á uno de aquellos habladores, le dijo: Tirad bien desacuenda cuanto pudieredes, y respondióle el que le tenia: Padre, si con mucha fuerza se tira quebrarase y no podrá servir; que la madera es delicada, y no ha de poder sufrir lo que me mandais. Entónces el santo viejo, algo enojado (y con mucha razon), les dijo á los maldicientes: Débiles es y de poco sugeto la naturaleza humana, y para caminar á la virtud es grande el trabajo que lleva, y porque no falte á la mitad del camino, se le concede algun rato de sosiego y descanso. Y si este les faltase á unas señoras delicadas, ¿quién duda sino que fuera insufrible un tan ordinario y continuo ejercicio? Para esto se ordena el juntarse en comunidad algunos dias de las Pascuas y otras fiestas ya señaladas para alguna recreacion y regocijo.

Vicario. Ejemplo será el nuestro, pues con guardar silencio en nuestra casa, y con tanto extremo, nos es permitido en este tiempo de Carnestolendas (aunque para los de nuestro hábito y religion siempre es enaquesma) el salirnos á pasear por el campo á tomar el aire, y á gozar del sol despues de la demasiada clausura de nuestras cellas.

Alonso. Yo aseguro, padre, que si el castigo que hizo Dios en algunos murmuradores lo hubiera de ejecutar ahora, ¡qué de sarnosos y leprosos hubiera! Y ¡qué de otra suerte se fueran á la mano, y no se atrevieran á poner lengua en gente de la casa y familia del Señor!

Vicario. Ya yo lo veo, hermano, pues porque unos muchachos llamaban calvo al otro santo profeta Eliseo, dos osos los hicieron pedazos, y la hermana de Moises, María, por murmuradora se hiuichió de lepra.

Alonso. Ya, padre, con nosotros Dios no quiere usar de aquel rigor que ántes acostumbraba, ni es el Dios de las venganzas, sino el de las misericordias, estrechando la vara de justicia cuando ya no se abre la boca que no sea para el deshonor del vecino, y no contentos los murmuradores con lo seglar, no dejan bonete, capilla ni velo que no salga á la plaza, y de su vida muy por extenso no hagan platillo y conversacion, debiendo considerar que por lo ménos cuenta tiene con su alma. Pues si tropieza no cae, y si cae es para levantarse luego, al modo de las caídas del justo y bueno; pero es sin remedio buscar remedio, y predicar en desierto cuando el a trevimiento está en su punto, y para el bien todos cierran los oídos. Yo, pues, padre, pasaba todas esas pesadumbres lo mejor que podía, á veces con paciencia, otras sin ella, no descuidándome de acudir al servicio de mis monjas con la puntualidad que podía, hasta que, á causa de unas tercianas que me dieron, me fué forzoso haberme de ir á curar á un hospital, de donde, hallándome algo mejor, y considerando el poco término que guardaba en mi vida, pues estaba cierto el haberme de perder, por el poco sosiego que traía, no sosegando en la casa donde entraba á servir un año cabal, y si lo estaba medraba muy poco, que en efeto, piedra movediza nunca cria moho, quise hacer libro nuevo, y volverme con mis religiosas y servir las como un esclavo, pues al fin, aunque trabajaba, era razonable la comodidad que aquellas señoras me hacían, pero en viendo que vieron volver las espaldas, volvieron sus mercedes la voluntad, metiendo en mi lugar un mozueto natural del pueblo y sobrino de un fraile de casa, que ocupó mi prebenda, y aunque yo alegué en mi abono mis pasados servicios, no me fueron de provecho, dando por disculpa el haberlas yo dejado y que me habían tenido por muerto, demas que no era justo despedir al que tenían recibido, por ser persona de mucho cuidado, propio para su condicion, mozo liberal y callado. Entónces yo perdí la paciencia, echando de ver la poca confianza que se ha de tener en el mundo, y más en servicios hechos en comunidad, pues hacienda de muchos, lobos la comen; y burlándose un poeta de los trabajos que había pasado un gentil hombre por una persona que no lo merecía, dándole vaya, le dijo en unos versos:

La ciudad te lo agradezca.

Quise servir adonde tuviese premio mi buena voluntad, agradecimiento mi diligencia y cuidado, y á quien jamas me dijese de no, queriendo yo estar en su servicio y no salirme de su casa; y más que temí, llegada la vejez, no me faltase lo que á todos ordinariamente viene á faltar: á muchos he visto que sirvieron á los padres de los señores que heredaron la hacienda y mayorazgo, y no los buenos respetos y obligaciones de sus pasados; y viendo con pocas fuerzas y muchos años y enfermedades á los criados de sus antecesores, enviánlos á buscar á quien sirvieron, y ellos reciben nueva gente á quien acomodan, hasta que les llegue el tiempo que vino por los demas, pues al fin por maravilla se pierde una vieja y mala costumbre.

Vicario. Razon fuera que los hijos mirasen siempre por los criados antiguos de su casa, y á los que sirvieron á sus padres y abuelos los ampararan y socorrie-

ran, principalmente en la vejez, que es la edad más combatida de necesidades y trabajos.

Alonso. Eso es pedir peras al olmo, caridad á los avarientos, fidelidad en alarbes, sufrimiento en catalanes, flema en andaluces, y secreto en muchachos. Acuérdomé de un buen hombre que tenía dos hijos desagradecidos á las obligaciones que debían á su padre, y cómo se olvidaron dél y de lo que les había mandado y rogado cuando se moría, que pues hace á nuestro propósito, brevemente se le contaré á vuesa paternidad.

Vicario. Diga enhorabuena; que ya le escucho.

Alonso. Hubo en una aldea un hidalgo tan rico do sangre noble cuanto pobre de bienes, gran cazador, ejercicio en que se entretenía de ordinario, y con él sustentaba á su casa y familia. Criaba este hidalgo tres halcones de mucha estima, con esperanza que los había de vender en subido precio; pero atajándole la muerte sus pretensiones, viéndose cercano á ella, llamó á sus dos hijos, á quien, diciéndoles las obligaciones que le tenían, y en la que estaban de ser hombres de bien y mirar á la virtud conforme su calidad y á los padres que habían tenido, les pidió con muchos ruegos, atento que él no tenía otra hacienda que dejarles sino aquellos tres pájaros de caza, que por la buena enseñanza que había hecho en ellos eran de mucha estima, que los llevasen á vender á la corte, y el precio de los dos repartiesen entre ellos como buenos hermanos igualmente, sin que hubiese mejora ni pesadumbre alguna, y el precio del otro fuese para hacer bien por su alma. De cumplirlo como se les mandaba lo prometieron los mancebos, y muerto el padre, parten los dos hijos para Madrid, donde procuraban vender sus pájaros. Llegaron á una posada, y por regalar los halcones los ataron á una alcandora con sus pigüelas y capirote, pero no tan bien, que no les sucediese una notable desgracia, porque, ¡descuidándose de atar bien al uno dellos, como él se diese en sacudir el capirote, con mucha facilidad se le quitó, y haciendo fuerza, levantando el vuelo, rompió las pigüelas, y libre de la alcandora, voló á un árbol, de donde, sin detenerse, subió por el aire de suerte, que no pudo ser visto adónde paraba, ni el cascabel sirvió de seña, como otras veces, para cogerle. El uno de los hermanos, viéndose ya sin remedio perdido el pájaro, dijo al otro mancebo: Esto es hecho, no hay sino paciencia; tomemos cada uno su halcon, y aquel que se fué vaya por el ánima de nuestro padre, que si está en el cielo no ha menester oraciones, si en el infierno no le son de provecho, si en purgatorio salir tiene torzosamente; que en efeto aquellas penas temporales son, y al fin se han de acabar tan de que temprano. Parecióle bien al mozueto el dicho de su hermano; tomó cada uno lo que le cabía de particion, y el padre quedó como suelen quedar los que dejan tales hijos y testamentarios, que miran más por su provecho que por las obligaciones en que quedaron puestos y la confianza que se hizo dellos.

Vicario. Para eso, hermano, los señores obispos tienen cuidado de que se les traigan todos los testamentos, y viéndoles sus visitadores, procuran que se cumplan todas las mandas de los difuntos, no fiándose jamas de los sucesores: traza importante y muy conforme á la caridad cristiana.

Alonso. Al fin, padre, enfadado ya de conocer tantas y tan varias condiciones, y echando de ver la vanidad del siglo, sus locas pretensiones, deseando tomar estado que fuese para mí, ya que no de alivio (porque en este valle de lágrimas no le puede haber), á lo ménos que fuese donde estuviese cierto, pues era el más seguro para mi salvacion y sosiego, vine á este convento, donde pedí á nuestro padre prior que de cualquiera suerte que gustase fuese servido de hacerme tanto bien, que no me echase de su monasterio, sino que en él siquiera por donado me recibiese, pues mi deseo no era otro sino servir y agradar á Dios y ocuparme en el servicio de santos religiosos, siervos suyos.

Viendo mi buen celo nuestro padre, juntó capítulo, y sin faltarme voto me recibieron para donado deste santo convento, donde há catorce años que vivo con más gusto y contento que si estuviera en los palacios de los monarcas de la tierra. Este es, en suma, el largo discurso de mi vida, con que he enfadado á vuesa paternidad, sirviéndole estas tardes de entretenimiento, por habernos salido á entretener. Perdome mis faltas; que como toseo en el decir no lo he contado con la elegancia que los muy retóricos tienen de costumbre, verificándose en mí que ninguno puede dar más de lo que tiene.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DEL DONADO HABLADOR.

EL DONADO HABLADOR

ALONSO, MOZO DE MUCHOS AMOS.

SEGUNDA PARTE.

PRÓLOGO.

MEMORIA tengo; no se me ha olvidado, discreto lector, de lo que prometí en el primer libro del mozo Alonso, y si escribi la Segunda parte de su Vida, puédote dar por disculpa lo que respondía un religioso y buen predicador á unos amigos suyos que le hacian cargo de que en los más de sus sermones siempre se salia del evangelio de la festividad que predicaba, metiéndose muy de ordinario á tratar de la pasion y muerte de Cristo Señor nuestro, diciéndoles: En todos los sermones debe el predicador exhortar á los oyentes al aborrecimiento de los vicios y amor de las virtudes: pues ¿por qué camino con mejor título puedo yo cumplir con mi obligacion, como poniendo delante un Dios hecho hombre por hacer bien al hombre, muerto por su remedio, y fatigado y cansado para que pudiese tener el hombre perpetuo descanso y sosiego? Así que no salgo del propósito, porque el predicar y escribir casi son compatibles y tienen un mismo objeto, y yo no salgo del punto: en el Mozo me estoy, del Mozo trato, y con el Mozo acabaremos esta vez de enfadarte; y te prometo que no ha ser el parto de Pelaya. Y pues es el postrero el que llega á tus manos, trátalo como á hijuelo pequeño, a quien se sufren y sobrellevan innumerables faltas: siendo forzoso haber de tenerlas este viandante, tambien lo será el haber de ser tú afable, benévolo y piadoso, mirando las cosas con ojos apacibles para que puedas con todos ser aniable.

Vale.

SEGUNDA PARTE DEL DONADO HABLADOR

ALONSO, MOZO DE MUCHOS AMOS.

CAPITULO PRIMERO.

Cuenta Alonso, ya ermitaño, al cura de San Zoles su nuevo estado, y ocasion de haber dejado el hábito de donado.

Cura. ¿Es posible, hermano, que al cabo de tantos años como há que le dejé en el reino de Navarra con aquellos santos monjes de su convento, le haya venido á ver en esta tierra, no solo mudado el modo de vivir, sino tambien en hábito tan diferente como el que trae? Certifícole que aunque me lo juraran no lo creyera; pero al fin, mudable es la condicion de los hombres; y el Sabio nos dijo que no se alabe nadie hasta que muera: *Non laudes virum in vita sua*. Acuérdome que un día, estando hablando con el vicario de su monasterio, acertó á pasar cerca de nosotros, y haciéndome señas, me dijo: Repare vuesamerced, señor licenciado, en aquel mozo; que le prometo que el mundo no tiene mejor pieza; y que á no estar tan de partida, habia de tener en esta casa algunos ratos de entretenimiento y gusto, refiriéndonos su vida y los muchos amos que tuvo en el siglo; y segun noté, en verdad que le tenia muy buena voluntad.

Alonso. Comocos milagros hace el tiempo: no hay cosa estable; el edificio más fuerte viene al suelo; los favores se acaban, y las humanas confianzas salen engañosas: ejemplo será para todos, y como escarmenado, podré quejarme sin provecho, aunque no es poco poder vivir ya desengañado, con larga experiencia de mis prolijos y cansados días. Así es verdad que yo tambien me acuerdo de haber visto en mi convento á vuesamerced algunas veces, y eché de ver que tenia amistad con el padre vicario, alivio entónques de mis trabajos, consuelo de mis penas y amparo de mis necesidades, y ahora destruccion total de mi sosiego y forzosa causa de mi mudanza.

Cura. Enojado está, hermano; y aunque no sirva más de para que desfogue la mucha cólera que tiene en ese pecho, me obligará para servirle en que me dé por extenso larga cuenta de sus pesadumbres, y la ocasion y motivo que tuvo para venir á esta santa ermita de San Cosme, y asimismo de todo el discurso de su vida desde que dejó el hábito de donado. Y para que con más voluntad tenga paciencia de hacer lo que le ruego, en breves razones le quiero decir quién soy y á lo que he venido á esta su ermita, si gusta de oirme.

Alonso. Gran merced será para mí el querer vuesamerced emplearme en su servicio, y en gustar de contarle; y pues intenta ganarme por la mano, escucharé con la atencion posible.

Cura. Sabrá, hermano, que yo soy natural de Lérida, donde hasta ahora he asistido en todos mis estudios: graduéme en aquella universidad de licenciado en los sagrados cánones; vine á Navarra, adonde el

señor obispo me ha hecho merced de darme el curato de San Zoles; tiene mi iglesia por anexo este santo templo, que en otro tiempo fué casa y recogimiento de los templarios, aunque ahora está tan maltratada, en efecto, como edificio antiguo que no se habitaba. Tiene por vecindad este cercauo soto, tan abundante de caza como el rio de pesca. Y así yo, como recién venido á este curato, habiéndome, como dicen, tentado la tierra con unas tercianas dobles que tuve todo este verano, aunque algo mejor, determiné para mi convalecencia venirme á esta su casa para en ella divertirme unos ocho ó diez días; demas que, estando en su compañía, podré asegurarme el haber de estar con mucho gusto; y así, le pido que todas estas noches de ningun modo se descuide de verme; que dejado aparte que recibiré mucha merced con sus visitas, será muy bien recibido y regalado con lo que hubiere en mi pobre celdilla. En suma, he dicho mi vida; y muy á la larga, y no sucintamente, espero, hermano Alonso, me cuente la suya.

Alonso. Bien quisiera excusarme, mas siendo forzoso el obedecer, vuesamerced me esté atento, y cuando se cansare de oirme, con avisarme, protesto excusaré el enfado.

Cura. Atento estoy; bien puede comenzar.

Alonso. Estuve, señor, en el convento en que vuesamerced me vió algunos años, los mejores de mi mocedad, acudiendo al servicio y negocios, no solo de la casa, sino tambien de algunos padres, y en particular del padre vicario, que en aquella era á banderas desplegadas daba en favorecerme; pero como en todo haya mudanza, mudóse el amor que me tenia en un enfado y desabrimiento, así en el mandarme lo que habia de hacer, como si verdaderamente fuera su mortal enemigo. Sentíalo yo en el alma; quejábame de mi poca suerte; las más veces tenia paciencia, y otras no guardaba el respeto que debia á mi superior, y aunque entre dientes, ofalo su paternidad: de modo que con mis malas respuestas se acrecentaba más su cólera: *Tange montes, et fumigabunt*, dice la comun sentencia. Mi vicario era monte de virtud, grande hombre de oracion, caritativo y limosnero; mas estando colérico, todo iba perdido, y más conmigo, á quien llamaba hechura de sus manos, y como tal, procuraba deshacerme, tomando por medio otros muchos religiosos amigos suyos, á quien dando innumerables quejas de mi mal trato y término, les pidió le favoreciesen para quitarme el hábito, echándome del convento.

Cura. ¡Válgame Dios! Grande causa hubo de haber para tan gran venganza.

Alonso. Entrando un día en una cárcel, por curiosidad llegué á preguntar á un moznuelo que vi en un calabozo con una cadena: Dígame, gentil hombre, ¿por qué está aquí preso y con tantas prisiones? Y él con un

despego y enfado notable me respondió: Por harto poco; le prometo á vuesamerced que sin culpa há seis meses que me tiene aquí un ladrón de un escribano, un procurador que no hay hacerle mover sino á poder de dineros, y un juez que ha dado sin por qué ni para qué en tomar ojeriza conmigo: ya tengo hechos callos; venga lo que viniere, que con un palmo de pescuezo, cuando más rigor haya, podré pagar cuanto se me pidiere. Compadeciéndome del mozo, y movido á piedad, fuí á verme con el alcaide, á quien dije: ¿Es posible, señor, que no hay quien se compadezca de aquel buen hombre, y que está padeciendo tantos meses há sin culpa por no tener favor ni quien hable por él? Que en Berbería no se usara tal crueldad; ¡Y que esté en tierra de cristianos, desamparado de todo humano consuelo, y tan aprisionado como si fuera algun salteador de caminos! Pues en verdad que tengo de hacer por él lo que pudiere. Sonrióse el alcaide, y mirándome, respondió: Hermano mio, muy poquito sabeis; ese mozo por quien mostrais tanta pena está condenado á muerte por haber quitado la vida á dos caminantes, escalado una casa y un palomar, descerrajado una ermita, y robado della un cáliz y los ornamentos sagrados para decir misa; y últimamente, porque queriéndole prender, dió una estocada á un alguacil, de la cual aun no está fuera de peligro. Por vida vuestra que os vais por los demás presos, y preguntadles por qué están; que yo os aseguro que no hallaréis culpa en ninguno dellos. Esto mismo podré yo decir, señor licenciado; para los desgraciados se hizo la horca, y quien no tiene dicha no había de nacer. Ve aquí vuesamerced conjurados contra mí los más de los frailes; y juntos en capítulo, propuestas mis culpas, me hicieron parecer en medio dellos; y habiéndome primero disciplinado, no con el amor que solían á otros, ni con aquella suavidad que cuando decían sus defectos, me leyeron una bien injusta y rigurosa sentencia en que se me mandaba que al punto dejase el hábito que tenía y me saliese de su religion, notificándome que de ningún modo tendría remedio de quedar en su compañía. Ya podrá vuesamerced entender lo que yo sentiría, viendo que, por tan livianas ocasiones como las que yo había dado, me afrontaban de aquella suerte, sin hallar entre todos aquellos padres quién me favoreciese ni rogase por mí: estuve suspenso un rato considerando qué respondería; y ciego de enojo, no podía hablar palabra; moviera entónces los diamantinos corazones con mi turbacion, y no se movía el que era la principal causa de mi daño. Señor licenciado, ¡cuán diferente es la condicion de Dios de la de los hombres! Oféndele un ignorante, que así le llama el Sabio: *Omnis peccans est ignorans*; todo pecador es falto de juicio, y pidiendo misericordia alcanza perdón; y por más que se deshaga en lágrimas para otro hombre miserable como él, no hallará una buena respuesta:

*Si quoties peccant homines sua fulmina mittat
Jupiter, exiguo tempore solus erit.*

Si todas las veces, dijo otro poeta, que pecan los hombres hubiese de enviar Júpiter rayos, en verdad que en poco tiempo se quedaría solo, y que no tendría quien le ofreciese sacrificios. Cristo Señor nuestro, verdadero ejemplo de mansedumbre, dice que deprendamos dél; y para obligarnos se pone por ejemplar, dicién-

do: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde*; mirad que soy manso y que no soy altivo de corazón ni soberbio, pues mi deseo es hacer bien y perdonar injurias. San Estéban riega por sus enemigos, san Pablo dice de Dios que es misericordioso y que se compadece de los hombres, y ellos solos no saben tener misericordia ni compadecerse de los que ven en trabajos y miserias.

Cura. Hermano, eso es ser bueno infinitamente, pues siendo infinito en bondad, infinitamente ha de amar á sus criaturas, infinitamente procurarlas su bien, su salud y remedio. El amor de los mortales es abreviado, mudable, quebradizo, que á un disgusto se acaba, con una palabra descompuesta se pierde, y con una pequeña falta hace fin y término.

Alonso. Así es verdad, y verificóse en mí, pues tanto tiempo estuvo guardada aquella pesadumbre y cólera, bien semejante al caso que sucedió en una ciudad deste reino pocos meses há; mas otro día lo dirémos.

Cura. Cuéntelo ahora; que temprano es, y de buena gana le escucharé cuanto me dijere.

Alonso. Había en cierto pueblo dos mancebos tan amigos y conformes en las voluntades como viciosos y distraídos en sus costumbres y mal modo de vivir; nada escrupulosos, ejercitándose siempre en quitar á descuidados caminantes no solo la hacienda, sino también la vida. Entre los muchos robos que cometieron, acertaron un día á quitar á un pasajero una joya tan curiosa como de subido valor y precio, de modo que si se partía entre los dos era quitarla todo suer, y llevársela el uno era perder el otro demasiado; y así, cada cual de los salteadores la codiciaba y tenía puesta en ella su aficion, no queriendo de ningún modo quedar sin la presa: el mayor, que presumía más de valiente, habiéndole rogado primero al compañero que se la dejase, echando de ver que no aprovechaban con él buenas palabras, pretendió llevarlo á punta de lanza, y con demasiados fieros y algunas pesadas razones se hizo dueño de su codicia: el otro cómplice, menor en edad, en cuerpo y fuerzas, mal de su grado hubo de tener paciencia; pero disimuló su enojo, aguardando ocasion en que pudiese vengarse; y como si cosa alguna no hubiera pasado, hablaba y trataba con su mortal enemigo, verificándose en él lo que dice el real Profeta en el salmo 136: *Qui loquuntur pacem cum proximo suo, mala autem in cordibus eorum*; publican paz y amor con sus hermanos, y están abrasándose el corazón con infernal aborrecimiento contra ellos. Un día pues que, como otros muchos, acertaron á ir los dos á solas por unas alturas de un monte tan estrecho por lo alto dél, que ir juntos no era posible, y á los lados de la altura se iban desgajando innumerables pedazos de las peñas, que, bien miradas, aunque encumbradas y soberbias parecían llegar á las más levantadas nubes, se sustentaban y tenían como en el aire, hasta venir á dar en una profunda y admirable llanura: aquí, pues, llegando á lo más levantado del monte, el agraviado y atrevido mozo se asió fuertemente con su descuidado compañero, y abrazándose con él, no con abrazo de paz, sino de mortal odio que con él tenía, forcejó de suerte, que le hizo venir, mal de su grado, rodando por todas aquellas peñas. El otro, viendo el gran pe-

ligro que le amenazaba, á la caída no desamparó á su enemigo, ántes le tuvo fuertemente asido, de modo que se le llevó tras sí al caer, rodando los dos juntos, tan abrazados y dando tan rigurosos golpes por aquellos riscos, que cuando llegaron á lo llano, al uno le faltaba poco para expirar, y el otro no estaba muy fuera de acabar su vida; pero volviendo en sí al cabo de largo tiempo, y hallando á su contrario á su lado, que aun no habia muerto, animándose lo mejor que pudo, cogió una piedra, y con algunos golpes que le dió con ella en la cabeza, le acabó de matar, quedando muy satisfecho y contento de haber salido con su pretension.

Cura. ¿Y en qué paró ese mal hombre?

Alonso. En lo que suelen parar todos los vengativos y desalmados, porque acertando á pasar por aquella llanura unos arrieros, hallando al un hombre muerto y al otro tan cercano á la muerte, los llevaron á la ciudad, y dando noticia á la justicia del caso, fué convencido el malhechor, y sin tormento confesó su delito, pagando su pecado en una horca. Y preguntándole el juez: Venid acá: ¿no echábades de ver que si él os asia y caíades abrazado juntamente con vuestro enemigo, era forzoso haber de morir hecho pedazos y parar en el infierno, como él está, si Dios por su misericordia no le dió arrepentimiento de sus pecados? No ignoraba yo, respondió el sentenciado mancebo, el peligro á que me ponía; pero, señor alcalde, á trueco de vengarme y quitar la vida al enemigo que tanto aborrecia, no digo yo una muerte, sino diez infiernos sufriría de muy buena gana, y eran pocos para mí.

Cura. ¡Loca determinación! Bien parece que ese mozo no tenia entendimiento; que á tenerle estinara el vivir, y temblara de las penas de los condenados.

Alonso. Mas volviendo á nuestro propósito, salió del capítulo cometido mi negocio al padre vicario y al padre de novicios: de modo que lo que sus paternidades liciesen quedase por hecho y confirmado por todo el convento, como última voluntad y determinación. Viendo pues yo á mis dos jueces, puesto de rodillas, mis manos juntas, les pedí misericordia y absolución de mis pasados yerros, protestando de allí adelante haber de ser un nuevo hombre, quitado de pesadumbres, sujeto á la voluntad de todos aquellos padres, sin hacer excepcion de ninguno dellos, diligente en el servicio de todo el convento, sin haber de tener jamas propio parecer ni querer á cuanto me dicesen.

Cura. ¿Y qué le respondieron á tan buenas razones?

Alonso. Señor licenciado, cuando una persona grave se determina á poner en ejecución algun intento que tiene, solo Dios será posible apartarle dél y estorbárselo. No pudiera Demóstenes hablar con más elocuencia, ni un pobre llagado pedir limosna con más ruego y lamentaciones, ni un niño con su madre ser más importuno y prolijo, que yo estuve en aquella ocasion; mas parecióme que me aconteció á mí lo que á un cura, rector en el reino de Valencia ántes que el rey nuestro señor don Felipe III, de gloriosa memoria, desterrase los moriscos de España, y fué que como el buen clérigo viese en aquellos infieles el poco respeto que tenían á las cosas sagradas, sus insufribles supersticiones, la inclinacion notable á sus antiguos ritos y mahometanas ceremonias, que aun el vestido y traje de moros no le

dejaban; considerando que su saludable doctrina y santos consejos eran para ellos de poco ó ningun fruto, celoso de su bien y afligido de su perdicion, les dijo: Paréceme, hermanos, que cuanto os predico, por un oído os entra y por otro se os sale. Hallóse á esta reprension un moro viejo que debia de ser el de la barba bellida, y mirando con algun sobrecejo al cura, en nombre de todos sus compañeros le respondió: Antes, genitor, ni entra ni sale. Todo era cansarme; no aprovechaba con mis padres cuanto les decia; y así, procuré de usar de otro medio, y con las mejores palabras que pude les dije: Bien veo que el convento habrá, como es razon, mirado mi negocio y hecho en él lo que se debe hacer en cristiandad, religion y virtud, y que por mis defectos, que son grandes, yo lo confieso, me echan desta santa compañía; pero suplico á vuestras paternidades adviertan que yo no soy mio, y que no puedo estar libre de la promesa que tengo hecha de servir toda la vida á este santo convento: de suerte que, mirando este inconveniente, y que es de generosos ánimos perdonar injurias, y señal manifiesta de nobles pechos no reparar en niñerías ni en cosas tan fáciles como las que yo he hecho, puestas y consideradas en el sugeto mio que las cometió, vaya esta causa por cosa juzgada, y para en adelante yo ofrezco la enmienda. Hermano Alonso, no se le pongan semejantes escrúpulos delante de sus ojos; el haberse de ir es cierto, me respondió el vicario, y para satisfaccion suya, pues dice que es del convento, el convento no le quiere; estos padres le dan por libre y le absuelven del derecho que contra él podian tener, renuncian el bien que por su causa les podria venir, y gustan que se vaya de su casa, teniendo por mejor estar solos que tenerle en su compañía: con esto, hermano, queda libre, sin obligacion ninguna y absuelto de su voto.

Cura. Doctrina es esa segura y llana; que el que es dueño de una posesion puede hacer della conforme á su voluntad y gusto.

Alonso. Sucedióme á mí lo que aconteció en un monasterio de los padres del seráfico padre san Francisco, y fué que el día de su festividad, como es razon y costumbre, solemniza su fiesta la orden, así espiritualmente como corporal, haciendo mesa franca á los criados de su casa, amigos y personas con quien tiene particular amistad y obligacion, siendo en tales dias su refitorio comun para religiosos y seglares; pero porque entre los que se convidan suelen algunos entremetarse, y á rio revuelto ganancia para sus personas, algo atrevidas y de poco respeto, pónese un padre grave á la puerta, que va mirando los convidados para quitar las ocasiones que suelen suceder en semejantes juntas, como sucedió, porque entrando algunos señores eclesiásticos de la iglesia catedral y religiosos de otras órdenes, entre la demas gente que á bullo entraba, se entremetió un gentil hombre, como otras veces lo habia usado, y ya por la costumbre y su poco respeto le traian muy sobre ojo, notado de todos y murmurado de los que solian asistir á la fiesta. Ya que iba á entrar, el padre que servia de centinela y guarda le detuvo, diciéndole: Téngase vuesamerced, que no es de los convidados ni ha de comer con nosotros. El buen hombre, algo corrido, mudado el rostro de su natural color, respondió: Suplico á vuestra paternidad me deje entrar, porque

soy muy devoto de nuestro padre san Francisco, y tengo prometido de tales días como estos comer en su retitorio con sus frailes. No repare, señor de mi alma, en semejante promesa, replicó el padre, porque yo tengo bula de su santidad y de mi guardian para la absolucion dese voto; y así, digo que le absuelvo y le doy por libre; y así, se puede salir fuera ó irse á comer á su casa, porque en nuestro convento no ha de tener lugar de desayunarse; y cerrándole la puerta, le dejó solo.

Cura. Así me parece que le puedo considerar despedido y sin remedio.

Alonso. A lo ménos, señor, ya que no le tenía, le rogué al vicario, por el amor que en otros felices tiempos me habia mostrado, me hiciese merced de decirme ¿qué culpas tan grandes eran las mías que no pudiesen admitir enmienda, y tan sin esperanza se me negase el perdon dellas? Y algo tierno me respondió desta suerte: Hermano Alonso, no entienda que se le despidió de nuestra casa por negocio ligero y de poco caudal, y que moverse unánimes y conformes todos los religiosos no ha sido sin mucha consideracion. Todos los padres están enfadados de su mal modo de proceder. Tiénenle por hablador, y que se mete en negocios del gobierno del convento: cosa que no es permitida á un lego, cuanto más á un donado. El Prior quiere regir sus frailes sin que tenga quien sentencie sus causas: si lo hizo bien ó lo hizo mal, el hermano gobiérnese á sí, que no hará poco, y no se meta en gobiernos que ni le pertenecen ni los puede juzgar. En el tiempo que con nosotros ha morado no ha habido prior, vicario, predicador, sacristan ni portero que no hayan pasado por su arancel: negocio insufrible, y más de un mozo á quien de derecho se le debe poco respeto. Y si con buena intencion y buen pecho, que en verdad que así lo tengo yo entendido, lo ha hecho ó dicho, intenciones ó voluntades júzguelas el Señor, y no los hombres; y así, para evitar pesadumbres, quédese con Dios, y para su camino tome esos cincuenta reales; que yo quisiera darle muchos más, y en paz se quede. Y diciéndome esto, me sacó de la portería, y cerrando la puerta me dejó en la calle. Ya verá vuesamercedlo que podia sentir solo en tierra ajena, y sin la compañía de aquellos santos religiosos. Culpaba mi poca suerte, ó por mejor decir, mi poca discrecion, poco saber y demasiado hablar, pues para vivir con quietud, yo, que tenia necesidad del favor y socorro ajeno, me habia de hacer puente, sufrir con paciencia, llevar las condiciones de quien era más poderoso y tenia más fuerzas que yo; considerar el estado mío y no alzarme á mayores; que el querer subir á una torre sin escalera, locura es muy grande, pues es tan cierta la caída. Acordábame de un estudiante de Alcalá que, saliendo una noche por la ciudad, encontró una tropa de estudiantes tan bien armados y apercebidos de broqueles, espadas y alabardas como si fueran á conquistar alguna fortaleza; y llegando á él, le dijeron: ¿Quién vive? El pobre mozo, más humilde que arrogante, respondió: Quien vuesasmercedes quisieren. Pues diga, dijo el uno dellos: ¡Viva el doctor Arroyo! ¡Viva enhorabuena ese señor doctor, y no se muera en toda su vida! dando grandes voces dijo el estudiante. Y pasando á otra calle, le salió al encuentro otra compañía de rotulantes, no ménos apercebidos y cargados

de armas que los pasados, y en viéndolo, le preguntaron: ¿Quién vive? Mas él, que no queria pleitos con ninguno dellos, sino morir como fiel cristiano, muy despacio, con todos los sacramentos de nuestra santa madre Iglesia, respondió: ¡Viva mil años más que el viejo Matusalen el que vuesasmercedes gustaren, y muera el que se hubiere de morir! Palabras bastantes para que sin pesadumbre alguna le dejasen ir su camino. Señor licenciado, cada uno sea gobernador de su familia; que el juzgar vidas ajenas, procurando saber cómo vive el vecino, eso, señor, en lo espiritual hágalo el Obispo, y en lo temporal el Corregidor; que á ellos pertenece como á centinelas de la república cristiana, y no á mí, hablador de ventaja, cuidadoso del bien ajeno, y olvidado del principal fruto y provecho mío.

CAPITULO II.

Prosigue Alonso la misma materia y cuenta cómo dió en manos de unos gitanos.

Cura. Desafortunado no tiene de qué quejarse de su vicario, pues ofendido, y con razon, así él como los demás religiosos, justamente tomaron la venganza de la libertad con que los hablaba.

Alonso. Ya yo lo veo, que ni yo hacia lo que debía, ni las cosas andan ahora como debian de andar. Priva la lisonja, está en su punto la mentira, no hay fe que se guarde; y la verdad, ya que no puede faltar por mucho que se adelgace, de puro flaca está en los huesos; pero quéjome de mi padre vicario, de que, viéndome en el tiempo de mi noviciado (si es que así lo puedo llamar) y despues dél, algo libre, ¿por qué no me reprendía, y yéndome á la mano, estorbaba mi libertad? Créime libre, hablador, sin guardar respeto en el decir, sin hacer distincion de personas, ¿qué podia sacar sino ser aborrecido de todos, señalado con el dedo, y echarme de la compañía y junta de tantos buenos? ¡Oh, cómo dijo bien aquel poeta en su romance!

Si la vara nace
Aviesa y torcida,
Poco la aprovechan
Ramas que le arriman.

Cuando veo, señor, que en los conventos, para doctrinar los novicios é imponerlos en las cosas tocantes á su religion escogen los prelados para maestras las personas de más virtud, más recogimiento, prudentes y cuerdas, alabo su buen proceder y bendigo su buena determinacion. La primera leche que se da á los novicios, el primer alimento de naturaleza, es eficiente causa de sus buenas ó malas costumbres. El ama de Neron, para que saliese riguroso y cruel, se untaba los pechos con sangre cada vez que le queria dar de mamar ó allegarle á sí, aunque no le hubiese de dar leche; y cómo salió lo dirán los victoriosos mártires, gloria de la Iglesia y corona de nuestra sagrada religion. Y Horacio, en su *Arte poética*, dando testimonio desta verdad, dijo:

Quo semel est imbuta recens, serrabit odorem
Testa diu.

En el vaso nuevo, si echares algun licor oloroso y suave, aunque se gaste y consuma, siempre permanece. Aprendan y escarnienten en mí aquellos á quien toca criar, imponer, enseñar y doctrinar la libre juven-

tud de los mozuelos, potros sin freno, gente sin razón, cuyo deseo es vivir sin rienda, amigos de su libertad y apetitos; los que, para pasar tiempo, no reparando en el daño que hacen, tomando los naipes con sus hijuelos, procuran entretenerse un rato, sacando de aquel juego fuego para su hacienda, destrucción de su casa, y muchas veces pérdida de su salud y vida, sirviéndoles de maestros de maldad los que habían de ser ejemplo para la virtud, dechado de recogimiento, y verdaderos padres cristianos de sus hijos. Un virtuoso poeta, contando las miserias de nuestros infelices tiempos, dejó escrito en unas quintillas:

Quedó el hombre tan mal sano
Y de tan mal proceder,
Tan pesado de liviano,
Que no se puede tener
Si Dios no le da la mano.

En nada sabe acertar,
Siempre le veréis errar,
Inclinado de manera,
Que si el pecar virtud fuera,
No pecara por pecar.

Sapientem pone in via, dice el Espíritu Santo: á la persona de entendimiento y razón pónle en el camino; que él se irá por allí, si tú se le mostrares, como debes; pero no guardas ese consejo, pues en lugar de guiarle bien y doctrinarle, le llevas por vereda que por lo ménos ha de ser su paradero y fin desasosigos, pesadumbres, pependencias, pérdida de su hacienda, ó por mejor decir, de la tuya, pues en Alcalá ó Salamanca, con los malos principios que le criaste, y con amigos que allá se le juntan, no habiendo quien le vaya á la mano, en pocos días pone en cobro lo que era bastante para pasar todo el curso; y tú tienes la culpa de todo, que le enseñaste lo que él no sabía y por ventura no lo aprendiera. Había de sacrificar el patriarca Abraham al mancebo Isaac, hijo suyo, único heredero de su casa; y con ser tan obediente al mandamiento de Dios y de su padre, que el mismo mozo subió el monte arriba, llevando la leña con que había de ser quemado, no quiere fiarse el viejo y prudente padre, sino que le ata de pies y manos para que con el miedo del riguroso alfange no ponga algún estorbo en la ejecución del sacrificio. Y tú, que ya tienes larga experiencia de los hijos de tus vecinos y de las malas costumbres del tuyo, tanto te quieres fiar dél, que no reparas en el veneno que le das á beber en las letras de perdición que le estás enseñando. ¿Nunca ha oído vuesa merced, señor cura, decir lo de Orson, rey de Francia, que por haberle criado una osa fué príncipe valeroso, de increíbles fuerzas; y de otro muchacho, porque le crió una cabra, ser tan ligero y corredor, que hacia ventaja al más veloz caballo?

Cura. También yo me acuerdo de haber leído una mala costumbre de un mozo á quien crió una lechona, que no tenía sosiego ni cabía en sí si cada día no se desnudaba y se metía en algún cenagal; costumbre que tomó de quien le dió la leche: cosa que causaba grande admiración á cuantos lo veían.

Alonso. Bien se conoce esta verdad en los católicos príncipes nuestros, que Dios guarde, pues entre las condiciones que ha de tener el ama que los ha de criar, ha de ser que no beba vino ni lo haya bebido en ningún tiempo; pero volviendo, señor, á mi propósito, la queja que yo puedo tener de mi padre vicario es no haberle hallado siempre constante en hacerme merced, causándose y enfadándose tan presto en favorecerme, pudiendo, como podía, no solo con el Prior,

sino con todos sus amigos, habérlo hecho de suerte que me donasen, y con una ligera penitencia me quedase en el monasterio; pero al fin, esto fué el desengaño que conviene tener cada uno de la poca confianza que se ha de tener de los hombres, en quien más ligera que la veleta se muda la voluntad, y cuando más constante se imaginó, entónces con mayor facilidad se quiebra y falta.

Cura. Eso, hermano, dijo el Profeta Rey, enseñando en quien se ha de confiar, y desengañando á cada uno adonde había de poner su confianza, cuando dijo: *Maledictus homo qui confidit in homine*; sea maldito el hombre que pone en el hombre su confianza; y en otra parte: *Nolite confidere in principibus in quibus non est salus*; no queráis, dice, poner vuestras esperanzas en los poderosos del mundo, porque en ellos no está la salud.

Alonso. Así es la verdad, porque si empezó á favorecerme, faltóme al mejor tiempo, sucediéndome á mí lo que le sucedió á un lego de la orden del bienaventurado santo Domingo, con otro su amigo fraile del seráfico padre san Francisco, en esta manera: caminaban un día dos religiosos que servían en sus conventos de limosneros, allegando por los lugares la limosna y caridad que los hacían para el sustento de los religiosos que estaban en la ciudad, donde tenían su convento; y como estos dos grandes patriarcas, santo Domingo y san Francisco, tuvieron tanta amistad mientras vivieron, dura con sus hijos hasta el día do hoy esta afición y amor como verdaderos hermanos; y los dos legos, como tales, caminaban juntos, favoreciéndose el uno al otro en lo que se les podía ofrecer. Sucedió que en el camino llegasen á un paso bien trabajado de un río, que, aunque no muy hondo, por ser verano y traer no demasiada agua, con todo eso, por no haber puente y ser muy anchuroso, había de ser fuerza el pasarle con gran dificultad y trabajo. Viendo el río el lego dominico, dijo á su compañero: El pasar, hermano mío, es forzoso; no tenemos puente, el vado es fácil y sin peligro; tú conforme á tu regla estás descalzo: lo que se puede hacer aquí es que alces un poco el hábito y me lleves á cuestras; que, pues eres mozo y de buena fuerza, podrás bien hacerlo; y desta suerte pasaremos con facilidad de la otra parte. Bien me parece, respondió el religioso francisco; y poniendo haldas en cinta, tomó en sus espaldas á su compañero, y comenzó á vadear el río lo mejor que pudo. El fraile era grueso y pesado, el vado no muy bueno, por las muchas piedras que tenía, y á cada paso con la mucha carga iba tropezando: de modo que á la mitad del camino se halló rendido; y no pudiendo ya dar paso adelante, el fingido Enéas alzó la cabeza, y preguntó á su compañero: Hermano, ¿por ventura trae consigo algún dinero? Si traigo, aunque poco, respondió el dominico, porque si bien me acuerdo, hasta seis reales me debieron de quedar hoy en la faltriquera. ¡Pobre de mí! No me avisara con tiempo, replicó el francisco; y no que me ha hecho ir contra mi regla y que haya cometido un pecado contra mi religión. ¿No sabe que los hijos de mi gran padre no podemos llevar dineros? Quédese con Dios, y otra vez no tenga conmigo semejante término; que á no ser tanta nuestra amistad, no sé qué me hiciera; y diciendo y haciendo, dió

con la carga en la mitad del río, dejando al pobre lego que se excusaba de descalzarse para pasar el río, mojado desde los pies á la cabeza.

Cura. No es malo el cuentecillo. En efecto, hermano, él quedó fuera del convento, desamparado de sus amigos, sin esperanza de volver á él, y con el dinero que le dieron para ayuda de su viaje.

Alonso. Si señor, y animándome, saqué fuerzas de flaqueza, y metíme en un monte cerca de la ciudad, adonde empezaron de nuevo mis desventuras y desdichas. Poco más de una legua había caminado por aquella espesura, cuando no muy léjos de adonde estaba vi que salía gran cantidad de humo, y coligiendo, como buen filósofo, que sin falta allí había lumbre, y si lumbre, que algunos estarían haciéndola, porque ya era cerca de anochecer y corría un aire demasiado frío, procuré de enderezar mi jornada hacia aquella parte, no siendo menester caminar mucho, porque inopinadamente sentí que me abrazaban por las espaldas: volví la cabeza y halléme asido de dos hombres no tan hermosos como flamencos ó ingleses, sino amulados, mal vestidos y malos rostros: dílos el bienvenidos, sabe Dios con qué ansia de mi corazón, preguntándoles qué me mandaban en su servicio; y ellos á lo gitano, ceceando un poco, me dijeron que me fuese con ellos á su aduar, porque allí estaba el señor Conde (1). En buenas manos he caído, dije entre mí; no dejaremos de medrar; buena noche se me apareja; pero al fin, haciendo la fuerza virtud, les respondí: Vámonos, señores, donde vuesasmercedes gustaren; y guiando la espesura del monte, llevándome en medio para no perderme de ojo, me preguntaron dónde estaba el jumento en que venía, ó adónde le había dejado. Conmigo viene siempre, les respondí; que como tan devoto del padre san Francisco, soy mal jinete de á caballo, y por ahorrrarme de costa vengome á pié. Con estas y otras pláticas llegámos al aduar de los hermanos, que con los silvos que mis guardas habían dado ántes de llegar buen rato, para señal de la caza que llevaban, nos estaban aguardando; y más de un tiro de piedra nos salieron á recibir dos gitanillas y tres muchachos con gran regocijo: preguntáronnos si venían otros pasajeros con nosotros. Solo viene; què á tardarse más en llegar á nuestro puesto, sin traer nada nos volvíamos, respondieron mis centinelas; y yo, deseoso de ver en qué paraba mi desdicha, me vine á hallar entre más de cuarenta entre hombres y mujeres, sin los muchachos que entre ellos andaban desnudos en carnes, de razonable edad. Presentáronme ante el señor Conde, persona á quien todas ellas respetaban, y tenían por su juez y gobernador de aquella desconcertada república; y recibíendome con algun agasajo, me hizo desnudar hasta la camisa, dejándome como cuando salí del vientre de mi madre. Repartióse mi ropa entre los muchachos desnudos, y los pocos dineros entre todos. Estúveme yo mirando mis desdichas mudo, sin replicar en cosa, obediente á cuanto me mandaba; y decia entre mí: ¡Oh si siempre hubiera sido tan callado, cuánto me valiera! Por lo ménos, ya que no tuviera amo, no me echaran del convento aquellos santos religiosos; pero ya es hecho, venga lo que viniere; que con la muerte todo se

(1) Título con que en lo antiguo esta clase de gentes distinguía al que los acaudillaba ó hacia cabeza,

acaba. No faltó de la junta quien pretendía que se me diese, alegando ser razón de estado quitarme la vida, porque no los descubriese; y á no haber otros mejor intencionados, que, movidos de lástima de verme afligido y tan congojado, rogaron por mí, tuviera efeto su mal deseo; que en todas las juntas hay buenos y malos pareceres. Ya verá vuesasmerced cómo podía yo estar hecho un segundo Adán, y sin tener una hoja de higuera con que cubrirme; repartidas mis pobres alhajas entre aquellos sayones; que aun el calzado que tenía me le pidió Catalina para su muchacho Juanillo; y yo por imitar de todo punto al pacífico Job, me descalcé y se lo dí, acordándome de un pobre pasajero que caminando por Cataluña cayó en manos de unos bandoleros; desnudáronle, y habiéndole mirado lo que llevaba, le hallaron setenta reales, y preguntándole á dónde había de ir, respondió que á cumplir una promesa á la virgen de Monserrate. Cerca está vuestra jornada, dijo el que había tomado el dinero: de aquí al convento hay doce leguas, tomad esos siete reales, que esos señores os hacen merced, y caminad con la paz de Dios. El buen hombre, desesperado de ver el maltrato de aquella mala gente y cuán contra conciencia le quitaban su remedio, con mucha cólera dijo: ¿Hay maldad cómo esta? Yo pediré al cielo justicia, y el día del juicio os la demandaré mal y caramente. El ladrón, que oyó sus amenazas, riéndose dél, le detuvo, diciendo: Si hasta el día del juicio me lo fías, déjalo acá todo y camina sin blanca; y no le dejó un solo maravedí para su camino: así yo, hacer bravatas, maldecir mi suerte ni á mis contrarios, parecíame disparate: bien como lo que suele suceder en algunas casas; hurtan una sábana, toalla ó camisa, y el dueño á quien se hurtó, toda su cólera y pesadumbre le parece que se le alivia maldiciendo de quinta carta á quien se la llevó; pide á Dios que le sirva de mortaja, que para las puñaladas y heridas que le han de dar le sirvan de hilas y paños; y sirve todo esto no más de aumentar pecados y ofensas del Señor, y al cabo sin provecho alguno. A un caballero andalúz habíasele huido un esclavo que tenía, y llevándosele á Argel algunas joyas de oro ó plata en tiempo que los padres de la Santísima Trinidad venían de hacer un rescate, á quien pidió muy encarecidamente trajesen á España una carta á tal ciudad y tal barrio, porque importaba se diese á cierto caballero á quien venía el sobrescrito. Los padres lo hicieron como lo prometieron, dando su encomienda: abrió el dueño el pliego, y halló un capítulo que decia: «Hallábame con poca salud en esa ciudad, y con ménos gusto; y así, procuré de volverme á mi tierra con algunas joyuelas de que tuve necesidad. Vuesasmerced me perdone, y si para algo fuere de algun provecho, no tiene sino emplearme en su servicio á quien nuestro Señor, etc. De Argel y junio á tantos.—*Alí Mahomet.*» Leida la carta del fugitivo esclavo, paseándose el caballero con mucho enojo con descompasados pasos, á voces, que lo podían oír en la calle, le comenzó á decir: ¡Ah, perro, si te cojo, y cual te tengo de parar, que no te conozca la galga perra que te parió! Y el bueno del amo estaba en Castilla y el galgazo en Berbería.

Cura. En verdad que estaban cerca los dos para tomar la venganza que pretendía.

Alonso. Señor licenciado, si por maldecir y por simples obsecraciones se hubiesen de remediar las cosas, y me volviesen lo hurtado, ó en algun tiempo lo esperase, verdaderamente, si puede haber disculpa, disculpa habria; pero que le desliagan, que le amortajen ó que lobos le coman, ¿qué saco yo de aquello? A lo ménos cuando me acierto á hallar en semejantes ocasiones, cuando oigo decir: La maldicion de Dios te caiga; arrastrado te veas; no tengas ventura en cosa que pusieres mano; cómo buen monaguillo respondo: Con tu pan te lo comas; si tuvieres que cenar, cenés; y si despertares, te levantes; y volviéndome á los maldicientes, les digo: Cada uno mire por sí y abra el ojo; que estamos en tiempo que á vuelta de cabeza no hay cosa segura. El puerto de arrebatacapas es nuestra tierra, y de restituir ó volver lo ajeno se usa ya muy poco: cartas de descomunion para gente depravada son de poco provecho, siendo como el rayo, que hace ceniza la espada, dejando la vaina sin lesion alguna. Yo pues, sin maldecir ni poner excusa, dí toda mi ropa hasta quedar en carnes: solo por la honestidad guardé una mantilleja que me solia servir á mis achaques de estómago, y entónces la apliqué como paños menores, y aun estos no me quisieron perdonar, porque llegándose á mí otra gitanilla, me dijo: Muestra, muestra; que con ese paño abrigarémos la tripa de Antónito, que anda muerto de frio. No es de provecho, la respondi, porque aunque es paño, está muy viejo, roto y muy raído, sin ningún pelo. Como quiera que sea aprovechará, replicó la mala vieja; y sin querer aguardar más respuesta ni excusa, me la quitó, deseando en aquel punto yo volverme algun salvaje para que con el vello cubriese mi desnudez y deshonestedad; pero sin duda alguna aquella desalmada mujer habia leído aquel cánon de Avicena que dice: *Etiám in vilibus summa virtus inest*; tambien en las cosas de poca estima y precio hay grande virtud. El mal de su hijuelo queria que se curase á mi costa, no reparando en el daño que á mí se me podria seguir.

Cura. Mal ajeno del pelo cueлга, suele decirse: Cada uno mira por su interes, y venga lo que viniere por su vecino.

Alonso. Conforme á eso, señor cura, me acuerdo haber sucedido un caso en un lugar deste reino, y fué que entró á comer en una casa de posadas un pobre caminante, y habiéndole regalado de lo que habia y él pidió, hecha la cuenta y pagado al huésped, á vuelta de cabeza le cogió los manteles; y como si no hubiera hecho el hurto, llevándolos revueltos al cuerpo y bien cubierto con su capa se salió de la posada. El dueño, que no era nada simple, requiriendo la mesa, echó de ver la falta; siguió al ladron, y á pocos pasos dió con él. Quitóle la capa, dejando de manifiesto lo que buscaba; tratóle mal de palabra y aun de obra, dejando en rehenes algunas puñadas y coces, reprendiendo su descortesía y atrevimiento; mas á todos estos trabajos, con mucha humildad el afligido mozo respondia diciendo: No se maraville vuesamerced deste negocio ni dé tantas voces por esta niñería; porque yo soy muy enfermo del estómago, y me han ordenado los médicos que me ponga á raiz del pecho una servilleta ó manteles nuevos; halléme los de vuesamerced á mano, y pareciéndome bien acomodados á mi propósito y necesidad, me los

puse en el estómago, con que voy sintiendo un poco de mejoría. Pues, bellaco pícaro, ¿habíalo yo de pagar, ó mis manteles tenían la culpa de vuestro dolor? Vengan acá, y agradece que no os hago dar doscientos azotes. Yo los doy por recibidos, señor honrado, respondió el pobre hombre: entregó su hurto, y dió gracias á Dios de verse libre. Pero á mí no me iban sucediendo las cosas con tanta felicidad; ántes imagino que si me pudiesen quitar las orejas para coserlas á Periquito ó Andre-sito, si les faltaban, ó para cuando se las cortasen, que no estaban muy seguras en mi cabeza: al fin, sin andar en pujas, me hallé sin mis alhajas, en cueros. La noche iba viniendo, levantábase un aircillo fresco, con alguna niebla que moderadamente humedecía la tierra, juntamente con mis pobres carnes sujetas á tantas desventuras. Acordábame de mi pobre celdilla y abundante refitorio, y que por lo ménos á aquella hora ya habrían tañido á recogerse los frailes á dormir, pues habían de levantarse á maitines, y el estado en que entónces me hallaba era el descanso y sosiego, para mí la muerte, remate y fin de todos los trabajos: esto consideraba cuando oí al conde de mis contrarios que daba grandes voces con Isabel para que aderezase de cenar; y mientras se adereza, se podrá quedar aquí si vuesamerced es servido, pues ya es hora de recogerse, y á mí tambien me faltan algunas devociones que suelo rezar ántes que me acueste.

Cura. Sea, hermano, como mandare; y para mañana en este puesto le aguardo; que aunque la casa es grande, como en efeto monasterio ó habitacion de caballeros, y cada uno estamos en nuestro cuarto tan apartado, rnégole que mañana tome trabajo de venirse á mi aposento, pues sabe será suficiente ocasion para gastarme mis melancolias y divertirme de mis pesadumbres.

Alonso. Digo que haré cuanto vuesamerced me mandare sin faltar un punto; y tenga memoria adonde quedamos con nuestra desgracia.

CAPITULO III.

Cuenta Alonso los trabajos que pasó con los gitanos, su trato y modo de vivir.

Cura. Quedámos, hermano, cuando queria cenar el conde de gitanos y daba mucha priesa que se aderezase.

Alonso. Así es verdad, que en ese punto lo dejámos anoche. Y así, á las voces que dió el legislador de aquella república, salió Isabel con media cabra, que segun entendí despues, la otra media se habia comido por la mañana, hurtada, segun su costumbre, del hato de unos pastores que cerca de allí estaban; y no reparando en si era mortecina ó estaba manida, la puso en un asador de palo; y los unos y los otros ayudando á traer leña, que la habia en abundancia, hicieron maravillosa lumbré, alivio para mi desnudez y remedio para mi frio. Asóse la cabra con brevedad, y sin buscar apetitosas salsas, en unos platos de madera fuéron partiendo la carne los que servian de trinchantes, todos alrededor de una sábana, que sirvió en el suelo de manteles. La noche era oscura, mas no faltaba luz, por ser la lumbré del fuego bastante para alumbrar tres veces más gente que allí habia. Viendo que cenaban, apartéme á un lado por no ser convidado de por fuerza, cuando una

de las gitanas, tomando del plato unas dos costillas, me llamó diciendo que tomase aquel poco de carne y pan, siquiera porque no pudiese decir mal provecho os haga. Agradecei el presente, que para decir verdad, como habia entrado en calor de la vecindad de la lumbre, ya se iba picando mi molinillo y dándome fatiga la hambre; eché el diente á mis costillas, y con tener buena dentadura, no pude hacer mella, ni aun las pudiera quebrantar el mejor lebril de Irlanda, segun estaban de duras; y mis compañeros, no reparando en galas, comian de su cabra ó cabron como si fuera de una bien manida y gruesa gallina, y de cuando en cuando empuñaban un cántaro de agua, porque vino no se usaba en aquella compañía ni debia de llegar á tanto el gasto. Mirábamelos yo, y alababa al Señor viendo que lo que yo no podia comer era tan sabroso y agradable para aquella pobre gente, y que no echaban ménos los regalados manjares de los palacios de los monarcas y príncipes del mundo; demas que con ser aquella una comida tan grosera y á tal hora, y la bebida no vino, sino agua salobre, desabrida, era bastante tal sustento para que el más robusto animal reventase. Así los viejos como las mujeres y niños estaban fuertes con unas colores de rostro y vigor, con todas sus acciones como si verdaderamente estuvieran de ordinario mirando por su salud con particular vigilancia y cuidado, ó tuvieran delante de sus ojos para cada comida el *De victus ratione* ó el *Régimen salernitano*: echaba de ver ser verdadero el dicho del filósofo, que dice que naturaleza con poco se contenta, *natura parvo contenta est*; y lo que decia Diógenes, que si él tuviera pan y agua continuamente, que compitiera con los dioses en felicidad y riquezas. Tardaron los hermanos gitanos una larga hora en su cena, y la mia fué tan breve, que no fué vista ni oída, por no habersido más de pan; porque, aunque me convidaron á beber, no me atreví á probarlo, mirando por el individuo, sabiendo que el agua me habia de dar algun dolor de tripas con su demasiada frialdad y no estar yo acostumbrado á beberla sin un poco de vino. Era ya más de media noche cuando los compañeros se comenzaron á recoger; dellos unos arrimados á unos pinos, y otros sobre un poquillo de hato que allí tenían: yo, que me veia cercado de tantas y tan varias imaginaciones, servia de vigilante centinela, acudiendo á la lumbre y añadiéndola muy á menudo nueva materia porque no se acabase y sin su calor llegase yo á las puertas de la muerte. En este ejercicio estuve ocupado más de cinco horas, hasta que llegó la mañana, tan perezosa en dar su luz como de mi estaba deseada. Comenzó el aurora á derramar su aljófar como si allí estuviera su simplon amante que hubiera de tener compasion de su llanto: entónces yo, algo más consolado, viendo que ya se ausentaban las tinieblas, y que sobre el comun azul se iban matizando algunas colores, busqué con qué cubrir mis remojadas carnes, deparándome Dios unos pellejos de carnero, que vueltos la lana para dentro, con unas soguillas me fui liando al cuerpo: de modo que podia pasar entre los que no me conocian por uno de los más recoletos anacoretas ó por un san Onofre. Ya rayaba el sol los montes más humildes cuando aquellos bárbaros fuéron despertando, porque, del modo que si durmieran entre algodón y cubiertos con finisimas mantas, no les pudiera durar más el sueño: providencia di-

vina, que con no dejar poco ó mucho de llover más de once horas, y estar todos sin cosa que pudiese darles algun amparo y defensa contra la inclemencia del frio, como si estuvieran en camas de campo, así estuvieron con tanta quietud y sosiego: verdad es que la costumbre en ellos ha hecho naturaleza, y sacarlos de semejante trato de vivir era quitarles la vida. Viéndome hecho un retrato del precursor Bautista, descubiertos los brazos y piernas, se comenzaron á reir de mí cuantos me miraban, alabando mi industria, pues acomodándome con las cosas, daba muestra de la habilidad que tenia; mas de poco me pudo servir, porque una de las gitanas, dando muchos gritos y amenazándome con algunas afrentosas palabras, me pidió que al punto me quitase mi nuevo vestido, porque aquel era el hato en que ella solia dormir, sirviéndola aquellas pieles de mullidos colchones. Vi que tenia razon, por haberme hecho dueño de hacienda ajena: despojéme al punto de aquel disfraz, quedando, como ántes, en pelota. Dos dias estuve de aquella suerte, y muchos más fueran á no acertar á morir en aquella ocasion un gitano, que por estar muy enfermo y demasiado viejo vino á pagar su acostumbrada deuda, á que se condenó en el punto de su nacimiento, siendo el primero que dió principio á morir naturalmente.

Cura. ¿Qué es lo que dice, hermano? ¿La muerte púedese evitar? ¿No es forzoso el morir á todo viviente?

Alonso. Sí, señor; obligados están los hombres á esta forzosa deuda despues del pecado de nuestro primer padre; pero, señor, esta gente *non sancta* muere en la horca lo más ordinario, y cuando de allí escapa, es su sepultura la mar, por haber tenido por su habitacion y morada las galeras. Ver el entierro y funerales exequias que sus mayores amigos hicieron á aquel pobre difunto, le prometo á vuesamerced, señor licenciado, que era de no pequeña consideracion: en parte para lastimarse, y por otra de mucha risa, viendo tan locas ceremonias y bárbaros ritos tan guardados en semejantes ocasiones. Dos mozos hicieron un gran hoyo ó sepultura, donde dejaron metido, aunque descubierto, el cuerpo difunto, echando con él algunos panes y poca moneda, como si para el camino del otro mundo lo hubiera menester. Luego de dos en dos iban las gitanas, tendidos sus cabellos, arañando su rostro, y la que más ensangrentadas sacaba las uñas á su parecer cumplia mejor con su oficio; á la postre iban los hombres llamando á los santos, y principalmente al divino Bautista, con quien ellos tienen particular devocion, pidiéndole á gritos, como si fuera sordo, que socorriese al difunto y le alcanzase perdon de sus culpas. Roncos ya de dar voces, iban á echarle tierra; pero yo les rogué se detuviesen un poco mientras les decia dos palabras. Otorgóse mi peticion; y con la mayor humildad que pude les dije semejantes razones: Este vuestro compañero es ya ido á gozar de Dios; que de su buena vida y muerte eso se puede esperar. Hase cumplido con vuestra obligacion, así en encomendarle al Señor como en darle sepultura á su cuerpo, el cual, que se entierre vestido ó desnudo hace poco al caso, y á mí con lo que se ha de comer la tierra me podeis remediar, dándome licencia, ya que me quitasteis lo poco que traia, para que le desnude y ponga sus vestidos; que si lo haceis, remediais mi pobreza y desnudez, poniéndome en obliga-

cion para que siempre me acuerde deste bien logrado en todas mis oraciones. Parecióles bien á todos lo que les dije; que no fué poco entre tantos no haber quien lo contradijese. Mandáronme que le desnudase, y yo, obediente, le quité al muerto el vestido que tenia, con que cubrí mis carnes, quedando en el traje, aunque no en la condición y costumbres, como cualquiera de mis gitanos. El cuerpo volvió á la sepultura, y cubierto de tierra, le dejé hasta el día del juicio, que salga á dar cuenta, como cada uno de nosotros.

Cura. ¿Y él, hermano, quedóse con aquella compañía?

Alonso. Viéndome vestido, bien pudiera salir al primer lugar, buscando alguna comodidad en que entretenerme para pasar mi vida, pero consideréme en cuerpo, como gentil hombre, y que no sabía si aquel vestido era hurtado, y por ventura, por ser de color, me le conocieran; que si fuera negro quitara el ser tan ocasionado para dar conmigo en una cárcel: demas que si me detenía algunos días con ellos, pudiera ser granjear alguna capa con que cubrirme, ó quitándosela á alguno de aquellos bienaventurados á vuelta de cabeza; que pues ellos me habian robado, sería ganar indulgencia, no porque yo fuese tan codicioso y avariento como aquel tirano de Siracusa, Dionisio; el cual, entrando en un templo, vió á uno de los dioses que la loca gentilidad adoraba, cubierto con una capa de brocado, y llamando á uno de los sacerdotes, le dijo: Quitale aquella capa á aquel dios, y ponédsela de bayeta, que abriga en invierno y es ligera para verano, y la que él tiene llevádmela á mi palacio. Ni tampoco imitaba al otro frances, que, codicioso de adquirir riquezas, ninguna dificultad ni trabajo se le ponía delante, pues hallándose un día en un sermón del juicio, adonde un famoso predicador, que decía á los oyentes el desgraciado fin á que ha de venir esta máquina y redondez de la tierra, las espantosas y tremendas señales que han de preceder ántes que se acabe la venida de aquel infernal dragon del Antecristo, azote de la Iglesia, pues deramará más sangre de católicos que pudieron verter todos cuantos tiranos emperadores ha habido desde que comenzaron á perseguir á los infieles así ellos como sus adelantados; referia los tesoros que habia de tener, el oro, plata, perlas y piedras preciosas, habiendo de ser señor de las riquezas que tiene en sí no solo la tierra, sino tambien el mar; y que todo lo daría á los que le siguiesen, dándole adoracion, y teniéndole por verdadero Mesías. Acabóse el sermón, y en bajando del pulpito el predicador, llegóse á él el frances, y llamándole aparte, le preguntó, diciéndole: Padre, el que porta tanto argen, ¿cuándo venirá? Yo pues aguardaba mi ocasion, y tan en tanto rogué al Conde me entretuviese con aquellos sus compañeros algunos días, dándome por el servicio que hiciese alguna cosa, conforme fuese su voluntad, pues no me faltaba entendimiento para ayudarles en el oficio en que me pusiesen. No le pareció mal lo que pedia, y llamando á un compañero suyo, hizo que me llevasen más adentro del monte como un buen cuarto de legua, adonde estaban trabajando algunos gitanos, haciendo barrenas, trébedes, cucharas y tenazas: mi compañero dió el recado que traía al que allí servia de maestro en aquella herrería, y luego me entregó un mazo de los que los herreros llaman mazo

ó martillo grande de golpear, mandándome tuviese cuidado en el golpear, que no me encontrase con los otros que tambien servian en el ayunque de tirar el hierro: no fué menester conmigo segunda lección, porque á dos días podia competir con los mejores oficiales del cojo Vulcano. En este trabajo me entretuve algun tiempo, hasta que se labraron cantidad de piezas para poder llevar á vender por aquellos lugares.

Cura. ¿Y cómo iba de comer?

Alonso. Eso, señor, por maravilla faltaba, porque algunos de los compañeros acudían á los lugares á traer pan, queso, tocino, carne de macho, por el dinero, y muchas veces sin blanca, pues en descuidándose alguna gallina, ganso, ternera ó lechón, aunque pesase cinco ó seis arrobas, era todo de mostrenco, aplicándose para los que estaban en espera de alguna aventura: de modo que algunas veces se comia muy regaladamente, y otras no tanto, por andar los labradores nuestros vecinos con más cuidado y diligencia de lo que habíamos menester: de suerte que, como si vieran algun lobo en medio de su ganado, ó algun rayo que caía en sus panes estando ya para segar sazonado y seco, ó cuando algun oscuro y tenebroso nublado, despues de espantosos y terribles truenos, sobre alguna abundante y ya madura viña quiere arrojar crecido granizo, no de otra suerte los escarmentados mozos unos á otros se llamaban, diciendo á grandes voces: Guarda el gitano; cierra tu casa; recoge esos pollos, que viene el milano.

Cura. Aun si la prevencion servia de algo no andaban descaminados.

Alonso. Del ladrón de casa con dificultad se puede el hombre guardar, porque á vuelta de cabeza les hurtaban cuanto querian: ya el lienzo, ya las sayas de sus mujeres, lino, ó por lo ménos alguna manita ó sábana de la cama: ¡oh cuántas veces me llevaron consigo algunas de las gitanas, que, como al fin mujeres, tambien tienen temor, y por aquellas vecinas aldeas entraban á pedir por las casas, significando su pobreza y necesidad, llamando á las mozas para decirles la buenaventura, y á los mozos la buena suerte que habian de tener, pidiendo primero el cuarto ó el real para poder hacer la señal de la cruz! Y con estas palabras lisonjeras, sacaban lo que podian, ya que no en dinero, por ser de ordinario mala su cosecha, en tocino, socorro suficiente para sus hijoselos y maridos. Mirábamelas yo, y reíame de la simplicidad de aquellos bárbaros, y á veces enojado, no me pudiendo ir á la mano, con mucha cólera reprendia su poco saber, pues daban crédito á tantas liviandades y fingidas razones, quedando tan contentas y satisfechas las que esperaban casarse, con lo que les decia la gitana, como si verdaderamente se lo dijera un apóstol.

Cura. Diga, hermano, ya que anduvo con esas mujeres, ¿por ventura saben algo? ¿Alcanzan alguna ciencia? ¿O sus pasados enseñáronlas algunas señales para conocimiento de lo porvenir?

Alonso. ¿Qué ventura puede dar la que siempre anda corrida, sin sosiego ni descanso alguno? ¿La que no sabe de su suerte ni las cárceles en que por la mayor parte y de ordinario vienen á parar? Que á saberlo, guardáranse y estorbaran innumerables afrentas y trabajos en que cada día las vemos. Verdad es que por la comunicacion que tuvieron los egipcios con los he-

breos, estando cautivos en el poderío de aquel endurecido rey, aprendieron dellos y tomaron conocimiento para muchas ciencias, sirviendo para esto, en el segundo cautiverio de los israelitas, los libros que escribió aquel tan sabio como discreto rey Salomon; dejado aparte que Egipto es tierra muy aparejada para la contemplacion de la astrología, por no llover en ningún tiempo, pues para regarse los campos sembrados y árboles, dos veces al año sale el Nilo, y abundantemente los deja tan fértiles con su riego, que no hay necesidad de más agua. De adonde con la serenidad del cielo, sin ningún nublado ni pequeña nube que estorbe la claridad y luz del dorado sol, ni perturbe la de la plateada luna, estando las estrellas así errantes como fijas en su natural resplandor, tuvieron ocasion bastante para la contemplacion de los celestiales astros; pero estos nuestros gitanos, que en su vida vieron la mar, sino cuando los echaban á galeras, que si las cumplen y no pagan con el pellejo (que es lo más ordinario), vuelven tales, que más están para un hospital de incurables, que para quedarse de noche al sereno; criados en un monte, adonde atienden más á buscar de comer que á estudios ni ejercicios de letras, ¿de qué lo han de saber? El vulgo novelero no solo los tiene por astrólogos, sino tambien por adivinos: de suerte que me acuerdo de una burla que hizo una gitana en un pueblo donde yo vivía, para confirmacion de lo que digo á vuesamerced, y fué que, como esta gente anda siempre mirando cómo podrá hacer mejor algunos de los empleos en que se ejercita, y en decir gitano parece que trae aparejada ejecucion, como cédula reconocida, hallándose en un lugar deste reino, se allegó á una casa donde halló sola á la señora della, que era una viuda moza, rica, sin hijos y de buen parecer, á quien, saludándola primero, dicha la arenga que llevaba estudiada, no dejando mancebo, viudo ni casado, noble, galan dotado de mil gracias que no anduviese muerto por ella, la dijo: Señora, yo te he cobrado mucha aficion, y por saber que estás en tí bien empleada la riqueza que tienes, aunque vives tan descuidada de tu gran dicha, te quiero descubrir este secreto: sabrás pues que en tu bodega tienes un gran tesoro, y para sacarle tiene gran dificultad, porque está encantado, y no se ha de aprovechar del si no fuere víspera de san Juan: ahora estamos á 18 de junio, y hasta 23 faltan cinco dias: tan en tanto allega tú algunas joyuelas de oro ó plata y alguna moneda, como no sea de cobre, y ten seis velas de cera blanca ó amarilla, que para el tiempo que te digo yo acudiré con otra mi compañera, y sacaremos tanta abundancia de riquezas, que puedas vivir con ella de modo que te envidien todos los de tu pueblo. A estas razones, la ignorante viuda, pareciéndola que ya tenía en su poder todo el oro de Arabia y plata del Potosí, la dió bastante crédito. Llegóse el señalado día, y fueron tan puntuales las dos gitanas, como deseadas de la engañada señora; y preguntada si habia tenido cuidado con lo que la habian encomendado, y diciendo que sí, replicó la gitana: Mira, señora, el oro llama al oro, y la plata á la plata; enciéndanse esas velas, y bajemos abajo ántes que sea más tarde, porque haya lugar á los conjuros. Con esto bajaron las tres, la viuda y las dos gitanas; y encendidas las velas, puestas en sus candeleros á modo de círculo, pusieron en

medio un jarro de plata con algunos reales de á ocho y de á cuatro, unos corales con sus extremos de oro, otras joyuelas de poco valor; y diciendo al ama que se tornasen juntamente á la escalera por donde habian bajado á la bodega, puestas las manos estuvieron todas por un rato como quien hace oracion; y diciendo á la viuda que aguardase, se volvieron á bajar las dos gitanas, haciendo entro ambas un coloquio, hablando y respondiendo á veces, mudando de manera la voz, como si en la bodega hubieran entrado cuatro ó seis personas, diciendo: Señor san Juanito, ¿será posible sacar el tesoro que tienes escondido? Sí, porque poco os falta para que le goceis, respondía la compañera gitana, mudando el habla en un tan delgado tiple como si fuera de un niño de cuatro ó cinco años. Confusa la buena de la señora, estaba aguardando la deseada riqueza, cuando las dos gitanas llegaron á ella, diciéndola: Ven, señora, acá arriba; que poco puede faltar para que veamos cumplido nuestro deseo; y tráenos la mejor saya que tuvieres en tu arca, ropa y manto, para que me vista y disfrace en otro traje del que ahora tengo. No reparando en el engaño que la hacian, la simple mujer subió con ellas al portal, y dejándolas á solas, fué á sacar la ropa que le pedian, cuando las dos gitanas, viéndose libres, como ya tuviesen guardado el oro y plata que estaba depositada para el encanto, cogiendo la puerta de la calle, con ligeros pasos traspusieron el barrio. Volvió la engañada viuda con toda la ropa, y no hallando las que habia dejado en espera, bajó á la bodega, donde, como vió la burla y hurto que la habian hecho llevándola sus joyas, comenzó á dar voces y á llorar sin provecho. Llegóse toda la vecindad, á quien contó su desgracia, sirviendo más de risa y burlarse della que de tenerla lástima; alabando la agudeza de las ladronas.

Cura. ¿Y cobróse alguna cosa de lo que llevaron?

Alonso. Una vez salidas de la puerta, ellas supieron ponerse en cobro, pues metidas en el monte, no era posible hallarlas: de modo, señor, que estas son sus buenas aventuras, su adivinar, el prevenir las cosas, el alcanzar los secretos de naturaleza, y el tener conocimiento de las estrellas.

Cura. La necesidad, hermano, es madre de la industria; y la pobreza es causa de mil ingeniosas trazas de vivir.

Alonso. A ese propósito le quiero contar á vuesamerced, señor licenciado, un caso que me sucedió á mí con un hidalgo de Sigüenza, andando yo en compañía de otros tales como estos engañadores, que en efecto no pudo dejar de pegarse algo de sus agudezas y embustes, y no sé qué se tiene esto de una mala compañía, que por la mayor parte, aunque uno sea virtuoso, amigo de hacer bien, cortés, bien criado y recogido, viendo en su compañero con quien comunica y trata de ordinario todas estas virtudes al contrario mudadas y contrapuestas, ya por el amor que le tiene, ya por el mal ejemplo que se le pone siempre delante de los ojos, por la mayor parte viene á degenerar de lo que ántes era, y pervertirse: de modo que parece otro, no habiendo quien le conozca: tanta es la fuerza de la mala compañía. Yo pues aprendí á echar azogue en los oídos de los juventos que habíamos de vender, limarlos los dientes, y arrancar algunos, como tuviese necesidad,

volviéndole de ocho años á tres ó cuatro; y lo que naturaleza era imposible alcanzar ni poner por obra, siendo ya tiempo pasado, contra toda opinion de toda buena filosofía, yo lo alcanzaba por mi mucha sutileza: de modo que en tres meses que con ellos estuve, les hacia ventaja, pudiéndoles dar, como dicen, quince y falta; y ninguno ya se me podia igualar, preciándome de que se me pudiese dar dado falso.

Cura. ¡Oh qué buena gracia era esa para las señoras damas, á quien los años roban su hermosura, haciendo surcos en su frente y mejillas y desportillando algunas almenas de su boca!

Alonso. Ya, señor, para eso no es menester cuidado ni diligencia alguna, pues el elefante les da su marfil, la casa de Meca paja, y la otomana su nombre y apellido. En efeto, señor, llegando un día á un lugar con otro mi compañero en ocasion que á un hidalgo le habian hurtado de un escritorio cantidad de dinero, y afligido andaba haciendo averiguaciones con la justicia, aunque las sospechas y más ciertos indicios eran de los criados de la casa, á quien echaba la culpa de su hurto, viendo yo acaso la grita y vocería que andaba en la posada, así del dueño como de los de su familia, entreteniéndome, sin ser llamado de ninguno dellos, dije á voces: Por hartó poco que á mí me diesen, dentro de doce horas podria decir quién tiene el dinero. Oyólo el señor de la posada, y hallándome, dijo: Si eso fuese así como decís, á trueque de vengarme de una traicion y atrevimiento como se ha usado conmigo, prométoos, hermano, que os daria un ferreruero y sombrero con que anduviéseis mejor puesto de lo que os veo. Yo lo acepto, le respondí, y sino acertare, con no darme nada, poco se habrá perdido; y porque empecemos en nombre de Dios, llame vuesamerced á todos los criados de casa, sin que quede persona en ella que no se manifieste (dije al buen hombre); y él los llamó á todos, que en parientes y criados serian como veinte y una persona; y tomando yo otras tantas varillas de unos mimbrres delgados, que pedí, del largor de media vara, las repartí entre todos, dando á cada uno la suya, diciéndoles: estas varas se me han de volver mañana á las diez del día, y verás en una dellas un extraño prodigio, que si alguno dellos, de los que aquí están, fuere el ladrón del dinero, la vara que volviere crecerá cuatro dedos más que las otras, dejando señalado con esto al autor del hurto; pero si no estuviere entre los que aquí estamos, todas las varas serán iguales, y no se aumentará la vara del delincuente. Con esto se fuéron los sirvientes, llevando como sus varas consigo, con presupuesto que el día siguiente se me habian de volver á tal hora concertada, sin faltar ninguna de las varas. Fuíme con esto, y acudiendo al término señalado el dueño de casa, llamando su gente, vino con sus varas, pero no iguales, como las habia dado; y fué que una mozoela, pensando que habia de ser verdad lo que yo habia dicho de que la vara del ladrón creceria cuatro dedos más que las otras, remordiéndola su conciencia, y hallándose culpada, entró consigo en consejo, y echó la cuenta diciendo: Esta vara ha de crecer cuatro dedos, pues bueno será ántes que me afrente quitárselos yo, y con lo que se ha de aumentar, vendré á estar igual con las otras; y así, por mi buena industria quedará libre, y no seré copocida por ladrona. Como lo imaginó lo puso

por obra; y dándome todos sus varas iguales, llegó la mozoela con la suya cuatro dedos más corta que las demas. Miréla yo con mucha disimulacion, y díjela: Hermana, vuelve el dinero á su dueño, y no te acontezca semejante delito otra vez, porque no te afrenten. Coloreó la moza, y con poco aprieto confesó su culpa. Volvió lo que habia tomado: quedó muy contento el hidalgo, y yo con muy grande opinion de adivino, siendo todo, como era, no más de un poco de buen discurso, que, como sucedió bien, pudiera engañarme y quedar corrido; pero al fin salí medrado de un capotillo pardo y un razonable sombrero, con que volví á los compañeros, que, sabido el caso, se maravillaron de mi industria, pues ya sabia más que todos ellos, haciéndolos ventaja en todo género de estratagemas: de suerte que, ó por envidiosos de verme en algun provechamiento y mejor opinion acerca de nuestro conde, ó que por alicion que me habian cobrado, uno de los amigos me llamó un día, diciéndome: Alonso, si me ayudas en un negocio que tengo imaginado, no solo nos ha de ser para los dos de gran provecho, sino tambien de buena fama y reputacion para con los vecinos destas aldeas. Es el caso, has de tomar una bolsa, y pondrás en ella veinte reales, un poco de hilo negro, una aguja y dedal, y con esto te irás al lugar más cercano, y preguntando por el cura, le dirás deste modo: Yo, señor, voy de camino y con harta necesidad: hame el Señor deparado una bolsa, y aunque pudiera con el dinero que tiene remediarme, con todo eso, viendo que es ajeno, no querria sino que su dueño se aprovechase dél y se le vuelva; y para esto suplico á vuesamerced que en diciendo misa, lo diga en la iglesia, para que si alguna persona sabe quién lo ha perdido, dando las señas y sin hallazgo, se la pueda volver; que á mí cualquiera limosna que se me haga es muy bastante; y no quiera Dios que ningun género de codicia reine en mí; porque desde que encontré con ello no puedo sossegar. Tú eres ladino, hablas claro, y no siendo conocido, podrás hacerlo fácilmente; y yo estaré á la mira de todo, y cuando se ofrezca pregonar la bolsa, saldré yo, diciendo que es mia; daré las señas de lo que está dentro, entregarásmela, y lo que resultare por experiencia lo has de ver fácilmente. Parecióme bien su consejo; dí el sí de hacerlo, concertámos el día de nuestra obra, que fué un domingo de madrugada, que salimos los dos juntos de nuestro aduar para llegar con tiempo á una villa que estaba dos grandes leguas de adonde teniamos la habitacion. Quedóse algo atras mi compañero, y yo solo entré en casa del cura: halléle acabando de rezar para irse á decir misa; habléle cortesmente; propuse mi demanda con tanta relórica, buen lenguaje y buenas razones como quien la traia bien estudiada. Alabó mi buen intento, admirado de ver que, siendo pobre, necesitado y mendigo, teniendo en la mano la ocasion, no queria aprovecharme della, aun siendo licito. Hablóme con mucho respeto, teniéndome en posesion de un santo: llevóme consigo á la iglesia, donde, despues de haber dicho misa, hizo una breve plática á sus feligreses, diciendo que el que hubiese perdido una bolsa, acudiendo á él y dando señas de lo que tenia dentro, la volveria, porque él sabia dónde estaba: encargó á todos me socorriesen con alguna limosna, exagerando ser yo un hombre de los más virtuosos y cuerdos que él habia tratado y visto en todo

el discurso de su vida. Ponfame por ejemplo para todos aquellos que usurpan haciendas ajenas, pues no tomándolo, sino siendo hallado, caminando con pobreza, obligado á pedir, buscaba dueño, pudiéndolo ser licitamente, por algun tiempo á lo ménos, forzado con la extrema necesidad que padecía. Acabó con mis injustas alabanzas el buen sacerdote, cuando mi compañero entró por la puerta del templo, y alargando la cabeza, como que estaba escuchando lo que el cura iba diciendo, dijo á voces: Señor licenciado, esa bolsa es mia, y yo la perdí ayer en tal parte; tiene dentro un dedal, un poco de hilo negro y aguja y tantos reales. Así es la verdad, respondí yo entónces. Veisla aquí, lleváosla, y Dios os haga mucho bien con ella. Tomó posesion el gitano de lo que era suyo, sin haber quien lo contradijese; y yo comencé á recibir de todos los oyentes largas y cumplidas limosnas, alabando mi fidelidad, buen trato y buena conciencia: negocio de mucha estima para nuestros tiempos. Valióme la fingida traza setenta reales, ocho panes y comer con un regidor del pueblo, teniéndome todos los vecinos dél por un santo; pero tal hipocriton representaba yo, cabizbajo la cabeza y ladeada, los ojos bajos, inclinados al suelo, voz humilde y ronca, los brazos cruzados y bien cubiertos con la capa, el paso corto y modesto, y la mayor parte del cuerpo inclinada á la tierra. Gocé desta aparente santidad tres dias, y como alogado al cuarto, me pareció ser justo volverme á mi antigua posada.

CAPITULO IV.

Sigue Alonso el mismo asunto, y cuenta lo que le sucedió en el monte, con otros raros y ejemplares sucesos, y cómo se fué á Zaragoza.

Cura. Harto mejor fuera estarse con ellos, ya que tan buenas obras le hacian; y pues tenia cobrada tan buena opinion, prométole que habia de tener buen pié de altar.

Alonso. No es negocio tan fácil como parece una fingida hipocresía; pues, dejada aparte la ofensa de Dios, aquel cuidado continuo de andar siempre como en centinela, si le ven descompuerto en habla, vestido, comida, rostro alegre, entretenimiento, aunque sea lícito; aquel poner escrúpulo en lo que no hay en qué reparar, macilento el color, inclinado ó amarillo ó pardo; penitente del infierno, aborrecido del cielo, adonde no es posible que le reciban; desvelándose siempre en agradar á los ojos de los hombres con una falsa apariencia de santidad, siendo en la soberbia y ambicion el mismo Lucifer, no es para todos, ha menester el que la tuviere una diabólica traza; pero yo, señor licenciado, echaba de ver lo malo, y aunque de cuando en cuando deslizaba y caia en mil trabajos y desventuras, tambien tenia mis lucidos intervalos, con que procuraba evitar algunos pecados, recogíendome á más perfeccion y buenas costumbres. No las habia de hallar en el monte entre aquella buena gente; pero con todo eso, me volví á mi antigua compañía, de quien fui muy bien recibido, principalmente del señor Conde, porque en miausencia habia dicho que le habia faltado su oráculo. Estuve en su compañía algunos dias, como en noviciado, aunque no se podia aprender cosa buena de semejante junta; pero á lo ménos echaba de ver cuánto puede llegar al sufrimiento y resistencia de los hom-

bres, pues en pariendo alguna gitana, tomaba la criatura, y en la más cercana fuente la lavaba de piés á cabeza, dejándola más limpia y pura que la misma nieve, no reparando en si hacia frío ni calor, ni la madre en meterse en el agua acabando de parir. Considerando estos monstruos criados entre nosotros, daba gracias á Dios, que todo lo sustenta, y conforme la fuerza da los trabajos. Apelaba luego para las damas cortesanas, á quien el más delicado vienteillo las ofende, y á las criaturas de los príncipes, criados como entre algodón y vidrieras, y no por eso ménos sujetos á menores enfermedades, ni más robustos, ántes por la misma razon afeminados, de poco natural y de más flaca complexion. Miraba entre ellos unos mozos robustos, de una fuerza y ligereza increíble, inclinados solo al ejercicio de la herreria, ocupados en la fábrica de tenazas, martillos y barrenas; que no parece sino que el oficio en que trabajan corresponde con las obras en que se ejercitan, pudiendo arrastrar una pica en Flándes y asaltar al más torreado castillo de enemigos de guerra, siendo su vida una campal batalla, corridos, acosados, sin haber lugar que los quiera admitir ni ciudad que no los aborrezca, como si no tuviesen la condicion y natural de la loba, animal de tal naturaleza, que estando parida nunca acude á los ganados que andan cerca de su cueva, sino á los más distantes y apartados que se apacientan por el monte. Yo, señor, aunque tenia tan mal ejemplar con lo que cada dia estaba mirando, no habia cosa que más aborreciese, pues aunque malo, mi natural inclinacion me llevaba á que siguiese otra vereda y camino más seguro, y no tan ocasionado para perderme, pues al cabo, quien anda de aquel modo en semejantes pasos, ya que se libre de un juez, no ha de faltar otro bien acondicionado, de quien, por bien que salga, si no fueren azotes, serán galeras: así, señor, por quitar ocasiones, confuso, imaginativo y melancólico, un dia me metí por lo más espeso del monte, si mal no me acuerdo, más de una legua; y siendo ya casi al anochecer, vi arrimado á un roble un hombre muerto, que, segun eché de ver, no habia muchas horas que le habian quitado la vida: lleguéme á él, aunque con algun temor, y vile muy bien tratado, el vestido nuevo de rico paño de mezcla, espada, daga y espuelas doradas, una cadena de oro al cuello, y en todo su traje como que venia de camino. Miréle el pecho, y halléle con una mortal estocada: revolvíle á un lado, y mirándole la faltriguera, le saqué un bolsillo de oro con cincuenta escudos, sin otras monedas de plata. No hay mal que no venga por bien, dije entre mí, ni ha hecho Dios á quien desampare, pues esta desgracia buena ventura la puedo llamar. Miréle algunos papeles que estaban en los bolsillos de los balones, que leidos, parecian ser billetes de desafio; y mirando la firma, parecian en los nombres gente principal, porque en Navarra y Valencia si no son nobles no se ponen don; donde colegí que aquel malogrado mozo por algunas pesadumbres que habia tenido salió desafiado con algunos contrarios suyos, y como desgraciado, hubo de quedar en la estacada y sin la vida.

Cura. Pues en verdad que por leyes del reino y *motu proprio* de su santidad están prohibidos semejantes desafíos, y que si alguno muere en ellos, queda descomulgado y como á tal se le niega eclesiástica sepultura.

Alonso. Así es verdad; pero la desdicha es que con la negra caballería todo se atropella como si se hubiera de ir á morir por quince ó veinte días, y después volverse á lo de antes, y el alma propia fuese la de un vecino ó se trajese por su alquiler hasta tal jornada, ó la descomunión no fuese más de veinte ó treinta mil maravedís de pena: *Ubi ceciderit lignum, ibi manebit*; adonde cayere uno, allí estará para siempre; no por un millón de años, sino por una eternidad de Dios, que es sin fin; pero el ciego no juzga de colores, y los hombres sin vista no reparan en su bien, y vanse tras su mal. Lastiméme del caso, y como á lo hecho no hay remedio, procuré el mío lo mejor que pude; tomé los dineros, y aplicándolos á mi servicio, puse la cadena debajo del jubón, y muy despacio fui desnudando mi difunto, dejándole con algunos de sus vestidos, poniéndole á él algunas piezas que yo traía, con ánimo de hacer por su alma algunos sufragios, porque en efeto no era yo como aquel mal testamentario á quien un amigo suyo le había dejado cantidad de hacienda, y él, más codicioso de los bienes que habían entrado en su poder que del descanso y sosiego del difunto, amonestándole sus deudos á que dijese misas, diese limosnas, casase huérfanas, favoreciese hospitales, y acudiese á otras obras de caridad, respondió: No es necesario lo que me pedís, porque ó está en el infierno ó en el purgatorio ó en el cielo, porque en el limbo no puede ser; si en el cielo, no tiene necesidad de ningún socorro, pues goza de los eternos bienes el que está con Dios; si en el infierno, no tiene remedio, pues el bien que se hace por el condenado, más tormento es para él; si en el purgatorio, en parte está segura, y tarde ó temprano, pagando lo que debe, saldrá de aquellas penas al verdadero descanso; pero yo propuse firmemente de hacer por él, y prométele á vuesamerced, como buen hermano, que no hay día que no le encomiendo á Dios, pues bien pudo ser darle Dios arrepentimiento para dolerse de sus culpas, y contrición bastante á alcanzar perdón de sus pecados.

Cura. Grande es la misericordia de Dios; rico le llama el Profeta en ella; juicios son suyos; para él se queden; su Majestad lo puede hacer; pero dígame, ¿es posible que con un espectáculo semejante tuvo ánimo para desnudarle y ponerse sus vestidos, trocando con él lo que mejor le parecía del difunto?

Alonso. Señor licenciado, es tan común y ordinaria la muerte, y tantos los que vemos cada día irse desta vida á la otra, que verdaderamente no parece sino que la hemos perdido el miedo. Aristóteles dijo que de los males el más terrible era el morir; pero á mí no me maravilló, como á nuestro primer padre Adán, que aunque le dijeron que había de morir por la inobediencia y pecado que había cometido, no sabía él qué cosa era muerte, no tenía della experiencia, hasta que vió al inocente Abel, hijuelo suyo, muerto á las manos del fratricida y maldito Cain, tendido en el suelo, quebrados los ojos, el rosicler de su hermoso rostro vuelto en pálido y aberengonado y livido color, sin mover miembro alguno y sin aliento el que pudiera tenerle para más de novecientos años, ó por lo ménos quinientos; que así se vivía en aquellos dorados tiempos; ni tampoco dejé de proseguir con lo que había comenzado, como les sucedió á unos convidados en Lacedemonia.

Cura. Holgaré de oírlo; prosiga, que con atención le oiré de buena gana.

Alonso. En un regocijo que tuvieron unos ciudadanos de Lacedemonia, entre las fiestas que ordenaron, fué una en que hicieron un grande convite, asistiendo á él la mayor parte de los nobles y caballeros della, y estando sentados á las mesas, mediada la comida, que fué no poca ventura no ser al principio della, porque no hubiese fiesta sin azar, entró por la puerta de la sala un venerable viejo, tenido y respetado en la ciudad por filósofo: traía sobre sus hombros un muerto, como suelen decir, aforrado en lienzo ó amortajado, y llegándose á la mesa, en medio della dejó caer el difunto, diciendo á voces: *Aspicite et comedite*; ved el presente que os traigo, y comed luego. Fué tanto el horror y pánico que causó en todos los convidados, que ninguno pudo alargar más la mano al plato: tanta fué la fuerza de la consideración de la muerte entre aquellos idólatras; y para corregirnos, dice la Sabiduría: *Memorare novissimam tuam, et in eternum non peccabis*; acuérdate de lo que has de ser, y no pecarás por más ocasiones que tengas y más que el demonio procure derribarte; y aquella santa ceremonia con que entra la Iglesia nuestra madre cada principio de cuaresma, poniéndonos ceniza en la frente, á esta misma razón va encaminada, diciendo: Mira, hombre, que eres polvo y te has de volver en polvo; pero sucédenos lo que se cuenta de las Indias, del río de la Plata; mas otro día lo contaré á vuesamerced.

Cura. Bien temprano es, y con voluntad le escucho; prosiga con su cuento.

Alonso. Hay en las Indias un caudaloso río, entre los otros muchos que hay en ellas, que llaman el río de la Plata, en cuyas márgenes se crían vistosos árboles de maravillosas frutas, sustento para los que habitan aquella tierra y para los innumerables monos que se crían en aquellas riberas; los cuales jugando y saltando, andan de rama en rama de aquella vistosa y agradable arboleda, de quien nacen tan crecidas ramas, que muchas dellas vienen á dar muy adentro del río: los monos, entretenidos en sus juegos y descuidados del peligro y daño que les está amenazando, no saltan algunas veces con tanto cuidado, que muchos dellos no vengan á caer en el raudal de la corriente: el ímpetu del agua es grande, el lugar de adonde caen alto, anchuroso el río; y así, sin poderse valer, por más que nadan, mueren ahogados: al ruido, los que quedan en los árboles asoman las cabezas por ver lo que pasa, y como espantados, dejan el juego por un rato; pero después vuelven á entretenerse, hasta que cae otro mono: verdadero retrato de nuestra vida: cae en el río de la muerte nuestro vecino, amigo ó pariente; espántanos el miedo de su desgracia, tiénnenos por algunos días la memoria de aquella desdicha suspensos, temerosos y melancólicos; pero al cabo de poco tiempo pasa por nosotros lo que por los monos, hasta que cae otro con que se refresquen las pasadas especies de la imaginación. Podemos andar ya entre los difuntos, y no con aquel temor de aquel gentil hombre soldado, de quien se cuenta que, habiéndosele muerto un grande amigo suyo, una noche se recogió en un aposento, y muy melancólico comenzó á llorar su falta y desgraciada suerte hasta que ya vencido del trabajo y cansado de su llanto, se acostó en su cama

dejando una vela encendida sobre un bufete que en el aposento tenia; pero no hizo más de meterse entre la ropa, cuando volviendo la cabeza, vió cerca de sí al difunto amigo tan macilento y descolorido, que le causó notable espanto: miráronse los dos, y sin hablarse palabra más, echó de ver que poco á poco se iba desnudando hasta quedar en camisa, y dejando los vestidos sobre el bufete, donde la vela estaba, se vino á la cama del amigo, y alzando la ropa se metió con él. Temeroso el amigo vivo, no hacia sino retirarse, apartándose lo más que podía, llegando á sí las mantas por en medio, y casi sacando las piernas afuera, pero no de suerte que el difunto no le tocase con la una de las suyas, tan helada y fria, que le pareció haberle penetrado todo el cuerpo con aquella frialdad, bien como si entre gran cantidad de nieve le hubieran sepultado; y quejoso de la mala vecindad que le hacia, le mostró algun desabrimiento con enojados ademanes; y el muerto, enfadado con la mala acogida que su amigo le habia hecho, sin despegar la boca se volvió á vestir, y sin despedirse se salió del aposento, dejándole tan fuera de sí, que en muchos meses no pudo perder la turbación que habia cobrado con la visita de su difunto amigo.

Cura. En verdad, hermano, que no me maravillo, y que de muy mala gana llevara yo semejantes visitas como esas.

Alonso. Razon tiene vuesa merced; que por animoso que sea un hombre, forzosamente ha de temer las cosas de la otra vida, y verificarse esta verdad en el suceso de aquel mal rey Baltasar, tan desalmado, sin razon ni término, que perdiendo el respeto á Dios, en sus fiestas y convites se servia con los vasos del templo dedicados al divino culto; y porque solo vió escribir unas letras en la pared de la sala donde estaba, dice el sagrado texto que del temor que recibió se le deseneajaron los huesos.

Cura. ¡Tal era la sentencia que se le notificaba!

Alonso. No de menor consideracion fué lo que me acuerdo haber leído en la vida de los padres del yermo, desta manera: en Alejandria moraba un hombre de tan malas costumbres, que á imitacion de la liebre, no solo se contentaba con robar á los vivos, sino que aun los muertos no estaban seguros dél en los sepuleros, pues como un dia viesse llevar á la iglesia una malograda doncella, y en aquellos tiempos se acostumbrase enterrar los muertos vestidos, y la difunta fuese muy rica y sola en su casa, procuraron sus padres de que su adorno no solo fuese el más curioso que se hubiese llevado, sino tambien el más costoso y rico: notólo todo el codicioso ladrón, y en viéndolo se juzgó por su dueño, pareciéndole que aquella presa imposible era escaparse de sus manos, y para esto aguardó á la mitad de la noche, cuando la gente suele estar con mayor silencio; y llevando consigo unas llaves falsas y una linterna, se fué solo á la puerta del templo, y abriéndola, buscó el sepulcro de la dama, que era como un sótano, adonde no reparando en la ofensa de Dios ni en el temeroso acto en que se ponía, alzando una pequeña lúnde, bajó por unas escaleras de piedra á un espacioso lugar, donde estaban depositados algunos cuerpos de otros difuntos, y entre ellos el de aquella señora; pero ya que llegaba al último paso, por no llevar con demasiado recato la luz de la linterna, ó por encontrar con la pared de la bóveda, ó algun aire que le dió de parte

de dentro, al tiempo que bajaba se le murió la vela, y quedó á oscuras; mas no por eso el atrevido mozo dejó de proseguir su desatinado intento, porque volviendo á subir por sus escalones, se fué á la lámpara del Santísimo Sacramento, donde habiendo encendido, se volvió á buscar su difunta dama, y comenzando desde los zarcillos, acabó con los zapatos y calzas que llevaba puestas, no perdonando jubon, saya, faldellín ni faja; y como viese que la camisa que tenia vestida era nueva y muy labrada, parecióle que no cumplía con su demasiada codicia si se la dejaba puesta; y no contento con la demas ropa que la habia quitado, la fué alzando la camisa; mas cuando la sacó las dos mangas, descubriendo el pecho, la muerta doncella se sentó en el suelo, y asiendo al ladrón de la mano, enojada le dijo: ¿Es posible, mal hombre, que no te contentaras con las riquezas que me habias quitado, sino tambien procuras quitarme una pobre túnica con que cubria mis virginales carnes? ¿Y el cuerpo que jamas ha visto hombre humano has querido tratar tú tan indecentemente, no reparando en ser yo doncella y de tan buena fama en toda la ciudad? Pues sabe que el Señor, por tu descortesía y atrevimiento quiere que no quedes sin castigo y que yo tome la venganza deste delito; y diciendo esto, con los dedos le sacó los ojos. El desdichado sacrilego, ya que se vió (aunque sin vista) libre, temeroso de la humana justicia, ya que no de la divina, lo mejor que pudo salió de su sótano, y á tienta se vino á la puerta de la iglesia, y abriéndola, se fué á su casa para llorar amargamente su pecado, llevándose de camino hartos golpes y calabazadas, así por el templo como por la calle.

Cura. Eso, hermano, misericordia fué de Dios no quitar á ese ladrón la vida, y dejarle con ella para que sin luz viese los malos pasos en que habia andado cuando tenia ojos.

Alonso. En efeto, señor, trocado mi vestido con aquel caballero, di la vuelta por el monte, con harto miedo de no venir á dar con los contrarios del difunto mozo, y por desviarme más dellos, procuré meterme por lo más espeso, á imitacion de aquel fugitivo frances, de noche por los caminos, de dia por los jarales, favoreciéndome la oscuridad de las tinieblas, por ser el postrer cuarto del menguante y haber sido algo lúmedo, que no fué poca ventura para mí. Pareceme que debí de caminar, aunque con gran trabajo, cinco leguas, porque el temor es admirable posta, que no repara en nuevo socorro de otra compañera; y así, todo se me hacia fácil. Amanecióme cerca de poblado, y por haber traído la capa del muerto, para no ser conocido cogíla muy bien y púsemela al hombro, como que venia de camino; que á llevarla tendida y entrar cubierto con ella, pudiera ser que alguno la conociera; que segun era de desgraciado, esto y más me pudiera suceder: entré en el lugar, fuíme á una tienda, compré pan y queso, comí un bocado, y tomando dos tragos de vino, proseguí mi jornada, teniendo por más seguro, á costa de mis piernas, verme en el campo, que con sosiego y dormido en alguna cárcel, pues por si lo oíste ó lo viste, ó pasaste por allí cuando el delito se cometió, aunque no tenga culpa, no muchos dias sino meses suele tener de cárcel el pobre pasajero, y aun años, principalmente si no tiene favor de persona grave que hable por él: mi

intento solo era lo más que pudiese alejarme de aquella tierra, porque escarmentando de la prision que tuve en Valencia, en solo pensar que me había de ver en otra refriega como la pasada, se me acababa la vida; y para esto determiné de seguir el camino de Zaragoza. Informéme bien para no errar; y confiado en la buena bolsa que llevaba, hallando á un carretero que iba al reino de Aragon, me concerté con él, y metiéndome en su carro, á pocas jornadas llegué á Zaragoza: pero ya, señor, es hora de recogernos: quédese aquí nuestro discurso hasta la siguiente noche; que yo tendré cuidado de acudir al servicio de vuesamerced, prosiguiendo con lo que me sucedió en Zaragoza el tiempo que en ella estuve.

Cura. Muy enhorabuena: como gustare estaré muy contento; vaya á buenas noches, y véngase mañana; que aquí le esperaré.

CAPITULO V.

Cuenta Alonso lo que le sucedió en Zaragoza hasta casarse.

Cura. Quedámos, hermano, en el camino de Zaragoza cuando caminaba metido en un carro.

Alonso. Buena memoria tiene vuesamerced, que así es como lo dice. En efeto, prosiguiendo nuestro viaje, llegué en pocos dias á la ciudad de Zaragoza, llamada en otro tiempo Saldívar, y despues por Augusto César, que la ganó y fabricó sus murallas, César Augusta, de donde, corrompido el vocablo de Augusta, se llamó Zaragoza: ciudad insigne, no tanto por la grandeza de su vecindad, pues son quince mil y más sus vecinos, ni por la fábrica de sus casas y maravillosos edificios, ni por su famoso rio Ebro, en cuya maravillosa puente, hecha de piedra, caben juntos cuatro coches, siendo la mejor que se conoce en nuestra España, sin la otra puente de madera, que sirve como resguardo de la principal para los carros; no por ser tan abundante en sí, que sin tener necesidad de otras ciudades, dentro de su tierra coge trigo, aceite, vino y seda; que no sin causa se llama Zaragoza la harta, la abundosa, la sobrada, la rica; no por tener, como tiene, tantos señores de título, condes, duques y marqueses, tantos caballeros y ciudadanos nobles; sino por ser el relicario y custodia de los innumerables santos mártires que en ella padecieron, honra de la militante Iglesia y gloria de aquella venturosa ciudad, de quien se dice que el dia en que padecieron aquellos valerosos soldados de Cristo, como si fuera de un caudaloso rio, así iba corriendo la sangre por las calles; y tambien por sus dos catedrales iglesias, la una donde tiene la silla el Arzobispo, y la otra adonde sobre aquel sagrado pilar la Emperatriz de los cielos puso sus virginales plantas, visitando á su sobrino y patron de nuestra España, Santiago; y por su grandioso hospital, pues tiene de ordinario más de seiscientos enfermos, que cura diversas enfermedades, y ochenta mil ducados de renta para regalarlos, y por sus estudios y doctísimas escuelas, donde se leen diversidad de cátedras de todas artes y ciencias, desde la gramática, retórica, artes, medicina, cánones y sagrada teología, siendo segunda Salamanca en sus doctísimos doctores y catedráticos. Aquí pues llegué un lunes de mañana, y habiendo descansado, aunque poco, en un parador, despedido y pagado mi carretero, me fui á buscar una posada, que en Zaragoza las hay

muchas y buenas. Encontré con una de una viuda, mujer de bien y con razonable hacienda, aunque, segun hube de experimentar al cabo de tres años, era lo más del marido muerto, y como tutora de dos hijos mancebos que tenia, estaba todo en su poder. Recibíome con buena gracia, dióme un aposento con su llave, y en comiendo un bocado, me salió por la ciudad buscando algun vestido para mudar el que traia, que era de camino, que no fuese de color, porque así pudiese mejor buscar alguna buena comodidad en que entretenerme. Llegué á la roperia, donde concerté un calzon de terciopelo con su ropilla, un ferreruero de raja negro, renovándome todo desde el zapato hasta el cuello y sombrero; que como tenia buen fiador en mi bolsa, no reparaba mi ropero en darme cuanto le pedia, saliendo de sus manos más galan que Gerineldos, mostrándose ya la cadena que traia sobre el jubon á vista de todos, representando con mi buena gracia y talle alguno de los caballeros de mayor renta: di un paseo por una y otra calle, poniendo todos en mí los ojos, con andar por todas partes diversidad de gente, mirándolos yo con rostro severo y grave. Ya serian como las tres de la tarde cuando, volviendo la cabeza, vi un grande acompañamiento de señores que llevaban á cristianar á un niño: metíme entre ellos; acompañélos hasta la iglesia; halléme presente á aquel santo sacramento, primera puerta de nuestra salvacion; y habiéndose hecho el bautismo, como no tenia qué hacer, parecióme irme á la posada del infante, sirviendo de escudero, mientras se pasaba lo poco que quedaba de la tarde. Púseme en procesion, cogiendo buen lugar entre todos, sirviendo de convidado, aunque no lo era, hasta entrar en una muy buena casa, al parecer de persona noble y rica, donde subiendo por una escalera, pasado un corredor, entrámos en una sala donde en un estrado estaban aguardando á los demas que con nosotros venian algunas señoras que quedaron con la madre del niño. Hechas sus cortesías, dados sus parabienes, sentados ya todos, y yo, que no refusé la carrera, salieron cuatro gentiles hombres con sus fuentes y toallas al hombro con el más regalado y abundante refresco que vi en toda mi vida, sirviendo con diferencias de dulces, no una ni cuatro veces, sino seis y siete, requiriendo de cuando en cuando con el más regalado y precioso vino que se coge en el reino.

Cura. Y el hermano, que pasaba plaza de convidado, comería y callaría como un santo.

Alonso. Prométote á vuesamerced que quien me viera, me juzgara por algun duque ó conde. Acabóse el refresco; levantáronse los huéspedes á dar las gracias á la señora parida y al señor de casa, y yo entre ellos, por no ser ingrato al beneficio recibido, llegándome á despedir, les eché más bendiciones que cuando se velaron, rogando á Dios que de allí á otro año, ó en más breve tiempo, nos hallásemos en otra tal como aquella fiesta. Volví á mi posada regalado y con sobra de confitura; tuve qué guardar y qué repartir entre los huéspedes, contando lo que me había sucedido por mi buen comedimiento. Pasóse la noche, madrugando el mártes; que como no tenia qué hacer, ni en qué ocuparme, no me hallaba: salíme á entretener por la plaza, para ver lo que tantas veces me habian contado, de las muchas cosas que en ella se vendian, así de frutas como de todo género de caza á buen precio; que la demasiada abundancia

les hace bajar gran parte de su valor. Considerélo, y hallé ser mucho ménos lo que me habían encarecido de lo que yo hallaba por experiencia. Fuíme á oír misa, y habiéndome encomendado á Dios, queriéndome volver á mi posada, por ser ya cerca de las once, al punto que iba á salir por la iglesia, vi que entraban por ella como hasta treinta ó más personas muy bien aderezadas. Reparé, miré lo que era, y vi que venían acompañando una novia, al parecer persona principal, pues traía consigo gente de tan buena capa; y engolosinado yo de la buena suerte que habia tenido el día ántes y del refresco del bautismo, dije entre mí: Yo apostaré que como hoy en la boda con los demas convidados; acordándome de aquel cuentecillo de cierto mozo que por la primera vez que echó mano á la espada y hirió á dos dellos con quien reñía, saliendo de la pendencia con nombre de valiente, cobró tanto ánimo, que á cualquiera palabrilla que le decían sacaba la hoja porque no se toniase de orin: así yo sabíame el camino, teníalo por cierto, quise probar ventura y sacar el vientre de mal año, aborrandó la costa de quel día: no miré si era aciago el mártres, segun algunos alusioneros, como si para desgracias, ó cuando Dios es servido de enviar trabajos, fuese menester ser miércoles ó sábado, pues todo depende de la voluntad divina, y ni aun solo una hoja de un árbol se mueve sin particular providencia, por quien se gobiernan, no solo las superiores causas, sino aun las más ínfimas de la tierra.

Curra. Diga, hermano, ¿pues qué motivo tuvieron los antiguos para tener al mártres por desgraciado y de poca ventura?

Alonso. Esos, señor, tomaron fundamento de los planetas, á quien la loca gentilidad fundieron por dioses, señalando á cada uno su día en que reinase, y dándole su nombre, como á la luna el lunes, el mártres á Marte, dios de las batallas, y á Mercurio el miércoles: pues como en las guerras de necesidad haya tan desastrosos sucesos, muriendo en ellas los amigos de los deudos y los conocidos, de aquí tuvo principio elaborar el día del mártres, evitando cuanto podían casarse en tales días ni hacer caminos ni pretender cosas que deseaban: pues los que tenemos fe y damos, como es razon, crédito á la verdad de las cosas, no hacemos caudal de semejantes agüeros, pues así al uno como al otro día le crió Dios para servicio del hombre, y su buena ó mala suerte no es por él, sino por la determinacion del Señor, que á cada uno da aquello que más le conviene para su bien y remedio. En el mártres aportó Dios las aguas de la tierra, mandándola se descubriese y llevase fruto conforme determinaba; y no mirando al dicho comun, ni reparando en supersticiones falsas y contra la religion cristiana, como rey católico, el rey don Felipe III, nuestro señor, de gloriosa memoria, en mártres se casó con la reina doña Margarita de Austria, nuestra señora, en la ciudad de Valencia, y fué dichoso casamiento: dígalo la venturosa sucesion que dejaron á nuestra España, el notable amor que siempre se tuvieron, y la perpetua paz en que reinaron. Pero, volviendo á nuestro propósito, dejé acabar la misa de los novios, asistiendo á los divinos oficios y sagradas bendiciones, como cada cual de los que le acompañaban; y al salir de la iglesia metíme entre todos, haciendo mi figura de buen escudero.

Llegámos á la casa de la novia, la que estaba aderezada perfectamente y como para boda. Ya era cerca de la una, y aun hora de haber comido, segun mi antigua costumbre y las ganas que tenía; aunque no se tardaron mucho en darnos de comer, llamándonos á una grande sala, adonde estaban puestas las mesas tan bien aderezadas, limpias y curiosas, como para tales dias es necesario: sentáronse todos, y yo, aunque no tomé el mejor lugar, escogí un frontero de los novios. Sacaron sus principios, fuéron sirviendo sus ántes, medios y postres, no dejando desde las perdices hasta los gruesos y manidos pavos, con tanta abundancia, que pudietan comer otros tantos como allí estábamos, y aun hubiera sobra. Entónces yo hice de las mías, cogiendo el mejor bocado, sirviendo de trinchante á los novios y regalando á otros que estaban á mi lado: hice dos ó tres brindis á la salud de la señora casada y otro á la de todos los presentes. Mirábanme, y como no me conocían, unos á otros preguntaban: ¿Quién es este gentil hombre de tan buena gracia? Respondiendo algunos: Sin duda que debe de ser deudo de la novia ó pariente del casado, que ha venido de fuera á este casamiento. Escuchabámelos yo; mas no por eso dejaba de proseguir en mis liberalidades de bolsa ajena, no perdiendo bocado que bien me estuviese; porque, señor, mozo vergonzoso no es para palacio, y los entremetidos y habladores hacen maravillas, buscan vidas, ganan de comer; encogidos, tímidos y que no saben arrojarse al turbion de aventuras, mueren de hambre; y así, por no ser uno dellos, procuraba animarme, sacando fuerzas de flaqueza, aunque si va á decir verdad, lo que comí me pudiera bastar para dos dias. Vinieron postres, alzáronse las mesas, diéronse gracias á Dios, y á los convidados se pidió perdon del poco regalo; y despidiéndome yo con mucha cortesía, se quedaron mirando unos á otros, sin saber qué decirse de lo que conmigo habia sucedido, sin haber persona que me conociese, ni entender quién me hubiese traído á la boda; pero al fin, yo procuraba valerme de mis trazas, y no solamente estas dos veces, sino otras muchas, me hallé en diversas fiestas y regocijos; que como iba tan bien puesto y mi cadena de oro al cuello, teníamne todos por más de lo que era, y pasaba plaza de algun caballero de los nobles de Zaragoza; porque, señor licenciado, no sé qué se tiene esto de andar uno en buen hábito, y más en lugar que no es conocido, porque de ordinario le juzgan conforme viste; y así, yo procuraba, mientras podía, andar á lo bizarro, presumir en galas, pisar á lo grave, hablar más de lo que era menester, y sentarme, ya que no en el mejor lugar, en el que más á propósito me parecia para mi comodidad y sosiego. No hay secreto en esta vida, señor licenciado, ni cosa fingida que pueda permanecer: experimentélo en mí propio, pues, como hablador, por haberme alabado de los sucesos que habia tenido con unos huéspedes de la posada, no hice más de apartarme dellos, cuando, como si fueran pregoneros, no quedó persona á quien no lo dijese, y de modo, que de allí adelante fué necesario retirarme á casa porque no me señalasen con el dedo por las calles por donde me paseaba; diciéndome hasta los muchachos: Veis al de la cadenilla; estas manchas tiene: no hay boda ni banquete donde no se halle, amigo de buenos bocados debe de ser; echadle

calza, no se nos pierda de vista tan buen pollo. *Secretum meum mihi*, dijo el filósofo : mi secreto para mí ha de ser; y si yo no callo, ¿qué maravilla es que otro lo diga y descubra mis faltas, ni tenga ley ni fe con quien no supo tener prudencia, teniendo edad para poder encubrir sus defectos? Acuérdomé que, siendo moznelo, ántes que los moriscos saliesen de España, estando un día en un cigarral de Toledo, entreteniéndome con unos muchachos morisquillos, les pregunté : ¿Cómo os llamais, para que de aquí adelante no ignore vuestro nombre cuando os hubiere de nombrar? El muchacho, con la simplicidad de criatura, me respondió : ¿Cuál nombre me pregunta, el de la calle ó el de la casa? Yo, que oí semejantes razones, eché de ver que no era sin algun misterio la respuesta, y le dije : Pues cómo ¿dos nombres tienes? Por tu vida que me los digas entrambos; y el niño entónces, sin hacerse mucho de rogar, me dijo : Mire, señor, en casa me llamo *Hamate*, y en la calle *Juanillo* : pero que este publicase quién él era, lo mal que sus padres le doctrinaban, la mala secta en que vivían y la pertinacia de sus errores, no era maravilla; era de tierna edad, sabía poco, decir tenía cuanto supiese, lo suyo y lo ajeno; mas una persona como la mía, más que primera, cargado de años, que con quitarme á menudo la barba, disimulaba ser ya pasante, ¿por qué habia de ser hablador ni en mi perjuicio ni en el ajeno? Pues en lo uno es poca discrecion, quitándome la honra, y en lo otro es pecado que con las riquezas que tiene el mundo no lo puede pagar, siendo, como es, de más precio el buen nombre que las palabras, oro ni plata. *Melius est bonum nomen quam divitiarum multæ*, dijo el sabio; pero á lo hecho enmienda, y punto en boca; y pues puede un hombre comer para un día entero y tiene estómago para digerir mantenimientos de sustancia gruesa, que aun el fuego material parece que liciera mucho en cocerla, ¿por qué no guardará en sí una palabra, cosa tan fácil y llevadera, que en solo cerrar los labios, siendo, como es, materia de viento, se disimulan y encubren infinitos daños? Yo pues para evitar los que habia cometido, encerréme por algunos días en la posada, no saliendo de casa sino ya de noche ó muy de mañana, cuando con más sosiego estaba la gente. Con esta traza me fuéron dejando y olvidándose la matraca que me daban; quitéme la cadena, que era como señuelo para que me mirasen. Di en andar no tan á lo grave y señor. Sucedióme con esto lo que á una señora viuda y rica, la cual, como no tuviese heredero y estudiase aficionada á un criado antiguo de su casa, mozo, hombre de bien y de buenos respetos, determinó de hacerle dueño de su hacienda casándose con él; y para esto, llamándole un día, le dió cuenta de su determinacion y del amor que le tenía. El mancebo, reparando en la demasiada desigualdad de ama á criado, del no tener á verse en prosperidad y grandeza, turbado con tanto bien, como otros con mucho mal, procuró, agradecido, estorbar el intento, significándola con muchas razones eficaces lo mal que parecia á cuantos la conocían y trataban el ver que, ya que mudaba de estado, escogía por marido á un hombre á quien ella le habia levantado del polvo de la tierra, pudiendo acomodarse una mujer de tantas prendas, hermosa, moza y rica, con persona que la estimase, siendo á gusto de todos sus deudos, á quien tenía

obligacion de respetar, siendo, como era, de lo mejor de su pueblo. Oyóle la viuda, y díjole : Bien dices; quédese por ahora y quitemos todo género de murmuracion, y saca el macho del malogrado de tu amo, échale unas aguaderas en que puedas traer toda el agua que fuere menester para casa. El eriado hizo lo que le mandaba, y acarreado el agua con el macho, admirábanse los vecinos, reprendían el mal tratamiento de una bestia de tanta estima, pues la empleaban en el trabajo que era propio de un jumento. Preguntábale la señora al mancebo qué oía decir por la ciudad del nuevo ejercicio de aguadero; y el mozo, apesarado, la respondió, diciéndole : Oigo tanto, que me pesa del mal nombre que vuesamerced ha cobrado con el vulgo, pues tiene en poco una joya que tanto estimó mi señor, que esté en el cielo. Mas la dueña, riendo le volvió á mandar que prosiguiese en el nuevo oficio y no le dejase. Pasáronse algunos días, en que le volvió á preguntar qué se decía ya; si se acordaban del mal gobierno de su casa, del poco cuidado de su hacienda y poca estima de su macho, en algun tiempo tan regalado de su dueño. Ya, señora, respondió el eriado, como cosa comun y ordinaria, aunque me ven, no hay quien me diga nada, ni se acuerdan del macho ni de su amo. Pues así será mi determinacion; bien puedo casarme; que el decir, durar puede cuando más ocho ó quince días, y despues con el tiempo se olvidará todo; como á mí me sucedió, que en retirándome de no andar por algunos días, y en mudándome de vestido, como si tal no hubiera pasado, así no hubo de mi memoria. Frequentaba mis paseos por aquellas tan anchurosas calles, por donde, sin estorbarse, por algunas dellas caben juntos seis coches, y de mis paseos no dejé de sacar algun fruto, pues por ser de buen talle, razonable rostro, algo aseado y luido, no faltó quien pusiese en mí los ojos.

Cura. ¿Oh pobre de mi hermano! ¿Y en eso habia de venir á parar, en enamorado?

Alonso. No, señor, mi aficion fué lícita, santa y buena, pues fué enderezada para matrimonio, primer sacramento en el mundo, y tan necesario, que en él se aumentan los hombres y se ocupan las sillas que perdieron aquellos soberbios y desobedientes espíritus. Bien es verdad que no habia cosa que más aborreciese que casarme, y que pudiera decir con el otro poeta en su romance :

Aquí de Dios que me casan :
Malos años, no hay justicia.

Pero echando de ver que casarse era como ir á las Indias, que unos vuelven ricos y otros sin blanca, y no sabía cuál destos habia de ser, conforme á lo del filósofo : *Uxorem duxisti, navigasti*; hasta casado, entrado has en la mar; y como en ella se levantan cuando muy quieta está las olas que llegan á las estrellas, y las combatidas naves, levantadas en montes de agua, unas veces llegan á las nubes y otras veces bajan al centro de la tierra; así los pobres casados padecen innumerables fortunas, dificultades y trabajos; y el otro juriconsulto, encareciendo las miserias de los que navegan, propio retrato de los que se casan, dijo : *Navigantes, neque inter vivos, neque inter mortuos connumerantur, sed ut aliud genus hominum*. Los que pasan la mar ni se cuentan entre los muertos, sino que son otro género de

hombres, que están tan cerca de la muerte como de la vida. Petronio Arbitro, poeta, aborrecia el casamiento de suerte, que en sus versos dijo :

*Pessima res uxor, pœterit tamen utilis esse,
Si breviter moriens, det tibi quicquid habet.*

Terrible es la mujer casada, y podrá ser de gran provecho si, muriéndose dentro de pocos dias, le dejare por heredero de su hacienda. No ignoraba, señor licenciado, la excelencia y mejoría de estado que tienen los religiosos y los que conservan la limpieza y virginidad de sus cuerpos, semejantes á los que asisten con el Cordero celestial; y que el estado del viudo es más perfecto que el de casado; pero para el flaco y que no quiere conservarse con tanta perfeccion, como dice el predicador de las gentes san Pablo : *Melius est nubere quam uri*; mejor es casarse que quemarse : así yo no sé por cuáles respetos, interviniendo algunos amigos que de mi posada se me llegaron, vine á mostrar alguna alicion para mudar nuevo trato de vida; y para esto, como hubiese oído que cerca de mi casa vivia una viuda rica, de mediana edad, no tan hermosa como la fundadora de Cartago, ni tan servida ni codiciada como Policena, me determiné de mi parte se le diese un recado, ofreciéndome por su servidor y verdadero amante, con debido contrato de matrimonio : no se descuidaron los casamenteros, pues como personas cuidadosas y que me hacian merced, en solos dos dias me llevaron á vistas.

Cura. En verdad, hermano, que me lia de contar las gracias de la señora novia; que pues la noche es larga, entretenernos liemos en su visita.

Alonso. Tan presente la tengo en la hora de ahora como cuando Dios la tenia en este siglo; y así, me costará poco el cansar mi memoria en lo que vuesamerced me manda. Era mi bien lograda mujer pasante en edad, de razonable cara, aunque con algunas arrugas, surcos de los años sesenta y dos que tenia, desmoronadas las almenas de la boca, con cuatro ó seis portillos, que se cubrian no demasiado, por un poco de bozo con que se cubrian, aunque no bastante al disimulo de dos grandes colmillos, que salian afuera : anchurosa la frente, razonable nariz, buenos ojos, pero corta de vista; no muy alta de cuerpo ni muy baja; para su cabello no eran menester trenzados, porque de una enfermedad ó corrimiento me dijeron no le habia quedado cañon en su cabeza, y toda ella era de modo, que á llamarse Marina se pudiera decir por mi mujer aquella letrilla que compuso un poeta de otra novia, cuando la llevaban á la iglesia :

*Moveráos, Marina, á risa,
Sirviendo de jugueteillo,
Pues la llevan de un colmillo
Cuando sale novia á misa.*

Con sus tachas, buenas ó malas, acepté con su envite, y no me descontentó, por parecerme que era de buen entendimiento, por las pocas y buenas razones que me dijo; que si de edad más que suficiente, consideré que era lo que á mí más me convenia, llevando mujer que me aconsejase de gobierno, y para mí regalo la que habia menester, sin andarme á domar potros, mozuclas de todo el dia en la ventana, edad codiciosa de ser vistas, desproporcionada para una persona como la mia. Habiendo dejado á una parte el año

climatérico, ayudando mi buen propósito verla con casa de suyo bien alhajada y con oficio de comadre, que por lo ménos en una ciudad como Zaragoza, teniendo el crédito que tenia, era forzoso ganar de comer para todos y salir con su industria mejorado : mostréme el rato que con mi viuda estuve más elocuente que el griego Demóstenes, más amoroso que Macías, y más derretido que un portugues, lance forzoso de los dias primeros del noviciado. Despedime de mi señora, concertando el dia de nuestro desposorio, que con los amigos que se me allegaron, aunque extranjero, se pudo negociar fácilmente, alegando todos ser soltero, conocerme por hombre de bien, buen cristiano, temeroso de Dios, y de buena conciencia. Con esto tuvo efecto lo que pretendia, y con la brevedad posible me desposé y recibí la bendicion de nuestra madre la Iglesia, celebrando mis bodas con el regocijo y contento que puedo encarecer á vuesamerced, pronosticándome para adelante una vida quieta y sossegada y de mucho descanso.

Cura. Gracias á Dios, hermano, que salió de con amo, y que le veo ya señor de su casa, rico y de buena ventura.

Alonso. Engañanse los hombres, y prométense vida cuando están á las puertas de la muerte, conforme á lo que escribió un poeta en cuatro versos :

*¡Del prometer al cumplir
Qué leguas hay de distancia,
Y qué de cosas se esperan
Con engañosa esperanza!*

Trocóse la suerte, y ántes de acabarse el pan de la boda empezaron mis nuevos trabajos y desventuras: descubrió la hilaza mi señora mujer y dió señal de quien era; no trató verdad conmigo, pues no contentándose con ser viuda, vieja y con dos hijos mayores que su padre, que en sabiendo la mudanza de estado, vinieron de veinte leguas, donde residian, para quedarse en nuestra compañía, que á dos por tres, por una palabra que la hablaba, nunca pisada la serpiente del descuidado y tosco pié del labrador grosero volvió con más ira, meneando la ponzoñosa lengua, como la víbora de mi compañera, dada para purgatorio de mis grandes culpas, se volvía para mí de suerte, que si la pendencia empezaba á las seis de la mañana, habia de durar hasta las seis de otro dia, porque se cumpliesen las veinte y cuatro horas y no quedase falto el término por su ocasion. Mírase en el dote, en la nobleza, en la hermosura, en si es sana ó enferma una mujer para casarse ó meterse monja, y no se repara en los dotes del alma, en la discrecion, en las costumbres, en el buen natural, en el ser afable, bien acondicionada, honesta, recogida y que no haya de ser verdugo del desdichado que la lia de llevar. Riquezas, bienes temporales, honras y nobleza herédanse de los padres; mas la buena mujer dice la Sabiduría que es dón de Dios : *Honores et divitiæ dantur à patre, uxor autem bona à Deo. In manibus tuis sortes tuæ*, dice el Profeta; en tus manos, señor, está mi suerte; y quien la hubo buena, estina su dicha, y quien no, tal indulgencia tendrá de sus pecados, si pacíficamente sufre lo que sufre, lo que padece y lo que llevé, sin darlo á entender á mis vecinos, que como no habian de remediar mis desdichas, callábamelas yo y disimulaba, cerrando la puerta de mi casa, diciendo

lo que el otro santo afligió ayunque en sufrimiento de miseria y desventuras : *Hac quæ patimur, peccata nostra merere* ; si padezco persecuciones y trabajos , pecados son míos , bien lo merezco. Verdad es , señor licenciado , que si quisiera presumir de valiente y arrogado , no me atreviera por temor de los dos alanos que tenía á los lados , dos nozotes , que el que ménos tenía pasaba de veinte y cinco , para decir y hacer de modo que eran tres al molino , y yo , como buen Juan , había de sufrir y callar. Acordábame de un manchego recién casado , á quien deparó Dios una compañera bien semejante á la que yo tenía , que habiéndole contado los casamenteros su vida y milagros , en desposándose que se desposó , la miró la cabeza y brazos , y preguntándole ella qué ceremonia era aquella , la respondió : Me han dicho , señora , que es vuesamerced muy mal acondicionada , y que á pesadumbres quitó la vida al otro marido , y hallo por mi cuenta que es testimonio que la levantan , pues con haber poco más de quince días que enviudó , no tiene señal en el rostro ni cicatrices en la cabeza ; el brazo está entero , y yo no hallo lesión alguna ; de donde colijo que debe de ser vuesamerced una santa ; que á ser tal como me dijeron y tan desabrida de condicion , no era posible sino que alguna vez saliera de madre el pacífico marido mi antecesor , dejando impresas algunas señales de su cólera. Y palabras fuéron estas de tanta eficacia para la recién desposada , que en cuanto duró el matrimonio nunca tuvo pesadumbre con su marido , temerosa de lo que al principio le había oído decir.

CAPÍTULO VI.

Prosigue Alonso contando lo que le sucedió en el matrimonio , hasta que enviudó.

Cura. No me parece bien semejante trato , que ha de ser verdugo de su mujer el hombre casado ; ántes la ha de amar , respetar y querer ; que el andar de otro modo es de gente bárbara sin Dios ni ley ni razon ; y que el que se casa no recibe á su mujer por esclava , sino por su compañera , alivio de sus trabajos , consuelo de sus penas , y medio eficaz para el fruto que se consigue del matrimonio.

Alonso. Así es verdad , que jamas me pareció bien el jugar de manos , el mal tratamiento , el hablar con descortesía y el maldecir á los casamenteros ; dejado aparte que es de gente ruin y baja usar de semejante término , como si ellos tuvieran la culpa de sus pesadumbres. Pero , señor , el medio que tomaba para estorbar algunos daños que suelen seguir de demandas y respuestas , era tomar la capa y salirme de casa , siguiendo el consejo del Sabio : *Dale locum iræ* ; dad lugar á la ira , dejad pasar aquel primer ímpetu , y no encendais más el fuego de la cólera. Hacíalo así el filósofo Sócrates ; el cual , como estuviese casado con una víbora en figura de mujer , un día fuéron tantas las voces que dió y palabras descomedidas que dijo al pobre marido , que por evitar algun descendimiento de manos , tuvo por bien bajarse al patio y dejarla decir hasta que se cansase. La desbaratada mujer , no contenta con lo que había dicho y hecho , viendo el poco caso que Sócrates hacía della , y que estaba al cabo de la escalera , tomó un caldero lleno de agua y echósele encima. El buen hombre , en lugar de tomar venganza de seme-

jante atrevimiento , riéndose , la dijo : Ya yo me espantaba , señora , que dejaba de llover habiendo atronado tanto.

Cura. Ejemplo fué ese para los maridos impertinentes que ahora se usan , para los que por liviana causa ponen á sus mujeres como á las hijas del Cid , para los holgazanes que procuran que ellas trabajen cuando ellos se pasean , teniendo obligacion de sustentar su casa con su trabajo y sudor cuando no tienen renta con que poder hacerlo.

Alonso. A ese propósito me acuerdo haber oído decir de un bellaco mal acondicionado , que por liviana ocasion que la pobre mujer le daba , llegándose á ella con amorosas y fingidas razones , con voz alta , de suerte que sus vecinas le oyesen , le decía : Válgala Dios , hermana , ¿ no callara y mudara esa mala condicion que tiene ? Y con esto la daba un pellizco que la dejaba fuera de sí con el dolor que sentía. La pobre casada pedía justicia al cielo de sus agravios , favor á sus vecinos , que culpaban sus gritos , oyendo las buenas palabras del taimado marido , alabándole por un santo , y á ella teniéndola en reputacion de una mujer sin término , corazon ni entendimiento.

Cura. Ahora dígame , hermano , ¿ de qué modo empezó á llevarse tan mal con esa señora ? ¿ Qué principio tuvo ? ¿ Qué ocasion la dió ?

Alonso. Dos capítulos me puso ; y con lo que más procuró , entre otras cosas , para hacerme cargo , fué el decir que era yo desabrido , desamorado , seco , sin jugo , y que no la mostraba el amor que ella quisiera.

Cura. En esto razon tenía.

Alonso. Ya los tiempos no corren como solian : las ternezas y azucaradas razones son propias de desvanecidos poetas , que no dejan diosa , sol , luna , estrella , aurora , clavel ni azucena , que no los comparen con sus damas : van al mar , sacan las perlas para sus dientes , y estiman en poco el oro de Arabia para compararlo con sus cabellos , como si no pudiesen tener liendres y de cuando en cuando criar otras sabandijas. Hacía burla de un aficionado poeta otro que , aunque lo era , no lo estaba ; y con una redondilla le dijo , dándole matraca :

Venturosa fregoncilla ,
Pues mereció cada hora
Ser llamada bella aurora ,
Siendo moza de zorrilla.

Llamar corazon , alma , vida y paraíso un hombre á su mujer , señor licenciado , bien se ve que es mentira : yo , como persona amiga de verdad , nunca pude inclinarme á semejantes razones ; y para bien de paz la rogué que se contentase con ser señora de su casa , con ser la regalada , la querida , y con esto aun no estaba alegre : señal ciertísima y patognomónica de su mala inclinacion. Yo , señor , de mi natural era encogido , nada desenvuelto , y pedirme más que sí ó no , era pedir peras al olmo : retrato verdadero , si no era el original , del Macías , que , enamorado de una ninfa por quien andaba muerto , quejándose de su ausencia y desfogando el pecho del incendio en que se abrasaba , adquiriendo nuevo espíritu que le alentase , suspirando dijo :

Suspiro , vé á Magdalena ,
Vete á Magdalena , y dile

Que si está hilando, que hilo,
Que hile muy enhorabuena.

No topaba aun en esto solo el estar conmigo tan desabrida mi mal acondicionada consorte, sino que deseaba que me ajustase yo tan á su gusto, que no hubiese más de un querer, una voluntad con la suya : de modo que de dos sujetos quedase propiamente en solo uno, sin haber division, siendo impertinencia lo que me pedía, como en otras cosas tenia de costumbre.

Cura. Diga, hermano, ¿ qué era ?

Alonso. Como ella era viuda, del pasado marido tenia guardados unos jubones tan al gusto, que habia de ser el que se los pusiera tan parecido á los sayones que se solian pintar en el martirio de algun santo; y con este gentil aderezo queria que saliese yo á dar que reir por la ciudad, y que me corriesen los niños : dióme un día un sayo tan cumplido de guarnicion, tan corto de talle y ancho de manga, que se debió acordar dél y de lo guarnecido un poeta cuando dijo el aderezo con que salió una novia mal aderezada :

La guarnicion era tal,
Que entiendo que el oficial,
Al tiempo que la cortó,
Sin duda que imaginó
Que era para algun frontal

Muy labradas á carreras
Las mangas, y tan groseras,
Que cuando se descogian,
Con el viento parecian
Dos grandisimas banderas

Procurarla yo meterla por camino, era como predicar en desierto, diciéndola : Advertid, señora, que ya se pasó el tiempo del conde don Peranzules, y que nuestra España de cada día usa nuevos trajes, no bastando pragmáticas y provisiones para remediar tan numerables gastos, sacando cada uno nueva traza, nuevo modo de vestir, no más de como le pasó por la cabeza, imitándole todos como á verdadero restaurador de las galas, y de mayor curiosidad, ya perdida en el mundo. Usa el italiano, el frances, el flamenco, el inglés, el turco, el indio, desde que tuvo principio su nacion, de una misma forma de vestido, sin haber mudado el uno ni el otro el turbante, y solo el español es variable, no habiendo camaleon que así nude de colores como él de trajes y diversas hechuras; que esta debió de ser la ocasion que tomó el otro pintor, que retratando todas las naciones, á cada una la fué vistiendo con el hábito que siempre ha guardado; y llegando al español, pintóle en carnes y con un paño entero al hombro, y esta letra por orla :

El se corta de vestir,
Y aunque pase de lo justo,
Andará siempre á su gusto.

Cura. En verdad, hermano, que tiene razon; que aun con tener yo más de cincuenta años, poco más ó ménos, tengo experiencia de la diversidad de zapatos que se han usado, tan diferentes en su hechura, porque unos vi redondos, otros puntiagudos, de una suela, de dos, y de tres, y de cuatro; otros romos, con orejas y sin ellas, largos de pala y corta; y si en el calzado es esto, ¿ qué será en lo demas ?

Alonso. Lo que veo, señor, es que como las edades se van acabando y el mundo va siempre como la rueda de la fortuna, dando vueltas, viénese á usar al presente lo que se habia usado en tiempo de don Pelayo, y esas melenas y guedejas que vuesa merced ve usar á los galanctes, no es de ahora, que así las traian los soldados del Cid, y de aquí á treinta años, si Dios es servido, veudrá

otro uso, y lo que hay de sobra de cabellos en esta éra, en la venidera ha de ser estar todos calvos; que no habrá otra dificultad más de decir uno : Esto vi en corte, Fulano traia la cabeza desta suerte. En las Indias se tiene por honra la calvez, y es de modo, que los muy poblados de cabello, para imitar á los que no le tienen, á navaja procuran quitárselo, siendo monos de naturaleza; que no hay reino que no tenga su plaga. Mas volviendo á nuestro propósito, el ser yo tan bien acondicionado imaginó que fué la razon de ser mi ama tan desabrida y terrible conmigo, por no ser yo como un casado de quien se cuenta que, por ser tan mal acondicionado, su mujer le quitaba cuantas ocasiones echaba de ver que le podian causar algun enojo, escarmentada de que todas las pesadumbres de su casa las habia de pagar ella, como principal fiador de sus impertinencias. Pues como un día la hubiese enviado dos libras de peces, diciéndole el que los trujo que los aderezase luego para cenar, porque ya venia su marido; como persona de cuidado, procuró tener la cena á punto, puesta su mesa de suerte que, aunque su condicion era terrible, no tuviese en qué topar para salir de juicio con su demasida cólera, como acostumbraba de ordinario. Llegóse la hora de la cena, vino á su posada el marido con la gracia que solia, ó con mucha peor, pidió le sacase qué comer, y ella trujo unos peces fritos. ¡ Oh mala mujer ! ¿ Qué has hecho ? dijo el marido; yo no los queria desta suerte, sino cocidos. Tambien los hay como los quereis, respondió la casada, y sin detenerse se los puso en la mesa. No sabeis darme gusto en cosa, replicó con mucho enojo el dueño de casa, que adonde habia peces tan crecidos, más sabrosos fueran asados y con pimienta y agrura, y no desafortunada. No parece sino que estaba yo imaginando lo que habiades de pedirme; tambien los tengo asados, pimiénta está molida, y naranjas no os pueden faltar; que dos teneis en vuestra mesa, respondió la buena mujer.

Cura. Por malo que fuese un hombre, no era posible llevarse mal con tal mujer, y más adivinándole los pensamientos para cuanto la pedia.

Alonso. Así lo digo yo, señor, que cuando uno no quiere, dos no barajan; pero mi compañera no andaba conmigo dese modo, sino que si la decia blanco, habia de ser negro; si azul, colorado. Era un espíritu de contradiccion dado de Dios para purgatorio de mis graves culpas. Su plática comun y sus pensamientos eran : Así yo me vea con unas tocas largas y monjil, y me saque de poder deste holgazan de mi marido; y aunque por dos ó tres veces estuve para ello, que cuantos me veian afirmaban no haber de ser posible vivir, ayudando ella por su parte á sacarlos verdaderos, con todo eso me tuve firme, y no quiso el Señor quedase en la demanda, sucediendo por mí lo que á un pobre hombre, á quien su mujer le trataba tan mal, con estar débil y flaco de unas calenturas que tenia, que sus vecinas, movidas de compasion, y el médico que le curaba, la comenzaron á reprehender con alguna aspereza, diciéndola : Mirad que es cargo de conciencia no tener cuidado con este enfermo, y más teniéndole tan á la muerte, vos tan obligada á mirar por su regalo y no dejarle morir de hambre : mirad por él enhorabuena ó en la otra, ó si no, llévenle á un hospital; que más regalado estará allí que en vuesa-

tro poder. ¿Eso me dices á mí y en mi cara? Pues en verdad que está allí colgada la gallina y que va comiendo della, dijo la descuidada enfermera, y con mucha cólera; y el médico con mucha llenia la respondió: Ya yo veo que es verdad lo que decís; que el ave allí está colgada, y se habrá comido la cabeza, que esa falta: los sesos le valdrán más que un pisto, y no quedará ahito ni será menester echarle melecina contra el embargo. Dábame en cara los más días en que yo no la truje ninguna hacienda, y que sustentaba y me daba de comer sin ganarla un real; y no echaba de ver á sus galeotes paseantes de día y de noche, que para sacarlos cada mes de la cárcel no tenía hacienda, ni fueran bastantes muchos ducados para aliviar la pereza de un escribano, los pasos lerdos de un procurador, el acriminar las cosas de un fiscal, y aplacar el rigor de un enojado juez: y séle decir á vuesamerced que ya que no sobraban, era demasiada mi solicitud, mis humillaciones, mis ruegos, mi buena plática y buena retórica: de modo que todos esos señores solían decir que con mi crianza y buenas razones los tenía obligados para hacer por mí cuanto les pidiese; dejado aparte que, siquiera por ser su ordinario escudero, merecía suficiente salario para mi cógrua sustentación, porque yo era el que la acompañaba á cuantos partos la llamaban: verdad es que no se perdía nada, porque, como ya conocido por marido de la señora comadre, la parida, el señor de la casa, la madre, tía ó hermana, nunca dejaban de regalarme, principalmente si el parto iba largo y nos quedábamos toda la noche en vela, no me descuidando de ganar las albricias de ser infante ó infanta; que si daba buena nueva á quien deseaba varon, era poco darme un ferreruelo y ropilla, haciéndoseme toda mortal veneno con los desabrimientos de mi mujer. Procuré de hablar á algunas vecinas y amigas; comuniquélo con su confesor, que era un alma bendita, y aunque se corrigió por algunos días, duróle poco la enmienda, volviéndose á lo que ántes, si no peor; viniéndola á suceder lo que á una gata regalada de la diosa Vénus; mas quede por ahora para otro día; que ya estará vuesamerced cansado de oírme.

Cura. Prosigas, hermano; que á sentirme cansado, yo se lo dijera.

Alonso. Tenía una gata la diosa Vénus, que había criado desde pequeña, tan regalada, lucida y gruesa como suelen ser las de un relitorio: tanto la amaba, que si fuera galan no la pudiera decir mayores requiebros; del modo que algunas doncellas simples, que en teniendo un falderillo, no hay madre que á su hijo puesto á los pechos le diga mayores locuras, llamándole rey, papa, emperador, duque, marqués: como ellas suelen mostrar su demasiada afición con encarecimiento y amorosas razones, así nuestra diosa debía de ser algo niña, y por el amor que la tenía, para mostrársele más de veras, la pareció ser justo volverla en una dueña honrada. Como lo imaginó y trazó, lo puso por obra, y con absoluto poder la volvió en una hermosa y bien dispuesta dueña reverenda, de tocas largas. Sucedió que en este tiempo, por la merced que se le hizo á Hércules, en satisfacción de su desgraciada muerte por el mal consejo del vengativo Centauro, con la engañada Beyerira, quedando con su ensangrentada camisa hecho otro volcán de fuego, y su padre Júpiter para hon-

rarle le volvió en luciente estrella; todas las diosas y ninfas de los ríos, agradecidas á tan señalada merced y liberalidad, dándole las gracias, de una en una le fueron haciendo un franco y regalado convite, adonde no solo acudió el famoso dios, sino todos los demás dioses, juntamente con sus mujeres, desde Saturno hasta el remojado Neptuno; y así, le vino á caer el día de su fiesta á la diosa Vénus. Puestas las mesas, sentados los dioses, comenzada la música de Orfeo, atendiendo todos á la suavidad de su vihuela, acertó á salir por la sala un ratón paseándose de una parte á otra, no con poca risa de los convidados, viendo un animalejo con tanta desenvoltura (que verdaderamente si no fuera por el mal olor que causa y por ser tan nocivo adonde auda, no dejando cosa que no roiga ni esté segura de sus dienteillos, pudiera servir de juguete y tenerle por entretenimiento). Fué en ocasión el caso en que acertó á salir la señora dueña de la diosa, ántes gata, y ya con tan reverendas tocas, que quien la viera forzosamente la había de juzgar por una grande y reverenda viuda. Traía al hombro una toalla, en la una mano una fuente de oro, y en la otra un aguamanil de lo mismo, insignias de los que han de dar agua á manos á los convidados. Llegó á la mitad de la sala, hizo la reverencia á los dioses, y como el ratoncillo volviese á su paseo, fueronle los ojos; y sin reparar á lo que venía, á la gravedad del lugar y á los que la habían de ver en tal desacato, y á ser ya en persona de cuenta, y que ya no era gata como ántes, ni á la merced recibida, arrojó la fuente, derribó la toalla, dejó caer el aguamanil, y alzándose las sayas y tocas, comenzó á correr tan desahogado por la sala, que á pocos lances y saltos, con la boca vino á coger el animalejo, y como si hubiera hecho una gran hazaña, se le puso en la falda de su señora, como solía en otros tiempos. Miráronse los dioses unos á otros, las diosas y ninfas se azoraron un poco, y algo melindrosas, dieron muestras de algun sobresalto de miedo: corrióse Vénus de la afrenta que la había hecho su sonlocada dueña, y hecha un fuego de cólera, vuelta para la mal inconsiderada sirvienta, la dijo: Gata fuiste, y gata serás; y pues al cabo de tantos años que te he criado te vuelves á tu natural inclinación, deja el grave monjit y reverendas tocas, y coge los ratones que vieres; que quien nace para ser ruin y de bajos pensamientos, sacarle de oficios groseros y de poca estima para que suba á honrosos cargos y dignidades, es quitar al sol que dé su luz, á la piedra que no baje á su centro, y al fuego que no se apague y muera con el agua, su mortal enemiga. Esto dijo la diosa, y al punto volvió la reverenda dueña á lo que ántes era, quedándose en forma de gata. Ya sospecho que vuesamerced me tiene entendido. Mi señora mujer disimuló su natural inclinación, tuvo paz conmigo algunos días, causóse del bien, y buscó mi mal; y si ántes era vengativa, maldiciente, gruñidora y mal hablada, con la vejez, por su mala inclinación de allí adelante fué pregonero en el gritar, taravilla de molino en desasosiego contra mí, y un mortal enemigo y solícito fiscal de mis ligeras culpas. Pasé esta vida de galeras dos años y medio y catorce días, cinco mil años para mi tormento; pero quien presto se determina, también se arrepiente presto, dijo un poeta; y el cordobés Séneca: *Præquam facias consulto, ubi consulueris mature facto*

opus est; hermano, ántes que hagas la cosa, considérala bien, y despues de considerada, podrás hacer lo que mejor te estuviere.

Cura. Razon tiene en lo que dice; pero él se lo quiso y se lo buscó, paciencia habrá de tener.

Alonso. Sucedióme á mí, señor licenciado, lo que á un buen hombre, verdadero retrato mio, el cual el dia que se casó de secreto, se llegó á comunicar su negocio con algunos deudos y amigos suyos, á quien les dijo muchas causas que le movian para elegir por mujer á la señora Fulana, por quien andaba perdido años habia; las muchas esperanzas que tenia, si con ella casase, de vivir en perpetua paz y sosiego; las grandes expectativas de sus herencias, y el mucho dote que le traian; dejado aparte su gran hermosura y gracias con que la habia dotado el cielo. Atendiendo á todas estas razones, un su primo, como deudo más cercano, muy viejo y de mayor experiencia, le respondió: Hermano, de ningún modo es conviene ese casamiento por muchas razones: la primera, por la general, que esa señora no es legítima, sino hija de una mujer de mala fama, y la suya no ha sido muy buena; no está muy sana, y malas lenguas han dicho que, aunque se ha sudado, serán necesarias unciones, por dos cuernecillos ó gomas que la salen en la frente; es algo corcovada por el dolor que dicen que padece de riñones; no tiene dientes, y los que trae los hizo un barbero; no es tan niña, que ya no pase de sesenta y dos; no tan bien acondicionada, que no traiga revuelto el barrio donde vive, y á sus vecinas no las deje vivir con perpetuas pendencias: el dote suyo son dos casas viejas, que para repararlas no teneis hacienda; para que herede de su tío ha de ser necesario que se muera todo el género humano. Estas gracias tiene la que me decís: harto os he dicho, miradlo. El otro entónces, con la paciencia mayor del mundo, le respondió diciendo: Pues ya no tiene remedio, ya está hecho, ya me casé, ya está la novia en mi casa; si yo me lo quise, yo me lo sufriré mientras que el Señor fuere servido que lleve tan trabajoso purgatorio, pues al fin no son los hombres eternos, y al cuervo y al ciervo, aunque viven doscientos años, también viene la muerte por ellos; y los más fuertes y soberbios edificios los consume el tiempo, y contra él no hay salud perpetua ni gigante que no venga al suelo. Vióse manifestamente en mi bien lograda mujer, pues con parecer en su fortaleza y robusto natural eterna en el vivir, con un catarrillo, una nonada de enfermedad que la dió de venir una noche de un parto, le sobrevino una perlesía á todo el lado derecho, cogiéndola la lengua de modo, que fué ventura poderse confesar y pedir misericordia á Dios; que si algun consuelo tengo en todos mis trabajos es conocerla yo que, fuera de aquellas recidumbres y cóleras, era lo que se podía desear, buena y honrada. Vivió con su accidente seis dias, y á la entrada del sétimo dia dió cuenta al Señor de sus pecados, dejándome á mí libre y metido en nuevas persecuciones y penas. Cerró mi mujer los ojos, y los abrieron sus dos hijos, que como padrastro me pusieron, dejándome en carnes, sacándome la hacienda que ellos ni su madre no habian ganado, sino yo adquirido por mi sudor y buena industria, pudiendo decir lo que dijo un viudo pobre, á quien, por habérsele muerto la mujer y sin dejar hijo alguno que heredase, le quitaron toda

la hacienda, y consolado en alguna manera, escribiendo una letra á un su amigo, dijo:

Lunes murió mi mujer:
; Mártes, todo lo destruyes!
Acabáronse en un día
Dineros y pesadumbres.

No valió el decir que habia traído doscientos ducados cuando me casé con la difunta, que vine á su poder bien tratado, con dos pares de vestidos y algunas joyuelas de oro, para que me diesen algo de lo que quedaba, sino que por justicia me echaron de casa mis dos enemigos y sus tíos, cumplida la novena, dejándome con sola una sotanilla de bayeta y un sombrero no muy bueno y sin aforro, como de viudo. Véame aquí vuesa-merced dejado de todos, sin blanca, desacomodado, mal vestido y sin saber adónde recogerme. Lloraba á mi desabrida mujer, que, aunque mala, todavía con ella no me faltara cena ni cama, ni mis contrarios me quitaran la hacienda por el dote de su madre: entraba conmigo en consejo, considerando adóndeirme: si en casa de los amigos que convidé para mi boda, ya era otro tiempo; entónces rico y al presente pobre; y el adagio comun me lo enseñaba:

*Donec eris felix, multos numerabis amicos;
Tempora si fuerint nubila, solus eris.*

Ten por entendido, hermano, que si fueres rico, estuvieres próspero y abundante de bienes de fortuna, hallarás y tendrás muchos amigos; pero si al contrario fueres pobre, y la fortuna y tiempo dieren con tus bienes al traste, has de verte solo, y sin hallar quién te dé la mano. Todo lo echaba de ver; mas como á los entremetidos haya fortuna prometido su favor, cobrando algun ánimo, me fui á la posada antigua de donde habia salido para casarme, hallé á los huéspedes, y pedíles algun socorro para poder salir de Zaragoza, donde por ser ya conocido, no me estaba bien quedar en la ciudad. Alligériíseme de verme, y yo con ellos me enternecí, acordándome del modo que llegué á su casa, y cómo entónces me habia de salir con tanta necesidad, pobre y miserable: movidos de lástima, me dieron doce reales, con que habiendo cenado y dormido aquella noche, en oyendo misa, despedido dellos, me fui á un parador, buscando algun carretero con quien poder salir de una ciudad en que tantas desdichas me habian sucedido, determinandoirme adonde quiera que fuese; y deparóme Dios un hombre tan de partida para Portugal, que tenia uncidas ya dos mulas al yugo del carro, y acababa de aparejar otras dos que llevaba por reatas. Lleguéme á él, habléle comedidamente, preguntándole si me podría llevar consigo; y respondiéndome que por tener tan ocupado el carro y ser mucho el peso que llevaba no era posible acomodarme; pero que, pues no era enfermo y de buena edad, pues él habia de ir poco á poco, y las jornadas de los carreteros, cuando más largas, cada dia son siete y ocho leguas, bien podríairme con él, ofreciéndoseme de que á ratos él se aparearía para que, subiendo yo en su lugar, me aliviase del trabajo del camino. De tan buenas razones y ofertas le di las gracias; y así, los dos salimos juntos del parador, tomando el camino del famoso reino de Portugal. Mas pues ya es tarde y hora de que vuesa-merced se re-

coja, quédese en este punto hasta mañana, que, siendo Dios servido, proseguiré con mi viaje.

Cura. Razon tiene; que ya estará cansado: váyase con Dios; que mañana le aguardo.

CAPITULO VII.

Da cuenta Alonso de su llegada á Lisboa, y cómo entró á servir de mayordomo á un caballero portugués.

Alonso. Préciome de obediente, y más con vuesamerced; y así, vengo puntual á lo que se me mandó.

Cura. Prométole, hermano, que me ha dado mucho contento: no se nos pase la noche; prosiga, y advierta que es la jornada de Portugal.

Alonso. Así es como vuesamerced lo dice, y ruego á Dios que no se me olvide; que no fué viaje para mí de menor trabajo que los demás. En efeto, salí de Zaragoza con mi carretero, hombre tan de bien y buen término, que le quedé en obligación miéntras la vida me durare; que el ser agradecido y acordarme de los beneficios recibidos fué costumbre mía muy de atras, que la ingratitud es el pecado que más aborrece Dios, y de ingratos suelen decir que sellena el infierno. Recibí de mi compañero en todo el camino muy buenas obras, así dándome de comer como dejándome subir muchas leguas en el pértigo del carro, aunque el bien que me hacia no le echaba en saco roto; porque, como llevaba cuatro mulas, tenía yo comedimiento de ayudarle, así en darlas de comer como en aderezarlas en sus colleras y cuerdas: de modo que conmigo ahorraba un mozo á quien dar salario, ya que á mí me sustentaba. Llevámos nuestro viaje con la mayor conformidad del mundo hasta entrar en Lisboa, cabeza del reino de Portugal, de las mejores que el mundo tiene; porque, dejando aparte su grandeza y máquina de tanta vecindad como hay en ella, pues segun alguno serán ochenta mil sus vecinos, la muchedumbre de gente que anda por las calles de todas naciones, los maravillosos rios y bien labrados templos, la grandeza del celebrado Tajo, por cuya anchura navegan infinitad de navíos, sin los menores vasos que de ordinario la abastecen de todo género de mantenimientos y regalos; el gran palacio del Rey, cuyas cercas las cristalinas aguas le combaten, su abundancia de pan, vino, carne y frutas á tan moderados precios; los muchos señores titulados y caballeros ilustres que en ella viven de grandes y crecidas rentas; el ser la corte de todo el reino, adonde hay tres sillas arzobispales, la de Braga, la de la ciudad de Evora y la de Lisboa; demás que son los portugueses afables, amorosos, tratables, bien acondicionados, animosos y de grande ingenio, entendidos, y por armas y letras insignes, á quien de derecho se les debe el nuevo conocimiento de sus Indias y mucha parte de la riqueza que goza Castilla: viéndome pues en ciudad tan populosa y rica, tuve por cierto haber de hallar en ella el remedio que deseaba; y para esto, despedido de mi buen amigo, salí de su posada á buscar alguna comodidad con que pasar mi vida. Llegué á la Rua, calle de Lisboa de las mejores, por donde acertó á pasar un caballero muy cargado de luto y con el hábito de *Christus* al pecho, encomienda de mucha estima en aquel reino, y que no se da sino á personas muy calificadas. Lleguéme á uno de los pajes que le acompañaban á informarme si por ventura aquel caballero me había me-

nester en su servicio; haciendo mi cuenta: Estos criados están de luto, mi vestido es de lo mismo; la mitad del camino está andado, pues por lo ménos no será menester entrar pidiendo, como otros criados, si acaso hubiere de servirle. Respondióme el criado conforme á mi deseo: No se vaya de con nosotros, porque don Pedro, mi señor, por falta de un mayordomo que los días pasados se fué al cielo, anda en busca de una persona como la de vuesamerced, y es buena ocasion esta para hablarle, porque muy presto nos iremos á casa. Agradecíle la buena nueva; fuíme en su seguimiento, y en breve tiempo entrámos todos en una casa de las mejores de Lisboa, grande portada y ricamente labrada, y un anchuroso zaguan, luego un gran patio, correspondiente una reja, por donde se echaba de ver un curioso jardín, á un lado una espaciosa escalera de piedra: señales todas de ser su dueño persona muy rica. Apeóse el caballero, y allegándome á él, con la mayor eortesia que pude le dije estas ó semejantes razones: Yo, señor, soy un pobre hombre que habrá que llegué á esta ciudad tres ó cuatro horas: soy andaluz, y por trabajos que me han seguido años há no vivo en mi tierra; procuro acomodarme con algun caballero como vuesamerced para servirle; he sabido que hay necesidad en casa de un criado como yo para el servicio de vuesamerced; si acaso fuere á su gusto, lo que sé decir de mí es el ser fiel y que lo que se me mandare no será menester decírmelo dos veces, por haberme preciado siempre de ser puntual con los que sirvo: fiador ni quién me conozca yo no le puedo dar, ni muchas leguas de aquí hay quien pueda abonarme: á mis obras daré, siendo Dios servido, por fiadores bastantes de quien soy, pues como ya viejo y caído en la cuenta, tengo firmes propósitos de ser un ejemplar de todas virtudes. Oyóme el caballero, y sonriéndose, dijo: Aunque aventurara toda mi renta no os dejara salir de casa: humor teneis y no sois nada bobo; servid como decis; que no perderéis nada conmigo: ocho dias há que se me murió el mayordomo de casa, y en su lugar os tengo de recibir; y diciendo y haciendo, y sin sentarse á comer, me metió en un aposento que en el patio estaba, que le servia de escritorio, y sacándome un libro, me le puso en las manos, diciéndome: Aquí hallareis la razon por donde habeis de gobernarnos, la obligacion que teneis, á lo que habeis de acudir, la renta que tengo, y el gasto ordinario: la confianza que hago de vos os obliga á mirar por mi hacienda con la diligencia que prometeis de acudir: lo que no supiereis ó hubiereis menester lo podeis preguntar; que á una persona ya de vuestros años y de entendimiento no tendré más que decirle. Con esto me dejó, habiéndome entregado otros muchos papeles, y llamándole, por ser hora para comer, se fué, y yo empecé á tomar conocimiento en lo que tomaba á mi cargo.

Cura. Desta vez, hermano, medrado ha de quedar, en buena casa, rica y con buen amo; que en efeto los caballeros portugueses siempre son pródigos y nada escasos: la comida cierta, con buen salario y cobrado de su mano, ¿qué le podrá faltar?

Alonso. Para un desgraciado jamas hubo bien que durase ni constancia en las cosas: buena comodidad habia hallado yo, mejor que merecia, á no tener mi señor don Pedro una hija hermosa, heredera de su

hacienda, muchacha de poco tiempo y de ménos seso, amiga de mirar y de ser vista, conocida de todos por ser quien era, noble y hermosa, y ella, que se lo sabía, no la pesando de que se lo dijese ni de ser servida; ántes dando ocasion á algunos pisaverdes de la ciudad á que la solicitasen, pretendiéndola con título de casamiento. Ejercitaba yo mi oficio de mayordomo con el mayor gusto del mundo, acudía á todos los negocios de mi amo, y con ser muchos y tratar con tantos, á todos los tenía contentos: tanto puede una afabilidad de un hombre, un hablar bien, ser comedido, no soberbio, ni tener en poco con quien se trata, por pobre y humilde que sea. Muchas veces, sin pretenderlo ni querer oírlo, escuché grandes alabanzas de mi buen término; y con verme en la posibilidad que podía desear, esta doncella me traía inquieto y desasossegado, buscando algun remedio para estorbar el daño que forzosamente á todos nos estaba amenazando, á mi señor de pesadumbre, á la muchacha de deshonor, y á los criados de alguna cárcel, donde acabase de purgar mis pecados, ya que en la de Valencia salí por libre, aunque condenado en costas solo porque miré al sol cuando salía. Para evitar tantos daños determinéme á solas verme con la niña, y con las mejores razones que pude afeé su liviandad, poniéndola delante su nobleza, el ser heredera de su casa; que por lo ménos las de su calidad era poco ser señoras de título; el mal ejemplo que daba, pues en las ordinarias mujeres es delito grave, y en las principales gravísimo, como de mayor cuantía. Dijele: Señora, que el paño del sayal, basto y grosero, ande al polvo y al lodo, y no con la limpieza que se debe, aunque ofende á la vista, no es tan insufrible; que de suyo es lo que poco vale estimarse en poco; pero que el brocado, la tela fina, los bordados de seda y oro, que anden llenos de manchas por un descuido, por un mirar mal, por no recelar lo que puede ser, lástima es grande, y no remediarlo es cargo de conciencia: ganar una persona buen nombre, buena fama y crédito ha menester mucho tiempo, trabajar mucho tiempo y perseverar constantemente de todo género de virtud; y para perder lo que tanto cuesta y vale ¿cuánto será menester? Pues si una vez cae en la lengua del vulgo (que pocos escapan), aunque sea mentira, ¿cómo se podrá remediar? Recupérase la hacienda, el edificio más levantado si una vez viene al suelo se vuelve á reedificar, por mayor costa que tenga, sin estorbo de inconvenientes, y para volver á mejor estado de honra, que por liviana ocasion se pierde, ¡qué de montes de dificultades se ofrecen! Como persona experimentada se lo digo á vuesamerced: si se enmendare, hará lo que debe, como yo en advertirla el daño que la amenazaba; y si los pocos años no la dejan caer en la cuenta, con decirlo á don Pedro mi señor cumpliré con mi oficio y con las muchas obligaciones en que me ha puesto. Oyóme la moza atentamente, y cuando entendí me respondiera con algun género de humildad, siquiera por ser yo de quien más confianza hacia su padre, el de más autoridad de los de casa por mis años y barba, en quien se iban ya divisanado algunas canas (que la demas gente, aunque había en la posada hartos criados, eran todos mozuolos de primera tijera; demas que era yo á quien mostraba más amor que á todos los demas que le servían); me dijo mi portuguesilla: Sois un belloco

descomedido, advenedizo, ruin, mal intencionado, y yo os haré moler á palos por hablador. Dije yo entre mí entónce lo que Chuzon del Pedroso cuando fué á vistas con la señora su mujer.

Cura. Holgara de saber ese cuentecillo.

Alonso. Trataron de casar á Chuzon del Pedroso sus vecinos con Mari-Gorda, personas iguales en calidad y hacienda; llevándole sus amigos á vistas de la desposada, le rogaron: Por vida vuestra, hermano, que, pues sabeis tan poco y no os dió el Señor mejor entendimiento, que lo que ménos podais hableis en la visita y delante de vuestra desposada; porque os hago saber que por ningun modo se puede disimular mejor un hombre necio, como hablando poco, y más en juntas donde hubiere gente cuerda y que sabe. Prometió de hacerlo así Chuzon: llegando en esto á sus visitas, entraron en la sala, saludáronse unos á otros, tomaron sus asientos, y Chuzon miró á la desposada á lo mudo, hablóla por señas como si fuera sorda, y aunque estuvieron buen rato en la visita y tomaron un refrigerio, el desposado no despegó la boca, con tanto extremo, que la mala sabida de la novia, mirando á su madre, la dijo: En verdad que me parece que el mancebo que me quereis dar por marido que es un grande borrico. No fué tan entre dientes la razon, que no la oyese los más que allí estaban, y el desposado entre ellos; y muy contento, mirando á Toribio, su vecino, le dijo: Compadre, bien puedo hablar; que ya estoy conocido. Si yo hubiera siempre callado, disimulando con las cosas, dejándolas para el superior tribunal, bien sé que me hubiera ido mejor; que no es para todos la reprension. No es justo que un oficial suba en el púlpito, lugar dedicado á gente docta, eclesiástica, ejemplar en vida y costumbres. Pero, señor licenciado, yo confieso mi culpa; en no me pareciendo bien cualquier negocio, luego decia los inconvenientes que podia traer, no me ajustando con los doctores que le querian seguir, granjeando yo de decir verdades mortales enemigos para mis pretensiones.

Cura. ¿Y qué hizo esa dama?

Alonso. Dejéme con la palabra en la boca, y arrojando fuego por los ojos, se entró en su aposento; mas como culpada, no se atrevió á agraviarme; ántes disimuló nuestra riña; que esto de no estar uno libre parece que no le deja hablar su misma conciencia, enmendándose por algunos dias; pero la virtud quiere perseverancia; y empezar bien y cansarse al mejor tiempo es de personas mudables: echélo de ver en mi doncella, pues sin cumplirse la novena, hallé más mal de lo que yo imaginaba.

Cura. ¿Hubo alguna desgracia de las que suelen suceder á mozuelas demasiado libres?

Alonso. Cerca andaba de perderse, y no una vez, sino muchas, á no estar yo de por medio, perro fiel de la honra de mi señor, centinela de su casa y guarda vigilante de lo que más estimaba. Tenia, señor, esta niña seis ó siete paseantes, entre ellos gente noble y rica, y otros, aunque hidalgos, la misma pobreza; y destos, inconsideradamente puso los ojos en un mozuolo galancete, no de tan buen talle como á ella le pareció, por extremo pobre, propia condicion de loba, que siempre se aficiona de lo peor: á este, por órden de las criadas, dió en favorecerle y regalarle, enviándole algunas

joyas de mucha estima, con determinacion de que otro no habia de ser su marido: el mancebo si más le dieran más recibiera, por ser devotísimo del glorioso doctor santo Tomás. Verdad es que su miseria y necesidad podia ser suficiente causa, siendo, como era, el caballero del milagro, siempre bien puesto, regalado y con pajes, y la renta, como si Dios no hubiera criado oro, plata ó cobre, ni aun llovió jamas sobre sembrado suyo: cosas que suceden por muchos buenos. Tuvo traza ni escogido amante de valerse muy de ordinario de una mozuela, criada de casa, á quien regalaba: estratagemas de guerra, ir ganando voluntades de los criados para que no murmuraran, y disimularan lo que vieran. La moza, que era buen oficial de embarrador, hacia á dos manos, recibia del señor y de la dama, sirviendo de encordar y ajuntar voluntades. Tercera se llamaba á lo político, y alcahueta á lo grosero: oficio que, á no ser pecado el ejercitarle, no le hay de mayor provecho: verdad es que siempre tiene cuidado el señor teniente de dar á las tales alguna buena mitra, pintada en ella su vida y hazañas. Era liberal mi pretendiente del pan de mi compadre; y como gastaba de bolsa ajena, con dádivas y ruegos hizo con su tercera que le metiese una noche en el jardín, confiado que por una puerta que salia á una cuadra de mi señora, entrara á verse con ella; y tuviera efeto su pretension á no andar yo tan sobre aviso; porque en viniendo que vino mi señor, en recogiendo todos, cerré yo la cuadra con la llave maestra, haciendo lo mismo en la puerta por donde habia entrado el confiado amante, que en aquella ocasion estaba escondido entre unos jazmines, y como si no hubiera sospechado cosa alguna, entregué todas las llaves de las puertas á don Pedro, diciendo: Ya es hora de que vuesamercé y todos sus criados se recojan. Con esto me fuí á mi aposento, que tenia una reja sobre el jardín, adonde me puse á ver lo que pasaba, por haber sentido ruido dentro, no ignorante de quién podia ser. Serian como las doce de la noche, y era de invierno, á 13 de noviembre, vísperas de plenilunio, habiendo precedido grandes muestras de agua, y tan ciertas, que no haciéndose de rogar las nubes, comenzaron á enviar una tan apresurada y rigorosa lluvia, bien como si las cataratas del cielo se hubieran abierto: de modo que, muerto el demasiado fuego de amor del escondido portugues, con la mucha frialdad y humedad le forzó á que buscara algun alivio entre tanta tormenta; y viendo luz en la reja donde yo estaba, llegándose cerca, con voz humilde preguntó diciendo: ¿Quién es el que está ahí? ¿Es el señor mayordomo, el castellano Alouso, á quien el señor don Pedro por muchos títulos estima en tanto? Si soy, le respondí; y vuesamercé ¿quién es, que á esta hora y con tal noche, habiendo quebrantado la casa de un hombre tan principal como mi señor, se atreve á hablarme? Y él, tan temeroso como arrepentido, dorando lo más que pudo su atrevimiento, respondió: Señor castellano, si en algun tiempo ha sabido qué cosa es amor, si ha sido aficionado, podrá seguro pedirle favor, y que me anpare en la ocasion presente; pero si no, no tendré mas que hacer de contarme con los muertos, que ya poco me falta; dos horas há que estoy aquí entre estos jazmines, bien como si estuviera en un rio; el vestido tan hecho agua, que á poderle torcer, todo el jardín se pudiera regar con la que tiene, y lo que es

peor, que llueve sobre mí dos veces el cielo, una del agua que arrojan las nubes, y otra de la que corre destos naranjos y laureles, tan helada y fria, que cuando no me muera esta noche, no es posible llegar á mediodía de mañana; mire por su vida cuál me siento, y si puede sacarme deste mar de agua que me cerca, lízgalo, y confie de mí que no dejaré de quedar tan agradecido como lo verá por la obra. Entónces yo, por una parte muerto de risa, en ver que con tanto rocío no dejaría de apagar el fuego de su cuidado, y por otra compadecido de su trabajo, le respondí: Por cierto, señor, si yo hubiera de hacer el oficio á que me obliga la merced y confianza que don Pedro mi señor hace de mi persona, no sé cómo respondiera; pero si al fin á lo hecho no hay remedio, y dar en qué entender á los que duermen, recordándolos, sería perder su honor la heredera de su casa, y de lo que no hay ni ha habido, cada uno añadir lo que le pareciese y diese gusto, no puedo dejar de amparar este delito y disimular esta falta, sin que persona alguna lo pueda entender. Bien quisiera que vuesamercé se fuera á mi posada; pero está echada la llave maestra á todas las puertas, y en cerrando con ella, no es posible abrir; pero lo que puedo hacer es que vuesamercé tome estas dos sábanas, y atarlas he yo por las puntas á los yerros desta reja; y atándolas por allá bajo una con otra, subiráse sobre ellas, como quien está sobre unos estribos, y deste modo arrimado á la pared, podrá vuesamercé defenderse de la mucha agua que recibe sobre sí; y diciendo y haciendo, tomé mis dos sábanas de la cama, y atando cada una al canton de la reja de mi ventana, que estaba no muy alta del jardín, lo que sobraba dellas dejé caer abajo, avisando al remojado pretendiente, que con la traza que le di, se subió sobre ellas, sirviéndole de amparo mi traza contra la inclemencia de la noche, de que no pocas gracias me daba, aunque le duró poco la alegría, porque cuando el agua era grande y llovía con fuerza, salian muy afuera las canales; pero como fuese aplacándose la furia y escampando, venian las goteras con menos fuerza, de suerte que caian arrimadas á la pared, y por el consiguiente, sobre el desgraciado amante; y quejándoseme de sus desdichas, me dijo: Señor castellano, no hay bien para mí; conjurado veo al cielo; mi muerte es cierta: peor estoy ahora de lo que ántes estaba: ¿no ve el agua que cae sobre mis hombros y cabeza? Desesperado estoy; no puedo sufrir tantas desdichas. Y yo por animarle le respondí: Señor, vuesamercé habrá de saber que á un pobre labrador le picó, estando descuidado, un alacran, animal que, aunque ponzoñoso, no es de muerte su picadura, aunque causa gravísimos dolores: fué á curar el pobre hombre, y animándole el cirujano, le dijo: Hermano, animáos; que cuando todo turbio corra, en veinte y cuatro horas se aliviará el dolor; y diciendo esto, dió el reloj un cuarto, y con mucha alegría dijo á los circunstantes: Alabado sea Dios, que para veinte y cuatro horas no me faltan más de veinte y tres horas y tres cuartos. Así que, señor, ahora deben de ser las dos de la noche, mi señor se levanta á las ocho; de dos hasta ocho van seis: paciencia, que remedio tienen los trabajos, y esto que pasa vuesamercé póngalo á cuenta de los muy perfetos amadores; que verdaderamente no lo fuera si todas las cosas le sucedieran como descaba. Que-

jábase á un médico un fatigado enfermo, diciéndole : Señor doctor, yo me estoy muriendo, porque no puedo comer ni beber; no sosiego de noche ni de día, ni es posible que pueda pegar los ojos, pues há un mes que no he dormido una hora. Y el médico le respondió diciendo : Eso es estar malo; que á no lo estar, comiera, sosegara y durmiera. Así que, aplicando el cuento, el sufrir una y seis noches por lo que se ama, con hielos, ventiscas, nieves y aguas, eso es tener amor, ser pretendiente, servir á la dama, padecer y tener sobrada paciencia, cuando su merced de la señora está des-cuidada y durmiendo en su regalada y mullida cama.

Cura. Buena flema gastaba, hermano; y el pobre paciente, ¿qué le respondió?

Alonso. Enojado me dijo : Gentil consuelo para quien está acabando; y yo le repliqué : Suplico á vuesamerced no se pudra, porque ni yo lo comí ni lo bebí; y si está no como debiera, no es por mi culpa; vuesamerced se vino al jardín, vuesamerced se mojó; vuesamerced tendrá salida deste remojado lugar, á lo mas breve, salido el sol, porque yo tomaré entónces las llaves, haciendo franca la puerta, para que vuesamerced se vaya; y porque ya es muy tarde, y yo me siento muy malo, guarde Dios á vuesamerced muchos años. Con esto cerré mi ventana, dejando al pobre caballero, no colérico ni hecho un fuego, porque aunque fuera un volcán, se apagara su incendio; no desesperado, sino arrepentido de haberse entrado en aquel purgatorio : recogime un poco, y dormí mal, por el cuidado que tenía de echar del jardín á aquel, y en oyendo las seis, que casi no era de día, llamé al aposento de mi amo, pidiendo las llaves; y ántes que los demás criados se levantasen, bajé al jardín, y abriendo la puerta trasera, busqué á mi buen hombre, que así él como su ropa se pudiera torcer : habléle cortesmente, rogándole se fuese á su casa y se estuviese ocho ó diez días sin levantar de la cama, para restaurar un trabajo tan grande como había pasado. Así lo hizo, tomando mi consejo; pero aunque quisiera hacer otra cosa, no le fuera posible, porque se quedó por seis meses tullido, sin haber remedio de tenerse en pié.

Cura. Cierta estaba que toda una noche de agua, y en invierno, que había de hacer mucho mal á una persona delicada como ese mancebo.

CAPITULO VIII.

que la propia materia, y cuenta Alonso algunas cosas dignas de tenerse en memoria.

Alonso. Estos son los gujes y horas que sacan de la guerra de Cupido; las honras, dignidades y riquezas que se granjea. ¿No ha visto vuesamerced salir un mozueto de su tierra, hijo de buenos padres, deseoso de ver mundo; vase á Flándes, ejercitase en la milicia, gasta sus años en el servicio de Dios y de su rey, vuelve á la corte, cansado ya de trabajos y de años, presenta sus papeles, y su majestad, premiando sus servicios, dale un hábito, y hácele alcaide de alguna fortaleza, adonde con más descanso goce de lo que trabajó y sirvió en su mocedad? Pues lo mismo se halla en las guerras de Vénus, aunque en diverso modo : desvélese un pisaverde en el servicio de su dama; las noches de invierno y nieves las lleva con los pocos años, como si fuera el estío; cargado de hierro, como si estuviera en

frontera de enemigos; hecho centinela de sus competidores, perdiendo su salud y su alma en estas refriegas y otras semejantes : llega la vejez, habiendo granjeado de sus liviandades perpetuos dolores de cabeza, incurables llagas, verse atormentado de asquerosas bubas : lance forzoso de los soldados deste capitán y príncipe de perdición.

Cura. Diga, hermano, ¿y qué hizo en este suceso aquella dama? ¿Entendió la desgracia de su pretendor? ¿Favorecióle en su enfermedad?

Alonso. En tomando fuerza una negra afición, y echando raíces de asiento en un corazón de un hombre, con dificultad se olvida. Era mi doncella la señora mandona de casa; gobernábalo todo, hasta el dinero, porque mi señor era un Juan de buen alma : desdicha grande para un buen gobierno. Tenia la portuguesa en su compañía criadas de su honor y de pocos años, pues la que más tenía no pasaba de veinte y cinco. ¡Mire vuesamerced qué buenos juicios para alcabales! Ninguna dellas trataba sino de dar gusto á su señora, y ella en regalar á su desgraciado tullido, á quien los cinco meses que estuvo no le faltó dineros, aves y conservas en tanta abundancia como si fuera el más poderoso y rico de Portugal, sirviendo de instrumental mensajero la fiel Acátes de los pasados conciertos. No era en mi mano sufrir semejantes libertades; y aunque queria disimular, reventaba de pena, viendo la perdición de tanta hacienda como se hundia, el mal ejemplo de las doncellas, pues no era posible sino que todas lo sabian, la ignorancia de mi don Pedro y poco cuidado que tenía con aquella hija, con quien, para agradarlo, era menester un Argos, y aun no bastara : ya me cansaba tanto silencio; y así, forzado de la razón y buen celo, llamé una tarde al correo destos mis enojos, y á solas le dije : Ven acá, hermana : ¿es posible que en tanto tiempo no echés de ver el peligro en que estás y nos tienes á todos? ¿Con qué alma eres ocasión de que se pierda una muchacha noble, sola en su casa, querida de su padre y heredera forzosa de su hacienda? ¿Cuándo te has de cansar de ser tan perjudicial tercera, juntando tan desiguales sugetos y destruyendo lo que yo sé que por tu causa se ha echado á mal? Da órden de enmendarte, donde no, yo buscaré el remedio que convenga á todo daño. Oyóme la criada, y sonriéndose, me respondió : No es de nuevo, señor castellano, estar vuesamerced mal conmigo, pues somos de diversa nación, incompatibles á querernos bien. ¿No echas de ver que mi señora se ha de casar con este gentil hombre, y que sin duda está de Dios, pues le quiere tanto? El es caballero, gentil hombre, comedido, y que la estima y quiere como si ya estuviera en su poder; y en verdad que desde que empezó á tratar este casamiento, que no he hallado en el mozo un sí ni no; tan bonito, tan cortés, tan bien hablado como una dama : ¿pues qué el no apartarse de noche ni de día de nuestra calle, con tanta perseverancia y confianza como el día primero? Esto me dijo; y harto ya de sufrir imper-tinencias, humanándome más de lo que fuera razón, la rogué que se sentase un poco, oyéndome las razones que la queria decir : curiosa de saber lo que pretendia, nos sentámos los dos á solas, y lo mejor que supe la dije desta suerte : Ella, hermana, cuando mucho medre por ser estafeta destos negocios que trae

entre manos, serán doscientos azotes, llevándonos de calles á todos los criados á ser por algunos días vecinos del alcaide de la cárcel, por si acaso lo supimos, entendimos, ó no dimos aviso de lo que pasaba. ¿Quién la mete á ella en saber si está de Dios este casamiento, y más guiado de su mano? ¿Qué frailes se han puesto en oracion? Qué misas se han dicho? Qué informaciones se han hecho de una parte y otra? Callan su padre y sus deudos de nuestra ama, no se acuerdan de que mude estado esta señora; y ella, procuradora de los embargos, impertinente, con cuidados que no la tocan, como judiciario astrólogo, se mete en las estrellas, como si ella ó él pudiesen saber con certeza lo que el cielo tiene determinado de cada uno: lo mejor es dejarlo; soseguémonos todos, y porque mejor lo pueda entender, óigame esta fabulita, que me acuerdo haberla leído muchos años há; y es que en casa de un caballero había una señora que estimaba en mucho una perrilla que había criado, mereciéndolo el animalcjo, por ser amorosa, muy pequeña, y gracias que la habían enseñado: sobre todo, tenía un amor tan grande á su amo, que cada vez que venía de fuera eran tantos los regocijos, fiestas y saltos que daba, que obligado el señor á sus caricias, la tomaba en brazos, haciéndola, en retorno de su agradecimiento, otros tantos halagos, llegándola á su rostro y pecho, bien como si fuera algun regalado hijuelo de casa. Frontero del patio estaba la caballeriza, adonde tenía un jumento su habitacion ordinaria; y como viese el mucho amor que le mostraban á la perrilla sus dos señores, y sabido por qué, sin más de por dos brincos, cuatro saltos y un ladrar desabrido, imaginó diciendo: Si á esta nonada la tienen en tanto porque sale á recibir á su amo, yo, que soy grande de cuerpo y de mayor voz, si cuando viene de fuera saliere con algun regocijo á recibirle, ¿qué no hará conmigo? Cierito es que me regalará con mayores véras, pues soy de más provecho que aquella sabandijuela. Esto imaginó y púsolo por obra; y un día entrando el señor por el patio, salió el jumento, dando carreras de una parte á otra, rebuznando con mucha furia, alta la cola, dando coces por las paredes y postes; y no contentándose con las locuras hechas, puesto en dos piés, echó los brazos por los hombros á su amo, y sacando la lengua, le comenzó á lamer el rostro, allegando el suyo con sus orejas al de su señor. El descuidado caballero, del nuevo sobresalto que le había sucedido, comenzó á llamar á sus criados que le favoreciesen; y no siendo perezosos, acudieron con unos gruesos palos, y el amo por otra parte, de suerte pararon al atrevido jumento, que sin acordarse más de retozo, á palos le licieron entrar en el establo. Ahora, señora doncella, apliquemos la obra: no digo yo que sea ella la inconsiderada bestia, euvidiosa del bien y regalo de la perrilla; mas podréla decir que á unos les está bien meterse en algunas cosas y hacellas, y lo que hacen y dicen á todos parece de perlas; y estas mismas en otras personas son odiosas, se aborrecen y se reciben tan mal, que en lugar de darles gracias por ellas, lo que granjean y sacan es deshonra, malas palabras, disgustos y pesadumbres; métase ella, hermana, en su fregado y en su rueca; que esto será para ella y para nosotros más seguro; y case nuestra ama cuando y con quien nuestro Señor fuere servido.

Cura. Prométole que la dijo harto más de lo que ella quisiera oírle.

Alonso. Así, señor, se echó de ver; porque nunca saeta se despidió del encorvado arco con mayor ligereza y velocidad que la mozuela se levantó de donde estaba, y sin despedirse de mí, me dejó: tal enojo cobró con mis razones; pero era predicar en desierto. Ya el enfermo, con el demasiado regalo, y favorecido tanto de la dama como del tiempo apacible de la primavera, había cobrado las perdidas fuerzas; y no des-cuidándose de sus antiguas pretensiones, volvió á lo que solia, y con el amparo de su buena tercera acrecentó nuevos cuidados á los que ya traía: acabáronse entón-ces los de mi pretendiente, á no ser yo el que los estorbaba, principal causa de malograrse sus esperanzas, estando tan cerca de haber efeto sus deseos; y fué que, segun entendí, con una joyuela de oro que la dió á la tercera alcauzó que una noche que había de faltar de casa don Pedro, mi señor, le metiese en una sala por donde tenía correspondencia al cuarto que mi señora habitaba, bajando á él por una escalera falsa: verdad es que mi ama este caso ni el otro no lo supo, que solo fué concierto de la mala criada, á veces deshonra y menoscabo de quien se sirve de semejantes personas, imaginando tienen en su casa gente de quien se pueden fiar. Oli el poste; que como perro ventero todo lo buscaba; y sabiendo que el galan estaba ya en su puesto, lice de modo que se desconcertase la ida de mi señor á caza para de allí á tres dias, y como yo asistia siempre al desnudarse mi amo, fuí cerrando todas las puertas por de dentro: de modo que, aunque quisiera, no podia bajar ni salir de adonde estaba encerrado, sin hacer pedazos cuatro puertas de las más recias de nuestra posada. Ya era media noche, y el caballero esperaba su aventura, que jamas le llegaba, desesperado, sin cenar ni tener donde recogerse ni arri-arse, si no era en un poyo de una ventana de reja que tenía la cuadra: buscaba por donde salir, y no era posible librarse de su cárcel, mejorada buen rato de la que tuvo en el jardin con tanta frescura. Caía mi aposento debajo de aquella amorosa prison, de suerte que con facilidad podia oírle las quejas; toda la noche estuvo dando sus paseos, y de cuando en cuando algunos suspiros bien sin provecho. Llegada la mañana, y haciendo yo de la deshecha, ignorante de lo que pasaba, entré por el aposento de mi señor, subiendo por la escalera, abriendo todas las puertas que había cerrado la noche ántes: el caballero, que sintió subir gente y que subian adonde él estaba, con la espada desnuda en una mano, y en la otra un broquel, se puso á esperarme, diciendo: Por Dios os pido, hermano, que, pues venís á matarme, me dejéis confesar solamente, y en pidiendo misericordia á Dios, haced cuanto quisiéredes de mi persona; que ya tengo tragada mi muerte, bien merecida por mis locos atrevimientos; y pues los presagios de mi desdicha he visto, no os lleguéis á mí, si no queréis morir á mis manos, sino llamadme primero un confesor con quien pueda consolarme y me oiga de penitencia. Refíme de verle tan arrepentido, y díjele que se sosegase y perdiese el temor; que yo no iba á matarle, ántes procuraba dejarle salir libremente, dándole palabra de no entrar más en casa de mi señor ni solicitar á la criada para semejantes ocasiones; y que

si es que pretendia casarse, no habia de ser de aquel modo, sino con voluntad y beneplácido de mi amo y señor don Pedro, á quien podian echarle algunas personas graves que le hablasen. Dióme muchas gracias por el consuelo que le habia dado, diciéndome: Señor castellano, algun ángel debeis de ser, pues estando ya muerto, me habeis tornado á la vida: yo os quiero hablar claro: sabed que esta mañana se me ha puesto la muerte delante de mis ojos, y yo la veo todas las veces que me pongo en frente de aquel cuadro, y en pasándome á un lado, hallo que se ha vuelto una dama, y si al otro lado, un gentil mancebo. ¿Qué significa esto? Fácil es de entender y declarar: yo soy aquel mancebo que allí parece; la dama es vuestra señora, á quien yo amo tanto de corazon, con tantas véras: esta alcion y querer me ha de traer á que pierda la vida. Sonreíne entónces, y díjle: Vuesamerced, señor, no ha caído en este misterio: habrá de saber que esta imágen que dice es una pintura hecha con cierta traza, inventada ahora nuevamente con ciertas tablillas, que pintadas por el un lado hacen parecer un galan y por el otro una dama, y en frente, en el llano de la tabla, una muerte: de modo que hace tres figuras mudando el lugar para mirarla.

Cura. Ya yo me acuerdo desas imágenes, que dieron un tiempo en usarse mucho, aunque ahora no se hacen como solia; y vi en una imágen de un Salvador, la de un Cristo crucificado y la de la Madre de Dios: al principio dieron mucho gusto y se estimaron; pero despues, con la abundancia dellas y tenerla todos, vinieron á valer en muy bajo precio, sucediendo lo que en las esmeraldas, que con ser unas piedras tan agradables á la vista y de tantas virtudes, solo porque hay muchas y tenellas tantos han venido á estimarse en poco.

Alonso. A este propósito fué lo del tordo de Augusto César, que ya vuesamerced habrá oido decir.

Cura. No me acuerdo dél, y gustaré de oírle, pues es temprano para recogernos.

Alonso. Entraba triunfando en Roma Augusto César, premio que daban los romanos á los valerosos capitanes que habian vencido alguna guerra; y por haber sido aquella victoria de tan grande importancia para el imperio romano, muchos dias ántes que llegase el emperador, le fuéron previniendo las fiestas que le habian de hacer á su recibimiento; y entre los romanos que se apercebieron para aquel dia, fué un pobre oficial, que á un tordo que habia criado le enseñó á que dijese: Salve, César Augusto; Dios te guarde, César Augusto. Llegóse el tiempo que esperaban del triunfo, y llegando á la casa del romano, comenzó el tordo á dar grandes voces, diciendo: Sálvete Dios, victorioso César Augusto. Cayóle tan en gracia al Emperador, que mandó le llevasen el tordo á su palacio, y al dueño se le pagó de suerte, que quedó con suficiente hacienda él y sus hijos. De la buena fortuna del romano, no se tenia por bueno quien no criaba su tordo, enseñándole las propias razones, con esperanza que en otra ocasion habian de tener mejor premio; y entre los muchos maestros, hubo uno á quien le cupo enseñar á un pájaro tan rudo y tan apartado de cuanto le decian de dia y de noche, que con estarse quebrando la cabeza, sin entender en otra cosa, era como si se lo dijeran á una piedra. Viendo el

poco fruto que sacaba de su trabajo, volviéndose al tordo, cada vez le decia: *Opera impensa perit*; trabajo y tiempo mal gastado, con tan poco premio y galardón. Sucedió que pasando algun tiempo, volvió Roma á celebrar otro recibimiento al César, y no quedó ningun ciudadano que se olvidase de su tordo, y por todas las calles que pasaba hallaba tordos que le decian: Dios te guarde, César Augusto. Llegando pues á la casa del pájaro rudo, en aquella ocasion no lo fué, porque no se olvidando de su enseñanza, le dijo: Guárdete Dios, victorioso César. Enfadado ya el Emperador de tantos saludadores, volvió diciendo á los que le acompañaban: *Horum saluatorum satis domi habeo*; destos saludadores y que me den parabienes, bastantemente los tengo en casa; y como si tuviera natural juicio el enjaulado tordo, repitió al mismo tiempo que dijo su razon el César: *Opera impensa perit*; trabajo sin fruto, pues no se saca premio de mi enseñanza. Fué de suerte el gusto que le dió al César la razon dicha en tan buena oportunidad, que no solo se llevó el tordo á su casa, sino que á su dueño le hizo grandes mercedes. Pues volviendo á nuestro propósito, mi noble caballero me dió gracias, asi por la libertad que le daba como por el ánimo que le habia puesto, porque verdaderamente él estaba ayuno del misterio de la imágen, y no me espanto, porque lo uno el temor y lo otro la poca experiencia que tenia de semejante pintura, no era mucho lo que era blanco le pareciese negro, y cualquiera hormiga se le representase un elefante; que esto y más puede hacer la imaginación en una persona melancólica. En efeto, señor, sin que ninguno entendiase lo que pasaba, saqué á mi caballero del aposento, y rogué que lo pasado, pues no tenia otro remedio, fuese enhorabuena; pero que para adelante pusiese enmienda en sus pretensiones, negociando y tratando las cosas de otro modo; y echando de ver que habia deser de cada dia peor, por más que me desvelase en remediar las cosas, y que otro dia le habia de hallar en el aposento de mi ama, escogí por mejor partido dejar la comodidad que tenia, aunque era muy buena y de mucho provecho, por no verme en una prision como la de Valencia, y sin culpa; y esto mismo aconsejaria yo á los criados de los señores cuando viesen algun defecto en la casa y no lo pudiesen remediar sin detrimento de su honor ó vida, ó por algun notable inconveniente, que se salgan, despidiéndose de sus amos, que mejor es que los tengan por mudables y de poco conocimiento, que no que vengan á pagar lo que ni pecaron, ni tuvieron culpa, ni se hallaron en ello; que en efeto pagar por otros, estar inocentes y llevarlo de voluntad, es obra solo para Dios, que pagó lo que no pecó y no pudo pecar, y no para los hombres, amigos de nuestra comodidad y provecho. En efeto, señor, yo me despedí de don Pedro, mi señor, fingiendo que me enviaban á llamar de mi tierra. Sintió mi partida, y pagóme más de lo que me debia. Lloró por mí, y yo por él; que en verdad que tenia todo cuanto se puede desear en un buen caballero. Busqué con quién salir de Lisboa, y hallé unas mulas que salian de vacío para Toro: concertéme con el mozo que las llevaba por poco precio; pero ya es muy tarde; quédese mi jornada para otra noche.

Cura. Dios se la dé muy buena, hermano, y mañana le espero en el mismo puesto.

CAPÍTULO IX.

Da razon Alonso del fin que tuvieron los amores de la dama portuguesa, y cómo en Toro entró á servir á un pintor de mala mano.

Alonso. Guardando su órden de vuesamerced he venido aun más temprano de lo que suelo otros dias.

Cura. Yo le oigo de tan buena gana, que ya me parecia que se tardaba. Quedámos, hermano, en la jornada de Toro, ya puesto á caballo con su mozo de mulas: milagro grande verle salir como persona grave, con tan buena comodidad; pero ántes que pasemos adelante, dígame por su vida, ¿oyó decir en qué vino á parar aquella señora de Portugal?

Alonso. Estando yo en Toro tratando con unos señores portugueses, me contaron maravillosas cosas acerca de lo que vuesamerced me pregunta; porque ya sin tener una vigilante centinela como yo era, pudo la dama, como aficionada, dar entrada á su querido galán, no reparando en el disgusto de su descuidado padre, siendo ocasion deste desconcierto el mal consejo de la sobornada mozueta á quien yo habia profetizado en lo que habia de venir á parar. Sucedió pues que una noche procuró esconderse en el jardín el enamorado manco, teniendo de su parte á la medianera de sus conciertos. Siendo sabedora de todo la señora mi ama, con palabra de que habia de ser su legitimo esposo, y confiada deste tan descado contrato, en viendo sosegada la casa, y á su parecer durmiendo al descuidado padre, bajó de su cuarto por una escalera que venia á dar en el aposento de don Pedro; y de allí, abriendo una reja que servia de puerta, entró en el jardín, adonde su amante la aguardaba, llevando en su compañía su fiel Acátés. Este bajar á abrir, y pasear de una parte á otra, no lo hicieron las dos con tanto silencio como las convenia; porque, ó bien del pisar con algun descuido, ó del ruido de la ventana que se abria, hubo de despertar mi amo con algun sobresalto de un sueño que entónces soñaba, de que unos ladrones le estaban robando las mejores piezas de su vajilla. Dió voces, acudió gente, y hallando las puertas abiertas, confirmó su sospecha. Llamóse la justicia, miróse la casa, y bajando al jardín, hubieron de encontrar con los desgraciados amantes, que á no estar allí la justicia y tantos testigos, sin entenderse de persona alguna, mi señor diera cabo dellos; que aunque en condicion era un ángel, cuando se enojaba era terrible, y no era mucho en ocasion y agravio semejante. En efeto, la justicia tomó la mano de todo; llevóse el caballero á la cárcel, depositóse la señora en casa de una su vecina viuda, adonde por bien de paz se vino á casar con su amartelado al cabo de algunos dias: á la mozueta causa de toda esta pesadumbre, por tercera le dieron doscientos azotes; á los demas criados, aunque sin saber el negocio, los echaron de casa, renovándose toda ella de nueva gente de servicio; y mi don Pedro, por hacer mal á los desposados y tener nuevo sucesor á su mayorazgo, de allí á poco tiempo mudó de estado, casándose con una doncella noble.

Cura. No me maravillo que un padre enojado haga estos extremos; pero prométole, hermano, que tengo lástima á la portuguesa.

Alonso. Yo tambien confieso mi culpa; pero pues se

lo quise, y no pecó de ignorancia, tómese lo que de aquí adelante se hallare.

Cura. Ahora volvamos á nuestro cuento.

Alonso. En efeto, señor, puedo decir á vuesamerced que el cielo en esta jornada tuve muy de mi parte, y con la impasibilidad posible llegué á la ciudad de Toro, una de las mejores que hay en Castilla la Vieja, abundante, rica, bien cercada, amigable sitio, famosa por su caudaloso y soberbio rio, con quien vienen acompañados otros seis, que todos siete fertilizan la tierra y dan gran número de pesca á los naturales y extranjeros; demas de la gran cosecha que tiene de pan, vino y tanta diversidad de frutas, con que provee á muchos lugares y ciudades del reino: tanta es la abundancia que en ella se coge. Entretúveme dos dias sin acomodarme, considerando qué órden tomaria de vivir, porque andar siempre de casa en casa sirviendo, ya dé escudero, ya de mayordomo ó paje, tenía lo mucho trabajo, pudiéndome arrimar á algun oficio que me diese de comer, pues suele decirse, quien ha oficio tiene beneficio; siendo como es virtud grande sustentarse el hombre del trabajo de sus manos, que dello se precia el Apóstol, diciendo: *Laborantibus manibus nostris*; que es como decir: Comemos de nuestro sudor con el trabajo de nuestras manos. Esto imaginaba, cuando me hallé á la puerta de un pintor, que en un portal de su casa estaba dibujando un cuadro de san Cristóbal: detúveme en mirarle; y él, de verme con tanta atencion, me preguntó diciendo, de adónde era, qué buscaba y de qué vivia. Díjele yo la aficion que tenia á su arte, cuán aficionado era á los pintores, el haber poco tiempo que habia llegado á la ciudad, y el estar desacomodado en aquella ocasion, buscando alguna persona á quien pudiese servir. Como vos, hermano, gustádes de estar en mi casa, replicó el pintor, os enseñaria el oficio, y habeis llegado en buena oportunidad, que no tengo aprendiz, y en su lugar os recibiré luego. Yo, que vi el cielo abierto, y no habia cosa que más por entónces desease, no me hice mucho de rogar; ántes agradeciendo su ofrecimiento, le dí muchas gracias, ofreciéndome á servirle con la puntualidad, amor y aficion que me fuese posible: quitéme la capa y sombrero, como ya criado de casa; híceme una gran olla de cola para unos lienzos, aparejé los pineles, molí unas colores, saqué aceite de esplego de nueces y linoes, bien como si ya estuviera metido en la obra, prometióndome dentro de poco tiempo haber de ser un Zéuxis, á cuyas pintadas uvas bajaron las aves á picarlas; un Apéles, de cuya pintura el mismo Zéuxis fué el engañado, llegando á la tabla para tirar un velo que parecia natural, y no pintado, segun estaba al vivo, ó ya de nuestros tiempos el Mudo, tan estimado de la majestad del gran Felipe II; mas ¿qué hombre hay que no se engañe? Y yo, que en desgracias podia dar quince y falta al más desdichado.

Cura. ¿Pues qué tuvo con ese maestro?

Alonso. ¿Qué tuve me pregunta vuesamerced? Más que no tuve. Cuanto á lo primero, él era hombre de bien y bien intencionado, liberal, trataba su casa con muy buen órden; pero era mal pintor, discípulo que habia sido de otro peor que él: mire vuesamerced con qué principios saldría persona era que me dicen que, pintando una imagen de la purísima Concepcion de la Reina del cielo, pintándola con todos sus atributos de

sol, luna, palma, cipres, plátano, estrella, fuente y huerto, á cada cosa ponía su rótulo, diciendo: aquesta es palma, esta es estrella, y aquel sol; y con mucha justicia y acuerdo lo escribía, que aun está en litispendencia si el cipres era fuente, ó la luna era plátano. Pues el bueno de mi amo pintó un día al sagrado doctor de la Iglesia san Jerónimo haciendo penitencia en desierto, y á su lado el leon, y para que se le comprase alguno de los que acuden de las aldeas los juéves, colgó la imagen á la puerta. Los muchachos del barrio, como es natural suyo en viendo algo de nuevo allegarse á ver, y dar su parecer en todo, como si se le pidieran ó entendieran, en esta ocasion no hubo quien faltase: mirando la pintura, decian unos á otros: ¿No veis el gato? ¡Ola el gato! Mi señor que, por oír lo que decian estaba junto á la puerta, respondió mirándome: Gato, aun no tan malo, cerca voy para que sea leon; y á este tono iba lo demas que hacia. Otras veces la reina santa Catalina, ó la apostolada Magdalena salian pintadas de sus indignas manos, con sus insignias del modo y suerte que suelen de ordinario pintarse, á la una con su rueda y espada en las manos, y á la otra con su vaso; pero aplicaba los dedos y manos á lo que habian de tener, que si no era por milagro, no era posible se tuviesen. Sacaba yo de lo que allí veia cuánto importaban los buenos maestros, la buena doctrina, la larga experiencia, pues no todos son san Agustín, que por sí solo con su divino ingenio alcanzó lo que otros en muchos años aprendiendo y estudiando no pueden ni les es posible; ni ya me maravillo de lo que de ordinario se suele decir, alabando la habilidad y saber de uno: De Fulano bien se puede fiar y pedir cuanto quisiéredes, pues es discípulo de tal maestro; mas el mío no tenia lo uno ni lo otro, porque era adocenado, y con ser como era, ganaba de comer, mostrándose en esto, como en todo, la providencia del Señor, que da á cada uno conforme su posibilidad y fuerzas, lo que ha menester.

Cura. Hermano, si todos fuesen de un gusto, de una voluntad y un parecer no habria diferencia entre buenos y malos, entre lo muy perfecto y razonable.

Alonso. Acuérdome que un día sacó Panarra una danza de filisteos, y él hacia la figura de Sanson, y traía en su mano la quijada de un jumento, y despues de haber danzado todos juntos y hecho sus mudanzas, Sanson, representando su figura con la quijada, heria á los danzantes, como si los matara verdaderamente; y luego para alivio de su cansancio y trabajo de la batalla de sus enemigos, alzando la victoriosa quijada del pesado animal, bebía de una fuente que tenia dentro hecha, pero en lugar del agua que habia de salir, era vino tinto. Estaba presente con el alcalde el cura de la aldea, grande teólogo, y enojado contra Panarra, le dijo: Parece la danza que es herética, porque de la quijada del animal no salió vino, sino agua; que el vino no lo bebió Sanson en toda su vida. Sonrióse Panarra, y mirando al cura, le respondió: No se meta en eso, pues sabe poco y no echa de ver la providencia del Señor, que da á cada Sanson lo que ha menester, á mí el vino, y al otro el agua. Sentia yo estas cosas de mi señor en el alma, y quisiera que las imágenes no se pintasen ó fuesen muy buenas, y no quedaba por decirlo, aunque sin provecho, no sirviendo más de que se enojase conmigo, diciéndome algunas palabras no de poco peso y consideración. Tenia costum-

bre de pintar la casa otomana, los emperadores romanos, los dioses de los antiguos; y yo entónces, sin tener respeto á lo que le debía, con algun género de atrevimiento reprendia su trabajo y la vana curiosidad de algunos, diciéndole: En verdad, señor, que no tanto me admiro de que vuesa merced pinte al Soldan, á Rosa su mujer, á Bayaceto, á Neron, á Julio César, á Júpiter y á Vénus, sino de que haya tantos que los compren, adornando sus salas y aposentos con figuras, que por lo ménos los representados son tizones del infierno, ejemplo de maldad, la misma soberbia, deshonestidad y torpeza: ¿qué mejor adorno y pinturas que las de unos mártires, ermitaños, apóstoles ó vírgenes? Y si de otro género, una casa de Austria, unos principes católicos que vivieron y murieron como cristianos, dejando fama y nombre de nuestra sagrada religion, que tuvieron: celebre el persa, el africano, el indio á los de su nacion, y estése Bayaceto y Amurátes en Constantinopla, corte de los secuaces de Mahoma: sí, que nuestra florida España siempre ha tenido y tiene de presente varones ilustres, famosos en armas y letras, y es razon no se olviden, sino que su fama y nombre se eternice; que desto sirven las imágenes y retratos que ahora usamos, y no como sentia aquel mal emperador Constantino, perturbador y enemigo de la católica Iglesia; pero yo, señor, no me maravillo de que se pinten cuadros de la historia de Jarifa, de la Otomana, de Celin y de Gazul, porque en efeto la codicia puede esto y mucho más; pero que haya quien los compre, y que haya tan malos gustos, que los tengan en sus salas y aposentos, deso me espanto. Desterró la majestad del rey Filipo III la mala semilla destos agarenos, y mi pintor no acababa de olvidar sus retratos: cosa de gran importancia; tiempo, colores y lienzo mal gastado: pues en verdad que no quedaba por decirlo, y de suerte que, enfadado conmigo, me dijo más de lo que habia de oírle, principalmente porque una vez pintando el rostro de la Reina del cielo, le matizaba con colores tan oscuros y pardos, que verdaderamente más parecia india ó etíope que rostro de señora hermosísima, como lo fué la sagrada Virgen. Enojado yo con él, le dije: Mire vuesa merced que está engañado, que la Madre de Dios, Señora nuestra, no fué morena, sino blanca, y el rostro que vendrá á sacar de su mano no solo no será moreno, sino negro y muy atezado.

Cura. ¿Qué dice, hermano? ¿Luego nuestra Señora no fué morena? ¿No ve que esta es comun opinion de todos, y que está así recibido?

Alonso. Por ser cosa que me ha costado mucho estudio y trabajo el buscarlo, aunque en otra parte lo he dicho por ser opinion, y la más verdadera, óigame vuesa merced, que gustará de oírme.

Cura. Ya le escucho atento.

Alonso. Cuanto al primer fundamento, ha de saber vuesa merced que si muchas imágenes de la santísima Virgen han aparecido morenas, ha sido la causa el tiempo y humedad de la tierra donde los católicos las enteraron por miedo de que las sacrílegas manos de los moros no las maltratasen; porque no se puede entender que pintor alguno diese tal matiz tan moreno como algunas tienen, como la imagen de Atocha de Madrid, de Guadalupe, de Monserrate y otras semejantes; demas que la experiencia nos enseña que al cabo de dar

el lustre y barniz al rostro de algun santo, está con una blancura notable, y despues al cabo de dos ó tres años va perdiendo aquel blanco, declinando más al color moreno; y si es hermosura el ser blanca y rubia una mujer, ¿quién duda sino que la que jamas tuvo defecto ni en cuerpo ni en el alma, habia de tener y guardar en sí lo más perfecto y hermoso de las criaturas? Va dando señas la esposa á las hijas de Jerusalem de su querido y amado esposo, y contando sus gracias y hermosura, las dice: Mi amado es blanco y rubio. Luego si es en los hombres parte de perfeccion la blancura, ¿con cuánto mayor título será en una mujer? Y si el hijo muy de ordinario le parece á la madre, como la que es hija al padre, ¿quién más hermoso que Cristo Señor nuestro? Y por el consiguiente, ¿quién más bella y hermosa que su bendita Madre? Y lo cierto es que no fué morena, sino blanca, esta divina Señora. Aquellos soldados y capitanes del general Holofernes, mirando la perfeccion y hermosura de la santa viuda Judit, tratando entre sí y comunicando el mucho interes que se les seguia de hacer guerra y destruir á los de aquel pueblo de Betulia, decian: Cuando esta gente no tuviera más de tener tan hermosas mujeres, era bastante causa para que viniésemos contra ellos, y los echásemos de sus casas para más libremente gozarlas: pues si Judit, figura de nuestra gran Señora, defensa y amparo de todo el humano linaje, más fuerte y valerosa que esotra matrona de Betulia, que no á Holofernes, sino á la infernal serpiente quebrantó la cabeza, ¿qué hermosura la conviene tener? Y sabemos por experiencia cada dia que los alemanes y flamencos son blancos y rubios por la mayor parte, por habitar en region tan fria; por el consiguiente, lo han de ser los judios y hijas de Jerusalem, pues tambien en aquella tierra hay nieves y hielos, y por el mes de marzo muy buenos frios. De aquel malo y desobediente hijo Absalon cuentan las divinas letras que su hermosura era por extremo, y que sus cabellos de oro eran adorno á las damas de su reino, aunque para él fueron destruccion y remate de sus dias: pues si en el desobediente fué tanta la hermosura y rosado color, en esta (ejemplo de humildad y obediencia), ¿por qué no habia de ser más blanca que las azucenas, con quien es comparada, y más rubia que el sol, de quien está vestida, símbolo de la pureza, virginidad y honestidad? Esta blancura y ser blanca la santísima Virgen la viene de derecho, por ser, como es, la más casta, la más honesta y más santa de las mujeres, y más pura y limpia de los cielos. Dejo aparte que siempre que se ha aparecido esta serenísima Señora á los santos ha sido vestida de blanco: señal que la blancura es el color que más la agrada.

Cura. Repare, hermano, que se atribuyen á la Madre de Dios aquellas palabras: *Nigra sum, sed formosa*; negra soy, pero hermosa. Sacando algunos deste lugar haber sido morena.

Alonso. A eso, señor, puedo yo responder de otro modo; porque, dejado aparte los muchos sentidos y explicaciones de los doctores sagrados, á quien se les debe todo respeto y reverencia, no será fuera de propósito decir: *Nigra sum, sed formosa*; negra soy, pero hermosa: de casta soy de pecadores, á quien la culpa hizo negros, afeando la hermosura de sus almas; pero yo no soy como ellos, porque en mí nunca hubo culpa

ni mancha de pecado, porque soy toda hermosa. Demás desto, en el cap. 1 de los *Cantares*, pág. 1, columna primera, casi alude á este sentido, diciendo: *Nolite me considerare, quod fusca sim, quia decolorabit me sol*; no me considereis como á los demas hijos de Adán, de quien todos han salido con manchas de pecado; pero voy por otro camino, porque el sol me dió resplandor y lustre, purificando y apartando de mí todo lo que era fealdad, oscuridad y sombras. Llámase la sagrada Virgen escogida como el sol y hermosa como la luna; y si ha de parecerse al sol y á la luna, fuerza es que sea blanca, pues la hermosura de la luna en ser blanca y clara consiste, como la del sol en ser claro y resplandeciente; que por eso suele decirse que en dos meses del año suele estar la luna más hermosa, en el de enero y en el agosto, porque en el uno con la frialdad del invierno no se exhalan vapores de la tierra, y en el otro con el calor del tiempo se consumen. Alaban mucho las divinas letras las muchas partes de la belleza que tenían Ester, Judit, Micol y Abigail, y de ninguna de ellas se dice que fuese morena; que á serlo sin duda ninguna se dijera. Dirán algunos que tiene fuerza y hace ley la comun pintura que se suele guardar de muchos pintores, que pintando á la Virgen nuestra Señora, la pintan no blanca, sino muy morena.

Cura. ¿Y qué responde á eso?

Alonso. A eso puedo responder que tambien pintan al glorioso san José, padre adoptivo de Cristo Señor nuestro, junto á la Madre de Dios en su virginal parto y en la huida de Egipto, y púntanle con tanta barba, tan viejo y cano, que su rostro parece de más de ochenta ó noventa años; tan consumida y arrugada la cara, que más estaba para descanso y regalo un hombre de sus dias que para los trabajos de un largo camino: no siendo así, pues el sagrado Evangelio le llama varon, y en buen latín, conforme se distribuyen las edades, la edad de varon y su tiempo viene á ser cuando llega á treinta años; porque á los cincuenta se llama hombre, y de allí adelante viejo; y á serlo el santísimo Patriarca, llámáraselo el sagrado texto, como lo dice de santa Isabel y del santo viejo Simeon, y de otros muchos de quien por extenso refiere la historia los años de su edad; pero paréceles pintar así al virginal y santo Esposo de nuestra Señora, no porque fuese viejo, sino por la honestidad de la Madre de Dios, como si fuera menester modestia ó vejez en los templos que tan propios eran del Espíritu Santo, en quien tan particularmente como en propia casa y morada asistia, y jamas se partió della; dejado aparte que una doncella de tan poca edad no se habia de casar con un hombre de tantos años, tan imposibilitado á llevar los trabajos que tuvo Cristo nuestro Salvador en su sagrada niñez; y porque no sea todo decir razones aparentes, sino que vaya con más fundamento, conforme al modo de los juristas, que quieren que siempre se hable trayendo y alegando una ley, en confirmacion de lo dicho refiere Nicéforo Calisto, en el lib. 4, cap. 40, que Cristo Señor nuestro fué moderadamente rubio, que es como decir castaño, como lo fué su santísima Madre, y dicelo así Sotomayor, catedrático de prima de la universidad de Coimbra, sobre los *Cantares*, en el tomo II, fojas 992, en la columna segunda, en el fin della; y Dionisio Cartusiano, en el libro de las *Alabanzas de la Virgen Señora nuestra*, en el

cap. 39 dice que el cabello de la Madre de Dios era rubio, sus ojos zarzos, las cejas negras y arqueadas, la nariz aguileña, labios colorados, dedos y manos largas. Y por el consiguiente, si el cabello era rubio, no habia de ser morena, porque fuera deformidad, y no dijera con la hermosura que habia de guardar con las demas partes, y las damas que vemos con el cabello de oro siempre tienen el color del rostro blanco y encarnado. Y esto mismo dice el padre Viegas en el cap. 22 del Apocalipsi, tratando de la hermosura de nuestra Señora. San Epifanio, referido de Nicéforo, en el lib. 2, cap. 23 de la *Historia eclesiastica*, escribe que la sagrada Virgen fué de mediana estatura, ni melancólica, ni risueña, y de un resplandor sobrenatural, como el de Moisés y Judit, y el color como de trigo, y este color, como dice el padre Barradas en el tomo I de sus *Concordias*, en el lib. 6, cap. 9, á fojas 294, en la columna primera, en el medio della, que con penitencias que hizo de ayunos y otros santos ejercicios, adquiriendo nuevos merecimientos aquella Señora, que siempre estuvo llena de gracia, como se lo dijo aquel celestial embajador, el color, que de suyo era muy agradable, le volvió en otro color pálido, macilento y amarillo; y esto debe de ser el color de trigo que dicen haber tenido su celestial rostro, porque grano ó espiga de trigo dice con una amarillez como tostada algo y subida de color; y las que por alguna enfermedad y pasion del hígado tienen alguna especie de tiricia, aunque hayan tenido el color del rostro encarnado, se les vuelve en otro á modo de un dorado muy claro, mezclándoseles mucha cantidad de cólera con la porción de la sangre; y desta suerte pudo ser que por la poca salud, entrando ya en edad la Reina del cielo, y tratando ásperamente su delicado y virginal cuerpo, mudase el color de su cara, de rosicler que era, en un trigueño tostado. No es bien le canse á vuesamerced ahora en decirle por extenso cuál sea el mejor temperamento de los cuerpos humanos, por no enfadarle con muchas disputas, pues segun la doctrina de Galeno, en su segunda parte *De temperamentis*, cap. 1, muestra que los blancos y rubios son de mejor condicion que todos los otros, y que son afables, piadosos, amigos de hacer bien; y conforme á esto, así teniamos necesidad que fuese la que siempre habia de ser abogada nuestra. Y es cosa natural de Dios hacer y disponer las cosas con suavidad y amor; de modo que á su santísima Madre no la habia de criar flemática ni melancólica, como lo son los que tienen el color moreno, como Galeno afirma en el libro que escribió: *Quod animi mores sequantur corporis temperiem*; que las costumbres corresponden á la templanza del cuerpo; aunque esta regla no podia valer por esposa del Espíritu Santo, y de mayor gracia y sabiduría á los ojos de Dios que criatura jamas hubo, ni habrá en el cielo ni en la tierra; y la verdadera sabiduría y prudencia está en saber cada uno refrenar sus pasiones, no dejarse llevar de su natural inclinacion; y así dijo el poeta: *Sapiens dominabitur astris*, que el hombre cuerdo y sabio tendrá dominio sobre las estrellas.

Cura. En verdad que me ha dado contento su opinion, y que de aqui adelante la he de tener por la más verdadera; pero prosigamos con nuestro asunto.

CAPITULO X.

Conoce Alonso no sentaban bien á su amo las disputas que con él tenia, y determina dejarle é irse á Segovia.

Alonso. No habia persona de más noble condicion que mi amo, pues con reñir los dos todos los dias siete ú ocho veces, toda nuestra pesadumbre se acababa de suerte como si cosa alguna no hubiera pasado, no sé yo si por echar él de ver que en cuanto le decia llevaba mucha razon y justicia; que esto de tratar verdad siempre parece que obliga al hombre de ménos término; dejado aparte que él y su mujer me tenian particular atencion, y nuestras riñas eran como entre padres é hijos, adonde no es necesario intervenir autoridad de terceros para poner paz, porque como si toda mi vida me hubiera criado con ellos, así me tenian, y jamas hallé gente que más merced me liciese; pero yo era de tan mal natural, que cuanto mal me parecia nunca guardaba respeto, y sin tener polilla en la lengua, lo decia á las claras, topase donde topase. Muchos de los desabrimientos nuestros era yo la principal causa; que á nacer mudo, cupiera con todos y hubiérame ahorrado de hartos trabajos.

Cura. Harta impertinencia me parece esa, sino dejar correr el agua por donde quisiere; y si su amo pintaba bien ó mal, dejarle; diérale á él de comer, y allá se lo hubiera con su oficio.

Alonso. Ya yo soy diferente de lo que solia, ni es necesario llevarme á la casa de los podridos; puente tengo de ser y dar paso por mí á cualquier pasajero, imitando al espejo, que á cuantos á él se llegan, á todos hace cara, sino es que, falto de memoria como el ciervo, vuelva á dejar tan buen propósito y á ser peor de lo que ántes era.

Cura. Cuénteme, hermano, esa fábula.

Alonso. Andaba en un ameno soto un grande y poderoso ciervo con un hijuelo cervatillo suyo: estando en lo mejor de su gusto, cuando más descuidados estaban acertó á pasar por allí un perrillo con más ruido de ladridos que tenia de cuerpo. Oyóle el ciervo, y temeroso, olvidado de la buena comodidad que allí tenia y de la abundante yerba que dejaba, arrancó á correr con tanta ligereza, que hacia ventaja al viento; y el hijuelo, viendo correr al padre, no descuidándose de ir en su seguimiento, no le perdió pisada. Cansados de correr, volvieron la cabeza, y vieron cuán seguros estaban en la soledad del bosque, y que si alguna cosa se movia, era alguna hoja de los árboles meneada del fresco airecillo que la movia, ó algun pajarillo que, mudando sitio, saltaba de uno en otro ramo. Viendo que estaban seguros y la poca ocasion que habian tenido para tan gran alboroto, dijo el cervatillo: Padre, no poco maravillado estoy de cuán para poco seamos dos animales tan grandes y tan ligeros como naturaleza nuestra madre nos ha criado: ¿por qué razon ó en qué ley cae que á un ladrado de un gozquejo, como si viniera algun príncipe con lebreles y ligeros galgos en nuestro seguimiento, no de otra suerte hayamos tenido el alboroto? Dos leguas habemos corrido sin parar un punto, y sabido por qué, por un perrillo, que yo con mi poca fuerza, de una coz que le diera le quitara la vida: ¿solos fuimos nosotros los desgraciados? ¿A nosotros nos negó la naturaleza lo que concedió á los demas ani-

males, siendo corta para los de nuestro género? No por cierto: dióle al jabali colmillos, uñas y dientes al león, al águila el encorvado pico, al caballo ligereza y piés fuertes, y al toro cuernos como á nosotros, con que nos defendamos. Cortedad es nuestra, teniendo dos tan fuertes ramos en la frente, y cada uno con cuatro ó seis agudas puntas, no defender con ellas nuestro partido, y siquiera mostrar al que nos ofende alguna resistencia, y no, en oyendo menearse una mosca, correr y más correr, como si no tuviéramos armas muy bastantes para vengarnos de nuestros enemigos. Si muere el perro á un jumento, ¿no le tira una coz? La simplicilla abeja ¿no clava su aguijón? Pues ¿por qué no harémos nosotros alguna defensa? Oyóle el padre, y considerando sus razones, le dijo: Razon tienes, remediarse ha para adelante; que el no caer en las cosas muchas veces es causa de grandes yerros: vámonos á nuestro antiguo sitio, que allí podremos estar con mayor comodidad y regalo. Volviéronse los dos por su camino, mas no anduvieron mucho, cuando, atravesando una fugitiva liebre, fué causa de menearse unos ramillos que por humildes besaban la tierra: oyóle el viejo ciervo, y en oyéndolo, nunca disparada saeta pasó por el aire más ligera como él corrió por las espesas matas con el hijuelo que le seguía, hasta que ya de correr cansados, más por fuerza que de voluntad hubieron de detenerse, y corrido el cervatillo de la cobardía que mostraban, quejándose, le dijo á su padre: ¿Cómo es posible que tan presto pongamos en olvido los buenos propósitos que teníamos? ¿No sois vos el que poco há me distes palabra de haberos de enmendar, poniéndoos en defensa de los que os hiciesen algun agravio? Así es verdad, respondió el ciervo; que una mala costumbre con dificultad se olvida: estoy hecho á correr, á no esperar ni resistir á cosa que viene tras mí; no me puedo detener; tengo por más seguro el huir; no tienes qué decirme, que aunque más me digas, no te ha de ser de provecho. Clara y bien clara está la aplicacion; no será menester comento, señor licenciado, ni maestro que explique lo que quiere decir la sentencia: todos los días hacías exámen de mi conciencia, proponía de enmendarme, y como mal penitente, volvía á mi antigua culpa, sacando de ella aborrecerme, cobrar enemigos, tenerme por hablador, y no sacar yo ningun provecho.

Cura. Por necio tendria yo á un hombre que conoce su falta y no pone enmienda, teniendo entendimiento bastante para irse á la mano y corregir sus yerros.

Alonso. Dice vuesamerced muy bien; pero en mi favor tambien hay bastantes razones que acreditan mi natural inclinacion, y la primera y principal será ser bueno y piadoso mi intento; y si decia ó reprendia, era movido de caridad, justo celo y con ánimo de hacer algun fruto, sirviendo á Dios con buenos consejos: bien como lo que vi en una ciudad deste reino un sábado de cuaresma á un predicador famoso, predicando á los regidores y justicia della, en esta forma: como los caballeros y justicia á quien tocaba el gobierno de la ciudad no podian asistir los viernes de cuaresma á oír la palabra de Dios, por estar ocupados en sus ayuntamientos y juntas de gobierno, señalaron los sábados, en que se determinó se les predicase aquel día, nombrando para esto los mejores predicadores que en aquella ocasion

florecian, así de los conventos como de la iglesia catedral de la ciudad, donde estaban predicando por su orden al que le cabia aquella semana. Cúpole la suerte á un prebendado de la santa iglesia, persona tan docta como virtuosa, y tan discreta como prudente: predicó un admirable sermon, con elegante lenguaje, admirables comparaciones, mucha escritura, bien á propósito traida; y reprendiendo algunos desórdenes del mal gobierno, dijo: No poco me maravillo, ¡oh ciudad ilustre! y no sé si diga que no doy crédito á semejante yerro como me han dicho: si el cielo de aumentar las rentas de los propios es desordenada codicia, si es no haber advertido en los inconvenientes que se siguen, remedio tiene, como confio que se hará para adelante: es el caso, hanse proveido y nombrado pesadores de la red del pescado, con tal aditamento, que estén obligados de dar cada año ocho ducados por la merced que se les ha hecho del nombramiento, y con esta carga usan del oficio que se les ha dado. Pregunto, señores, ¿este dinero de dónde ha de salir? ¿Quién lo ha de pagar? ¿Pues cómo, trabajar todo un día y sin premio de su trabajo? ¿Quién nunca vió pagar censo sin propiedad, sin provecho ni usufruto de lo que posee? ¿No basta el mal nombre de los pesadores y carniceros sin que se les dé ocasion para mayor daño? Acabó su sermon, y los señores regidores miraron el negocio con tanta prudencia y atencion, que salió luego decretado se les diese el nombre de pesadores á les que lo tenían, sin llevarles por ello cosa ninguna. Desto sirve el tener quien vaya á la mano al mal orden, quien avise de los deseuidos que hay en la república; que muchas veces por una buena amonestacion y aviso se pone remedio y enmiendan faltas que cada día fueran en mayor daño á no haber quien las estorbase y reprendiese. Esto mismo era lo que á mí me movia con todos mis amos; pero salíame al revés mi pretension, que los sin ventura no habian de nacer. Los unos se enfadaban de mis razones, y en lugar de darme gracias por los avisos, me volvian malas palabras, y la de ménos ofensa era la de habladorcillo, palabrero de poco seso y ménos asiento, dándome eu cara con las casas que habia mudado; que verdaderamente no podia saber quien habia sido el coronista de mi vida y milagros, ó yo quién era lo debia de traer escrito en la frente, pues en cualquier ciudad que llegaba luego me decian: Alonso, el mozo de muchos amos: lo mismo me decia mi señor pintor; que aunque recibia dél obras como de padre, tambien hacia de las suyas y me daba del pan y palo, por ventura para obligarme á que hiciese lo que hice quizá, y aun sin quizá, movido por el comun parecer ordinario, que dice: No te diré que te vayas, mas haréte obras con que te despida; que para un criado que no es nada lerdó no ha menester catedrático que se lo explique y declare, y á su falta, comento por donde lo pueda entender. Caí en lo que pretendia; conocí sus cartas, y ganándole por la mano, un día que nos vimos á solas le pedí con algun sentimiento me diese licencia, porque me habian enviado á llamar de Segovia unos deudos míos, personas ricas y que podian favorecerme. Fingió con algunas muestras pensarle de que le dejase; llamó á su mujer, contóla lo que conmigo le habia pasado, cómo queria dejarlos, y de la jornada de Segovia. No son esclavos los criados, respondió mi señora; si él gusta de irse, no hay más de

pagarle lo que se le debiere, y á la bendicion de Dios; que ni á él le faltará dónde estar, ni á nosotros otro aprendiz que nos sirva con voluntad y amor. Bien cierto es lo que vuesamerced dice, la respondí; que aunque no estoy concertado, sino que hasta ahora he sido mal aprendiz, pues he tenido y servido, como dicen, siete oficios, aprendiz, oficial, despensero, criada y criado, mayordomo y escudero, suplico á vuesamerced se me dé algo para ayuda de mi camino; que la prometo á vuesamerced que aunque quisiera salir de la ciudad, no tengo con qué, si vuesamerced ó mi señor no me socorren. Seis meses há que me servis, dijo el pintor, y por voluntad que os he tenido, aunque no os debo nada ni obligacion de pagaros, pues no lo ganabais, tomé esas dos docenas de reales, y Dios os haga bien. Recibí mi moneda, díles las gracias, y tomando mi poca ropa, pues, por la misericordia del Señor, de ordinario andaba como el caracol, y para mudarme de un barrio á otro no habia menester ganapanes, seguro de polilla y de ladrones, pues si no me desnudaban no me podian hurtar la ropilla, salí de Toro para la ciudad de Segovia, pareciéndome que en ella, por su noble y caudaloso trato, hallaria alguna comodidad en que ganar de comer, por haber oido decir que era verdadera madre de forasteros, y que como tan rica, á todos ampara y recibe con amigables brazos. Los dineros que llevaba eran pocos, porque aunque yo, siendo aprendiz del pintor, habia hecho algunas figurillas á ratos perdidos, y me bandeaba con mi poca habilidad, pintando alguna vez la pelea de Hércules con la serpiente de siete cabezas, otras veces á santa Marta con el dragon, y al apóstol san Bartolomé con el diablo atado con una cadena; pinturas para algunos labradores como las de Apéles, y á cuatro reales no eran vistas ni oídas; que en esto como en todo se ven las maravillas del cielo, que todo se apetece, todo se vende, y ninguna cosa deja de hallar dueño, por mala que sea.

Cura. ¿Qué quiere, hermano? Ojos hay que de lagañas se enamoran.

Alonso. A ese propósito me acuerdo que conocí á un gentil hombre de buen talle, bien entendido y muy galán, casado por sus desdichas con una que se preciaba de muy dama, aunque para decir verdad, no tenia cosa para poderlo ser; porque si tenia el no ser gruesa, era tan por extremo flaca, que para cementerio de huesos nada le faltaba, crecida de cuerpo, algo espesa, sus ojos, aunque hundidos, de ordinario le manaban algun arroyo; tan tierna de años, que no eran mas de cincuenta y nueve; y tan bien acondicionada, que entre sus vecinas jamas le faltaron picitos, no teniendo un día de paz: mirábala el bueno de su marido, y con la paciencia del pacífico Job la decia: Mirad, mujer, hombres hay que de lagañas se enamoran, y yo fui el uno dellos. Así eran los compradores de mis pinturas, ellos iban contentos y yo lo quedaba mucho más con la miseria que me dejaban, con que vine á allegar algun dinerillo, que con lo que me dió mi amo fué ayuda para ponerme en camino sin pedir nada á nadie. Sentíame recio, de buena disposicion y ánimo; el tiempo me favorecia, era enjuto, no demasiado caloroso: ocasion para que no buscase cabalgadura, fiado en mis piés, pues en hacer las jornadas no muy largas, podria atreverme á cualquier camino. Con esta buena determina-

cion salí de Toro, sacando para mi provision lo que me pareció necesario y que no fuese de mucho peso y estorbo, valiéndome mi traza para cuatro dias, que como ya no era niño, todo era menester, pues aunque poco á poco caminaba, no podia dejar de sentirlo: de modo que cuando llegué á Santa María de Nieva, me di por vencido, porque ni atras ni adelante no podia dar paso, sintiendo con esto un demasiado calor en mí, como si me amenazara una gran calentura. Temeroso, no quise salir de la villa á pié; y así, viendo que salian unas panaderas para Segovia, me concerté con una para que me trajese á caballo hasta la ciudad: trájome por cinco reales que la di, trayéndome hasta la Virgen de la Froncista, donde quise quedarme para adorarla, dándole gracias de haberme Dios traído á su santa casa. Mas pues ya es tan tarde, y vuesamerced está con tan justa razon enfadado de oirme, quédese mi viaje de Segovia para mañana; que yo sé que me acordaré de acudir al puesto.

Cura. Prométele que le oyera otras dos horas de muy buena gana; pero pues gusta de recogerse y ya es hora, váyase á buenas noches, y veámonos mañana.

CAPITULO XI.

Cuenta Alonso el milagro que obró Nuestra Señora de la Froncista con la judía Ester, y el origen de la limosna llamada *ofrenda* en Segovia.

Cura. Ya veo, hermano Alonso, cuánto cuidado tiene, y conozco la obligacion en que estoy: en Segovia quedámos; no se pase el tiempo, prosiga con su viaje.

Alonso. Quedé, señor, en el sagrado templo de la Madre de Dios de la Froncista, sagrario edificado en honra de la milagrosa imagen que en sí tiene con limosnas de todos los ciudadanos de Segovia, por tener con justa causa particular estima y reverencia con esta sagrada imagen, patrona suya.

Cura. Ya yo tengo noticia de sus grandiosos milagros, y pues en su santa ermita estuvo, cierto es que sabrá muy por extenso el milagro de la judía, de quien ántes que pase adelante recibirá mucha merced me le cuente.

Alonso. El caso fué tan grande, que aunque ande impreso en algunos libros, verdaderamente es digno de que todos le sepan; y pues vuesamerced gusta de oírle, diré breve y sucintamente cómo le lei en la tabla que está en el mismo templo de la Virgen nuestra Señora, en esta manera: En el año de 1237, reinando en Castilla el rey don Fernando, que por sus heroicas y santas virtudes fué llamado el Santo, en este tiempo hubo en la ciudad de Segovia una noble y principal judía llamada Ester, rica, diestra y hermosa, y tanto, que de su belleza aficionado un caballero, la comenzó á solicitar por todas las vias y modos que le fué posible, paseando su calle de día y de noche; y ya que no del corazon de su dama, sacando centellas de los pedernales de su puerta con el correr y brincar de su caballo; mas Ester, que de semejantes cosas no hacia caso, daba de mano á los paseos, músicas y desvelos de su loco amante. Era casado el caballero y con mujer celosa. Sabidora ya de los nuevos amores de su marido, movida más por sospechas que de razon y justicia, ciega de enojo y rabiosa de celos, considerando que su marido, estimándola en poco, la dejaba por una judía, se fué con otros deudos y conocidos suyos en casa del

corregidor de la ciudad, y ante él la acusan de adulterio, y juntando á su querrela otros sobornados y falsos testigos, que no le faltaron (que destos siempre ha habido en el mundo abundancia), se hizo cabeza de proceso contra la inocente y hermosa Ester, de mala, deshonesto y adúltera; la cual, como no tuviese quien la diese favor, pues su marido era el mayor contrario, y sus mismos deudos y más cercanos parientes los que la perseguían, como en negocio que tanto tocaba en su deshonor y honra, fué condenada á despeñar, género de muerte más usado en aquellos tiempos, porque entonces no acostumbraban á apedrear las adúlteras conforme á las leyes que en Jerusalem solían guardar los judíos; y ya, como república de ménos gente de la que solía ser, acomodábase con este género de castigo. Trujeron por las calles acostumbradas á la inocente culpada, hasta que llegaron al lugar del suplicio, que era lo más alto de unas peñas llamadas Grajeras, por los cuervos que á ellas se recogían; cuya altura, aunque era mucho mayor de lo que ahora parece, por haberse desgastado grandes pedazos de aquellos riscos, ya con el tiempo, que todo lo deshace, ya con las muchas aguas y humedad que tienen en sí siempre, y por curiosidad mía la altura que ahora permanece, la hice medir, y tiene sesenta y dos varas, que contadas á tres piés cada una, como miden los albañiles, hacen ciento ochenta y seis piés; demas que, fuera de ser tan altas estas peñas, salen tantos pedazos y puntas afuera, que no era posible llegar al suelo ninguna persona que cayese de arriba sino hecha pedazos. Aquí pues en lo más alto destos riscos pusieron á la afligida dama con sola una alcandora blanca, que era como camisa; atadas sus manos atras, su madeja de oro suelta al viento, atados sus piés con una gruesa sogá, rodeada de verdugos para arrojarla, todo el campo y los caminos llenos de gente, codiciosos todos de ver un tan lastimoso espectáculo, y esperando ya el fin de su vida. Mas quiso su buena dicha y suerte que al tiempo que iban á arrojarla, alzase los ojos Ester hácia la iglesia mayor, que entonces estaba junto á los reales alcázares, y venía á estar frente á frente de donde ella estaba; y alcanzando á ver una imagen de la Madre de Dios, Señora nuestra, que hoy es de la Froncisia, y estaba en un nicho de la puerta de la santa iglesia, movida de una celestial inspiracion y divino auxilio, mirando á la Reina del cielo, la dijo desta manera con fervorosa fe y voz alta, que la oyeron muchos: Virgen Santa María, como vales á una cristiana, valed á una judía; y pues eres señora y amiga de limpieza, mira mi inocencia y el peligro en que estoy: socórreme, señora, que si me libras deste presente trabajo en que me veo, toda mi vida gastaré en tu servicio en tu sagrado templo, recibiendo ante todas las cosas el agua del bautismo. Esto acabó de decir, y con extraña crueldad la arrojaron de aquellos encumbrados riscos donde estaba; mas al punto que salió de las manos de los crueles verdugos, vino á dar en las mejores que se pudieron hallar, después de Dios, en el cielo y suelo, pues la sagrada Virgen la recogió en las suyas, no dejándola hasta ponerla en la tierra libre, sana y consolada con la gloria de tan celestial favor y regalo. Algunos hay que dicen que vino la Virgen nuestra Señora á favorecerla en figura de paloma, y así se pinta el milagro conforme á esta opinion; mas el libro intitulado

Fortalitium fidei, que yo he visto, en el cap. 9, *De bello judaico*, donde hace mención deste maravilloso suceso, dice que la sagrada Virgen nuestra Señora en sus manos la trajo desde lo alto, hasta ponerla libre y sin daño alguno, dejándola en lo llano del camino, adonde habia de llegar hecha pedazos. Viéndose pues Ester libre de tan gran peligro por el beneficio y merced de la santísima Virgen, no la quiso ser ingrata, ántes con muchas lágrimas de piedad y gozo pidió á los cristianos que á tan maravilloso suceso se hallaron presentes, que luego la bautizasen, confesando á voces que queria ser del gremio de la Iglesia católica. A tan grande y prodigioso milagro acudió el obispo don Bernardo, que entonces regia la silla episcopal de Segovia, y los más principales ciudadanos della; y junta la clerecía con las cruces de todas las parroquias, la trajeron en procesion á la iglesia mayor, dando todos mil gracias á Dios, que por medio de su bendita Madre obra tales maravillas, y ganando una alma para el cielo. Llegados al templo, el obispo la bautizó, dándola por nombre María, para memoria del beneficio que habia recibido, y por sobrenombre del Salto, por el trabajo y peligro en que se habia visto, y tambien por el salto que dió de la ley de Moises á la ley evangélica de gracia. Luego que María del Salto se vió bautizada, pidió al obispo la dejase estar todo el tiempo de su vida en la iglesia, porque su intento era servir á Dios y á la Virgen en ella, ocupándose en algun santo ministerio; y así se hizo, conforme deseaba, y mientras la duró la vida no salió de la iglesia antigua, que estaba en la plaza de los reales alcázares; y despues, hecha la iglesia Mayor nueva que ahora tiene la ciudad, se mudó su cuerpo con mucha veneracion, y le pusieron en la pared del claustro, donde está pintado este maravilloso suceso.

Cura. Y el marido, la dama y testigos, ¿qué se hicieron? Que en verdad que se puede desear saber en qué pararon.

Alonso. Ni la historia lo cuenta ni autor ninguno hace mención dellos; pero púdose creer piadosamente que el marido, los testigos y judíos que vieron tan admirable caso se volverían á Dios, dejando su ley mosaica, y la dama pediría perdon á María del Salto del testimonio que celosa la habia levantado, y de allí adelante con notable enmienda corregiria su cólera, para que otra vez no se despeñase á semejantes daños y crueldades. Despues, para memoria, la divina imagen de la Madre de Dios, que, como dije, estaba en el nicho de la puerta de la iglesia catedral, se puso en una pequeña ermita, donde el Señor obró por ella grandes milagros. Y despues, creciendo con mayor fervor la devocion de los segovianos, la edificaron en honra y servicio suyo el suntuoso templo que ahora tiene, á cuya traslacion la noble ciudad hizo notables y grandiosas fiestas en que se hallaron los Católicos Reyes y príncipes y otros muchos grandes de España: de cuya fiesta escribieron elegantemente el licenciado Simon Diaz, que al presente asiste como administrador de la sagrada ermita, y Frutos de Leon, hijos de Segovia; y tambien escribió, aunque sucintamente, el doctor Jerónimo de Alcalá Yañez, médico y cirujano, una breve relacion en un pequeño librito dedicado á la muy noble y leal ciudad de Segovia.

Cura. Prométele, hermano, que tengo de leer to-

dos esos libros, porque verdaderamente esas fiestas han tenido nombre y fama por todo el mundo; pero volvamos á nuestro cuento.

Alonso. Descansé en la ermita, y no quisiera salir della, mirando aquella más que milagrosa imagen de la Madre de Dios, por tantos títulos y razones estimada, que si no es hablar, no la falta otra cosa. Advertí las riquezas que tenía, las muchas y preciosas lámparas que ardian en su presencia, el adorno del altar, las pilas de jasper, presente hecho á la Emperatriz del cielo por el capitán Juan de Roca, hijo también de Segovia; y hallándome algo descansado, salí de la ermita para entrar en la ciudad antigua, famosa, noble, leal y rica: antigua, por haber sido su fundador aquel famoso Hércules; leal, porque fué la primera que á la reina Católica doña Isabel, de gloriosa memoria, entregó sus llaves, cuando otras ciudades estaban puestas en armas, con la rebelion de las comunidades; noble, por las muchas casas ilustres de caballeros que tiene; que aunque pudiera por extenso referir á vuesa merced su calidad, antigüedad y nobleza, y habia bien que decir de cada una dellas, pero para quedar corto, y cuando más diga no decir nada, mejor es dejarlo á historiadores de más levantado estilo, á quien de derecho pertenecen semejantes causas; rica, por tener, como tiene, el trato mejor y de tanto caudal, tan honoroso y necesario como es el de los paños, cuyos hacedores son sin número los que tiene Segovia, gente principal de todas naciones, montañeses, vizcaínos, gallegos y portugueses, que, como no todos en sus tierras pueden ser mayorazgos, es forzoso tomar modo de vivir; y así, ejercitándose en la fábrica de lana, no solo adquieren con su industria caudal suficiente y hacienda, sino que tambien son verdaderos padres de familias, sustentando innumerables oficiales, á quien por su trabajo dan de comer.

Cura. Dígame, hermano, ¿vió la puente que dicen de los Diablos?

Alonso. Ese, señor, es dicho del vulgo; porque el demonio, padre de maldad, enemigo capital de los hombres, jamas supo ni hizo cosa que no fuese para daño y perdicion nuestra; y cosa de tanto provecho y necesaria para el sustento de la ciudad, que no se pudiera pasar sin ella sino con gran trabajo, es cierto que no habia él de ser su autor y artífice; y si lo hubiera sido, procurara con todas sus fuerzas, permitiéndolo Dios, que cosa suya no estuviere en pié, derribándola por el suelo, pues, como dragon ponzoñoso, busca nuestro mal y procura estorbar todo bien; y así, lo cierto es que su autor fué Trajano, emperador de Roma; obra digna del romano imperio, maravillosa en su fábrica y contada entre las maravillas del mundo. Escribió della el doctísimo Jorje Vaez, jurisconsulto de Segovia; y Antonio de Valvas y Baraona, hijo desta ciudad, hizo tambien una curiosa y elegante narracion en un subido y levantado verso: en efeto, señor, de muchas claras y cristalinas fuentes que nacen de las sierras vecinas, y de la nieve que en ellas se derrite viene encañada el agua hasta llegar á la ciudad, adonde sobre arcos de piedra tosca y parda, á los principios solos, y despues llegando á lo más bajo del lugar, siendo doblados unos sobre otros, viene á entrar en la ciudad, repartiéndose por diversos conductos, abasteciendo las fuentes y caños de los lugares públicos y plazas, jardines y pozos de las casas,

cual si fuese un caudaloso arroyo suficiente para todos los ministerios necesarios, así del arrabal como de la ciudad. Fuíme, ántes de llegar á verla, á los alcázares reales, fábrica antigua y palacio de los más fuertes y vistosos que tiene el rey don Felipe nuestro señor: están vecinos de las casas obispaes del señor don Melchior Moscoso y Sandoval, obispo en esta ciudad, hijo del señor conde de Altamira, tan noble en sangre como ejemplar en letras, tan cuerdo y de maduro consejo como mozo en los años, de una loable y santa juventud: en lo seglar tenia el gobierno don Sancho Giron, que para honrarle el sobrenombre bastaba, caballero del hábito de Alcántara, ejemplo de corregidores; y por su teniente el licenciado Diego Cambero de Valverde, persona de tanta cordura y de tan larga experiencia, que con haber habido ántes dos jueces que gobernasen la república, pareciendo ser bastante para la judicatura y buen gobierno della, el Real Consejo le envió solo á gobernarla y regirla.

Cura. Con tales sugetos, ¿qué bien no se podrá esperar en Segovia!

Alonso. De allí me fuí á la santa iglesia catedral, obra insigne y digna de la grandeza de una ciudad como la de Segovia, pues con ser tan poca su renta ó casi ninguna, es otro segundo Escorial en su fábrica, y no es mucho, pues la va edificando la caridad y limosna de sus piadosos segovianos, y en bolsa de Dios no es posible que jamas pueda faltarle.

Cura. ¿Son esas las limosnas que llamaron antiguamente echar piedra, y ahora se llaman ofrendas?

Alonso. En el tiempo que la iglesia mayor estaba junto á los reales alcázares y arrimada á las casas obispaes, ántes que se mudase á la plaza Mayor, adonde ahora está, para ir edificando la catedral nueva iban todos los días de fiesta por sus parroquias, así la gente principal como la plebeya, sin excusarse ninguno, por noble que fuese, á traer los despojos así de piedra como de madera, para andamios y otras cosas necesarias con que se iba levantando la obra que se intentaba, gastando en este santo ejercicio fiestas y domingos: ocupacion digna de la piedad de los de Segovia; y para muestra del contento y gozo con que acudian á semejante trabajo (que lo era grande) llevaban las angarillas adornadas y cubiertas de seda, flores y olorosas yerbas, haciendo ventaja en su celo y generoso ánimo á la reedificacion de aquel tan celebrado templo de Jerusalem, pues como, segun doctrina del angélico doctor santo Tomas, la industria de los hombres inventó el dinero, dándole calidad para que todo lo valiese, hallándose por él el trigo, el pan, la carne, el pescado y todo aquello que faltaba ó tenia necesidad alguno de los que iban á pedir alguna cosa, no del modo que ántes se usaba, porque si alguno habia menester algun aceite iba en casa de su vecino y llevábale, porque se le diese otra cosa para trueco de lo que recibia; pero como ya el dinero tenga el valor, y sin serlo sea en calidad cualquiera cosa de cuanto puede imaginarse, los ciudadanos, para que diese fin con mayor brevedad el sagrado templo y continuamente se prosiguiese con el edificio, dieron nueva traza, y fué que se echase tales dias señalados ofrendas, así por la gente noble como por los oficiales de la ciudad; y porque pareciese que iban para aquel efeto, determinaron se pusiese la limosna en unas

velas, según ahora se hace, llevando una vela de cera blanca de á libra cada uno, y en ella un escudo de oro: sirviendo la cera para servicio y culto del altar de la santa iglesia, y la limosna de la moneda para la obra: hecha la primera ofrenda en la ciudad y linajes el día de los Reyes en cada un año, los demás domingos y fiestas señaladas van echando sus ofrendas todos los oficios, que son muchos; y sin estas dos naciones nobles, que son vizcaínos y montañeses; y porque no se reserve persona alguna, el día del apóstol san Pedro echa su ofrenda el cabildo de la santa iglesia, teniendo también la clerecía otro día señalado en que echar la suya. Hasta los lugares cercanos, que son como arrabales de la ciudad, vienen por la pascua de Espíritu Santo á traer en sus carreteras y acémilas piedra, cal y arena, materiales forzosos para aumento del sagrado templo; y deste modo ordinario es con el que se procede. Por haber sido su principio el echar ó mudar las piedras de un lugar á otro, se llamó esta limosna *echar piedra*, y al presente se llama *ofrenda*, variándose el nombre: negocio de mucha virtud y ejemplo, viendo con el celo y voluntad con que se continúa cada año sin haber intermision ni poner falta en ningún modo.

CAPITULO XII.

Entra Alonso á servir á un perale, y después de mozo de percha en casa de un mercader.

Cura. En verdad, hermano, que me he holgado de oírle: prosiga con su viaje.

Alonso. Andúveme por la ciudad dos ó tres días, entreteníendome y tomando algun alivio del cansancio causado de mi camino y de la indisposición que habia tenido, visitando los conventos y casas de devoción que tiene Segovia admirables, así en edificios como en riquezas de religiosos y religiosas, donde se hallan personas de toda virtud, de saber y letras; pero considerando que el poco dinero que me habia quedado se me habia de ir acabando forzosamente si no tomaba órden de vivir, determiné de acomodarme en algun oficio adonde luego ganase de comer, y el más á propósito que pude hallar fué el de perale; verdad es que es el de mayor trabajo; que aquí verdaderamente se puede decir: *In sudore vultus tui vesceris pane tuo*; con el sudor de tu rostro comerás tu pan; más propio para gente moza que para personas entradas ya en días, de quien se debia de acordar un viejo en el tiempo que debiera estar en su punto la caridad, compasión y misericordia, el dar consejos saludables y virtuosos á los que deben dejar buen ejemplo de obras y palabras: este pues, cercano ya á la muerte, y como dicen, en los últimos trances de su vida, pues casi no podia formar la voz, rodeado de toda su familia y junto á su cabecera un hijuelo solo, mayorazgo de la gruesa hacienda que le dejaba, puestos en él los ojos, le dijo semejantes razones entre otras: Mirad, hijo mio, que si prestáredes dineros, sea sobre prendas que valgan el cuatro tanto; no sobre ropa, sino plata, oro ó cobre; y si á vuestra heredad hubiéredes de traer obreros que cultiven así las tierras como las viñas, no los escojais ni admitais viejos, sino gente moza que pueda trabajar; y no que á lo mejor del tiempo sea menester que estéis delante para que aproveche el jornal que os lleva.

Cura. En verdad, hermano, que ese hombre era

caritativo, y que no dejaria, por misericordioso, de llamar misericordia.

Alonso. Hay hombres de corazón de piedras; pero yo, fiado en la divina Providencia, me aventuré, y buscando un maestro, le pedí me llevase á su casa, dándole palabra de servirle con muchas véras si me enseñaba el oficio y me admitia por aprendiz: dificultó un poco, por verme ya amatelado, la barba como pluma de tordo de más de un año; pero asegurándole yo su partida, hizome quitar la capa y sombrero, y poniéndome dos palmares en las manos, me dijo: ¿Cómo os llamáis? Alonso, le dije; y respondiome: Alonso, buen nombre y mal mozo, no querria que se dijese por vos: empezad por ese bayarte y miradme á mí cómo empiezo á cardar en el nombre de Dios y de su santa Madre. Alzó mi amo los brazos, y yo imítelo, y le prometí á vuesa merced con muy buena gracia, mirándome otros compañeros que estaban trabajando, que no me hacian ventaja con estar ya ejercitados en el oficio; que para decir la verdad, el más cansado y de mayor trabajo es el que tiene la lana, y que cuanto se gana, aunque mucho más fuese, todo es poco para un cansancio y trabajo tan intolerable, y más para quien no estaba acostumbrado á semejante ejercicio. Mas no vengan desdichas. ¿Cómo pasará un hombre por delicado que sea? Dió el reloj las siete horas, más deseadas que el día de fiesta para los niños que van á la escuela, y como si cayera algun gran turbión de agua bastante para apagar un fuego, así el sonido de la campana puso fin á nuestras continuas alabanzas: tomaron sus capas y sombreros los oficiales, y despidiéndose de mi amo, salieron diciendo iban á almorzar, y mi maestro y yo con otros dos aprendices nos sentamos á la mesa que nos pusieron con dos panes, una asadura guisada con su ajo y un jarro de vino: el olor me bastaba para abrirme á mí las ganas del comer, porque como habia trabajado más de hora y media, llevaba la salsa de san Bernardo; y mostróse muy bien, pues de los dos panes, el pan y medio en poco rato le puse en cobro; y no era mucho, porque iba mojando en el caldillo. Mirábame la maestra, y alabando mis buenas ganas, me dijo, viendo que no me habia quedado nada delante: ¿Queréis más, hermano? Dios lo da con mano liberal siempre, como ahora, la respondí; que en verdad que como estoy convaliente y cansado, que no puedo comer tanto como eso; pero confío en Dios que iré cobrando fuerza y comeré de otra suerte. En casa de Bercebú podréis vos comer, me replicó la mujer, y no en mi casa; eso habia yo menester: doce maravedís habeis ganado, y habeis comido real y medio, ¡y no podeis comer! A otra parte, hijo mio, que talle llevais; que á la comida, merienda y cena gastaréis de pan, vino y carne ocho reales: caro aprendiz sois salid luego, y dejad mi casa. Cuando vuesa merced me eche della, la respondí, no faltará quien me reciba en su servicio, y más en año tan fértil de trigo.

Cura. A tan malas razones ¿qué dijo su maestro?

Alonso. Era la señora mi ama, y tocábale el mandar aquellos días; dejado aparte que porque hubiese paz en casa, por vía de buen gobierno le convenia callar, por ser el natural de la maestra medio víbora ó medio serpiente, si no lo era entera; y los que alcanzan tanto bien por su desdicha, lo mejor que pueden hacer es disi-

mular y no se dar por entendidos, por importar más el sosiego de casa que el servicio de un mozo, por bueno que sea. Yo, señor, dí gracias á Dios por mis trabajos, pedí á mis amos perdon por el disgusto que les habia dado sobre mi negro almuerzo, y echando de ver que si me despedían no era por deshonor alguno ni falta que tuviese, sino sobra de un poco de pan más ó ménos, me salí de su casa con determinacion de otro dia buscar un obrador venturero, y como otros, entrar por mi jornal, confiado en mi buena habilidad, pues con sola una leccion que me dieron, parecia estar suficiente para hacer un exámen; y no se maravilla vuesamerced de mi soberbia, pues cada dia podrá echar de ver ingenios tardos, rudos y tan dificultosos de aprender lo que se les enseña, que sería más fácil domar un toro, volver el impetuoso mar quieto, arrancar el más soberbio y levantado monte, que hacer que los tales perciban una palabra; y por el contrario, otros de tanta agudeza, tan prontos y fáciles para cualquier cosa, que no hay águila que así vuele ni saeta que con mayor velocidad pase por el aire: y yo pues, aunque por extremo, como otros, era entreverado, y lucíase cualquier obra que entre manos tomaba, dando de mí buena razon y cuenta, paseéme por la ciudad aquel dia, y madrugando otro, con los oficiales que metió un capataz de un mercader, me llevó consigo, entendiendo que era tan ejercitado en la percha como los que llevaba. Ayudó para esto el decir yo que habia trabajado en Córdoba y en Toledo, y decia verdad, aunque por otro camino, pues no sé yo que haya mayor trabajo que estar uno dependiente y sujeto á la voluntad de un señor, por bueno que sea: en efeto, pasé plaza, hice mi figura como los demas, no solo aquel dia, sino otros muchos, y tan bien, que no tenian que reñirme falta alguna que hiciese. Mirábanme mis compañeros, y como no me conocian, alcanzaba con ellos mejor nombre y opinion de la que yo podia desear, y entre mi cansado trabajo notaba yo el modo de proceder que tenían, el cantar de los viérnes los pasos, el sábado los gozos, y todos los dias en dando las diez, « Rey don Sancho, rey don Pedro, váyase por ello. » Despachábase entónces la estafeta; traía cada cuatro ó cada ocho, con que se animaba todo fiel cristiano: aquí sí que se podia vivir y aun beber, sin estarnos mirando á la boca si se come, pues para trabajar todo es necesario, y el que camina, por cansado que vaya, tomando algun refresco toma aliento. No habia hombre que no fuese gobernador y regidor del mundo, mucho mejor que los que se desvelan con nuevos arbitrios, consumiendo vidas, gastando su hacienda, y haciéndose malquistos con todo el reino. Todos los consejos teniamos de ordinario en nuestro obrador, sin haber un maravedí de renta entre nosotros; considerábamos con muchas veras qué gente era menester para ganar la casa santa; ventilábase el negocio; habia varias opiniones, resultando de la disputa algunas malas palabras y peores obras, saliendo alguno de los litigantes muchas veces con las manos en la cabeza, para que tuviese de comer el sôlicito procurador, el alguacil, fiscal y escribano; verificándose bien el comun dicho de las madres viejas: Dios desavenga quien nos mantenga. Habia fueros y tandas, regocijo entre nosotros muy conveniente á la bucólica: daban las doce de mediodia, y no quedaba olla que pudiese estar segura, pues

N-1.

á la una se habia de volver á nuestra tahona; y si algun tiempo se podia excusar, era de medio cuarto de hora cuando mucho, porque para más nuestro guardian tenia cuidado de que fuésemos puntuales en todo. Llevábase desta suerte toda la semana; lúnes y juéves habia el socorro para alivio del ordinario gasto de cada casa, miéntras que el sábado, hecha cuenta, se hacia pago de cuanto se nos debia: premio bien merecido y galardón bien trabajado, que si con paciencia se llevase, no poco merecimiento se podia granjear, ni era de estimar en poco tener una ocupacion tan forzosa, que si se quisiesen divertir por algun vicio, no hay disciplina que así corrija y vaya á la mano la sensualidad y torpeza, como el continuo asistir de noche y de dia á semejantes obras, pues con la ociosidad, madre de los vicios, todo mal se saca, como del sudar, trabajar y ocuparse loablemente, toda virtud, modestia y recogimiento, aunque no faltaban desaguederos en medio de nuestras congojas; porque como nuestra vida es mar, forzosamente ha de haber de todo: quietud, vientos recidos, borrascas y olas que se levantan hasta las nubes.

Cura. ¿De qué modo en la casa de un pobre oficial?

Alonso. Venido el sábado en la tarde, aunque lo más ordinario era domingo de mañana, íbamos en casa del mercader á cobrar la semana, sacando por junto lo que á cada uno le pertenecia; pero lo que me ponía nueva admiracion y espanto era ver repartidos en diferentes escuadras no solo á mis compañeros, sino á otros muchos semejantes en la perdicion y poco juicio, pues en poco más de dos horas ponian en cobro, perdiendo en ilícitos juegos y borracheras lo que no habian podido ganar en muchos dias sino á costa de su grande sudor y cansancio, y no reparando en los grandes inconvenientes que suelen traer tales entretenimientos. Servia yo de predicador; aconsejábales por el mejor camino que podia el remedio de su perdicion y mal término, diciéndoles: Hermanos, teneis hijos (que por la mayor parte gente pobre carga desta jarcia), y vuestra mujer en esta ocasion, enfadada de los hijuelos, está aguardando el sustento que llevais ganado para toda vuestra familia, pues despues de Dios, vos habeis de ser el que los habeis de alimentar; y ya que no teneis renta, vuestro sudor ha de ser el que los ha de dar de comer; dejado aparte que echais á mal en una hora lo que habeis estado reventando muchos dias para ganarlo: deo aparte los juramentos, las malas palabras que os decís vuestro compañero y vos; que son lances forzosos de los que juegan el procurar engañar, el deseo de quitar al perdido hasta la camisa; y persona ha habido que, imitando á nuestro primer padre, se quedó en carnes. ¿No os acordais que cuando os casasteis os dijeron: No os damos esclava sino compañera? Pues ¿á qué esclavo se le ha quitado la comida, como vos haceis, ó qué bárbaro pudo sufrir lo que vos quereis que pase la pobre de vuestra mujer? Llegais á vuestra casa habiendo perdido lo mucho ó poco de vuestro trabajo; os cercan las obligaciones, que es fuerza os den pesadumbre; vuestro vecino no las ha de remediar, y por ventura le habreis enfadado otras veces con la perdicion que traéis, ¿qué gusto os puede quedar, ó qué buena cara mostraréis considerándoos tan sin esperanza de favor ó remedio? Pero al fin, pára todo en lo que suele parar, pagando vuestras deudas con ausentaros, haciendo iguales á

vuestros acreedores, dejando vuestra tierra por algunos años, huérfanos de mal padre á los hijos, que ni pueden ganar de comer, ni aun lo saben pedir, y á la que os llevó para tener amparo con vos, tan sin él y tan sola, que á no haber sido tan corta su ventura, la hubiera sido harto mejor no haberos visto ni conocido, pues suele decirse, un alma sola ni canta ni llora; y ella, acompañada de un hombre tan desalmado como sois, y con tantas almitas de purgatorio, sin haber pecado sino por pecados vuestros, ¿qué puede tener, sino estar en una perpetua guerra, en un tormento y aflicción cautiva, causada por un vicio tan desordenado de un juego? ¡Oh juego! pues así consume y acaba hacienda, honra, vida y alma. Que juegue el rico, el poderoso, el que tiene mucha renta, aunque es malo, verdadero es; pero vos, hermano, ¿por qué ó para qué? No llueve Dios sobre cosa vuestra, ni cayó granizo sobre viñas ni sembrados de vuestros padres: lo que hoy ganais lo habeis de comer mañana, y si no trabajais no lo puede haber sino es con trampas ó enredos. Pues ¿por qué habeis de jugar y holgar? A los oficiales se les permite los días de fiesta hasta real y medio para que se entretengan; y vos salis no solo de lo prometido, sino que, no guardando orden ni razon en las cosas, todo va, y no como ha de ir, tan sin rienda, que no hay caballo desbocado que así se despenne. Esto de ordinario les aconsejaba; y oíame ellos con tanta risa, como si les dijera alguna patraña; y burlándose de mí, decían tener mucho andado para predicador, que guardase la boca y saldría eminentísimo, sacando de aquí por mí cuenta que esto medra el que sin ser rogado ó pedido siquiera se mete en dar consejos; pero al fin, como no todos son de un natural, y cada uno hijo de su madre, no faltaba quien volviese por mí y alabase mi intento: milagro, y no poco de estimarse, pues si hay zoilos que murmuren y no se contenten con cosa que ven ni oyen, también hay quien ampare y favorezca el buen celo; y lo que se pierde en unos, con otros viene á restaurarse. Con estas y otras cosas pasaba mi vida, y aunque trabajosa, sin salir de Segovia me estuviera mientras me durara la vida, á no sucederme la desgracia que le contaré á vuesamerced; que fué en esta manera: estábamos una tarde, como soliamos, en el obrador con el mayor regocijo y contento que podré encarecer; habíase cantado, y con muy buena gracia, cuantos romances se venían á la memoria del rey don Pedro, de don Alvaro de Luna, de don Sancho sobre Zamora, no dejando los valerosos hechos del Cid y Bernardo del Carpio, cuando, causados ya los de una y otra banda, venimos á tratar sobre cuál tenía más poder, el soldan de Persia ó el turco Soliman. Dijo uno: El turco es muy poderoso, es señor de muchos reinos, tiene grandes riquezas, muchísima gente muy dada á la guerra; porque como entre ellos no hay religiosos, sino que todos se casan, y el que más mujeres puede tener y sustentar las sustenta y tiene, multiplícase en ellos la generacion; dejado aparte la multitud de genizaros que tiene, soldados que solo serian para la guerra. Mi compañero dijo que no, porque el soldan alcanza en mayores riquezas, es mayor su reino, y sus soldados y gente de guerra están más ejercitados en las armas, y como gente diestra, hacen ventaja, aunque fueran ménos, á los del turco. No es así, replicó el otro, y á pocos lan-

ces vino un mentis, y tras él un golpe con los palmares en la cabeza, que dejó tendido en el suelo á su contrario, alcanzándole con los gavilanes una mortal herida. Los más que allí estábamos tuvimos por más seguro poner tierra en medio que aguardar á la justicia y escribirlo, y fué cordura, porque en llegando que llegó el teniente, viendo el peligro del herido, á cuantos halló llevó á la cárcel; y á encontrar conmigo, sin duda que me sucede otra como la de Valencia.

Cura. Notable disparate, por cierto, que por algo tomaban pesadumbre.

Alonso. Por estas y otras tales cosas muy de ordinario teníamos nuestras pendencias; y así, para evitarlas, determiné de irme á Barcelona, por haber oído decir del reino de Cataluña grandes bienes. Pero ya, señor, es hora de que nos recojamos; y así, con su buena licencia de vuesamerced se podrá quedar la jornada para el siguiente día.

Cura. Sea como gustare; que aquí me hallará aguardándole con la voluntad que he tenido, para cuanto me quisiere y ordenare de mí.

CAPITULO XIII.

Cuenta Alonso la jornada de Barcelona, su cautiverio, los trabajos que le sucedieron, y cómo, habiendo sido rescatado, tomó la resolución de acabar sus días sirviendo de ermitaño.

Alonso. Es la vida nuestra, señor licenciado, como la mar, como la guerra y como la fortuna; y así como en todas ellas y en cada una de por sí hay tempestades, vientos contrarios, quietud, aires amorosos, favorables, malos sucesos, desastrosos fines, victorias, riquísimos despojos, volver de prosperidad en suma desdicha y desventura, subir de humilde y bajo estado á la encumbrada silla del imperio; así en mi tragedia lo podrá vuesamerced echar de ver, y yo á mi costa haber experimentado. ¡Qué de veces me ví en buen hábito, rico, favorecido de gente noble! ¡Y cuántas descando un pedazo de pan para satisfacer mi necesidad y miseria! Vime sobrado en quien me sirviese; despues pobre y tan solo, desamparado de todo favor, representé en el tablado de mi vida el papel que suelen muchos representar, haciendo el personaje de un rey, de un príncipe, y luego el de un pobre pasajero ó pícaro.

Cura. Eso, hermano, dijo el Espíritu Santo, mostrándonos la variedad de las cosas y la poca firmeza que se tiene en ellas, cuando dando consejo, enseña diciendo: *Non laudes virum in vita sua*; no alabes á nadie hasta que muera; porque el más subido y levantado muy de ordinario suele tener vaivenes: acabase la hacienda, muérese el amigo, ó enfádate de dar amparo y favor, y sin su báculo no se pudiendo tener, forzosamente ha de dar en el suelo. En los soberbios alcázares y castillos más fuertes es adonde hace su fuerte el tiempo y la fortuna, amiga de voltear más que un gitano: si tengo de hablar como debo, y á la obligacion que tiene persona que profesa la ley y fe de Cristo Señor nuestro, no hay hado, estrella ni fortuna; que todo esto fué invencion y locura de la vana gentilidad, dando adoracion á dioses falsos, inventados por su gusto y parecer, siendo lo cierto y verdadero que el Señor que rige y gobierna así los cielos como la tierra es uno solo, cuya poderosa mano da á cada uno lo que le conviene y es necesario; al rico y poderoso hacienda y bienes temporales, y al

pobre y menesteroso lo necesario para la vida, sin tener descuido de la más pequeña hormiga hasta el más fuerte y cuerdo elefante, sin tener quien le aconseje, quien le ayude y encamine en lo que ha de hacer.

Alonso. Eso, señor, doctrina es del predicador de las gentes san Pablo, mostrando con evidencia la entera sabiduría de Dios. Pero volviendo á nuestro propósito, salí de Segovia, sabe el Señor cuán necesitado de cuanto habia menester para semejante jornada; porque, aunque es verdad que ya ganaba de comer, iba-se comido por servido: de modo que el jornal era poco y no bastante para posada, comida y vestido; demas que las fiestas traen su gasto de por sí, y no la ayuda de la costa de aquel día; pero al fin, á trueco de no caer en una cárcel, todo se me hacia bueno, sin espantarme dificultad, por grande que se me ofreciese: Levárame el deseo de ver aquella insigne ciudad de Barcelona, cabeza del reino de Cataluña, insigne y famosa por sus grandes riquezas, de quien por epíteto comunmente se suele decir Barcelona la rica, como por otras Valencia la noble, Zaragoza la harta; grandiosa por su iglesia mayor, casas obispaes, lonja de mercaderes, playa agradable, cuyas márgenes tocan las orillas del mar combatiendo con su muelle; puerto adonde jamas faltó embarcacion para cualquiera parte que pretenda una persona embarcarse. Estas y otras buenas nuevas me llevaron por toda la Mancha, adonde hallé cuanto pude desear en la caridad de las villas de Ocaña, Tembleque, Albacete y Junilla, hasta llegar á la muy noble y leal ciudad de Murcia, que todos estos títulos tiene y dellos se precia, y con mucha razon; rica por su noble trato de seda, regalada por su famosa luerta y caudaloso rio de Sigura, que la riega y fertiliza; noble por las muchas casas de caballeros ilustres que la emoblecen; no se contentando con ménos de poner en sus armas seis coronas, siendo, como es, cabeza de reino. Quedárame en ella de muy buena gana, por haberme parecido muy bien; pero tení el gran calor que vi en aquella tierra, y yo, como criado en lugares más frios, sentí luego el rigor del sol y la destemplanza del aire, contrario á mi antigua costumbre. Estaban todos los ciudadanos en aquella ocasion ocupados en la furia del subir de los gusanos para hilar; tiempo en que se pierde ó se gana una casa: en un punto de subir mal ó bien dejan los gusanos ó rico ó pobre á su solito y cuidadoso dueño, pues ha sucedido, en salir admirablemente de las tres dormidas, que son tres tiempos en que mudan de cuero ó camisilla, al tiempo de ir á hilar quedarse ahoreados ó morir de landre, quedándose de la suerte de unos confites que llamamos canelones.

Cura. Por eso, hermano, se debió de decir, al fin se canta la gloria.

Alonso. Creo que sí; porque aunque no hay cosa que no tenga su azar, no sé qué se tiene esta granjeria de la crianza de la seda, que pasa por tantos vaivenes de fortuna, que cuando uno piensa que va viento en popa, entónces queda, sin saber por dónde, perdido y aislado, y muchas veces el que no lo imaginó rico y poderoso. En efeto, señor, como otras tierras tienen cosecha de pan, vino y aceite, fruta, pesca, hierro y otras mercaderías de trato, el de Murcia es

de sola la seda que se coge, y acuérdomme que el año de 1588, en que todos los astrólogos pronosticaron grandes desdichas á nuestra España, un poeta de Murcia, burlándose de todos los judicarios y pronósticos de aquel tiempo, hizo unas quintillas en que fué contrapunteando sus falsas profecías; y entre los versos que compuso, fué esta quintilla:

Gusanos han de comer
Los cuerpos tristes humanos:
En Murcia no, que ha de ser
Al revés, que han de comer
Los hombres de los gusanos.

Pues como, aunque estaba contento con el buen trato de mis murcianos, me estuviere espoleando el deseo de mi jornada, dejé la ciudad, y subiendo en el caballito del seráfico-padre (1), tomé el camino de Orihuela, ciudad primera del reino de Valencia, que con su regalo y temple de tierra no es de menor calidad que la de su vecina Murcia, y aun imagino que la hace ventaja en los calores, de cuyo rigor no pooo temeroso, me di prisa para dejarla, procurando llegar á la ciudad de Alicante, puerto de mar, adonde tenía nueva que estaba de partida una nave para Barcelona, último fin de mi deseo, que como mio, jamás pudo lograrse; que parece que hay hombres que todo les sucede á la medida de su gusto, y otros que parecen terrores de desdichas, y yo debí de entrar en el catálogo, pues con llegar al puerto de Alicante no tan necesitado como otras veces solía á las ciudades donde caminaba, no pude escapar de la mayor desdicha y desventura que me podia ni era posible venir á sucederme.

Cura. Notable encarecimiento: el suceso aguardo.

Alonso. Aunque corto, y vuesa merced dirá si tengo razon. Llegué, señor, á Alicante un lunes de madrugada, desgraciado para mí, si no es que por la vecindad del día siguiente se le hubiese pegado alguna desdicha; y sin detenerme en la ciudad, me fui derecho al muelle, por no perder ocasion de embarcarme, y fué á tiempo que entraban en un bergantin una compañía de representantes, y entre ellos algunos amigos que en tiempos pasados me habian favorecido: alegréme de verlos; que para cualquiera ocasion no hace daño tener amistad con los que se ha de caminar: ofreciéronseme de hacer por mí cuanto pudiesen, dándome palabra de admitirme para la representacion; demas que ya yo la habia hecho otras veces, representando un embajador, una guarda, un paje y un oso, dragon y muerto; y no me turbaba en el tablado como otros representantes nobles, que á los primeros versos se quedan como recién casados. Agradecido á sus ofertas, me meti con ellos con mi batillo de ropa, ó casi ninguna, con grandes esperanzas que si una vez me entablaba por este camino habia de subir al nombre que otros traian de semejante modo de vivir, siendo segundo Melchor de Leon, Sanchez, Cristóbal Lovillo, Cinto Prado ó Alcázar; personas que en representando tenían á los oyentes que no era menester pedirles silencio, segun estaban suspensos y colgados de sus razones. Hizose señal de partir: alzáronse velas, levántose un viento favorable, salimos del puerto sesenta y seis personas forasteras, sin los que gobernaban el ber-

(1) En el caballo de san Francisco: locucion, como todos saben, equivalente á la de ir a pié.

gantin; viento en popa y con la seguridad que se podía imaginar; mas ¿quién la tuvo en medio del golfo, y mas yendo Jonas con mi compañía? Que cuando no hubiera de venir borrasca, los vientos se conjuraron contra ellos, siendo la tormenta mayor que han padecido los que de ordinario corren semejante fortuna. Oscurecióse inopinadamente el cielo, condensáronse las nubes, bramaban los vientos, subían las olas hasta las estrellas, y tras ellas bajábamnos todos con el pobre bergantin hasta los abismos y centro de la tierra, llevando de camino cada uno la rociada bastante para que, aunque fuéramos una seca yesca, dejarnos remojados para muchos meses: allí era el llamar los santos, el hacer promesas, el arrepentirse de las ofensas cometidas contra Dios, y el esperar por momentos la muerte; que por esto se dijo: Si quieres bien rezar, vete al mar á embarcar, porque allí es ello: de la vida á la muerte solo hay una tabla, cerrado el cielo, conjurados los vientos, tierra convertida en agua, sepultura de desdichados; que aun siete piés en aquella ocasion valian más que valen las Indias, y allí no se pueden comprar por ningun dinero, aunque el otro, consolándose en sus desdichas, dijo que no le podía faltar tierra donde enterrarse; pero en el mar sepulcros hay más honrados y de mayor estima, pues no faltan ballenas, delfines, atunes y tiburones donde puedan sepultarse, y á ser luego, con aquello se acabara, sin entrar en nuevos tormentos más insufribles que la muerte, aunque el filósofo dijo que el mayor de los males era el morir: *Malorum omnium terribillima mors*; mas no supo Aristóteles qué cosa era cautiverio ni estar en tierra de moros, sujeto á un renegado sin dios, sin ley; ni en su vida le faltó pan ni carne ni fruta que comiese: levantábase cuando le daba gusto, íbase á la cama cuando queria; y no como nosotros, que habiendo corrido más de trescientas leguas en día y noche, cuando vino á mostrarnos su cara el dorado y resplandeciente sol, que dicen los poetas, nos hallamos en la playa de Argel, rodeados de catorce galeotas, rotas las velas, hecho pedazos el árbol y eutenas; todos tan hechos agua, que carne y vestidos eran de una suerte. Poca defensa hallaron en nuestro bajel los infieles, porque más estábamos para espirar que para tomar las armas; y así, fácilmente entraron en posesion de lo que no ganaron, sino de lo que el cielo les enviaba por pecados nuestros. No se vea ningun católico cristiano como entónces nos vimos; y lo que peor era y de mayor lástima, las pobres mujeres de los comediantes tan diferentes de cuando entraron en el bergantin, como va de muertas á vivas: allí si que representaban á lo natural lo que es la miseria humana; poco ántes libres, entónces sujetas á un infiel bárbaro, cruel, que su gusto y apetito era el dios que adoraba, cuya razon no era más que su interés y voluntad; y ser así bien se conoció, pues con vernos de modo que á los más crueles animales moveríamos á compasion, lo primero que hicieron nuestros enemigos fué cargarnos de hierro desde el cuello hasta los piés; y así arrojados nos llevaron al Virey, dándole cuenta primero del venturoso suceso que habian tenido con nuestra desgracia. En lamentable prision subimos una gran cuesta que tenía Argel hasta la mar, porque su sitio es un alto, y lugar tan fuerte, que admira su grandeza, por ser inexpugnable, sus calles tan angostas

y estrechas, que dos personas á caballo no pueden ir juntas, y para poder pasar otro se han de arrimar mucho á la pared ó entrarse en alguna puerta para tener un poco de lugar y que no le atropellen; y con ser, como es, tan infeliz pueblo, cárcel del demonio y verdugo del pueblo de Dios, es fertilísima y de admirables aguas, regalada de cuantas cosas pueden desearse para el sustento de los hombres, teniendo los desdichados habitantes de aquella infeliz ciudad en esta vida los regalos y bienes, en truco de los tormentos y dolores que en la otra les están aparejados y los aguardan con tanta certidumbre. Salían á mirarnos por ventanas y calles innumerables muchachos, que, como aquella gente no se contenta con una mujer, sino que el que más puede tener ese tiene más, y entre ellos no hay frailes ni monjas, sino que todos se casan, no hay enjambre de abejas que así se multiplique y aumente: solas las mujeres guardan clausura, y no permiten estos bárbaros salir á vistas, ó porser demasiado celosos ó por falta de ellas, pues como infieles sin razon, no deben de guardar el respeto que deben á sus maridos en ofreciéndoseles alguna buena comodidad y ocasion: ellos, por evitar estos trabajos, trátanlas de suerte, que más se puede decir por ellas que son esclavas que compañeras y esposas. Llegados al Virey, fácilmente se juzgó y averiguó nuestra causa; porque partió Tomas, y para sí lo más: escogió para sí los comediantes, que eran trece personas de gentiles cuerpos y de mediana edad, y á sus mujeres, y entre ellos le pareció quedase yo tambien, diciendo que le parecia que era esclavo muy á su gusto. Los otros cautivos, parte repartió para el gran Señor, que nosotros llamamos el gran Turco, y parte de los que quedaron dió á los capitanes que se habian hallado en la playa, quedando él mejorarlo en todo, por haber llevado lo mejor de la presa, diez y seis personas con las mujeres.

Cura. Por necio le tuviera si, teniendo las manos en la masa, no saliese él con la parte mejor y de mayor provecho.

Alonso. A ese propósito me acuerdo de un caso que le sucedió á un ganadero de mi pueblo con un mayoral suyo, en esta manera: Para llevar cantidad de ganado á Extremadura un hombre rico le entregó á un criado suyo dos rebaños de carneros, dándole facultad y licencia para que juntamente con su ganado llevase cuarenta cabezas que él tenia, dándolas pasto con las que á su cargo habia de llevar: partió hecho su concierto; duró su ausencia todo el invierno, hasta que, llegada la primavera, dió la vuelta con el ganado para Castilla, y llegando al pueblo donde su amo estaba, le fué dando cuenta de lo que le habia entregado, pero no tan buena, que no faltasen más de doscientas y sesenta cabezas, dando por descargo haberse muerto algunas por la inclemencia y rigor del frio, y otras por los muchos lobos y osos que se crian por aquellas tierras. Sintió el señor la falta, allígose; pero, como cosas sujetas á la voluntad de Dios, dióle gracias por el trabajo que le enviaba; y preguntando por los carneros que habia llevado por suyos, dijo: Gracias al Señor, buenos vienen todos; no han tenido ningun desastre. Entónces el buen hombre, perdida la paciencia, con mucha cólera vuelto para el mayoral, le respondió: ¡Mala pascua os dé Dios, y mal San Juan tengais! Solo para mis carneros hubo

lobos, osos, enfermedad y desdichas; y para los vuestros sobra de salud y buena fortuna: si mi ganado pudiera hablar, yo sé que dijera cuán gran ladrón sois y el mal trato que habeis tenido.

Cura. Eso, hermano, es llaga vieja en los criados incurables y sin remedio; y militan de una suerte lo alquilado y lo prestado; que por eso se dijo: Adonde no está su dueño allí está su duelo. A una señora que iba tan bien vestida, que parecía que las sayas que llevaba se las había puesto para barrer las calles, la preguntó un galán que la servía, motejándola de poco aseada: Señora mía, ¿ese vestido que vuesamerced trae es suyo? ¿Pidiólo prestado, ó alquilólo?

Alonso. En efeto, señor, el Virey escogió de los cautivos los mejores, de más fuerzas, más mozos y de mejor tallo: los viejos enfermos y de ménos provecho dejólos para el Turco y sus capitanes.

Cura. Aun no tan malo, pues quedó en poder del Rey; y por lo ménos en su palacio era forzoso el pasarlo mejor y con más regalo: cosa que contradice á un cautiverio.

Alonso. Pues vaya vuesamerced notando lo que le diré, para que vea los trabajos que se pasan en aquella Babilonia, y la desenvoltura en que se ve un pobre cautivo. Lo primero, la comida no ha de ser más de un pan de ración, sin género de vianda, y el pan lo más ordinario es de cebada, y si de trigo muy malo, negro y lleno de salvado; la bebida, agua, porque vino allá no se usa, aunque entre los moros hay tambien grandes borrachos; tocino allá no se cria, por ser carne prohibida por Mahoma: si más de pan, como fruta ó carne, comieren los cautivos, será por comprarlo, ó lo más cierto, por hurtarlo; porque para ellos no hay cosa segura, porque si no es viviendo de rapiña, no se puede pasar en aquel reino: de suerte que, quejándose de un cristiano un moro por haberle hurtado algunas cosas de comer y dineros, le respondió el juez: Guardaras tú tu casa y hacienda; que bien sabes que ese no tiene más renta que la que pudiere hurtar. Esto es cuanto á la comida y cena; y el dormir es un carzo, que son unas cañas juntas, atadas con una soga, que vienen á formar como un tablon ó puerta grande, adonde puede echarse un hombre, porque colchon de lana ni otro género de ropa no se la darán á ningún cautivo. De noche viene el alcaide con algunos moros de guarda, para llevar á recoger á los cautivos á una casería que tienen, que llaman baños: allí se encierra cada noche gran número de gente, quedando seguros con esto de que no puedan rebelarse, tomando armas contra sus dueños, y de que convidados con la soledad y silencio, no se cometan algunos delitos, pues de cinco mil y más cristianos que tiene Argel de ordinario dentro de sus muros, cualquiera travesura y rebelión se podía esperar. Llega la mañana, y sacan, no de los palacios de Galiana, sino de aquellas desdichadas mazmorras, á los infelices que en ellas estaban esperando la luz del día: unos acuden á la mar para servicio de las galeotas, aderezando las jarcias y remos; otros á la muralla y fábrica del palacio, que, como procuran que siempre esté en pié y bien aderezado, forzosamente ha de tener ordinarios reparos; los demas acuden á las huertas, cultivando la tierra, que de suyo es fructífera, para el regalo y sustento de aquellos infieles, y no era el menor

dolor que yo sentía en mi ocupación, el ver que todo mi cansancio, sudor y trabajo era ir contra mi patria, contra mi ley, contra mi rey; y lo peor que había en ello era que no podía irme á la mano ni dejar de hacer cuanto me mandaban, pues si alguna vez por mi desdicha echaban de ver que me descuidaba, allí era el abrirme las carnes, sin haber réplica ni intervenir ruegos para un riguroso y terrible castigo.

Cura. Eso, hermano, peor era que estar amarrado á un banco de una galera; que en efeto para los galeotes hay invierno en que descansan en los puertos, y muchos dias en que no se trabaja.

Alonso. Aun si por eso quedara, pasadero pudiera ser; pero, señor, llega la primavera, y aun ántes que los campos se empiencen á bastecer de diversas flores, se empiencen á prevenir los renegados piratas, y aperebiéndose de gente de guerra y de la clusma para los remos, no dejan lugar de la costa que no saltean, corriendo el paso de Oran á Cartagena, de Valencia á Barcelona, y de San Gines para Alicante, no dejando barquero ni pescador que esté seguro desus galeotas, pues como ya corsarios ejercitados y diestros, no hay dificultad que no emprendan, ni temeroso asalto que dificulten. Nosotros salimos de todos estos lances los peor librados, pues que si en tales ocasiones se descuidase un pobre remero, allí sería el acabar de una vez con todo.

Cura. ¿De qué suerte?

Alonso. Salíó de Argel Moratarræz con dos galeotas que tenía, prometiéndose un gran empleo si la fortuna le favorecía, porque las llevaba, así de gente como de tiros, bien armadas; más sucedióle bien al contrario de lo que había imaginado, pues engolfándose en alta mar, descubrieron seis galeras de España, que habiéndoles reconocido, venían en su seguimiento: el moro conoció la ventaja, y como buen soldado, no se atrevió á esperarlas, poniéndose en huida con la mayor diligencia que le fué posible; y añadiendo velas, y gritando á los remeros con grandes amenazas, los movía á que apresurasen con mayor ánimo y fuerza los pesados remos. Los cautivos, desearos de una ocasión como la que entre manos tenían, mostrando que hacían lo que se les mandaba, juntamente se iban descuidando; mas el astuto infiel, conociendo la malicia de sus forzados, echando mano de un cortador alfanje que de un tahali traía colgado, dió un tal golpe en el brazo de un pobre remero con tanto enojo y fuerza, que, como si fuera una leve y frágil caña, desde el hombro le derribó sobre un banco, y luego tomando el brazo cortado, dando primero con él al miserable, que ya de la mucha sangre que había perdido estaba para acabar la vida, fué prosiguiendo con los demas, que no tenían culpa, rabiando como hambriento leon, prometiendo de hacer de todos los forzados lo que de aquel desdichado cautivo había hecho.

Cura. ¡Notable caso, y rigor nunca oído!

Alonso. Pues es decir, señor, que no hay defensa alguna para guardarse de los azotes, cuando el desalmado cómitre con pequeña causa quiere castigarlos, y muchas veces por su gusto; y dando razon de por qué lo hace, dice que si no pecaron, para cuando pequen lo pueden tener adelantado, por si acaso, divertido en algo no les castigare.

Cura. Parecíame eso á lo que acostumbraba á hacer una señora viuda virtuosa con unos hijuelos que tenia, que, como desease que fuesen recogidos y la tuviesen respeto, las más noches se iba á la cama de los muchachos, y quitándoles la ropa, con una disciplina que llevaba, haciéndoles primero un sermon, poniéndoles delante las obligaciones que tenían, siendo hijos de un tan honrado padre, ya que eran huérfanos, les daba para remate de cuentas algunos azotes. El hijuelo mayor, vuelto para su madre, la decía: Señora, ¿qué hemos hecho ó qué hacemos para que cada día nos disciplines deste modo? Y la buena viuda les daba por respuesta: Hijos míos, para que os acordeis que no teneis padre, y porque seais buenos, y cuando seais grandes y no os pueda azotar habiendo hecho por qué, tengais el castigo adelantado y con tiempo.

Alonso. Prevenida señora era esa buena madre, si ya no la puedo decir madrastra; pero volviendo á nuestro propósito, la vida de galeote es propia vida de infierno; no hay diferencia de una á otra, sino que la una es temporal y la otra es eterna, y si el reinar en galeras de cristianos católicos piadosos, y que se compadece de la miseria y desventura de sus hermanos, es el tormento que en esta vida un hombre puede padecer, puesto caso que no pierda la vida, ¿qué será el estar en una galeota amarrado á un banco, y sujeto á un infiel sin Dios ni término, á quien ni temer le acobarda ni amor le detiene? De aquí, señor, podrá vuesamerced sacar cuán gran limosna es la de la redención de cautivos, y el grande bien que hacen las religiones de la Santísima Trinidad y de la Merced, acudiendo con tantas véras á una obra de tanto merecimiento; y que él decía que ántes se ha de dar á los cautivos que á las ánimas del purgatorio, es con causa muy bastante y fundada en todo género de piedad y razon, porque aquellas dichosas almas que allí estan padeciendo tienen ciertísima esperanza de gozar de los celestiales tesoros, y que sea tarde ó presto, al fin ha de ser, y el descanso y gloria está cierta para siempre; pero un miserable cautivo, pobre, ausente de su tierra, y tanta de por medio, y que no hay quien dél se compadezca, sino quien le procure destruir, y entre bárbaros, donde razon ni justicia son de poco provecho, ¿qué hay que decir más ó qué hay que encarecer, sino hay encarecimiento que llegue á esta verdad? Dejado aparte que, como nuestra naturaleza de suyo es frágil, el padecer y sufrir lo hace de mala gana; todo le es violento, y para la virtud va muy cuesta arriba, y el bajar, aunque sea al abismo de los vicios, le es muy fácil, y tanto, que muchos de los cautivos, por salir de aquel tormento y verse en libertad, dejan la ley y fe que recibieron en el bautismo santo, y siguen la detestable secta del falso y maldito Mahoma.

Cura. Harta lástima es y harta desdicha ver la ceguedad de tan miserable gente, pues dejada de la mano de Dios, por tiempo limitado y vida breve deja aquella eterna, y metida en la ocasión de poder con paciencia ganar el cielo, sigue el ancho camino de los vicios, cuyo paradero es la infernal compañía de los demonios.

Alonso. Ya, señor, hay pocos de aquellos victoriosos mártires que, desafiando el infierno, las cárceles, las feroces y crueles bestias, los tormentos que los más rigurosos emperadores inventaron, cual otro predica-

dor de las gentes san Pablo decía, «no hay rigor, por excesivo que sea, que pueda apartarnos de la caridad y amor de Dios;» pero ya resfriados aquellos fervorosos y abrasados pechos que en aquellos más que venturosos tiempos solian hallarse, en los miserables nuestros, para verse libres no de los dientes de los leones ni abrasadoras llamas de encendidos hornos de fuego, sino para salir de un cautiverio, dejan su patria, su ley, su rey y su religion, por gozar la libertad de cuatro dias de vida; que aunque el otro poeta dijo en sus celebrados versos:

Non bene pro toto libertas venditur auro.

No por todas las riquezas del mundo se ha de perder la libertad, ni por cuantos bienes se pueden imaginar se ha de sujetar un hombre; no tenia fe ni luz del cielo, ni sabia qué era apartarse de la union de la católica Iglesia, nuestra madre, dejando la eficaz medicina de sus sagrados y misteriosos sacramentos por seguir la vanidad de los sarracenos.

Cura. Dígane, hermano, ¿y en qué pararon los comediantes? Y las pobres de sus mujeres, ¿qué años tuvieron?

Alonso. Tuvieron la ventura más feliz y dichosa que puede desearse, así ellos como ellas, porque para mí todos alcanzaron la corona del martirio; y fué en esta manera: llegados que fuimos ante el Virey, que es como decir acá el corregidor, se fué informando de cada uno de por sí de qué tierra era, qué edad tenia, qué oficio, qué calidad, si ordinaria ó noble, y aunque entre nosotros no habia hombre que á tantas preguntas dijese verdad, haciéndose cada cual pobre, peon, obrero, otro soldado, y tan bisoño, que jamas habia tomado espada en la mano sino era para alistarse en aquella ocasion, adonde iban á fortificar un presidio, con todo eso no faltaron entre los renegados algunos que dijeron al Virey cómo aquellos mozos y las mujeres los conocian por haberlos visto representar en la compañía de Pinedo, y que sin duda ninguna eran oficiales de la comedia, trato con que en España se ganaba de comer. Con tal informacion no hubieron menester más para darlos por condenados; y así *pro tribunali* nos mandaron que el dia de San Juan, en solemnidad de tan gran fiesta, representásemos una comedia, con que para ella nos diesen cuanto hubiésemos menester. No pudo haber réplica al mandamiento; que esto de haber menester á otro tiene aparejada ejecucion para agradarle, lisonjearle y seguirle el gusto cuanto se puede entender que es su voluntad. Entrámonos en consejo, decretando qué comedia se habia de representar; y habiéndose tomado los votos, salió que fuese *La rebelion de Granada*. Repartiéronse los papeles, y las mujeres comenzaron á tomar de cabeza sus dichos, y yo, que hacia el personaje de un alcaide y de un soldado, y echaba la loa, sin el papel que me dieron para dos entremeses: ensayábamos por los papeles algunos dias, hasta que la supimos muy bien de memoria, y llegada la fiesta, por la tarde se juntaron en un jardín del Virey gran número de gente de la más noble de Argel, así de los varones como de las damas. Sentáronse todos sobre ricos tapetes turquescos, á su usanza, del modo que acá se sientan las mujeres: salió la música, y cantaron á tres voces aquel antiguo

y tan célebre romance de la estrella de Vénus, con que las moras quedaron muy pagadas: salió yo luego á echar la loa, y fué la de Apélos cuando pintó la cabeza de un truan, que por hacer burla del le dió un recado en falso, diciendo que el Rey le convidaba á su mesa; y viéndose ofendido el famoso maestro, con solo un carbon pintó tan al natural el rostro del, que le hizo la burla, que como si fuera el original fué conocido de todos, escribiendo juntamente en la pared un poco más abajo de la pintura que había hecho:

Este es el que me llamó
Al convite de tu mesa,
Si es que en verme aquí te pesa.

No acabaron de alabar la buena gracia del recitante, su buena memoria, y el buen verso del poeta, aunque para ellos cualquiera cosa bastara, porque si muchos hay de admirable ingenio, agudísimos, los más son gente rústica, sin letras, criados entre armas más que en escuelas, donde los entendimientos se cultivan, y floreciendo en la buena doctrina, dan perfectísimos frutos de sus trabajos; pero lo primero que en su mal-dita secta se les manda es que no entren en disputa ni se mirén fibres, sino que á capa y espada se defiendan; y así, cualquiera buena razon que decíamos les dejaba tan satisfechos y admirados, que así el romance como la loa quisieran durara toda la noche, según el gusto con que nos oían. Empezóse la comedia de *La rebelion de Granada, y castigo por el prudentísimo rey don Felipe II*, que esté en el cielo. Representaron mis compañeros admirablemente, como personas ya ejercitadas en su arte: los vestidos eran bonísimos, porque capellares, marlotas y turbantes en casa los teníamos, y el traje de moras no faltaba, curioso y rico, porque Hali, virey que era de Argel, tenía catorce concubinas, sin la propia mujer, y preciábase de traerlas muy aderezadas, como persona poderosa. Los entremeses causaron mucha risa; y con unos bailes á lo español dimos fin á la fiesta y comenzó nuestra tragedia, porque en acabando de desnudarnos nos mandaron preñer y echar en unas mazmorras, cárceles tan oscuras y húmedas y de tan mal olor, que ellas solas bastaran para quitarnos la vida sin otro verdugo. Hiciéronnos luego cargo del mal término que habíamos tenido, afrentando en la representación á sus reyes, y lo que peor era, á su profeta el poco respeto que se tuvo estando en cautiverio, y que palabras tan descompuestas en esclavos eran *lase majestatis*; y con los malos terceros, que nunca faltan en semejantes ocasiones, fuimos condenados á muerte, y no como quiera, sino á que nos empalasen, dándonos solo un día para descargo de la culpa y delito cometido.

Cura. Al fin bárbaros, pues siquiera por haber hecho lo que los habían mandado eran dignos, ya que no de premio, á lo ménos de perdon y misericordia.

Alonso. Pronóstico fué y bien verdadero: yo se lo avisé muchos días ántes á mis compañeros, que mirasen lo que hacían, pues era cierto se habían de afrentar los moros viendo que les representábamos la pérdida de un reino que en tanta estimacion tenían, y más estando tan á pique de recuperarlo: pedíles á mis compañeros hiciésemos la comedia del *Ramillete de Dara-ja*, ó *Los celos de Reduan*; no fué de provecho mi consejo; debíenlo considerar que el que tiene de pedir

nunca ha de ser soberbio ni disgustar á los que ha menester y de quien ha de recibir algun bien, y más estando sujetos, como estábamos, en tierra extraña, y sin quien nos pudiese defender ni valer en nuestros trabajos. Llegó á pedir sillas para sus hijos á Cristo Señor nuestro, aquellos tan virtuosos como honrados, la madre de los Cebedeos, y como discreta, llegó con humildad, reverenciando y adorando á Dios, como obligándole con el respeto con que llegaba; que así lo dice el sagrado texto: *Adorans et petens*; adorándole y pidiéndole; que aun en lo espiritual, que es de mayor importancia y no cabe en comparacion, dice el apóstol Santiago que por eso no recibimos lo que pedimos á Dios, porque le pedimos mal: *Ideo non accipitis eo quod male petatis*. Un maestro mío, queriendo mostrar el disparatado y corto juicio de los hombres, que cuando llegan á pedir alguna cosa, la piden de modo que desobligan á que se les haga algun bien, pintó una fuente, y en medio de la taza se levantaba otra fuente, y por remate un Cristo crucificado, de cuyos sagrados piés, manos y costado salían unas cristalinas fuentes; en el pilon estaba un hombre, hincada una rodilla y en la una mano un rosario, como que estaba rezando á la imágen del Señor, y con la otra, bien levantado el brazo, estaba con los dedos tapando las fuentes que corrian del costado y manos del Cristo: tenía al pié de la fuente una letra que decía:

Pide el malo, más impide
Con sus pecados las fuentes
De las divinas corrientes.

En efeto, señor, volviendo á nuestro cuento, entrando un portero con la sentencia del Virey, se nos notificó el último fin de nuestra vida; pero yo, viendo que mis compañeros no volvían por sí, respondí por mí y por ellos, alegando la injusticia que se nos hacia, queriéndonos matar sin culpa; y ya que no hubiese lugar para el perdon, se advirtiese que yo no habia representado sino solo la loa y dos entremeses, un muerto y un paje del rey; por tanto me debían dar por libre. Advirtiése mi excusa; pero los demas en segunda resulta fueron condenados, negando lo que pedíamos, si no era que, vueltos á la ley de Mahoma, se quedasen como los demas renegados moradores de Argel, y en tal caso se les admitiría el perdon, dándoles libertad y casándolos, como se acostumbra en aquel reino. Muy mal les pareció el partido; y así, los valerosos soldados hijos de la Iglesia, como católicos, detestando la falsa secta y confesando la fe de Cristo Señor nuestro, ofrecieron muy de voluntad su cuello al yugo del martirio, protestando de no solo una vida, sino muchas que tuvieran, haberlas de dar por la verdad del sagrado Evangelio. Con esta respuesta indignados más los sarracenos, pusieron luego en ejecucion el decreto y mandamiento del Rey; y así, en agudos palos, semejantes á grandes asadores, pusieron los victoriosos mártires, que ya como católicos murieron por defensa de la fe que habían recibido en el santo bautismo.

Cura. Y las mujeres ¿en qué pararon?

Alonso. No mostraron ménos esfuerzo y ánimo, aunque de su naturaleza son delicadas y frágiles; porque haciendo con ellas el mismo partido que á sus maridos, y ofreciéndolas libertad, riquezas y con quien casarlas, como constantes rocas, á todo dieron de mano,

queriendo más ser degolladas, perdiendo la vida, que dejar nuestra sagrada religion.

Cura. Por cierto, hermano, que él fué desgraciado, pues por lo ménos, muriendo como sus compañeros, le pudiéramos llamar el santo mártir Alonso.

Alonso. No merecí yo tanto bien; que aun hasta en esto me hizo daño el hablar; que si callara y no tomara la mano por mis compañeros, era forzoso acabar con el dichoso fin que ellos tuvieron; pero consuélome, señor, con la doctrina del gran doctor san Jerónimo, que, animando á sus frailes á que sufran trabajos y los lleven con paciencia, les dice: Mirad, hermanos, que el morir con un golpe de espada acaba con todo, dejando las miserias y penalidades desta vida para gozar de los eternos gozos de gloria. Pero vosotros lleváis el martirio prolongado por muchos años; y el verdadero religioso toda su vida tiene de martirio, y no pequeña corona le tiene Dios guardada; que aunque la mayor caridad y amor que uno puede tener y mostrar es perder la vida y entregarse á la muerte por su amigo, con todo eso, de mucho mérito es una voluntad pronta y un firme propósito de jamas apartarse de la cosa amada: de modo que cuando se ofreciese no le daría temor la espada, el fuego ni el rigor del más riguroso tormento, por grande que fuese; y no ha sido poco lo que he sufrido y sufrí con el cautiverio en que estuve, y despues que salí dél, que no haya tenido algun mérito, ya que perdí el mayor que pudiera tener; pero en

efeto son juicios de Dios, y á cada uno lleva por el camino que más le conviene: viendo mi flaqueza, no permitió ponerme en tanto aprieto, por que le doy infinitas gracias, pues me sacó del cautiverio donde estuve en Egipto tantos años, trayéndome adonde libremente pueda servirle, imitando la santidad y virtud que veo en tantos siervos suyos, siquiera para que con su ejemplo venga á ser otro como ellos.

Cura. Desco saber, hermano, cómo salió de Argel y de tantas desdichas en que estaba metido.

Alonso. Tienen por el cuarto voto que hacen los padres de la Santísima Trinidad una antigua costumbre de ir á rescatar cautivos en todo el reino de Argel; y así, como acertase ahora un año á ir por redentor el padre fray Juan de los Reyes, á quien yo en Valladolid y Toledo habia conocido y servido en algunas ocasiones, como me viese en tanto trabajo y desventura, trató con el Rey de mi rescate, y á pocos lances se concertaron por trescientos ducados; pagólos por mí, trájome á España con otros doscientos y cincuenta cautivos, que vinieron en mi compañía, viniendo á parar en esta santa ermita, adonde, siendo Dios servido, será donde pienso acabar mi corta vida sirviéndole. Este es, en suma, mi discurso: vuesa merced me perdone; que quisiera haberle entretenido con mejor estilo, más elegantes razones y mejor lenguaje; pero al fin, ninguno puede dar más de lo que tiene.

INDICE.

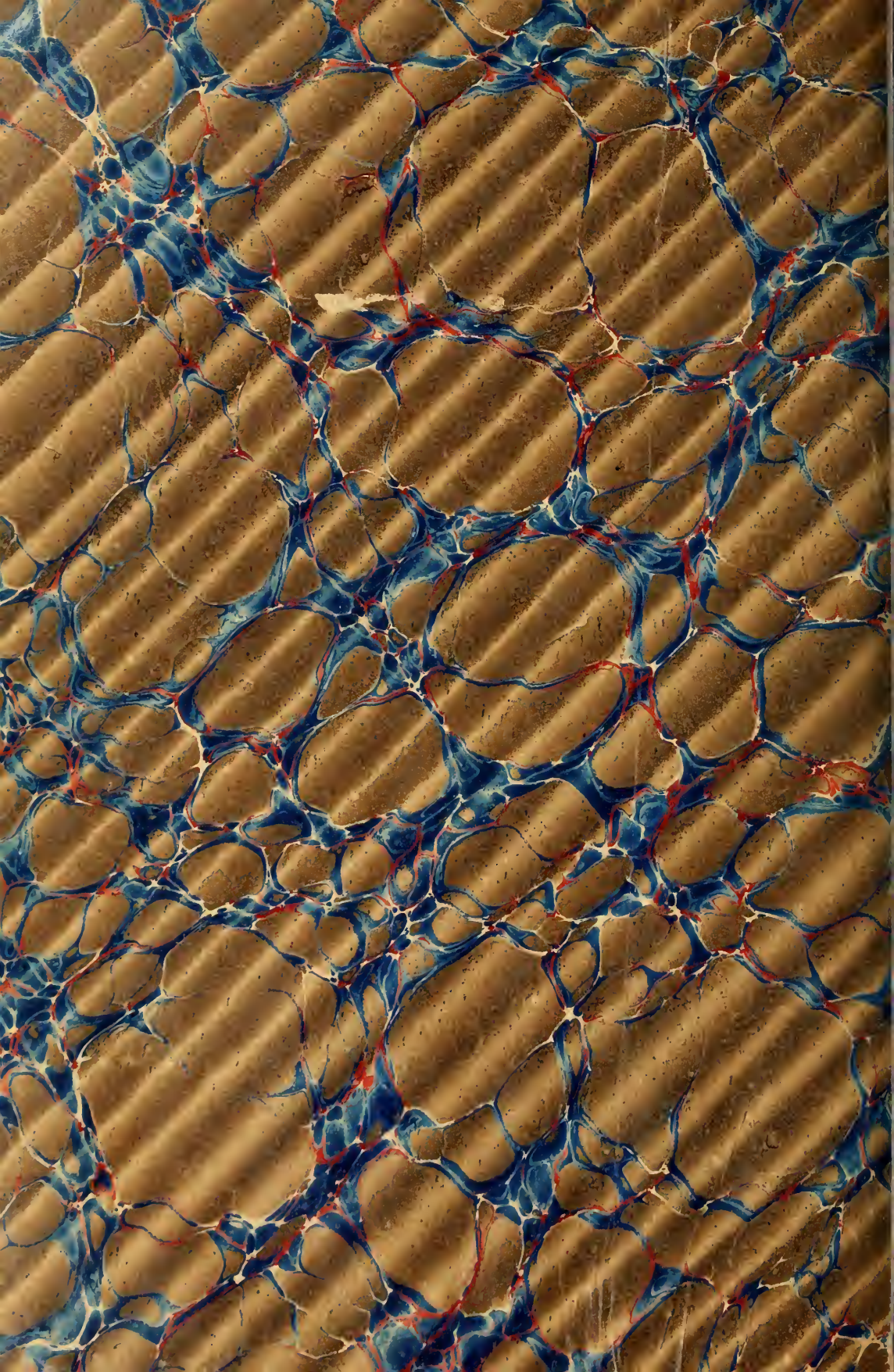
	PÁG.		PÁG.
PROLOGO.	v.	CAP. xvii. En que el ermitaño da principio á su cuento de los Felices Amantes.	51
EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, COMPUESTO POR EL LICENCIADO ALONSO FERNANDEZ DE AVELLANEDA, NATURAL DE Tordesillas.—QUINTA PARTE.	1	CAP. xviii. En que el ermitaño cuenta la baja que dieron los Felices Amantes en Lisboa por la poca moderacion que tuvieron en su trato.	53
CAPITULO PRIMERO. De cómo don Quijote de la Mancha volvió á sus desvanecimientos de caballero andante, y de la venida á su lugar del Argamesilla ciertos caballeros granadinos.	3	CAP. xix. Del suceso que tuvieron los Felices Amantes hasta llegar á su amada patria.	58
CAP. ii. De las razones que pasaron entre don Alvaro Tarfe y don Quijote sobreceña, y cómo le descubre los amores que tiene con Dulcinea del Toboso, comunicándole dos cartas ridiculas; por todo lo cual el caballero cae en la cuenta de lo que es don Quijote.	6	CAP. xx. En que se da fin al cuento de los Felices Amantes.	62
CAP. iii. De cómo el cura y don Quijote se despidieron de aquellos caballeros, y de lo que á él le sucedió con Sancho Panza despues de ellos idos.	9	CAP. xxi. De cómo los canónigos y jurados se despidieron de don Quijote y su compañía, y de lo que á él y á Sancho les pasó con ella.	64
CAP. iv. Cómo don Quijote de la Mancha y Sancho Panza, su escudero, salieron tercera vez del Argamesilla, de noche, y de lo que en el camino de esta tercera y famosa salida le sucedió.	11	CAP. xxii. Cómo, prosiguiendo su camino don Quijote con toda su compañía, toparon una extraña y peligrosa aventura en un bosque, la cual Sancho quiso ir á probar como buen escudero.	62
CAP. v. De la repentina pendencia que á nuestro don Quijote se le ofreció con el huésped al salir de la venta.	13	CAP. xxiii. En que Bárbara da cuenta de su vida á don Quijote y á sus compañeros hasta el lugar, y de lo que les sucedió desde que entraron hasta que salieron dél.	66
CAP. vi. De la no ménos extraña que peligrosa batalla que nuestro caballero tuvo con una guarda de un melonar, que él pensaba ser Roldan el furioso.	16	CAP. xxiv. De cómo don Quijote, Bárbara y Sancho llegaron á Sigüenza, y de los sucesos que allí todos tuvieron, particularmente Sancho, que se vió apretado en la cárcel.	77
CAP. vii. Cómo don Quijote y Sancho Panza llegaron á Ateca, y cómo un caritativo clérigo llamado mosen Valentin los recogió en su casa, haciéndoles todo buen acogimiento.	20	SÉPTIMA PARTE.—CAP. xxv. De cómo al salir nuestro caballero de Sigüenza encontró con dos estudiantes, y de las graciosas cosas que con ellos pasaron hasta Alcalá.	79
CAP. viii. De cómo el buen hidalgo don Quijote llegó á la ciudad de Zaragoza, y de la extraña aventura que á la entrada della le sucedió con un hombre que llevaban azotando.	23	CAP. xxvi. De las graciosas cosas que pasaron entre don Quijote y una compañía de representantes, con quien se encontró en una venta cerca de Alcalá.	84
CAP. ix. De cómo don Quijote, por una extraña aventura, fué libre de la cárcel y de la vergüenza á que estaba condenado.	25	CAP. xxvii. Donde se prosiguen los sucesos de don Quijote con los representantes.	88
CAP. x. Cómo don Alvaro Tarfe convidó ciertos amigos suyos á comer, para dar con ellos orden qué libreas habian de sacar en la sortija.	27	CAP. xxviii. De cómo don Quijote y su compañía llegaron á Alcalá, do fué libre de la muerte por un extraño caso, y del peligro en que allí se vió por querer probar una peligrosa aventura.	81
CAP. xi. De cómo don Alvaro Tarfe y otros caballeros zaragozanos y granadinos jugaron lá sortija en la calle del Cosc, y de lo que en ella sucedió á don Quijote.	29	CAP. xxix. Cómo el valeroso don Quijote llegó á Madrid con Sancho y Bárbara, y de lo que á la entrada le sucedió con un titular.	90
CAP. xii. Cómo don Quijote y don Alvaro Tarfe fueron convidados á cenar con el juez que en la sortija les convidó, y de la extraña y jamás pensada aventura que en la sala se ofreció aquella noche á nuestro valeroso hidalgo.	33	CAP. xxx. De la peligrosa y dudosa batalla que nuestro caballero tuvo con un paje del titular y un alguacil.	94
SEXTA PARTE.—CAP. xiii. Cómo don Quijote salió de Zaragoza para ir á la corte del rey católico de España á hacer la batalla con el rey de Chipre.	37	CAP. xxxi. De lo que sucedió á nuestro invencible caballero en casa del titular, y de la llegada que hizo á ella su cuñado don Carlos, en compañía de don Alvaro Tarfe.	96
CAP. xiv. De la repentina pendencia que tuvo Sancho Panza con un soldado que de vuelta de Flandes iba destrazado á Castilla en compañía de un podre ermitaño.	40	CAP. xxxii. En que se prosiguen las graciosas demostraciones que nuestro hidalgo don Quijote y su fidelísimo escudero Sancho hicieron de su valor en la corte.	99
CAP. xv. En que el soldado Antonio de Bracamonte da principio á su cuento del Rico desesperado.	44	CAP. xxxiii. En que se continúan las hazañas de nuestro don Quijote, y la batalla que su animoso Sancho tuvo con el escudero negro del rey de Chipre, y juntamente la visita que Bárbara hizo al Archipámpano.	102
CAP. xvi. En que Bracamonte da fin al cuento del Rico desesperado.	45	CAP. xxxiv. Del fin que tuvo la batalla aplazada entre don Quijote y Bramidan de Tajaynnque, rey de Chipre, y de cómo Bárbara fué recogida en las Arrepentidas.	103
		CAP. xxxv. De las razones que entre don Carlos y Sancho Panza corrieron acerca de que él se queria volver á su tierra, ó escribir una carta á su mujer.	103
		CAP. xxxvi y último. De cómo nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha fué llevado á Toledo por don Alvaro Tarfe, y puesto allí en prisiones en la casa del Nunzio para que se procurase su cura.	111

EL ESPAÑOL GERARDO Y DESEGAÑO DEL AMOR LAS- CIVO, POR DON GONZALO DE CÉSPEDES Y MENESES.—PRIME- RA PARTE.—AL LECTOR.	117
SEGUNDA PARTE.	200
FORTUNA VARIA DEL SOLDADO PINDARO, POR EL MISMO AUTOR.—INTRODUCCION.	273
LIBRO PRIMERO.	277
LIBRO SEGUNDO.	322
RELACIONES DE LA VIDA DEL ESCUDERO MARCOS DE OBREGON.—PRÓLOGO.	377
RELACION PRIMERA.	379
RELACION SEGUNDA.	425
RELACION TERCERA.	446
LOS TRES MARIDOS BURLADOS, POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.	481
EL DONADO HABLADOR ALONSO, MOZO DE MUCHOS AMOS, POR EL DOCTOR JERÓNIMO DE ALCALÁ.—PRÓLOGO DEL AUTOR.	401
PRIMERA PARTE.—CAPÍTULO PRIMERO. Siendo Alonso donado de cierto convento, sale á pasearse con el vicario y le cuenta su vida, dando principio desde su nacimiento.	493
CAP. II. Cuenta la jornada que hizo con el capitán, y los su- cesos que tuvo en su compañía.	496
CAP. III. Entra Alonso en casa del sacristán, y cuenta al vi- cario lo que le sucedió con él en la iglesia y en lo to- cante al servicio del templo.	499
CAP. IV. Cuenta Alonso cómo llegó á Toledo y entró á servir á un gentil hombre recién casado, y lo que le sucedió.	502
CAP. V. Prosigue Alonso contando lo que le sucedió en Ma- drid, y cómo entró en servicio de un letrado que iba por alcalde mayor de Córdoba.	510
CAP. VI. Cuenta Alonso cómo entró á servir en Sevilla á un médico.	516
CAP. VII. Cuenta Alonso su jornada para Valencia, y cómo entró á servir á una señora viuda valenciana.	523
CAP. VIII. Cuenta Alonso la jornada que hizo á las Indias y los grandes trabajos que padeció.	527

CAP. IX. Cuenta Alonso cómo llegó á Sevilla, entró á servir á un autor de comedias y lo que pasó con él.	531
CAP. X. Da cuenta el hermano Alonso á su vicario cómo en- tró á servir á unas monjas y despues vino á ser donado.	534
SEGUNDA PARTE.—PRÓLOGO.	539
CAPÍTULO PRIMERO. Cuenta Alonso, ya ermitaño, al cura de San Zoles su nuevo estado, y ocasion de haber dejado el hábito de donado.	540
CAP. II. Prosigue Alonso la misma materia, y cuenta cómo dió en manos de unos gitanos.	545
CAP. III. Cuenta Alonso los trabajos que pasó con los gitanos, su trato y modo de vivir.	546
CAP. IV. Sigue Alonso el mismo asunto, y cuenta lo que le sucedió en el monte, con otros raros y ejemplares suce- sos, y cómo se fue á Zaragoza.	551
CAP. V. Cuenta Alonso lo que le sucedió en Zaragoza hasta casarse.	554
CAP. VI. Prosigue Alonso contando lo que le sucedió en el matrimonio, hasta que enviudó.	558
CAP. VII. Da cuenta Alonso de su llegada á Lisboa, y cómo entró á servir de mayordomo á un caballero portugues.	562
CAP. VIII. Sigue la propia materia, y cuenta Alonso algunas cosas dignas de tenerse en memoria.	565
CAP. IX. Da razon Alonso del fin que tuvieron los amores de la dama portuguesa, y cómo en Toro entró á servir á un pintor de mala mano.	568
CAP. X. Conoce Alonso no sentaban bien á su amo las dis- putas que con él tenia, y determina dejarle é irse á Se- govia.	571
CAP. XI. Cuenta Alonso el milagro que obró Nuestra Señora de la Froncista con la judia Ester, y el origen de la li- mosna llamada <i>ofrenda</i> en Segovia.	573
CAP. XII. Entra Alonso á servir á un perrale, y despues de mozo de percha en casa de un mercader.	576
CAP. XIII. Cuenta Alonso la jornada de Barcelona, su cauti- verio, los trabajos que le sucedieron, y cómo, habiendo sido rescatado, tomó la resolucion de acabar sus dias sirviendo de ermitaño.	578







CIRCULATE AS MONOGRAPH

PQ
6171
A2B5
t.18

Biblioteca de autores
españoles

**PLEASE DO NOT REMOVE
SLIPS FROM THIS POCKET**

**UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY**

